

SAINT

VINCENT DE PAUL

SA VIE, SON TEMPS, SES ŒUVRES, SON INFLUENCE

par

M. L'ABBÉ MAYNARD

Chanoine de Poitiers

NOUVELLE ÉDITION ENTIÈREMENT REFONDUE
ET AUGMENTÉ D'UNE TABLE CHRONOLOGIQUE

TOME PREMIER

PARIS

BRAY ET RETAUX, LIBRAIRES-ÉDITEURS
rue Bonaparte, 82

1874

Traducción del P. Máximo Agustín C.M.

Barakaldo, 2009

San Vicente de Paúl.
Su vida, su tiempo; sus obras, su influencia. Por el
Sr Abate Maynard, Canónigo de Poitiers.

Tercera Edición, enteramente refundida seguida de
una tabla cronológica

París, 1880.

AVISO sobre esta nueva edición.

Esta es una edición nueva de San Vicente de Paúl: la última y definitiva. No revisaré más este libro; no se le revisará ya. Durante más de diez años, no le he perdido un solo día de vista, y no he descuidado nada para llevarlo al punto de perfección de que soy capaz. He corregido escrupulosamente el estilo y mejorado el plan. Este plan, sin embargo, lógico más que cronológico, no le ha cambiado nada de esencial, a pesar de la extrañeza de algunos por su novedad. Le sigo teniendo por el mejor y hasta por el único posible en un tema parecido, y me atrevo a renovar el desafío s comprender y abrazar, siguiendo otro método, una sola fase de la vida, una creación cualquiera de san Vicente de paúl. Me he contentado con aligerarlo y trocearlo, mandando a las notas o a piezas justificativas cierto número de informes y de documentos que lo recargaban y abrumaban: el libro se ha convertido así, sobre todo en público,, de una lectura más fácil y más fluida. Una tabla cronológica, incluida en esta edición, reúne, por otro lado, los hechos ene. orden de los tiempos, y facilita las búsquedas.

Me he entregado de manera especial a enriquecer esta nueva edición con nuevos datos y nuevos documentos. Para rematar el libro titulado Virtudes y doctrina espiritual de san Vicente de Paúl, me había impuesto la ley de releer todas las cartas del santo, todos sus discursos o conferencias, todos los documentos auténticos de su historia, y una cantidad de detalles, que primeramente se me habían escapado, o me habían resultado ininteligibles, particularmente en la correspondencia, me han impresionado esta vez, o se han iluminado con el conocimiento más pleno que yo había adquirido del asunto en su totalidad y sus menores particularidades. Los he recogido con cuidado, sirviéndome de ellos para mejorar ciertos relatos, que se habían quedado incompletos u oscuros.

Además, la llamada que yo había lanzado fue comprendida y los hijos de san Vicente de Paúl, y personas incluso extrañas a su doble familia, han tenido la bondad de comunicarme algunos documentos interesantes.

Y eso es todo. Mies y manajo, en adelante todo queda hecho, y ya no se hallará otra cosa de alguna importancia y valor. Esta es la razón por la que he dicho que no se revisaría más este libro de lo que yo mismo lo he revisado. Será saquearlo, despedazarlo, acuñar la moneda con otra efigie, como se ha hecho ya en Francia y en el extranjero, con una crítica más o menos explícita por toda justificación.

Por lo demás, la crítica en general ha sido buena en este libro. Y lo agradezco. He hecho uso de sus observaciones imparciales, y he dejado a un lado o desdeñado lo que me ha dirigido de inteligente o personal. Al despedirme de este libro, doy gracias a Dios por permitirme darle la última mano. San Vicente de Paúl es el honor de mi vida literaria; es mi mejor título para las oraciones de la tierra y las bendiciones del Cielo.

Poitiers, 25 de enero de 1874, día de la Conversión de san Pablo, aniversario del primer sermón de la Misión, en 1617, en Folleville.

PREFACIO de la primera edición.

Después de tantas Vidas de san Vicente de Paúl publicadas en todos los formatos y lenguas, parece que no haya ya lugar a reemprender un trabajo parecido. Todo lo demás se puedan multiplicar los compendios, para uso del clero o del pueblo, de las comunidades religiosas o de las asociaciones caritativas; pero una historia voluminosa y completa, ¿para qué más? Y ¿qué decir que no se haya repetido cien veces, que no esté ya a la vista de todo el mundo, en manos de todos, en todas las memorias?

Notemos en primer lugar que las Vidas de san Vicente de Paúl, Vidas al menos originales, no son tan numerosas como se cree comúnmente. A decir verdad, no ha habido más que dos: la publicada en 1664, con el nombre de Abelly, obispo de Rodez, y la de Collet, que apareció en 1748.

Todas las demás no son más que reproducciones, de ordinario muy abreviadas, de ésas dos, y no se diferencian más que por el espíritu, el orden y el estilo. Ni uno solo de los numerosos biógrafos de Vicente de Paúl, anteriores o posteriores a Collet, se ha molestado, ni siquiera se le ha ocurrido hacer investigaciones nuevas y personales: unos han vivido de Abelly, otros de Abelly doblado por Mollet; pero nadie se ha preguntado si existían aún documentos originales para darles mejor empleo que estos dos historiadores o que, desconocidos de ellos, arrojasen nuevas luces sobre la vida del héroe.

Quedan pues Abelly y Mollet, con demasiada frecuencia destrozados para que sea útil en adelante recomenzar por centésima vez con ellos esta dolorosa operación. Más valdría resucitarlos y reproducirlos totalmente. Pero ni uno ni otro, por razón incluso del mérito propio de cada uno responde sólo a la idea que se debe tener de san Vicente de Paúl. Gusta Abelly por su unción, por la puesta en escena continua de su héroe; se estima a Collet por sus investigaciones más exactas y más completas. Pero Abelly es ilegible de principio a fin, y no puede interesar más que por fragmentos. Los lugares comunes con los que traza el exordio de casi todos sus capítulos o que arroja en comentarios a través de sus relatos, rompen, entorpecen su marcha y cansan al lector. Además, no hay orden, ni método, ni estilo. Cuenta primero la vida del Sr. Vicente de su nacimiento a su muerte; luego la vuelve a tomar sucesivamente con las obras y las virtudes: tres libros distintos, tres veces la misma historia, en la que todo va en pedazos, se repite, sin que se pueda nunca ver un conjunto.

Pero, otra cosa, Abelly interesa porque representa con ingeniosidad la figura de Vicente, ya que se eclipsa siempre delante de él, le cede todo lo que puede la palabra, y se cree siempre en sus páginas verle y oírle. Y ¿podía ser

de otra manera un libro compuesto por sus discípulos e hijos que no querían sino reproducir al maestro y al padre que habían perdido, conservar el recuerdo y la expresión fiel de sus lecciones y de sus ejemplos? Porque se ha de saber que Abelly no hizo más que prestar su nombre a la obra de la que se le ha creído autor hasta nuestros días, servir de padrino a un libro de familia hecho en familia.

Desde 1657, tres años antes de la muerte de Vicente de Paúl, el hermano Ducourneau, secretario del santo durante siete años, había tenido la idea de recoger sus actos y sus palabras. Nadie era más capaz que este testigo, que este oyente de todos los instantes del día y hasta de la noche; pues en los últimos años en particular, no se separaba casi nunca de Vicente de Paúl: por el día, le acompañaba a todas partes en sus recorridos a través de París, en sus viajes; y por la noche, escribía al dictado. Nadie ente todo lo podía hacer con mayor amor y celo religioso que este hijo, este discípulo, este fiel que honraba a Vicente hasta descubrirse hasta descubrirse al pronunciar su nombre, hasta emplear todo su tiempo libre en componer versos en su alabanza.

Con la autorización de sus superiores, el hermano Ducourneau se dispuso pues a recoger en vivo todos los actos y todas las conferencias de Vicente, y compuso con ello con qué llenar dos o tres volúmenes. Proyecto desdichadamente concebido demasiado tarde, demasiado tarde realizado. He ahí por qué los Misioneros son menos ricos en conferencias dirigidas a ellos por su santo fundador que las Hijas de la Caridad quienes, mucho más temprano de hicieron estenógrafas de todos sus discursos.

Sin embargo, el hermano Ducourneau prestó en eso un servicio inapreciable; a él y sólo a él se debe la conservación de gran cantidad de conferencias que se admirarán en este libro. También, él suplió, en lo posible, después de la muerte de san Vicente de Paúl lo que él no había hecho antes durante su vida. Almeras, segundo superior general de la Misión, habiendo dado, durante varios meses, al santo fundador como tema de las conferencias ordinarias de San Lázaro, el hermano Ducourneau tomaba en ellas con frecuencia la palabra, y su memoria, excitada por el público, recuperaba una cantidad de rasgos y de palabras de los que había sido oyente o el testigo y que consignaba luego en colecciones.

Tales han sido, con algunas otras memorias de todas partes por orden de Almeras, los principales materiales de la primera Vida de san Vicente de Paúl. Fueron revisados y preparados por los Misioneros mismos, y es Fournier, uno de ellos, quien fue casi su único redactor. Acabado el libro, se le buscó un autor adoptivo, para conformarse a las máximas y a la práctica, dejadas por Vicente a los suyos, de no publicar libros, y el obispo de Rodez, íntimo amigo del santo y de su congregación consintió en darle su nombre y en hacerse el editor responsable. –Se ve, digamos de paso, con qué razón los Jansenistas acusaron más tarde a Abelly de haber recibido de los jesuitas las memorias sobre las que él podía redactar la Vida de san Vicente de Paúl.

Se ve sobre todo lo que debe ser un libro así compuesto: libro de familia, repitámoslo, destinado a los hijos más que al público, libro hoy de edificación más que monumento histórico.

Otro muy distinto es el carácter del libro de Mollet. Tan untuoso, meloso, es Abelly, en el buen sentido de la palabra, como frío y seco es Mollet, algo así como un gran número de teólogos. Pero él había hecho un gran número de

estudios; se había impuesto la ley de seguir en todo los pasos de Vicente y de sus obras; se rodeó de todas las piezas y cartas que habían servido a la composición del libro de Abelly, y de una multitud de otras cartas y documentos recuperados en un espacio de cerca de una siglo; finalmente tenía a su disposición todos los trabajos, todos los debates del proceso de canonización, acabado hacía apenas diez años. Es decir lo suficiente que es más exacto que Abelly, cuyos relatos le era tan fácil controlar; que es más completo sobre todo, habiendo podido añadir a este primer trabajo no sólo la historia de la canonización y del culto de san Vicente, sino un gran número de detalles que el tiempo solo debía revelar.

Su libro está así mejor ordenado que el de Abelly; nos atrevemos a decir mejor escrito, aunque menos anticuado y menos cargado de inutilidades, ya que se preferiría hoy el estilo ingenuo del viejo historiador tan impregnado del carácter mismo del héroe al estilo más correcto, es verdad, del nuevo, pero al propio tiempo pretencioso y común, enfático y frío.

El principal reproche que merece Collet, -y por ello sobre todo su sequedad y su frialdad, -es de haberse sustituido a san Vicente de Paúl. De Vicente cita palabras y frases; raramente un discurso seguido, una carta completa: lo suple por análisis pesados sostenidos por un gran refuerzo de penosas conjunciones. Ha analizado hasta la carta sobre la cautividad de Túnez! Y todavía lo que cita, lo dispone, lo corrige, para ponerlo, cree él, en mejor estilo. Pues Mollet, excelente sacerdote, excelente Misionero, tenía todas las pretensiones del escritor, y se le habría sorprendido diciéndole que su Padre, a pesar de todas sus incorrecciones, hablaba y escribía mucho mejor que él, con más agudeza y encanto. Tal era el gusto del tiempo, en el que no se sentía ya el perfume de los viejos días, en los que la regularidad y la fría corrección parecían las cualidades maestras del estilo, en que las ocurrencias y las asperidades, con frecuencia tan impregnadas de fuerza y de gracia debían ser borradas debajo de un llano nivel..

Se ha tratado de unir la ciencia y la exactitud de Collet a la ingenuidad piadosa de Abelly; y en 1818, apareció una Vida completa de san Vicente de Paúl en la que el texto del primero servía de trama, y los discursos del segundo de bordado. Era tomar de Abelly su principal ventaja y quitar a Collet su principal defecto; era mejor que uno o el otro, tomados aisladamente; pero estaba lejos de ser aun así el Camino adecuado al papel que ha desempeñado Vicente de Paúl, en el lugar que ocupa en la historia, la Vida en relación con el progreso moderno de los estudios históricos y la idea que se tiene hoy de una monografía.

Con el pretexto de que Abelly había despreciado casi por completo la cronología, Mollet cayó en el extremo contrario, y se apegó servilmente a un orden cronológico que es a menudo un desorden extremo. Sigue a Vicente año por año, lo que le obliga de ordinario a tomar, a dejar, a volver a tomar el mismo relato. Con la sabia lentitud del santo, la concepción y la plena eclosión de una obra duraban casi siempre largos años; pero, en el intervalo, otras obras nacían o seguían su curso.. que se transforme en annales la biografía de san Vicente de Paúl, y todo se mezclará y confundirá; a cada momento habrá que usar de llamadas, repeticiones, para relacionar el fin con el medio, el medio con el principio, para soldar a distancia las partes disjuntas, troceadas y rotas de una misma narración; y más aún, casi siempre no se tendrá más que fragmentos, nunca un total; rasgos dispersos, no una fisonomía. Que se

pruebe, incluso después de una lectura, un estudio atento de Mollet, comprender, abrazar de un vistazo una fase de la vida, una creación cualquiera de san Vicente de Paúl, la Misión p las Hijas de la Caridad, tal establecimiento para la instrucción o el alivio de los pueblos: no se podrá; apenas se conseguiría yendo a buscar aquí y allá, en cien páginas, a un volumen de distancia, los elementos dispersos de una misma obra, para reconstruirle y formar un todo.

Finalmente Collet, como casi todos los biógrafos hasta nuestros días, ha aislado a su héroe; no ha colocado el retrato en su marco, el cuadro en su medio. De los personajes, de los sucesos contemporáneos, ni rastro; todo lo más una alusión, una mención rápida, cuando de otra forma el relato no tendría ni oportunidad ni sentido.

Pues bien, solamente rodeando a Vicente de Paúl de los hechos y de los personajes contemporáneos, es como se puede trazar una idea de este hombre, el más comprometido que estuvo siempre en todas las clases y todas las cosas de su tiempo; que llegó a todo, a la religión y a la política, a la Iglesia y al Estado; que trató con toda la sociedad francesa, la corte y la ciudad, las ciudades y los campos, con los ricos y con el pobres; que planeó o dirigió todas las empresas caritativas, reformó o dirigió todas las comunidades religiosas, negoció todos los tratados de paz en los desórdenes civiles o teológicos; que abrazó Francia y el mundo con su solicitud.

De todo ello es fácil concluir la necesidad y las condiciones de una nueva Historia de san Vicente de Paúl

Para no reproducir, ni siquiera en un mejor plan, en un medio más vasto, en un estilo más legible hoy, la obra de Abelly y de Collet, era necesario, recurriendo sin cesar a ellos como a fuentes originales, cuestionarse si los documentos sobre los que habían trabajado existían aún, en todo o en parte. Se sabía que después de la expoliación de San Lázaro, en 1792, una cantidad de actas de fundación, de memorias, escapadas al pillaje de 1789, habían sido trasportados a los Archivos del Estado. Era una primera mina que excavar y explotar. Y, en efecto, hemos encontrado un gran número de documentos, originales o copias auténticas, que nos han informado más completamente de lo que lo habrían hecho las dos biografías de san Vicente de Paúl sobre sus fundaciones fundamentales y sus obras principales.

En segundo lugar, los sacerdotes de la Misión y las Hijas de la Caridad, a pesar de las violencias y de los robos de que habían sido víctimas, debían haber salvado, con el cuerpo de su Padre, muchas más reliquias de él, cartas o discursos, monumentos o recuerdos contemporáneos; quizás también biografías y escritos de sus primeros discípulos, memorias sobre sus trabajos comunes, en Francia y fuera de Francia, en Europa y en ultramar. En estos archivos de familia, si se pudiera penetrar en ellos, había sin duda mucho que recoger.

Aquí es donde debemos la expresión pública de nuestro agradecimiento al S. Étienne, sucesor de san Vicente de Paúl quien, con una confianza y una generosidad que nada, por nuestra parte, justificaba, nos ha abierto todas las cajas de San Lázaro, sin excepción ni reserva, y nos ha permitido leerlo todo, extraer todo, según las necesidades y las conveniencias de nuestro trabajo. No ha habido secretos para nosotros; y añadamos que no podría haberlo para nadie, ¡hasta tal punto estos archivos respiran la sola gloria de Dios, el solo amor de la salvación y del alivio de los pueblos! ¡Admirable protección de Dios

y de san Vicente de Paúl! En dos siglos, ¡nada verdaderamente, ni en los hombres ni en las cosas que, sacado a la luz del día, pudiera hacer subir a la frente del Padre y de los hijos otro rubor que el de la humildad traicionada!

Sentimos que nos haya sido prohibido nombrar a quien más nos ha ayudado en nuestra búsqueda y examen de los documentos; quien, en su familia, sea natural sea religiosa, encuentra tantas razones de decir: Nos filii sanctorum sumus! Nunca hijo veneró ni amó más a su padre: basta con decir con qué afecto y celo ha llenado la misión que la benevolencia de su superior le había encargado con nosotros, y nos ha puesto los más preciosos documentos a nuestro alcance.

Pues, aparte de los archivos de San Lázaro y de los archivos del Estado, existían varios en otros depósitos públicos; una mayor número todavía había sido dispersado a los cuatro cabos del mundo. Por él hemos hallado algunos de los más importantes; por él también nos hemos puesto en comunicación con las principales fracciones de la doble familias de san Vicente de Paúl, no sólo en Francia, sino en Inglaterra y en España, en Italia y en Polonia, en el Levante y en América, etc., y de todas artes nos han llegado memorias y castas que nos han ayudado a construir o a esclarecer varios puntos de esta historia. También se debe a las numerosas conferencias del santo que hayamos podido leer también varios millares de estas cartas que dirigía cada semana a todas sus casas para dirigirlas y comunicarles noticias generales de la congregación: especie de gaceta semanal de San Lázaro, en la que cada hecho y cada obra tiene su mención en términos siempre edificantes, con frecuencia admirables.

Hay pocos documentos, creemos nosotros, importantes al menos, que añadir a este relato algunas graves revelaciones o bien para cambiarle algunas grandes líneas que hayan escapado a nuestras pesquisas. Nos habían hablado sin embargo de una correspondencia de san Vicente de Paúl con el padre de Gondí, de la que estaría en posesión una dama salida de esta ilustre familia: no hemos podido hallar el rastro.

En esta ocasión, que nos sea permitido en el interés de nuestro gran tema de hacer una llamada a cuantos tengan en mano alguna carta desconocida e inédita de san Vicente de Paúl. Tras tantas dispersiones y tantas ruinas, antes de otras dispersiones y otras ruinas posibles, ¿no es oportuno recordar las palabras del Evangelio: Colligite fragmenta, ne pereant? Este libro tiende a ser un monumento definitivo al honor de san Vicente de Paúl, a la gloria de la religión de caridad y de la Francia caritativa: que los que pueden aporten su oración. No les hablamos de nuestro agradecimiento, que sería bien poca cosa; sino lo que sería mejor, ellos adquirirían derechos a la protección de san Vicente de Paúl y a las oraciones de sus hijos.

La última fuente en la que hemos bebido, es el proceso de canonización de san Vicente de Paúl y la colección de las cartas testimoniales dirigidas desde todos los puntos del mundo al soberano pontífice, por los reyes y los obispos, por los magistrados de las ciudades y los superiores de órdenes religiosas, con miras a conseguir su elevación a nuestros altares: ocho o diez volúmenes in-folio que, recogidos en una tradición constante y viva, a menudo entre los testigos y los actores, discutidos luego por la crítica y por la fe, formarán siempre los materiales más auténticos y los más sagrados de la historia del santo.

Con la ayuda de todos estos documentos, o nuevos y desconocidos, o antiguos y revelados ya, pero insuficientemente explotados, era fácil extender

las proporciones de la historia de san Vicente de Paúl y de abrirle nuevos horizontes. Más rico todavía que Abelly en préstamos hechos a los discursos y a la correspondencia del santo, este libro, en una tercera parte más voluminoso que el de Mollet, encierra en realidad una vez más materias, gracias a su plan que excluye toda repetición.

Este plan, más bien lógico que cronológico, procede por vastos cuadros y no ya por rasgos dispersos. Desde que san Vicente de Paúl, moldeado e instruido por la Providencia, entró en su papel y puso mano a las grandes obras de su caridad, cada una de estas obras es vista en su origen, incluso en sus antecedentes, pues está seguida en sus desarrollos y en sus progresos, su fecundidad y duración, y por fin es llevada a nuestros días. Puesto que hay dos vidas en los santos: la vida ordinaria y natural, y la vida sobrenatural y póstuma, ésta ordinariamente más bella y más rica que aquélla. Sobre la tierra, siguiendo las palabras del salmo, iban y lloraban expandiendo sus semillas: resucitan en el gozo, llevando sus gavillas en las manos; o más bien, continúan viviendo, sin más que recoger, en la tierra como en el cielo, una mies siempre renaciente e imperecedera. De todos los santos, tal vez ninguno se ha sobrevivido como san Vicente de Paúl, en sus hijos y en sus obras: ¿de cuál de sus ilustres contemporáneos se podría decir otro tanto, incluido, ay, el gran Luis XIV?

De este modo se explica y se justifica una parte del título de este libro: San Vicente de Paúl... sus Obras, su influencia.

Y para hacer resaltar más aún la importancia y la duración vivaz de su acción, no nos hemos achicado ante ninguna cuestión religiosa y teológica, económica y social que surgía incidentalmente; ante ninguna de las empresas o de las utopías de beneficencia, ensayadas o soñadas según o contra sus ideas; ante ninguno de los renacimientos contemporáneos de tal o cual de sus obras, que tuviera por autores a sus hijos o a extraños, que se hubieran seguido a sabiendas o sufrido sin sospechar la influencia inmortal de este hombre, de donde todo procede en adelante, a quien hay que volver siempre cuando se trata de fundación u organización de la asistencia pública.

Y, no obstante, en este inmenso recorrido, en esta multiplicidad de puntos de vista, reina, así lo creemos, una verdadera unidad, ya que a lo lejos como cerca, en todos los intervalos de distancia o de duración, no hay verdaderamente, después de Dios, más que un solo héroe y un solo autor: Vicente de Paúl! Es siempre él quien inspira y dirige, cuando no actúa en persona, y todo cuanto se hace después de él no es más que la puesta en práctica de una de sus recomendaciones o de sus ideas, que una especie de ejecución testamentaria confiada por él a sus hijos o al mundo de la caridad. Así estudiadas en su conjunto y en su permanencia inmortal, así seguidas sin interrupción y abrazadas bajo una misma mirada, las creaciones caritativas de san Vicente de Paúl, congregaciones de Misioneros o de Hijas de la Caridad, cofradías de hombres o de mujeres, seminarios u hospitales, etc., toman una proporción que las precedentes historias no dejaban sospechar. Hay mucho inédito en este libro; pero muchas cosas antiguas, presentadas de otra forma, han parecido muy nuevas, aun a aquellos que habían hecho el estudio de ellas en su vida.

No se hallará aquí el libro de las Virtudes, que ocupa un espacio tan grande en todas las obras de esta naturaleza, y que nos ha parecido siempre o

una repetición inútil y fatigosa, o asunto de un trabajo especial e independiente. Comprendemos y nos gusta ese libro encantador que se llama el Espíritu de san Francisco de Sales, libro que pide gracia para todas las novelas insípidas y malas de su autor; pero no lo saborearíamos en una historia completa del santo; ya que entonces, o nos haría retroceder a cada instante para colocarnos en las vías ya recorridas o nos cansaría con evocaciones incesantes, alusiones continuas que dejarían todavía sus relatos y sus enseñanzas incompletos. Un libro de las Virtudes es la flor y el fruto que nacen de forma natural del tallo; es la miel que cada lector quiere recoger y componer por sí mismo en el campo de una vida santa. En esto él no quiere, no necesita que le ayuden: claro que haría falta que una historia de san Vicente de Paúl fuera singularmente hecha para que existiera la obligación de escribir luego, por ejemplo, dos largos capítulos con el objeto de probar que fue el más humilde y el más caritativo de los hombres

Por lo demás, de lo que se había dicho de interesante bajo este título de las Virtudes, ni discursos, ni palabras, ni hechos, ni anécdotas se ha omitido en esta obra; sólo que cada cosa ha sido remitida a su verdadero lugar, y en él encuentra su luz y su alcance. De las cosas como de las palabras es verdad decir que, puestas en su lugar, tienen todo un poder distinto.

Nos quedaba situar a san Vicente de Paúl mismo en su medio, o mejor en su pedestal, en esta primera mitad del siglo XVII, que llenó y que él domina.

En nuestros días se han distinguido dos mitades en el siglo XVII, de las que la primera ha sido preferida a la segunda. Mal fundada bajo el punto de vista literario, a pesar de Corneille y Pascal, esta preferencia es legítima bajo el punto de vista religioso: la primera mitad del siglo XVII es lo que hay de más hermoso, desde san Luis, en los anales de la Iglesia de Francia; y si la tesis moderna hubiera sido transportada a este terreno, el triunfo le estaba asegurado. Pero no es ahí donde se la ha formulado. Unos la han llevado a la literatura, llena de savia y de juventud en esa época, sin duda, pero no teniendo todavía esa fuerza y esa regla, esa grandeza y esa sencillez, esa originalidad y esa perfección que son los caracteres del espíritu francés; otros la han trasladado a Port-Royal, que precisamente bloqueó el movimiento religioso de esa época, y señala su decadencia con su triunfo; otros finalmente se encerraron en los salones y los tocadores de la galantería, los gabinetes de los príncipes y las cámaras de los parlamentos, los campos de batalla del espíritu, de la intriga o de la política; pintaron con amor a los héroes y heroínas de la Fronda, refirieron todos los sucesos políticos y militares: pero ni unos ni otros dijeron nada o casi nada del espíritu religioso, que es el carácter distintivo del reinado de Luis XIII más todavía que del reinado de Luis XIV. Cuando la Iglesia y el Estado, el clero y la corte, el mundo y el claustro, tenían en común tantas relaciones y se hacían mutuos préstamos, no se puede desunir su historia, y es truncar la historia general de ese tiempo si relegamos la parte religiosa a los libros de piedad.

Con tanta mayor razón, repitámoslo, esta época es, bajo este punto de vista, magnífica. Apenas desembarazada de las guerras de religión y recuperadas sus fuerzas, la Iglesia se repliega sobre sí misma, se reforma y se regenera. En todas partes restablece sus fundaciones viejas y construye de nuevo. ¡Cuántos hombres y mujeres admirables! ¡Cuántas Vidas! Ninguna época fue más rica en esto; se llenaría una biblioteca entera. ¡Cuántos establecimientos y obras, instituciones de piedad y caridad!

Pues bien! el centro y el alma de todo ello es san Vicente de Paúl! Nacido y formado en la pobreza, se ve empujado de un mundo al otro con el fin de conocer sus y experimentar todas sus necesidades y todas sus miserias. Atraviesa todos los rangos de la jerarquía social, y hasta lo que está fuera de toda sociedad, las prisiones y las mazmorras. Está ya en la ciudad ya en los campos; vive sucesivamente y al mismo tiempo, entre los grandes y los pequeños, entre los ricos y entre los pobres, hasta que sea llamado a los consejos de la realeza. La Historia no le ha visto en estos consejos, ejerciendo allí una acción profunda, no sólo religiosa sino política; ella no le ha visto con el correr de los años, curando las heridas de la guerra, levantando las ruinas, salvando por miles y miles las víctimas; no le ha visto, o al menos no lo suficiente, como gran capellán del siglo. Providencia y salvador de Francia, simultáneamente reforma a los pueblos por medio de las Misiones; al clero por los ordenandos, las conferencias, los retiros, los seminarios, la hoja de beneficios; las comunidades de hombres y de mujeres por sus reglamentos y su dirección; los príncipes y los grandes por la caridad enrolándolos en cofradías dedicadas al servicio de los pequeños y de los pobres.

De esta forma fue como todas las clases de la sociedad reciben su impulso, como todo por medio de él se reforma y reflorece, como todo se funda y organiza. Desde entonces, es una santa prodigalidad de la Iglesia. No se decía: *Ut quid perditio haec?* pues se sabía que las gentes que no hacen nada por ella, que no construyen templos, no levantan apenas hospitales; que la limosna hecha a Dios es el grano sembrado en tierra que produce mies para la pobreza; que vestir a Jesucristo en sus ministros y en sus altares, es pronto vestirlo en los pobres. y, en efecto, al lado de cada iglesia se levanta un hospital, y al mismo tiempo que de edificios religiosos el suelo se cubre de monumentos caritativos.

Ése es san Vicente y su tiempo. Todos los acontecimientos políticos y religiosos en los que se mezcló, todos los principales personajes de la Iglesia y del Estado de los que hizo sus cooperadores y los tesoreros de sus obras, reviven en este libro. Y como todo lo que es verdaderamente grande, ni los actos ni la persona de san Vicente de Paúl se ven aplastados por esta vecindad: al contrario, reciben más brillo y elevación. No es el amor propio del autor, es la opinión de los jueces más competentes y los más interesados, la que no teme decir que san Vicente de Paúl, su papel y su influencia, cobran aquí proporciones hasta entonces desconocidas. Se ha escrito el Siglo de Luis XIV; este libro –con el concurso benévolo de la crítica y las generosas comunicaciones de los poseedores de algunos documentos nuevos- aspira a ser el Siglo de san Vicente de Paúl.

París, 19 de julio de 1860, fiesta de san Vicente de Paúl.

En el tomo III, pp.258-262 hemos citado, según una *Revue d'Anjou*, una carta probablemente de la señorita Le Gras, que contaba que ella había hecho un viaje a Angers el mes de abril de 1633. Después –demasiado tarde- hemos buscado el original de esta carta, y lo hemos encontrado en Santa Genoveva. No está firmado, la escritura no es de la señorita Le Gras, y algunas fórmulas, como mi Reverendo Padre no le han pertenecido nunca. Pero está bien dirigida a san Vicente de Paúl, y los piadosos ejercicios de viaje de que se da cuenta están de acuerdo con sus prescripciones. Quizás sea una carta dictada por la

señorita Le Gras a alguna de sus hijas. De todas las maneras no podríamos darla por auténtica, y dejamos al lector toda la libertad de darle su valor.

Era la hermana Hellol o la hermana Margarita Guérin, segunda superiora de las Hijas de la Caridad, las que escribían cuanto podían de las conferencias de san Vicente; después esta primera redacción, tomada a vuelo, era puesta en limpio, y se recurría, para llenar las lagunas, a la memoria de las demás hermanas.

Vie mss, del hermano Ducourneau, por Pedro Chollier, hermano de la misma congregación (Archives de la Mission).

Hist. générale de la congrégation de la Misión, commençant depuis la mort du B. Vincent de Paul et finissant vers l'année 1720, por el Misionero Claude-Joseph Lacour, 1 vol. in-fol., mss. (Archives de la Mission).

Para mayor sencillez y concisión, citaremos siempre en el curso de esta historia el libro de 1664 con el nombre de Abelly, pero pidiendo al lector que recuerde que es la obra de los sacerdotes de la Misión.

“... El blando Abelly... (Boileau, Lutrin, c. IV.)”

Aquí, la iniciativa pertenece al editor que, sobrino del Sr. Dewailly, primer superior general de la Misión restaurada, sucesivamente alumno y profesor en uno de sus colegios, comprendía mejor que nadie la necesidad y la naturaleza de un libro que, nadie más que él, tal vez, hubiera pensado emprender.

Este libro, por otro lado, nosotros lo hemos hecho después, en un volumen aparte, con el título de Virtudes y doctrine

Libro Primero. Comienzos de san Vicente de Paúl hasta la fundación de la Misión (1576-1625)

Capítulo Primero: Nacimiento de Vicente. Su primera infancia. Sus relaciones con la familia.

I. Nacimiento. San Vicente de Paúl nació el 24 de abril del año 1576, el martes después de Pascua, en la pequeña aldea de Ranquines, en la parroquia de Pouy, cerca de Acqs (Dax), ciudad episcopal situada en los confines de las Landas de Burdeos, hacia los Pirineos. Su padre se llamaba Juan o Guillermo¹ de Paúl, y su madre Bertranda de Moras. La partícula que precede a su nombre, hoy exclusivamente nobiliaria, no indicaba necesariamente entonces un origen ilustre².

¹ Juan, se dice en Abelly y en el proceso de Canonización; Guillermo en Collet.

² Mucho después, Ménage escribía todavía: “La mayor parte de nuestros gentileshombres se imaginan que las preposiciones de y del delante de los nombres de familia son una señal de nobleza, *en lo que se equivocan*. Nuestros antiguos no las escribían nunca delante de los nombres de familia *que vienen de señorías*, y no conviene ponerlas más que delante de esos nombres” –*Observaciones sobre la lengua francesa* (In-12. Paris, 167 –[*De la verdadera ortografía del nombre de Jeanne d’Arc*, por M. G. Dumast. (In-8, Nancy, 1856). t. I, p. 318], t. I, p. 318). Ménage tiene razón. ¿Quién ha pensado alguna vez en poner una partícula delante de los nombres tan nobles de *Seguier* o de *Molé*? Y, por otra parte en la

No obstante, apenas llegado a París, en 1609, nuestro santo, huyendo de la gloria con la misma pasión que otros la buscaban, y temiendo ser acusado de nobleza como tantos otros de plebeyos, no conservó más que su nombre de bautismo, y no se hizo llamar más que el S. Vicente. Y si en actas públicas y auténticas, se veía obligado a firmar con su nombre de familia, se cuidaba de acercar mucho las dos partes por miedo a que se deslizara alguna sospecha de nobleza en el intervalo.

Dios puso su cuna no en el seno de esa extrema pobreza que con demasiada frecuencia oprime el corazón, y habría hecho su educación imposible, ni en el seno de la riqueza de donde habría sacado el egoísmo del disfrute y del pacer; sino en esa mediocridad un poco estrecha que es de ordinario el medio más favorable a la primera eclosión de los grandes talentos y de las grandes virtudes: pues, al condenar al trabajo y a una vida frugal, da al alma actividad y energía y, al imponer duras privaciones, la abre a la piedad mediante sufrimientos compartidos. Toda la fortuna de los padres de Vicente consistía en una casa y unas piezas de terreno que hacían valer con sus manos. Así escapaban a la miseria y podían incluso aliviar a los más pobres que ellos mismos. Carentes, en efecto, de los bienes de este mundo, eran ricos en fe, candor, inocencia y amor y, bajo su humilde techo, su hijo recibió, después del bautismo de los cristianos, el segundo bautismo de la pobreza y de la caridad, cuya huella en él no fue menos imborrable.

Guillermo de Paúl y Bertranda de Moras eran de los que ven en numerosos hijos la primera bendición del matrimonio y la verdadera riqueza de una familia de labradores. Dios les dio seis, dos niñas y cuatro niños, de los que Vicente fue el tercero. Apenas podía andar cuando se ocupó, como sus hermanos y hermanas, en los trabajos de la vida campestre. Casi el más joven, tuvo como ocupación principal el oficio del más joven de los hijos de Isai, y fue encargado de guardar el rebaño de su padre. En su humildad, apartaba más tarde lo que podía tener de glorioso tal comparación; y un día que se negaba a ser acompañado por un sustituto del procurador general del Parlamento de París, alegando su indignidad, su origen y su primer oficio de pastor de ovejas y de cerdos, respondiendo el sustituto que Dios había escogido a uno de los mayores reyes del cayado de pastor, se quedó cortado y confuso.

Se complacía en recordar en toda ocasión su baja extracción y los humildes empleos de su infancia. En una visita que le hacía en San Lázaro el obispo de Saint-Pons habló accidentalmente del castillo de Montgaillard, que daba el nombre a su familia: “Oh, le conozco muy bien, interrumpió Vicente, en mi juventud, yo solía llevar mis animales por allí.” –“Tengo el honor de ser pariente vuestro”, le escribía de Acqs un hijo de familia pidiéndole su protección. “Haré por usted lo que haría por mi propio hermano, respondió el humilde sacerdote;

lengua de la edad media, la partícula designaba sin duda con frecuencia la posesión de un feudo, y entonces era señal de nobleza; pero con mayor frecuencia, quizás, designaba sólo un lugar de extracción. Los cristianos de los primeros tiempos no tenían otro nombre que el del bautismo, y se distinguían entre sí por el nombre del país de donde habían salido. Tal es el origen del nombre de Juana d’ Arc, escrito con o sin apóstrofo, del que tanto se ha discutido, y que venía de la ciudad de Arc, en Barrois, o del pueblo de Arc, en Champagne –*De la verdadera ortografía del nombre de Jeanne d’Arc*, por M. G. Dumast. (In-8, Nancy, 1856. Así mismo los antepasados de Bertranda, madre de Vicente, eran probablemente originarios del pueblo de Moras, en Provenza, y los de su padre habían venido quizás en tiempo de las migraciones frecuentes de las poblaciones, de Paula o Paola, ciudad del reino de Nápoles, patria de san Francisco de Paula. De ahí también quizás las ortografías de Paul y de Paula que se han dado frecuentemente al nombre de Vicente, aunque él mismo haya firmado siempre Vicente De Paúl.

pero no digáis el pariente de un hombre salido de un pobre labrador y cuyo primer oficio fue guardar los rebaños de su padre”. Con los pequeños y con los mayores tenía el mismo lenguaje. “La limosna, Monseñor”, le dijo un día una mujer que creía con ello halagarle. “Ah, mi pobre señora, respondió Vicente, me conocéis muy mal, pues sólo soy el hijo de un pobre campesino.” No se contentaba con propalar de esa manera su bajeza en la corte y en la ciudad, en público como en particular; la denunciaba hasta en el extranjero, y en ello buscaba sea un nuevo motivo de agradecimiento por los servicios que le hacían a él o a su congregación, sea un refugio contra las alabanzas dadas a su virtud. “Quid, obsecro, laudandum in eo cui omnia desunt; cuique patrem suum agnoscit pauperem agricolam?”³ Así escribía a Lisboa al conde de Obidos, que había protegido a uno de sus sacerdotes arrojado sobre las costas de Portugal y le había declarado a él mismo un profundo respeto.

En estas expresiones nadie verá esa cálculo hipócrita que recuerda con complacencia un punto de partida muy bajo para forzar a que se mida la distancia que le separa del punto de llegada y alabar el mérito que la ha franqueado. En Vicente era únicamente necesidad y pasión por empequeñecerse. Y como esta pasión satisfecha llenaba su corazón de alegría, le entraban a veces escrúpulos. En 1633, escribía a uno de sus sacerdotes: “Yo decía con consuelo estos días pasados, predicando en una comunidad, que soy hijo de un pobre labrador; y en otra compañía, que he cuidado los rebaños. ¿me querríais creer, señor, que tengo miedo de sentir vana satisfacción, por causa de la pena que siente la naturaleza?” Admirables remordimientos de la felicidad de la humillación y del sufrimiento, de las delicias del ama nesciri et pro nihilo reputari.

II. Primera infancia. La humildad, virtud favorita de Vicente y fundamento en él de todas las demás, tal fue el primer fruto de los humildes trabajos de su infancia. Sin duda también, guardando el rebaño de su padre, el instinto de la gracia le ponía ya en su corazón esta vigilancia, este celo que debía desplegar más tarde en la guardia del rebaño de Jesucristo. Con toda seguridad, en la landa desierta, bajo la bóveda del cielo, él se formaba una sociedad de Dios y de los ángeles, una conversación de la oración. Tanto más por ser el lugar donde apacentaba con frecuencia su rebaño santo como aquél donde Dios habló en otro tiempo a moisés, y lleno del todo de los recuerdos de una piedad antigua de muchos siglos. Allí, en los confines de las Landas y de la Chalosse, a la ribera del Adour, en el territorio mismo del pueblo de Pouy, se elevaba en otro tiempo una capilla, monumento y término de una peregrinación, cuyo origen se perdía en la noche los tiempos y se aproximaba tal vez en aquellas comarcas. Era la capilla de Notre-Dame de la Lande o de Buglosse⁴.

³ “Qué hay digno de alabanza, os suplico, en un hombre a quien todo le falta, y que se debe confesar hijo de un pobre labrador?”

⁴ Una estatua de la Virgen, menos antigua que la capilla y que las peregrinaciones, atraía principalmente el concurso de los pueblos. Colocada a las puertas del Béarn, esta región debía sufrir las invasiones del protestantismo. En efecto, la capilla fue incendiada en 1570 y los católicos no pudieron sustraer la estatua a las profanaciones más que sumergiéndola en una marisma vecina. Cuando los disturbios cesaron, los depositarios del secreto habían muerto y se lo llevaron a la tumba. Y no fue hasta 1620 cuando un pastor, extrañado al ver uno de sus bueyes salir del pasto, hundirse en la charca y lanzar largos bramidos, se acercó y descubrió la estatua. De donde el nombre de *Buglosse* (*bous*, buey, y *glossa*, lengua), si no viene del verbo gascón *buglar*, (bramar, mugir), etimología menos sabia, pero de significado idéntico. Otros, hay que decirlo, pero sin probabilidad, no ven en ella más que una palabra celta, o incluso hasta un

Pronto veremos venir a san Vicente de Paúl a esta capilla restaurada. Mientras tanto, le vemos niño entre ruinas, cuya piedad tal vez levantaba las piedras en altar o en oratorio. Cuando nació, la peregrinación llevaba interrumpida seis años. Pero sus piadosos padres le habían hablado con frecuencia, y además, una tradición viva le hablaba siempre de la fe de las poblaciones y de las misericordias de María. Tal es el origen de esta tierna devoción hacia la santísima Virgen, por la que se distinguió hasta el final de sus días.

A falta de oratorio levantado por los hombres en el desierto donde pasaba una parte de sus días cuidando de su rebaño, había escogido uno que le ofrecías la naturaleza: era una encina ya varias veces secular cuando él nació, y que señala todavía hoy su humilde cuna mejor que esos árboles plantados por el gozo o la vanidad para celebrar y recordar un nacimiento lustre. Ya entonces estaba horadada por el tiempo que le había devorado las capas leñosas o el corazón para no dejarle más que la albura y las capas corticales. El niño había cambiado en capilla el flanco entreabierto del árbol, y le gustaba colocar flores al pie de alguna estatuilla que había puesto. Siendo muy pequeño, allí iba a rezar, apenas salido de los brazos de su madre; de pastor, esa era su sombra contra el calor, su abrigo contra la lluvia, si observatorio para vigilar su rebaño, su oratorio durante las largas horas de soledad.⁵

Entre tanto él crecía en edad y en sabiduría, y su corazón y su espíritu se abrían a la vez a la caridad y a la verdad. La caridad sobre todo parecía innata en él. la compasión por los pobres y los miserables le arrancaba ya lágrimas, servicios y limosnas. Más tarde distribuirá las riquezas de los reyes; hoy él da tanto, más tal vez a los ojos de Dios, ya que lo da todo, hasta el trozo de pan que su madre le ha puesto en el zurrón, hasta sus pobres ropas y, -algo que tiene bien guardado,- hasta su pequeño tesoro, treinta centavos, que a fuerza de trabajos y ahorros ha conseguido reunir. Y cuando ya no tiene nada suyo, no creyendo presumir demasiado de la caridad de sus padres de lo que ha sido tantas veces testigo, se adelanta sobre ellos algunos pequeños tributos. Por ejemplo cuando trae del molino la harina destinada al sustento de la familia, encuentra a pobres en su camino, abre el saco y les distribuye algunos puñados.

Pero su inteligencia penetraba al mismo tiempo hasta las tinieblas de su primera educación. La profundidad y la vivacidad de su espíritu impresionaban a su propio padre. Inspirado sin duda por la Providencia, Guillermo de Paúl se

nombre sacado de la flora local. -Sacada del pantano, la estatua es erigida sobre una especie de pedestal, en el mismo lugar donde se encuentra hoy la capilla de la Fuente, capilla llamada de los Milagros. Fue reconocida por Jean-Jacques du Sault, obispo de Acqs, quien le consagra para siempre su diócesis, y ordena su traslado a la iglesia de Pouy. Pero en el trayecto los bueyes que la arrastran se paran, a pesar de todos los esfuerzos por estimularlos, en el terreno que había ocupado la antigua capilla. Se la deposita en las ruinas, hasta la reconstrucción del santuario cuya dedicación se hizo el año 1622. -*Histoire de Notre-Dame de Buglosse et souvenirs du berceau de Vincent de Paul*, por el S. Abate A. Labarrète, (in-8, Paris, 1887).

⁵ Las hojas de esta encina están esparcidas por el universo. Va a hacer dos siglos que nuestros compatriotas las han sembrado en todos los puntos de Francia; monseñor de Flaget, obispo de Bardstown, se las llevó a América, y el primer obispo de Argel monseñor Dupuch las extendió por este primer teatro de la caridad de Vicente. Bajo esta encina, ¡cuántas generaciones han pasado, fieles al recuerdo del humilde niño al que cobijaba hace dos siglos y medio! Mayores y pequeños allí se han dado cita. Bajo el dosel natural de sus brazos frondosos era recibida en 1823 la duquesa de Angoulême acompañando a su esposo a las fronteras con España; fue una de sus ramas que, al ser ofrecida a la duquesa de Berry en lugar de flores; y desde el comienzo de las peregrinaciones de las sociedades de San Vicente de Paúl a la cuna de su patrón es esta encina la que marca siempre una de las estaciones más memorables.

preguntó si este niño no tenía otra vocación que la de pastor y, creyendo reconocer en él disposiciones superiores, resolvió dedicarlo a los estudios a pesar de su pobreza y del pesado gasto. Es verdad que el buen padre mezclaba con estos pensamientos de fe algunas vistas interesadas. Veía en su puerta a un hombre salido de tan abajo como su hijo y que, ya sacerdote, y luego prior, había ayudado mucho a su familia con las rentas de su beneficio. ¿Por qué un día no iba a ser así con el oven Vicente? Ya tan lleno de compasión por los miserables, tan solícito por aliviarlo en su pobreza, ¿podría negar más tarde a los suyos las primicias de su caridad y de sus riquezas? Cálculo inocentemente egoísta tal vez, pero egoísta después de todo, que no debía llegar al resultado apetecido.

III. Sus relaciones con su familia. Ya sacerdote, y sobre todo una vez a cargo de la distribución de beneficios, se impuso como obligación no pedir nada para él, ni para su familia espiritual o temporal; más aún, del catálogo ninguno estaba excluido por su caridad, excepto lo que le obligaban por los lazos de la naturaleza o de la gracia; no quiso tener otra familia, otros protegidos que los pobres. En vano le hablaban sacerdotes del país o algunos de sus Misioneros de la estrecha mediocridad de los suyos, del duro trabajo al que estaban condenados y le animaban a hacer por ellos algo. “Y bueno, preguntaba él, ¿son más pobres que antes y sus brazos no son suficientes ya para procurarse una vida conforme a su condición? “Y, tranquilizado sobre estos dos puntos, añadía: “Son afortunados porque ejecutan la sentencia divina que ha condenado a ganarse el pan con el sudor de su rostro. Afortunados sobre todo en su condición de labradores, una de las más inocentes y más cómodas para la salvación.” Menos consentía aún en introducir en la Iglesia a algunos de sus sobrinos para darles parte en los bienes del santuario. Esta intrusión sacrílega repugnaba particularmente a su virtud. Labradores antes que beneficiarios, respondía!” respondía a las solicitudes de todos, incluso de las personas piadosas y de los obispos. Y escribía a este propósito al abate Saint-Martin, uno de sus más antiguos amigos: “Os agradezco por los cuidados que dedicáis a mi pequeño sobrino, de quien os diré que nunca he deseado que sea eclesiástico, y menos aún se me ha ocurrido mandarle a estudiar con este fin; siendo esta condición la más sublime que haya en la tierra, y la que Nuestro Señor quiso asumir y ejercer. En cuanto a mí, si hubiera sabido lo que es, cuando tuve la temeridad de entrar en ella, como lo supe después, yo habría preferido trabajar la tierra a entrar en un estado tan temible. Es lo que he contado más de cien veces a la pobre gente del campo cuando, para animarlos a vivir contentos y como gente de bien, les dije que los creía felices en su condición... Todo esto me hace pensar que es más conveniente a este pobre muchacho que se dedique a la profesión de su padre ante que emprender una tan alta y tan difícil como la nuestra, en la que la pérdida parece inevitable para las personas que entran en ella sin ser llamadas; y como no veo que él lo sea, por ninguna señal segura, os suplico que le aconsejéis trabajar para ganarse la vida, y le exhortéis al temor de Dios, para que se haga digno de su misericordia en este mundo y en el otro.”

Para consuelo y entusiasmo de la debilidad humana, digamos que vicentino llegó de buenas a primeras a este desprendimiento absoluto. No existe más de él que una carta a su madre; es del 17 de febrero de 1610. en esa época, libre de su cautiverio y de regreso de su viaje de Roma, Vicente estaba en París,

pobre, sin puesto y sin recursos. Sus apuros le recordaban los de su familia, mucho más sensibles a su corazón que los suyos propios y, con el deseo y la esperanza de aliviarla, escribió a su madre: “La seguridad que el Sr. S. Martín me ha dado de vuestra situación me ha alegrado tanto que la estancia que tengo todavía que hacer en esta ciudad para recobrar la ocasión del ascenso que me quitaron mis desastres, me pone malo no poder ir a prestaros los servicios que os debo. Mas espero tanto de la gracia de Dios que bendecirá mi trabajo y que me ofrecerá pronto el medio de hacer un honrado retiro para emplear el resto de mis días junto a vos. He comunicado es estado de mis asuntos al Sr. S. Martín, quien me ha dado pruebas de que quería suceder a la benevolencia y al afecto que el Sr. de Commet (su primer protector) ha tenido a bien manifestarme.” Luego, después de informarse de la situación de los negocios de la casa, de sus hermanos y hermanas, parientes y amigos, añade: “Desearía asimismo que mi hermano enviara a estudiar a alguno de mis sobrinos. Mis infortunios y los escasos servicios que he podido prestar hasta el presente a la casa le podrán quitar la voluntad, pero que piense que el infortunio presente presupone una felicidad para el porvenir.”

Años más tarde, ya era otra dirección que debía dar a su vida y los servicios que prestar a su pobre familia. Confirmaba esta doctrina nueva y justificaba esos rechazos obstinados por el ejemplo mismo de ese prior que había tentado los inocentes deseos de su padre. Este sacerdote se había arruinado, arruinado su beneficio en el intento de engordar a los suyos. Todo eso se disipó a su vista , y después de su muerte su familia volvió a caer en una miseria más profunda. “Y siempre sucederá lo mismo, añadía Vicente. ninguna casa se sostiene, si Dios no es su arquitecto, y se vendrá abajo siempre si ha sido construida sobre el fundamento de una avaricia sacrílega.”

Una suma de cien doblones, esa es la cantidad que la familia de Vicente tuvo nunca en las inmensas liberalidades que pasaron por sus manos, y eso a después de desgracias extraordinarias. Le había entregado esta suma al santo sacerdote para sus parientes su amigo du Fresne, que le había conseguido entrar en la casa de la reina Margarita, el mismo que le había introducido en la de los Gondí. Vicente la aceptó, pero dijo a du Fresne: “Mi familia puede vivir como ha vivido siempre, y este aumento de riqueza no la volverá más virtuosa. Además, ella será la única en aprovecharse. ¿No creéis que una buena misión dada a toda la parroquia sería mejor ante Dios y ante los hombres?” Du Fresne debió convencerse y la suma fue puesta en reserva. Pero, tardando la ocasión en presentarse, sobrevinieron las guerras civiles y desolaron nuestras provincias, en particular la Guyena. Nadie salió peor parado que los parientes de Vicente, que perdieron todo sus modestos haberes, algunos hasta la vida. Era hacia 1656. Vicente recibía entonces las más desoladoras noticias. Su amigo, el canónigo de S. Martín, el señor de Pouy le escribían que se veía reducida a la mendicidad, y el obispo de Acqs, que hizo ese año un viaje a París, le dijo: “Vuestros pobres parientes lo están pasando muy mal; si no tenéis piedad de ellos, les va a costar mucho vivir, parte de ellos murieron durante la guerra, y otra parte vive de limosna.” _”ese es el estado de de mis pobres parientes, añadía Vicente, contándoselo a sus sacerdotes: ¡de limosna, de limosna! Y yo mismo, si Dios no me hubiera hecho la gracia de ser sacerdote y de estar aquí, ¡estaría allí también! ¿Pero qué hacer? El bien de la

comunidad no me pertenece y sería dar mal ejemplo disponer de ello⁶.” Fue entonces cuando se acordó de la suma que le había entregado du Fresne. “¡Bendita sea la divina Providencia, exclamó entonces, que no me ha permitido enviar Misioneros a Pouy! Ella estaba reservando esta limosna a mi pobre familia.” Y, contento de poder conciliar esta vez su desinterés con su ternura para con los suyos, se apresuró a poner los cien doblones en manos del canónigo de San Martín, a quien rogó que se lo distribuyera.

Porque esta alma tan amante no podía excluir de su caridad universal a los que el tiempo y la orden de Dios habían debido inscribir por delante de los pobres mismos. También necesitó de los más crueles esfuerzos de la virtud para rechazar, para ahogar en ella explosiones de amor que tendían a convertirse en beneficios, y ninguna mortificación le costó tanto. ¿Piensan ustedes, decía una vez que le urgían a favorecerles, piensan ustedes que no los quiero? Tengo por ellos todos los sentimientos de ternura y de afecto que cualquiera pueda sentir por los suyos, y este amor natural me solicita para que los ayude. Pero debo obrar según los movimientos de la gracia y no según los de la naturaleza, y pensar en los pobres más abandonados sin detenerme en los lazos de la amistad y del parentesco.”

Fue un día sobre todo en el que necesitó recordar que, sacerdote según el orden de Melquisedech, debía olvidar toda genealogía; que, sacerdote de Jesucristo, no debía conocer ni madre ni hermanos. En 1623, después de una misión en Burdeos, hallándose a la puerta de su familia, se decidió por consejo de dos amigos suyos, a hacerles una visita. Se había resistido durante mucho tiempo a este consejo aludiendo al ejemplo de varios buenos eclesiásticos que habían hecho anteriormente maravillas lejos de su región y que habían regresado de él muy cambiados; quienes, en adelante inútiles al público, habían cambiado para su familia todo el cuidado que daban antes a las obras de su santo ministerio. A pesar de ello él obedeció. En eso cedía menos a las necesidades de su corazón, encantado a pesar de todo de volver a ver a los suyos, que al plan de fortalecerlos en la virtud, de enseñarle a amar su baja condición y declararles una vez por todas que, en adelante como en el pasado no debían contar para vivir más que con el trabajo de sus manos. Quería también despertar los recuerdos de su humilde infancia, de su naciente piedad y consagrar su sacerdocio y su edad madura al Dios de su juventud. Ya que era la primera vez desde su partida para los estudios teológicos que volvía a ver a su familia y su cuna. Tomó alojamiento en casa de Dominique Dussin, párroco de Pouy, su pariente y su amigo, el mismo que tres años antes había presidido la primera reintegración de la estatua de Nuestra Señora de Buglosse. Al día siguiente renovó en la iglesia parroquial las promesas de su bautismo y se ofreció de nuevo en aquel lugar en el que había recibido, con el sello de los cristianos, las primicias del espíritu apostólico. durante toda su permanencia en Pouy, edificó mucho a los suyos y a todos los valientes campesinos por su piedad, su prudencia, su temperancia y su mortificación. Aquella buena gente advertía sobre todo –no retrocedamos ante estos detalles ingenuos- que ahogaba el vino en agua, y que por la noche retiraba la cama blanda, que le habían preparado, para tenderse en la paja. El día de su partida, fue descalzo en peregrinación de la iglesia de Pouy a la capilla de Nuestra Señora de Buglosse, consagrada el año anterior y más célebre que nunca. Era el mismo

⁶ Repetición de oración del 156 de marzo de 1656.

trayecto que, siendo joven pastor, había hecho tantas veces tras su rebaño; hoy sacerdote, se veía escoltado por sus hermanos y sus hermanas, por sus parientes pobres o menos necesitados, y por casi todos los campesinos, con toda justicia orgullosos de su compatriota. Celebró una misa solemne en la santa capilla. Después de la ceremonia, reunió a todos sus parientes alrededor de una mesa modesta; luego se levantó para despedirse de ellos. Todos cayeron a sus pies pidiéndole la bendición. “Sí, os bendigo, exclamó muy conmovido; pero os bendigo humildes y pobres, y pido por vosotros al Señor la gracia de una santa pobreza. No salgáis nunca del estado en el que Dios os hizo nacer: es mi recomendación insistente, que os pido transmitáis como una herencia a vuestros hijos. ¡Adiós para siempre!” Estas palabras tenían toda la gravedad de las palabras de un moribundo; era en efecto como el testamento del santo sacerdote, porque se marchaba para no volver más. Por eso fueron recibidas con un respeto duradero y con una fidelidad que no quedó desmentida. Ayudándose unos a otros, sus parientes habrían podido subir y crecer. Algunos sobre todo por parte de su madre, no se hallaban en una entera oscuridad; los había que eran abogados en el parlamento de Burdeos. Éstos podían echar una mano a los menos favorecidos y hacerles subir gradualmente a esas clases de empleos que son la aristocracia de los campos y pequeñas ciudades. Pero todos se quedaron pegados a su sillón y cuando se quiso sacarlos de allí: “No, respondían, el santo nos ha bendecido con las condición de seguir siendo labradores, y echó su maldición a aquellos de su familia que quisieran ascender y apartarse de su antigua sencillez.”

Apenas salió, Vicente sintió ablandarse el corazón, y corrieron las lágrimas de sus ojos. Acababa de ser testigo y comensal de la pobreza de caso todos los suyos, y los dejaba allí, cuando no tenía más que abrir la mano, decir una palabra para colmarlos de bienes. Dentro de sí se formó entonces, entre la ley que se había impuesto y su ternura fraterna, un combate cuyo resultado se mantuvo incierto por mucho tiempo. “¡Desdichado! exclamaba en ese cruel desgarró, es el castigo por tu desobediencia al espíritu de desprendimiento y de abnegación, recomendado con tanta frecuencia en la Escritura a los ministros del Evangelio. Antes de este viaje, tú no pensabas más que en el servicio de Dios, en las obras alejadas de la sangre y de la naturaleza, y ahora todos tus pensamientos se dirigen a tu familia.” Pero hay que oírse la contar a él mismo esta lucha de la naturaleza y de la gracia, en una conferencia del 2 de mayo de 1659, que daba a su congregación sobre el desprendimiento de los parientes. Nada puede sustituir a sus palabras, ingenuas a veces, y sublimes sin embargo de ternura y de valor. “Habiendo pasado, dice, ocho o diez días con mis parientes, para informarles sobre las vías de su salvación y para alejarlos del deseo de tener bienes, hasta decirles que no esperaran nada de mí; que aunque tuviera cofres de oro y de plata, yo no les daría nada, porque un eclesiástico que tiene algo se lo debe a Dios y a los pobres; el día que yo partí sentí tanto dolor al dejar a mis pobres parientes que no hice más que llorar durante todo el camino, y llorar casi sin cesar. A estas lágrimas sucedió el pensamiento de ayudarlos y colocarlos en mejor estado: de dar a uno esto, al otro aquello. Mi espíritu ablandado les repartía así todo lo que yo tenía, y no tenía. Lo digo para mi confusión, y lo digo porque tal vez Dios lo permitió para hacerme conocer mejor la importancia del consejo evangélico de que hablamos. Tres meses tuve esta pasión importuna por hacer medrar a mis hermanos y hermanas; era el peso continuo de mi pobre espíritu. Durante eso,

cuando me hallaba algo libre, pedía a Dios que fuera de su agrado librarme de esta tentación; y tanto se lo pedí que al final tuvo piedad de mí, y que quitó aquellas ternuras excesivas por mis parientes; y aunque hayan pedido limosna, y lo estén todavía, el buen Dios me ha hecho la gracia de encomendarlos a su Providencia, y estimarlos más dichosos que si estuvieran bien acomodados.”

Des este viaje a su muerte, Vicente no volvió a ver ya más que aun solo miembro de su familia, a un sobrino que, demasiado joven sin duda, y con la esperanza de hacer recaer sobre él alguna de las liberalidades que sabía que se repartían profusamente a extranjeros, había acudido desde el fondo de sus landas a París. Vicente vivía entonces en el colegio de los Bons-Enfants. Estaba en su habitación cuando el portero vino a anunciarle que un campesino bastante más vestido que decía ser su sobrino pedía hablarle. Fatal fermento de la levadura original del orgullo en los más humildes. Vicente mismo enrojeció primero y rogó a uno de los suyos que fuera a recibir al joven campesino. Pero se avergonzó pronto por haber enrojecido y, bajando él mismo, se fue hasta la calle donde su sobrino se había quedado, le abrazó tiernamente, le tomó de la mano y lo introdujo en el patio del colegio. Luego mandó llamar, a toque de campana, a todos los sacerdotes de su Compañía y, presentándoles al campesino confuso: “Señores, dijo, vean al más honrado de mi familia⁷. Mi sobrino, añadió volviéndose hacia el joven, salude a estos señores”. Y durante todo el día le presentó de la misma forma como a un personaje, siempre vestido a la usanza de su región, y a todos los visitantes de condición que llegaron a San Lázaro. Pero el remordimiento de un ataque de falsa vergüenza quedaba dentro de su corazón. Fue una necesidad para él liberarse en el primer retiro que hizo con los suyos. “Señores y hermanos míos, dijo públicamente, rogad por un orgulloso que quiso mandar subir secretamente a su habitación a su sobrino porque era aldeano y mal vestido.” En cuanto al propio sobrino, debió regresar como había venido, a pie y con diez escudos tan sólo para hacer su largo viaje. También esta vez Vicente había recibido esta módica suma de la marquesa de Maignelais ; única limosna que haya pedido nunca para su familia. Más tarde, tuvo remordimientos por haber mantenido a su sobrino algunos días en San Lázaro, y pidió perdón de rodillas por haberle dado a comer el pan de los pobres⁸.

A pesar del escaso éxito de este viaje, algunos años después, uno de sus hermanos, el padre tal vez del joven, tuvo la idea de tentar a su vez la suerte. Acababa de perder un proceso ruinoso y venía a ver si levantaba sus negocios. Pero en una carta de 29 de agosto de 1635, escrita el Sr. de Fontenay, Vicente después de agradecerle lo que había hecho por su hermano con ocasión del proceso se apresuró a añadir: “Y por lo que se refiere a su venida a verme, os suplico, señor, que se lo quitéis de la cabeza, ya por su avanzada edad, ya porque aunque venga no podría darle nada, no disponiendo de nada para darle.”

Esta visita de su sobrino trae a la memoria un hecho de su infancia que contó en su avanzada edad a la presidenta de Lamoignon. Un día que hacía con ella una peregrinación a San Fiacre, en los alrededores de Meaux, a ocho leguas de París, la conversación recayó sobre las virtudes del santo que iban a venerar. “Era un hombre muy humilde, dijo Vicente, y yo no soy más que un

⁷ Se sabe que *honrado*, la lengua de la época, es sinónimo de *honorable*. –Carta de Humberto Ancelin, antiguo obispo de Tulle, a Clemente XI del 18 de julio de 1705.

⁸ Rept. de or. Del 14 de marzo de 1656.

orgullosos y un pecador. Recuerdo que una vez en el colegio donde estudiaba vinieron a decirme que mi padre, que era un pobre aldeano, preguntaba por mí. Me negué a ir a hablarle, con lo que cometí un gran pecado.” –“Es el más grande, creo, añadí al contar este dato la señora de Lamoignon, que él haya cometido en toda su vida.” Admirable virtud de este anciano que, recomendable por entonces por su reputación de santidad y sus cargos, encontraba medio de hacer dos actos de humildad a la vez, confesando la falta de su juventud y recordando su humilde origen⁹.

Capítulo Segundo: Primeros estudios y entrada en el clericalo. Estudios teológicos. Sacerdocio y primera misa.

I. Primeros estudios y entrada en el clericalo. Nos hallamos lejos del tiempo en que dejamos al humilde chico cuidando de su rebaño mientras que se padre meditaba sobre el destino que debía darle. Decidido al fin a dedicar a su hijo a los estudios, Guillermo de Paúl buscó maestros por los alrededores de su pueblo. Los maestros no eran raros entonces en la sociedad cristiana; y, a pesar de los estragos del protestantismo, se alzaban todavía por todas partes monasterios donde hombres, renunciando a los disfrutes de la familia natural, se creaban por la caridad y el celo una familia una familia de adopción y se entregaban a la educación pública. Acqs, la ciudad vecina, la ciudad episcopal, poseía entre otros, un convento de franciscanos, que reunía a un cierto número de niños para formarlos en la ciencia y en la piedad. Estos humildes amigos del pueblo fijaron la elección de Guillermo por la similitud y la simpatía de la pobreza y con ellos dejó a su hijo bajo la protección de uno de sus parientes. A estos pobres religiosos, ridiculizados tan a menudo por la filosofía llamada humanitaria, debemos tal vez el amigo de los pobres y el héroe de la humanidad; pues, excepto ellos, ¿quién habría podido recibir al joven pastor por sesenta libras de pensión al año, la suma más alta que pudiera dar esta familia de labradores? Vicente no tardó en pagar su pensión y en agradecer la generosidad de sus maestros de una manera más noble: por su piedad, su sabiduría, la pureza angelical de sus costumbres, y también por su ardor en el trabajo y los progresos rápidos que hizo en los primeros estudios de gramática y latín. Era en 1588, y el joven Vicente de Paúl tenía unos doce años. Probablemente no poseía los menores elementos de las letras y no sabía leer ni escribir cuando entró en los franciscanos de Acqs, y cuatro años después era capaz de instruir a los demás. Orgullosos de un alumno semejante, los franciscanos en sus recorridos de caridad por la ciudad, se complacían en difundir los elogios de este modelo de los escolares y le nombraban en todas partes por su virtud y su inteligencia. Impresionado por una fama así, de Commet, abogado distinguido de la ciudad de Acqs, y juez al mismo tiempo de la parroquia de Pouy, se informó con el padre guardián de los franciscanos y, con el testimonio favorable que recibió, no dudó en proponer al joven escolar la instrucción de sus dos hijos. Vicente aceptó un puesto que iba a procurarle los medios de descargar enteramente a su pobre familia, sin perjudicar en nada ni a su piedad ni a sus estudios. Como la casa de Commet se distinguía entre todas por su virtud, y el caritativo abogado, al introducir en su casa al joven Vicente, no quería sacrificar al bien de sus hijos el porvenir de su preceptor.

⁹ *Proc. ne peraeant prob.*, fol. 916, verso, et fol. 917.

Efectivamente, Vicente pudo continuar sus estudios en Acqs durante cinco años más, y con todo no abandonó ni el cuidado de sus alumnos ni su progreso en la piedad. De esta suerte, por su celo, su modestia, su prudencia prematura, se convirtió para toda aquella familia en motivo de edificación de lo que conservó siempre un agradecido recuerdo.

al ver cómo trabajaba el joven apóstol, de Commet creyó ver apuntar una lámpara que no debía quedar ya más tiempo debajo del clemín de oscuras funciones, y que estaba llamada a brillar, para iluminación de todos en el candelero de la Iglesia. Animó pues a Vicente a consagrarse a Dios en el estado eclesiástico. La humildad del joven estudiante se alarmó en un principio, pero sentía un profundo respeto por el juicio del Sr. de Commet a quien llamaba su segundo padre; y, además, sus maestros y sus guías espirituales tranquilizaban unánimemente su conciencia. Se inclinó pues ante sus consejos tan numerosos como ante la voz de Dios, y el 2º de diciembre de 1596, a sus veintiún años, recibió la tonsura y las órdenes menores en la iglesia colegial de Bidache, en la diócesis de Acqs, de las manos del Sr. Salvat Diharse, obispo de Tarbes, con una dimisoria del capítulo de Acqs, cuya sede estaba entonces vacante.

II. Estudios teológicos. Vicente acababa de tomar al Señor por la parte de heredad y de su cáliz: compromiso sagrado con el que su corazón ratificaba con amor la fórmula pronunciada por sus labios, de la que toda su vida ha sido el invariable cumplimiento! Dios en los pobres, en los ignorantes, en todos los desdichados. Él ya no querrá bien pronto otra familia ni otro patrimonio. Él dejaba poco en apariencia, pero este poco era todo, como la barca y las redes dejadas por los apóstoles para servir al Salvador. Mucho más, se dejaba a sí mismo, y renunciaba ya a todas las ventajas que la Iglesia podía ofrecer entonces a una legítima ambición. Creyó incluso escuchar las antiguas palabras dirigidas al padre de los creyentes: “Sal de tu país y de la casa de tus padres;” y él los dejó, en efecto, para no permanecer mas con ellos, para no hacerles más que la breve visita ya referida. Mitad fe y ternura de padre, mitad cálculo de cabeza de familia, Guillermo de Paúl consintió en el alejamiento de su hijo; vendió incluso un par de bueyes para darle un ligero viático, y Vicente partió para Toulouse donde debía hacer sus estudios de teología. ¿Precedió o siguió la estancia en Toulouse a un viaje a Aragón? No se sabe. Siempre se asegura que Vicente estudió algún tiempo en la universidad de Zaragoza. Pero su permanencia allí no fue larga. La universidad de Zaragoza, como todas las universidades de España, estaba entonces dividida por las querellas sobre las relaciones de la naturaleza y la gracia. Vicente, que sintió siempre por la discusión un horror natural, se dio prisa en marcharse de este campo de batalla donde la fe con frecuencia, a caridad siempre, recibe alguna lesión. Hombre de obediencia y de amor huía de todo lo que dividía a las inteligencias y podía amargar los corazones; no porque su espíritu y su ciencia fueran incapaces, como se ha dicho, de desenmarañar la verdad del error en aquellas cuestiones sutiles, de brillar incluso con ventaja; pero él prefería entregarse por la sumisión a los decretos de la iglesia y un vano triunfo de disputador le parecía un alto precio por la humildad y la caridad lesionadas. Además, al huir de Zaragoza y de las discusiones teológicas no hacía más que obedecer de alguna manera la voluntad de la Santa Sede. El mismo año quizás que dejó España, Clemente VIII, informado por el gran inquisidor de la lucha encarnizada de los teólogos,

impuso silencio a las partes, se reservó el proceso, y sometió todos los documentos a las célebres congregaciones llamadas de Auxiliis que se abrieron el 2 de febrero de 1598. Pues, es en 1597 cuando encontramos a Vicente en Toulouse, donde va a comenzar o a reemprender sus estudios teológicos.

Puso en ellos el mismo entusiasmo que en los estudios primarios de Acqs y debió comprar la perseverancia y el éxito con el mismo trabajo y las mismas privaciones. El pequeño peculio proveniente de la venta de los bueyes de su padre se había agotado muy pronto, y le repugnaba imponer a sus pobres padres nuevos sacrificios. Entonces pidió al tiempo de descanso los recursos necesarios para el tiempo de trabajo, y condenándose a nuevas fatigas durante las vacaciones, de las que las duras fatigas del año debían sin embargo hacerle sentir la necesidad, pudo ganar bastante para hacer frente a su modesta existencia.

A veinte kilómetros al nordeste de Toulouse se eleva la pequeña ciudad de Buzet, hoy en plena decadencia, pero a la sazón importante todavía, con su iglesia gótica y su castillo almenado que dominaba, como una fortaleza, una vasta llanura. En la época de Vicente de Paúl tenía por señor a Hébrard de Grossolles, segundo del nombre, barón de Montastruc y de Flammarens. De su matrimonio con Brandelèse de Narbonne, Hébrard había tenido tres hijos: Margarita, Renaud y Juan. Es probable que fuera para la educación de estos dos hijos para lo que llamaron a Vicente a Buzet en el verano de 1598 y los años siguientes¹⁰. Pero a los dos hijos de Hébrard de Grossolles se unieron pronto un gran número de hijos de condición, de manera que el hijo del labrador de Pouy se vio en poco tiempo a la cabeza de una especie de pensión muy aristocrática. En efecto, su reputación de virtud y de capacidad atrajo muy pronto alrededor de él a todo lo que la nobleza de la provincia tenía de mejor y más distinguido. ¡Algo maravilloso que este aldeano haya educado siempre a los hijos de los mayores señores! Se había estrenado, es cierto, con los dos hijos del abogado de Commet; pero, ¡qué distancia ya entre estos muchachos y el joven que, ayer como quien dice, conducía un rebaño! Hoy, le vemos en casa del señor de Buzet, ¡y pronto entrará en la ilustre casa de Gondi! Dios le hacía de este modo recorrer toda la jerarquía social empezando por los escalones inferiores hasta los grados aristocráticos más altos, hasta el mismo trono, para que este hombre, destinado a ser la providencia universal de su siglo, descubriera en todo lugar las llagas que debía curar, las necesidades que debía aliviar; le colocaba sucesivamente en relación con la extrema indigencia y la extrema riqueza para poder un día servirles de lazo de unión por su caridad.

Entre los alumnos de Buzet se ha de contar a los dos pequeños sobrinos de Juan de La Valette, aquel heroico gran maestro de la orden de San Juan de Jerusalén, el duque de Épernon, pariente próximo de estos dos jóvenes señores, y cuyos dos hijos, el duque y el cardenal, ilustraron también el nombre de La Valette, fue testigo del celo y de la sabiduría de Vicente en la educación de sus alumnos, y abrigó hacia él una profunda estima. Disfrutando de poder en la corte en los últimos años de Enrique IV, y sobre todo durante la regencia de María de Médicis, quiso procurar un obispado al humilde eclesiástico de Buzet, cuya reputación y obras habían experimentado en el intervalo un

¹⁰ *Pélerinage à Notre-Dame de Grâce en l'honneur de saint Vincent de Paul*, por el Sr. Justin Maître, sacerdote de la diócesis de Albi. (In-18. Paris et Toulouse, 1856).

prodigiosos incremento. Pero Vicente estaba lejos de querer aceptar esta dignidad eminente. Además, , todos sus créditos los tenía depositados en los pobres, y junto a los grandes a quienes había servido, no se había reservado más que el derecho de interceder por ellos.

Acabadas las vacaciones, Vicente pensó en volver a sus estudios de teología. Pero sus alumnos no queriendo dejarle, y él mismo siempre en el desprendimiento, debió llevárselos con él a Toulouse. Maestro y discípulo a la vez, ¿cómo conciliar los deberes de su cargo con el cuidado de sus estudios personales? Se lo quitó a su sueño, recortó sus recreaciones y, enfrentándose así a todo, pudo instruir a los demás sin cesar de instruirse a sí mismo. Realizó siete años de teología, cuyas cartas certificatorias, fechadas el 12 de octubre de 1604, existen todavía; después de lo cual, una vez recibido bachiller en teología, tuvo el poder de explicar, y explicó en efecto el segundo libro de Pedro Lombardo, llamado el Maestro de las sentencias. Por eso, sin duda, los autores de la Gallia Christiana, en el catálogo de los abates de San Leonard de Chaume, abadía que poseyó Vicente de 1610 a 1616, le dieron el título de doctor en teología. Tenemos todavía sus cartas de bachiller y las que le autorizan a explicar al Maestro de las sentencias, pero no sus cartas de doctor. Puede ser que en su humildad, las haya destruido; lo más probable es que esta misma virtud, su virtud favorita, le prohibió aspirar a este título honorífico. También es cierto que el derecho de enseñar no suponía necesariamente el doctorado a principios del siglo XVIII; bien al contrario era el doctorado el que presuponía la enseñanza, ya que no era conferido más que a los bachilleres de una capacidad reconocida quienes, con el título sea de baccalarii biblici, sea de baccalarii sententiarum, habían explicado las santas Letras o al Maestro de las sentencias.

Pero no necesitamos de sus cartas de doctor para defenderle de las acusaciones de ignorancia que le han lanzado los escritores del jansenismo, con el propósito manifiesto de disminuir la autoridad de su fe y de su virtud. Pretendían tomarse en serio la profesión de humildad de Vicente, que no se llamaba más que un pobre escolar de cuarto. Pero dieciséis años de estudios, de los que siete de estudios teológicos, debían colocarle, aún con capacidad mediocre, al menos al nivel de los famosos solitarios, con las religiosas de Port-Royal, bastante hábiles sin embargo o bastante testarudas para disputar contra Bossuet y contra el papa. ¿Qué será de un hombre dotado de una capacidad más que ordinaria, se quien tantas obras maravillosas, apenas soñadas por los más hermosos genios, rinden un testimonio tan deslumbrador; de un hombre a quien la virtud hacía una ley imperiosa del trabajo y de la ciencia? Es este hombre sin embargo, venerado de todo lo que su siglo poseía de más grande y de más santo, de más ilustre y más esclarecido, a quien se presentía como a quien nunca había comprendido, como incapaz de comprender las disputas del tiempo y defensor de la fe de la Iglesia por la sencillez y la ignorancia! Es verdad que a los ojos de estos nuevos doctores, “no era suficiente para ser sabio, como decía Racine¹¹, haber estudiado toda su vida, haber leído a todos los autores; era preciso haber leído a Jansenio, -lo que probablemente Vicente no había hecho.- y no haber leído las proposiciones,” que se contentaba con leer los decretos de Roma. –Pero

¹¹ Cartas del autor de las *Hérésies imaginaires*.

dejemos todas estas discusiones que deberemos retomar más tarde, y que sea suficiente haber colocado aquí una adaraja.

III. Sacerdocio y primera misa. La ciencia hinche, y el estudio, incluso el estudio religioso, reseca. Contra la hinchazón, Vicente tuvo siempre un remedio en su humildad y en sus hábitos piadosos, su caridad innata, entretuvieron constantemente la unción de su corazón. No había aprovechado menos en la santidad que en la ciencia, cuando debió recibir las órdenes sagradas. El subdiaconado el 19 de setiembre de 1598, y el diaconado tres meses después, el 19 de noviembre, en la iglesia catedral de Tarbes, de las manos de Mons. Diharse, obispo de esta iglesia, con una divisoria otorgada, para la primera de estas dos órdenes, por Guillaume de Massiot, bachiller en derecho pontificio, canónigo de la iglesia catedral, y vicario general de Acqs, sede vacante en la fecha del 10 de setiembre de 1598, y otra divisoria para el diaconado, con fecha del 11 de diciembre del mismo año, entregada por el mismo de Massiot, en nombre del R. P, en Dios Jean-Jacques du Sault”, obispo de Acqs. El mismo Jran-Jacques du Sault ,e había otorgado, el 13 de setiembre de 1599, una divisoria para el sacerdocio; pero quiso prepararse un año más y no la recibió hasta el 23 de setiembre de 1600: le fue conferido por Francisco de Boueille, obispo de Périgeux en la iglesia de su castillo episcopal¹² de Saint-Julien. Muerto tan sólo el 27 de setiembre de 1660, Vicente comenzaba un largo periodo de sesenta años de sacerdocio, lleno de las obras que apenas se encontrarían en un espacio de varios siglos de los más fecundos de la historia de la Iglesia.

Su excelente padre había muerto a comienzos del año 1598, antes de ver realizadas sus esperanzas, y ni la elevación de su hijo querido al sacerdocio. Pero, al morir, no renunció ni a su ternura, ni tal vez a sus sueños, y en su testamento del 7 de febrero de 1598 ordenó que se hicieran toda clase de sacrificios para proveer a los estudios de Vicente. Por lo demás, él mismo proveía lo mejor posible dejando para el provecho de aquel hijo privilegiado todas las disposiciones testamentarias que le permitía la justicia. Creía sin duda colocar así a altos intereses que redundarían más tarde a su familia. Sólo la Iglesia y los pobres se beneficiaron de sus sacrificios, pero tuvo el mérito ante Dios de preparar por su parte al mejor sacerdote del siglo. ¡Gracias a este buen anciano!

En cuanto a Vicente, al rechazar el legado paterno y dejando íntegramente a su madre y a sus hermanos su módica herencia, pagó su deuda filial con sus lágrimas y sus oraciones y, cuando le fue permitido, ofreció por el alma de su padre el santo sacrificio. Se ha discutido mucho sobre el día y el lugar de su primera misa. El día no se conocerá probablemente nunca; en cuanto al lugar, no se podría dudar ya que sea la capilla de Nuestra Señora de Gracia de Buzet, en la diócesis de Albi.

Situada a la orilla derecha del Tarn, esta capilla corona el puente más elevado de una larga serie de colinas cuyas últimas ondulaciones van a morir al borde del río. De allí se descubre el vasto horizonte de los valles del Tarn y del Agout. En tiempo de Vicente de Paúl la capilla sólo era un rectángulo con muros de adobe de doce metros de longitud por cinco de ancho y cuatro de elevación, coronado de un campanario en abanico destruido por la Revolución. En el

¹² Esta iglesia, entonces capilla episcopal, es ho la iglesia parroquial de Château l'Éveque, cerca de Périgeux.

exterior ninguna arquitectura; en el interior, ninguna decoración más que un sencillo altar dominado por la imagen de María. Su único encanto, encanto natural, era su sitio en esta elevación, en medio de espesos bosquecillos de madera restos de antiguos bosques, y regados, a derecha y a izquierda, por dos frescos riachuelos. Pero a pesar de su pobreza era una cita célebre de devoción. Fundada por los benedictinos de la abadía de Conques, probablemente como lugar de descanso y de oración en sus trabajos lejanos a través de los bosques, había sido conservada, después de la venta y de la transformación del monasterio para servir, como anejo de Conques, de iglesia parroquial al pueblecito vecino. A partir de entonces se había convertido en meta de numerosas peregrinaciones.

Durante su estancia en Buzet, Vicente no podía dejar de acudir a este lugar venerado, unido a la ciudad por un puente sobre el Tarn. No era ya entonces más que una capilla votiva. Pero era pobre, dedicada a María. Dos atractivos para su piedad. Por otra parte sus mismas ruinas le recordaban a nuestra Señora de Buglosse, cuyos restos había pisado tantas veces en las landas de Pouy. También le servía de visita en los paseos con sus alumnos, y la tradición muestra todavía el sendero que llevaba allí.

Es igualmente una tradición de la ciudad de Buzet que señala como lugar de celebración de su primera misa, “una capilla de la Santísima Virgen, que se encuentra al otro lado del Tarn, en lo alto de una montaña, y en los bosques.” Así lo expresa Mollet. Se lee el mismo testimonio en una historia de san Vicente de Paúl publicada con ocasión de un proyecto de erección de su estatua en el Louvre, en 1787, por un canónigo de Nuestra Señora de París. El Sr. abate Maffre, historiador de la peregrinación a Nuestra Señora de Gracia, dice haber visto un grabado muy antiguo, que forma parte de una colección que representa los principales actos de la vida del santo. Pues bien, Vicente aparece en primer plano, ofreciendo el santo sacrificio en una humilde capilla rodeada de bosques. Una estatua de la <virgen domina el altar pobre y desprovisto; al pie hay un sacerdote asistente con un solo acólito. Debajo del grabado se lee: “San Vicente de Paúl dijo su primera misa en una capilla de la Santísima Virgen que está al otro lado del Tarn, en lo alto de una montaña y en los bosques; escogió este lugar solitario para tener el divino sacrificio con menos ruido y en el más profundo recogimiento, asistido tan sólo, según la costumbre, por un sacerdote y un clérigo para servirla. ¡Ojalá este ejemplo encontrara imitadores!”

Este grabado es evidentemente posterior a la obra de Collet, pues la leyenda, incluido el voto que la termina, está sacada casi textualmente de ella. Mollet mismo no hacía sino repetir las palabras de san Vicente de Paúl referidas ya por Abelly: “Se le oyó decir, escribe el viejo historiador, que sentía tal aprensión por la majestad de esta acción toda divina, que se ponía a temblar; y que, no teniendo el valor de celebrarla en público, escogió antes decirla en una capilla retirada, asistido sólo de un sacerdote y de un sirviente.”

Nos vemos pues reducidos siempre a una tradición y a algunas confesiones escapadas a san Vicente de Paúl, al decir su primer historiador. Pero si acercamos estas dos manifestaciones al testimonio tradicional, resulta una demostración perentoria a favor de Nuestra Señora de Gracia; ya que esta capilla, a exclusión de toda otra, reúne los caracteres tradicionales, como se puede juzgar comparando la descripción que hemos hecho con las palabras bien de la tradición bien de Vicente, referidas por Mollet y Abelly. Es en Buzet,

evidentemente, donde Vicente de Paúl debió decir su primera misa, ya que le retenían allí todavía sus funciones de preceptor y por sus estudios de teología que se prolongaron otros cuatro años. Y como no puede ser ni en la iglesia parroquial, ni en alguna capilla de los alrededores otra que Nuestra Señora de la Gracia, puesto que ésta, otro dato más, responde sola a las señas de la tradición.

Esta tradición, que no se explicaría sin la realidad del hecho, no es solamente antigua, es constante y se prolonga hasta nosotros. Hoy todavía hay unanimidad de testimonio entre los habitantes de Buzet, unanimidad que estalla cada año, el 19 de julio, día de la fiesta de san Vicente de Paúl y que se relaciona con el tiempo de la canonización. El Sr. Arnaud Fauré, nacido en 1798, había vivido hasta la edad de trece años con su abuelo, nacido en 1729, año de la beatificación de Vicente de Paúl. En presencia del párroco de Grazac, declaró bajo juramento que su abuelo le decía, mostrándole a Nuestra Señora de Gracia: "Hijo mío, un gran santo dijo su primera misa en esta capilla." En el mismo sentido habló, en 1815, un confesor de la fe, el abate de Boyer, predicando el panegírico de san Vicente de Paúl, en la capilla del hospicio de Albi: "Nuestra diócesis, dijo, será siempre feliz y orgullosa de poseer el humilde santuario en el que Vicente de Paúl celebró su primera misa." Y otro confesor de la fe, el abate Roux, predicando en la capilla misma de Nuestra Señora de Gracia, exclamó: "Alzo mi voz, muy glorioso y muy confuso por haber celebrado el divino sacrificio en el mismo altar en el que san Vicente de Paúl lo ofreció por primera vez. El abate Roux hablaba así en 1825, el día de la inauguración del culto de san Vicente de Paul en Nuestra Señora de Gracia. el honor que había dado el santo al humilde santuario escogiéndole para su primer sacrificio había durado mucho tiempo, a pesar de la tradición perseverante, tan oscura como el santuario mismo. Este santuario, la Revolución iba a destruirlo, cuando fue comparado por el Sr. Arnaud Fauré, hijo de aquél cuyo testimonio oíamos hace un momento. Bajo la Restauración se hicieron algunas reparaciones urgentes, que prepararon la inauguración de 1825. desde entonces los honores y los bienes le llegaron de todas partes. En 1837, recibió del superior de los Lazaristas una reliquia de san Vicente de Paúl y, en 1835, la Santa Sede le enriqueció con indulgencias. El 2 de julio de 1851, vio desplegarse por la colina una solemne peregrinación, a la cabeza de la cual iba el Sr. Étienne, escoltado por su doble familia de Misioneros y de Hijas de la Caridad que le traían ricos presentes. Pronto fue restaurado y agrandado. No obstante se conservaron las viejas murallas y todo lo que podía tenerse en pie de la capilla primitiva. El mármol y el oro, en efecto, habrían hablado menos elocuentemente al corazón que estas viejas paredes cimentadas por dos siglos y medio de piadosos recuerdos, y sobre todo habrían recordado con menos verdad la memoria del pobre sacerdote y del sacerdote de los pobres.¹³

Así, salido de una aldea y de las ruinas de una capilla para comenzar sus primeros estudios, sucedía que de un pueblo y de una capilla en ruinas partía otra vez Vicente de Paúl para comenzar el ejercicio de su sacerdocio, dignos principios de quien debía caminar tan fielmente por las huellas del Dios salvador, salido de la más pequeña de las ciudades de Judá y de un establo!

¹³ *Pèlerinage à Notre Dame de Grâce en honneur de Saint Vincent de Paul*, por el Sr. Justin Maffre. (In-18. Paris et Toulouse, 1856.)

Capítulo Tercero: Cautividad en Túnez y cartas de Vicente sobre este asunto. Historia y discusión de estas cartas. Estancia en Roma y misión a París.

I. Cautividad y cartas. Sin embargo, a pesar de una ausencia de varios años, los superiores eclesiásticos de Vicente no le habían perdido de vista; y, apenas fue sacerdote, pensaron en confiarle un cargo pastoral. Por la recomendación de su amigo de Commet y más aún de sus méritos reconocidos, fue nombrado a la parroquia de Tilh, una de las mejores de la diócesis de Acqs. Pero se la disputó un competidor llamado Soubé, que la había conseguido en la curia de Roma. Para hacer valer sus derechos habría hecho falta pleitear, y Vicente sintió siempre hacia los procesos un horror del que su vida ofrecerá suficientes testimonios. Con mayor razón le habría repugnado inaugurar con un proceso su ministerio sacerdotal. Además al tomar posesión de una parroquia, habría tenido que renunciar a sus queridos estudios, y él quería proseguirlos. Se apresuró pues a enviar un desistimiento que le permitía seguir varios años más en la universidad de Toulouse.

Acabada por fin su carrera de teología, partió algunos meses después para Burdeos. ¿Cuál fue el motivo de este viaje? Vicente no se explicó más de los principales actos de su vida, sobre todo de los que podían redundar en su alabanza. Pues bueno, tal era probablemente el viaje de Burdeos. Va a decirnos tan sólo enseguida que se trataba de un asunto que requería “grandes gastos”, y “que mi temeridad, añadirá él, no me permite nombrar.” Mollet ha supuesto con el autor del Compendio italiano de su Vida, que tuvo en Burdeos una entrevista con el duque de Épernon, quien necesitaba de su consentimiento para procurarle una de las altas dignidades de la Iglesia. Es posible que el duque de Épernon no se encontrara en Burdeos en 1605, aunque no haya sido gobernador de Guyenne hasta quince años más tarde; es posible también que sea en esta circunstancia cuando haya querido testimoniar al santo sacerdote su estima por el don de un obispado; pero no hay lugar, en todo este asunto, más que a conjeturas muy poco verosímiles. Lo que es seguro es que Vicente, en aquella época no andaba lejos de aceptar algún beneficio.

Apenas retornó a Toulouse, debió emprender un segundo viaje, cuya causa primera fue bien ordinaria y pequeña, pero cuyo resultado destaca entre las circunstancias más decisivas de su vida. Aquí, en particular, la Providencia lo hizo todo para prepararse a su futuro apóstol.

Llegaba a Toulouse cuando se enteró de que una persona de piedad y de condición, quien desde hacía tiempo admiraba su virtud, le había escogido como heredero. Desprovisto de todo en esa época, y muy resuelto a no deducir nada de los bienes de su familia, creyó que el Dios de misericordia le enviaba esta ayuda, y que estaba en la obligación de aceptarla. Entregándose a pesquisas de legatario, reconoció que le correspondían mil doscientas o mil quinientas libras de un hombre que, para escapar a su deuda, se había fugado a Marsella. Se trasladó allí. El deudor había hecho algunos adelantos en el comercio y se hallaba en buena situación de pagar. Pero Vicente, que sabía combinar siempre la misericordia con la justicia, se contentó con trescientos escudos –un escudo, tres libras-. Trescientos escudos, por otra parte, era una suma superior a cuanto había poseído nunca, mucho mayor de lo que había

deseado en sus sueños más ambiciosos, si sus sueños se hubieran dirigido hacia la riqueza.

Se disponía a regresar por tierra a Toulouse, como había venido, con el pequeño tesoro, cuya distribución hacía ya su ingeniosa caridad, cuando un gentilhomme del Languedoc, con quien estaba alojado, le invitó a emprender con él la vía del mar hasta Carbona. Era el mes de julio; la estación magnífica; la mar calma y transparente, y en un día se llegaba al término. Menos tiempo con menos gasto, era doble ganancia. Los atractivos de un viaje así, y la Providencia que le empujaba también, acabando por ganarle, Vicente se embarcó.

¿Para qué vamos a sustituir por más tiempo a nuestro sacerdote? Tenemos toda la narración de este extraño viaje escrita de su puño y letra. Como lo veremos inmediatamente, no es culpa de su humildad si ha llegado hasta nosotros; pero ya que tenemos la suerte de poseerla, citémosle con escrupulosa exactitud, respetando hasta la vieja ortografía. Nada podría reemplazar a esas ingenuas y emocionantes palabras:

“Señor,

[Hace dos años, al contemplar (versión Sígueme, Salamanca 1972) los favorables progresos de mis asuntos, cualquiera hubiera podido decir que la fortuna, en contra de mis méritos, se afanaba en hacerme más envidiado que imitado¹⁴; por desgracia, eso no era más que para representar en mí su inconstancia y su capricho, convirtiendo luego su gracia en desgracia y su ventura en desventura.

Ha podido usted saber, por estar al tanto de mis asuntos, cómo encontré, a mi regreso de Bordeaux, un testamento hecho a mi favor por una buena señora anciana de Toulouse, cuyos bienes consistían en algunos muebles y unas tierras que la Cámara bipartita de Castres del había adjudicado por trescientos o cuatrocientos escudos que un bribón malvado le debía; para retirar una parte de ellos, me encaminé allí para vender dichos bienes, aconsejado de mis mejores amigos y de la necesidad que tenía de dinero para satisfacer las deudas que había contraído y los grandes gastos que suponía tendría que hacer para llevar a cabo el asunto que mi temeridad no me permite nombrar¹⁵.

Al llegar a aquel lugar, me encontré con que el bribón había abandonado su país, huyendo de una orden de captura que la buena mujer había conseguido contra él por esta misma deuda, y me advirtieron cómo realizaba buenos negocios en Marsella y que disponía de abundantes medios. Por lo cual mi procurador concluyó (tal como, en realidad, la naturaleza de mis asuntos requería) que debería encaminarme a Marsella, ya que él poseía en dicho lugar buenos recursos. No teniendo dinero para realizar el viaje, vendí el caballo que había alquilado en Toulouse, pensando pagarlo a mi regreso, que el infortunio ha ido retrasando hasta tal punto de que mi vergüenza es grande por haber dejado mis negocios tan embrollados: lo cual yo no hubiera hecho si Dios me hubiese concedido tan feliz logro en mi empresa como las apariencias me prometían. Partí, pues, con este propósito, atrapé a mi hombre en Marsella, le hice prender y me avine con él por trescientos escudos, que me pagó al contado. Estando a punto de partir por tierra, me animó un gentilhomme. Con

¹⁴ Alusión evidente al viaje de Burdeos. (Anotamos solamente las que aporta el texto original de Maynard).

¹⁵ Palabras citadas hace un momento.

quien me había alojado, a embarcarme con él hasta Narbona, viendo la bonanza del tiempo que hacía; lo cual hice por poder volver más pronto y para poder ahorrar o, por mejor decir, para no regresar nunca y perderlo todo.

El viento nos fue tan favorable como para poder llegar aquel mismo día a Carbona, que estaba a cincuenta leguas, si Dios no hubiese permitido que tres bergantines turcos, que costeaban el golfo de Lyon para atrapar las barcas que venían de Beaucaire donde se celebraban unas ferias¹⁶ que se cree son de las más hermosas de la cristiandad, cargasen contra nosotros y nos atacasen tan vivamente que, después de matar a dos o tres de los nuestros y herir a todos los demás, incluso a mí, pues recibí un flechazo que me habrá de servir de barómetro por el resto de mi vida, nos vimos obligados a rendirnos a aquellos felones, peores que tigres, cuyas primeras explosiones de ira consistieron en descuartizar a nuestro piloto en cien mil pedazos, por haber matado a un de los principales de los suyos, aparte de otros cuatro o cinco forzados que los nuestros les mataron. Hecho esto, nos encadenaron, después de habernos curado groseramente, siguieron su rumbo, cometiendo mil clases de robos, aunque dando la libertad, después de haberlos saqueado, a todos los que se rendían sin combatir. Y finalmente, cargados de mercancía, al cabo de siete u ocho días, se dirigieron a Berbería, antro y madriguera¹⁷ de ladrones, sin permiso del Gran Turco, en donde una vez llegados nos pusieron en venta, con el proceso verbal de nuestra captura, que ellos decían haber realizado en un navío español, ya que, sin esta mentira, hubiéramos sido libertados por el cónsul que el rey tiene allí para asegurar el libre comercio a los franceses.

Para proceder a nuestra venta, después de despojarnos de todo y dejarnos completamente desnudos, nos entregaron a cada uno un par de calzones, una casaca de lino y un bonete, y nos pasearon por la ciudad de Túnez, adonde habían ido expresamente para vendernos. Tras obligarnos a dar tres o cuatro vueltas por la ciudad, con la cadena al cuello, nos devolvieron al barco para que los mercaderes viniesen a ver quién es el que podía comer bien o no, y mostrarles cómo nuestras llagas no eran mortales; hecho esto, nos condujeron de nuevo a la plaza, adonde acudieron los mercaderes para visitarnos, lo mismo que hubieran hecho para comprar un caballo o un buey, haciéndonos abrir la boca para examinar nuestros dientes, palpando nuestros costados, sondeando nuestras llagas, y haciéndonos caminar al paso, y trotar y correr,, levantar luego cargas para ver la fuerza de cada uno, y otras mil clases de brutalidades.

Yo fui vendido a un pescador, que pronto tuvo que desprenderse de mí, por no haber nada tan contrario para mí como el mar; el pescador me vendió a un anciano, médico espagírico¹⁸, excelente destilador de quintaesencias, hombre muy humano y tratable, el cual, según me decía, había trabajado durante cincuenta años en la búsqueda de la piedra filosofal, siempre en vano en cuanto a la piedra, pero muy afortunadamente en otras clases de trasmutaciones de metales. Doy fe de que yo le vi muchas veces fundir juntas cantidades iguales de oro y de plata, disponerlas en láminas pequeñas, añadir luego una capa de cierta especie de polvo, encima una nueva capa de láminas, y luego otra capa de polvos, todo ello en un vaso o crisol como el que usan los orfebres en su fundición, tenerlo todo al fuego durante veinticuatro horas,

¹⁶ La había comenzado el 23 de julio.

¹⁷ *Spelunca*, caverna.

¹⁸ *Spagirite*, *spagirie*, del griego *spao*, extraer, antiguo nombre de la química.

abrirlo luego y encontrar la plata convertida en oro; y muchas más veces todavía le vi endurecer y solidificar el mercurio en plata fina que vendía luego para dárselo a los pobres. mi ocupación consistía en mantener el fuego en diez o doce hornos; en lo cual, gracias a Dios, yo no sentía más disgusto que placer. Él me quería mucho y le gustaba discurrir conmigo sobre alquimia y mucho más aún sobre su ley, a la que se esforzaba mucho en convertirme, prometiéndome grandes riquezas y todo su saber.

Dios mantuvo siempre en mí una esperanza de liberación, gracias a las asiduas plegarias que le dirigía a él y a la santa Virgen María, por cuya intercesión yo creo firmemente que he sido libertado. De este modo la esperanza y la firme creencia que tenía de volver a verle, señor, me hizo ser asiduo en rogarle que me enseñase el medio de curar el mal de piedra, en el que todos los días le veía hacer milagros; lo cual hizo, mandándome incluso preparar y administrar sus ingredientes. ¡Oh, cuántas veces he deseado haber sido esclavo antes de la muerte de su hermano y conmeceñas¹⁹ en hacerme bien, y haber tenido el secreto que ahora le envío, rogando a usted que lo reciba con tan buen corazón como es firme mi creencia de que, si hubiese yo conocido lo que le envío, la muerte no hubiese triunfado ya sobre él (al menos por este medio), aunque se diga que los días del hombre están contados ante Dios. es verdad: pero no porque Dios hubiese contado que sus días fuesen en tal número, sino que este número ha sido contado delante de Dios porque ha sucedido así; o, por decirlo con mayor claridad, él no murió cuando murió porque Dios lo hubiese previsto así o decidido que el número de sus días fuese tal, sino que Dios lo previó así y en número de sus días fue conocido que era el que era, por haber muerto cuando murió]

Estuve pues con aquel anciano desde el mes de setiembre de 1605 hasta el próximo mes de agosto, cuando fue tomado y llevado al gran sultán²⁰ a trabajar para él; pero fue en vano; porque murió de pena en el camino. Me dejó a un sobrino suyo, verdadero antropomorfito²¹, que me volvió a vender inmediatamente después de la muerte de su tío porque oyó decir que el señor de Brèves²², embajador del rey en Turquía, venía con buenas y expresas patentes del Gran Turco a reclamar a los esclavos cristianos. Me compró un renegado de Niza, en Saboya, malo por naturaleza, que me condijo a su temat: así se llama la finca que uno tiene como aparcerero del Gran Señor, ya que el pueblo no tiene nada, todo es del sultán. El temat de éste estaba en la montaña, donde el terreno es sumamente cálido y desierto. Una de las tres mujeres que tenía (como greco-cristiana, pero cismática) estaba dotada de

¹⁹ Es decir, que estaba con usted mi Mecenas, mi co-Mecenas, mi co-ptotector.

²⁰ Achmet I, que había sucedido a Mohamet III, su padre, en 1603, según Dom Calmet, en su *Abrégé chronologique*, y en 1604, según morera. En realidad, siguiendo al señor de Hammer (*Histoire de l'empire ottoman*), es a finales de 1603 cuando Achemet comenzó su reinado, habiendo muerto su padre el 22 de diciembre de aquel año.

²¹ Que da a Dios una figura humana.

²² François Savari de Brèves, nacido en 1560, muerto en 1628, uno de los más hábiles negociadores de los reinados de Enrique IV y de Luis XIII, fue agregado a la embajada de la Puerta desde 1582 y fue embajador en título de 1591 a 1605. –El rumor del que habla Vicente era fundado. El 20 de mayo de 1604, de Brèves había concluido entre Enrique IV y Achmet un tratado ventajoso para Francia; y un año después, partía de Constantinopla para hacer ejecutar en Túnez y en Argel las órdenes del Gran Señor para la liberación de los cristianos, y sobre todo de los Franceses, y para la restitución de los barcos y de los efectos tomados por los corsarios de Berbería. Lo logró en Túnez, con peligro de su vida; pero fracasó en Argel, donde casi es asesinado. (Véase el art *Brèves* en la *Bbiogra. Unive.* de Michaud; y *l'Histoire du règne d'Henri IV*, por M. Poirson, tom II, p. 237, in-8 ; Paris, 1856.)

buen entendimiento y me quería mucho, pero al final, aún más; otra, turca de nacimiento, que sirvió de instrumento a la inmensa misericordia de Dios para retirar a su marido de la apostasía y devolverle al seno de la Iglesia, y contribuyó a libertarme de la esclavitud. Curiosa por conocer nuestra manera de vivir, acudía todos los días a verme en el campo donde yo cavaba, y después me mandó cantar alabanzas a mi Dios. el recuerdo de Quomodo cantabimus in terra aliena de los hijos de Israel cautivos en Babilonia me hizo comenzar, con lágrimas en los ojos, el salmo Super flumina Babylonis y luego la Salve Regina y varias otras cosas; todo lo cual le gustó tanto que quedó grandemente maravillada. Por la tarde no dejó de decir a su marido que se había equivocado al dejar su religión, que ella creía sumamente buena, por la idea que yo le había dado de nuestro Dios y por alguna de sus alabanzas que yo había cantado en su presencia; por lo cual, decía, había tenido un placer tan divino que no creía que el paraíso de su padres y el que ella también esperaba fuese tan glorioso, ni acompañado de tanta alegría como el placer que había experimentado mientras yo alababa a mi Dios, concluyendo que había en todo ello cierta maravilla.

Esta otro Caifás²³ o burra de Balaam hizo con sus razonamientos que su marido me dijese al día siguiente que no esperaba más que una buena ocasión para escaparnos a Francia, y que en poco tiempo encontraría tal remedio que Dios sería alabado por ello. esos pocos días fueron diez meses en los que se entretuvo en estas vanas, aunque al final realizadas esperanzas, al cabo de los cuales nos escapamos en un pequeño esquife y llegamos el 28 de junio a Aigües-Mortes, y poco después a Aviñón, donde monseñor, el vicelegado²⁴, recibió públicamente al renegado con lágrimas en los ojos y sollozos en la garganta, en la iglesia de San Pedro, para honor de Dios y edificación de los espectadores. Monseñor nos ha retenido a ambos para llevarnos a Roma, adonde irá apenas venga su sucesor en el trienio²⁵ que él acabó el día de san Juan²⁶. Prometió al penitente hacerle entrar en el austero convento de los Fate ben fratelli²⁷, donde ya ha profesado, y a mí procurar que me concedan algún buen beneficio. Me hace el honor de estimarme mucho y de halagarme, por unos cuantos secretos de alquimia que le he enseñado, los que él estima, según dice, más que si yo le avesse dato un monte de oro²⁸, porque ha trabajado en ello durante toda su vida y no hay cosa en que encuentre mayor satisfacción. Monseñor, al saber que yo era eclesiástico, me ha ordenado que envíe a buscar los títulos de mis órdenes, asegurándome que me ayudará y me proveerá de algún beneficio. Estaba yo preocupado por encontrar un hombre de confianza para ello, cuando un amigo mío, de la casa de mi señor, me dirigió al señor Canterelle, dador de la presente, que iba a Toulouse, a quien rogué que se tomase la molestia de hacer una escapada hasta Dax para poder entregarnos la presente y recibir mis títulos indicados junto con los que obtuve

²³ En el relato de la pasión de Nuestro Señor, Caifás dice: “Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que os conviene que muera un hombre por el pueblo., y no que toda la nación perezca” Y el evangelista san Juan añade: “Esto no lo dijo por sí mismo; sino por ser pontífice de aquel año, profetizó que Jesús moriría por la gente...” (Jn, c. XI, v, 49-51.)

²⁴ Se llamaba Pierre Montorio.

²⁵ Término de tres años.

²⁶ El sucesor fue Joseph Ferreri, arzobispo de Urbino.

²⁷ *Haced el bien, hermanos.* –Nombre vulgar de un hospital dirigido por los Hermanos de San Juan de Dios. En este hospital murió el renegado convertido por san Vicente.

²⁸ *Como si le hubiera dado un monte de oro.*

en Toulouse de bachiller en Teología que os suplico le entreguéis. A este fin, envío a vuestra merced un recibo. El señor Canterelle es de la casa y tiene órdenes expresas de monseñor de atenerse fielmente a su encargo y de enviarme los papeles a Roma si hemos partido para entonces.

He traído dos piedras de Tiurquía que la naturaleza ha tallado en punta de diamante, una de las cuales le envío, suplicándole la reciba de tan buen grado como yo humildemente se la presento.

[Espero, señor, que ni usted ni mis padres se habrán escandalizado de mí por mis acreedores, a los que hubiera satisfecho ya en parte con cien o con ciento veinte escudos que nuestro penitente me dio, si no me hubieren aconsejado mis mejores amigos que los guardase hasta mi vuelta de Roma, para evitar los accidentes que por falta de dinero podrían acontecer (ahora que dispongo de la mesa y del aprecio de monseñor); pero creo que este escándalo se trocará en bien.]

[He escrito al señor d'Arnaudin y a mi madre. Ruego a usted que les haga sacar mis títulos por alguna persona a quien pagará el señor Canterelle. Si por casualidad mi madre hubiese perdido los títulos, estarán además, de todos modos, en poder del señor Rabel.]

[Sin otra cosa más que rogarle continúa concediéndome su santa afecto, quedo, señor, humilde y obediente servidor de vuestra merced.]

“DePaul.”

En Aviñón, 24 de julio de 1607.

Dirección: al señor de Comet, abogado en la Corte presidencial de Dax, en Dax.

II. Historia y discusión. Esta carta, escrita “en Aviñón el 24 de julio de 1607”, iba dirigida “a monseñor, señor de Comet, abogado en la corte presidencial de Dax en Dax.” Era de Commet el joven, hermano del abogado que había sido el primer protector de Vicente, y a quien Vicente había querido tan tiernamente, que acababa de morir de la piedra. Con aquel estilo envejecido e incorrecto, se revela, además de una piedad y una caridad emotivas, un verdadero talento de narración pintoresca y dramática. Vicente había escrito esta carta, no para satisfacer la necesidad de gloriarse, ni siquiera de rogar a de Commet que le enviase sus cartas de ordenación y de grados que iba a necesitar en Roma. Y como su larga ausencia y el rumor vago de los peligros que había corrido habían puesto a todos sus amigos en alarma, creyó deber entra, para tranquilizarlos, en estos detalles sobre su esclavitud. De esa manera también, encontraba ocasión de dar gloria a Dios y a la virgen María, a quienes solamente él atribuye su liberación, y defender la causa del renegado convertido. Ya que si, en esta narración todo inspira por naturaleza la más viva simpatía, es de notar que ni una sola palabra resulta directamente en su honra. Así no es sólo la impresión del canto de los salmos para una musulmana, ni las conversaciones de esta mujer con su marido, si tampoco un relato que Vicente le había hecho de nuestro Dios, los que sacaron tan maravillosamente al renegado de su apostasía; necesitó al santo sacerdote de otros esfuerzos de apostolado, de los que su humildad nada nos dice, para convertir a su amo, y traerse de Túnez este trofeo vivo de su victoriosa cautividad.

Trascurrieron más de cincuenta años. En 1658, un gentilhombre de Dax, llamado Dages y sobrino del canónigo de Saint-Martin, encontró esta carta entre papeles de familia. Conociendo la relación estrecha de su tío con Vicente,

se la dio como un regalo agradable. Por su parte, al canónigo Saint-Martin le faltó el tiempo para enviar una copia a Vicente, creyendo darle una satisfacción al acercarse a la ancianidad a este recuerdo de sus jóvenes años. Saint-Martin mismo, a pesar de un largo trato con Vicente, no había calibrado aún toda la profundidad que no buscaba en sus recuerdos más que nuevas humillaciones, o un medio para atraerse el desprecio de los hombres. A la vista de este monumento de su gloriosa esclavitud, Vicente enrojeció y se apresuró a sepultarlo en las llamas. Pero no era más que una copia, el original seguía en manos extrañas que podían servirse de él como de una pieza de convicción contra él, cuando quisiera, según su costumbre, publicar y exagerar sus miserias y su nada. Escribió pues a Saint-Martin para suplicarle que le enviara su misma carta. El canónigo abrió finalmente los ojos y, entreviendo el pensamiento de humilde amigo, no se apresuró en obedecer a esta petición. Durante más de un año Vicente insistió una y otra vez y, seis meses antes de su muerte, el 18 de marzo de 1660, escribió otra vez a Saint-Martin en estos vivos y urgentes términos: “Os conjuro por todas las gracias que Dios ha querido concederos que me hagáis la de enviarme esa miserable carta que hace mención de Turquía.. hablo de la que el señor Dages ha encontrado entre los papeles de su señor padre. Os ruego una vez más por las entrañas de Jesucristo Nuestro Señor que me hagáis lo antes posible la gracia que os pido.” Nunca se ha visto un lenguaje más sagrado para implorar la vida. Se trataba de mucho más para Vicente; se trataba de no dejar tras de sí un testimonio auténtico, escrito y firmado de su mano, que le sirviera de un título de honor. Pues bien, el tiempo pasaba, porque él se sentía morir: de ahí su insistente súplica.

Hay más: en todo el curso de su vida, apenas una vez habló de su esclavitud, y eso en el tiempo en que la memoria era reciente, y eso confidencialmente a un solo sacerdote a quien necesitaba tal vez preparar al santo ministerio en las regiones berberiscas. En el proceso verbal de su beatificación, un solo testigo, Raymond des Mortiers, sacerdote de la Misión, de edad por entonces de setenta y seis años, declaró haberle oído decir algunas palabras. Otro sin embargo, Charles le Blanc, sacerdote también de la Misión, de ochenta y cinco años, declaró que creía, pero sin certeza haber recibido el mismo relato de la boca del siervo de Dios²⁹. Además, Vicente conservó sobre este asunto un silencio absoluto. Veinte veces, en las asambleas de caridad tuvo la ocasión de hablar de ello a su auditorio; veinte veces se calló. Y con todo, ¡cuántas razones otras humildades que no fueran la suya habrían podido encontrar para excusar, para justificar una narración así! Por ejemplo la necesidad de mover a la piedad a favor de los desdichados esclavos, contando no sufrimientos extraños, sino los suyos propios, y las torturas experimentadas; colocándose a sí mismo en escena en un cuadro dramático; mostrando incluso, al modo de la elocuencia antigua, las marcas del hierro, grabadas en sus miembros. Solamente él creyó que la caridad más exigente exigiera un tal sacrificio a la humildad. ¡Algo más sorprendente todavía! Se sabía a pesar de todo su cautiverio de Túnez, sin conocer sus detalles, y le presentaron muchas veces este tema. Un secretario del rey, en particular, llamado Jean-Baptiste Daulier, que había sido esclavo en Argel y había sido socorrido por las limosnas del Santo, le provocó varias veces, con la narración de sus propias aventuras, a

²⁹ *Summ.*, n° 12.

contar las suyas. Vanos esfuerzos: Vicente escuchaba todas estas descripciones de las ciudades berberiscas como descripciones de un país que le fuera totalmente desconocido, todas estas referencias de los sufrimientos de la esclavitud sin responder que él los había pasado, y nunca cedió a la tentación tan natural en los viajeros, y sobre todo en los viajeros de aventuras extrañas, de hablar de sí mismo³⁰.

Y sin embargo ¡qué vivo recuerdo había conservado de estas costas bárbaras, en incluso recuerdos que le traían sufrimientos de tantos miles de sus hermanos, expuestos a perder su fe, y reducidos a esconder por la noche las lágrimas que por el día habrían atraído nuevas torturas! Sus discursos y su obras lo dirán más tarde en voz alta. Ya que por todas partes donde él había sufrido y visto sufrir, señalaba su lugar o el lugar de alguien de los suyos para llevar allí socorro a sus compañeros o a sus sucesores de infortunio. “El que no ha sufrido ¿qué sabe”? dice la sagrada Escritura³¹. Palabra más filosófica y bella que el Non ignara mali, miseris succurrere disco del poeta. Toda la ciencia cristiana, ciencia dogmática y ciencia moral, ciencia especulativa y ciencia práctica, siendo un resultado de la Cruz, es a la escuela experimental de la Cruz a donde Dios envía a sus santos, y particularmente a aquellos de quienes quiere hacer, como de Vicente de Paúl, los representantes y los dispensadores de su misericordiosa providencia en la tierra..

A los santos se complace en exaltarlos en la proporción que ellos se humillan, y de esta forma es como engañó a la humildad de Vicente. El santo anciano no podía ya escribir y se veía obligado a servirse de la mano de un secretario, lo que explica las expresiones veladas de que tuvo que servirse en su carta a Saint-Martin. El secretario, testigo diario de las astucias de su humilde virtud, sospechó enseguida lo que podía ser una carta reclamada con tanto empeño y perseverancia, y el destino que le reservaba. Evidentemente, era suya, tan personal era el tono de la requisitoria. ¿Cuál era su naturaleza? Deshonrosa para él, la habría dejado en manos de otro, y él mismo habría distribuido copias. Era pues gloriosa, y no la pedía más que para destruirla. Convencido por este dilema, y más ingenioso en conservar un recuerdo honroso a Vicente que Vicente mismo en anularla, el secretario deslizó en la carta de santo un papelito pensado en estos términos: “Si usted no quiere que la carta pedida se pierda diríjala a alguien más que no sea él.” Saint-Martin que ya lo había entendido todo, siguió esta recomendación y envió la carta al superior del colegio de los Bons-Enfants. Por unos y por otros se guardó el secreto, y Vicente murió sin saber nada de la inocente intriga que conservaba a la posteridad el monumento de su esclavitud.

Tal es la historia de esta carta, historia no menos curiosa tal vez que la narración misma que encierra, y ciertamente más gloriosa todavía a la virtud del santo³².

³⁰ Daulier ha expuesto él mismo este hecho, *summ.*, n° 4, p. 6.

³¹ *Ecccl.*, XXXIV, 9, 11.

³² La historia reciente de esta carta ofrece también algún interés. Depositada por el superior del seminario de Bons-Enfants en los archivos de San Lázaro, allí se quedó hasta 1791, época en la que fue recogida por Le Pelletier de Saint-Fargeau y, después de la muerte de este convencional, por su colega Carnot. Sin embargo volvió a manos de los Lazaristas que la tenían aún a principios de este siglo. ¿Cómo salió de allí? Ni ellos mismos lo saben; probablemente fue una sustracción fraudulenta. A partir de entonces, se sigue su rastro por las colecciones de diversos aficionados a los autógrafos. El 31 de enero de 1854, figuraba a la venta del Sr..., con algunas otras cartas de san Vicente y varios esquemas de sermones o discursos, para las asambleas de las Damas de la Caridad del Hôtel-Dieu. Algunos meses más tarde, está

Como se ha dicho anteriormente, el vicelegado Montorio se llevó consigo a Roma a Vicente y al renegado convertido³³. En Roma, como en Aviñón, Montorio se mostró curioso por los secretos aprendidos de Vicente en Túnez, se comunicó cada vez más con él y se aseguró en su benévolo plan de conseguirle un beneficio. Por eso le urgía a conseguir de Francia las cartas de ordenación y de grados necesarias para ello. Estos documentos llegaron, en efecto, a Roma, pero desprovistos de ciertas formalidades legales cuya falta los invalidaba. Además se exigía todavía del santo sacerdote cartas testimoniales de su obispo. Se vio pues en la obligación de recurrir otra vez al Sr. de Commet. Le escribió esta carta a tal efecto, y nosotros la publicamos por primera vez³⁴:

“Señor,

Os he escrito dos veces por el ordinario de España que pasa por París y Bayona, y dirigido mis cartas al señor de la Lande para entregárselas al Sr. Procurador del Rey que recuerdo son parientes, y no saber cui altari me vovere vota mea para tener noticias vuestras, cuando Dios que, etaemsi differat, non Aubert tamenen spei effectus, me ha hecho encontrarme con este venerable Padre Religioso en su punto de embarque, por medio del cual espero disfrutar

anunciada al final del catálogo de la venta de la colección del Sr. A. de La Bouisse-Rochefort; Paris, Laverdet, mayo 1854. Estimada en 500 fr. Adquirida entonces por Laverdet, luego intercambiada por manuscritos de Montesquieu, fue donada a la Sra. Joseph Fillon, de Fontenay-Vendée, quien la posee aún.. comprende tres páginas in-4 de una escritura muy fina, y se halla encuadrada en un curioso álbum donde se ve igualmente otro papelito, escrito a un miembro de la misma familia, enviándole una miniatura, inserta en la hoja precedente del volumen. Esta miniatura es una pintura finamente tocada, ejecutada en pergamino por un artista llamado Frédéric Brentel, de Estrasburgo, el más hábil pintor de izquierda de su tiempo. Representa la *huida a Egipto* La Virgen, sentada a la sombra de altos árboles, amamanta al niño Jesús, mientras que san José los contempla. Más lejos, el asno busca su alimento. En el fondo del paisaje hay una ciudad decorada de hermosos edificios y levantada en medio de un sitio severo. Dos ángeles de piedra llevados por las nubes ocupan lo alto de la composición. En torno reina un marco negro y oro, y sal pie se encuentra una banda púrpura, en la que se lee con caracteres romanos: AMAD . A DIOS . Y . A VUESTRO . PRÓJIMO, leyenda que resume la doctrina del donante. Por debajo está la firma del artista y la fecha de 1635. el conjunto mide 0m, 14 de alto, por 0m, 10 de ancho. –Ésta es la carta de envío: “Señor, le envío por medio del Sr. Touschard, que se dirige a Acqs, el pequeño cuadro que he encargado hacer a l señor Brentel a vuestra intención. El presente es de escasa categoría, pero tengo la esperanza de que le daréis algún valor, viniendo de una persona que siempre se ha sentido tan agradecido a vuestra casa. Al tenerlo delante de los ojos no se olvidará en sus oraciones del más humilde de sus servidores, Vincent DePaul. –De París, el 16 de agosto de 1635.” Esta carta fue escrita en medio de los problemas inmensos que creaban a Vicente los tristes asuntos de Lorena, sin poder quitarle por eso el sentimiento de la gratitud y de la amistad. –En cuanto a la carta sobre la esclavitud, no era conocida hasta estos últimos tiempos más que por largos fragmentos que de ella había publicado Abelly, su primer historiador. Hemos puesto entre corchetes [] los pasajes que creyó deber quitar por los motivos que vamos a exponer. Hemos creído inútiles señalar las variantes bastante numerosas de su lección con el original. Hace algunos años, el Sr. Firmin Joussemet, sobrino de la sra Fillon , publicó por primera vez, pero con algunas inexactitudes, la carta entera primero en la *Revue des provinces de l’ouest* (1856-1857), luego en folleto (una hoja in-8, Nantes, And. Guéraudet y Cía., 1856).De este folleto hemos sacado la mayor parte de los detalles bibliográficos que anteceden, así como la descripción de la miniatura y el papelito de envío. Hemos impreso la carta de la esclavitud de la fotografía que el Sr. Laverdet mandó hacer del original antes de desprenderse de él.

³³ Si las Hijas de la Caridad, que recogían con cuidado las conferencias de Vicente, no se equivocaron, habría hecho un viaje a Roma hacia 1600, después de su sacerdocio, con ocasión del año jubilar y allí habría sido recibido en audiencia por Clemente VIII entonces reinante; como ellas le hacen repetir unas palabras que él habría oído de labios del papa: “Para canonizar a una persona de comunidad, le habría dicho Clemente VIII, yo no pediría más que una cosa: que ha observado siempre fielmente sus reglas.”

³⁴ El original de esta carta está en las manos del sr Laverdet, quien ha tenido a bien permitirnos hacer una copia exacta. Un solo fragmento era conocido: había sido publicado, pero con algunas inexactitudes, por el sr Joussemet, que le había tomado a su vez, creemos, de un catálogo de autógrafos del sr Laverdet.

del bien, del que la perfidia de aquellos a quienes se confían las cartas me había privado. Este bien no es otra cosa, Señor, que un segura nuevo de vuestro buen comportamiento y del de toda vuestra familia, que pido al Señor felicitar por el cúmulo de sus gracias. Os daba gracias por mis precedentes por el cuidado paternal que os agrada tener de mí y de mis asuntos, y rogaba a mi Dios, como lo hago una vez más y haré toda mi vida que tenga a bien darme la gracia de concederme el medio de compensarme por mis servicios, que estáis en deuda por el precio de todo el bien que un padre puede hacer a su propio hijo. Estoy en extremo pesaroso por no poder escribiros más que con brevedad sobre es estado de mis asuntos, por la precipitada partida de los marineros poco corteses con quienes este venerable Padre se va, no a Acqs a juzgar por lo que me ha dicho, sino al Verán, donde me has contado que el Reverendo Padre Antoine Pontanus, que siempre ha sido uno de mis mejores amigos, predica, al que como a aquel de quien espero un buen oficio, dirijo mis cartas, pido que os entregue la presente, y me remita, si le es cómodo como este Padre me ha dicho que sí, la respuesta que espero que tendréis a bien darme.

Mi situación es pues tal, en una palabra, que estoy en esta ciudad de Roma, donde continúo mis estudios a los cuidados de monseñor el vicelegado que estaba en Aviñón, que me hace el honor de estimarme y desear mi ascenso, por haberle mostrado muy hermosas cosas curiosas que aprendí durante mi esclavitud de aquel anciano turco, a quien ya os escribí que fui vendido, del número de dichas curiosidades es el principio, no la total perfección, del espejo de Arquímedes; un resorte artificial para hacer hablar a una cabeza de muerto, de la que servía aquel miserable para seducir al pueblo diciéndole que su dios Mahoma le hacía oír su voluntad a través de esa cabeza, y mil otras cosas bonitas geométricas que aprendí de él, de las cuales dicho señor es tan celoso que no quiere que se las cuente a nadie, por miedo a que se las enseñe, deseando para sí solo la reputación de saber estas cosas, las cuales se divierte en enseñárselas a Su Santidad y los cardenales. Esta afición suya y benevolencia con la que me promete, como me lo ha dicho, el medio de retirarme honrosamente haciéndome entrar en posesión de algún honroso beneficio en Francia. Para lo cual me es del todo necesaria una copia de mis Cartas de órdenes firmadas y selladas por monseñor de Acqs, con una declaración de mi dicho señor que podría consultar a algunos de mis amigos cómo me han visto siempre como hombre de bien con todas las demás pequeñas solemnidades del caso. Esto es lo que me reclama mi dicho señor todos los días. Por eso, señor, os suplico muy humildemente que me queráis conceder este nuevo servicio de enviarme una nueva copia de mis títulos y de intervenir para que me mande monseñor de Dax este testimonio, en la forma indicada, a través del mencionado reverendo padre Pontanus. Le enviaría a vuestra merced dinero para estos fines, si no temiera que el dinero hiciese que se perdiera esta carta. Por eso le ruego que trate este asunto con mi madre, quien proporcionará lo que haga falta. Creo que serán precisos de tres a cuatro escudos. Yo he entregado dos como pura limosna a este religioso y él me prometió n entregarlos a dicho padre Antonio para que los envíe con este fin. Si así es, ruego a usted que los tome; si no, le prometo enviar lo necesario dentro de cuatro o cinco meses, por letra de cambio por lo que debo en Toulouse; porque estoy decidido a pagarlo todo, ya que plugo a Dios darme el medio para ello. Escribo también a mi tío, el señor Dusin, rogándole que quiera ayudar en este asunto. Acabo de recibir de la persona de la persona que le fue a visitar de

mi parte el título de bachiller que tuvo a bien usted enviarme, con una copia de mis letras testimoniales que ha sido juzgada inválida, por no estar autorizada con la firma y el sello del señor obispo de Dax³⁵.

No hay nada nuevo que pueda comunicarle, a no ser la conversión de tres familias tártaras, que han venido a bautizarse a esta ciudad, a las que Su Santidad ha recibido con lágrimas en los ojos, y la catolización de un obispo embajador para los griegos cismáticos.

La urgencia me obliga a concluir la presente, mal pergeñada, de momento, con la humilde súplica de que excuse mi excesiva importunidad y de que esté seguro que apresuraré mi vuelta todo lo posible para pagar los servicios que le debo. Entre tanto, quedo, señor, vuestro muy humilde y obediente servidor,
DePaul.

En Roma, 28 de febrero de 1608³⁶."

Esta carta, al igual que la anterior, da lugar a algunas observaciones. Se ha imaginado recientemente que san Vicente creía en la alquimia, según las ideas de su tiempo, y que Abelly no había suprimido ciertos pasajes de la primera carta y la segunda entera más que para apartar de la memoria de su héroe toda sospecha de una creencia supersticiosa. Que Abelly haya obedecido a este temor y también a otro del que nos ocuparemos en seguida, es algo posible; ya que sucede a veces que los biógrafos de los santos recortan de su vida lo que parece menos digno de ellos en un estrecho punto de vista y, cuando no creen poderlos defender con la discusión, los defienden con el silencio. ¡Miedo y cálculos quiméricos! Los santos en efecto se defienden lo suficiente por sí mismo, y no hay nada que callar en su vida, en que todo es admirable bien sea inocencia conservada, bien arrepentirse a menudo más heroico que la inocencia misma. Aquí, desde luego, ni el menor pretexto para el disimulo, pues resulta tan evidente para todo lector atento que Vicente no creía en las ciencias ocultas y supersticiones.

La carta sobre la esclavitud, la única que pueda ofrecer una sombra de dificultad en este aspecto, fue discutida en el proceso de canonización, y el promotor de la fe, encargado de oficio de plantear todas las objeciones, hasta las más inverosímiles, no dejó de plantear ésta. El postulador de la causa respondió con razón que había dos clases de alquimia (era entonces el nombre común de la verdadera y falsa ciencia): una supersticiosa y culpable, la otra natural y legítima, y que sólo esta última había sido practicada por Vicente. ¿De qué se trata, en efecto, en estas Cartas? De hermosas cosas geométricas (dudamos que el buen santo entendiera bien esta palabra), del espejo de

³⁵ Existen todavía en los archivos de los sacerdotes de la Misión dos extractos de estas cartas y dimisorias, insinuados y registrados en el 4º registro de las insinuaciones eclesiásticas de la diócesis de Dax, extractos entregados el 20 de octubre de 1604, a petición de Vicente de Paúl, representado por su hermano. Llevan una declaración de autenticidad de la copia, dada por Jean-Jacques du Sault, obispo de Dax, el 17 de mayo de 1608, fecha de la estancia de Vicente en Roma. –Se conserva también en los lazaristas un tercer extracto de estas cartas de todas las órdenes, acompañadas de las cartas dimisorias, con pruebas de autenticidad, extracto entregado por Jean-Jacques de Pons, consejero del rey, escribano principal de las insinuaciones eclesiásticas de la diócesis de Dax, con fecha del 22 de enero de 1712, es decir en el tiempo y por razón del proceso de canonización de san Vicente; la firma de Pons queda certificada también como auténtica por Bernard d'Abbadie d'Arboucave, obispo de Dax, 23 de enero de 1712.

³⁶ La dirección dice: Al señor, señor de Comet, abogado de la corte presidencial de Dax, en Dax.

Arquímedes y de un resorte artificial para hacer hablar a una cabeza de muerto: todas las cosas evidentemente físicas y naturales en la realidad como en el pensamiento de Vicente, así como lo prueba su salida contra el fanatismo inspirado al pueblo por aquel miserable que se servía del último secreto para seducirle, “diciéndole que su dios Mahoma le daba a entender su voluntad por aquella cabeza.” ¿De qué se trata una vez más? De simple amalgama de metales, y no de transmutación verdadera, porque Vicente ha tenido mucho cuidado de advertir que su amo había trabajado en vano cincuenta años para encontrar la piedra filosofal. Pero lo que interesaba sobre todo al caritativo sacerdote eran los secretos del viejo médico para la curación de ciertas enfermedades y en particular la piedra, de la que habría sentido feliz de librar a su primer protector. Tal era el secreto que había pedido a su amo que le enseñara. Y le retuvo toda su vida, y es curioso leer estas palabras en una carta escrita cincuenta años después (11 de noviembre de 1657): “Os envío una memoria que contiene el modo de hacer el agua que se toma para como remedio contra la piedra, la forma de usarla y sus propiedades.” Inútil añadir que el santo se guarda muy bien de decir de dónde le viene la receta.

Por lo demás, a propósito de las creencias y de los temores supersticiosos, el admirable buen sentido de Vicente de Paúl, así como su virtud, le libera siempre de las ideas de su tiempo. Se sabe que la creencia en la astrología persistió por largo tiempo en medio de la sociedad tan refinada del siglo XVII, Mientras que Ana de Austria traía al mundo a Luis XIV, un astrólogo en un gabinete vecino consultaba los astros, y treinta o cuarenta años después, La Fontaine se creía todavía obligado a protestar contra los echadores de cartas, contra los astrólogos y los sopladores³⁷. Vicente se colocaba con su fe por encima de los miedos quiméricos y no veía más que a Dios en los fenómenos de la naturaleza. Uno de sus sacerdotes, Ozenne, superior de la Misión de Polonia, le había dirigido sobre este tema una carta asustada; le responde (10 de julio de 1654): “Aunque estos signos extraordinarios llegados del más allá no sean signos seguros de algún mal acontecimiento, y de ordinario no haya que pararse ante tales engaños, es bueno sin embargo redoblar la oración a fin de que Dios quiera apartar de su pueblo los males con los que había dispuesto afligirle. nos amenazan aquí con un eclipse de sol, el más maligno que haya sucedido desde siglos atrás, y que debe ocurrir el 12 de agosto próximo, sobre las 9 o las 10 de la mañana, por lo que se dice. Os ruego que os fijéis si se verá en Polonia, y me indiquéis los pormenores.” Además de la fe del santo sacerdote, se ve aquí su curiosidad primera por las cosas de la naturaleza. También tuvo cuidado de informarse del terrible eclipse por los hombres de la ciencia, y el 11 de setiembre siguiente escribía también a Ozenne: “Nuestros astrólogos de por aquí tranquilizan al público que no hay nada que temer por parte del eclipse. He visto al Sr. Cassandieux, quien es uno de los más sabios y experimentados del momento, que se burla de todo el miedo que se ha causado, da razones muy pertinentes, como entre otras ésta: que necesariamente sucede un eclipse de sol cada seis años, en nuestro hemisferio o en el otro, por el encuentro del sol y de la luna en la línea elíptica, y que si el eclipse tuviera esta malignidad que decís, por los malos efectos con que nos amenazan, que padeceríamos más hambre, la peste y las demás plagas de Dios sobre la tierra. –Dice además que si la privación de la luz del

³⁷ Ver el *Astrologue qui se laisse tomber dans un puits*. Lib. II, fáb. XIII, y el *Horoscope* lib. VIII, fáb. XVI.

so, que viene de la interposición de la luna entre nosotros y el sol, produjera ese mal efecto, a causa de la suspensión benigna de las influencias del sol sobre la tierra,, se seguiría que la privación de la luz del mismo sol durante la noche produciría efectos más malignos, a causa de que esta privación dura más tiempo, y que el cuerpo de la tierra es como un tercio más voluminoso que el de la luna: y se concluiría que este eclipse que se da por la noche sería más peligroso que el que sucedió el 12 de agosto de este año, y deduce por ahí con razón que este eclipse no es de temer; y en efecto, pienso que las mentes sabias en astrología no se preocupan en absoluto y menos todavía los que están instruidos en la escuela de Jesucristo, que saben que el hombre sabio dominará los astros.”

Estas últimas palabras sitúan a Vicente por encima de toda sospecha injuriosa por toda la altura que revela. Menos aún se le podría acusar de haber ambicionado demasiado un beneficio y de haber sometido al servicio de esta ambición la curiosidad del legado Montorio y los secretos que había aprendido en su cautiverio.

A pesar de todo, no repugna decir que Vicente, hacia 1608, habría aceptado de buena gana un beneficio. Era pobre, cargado de deudas que, por ser pequeñas en sí mismas, no por ello eran menos a su desprendimiento y a su espíritu de justicia una carga muy pesada. Dos años más tarde, en 1610, hallándose siempre envuelto en dificultades, persistirá en su deseo, como se ha visto en la carta antes citada a su madre. Pero este deseo estaba en su corazón tan tranquilo, tan subordinado a los planes de Dios sobre él que legítimo, si bien, puesto en relación con su desinterés futuro, indica un grado inferior en su santidad. Hay siempre progreso de gracia y de virtud en los más grandes y más perfectos para que,

en las circunstancias de su vida, puedan servir de modelo a los débiles como a los fuertes. No obstante nosotros le hemos visto ya preferir a un proceso de renuncia a sus derechos antes que un curato excelente, y probablemente rechazar los ascensos del duque de Épernon.. Muy pronto resistirá a las ofertas generosas de Enrique IV; luego dimitirá de una abadía que había obtenido y de la capellanía de la reina Margarita para aceptar la parroquia pobre de Cluchy; por fin dejará la casa de los Gondi, es decir la fortuna, por el pobre Châtillon, que abandonará también, sin ninguna reserva, para entrar en el camino que la Providencia le había preparado.

III. Estancia en Roma y misión en París. Entre tanto, está en Roma, al amparo de los favores del prelado Montorio, pero practicando con él la virtud más que la alquimia, y sobre todo que la ambición. El legado podía quererle por sus servicios, pero mucho más por la fe que había confesado en cadenas, por el renegado que había llevado a Dios, por las cualidades eminentes que brillaban en él. Por eso los elogios que va a hacer de sus méritos, las recomendaciones que le buscará cerca de los más altos personajes y la misión honrosa que vendrá después.

Vicente dejaba hacer a su protector y a la Providencia. En cuanto a él, totalmente dado a sus estudios y a la oración, aprovechaba su permanencia en Roma. En esta capital del mundo antiguo y en el centro de la fe y de la civilización cristianas, no dio la menor satisfacción a la curiosidad legítima. De todos los monumentos de la Roma antigua, sólo visitó el Coliseo y las Catacumbas, para venerar en ellos las sangre y las cenizas de los mártires; y

en la Roma moderna no quiso conocer más que las iglesias y los lugares consagrados por la piedad de los fieles. Él mismo, más de veinte años después, ha consignado todos sus recuerdos e impresiones de viaje en una carta dirigida a uno de sus sacerdotes en Roma. “Me quedé tan consolado, dice, por verme en esta ciudad maestra de la cristiandad, donde está la cabeza de la Iglesia militante, donde están los cuerpos de san Pedro y de san Pablo y de tantos otros mártires y de santos personajes, que en otro tiempo vertieron su sangre, y dieron su vida por Jesucristo, que me tenía por dichoso al caminar por el suelo por el que habían caminado tantos grandes santos, y que este consuelo, aunque yo estuviera cargado de pecados, me enternece hasta derramar lágrimas.”³⁸

¡Qué dulces, en efecto, debían ser los espectáculos y las pompas de la religión en Roma, al sacerdote que había sido testigo dieciocho meses de las persecuciones de la fe en Túnez! Desde san Luis, muerto en aquellas ruinas de la antigua Cartago, hasta su propia cautividad, no veía en Túnez el cristianismo más que a través de los recuerdos fúnebres, en las prisiones y bajo el látigo de los bárbaros; en Roma, le encontraba liberado y triunfante. Después de los cantos de exilio, ¡con qué amor entonaba los cantos de la patria, y qué ímpetu añadía a su piedad tan expresiva el agradecimiento por su libertad! Pero su pasión por el estudio, por tanto tiempo coartada en la esclavitud, resurgió en Roma, y como, aparte de sus piadosos ejercicios y de algunos deberes de convivencia, no existía ninguna otra obligación, volvió a emprender, como nos lo ha contado en su segunda carta, sus trabajos teológicos ampliando más sus conocimientos. Estaba tanto más libre para entregarse al estudio, por no tener que preocuparse por la vida material, ya que el vicelegado le daba habitación y mesa, y proveía a su mantenimiento. Montorio se sentía suficientemente pagado con la edificación que recibía del santo sacerdote y el piadoso encanto de su trato. Pues con esta moneda Vicente satisfacía ampliamente sus deudas de hospitalidad. A medida que se daba a conocer más, acrecentaba más y más la admiración de su protector. Éste no podía cansarse de pregonar sus alabanzas, sobre todo ante los señores franceses que se hallaban en Roma, sin sospechar que con ello iba a dejarse arrebatar su tesoro.

En aquel tiempo, la Santa Sede estaba ocupada por Paulo V. Camilo Borghèse quien, el 16 de mayo de 1605, había sido nombrado sucesor de León XI, Alejandro de Médicis, pariente de la reina de Francia. León XI ni había hecho más que pasar por la cátedra pontificia: elegido el 1 de abril, había muerto el 27 del mismo mes. Du Perron, entonces embajador de Enrique IV en Roma, le había anunciado esta elección como el triunfo de la influencia francesa sucediendo a la influencia española. La muerte rápida del pontífice entristeció pues al monarca y a su ministro, pero recibieron el consuelo de la nueva victoria que consiguieron con la elección de Paulo V. Decididamente España cedía ante Francia, y Enrique IV iba a poder entregarse al cometido con el que quería coronar su vida. Como, para conseguirlo, necesitaba al papa, no descuidó nada para mantener en él sus disposiciones favorables a Francia. La ocasión se presentó muy pronto de prestarle servicio en el más grave asunto político religioso de principios del siglo XVII.

La república de Venecia había publicado leyes y cometido actos atentatorios a la jurisdicción y a la inmunidad eclesiásticas. Requerida por Paulo V para que

³⁸ Carta a Ducoudray, del 20 de julio de 1631.

retirara unas y reparara las otras, se negó a ello, y el pontífice lanzó la excomunión contra el dogo y el senado y puso en entredicho el territorio veneciano. En este conflicto, la mayor parte del clero permaneció al lado de la república; los teatinos y los capuchinos, y sobre todo los jesuitas, se pasaron solos al lado del papa: los primeros debieron huir, los segundos fueron desterrados. Pablo V pensaba reducir a los venecianos por las armas; pero temía una intervención protestante, y eso con razón, ya que está demostrado hoy que las intrigas del protestantismo inglés, francés y alemán, estaban en el fondo de los rechazos obstinados del dogo y del senado³⁹. España, que buscaba la ocasión de recuperar su influencia, vino a complicar más el debate empujando a los Venecianos a la resistencia, al mismo tiempo que prometía su concurso al papa. Fue entonces cuando Enrique IV, para apartar a los Españoles y para conciliarse los favores de Paulo V, ofreció su mediación. Fue aceptada por ambas partes, y sus embajadores, d'Alincourt y Du Perron en Roma, Canaye du Fresne en Venecia, entablaron negociaciones que el cardenal de Joyeuse condujo a buen fin en 1607⁴⁰.

Ganado ya por estos buenos oficios, Paulo debía ser definitivamente conquistado a la causa de Enrique IV por la acumulación del territorio y del poder que le reservaba el monarca francés en sus conquistas proyectadas. Enrique IV pensaba en serio entonces en realizar lo que se ha llamado un gran plan, cuya segunda parte, mucho más problemática que la primera, consistía en una coalición contra las dos ramas, alemana y española de la casa de Austria. En esta coalición debían entrar, con Francia: Inglaterra, Holanda, los príncipes protestantes de Alemania, las Suizas, el duque de Saboya, los Venecianos, el gran duque de Toscana, y el papa.

Para tratar este ambicioso asunto, Enrique IV mantenía en Roma, en 1608, a varios embajadores; al marqués de Brèves, afortunado negociador del tratado de Constantinopla que ya conocemos; a Denis de Marquemont, con el título de auditor de rota, y a Charles de Gonzaga, duque de Nevers. El vice legado Montorio que acababa de pasar varios años en Francia, estaba relacionado naturalmente con los negociadores franceses y les hablaba con frecuencia de su compatriota y de su huésped. Impresionados por las alabanzas que tributaba a su virtud y prudencia, le quisieron ver, para examinar si tenían en él al mensajero que buscaban. Vicente compareció ante ellos. Conversaron en varias ocasiones, le sondearon y creyeron al fin poder abrirse a él. Se trataba de un asunto importante, que exigía prudencia, fidelidad y tal discreción que no confiaría siquiera en una carta. Instruyeron a Vicente y le enviaron a París para tratarlo don Enrique IV. Esto es cuanto dicen los historiadores de Vicente de Paúl. Abelly mezcla incluso en su relato un anacronismo de magnitud, haciendo que recibiera el encargo por el cardenal de Ossat, el ilustre negociador de la reconciliación de Enrique IV con la Santa Sede y de su divorcio Margarita de Valois, muerto en Roma desde el 13 de marzo de 1604. Collet, más exacto, no es más explícito. Nos parece demostrado, por el concurso de las circunstancias y de las fechas, que el mensaje de Vicente era relativo al gran plan recordado hace un momento, y a la parte que debía tomar el papa en él. a comienzos de 1609 es cuando Vicente llega a París. Ahora bien, nos encontramos entonces en todo el calor de las negociaciones, pues los tratados con los Estados

³⁹ *Histoire de la Compagnie de Jésus*, por el Sr. Créteineau Joly, t. III, p. 116 y ss. (3ª ed. Paris, 1851).

⁴⁰ *Histoire de la papauté*, por Ranke, t. III, p. 430. –*Histoire du règne de Henri IV*, por el Sr. Poirson, t. II, p. 847.

confederados son todos de aquel año 1609 o principios del año 1610 . al ver al soberano pontífice unido a su rey en este asunto, Vicente dudó en prestar su concurso. Pero no deja de ser curioso ver a este hombre tan opuesto más tarde a la política de Richelieu, abrir su carrera política y diplomática por una participación en proyectos tan parecidos a los del gran cardenal.

Capítulo Cuarto: Vicente de Paúl en la corte y en el hospital de la caridad. El juez de Sore. La reina Margarita y la tentación del doctor. Retiro en Oratorio. Clichy.

I. Vicente de Paúl en la Corte y en el hospital de la Caridad. Llegado a París, Vicente se apresuró a cumplir su misión. Tuvo varias conferencias con Enrique IV, de las que nada ha transpirado a la historia. Pero se sabe cómo conocía a los hombres este monarca, y no se podría dudar que descubriera al momento las grandes cualidades de espíritu y corazón del santo sacerdote. con un poco de ambición otro poco de constancia en hacer la corte, Vicente podía llegar pronto a los más altos honores de la Iglesia. En ese tiempo incluso, Enrique IV multiplicaba sus esfuerzos y sus caricias para atraerse sacerdotes así. proponía vanamente a Pedro de Bérulle varios obispados y ricas abadías. “¿De verdad que no queréis recibir de mi mano lo que os ofrezco? le decía en una ocasión; yo os lo ofreceré por medio de otro.” –“Sire, respondía Bérulle, si Vuestra Majestad me presiona más, me veré obligado a salir de su reino.” Y Enrique IV, inclinándose entonces a favor de Bellegarde, decía para asegurarse: “He hecho cuanto he podido para tentarle, no lo he conseguido; pero pienso que es el único que resiste a pruebas parecidas.”

Bérulle no era el único. El santo más grande, más amable de esta época con Vicente de Paúl, al que Enrique IV llamaba el fénix de los prelados, Francisco de Sales, resistía también a todos sus asaltos. Desde 1602, cuando Francisco vino a París para defender la causa del catolicismo en el país de Gex, Enrique le pidió hasta cinco veces que se quedara en Francia, y en 1608, algunos meses tan sólo ante de su entrevista con Vicente, le tentó nuevamente con el cebo de un rico obispado, Francisco prefirió, según su expresión, a su pobre esposa de Saboya, y no quiso el divorcio. “No he conocido a nadie, decía Enrique, que sepa sazonar una negativa con más gracia que el Sr. de Ginebra.” Vicente debió también entrar en lucha con la estima generosa del monarca, y de ella salió igualmente victorioso. A pesar de lo dicho por algunos escritores, no recibió nunca nada de Enrique IV, ya que su nombramiento para la abadía de Saint-Léonard-de-Chaume es posterior por casi un mes al asesinato de este príncipe.

Después de su papel deslumbrante por algunos días, Vicente se dio prisa en volver a la oscuridad para esperar así a la Providencia. Sin embargo no vivió en ella ocioso y si corazón buscó donde entregarse en buenas obras. Tomó un alquiler en la calle de Sena del distrito Saint-Germain, muy cerca del hospital de la Caridad. Este hospital uno de los más célebres de la época, así como una de los más hermosos de nuestro tiempo, había tenido por origen y piedra angular una capilla erigida a finales del siglo XII o a principios del XIII por un cristiano ignorado, bajo la invocación de san Pedro. Del nombre de San Pedro el tiempo había dado Saint-Père y Saints-Pères. En 1602, María de Médicis había llamada a París a cinco Hermanos de la orden que san Juan de Dios acababa de fundar en España y los había establecido en la calle de los Petits-

Augustins. Pero habiéndolos desplazado la reina Margarita, en 1607, con el fin de construir un convento fueron a refugiarse cerca de la capilla de Saint-Pierre, rodeada entonces de vastos jardines. Su única vocación era cuidar a los enfermos, y María de Médicis debió construirles un hospital y un convento. Así fue como, por una serie de emotivas atracciones, a las que la caridad debe tantas obras, la capilla atrajo a los Hermanos, y los Hermanos el hospital..

Esta fundación contribuyó mucho al desarrollo de la caridad en Francia a principios del siglo XVII, y el ejemplo de Vicente difundió su práctica. Todos los días iba al hospital a visitar a los enfermos, les hacía piadosas exhortaciones, y pedía a los Hermanos, como un honor y una gracia, el permiso de compartir su ministerio. Este ejemplo tuvo numerosos imitadores, y unos años más tarde encontramos en este mismo hospital a Claude Bernard, conocido por el sacerdote pobre, este Diógenes cristiano que, obligado un día por Richelieu a pedirle alguna gracia, respondió, con un desinterés generoso muy superior al lujo de egoísta pobreza del filósofo cínico: “Moneñor, ruego a vuestra Eminencia que ordene se coloquen mejores tablas en la carreta en la que llevo a los condenados al suplicio, para que el miedo a caerse a la calle no los aparte de encomendar su alma a Dios.” Claude Bernard escogió por principal teatro de su celo el hospital de la Caridad cuya iglesia posee aún su tumba .

Vicente estaba allí en su terreno y preludiaba su verdadera vocación. Pero, antes de fijarle en su apostolado de caridad, la Providencia quería acabar su educación paseándole por otras miserias y sometiéndole a nuevas pruebas,. Fue entonces cuando se enfrentó a una atroz calumnia.

El juez de Sore. Para ahorrarse los escasos recursos, había alquilado un habitación con un compatriota suyo, juez de un pueblo de las Landas, llamado Sore, en la instancia de Burdeos. Este juez, habiendo salido un día temprano a sus asuntos, se olvidó de cerrar el armario donde había dejado una suma de 400 escudos. Vicente, enfermo en la cama,, esperaba una medicina. El mozo del boticario se la trae, busca en el armario un vaso para echarla, ve el dinero, se apodera de él con astucia y se lo lleva como quien no ha hecho nada. A su regreso el juez, sorprendido y afligido de no ver su bolsa, se la pide a Vicente, primero con titubeos, después con una cólera audaz. Vicente no había visto nada. Además no tenía ojos ni siquiera la menor sospecha del crimen: Charitas non cogitat malum. El juez basa su título de acusación en la pobreza, en la calma y hasta en el silencio. Llega a establecerse entonces entre el dolor irritado de este hombre y la paciencia de Vicente una lucha que lleva en primer lugar a la expulsión vergonzosa del santo sacerdote. el juez lleva más lejos su venganza, y como compensación odiosa, se propone arrebatar la reputación a quien acusa de haberle robado el dinero. Propala entre los conocidos de Vicente las acusaciones de robo y de hipocresía. Un día que se enteró que estaba en casa del Sr. de Bérulle con un gran número de personas de honor y de piedad, se hace llevar hasta allí y le hace objeto de la más indigna afrenta. “Dios sabe la verdad”. Tal fue la única defensa de Vicente. Parece que el juez llegó hasta notificarle una monitoria.

Prueba más cruel ciertamente que la esclavitud: puesto que la esclavitud sólo abate a los débiles y a los cobardes, pero “la calumnia, dice la Escritura, perturba incluso al sabio y destruye las fuerzas de su corazón “ Con la firme confianza en Dios y su inocencia, Vicente conservó su alma en paz y, si sintió aflicción por la injusticia del acusador, se alegró por ser la víctima de ella. A la

vista de tanta moderación, paciencia y humildad, lejos de creerle culpable, todo el mundo admiró más su virtud.

La justicia y la reparación, con demasiada frecuencia cojeando como las oraciones de la fábula se tomaron diez años quizás de espera. El juez de Sore hacía tiempo que había regresado a su puesto. Un día le llamaron de una prisión de Burdeos, en la que un prisionero necesitaba hablarle. Este prisionero era el antiguo mozo del boticario, quien compatriota del juez y bien conocido de él, acababa de ser encarcelado por otra causa diferente. Le sabía propietario de la bolsa robada y había oído la acusación lanzada contra la inocencia. Comido de remordimientos, confesó su crimen, prometiendo una pronta y completa restitución. El juez se vio entonces entre el gozo de recobrar su propiedad y el dolor de su conducta para con Vicente: o más bien, digamos en su honor, lo que más sintió fue haber acusado la inocencia y ultrajado la virtud. Sin poder resistirlo más, dirigió a Vicente una larga carta para pedirle perdón. Este perdón, lo necesitaba por escrito. "Si me lo negáis, añadía, iré en persona a Paría a echarme a vuestros pies, y pedíroslo con la soga al cuello." El perdón le había sido concedido interiormente en el momento mismo de la falta; se puede creer que la expresión del mismo fue dirigida sin gastos ni fatigas de viaje al arrepentimiento.

Por el canónigo de Saint-Martin conocemos nosotros esta historia. Pero tenemos sus principales rasgos en una conferencia, dada en San Lázaro el 19 de junio de 1656, sobre el modo de recibir las correcciones. Inútil añadir que Vicente no se cita a sí mismo y pone en escena a una tercera persona.

III. La reina Margarita y la tentación del doctor. No habiéndole traído más que penas el primer trato con las gentes del siglo, Vicente pensó entonces entrar en un retiro y oscuridad más profundos, donde no sería conocido más que de Dios y de los pobres. redobló esfuerzos para ganarse el olvido y el desprecio de los hombres. Ya, como un criado, el siervo de Dios no se daba a conocer más que con su nombre de pila. Iba publicando por todas partes su ignorancia y sus faltas. Pero los hombres de virtud y de piedad, no sólo en la Iglesia sino también en el mundo, respondían a sus llamadas al desprecio con la estima y la veneración, y se complacían en disipar la nube a medida que él la espesaba más en torno a sus méritos. Su única habitación en el barrio de Saint-Germain, donde se hallaba la corte de la reina Margarita, y sobre todo su caridad y su celo, el recurso que practicaba ya a la caridad de otro le habían atraído por fuerza el conocimiento de algunos oficiales de esta princesa, y en particular de su secretario Du Fresne, hombre de piedad y de probidad, que nos ha dejado de él este bonito testimonio: "Por aquellos días el Sr. Vicente parecía muy humilde, caritativo y prudente. Hacía el bien a todo el mundo, y no servía de carga a nadie. Era circunspecto en sus palabras. Escuchaba con tranquilidad a los demás sin interrumpirlos nunca. Acudía entonces sin fallo a visitar, servir y exhortar a los pobres enfermos de la Caridad." Du Fresne dio a conocer a Vicente a la reina Margarita. En esa época, Margarita, en medio de las fiestas continuas de su palacio de la calle de Sena, cuyos vastos jardines se extendían hasta el río, parecía querer introducir en su vida un poco de regularidad y de devoción. Después de su matrimonio con Enrique IV, "cuya librea fue tan bermeja", hacía tiempo disuelto de hecho, hubiera sido declarado nulo de derecho, cesó de ser aquella Margot a quien su hermano Carlos IX "daba a todos los hugonotes del reino al dársela al príncipe de Berán." Acababa

de fundar su convento de los Petits Augustins, y repartía limosnas con aquella prodigalidad que era en ella, según decía, “un vicio de familia.” Al propio tiempo que esta princesa, que sabía tan bien unir los estudios serios con el placer, hacía de su corte el lugar de reunión de todas las personas cultas, se complacía en atraer a los hombres de devoción. Con el retrato que le hizo Du Fresne de Vicente, ella deseó verle y, bien enterada por sí misma de sus méritos, le admitió en el mundo de su casa en calidad de su capellán ordinario. Poco después, Vicente fue provisto de la abadía de Saint-Léonard-de-Chaume, de la orden del Císter, diócesis de Saintes. El breve que se la otorgó, expedido por la orden del rey y de la reina regente, es del 10 de junio de 1610, un mes más o menos tras la muerte de Enrique IV . El 10 de setiembre siguiente, ése pasó un acta entre Paul Hurault de l’Hopital, arzobispo de Aix, abate de Saint-Leonard, y Vicente de Paúl, capellán de la reina Margarita, duquesa de Valois, bachiller en teología, en esta acta que existe todavía como la patente, el arzobispo declara que renuncia a favor de Vicente al cargo, pagarle 1.200 libras de pensión al año sobre las rentas de dicha abadía..

Después de escapar a la corte de Enrique IV, Vicente estaba destinado pues a la corte de su esposa divorciada. Dios seguía preparando su porvenir y le mostraba esta vida de las cortes en la que debería mezclarse posteriormente, cuando sería llamado al consejo de conciencia. Pero tan sólo se la mostraba, ya que su hora no había llegado aún y, a fin de no dejarle caer en el engaño, le ponía una tribulación al lado de cada honor.

Entre los familiares de la reina Margarita, muy amante de los coloquios sabios, se encontraba un doctor antiguo teólogo, ilustrado en las justas contra los herejes. Creyendo no tener otra cosa que descansar sobre los laureles, el doctor, presuntuoso y ocioso, debió muy pronto tomar las armas, pero contra sí mismo, y cayó vencido en la lucha. Su espíritu se oscureció, su fe se conmovió, la oración en sus labios se cambió en blasfemia, y la desesperación le insufló nuevas continuas tentaciones de suicidio. Le tuvieron que prohibir la misa, el oficio, todo ejercicio de piedad, lo que, en lugar de atraerle la gracia y los ángeles, evocaba ante su imaginación revuelta todos los fantasmas del infierno. El único consejo que le pudieron dar fue volver la mano o el dedo hacia Roma o hacia alguna iglesia, para protestar con este gesto contra el demonio de la incredulidad y comulgar con la fe de la Iglesia universal. Nada produjo sus efectos, y pasando la confusión a los órganos, la naturaleza iba a sucumbir.

Hasta aquí hemos seguido el relato de Vicente en un discurso que dio a su comunidad sobre el tema de la fe. El resto sólo se ha revelado después de su muerte por algunas personas a las que él mismo había librado de una tentación de infidelidad mediante una confidencia completa.

Vicente estaba relacionado con el desdichado doctor y había agotado consejos y súplicas para devolver la calma a su alma. Sin otros remedios, se puso en oración e, imitando la generosidad de san Pablo, quien deseaba ser anatema por sus hermanos, o incluso la caridad de Jesucristo quien nos ha curado cargando con nuestros males, se ofreció a Dios en víctima hasta consentir en tomar sobre sí la enfermedad del doctor.

Su heroico sacrificio fue aceptado en toda su extensión. Mientras que el doctor sentía que la luz disipaba las tinieblas de su alma, los misterios de la religión le resultaban como palpables, la oración y el amor renacían en su corazón

refluían en sus labios, Vicente heredaba su cruel tentación, de la que ni las lágrimas ni las buenas obras lograron triunfar en un principio.

Entonces escribió su Credo y se lo aplicó como un remedio a su corazón. Luego, en virtud de uno de esos pactos de una familiaridad confiada, en uso entre los santos desde el padre de los creyentes, convino con Dios que su mano al posarse sobre aquel papel sería un rechazo de la tentación y un acto de fe. Conservó este escudo hasta después de su liberación, y lo volveremos a encontrar en su pecho en los ataques que le lanzó el jansenismo.

Además, se impuso la ley de contradecir en todo las sugerencias del enemigo, en sus pensamientos, sus palabras y en sus actos, entregándose a seguir siempre el espíritu de la fe, a no proferir más que su lenguaje y a no producir más que las obras de la caridad divina. Fue entonces cuando multiplicó sus visitas y sus servicios en los hospitales. ¡Singular incredulidad la traducía con tal fidelidad el Evangelio! En ello Vicente seguía, sin sospecharlo, el ejemplo de san Francisco de Sales quien, creyéndose un día predestinado a la condenación, es decir al odio eterno de Dios, le pidió que le amara al menos de todo corazón durante su vida. Semejantes tentaciones, combatidas de esta forma, lejos de producir nunca el mal, son fuentes de gracias. También Vicente, a pesar de su conciencia timorata, no hizo nunca de la suya una materia de confesión, y sacó de ello inmensas ventajas.

Sin embargo tres o cuatro años pasaron en este rudo ejercicio, y la tentación duraba aún. Dios quería también algo de su siervo. Un día que se sentía más desolado que de costumbre, se puso de rodillas y entregó su vida a Jesucristo en la persona de los pobres. se levantó convertido en libre y entregado apóstol de la caridad.

IV. Retiro en el Oratorio. La tormenta no había hecho más que fecundar esta alma que va a producir en adelante tantos frutos de salvación. Era todavía presa de la tentación, cuando se alejó de la corte de la reina Margarita para ejecutar su proyecto de retiro. Desde su llegada a París, se había puesto en relación con aquel ilustre personaje llamado a ejercer una grande influencia en la renovación del clero de la primera mitad del siglo XVII, el Sr. de Bérulle. Una antigua y curiosa tradición quiere que su primera entrevista haya tenido por teatro el hospital de la Caridad donde, desconocido uno del otro, visitaban a los enfermos. Pero ya la caridad de Vicente había estallado, y un día alguien habló a Bérulle de un pobre sacerdote que desempeñaba el oficio de un ángel de misericordia. Bérulle le quiso ver. Se lo presentaron confuso, enrojecido y tratando de sustraerse a tantos homenajes. Estos dos hombres se comprendieron al instante y reanudaron un trato indisoluble en adelante.

Nacido el 4 de febrero de 1575, Bérulle no le llevaba a Vicente más que un año. Pero su nacimiento y educación le habían llevado a ser luz mucho antes. Ordenado sacerdote en 1599, había sido casi inmediatamente nombrado capellán de Enrique IV. Tan inteligente como piadoso, dotado de una ciencia igual a su virtud, había sido, jovencito aún, el segundo de Du Perron en las justas teológicas contra Duplessis-Mornay, y decía Du Perron: "Si es para convencer a los herejes, traédmelos a mí. Si es para convertirlos, presentádselos al Sr. de Ginebra. Pero si queréis convencerlos y convertirlos a la vez, dirigíos al Sr. de Bérulle." Con su nombre, sus méritos, su juventud señalada con tantos éxitos y testimonios, ¿hasta dónde no podría llegar Bérulle? Pero se vio cómo resistía a todas las solicitudes y hasta a todas las

caricias de Enrique IV; y el en 1604 una vez más se negaba a ser preceptor del Delfín. Y es que estaba ocupado, ese mismo año, en una obras a sus ojos más importantes. En unión con la Sra. Acarie⁴¹, introducía de España a Francia a las carmelitas de santa Teresa, que debían contribuir tanto entre nosotros a la reforma de la vida religiosa. Por fin, en 1621, época a la que hemos llegado, estaba lleno con el plan de trasladar a Francia el Oratorio de san Felipe de Neri. Los más ilustres personajes de su tiempo no cesaban de urgirle en este punto; la Sra. Acarie y el padre Cotton, confesor de Enrique IV; la marquesa de Maignelay y su hermano, el Sr. de Gondi, obispo de París; Francisco de sales y el canciller de Sillery, empujados también por el famoso cardenal Baronius, entonces general de la orden; el cardenal Joyeuse y la reina regente, María de Médicis. Después de dudarle largo tiempo, tratado de cargar a los demás con la responsabilidad de la fundación o de la dirección, y de reclutar ya entre los Oratorianos de Italia, ya entre los Doctrinarios recientemente creados en Aviñón por César de Bus, Bérulle se decidió y agrupó en torno de él a algunos sacerdotes que debían ser el núcleo del Oratorio francés. Alquiló en el barrio Saint-Jacques el hotel del Petit-Bourbon, que ocupaba una parte del terreno donde se construyó más tarde el Val-de-Grâce en la vecindad de sus queridas carmelitas; y allí, el 11 de noviembre de 1611, estableció a sus discípulos con el nombre de sacerdotes del Oratorio de Jesús⁴². Es a esta escuela a la que se trasladó Vicente de Paúl. Su intención era según lo ha declarado después en varias ocasiones, no de agregarse al nuevo instituto, -Dios le reservaba para un papel menos secundario,- sino solamente de escapar del mundo, de sus honores y de sus peligros; de esperar en la soledad la manifestación de las voluntades del cielo; de enriquecer su espíritu con ciencia en los laboriosos respiros, y su corazón con piedad en la compañía de santos sacerdotes, y sobre todo ponerse por entero y en todo instante bajo la dirección de un director, de abrirle su alma en su pasado, en su presente, sus vistas del porvenir, y de abandonar a la decisión de Bérulle la organización de su vida. Con la fuerza y la dulzura que eran los dos rasgos de su carácter, con su viva inteligencia, su ardiente voluntad, su piedad celestial, Bérulle, “uno de los espíritus más claros y más netos que se hayan visto nunca”, ha dicho san Francisco de Sales⁴³, tenía todo lo que era preciso para ganarse las simpatías de Vicente, tomar el ascendente sobre él y decidir soberanamente de su

⁴¹ Barbe Avrillat, nacida en París el 1º de febrero de 1566 de un tesorero, casóse, en 1587, con Pierre Acarie de Villemor, tesorero también, de quien tuvo varios hijo. Esposa y madre incomparable, restableció los asuntos de su casa, arruinada por la parte que había tenido su marido en la Liga, y halló a pesar de todo el medio, durante el sitio de París de 1590, de alimentar cada día a un gran número de pobres. entregada a todas las obras de caridad y de religión, más que otra cualquiera preludeó en los trabajos de san Vicente de Paúl. A las Carmelitas que introdujo en Francia, entregó a sus tres hijas y se donó a sí misma, después de la muerte de su marido, con el nombre de María de la Encarnación. Muerta en Pontoise, el 18 de abril de 1618, ha sido beatificada por Pío VI, el 24 de mayo de 1781 (Véase su *Vie*, por Boucher, in-18, Paris, 1800; y más recientemente, por M. G. de Cadoudal, in-8, París, 1843).

⁴² En el mes de diciembre siguiente, cartas patentes declararon la casa de fundación real; eran registradas en el Parlamento el 2 de enero de 1612; el 18 de octubre, el obispo de París daba su aprobación, y el 10 de mayo de 1613, Paulo V expedía la bula de institución canónica. Tendremos que volver sobre esta obra, cuya sede fue trasladada, en 1616, a la calle Saint-Honoré, al hotel Du Bouchage, adquirido de la Sra. de Guisa, hermana del cardenal de Joyeuse. La iglesia que es la única que subsiste hoy de este establecimiento, fue fundada en 1621, en nombre de Luis XIII, con título de capilla del Louvre [*Vie du cardinal de Bérulle*, por Tabaraud. -2 v. in-4, Paris.,1817- *Le cardinal de Bérulle, sa vie, ses écrits, son temps*, por el Sr. Nourrisson, in-12, Paris, 1836.-]

⁴³ *Vie*, por el P. de La Rivière, p. 248. (Lyon, 1654.)

vocación. Si bien el Oratorio parecía fundado para la institución de los seminarios y la renovación del espíritu sacerdotal en Francia, él no trabajó directamente en ello, habiéndose dejado desviar por otras obras de su primer destino; pero Bérulle, y sobre todo su sucesor, el padre de Condren, contribuyeron a ella de una manera indirecta formando a los primeros fundadores de aquellas casas útiles y a los modelos del clero. Del Oratorio veremos salir a los Bourdoise, a los Eudes, a los Olier; y es en esta escuela donde se ha instruido en este momento el mayor de todos, Vicente de Paúl.

Después de practicar durante dos años el santo sacerdote y recibir sus más íntimas confidencias, a Bérulle no le costó mucho adivinar que era llamado a grandes cosas. Le predijo que Dios quería servirse de él para rendir a su Iglesia un importante servicio, estableciendo una nueva congregación de sacerdotes que la cultivaran con fruto y bendición. Así habla el padre de La Tour, sexto general del Oratorio en su carta a Clemente XI del 23 de abril de 1706, para solicitar la canonización de san Vicente de Paúl: *Berullius, velut futurorum, Deo sic donante, praescius, instituendae postmodum sacrae congregationis Missionum auctorem ac fundatorem praesalutavit Vincentium.*

No se debería creer, sin embargo, que Vicente haya conocido, desde el año 1611, que debiera fundar la Misión, es decir una compañía de operarios apostólicos entregados a las misiones de los campos. Cuarenta y siete años más tarde le oiremos decir a su Compañía que en el momento mismo de comenzar él no pensaba ni en la cosa ni en el nombre. Tan sólo, durante su retiro en el Oratorio, el pensamiento que más fijo se le quedó fue el estado de abandono en que vivían las gentes de los campos, y la necesidad urgente de ayudarlas; y sin duda debió recibir una impresión de la especie de profecía de Bérulle, que parecía responder a su meditación habitual, sino una impresión vaga y que no se traducía hasta entonces en ningún proyecto determinado.

Antes de fundar nada en este designio, necesitaba, según el método experimental al que estaba sometido por la Providencia, estudiar por sí mismo las miserias y las necesidades de los hombres de los campos, y para ello vivir en medio de ellos, compartir sus sufrimientos, probar las obras más propias para instruirlos, aliviarlos y santificarlos. Dios va a abrirle esta vía de las esperanzas.

V. Clichy. Entre los primeros compañeros de Bérulle, Jean de Bence de Rouen, Jacques Gastaud de Niort, ambos doctores de Sorbona, Paul Métezeau de Dreux, bachiller de la misma facultad, nos encontramos a dos párrocos dimisionarios, a P. Caron y Francisco Bourgoing, el mismo cuya oración fúnebre predicó Bossuet, en 1662. P. Carón había dimitido de la parroquia de Beaumont, y F. Bourgoing, resuelto a unirse al Oratorio, pidió a Bérulle que le señalara un sucesor en quien poder en conciencia renunciar a su parroquia de Clichy. Continuando sin duda siendo iluminado de lo alto, y fortalecido también en su instinto profético por las numerosas confidencias que Vicente le había hecho de su deseo de trabajar por la salvación de los campos, Bérulle vio en ello una ocasión ofrecida por la Providencia y le propuso como párroco de Clichy. Bourgoing lo aceptó sin titubear de la mano de un superior tan piadoso y tan ilustrado; pero Vicente, tembloroso cuando había que inclinarse bajo la carga de las almas, no cedió más que a la autoridad de su director. La renuncia de Bourgoing es del 13 de octubre de 1611, y fue admitida en la curia de Roma por Paulo V el 12 de noviembre, al día siguiente de la instalación del Oratorio

en el barrio de Saint-Jacques. No obstante Vicente no tomó posesión de la parroquia de Clichy hasta seis meses después, seis meses pasados evidentemente en las resistencias de su humildad.

El 2 de mayo de 1612, compareció a la puerta de la iglesia de Clichy y, enseñando el acta de renuncia aprobada en Roma, solicitó la libre entrada a Thomas Gallot, procurador de Bourgoing. Introducido en la iglesia, tomó agua bendita, hizo la aspersion, se arrodilló ante el crucifijo y al pie del gran altar, besó el altar, el cuerpo de Jesucristo, luego las fuentes bautismales, se sentó en el coro en la sede asignada al párroco, tocó las campanas, en una palabra, observó todas las ceremonias acostumbradas en semejante circunstancia. Conducido a continuación al presbiterio, entró en él y de él salió libremente. Luego, siguiendo el edicto del rey, el procurador, con voz alta e inteligible, publicó y notificó esta toma de posesión, y sin que nadie presentara reclamaciones,, devolvió el acta a Vicente de Paúl que se la pedía⁴⁴.

Clichy era un teatro providencialmente elegido para el primer ejercicio de su celo pastoral. Situado en las puertas de París, pertenecía a la vez a la ciudad y a los campos. El rebaño ordinario apenas estaba compuesto más que de pobres, pero los burgueses de París que tenían allí sus casas de campo traían la riqueza. Imagen de su pastor y del papel que el santo sacerdote estaba llamado a desempeñar, Clichy era pues una especie de rasgo de unión entre el despojo y la abundancia, el campo y la ciudad.. al situarle en el ministerio rural, Dios no quería alejar al principio y de repente a Vicente de aquel París que iba a ser la capital de su reino, del reino de la caridad, y donde él debía establecer el cuartel general de sus santos ejércitos. En París debía estar también el centro y la sede de sus obras para la renovación y la santificación del clero, y de París debían extenderse por el resto de Francia. Era pues necesario que mantuviera numerosas relaciones con los sacerdotes, para estudiar sus necesidades, preparar sus medio de renovación y ensayar con ellos su dirección. En Clichy, vivía a la vez con los pobres y los ricos, con las ovejas y los pastores. Padre y providencia de unos, era el dispensador de los tesoros de los otros, al mismo tiempo que el modelo y el consejero del clero. Con todos derrochaba su celo, con todos ejercía una saludable influencia. Sus parroquianos eran, desde luego, el objeto privilegiado de sus cuidados. Homilias, catecismos, asiduidad al santo tribunal, tal era su ocupación ordinaria; luego, en el intervalo de estas santas funciones, visitaba a los enfermos, consolaba a los afligidos, socorría a los pobres, reconciliaba a los enemigos, acercaba a las familias, fortalecía a los débiles, sostenía a los fuertes, reprendía a los pecadores, en una palabra, se hacía todo a todos para ganarlos a todos a Jesucristo

Su ejemplo hablaba más alto todavía que sus charlas. Por la pureza de su vida, la regularidad de su conducta, la igualdad de su carácter, la dulzura y la afabilidad de su trato, la santidad difundida por toda su persona, era una predicación viviente y continua. Todos los espíritus y los corazones eran suyos, tan unidos a él los tenía por la estima, el respeto y el amor que les había inspirado. Se lee un testimonio sobre esto en una carta que le escribía su vicario para darle cuenta del estado de la parroquia, de la que Vicente se había ausentado momentáneamente por un asunto indispensable: "Venid lo antes que podáis, Señor, decía el joven vicario. Los Señores párrocos están

⁴⁴ Esta acta, firmada de Gallot, existe aún en una hoja de pergamino. Se conserva en los archivos de los sacerdotes de la Misión.

aguardando vuestro regreso. Todos los burgueses y los habitantes lo desean por lo menos otro tanto. Venid pues a mantener a vuestro rebaño en el buen camino en el que le habéis puesto, pues tiene un gran deseo de vuestra presencia.” Estas sinceras palabras se ven libres de toda sospecha de adulación, por este otro testimonio, más explícito todavía, presentado mucho tiempo después por un Religioso, doctor de Sorbona, que había evangelizado varias veces al pueblo de Vicente: “Me alegro que al comienzo de este dichoso instituto de la Misión, yo confesaba a menudo en el pequeño Clichy el que ha hecho nacer para las órdenes del cielo esta pequeña fuente que comienza tan venturosamente a regar la Iglesia, y que visiblemente se hace un gran río, mil veces más precioso que el Nilo, sobre el Egipto espiritual. Yo me dedicaba, cuando él echaba los fundamentos de una obra tan grande, tan santa y tan saludable, a predicar a este gran pueblo de Cliché, del que era párroco; pero confieso que encontré a esta buena gente que en su totalidad vivían como ángeles, y que a decir verdad yo llevaba la luz al sol.” Vicente mismo, en una conferencia que dio años más tarde a las Hijas de la Caridad, confirmó la verdad de estos relatos: “El buen pueblo de Clichy, dice él, me era tan obediente que, habiendo recomendado la confesión los primeros domingos del mes, nadie faltaba a ella, para mi mayor gozo. –Ah, me decía yo, qué suerte la tuya por tener una gente tan buena. El papa tiene menos suerte que yo. Un día el cardenal de Retz me preguntó: _Bueno, Señor, qué tal os encontráis. – Monseñor, le respondí, estoy más contento de lo que se pudiera pensar. –Y por qué. –es que tengo una gente tan buena y tan obediente a todo lo que les recomiendo, que me digo a mí mismo que ni el papa ni vos, Monseñor, sois tan dichosos como yo⁴⁵.”

Después de edificar a Dios en el corazón de todos sus parroquianos, una morada espiritual, Vicente pensó en la edificación material de la iglesia de Cliché, que amenazaba ruina. Gran proyecto, y que parecía temerario e irrealizable. Pobre entre los pobres, de dónde sacar los fondos para semejante empresa. Lo consiguió después de todo interesando en esta obra la caridad de sus parroquianos, que no necesitaban estímulos y encargándoles que recogieran limosnas en París. La iglesia se levantó, fue dotada incluso del mobiliario, de los ornamentos necesarios para la decencia del culto, sin que se cargara el menor tributo a la indigencia de los habitantes de Clichy.

Es la iglesia que se ve todavía hoy, pues ha sido muy poco modificada desde el tiempo de san Vicente de Paúl. Se conserva el púlpito desde el que instruía a su pueblo. Enfrente en la pared se ve un crucifijo clavado en medio de un cuadro, del que se servía en sus predicaciones, como lo indica este dístico escrito debajo:

Hacce palam cruce mortales lymphalibus undis. Purgat, et his pandit
Vincentius ostia coeli⁴⁶

Finalmente, en el jardín de la parroquia florece todavía un árbol de Judea que la tradición dice haber sido plantado con su mano.

Entonces pudo multiplicar las obras piadosas. En memoria de Nuestra Señora de Buglosse, en testimonio de su tierna piedad hacia María, estableció la cofradía del Rosario, devoción al alcance de los sencillos y que resalta su inteligencia por los grandes misterios que recuerda; devoción por eso mismo

⁴⁵ Conf. del 27 de julio de 1633.

⁴⁶ “Con esta cruz Vicente lava públicamente a los hombres en las aguas purificadoras, y les abre las puertas del cielo.”

verdaderamente cristiana, humilde y sublime al mismo tiempo como Jesús y María, como los orígenes y la fe del cristianismo.

Vicente pensaba en una fundación más útil aún, cuando la Providencia le llamó a otro teatro. Quería reunir en su derredor a un número de hijos para formarlos en la ciencia y en la piedad, y prepararlos a cumplir las funciones eclesiásticas. Y en efecto, tomó a doce a los que alojó en su propia casa y alimentó a su cargo. Pero tuvo que abandonar esta obra a Jean Souillard, su sucesor. Al menos comprometió a éste a seguir esta idea; más aún, quiso elegir él mismo a los primeros jóvenes clérigos de esta pequeña comunidad. Varios de ellos llegaron al sacerdocio y sirvieron útilmente a la Iglesia.

De esta forma, a medida que avanzamos, vemos a Vicente echar las semillas de sus obras, vemos apuntar ese grano de mostaza evangélico que dará abrigo bien pronto a tantas generaciones.

Apenas hacía un año que estaba en Clichy, cuando el P. de Bérulle, cuyos consejos eran siempre para él la expresión de la voluntad de Dios, se lo arrancó a sus queridos paisanos. Fue doloroso para su corazón: “Yo me alejé con tristeza de mi pequeña iglesia de Clichy, escribía a uno de sus amigos; mis ojos estaban bañados en lágrimas, bendije a aquellos hombres y mujeres que venía hacia mí y a quienes tanto había querido. Mis pobres también se encontraban allí, y ellos me partían el corazón. Llegué a París con mi pequeño mobiliario y me dirigí a casa del Sr. de Bérulle.” Desde este momento el humilde párroco iba a ser lanzado al gran mundo.

Capítulo quinto: Primera estancia en la casa de Gondi. Entrada y dirección de Vicente. Los duelos en el siglo XVII. IV. La Señora de Gondi y la misión de Folleville. Salida de la casa de Gondi, y sus causas

I. La familia de Gondi. La familia de Gondi era entonces una de las más ilustres por su nacimiento y por sus cargos. Salida de la casa de los Philippi, famosa, se dice, desde el tiempo de Carlomagno, había desempeñado durante siglos en Florencia, su patria, los primeros oficios del gobierno. Así dicen todos los historiadores y genealogistas, aparte de los detractores envidiosos que hizo su fortuna. El primer miembro de esta familia que se haya destacado en nuestra historia es Alberto de Gondi, más conocido por el nombre de duque de Retz. Título que había tomado de su mujer Claudia Catalina de Clermont, viuda de Juan d'Annebaut, barón de este nombre, que fue asesinado en la batalla de Dreux.

Nacido en Florencia el 4 de noviembre de 1522, había sido trasladado a Lyon por su padre Antonio de Gondi, que fue banquero antes de naturalizarse Francés y de ocupar la plaza de jefe de comedor bajo Enrique II, y también él debutó con las finanzas. Su madre, María Catalina de Pierre-Vive, habiendo obtenido de su compatriota Catalina de Médicis la plaza de aya de los hijos de Francia, fue introducido en la corte donde fue gentilhomme de la cámara y gran chambelán. Se le encargaron misiones importantes, acompañó al duque de Anjou en Polonia, y le trajo para reinar en Francia. Lo que ensombreció su historia es que tomó parte activa en la masacre de San Bartolomé. El valor que había demostrado en las batallas de Saint-Denis y de Moncontour le valió el bastón de mariscal. Fue uno de los primeros en abrazar la causa de Enrique IV, lo que culminó su fortuna y la de su familia. Falleció el 21 de abril de 1602.

Su hermano Pedro de Gondi, nacido en Lyon en 1533, debió a la protección de Catalina de Médicis un adelanto análogo en la Iglesia. Nombrado en 1565 al obispado de Sangres, que era un ducado con dignidad de par, fue transferido cinco años después a la sede de París. Canciller, gran limosnero de Catalina de Médicis y de Isabel de Austria, jefe del consejo de Carlos IX, condecorado bajo Enrique III con el collar de la orden del Espíritu Santo desde su institución, vio todos los asuntos de la Iglesia de Francia pasar por sus manos, y fue encargado de negociarlos ante los papas Pío V, Gregorio XIII, Sixto V y Clemente VIII. Sixto V le hizo cardenal en 1587. Murió el 17 de febrero de 1616 a sus ochenta y cuatro años. Fue él quien inauguró el nombre de Gondi en la sede de París, a partir de entonces hereditaria, de alguna manera, en esta familia. En 1598, dimitió a favor de su sobrino, Enrique de Gondi, nacido en 1572, hijo del mariscal, primer cardenal de Retz, y ya el segundo de la familia de Gondi que haya sido condecorado con la púrpura romana. Unido al cardenal de La Rochefoucault y al padre de Bérulle para defender los intereses de la Iglesia en el consejo del rey, Enrique de Gondi ocupó en él rango de primera clase con la única cualidad de maestro del oratorio real. Mezclando la política y la religión, entonces inseparables, impulsaba en la guerra más que los generales mismos, y acompañó a Luis XIII en su expedición por el Languedoc contra los Hugonotes, mandados por el duque de Rohan. Murió en campaña frente a Béziers, el 13 de agosto de 1622.

Tuvo por sucesor a su hermano Juan Francisco de Gondi, nacido en 1584, a quien una bula de Gregorio XV, del 20 de octubre de 1622, hizo primer arzobispo de París. En virtud de esta bula, París se separaba del arzobispado de Sens, y tenía por sufragáneas a Chartres, Meaux y Orleáns. Juan Francisco había comenzado por ser capuchino; era decano de Nuestra Señora cuando fue elevado a la sede de París.

A ejemplo de los primeros Capetos que hacían coronar a sus sucesores en vida para asegurarse la herencia de la corona, los Gondi parecían querer asegurarse de la sede de París, tomando entre ellos a un coadjutor. Así lo había hecho, acabamos de ver, Pedro de Gondi; así lo habría hecho sin duda Enrique, si no hubiera sido sorprendido por la muerte; así lo hizo Juan Francisco quien, en 1642, se buscó para este título a su sobrino Juan Francisco Paulo, quien será el famoso cardenal de Retz, el héroe de la Fronza y el autor de las Memorias⁴⁷.

Durante los doce años que pasó Vicente de Paúl en esta familia de 1613 a 1625, vio a dos miembros de ella en la sede de París: a Enrique a quien ya se encontró en ella, luego a Juan Francisco, a la espera de ver ascender a uno de sus alumnos, al célebre coadjutor. El miembro de la familia de Gondi en cuya casa entró era Felipe Manuel, hijo del mariscal, sobrino y hermano por consiguiente de los tres primeros prelados del nombre que acabamos de ver sucederse en la sede de París. Nacido en Lyon en 1581, su bella prestancia, su acierto en todos los ejercicios del cuerpo, la amabilidad de su carácter, le habían hecho distinguirse ante Enrique IV. Sin entrar en ningún detalle, Cirbinelli, el aliado e historiador de la casa de Gondi, dice que brilló en la escena y en el Parnaso, y que su pluma contribuyó tanto a su gloria como su propia espada. Habría heredado ese gusto y ese espíritu de su madre Claudia Catalina de Clermont, quien a su vez unía a una rara hermosura una

⁴⁷ *Histoire généalogique de la maison de Gondi*, por Corbinelli, (2 vol. in-4, París, 1705.)

inteligencia y un saber más raros todavía en una mujer. Ella podía conversar en latín con los embajadores polacos que traían la corona de Polonia al duque de Anjou, y servirles de intérprete. Antes de la Sra. Dacier, ella se sabía el griego como si hubiera tenido a un Lefèbre por padre, y componía indistintamente en verso y en prosa.

Los talentos literarios de Felipe Manuel se han perdido entre sus dignidades y sus funciones guerreras o, al menos, han estado cubiertos por ellas. Conde de Joigny, comandante de las órdenes del rey, él sucedió, en 1598, en el cargo de general de las galeras, a su padre, quien a su vez había reemplazado en este cargo a su hermano Carlos, muerto en 1574⁴⁸. Más tarde se distinguió en esta cualidad durante una expedición contra los Berberiscos, y en un combate naval contra los de La Rochelle.

Había desposado a Francisca Margarita de Silla, dama de Commercy, hija mayor del conde de la Rochepot, gobernador del Anjou, y de María de Lannoy, dama de Folleville y de Paillart. Es la primera de estas mujeres ilustres por su nacimiento y su virtud a quien veremos formar grupo en tal cantidad en torno a Vicente y convertirse en las ministras y los instrumentos de su caridad. Ninguna época produjo más que esta primera mitad del siglo XVII; pero, mientras que la literatura nos ha revelado los nombres, los hechos y gestos de las Preciosas del hotel de Rambouillet y de los Sábados, de las grandes damas del barrio de Saint-Thomas-du-Louvre y de las burgueses del Marais; mientras que ha puesto bajo hermosa luz, en espléndidas galerías, a las mujeres célebres solamente por su humor galante y chismoso, ha dejado en la sombra a estas mujeres admirables, a las Acarie, las Miramion, las Pollalion, las Le Gras, las Goussault, verdaderas madres de la Iglesia y del pueblo, que han hecho más por el desarrollo de la sociedad francesa y por la preparación de los esplendores del reinado de Luis XIV, que los guerreros más famosos, que los poetas más sublimes. A nosotros nos toca sacarlas de esta sombra y destacar aquí estas fecundas tinieblas donde se produce cuanto es grande, cuanto tiene vida y duración en los pueblos cristianos.

Margarita de Silla era, en todos los aspectos, una de las mujeres más perfectas de su siglo; pero es su virtud la que debe atraer aquí nuestra atención, ya que fue el lazo que la unió tan estrechamente a Vicente de Paúl. Piadosa, complaciente, caritativa, verdadera madre de familia, solo pensaba en el honor de Dios en ella misma y en los suyos. Nada más ser madre, se inquietó por la educación cristiana de sus hijos. "Deseo mucho más, decía, hacer de los que me ha dado, y que puede darme aún, santos en el cielo que grandes señores en la tierra." Tal era también el deseo de Felipe Manuel quien, mientras soñaba con la fortuna de sus hijos, ponía el cuidado de su salvación muy por encima de los sueños de la ambición paterna. Desde que tuvieron la edad de ser confiados a un maestro, los dos esposos trabajaron de común acuerdo "en procurarles lo más santo y lo más virtuoso que se pudiera encontrar." Para ello se dirigieron al P. de Bérulle, cuya reputación de prudencia estaba por entonces en todo su esplendor, y ellos le pidieron a uno de los sacerdotes piadosos e instruidos que acababan de unirse a él. Ya, sin duda, Felipe Manuel, que se hará más tarde sacerdote del Oratorio, se había puesto bajo la

⁴⁸ Alberto de Gondí había obtenido la supervivencia de este cargo del duque de Vendôme por la dimisión que dio en su favor del estado de capitán y gobernador de la ciudad y castillo de Nantes y de la lugartenencia general de dichos ciudad, castillo, condado y obispado de Nantes (*Histoire généalogique*, etc., tom. II, pp. 30 y 570.)

dirección del P. de Bérulle, y era a él a quien debía naturalmente pedir el hombre de virtud y de ciencia sobre quien iba a descargar la educación de sus hijos.

II. Entrada y dirección de Vicente. El P. de Bérulle, en lugar de aceptar para uno de sus sacerdotes un puesto tan honroso, y que parecía presentar tantas ventajas para su naciente congregación, le propuso al párroco de Clichy, de quien ya sabía que había llevado a cabo parecidas funciones desde que era joven, y más tarde en Buzet y en Toulouse. Vicente se negó primeramente: pero, apremiado por el P. de Bérulle, se decidió a entrar, al menos a modo de ensayo, en la casa de Gondi.

Aquí la irreflexión se admira y se pregunta cómo Bérulle, a quien Vicente se había abierto sobre su gusto por el ministerio de los campos, le arrancó de su trabajos de predilección, y cómo pudo Vicente llevar la obediencia hasta renunciar a su vocación y a sus queridos campesinos para entregarse a una obra de una utilidad a primera vista tan restringida. Pero, según una de las palabras familiares de nuestro santo, “es Dios quien lo ha hecho.” Cliché le hubiera absorbido sin provecho para Francia y para la Iglesia. Cliché, como más tarde Châtillon, no podía ser para él más que un lugar de estudios y de experiencias pasajeras, no la cuna de obras de un provecho universal, ni el centro del que su caridad pudiera irradiar sobre el mundo entero. La casa de Gondi, sin saberlo sus jefes que no buscaban más que un preceptor para sus hijos, sin saberlo Vicente mismo que no creía que obedecer a Bérulle iba a ser todo eso. De esta forma se hacen todas las cosas grandes, mediante un concurso de circunstancias, en apariencia fortuitas, cuyos agentes no están de ordinario en el secreto, por un impulso misterioso que, en el orden religioso, se llama la gracia, y en el orden de la naturaleza, el genio.

De la permanencia de Vicente en la casa de Gondi datan, si no sus su grandes obras mismas, al menos el pensamiento y el primer ensayo de sus principales obras, de la obra de las misiones de los campos y de la obra de los forzados. Es en la casa de Gondi, unida por lazos de parentesco o relaciones sociales a la más alta y rica aristocracia del tiempo, los Lesdiguières, los Schomberg, los Montmorency, donde comenzó a relacionarse con los banqueros y los cooperadores futuros de su caridad. Allí es finalmente donde aseguró a sus obras la protección y el concurso de la autoridad eclesiástica, haciendo admirar su virtud y la pureza de su celo a la familia que debía poseer el arzobispado de París durante todo el curso de su larga vida.

Siguiendo las conjeturas más probables, fue hacia finales de 1613 cuando entró en la casa de Gondi⁴⁹. En esta época el general de las galeras tenía tres

⁴⁹ Está probado por un registro de la antigua colegial de Écouis, en la diócesis de Évreux, fundada a principios del siglo XVI por el superintendente Enguerrand de Marigny, que Vicente fue provisto de un canonicato en esta iglesia. Como barón de Plessis, próximo de Écouis, el general de las galeras tenía derecho a conferir a su vez la tesorería y una canonjía de la colegial. Pues bien, Jean de Roux, en posesión de este cargo, habiendo muerto en 1615, Felipe Manuel se lo otorgó al preceptor de sus hijos. El miércoles, 27 de mayo, Vicente tomó posesión del cargo por procurador, cuya acta fue levantada por el capítulo y enviada a París, con esta carta al general de las galeras: “Monseñor, hemos recibido vuestras cartas y hemos ejecutado contenido de las mismas. Enviamos al Sr. Vicente, preceptor de los señores vuestros hijos, un extracto de nuestro registro de capítulo que le servirá de acta en su toma de posesión en la tesorería y canonjía, de las cuales habéis querido proveerle. Quiera Dios concederle la gracia de cumplir lo que esperamos de él para el bien y decoro de vuestra iglesia. La presencia de los beneficiarios hace que el servicio divino se desarrolle con más honor en vuestra iglesia en la que continuaremos

hijos: Pedro de Gondi, su hijo mayor, que será duque de Retz y sucederá en todos los cargos paternos; Enrique, a quien llamaban el marqués de las Islas de Hyères, y Francisco Pablo, el futuro coadjutor, que nacía o acababa de nacer⁵⁰. Tal y como convenía siempre en esta familia un candidato a las grandes dignidades eclesiásticas, Enrique estaba destinado a la Iglesia. Ambicioso, el niño se prestaba a este papel, y decía con orgullo que quería ser cardenal para pasar por delante de su hermano. Pero se murió tristemente en la caza. Al caerse del caballo, se le enredó la pierna con el estribo, y murió de una cox que recibió en le cabeza⁵¹.

Francisco Pablo, destinado en un principio a ser caballero de Malta, hecho caballero el día de su nacimiento, que había coincidido con un capítulo de la orden, debió suceder al marqués de las Islas de Hyères en las pretensiones eclesiásticas de su familia. Desde la edad de los trece años, era canónigo de Nuestra Señora de París. Y no obstante daba ya señales de este humor altanero, pendenciero y galante que le llevará un papel tan contrario a la vocación que se le imponía. Ilusión de los más piadosos si se dejan cegar por una ambición mundana. Felipe Manuel creía servir los intereses religiosos de sus hijos cuando cedía a cálculos de elevación para si familia. “No creo, ha escrito el cardenal de Retz en sus Memorias, que hubiera en el mundo un corazón mejor que el de mi padre, y puedo decir que su temple era el de la virtud. Sin embargo mis duelos y galanterías no le impidieron hacer todos los esfuerzos para unir a la Iglesia a un alma tal vez le menos eclesiástica que hubiera en el universo: la predilección por su hijo mayor y la vista del arzobispado de París, que estaba en su casa, produjeron este efecto. Él no se lo creyó ni tampoco lo sintió; yo juraría que él mismo hubiera jurado en lo más íntimo de su corazón que no tenía en ello otro movimiento que el que le era inspirado por el temor de los peligros a los que la profesión contraria expondría a su alma⁵².”

Volveremos a ver a Retz en medio de los disturbios de la Fronda, por ahora, que nos sea suficiente con advertir que la parte de Vicente de Paúl en su educación fue mucho menor de lo que se ha dicho. Se le ha alabado o criticado a la medida que se han visto las grandes cualidades de espíritu o los errores de su alumno. Pero no se podría hacerle más responsable de una cosa que atribuirle los méritos de la otra. Consumió unos doce meses, de dos veces, en la casa de Gondi. Juan Francisco Pablo nacía cuando entró hacia finales de 1613, y cuando salió la primera vez, en 1617, el niño no tenía más que cuatro

pidiendo a la divina Bondad que os asista con su gracia, junto con la Señora y los Señores vuestros hijos, siendo siempre, Monseñor, vuestros muy humildes orantes y servidores. El decano, canónigos y capítulo. de Écouis. Del susodicho capítulo de Écouis, el 27 de mayo de 1615.” –El 16 de setiembre siguiente, “el maestro Vicente de Paúl, sacerdote, bachiller en teología” se presentó en persona para prestar el juramento de fidelidad y recibir el *osculum pacis*, lo que se debía por necesidad antes de que un canónigo, habiendo tomado posesión por procurador, pudiera portar el hábito en el coro. En consecuencia, Vicente prestó juramento, firmó la promesa de cumplir sus cargos; pero, obligado a permanecer en París, pidió y obtuvo tener un suplente; tras lo cual recibió el beso de paz e invitó a la compañía a cenar al día siguiente, día de la dedicación de la iglesia de Écouis, “*por su fecuna llegada*, siguiendo la costumbre de este capítulo.”

⁵⁰ Todos los historiadores y biógrafos hacen nacer al coadjutor en el mes de octubre de 1614; pero de un acta recuperada recientemente resulta que fue bautizado el 20 de setiembre de 1613. (*Hist. de Montmirail*, por el Sr. abate de Boilet, p. 88.) Fecha esta última que corrobora Simone Bertière *La vie...* ed. Fallois, Paris, 1990, c. I, p. 45. -De la traducción.

⁵¹ *Les Historiettes* de Tallement des Réaux; 2ª edic., t. VII, p. 19, (in-12, Paris, 1840.)

⁵² *Mémoires du cardinal de Retz*, colección Michaud y Poujoulat, serie, t. I, p. 16. (Gr. in-8, París, 1850.)

años. Volvió al año siguiente para salir definitivamente en 1625, dejando a su alumno a la edad de doce años. Pero, en este segundo periodo, se ocupó mucho más de la dirección de la Generala, de la dirección religiosa de su casa, de las misiones en sus tierras, que de la educación de sus hijos. Así fueron también las cosas, creemos nosotros, durante la primera estancia misma. Al menos, los historiadores de Vicente de Paúl hablan del sacerdote, y no del preceptor, al contarnos esta parte de su vida. Y Vicente mismo, al recordarlo más tarde, no menciona apenas más que los detalles de su ministerio apostólico porque se trata de sus propios recuerdos, conservados por Abelly, mucho más que los relatos de sus biógrafos, que vamos a seguir en la exposición de su conducta en la casa de Gondi.

En esta casa tan piadosa, a pesar de su riqueza y su fasto, vio en primer lugar una especie de templo, por eso se propone honrar a Jesucristo en la persona de su cabeza, a la santísima Virgen en la de la Sra. de Gondi, y a los discípulos del Salvador en la de los hijos, de los oficiales y de los criados. Dios por todas partes y en todo, Jesucristo que sigue viviendo en sus miembros, ¿no constituye todo ello el cristianismo? Y como lo decía en una conferencia eclesiástica de S. Lázaro el santo mismo, ¡con qué modestia y circunspección en todos los actos, en todas las palabras debe mantener esta visión continua! Qué respeto inspira, qué afecto recíproco y sagrado en todos los deberes. Por ello aconsejó dos veces la práctica: primero, el 29 de setiembre de 1636, a un sacerdote de su congregación llamado Sergis, que se hospedaba en casa del canciller Seguiré para hacer el oficio de capellán; luego a un abogado de París, llamado Husson, a quien había hecho entrar en 1650 en la casa del duque de Retz, el mayor de sus alumnos, en calidad de intendente y que le pedía que le trazara las reglas para mantenerse piadoso en el tumulto de los afanes. En estas dos circunstancias no temió citar su propio ejemplo y recordar lo que había hecho en la casa de Gondi⁵³.

A pesar del prestigio religioso con que envolvía a sus ilustres patronos, creyó tener que sustraerse al lujo tumultuoso de su vida y de su entorno, con tal frecuencia que no se acudía a sus servicios o que se veía libre de sus funciones. Como más tarde Bossuet, quien supo aislarse de tal forma en medio de las pompas de Versalles, para entregarse a sus estudios o a sus doctas conversaciones con los filósofos, que se hizo en esta casa una especie de Tebaida para conversar a solas con Dios. pero la caridad le sacaba de allí siempre que hizo falta bien establecer la paz y la concordia, bien visitar, consolar, servir a los criados enfermos, bien para reunirlos a todos para prepararlos a la celebración de las fiestas solemnes y a la recepción de los sacramentos. Cundo acompañaba a la familia al campo, en Joigny, en Montmirail, en Villepreux, en lugar de tomarse un descanso, veía una carrera más extensa a su celo. Todos os campesinos diseminados por estos vastos dominios eran a los ojos del caritativo sacerdote una prolongación, una extensión de la familia. Era para él la familia de los ancianos, pero en el sentido superior de la fraternidad cristiana. De esta forma se repartía entre ellos y sus alumnos y, si había que luchar contra algún sentimiento de preferencia, se puede pensar que se trataba de los pobres y de los pequeños⁵⁴.

⁵³ Extracto de una carta de san Vicente, y de una carta de Husson mismo, *Sum.*, p.292.

⁵⁴ En Montmirail, no se contentaba con predicar al pueblo desde un púlpito que existe todavía; sino que siguiendo la tradición le convocaba, como san Francisco Javier, por medio de una campanilla que paseaba

III. Los duelos en el siglo XVII; esfuerzos de Vicente por hacerlos abolir. Su celo alcanzaba no obstante en todo ocasión hasta los jefes de la casa de Gondi. Con aquella prudencia y discreción que sierre le caracterizaron, sabía conciliar el respeto con una santa audacia, como templar los firme y rudos consejos con la dulzura y la caridad. He aquí un ejemplo glorioso para él y para el general de las galeras.

Se sabe a qué excesos llegó el furor por los duelos hacia finales del siglo XVI. Durante las guerras religiosas que eran al propio tiempo guerras civiles, las leyes se callaban impotentes, t cada uno se hacía justicia a su modo. Incluso la moral y la religión eran vencidas por el contagio y el ejemplo y la tiranía de un modo sanguinario. Enterado por los miedos y los gritos de las familias, Enrique IV había emitido en Blois, en 1602, un edicto contra los duelos, pero los jueces o bien rehusaban aplicarles la penalidad excesiva o accedían a las solicitudes de los príncipes y de los grandes a favor de los culpables de alta cualidad. Por otra parte el rey, que se había pasado la vida en el campo, conservaba demasiado aún sus costumbres y sus ideas, y destruía el efecto de su edicto con elogios o insultos indiscretos; además, otorgaba a los duelistas, con extrema facilidad, cartas de gracia. El desorden no hizo sino aumentar. En 1607, dieciocho años después del advenimiento de Enrique IV, Loménie contaba ya cuatro mil gentileshombres que habían perecido en combates singulares. Al comenzar 1609, ni un solo día que no estuviera señalado con uno o varios duelos. Se escogió indiferentemente para batirse un puente o una plaza pública, y los testigos, con frecuencia numerosos, se cortaban la garganta como los verdaderos adversarios. El duelo era tan desastroso para Francia como las fatales batallas de Crécy, de Poitiers y de Azincourt, pues segaba tan cruelmente a su nobleza y la privaba por igual de sus más heroicos defensores. Enrique IV abrió por fin los ojos y, el mes de junio de 1609 dio un edicto más eficaz: si, cediendo a un prejuicio demasiado arraigado, dejaba todavía subsistir el duelo, le hacía infinitamente raro con hábiles medidas, y sobre todo con la institución de un tribunal del honor, sin la decisión del cual nadie se podía batir sin incurrir en la pena capital. Los duelos cesaron de repente. Pero volvieron a tenerse con nueva rabia con el favor de dos débiles regencias de mujeres y de los alborotos públicos, y se necesitó el cadalso de Bouteville piadosas intervenciones y las severas ordenanzas de Luis XIV para volverla a frenar⁵⁵.

En la época a la que hemos llegado, algunos años tan sólo de la muerte de Enrique IV y durante la regencia de María de Médicis, reaccionaron con violencia contra la comprensión del edicto de 1609. Felipe Manuel acababa de sentirse ultrajado por un señor de la corte y, a pesar de su piedad, creyó que el recuerdo del mariscal su padre, a quien el honor de su casa y de su sangre le imponían el deber de lavar esta afrenta en la sangre de su enemigo. Pero, con esta inconsecuencia de carácter y de principios que ya tempos observado en su conducta para con su hijo más joven, se fue e su capilla antes de dirigirse al terreno, oyó devotamente la misa y se quedó más tiempo que de costumbre en oración para encomendar a Dios el resultado de su duelo y la salvación de su alma. La misa la había dicho Vicente quien, instruido de la intención del

por las calles, lo reunía en una plaza y hablaba subido a una piedra desde la que el magistrado hacía justicia y publicaba sus ordenanzas. (*Hist. de Montmirail*, p. 60).

⁵⁵ Poirson, *Histoire du règne d'Henri IV*, t. II, p. 381-387.

general, y teniendo también el suyo, había pedido a Dios que destruyera el uno con el éxito del otro. Cuando se ve solo en la capilla con el Sr. de Gondi, se le acerca y, echándose a sus pies: “Permitid, Mi Señor, le dice, que os diga unas palabras con toda humildad. Sé de buena parte que tenéis el plan de ir a batiros en duelo. Pero yo os declaro de parte de mi Salvador, a quien acabo de mostraros y vos habéis adorado, que si no abandonáis este mal propósito, él ejercerá su justicia en vos y en toda vuestra posteridad.” A su vez, el general cae a los pies de Vicente y, volviéndose hacia Dios, le deja la venganza que le está reservada. Muchas veces a partir de entonces se complacía en contar esta escena, y de él es de quien nosotros la tenemos, ya que el humilde capellán, según su costumbre, no habló de ella más que como de tercera persona, en una conferencia de S. Lázaro⁵⁶.

El celo de san Vicente de Paúl contra los duelos no se limitó a este hecho particular. ¡Cuántas veces, en sus correrías caritativas, saltó del coche, se metió con peligro de su vida entre las espadas desenvainadas y logró con su coraje y sus piadosas insistencias desarmar a los adversarios⁵⁷. Acabamos de decir que con el favor de dos regencias de mujeres, los duelos se habían reanudado con una recrudescencia violenta. Sin embargo, desde el comienzo de la regencia de Ana de Austria, en 1646, el príncipe de Condé, el cardenal Mazarino y los demás miembros del consejo habían prometido no interesarse nunca por quien se batiera en duelo, y el rey y la reina se habían comprometido a no sellar ninguna carta de gracia a favor de los duelistas. No se dudaría que estas resoluciones no se hayan provocado por Vicente que acababa de entrar en el consejo de conciencia. Tenemos, por lo demás, una prueba auténtica en el recuerdo de una conferencia que tuvo, por este tiempo, en Orsigny con los obispos de Sarlat y de Pamiers, los doctores Coqueret y Ferret, párroco de Saint-Nicolas. Esta conferencia tenía varios objetos, entre otros la extirpación del protestantismo en Francia; pero la deliberación se dirigía en particular hacia las medidas que se tomarían contra los duelos. Pues bien, es cierto que Vicente actuaba en asunto de acuerdo con la reina, que quiso correr con los gastos de la reunión. Él no aceptó este concurso de la munificencia real, pero usó de la autoridad de la Ana de Austria para lograr pasar resoluciones que debió trasladar enseguida al consejo de conciencia⁵⁸. No obstante la costumbre y el falso punto de honor prevalecieron otra vez. Memorias hablan de gentileshombres que no querían siquiera renunciar a la muerte, por ejemplo del mariscal de La Roque-Saint-Chamarant quien, intimado en su agonía a prometer no batirse nunca, añadió esta cláusula: “Mientras que tal señor, mi amigo, no me emplee como segundo”; y quien, interrogado sobre la causa de los suspiros que mezclaba con el último aliento, respondió: “¡Ay, conviene que la Roque-Saint-Chamarant muera de esta forma en su lecho después de dar pruebas de su valor en tantas ocasiones!” Fue su última palabra y su último pesar⁵⁹.

Olier, párroco de san Sulpicio, que había visto hasta diecisiete gentileshombres morir así en su parroquia en una semana, resolvió, ante la impotencia de las leyes, oponer la fe al honor, o más bien el honor al honor mismo. Dirigía a

⁵⁶ Conf. del final de 1642.

⁵⁷ *Mémoires mss.* de Du Ferrier, citadas por el Sr. Faillon, *Vie de M. Olier*, t. II, p. 110.

⁵⁸ *Summ.*, p. 242.

⁵⁹ Deposition de De Paux quien, con el Hermano Du Courneau, había realizado, en la conferencia de Orsigny, las funciones de secretario. *Summ.*, n° 58, p. III.

varios señores bien conocidos por su bravura, entre otros al mariscal Fabert y al marqués Antoine de Fénelon, tío del arzobispo de Cambrai. Se propuso reunirlos en asociación, y les conminó a comprometerse bajo la religión del juramento, en un registro firmado con su propia mano, a nunca dar ni aceptar ninguna cita, y a no servir de segundos en los duelos que les propusieran. el marqués de Fénelon aceptó este proyecto y se convirtió en su propagador. Vicente con quien se había puesto en relación por intermedio de Olier que profesaba hacia nuestro santo sacerdote tanto respeto y afecto, le animó con todas sus fuerzas. La asociación se formó en seguida. Se propuso no admitir más que a militares conocidos por acciones brillantes en el ejército, y muchos, como Fabert y Fénelon, por su valor frenético en los combates singulares. Para dar a su compromiso la mayor solemnidad posible, e imprimirle una consagración religiosa, estos señores se dirigieron, el día de Pentecostés de 1651, en medio de una gran asistencia de testigos distinguidos, a la capilla del seminario de San Sulpicio, y allí, pusieron en manos de Olier esta acta firmada de su propio puño: “Los suscritos hacen, por el presente escrito, declaración pública y protesta solemne de rechazar toda clase de desafío y de no batirse nunca en duelo, por cualquier causa que pueda ser, y de rendir toda clase de testimonios del rechazo que hacen del duelo, como de algo del todo contrario a la razón, al bien y a las leyes del Estado, e incompatible con la salvación de la religión cristiana; sin no obstante renunciar al derecho de rechazar, por todas las vías legítimas, las injurias que les sean hechas, así como su profesión y su nacimiento a ellos los obligan; estando siempre preparados, por su parte, a aclarar de buena fe a aquellos que crean tener resentimiento contra ellos, y no dar motivos de ello a nadie.”

Llamó primero la atención. El gran Condé dijo al marqués de Fénelon: “Conviene, señor estar tan seguro como yo lo estoy de vos sobre el valor, para no asustarse de haberos visto romper el primero un hielo así.” Pronto hubo admiración. Los mariscales de Francia, jueces del honor, comprometieron a todos los gentileshombres a suscribir la declaración, a redactar memorias, “con el fin, decían ellos, de que al leerlas y examinarlas, podamos informar a Su Majestad, para ser, si así lo juzga, confirmados por un nuevo edicto para bien de la religión y del Estado.” Este juicio fue firmado por los mariscales de Estrées, de Schomberg, Plessis-Praslin y Villeroy. Personajes ilustres formalizaron la misma protesta y fueron felicitados por Condé, quien fue felicitado a su vez por un breve del papa. Su hermano, el príncipe de Conti, hizo entrar en la asociación a la nobleza de su provincia del Languedoc. Otras provincias siguieron, entre otras el Quercy, gracias al celo de Alain de Solminihac. Los estados del Languedoc y de Bretaña privaron del derecho de sesión a los gentileshombres que se batieran en duelo. . finalmente el rey, a la espera de otras medidas, exigió la adhesión de los oficiales de su casa.

La Iglesia unió su autoridad a la del rey y de los gentileshombres. Doctores en teología, en numero de cincuenta de los más célebres, redactaron un aviso en el que hablaban con elogios de la declaración de los asociados y del juicio de los mariscales y recordaban las reglas eclesiásticas (18 de agosto de 1651). Veintitrés obispos reunidos al mismo tiempo en París se expresaron todavía con más fuerza.

No faltaba ya más a estas medidas que la sanción expresa de la autoridad del rey y de la Santa Sede. Vicente y Olier actuaron ante Ana de Austria quien inspiró a su hijo el horror de los duelos y el deseo de reprimirlos. Se aprovechó

la ocasión solemne de la declaración de la mayoría del rey. El 7 de setiembre de 1651, el joven Luis XIV acudió al Parlamento donde, después de declarar que tomaba la dirección de su Estado, mandó leer dos edictos que se registraron al punto. Uno era contra las blasfemias, el otro contra los duelos. En éste, mandaba expresamente a los mariscales de Francia ser rigurosos en su observancia, y se comprometía en persona, por su fe y palabra de rey, a no eximir en adelante a nadie de las medidas más rigurosas: fe y palabra que se guardaron inviolablemente durante todo el reinado. Finalmente, prometió jurar expresa y solemnemente su observancia el día próximo de su consagración y coronación, “para que, decía él, fuera más auténtica y más inviolable una ley tan cristiana, tan justa y tan necesaria.” En efecto, tres años después, algunos días antes de su consagración, y en esta ocasión, escribió también a los obispos reunidos en París intimándolos a concurrir con él a reprimir el furor de los duelos. Éstos, en número de veintiséis, redactaron una declaración por la que renovaban las penas espirituales lanzadas ya contra los duelistas, y ordenaron a los párrocos publicar un reglamento que enviaban sobre el asunto. El día de su consagración, Luis XIV hizo el juramento prometido, y ordenó incluir su fórmula en la consagración de los reyes de Francia.

Quedaba por obtener la consagración de la autoridad apostólica. San Vicente de Paúl, gozando a la sazón de gran crédito en Roma, y que mantenía allí a varios de sus sacerdotes, escribió a Jolly su superior, el 19 de mayo de 1656, enviándole una memoria sobre este asunto y un modelo de breve: “Antes de responder a su última carta, le hablaré de un asunto de los más importantes que se puedan presentar, y cuyo mérito me servirá de excusa con usted, por la sobrecarga que le doy al enviárselo; además de no poder evitarlo a causa de los que me han pedido vuestra ayuda. Se trata de poner remedio a los duelos, que so tan frecuentes en Francia, y por los cuales se han producido males infinitos. El señor marqués de la Mothe-Fénelon es de quien se ha servido Dios para suscitar los medios de destruir su uso. Fue anteriormente un famoso duelista; pero Dios le tocó y se convirtió de tal manera que juró no batirse más. Era del señor duque de Orleáns, como lo es todavía; y habiendo hablado a otro gentilhombre, le hizo tomar la misma resolución; y los dos se ganaron a otros para su parido comprometiéndoles de palabra y hasta por escrito. Estos comienzos han visto los progresos que veréis en la memoria incluida, y otras que se han omitido. El rey ha hecho enrolarse a sus casa en esta resolución. Los estados de Languedoc y de Bretaña han privado del derecho de sesión en sus asambleas a los gentileshombres que en adelante se batan en sus provincias. Finalmente se han empleado todas las precauciones posibles para detener este torrente que ha causado tantos estragos en los cuerpos y en las almas. Ya no queda, para la conclusión de esta buena obra, más que tenga a bien nuestro santo Padre el Papa coronarla con su bendición mediante el breve que se le pide. Le envió el proyecto, que ha sido convenido por nuestra parte con tanto cuidado que no es posible cambiar nada sin arruinar el plan que nos hemos trazado. Tómese la molestia de estar al corriente de todo, por si algún cardenal puede o quiere presentar a Su Santidad la importancia del asunto. Monseñor el Nuncio hace el mismo encargo y envía el mismo mensaje a su agente...Tendrá usted que correr con los gastos, se lo suplico. Le devolveremos lo que haya adelantado. Escríbame al detalle todo lo que ocurra.”

Collet cree que la peste que estalló por entonces en Roma y dejó vacantes a todos los tribunales impidió la publicación de este breve; al menos no ha encontrado nada en las cartas de san Vicente que pruebe lo contrario. Sin embargo las Memorias de Du Ferrier parecen suponer una intervención pontifical ya que dicen que fue suprimido el duelo en Francia y en la Iglesia por los cuidados del nuevo pontífice y la autoridad del rey cristianísimo⁶⁰.

IV. La Señora de Gondi y la misión de Folleville. Del desempeño de Vicente en el asunto del duelo del Sr. de Gondi llegó sin duda a oídos de la generala, y aumentó más todavía la estima profunda que sentía por el santo sacerdote. para participar más directamente de la virtud que salía de él y se difundía por todos los suyos, quiso entonces ponerse bajo su dirección. Pero temiendo con razón las resistencias de su humildad, se dirigió al P. de Berulle y le suplicó con insistencia que impusiera a quien nunca había sabido desobedecer la obligación de encargarse de su alma.

Apenas respuesta en una dirección tan sabia, esta mujer ya de por sí virtuosa se entregó al bien con nuevo ardor. Corrió más bien que caminó por este camino de caridad cristiana que Vicente abría a todas las mujeres sobre quienes ejercía alguna acción. Multiplicó las limosnas, entre las que reservaba una parte privilegiada para los pobres de sus tierras. La visita y el servicio de los enfermos eran para esta sierva del Dios vivo en los pobres un gozo y un honor. No colocaba al frente de los oficios de su casa más que a personas de una probidad y de una religión reconocidas, y no proponía a los justicias de sus tierras más que a oficiales inaccesibles a la seducción y a los regalos. Además, gracias a su benevolente intervención, los procesos y las diferencias eran cosa rara entre sus vasallos, de tal manera sabía adelantarse y ahogarlos en sus gérmenes. Las viudas y los huérfanos tenían en ella a una madre y un apoyo, los intereses de la religión, a una protectora, y el honor de dios, a una especie de apóstol.

Vicente era el alma y el consejo de estas santas empresas y el verdadero jefe espiritual de la noble casa. ya que el general de las galeras, llamado por su rango y sus funciones, bien a la corte, bien a los confines del reino, hacía descansar sobre él el ministerio de las buenas obras. Vicente sucumbió al fin bajo el peso que su caridad añadía a su cargo oficial, y en pocos días se sintió exhausto. Pero Dios se rindió a os votos de la casa de Gondi, o mejor se guardo para sí a este siervo fiel. Sus piernas, no obstante, ya debilitadas por la cautividad de Túnez, y que lo estarán más en adelante por una cautividad nueva, conservaron de la enfermedad aquella hinchazón dolorosa de la que sufrió hasta el último suspiro. Fue para siempre, según su propia expresión, el reloj de su vida de dolor y entregada.

Nos encontramos en una de las circunstancias más decisivas de su historia, a principios de 1617, se hallaba con el general de Gondi en el bastillo de Folleville, diócesis de Amiens, cuando le llamó al pueblo vecino de Gannes para confesar a un campesino enfermo que reclamaba su ayuda para morir en paz, al decir de todos, el campesino era un hombre de bien: delante de Dios era un alma a quien una falsa vergüenza había unido sólidamente al mal desde

⁶⁰ P. 190; citado por el Sr. Faillon. –Véase en este punto la *Vie de M. Olier*, t. II, p. 109-122 y 132-134, la que sigue los relatos de Picot: *Essai sur l'influence*, etc., t.I, p. 355-361 y 349-360; del cardenal de Bausset: *Histoire de Fénelon*, t. I, p. 9 y ss, y de Fénelon mismo, en su carta a Clemente XI para la canonización de Vicente de Paúl del 20 de abril de 1706: *Correspondance*, t. III, p. 104.

hacia tiempo. Vicente se acerca, sondea las heridas con su prudencia y su dulzura ordinarias y, llegado al lugar sensible, propone al enfermo la operación de una confesión general. éste acepta y, liberado al mismo tiempo del mal y de su causa, curado de sus remordimientos y de su vergüenza funesta, no cesa, durante los tres días que sobrevive, de hacer su confesión pública. “¡Ah!, Señora, dice una vez dirigiéndose delante de toda la gente del pueblo a la condesa de Joigny, yo estaba condenado, si no hubiera hecho una confesión general, a causa de varios pecados grandes, ce los que no me había atrevido a confesarme.” Todos estaban edificadas y alababan a Dios; sola, la condesa de Joigny seguía triste y silenciosa. Luego, de repente, volviéndose hacia Vicente de Paúl: “¡Ah!, Señor, exclamó, ¿qué es todo esto, y qué acabamos de oír? ¿Qué miedo de que les pase lo mismo a la mayor parte de esta pobre gente! Y si este hombre que pasaba por un hombre de bien se hallaba en estado de condenación, ¿qué será de los demás que viven peor? ¡Ay, señor Vicente, cuántas almas se pierden! ¿Qué remedio para ello?”

Para aliviar su dolor y sus inquietudes religiosas, la Sra. de Gondí rogó a Vicente que predicara en la iglesia de Folleville sobre la confesión general, sobre su importancia y la manera de hacerla bien, y ella eligió con fortuna el 25 de enero, día en que la Iglesia celebra la conversión de san Pablo. Vicente obedeció con prontitud una invitación tan conforme a su celo, y tuvo un maravilloso éxito. No atreviéndose atribuírselo a sí mismo, dijo más tarde al referirlo: “Dios tuvo tanta consideración con la confianza y buena fe de esta dama (ya que el gran número y la enormidad de mis pecados habría impedido el fruto de esta acción), que dio la bendición a mi discurso.” Él continuó instruyendo a los habitantes de Folleville, que acudieron a él con tal rapidez y en tan gran número que, por invitación de la generala, primero el Padre Rector, después otro Padre de los Jesuitas de Amiens, tuvieron que venir a echarle una mano.. de Folleville, los dos pasaron a los pueblos vecinos que pertenecían a la casa de Gondí, y realizaron maravillas también. “Ése fue, decía Vicente al final de su narración, el primer sermón de la Misión, y el éxito que Dios le dio el día de la conversión de san Pablo: lo que Dios no hizo sin ningún plan en un día semejante⁶¹.”

De manera que, cada año, el 25 de enero, celebraba su memoria con los sentimientos del más vivo agradecimiento, y ha querido que sus hijos conservaran después de él este memorable aniversario. Es este día, en efecto, cuando la congregación de la Misión, no digamos que nació, sino que por lo menos fue concebida: concepción oscura, sin duda, y cuya prodigiosa fecundidad no preveía Vicente ni aquel día ni siquiera ocho años después; pero, una vez más, ¿no es así como se hacen todas las obras cristianas?

Más que Vicente, parece la Sra. de Gondí haber tenido el presentimiento de los frutos que debían salir de la misión de Folleville, y pensaba en difundirlos y perpetuarlos, cuando el hombre con quien contaba para el éxito de sus planes se disponía a huir de su casa.

V. Salida de la casa de Gondí, y sus causas. La virtud de Vicente, la bendición concedida a sus trabajos, le merecían en la casa de Gondí, de parte de los extraños como de la familia, un respeto, distinciones que le eran una tortura. Le trataban como a un santo, ¡a él que no se llamaba más que este

⁶¹ Conf. de los 23 de enero de 1655 y 17 de mayo de 1658.

miserable! Era demasiado honor y éxito: había que arrancarse de este infierno. Porque, según su máxima, el infierno en la tierra, el signo manifiesto de la maldición divina es vivir sin cruces y sin humillaciones. Como la grande santa que decía: “Me muero porque no muero” y era humillado y sufría por no serlo y por no tener nada que sufrir.

Además, le parecía que la caridad conspiraba con la humildad para sacarle de la casa de los Gondi. La generala era presa de unos escrúpulos y de unas penas interiores que, según ella, sólo Vicente podía tranquilizar y curar. En el campo, en la ciudad, se había hecho necesario, y debía como único médico acompañar en todo a esta dama enferma. Cuando él hablaba de un viaje, ella le decía: “¡Ay, señor, os marcháis! ¿a quién acudiré en mis penas?” –“Señora, respondía él, Dios proveerá.” Sin embargo, él le indicaba a un confesor ordinario, luego a un director excepcional, y añadía: “Si no encontráis el descanso ni con uno ni con el otro, os aconsejo que lo busquéis al pie de vuestro crucifijo, donde descubriréis amorosamente vuestras penas al Hijo de Dios, y haréis actos de confianza y de resignación a su buena voluntad; honraréis sus propios abandonos, cuando fue abandonado de sus más queridos amigos y hasta de su Padre eterno; y, en ello estudiaréis el uso que hizo de sus sufrimientos, y espero que, con la gracia de Dios, encontraréis en ello paz y consuelo⁶².” Más de una vez la Sra. de Gondi debió confesar que el crucifijo le había servido de un excelente refugio; pero también se había sostenido por la esperanza del regreso de Vicente. Pues, si se lo quitaran para siempre, ¿qué sería de ella? Con él ella perdería la paz y la seguridad de su salvación.

Además de que Vicente sufría por un tal apego y confianza, descubría en ello una imperfección y un peligro para un alma que le era tan querida. Acaba de decirnos cómo trató poco a poco de que se desprendiera y de calmar sus temores excesivos forzándola a dirigirse a un confesor distinto, de quien le hacía confesar que se había sentido contenta; pero viéndola siempre convencida de la necesidad de su dirección, él resolvió imponerle un sacrificio total; y a ejemplo del Salvador que decía a sus discípulos: *Expedi vobis ut ego vadam*, Os conviene que me vaya, creyó prestarle servicio dejándola.

Por otro lado, al cabo de cuatro años, sus alumnos habían crecido; el mayor tenía ya quince años, y el escolar de cuarto se preguntaba si tenía los talentos y la ciencia necesarios para darles una educación proporcionada a la grandeza de su nacimiento y de los oficios a los que eran llamados.

Por fin, París, su residencia más habitual, era entonces presa de un alboroto y de las agitaciones cuyo eco y contragolpe alcanzaban a la familia de Gondi. La corte y la ciudad, los grandes y los magistrados, so color de bien público, se disputaban el poder y los tesoros del país. A la muerte de Enrique IV, los señores gritaron: “Se acabó el tiempo de los reyes, llegó el de los grandes”; y habían entrado en revueltas contra la regente bajo la dirección de Condé y de los príncipes. Los estados generales de 1614, reclamados por ellos, no habían producido nada: todo no había sido más que un medio de colorear su toma de armas. Satisfechos por las sumas enormes con las que les habían pagado su primera revuelta, empezaron una segunda, a la que Condé arrastró a los protestantes. La corte tuvo que tratar con ellos y pagar otra vez. Richelieu, que acababa de llegar a su primer ministerio, aconsejó las medidas de rigor, y

⁶² Conf. a las Hijas de la Caridad del 19 de abril de 1650.

Condé acabó en la Bastilla. Los príncipes y sus secuaces fueron declarados criminales de lesa majestad, depuestos de sus dignidades, y tres ejércitos se dirigieron contra ellos. La corte iba a triunfar, cuando el rey en persona, deseoso de salir de tutela, se unió a los descontentos para derrocar a sus ministros. El 24 de abril de ese año de 1617, el mariscal de Ancre había caído herido de muerte de tres pistoletazos en el puente del Louvre, y sus restos, sepultados a escondidas en Saint-Germain l'Auxerrois, fueron entregados bien pronto a la brutalidad del populacho. El 7 de julio siguiente, su mujer Léonora Galligai, acusada de malversación, de complots contra el Estado y sobre todo de brujería, expiaba, en realidad, en la plaza de Grève, "el ascendiente de su espíritu superior sobre el alma débil de María de Médicis." María por su parte, dos meses antes, había tenido que retirarse a Blois en una especie de exilio, incluso de prisión, tras un adiós dictado y frío de su hijo.

De origen florentino y deudor de sus honores y de su fortuna a las dos reinas llegadas ellas también de Florencia, Catalina y María de Médicis, la familia de Gondi no se podía quedar insensible ante los últimos sucesos, menos aún ante la desgracia de la reina madre. A este partido es al que se sentía inclinada por naturaleza. Y, en efecto, si el duque de Retz, nieto del mariscal, entró al principio en la primera revuelta de Condé contra la regente, volverá a tomar las armas en 1620, para defenderla contra el ejército real. Jugará, es verdad, un triste papel en los Ponts-de-Cé, donde abandonará la partida al primer cañonazo; pero se esforzará por tomarse la revancha durante la Fronda, y con su primo y yerno, Pedro de Gondi, hijo mayor de Felipe Manuel, favorecerá la evasión de Nantes del famoso coadjutor.

Toda esta familia, ya se ve, era más o menos frondosa. Vicente tenía, verdad es, sus opiniones y sus afectos políticos, análogos en algunos puntos a los de la familia de Gondi. Pero detestaba los disturbios y las facciones, y por eso se apresuró a salir de un medio en el que no le era ya posible guardar la paz, y hasta a abandonar la capital para sustraerse a la vez a los líos políticos y a las instancias que sus patronos no iban a dejar de emplear para retenerle.

Como había entrado en la casa de Gondi por la persuasión del P. de Bérulle, no quiso salir de ella sin su permiso. Sin embargo, no le detalló los motivos de su resolución. se contentó con decirle que se sentía interiormente presionado por Dios a ir a alguna provincia alejada, para emplearse allí por entero en la instrucción y servicio de los pobres del campo. Bérulle, quien respetaba su virtud y se lo oía hacía nueve años, no dudó de que hubiera en este plan algo divino y, a pesar de su afecto por la familia Gondi, le facilitó su realización. Tenía entonces a su disposición un puesto a plena satisfacción del santo sacerdote, la parroquia de Châtillon-les-Dombes. Era mejor que Clichy, porque era más pobre y abandonada.

Capítulo sexto: Châtillon-lez-Dombes y las cofradías de caridad. Trabajos en Châtillon. El conde de Rougemont y la familia Beynier. Comienzo de las Cofradías de la Caridad. Jesús María. Difusión de las cofradía de la Caridad. Cofradía de Mâcon

I. Partida de Vicente para Châtillon. –Esfuerzos de la casa de Gondi para recuperarlo. Esta parroquia, así llamada por su vecindad con el principado de Combes, estaba situada en la antigua Bresse y es hoy cabeza de partido de del departamento de Ain. Con unas rentas poco proporcionadas a su extensión y a

sus cargos, no era más que un anexo, a pesar de su población superior, de la de Buenans. Quizás también un antiguo respeto por la iglesia de San Martín de Buenans, había sometido a ésta la iglesia de San Andrés de Châtillon. Sea como fuere, Vicente fue nombrado párroco de Buenans, aunque no hubiera residido allí nunca. La parroquia de Châtillon no había estado en posesión de nadie desde hacía cuarenta años sino por beneficiarios de Lyon que se contentaban con ir a buscar las quinientas libras de producto e impedir por este acto de posesión y de presencia que les fuera enajenada por devolución. En su ausencia se hacían representar por sacerdotes llamados societarios, porque debían vivir en comunidad. Estos sacerdotes se habían establecidos en Châtillon en 1478 por Charles de Bourbon, arzobispo de Lyon. La casa que iba a habitar Vicente y que pertenece hoy a los hermanos de Ménestruel, era de ellos. Se ve, Châtillon poseía aún ministros de lo sagrado; pero de pastor propiamente dicho, estaba privado desde hacía cerca de medio siglo.

Los canónigos condes de Lyon, sus señores temporales, pensaron en poner remedio a aquello. Se dirigieron al P. Bence, doctor de Sorbona, uno de los primeros compañeros de Berulle, que acababa de fundar en Lyon una casa del Oratorio y le rogaron que buscara a un sujeto capaz de restablecer las cosas. Por su parte, el P. Bence se lo comunicó al P. de Bérulle quien, no hallando a nadie dispuesto a aceptar un puesto así, tuvo la suerte de proponérselo a Vicente de Paúl.

Vicente lo aceptó por los mismos motivos que los demás lo rechazaban. Pretextando la necesidad de hacer un pequeño viaje, dejó, sin decir más, la casa de Gondi y salió de París. . era hacia el final de julio de 1617. Se dirigió primero hacia Lyon, para ponerse en contacto con los Padres del Oratorio. Allí, el P. Métezeau, otro de los primeros compañeros de Bérulle, y uno de los predicadores más famosos de su tiempo, le dio cartas de recomendación para un señor Beynier, calvinista, y hasta según se dice, ministro, pero de un carácter generoso. En efecto, hasta la reparación de la casa del cirujano Louis Govent donde debía habitar Vicente, Beynier le concedió una hospitalidad por la que éste le pagó al estilo de los apóstoles⁶³, no con oro ni plata que él no tenía, sino comunicándole parte del don divino que había recibido.

Vicente tomó posesión el 1º de agosto de 1617. Presentándose ante la puerta principal de la iglesia parroquial de Buenans, dirigió la palabra a Guillaume Saumageon, vicario de esta iglesia y de la de San Andrés de Châtillon. Luego, exhibiendo el acta de la renuncia hecha a él por Mathieu Chevalier, en nombre de Jean Lordelot, último poseedor, y las cartas patentes de Thomas de Meschatin La Faye, chambelán, canónigo y conde de la iglesia de Saint-Jean de Lyon y vicario general de Mons el arzobispo con fecha del 29 de julio anterior, pidió que se le diera posesión. Saumageon accedió, y tomando a Vicente de la mano derecha, le introdujo en la iglesia. Allí tuvieron lugar las diversas ceremonias contadas ya con ocasión de la toma de posesión de la parroquia de Cliché, y Vicente pidió acta de todo al notario que se hallaba presente⁶⁴. El mismo día, las mismas formalidades se observaron en Châtillon. Sin embargo la casa de Gondi no sabía nada todavía de la nueva colocación de Vicente de Paúl. Apenas instalado en Châtillon, informó al general de las galeras, a quien las funciones acababan de llamar a Provenza, excusándose

⁶³ *He.*, c. III, v. 6.

⁶⁴ Esta acta se conserva en los archivos de los Lazaristas.

de su retiro por su pretendida incapacidad de cumplir por más tiempo su cargo de preceptor.

Qué golpe fue esta noticia para Felipe Manuel, podemos imaginarlo por la carta que dirigió al punto a la Sra. de Gondi: “Me siento desesperado por una carta que me ha escrito el Sr. Vicente y que os envió para ver si hay todavía algún remedio a la desgracia que significaría perderle. Me sorprende mucho que no os haya dicho nada sobre su resolución, y que no hayáis tenido noticia de ello. Os ruego que obréis de manera que, por todos los medios, no le perdamos. Pues cuando el asunto que emprende (su incapacidad pretendida) fuera verdadero, no tendría valor alguno para mí: no teniendo más fuerte razón que la de mi salvación y la de mis hijos, en lo que yo sé que podría ayudar mucho un día y en las resoluciones que deseo más que nunca poder tomar y de las que os he hablado varias veces⁶⁵. Todavía no le he contestado, y esperaré vuestras noticias antes. Pensad si el intermedio de mi hermana de Ragüy⁶⁶, que no está lejos de él, nos puede servir en esto: pero creo que no habrá nadie tan poderoso como el Sr. de Bérulle. Decidle que aun cuando

El Sr. Vicente no tenga métodos para enseñar a la juventud, como hombre tendrá mucho que decir; pero que de todas las maneras deseo apasionadamente que vuelva a mi casa, donde vivirá como quiera, y yo un día como hombre de bien, se ese hombre está conmigo.”

Mucho más inmensa todavía fue la desolación de la Sra. de Gondi al recibir estas dos cartas. Le llegaron el 14 de setiembre, día de la Exaltación de la santa Cruz, y le fueron no ya la cruz triunfante, sino la cruz dolorosa de otro calvario. “Nunca lo habría pensado, decía a una amiga, El Sr. Vicente se había mostrado tan caritativo con mi alma que yo no podías sospechar que él fuera a abandonarme de esta manera. Pero, Dios sea alabado, no le acuso de nada, ni mucho menos: creo que no ha hecho nada sino por especial providencia de Dios, y llevado de su santo amor. Pero, a decir verdad, su alejamiento es bien extraño, y confieso que no llego a entenderlo. Él sabe la necesidad que tengo de su dirección, y los asuntos que tengo que comunicarle; las penas del espíritu y del cuerpo que he pasado, por falta de ayuda; el bien que deseo hacer en mis pueblos, y que me es imposible emprender sin su consejo. En una palabra, veo a mi alma en un estado penoso.” Enseñando la carta de su marido, añadía: “Ya veis con qué resentimiento me ha escrito el Sr. general. Yo misma veo a mis hijos decaídos día a día; que el bien que hacía en mi casa, y en siete u ocho mil almas que están en mis tierras, no se hará más ¡Bueno! ¿es que estas almas no han sido también rescatadas con la sangre preciosa de Nuestro Señor como las de Bresse, o es que no le son tan queridas? De verdad, no sé cómo lo ve el Sr. Vicente; pero sé muy bien que me parece que no voy a descuidar nada para volverle a tener. Él no busca más que la mayor gloria de Dios, y yo no la deseo contra su santa voluntad; pero le suplico de todo corazón que me lo devuelva; se lo pido a su santa Madre, y se lo pediría con más fuerza, si mi interés particular no estuviera de por medio, con el del Sr. general, el de mis hijos, de mi familia y de mis súbditos.”

Admirable lenguaje, cuya ingenuidad hace de Vicente el más sublime elogio, cuyas piadosas contradicciones ponen bien en claro en esta mujer a la madre y

⁶⁵ Se trata aquí sin duda de los proyectos de abandono de sus cargos y del retiro cristiano que tenía ya el Sr. de Gondi, proyectos que no realizó hasta después de la muerte de su mujer.

⁶⁶ Hippolyte de Gondi, que se casó, el 28 de enero de 1608, con Leonor de la Magdelaine, caballero, señor, marqués de Raguy. (*Hist. généalog.. de la maison de Gondi*. t. II, p. 42.)

a la cristiana. Después de algunos días pasados en lágrimas y sumidos en tanto dolor que había llegado a perder el apetito y el sueño; después de largos combates entre sus deseos de traer de nuevo a Vicente a su casa y el miedo a ir en esto contra la voluntad de Dios, se resolvió a dar los pasos activos que su marido y su corazón le ordenaban. Ante todo oró mucho, y puso en sus oraciones a todas las personas piadosas de sus amistades y a las comunidades principales de París. Parecía como si fuera un asunto de Estado: se trataba de algo más; se trataba de traer, no precisamente a la casa de Gondi, sino a París, a su humana providencia. Se dirigió en seguida al P. de Bérulle, a quien descubrió su dolor y sus necesidades, sus deseos y temores. El P. de Bérulle la consoló, y sobre todo la tranquilizó sobre la legitimidad de los esfuerzos que preparaba, prometiéndole su propia intervención.

Aquietada su conciencia de esta forma, envió a Vicente el mensaje del general, y le escribió varias cartas que mostró al P. de Berulle. 'Ésta es una llena de piedad y de elocuencia y con algún rasgo de lo sublime.

"No me equivocaba al temer perder vuestra ayuda, como os lo he demostrado tantas veces, ya que efectivamente la he perdido. La angustia en que me encuentro me resulta insoportable sin una gracia de Dios extraordinaria, que no merezco. Si esto fuera tan sólo por algún tiempo, no lo sentiría tanto; pero al contemplar todas las ocasiones en las que necesitaré ayuda, en dirección y consejo, sea en la muerte, sea en la vida, mis dolores se renuevan. Pensad pues si mi espíritu y mi corazón pueden soportar por más tiempo estas penas. Me encuentro en situación de no buscar ni recibir ayuda de otra parte, pues bien sabéis que no tengo la libertad en cuanto a las necesidades de mi alma con muchas personas. El Señor de Bérulle me ha prometido escribiros, y yo invoco a Dios y a la santísima Virgen para que os devuelvan a nuestra casa para la salvación de toda nuestra familia, y de muchos más, por quienes podréis ejercitar vuestra caridad. Os suplico una vez más, practicadla con nosotros, por el amor que profesáis a Nuestro Señor, a la voluntad de aquel a quien me remito en esta ocasión, si bien con mucho miedo de no poder perseverar. Si después de esto me rechazáis, os echaré la culpa ante de Dios de todo lo que pase y de todo el bien que no habré hecho, por falta de ayuda. Me pondréis en la situación de verme en muchas partes privada de los sacramentos, a causa de los grandes trabajos que tenga, y la poca gente que haya para ayudarme. Ya veis que el Sr. general tiene el mismo deseo que yo, que solamente le viene del cielo por la misericordia de Dios. no os resistáis al bien que podéis hacer, ayudando a su salvación, ya que va a entregarse aun día a la salvación de muchos más. Sé que mi vida no sirviendo más que para ofender a Dios, no es peligroso dejarla a la deriva; pero mi alma tiene derecho a recibir ayuda a la hora de la muerte. Acordaos del miedo en que me habéis visto en mi última enfermedad en uno de los pueblos. Estoy a punto de entrar en una situación peor; y el único miedo de ello me causaría tanto mal que no sé si, sin una grande preparación anterior, no me llevaría a la muerte.."

¡Qué mujer y qué tiempos! No comprendemos ya este lenguaje, este ardor de fe, estos trances secretos, esta pasión religiosa que absorbe a todas las demás, o al menos las transforma y se las subordina.

Después de leer esta carta, Vicente cayó de rodillas y, escrutando su corazón a fin de despojarlo y de rechazar de él todo sentimiento humano, pidió a Dios que le diera a conocer su voluntad. Sin oír ninguna voz del cielo que le recordara en la casa de Gondi, hizo en seguida el sacrificio del atractivo que le llevaba hacia

un alma doblemente suya, por el cariño que le había dedicado y por lo que sobre él recaía una perfección que era su obra; luego, respondiendo a la generala de las galeras, no omitió nada para consolarla, fortalecerla y sobre todo llevarla a la unión con él en una resignación completa a las órdenes de la Providencia.

La Sra. de Hindi no se conformó. No habiendo logrado nada por sí misma, puso en acción a todos los amigos de su casa y de Vicente. El correo de París a Lyon no tenía otro trabajo que transportar cartas con la dirección del santo sacerdote. Le llegaban a diario, primero de los miembros de la casa y de la familia de Gondi, de los hijos, de los oficiales, del cardenal de Retz; luego de las personas respetables por su ciencia y su piedad, de los doctores de Sorbona, de religiosos de diferentes comunidades, y principalmente del P. de Berulle. Este era quien menos le apremiaba; ya que lleno de respeto hacia la prudencia y santidad del párroco de Châtillon, se limitaba a exponerle las razones en pro y en contra, dejándole el cuidado de decidir en última instancia, incluso en su propia causa. Vicente los escuchaba a todos, examinaba, oraba a la espera del día de Dios.

II. Trabajos en Châtillon. Entre tanto se entregaba a todos los deberes de su ministerio pastoral. Tenía mucho que hacer, tan deplorable era el estado en el que había encontrado a su parroquia. Vecina de Ginebra, el contagio protestante se había apoderado de ella, y en unos había apagado la fe, en otros corrompido las costumbres. Contra la plaga ningún remedio: sin comunidad religiosa, sin clero edificante; tan sólo seis viejos eclesiásticos realizaban las funciones de capellanes, entregados al más escandaloso libertinaje. La iglesia material era la fiel imagen del desorden espiritual de las almas. Sucia, enmohecida, desprovista de los ornamentos más necesarios, servía menos para el servicio divino, celebrado sin regularidad y sin decencia, que de lugar de encuentro y de paseo para los eclesiásticos y para los laicos, o de retiro y abrigo, cuando la lluvia los echaba de las calles y de las plazas. Después de estudiar con rapidez el mal, Vicente, con todo el dolor de su alma, pero lleno de celo y de valor, se volvió a Lyon a fin de buscar operarios evangélicos. La Providencia, supliendo el número con la calidad, le dio, en la persona de Louis Girard, doctor en teología, a un cooperador de mérito y de virtud. Como en Cliché, Vicente recordó la palabra del Apóstol: “Si alguno no sabe presidir en su propia casa, ¿cómo dirigirá la Iglesia de Dios?”⁶⁷ Comenzó pues por ordenar la casa de Beynier, como la suya propia. Desde levantarse hasta acostarse, todo se hacía con la regularidad de un claustro; era también la misma pobreza, la misma modestia. Nada de criado, y menos mujer, y la misma cuñada de Beynier consintió en ir a otra parte a vivir. Por fuera como por dentro, Vicente se ofreció como ejemplo a todos por la sencillez de su vestir, su fidelidad a todas prescripciones de los santos cánones, y más por la virtud y la piedad que respiraban en toda su persona.

Creyó entonces haber adquirido algunos derechos a emprender la reforma de los ancianos sacerdotes de Châtillon; empresa difícil, pues tan profunda era su degradación. Preludiaba así con algunos hombres esta reforma más general del clero, que es uno de los servicios más grandes que haya prestado a la Iglesia. En sus casas, estos desdichados sacerdotes vivían con mujeres

⁶⁷ I Tim, c. III, v. 5.

sospechosas; en el exterior, en los cafés o en las plazas públicas. Además existía un abominable comercio en la administración de las cosas santas; existían métodos expeditivos inventados por la cobardía para librarse antes de las obligaciones del ministerio, como la confesión simultánea y pública de los niños. No sólo recortó el santo sacerdote estos horribles abusos, sino que determinó a todos estos sacerdotes a vivir en comunidad y a repartir el tiempo entre los ejercicios de la piedad y del trabajo.

Desde entonces todo le fue bien. el escándalo alejado, el buen ejemplo dado por las cabezas del rebaño, pudo él entregarse sin obstáculos y con fruto a la regeneración de la parroquia entera. Proscripción de los bailes y de los excesos que deshonoraban las fiestas, oficios celebrados con decencia, catecismos dados a los niños con amable sencillez y, si hacía falta, en su patois, instrucciones multiplicadas sobre las grandes verdades religiosas y en particular sobre la limosna, asiduidad al confesionario hasta olvidarse de las más urgentes necesidades de la naturaleza, visita a los pobres y cuidados de los enfermos: ¿para qué insistir en los detalles que cualquiera se imagina al tratarse de un pastor así?

Al cabo de cuatro meses escasos, Châtillon se había transformado. Entre las conversiones que Dios obró por el ministerio de Vicente, las hay de lo más sonadas bien por la distinción de las personas, bien por los socorros que proporcionaron a las obras del santo sacerdote, y cuyo recuerdo debe conservar la historia por estos motivos. Comencemos por una de las más deslumbrantes, la del conde de Rougemont.

III. El conde de Rougemont y la familia Beynier. Era un señor originario de Bresse, que se había retirado a Francia, cuando Enrique IV, por sus conquistas y el tratado del 17 de enero de 1601 con el duque de Saboya, hubo incorporado este país a su reino. Habiendo pasado toda su vida en la corte, había adoptado sus sentimientos y sus máximas. Como casi todos los gentileshombres de su tiempo, tenía la pasión del duelo: siempre presto a echar la mano a la espada por cuenta propia, o para vengar las injurias de sus amigos. Era uno de los mayores duelistas de su siglo o, para servirnos de la inocente expresión del mismo Vicente, un franco ilustrador. Grande, bien formado, vigoroso, sacaba, en efecto, casi siempre la ventaja, y él mismo no podía contar el número de sus víctimas. La reputación de Vicente le había atraído alguna vez a Châtillon, y pronto, por las palabras del santo sacerdote, había sentido despertarse en él esta fe que, en los gentileshombres de aquel tiempo, estaba viva en el alma como el sentimiento del honor. Una vez decidido a cambiar de vida, desde el primer momento fue un cristiano heroico, y no titubeó más en este duelo consigo mismo que en sus duelos con sus enemigos. En menos de quince días, la obra estaba hecha, y este nuevo Sicambro, manso ya, pero lleno de ardor por la penitencia, bajó la cabeza a la mano de Vicente, menos para ser animado y dirigido que para ser moderado.

Comenzó por vender su tierra de Rougemont, y dedicó todo su valor a fundar monasterios y aliviar la indigencia. De su castillo de las Chantes, su morada ordinaria hizo un convento para religiosos y un hospital para los pobres, poniendo no sólo su fortuna y su servicio, sino su persona misma al servicio de todos. Así y todo no se veía totalmente despojado, y si la obediencia le costó alguna vez, fue para someterse a Vicente que le ordenaba conservar sus bienes. “Ah, padre, -decía llorando al P. Desmoulins, del Oratorio de Mâcon,

quien nos ha transmitido estos hechos,-¿voy a tener que ser tratado siempre y poseer tantas riquezas? ¿Qué no me dejan hacer? Os aseguro que si el Sr. Vicente me aflojara la mano, en menos de un mes el conde de Rougemont no tendría ni una pulgada de tierra. ¿Cómo puede un cristiano poseer nada viendo al Hijo de Dios tan pobre en la tierra?”

Se consolaba entonces ante el Santísimo Sacramento, que le había permitido el arzobispo de Lyon tener en su capilla. Allí se pasaba tres o cuatro horas cada día, de rodillas, sin apoyo, llorando sus faltas y a las almas que había perdido; contaba en una especie de éxtasis los golpes de la flagelación del Salvador, de los cuales él se contaba como uno de los actores principales y, para establecer una proporción impresionante, envió un día al Oratorio de Lyon tantos escudos como llagas creía haber causado a su Dios.

Pero era el desprendimiento absoluto de las criaturas el mayor ejercicio de su piedad. “Estoy persuadido, decía a Vicente, de que, sin tener nada en el mundo, yo sería todo de Dios.” Entonces examinaba en sí y fuera de él, en las personas y en las cosas, lo que podía detenerle y, si descubría algún obstáculo, al punto, caminando por la vía cristiana, como Richelieu por la vía política, lo derribaba con valor. “Lo rompo, corto, quiebro todo, decía también a Vicente, y yo voy directo al cielo.”

En una de estas conversaciones fue cuando contó a Vicente un rasgo sublime de caballería cristiana. De viaje, un día que se entregaba a su examen ordinario, y que recorría para desprenderse de ellos la serie de los apegos humanos, sus ojos se detuvieron en su espada. “En todo el mundo, exclamó yo no veo más que esta espada que me detenga. ¿Qué hacer? Rechazar esta buena y gloriosa espada, el instrumento de mis hazañas, mi salvaguarda en tantos peligros, mi única defensa todavía en caso de ataque? Pero ella es también el instrumento de mis crímenes, y ceñida a mi costado, ahí estará como tentación permanente, y en la menor ocasión la desenvainaré” En aquel momento del diálogo consigo mismo y de aquella lucha interior, la más terrible que hubiera sostenido, se vio frente aun risco. Sin dudarle más, detiene su caballo, se apea, saca la espada y la rompe contra la piedra; después, una vez a caballo, exclama: “¡Ahora soy libre!” Tan libre, en efecto, después de este heroico sacrificio, que nada le costó más en el servicio de Dios. como Ignacio después de colgar su espada de una columna de la capilla del monasterio de Monserrat, el conde de Rougemont, después de quebrar la suya, fue invencible en la vida y en la muerte. Afrontó las más crueles enfermedades y, llegado al final, siguiendo el ejemplo que le había dado algunos años antes el condestable de Montmorency, este orgulloso y rico señor quiso morir bajo el hábito humilde y pobre de capuchino⁶⁸.

Esta conquista, la más brillante de todas las que realizó Vicente en Châtillon, no fue tal vez ni la más difícil ni la más fructuosa. Convirtió también a su huésped. Beynier, ya lo hemos dicho, estaba implicado en los lazos de la herejía; rico y joven, se veía sobre todo preso en las garras más difíciles de romper del libertinaje. A las palabras de Vicente respondió primero con un poco de decencia y moderación en su conducta. Pero debió entonces luchar contra su caritativo apóstol y contra los ministros de la herejía que le habrían pasado muchos otros escándalos por el precio de sus riquezas y la influencia de su nombre. Vicente salió ganando, y Beynier volvió al mismo tiempo a la Iglesia

⁶⁸ Conf. del 19 de febrero de 1642, 6 de junio y 18 de mayo de 1650.

romana y a la virtud. Para servir con mayor libertad a Dios y a los pobres, se quedó célibe; y como todos cuantos sufren la influencia del caritativo sacerdote se despojó no sólo de los bienes cuyo origen sospechaba, sino de la mejor parte de sus bienes más legítimos, al punto de hacerse pronto pobre él mismo. Una vez vencedor de un miembro de esta familia, Vicente no quiso ya salir, hasta no haber conquistado a todos los demás. Beynier tenía un cuñado llamado Garron, antiguo oficial en la compañía de las gentes de armas del duque de Montpensier, y por entonces uno de los más celosos partidarios de la herejía. La conversión de su cuñado no hizo sino irritar su celo. Así las cosas, Vicente no es a él a quien se dirigió, sino a sus hijos. Garrón se puso entonces furioso. Sobre sus hijos hizo recaer la autoridad paterna amenazándoles con desheredarlos, y sobre Vicente el terror de la ley citándole ante la cámara del edicto de Grenoble. Vanos esfuerzos: abjuraron todos, y el desdichado padre se murió de dolor⁶⁹. Cuarenta años después, Vicente recibía una carta en la que leemos: “Soy aquel pequeño, Jean Garrón, sobrino del señor Beynier de Châtillon, en cuya casa os alojabais mientras estuvisteis en dicho Châtillon.” Y después de agradecerle una vez más haber vuelto a la verdadera fe, Jean Garron le consultaba sobre la vocación de su único hijo, que quería abandonar la más rica fortuna de toda la provincia para entrar en la Compañía de Jesús. ¿admirable duración de las conversiones operadas por Vicente! Duración más admirable todavía de las obras que había fundado. Jean Garron terminaba así su carta: “os alegrará que os diga que en Châtillon la asociación de la Caridad de las sirvientas de los pobres está todavía en vigor.” Este es el lugar de contar la fundación de aquellas Caridades, por las que Vicente preludió la fundación de este instituto de mujeres, el más sensacional honor de su nombre.

IV. Comienzo de las Cofradías de la Caridad. Todo comenzó así, como en todas sus obras, sin plan premeditado por su parte y, —si nos atreviéramos a asociar estas dos palabras, al azar de la Providencia. Aquí también, como siempre, la primera idea de la iniciativa le llegó de una mujer, y son las mujeres quienes se hicieron las cómplices y las ministras de su caridad, tan poderosa es en obras la mujer cristiana, desde que una mujer dio al mundo al Dios de los cristianos.

A su llegada a Châtillon, Vicente se había encontrado con dos mujeres jóvenes aún, y provistas, con todos los dones personales, de todas las ventajas del nacimiento y de la fortuna. Era Francisca Bachet de Mayseriat, mujer de un tal Gonar, señor de la Chassaigne, y Carlota de Brie, casada con un tal Cajot, señor de Brunand. En una ciudad perdida de creencias y de costumbres, con todas las facilidades que encontraban en sus riquezas y los halagos de su edad, estas dos mujeres hacían sus ocupaciones más inocentes de las danzas, de los festines y de los juegos. Las primeras palabras que oyeron en público del santo sacerdote fueron para ellas un irresistible atractivo que las llevó a hacerle una visita. Entraron desorientadas en sus costumbres culpables, salieron firmes en la resolución de renunciar a las máximas y diversiones del mundo, y de consagrarse sin reserva al servicio de Jesucristo en la persona de los pobres. ¡Resolución tan perseverantemente mantenida como súbitamente tomada! Privadas de la ayuda de Vicente los mismo que bajo su dirección practicaron la caridad hasta un grado de heroísmo del que sólo la mujer es

⁶⁹ *Simm.*, n. 36, p. 64.

capaz. Después del regreso del santo sacerdote a París, el hambre y la peste, es decir la muerte en sus formas más terribles, visitaron Châtillon. A una opusieron un granero público, del que sólo ellas eran las proveedoras y las distribuidoras; a la peste opusieron sus propias personas. Mientras el contagio convertía a Châtillon en una soledad para la muerte o la huida y asustaba a los hombres más valientes, ellas siguieron al servicio de los pobres y enfermos. Menos para preservar una vida cuyo sacrificio ya habían hecho, que para mantenerla al servicio de los desgraciados, ellas velaban sobre todos, preparaban víveres y remedios y, día y noche, se los llevaban, con sus consuelos y sus ejemplos, a las chozas más pobres e infectas. Desaparecida la plaga, ellas se dieron, en la persona de los padres capuchinos, sucesores encargados de multiplicar y de perpetuar su celo caritativo. Mujeres admirables, dignas de su maestro, dignas de servir de fundamento y de primeras piedras al edificio de las cofradías de la Caridad.

Un día que Vicente iba a subir al púlpito, una de estas mujeres, la Sra. de la Chassigne, le pidió que encomendara a la caridad de los parroquianos a una pobre familia en la que casi todos sus miembros, niños y criados, habían caído enfermos en una granja situada a media legua de Châtillon. La palabra de Vicente tuvo su bendición ordinaria y, acabado el sermón,, casi todos los oyentes emprendieron el camino de la granja, ardiéndoles el corazón de caridad y con las manos llenas de toda clase de socorros. Después de vísperas, él tomó la misma dirección, y se sintió agradablemente sorprendido al ver a los grupos caritativos que volvían a Châtillon o buscaban bajo los árboles del camino un abrigo contra el excesivo calor. “Ésta, exclamó, es una grande caridad, pero está mal regulada. Estos pobres enfermos, con demasiadas provisiones a la vez, dejarán que una parte se pierda, y volverán luego a su primera necesidad⁷⁰.”

Desde entonces, con el espíritu de método y orden que obraba en todo, pensó en ordenar un celo tan cristiano y en convertirlo en provecho duradero, no sólo de la desdichada familia, que era entonces el objeto, sino de todas las familias que cayeran en una necesidad semejante. Siempre desconfiado de sí mismo, quiso oír el consejo de las personas cuya piedad podía venir en ayuda de la suya y cuyo estado de fortuna prometía recursos para la obra proyectada. Ahora como siempre se dirigió a las mujeres, antes de las demás a las dos nobles mujeres que debían ser como las maestras y las madres de la nueva cofradía. En todas halló él entrega y caridad y, de acuerdo con ellos en la teoría de la obra, él pudo al punto llevarlas a la práctica. Pero su reglamento solo fue provisional y, antes de pedir la sanción de la autoridad eclesiástica, quiso tener la sanción de la experiencia. Tal fue, en todas sus obras, su conducta invariable. Aunque nunca hizo nada sin consejo ni sin oración, aunque diera a todas sus empresas la base sólida e inmutable del Evangelio, toda constitución a priori, y que no gozaba en sí de la prueba de los hechos, le parecía construida sobre la arena. Por eso, al encuentro de las constituciones políticas de las sociedades modernas, improvisadas casi siempre por algunos utopistas, poco preocupados por el pasado, las costumbres, las creencias y necesidades de los pueblos y, de ahí de una duración tan efímera, todas las instituciones del santo sacerdote, concebidas en la oración y en la caridad, nacidas de las necesidades eternas del hombre tales como el cristianismo las

⁷⁰ Conf. a las Hijas de la Caridad del 22 de enero de 1643 y 13 de febrero de 1646.

revela, maduradas y fortalecidas por la experiencia, están todavía, dos siglos después, llenas de vida y brillantes de una juventud que se renueva como la del águila.

Cuando la cofradía de la Caridad hubo funcionado con éxito unos tres meses Vicente, que le había seguido el juego con la mirada sencilla y pura del Evangelio, con su desinterés y su prudencia ordinarias, dio por suficiente la prueba, y la organización de la prueba capaz de resistir todos los obstáculos y de producir todos sus frutos. Entonces solicitó del arzobispado de Lyon una aprobación que le fue concedida con diligencia, y con tantos elogios que hubo de sufrir su humildad. Es del 24 de noviembre de 1617, y firmada, en ausencia del arzobispo, por Thomas Meschatin La Faye, “camarero y conde de la Iglesia de Lyon, oficial y juez de la Primacía, vicario general espiritual y temporal del señor Denys-Simon de Marquemont⁷¹.”

Este es el reglamento de la cofradía, que debe conservarse aquí como un título de honor de Vicente, y como un monumento de los anales de la caridad. Le publicamos sobre el autógrafo hallado el 20 de febrero de 1839, en los archivos del ayuntamiento de Châtillon.

V. Jesús María

Reglamentos de la cofradía de la Caridad, erigida en Châtillon-les-Dombes, diócesis de Lyon.

Como resulte que la caridad para con el prójimo sea una señal infalible de los verdaderos hijos de Dios y que uno de los principales actos de ésta sea de visitar y dar de comer a los pobres enfermos, ello hace que algunas piadosas señoritas y algunas virtuosas burguesas de la ciudad de Châtillon-lez-Dombes, diócesis de Lyon, deseosas de obtener esta misericordia de Dios de ser de sus verdaderas hijas, han convenido en asamblea asistir espiritual y corporalmente a aquellos de su ciudad, los cuales han sufrido a veces mucho más bien por falta de orden en ayudarlos que de personas caritativas. Pero ya que es de temer que habiendo comenzado esta buena obra se marchite en poco tiempo, si para mantenerla ellas no tienen alguna unión y relación espirituales juntas, se han dispuesto juntarse en un cuerpo que pueda ser erigido en una cofradía con los reglamentos siguientes, y todo sin embargo bajo el beneplácito de monseñor arzobispo, su muy honorable prelado, al que esta obra está sometida enteramente.

Dicha cofradía se llamará la cofradía de la Caridad, a imitación del hospital de la Caridad de Roma, y las personas de que se compondrá principalmente, sirvientas de los pobres o de la Caridad.

Del Patrón y del fin de la Obra. Y en tanto que toda cofradía de la la Iglesia tiene la santa costumbre de proponerse un patrón, y para que las obras tomen su valor y dignidad del fin para el que se hacen: las dichas sirvientas de los pobres toman por patrón a Nuestro Señor Jesús, y por fin el cumplimiento del

⁷¹ Marquemont estaba entonces en Roma adonde acababa de ser enviado como embajador. Era uno de los más santos y amables obispos de si tiempo, digno de estos dos títulos de la amistad de san Francisco de Sales, quien acababa de verle en Lyon, y que iba a menudo a visitarle a Annecy. Tomó parte en la fundación de la Visitación cuyo plan modificó san Francisco de Sales por sus consejos. Vicente le había conocido en Roma, en 1608, auditor de Rota. El 19 de enero de 1926, fue nombrado cardenal, y allí murió ocho años después. Fue enterrado en la iglesia de su título cardenalicio, la Trinité-sur-le-Mont-Princius, regentada entonces por mínimos franceses.

muy ardiente deseo que él tiene de que los cristianos practiquen entre ellos las obras de caridad y de misericordia, deseo que nos da a entender en estas palabras tuyas. "Sed misericordiosos como mi Padre es misericordioso;" y estas otras:" Venid los bienamados de mi Padre, poseed el reino que se os ha preparado desde el principio del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, estuve enfermo y me visitasteis; porque lo que habéis hecho a los más pequeños de éstos, me lo habéis hecho a mi mismo."

Personas de la Cofradía. La cofradía estará compuesta de mujeres tanto viudas como casadas, como jóvenes, de las cuales la piedad y la virtud sea conocida, y de la perseverancia de las cuales se pueda asegurar, con tal que las casadas y las jóvenes tengan permiso de sus maridos, padres y madres, y no de otra manera; y a fin de que la confusión no entre por la multitud el número podrá ser de veinte solamente, hasta que se ordene otra cosa.

Y como es de esperar que se hagan fundaciones a favor de dicha cofradía, y que no es propio de las mujeres tener solas la dirección de las mismas, las dichas sirvientas de los pobres elegirán como Procurador a algún piadoso y devoto eclesiástico, o a un burgués de la ciudad virtuoso, inclinado al bien de los pobres y apenas metido en los asuntos temporales, el cual será tenido como miembro de la dicha cofradía, participará en las indulgencias que serán concedidas a favor de ella, asistirá a las asambleas y tendrá voz en la decisión de las cosas que se propongan como una de dichas sirvientas, mientras que ejerza el cargo de Procurador, y no más.

Además de esto, la cofradía hará elección de dos mujeres pobres de vida honesta y de devoción, que se llamarán Guardas de los pobres enfermos, ya que su deber será guardar a los que estén solos y no se puedan mover, y servirles, según el orden que establezca la priora, pagándoles honradamente según su labor, y así serán también tenidas como miembros de dicha cofradía, participarán de las indulgencias de ella y asistirán a las asambleas sin con todo tener en ellas voz deliberativa.

De los Oficios. Una de dichas sirvientas de los pobres será elegida Priora de la cofradía, la cual, para que todas cosa vayan con orden,, las demás la amarán, la respetarán como a su madre y la obedecerán en todo que se refiera al bien y servicio de los pobres, todo por el amor de Nuestro Señor Jesús, que se entregó obediente hasta la muerte y la muerte de la cruz. Su deber será emplearse con todos sus posibles en hacer que os pobres sean alimentados y socorridos según lo establecido, admitir al cuidado de la cofradía, durante el intervalo de las asambleas a los enfermos que sea verdaderamente pobres, y despedir a los curados, y esto con el parecer de sus dos Asistentas o de una de ellas. , pudiendo no obstante bajo su consejo ordenar a la Tesorera que entregue lo que juzgue necesario para las cosas que no se puedan aplazar hasta la próxima asamblea, y cuando haya recibido a algún enfermo se lo comunicará pronto a aquella de sus sirvientas que le toque servir ese día.

Para el consejo y asistencia ordinaria de dicha Priora dos de las más humildes y discretas de la compañía le serán entregadas para velar con ella por el bien público de los pobres y mantenimiento de la cofradía.

Una de sus Asistentas será elegida sub-priora y Tesorera de la cofradía. Su deber será hacer las funciones de la Priora en su ausencia, recibir el dinero y gastarlo, guardar la ropa y demás muebles, comprar y guardar las provisiones

necesarias para la asistencia de los pobres, entregar cada día a dichas sirvientes lo que haga falta para la alimentación de ellos, mandar blanquear sus ropas, ejecutar las ordenanzas de la Priora, conservar un libro en el que escriba lo que reciba y gaste.

El deber del Procurador será gestionar y negociar los asuntos concernientes al fondo de lo temporal de la cofradía, con el consejo y dirección del señor párroco, de la Priora, de la Tesorera y de la otra Asistente; proponer en cada asamblea que se celebrará a este efecto para los asuntos que él lleve, tener un libro en el que escriba las resoluciones que se tomen, rogar de parte de la cofradía al señor dueño de dicha ciudad de Châtillon, a uno de los señores y al señor rector del hospital que asista a la entrega de las cuentas de la cofradía; su deber será también conservar la capilla, mandar decir las misas, guardar los ornamentos y comprarlos con el consejo de los mencionados si se necesitan.

De la recepción de los enfermos y del modo de asistirlos y mantenerlos. La Priora recibirá al cuidado de la cofradía a los enfermos verdaderamente pobres, y no a aquellos que tienen medios de aliviarse, con el consejo no obstante de de la Tesorera y de la Asistente o de una de ellas, y cuando haya recibido a alguien, se lo dirá a la que esté de servicio, la cual irá verla al punto, y lo primero que haga será ver si necesita una camisa blanca, a fin de que, si es así, le lleve una de las de la cofradía, junto con ropas de cama blancas, si hay necesidad, y que no esté en el hospital donde lo hay, todo en caso que esté sin medios de lavarse así. hecho esto, le hará confesarse para comulgar al día siguiente, a causa de que es la intención de dicha cofradía que los que quieren ser asistidos por ella se confiesan y comulgan ante todo; le llevará una imagen de un crucifijo, que colgará de un sitio que la pueda ver, con el fin de que dirigiendo la vista hacia arriba, considere lo que el hijo de Dios ha sufrido por él; le llevará también los muebles que le sean necesarios, como una tableta, una servilleta, una góndola, una escudilla, un platillo, una cuchara; y después advertirá a la que esté de servicio al día siguiente que se ocupe de la limpieza y arreglo de la casa del enfermo para la comunión y llevarle su alimentación.

Cada una de dichas sirvientas de los pobres les preparará la comida y los servirá todo el día; la Priora comenzará, la seguirá la Tesorera, y luego la Asistente, y así una tras otra según el orden de su recepción, hasta la última; y después dicha Priora recomenzará y las otras la seguirán, observando el orden comenzado, a fin de que de esta forma los enfermos estén siempre asistidos según lo establecido, todo sin embargo de manera que si alguna cae enferma, se vea dispensada de su servicio advirtiéndolo a la Priora, para hacer seguir el orden por las otras. Pero si alguna está impedida por alguna otra causa, haga de manera que sirva por ella, desquitándose en caso parecido.

La que está de servicio, tomado lo necesario de la Tesorera para alimento de los pobres en su turno, preparará la comida, se la llevará a los enfermos, y se acercará a ellos saludándolos alegre y caritativamente, acomodará la tabla en la cama, colocará una servilleta encima, una góndola y una cuchara y pan, les hará lavarse las manos, dirá el benedicite, escanciará la sopa en una escudilla y pondrá la carne en un plato, acomodándolo todo sobre dicha tabla, después invitará a la enfermo con caridad a comer por el amor de Jesús y de su santa Madre, todo con amor como si fuera a su hijo o más bien a Dios, que imputa hecho a sí mismo el bien que ella hace a ese pobre y le dirá alguna palabra de Nuestro Señor con el mismo sentimiento, tratará de alegrarle si está muy

desolado, le cortará alguna vez la carne, le pondrá de beber, y habiéndole preparado así para comer, si hay alguno cerca de él, le dejará y se irá a ver a otro para tratarle de la misma forma, recordando que ha de comenzar siempre por el que tenía a alguien con él y acabar por los que están solos, para poder estar a su lado más tiempo; luego volverá por la tarde a llevarles la cena con el mismo orden y preparación que antes..

Cada enfermo tendrá tanto pan como le sea necesario con un cuarterón de cordero o de ternera cocido para la comida, y tanto asado para la cena, menos los domingos y las fiestas que se les podrá dar algo de pollo cocido para la comida y ponerles su carne picada para a cena dos o tres veces a la semana; los que no tengan fiebre tendrán un cuartillo de vino al día, a medio por la mañana y medio por la tarde.

Tendrán el viernes, sábado y otros días de abstinencia, dos huevos con una sopa y u trocico de mantequilla para la comida, y otro tanto para la cena, poniendo los huevos a su gusto. Que si hay pescado a un precio moderado se les dará solamente en la comida.

Se necesita permiso para comer carne en cuaresma y otros días prohibidos a los que estén muy enfermos, y para los que lo están de tal forma que no pueden comer carne sólida, les serán dados caldos, empanadas de pan cocido, cebadas mondadas y huevos frescos tres o cuatro veces al día.

De la asistencia espiritual y del entierro. Y no siendo el fin de este instituto solamente asistir a los pobres corporalmente, sino también espiritualmente, dichas sirvientas de los pobres tratarán y pondrán en ello su esmero en disponer a vivir mejor a los que curarán, y a bien morir a los que asistirán en la muerte, dirigirán a este fin sus visitas, rogarán con decencia a Dios por esto, y tendrán alguna breve elevación de corazón a este efecto. Además de esto, leerán útilmente de vez en cuando algún libro devoto en presencia de quienes sean capaces de sacar provecho, los exhortarán a soportar el mal pacientemente por el amor de Dios, y a creer que él se lo ha enviado para su mayor bien, les harán hacer algún acto de contrición que consista en sentir dolor de haber ofendido a Dios por el amor a él y pedirle perdón resolviendo no volver a ofenderle jamás; y en caso de enfermedad, ella haría que se confesaran lo antes posible.

Y para los que se acerquen a la muerte tendrán cuidado de advertir a dicho señor párroco que les administre la extrema unción, los inducirán a tener entera confianza en Dios, a pensar en la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesús, a encomendarse a la santísima Virgen , a los ángeles, a los santos y en particular a los patronos de la ciudad y a los santos cuyo nombre llevan, y todo lo harán con gran celo de cooperar a la salvación de las almas y de llevarlos como de la mano a Dios.

Tendrán cuidado dichas sirvientas de la Caridad de mandar enterrar a los muertos a expensas de la cofradía, de darles un lienzo, preparar la fosa, si el enfermo no dispone de otros medios, o no provea el rector del hospital como se debe hacer, y asistirán a los funerales de aquellos a los que hayan mantenido como enfermos, si pueden hacerlo cómodamente, ocupando así el lugar de madres que acompañan a sus hijos a la tumba, y de esta forma practicarán por completo y con edificación las obras de misericordia espirituales y corporales.

De las asambleas, de su fin y del orden que en ellas se ha de tener. Y como es grandemente útil en todas las santas comunidades, reunirse de vez en cuando en algún destinado a tratar tanto de su adelanto espiritual como de lo que conviene en general bien de la comunidad, ello hace que dichas sirvientes de los pobres se reúnan todos los terceros domingos de mes en una capilla de la iglesia mayor de dicha ciudad destinada a este efecto o en la del hospital, allí donde, ese mismo día o al siguiente a una hora en la que ellas convengan, se dirá una misa rezada por dicha cofradía, y por la tarde, a la hora que les parezca bien, se reunirán otra vez en la misma capilla, bien para oír una breve exhortación espiritual como para tratar de los asuntos que conciernan al bien de los pobres y el mantenimiento de dicha cofradía.

El orden que se observará en dichas asambleas será de cantar antes de todo las letanías de Nuestro Señor Jesús o las de la Virgen, y decir luego las oraciones que siguen, después dicho señor párroco hará la breve exhortación tendente al adelanto espiritual de toda la compañía y a la conservación y progreso de la cofradía, y después propondrá lo que se ha de hacer para el bien de los pobres enfermos y la concluirá por la pluralidad de votos que recogerá a este efecto, empezando por el de las sirvientas de la Caridad, que habrá sido el último recibido en la cofradía, y continuando por el orden de recepción hasta el Procurador, la Tesorera, la Priora, y por fin él dará su propio voto que tendrá fuerza deliberativa como uno de las sirvientas de los pobres. Entonces se leerán cinco o seis artículos de este instituto, se amonestarán con caridad de las faltas cometidas en el servicio de los pobres. todo sin embargo sin ruido y ni confusión, y con las menos palabras posibles, darán tan sólo cada vez media hora de tiempo, tras la exhortación, por esta asamblea.

De la administración de lo temporal y de la rendición de las cuentas. Al señor párroco, la priora, las dos Asistentas y el Procurador tendrán el gobierno de todos los bienes temporales de la cofradía, tanto muebles como inmuebles y, por consiguiente, el poder de ordenar en el nombre de la misma a dicho Procurador que haga todo cuanto sea necesario para la conservación y recuperación de sus bienes.

La Tesorera guardará el dinero, los papeles y los muebles, según se ha dicho, y dará cuenta todos los años al otro día del santo día de Pentecostés, en presencia del señor párroco, de la Priora, del Procurador y de la otra Asistente, y también del señor Chastelain, de una de los señores síndicos y del señor rector del hospital de dicho Chastillon, con tal que no obstante sea de la religión católica, apostólica y romana; a los tres se les rogará siempre por parte de la cofradía que asistan; y será creída la Tesorera a la simple declaración que haga que sus cuentas contiene verdad, sin que ningún artículo de ella le pueda ser rayado, ni que ella, su marido o sus hijos puedan ser interrogados, por estar llenos de probidad, pues no se elegirán sino a honradas, se puede tener en ellas entera confianza, pues si ella estuviera expuesta a ser interrogada con facilidad, ninguna querría tomar esta carga.

Después de la audición de sus cuentas, le Procurador informará a la misma compañía sobre el estado de los asuntos temporales de la cofradía y de lo que haya gestionado y negociado durante el año, para que, por el informe de dichos señores Chastelain, síndico y rector, señores del consejo de la ciudad puedan estar lo suficiente instruidos del gobierno de los bienes temporales de la cofradía, y que si reconocen que ha sido malo puedan recurrir a Monseñor

arzobispo nuestro muy venerable prelado, para que ponga orden como a quien está sometida por completo la cofradía, lo que dichos señores del consejo deberán hacer con toda humildad y por el amor de Dios.

La Priora, la Tesorera y la otra Asistentas depondrán su cargo el miércoles después de la santa fiesta de Pentecostés, y se procederá ese mismo día a nueva elección por los sufragios de toda la cofradía y la pluralidad de los votos, sin que La Priora, la Tesorera y la Asistentas puedan continuar en sus cargos, a fin de que la humildad, verdadero fundamento de toda virtud, se conserve perfectamente en este santo instituto.

Y en caso de que el señor párroco no residiera o que él o su vicario no tuvieran el cuidado requerido en la obra, será factible a dicha cofradía escoger a otro padre espiritual y director de la obra, admitido y aprobado a este efecto por monseñor arzobispo.

Dicha Priora, Tesorera y Asistentas podrán ser depuestas de su cargo antes del tiempo susodicho por la cofradía, por no hacer bien su deber a juicio de ésta.

El Procurador seguirá en el cargo por el tiempo que juzgue la cofradía, y no más.

Aquellas de la cofradía que cometan algún pecado público o descuiden notablemente el cuidado de los pobres, serán apartadas del todo de dicha cofradía, habiéndose dado primeramente las admoniciones requeridas en el Evangelio a todos aquellos a quienes se quiera deponer o apartar de la cofradía.

Reglas comunes. Toda la compañía se confesará y comulgará cuatro veces al año, al poder hacerlo con comodidad, a saber el día de Pentecostés, Nuestra Señora de Agosto, San Andrés y San Martín, y ello para honrar el ardiente deseo que Nuestro Señor tiene de que amemos a los pobres enfermos y los socorramos en su necesidad, y para cumplir este santo deseo, se le pedirán sus bendiciones sobre la cofradía, para que florezca cada vez más en su honor y gloria en el alivio de sus miembros y salvación de las almas que le sirven en ella o le han entregado sus bienes.

Y a fin de que la compañía se conserve en una sincera amistad según Dios, cuando alguno o alguna se vea enferma, la Priora y las demás tendrán cuidado en visitarla y hacerle recibir los santos sacramentos de la Iglesia, rogarán por ella en común y en particular, y cuando quiera Dios retirar de este mundo a algún miembro de este cuerpo, los otros se hallen en su entierro con el mismo sentimiento que a su propia hermana a quien esperan un día ver en el cielo, dirá cada una tres veces el rosario a su intención, y mandará celebrar una misa rezada para el alivio de su alma en la capilla de dicha cofradía..

Del ejercicio espiritual de cada una aparte de eso. Al despertar se comenzará por la invocación de Nuestro Señor Jesús, haciendo la señal de la cruz y por alguna oración a su santa Madre, luego ya levantadas y vestidas, tomando agua bendita, se pondrán de rodillas al pie de su lecho, ante alguna imagen, darán gracias a Dios por los beneficios tanto generales como particulares que han recibido de su divina majestad, recitarán tres veces el Pater noster y tres veces el Ave Maria en honor de la Santísima Trinidad, y una vez el Credo y la Salve Regina, y después oirán la santa misa, si tienen ocasión.

Se acordarán durante el día con la que el Hijo de Dios cumplía sus acciones en la tierra, y en honor y a imitación de ellas harán las suyas con humildad, modestia y tranquilidad.

Las que sepan leer leerán cada día reposada y atentamente un capítulo de monseñor obispo de Ginebra titulado la Introducción a la vida devota y harán algunas elevaciones de espíritu a Dios antes de la lectura, implorando su gracia y misericordia para sacar fruto en su amor de este devoto ejercicio.

Cuando tengan que ir en compañía, ofrecerán a Jesús Nuestro Señor esta conversación, en honor de aquella que se dignó tener en la tierra y le suplicarán que las preserve de ofenderle;

Se esforzarán especialmente en llevar en el interior un gran honor y reverencia a nuestro Señor Jesucristo y a su santa Madre como uno de los puntos principales que requiere esta cofradía y las que a ella aspiran;

Se ejercitarán con cuidado en la humildad, caridad y sencillez, siendo deferente cada una con su compañera y con los demás, y haciendo todas sus obras con una intención caritativa para con los pobres, y no por ningún respeto humano.

El día empleado según la observación susodicha y llegada la hora de acostarse, harán el examen de conciencia y dirán tres veces el Pater noster y tres veces el Ave Maria y una vez el De profundis por los fallecidos, todo no obstante sin obligación de pecado grave ni venial.”

Luego, después de la aprobación, homologación y ratificación por Thomas de Meschatin La Faye, la pieza original lleva lo que sigue, de la mano de Vicente:

“En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, el ocho de diciembre, día de la Inmaculada Concepción⁷² de la Virgen Madre de Dios, al año mil seiscientos diecisiete en la capilla del hospital de Chastillon-lez-Dombes, hallándose reunido el pueblo; nos Vicente de Paúl, sacerdote y párroco indigno de dicha ciudad, hemos expuesto como el señor de La Faye, gran vicario de Monseñor arzobispo de Lyon nuestro muy digno prelado, ha aprobado los artículos y reglamentos aquí contenidos, dirigidos a la erección y fundación de la cofradía de la Caridad en dicha ciudad y dentro de dicha capilla, por medio de lo cual, nos párroco, en virtud de dicha aprobación, hemos erigido este día y establecido dicha cofradía en dicha capilla, habiendo hecho primeramente saber al pueblo en qué consiste dicha cofradía, y cuál es su fin, que es de asistir a los pobres enfermos de la ciudad espiritual y corporalmente, y habiendo amonestado a los que quieran pertenecer a ella acercarse y dar su nombre, se presentaron: Fransoisse Bachet, Charlotte de bRie, Gasparde Puget, Florence Gomard, mujer del señor castellano; Denise Benier, mujer del difunto Claude Bourbon; Philiberte Mulger, mujer de Philibert des Hugonières; Catherine Patissier, viuda del difunto Claude Hurdillat; Jehanne Perra, hija del difunto Perra; Florence Gomard, hija del difunto Denis Gomard; Benoîte Prost, hija de Edmond Prost; Thoyne Guy, viuda del difunto Puisseau, que se presenta para ser guarda de los pobres.

“Después se ha procedido a la elección de los cargos, en la forma ya dicha en este reglamento, y ha sido elegida para Priora la señorita Baschet (sic), para Tesorera la señorita Charlotte de Brie⁷³, para segunda Asistentista a la señora Gasparde Puget, y para Procurador al honorable Jehan, hijo del difunto

⁷² Esta expresión es notable cerca de dos siglos y medio antes de la definición del dogma, y prueba la piedad de Vicente por la santa Virgen.

⁷³ En estas dos primeras oficiales se reconoce a las dos damas de quienes se ha hablado anteriormente.

honorable Jehan Benier⁷⁴ por pluralidad de votos de los arriba nombrados, lo que se ha hecho en dicha capilla del hospital, presentes y asistentes los venerables señores Jehan Brsson, Jehan Benonier, Hugues Ray, sacerdotes societarios en la iglesia de Saint-André de Chastillon, y el señor Antoine Blanchard, notario real y castellano de la dicha ciudad, y varios otros asistentes testigos.

Firmado: Besson, etc. (Los nombrados.)”

“Y porque han aconsejado dichas sirvientas de los pobres todas en asamblea que el cargo de la Tesorera era demasiado grande para una sola persona, han ordenado a la pluralidad de votos yo párroco presente, que el cargo de dicha Tesorera será dividido en dos, a saber que dicha Tesorera guardará el dinero, lo distribuirá, dará cuenta de ello y hará las provisiones, y que la segunda Asistentas guardará los muebles y la ropa, y dará cuenta de ello al desposeerse del cargo, todo con la anuencia de Monseñor reverendísimo arzobispo. Dado en Chastillon, el doce de diciembre de 1617. –Firmado: V. de Paúl y los dignatarios. –El mismo día ha sido recibida María Roy para ser guardia de los pobres⁷⁵.”

así definitivamente instituida, la cofradía pudo entregarse, con más confianza y ardor, a sus trabajos caritativos. Sería difícil, contando las memorias contemporáneas, decir todo el bien material y espiritual que resultó para los pobres, sobre todo en el tiempo de hambre y de peste que siguió a la partida de Vicente; más difícil todavía enumerar las conversiones producidas por esta predicación de la caridad, la verdadera predicación cristiana.

VI. Difusión de las cofradías de la Caridad. Gracias a Dios, el bien es contagioso como el mal, y pronto los habitantes de Bourg y de los lugares vecinos, informados de las bendiciones de la cofradía de Châtillon, se aprestaron a establecer en medio de ellos cofradías parecidas. Lo más asombroso de tales éxitos era siempre el humilde fundador. Aquí como en otras partes tan a menudo, no había querido hacer más que una obra pasajera y local, y ahí la tenemos que tendía a la duración y a la extensión de todas las obras divinas. Vio en ello el dedo y la intervención de la Providencia; pues, si tenía por principio no saltársela, nunca tampoco vacilaba en seguirla. Se consagró pues en adelante a la propagación de las cofradías de Caridad, que multiplicó hasta cubrir el mundo. en pocos años, estableció la cofradía en Villepreux, donde fue aprobada en 1618 por el primer cardenal de Retz, obispo de París; luego en Joigny, en Montmirail, y en más de treinta parroquias dependientes de la casa de Gondi. en Folleville fue establecida con la aprobación del obispo de Amiens que permitía a la Sra. de Joigny publicarla por el Sr. Vicente de Paúl su capellán. La aprobación es del 6 de octubre de 1620. en consecuencia, el domingo siguiente, el 11 de octubre, Vicente procedió a la fundación de la asociación, y la Sra. Joigny se inscribió a la cabeza de la lista de las sirvientas de los pobres.

Algunos días después, el 23 de ese mismo mes de octubre de 1620, el obispo de Amiens aprobaba otro reglamento de caridad destinado a los hombres que

⁷⁴ Es el huésped mismo de Vicente.

⁷⁵ Al fin del original se lee el proceso verbal de una elección del 7 de julio de 1626, hecha bajo la presidencia de L. Girard, sucesor de san Vicente en Châtillon.

Vicente, por primera vez, reunía también en cofradía. A ellos el cuidado de los pobres válidos, quedando el cuidado de los enfermos reservado a las mujeres. Las dos asociaciones, si bien separadas, debían caminar de acuerdo y abrazar todas las miserias⁷⁶.

A la muerte del siervo de Dios, esta admirable institución, de la que nada, según confesaba él, le había servido el modelo, la más original tal vez que él haya creado, se había difundido por una multitud de lugares del reino; luego de allí había pasado a Lorena, a Saboya, a Italia, a Polonia, en todas partes, en una palabra, donde el santo había evangelizado a los pueblos, por sí o por sus hijos. En lo sucesivo cada una de sus misiones o de las misiones de su compañía, tanto en Francia como en el extranjero, tuvo como corona obligada el establecimiento de una cofradía.

Se posee todavía un cierto número de reglamentos que él dio. Todos se parecen e incluso se repiten, aparte de algunas disposiciones particulares exigidas por la diferencia de los lugares, por ejemplo, cuando pueblos apartados deben estar relacionados con el centro de la asociación. A veces también, la priora es elegida por dos años, pero siempre con la condición de no ser reelegida. Hay lugares también en que un rector, persona eclesiástica, comparte la dirección con la priora y las dos asistentes. Las ceremonias de instalación son asimismo casi las mismas. El párroco comienza por disponer en particular tal número de mujeres que crea necesario, de las más piadosas del lugar y, si llega el caso, de las principales, para hacer la cofradía más respetable. Se confiesan y comulgan juntas el día de la instalación en la capilla destinada a la cofradía, donde deben tener cada una en la mano un cirio encendido. El párroco canta el Veni creador y las letanías del santo nombre de Jesús, insistiendo en el versículo Jesu, pater pauperrum; les dirige una breve exhortación, explica a los asistentes el fin de la cofradía, los bienes espirituales que conseguirán, no sólo las sirvientas de los pobres, sino los que contribuyan con su ayuda, hecha la lectura del reglamento que debe observarse en ella, invita a acercarse a las que deben formar parte de ella, recibe sus nombres, procede a la elección de las oficialas, canta un Salve regina para dar gracias a Nuestro Señor por su santa Madre, y al día siguiente reúne a las oficialas nombradas, a efectos de reglamentar el orden en que las sirvientas de los pobres tendrán que servir a los enfermos.

Algo curioso. Todas estas cofradías subsistieron no sólo durante la vida del santo, sino después de él y hasta la Revolución, de manera que no se podría calcular la multitud de pobres que, en toda Europa, y hasta en las misiones de ultra mar, debieron a su caritativa industria el bien de su cuerpo y de su alma. Ninguna sin embargo tuvo nunca otro fondo que el fondo, inagotable de verdad, de la Providencia divina. Una cuestación general en la parroquia el día del primer establecimiento, algunos muebles, un poco de ropa recogidos en la misma ocasión, formaban lo principal; las colectas de los domingos y de las fiestas, Dios más bien y la caridad de los fieles, formaban lo demás; y eso con tanta seguridad y abundancia, que nunca les faltó lo necesario a los enfermos.

En su predilección por los pobres de los campos, que son los más abandonados, Vicente no había pensado en un principio en establecer la nueva cofradía más que en los pueblos. Pero algunas grandes damas que tenía sus casas de campo ya en los alrededores de París, ya en las provincias

⁷⁶ Ver el reglamento en los documentos justificativos, nº 1.

evangelizadas por Vicente y que habían visto con admiración los grandes bienes producidos por la cofradía, pensaron en trasladarla a la capital. Sin duda, París tenía sus hospitales abiertos a todos los enfermos indigentes. Pero que pobres obreros se negaban, por vergüenza o por repugnancia, a ser llevados a ellos, y se veían reducidos, al cabo de algunos días de enfermedad o paro forzado, a la más profunda miseria, y sobre todo a la privación de todo consuelo y de todo socorro espiritual. Estas piadosas señoras se pusieron pues de acuerdo con los párrocos de París, y al mal demasiado conocido ofrecieron oponer el remedio de la cofradía de la Caridad. Los párrocos, por su parte, lo trataron con Vicente, para atraer sobre la obra la virtud que salía de él, y para rogarle que aportara a su primer plan los cambios obligados por la diversidad de los lugares y de las personas. Vicente modificó el reglamento y , a partir de 1629 la cofradía fue establecida en la parroquia de San Salvador⁷⁷ . Gracias a la Srta. Le Gras t a las Damas de la Caridad de quienes tendremos que hablar más adelante, se extendió en poco tiempo en casi todas las parroquias e la ciudad y de las afueras de París⁷⁸. El impulso una vez dado no se detuvo ya, y con el concurso unánime de los obispos, de los pastores y de los fieles, invadió muy pronto las dieciocho parroquias de Beauvais⁷⁹ y la mayor parte de las

⁷⁷ Este reglamento fue acomodado por la Srta. Le Gras como lo prueba estas palabras que le escribió san Vicente: “Sois una valiente mujer por haber acomodado el reglamento de Caridad, y me parece bien.” – Véase en los documentos justificativos, nº 2.

⁷⁸ J. Mercier, antiguo párroco de Saint-Germain l’Auxerrois, depuso en el proceso de canonización que su predecesor Pedro Colombes había establecido en su parroquia, por consejo de Vicente de Paúl, dos Caridades, una de hombres para los pobres vergonzantes, otra de señoras para los pobres enfermos; que Vicente dio a una y otra reglamentos admirables, todavía fielmente observados, y que vino a explicarles en persona, en una conferencia, con razones tan sólidas y un celo tan ardiente, que arrastró a toda la asamblea y le comunicó el fervor y la perseverancia que duraban aún. San Vicente estableció él mismo la caridad de Saint-Laurent y la dotó con doscientas libras de renta (*Summ.*, nº 10, p. 14 y 15).

⁷⁹ En Beauvais, sin embargo, hubo primero una de esas oposiciones, que hemos visto con demasiada frecuencia en Francia, sublevar una autoridad descontenta contra las empresas de la caridad privada. Leemos, en efecto, el documento siguiente, citado ya por el Sr. Feillet en los *Archives du Comité d’Histoire de France*:

Proyecto de requisición y de ordenanza del Sr. lugarteniente de Beauvais contra la fundación que quería el Sr. Vicente de Paúl, sin ser autorizado, de una cofradía en Beauvais (el cual proyecto ha sido hallado los documentos del presdial):

“Sobre lo que se nos protestado por los procuradores del rey a dicha sede, que aunque esté estrictamente prohibido por las ordenanzas reales y decretos de la Corte a toda persona, dirigir o establecer una sociedad o cofradía en este reino sin cartas patentes de Su Majestad, si es que no obstante, hace quince días más o menos hubiera llegado a esta ciudad un cierto sacerdote llamado Vicente, el cual, al con el desprecio de la autoridad real, habría, sin comunicárselo a los oficiales reales, ni a ningún otro cuerpo de la ciudad que tuviera interés en reunir a un gran número de mujeres, a quienes había persuadido a entrar en la cofradía, a la que él da el nombre especiales(*sic*) de la Caridad, y a la que él deseaba exigir para atender y conceder víveres y otras necesidades a los pobres enfermos de dicha ciudad de Beauvais, ir cada semana a sus casas para hacer la colecta de los dinero que quisieran poner a este efecto; lo que sería luego ejecutado por dicho Vicente y esa cofradía erigida, en la que había recibido a 300 mujeres más o menos, las cuales para hacer sus ejercicios y funciones de arriba, se reúnen con frecuencia, lo que no debe ser tolerado. Vistas las defensas aportadas por los edictos y decretos, requerimos que está previsto, y al hacerlo, informado de todo esto por la información hecha ser enviado al Sr. Procurador general del rey, hemos, etc.”

Fue en una de las numerosas misiones que él predicó, antes de 1628, en la diócesis de Beauvais, o mejor, en 1628, cuando vino a Beauvais mismo a predicar a predicar el primer retiro de los ordenandos, cuando san Vicente de Paúl pensó en establecer allí la primera cofradía de la Caridad contra la que se levantó una legalidad celosa. La oposición o se detuvo a este proyecto de requisitoria, o no consiguió obstaculizar la obra santa, ya que las cofradías se multiplicaron rápidamente en la ciudad de Beauvais, cuando la Srta. Le Gras vino a visitarlas en 1630.

grandes ciudades del reino. Así, el padre de los pobres ensanchaba cada vez más su patrimonio, hasta que hubo preparado abrigo y socorro a todas las miserias.

VII. Cofradía de Mâcon. La historia de cada una de estas cofradías ofrecería detalles idénticos; hay algunas, no obstante, que merecen una mención particular, en especial la de Mâcon. En 1620, acabamos de verlo, Vicente de Paúl había aportado una extensión nueva a su obra y a la cofradía de mujeres para los pobres enfermos él había dado por hermana una cofradía de hombres destinada al alivio de los pobres de buena salud. Asociación de hombres, asistencia a los pobres válidos: dos pasos nuevos en la carrera de caridad, que la encaminará hacia sus más célebres fundaciones. En 1621, el ensayo se renovado en Joigny, y pronto en Montreuil, en Montmirail y en otros lugares. En Mâcon, tres años más tarde tomó proporciones más espaciales. Vicente pasaba por esta ciudad, de regreso a toda prisa de Marsella a París, con taba con quedarse allí sólo unos días: se quedó tres semanas, pero en medio de cuánto trabajo y bendición. Apenas llegado a Mâcon, se vio rodeado de una multitud de pobres, a quienes un atractivo misterioso empujaba siempre hacia él. siguiendo su costumbre constante de juntar la limosna espiritual a la material, les preguntó sobre las cosas de Dios, y se sintió todavía más afligido por su ignorancia religiosa que por su número y su miseria. Los principios más elementales les resultaban raros. Se les hablaba de Dios, de la Trinidad, del nacimiento, de la pasión y de la muerte del Salvador: como palabras sin sentido, muy lejos de comprender su sentido. Ninguna práctica religiosa: ni oraciones, ni misa, ni confesión, ni sacramentos. No conocían el camino de la iglesia más que para ir a pedir; por lo demás, endurecidos e insensibles, cerraban los oídos y el corazón a toda palabra de salvación. Por ahí se puede comprender cuáles eran sus costumbres: era lo que hay de más horrible en el libertinaje y del vicio. Vagaban así por las calles, insolentes por el número, cobrando impuesto por el terror que inspiraban. Nadie se atrevía a poner algo de disciplina en aquel desorden, echar un freno a todas aquellas codicias, a todas aquellas pasiones desencadenadas, porque se temía una sedición. Vicente se trazó enseguida el plan osado. Tuvo que pelear al mismo tiempo con aquella tropa desarrapada y contra la incredulidad burlona de los habitantes. “Todos se reían de mí, escribía una decena de años después a la Srta. Le Gras, me señalaban con el dedo por las calles, creyendo que no podría conseguir nada.” Su caridad fue más fuerte que todos los obstáculos. “Como buen imitador del buen samaritano, dice Abelly con su lenguaje ingenuo, considerando a todos aquellos pobres como a tantos otros viajeros que habían sido despojados y peligrosamente tratados por los enemigos de su salvación, se resolvió, en lugar de seguir adelante, a quedarse unos días en Mâcon para tratar de vendar sus heridas y darles o procurarles alguna asistencia.

Comenzó por obtener la venia del obispo Luis Donet, que acababa de suceder a su hermano Gaspard, y que salido de la orden de San Francisco de Paula, se había llevado consigo las tradiciones caritativas. Logró el apoyo de los dos capítulos de la ciudad, representados por sus decanos Chandron y de Revé, del lugarteniente general Hugues Foillard y de los demás principales dignatarios eclesiásticos o civiles, luego él puso manos a la obra y redactó un reglamento. Todos los pobres de la ciudad eran divididos en dos clases: los

mendicantes y los vergonzantes. A los primeros, en número de trescientos, cuya lista se trazó, se mandó que se les daría la limosna en días fijos. Debían reunirse todos los domingos en Saint-Nizier, para oír la misa y la instrucción; después del oficio, se hacía la distribución de pan, de dinero, según su pobreza y el número de hijos, y de leña en invierno; estaban obligados a confesarse todos los meses; por lo demás, prohibición de mendigar bajo pena de retirárseles la limosna, y a los habitantes de darles nada; se les quitaba también la limosna semanal en caso de recibirse queja contra ellos. A los pobres vergonzantes, se les prometían alimentos en salud y remedios en enfermedad, como en todos los lugares donde estaba establecida una cofradía de la Caridad. En cuanto a los que estaban de paso, debían ser alojados por una noche y despedidos al día siguiente con dos sous. Con el fin de no fomentar la pereza de los pobres válidos y de su familia, no se les debía dar más que el suplemento necesario de lo ganado con su trabajo. Para la ejecución de este reglamento, se necesitaban agentes y recursos. Vicente se procuró los primeros estableciendo, con el nombre de cofradía de San Carlos Borromeo, dos asociaciones, una de hombres, la otra de mujeres, cada una para las personas de su sexo. Una y otra se subdividían en diferentes comisiones, encargadas ésta de los válidos, la otra de los enfermos, otra de los pobres de la ciudad, una última por fin de los extranjeros. Las primeras damas de la ciudad y un gran número de la burguesía tuvieron en honor entrar en la asociación. El obispo, el decano de la catedral, el preboste de Saint-Pierre, el lugarteniente general, se pusieron a la cabeza de la cofradía de los hombres. Formaron una mesa compuesta de diez rectores, a saber: el obispo y dos eclesiásticos, de los que uno presidía en su ausencia; luego dos oficiales de la magistratura, dos oficiales de la elección, un abogado, un procurador y un burgués, de los que uno era recaudador. Los miembros de esas asociaciones se comprometieron a reunirse una vez cada semana para indicar los enfermos y los pobres que admitir al socorro, recortar a los que se habían hecho indignos, o cuyas necesidades habían cesado; a visitar dos veces a la semana a los pobres vergonzantes de sus barrios y sobre todo a los enfermos a fin de proveer a su asistencia corporal y espiritual y, en caso de fallecimiento, a su sepultura. El ejército de la caridad así ordenado, Vicente se dirigió a todos, a los pequeños como a los grandes, para suministrarle los aprovisionamientos necesarios. Habló de la necesidad y de las ventajas de la limosna, de la facilidad que había de hacerla recortando de su lujo, de su mesa de su mobiliario, sus vestidos, de su juego; del bien y de las ventajas que recaerían sobre la ciudad de Mâcon. Finalmente habló y lo hizo tan bien que todos quisieron contribuir, los miembros de la cofradía con colectas semanales, los otros con regalos sea en dinero sea en especie. La bolsa de la cofradía, en la que Vicente puso el primero su limosna, se redondeó pronto, y el depósito entregado de trigo, de legumbres, de leña, de trajes, de ropa, de camas, de muebles y utensilios de menaje. En menos de tres semanas, la obra funcionaba a maravilla, y trescientos pobres se hallaban alojados, alimentados, mantenidos, sin contar los socorros accidentales, entregados a los enfermos, a los pobres vergonzantes y a los de paso. Todos eran disciplinados, instruidos, dispuestos a una vida cristiana; el orden de la ciudad no estaba ya amenazado y los fieles, no encontrando ya las iglesias sitiadas por una multitud amenazadora, se entregaban en paz a los ejercicios de la piedad.

Establecida sólidamente la reforma, Vicente pensó en retirarse ya que, aparte de que le urgía continuar el camino, veía el peligro del que había librado a la ciudad volverse contra él y amenazar su querida humildad. Obispo, sacerdotes, magistrados, ciudadanos notables, todos se juntaban con los pobres para alabar su celo, su valor, su prudencia y su caridad, y tuvo que alejarse a escondidas para librarse de una ovación pública. Es lo que escribió también en la carta ya citada a la Srta. Le Gras: “Todos derramaban lágrimas de alegría; y los jueces me hacían tanto honor en la despedida que, sin poder resistirlo, me vi obligado a salir a escondidas, para evitar este aplauso.”

La mayor parte de estos detalles nos han llegado por el Sr. Des Moulins, superior de los sacerdotes del Oratorio de Mâcon, que había dado la hospitalidad a Vicente⁸⁰. Testigo ocular de los hechos que cuenta, actor tal vez en la buena obra. El P. Des Moulins merece toda confianza. Tenemos además un testimonio más ilustre..

Había transcurrido cerca de medio siglo, Vicente había muerto hacía diez años, cuando la asamblea del clero de Francia, celebrada en Pontoise en 1670, en su admiración por la obra siempre joven y siempre fecunda del santo sacerdote, exhortó a todos los sacerdotes del reino, por deliberación de 17 de noviembre, a fundarla en sus diócesis. Esto es lo que nos enseña el autor de un libro impreso por orden de la Asamblea⁸¹. Este libro nos enseña también que la cofradía de Mâcon, extendiendo cada vez más el círculo de sus buenas obras, no se contentaba con socorrer a los desdichados en todas las condiciones de la miseria, los herejes convertidos, los religiosos mendicantes, sino que trabajaba además por impedir los duelos, y terminar las disensiones y los procesos.

Los registros de la ciudad de Mâcon nos revelan las consecuencias de esta institución. Doscientas familias pobres eran regularmente socorridas, sin contar a los mendigos. El fondo de la caridad se componía de una cotización anual del clero y de los ricos bien en dinero bien en especie; de ciertas multas que le eran adjudicadas; de los derechos de entrada de todos los oficiales de la ciudad; finalmente, de colectas hechas cada domingo por las señoritas de Mâcon. De este fondo se podía distribuir cada domingo en Saint-Nizier, después de la misa, 1.200 libras de pan, 20 francos en dinero a los pobres, 15 a las damas para los pobres vergonzantes, sin contar la ropa, la leña y el carbón que constituía un objeto considerable; después estaban los sueldos de los boticarios y del cirujano, y de los maceros que impedían a los mendigos extranjeros quedarse en la ciudad.

¡Cuánto bien debió producir tal fundación!. Pero la peste de 1629 y 1630, las guerras que siguieron detuvieron sus progresos. Desde 1640, los jueces debieron dirigirse a Luis XIII para pedir autorización de poner un impuesto de 5 libras por cada bota de vino, a efectos de proveer a las miserias crecientes de los pobres. las huellas de la historia de la cofradía de Mâcon se pierden después bajo los desastres de la guerra. Se las vuelve a ver tan sólo en 1680. entonces dos ciudadanos caritativos emprendieron socorrer a los artesanos ancianos e inválidos y, para hacerlo con mayor comodidad, reunirlos a todos en una misma casa. Uno de ellos. Étienne Mathoux, presidente de la elección, que había sido el primer en pensar este plan, compró, en la calle Bourgneuf, en 1680, al precio de 100.000 libras, varias casas contiguas que él puso en

⁸⁰ Nos hemos servido también de un mas. del Sr. abate Laplatte.

⁸¹ *Remède universel pour les pauvres gens*, etc.

comunicación a unos con otros, y el segundo, Joseph Bernard, llamado el Hermoso, dio también 100.000 libras para continuar la buena obra. Tales fueron los comienzos del Hospital de la Caridad a los que se ha de referir el primer origen en la cofradía de 1623.

Entre los reglamentos autógrafos de las cofradías establecidas por Vicente de Paúl que hemos encontrado, existe uno particularmente curioso, porque la asociación de los hombres y la de las mujeres están reunidas en la misma administración aunque con un ministerio dividido, y porque hay allí un ensayo de manufactura para uso de los pobres que ha sido continuado en parte en nuestros días, pero en condiciones tal vez menos favorables. Notemos tan sólo aquí la obligación que se había impuesto a los pobres aprendices educados en la manufactura de enseñar gratis el oficio a los niños pobres de la ciudad que los debían suceder⁸².

Hemos podido descubrir a qué ciudad se debía aplicar este reglamento. Pero es de una fusión parecida de las dos cofradías que Vicente escribía a uno de sus sacerdotes de Génova, Blatiron, 2 de setiembre de 1650: “Los hombres y las mujeres juntos no se ponen de acuerdo en materia de administración. Aquéllos se la quieren arrojar por completo, y éstas no lo pueden soportar. Las caridades de Joigny y de Montmirail⁸³ fueron desde un comienzo gobernadas por una y otro sexo. Se encargó a los hombres del cuidado de los pobres válidos, y a las mujeres de los inválidos. Pero ya que había comunidad de bolsa. Hubo necesidad de quitar a los hombres. Y puedo alegar este testimonio a favor de las mujeres, que no hay nada que objetar a su administración, tan cuidadosas y fieles son.”

En general, las cofradías de hombres no resultaron mucho, y Vicente debió casi renunciar a ellas. Pero las cofradías de mujeres se extendieron cada vez más. Para darles una consagración nueva, Vicente quiso hacer que se aprobara su reglamento en Roma. El 25 de julio de 1659, escribió a Jolly: “La cofradía se extiende mucho por el mundo. parece que Dios le daría más bendiciones, si el reglamento fuera aprobado por Su Santidad.” Se trató incluso de enriquecer con tesoros espirituales a los que se despojaron de sus bienes temporales a favor de los pobres. Pero hasta enero de 1695 Edme Jolly, tercer superior de la Misión, no obtuvo del papa Inocencio XII, a favor de las cofradías de la Caridad, las mismas indulgencias ya concedidas por este papa, el 18 de diciembre de 1693, al Hospicio apostólico de los pobres de Roma. Pues bien, Inocencia XII otorgaba a los diputados, ministros y oficiales de este hospicio, en las condiciones ordinarias, indulgencia plenaria a su entrada en funciones,

⁸² Véase este reglamento en los documentos justificativos, nº 3.

⁸³ Los archivos del hospital de Montmirail encierran todavía varios documentos interesantes, originales o copias auténticas: 1º los oficios más detallados del rector de la cofradía, de las oficialas y de las sirvientas de los pobres; 2º una copia colacionada en pergamino de un reglamento de la asociación, con demanda de “dama Françoise-Marguerite de Silly, condesa de Joigny”, al obispo de Soissons, al efecto de rogar al prelado que establezca la cofradía en Montmirail y otros lugares que a ella pertenecen y dependen de esta diócesis, y “designa para dicho fundamento al señor Vicente de Paúl, sacerdote, bachiller en teología, su capellán”; el permiso de obispo de Soissons es del 1º de octubre, y el acta de fundación del 11 de noviembre de 1620; aquí también, la señora de Joigny se inscribió a la cabeza de las sirvientas de los pobres; 3º un reglamento para hombres y para mujeres, muy parecido al de Folleville, citado más arriba, con nueva petición al obispo de Soissons, redactada más o menos en el mismo sentido y los mismos términos que la precedente; la petición otorgada el 13 de mayo de 1620 va seguida de un acta de fundación de la cofradía de Courboing con fecha del 19 de junio siguiente, revestida de las firmas autógrafas de los primeros sirvientes y sirvientas de los pobres, en cabeza, de la de Françoise-Marguerite de Silly, y de un proceso verbal de elección, escrito y firmado de la mano de Vicente de Paul.

indulgencia plenaria también, como a los pobres del mismo hospicio, en el artículo de la muerte; dos indulgencias plenas a todos, en dos fiestas del año señaladas por el ordinario; finalmente una indulgencia de sesenta días por la asistencia a cada asamblea. Era ya una aprobación indirecta de las cofradías. Fueron aprobadas expresamente por un breve de Benedicto XIV.

Hemos insistido a propósito en la fundación de la cofradía de Mâcon, es el primer esfuerzo de Vicente para extinción de la mendicidad, gran cuestión que preocupa y divide todavía la caridad contemporánea, y sobre la que tendremos que volver en el relato de la fundación del Hospital general, el mayor remedio puesto a este mal por la caridad del siglo XVII.

Además, en Mâcon más que en el establecimiento de otras cofradías de la Caridad, vemos a Vicente, que fundará más tarde tantos hospitales y hospicios para recibir en ellos a los niños y a los ancianos, a los pobres enfermos o válidos, empujar a la asociación libre, a la caridad individual, oponer a la mendicidad la limosna y el socorro a domicilio. Los detractores de los hospitales no podrían encontrar en ello un argumento contra estos Hôtels-Dieu, según la denominación sublime de nuestros padres, contra estas creaciones de la caridad cristiana contemporánea del cristianismo mismo, y continuas expansiones de su savia de amor; pero si el pobre encuentra a menudo en el hospital, al dejar a los suyos la libertad del trabajo, alojamiento más saludable, cuidados más comprendidos, auxilios religiosos que le faltaría en su casa, hay que reconocer que la visita y la limosna a domicilio ponen en relación más directa y más íntima la miseria y la caridad, al rico y al pobre; que excitan, , mantienen y desarrollan la vista y el contacto de la desgracia, mediante el santo contagio de la piedad, la participación personal e inmediata en las buenas obras, la caridad privada, fuente e instrumento activo de la caridad pública y de toda beneficencia; que dividen menos a la familia que el hospital, mantienen la vida, y difunden en la familia entera los socorros materiales, espirituales sobre todo, dirigidos directamente al pobre enfermo. Y finalmente, fue en Joigny, en Folleville, en Montmirail y en Mâcon donde Vicente de Paúl enroló a los hombres y a las mujeres en el ejercicio libre y laico de la caridad; y si, no hallando en otras partes el mismo celo, debió limitarse casi siempre a la fundación de las cofradías de damas, encargadas únicamente del cuidado de los pobres enfermos, a él sin embargo corresponde la iniciativa de esta Sociedad admirable, que ha comenzado por decorarse con su nombre antes de saber que ella le tomaba prestada su propia obra.

Capítulo séptimo: La Sociedad de San Vicente de Paúl. Su renacimiento contemporáneo. Sus progresos. Organización y fin. Obras. Caridad religiosa, caridad privada y caridad pública.

I. Verdadero origen de la Sociedad. Hasta 1846, no descubrió un hombre de la conferencia de Mâcon, hojeando los archivos de la prefectura, un extracto del Libro secretarial para el año 1623, que contenía el proceso verbal de una asamblea tenida en esa ciudad para el alivio de los pobres, a instigación “de un religioso sacerdote del Sr. General de las Galeras, destacado en piedad y devoción, que está en esta ciudad, y ha comunicado las formas por medio de las cuales se ha podido socorrer y alimentar a los pobres tanto en Tresvoux

como en otras ciudades⁸⁴.” Pues, este preste no era otro que san Vicente de Paúl. En este documento, los miembros de la conferencia de Mâcon, se encontraban de nuevo con sus cartas de nobleza y sus títulos de familia, y puesto que al pie del proceso verbal se leen nombres que son todavía los nombres de varios de entre ellos, los nombres de sus padres, fundadores, bajo la dirección de san Vicente de Paúl, de la primera conferencia de Mâcon, y puesto que, en la asociación de 1623, podían ver la idea primera y como el arquetipo de la suya. Tan verdad es que quizás no existe ninguna obra de caridad que no se remonte a san Vicente como a su autor y a su fuente.

En efecto, entre la cofradía del siglo XVII y la asociación moderna, todo parece igual: circunstancias de su fundación, comisiones de las obras, las obras mismas, con su espíritu de espontaneidad y de libertad.

En Mâcon entonces, como hoy en el mundo entero, la sociedad estaba dividida en dos clases, apostadas y amenazantes una frente a la otra, y nadie podía hallar entre ellas un término de acercamiento ni un medio de pacificación. Vicente llegó, vio y venció. ¿Mediante qué maniobras? Ya lo hemos contado. Más que nunca, dos ejércitos se presentan, disponiendo como pertrechos de guerra uno, la incredulidad, el vicio, la miseria y sobre todo un odio inmenso y una sed de venganza inextinguible; el otro, su egoísmo, sus riquezas, su amor a los placeres y a los goces: entre los dos el choque es inevitable, y la misma sociedad se romperá en él. La causa del mal no está directa y principalmente ni en el crecimiento de la población, ni en el empleo de las máquinas, ni en la concurrencia ilimitada, ni en la insuficiencia del salario; y el remedio, por lo tanto, no está ni en el desarrollo de la industria, ni en el libre cambio, ni en un salario más elevado o una tasa de los pobres, que no harían más que irritar y alimentar pasiones cada vez más devoradoras. La causa del mal hay que buscarla en la incredulidad, madre de la intemperancia y del vicio, que cuestan más caro que el pan y se engullirían bien pronto los recursos del país más rico; el remedio, por consiguiente en la rehabilitación del pobre por la fe y la moralidad. Mas, para aplicar a los demás este remedio soberano, hay que aplicárselo antes a sí mismo, ser portador de él y depositario, es decir que al ejército de la incredulidad y de la miseria hay que oponer el ejército de la fe y de la caridad.

II. Su renacimiento contemporáneo. Así andaban las cosas, cuando en el mes de mayo de 1883, ocho jóvenes de la sociedad de los Bonnes-Études, unidos ya por la fe, quisieron unirse por la caridad. De sus reuniones estudiosas conservaron el nombre de Conferencia, aunque se tratara no de estudio sino de acción. ¿A quién se le ocurrió el plan de esta construcción, tan humilde entonces, hoy grande como el mundo e inmensa como la desgracia? Al ahondar sus fundamentos, ¿se encontrarían dos piedras angulares o una sola? ¿Y cuál? Dejemos los fundamentos en las tinieblas que protegen su soledad. En un discurso pronunciado en 1853, delante de la Conferencia de Florencia, Ozanam dijo: “nosotros estábamos invadidos por un diluvio de doctrinas filosóficas, heterodoxas; cuando nosotros católicos nos esforzábamos por recordar a nuestros jóvenes compañeros de estudios las maravillas del cristianismo, ellos nos decían: El cristianismo ha muerto. Nosotros nos dijimos: Bueno pues, ¡a la obra! socorramos a nuestro prójimo como le socorría

⁸⁴ *Société de Saint Vincent-de-Paul*, informe general para el año 1846, p. 20.

Jesucristo, y pongamos nuestra fe bajo la protección de la caridad. Nos reunimos ocho amigos con este pensamiento. Uno de mis buenos amigos, engañado por las teorías sansimonianas, me decía con un sentimiento de compasión: ¿Sois ocho jóvenes y tenéis la pretensión de socorrer las miserias que pululan en una ciudad como París? Nosotros por el contrario, elaboramos idea que reformarán el mundo y arrancarán de él la miseria para siempre. –Ya sabéis, señores, a dónde han ido a parar las teorías que producían esta ilusión a mi pobre amigo. Y nosotros, que le dábamos pena, en lugar de ocho, en París sólo, nosotros somos 2.000, y visitamos a 5.000 familias, es decir a unos veinte mil individuos, es decir a la cuarta parte de los pobres que encierran las murallas de esta inmensa ciudad; estas conferencias en Francia tan sólo, son en número de 600, y las tenemos en Inglaterra, en España, en Bélgica, en Italia, en Alemania, en América y hasta en Jerusalén.”

De estas palabras se puede concluir que Ozanam tuvo una gran parte, quizás la parte principal en la fundación de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Por otro lado, una circular del 11 de junio de 1844, redactada, se dice, por Ozanam mismo, atribuye a otro el primer pensamiento.

Pero no entremos en esa discusión contra la cual ha protestado con dolor el consejo general de la Sociedad y que contristaría a dos santas memorias. Es mejor sin duda que los orígenes de la Sociedad como los del Nilo y los de la Imitación sigan en su santa oscuridad. El Ama nesciri ha sido siempre el adagio de todas las obras cristianas y, como los árboles de los bosques, es en la sombra y en el silencio donde prefieren hundir sus raíces. ” Vuestros fundadores, señores, decía a la asamblea general de París, el 8 de diciembre de 1855, el Sr. abate Mermilliod, vuestros fundadores se han quedado casi desconocidos: no los saquéis de esta sombra que los vela; ¡dejad sus nombres custodiados por los ángeles hasta que resplandezcan el día de las supremas revelaciones! Perderían a la luz del mundo esplendor que tendrán a la luz de Dios. las piedras en las que apoyan una catedral están hundidas en las catacumbas; soportan todo el edificio; si los sacáis de los fundamentos, pondréis en peligro las murallas. Señores, la gloria humana puede comprometer vuestra obra, seguid pues en este humilde silencio que hace vuestra fuerza y será vuestra vida.”

III. Sus progresos. Es sabido que la Sociedad de San Vicente de Paúl salió de una humilde habitación del barrio latino, como los apóstoles del cenáculo. Eran ocho solamente, los nuevos apóstoles. No más que su santo patrón cuando salió de su pueblo, no entreveían su vasto porvenir; no más que él tampoco, al comienzo de todas sus empresas, sospechaban ellos la pronta difusión, la difusión universal, los frutos múltiples y la duración vivaz de su obra. en ninguna de estas fundaciones, Vicente de paúl pensó en sí mismo, y se inmoló siempre en provecho de otro; menos puro al principio en apariencia, su celo se movía por un santo egoísmo: no querían más que reavivar y sostener su fe por la acción, que poner su castidad bajo la protección de la caridad. Escogieron como primer asilo las oficinas de un escrito periódico, calle del Petit-Bourbon-Saint-Sulpice y, para procurarse los recursos primeros, escribieron algunos artículos, cuyos honorarios dedicaban al provecho de los pobres. dos meses después eran quince. Más numerosos todavía al volver de las vacaciones, regresaron a su cuna en la casa de los Bonnes-Études, calle de las Fossés-Saint-Jacques. Una multitud de jóvenes, sobre todo de Lyon, la patria de

Ozanam, de la Propagación de la fe y de tantas de caridad, se habían unido a ellos. En 1834, a la visita de los pobres, su obra primera, y siempre su obra fundamental, juntaron la visita de los jóvenes detenidos de la calle de los Grés hasta su traslado a las Madelonettes al otro cabo de París. Ensayaban así en sus obras futuras, que debía diversificarse y ramificarse como la miseria. Al año siguiente, viéndose ya un centenar, y deseando asegurar la calma y la fraternidad íntima de sus asambleas, debieron repartirse en dos secciones que tuvieron primero sus sesiones en dos salas de los Bonnes-Études, hasta que una de ellas se trasladar a la parroquia de San Sulpicio. La joven Sociedad se ramificó desde ese año de 1835 y produjo dos retoños en las parroquias de Notre-Dame de Bonne Nouvelle y de Saint-Philippe du Roule. Pronto se pensó, para unir a todas las conferencias y mantener la unidad de espíritu y de acción, en asambleas generales. La primera tuvo lugar el 21 de febrero de 1836. se leyó un informe sobre el estado de la Sociedad desde su origen y en ella se aprobó su reglamento definitivo, que tenía ya la consagración de la experiencia. Era todavía caminar tras los pasos de san Vicente de Paúl, que no dio nunca reglas a sus cofradías ni a sus instituciones hasta después de la prueba del tiempo y de la práctica.

Sucesivamente, pero con mucha rapidez, la Sociedad, se extendió por veintiséis parroquias de París y dos de los arrabales. Tal conferencia no comenzó más que por dos miembros. El Señor renovaba así las maravillas de los primeros tiempos y se escogía nuevos discípulos que enviaba a todas las ciudades adonde debía ir para prepararle los caminos por la caridad⁸⁵; los enviaba todavía de dos en dos por delante de él, porque la caridad, como dice san Gregorio papa, supone al menos la dualidad, no teniendo nadie propiamente caridad consigo mismo.

Pronto la Sociedad salió de París y se extendió por provincias. La encontraremos en Lyon a partir de 1836. A fines de 1841 contaba 82 conferencias en 48 ciudades y 38 diócesis diferentes. Fundada en Roma el mismo año que en Lyon, fue dispersada por el cólera, luego restablecida en 1841, a consecuencia de una predicación del P. de Ravignan, cuya palabra apostólica debía enraizarla allí para siempre.

Desde entonces, cada año crece en treinta, cuarenta, cien doscientas, tres y cuatrocientas conferencias nuevas. Estas conferencias que eran en número de 1571 en 1854, sobrepasan hoy el número de dos mil, visitando tal vez a más de un millón de pobres.

Una vez salida de Francia, de la tierra natal de todo proselitismo cristiano, y después de bautizarse y confirmarse en Roma, en el centro de la fe y de la piedad católica, la Sociedad se vio abrirse el mundo entero, y dar todas las tribus de la miseria en herencia. Hoy está extendida por Argelia y por todas las colonias francesas, por Inglaterra, Escocia, Irlanda, los Países Bajos, Bélgica, Prusia, en Baviera, en Austria, en varios estados alemanes, en Suiza, en los Estados de la Iglesia, los Estados sardos y demás estados de Italia, en España, en Turquía, en Egipto, en Grecia, en el Canadá, en las Indias y hasta en Australia. Cuenta hoy con más de 1400 conferencias en Francia, y por lo menos con 2.000 en el extranjero, sin contar 220 consejos particulares.

Sus ingresos, humildes en un principio y pobres como sus primeros miembros, no ascendían al principio más que a unos miles de francos. En 1840,

⁸⁵ San Lucas, c. X.

sobrepasaban los cien mil; cuatro años más tarde, alcanzaban los 500.000 francos; y, creciendo después de año en año en ciento, dos cientos, y quinientos mil, llegaron en 1854 a la cifra de 2.724.366 francos, pasan joy de los tres millones.

IV. Organización y fin. Como la Iglesia, como todas las asociaciones cristianas fundadas por san Vicente de Paúl, la Sociedad, por su ordenanza y su jerarquía, es un ejército ordenado en batalla, acies ordinata. En la base, la conferencia, pequeña familia en la gran familia, que tiene su organización, su tesoro, su vida y sus obras propias; por encima de todo, el consejo particular, que une entre ellas a todas las conferencias de una misma ciudad; por encima también, bien un consejo central, bien un consejo superior, que abraza en su jurisdicción a las conferencias de varias diócesis o incluso de un país entero, cuando la distancia, la diferencia de lenguaje y de costumbres exigen una dirección especial; finalmente, como centro y coronación a la vez, el consejo general, encargado de pronunciar la agregación de las conferencias nuevas, de resolver las dificultades presentadas por conferencias más antiguas, de acudir en ayuda de las conferencias demasiado pobres, y sobre todo, de mantener, del centro a la conferencia, las tradiciones, el espíritu primitivo, la unidad de acción de la que es depositaria.

Cada conferencia en sí misma, hemos dicho, tiene su organización propia. A la cabeza, la mesa y los funcionarios accesorios; por debajo, los miembros activos, correspondientes, honorarios y suscriptores. Los primeros son el pie y el brazo de la caridad; a ellos la visita de los pobres, el seguimiento de todas las miserias; a ellos la distribución de los socorros, la puesta en marcha de todas las obras buenas. El miembro correspondiente es un antiguo miembro activo que, habiendo cambiado de residencia, ha fijado su vivienda en una ciudad donde no existe conferencia; de allí se pone en contacto con la conferencia o conferencias de la ciudad de su diócesis más cercana a su domicilio, y sigue así en unión con la Sociedad, no sólo de oración, sino de buenas obras, realizando sus obras ordinarias, entregándole todos los servicios de los que las circunstancias ofrecen ocasión, y sobre todo haciendo una santa propaganda con el fin de establecer una conferencia nueva. Los miembros honorarios no asisten a las conferencias, sino a todas las asambleas generales y convocatorias extraordinarias; para suplir en el servicio activo que su condición o sus trabajos no les permitan, deben enviar cada año una ofrenda particular al tesorero del consejo o de la conferencia de su ciudad. los suscriptores son más bien bienhechores que miembros de la Sociedad; por este título, tienen derecho a sus oraciones y a los méritos de las buenas obras producidas por sus limosnas. Desde hace algunos años, hay incluso miembros aspirantes, salidos en particular de los jóvenes de los colegios; ejercitados, bajo la dirección de sus maestros en el trato con la miseria, en la práctica de las obras caritativas, son como el noviciado de la Sociedad.

En esta gran familia de San Vicente de Paúl, todas las clases están representadas: la administración, por miembros del consejo de Estado, de los funcionarios públicos de todos los órdenes; la magistratura, por consejeros, jueces, miembros de las fiscalías, bien de cortes imperiales, bien de tribunales de primera instancia; el ejército de tierra y de mar, por oficiales de toda graduación y alumnos de las escuelas especiales; la instrucción pública, por profesores de las facultades, de los colegios universitarios y de las instituciones

libres; el resto de la sociedad, por médicos, abogados, propietarios, renteros, cultivadores, artistas, comerciantes, jefes de taller, y simples obreros incluso escogidos entre los más inteligentes y más cristianos; la juventud finalmente, por los alumnos de las escuelas.

Al propio tiempo que la Sociedad es un centro común en el que todas las clases sociales, olvidando las distinciones por el nacimiento y fortuna, abjurando sobre todo de las divisiones abiertas con demasiada frecuencia por la política, rivalidad, la envidia, todas las pasiones malas, se reúnen y se funden en la unidad de la fe y del amor cristiano, única unidad verdadera, ella sirve también de lazo de unión a los dos partidos hostiles que desgarran al mundo moderno: los ricos y los pobres. Sin duda, sus miembros no son todos ricos, pero ninguno es pobre, ninguno necesita de los auxilios de la caridad, y todos, en una proporción más o menos amplia pueden contribuir a auxiliar la miseria. En medio de esta guerra de la riqueza y del pauperismo, que ya gruñe sordamente, ya estalla en sangrantes catástrofes, y a veces nos amenaza con un cataclismo universal, la Sociedad de San Vicente de Paúl es el congreso de participación permanente, donde la caridad sola negocia y estipula, donde los vencidos por la desgracia tienen todos los beneficios de la victoria, donde los pequeños y los débiles, lejos de ser sacrificados a los grandes y a los fuertes, ve a éstos despojarse libre y generosamente en su provecho de sus derechos y de sus ventajas. ¡Santa diplomacia que sola pacificará y salvará al mundo!

Es verdad, los miembros de la Sociedad hacen sus reservas y apuntan a una ganancia inmensa en su trato con el pobre. Como ya lo hemos dicho, su caridad comienza por ellos mismos. Quieren mantener su fe por las obras activas que la enardecen y la vivifican, que le son lo que es a la sangre el movimiento y la circulación: quieren curar en ellos esta ignorancia del misterio del dolor y del verdadero fin de la vida, que es la gran ignorancia de nuestro siglo materialista y sensual; por el espectáculo de los sufrimientos reales, quieren desterrar de su alma estos sufrimientos imaginarios de los Werther, de los René y de los Obermann, sufrimientos egoístas y crueles que hacen insensibles a los males de los demás y, bien por la lenta parálisis de las fuerzas y de la actividad humanas, bien por un golpe súbito y violento, tienen por desenlace el suicidio. . pero, a fin de cuentas, este cálculo se trueca en beneficio del pobre, ya que aumentando el capital de la fe y de la virtud aumenta, por la renuncia y el sacrificio, el capital puesto al servicio de su indigencia y de su miseria..

V. Obras. Comprendiendo bien las causas y los remedios del pauperismo, la Sociedad de San Vicente de Paúl apunta al alma a través del cuerpo. Por abundantes que sean sus limosnas materiales, no sus a sus ojos más que el precio de o el pasaporte de la limosna espiritual que quiere hacer aceptar. Por lo demás, se apega al pobre, al comienzo de su vida, le sigue en todas las etapas de su pobreza y no le abandona ni siquiera en los brazos de la muerte. Le toma en la cuna y casi en el seno materno, le sostiene en sus más tiernos años, le conduce y le vela en las escuelas de la infancia, le protege en los días peligrosos del aprendizaje, no le deja ni en el trabajo, ni en el paro, ni en la estancia fija, ni en los viajes, ni en la salud, ni en la enfermedad, ni siquiera en la desgracia donde le ha precipitado su error, y le acompaña en la prisión. Enfermo, se sienta a su cabecera en su buhardilla, o le visita en los hospitales; vuelve a su lecho de muerte para ayudarle a acabar bien y, después de

conducirle a su última morada, manda ofrecer el santo sacrificio para el descanso de su alma.

Pero el punto de partida, el punto central de todas sus obras, como de las Caridades de san Vicente de Paúl, es la visita del pobre a domicilio. Para el visitador y para el visitado, es el modo de caridad más lleno de ventajas. El visitador se pone así en contacto con la miseria; y, en este trato frecuente, aprende las tristes realidades de la vida, en las que las lágrimas y las privaciones son el patrimonio casi universal, y el reír y el gozo el lote de algunos raros privilegiados; de allí le viene la santa compasión, el desprendimiento de los bienes de la fortuna, la inspiración y la práctica del sacrificio; allí se siente llevado, no ya tan sólo a dar, lo que nos es más que la beneficencia pagana o filosófica, sino a darse él mismo, lo que es propio de la caridad cristiana. Allí solamente, por otro lado, se produce el acercamiento de las clases, de los pobres y de los ricos, se establecen entre ellos esas relaciones, que ahogan los odios y las ambiciones, o incluso trasforman todas las pasiones malas en un sentimiento de igualdad cristiana y de afectuosa fraternidad. Allí sobre todo la limosna espiritual del buen ejemplo y del buen consejo acompaña con mayor naturalidad que en otra parte a la limosna material y, en el abandono de una conversación familiar, el pobre, tocado ya por el don que ha recibido, está dispuesto a recibir la regla moral de su vida. Por último la visita a domicilio permite sola aplicar los auxilios con justicia y prudencia, medirlos según la naturaleza y la extensión del mal, y no dejar ninguna miseria, física o moral, fuera de los alcances de la caridad. Lo más frecuente, ella se las ofrece todas reunidas en un mismo cuadro y bajo una sola mirada, desde el niño que acaba de nacer hasta el anciano que va a morir, e invita así a multiplicar las obras, a ordenarlas en una santa jerarquía, o también a hacer intercambio y trato con otras Sociedades caritativas para evitar los dobles empleos tan funestos cuando los recursos apenas son suficientes para todas las necesidades. Con demasiada frecuencia, por ejemplo, la Sociedad de San Vicente de Paúl encuentra el concubinato en el domicilio del pobre. Entonces acude a la admirable Sociedad de San Francisco Régis, y sólo en su defecto interviene ella misma y comienza por crear la familia por un matrimonio legítimo. Para facilitar el trabajo al padre y a la madre, ella coloca al niño en la sala del asilo. Cuando el niño crece le ofrece su protección, antes y después de la primera comunión. Para el primer periodo de instrucción elemental y religiosa, ella se apoya en los cuidados de los buenos Hermanos de las Escuelas cristianas. Pero como su acción se ve con frecuencia contrariada y destruida por influencias extrañas, a veces por las influencias del hogar doméstico, incluso durante este tiempo, ella no interrumpe su protección. se hace auxiliar de la familia, la tutora del niño y, mediante un sistema ingenioso de auxilios y recompensas, logra que el niño ame su dirección, y consienta a la familia su ingerencia en el ejercicio de la autoridad paterna.

Después de la primera comunión llega el aprendizaje, durante el cual la Sociedad, para impedir la destrucción de su obra, redobla su vigilancia. Ya reúne a los niños en un taller grande que contengan todos los estados, ya los acoge cada noche en una residencia grande; con mayor frecuencia, se contenta con protegerlos en casa de los maestros, donde los ve y los vela, donde estipula para ellos medida en el trabajo, seguridad en las relaciones, y sobre todo libertad y descanso el domingo; ese día es su día al mismo tiempo que el día de Dios y de los niños; ese día, reúne y reconstituye a su familia

adoptiva, dispersa durante la semana y, mezclando lo recreativo con ejercicios religiosos, frugales colaciones con el alimento del alma, le hace querer su yugo, o más bien el yugo del Señor.

El niño ha crecido y ya es obrero. La Sociedad le acompaña en su tour de Francia para defenderla contra todo peligro, contra las seducciones de las sociedades secretas; se pone en lugar de la madre, quien con demasiada frecuencia explota su virtud como su bolsa; le procura trabajo y, mientras tanto, provee a sus necesidades; en una palabra, se convierte en su ángel de la guarda y le devuelve sano y salvo a su familia.

¡Cuántas obras más, inspiradas a la Sociedad por su amor al obrero y al pobre! Por la obra de los alquileres, les asegura el alojamiento; por sus vestuarios, sus roperos, ella cubre su desnudez o multiplica sus lechos, en interés de la salud y de las costumbres; por sus cajas de ahorro o de socorros mutuos, les enseña la economía y el manejo de los recursos; por su obra de las consultas gratuitas y de los auxilios médicos, pone a su alcance el remedio en sus enfermedades y el consejo de paz en sus controversias; por sus escuelas de adultos, completa su enseñanza elemental; por sus círculos, sus bibliotecas, sus almanaques, les provee de pequeños centros intelectuales y de buenas y agradables lecturas; por su asociación de la Santa Familia, los agrupa en una pequeña parroquia en el seno de la grande, y les procura una enseñanza y ejercicios religiosos apropiados a su condición. Enfermos, hemos dicho, los visita a domicilio o en los hospitales; entretanto, vela por sus familias, vela por ellos mismos durante la convalecencia y mira por sus necesidades hasta que son capaces de hacerlo ellos mismos con su trabajo; si sucumben, ella se encarga del cuidado de sus funerales y los reemplaza ante los supervivientes.

Al lado a de estas obras que todas se encadenan como los años y las miserias del pobre, la Sociedad ha establecido también el patronato de los niños expósitos, de os huérfanos, de los Saboyanos (deshollinadores), de los jóvenes liberados. También se ha entregado a la obra de los militares y, conociendo la acción y el ascendiente del soldado liberado, no desdeña nada para devolverle instruido, moral y religioso a su pueblo. Sale incluso alguna vez del círculo de sus trabajos y, sin menospreciar la clase normal de su adopción, es decir a los obreros y a los matrimonios indigentes, presta auxilios extraordinarios a los mendigos, a los pobres vergonzantes, a los transeúntes, a los refugiados, a los condenados a muerte; como también, en las grandes calamidades públicas, las inundaciones, el cólera, ella deduce de sus recurso una abundante limosna, y redobla el celo y la caridad para no abandonar en el sufrimiento ninguna de sus obras habituales⁸⁶.

VI. Caridad religiosa, caridad privada y caridad pública. Tal es la Sociedad de San Vicente de Paúl, gran familia digna de su padre y de su santo origen. Ella sola sería suficiente para consolarnos de la desaparición de tantas

⁸⁶ En 1840 no obstante, la *Obra* de los pobres enfermos se ha restablecido bajo la dirección del superior general de la Misión. Está dividida en tantas secciones como parroquias hay en las que existe. Cada sección tiene por presidente al párroco, y se compone de la superiora de la Hijas de la Caridad de la parroquia, de una dama *representante*, de una *secretaria*, de una *tesorera* y de damas *visitantes*. Comenzada con doce damas, la obra cuenta hoy con mil, y se ha extendido por varias diócesis de Francia, de Bélgica, de Italia, de España, de Irlanda, de Polonia, y hasta en Constantinopla y en Brasil .Sus limosnas se levantan a 100.000 francos; sus servicios espirituales son inapreciables. (Véase el *Reglamento* de la obra y el *Informe* leído, el 24 de mayo de 1859, por el director, Sr. Étienne, superior general de la misión, sobre sus trabajos durante el año 1858).

asociaciones caritativas establecidas por Vicente. Porque, ay, todas estas cofradías, todas estas mesas de caridad, obras de su celo, ¿qué ha sido de ellas? Han quedado sepultadas en la tormenta revolucionaria y, al volver la calma, no han sido reemplazadas más que por mesas de beneficencia¹ este simple cambio de denominación ¿indicaría un cambio más radical? Y este sobrenombre de la caridad, ¿sería como el sello de una parodia de las obras cristianas?⁸⁷

No exageremos nada, a pesar de todo, y no calumniemos a nuestra edad. Primero ha visto nacer y crecer a nuestra Sociedad de San Vicente de Paúl, que restablecido entre los hombres el ejercicio de la caridad hace tanto tiempo interrumpido y lo ha extendido en proporciones hasta hoy desconocidas. En el siglo de Vicente mismo, es decir en el siglo de la caridad, nada parecido se había visto, ya que el santo no logró establecer más que algunas cofradías de hombres, y tuvo que buscar entre las mujeres cristianas los instrumentos de su celo. Además, nunca tal vez se habían multiplicado más las obras que en nuestros días, ni habían abrazado en una jerarquía más diversa y más fuerte todas las miserias físicas y morales. Basta con recorrer tan sólo el Manual de las obras e instituciones caritativas de París, por el Sr. Armando de Melón para asegurarse de que la caridad ha sido en escasos momentos más viva, más activa y mejor ordenada.

Por otra parte, ha causado demasiada alarma a veces en Francia que la invasión de lo que se ha dado en llamar la caridad pública, y se ha desconocido el verdadero carácter del modo que se designaba con este nombre. No hay entre nosotros, hablando con propiedad, caridad pública, es decir legal y obligatoria; caridad que constituya al Estado deudor de los pobres, y a los pobres acreedores del Estado; dividiendo la sociedad en dos campos, de los que una pagaría al otro los intereses de una pereza, de una miseria voluntaria metamorfoseada en capital y convertida así en una industria lucrativa y una herencia transmitida de generación en generación. Existe entre nosotros un principio fundamental: es que cada uno está encargado de cuidar de sí mismo en sus necesidades y en las de su familia, por medio de recursos transmitidos por herencia o adquiridos por la industria personal. La caridad no debe ser más que un suplemento de la impotencia Reemplazar este principio por el derecho a la asistencia sería matar la actividad individual, desmoralizar a las poblaciones, ahondar cada vez más el abismo de la miseria, sostener el antagonismo entre las clases, romper los lazos que las deben unir: agradecimiento en el pobre y caridad en el rico, y sobre todo hacer imposibles esas relaciones íntimas de consejo, de instrucción, de buen ejemplo, de las que nace la elevación moral de la clase sufriendora. La asistencia legal y obligatoria, si se introdujera entre nosotros, expulsaría inmediatamente a la más bella de las virtudes religiosas y sociales, la caridad, cuya esencia es ser espontánea y voluntaria.

Y no se diga que la sociedad debe ser sin entrañas, tener ojos y no ver la miseria de sus miembros, orejas y no oír sus gritos de desesperación. La sociedad, en particular la sociedad cristiana, es una persona moral, obligada a la caridad como los individuos. Intervendrá pues en los casos extraordinarios, sea por medio de policía y para impedir un desorden público, sea para venir en

⁸⁷ Se sabe el golpe fatal recibido recientemente en la Sociedad de San Vicente de Paúl en su organización central; medida provisional, esperémoslo, y cuya retirada próxima le devolverá todas sus condiciones de vida y de duración. Con esta esperanza hemos creído un deber no cambiar nada de lo que escribíamos en 1860.

ayuda de la caridad privada, sea para asegurar la organización y la perpetuidad de los recursos. Hay males aislados, accidentales, que remedia al instante la caridad privada con todo el ímpetu de la espontaneidad; los hay grandes y permanentes, que afectan a clases enteras, que reclaman una acción colectiva: como por ejemplo, los alienados, los niños expósitos, de quienes se encargan los departamentos en Francia, siguiendo libres no obstante para fijar la cuota de los socorros. Y es que la caridad pública misma debe ser voluntaria siempre, libre de hacer o no hacer; debe también ser prudente y sabia; ya que el exceso, laudable en el individuo, es culpable en el Estado, que distribuye no su bien sino el de los demás, de los pobres sobre todo, los contribuyentes más numerosos. La caridad individual camina con el único cortejo de sus obras, la caridad pública tendrá como compañera a la justicia.

Entre nosotros también, el Estado coopera a la caridad con subvenciones, mínimas de ordinario, y cuya mayor parte va a la caridad religiosa y privada. Su principal papel es supervisar y perpetuar los fondos de socorro. No existiendo ya los donantes, se ha de impedir la malversación y dilapidación de sus liberalidades. Tutor del indigente, el estado se ha reservado la elección de los de los detentadores, de los receptores y ecónomos de las fundaciones caritativas. En este sentido, lo que se llama en Francia caridad pública no es más que la caridad religiosa y privada, pero organizada, vigilada y perpetuada. Pues, a parte de ésta interviene siempre en los establecimientos públicos por los administradores no asalariados y por sus Hermanas, es ella la que ha creado el fondo primitivo y la que le aumenta con sus donaciones. Así sucede a menudo con las mesas de beneficencia, cuyos recursos, que provienen de la caridad religiosa y privada, son distribuidos por sus manos, es decir por las Hermanas de la Caridad.

Nunca en Francia, en la patria de San Vicente de Paúl, degeneró la caridad pública en caridad legal, en tasa de los pobres. La Francia católica dejará siempre esta decadencia y esta plaga a los países protestantes. Sin duda, la caridad religiosa y privada, es decir la caridad cristiana y francesa, podrá tener entre nosotros más o menos iniciativa y libertad. Se la tendrá alguna vez bajo sospecha, como ha hecho el régimen de 1830, que ha quitado a los párrocos el título de miembros natos de las comisiones hospitalarias y de las mesas de beneficencia, que ha paralizado con demasiada frecuencia la acción de los capellanes y de las Hermanas, y echado así el germen de esta hostilidad sorda entre la caridad pública y la caridad privada de las que los pobres han tenido tanto que sufrir. Pero, después de estas crisis pasajeras, una y otra vuelven a emprender su acción e intercambian su concurso. La caridad pública camina tras las huellas de la caridad privada y difunde sus dones allá donde ésta se ha mostrado incapaz; le presta también su administración organizada y duradera. Por su parte, la caridad religiosa y privada ayuda a la caridad pública por sus sacerdotes, sus Hermanas, sus asociaciones, que alimentan y distribuyen los socorros. Alianza posible, alianza deseable de todas las caridades, única que asegurará el alivio de todas las miserias; alianza entre nosotros tradicional y que san Vicente de Paúl, nuestro modelo y nuestro maestro, ha buscado y practicado siempre.

Capítulo octavo: Regreso a la casa de Gondi. Salida de Châtillon y entrada en la casa de Gondi. Misiones de Villepreux y de Montmirail.

I. Nueva llamada de la familia de Gondi. Regresemos a Châtillon. Vicente estaba allí entregado a los trabajos bendecidos de Dios que hemos contado, cuando la Sra. de Gondi, a pesar del escaso éxito de sus intentos precedentes, resolvió intentar un último esfuerzo para traerle cerca de ella. Ella consiguió también cartas del general de las galeras, del cardenal de Retz, obispo de París, del P. de Bérulle; mandó escribir a sus hijos y escribió ella misma. Pero esta vez, escogió, para llevárselo todo a Vicente, a un mensajero que pudiera el comentario poderoso de la prudencia y de la amistad. Era el mismo Du Fresne que había introducido a Vicente ante la reina Margarita, y al que Vicente, por su parte, había dado como secretario a la casa de Gondi.

Atacado a la vez por este doble asalto de la palabra escrita y de la palabra viva, Vicente se conmovió. Para resistir al primero, buscó refugio y fuerza al pie del altar. Allí, según su costumbre, leyó sus cartas, y se volvió tranquilo y firme a afrontar a Du Fresne. Se las había con un enemigo terrible, ya que Du Fresne era hombre de espíritu, y su fe, la tierna y respetuosa amistad que le unía con el santo sacerdote, protegían más allá de toda sospecha su celo ardiente por los intereses por la casa de Gondi. Así que esto devolvió a Vicente a sus primeras agitaciones e incertidumbres por las razones y las súplicas de Du Fresne, y comenzó a preguntarse si de verdad Dios le quería por más tiempo en Châtillon, si no encontraría en la casa de Gondi más ocasiones y medios de trabajar por su gloria. Du Fresne, al verle conmovido, le apremió con mayor intensidad para destruir sus últimas resistencias. Pero, sin salida, y además queriéndose tranquilizar, le dijo: “Como San Pablo, exclamáis: ‘Señor, ¿qué queréis que haga?’ Pues bien, como a san Pablo, se os responde: ¡‘Id a Ananías!’”

Ananías, aquí, era el P. Bence, superior del Oratorio de Lyon, y el primer instrumento, recordamos, del que Dios se había servido para llevar al santo sacerdote a Châtillon. Vicente consintió en ir a verle y, en compañía de Du Fresne, se dirigió a Lyon. El P. Bence lo escuchó todo y, tanto para llegar a una decisión más segura como para aligerar su responsabilidad compartiéndola con los demás, concluyó diciendo a Vicente: “Volved a París, y allí, si aún queda alguna dificultad, se despejará ante los consejos de amigos sabios que os darán a conocer con toda certeza la voluntad de Dios.”

Vicente prometió obedecer, y al punto, sin compromiso alguno, escribió a la vez al general de las galeras, por entonces en Marsella, y a la Sra. de Gondi para anunciarles su próximo viaje. Poco después se volvía a Châtillon para concluir su misión santa, y Du Fresne, portador de la carta destinada a la Generala, reemprendía la ruta de París.

Días después, el 15 de octubre, recibía en Châtillon la respuesta siguiente del general de las galeras: “He recibido hace dos días la que me escribisteis de Lyon, por la que veo la resolución que habéis tomado de hacer un viaje a París para finales de noviembre, por lo que me alegro en gran manera, esperando veros para entonces, y que concederéis a mis súplicas y a los consejos de todos vuestros buenos amigos el bien que deseo de vos. No os diré más, puesto que habéis visto la carta que escribí a mi mujer. Os ruego tan sólo que consideréis que parece que Dios quiere que, por medio de vos, el padre y los hijos sean gente de bien.” Más llena de gozo y de súplica debió ser la respuesta de la señora de Gondi.

Los días transcurrieron pronto y, llegado el término fatal, Vicente debió subir al púlpito para anunciar la cruel separación a sus queridos parroquianos y darles

su adiós. “Cuando la Providencia me trajo a Châtillon, les dije, yo esperaba no tener que dejaros nunca, Pero como parece que ha ordenado otra cosa, respetemos, vosotros y yo, y sigamos sus santas decisiones. Hallándome lejos o cerca, vosotros estaréis siempre presentes en mis oraciones; por vuestra parte, no os olvidéis nunca de este miserable pecador.”

Estas palabras fueron acogidas con sollozos y lágrimas, y el dolor de algunos estalló en gritos desgarradores. Nosotros lo perdemos todo, exclamaban, perdemos al hombre de Dios, perdemos a nuestro padre. –Sí, respondían los herejes con un sentimiento muy distinto en el delirio de su alegría, vosotros perdéis vuestro apoyo y a la mejor piedra de vuestra religión.”

Lo que le costaba sobre todo a Vicente era abandonar a sus pobres, el objeto privilegiado de su ternura. Pobre él mismo, y pobre por ellos, no tenía para dejarles más que una débil herencia. Al menos, les distribuyó sus pequeñas provisiones, sus pobres ropas. Todavía sintieron pena en aprovecharse de ellas, pues todos estos miserables despojos, que el afecto y la universal reputación de santidad del pastor transformaban en objetos preciosos y en reliquias, les fueron disputadas por los más ricos. Un hombre pobre, llamado Julien Caron, tuvo que sostener un combate en regla contra la multitud para guardarse un viejo sombrero.

II. Salida de Châtillon y entrada en la casa de Gondi. Por fin llegó el día de la partida, día de duelo, en que el cielo brumoso y triste parecía asociarse al dolor general. toda la parroquia se reunió en la despedida del santo sacerdote. en el tumulto y desesperación de todos, se hubiera dicho una ciudad tomada por asalto. “Misericordia, misericordia!, exclamaban. –Hijos, respondía san Vicente todo en lágrimas, os encomiendo a la gracia de Dios. –¡Vuestra bendición!” respondía la multitud. Y todos cayeron de rodillas, y Vicente los bendijo por última vez.

Su único consuelo era dejar a sus queridos parroquianos bajo las dirección de aquel mismo Louis Girard que se había asociado a él al entrar en Châtillon, y a quien los canónigos condes de Lyon habían elegido como sucesor. Se tranquilizaba ante el pensamiento de que su rebaño, guardado por este digno pastor, no sería entregado a los lobos de los que él los había arrancado⁸⁸.

Los pesares y la veneración de los parroquianos de Châtillon no fueron algo efímero. Cerca de medio siglo más tarde, unos cuatro años después de la muerte del siervo de Dios, Charles Demia, sacerdote y doctor en derecho, fue encargado de recoger las declaraciones de los más antiguos y principales habitantes de la ciudad que habían visto y conocido a Vicente de Paúl. A la vista de un proceso de canonización ya probable, querían adelantarse a la muerte y arrancarle preciosos testimonios. Se establecieron dos procesos verbales, de los que hemos sacado cuanto precede. El segundo, obra propia de Demia, y la más extensa, se termina así: “Finalmente los abajo firmantes dicen que sería imposible señalar todo lo que se realizó en tan poco tiempo

⁸⁸ San Vicente no presentó sin embargo su dimisión pura y simple de su parroquia hasta el último de enero de 1618, mediante acta pasada ante Thomas Gallot, notario de París; y L. Girard no fue nombrado hasta el 10 de julio del mismo año. Pero, en el intervalo, éste continuó dirigiendo la parroquia de Châtillon. –Vicente dejó a Girard los libros que él había llevado de París. En 1633 o 1636, Girard se los dio a la biblioteca de los capuchinos de Châtillon, donde se quedaron hasta la época de la Revolución. Entonces fueron dispersados y de todos los recuerdos de Vicente, no de ha podido volver a encontrar más que el reglamento autógrafo de la Caridad. –En nuestros días, Châtillon ha erigido una estatua a su más ilustre y santo pastor.

(¡cinco meses!) por el Sr. Vicente, y que a ellos les costaría creerlo, si no lo hubieran visto y oído. Conservan de él una estima tan alta que no hablan de él más que como de un santo. Publican en voz alta que no han tenido, ni tendrán nunca un párroco parecido, y que los ha dejado bien pronto para ellos. Creen que lo que ha hecho en Châtillon sería suficiente para canonizarle, y no dudan de que si se ha portado en todas partes como lo ha hecho en este lugar, lo será un día.” -¡Voz del pueblo, voz de Dios!

El día mismo de su llegada a París, 23 de diciembre de 1617, Vicente tuvo una conferencia con el P. de Bérulle y algunas otras personas esclarecidas, y al día siguiente, víspera de Navidad, entraba en la casa de Gondí. inútil expresar la alegría de toda esta piadosa familia, y sobre todo de la Generala, que le recuperaba con una felicidad igual al dolor de haberle perdido. Volvía a tomar posesión de su ángel guardián y, a fin de no tener que pasar por nuevas alarmas, le hizo prometer que no la abandonaría y la ayudaría hasta la muerte. Con el presentimiento de su fin próximo, la piadosa mujer no temía apropiarse por demasiado tiempo de un sacerdote destinado a Francia y a toda la Iglesia; y Vicente, por su parte, iluminado sin duda por la misma luz, creyó que el tiempo pedido por la Generala le era necesario a él mismo para echar los cimientos de todas sus obras con los recursos que hallaría en la casa de Gondí.

III. Misiones de Villepreux y de Montmirail. –Conversiones de protestantes.

Este tiempo, por otro lado, ¡qué maravilloso uso supo hacer en provecho de todos y en particular de los pobres pueblos del campo, entonces tan abandonados! No teniendo sino una inspección general sobre la educación de los hijos de Gondí, pudo seguir con toda libertad el atractivo que le arrastraba hacia este humilde ministerio. Logró comunicar su celo a personajes situados arriba y de verdadero mérito. Cocqueret, doctor de la casa de Navarra, Berger y Gontière, consejeros clérigos en el Parlamento de París, y varios sacerdotes más distinguidos, se juntaron a él y se pusieron bajo sus órdenes. Desde el comienzo del año 1618, es decir algunos días tan sólo de su llegada a la familia de Gondí, Vicente organizó misiones en Villepreux, población situada a cinco leguas de París, en los pueblos vecinos y en todas las tierras de la casa, donde acompañaba de ordinario a la Generala. Ese mismo año y los siguientes, con la ayuda de sus compañeros, dio todavía numerosas misiones en las cercanías de París, en las diócesis de Beauvais, de Soissons, de Sens y de Chartres. Por todas partes, eran los mismos trabajos, las mismas bendiciones, los mismos socorros dirigidos tanto al cuerpo como al alma. Así Vicente estableció en Villepreux la segunda Caridad del reino, cuyo reglamento parecido al de Châtillon fue aprobado el 23 de febrero de 1618 por el cardenal obispo de París.

Aparte de los sacerdotes que hemos nombrado, Vicente encontraba también en otra parte, en sus misiones, rivalidad de celo: era en casa de la señora de Gondí. a ejemplo de las santas mujeres que secundaban a los apóstoles, esta mujer admirable, arrastrada por el ejemplo de su director e inflamada de ardor por la salvación de almas que creía confiadas a ella, ya que habitaban sus tierras, preparaba los caminos a los nuevos apóstoles con sus limosnas y sus favores, y volvía tras sus huellas para acabar su obra. a pesar de la debilidad de su salud y sus continuas enfermedades, iba de choza en choza, visitando a los enfermos, consolando a los afligidos, acabando los procesos, calmando las

disensiones; instruía a los ignorantes, disponía a los pecadores a los sacramentos; en una palabra, de todos los colaboradores de Vicente, ninguno realizaba mejor el ideal del misionero. ¡Qué elocuente predicación, en efecto, como la vista de esta mujer noble y rica, echando mano de su oro y de su poder solamente para ganar almas a Dios!

La misión de Montmirail se señaló por la conversión de tres herejes de la vecindad. Para ahorrar tiempo al santo sacerdote, la señora de Gondí les hizo venir y aposentar en su propio castillo, donde él entro en conversación con ellos. Siguiendo el método que siguió siempre y que aconsejó más tarde a sus Misioneros, se contentó con exponerles los dogmas de la Iglesia en toda su sencillez, soslayando a la vez las disputas de la escuela y las calumnias del protestantismo; escuchó todas sus objeciones y se las resolvió con aquella caridad y precisión que eran el carácter de su raro buen sentido. Al cabo de una semana y después de las conferencias de dos horas diarias, dos se rindieron e hicieron abjuración pública de su error y profesión de fe católica.

El tercero fue más difícil de vencer. Era uno de esos espíritus presuntuosos en relación con su mediocridad, que tenía la suficiente inteligencia para construir objeciones y no para ver la respuesta, viendo la sombra y nunca la luz; uno de esos hombres de costumbres disolutas y, por ello, grandes charlatanes de moral severa, grandes enemigos de la moral relajada, buscaba en la condena de la mala doctrina o de la mala vida de algunos católicos la excusa y la justificación de sus propios vicios. Cada día llegaba a la conferencia con un arsenal de armas nuevas. “Me habéis afirmado, señor, dijo un día a Vicente, que la Iglesia de Roma está dirigida por el Espíritu Santo. ¿Y cómo lo voy a poder creer yo, viendo, por un lado, a los católicos del campo abandonados Pastores viciosos e ignorantes, sin estar instruidos en sus deberes, sin que la mayor parte sepan siquiera lo que es la religión cristiana; y, por el otro, las ciudades llenas de sacerdotes y monjes que no hacen nada? Tal vez en París se encontrarían diez mil que dejan sin embargo a esta pobre gente en su ignorancia espantosa por la que se pierden. ¡Y querríais persuadirme que eso está dirigido por el Espíritu Santo! No lo creeré nunca.”

Estas palabras le llegaron al corazón. Ah, se dijo, qué terrible juicio dictará Dios contra los malos sacerdotes. Cómo vengará, en términos de la Escritura, la sangre y la pérdida de las ovejas en la indolencia de los pastores.” Y él se reafirmó en el pensamiento de dedicar su vida a la salvación del pueblo del campo. Entretanto y después de recogerse un momento, respondió al hereje: “Sin querer devolver la objeción contra vos, ni aprobar a los sacerdotes negligentes, os diré que, por ignorancia, exageráis el mal. Hay en muchas parroquias buenos párrocos y buenos vicarios. En cuanto a los sacerdotes y a los religiosos de las ciudades, muchos van a predicar y a catequizar al campo; otros se entregan a rezar a Dios y a cantar sus alabanzas de día y de noche; otros útilmente al público con los libros que escriben sirven, por la doctrina que enseñan y por los sacramentos que administran, si hay algunos inútiles y que no desempeñan como deben sus obligaciones, se trata de hombres aislados expuestos a fallar, y que no constituyen la Iglesia. Cuando se dice que la Iglesia está conducida por el Espíritu Santo, eso se entiende en general cuando está reunida en los concilios; y también en particular, cuando los fieles siguen las luces de la fe y las reglas de la justicia cristiana. Los que se alejan de esto resisten al Espíritu Santo; y, si bien son miembros de la Iglesia, ellos son no

obstante de aquellos de quienes habla san Pablo, que viven según la carne y que morirán.”

Por perentoria que fuese esta respuesta, no satisfizo al protestante, quien persistió en hacer de la ignorancia de los pueblos y del escaso celo de los sacerdotes un argumento contra la Iglesia romana. Necesitaba una respuesta efectiva y viva, y Vicente pensó desde entonces en preparársela. Redoblo el celo, puso en movimiento a todos aquellos de sus amigos que tenían más talento para la predicación, y los comprometió a recorrer con él las poblaciones y pueblos para reanimar la fe y la caridad de las gentes. Al año siguiente, 1620, volvió a Montmirail con algunos sacerdotes y algunos religiosos, entre los cuales estaba Féron, entonces bachiller en teología, más tarde doctor de Sorbona y arcediano de Chartres, y Duchesne, ya doctor de la misma facultad y arcediano de Beauvais. Todos trabajaron en Montmirail y se extendieron por las parroquias vecinas, donde hicieron un bien inmenso. Era un concurso de todas las poblaciones y una alabanza universal de tantos trabajos y de tantos éxitos. El rumor llegó a los oídos del hereje empeñado en que todos se habían olvidado, menos Vicente. Vino a Montmirail, atraído por la curiosidad, y sin duda por las oraciones de santo sacerdote. asistió a las predicaciones, a los catecismos, a todos los ejercicios espirituales, primero con prevención, luego con un atractivo al que se resistía vanamente. Al fin, a la vista de tanto celo por instruir a los ignorantes, de tanta caridad por aliviar a los desdichados, a la vista sobre todo de los cambios maravillosos operados en los más humildes y los más culpables, se sintió vencido, y yendo a ver a Vicente: “Es ahora, le dijo, cuando veo que el Espíritu Santo lleva a la Iglesia romana, porque ella se ocupa de la instrucción y de la salvación de los pobres campesinos; y estoy preparado para entrar en ella cuando tengáis a bien recibirme.” -¿No os quedan ya dificultades ni dudas?” le preguntó el santo sacerdote. -“No, yo creo lo que me habéis dicho, y estoy dispuesto a renunciar en público a todos mis errores.”

Mientras tanto, siempre prudente y reservado en su celo, Vicente quiso asegurarse más de la fe y de las disposiciones de su prosélito. Le interrogó pues sobre los artículos controvertidos entre los protestantes y los católicos, y en particular sobre los puntos contra los cuales él había presentado objeciones. Satisfecho con sus repuestas, le asignó el domingo siguiente y la iglesia de Marchais, cerca de Montmirail, donde trabajaban entonces los misioneros, como día y lugar de su abjuración. El prosélito fue fiel a la cita. La asamblea era numerosa, porque el pueblo, advertido de la ceremonia, había acudido de todas partes. en medio de la atención y de la alegría general, Vicente subió al púlpito y, después de una predicación llena de acciones de gracias, llamó a este hombre por su nombre, y le preguntó públicamente: ¿Perseveráis en el propósito de abjurar vuestros errores y entrar en el rebaño de la Iglesia? -Sí, persevero, respondió éste; sin embargo, aún ,e queda una dificultad que acaba de formarse en mi espíritu.” Y, señalando con el dedo una imagen de piedra bastante mal trazada que representaba a la santa Virgen⁸⁹: “No podría creer, dijo, que hubiera en esto ninguna virtud.” Ante estas palabras la asamblea se agitó, y Vicente sorprendido de una objeción tan vulgar, y que él había esclarecido sin duda tanto, en las explicaciones precedentes, a pesar de todo, con toda calma y con su bondad ordinaria, le replicó: “La Iglesia no enseña que

⁸⁹ Largo tiempo conservada en Marchais, en recuerdo de esta escena, la estatua fue rota durante la Revolución; pero la ciudad recogió sus fragmentos, y los Lazaristas tienen hoy la cabeza.

haya ninguna virtud en las imágenes materiales, si no es cuando Dios quiere comunicársela, como lo puede hacer y como lo ha hizo en otro tiempo con la vara de Moisés, que hacía tantos milagros. Por lo demás, añadió, esto es elemental en nuestra fe, y hasta un niño os lo podría explicar.” Y enseguida llamando a uno de los más instruidos: “Hijo, le dijo, ¿qué debemos creer en cuanto a las santas imágenes? –Es bueno tenerlas, respondió el niño, y rendirles el honor que les es debido, pero porque ellas nos representan a Nuestro Señor Jesucristo, a su gloriosa Madre y los demás santos del paraíso quienes, habiendo triunfado del mundo, nos exhortan con estas figuras mudas a seguirlos en su fe y en sus buenas obras.” Vicente elogió la respuesta, la comentó y volviéndose al hereje: “Confesad, le dijo, que no hay nada sólido en vuestra dificultad, y que no debía ser propuesta por un hombre tan bien instruido sobre este punto de la creencia católica. –Lo confieso, dijo el hereje, y ya nada me detiene, estoy listo.” Pero Vicente, siempre prudente y longánimo, creyó deber remitirle a otro día para dejar a sus repugnancias, si le quedaba alguna, el tiempo de fermentar, y a su resolución, si era sincera, el tiempo de reafirmarse. En el día señalado, el hereje se presentó, abjuró frente a toda la parroquia, haciendo de la verdadera fe una profesión en la que perseveró hasta la muerte.

A partir de aquel día, la Misión estaba fundada en el alma del santo sacerdote. esta conversión le hizo comprender mejor la necesidad de una compañía especialmente dedicada al servicio de los habitantes del campo, y a menudo se lo recordaba a sus sacerdotes para fortalecerlos en su vocación. “Oh, señores, les decía entonces, qué dicha la nuestra Misioneros, verificar la dirección del Espíritu Santo en su Iglesia, trabajando, como nosotros lo hacemos, en la instrucción y santificación de los pobres.”

Libro Segundo. La Misión.

Capítulo primero: Establecimiento de la Misión. Contrato de fundación. Muerte de la señora de Gondi. Primeras campañas y primeros trabajos. La Misión aprobada por la autoridad eclesiástica y por la autoridad real.

I. Primeros dones de la señora de Gondi. –El colegio de los Bons-Enfants. Cuatro años transcurrieron. Ya estamos en el año 1624. Los frutos de salvación producidos por las primeras misiones de Vicente dieron a la señora de Gondi, que los había visto con sus propios ojos, y hasta había contribuido a ellos con sus cuidados y con su fortuna el pensamiento de extenderlos y perpetuarlos. Desde el año de 1517, había querido dar un fondo de seis mil libras a alguna comunidad de sacerdotes con el encargo de dar cada cinco años misiones en todas sus tierras. Rogó a Vicente, su consejero, su director, el instrumento de todas sus buenas obras, que propusiera ésta a los hombres que él juzgara más capaces de ejecutarla bien. Lleno siempre de estima por los jesuitas, Vicente se la propuso al P. Charles, su provincial de Francia. Éste se lo escribió a su general, quien no le permitió aceptar la fundación. Vicente recurrió entonces a los Padres del Oratorio, luego sucesivamente a los superiores de diversas comunidades sacerdotales: todos se excusaron por el pequeño número de sus miembros o por anteriores compromisos que no les permitía contratar otros

nuevos⁹⁰ ¡Negativas inspiradas por la Providencia! Se trataba aquí de una obra nueva y especial, de la instrucción del pobre pueblo de los campos, que requería una compañía nueva también y distinta, únicamente ocupada en esta porción querida del rebaño de Jesucristo. Ni Vicente ni la señora de Gondi tenían entonces conciencia del plan de Dios. pero la piadosa mujer conservaba el proyecto en su corazón y se remitía, para la realización al tiempo y a la Providencia. Sin embargo, para asegurar en el futuro lo que ella no podía ejecutar en el presente, hizo su testamento, por el que destinaba siempre una suma de seis mil libras a misiones en sus propiedades y nombraba en este punto a Vicente su ejecutor testamentario.

Transcurrieron siete años más. Cada año la señora de Gondi renovaba su testamento, y Vicente continuaba sus intentos siempre inútiles. Finalmente la señora de Gondi se preguntó porqué debía buscar por fuera lo que tenía de alguna manera al alcance de la mano. Vicente estaba en relaciones continuas con doctores, eclesiásticos virtuosos que trabajaban con él en las misiones de los campos. ¿Qué más necesitaba para hacer con estos elementos la comunidad de sacerdotes que soñaba? Una casa para recibirlos y la conformidad de la autoridad eclesiástica. El conde de Joigny la confirmó en esta idea, y se ofreció a compartir con ella el título de fundador del nuevo instituto. Juan Francisco de Gondi, primer arzobispo de París, hermano del general de las galeras, creyó un deber suyo aprobar una fundación de la que su diócesis iba a aprovecharse tan maravillosamente. Hizo más: queriendo entrar por su parte en esta obra de familia, ofreció una casa de la que podía disponer.

Había entonces, cerca de la puerta de Saint-Victor, un viejo colegio, llamado colegio de los Bons-Enfants, cuya fundación se remontaba hasta mediados del siglo XIII, al año 1248, y la reconstrucción al año 1257. El canciller de la Iglesia de París era su superior y procurador. Aquel mismo año de 1257, el obispo de París, animado por una bula de Inocencio IV, permitió a los escolares construir una capilla y celebrar allí el oficio divino, con la condición no obstante de no causar con ello daño a los derechos parroquiales ni a las funciones del párroco de Saint-Nicolas du Chardonnet. El colegio recibió diversas fundaciones. En 1269, san Luis le legó, en su testamento, sesenta libras de renta. Algunos años después, Mathieu de Vendôme, abate de Saint-Denis, en calidad de ejecutor testamentario de Guy Renard, médico del rey, fundó en la capilla un título sin beneficio bajo el obispo de París, al que iban unidas quince libras parisinas de renta a deducir de los ingresos de la gendarmería de París, renta que fue amortizada, en 1284, por cartas del rey Felipe el Atrevido. La fundación de Mathieu de Vendôme estaba a cargo por el capellán de hacer residencia continua en la casa o morada que el colegio estaría obligado a suministrarle, celebrar o mandar celebrar todos los días la misa en la capilla, a intención de los fundadores, y decir las vísperas en ella, maitines y demás horas canónicas, al menos los domingos y las fiestas, siempre sin ningún perjuicio de los derechos del párroco de Saint-Nicolas du Chardonnet. Esta fundación fue aprobada por Raoul, obispo de París, en 1287. En 1314, título nuevo pasó al obispo de París por Thomas de Baillo, canónigo penitenciario y principal del colegio, y por dos bolsistas, encargados, por procuración de sus cohermanos, de gestionar lo temporal, por cuarenta sueldos parisinos de contribución que

⁹⁰ Conf. del 25 de enero de 1655.

cobrar en ocho libras diecinueve sueldos parisinos de renta, libradas al colegio. Nueve bolsistas ratificaron este título, con juramento de que no eran en mayor número en París actualmente. Hacia el año 1317, se encuentra otra fundación de cuarenta sueldos parisinos por Galeran Nicolas Brito, clérigo de Cornouailles. Finalmente, en 1478, Jean Pluyette, director del colegio, después de visitarlo y supervisararlo por el obispo de París en calidad de superior, fundó dos bolsas a favor de miembros de su familia⁹¹.

En 1624, el colegio estaba vacante en virtud de la dimisión dada por su director Louis de Tuyard en manos de Juan Francisco de Gondi. El primero de marzo de ese año, el arzobispo entregó la dirección a Vicente, quien tomó posesión el 6 del mismo mes por procurador, en las formas ordinarias. No siéndole posible residir, pues seguía viviendo en la casa de Gondi, se sustituyó por Antonio Portail, su primer discípulo. La procuración, con fecha del 2 de marzo, da a nuestro santo el título de licenciado en derecho canónico. Era en París donde había estudiado el derecho y recibido el grado⁹².

II. Contrato de fundación. Después del cubierto, se necesitaban los víveres y el mantenimiento para los futuros Misioneros. El conde y la condesa de Joigny se lo proveyeron a partir del año siguiente. El 17 de abril, un contrato de fundación fue pasado a nombre de “de los dichos señor y dama.” Establece “que habiéndoles dado Dios, de algunos años acá, el deseo de honrarle, tanto en sus tierras como en otros lugares, habrían considerado que siendo del agrado de su divina bondad proveer por su misericordia infinita a las necesidades espirituales de los que habitan en las ciudades de este reino, por la cantidad de doctores y religiosos que los predicán, catequizan animan y conservan en el espíritu de devoción, no queda más que el pobre pueblo del campo el que se ve como abandonado; en vista de lo cual les habría parecido que se podría remediar de alguna manera mediante la piadosa asociación de algunos sacerdotes de doctrina, piedad y capacidad conocidas, que quisieran renunciar tanto a las condiciones de dichas ciudades como a todos los beneficios, cargos y dignidades de la Iglesia para, con el buen deseo de los prelados, cada uno en la extensión de su diócesis, aplicarse por entero y puramente a la salvación del pobre pueblo, yendo de pueblo en pueblo, a título de bolsa común, a predicar, instruir, exhortar y catequizar a estas pobres gentes, llevarles a hacer toda una buena confesión general de toda su vida pasada, sin tomar por ello ninguna retribución, de cualquier clase o manera que sea, con el fin de distribuir gratuitamente los dones que hayan recibido gratuitamente de la mano liberal de Dios. y para conseguirlo, los dichos señor y dama, en agradecimiento por lo bienes y gracias que han recibido y reciben diariamente de la majestad divina; para contribuir al ardiente deseo que tiene de la salvación de las pobres almas, honrar el misterio de la encarnación, la vida y la muerte de Jesucristo; por el amor de su santísima Madre, y también para tratar de obtener la gracia de vivir tan bien el resto de sus días que puedan esperar con su familia llegar a la gloria eterna; han deliberado constituirse patronos y fundadores de esta buena obra, y a este fin, han dado y hecho limosna los dichos señor y dama juntos por las presentes la suma de cuarenta y cinco mil libras, de la cual se ha hecho efectiva, en manos del Sr. Vicente de Paúl, sacerdote de la diócesis de Acqs, licenciado en derecho

⁹¹ *Histoire de l'Université de Paris*, por Du Roulay, tom. III, p. 217-221; y Archivos del Estado, M. 96.

⁹² Depos. de P. Chalier, *Summ.* n. 3, p. 5. Chalier tenía en mano las cartas de licencia.

canónico, la suma de treinta y siete mil libras, contadas y numeradas en presencia de los notarios firmantes en piezas de dieciséis testones o tostones de medio franco y moneda variada, todo bueno y de curso legal; y en cuanto a las ocho mil libras restantes, los dichos señor y dama han prometido y prometen pagarlas pagar y entregar al dicho señor de Paúl, en esta ciudad de París, de hoy en un año, bajo la hipoteca de todos y cada uno de sus bienes presentes y por venir, con las cláusulas y cargos siguientes, a saber:

“Que dicho señor y dama han remitido y remiten al poder de dicho señor de Paúl elegir y escoger entre hoy y el año próximo a seis personas eclesiásticas o tal número que la renta de la presente fundación pueda sostener, cuya doctrina, piedad y buenas costumbres e integridad de vida le sean conocidas para trabajar en dichas obras bajo su dirección, durante su vida; lo que dichos señor y dama entienden y quieren expresamente, tanto por la confianza que tienen en su conducta como por la experiencia adquirida por él en dichas misiones; en general, Dios le ha dado gran bendición hasta aquí. No obstante tal dirección con todo, dichos señor y dama entienden que dicho señor de Paúl haga su residencia continua y de hecho en su casa, para continuar en ellos y en su dicha familia “la asistencia espiritual que les ha prestado hace largos años;

“Que la dicha suma de cuarenta y cinco mil libras será empleada por dicho señor de Paúl, según la intención de dichos señor y dama, en fondos de tierra o renta constituida, cuyo beneficio y renta derivados sirva a su mantenimiento, alimentación, vestidos y otras necesidades, el cual fondo y rentado sea gestionado por ellos, gobernado y administrado como cosa propia; que para perpetuar dicha obra a la mayor gloria de Dios, edificación y salvación del prójimo, ocurriendo el fallecimiento del dicho señor de Paúl, los que hayan sido admitidos a dicha obra, y hayan perseverado hasta entonces, elegirán por pluralidad de votos a tal de entre ellos a quien crean apto como su superior en lugar del señor de Paúl, y se servirán de este modo sucesivamente de tres en tres años, y por el tiempo que crean mejor, llegado el caso de muerte;

“Que dichos señor y dama seguirán conjuntamente como fundadores de dicha obra, y como tales, sus herederos y sucesores, descendientes de su familia, disfrutarán a perpetuidad de los derechos y prerrogativas concedidas y otorgadas a los patronos por los sagrados cánones, menos del derecho a nombrar los cargos, al que han renunciado;

“Que dichos eclesiásticos y otros que deseen, hoy y en el porvenir, darse a esta santa obra, se aplicarán al cuidado por entero del pobre pueblo del campo, y a este efecto se obligarán a no predicar, ni administrar ningún sacramento en las ciudades en que haya arzobispado, obispado o presidial, a no ser en caso de notable necesidad solamente, a sus domésticos, a puertas cerradas, ocurriendo que tengan alguna casa de retiro en alguna de dichas ciudades; que renuncien expresamente a todos los cargos, beneficios y dignidades, a reserva sin embargo que ocurra que algún prelado o patrón desee conferir alguna parroquia a uno de ellos para administrarla bien el que le fuere presentado por el director o superior podría aceptarla y ejercerla, habiendo de antemano servido ocho o diez años en dicha obra, y no de otra manera, a no ser que el superior de la obra de la Compañía juzgue conveniente dispensar a algunos de dicho servicio de ocho años;

“Que dichos eclesiásticos vivirán en común bajo la obediencia de dicho señor de Paúl de la forma susodicha, y de sus superiores en lo porvenir, después de

su deceso, con el nombre de compañía, congregación o confraternidad de los padres o sacerdotes de la Misión; que los que sean admitidos en ella después estarán obligados a tener intención de servir a Dios de la forma antedicha y observar el reglamento que se haya establecido entre ellos, que estarán obligados a ir, cada cinco años, por todas las tierras de dichos señor y dama, para predicar en ellas, confesar, catequizar y hacer todas las obras buenas antedichas; y que, con respecto al resto de su tiempo, ellos lo emplearán a su voluntad, lo más útilmente que puedan, y en tales lugares que lo estimen más conveniente para gloria de Dios, conversión y edificación del prójimo; y en asistir espiritualmente a los pobres forzados con el fin que se aprovechen de sus penas corporales, y que en ello dicho general satisfaga con lo que crea deber hacer por su cargo; caridad que entienda continuarse a perpetuidad en lo sucesivo en dichos forzados por dichos eclesiásticos, por buenas y justas consideraciones;

“Que trabajarán en dichas misiones desde comienzos de octubre hasta el mes de junio, de suerte que, después de servir un mes más o menos en dicha Compañía. se retirarán por quince días en su casa común o en otro lugar que les sea asignado por el superior según las exigencias de los casos, en uno de los cuales lugares emplearán los tres o cuatro primeros días de los quince antedichos en recogimiento o retiro espiritual y el resto en disponer las materias que deberán tratar en la próxima misión, a la que volverán al punto, y que los meses de junio, julio, agosto y septiembre que no son propios para la misión a causa de que la gente del campo andan muy ocupados en el trabajo temporal, dichos padres se emplearán en el catecismo por los pueblos, las fiestas y los domingos, y en asistir a los párrocos que los reclamen, y en estudiar para hacerse tanto más capaces de asistir al prójimo en adelante para gloria de Dios⁹³.”

Este contrato fue elaborado y pasado en la residencia de Hindi, calle Pavée, parroquia San Salvador, el año 1625, el día 17 de abril. Aparte del principio y de la conclusión que son puras formas, hemos creído deber transcribirlo textualmente y entero. Y es que en primer lugar está admirablemente impregnado de la piedad general del tiempo, y de la piedad desinteresada de los ilustres fundadores. Ninguna carga, ninguna obligación, fuera de sus trabajos apostólicos y de su propia santificación, se impone a los Misioneros, ni siquiera de misas ni de oraciones aplicables a los fundadores vivos o muertos. En este punto, el Sr. y la Sra. de Gondi se contentaban con la parte que les correspondería necesariamente en los méritos de la Compañía; y, por lo demás, con la gratitud de Vicente bien conocida por ellos, gratitud que no dejaría de comunicar a los hijos y transmitir a sus sucesores, como la porción a la vez más obligatoria y más dulce de su herencia. Y efectivamente, siempre que los hijos de Vicente de Paúl pudieron descubrir los restos de la familia de Gondi en las casas de Lesliguières y de Villeroi les tributaron sus respetos y oraciones, y todavía ahora el nombre de Gondi es el que releen con la mayor felicidad en sus anales. En cuanto a Vicente mismo, él conservo siempre para sus ilustres bienhechores el más respetuoso y tierno de los recuerdos y, la víspera misma de su muerte, dará el más expresivo testimonio de ello.

En segundo lugar, este contrato es notable, porque es no sólo el acta de nacimiento de la Misión, sino su arquetipo y ya casi la forma definitiva que

⁹³ El original de este contrato está en los Archivos del Estado, M. 167.

Vicente e dará después de largos años de reflexión, de experiencia y de oración. Y es que, bien a pesar de que debiera esperar tan largo tiempo antes de trazarle reglas, lo había meditado ya él profundamente ante Dios. todo está ahí, en efecto, previsto y ordenado en cuanto la espíritu y a los medios propios para asegurar el fin de la obra. el Sr. y la Sra. de Gondi vieron evidentemente su inspiración, y los notarios del Châtelet escribieron bajo su dictado. Sabemos por una carta que escribió a Roma, el 1º de abril de 1642, a un superior demasiado sometido a mil salidas de carácter que, durante los años que precedieron a la fundación de la Misión, estaba muy ocupado en ello, a tal punto que sentía escrúpulos, porque temía la inspiración de la naturaleza o del espíritu maligno. Hizo entonces un retiro en Soissons para pedir a Dios que le quitara del espíritu el placer y el afán que tenía en este asunto. Dios le escuchó, y “por su misericordia, dice, me quitó uno y otro, y hasta permitió que cayese en disposiciones contrarias. Y si Dios, añade, da alguna bendición a la Misión, y que yo le sea de menos escándalo, después de Dios, yo se lo atribuyo a eso, y deseo estar en esta práctica de no concluir nada ni emprender mientras me encuentre con estos ardores de esperanza y de visiones de tan grandes bienes.”

Esta será en adelante la máxima y la práctica de su vida.

Finalmente, este contrato es el verdadero testamento de la condesa de Joigny; es la última expresión de su alma de alguna forma apostólica, el resumen y la coronación de su vida caritativa, su legado más querido y más sagrado.

III. Muerte de la señora de Gondi. –Vicente se retira al colegio de los Bons-Enfants. Cumplido este acto, la piadosa dama parecía haber concluido su misión aquí abajo: “Sólo había una cosa que me hizo desear quedarme un poco en la tierra. Dios me lo concedió con creces: ¿qué más hago yo entonces aquí⁹⁴?” Y así, en apenas dos meses, su salud siempre vacilante, batida también y debilitada por los continuos movimientos de su caridad, declinó hacia la muerte. Lo sintió ella misma y, como mujer verdaderamente cristiana, olvidándose ya de todo lo demás, aprovechó estos últimos días para prepararse a comparecer ante Dios. Lo hizo con dulzura y fuerza a la vez, resistiendo a las lágrimas de su familia y demostrándole sus últimas ternuras. Pero el gozo y la confianza dominaban en ella, pues veía a su cabecera de muerte, como la encarnación de un deseo de más de doce años, a Vicente de Paúl, a quien había pedido tantas veces que fuera su ángel consolador en su último paso y su introductor en la presencia de Dios. Vicente mismo se regocijaba, a pesar de su dolor, a la vista de disposiciones tan cristianas, y se sentía feliz por comenzar a pagar con sus exhortaciones y sus oraciones en aquel momento solemne la deuda de gratitud que había contraído.

Así se murió, el 23 de junio de 1625, a los cuarenta y dos años de edad, alta y poderosa dama Francisca Margarita de Silly, condesa de Joigny, marquesa de las Iles d'Or, generala de las galeras de Francia, etc.; menos ilustre por sus títulos y dignidades que por sus virtudes, menos conocida por sus lazos de familia, con los Luxembourg, los Laval, los La Rocheguyon, los Montmorency, que por sus relaciones con el hijo de un pobre campesino de las Landas; pues bien verdad es que no hay gloria sólida y durable como la que Dios y la religión han consagrado.

⁹⁴ *Confess.*, libr. IX, c. 10.

Las lágrimas de los pobres fueron su oración fúnebre, y las alabanzas de Vicente, -alabanzas desafortunadamente sobrias, pues se habría visto obligado, entrando mucho antes en los detalles de esta piadosa vida, a mezclar las suyas,-forman su panegírico para la posteridad.

La Sra. de Gondi fue enterrada, según sus deseos, en la iglesia de las Carmelitas de la calle Chapon. Cuando se cerró la tumba, cuando Vicente hubo derramado sus últimas lágrimas y sus últimas oraciones sobre ella, emprendió el camino de Provenza, donde tenía que cumplir una misión más dolorosa todavía. El general de las galeras de Francia estaba entonces en Marsella, donde le habían llamado los deberes de su cargo, con ocasión de una nueva empresa de los reformados conducida por el duque de Soubise. Se trataba de anunciarle esta cruel pérdida, y ninguno lo podía hacer mejor que Vicente de Paúl. Además del arte de consolar y de curar las heridas del corazón que había aprendido de Dios, le resultaba más fácil que a nadie, por su vivo afecto hacia la familia de Gondi, mezclar sus lágrimas con las que iba a hacer derramar, lo que será siempre el más eficaz de los consuelos. Aparte de eso, es de creer que esta misión le había sido impuesta como último servicio por la condesa moribunda. Durante el viaje, tan largo entonces, a Provenza, meditó y pidió a Dios que le inspirara. Llegado a presencia del conde de Joigny, adoptó aquel aire dulce y grave que le era natural, y dijo: “Señor, ¿no estáis preparado a adorar todas las disposiciones de la Providencia? ¿Qué cosa más amable, más fácil, para vos sobre todo que habéis sido colmado, en vuestra persona y en vuestra familia de todas las gracias del cielo? Pero cuanto más nos testimonia Dios su misericordia, más derecho tiene a exigir nuestro amor y nuestro agradecimiento, es la sumisión perfecta a su adorable voluntad en todas las desdichas de la vida, principalmente en las separaciones crueles que impone a nuestro corazón.” Se calló; sus lágrimas dijeron lo demás. El general comprendió y, después del primer desahogo de su dolor al que Vicente le invitó a dar curso libre, reabrió su alma libre ya a las palabras del santo sacerdote. Vicente volvió a tomar a palabra entonces. Le contó todos los detalles de una muerte tan preciosa delante de Dios. Satisfizo plenamente esa dolorosa curiosidad que nos lleva a conocer tan ávidamente lo que renovará nuestras lágrimas, porque, en virtud de una especie de homeopatía misteriosa, nuestro dolor se apacigua saturándose de sí mismo. Por fin se dirigió a su fe y a su piedad, y pronto el general besó amorosamente la mano divina que acababa de golpearle con tanta crueldad.

Al mismo tiempo, Vicente le puso en las manos el último testamento de la condesa. Además de un legado a su favor, este testamento encerraba estas últimas súplicas y agradecimientos: “Suplico al Sr. Vicente, por el amor de Nuestro Señor Jesucristo y de su santa Madre, que no quiera nunca abandonar la casa del Sr. general de las galeras ni, después de su muerte, a sus hijos. Suplico también al Sr. general que se digne retener en su casa la Sr. Vicente y ordenar a sus hijos después de él, pidiéndoles que se acuerden de seguir sus santas instrucciones, conociendo bien, si lo hacen, la utilidad que de ello recibirá su alma y la bendición que les alcanzará a ellos y a toda la familia.”

Ante esta lectura, y para obedecer los supremos deseos de su mujer, el general suplicó a Vicente que le hiciera la caridad de quedarse todavía en su casa. Sin duda, este debió ser un duro combate para el corazón tan amante y agradecido del santo sacerdote resistir a este fuego cruzado de ruegos, unos que subían de la tumba apenas cerrada. Los otros que llegaban del corazón de

un esposo afligido y de un padre inquieto por el porvenir de sus hijos. Pero más poderosa y más sagrada aún era para él la voluntad de Dios que él creía que le llamaba a otra parte. Evidentemente, él ya no tenía nada que hacer en la casa de Gondí, a la que no había vuelto ni por el general ni por sus hijos, sino tan sólo por calmar las penas interiores de la condesa y cerrarle los ojos, o más bien para echar los cimientos de todas sus obras de misericordia. Muerta la condesa, colocados los cimientos, no podía quedarse más en esta atmósfera de grandeza y de riqueza con tan poco que ver, a pesar de la piedad que la suavizaba, con la pobreza y humildad que había escogido desde hacía mucho tiempo como su heredad. Los forzados y los esclavos, los niños y los ancianos abandonados, todas las necesidades y todas las miserias le llamaban en su ayuda; ante todo él se debía a la Compañía naciente, su verdadera familia, que no podía suscitar ni aumentar sino viviendo en medio de ella.

Tales fueron las razones que expuso al general de las galeras, rogándole que le consintiera retirarse. ¿Cómo no iban a ser entendidas y aprobadas de un hombre que también aspiraba a la soledad? Ciertamente, el Sr. de Gondí no se tomó más que un año para arreglar sus asuntos y proveer a la educación y porvenir de sus hijos; luego, renunciando por completo a las grandezas humanas, entró en la congregación del Oratorio en la que, durante más de treinta y cinco años, sirvió al rey del cielo con una piedad, una mortificación, una paciencia iguales al celo y al valor que había desplegado en el servicio del rey de la tierra. Murió en Joigny, el 25 de julio de 1662, dos años apenas después de nuestro santo sacerdote.

Todo esto pasaba el año 1625. Ese mismo años Vicente se retiró al colegio de los Bons-Enfants, como un piloto, le parecía a él, que regresa al puerto después de ser derrotado por la tempestad. Entraba desnudo y despojado de todo deseo de riqueza y de grandeza, pero rico en virtud y santos proyectos. Para despojarse más todavía, hizo voto de no aceptar nunca ni honores ni dignidades; y como sólo él ignoraba sus riquezas espirituales, creyéndose cargado de imperfecciones y pecados, de manchas contraídas en el trato con el mundo, comenzó por purificar más su alma ya tan pura; al momento cerró con Dios y consigo mismo el compromiso de no retroceder ante ninguna perfección, y consagrarse a la salvación del pobre pueblo, con las mismas disposiciones que Jesucristo había tenido en la tierra.

IV. Primeras campañas y primeros trabajos. Cuando Vicente se retiró al colegio de los Bons-Ennts no encontró en un principio más que a Antonio Portail, que había ocupado su lugar desde la donación hecha por el arzobispo de París. Los dos quisieron comenzar enseguida la obra de la Misión. No teniendo medios de pagar a un guardián del colegio durante su ausencia, entregaron las llaves a un vecino, y se pusieron en campaña. Poco cargados de dinero, aunque no debiesen, según los términos de la fundación, pedir nada a nadie, redujeron lo más posible su escaso bagaje, que tenían que cargar al hombro, al viajar a pie. Equipados de esta suerte, y acompañados de un tercer sacerdote, que habían incorporado provisionalmente por el precio de treinta escudos al año⁹⁵, recorrieron primero las tierras de la casa de Gondí; luego

⁹⁵ Se llamaba Adrien Gambart, nacido en 1600, en la diócesis de Noyon. Vicente se lo dio por confesor a las religiosas del segundo monasterio de la Visitación, en el barrio de Saint-Jacques. Cuando murió, en 1668, después de ejercer sus funciones durante treinta y cuatro años, las religiosas, en una circular, le tributaron los mayores elogios. Había publicado el *Missionnaire paroissal*, colección de sermones para

otras parroquias más, y en particular los alrededores de la capital. Es siempre el grano de mostaza del Evangelio. ¿Quién habría podido prever que una compañía, menos numerosa todavía que la de los apóstoles, acabaría por llenar la tierra? Vicente era demasiado humilde para tener el menor presentimiento y, en lo sucesivo, en toda circunstancia, se complacía, para animar su gratitud y atribuir toda gloria a Dios, para inspirar semejantes sentimientos al corazón de sus discípulos, en recordar estos tímidos comienzos. En una conferencia de más de veinte años después en San Lázaro, decía: “Íbamos buenamente, y con sencillez, enviados por Nuestros Señores los Obispos, a evangelizar a los pobres, como lo había hecho Nuestro Señor⁹⁶. esto es lo que hacíamos, y Dios hacía por si parte lo que había previsto de toda la eternidad. Él dio alguna bendición a nuestros trabajos, viendo lo cual otros eclesiásticos, se juntaron a nosotros y pidieron estar con nosotros, no todos a la vez, sino en diversos tiempos. ¡Oh Salvador, quién hubiera pensado jamás que aquello se haya convertido en lo que es hoy! Quien me lo hubiera dicho entonces, yo hubiera pensado que se estaba burlando de mí. Y no obstante, era por ahí por donde Dios quería dar principio a la Compañía. Y bueno, ¿llamarán ustedes humano aquello en lo que ningún hombre haya pensado nunca? Ya que no yo ni el pobre Sr. Portail no lo pensábamos; estábamos bien lejos de ello⁹⁷.”

Sin prever todo el desarrollo que debía tener lugar más tarde el nuevo instituto, los testigos de los trabajos de sus primeros obreros concibieron con respecto a él las mayores esperanzas, y le favorecieron con su colaboración. El arzobispo de Paría, Juan Francisco de Gondi, lo aprobó después de una año de existencia y, el 24 de abril de 1626, ratificó con su autoridad todas las cláusulas y condiciones del contrato de fundación, sin añadir más que un nuevo cargo, a saber, decía, que los sacerdotes “no irían a nuestra diócesis de misión más que a los lugares que nos les asignaremos, y después de recibir nuestra bendición o la de uno de nuestros vicarios generales, y que nos darán cuenta a su regreso de lo que hayan hecho en dichas misiones⁹⁸.”

Algunos meses después, Francisco Du Coudrai y Juan de La Salle, los dos sacerdotes originarios de Picardía, llegaron a ofrecerse a Vicente para vivir y trabajar bajo su dirección. El santo fundador creyó tener que tomar ya precauciones contra la debilidad e inconstancia humanas y, para ligar al instituto a sus tres primeros miembros, pasó con ellos un acta en la que se dice que, con el permiso que le da el acta de fundación aprobada por el arzobispo de París de elegir a los eclesiásticos que él crea propios para la obra de la Misión. Después de suficiente experiencia, él “escoge, elige, incorpora y

todos los domingos del año, recientemente reeditado. –Hábil en el arte del dibujo, fue autor del grabado del famoso *Almanach des Jésuites*. (Véase *Mémoires* del P. Rapin, t. II, p. 191I.

⁹⁶ Como el Salvador también, evangelizaban en la vía pública: “Cuánta pobre gente, decía más tarde el santo, no he confesado yo caminando por el campo cuando íbamos de misión! Ellos corrían tras de nosotros: “Señor, yo no me he confesado; le ruego que me confiese; espero que Dios me perdone los pecados.” Y así yo los oía caminando (Confer. del 17 de noviembre de 1658.”

⁹⁷ Confer. del 17 de mayo de 1658. –Fue en esta conferencia también cuando dijo que todo su bagaje oratorio se componía entonces de un solo sermón sobre el temor de Dios, que cambiaba de mil maneras. – Más tarde, cuando se le atribuía el honor de la fundación de la Misión, le gustaba repetir: “Yo no soy más que el barro del que Dios se sirvió para juntar a los Misioneros, que son las piedras del edificio.” (Relación del Sr. Fontenaille, gran arcediano de Saint-André de Burdeos, del 17 de julio de 1662. – Archivos de la Misión.)

⁹⁸ Archivos del Estado, M. 142.

asocia” a Du Coudrai, a Portail y a de La Salle “para vivir en congregación o cofradía, y emplearse en la salvación del pobre pueblo de los campos”, según la petición que le han hecho y el compromiso que han hecho de observar las condiciones del acta de fundación, de someterse a los reglamentos que se publiquen, y de obedecerle a él y a sus sucesores. Esta acta en pergamino, conservada preciosamente en los archivos de San Lázaro, como la verdadera acta de nacimiento de la congregación de la Misión, está firmada por Vicente y sus tres primeros compañeros. Fue visionada en presencia de dos notarios del Châtelet, el 4 de setiembre de 1626.

Cuatro Misioneros era bien poca cosa para las necesidades de los pueblos entonces tan abandonados del campo. A la vista de una mies tan abundante, pidieron más obreros al Padre de familia, y su providencia les envió casi inmediatamente a cuatro nuevos sacerdotes: Juan Bécu, de la diócesis de Amiens; Antonio Lucas, de París; Juan Brunet, de la diócesis de Clermont, y Juan d`Horgny, de la diócesis de Noyon. Éstas son, con Vicente, quien era la piedra angular, las siete piedras fundamentales o las siete columnas del nuevo edificio. Estos siete sacerdotes casi todos doctores en teología o educados en la escuela de Sorbona, eran menos distinguidos todavía por sus talentos y por su ciencia que por su espíritu apostólico. Vicente estaba lejos de afligirse por el escaso número de sus compañeros y por el lento crecimiento de su obra; se alegraba al contrario, y viendo una señal de la bendición de Dios, que da lentos progresos a las cosas duraderas; y, nueve años después, el 16 de octubre de 1635, escribía otra vez a Portail: “El numero de los que han entrado entre nosotros desde que salisteis es de seis. ¡Oh, Señor, cómo temo a la multitud y a la propagación, y qué motivo tenemos de alabar a Dios porque nos concede honrar el pequeño número de los discípulos de su Hijo!”

V. La Misión aprobada por la autoridad eclesiástica y por la autoridad real.

Aprobada ya por la autoridad eclesiástica, el acta de fundación fue revestida el año siguiente con el sello de la autoridad real. A petición del general de las galeras, el rey Luis XIII otorgó, en mayo de 1627, sus cartas patentes para la erección de la Misión. “No teniendo nada en más consideración como las obras de una tal piedad y caridad y debidamente informado de los grandes frutos han logrado ya en todos los lugares en los que han estado en misión, tanto en la diócesis de París como en otros lugares”, da su conformidad al acta de fundación, permite a los Misioneros formarse en congregación para vivir en común y entregarse, con el consentimiento de los prelados, a las obras de caridad, “con el encargo, prodigue el piadoso monarca, de que recen por nos y por nuestros sucesores, a la vez que por la paz y tranquilidad de la Iglesia y de este Estado.” Finalmente el rey los autoriza a recibir todos los legados, limosnas y otros donativos que les puedan hacer, “con el fin de que, dice él, por medio de ellos se entreguen a la instrucción gratuita de nuestros súbditos pobres⁹⁹.”

Establecida así la vida común, Vicente no podía ya guardar en propiedad la dirección del colegio de los Bons-Enfants, que debía unirse a la Misión. Un primer decreto de unión se había dado, el 20 de julio de 1626, por Juan Francisco de Gondi, pero no tuvo seguimiento. Al año siguiente, Vicente dimitió de su título de director y de capellán en las manos del otorgador el arzobispo

⁹⁹ Archivos del Estado, original y copia, M. 162.

de París, suplicándole que lo uniera a su congregación. Tras visitar los lugares, declaraciones del desuso y de la antigua cesación de las clases en el colegio, de la caducidad y de la ruina inminente de las edificaciones, el arzobispo de París, -considerando que esta anexión es urgente y conforme a derecho, que contribuirá a la mayor gloria de Dios y al mayor provecho de toda la Iglesia y de su diócesis; atendidos asimismo los singulares incrementos de la Misión, los frutos saludables producidos por sus miembros, tantos trabajos increíbles emprendidos por ellos para el alivio y el consuelo de toda la república cristiana, sus frecuentes misiones en los pueblos y poblaciones de la diócesis de París y de las diversas provincias del reino, ya para catequizar e instruir a los ignorantes como para aliviar con la limosna espiritual a las almas del obre pueblo, -opera la unión propuesta, con el cargo de cumplir las obligaciones de la fundación del colegio, en particular de las dos bolsas fijadas en el testamento de Juan Pluyette, y de pagar una pensión vitalicia y anual de doscientas libras turnesas (de Tours) a Luis de Tuyard, doctor en teología, protonotario apostólico, director dimisionario (8 de junio de 1627)¹⁰⁰ .

En virtud de este decreto de unión, Vicente de Paúl, asistido de Francisco Du Coudrai, Juan de La Salle, Juan Bécu y Antonio Lucas, tomó posesión del colegio, el 27 de julio siguiente, en las formas acostumbradas, no ya en su nombre, sino en nombre de la Compañía. Decreto de unión, toma de posesión, todo fue aprobado por cartas patentes del 15 de setiembre de 1627, con la condición que el colegio, como todos los otros continuara dependiendo del Rector de la Universidad de Paris, y que se cumplieran fielmente todas las cargas¹⁰¹ .

No habiéndose proseguido el registro de estas cartas patentes con la prontitud debida por los Misioneros, el Parlamento, suscitó más tarde dificultades que serán retomadas en el siglo XVIII por los administradores del colegio Louis-le-Grand y, el 11 de febrero de 1630, el rey debió otorgar nuevas cartas patentes, dirigidas a sus gentes del Parlamento para ordenarles registrar las primeras. Sobrevino entonces un nuevo obstáculo. Étienne Le Tonnelier, párroco de Saint-Eustache, decano de los párrocos de París, tanto en su nombre como en nombre de los párrocos de la diócesis, formó oposición con objeto de impedir el registro (en diciembre de 1630). Los párrocos parecían temer que el establecimiento de la nueva congregación menoscabara sus derechos; en realidad, obedecían tal vez en secreto a ese mal instinto que nos lleva a no querer el bien si no lo hacemos nosotros mismos, y a impedir que sea hecho por los demás, cuando nos falta de valor para ello y apropiarnos así toda la gloria. Los párrocos disimularon lo mejor posible sus intenciones ocultas. Declararon incluso que no querían impedir el establecimiento del nuevo Instituto, sino tan sólo las molestias que pudieran surgir de un conflicto de jurisdicción. En consecuencia, rogaban la corte que tuviese a bien verificar las cartas patentes del rey, exigir a los Misioneros la renuncia a todo empleo en las parroquias e iglesias de todas las ciudades del reino; que no pudieran entrar en ninguna iglesia sino por misión expresa del obispo y licencia del párroco, y que, aún en este caso, y no hiciesen ninguna de sus funciones acostumbradas en las horas del servicio divino; finalmente, que no aspirasen a ningún salario ni retribución.

¹⁰⁰ Archivos del Estado, M. 95 por el original, y MM. 534, fol. 14, por la copia.

¹⁰¹ Archivos del Estado, M. 95.

Estas condiciones no eran evidentemente más que un pretexto de oposición, pues estaban ya relacionadas expresamente, ya lo hemos visto, en el acta de fundación. De esta manera los sacerdotes de la Misión no tuvieron más que hacer la declaración nueva por la que se comprometían a perpetuidad a no emplearse en ninguna ciudad del reino donde hubiera arzobispado, obispado o magistratura, a no desempeñar ninguna función durante las horas destinadas al servicio ordinario, y que renunciaban a toda ganancia, emolumentos, ofrendas, colectas, cepillos y retribuciones salariales sobre la renta de los párrocos o sobre los habitantes de las parroquias. Según esta declaración y en las condiciones que contenía, la corte, sin pensar en la oposición de los párrocos de París, ordenó, el 4 de abril de 1631, el registro de las cartas patentes de 1627 y del contrato de fundación¹⁰².

Quedaba conseguir la sanción de la autoridad pontificia. Una bula de Urbano VIII, con fecha del 1º de enero de 1632, repite en primer lugar el contrato de fundación, recuerda la institución ya formada de una compañía de Misioneros, su establecimiento en los Bons-Enfants con el permiso del arzobispo de París, su fin y sus empleos, el derecho de Vicente y sus sucesores sobre ella, sus obras ya realizadas en la diócesis de París y en las provincias, como sacramentos más frecuentes, cofradías caritativas establecidas, matrimonios rehabilitados, familias pacificadas, restituciones logradas, templos y ceremonias devueltos a su primer esplendor, por donde se ve la utilidad y la necesidad del nuevo instituto; por consiguiente, el papa erige en congregación a la compañía naciente con el nombre de Sacerdotes de la Misión, encomienda al oficial de París que apruebe las reglas, aprueba él mismo la elección de Vicente como superior y de su sucesor a tomar en la congregación, la sumisión al ordinario para las obras exteriores, y al general para el gobierno interior del instituto y de sus miembros; por último, autoriza a recibir todos los legados fundaciones y limosnas¹⁰³. El 16 de mayo de 1643, Luis XIII, “teniendo en consideración particular todo lo que concierne a la nueva congregación, para los grandes frutos que continúa cosechando diariamente para la gloria de Dios alivio y salvación de sus pobres súbditos del campo,” aprueba la publicación de la bula por cartas patentes registradas el 3 de setiembre del mismo año¹⁰⁴.

En lo sucesivo la Congregación, fundada y aprobada por todos los poderes, podía dedicarse a sus trabajos con más autoridad ante os hombres y más mérito ante Dios. Como el Salvador, Vicente repartió entonces a sus discípulos en grupos y los envió a predicar portados los campos; como el Salvador también, los llenó, al partir, de su espíritu y les dio sus instrucciones; ; También él les decía: “La mies es grande, y vosotros sois pocos obreros; rogad pues al dueño de la mies que suscite a otros más. Id, ved que os envío como corderos en medio de los lobos. No llevéis ni bolsa, ni saco ni calzado. En el lugar que entréis, anunciad la paz, curad a los enfermos y decidles: El reino de Dios se acerca¹⁰⁵.” Él mismo escogía para sí las tierras más difíciles. Una carta de santa Chantal nos dice que él escogió en particular la provincia de Lyon, cuyas necesidades le había hecho conocer su estancia en Châtillon. Sin hacer más milagros que él, sus discípulos protegidos por sus oraciones y animados por sus incesantes exhortaciones, veían en todas partes sus trabajos bendecidos.

¹⁰² Archivos del Estado, M. 167, original.

¹⁰³ El original de esta bula está en los archivos del Estado, M. 167.

¹⁰⁴ Archivos del Estado, M. 167.

¹⁰⁵ Luc. C. X.

“Estoy de regreso de un largo viaje que he hecho por cuatro provincias, le escribía el mes de diciembre de 1627; ya os he participado el buen olor que difunde por las provincias donde he estado la institución de vuestra santa Compañía, que trabaja para la instrucción y edificación de los pobres del campo. De verdad no creo que haya nada más edificante en la Iglesia de Dios ni más digno de los que llevan el carácter y la orden de Jesucristo. Hemos de pedir que Dios infunda el espíritu de perseverancia en un proyecto tan beneficioso para el bien de las almas, en lo que muy pocos de los que se han dedicado al servicio de Dios se ocupan como es debido.”

Muy pronto, al multiplicar sus miembros, multiplicó sus obras y, con las misiones, abrazó la renovación del clero con los ejercicios de los ordenandos, las conferencias y los retiros eclesiásticos. Pero habiendo tenido estas obras por teatro a San Lázaro, donde tuvo su forma definitiva, debemos más adelante introducirlo allí.

Capítulo Segundo: San Lázaro. Negociaciones. Oposición. Forma de la Misión. Siempre los votos.

I. La leprosería de San Lázaro. Situado en la ruta de París a San Denis, hoy barrio Saint-Denis, nº 117, San Lázaro era una antigua fundación a la vez episcopal y real, pero de origen y se época incierta. La mayor parte de los títulos que podrían informarnos sobre este punto fueron quemados por los Ingleses durante la guerra de Cien años, como nos lo demuestran cartas patentes de Carlos VI, con fecha del 1º de mayo de 1464; y durante las guerras civiles que siguieron, la casa que se hallaba entonces en el campo y sin defensa, fue saqueada tantas veces que los documentos librados del fuego de los Ingleses fueran casi todos destruidos.

Probablemente, San Lázaro ocupaba el emplazamiento de una antigua abadía de la que habla Grégoire de Tours en el libro VI, capítulo X de su Historia, abadía que estaba entonces gobernada por san Domnole, luego obispo él mismo de Tours. Habiendo sido arruinada la abadía por los Normandos (885-888), el obispo de París permitió construir sobre sus ruinas una leprosería para recibir a las personas atacadas de lepra o de elefantiasis, enfermedad contagiosa, a cuyas víctimas separaban de las habitaciones; por eso la leprosería debió también levantarse fuera de los muros de la ciudad. Muy común ya a causa de las calles estrechas y malsanas de París, la lepra, llegada de Oriente, se extendió, sobre todo después de la segunda cruzada. El testamento de Luis VII constata la existencia de dos mil leproserías en Francia solamente, y se contaban hasta diecinueve mil en toda la cristiandad.

¿De dónde le viene a la nuestra el nombre de San Lázaro? Siguiendo a unos, este título patronal se habría dado a los religiosos de Saint-Laurent por Felipe Augusto en 1197; siguiendo a otros, provendría de caballeros hospitalarios de la orden de San Lázaro traídos de Tierra Santa por Luis VII en 1150, o llegados por sí mismos a Francia después de la expulsión de los cristianos de Palestina, hacia 1137; en ambos casos, Luis VII les habría dado el palacio que poseía a las afueras de París, con una capilla que ellos habrían puesto bajo la invocación del patrón de su orden.

Con mayor verosimilitud, el nombre de San Lázaro vino a la leprosería del título de la capilla, contemporánea sin duda de la creación del hospital, y dedicada naturalmente a San Lázaro, o saint Ladre, a consecuencia de la confusión tan

frecuente en la edad media de los dos Lázaro del Evangelio, del Lázaro resucitado por Nuestro Señor, y del pobre Lázaro, probablemente parabólico, visto por el mal rico en el seno de Abraham. La Iglesia ha tenido la costumbre piadosa de elegir en cada institución por protector en el cielo a l santo cuya vida, actos o sufrimientos ofrecían como una especialidad de patronato, por su analogía con el fin de la fundación. Esa es la razón, siempre en virtud de la confusión de la que hablábamos hace un momento, el mayor número de las leproserías fue puesto bajo la invocación de San Lázaro.

Mientras tanto, en el siglo XIII, los directores eclesiásticos de la leprosería de París adoptaron en su sello y en el frontispicio de las edificaciones la efigie del amigo de Jesús. Existe también un sello unido a una carta de 1264 y publicado en 1848¹⁰⁶; en la parte superior del campo está representada la resurrección de Lázaro; Jesucristo se presenta con la mano derecha tendida, gesto imperioso que acompaña al todopoderoso prodi foras (sal fuera); Lázaro se muestra incorporándose, con las manos juntas; detrás de Jesús están Marta y María, en la actitud de la adoración y de la gratitud; en la parte inferior, una barca es llevada por las olas, alusión al viaje de Marsella. Otro sello de finales del siglo XVI, publicado en 1853, ofrece una representación semejante.

Sea lo fuere de todas estas fechas y de todos estos orígenes, lo cierto es que San Lázaro existía desde hacía más de cuarenta años al regresar Luis VII de la cruzada. El hospital parece haber sido construido de 1115 a 1154 por Adélaide de Maurienne o de Saboya, segunda mujer de Luis VI¹⁰⁷. No era al principio más que un conjunto de cabañas vulgares, donde se tenía a los leprosos lejos de tofo contacto. En efecto, Odón de Deuil, abate de Saint-Denis después de Suger; y que siguió a Luis VII en la cruzada en calidad de capellán, refiere como testigo ocular que el miércoles 11 de junio, el rey se dirigió a Saint-Denis para recibir allí la oriflama (pendón que otorgaba al rey la abadía de S. Dionisio), y el bordón de peregrino y el permiso de partir, licentiam abeundi, suerte de pasaporte que constataba el estado del viajero y le recomendaba a la caridad de los fieles¹⁰⁸, Por su camino, relata siempre Odón de Deuil, entró al hospital y se detuvo largo tiempo. Por fin salió y recorrió las cabañas de los leprosos: leprosorum adiit officinas De allí se dirigió a Saint-Denis donde recibió la bendición de papa Eugenio III que se hallaba entonces exiliado allí, y besó las santas reliquias en presencia de su madre y de su mujer enternecidas¹⁰⁹. Probablemente su hijo Felipe Augusto hizo en San Lázaro una estación parecida, puesto que su médico Rigord, “el más humilde de los clérigos de Saint-Denis”, cuenta en su crónica que el 24 de junio de 1190, el rey, partiendo para la tercera cruzada, fue a Saint-Denis, recibió pannetière y bordón, tomó ante el altar de los santos mártires dos estandartes de seda muy hermosos y dos banderas adornadas de cruces y brocados de oro¹¹⁰.

Nuestros reyes de la tercera raza se complacieron siempre en visitar y enriquecer con sus regalos la leprosería de Saint-Lazare. En su vasto recinto había un edificio llamado logis du roi, donde reyes y reinas, a su llegada, residían veintidós días, y recibían, de los alto de un trono elevado sobre la escalera del pórtico, el juramento de fidelidad de todos lo órdenes de la ciudad,

¹⁰⁶ M. Faillon, *Monuments inédits de l'apostolat de sainte Madeleine*, etc., tom. I, p. 567.

¹⁰⁷ Sauval, *Histoire et recherches sur les antiquités de Paris*, 1724, 2 vol. in-fol. ; tom. I, lib. I, p. 14.

¹⁰⁸ Michaud, *Bibliothèque des croisades*, primera parte, p. 230.

¹⁰⁹ Coll. Duchesne, tom. V, p. 15; coll. Guizot, tom. XXIV.

¹¹⁰ Coll. Duchesne, tom. V, p. 1; y coll. Guizot, tom. XXIV.

antes de su entrada solemne en París. La estación que habían hecha allí tantas veces en su vida, querían hacerla por última vez después de su muerte. En efecto, antes de llegar a Saint-Denis, el cadáver real, llevado por los veinticuatro hanouards, o portadores de sal jurados de París, estaba depositado cerca de una hora en Saint-Lazare. Allí se hacía la oración fúnebre (l'absoute), y los prelados del reino venían a asperjar el agua bendita; después de lo cual los religiosos de Saint-Denis recibían el cuerpo de las manos de los hanouards y lo llevaban al panteón de la abadía real.

Dado su afecto singular por esta casa, nuestros reyes la habían la habían adornado con muchos derechos y privilegios. Luis VI le regaló, en 1110, un vasto campo de feria en las proximidades, donde se celebraba un mercado tan productivo que Felipe Augusto recuperó el derecho y transfirió e establecimiento a los mercados de Champeaux, reemplazados hoy por el mercado monumental (la Halle de Paris) de Saint-Eustache. Se ve, por una carta de Luis VII, de 1147, que los enfermos tenían derecho a que se les dieran de las bodegas de París que contenían las provisiones del rey diez moyos o modios de vino por año (1 modio, 8,75 li.). La casa gozaba también de todas las exenciones otorgadas a los hospitales, entre las cuales se ha distinguido siempre como el primer hospital y la leprosería de París. Era también el primer señorío eclesiástico del reino, con derecho de alta, media y baja justicia. Su antigua iglesia, algunas de cutas partes se remontaban al siglo XII, veía todos los años, en las Rogativas, dirigirse hacia ella al capítulo de París, honor que no se concedía a la iglesia parroquial de Saint-Laurent.

Los papas no les fueron en zaga a nuestros reyes en los favores concedidos a Saint-Lazare. En 1191, Celestino III tomó bajo su protección el convento y sus bienes; algunos años después, 1198, Inocencio III eximió sus tierras de diezmos; en 1289, Nicolás IV las puso bajo la defensa de san Pedro y de san Pablo; por último, en 1343, Clemente VI le confirmó todos los privilegios concedidos por sus predecesores¹¹¹.

La leprosería de Saint-Lazare tenía de singular que allí no se recibía más que a los burgueses de París, nacidos de legítimo matrimonio entre las cuatro puertas principales de la ciudad. A esta regla no había excepción sino a favor de los panaderos que, más expuestos a la lepra a causa de su oficio, eran admitidos de todo el reino. Desde su recepción, los enfermos hacían voto de obediencia al prior en presencia de un notario apostólico, y entregaban un estado de todos sus bienes, muebles e inmuebles, los cuales, en caso de fallecimiento se quedaban en el hospital.

La leprosería estaba servida por una comunidad numerosa de hermanos y hermanas bajo la autoridad de una prior y la regla de San Agustín. Los hermanos estaban encargados del ministerio espiritual; lo temporal estaba al cuidado de las hermanas. Por mucho tiempo se han preguntado si había en ello una verdadera comunidad religiosa aprobada por la Iglesia bajo una regla monástica, o una simple comunidad secular. Las palabras de prior y de convento han producido esa ilusión a algunos; pero no tenían siempre un significado riguroso. En su origen, el priorato no era más que una simple granja dependiente de una abadía y administrada por algunos religiosos a los que enviaba allí para hacerla producir bajo la dirección de un prior o praepositus. Al principio tal era más o menos la leprosería de Saint-Lazare. Su dueño o

¹¹¹ Las bulas originales de estos papas están en los archivos del Estado, M. 167.

provisor era nombrado por el obispo de París y revocable a su voluntad. Se encuentran dos ejemplos de ello en el cartulario de Nuestra Señora de París, con las fechas de 1263 y 1270¹¹²

El parlamento se negó siempre a reconocer el estado regular de Saint-Lazare. Hasta en 1566 trataba al prior de pretendido prior, si bien estaba entonces servida por canónigos regulares de Saint-Victor. El parlamento tenía razón, y aquí está la prueba irrefutable. Los bienes de S. Lázaro habían sido administrados bien por sacerdotes seculares, bien incluso por laicos. En 1348, Foulques de Chanac, octogésimo octavo obispo de París, queriendo reformar los abusos, retiró esta administración a ciertos sacerdotes seculares que vivían en comunidad, y se la confió a otros sin recurrir al papa, lo que no habría podido hacer si S. Lázaro había sido un verdadero priorato. Mientras que, en las órdenes regulares, se nombraba con frecuencia superior a un extraño, Foulques quiso que el superior de S. Lázaro fuera elegido en la casa, entre los sanos y los leprosos; que fuera un hermano donado¹¹³, y sin embargo sacerdote, que sería el párroco de los hermanos y de las hermanas, y el administrador de los bienes; que se llamara prior; que llevara, según la antigua usanza, un hábito religioso, absolutamente parecido al del dueño del Hôtel-Dieu de Sainte-Catherine del gran barrio de Saint-Denis; pero le obligó al mismo tiempo a darle sus cuentas cada año, y se reservó expresamente el derecho de deponerle, en caso de negligencia o de infidelidad.

Los sucesores actuaron así siempre¹¹⁴, incluso hasta después de que verdaderos religiosos fueran introducidos en S. Lázaro, a principios del siglo XVI. En 1517, Étienne de Poncher, obispo de París, queriendo a su vez reformar los abusos y cambiar la administración, estableció allí a los canónigos regulares de Saint-Victor, escogidos de ordinario para semejantes reformas, pero no los instituyó más que por comisión amovible; y al tomar entre ellos al prior, no le nombró más que ad nutum, es decir revocable a su voluntad. Todas las provisiones otorgadas desde esta época hasta 1611, año de la provisión dada a Adrien Le Bon por Enrique de Gondi, llevan invariablemente los mismos caracteres, incompatibles con la naturaleza de un Priorato-Beneficio¹¹⁵. No de trata en ningún caso de intervención necesaria ni del papa ni del rey ni del parlamento; la colocación se hace siempre por la sola autoridad del obispo de París, y es siempre revocable. Ocho o diez años después de su nominación al priorato de S. Lázaro por Enrique de Gondi, Adrien Le Bon se dirigió, es verdad, al papa, pero era solamente para obtener perpetuarse en él, ya que ninguno de sus predecesores había pensado en tomar sus provisiones en la curia de Roma. —Estos detalles eran necesarios para la inteligencia de las transacciones que vamos a contar ahora¹¹⁶.

¹¹² Cartulario publicado en un vol. in-4, por Guérard, con colaboración de Géraud. Marion y Deloys, *Leprosia paris.* —Paris, Crapelet, 11850, tom. I, pp. 184-186, y tom. III, p. 16.

¹¹³ Se llamaba hermano donado a un secular que daba sus bienes a una comunidad y se sometía a la regla, sin a pesar de ello hacer votos.

¹¹⁴ Véase, por ejemplo, en el proceso de canonización de san Vicente de Paúl, *sum. responsivum*, p. 23, un decreto de Aymeric, obispo de París, del 20 de junio de 1375.

¹¹⁵ Véanse extractos de los registros del secretariado del obispado de París, de 1505 a 1611, *sum. respons.* pp. 32-34.

¹¹⁶ Consultar sobre el antiguo Saint-Lazare, a Bonfons, Du Breuil, Le Boeuf, Féñobien y Sauval, todos sacados a la luz por J.-B. Sr. de Chevigné, más conocido con el nombre de Jaillot: *Recherches critiques, historiques et topographiques de la ville de Paris.* París, 1775, 5 vol. in-8, t. II, distrito Saint-Denis; o ver sencillamente una buena disertación del Sr. Troche, resumiendo a todos los autores antiguos. *Recueil de*

II. Negociaciones. –Concordato., -Aprobación de las dos autoridades. –Toma de posesión. En 1630, S. Lázaro estaba ocupado por ocho canónigos regulares de Saint-Victor, bajo la dirección de Adrien Le Bon. Prior y religiosos se entendían poco juntos, y Le Bon pensaba en permutar su beneficio. Había entrado ya en negociaciones sobre este asunto, cuando le aconsejaron tratarlo en una conferencia con sus religiosos. La conferencia se celebró en presencia de cuatro doctores. Le Bon alegó sus agravios; el subprior respondió en nombre de sus cohermanos; la conclusión fue un reglamento, una especie de constitución, a la que superior y subordinados prometieron someterse. La buena entente duró lo que duran esta clase de transacciones políticas, y Le Bon volvió a su proyecto de retiro. Además, no había ya apenas leprosos en S. Lázaro, y el hospital se hallaba sin objeto. Pero antes de abandonarlo, se preguntó si no era posible hacer un intercambio de buenas obras como él pensaba hacer un intercambio de beneficios. Había oído hablar de una compañía de Misioneros que, bajo la dirección de un tal Sr. Vicente se entregaban a la instrucción del pobre pueblo. No los conocía personalmente, pero se dijo que si podía colocarlos en su priorato, tendría su parte en el fruto que producían en la Iglesia. . con esta idea fue a ver al doctor Lestocq, párroco de Saint-Laurent, su vecino y amigo. No podía haber elegido mejor, pues Lestocq había compartido los trabajos de los Misioneros, y los había visto trabajando. Manifestó su plan. “Sólo del cielo que ha suscitado a estos sacerdotes, os ha podido venir esta idea”, respondió al instante Lestocq, le contó lo que todos sabemos: los pobres evangelizados, las malas confesiones reparadas, todas las necesidades espirituales y corporales de la gente del campo igualmente satisfechas. “Y ahora, venga conmigo, añadió, y vos mismo juzgaréis; quiero sobre todo que veáis a su superior, un hombre todo de Dios.” Y así, acudieron los dos juntos a los Bons-Enfants. Después de los primeros saludos, Le Bon, sin otro preámbulo, dijo a Vicente que, por el relato favorable que le habían hecho de las obras de la Compañía, se sentiría feliz contribuyendo, y que venía a ofrecerle con este fin el priorato de S. Lázaro. Lo que no habría producido en otro más que un trasporte de alegría, sumió a Vicente en el espanto causado por el cañón o el trueno¹¹⁷. Se quedó suspenso y sin voz. “Pero bueno, Señor ¿tembláis? le dijo Le Bon. –Es verdad, padre, respondió el santo, que vuestra propuesta me aterra, y me parece tan por encima de nosotros, que no me atrevo a decir palabra. Nosotros somos unos pobres sacerdotes que vivimos sencillamente, sin otro plan que servir a la pobre gente del campo. Os quedamos muy agradecidos, padre, por vuestra buena voluntad, y os lo agradecemos humildemente, pero permitidnos que no aceptemos vuestra oferta.”

Tanta humildad y desinterés, la dulce y afable acogida que acababa de recibir, confirmaron a Le Bon en su plan; y no habiendo podido obtener, a pesar de una nueva insistencia, el consentimiento del santo sacerdote, concluyó diciendo que le daba seis meses para pensarlo.

Transcurridos los seis meses, y Le Bon también acompañado de Lestocq, volvió a los Bons-Enfants. Los dos renovaron sus insistencias, uno diciendo a Vicente que se sentía cada vez más inspirado por Dios a ponerle en las

documents et memoires relatifs à l'étude speciale des sceaux du moyen âge et des autres époques, publicado por la Sociedad de esfragística, 3er año, nº 1, julio 1653.

¹¹⁷ Carta a Estienne, del 30 de enero de 1650.

manos su priorato, el otro pidiéndole que no rechazara un medio semejante de prestar a la Iglesia nuevos servicios. “Desde mi primera visita, añadía Le Bon, he obtenido el consentimiento de mis religiosos; ya no falta mas que el vuestro; una palabra vuestra y asunto concluido.” Vicente siguió inquebrantable. “Ved nuestro pequeño número, respondió; apenas acabamos de nacer, esta estrecha y pobre casa es suficiente a nuestra pequeñez. Temo al deslumbramiento y al ruido que produciría este asunto. Además, no nos merecemos un favor así. Dejados en la oscuridad y el silencio que nos convienen.”

En ese momento sonó la hora de la cena. “Yo ceno con vos y vuestra comunidad, dijo Le Bon; y fueron al refectorio. La modestia de los Misioneros, la lectura en la mesa, el hermoso orden que se observaba, todo eso causaba en Le Bon una edificación tal y respeto, que concibió hacia la Compañía y su fundador una nueva estima con un deseo cada vez más ardiente de lograr su generosa propuesta.

No atreviéndose ya a obrar por propia cuenta, rogó a Lestocq que forzara en su nombre las resistencias de Vicente. En los seis meses que siguieron, Lestocq volvió más de veinte veces a la carga. “Resistís al Espíritu Santo, le decía; vos responderéis delante de Dios por haber perdido la ocasión que os ofrecía de establecer definitivamente una Compañía útil a su gloria y necesaria al bien de los pueblos.” Tantos intentos y discursos resultaban inútiles. “Me habría gustado, añade Lestocq en un relato¹¹⁸ que seguimos aquí, me habría gustado echarme a las espaldas a este padre de los Misioneros y transportarle a S. Lázaro para seducirle con la belleza y las ventajas del lugar; pero él era insensible a las cosas exteriores; y, durante los dieciocho meses que duraron los acosos, no fue una sola vez a ver la casa..”

Vencido en sus esfuerzos, Lestocq se unió de nuevo a Le Bon. Durante el espacio de seis meses realizaron juntos a los Bons-Enfants más de treinta visitas. Era siempre el mismo recibimiento humilde y dulce por parte de Vicente, las mismas charlas piadosas; pero también siempre las mismas negativas obstinadas. “Yo no puedo decir con qué insistencia se le ha requerido, cuanta también Lestocq; Jacob, añade él con una ingenuidad encantadora, no tuvo tanta paciencia para conseguir a Raquel ni insistido tanto para conseguir la bendición del ángel, como la que tuvimos el sr. prior y yo para lograr un sí del Sr. Vicente... Hemos gritado con más viveza tras él que la Cananea tras los Apóstoles... Y yo mismo puedo decir en esta ocasión que *rauae factae sunt fauces meae* (enronqueció mi garganta...).”

Por último, al cabo de un año de demandas, el prior casado dijo un día a Vicente: “Señor, ¿qué clase de hombre sois? Si teméis contar tan sólo con vos mismo en este asunto, decidnos al menos a quién pedís consejo, en quién confiáis, qué amigo tenéis en París que nos pueda servir de intermediario. No temo su decisión; ya que no hay persona que os desee el bien que no os aconseje aceptar mi oferta; prometedme tan sólo someteros como yo a su decisión.” Puesto en esta situación extrema, Vicente indicó al doctor Duval, su confesor y consejo ordinario, y se comprometió a obedecerle como a Dios.

André Duval merecía toda la confianza de nuestro santo. Nacido en Pontoise en 1564, muerto en 1638 senior de Sorbona y decano de la facultad de teología, Duval había sido elegido, como el doctor Philippe de Gamaches, para

¹¹⁸ Es del 30 de octubre de 1660: fue hecho a petición de Almeras, primer sucesor de san Vicente-

ocupar las dos cátedras reales de teología positiva creadas en 1598 por Enrique IV. A la vez teólogo, predicador, misionero y controversista, no era más distinguido por su ciencia profunda que por su desinterés, sus virtudes sacerdotales y su celo apostólico, era el oráculo de la gente de bien, tanto por su conducta interior como por los asuntos que tenían que ver con la religión. Entregado a la Santa Sede y a sus máximas, ha sido perseguido, durante su vida y después de su muerte, por los sectarios de las doctrinas más o menos heterodoxas; pero su memoria quedará vengada para siempre por la confianza que le profesaba san Vicente de Paúl y los elogios que san Francisco de Sales hace de él en sus cartas.

Consultado el doctor Duval se unió enseguida a Le Bon para obligar a Vicente a aceptar el priorato de Saint-Lazare, las condiciones fueron incluso prontamente aceptadas entre ellos, y ya se iba a firmar el concordato, cuando Vicente presentó una dificultad, grave a sus ojos, muy leve tal vez en la estima de la gente del mundo, y que por poco lo echó todo a perder. Entre las condiciones adelantadas por Le Bon, y que Vicente se declaraba presto a suscribir, hasta las más onerosas, había una a la que se resistió redondamente, porque interesaba a la conciencia. El prior que había trabajado vanamente por reformar a sus religiosos, creyó lograrlo dándoles el mismo dormitorio que a los Misioneros. Los hijos del Sr. Vicente, pensaba él, no se resentirán, y mis religiosos no podrán escapar a la saludable impresión de tanto silencio, regularidad y modestia; de la admiración pasarán pronto a la imitación. Pero Vicente confiaba menos en la influencia del bien para los religiosos de S. Lázaro que el contagio del mal para sus hijos. Por eso se apresuró a escribir a Lestocq para expresarle las costumbres de la Compañía incompatibles con esta comunidad de dormitorio. Nuestra regla, decía él, es guardar el silencio desde la oración de la tarde hasta el día siguiente después de comer; tenemos entonces una hora de conversación, después de la cual volvemos al silencio hasta la tarde; la cena está seguida de otra hora de conversación; luego viene el gran silencio, silencio tan riguroso que no lo rompemos más que por cosas absolutamente necesarias y, en ese caso incluso en voz baja.. “Así pues, añadía él, quienquiera que suprima esto en una comunidad introduce en ella un desorden y una confusión que no se puede expresar, lo que ha hecho decir a un santo personaje que él asegurará, viendo a una comunidad que observa exactamente el silencio, que observa también el resto de la regularidad; y que al contrario, al ver a otra en la que no se observa el silencio, que es imposible que se observe el resto de la regularidad. Pues. Hay razón para temer, Señor, que estos señores no quieran obligarse a ello, y que no haciéndolo, arruinaríamos esta práctica tan necesaria que hemos tratado de guardar hasta ahora lo menos mal que nos ha sido posible.” Así pues, exigía que los religiosos tuviesen un alojamiento particular, que él se ofrecía a preparar y a amueblar él mismo.

Había una dificultad más sobre las preferencias que guardar en el coro, y sobre la muceta y la esclavina de las que quería el prior que se revitiesen los Misioneros de Todos los Santos a Pascua. El humilde Vicente cedía fácilmente a los primeros puestos en el coro, pero no quiso nunca ataviarse con mucetas ni esclavinas, “para evitar confusión, decía él, y la sospecha que tendría el parlamento que comenzáramos ya a hacernos canónigos y, que por consiguiente renunciaríamos tácitamente a nuestro proyecto de trabar incesantemente por el pobre pueblo de los campos... Yo preferiría, añadía, que

sigamos en nuestra pobreza y no nos apartemos del plan de Dios sobre nosotros.” Cartujos en casa por el silencio, recogimiento y oración; apóstoles afuera por el celo y el valor: tales debían ser, según lo repitió más de una vez, verdaderos Misioneros.

Le Bon debió transigir en estos dos puntos, y en particular sobre el asunto del dormitorio común. desde entonces, existiendo conformidad sobre lo demás, se firmó un contrato, el 7 de enero de 1632, entre Adrien Le Bon y los religiosos de S. Lázaro, de una parte y, de la otra, Vicente de Paúl, actuando en su propio nombre como en nombre de todos los sacerdotes de su Compañía, cuya ratificación se encargó él de obtener.

El acta comienza por consideraciones notables. La enfermedad de la lepra, se dice en ella, no es ya tan frecuente como antaño y, en la actualidad no hay un solo leproso en S. Lázaro. En un parecido estado de cosas, estaría conforme con la intención de los donantes aplicar las rentas del priorato al alivio espiritual del pobre pueblo de los campos, alejado de las ciudades e infectado de la lepra del pecado. Ahora bien, habiéndose dedicado los sacerdotes de la Misión ya, y dedicándose a diario con gran fruto a esta obra excelente, sería bueno colaborar a su establecimiento y crecimiento, de manera que puedan con mayor comodidad soportar y continuar sus ejercicios y sus trabajos para mayor bien de la religión y del público. En consecuencia, los religiosos de S. Lázaro, mediante los buenos deseos del papa y del arzobispo de París, del rey y del parlamento, resignan el priorato y lo anexionan a perpetuidad a la Misión, bajo estas condiciones y reservas: en cuanto al prior, su alojamiento actual durante su vida en calidad de antiguo prior, libertad de asistir al servicio, al capítulo y al refectorio, y conservar en ella su rango; una pensión vitalicia hipotecada sobre el priorato y sobre todos los bienes de la Compañía; dos tierras dependientes del priorato, de las que el R. P. de Gondi (antiguo general de las galeras) saldrá fiador; por último, derecho a percibir todo lo que sea debido hasta el día de la toma de posesión, y el precio de todos los géneros que se encuentren en especie; -en cuanto a los religiosos, pensión anual de 500 libras, garantía también del R. P. de Gondi, que les será íntegramente pagada si quieren vivir fuera de S. Lázaro, mientras sea en alguna religión o beneficio, con permiso del arzobispo de París, y de la cual se descontarán 200 libras si quieren vivir en común con los misioneros; por consiguiente, libertad para ellos de quedarse en S. Lázaro como en el pasado, con la condición no obstante de reconocer la jurisdicción del arzobispo; -en cuanto al prior y sus religiosos juntos, tratamiento en la enfermería a expensas de la Misión; inhumación con las ceremonias debidas a los bienhechores; servicio aniversario a perpetuidad para el prior en la iglesia del priorato, con epitafio que constate la obligación, y el servicio del cabo de año para cada religiosos; -por lo demás, dos servicios anuales para los fundadores; servicio divino y mantenimiento de los edificios a expensas de los Misioneros, que se comprometen también a sostener en S. Lázaro la jurisdicción del arzobispo de París¹¹⁹.

Desde el día siguiente de este concordato, es decir el 8 de enero de 1632, J.-F. de Gondi otorgó el decreto de unión de San Lázaro a la Misión. “Uno de los principales deberes de nuestro cargo, dice poco más o menos el arzobispo, es el de recorrer y evangelizar los pueblos a ejemplo de los santos apóstoles y de los discípulos del Nuestro Señor. pero, al no poderlo hacer nos mismo, nada

¹¹⁹ Véase este concordato, Archivos del Estado, MM. 534, fol. 30.

debe sernos más querido que escoger a hombres eminentes en doctrina y en piedad, inflamados del celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, a quienes nos confiamos este empleo laborioso y casi abandonado de todos. Bueno pues, Dios, por su gran misericordia, ha suscitado en nuestros días en este reino de Francia al Maestro Vicente de Paúl y a sus discípulos, hombres verdaderamente apostólicos, muy amantes de la humildad cristiana quienes, por una inspiración muy divina, dejando las ciudades, donde ven un gran número de sacerdotes, tanto seculares como regulares, entregados a la salvación de las almas, recorren los diversos pueblos de nuestra diócesis; y allá, buscando nada más que los intereses de Jesucristo con palabras tomadas no de las palabras persuasivas de la sabiduría humana, sino de la manifestación del espíritu y del poder, exhortando a la confesión general, recomiendan la comunión frecuente, instruyen a los ignorantes, corrigen y destruyen las malas costumbres, establecen, con nuestra autorización, la cofradía de la Caridad en todas las parroquias, disponen a las gentes a recibir fructuosamente nuestras visitas, los empujan, en una palabra, con su discurso y sus ejemplos a huir del vicio y a seguir la virtud, como lo pueden atestiguar casi todos los grandes de este reino de Francia. Era pues nuestro deber dar gracias al autor de todo bien por habernos enviado a tan útiles cooperadores, como es de nuestra previsión pastoral pedir al mismo Dios muy bueno y muy grande que no permita que les falte lo necesario. Dios ha oído nuestros deseos y los ha concedido en su infinita bondad. Desde hace mucho nos los buscábamos en vano en nuestra diócesis un establecimiento fijo y estable, cuando un hombre muy deseoso de la salvación de las almas, llamado Adrien Le Bon, , y los religiosos de su priorato, viendo os frutos muy abundantes producidos por estos Misioneros nos ha rogado que aceptemos el consentimiento dado por ellos a la unión de la leprosería de Saint Lázaro a la congregación de la Misión. Y, como a ciencia cierta sabemos que todos los órdenes de la sociedad, y sobre todo los pueblos, sacarán de ello una gran utilidad, accedemos a su justa demanda, tras los buenos deseos del papa y del rey, y a las condiciones negociadas entre ellos. Queremos además que nos y nuestros sucesores gocemos, como hasta ahora, en Saint-Lazare, de toda jurisdicción y autoridad, con derecho de visita en lo espiritual y en lo temporal; que los sacerdotes de a Misión reciten el oficio en el coro, cumplan con las fundaciones, continúen admitiendo a los leprosos en Saint Lazare, residan al menos doce, los cuales recorrerán sucesivamente, a expensas de la congregación, los pueblos de nuestra diócesis, donde ellos permanecerán, según las necesidades, uno o dos meses; por último, que en las cuatro témporas del año, y sin perjuicio de las misiones, reciban a los ordenandos de la diócesis de París enviados por nos, a quienes mantendrán gratuitamente durante quince días para darles los ejercicios espirituales¹²⁰.”

El rey lo conformo todo con cartas patentes dadas en Metz en enero de 1632, en las que, a os considerandos expresados ya, añade el que hace alusión a una misión reciente en los países protestantes: “Habiendo sido informado en particular de los grandes frutos que dichos sacerdotes de la congregación de la Misión han recogido en diversas provincias de nuestro reino desde su establecimiento en él, y de los que ellos recogen todavía a diario para la gloria de Dios y la salvación de las almas de muchos de nuestros súbditos, incluso

¹²⁰ Archivos del Estado, MM. 534, fol. 35.

que ninguno de dichos sacerdotes han sido enviados desde hace un año por su superior a la diócesis de Montauban, donde trabajan incesantemente en desarraigar la herejía de los lugares más infestados que quedan”; por estas causas, el rey aprueba todo lo que se ha hecho, en los cargos precisados en el concordato y en el decreto de unión del arzobispado¹²¹.

Muy pronto, el 24 de marzo siguiente, el beneplácito del preboste de los comerciantes y de los magistrados de la ciudad de París se unió a la aprobación real y al consentimiento de la autoridad espiritual. Pero ya, y desde el mismo día de la fecha del decreto de unión, es decir el 8 de enero de 1632, Vicente había ido por primera vez a S. Lázaro, para tomar posesión. El arzobispo había querido conducirlo y hacerle el honor de instalarle él mismo. La ceremonia transcurrió a gusto de todos. “Es lo que hace ver, dice Lestocq concluyendo su relato, que *digitus Dei est hic*; que es la tierra de promisión adonde Abraham ha sido conducido, quiero decir el Sr. Vicente, verdadero Abraham, gran siervo de Dios, cuyos hijos están destinados a llenar la tierra de bendición, y su familia subsistirá por los siglos.”

III. Oposición. –Segundo concordato. –Aprobación del papa. El asunto parecía felizmente terminado, cuando surgió una oposición inesperada. Los religiosos de S. Lázaro no habían interrumpido nunca sus relaciones con la casa de la que los hemos visto salir a comienzos del siglo XVI, y hasta el predecesor de Le Bon, llamado Jacques Lieuret, había agregado el priorato y las casas de su dependencia a la congregación de Saint-Victor. Pero la agregación se había disuelto y anulado hacía muchos años por el mero hecho y movimiento del prior de Saint-Victor y de sus religiosos, según la declaración capitular que habían entregado el 5 de diciembre de 1625 y, a partir de ese día, no habían existido ya ni visita hecha, ni capítulo celebrado, nada, en una palabra, que se pareciera a dependencia o comunidad entre las dos casas. Sin embargo los religiosos de Saint-Victor, que tenían mucho crédito y amigos, se opusieron a registrar las cartas patentes, de enero de 1632, y reclamaron Saint-Lazare como su propiedad. El derecho de Vicente era incontestable; fue preciso no obstante usar de una especie de violencia, para llevarle a sostener un proceso; acudió pues al palacio; pero mientras se defendía la causa, él estuvo en la Sainte-Chapelle, pidiendo a Dios no su triunfo, sino simplemente el de la justicia y mucho más una sumisión de indiferencia a su voluntad. Pues fue durante los debates cuando escribió a un amigo suyo: “Sabéis bien que los religiosos de Saint-Victor nos disputan Saint-Lazare. No podríais creer los deberes de sumisión que les he propuesto según la orden del Evangelio, aunque, a la verdad, no estén fundados en la razón, por lo que el Sr. Duval me ha asegurado, y por lo que me dicen todas las personas que saben de qué va el asunto. Sucederá lo que nuestro Señor quiera, quien sabe, de verdad, que su bondad me ha hecho tan indiferente en esta ocasión como en cualquier otro asunto que nunca haya tenido. Ayúdeme a darle gracias, por favor.”

Indiferente, no, Vicente no lo estaba, Pero ¿qué habría sentido en S. Lázaro, si le hubieran desposeído? Le Bon había recibido en él a tres o cuatro locos cuyos padres se habían desentendido de ellos encomendándolos a su caridad. Desde el primer día de su toma de posesión, Vicente había reclamado a estos pobres insensatos como la parte mas querida de su nueva propiedad, y no se

¹²¹ Archivos del Estado, MM. 534, fol. 39 al dorso.

podría decir con qué ternura, de alguna manera maternal, los hacía servir y los servía él mismo. Redoblaba sus cuidados durante sus crisis frenéticas y lograba calmarlos siempre con su admirable paciencia y con su inagotable afecto. Dios le ponía esta caridad en el corazón como el primer germen de la obra de los alienados que debía fundar más tarde. Al cabo de algunos días quedaba cautivado su corazón; tanto que en medio del procedo, sondeando una vez sus disposiciones para ejercitarse en la santa indiferencia, y preguntándose qué sacrificio le costaría en caso de evicción, tuvo que decirse: No sería ni la vasta propiedad, ni el rico priorato, ni el noble señorío, ni siquiera la ventaja que sería para mi Compañía una posesión así; serían mis pobres y queridos locos¹²²!

Tales sentimientos, si hubieran sido expresados delante de los jueces habrían sido para él la defensa más elocuente. Pero su bien derecho debía ser suficiente para ganar su causa. Por una orden del 21 de agosto de 1632, la corte del parlamento, sin tener en cuenta a la oposición de los religiosos de Saint-Victor, mandó la presentación del concordato y de las letras patentes de enero al procurador general para que diera la justicia conveniente; y, en efecto, el 7 de setiembre siguiente, fue registrado todo.

Sin embargo el antiguo prior y los Misioneros creyeron deber hacer entre ellos, el 29 de diciembre de 1632, un segundo concordato confirmativo del primero, y constatando, aparte de las letras patentes del rey, el consentimiento del preboste de los comerciantes y de los magistrados de la ciudad de París, y el decreto de unión del arzobispado, la vana oposición de los religiosos de Saint-Victor y la justicia que el parlamento había dado. Por lo demás, este nuevo concordato renovaba la donación de enero, sin añadirle condiciones esenciales. Dos días después, es decir el 31 de diciembre, el arzobispo daba un segundo decreto de unión en los mismos términos y poco más o menos con las mismas cláusulas que antes. Todo fue confirmado por letras patentes entregadas en Saint-Germain en enero de 1633, y registradas en el parlamento el 21 de marzo del mismo año.

La única diferencia que advertir entre los primeros documentos y los segundos es que no hace falta en éstos recurrir al papa. El segundo concordato dice incluso expresamente que el antiguo prior renuncia y abandona el artículo del primero, que exigía que la unión de S. Lázaro a la Misión fuera pronunciada en la curia de Roma. A. Le Bon, quien se había dirigido el primero a Roma con el propósito de transformarse en prior regular y perpetuarse en su cargo, declaraba, al fin, "haber sido informado después, por escrituras originales, sobre la institución del hospital, que no era más que una simple administración temporal, que se podría encomendar a un laico, y en consecuencia no debía otorgarse en curia en Roma."

Una petición fue pues presentada a Urbano VIII, en la que se exponía todo lo que precede, y el santo esperó con confianza la declaración pontificia. "Sólo temo a mis pecados, decía entonces, y no el éxito de las bulas y del asunto de S. Lázaro, ni en Roma, ni en París. Pronto o tarde todo acabará. Desde que Dios ha comenzado a hacer bien a una criatura, no cesa de continuarlo hasta el final, si no se vuelve indigna." El papa escribió al pie de la petición: Fiat ut petitur; dio incluso bulas en este sentido, con fecha del 15 de marzo de 1635;

¹²² Conf. del 30 de noviembre de 1654.

pero su muerte impidió su publicación, y no se realizaron hasta veinte años más tarde, bajo Alejandro VII.

En este intervalo, los misioneros se extendieron por Francia y el extranjero, realizaron todas sus obras apostólicas por la salvación de los pueblos y la reforma del clero, y hasta su santo fundador puso las bases de todos sus establecimientos de caridad. Y no obstante, no tenían aún ni forma declarada ni reglas definitivas. En primer lugar, ¿debían constituirse en estado religioso, o ser simple compañía de sacerdotes seculares? Grande cuestión, que fue debatida durante largos años.

IV. Forma de la Misión. –Cuestión de los Votos. –Congregación general y dimisión. Desde el protestantismo, había en la cristiandad una antipatía secreta y una guerra más o menos declarada contra los votos de religión; hasta el punto que los jesuitas mismos, especialmente constituidos para combatirlo, se contentaron con votos simples, y no pudieron llegar así a ser una verdadera religión más que por una dispensa de la Santa Sede. Caso todas las congregaciones de hombres y mujeres que se establecieron en la primera mitad del siglo XVII, manifestaron la misma repugnancia por los votos, sobre todo por los votos solemnes. Así, el abate Olier, al formar su compañía, no quiso que se erigiera en congregación, aunque estuviera constituida sobre este modelo en su gobierno interior, por la sumisión de sus miembros al superior del seminario de Saint-Sulpice. “La casa de San Sulpicio, decía él, ha nacido sólo para formar súbditos a Monseñores los prelados y, por muy numerosa que llegue a ser, hace profesión de no erigirse en congregación, para no tener dedicación ni amor sino por la Iglesia de Jesucristo y sobre todo por el santo clero¹²³.”

El primer pensamiento de san Francisco de Sales había sido que las hijas de la Visitación no pronunciasen más que votos simples, que no estuviesen obligadas a la clausura y que se entregasen a las obras de caridad exteriores; y solamente debido a las observaciones urgentes de su amigo Denis de Marquemont, arzobispo de Lyon, modificó su plan primitivo y la constitución de su orden.

Pero es a la fundación del oratorio donde hay que acudir a buscarla prueba más brillante de esta antipatía hacia los votos propiamente dichos. En el Oratorio no se hacían votos, y sus miembros no contraían otra obligación que la de vivir conforme a la santidad de su estado sacerdotal. Aquí es donde hay que repetir los elogios demasiado celebrados por Bossuet, elogios admirables solamente bajo el punto de vista literario.

“En estos tiempos, Pedro de Bérulle, verdaderamente ilustre y recomendable, a la dignidad del cual me atrevo a decir que hasta la púrpura romana no le ha añadido nada¹²⁴, tanto de había destacado ya por los méritos de su virtud y de su ciencia comenzaba a hacer brillar en toda la Iglesia galicana las luces más puras y sublimes del sacerdocio cristiano y de la vida eclesiástica. Su amor inmenso a la Iglesia le inspiró el proyecto de formar una compañía a la que no ha querido dar otro espíritu que el espíritu mismo de la Iglesia, ni otras reglas que sus cánones, ni a otros superiores que a sus obispos, ni otros bienes que su caridad, ni otros votos solemnes que los del bautismo y los del sacerdocio. Allí, una santa libertad constituye un santo compromiso; se obedece sin

¹²³ *Divers écrits spirituels de M. Olier*, t. I, p. 87.

¹²⁴ Fue creado cardenal el 30 de agosto de 1627, sin renunciar ni al Oratorio, ni a la sencillez de su vida.

depender, se gobierna sin comandar; toda la autoridad está en la dulzura, y el respeto se guarda sin la ayuda del temor. La caridad, que destierra el miedo, opera un milagro tan grande; y sin otro yugo que ella misma, sabe no sólo cautivar, sino también aniquilar la propia voluntad. Allí, para formar a verdaderos sacerdotes, se los conduce a la fuente de la verdad; tienen siempre en las manos los libros sagrados para buscar en ellos sin descanso la letra por el estudio, el espíritu por la oración, la profundidad por el retiro, la eficacia por la práctica, el fin por la caridad, en la que todo termina, y “que es el único tesoro del cristianismo”, *christiani nominis thesaurus*, como habla Tertuliano¹²⁵.” En esta voz, la mayor del siglo, se oye al siglo entero, hasta lo que tenía de más puro y de más santo. Todo ello, una vez más, es literariamente admirable; pero hay en ello una ilusión desafortunada que iría, si fuera reflejada, voluntaria y apremiada a sus consecuencias, a la condenación de la Iglesia, que ha empujado siempre al estado religioso, a la condenación incluso de la perfección evangélica que no encuentra su realización completa más que en los votos de religión.

Vicente gemía por esta tendencia del siglo, a la vez que la constataba. “Todo el mundo tiene tanta aversión aquí al estado religioso, escribía el 26 de febrero de 1640, que da pena.” ¡Algo más triste! Encontraba esta aversión incluso en Roma¹²⁶. En cuanto a él, además de su amor por los votos de religión, comprendía la necesidad de votos, de compromisos cualesquiera para defender la Compañía contra la inconstancia y la ligereza humana. Le hemos visto, desde 1626, obligarse ante notarios, según la costumbre del tiempo, a sus dos primeros discípulos, como si se obligara a ellos. Desde el segundo y tercer año de la Compañía, él la obligó a votos simples que fueron renovados por sus miembros dos o tres años seguidos pero libremente y en familia. Entonces se pensó en dar una regla general que fuera aprobada por el arzobispo de París. Pero algunos murmuraron contra tales compromisos. Vicente consultó a doctores, a notables de la Compañía, y resolvió, a partir de 1640, recurrir a Roma. Únicamente, él se encontraba siempre en una gran perplejidad. ¿Qué votos hacer? ¿de qué naturaleza y en qué número? ¿No sería suficiente exigir un voto de estabilidad en la Compañía; y en cuanto a la pobreza, a la castidad y a la obediencia, fulminar en pleno capítulo, en cierto día del año, una excomunión solemne contra sus infractores? y, a falta de excomunión, ¿no se podría contentar con un juramento anual de observar las reglas?

Así pues, en esta época, Vicente parecía querer limitarse al único voto de estabilidad y, en cuanto a los votos ordinarios de religión, reemplazarlos por simples promesas, con expulsión de los violadores. Todavía se temía que el voto solo de estabilidad constituyera el estado religioso y sacara a sus sacerdotes del estado secular en el que quería mantenerlos. Pero comprendía su necesidad de tal forma que habría cargado con la consecuencia, a pesar de la aversión del siglo por el estado de religión: “Si se cree conveniente, escribía, habrá que hacerlo. La religión cristiana estaba de antiguo en contradicción en todos los lugares, y sin embargo era el cuerpo místico de Jesucristo; ¡y

¹²⁵ Oración fúnebre del reverendo P. Bourgoing, *Oeuvres de Bossuet*, edición de Versailles, tom. XVII, p. 572.

¹²⁶ Carta de 1653.

bienaventurados los que, confusione contempta (con desprecio de la confusión), abrazan este estado¹²⁷!”

Sin embargo, se alegraba o se afligía según le escribieran de Roma que el solo voto de estabilidad constituía o no constituía el estado religioso¹²⁸. Pero el asunto de la bula de confirmación seguía suspendido, sin duda a causa de esta grave cuestión de los votos. Henos de decir también que Richelieu ponía obstáculo a esto, y quería que Vicente esperara a un nuevo papa. Se encontraba por entonces liado con la curia de Roma, con ocasión de un pretendido insulto hecho al embajador francés, mariscal de Estrées, y del asesinato de Rouvray, escudero del mariscal. Por eso escribía siempre a Le Breton, el 14 de noviembre de 1640: “La dificultad por nuestra parte (de París) ha sido que quien lo puede todo no ha visto bien que yo haya dado (sin duda al nuncio) la carta que usted me ha enviado a efectos de informar a Su Santidad sobre nosotros, y él mismo me ha dicho hace sólo tres días, que dejemos llegar a otro (papa), y que él mismo hará tramitar nuestro asunto.” Acabamos de ver que Vicente temía entrar en relación demasiado directa con el enviado del papa quien, llegado de nuevo a Roma con el título de nuncio ordinario, había visto caer sobre él todo el resentimiento del cardenal, y no podía obtener ni ser reconocido ni admitido ante el rey.

Mientras tanto, el santo fundador se ocupaba en exigir las buenas intenciones de vivir y de morir en la Misión el primer año del seminario, un voto simple de estabilidad el segundo año, que se renovarían solemnemente al cabo de ocho o diez años, según lo creyera conveniente el superior. Con ello, se ahorraba la facilidad de desembarazarse, después de una experiencia, de los incorregibles. En cuanto a los votos de pobreza, de castidad y de obediencia, se atenía a las medidas ya indicadas. “Parece, decía él concluyendo, que la mayor parte de nuestros pensamientos van hacia ahí y que el disentimiento es común en cuanto al estado religioso, que se evita por este medio, aunque se tenga razón en buscar su espíritu..”

Para mejor asegurarse de las opiniones y de las disposiciones de su Compañía, quiso, aunque fuera todavía poco numerosa y no tuviera más que diez fundaciones, convocar una pequeña asamblea general. La apertura se hizo el 13 de octubre de 1642. Inútil indicar aquí la mayor parte de las decisiones que se tomaron. Que nos sea suficiente notar la deferencia que llevó a todos los miembros a pedir reglas a su santo fundador, y la violencia que le hicieron para mantenerle al frente de ellos. En efecto, hacia el final de la asamblea, el humilde superior, que se colocaba siempre por debajo de todo honor y de toda dignidad, por debajo del último de sus discípulos, que atribuía a su indignidad y a sus pecados pretendidos todas las dificultades y todas las desdichas de su Compañía, se puso de rodillas ante sus sacerdotes; y, en esta postura, después de pedirles perdón de sus faltas sollozando y de sus escándalos, dimitió de su generalato y les rogó que procedieran a una nueva elección. Con eso, y sin esperar respuesta, salió para dejarles la libertad de escoger, declarándoles solamente que ratificaba de antemano al que iban a elegir, y que con la gracia de Dios, obedecería como el último de todos al nuevo general.

La primera impresión fue de admiración y de estupor. Apenas recobrado el sentido, los Misioneros, sin ni siquiera consultarse, exclamaron todo a una voz

¹²⁷ Carta a Le Breton, en Roma, del 26 de febrero de 1640.

¹²⁸ Cartas al mismo, de los 9 de agosto y 9 de octubre de 1640.

que no aceptaban tal dimisión, y encargaron a algunos diputados que fueran a buscarle para pedirle que ocupara su lugar al frente. Los diputados le buscaron por un tiempo, hallándole al fin en una capillita que se abría hacia la iglesia de S. Lázaro. Allí, vuelto hacia el altar mayor y prosternado ante el santísimo sacramento, tomaba parte en la elección que él creía hacerse en ese momento mismo, pidiendo a Dios que inspirara a la Compañía una elección que fuera según su corazón. Los diputados le anunciaron la decisión de la asamblea; pero, por mucho que le insistieron, se quedó prosternado e inmóvil en su resolución. “Yo no soy ya superior, repetía, que se nombre a otro.”

Referido lo cual a la asamblea, todos sus miembros en corporación se dirigieron a la capilla. A la distancia misma a la que nos hallamos nosotros, se escucha aquel debate entre la humildad del padre y el respeto, la ternura de los hijos. Como por ambas partes se obstinaban y no había forma de acabar, los Misioneros exclamaron al fin: “¿Queréis pues que de todas maneras procedamos a la elección de un superior?”

-Es vuestro deber, y yo os lo suplico.

-Pues bien, es a vos a quien reelegimos y reelegiremos siempre mientras Dios os conserve en nosotros en la tierra.”

Vicente había caído, de alguna manera, en su propia trampa. Trató todavía de salir de ella, pero, viendo que todos sus esfuerzos resultaban inútiles, bajó la cabeza y recogió la carga.”

Por lo menos, Señores y hermanos míos, les dijo llorando, ¡rogad por este miserable! Es el mayor acto de obediencia que puedo hacer a la Compañía.

-Y nosotros, replicaron unánimemente los Misioneros, nosotros os renovamos el juramento de obedeceros siempre, y juramos ante Dios no olvidar nunca el sacrificio al que acaba de someteros vuestro amor por nosotros.”

V. Siempre los votos. -Diversas oposiciones. –Segunda congregación general. –Breves de 1655. –La Misión definitivamente constituida. Fue entonces cuando los Misioneros pronunciaron el voto simple de estabilidad, es decir de compromiso de trabajar toda su vida en las funciones de su Instituto, que todas se dirigen a la salvación del pobre pueblo. Pero la gran cuestión de los votos no se resolvió por eso. En 1647, nos encontramos en Roma a Portail, Almeras y d’Horgny, especialmente diputados para este asunto. Vicente no había comprendido nunca mejor la importancia y la necesidad de los votos. Muchos de los que habían entrado en el seminario interno de S. Lázaro le pedían retirarse, después de trece o catorce años de estudios y de enormes gastos hechos para mantenerlos de los bienes dados únicamente para la salvación de los pobres pueblos. Había algún año en que seis o siete personas dejaban la Compañía. Los trabajos tan diversos, tan penosos, tan extensos de la Misión desanimaban a los débiles; otros cedían a solicitudes extrañas y, por el afecto a la familia o por la ambición, elegían otros empleos. Además, Vicente veía a su lado a una congregación tal cuyos súbditos, no poseyendo ningún lazo de obediencia, andaban a su aire; y cuando el superior quería disponer de algunos para enviarlos lejos o cerca de trabajar por la gloria de Dios, no podía hacerse obedecer y no tenía a nadie. También, ¿no iba a pasar lo mismo con los Misioneros? Libres de ir o quedarse, de hacer esto o aquello, ¿no obedecerían más bien a la fantasía que al deber? Y entonces, ¿cómo continuar los bienes comenzados, cómo emprender otros nuevos?

Sin duda, acabamos de verlo, los Misioneros se habían atado por el voto de estabilidad; pero era un voto simple del que se podía desprender uno con una dispensa del ordinario, fácil de conseguir. Por eso Vicente solicitaba en Roma una declaración del papa, diciendo que los votos de la Compañía serían indispensables por todo otro que no fuera Su Santidad o el Superior general, y estableciendo prohibición a los obispos de dispensarlos en lo futuro. La cosa era de una necesidad tan urgente que, que muchos habían perseverado en sus votos mientras los habían creído reales; luego, puesto en duda su valor por algunos malos espíritus, habían renunciado a ellos. La confusión aumentaba cuando había que renovar los votos. Algunos se negaban a ello por el rumor de que se los quería sustraer a la dependencia del ordinario. Era pues urgente que la cuestión se fallara en Roma. Pero en Francia, Vicente seguía estando impedido, sin saber bien a quién escuchar. Por un lado, los prelados no deseaban que la Compañía se constituyese en religión, para conservar jurisdicción sobre ella; y, con el fin de escapar “al celo de su autoridad y dependencia de ellos”, según las expresiones de Vicente, se trató por un momento de trasladar Roma la sede del generalato¹²⁹; por otra parte, los religiosos aconsejaban lo contrario, fundándose en la ligereza humana y en los grandes trabajos de la Misión. Vicente trataba de conciliar estos pareceres opuestos, y consideraba como una inspiración de la providencia de Dios la idea por la cual él se había inclinado: la de poner a su Compañía en el estado religioso con los votos simples, y dejarla no obstante, en cuanto a sus empleos, en el clero secular por la obediencia a los obispos. Pero estos votos simples por sí mismos ¿no eran suficientes para constituir el estado rigurosamente religioso que él quería evitar, y su sabio temperamento ¿no iba a quedar destruido con ello? Entonces, consultó a los capaces, antes que a nadie a André Duval, luego al penitenciario Bail, a los doctores Cornet y Coqueret. Todos le respondieron que por mucho tiempo los votos sólo habían sido simples, y que entonces, sin duda, continuaban el estado religioso; pero que ya no era así desde que la Iglesia prohibía fundar toda otra nueva religión, a menos que abrazara los votos solemnes, a no ser en caso expreso, como había ocurrido con los jesuitas. Pues bien, el papa Urbano VIII, por su bula de 1632, no había erigido a los Misioneros en orden religiosa, sino que los había dejado expresamente en el estado de clérigos seculares. Cada uno es libre, concluían los doctores, de hacer votos simples, sin hacer por ello profesión religiosa; pero, lo que puede cada uno, lo pueden muchos reunidos igualmente sin comprometerse más¹³⁰.

Esta decisión convenía a maravilla a Vicente, ya que si, por una lado, quería complacer a los obispos, no ofender demasiado la opinión general tan opuesta al estado religioso; tenía de la otra un motivo más poderoso de conservar a los suyos en el estado de sacerdotes seculares. Creía, y creyó siempre, -en este punto advertimos con respeto su convicción, sin juzgarla, -creyó siempre que la mayor parte de los empleos de su instituto eran incompatibles con el estado religioso, y que el mayor de todos, a saber la educación del clero secular requería maestros de su cuerpo: *similia similibus*.

Pero ¡qué oposiciones no debía encontrarse todavía, tanto en Roma como en Francia, antes de llegar al resultado que deseaba!. Conforme a lo que hemos dicho del Oratorio, no nos podemos extrañar de la que tuvo que sufrir por parte

¹²⁹ Cartas a Roma del 25 de diciembre de 1642, y del 9 de setiembre de 1643.

¹³⁰ Cartas a Roma del 4 de octubre de 1647, del 3 de enero de 1651, y del 23 de abril de 1653.

de esta Compañía en Roma, mientras trataba de hacer aprobar allí su congregación y los votos de que acabamos de hablar. Escribía a Du Coudrai el 12 de julio de 1652: "... Es verdad, se trata de enzarzarnos...todo eso no me extrañaría sin mis pecados, que me dan motivo a temer, no ya el éxito del asunto, que pronto o tarde se logrará, allí como aquí (en Roma como en París); sino que no podría expresarle cuánto me sorprenden los artificios. El R. P. general (era entonces de P. Bourgoing desautoriza sin embargo todo eso, y me ha prometido escribir al Sr. cardenal Bagni, al Sr. embajador y al R. P. René. Una vez que tenga sus cartas se las enviaré. Con todo, se portará usted lo más cristianamente posible con los que nos confunden. Yo los veo aquí también a menudo y cordialmente, gracias a Dios, como lo hacía; y me parece que, por la gracia de Dios, no sólo no les tengo aversión, sino que los honro y los quiero más; y le diré mas, que no me he quejado aún al P de Gondi, por miedo a indisponerle en su vocación." Sin embargo los oratorianos le pedían a sus sacerdotes para formarse en las misiones, en sus lecciones y en sus ejemplos; y se los daba; "ya que, decía él, yo no creería ser cristiano, si no tratara de participar en el utinam omnes prophetarent de san Pablo. Ay, señor, ¡el campo es tan grande! Hay pueblos a millares que llenan el infierno; ¡todos los eclesiásticos no serían suficientes con todos los religiosos para satisfacer esta desgracia! ¡Tendríamos que ser tan miserables para envidiar que esas personas se dediquen al alivio de esas pobres almas que se pierden continuamente! Oh, de verdad, ¡sería hacerse culpable del cumplimiento de la de la misión de Jesucristo en la tierra! Que si quieren impedírnoslo a nosotros, hay que pedir a Dios, humillarse y hacer penitencia por los pecados que hemos cometido en este santo ministerio." Y, tres años después, continuando la oposición, escribía de nuevo a Roma, el 9 de julio de 1655: "Esto no me impedirá, aunque me hubieran arrancado los ojos, que los estime y los venere tan tiernamente como los hijos a sus padres. Putant enim obsequim praestare Deo (pues creen que hacen un servicio a Dios).Deseo y pido a Nuestro Señor que todos en nuestra congregación hagan lo mismo."

Estas son las cartas en las que los enemigos de los jesuitas han querido ver a la Compañía de Jesús, ¡como si ella hubiera tenido a su general en París! ¡como si el R. P. de Gondi, a quien Vicente temía "indisponer en su vocación", hubiera formado parte de ella alguna vez! Aquí se trata demasiado evidentemente del Oratorio, cuya oposición envidiosa la explica tan bien la naturaleza.

Por lo demás, Vicente encontraba oposición y dificultad hasta entre sus hijos. El superior de su casa de Génova no quería votos más que para los dignatarios de la Compañía, y no para todo el cuerpo ni para los simples miembros; y Vicente le respondía, el 19 de febrero de 1655, que una compañía naciente debe situarse en el estado más agradable a Dios, en sus miembros como en su cabeza; que con votos se trabajaba más eficazmente en la virtud y en el cumplimiento de su empleo; que Dios ha querido siempre fortalecer a los hombres en cada estado con promesas expresas: testigo la circuncisión entre los judíos, el bautismo entre los cristianos, la ordenación para los sacerdotes, el matrimonio o los votos, según este destinado a vivir en el siglo o en un estado de mayor perfección; que la cosa había quedado resuelta en dos congregaciones de la Compañía, y que no se debía volver más sobre un hecho cumplido después de reflexión, consejo y oración; por último, que era una

costumbre en práctica hacía trece años y aprobada por el arzobispo de París, costumbre que no se podía ya cambiar sin trastornar la Compañía.

En efecto, el 1º de julio de 1651, Vicente había convocado en S. Lázaro una segunda congregación general; en ella, en medio de muchos reglamentos, se había resuelto que se daría la última mano a las constituciones, y que se pronunciarían votos indispensables tan sólo al soberano pontífice. Se tuvo de nuevo recurso a Roma. Al principio de 1655, Vicente llamó a Berthe y envió allí a Edme Jolly, quien ya conocía el tren de la curia romana. Jolly había ido a Roma primero en el séquito del conde de Fontenay-Mareuil, embajador de Francia, luego como Misionero, había desempeñado bajo Berthe las funciones de procurador, de consejero y de confesor de la casa. en dos meses y medio, Jolly, secundado por el cardenal de Retz, por entonces exiliado en Roma, procuró un desenlace feliz a tantos trámites, deliberaciones y solicitudes. El 18 de abril de 1655, el papa Alejandro VII, apenas coronado, acabó primero la obra de Urbano VIII, confirmando la unión de S. Lázaro a la congregación de la Misión; luego, el 22 de setiembre siguiente, reguló con un breve la constitución de la Compañía. Este breve dispone que nadie podrá ser admitido en ella hasta después de dos años de seminario interno, al cabo de los cuales se pronunciarán votos simples reservados a la Santa Sede, y dispensables por el superior general en el acto de despedida de un súbdito: *in actu dimissionis*. El papa pronuncia también la exención del ordinario para la administración interior, pero mantiene la jurisdicción de los prelados en todo lo que respecta a las misiones diocesanas. Sin embargo, a pesar de sus votos, los Misioneros no formarán un cuerpo religioso, y eso tan sólo porque esta es la voluntad del soberano pontífice: *Atque dicta congregatio non censeatur propterea in numero ordinum religiosorum, sed sit de corpore cleri saecularis*¹³¹

El 12 de agosto de 1650, Alejandro VII entregó un nuevo breve, en el que, recordando el primero, arreglaba algunas dificultades sobre el voto de pobreza. El papa decidía que los Misioneros guardarían la propiedad de sus bienes, pero sin el uso, sino con el parecer del superior; que emplearían los frutos de los beneficios simples que les resultarían en obras pías, siempre con consentimiento del superior, y que les sería permitido aplicar una parte al alivio de sus padres pobres.

Algunos años después, el lazo que unía a los miembros con el instituto no pareció bastante fuerte. Con ocasión de un jubileo, circunstancia en que los papas otorgan de ordinario permiso de dispensar de los casos y de los votos reservados a la Santa Sede, algunos Misioneros quisieron recuperar su libertad. Almeras, primer general sucesor de Vicente en el generalato, dirigió entonces un súplica al papa Clemente IX, quien, por una bula del 23 de junio de 1670, prohibió a los confesores, dispensar, en tiempo de jubileo, a los Misioneros de sus votos, incluso por una simple conmutación, a menos que, en la bula de indicción de jubileo se haga mención expresa de los votos de la congregación de la Misión: *praeter expresam dictorum votorum mentionem*.

Para que no se percibiera el cambio sobre la naturaleza de su instituto, Vicente no estableció noviciado para los aspirantes, sino un seminario interno, distinto de los seminarios externos o diocesanos, en los que se preparan al ejercicio del sacerdocio puramente secular. Dispuso asimismo que los Misioneros recibieran el título de señor y no de padre que conservaran el nombre de familia, que

¹³¹ Carta de Vicente a Jolly, del 22 de octubre de 1655: *Histoire générale de la congrégation de la Mission*, por Lacour, Mss. –Archives de la Mission.

llevaran el hábito de los sacerdotes seculares, sólo que más modesto y más pobre; que no se distinguieran, en una palabra, del clero secular más que por un mayor celo en las funciones apostólicas.

La bula de conformación de la unión, dirigida al oficial de la diócesis de París, no fue fulminada hasta el 21 de julio de 1659. porque, en 1658, la Misión había estado amenazada nuevamente en su propiedad de S. Lázaro. Vicente se había enterado que los religiosos de Santa Genoveva no esperaban mas que su muerte para iniciar sus trámites de reivindicación, esperando tenerlo más barato que en vida del santo fundador, provisto de todos los medios para hacer valer sus derecho. Previendo pues que un día la Compañía podría necesitar de todos los documentos para mantenerse en la posesión de S. Lázaro, pifió a Jolly, su corresponsal en Roma, que le dirigiera una memoria contra las pretensiones injustas de Santa Genoveva, y lograra nuevas bulas confirmativas, al precio que fuera y en la mejor forma posible. Llegadas las bulas, así como un anuncio de su fulminación, se dio prisa, una vez cumplida esta formalidad, en hacer acto solemne de propiedad y, el 11 de agosto, tomó posesión de S. Lázaro por última vez¹³². Muy pronto, en nueva confirmación de la bula de unión y de la sentencia de fulminación, el rey, encontrándose en Aix, expidió sus letras patentes de marzo de 1660, registradas en parlamento el 15 de mayo de 1662. declaraba el rey actuar en consideración a los grandes bienes y servicios de los Misioneros en los pueblos, “países lejanos, y hasta en las Indias, en los que emplean, decía él, cada uno sus bienes y rentas, su salud y su vida, sin recibir por ello ningún salario, ni esperar otra recompensa que de Dios”.

En octubre de 1675, Luis XIV concedió nuevas letras patentes de fundación de los sacerdotes de la Misión en S. Lázaro, no obstante el edicto de diciembre de 1672 que concedía a la orden de los caballeros de San Lázaro de Jerusalén todas las leproserías, encomiendas, capellanías y hospitales del reino. En virtud de este edicto, el gran vicario general, el comendador y los caballeros de la orden reclamaban S. Lázaro y preocupaban a los Misioneros en su posesión. Pero el rey, considerando que la evicción de los Misioneros de la casa de S. Lázaro haría cesar las buenas obras que habían hecho siempre, que destruiría incluso por completo la congregación que había tenido su nacimiento y sus progresos allí, y no se podía mantener más que por ella, ya que en ella se formaban todos sus súbditos para las necesidades del reino y los países extranjeros, confirmaba de nuevo la unión y, mientras se necesitara, hacía de nuevo donación de San Lázaro a la Misión. Estas letras fueron registradas en el gran consejo el 11 de enero de 1676.

El gran vicario general de la orden de San Lázaro era a la sazón el marqués de Louvois, al mismo tiempo director y administrador general del hotel de Inválidos. Pues bien, Louvois acababa de confiar el ministerio espiritual del hotel a los Misioneros, y una de las cláusulas del contrato era que una parte de sus subsistencias se tomaría de la casa de San Lázaro. Era pues preciso que esta casa se les conservara, y es aún uno de los considerandos de las letras patentes¹³³.

Por último, nuevas letras patentes de los 28 de febrero y 3 de marzo de 1684, confirmadas los 1º y 6 de setiembre 1718 contienen evocación general y

¹³² Cartas a Jolly, en Roma, de los 30 de agosto, 20 de setiembre, 18 y 25 de octubre de 1658, y del 12 de agosto de 1659.

¹³³ Archivos del Estado, sec. hist., MM. 534, fol. 47, reverso.

atribución al gran consejo de todos los procesos y diferendos referentes a las casas de la Misión, establecida o por establecer en el reino y tierras de la obediencia de Su Majestad, para que con ello queden definitivamente juzgados y terminados, con prohibición a todos los demás jueces de entender en ellos¹³⁴. A la recepción del breve de confirmación de la Compañía, Vicente y sus hijos comienzan por dar gracias a Dios y al papa; luego todos, reunidos en capítulo, con excepción del seminario, firman un acta de aceptación ante un notario, que les entrega una declaración que firman también;” para que, escribió Vicente, la autoridad vea que se ha obrado jurídicamente y en la mejor forma que se puede. Querría poder expresar con qué sentimientos de júbilo y de gratitud se llevó a cabo todo, pero me alargaría demasiado.” Los del colegio de los Bons-Enfants y del seminario de San Carlos, anexionado a S. Lázaro, hicieron lo mismo los días siguientes; y se despachó en seguida a Berthe para recibir la aceptación, la renovación de los votos y la firma de las demás casas de la Compañía¹³⁵.

El 25 de enero de 1656, aniversario siempre célebre en la congregación, se pronunció y suscribió la fórmula siguiente oír lis veinte sacerdotes que se hallaban entonces en s. Lázaro, con Vicente a la cabeza:

“Yo, N..., indigno sacerdote de la congregación de la Misión, en presencia de la bienaventurada Virgen y de toda la corte celestial, yo hago a Dios voto de pobreza, de castidad y de obediencia a nuestro superior y a sus sucesores, según las reglas o constituciones de nuestro Instituto. Hago voto, además, de trabajar todo el tiempo de mi vida, en la dicha congregación, por la salvación de las pobres gentes de los campos, con la ayuda de la gracia de Dios todopoderoso, a quien invoco para ello con insistencia¹³⁶.”

Capítulo Tercero: Reglas y constituciones. Distribución de las reglas. Explicación de las reglas.

I. Reglas y constituciones. Reglas y constituciones, la Compañía, a decir verdad, no tenía aún. Hasta entonces Vicente había sido su ley viviente, y las lecciones y ejemplos del santo fundador habían servido de reglas. Pero él tenía ya ochenta y dos años y debía darse prisa por dejar a sus hijos su pensamiento y su alma escritos como su más santa herencia, como la forma y el carácter definitivos de la gran familia que iba extenderse por todo el universo.

Por lo demás, en medio de estas ocupaciones tan variadas y tan numerosas, él pensaba en ello todos los días hacía largos años; además, en la desconfianza continua en la que le colocaba su humildad ya de por sí, consultaba a Dios y a los hombres. Vemos por su correspondencia, que le gustaba consultar, no sólo a los sabios, a los más entendidos canonistas de Roma, a los mejores teólogos de la Sorbona, a los más hábiles jurisconsultos del Parlamento, sino también a

¹³⁴ Archivos del Estado, sec. hist., S. 6850.

¹³⁵ Cartas a Roma, a Génova y a Turín, con fecha de los 29 de octubre, 17 y 31 de diciembre de 1655., y del 7 de enero de 1656.

¹³⁶ “Ego, N..., indignus sacerdos congregationis Missionis, coram beatissima Virgine et curia coelesti universa, voveo Deo paupertatem, castitatem, et superiori nostro ejusque successoribus obedientiam juxta instituti nostri regulas seu constitutiones. Voveo me praeterea pauperum rusticanorum salutis toto vitae tempore in dicta congregatione vacaturum, ejusdem Dei omnipotentis gratia adjuvante, quem ob hoc suppliciter invoco.” –Archivos de la Misión.

los superiores de sus casas, a sus más humildes sacerdotes, para saber por ellos lo que la experiencia demostraba practicable.

Por esto precisamente, aparte de su carácter lento y reflexivo, tímido por humildad, lo que le había hecho diferir por largo tiempo la impresión y la distribución de sus reglas. Quería primeramente imitar a Nuestro Señor, quien comenzó por obrar antes que instruir, coepit Jesus facere et docere; quien practicó todas las virtudes durante los treinta primeros años de su vida, y empleó tan sólo los tres últimos en enseñar su doctrina. Él también, hacía treinta años, treinta y tres incluso, que había establecido su congregación, cuando se determinó a darle una ley. Durante ese tiempo, él y sus hijos, como el Salvador, habían comenzado por hacer antes de enseñar. De esa forma se evitaban todos los inconvenientes de las constituciones prematuras. Nada nuevo en estas reglas para los Misioneros; nada que no hubiera sido practicado mucho tiempo con edificación; nada que no tuviera su existencia en los hechos, antes de formularse en la letra; nada, por consiguiente, que la debilidad y la flaqueza pudieran tachar de impracticable o siquiera de difícil. “Hemos hecho, decía Vicente, como los Recabitas de la Escritura que guardaban por tradición las reglas que sus padres les habían dejado, aunque no estuviesen escritas..”

Así han hecho la mayor parte de los fundadores de órdenes, inspirados por Aquél que da nacimiento, crecimiento y duración a todo. Por haber ido demasiado de prisa, se había visto obligado san Francisco de Sales a añadir un directorio a las reglas de la Visitación; pero san Ignacio, quizás el mayor político del mundo, con toda seguridad el mayor político de las sociedades religiosas, se contentó con dar en vida a su compañía algunas reglas breves y elásticas, dejando al tiempo y a la experiencia revelar a sus sucesores los cambios y adiciones que habría que introducir en sus constituciones.

Por el beneficio de su larga vida, san Vicente de Paúl pudo ver sucederse varias generaciones en su propia familia, seguir la puesta en práctica de su obra por los instrumentos más diversos, y en las circunstancias más múltiples; y como, durante ese tiempo, conservaba él la dirección suprema, pudo modificarla y conducirla a tal punto de perfección definitiva en el que se viera al abrigo del tiempo y del cambio.

Analicemos rápidamente estas reglas y constituciones comunes, impregnadas del espíritu de Dios y de esa sabiduría humana que no es más que una participación de la sabiduría divina.

Están redactadas en latín y contenidas en doce capítulos.

I. –Jesucristo comenzó por obrar, después enseñó; es decir que practicó en primer lugar a la perfección toda clase de virtudes, luego evangelizó a los pobres, y enseñó a sus apóstoles y a sus discípulos la ciencia de la dirección de los pueblos. Formada en el modelo de Jesucristo, la congregación de la Misión tendrá pues por triple fin trabajar en su propia perfección; evangelizar a los pobres, y principalmente a los habitantes de los campos, ayudar a los eclesiásticos a adquirir la ciencia y las virtudes de su estado. –Ella se compone de eclesiásticos y de laicos. Las funciones de los primeros son, a ejemplo de Jesucristo y de sus discípulos, recorrer las ciudades y las aldeas, y en ellas instruir con predicaciones y catecismos, recibir las confesiones generales, apaciguar las querellas, concluir los procesos, establecer la cofradía de la Caridad; luego, dirigir los seminarios, y abrir a los eclesiásticos del exterior retiros y conferencias. Los segundos cumplen el oficio de Marta: ayudan a los

eclesiásticos en estos diversos ministerios, a los que añaden la cooperación con sus oraciones, con sus lágrimas, con sus mortificaciones y con sus ejemplos. –unos y otros no alcanzarán su fin sino revistiéndose del espíritu de Jesucristo, que brilla sobre todo en las máximas del evangélicas, en su pobreza, su castidad, su obediencia, su caridad con los enfermos, en su modestia, en el modo de vivir y de obrar que enseña a sus discípulos, en sus charlas, en sus ejercicios diarios de piedad, en sus misiones y demás funciones que se impuso a favor de los pueblos. –En una palabra, fin del instituto, su personal, sus deberes y os medios de cumplirlos: ese es el objeto de este primer capítulo. Los diez siguientes no son más que el desarrollo de los medios cuya enumeración acaba de ser señalada. -Se ve también este espíritu de orden que el sentido exquisito de Vicente llevaba en todo, en la teoría como en la práctica.

II. –Y primeramente, las máximas evangélicas. Como no engañan nunca, mientras que las del mundo engañan siempre, la congregación actuará siempre según ellas, nunca según las del mundo. así pues, preferirá las cosas espirituales a las temporales, la salvación del alma a la salud del cuerpo, la gloria de Dios a las vanidades del siglo, la pobreza, la infamia, las torturas y la muerte misma a todo lo que pueda separarla de la caridad de Jesucristo; se esmerará en hacer siempre y en todo la voluntad de Dios, evitando todo el mal prohibido y buscando todo el bien mandado, eligiendo de preferencia en las cosas indiferentes aquellas que repugnan mas a la naturaleza, aceptando de la manos de Dios los bienes y los males con un agradecimiento igual; ella unirá la sencillez de la paloma a la prudencia de la serpiente, practicará la mansedumbre de Jesucristo, por la que se obtiene la posesión de la tierra, y su humildad, por la que se gana el cielo y, por consiguiente, se creará digna del desprecio de los hombres, se alegrará de ver sus imperfecciones sacadas a la luz del día, ocultará el bien que Dios opere por ella, o le atribuirá toda la gloria; renunciará a su voluntad, a su juicio, a las satisfacciones de los sentidos, al amor excesivo por la familia, al apego a los empleos, los lugares y las personas, a la singularidad al alimento y vestido, en la manera de enseñar, de predicar y de dirigir y hasta en las prácticas de piedad; tendrá siempre en honor los actos de caridad, amar-a a sus enemigos, rogará por ellos y les hará favores; pero, entre todos los preceptos evangélicos, se aferrará a los que con preferencia nos recomiendan la sencillez, la humildad, la mansedumbre, la mortificación y el celo por la salvación del prójimo; de estas cinco virtudes, ella hará como las facultades de su alma y animará todas sus acciones; no obstante es verdad decir que Jesucristo ha derrotado el imperio del demonio y restablecido el reino de su Padre por la pobreza, la castidad y la obediencia.

III. –Por lo tanto, la congregación imitará primero esta pobreza de Jesucristo, que llagaba hasta no tener una piedra donde reposar la cabeza. Entre sus miembros todo será común. nadie dispondrá de nada como de cosa propia, ni sin la voluntad del superior. Mesa, habitación. Lecho, muebles, todo entre ellos será pobre; nada cerrado con llave; llevarán la pobreza hasta en sus deseos, teniendo sobre todo como una tentación peligrosa apetecer los bienes y dignidades eclesiásticas.

IV. –La castidad cuyo amor llevó Jesucristo hasta querer nacer de una virgen, y a no permitir que fuera en él atacada por la envidia, es tanto más necesaria a los Misioneros, cuanto más los exponen sus funciones a desearla. Guardarán pues con vigilancia sus sentidos interiores y exteriores, huirán de la

intemperancia y de la ociosidad, de los tratos demasiado familiares y demasiado tiernos; en una palabra, tomarán todas las precauciones necesarias para poner en ellos esta virtud al abrigo no sólo de todo daño, sino de toda sospecha, persuadidos de que tal sospecha, incluso injusta, dañaría más a su ministerio que la falsa imputación de cualquier otro crimen.

V. –Para honrar la obediencia que Jesucristo llevó hasta la muerte, los Misioneros obedecerán al papa, a los obispos, a su superior, tanto general como particular; no pedirán nada, lo aceptarán todo; no emprenderán ni abandonarán ningún empleo, ningún trabajo, ningún estudio, sin permiso expreso; estarán en las manos de sus superiores como la lima en manos del obrero..

VI. –A los que enviaba a misiones, Jesucristo recomendaba el cuidado y la visita de los enfermos, sobre todo de los pobres. la congregación seguirá esta prescripción caritativa dentro y fuera, viendo en cada enfermo no a un hombre, sino al mismo Jesucristo. Por su parte el enfermo mirará su lecho como un púlpito desde el que debe enseñar a todos las virtudes cristianas, y principalmente la paciencia, la conformidad con la voluntad de Dios y una perfecta obediencia a los médicos tanto del alma como del cuerpo.

VII. –Los misioneros imitarán también la modestia de Jesucristo, tan recomendada por san Pablo; la practicarán bajo la mirada de Dios solo como en presencia de los hombres; la observarán a todas partes, en la iglesia, en la mesa, en los ejercicios públicos, en sus relaciones de unos con otros; brillará sola en su traje y en su pobre y pequeño mobiliario.

VIII. –Con los de dentro practicarán las máximas dadas por Jesucristo a sus discípulos; se tratarán entre ellos como verdaderos amigos, sin amistades ni aversiones particulares; mostrarán respeto y honor a todos los que los sobrepasen en dignidades, conversarán de cosas de piedad o de conocimientos necesarios a su estado y eso con modestia y alegría, abandono y discreción, sin discusión ni disputas, sin murmuraciones, censuras ni maledicencias, sin ocuparse de la administración ni de la casa, ni del Estado,, sin tomar parte en las disensiones públicas o las guerras entre príncipes cristianos; y como se entrena en usar bien de la palabra por el silencio, se callarán en todo tiempo y en todos los lugares prescritos por la regla.

IX. –Con respecto a los de fuera, seguirán también los preceptos dados por Jesucristo a sus discípulos sobre la manera de comportarse con el prójimo, con los escribas y fariseos, con los magistrados y los príncipes, etc. Luz del mundo, no perderán más su pureza en su contacto con el siglo, que el sol al atravesar las materias impuras; siervos de Dios, no se mezclarán ni en proceso, ni en negocio, ni en ningún de los asuntos del siglo, ni siquiera en obras de piedad sin el permiso del superior; sin este permiso, no atraerán a extraños a la casa, no mantendrán ningún trato con ellos, no les comunicarán ni las reglas, ni las cosas del interior, y no tomarán alimento en sus casas; incluso con este permiso, se atenderán a lo que se les haya prescrito en cuanto al tiempo, el lugar y el modo, de lo que darán cuenta a u regreso..

X. –Como Jesucristo y sus discípulos tenían sus ejercicios de piedad, tales como subir al templo los días señalados, dedicarse a la oración, retirase alguna vez a la soledad, la pequeña congregación tendrá también sus ejercicios espirituales. Siguiendo su bulla de erección, ella honrará particularmente los misterios inefables de la Santísima Trinidad y de la Encarnación con frecuentes actos de devoción, y de fe, con algunas oraciones y buenas obras cotidianas,

con la propagación de su conocimiento y de su culto, con el buen uso de la Eucaristía que las resume, con la devoción hacia la Santísima Virgen, madre del verbo encarnado. Además, una hora cada mañana de oración mental, celebración o asistencia diaria a la misa, lectura diaria también de una obra espiritual y del Nuevo Testamento, lectura de mesa, dos exámenes de conciencia al día, recitación en común del santo oficio, confesión sacramental y conferencias semanales, visita al Santísimo Sacramento al salir de la casa y al regresar, adoración de rodillas al entrar en la habitación y al salir, dirección espiritual e informe de conciencia cada tres meses, mortificación del viernes y de ciertos días a año, retiro y revisión anual: tales sin las solas prácticas de piedad prescritas en la congregación, y que le son poco más o menos comunes con todas las familias religiosas, incluso con los buenos eclesiásticos seculares que tenía que formar y a quienes no debía ofrecer en su vida un modelo inimitable.

XI. –En cuanto a las Misiones, Jesucristo dio también reglas a sus discípulos mandándoles pedir al señor de la mies que enviara obreros a su campo, señalándoles a quién y cómo debían predicar, de qué modo debían alimentarse, conducirse, ya en el viaje, ya con los que no los querían recibir. A ejemplo suyo, la congregación observará las reglas siguientes: ante todo, ella hará de las Misiones su obra principal e indispensable, a lo que la obliga el mismo nombre que ha permitido la divina Providencia darle por la voz unánime de los pueblos, y ella no las descuidará nunca por las obras más excelentes, ni siquiera por el servicio del clero, aunque esté casi igualmente encargada de este segundo ministerio. Además, envío del superior, aprobación del obispo, en cada diócesis, conformidad y bendición del párroco en cada parroquia, funciones gratuitas y rechazo de toda oferta con excepción del alojamiento, discreción y precauciones infinitas si se necesita consultar, dirección de las comunidades de mujeres prohibida, incluso de las hijas y mujeres de la Caridad sin el permiso expreso del superior: esto es a lo que se reducen todas las prescripciones y prohibiciones.

XII. –Jesucristo no sólo comenzó por obrar y por instruir, también lo hizo todo bien. Para seguir hasta el fin a este divino modelo, la Compañía empleará los medios propios para cumplir bien las funciones de las que se acaba de hablar. En todos sus trabajos, y sobre todo los más brillantes, cada uno tendrá la única y pura intención de agradar a Dios, nunca de agradar a los hombres, y de contentarse a sí mismo. Se evitará la vana complacencia atribuyendo a Dios toda la gloria, y los despechos del amor propio herido por el amor a las humillaciones. Después de un acto público, se guardará mucho de excitar el orgullo por alabanzas y de desanimar la debilidad por censuras indiscretas. Se hará gala de sencillez, esa virtud principal y especial de los Misioneros, sobre todo en los discursos dirigidos sea a los pueblos, sea a los eclesiásticos. Se huirá de las opiniones nuevas y particulares, la curiosidad en los estudios, la ambición y el orgullo, la envidia que llevaría a afligirse por la mayor reputación, crédito y éxito de las demás congregaciones. Se deseará más bien con Moisés que todos sean profetas. Se alegrarán de ver a Jesucristo anunciado por quienquiera que sea; y aunque se deba sentir por la Compañía el mayor afecto de corazón, como un niño prefiere con mucho a su madre, aunque fea y pobre, a todas las demás, por ricas y hermosas que sean, se la tendrá sin embargo como la última de todas las demás, y se le deseará menos la consideración y los aplausos de los hombres, que la oscuridad y la humillación, con el fin que

se parezca al grano de mostaza del Evangelio que no puede crecer y llevar fruto si no se le siembra y oculta en la tierra. Todos se cuidarán contra dos vicios opuestos, el espíritu de languidez y el celo indiscreto. Todos profesarán un respeto y un amor particular por las reglas y constituciones de la Compañía, hasta las menos importantes en apariencia; y, para grabárselas más profundamente en la memoria y en la voluntad, todos tendrán un ejemplar que leerán al menos cada tres meses con reflexión y examen de conciencia. Infiel, pedirá perdón a Dios y penitencia al superior; fiel, se dirá a pesar de todo, siguiendo las palabras de Jesucristo: “Yo soy un siervo inútil, no he hecho más que lo que debía, y además, no he podido hacerlo sin él.”

II. Distribución de las reglas. Tales son las reglas de la misión, bonito compendio del Evangelio, del que reproducen la divina doctrina con toda su unción y sencillez. Fue en 1658, el 17 de mayo, un viernes por la noche, el día y momento destinado a las conferencias espirituales, cuando Vicente se las distribuyó a su comunidad. Él le dirigió primeramente un prolongado discurso, cuyo resumen se halla en la epístola-prefacio que puso a la cabeza de sus constituciones. En ella explica cómo lo hemos hecho según él, su tardía redacción, y añade: “Si hubiéramos dado reglas desde un principio, y antes de que la Compañía las hubiera practicado, se habría pensado que habría más cosas humanas que divinas, y que habría sido un plan tomado y concertado humanamente, y no una obra de la Providencia divina. Pero, Señores y hermanos míos, todas estas reglas y todo lo demás que veis en la congregación se ha hecho no sé cómo. Ya que yo no había pensado nunca en ello, y todo se ha introducido poco a poco, sin que se pueda decir quién es la causa. Ahora, es una reglas de san Agustín, que cuando no se puede encontrar la causa de una cosa buena, hay que referirla a Dios, y reconocer que él es su principio y su autor. Según eso, ¿no es Dios el autor de todas nuestras reglas, que se han introducido yo no sé de qué modo, y de tal suerte que no se podría decir ni cómo ni porqué? ¡Oh Salvador, y qué reglas! ¿Y de dónde vienen? ¿había pensado yo en ellas? no, señor, y se lo puedo asegurar, Señores y hermanos míos, que jamás había pensado ni en estas reglas ni en la Compañía, ni siquiera en la palabra Misión; es Dios quien ha hecho todo esto; los hombres no tienen parte en ello. en cuanto a mí, cuando considero la forma de la que Dios ha querido servirse para dar nacimiento a la congregación en su Iglesia, confieso que no me lo explico, que me parece que un sueño todo lo que veo. No. no es cosa nuestra, no es algo humano, sino de Dios. ¿Llamarían ustedes humano a lo que el entendimiento del hombre no ha previsto, y lo que la voluntad no ha deseado ni buscado de ninguna manera? Nuestros primeros Misioneros no habían pensado en ello tampoco; de manera que todo se hizo contra todas nuestras previsiones y esperanzas. Sí cuando considero todas las ocupaciones de la congregación de la Misión, me parece que es un sueño. Cuando el profeta Habacuc fue arrebatado por un ángel y llevado muy lejos para consolar a Daniel en la fosa de los leones, y luego devuelto al lugar de partida, viéndose de regreso al mismo lugar del que había salido, ¿no tenía motivo de pensar que todo había sido un sueño? Y si ustedes me preguntan cómo se introdujeron las prácticas de la Compañía, cómo nos llegó el pensamiento de tisis sus ejercicios y ocupaciones, les diré que no sé nada y que no lo puedo saber. Ahí está el Sr. Portail quien ha visto tan bien como yo el origen de la pequeña Compañía que les puede decir que no pensábamos nada

de esto. Todo se hizo como por sí mismo, poco a poco, una cosa tras otra. El número de los que se unían a nosotros aumentaba, y todo el mundo trabajaba en la virtud; y al mismo tiempo que crecía, se introducían también las buenas prácticas, para poder vivir juntos y comportarnos con uniformidad en nuestros empleos. Aquellas prácticas se observaron siempre, y se observan todavía hoy, por la gracia de Dios. Por último, se ha creído conveniente reducirlas por escrito, y hacer de ellas unas reglas. Espero que la Compañía las reciba como emanadas del espíritu de Dios, a quo bona cuncta procedunt, del que todas las cosas buenas proceden, y sin el cual nos sumus suficientes cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis, no podemos pensar algo por nosotros mismos como de nosotros mismos.”

Estos detalles tan interesantes para la historia del origen y del comienzo de la Misión son al mismo tiempo la historia de todas las cosas religiosas, desde el cristianismo mismo, salido de un establo y de un taller, hasta la Sociedad de San Vicente de Paúl, salida de una habitación de estudiante. Más oscura todavía que la germinación de las plantas es la germinación de las obras divinas; por amos casos, el hombre planta, riega, pero solo Dios da el crecimiento; o mejor, en las cosas santas, dio parece hacerlo todo, comienza y acaba, y la parte del hombre se oculta y se pierde en su acción.

Por pequeña y nula que le pareciera su parte en el establecimiento y los progresos de la Compañía, Vicente temblaba por ella por haber puesto en ello la mano: y, ante el pensamiento que había cooperado en una obra tan evidentemente divina, entró en este transporte de humildad:

“Oh Señores y hermanos míos, me hallo en un asombro tal al pensar que soy yo quien da las reglas que no podría imaginarme cómo he podido llegar a esto, y me parece estar aún al comienzo; y cuanto más lo pienso, más lejos me parece del la invención de los hombres, y más evidentemente conozco que es Dios solo quien ha inspirado estas reglas a la Compañía. Que si yo he contribuido en algo, me temo que sea ese poquito lo que impida tal vez que sean tan bien observadas en el porvenir y no produzcan todo el fruto y todo el bien que deberían.”

No obstante, para animar a su observancia, añade: “Me parece que, por la gracia de Dios, todas ellas tienden a alejarnos del pecado, y hasta evitar las imperfecciones, a procurar la salvación de las almas, servir a la Iglesia y dar gloria a Dios; de manera que quienquiera que las observe como es debido, se alejará de los pecados y de los vicios, se pondrá en el estado que Dios le pide, será útil a la Iglesia y dará a Nuestro Señor la gloria que espera de él. ¡Qué motivos, Señores y hermanos míos, para apartarse de los vicios y de los pecados, en cuanto la debilidad humana pueden permitirlo, glorificar a Dios y hacer que le amen y le sirvan en la tierra! ¡Oh, Salvador, qué honor! No lo puedo valorar lo suficiente. Nuestras reglas no nos prescriben en apariencia más que una vida bastante común, y con todo tienen con qué llevar a los que las practican a una alta perfección; y no solamente eso, sino también a destruir el pecado y la imperfección en los demás, como lo habrán destruido en sí mismos. Si pues la Compañía ha hecho ya algunos progresos en la virtud, si cada particular ha salido de la situación de pecado y ha adelantado en el camino de la perfección, ¿acaso no se debe a la observancia de las mismas reglas? Si, por la misericordia de Dios, la Compañía ha producido algún bien en la Iglesia por medio de las Misiones y por los ejercicios de los ordenandos, ¿no es porque ha guardado el orden y la costumbre que Dios había introducido en

ella y que está mandado por estas mismas reglas? ¡Oh, qué motivo tan poderoso para observarlas inviolablemente, y qué feliz será la congregación de la Misión, si es fiel a ellas!

“Otro motivo que tiene para ello es que sus reglas están casi todas tomadas del Evangelio, como se ve, y todas tienden a conformar vuestra vida con la que Nuestro Señor llevó en la tierra. Porque se dice que este divino Salvador vino y fue enviado de su Padre para evangelizar a los pobres: *Pauperibus evangelizare missit me*, como, por la gracia de Dios, trata de hacer la pequeña Compañía, la cual tiene un gran motivo de humillarse y confundirse porque no ha habido otra que yo sepa, que se haya propuesto como fin particular y principal anunciar el Evangelio a los pobres, y a los pobres más abandonados, *Pauperibus evangelizare missit me*: porque ese es nuestro fin. Sí, Señores y hermanos míos, nuestra herencia son los pobres. ¡Qué felicidad, hacer lo mismo por lo que Nuestro Señor dijo que había venido del cielo a la tierra, y mediante lo cual esperamos con su gracia ir de la tierra al cielo! Hacerlo es continuar la obra del Hijo de Dios que iba de buena gana a los lugares del campo a buscar a los pobres. Esto es a lo que nos obliga nuestro Instituto, a servir y ayudar a los pobres, que debemos reconocer como a nuestros señores y dueños. ¡Oh, pobres pero dichosas reglas que nos comprometen a ir por los pueblos con exclusión de las grandes ciudades, para hacer lo que Jesucristo hizo! Ved, se lo suplico la felicidad de los que las observan, al conformar así su vida y todas sus acciones con las del Hijo de Dios! ¡Oh, Señor, qué motivo tenemos en esto para observar bien estas reglas, que nos conducen a un fin tan santo y tan deseable!”

El santo concluyó de esta manera su discurso que, con su lenguaje un poco anticuado, encierra tanta sublimidad cristiana y real elocuencia y que una vez más nos hace entrar tan adentro en su alma y en el espíritu que quiso comunicar a su Compañía:

“Después de lo cual, ¿qué más me queda, Señores? sino imitar a Moisés, el cual habiendo entregado la ley de Dios al pueblo, prometió a todos los que la observaran toda clase de bendiciones en sus cuerpos, en sus almas, en sus bienes y en todo. Así, Señores y hermanos míos, debemos esperar de la bondad de Dios toda clase de gracias y de bendiciones para todos los que observen fielmente las reglas que les ha dado: bendición en sus personas, bendición en sus proyectos, bendición en sus pensamientos, bendición en sus ocupaciones y en todas sus conductas, bendición en sus entradas y en sus salidas, bendición en fin en todo lo que les concierna. Espero que esta felicidad pasada con la que ustedes han observado estas reglas y su paciencia en esperarlas por tan largo tiempo, les obtendrá de la bondad de Dios la gracia de observarlas todavía más fácilmente y más perfectamente en lo futuro. ¡Oh Señor, dad vuestra bendición a este pequeño libro y acompañadle de la unción de vuestro espíritu, a fin de que lleve a las almas de cuantos lo lean el alejamiento del pecado, el desprendimiento del mundo, la práctica de las virtudes y la unión con vos!”

Esta charla fue pronunciada con un tono de voz mediano y humilde, dulce y ungido, que dejó pasar el alma del padre al alma de los hijos. Éstos se situaban en el lugar de los apóstoles, en particular en aquel día supremo, víspera de la Pasión, en que el divino Maestro les dirigió el último discurso y les dio también reglas, que las resumió en el gran mandamiento de la perfecta caridad: *Mandatum do vobis, ut diligatis invicem sicut dilexi vos*.

Luego Vicente procedió a la distribución del pequeño libro de las constituciones, comenzando por los más antiguos de la Compañía. Los invitó a venir a buscarlo. “Quisiera yo bien, les dijo, ahorrarles esta molestia, llevándoselo a cada uno en sus lugares; pero no me es posible, perdonen mis miserias.” Y dirigiéndose a Antonio Portail, su discípulo más antiguo: “Venga, Señor Portail, venga, venga, por favor, usted que ha soportado siempre mis debilidades; ¡que Dios le bendiga!” Se lo entregó a continuación en mano a Almeras y a Griquel, que se sentaban a ambos lados, y fue llamando sucesivamente a todos los demás, por el orden de su edad y sus asientos. A cada uno le decía una palabra especial, que comenzaba y acababa expresamente con la fórmula: “Venga, Señor ... ¡Que Dios le bendiga! Todos quisieron recibir sus ejemplares de rodillas, besando primero el libro y la mano de Vicente, después el suelo. Acabada la distribución, Almerás le pidió su bendición en nombre de toda la Compañía prosternada. El santo anciano pidió a sus vecinos que le apoyaran y él mismo se prosternó; luego de su corazón inspirado brotó esta hermosa plegaria: “Oh, Señor! que sois la ley eterna y la ley inmutable; que gobernáis con vuestra sabiduría infinita todo el universo; vos de quien han emanado las conductas de las criaturas, todas las leyes y todas las reglas para vivir bien como de su viva fuente, bendecid, Señor, por favor, a los que habéis dado estas reglas aquí , y que las han recibido como venidas de vos; dadles, Señor, la gracia necesaria para observarlas siempre e inviolablemente hasta la muerte. En esta confianza y en vuestro nombre, yo que soy miserable pecador pronunciaré las palabras de la bendición que voy a dar a la Compañía: *Benedictio Domini nostri Jesu Christi descendat super vos et maneat semper. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*” ¡Amen! respondió a una voz la Compañía, y todos se retiraron con los ojos llenos de dulces lágrimas, el corazón lleno de una santa emoción y de buenos deseos. Los Misioneros se decían entre ellos: “Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven, los oídos que oyen lo que ustedes oyen.” Y pensando en la edad avanzada de su padre, añadían para consolarse: “Nosotros no le perderemos del todo: la mejor parte de él mismo revivirá en sus reglas y en las virtudes que habrá transmitido en herencia a sus hijos.” En cuanto al santo fundador, quien, a pesar de su deseo de estar unido a Jesucristo, había temido siempre morir antes de entregar a su congregación una forma definitiva de gobierno, exclamaba: “Ahora, Señor, dejad partir en paz a vuestro siervo.” Sus ojos, en efecto, había visto encenderse con sus manos la luz que debía alumbrar a las naciones.

Quedaba no por perfeccionar su obra en sí misma, sino por implantarla, de alguna manera, en el corazón de sus discípulos, en hacerles recorrer y comprender todas las disposiciones.

Asimismo, hasta la víspera de su muerte casi, empleó todas las conferencias de los viernes en explicar la letra y el espíritu de sus reglas..

III. Explicación de las reglas. –Espíritu de la Misión. Nada de ingenuo, nada de dramático, nosotros diríamos de encantador, como estas conferencias de familia entre el más venerable y el más tierno de los padres, y los más respetuosos y los más afectuosos de los hijos. Al leerlas hoy, conservadas en su primera forma con una veneración filial a la vez y religiosa, el pensamiento se traslada involuntariamente a la época patriarcal, tal y como se nos representa en las santas Escrituras, o en los tiempos de los santos solitarios y

de aquellas charlas del desierto cuyo soplo de antigüedad nos trae un perfume del cielo. Vicente, cuya edad había roto la voz y debilitado la memoria, reunía a sus hijos en torno a él; y allí los entretenía con una humilde y conmovedora familiaridad, con un abandono todo paternal, interrumpiéndose para tomar a sus primeros compañeros como testigos de la verdad de sus palabras, o para pedir a uno o a otro un dato, una idea, un texto que se le había ido. Bien volvía sobre sí mismo en un monólogo de humildad profunda; bien se elevaba al cielo y establecía un piadoso diálogo entre Jesucristo y él. pero siempre sin buscarlo ni quererlo por el solo efecto de la convicción y del sentimiento. Él tenía esa elocuencia penetrante que, salida del corazón, va derecha al corazón..

En las conferencias de 6 y 13 de diciembre de 1658, Vicente explicó el primer capítulo de sus reglas: el fin del instituto, sus personal, sus medios de perfección; y, para mantenerle después de él en su espíritu y en sus obras, terminó con esta perorata: “Yo me iré pronto. Mi edad, mis debilidades y las abominaciones de mi vida no permiten que Dios me sufra más en la tierra. Podrá suceder que vengan después de mi muerte espíritus de contradicción y personas flojas que digan: ‘¿Para qué ocuparse en el cuidado de los hospitales? ¿Qué medios para asistir a tanta gente arruinada por las guerras, y acudir a buscarlos a sus casas? ¿para qué dirigir a las hijas que sirven a los enfermos, y para qué perder el tiempo en atender a los locos?...’ Y otros dirán que es demasiado intentar enviar (Misioneros) a los países distantes, a las Indias, a Berbería. Nosotros queremos dar misiones en este país, sin ir más lejos; pero de los niños expósitos, de los ancianos del santo nombre de Jesús, pero de los enfermos, ¡que no me hablen de ello! ...’ -Señores y hermanos míos, antes de que os abandone, les advierto en el espíritu que lo hacía Moisés a los hijos de Israel: ‘Yo me voy, ya no me veréis más; he conocido que muchos de entre vosotros se levantarán para seducir a los demás; harán lo que yo os prohíbo y no harán lo que os mando de parte de Dios.’ –‘Después de mi partida, decía también san Pablo, vendrán lobos rapaces. Si eso sucediera, decid: Dejados con las leyes de nuestros padres, con la situación en que estamos. Dios nos ha colocado en ella y quiere que en ella permanezcamos.’ Aguantad. –‘Pero la Compañía no puede con tal empleo.’ –Ay, si en la infancia ha podido y ha soportado todas esas cargas, ¿Por qué no iba a lograrlo cuando sea más fuerte? Dejados en el estado en que estaba Nuestro Señor en la tierra. Hacemos lo que él hizo; ¡nadie nos impedirá imitarle¹³⁷ .”

En todo el curso del año 1659, y en diecisiete conferencias, el santo explicó el segundo capítulo de las reglas, sobre la doctrina de Jesucristo: seguir los consejos evangélicos, buscar siempre el reino de Dios, hacer en todo su santa voluntad, y permanecer en una perfecta indiferencia. Decía a sus hijos. “La perfección del amor no consiste en los éxtasis, sino en hacer bien la voluntad de Dios; y aquél será el más perfecto que tenga su voluntad más conforme con la voluntad de Dios; de modo que nuestra perfección consiste en unir de tal manera nuestra voluntad con la de Dios que la suya y la nuestra no sean más que un querer y no querer; y el que sobresalga más en este punto, será el más perfecto. Cuando Nuestro Señor quiso enseñar al medio para llegar a la perfección a aquel hombre del que se habla en el Evangelio, le dijo: ‘Si alguien quiere venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que lleve su cruz y me siga.’ Pues bien, yo les pregunto: “¿Quién es el que más se renuncia a sí

¹³⁷ La misma idea en una rep. De orac. Del 14 de julio de 1655.

mismo, o lleva mejor la cruz de la mortificación y que sigue más perfectamente a Jesucristo, sino el que trata de no hacer nunca su propia voluntad y de hacer siempre la voluntad de Dios? La Escritura dice también en alguna otra parte que ‘el que se une a Dios es un mismo espíritu con Dios.’ Pues yo les pregunto: ¿quién está más perfectamente unido a Dios sino el que no hace más que la voluntad del mismo Dios, y nunca la suya propia? Quien no quiere y no desea otra cosa que lo que Dios quiere? ¡Oh, qué medio tan sencillo para adquirir en esta vida un gran tesoro de gracias!¹³⁸“

Y desarrollando la misma verdad de alguna forma por sus contrarios, les hacía ver la vanidad, la culpabilidad incluso de todo lo que parte de la voluntad propia: “Estoy seguro, les decía él, que no hay nadie de los que están aquí presentes, que no haya tratado de practicar hoy algunas acciones que por sí mismas son buenas y santas; y sin embargo puede suceder que Dios las haya rechazado por haber sido hechas por un movimiento de su propia voluntad. Acaso no es lo que el profeta declaró cuando dijo de parte de Dios: “No quiero vuestros ayunos, por los cuales, al pensar honrarme, hacéis lo contrario; porque cuando ayunáis, hacéis vuestra propia voluntad, y por esta propia voluntad, echáis a perder y corrompéis vuestro ayuno (Is., c. LVIII). “ Pues bueno, se puede decir lo mismo de todas las demás obras de piedad, en las cuales la mezcla de nuestra propia voluntad estropea y corrompe nuestras devociones, nuestros trabajos, nuestras penitencias. Hace ya veinte años que yo no leo nunca en la santa misa esta epístola sacada del capítulo 58 de Isaías, que no se sienta muy confundido. ¿Qué debemos hacer para no perder el tiempo y el trabajo? Es que no hay que actuar nunca por el movimiento de nuestro propio interés, inclinación, humor o fantasía, sino acostumbrarnos y habituarnos a hacer la voluntad de Dios en todo. Digo en todo, y no en parte; ya que ese es el efecto propio de la gracia, que hace a la persona y a la acción agradables a Dios¹³⁹“

¡Oh, entonces, qué dicha para el cristiano! “Mirad las disposiciones tan santas en las que pasa la vida, y las bendiciones que acompañan todo lo que hace. Sólo le importa Dios, y es Dios quien le conduce, en todo y por todo; de manera que puede decirle con el profeta: Tenuisti manum dexteram meam, et in voluntate tua deduxisti me. Dios le toma como de la mano derecha y mostrándose recíprocamente con entera sumisión a esta divina dirección, ustedes le verán mañana, pasado mañana, toda la semana, todo el año, y por fin toda su vida, en paz y tranquilidad, en ardor y tendencia continua hacia Dios, y difundiendo siempre en las de su prójimo las dulces y saludables operaciones del espíritu que le anima. Si ustedes le comparan con los que siguen sus propias inclinaciones, verán sus conductas tan brillantes de luz y siempre fecundas en frutos; se advierte un progreso notable en su persona, una fuerza y energía en todas sus palabras; Dios da una bendición particular a todas sus empresas y acompaña con su gracia los proyectos que emprende por él y los consejos que da a los demás y todas sus acciones sin de gran edificación. Pero, por otro lado, se ve que las personas apegadas a sus inclinaciones y placeres sólo tienen pensamientos de tierra, discursos de esclavos y obras muertas; y esta diferencia viene del apego que tienen éstos a

¹³⁸ Véase también la conf. del 17 de octubre de 1655, de donde está tomado este pasaje. -Tomamos indiferentemente de las conferencias de diversas épocas, para dar la viva expresión de las ideas del santo, y para mostrar con ello la constancia.

¹³⁹ Conf. de 7 de marzo de 1655(¿).

las criaturas, mientras aquéllos viven apartados de ellas; la naturaleza obra en estas almas bajas, y la gracia en las que se levantan a Dios y sólo respiran su voluntad.”

Esta sumisión absoluta a la voluntad de Dios produce la santa indiferencia, tan recomendada también por san Vicente de Paúl, y tan admirablemente practicada por él. Ya que, si nos complacemos en citar sus discursos, o bajo un estilo incorrecto y familiar, y sin embargo original, no hay nada de común en el pensamiento, donde todo es grande, elevado, con rasgos sublimes, es que primero nos inician en el espíritu que quiso comunicar a su congregación, y después nos ofrecen la expresión más ingenua de su alma y de su vida.

“La indiferencia, decía él, es un estado de virtud de quien está de tal forma desprendido de las criaturas y de tal modo unido a la voluntad del Creador, que le da lo mismo una cosa que otra. He dicho que es un estado de virtud, y no simplemente una virtud la que debe actuar en este estado; porque es necesario que sea activa, y que por ella se desprenda el corazón de las cosas que le tienen cautivo, de otra forma no sería una virtud; y esta virtud no es sólo de gran excelencia, sino también de una singular utilidad para el adelanto en la vida espiritual, y hasta se puede decir que es necesaria para todos los que quieren servir a Dios perfectamente: porque ¿cómo podemos buscar el reino de Dios y dedicarnos a procurar la conversión de los pecadores y la salvación de las almas, si estamos apegados al bienestar y a las comodidades de la vida presente? ¿Cómo cumplir la voluntad de Dios si seguimos los movimientos de la nuestra? ¿Cómo renunciar a nosotros mismos, según el consejo de Nuestro Señor, si buscamos ser estimados y aplaudidos? ¿Cómo desprendernos de todo, si no tenemos el valor de dejar una cosa de nada que nos detiene? Vean pues qué necesaria nos es esta santa indiferencia, y cuál es la obligación que tenemos de darnos a Dios para adquirirla, si queremos librarnos de ser esclavos de nosotros mismos o, mejor dicho, de ser esclavos de un animalito, ya que quien se deja llevar y dominar por su parte animal no merece llamarse hombre, sino más bien ser tenido por un animal.

“La indiferencia tiene algo de la naturaleza del perfecto amor, sí, mejor dicho, es una actividad de ese perfecto amor que lleva a la voluntad a todo lo que es mejor y que destruye todo obstáculo; como el fuego que no sólo tiende a su esfera, sino que consume todo lo que le retiene; y es en este sentido cómo la indiferencia, según el pensamiento de un santo, es el origen de todas las virtudes y la muerte de todos los vicios.

“El alma que están en esta perfecta indiferencia es comparada por lo profetas a un animal de carga, que no prefiere llevar una cosa más que otra, pertenecer a un amo rico o a uno pobre, una bonita cuadra o un pobre establo. Todo le es bueno y está dispuesta a todo lo que se quiere de ella. Camina, se para, se vuelve a un lado, al otro, sufre, trabaja de noche y de día. Esto es, señores y hermanos míos, lo que debemos ser: desprendidos de nuestro juicio, de nuestra voluntad, de nuestras inclinaciones, y de todo lo que no es Dios, y dispuestos a todas las órdenes de su santa voluntad; y esto es lo que han sido los santos¹⁴⁰.

¡“Oh gran san Pedro! bien lo decíais, que lo habíais dejado todo, y lo dejasteis muy claro, cuando habiendo reconocido a vuestro Maestro a la orilla del mar, y oísteis a su amado discípulo que os dijo: ‘ Dominus est, es el Señor’, os

¹⁴⁰ Conf. del 16 de mayo de 1659

echasteis al agua para ir a él. no os importaba ni la barca, ni vuestra ropa, ni siquiera vuestra vida, sino tan sólo este divino Salvador que era vuestro todo. Y vos, san Pablo, gran apóstol que, por una gracia, muy especial, fuisteis favorecido desde el momento de vuestra conversión, practicasteis tan perfectamente esta virtud de indiferencia diciendo: 'Domine, quid me vis facere? Señor, '¿qué queréis que haga?; Este lenguaje marcaba un cambio maravilloso y un desprendimiento que no se había podido lograr más que por un golpe de gracia, viéndose al punto desprendido de su ley, de su cometido, de sus pretensiones, de sus sentimientos, y puesto en un estado tan perfecto, que estaba preparado e indiferente a todo lo que Dios quisiera de él. entonces, si estos santos han apreciado y practicado esta virtud de indiferencia, nosotros debemos imitarlos y seguirlos: pues los Misioneros no se pertenecen, sino a Jesucristo, que quiere disponer de ellos para hacer lo que él hizo y sufrir como a ejemplo suyo. 'Así como mi Padre me ha enviado, decía a sus apóstoles y a sus discípulos, así os envío yo a vosotros; y como me han perseguido a mí, así os perseguirán a vosotros'.

"Después de todas estas consideraciones, ¿No vamos a vaciar nuestro corazón de todo otro afecto que no sea el de confirmarnos a Jesucristo, de toda otra voluntad que no sea la de la obediencia? Me parece que los veo a todos dispuestos, y espero que Dios nos hará esta gracia. Sí, Dios mío, yo la espero para mí el primero que tanto la necesito, a causa de todas mis miserias y de todos mis apegos, por los que me veo casi en la impotencia de retirarme, y que me hacen decir en mi vejez, como David: 'Señor, tened piedad de mí'. Pero les edificaré, hermanos míos, que hay en esta casa ancianos enfermos que han pedido ser enviados a las Indias, y que lo han pedido con sus achaques y todo, que no eran pequeños. ¿De dónde viene este valor? Porque tienen el corazón libre. Van de corazón y afecto a todo lugar donde Dios quiere ser conocido y adorado, y nada los detiene aquí más que su santa voluntad. Y nosotros, hermanos míos, todos mientras nos hallamos aquí, si no nos viéramos atados a algunas desdichadas zarzas, cada uno diría en su corazón: 'Dios mío, me entrego a vos para ser enviado a todos los lugares de la tierra a los que los superiores juzguen conveniente que vaya a anunciar vuestro nombre; y aunque debiera morir allí, me dispondría a ir, sabiendo bien que mi salvación está en la obediencia, y la obediencia en vuestra voluntad.' En cuanto a los que no están en esta preparación de espíritu, deben tratar de conocer bien cuáles son las cosas que los atraen más hacia un lado que al otro, para que, por medio de la mortificación continua, interior y exterior, lleguen, con la ayuda de Dios, a la libertad de los hijos, que es la santa indiferencia¹⁴¹."

De la indiferencia, el santo pasaba a la sencillez, esa virtud que brillaba en él con todo su esplendor modesto, que seducía a todos aquellos con quienes entraba en relación, que contribuyó tanto al éxito de sus grandes empresas, porque, además de la bendición de Dios, le atraía la confianza y el afecto de todos los hombres. "Al enviar el Salvador, dijo a los suyos, a sus apóstoles a predicar su Evangelio por todo el mundo, les recomendó en particular esta virtud de sencillez como una de las más importantes y necesarias para atraer a ellos las gracias del cielo, y para disponer los corazones de los habitantes de la tierra a escucharlos y a creerlos. Pero no es sólo a sus apóstoles a quienes hablaba, sino a todos aquellos que su providencia destinaba a trabajar en la

¹⁴¹ Conf. del 19 de marzo de 1659.

predicación del Evangelio y en la instrucción y conversión de las almas. Y, por consiguiente, es a nosotros a quienes hablaba Jesucristo, y recomendaba esta virtud de sencillez, la cual es tan agradable a Dios, que se complace sobre todo en conversar con los sencillos de corazón: Cum simplicibus sermocinatio ejes. Piensen, hermanos míos, qué consuelo y qué dicha para los que son del número de estos verdaderos sencillos, que tienen la seguridad de su palabra que se complace en permanecer y conversar con ellos.

“Nuestro Señor nos hace también conocer cuánto le agrada la sencillez con estas palabras que dirige a Dios sus Padre: “Confiteor tibi, Pater, quia abscondisti haec sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis: Reconozco, Padre mío, y os doy gracias, que la doctrina que he aprendido de vos y que yo entrego a los hombres no es conocida más que de los pequeños y de los sencillos, y permitía que los sabios y prudentes del mundo no la entiendan, y que el sentido y el espíritu de esta doctrina les estén escindidos.” Por cierto que si reflexionamos sobre estas palabras, deben espantarnos, a nosotros, digo, que corremos tras la ciencia, como si toda nuestra felicidad dependiera de ella. No es que un sacerdote y un Misionero no deban tener ciencia, sino tanta como se requiere para cumplir su ministerio, y no para contentar su ambición y curiosidad. Se ha de estudiar y adquirir ciencia, pero con sobriedad como lo dice el santo Apóstol. Hay otros que se aplican a la inteligencia en los asuntos, y que quieren pasar por gente de provecho, por diestros y capaces en todo. También a ellos les quita Dios la penetración de las verdades y de las virtudes cristianas, así como a todos los sabios y entendidos en la ciencia del mundo. ¿Y a quién da pues la inteligencia de sus verdades y de su doctrina? Es a los sencillos, a la buena gente, y más comúnmente incluso al pobre pueblo; como se verifica por la evidencia que se advierte entre la fe de los pobres de los campos y la de las personas que viven en el gran mundo. Ya que puedo decir que la experiencia desde hace mucho me ha hecho ver que la fe viva y práctica del espíritu de la verdadera religión, se hallan más ordinariamente entre los pobres y entre los sencillos. Dios se complace en enriquecerlos con una fe viva: creen y gustan estas palabras del Evangelio; se les ve en cada momento llevar con paciencia sus enfermedades, su escasez y sus demás aflicciones, sin murmurar, y hasta sin quejarse sino muy poco y raras veces. ¿De dónde viene eso? Es que Dios gusta de repartir y en abundancia en ellos el don de la fe y de las demás gracias, que niega a los ricos y sabios del mundo.

“Añadamos a eso que todo el mundo quiere a las personas sencillas y cándidas, que no usan de finura ni de engaños, que van buenamente y que hablan con sinceridad, de tal manera que su boca está de acuerdo con su corazón. Son apreciados y queridos de todos en todas partes, y hasta en la corte cuando se los ve por allá; y en las compañías regladas, todos les tienen afecto y confían en ellos. Pero cosa que es de notar, incluso aquellos que no tienen el candor y la sencillez en sus palabras ni en su espíritu, no dejan por ello de amarlos en los otros. Tratemos pues, hermanos míos, de hacernos amables a los ojos de Dios con esta virtud que, por su misericordia, vemos brillar en muchos de la pequeña Compañía, que con sus ejemplos nos invitan a imitarlos.

“Pues bien, para conocer bien la excelencia de esta virtud, hay que saber que nos acerca a Dios, y nos hace parecidos a Dios en la conformidad que ella nos ha hecho tener con él, porque es un ser muy simple, y porque tiene una

esencia muy pura que no admite ninguna composición; de suerte que lo que él es por esencia, eso mismo nosotros debemos serlo por virtud, en cuanto nuestra debilidad y miseria es capaz. Tener un corazón sencillo, un espíritu sencillo, una intención sencilla, un operar sencillo; hablar con sencillez, actuar buenamente, sin usar disfraces ni artificios, no mirando más que a Dios, a quien solo deseamos agradar.

“La sencillez pues comprende so sólo la verdad y la pureza de intención, sino que tiene también cierta propiedad de alejar de nosotros todo engaño, artimaña y duplicidad. Y como principalmente es en la palabras donde se muestra esta virtud, nos obliga a declarar las cosas con nuestra lengua como la tenemos en el corazón, hablando y declarando con sencillez lo que tenemos que decir y con una intención de agradar a Dios. No se trata sin embargo de que la sencillez nos obligue a descubrir todos nuestros pensamientos; ya que esta virtud es discreta y nunca contraria a la prudencia, y nos hace discernir lo que es bueno decir de lo que no lo es, y nos lleva a conocer cuándo hay que callarse y así como cuándo hay que hablar..

“Por lo que se refiere a la sencillez en las acciones, es propio de ella hacer actuar buenamente, rectamente siempre mirando a Dios, tanto en los asuntos, o en los empleos y ejercicios de piedad, con exclusión de toda clase de hipocresía, de artificio y de vana pretensión... De donde se deduce que esta virtud de sencillez no se encuentra en las personas que, por respeto humano, quieren parecer otras de lo que son, que hacen acciones buenas exteriormente para ser tenidas por virtuosas, que poseen cantidad de libros superfluos, para parecer sabios, que se esmeran en predicar bien para recibir aplausos y alabanzas, y por último que tienen otras miras en sus ejercicios y prácticas de piedad. Entonces, les pregunto, hermanos míos, si esta virtud de sencillez no es hermosa y deseable, y si no es justo y razonable guardarse con gran cuidado de todas esta argucias y artificios de palabras y de acciones. Mas, pasa adquirirla, se ha de practicar, y será mediante frecuentes actos de la virtud de la sencillez como llegaremos a ser verdaderamente sencillos, con el auxilio de la gracia de Dios, que debemos pedirle con frecuencia¹⁴².”

La enseñanza escrita del santo era absolutamente la misma que la enseñanza hablada. A uno de sus sacerdotes que medía sus buenas relaciones con el prójimo por el interés de la congregación, y que quería que se publicara el bien que escribía de ciertas personas, respondió: “Ay, Señor, ¿en qué se divierte usted? ¿Dónde está la sencillez de un Misionero que debe ir derecho a Dios? Si no reconoce cosas buenas en estas personas, no lo publique; pero si lo encuentra, hable de ello para honrar a Dios en ellas, porque todo bien procede de él.. Nuestro Señor reprendió a uno que le llamaba bueno, porque no lo hacía con buena intención; ¡cuánta más razón tendría para prenderle a usted si alaba a los hombres por complacencia, para sentirse bien con ellos o para algún otro fin rastrero, aun cuando este fin tenga otra (intención) que sea buena! Pues sé que no busca ser estimado y querido de nadie sino para gloria de Dios. Pero recuerde que la doblez no agrada a Dios, que no debemos mirar más que a él para ser verdaderamente sencillos¹⁴³.”

A otro que le ofrecía su corazón escribió: “Le agradezco su carta y su presente. Su corazón es demasiado bueno para ponerlo en manos tan malas como las mías; y sé también que no me lo entregáis sino para devolverlo a Nuestro

¹⁴² Conf. del 14 de marzo de 1650.

¹⁴³ Carta a Coglée, en Sedan, del 25 de setiembre de 1650.

Señor a quien pertenece, y al amor hacia el cual usted quiere que tienda sin cesar. Que este amable corazón sea pues y desde este momento de Jesucristo; que esté ahí siempre y plenamente, en el tiempo y en la eternidad. Pídale, le ruego, que me dé parte en el candor y en la sencillez de su corazón: son virtudes de las que tengo gran necesidad, y cuya excelencia es incomprensible.”

No más que el Evangelio, acabamos de verlo, Vicente no separaba la sencillez de la prudencia. “ Es propio de la virtud de prudencia, decía, ajustar y conducir las palabras y las acciones. Nos hace hablar con sabiduría y acierto, y hace que hablemos con circunspección y juicio de las cosas buenas por su naturaleza y en sus circunstancias, y que se supriman y queden en el silencio las que van contra Dios o dañan al prójimo o tienden a la propia alabanza o a algún otro fin malo. Esta misma virtud nos hace actuar con consideración, madurez, y por un bien motivo en todo lo que hacemos, no sólo en cuanto a la sustancia de la acción, sino también en cuanto a las circunstancias; de manera que el prudente actúa como se debe, cuando se debe, y por el fin debido. El imprudente, por el contrario, no repara en el modo, ni en el tiempo, ni en los motivos convenientes, y ahí está su defecto; mientras que el prudente, obrando con discreción, lo hace todo con peso, número y medida.

“La prudencia y la sencillez tienden al mismo fin, que es hablar bien y actuar bien, a la vista de dios; y como una no puede ir sin la otra, Nuestro Señor las recomendó a las dos juntas, sé muy bien que se verá la diferencia entre estas dos virtudes por distinto razonamiento; pero, en realidad, tienen una gran relación, por su sustancia y por su objeto. Como la prudencia de la carne y del mundo tiene por meta y fin adquirir honores, placeres y riquezas, se opone frontalmente a la prudencia y a la sencillez cristiana, que nos alejan de estos bienes engañosos para hacernos abrazar los bienes sólidos y perdurables, y que sin como dos buenas hermanas inseparables, y tan necesarias en nuestro adelanto espiritual, que quien sepa servirse de ellas debidamente reunirá sin duda grandes tesoros de gracias y de méritos. Nuestro Señor las practicó todas en grado excelente y en diversas ocasiones... “ –El santo cita aquí el hecho de la mujer sorprendida en adulterio y la respuesta a la pregunta sobre el tributo que pagar al César; después concluye:

“Es pues propio de la prudencia reglar las palabras y las acciones. Pero tiene, además de ése, otro oficio, que es elegir los medios propios para llegar al fin que se propone el cual, no siendo otro que el de ir a Dios, ella emprende los caminos más directos y más seguros para conducirnos a él. No hablamos aquí de la prudencia política y mundana que no tendiendo más que a los éxitos temporales y a veces injustos, sólo se sirve de medios humanos muy dudosos y muy inciertos; sino que hablamos de esta santa prudencia que aconseja Nuestro Señor en el Evangelio, que nos hace escoger los medios propios para llegar al fin propuesto, la cual siendo toda divina, es preciso que tengan relación y proporción con ella. Ahora, nosotros podemos elegir los medios proporcionados a un fin de dos formas: o por nuestro razonamiento, que es a menudo bien débil; o bien por las máximas de la fe que Jesucristo nos ha enseñado, que son siempre infalibles y que podemos emplear sin ningún miedo a equivocarnos. Por ello la verdadera prudencia somete nuestra razón a estas máximas, y nos da como regla inviolable juzgar siempre y en todas las cosas como Nuestro Señor las juzgó; de modo que en las ocasiones nos preguntemos a nosotros mismos: “¿Cómo juzgó Nuestro Señor de tal o cual

cosa? ¿Cómo se condijo en tal o cuál ocasión? ¿Qué dijo o qué hizo en tales o cuales asuntos?” y así ajustemos toda nuestra conducta a sus máximas y sus ejemplos. Tomemos pues esta resolución, Señores, y caminemos con seguridad por el camino en el que Jesucristo será nuestro guía y nuestro conductor; y recordemos lo que dijo, que “el cielo y la tierra pasarán pero que sus palabras y verdades no pasarán nunca. Bendigamos a Nuestro Señor, hermanos míos, y tratemos de juzgar y pensar como él, y de hacer lo que recomendó con sus palabras y con sus ejemplos. Entremos en su espíritu para entrar en sus operaciones; ya que todo no está en hacer el bien, sino que hay que hacerlo bien, a imitación de Nuestro Señor, de quien se ha dicho: ‘Bene omnia fecit, que hizo bien todas las cosas.’ No, no basta con ayunar, observar las reglas, ocuparse en las funciones de la Misión; sino que se ha de hacer en el espíritu de Jesucristo, es decir con perfección, para los fines y con las circunstancias que él mismo las ha hecho. La prudencia cristiana pues consiste en juzgar, hablar y actuar como la sabiduría eterna de Dios, revestida de nuestra débil carne, juzgó, habló y actuó.” El santo decía también: “Allí donde la prudencia humana fracasa y no ve ni gota, allí comienza a apuntar la luz de la sabiduría divina¹⁴⁴.”

No hay virtudes en las que Vicente haya insistido más en sus conferencias, que en la mansedumbre y la humildad. “Son dos hermanas gemelas, decía. que concuerdan muy bien juntas. La regla nos manda estudiarlas cuidadosamente en Jesucristo, que nos dice: ‘Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.’ Es pues una lección del hijo de Dios: Apprenex de moi. ¡Oh Salvador, qué palabra! Pero ¡qué dicha ser vuestros escolares y aprender esta lección tan breve y tan excelente, que nos hace tal como vos sois! ¿No tendréis la misma autoridad sobre nosotros que tuvieron en otro tiempo los filósofos sobre sus seguidores, que abrazaban tan estrechamente sus sentencias, que bastaba con decir: ‘El Maestro lo ha dicho’, para no apartarse nunca de ellas?

“Si pues los filósofos, con su razonamiento, lograban tal credibilidad de sus discípulos en las cosas humanas, ¡cuánto más, hermanos míos, merece la sabiduría eterna ser creída y seguida en las cosas divinas! ¿Qué le responderíamos en este momento si nos pidiera cuenta de todas las lecciones que nos ha dado? ¿Qué le diremos en la muerte cuando nos reproche haberlas aprendido tan mal? ‘Aprended de mí, dice, a ser mansos.’ Si se tratara de un san Pablo o un san Pedro, que por sí mismo nos exhortara a aprender de él la mansedumbre, podríamos excusarnos; pero es un Dios hecho hombre, quien ha venido a mostrarnos cómo hay que ser para ser agradables a su Padre; es el Maestro de los maestros quien nos enseña a ser mansos. Dadnos parte, mi Señor, en vuestra gran mansedumbre: os lo pedimos por esa misma dulzura que no puede negar nada.”

Después de este exordio, el santo redujo todos los actos de la mansedumbre a tres principales: reprimir los movimientos de cólera, o emplearlos con dulzura también, en la única necesidad de la corrección, a ejemplo del Salvador; -tener para con todos una gran afabilidad de corazón y serenidad de rostro, en lugar de ponerse como esas tierras secas que ni producen más que cardos; -por último, no dar nunca muestras de, en caso de desagrado o injurias, del menor resentimiento. Para llegar a esta perfección de la mansedumbre, hay que prever las ocasiones de arrebatos y precaverse contra ellas, -detestar el vicio de

¹⁴⁴ Conf del 14 de marzo de 1659.

la cólera, -en la emoción, no actuar, ni hablar, ni formar ningún plan, -no demostrar nada en el rostro, -y sobre todo frenar entonces la lengua y reprimir toda ocurrencia. -Y comparando entonces a los mansos y a los irascibles, decía: “No hay personas más constantes y más firmes en el bien que los que son mansos y buenazos, como por el contrario los que se dejan llevar por la cólera y las pasiones del apetito irascible, son de ordinario muy inconstantes, ya que no obran sino por ex abruptos y arrebatos. Son como torrentes que no tienen fuerza ni impetuosidad mas que en sus desbordamientos, que se secan una vez que han pasado; mientras que los ríos, que representan a las personas buenas, pasan sin ruido, con tranquilidad y no se agotan nunca.

“Después de esto, concluía, ¿no debemos aficionarnos a esta virtud de mansedumbre, por la que no sólo Dios nos hará la gracia de reprimir los movimientos de la cólera, comportarnos graciosamente con el prójimo, y devolver bien por mal; pero también de sufrir pacíficamente las aflicciones, las heridas, los tormentos y la muerte misma, que nos podrían causar los hombres? Hacednos la gracia, Salvador mío, de aprovecharnos de las penas que vos sufristeis con tanto amor y dulzura. Muchos las aprovecharon por vuestra bondad, y tal vez yo sea el único aquí que no ha comenzado todavía a ser a un tiempo manso y sufridor. Pidan a Dios que me dé parte en esta virtud de Jesucristo, y ¡que no permita que me vea sumido en las falta que tan frecuentemente cometo contra la mansedumbre! Y como un anciano rara vez se corrige de las malas costumbres, aguántenme, se lo suplico, , y no se cansen de rogar a Nuestro Señor que me cambie y me perdone^{145!}”

Pero la humildad, su virtud favorita, ¡con qué amor y elevación habla de ella! Sentimos no poder citar toda esta conferencia, obra maestra de filosofía cristiana, resumen de toda la perfección evangélica. Plantea en primer lugar el fundamento sólido de esta virtud en la comparación entre la condición miserable del hombre y la grandeza y la santidad infinitas de Dios “En verdad, Señores y hermanos míos, si alguien de nosotros quiere estudiarse y conocerse bien, encontrará que es muy justo y muy razonable despreciarse a sí mismo. Ya que, si por un lado, consideramos seriamente la corrupción de nuestra naturaleza, la ligereza de nuestro espíritu, las tinieblas de nuestro entendimiento, el desorden de nuestra voluntad y la impureza de nuestras afectos; y por otra, si sopesamos con la medida del santuario nuestras obras y nuestros productos, hallaremos que todo es muy digna de desprecio. Pero qué, me dirán ustedes, ¿es que pone en ese número las predicaciones que hemos hecho, las confesiones que hemos oído, los cuidados y molestias que nos hemos tomado por el prójimo y por el servicio de nuestro Señor? –Sí, Señores. si miramos las mejores acciones, encontraremos que en la mayor parte nos hemos portado mal en cuanto a la manera y con frecuencia en cuanto al fin; y que, se mire por donde se mire, puede haber tanto mal como bien. Porque, díganme, se lo ruego, ¿qué se puede esperar de la debilidad del hombre? ¿Qué puede producir la nada, y qué puede hacer el pecado? Tengamos pues por seguro que en todo y en todas partes somos dignos de rechazo y siempre muy despreciables a causa de la oposición que presentamos nosotros mismos a la santidad y a las demás perfecciones de Dios, a la vida de Jesucristo y a la obra de su gracia. Y lo que más nos persuade esta verdad es la inclinación natural y continua que tenemos al mal, nuestra incapacidad para el bien, y la

¹⁴⁵ Conf. sin fecha sobre la mansedumbre.

experiencia que tenemos todos de que, entonces mismo cuando pensamos haber hecho bien algo, o hemos dado algún buen parecer, sucede todo lo contrario, y Dios permite a menudo que nos desprecien. Si pues queremos conocernos bien, veremos que todo lo que pensamos, decimos y hacemos, ya en la sustancia, ya en las circunstancias, estamos llenos y rodeados de motivos de confusión y de desprecio; y si no queremos adularnos, nos veremos no sólo peores que los demás hombres, sino peores de algún modo que los demonios del infierno: ya que estos desgraciados espíritus no tenían a su disposición las gracias y los medios que nos son dados a nosotros para ser mejores, con ello harían mil y mil veces mejor uso de ellas que nosotros.”

Vicente proponía luego el ejemplo de Jesucristo: “¿Qué es la vida de este divino Salvador, sino una humillación continua, activa y pasiva? La quería de modo que nunca la dejó durante su vida en la tierra; y hasta después de su muerte, quiso que la Iglesia nos representara a su persona divina por la figura de un crucifijo, para parecer a nuestros ojos en un estado de ignominia, como habiendo sido colgado por nosotros como un criminal, y como habiendo sufrido la muerte más vergonzosa y más infame que se haya podido imaginar. ¿Por qué así? Porque conocía la excelencia de la humillación y la malicia del pecado contrario, que no sólo agrava los demás pecados, sino que vuelve viciosas las cosas que de por sí no son malas, y que hace infectarse y corromper las que son buenas, inclusive las más santas.”

La humildad es pues la virtud de Jesucristo, es la virtud de su santa Madre, la virtud de los mayores santos; es la virtud de los Misioneros. “Pero, ¿qué digo? Vuelvo a empezar, desearía que la tuviéramos; y cuando he dicho que era la virtud de los Misioneros, entiendo que es la virtud que más necesitan, y de la que deben tener un ardiente deseo. Ya que esta pequeña Compañía, que es la última de todas, no debe estar fundada más que en la humildad, como en su virtud propia; de otra forma no haremos nada que merezca la pena, ni dentro ni afuera y, sin la humildad, no debemos esperar ningún progreso para nosotros, ni ningún provecho para el prójimo. ¡Oh Salvador, dadnos pues esta santa virtud que nos es propia, que habáis traído al mundo y que queréis con tanto afecto! Y ustedes, Señores, sepan que el que quiere ser un verdadero Misionero debe trabajar sin cesar en adquirir esta virtud y perfeccionarse en ella, y sobre todo debe defenderse contra todos los pensamientos de orgullo, de ambición y de vanidad, como de los mayores enemigos que pueda tener, atacarlos nada más verlos aparecer para exterminarlos, y vigilar cuidadosamente para no darles cabida. Sí, otra vez lo digo, que si somos verdaderos Misioneros, cada uno de nosotros en particular debe sentirse bien cuando nos tengan por espíritus pobres y pequeños, por gente sin virtud, cuando nos traten de ignorantes, nos injurien y desprecien, nos echen en cara nuestros defectos, y nos tengan por insoportables a causa de nuestras miserias e imperfecciones. Y voy todavía más allá, digo que debemos alegrarnos de que se diga de nuestra congregación en general que es inútil en la Iglesia, que está compuesta de pobres gentes, que todo lo que emprende lo echa a perder, que sus empleos en el campo no fructifican, los seminarios sin gracia, las ordenaciones sin orden. Sí, si tenemos el verdadero espíritu de Jesucristo, debemos aceptar ser tenidos por todo lo que he dicho¹⁴⁶.”

¹⁴⁶ Conf. del 18 de abril de 1659.

No sólo recomendaba Vicente la humildad individual, sino también, y con razón, la humildad de cuerpo. Así, decía: “¿No resulta extraño, decía, que se vea bien que los particulares de una compañía, como Pedro, Juan y Santiago deban huir del honor y amar el desprecio; pero la compañía, dicen, y la comunidad, deba adquirir y conservar la estima y el honor en este mundo? Pues, por favor, ¿cómo puede ser que Pedro, Juan y Santiago puedan verdadera y sinceramente amar y buscar el desprecio, y en cambio la compañía que está compuesta de Pedro, Juan y Santiago, y demás particulares, deba amar u buscar el honor? Hay que reconocer que estas dos cosas son incompatibles; y por consiguiente todos los Misioneros deben estar contentos, no sólo cuando se hallen en una ocasión de abyección y de desprecio como particulares, sino también cuando se desprecie a su compañía, ya que entonces será una señal de que serán humildes de verdad.”

Así el humilde fundador no podía permitir que ni os de afuera, ni sobre todo los de dentro hicieran elogios de su congregación. Uno de éstos recién recibido, ignorando todavía su espíritu y costumbres, la calificó de santa congregación: “Señor, interrumpió bruscamente Vicente, cuando hablamos de la compañía no debemos servirnos de ese término ni de otros equivalentes y relevantes, sino servirnos de éstos: ‘La pobre Compañía, la pequeña Compañía’, y parecidos. Y con ello imitaremos al Hijo de Dios que llamaba a la compañía de sus Apóstoles y discípulos ‘pequeño rebaño, pequeña compañía’. Oh, cómo querría que Dios diera la gracia a esta pequeña congregación de fundamentarse en la humildad, echar raíces y construir dogre esta virtud, y que permaneciera así como en su puesto y en su cuadro. Señores, no nos equivoquemos, si no tenemos la humildad, no tenemos nada. No hablo sólo de la humildad exterior sino que hablo principalmente de la humildad de corazón, y de la que nos lleva a creer verdaderamente que no hay nadie en la tierra más miserable que ustedes y yo; que la compañía de la misión es la más pequeñita de todas las compañías, y la más pobre en cuanto al número y condición de sus miembros; y tener a bien que el mundo hable así de ella. Ay, querer ser estimado, ¿qué es esto, sino querer ser tratados de otro modo que el Hijo de Dios? Es un orgullo insoportable. El hijo de Dios estando en la tierra, ¿qué se decía de él? y ¿por quién quiso pasar al espíritu del pueblo? Por un loco, por un sedicioso, por un animal, por un pecador, aunque no lo fuera; hasta llegar al punto de permitir ser pospuesto a Barrabás, a un bandido, a un asesino, a un hombre malísimo? Oh Salvador, ¡cómo confundirá vuestra santa humildad a pecadores, como a mí miserable, el día de vuestro juicio!¹⁴⁷ “

Uno de los sacerdotes, que trabajaba en Artois, habiendo mandado imprimir por propia iniciativa, un compendio del Instituto, de sus progresos y de sus obras, se lo envió a Vicente, esperando recibir algún agradecimiento en recompensa: “Siento un dolor tan sensible, le respondió el humilde fundador (7 de febrero de 1657), que no se lo puedo expresar; porque es algo muy opuesto a la humildad publicar lo que somos y lo que hacemos... Si hay algo bueno en nosotros y en nuestra manera de vivir, es de Dios, y sólo a él corresponde manifestarlo, si lo juzga conveniente. Pero en cuanto a nosotros que somos una pobre gente ignorante y pecadora, nosotros debemos ocultarnos, como inútiles para todo bien y como indignos de que se piense en nosotros. Para eso, Señor, me ha dado Dios la gracia de mantener firme en hasta ahora para

¹⁴⁷ Repet. de orac. del 25 de noviembre de 1657. –Véanse las mismas ideas en la rep de orac. del 1º de noviembre del mismo año.

no consentir que se haga imprimir nada que dé a conocer y estimar a la Compañía, aunque me hayan apremiado, particularmente en algunos relatos a propósito de Madagascar, de Berbería y de las Islas Hébridas; y menos habría permitido yo la impresión de algo que tiene que ver con la esencia y el espíritu, el nacimiento y el progreso, las funciones y el fin de nuestro Instituto. Y quiso Dios, Señor, que estuviera todavía por hacer. Pero como no hay ya remedio, no continúo. Tan sólo le pido que no haga nada referente a la Compañía sin advertirme antes. “

Si era imposible disimular a sí mismo y a los demás las virtudes y los éxitos de la Compañía, al menos quería que estuviera siempre a salvo la humildad y hallara ventaja en ello, y entonces decía: “Sí, quizás hacemos algún bien; pero somos como la vara de Moisés que, si bien hacía milagros, no dejaba de ser un trozo de madera frágil.” (Summ., p. 333).

Todas las virtudes dimanaban de la humildad, según él, en particular la caridad: “Cuanto más humilde sea alguien, decía, más caritativo será con el prójimo. El paraíso de las comunidades es la caridad. Pues bien, la caridad es el alma de las virtudes, y es la humildad la que las atrae y la que las conserva. Existen compañías humildes como valles, que atraen sobre ellas el jugo de las montañas. Una vez que nos veamos vacíos de nosotros mismos, Dios nos llenará de él, ya que no puede permitir el vacío. Humillémonos pues, hermanos míos, porque Dios ha puesto los ojos en esta pequeña Compañía para servir a su Iglesia, si a pesar de todo se puede llamar compañía a un puñado de gentes pobres de nacimiento, de ciencia y de virtud, la hez, las barreduras y el desecho del mundo. Pido a Dios todos los días dos o tres veces que nos aniquile, si no somos útiles para su gloria. Qué, Señores, ¿querríamos estar en el mundo sin agradecer a Dios y sin procurarle su gloria?”

Y terminaba con una de sus oraciones acostumbradas: “Oh Señor Jesucristo, derramad sobre nuestros espíritus esas divinas luces de las que estaba llena vuestra santa alma, y que os han hecho preferir la contumelia a la alabanza. Abrasad nuestros corazones con esos santos afectos que quemaban y consumían el vuestro, y que os hicieron buscar la gloria de vuestro Padre celestial en vuestra propia confusión. Haced, por vuestra gracia, que comencemos desde ahora a rechazar todo cuanto no redunde en vuestro honor y en nuestro desprecio, todo cuanto se resienta de la vanidad, la ostentación y la propia estima, que renunciemos, de una vez por todas, a los aplausos de los hombres equivocados y engañosos, y a la vana imaginación del buen éxito de nuestras obras. Finalmente, Salvador mío, que aprendamos a ser verdaderamente humildes de corazón con vuestra gracia y con vuestro ejemplo¹⁴⁸.”

Estas lecciones admirables, expresadas con la elocuencia de la convicción y del corazón, por un orador que era la viva expresión de ellas, no podían por menos que penetrar el alma de sus oyentes y convertirse en la forma de su vida. Por eso la humildad era la virtud característica de los discípulo como del maestro, y Vicente lo confesaba con una santa gratitud: “Sé muy bien que, por la gracia de Dios, hay entre nosotros quienes practican esta divina virtud, y quienes no sólo no tienen ninguna buena opinión ni de su talento ni de su ciencia, ni de su virtud, sino que se tienen por muy miserables, y quieren ser conocidos como tales, y que se colocan por debajo de todas las criaturas. Y es

¹⁴⁸ Conf. del 15 de abril de 1659.

preciso que confiese que no veo nunca a estas personas sin que me llenen al alma de confusión, ya que son un secreto reproche del orgullo que hay en mí, ¡por lo abominable que soy!”

Era la humildad de los Misioneros la que impresionaba y atraía a los pueblos, en las Misiones, a los eclesiásticos en los ejercicios de los ordenandos y en las conferencias; la humildad era como el sello y las señas de S. Lázaro. El padre de Condren, segundo general del Oratorio, la verdadera gloria de esta orden en Francia, mucho más grande, aunque menos conocido que el cardenal de Bérulle, decía al santo fundador: “Oh Señor, ¡qué feliz sois porque vuestra Compañía lleva las señales de la institución de Jesucristo! Pues como al instituir su Iglesia se complació en escoger a pobres gentes ignorantes y rústicas, para fundarla y extenderla por toda la tierra, con el fin de poner de manifiesto con instrumentos tan insignificantes su omnipotencia, derribando la sabiduría de los filósofos por pobres pescadores y el poder de los reyes por la debilidad de estos pequeños obreros: así como la mayor parte de los que Dios llama a vuestra compañía son personas de baja condición, y todo lo más de condición media, o que no brillan mucho en la ciencia; y así y todo son instrumentos propios a los designios de Jesucristo, quien se servirá de ellos para destruir la mentira y la vanidad.” “¡Que la humildad sea nuestra palabra de alerta¹⁴⁹!”

Lo ha sido siempre, y lo es siempre así; siempre de los Misioneros como de los primeros apóstoles y de los primeros cristianos, es verdad decir: “Pocos sabios según la carne, pocos poderosos, pocos grandes”; ni ilustres nacimientos, ni talentos brillantes, ni ciencia deslumbrante; ningún rastro en las cortes, ni en los palacios, en la historia política ni en la historia literaria; pero lo que el mundo tiene de sencillo, Dios lo ha escogido para confundir a los sabios; y lo que el mundo tiene de débil para confundir a los fuertes; y lo que el mundo tiene de bajo, de despreciable, y lo que no es, Dios lo ha escogido para destruir lo que es. A fin de que ninguna carne se gloríe ante él¹⁵⁰.” Ninguna compañía religiosa tal vez ha conservado tan bien su virtud original, los rasgos paternos y su aire de familia. Es lo que ella ha retenido y se ha transmitido de generación en generación esta recomendación suprema de su padre: “Las plantas no echan frutos más excelentes que la naturaleza de sus tallos. Somos como tallos de los que vendrán después de nosotros, quienes verosímelmente no echarán sus obras ni su perfección más arriba que nosotros. Si hemos hecho el bien, ellos harán el bien; el ejemplo pasará de unos a otros. Los que permanecen enseñan a los que siguen del modo como los primeros han procedido en la virtud, y éstos a otros que vengan después; y aquellos con la ayuda de la gracia de Dios, que les merecieron los primeros. ¿De dónde viene que veamos en el mundo a ciertas familias que viven tan bien en el temor de Dios? Yo las tengo ahora a una de tantas otras en la mente, cuyo abuelo y padre conocí, que todos eran muy gente de bien, y también hoy conozco a los hijos que lo son igualmente. ¿De dónde viene todo eso? Porque sus padres les han merecido de Dios esta gracia con su buena y santa vida, según la promesa de Dios mismo que bendecirá a tales familias hasta la milésima generación. Mas, por otra parte, se ven maridos y mujeres que sin gentes de bien y que viven bien, y no obstante todo se funde y se pierde entre sus manos; nada les sale bien. ¿De dónde viene eso? Porque el castigo de Dios, que merecieron

¹⁴⁹ Conf. del 21 de octubre de 1643

¹⁵⁰ I Cor. vv. 26-29.

sus padres por grandes faltas que cometieron, pasa a sus descendientes, según lo que está escrito, que Dios castigará al padre que es pecador en sus hijos hasta la cuarta generación. Y aunque esto se entienda principalmente de los bienes temporales, sin embargo podemos de alguna manera aplicarlo también a los espirituales. De suerte que si guardamos exactamente las reglas, si practicamos bien todas las virtudes convenientes a un verdadero Misionero, mereceremos de alguna forma de Dios esta gracia para nuestros hijos, es decir para los que vengan de tras de nosotros, los cuales obrarán bien como nosotros, y si nosotros obramos mal, es mucho de temer que ellos hagan lo mismo, o peor todavía, porque la naturaleza arrastra siempre tras sí y lleva sin cesar al desorden. Nosotros nos podemos considerar los padres de los que vengan detrás. La Compañía está todavía en su cuna; acaba de nacer; apenas hace unos años que comenzó: ¿qué quiere decir esto? ¿no es estar en la cuna? Los que estén después de nosotros, dentro de doscientos o trescientos años, nos verán como a sus padres, y aquellos mismos, que no han hecho más que llegar, serán reputados como los primeros, porque los que están en los primeros cien años son como los primeros padres. Cuando os queréis apoyar en algún pasaje que está en algún Padre de los primeros siglos, decís: Este pasaje pertenece a cierto Padre que vivía en el 1º o 2º siglo: lo mismo, se dirá, del tiempo de los primeros sacerdotes de la congregación de la Misión, se hacía esto, vivían así, estaban en vigor tales y tales virtudes. Siendo esto así, Señores, ¿qué ejemplo no debemos dejar a nuestros sucesores, ya que el bien que ellos hagan depende de algún modo del que nosotros practiquemos? Si es cierto, como dicen algunos Padres de la Iglesia, que Dios hace ver a los padres y las madres condenados el mal que sus hijos hacen en la tierra, a fin de que su tormento aumente, y que cuanto más multiplican estos hijos sus pecados, más sufren la venganza de Dios sus padres y madres que son la causa de ello, por el mal ejemplo que les hayan dejado; también, por otro lado, dice san Agustín que Dios hace ver a los padres y madres que están en el cielo el bien que sus hijos hacen en la tierra para que su gozo aumente. Por eso, Señores, ¡qué consuelo y qué felicidad no tendremos nosotros cuando quiera Dios ofrecernos la vista de la Compañía haciendo el bien, abundando en buenas obras, observando con fidelidad el orden del tiempo y de las ocupaciones, viviendo en la práctica de las virtudes y de los buenos ejemplos que les habremos dejado! Oh miserable de mí, que digo y no hago. Rogad a Dios por mí, Señores; rogad por mí, hermanos míos, para que Dios me convierta¹⁵¹.” Una explosión así de humildad impresionaba a la Compañía naciente como un flechazo, y la sumergía con su padre en un santo anonadamiento del que ya no ha salido nunca.

La humildad tiene por compañera ordinaria a la mortificación: mortificación de los sentidos a causa de la debilidad de la carne, mortificación del juicio y de la voluntad, en lo que propiamente consiste. Esta mortificación universal, esta renuncia a su propio espíritu, a sus sentidos, a sus padres, a sus pasiones, al demonio, al mundo y a sus pompas, Vicente se la predicaba aún a su Compañía, dando siempre por motivos los ejemplos y las máximas crucificadoras de Jesucristo y, suponiendo, según la forma dramática que afectaba interrumpido por los suyos: “Pero, Señores, somos pobres sacerdotes que hemos renunciado ya a eso, no tenemos sino ropa sencilla, muebles muy

¹⁵¹ Repet. de oración del 25 de noviembre de 1657.

pobres, y nada que se parezca a la pompa;” –respondió: “Oh Señores y hermanos míos, no nos engañemos, aunque tengamos ropa pobre y pobres muebles, ¿no podemos con eso tener el espíritu pomposo? Ay, sí; dedicarse a hacer bonitas predicaciones, a hacer hablar de uno, a publicar el bien que se ha hecho, a llenarse de orgullo, es tener el espíritu pomposo; y, para combatir este vicio, es mejor hacer menos bien una cosa que complacerse por haberla hecho bien. hay que renunciar a la vanidad y a los aplausos, hay que darse a Dios, hermanos míos, para alejarse de la propia estima y de las alabanzas del mundo, que forman la pompa del espíritu. Sería mejor ser arrojado de pies y manos sobre carbones encendidos a hacer nada y decir nada para agradar a los hombres. Y, en este sentido, un predicador célebre me decía estos días pasados: “Señor, desde que un ministro de la predicación busca el honor y el aplauso del pueblo, se entrega a la tiranía del público; y pensando hacerse el importante por sus hermosos discursos, se convierte en el esclavo de una vana y frívola reputación.” A lo cual podemos añadir que, quien emplea ricos pensamientos con un estilo pomposo, está opuesto a Nuestro Señor que dijo: “Bienaventurados los pobres de espíritu” en lo cual esta sabiduría eterna muestra cómo deben evitar los operarios evangélicos la magnificencia de las acciones y de las palabras, y adoptar una manera de obrar y de hablar humilde, sencilla y común, de la que él mismo ha querido darnos ejemplo. Es el demonio el que nos entrega a esta tiranía de querer triunfar y el que, al vernos inclinados simplemente a actuar con rapidez, nos dice: “Miras qué vulgar, esto es demasiado simple y muy indigno de la grandeza y de la majestad de las verdades cristianas.” Mucho cuidado, hermanos míos, renunciad a estas vanidades, os lo suplico por las entrañas de Nuestro Señor, renunciad a esta ostentación mundana y diabólica. Tened siempre ante los ojos la manera muy sencilla y muy humilde de Nuestro Señor, el cual, siendo capaz de hacer una gran exhibición de sus obras y dar una soberana virtud a sus palabras, no lo quiso hacer; y dando un paso adelante para confundir más nuestra soberbia con sus humillaciones admirables, quiso que sus discípulos hicieran mucho más que él: “Vosotros haréis, les decía, lo que yo hago, y haréis mucho más todavía.” -Pero, Señor, ¿Por qué queréis que, haciendo lo que vos habéis hecho, hagan más? –Porque, Señores, Nuestro Señor se quiere dejar superar en las acciones públicas para sobresalir en las humildes y en las secretas; quiere los frutos del Evangelio, y no los ruidos del mundo; y por eso ha hecho más por medio de sus servidores que por sí mismo. Quiso que san Pedro una vez a tres mil personas y en otra ocasión a cinco mil, y que toda la tierra haya sido iluminada por sus apóstoles; y, en cuanto a él, aunque fuera la luz del mundo, no predicó más que en Jerusalén y alrededores: predicó allí sabiendo que tendría menos éxito que en otras partes; sí, se dirigió a los Judíos como más capaces de despreciarle y de contradecirle. Él hizo pues pocas cosas, y sus pobres discípulos ignorantes y rústicos, animados de su virtud, han hecho más que él. ¿Por qué eso? Para darnos ejemplo de una perfecta humildad. Oh Señores, por qué no seguimos el ejemplo de este divino Maestro. Por qué no cedemos nosotros la ventaja a los demás, y por qué no escogemos lo peor y lo más humillante para nosotros. Porque es, con toda seguridad, lo más agradable y lo más honroso para Nuestro Señor, que es todo lo que debemos pretender. Tomemos pues este partido: estoy ante un acto público; yo podría sacarle buen partido; no lo haré, cortaré tal y tal cosa que podría darle alguna brillantez, y a mí algo de reputación. De dos ideas que me vienen, produciré la

menos al exterior para humillarme, y me quedaré con la más hermosa para hacer un sacrificio a Dios en lo secreto de mi corazón.”

De esta forma, hablaba de todos los género de mortificación y de privaciones, lo que resumía en esta viva imagen: “Quiera Dios concedernos la gracia de ser semejantes a un buen viñador que lleva siempre el cuchillo en el bolso, con el que corta todo lo dañoso de la viña; y como brota más de lo que quiere y brota sin cesar ramajes inútiles, tiene siempre el cuchillo listo y a menudo en la mano para cortar todo lo superfluo nada más que aparece, para que la fuerza de la savia suba toda a los sarmientos que deben producir los frutos. Así es como nosotros debemos cortar con el cuchillo de la mortificación los malos productos de la naturaleza corrompida, que no se cansa nunca de producir ramas de su corrupción; y así no impedirán a Jesucristo, que se compara a la cepa de la viña, y que nos compara al sarmiento, hacernos fructificar en abundancia en la práctica de las santas virtudes¹⁵².” Y para concluir sobre la necesidad de la mortificación, decía alguna vez: Si una persona que tuviera ya como un pie en el cielo llegara a abandonar el ejercicio de esta virtud, en el intervalo del tiempo que se necesitaría para poner el otro, se hallaría en peligro de perderse.”

Imposible recorrer así todas estas conferencias; mas imposible igualmente agotar por completo las lecciones del caritativo apóstol sobre la caridad, y sobre este celo de las almas del que hacía, recordamos, uno de los cinco sentidos del cuerpo de la Misión, con la sencillez, la humildad, la mansedumbre y la mortificación.

No veía ya a ninguna compañía más obligada que la suya al ejercicio de una perfecta caridad. “Ya que, le decía, nuestra vocación es ir no sólo a una parroquia ni a una diócesis, sino por toda la tierra, para encender los corazones de los hombres, y hacer lo que hizo el Hijo de Dios, el cual dijo que había venido a traer un fuego a la tierra, a fin de inflamar los corazones de los hombres con su amor. Es por lo tanto cierto que somos enviados no sólo para amar a Dios, sino para hacer que le amen. No nos basta con amar a Dios, si nuestro prójimo no le ama también; y no podríamos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, si no le procuramos el bien que estamos obligados a querer para nosotros mismos, es decir el amor divino que nos une a aquel que es nuestro soberano bien. debemos amar a nuestro prójimo como la imagen de Dios y el objeto de su amor, y obrar de suerte que los hombres amen recíprocamente a su muy amable creador, y se amen entre ellos con una caridad mutua por el amor de Dios, que los ha amado tanto como para entregar a su propio Hijo a la muerte por ellos. Pero veamos, les ruego, Señores, a este divino Salvador como al perfecto ejemplar de la caridad que debemos tener para con nuestro prójimo. Oh Jesús, decidnos, por favor, ¿quién os mandó bajar del cielo para venir a sufrir la maldición de la tierra? ¿qué exceso de amor os ha obligado a humillaros hasta nosotros, y hasta el suplicio infame de la cruz? ¿Qué exceso de caridad os ha hecho exponeros a todas nuestras miserias, tomar la forma de pecador, llevar una vida de sufrimiento y sufrir una muerte vergonzosa? ¿Dónde se encontrará una caridad tan admirable y extrema? Sólo el Hijo de Dios es capaz de ello, y quien ha tenido tal amor por los hombres como para dejar el trono de su gloria y venir a tomar un cuerpo sujeto a las debilidades y miserias de esta vida, y pasar las extrañas pruebas que pasó para establecer en nosotros y en medio de nosotros, con su ejemplo

¹⁵² Conf. del 2 de mayo de 1659.

y su palabra, la caridad de Dios y del prójimo. Sí, es el amor el que le ha crucificado, y el que ha realizado esta obra maravillosa de nuestra Redención. Oh Señores, si tuviéramos una chispa de este fuego sagrado que abrasaba el corazón de Jesucristo, ¿nos quedaríamos con los brazos cruzados? ¿y abandonaríamos a los que podemos asistir? No ciertamente; porque la verdadera caridad no se podría quedar ociosa ni permitirnos ver a nuestros hermanos y amigos en la necesidad, sin manifestarles nuestro amor; y de ordinario, las acciones exteriores dan testimonio del estado interior. Los que tienen la verdadera caridad dentro la hace aparecer al exterior. Es lo propio del fuego iluminar y calentar, y también lo propio del amor comunicarse. Debemos amar a Dios a expensas de nuestros brazos y con el sudor de nuestro rostro. Debemos servir al prójimo a expensas de nuestros bienes y de nuestra vida. ¡Qué felices seríamos haciéndonos pobres por haber ejercido la caridad con los demás! Pero no temamos serlo por este medio, a menos que desconfiemos de la bondad de Nuestro Señor y de la verdad de sus palabra. Que si a pesar de ello Dios permitiera que nos viéramos obligados a mendigar nuestro pan o a dormir en el extremo de una cerca todos desgarrados y todos transidos de frío, y que en ese estado vinieran a preguntar a uno de nosotros: “Pobre sacerdote de la Misión, ¿quién te ha reducido a este extremo?” qué dicha, Señorea, poder responder: “Ha sido la caridad¹⁵³” Oh qué estimado sería este pobre sacerdote ante Dios y ante los ángeles!

Pero el objeto privilegiado de este amor que recomendaba a los suyos, eran los pobres: “Dios ama a los pobres, decía, y, por consiguiente, ama a los que aman a los pobres. Ya que, cuando se ama bien a alguien, se tiene el afecto por sus amigos y por sus servidores. Pues bien, la pequeña Compañía de la Misión se esfuerza en entregarse con afecto a servir a los pobres, que son los bien amados de Dios; y así tenemos motivo de esperar que, por el amor de ellos, Dios nos amará. Todos los que aman a los pobres durante su vida no tendrán ningún miedo a la muerte. Vayamos pues, hermanos míos y empleémonos con un nuevo amor a servir a los pobres, y hasta busquemos a los más pobres y a los más abandonados. Reconozcamos delante de Dios que son nuestros que sin nuestros señores y nuestros amos, y que somos indignos de rendirles nuestros pequeños servicios... Cuando vamos a verlos, entremos en sus sentimientos para sufrir con ellos, ponernos en el pensamiento de ese gran Apóstol que decía: “Omnia ómnibus factus sum, me he hecho todo a todos”; de manera que no caiga sobre nosotros la queja que lanzó Nuestro Señor en otro tiempo por un profeta: “Sustinui qui simul contristaretur, et non fuit, he esperado a ver si alguno compartiera mis sufrimientos, y no hubo nadie.” Y para ello, hay que tratar de enternecer nuestros corazones y hacerlos susceptibles de los sufrimientos y de las miserias del prójimo, y pedir a Dios que nos dé el verdadero espíritu de misericordia, que es el propio espíritu de Dios; de manera que quien vea a un Misionero pueda decir: “Ése es un hombre lleno de misericordia.” Nosotros debemos estar llenos de él más que los demás sacerdotes, viéndonos obligados, por estado y por vocación, a servir a los más miserables, a los más abandonados, y a los más abrumados de miserias corporales y espirituales. Tengamos esta compasión en el corazón, manifestémosla en nuestro exterior y en nuestro rostro, a ejemplo de Nuestro Señor que lloró sobre la ciudad de Jerusalén, a causa de las calamidades de

¹⁵³ Conf. del 30 de mayo de 1659.

las que estaba amenazada; empleemos palabras compasivas, que hagan ver al prójimo cómo entramos en los sentimientos de sus intereses y de sus sufrimientos; por último, socorrámosle y asistámosle en cuanto podamos en sus miserias y en sus necesidades, y tratemos de librarle ellas en todo o en parte, ya que la mano debe estar en cuanto se pueda conforme al corazón.”

Pero exhortaba también a los suyos a amarse unos a otros, según esta palabra de san Juan: *Filioli diligite alterutrum*. “La congregación de la Misión, decía entonces, durará tanto tiempo como reine la caridad en ella. Así pues maldito quien destruya la caridad y sería la causa de su ruina, o tan sólo de un desecho de su perfección. La caridad es el alma de las virtudes y el paraíso de las comunidades, ya que el paraíso no es sino amor, unión y caridad, y la felicidad principal de la vida eterna consiste en amar. Quienquiera que, en una comunidad, no tiene ni caridad ni ayuda, se parece, en medio de tantos humores y acciones discordantes de las suyas, a una embarcación sin ancla ni timón que boga entre rocas a merced de las olas y de los vientos y que pronto se irá al garete. Tengamos pues unos con otros un santo afecto: afecto interior; afecto exterior también que demostraremos con nuestras palabras y nuestras obras, ayudándonos mutuamente en nuestras ocupaciones, soportándonos unos a otros. Por este apoyo mutuo, los fuertes sostendrán a los débiles, y la obra de Dios se llevará a cabo. Nada de detractores entre nosotros, ni gente que maldicen, murmuran y lo critican todo. Como un lobo carnicero desuela y destruye el redil donde entra, así este vicio desuela y destruye las comunidades en las que entre.”

El celo de Vicente por la salvación de las almas se verá pronto en lo que emprendió por la obra de las Misiones. Mientras tanto, digamos que no cesaba de animar a sus hijos a sufrirlo todo por amor de Dios y del prójimo: “Sí, Señores y hermanos míos, es preciso que seamos de Dios sin reservas y del servicio del prójimo. Debemos despojarnos para revestirle, dar nuestras vidas para su salvación, mantenernos siempre dispuesto a hacerlo todo y a sufrirlo todo por la caridad, estar preparados para ir a donde Dios quiera por esto, sea a las Indias o a otros lugares más distanciados, y por último, exponer de buena gana nuestras vidas para procurar el bien espiritual de este querido prójimo, y para ampliar el imperio de Jesucristo en las almas. Y yo mismo, aunque anciano y caduco como estoy, yo no debo dejar de estar en esta disposición, y hasta irme a las Indias a ganar almas a Dios, aunque tuviese que morir en el camino. Pues no piensen que Dios pide de nosotros las fuerzas y la buena voluntad, y una verdadera y sincera disposición de aprovechar todas las ocasiones de servirle, aun con peligro de nuestra vida, manteniendo en nuestros corazones un deseo de sacrificarla por Dios y si así lo quisiera, de sufrir el martirio.”

Quedaba por explicar los votos de la Compañía. Vicente insistió sobre este punto que no formaba una verdadera religión, no siendo sus votos más que simples, y no habiéndolos elevado el papa por dispensa a la virtud de los votos solemnes. Sin embargo ella puede tener todo el mérito de los votos solemnemente pronunciados, del mismo modo que el niño que ha recibido el bautismo en privado recibe la misma recompensa que el niño bautizado solemnemente. Y nosotros, concluía él, somos de la religión de san Pedro.”

También, a pesar del voto de pobreza, el Misionero guarda la posesión de estos bienes, pero renuncia a usar de ellos para sí, y consagra sus rentas a obras pías, a las necesidades de sus parientes, siempre con el consentimiento

del Superior. Si le ocurre salirse de la Compañía, entonces recupera su libre y entera disposición¹⁵⁴.

Lo mismo ocurre poco más o menos con los beneficios a los que el acta de fundación obliga a los Misioneros a renunciar. Eso se entiende de los beneficios y cargas incompatibles con la obra de las Misiones y la vida común, y no, de los beneficios simples que, no obligando a la residencia, lejos de ser un obstáculo a esta obra, le procuran preciosos recursos. Por otra parte, esta cláusula afecta a todo lo más a los particulares, y no a las casas de la Compañía, ya que los beneficios son con frecuencia el único medio que tenían los obispos de establecer Misiones y seminarios en sus diócesis. Por eso, además, este artículo fue entendido desde el principio como proveniente de la donación de los Bons-Enfants y la anexión de San Lázaro, y Vicente aceptará cierto número de parroquias como dotación de algunas casas de la Compañía. Pero ni la Compañía misma, ni sobre todo los particulares, se entregaron a ello fuera de las obligaciones y de los méritos de la pobreza. “La pobreza, decía Vicente, es el nudo de las religiones. No somos religiosos, es cierto, y no somos dignos de serlo, aunque vivamos en común, pero la pobreza es también el nudo de las comunidades, y en particular de la nuestra, Es el nudo que la desliga de todas las cosas de la tierra, la une perfectamente a Dios. Sí, Señores, esta virtud de pobreza es el fundamento de la congregación de la Misión. Esta lengua que les habla no ha pedido nunca, por la gracia de Dios, cosa alguna de las que posee la Compañía en este momento. Y aunque no tuviera más que dar un solo paso, o pronunciar una sola palabra, para hacer que la Compañía se estableciera en las provincias y en las grandes ciudades t se multiplicara en número y en ocupaciones de importancia, no la querría pronunciar, y espero que nuestro Señor me conceda la gracia de no decirla. Es la disposición en la que me encuentro, de dejar hacer a la Providencia de Dios. -¡Maldición, maldición! Señores y hermanos míos, sí, ¡maldición al Misionero que quiera apegarse a los bienes perecederos de esta vida! Porque será dominado por ellos, y presa de estas espinas y paralizado en esos lazos. Y si sucediera esta desgracia a la Compañía, ¿qué se diría de ella después, y de qué manera se viviría en ella? Se diría: Tenemos tantos miles de libras de rentas. Nos conviene seguir en reposo. ¿para qué ir a recorrer los pueblos, por qué trabajar tanto?. Dejemos a las pobres gentes de los campos ahí; que sus párrocos se cuiden de ellos, si les parece bien; en cuanto a nosotros, vivamos tranquilamente, sin tomarnos tantas molestias. Así es como la ociosidad seguirá al espíritu de avaricia; no se trabajará más que en conservar y aumentar los bienes temporales, y en buscar sus propias satisfacciones: y entonces se podrá decir adiós a los ejercicios de la Misión, y a la misma Misión, porque ya no existirá. No hay más que leer las historias, y se hallarán una infinidad de ejemplos que demuestren que las riquezas y la abundancia de los bienes temporales han causado la pérdida, no sólo de muchas personas eclesiásticas, sino también de comunidades y de órdenes enteras, por no haber sido fieles a su primer espíritu de pobreza¹⁵⁵.”

Y volviéndose a sí mismo, en uno de sus exámenes de conciencia: “Oh mi Salvador, exclamó, ¡cómo puedo yo hablar de eso, yo que soy tan miserable,

¹⁵⁴ Los Misioneros que, como Alméras, el H. Mathieu, etc., disponían de sus bienes a favor de la compañía, no era por ello mejor tratados que los demás y no podían pretender a ningún privilegio (Carta a Laudin, en Le Mans del 30 de octubre de 1658).

¹⁵⁵ Véase también la Conf. del 6 de abril de 1655.

yo que tuve en otro tiempo un caballo, una carroza, y que todavía hoy tengo una habitación con fuego, un lecho de cortinas, un hermano; a mí, digo, con quien se tienen tantos cuidados de manera que nada me falte! Oh qué escándalo doy a la Compañía por el abuso que hago del voto de pobreza en todas las cosas y otras parecidas! Pido por ello perdón a Dios y a la Compañía y la suplico que me soporte en mi ancianidad. Apenas puedo soportarme a mí mismo y me parece que debería ser colgado en Montfaucon. ¡Que Dios me dé la gracia de corregirme, aunque llegado a esta edad, y de desprenderme de todas estas cosas como pueda!”

El análisis de las constituciones nos ha enseñado toda la importancia que daba a la castidad de sus Misioneros. En este punto, les daba las cinco reglas siguientes que él aplicaba a su propia conducta: No hacer visita a ninguna mujer, ni siquiera a las Damas e Hijas de la Caridad, sino es en interés de la gloria de Dios; -incluso en ese caso, gran precisión en las conversaciones y gran modestia en las miradas; -tener consigo a un compañero que no nos pierda de vista; -evitar todas las expresiones afectuosas; -todas aquellas también que, de cerca o de lejos, podían recordar el vicio contrario.

Las constituciones nos han enseñado qué extendida estaba la obediencia que recomendaba a los suyos: obediencia al papa, a los obispos, a los pastores; obediencia a los príncipes temporales, sin queja ni murmuración, incluso con peligro de los bienes o de la vida, “ya que nos representan en la tierra el poder soberano de Dios”; obediencia también a aquellos que no tienen derecho a mandarnos: “Consideremos a todos los demás como a nuestros superiores y, para ello, pongámonos por debajo de ellos, y más bajo aún que los más pequeños, distingámosles con deferencia, condescendencia y todo clase de servicios. En esta disposición, los sabios deben condescendencia a la debilidad de los ignorantes, a las cosas en las que no existe error ni pecado; los prudentes y los sabios deben condescendencia a los humildes y sencillos: Nos alta sapientes, sed humilibus consentientes; y, por esta misma condescendencia, debemos no sólo aprobar los sentimientos de los demás en las cosas buenas e indiferentes, hasta preferirlas a las nuestras, creyendo que los demás tienen luces y cualidades naturales, más grandes y más excelentes que nosotros”; obediencia por último al superior y a las menores observancias de la regla; obediencia al superior no solamente en lo que ordena de hecho, sino en todo lo que pudiera ordenar; obediencia respetuosa, sin esas murmuraciones, que serían una especie de apostasía; obediencia fundada en la calidad de los superiores que ocupan para nosotros el lugar de Jesucristo, en sus penas y sus solicitudes, sobre la recompensa prometida en esta vida a las almas obedientes, y sobre el castigo que amenaza a las rebeldes y. antes de todo, a ejemplo de Jesucristo, obediencia voluntaria, sencilla, pronta, humilde, animada, alegre y perseverante hasta la muerte.

Todo le servía de tema y de ocasión para predicar la obediencia: “Un capitán me decía estos días pasados que, cuando viera que su general mandase mal, y que él perdiese con seguridad la vida en la ejecución de lo mandado, y pudiese cambiar de parecer al general diciendo el mío, que perdería honor si lo hiciera y preferiría morir a hacerlo. Veán, Señores, qué confusión tendremos en el cielo al ver esta perfección en la obediencia de la guerra, y al ver la nuestra tan imperfecta en comparación¹⁵⁶”.

¹⁵⁶ Carta a d’Horgny, superior de la casa de Roma, 2 de marzo de 1646.

Y, al pensar de pronto en su calidad de superior y en la obligación que acababa de imponer a sus hijos de obedecerle a él mismo: Oh miserable, exclamó en su humildad, ¡obedecer a un desobediente a Dios, a la santa Iglesia, a mi padre y a mi madre desde mi infancia! ya que toda mi vida no ha sido sino desobediencia. Ay, Señores, ¿A quién rinden ustedes obediencia? ¡A aquel que, como los escribas y fariseos, está lleno de vicios y de pecados! Pero esto es lo que hará vuestra obediencia meritoria. Pensaba en ello hace un momento y me acordaba de que siendo un muchacho pequeño, cuando mi padre me llevaba con él a la ciudad, sentía vergüenza de ir con él y reconocerle como mi padre, porque iba mal vestido y algo cojo. Oh miserable, ¡qué desobediente he sido! Pido perdón a Dios por ello, y por todos los escándalos que les he dado. Voy a pedir también perdón a toda la Compañía, y les suplico que rueguen a Dios por mí para que me perdone esa faltas y me dé siempre el arrepentimiento del corazón.”

Nos quedaría por analizar las ideas que tenía el santo fundador sobre los estudios y la predicación, sobre la instrucción de los eclesiásticos y de los pobres. quizás sea mejor hacer de ello como el prefacio y la introducción de nuestros relatos de los trabajos de la compañía. Ya que una vez que se halla establecida y formada, conviene verla a la obra, es decir exponer lo que ha hecho por la reforma y la santificación del clero, y por la instrucción de los pueblos de los campos, fines en conexión de su institución.

Pero, no sin antes volver a la casa de Gondi, donde tuvo origen la obra admirable de las galeras, que tuvo una expansión más admirable aún en la obra de Berbería. La casa de Gondi, no temamos repetirlo, debía ser la gran escuela experimental de Vicente, y la cuna de todos sus proyectos, sino de todas sus obras mismas. Antes de salir de aquí, había que recorrer todavía uno de los círculos de las miserias humanas, cuyo alivio le había sido dado en herencia.

Libro Tercero. Las galeras y la berbería

Capítulo Primero: Obra de las galeras. Extensión de la obra a todo el reino. Cautividad voluntaria. Misiones en Marsella y en Burdeos. Establecimiento fijo de la obra de los forzados en París. Proyecto de un hospital de forzados en Marsella. Misión en Marsella. Fundación de la duquesa de Aiguillon. Letras patentes del rey a favor del hospital de Marsella. Trabajos diversos de la Misión.

I. Comienzos en París. La estancia de Vicente en la casa del general de las galeras, los frecuentes relatos que fue oyendo del embrutecimiento físico y moral de los desdichados forzados, pusieron en alerta su caridad y le inspiraron una obra admirable. Estos forzados ¿no estaban acaso, lo mismo que los campesinos de Folleville, de Joigny, de Montmirail, bajo su jurisdicción, ya que dependían de la casa a la que él se había entregado? Por último, al regreso de sus misiones, entonces tan frecuentes y tan penosas, necesitaba de algún descanso. Ahora bien, el descanso del caritativo sacerdote era el ejercicio de la misericordia. Visitaba pues los hospitales y las prisiones y, por sí mismo o por sus amigos, prestaba a los pobres enfermos y a los desdichados detenidos

todos los servicios posibles. Impresionado por el pensamiento de los forzados, quiso primeramente saber cómo eran tratados aquellos que se guardaban por algún tiempo en París, antes de conducirlos a Marsella. Se hizo pues abrir la Conciergerie y las demás prisiones, y descendió a sus calabozos. ¡Qué espectáculo! Sobrepasó incluso lo que se esperaba este hombre, que tan sólo soñaba con las más horribles miserias para animarse a curarlas. En una clase de cavernas profundas, oscuras e infectas, se encontró con desgraciados, algunos de los cuales yacían allí desde hacía tiempo, roídos de miseria, extenuados de languidez y de pobreza, mas abandonados todavía en sus necesidades espirituales que en sus sufrimientos físicos. Ante esta vista, se le estremeció el corazón y le brotaron las lágrimas. ¿Qué hacer? ¿no eran estos desgraciados hermanos suyos, rescatados como él con la sangre de Jesucristo? Pero eran también criminales a quienes la justicia divina golpeaba con el brazo de la justicia humana, azotes de la sociedad de lo que había que disuadir a los imitadores. Este conflicto entre la justicia y la misericordia, entre el interés del individuo y el de la sociedad, que está en el fondo de todo problema penitenciario, no confundió por mucho tiempo al santo sacerdote, y resolvió conciliarlo todo por la regeneración moral de los forzados que, haciendo alejarse el peligro, permitiría aligerar sus penas, que al menos les haría aceptar estos castigos en expiación por sus crímenes, y por las mismas se los haría soportables y dulces.

Al salir de la Conciergerie, va a ver al general de las galeras: “Señor, le dice temblando de emoción, acabo de visitar a los forzados y lo he encontrado abandonados en su cuerpo y en su alma. Esta pobre gente os pertenece, y vos responderéis por ellos ante Dios. Mientras son llevados al lugar de su suplicio, es cosa de vuestra caridad no permitir que sigan sin auxilio y sin consuelo.” Conmovido él mismo por el reato que se le hizo, agitado por el doble sentimiento de la caridad y del deber que acababa de impresionar a su alma virtuosas, el general se mostró preparado para todo, pero preguntó solamente cómo se podría remediar un mal que parecía incurable. Hombre eminentemente positivo, hombre de acción y de organización, Vicente propuso enseguida un plan, que el general, con la confianza completa que tenía en él, se apresuró a adoptar.

Provisto de plenos poderes, Vicente se puso inmediatamente a la obra, alquiló una casa en el barrio Saint-Honoré, en las proximidades de la iglesia de Saint-Roch y la hizo preparar con toda diligencia. Una vez que la vio cómoda y segura, mandó trasladar allí a todos los forzados dispersos por las diferentes prisiones de París, y los reunió allí bajo su mano para poder fácilmente aliviarlos. Según su costumbre, pensó primeramente en remediar los sufrimientos corporales. Pero le faltaban los recursos. Después de invocar a la Providencia, se dirigió a aquellos amigos suyos que podían dar algo y los puso a contribución. Era demasiado poco todavía. Entonces fue a ver a Enrique de Gondí, obispo de París y, con respeto y su insistencia ordinaria, le expuso la obra de los forzados, no sólo como una obra de humanidad y de religión, sino también como un asunto de familia. Enrique de Gondí se prestó a su piadoso deseo y, en un mandamiento del 1º de junio de 1618, mandó a los párrocos, a los vicarios y a los predicadores de París que exhortaran a los pueblos a favorecer una empresa tan santa y tan grande. esta orden constata que estaba ya adelantada y en vías de feliz ejecución, ya que dice que los forzados

“comienzan a alimentarse bastante honradamente en el barrio de Saint-Honoré.”

Después de aliviar las necesidades más urgentes del cuerpo, Vicente se volvió al alma de estos infortunados. Los visitaba todos los días, los abordaba con una gravedad afable, con un respeto templado de bondad; se informaba de su estado, de sus necesidades y de sus sufrimientos y, una vez dentro de su corazón mediante este exordio práctico y caritativo, les hablaba de Dios y de su alma, de las verdades de la fe y de sus obligaciones. “Mis buenos amigos, les decía, por muy forzadas que sean vuestras penas, ¿quién os impide que las aceptéis con una resignación que las haga meritorias? Además, esta aceptación perfecta, esta sumisión a la voluntad de Dios suavizará su amargura. Después de todo, durarán poco ya que, para los de peor suerte entre vosotros, se acabarán con la vida, que no es nunca larga. Por último, mirándolo bien, no hay mal verdadero más que el pecado, verdaderas penas que las penas eternas, de las que Dios os guarde.”

Estas palabras, para ellos inauditas hasta entonces, producían una profunda impresión en estos hombres. La estima que se les demostraba les devolvía la estima de ellos mismos, y loa animaba a mostrarse dignos de ella. Sobre todo, tanta paciencia, dulzura, caridad tocaba hasta las lágrimas a unos desdichados que no se habían visto nunca sometidos más que al régimen más duro y más despiadado. Ellos, los desheredados de la familia y del mundo, ellos tenían pues un padre, un amigo, o más bien, en Vicente ellos no veían más que al hombre del buen Dios, al ángel de la misericordia. Este infierno se convirtió pronto en un cielo. El furor en él cedió a la paciencia, la desesperación a la resignación, la blasfemia a la oración. La luz religiosa se hizo en aquellas inteligencias en las que no había entrado más que el pensamiento del crimen; el arrepentimiento penetró en su corazón; todos hicieron confesiones generales y, unos por primera vez, los demás, después de una interrupción de varios años, se acercaron a la santa mesa, con un temor mezcla de amor y de gratitud, con disposiciones que los más piadosos habrían podido envidiar, y que hacían repetir al humilde Vicente su palabra acostumbrada: que era mayor pecador que ellos, el mayor pecador de la tierra.

En la ciudad y en la corte no se hablaba de otra cosa que de un cambio tan maravilloso. ¿cómo un solo hombre, pobre y sin recursos, había podido atender a las necesidades de tantos infortunados? ¿cómo había encandilado a aquellos tigres, santificado a aquellos demonios? Vicente debía dar al mundo muchas otras sorpresas así. Entretanto dejaba hablar y actuaba. No se contentaba con sus visitas cotidianas a sus queridos forzados: para estar más tiempo con ellos, más al alcance de prestarles servicio, se retiraba a veces a su prisión durante varios días, lo que hizo en particular durante una enfermedad contagiosa cuya peligrosidad quiso compartir. Habría deseado no salir de allí nunca; pero los numerosos asuntos a su cargo de sus misiones y del servicio de la familia de Gondi le llamaban a otro lugar, y entonces se hacía reemplazar con los forzados de dos sacerdotes virtuosos: Belin, capellán de la casa de Gondi en Villepreux , y Antonio Portail, su primer discípulo, a quien veremos en adelante unido a su persona y asociado a sus obras. Estos dos sacerdotes se alojaban en el nuevo hospital de los forzados, allí celebraban la santa misa, allí administraban los sacramentos y, llenos de las lecciones y del espíritu de su maestro, allí cultivaban los gérmenes que había sembrado. Además, él volvía con frecuencia a instruirlos y a compartir sus trabajos. ¡Había en esa casa

tantos sufrimientos y miserias! Allí estaba pues su tesoro, allí estaba su corazón.

II. Extensión de la obra a todo el reino. Manuel de Gondi, edificado a la vez que sorprendido de un bien cuya esperanza no le habían podido inspirar su confianza en los méritos de Vicente, resolvió extenderlo a todas las galeras del reino. Se dirigió a Luis XIII, y ofreció a este piadoso monarca una idea tal de la capacidad y del celo de Vicente, un deseo tal de contribuir a una obra tan excelente que obtuvo de él al momento una patente que investía al santo sacerdote del cargo de Capellán real de todas las galeras de Francia. Ésta es la patente:

“Hoy octavo de febrero de 1619, estando el rey en París, sobre lo que el señor conde de Joigny, general de las galeras de Francia, ha demostrado a Su Majestad que sería necesario para el bien y alivio de los forzados, estando y estarán aquí dichas galeras, hacer elección de alguna persona eclesiástica de probidad y suficiencia conocida, para revestirle del cargo de capellán real y que tenga relación y dominio sobre los demás capellanes de las dichas galeras, dicha Majestad, sintiendo compasión de los forzados, y deseando que se aprovechen espiritualmente de sus penas temporales, ha otorgado y hecho presente de dicho cargo de capellán real a Sr. Vicente de Paúl, sacerdote, bachiller en teología, según el testimonio que dicho señor de conde de Joigny ha hecho de sus buenas costumbres, piedad e integridad de vida para tener y ejercer dicho cargo con paga de seiscientas libras por año, y los mismos honores y derechos de los que disfrutaban los demás oficiales de la marina del Levante.

Queriendo Su Majestad

Que el dicho de Paúl, en dicha calidad de capellán real, tenga en adelante consideración y autoridad de dichas galeras, y que en esta calidad sea alojado y empleado en el estado de sus galeras en virtud de la presente patente que ha querido firmar de su mano y ser contrafirmado por mí consejero de su consejo de Estado y secretario de sus comandos.

Firmado LUIS.

Y más abajo. PHELIPPEAUX .

Cuatro días después, 12 de febrero, como queda confirmado al dorso de la patente anterior, Vicente prestó el juramento que debía en razón de su cargo y de “manos de Mons el conde de Joigny, lugarteniente general por Su Majestad de los mares del Levante.” Veinticinco años más tarde, esta patente será renovada por el joven Luis XIV, en términos más honrosos todavía para Vicente.

Promovido así a la capellanía general de las galeras, Vicente no vio en ello ni un simple título honorífico, ni una fuente de rentas –baja por cierto-, sino una misión que le confería el cuidado de la salvación de todos los forzados del reino. Por ello, en 1622, tan pronto como pudo librarse de sus ocupaciones caritativas de París y del campo, se dirigió hacia Marsella donde estaban entonces reunidos en mayor número. Allí, como en París, quiso primeramente medir la extensión del mal para aplicarle luego el remedio conveniente y permanente. El mal era con mucho mayor que en la capital. En París no había tenido que vérselas más que con hombres novicios todavía en el crimen ,

recién condenados, y que no habían tenido el tiempo de irritarse y pervertirse más por la duración del suplicio; en Marsella, veteranos de los presidios, en la cúspide de la insolencia y del furor por el exceso del castigo; viendo en la pena no una expiación, sino un título para una revancha futura contra la sociedad; entre tanto, vengándose contra Dios con blasfemias por los sufrimientos infligidos por los hombres; privados así de las esperanzas del cielo como de los consuelos de la tierra; más todavía que en París, objetos de horror y de cólera, todo lo más por una curiosidad sin simpatía y sin compasión; verdaderos ángeles malditos, ha escrito un historiador, cambiando de lugar y de clima, sin cambiar nunca de situación, porque llevaban a todas partes sus prisiones, sus cadenas y sus pensamientos criminales.

A la vez para escapar a los honores ligados a su cargo que le aseguraba la patente de Luis XIII, y para estudiar con mayor libertad y más a fondo el estado de las cosas a favor del incógnito, Vicente no se quiso dar a conocer al llegar a Marsella. Las miras de su humildad y de su caridad estaban de acuerdo, aquí también, con los planes que tenía con él la Providencia. Destinado, como el Salvador, a hacer la experiencia personal de todos los males antes de curarlos, necesitaba llevar por algún tiempo la vida del forzado como había llevado la del esclavo, y a la prueba de la servidumbre inocente juntar la prueba de la servidumbre culpable. Pero, siempre como el Salvador, y lo debía hacer sin crimen: *Tentatus per omnia pro similitudine absque peccato*; lo que no podía obtener sino por la cautividad voluntaria.

III. Cautividad voluntaria. Un día que, en sus correrías de caridad pasaba por la orilla del mar, vio a una anciana que lloraba desconsolada. Habiéndole preguntado cuál era la causa de su dolor, se enteró de que ella lloraba a un hijo, mas desdichado que culpable, a quien se acababa de conducir en el mismo instante en una galera del puerto. Se traslada allí el punto y, a la vista de un joven forzado anonadado en la desesperación en medio de sus compañeros entregados a transportes infernales, no le cuesta mucho reconocer al hijo de la pobre viuda, se acerca, le interroga a su vez y trata de consolarle. Vano esfuerzo, el joven forzado lloraba no sólo a su anciana madre, sino a una joven y a unos niños a quienes su ausencia iba a reducir a la más extrema miseria. Enternecido, Vicente se inclina para llorar sobre las cadenas de este desdichado, luego alza sus ojos al cielo para buscar consejo. Ni en el cielo ni en su corazón, tan fecundo por otra parte en expedientes caritativos, no encuentra para empezar un remedio proporcionado a un tan grade infortunio. Mas muy pronto, impresionado por una iluminación súbita y movido por un transporte sublime, exclama él también: “¡Ya lo he encontrado!” Acaba de ver al oficial de abordaje que ha sido testigo de toda esta escena, y ha sorprendido en él un enternecimiento que promete una infracción a la ley implacable del deber. Se dirige a él y le suplica que tenga a bien que tome el lugar del pobre forzado. No se verá recompensado el oficial y si el piadoso fraude se descubre, quién se atreverá entonces a condenarle? El oficial no responde más que con sus lagrimas y, sin esperar un consentimiento más explícito, Vicente se precipita sobre las cadenas del forzado, las suelta, las besa, se las pasa él mismo al pie y despacha a toda prisa al joven a su familia. Quiso Nuestro Señor señalar a algunos santos con los estigmas de su pasión. Vicente conservará toda su vida los estigmas de su heroico sacrificio, de los que la hinchazón y las heridas de sus pies serán testimonios en adelante hasta su extrema ancianidad.

¡Sustitución maravillosa, inverosímil incluso, pero no inaudita sin embargo en los fastos de la caridad cristiana! “Nos conocemos a muchos entre vosotros, decía el papa san Clemente (Epís. II, nº 10) que se han arrojado a las cadenas para rescatar a sus hermanos, que se han entregado a la servidumbre para alimentarlos con el precio de su libertad.” San Gregorio el Grande cuenta expresamente una entrega semejante de parte de san Paulino, y dom Gervasio, en su Vida del gran Obispo de Nola, ha vengado la verdad del hecho contra los ataques del escéptico Baillet. San Pedro Nolasco, fundador con san Raimundo de Peñafort de la orden de la Redención de los cautivos, aparte de los tres votos ordinarios de religión, impuso un cuarto por el que todos los miembros del nuevo Instituto se obligaban a comprometer sus bienes y, en caso necesario, sus propias personas por la liberación de los esclavos cristianos. Y, en efecto, san Raimundo *Nonné*¹⁵⁷ (Nonnato), uno de los primeros miembros de esta orden, habiendo consumido en África todo el dinero que había llevado para el rescate de los cautivos, se ofreció él mismo en prenda para liberar a los demás.

La inverosimilitud de un hecho no hace nada al hecho mismo, si está suficientemente constatado. Pues bien, aquí, los testimonio abundan. A pesar de todos los ingeniosos artificios de la humildad de Vicente, su entrega fue pronto conocida, y más de veinte años después, en 1643, era todavía de notoriedad pública en Marsella: el superior de los sacerdotes de la Misión que los estableció allí entonces asegura habérselo oído a varias personas. Así habla también Dominique Beyrie, pariente de nuestro santo quien, en un viaje por Provenza, posterior en algunos años al de Vicente, fue informado en este sentido por un eclesiástico, al propio tiempo que de la esclavitud en Túnez¹⁵⁸. Abelly publicó la vida del siervo de Dios cuatro años tan sólo después de su muerte, es decir en un tiempo en que aún existían los testigos de los hechos que cuenta; escribió a Paría a la luz de la verdad viva, en medio de todas las contradicciones posibles, si la había alterado lo más mínimo: Abelly merece pues toda nuestra confianza, al menos en todos aquellos de sus relatos que no han suscitado objeciones. Pues bien, cuenta, sin haber sido nunca contradecido, la cautividad voluntaria de Vicente ; él la vuelve a contar según los testimonios de todos los contemporáneos; más aún según el testimonio implícito del propio Vicente. Escribe, en efecto, que uno de sus sacerdotes habiéndole preguntado si efectivamente había ocupado en otro tiempo el lugar de un forzado, y si de ahí provenía la hinchazón de sus piernas “el siervo de Dios cambió de conversación sonriendo, sin dar respuesta alguna a esta pregunta.” Para quien conoce la humildad de Vicente, su diligencia escrupulosa en alejar de sí toda alabanza, toda sospecha honrosa, esa sonrisa y ese silencio son una confesión y una demostración perentorias.

No nos extrañemos de que el hecho de la cautividad voluntaria de Vicente de Paúl haya sido admitido en la congregación de los ritos, cuando el proceso de canonización, con la aprobación del promotor de la fe y consignado en el informe oficial del reportero de la causa. En el proceso impreso en Roma en 1737, y que completa cuatro volúmenes in-folio, se encuentra en el tomo segundo una memoria titulada así: *Memoriale, cum restrictu probationum, actus heroicae virtutis, quâ servus Dei Vincentius de Paulis motus se supposuit in*

¹⁵⁷ Recibió este sobrenombre, porque contra la ley común de la naturaleza, fue sacado de los flancos de su madre muerta.

¹⁵⁸ Mass. intitulado: *Généalogie, etc.*, p.14, fol, verso.

locum damnati ad triremes, ut ipsum kiberaret. Pues, en este compendio de las pruebas, sacadas de los diversos procesos particulares hechos por la autoridad del ordinario o por la autoridad apostólica, se leen testimonios incontestables. Es Gaset, sacerdote de la Misión y superior del seminario de Toul quien, en una carta escrita inmediatamente después de la muerte del siervo de Dios, se expresa poco más o menos de esta manera: “Habiendo dado, él se dio a sí mismo, de un modo no menos perfecto que lo había hecho san Paulino, quien se vendió para rescatar de la servidumbre al hijo de una pobre viuda.” Y después de jugar un poco con la semejanza de los nombres: *Paulino*, de *Paúl*, cuenta el hecho como lo hemos expuesto nosotros mismos. –Es René Thieulin, también sacerdote de la Misión, de edad por entonces de setenta y seis años, que expone que el señor Bernier, tesorero de Francia, residente en Caen, personaje de una gran reputación de santidad, exhortándole a seguir su plan de entrar en la congregación de la Misión, le animó a ello, entre otros motivos, por el de la inmensa caridad que había hecho tomar al siervo de Dios la cadena de un galeote. _Es el hermano Simplicien, doce Nicolás Chaperon, religioso de la orden a de la Merced, de edad de ochenta y cuatro años quien, habiendo vivido por algún tiempo en San Lázaro con Vicente, declara que la opinión general en San Lázaro atribuía la debilidad de sus piernas a su cautividad voluntaria. –Es Felipe Ignacio Boucher, sacerdote de Arras, de setenta y cuatro años de edad, habiendo vivido también con el siervo de Dios y habiendo sido admitido también por el en su congregación, quien nos refiere la circunstancia impresionante de la madre hallada en lagrimas a la orilla del mar. –Por último, es Nicolas Bouthillier, sacerdote de la diócesis de Noyon, doctor en teología, director del colegio Beauvais en París, quien da fe de los mismos hechos por notoriedad pública.

Sin duda, en todos estos testimonios, no los hay oculares, lo que era imposible, al cabo de cerca de cien años que habían transcurrido entre el hecho y el proceso de canonización; pero no constituyeron por ello menos una demostración incontestable a los ojos de la congregación de los ritos y del promotor de la fe. Cuando se probó a Próspero Lambertini que Vicente había llevado las cadenas de un forzado, para devolverlo a su familia desolada: “No se necesitan milagros, exclamó el futuro Benedicto XIV: *Erigantur altaria!*” El papa Cemente XII, en la bula de canonización del 16 de julio de 1737, no temió escribir: “Se cuenta que Vicente de Paúl a ejemplo de San Rymond (Ramón) *Nonné*, se entregó a las cadenas; que habiendo visto a uno de sus compañeros de esclavitud tristemente hundido bajo el duro peso de sus hierros y, no teniendo nada que dar para aliviar las angustias de este desdichado, se entregó él mismo a los lazos de la servidumbre, para rescatarle de la cautividad, a expensas de su propio cuerpo.”

Para todo hombre razonable, este pasaje de la bula pontificia, aunque no sea absolutamente afirmativo, es una sanción suficiente de la verdad de los testimonios alegados anteriormente. Produce extrañeza que no haya además completo acuerdo con estos mismos testimonios. Si lo tomamos a la letra, Vicente habría liberado a uno de los compañeros de su propia cautividad, lo que llevaría esta entrega a la época en que estaba esclavo en Berbería. Pues bien, constantemente esclavo él mismo durante los tres años que pasó en Túnez, nunca pudo enajenar su libertad en favor de otro.

Se ve que si el hecho es incontestable en sí mismo, no sucede lo mismo con el tiempo y las circunstancias. De todas las declaraciones consignadas en el

proceso de canonización como del resto de los testimonios, quedó claro sólo que este acto heroico de caridad tuvo por teatro las galeras de Marsella. Pero ¿en qué año? Abelly dice: “mucho antes de la institución de la Congregación”; como esta institución tuvo lugar en 1625, deberíamos retrotraerlo algunos años más cerca de 1622, año en el que Vicente hizo su viaje a Marsella como capellán general de las galeras. En Efecto, el *Memoriale* del proceso de canonización dice, en el preámbulo, que las heridas de sus piernas, atribuidas a su cautiverio voluntario, le afectaron durante cuarenta y cinco años, lo que nos remite al año 1615, ya que murió en 1660. Es también hacia 1615 cuando se relata el hecho en un opúsculo titulado: *Ristretto cronologico de la vita, virtù e miracoli di san Vincenzo de Paoli*, (Compendio...), opúsculo impreso en Roma en 1729, para ser distribuido en medio de la canonización, y dedicado a Benedicto XIII. La misma fecha ha sido adoptada en otro compendio cronológico de la vida del santo, por el Sr. de La Tour, impreso en Turín en 1738.

A pesar de todos estos testimonios, y aunque sea absolutamente posible que Vicente haya acompañado al general de las galeras a Marsella en 1615, época de su primera estancia en la casa de Gondi, y que se haya sentido inclinado entonces a este acto de caridad sublime, parece mejor hacer descender la fecha al año 1622, que coincide a la vez con su obra de las galeras y con su visita a Marsella. Y para concordarlo todo, se puede decir que la debilidad de sus piernas tuvo por causa primera su esclavitud en Túnez, que se le envenenó hacia 1615, época de la grave enfermedad determinada por las fatigas de sus misiones, y que finalmente se transformó en úlcera incurable después de su cautividad voluntaria. Tal parece ser el sentimiento del *Ristretto*, que la atribuye o a los golpes o a los hierros de su esclavitud, o a las cadenas que se impuso para la liberación del forzado; tal es sobre todo el sentimiento de Collet, el más instruido y el más exacto de sus historiadores.

Así las cosas, el hecho en sí mismo, repitamos, escapa a los ataques de toda crítica que no se ha formado una ley del escepticismo en la discusión de las maravillas de la vida de los santos. Por eso, desde que Collet estableció la prueba en su inmensa Vida, en 1748, que la habría tratado como incontestable en el Resumen de esta obra y celebrado en su panegírico de san Vicente de Paúl, nadie pensó en ponerlo en duda. Maury pudo pues hacer de ello el objeto de uno de sus más hermosos recursos oratorios en el famoso panegírico de 1785: “Ahí le tenemos pues, cristianos, exclamó, confundido con los forzados, cargado de cadenas, con un remo en la mano, bajo las apariencias humillantes de una víctima de las leyes, ¡víctima voluntaria de la caridad! ¡qué grande es, qué augusto en su abyección! ¡Oh Dios mío! contemplad, desde lo alto del cielo, este espectáculo verdaderamente digno de vuestras miradas, y que todos los coros de los ángeles os bendigan en este instante por tener en los tesoros de vuestra misericordia, recompensas eternas para pagar un sacrificio tan grande!” Después, imitando un hermoso recurso de san Juan Crisóstomo sobre las cadenas de san Pablo, añade: “Hierros honorables, sagrados trofeos de la caridad, que no estéis suspendidos de las bóvedas de este templo como uno de los más bellos monumentos de la gloria del cristianismo! Adornaríais con toda dignidad los altares de Vicente de Paúl, recordando a la sociedad los ciudadanos que le da la religión de Jesucristo; y la vista de estas cadenas con justicia reverenciadas como un objeto de culto público, ayudaría, un siglo tras otro, a nuestro ministerio a formar otros parecidos.”

El Sr. de Buologne el primero, en un panegírico compuesto en 1789, mas pronunciado por primera vez con ocasión del restablecimiento de las Hijas de la Caridad en 1803, y por la última el 21 de octubre de 1822, en presencia de la duquesa de Berry, en la capilla de la *Enfermería de María Teresa*, fundada por la señora de Chateaubriand, se atrevió a arrojar una duda sobre este sacrificio heroico: “No diremos aquí que Vicente haya llevado las cadenas de un forzado a quien quería devolver a su familia. ¿Por qué hechos dudosos en un discurso en el que el orador sucumbe bajo el peso de unas maravillas auténticas, y en que para ser para ser elocuente no necesita más que ser verdadero?” Y en una nota del panegírico impreso, la duda va hasta la negación: “El hecho de que el abate Maury se haya complacido tanto en hacer valer en su panegírico de san Vicente de Paúl, no solamente es más que inverosímil, es moralmente imposible; y, en el supuesto mismo de que el santo sacerdote hubiera querido llevar hasta este punto una humanidad exagerada, no habría sido el dueño de ello, todo un capellán general de las galeras como era. Tampoco la congregación de los ritos ha hecho uso de ellos para su beatificación, y el orador habría podido muy bien prescindir de ellos en su panegírico. No ignoramos que en muchas vidas de san Vicente de Paúl, este hecho se presenta, sino como probado, al menos como muy verosímil; pero nosotros confesamos que las razones en las que se apoyan estos historiadores no nos han parecido perentorias(concluyentes): y aunque el hecho fuera verdadero, nuestras reflexiones sobre la materia no nos parecerían menos concluyentes.” Inútil poner de relieve la ignorancia de esta nota: El Sr. obispo de Troyes no conocía evidentemente ni el proceso ni la bula de canonización. Nada que decir tampoco de esta *exageración* de humildad que encontraría en la cautividad voluntaria de Vicente de Paúl, si fuera verdadera, sino que semejante expresión es al menos singular en palabras de un obispo.

Sea lo que sea, el rumor de este panegírico pronunciado casi todos los años desde 1803 al 1822, llegó a los oídos del cardenal Maury, por entonces obispo de Montefiascone; y el 13 de agosto de 1803, escribió al Sr. Brunet, vicario general de la congregación de la Misión,, con residencia en Roma en la casa de los Lazaristas de Monte-Citorio. En esta época, Maury pensaba imprimir su panegírico, cuya publicación le decían, en las circunstancias presentes, no sería tal vez inútil en Francia para la religión. “No puedo resistir, dijo él, a este último motivo, que será siempre omnipotente en mi alma.” Y, después de hablar del acto de entrega celebrado por él en panegírico, añade: “El espíritu de crítica, dispuesto sin cesar a defenderse contra su propia admiración, y la extraña debilidad de algunos oradores que se han permitido negar este sublime sacrificio, suponiendo contra la evidencia que los historiadores de san Vicente de Paúl nunca habían hablado de ello, y admitiendo el método de Voltaire que somete la verdad histórica a las reglas de lo verosímil, me imponen del deber de probar que *lo verdadero puede a veces no ser verosímil*, y de subyugar el asentimiento de mis lectores por una nota que triunfa de su pirronismo(escepticismo). Me halaga lograrlo.” Y no se jactó de por ello en vano. Léase esta nota en las obras de Maury, y no quedará ya duda alguna más que sobre las circunstancias del hecho, no sobre el hecho en sí mismo.

IV. Misiones en Marsella y en Burdeos. Mientras tanto la desaparición repentina de Vicente había alarmado a sus amigos. Transcurrieron algunas semanas. Extrañada de no recibir noticias suyas, la condesa de Joigny mandó

hacer investigaciones, y se descubrió al fin al santo sacerdote en los bancos de los forzados.

Vicente había aprovechado su estancia en Marsella. No se había contentado con experimentar por sí mismo la suerte de estos desdichados; él los había preguntado a unos después de los otros, escuchando sus quejas, compadeciendo sus penas, consolándolos con sus limosnas, y haciéndoles al menos obsequio de sus lágrimas cuando su bolsa se encontraba vacía. Al verlos irritados por los malos tratos que se añadían al suplicio ordinario, intervino ante los oficiales y los administradores de los calabozos y les dio a entender cuán contrario era a la humanidad y al cristianismo agravar más sufrimientos tan pesados. Con más clemencia por una parte, más paciencia por otra, las disposiciones de estos desafortunados se ablandaron, y Vicente pudo pensar en su alma, más cargada por las cadenas del demonio que su cuerpo por los hierros de la justicia humana. Secundado por los capellanes ordinarios que, por primera vez, podían acercarse a ellos sin ser recibidos con injurias y maldiciones, les hizo oír la divina palabra, les administró los sacramentos, logró incluso reconciliar a los herejes y convertir a algunos mahometanos. En una palabra, consiguió pronto hacer de esta guarida de todos los vicios un templo en el que se oían sin cesar alabanzas de Dios en bocas antes entregadas a la blasfemia.

Bien habría querido llevar más lejos sus conquistas, pero la partida del conde de Joigny y el movimiento continuo de las galeras, que no tenían entonces descanso fijo, le obligaron a regresar a París. Al año siguiente (1623), recuperó el plan que había ideado en Marsella, y emprendió una gran misión en las galeras. Partió pues para Burdeos donde, el año precedente, el conde de Joigny había reunido diez de las galeras de Marsella. Iba a encintrarse con varios de los forzados a los que ya se había ganado para Dios, además de un gran número de otros que habían sido trasladados a ese puerto, con ocasión de la guerra contra los Calvinistas. En 1622, efectivamente, los hugonotes habían desatado las hostilidades. Mientras el duque de Rohan trataba de sublevar el Languedoc, y resistía con dificultades, ya las envidias de su partido, bien los ejércitos del mariscal de Lesdiguières y de los duques de Guisa y de Montmorency, su hermano, el duque de Soubise, tenía, en la guerra marítima, mejores éxitos. Dueño de Royan, se había dirigido a La Rochelle, de donde dominaba el mar y hacía expediciones hacia la desembocadura del Garona o a las costas del bajo Poitou. Para resistirle, se hizo venir de Normandía, de Bretaña y de provincias, todas las embarcaciones que se pudieron reunir y acabaron expulsándole de la isla de Ré y rechazarle vergonzosamente a La Rochelle, donde el joven conde de Soissons fue asediado. Al propio tiempo el rey en persona se apoderó de Royan y llegó a ocupar la ciudad con sus tropas. De allí, Luis XIII se dirigió al Languedoc, tomó en las puertas de Montauban la pequeña ciudad de Négrepelisse, donde pasaron a cuchillo a todos los habitantes masculinos para castigarlos por haber masacrado, el invierno anterior, a la guarnición real; forzó la ciudad de Saint-Antolin, tras algunos días de resistencia en la que hasta las mujeres tomaron parte, armadas de hoces y de alabardas, hizo prender a diez burgueses con un ministro apóstata, e impuso al resto de los habitantes un fuerte rescate; prosiguió su marcha hacia Montpellier, sometió todas las plazas que se hallaban a su paso, e hizo que se le abrieran las puertas. Tanto éxito, tantos rigores excesivos, sin duda, pero saludables, habían abatido el partido de los reformados, y el duque de Rohan

mismo había tenido que determinar a Montpellier a rendirse. Sólo quedaba guerra en torno a La Rochelle, donde el duque de Guisa con todas las galeras que se habían podido juntar había llegado en auxilio del conde de Soissons, y donde había vencido a Soubise ante la isla de Ré. La paz, firmada ya en Montpellier, fue general.

Es la ocasión favorable de esta paz, de las victorias del ejército real, la que quiso aprovechar Vicente para llevar a cabo con mayor facilidad su proyecto de misión en las galeras. Como ya hemos dicho, seguían todas reunidas en gran cantidad en el puerto de Burdeos. Llegado a esta ciudad, fue primero a saludar al arzobispo, Francisco de Escoubleau, cardenal de Sourdis. Ya le había conocido con ocasión de su primer viaje, y ambos se habían marchado de allí en 1606, uno para Roma, donde contribuyó a la elección de los papas León XI y Pablo V, el otro para Toulouse, Marsella y a su esclavitud en Berbería¹⁵⁹.

Ante un prelado con semejantes virtudes episcopales, Vicente no necesitaba ni de la autoridad de la que el rey le había revestido, ni de la recomendación del conde de Joigny; le bastaba con su caridad cuya reputación se había extendido hasta los confines del reino. Por ello se apresuró el cardenal de Sourdis a secundar su piadoso plan, y le otorgó, a su elección, veinte religiosos de entre las diferentes órdenes tan numerosas entonces en Burdeos. Vicente distribuyó a sus operarios de dos en dos en cada galera. En cuanto a él, a la par que guardaba la dirección general, se multiplicó, yendo sin cesar de acá para allá a todas partes donde era más necesario asustar a los pecadores, consolar a los afligidos e instruir a los infieles. Por lo demás, animados por su ejemplo y sostenidos en sus fatigas por sus exhortaciones, sus colaboradores hicieron, por su parte, maravillas, y la misión tuvo un éxito increíble. Por su parte, Vicente convirtió a un mahometano. Le llamó Luis en el bautismo para atraer sobre él el favor real, y obtuvo su libertad del general de las galeras. En agradecimiento, el Turco convertido se sintió muy cerca en adelante del santo

¹⁵⁹ No se ha de juzgar al cardenal de Sourdis por las bromas de L'Estoile ni por los relatos de de Thou quien, si bien su pariente, no le ha perdonado en su Historia, tan llena de prevenciones anticatólicas. El cardenal de Sourdis fue uno de los más grades y de los más santos prelados de su tiempo, uno de esos hombres suscitados por Dios para la reforma de las costumbres y de la disciplina eclesiástica. El mayor de su casa, había abandonado tempranamente el mundo, los cargos y los favores a los que le llamaba su ilustre nacimiento y, una vez arzobispo de Burdeos, se consagra por entero a los deberes de su ministerio. Pronto no se le llamó más que el Carlos Borromeo de la Guayana; y, en efecto, se había propuesto por modelo al gran arzobispo de Milán, cuyos reglamentos publicó en su diócesis. Lleno de celo por las fundaciones religiosas, secundó a la señora de Lestonnac, sobrina de Montaigne, en la fundación del Instituto de las Hijas de Nuestra Señora, favoreció a las Ursulinas, cuatro casas de las cuales se elevaron en su diócesis antes de multiplicarse, en número casi infinito, tanto en Francia como en el extranjero; por su influencia y por sus favores, los Franciscanos, los Mínimos, los Capuchinos, los Carmelitas, los Jesuitas y las Carmelitas se establecieron en Burdeos; fue él también quien contribuyó a construir el convento de los Celstinos en Nuestra Señora de Verdelys, y quien construyó él mismo con magnificencia la Gran Cartuja en medio de las Marismas de Cascuña. Pero lo que tomó más a pecho fue el restablecimiento de la disciplina en su clero y de la libertad de la Iglesia. De donde el famoso concilio provincial que celebró en Burdeos el año que siguió al viaje de san Vicente de Paúl; de ahí sus luchas continuas contra el Parlamento. Son aquellas luchas en las que el papa y el rey le dieron casi siempre la razón, aquellas luchas emprendidas para defender las inmunidades eclesiásticas y emancipar su jurisdicción de las usurpaciones parlamentarias, que le han valido, como a los grandes papas y a los más santos obispos, las calumnias de la historia. La verdad está en ese retrato tan parecido que hizo de él el *Mercurio francés* (Tom. XIX, p. 925): "Prelado de buena y santa vida, irreprochable en sus costumbres, y que hacía honor a su púrpura, tanto por el mérito de sus virtudes como por el esplendor de su familia; pastor vigilante en su cargo, y entero en sus acciones; por lo demás, un espíritu de mal conformar con cuanto se hacía en perjuicio de su jurisdicción, y que no podía tolerar menoscabo en el esplendor de la Iglesia; en una palabra residente, liberal, devoto y valiente."

sacerdote a quien siguió por todas partes, honrándole como a sus padre y no dándole otro nombre. Vivía todavía en 1664, cuando Abelly publicó su Historia; y ésta fue para él la ocasión de expresar de nuevo su gratitud y su admiración, y de repetir que después de Dios, debía a Vicente su conversión y su salvación.

V. Establecimiento fijo de la obra de los forzados en París. Regresado a París, y ya en posesión del priorato de San Lázaro, Vicente de paúl pudo dar a su caridad más libertad y extensión, y los forzados fueron de los primeros en sacar provecho de su nueva fortuna. En el intervalo, había continuado visitándolos y prestándoles servicios, por él mismo o por los suyos, en el hospicio provisional que les había abierto cerca de la iglesia de Saint-Roch. Pero no tenía otra casa que alquilar, y temía que, en caso de evicción, vería a estos miserables volver a su primer estado de abandono y de indigencia. Ante todo, necesitaba una casa exclusiva y especialmente destinada a los galeotes. Había entonces entre la puerta de San Bernardo y el Sena, en la parroquia de San Nicolás del Chardonnet, una antigua torre que le ofrecía todos los elementos de seguridad y de comodidad para la obra permanente que proyectaba. Hecha la elección, se dirigió directamente a Luis XIII, que conocía desde hacía tiempo su caridad y sus obras, se había comprometido, de alguna forma, a secundar la obra de las galeras nombrándole capellán general, y acababa de darle letras patentes para la entrada a disfrutar del priorato de San Lázaro. Llegó a interesar vivamente en este proyecto la piedad del monarca y, mediante las súplicas de poderosos amigos, obtuvo su consentimiento. Actuó luego por sí y por otros ante los magistrados de la ciudad, y una vez resueltos los problemas por esta parte, hizo trasladar a los forzados e la torre de Saint-Bernard. Era en 1632. Absorto entonces en los trabajos de la superioridad general de la congregación que había fundado anteriormente, no podía hacer a los forzados, sobre todo a esta distancia, más que raras visitas; pero se sustituyó por aquellos de sus sacerdotes que había colocado en el colegio de los Bons-Enfants, en la vecindad del nuevo hospicio, y les encargó que llevaran con frecuencia consuelo, que dijeran cada día allí la misa y ejercieran el ministerio espiritual. Además, entre él y sus sacerdotes había un intermediario de elite en esta mujer admirable que encontraremos mezclada en adelante en todas sus santas empresas. La Señorita Le Gras, entonces superiora de la cofradía de la Caridad de la parroquia de San Nicolás del Chardonnet, abrazó con ardor la obra de los forzados. Iba con frecuencia a verlos de parte de Vicente, les prestaba toda clase de ayudas, y los ayudaba bien con sus propias limosnas bien con las limosnas que recogía en su nombre. Vicente sostenía y alentaba su celo. “La caridad con estos pobres forzados, le escribió un día, es de un mérito incomparable ante Dios. habéis hecho muy bien en ayudarlos, y haréis bien continuando de la manera que podáis, hasta que yo tenga la suerte de veros, que será dentro de dos o tres días. Mirad a ver si vuestra Caridad de San Nicolás quisiera encargarse, al menos por algún tiempo. Vos los ayudaréis con el dinero que os queda. Ya lo sé, que es cosa difícil, lo que me hace colocar esta idea en vuestro espíritu a la buena de Dios.” Por su parte, en sus correrías y en sus colectas caritativas, él no los olvidaba, y sabía tan bien tocar en su favor la piedad y la condición de las personas con quienes se relacionaba cotidianamente que, sin recurso fijos ni seguros, pudo durante cerca de diez años proveer solo a su mantenimiento y a su alimentación.

La obra vivía de esta manera desde hacía tiempo con el fondo y al día de la Providencia, cuando una persona rica le legó al morir seis mil libras de renta. Esta suma debía quedar hipotecada en un fondo asignado por la hija y heredera única de la difunta, luego aplicada, según el consejo de Vicente o de algún eclesiástico, al alivio de los galeotes. Era asegurar el éxito y la perpetuidad de la obra. Pero el marido de la heredera se negó a cumplir esta cláusula del testamento. En vano el siervo de Dios multiplicó los esfuerzos, haciendo valer los motivos de caridad y de justicia que debían llevarle a cumplir una intención sagrada: no recogió más que injurias y negativas durante un tiempo. Las negativas entristecían su amor por los pobres forzados; las injurias encandilaban su humildad y la atraían a nuevos intentos. Vencido al fin por tanta paciencia y santa obstinación, el gentilhombre aceptó la mediación del procurador general Molé, y se convino que un fondo se entregaría para asegurar la renta. Libre de la opresión de su marido, la heredera, cuyo corazón se había visto impresionado con los discurso de Vicente por la exposición que le había oído hacer de tanta miseria, de la excelencia de la obra y de la necesidad de perpetuar su beneficio, dio libre curso a su celo y se prestó a todos los deseos del santo sacerdote. Quiso que el procurador general tuviera a perpetuidad la administración temporal del nuevo hospicio, que las Hijas de la Caridad fueran encargadas del servicio de los forzados, en particular, en sus enfermedades, y que por último los sacerdotes de San Nicolás del Chardonnet llevara el ministerio espiritual. Este último punto solo pasó por algunas dificultades. Los sacerdotes de San Nicolás parecían hacer gratuitamente este servicio, ya que los forzados se habían convertido en sus parroquianos; pero Vicente y varias damas de la Caridad expusieron que el cargo era pesado y parecía pedir alguna retribución suplementaria. En consecuencia, se les otorgaron trescientas libras de renta, con la condición de que prestarían a los forzados todos los servicios religiosos que les habían hecho hasta entonces los sacerdotes de la Misión.

Después de asegurar la ayuda espiritual y material a estos infortunados, Vicente no se creyó libre totalmente de toda obligación para con ellos. Continuaba visitándolos; de vez en cuando seguía dándoles misiones, sobre todo cuando eran en gran número y a punto de ser trasladados a las galeras, creyendo con razón que entonces era cuando más necesitaban consuelo y una especie de viático religioso para sostenerse en su dura carrera.

VI. Proyecto de un hospital de forzados en Marsella. –*Richelieu y la duquesa de Aiguillon.* Pero su pensamiento se trasladaba siempre hacia la cita general de estos desgraciados, hacia estas galeras de Marsella de las que conservaba un recuerdo tan punzante. Recordaba con una más viva angustia a los pobres forzados enfermos que había visto allí privados de todo socorro del cuerpo y del alma. A pesar de su estado, allí seguían amarrados por sus cadenas al banco de la galera, como a la tabla de su ataúd, roídos por los gusanos, apestados, cadáveres vivientes antes de tiempo en descomposición, y sentían también todos los horrores de la descomposición sepulcral.

Se necesitaba un hospital para retirar allí a estos enfermos, con sus enfermedades, de su lugar de suplicio y sufrimientos. Desde su viaje a Marsella se había imaginado el plan y había decidido a Felipe de Gondí, general de las galeras, a echar las bases. Pero los disturbios del reino, la guerra civil y la guerra extranjera, las querellas de los príncipes y de los grandes, habían

absorbido todos los recursos, y el monumento no había podido levantarse. Sin embargo la Journée des Dupes (de los Engaños) acababa de echar por tierra la camarilla de las dos reinas, el partido de España y el partido de Monseñor, y Richelieu, más poderoso que nunca, se veía dueño de sus enemigos y del rey, dueño de Francia.

En semejantes circunstancias, que él creyó favorables, Vicente se dirigió a Richelieu que conocía ya y amaba su caridad. Además la empresa venía directamente de la jurisdicción del cardenal, desde que había hecho entrar dentro de su vasto poder a la marina de Francia. Efectivamente, hacia finales de 1626, queriendo destruir todos los cargos que participaban en la tierra y mar de la autoridad real, abolió a la muerte de Lesdiguières el cargo de condestable y forzó al duque de Montmorency, el mismo a quien hizo subir más tarde al cadalso de Toulouse, a vender por el precio de 1.200.000 libras su cargo de almirante, que quedó igualmente suprimido por un edicto solemne. Mas como era necesario que alguien se cuidara de la marina, bien por el comercio como por la guerra, se hizo otorgar por el rey, el año siguiente, el título y el poder de "gran señor, jefe y superintendente general de la navegación y comercio de Francia," es decir, con otras palabras, el poder mismo de almirante, con la sola excepción de que no era ya el jefe obligado de los ejércitos navales, cuyo mando podía confiar el rey a su gusto¹⁶⁰. Muy pronto después, habiéndose retirado al Oratorio Felipe de Gondí, entregó el cargo de director general de las galeras a su sobrino, Francisco de Wignerod de Pont-Courlay.

Era pues a él más que al rey mismo, por razón de su total poder general y de su jurisdicción especial sobre las galeras, a quien Vicente debía dirigirse para el asunto del hospital de Marsella. No representó ante Richelieu más que los impresionantes motivos de la caridad cristiana, y no le expuso otro cuadro que el del estado horrible de los pobres forzados. El gran político vio el asunto no desde un punto de vista alto, sino desde otro muy diferente. Al mismo tiempo que asunto de piedad y caridad, era para él asunto de Estado: ya que la estancia de los enfermos en las galeras, sin que se los pudiera separar de los demás forzados, extendía a menudo el contagio y sucedía a veces que al debilitarse las chusmas por una grande mortandad, los navíos resultaban inútiles al servicio del Estado.

Richelieu no necesitaba pues para determinarse de ninguna intervención extraña. Vicente se buscó a pesar de todo, para solicitar al ministro, a Jean-Baptiste Gault, obispo de Marsella, y al caballero de Simiane, piadoso gentilhombre de Provenza, que jugarán uno y otro un papel heroico en la obra de las galeras.

Impresionado lo suficiente por la grandeza de este plan que interesaba a la vez el bien del Estado y la piedad cristiana, Richelieu se fue a ver a Luis XIII, de quien no le costó mucho conseguir el beneplácito, y comenzó pronto la construcción del hospital sobre las bases mismas que había echado Felipe de Gondí. Pero se murió antes de acabar su obra. en su testamento legó su cuidado, lo mismo que de las demás obras de pías, a su sobrina querida, la duquesa de Aiguillon.

Y aquí, detengámonos ante esta mujer cuyo nombre y acción van a encontrarse tan unidas a nuestro relato. Mujer admirable entre todas estas mujeres abnegadas, tan numerosas en la mitad de este siglo y que, después de la

¹⁶⁰ *Mémoires de Richelieu*, L. XVII y XVIII, (1620 a 1627), -Collection Michaud, 2ª serie, tom. VII, pp. 424 y 437.

señora de Joigny y la señorita Le Gras, contribuyó más a todas las instituciones de san Vicente de Paúl.

Marie-Madeleine de Wignerod había nacido en 1604 de René de Wignerod, señor de Pont-Courlay, y de Françoise du Plessis, hermana del cardenal de Richelieu. Se casó en 1620 con un sobrino del duque de Luynes, Antoine Grimoard du Roure de Combalet, quien murió dos años después en el sitio de Montpellier. Viuda a los dieciocho años, viuda sin hijos, y en una época en que Richelieu había llegado a la cumbre de su fortuna, podía aspirar a una alianza nueva y más honrosa todavía; pero rechazó constantemente contraer otras nupcias, incluso con el conde de Soissons, nieto del príncipe de Condé y llegó hasta tomar, aunque dama de compañía de María de Médicis, el hábito de Carmelita. Por siete años seguidos renovó sus votos; y, obligada por su tío a recobrar las costumbres y vida del mundo, por lo menos fundó una bolsa para una religiosa destinada a ocupar su lugar en el convento, y se cubrió también con el ropaje de estameña para morir. Quiso habitar muerta este convento que no había podido habitar en vida. Se lee en su testamento tan cristiano: “Deseo ser enterrada enseguida después de mi muerte, sin ser abierta y sin ninguna ceremonia ni ningún teñido, en el gran convento de las Carmelitas de la Encarnación, en el lugar que la Madre Priora ordene, como se hace con las religiosas. Sé muy bien que no habiendo sido digna de pasar allí mi vida como lo había deseado tanto, no merezco ser recibida en el convento después de mi muerte; pero como estoy segura de que la caridad de sus santas religiosas no me negará esta gracia, me atrevo a suplicarles, para tener al menos este consuelo de esperar en su santa casa, con ellas, el gran día de la resurrección¹⁶¹ .” Es en las Carmelitas de la calle Chapon donde Fléchier pronunció, el 12 de agosto de 1675, su oración fúnebre, brillante elogio de su vida y de sus obras. “No ha sido grande, dijo el orador, sino por servir a Dios noblemente; rica, sino por asistir liberalmente a los pobres de Jesucristo; viva, sino para disponerse con seriedad a bien morir.” Fue grande y rica, sobre todo a partir de 1638, cuando Richelieu le hubo comprado la ciudad y las tierras de Aiguillon, en Guienne, con los derechos y título de ducado y par. Pero, como dijo también Fléchier, usó “de la grandeza con moderación, y de las riquezas con misericordia.” Viviendo con su tío, mientras que el gran ministro se entregaba a los asuntos del Estado, ella se había apropiado “el ministerio de sus liberalidades y de sus limosnas.” Mujer de un gran espíritu, protegió también las letras. Tuvo el honor de defender *al Cid* contra Richelieu, Corneille le declaró su agradecimiento en una epístola dedicatoria. Pero protegió mucho más todavía las obras de la caridad cristiana. Desde muy temprano se había puesto bajo la dirección de san Vicente de Paúl, y la veremos el alma de sus asambleas de caridad, de sus misiones, de sus fundaciones piadosas; todo ello con esa sencillez que añade encanto a la grandeza, y con esa piedad que hace ante Dios el mérito de las obras. Se apartaba con frecuencia de las pompas del mundo para ir a hacer ejercicios en una humilde celda de las Carmelitas; se apeaba del carruaje para acompañar a pie al Santo Sacramento hasta los reductos más pobres, y a veces se pasaba noches enteras en la iglesia de San Sulpicio, prosternada ante Dios.

La muerte y el testamento de su tío la pusieron en condiciones de dar libre curso a su generosidad y a su proselitismo.

¹⁶¹ Archivos del Estado, S. 6716.

En virtud de este testamento, fechado el 23 de mayo de 1642, la duquesa de Aiguillon y el secretario de Estado des Noyers debían cobrar el dinero que dejaba el cardenal en su muerte, y emplearlo, pagadas las deudas, y después de una donación de 1.500.000 libras hacia al rey, “en obras de piedad útiles al público,” sin estar obligados a rendir cuentas a sus herederos. Además, la duquesa de Aiguillon disponía, durante tres años, de las dos terceras partes de la renta de todos sus bienes, “para ser, dichos dos tercios, empleados en el pago de lo que pudiera quedar por liquidar” de sus deudas, de sus legados, y del gasto de los edificios y fundaciones que él había ordenado. Entre estas edificaciones y fundaciones, el testamento no designa más que el hotel de Richelieu, el colegio y la iglesia de Sorbona donde el cardenal había escogido su sepultura, y por último la casa de Misión que él había fundado en el lugar de su título ducal.

Pero existían otras obras que él había “hecho oír” a la duquesa de Aiguillon y al secretario de Estado des Noyers así como a su confesor Lescot, nominado recientemente al obispado de Chartres. Una de esas obras era la continuación del hospital de Marsella. La duquesa de Aiguillon se prestó a la ejecución de este gran proyecto y, con el permiso del rey, levantó sobre el emplazamiento de dos arsenales contiguos, inútiles para el servicio, edificios propios para recibir a los forzados enfermos y alojar a las personas relacionadas con su socorro corporal y espiritual.

VII. Misión en Marsella. –*J.-B. Gault y el caballero de Simiane.*

Inmediatamente después de la muerte del cardenal, Armand de Wignerod, heredero de la mayor parte de sus bienes y de su título de duque de Richelieu, había sido provisto del generalato de las galeras, que le habían quitado a su padre de Pont-Courlay. Ahora bien, siempre en virtud del testamento del cardenal, la duquesa de Aiguillon disponía, hasta su mayoría, “de la administración y dirección tanto de su persona como de los bienes” que le había legado su tío. Lo que le fue un nuevo motivo para acelerar la terminación de la obra del hospital y de las galeras. Desde principios de 1643, todo estaba listo para recibir a los forzados y a los Misioneros destinados a trabajar en su salvación. Entonces la duquesa pidió a Vicente que le enviara a Marsella a algunos de sus sacerdotes. El mes de febrero, Vicente hizo partir a cinco, a la cabeza de los cuales puso a Francisco du Coudrai, uno de sus primeros compañeros. Distinguido por su vasto conocimiento de las lenguas orientales, du Coudrai lo era todavía más por su celo, su mortificación, por todas las virtudes y todos los talentos del Misionero. Sus éxitos fueron pues completos y rápidos y, el 6 de marzo siguiente, apenas un mes después, el obispo de Marsella podía escribir a la señora de Aiguillon:

“Aunque no haya transcurrido mucho tiempo desde que os escribí a la llegada de los Señores de la Misión que tuvisteis a bien mandarnos aquí para trabajar en las galeras, no obstante no puedo demorarme más en daros cuenta de lo que allí ocurre, y del consuelo que reciben cuantos están empleados en este duro trabajo, y yo con ellos... Hemos comenzado al propio tiempo a dar la misión en siete galeras, haciendo venir a ocho Misioneros de los que están en Provenza¹⁶², para trabajar en cuatro, y hemos distribuido en las otras tres a los que nos han enviado de París. Les echo una mano a unos y a otros cuando lo

¹⁶² Eran los Misioneros de Christophe Authier de quienes se hablará más adelante.

necesitan, sobre todo tratándose de los Italianos que son en gran número en las galeras. El fruto ha sobrepasado absolutamente todo lo esperado. Es verdad que nos hemos encontrado desde un principio con espíritus no sólo ignorantes, sino también endurecidos en sus pecados y que, amargados hasta no más contra su miserable condición, no querían oír hablar de Dios. pero poco a poco la gracia de Dios, por la mediación de estos eclesiásticos, ha ablandado de tal forma sus corazones, que ahora demuestran tanta contrición como grande había sido su obstinación. Os maravillaríais, Señora, si supierais los que han pasado los tres, cuatro, cinco y diez años sin confesarse. Los ha habido que habían pasado veinticinco años en ese estado, y que protestaban no querer saber nada mientras se hallaran en cautividad. Pero al final Nuestro Señor se ha hecho el dueño, y ha expulsado a satán de estas almas, sobre las que había usurpado un imperio tan grande. alabado sea Dios por haberos dado esta voluntad. Ha sido la venida de estos Misioneros la que me ha decidido por completo a esta misión, que yo habría diferido tal vez para otro tiempo; y sin embargo habría podido suceder que muchos de ellos se hubieran muerto en el mal estado en que se hallaban. Espero que se recojan los mismos frutos en las demás galeras. No puedo expresaros, Señora, cuántas bendiciones dan estos pobres forzados a quienes les han procurado un socorro tan saludable. Busco los medios para actuar de manera que las buenas disposiciones en que están puedan continuar. Me voy sin dar la absolución (¿) a cuatro herejes que se han convertido en las galeras. Hay todavía más que tienen el mismo plan, ya que estas cosas extraordinarias los impresionan mucho¹⁶³.”

De esta carta se deduce que todos tomaron una parte laboriosa en la misión: Misioneros de Provenza, Misioneros de Vicente de Paúl, y a la cabeza de todos el obispo de Marsella. En efecto, este obispo, Jean-Baptiste Gault, fue uno de los más santos prelados de su tiempo. Había sucedido en la sede, en 1642, a su hermano Eustache, que había muerto en 1639, dos días después de recibir sus bulas. Los dos, nacidos en Tours, habían entrado primero en la congregación del Oratorio donde habían desempeñado con honor diversos empleos. Convertido en obispo de Marsella, Jean-Baptiste marcó la breve duración de su episcopado con los mayores rasgos de entrega y de caridad. Imitó hasta el final a san Carlos Borromeo a quien había tenido por modelo, porque murió en el ejercicio de su celo, llevado a los cuarenta y ocho años, el 23 de mayo de 1643 que le habían costado los trabajos excesivos de la misión. La víspera de su muerte, según nos cuenta una carta de Francisco du Coudrai, dio a los Misioneros “su bendición para ellos y para los pobres galeotes.” Dejó tal reputación de santidad que la asamblea del clero de 1646 escribió a Inocencio X para pedir que se hicieran informes sobre sus virtudes, lo que se renovó más tarde sin llegar más allá¹⁶⁴.

Entre los hombres sobre los que recae una buena parte del mérito en el éxito de esta misión de Marsella, se ha de citar a un laico, al caballero de Simiane, desconocido para la gente del mundo que no saben más que su nombre, llevado más tarde por Pauline de Grignan, nieta de la señora de Sévigné. Gaspard de Simiane de la Coste, nacido en Aix en 1607, fue destinado a la

¹⁶³ Se encuentran semejantes detalles en otra carta del obispo de Marsella al padre d'Arcy, del oratorio, del 5 de mayo de 1643. Quería entenderse con la Sra. de Aiguillon para reemprender la construcción del hospital sobre las bases puestas por el R. P. de Gondí

¹⁶⁴ Tenemos la vida de los dos hermanos Gula; hay incluso dos de Jean-Baptiste: una por Augery, Aix, 1643, in-8; la otra por Senault, 1547, in-8.

orden de Malta, y pasó varios años en esta isla. Apartado de repente de la disipación y de los placeres por la muerte imprevista de una persona querida, pensó primeramente en pasarse a los Turcos para socorrer a los cristianos cautivos. Al serle imposible ejecutar este proyecto, volvió su celo hacia los protestantes. Vino a París para estudiar la controversia con el célebre Padre Veron, sostuvo conferencias contra los ministros de Charenton, pasó incluso a Inglaterra, donde confundió a los más célebres doctores de la Iglesia anglicana y, de regreso en Provenza, recorrió los cantones que había infectado el protestantismo, discutiendo siempre con el mismo éxito, abriendo en muchas ciudades casas a los protestantes que querían instruirse, y en Aix un asilo para recibir a las protestantes convertidas. Pero, entre sus buenas obras casi incontables, no tenemos que apuntar aquí más que lo que hizo por los forzados de Marsella. Fue él quien comenzó a establecer el orden entre ellos. Contribuyó a procurarles los sacerdotes de la Misión y concurrió con sus trámites, con sus dineros y sus limosnas que recogió para la construcción del hospital, del que fue uno de los primeros administradores. En 1645, vino a París para solicitar la expedición de las letras patentes del rey, y una vez obtenidas por la recomendación de Vicente, le escribió a sus regreso a Marsella: "Os escribo para daros a conocer el progreso del hospital, en cuyo establecimiento habéis contribuido tanto. Ya sabréis por mi última que, después de mucha resistencia, con la ayuda de Nuestro Señor, nos han entregado a los enfermos de las galeras. En verdad, no sabría expresaros la alegría que reciben estos pobres forzados, cuando se ven trasladados de ese infierno al hospital que llaman un paraíso. Sólo con entra se les ve sanar de la mitad de su mal, porque se los libra de la miseria de que vienen cubiertos, se les lavan los pies, luego se los lleva a una cama un poco más blanda que la madera en la que solían dormir. Y encantados al verse alojados, servidos y tratados con un poco más de caridad que en las galeras, adonde hemos enviado a un gran número de convalecientes que se habrían muerto allí. De verdad, Señor, podemos decir que Dios ha bendecido esta obra, lo que se ve no sólo en la conversión de los malos cristianos, sino también de los Turcos que piden el santo bautismo." Habiendo asegurado así la fundación del hospital, el caballero de Simiane no se creyó en paz con los forzados: pero, pagando con su persona lo que es propio de la caridad cristiana, pasó allí sus últimos años, entregado a las funciones más humildes, exhortando, consolando a los enfermos y llevándolos a Dios con sus cuidados y su dulzura. Como su obispo, murió mártir de su caridad, y más joven aún, ya que contrajo en el ejercicio de su celo una enfermedad que se lo llevó a los cuarenta y dos años, el 24 de julio de 1649¹⁶⁵.

Herido el pastor, no se dispersó el rebaño de los Misioneros. Después de algunos días dedicados al dolor y al abatimiento, todos volvieron a su trabajo con nuevo entusiasmo y nuevas bendiciones. Las conversiones se multiplicaron entre los protestantes. Treinta de ellos hicieron su abjuración. Los mismos turcos se impresionaron. Ya el obispo de Marsella había bautizado a siete antes de morir. La gracia continuó ganándose a los musulmanes. Uno de ellos debió ser bautizado en la galera, por razón de enfermedad; pero los otros nueve lo fueron con toda solemnidad en la iglesia catedral, adonde había sido conducidos como en triunfo por un pueblo inmenso que bendecía a Dios. Un

¹⁶⁵ *Vie du chevalier de la Coste*, 1659, in-12.

espectáculo así forzó a muchas dudas, y otros muchos musulmanes vinieron a implorar el bautismo.

VIII. Fundación de la duquesa de Aiguillon. –*Misión permanente.* Impresionada por los grandes bienes que había producido la misión en las galeras, la señora de Aiguillon pensó en hacerla permanente. El 25 de julio de ese mismo año 1643, se celebró un convenio entre “Marie de Wignerod, duquesa de Aiguillon, par de Francia, condesa de Agenois,” y “venerable y discreta persona” Vicente de Paúl, a quienes se juntaron Antonio Portail, Francisco du Coudrai, René Almeras y Emerando Bajoux, primeros sacerdotes de la Misión. En este convenio la señora de Aiguillon hizo donación de una suma de 14.000 libras, con cargo para los donatarios y sucesores a perpetuidad, de establecer, alimentar, alojar y mantener en Marsella a cuatro sacerdotes de su congregación. estos sacerdotes, “según la voluntad e intención del rey, ostentarán la superioridad de los capellanes y eclesiásticos,” que podrán quitar o reemplazar, “si la encuentran más útil para la gloria de Dios.” los capellanes y eclesiásticos darán el catecismo y las instrucciones a los galeotes, les administrarán los sacramentos; los Misioneros pasarán cada cinco años por cada una de las galeras de Marsella y demás puertos del reino, “para catequizar e instruir en el amor y caridad de Dios a los pobres forzados y demás personas de dichas galeras, interrogar a los capellanes y eclesiásticos,” destituir y reemplazar a los incapaces. Tendrán a su cargo también el cuidado del hospital de los pobres galeotes de Marsella. Además, los sacerdotes de la Misión, a perpetuidad, “siempre que lo juzguen oportuno,” enviarán a Misioneros a Berbería, para consolar e instruir en la fe a los pobres cristianos cautivos en la fe, el amor y temor de Dios,” y hacer allí sus ejercicios espirituales ordinarios. Por último, la duquesa pedía dos misas rezadas al año y a perpetuidad: “una de *Requiem* por el descanso del alma de Monseñor el gran cardenal duque de Richelieu, su muy honorable tío y bienhechor, y obtener la bendición de Dios sobre toda la casa de su Eminencia;” la otra por la donante; “todo para honrar la vida laboriosa de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra, su conversación y sus milagros¹⁶⁶.”

Para la ejecución de la voluntad de la señora de Aiguillon y el cumplimiento de los cargos impuestos a la Misión era necesario que el título de capellán real de las galeras fuera adjudicado a perpetuidad al superior general de la congregación, y que el superior particular de la casa de Marsella pudiera ser sustituido por él en su poder y sus derechos, a lo que se proveyó por patente del 16 de enero de 1644, firmado por Luis XIV niño, y entregado a

¹⁶⁶ *Archivos del Estado*, S. 6707. este convenio fue firmado en el hotel mismo de la señora de Aiguillon, el pequeño Luxemburgo y, tres días después, las 14.000 libras donadas por ella eran transformadas en una renta anual de 1.400 libras sobre los coches de Rouen en virtud de una transacción hecha entre los destinatarios y Barthélemy Buttin, “secretario ordinario de la cámara del rey, propietario por compromiso de los coches y carrozas de Rouen y fundaciones que hacer en Normandía con los coches y carrozas de Flandre, Países Bajos;” transacción recibida y firmada ante los notarios del Châtelet, el 23 de setiembre siguiente. –De las 14.000 lib donadas por la duquesa de Aiguillon, 13.824 libras 14 céntimo fueron solas dedicadas a la compra de la renta de 1.400 libras, quedando el resto para viajes y otros gastos. Esta renta nunca fue pagada por entero a la Misión. En los años 1652, 1653 y 1654 no se recibieron más que 777 con 15 céntimos; disminución que proviene del don que había hecho el rey sobre los coches a la duquesa de Aiguillon, quien encontró sin duda un medio de compensación en su inagotable generosidad. En 1664, tan solo 1.000 libras fueron contables a la Misión que, en 1665, debió incluso ceder al granjero del plazo fracasado por causa de las pérdidas que había sufrido por la disminución del comercio y de los transportes, ocasionada por la guerra con Inglaterra y la peste de Londres.

requerimiento, menos sin duda del joven general de las galeras que de la duquesa de Aiguillon, o incluso de la reina madre, quien ya, en esta época, había introducido a Vicente en su consejo de conciencia. Véase esta nueva patente, más honrosa todavía que la primera a la memoria del santo sacerdote.

“Hoy seis de enero de 1644, hallándose el rey en París, sobre lo que el señor duque de Richelieu, general de las galeras de Francia, ha expuesto a Su Majestad, que visto el gran fruto y ventaja que se ha recibido, tanto para gloria de Dios como para la instrucción, edificación y salvación de las almas de todos los que sirven en dichas galeras, por la excelente elección que antes se ha hecho de la persona del señor Vicente de Paúl, superior general de los sacerdotes de la congregación de la Misión, para el cargo de capellán real de dichas galeras, del que se había visto en provisión por patente de dieciocho de febrero de 1619, con superioridad de los demás capellanes de galeras; y atendido también que a causa de sus grandes ocupaciones, tanto cerca del rey como de la reina regente su madre, que le llaman con frecuencia a su consejo, que a su cargo de superior general de dicha congregación, es imposible que pueda estar siempre en Marsella para ejercer dicho cargo de capellán real de las galeras, se necesitaría darle poder de encomendar en su ausencia al superior de los sacerdotes de la Misión de Marsella, y unir este cargo para siempre al superior general de dicha congregación de los sacerdotes de la Misión, presente y por venir: su dicha Majestad teniendo por agradable la propuesta de dicho general de las galeras, del parecer de la reina regente su madre, ha confirmado al dicho señor Vicente de Paúl en el dicho cargo de capellán real de dichas galeras; y aparte de eso, le ha dado poder de distribuir a los capellanes que encuentre más aptos, y de poner a otros en sus lugares; como también de encomendar en su ausencia al superior de los sacerdotes de la Misión de Marsella para disfrutar con parecidas funciones de la autoridad, gajes, honores y derechos, y ha unido para siempre dicho cargo de capellán real de dichas galeras de Francia, con parecido poder y autoridad, al superior general de la congregación de la Misión, presente y por venir; queriendo su dicha Majestad que en esta calidad sea alojado u empleado en el estado de las galeras, en virtud de las patentes que le serán expedidas, en consecuencia de ésta, que su dicha Majestad ha querido firmar de su propia mano, y contrafirmar por mí consejero en su consejo de Estado y secretario de sus mandatos.”

firmado LUIS.

Y más abajo DE LOMENIE.

IX. Letras patentes del rey a favor del hospital de Marsella. –*Reglamentos administrativos y espirituales.* Quedaba por asegurar la existencia y el mantenimiento del hospital así como de la Misión de Marsella. Es una gloria que Vicente reservó al joven Luis XIV. Desde hacía tiempo hablaba de ello a la reina regente; Por fin, el mes de julio de 1646, obtuvo del joven rey hermosas letras patentes que evidentemente las inspiró él. tanto como a la caridad de Vicente hacen honor estas letras a su elocuente redactor, y también a esta vieja realaleza francesa de ordinario tan magnífica en sus actos y su lenguaje. Éste es su hermoso comienzo:

“Los reyes nuestros predecesores no solamente han adquirido el título glorioso de rey cristianísimo por haber combatido a los enemigos de la fe, protegido a la Iglesia oprimida, y conservado, por toda clase de cuidados, la religión dentro y

fuera de este Estado, sino también por el gran bien que han hecho a la Iglesia mediante la fundación y dotación de muchas casas destinadas al servicio de Dios y de sus súbditos; y sobre todo han tenido en singular recomendación a los pobres y a los enfermos, para el alivio de los cuales han fundado muchos hospitales, para que fueran alojados, alimentados, medicados y ayudados espiritual y corporalmente; y su previsión ha sido tan grande y tan general para esto que se puede decir que ha habido pocas enfermedades y miserias, para cuyos socorros no hayan encontrado medios convenientes y empleado grandes sumas para remediarlas.” Solos los forzados se habían visto privados hasta aquí de esta caridad universal; no ha habido hospital fundado ni dotado para ellos, “aunque su cautividad y fatigas ordinarias les hagan estar más sujetos a las enfermedades y más dignos de compasión.” Después de recordar y aprobar cuanto habían hecho ya el cardenal de Richelieu y la duquesa de Aiguillon, el rey reclama para él el derecho y el honor de tal empresa, pues se trata de una obra pública levantada en el fondo de su dominio; se trata de reunir en ellos a personas afectas al servicio de sus galeras, cuyo socorro tiene que ver principalmente con sus cuidados caritativos y su autoridad real. Además, para su conservación y su progreso, la fundación necesita de una protección a la que sus administradores pueda recurrir siempre, privilegios, rentas en proporción con su dignidad y sus cargos; todo lo que habla bien de la munificencia real. “A estas causas y por consejo de la reina regente, nuestra muy honorable señora y madre, y por nuestra regular ciencia¹⁶⁷, pleno poder y autoridad real, hemos dicho y declarado, decimos y declaramos que entendemos, y nuestra voluntad es que nosotros y nuestros sucesores reyes sean fundadores y dotadores de dicho hospital de los galeotes de nuestra ciudad de Marsella, queremos que esté en nuestra especial protección, y se llame real hospital para los forzados, consagrado y dedicado al Salvador del mundo.” El joven rey autoriza entonces al hospital a recibir donaciones y legados testamentarios, le inviste de todos los privilegios de las fundaciones piadosas, le hace gracia de todos los arsenales sobre el terreno del cual ha sido construido, entra en detalles conmovedores sobre la visita médica de las galeras, la admisión y cuidado de los forzados enfermos, la puesta en libertad de los inválidos o incurables; reglamenta la administración temporal y confía la espiritual al capellán real con todas las cláusulas y privilegios de la patente de 1644 y de cristianas recomendaciones y prescripciones referentes al servicio religioso de las galeras y del hospital; por último expresa la dotación anual de 6.000 libras, sin perjuicio de los tres céntimos por día otorgados por cada forzado de las galeras (1 libra/franco = 20 céntimos o sueldos); con el encargo que se diga todos los años una misa solemne el día de San Luis, a fin de pedir a Dios la continuación de sus gracias para nuestra persona y nuestro reino, así como nosotros entendemos que en dicho hospital se diga cada día un *Exaudiat* con la misma intención.”

Estas cartas, firmadas: “Luis, rey de Francia, conde de Provenza, Forcalquier y tierras adyacentes,” fueron confirmadas en septiembre de 1648 por el mismo Luis XIV, quien, después de aumentar, el año precedente, en 3.000 libras de donación anual del hospital, la elevaba a 15.000, que se reciben en este caso de los fondos de las gabelas y graneros de sal de Provenza, porque las rentas de la marina, sobre las que descansaba la dotación primera, eran demasiado

¹⁶⁷ Expresión de forma, pero singular en la boca de un niño de ocho años.

inseguras, y él no quería “que un mantenimiento tan útil y tan necesario como es el de dichos forzados enfermos, pudiese ser abandonado por falta de un fondo cierto y asegurado.” Su voluntad no fue pues, según parece, plenamente ejecutada, ya que, el mes de enero de 1651, debió dar nuevas letras patentes, por las que asignaba sobre las gabelas dos sumas separadas : una de 12.000 libras para el mantenimiento del hospital; la otra de 4.600 libras para los sueldos de los capellanes quienes, mal pagados, descuidaban su servicio¹⁶⁸.

Fue entonces cuando Vicente pudo hacer en Marsella una fundación fija a favor de los pobres forzados sanos o enfermos. La donación de la duquesa de Aiguillon no le obligaba a enviar más que a cuatro sacerdotes; hizo marchar a cinco, con la idea que serían así y todo inferiores al trabajo, sobre todo el principio de la obra. Fue clara previsión por su parte, pues el más joven de estos Misioneros, llamado Robiche, se murió muy pronto, a la edad de treinta y cinco años, mártir de su celo y de su caridad. Vicente nos ha dado él mismo detalles ingenuos y emocionantes de sobre sus funerales. Era costumbre del santo sacerdote hacer en sus cartas una especie de oración fúnebre de todos los suyos muertos en el servicio de Dios y del prójimo; después, en San Lázaro, según la importancia del sujeto, de tenían una o varias conferencias sobre sus virtudes. Leemos en esta carta del 3 de mayo de 1645, con motivo de los funerales de Robiche: “L a caridad que había ejercido con los pobres galeotes enfermos se había ganado tan bien el corazón de los Marselleses, que aunque no se pensaba en hacer una gran ceremonia en su entierro, y no se había rogado más que a los amigos de la casa, acudieron sin embargo en tan grande afluencia que se temió que cedieran los pisos con el peso, de manera que se vieron obligados a bajar el cuerpo de la habitación donde había fallecido para colocarlo en la capilla del salón de abajo, para que todos tuvieran la satisfacción de verlo. Una vez que le habían visto, levantaban los ojos y las manos hacia el cielo diciendo: Oh, qué hermosa alma, el bienaventurado!Y aunque la sala fuera muy espaciosa, y le pudieran ver más de cien personas a la vez, no obstante unos trepaban por las ventanas, otros subían por escalas y trozos de madera que encontraban. Ocurrió allí algo notable entre otras cosas: que un hombre de condición agarró un cojín y lo desgarró con los dientes para tener la sangre que había caído en él. Los demás raspaban la silla en la que estaba sentado; otros se apoderaban de la cera que corría de los cirios, de forma que si se les hubiera dejado las manos libres, se habrían llevado y roto todo lo que le servía, hasta romper las estampas que había por allí. En una palabra todo el mundo trataba de conseguir algo de él como reliquia. –Al bajarle de su habitación, todos se ponían de rodillas y se amontonaban para besarle los pies, y es cosa común en la ciudad que es un beato, y quieren saber el lugar donde le han enterrado para ir a rezarle con toda devoción.” Era inaugurar maravillosamente la Misión de Marsella.

Las cartas de Luis obligaban a los sacerdotes de la Misión a tener su residencia en el hospital, para que los enfermos estuvieran mejor atendidos. Esta Cláusula fue pronto mal interpretada por los administradores, que quisieron forzar a la Compañía a mantener allí a dos sacerdotes. Pero Vicente respondió que tal carga no le era imposible por la dotación de la duquesa de Aiguillon; que la renta era insuficiente para ello; que su instituto no tenía más que dos fines principales, a saber la instrucción del pobre pueblo del campo y

¹⁶⁸ *Archivos del Estado*, S. 6707.

los seminarios; que la dirección de los hospitales no era para él más que accesoria; que si había emprendido la dirección del hospital de Marsella, era con la idea de emplear a sacerdotes externos cuando los suyos no fueran suficientes como hacía en las misiones mismas, y que en consecuencia se reservaba en este punto sus derechos y su libertad¹⁶⁹.

Así era, en efecto, el texto mismo de la donación de la señora de Aiguillon y tal el espíritu de las cartas de Luis XIV. Pero, según la misma carta, los administradores tenían “proyecto de predominar en todo.” Por eso les urgía dar reglas al hospital. Vicente, al contrario, tenía por máxima diferir lo más posible el reglamento de sus obras, porque, decía, “la experiencia demuestra que lo que es factible al comienzo es a veces dañoso más tarde, o sometido a inconvenientes molestos¹⁷⁰.”

A pesar de ello, los administradores del hospital, usando del privilegio que les daban las letras patentes de 1646, confeccionaron los estatutos y los reglamentos “debiendo servir a perpetuidad para el orden, política y economía de dicho hospital, todo para mayor gloria de Dios, el servicio del rey y socorro de los pobres forzados enfermos.” Estos estatutos y reglamentos se expresan sobre la elección y recepción de los nuevos administradores, determinan sus funciones generales y las funciones de todos en particular, prescriben los ejercicios diarios de los oficiales del hospital, fijan sus diversos empleos y ordenan el régimen de los forzados enfermos. Están llenos de un espíritu de fe y de piedad, y hasta en sus expresiones se encuentran vestigios de los reglamentos dados por san Vicente a las cofradías de la caridad. Lo más probable es que le fueron sometidos antes de ser publicados definitivamente; y además el caballero Simiane de la Coste, uno de los primeros administradores, que había tomado anteriormente sus inspiraciones y conocía la obra de las cofradías, fue sin duda su principal redactor.

Los capellanes una vez colocados por las letras patentes del rey bajo la jurisdicción del ordinario, el obispo de Marsella, Étienne de Puget, les dio, por su parte, el 20 de febrero de 1647, reglamentos sobre el ejercicio de sus funciones espirituales. Pero, siempre por falta de retribución suficiente, no las cumplieron a perfección. Hay que decir también que los oficiales los molestaron en su ministerio, y que ellos mismo introdujeron en las galeras, con perjuicio de los derechos del capellán real, a sacerdotes poco convenientes. Al cabo de un año, los capellanes dejaron también, al contrario de lo que indicaban las letras patentes, de vivir en común bajo la dirección del superior de la Misión de Marsella. Por otro lado, de 1649 a 1655, habiendo sido retiradas las galeras, para huir de la peste, a Toulon, los capellanes debieron seguirlas con un Misionero para asistir a los enfermos; y a su regreso, a pesar de una ordenanza real del 29 de mayo de 1650, que prescribía construirles una casa, ellos no volvieron a la vida en común.

Tal estado de cosas debía atraer la atención de Vicente. por eso, el 9 de julio de 1650, hubo, tras largas negociaciones, resoluciones tomadas respecto de la Misión y el hospital de Marsella. Se trataba de decidir si se confiaría lo espiritual y lo temporal a los hermanos de la Caridad o si se lo dejaría en su estado actual. Vicente, Portail, la duquesa de Aiguillon y Bausset, uno de los administradores del hospital, convinieron que se mantuviera la primera organización. Mas, para remediar los abusos, se añadió que dos sacerdotes, al

¹⁶⁹ Carta a Portail del 14 de febrero de 1647.

¹⁷⁰ Carta del 14 de febrero de 1647,

menos, Misioneros o externos, con la voluntad de Vicente, se establecieran allí y vigilaran todo cuanto se prescribía en las letras patentes y los reglamentos establecidos por los administradores y “el difunto Sr. de la Coste”; que las economías hechas sobre la dotación de 15.000 libras serían empleadas en acabar el hospital y en construir una habitación para los sacerdotes de la Misión y los capellanes; por último, que el superior de la misión de Marsella asistiría, con los administradores, a todas las conferencias en que se trataran asuntos espirituales y temporales del hospital, y que tendría en ellas voz deliberativa.

En efecto, los Misioneros, después de alojarse primero en el hospital, luego en diversos lugares, hicieron construir una residencia definitiva donde podían recibir a los capellanes¹⁷¹.

X. Trabajos diversos de la Misión. –*La marquesa de Vins.* La Misión estaba por fin constituida y presente en las galeras de Marsella y de Toulon.- Aunque no trabajara allí él mismo, Vicente encontraba no obstante el medio de prestar servicios personales a los pobres forzados. Cuando pasaban por delante de la puerta de San Lázaro. Los detenía para decirles algunas palabras de Dios y les daba a cada uno una limosna de cinco sueldos. Continuaba velando por ellos en la torre de la puerta de San Bernardo, durante la parada provisional que hacían allí, antes de ser dirigidos a Marsella o a Toulon. Les servía de intermediario con sus pobres familias. En sus manos estaba que los parientes vinieran a depositar las pequeñas cantidades que les destinaban para dulcificar sus males. En un gran número de cartas dirigidas al superior de Marsella y que su extrema ancianidad le forzaba a dictar a un secretario, se lee con emoción, al final de cada una, un postscriptum de una escritura temblorosa, donde el caritativo santo enumera, con su exactitud acostumbrada, todas las sumas que le han sido entregadas y los nombres de los pobres forzados a quienes van destinadas; dando orden de distribuir las y cargarlas en su cuenta. A menudo también sostiene y anima el celo de sus Misioneros y les agradece, con un acento muy personal de gratitud, por el bien que hacen a los pobres forzados, sobre todo en los tiempos de extraordinarios sufrimientos. “Dios sea alabado, escribe a Get, el 8 de marzo de 1658; Dios sea alabado por la caridad que la ciudad de Marsella ejerce para con los pobres en la necesidad en que se encuentran, y por la ayuda que habéis procurado a los forzados en la ocasión oportuna del frío y de la indigencia. Que Dios nos conceda la gracia, señor, de enternecer nuestros corazones con los miserables, y de estimar que al ayudarlos, practicamos la justicia y no la misericordia. Son nuestros hermanos a quienes Dios nos manda socorrer. Pero hagámoslo como hecho por él y de la manera que él lo entiende por el evangelio. No digamos más: soy yo quien ha hecho esta buena obra ; ya que todo bien debe hacerse en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.”

Aunque la Misión de Marsella tuviera por deber particular y especial el servicio de los forzados, ella prestaba su ministerio a otras buenas obras. Para eso, había en Marsella un convento de San Víctor, de la orden de San Benito, que el prior soñaba con devolver a la observancia de las reglas- el gran medio que quería aplicar era la formación de la juventud en la disciplina religiosa. En este plan, se dirigió primero a Get, superior de Marsella, quien se lo expuso a

¹⁷¹ *Archives imperiales*, S. 6707.

Vicente, pero después comprometerse demasiado. Vicente consintió sólo por condescendencia y para no retirar las promesas dadas, ya que no veía, según su grande prudencia y experiencia, que el proyecto, aunque muy bueno, debiera llevarse a cabo. Los jóvenes religiosos, la mayor parte de Marsella, vinieron a alojarse en la Misión como pensionistas, y compusieron una especie de seminario menor, donde se los instruía en las letras humanas, a la vez que se los formaba en la vida religiosa. Pero la mayor parte no tenían otra vocación que la voluntad de sus padres quienes deseaban descargar sus casas y dirigirlos a los beneficios. Por eso eran libertinos, granujas, que no buscaban otra cosa que contentar sus sentidos: de manera que al año de prueba, los misioneros, no esperando nada, debieron forzar al prior y a los padres a retirarlos, a pesar de todas las súplicas que les fueron hechas para sufrirlos unos años más¹⁷². Fueron confirmados en sus negativas por Vicente, que escribió a Get, el 10 de mayo de 1658: “Hará usted bien en mantenerse firme para no cargarse con los novicios de San Víctor, pongan la cara que pongan y por las presiones que sus superiores y sus padres puedan hacer. Ya que, como Dios no le ha dado gracia en el primer ensayo para corregirlos, aunque haya hecho de su parte todo lo que se podía hacer, hay poderosos motivos para dudar que la tenga en el segundo. Y lo que me quita toda esperanza es que no tenemos vocación para los colegios, sino al modo que sabe para los eclesiásticos seculares y no para los religiosos.”

De Marsella, Vicente envió todavía una colonia a Montpellier para probar la dirección del seminario. Get, superior de la Misión de Marsella, con otro Misionero, un hermano y un criado, duró allí un año, viviendo con cien libras al mes, que les daba el obispo de Montpellier; pero no habiendo podido el obispo proporcionar este fondo a perpetuidad, Vicente debió retirarlo, con gran sentimiento del prelado, y se volvió a Marsella.

Una obra que tuvo mejor éxito fueron las misiones entre los pueblos del campo. Los sacerdotes de Vicente de Paúl no se podían olvidar de que tal era uno de los principales deberes de su Instituto, y que el cuidado de los forzados no les debían eximir de ellas. así que las multiplicaron alrededor de Marsella con admirables bendiciones, ayudados en esto por el concurso y la liberalidad de las más nobles familias de Provenza. Entre los más generosos bienhechores de esta obra, se debe citar a la marquesa de Vins, quien legó al morir 18.000 libras a la Misión de Francia, -así se llamaba la misión de Marsella, -para el mantenimiento de dos o tres sacerdotes, encargados de dar, durante tres meses al año misiones en los lugares de la diócesis de Marsella designados por el obispo, de manera no obstante que las parroquias de sus tierras, tanto de la diócesis de Marsella como de las diócesis vecinas, a diez, doce y catorce leguas, serían visitadas de cinco en cinco años. Los Misioneros debían también recibir gratuitamente cada año a los párrocos de las mismas parroquias para darles durante ocho o diez días el retiro y los ejercicios espirituales¹⁷³.

Lorenza de Veyrat de Paulian, baronesa de Castelnaud, viuda de Melchor de Vins d'Agoust de Montauban, caballero, marqués de Vins, mariscal de los campos y ejércitos del rey, vivía de ordinario en el castillo de Vins, en Provenza. Pero cuando hizo este testamento, ella vivía en París, calle de la Harpe, donde murió a finales de febrero de 1659. Ella no conocía entonces ni a Vicente, ni a ningún sacerdote de la Misión, y la buena obra le fue aconsejada

¹⁷² *Relation manuscrite d'un Missionnaire de Marseille*; archivos de la Misión..

¹⁷³ Véase este testamento del 29 de mayo de 1655, *archivos del Estado*, S. 6707.

por su confesor; en cambio, conocía los grandes bienes operados en la Iglesia de Dios por la Compañía, tanto con respecto a los eclesiásticos como a la pobre gente del campo, y deseaba ser ella misma participante y darle medios de extenderlos más.

El testamento fue secreto durante los cuatro últimos años de la vida de la señora. El 21 de febrero de 1659, Vicente iba a dar una conferencia sobre la Providencia, cuando un muchacho llegó a San Lázaro y pidió hablar con él. Le dijeron que no podían recibirle; pero insistió y llegó hasta la habitación del santo: traía la noticia de la muerte de la señora de Vins y del legado hecho a la Misión. Algunos instantes después, la noticia era comunicada por el párroco de Saint-Nicolas-du-Chardonnet, confesor de la señora. Conviene leer los transportes de gratitud hacia Dios y a la generosa donante, que le dedicó Vicente al final de su conferencia. Y como la señora había ordenado también que todos los sacerdotes de San Lázaro dijeran la misa por ella el día de su fallecimiento, luego, informados todos los sacerdotes de la Compañía, se apresuró a escribir en términos conmovedores a todas sus casas para invitarlas a cumplir este deber de gratitud y de caridad; y si bien la suma legada fuera satisfecha con dificultades, hizo cumplir siempre con escrúpulo religioso todas las demás intenciones de la señora.

La Compañía se afianzó y se extendió cada vez más por Marsella. Doce años después de la muerte de Vicente, el rey, a petición del obispo Toussaint de Forbin-Janson, permitió a los sacerdotes de la Misión tomar la dirección del seminario y, el 20 de febrero de 1673, se firmó el acta de fundación¹⁷⁴.

Capítulo II: Berbería

Artículo primero. *La Berbería política y religiosa antes de la obra de san Vicente de Paúl.*

I. *Recrudescimiento de la piratería.* —Jiménez y Carlos V. Parecería más lógico remitir al libro de las misiones lo que tenemos que decir de los servicios prestados por Vicente de Paúl y sus hijos en Berbería. Pero se recuerda que un artículo de la donación de la duquesa de Aiguillon del 25 de julio de 1643 unía la obra de berbería a la de las galeras y prescribía el envío de Misioneros destinados a consolar y a instruir a los pobres cristianos esclavos. Y, en efecto, en Berbería como en Marsella o en Toulon, son siempre galeras y calabozos, siempre pobres forzados, entre los que la inocencia y el crimen constituye la única diferencia. Además, la ciudad de Marsella, en la que nos encontramos aún, va a ser, por decirlo así, el centro, la sede de administración de la obra de Berbería. De Marsella partirán los Misioneros; a Marsella dirigirá Vicente sus cartas y sus órdenes, y todas las sumas destinadas al rescate de los esclavos. Desde su cautividad en Túnez, Vicente no se había olvidado nunca de los pobres esclavos cristianos cuya suerte había compartido, y había jurado en su corazón y ante Dios socorrerlos. Pero, durante cuarenta años, no pudo más que rezar por ellos, y le faltaron los medios para ejecutar su caritativo plan. No obstante, en 1622, durante su permanencia en Marsella, se inscribió como miembro de la cofradía de la Trinidad, establecida, en 1306, por los Trinitarios

¹⁷⁴ *Archives de l'Etat*, MM. 534, fol. 243 y 244.

de San Juan de Mata, para asociar a los laicos a su misión liberadora. El día de su recepción, celebró él mismo la santa misa y pronunció, acerca de los horrores de la cautividad entre los Musulmanes, un discurso que conmovió profundamente al auditorio¹⁷⁵. De esta forma preparaba la caridad pública; de esta forma se preparaba él mismo para su obra de redención. Para animarse más y más, se mantenía al corriente de los infortunios de la esclavitud, mayores, en la primera mitad del siglo XVII, de lo que lo habían sido antes, y de lo que lo fueron nunca después. En la época de su cautividad en Túnez (1605-1607), hacía casi un siglo que la piratería se ejercía sobre las costas de Berbería en su mayor proporción. El bandidaje hizo entonces de ellas como el depósito de las riquezas del comercio europeo, y los esclavos se multiplicaron en número alarmante. Sin duda los Sarracenos de África tuvieron siempre costumbres de piratería y siempre se complacieron en apoderarse de los cristianos para reducirlos a esclavitud. Siempre, por consiguiente, fue preciso defenderse contra ellos por la guerra y por tratados. Pero cuando los Moros vencidos fueron expulsados de España, la humillación y la cólera, añadidas a la ambición y a la necesidad de procurarse recursos nuevos a la proscripción, dieron a su fanatismo y a su bandidaje un despliegue inmenso. Desde entonces, y en todo momento, partieron de Argel, de Túnez, de Salé, de Trípoli, de Tetuán, barcos armados para la guerra, que llevaron la desolación a las costas de Europa, hasta Inglaterra, Irlanda e incluso Islandia. Sin embargo raramente entraban en el océano, y se contentaban de ordinario con piratear el Mediterráneo. Las costas de España y de Italia se llevaban la peor parte, ya que hacia ellas los llevaban la ambición, la venganza y el odio religioso. Desde las cruzadas y la muerte de San Luis, si se exceptúa la expedición del duque de Bourbon en 1390, ninguna nación cristiana había tratado de poner fina este barbarismo. Los Portugueses entraron en lucha los primeros. Pero don Manuel fracasó en 1501, pero, a los Españoles, que ya habían vencido en casa a los Moros, les quedaba la gloria de vencerlos también en África. Don Diego de Córdoba comienza; y el gran cardenal de Jiménez, en su extrema ancianidad, presentando las desgracias que caerán de sus costas sobre su patria y sobre toda la cristiandad, piensa en ahogar la piratería en su nido y en establecerse frente a ella a fin de evitar que brote de nuevo. Se traslada en persona a África, se encierra en Mers-el-Kebir en la iglesia de San Miguel, donde ora mientras que Pedro de Navarra marcha sobre Oran; entra en ella él mismo en 1509, y entrega a España esta plaza que conservará a través de muchas vicisitudes hasta el final del siglo XVIII. El año siguiente, es tomada Boggie, y los Españoles, siempre avanzando, fortifican frente a Argel el Peñón (Penon), observatorio y ciudadela contra los piratas.

Lo que había causado la expedición de Jiménez es que la piratería africana acababa de recibir un terrible refuerzo. Hacia mediados del siglo XV, los Turcos habían invadido África, y se habían unido a los Árabes y a los Bereberes. Pronto llegaron los dos Barbaroja. Cuando Haroudj el mayor hubo sucumbido en 1518, su hermano Keir-el-Din prosiguió su obra, que ha durado trescientos años. Los Turcos se habían apoyado primero en Túnez; ahora se apoyaban en Constantinopla, y ponían su piratería bajo el patronazgo del Gran Señor.

En estas circunstancias, Carlos Quinto, animado ya por el gran éxito de sus ejércitos en Tlemcen, donde Haroudj había perecido, resolvió expulsar a los

¹⁷⁵ El Sr. Joseph Mathieu, *Gazette du Midi*, número del 24 de junio de 1655.

turcos de Berbería. Una primera expedición tuvo lugar en 1518, bajo la dirección del virrey de Sicilia, Hugo de Moncada. Pero el mar combatió por Argel y destruyó la flota española. Entonces el Gran Señor declaró el territorio argelino provincia turca y autorizó a Keïr-el-Din a acuñar moneda.

Menos fuerte contra las conspiraciones que contra los Españoles Keïr, para escapar al puñal, se refugió en el mar, donde reemprendió su vida de pirata. Durante sus tres años de salidas, asoló as poblaciones mediterráneas y destruyó su comercio. De vuelta a Argel más dueño que nunca, se apoderó de Peñón, de esta fortaleza ofensiva que España y el cristianismo mantenían desde hacía veinte años con vistas de guarida de buitres. Desde entonces los piratas más famosos acudieron a Argel como a su capital y su plaza de armas, y la piratería, hasta entonces simple bandidaje, se transformó en potencia militar.

Keïr aparece ante el Gran Señor que le enfrenta al mayor marino de su tiempo, el Genovés André Doria. Salido en 1533 de Constantinopla con una fuerza poderosa, , devasta toda la costa de Italia, hace temblar a Roma; luego de repente singla hacia Túnez, cuyo reino de cuatrocientos años de duración derriba. Pero Carlos Quinto se aprovecha de una tregua con Francisco I y, a la cabeza de una flota bendecida por el papa Paulo III, entra en el puerto de la Goulette con el rey destituido. Lamentablemente a estación le impide llevar más adelante este éxito, y la expedición queda incompleta. Además, el mismo año, Barbarota se apodera de Mahón, a cuyos habitantes somete a esclavitud y, después de dejarlos en Argel con su inmenso botín, regresa a Constantinopla.

La lucha acababa de comenzar de nuevo entre Carlos Quinto y Francisco I, y el rey cristianísimo no había titubeado en tratar con el sultán. Un gran cambio se había producido en la política desde las cruzadas. Hasta entonces la lucha había sido entre el mahometismo y el cristianismo; pero, cuando la expulsión de los Moros de España hubo lirado a Europa de su grande terror, la política y los intereses dominaron la religión y las creencias. Las velas y las balas de Barbarota eran marcadas con flores de lis, especie de firma de sus tratados secretos con Francisco I. Es gracias a esta entente, vergonzosa para el rey cristianísimo, como una vez más, a la cabeza de las flotas de Constantinopla, y secundado por su lugarteniente, el famoso pirata Dragut, pudo arrasar todas las costas mediterráneas.

En 1541, Carlos Quinto aprovechó el intervalo de una nueva tregua con el rey de Francia para reemprender su proyecto contra Argel. Esta vez, es la estación la triunfa sobre él, como en otro tiempo el mar, y con gran trabajo puede reembarcar sus tropas sobre los despojos de su flota y alcanzar Mallorca. Expedición fatal, que engrandeció el renombre de Argel y le hizo pasar por intangible.

Es triste decirlo, ¡este gran revés, sufrido menos por Carlos Quinto que por la civilización cristiana, pareció un éxito para Francia! También Francisco I se apresura a concluir un nuevo tratado ofensivo y defensivo con el sultán; y, en 1543, Barbarota entra en el puerto de Marsella con una flota turca, es recibido con honores casi regios por los mayores señores de la corte de Francisco I, y en adelante combate o más bien arrasa por cuenta de Francia!

Su hijo Hassan-Pacha reanuda la lucha contra el dominio español de Orán, mientras que Dragut, su verdadero sucesor, ayudado también por la política francesa, se apodera de Trípoli. Las flotas combinadas de Francia y de Turquía

recorren el Mediterráneo y hacen Miles de esclavos, sin que el sentido cristiano debilitado piense en protestar! Los Españoles son expulsados de Bougie que ocupaban desde hacía cuarenta y cinco años; al fin, cae Túnez en 1574, y así desaparece el último vestigio de las expediciones de Carlos Quinto.

II. *Relaciones de Francia y de las demás naciones cristianas con Berbería.* Hasta aquí el papel de Francia no ha brillado en las luchas contra Berbería. Y sin embargo, independientemente de las obligaciones que le eran impuestas por sus antiguas tradiciones y los gloriosos recuerdos de san Luis, tenía intereses desde hacía tiempo comprometidos en la costa de África. En el siglo XII, antes de ser francesa, Marsella había tenido cónsules en los puertos de Berbería; institución que se hizo permanente hacia mediados del siglo XIII, en particular en Boggie y en Ceuta. El comercio francés se incrementó desde entonces en sus costas y, si fue interrumpido en las guerras con los Ingleses, se reanudó pronto y se estableció de una manera más fija a partir de la mitad del siglo XV. En 1561 se construyó para proteger la pesca del coral, el Bastión de Francia, al nordeste de Bône, especie de *fondouk* o de factoría fortificada, más que propiedad independiente; ya que, durante los tres últimos siglos hasta 1830, sólo los Españoles han poseído en plena soberanía enclaves en la costa septentrional de África. Así sucedía con de la Calle y con el cabo Rose que, con el Bastión, componían las *concesiones* francesas. Capturado por el segundo Barbarota, que hizo allí prisioneros a todos los franceses, el Bastión nos fue pronto devuelto, gracias a las relaciones amistosas de Francia con la Puerta y, por ello, con el Pacha de Argel. Pero cuando los lazos que unían a Argel y a la puerta se debilitaron, todos nuestros establecimientos tuvieron mucho que sufrir. El tratado concluido entre Enrique IV y Turquía, en 1604, , por intermedio de Savary de Brèves, reabrió a nuestro comercio los mercados y los puertos del imperio otomano, y dio algunas satisfacciones y algunas garantías a la civilización cristiana. Pero muy pronto la expulsión de los Moriscos de España, al aumentarse la población berberisca, volvió las cosas al estado anterior, y dio un nuevo impulso a la piratería. Richelieu investido entonces de la superintendencia general de la navegación estableció cruceros por el Mediterráneo y concluyó con los Berberiscos nuevos tratados, siempre violados, y por consiguiente siempre por rehacer. El de 1628 estipulaba la restitución recíproca de los esclavos, el compromiso adquirido por los Argelinos de no robar de los barcos capturados ni cables, ni velas, ni cañones, ni municiones de guerra, y el compromiso hecho entre los dos partidos contrayentes de no hacerse esclavos y de prestarse mutuamente buenos servicios. Compromisos siempre engañosos y fraudulentos por parte de los Berberiscos! Debemos esperar a Luis XIV para ver empresas serias contra la piratería, y aun así no producirán nada decisivo; la conquista de Argel podía por sí sola librar a la Europa cristiana de la vergüenza, de las pérdidas y de los dolores que le infligían los estados Berberiscos.

Durante los quince últimos años de Vicente de Paúl, periodo de los esfuerzos de su caridad para el socorro de los pobres cristianos esclavos, se puede decir que la piratería se ejerció en todo su horror y en toda su libertad, sin casi ninguna represión por parte de las naciones cristianas. Argel sobre todo estaba entonces en toda la fuerza de su organización y todo el orgullo de sus éxitos. Sus corsarios no habían tenido nunca el espíritu mas aventurero y más atrevido; su milicia turca había conquistado una superioridad reconocida, y el

gobierno había llegado a una unidad formidable. Hasta esta época, había existido oposición entre el dey, jefe particular de Argel, y el pacha, enviado por la Puerta para representar el poder soberano; el dey había encontrado incluso en la milicia los mismos peligros que el sultán en los jenizaros. Pero entonces el aga de la milicia se constituyó en el dey elegido por ella, y el pacha se quedó con un título honorífico sin poder real, hasta que el dey se lo envió a Constantinopla (1710), y se apodere del título con una simple investidura moral del sultán. Mientras tanto, y a pesar de la presencia del pacha, goza de un poder absoluto, controlado tan sólo por la revuelta y el asesinato. Reina así a la vez en Argel y en el interior del país, gracias a la institución de los beys, sus mandatarios armados, que exprimen en su nombre a las provincias y le traen sus riquezas.

Contra este bandidaje tan duramente organizado, Europa no se defiende ya más que con tratados que son como un reconocimiento y una legitimación; no protege ya su comercio más que con tributos y presentes vergonzosos, y abandona a los esclavos a los cuidados de la Iglesia y de la caridad cristiana.

El Corán había dicho (c. IX): “Perseguiréis al infiel hasta que reciba e libro. O que pague el tributo.” Los Estados cristianos parecieron aceptar para ellos la alternativa, y se dieron prisa en pagar. Había en Argel tres clases de tributos más o menos disfrazados: la *Lezma*, proveniente de una obligación nominativamente contraída; los *Aouaïd*, procedentes de la costumbre; y por fin, los *Avanies*, o extorsiones de dinero por tratamientos más o menos vergonzosos y crueles. Existe todavía un libro tristemente curioso, es el *Bandjek*, registro oficial de las capturas, donde se consignan todos los tributos pagados en Argel en los últimos tiempos por las naciones cristianas. Seis de ellas pagaron la *Lezma* cada dos años hasta los últimos años de la conquista francesa; Francia, con otros cuatro Estados, pagaba también cada dos años los presentes llamados *Aouaïd*, sin hablar del regalo de alegre advenimiento compartido entre el dey y todos los funcionarios hasta los barrenderos de la *Kasba*, ni de otros regalos exigidos en diferentes épocas de año; sin hablar tampoco de los *Avanies* que, es verdad, pesaban de ordinario sobre las pequeñas potencias. Las repúblicas italianas de la edad media, Austria y Rusia, no consintieron nunca en tratar con estos bandidos ni en pagarles tributo; así fue también con la Isla de Malta y los Estados Romanos, defendidos, una por sus caballeros, los otros por la majestad de su pontífice: de ahí la multitud de esclavos de estas naciones que se amontonaban en los calabozos de Túnez y de Argel.

III. *La Esclavitud*. Los esclavos, ésa es, más que las pérdidas del comercio¹⁷⁶ y la desolación de los mares, el lado horrible de esta piratería, tolerada, pagada por las naciones cristianas. Había en Berbería, y en particular en Argel, tres clases de esclavos: los del Deylik o de la República, al servicio del dey y del gobierno; los de las galeras empleados en los trabajos del puerto y en la mano de obra en las expediciones de los Berberiscos; por último los de los particulares. Éstos eran a su vez de dos clases: unos habían sido comprados por patrones para el servicio de sus casas y de sus alquerías, y eran más o menos desdichados, según el humor de los amos; los otros, simple objeto de

¹⁷⁶ Pérdidas no obstante considerables: para la primera mitad del siglo XVII, se debe elevar a 20.000.000 de francos, suma enorme para el tiempo, los valores capturados en el espacio de veinticinco o treinta años sólo por los Argelinos.

comercio, eran vendidos y revendidos, como viles animales, por traficantes y chalanes, más dignos de compasión.

En general, y a cualquier clase que pertenecieran, su suerte era horrible. “Si hay algo en el mundo, ha dicho Bossuet, alguna servidumbre capaz de ponernos ante los ojos la miseria extrema de la cautividad del hombre bajo la tiranía del demonio, es el estado de un cristiano cautivo bajo la tiranía de los mahometanos, ya que el espíritu y el cuerpo sufren por igual la violencia, y no se está menos en peligro de su salvación que de su vida¹⁷⁷.” El cuerpo en la opresión, el espíritu en la angustia, el corazón en la desesperación, la fe misma en peligro evidente; así es exactamente el cuadro abreviado de la esclavitud del cristiano bajo el yugo musulmán. Las historias de Berbería, los relatos de los Misioneros están llenos de horribles detalles sobre los sufrimientos físicos y morales de los esclavos y el horror se multiplica cuando se piensa que caían sobre miles de desdichados. Durante la primera mitad del siglo XVII, hasta las grandes expediciones de Luis XIV, había tan sólo en la ciudad de Argel y en sus afueras, veinticinco o treinta mil esclavos franceses, españoles, ingleses, italianos, styriens y hasta rusos. Se los contaba de todas las provincias y de casi todas las ciudades de Francia. En los anales de esta esclavitud se hallan los nombres más ilustres; sea suficiente recordar a san Vicente de Paúl, a Miguel Cervantes, hacia el final del siglo XVI, a Regnard, cien años más o menos después y, en nuestros días, al sabio Arago.

El martirio de los esclavos comenzaba a su llegada a la ciudad donde debían residir. Se los despojaba enseguida, y todos, hasta los sacerdotes y las mujeres, quedaban expuestos completamente desnudos en una plaza pública, y vendidos como animales de carga. Mientras que los del Deylik y de las galeras eran llevados en las expediciones contra los cristianos, los otros, apenas cubiertos de algún harapo eran sometidos a trabajos excesivos. Con excepción de algunos empleados por patronos más suaves o atendiendo mejor a su interés, sea en los asuntos de fuera, sea en las ocupaciones ordinarias de la domesticidad, o quienes incluso trabajaban por su propia cuenta, pagando cada mes a su amo un canon convenido, el resto no se pertenecían ni en el cuerpo ni en su alma, y tenían que soportar, sin descanso y sin compensación, las más rudas fatigas. Los de las galeras tenían mucho que sufrir en sus correrías por el mar; pero los que se quedaban en tierra sufrían más aún. Unos estaban condenados a los trabajos del campo y, bajo un cielo devorador, labraban la tierra, cortaban madera en los bosques, hacían carbón o sacaban la piedra de las canteras. Los otros, secuestrados en las ciudades, trabajaban en el puerto hundidos en el agua nueve horas del día, o bien expuestos todo el día a los ardores del sol, en una atmósfera ardiente como un horno que los propios animales no pueden respirar; serraban el mármol, sin poder, fuera cual fuera su edad, su agotamiento, retirarse nunca ni tomarse un instante de reposo. Se los veía, escribe un Misionero, sacar la lengua como a los perros, perdían la piel presa a aquellos ardores devoradores: poco importa, decía el guarda, con el bastón despiadado en la mano, trabaja, aunque revientes sobre tu piedra! Si algunos trabajaban en el interior, no por eso debían sufrir menos. Los amontonaban hasta cuarenta en una especie de establo, tan pequeño y estrecho que apenas podían moverse. No recibían aire más que por un tragaluz abierto en la bóveda y cerrado con una reja de hierro. Allí,

¹⁷⁷ *Panegírico de san Pedro Nolasco*, obras, tom. XVI, p. 55.

encadenados de dos en dos, y encerrados continuamente, trabajaban sin cesar, por ejemplo, en moler trigo en un pequeño molino de mano, con obligación de entregar cada día una cantidad fija que sobrepasaba sus fuerzas. Para sostener tales fatigas, diez onzas de pan a día y algo de agua y vinagre! *Panis arctus, aqua brevis!* (lejos el pan, escasa el agua) Ni siquiera la noche les traía alivio ni reposo verdadero. Los del Deytik estaban distribuidos entonces en dos calabozos, los de las galeras en tres, los demás en calabozos infectos, y todos con las cadenas los pies, no disponían para descansar durante una breve parte de la noche, más que de una manta y el desnudo suelo. Si el viernes, sabbath para los musulmanes interrumpía sus trabajos, por una cruel compensación, se hallaba cómo recortar ese día su escasa y estrecha pitanza. Pero todo eso no era nada en comparación con las injurias y los castigos por las menores faltas, que muchas veces no tenían otro fin que la satisfacción de caprichos crueles. Las pedradas o cuchilladas; los bastonazos en los pies, la espalda o el vientre; los dientes rotos, la nariz o las orejas cortadas, la estrapada húmeda, que consistía en suspender a un pobre esclavo por los hombros de la antena de un barco y sumergirle violentamente y repetidas veces en el mar con ayuda de una polea; las uñas incluso de los pies arrancadas, y las heridas regadas con cera fundida: y sólo se trataba de juegos para estos bárbaros. Cuando el suplicio debía ser serio, rodaban a los esclavos en toneles armados de clavos puntiagudos; los aplastaban bajo quinientos o seiscientos bastonazos; los arrojaban al mar cosidos en sacos; los enterraban hasta los hombros en hoyos donde se pudrían vivos; les abrían la espalda a hachazos, e introducían en las heridas abiertas largas antorchas de cera encendida; les cortaban antorchas de carne que hacían asar seguidamente obligándoles por fuerza a comérselas; los colgaban de garfios fijos en las paredes, de los hombros o del vientre, como lo hacen los carniceros con las carnes en su puntal; los ataban a la cola de un caballo indómito, que pronto los hacía pedazos; los descuartizaban en cuatro navíos que iban en dirección contraria, o los atravesaban con fechas en las antenas; los dejaban morir de hambre o los forzaban a matarse unos a otros a hachazos; por último, otros eran despellejados vivos, deshechos, crucificados, estrangulados, empalados, y a los que habían intentado sustraerse a la tortura huyendo les esperaba el suplicio del fuego. “Nuestro valor se acababa. –ha escrito Cervantes resumiendo todos estos horrores, -a la vista de las crueldades que Hassan practicaba en su presidio. Todos los días un suplicio nuevo; todos los días era suspendido un cautivo del gancho fatal, otro era empalado, a un tercero le saltaban os ojos, y esto sin motivo, únicamente para satisfacción de la sed de sangre que era natural en este monstruo, y que inspiraba incluso horror a los propios verdugos que le servían¹⁷⁸ .”

Esto en cuanto al cuerpo; pero ¿quién dirá las torturas del alma, los ultrajes a la virtud y las persecuciones infligidas a la fe? Las mujeres y los jóvenes eran las primeras víctimas de estos bárbaros doblemente voluptuosos, y la menor resistencia era castigada con los más horribles tormentos. El proselitismo, o más bien el fanatismo musulmán, buscaba hacer conquistas entre los esclavos cristianos, no ya solamente por la fuerza o la espada , como en los tiempos primitivos del Corán, sino también por toda clase de seducciones: el incentivo del oro, promesa de liberación, placer; en la embriaguez incluso ahogaba la fe

¹⁷⁸ *Don Quixotte*, primera parte; novela titulada: *el Cautivo*.

y la libertad para arrancar una apostasía. Por eso, ay, los apóstatas se veían por miles. El P. Dan contaba en Argel, hacia 1649, ocho mil renegados y de mil a mil doscientas renegadas de las cuales cuatro francesas solamente; en Túnez, de mil a mil doscientos renegados y de seiscientas a setecientas renegadas; en Salé, en Trípoli, eran menos numerosos, aunque en una proporción todavía alarmante para la fe. Era entre estos apóstatas donde los cristianos fieles hallaban luego a sus más ardientes perseguidores y a sus más despiadados verdugos. Se comprende a qué excesos de desesperación una cautividad así debía llevar de vez encunado a los esclavos. Unos se cortaban la garganta; otros se colgaban o estrangulaban; éstos se cortaban las venas; aquéllos, en un arrebató de furor, se arrojaban sobre sus patrones para matarlos y, en castigo de su rebelión, eran quemados vivos.

IV. *Papel de la Iglesia. -Los Trinitarios y la orden de la Merced. -Organización religiosa.* La esclavitud, tan fecunda en sufrimientos y tan peligrosa para la fe y la virtud, había atraído siempre la tierna solicitud de la Iglesia. desde el principio del cristianismo, el rescate, o más bien la *redención* de los cautivos, según la expresión cristiana, pasaba por una obra de caridad excelente, a la que se debía dedicar, en caso de necesidad hasta los vasos sagrados. Fue también uno de los fines de las cruzadas que se ve en el discurso de Urbano II en el concilio de Clermont en 1095, en el breve del papa a san Bernardo, para la segunda cruzada, en la epístola 322 de este doctor, en las decretales de Inocencio III para la aprobación de las órdenes de la Trinidad y de la Merced, y en la carta que escribió al emperador de Marruecos enviándole a religiosos de san Francisco. San Luis, dirigiendo su expedición por la costa de África, proyectaba también la liberación de los esclavos, y por ello había traído consigo al P. Guagin, general de los Trinitarios y pedido a san Pedro Nolasco que le siguiera.

La obra de la Redención, organizada y definitivamente constituida, estaba reservada al siglo XIII, y es una de las numerosas glorias de este siglo, apogeo del cristianismo en la edad media. Juan de Mata, nacido en Provenza hacia 1169, de una familia ilustre, concibe, al ofrecer por primera vez a Dios la víctima de la Redención del mundo, el proyecto de entregarse a la liberación de los cautivos. Va a encontrar, en un bosque vecino de Meaux, a Félix de Valois, de la familia de aquel nombre que subió más tarde al trono de Francia, y los dos parten para Roma, donde el gran papa Inocencio III los acoge con emoción y aprueba la nueva orden, a la que llama de la *Santísima Treinidad*. Pero en Francia se conoce a los miembros con el nombre de *Mathurins*, porque Félix había logrado establecerlos en Paris en un lugar donde había una capilla dedicada a san Mathurin. Sin embargo su capital estaba en Gerfroid en Brie. Desde allí multiplicaba y gobernaba la orden Félix, mientras que san Juan de Mata recorría Europa y Berbería; allí murió en 1212, precediendo apenas en la tumba a su santo compañero, muerto en Roma al año siguiente.

Desde su fundación, los Trinitarios lograron rescatar a numerosos esclavos. Estos heroicos negociantes de la libertad cristiana habían fijado sus sucursales de nuevo estilo en Argel, en Boggie, en Orán, en Mostaganem. Allí llegaban contentos después de recorrer Europa y recoger, en medio de fatigas muy duras y a veces negativas más duras todavía, abundantes limosnas. Allí discutían el rescate de los cautivos y luchaban contra las supercherías y los *afrentas* de los Bárbaros, obligados a menudo a añadir al precio convenido su

libertad y hasta su vida. Pero, no importa, ha dicho el Monseñor Pavy, obispo de Argel, “su celo crecía con los ultrajes y se fecundaba con la afrenta.” De 1198, fecha de su fundación, a 1787, es decir en un espacio de apenas seis siglos rescataron a novecientos mil esclavos; botín conquistado al infiel y a la barbarie, que sólo a ellos les había costado sudor y sangre. Algunos años después de su primera fundación, tuvieron rivales, o más bien compañeros de celo y de caridad en los Hermanos de la Merced. Nacido en 1189, de una de las primeras familias del Languedoc, san Pedro Nolasco había comenzado por llevar las armas bajo Simón de Montfort en la guerra contra los Albigenses. Impresionado por su valor y talentos, Simón le confió la educación de Jacques, su prisionero, hijo de Pierre d’Aragón, muerto en la batalla de Muret. Pedro Nolasco acompañó a su ilustre discípulo a Barcelona en 1215, y allí, en esta tierra de España por tanto tiempo todavía bajo el yugo del islamismo resolvió entregar a los esclavos cristianos su fortuna y su vida. Le comunica el plan a san Raimundo de Peñafort, su confesor, salido de los condes de Barcelona y aliado a la familia real de Aragón, quien redacta los estatutos de la nueva orden y los hace aprobar en Roma. . algo único en la historia del cristianismo, la orden tiene un palacio por cuna pues allí donde el joven rey de Aragón quiso alojar a sus primeros miembros. Finalmente, el 10 de abril de 1223, día de la fiesta de san Lorenzo, del santo diácono que fue uno de los primeros ministros y de los primeros mártires de la caridad cristiana. Pedro es llevado a la catedral por el rey y Raimundo; allí pronuncia, de manos del obispo Berenguer, sus votos, uno de los cuales le obliga a ocupar el lugar de un cautivo si no hay otro medio de rescatarle, recibe el hábito de la orden y es nombrado su primer general.

Bossuet ha dicho: “Nunca hubo en la tierra un hombre más liberal que el gran Pedro Nolasco... ya que no se propuso nada menos que la inmensa profusión de un Dios que se prodigó a sí mismo; y de ahí concibió el plan de entregar su persona y consagrar toda su orden a las necesidades de los desgraciados¹⁷⁹ .”

En efecto, apenas entregado a Dios en la persona de los cautivos, deja la corte de Aragón, va al reino de Valencia, más tarde a Berbería, y rescata por sí solo a más cuatrocientos esclavos, si hablar de los consuelos y de los socorros que prodiga a los que se ve obligado a dejar en las cadenas. Mientras vive, y después de su muerte, su Orden se extiende rápidamente. Llega pronto a dieciocho casas en Francia, patria del fundador, patria también de san Juan de Mata y de san Félix de Valois, -ya que esta obra de la Redención es una obra casi exclusivamente francesa; -tiene también numerosas casas en España y en Italia, y sobre todo tendrá grandes fundaciones en América; tierra todavía hoy mancillada por la esclavitud.

Es pues en América principalmente donde los Padres de la Merced ejercieron su caridad. He ahí por qué sus rescates en Berbería fueron menos numerosos que los de los Trinitarios. Con todo, en seis siglos no liberaron a menos de trescientos mil esclavos que, añadidos a los novecientos mil de los Trinitarios, forman un número tan prodigioso que uno se pregunta cómo los hermanos de la Redención, a pesar de su celo, sus carreras caritativas, el voto que hacia la Merced de dar a la obra el tercio de sus rentas, consiguieron recoger las sumas necesarias para tantos rescates. Ya que, teniendo en cuenta los gastos de viaje y de transporte, de los derechos que pagar y de las afrentas-rescate, la

¹⁷⁹ Panégirique cité, P. 54.

media de precio de un esclavo iba a 6.000 libras, lo que, por un millón doscientas mil, hace el total enorme de siete mil millones¹⁸⁰.

El mundo, tan dispuesto no obstante a admirar a los conquistadores y las conquistas, ha ignorado con demasiada frecuencia a estos hombres, cuyo valor y éxitos sobrepasan con mucho a los héroes más celebrados. Chateaubriand fue más justo cuando escribió: “El Padre de la Redención se embarca en Marsella: “¿A dónde va solo de esa manera con su breviario y su bastón? Este conquistador marcha a la liberación de la humanidad, y los ejércitos que le acompañan son invisibles. Con la bolsa de la caridad en la mano, corre a enfrentarse a la peste, al martirio y a la esclavitud. Aborda al dey de Argel, y le habla en nombre de ese rey celestial de quien es embajador. El Bárbaro se sorprende a la vista de este Europeo que se atreve solo, a través de los mares y de las tempestades, a venir a pedirle los cautivos: domado por una fuerza desconocida, acepta el oro que se le presenta, y el heroico liberador, satisfecho de haber devuelto a los desgraciados a su patria, oscuro e ignorado, desanda humildemente el camino de su monasterio¹⁸¹.”

La obra emprendida por san Vicente de Paúl no era directamente la obra del rescate, aunque haya dedicado a ello, los quince últimos años de su vida, más de un millón de libras y haya liberado a unos mil doscientos esclavos. Su propia obra, como vamos a ver, fue el alivio corporal y espiritual de los cristianos cautivos. Aligerar sus privaciones con limosnas, consolarlos, sostenerlos en la fe, instruirlos, administrarles los sacramentos y los auxilios religiosos, ése era el fin principal que se propuso y que prosiguieron los Misioneros: obra excelente también, más útil inmediatamente o incluso necesaria que la de la Redención, por causa de las apostasías tan numerosas y de la pérdida de tantas almas.

Hablando un día de una y otra a sus sacerdotes, Vicente explicó perfectamente en qué consistía la suya. “La obra de los esclavos, les dijo, ha sido tenida por tan grande y santa que ha dado lugar a la institución de algunas santas Órdenes en la Iglesia de Dios; y esas Órdenes han sido siempre consideradas con mucho por encima de todas las demás porque se dedican a eso, como son los Religiosos de la Redención de los cautivos, los cuales van de vez en cuando a rescatar a algunos esclavos y luego se vuelven a su casa; y entre los votos que emiten, éste es uno de ellos es emplearse en realizar estos rescates de estos pobres cristianos, pero que, aparte de eso, se quedan allí para dedicarse en todo tiempo a hacer este rescate caritativo, y para asistir en todo momento, corporal y espiritualmente a estos pobres esclavos, para acudir siempre. A todas sus necesidades y para toda clase de asistencia y de consuelo en sus mayores aflicciones y miserias. Oh Señores y hermanos míos, ¿ven ustedes bien la grandeza de esta obra? ¿La conocen bien? Pero ¿hay cosa más importante como lo que hizo Nuestro Señor, cuando bajó a la tierra

¹⁸⁰ Consultar sobre todo lo que precede y para muchos detalles que siguen: *-Histoire du royaume d'Alger*, por Laugier de Tassy, Amsterdam, 1727; *-Histoire d'Alger*, por Rotalier; *-Domination turque*, por Walsin-Estherhazy; *-Histoire de la Conquête d'Alger*, por M. Nettement, que ha resumido muy bien las obras precedentes, y a quien hemos seguido preferentemente, vol in-8, París, 1856:

0-Guerre et gouvernement de A'Algerie, por Louis de Baudicourt, 1 vol. in-8, París, 1853 ; *- Voyage pour la rédemption des captifs aux royaumes d'Alger et de Tunis* en 1720, por los Padres François Gomelin, Philémon de la Motte y Joseph Bernard, trinitarios ; *-Histoire de la Barbarie*, por el P. Dan ; *-Appel de Monseigneur Pavy, évêque d'Alger, en faveur de la chapelle de Notre Dame d'Afrique*, in-8, Aegel y París, 1858 ; *-La nouvelle église d'Afrique, introduction aux œuvres de Monseigneur Pavy*, in-8, París, 1858 ; -Por último, los Relatos y Memorias conservados en los archivos de los sacerdotes de la Misión.

¹⁸¹ *Génie du christianisme*, cuarta parte, lib, III, c. VI.

para librar a los hombres de la cautividad del pecado, e instruirlos con sus palabras y sus ejemplos? Ese es el ejemplo que todos los Misioneros deben seguir. Deben estar preparados a dejar su país, sus comodidades, su descanso por esta labor¹⁸² “

Sin embargo no es, -y es justo decirlo,- que los esclavos cristianos, en particular en Argel, hubieran estado desprovistos por completo hasta el día del auxilio religioso. Los Trinitarios y los Padres de la Merced, no cesaban de unir la limosna espiritual a la corporal. Además, desde 1546, el Padre Sebastián du Port, del convento de Burgos, que había acompañado a Carlos Quinto en su expedición de 1541, habiendo ido por primera vez a Argel para rescatar a doscientos esclavos, pensó en hacer allí algunas fundaciones religiosas. En efecto, recogió nuevas limosnas y, en 1551, fundó capillas en los calabozos, donde los turcos permitieron el ejercicio público del culto, porque habían advertido que los esclavos trabajaban mejor cuando habían frecuentado los sacramentos: el espíritu de lucro fue más fuerte que el fanatismo. El P. Duport fundó también en los calabozos enfermería que fueron administradas por Trinitarios españoles; por último, un hospital, que, casi en ruinas, fue reconstruido en 1612 por los Padres Bernard de Monroy, Jean d'Aquila y Jean de Pallaccio. Estos religiosos encarcelados primeramente por el dey con ocasión de una joven musulmana bautizada, luego retenidos en Argel, aprovecharon su estancia forzosa para recoger limosnas, reedificaron y agrandaron el hospital, donde murieron ellos mismos en medio de los esclavos. Bastante tiempo más tarde, hacia 1644, fue también ampliado, con las limosnas de España y del Perú, por el P. Juan de la Concepción, ermitaño de la ermita real de San Antonio de Málaga quien, tras varios pasados en el servicio de los esclavos, fue quemado vivo por entrar en una mezquita con un crucifijo en la mano y haber predicado en ella la verdad cristiana. Aunque ampliado el hospital era estrecho todavía y las camas se apiñaban hasta el altar donde se celebraba el santo sacrificio, ya que se recibía allí a los cristianos, libres y esclavos de todas las naciones. Médicos y farmacéuticos, afectos al establecimiento, visitaban en la ciudad a las mujeres cristianas que, según las costumbres del país, no podían ser admitidas allí. Su renta fija era insuficiente, ya que no pasaba de 2.000 piastras, los comerciantes cristianos se habían puesto de acuerdo en pagarle un derecho de tres piastras por todo navío que entrara el puerto de Argel, y los esclavos mismos contribuían a alimentar con limosnas adelantadas de su escaso peculio, -El hospital siguió bajo la protección del consulado de Francia hasta principios del siglo XVIII cuando, a consecuencia de las guerras, el Padre administrador le puso bajo el patronato del cónsul inglés.

Otra obra excelente anterior también a Vicente de Paúl, es la obra de la sepultura cristiana. Los esclavos cristianos habían sido por mucho tiempo abandonados sin sepultura por los musulmanes. Un capuchino, confesor del héroe de Lepanto, de don Juan de Austria, habiendo sido hecho esclavo en Argel, recibió de su ilustre penitente una suma bastante considerable para su rescate, pero prefirió servirse de ella para comprar, fuera de la Puerta Bal-al-Oued, una lengua de tierra arenosa a lo largo del mar, de la que hizo un cementerio cristiano en el que él mismo fue enterrado.

¹⁸² Rep. de oración del 11 de noviembre de 1657.

A pesar de todo, se puede decir que, hasta san Vicente de Paúl no había nada fijo y organizado en el servicio religioso de Berbería. Aparte del administrador del hospital, los Padres de la Redención no permanecían por mucho tiempo en Argel, donde apenas eran tolerados más que por la codicia y, cuando se habían gastado las sumas recogidas para los rescates, debían volver a Europa para reunir nuevas cantidades y comprar así derecho de volver a África. Las capillas de los calabozos y el hospital estaban servidos de ordinario por religiosos esclavos, cuya fe y virtud se debilitaban, ay, en la servidumbre, y cuya jurisdicción, además, era dudosa. Esta interesante cristiandad de Argel, compuesta de comerciantes esforzados y de esclavos confesores de la fe careció por largo tiempo en efecto de organización canónica. No se unía a ninguna diócesis ni vicariato apostólico. En 1619 había recibido una especie de constitución que podía convenir a los esclavos, pero no a los comerciantes que afluían de todas las naciones al puerto de Argel. A san Vicente de Paúl pertenece la iniciativa de la erección de un vicariato apostólico, que pusiera las cosas en un estado normal..

Artículo II. La Obra de san Vicente de Paúl

I. Misión de Túnez. –Cónsules y Misioneros. –Luis Guérin. Ése era el pasado de Berbería, ésa su constitución presente, en su doble punto de vista político y religioso, y en sus relaciones con la Iglesia y los gobiernos, cuando Vicente pensó en realizar uno de sus más antiguos y de sus más queridos deseos y en cumplir una de las cláusulas de la donación de la duquesa de Aiguillon. Esta cláusula, si bien se recuerda, le dejaba gran libertad, ya que en ella se decía que los sacerdotes de la Misión. “en el momento que lo consideraran apropiado,” enviarían misioneros a Berbería “para consolar e instruir a los pobres cristianos cautivos en la fe, amor y temor de Dios.” añadamos que las 14.000 libras dadas por la duquesa habían sido absorbidas, y sobrepasadas, por la obra de las galeras. No obstante, presionado por su espíritu de caridad y de justicia, Vicente creía no poder diferir más y buscaba procurarse algún dinero para comenzar la Misión de Berbería. En ese tiempo, el piadoso rey Luis XIII quien, sea por su propia iniciativa, sea por las súplicas de algunas personas movidas por un celo parecido, pensaba en el mismo proyecto, le hizo enviar nueve o diez mil libras, con invitación de enviar a algunos de sus sacerdotes a África en la primera ocasión.

Luis XIII murió pronto, y la ocasión no llegó hasta dos años después. Ya que era una obra de difícil ejecución, no pudiendo los Turcos sufrir la presencia de un sacerdote cristiano sino en la situación de esclavo o de tributario de su avaricia. Vicente se acordó al fin que los tratados entre Francia y el Gran Señor autorizaban a nuestros reyes a mantener, en todas las ciudades marítimas dependientes de la Puerta a algunos de sus súbditos a título de cónsules, y a estos cónsules mismos a recibir a un capellán para su uso personal y el servicio religioso de su casa.

Desde hacía tiempo ya, los reyes de Francia habían usado de una parte de este derecho y, en interés tanto del comercio como de los cristianos esclavos, habían establecido consulados en las principales ciudades marítimas de Levante y de Berbería. Los cónsules eran los promotores políticos de sus nacionales. A la llegada de los barcos, acudían al rey o al dey, reclamaban a los simples pasajeros, pero debían dejar en esclavitud a los *comprometidos*, es

decir a los que habían sido capturados con las armas en la mano. No contentos con arrancar asó a un gran número de cristianos ala servidumbre, protegían a los esclavos, les ahorraban tormentos durante su cautividad o extorsiones en el momento de su rescate. Negociaban con frecuencia su libertad, les arreglaban el regreso a su país. La casa consumar era todavía para los esclavos un lugar de refugio, y dos veces al año, en Navidad y en Pascua, estos desdichados se reunían en un banquete en el que recobraban por un instante la libertad y la patria. El cónsul de Francia era también el protector de todas las naciones que no tenían representante en Argel, y al propio tiempo de los judíos extranjeros, de los Griegos y de los Armenios. Era él quien llevaba al pacha, al dey o a la aduana las quejas de estos diferentes pueblos, quien reclamaba las capturas hechas en ellos contra la fe de los tratados, quien impedía que se establecieran derechos exorbitantes sobre sus mercancías. El comercio le estaba prohibido; puesto que como protector de los comerciantes habría podido sacrificar sus intereses en su provecho personal. En compensación, los navíos, para entrar y para salir necesitaban de su pasaporte y algunos derechos le eran debidos sobre todas las mercancías, no sólo de Francia sino de todas las naciones a cuyos traficantes protegía. Por último, le pertenecía conocer a los distintos llegados bien entre los esclavos, bien entre los comerciantes de las diversas naciones, y debía vigilar para que éstos no trajesen a los Turcos ni plomo, ni hierro, ni armas, ni cordajes, ni velas, nada, en una palabra de lo que se podían servir para hacer la guerra a los cristianos. El artículo 7 de la bula *In coena Domini* se condenaba con excomuni3n a quien suministrara a los musulmanes armas, municiones de guerra, y las ordenanzas de nuestros reyes, los tratados concluidos con Berbería concordaban en este punto con los cánones de la Iglesia. Funciones delicadas, según se ve, que exigían mucha destreza y probidad. Era bien difícil al cónsul conducirse entre su gobierno y una regencia bárbara, que podía disponer siempre de su libertad y hasta de su vida; difícil igualmente conciliar los derechos de los patrones y las exigencias con frecuencia irritadas de los desdichados esclavos, que a veces le echaban la culpa de sus sufrimientos. Por otro lado, que le resultaba fácil, si no era de una probidad absoluta, desvalijar a los comerciantes y hasta a los esclavos, so capa de protección. Vicente, de acuerdo con la duquesa de Aiguillon, apartará todos estos inconvenientes, y hará del consulado una instituci3n verdaderamente protectora de todos los intereses.

Mientras tanto, ya ha escrito a Lange de Martin, entonces cónsul de Francia en Túnez, para preguntarle si le agradaría recibir en su casa, en calidad de capellán, a un Misionero, añadiendo que ni el sacerdote ni el hermano destinado a servirle no estarían a su cargo. A la respuesta favorable del cónsul, mandó marchar en 1645, a Luis Guérin, sacerdote de la diócesis de Bayeux, y al hermano Francisco Francillon, quien coronará cerca de medio siglo de trabajos con el martirio.

Luis Guérin había comenzado por llevar las armas, y había agotado en esta profesi3n el valor que debía desplegar en Túnez en medio de peligros mayores y más insuperables que los de la guerra. Una vez sacerdote, se unió a Vicente, que ejerció su caridad en Lorena y la aplicó en diversas misiones, en particular en la diócesis de Saintes cuyo obispo le tributó este honroso testimonio: "No he conocido a nadie en el mundo en quien se viera mejor la obra de Dios y que tuviera más gracia para anunciar las verdades del Evangelio." Su mortificaci3n era tal que parecía haberse librado de de las necesidades de la naturaleza, y

que su existencia era una especie de milagro. Pero por muy heroico y duro que fuera su apostolado en Francia, él no encontraba allí el empleo de todo su celo, y había soñado siempre el trabajo y la muerte entre los cautivos y los bárbaros. También fue para él un arrebató de alegría cuando Vicente le anunció su misión en Túnez. “Se os ve muy dichoso, le dijo alguien la víspera de su partida; ¿vais pues finalmente a haceros colgar en Berbería? –Eso sería demasiado poco, respondió, y a ese precio no quisiera ir. Con la gracia de Dios, cuento con el palo o algo peor.”

Y tuvo lo peor...y tuvo lo mejor: una muerte más oscura, es verdad, y sin embargo verdadero martirio en el servicio de la caridad.

Los primeros cuidados de Guérin, a su llegada a Túnez, fueron dedicados a los esclavos. Con palabras de consuelo, discursos muy sentidos, limosnas administradas con cuidado y distribuidas con prudencia, les calmó primero su desesperación. Preparada así su alma, les habló de Dios llevándolos a la frecuentación de los sacramentos y a todas las prácticas religiosas. Al principio, todo se hizo en secreto. Pero pronto pudo dar a la religión su aparato exterior, con sus cantos y sus ceremonias. Los calabozos se transformaron en otros tantos pequeños templos, donde los esclavos podían libre y públicamente oír la misa, y participar en los divinos misterios. Jesucristo residía allí noche y día en su tabernáculo, en medio de los pobres y de los afligidos, objetos eternos de su predilección, y una lámpara ardía siempre delante, símbolo de la fe de los esclavos y de su amorosa providencia. Era con la antorcha y el cirio en la mano como le acompañaban hasta los enfermos. En la fiesta del Corpus Christi, era llevado en procesión, seguido de una multitud cuyos lazos y ropas pobres formaban, para una mirada cristiana, un espléndido triunfo y, durante toda la octava, quedaba expuesto a la veneración pública. Los domingos y las fiestas, se celebraba el oficio divino en las pobres capillas de los calabozos, con menos riqueza, pero más solemnidad que en las iglesias de París. Se hacían a menudo piadosas fundaciones a las cuales contribuía el donativo del esclavo, y se establecían cofradías ya en honor de la santísima Virgen, ya para el socorro espiritual de los moribundos y de los muertos. En una palabra, era, en esta tierra infiel, el cumplimiento de la palabra del Profeta: “Dijo el Señor a mi Señor, ‘Reinad, triunfad en medio de vuestros enemigos’”.

El nombre francés triunfaba allí también, gracias al patriotismo de nuestros Misioneros. Cada año, la fiesta de san Luis, patrón de la capilla consular, patrón de toda esta tierra de Túnez, que él santificó con su muerte, se celebraba con gran pompa. En todas las asambleas religiosas, el rey y Francia tenían su recuerdo. “Estaríais encantado, escribía Guérin a Vicente, -encantado efectivamente, en su ancianidad, reviviendo con tales hijos y presenciando tales maravillas: -encantado al oír todos los días de fiesta y domingos cantar en nuestras iglesias y nuestras capillas el *Exaudiat* y las demás oraciones por el rey de Francia, a quien los extranjeros mismos testimonian respeto y afecto. No lo estaríais menos al ver con qué devoción estos pobres cautivos ofrecen sus oraciones por todos sus bienhechores, a quienes reconocen en su mayor parte que están en Francia o vienen de Francia. No es en verdad un pequeño motivo de consuelo ver aquí casi a toda clase de naciones en grilletes y en cadenas, pedir a Dios por los franceses.”

La piedad iba en aumento, y también el trabajo del misionero en ciertas circunstancias extraordinarias, como las Cuarenta Horas y los Jubileos. Entonces, eran la admirable vuelta a Dios después de largos años de

abandono de las prácticas religiosas, incluso las abjuraciones de la apostasía hechas con heroísmo y con peligro de la vida. Entonces también las ocho noches enteras pasadas sin dormir oyendo las confesiones porque los amos no permitían a los esclavos quitarles un instante de trabajo en el curso del día.

Pero el Misionero se sostenía con la vista de los frutos maravillosos que la gracia de Dios operaba por su ministerio. Esta cristiandad de cautivos parecía querer reproducir el heroísmo de los primeros tiempos del cristianismo, y san Cipriano habría podido aplaudir también a estos confesores de la fe, a estos mártires, el primero que la fecundó con su sangre fue un joven portugués de veintidós años. Nuevo José, fue el mártir de la castidad. Después de resistir más de un año a las sollicitaciones de su impúdica dueña y de recibir más quinientos bastonazos por los falsos informes que hacía contra él esta *loba* irritada por sus rechazos, estuvo tres días atado a un gruesa cadena. Guérin fue visitarle y a consolarle, luego le hizo sellar en la santa comunión la promesa de sufrirlo todo antes que ofender a Dios. “Señor, respondió entonces el heroico joven, aunque me sometan a todas las torturas, yo moriré cristiano.” En efecto, él marchó valientemente al suplicio, acompañado del Misionero a quien, por primera vez, le era permitido asistir a un condenado a muerte, no dio ninguna señal de impaciencia en medio de los más crueles tormentos, y murió pronunciando, con las manos levantadas hacia el cielo, esta última palabra: “¡Oh Dios mío, muero inocente!” Explosión de una conciencia feliz por su fidelidad, y grito de victoria. —“Invoco su auxilio, escribía Guérin a Vicente haciéndole este relato (agosto de 1646), como nos quería en la tierra, espero que continúe queriéndonos en el cielo.”

Algún tiempo después, era un joven Francés quien era empalado en Túnez, por no haber querido prestarse a una pasión más abominable todavía. En su cruel y vergonzoso suplicio, los papeles se invirtieron: mientras seguía intrépido sus verdugos o huyeron, o no le ejecutaron, escribía Guérin, sino *temblando como una hoja*.

Según estos ejemplos, se comprende en qué peligros, a qué asaltos debía exponerse la virtud de las mujeres, cuando eran jóvenes y hermosas. También Guérin con la ayuda de los comerciantes cristianos, no retrocedía ante ningún sacrificio para arrancarlas, comenzando por las Francesas, de las manos de los patronos impúdicos, sobre todo de los renegados. Cuando no había podido recoger la suma suficiente, obtenía a veces un término para su rescate y, a la espera, las colocaba en lugar seguro, al abrigo de toda persecución culpable. Pero de vez en cuando era forzado el asilo y las sometían a las más crueles violencias para hacerlas abjurar de la fe y de la virtud. Una de ellas recibió un día más de quinientos bastonazos, y su cuerpo magullado fue pisoteado por los bárbaros, que le reventaron así los pechos acabando su glorioso martirio. Guérin al enterarse de esta triste noticia, redobló los esfuerzos por recoger el rescate de estas desdichadas; y, cuando lo había reunido, se apresuraba a concluir con los amos y hacerles escribir las cartas de franquicia, y llevar a lugar seguro a las víctimas rescatadas; porque a menudo existía entre estos monstruos innobles arrepentimientos, y había que estar en guardia contra la vuelta de su feroz pasión.

Guérin no ponía menos interés en rescatar a los jóvenes, expuestos a renegar de la fe o a servir a infames caprichos. Una vez, salvó a un niño de Marsella, de tan sólo trece años, que había recibido ya mil bastonazos porque no quería renunciar a Jesucristo. Después, le habían desgarrado un brazo y le habían

condenado a cuatrocientos nuevos bastonazos: era, en su estado, la muerte o la apostasía. Ante esta noticia, Guérin corre a ver a su patrón; se arroja, con las manos juntas y en tres o cuatro ocasiones, a los pies de este hombre, y acaba por arrancarle al niño al precio de 200 piastras¹⁸³.

Con estos esfuerzos y sacrificios, Guérin no sólo conservaba a los católicos en la fidelidad y en la virtud, sino que devolvía también a la verdadera fe a un gran número de protestantes. En una carta a Vicente del mes de junio de 1646, cuenta la conversión de un joven Inglés de once años capturado por los corsarios en las costas de su patria, vendido luego en Túnez. En una edad tan tierna, el niño había reconocido en seguida, a la luz de la desgracia y de la gracia, la verdad y abjurado del error. “Es uno de los niños más hermosos niños que se pueda ver, escribía Guérin, y uno de los más fervientes cristianos que se pueda esperar.” Su fervor se fortalecía bajo el bastón y en las torturas que le infligía su amo para hacerle renegar de su fe.” Golpea, le decía él entonces, golpea, córtame el cuello si quieres, pero has de saber que soy y moriré cristiano católico. –“Quédese tranquilo, padre, añadía, volviéndose hacia Guérin, estoy resuelto a sufrirlo todo, hasta la muerte, antes que renunciar a mi divino Salvador.” Transportado entonces de admiración, Guérin sólo tenía un pesar, y era no poseer las 200 piastras exigidas para su rescate. “Sería un segundo Beda para su patria, escribía, tanto espíritu y virtud tiene.”

Poco tiempo después, se trata también de un joven Inglés de quince años, quien con un joven Francés de la misma edad, nos devuelve al tiempo heroico de la primitiva Iglesia. Los dos habían sido secuestrados en su país por los corsarios, luego vendidos en Túnez a dos amos diferentes, pero alojados uno cerca del otro. La proximidad, la igualdad de edad y de fortuna los unieron bien pronto con una amistad fraterna.

El Inglés era luterano, y su compañero le ganó para Dios, y le puso en manos del Misionero; y, después de una ferviente abjuración, volvió a su amigo, y se afianzó de tal manera en la fe, por este dulce y santo trato, que unos mercaderes ingleses y herejes, habiendo querido incluirle en los rescates que habían venido a hacer a Túnez de sus nacionales y correligionarios: “No, respondió él, tengo la suerte de ser católico y prefiero la esclavitud y el exilio a una patria y a una libertad que no podría recobrar más que con peligro de mi fe.”

Los dos amigos volvieron a sus cadenas y a sus dulces charlas. Se animaban mutuamente a guardar inviolablemente en su corazón la fe de Jesucristo, y a profesarla valerosamente ante los infieles, incluso en medio de las torturas. Su resolución fue puesta a las mayores pruebas, de las que siempre salieron victoriosos. Un día que el joven Inglés había ido a visitar como de costumbre a su compañero, se lo encontró tendido en el suelo molido a golpes, sin movimiento y sin vida aparentemente. Se inclina sobre él para ver si vive aún, le llama por su nombre. A esta voz tan familiar, el joven Francés sale de su desvanecimiento; pero, en su delirio, no sabiendo si le están provocando otra vez a la apostasía: “Yo soy cristiano, se apresura a responder como para rechazar todo asalto, y cristiano de por vida.” Doblemente gozoso por esta resurrección y por esta fidelidad, el Inglés se arroja sobre él, y besa con ternura sus pies magullados y sangrantes. Es sorprendido en esta postura y en esta acción por los Turcos que le preguntan sorprendidos: ¿“Qué haces ahí? –Yo

¹⁸³ Extracto de las cartas de Guérin.

honro, replica con firmeza, los miembros que acaban de sufrir por Jesucristo, mi Salvador y mi Dios.” Irritados, los Turcos le expulsan con injurias, y no le permiten volver a ir a consolar a su compañero. Es éste quien, curado de sus heridas, viene a verle a su vez. Ay, le encuentra en el mismo estado, tendido en una estera de juncos, molido a golpes, rodeado de sus verdugos y de su patrón que sacian sus ojos con el espectáculo de sus heridas. Se precipita de repente hacia él y, para desafiar el furor de los Turcos y procurarle el merito de una nueva profesión de fe,, le dice: “¿A quién de los dos prefieres tú, a Jesucristo o a Mahoma? –A Jesucristo, responde en voz alta el joven Inglés; yo soy cristiano y quiero morir cristiano.”

A estas palabras, la rabia de los turcos está para estallar. Uno de ellos saca una navaja de su cinturón, corre hacia el Francés y le amenaza con cortarle las orejas, pero el joven se arroja sobre el arma, se la arranca de las manos al Turco, se corta él mismo una oreja, se la presenta al verdugo diciéndole a sangre fría: ¿”Quieres la otra? Los bárbaros se quedan desarmados ante este imparable valor y abandonan a los dos amigos la libertad de su fe. Dios, satisfecho de su fidelidad, no retrasó por mucho tiempo su recompensa. Al año siguiente, una enfermedad contagiosa se los llevó a uno y al otro. “Más rápidos que la águilas, más fuertes que los leones, en la misma muerte no se separaron (II, *Reg.*, 1)¹⁸⁴.”

A pesar de tantos trabajos, Túnez no era una teatro suficientemente ancho para el celo de Guérin. De vez en cuando hacía excursiones por las costas, o de adentraba tierra adentro para consolar a los esclavos más abandonados. Una vez llegó hasta Bizerta, la antigua Útica, donde acababa de enterarse de que una galera de Argel había llegado. Era el día de Pascua. Partió enseguida. El viaje fue demasiado duro; pues, habiéndose negado a tomar un escolta de jenízaros, se encontró con unos Árabes que le molieron a golpes. Uno de ellos, agarrándole por la garganta, apretó tan fuerte, que creyó que le iban a estrangular. “Pero como yo no soy más que un miserable pecador, escribía con su deseo siempre equivocado del martirio, Nuestro Señor no me creyó digno de morir por su servicio. Llegado a Bizerta encontró a trescientos pobres cristianos encadenados, a quienes el capitán le permitió darles una corta misión de diez días. Ayudado por un pobre que llevaba consigo, se puso a evangelizarlos. Todos, con excepción de algunos Griegos cismáticos, hicieron su deber con una piedad que le inundó de consuelo, Todos los días les hacía desencadenar y salir de la galera, luego los llevaba a tierra para oír la misa en la casa de un particular, transformada en capilla y recibir la sagrada comunión, de la que muchos se habían visto privados desde hacía dieciocho o veinte años. Un espectáculo semejante edificaba hasta a los Turcos que, en su ternura, venían a besar las manos y el rostro del Misionero. Quien le alojaba no quiso recibir ningún dinero de él, diciendo que era muy justo hacer la caridad a los que se la hacían a los demás. La misión se terminó con ágapes cristianos, en los cuales Guérin reunió a todos los pobres esclavos, antes de darles el beso de paz y del adiós¹⁸⁵.

Se ve que en medio de tales trabajos, se hayan agotado pronto sus fuerzas, y que no pudiera con toda la tarea. Pero como se había ganado la estima y el

¹⁸⁴ Estos detalles están sacados de una lectura de J. Le Vacher de 1648. Fue Le Vacher quien jugó el papel principal en la conversión del joven Inglés, y sólo la analogía nos ha hecho colocar este realto en la historia del apostolado de Guérin.

¹⁸⁵ Carta a Vicente de 1647.

afecto incluso de los musulmanes, se atrevió, al cabo de dos años de apostolado, a ir a ver al rey Aagi-Mohamed, y le pidió permiso para mandar venir a ayudarle a otro sacerdote. “Dos y tres, si tú quieres, le respondió el Bárbaro; yo los protegeré como a ti en todas las ocasiones, y yo no os negaré nunca nada, porque sé que no heces mal a nadie, y que al contrario haces bien a todo el mundo.”

En esa época, se ve, Agi-Mohamed estaba de vuelta de todo reparo contra Guérin y le había dado toda su confianza. No habría sido así el año anterior. Leemos en una carta de Vicente del 25 de julio de 1646, que Guérin acababa de escapar de un gran peligro. Se había visto obligado a permanecer oculto durante un mes, esperando que de un momento a otro “vinieran a prenderle para quemarle, a lo cual estaba resuelto por completo.” ¡Era el martirio tan deseado lo que se le iba de las manos! Se trataba de un hijo del rey llamado Cheruby que, después de proteger a los cristianos en Tunez, y ya cristiano él mismo en su corazón, se había escapado con cinco o seis oficiales y grandes sumas, y se había marchado primero a Sicilia, luego para España, donde se hizo bautizar. Tuvo por padrino al rey de España Felipe IV, quien le dio su nombre y un patrimonio. De España, había querido ir a Roma para besar los pies del soberano Pontífice; pero durante la travesía, su madre le mandó secuestrar por un capitán holandés quien le llevó a Túnez. Allí conservó en secreto su fe y su afecto protector por los cristianos. Allí le volveremos a ver más tarde en relación con un enviado de Luis XIV, quien fundó en él al momento las más altas esperanzas.

Sospechoso, no sin razón, de contribuir a la conversión del joven príncipe, Guérin encubrió pues el primero en la cólera de Ahí-Mohamed. Pero volvió pronto, más que nunca, a ganarse su gracia. De ello se aprovechó para llevar con libertad, como todos nuestros misioneros franceses los intereses de su patria y los de la fe, de tal forma que el rey le dio, para el joven Luis XIV, una carta “que tengo aquí, escribe Vicente, y no vemos a nadie que la sepa interpretar. Al mismo tiempo que Guérin establecía buenas relaciones entre Francia y Túnez, él obtenía el permiso de mandar venir a un segundo Misionero. Escribió pues a Vicente para pedirle este precioso compañero. Vicente se rindió a los deseos de Guérin, aunque hubiera enviado ya sacerdotes a Argel, y al mismo tiempo se los pidieran para Salé, ciudad del reino de Fez menos famosa por su mezquita de mil cuatrocientos pies de longitud, que por la crueldad y el número de sus corsarios.

Se lee, en efecto, en una carta a Portail del 25 de julio de 1646: “Nos piden en Salé en Berbería, donde tienen libertad de predicar a Jesucristo. ¿Quién podría ser idóneo para eso?” Era el cónsul de Francia quien se había dirigido al santo sacerdote fue derecho a una demanda tan cristiana, y designó a uno de sus sacerdotes, a Le Soudier, quien recibió orden de acudir al cónsul en Marsella y de estar preparado para hacerse a la vela para Salé. Pero un religioso se le adelantó y se hizo con esta Misión. Vicente, quien se temía un mal entendimiento más fatal todavía en las cosas de Dios que en los asuntos políticos, escribió al cónsul el 5 de octubre más o menos en estos términos: “Os agradecemos el honor que habéis hecho a nuestra pequeña congregación al querer poner los ojos en ella para emplearla en el servicio de Dios y en la asistencia a los esclavos de Berbería. Perro tenemos por máxima ceder a los demás las buenas obras que se presentan. Estoy persuadido de que lo cumplirán mucho mejor que los nuestros sabrían hacerlo. Si por desgracia

estos operarios, cuyos empleos serían tan limítrofes, llegaran a tener alguna dificultad, no dejarían de escandalizar a los cristianos y a los infieles.” La partida del Misionero fue pues suspendida, y el proyecto de Misión en Salé debió quedar abandonado. Algunos años después, la falta de obreros sin duda debió forzar a Vicente a oponer una negativa a una petición perezosa que le llegaba de Trípoli. Escribía a Ozenne, en Polonia, el 24 de agosto de 1654: “Nuestra gente de Berbería son tan edificantes, por la misericordia de Dios, que el pacha de Trípoli pide que se le envíen algunos que hagan como ellos, y se propone incluso escribir al rey. Es lo que el preboste de Marsella me comunica a instancia de algunos que han comerciado en esa ciudad, y que llegan de allí. Oh, cuántas puertas abiertas para servir a Nuestro Señor! Rogadle que envíe obreros a su viña, y que las abominaciones de mi vida no hagan a la Compañía indigna de esta gracia.”

Pero, a falta de obreros en número suficiente, la Providente acababa de proporcionarle nuevos recursos para las Misiones de Berbería. Mediante un contrato de fundación del 20 de mayo de 1647, la duquesa de Aiguillon le había dado una suma de 40.500 libras, cuya renta debía servir para “sostener en Argel, Túnez y otros lugares de Berbería donde hay cristianos detenidos esclavos, a un sacerdote de la Misión en cada uno de dichos lugares que hiciera las funciones de dicha Misión a los esclavos cristianos, les administrara los santos sacramentos, y empleara lo demás de dicha renta, si algo quedara, a limosnas a dichos pobres esclavos.” Vienen luego, como siempre, esos *considerandos* tan cristianos, o esa sublime *exposición de motivos*: “Habiendo mi dicha señora duquesa deseado hacer la presente donación con la intención de honrar a Nuestro Señor Jesucristo que vino a la tierra para sacar a los hombres de la miseria del pecado, y reconciliarlos con Dios su Padre una vez rescatados con su sangre y su muerte¹⁸⁶.” Estas hermosas palabras estaba sin duda inspiradas por Vicente, quien tenía la costumbre de decir, hablando del socorro y del rescate de los cautivos: “Hacemos el oficio de los ángeles que negocian nuestra salvación en la tierra, enviando o presentando a Nuestro Señor las buenas obras que ha sido del agrado de su divina bondad permitirnos hacer por el rescate de nuestros pecados¹⁸⁷.” Para asegurarse de que las cláusulas del contrato de fundación serían bien cumplidas, la duquesa de Aiguillon añadía ésta: que los Misioneros le escribieran de seis en seis meses el éxito de sus trabajos. Ella había exigido sin duda verbalmente el informe de las misiones de las galeras, y para cumplir su voluntad le escribió J.-B. Gault la carta citada ya. Sin duda alguna que los Misioneros de Berbería hayan satisfecho su piadosa curiosidad, y tenemos que echar de menos esas cartas perdidas, donde se hallarían detalles tan llenos de interés y de edificación..

II. Juan Le Vacher, cónsul y vicario apostólico. Provisto así de recursos más abundantes, Vicente no podía dudar en enviar refuerzo a Guérin. Le escogió a Juan Le Vacher, el verdadero héroe de las Misiones de Berbería. Nacido en Écouen, el 15 de marzo de 1619, de una familia honrada, pariente del célebre doctor André Duval, consejero y confesor de Vicente, Juan Le Vacher, después de una educación cristiana y una juventud pura, iba a contraer matrimonio cuando una dificultad aparecida se lo dio a Dios. su hermano mayor Felipe que

¹⁸⁶ *Archives de l'État*, MM. 536.

¹⁸⁷ Carta a Duchesne.

se preparaba ya al sacerdocio en el colegio de los Bons-Enfants y a quien veremos enseguida en Argel, le dirigió a su venerado padre. A la vista de este joven, de este niño, Vicente, iluminado de lo alto, adivinó, bajo la más tenue envoltura, un alma de apóstol: “Dejad el mundo, le dijo, y venid conmigo a San Lázaro.” Era la primera, fue la única vez quizás que Vicente usó tal lenguaje: en su humildad tenía por máxima no llamar directamente ni indirectamente a nadie a lo que él llamaba su pequeña Compañía.

Era el 5 de octubre de 1643, Juan Le Vacher entró en el seminario interno de San Lázaro; cuatro años después era sacerdote.

Hacía apenas algunos meses que se había ordenado, cuando llegó la petición de Guérin. Vicente, siempre inspirado por Dios, no dudó un instante y, para el puesto más difícil reservó su elección al más joven y débil en apariencia con sus discípulos. El 28 de agosto de 1647, Juan Le Vacher, conducido por Vicente, iba a franquear el umbral de San Lázaro para emprender la ruta de Marsella. Al mismo tiempo entraba el nuncio: “Monseñor, le dijo Vicente, vuestra bendición para este Misionero que parte para Berbería. –¡Qué, este niño! Dijo el nuncio sorprendido. –Monseñor, tiene vocación para ello.” Y el nuncio añadió, sobre la cabeza de Juan Le Vacher, su bendición a la de san Vicente de Paúl.

Llegado a Marsella a la casa de sus cohermanos, Juan Le Vacher cae enfermo, y el superior escribe enseguida Vicente para expresarle la imposibilidad de lanzarle a un viaje así y a funciones evidentemente por encima de sus fuerzas. –“Ruego al Sr. Chrétien (era el nombre del superior), responde al punto Vicente que haga embarcarse lo antes posible el Sr. Le Vacher. Si la debilidad ocasionada por su enfermedad es tan grande que este Misionero no tenga fuerzas para ir hasta el barco a pie, que le lleven y se embarque, sea cual fuere su estado. Si después de hacer veinte o treinta leguas no puede resistir el aire del mar, entonces...que le arrojen al mar.” Convicción siempre evidente de una vocación celestial, sublime confianza en Dios.

En efecto, Juan Le Vacher se embarca, y se cura enseguida. El 22 de noviembre de 1647, llega a Túnez. Viene a caer en medio de la peste, que hacía estragos entre los Turcos y los esclavos cristianos. Bonita ocasión de inaugurar su ministerio, bautismo del peligro para su celo y su caridad. Inútil decir lo que hizo aquel sacerdote, en semejantes circunstancias, para ayudar a su cohermano Guérin. A los pocos días, se había ganado la confianza y la admiración de todos. Los pobres esclavos se alegraban, cuenta Vicente, cuando iba a visitar las galeras. Se precipitaban a verle, le agarraban de la ropa, de manera que apenas se podía abrir paso. Pero, desde el mes de abril del año siguiente, sucumbió a sus fatigas. La peste se apoderó de él también, y le llevó en pocos días a las puertas de la muerte. Fue un dolor de todos. Los esclavos se confundían en llanto y gemidos; los comerciantes cristianos, el cónsul de Francia se encontraban desolados, y los propios Turcos, los más grandes de la ciudad a la cabeza, se asociaban a este duelo general, y venían a ofrecer a Guérin sus consuelos y sus servicios.

Le Vacher se quedó reducido a un extremo tal que se le dio por muerto. Guérin dio órdenes para su sepultura y se retiró, sin dejar a su lado más que al hermano Francillon. Al cabo de dos horas el hermano, cuyas miradas no se podían apartar de su querido Misionero, creyó percibir en él algunas señales de vida. En un transporte de alegría contenida todavía con el temor, acude en su ayuda; llegan y, al ver la verdad, todos dan gracias a Dios.

Pero, días después, el buen hermano mismo es atacado por la peste; por otra parte, Guérin, obligado a multiplicarse en el servicio de los apestados, no teniendo, en un tiempo en el que la guerra interrumpía el comercio, en el que el hambre se añadía a la peste, más que malos y escasos alimentos para sostener sus fuerzas, cae enfermo también, y ahí están los tres pobres Misioneros a la vez en cama. De pronto Francillon se levanta. En vano quieren detenerle: “Que Dios haga de mí lo que quiera, responde, pero en el estado en que se encuentran mis dos padres, yo les ofreceré todos los servicios de un hijo.” Y, en efecto, olvidándose de su mal, va de uno al otro, sin dejar su cabecera más que para ir a la ciudad a buscar alimentos y remedios. Dios bendice su caridad. Pasados cuatro días, la peste le deja, y Le Vacher entra en convalecencia. Pero Guérin muere con una alegría templada por el dolor del martirio que tanto había deseado.

Todas estas noticias llegaban una tras otra a Vicente. De Argel, le llagaban al mismo tiempo más tristes todavía. A pesar de su profunda aflicción, alababa a Dios por la salud devuelta a unos que iba a permitirles “continuarle sus servicios en la persona de los esclavos enfermos y abandonados, que es el grado de caridad más alto que se pueda ejercer en este mundo”; de la muerte de los demás, porque una muerte así es preciosa en el cielo y en la tierra”, y que será, “con la ayuda de Dios, añadía, la semilla de los Misioneros, como la sangre de los mártires ha sido la de los cristianos. También es un martirio de amor morir por la asistencia espiritual y corporal de los miembros vivos de Jesucristo.” Vicente, según su costumbre, dedicó dos de las conferencias de San Lázaro a hablar de las virtudes de Guérin, mandó recoger los detalles de su vida y de su muerte para comunicárselos a todas las casas de la Compañía. “El asunto se lo merece, escribía. Era un alma de las más puras, de las más desprendidas y de las más de Dios y del prójimo que yo haya visto nunca. Oh, qué pérdida para los pobres, pero qué pérdida para nosotros que no tenemos ya este ejemplo de celo y de caridad. Con frecuencia me he servido de él como del más eficaz para animar a la Compañía a la práctica de estas virtudes. Ya no le tenemos, Dios se lo ha llevado: tal vez para castigarnos por el mal empleo que hemos hecho de él; pero como es verdad que la mayor parte se han aprovechado, quiera Dios llevarnos a una mayor emulación a fin de ir a fundar por todas partes el imperio de su Hijo Nuestro Señor¹⁸⁸.

El cónsul de Francia siguió de cerca de Guérin en la muerte y el rey de Túnez, que había transportado a Le Vacher todo su afecto y toda su confianza y que por otra parte era solicitado por los comerciantes, le ordenó desempeñar sus funciones hasta que el rey de Francia le diera un sucesor. Encargado él solo ya de la salvación de cinco o seis mil esclavos y, en aquel tiempo de peste y de hambre, de una parte de su subsistencia material, Le Vacher tiembla de no poder sostener este sobrepeso, cuyo peso entero se ve más tarde. Por eso escribe pronto a Vicente para verse pronto libre. Vicente, en esta época, tenía los consulados de Berbería casi al alcance de la mano. El consulado entonces era una carga que se podía comprar como los oficios de judicatura, y por la cual se pagaba censo al Estado a cambio de no recibir nada. Como se podía ejercer el poder sin control, repitámoslo, requería una grande probidad; y, por otro lado, aunque función puramente secular, afectaba, por muchos de sus deberes, a los intereses de Dios. Por ello la duquesa de Aiguillon, que acababa

¹⁸⁸ Carta de julio o de agosto de 1648.

de enterarse de todo el bien hecho ya por Le Vacher en el ejercicio de este cargo, compró el consulado de Túnez, como había comprado ya el de Argel, y se lo ofreció, con permiso del rey, a la congregación de la Misión, pidiendo a Vicente que designara él mismo para este puesto. Vicente aceptó, a pesar de su ausencia de los asuntos temporales; pues, habiendo actuado la duquesa sin saberlo él, veía en ello el dedo de la Providencia, y además un medio de muy eficaz de favorecer los asuntos de la religión y el bien de los esclavos. Efectivamente, cónsules elegidos por él, sin otro interés que el servicio de Dios y del prójimo y una misma intención con sus sacerdotes, podrían ser infinitamente útiles a la obra de la misión. Todos, sacerdotes y cónsules vivirían juntos como hermanos, lo pondrían todo en común, renta del consulado y limosnas enviadas de Francia y, apartada su sencilla manutención, dedicarían el resto a la asistencia corporal y espiritual de los pobres cristianos cautivos, y en procurar la libertad a los que, por alta a veces de treinta o cincuenta piastras, no tenían otro remedio que escoger entre una esclavitud perpetua y la apostasía. La necesidad era tanto más urgente cuanto ya esta desgracia había sucedido muchas veces, desde 1644, año en que los Trinitarios o Mathurinos habían interrumpido sus redenciones¹⁸⁹. Vicente consintió pues en designar, para los consulados de Túnez y de Argel, a las personas más idóneas a su plan. Sin embargo, para conciliarlo todo, el desprendimiento y el celo, la renuncia a los intereses temporales y el provecho de la religión, no quiso en un principio guardárselos para los suyos, y mandó dar las provisiones de consulado de Túnez a un antiguo procurador del Châtelet de París, llamado Huguier, hombre de méritos y de virtud quien, habiendo renunciado al siglo y a la toga, había entrado en el clericalo¹⁹⁰, para dedicarse, bajo su dirección, a alguna obra que interesara al servicio y a la gloria de Dios. A pesar de estas cualidades eminentes, Huguier no pudo conseguir la conformidad como cónsul ante los Turcos, que querían conservar a Le Vacher. De manera que le encadenaron, y Le Vacher tuvo que pagar mil cien libras al dey para su liberación¹⁹¹. Después de permanecer algún tiempo en Túnez, para aliviar al Misionero en su cargo, Huguier regresó a Francia, recibió las Órdenes, por consejo de Vicente, volvió a Berbería como misionero apostólico y murió en Argel en medio de los apestados, en abril de 1663.

Le Vacher debió pues retomar y realizar a la vez las dobles funciones de cónsul y de Misionero, lo que hizo hasta 1653. Pero en el intervalo había reconocido que cada cargo superaba las fuerzas de un hombre en plenas condiciones, y había escrito varias veces a Vicente para pedirle un cónsul. Vicente mismo, que veía con pena absorbido por sus funciones consulares, le buscó un sustituto, y puso los ojos en Martin Husson, abogado en el Parlamento de París, que por entonces estaba retirado en Montmirail. Escribió pues a Husson; pero, según su prudencia y reserva ordinaria, se limitó en su carta a darle las razones en pro y en contra, sin añadir una palabra que pudiera hacer violencia a su voluntad. Muy perplejo Husson vino a París, y puso la decisión en manos del santo sacerdote. Vicente se la remitió a los sabios, pero Husson le declaró que esperaba su palabra como la expresión de la voluntad de Dios. forzado en sus últimos reductos, Vicente se puso en oración y, el día de Pascua del año

¹⁸⁹ Carta de Vicente al Sr. de Lahaye-Vautelay, consejero del rey en su consejo, y su embajador en el Levante, 23 de febrero de 1654.

¹⁹⁰ Carta a Blatiron, superior de la Misión de Génova, del 24 de diciembre 1648.

¹⁹¹ Carta a la señora de Aiguillon del 20 de noviembre de 1652.

1653, dijo a Husson: “He ofrecido a Nuestro Señor, al celebrar la santa misa, vuestras penas, vuestros gemidos y vuestras lágrimas; y yo mismo, después de la consagración, me he puesto a sus pies, pidiéndole que me ilumine. Hecho lo cual, he considerado con atención lo que habría querido a la hora de mi muerte haberos aconsejado hacer; y me parece que, si yo hubiera tenido que morir en el mismo instante, yo habría tenido el consuelo de haberos dicho que fuerais a Túnez, por el bien que podéis hacer allí, y habría sentido por el contrario un extremo pesar por haberos disuadido de ello. Ved sinceramente mi pensamiento. Podéis, aun así, o bien ir o no ir.” –“Dios lo quiere, exclamó Husson, impresionado por semejante desinterés, y yo me pongo en camino.” Enseguida Vicente le consiguió del rey sus provisiones. Semanas después salió.

Husson tenía todas las cualidades de su difícil empleo.” Se trata, escribía Vicente en su carta del 15 de julio de 1653, que le entregó para Le Vacher, de un joven de los más completos de su condición que yo haya conocido. Conocerá usted mismo bien pronto su virtud, yo no digo hasta qué punto lo es, puesto que sobrepasa lo que se puede imaginar, pero lo suficiente para obligarle a usted a tenerle en mucho. No es solamente sabio, de ben conformar, vigilante y piadoso; sino muy capaz para los negocios, siempre listo para ocuparse de los demás. Se va a Berbería únicamente para servir a Dios y a los pobres esclavos...Deja París y a su familia que le quieren mucho y que han tratado de detenerle con muchas lágrimas, consejos y estratagemas.”

Las virtudes mismas de Husson, su probidad severa, su negativa inflexible que oponía a toda cuestión que dañaba la conciencia, el honor y los tratados, indispusieron a la vez contra él al pacha de Túnez y a los comerciantes europeos. Éstos se negaron a pagarle sus derechos consulares. Husson se quejó, no por avidez, sino porque, privado de todo recurso, no podía cumplir los deberes de su cargo, y Luis XIV escribió a de La Haye-Vautelay, su embajador en el Levante, para que hiciera justicia. Vicente, por su parte, dirigió al embajador con la misiva real una larga carta y una memoria para recordarle que en los términos de las capitulaciones hechas entre nuestros reyes y Su Alteza los derechos consulares eran debidos al cónsul de Francia por casi todas las naciones, fuera de los Ingleses, a saber: los Franceses, los Venecianos, los Españoles, los de Livorno, los Italianos, los Genoveses, los Sicilianos, los Malteses, los Griegos súbditos o no del sultán, los Flamencos, los Alemanes, los Suecos, los Judíos, y en general por todos los que traficaban o traficaban bien en Túnez, bien en cabo Negro, bien en Bizerta, bien, en una palabra, “entre todos los demás puertos, abras y playas de la extensión del reino de Túnez.” Rogaba también a de La Haye que consignara en la patente que pedía para Husson, todas las cláusulas contenidas en la memoria que le dirigía. “De otra forma, añadía él, el cónsul, que ha sido enviado de parte del rey para mantener allí su autoridad entre sus súbditos, terminar los diferendos que suceden entre los comerciantes, residentes o traficantes en Túnez, pedir para ellos justicia al dey, al bacha y demás principales, cuando son maltratados de los Turcos, no podría cumplir las justas intenciones de Su Majestad, por todo lo que el cónsul inglés quiere sobre el consulado de Francia y usurpar sus derechos sobre una parte de las naciones susodichas, en virtud de una nueva patente que ha obtenido del Gran Señor contra la antigua costumbre, en lo cual

se hace apoyar de los Turcos a fuerza de presentes¹⁹².” Gracias a tan poderosas intervenciones, Husson pudo luchar dos años más contra el oro inglés y la codicia de los comerciantes, pero en medio de toda clase de persecuciones y de escarnios. Se sostenía por el pensamiento del bien al que contribuía dejando a Le Vacher toda la libertad de su santo ministerio entre los esclavos, los musulmanes y los renegados. Pero Le Vacher mismo tenía de vez en cuando que sufrir mucho por caprichos que degeneraban pronto en violencias. Un día le llaman ante el dey: “Sal de la ciudad. le dice sin preámbulos el bárbaro, y no vuelvas a poner los pies en ella; porque me he enterado que, con tus artes, impides a los cristianos que cambien de religión para hacerse turcos y abrazar la ley de Mahoma.”

Le Vacher obedece y, acompañado de un guardia y de un intérprete, partió para Bizerta, donde debía seguir los pasos de Guérin. Dos barcas cargadas de esclavos le habían precedido unos días antes, y la Providencia se había servido evidentemente del dey de Túnez para enviarle en ayuda de estos desdichados. “¿Quién sabe, Señores, dice a propósito Vicente a su Comunidad, si Dios no ha permitido esta pequeña desgracia le haya sucedido al Sr. Le Vacher, para darle el medio de ayudar a esa pobre gente a ponerse en buen estado¹⁹³?” Como no tenían dónde alojar a este aumento de cautivos, después de llenar las mazmorras, habían amontonado a los demás en los establos, donde no podían ni respirar ni moverse. Le Vacher va a sus tugurios, besa sus cadenas y se pone a consolarlos. De repente oye gritos confusos de mujeres y niños, entremezclados de gemidos y llantos. Se entera de que son cinco pobres jóvenes cristianas, tres de las cuales madres recientes, que sufrían más todavía por sus hijos que por ellas mismas. Habían oído la explosión de alegría de los esclavos a la entrada del Misionero y se habían acercado al tragaluz para ver qué pasaba. La vista de un sacerdote, de un ángel del cielo venido a este infierno, les había hecho estallar en gritos y lloros, y le pedían con insistencia su parte de consuelo.

Entre estos esclavos acostados en el suelo bajo el peso de sus cadenas, y estas mujeres, estos niños, que confundían sus lamentaciones y sus gritos, Le Vacher se queda un instante abatido de dolor. Vuelto en sí pregunta a estas pobres mujeres, y le responden que la más joven de todas es perseguida horriblemente por su patrón, que quiere hacer de ella una renegada antes de hacerla su esposa. “Ay, se dice a sí mismo, cómo una parte de tantos millones empleados entre los cristianos en cosas superfluas estaría mejor empleada en socorrer a estas pobres almas anegadas en semejantes olas de amargura.” A falta de millones él prodigó a los hombres y a las mujeres los consuelos religiosos; y hasta tuvo que comprar a los patronos el derecho a prestarles este piadoso servicio, pagar de nuevo para quitar las cadenas de los esclavos de algunas galeras a punto de partir, para confesarlos, decirles la misa y distribuirles la sagrada comunión. Después, siguiendo la impresionante costumbre de los hijos de Vicente de Paúl, quiso reunirlos en una comida de despedida. Una vez devueltos a las galeras, compró dos bueyes que les distribuyó con quinientos panes; y, pensando en los tristes días venideros, hizo depositar en cada galera un quintal de galletas blancas para uso de los que cayeran enfermos durante el viaje (45 kgs =1 quintal).

¹⁹² Carta citada del 24 de enero de 1654.

¹⁹³ Rep. de oración del 12 de setiembre de 1655.

Dos galeras partieron en efecto de recorrido al día siguiente, cargadas con más de quinientos esclavos cristianos. ¡Qué día más doloroso para ellos y para el Misionero, y qué cruel expiación de las dulces alegrías de la víspera les causaron estos bárbaros! Los infames renegados sobre todo, que hacían el oficio de cómitres, molieron a estos desdichados a bastonazos a los ojos de Le Vacher. Éste, tratando de desarmar a aquellos monstruos, exhortaba a sus queridos esclavos a sufrir por Dios, y los esclavos, llenos del recuerdo del Dios mártir que habían recibido la víspera, e prometían paciencia y fidelidad.

Tras este último adiós, Le Vacher fue a consolarse o distraerse en otras obras de caridad. Se presentó en medio de los esclavos de Sydy-Regeppe. Los encontró sin cadenas, y dio las gracias al patrón por haber guardado la palabra dada algunos días antes de descargarles de aquellos garfios insoportables. Vio entre ellos a seis jóvenes de dieciséis a dieciocho años que, esclavos desde hacía cuatro o cinco años, no habían podido obtener una sola vez el permiso de salir y que, por consiguiente, se habían visto privados de toda participación en las cosas santas. Él los confesó, luego los invitó a preparar lo menos mal posible sus pobres establos, prometiéndoles traer al día siguiente la comunión en forma de viático. En efecto, después de celebrar la misa en la mazmorra de la Anunciada, tomó el Santísimo y se hizo seguir de todos los cristianos que encontró en las calles de Bizerta, y regresó junto a los pobres cautivos. Con qué devoción, con qué ternura, recibieron estos niños la visita divina. Todos los asistentes derramaron lágrimas, menos de compasión que de felicidad. En la misma sesión, Le Vacher confesó y dio la comunión a un séptimo niño que había caído enfermo la noche anterior. Apenas de había dado la Extremaunción, cuando la muerte rompió sus cadenas y le entregó la libertad del cielo.

Mientras tanto Husson, privado de la sociedad de quien consideraba como a un padre¹⁹⁴, pensaba en solicitar su llamada. Fue a buscar al dey: ¿Por qué, le dijo, prolongar el exilio de este buen sacerdote? No se mete con la religión de los Turcos, y no se ocupa más que de su cuidado de los esclavos cristianos. Hace el bien a todos y no perjudica nadie: todos le dan este testimonio.” El dey confesó en su corazón la verdad de estas palabras. Y ordenó al bey de Bizerta que despidiera a Túnez al moravito de los cristianos, pero tan sólo al cabo de un mes. Así, evitaba condenarse a sí mismo, y además cubría su injusticia con un velo de clemencia. Pero el motivo real de su conducta el miedo a las represalias de las que se podían usar contra los Turcos cautivos en la cristiandad. De esta manera obligaba al mismo tiempo al bey de Bizerta a impedir que Le Vacher regresara a Francia. Se había enterado sin duda de que este Misionero había escrito a Vicente que estaba listo bien para volver a París, sea a trasladarse a Argel, donde debía tener que sufrir todavía más¹⁹⁵.

Le Vacher y Husson reemprendieron su vida común y sus trabajos en Túnez. Pero la calma de que gozaron primeramente no duró mucho. El dey pidió al cónsul que le enviaran de Francia *cotonina*, especie de tela gorda que sirve para hacer velas de barcos. Husson, habiendo rechazado una comisión que le estaba prohibida por las leyes de la Iglesia y del Estado, el dey ya descontento, se dirigió a un comerciante de Marsella mucho menos escrupuloso. A esta noticia, Husson va a ver al comerciante, le explica el crimen que va a cometer contra la religión y su país, le amenaza con la cólera de Dios y del rey y, no

¹⁹⁴ Cartas de Le Vacher a Vicente, 1655.

¹⁹⁵ Confer. de San Lázaro, del 12 de setiembre de 1655.

pudiendo sacar nada en limpio de esta alma mercenaria, entabla con osadía el proceso verbal que envía a su corte. en consecuencia, el rey envía a los oficiales de sus puertos de Provenza y del Languedoc que vigilen con cuidado para que no se cargue ninguna mercancía de contrabando para Berbería¹⁹⁶.

A pesar de todo, el dey esperaba su cotonina. No viendo llegar nada, se sospecha la causa y prepara su venganza. En primer lugar, disimula con el cónsul y, reservándose el turno, comienza a golpearle en la persona de Le Vacher, esta mitad de su alma. Un caballero de Malta, llamado La Ferrière era entonces su deudor por una suma de 275 piastras, que no podía arrancar. Comunica al Misionero: “- Quiero, le dice, que me pagues lo que me debe el caballero de La Ferrière, ya que eres de una religión que entrega los bienes y los males comunes y, a falta de ello, te echo la culpa a ti. -<<los cristianos, es cierto, responde modestamente Le Vacher, se quieren y se ayudan, pero no se obligan a pagar las deudas unos de otros. No debo ni puedo ser contable por el señor de La Ferrière, puesto que no soy más que un pobre maravito de los cristianos, ocupado en Túnez en el único servicio de los esclavos, y me cuesta horrores vivir y socorrerlos. –Di lo que quieras, replicó el dey, pero necesito 275 piastras.” Eterno diálogo del lobo y del cordero, en el que las buenas razones no hacen más que irritar a la injusticia ávida. Para escapar a una conclusión, Le Vacher se sometió a la ley del más fuerte, y pagó.

El dey espía entonces la ocasión de vengarse más directamente del cónsul: se presentó pronto. Los buques del gran duque de Florencia se apoderaron de una embarcación tunecina, que condujeron a Livorno con los trece Turcos que llevaba. Entonces se renovó la escena de hace un momento entre el dey y el cónsul: –“Es preciso que te obligues a hacer que me devuelvan a mis súbditos. –En buena hora, si estuvieran en Francia, responde Husson; pero un cónsul francés no tiene nada que prescribir a un duque de Toscana.”

Por muy fuerte que fuera esta razón, no podía nada contra la pasión irritada del dey, tanto menos cuando se sentía entonces apoyado por los Ingleses, y hasta por los nacionales del cónsul. Los comerciantes franceses se negaban a pagar a Husson el derecho del 20/0 sobre las mercancías que habían embarcado; hasta le injuriaban y le amenazaban con hacerse a la vela sin recibir patentes ni expediciones. En vano había intervenido Luis XIV por segunda vez y, el 14 de julio de 1656, sobre la demanda de Husson al rey en su consejo, había ordenado a todos sus súbditos traficantes en Berbería que le reconocieran como cónsul, tenerle el honor y respeto debidos a su rango, pagarle sus cánones consulares bajo pena de verse obligados a ello por multa y toda clase de vías judiciales; en vano les había prohibido hacerse a la vela sin expedición, y había mandado de nuevo a su embajador en Levante mantenerse firme en todas estas prescripciones y ordenanzas.

De nada sirvió: el oro inglés, la avidez, el amor a la venganza, fueron más fuertes que el buen derecho y que estas poderosas intervenciones. Sin otra forma de proceso, el dey expulsa a Husson de Túnez ignominiosamente. Antes de su salida, el cónsul remite los sellos a Le Vacher. Éste los rechazó primero, esperándose ser expulsado él también; pero el dey, no queriendo por el momento más que a Husson, y acuciado por otra parte por los comerciantes, le inviste a pesar suyo del consulado hasta que Luis XIV tuviera a bien darle un sucesor. Luis XIV quería ante todo una reparación. Escribió al Gran Señor para

¹⁹⁶ Carta de Vicente del 21 de mayo de 1655.

quejarse de la injuria que el dey de Túnez le había hecho en la persona de su cónsul. Las negociaciones fueron para rato, no concluyeron nada, y Le Vacher tendrá el consulado dos años, esperando a ser despojado él mismo por una intriga muy parecida¹⁹⁷.

Tantas afrentas, además de los líos financieros, le hacían dudar a Vicente que pudiera mantener los consulados, y sintió tentaciones por un instante de abandonarlos, para no mantener más que a Misioneros en Argel y Túnez. Encargó incluso a uno de sus sacerdotes que se informara en secreto si habría en Marsella algún comerciante que quisiera o comprar los dos consulados, o tomarlos en beneficio propio, mediante cierto canon que sería pagado cada año a los Misioneros de Berbería. Él había encontrado ya 1.500 libras al año del de Túnez. Si los Misioneros podían desempeñar sus funciones sin que estos cargos fuesen ejercidos por personas de su Compañía, consideraba como necesario desprenderse de ellos. Pero, por otro lado, temía que si se vendían los consulados, el comprador no querría permitir a un sacerdote a su lado y no encontrara medio de deshacerse de él para estar más libre a su gusto; y que, si se los dieran en firme, el arrendatario suscitara afrentas a este sacerdote, o hasta le hiciera expulsar, para verse libre de la obligación de pagar el precio del contrato. "Así, añadía él, no se podría ya ayudar a los pobres esclavos. Entonces, la privación de este bien sería un grave mal para ellos." . se lo comunicó a la Señora de Aiguillon, quien no estuvo de acuerdo en que se abandonaran los consulados en manos extrañas¹⁹⁸. No sólo se resolvió a partir de entonces a conservarlos en su Compañía, sino que los defendió contra la Congregación de la Propaganda, que pensaba por entonces en quitárselos.

Fue precisamente la reasunción de este consulado de Túnez por Le Vacher la que fue la señal de esta oposición de Roma. La Propaganda recordó los santos cánones que prohíben a los sacerdotes y sobre todo a los misioneros en los países infieles todo comercio y trato en los asuntos temporales. Vicente respondió que no ase trataba aquí ni de negocios ni de política, sino solamente del servicio de Dios y de los esclavos, mucho mejor asegurado si los consulados estaban desempeñados por sacerdotes, tan difícil era encontrar a laicos propios para tales funciones; que era ésta una obra de caridad y no de interés; de sacrificios y no de beneficios; ya que estos consulados eran de gran carga a la Compañía, superando los gastos con mucho a las rentas. El de Argel estaba contratado entonces por 30.000 libras, y el de Túnez pedía igualmente socorro. De manera que, añadía Vicente, "habríamos abandonado esos oficios seis veces, si no hubiera que abandonar al propio tiempo a los lobos a veinte y treinta mil almas que tratamos de conservar para la Iglesia y ganar para Dios con el apoyo de estos cargos temporales. Y no sé si al final no nos veremos obligados a ello, sobre todo si no se permite a nuestros sacerdotes su ejercicio, lo que sería una gran desgracia, a causa de los grandes bienes que Dios ha querido hacer por ellos, y que cesarían por completo por ahora¹⁹⁹."

A pesar de tan fuertes razones, la Propaganda se negó a autorizar la gestión de los consulados por sacerdotes. Cada vez más convencido de la necesidad de conservársela, Vicente insistió a fin de obtener, a falta de autorización

¹⁹⁷ Cartas de Vicente de los 25 de mayo y 21 de junio de 1652.

¹⁹⁸ Cartas a Get, superior de la casa de Marsella, de los 14 de abril de 1655; 18 de mayo y trece de julio de 1657; 3 y 30 de agosto de 1658.

¹⁹⁹ Carta a Jolly, superior de la casa en Roma, del 23 de noviembre de 1657.

expresa, una especie de tolerancia y dejar pasar. Escribió de nuevo al superior de su casa de Roma²⁰⁰: “Querría saber si este defecto de consentimiento lleva consigo una defensa, o si, al no querer permitir abiertamente este ejercicio, ella (La Propaganda) está por lo menos dispuesta a tolerárselo a los Srrs. Le Vacher, de manera que estén en seguridad de conciencia. De otro modo, no les queda más que volverse y abandonar por completo a los esclavos, pues no es posible asistirlos como se ha venido haciendo, sin la autoridad de los consulados, ni encontrar a laicos idóneos para ir a ejercitarlos con la firmeza y desinterés que son necesarios para sostener la obra de Dios, después de los malos tratos que los últimos han recibido. no obstante no llegaremos a abandonarlos del todo más que lo más tarde posible, ya que si sucede, será una gran desdicha. Nos enviaréis pues, por favor, las facultades apostólicas para estos dos hermanos.”

Como Vicente, siempre tan sumiso a las decisiones y deseos de Roma, mantuvo a sus sacerdotes en las funciones consulares, es de creer, aunque no tengamos la prueba oficial, que la Propaganda, mejor informada, o consintió o toleró.

Fue para él un consuelo. Algún tiempo antes, había tenido otro. Un burgués de Paris, que no quería darse a conocer, le dio una suma de 30.000 libras, para ser colocadas en rentas sobre el Ayuntamiento, y cuyo producto debía ser empleado en la asistencia y redención de los esclavos cristianos²⁰¹.

A su cargo de Misionero, Juan Le Vacher debió pues añadir el de cónsul en Tunez. El primero hubiera sido suficiente para acabar con él, ya que, desde hacía unos años, se había incrementado considerablemente. Hacia 1652, había sido nombrado vicario apostólico en Túnez. Pues, está bien que digamos en qué consisten estas funciones.

Un vicario apostólico ejerce la función espiritual sobre todo un país en nombre de la Santa Sede que este país posee o no un obispo que le es propio. En el primer caso, el papa despoja, por algún tiempo, al obispo de su jurisdicción y se la atribuye; en el segundo, él mismo es el propio obispo del vicariato. Aparte de las funciones anexas al carácter episcopal, si no es obispo *in partibus*, el vicario apostólico, goza de todos los derechos atribuidos a los obispos, y ejerce incluso una jurisdicción más extensa, por estar investido de todos los poderes reservados a la Santa Sede.

No se han de confundir el *vicario* y el *prefecto* apostólico. Éste goza de privilegios mucho más reducidos. Proviene siempre de un cuerpo de eclesiásticos ya religiosos, ya formando congregación o sociedad. El papa le comunica poderes para ejercer él mismo o para mandar ejercer las funciones espirituales por los solos sacerdotes que le están sometidos. Debe pedir el consentimiento de los obispos de los lugares, si bien esto sea pura formalidad; además aprueba a los misioneros que le están asociados y que, por consiguiente, no dependen más que de él. Como el vicario apostólico, ejerce en ciertos casos una jurisdicción más que episcopal, pues está investido igualmente de poderes reservados a la Santa Sede; en una palabra, el vicariato apostólico es una jurisdicción territorial, la prefectura es una jurisdicción personal; una se extiende a un país entero, la otra se limita a los individuos²⁰².

²⁰⁰ 21 de diciembre de 1657.

²⁰¹ Véanse el recibo y compromiso de cumplir con las intenciones del donante, firmados de la mano de Vicente, Archivos del Estado, MM. 536.

²⁰² Véase una obra manuscrita titulada: *Clergé de la marine*, Archivos de Argelia y de las Colonias.

En su calidad de vicario apostólico en Túnez, J. Le Vacher aprobaba a todos los sacerdotes, libres o esclavos, de esta ciudad, mientras que su hermano Felipe, como misionero apostólico y gran vicario de Cartago ejercía los mismos derechos en Argel; aprobaba también a los capellanes de la compañía real de África en el Bastión de Francia, en la Calle, en Bone, y en general en toda esta costa africana; daba a los simples fieles todos los permisos, todas las dispensas de matrimonio o demás, todas las absoluciones reservadas; tenía derecho u deber de inspección y de visita cuasi episcopal en toda la extensión de su jurisdicción, y podía incluso conferir en ella el sacramento de la confirmación; era el párroco o sacerdote propio de todos los católicos de la ciudad donde residía y de todo su distrito, y el superior particular de la casa de los Misioneros.

Su primera atención se dirigió a los sacerdotes y religiosos esclavos. Se llevó a algunos a su casa bajo su propia responsabilidad, a quienes proporcionaba las ropas y de qué vivir; y, cuando no podía soportar sus cargas, por lo menos, para librarlos de sus rudos y viles trabajos, pagaba a sus patrones la *luna*, es decir la tasa mensual, y los aprobaba para el servicio de las mazmorras.

Los esclavos seculares le ayudaban ellos mismos a pagar esta contribución del mes, para honrar a los ministros de Dios, y devolverles la libertad de la oración y de sus funciones espirituales. Pero, ay, esta libertad los llevó con frecuencia al desorden y al escándalo. Más libres, en efecto, en medio de la esclavitud que bajo los ojos de sus superiores religiosos o eclesiásticos, caían en un libertinaje tal que los cristianos se sentían desanimados, y que muchos hasta perdieron la fe, y se pasaron al islamismo. Por otra parte, los Turcos triunfaban con estos desórdenes, cuando no estaban obligados a devolver a las cadenas a tal desdichado sacerdote cuyo desenfreno los asustaba a ellos mismos.

Era hora de parar semejante licencia, odiosa bajo todos los puntos de vista, fatal para la fe en esta tierra musulmana, y ese fue uno de los primeros servicios de Le Vacher y de sus sucesores.

En ello, sólo tenían que seguir las sabias instrucciones de Vicente. Tenemos otra carta de él escrita a uno de sus Misioneros, que, según Abelly, “tenía más necesidad de brida que de espuela”, en la que le traza la conducta prudente y dulce para con los sacerdotes y religiosos esclavos. Esta carta escrita a un “misionero apostólico, gran vicario de Cartago”, estaba destinada evidentemente a Felipe Le Vacher; pero como Vicente ha debido dar sobre este particular los mismos consejos a todos los sacerdotes de Berbería, podemos muy bien suponerla escrita a su hermano, y trasladarla de Argel a Túnez. “No debe de ninguna manera, dice el santo, endurecerse contra los abusos, cuando ve que resultaría un mayor mal. Trate de conseguir lo mejor que pueda de los sacerdotes y de los religiosos esclavos... por las vías dulces, y no se sirva de las severas sino en casos extremos, por miedo a que el mal que ya sufren debido al estado de su cautividad, unido al rigor que usted querría ejercer en virtud de su poder, los lleve a la desesperación. Usted no es responsable de su salvación, como usted cree; no ha sido enviado a Argel más que para consolar a las almas afligidas, animarlas a sufrir, y ayudarlas a perseverar en nuestra santa religión; en eso consiste su misión, y no el cargo de gran vicario, el que no ha aceptado sino en cuanto que sirve de medio para llegar a los fines ya dichos; ya que es imposible ejercerlo en rigor de justicia sin aumentar las penas de esa pobre gente, ni casi sin darles motivo de perder la paciencia, y de perderse usted mismo. Sobre todo no hay que tratar de abolir

tan pronto las cosas que están en uso entre ellos, aunque sean malas. Alguien me contaba el otro día un bonito pasaje de san Agustín que dice que se tenga mucho cuidado de atacar el abuso de un vicio que reina en un lugar, porque no sólo no se logrará nada, sino al contrario se ofenderá los espíritus en quienes esta costumbre es como inveterada, con lo que no se podría ya hacer en ellos otros bienes, que no obstante se hubieran hecho, abordándolos bajo otro aspecto. Le ruego pues que condescienda tanto como pueda con la debilidad humana. Se ganará antes a los eclesiásticos esclavos compadeciéndolos que con el rechazo y la corrección. No les falta luz sino fuerza, la cual se insinúa con la unción exterior de las palabras y del buen ejemplo. Yo no digo que haya que autorizar ni permitir sus desórdenes, sino que digo que los remedios deben ser dulces y benignos en el estado en que se hallan, y aplicados con gran precaución, a causa del lugar y del perjuicio que le pueden causar, si los ofendéis, y no sólo a usted sino al cónsul y a la obra de Dios; porque podrán dar impresiones a los Turcos de que no le quieren aguantar ya más por allí.”

El ejemplo de las virtudes apostólicas de J. Le Vacher fue primero para estos sacerdotes y religiosos culpables una poderosa predicación. Luego entró en relaciones directas con ellos, les habló con la fuerza y la unción que había aprendido de Vicente, hizo sabias ordenanzas que publicó en nombre y con la autoridad de la Santa Sede, usó incluso a veces contra los más obstinados, pero con discreción y prudencia, de censuras eclesiásticas y, con este sabio carácter de severidad y dulzura, logró restablecer entre ellos la santa disciplina. Los ministros de Dios no fueron ya para los infieles una ocasión de blasfemar su nombre, ni para los cristianos una piedra de escándalo que les hiciera caer en la apostasía²⁰³.

Inútil contar con todo detalle lo que hizo J. Le Vacher por el servicio de los esclavos, sus misiones en las tierras: en este informe, caminó tras las huellas de Guérin, y hasta las superó. Revestido de la doble autoridad de vicario apostólico y de cónsul, se enfrentaba primero a que se hicieran esclavos contra los tratados y reclamaba a los que habían sido vendidos a pesar de su oposición o durante su ausencia. A veces lo conseguía, gracias a los últimos vestigios de derecho y de justicia, que la barbarie no había borrado aún, gracias también al miedo que sabía inspirar a las armas de Francia. Vicente se lo agradecía como por un servicio prestado a él mismo. “Bendigo a Nuestro Señor, de escribía en 1653, porque por medio de usted, muchos Franceses apresados en el mar, y llevados a Túnez, no han sido hechos esclavos... Quiera la bondad de Dios darle gracia para actuar con fortaleza y eficacia con los que tienen en su mano e poder de secundarle.

Cuando sus esfuerzos habían fracasado contra la injusticia y la violencia, trataba al menos o de rescatar a los esclavos más expuestos en su fe y su virtud, o de fortalecerlos contra los asaltos del vicio y de la persecución. Para conocer el mal y las necesidades más urgentes, visitaba las mazmorras, recorría las *Macerías* o granjas de los campos: las de la Cantara, de la Courombaille, de la Tabourne, de la Gaudienne, de los Siete Riachuelos, de la Morlochía, y otras más le veían por turno. Distancias de diez y doce leguas que recorrer a pie por un desierto árido, y montañas, que no parecían accesibles más que los leones, y en las que estas granjas estaban a veces colgadas como nidos de águilas, que trepar con un sol ardiente, nada le asustaba ni detenía su

²⁰³ Carta citada de Vicente a de La Haye-Vautelay, del 25 de febrero de 1654.

celo y su intrepidez. Qué necesidad, en efecto, no tenían de su ayuda unos desdichados que, excluidos la mayor parte por toda su vida del comercio de las ciudades, se veían privados desde hacía quince o veinte años de los divinos misterios, y a veces, lejos de toda predicación y de todo culto, habían perdido hasta el sentido religioso! Con algún dinero saso a los patrones o a los guardianes de los esclavos, compraba el permiso de reunirlos, de instruirlos, consolarlos. Acabada la misión, adornaba lo más decentemente posible uno de sus establos, les decía la misa, les daba la comunión, gastaba el dinero que le quedaba en el ágape final, y en limosnas para los más necesitados; luego todos se abrazaban y, si no debían volverse a ver, se daban cita en el cielo.

En algunas ocasiones no se comprende cómo podía llegar a todo. Habiéndose llevado una peste a todos los sacerdotes esclavos, se multiplicó para decir el domingo tantas misas como presidios había, confesó a los esclavos y a los comerciantes asustados, de modo que de medianoche a la una de la tarde estuvo siempre en el altar o en el confesionario.

El espectáculo de tantos males aumentaba su deseo de traer con el rescate el remedio soberano y definitivo. Una vez ofreció hasta 330 escudos que le habían prestado los comerciantes cristianos, para recatar a una joven y bella de Valence, secuestrada por los corsarios cerca de su ciudad y expuesta la venta en la plaza pública de Túnez. Pero se vio obligado a cederla a un *villano* Moro, dice, puja por encima de sus medios, y que, después de tres días de lloros y resistencia, roba las desdichada el honor y la fe. “Ay, escribía entonces Le Vacher, si algunas personas caritativas dieran algo para tales ocasiones, tendrían su recompensa abundante.”

Otra vez, tuvo mejor suerte. Habiendo encallado una barca francesa en la costa de Túnez, seis náufragos cayeron en las manos de los Moros, que se los vendieron al dey como esclavos. El dey redujo a dos, a fuerza de golpes, a la apostasía; otros dos murieron en los tormentos antes que renunciar a Jesucristo. para arrancar a los dos últimos a semejante alternativa, Le Vacher negoció sus recate al precio de 600 piastras, de las que respondió por la tercera parte, procurándoles así la libertad. “En cuanto a mí, concluye al contar este hecho, prefiero sufrirlo todo en este mundo antes que permitir que se reniegue a mi divino Maestro, y daría con gusto mi sangre y mi vida, hasta mil vidas, si las tuviera, antes que ver a cristianos perder lo que el Nuestro Señor les ha adquirido con su muerte.”

Pero tales gastos y el escaso provecho del consulado ponían sus finanzas en grandes apuros. En 1658, queriendo librar a su colega de Argel, el hermano Barreau, de parecidos apuros, se comprometió temerariamente por una suma de 1.200 piastras. Vicente, cuya prohibición no había respetado, escribió entonces: “El Sr Le Vacher de Túnez se ha olvidado de su deber. Es perderlo todo, y de un mal menor hacer dos, porque sigue al otro a su precipicio y no le saca de él; y, sin saber si podremos pagar el dinero que pide prestado y remplazar los depósitos que le han confiado para los esclavos, se pone en peligro de hacerles un mal irreparable, de arruinar su crédito y su reputación, y por último de ponerse fuera del estado de continuar sus empleos en esos países como lo ha hecho el hermano Barreau en Argel; de donde hay que sacarle necesariamente, por ser la causa de que la Compañía esté expuesta ahora a una gran confusión. Esto es lo que sucede a las personas de comunidad que obran por su propia inclinación. Cierto que, cuando son obedientes, Dios se sirve de ellas para hacer su obra y, al contrario, el diablo

se prevale de su desobediencia para destruir los planes de Dios y sembrar el desorden por todas partes. Si hubieran resistido para no traspasar nuestra intención conocida, Dios estaría de su parte y los habría librado de las angustias en que se encontraban, y a nosotros de las penas que estamos pasando. Escribo de nuevo al Sr Le Vacher que no se deje sorprender por ese hermano, y no pague nada a quienquiera que sea, si no lo puede hacer por sus propias fuerzas, sin emplear en ello las de otro²⁰⁴.”

La deuda de Le Vacher amenazaba con seguir aumentando: ya que, creyéndose obligado a golpear a los Turcos y aumentar su autoridad, a dar algún brillo a su casa, tenía demasiados servidores; además por caridad y para extender relaciones que ponía al servicio de los esclavos, hacía del consulado una residencia universal, alojando y sosteniendo gratis a todos los que se presentaban, Franceses o extranjeros, pobres o ricos, recomendados o no. Vicente, siempre tan positivo y tan reglado, a pesar de su bondad de corazón y su confianza en Dios, le reprendía por su imprevisión y le llamaba a más ahorro. “Usted no puede, le escribía, pedir prestado para parecer espléndido y liberal, tampoco para hacer caridad... Me dirá que es muy difícil, teniendo los oficios que tiene, dejar de hacerlo; y yo le respondo que será más difícil todavía, enviarle dinero para pagar, y que si usted conociera nuestra pobreza, no tendría ningún reparo en dar a conocer la suya a los que le piden, para regular así e igualar su En nombre de Dios, Señor, tome estas medidas en lo futuro. Dios no le pide que sobrepase los medios que él le da²⁰⁵.”

No sabemos si Le Vacher se aprovechó mejor de estos consejos que su colega Barreau, pero le debió de resultar difícil poner freno a su caridad liberal y expansiva. Es en medio de estos apuros, de estas angustias, de estos trabajos, de estas persecuciones, como prosiguió en Túnez su doble ministerio hasta el año 1666. A partir de 1660, sus funciones diplomáticas se hicieron más importantes. Por esta época, un gentilhomme de Provenza, llamado de Bricard, fue elegido por el rey para negociar en Túnez el rescate de esclavos retenidos por Agi-Mohamed con desprecio de los tratados. Le Vacher se aprovechó de la ocasión para recomendar a todos los esclavos cristianos a Colbert, y escribió al ministro que hiciera escoltar a su enviado del mayor número de embarcaciones posible si querían imponerse a estos bárbaros.

En una de estas memorias remitidas a Bricard en esta ocasión, se trata de un asunto secreto y de gran importancia, recomendado de un modo muy especial a su diligencia y a su sabiduría. Por otra parte, en una carta de Le Vacher a Vicente de la misma época, se habla de un convertido perteneciente a una ilustre familia²⁰⁶. Por estos términos se reconoce a este joven Chéruby, hijo del rey de Túnez, cuya conversión ya hemos visto. Su padre acababa de morir, y no pudo sucederle, porque la dignidad del dey siendo electiva, los sufragios se habían inclinado por Agi-Mustafá, que estaba entonces en el cargo. Pero se esperaba llevarlo allí por el crédito de Luis XIV, después de la muerte del dey actual, y entonces ¡qué consecuencias políticas y religiosas! Entretanto se trataba de favorecer su evasión a Francia. El comendador Paul, cuya historia vendrá después, recibió orden de recibirle en una embarcación con sus oficiales, sus esclavos y sus riquezas. Bricard entró en comunicación con él. ¿Qué pasó? Todo rastro de este asunto parece haberse perdido para siempre.

²⁰⁴ Carta a Get en Marsella del 15 de marzo de 1658.

²⁰⁵ Carta de 18 de abril de 1659.

²⁰⁶ Archivos del ministerio de asuntos exteriores.

Es probable que la conversión de Chéruby no le sirvió más que a él mismo, y acabó en la vida privada adonde la muerte de su padre le había devuelto.

En 1665, la negociación abierta por Bricard a propósito de los esclavos y en suspenso por la muerte de Agi-Mahomet se reanudó con su sucesor Agi-Mustafá. Bien que el nuevo dey se asustara por los éxitos del duque de Beaufort, quien acababa de derrotar a la flota argelina a las puertas de Túnez, la restitución se hizo con mucho trabajo. Fue también Le Vacher quien sirvió de intermediario entre el dey y el duque de Beaufort, como lo sabemos por una carta de él a Colbert, del 30 de noviembre de 1665, en la que le da cuenta de su misión²⁰⁷.

Parece que tales servicios y tales éxitos deberían poner a Le Vacher al abrigo de toda desgracia por parte de su gobierno. Nada de eso. Desde el año siguiente, una intriga codiciosa le arrebató el consulado. Sus limosnas abundantes, el rescate de un millar de esclavos, hicieron creer a los comerciantes de Marsella que el consulado era un puesto muy lucrativo, sobre todo desde que la paz había devuelto la libertad al comercio. Sabemos lo que ocurría, los que hemos leído la correspondencia íntima entre Vicente y sus Misioneros; sabemos que para ellos mismos los consulados no eran más que una fuente de gastos, y que hubo un tiempo en que sólo el consulado de Túnez estaba endeudado por 36.000 libras. Los comerciantes debían saberlo por sus gastos. Entretanto, se aprovecharon de la presencia en Túnez de Dumollin, que había llegado a traer la ratificación de la paz recientemente firmada por el duque de Beaufort para hacer de él el instrumento de su codicia. Dumollin, que sin embargo había escrito unos días antes a Le Vacher: "Continuad sirviendo al rey con la misma fidelidad", entró en la intriga y comenzó a privar al Misionero de su correspondencia para quitarle todo medio de reclamar a París. Le Vacher se sospechó el motivo y escribió a Dumollin: "No sé, Señor, de dónde proviene la dificultad que decís tener en permitir que las cartas que me han sido enviadas de Francia por vuestra embarcación, me sean entregadas. Si era por complacer a la persona a quien se crea que traéis para ejercer el consulado en este país, ni vos, Señor, ni esta persona, no debéis de ninguna manera temer; puesto que si es orden de Su Majestad, y que esta orden esté en su debida forma, ¿quién debe, o por mejor decirlo, quién es el que tendría la temeridad de oponerse a ella? Ha sido del agrado, Señor, de la piedad de nuestro monarca disponer en este cargo a favor de nuestra pequeña Congregación, no por interés temporal, sino para servir de medio a procurar la gloria de Dios en este país para el consuelo temporal que puede darse humanamente a los pobres miembros que sufren, a los cristianos cautivos. De manera que a menos de que se dé a conocer la revocación que ha hecho el rey de este cargo con perjuicio de nuestra Compañía, a favor de la cual, su piedad lo había dispuesto para los fines aquí indicados, o bien que se exhiba la venta que se ha hecho de ella por el general de nuestra congregación con la anuencia de Su Majestad; quien intente desempeñarlo por vías ilícitas no puede por menos de incurrir en la indignación de nuestro monarca. He creído, Señor, deber daros estos pareceres, a fin de que no os dejéis llevar a favorecer el establecimiento de esta persona que viene en el ejercicio de este cargo contra las intenciones del rey²⁰⁸ ." Pero Dumollin, engañado quizás él mismo, había engañado ya a Colbert con falsas acusaciones, a las que Le Vacher, privado de toda

²⁰⁷ Mss. del ministerio de la marina.

²⁰⁸ Archivos de la marina, consulados.

comunicación con Francia, no podía responder. El consulado le fue pues brutalmente arrebatado, y se lo dieron a un tal Durand, quien debió arrepentirse más de una vez y hacer arrepentirse a los comerciantes por el éxito de la intriga. A penas instalado, lo señalaron a Luis XIV por medio de su encargado de asuntos en Argel como autor de toda clase de rapiñas contra los mercaderes y los esclavos cristianos; tanto que los Turcos mismos indignados, le maltrataron hasta darle muerte²⁰⁹. Y así sucedió casi siempre. Las rentas del consulado, no siendo nunca muy elevadas, y siempre por debajo de los cargos cuando el comercio se veía en problemas, como sucedía en tiempos de guerra²¹⁰, los cónsules se recuperaban con los comerciantes y los esclavos con una probidad igual a la firmeza que había que emplear contra los Turcos. En Túnez primeramente, y más tarde en Argel, fue un verdadero bandidaje. Hablando de los cónsules franceses en Berbería, escribía Dussault, el 27 de setiembre de 1684, al marqués de Seignelay: “Son unos miserables que son la deshonra de la nación por las rapiñas que hacen contra los cristianos y el pobre negociante (Archivos de la marina).” A pesar de esta triste experiencia, el consulado de Túnez no fue nunca devuelto a la Misión. En vano Jolly, tercer superior general, reclamó contra la injusticia y alimentó por algún tiempo “la esperanza de recuperar este consulado arrebatado por sorpresa²¹¹.” Jean Le Vacher fue no sólo el último cónsul, sino el último Misionero de la Compañía de residencia en Túnez.

Antes de partir, Le Vacger rescató a dos padres capuchinos para reemplazarle en su ausencia, y mandó distribuir 40 piastras por calabozo. La Misión de Túnez pasó desde entonces a los capuchinos italianos, y se convirtió en una prefectura apostólica dependiente del vicariato apostólico de Argel. Pero el servicio religioso tuvo que sufrir, y Dussault, en la carta hace un momento citada, reclamaba el envío de un Misionero para desempeñar las funciones de vicario apostólico, “los sacerdotes de todas las naciones, decía, que viven allí en algún desorden, porque la subordinación ya no es como en tiempos del difunto bienaventurado Le Vacher.”

Le Vacher partió al fin en medio de lagrimas y del dolor de todos, y desembarcó en Marsella. Como los antiguos triunfadores, llevaba en pos de sí un gran número de esclavos, no encadenados, sino liberados por sus limosnas. Ahora se le hacía justicia. Un Padre de la Merced, Antonio Andoire, provincial de su orden en Provenza, que había acompañado a Dumollin en Túnez, y había visto allí el buen estado de la religión católica, le alabó en público como Misionero y como cónsul. En cuanto a él, fue a encerrarse en San Lázaro, donde vivió en la mortificación y en la humildad. De sus altas funciones de antaño, le gustaba descender a los trabajos más humildes de la casa, y el ex cónsul de Su Majestad Luis XIV ¡²¹² Pronto saldrá de su retiro y se dirigirá a Argel, donde le esperamos.

III. *Misión de Argel. –Primeros Misioneros. –Felipe Le Vacher.* Fue en 1646, un año después de la primera fundación de la Misión en Túnez, cuando Vicente mandó salir para Argel a dos de sus hijos: Noël o Noueli, sacerdote joven

²⁰⁹ Carta de De Bourdieu, cónsul de Argel, a Trubert, del 23 de abril de 1669. –Archivos de la Misión

²¹⁰ Carta de Piolle, cónsul de Argel, a Seignelay, 11 de octubre de 1685. –Archivos de la marina.

²¹¹ Circular del 18 de febrero de 1674. –Archivos de la Misión.

²¹² Véase sobre J. Le Vacher, su Vida manuscrita. –Archivos de la Misión.

genovés, y al hermano Juan Barreau, nacido en París, de una familia honrada, quien debía ejercer allá las funciones de cónsul²¹³

A uno y otro les dió bonitas y sabias instrucciones. Tendrán siempre presente, les dijo, que su ocupación es una de las más caritativas que podrían ejercer en este mundo. para desempeñarlas como es debido, deberán tener una devoción particular al misterio de la Encarnación , por el que Nuestro Señor bajó a la tierra para ayudarnos en la esclavitud en la que nos tiene el demonio. Serán exactos en las reglas de la Compañía, en las santas máximas, que son las del Evangelio, y trabajarán constantemente en la adquisición de las virtudes que hacen a un verdadero Misionero, es decir en el celo, en la humildad, en la mortificación y en la santa obediencia. El Sr Noueli será el director de esta pequeña Misión. Llegados a Argel, los dos misioneros alquilarán una casa y allí harán preparar una capilla. Tomarán todas las precauciones imaginables para bien vivir con el Virrey, el Pachá y el Divan, y sufrirán con buen ánimo las injurias que les haga el pueblo. Tratarán de ganarse con la paciencia a los sacerdotes y a los religiosos esclavos y conservarlos en el honor que les es debido y en sus pequeños provechos. Actuarán de manera que mantengan a los comerciantes en la mayor unión posible. Nos enviarán noticias suyas por todas las barcas que lleguen a Francia; no hablarán en sus cartas de los asuntos del país, sino de los pobres esclavos y de la obra que Nuestro Señor les encomienda. Si, fuera de peligro, pueden ir a visitar a los pobres esclavos que están en el campo, allí irán procurando confirmarlos en su fe, consolarlos en sus penas y aliviarlos con algunas limosnas. Se someterán a las leyes del país fuera de la religión, de la que no disputarán nunca y no dirán ninguna palabra de desprecio. Se enterarán, por aquellos que habitan en el país hace tiempo, de los individuos que pueden provocar sospechas y la cólera de los hombres que gobiernan, a fin de evitar las persecuciones y las afrentas.²¹⁴

En Argel como en Túnez, el Misionero pudo con bastante facilidad penetrar en las mazmorras para ayudar a los esclavos; pero otra cosa diferente eran las casas particulares, donde estos infortunados se hallaban no obstante en gran número y a veces en mayor peligro de su salvación. “Ya tenemos pelea, escribía Noueli a Vicente, cuando un sacerdote es sorprendido en casa de un Turco en ejercicio de su religión.” Por otra parte, al principio, apenas podía circular por la ciudad, su ropa de eclesiástico desagradaba a los musulmanes que, tomándole por judío y rodeándole en su odio hacia esta nación tan universalmente maldita, le llamaban por burla *el papa de los Hebreos*. Cuando voy a la ciudad, escribía también Noueli, los niños corren detrás de mí, las mayores caricias que me pueden hacer es escupirme a la cara, y los que están más cerca me dan bofetadas.”

Era pues necesario actuar con prudencia. Cuando un esclavo estaba en peligro de muerte en una casa de difícil acceso, enviábamos a un farmacéutico cristiano quien, después de conversar con el enfermo, decía al patrón que no podía tratarle si no lo ordenaba el médico. El médico no era otro que el Misionero. Éste estaba en la puerta esperando el resultado de la conferencia y, cuando podía ser presentado, él cumplía con el moribundo su último deseo, a

²¹³ Vicente había pensado primeramente en un Misionero, que veremos con frecuencia en esta historia, llamado Lombert-aux-Couteaux, a quien Luis XIV dio poderes de cónsul para Argel el 3 de julio de 1646; pero se volvió atrás sobre esta elección, por no estar decidido aún a investir a un sacerdote de estas funciones temporales.

²¹⁴ Archivos de la Misión.

veces en presencia del patrón, quien en su ignorancia y su superstición, tomaba las santas ceremonias por algún tratamiento misterioso, por algún específico desconocido en Berbería. Y como de vez encunado la virtud del sacramento, brotando del alma al cuerpo, devolvía al enfermo a la vida, los Turcos tomaron pronto al sacerdote por un personaje extraordinariamente hábil, y se dirigieron ellos mismos a él en sus enfermedades. Fue de esta forma como poco a poco se acostumbraron a aguantarle y a verle y sus sucesores se vieron abrir, incluso sin pasaporte médico todas las puertas de Argel.

Pero primeramente ¡cuántos peligros había que pasar, sobre todo para llevar el santo viático a los enfermos! En esta tierra infiel, el Dios de los cristianos era dos veces el Dios escondido, había que ocultarse marcha a toda mirada profana. Duele pensar que después de tantos siglos de cristianismo, en París, en la capital del reino muy cristiano, el paso y el cortejo del Salvador son lo que eran en Argel en 1646, y que las descripciones sorprendidas y entristecidas que de ellas hacen los Misioneros y los primeros historiadores de san Vicente de Paúl, se refieren con una fidelidad tan desoladora por lo que hemos visto con tanta frecuencia o sospechado en nuestras calles!

En Argel pues, como hoy todavía en París, dos hombres componían el paso del Salvador. el primero era un pobre cristiano que llevaba bajo su abrigo una bujía encendidas en una pequeña linterna, agua bendita en una vinajera, un roquete plegado, un ritual, una bolsa con un corporal, y un purificador. El segundo era un sacerdote, que llevaba colgada del cuello una bolsa de seda que encerraba una cajita de plata dorada, donde había colocado la sagrada forma. Por encima de la sotana había una estola; pero él lo envolvía todo con una especie de casaca para ocultarlo a las miradas de los Turcos. Uno y otro caminaban por callejuelas, modestos, recogidos, sin saludar a nadie, por ello reconocían los cristianos su divina carga; pero no podían ponerse a seguirlos y se contentaban con adorarlo en espíritu y de corazón a su paso. Algo maravilloso, era en el santuario mismo de la esclavitud donde el Salvador recobraba su libertad: llegado a la mazmorra, se distribuía abiertamente a todos los esclavos.

Bien pronto sin embargo, la caridad de Misionero, su valor, este espectáculo tan nuevo en esta tierra de cobardía y de barbarie, impusieron de tal manera a os Turcos, que cambiaron su primer desprecio en admiración y dejaron a sacerdote la libertad de su celo.

Lo aprovechó para ensanchar sus obras de misericordia. Como sus cohermanos de Túnez, no se limitó ya sólo a los enfermos; él sostuvo en la fe y en la virtud a los esclavos a quienes sus amos empujaban al vicio y a la apostasía, y les inspiró incluso la fuerza de morir. Uno de ellos, en una lucha de resistencia contra una violencia infame, hirió involuntariamente a su patrón en la cara: simple rasguño que le hizo condenar bajo la acusación de tentativa homicida, al fuego más merecido por su amo. Animado por el Misionero, confesó a Jesucristo en medio de las llamas.

Pero la peste, siempre presente en estas comarcas, estalló más violenta. Noueli, quien día y noche se dirigía a socorrer a los cristianos apestados, fue también atacado, y murió el 22 de julio de 1647, de edad de menos de treinta años, después de un solo año de apostolado, pero lleno de los trabajos y de las obras de una dilatada carrera. Su muerte fue llorada de los propios musulmanes. Setecientos u ochocientos cristianos formaron el cortejo de sus funerales. Dos oraciones fúnebres se predicaron: una en la capilla de la

mazmorra de la Regencia, por un religioso carmelita; la otra en la capilla del consulado, por un franciscano que, aplicando a Noueli las palabras de san Jerónimo sobre santa Paula, dijo que Argel había perdido con la muerte de este solo hombre un ejemplo de todas las virtudes: *In morte unius omnes defecisse virtutes*.

Vicente escribió entonces a Barreau, que no había salido de la cárcel más que para cerrar los ojos de su mejor amigo: "Recibí ayer por la noche la triste aunque feliz noticia de la muerte del Sr. Noueli; ella me ha hecho derramar muchas lágrimas repetidas veces, pero lágrimas de agradecimiento hacia la bondad de Dios con la Compañía, por haberle dado un sacerdote que amaba tanto a Nuestro Señor y que ha tenido un fin tan dichoso. Oh, qué suerte la vuestra porque Dios os ha escogido para una obra santa entre tanta gente inútil del mundo. Y ahí estáis pues como prisionero por la caridad o, mejor dicho, por Jesucristo. ¡Qué suerte sufrir por este gran monarca y qué coronas os esperan, si perseveráis hasta el fin!"

Pero faltaba para el consuelo de Barreau, y más todavía para el servicio de veinte o treinta mil esclavos, otra cosa que palabras y lamentos; faltaba un sustituto de Noueli. Era el primer soldado de la Misión que moría en Berbería en el puesto de la caridad. Hubo por entonces en San Lázaro una competición heroica para ir a llenar el vacío. Lesage y Dieppe fueron sucesivamente preferidos. Ellos se siguieron en Argel con un año de distancia, y los dos atacados también murieron de la peste, al cabo de seis meses de apostolado, en los primeros días de mayo de los años de 1648 y 1649. Dieppe expiró con los ojos puestos en el crucifijo que tenía en la mano, repitiendo en su agonía: *Majorem charitatem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis*. Era el programa de su vida tan bien cumplido y la seguridad cierta de su recompensa.

A estos dos sacerdotes los siguió Felipe Le Vacher, hermano de Misionero de Túnez, que había hecho sus primeras armas en la Misión de Irlanda. Su apostolado quedó marcado por las mismas obras. Rescataba bien a un joven Marsellés, capturado por corsarios a la edad de ocho años y apremiado a renunciar a su fe; bien a tres jóvenes hermanas provenzales, una de las cuales, deseada por el gobernador, habría arrastrado a las otras dos: bien a una mujer corsa, con su hijo e hija, en el momento en que su hija iba a casarse con un Turco al precio de la apostasía.

Cuando su bolso estaba vacío, su caridad inagotable lograba llegar a socorrer la debilidad en peligro. De diez mujeres perseguidas y vencidas por sus patronos viciosos y crueles ni una sola sucumbió. Entre el misionero que las animaba en decreto a sufrir en el nombre de Dios de los cristianos y el morabito que les prometía fortuna y goces en nombre de Mahoma, ellas no lo dudaron un instante: vivieron como mártires y murieron como predestinadas.

Felipe Le Vacher no se limitó a sus cuidados de los cristianos, se entregó a la conquista de los Turcos e incluso de los renegados. Aquí necesitaría de una gran prudencia; además de que un celo excesivo la hubiera llevado a la hoguera y hubiera privado a los fieles de su ministerio, él tenía que respetar las sabias prescripciones de la sede apostólica, que prohíbe provocar a los musulmanes a disputas religiosas y niega el título de mártires a quien se atrajera la muerte con indiscretas declamaciones contra Mahoma. Asimismo Vicente trató de evitarlo frente a las inclinaciones de su caridad. Porque a él le escribió esta carta de la que hemos citado la primera parte y esta es su

terminación: “Tiene usted otro escollo que evitar entre los Turcos y los renegados. En nombre de Nuestro Señor, no entre en comunicación alguna con esa gente. No se exponga a los peligros que le pueden acechar, ya que exponiéndose lo expondría todo y causaría un gran daño a los pobres cristianos esclavos, tanto que ya no estarían asistidos y se cerraría la puerta en adelante a la libertad presente que tenemos de prestar algún servicio a Dios en Argel y otras partes. Vea el mal que causaría por un pequeño bien aparente. Es más fácil y más importante impedir que muchos esclavos se perviertan que convertir a un solo renegado. Un médico que preserva del mal merece más que el que lo cura. Usted no está encargado de las almas de los Turcos ni de los renegados, y su misión no se extiende a ellos sino a los pobres cristianos cautivos. Que si, por alguna razón especial, se ve obligado a tratar con los del país, no lo haga, por favor, sino de acuerdo con el cónsul, a cuyos consejos le ruego que acceda lo más que pueda.”

Le comprometía a la discreción, hasta en el servicio de los esclavos; por eso añade: “Tenemos grandes razones de dar gracias a Dios por el celo que le da por la salvación de los pobres esclavos; pero ese celo no es bueno, si no es discreto. Al parecer se compromete usted con demasiadas cosas desde un principio. Como querer dar misión en las mazmorras, introducir en ellas entre esa pobre gente nuevas prácticas de devoción. Por eso le pido que siga la costumbre de nuestros sacerdotes que lo hicieron antes que usted. Con frecuencia se echan a perder las buenas obras para ir demasiado de prisa, porque se obra según sus inclinaciones que arrastran al espíritu y a la razón, y hacen creer que lo que se trata de hacer es factible y oportuno, cosa que no lo es, y se reconoce luego por el fracaso. El bien que Dios quiere se hace por sí solo, casi sin pensarlo... Dios mío, Señor, ¡cómo deseo que modere su ardor y pese con madurez las cosas con el peso del santuario antes de resolverlas! Sea más bien paciente que activo, y así Dios hará por usted solo lo que todos los hombres juntos no podrían hacer sin él,”

A pesar del respeto y la deferencia de Felipe Le Vacher por los consejos de su venerado padre, le costaba bastante moderar su celo. Al acercarse la Pascua, no teniendo más que una semana para atender a los pobres esclavos, se encerraba con ellos en las mazmorras, y trabajaba noche y día²¹⁵. Pasaba las dos terceras partes del año sin dormir apenas; ya que por la noche confesaba de presidio en presidio y de casa en casa a estos desdichados, cuyos patronos no les querían dar ni una hora de respiro durante el tiempo del trabajo, y por el día descansaba con las demás obras de caridad, como la visita de los enfermos en el hospital o en las casas particulares, y las diversas funciones de su ministerio. El viernes sobre todo, día de oración para los musulmanes y de cese para los esclavos, y por las noches que precedían a los domingos y las fiestas, no dejaba un instante a sus queridos cautivos; los consolaba, los instruía, los confesaba y les decía la misa antes de amanecer y de su partida para el trabajo. De vez en cuando los acompañaba en sus carreras por el monte. Cada tres años cuando los beys de las ciudades vecinas traían su tributo a Argel, traían consigo a un gran número de esclavos, era para Le

²¹⁵ Rep. de or. Del 12 de setiembre de 1657. —en esta repetición fue cuando Vicente dio la mayor arte de estos detalles sobre Felipe Le Vacher, entonces de misión en París. se aprovechó para ensanchar su corazón, de un momento en que el Misionero acababa de salir; luego añadió: Pues, de eso, le ruego que no le hable. Tal vez hasta yo hago mal en decírselo a usted. Y qué, yo no podría por menos de contar el bien cuando lo veo.”

Vacher una ocasión de una misión general, después de la cual estos desafortunados se volvían consolados y fortalecidos.

Con toda la moderación y la prudencia de la que era capaz su ardor, buscaba al mismo tiempo de ganarse a los infieles y a los renegados, y más de una vez lo consiguió. Convirtió a un número bastante grande de musulmanes algunos de los cuales pertenecían a familias de condición. Los tenía escondidos y los instruía en secreto en la verdad, hasta que pudiera conferirles el bautismo; a otros les abría los ojos a la hora de la muerte y mostraba el camino del cielo. Tres renegados en particular murieron como predestinados. Uno de ellos que acababa de recibir la absolución de su apostasía, se vio vanamente presionado por los Turcos que le rodeaban el lecho, a blasfemar de la fe a la que había vuelto: con los ojos en el cielo y el crucifijo en el pecho, hasta el final confesó su crimen y la misericordia de Jesucristo. su mujer que, con la fe de los cristianos, había renegado de sus votos de religión, pidió también con disposiciones admirables, la absolución de su doble apostasía. De regreso a su retiro, no podía saciarse de penitencias, habría corrido al encuentro del martirio, si no la hubieran forzado a vivir para educar en la piedad a sus dos hijos pequeños.

¡Cuántas más conversiones cuyo recuerdo se perdió, puesto que Los Misioneros, con el miedo de que sus cartas fuesen interceptadas, se veían obligados a callárselas o a hablar de ellas con medias palabras! Por eso uno de ellos, queriendo comunicar a Vicente el retorno de dos renegados, se sirvió de la metáfora evangélica: "Dios me ha hecho la gracia de recobrar dos piedras preciosas que se habían perdido; son de gran precio y arrojan un brillo muy celestial."

IV. *Mártires, -Pedro Borguny.* La verdadera perla de la Misión de Argel fue un joven de la isla de Mallorca, llamado Pedro Borguny. Nació en Palma el 16 de mayo de 1628, de padres piadosos, pero que le educaron blandamente, fue muy temprano arrastrado al vicio por malas relaciones. A los doce años, se escapó de la casa paterna y, con dos compañeros suyos, se embarca en un navío que iba a Valencia. Capturado por los corsarios y conducido a Argel, es vendido a Abderame, capitán de las galeras, conocido por el Gran Moro, quien trata en vano de pervertirle. Rescatado por sus padres, vuelve a caer, hace contra la voluntad de sus padres un matrimonio secreto, es expulsado, obtiene primero su perdón y ayuda al padre en su industria, la fabricación de los tapices. Después de la muerte de su mujer, dispara a un hombre de quien tenía quejas y es condenado al exilio. Se embarca para Valencia, donde trabaja en el arte del padre, recorre toda España y hace fortuna. Con el propósito de librar a un amigo, se dirige a Oran y, no habiendo podido lograrlo, regresa a Valencia con el fin de amasar nuevas riquezas. Vuelve a cruzar el mar para rescatar a su amigo; pero en la travesía le asalta una tempestad que le arroja a las costas, y cae en una segunda esclavitud. Conducido a Tremisen, se escapa, es capturado de nuevo y vendido a un militar que le lleva a Argel. Allí, vendido cinco veces, en último lugar a un amo duro, es maltratado horriblemente. Después de una querrela con otro esclavo, recibe doscientos bastonazos, y le amenazan con venderlo para las galeras de Constantinopla, de donde no se salía nunca. La perspectiva de esta cautividad sin retorno y sin esperanza le espanta. Va a ver al pacha, que pone su protección al precio de la apostasía. Se niega primero; luego, menos fuerte ante las halagadoras promesas que

contra la tortura, sucumbe, toma el turbante y sufre la circuncisión. De vuelta a casa de su amo, que tiene órdenes de tratarle bien, no recibe más que injurias y golpes. El remordimiento entra en su alma, y cae enfermo. Apenas recuperado, piensa en escaparse. Su amo le ha arrojado a una barca armada para la piratería. A favor de una tempestad que ha hecho perder la cabeza a sus compañeros, se apodera del timón y enfila hacia España. Pero el canto del gallo avisa a los piratas del vecindario de costas. Adivinan sus intenciones, recuperan la dirección de la barca y dirigen la proa a Argel. Borguny no disimula entonces ni su plan ni su fe. Vencido y arrojado al fondo de la cala con los demás esclavos, responde a los reproches que le hacían por su apostasía que, Turco por fuera, es cristiano en el alma, este primer regreso recibe ya su recompensa, pues ha contado que la santa Virgen se le había aparecido entonces con un rostro sonriente, y le había bendecido y fortalecido.

La barca entra en el puerto de Argel el 26 de agosto de 1654. Borguny tenía entonces veintiséis años. Se encuentra con un amigo cristiano, a quien anuncia enseguida su conversión y su resolución por el martirio. Ante esta noticia, el amo redobla los esfuerzos por mantenerle en su apostasía y, al no lograrlo, quiere al menos parar el santo contagio de su valor y de su muerte próxima. Trata pues de hacerle pasar por loco. Pero el joven protesta públicamente de la serenidad de su espíritu y de su fe. Era precisa una protesta más elocuente. Borguny tuvo entonces que sostener contra sí mismo un rudo combate. Sentía horror al sufrimiento, la sola vista de sus verdugos, la sola idea de un cruel suplicio, le hacían estremecerse hasta la médula de sus huesos. “Yo no os oculto, confesaba a sus compañeros de esclavitud, mi temor a la muerte, pero,-añadía con el gesto y la palabra del poeta y una muy santa sublimidad del corazón,-siento no obstante algo ahí que me dice que Dios me dará el valor de morir.” Luego, hablando sin sospecharlo como nuestro Corneille que ha pintado tan ingenuamente el heroísmo cristiano y dialogando consigo mismo, se decía: “Dios mismo ha temido a la muerte; .sin embargo se ofreció²¹⁶. Entonces es hora de aplacar las turbaciones de mi corazón, y de reparar la injuria que he hecho a Jesucristo.”

Al punto, para precipitar el desenlace, se dirige al pachá, y sin preámbulo alguno; “Tú me has seducido, le dice, haciéndome renunciar a mi religión, que es la buena y la verdadera, y haciéndome pasar a la tuya, que es falsa. Pues bien te declaro que soy cristiano y, para demostrarte que abjuro de buena gana de tus creencias y de la religión de los Turcos, rechazo y detesto el turbante que me has dado.” Y, uniendo a acción a las palabras,, tira en efecto el turbante, le pisotea y añade:”Sé que tú me mandarás matar; pero no importa, ya que estoy listo para sufrir toda clase de tormentos por Jesucristo mi Salvador.”

Irritado por esta audacia, el pachá le condena a ser quemado vivo. en el mismo instante le despojan de sus ropas, le ponen una cadena al cuello y, como a su divino maestro, le cargan con el instrumento de su suplicio, con un grueso poste donde debe ser atado y quemado. En este estado es conducido al lugar de su sacrificio a través de un cortejo de Turcos y de renegados donde se ocultaban algunos cristianos y, a lo largo del fúnebre viaje, no cesa de repetir: “¡Viva Jesucristo y triunfe por siempre la fe católica, apostólica y romana, no hay otra en las que nos podamos salvar! “

²¹⁶ *Polyeucte*, acto II, escena VI.

Se llega por fin. La víctima está atada al poste. A una señal convenida, F. Le Vacher, colocado a distancia, le da la absolución de las censuras que había contraído. De repente el fuego se prende, le rodea, y de este crisol brillante su alma purificada sube hacia Dios.

“Así, añadía Vicente al relatar esta feliz muerte a su Compañía, así debe ser el valor que debemos tener para sufrir y para morir, cuando sea preciso, por Jesucristo. Pidámosle esta gracia, y roguemos a este santo joven que la pida para nosotros, a él que ha sido un alumno tan digno de un tan valeroso maestro, que en el espacio de tres horas se ha convertido en su verdadero discípulo y en su perfecto imitador muriendo por él.

Valor, Señores y hermanos míos, esperemos que Nuestro Señor nos dé fuerzas en las cruces que nos vengán, por grandes que sean, si ve que tenemos amor por ellas y confianza en él. Digamos a la enfermedad cuando se presente, y a la persecución si nos llega, a las penas exteriores e interiores, a las tentaciones, y a la muerte misma que él nos enviará: “Sed bienvenidos, favores celestiales, gracias de Dios, santos ejercicios que venís de una mano paternal y muy amorosa para mi bien, yo os recibo con un corazón lleno de respeto, de sumisión y de confianza para con quien os envía, me abandono a vosotros para darme a él. entremos pues en estos sentimientos, señores y hermanos míos, y sobre todo tengamos gran confianza, como hizo este nuevo mártir, en la ayuda de Nuestro Señor, a quien recomendamos, si tienen a bien, a estos buenos misioneros de Argel y de Túnez.”

Discurso sublime y ardiente del martirio. Digno hijo de tal padre, F. Le Vacher, una hora después del suplicio de Borguny, y en pleno día, se llevó el cuerpo medio consumido para darle la sepultura. Escribió luego para Vicente la historia de su martirio, que hizo también reproducir en pintura. En un viaje que hará a Francia en 1657, traerá a San Lázaro este cuadro y, algo más precioso, los restos del martirio, el trofeo más rico de sus conquistas en Berbería. El santo cuerpo descansó en San Lázaro hasta 1747, cuando se pensó en entregárselo a su patria, y se lo enviaron a la Misión de Mallorca²¹⁷.

Radiante de dicha por estas noticias, Vicente se las contaba, como hemos dicho, a sus hijos para comprometerles a correr la misma carrera, luego a las personas ricas y pobres para enternecer su caridad y procurar recursos a la santa obra. Aunque cargado entonces con los niños expósitos, los galeotes, con la salud de provincias enteras, y con todas las demás obras de las que hablaremos, encontró los medios de pasar sumas enormes a Berbería. Con el concurso de la duquesa de Aiguillon, estableció en Argel un pequeño hospital para los esclavos franceses, abandonados en sus enfermedades por sus dueños inhumanos. Además hizo de su casa la oficina de acceso, de caridad, de correos de todos los esclavos de Berbería y de sus familias. Recibió por su cuenta todas las cartas que estos infelices escribían a sus padres, a sus mujeres, a sus hijos para instruirles sobre su situación y suplicar socorro, todas las respuestas de éstos, y se encargó de transmitir unas y otras por todas las provincias y por las costas de Berbería. De este modo, cautivos y parientes,

²¹⁷ Véase también sobre el martirio de P. Borguny, las cartas de san Vicente, y ante todo la enviada a Ozenne en Polonia del 13 de marzo de 1655. –Existe también una vida en español del joven mártir, impresa en Roma en 1780, cuando se pensaba en instruir el proceso de su canonización, con este título: *Vida y martirio del siervo de Dios Pdro Borguny. Mallorquin, martirizado en Argel a los 3 agosto 1654, dividida en dos partes, y escrita por el reverendo Fernando Nualart, sacerdote de la Congr. De la Misión, postulador de la causa.*

más separados hasta entonces por la ignorancia de su suerte mutua que por el espacio, pudieron tenderse la mano más allá del mar, consolarse con la esperanza del encuentro. Era también Vicente quien recibía informaciones sobre los navegantes desaparecidos en las olas, y quien los encontraba en alguna mazmorra de Argel o de Túnez; era él quien se ponía a buscar a familias desoladas y les anunciaba que sus hijos, aunque bien infelices estaban todavía vivos; era él por último quien se hacía depositario de las sumas destinadas al alivio o al rescate de los pobres esclavos, y quien, añadiendo sus pobres limosnas, los devolvía a la libertad y a sus familias.

Tantos bienes le consolaban por la muerte de sus propios hijos, de las ofensas, de las persecuciones que los supervivientes tenían que pasar, y se confirmaba en la resolución de mantener la santa obra a través de todas las pérdidas y de todas las tribulaciones.

V. *Consulado de Barreau*. Estas pérdidas y tribulaciones eran numerosas, en particular para el cónsul de Argel. Cuando Barreau partió para ocupar su puesto en 1646, Vicente le había dicho al darle el adiós que debía ser el último: “El alma de su empresa es la intención de la pura gloria de Dios, el estado continuo de humillación interior, sin poder hacer mucho exteriormente, y la sumisión del juicio y de la voluntad al sacerdote de la Misión que le den como consejo, no haciendo nada sin comunicarlo, si no se ve obligado a actuar y responder en el acto, Jesucristo era el soberano señor de la santísima Virgen y de san José, y con todo, mientras permaneció con ellos, no hacía nada sin saberlo ellos; es un misterio que le exhorto a honrar de una manera particular, a fin de que Dios quiera conducirlo y asistirle en este empleo al que le ha destinado su Providencia.”

Barreau era capaz de comprender y de seguir tales instrucciones: aparte de su gran aptitud para los negocios, tenía mucho desinterés, un gran celo por Dios, una gran caridad por los pobres y por los esclavos. Pero estas mismas cualidades y su perfecta probidad le hicieron muy pronto víctima de la injusticia avara de los Turcos. Hacía apenas un año que se hallaba en Argel, cuando le forzaron a salir fiador de un Padre de la Merced por una suma de seis o siete mil piastras; y como este religioso no debía nada y se negaba a pagar, se volvieron contra él. Un nuevo pachá acababa de entrar en cargo, ocasión ordinaria de fuertes exacciones. Éste reclamó a Barreau el pago inmediato de la suma de fianza y, para obtenerla antes, le mando llevar a prisión.

Consolado por Noueli, que venía a visitarlo cada día, Barreau resistió primeramente contra la persecución; pero habiendo caído enfermo de la peste Noueli, quiso darle sus consuelos y resolvió tratar de su libertad a cualquier precio. Lo consiguió al precio de 45 piastras que dio a los oficiales del dey o a las personas favoritas suyas. Pero después de tributar a Noueli los últimos deberes, volvió a sus primeros líos y en 1650 volvió a estar encadenado. Informó de ello a Vicente, quien le respondió: “Con gran dolor me he enterado del estado al que se ve reducido ahora, que es un motivo de aflicción para toda la Compañía y pata usted de un gran mérito ante Dios, puesto que sufre como inocente. También he sentido el consuelo que sobrepasa a todo consuelo, por la dulzura de espíritu con la que ha recibido este golpe y por el santo uso que hace de su prisión. Doy por ello gracias a Dios, pero con un sentimiento de gratitud incomparable. Habiendo descendido del cielo a la tierra Nuestro Señor para redimir a los hombres, fue capturado y apresado por ellos.

Qué suerte la suya, Señor, por ser tratado casi igual. Salió usted de aquí como de un lugar de gozo y de descanso, para ir a asistir y consolar a los pobres esclavos de Argel., y vea cómo ha llegado usted a ser parecido a ellos, aunque de otra forma. Pues bien, cuanto más relación tienen nuestras acciones con las que Jesucristo hizo en esta vida, y nuestros sufrimientos con los suyos, más agradables son a Dios. y como sus encarcelamiento honra al cielo, así le honra él con su paciencia, en la que yo le ruego que le confirme.

Yo le aseguro que su carta de ha impresionado tanto, que he resuelto edificar con ella a esta comunidad. Ya les he comunicado la opresión que sufre y la suave tranquilidad de su corazón, con el fin de animarla a pedir a Dios la liberación de su cuerpo y agradecer a su divina bondad por la libertad de su espíritu. Continúe, Señor, conservándose en la santa sumisión a la buena voluntad de Dios, ya que así se cumplirá en usted la promesa de Nuestro Señor, que ni uno solo de vuestros cabellos se perderá, y que con vuestra paciencia poseeréis vuestra alma. Confíe con generosidad en él y recuerde lo que él padeció por usted en su vida y en su muerte. El siervo, decía él, no es más que su amo; si me persiguieron a mí, os perseguirán a vosotros también. Dichosos los que son perseguidos por la justicia, pues suyo es el reino de los cielos. Alégrese pues, Señor, en el que quiere ser glorificado en usted, y que será su fuerza en la medida que usted le sea fiel. Cosa que yo le pido con mucha insistencia. Y en cuanto a usted, le suplico, por el afecto que profesa a nuestra Compañía, que pida a Dios para todos nosotros la gracia de llevar bien nuestras cruces, pequeñas y grandes; para que seamos dignos hijos de la cruz de su Hijo, que por ella nos engendró en su amor y por ella esperamos poseerle perfectamente en la eternidad de los siglos. Amén.”

Tales cartas, tan llenas de fe y de ternura, llegaban a Barreau, en las angustias de su cuerpo y de su alma, como un rocío y como un bálsamo, y se fortalecía en su amor para la santa misión, fueran los que fueran sus sufrimientos. Varios meses después, podía escribir a Vicente que nada había podido todavía ni cansar, ni siquiera sorprender a su paciencia, y éste le felicitaba por ello y daba gracias a Dios. Hombre de acción mucho más que de palabras, Vicente no se contentaba con consolar a su hijo, ni siquiera con pedir por él; lo ponía todo en movimiento en París para su liberación. Desgraciadamente, se vio reducido al principio a la impotencia de actuar. En medio de los disturbios de Francia, , la corte erraba por las provincias, y él no sabía a quién acudir. Pero apenas estuvo de nuevo en París hacia finales de 1650 cuando se puso a la obra a favor del cónsul y, el 15 de enero del año siguiente podía anunciar las enérgicas medidas que había aconsejado. El rey debía escribir a Constantinopla para quejarse del apresamiento de su cónsul, y pedir al mismo tiempo la ejecución del tratado concluido en 1604 entre Enrique IV y el Gran Señor. Según las cláusulas de este tratado, los Turcos tendrían que cesar sus correrías contra los Franceses y devolver todos los esclavos, en caso contrario, Su Majestad amenazaba con hacerse justicia. “Seguiremos de cerca esta expedición, con la ayuda de Dios, añadía Vicente; será su Providencia la que hará lo demás, y espero que todo irá bien si nos abandonamos a ella con confianza y sumisión, como lo hace usted con su gracia. Y tal vez nos sea tan propicio como para sacarle de prisión y de apuros por un camino más corto que el de Constantinopla; ya que, o el bachá, que es su partido, se ablandará, o habrá algún cambio o encuentro de negocios que produzca este buen efecto.”

Palabras de alguna forma proféticas. En efecto, el perseguidor de Barreau, el pachá Amurath, enterado de que la Puerta iba a darle a Mohamed como sucesor, no quiso dejar a éste al mismo tiempo su puesto y su presa. Conformándose pues con sus primeras pretensiones para no perderlo todo, puso al cónsul en libertad por 350 piastras, en lugar de las seis o siete mil que había exigido en un principio.

¡Qué felicidad para Vicente! “Dios, escribía a Barreau, sólo Dios, que ve el fondo de nuestros corazones, le puede hacer sentir el gozo del mío por la tan deseada noticia de su libertad, por la que le hemos dado las gracias tan tiernas como por ningún bien recibido en mucho tiempo de su bondad. Se lo he comunicado a su señor padre, quien se ha sentido muy consolado, lo mismo que el buen uso que ha hecho de su cautividad; ante lo cual no pienso en otra cosa que la dulzura y el espíritu de que ha dado pruebas se me representan para que vea la sumisión a Dios y la paciencia en los sufrimientos, siempre más hermosos y más amables. N puedo decirle bastante, Señor, qué suerte la suya por haber sufrido por Nuestro Señor Jesucristo, que le llamó a Argel. Usted conocerá mejor su importancia y su fruto de aquí a quince o veinte años de lo que lo hace ahora, y más aún cuando Dios le llame para coronarle en el cielo. Tiene muchas razones para estimar el tiempo de supresión como santamente empleado. En cuanto a mí lo considera como una señal infalible de que Dios quiere conducirlo a él ya que le ha hecho seguir las huellas de su único Hijo. que sea por siempre bendecido y usted haya progresado en la escuela de la sólida virtud, que se practica excelentemente en los sufrimientos y que mantiene en el temor a los buenos servidores de Dios durante el tiempo en que no sufren. Suplico a su divina bondad que la bonanza que ahora disfruta le colme de paz, ya que la tormenta no ha podido turbarle y dura todo el tiempo conveniente para cumplir perfectamente los designios que Dios tiene sobre usted. Ni mucho menos que usted haya obrado contra mi intención de dar las mil libras que pidió prestadas, que yo estimo en nada por el precio de su libertad, que nos es mas querida que todo lo demás.”

Se comprende qué heroísmo cristiano debían encender y mantener estas palabras dignas de san Pablo en las almas ya llenas de fe y de caridad. Por eso se entregó Barreau con un nuevo ardor a las funciones de su consulado. Pero es posible que abusara algo de las expresiones generosas con las que termina la carta precedente, y que habían sido inspiradas a Vicente por la alegría de su liberación. En todo caso, para él y para los otros, se complicó más allá de sus fuerzas, y metió a su persona y a la Compañía en apuros financieros casi insalvables.

Por un lado, sus rentas eran escasas. “Nos resulta imposible soportar las cargas, escribía, nuestro consulado no nos supone gran cosa. Nunca han sido los Argelinos tan insolentes ni tan violentos a causa del número de sus barcos. Nuestro negocio se va a pique día a día²¹⁸.” Vicente, por otra parte, le prohibía todo negocio, en conformidad con los deberes de su cargo y le afeó fuertemente por un comercio de diamantes y de perlas en el que se había metido. “ Todo eso, le decía, está fuera de lugar y contra la voluntad de Dios, quien no le ha llamado de allí más que para el oficio y no para el tráfico²¹⁹.” Pero Barreau seguía quejándose de sus escasos ingresos. “La situación de

²¹⁸ Cartas de 1655.

²¹⁹ Carta de 27 de junio de 1659.

nuestros asuntos va cada vez peor, visto que gastamos mucho y recibimos muy poco²²⁰.”

Por otro lado, él contrataba todos los días nuevos compromisos. Bien salía fiador o rescataba a ricos esclavos que, devueltos a la libertad, no se lo devolvían siempre; bien hacía regalos al pachá, a su llegada, para tenerle favorable, ya que esa gente, decía él, “miran más a las manos que al rostro²²¹.” Además, estaban las afrentas o las extorsiones las que acababan por arruinarle. Una vez, le sacaron a la fuerza hasta 643 piastras por el viaje de un tal Franchison, de Marsella. La suma le fue devuelta más tarde; pero, mientras tanto, él se vio reducido a una extrema penuria. A veces se encontraba con un déficit de 6.000 en las cuentas de un solo año. Lo más cruel que había en su estado de cuentas es que pagaba las deudas más urgentes con el dinero que los pobres cristianos le habían confiado para su futuro rescate. “Yo no hago más que vivir al día, según se dice, y de lo que me ha dado un cristiano para guardarlo, lo empleo en el pago del que me pide el pago de lo que me haya dado a guardar mucho tiempo antes.” Temblaba si llegaran a reclamar todos a la vez. Gritaba entonces a Vicente: “En nombre de Dios, Señor, ayúdenos. Yo no dudo que su bondad no haga hasta lo imposible por todos nosotros. Pero le ruego que recuerde que nosotros corremos más peligro que nadie.. Yo estoy resuelto a sufrir hasta el extremo si hace falta. Nosotros nos veremos pronto obligados a empeñarnos con los Turcos, lo cual será un empeño mucho más sensible que el de los cristianos, que llevan la mitad de nuestros sufrimientos por la paciencia que tienen con nosotros²²².”

A estas tristes demandas, acompañadas siempre de promesas para el futuro, Vicente se multiplicaba para socorrer a sus hijos. El 7 de mayo de 1656, lograba que Luis XIV escribiera “al ilustre y magnífico Señor el bachá de Argel” para recomendar a Barreau y a Felipe Le Vacher. Luego, llamando a todas las puertas caritativas, recogía abundantes limosnas, que enviaba al cónsul para sacarle de sus apuros más urgentes. “Pero, decía, no sé de dónde y de quién esperar el medio de sacarle de los otros empeños, si usted mismo no encuentra el secreto en otra economía, como yo se lo pido a nuestro Señor. Ya le he pedido que tuviera cuidado, y que usara de todas las precauciones imaginables para no dar motivos a los Turcos de tiranizarle; y si lo hacen sin causa, que no le sorprendan las amenazas y malos tratos, ya que entonces será usted feliz, declarado como tal por Nuestro Señor mismo, puesto que sufrirá por la justicia por causa de él; en lugar de que si piensa verse libre de sus manos, por dinero, será hacerse miserable, pues al verle fácil en dar, le presentarán querellas sin base ni fundamento para intimidarle²²³.” Sobre todo le obligaba a guardar fielmente los depósitos que le eran confiados, para poder entregarlos a la primera petición: “Es el dinero de los esclavos lo que se le confía, le escribía también; de ello depende su libertad, y tal vez su salvación. Si fuera a desviar este dinero para otros fines, o prestarlo para rescatar a otros esclavos, con perjuicio de aquellos a quienes pertenece, estaría en grave peligro de no podérselo entregar cuando lo necesiten y, por consiguiente, de hacerse culpable ante Dios y ante los hombres. Sólo se necesita un poco de

²²⁰ Carta del 26 de julio de 1655.

²²¹ Carta del 26 de julio de 1655.

²²² Cartas de los 3 de marzo y 5 de abril de 1655.

²²³ Cartas de los 24 de noviembre de 1656 y 26 de enero de 1657.

firmeza para deshacerse de estos impertinentes que le piden prestado. Dígales que no tiene nada suyo, ni el modo de pagar sus deudas, que le está prohibido comprometerse por otro, y razones parecidas, contra las que no puede obrar en conciencia²²⁴.”

Gracias a la caridad paternal de Vicente, el cónsul comenzaba a salir a flote, cuando la bancarrota de alguien llamado Rappiot, comerciante de Marsella, le costó la mayor persecución, y le volvió a hundir en un abismo más profundo que nunca.

Habiéndose quejado al pachá los acreedores de Rappiot, éste echó la culpa al cónsul y quiso, contra todas las reglas de la razón y de la equidad, hacerle responsable de las reglas del Marsellés. Barreau no había tenido nunca relaciones con Rapito, ni tampoco era su fiador, y además, en su extrema necesidad, con cien escudos que componían entonces todo su haber, era incapaz a todas luces de pagar una bancarrota de doce mil libras. El pachá no tuvo en cuenta tan perentorias respuestas; sino, contra el derecho de las gentes, con el desprecio del buen sentido, y de la más simple humanidad, como del rey y de Francia, mandó tirar al cónsul por los suelos y ordenó a sus verdugos que le descargaran unos centenares de bastonazos en las plantas de los pies. La orden fue ejecutada con un encarnizamiento tan bárbaro, que Barreau se desvaneció en medio del suplicio. Temiendo una muerte que pronto o tarde vengaría Francia, y sin sentirse a pesar de todo saciada su rabia, el pachá mandó detener los bastonazos y, recurriendo a una tortura menos mortífera y más cruel, mandó que le hundieran leznas puntiagudas en las uñas. La violencia del dolor hizo volver a Barreau en sí. Habría sufrido de buena gana la muerte; pero, al pensar en el triste abandono en que iba a dejar a los pobres esclavos, firmó todos los compromisos que le impuso una avaricia brutal.

Llevado medio muerto a la casa consular, fue pronto seguido de cuatro jenízaros que acababan de pedirle un pago inmediato, so pena de ser devuelto al pachá y de morir allí. En la incapacidad de pagar, solamente podía hacer el sacrificio de su vida y encomendarse a Dios. Pero el rumor de su suplicio y del nuevo peligro que le amenazaba se esparció pronto por la ciudad, y todos los pobres esclavos se agolparon en masa en el consulado para ofrecerle su peculio: “No hay hilandera en Bretaña, decía Du Guesclin prisionero, que no consienta en hilar un copo para mi recate.” Hay algo más hermoso en la gratitud y en la caridad de estos desdichados que venían a traer los ahorros destinados a su propio rescate, y se exponían así a una cautividad perpetua, para librar al cónsul que se había entregado a su servicio. Es el más hermoso elogio de Barreau, el más hermoso elogio de la obra de Vicente que, al cabo de unos años, había producido ya tales frutos de heroísmo.

Como los primeros cristianos depositaban sus bienes al pie de los apóstoles para uso de sus hermanos, así los esclavos de Argel traían al cónsul, unos veinte, otros treinta, éstos cien, aquellos hasta doscientos escudos: tanto que formaron la suma completa.

Pero había que tomar venganza de la violación del derecho de gentes y de la majestad de Francia en la persona del cónsul, y rembolsar a los pobres esclavos. El último deber solo pertenecía a Vicente; el primero era cosa del rey. El santo sacerdote debió correr con el uno y el otro.

²²⁴ Carta del 31 de enero de 1659.

Luis XIV se contentó con escribir, el 5 de julio de 1657, dos cartas, una a su cónsul de Marsella, la otra al gran duque de Toscana, para detener la ruina de muchos de sus súbditos. Rappiot había querido salvar con su bancarrota algunos objetos preciosos, que fueron incautados por la galera guardacostas; por otra parte, para frustrar a sus acreedores, había confiado algunas riquezas más a un barco inglés que las había transportado al puerto de Livorno, para ser entregadas allí a un fideicomisario fraudulento. El rey recomendaba a su cónsul y a su "primo" que no permitieran que se gastase nada de estos restos de la bancarrota.

Por lo demás, absorbo entonces por los disturbios civiles y la guerra con España, disimuló la injuria que le había infligido en la persona de su representante. Vicente se dolía de ello en sus cartas. El rey, escribía, "encuentra más oportuno disimular que resentirse por ella ni querellarse. Todo lo que haga será que no enviará otro cónsul, y con ello se abandonará el consulado al igual que los esclavos." Nuevo motivo de aflicción para el caritativo sacerdote. Fue en esta circunstancia, coincidiendo con el segundo consulado de Juan Le Vacher en Túnez cuando Vicente pensó en entregar los dos consulados a sacerdotes. Consideraba entonces como al difícil dejar a Barreau por más tiempo en Argel, y no le veía otro sustituto que a Felipe Le Vacher, el hermano del cónsul de Túnez. Insistía pues, según hemos visto, ante el papa y la Propaganda por medio de Jolly, superior de la Misión de Roma, para lograr que se permitiera a los dos hermanos ejercer el consulado conjuntamente con sus funciones espirituales, protestando siempre que lo hacía por puro amor de Dios y servicio de los esclavos. "Se emplea a eclesiásticos, escribía, para ejercer la justicia civil en el Estado eclesiástico, que podrían ejercer los seculares." ¿Por qué no permitir algo parecido en Berbería? y más aún, añadía él, porque "sin este permiso habría que abandonar a más de veinte mil esclavos cristianos que hay solamente en la ciudad de Argel, muchos de los cuales se harían Turcos, si no se vieran animados y ayudados²²⁵. En efecto, desde hacía tres o cuatro años que Felipe Le Vacher se había marchado de Argel para volver a Francia, más de treinta habían apostatado.

Felipe Le Vacher se hallaba por entonces en París para reunir limosnas que pudieran liberar al cónsul. Barreau debía entonces la suma considerable de 8 a 9.000 escudos. Pues, después de muchos trámites, Le Vacher no tenía más que unos 500 o 600 seguros. Vicente se dedicaba activamente por su parte, porque compartía las penas de Barreau y se preocupaba por sus asuntos, como "de los más importantes, decía, que tengamos." Había logrado que se hablara al ministro de Brienne; él mismo había hablado con la duquesa de Aiguillon y sus Damas de la Caridad. Pero la duquesa podía poca cosa, a causa del "trato que le daba el duque de Richelieu." El joven duque, en efecto, cuya tutela le había sido confiada con la administración de sus bienes le buscaba querellas en oposición con el testamento del cardenal.. Por su parte, las Damas se resentían de las incomodidades públicas, tan grandes después de tantos años de guerra civil y extranjera. Además se sentía cansancio por las demandas incesantes que las desgracias públicas suscitaban de todas partes. Apenas era posible hallar pequeños socorros para las necesidades más urgentes. ¿Cómo encontrar ocho o 10.000 escudos que debía Barreau

²²⁵ Cartas a Jolly del 3 de agosto y 7 de setiembre de 1657.

entonces? Sobrecargada ya por las desgracias del tiempo y sus excesivas limosnas, la Compañía no podía comprometerse a más²²⁶.

Sin embargo el hermano del cónsul había conseguido hacerle llegar una suma de 3.000 libras para satisfacer a los más urgentes de entre los pobres esclavos. Por su parte, Felipe Le Vacher había recogido al fin sumas bastante abundantes, y esperaba en Marsella el momento favorable de volver a Argel. Pero se temía a los acreedores de Rappiot, y también Le Vacher de Túnez creía oportuno suspender el viaje y hasta retirar a los cónsules, hasta que el rey hubiera declarado a los Turcos su resentimiento y asegurado el porvenir. La Puerta acababa de proporcionar a Luis XIV otro motivo de queja encarcelando al embajador de Francia en Constantinopla, La Haye-Vautelay, sustituyéndole por su hijo. Mientras llegaba el final de este grave incidente, sólo quedaba la paciencia y confianza en Dios²²⁷.

Para colmo de males, el gobernador del Bastión de Francia vino a complicar la situación. Este gobernador era un mariscal de Francia llamado Pecquet. Desde hacía unos años, había dejado de pagar el tributo a los Argelinos, éstos enviaron a cuatro chiaoux y a cincuenta Moros para presentarle sus reclamaciones. Pecquet no se dio por enterado, y, como le amenazaban con un arma y con un pago por la fuerza, hizo apresar a los Árabes por su guarnición, los cargo de cadenas, los arrojó a sus propias barcas con todos los muebles del Bastión, pegó fuego a los edificios y se marchó para Italia²²⁸.

Un atentado semejante hacía muy crítica la suerte de Barreau y de los esclavos cristianos. En efecto, Barreau fue llevado a prisión, y los esclavos tuvieron que sufrir más que nunca. Vicente volvió a caer por un momento en sus primeros titubeos a propósito de los consulados y hasta de la Misión de Berbería. Pero volvió muy pronto a su santa obra, y respondió admirablemente a uno de sus sacerdotes que le aconsejaba el abandono: "No estoy convencido por las razones que me escribe para abandonar la obra comenzada. Un Misionero es, me parece a mí, necesario en aquel país, bien para asistir a los esclavos en sus enfermedades, como para afirmarlos en la fe en todo tiempo. Es verdad que los sacerdotes y religiosos esclavos pueden suplir; pero no lo hacen; ellos mismos andan tan desordenados, que se necesita un hombre de autoridad para contenerlos; además, hay motivo de duda si los sacramentos administrados por muchos de ellos serían válidos para los pobres cautivos. Pues, si la salvación de un alma es de tal importancia que se deba exponer la vida temporal para procurarla, ¿cómo podríamos nosotros abandonar a un número tan grande por el miedo a algún gasto? Y aunque no resultara otro bien de estos lugares que hacer ver a esta tierra maldita la belleza de nuestra santa religión, enviándole allí a hombres que atraviesan los mares, que dejan voluntariamente su país y sus comodidades, y que se exponen a mil ultrajes por el consuelo de sus hermanos afligidos, estimo que los hombres y el dinero se darían por buen empleados²²⁹."

Vicente reemprendió pues su obra con ardor, y logró primeramente librar a Barreau de su segunda prisión . prometieron la devolución de los Árabes

²²⁶ Carta de Vicente del 14 de setiembre de 1657.

²²⁷ Carta del 11 de octubre de 1658.

²²⁸ Carta a Jolly, Roma, del 8 de noviembre de 1658. –Véase también rep. de or. del 11 de noviembre de 1658, donde Vicente en esta ocasión recomienda a Barreau a los cristianos y esclavos franceses, en número de 10.000 entonces, en Argel y los suburbios.

²²⁹ Carta a Ger, Marsella, 5 de abril de 1658.

secuestrados por Pecquet y, con esta condición, el cónsul recobró la libertad de su persona y de su ministerio. Pero se necesitaba tiempo y prudencia para sacarle de sus empeños, pues los acreedores de Pecquet y de Rappiot estaban al acecho para lanzarse sobre el dinero que le sería enviado. Por último, todo se pagó; se reintegró a los pobres esclavos, y cuando, un año después de la muerte de Vicente, Felipe Le Vacher volvieron a Francia, pudieron todavía llevarse consigo a setenta más que habían rescatado con el resto de las limosnas²³⁰.

VI. *Vicente promotor de las expediciones francesas contra Berbería. –El capitán Paul.* Pero Vicente habría querido impedir por medios más enérgicos la vuelta de semejantes exacciones, de persecuciones tan crueles. Y es un detalle casi desconocido de su historia, que ninguno de su tiempo tuvo parte en la resolución que se tomó al fin de castigar a los corsarios por las armas, de arrancarles por la fuerza, y no al precio de sumas injustamente exigidas, a los esclavos cristianos, al menos los Franceses, y poner de una vez por todas nuestro comercio y a nuestros nacionales al abrigo de su bandidaje, mediante tratados que el recuerdo de un castigo ejemplar y la amenaza constante del cañón de Francia harían más seguros que la palabra siempre violada de aquellos Bárbaros. En toda ocasión, se alegraba de los éxitos parciales, por desgracia demasiado efímeros, logrados contra los piratas por los Venecianos, los Genoveses, los caballeros de Malta, y hasta por los Ingleses²³¹. Pero era un armamento de Francia lo que él pedía con todas ganas.

Había por entonces en Provenza un capitán de nombre Paul, especie de Juan Bart, tan solo de maneras menos rudas, a quien solamente le faltaron las circunstancias para adquirir toda la celebridad del gran marino de Dunkerque. –Paul de Saumur, más conocido por el caballero Paul, había tenido por cuna una barca, donde su madre, sencilla lavandera, le había traído al mundo, hacia finales de 1597, en una travesía de Marsella al castillo de If. Había tenido por padrino al gobernador mismo de ese castillo, Paul de Fortín, quien le dio su nombre. Sus instintos marítimos del todo se revelaron muy temprano. Todavía niño quiso embarcarse como grumete. Rechazado por el capitán, se coló detrás de los fardos de mercancías, de donde no salió hasta que el barco estuvo en plena mar. El capitán no tuvo otro remedio que cuidar de él. Al cabo de tres años, de grumete se había convertido en marino y, algunos años después, soldado en el fuerte Saint-Elme, en la isla de Malta. Un duelo con su cabo estuvo a punto de costarle la vida; pero, salvado por caballeros franceses, partió en un bergantín armado en acción de guerra, y se distinguió tanto que, caído el capitán, él ocupó su puesto. Nuevas acciones gloriosas le señalaron pronto al gran maestre de Malta, que le nombró caballero de armas, y le confió el mando de un barco. Cuando Richelieu recuperó la superintendencia de la marina francesa, se le pidió al gran maestre, y le nombró capitán de un barco de guerra. En esta calidad comenzó a servir a Francia en la guerra de España, y escaló sucesivamente las escalas de jefe de escuadra y de vicealmirante de los mares del Levante.

Vicente había entrado en relaciones con él en casa del cardenal Mazarino. El humor aventurero del caballero, su valor, sus primeras hazañas, le designaban

²³⁰ Carta del 21 de enero de 1659.

²³¹ Véanse en particular sus cartas de 1656.

al santo sacerdote como el jefe de la expedición que meditaba desde hacía tiempo. Se abrió pues a él sobre este plan y, cuando el caballero estuvo de regreso en Provenza, comprometió al rey y al cardenal a escribirle para confirmarle en sus buenas disposiciones e investirle con su autoridad. En este tiempo, Barreau estaba prisionero en la Regencia; se trataba, por lo tanto, no ya de simples represalias de piratería, ni siquiera tan sólo de una obra de caridad cristiana, sino de vengar el nombre del rey y nombre francés.

Por su parte, en el curso del año 1658, Vicente escribió una carta tras otra a Get, superior de la Misión de Marsella, corresponsal suyo para todos los asuntos de los forzados y de la Berbería, en los cuales le compromete a urgir la ejecución del proyecto de Paul. “Le ruego, escribía, que le veáis de mi parte, le felicitéis por el plan; que no pertenece más que a él realizar tales proezas; que las hizo y muy hermosas; que su valor con su buena conducta y buenas intenciones, da pie a esperar un feliz éxito de esta empresa; que yo me considero feliz de llevar su nombre y por haber hecho en otros tiempos la reverencia en casa del Sr. Cardenal, y que le renuevo las ofertas de mi obediencia... Le hablaré del trato que ha recibido el Sr. cónsul de Argel, y le podrá decir que él resarcirá a Francia por los insultos que estos bárbaros le dirigen; que no podría hacer una obra más agradable a Nuestro Señor²³².”

Vicente recibió con gozo, en respuesta a sus cartas, la noticia de las buenas disposiciones del caballero Paul para la empresa de Argel. Únicamente meditaba Paul en las condiciones pecuniarias, que el pobre sacerdote, tan sobrecargado de buenas obras, encontraba serias dificultades en cumplir. Había logrado con todo reunir una suma de veinte mil libras; pero, con su prudencia acostumbrada y su sentido exquisito de los asuntos, quería que no se la pusieran en las manos del caballero hasta después del éxito, es decir después de la liberación de los esclavos, el retiro del hermano Barreau y la fijación de otro cónsul. “Ya que, escribía él, si no puede hacerlo por la vía de las armas, este dinero debe servir para lograr estos efectos por la vía ordinaria, que es dejar libre a este hermano, y entregar a los pobres cristianos lo que le han entregado a él, para que les sirva para su rescate²³³.”

Vicente no autorizaba pues a Get más que a ofrecer esta suma al caballero, y también sin decirle que la tenía en mano, ni de dónde provenía. Pues insistía en este punto de no prometérsela sino a condición que liberara, no a algunos esclavos, sino a todos los Franceses que se encontraran en Argel, y que no vería un céntimo hasta que se hiciera esto.” Sin embargo él actuaba y dejaba actuar, de manera que todo fuera provisto a los gastos de la expedición y a la recompensa del caballero. Get, impulsado por él, apremiaba a los oficiales y a los comerciantes de Marsella a contribuir a la empresa, y a invitar a las demás ciudades marítimas del reino a contribuir también. Por último, Vicente se adelantaba a todas las objeciones. Le habían escrito de Marsella que muchos se habían parado en la promoción de la empresa por miedo al resentimiento del Gran Señor, y al arresto de todos los comerciantes franceses que traficaban en el Levante. Consultó a las personas mejor situadas, y respondió que este miedo era quimérico, que el Gran Señor no podía ver mal que el rey se vengara de las injurias recibidas de los Argelinos, de las vejaciones infligidas a sus súbditos, de las capturas injustas y continuas hechas a ellos, y sobre todo del apresamiento de su cónsul. Además, el rey había dirigido ya un despacho a de

²³² Cartas del 8 de febrero y del 4 de mayo de 1658.

²³³ Carta del 6 de julio de 1658.

La Haye, su embajador en Constantinopla, encargándole de presentar queja de todos estos agravios al Gran Señor y al diván²³⁴.

A pesar de tanta actividad, de trámites y de sacrificios, la expedición de Paul no tuvo lugar, por causas ignoradas de la historia. Pero una expedición, más eficaz que ésta no habría podido serlo, se dirigió contra Argel algunos años después, y la iniciativa pertenece ciertamente a Vicente. Leemos, en efecto, en su carta a Get del 3 de mayo de 1658, estas palabras notables: “Habría sido bueno que usted hubiera visto al Sr. Paul, como yo le había pedido, aunque no hubiera ninguna apariencia de que fuera a ejecutar su propuesta; puesto que habría podido usted descubrir más en particular sus sentimientos sobre semejante empresa, y obtener por ahí alguna instrucción que nos pudiera servir en caso de que otro la hiciera; ya que, si es factible, *la Sra. duquesa de Aiguillon se promete hacer que la haga el Sr. de Beaufort*, quien, por lo que se dice, debe mandar el ejército naval, pero usted no tiene otra cosa que hacer sino hacer que se hable de ello.” Pues bien, se sabe que la duquesa de Aiguillon no hacía nada sin el consejo de Vicente a quien, hacía ya muchos años, ella había tomado como por director, y no se podría poner en duda que ella había actuado a insinuación suya al hacer entrega del mando de un ejército naval al duque de Beaufort. Vicente tuvo pues el mérito de esta expedición, si no tuvo la satisfacción, ya que, muerto en 1660, no la pudo ver; el mérito también de las expediciones posteriores de 1681 y 1688 que se relacionan con la primera, e incluso de la expedición de 1830, que acabó por fin con la piratería. Desde Carlos Quinto, en efecto, Argel pasaba por impenetrable e invencible. Fue Vicente quien, contribuyendo de una manera tan eficaz a la expedición dirigida por el duque de Beaufort, enseñó, de alguna forma, a nuestros barcos de guerra y a nuestras armas la ruta de Argel, ruta que nunca hemos olvidado hasta nuestro triunfo definitivo.

ARTÍCULO III. Misión de Argel desde la muerte de san Vicente de Paúl.

I. *Expedición del duque de Beaufort. –Juan Le Vacher en Argel.* Vicente murió con el dolor de no haber visto castigada la piratería, vengados la sangre de los mártires y el honor francés, pero con el consuelo de haber librado a sus hijos.

El año siguiente a su muerte, Barreau y F. Le Vacher se volvían a Francia, y eran remplazados en Argel por el hermano du Bourdieu, que debía ejercer allí el consulado, y por Huguier, aquel antiguo cónsul de Túnez quien, llegado a sacerdote más tarde, partía en calidad de misionero apostólico. Desde 1658, Vicente había pensado en enviarle a ese puesto, para poner en claro el asunto de Barreau, e impedir la vuelta a semejantes líos pecuniarios. Pero el encarcelamiento del cónsul de Constantinopla suspendió su viaje, a la espera de lo que hiciera el rey²³⁵. Como se ha dicho ya, el ministerio de Huguier fue bien breve, ya que murió de la peste el mes de abril de 1663. desde entonces, y durante unos cinco años, la Misión no tuvo otro representante en Argel que al hermano du Bourdieu.

La guerra que estalló entre Francia y Argelia impidió por sí sola dar un sustituto a Huguier. Mandar salir entonces a un sacerdote francés para Argel hubiera sido enviarle a un martirio inevitable.

²³⁴ Carta del 19 de julio de 1658

²³⁵ Carta a Get, 20 de setiembre de 1658.

Desde 1663, el duque de Beaufort había lanzado la caza de los corsarios con barcos en los que Tourville hizo sus primeras armas. *El rey de las Halles* ponía por fin su brillante carrera al servicio de una empresa útil a su país. En 1664, emprendió la conquista de Djigelly y, si fue un fracaso, pudo volver a tomar el mar el año siguiente y batir dos veces a la flota argelina a la altura de Túnez. Estos éxitos trajeron negociaciones entre Francia y Argel. El dey escribió “al más grande de los piratas de la fe de Jesús, que es la columna y el apoyo de los reyes cristianos, el rey de Francia Luis XIV;” y Luis XIV por su parte, respondió a los “ilustres y magníficos señores” de Argel, para ratificar los artículos de un tratado de paz negociado entre la Regencia y Trubert, comisario de la marina, ayudado del cónsul Du Bourdieu, y estipulando la libertad del comercio, la seguridad de la navegación y sobre todo la liberación de los esclavos.

Este tratado, a pesar de los esfuerzos del cónsul inglés, que prodigaba el dinero con el fin de obtener su ruptura, tuvo primero felices resultados y, en 1668, Alméras, primer sucesor de Vicente de Paúl, mandó partir para Argel a Juan Le Vacher, el ex cónsul de Túnez. Juan Le Vacher abandonó sin dolor su dulce retiro en San Lázaro. Decía: “Si viera por una parte el camino del cielo abierto, y por otra el camino de Argel, yo tomaría éste que es el de la caridad.” A su salida, Alméras le dio sabios consejos para él y para Du Bourdieu, renovados con los ya recibidos de Vicente a Nouel y al hermano Barreai. La dirección de la obra general se confió a Le Vacher, de quien Du Bourdieu debía recibir consejo incluso en el ejercicio del consulado.

Le Vacher llegó a Argel el 9 de junio de 1668. Durante los cinco años de ausencia de sacerdotes de la Misión, la cristiandad no había dejado de ser atendida con los auxilios religiosos. Además de los sacerdotes esclavos, había tenido a aquel Pedro de la Concepción de quien ya se ha hablado, y de quien el comisario Trubert escribía a Colbert, el 22 de junio de 1667, al día siguiente de su martirio: “Puedo decir, Señor, que he visto casi toda Europa, y no he encontrado a otro apóstol como él²³⁶.” él se encontraba con un segundo en la persona del recién llegado. Juan Le Vacher fue acogido con una alegría que no se puede describir, de todos los esclavos, que reclamaban a sus buenos Misioneros. Además, muchos de ellos, sin duda, transferidos de Túnez a Argel, le habían visto trabajando en su primer apostolado. Fue también recibido favorablemente del pachá, cuyas buenas disposiciones aprovechó muy pronto. Habiendo obtenido permiso para el traje eclesiástico, vistió a sus expensas a los sacerdotes y religiosos esclavos, a cada uno según su dignidad y su orden. Restableció el culto divino en las capillas del consulado y de las mazmorras. Hizo de su casa que era también la casa consular, la residencia de todos los pobres, el hospital de todos los enfermos que no tenían otro asilo. Multiplicó su celo y su caridad durante la peste y, afectado él mismo, no interrumpió en nada su santo ministerio. Para hacer frente a tantos gastos, se puso en relación con los sacerdotes de las Conferencias de los Martes en San Lázaro, con las Damas de la Caridad de París, y consiguió siempre limosnas suficientes para tantas necesidades. Vicario apostólico de Túnez como de Argel, dio a los sacerdotes sabios reglamentos, dispuso en el mejor orden todo lo relacionado con el servicio divino, estableció entre los esclavos devociones conmovedoras, entre otras la devoción por la liberación de las almas del purgatorio: sublime

²³⁶ Archivos de la Misión.

trato entre los cautivos de la Iglesia militante y de la Iglesia sufriente, aspirando a la común libertad de los hijos de Dios.

Así trabajó hasta 1574. Habiendo sido entonces expulsado Du Bourdieu por el dey, porque no cesaba de oponerse a las infracciones del tratado de 1666, y los ministros del rey, para evitar un mayor mal, no queriendo insistir para su reintegración, Jolly, superior general de la Misión, presentó a Luis XIV y a Colbert al caballero de Arvieux, que fue aprobado como cónsul en Argel²³⁷. Pero s'Arvieu no se pudo mantener y, el 21 de febrero de 1676, Le Vacher escribía a Colbert, en nombre del Pachá y del dey, "que si el rey veía con buenos ojos despedir a Du Bourdieu, que había ejercido el consulado con satisfacción, consuelo y edificación de todos, ellos le recibirían de buena gana²³⁸." Du Bourdieu no fue despedido, y fue Le Vacher mismo quien, en Argel, como en otro tiempo en Túnez, debió reunir el cargo de cónsul a sus funciones de vicario apostólico. En vano se resistió; en vano; anciano y enfermo, suplicó en varias ocasiones a Colbert que le enviara un sustituto o tuviera a bien que su superior le enviara uno con el pláceme del rey²³⁹: él debía morir en su puesto.

Puesto siempre difícil en sí, y a causa de las infracciones continuas de los tratados. Tourville acababa de obtener una ratificación por la amenaza del cañón (30 de mayo de 1679); pero, al día siguiente, había nuevos actos de piratería; el mes de febrero de 1681, una negociación llevada por un tal Hayet, comisario deputado por Colbert, y Juan Le Vacher, a quien Hayet tributó en esta circunstancia el más honroso testimonio, pareció también haber rehusado; y no obstante, el 20 de noviembre de ese año, Le Vacher debía dar a conocer a Dussault, gobernador del Bastión, que los Argelinos acababan de declarar la guerra. Pero Duquesne y Tourville habiendo destruido, ese mismo año, la flota de Túnez y de Trípoli, y obtenido la puesta en libertad de los esclavos cristianos detenidos en esas dos ciudades, se pensó en una expedición parecida contra Argel. El capitán de Beaujeu fue enviado para hacer un reconocimiento. Desgraciadamente fue capturado. " Yo no podría haceros ver bien, escribía entonces, la miseria que sufren aquí los pobres esclavos, y en particular los Franceses: se les obliga a bastonazos a prometer sumas inmensas para su rescate; y hace poco, tres o cuatro de mi gente, forzados por el dolor, han hecho, para verse libres, billetes de mil y mil quinientos escudos²⁴⁰."

Lo que llegaba al colmo de la insolencia de los Argelinos era el tratado que acababan de concluir con los Ingleses; tratado deshonoroso para éstos, ya que se comprometían a proporcionar a los Berberiscos municiones de guerra, lo que Hayet había rechazado con indignación en nombre de Luis XIV, y ellos no habían estipulado para sí ninguna ventaja, ni siquiera la libertad de sus nacionales en tan gran número en Argel. El solo objetivo de los Ingleses era apartar a Francia, sustituirnos en La Calle y en nuestras demás posiciones.

II. *Expediciones de Duquesne y de d'Estrées. –Martirio de J. Le Vacher y de Montmasson.* Sin embargo Renaud d'Eliçagarray, más conocido con el nombre de Pequeño-Renaud, acababa de inventar las galiotas –galeritas- con bombas,

²³⁷ Circulares de Jolly, del 28 de febrero de 1674.

²³⁸ Archivos de la Misión.

²³⁹ Carta del 30 de mayo de 1679, *ibid.*

²⁴⁰ Archivos de la Misión.

y Duquesne hizo un primer ensayo con ellas contra Argel el mes de junio de 1682. Asustados con el bombardeo, los Argelinos enviaron a Le Vacher a Duquesne, quien no aceptó sus condiciones. Pero la estación demasiado avanzada forzó a la flota francesa a regresar a Toulon. Que mañana sería otro día.

Entre tanto, Dussault abrió negociaciones que no llegaron a nada. El terror ya grande en Argel llegó al colmo cuando la flota francesa apareció a la vista de sus costas. El bombardeo fue terrible. Le Vacher y el comandante de Beaujeu fueron enviados de nuevo a Duquesne. Es penoso decir que Duquesne no respetó en el viejo Misionero ni la majestad de la edad y del sacerdocio, ni el carácter de representante de Francia. Duquesne era protestante y protestante obstinado, ya que resistió a todos los esfuerzos que hacía entonces Luis XIV por lograr la unidad religiosa en Francia, y murió en la herejía. Ello fue un obstáculo para la paz. Llenos de confianza en Le Vacher, el dey y el diván desconfiaron de Duquesne. “El no es de la religión de vuestro rey, decían a Dussault, la vuestra es de mantener la palabra, la suya es un horror entre vosotros.”

Duquesne recibió sin ningún honor a Le Vacher a bordo, y se contentó con exigir, como condición previa, la puesta en libertad de todos los súbditos del rey y de todos los extranjeros capturados bajo pabellón francés. Al día siguiente, Le Vacher regresaba ante Duquesne con más de quinientos esclavos y acompañado del almirante argelino Mezzo-Morte, que debía servir de rehén. Duquesne no ofreció como asiento a Le Vacher más que la culata de un cañón, y encolerizado le dijo: “Vos sois más Turco que cristiano.” –“Yo soy sacerdote” respondió sencillamente Le Vacher, y regresó a la ciudad indignado y perseguido por las injurias de varios oficiales que imitaban en esto a su general.

Le Vacher era sacerdote; era también cónsul, y la larga experiencia que el ejercicio del consulado le había concedido sobre el carácter y los asuntos de los Argelinos, le hacía desear en interés de la paz, de la religión y de Francia, que Duquesne no llevara las cosas al extremo. Por eso, sin duda, Duquesne le llamaba Turco. Pero, por el orgullo de sus armas, Duquesne no perdonó nada, ni siquiera a los rehenes que tenía a bordo, y acabó por pedir una indemnización de 1,500,000 libras. El dey Baba-Hassan, que quería la paz a todo precio, hubiera suscrito tal vez esta dura condición, cuando la ciudad se levantó contra él. En esta circunstancia, Mezzo-Morte, que desde hacía mucho tiempo ansiaba su puesto, va a ver a Duquesne y le dice que si él estuviera en Argel, avanzaría más en una hora que Baba-Hassan en quince días. Duquesne le despide, pero, apenas en Argel, Mezzo-Morte manda asesinar a Baba-Hassan, toma el título de dey, enarbola el pabellón rojo, dispara sobre nosotros, y declara al rehén francés, Hayet, devolviéndosele a Duquesne, que si continúa el bombardeo, pondrá a los cristianos a la boca del cañón. El bárbaro mantuvo la palabra con Le Vacher y veintidós cristianos franceses. Le Vacher fue colocado en la boca del cañón, llamado *consular*, que se ve hoy en el patio de honor de los Inválidos. “Y de su seno homicida, ha dicho Mons. Dupuch, se lanzó a los cielos²⁴¹,”

Duquesne continuó bombardeando la ciudad, sin poder reducir a Mezzo-Morte. Al final las bombas se agotan, y las galeras deben regresar a Toulon. Pero

²⁴¹ Véase la Vida mans. de Le Vacher, y también doce de sus cartas inéditas, en las que da detalles sobre el bombardeo de Argel por Duquesne, y su misión ante él. –Archivos de la Misión.

Tourville se queda en crucero, como una amenaza viva del próximo regreso de la flota incendiaria. En efecto, el año siguiente Tourville, que ha recibido refuerzos, se presenta frente a Argel. El dey se da prisa en escribir “al general del ejército de Francia, el señor caballero de Tourville, que es el ejemplo de los grandes de los cristianos, y le sostén de la gloria del Señor de la religión de Jesús” y, el 23 de abril de 1684, se concluye un tratado con unas condiciones, verdad es, poco duras, pero que eran las mismas condiciones puestas por Francia.

Fue entonces en medio de esta guerra y de estas negociaciones, cuando Bossuet, predicando en Saint-Denis, el 1º de setiembre de 1683, la oración fúnebre de María Teresa de Austria, y tomando su elogio del elogio de Luis XIV, exclamó: “Tú cederás o tu caerás bajo este vencedor, Argel, rica en despojos de la cristiandad. Tú decías en tu corazón avaro: Yo tengo el mar bajo mis leyes y las naciones son mi presa. La ligereza de tus barcos te daba confianza; pero tú te verás atacada en tus murallas, como un pájaro encantador al que se fuera a buscar entre sus rocas y en su nido donde reparte su botín a sus pequeños. Tú devuelves ya a tus esclavos. Luis ha roto los hierros con los que abrumabas a sus súbditos que nacieron para ser libres bajo su glorioso imperio. Tus casas no son ya más que un montón de piedras. En tu brutal furor, te vuelves contra ti misma, y no sabes cómo rebajar tu rabia impotente. Pero nosotros veremos el fin de tus bandidajes. Tus pilotos admirados exclaman de antemano: ‘¿Quién había que fuera como Tiro, ahora silenciosa en medio del mar? (Ez. XXVII, 32); y la navegación va a quedar asegurada por las armas de Luis²⁴².”

Esta prosopopeya profética no debía tener su cumplimiento hasta el último rey de Francia descendiente de Luis XIV. En efecto, a pesar de un tratado tan solemne, a pesar del envío a Versalles de un embajador argelino, más sorprendido de verse allí que, algunos años antes el dogo de Génova; en los años siguientes Tourville iba a pedir cuentas por nuevas infracciones, y pérdidas infligidas al comercio de Francia, de España y de Italia. Lo que agravaba la situación de los cristianos de Argel, era que Piolle, sucesor de Le Vacher en el consulado, para cobrarse las 1,500 libras que pagaba a Francia y satisfacer su avidez, explotaba a los pobres esclavos, cargaba de derechos a los comerciantes y los arruinaba con usuras. Su sucesor Mercadei, pariente próximo de un renegado, siguió una conducta más indigna todavía.

La guerra se hacía inminente. El mariscal d’Estrées comenzó por bombardear Túnez y Trípoli y, en 1688, se presentó delante de Argel para infligirle el mismo castigo. Por segunda vez, Mezzo-Morte amenazó con poner a ochenta esclavos franceses en la boca del cañón, comenzando por el cónsul y el vicario apostólico; por segunda vez mantuvo la palabra y, aparte de los cuarenta Franceses y del cónsul que no merecía una mejor suerte, puso en la boca del cañón al hermano François Francillon, que estaba en Berbería hacía cuarenta y cuatro años, y al vicario apostólico Montmasson, que había dejado la parroquia de Versalles para venir a buscar en Argel los sufrimientos y el martirio²⁴³.

Entretanto diez mil bombas habían sido lanzadas sobre Argel, que no era más que un montón de ruinas humeantes. Un nuevo tratado de paz se firma en la República en setiembre de 1689. Este pueblo reconocía por fin la inanidad de las promesas que le hacían los cónsules de la Inglaterra y de la Holanda

²⁴² OEuvres, tom. XVII, p. 389.

²⁴³ Véase su Vida mss. y su elogio según los sermones de Collet.

protestantes, de defenderlas frente a la potencia invencible de nuestras armas: “Los hijos de nuestros hijos, repetía, se acordarán que no conviene chocar con el pabellón de Francia²⁴⁴ .”

III. *Argelia y la Misión durante el siglo XVIII. –Revolución.* En efecto, a partir del tratado de 1689, renovado muchas veces a causa de las infracciones, y hasta la Revolución, Francia estuvo casi siempre perdonada por los piratas, que dirigieron su bandidaje contra las demás potencias. Durante todo el siglo XVIII, España se agotó en esfuerzos con mucha frecuencia inútiles, y perdió poco a poco todas sus posesiones africanas. Orán resistió más tiempo. Tomada la primera vez por en 1708, por Bouchelarem, bey de Mascara, que confió sus llaves al dey de Argel, fue retomada en 1732. El año 1735 vio una gran expedición contra Argel, último esfuerzo de la España debilitada; en 1785, compró una paz sin dignidad; por fin, en 1792, cedió definitivamente Orán al dey de Argel y evacuó para siempre la Berbería. las demás naciones se contentaban con la compra con buen dinero al contado la semilibertad de su comercio.

A pesar de la persecución y la muerte, que no hacían sino levantar su valor, los hijos de Vicente de Paúl no abandonaron en Argel la obra de su padre. Sostuvieron siempre allí a un vicario apostólico, y con él, cuatro sacerdotes, dos hermanos y dos esclavos contratados de quienes se respondía a los patronos. Su casa de Misión estuvo siempre alquilada a un Turco. Allí tenían una capilla decente, en la que el culto era público y libre. La predicación se hacía en francés y en italiano. Todos los domingos y días de fiesta , se oía el canto del *Exaudiat*, y se tenían oraciones por Francia y por los bienhechores, casi todos Franceses.

Los Lazaristas servían también las cuatro capillas de las mazmorras, sostenidas por la caridad de todos, incluso de los pobres esclavos. Servían de intérpretes, de corresponsales y de carteros para el comercio y sus familias, se hacían hermanos postulantes para recoger el precio de los rescates, y acogían en casa a los libertados hasta la partida para la patria. Ocupaban sus escasos tiempos libres en estudios de geografía, astronomía, arqueología, historia natural: el doctor Shars, en su *Viaje por Berbería*, menciona las observaciones que había recibido de los Misioneros²⁴⁵.

Adjuntando a estos detalles todo lo que se ha dicho anteriormente sobre los trabajos de los primeros Misioneros, se formará una idea de la situación y de las obras de sus sucesores durante más de un siglo. Y todo ello sin provecho, si no son las muchas injurias, malos tratos, persecuciones por parte de los Turcos y de los renegados, por la parte incluso de los comerciantes y de los esclavos, muchas exacciones por parte del deylick y de los grandes. No hablemos de la muerte, que era su verdadera ganancia: más de una tercera parte murieron de la peste, sin contar a los que perecieron de muerte violenta.

A Montmasson sucedió, como vicario apostólico, Gianola, que fue remplazado a su vez por Lorente, cuyo vicariato transcurrió entre dificultades con los Trinitarios administradores del hospital, que no querían reconocer la jurisdicción apostólica, y se negaban a pagar los anticipos que había hecho Gianola para el

²⁴⁴ Ver sobre todo lo que precede las interesantes memorias de Dussault, dirigidas al ministro de la marina en 1684 y 1691. –Archivos de la Misión.

²⁴⁵ Véase una memoria mss. presentada al cardenal Pesch, en 1808, por Hanon, vicario general de la congregación de la Misión. –Archivos de la Misión.

rescate de los cautivos Españoles. Desagrada contar que estos religiosos, a veces muy ignorantes, intrigaban con los Ingleses ante el dey y el diván.

El más ilustre de los sucesores de Lorente fue Duchêne, quien pasó treinta y ocho años en Argel, y ejerció durante treinta y tres años, con vicisitudes de calma y tempestad (1705-1738), el vicariato apostólico. es Duchêne quien fue un día a pedir al dey la liberación de un esclavo “en nombre de Dios,” y la obtuvo del bárbaro sorprendido de esta extraordinaria petición.

Una mención se debe al vicariato de Bossu, quien fue al mismo tiempo cónsul. Bossu se encontró solo en Argel en 1755, mientras que su cohermano Groiselle estaba en Francia, para recoger limosnas con destino a la construcción de una capilla en una nueva mazmorra en sustitución de la que acababa de ser destruida con la prisión del deylick. Groiselle obtuvo mandamiento de los obispos en favor de su obra; se dirigió a los Misioneros de toda la cristiandad, en nombre de los esclavos de todas las regiones de Europa que se hallaban entonces en Argel. En 1756 se construyó la iglesia.

Dos años después, descargaron a Bossu del consulado, y llamado a Francia, fue reemplazado por Groiselle, que reunió de esta forma las funciones de cónsul y de vicario apostólico. Entonces se rindió un homenaje bien merecido a Bossu. Habiendo resuelto la curia de Roma enviar a Asia a un nuevo vicario apostólico, el cardenal Spinelli dijo al papa: “Conozco al hombre que necesitamos enviar. No está ni en Roma ni en Italia; está en París en la casa de San Lázaro;” y, una vez nombrado, añadió: “Vuestra Santidad no tiene más que pedírselo al superior general.” Tissot, encargado entonces de los asuntos de la Congregación en Roma, pasó el aviso al superior, quien puso vanas objeciones para oponerse a los deseos del papa y a la diligencia apostólica de Bossu.

Sería prolijo enumerar las persecuciones, las prisiones, las afrentas que tenían que sufrir de continuo los Misioneros. En 1764, la persecución se hizo más violenta, con ocasión de una tartana argelina apresada por un barco francés. El dey mandó detener al cónsul y al vicario apostólico, que era entonces La Pie de Sévigny, como a todos sus cohermanos y a todos los Franceses. El cónsul y el vicario encadenados juntos, fueron encerrados en la prisión de La Regencia. La Pie besaba sus cadenas y consolaba a sus compañeros de esclavitud. Al día siguiente eran expuestos en público a los ultrajes de la multitud; luego atados de dos en dos a una carreta, eran condenados a arrastrar piedras. El cónsul y La Pie, siempre encadenados, fueron devueltos a la casa consular, donde estuvieron más de un mes, hasta ser puestos en libertad ante la reclamación del rey de Francia.

En 1771, al ser bombardeada Argel por los Daneses, todos los Franceses, todos los sacerdotes huyeron, con la excepción de los Misioneros, que se encerraron en las prisiones para socorrer a los esclavos.

En 1775 y 1776, los Argelinos atacados por los Españoles temieron una revuelta de los esclavos, alejaron de allí a novecientos, que fueron conducidos a Medeak durante los calores de junio. Los Misioneros los siguieron y compartieron sus sufrimientos.

El año 1785 estuvo señalado por un gran rescate de cautivos franceses. Se pasearon en procesión por París y en las principales ciudades de Francia. Existe un escrito curioso, con este título: “El orden y la marcha de la procesión de los cautivos franceses rescatados en el reino de Argel en 1785;” in-4º de 8 páginas; especie de programa de la fiesta, con los nombres de los esclavos,

315 en número. A pesar e la liberación de sus compatriotas, los Misioneros se quedaron en Argel, para aliviar a los esclavos de otras naciones.

Menos feliz fue el años 1787. Una peste espantosa desoló Argel. Todos los Misioneros fueron atacados; un sacerdote y dos hermanos sucumbieron. Hay que ver en el diario fúnebre de San Lázaro los rasgos de su heroica caridad.

La peste revolucionaria fue más fatal todavía para la Misión. Le robó sus bienes, que importaban una renta de 9.361 libras, provenientes de las donaciones del rey y de la duquesa de Aiguillon. En vano los esclavos de Argel dirigieron, en 1772, una petición a la Asamblea nacional para que se le hiciera restitución de sus fundaciones: no solamente no se le devolvió nada, sino que, en 1798, el cónsul republicano retiró la protección de su gobierno a los Misioneros, que se quedaron desde entonces abandonados a todos los caprichos del dey. Incluso se les dio orden de retirarse; sobrevino la peste, y entonces ya se quiso tolerarlos junto a sus pobres esclavos.

IV. Argelia y Bonaparte. –La Misión de Argel hasta el momento presente. Aquel mismo año, durante la expedición a Egipto, Bonaparte había pensado un instante en llevar las armas a Argelia; pero su brusco regreso a Francia tranquilizó a los Argelinos, que tomaron la delantera, nos declararon ellos mismos la guerra y se apoderaron de La Calle. Los Lazaristas debieron abandonar su puesto. Se retiraron primero a España donde sus cohermanos de Barcelona. Luego volvieron a Francia. Solo uno se quedó en España, para estar más al alcance de pasar de nuevo con sus queridos esclavos; era Jousouy, quien había vendido de Argel en 1780, y había escapado de la peste de 1787.

Debía esperar varios años. Con ocasión de la paz con la Puerta, en 1801, se habían abierto negociaciones con Argel, de las que había salido un tratado; pero fue pronto violado por los piratas, y le primer cónsul envió ante el dey Hassan II a un adjunto de su palacio para reclamar las capturas, el respeto de su pabellón y exigir una reparación clamorosa. “Dios ha decidido, le escribía, que todos los que fueran injustos para conmigo serían castigados.” Algunos días después, le dirigía a otro oficial con la carta siguiente, que ha escapado a los coleccionistas de su correspondencia:

“Grande y magnífico Dey,

Un ayudante de mi palacio debe, a esta hora, haberse presentado ante vos para llevaros las quejas que tengo y pedir os reparación por los diferentes ultrajes hechos a mi pabellón. Hoy despacho un nuevo oficial, portador de esta carta, no queriendo, antes de romper con vos, haberos puesto en condiciones de reflexionar maduramente lo que tenéis que hacer.

Os pido pues reparación fulgurante por las ofensas de las que me he quejado en mi última carta; os pido asimismo contra el gobernador de Bone, que se ha permitido detener una góndola provista de mi pasaporte, e impedir la pesca del coral, de conformidad con nuestros tratados y la costumbre inmemorial que ha existido en todo tiempo.

Os doy igualmente a saber mi indignación por la demanda que vuestros ministros han osado hacer, que yo pague 200.000 piastras. Yo no he pagado nunca nada a nadie y, gracias a Dios, he impuesto la ley a todos mis enemigos. He destruido el imperio de los mamelucos, porque después de ultrajar el pabellón francés, se atrevían a pedir dinero para la satisfacción que tenía

derecho a esperar. Tened miedo de esa misma suerte; y, si Dios no os ha cegado para conducirnos a vuestra perdición, sabed lo que soy y lo que puedo.

Antes de poner en marcha contra vos un ejército de tierra y de mar, he instruido al embajador de la sublime Puerta, con quien acabo de renovar la antigua alianza. Os lo he dicho y os lo repito: yo quiero vivir en buena amistad con vos, y no tengo ninguna aspiración ambiciosa; no necesito vuestros Estados para estar en primera línea de las potencias. Pero, si os negáis a darme satisfacción, y si no reprimís las licencias de vuestros ministros, que se atreven a insultar a mis agentes, y de vuestros bastimentos, que osan insultar a mi pabellón, desembarcaré a ochenta mil hombres en vuestras costas y destruiré vuestra Regencia. Ya que, y termino, no permitiré que tratéis a mi pabellón como tratáis al de las pequeñas potencias del Norte y de las pequeñas potencias de Italia. Que vos y vuestro consejo reflexionen pues bien sobre el contenido de esta carta, pues mi resolución es inmutable. Deseo que Dios y vuestro buen genio os iluminen, y que vos entréis en los sentimientos que han existido habitualmente entre Francia y Argel.

En París, el 8 de thermidor año x (27 de junio de 1802).

Firmado BONAPARTE.”

Un nuevo tratado se firmó entre Francia y Argel en 1805. A favor de la paz, Jousouy reemprendió la ruta de Argelia. Para subvenir a las necesidades de la Misión y del hospital, vendió su patrimonio; y como había encontrado su casa convertida en harén, se retiró primero a una habitación del presidio de la Regencia. Habiendo recobrado su casa por medio del cónsul de Francia Dubois-Thainville, vivió con dos hermanos de los restos del patrimonio, de empréstitos y de algunas limosnas. Recibió también algún socorro del rey de España, quien le ofrecía encargarse de todo, si quería ponerse bajo su protección. Pero Jousouy quiso seguir siendo Francés. Por dos veces, le envió el emperador una gratificación de 3.000 frs., con que pudo pagar todas sus deudas y reemprender todas las obras de la Misión. Una de esas retribuciones estaba fechada en el campo imperial de Posen, 12 de diciembre de 1806. Se había obtenido por un informe de las necesidades de la Misión dirigido al ministro de relaciones exteriores por el cónsul Dubois-Thainville. La misma suma se concedía también a la Misión de Constantinopla, y el superior general de la Congregación, encargado de recibir los fondos, debía justificar el empleo de una y de la otra. Fuera de esto, el emperador asignó a la Misión de Argel una suma anual de 3.000 fr. por el ministerio de los cultos. No era la tercera parte de la renta del expolio causado por la Revolución. También Hanon, vicario general de los Lazaristas, dirigió, en 1808, la memoria ya citada al cardenal de Pesch, con destino a asegurar a la Misión de Argel, por la intervención de Su Eminencia, una existencia conveniente. La primera respuesta del emperador, fechada en el campo imperial de Astorga, 3 de enero de 1809, fue una nueva donación de 3.000 fr. Luego, el 7 de setiembre de 1811, consecuentemente, sin duda, a la memoria de 1808, el ministro de los cultos, Bigot de Préameneu, después de hacer el histórico y el elogio de la Misión de Argel, el elogio también de Jousouy, propuso el sostenimiento de la ayuda anual de 3.000 fr., el pago de las deudas de Jousouy, y la conservación de la capilla consular y del hospicio francés. El abandono de esta iglesia, decía

él, que está en Argel como la parroquia europea, produciría un mal efecto en el país.

Además es necesaria a los negociantes que residen en Argel y a los marineros de paso; necesaria también al consulado para el canto del *Te Deum* y la celebración de las fiestas imperiales. Este informe iba revestido con la aprobación del emperador en Compiègne, el 10 de setiembre de 1811..

Tres años después, 5 de enero de 1814, Jousouy moría en Argel y el cónsul Dubois Thainville escribía su elogio al ministro de los cultos. “Hemos perdido a nuestro padre, exclamaban los esclavos en medio de sus funerales; hemos perdido a quien nos sostenía en nuestros trabajos y nos aliviaba en nuestra miseria²⁴⁶.”

Ese mismo año, las potencias reunidas en Viena retomaron contra Argel un proyecto de expedición que Napoleón ya había mandado estudiar por el jefe de batallón del genio Boutín. Pero este proyecto fu obstaculizado por Inglaterra, que nos había quitado en provecho propio casi todos nuestros privilegios. A pesar de las expediciones de los Estados Unidos en 1819 y de lord Exmouth en 1816, a pesar del crucero anglo-francés en 1819 y el crucero de sir Henry Neal en 1824; a pesar incluso de los tratados que estipulaban siempre la abolición de la esclavitud, hubo todavía en Argel, ciudad y arrabales, una media de ocho a diez mil esclavos, hasta 1830. era el número al que comúnmente estaban reducidos desde las expediciones de Luis XIV.

La muerte de Jousouy les había dejado casi sin auxilios religiosos. En 1625 solamente, se reinició la Misión, y el Sr Chossat llegó a Argel en calidad de vicario apostólico. el mismo año fue reemplazado por dos Misioneros, que también ellos debieron abandonar su puesto de 1827 a 1830.

Aunque nuestra conquista hubiera abierto a la religión las puertas de Argelia, los Lazaristas no volvieron hasta 1842. vinieron a encargarse de las Hijas de la Caridad, y fundaron una Misión. Más tarde fueron también encargados del seminario mayor, de las parroquias de Mustafá superior y de Laghouat, que se convirtieron también en centros de misiones . su obra es de aquí en adelante algo diferente de lo que fue durante dos siglos. Pero, a falta de esclavos, hay siempre misiones que dar, huérfanos que cuidar, presos que visitar, enfermos, ancianos que socorrer a domicilio y en los hospitales; es pues siempre el conjunto de las obras de caridad de Vicente de Paúl que practican en Argelia sus hijos y sus hijas. Y si esta tierra, por demasiado tiempo maldita, vuelve alguna vez a los hermosos tiempos de los Cipriano, y de los Agustín, a ellos principalmente pertenecerá el mérito ante Dios y la gloria ante los hombres. Sembrada de alguna manera por los sudores y las oraciones de su padre, cultivada durante dos siglos por sus cuidados y fecunda con su sangre, ella no puede producir una cosecha que ellos no tengan derecho a reclamar como herencia.

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

Nº 1. Reglamento para los hombres que sean recibidos en la Asociación de la Caridad, y en primer lugar del fin de su recepción.

Los hombres serán recibidos en la asociación de la Caridad, establecida por la autoridad de Monseñor el reverendísimo obispo de Amiens, en el pueblo de

²⁴⁶ Véase, sobre todo lo que precede, la memoria citada al cardenal Pesch, las circulares de los superiores generales de la Misión, y los relatos de los Misioneros. –Archivos de la Misión

Folleville, Paillart y Fresneville, con el fin de asistir a los pobres capaces de uno y otro sexo habitantes de dichos lugares, y tener motivo de practicar y de hacer practicar a los pobres los ejercicios de piedad aquí contenidos, los cuales dicha asociación ha tenido costumbre de practicar para honrar a Nuestro Señor Jesús, patrón de la misma, y a su Madre, y cumplir el gran deseo que tienen que nos amemos unos a otros como él nos ha amado.

Del modo de proveer a los pobres capaces en sus necesidades.

Los niños serán colocados en oficio tan pronto como tengan edad competente. Se distribuirá por semana a los pobres discapacitados ya gentes que no puedan trabajar, lo que les sea necesario para vivir; y en cuanto a los que no ganan más que una porción de lo necesario, la asociación les proporcionará el resto.

Se tendrán ovejas, que se distribuirán a los asociados, que tendrán la caridad de alimentarlos en provecho de dicha asociación, quien más quien menos, según sus posibles, y los frutos provenientes de dichas ovejas, serán vendidos todos los años, en los alrededores en la fiesta de san Juan por el visitante, según la orden que le sea dada por los directores de dicha asociación, y el dinero conseguido será puesto en manos del tesorero, en la presencia del comendador o del rector, y serán marcadas las ovejas con la marca de la asociación y renovadas cada cinco años.

De los Oficios en general

Los hombres asociados, que se llamarán servidores de los pobres, elegirán a doce de ellos que se llamarán asistentes de la Caridad, los cuales, para perpetuar más esta asociación, harán todos buen propósito, en la forma aquí transcrita, que renovarán todos los años, de observar el presente reglamento y de procurar la conservación y el crecimiento de dicha asociación; y estos doce elegirán a otros tres de entre ellos, cada dos años, al día siguiente de Pentecostés, de los cuales uno será comendador, el otro tesorero y el otro visitador, los cuales, con el rector de dicha asociación, que es un eclesiástico, tendrán la completa dirección de lo que se refiere a los pobres capaces solamente y ocurriendo la muerte de uno de dichos asistentes, los asociados en corporación nombrarán a otro.

Del Comendador.

El comendador presidirá en la asamblea con dicho rector; quienes procurarán de consuno que el presente reglamento y todas las resoluciones que se tomen en la asamblea se observen y ejecuten con fidelidad, caridad y diligencia.

Del Tesorero.

El tesorero representará y tendrá la autoridad de dicho comendador en su ausencia, recibirá y guardará el dinero en un cofre de dos llaves, una tendrá el comendador y él la otra, sin que pueda tener en su poder más que lo tenga que distribuir en un mes a los pobres capaces, ni abrir dicho cofre sino en presencia del comendador o rector, empleará el dinero según lo ordenado por dichos directores, y rendirá cuentas de ello el día que le fuere señalado en presencia de los directores, de los asistentes, del juez y procurador fiscal del lugar, y además escribirá las resoluciones de las asambleas en el registro que guardará a este efecto.

Del Visitador.

El visitador se informará de los pobres vergonzantes, viudas, huérfanos, presos y demás personas afligidas para ir a visitarlas y consolarlas, y para informar a las asambleas, con el fin de socorrerlas como se le ordene, pero en caso urgente, se lo comunicará al rector o comendador, y seguirá el aviso que le den. Tendrá parecido cuidado de que todos los pobres asistan a los catecismos, que dicho rector dé o mande dar cada domingo, y de quince en quince días, y que los que tengan edad comulguen.

De las Asambleas.

Los directores se reunirán de ordinario el primer domingo después de vísperas, y con mayor frecuencia si conviene; propondrán la necesidades temporales y espirituales de la asociación, las resolverán por mayoría de votos, que serán recogidos por el rector y, en su ausencia, por el comendador, sin que sea lícito a nadie, cuando haya emitido su voto, replicar a aquel que le contradijo y sea de otro parecer; y en el caso que dichos directores estén divididos en su opinión, los demás nueve asistentes o parte de ellos, que se puedan hallar con comodidad, hasta cinco, determinarán el diferendo por mayoría de votos que se recogerán por el más antiguo de ellos..

De la Misa, Comunión, Letanías, Exhortaciones y Lectura del presente Reglamento, que se deben hacer los primeros domingos de los meses.

A fin de que los servidores de los pobres aprovechen y se confirmen más y más en el espíritu de Caridad, se reunirán los primeros domingos de los meses en la capilla de la Caridad, donde oirán la misa por la mañana, y los que tengan devoción de confesarse y de comulgar, como se han exhortado a ello todos, se confesarán y comulgarán; y por la tarde asistirán a las letanías de Nuestro Señor o de la Virgen, al final de las cuales les será hecha una breve exhortación o bien una lectura del reglamento.

Los directores consultarán juntos los asuntos de la asociación.

Del amor a N. Sr. Jesús, patrón de la Asociación y a su santa Madre.

Siendo uno de los principales puntos que requiere esta asociación honrar a Nuestro Señor Jesucristo y a su santa Madre, los servidores de los pobres serán exhortados a darles un gran honor y reverencia en el interior, y a decir a este efecto cada día cinco veces *Pater* y cinco veces *Ave María*..

De la mutua caridad que os servidores de los pobres tendrán unos con otros.

Los servidores de los pobres tendrán una gran caridad unos con otros, se visitarán mutuamente y se consolarán en sus aflicciones, darán orden de que se les administren los santos sacramentos en tiempo y en lugar, harán oraciones comunes y particulares para que nadie hable de este mundo más que de buenas maneras, y asistirán en grupo tanto a la administración de los santos sacramentos como al entierro de dichos servidores y servidoras de los pobres, por cuyas almas se hará celebrar una misa, y cada particular dirá a su intención el rosario a su comodidad, y es de notar que esta observación, así como todas las demás que pertenecen al presente reglamento, son voluntarias y sin ninguna obligación de pecado mortal ni venial.

Del celo que los servidores de los pobres tendrán a la conservación de la Asociación de las mujeres así como de la suya.

Y siendo la asociación de los hombres y la de las mujeres una misma asociación, con el mismo patrón, mismo fin y mismos ejercicios espirituales, y que tan sólo los ministerios están divididos, perteneciendo el cuidado de los capaces a los hombres, y el de los discapacitados a las mujeres, y que Nuestro Señor no recibe menos gloria del ministerio de las mujeres que del de los hombres, hasta tal punto que el cuidado de los enfermos parece preferible al de los sanos; por ello, los servidores de los pobres tendrán el mismo cuidado por la conservación y crecimiento de la asociación de las mujeres que de la suya; y, a este efecto, pondrán la 4ª parte de su renta anual, y más si es necesario, en manos de la tesorera que guarda el dinero de las mujeres, en caso que lo recogido en las colectas que hacen las mujeres no baste; lo que se podrá saber por el rector, superior de una y de otra asociación. A fin de que dichos directores conozcan la situación de los asuntos de la asociación de las mujeres, asistirán a la entrega de sus cuentas al día siguiente de la fiesta de Todos los Santos.

Formulario del buen propósito de los servidores de los pobres-

Los asistentes, como dicho queda, con el fin de hacerla más duradera, harán y pronunciarán el buen propósito siguiente, en la presencia del rector, después de vísperas, en la capilla de la Caridad, el día de Pentecostés o el día siguiente, y lo harán en la forma que sigue:

Yo....servidor de los pobres de la Asociación de la Caridad, elegido asistente de la misma, hago propósito firme, en la presencia del señor rector de dicha asociación de observar el reglamento de ésta y de procurar con todo mi poderse conservación y crecimiento, mediante la gracia de Dios que para ello le pido. En ... el...

Nº 2. REGLAMENTO DE LA CARIDAD EN LA PARROQUIA DE “SAN SALVADOR”, PARÍS.

“Antes de que las Damas vayan a ver a los enfermos, el médico, que es el Sr Levêque, médico de la Facultad de París, va verlas y les ordena lo que es necesario tanto en cuanto a medicinas como sangrías y llevan dichas ordenanzas a la superiora para firmarlas y admitir a dichos enfermos en la cofradía, si reconoce, por la información que recibe, que son de la calidad requerida.

Que hace tres meses al menos que residen en dicha parroquia, y que no se trate de enfermedades demasiado largas, ya que las hay que se duran 7 u 8 meses y más, lo que causaría por la duración del mal que no podría ayudar a otros más. –Dicho médico envía por escrito a dicha superiora certificado si las damas pueden ir sin riesgo o, si todavía no ha tenido el conocimiento por existir males ocultos, da otro billete para enviarles alimentos que crea necesarios. –Y todo esto, con el fin que las damas no se pongan en peligro y que dicha cofradía subsista siempre.- El hombre de Iglesia que hace esta caridad es necesario que vea a estos enfermos todos los días, porque suceden muchos accidentes a los enfermos. –Se eligen tres damas para cuidar dicha cofradía, que se llaman la superiora, la tesorera y la cuidadora de los muebles de dicha cofradía. –Esta elección hecha por los votos de varias personas reunidas para

la institución de dicha Cofradía, a cada una de las cuales se les da un cargo. La superiora se encarga de todos los enfermos a los que puede ir a ver por encargo del médico. Los debe visitar dos veces a la semana con una de sus compañeras, y no deben ir solas ni antes de comer. –La tesorera guarda el dinero. –Y para tenerlo, se pide en la iglesia todos los domingos para los pobres enfermos del lugar, cuya cuestación la hacen las mujeres no las jóvenes. –Las damas superiores no pueden hacer nada sin el consejo una de la otra. –La guarda muebles tendrá cuidado de los colchones, sábanas, mantas, camisas y otros utensilios necesarios a los enfermos, por eso es tan necesario que haya una cuidadora de muebles. –Se podría decir, antes de que una cofradía de la Caridad sea erigida: no tenemos muebles para los pobres; pero cuando se celebra la asamblea después de una elección, se pide a todas las damas que se han registrado lo que quieren dar; una dirá: yo doy dos, tres sábanas, y las otras camisas, y así sucesivamente, y al mismo tiempo se escribe para que no se olvide, y de este modo se amueblan para los pobres enfermos. –Y de esos muebles, la dama que los guarda, se preocupa por el amor de Dios de prestárselos a los enfermos, y los guarda para que nada se pierda. –Las damas de esta cofradía deben tener la caridad de visitarse mientras están enfermas o afligidas y ayudarse en sus males, y mandar decir una misa una por la otra después del fallecimiento, y comulgar a su intención”. –Los reglamentos de las demás parroquias, en particular de la parroquia de San Lorenzo, son en el fondo los mismos que éste, con algunos aportes del reglamento de Châtillon.

Nº 3: REGLAMENTO DE LA COMPAÑÍA DE LA CARIDAD.

“La Compañía de la Caridad será instituida en la ciudad de ... para asistir corporal y espiritualmente a los pobres de dicha ciudad y pueblos adyacentes: espiritualmente, haciéndoles enseñar la doctrina y piedad cristianas; y corporalmente, haciendo aprender oficios y ganarse la vida a quienes no puedan trabajar, y proporcionando medios de vivir a los demás. Es también para visitar a los enfermos de dicha ciudad, según la orden de la asociación de la Caridad establecida en el dicho... que estará por este medio unida a la dicha compañía; de modo que, a fin de evitar la confusión, el ministerio estará dividido; perteneciendo el cuidado de los sanos a los hombres, y el de los enfermos y todo cuanto de ella depende, a las mujeres, sin que los oficiales de dicha compañía como tales no puedan tener ningún conocimiento de lo que depende de dicha asociación, cuya dirección temporal pertenece y pertenecerá al rector y oficiales de dicha asociación, como se ha hecho hasta ahora según el reglamento que se transcribe abajo: cuya unión no es otra cosa que tener el mismo patrón y los mismos ejercicios espirituales, los primeros domingos de los meses según el reglamento de la asociación: cumpliendo con ello el mandamiento que Dios nos dio en el capítulo quince del *Deuteronomio* 91, de hacer de manera que no tengamos mendigos que mendiguen entre nosotros, y el deseo que tiene que nos amemos y procuremos la salvación espiritual y corporal unos de otros, como su Hijo Jesús nos ha amado y procura incesantemente la nuestra.

Su Patron. El patrón de esta compañía será Nuestro Señor Jesucristo, que es la caridad misma.

De las personas de que se compondrá. Estará compuesta de hombres y de mujeres, que serán de virtud y de probidad conocidas, que se llamarán servidores y servidoras de los pobres, de los cuales éstas no serán recibidas sino con el consentimiento de sus maridos, padres y madres y, para evitar la confusión se verán reducidos unos y otras a un cierto número.

De los Oficios, y en primer lugar del Comendador. Él elegirá en primer lugar a un comendador que presidirá en las asambleas con el Sr. párroco, los cuales harán juntos que el presente reglamento y las ordenanzas que se den en las asambleas se observen y se ejecuten con fidelidad, caridad y diligencia.

De los Asistentes o Consejeros. Se elegirán además a dos de la compañía para ser consejeros de dichos señores prior, párroco y comendador, uno de los cuales representará a dicho señor comendador en su ausencia y hará su oficio.

Del Tesorero. La compañía elegirá también a un tesorero que recibirá y guardará el dinero de dicha compañía, y lo empleará según órdenes de ésta, y dará cuenta de ello cada año; y además, escribirá las resoluciones de dicha compañía en un registro que guardará a este efecto.

Del Visitador. Se elegirá finalmente a un visitador, que se cuidará de informar de los pobres vergonzosos, viudas, huérfanos, prisioneros civiles pobres y criminales, y de toda clase personas afligidas, para visitarlas y consolarlas, y socorrerlas según lo requiera el caso, y la asamblea lo ordene; cuidará asimismo de hacer de forma que todos los pobres vayan al catecismo y comulguen los primeros domingos del mes.

De la elección de dichos Oficiales. Éstos serán elegidos por dicha compañía, con mayoría de votos, y estarán en el cargo dos años solamente.

Del deber de los servidores de los pobres. Los servidores de los pobres visitarán cada uno en su día, por orden, la manufactura preparada a favor de los pobres, vigilarán para que los pobres cumplan con su deber, y todo ande según el reglamento, advirtiéndolo a dichos señores prior y comendador de la que haga falta, a fin de poner orden, pedirán los domingos y fiestas, por turnos, y practicarán los ejercicios espirituales que se anotan aquí.

Del modo de proveer a las necesidades de los pobres y de hacer que se ganen la vida. Todos los pobres son: o pequeños de cuatro a siete u ocho años, o muchachos de ocho a quince o veinte años; o de edad perfecta, pero incapaces o ancianos que no pueden ganar más que una parte de su vida, o decrepitos que no pueden hacer nada. Se dará a los pequeños, a los incapaces y a los decrepitos lo que necesiten para vivir a la semana; a los que ganen una parte de su vida, la compañía les dará la restante; y en cuanto a los muchachos, se los colocará en algún taller, como tejedor, que no cuesta más que tres o cuatro escudos por cada aprendiz; o bien se les montará alguna manufactura de obra fácil, como medias de estaño, o así: se reunirá a todos los jóvenes en una casa de alquiler, limpia, en la que vivirán y trabajarán, bajo la dirección de un eclesiástico, y la marcha de un maestro obrero, según el presente reglamento.

Oficio del eclesiástico de la manufactura. Será enseñar a los aprendices y demás pobres la doctrina y piedad cristianas, a saber, los días de fiesta, después de vísperas, en la iglesia, y el martes y el viernes en la manufactura a la una de la tarde; a lo que dedicará una media hora por lo menos; llevar a dichos aprendices en orden de dos en dos a la misa y a vísperas, las fiestas y domingos y, los sábados y vigiliias de las grandes fiestas a víspera solamente, y traerlos igual; hacer confesar y comulgar a los aprendices y demás pobres de la limosna todos los primeros domingos de mes y fiestas solemnes; asistir a la comida y cena de los aprendices, sin que les sea permitido ir a los campos ni recibir a ningún pobres de la manufactura más que con consentimiento de los oficiales de la caridad.

Del deber del maestro obrero de la manufactura. Será enseñar su oficio a los muchachos que los oficiales de la Caridad pondrán en la manufactura, según el orden aquí expuesto, sin que le sea permitido tomar ni despedir a ningún aprendiz por la razón que sea, sino por orden de los oficiales de la Caridad, a los que pertenece por competo la dirección de la manufactura.

De los aprendices de la manufactura. Los pobres aprendices con sus padres y madres, están obligados de palabra, con juramento, a enseñar gratis su oficio a los muchachos pobres de la ciudad, cuando los oficiales de dicha Caridad lo ordenen, al cargo que los aprendices a quienes enseñen estén alimentados por dicha compañía.

Empleo del día de la manufactura. Dichos aprendices se levantarán a las cuatro de la mañana, se habrán vestido para las cuatro y media, rogarán a Dios hasta las cinco, trabajarán hasta que toquen la primera misa, la que irán a oír en orden de dos en dos., regresarán de la misma forma, desayunarán a las ocho, comerán con silencio y la lectura a mediodía, merendarán a las tres y media, cenarán a las siete, se recrearán hasta las siete tres cuarto, harán su oración y el examen de conciencia, y luego se acostarán a las ocho.

Del ejercicio del primer domingo de mes. Dichos servidores y sirvientas de los pobres, para adquirir más y más el verdadero espíritu de caridad, se reunirán los primeros domingos de mes en la capilla de la Caridad para oír la santa misa que se dirá por dicha compañía, tras las *laudes*, se confesarán y comulgarán, si sus asuntos se lo permiten, y asistirán después de las vísperas a las letanías de Jesús o de la Virgen, con un cirio encendido en la mano y escucharán la exhortación que les hagan; todos los oficiales tratarán juntos de las necesidades espirituales y temporales de los pobres y de la manufactura, dando cada uno informe de lo que haya hecho en razón de su oficio y consultarán todos juntos sobre los medios de remediarlas por mayoría de votos que serán recogidos por el dicho señor prior párroco; o en su ausencia, por el comendador, sin que le sea permitido, una vez emitido su voto, discutir con quienes hayan sido de parecer contrario.

Del ejercicio de cada día y de la caridad mutua de los servidores y de las sirvientas de los pobres. Todos honrarán a N. S, J. y a su santa Madre y, para conseguir sus bendiciones sobre la obra, dirán cada día cinco veces *Pater noster* y cinco veces el *Ave Maria*, y además, para alimentar un amor mutuo y

conservar el espíritu de Jesús entre ellos, se visitarán estando enfermos, se confortarán en la aflicción, se ayudarán en la administración de los santos sacramentos y en el entierro, y se dirá un servicio por cada servidor y sirvienta de los pobres que fallezca, el todo sin embargo sin obligación de pecado mortal ni venial.

Del medio de mantener este gasto. El manteniendo de este gasto se funda en parte sobre la renta anual del hospital, en parte sobre las colectas que los servidores de los pobres en iglesias las fiestas y domingos cuando les toca, y parte sobre los cepillos que se colocan en las posadas donde, las azafatas tienen la caridad de pedir algo a los van a alojarse. De cualquier forma, la bondad de Dios ha provisto tan bien hasta ahora que nada ha faltado al mantenimiento de la obra, por lo que es signo de que le demos gracias y alabanzas por los siglos de los siglos, ya que así se cumple el deseo que tiene de que nos ocupemos de los pobres, que los ricos adquieren un millón de bendiciones en este mundo y la vida eterna en el otro, que los pobres son instruidos en el temor de Dios, se les enseña a ganarse la vida y se les ayuda en sus necesidades, y finalmente las ciudades se ven libres de muchos vagabundos viciosos, mejorados por el trato de las obras de los pobres. “

Concluida la trad. del primer vol., este 14 de diciembre de 2007.
Fiesta de S. Juan de la Cruz –M. A. c. m.

Libro Cuarto: San Vicente y la Reforma del Clero

Capítulo Primero: estado del clero y de la educación eclesiástica en francia antes de san vicente de paúl.

I. Decadencia de las instituciones de educación eclesiástica. El concilio de Trento. Las numerosas misiones a las que dedicó a los suyos san Vicente de Paúl, antes y después de la fundación de su instituto, le hicieron comprender muy pronto la necesidad de una reforma más radical que la reforma de los pueblos. Al estudiar las causas de la ignorancia y de la corrupción de los rebaños, reconoció en seguida que había que atribuir las a la ignorancia y a la corrupción de los pastores. Entonces ¿qué podía ser, qué podía durar la curación de los miembros, si el mal, algunos días después del paliativo de una misión, les seguía contagiando de los jefes? Y el agua momentáneamente purificada del riachuelo, ¿no iba a estar infectada de nuevo por una fuente corrompida?

Era pues en la fuente, en la cabeza a donde había que poner remedio. Y, en efecto, Vicente y sus sacerdotes, en sus misiones, reunían, mientras era posible, a los párrocos y a los Vicarios y, en conferencias sobre los deberes de su estado, trataban de hacerlos dignos de su vocación y capaces de guardar y completar la obra de la conversión de sus pueblos. Ya que, decía Vicente, “como los conquistadores ponen buenas y fuertes guarniciones en los lugares que han tomado para conservarlos, así los Misioneros, después de arrancar las almas del poder de Satán, deben también trabajar, en cuanto está de su parte,

para hacerlo de manera que las parroquias estén ocupadas por buenos párrocos y buenos sacerdotes, que conserven a los pueblos en las buenas disposiciones que hayan recibido por las misiones; y, a falta de ello, es casi inevitable que el diablo, expulsado de esos lugares, vuelva a apoderarse de ellos, por no encontrar a nadie que se oponga a sus malvados planes²⁴⁷.”

Pero Vicente debió reconocer también muy pronto que no era nada fácil, si bien no imposible, volver a la ciencia y a la práctica de sus deberes a los sacerdotes envejecidos en las funciones sagradas, y que no había salvación para la Iglesia y para los pueblos, más que en la formación de un sacerdocio nuevo.

Ahora bien, de todas las instituciones de educación eclesiástica nacidas del espíritu cristiano de los primeros tiempos: la escuela de los catequistas de Alejandría, la escuela de los sacerdotes de Emesse o de Nísibe, el seminario de San Agustín, las escuelas monásticas de Casiano y de San Benito; de todas las demás instituciones nacidas del impulso de Carlomagno, de donde salieron tantos sacerdotes eminentes en ciencia y en santidad, los Alberto Magno, los san Buenaventura, los santo Tomás, casi nada quedaba ya a comienzos del siglo XVI, y el protestantismo iba a dispersar o malograr lo poco que subsistía aún. Fuera de algunas escuelas de conventos, que habían sufrido en sí mismas la decadencia general, y que, además, se cerraban por lo general al clero secular, no quedaban ya más que algunas academias famosas de Francia y de Italia, más perniciosas quizás que útiles al bien general del clero. En efecto, por el honor y la fortuna que acarreaban a sus graduados, habían acaparado toda la educación eclesiástica. Pero llevados de ordinario por la ambición, los jóvenes clérigos perdían en los viajes y en la estancia en las grandes ciudades la piedad de una primera educación cristiana y no vivían la piedad sacerdotal en estas fuentes exclusivas de ciencia teológica. Por otra parte, estas grandes escuelas, que habían ahogado a todas las demás a su sombra, no pudiendo ser frecuentadas, por los gastos que suponían, más que por la gente de condición o de fortuna, la pequeña burguesía y el pueblo, donde se recluta ordinariamente el sacerdocio, se veían privados de todos los medios de educación eclesiástica.

Por eso, cuando san Ignacio pensó en dar a la Iglesia su hermosura primera, no encontró ya, por decirlo así, ni vestigio de seminarios; y, cuando el concilio de Trento formuló su decreto, pareció proclamar algo nuevo. Los Padres de Berna, los últimos, habían realizado algunos esfuerzos a favor de la educación clerical. Pero las tendencias cismáticas de sus últimas sesiones los hicieron indignos de realizar esta gran obra. como todo lo demás, como la definición última del dogma cristiano, como la renovación de la disciplina de la Iglesia, estaba reservada a ese grande y santo concilio de Trento, del cual salió el catolicismo de los tiempos nuevos, fuerte y puro como en los primeros días, y garantizado para siempre contra todo ataque de una herejía seria.

Ya Ignacio, después de combatir el protestantismo, lo que constituía propiamente su misión, y trabajado en el sostenimiento la extensión de la Iglesia, se había vuelto hacia la educación de la juventud, una de sus glorias y, en el centro mismo del catolicismo, había fundado el colegio germánico, cuyos discípulos debían ir luego a difundir la verdad en el centro mismo del error. En 1556, el cardenal Polus, amigo de Ignacio, en un proyecto de reforma para la Iglesia de Inglaterra, había introducido un plan de seminario calcado en el del

²⁴⁷ Conf. del 25 de octubre de 1643.

colegio de alemán. Es él quien formuló en el concilio la propuesta de un decreto en este sentido y, apoyado por Carlos Borromeo, otro amigo de Ignacio, consiguió el decreto de 1563. Este es el decreto memorable, principio de una reforma perpetua de la Iglesia por sí misma:

“Como los jóvenes, dicen los Padres del concilio, si no han sido bien educados, se sienten inclinados a seguir la voluptuosidad del mundo; y como si, desde sus más tiernos años, no se han formado en la piedad y en la religión antes de que las costumbres de los vicios se apoderen de ellos por completo, no pueden nunca y sin un ningún auxilio muy grande y muy particular del Dios todopoderoso, perseverar a la perfección en la disciplina eclesiástica, el santo concilio ordena que todas las iglesias catedrales, metropolitanas,, y otras superiores a ésta, cada una según la medidas de sus facultades y de la extensión de su diócesis, estén obligadas a alimentar, educar religiosamente e instruir en la disciplina eclesiástica a un cierto número de niños de su ciudad y diócesis, o de su provincia, si en el lugar no se encuentran suficientes, en un colegio que el obispo escogerá cerca de las iglesias mismas, o en otro lugar conveniente. En ese colegio, no se recibirá a ningún niño menor de doce años, y que no haya nacido de un matrimonio legítimo; que no sepa convenientemente leer y escribir, y cuyo natural y las disposiciones no den esperanza que se dedicará siempre al servicio de la Iglesia. el concilio quiere que se escoja principalmente a los hijos de los pobres; no excluye sin embargo a los de los ricos, mientras se mantengan a expensas propias y den señales de celo por el servicio de Dios y de la Iglesia. el obispo después de repartir a estos jóvenes en tantas clases como le parezca bien, según su número, su edad y sus progresos en la disciplina eclesiástica, empleará una parte, cuando le parezca oportuno, en el servicio de las iglesias, retendrá a los otros para ser instruidos en el colegio, y reemplazará a los que haya elegido, de manera que este colegio sea un perpetuo seminario de ministros de Dios. y a fin de que puedan ser formados más cómodamente en la misma disciplina eclesiástica, llevarán enseguida y siempre la tonsura y el hábito clerical, aprenderán la gramática, el canto, el cómputo eclesiástico y toda la disciplina de las bellas letras; estudiarán la sagrada Escritura, los libros eclesiásticos, las homilias de los santos, las formas de la administración de los sacramentos, sobre todo lo necesario para oír las confesiones, por último los ritos y las ceremonias. El obispo se cuidará de que asistan cada día al sacrificio de la misa, que confiesen sus pecados al menos una vez al mes y que, siguiendo el juicio de su confesor, reciban el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sirven, los días de fiesta en la iglesia catedral y en las otras iglesias del lugar. –Todas estas cosas y otras oportunas y necesarias a este efecto serán reguladas por los obispos con el consejo de dos canónigos de los más antiguos y de los más graves, que ellos mismos hayan escogido, siguiendo la inspiración del Espíritu Santo y, mediante frecuentes visitas, vigilarán para que se observen siempre. Castigarán con severidad a los díscolos, a los incorregibles, a los sembradores de malas costumbres, expulsándolos incluso si es necesario. Finalmente, vigilarán con diligencia para apartar todo obstáculo, y mantener lo que crean propio para conservar y aumentar un instituto tan piadoso y tan santo.”

El concilio reglamenta a continuación profusamente los medios de proveer a estos establecimientos de rentas necesarias, y sigue: “Que si los prelados de las iglesias catedrales y otras iglesias superiores fueran negligentes en establecer y conservar tales seminarios y se negaran a pagar su porción, el

arzobispo deberá reprender vivamente al obispo, el sínodo provincial reprender al arzobispo y a los superiores, y obligarles a todo lo dicho, y por último tener un cuidado particular de procurar y avanzar una obra tan santa y tan piadosa lo antes posible y en todas partes donde se pueda... Seguidamente, con el fin de que se provea con menos gastos al establecimiento de tales escuelas, el santo concilio establece que los obispos, arzobispos, primados y otros ordinarios de los lugares, obliguen a los rectores y demás que ocupan plazas a las que va unida la obligación de dar lecciones y de enseñar, y les obligarán incluso por la sustracción de sus frutos a desempeñar las funciones en dichas escuelas, por sí mismos si son capaces de ello, si no por gente capaz que los sustituirán y que ellos mismos escogerán con la aprobación de los ordinarios. Que si, a juicio del obispo, éstos no son dignos, nombrarán a algún otro que lo sea, sin que haya lugar a ninguna apelación; que si lo descuidan, el obispo mismo proveerá. –Los susodichos enseñarán lo que parezca oportuno al obispo. En adelante estos oficios o dignidades del rector, como le llaman, no serán conferidos más que a doctores o maestros, o a licenciados en teología o en derecho canónico, o a otras personas capaces, y que puedan por sí mismas desempeñar este empleo. Realizada de otro modo, la provisión será nula e inválida, a pesar de todos los privilegios y costumbres, aun de tiempo inmemorial. –Pero si, en alguna provincia, las iglesias sufren de tal pobreza que no se pueda en algunas erigir un colegio, el sínodo provincial o el metropolitano, con dos de los más antiguos sufragáneos, tendrá cuidado de erigir en la iglesia metropolitana o en alguna otra iglesia de la provincia más cómoda, uno o varios colegios, según lo juzgue conveniente, con la renta de dos o varias iglesias, de los que cada una no puede cómodamente establecer un colegio, y en él serán educados los hijos de estas iglesias. –Pero en las iglesias que tienen grandes diócesis, el obispo podrá, como le parezca oportuno, tener en si diócesis uno o varios seminarios, dependientes no obstante en todas las cosas del que esté erigido y establecido en la ciudad episcopal. –Por último,... si surgiera alguna dificultad que impidiera la institución del seminario o fuera obstáculo para su conservación, el obispo con los diputados ya nombrados, o el sínodo provincial, según la costumbre del país, podrá, atendiendo a la calidad de las iglesias y de los beneficios, y moderando incluso, o aumentando, si es necesario, lo que ya se ha dicho, reglamentar y ordenar todas las cosas, en general y en particular, que parezcan necesarias y útiles para el feliz progreso del seminario²⁴⁸.”

Animados por Balduino de Barga, obispo de Avesa, los Padres del concilio se dirigieron, el 23 de julio de 1563, a Pío IV para reclamar la ejecución de este decreto, y Carlos Borromeo, encargado de entregar su carta, la apoyó ante su tío. El 18 de agosto siguiente, el papa, después de la ceremonia del servicio aniversario de Paulo IV su predecesor, reúne a los cardenales, los consulta sobre este punto, y recibe de ellos una respuesta unánime. La fundación inmediata de los seminarios, en el sentido del concilio, se decide en Roma, y Carlos Borromeo con algunos prelados más, queda encargado de tomar cartas en el asunto. En efecto, el 30 de diciembre de 1563, Pío IV, en el discurso en el que denuncia la clausura del concilio, puede proclamar que el decreto ya está ejecutado en Bolonia y en Roma. Pronto, bajo la influencia de Pío V y de sus sucesores, estos establecimientos se fundan y se multiplican por todo el mundo

²⁴⁸ Ses. XXIII, c. XVIII.

católico, en Alemania, en España, en Portugal, en Bélgica, en Polonia, en Italia sobre todo, gracias al celo de san Felipe de Neri en Roma, y de san Carlos Borromeo en Milán. Casi en todas partes se confían a la dirección de los jesuitas.

II. *Primeros ensayos en Francia, en ejecución del decreto de Trento.* Francia sola quizás, entregada a la anarquía religiosa y política, y siempre, ay, con recelo contra todo lo que llegaba de Roma, se niega por largo tiempo, a pesar de las reclamaciones de los obispos, a recibir el concilio de Trento, y no hace excepción a favor del capítulo de la reforma del clero. Sobre el arzobispo de Cambrai recae quizás el honor de reclamar el primer establecimiento de los seminarios. “No será hasta entonces, dice en su concilio de 1565, cuando la Iglesia pueda en poco tiempo mostrarse de nuevo floreciente por la ciencia, la piedad y la pureza de conducta de sus servidores. En efecto, ¿cómo poder proponer y ejecutar otra cosa más hermosa que este decreto del concilio de Trento, por el cual se ordena erigir en todas las diócesis seminarios para los sacerdotes?” Y entonces comprometió a todos los miembros del concilio a contribuir a esta obra vital. Él mismo, en el correr de los años, dio una gran extensión a su seminario, fundó un segundo en Douai, bajo la dirección de los jesuitas, y les impuso unas reglas que se aplican todavía en esta clase de establecimientos.

El ilustre cardenal de Lorena, arzobispo de Reims, fundó y dotó con abundancia un seminario para cincuenta niños pobres, que fueron más tarde más numerosos, les dio más o menos las reglas del colegio germánico, y se lo confió a los jesuitas. Alma de la asamblea en los Estados de Blois de 1576, el cardenal le inspiró una elocuente reclamación a favor de los seminarios, señalados como remedio y término de los males de la Iglesia. Así ocurrió en 1579, en la famosa asamblea de Melón, que impuso a los obispos y a los eclesiásticos su erección como un deber indispensable, y redactó, sobre el modelo de Reims, el plan de su organización. En su concilio de Rouen de 1581, el cardenal y príncipe Charles de Bourbon emplazó a sus sufragáneos de Bayeux, Séez, Évreux, Lusieux, Arranches y Coutances, a trabajar de manera que en el mes de octubre siguiente se hubieran tomado todas las medidas para la construcción de los edificios, con la ayuda del clero y de los pueblos. En el año de 1583, los concilios de Reims y de Tours, presididos uno por el cardenal Louis de Guisa, sobrino y sucesor del cardenal de Lorena, el otro por Simón de Maillé, hablan en el mismo sentido. Ese mismo año, el concilio de Burdeos, bajo la presidencia de Antoine Prévost de Sansac, llega hasta dirigirse al rey y le suplica que use de su autoridad soberana para facilitar el establecimiento de los seminarios en sus Estados, que exhorte a los magistrados a tomarlos bajo su protección especial y fuerce a los recalcitrantes a cumplir este deber sagrado. El arzobispo de Burdeos es del pequeño número de los que lograron, en este fin de siglo, establecer un seminario. En el concilio de Bourges de 1584, el arzobispo deplora las guerras de religión, de las que su provincia ha sido uno de los principales teatros, y que han impedido la ejecución del decreto de Trento; se consuela con el pensamiento que las escuelas de varias iglesias catedrales lo han suplido, y exhorta sin embargo a sus sufragáneos a poner manos a la obra, y es el primero tal vez en distinguir entre seminarios menores y mayores.

A pesar de estos numerosos decretos de los concilios y de los comienzos de ejecución, la educación eclesiástica era casi nula en Francia. En las asambleas de Blois de 1588 a 1589, y de París en 1595, los obispos hicieron oír sus quejas y las llevaron hasta el pie de la Santa Sede. Clemente VIII les respondió con un breve lleno de unción, en el que les suplicó en nombre de Dios que mejoraran la vida moral de los sacerdotes, que perfeccionara su educación, y contribuyeran así al perfeccionamiento de la Iglesia misma. Este llamamiento fue escuchado. En las asambleas del clero de 1614, 1615 y 1625, y en la ordenanza de Blois de 1629, se renovaron todas las disposiciones precedentes. En la asamblea de 1614, el obispo de Arranches hizo que se decidiera que las comunidades religiosas y todo beneficiario de 300 libras de renta estarían obligados a contribuir a la fundación de seminarios. El mismo decreto en la asamblea de 1615 sobre la petición de François de Harlay, y en la de 1625, a petición del obispo de Chartres, Louis d'Étampes, quien remitió incluso sobre este asunto una excelente memoria, lamentablemente retirada por prevenciones galicanas.

No venían los impedimentos, ya se ve, por parte del alto clero, sino por parte de los parlamentos, siempre opuestos a la introducción del concilio de Trento, también por parte de la Universidad, celosa de los jesuitas, encargados de la dirección de casi todos los establecimientos ensayados. Asimismo, a comienzos del siglo XVII, no se hace mención más que de dos o tres seminarios subsistentes: los de Reims, de Burdeos y de Carpentras; y además, como se va a decir, se trataba menos de seminarios que de colegios.

III. *Estado del clero a comienzos del siglo XVII.* No había pues para los que se destinaban al estado eclesiástico ni casa común, ni ejercicios regulares, ni estudios especialmente aprobados a su vocación. Existían cierto grandes escuelas de teología en las que se enseñaba el dogma con ciencia y brillantez; pero la moral, y sobre todo la moral aplicada, la administración de los sacramentos, las ceremonias, las demás funciones sacerdotales, no tenían en ninguna parte su enseñanza teórica y práctica. Además, los jóvenes teólogos vivían en el mundo, cada uno según su categoría, sin regla, sin vigilancia, sin ninguna de las ayudas que ofrece la vida en comunidad. Los mejores, los más deseosos de adquirir el espíritu de estado se colocaban con buenos párrocos o buenos sacerdotes; pero si encontraban allí ejemplo y consejo, se veían también con demasiada frecuencia molestados en sus estudios y distraídos en sus ejercicios de piedad. Los demás, y eran el mayor número, se quedaban en sus familias o se alojaban en casas donde nada los llevaba al espíritu y a las virtudes de su estado. Entonces ni exámenes ni retiros de ordenación, ni conferencias; ninguno de estos medios poderosos empleados después con tanto éxito para formar dignos ministros del santuario. También pocos sacerdotes se distinguían por un celo más ardiente o por una virtud más brillante. Algunos hombres regulares y edificantes, sin duda; pero la mayor parte sin instrucción competente, sin hábitos piadosos, sin exterior, sin ropaje eclesiástico, no eran, para no hablar aquí de los escandalosos, más que gente honrada, que compartían las costumbres del mundo e incapaces de inspirar respeto y religión a los pueblos.

¿Qué decir de los que, en mayor número, vivían en el desorden y los abusos? Se ha de hablar sin embargo, aunque no sea más que por mostrar el servicio prestado al clero por Vicente de Paúl, o más bien la fuerza vital de la Iglesia,

que se regenera por sí misma, bajo la acción del espíritu de Dios, en el momento mismo en que ella parece que va a perecer. Aquí, sin salir de la vida de Vicente de Paúl, los testimonios abundan. Es él quien nos enseña que la Sra. de Gondi había encintrado, que él mismo había encontrado sacerdotes ignorantes hasta no saber la fórmula de la absolución. Es él también quien contaba en sus conferencias que la misa se decía aquí y allí de la manera más extraña y con una diversidad escandalosa. Algunos la comenzaban por el *Pater*; otros, en lugar de ir al altar adornados con vestiduras sagradas, tomaban la casulla entre las manos y no se la revestían hasta haber acabado el *Introito*. Una vez, en Saint Germain, se dio cuenta de siete u ocho sacerdotes que decían la misa cada uno de una forma diferente²⁴⁹.

Pero ¡qué tristes testimonios le llegaron de la ignorancia y de la corrupción del clero, una vez que hubo puesto manos a la obra, y que los obispos comenzaron a recurrir a él para la reforma de sus sacerdotes! “Yo trabajo, le escribía uno de ellos, yo trabajo, todo lo que puedo, con mis vicarios generales para el bien de mi diócesis, pero con escaso éxito para el grande e inexplicable número de sacerdotes ignorantes y viciosos que componen mi clero, que no pueden corregirse ni con palabras, ni con ejemplos. Siento horror cuando pienso que, en mi diócesis, hay casi siete mil sacerdotes borrachos o impúdicos que suben todos los días al altar, y que no tienen ninguna vocación.” –Exceptuado el canónigo de teología de mi iglesia, escribía otro, no sé de ninguno, entre todos los de mi diócesis, que pueda desempeñar ningún cargo eclesiástico. Por ahí veréis la grande necesidad en la que estamos de tener obreros.” Hasta en 1642, un canónigo de una iglesia catedral podía escribir también: “En esta diócesis, el clero está sin disciplina, el pueblo sin temor y los sacerdotes sin devoción y sin caridad, los púlpitos sin predicadores, la ciencia sin honor, el vicio sin castigo; la virtud es perseguida, la autoridad de la Iglesia odiada o despreciada; el interés particular es el peso ordinario del santuario, los más escandalosos son los más poderosos, y la carne y la sangre como si hubieran suplantado al Evangelio y al espíritu de Jesucristo. Vos seréis, lo doy por seguro, bastante solicitado por vos mismo para acudir en auxilio de esta diócesis, al ver sus necesidades. *Quis novit utrum ad regnum idcirco veneris, ut in tali tempore parareris*²⁵⁰ La ocasión es digna de vuestra caridad, si la muy humilde súplica que os hago de que lo penséis en serio delante de Nuestro Señor, os fuera agradable como llegada de uno de vuestros primeros hijos²⁵¹.” Después de eso, ¿nos vamos a extrañar de lo que cuenta el primer historiador de Vicente de Paúl sobre el desprecio en que había caído el sacerdocio? desprecio del que, por una especie de espantoso compromiso entre la avaricia y el honor, la riqueza de un beneficio hacía por sí sola hacer frente a la vergüenza del santuario, que la más sangrienta injuria para un hombre de condición era decirle: “Vos sois un sacerdote;” y que finalmente este nombre

²⁴⁹ Conf. del 13 de mayo de 1659.

²⁵⁰ “Y quién sabe si cuando lleguéis al trono, no estaríais debidamente preparada para este tiempo?” Palabras de Mardoqueo a Ester (c. IV, v, 14). Alusión evidente a las primeras entradas en la Corte de Ana de Austria. Richelieu y Luis XIII acordaron en ese tiempo a Vicente, como se contará enseguida, sobre la nominación de los obispos.

²⁵¹ De la conferencia de *los martes*. Ver más adelante c. III.

divino de sacerdote, según el primer biógrafo del P. de Condren, era sinónimo en el mundo de *ignorante* y de *libertino*²⁵².

IV. *Primeros ensayos de reforma. –El Oratorio.* Una reforma era pues necesaria. ¿De dónde iba a partir? El Oratorio parecía en un primer momento destinado a ello. se puede pensar por un instante que Bérulle estaba suscitado por Dios para hacer en Francia la obra de san Felipe Neri en Roma, y de san Carlos Borromeo en Milán; y, en efecto, Tabaraud, su historiador²⁵³ le atribuye el honor de haber establecido el primero los seminarios y formado a los demás fundadores de estas instituciones de educación eclesiástica. Como él podía regenerar la Iglesia por dos modos, educando a jóvenes clérigos o comunicando el espíritu de renovación a otros individuos, que habrían establecido luego sociedades sobre el modelo de la suya. De estos dos medio, el Oratorio se dejó escapar muy pronto el primero. No se ocupó apenas más que de misiones, de ministerio parroquial, y sobre todo, como parecía habérselo temido Bérulle, de la dirección de una multitud de colegios. En sus peticiones de bulas de institución, Bérulle había excluido la instrucción de la juventud en las bellas letras, y fue el papa quien se negó a adoptar una restricción semejante. Lo que no era más que un accidente o un accesorio en sus obras se convirtió pronto en su obra principal..

Pero al Oratorio corresponden la gloria y el mérito de haber formado a los primeros y más célebres maestros del clero: Eudes, quien le dejó, cuando le vio infiel a su vocación, para establecer la sociedad de los Eudistas, consagrada a la dirección de los seminarios; Vicente de Paúl, a quien hemos visto pedirle comunicación de su espíritu sacerdotal; Adriano Bourdoise, cuyos servicios vamos a dar a conocer; y por último Jean-Jacques Olier, el operario más grande de la obra del clero después de Vicente de Paúl.

Ese es el verdadero honor de los primeros sacerdotes del Oratorio, “de estos hombres apostólicos, -decía Bourdoise, quien había pasado tres meses con ellos,- destinados, como otros Noé, a repoblar nuestra Iglesia, tras el diluvio de males de de los siglos precedentes; y que, en efecto, han sido como las primicias de tantas santas familias que se han educado después en este reino.” Al P. de Condren, quien, siguiendo a Bérulle “había recibido el espíritu del Oratorio desde la cuna, pertenece sobre todo la realización de esta segunda parte de su vocación. Condren, el gran hombre y el verdadero santo del Oratorio francés, compendió ante y mejor que nadie la necesidad urgente de la reforma del clero, y el papel que estaba llamada a cumplir la congregación de la que fue el segundo general. Llama la atención en primer lugar que con esta viva inteligencia y este profundo sentimiento de las necesidades de la Iglesia no haya aplicado a ello directamente su persona ni a los suyos; pero, entre los elegidos de Dios, se ha de suponer, fuera de una vista más clara del presente, la segunda vista del futuro. Sin duda alguna, Condren tuvo el presentimiento, más o menos claro y reflexionado, de la caída próxima de su congregación en los errores del jansenismo. Entrevió por consiguiente que el Oratorio encargado él mismo de la educación del clero, no abriría en Francia al espíritu sacerdotal

²⁵² Vida del P. de Condren, lib II, c. VIII. París, 1656. –Véase también, sobre el desprecio en que había caído el Sacerdocio, una conf. del mes de noviembre de 1658, donde san Vicente atribuye esta decadencia a la borrachera.

²⁵³ Tom. I, p. 251.

más que una fuente infestada; que debía pues, por una especie de derivación comunicar a otros su gracia mientras que ella seguía pura aún.

Puesto que, repitámoslo, Codren era un santo, es decir un vidente. Bérulle mismo se prosternaba al pasar por delante de su habitación para besar la huella de sus pies, y escribía de rodillas lo que le había oído decir. Vicente de Paúl, según Olier, decía de él: "*Non est inventus similis illi*; y cuando se enteró de su muerte, poniéndose de rodillas y golpeándose el pecho, se acusaba, con lágrimas en los ojos de no haber honrado a este santo hombre como lo merecía. Testimonio más sorprendente el de santa Chantal, la hija de san Francisco de Sales, parecía colocarle por encima incluso de su venerado padre, cuando decía: "Si Dios ha dado a la Iglesia a nuestro bienaventurado fundador para instruir a los hombres, me parece que ha hecho culpable al P. de Condren de instruir a los ángeles."

El P. de Condren se dedicó pues a formar herederos de la gracia de lo que el Oratorio se iba a hacer indigno, descargó sobre otros la dirección superior de los colegios y de una parte de su administración general para ocuparse de los eclesiásticos en quienes descubría vocación para la obra del clero. Entre todos distinguió a Olier y a sus primeros compañeros: Caulet, conocido entonces con el nombre de abate de Foix, y más tarde obispo de Pamiers; a du Ferrier y los dos hermanos Brandon. Para unirse a él, dejó incluso a su primer director Vicente de Paúl, a quien no obstante siguió siempre unido por el más religioso respeto y la más santa confianza"Para los asuntos extraordinarios, solía decir, no dejamos de ver al Sr. Vicente;" y también: "El Sr. Vicente es nuestro padre."

El P. de Condren no se explicó nunca con sus discípulos sobre el designio que tenía sobre ellos, a no se la víspera de su muerte, ocurrida en 1641. Quería dejarles una memoria, que no tuvo nunca el tiempo de redactar. Pero les dejó algo mejor: su espíritu, cuya fecundidad creadora veremos pronto.

V. *El Padre Bourdoise*. Mientras tanto, cantidad de ensayos, de obras incluso habían tenido como objeto la santificación del clero. A la cabeza de todos sus promotores en los primeros años del siglo XVII, hemos de colocar a Adriano Bourdoise, a quien Godeau²⁵⁴ atribuye el mismo honor de iniciativa, que Tabaraud a Bérulle, pero sin más razón. Este hombre, comparado a Elías por el ardor de su celo, a Juan Bautista por su santa libertad en a los pequeños y a los mayores, se consumía de dolor a la vista de los escándalos del clero y del deterioro de la disciplina eclesiástica. Qué, exclamaba, se levantan academias para la nobleza donde se forman los jóvenes gentileshombres en el honor y en el oficio de las armas; y no existe oficio, por insignificante que sea, que no exija varios años de aprendizaje de aquellos que quieren hacer profesión de él, antes de ponerlos en el rango de maestros; solamente el estado eclesiástico, destinado a las funciones más importantes y a ministerios totalmente divinos, en el que se entra casi sin hacer preparación alguna!" Y entonces Bourdoise entraba en una santa cólera, y estallaba en sarcasmos que no perdonaban a nadie. Había algo de providencial en la aspereza, la rudeza y la importunidad de su celo ya que había que despertar a pesar suyo al clero dormido. Un discípulo de Olier ha dicho de Bourdoise: "Se le podían aplicar las palabras que los escribas y los fariseos dirigieron a Nuestro Señor con tono de malicia: "Sabemos que sois verídico y que enseñáis de verdad el camino de Dios, sin

²⁵⁴ *Tratado de los Seminarios*.

mirar a quién: *et non est tibi cura de aliquo.*” No había en él respeto humano, decía a cada uno la verdad sin temor, sin disfraz, aunque de una manera bastante singular. Es cierto que esta manera parecía chocar contra la prudencia humana, pero estaba llena de la prudencia de los santos; y a la vez que excitaba a veces a la risa, no por ellos dejaba de producir buenos efectos.” En 1612, Bourdoise, simple alumno en el colegio de Reims y no comprometido aún en las órdenes, fundó una pequeña comunidad de seis miembros, la mayor parte bachilleres en teología, a quienes impuso la vida común y el cultivo de las virtudes eclesiásticas. Ya sacerdote, tuvo con sus cohermanos numerosas conferencias, y les dirigió muchos discursos sobre los deberes de su profesión. Su casa fue muy pronto frecuentada por un buen número de alumnos del colegio de Reims, entre los cuales había hijos de familia, y por eclesiásticos y doctores. De ahí salió la reforma del clero de la ciudad que, con la sotana revistió enseguida las costumbres de su estado. La pequeña comunidad de Bourdoise, conocida con el nombre de *clericatura*, tomó una forma más estable a partir del año 1618. Después de cambiar varias veces de residencia, vino entonces a París, donde resolvió consagrarse a la educación de los jóvenes clérigos. Uno de sus miembros, Guillaume Compaing, hijo de un secretario del rey y tío segundo del ministro Chamillart, le dio su casa, situada cerca de la iglesia de Saint-Nicolas-du-Chardonnet. Frpger, párroco de esta iglesia, fue puesto al frente de la comunidad, que obtuvo pronto la aprobación del arzobispo de París y las letras patentes del rey. El seminario diocesano fue trasladado allí y confiado a sus sacerdotes. Los personajes más distinguidos contribuyeron a su mantenimiento; los magistrados Le Pelletier, La Houssaye y Destouches; los presidentes de Nesmond, de Herse y de Goussault; las damas de Chauvelin, de Clermont y de Miramion: la Asamblea del clero de Francia le otorgó una suma y el príncipe de Conti le legó 36.000 libras en testamento. La fundación de Bourdoise tenía dos fines: la preparación de los jóvenes clérigos y el mantenimiento de los sacerdotes en la gracia de su vocación por la vida de comunidad, tan favorable a la edificación, a la vigilancia mutua y al buen entendimiento para cumplir las funciones santas. La implantación de la vida común se debía sobre toda a la gracia de Bourdoise, como se lo había dicho Bérulle en 1611, en un retiro que había hecho en el Oratorio. En virtud del impulso dado por él, la vida común se extendió a un gran número de parroquias de París y de varias ciudades de Francia. Bourdoise mismo la organizó en Brou su patria, en la diócesis de Chartres; luego en Chartres mismo, en Beauvais, en Orleáns, en Arles, en Lyon, etc. Agers, Burdeos, Verdun, Meaux, Senlis, etc., siguieron el ejemplo. Muchos obispos se dirigieron a Bourdoise para organizar sus seminarios, y él cooperó en el establecimiento de los de Beauvais, y de Chartres. San Vicente de Paúl, que había fundado ya el seminarios de Bons-Enfants, y que profesaba hacia este sacerdote y su comunidad la mayor estima, le propuso, el 6 de febrero de 1641, la recepción recíproca de aquellos de sus súbditos que quisieran hacer intercambio de casas: “Yo digo de vuestros pensionistas, añadía Vicente, y no por cierto de aquellos que tienen la suerte de estar ligados a vuestra santa comunidad, a la que estimo como de las más santas que haya en la Iglesia de Dios, y en la que yo me sentiría feliz, si la Providencia no me hubiera atado a ésta.” En toda ocasión, Vicente hacía a los suyos el elogio de Bourdoise. “Ved, les dijo un día, ved al Sr. Bourdoise, este excelente sacerdote: ¿qué no hace, y qué no puede hacer?”

Ardiente promotor, Bourdoise hacía propaganda sin cesar a favor de la educación eclesiástica, y él buscaba por otras partes a otros apóstoles. En 1619, san Francisco de Sales, acompañado a París al príncipe cardenal de Saboya, que venía a negociar el matrimonio del príncipe de Piamonte con Cristina de Francia, hija de Enrique IV, le escribió una larga carta que él mismo llevó, en la que resaltaba el escaso fruto que producirían las predicaciones del santo obispo, por entonces reclamadas por todas partes, mientras que el clero y el pueblo no estuvieran mejor instruidos y mejor regulados. Francisco de Sales después de leer la carta dos veces con gran atención, habló una hora entera de su objeto con Bourdoise. Éste llevaba siempre la discusión a la reforma del clero. “es algo extraño, decía, que nadie piense en ello.” Luego, llevado por la libertad de su celo y volviéndose a Francisco: “Me sorprende, le dije, que un obispo a quien Dios ha dado tan grandes talentos, no los explote en formar a buenos sacerdotes, y se entregue casi exclusivamente a la dirección de las personas del sexo. –Convengo, respondió el santo obispo sin ofenderse por este atrevimiento de lenguaje, y estoy hasta muy persuadido de que no hay nada más necesario en la Iglesia que formar a buenos sacerdotes: pero ese es un ministerio demasiado alto para mi debilidad, y que yo dejo en manos más hábiles. El Sr. de Bérulle se ocupa de ello²⁵⁵, tiene para eso mayor capacidad y tiempo que yo, que estoy encargado de una vasta diócesis. Dejo a los orfebres que manejen el oro y la plata; los alfareros deben contentarse con manejar la arcilla. Estimo además de alta importancia la santificación de las personas del sexo: sólidamente virtuosas, ellas son capaces de grandes cosas en la Iglesia, y esparcen el perfume de su piedad; al mismo tiempo que su sexo débil merece un a gran compasión, su valor merece un gran interés. Ellas seguían a Nuestro Señor en sus correrías evangélicas; ellas le acompañaron hasta el pie de la cruz, mientras que no se encontraba en ellas más que un solo apóstol.”

Tal es la respuesta que el obispo de Belley (*Esprit de saint François de Sales*, p. X, sec. XIV) pone en la boca del santo obispo; respuesta más probable, más conforme con el espíritu de humildad y de caridad de san Francisco de Sales al mismo tiempo por los hechos, que la respuesta referida por Bourdoise. Si tuviéramos que creer a Bourdoise, o más bien a su historiador, Francisco de Sales habría contestado: “Confieso, y estoy persuadido que no hay nada más necesario en el Iglesia; pero después de trabajar yo mismo durante diecisiete años pata formar solamente a tres sacerdotes tal como yo los deseaba para reformar al clero de mi diócesis, no he podido reformar más que a uno y medio; y no he pensado en las Hijas de la Visitación, y en algunos seglares, más que cuando perdí toda esperanza con los eclesiásticos²⁵⁶.”

²⁵⁵ San Francisco de Sales que trabajó toda su vida en formar a un buen clero en sus diócesis, tuvo el proyecto de fundar una Congregación de eclesiásticos, y no renunció hasta que vio nacer la de Bérulle, a quien incluso deseó asociarse.

²⁵⁶ Durante su estancia en París, Francisco de Sales se dirigió más de una vez a la comunidad de Saint-Nicolas-du-Chardonnet. Quiso visitar por separado todas las habitaciones, y tuvo el placer de las conferencias semanales que Bourdoise daba al clero sobre las virtudes y obligaciones sacerdotales. Le invitó incluso a acompañarle, y le declaró todo el respeto y toda la estima que sentía por él y por su comunidad. Un día que el cardenal de Retz se quejaba del ardor y de la indiscreción de su celo: “Creedme. Monseñor, respondió Francisco, no hemos oído decir todavía que nadie haya sido condenado por haber perseguido con demasiado celo el restablecimiento de la disciplina eclesiástica.” (*Vie de saint François de Sales*, por el Sr. (Hamon), párroco de San Sulpicio, 2 vol. in-8, Paris, 1854, tom. II, p. 205 y ss.

VI. *Flojos resultados. –Seminarios-colegios.* Así las cosas, se ve que en esta fecha de 1619, nada estaba todavía sólida y universalmente establecido para la preparación y la reforma del clero. Y así continuó durante más de otros veinte años. Se llegó hasta ver los seminarios como imposibles, a causa de la inutilidad de las numerosas experiencias que se habían hecho. A fuerza de instancias, Bourdoise, Duval y algunos buenos sacerdotes provocaron de nuevo, en 1629, la asamblea del clero de Francia a deliberar sobre este punto importante; y de ahí el proyecto de establecer, para todo el reino, cuatro seminarios generales, que sirvieran de referencia para los demás. Pero hasta este proyecto pareció tan difícil, que la asamblea acabó por dejar a cada obispo el cuidado de actuar lo mejor posible. La dificultad primera era decidir qué forma se daría a estas clases de establecimientos. Según el concilio de Trento, los decretos de los concilios provinciales, y las ordenanzas de nuestros reyes, no estaban destinados más que a niños jóvenes. Así fueron, en efecto, pero pronto se apagaron o degeneraron en colegios, de los que apenas salían sacerdotes. El seminario establecido en Limoges por los Srs. de Ventadour no produjo un solo sacerdote en veinte años. Lo mismo sucedió con los demás seminarios de oratorianos, fundados en Sangres por Sébastien Zamet, en Auch por Léonard de Trapes, en Macon por Gaspard Donet, en Lyon por Denis de Marquemont; y también en Luçon, en le Mans, en Toulouse, etc. Saint Magloire mismo, fundado hacia 1620, esperó veintidós años, aunque adornado con el título de seminario diocesano para abrir sus ejercicios; y, cuando los abrió en 1642, sólo tuvo un débil comienzo, porque el cardenal de Richelieu, que había dado al P. Bourgoing, como a san Vicente de Paúl una suma para la obra de los seminarios, murió sin dejarle fundaciones.

El resto de los seminarios de los que se ha hecho mención anteriormente no tuvieron otro carácter, ni continuaciones más felices. Así el seminario establecido primeramente en París por el cardenal de Joyeuse para veintidós o veinticuatro jóvenes clérigos, bajo la dirección de los oratorianos, luego transferido a Dieppe, en 1614, bajo la misma dirección, por último a Rouen, donde pasó a manos de los jesuitas, no produjo lo que era de esperar por la generosidad de su fundador. “Apenas se ve a uno de estos jóvenes clérigos que lo lograra, decía Vicente de Paúl de nuevo en 1656. De manera que la fundación debió dedicarse al fin a alimentar a treinta pobres escolares, a quienes, por el nombre de su bienhechor se llamó *les Joyeuses*.”

Igualmente del seminario de Reims, que apenas se sostuvo veinte años. “Al cabo de veinte años, dice el historiador de Bourdoise, degeneró tan rápido que los eclesiásticos, que allí se educaban no servían más que de lacayos de los señores canónigos para llevarles la cola cuando iban al coro, de donde tomaros en nombre de *caudatarios*.” Se trató de restablecerlo en 1625, pero todavía estaba en un estado lastimoso cuando Valencia fue trasladado, en 1641, de Chartres a Reims. Burdeos tuvo pronto el mismo destino, a pesar de todos los esfuerzos del cardenal de Sourdis.

No citamos más que de memoria el *seminario de los Treinta y Tres*, fundado en París en el hotel de Albiac calle de la Montagne-Sainte-Geneviève, frente por frente del colegio de Navarra, por el P. Bernard, en acción de gracias por el nacimiento de Luis XIV, y así llamado por el número de los años que Nuestro Señor pasó en la tierra. Estaba destinado a escolares pobres que demostrarían vocación para el sacerdocio y les proveía de los medios de acabar sus

estudios. Si bien salió un gran número de laboriosos obreros para el ejercicio del ministerio y para las Misiones del interior y del exterior, no era todavía más que un seminario colegio, cuyos individuos debían pasar a otras manos para disponerlos directa y próximamente al sacerdocio.

Lo mismo debemos decir del seminario de Valence, fundado en 1630, por Christophe d'Authier de Sisgau, fundador de una asociación de sacerdotes misioneros. Sin duda, en la mayor parte de estas escuelas, en particular de las que estaban dirigidas por los oratorianos y los jesuitas, se enseñaba la teología conjuntamente con las humanidades, pero la mezcla de las edades, la confusión de los estudios, el carácter vago o híbrido de una educación que no podía aplicarse exclusivamente a candidatos serios del sacerdocio: todas estas causas, y muchas más aún, arruinaron o desnaturalizaron estos establecimientos. Bourdoise, por su parte, después de treinta años de ensayos inútiles, debió ceñirse a su comunidad de sacerdotes, y las comunidades parecidas que estableció en tantas ciudades se transformaron en comunidades de parroquias o en colegios de jóvenes escotas.

Para encontrar establecimientos de educación rigurosamente eclesiástica, una distinción bien clara entre los colegios y los seminarios, entre los seminarios llamados *menores* y *mayores*, se ha de llegar a Olier y sobre todo a san Vicente de Paúl.

Entre tanto, lo que se exigía de los prelados más celosos para la educación de sus clérigos, clérigos los más piadosos ellos mismos para su preparación a las santas órdenes, era el retiro de diez días llamado de los ordenandos²⁵⁷.

Capítulo II. Ejercicios de los ordenandos.

I. Su origen. –Primer retiro en Beauvais. Salido de una familia de toga, Augustin Potier de Gesvres, era hijo de Nicolas Potier de Blancmesnil quien, habiéndose distinguido por su fidelidad a Enrique IV durante la Liga, y a la causa de su hijo, después del asesinato de este príncipe, recibió de María de Médicis por recompensa el título de caballero. Había sido precedido en la sede de Beauvais por su hermano mayor, René Potier, quien, en los estados generales de 1614, fue encargado por el clero de solicitar adhesión del tercer estado a la publicación del concilio de Trento. Augustin estaba en Roma cuando murió René. Nombrado en su lugar, fue consagrado en 1617 en la iglesia de Saint-Louis de los Franceses. De vuelta a Francia, obtuvo muy pronto toda la confianza de Ana de Austria, que hizo de él en primer lugar su gran capellán y, llegada a regente, le introdujo en el consejo con el título de ministro de Estado. Pero caído en desgracia al cabo de algunos días, fue invitado a volver a su diócesis, donde murió en 1650. Ha pasado a la historia por un ministro incapaz, sobre todo porque fue enemigo de la política de Richelieu y quiso reemplazar las alianzas protestantes por las alianzas católicas. Es hacer oír al menos algún juicio que se emite sobre el hombre de Estado, quién era el obispo en Augustin Potier. En efecto, por su celo, su

²⁵⁷ Para todo este capítulo, ver las obras siguientes, *passim*: *Histoire des institutions d'éducation ecclésiastique*, por Augustin Theiner, traducido del alemán por Jean Gocen, 2 vol. in-8, París, 1841, tomo I. –*Essai sur l'influence de la religion en France pendant le XVII siècle*, por Picot; 2 vol in-8, París, 1824, Tom. I. –*Vie de M. Olier*, por M. Faillon; 2 vol. in-8, París, 1841, t. I. –A. Goleau, *Traité des seminaires*.

vigilancia pastoral, su amor a la Iglesia, fue uno de los mejores prelados de su tiempo.

Nos encontramos en 1628. desde su nombramiento al obispado de Beauvais, A. Potier gemía ante Dios por los males de su diócesis. De ello le hablaba con frecuencia a Bourdoise a quien les gustaba ver en París, con más frecuencia todavía con Vicente de Paúl quien, por sí mismo o por los suyos, había evangelizado con un éxito maravilloso casi todos sus campos. Pero si las Misiones, las cofradías de la Caridad habían renovado a sus pueblos, habían dejado a su clero en el desorden y la ignorancia. Tal era el objeto de todas las conversaciones del digno obispo con Vicente sea en París, sea en Beauvais, a sonde le invitaba a menudo a volver. Un día que apremiaba vivamente al santo sacerdote para que le indicara un remedio a un mal tan grande: “Monseñor, respondió Vicente, vayamos derechos a la fuente. Imposible enderezar a los eclesiásticos endurecidos en el desorden, pues un mal sacerdote no se convierte casi nunca. Es pues en los aspirantes al sacerdocio, y no en los que están ya revestidos de él, donde debéis buscar el principio de la renovación del clero. No admitáis a las órdenes más que a aquellos en quienes veáis la ciencia requerida y todas las señales de una verdadera vocación; y a esos mismos preparadlos durante el tiempo posible, para hacerlos cada vez más capaces de las funciones del santo ministerio.”

A Potier le pareció bien este pensamiento. Pero ¿cómo ejecutarlo en un tiempo en que no había ni seminarios, ni colegios eclesiásticos? Pasaron algunas semanas. En el mes de junio de ese año de 1628, el obispo y el santo sacerdote viajaban en la misma carroza, y la conversación entro por los cauces acostumbrados. De repente los ojos del obispo se cerraron, y pareció caer en un profundo sueño. Pero pronto levantándose: “No estoy durmiendo, dijo. Acabo de reflexionar seriamente en el mejor medio de preparar a los jóvenes eclesiásticos a las santas órdenes. Por ahora yo no puedo hacer otra cosa que recibirlos en mi casa, tenerlos allí unos días, y mandar instruirlos durante ese tiempo, por medio de conferencias regladas, sobre las cosas que deben saber y sobre las virtudes que deben practicar. – Oh! Monseñor, interrumpió Vicente en un santo arrebató y elevando la voz muy por encima del tono ordinario de su modestia, ése es un pensamiento que viene de Dios, ése es un excelente medio de poner poco a poco a todo el clero en buen orden.” La conversación continuó así por largo tiempo, Vicente animando al obispo, y el obispo reafirmando cada vez más en su propósito. “A vos, Señor Vicente, toca ayudarme a llevarlo a cabo, dijo por fin Potier cuando se separaron. Yo voy a prepararlo todo; vos poned por escrito el orden de los ejercicios que seguir durante este retiro y el proyecto de las materias que conviene tratar en él. luego dirijase a Beauvais quince o veinte días antes de la ordenación próxima. – Obedeceré, Monseñor, respondió Vicente, estando más seguro de que Dios me pide este servicio, saliendo de la boca de un obispo, que si me lo hubiera revelado un ángel.”

El mes de setiembre siguiente, estaba Vicente, en efecto, en Beauvais con Duchesne y Messier, doctores de la facultad de París. Después de examinar a los ordenandos, el obispo mismo hizo la apertura de los ejercicios, y los doctores comenzaron sus charlas, que prosiguieron hasta el día de la ordenación. Charlas y ejercicios, todo se hizo según el orden y la programación trazados por el siervo de Dios. Cosa única tal vez en su vida, a pesar del poco tiempo permitido a su lentitud acostumbrada y el control de la experiencia que

esta vez le faltaba, a la primera alcanzó la perfección, aunque el retiro de Beauvais sirvió literalmente de modelo a todos los retiros de ordenación que se hicieron en adelante, después como antes de la erección de los seminarios. Vicente se había reservado la explicación del decálogo. Lo realizó de una manera tan clara, tan fuerte y tan sentida que casi todos los asistentes quisieron hacer con él su confesión general. Duchesne mismo, que no descansaba de sus propias charlas al pie de la cátedra del santo sacerdote, adonde seguía acudiendo a buscar inspiraciones, quedó impresionado como los demás y, con gran edificación de los ordenandos, hizo también con Vicente una confesión de toda su vida.

II. *Su fundación en París, en Bons-Enfants y en San Lázaro.* Tal fue el primer retiro de los ordenandos. Al cabo de dos años, llegado a París el obispo de Beauvais, contó al arzobispo Juan Francisco de Gondi los grandes frutos que estos ejercicios comenzaban a producir en su diócesis y la importancia o mejor la necesidad de extenderlos a toda la Iglesia de Francia, comenzando por la capital. Además, más afortunado que ningún otro obispo, ¿no tenía Juan Francisco a su disposición y a mano a Vicente de Paúl, este hombre preparado para todo bien, y a quien una experiencia decisiva había mostrado tan idóneo para asegurar el éxito de esta obra excelente? Impresionado por estas razones y espoleado por el celo, presionado además por Bourdoise, el arzobispo ordenó, por un mandato escrito del 21 de febrero de 1631, que todos los aspirantes a las órdenes en su diócesis estuvieran obligados a prepararse a ellas con un retiro de diez días. Bourdoise había pensado en prestarse él mismo a la ejecución de este reglamento; pero, como casa era muy incómoda, pidió a Vicente que se encargara de la obra y de recibir a los ordenandos en el colegio de Bons-Enfants. Vicente se negó en un principio, diciendo que los ejercicios no eran del instituto de los Misioneros. Se rindió al final y abrió su colegio a los ordenandos. En efecto, este colegio primero, y pronto San Lázaro, fue designado como lugar de reunión por las ordenanzas del arzobispo de París.

El primer retiro se dio en la cuaresma siguiente y fue seguido de otros cinco en el curso de este año de 1631. Lo mismo pasó después hasta 1634, cuando los retiros se redujeron a cinco cada año por la suspensión del de mediados de la cuaresma. Se comprende con facilidad qué aumento de trabajo y de gastos supuso para la naciente congregación, que no poseía por entonces más que un puñado de sacerdotes y muy escasos recursos. Y, a pesar de ello, en el año de 1638 la carga se agravó más todavía. No sólo el arzobispo y el clero, sino las gentes del mundo y las mujeres mismas se dieron cuenta pronto con admiración de los cambios que estos ejercicios operaban en los eclesiásticos de las parroquias, cada vez más modestos, más piadosos, más atentos a las santas ceremonias. Todo el mundo los distinguía a su favor de los clérigos extraños a la diócesis de París que no habían sido formados bajo la misma disciplina. Algunas damas piadosas propusieron entonces a Vicente que admitiera a los ejercicios a todos los ordenandos, fuera cual fuera su diócesis, y ellas se ofrecieron a ayudarle con sus limosnas. Una de ellas la presidenta de Herse se encargó de todo por cinco años y envió en cada ordenación 1.000 libras a San Lázaro. La hermana del arzobispo, Carlota Margarita de Gondi, marquesa de Maignelay que consagraba su viudez y su fortuna a toda clase de

buenas obras²⁵⁸, y las Damas de la Caridad de París se unieron después a la presidenta de Herse y contribuyeron a los gastos. Pronto incluso hubo motivos de esperar una fundación duradera. Al comienzo de su regencia, Ana de Austria vino un día a Bons-Enfants durante un retiro de ordenación, asistió a una charla dada por Francisco de Perrochel, alumno y compañero de Vicente de Paúl, que acababa de ser nombrado al obispado de Boulogne. Quedó vivamente impresionada, y su honda piedad no tuvo dificultad en comprender qué importante era proseguir una obra tan útil a la Iglesia. Las damas de su séquito, algunas de las cuales, entregadas a esta obra, la habían arrastrado sin duda a Bons-Enfants, aprovecharon la ocasión para decirle: “Esta sí que es, Señora, una obra que merecería una fundación real.” Prometió pensarlo. Pero las dificultades de la Regencia y las demás necesidades del reino le hicieron abandonar este proyecto, y ella se contentó, al expirar los cinco años de la presidenta de Herse, con enviar durante dos o tres años algunas limosnas para contribuir al mantenimiento de los ordenandos. Después de lo cual, todo el peso del gasto recayó sobre la casa de San Lázaro; peso muy duro, sobre todo a partir del año 1646, cuando se debió en lo sucesivo, por ordenanza del arzobispo, admitir a los ejercicios incluso a los que no debían recibir más que las órdenes menores para darles más tiempo de reflexión con tiempo sobre su vocación y sobre los deberes del sacerdocio. El número de los ordenandos se elevó así de setenta a noventa y a veces a cien eclesiásticos que, cinco veces al año, y once días en cada ordenación, es decir durante cerca de dos meses, eran alojados, alimentados, mantenidos totalmente en San Lázaro, a expensas de la compañía de la Misión solamente. Calcúlese este gasto y júzguese la sobrecarga que imponía a Vicente en particular durante los años de disturbios y escasez, en que ya costaba tanto mantener vivos a los suyos. Y no obstante, en estas rudas circunstancias, resultó en vano que personas de importancia le comprometieran a renunciar, al menos momentáneamente, a esta onerosa caridad. En su desprecio de los bienes de este mundo, sobre todo cuando el bien de Dios y de la Iglesia estaban en juego, él no quiso nunca consentir. No sólo continuó recibiendo a su cargo a los ordenandos, sino que se opuso a todo ahorro que, disminuyendo su bienestar, habría podido encoger su alma y cerrarla a las gracias del retiro²⁵⁹

III. *Reglamento de estos ejercicios.* Este es el orden que prescribió para el mejor empleo de estos días preciosos. Al llegar a Bons-Enfants o a San Lázaro, los ordenandos daban sus nombres y cualidades. En la puerta se encontraban con los hijos de Vicente de Paúl, sacerdotes, clérigos y hermanos que los esperaban como criados que esperan a sus dueños. Los misioneros recibían su pequeño equipaje, se encargaban de él, los conducían a sus habitaciones, y se ponían a su disposición para toda clase de servicios. No sólo los dirigían por la casa, les explicaban el orden del día, los animaban, les recomendaban la fidelidad, el recogimiento, el silencio y la modestia, sino que les hacían cada día las camas y las habitaciones, se rebajaban para servirles a los más bajos oficios. Un director de ordenación llevaba la intendencia de unos y de otros, y vigilaba para que los oficiales y ordenandos cumplieran con su

²⁵⁸ Margarita de Gondí, viuda de Florimond de Halluin, marqués de Maignelay, dio 18.000 libras para la alimentación de los ordenandos en San Lázaro, por testamento y ordenanza de última voluntad, en fecha de 1643 y 1647. Ella murió en 1650. –Archivos del Estado, M. 168.

²⁵⁹ Entrega de Casset, *sum.* p.117..

deber para mayor éxito del retiro. De les daban cada día dos charlas: una por la mañana, sobre los principales capítulos de la teología moral; la otra, por la noche, sobre las virtudes y funciones de las sagradas órdenes. Las de la mañana comprendían sucesivamente las censuras e irregularidades; el sacramento de penitencia y las disposiciones que requiere ya en sus ministros, ya en los que se acercan a él; las leyes divinas y humanas; los pecados con sus circunstancias, sus efectos y sus remedios; el decálogo, los sacramentos y el símbolo de los apóstoles.

Las charlas de la tarde trataban de la oración mental, de su necesidad y de su método; de la vocación eclesiástica, de su importancia, de sus señales, y del modo de corresponder a ella; del espíritu sacerdotal, de su naturaleza y de su adquisición; de las órdenes en general y en particular, de sus obligaciones, de las disposiciones de ciencia y de virtud para recibirlas bien, para conservar y aumentar su gracia; por último, de la vida santa y laboriosa de los eclesiásticos en el mundo.

Si se exceptúan las conferencias estrictamente teológicas, inútiles en adelante desde el establecimiento de los seminarios, tal es el orden que se observa todavía en todos los retiros de ordenación y, como casi todas las instituciones destinadas para bien del clero y de los pueblos, se remonta hasta Vicente. Pero como era imposible tratar en diez días, con un desarrollo conveniente, materias tan extensas, se adaptaban a dar al menos un compendio que recordara a los sabios lo que habían estudiado ampliamente, y sirviera a los más ignorantes de primer informe y también de programa para estudios posteriores. Después, a fin de inculcar a todos con mayor profundidad la ciencia competente, todos los días, después de cada charla, ante todo después de las charlas teológicas, se los distribuía en pequeñas academias compuestas de doce o quince ordenandos de igual fuerza más o menos. Cada una estaba presidida por un sacerdote de la Misión quien preguntaba a los ordenandos sobre lo que se había dicho de más importante, los animaba a conversar entre ellos, dirigía y resumía la discusión, de suerte que quedara en todas las cabezas un rasgo profundo y duradero.

Con el fin de unir la práctica a la teoría, cada día se ejercitaba también a los ordenandos en la oración mental, en la recitación pública del oficio divino, en las ceremonias de la Iglesia, en las funciones de las diversas órdenes que iban a recibir. Por último los disponían a una confesión de toda su vida o a una revisión de los últimos años, que iba seguida de una comunión general. no podían salir y volver a sus casas hasta el domingo siguiente a la ordenación, después de una misa mayor y una comunión de acción de gracias.

Con todo, no se les imponía, ni siquiera durante este retiro, un régimen demasiado austero. Alimentación, sueño, recreaciones, todo se les daba en proporción conveniente. En una palabra, se los sometía al plan de vida que debían y podían continuar con facilidad en el mundo.

IV. Espíritu de estos ejercicios. Ese es el cuerpo, de alguna manera, de estos piadosos ejercicios. Vicente era el alma por sí mismo o por aquellos a los que infundía su espíritu. En los días que precedían a cada ordenación, insistía con celo y santa elocuencia para disponer a los suyos a la gran obra de la que iban a ser los instrumentos.

Buscaba en primer lugar hacerles comprender su grandeza divina y su necesidad: “Emplearse en hacer buenos sacerdotes, decía, y colaborar en ello

como causa segunda eficiente instrumental, es hacer el oficio de Jesucristo que, durante su vida mortal, parece haber puesto todo el empeño en formar a doce buenos sacerdotes, que son los apóstoles; habiendo querido, para ello, permanecer varios años con ellos a fin de instruirlos y formarlos en este divino ministerio... Nosotros somos pues llamados por Dios en el estado que hemos abrazado para trabajar en una obra maestra: puesto que es una obra maestra hacer buenos sacerdotes, después de lo cual no se puede pensar en nada más grande ni más importante... ¿Qué hay más grande en el mundo que el estado eclesiástico? Los principados y los reinos no se le pueden comparar. Los reyes no pueden, como los sacerdotes, cambiar el pan en el cuerpo de Nuestro Señor, perdonar los pecados, y todas las demás ventajas que tienen por encima de las grandezas temporales.”

Si tal es la grandeza del sacerdocio, que se piense en su acción, saludable o funesta, según sea fiel o no a su vocación: “Como son los pastores, así son los pueblos. Se atribuyen a los oficiales de un ejército los buenos y los malos éxitos de la guerra; y se puede decir también que si los ministros de la Iglesia son buenos, si cumplen su deber, que todo irá bien; y al contrario, si no lo cumplen, que ellos son causa de todos los desórdenes... Sí, nosotros somos la causa de esta desolación que asola a la Iglesia, de esta deplorable disminución que ha sufrido en tantos lugares; habiendo quedado arruinada casi por completo en Asia y en África, y hasta en una gran parte de Europa, como en Suecia, en Dinamarca, en Inglaterra, Escocia, Irlanda y otras Provincias unidas, y en una gran parte de Alemania. ¡Y cuántos herejes no tenemos nosotros en Francia! .. Sí, Señor, somos nosotros quienes hemos provocado vuestra cólera; son nuestros pecados los que han atraído esas calamidades. Sí, son clérigos y los que aspiran al estado eclesiástico, son los subdiáconos, son los diáconos, son los sacerdotes, nosotros que somos sacerdotes, los que hemos causado esta desolación en la Iglesia.” Y, entrando en detalles más particulares, recorría los rangos de eclesiásticos de su tiempo. Unos son inútiles: Dicen su breviario, celebran su misa, y eso muy pobremente, algunos administran los sacramentos más o menos bien, y eso es todo.” Pero un gran número de los demás están en el vicio y en el desorden. Y hablaba de los sacerdotes de toda una provincia, de tal manera entregados a la bebida, que se había necesitado una asamblea de obispos para buscar a este mal innoble un remedio que no se encontraba. “No es, añadía él para consolarse y consolar a los suyos, no es que todos los sacerdotes están en el desorden. No, oh Salvador, que hay santos eclesiásticos! . Nos vienen tantos aquí al retiro, párrocos y otros, que vienen de muy lejos exclusivamente para poner buen orden en su interior. Y cuántos buenos y santos sacerdotes en París. Los hay en gran cantidad; y entre estos Señores de la conferencia que se reúnen aquí, no hay ninguno que no sirva de ejemplo: trabajan todos con frutos sin igual. Si pues hay malos eclesiásticos en el mundo, -yo soy el peor, el más indigno y el mayor pecador de todos, - también por el contrario los hay que alaban altamente a Dios por la santidad de sus vida.”

Pues bien, nuestra vocación es corregir a los malos y perfeccionar a los buenos. Pero ¿quiénes somos nosotros para este ministerio? “No somos más que unos pobrecitos, pobres trabajadores y campesinos; y ¿qué proporción hay de nosotros miserables a un oficio tan santo, tan eminente y tan celestial?... Es a nosotros a pesar de todo a quienes Dios ha confiado una gracia tan grande como la de contribuir a restablecer el estado eclesiástico. Dios no se ha dirigido

para ello, ni a los doctores, ni a tantas comunidades y religiones llenas de ciencia y de santidad; sino que se ha dirigido a esta pequeña, pobre y miserable Compañía, la última de todas y la más indigna. ¿Qué encontró Dios en nosotros para un empleo tan grande? ¿Dónde están las acciones ilustres y resonantes que hemos hecho? ¿dónde esa grande capacidad? Nada de eso; es a unos pobres miserables idiotas a quienes Dios, por su pura voluntad, se dirigió, para tratar una vez más de reparar las brechas del reino de su hijo y del estado eclesiástico. Oh, Señores, conservemos bien esta gracias que Dios nos ha dado con preferencia a tantas personas doctas y santas que la merecían más que nosotros; pues si nosotros llegamos a hacerla inútil con nuestra negligencia, Dios nos la retirará para dársela a otros y para castigarnos por nuestra infidelidad. Ay, ¿quién de nosotros será la causa de una desgracia tan grande, y quién privará a la Iglesia de un bien tan grande? ¿No seré acaso yo, miserable? Ay, no se necesita más que un miserable, tal como yo, quien por sus abominaciones aparte los favores del cielo de toda una casa, y haga caer la maldición de Dios. Oh Señor, que me veis todo cubierto y lleno de pecados que me abrumen, no privéis por ellos de vuestras gracias a esta pequeña Compañía, haced que continúe sirviéndoos con humildad y fidelidad, y que coopere al plan que parece que tenéis de hacer, por su ministerio, un último esfuerzo para contribuir a restablecer le honor de vuestra Iglesia.”

Así es como Vicente se complacía siempre en su bajeza, se sumergía en ella muy feliz, y se esforzaba en arrastrar a los suyos con el mismo sentimiento. Pero, lejos de encontrar la desesperación, encontraba en ello la confianza. Dios, decía, ha empleado siempre instrumentos débiles para los grandes designio. En la institución de la Iglesia, ¿no escogió a unos pobres ignorantes y rústicos? Sin embargo, con ellos destruyó la idolatría, sometió a la Iglesia a los príncipes y a los poderosos de la tierra, y extendió nuestra santa religión por todo el mundo. Él puede servirse también de nosotros, despreciables como somos, para ayudar al avance en la virtud del estado eclesiástico. En nombre de Nuestro Señor, Señores y hermanos míos, entreguémonos a él, para contribuid todos con nuestros servicios y buenos ejemplos, con oraciones y mortificaciones.”

Y con estas últimas palabras resumía los medios que le gustaba aconsejar para asegurar el éxito de la santa obra. Antes y después de todo, en todo la oración: “Conviene orar mucho, en vista de nuestra insuficiencia... Salvador mío, todo no servirá de nada, si vos no ponéis en ello la mano. Es necesario que sea vuestra gracia la que opere todo en nosotros, y la que nos dé este espíritu sin el cual no podemos nada. ¿Qué sabemos hacer, nosotros que somos miserables? Oh Señor, dadnos vuestro espíritu de vuestro sacerdocio que tenían los apóstoles y los primeros sacerdotes que los siguieron. Dadnos el verdadero espíritu de este sagrado carácter que vos habéis puesto en pobres pecadores, en artesanos, en gente de aquel tiempo, a quienes por vuestra gracia comunicasteis este grande y divino espíritu.” Entonces pedía a todos, en la época de las ordenaciones, que ofrecieran a Dios, con el fin de obtener buenos sacerdotes, sus comuniones, sus oraciones y todas sus buenas obras. Se lo pedía a los suyos, se lo pedía a las comunidades religiosas, a las Damas de la Caridad, a quienes enviaba a implorar esta gracia al altar de la Virgen en la iglesia de Nuestra Señora²⁶⁰. Y, para animar estas petición, decía: “Santa

²⁶⁰ *Sum.* p. 181..

Teresa, que veía en su tiempo la necesidad que tenía la Iglesia de buenos obreros, pedía a Dios que hiciera buenos sacerdotes, y quiso que las hijas de su orden hiciesen a menudo oración por ello. y puede ser que el cambio en mejor que se ve en esta hora en el estado eclesiástico, es debido en parte a la devoción de esta gran santa.” Cuanto más humildes, más seguras le parecían de ser escuchadas. Por eso, se lo pedía a los hermanos más humildes de su comunidad. “Podrá suceder quizás, decía, que si Dios quiere que haya algún fruto sea por las oraciones de un hermano que no se acerque a estos señores ordenandos. Estará ocupado en su trabajo ordinario, y mientras trabaja se elevará a Dios con frecuencia para pedirle que tenga a bien bendecir la ordenación, y puede ser también que, sin que lo piense, Dios haga el bien que él desea por las buenas disposiciones de su corazón. Se lee en los salmos: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus...*” Aquí Vicente se detuvo de repente, por no acordarse del resto del versículo y, siguiendo su humilde costumbre, familiar y dramático, se volvió hacia sus asistentes y preguntó: ¿quién me dirá el resto?” uno de ellos terminó: “*Praeparationem cordis eorum audivit auris tua.* –Dios le bendiga, Señor,” respondió el santo. –Era su agradecimiento ordinario. Y encantado de la belleza de este pasaje, lo repitió varias veces con transportes de alegría y de devoción; saboreó su dulzura, y añadió, para comunicar el gusto a sus discípulos: “¡Maravilloso modo de hablar, digno del Espíritu Santo! “El Señor ha escuchado el deseo de los pobres, él ha oído la preparación de su corazón;” para hacernos ver que Dios escucha a las almas bien dispuestas antes de que se lo pidan. Esto es de gran consuelo, y nosotros debemos sin duda animarnos en el servicio de Dios, aunque no veamos en nosotros más que miserias y pobreza.”

A la oración recomendaba unir la humildad. “Estas deben ser, decía, las armas de los Misioneros; por este medio es como todo tendrá buen fin, por la humildad que nos hace desear la confusión de nosotros mismos; ya que créanme, Señores y hermanos míos, es una máxima infalible de Jesucristo que yo les he anunciado a menudo de su parte, que antes que un corazón se vacíe de sí mismo, Dios lo llena; es Dios quien queda y quien actúa ahí dentro, y es el deseo de la confusión el que nos vacía de nosotros mismos, es la humildad, al santa humildad; y entonces ya no seremos nosotros los que actuaremos, sino Dios en nosotros, y todo andará bien. Oh ustedes pues que trabajan inmediatamente en esta obra, ustedes quienes deben poseer el espíritu de sacerdocio inspirándoselo a quienes no lo tienen, ustedes a quienes Dios ha confiado estas almas para disponerlas a recibir este Espíritu santo y santificador, no apunten más que a la gloria de Dios; tengan la sencillez de corazón con él y el respeto con estos Señores sepan que es así como les aprovechará a ustedes. Todo lo demás les servirá de poco. No hay otra cosa que la humildad y la pura intención de agradar a Dios que haya hecho triunfar esta obra hasta ahora.”

La humildad es entregada y servicial. “Rindamos a los señores ordenandos, añadía el santo, toda clase de respetos y de deferencias, no nos hagamos los entendidos, sino sirvámosles cordial y humildemente...usando una vigilancia particular en ver, en buscar y en facilitarles sin demora todo lo que pueda contentarlos; siendo ingeniosos en proveer a sus necesidades; adivinando incluso, si es posible, sus inclinaciones y sus deseos, y adelantándonos para satisfacerlos en lo que se pueda razonablemente.” El mimo daba ejemplo y no

temía rebajarse a las más viles funciones. Se le vio un día lustrar los zapatos de un ordenando, a quien un Hermano le había negado este servicio²⁶¹

Contaba muy en particular para el éxito de los ejercicios con la predicación del buen ejemplo, de todas la más elocuente y la más eficaz “Lo que el ojo ve, decía, nos llega mucho más que lo que el oído oye, y creemos más bien en un bien que nosotros vemos que en el que oímos. Y aunque la fe entre por el oído, *fides ex auditu*, sin embargo, las virtudes cuya práctica vemos causan más impresión en nosotros que las que se nos enseñan. Las cosas físicas tienen todas sus especies diferentes por las cuales se las distingue. Cada animal, y el hombre mismo, tiene sus especies, que le dan a conocer tal como es y distinguir de otro de parecido género, de la misma manera los siervos de Dios tienen especies que los distinguen de los hombres carnales; es una cierta composición exterior humilde, recogida y devota que procede de la gracia que tienen dentro, la cual lleva sus operaciones al alma de los que las examinan. Hay personas aquí tan llenas de Dios. que no las miro sin sentirme impresionado. Los pintores, en las imágenes de los santos, nos los representan rodeados de rayos; es que los justos que viven santamente en la tierra difunden una luz especial al exterior que no es propia más que de ellos. Aparecía tanta gracia y tanta modestia en la santísima Virgen, que imprimía reverencia y devoción en los que tenían la suerte de verla; y en Nuestro Señor aparecía todavía más; sucede la mismo en proporción con los demás santos. Todo ello nos hace ver, Señores y hermanos míos, que si trabajan en la adquisición de las virtudes, que si se llenan de las cosas divinas, y si cada uno en particular tiene una tendencia continua a su perfección; aunque no tuvieran ningún talento exterior para emplearlo en estos señores ordenandos, Dios hará que con sola su presencia les lleguen luces a su entendimiento y encienda sus voluntades para hacerlos mejores.”

Siendo el buen ejemplo la única predicación en uso entre los hermanos, Vicente se lo recomendaba, en este sentido, con la misma insistencia que la oración y el buen servicio; pero hacía de ello una urgencia no menos estrecha a sus clérigos y a sus sacerdotes, sobre todo en la iglesia y en las ceremonias. La precipitación, las genuflexiones trucadas(simulacro de), las menores negligencias en el oficio eran un suplicio para su espíritu de religión, y un espanto a su alma siempre temblorosa ante la posibilidad de un escándalo. También avisaba en particular, y cuando hacía falta en público, de todas las infracciones que observaba. Uno de los suyos pasaba ligeramente por delante del altar con una inclinación inmodesta e irreflexiva, le llamaba enseguida y le mostraba cómo y hasta qué punto había que rebajarse ante Dios. Y decía entonces: “Nosotros ni debemos presentarnos como marionetas, a las que se les obliga a hacer movimientos ligeros y reverencias sin alma y sin espíritu²⁶².” Y añadía en su costumbre humilde de hacerse responsable de todas las faltas: “¿Quién es culpable, hermanos míos? Es este miserable que se pondría de rodillas, si pudiera. Excusen mis incomodidades²⁶³.” En efecto, cuando se vio incapaz de colocar la rodilla en tierra, fue para él una privación cruel, que atribuía a sus pecados, y por la que pedía públicamente perdón, con ruego de

²⁶¹ Carta de Humbert Aucelin, antiguo obispo de Tulle, a Clemente XI, del 18 de julio de 1705. este obispo que fue enterrado en la iglesia de San Lázaro había conocido a muchas personas, que ellas mismas habían estado en relaciones íntimas con san Vicente.

²⁶² Rep. de oración del 28 de julio de 1655.

²⁶³ Conf. de 25 de setiembre de 1659.

que no se escandalizaran. “No obstante, añadía, si veo que la Compañía se relaja, me esforzaré en poner la rodilla en tierra, me cueste lo que me cueste, manos al levantarme lo mejor pueda, con la ayuda de alguno de ustedes, o apoyándome en las manos, para dar de esta forma el ejemplo que debo. Ya que las faltas que se cometen en una comunidad, se imputan al superior, y las de la congregación en este punto son de consecuencia: bien a causa de que se trata de un deber de religión, y de una reverencia exterior que marca el respeto interior que tributamos a Dios; que ya que si somos los primeros en faltar en ello, los ordenandos y los eclesiásticos de fuera que vienen aquí creerán que no están obligados a hacer más y los de la Compañía que vengan después de nosotros y que se comportarán según nosotros, harán todavía menos, y de esta forma todo irá decayendo; puesto que si el original es defectuoso, ¿qué les pasará a las copias?. Les ruego pues, Señores y hermanos míos, poner en ello mucha atención y comportarse en esta acción, de manera que la reverencia interior se adelante y acompañe siempre a la exterior. Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad, y todos los verdaderos cristianos deben comportarse de ese modo, a ejemplo del Hijo de Dios, el cual, prosternándose con el rostro en tierra en el huerto de los Olivos, acompañó esta devota postura con una humillación interior muy profunda, por respeto a la majestad soberana de su Padre.”

Lo que decía de la genuflexión, lo extendía al resto de las ceremonias. “No son, en verdad, más que la sombra, pero es la sombra de las cosas más grandes, que requieren que se las haga con toda la atención posibles, y que se las muestre con un silencio religioso, y una gran modestia y gravedad. ¿Cómo las harán estos señores, si nosotros mismos no las hacemos bien? Que se cante reposadamente, con moderación, que se salmodie con un aire de devoción. Ay, ¿qué responderemos nosotros a Dios, cuando nos pida cuenta de esto, si se hizo mal?”

Y concluía así este capítulo de la edificación de los ordenandos: “¡Qué dichoso son ustedes, Señores, por extender con su devoción, dulzura, afabilidad, modestia y humildad, el espíritu de Dios en estas almas y servir a Dios en la persona de estos mayores servidores! ¡Qué dichosos son ustedes que les darán buen ejemplo en las conferencias, en las ceremonias, en el coro, en el refectorio y en todas partes! Oh, ¡qué dichosos seremos todos, si con nuestro silencio, discreción y caridad, respondemos a las intenciones para las cuales Dios nos los envía!”

En estas recomendaciones multiplicadas había, aparte del acento de la virtud, sabiduría profunda y experiencia consumada. Entre los eclesiásticos de número casi infinito que venían a San Lázaro, se hallaban hombres de un talento eminente y de una ciencia ya muy difundida, sobre los que el espectáculo del bien debía producir más efecto que el lenguaje más elevado del saber y de la elocuencia. Así Vicente decía de ellos: “No es con la ciencia como se los gana ni por las bellas cosas que se les dice. Son más sabios que nosotros. Muchos son bachilleres, y algunos licenciados en teología, otros doctores en derecho, y hay pocos que no sepan la filosofía y una parte de la teología. Investigan todos los días, y casi nada de lo que se les pueda decir aquí les resulta nuevo; ellos lo han oído o leído ya. Dicen ellos que no es eso lo que los impresiona, sino que es las virtudes que ven practicar aquí²⁶⁴.”

²⁶⁴ Conf. del 8 de junio de 1658.

Sencillez en la exposición y la palabra, pureza en la intención, es lo que Vicente pedía a los oradores de los retiros de ordenandos, y en estos dos puntos se resumía su retórica: “Conviene que dicten la moral familiar y desciendan siempre a lo particular, con el fin de que entiendan y comprendan bien. Conviene apuntar a eso, obrar de manera que los oyentes se queden con todo lo que se les ha dicho en la charla. Guardémonos mucho de que esa mal espíritu de la vanidad se introduzca en nosotros al querer hablarles de las cosas altas y escogidas; ya que eso no hace más que destruir, en lugar de edificar. Pues bien, se llevarán todo cuanto se les haya dicho en la conferencia si se les inculca con sencillez y si se les habla de ello solamente, y no de otras cosas... La sencillez los edifica, y se sienten satisfechos con ello y no vienen a buscar aquí otra cosa. Las verdades que se les enseñan son bien recibidas con este hábito; sin bien recibidas con este adorno natural.”

Mas, para eso, hay que olvidarse de sí mismo, elevarse a Dios y pedirle toda inspiración. “Ya que Dios es una fuente inagotable de sabiduría, de luz y de amor. En él debemos encontrar lo que damos a los demás. Debemos anular nuestro propio espíritu y nuestros sentimientos particulares para dar lugar a las operaciones de la gracia, única que ilumina y calienta los corazones. Hay que salir de sí mismo para entrar en Dios, hay que consultarle para aprender su lenguaje, y rogarle que hable en nosotros y por nosotros. Él hará desde entonces, y nosotros no echaremos a perder nada. Nuestro Señor, conversando con los hombres, no hablaba por sí mismo: ‘Mi ciencia, decía, no es mía, sino de mi Padre; las palabras que yo hablo no son las mías, sino que son de Dios’. Esto nos muestra cuánto debemos recurrir a Dios, para que no seamos nosotros los que hablemos y actuemos, sino que sea Dios.”

Estas reglas de predicación se las daba Vicente no sólo a los suyos sino a los oradores extraños a quienes llamaba en su ayuda en la época de las ordenaciones. Ya que sus Misioneros, poco numerosos todavía, y que no volvían a San Lázaro, después de varios meses de trabajos evangélicos, más que para descansar de su fatigas y prepararse a nuevas fatigas, no podían evidentemente ser suficientes en estos retiros tan frecuentes de las ordenaciones. Vicente escogía con preferencia a sus coadjutores entre los que, habiendo hecho ellos mismos estos ejercicios, estaban ya al corriente del método que seguir. Les pedía ante todo fe, celo y caridad. Pero se sentía dichoso de encontrar en ellos la virtud realzada por el talento y la ciencia. Sería muy brillante la lista de los predicadores de ejercicios que se sucedieron durante treinta años en Bons-Enfants o en San Lázaro. Había doctores ilustres en las justas de Sorbona, prelados de los más distinguidos del reino. Pero doctores u obispos, todos debían conformarse al estilo sencillo del piadoso fundador y seguir las memorias y programas que les ponía en las manos; y, si se apartaban, se lo recordaba con una humildad llena de valor y de fuerza. Escribía a Ozenne, en Polonia, el 17 de marzo de 1656: “Me he visto obligado, durante una ordenación, a echarme por dos veces a los pies de un sacerdote, para pedirle que no se apartara de este hermoso camino, y no quiso creerme. Por lo que Dios nos ha librado de este espíritu vano.” Por el contrario, cuando un predicador, y sobre todo un obispo, impregnaba sus charlas del aire de sencillez de San Lázaro, él le felicitaba con entusiasmo. Sucedió que después de una charla de esta naturaleza, dada en 1656 por el obispo de Sarlat, fue a ver al prelado en su habitación: “Monseñor, le dijo, hoy me habéis convertido.

-Y ¿cómo así, Señor?

-Es que habéis declarado todo lo que habéis dicho tan buenamente y tan sencillamente, que me ha parecido muy impresionante, que no he podido por menos que alabar y bendecir a Dios por ello.

-Ah, señor, debo confesaros con la misma sencillez que habría podido decir alguna cosa más elegante y más elevada, pero habría ofendido a Dios, si lo hubiera hecho²⁶⁵.”

Edificado cada vez más, Vicente no perdió la ocasión, según su costumbre, de escribir sobre la conferencia y la conversación a sus Misioneros alejados. Así leemos en la carta citada hace un instante: “Nuestros ordenandos se han ido muy satisfechos, gracias a Dios, después de edificarnos grandemente. El Monseñor el obispo de Sarlaat les ha dado la charla de la tarde admirablemente bien; y como se ha observado de cerca la causa de un éxito tan feliz se ha visto que es su humildad para seguir palabra por palabra el proyecto de estas charlas que se ha preparado por los primeros que las han comenzado, sin añadir pensamientos curiosos ni palabras nuevas, así como otros han querido hacer anteriormente, que han echado todo a perder por no ceñirse al método y sencillez ordinarios, ni mantenerse en las materias propias.”

V. *Retiro de Bossuet y sus predicaciones en San Lázaro.* De todos los ordenandos que, salidos de San Lázaro, volvieron luego como predicadores, para comunicar a otros el don que habían recibido, el más ilustre es, sin discusión, Bossuet. En la cuaresma de 1652, vino a hacer su retiro de preparación al sacerdocio, y los dos mayores del siglo, uno por el genio, otro por la caridad, se comprendieron al momento y formaron entre ellos un lazo que la muerte misma no pudo soltar. Vicente, cuya humilde sencillez ayudaba, muy lejos de dañar, a un discernimiento exquisito y a una sagacidad infalible, conoció enseguida el mérito de este joven diácono, en quien una reputación prematura y la predicción pronto divulgada de Cospéan, obispo de Lisieux, le habían revelado además una de las grandes luces futuras de la Iglesia. Quedó impresionado, cuenta Le Dieu, por la amplitud y la solidez de un espíritu tan penetrante y tan luminoso, y todavía más por su piedad sincera, la inocencia de sus costumbres, su sencillez, o más bien su candor, su rectitud, su desinterés, la modestia pintada en su rostro, con todas estas virtudes tan queridas y estimadas por él, que poseía él mismo en un grado soberano, y de las que hacía el fundamento de la vida y de la piedad de sus sacerdotes. También este hombre tan humilde y este hombre tan grande se unían por la sencillez que es, en efecto, el carácter común de la verdadera virtud y del verdadero genio. Es la sencillez del joven Bossuet la que atraía a anciano; es a la *sencillez*, a la *sencillez admirable* del santo anciano, a la que Bossuet dará toda su vida testimonio con una emoción manifiesta, a la que pagará, anciano ya él, un último tributo en su carta a Clemente XI. Vicente quiso pues encariñarse con este hombre, a quien el gran maestro de Navarra, Nicolás Cornet, le había recomendado más de una vez con una admiración llena de ternura, y que era por sí mismo tan digno de su estima y de su protección. muy pronto le asociará a las *Conferencias de los martes*. Entretanto piensa en prepararle la abundancia de las gracias del sacerdocio. Con este propósito, confía a esta persona eminente, ya licenciado, y mañana doctor, no al más sabio, al más

²⁶⁵ Conf. del 8 de junio de 1658. entonces es cuando dijo que se había prosternado hasta tres veces sin éxito a los pies del sacerdote de *espíritu vano*.

hábil, sino al más sencillo, al más humilde de los eclesiásticos de su conferencia, al abate Le Prêtre, a quien veremos reaparecer en su muerte. Y lo que honra el corazón de Bossuet tanto como la perspicacia de Vicente, es que el joven abate dedicó a su humilde director una veneración de la que se sentirá con frecuencia, incluso al crecer en gloria y en saber, satisfecho en prodigarle los más sentidos testimonios. Es justo añadir que a los esfuerzos de Le Prêtre se unieron los templos de otros tantos santos que Bossuet encontró en San Lázaro, y de los que, algunos años antes, Rancé, su feliz rival en la licencia, había escrito después de un retiro de doce días en medio de ellos: “He tenido la gran satisfacción de esta buena gente, que tienen tan grande piedad. Es una verdadera casa de Dios; no se encuentra en otra parte un ejemplo parecido²⁶⁶.” Bossuet, por su parte, algunos años más tarde, hablará de ello en términos parecidos, y lo atribuirá todo a las lecciones que había aprendido en su compañía²⁶⁷. Por encima de todo pongamos las lecciones y los ejemplos que recibió del mismo Vicente; porque se duda mucho, adivinando una tal gloria y un servidor de la Iglesia tal, no descargó por entero en Le Prêtre su preparación al sacerdocio, pero que puso en ello también su mano con su acción poderosa y su superioridad ordinaria. Además, ¿acaso no tenemos el testimonio de Bossuet en la carta ya citada a Clemente XI? “El venerable sacerdote Vicente de Paúl nos fue conocido, dice, desde nuestra juventud, y es en sus piadosos discurso y sus consejos en los que hemos bebido los verdaderos y puros principios de la piedad cristiana y de la disciplina eclesiástica; recuerdo que, incluso a esta edad, nos resulta de un encanto maravilloso²⁶⁸.”

Transcurrieron siete años. Iniciado en el sacerdocio y arcediano de Metz, Bossuet se hallaba, en 1659, en París, donde su palabra había resonado ya en las cátedras con un estallido y un fruto que justificaban los presentimientos y recompensaban los cuidados de Vicente de Paúl, cuando éste le invitó a dar las conferencias de San Lázaro para las órdenes de Pascua. Bossuet, tan agradecido siempre, aprovechó esta ocasión para desquitarse de la deuda de su sacerdocio, y lo hizo con toda la liberalidad de su celo y de su genio. También, cuando, una vez cumplida su misión, fue a saludar a Vicente y decirle adiós, el venerable superior, estrechándole en sus brazos, le pidió la promesa de venir, en 1660, a hacer, para las órdenes de Pentecostés, lo que había hecho tan bien para las de Pascua. Y en efecto, el año siguiente, Bossuet fue fiel a la cita y esta vez se sobrepasó a sí mismo. La afluencia de los ordenandos fue mayor que nunca. Ya, en 1659, su nombre y su reputación los había atraído en gran número; pero, cuando supieron que debía volver al año siguiente, pospusieron a esta época su preparación a las órdenes, para asistir a sus instrucciones. Esto lo certifica al abate Fleury, al historiador de la Iglesia, que fue de ese número. También lo fue en 1663 y 1666, después de la muerte de san Vicente de Paúl, cuando Alméras, segundo superior de la Misión, que había admirado ya dos veces su piadosa elocuencia, logró de él que vendría

²⁶⁶ Cartas de Rancé publicadas por B. Gonod, París, 1846, in-8, p. 21. –Carta del 23 de diciembre de 1848.

²⁶⁷ Carta a Vicente, fechada en Metz, el 12 de enero de 1658.

²⁶⁸ Carta del 2 de agosto de 1702; (Obras, tom. XXXVIII, p. 336. – Sobre lo que precede, véase *Mémoires et Journal de Le Dieu sur la vie et les ouvrages de Bossuet*, publicados por el Sr. abate Guettée, 4 vol. in-8. París, 1856, tom. 1, pp. 28, 30 y ss. –*Études sur la vie de Bossuet*, por el Sr. Floquet. 3 vol. in-8, París, 1855, tom., p. 163 y ss.. –Aquí el Sr. Floquet se equivoca haciendo de Le Prêtre un lazarista.

una vez más a dar las charlas de los ordenandos. Hemos de creer incluso que en el intervalo, Bossuet, a quien le gustaba hablar a los sacerdotes, quien dio varias conferencias en el seminario de Saint-Nicolas-du-Chardonnet y en el seminario de los Treinta y Tres, predicó más de una vez también en San Lázaro. Lo que es seguro es que al término de su vida hablaba todavía de los retiros que había predicado a petición de Vicente de Paúl; que él se acordaba con emoción y al mismo tiempo con humildad “de aquel trabajo que nos atrevimos, decía él, a emprender, ayudado con los consejos de aquel hombre de Dios y sostenido por sus oraciones.” Lo que también es cierto es siempre ha tenido como un honor la piedad y el celo de los sacerdotes de la Misión. Trabajó con ellos, primero en Metz, luego en Meaux. Los sostuvo y confirmó en su diócesis, donde realizó también varias fundaciones a favor de las Hijas de la Caridad. Es un Lazarista, Hébert, párroco de Versailles, quien escuchó su confesión en su enfermedad del mes de agosto de 1703, quien le administró la santa comunión y recibió su testamento; es este mismo Hebert, nombrado obispo de Agen, quien le vio también en París en su lecho de muerte y ofició pontificalmente en Meaux en la ceremonia de sus funerales. Así, por sí mismo o por los suyos, Vicente estuvo presente al comienzo y al final de esta grande carrera sacerdotal²⁶⁹.

VI. *Frutos de estos ejercicios.* Con el impulso y la dirección de Vicente de Paúl, con un orden tan hermoso y tan piadosas lecciones, con tales ejemplos y tales predicadores, se puede juzgar del éxito de estos ejercicios de los ordenandos y de los incalculables servicios que prestaron a la Iglesia de Francia, en una época en la que no había seminarios todavía, en la que eran la única institución para la formación y la renovación del espíritu sacerdotal. Italia misma nos los envidió, y los veremos franquear los montes con los hijos de Vicente y establecerse en Génova y en Roma, donde produjeron los mismos frutos que entre nosotros.

Para expresar las bendiciones que mediante ellos le vinieron a Francia, no nos vemos reducidos a las conjeturas, no obstante tan ciertas, que resultan de cuanto precede. Pero aquí abundan los testimonios directos y positivos. Y en primer lugar, el de Vicente mismo, cuya humildad ha debido callarse para dejar hablar al gozo y a la gratitud. Recuérdense el cuadro de desórdenes de los sacerdotes trazado a la cabeza de este libro y opóngase a este cuadro de la Iglesia de París renovada que Vicente enviaba a du Coudrai, uno de sus sacerdotes de Roma, el 5 de julio de 1653, es decir dos años tan sólo después del comienzo de estos piadosos ejercicios:

“Es preciso que sepáis que ha sido del agrado de la bondad de Dios dar una bendición muy particular, y que no es imaginable, a los ejercicios de los ordenandos. Es tal que todos los que han pasado por ellos, o la mayor parte, llevan una vida como debe ser la de los buenos y perfectos eclesiásticos. Hay incluso muchos que son respetables por su nacimiento o por las demás cualidades que Dios ha puesto en ellos, los cuales viven tan ordenados en sus casas como vivimos nosotros en la nuestra, y son tanto y hasta más interiores que muchos de nosotros, al menos más que yo. Tienen su tiempo reglado, hacen oración mental, celebran la santa misa, hacen los exámenes de conciencia todos los días como nosotros. Se dedican a visitar los hospitales y

²⁶⁹ *Le Dieu*, obra citada, tom., I, pp., 66, 87. – Floquet, tom., II, pp. 12, 67, 244.

las prisiones, donde catequizan, predicán, confiesan, como en los colegios, con bendiciones muy particulares de Dios. entre otros varios, hay doce o quince en París que viven así, y que son personas de clase, lo que comienza a ser conocido del público.” Y diez años después, el 30 de enero de 1643, escribió a Codoing, otro de sus Misioneros de Roma: “Todos reconocen que el bien que se ve hoy en París viene principalmente de ahí.”

Llegaron a Vicente parecidos informes de todas las provincias adonde había enviado a algunos de sus sacerdotes. En ciertas diócesis hubo primeramente oposición por parte de los ordenandos contra los ejercicios a los que se los quería someter. Unos se negaron a entrar en ellos; otros obligados a tomar parte en ellos formaron al menos la fatal resolución de negarse a la confesión general o a hacerla con los Misioneros. Pero una vez que disfrutaron de las charlas y demás ejercicios, se disputaron pronto el favor de ser admitidos y, en adelante ganados por la gracia, tocados y derramando lágrimas, era precisamente a los pies de los hijos de san Vicente a donde iban a depositar el peso de los crímenes de toda su vida. Entonces era una edificación que sobrepasaba los límites de la soledad, para difundirse, con los ordenandos convertidos, por las ciudades y por los campos. Los pueblos no podían contener las lágrimas de ternura al ver en el oficio divino a estos eclesiásticos transformados, el orden, la modestia, la devoción que llevaban en las ceremonias. “Ya no son hombres, decían dando gracias a Dios, son ángeles del Paraíso.” . así hablaban en sus cartas a Vicente, Henri Louis Chastaigner de La Roche Pozay, obispo de Poitiers; Jacques du Perron, obispo de Angoulême; Éléonor d’Estampes, arzobispo de Reims; Jacques Raoul, obispo de Saintes; Jacques Lescot, obispo de Chartres, y los eclesiásticos de la Conferencia de Noyon. Entonces eran acciones de gracias a Vicente, alabanzas de sus sacerdotes, peticiones insistentes de nuevos obreros, a las cuales, a pesar suyo, no podía satisfacer siempre. Pues había una santa emulación, entre todos los prelados del reino, en procurarse Misioneros para dar a los ordenandos los preciosos ejercicios. Repitámoslo, no se podía exigir nada de más entonces de los obispos más piadosos y más celosos. Se alquilaba como modelos del episcopado, a los que aportaban todos sus cuidados en elegir bien y en preparar bien a los ordenandos. Así, en 1639, cuando el P. Bourgoing, general del Oratorio, publicó su obra sobre los *Ejercicios de diez días*, no creyó poder hacer nada mejor en el estado actual de la Iglesia de Francia, que recomendar su práctica. “Para obtenerlo, dice, yo ofrecería sin titubear los sacrificios los votos y las oraciones de toda mi vida, y no temería suplicar de rodillas y con toda la humildad posible a los reverendos y piadosos obispos que forzaran a los ordenandos a entregar diez o al menos ocho días a estos piadosos ejercicios y a no eximir a nadie de esta ley, bajo ningún pretexto²⁷⁰.” Convencidos de su importancia, pero no teniendo en un principio a nadie para darlos, algunos se resignaron a esperar; otros, en mayor número, se hicieron instruir por Vicente sobre el orden en estas clases de retiros; le pidieron memorias y bosquejos de charlas; y, acomodándose a sus instrucciones, produjeron ellos mismos frutos maravillosos. Vicente se alegraba de ver que se hacía el bien y se extendía por otras manos que las suyas. Aparte de la cuenta que tomaba en ello su humildad comprendía muy bien que el carácter de los servidores de Dios es trabajar en hacerse inútiles,

²⁷⁰ *Institutio spiritualis ordinandorum*, in-12, 1639, *praefac.*

buscándose cooperadores y sucesores que puedan actuar cuando ellos falten y perpetuar se obra.

Capítulo Tercero: las conferencias eclesiásticas.

I. *Su origen.* En sus misiones, Vicente no se había limitado a evangelizar a los pueblos; se había ocupado de la santificación del clero, persuadido siempre de que la santidad del pastor es la salvación del rebaño. Tenía por costumbre reunir siempre que podía a todos los sacerdotes de un cantón, para hablarles de Dios y de sus deberes. Después de darles consejos sobre su dirección personal, les hablaba de la mejor manera de anunciar el Evangelio, de catequizar a los niños, de oír las confesiones y de administrar los sacramentos de la Iglesia.

Se trataba de un esbozo de las conferencias eclesiásticas, pero no podía haber en ello nada definitivo ni durable. Ausentado el santo, todos volvían a sus costumbres, y con demasiada frecuencia, por desgracia, a su negligencia y a sus desórdenes.

Los ejercicios de los ordenandos fueron un paso más en la reforma del clero. Se trabajaba en almas nuevas, que el mal no había endurecido todavía y que era fácil plegar al bien. Además, estos diez u once días seguidos de retiro, de oraciones, de sólidas charlas y de santos ejemplos debían dejar en ellas una impresión más profunda. Pero, devueltas al mundo, a la disipación, a los peligros del ministerio, a la influencia fatal de los antiguos del clero, ¿qué iba a ser de ellas? Vicente presentaba todos los días sus inquietudes a Dios. Conocía tan bien la inconstancia y la debilidad de la voluntad humana. Cuántas veces había visto a sacerdotes conquistados así para la prudencia y la virtud, que, vueltos enseguida, según la palabra del apóstol, a una nación mala y corrompida, habían sido víctimas de nuevo de sus sentimientos, sus máximas y su conducta. Se lamentaba, rogaba y buscaba los medios de mantener a los ordenandos en sus resoluciones y de traer a los demás a la perfección de su estado.

Se le ocurrieron varios proyectos. Pero era tan humilde y tal su desconfianza de sus propias luces, tal el temor de adelantarse a la hora de la Providencia, que los rechazó todos, y volvía a la calma y al silencio de la oración, a la espera de que una circunstancia le revelara la voluntad de Dios. Ya que es de notar que este hombre, que abrazó todas las obras útiles al clero y a los pueblos, las hizo todas suyas marcándolas para siempre con su nombre, no tomó quizás la iniciativa de ninguna, y que pudo decir después de cada una de sus grandes fundaciones: “¡Yo no había pensado en ello!” Dios respetaba de este modo y dirigía su humildad, principio y fundamento de sus instituciones, como de sus virtudes; en todo quería dejar visible, a los ojos de Vicente y a los ojos del mundo, la impronta de ese dedo que solo crea, sostiene y conserva.

En estas reflexiones y proyectos se hallaba Vicente, cuando uno de los jóvenes eclesiásticos que habían tomado parte en los retiros de los ordenandos, vino a verle y le propuso recibir en San Lázaro, en reuniones periódicas, a todos aquellos que quisieran mantener entre ellos la gracia de la ordenación, animarse mutuamente a bien vivir, hablar sobre las virtudes y las funciones de su estado, en una palabra santificarse ellos mismos para santificar a los pueblos. Era el impulso exterior, la palabra de lo alto que esperaba Vicente.

Dios acababa de hablarle por la boca de aquel joven. Al punto se acordó de las famosas conferencias en las que los Padres del desierto se fortalecían contra el enemigo invisible y se estimulaban a la perfección cristiana. La soledad entonces era el gran campo de batalla del futuro, y por ello los demonios, dueños del resto de la tierra, luchaban allí con tanto encarnizamiento contra estos hombres que les disputaban el imperio. Pero, desde el triunfo del cristianismo, era el mundo el que se había convertido en el teatro del combate, donde los sacerdotes, más expuestos todavía que los solitarios de Oriente, obligados a defender a los demás defendiéndose a sí mismos, necesitaban revestirse de una armadura más fuerte y proveerse auxilios más abundantes. Podían encontrarlo en estas conferencias, consagradas por tantos ilustres ejemplos y la bendición de Dios. “Este pensamiento es del cielo, dijo al fin Vicente a l joven; sin embargo, reflexionemos más y recemos!” Y le despidió. En efecto, durante quince días más, reflexionó y consultó a Dios. creyó cada vez más reconocer que se trataba de su gloria y del bien de su Iglesia. para acabar de asegurarse contra toda sugestión personal y humana, sometió el proyecto, primero al arzobispo de París, quien se apresuró a aprobarlo, y pronto al soberano pontífice, a quien consultaba siempre, incluso sin estar obligado, persuadido de que su aprobación sería al menos una bendición a la obra.

No quedaba ya más que formar el núcleo de la nueva asociación y escoger bien sus primeros miembros. Aquí también Vicente actuó con una prudencia admirable. Entre los jóvenes eclesiásticos que habían hecho los ejercicios de la ordenación bajo su vigilancia, había varios que, teniéndole como su padre, continuaban dirigiéndose a él, rogándole que los dedicara, según valorara él su aptitud, a las diversas funciones de su estado. En efecto, les asignaba los empleos donde podían producir el mayor fruto para el prójimo y para sí mismos. A unos, los enviaba a dar misiones en provincias; a aquellos, los retenía en París para dirigirlos y seguirlos de más cerca. Por entonces, se construía, cerca de la puerta de San Antonio, la iglesia de las Hijas de la Visitación, de quienes era superior, y estaban empleados en esta construcción un gran número de obreros. Aprovechó esta ocasión para poner a los suyos también a la obra y hacer con ellos su experiencia. Les propuso pues dar una misión a aquella buena gente en los intervalos de su trabajo. La propuesta fue aceptada con entusiasmo. Y al punto vemos a estos jóvenes eclesiásticos distribuirse por los talleres y, con una ingeniosa caridad, sin robarles nada a las horas de trabajo, encuentran el medio de dar a todos las instrucciones ordinarias de las misiones, de oír sus confesiones generales, y de disponerlos a llevar en adelante una vida verdaderamente cristiana.

Cada día, Vicente no dejaba de acudir a la puerta San Antonio para vigilar el trabajo de sus obreros espirituales. A vista de tanto celo, habilidad y concordia, no dudó un momento que no hubiera encontrado en ellos los elementos de su obra. Celebró entrevistas en primer lugar con cada uno de ellos en particular, para darles pie a expresar sus disposiciones, libremente, sin respeto humano, fuera de esa corriente contagiosa e indefinible de acción y reacción recíproca que circula en una asamblea. Todos le respondieron con una unanimidad que un acuerdo previo no habría producido y, el 11 de junio de 1633, les propuso públicamente su proyecto de reunirlos de vez en cuando para fortalecerlos, y fortalecerse a sí mismo con el ejemplo suyo, en el ejercicio de las virtudes cristianas y sacerdotales: “Prescribid, ordenad, exclamaron a una voz; nos

remitimos a vos, y no hay nada que no estemos preparados a emprender bajo vuestra dirección.”

Encantado con estas disposiciones, Vicente fijó el día de la primera asamblea, que se celebró en San Lázaro hacia finales de junio. En ella explicó con mayor detalle su pensamiento, para confirmar a aquella gente en su resolución de conservar y aumentar la gracia que habían recibido por la imposición de las manos: “Teniendo el honor de ser sacerdotes de Jesucristo, les dijo en sustancia, están ustedes obligados a cumplir, y cumplir hasta el final, los deberes del estado que ustedes han abrazado . seria bien triste que alguno de ustedes diera motivos a que se dijera de él que, igual que el insensato de quien habla el Evangelio, comenzó a construir, pero no tuvo bastante valor para acabar su edificio. Ustedes ya saben tan bien como nadie, que esta desgracia, por deplorable que sea, no por ello es menos común.. Sí, son demasiados los sacerdotes que justifican todos los días lo que dijo Jeremías, que el oro se ha oscurecido, que las piedras más preciosas del santuario se han esparcido por las calles y que han sido pisoteadas en las plazas públicas. Para caer en ese desdichado estado no es necesario entregarse a los grandes crímenes, basta con enfriarse en el servicio de Dios, decaer de su primera caridad, dejarse ir a la disipación por los anchos caminos del mundo; ya que los dispensadores de los santos misterios están desordenados, cuando se salen de la perfección que pude su santa profesión.

Mi propósito no es sin embargo llevarles a separarse del todo del mundo, ni siquiera a reunirlos a todos en una sola casa. Ustedes pueden continuar viviendo cada uno en su casa o en casa de sus parientes. Pero creo que les convendría estrechar casa vez más los lazos de la caridad que los unen ya. Es fácil conseguirlo, y lo conseguirán en efecto, si quieren someterse a un cierto reglamento de vida, practicar los mismos ejercicios de virtud, hablar de vez en cuando de la santidad y de los deberes de su vocación. No dudo de que siguiendo este plan presenten cara a todos sus enemigos. Esta conducta les dará fuerzas frente a la corrupción del siglo y les hará fieles a las obligaciones de su estado. Se podrá entonces aplicarles lo que dijo un profeta²⁷¹ ; ‘Los astros brillan en sus atalayas; Dios los llama y contestan: Henos aquí, y lucen alegremente en honor del que los hizo’; es decir que se hallaré en ustedes tanto el buen ejemplo para edificar a sus familias como una disposición continua a ocuparse de los empleos a los que sean llamados; de manera que Jesucristo, autor de su sacerdocio, tendrá motivos de estar satisfecho del servicio que reciba de ustedes.”

Durante estas palabras, todos los corazones estaban ardientes, y una santa alegría brillaba en sus rostros. En medio de sentimientos de filial sumisión y de piadoso agradecimiento, se repitió el compromiso de servir en todo la dirección del santo sacerdote.

En cuanto a él, en la necesidad de difundir su gozo ante los hombres como ante Dios, escribió a varias direcciones el primer éxito de esta asamblea. Se recuerda la carta del 5 de julio, en la que daba cuenta a uno de sus sacerdotes de Roma de la obra de los ordenandos. Esta carta continúa así: “Pues bien, estos días pasados, uno de ellos, hablando del modo de vivir de que llevaban los que habían pasado con él por los ejercicios de los ordenandos, propuso un pensamiento que había tenido de unirlos en forma de asamblea o de

²⁷¹ Baruch, , c. III, 34.

compañía; lo que se hizo con una satisfacción particular de todos los demás. Y el fin de esta asamblea es entregarse a su propia perfección, a procurar que Dios no sea ofendido, sino que sea conocido y servido en sus familias, y buscar su gloria en las personas eclesiásticas y entre los pobres; y ello bajo la dirección de una persona de esta casa, donde deben reunirse cada ocho días. Y como Dios bendijo los retiros que varios párrocos de esta diócesis han hecho aquí, estos señores han deseado hacer lo mismo, y de hecho han comenzado. Pues con ello, hay razones para esperar grandes bienes de esto, si es del agrado de Nuestro Señor dar su bendición a su obra que yo recomiendo en particular a vuestras oraciones.”

¿Quién tuvo la primera idea de estas conferencias? Su nombre no será nunca, sin duda hasta el gran día de las revelaciones, conocido más que de Dios, y quedará en la tierra en esa oscuridad que tan bien les va a los promotores de las obras cristianas. Algunos se han inclinado por atribuir el mérito al abate Olier. Ciertamente es que los historiadores de san Vicente de Paúl están de acuerdo en nombrarle el primero de los que entraron desde un principio en la Compañía, que contribuyó a su progreso atrayendo nuevos miembros, y formando en otras partes otras reuniones conformes a este modelo. En un capítulo por largo tiempo inédito de su historia, Abelly escribió a Olier: “Él había sido uno de los primeros que acudió a los ejercicios de los ordenandos para prepararse a la recepción de las sagradas órdenes: ... y allí fue donde bebió en abundancia este espíritu eclesiástico del que se ha visto tan perfectamente colmado y animado. Fue de este modo *uno de los primeros* que, para mejor conservar y perfeccionar este espíritu, se alió con otros varios eclesiásticos virtuosos, para celebrar todas las semanas conferencias espirituales en San Lázaro, bajo la dirección del Sr. Vicente²⁷².”

No tengamos la menor duda a pesar de todo, Olier no fue el promotor de la obra, y la prueba perentoria está en una carta citada por Abelly. “*Quien había hecho la primera propuesta* de este plan al Sr. Vicente, escribe el viejo historiador²⁷³, no se encontró en esta asamblea (de finales de junio), *hallándose por entonces ocupado en trabajar en algunas misiones fuera de París*; por lo cual el Sr. Vicente le escribió la carta siguiente:

“¡Dios sea bendito, Señor, por todas las gracias y bendiciones que derrama sobre vuestra casa! ¿No le parece que tantos obreros que siguen ociosos estarían bien empleados en la gran mies en la que trabajáis ahora, y que los que conocen la necesidad que el dueño de la mies tiene de obreros, serán culpables de la sangre de su hijo que dejan inútiles por falta de dedicación? Oh, que el pensamiento, que me hicisteis el honor de comunicarme estos días pasados, ha sido bien acogido por los señores eclesiásticos, de todos los cuales hemos hablado en general y de cada uno en particular. Los vimos *hace quince días* reunidos, y resolvieron lo que me propusisteis con una uniformidad de espíritu que pareció toda de Dios. yo comuniqué mi discurso con las palabras que me dijisteis, sin nombraros, sino cuando fue necesario hacerlos de sus número y guardaros vuestro lugar entre ellos. *Deben reunirse también hoy*. Oh, Señor, ¡qué motivos tenemos de esperar mucho bien de esta Compañía! Sois su promotor y tenéis interés que salga adelante para gloria de Dios. rogadle por ello, por favor, Señor, y por mí en particular.”

²⁷² Este capítulo ha sido publicado por primera vez por el Sr. Faillon al final de la *Vida del Sr. Olier*.

²⁷³ Lib. II, c. III, p. 248.

Esta carta es evidentemente del 9 de julio, día de la segunda reunión, lo que fija la fecha de la primera, quince *días* antes, en el 25 de junio. Sería del 25 o 26 de junio, si se le supone escrita entre la reunión preparatoria del 11 y la asamblea en que Vicente pronunció el discurso analizado hace un momento. Pues, del 25 de junio o del 9 de julio, no pudo ser dirigida al abate Olier quien, no estaba seguramente “ocupado en trabajar en alguna misión fuera de París.” Ordenado sacerdote el 21 de marzo de 1633, después de un retiro con los sacerdotes de la Misión, Olier dedicó tres meses enteros a los ejercicios espirituales para prepararse a su primera misa, que celebró el 24 de junio, día de san Juan Bautista, y no salió de París hasta 1634, para ir a evangelizar las parroquias de Auvergne, dependientes de su abadía de Pébrac. Empleó todo este tiempo en prepararse para este ministerio apostólico, siempre bajo la dirección de Vicente de Paúl, y fue sin duda inmediatamente después de la celebración de su primera misa cuando fue asociado a la nueva Compañía por el santo fundador. Tal vez asistió a la segunda asamblea²⁷⁴.

II. *Organización y reglamento de las conferencias.* Esta segunda asamblea se tuvo el 9 de julio de 1633. se estableció el orden que se debía observar en adelante, y se eligieron los oficiales que presidirían en las conferencias. Eran cinco, necesariamente escogidos del cuerpo de la Compañía: un director, un prefecto, dos asistentes y un secretario. Así eran dirigidas las célebres congregaciones establecidas por los Jesuitas, de las cuales se tomaba el modelo. El superior general de la Misión era nombrado director a perpetuidad, y tenía derecho, en caso de ausencia, a deputar en su lugar a un sacerdote de su congregación. Uno u otro presidía en las asambleas, donde nada se podía proponer ni resolver sin su asentimiento. El prefecto, de acuerdo con el director, vigilaba la observancia de los reglamentos. Tenía alta inspección sobre todos los eclesiásticos de de la conferencia, les avisaba de sus faltas, los visitaba o mandaba visitar en sus enfermedades, les preparaba una santa muerte, y asistía, a la cabeza de todos sus cohermanos, a sus funerales. –Los asistentes formaban su consejo, y su cargo en caso de ausencia y le ayudaban sobre todo a disponer a los postulantes. –El secretario escribía todas las resoluciones tomadas en las asambleas y, después de mostrar su primera redacción al director o al prefecto, la consignaba en un registro. Monárquico por su director, el gobierno de esta pequeña sociedad era aristocrático por sus oficiales y popular por la acción permitida a los simples miembros. –Se dispuso también el 9 de julio que las conferencias se celebrarían a las dos de la tarde todos los *martes*, de donde tomaron el nombre, a menos que ese día fuera o una fiesta o una *víspera* de fiesta principal. El lugar de reunión era San Lázaro desde Pascua a Todos los santos, y el colegio Bons-Enfants, durante el resto del año. Además, en 1642, se estableció una nueva conferencia eclesiástica en el colegio Bons-Enfants. Las <damas de la asamblea de la Caridad de París habiendo obtenido cierto número de sacerdotes para la asistencia a los enfermos del Hôtel-Dieu, Vicente recibió en su San Lázaro a los seis primeros que se destinaba a este empleo y los preparó allí con los ejercicios del retiro. Luego, para conservarlos en el espíritu de piedad, de caridad y de unión fraterna, les propuso entre otros medios reunirse una vez cada semana en Bons-Enfants, y tener allí conferencias espirituales como en San Lázaro.

²⁷⁴ *Vida del Sr. Olier*, tom. I, pp. 62 y ss., 79 y ss.

Habiéndose aceptado la propuesta, les designó el *jueves* en lugar del *martes* para tener sus reuniones ya que la vacación de este día podría permitir a los jóvenes teólogos de la Universidad, que cubrían la montaza de Santa Genoveva al pie de la cual estaba el colegio, bajar y asistir a la nueva conferencia sin perder ninguna clase. Esta conferencia prosperó como la de San Lázaro y ofreció a los estudiantes el medio de unir el estudio de la virtud al de la ciencia.

Pero no tardó Vicente en redactar un reglamento más extenso, en el que, con una sabiduría admirable, trazó el fin de la Compañía, su composición y su reclutamiento, las virtudes y el empleo del tiempo de cada uno de sus miembros.

I.—El fin de la Compañía, dictaba él, es honrar la vida de Nuestro Señor Jesucristo, su sacerdocio eterno, su santa familia y su amor a los pobres. para alcanzarlo, los miembros tratarán de conformar su vida con la suya, de procurar la gloria de Dios en el estado eclesiástico y entre los pobres, bien de las ciudades, bien de los campos, según la devoción de cada uno. en sus palabras y en toda su conducta, particularmente en lo que se refiere al servicio de Dios, de la Iglesia y del prójimo, practicarán una sencillez signa, una humildad discreta, una bondad cordial, una devoción a la vez común y sólida, un amor ardiente por la Iglesia y su disciplina, un celo apostólico para dar misiones en los campos, en los hospitales, en los lugares más pobres y abandonados. . se tendrán como unidos a Jesucristo con un nuevo lazo de amor. En consecuencia, deberán amarse, visitarse, consolarse unos a otros, sobre todo en sus aflicciones y enfermedades, sin abandonarse ni siquiera en la muerte, sino asistiendo a los funerales de los que fallezcan y celebrando tres misas o comulgando a su intención.

II. . —La Compañía no se compondrá más que de eclesiásticos promovidos a las órdenes, de doctrina y de costumbres irreprochables y muy experimentados. Destinada únicamente al clero secular, no admitirá a nadie que pertenezca o haya pertenecido a una congregación religiosa. Los que pretendan formar parte de ella no deberán tener ni beneficio ni empleo incompatibles con la asiduidad a las conferencias hebdomadarias. Los postulantes se dirigirán o serán propuestos primeramente al director que encargará a sus oficiales que tomen de ellos serias informaciones y se las presenten a él. Si el informe es favorable, el director los propondrá una primera vez a la asamblea, a la que concederá quince días para informarse por sí misma sobre el mérito de los candidatos. Después de ello, si no ha surgido ningún impedimento, se procederá a su admisión solemne. El postulante, quien habrá debido de antemano ver a los oficiales para informarse sobre los reglamentos y el espíritu de la Compañía, será presentado al final de la conferencia. Lo hará el director a la asamblea y, acercándose a él, la abrazará de rodillas, lo que harán igualmente los oficiales y todos los miembros. Entonces el secretario de inscribirá en el gran registro de la Compañía. El postulante habrá hecho, antes de ser admitido, los ejercicios espirituales, con una confesión general de toda su vida o una revisión de los últimos años al director o al misionero designado por él. Para unirse cada vez más a Dios, a su obispo y al cuerpo de la Compañía, todos los años, el día del jueves santo, cada uno renovará todos sus compromisos, siguiendo esta fórmula:

“¡VIVA JESÚS, VIVA MARÍA!

“Salvador del mundo, Jesucristo, yo, N..., os escojo hoy por el único ejemplar de mi vida, y os ofrezco el buen e irrevocable propósito de vivir según las promesas que he hecho en el santo bautismo y al recibir las sagradas órdenes; y me propongo observar los reglamentos de la Compañía de los eclesiásticos, y de vivir y morir en ella, mediante vuestra santa gracia que os pido por la intercesión de vuestra santa Madre y san Pedro.”

III.—Los miembros se levantarán todos los días a una hora señalada, harán al menos media hora de oración, y después de la recitación de las horas menores canónicas, celebrarán la santa misa o la oirán. Los que no son sacerdotes comulgarán todos los domingos y fiestas principales. Al regreso, leerán con la cabeza descubierta y de rodillas un capítulo del Nuevo Testamento con adoración de las verdades, comunión de sentimientos, resolución de llevar a la práctica los preceptos que en él se contienen. El final de la mañana estará dedicado a un estudio conveniente a la condición de cada uno. Antes de comer, harán un examen particular sobre la adquisición de una virtud o la extirpación de un defecto. La cena irá precedida de otro examen semejante. . una hora al menos de recreo seguirá a cada comida. Por la tarde, leerán un capítulo de algún libro espiritual, y repartirán el resto del tiempo entre el oficio divino, el estudio, las visitas y demás obligaciones de caridad o de cortesía. De regreso temprano para recitar maitines antes de cenar, terminarán la jornada con el examen general y la lectura de los puntos de meditación del día siguiente. Cada año tendrán un retiro en San Lázaro, o en alguna otra casa religiosa, con dispensa, por supuesto, del director.

IV.— Habrá dos clases de asambleas: la ordinaria y la extraordinaria, o la grande y la pequeña.

1º A la primera, que es la asamblea de los martes, todos los miembros están obligados a asistir, si no hay impedimento legítimo de lo que darán cuenta de antemano al prefecto, o se excusarán en la reunión siguiente. Con mayor razón informarán al prefecto y a la Compañía si su ausencia debe prolongarse; y, durante su viaje o estancia fuera de París, escribirán de vez en cuando a la Compañía para dar noticias de su persona, de lo que hayan hecho o sufrido por Dios y el prójimo; tratarán de honrar en todo su proceder el cuerpo al que pertenecen. —Todo obispo tiene siempre derecho de entrada a las asambleas ordinarias. En cuanto a los eclesiásticos extraños a la conferencia, son admitidos excepcionalmente, en conformidad con la Compañía, y solamente cuando se deba tratar de los cargos que hayan ejercido o de alguna misión en la que deben tomar parte.

La sesión se abre con el *Veni Creator*, recitado de rodillas y entonado por el director, que no cede su puesto más que al arzobispo de París; luego, se levantan y toman asiento según su dignidad o el rango fijado por el secretario.

Las conferencias no tienen por lo común por materia más que tres clases de temas: virtudes generales del cristiano; -deberes propios de los eclesiásticos, como la administración de los sacramentos, el oficio divino, la santa misa, el buen ejemplo, las ceremonias; -cargos o dignidades de la Iglesia, como el de oficial, de promotor, de gran vicario, de arcediano, de deán, de teólogo, de canónigo, de párroco, de capellán, etc. —Cada asunto se trata en tres puntos: Motivos de una virtud, su naturaleza y medios de ponerla en práctica: -doctrina de una ceremonia, su práctica, disposiciones que requiere; -origen y

antigüedad de tal cargo, sus poderes y funciones, cualidades de los que le ejercen.

Cada uno trata a su vez el tema propuesto con antelación, y no habla más que un cuarto de hora aproximadamente. Dos oficiales hacen sin embargo uso de la palabra en cada sesión, y se invita a veces a hablar fuera de turno a los que se supone mejor instruidos en la materia, a un oficial, por ejemplo, a un gran vicario, a hablar de su cargo.

Los asuntos excepcionales de las conferencias son una misión que la Compañía va a emprender, y sobre la que se necesita ponerse de acuerdo; un caso de conciencia difícil de resolver, sobre el que un miembro, en misión también, pide el parecer de sus cohermanos.

Cada sesión dura una hora y media o dos horas. Hacia el final, el director resume la discusión y concluye con algunas palabras sencillas y afectivas. Si hay algún obispo presente le invita a hacerlo en su lugar, añadiendo tan sólo una palabra de exhortación a la Compañía a aprovecharse de cuanto se ha dicho.

Después de lo cual, asigna el tema de la conferencia próxima, que el secretario escribe y repite; da algunos consejos, si hace falta, hace las recomendaciones de oraciones y termina la sesión con una antífona a la santísima Virgen.

2º Las asambleas menores se componen del director y de cuatro oficiales, a los que se añaden, en circunstancias importantes y extraordinarias, algunos miembros de la Compañía, elegidos entre los más antiguos, los más celosos y más sabios.

Estas asambleas se celebran el primer lunes de cada mes. En ellas se observa el mismo orden que en las asambleas de los martes; sólo cambia el objeto único de las deliberaciones. Se ocupan en ella o del bien general de la Compañía, o de la elección de los oficiales. En el primer punto de vista, se recorre la lista de los miembros para asegurarse si todos cumplen sus deberes; se relee el reglamento y se pregunta si ha habido alguna infracción; por último, se toman resoluciones para la buena marcha y el adelantamiento de la Compañía. En cuanto a los oficiales, que no son elegidos más que para seis meses y no son inmediatamente reelegibles, se eligen por mayoría de votos, del catálogo de la Compañía reducido sucesivamente, y se les distribuyen los cargos según su aptitud reconocida.

Resoluciones y elecciones se proponen luego en la próxima asamblea general, que aprueba²⁷⁵.

Este orden se aplicó desde el 16 de julio de 1633, día de la primera conferencia. En la última asamblea preparatoria, Vicente había dado el asunto, que era sobre el espíritu eclesiástico. La discusión fue sólida, la palabra sencilla. Era también una ley que había dado Vicente, comprendiendo bien que en una asamblea parecida la afectación de una elocuencia estudiada y profana ahogaría todo fruto en su germen. Sin duda, recomendaba a los que debían hablar una larga y seria preparación, pero una preparación obtenida a los pies del crucifijo, en el silencio de una piadosa meditación, y no en la retórica humana, ni en los cálculos de la vanidad, ni siquiera en los libros teológicos, a menos que la importancia de la materia exigiera estudios más sabios. Y, en ese

²⁷⁵ Nos hemos servido para esta exposición del reglamento oficial de la conferencia comunicado a cada miembro y de una memoria secreta que debía estar a disposición de la Misión. Véase *Instructions et Mémoires*, n. 12, B. Mss, in-4, ; Archivos de la Misión. Hemos fundido, desarrollado y completado uno y otro el reglamento y la memoria.

caso mismo, prohibía que se apartaran, el hablar, de la sencillez de los hijos de Dios, y que se propusieran otro fin que su gloria. Proscribía sin compasión todas las pompas del espíritu y todo lo que san Pablo llama la vana persuasión de la sabiduría humana. Entre dos expresiones, quería que se reprimiera la más brillante para hacer así un sacrificio a Dios en el fondo del corazón y que se sacara al exterior a más humilde, sola, por lo demás, decía él, capaz de edificar, de nutrir, de llegar al corazón y llevarlo al bien. Esta teoría tuvo muy pronto fuerza de ley entre los miembros de la conferencia, y nadie pudo apartarse de ella sin hacer saltar las reclamaciones incluso de los más doctos. No fue solamente la ley, sino el atractivo que traía a San Lázaro. Es lo que nos cuenta una carta de Vicente del 17 de marzo de 1642: “La compañía de los externos que viene a celebrar conferencias en San Lázaro hace profesión de tratar las materias con toda sencillez; y en el momento que alguien presenta más doctrina, o adorna su lenguaje, ahí mismo me llagan quejas para poner remedio; y quien me ha hecho la última ha sido el Sr. Tristán, doctor en teología, que pertenece al cuerpo: y no obstante Nuestro Señor que todos quieran serlo.” Por lo demás, Vicente a la teoría añadía la prescripción mucho más poderosa de su ejemplo. Cuando debía hablar en público, fuera ante los grandes o los pequeños, los ignorantes o los sabios, pedía en la oración toda ciencia y toda luz. Se inspiraba también en la Escritura, que se sabía casi entera de memoria, y hacía de ella un uso maravilloso. Sobresalía ante todo, como se ha podido juzgar por tantos discursos de él citados anteriormente, sobresalía en hacer intervenir en toda ocasión los ejemplos y las palabras de Jesucristo, que aportaba a su asunto con acierto admirable. Como esas felices aplicaciones salían de su corazón más que de su mente, de su piedad más que de su ciencia, producía en sus oyentes, incluso en los más elevados en dignidades, en saber y genio, una impresión que nada, ni siquiera la extrema ancianidad, podía borrar ya. Bossuet, que le había oído, escribía, medio siglo después, al papa Clemente XI: Elevado al sacerdocio, fuimos asociado a esta compañía de piadosos eclesiásticos que se reunían cada semana para tratar juntos de las cosas de Dios. Vicente fue su autor; él era el alma. Cuando ávidos escuchábamos sus palabras, ni uno solo dejó de sentir el cumplimiento de la palabra del apóstol: ‘Si alguno habla, que su palabra sea como de Dios’.” Fue al salir de una de sus conferencias, cuando Tronson, superior del seminario de San Sulpicio, transportado fuera de sí, exclamó algo parecido: “¡He aquí un hombre lleno del espíritu de Dios²⁷⁶!” Muchos no venían a las conferencias más que para oírle, y se iban contristados cuando su modestia de había prohibido la palabra. Había entonces con frecuencia, como nos dice también Bossuet, obispos del más alto nombre. San Vicente les cedía, por humildad y respeto, la conclusión de la charla, que le correspondía en su calidad de director, por el reglamento y por la costumbre, ellos se negaban para no perderse la suerte de escucharle. “Señor Vicente, le dijo un día el más antiguo de ellos, no conviene que por vuestra humildad privéis a la Compañía de los buenos sentimientos que os ha comunicado sobre el tema que se trata. Hay no sé qué unción del Espíritu Santo en vuestras palabras que nos impresiona a todos. Y por eso todos estos señores os ruegan que compartáis con ellos vuestros pensamientos; ya que una palabra de vuestra boca producirá más efecto que todo lo que nosotros pudiéramos decir.” También cuando, después

²⁷⁶ *Sum.* n° 16, p. 36.

de oírle, salían de la asamblea, todos decían a los Misioneros: “Oh, ¡qué felices son ustedes al ver y oír todos los días a un hombre tan lleno del amor de Dios!”

III. *Primeros miembros*. Los más célebres de entre los primeros que entraron en la conferencia, Son Olier, de Coulanges, Pavillon, Perrochet, Abelly, Bouquet y Vialart.

El abate Olier, uno de los primeros también, había tenido la suerte de hacer, bajo los ojos de Vicente de Paúl, los ejercicios de los ordenandos. En 1632. había acudido a Bons-Enfants para prepararse allí a recibir el subdiaconado, y esta circunstancia pareció preparada por la Providencia para hacerle pasar bajo la dirección del santo sacerdote, a quien tomó efectivamente desde ese momento por confesor y guía, hasta que otra circunstancia providencial le llevara a los pies del P. de Condren. Fue Vicente quien le hizo abandonar ambiciosos estudios para llevarle, incluso antes del sacerdocio, al ministerio de las misiones del campo. Llegó hasta asociarle, uno de los primeros siempre, a sus propios Misioneros para trabajar bajo su dirección, sin ser a pesar de ello de su corporación, y le volveremos a ver pronto como obrero activo en misiones célebres²⁷⁷.

El abate de Coulanges, tío de la señora de Sévigné, a quien la espiritual marquesa ha inmortalizado con el nombre del muy bueno, era uno de los amigos de Olier y el compañero de sus primeras misiones. Como Olier, fue uno de los discípulos de san Vicente y contribuyó también al establecimiento de las conferencias²⁷⁸. A partir de entonces, se dedicó a su sobrina, cuya fortuna restableció mediante la donación de la suya y cuyos hijos casó: empleo bien humano y natural de una vida comenzada bajo auspicios tan cristianos²⁷⁹.

Pavillon había sido también formado quien, lleno hacia él de estima y de confianza, le llamaba su brazo derecho, y se servía de él para todas sus buenas obras. Le encargó incluso de presidir las conferencias de los sábados para los sacerdotes de la Misión, y varias veces de dar las charlas a los ordenandos. Los discursos de Pavillon tuvieron un éxito prodigioso: recogidos con diligencia, servían de regla en las provincias en que se establecía los mismos ejercicios. Fue Vicente también quien le obligó a aceptar el obispado de Alet, amenazándole si persistía en su rechazo con levantarse contra él en el juicio de Dios, con todas las almas que hubieran perecido en aquella diócesis, y todos le consideraban no sólo como un santo prelado, sino como uno de los prelados más capaces de formar él mismo a obispos santos. Pero, le veremos arrastrado por un falso amor de la paz, por un natural austero, al partido del jansenismo, al que tanto favoreció debido a su reputación de virtud²⁸⁰. Ya hemos entrado en relación con François Perrochet, primo de Olier, a quien acompañó en sus misiones de Auvergne. Hombre de Dios totalmente, a quien volveremos a ver en la carrera apostólica abierta por san Vicente a sus discípulos.

En Godeau no hay que ver aya sólo al habituado del hotel de Rambouillet, *al Enano de la princesa Julia*, al autor de poesías profanas, sino a un digno

²⁷⁷ *Vie de M. Olier*, (por el Sr. Faillon), in-8, París, 1844, tom. I, p. 60.

²⁷⁸ *Ibid.*, p. 62.

²⁷⁹ Carta de la señora de Sévigné al conde de Bussy, del 2 de setiembre de 1687.

²⁸⁰ *Vie de Pavillon; vie des quatre évêques, passim*, citadas por el Sr. Faillon, *ibid.*, tom. II, p. 337 y ss. – Se conserva en los archivos de la Misión un gran número de cartas de san Vicente de Paúl a Pavillón y sobre todo de Pavillon a san Vicente de Paul.

prelado quien, después de negarse muchas veces al obispado ofrecido por Richelieu, dedicó su talento y su vida a los deberes de su cargo.

Se conoce a Abelly, futuro historiador de san Vicente. –Francisco Bouquet fue sucesivamente obispo de Agde, y arzobispo de Carbona, donde fundó misiones y hospitales. –Félix Vialart era hijo de aquella presidenta de Herse, a quien hemos visto y veremos tan unida a Vicente de Paúl. Francisco de Sales, a quien tomó más tarde por modelo, con san Carlos Borromeo, había bendecido su infancia. durante su educación eclesiástica, que fue fuerte y piadosa, se repartía entre las conferencias del P. Eudes y las de San Lázaro. Nombrado al obispado de Châlons-sur-Marne, en 1642, ante la renuncia del abate Olier, se mostró enseguida tan joven aún. –No tenía más que veintinueve años, -obispo ejemplar, estableció seminarios, conferencias eclesiásticas, comunidades y escuelas, celebró frecuentes sínodos, multiplicó sus visitas pastorales, publicó sabios reglamentos, difundió los buenos libros, procuró una gran misión en su ciudad episcopal, restableció a sus expensas casi por completo su catedral incendiada y, después de negarse al arzobispado de París, quiso morir pobre en su seminario. su reputación de ciencia y de virtud era universal. Con Bossuet, contribuyó por medio de conferencias a la conversión de Turena. Con Péréfixe y el p. Annat, trajo *las paz de la Iglesia o de Clemente IX* Durante una larga permanencia por entonces en París, se relacionó más íntimamente con Bossuet, y conversó con él sobre los medios de procurar la *reunión* de los religionarios. También Bossuet repartía el tiempo de su preparación al episcopado entre Châlons y la Trappe, cuando la muerte súbita de la Señora rompió este piadoso plan. Por desgracia, F. Vialart de prevenciones demasiado favorables al jansenismo. Aprobó la primera edición del *Nuevo Testamento* de Quesnel, y su virtud, como la de los obispos de Pamiers y de Alet, fue para el partido de un apoyo funesto a la verdadera fe.

Pero, de todos los miembros de la conferencia de San Lázaro, el más célebre es siempre este Bossuet que nos hablaba hace un instante con un recuerdo tan conmovedor. Era sacerdote desde hacía dos años y arcediano de Metz, cuando fue presentado. Era por 1654, como él mismo nos lo dice en una declaración inédita dedicada por él a Vicente de Paúl en 1702, en la época en que se ocupaban en Roma de la beatificación del santo sacerdote. en ella, en efecto, él se aplaude “por haber tenido la suerte, en los siete últimos años de la vida del Sr. Vicente, de ser admitido en la compañía de los eclesiásticos que se reunían para la conferencia espiritual de los martes²⁸¹.”

Por lo demás, si tuviéramos la suerte de poseer la lista de cerca de trescientos eclesiásticos que fueron admitidos a las conferencias de San Lázaro en vida de Vicente de Paúl, encontraríamos en ella todo lo que la Iglesia de Francia ha tenido de más eminente durante treinta años por el nacimiento, el talento, la doctrina y la virtud. “No había en París un eclesiástico que no quisiera serlo²⁸².”

Y no se trataba del arrastre de la moda, ni de los cálculos de la ambición, sino del atractivo de la virtud y del deseo del bien, los que empujaban a la elite del clero joven. Todos, en efecto, se hicieron notar pronto por la piadosa regularidad de su vida y su celo apostólico. el rumor llegó a los oídos del cardenal de Richelieu, quien no se dejaba absorber por la política, y estaba más atento de lo que se ha pensado al bien de la religión..Llamó a Vicente y se informó de la naturaleza, fin y avances de su conferencia. Encantado de lo que

²⁸¹ Citado por el Sr. Floquet, *Études sur Bossuet*, tom. I, p. 398.

²⁸² Memorias de Lancelot, tom. I, p. 287.

acababa de oír, le exhortó a perseverar en todas sus obras, le prometió su protección, y quiso que se comprometiera a ir a verle de cuando en cuando. Al fin de la conversación, le pidió la lista de los miembros de su conferencia, con la designación de los que el santo sacerdote juzgaba más propios para el episcopado. Él mismo escribió sus nombres para presentárselos al rey, tras lo cual le despidió: “tenía ya una gran idea del Sr. Vicente, dijo a continuación a la duquesa de Aiguillon, pero le tengo por un hombre diferente después de esta conversación.”

Richelieu guardó la palabra, y promovió al episcopado a varios de los discípulos de Vicente. Por su parte, Luis XIII, cuya piedad se regocijaba de ver poblarse a su reino de santos obispos, recurrió él mismo al siervo de Dios, y le pidió súbditos formados por su mano, para llenar las dignidades eclesiásticas. En este plan, le envió, después de la muerte de Richelieu, al P. Dinet, su confesor, con orden de informarse del nombre y de los méritos de cada uno de los miembros de la asamblea de los martes. Lo sabemos por el propio Vicente, que escribía a uno de sus sacerdotes en Roma, el 17 de abril de 1643: “Los que han sido educados hasta ahora se presentan entre los demás prelados, de forma que todos, hasta el mismo rey, los señala como formados de manera diferente. Es lo que ha hecho que Su Majestad me haya pedido por su confesor que me envíe la lista de los que me parecen capaces de esta dignidad. ” Vicente obedece con sencillez; pues en ello, evidentemente, la orden del rey era la orden de Dios, y los intereses de la Iglesia estaban de acuerdo con los intereses del reino. Con ello preludiaba, por la disposición ordinaria de la Providencia, las funciones que debía cumplir más tarde en el consejo de conciencia, y ponía ya todo su celo. Toda su prudencia y toda su discreción. Muy lejos de envanecerse por la confianza de que estaba revestido y por el crédito que le suponían los nombramientos a los cargos eclesiásticos, él supo implicar en el secreto al rey y a sus ministros. Comprendía y así lo hizo comprender que de otra forma se vería asediado de solicitudes importunas, que todos los eclesiásticos de condición, todos los ambiciosos afluirían a San Lázaro y pediría su agregación a la compañía, para asegurarse menos su santificación que su fortuna, lo que sería corromper y agotar la fuente de donde se esperaba la renovación del alto clero.

Por una parte y por otra se mantuvo el secreto inviolablemente. Entre tantos eclesiásticos que debieron su promoción a los consejos de Vicente, nadie supo la parte de le correspondía a él, y no parecía tomar cartas en el asunto a no ser por la santa violencia que empleaba para forzar el asentimiento de los más humildes, y partiendo de los más dignos, a quienes asustaba el episcopado. Por lo demás, en público como en particular, en las conferencias como en la dirección, no les hablaba más que de la suerte de vivir y de morir en la oscuridad, y les exhortaba sin cesar a huir de todo lo que puede atraer las miradas y la estima de los hombres. Para prepararlos a los empleos más altos, no los dedicaba más que a las funciones más humildes del santo ministerio, a dar el catecismo, a predicar en los hospitales, en las cárceles, en las misiones de los campos; educación verdaderamente apostólica, a la que la Iglesia de Francia debió tantos ministros fieles. Fue como una restauración del orden eclesiástico, en otro tiempo tan vicioso y despreciado, ahora virtuoso y feliz. Vicente, que sabía que si es bueno callarse los secretos del rey, es honroso revelar las obras de Dios, forzaba su humildad hablando a veces con sus sacerdotes. Así escribía a Le Breton, en Roma, el 24 de febrero de 1640:”El

estado eclesiástico seglar recibe mucho de Dios ahora. Se dice que nuestra pequeña Compañía ha contribuido mucho a ello por los ordenandos y la Compañía de los eclesiásticos de París. hay mucha gente de calidad que abrazan este estado hoy en día.”

IV. *Frutos de las conferencias. –Primeras misiones.* Tal fue, en efecto, uno de los primeros frutos de la conferencia de San Lázaro. De su seno salieron, tan sólo durante la vida de Vicente, los piadosos e ilustres fundadores de las comunidades de San Sulpicio y de las Misiones extranjeras, J-J. Olier y Jean Duval, obispo de Babylone; veintitrés obispos o arzobispos, que casi todos trabajaron con tantos ánimos como éxito en devolver a la Iglesia su primera hermosura; por último, una multitud innumerable de vicarios generales, de oficiales, de arcedianos, de canónigos, de párrocos, de superiores y de directores de seminarios o de comunidades religiosas que llevaron a todas partes el espíritu recibido de Vicente de Paúl, es decir el espíritu mismo de Jesucristo.

Ya que su piedad no era egoísta ni avara, sino comunicativa y expansiva, como la caridad cristiana. Muchos primeramente se dejaron ganar por el santo contagio de su. ejemplo Como la mayor parte de ellos eran de condición, un gran número doctores de Sorbona, algunos provistos ya de cargos de importancia, era imposible que la regularidad de sus costumbres, la modestia de sus hábitos, su separación del mundo, ni produjesen en los sacerdotes y en los pueblos una impresión saludable. Unos se sentían inclinados a tomarlos por modelos, los otros atraídos y ganados por esta predicación muda. Por otro lado, Vicente ponía a contribución su celo y le daba un empleo más activo.

Siempre sobrecargado de obras y de proyectos caritativos, a los que no podía dar abasto por sí mismo, ni por los suyos, tenía en ellos, aparte del ejército regular de su congregación, una especie de cuerpos de reserva, y los enviaba aquí y allá, bien solos, bien en la compañía y bajo la dirección de alguno de sus Misioneros, a todas las partes donde Dios y el prójimo reclamaban a buenos servidores. A los más virtuosos y más hábiles, los enviaba a San Lázaro para dar las charlas de los ordenandos, o bien los enviaba a provincias para dar los mismos ejercicios o retiros espirituales, cuya costumbre de propagaba cada vez más, gracias al celo de los obispos nombrados bajo su influencia. A los demás, los empleaba en catecismos, o en predicaciones en los campos. Con los demás, por sí mismos y sin misión particular del santo sacerdote, se prestaban a todas las obras buenas, tan animados de su espíritu estaban. Alejados de París, reunían a todos los eclesiásticos del vecindario, los exhortaban a la práctica de la oración y de las virtudes sacerdotales, los agrupaban incluso en conferencias regladas, según el modelo de la conferencia de San Lázaro. Socorrían a los sacerdotes con sus limosnas como con su palabra, y los volvían a la decencia exterior y al espíritu de su estado

Pero fue con sus misiones con las que la conferencia de los martes se ganó mayor reputación. Después de iniciarse en la obra apostólica por los campos con la dirección de los Misioneros, sus miembros se encargaban de evangelizar las ciudades que Vicente había prohibido a los suyos. La ciudad de París recogió las primicias de su caridad. En el primer año de su fundación, dieron en el hospital de los Quince-Veintes una misión a los pobres ciegos, de la que se aprovecharon también las familias de estos desdichados y los habitantes de los alrededores. Luego les tocó a los soldados del regimiento de

la guardia del rey, a los que reunieron con el acuerdo de los oficiales; el turno también de los numerosos artesanos que, absortos en su trabajo, ignoraban o se olvidaban de Dios y de su alma. Dignos discípulos de Vicente de Paúl, se dedicaban a los pobres exclusivamente o con preferencia y, en particular, a esas bandas sin número de mendigos que, antes del establecimiento del hospital general, inundaban las calles de la capital, a las que aterrorizaban con el espectáculo de su miseria y de su salvaje inmoralidad.

No hubo hospital de París que no se convirtiera en teatro de su celo. La Piedad, los Galeotes los vieron a unos tras otros; y hasta las Petites Maisons, donde se recogían entonces, con los alienados un gran número de familias pobres. en esta última misión fue donde dejaron como monumento de su paso el *Exercice du chrétien*, compendio popular de la doctrina y de la moral cristianas, que se extendió luego por millones de ejemplares en Francia y en el extranjero.

Pero su triunfo estuvo en el Hôtel-Dieu, por entonces el receptáculo más vasto de todas las miserias humanas. Primeramente, amparados con los consejos de Vicente, se trasladaron allí en corporación y, con sus limosnas, sembraron entre los pobres enfermos buenas palabras y santos deseos. Después de tomar así posesión del lugar, organizaron ocuparle todos los días por algunote ellos, hasta ser relevados por el establecimiento fijo de esta guardia de caridad. Mientras tanto, daban a los convalecientes exhortaciones y catecismos todos los viernes del año. Y disponían diariamente a los enfermos para las confesiones generales.

Llenos de admiración y de gratitud los superiores del Hôtel-Dieu concedieron a estos buenos servidores la única recompensa que esperaran por sus trabajos, preparándoles un trabajo más grande todavía, y los invitaron a dar una misión general a los enfermos, a los convalecientes y a todos los oficiales del hospital. Tuvo lugar en 1639, con todo el éxito que se podía esperar de su celo y de los consejos de Vicente; ellos superaron incluso los deseos de los superiores ya que, incluyendo a la religiosas en su caridad, ellos les dieron charlas espirituales sobre las virtudes de su vocación tres veces por semana.

Entre las numerosas misiones dadas por los miembros de la conferencia de San Lázaro, hay algunas que han dejado una huella más señalada en la historia.

La primera se celebró en un barrio muy poblado que los historiadores de san Vicente de Paúl no nombran. Este burgo muy poblado de taberneros y gente de justicia, estaba dominado por el desorden y toda exacción. Allí la taberna servía de casa de ayuntamiento, de iglesia y de tribunal: ya que allí se citaban todos; allí transcurría el tiempo de los oficios, y se trataban los asuntos. Después de atemorizar a esta licencia y a estas injusticias con algunas predicaciones fuertes, nuestros Misioneros arrancaron lo primero de todo al jefe de la policía un reglamento que cerraban las tabernas durante el servicio divino; luego se dirigieron sucesivamente al preboste, a los procuradores y a los sargentos y, por la doble autoridad que tenían por su carácter sagrado y por su parentesco con presidentes y consejeros del parlamento, ellos lograron el atrincheramiento de todos los abusos y le reforma de la justicia. . en algunas semanas habían reparado un siglo de desórdenes.

V. *Misión del barrio de San Germán*. Una misión más dura y más fructuosa todavía fue la que tuvo lugar en el barrio de San Germán. Éste era entonces,

según testimonio de todos los historiadores del tiempo, la sentina de París, la cita de la herejía, del ateísmo y del libertinaje. Allí los hugonotes habían establecido su primera iglesia y, desde entonces, los ministros sin asilo y sin recursos habían buscado un refugio. Después de sus lugares de seguridad, este sitio era el bulevar del partido, que bien pronto contó hasta cuatro mil representantes, la mayor parte ilustres, entre otros Antoine de Bourbon y Jeanne d'Albret.. También se ejerció allí el culto con insolencia. Eran a plena luz del día, procesiones al Pré-aux-Clers, cantando los salmos de Marot. Eran prédicas en público, sin miedo ni al gobierno ni al pueblo, ya que los protestantes, la mayoría gentileshombres desafiaban a uno y otro. En una palabra, como se decía, era una *pequeña Ginebra*.

De la herejía, de sus escritos, de sus discursos contra la fe y las instituciones católicas había salido el partido de los *políticos* o del indiferentismo religioso, padre a su vez del ateísmo. En 1623, el célebre P. Mersenne, amigo de Descartes y corresponsal de todos los sabios de su tiempo, veía sesenta mil ateos en París, y hasta doce en una sola casa. Pues, como ya lo hemos dicho, el barrio de San Germán era su lugar preferido.

Al lado de la incredulidad y del ateísmo, marchaba su compañera ordinaria, la superstición. A las puertas mismas de la iglesia de San Sulpicio, se vendían caracteres de magia y libros de sortilegios.

En un medio así, ¿cómo debían ser las costumbres? No se veía más que depravación y bandidaje. Las mujeres del vicio tenían allí su cuartel general. Mal contenidos por una policía incapaz, los ladrones eran entonces dueños de las calles y cuando no habían podido rechazar a los arqueros de la guardia, buscaban refugio e impunidad den el suburbio de San Germán. Desde tiempo inmemorial, este suburbio formaba una ciudad aparte, y estaba sometido no a los magistrados de París, sino a la justicia del abate, justicia mal administrada y poco temida. La feria de San Germán, que duraba un par de meses, aumentaba todavía el desorden, atrayendo por su franquicia a una multitud de comerciantes que traían la corrupción con los objetos de sus negocios. Añadamos que los duelos reinaban allí en todo su furor: el famoso Pré-aux-Clercs ha conservado en la historia se estos combates singulares el renombre de los más célebres campos de batalla.

Contra tantos males, ningún auxilio religioso, ningún celo en el clero. Tan pequeña para una población tan inmensa, la iglesia parroquial era todavía demasiado grande, tan abandonada estaba. ¡No se frecuentaba más que los osarios transformados en tabernas, y el cementerio contiguo que servía de suplemento a los lugares de libertinaje! Después de celebrar sin decencia, los sacerdotes mismos se iban allí, y allí pasaban el día en el desorden y la crápula²⁸³.

En aquel tiempo, el ruido de las misiones que Vicente daba por sí o por los suyos, comenzaba a extenderse y la gente de bien fundaban en ellas grandes esperanzas. Una piadosa dama del suburbio de San Germán, a quien los historiadores de san Vicente de Paúl no nombran, pero que las memorias particulares²⁸⁴ dicen que era la duquesa de Aiguillon, vino, asustada de tantos horrores, a ver al santo sacerdote y le pidió que diera una misión allí. Vicente, bien a pesar de lo obligado que se sentía hacia la duquesa, se negó en un

²⁸³ Véase la *Vie de M. Olier*, tom. I, p. 448 y ss., donde el Sr. Faillon ha resumido a todos los historiadores del tiempo.

²⁸⁴ *Vie de M. Olier*, tom. I, p.382.

principio, y respondió que ni él ni sus sacerdotes trabajaban en las ciudades episcopales, y que además él no se atrevería nunca a proponer a nadie evangelizar a una población semejante. “Sería, dice él, echar a los animales el pan de la palabra y de la gracia.” La duquesa insistió con toda la fe y la humildad de la Cananea del Evangelio, y Vicente movido se preguntó si Dios no le hablaba por su boca. Le prometió pensárselo. Unos días después, su convicción estaba formada, y quiso comunicárselo a los eclesiásticos de su conferencia. Éstos, aunque acostumbrados a recibir sus palabras como en odres sagrados, exclamaron todos a una voz y, después de debatir el proyecto, concluyeron en abandonarlo por imposible.

Vicente se calló y rezó. En la asamblea siguiente, tomó la palabra con nueva fuerza. “Señores, dijo, he reflexionado ante Dios, y una respuesta interior me asegura que este proyecto es suyo y él les pide este servicio. Su gracia es más poderosa que todos los obstáculos. Yo cuento con ella y estoy convencido de que ustedes lo conseguirán a pesar de los esfuerzos de los demonios y de los hombres.” Por primera vez, estas palabras, siempre victoriosas, no pudieron mover la asamblea, y fueron acogidas con un silencio taciturno. En todos los rostros solamente se leía una muda negativa, o un descontento penoso causado por una firmeza que algunos tomaban como reproche de su oposición anterior. Vicente se dio cuenta, su humildad se asustó y, postrándose de rodillas: “Señores, les dijo, pido perdón a la Compañía por la vivacidad con la que acabo de hablarle. Protesto que no he obedecido en ello más que al movimiento interior que me empujaba; había pensado que Dios les pedía esta nueva prueba de valor y de amor.”

A la vista de este santo anciano, -tenía ya sesenta y cinco años,- postrado a los pies de aquellos que no le llamaban más que su padre, la asamblea se sintió profundamente conmovida. Esa fue la más elocuente de las exhortaciones. Todos al punto, comenzando por los que habían reclamado hacía un momento con la mayor energía, le pidieron uno tras otro perdón por su resistencia, y se fijó la misión allí mismo de común acuerdo.

Le rogaron inmediatamente que organizara la dirección. Tan sólo se permitieron la observación que había una gran diferencia entre una misión dada en la ciudad, y una ciudad como París, y las misiones de los campos.. contra otros enemigos, otras armas, le dijeron; y este lenguaje sencillo y familiar que hacía fortuna en la población de los campos, no levantaría aquí más que risas y burlas. “Qué es lo que acabo de escuchar, Señores, interrumpió Vicente. Ésas son unas palabras inspiradas en la prudencia humana y tal vez por el amor propio. Buscan pues ustedes aniquilar la fuerza de la Cruz apoyándose en medios puramente naturales. Créanme, el método que Dios ha bendecido en sus misiones de los campos es el único que Dios bendecirá en la misión que quieren emprender. Van ustedes a combatir al espíritu del mundo, que es un espíritu de orgullo, y no lo vencerán sino atacándolo por espíritu de Jesucristo, que es in espíritu de sencillez y de humildad. Como este divino Salvador, busquen no su propia gloria sino la gloria de su Padre; a su ejemplo, manténganse preparados a sufrir el desprecio y, si es necesario, la contradicción y la persecución. Al hablar el lenguaje que habló el Hijo de Dios, no serán ustedes quienes hablen, sino él quien hablará por ustedes. Así merecerán servir de instrumentos a esta misericordia, que sola toca los corazones más endurecidos y convierte los espíritus más rebeldes.”

No se insistió más. Se recogieron estas palabras como una especie de consigna en la campaña que se iba a emprender. La misión, que tuvo por cabeza al abate de Perrochel, el futuro obispo de Boulogne, dio comienzo en las humildes disposiciones que Vicente acababa de recomendar. Desde un principio, los jóvenes Misioneros reconocieron la sabiduría cristiana de sus consejos. Este lenguaje sencillo y familiar, cuya derrota temían ellos, constituyó su victoria. Era conocido el nacimiento ilustre de algunos, la ciencia de los otros, el mérito de todos. Y había que veros olvidarse de sí mismos para ser sólo humildes y celosos apóstoles. También, todos los días y casi a todas las horas, se trataba de pecadores inveterados, usureros sin corazón, mujeres perdidas, libertinos gangrenosos, que venían a echarse a sus pies, gritando misericordia. Las conversiones tenían algo de milagroso. Se necesitaría un volumen, ha dicho el primer historiador de Vicente, si se quisiera consignar al detalle las ignorancias disipadas, las incredulidades convencidas, las injusticias reparadas, las enemistades reconciliadas, todas las pasiones domadas. Un día, cuenta también Abelly, al final de su comida, los Misioneros vieron entrar en su casa a un burgués de París, que les dijo: “Tengo de siete a ocho mil libras de renta, de las que puedo disponer sin causar daño a nadie, ya que Dios ha llamado a sí a mi mujer y a mis hijos. Vengo pues a ofrecérselas, y al mismo tiempo mi persona. Sírvanse de mis bienes y de mí. Yo me comprometo a servirles por el resto de mi vida, con la única condición de que ustedes mismos se comprometan a vivir siempre juntos y a continuar en otros lugares lo que han hecho con tanto éxito en el suburbio de San Germán. Estoy bien seguro de que no puedo rendir a Dios un servicio que le sea más agradable ni procurar un mayor bien a la Iglesia ni, por consiguiente, emplear mejor mi persona y mi fortuna.” La propuesta no pudo ser aceptada, por estar hecha con una condición imposible; pero, agradeciendo al rico burgués, los Misioneros le prometieron consagrar sus vidas a obras más o menos parecidas, y es de creer que el burgués, por su parte, no se guardó su oferta en el corazón y que encontró otro modo de hacer un empleo tan santo de sí mismo y de sus bienes. Como ninguna de las tierras cultivadas por Vicente no debía convertirse en barbecho, el suburbio de San Germán, después de esta primera misión, vio pronto venir a él a otros obreros. Desde el año siguiente (1642), uno de los más piadosos discípulos del santo sacerdote y uno de sus más íntimos amigos, el abate Olier, aceptó la parroquia de San Sulpicio, después de negarse por tres veces al episcopado; y de esta parroquia, la más depravada, según el decir común que él mismo repite en sus memorias, no sólo de París, sino del mundo entero, llegando a ser la parroquia modelo que todo el mundo sabe. Al comienzo de su ministerio rindió a los Misioneros que le habían precedido este hermoso homenaje, en la persona de su jefe, pariente y amigo: “El Sr de Perrochel, escribías en 1642, este dignísimo discípulo del Sr. Vicente, que me había seguido en otro tiempo en las misiones de Auvergne, predicó el año pasado en el suburbio de San Germán con tanta energía. como sea posible y anunció allí por mucho tiempo la penitencia con una eficacia maravillosa.. mandó que se hicieran un número prodigioso de confesiones, hasta tal punto que me vinieron a hablar de estas maravillas, y a informarme que los corazones más duros y los más apegados al pecado eran tan puros como los de los niños que eran asimismo objeto de su celo. Estos pobres pequeños inocentes, en su primera comunión y su procesión encantaron el corazón de los

pueblos. París salía en masa de sus puertas²⁸⁵ para escuchar al Sr. de Perrochel, que predicaba en la abadía Saint-Germain (por quedarse pequeña la iglesia de San Sulpicio). Su reputación había llegado a tal punto, que pasa por el apóstol de París; no sólo los pueblos acudían en masa, sino que también los prelados y los sacerdotes le rendían admiración, y estaban resueltos a imitarle, confesando que había que predicar así.” Este testimonio recaía con todo derecho en Vicente, el único que había inspirado este modo de predicar

VI. *Misión de Metz*. De todas las misiones predicadas por la conferencia de San Lázaro, la más ilustre por su origen, sus cooperadores, sus resultados es, sin discusión, la de Metz, en 1658.

En el mes de setiembre del año precedente, la corte se había dirigido a Metz para vigilar de más cerca la elección del Imperio, vacante por la muerte de Ferdinand III. Allí llegaron la reina madre, el joven rey de edad por entonces de 19 años, su hermano el duque d’Anjou, el cardenal Mazarino con su sobrina Ana Martinozzi princesa de Conti, los ministros y la corte al completo. Por primera vez, el 15 de octubre, día de santa Teresa, escuchó Ana de Austria a Bossuet, entonces arcediano de Metz, que vivía allí desde su promoción al sacerdocio. El orador no se perdió la ocasión de alabar la piedad e inagotable beneficencia de esta princesa, cuya vida entera, dice Abelly, era *orar y dar*. Él puso a contribución su caridad en favor de los diversos establecimientos a los que él mismo había contribuido, y en particular en favor de la *Propagación de la fe*, obra destinada a venir en ayuda de las jóvenes y mujeres judías deseosas del bautismo, o de las jóvenes y mujeres calvinistas a quienes su conciencia apremiaba a abjurar de la herejía. Le habló del estado espiritual de la diócesis de Metz: de los judíos tan numerosos y de las facilidades de convertirlos a la fe cristiana; de los protestantes más numerosos todavía, a quienes él mismo había combatido tan victoriosamente antaño con su *Refutación del catecismo de Paul Ferri*, y que se mostraban siempre tan atrevidos a pesar de todos los edictos del rey; de la necesidad de un clero lleno de celo y de luces, en una diócesis devorada de tantas necesidades y privada, desde hacía más de dos siglos, de la presencia de su primer pastor. En ese tiempo, el titular del obispado de Metz era Henri de Bourbon, hijo natural de Enrique IV y de la marquesa de Verneuil, quien, por un abuso deplorable y entonces demasiado frecuente, había sido elegido para esta sede, en 1607, ¡a la edad de seis años apenas!. Henri de Bourbon no recibió nunca las órdenes, y se hizo suplir durante más de cincuenta años, hasta su extraño matrimonio con la hija del canciller Seguiré, viuda del duque de Sully, por sufragantes provistos de un título episcopal *in partibus*. En 1657, el sufragante de Metz era Pierre Bedacier, obispo de *Auguste*, en otro tiempo religioso de Cluny, prelado celoso, pero a quien su posición subordinada y falsa reducía con demasiada frecuencia a la impotencia. En una palabra, Bossuet habló a la reina madre de todas las necesidades espirituales de una diócesis que él estudiaba hacía cinco años, que conocía mejor que nadie. Ya que, sin hablar de sus trabajos por la conversión de los judíos y de los protestantes, encargado, en su calidad de gran arcediano, de presidir todos los cuidados religiosos que reclamaban las

²⁸⁵ El Sr. Faillon hace notar en este lugar, tom. I, p. 414, que Olier parece distinguir París del arrabal San Germán; en efecto, este arrabal sometido al abate de San Germán en lo espiritual y lo temporal, estaba separado de París, y llevaba el nombre de *ville Saint-Germain-des-Prés*. Por eso, en algunas ocasiones el abate prohibía a los habitantes de la ciudad de la ciudad de Saint-Germain ir a París.

dieciséis parroquias de la ciudad y todas las de los deánatos de Noiseville y del Val de Metz, había visto de más cerca que nadie todos los males a los que él rogaba entonces la piedad caritativa de la reina madre que pusiera remedio.

Al cabo de seis semanas de estancia en Metz, Ana de Austria regresó a París, lleno el corazón de proyectos inspirados por Bossuet y que la veremos llevar a la práctica sucesivamente. En la incapacidad de realizarlo todo de una sola vez, y queriendo ir a lo más urgente, creyó que una gran misión sería la mejor limosna que se pudiera hacer primero de todo a este pobre pueblo. Con este pensamiento se va a ver a Vicente de Paúl, sin el cual, hace quince años, desde que ella le había presentado en su consejo de conciencia, no se atrevía a emprender nada. Es él, además, y los sacerdotes de su congregación, a quienes tantas veces había visto trabajar, a quienes quería encargar de la misión de Metz. Pero desde la primera palabra que le dijo al santo: “Eh, Señora, le respondió él, ¿no sabe Vuestra Majestad que los pobres sacerdotes de la Misión son solo Misioneros para los pobres? si nos hemos establecido en París y en otras ciudades episcopales como en otras, no es más que para el servicio de los seminarios, de los ordenandos y los que hacen su retiro espiritual, y para ir a dar misiones en el campo, y no para predicar, catequizar ni confesar en esas ciudades. Pero, añadió, existe otra Compañía de eclesiásticos que se reúnen en San Lázaro todas las semanas, que podrán bien, si Vuestra Majestad se complace en ello, desempeñar más dignamente que nosotros este trabajo. “Yo ignoraba, respondió la reina, que los sacerdotes de la congregación no hicieran misiones en las grandes ciudades. Pero, vuestros sacerdotes o los sacerdotes de la conferencia de San Lázaro, poco me importa, con tal que vengan de vuestra parte y que me sean dados de vuestra mano. Que estos señores de la conferencia emprendan pues lo antes posible la misión de Metz a mis expensas, pues estoy resuelta a soportar por mí misma todos los gastos²⁸⁶.”

Para obedecer a la vez a las voluntades de la reina y de su celo apostólico, Vicente no perdió el tiempo y, a partir del próximo *martes*, propuso la misión de Metz a la asamblea. Esta vez no hubo la menor oposición. A la primera palabra de un maestro tan querido y tan venerado, todos se ofrecieron a porfía, y Vicente no tuvo otra cosa que escoger entre estos hombres de buen querer, a los que juzgaba más capaces de esta grande empresa. Eligió a *cuarenta*, dice Mollet según Henri-Charles de Coislin, obispo de Metz, en su carta a Clemente XI, del 17 de julio de 1706; a *veinte* tan sólo, según otras memorias; a más de veinte, asegura Abelly, sin duda mejor informado, en su calidad de testigo más íntimo y más vecino de los hechos²⁸⁷.

De estos veinte o cuarenta obreros evangélicos, cinco nombres han sólo han llegado hasta nosotros, conservados en cartas de Bossuet. Y en primer lugar. Louis o Nicolás de Blampignon o de Blancpignon, prior de Mont-Guion, en Le Maine, “sacerdote de gran reputación,” ha escrito un analista no sospechoso²⁸⁸ quien director de las Carmelitas y de varios monasterios más de mujeres, supo establecer en algunos la reforma, entre otras en Yères, a pesar de Clara Diana de Angennes, segunda hija de la señora de Rambouillet, que era abadesa allí. Se había distinguido ya en la misión del suburbio San

²⁸⁶ Conf. del 17 de mayo de 1658.

²⁸⁷ El testimonio de Abelly está además de acuerdo con el de san Vicente, que escribía a Ozenne, en Polonia, el 27 de marzo de 1658: “La reina ha enviado (a Metz) a unos *veinte* eclesiásticos.”

²⁸⁸ Tallemant des Réaux, historieta XCVI, *Madame d'Yères*.

Germán, en 1641, por su capacidad y por su celo. Después, Omer de Champin, recibido doctor el año precedente al cabo de fuertes estudios en el colegio de Navarra, amigo de Bossuet y su comensal en el deanato del Louvre, donde debía suceder como decano a Léonard de Lamet, nombrado al curato de San Eustaquio. El tercero, nacido de una familia honorable de Orleáns, es Nicolas Gédouin, Gédoin o Gédoyne, abate de Saint-Mesmin, capellán de el Señor, superior de las Ursulinas de Saint-Cloud, célebre más tarde por misiones dadas en la ciudad y la diócesis de París, con gran resonancia y éxito. Tomó parte también, en 1664, con otros eclesiásticos de París, en una misión en el país de Gex, que tenía por objeto principal la conversión de los protestantes. Después de sus numerosas misiones, se retiró por celo y por humildad a una de las casas del Hospital General, ara entregarse en él a la instrucción de los pobres, a quienes asistía también con sus bienes, y fue allí donde pasó en el retiro y la oscuridad los treinta últimos años de su vida, sacrificando con júbilo las ventajas que su nacimiento y sus méritos personales le aseguraban en el mundo. Fallecido en 1692, tenía treinta años cuando la misión de Metz.

Finalmente, son Louis de Rochechouart de Chandénier, abate de Tournus, a quien san Vicente puso a la cabeza de la misión, y su hermano Claude-Charles, hermano menor, abate de Moutiers-Saint-Jean. Eran hijos de Jean-Louis de Rochechouart, barón de Chandénier, famoso guerrero, muerto en 1635, y de Louise de Montheron de Fontaines-Chalandray. El nombre de Rochechouart es célebre, bajo diversos aspectos, en nuestros anales, y así lo es el de La Rochefoucault, cuyo lustre le viene también de nuestros dos abates. Ya que eran sobrinos de François, cardenal de La Rochefoucault, que había sido también abate de Tournus en su juventud y había transmitido esta abadía a Louis²⁸⁹.

El cardenal había muerto hacía tres años en la época de la Misión de Metz; pero la memoria de sus virtudes celebradas en su oración fúnebre por el jesuita André Castillon y representadas al natural en su Vida por el canónigo regular la Morinière, se mantenía viva aún, y sus sobrinos se esforzaron en reproducirlas. Claude-Charles era todavía diácono y no quiso nunca, por humildad, ser promovido al sacerdocio, creyéndose incapaz de tal ministerio a causa de la escasa ciencia, decía él, que su mala salud le había permitido adquirir en su primera juventud. Y, sin embargo, todo el tiempo que le quedaba después de la oración y de las buenas obras, lo dedicaba a la meditación y al estudio. Cuando murió, el 18 de mayo de 1710, a la edad de más de ochenta años, los

²⁸⁹ En su viaje de Italia, François de La Rochefoucault había conocido a san Carlos Borromeo, cuyos coloquios y ejemplos se convirtieron en la regla de su vida. Sucesivamente obispo de Clermont y consejero de Estado, luego cardenal, obispo de Senlis, gran capellán y ministro de Estado, tomó con ardor en todos sus cargos los intereses de la religión. Nadie mostró más celo, en particular en los Estados Generales de 1614 y en la Asamblea de clero en 1615, para la recepción en Francia del concilio de Trento. Hizo en particular su propia misión de la reforma de las órdenes religiosas. Investido de plenos poderes en esta cuestión por el papa y por el rey, comenzó por dimitir del obispado de Senlis, donde sus nuevas funciones debían impedirle a menudo residir, para dar ejemplo de sumisión a la disciplina de la Iglesia en un tiempo en el que quería instaurar las observancias de la disciplina religiosa. A la cabeza de un consejo de obispos y de magistrados nombrados por el rey, de un consejo de eclesiásticos y de religiosos tan capaces como celosos que se formó él mismo, redactó, de cuerdo con ellos, reglamentos, a los cuales la abadía de Sainte Geneviève, las órdenes de Piémontre, de Saint Benoît, de Cluni, de Clairveaux, de Cîteaux, debieron su reforma total o parcial. Procuró también la fundación de una congregación nueva de canónigos regulares, animó las misiones, hizo la guerra a toda relajación y promovió todas las buenas obras. A la edad de setenta y dos años dejó la corte y dimitió de todos sus cargos, para vivir en retirado la piedad y el ejercicio de una caridad inmensa.

religiosos de su abadía mandaron grabar en su tumba un hermoso epitafio o inscripción en estilo lapidario que se puede leer al final del primer volumen de la vida de san Vicente de Paúl por Mollet. “Es eso, dice el historiador, un monumento que sólo la virtud puede erigir a la virtud.” También un elogio de Vicente; ya que, añade muy bien Collet, ya que las virtudes de este respetable *alumno* son tan evidentemente las del *padre* que le has formado que, si bien en esta especie de epitafio, tan solo se dice una palabra de Vicente de Paúl, se puede asegurar que toda la pieza es alabanza suya.”

Hijo sumiso de Vicente, el abate de Tournus no le resistió más que para rechazar los honores eclesiásticos a los que le llamaban su mérito y su nacimiento, y que el santo sacerdote le pidió más de una vez que aceptara, esperando mucho bien para la Iglesia de una virtud así unida a un hombre tan grande. Prefería un piadoso retiro o las humildes funciones del sacerdocio. “La oración era su más frecuente alimento, la humildad su ornamento, la mortificación sus delicias, el trabajo su descanso, la caridad su ejercicio, la pobreza su querida compañera. “ Con estos términos conmovedores nos habla de él Abelly, quien le había conocido íntimamente en San Lázaro. Dividía, en efecto el tiempo en dos partes, una para San Lázaro, donde se sentía tan feliz de vivir junto a Vicente, la otra para su abadía de Tournus, a las orillas del Saona, donde se dividía entre el estudio, la oración y el ejercicio de la caridad. El jesuita Chifflet, historiador de la abadía y de la ciudad de Tournus, que le había visto a menudo y bien cerca, ha escrito de la abadía y del abate: “En esta abadía todo está tan bien ordenado, que tenía motivos para decir: *Castra Dei sunt haec* He tenido el honor de conversar varias veces con el abate, y confieso salir de ellas embalsamado por el dulce olor de sus virtudes. Las mitras y la púrpura misma parecían estar por debajo de tan grandes méritos²⁹⁰” Un hombre semejante, elegido para cabeza de una misión honra a la prudencia de Vicente. Nada debía faltar en esta misión de Metz, ni los consejos y las oraciones de un santo, ni la protección de una gran reina, ni el mérito de los jóvenes apóstoles; nada, ni siquiera el genio, acudiendo en ayuda de la virtud, en la persona de Bossuet.

Bossuet conocía al abate de Tournus por las conferencias de Saint Lázaro, y también por la marquesa de Sénecey, gobernanta de los Niños de Francia: la Marquesa siempre tan afecta a Bossuet, era tía del abate.

Elegidos los obreros, ya no se trataba más que de trazarle un plan de trabajo y de prepararlo todo en Metz para su buena recepción y el éxito de su empresa. Vicente, como se puede imaginar, se encargó de darles, con su bendición, todos los consejos necesarios, y se regular de antemano todo su comportamiento; luego se dedicó a prevenir por parte de Metz todas las dificultades. Él mismo escribió a todos los personajes que tenían en mano la autoridad sea religiosa, sea civil, y obtuvo de la reina una carta con sello y su dirección. El obispo de Auguste, a quien conocemos, el barón de Moussy La Contour, comandante por el rey en Metz, y maestre de campo de la guarnición de esta plaza, los oficiales, la asamblea de los tres órdenes, todos, en una palabra, protestaron de su obediencia a la reina y de su deseo de secundar los piadosos proyectos de Vicente. Pero se necesitaba en Metz alguien que se encargara, con corazón y autoridad, de preparar a toda la gente, y alguien también que lo dispusiera todo para la recepción material de los Misioneros. En

²⁹⁰ *Histoire de l'abbaye royale et de la ville de Tournus*, in-4, Dijon, 1664, p. CCLXI.

las charlas de San Lázaro entre ellos y su venerado padre, se trató muy pronto de este gran arcediano de Metz quien, en 1652, en la época de su ordenación, había causado sobre Vicente una impresión tan profunda que, dos años más tarde había señalado tan brillantemente su lugar en la conferencia de los martes y que, el año anterior, había debutado con tal brillantez en las cátedras de la capital. A falta de Vicente, que no se había olvidado sin embargo del joven diácono de San Lázaro, el abate de Champin, su comensal en el Louvre y su amigo, el abate de Chandinier sobre todo, no habrían dejado de fijarse en él, y de poner en él su mayor esperanza. Muy creíble es que si el abate de Chandénier, antes que nadie, le señaló a Vicente, Vicente por su parte, sabiendo los estrechos lazos que unían a estos dos hombres, tan grandes, uno por su nacimiento y por su virtud, el otro por su genio, se inclinó a pesar de ello, por esta valoración, a escoger al abate de Tournus por jefe de los Misioneros.

Fue el abate de Champin quien recibió la orden de escribir a Bossuet, en nombre de Vicente y de la conferencia, para informarle de la próxima Misión y pedirle su participación en una obra tan salutífera. Bossuet le contestó inmediatamente y le rogó que asegurara a Vicente que no omitiría nada por su parte para colaborar en todo de lo que se le creyera capaz y como debía hacer un corto viaje a París con el obispo de Auguste, preguntaba por el tiempo de la llegada de estos señores, con el fin de que pudieran, el obispo y él, sus medidas sobre ello, “creyendo uno y otro, decía, que seríamos muy culpables, si abandonáramos la cosecha en el tiempo en que su bondad soberana nos envía obreros tan fieles y tan caritativos.”

No recibiendo ninguna respuesta del abate de Champon, se decidió a escribir directamente a Vicente, el 12 de enero, no sintiéndose enfadado, por otra parte, porque se le presentara esta ocasión de renovar sus respetos. Le aseguró, ante todo, por la excelente disposición en que se hallaba el obispo de Auguste para cooperar en esta obra. “Por lo que a mí se refiere, Señor, añadía él, me reconozco muy incapaz de prestar el servicio que desearía; pero confío en la bondad de Dios que el ejemplo de tantos eclesiásticos santos, y *las lecciones que en otro tiempo aprendí en la Compañía*, me den fuerza para trabajar con tan buenos operarios, si yo nada puedo por mí mismo. Os pido el favor de asegurar a la Compañía, a la que saludo de todo corazón en Nuestro Señor, y la ruego que me haga partícipe de sus oraciones y santos sacrificios. Si hay alguna cosa, decía para terminar, que creáis necesaria aquí para la preparación de la gente, recibiré de buena gana y realizaré fielmente, con la gracia de Dios, las órdenes que me deis.”

No se conserva por desgracia ninguna respuesta de Vicente a esta carta. Pero se sabe que una vez recibida, siempre se dirigió a Bossuet para disponerlo todo; fue a Bossuet también a quien encargó de transmitir al obispo de Auguste la carta que le escribía para agradecerle sus disposiciones favorables y pedirle la continuación. El obispo respondió a Vicente, el 29 de enero, para tranquilizarle, y rogarle que asegurara a la reina que él emplearía de buen corazón todo lo que pudiera tener de crédito y autoridad en lo espiritual como en lo temporal, en la ciudad y en la diócesis, para la gloria de Dios, la edificación de los pueblos, la salvación de las almas y la conversión de los herejes e infieles, “que tenemos en número muy considerable... Pasaría por prevaricador en mi ministerio, si no manifestara, en esta ocasión, la consideración que siento por la obra de Dios y el mandato de Su Majestad. Añadiré a ello el aprecio

particular que siento por vuestra dirección, que tanto contribuye en favor de toda la Iglesia con estas misiones.”

Una sola dificultad se le presentaba al obispo. El orden de las misiones dadas por los hijos de Vicente o por los Misioneros de la Conferencia, quería que, durante el tiempo que ellos estaban en función, cesara toda otra predicación que la suya en cada una de las iglesias de la ciudad. En esta orden no se ha de ver ni egoísmo ni envidia, sino tan sólo deseo de asegurar el éxito de la misión, por la unión y la uniformidad de los esfuerzos. Medio excelente, en efecto, de evitar toda colisión de amor propio, todas las comparaciones entre las diferentes maneras de predicar y de dirigir, todas esas críticas en contra, de las que esencialmente, siguiendo su mismo nombre, espíritu de discordia y de división, se sirve para impedir el bien.

Bueno, se hallaba entonces en Metz un religioso dominico, llamado Guespier, muy honesto y hábil, doctor de Sorbona, quien había predicado ya el adviento con aplauso y recomendación, y se había comprometido a predicar la cuaresma, después de rechazar el púlpito de Angers que le habían ofrecido. ¿No era para él una especie de afrenta despedirle a las puertas de la cuaresma?. Así lo pensaba, y también el obispo de Auguste. Y por eso Pierre Bedacier proponía a Vicente un término medio: el religioso no ocuparía el púlpito de la catedral más que tres veces a la semana, y los otros cuatro días quedarían a la entera disposición de los Misioneros quienes, incluso los días de predicación del dominico podrían, el reto del tiempo, usar con libertad de la iglesia para sus ejercicios y predicar en las otras iglesias de Metz.

Bossuet intervino también en este asunto. Habló muy en particular con el predicador de la cuaresma, en quien encontró a un hombre sabio, acomodaticio y deseoso del bien, pero al propio tiempo obstinado en sus primeros sentimientos, y persuadido de que era cosa de él dejar el púlpito totalmente. “Declara que de lo demás, escribía Bossuet a de Monchy, él contribuirá en lo que pueda al buen éxito de la Mieión, y exhortará con fuerza al pueblo a hacerse dignos de recibir sus frutos.”

En primer lugar, Bossuet deseaba el arreglo propuesto por el obispo de Auguste, pensando menos en el religioso que en el éxito de la obra. “Si se obra de manera distinta, escribía siempre al mismo, no se evitarán murmuraciones del pueblo. Muchos tratan ya de difundirlas, y vos no ignoráis, y yo tampoco, de qué principio procede eso.” Y eso venía del capítulo, no opuesto directamente a una misión que la reina había querido y que él había prometido favorecer, sino opuesto a una empresa que había abrazado ardientemente el obispo de Auguste, con quien andaba a la greña constantemente. “Preveo, sigue hablando Bossuet, yo preveo alguna dificultad entre Monseñor de Auguste y el capítulo. Algunos tal vez, encubiertamente, aprovecharán la ocasión de querer con ello oponerse a esta obra.. yo me esforzaré con todas mis fuerzas por lograr que las cosas vayan por otro camino.”

Todos estos conflictos no lograban que Vicente se apartara del orden acostumbrado de las Misiones, que apoyaban otras tantas razones. El dominico, ya manzana de la discordia o pretexto entre el obispo y su capítulo, ¿no lo sería pronto entre los Misioneros o entre éstos y una parte de la población? Debía absolutamente abandonar el lugar. El obispo, aconsejado por Bossuet, lo comprendía y mientras esperaba la decisión de Vicente sobre las razones que le había presentado, encargaba a Bossuet que le escribiera: “Después de esto resolverá al predicador a hacer a todo lo que encontréis de

más conveniente para la obra de la Misión, que está resuelto a preferir a cualquier otra consideración: no habrá obstáculo alguno por esa parte, y me ha pedido que os tranquilice.” Veremos enseguida cómo terminó todo este asunto. Había mucho que temer de las empresas de los hugonotes quienes, ante la noticia de una Misión para ellos tan formidable, olfateaban el peligro que iba a correr su establecimiento en esta ciudad donde se creían tan fuertes como en Montauban o en la Rochelle. Ya que, en 1663 todavía, debían presumir que eran *en un número tan grande como los católicos en Metz, ciudad semidividida en cuanto a la religión*²⁹¹. Por eso se preparaban a defender el puesto, a poner trabas por lo menos al ataque de los Misioneros Hasta el día de la lucha, como la gente que tiene miedo, usaban de una audacia insolente. Una criada católica falleció entonces en la casa de un hugonote, comerciante famoso y acomodado, después de ser extrañamente violentada en su conciencia y negársele un sacerdote con el pretexto engañoso de que ella había cambiado de religión. Todos los católicos clamaron venganza, y se inició un proceso por el lugarteniente general. No obstante, el ministro y el consistorio mantuvieron la empresa, y bien, usando de descaro, tuvieron la cara de decir que el comerciante no había hecho nada sin órdenes; bien haciendo el papel de víctimas, hablaron de enviar una representación a la corte para quejarse, en realidad lo que querían era presentar el asunto en el consejo con el fin de sacarlo del lugar donde tenían más conocidos, y adormecerlo con el paso del tiempo. Por entonces mismo, intrigaban para introducir en Metz a pedagogos de su religión, en contra de los edictos del rey.

Bossuet informaba a Vicente de todos estos hechos, remitiéndose, por otra parte, *a sí celo y a su prudencia ordinaria*: “No le digo, Señor, lo que tiene que hacer en este punto, es suficiente que esté advertido; Dios le inspirará lo demás.” –Una particularidad interesante que advertir de paso, es que Bossuet, quien había firmado su primera carta: *gran arcediano de Metz*, firmaba ésta: *indigno sacerdote*. Era la misma fórmula de Vicente, transmitida hasta entonces a sus hijos. Bossuet la había leído en la respuesta del santo sacerdote a su carta del 12 de enero, tal vez la primera que hubiera recibido de él y, llevado sin duda de su humildad, la adoptó en adelante por modelo: hijo y discípulo, no quiso ya exhibir sus títulos de honor, escribiendo a un tal padre y tal maestro, que no hacía alarde más que se su pretendida indignidad.

La esperanza de Bossuet se fundaba, como ya nos lo ha dicho, en el modelo y la prudencia de Vicente, para él tan conocidos, y también en el crédito de que gozaba el santo sacerdote ante Ana de Austria y en su consejo de conciencia, no dudaba que esta gran reina, de quien había apreciado durante seis semanas la piedad y el celo por la religión, la caridad por la ciudad de Metz, que se apresurara, llevada por un consejero tal, a detener las audaces empresas y los injustos procedimientos de los hugonotes. Él no se equivocaba ni con la reina ni con Vicente. Un mes después, el 2 de marzo, podía escribir a éste: “Os agradezco humildemente la caridad que habéis tenido para hacer saber a la reina el asunto para el cual tuve el honor de escribiros. Veo por las cartas que Su Majestad ha enviado a este país que vuestra recomendación ha operado. Yo pido a Dios que bendiga las santas intenciones de esta piadosa princesa, que atiende con tanto ardor los intereses de la religión.”

²⁹¹ M. Floquet, to. I, p. 467.

Quedaba por preparar materialmente la estancia y la vida de los Misioneros en Metz.

Aparte de las cartas que escribía sobre ello a los oficiales de la ciudad y las recomendaciones que les hizo llegar por la reina, Vicente encargó de este cuidado a Nicolas de Monchy, superior de la Misión de Toul²⁹².

Siguiendo la orden de Vicente, Nicolas de Monchy se dirigió a Metz para preparar una residencia a los Misioneros. Pero sus asuntos no le permitieron quedarse más de un día, y la preparación material de la misión, lo mismo que la de la gente, recayó casi por completo en Bossuet. Aquí también Bossuet se mostró digno discípulo de Vicente, del hombre más positivo, el más organizador en todos los sentidos que hubiera nunca, y se entregó a estos cuidados materiales con el mismo ardor que acabamos de verle desplegar en intereses que únicamente parecían convenir a este genio. Sintió la ayuda generosa del barón de Moussy La Contour, compañero de armas del mariscal de Schomberg, muerto recientemente, con quien había tenido relaciones de respetuosa amistad, que continuaba con su viuda, Marie de Hautefort. Semejantes debían ser naturalmente sus relaciones con de Moussy La Contour. En efecto, entre el lugarteniente del rey y del arcediano, lo mismo que entre sus dos familias, la amistad se estrechó hasta al punto que a menudo, en los registros de las parroquias de Metz, se puede ver, con ocasión de bautismos y demás ceremonias de la Iglesia, los nombres de Bossuet y de sus hermanas unidos a los nombres del barón de Moussay La Contour y de sus hijos.

La Contour era tan piadoso como valiente y no necesitaba recomendaciones de la reina para prestarse a una misión que él mismo deseaba ardientemente. Se apresuró en asignar por alojamiento a los Misioneros esperados en el *Hôtel de la Haute-Pierre*, donde habían sido recibidos siempre los reyes de Francia en sus residencias en Metz, y mandó llevar, de la ciudadela y de la ciudad el número de lechos, colchones y mantas señalados en una memoria redactada por Nicolas de Monchy. Se hizo de tal modo que no quedara nada a cargo de la Misión. Se proveyó también de muebles las habitaciones; todos eran honrados, pero los había que no tanto, por eso Bossuet pidió a de Monchy que volviera a Metz para disponer habitaciones y muebles según las personas que quería colocar, sino, que le diera orden. Lo más difícil de encontrar eran los platos, los manteles y lo necesario para la cocina. Hubiera sido buena solución tener un cocinero que corriera con todo; pero todos los cocineros con los que Bossuet había hecho contactos pedían cuarenta sueldos (2 libras) al día, “precio, decía él, excesivo para Metz.” Por último, prometía informarse de lo que se podría hacer para una mayor comodidad y ahorro, y escribir a de Monchy lo que

²⁹² La Misión se había establecido en Toul en 1635, a petición de Charles-Chrétien de Gournay, obispo de Scythie, de la familia del valiente caballero, cuya oración fúnebre pronunciará Bossuet muy pronto. Carlos de Gournai gobernaba esta iglesia en calidad de sufragáneo, bajo el cardenal Nicolas-François de Lorraine, hermano del duque Carlos IV. Pero habiendo renunciado el cardenal a la púrpura y al estado eclesiástico, en 1634, para casarse con la princesa Claudia, su prima hermana, e impedir de esta suerte que el ducado saliera de su familia, Luis XIII, por recomendación de Nicolas de Lorraine, refugiada en Francia, y de Vicente de Paúl, agradecido de la protección otorgada a los suyos, nombró a Carlos de Gournai al obispado de Toul. Por su parte, Carlos de Gournai, para agradecer la parte que Vicente había tenido en su nombramiento, continuó favoreciendo a los Misioneros de Toul, y transmitió la tradición a los obispos que le siguieron: André Saussai, su tercer sucesor, que ocupaba la sede en 1658, fue uno de los protectores más declarados de la congregación de la Misión.

podría ahorrar. Se puede tener la seguridad de que, con cuidados tan vigilantes y tan minuciosamente expresados, todo se hizo lo mejor posible.

Sería mal retroceder ante estos detalles, tan elevados por el fin al que se destinaban, tan interesantes por el contraste entre su bajeza aparente y la altura de tal genio. Por entonces, el Sr. Floquet recuerda afortunadamente la oración fúnebre de Ana de Gonzaga, en la que se encuentran palabras parecidas; después de lo cual Bossuet exclamaba: “A pesar de los oídos delicados, ellas borran los discursos más magníficos, y yo no quisiera hablar ya más que este lenguaje.”

Así dispuesto todo, Bossuet escribió a Vicente de Paúl, el 10 de febrero: “Yo me alegro, Señor, de ver acercarse el tiempo de cuaresma, por la esperanza que tengo de ver pronto a los obreros excelentes que Dio nos envía por vuestro medio, a quienes saludo de todo corazón en Nuestro Señor, y muy en particular al Sr. abate de Chandenier. “Resultando un invierno de los más duros que se habían visto en mucho tiempo, añadía: “Los compadezco por tener que hacer un viaje tan largo con un frío tan riguroso; pero su caridad lo superará todo. Que vengán pues pronto en nombre de Dios: que la mies es mucha; y las pequeñas dificultades se allanarán, con su presencia.”

Se pusieron, en efecto, en camino. Pero como es propio de las obras de Dios, verse contrariadas en todo, hasta por la naturaleza que, en eso, obedece ciegamente a designios ocultos de su creador, fueron inmediatamente sorprendidos y detenidos por desbordamientos desastrosos de los que fueron víctimas las principales ciudades de Francia. Piénsese en las inquietudes mortales de Vicente, que entonces tenía de camino a la vez a los Misioneros de Metz y a varios de sus sacerdotes que se dirigían a Nantes a embarcarse para Madagascar. Escuchemos cómo habla él mismo de ello en una carta dirigida a Get, superior de la Misión de Marsella, el 8 de febrero de 1658: El correo se ha demorado por una inundación prodigiosa que hay en ese país debido al deshielo, que hace que en muchas calles de París se vea pasar más embarcaciones que carrozas. Jamás se ha visto las aguas subir tanto como ahora, de manera que toda la ciudad está aterrada. Han producido importantes desastres dentro y fuera. Nos acaban de decir que se han llevado esta noche cuatro arcos enteros del Pont-Marie, con las casas que estaban construidas encima. Habrían podido producir más estragos a no ser por un canal que sale por encima del Arsenal, que pasa por el barrio de Saint-Denis y va desembocar al cabo del Corso, cuyo canal ha servido poderosamente para desviar las aguas de la ciudad y disminuir la fuerza del río. Ruego a Nuestro Señor que se apiade de su pobre pueblo. Este desbordamiento habrá sorprendido por el camino a nuestros sacerdotes que han ido a Nantes, y a estos señores que van a dar la misión en Metz. Estamos sufriendo mucho.” Este sufrimiento duró veinte días, durante los cuales no se oyó hablar ni de unos ni de otros.

No menos grande era la preocupación en Metz, a la que un diluvio, escribe Bossuet, rodeaba también por todas partes. Lo que alarmaba también al arcediano es que un retraso de los Misioneros iba a renovar todos los apuros por parte del predicador. Si las aguas les impedían llegar a Metz antes del comienzo de la cuaresma, el buen padre sentía gran repugnancia en abandonar su púlpito a otro esperándolos, o en cedérselo después de comenzarlo. En esta circunstancia, si el obispo de Auguste se veía en la obligación de usar de su autoridad, ¿no había que temer un escándalo? Y un escándalo en esta materia, y antes de una misión, ¡qué fatales podían resultar

las consecuencias! “Pero Dios, Señor, que para todo tiene remedio, escribió el 2 de marzo Bossuet a Vicente, nos ha devuelto la tranquilidad en este punto, por la orden que ha recibido el síndico de esta ciudad de decir al Sr. de Auguste y al Sr. de La Contour que la reina estaría satisfecha si el predicador abandonara por completo su púlpito aceptando cien escudos que Su Majestad le manda entregar, además de la retribución ordinaria²⁹³, y siendo retenido para predicar al año próximo. Con eso todas las cosas se calmaron; y yo, os lo confieso, yo libre de un dolor espiritual.” ¿Quién puede dudar de que este arreglo caritativo sea debido a un consejo de Vicente a Ana de Austria?

Por ese mismo tiempo, recibió Bossuet otro consuelo y otra esperanza. Vio con sorpresa llegar a Metz “como por milagro,” dice él, al Hermano Mathieu Renard, a quien no detenían ni los elementos ni los hombres, ni los bandidos ni los ríos desbordados; el Hermano Marhieu a quien veremos hacer, enviado por Vicente, cincuenta y tres viajes a la Lorena para la asistencia de esta provincia asolada. ¿No era esto un precursor, una paloma que anuncia el fin del diluvio? Bossuet lo pensó, y escribió otra vez a Vicente: “No me queda más que pedir a Dios que abra pronto el camino, en medio de las aguas, a sus servidores, que haga fructificar sus trabajos y dé eficacia a su palabra.”

Todos sus votos fueron escuchados. El lunes de carnaval, 4 de marzo, los Misioneros llegaron a Metz, después de escapar a mil peligros. Al otro día, siguiendo la costumbre de San Lázaro, el abate de Tournus les hizo guardar abstinencia, para atraer, mediante esta mortificación, la bendición de Dios para sus trabajos; luego, a su cabeza, se dirigió al P. Guespier, se puso de rodillas delante de él y le pidió perdón en nombre de la Compañía por haberle privado de su cátedra. Desde el 5, miércoles de ceniza, los Misioneros abrieron la estación. Al punto se dispersaron por las diversas cátedras de la ciudad. Bossuet les cedió las de la catedral y de las principales iglesias. En cuanto a él, él se confinó en la modesta iglesia de Saint-Jean de la Citadelle y, con excepción de algunos discursos que fue invitado a dar en la catedral con Blampignon y Gédoyu, allí ocultó su elocuencia. En un auditorio compuesto, en gran parte, de hombres de guerra y de hombres del pueblo, predicaba cada día un sermón y una conferencia, y dos veces por semana daba un catecismo. “La gracia y la piedad, dice un relato del tiempo, triunfaron en los corazones del Sr. gobernador, de la señora gobernanta, y de todos los oficiales y soldados.” En estas conferencias, apuntaba con preferencia a los religionarios, y a él le corresponde la parte principal de la conversión notable ocurrida en el curso de esta misión de Metz.

A pesar de la prohibición que el consistorio había hecho a los suyos de asistir a las predicaciones, muchos acudieron a ellas. Uno de ellos, a su regreso, contó a su mujer lo que había escuchado, y ésta quiso allí mismo instruirse y convertirse. ¿Quién la instruyó? –Bossuet. La abjuración tuvo lugar con gran solemnidad, en presencia del obispo de Auguste, del arcediano, del abate de Blampignon, del lugarteniente del rey y, añade nuestro relato, “de una muy honorable compañía.” Unos días después, la señora habiendo caído enferma,

²⁹³ El P. Guespier no recibió más que los cien escudos de la reina, que representaban los honorarios acostumbrados de la estación cuadragesimal. Reclamó también, aparte de eso, los treinta doblones a esto destinados, que estaban en poder del receptor de la iglesia de Metz, y Vicente, a sus ruegos, escribió al obispo de Auguste que no se oponía, por su parte, a que se le diera doble retribución, pero no se entendió así en Metz, y los treinta doblones del receptor fueron donados, por orden de la reina, a la cofradía de la Caridad. (Carta de S. Vicente al P. Guespier del 20 de noviembre de 1658).

pidió el santo viático. Los ministros que habían estado desde un principio como aturcidos por la impresión de este solemne acto, se despertaron entonces y se pusieron a pelear para recuperar el botín que les había raptado felizmente. Pero, dice el relato, las visitas que le hizo el Sr. Bossuet (prueba manifiesta de su papel principal), les obligaron a disimular sus maliciosas intenciones.” Le llevaron el viático a la enferma con gran pompa, en medio de un cortejo de sacerdotes y de los personajes más cualificados, llevando todos un cirio en la mano. A la vista de su Salvador, la señora se estremeció de júbilo, y el arrebató que se dibujó en su rostro y en su porte fue ya una predicación muy eficaz. Pero la emoción alcanzó su punto más alto, cuando reuniendo todas sus fuerzas exclamó: “Renuncio a todos los apegos temporales y a todos los intereses humanos que hayan podido, entre los calvinistas, hacerme tener mis diferencias sea con mi marido, sea con mis hijos. Mis hijas, que son católicas, yo las pongo en manos de la Providencia de Dios; pido para ellas la protección y las oraciones de tantas personas buenas que están aquí presentes. Ah, yo he resistido demasiado a las luces que Dios tenía a bien darme de vez en cuando y a las inspiraciones que me atraían a la verdadera fe. ¡Yo creo, amo y espero de todo corazón!”

Estas palabras, entrecortadas de suspiros, penetraron hasta el fondo de las almas y arrancaron lágrimas que humedecieron todos los ojos. El obispo de Auguste, que seguía presente, administró enseguida a la enferma el sacramento de la confirmación que fue recibido con los sentimientos cuya profesión de fe de hacía un instante era la prueba sincera y la expresión heroica. Al salir de la casa, la multitud, sin poder dominar más sus transportes, entono el *Te Deum*, que continuaron a lo largo de las calles. Era por la tarde. Los cirios y las antorchas arrojaban un vivo resplandor. Los herejes, sigue diciendo nuestro relato, huían como búhos, el Dios de las luces, y se encerraban a prisa, mientras que los católicos salían de todas partes, se unían al cortejo y se dirigían a la iglesia para calentarse con una devoción mutua y agradecer al Señor por sus misericordias. –Santas represalias de la pobre criada católica, privada en su muerte por la herejía de los consuelos de su fe!

Hay que renunciar a describir todas las conversiones, todos los frutos de salvación que recompensaron los esfuerzos de los Misioneros. Y es que en ellos todo predicaba su conducta como su palabra; sólo con verlos, se sentía uno tocado más todavía que al escucharlos. Su jefe, el abate de Tournus, se distinguió por su caridad, su humildad y su mortificación. Pidió a de Monchy que distribuyera tatas limosnas de su dinero como del de la reina. En el curso de la estación, se contentó más de una vez con cenar un poco de pan, una fruta y un vaso de agua teñida de rojo, y eso durante los días de más trabajo. Superior de los Misioneros, hacía con ellos el oficio de sirviente. Durante tres meses, cada mañana, iba a despertar a sus compañeros, y a los criados, encendía sus candelas, se ponía de rodillas a los pies de sus lechos para decir: *Benedicamus Domino!* y no se levantaba hasta que se le respondía: *Deo gratias*²⁹⁴!

Vicente, a quien llegaba la noticia de la buena marcha de la Misión como a su principio y a su autor, se la comunicaba seguidamente a los suyos y a los Señores de la conferencia. Aprovechando la ocasión de instruir a sus sacerdotes de la necesidad del recogimiento exterior, de la modestia y del buen

²⁹⁴ Conferencias sobre el abate de Tournus. Archivos de la Misión.

ejemplo en sus Misiones, añadía: “Aunque no digan palabra, si están muy ocupados con Dios, ustedes impresionarán los corazones con su sola presencia. Los Señores abades de Chandenier, y los demás Señores que acaban de dar la Misión en Metz en Lorena con gran bendición, iban de dos en dos con roquete, de la vivienda a la iglesia y de la iglesia a casa, sin decir palabra,, y con un recogimiento tan grande que los que los veían admiraban su modestia ejemplar. Su modestia pues era para ellos un predicación muda, pero tan eficaz que ha contribuido tal vez tanto y más, por lo que me han dicho, al éxito de la Misión, que todo lo demás.”

Pero durante la Misión misma, cuántas charlas ha debido de tener en San Lázaro, cuántas cartas ha debido de escribir, según su costumbre, a todas sus casas, sobre todo con ocasión de alguna de las mejores noticias que le eran transmitidas a diario por el abate de Tournus y de sus compañeros. Ay, pláticas y cartas, todo se ha perdido, y no nos queda más que la carta siguiente, dirigida el 6 de abril a Louis de Chandenier: “Doy gracias a Dios, Señor, por la salud que le da y las bendiciones que le continúa, y a todos esos Señores en general y en particular. Pido que se den gracias a su divina bondad por todos los que toman parte en su conservación y en sus trabajos, en particular por nuestra comunidad y por estos Señores de nuestra asamblea, a quienes se leyeron el pasado martes extractos que yo había mandado hacer de sus cartas y de las del Sr. Blampignon. Todos quedaron encantados al oír los felices progresos y los santos efectos de sus buenas direcciones, y salieron de allí inflamados de alegría y gratitud. El Sr. de Saint-Jean se halló allí, quien quiso llevarse estos extractos, con el fin de estudiar los puntos principales para hacer con ellos el informe a la reina, como lo hizo al día siguiente; y eso sirvió de tal consuelo a Su Majestad, que se le vio hasta en el rostro, pero con tanta abundancia que él se dio cuenta enseguida. Tenía en la mano estos extractos, y Su Majestad habiendo preguntado qué era aquel papel, él respondió que había tomado de allí lo que le había contado: “Entregádmelo, dijo ella, , yo lo quiero ve” y se lo quedó. Ella dijo sobre todo que se sentía muy satisfecha por la asistencia espiritual corporal que dan ustedes a los pobres, y dijo que si se necesitaba más dinero, ella se lo dará. Le suplico con toda humildad que pregunte hasta dónde llegará este gasto.” Luego Vicente anunciaba al abate de Tournus para la semana santa un refuerzo de tres Misioneros, por los trabajos crecientes de la Misión, a la par que sentía no poder enviar más, y terminaba con este hermoso elogio de Claude-Charles: “Las predicaciones del Sr. abate de Moutiers-Saint-Jean son tan eficaces que hacen llegar su virtud hasta aquí, por donde conozco a menudo su dulce y agradable composición, y me parece que su grande modestia me hace ser modesto, con todo lo rústico que soy. Yo le saludo con todo respeto y ternura.”

Por fin, después de una permanencia de cerca de tres meses los Misioneros debieron dejar la ciudad de Metz transformada, y Bossuet les entregó este bello testimonio en una carta a Vicente del 23 de mayo, que acaba de darnos a conocer sus trabajos y sus éxitos: “Yo no puedo ver marcharse a estos queridos Señores, sin declararos el gran sentimiento y la maravillosa edificación que nos dejan. Es tal. Señor, que tenéis toda la razón del mundo de alegraros en Nuestro Señor; y yo me expansionaría con gusto sobre este asunto sino fuera porque los efectos urgen de demasiado lejos todas mis palabras. . nunca se ha visto algo tan bien ordenado bada más ejemplar que esta misión. Qué no os diría yo de los particulares, y en particular del jefe y de

los demás, que nos han predicado el Evangelio tan santamente y cristianamente, si no os creyera informado por otro lado por testimonios más considerables, y por los conocimientos que tenéis de ellos; añadamos que ya conozco con qué pena sufre su modestia las alabanzas. Se han llevado de aquí todos los corazones, y ya regresan a vos, fatigados y agotados en el cuerpo, pero ricos según el espíritu por los despojos que han arrebatado al infierno, y por los frutos de penitencia que Dios ha producido por su ministerio. Recíbalos pues, Señor, con bendición y acciones de gracias; y tened la bondad, por favor, de agradecerles conmigo por el honor que me han querido hacer de asociarme a su Compañía y a una parte de su trabajo. Y a vos mismo debo agradecer y suplicaros que pisáis a Dios que después de unirme una vez a tan santos eclesiásticos, yo siga así eternamente, recibiendo verdaderamente su espíritu, y aprovechándome de sus buenos ejemplos.”

Por su parte, en el curso de la Misión, *el jefe*, el abate Louis de Chandenier, había tributado a Bossuet un testimonio semejante y, no creyéndose digno de agradecerse en persona, había pensado que una sola palabra de Vicente estaría a la altura de tales servicios. Por ello escribía al santo sacerdote: “He creído, Señor, que no llevaríais a mal que os comunicase un pensamiento que me ha venido, que escribáis unas palabrita de felicitación a Monseñor de Auguste, por el honor de su protección que nos es tan favorable; y del mismo modo unas de congratulación al Sr. Bossuet por la ayuda que nos da en las predicaciones e instrucciones que hace, a las que Dios da también muchas bendiciones²⁹⁵. “

Así es como estos obreros, verdaderamente evangélicos, se devolvía uno al otro el mérito del trabajo y toda la gloria del éxito; o más bien se lo devolvían a Vicente, que lo había ordenado todo con su sabiduría, animado todo con sus consejos, mantenido todo con sus oraciones, y Vicente, en su humildad y el verdadero sentimiento que tenía de las cosas sobrenaturales, se lo devolvía todo a Dios. pero no era por eso menos reconocido que por todos que el santo hombre había sido el ama de la empresa, y esta convicción se les quedó en el corazón hasta su extrema ancianidad. Ya que ni las impresiones de los Misioneros, ni los rastros que dejaron de su paso no fueron cosa efímera. Su recuerdo vivía aún en Metz en 1706, como lo prueba la carta ya citada de Charles de Coislin a Clemente XI. En cuanto Bossuet, cuarenta y cuatro años después, él hablaba de sus compañeros, de Vicente y de sí mismo con la misma modestia, con la misma admiración y el mismo respeto religioso, que en 1658, lo que él expresaba en este noble lenguaje: “Fue también para nosotros un tiempo precioso aquel en que, asociado a sus trabajos, nos esforzábamos en conducir a los pastos de vida a la iglesia de Metz, donde realizábamos entonces el ministerio eclesiástico; y nadie ha puesto en duda que los frutos de esta Misión fuesen debidos no sólo a los piadosos estímulos, sino también a las oraciones del venerable Vicente²⁹⁶. ”

²⁹⁵ En toda la historia de esta Misión de Metz, véase al Sr. Floquet, *Études sur Bossuet*, Tom I, p. 448 y ss.; también y sobre todo, *Oeuvres de Bossuet*, tom. XXXVII, pp. 3-22: 1º cinco cartas de Bossuet a san Vicente de Paúl; 2º una carta del mismo al Sr. de Monchy; 3º una carta del P. Bedacier a san Vicente de Paúl; 4º un relato de un hecho memorable acaecido en el curso de la Misión de Metz. –Esas son, con las conferencias de San-Lázaro sobre el abate Louis de Chandenier las verdaderas memorias, los documentos auténticos que consultar sobre el asunto.

²⁹⁶ “Fuit etiam nobis desideratissimum tempos, qui eorum laboribus sociati, in vitae pascua deducere conabamur : cujus Missionis fructus venerabilis Vincentii non modo piis instigationibus, verum etiam precibus tribuendus, nemo nos sensit (ad Clem. XI).”

Se nos agradecerá que nos hayamos extendido tanto en esta misión de Metz, que tantas dificultades vencidas, tantos esfuerzos, tantos éxitos, tantos personajes ilustres recomendaban a nuestra atención especial. Además, hallándose aquí los monumentos en abundancia y firmados por los mayores nombres, hemos querido ofrecer un bosquejo de lo que fueron todas las misiones emprendidas bajo la influencia de Vicente de Paúl. Demos por cierto, efectivamente, que todas las demás, si se nos hubieran guardado los monumentos, nos ofrecerían semejantes recuerdos, sino por la celebridad de los Misioneros, al menos, -cosa vale más delante de Dios,- por su celo, su caridad y los frutos que produjeron en las almas.

Acabada la Misión, Ana de Austria hizo que le dieran cuenta Vicente y el abate de Tournus. Por las referencias que le dieron, ella comprendió muy pronto la necesidad de una fundación fija en Metz para conservar los frutos, y para extenderlos a los campos de la región, cuya ignorancia de la religión, el olvido de Dios, el peligro de una total perversión por los efectos de los hugonotes vecinos, la habían golpeado dolorosamente en 1657. Para eso, se necesitaba en Metz un establecimiento que sirviera para doble fin: para educar a sacerdotes que llevaran por todas partes el celo y las luces de lo que carecía casi por completo el clero actual, y para contener un campo volante de Misioneros siempre preparados para llevar a las poblaciones las verdades de la fe y de la moral cristiana. Preparado el proyecto entre ella y Vicente, y todo lo demás en regla, elle dio al instante una suma de sesenta mil libras para la realización de sus piadosas intenciones. Pero, acaecida entonces la muerte de Vicente, fue el sucesor René Almeras quien debió comenzar el asunto. Se compró una casa en Metz, a nombre aparentemente del consejero Benigno Bossuet, padre del gran arcediano, en realidad por cuenta de los sacerdotes de San Lázaro. En 1661, el establecimiento fue autorizado por Henri de Bourbon, obispo nominado de Metz, y por las letras patentes de Luis XIV, que escribió también, junto con su madre, a los oficiales de la ciudad para recomendarles la casa incipiente. Pero las cosas se fueron retrasando hasta que en 1663, año en que se hizo la fundación definitiva. A las sesenta mil libras ya donadas, la reina añadió una renta anual de tres mil seiscientas libras, y por fin se redactó el acta de fundación. Después de recordar el triste estado espiritual en el que ella encontró, en 1657, la región; la compasión que sintió por ello; la necesidad reconocida por ella de erigir un seminario y una casa de Misión, la reina teniendo en cuenta los grandes bienes y notables servicios que los sacerdotes de la congregación de la Misión han prestado y prestan continuamente a la Iglesia, por las instrucciones que dan a los eclesiásticos en los seminarios, ordenaciones y retiros espirituales; las bendiciones particulares que Dios derrama sobre sus trabajos en las misiones que dan en el campo a las pobres gentes del campo” funda en Metz un establecimiento de *ocho sacerdotes y cuatro hermanos* por lo menos, destinados a trabajar sin cesar, primero por los ejercicios acostumbrados de un seminario, *para el perfeccionamiento del estado eclesiástico*, luego, por misiones para la salvación *de la pobre gente del campo*²⁹⁷. El acta validada por nuevas letras patentes del rey t registrada en el parlamento, el establecimiento fue colocado, quizás a petición de Bossuet, bajo la dirección del superior de Toul, de aquel Nicolas de Monchy que acabamos de ver en relación estrecha con él, y prosperó cada día más.

²⁹⁷ Archivos del Estado, MM. 535-539.

VII. *Multiplicación y duración de las Conferencias.* Tal fue el gran monumento de la Misión de Metz. Hé aquí otro, que no debemos descuidar ya que nos lleva al centro mismo del asunto de este capítulo de las conferencias eclesiásticas.

En la última carta escrita por Bossuet a Vicente, leemos: “Nuestro Señor ha querido establecer aquí por medio de los Misioneros una compañía casi sobre el modelo de la vuestra; Habiendo permitido Dios por su bondad que se hayan encontrado ayer los reglamentos entre los papeles de este excelente siervo de Dios el Sr. de Blampignon. Ella se prometió el honor de teneros por superior, puesto que se nos ha hecho esperar la gracia de que se vea asociada a la de San Lázaro, y que vos y estos Señores lo encuentren satisfactorio. Me creo en el deber, Señor, de pedírselo, y lo hago con mucho gusto. Quiera Dios por su misericordia darnos a todos la perseverancia en las cosas que han quedado tan claras por la caridad de estos Señores.”

Este es, en efecto, un carácter más de las conferencias eclesiásticas, como de todas las buenas obras emprendidas por Vicente de Paúl: quedaron señaladas con el sello de la multiplicación y de la duración. Subsistieron entre nosotros, en la forma primitiva que les había infundido el santo fundador, hasta la revolución; y las hemos visto resucitar en nuestros días, bajo una forma muy parecida, aunque a intervalos periódicos menos acercados, en casi todas las diócesis de Francia. En vida de Vicente de Paúl, se extendieron por todas nuestras provincias, a la espera de atravesar los montes para ir a establecerse en Génova, en otras partes de Italia, y hasta en el centro de la catolicidad.

Efectivamente, no sólo los Lazaristas, sino los Señores de la conferencia, después de beber en el corazón de Vicente esta caridad cristiana que no pide más que difundirse y comunicarse, cuando eran llamados a las provincias por misiones, por sus asuntos, por los cargos y beneficios que debían cumplir, invitaban a los eclesiásticos del lugar y de las cercanías a reunirse de vez en cuando, con el permiso de los obispos, para conversar sobre las virtudes de su estado y formarse en conferencia reglamentada a ejemplo de la de los martes.. Más que otro cualquiera, Jacques Olier practicó esta santa propaganda. Después de ocuparse de la santificación de los pueblos alrededor de su abadía de Pébrac, luego en diversos lugares de Auvergne y del Velay, con el concurso de Misioneros que había pedido a Vicente de Paúl y de algunos eclesiásticos de la conferencia, él pensó, siguiendo siempre el ejemplo de Vicente a quien tomaba siempre como modelo, en la instrucción y en la santificación del clero. Así llevó a los canónigos de la iglesia catedral y a los eclesiásticos del Puy a formar una compañía parecida a la de San Lázaro, y les dio los mismos reglamentos con las ligeras modificaciones exigidas bien por la asistencia a las horas canónicas, bien por las obligaciones del ministerio pastoral. No se separó de ellos hasta haberlos acostumbrado a reunirse todas las semanas para hablar juntos sobre los deberes de su vocación, y renovarse en la piedad sacerdotal. Y como no hacía nada sin dar cuenta a Vicente de Paúl y a sus cohermanos de la asamblea de los martes, les escribió en 1637: “Habéis sido fundados por Nuestro Señor, en la ciudad de París, como luminarias colocadas en un gran candelero para iluminar a todos los eclesiásticos de Francia; por lo cual debéis sentirnos especialmente animados por los grandes frutos que logra en la ciudad del Puy la Compañía de los señores eclesiásticos que con tanta suerte han participado de vuestro espíritu. Ellos dan ejemplos de virtud que encandilan a toda la provincia; los catecismos los dan ellos en varios lugares

de la ciudad; la visita a las prisiones y hospitales es frecuente entre ellos; y ahora se disponen para ir a dar la misión en todos los lugares que dependen del capítulo. Me quedo confuso al ver su celo y porque me piden que vaya a la apertura de su misión, de lo que me siento tan poco capaz.”

En estas memorias Olier, al hacer el elogio del capítulo del Puy, formula el voto de ver a otros capítulos imitar un ejemplo así; y tuvo el consuelo de ver realizarse este deseo y una santa emulación instalarse entre el capítulo del Puy y otro de igual categoría, que no nombró. “Estos capítulos, dijo, catequizan, confiesan, dan los ejercicios a los ordenandos, dan misiones, edifican con su modestia; y se han presentado uno y otro al obispo a su obispo para ser sus precursores en sus visitas.”

Abelly, inédito durante mucho tiempo y ya citado de su Vida de Vicente de Paúl, habla de lo que hizo Olier todavía por el clero de la diócesis de Saint-Flour. “Este digno abate, dice, habiendo obtenido del Sr. obispo de Saint-Flour su consentimiento para dar el retiro a los párrocos de la diócesis en su abadía de Pébrac, y hasta los ejercicios de la ordenación, como se hacía en París, escribió una carta, en mes de octubre del año 1636, a los señores eclesiásticos de la conferencia de San Lázaro de París, para pedirles auxilio, y exponerles que se trataba de la reforma de toda la diócesis.” En efecto, recibió a los párrocos y ordenandos en su abadía, les pagó durante todo el tiempo de los ejercicios, y proporcionó incluso a los más pobres las ayudas temporales necesarias a ellos y a sus parroquias²⁹⁸,

Lo que hizo Olier en Auvergne y en el Velay, otros lo hicieron en diversas provincias de Francia. Así, fueron los canónigos de Noyon quienes, formados en asambleas por Bourdin, arcediano de esta iglesia, doctor en teología y miembro de la conferencia de los martes, escriben, en noviembre de 1637, a sus cohermanos de San Lázaro: “Señores, este es un arroyuelo que regresa a su fuente: nos tomamos la libertad de hablaros así, ya que nuestra asamblea naciente no reconoce, después de Dios, otro principio de su fundación y de su ser que a vuestra venerable Compañía, cuya fama, santas prácticas de caridad y de piedad que en ella se ejercen de continuo, las ventajas singulares que de ella recibe la Iglesia, los frutos incomparables que acompañan a los eclesiásticos que tienen la suerte de ser admitidos en ella, nos ha animado a fundar una parecida entre nosotros.”

Son los eclesiásticos de Pontoise, grupo igualmente en conferencia, quienes escriben a Vicente, el mes de mayo de 1642: “Os pedimos una gracia que, como no somos todavía más que niños en la virtud, que no tenemos suficiente fuerza para sostenernos y conducirnos, tengáis a bien concedernos de vez en cuando la visita de uno de los escolásticos de vuestra Compañía de París, que nos enseñen a caminar con más solidez en los ejercicios que comenzamos todos con tantos ánimos. Os descubrimos así nuestra debilidad con el fin de que nos hagáis el bien de querernos asistir.”

Dos años después, es la conferencia de Angoulême la que escribe también a Vicente con un lenguaje ingenuo: “Nuestra Compañía os suplica muy humildemente, Señor, que le permitáis reconocer por su abuelo, ya que es uno de vuestros hijos de quien Dios se ha servido para ponerla en el mundo; y que juntéis también esta obligación de tenerla no como una extraña sino como vuestra nieta, y que hagáis de manera que esta hermosa e ilustre Compañía de

²⁹⁸ *Vie du M. Olier*, tom. I, pp. 172-174.

París, que es como vuestra hija mayor, no desdeñéis en tenerla como su hermana, aunque le sea muy inferior en todos los aspectos.”

Con qué sentimiento debían dejar una Compañía tan respetada y tan querida, aquellos de sus miembros que se llevaba la Providencia lejos de ella para ir a ocupar una sede episcopal, como sucedió muchas veces, ¡cuál no debía ser su deseo de darle hermanas en sus diócesis o, al menos, de formar buenos sacerdotes según su modelo! Se puede pensar por esta carta de Godeau, ya obispo de Grasse, pronto de Vence, escrita en 1637 a la conferencia de los martes, antes de volver a su diócesis, en señal de adiós, y en recuerdo de las visitas que le había hecho durante su permanencia en la capital: “Señores, pensaba tener hoy el honor de deciros adiós; pero me siento tan abrumado de asuntos, que no me podría dar esta satisfacción. Sea pues de vuestro agrado, por favor, que os suplique por esta carta que os acodéis de mi en vuestras oraciones; y creed que ha sido para mi una bendición singular haber sido recibido entre vosotros. El recuerdo de los buenos ejemplos que he visto, y de las cosas excelentes que ahí he oído, volverá a encender mi celo cuando se apague, y vosotros seréis los modelos sobre los cuales me esforzaré en formar a buenos sacerdotes. Continúad pues vuestras santas experiencias en el mismo espíritu y responded fielmente a los designios de Jesucristo sobre vosotros, que quiere sin duda renovar por medio de vosotros la gracia del sacerdocio en su Iglesia.”

CAPÍTULO IV: Los Ejercicios Espirituales

1. Origen, naturaleza y fin de los retiros espirituales. Entre las obras de Vicente, hay una especie de generación y de conexión: ellas dimanaban una de otra, se encadenaban mutuamente y se completaban. De las Misiones emprendidas para la santificación de los pueblos, nació el proyecto de obras destinadas a la santificación del clero. De los ejercicios a ordenandos acabamos de ver salir las conferencias eclesíásticas, cuyo fin era mantener la gracia recibida en la ordenación, fomentar las resoluciones santas y de difundir el espíritu sacerdotal entre los que no habían tenido la suerte de recibirlo en fuentes tan puras. Pero, cuántos sacerdotes no podían participar de ellos, y tenían tanta más necesidad de esos golpes violentos que arrancan al alma de la rutina del pecado, y la empujan rápidamente por el camino del bien. Entre los sacerdotes mismos que se habían enrolado en una de estas santas asociaciones, cuántos sentía bajo la influencia enervante de la costumbre, al contacto del mundo, en el trato obligado con eclesíásticos menos perfectos, debilitarse sus impresiones primeras, disminuir el ardor de su primer celo, etc. por consiguiente necesitaban también ellos reconfortar, avivar, resucitar la gracia recibida por la imposición de las manos. Y, aunque no hubiera habido en ellos pérdida de fuerzas, ni disminución de fervor, ¿no estaban acaso obligados a crecer de día en día hasta alcanzar la plenitud de la perfección sacerdotal? Pues el justo debe ser justo cada vez más, y el santo santificarse todavía más.

Por último, fuera de las filas del clero, en las ciudades y en los campos, ¿no había esta multitud de almas a las cuales Vicente hacía oír, en sus Misiones, la palabra de la salvación? Pero, ¿a cuántas no les llegaba? ¿En cuántas más el eco de esta palabra iba debilitándose sin cesar hasta que se hizo otra vez en ellas un silencio de muerte? ¿Cuántas abandonaban las prácticas de la vida

cristiana que habían abrazado bajo su inspiración y volvían a caer en un estado peor que el de aquel del que las había sacado?

La obra de las Misiones, la obra de los ordenandos y de las conferencias eclesiásticas pedían pues un complemento. Hacía falta algo todavía para la santificación de los pueblos y del clero: hemos nombrado los ejercicios espirituales.

La vida cristiana de los primeros tiempos no había sido sino un retiro constante y universal. En las catacumbas o en el desierto los cristianos primitivos se arrancaban a un minado perseguidor y corrompedor, para vivir bajo la mirada de Dios en a meditación de los años eternos. Más tarde incluso, cuando el cristianismo a pareció a la luz del día y ascendió al trono, todas las lamas llamadas por el genio y la virtud a grandes cosas, todos los Basilio y los Crisóstomo, al mismo tiempo que los Pablo y los Antonio, se preparaban en la soledad a su sublime vocación, y no salían sino para volver enseguida, después de llevar al mundo su palabra y de imprimirle el espectáculo de su virtud. Luego, por todas partes fueron los monasterios que se abrían a las almas llevadas por la necesidad de una grande expiación, o aspirando a comenzar en la tierra la vida del cielo.

Cuando vino la debilitación de la fe y de la vida cristiana, los santos no vieron otro remedio que el regreso a la meditación solitaria del destino y de los deberes del hombre. En medio de las infidelidades y de los desórdenes causados por el protestantismo, redoblaron sus ánimos para construirse una soledad espiritual, encerrarse en sí mismos para calcular sus cuentas con Dios, para poner en balanza los intereses del tiempo y los de la eternidad. Hasta san Ignacio se remonta la iniciativa más fuerte de los retiros espirituales en los últimos tiempos; a él corresponde la gloria de haber, más que nadie, formulado el método y el arte en ese libro admirable de los *Ejercicios* que ha producido tantos santos como lectores, ha dicho el P. Jouvency y más enérgicamente aún san Francisco de Sales: “que ha convertido más pecadores que letras contiene.”

Inútil es decir que Vicente no dejaba nunca, en medio de la mayor multiplicidad de los asuntos, de dar al menos ocho días cada año a los retiros. Encerrado entonces en su celda, parecía olvidarse no sólo del mundo, sino de su casa y de sus obras, para no pensar más que en Dios y en su alma. Habiendo profesado siempre hacia san Ignacio un culto particular, como una admiración religiosa por su Compañía, pensó muy temprano en extender la práctica de los ejercicios espirituales con el plan del libro de los *Ejercicios*. Hacia 1629 o 1630, Coqueret y otros doctores de Sorbona, llenos de piedad y de virtud, vinieron, los primeros, a hacer un retiro bajo su dirección. A partir de entonces abrió su casa a todos los eclesiásticos que querían reconciliarse con Dios o penetrarse de un fervor más grande en el ejercicio de sus santas funciones.

Pero no fue hasta tomar posesión de la casa de San Lázaro, cuando Vicente pudo dar a esta obra proporciones hasta entonces desconocidas. Hasta él, en efecto, la práctica de los ejercicios se encerraba en el mundo eclesiástico y religioso y, aparte de raras excepciones, no los practicaban más que aquellas personas del mundo que pensaban en abandonarlo para entrar en la Iglesia o en el claustro. Fue Vicente quien los extendió a todas las clases de la sociedad, los multiplicó como todas las obras en las que ponía las manos, les dio, de alguna forma, derecho perpetuo de ciudadanía en la república cristiana, e hizo

de ellos para siempre una necesidad y una regla para todas las personas deseosas de salir del pecado o de avanzar en la vida piadosa.

Para ello, necesitaba dos cosas: primero, hombres formados para dirigir a los demás en la práctica de estos santos ejercicios, y siempre preparados por vocación y por estado, a recibir a los vinieran a ponerse bajo su dirección; después, una casa abierta a todos, en la que el vivir y el cubierto estuviesen asegurados no sólo a los pobres sino a los ricos incluso que fuesen capaces de poner en orden su alma y su bolsa, y de negar a los intereses de la salvación y de la eternidad algunas piezas del dinero que prodigan a sus placeres.

Vicente comenzó por formar a los suyos en la dirección de los ejercitantes, es decir de los que quisieran hacer los ejercicios espirituales. Después de pedir a Dios, por ellos y por él, el espíritu de consejo, de unción, de paciencia y de fuerza, les hizo comprender ante todo la naturaleza y el fin de un retiro. Un retiro, les dijo, es la destrucción del reino del pecado en el alma, de los afectos viciosos, de las pasiones desregladas, de las costumbres culpables, de los defectos graves y de las mas ligeras imperfecciones; es, en una palabra, es la refundición total del hombre, la renovación completa del hombre interior. Es además el principio de un nuevo plan de vida, en el que deberes generales del hombre y del cristiano, obligaciones personales, todo se dispone y se ordena según la ley del Evangelio, y se dirige hacia una perfección siempre creciente.

El ejercitante tiene ya su ruta marcada en la vida, o viene a deliberar con Dios en el retiro sobre la elección de un estado. En el primer caso, conviene hacerle ver que la salvación para él consiste en la práctica cristiana de las virtudes propias de su vocación: laboriosa inocencia en el estudiante, lealtad y bravura en el soldado, integridad en el juez, celo de Dios y de las almas en el sacerdote; en el segundo, explicarle que teniendo la elección de un estado aquí abajo una relación casi necesaria con la salvación eterna, se ha de esperar la luz de parte de Dios, que se debe inspirar en el interés del cielo y no de la tierra. No se trata con todo que haya que empujarle fácilmente a dejar el mundo: en este aspecto, gran discreción y prudencia, y, si ya está decidido a ello, aconsejarle en general las comunidades mejor regladas, sin determinarle a una en particular, menos que a otra cualquiera a la congregación de la Misión.

II. *Reglamento de los retiros sean públicos, sean privados.* Los retiros sin públicos o privados. Si públicos piden un predicador. Vicente le recomendaba hablar de un modo sólido e impresionante, y cuidarse mucho, aquí sobre todo, de no caer en esa vana elocuencia, reprobada por san Pablo y maldecida por Dios. le proponía luego como materia de sus discursos, no los temas capaces solamente de halagar el espíritu y alegrar la imaginación, sino las grandes y capitales virtudes de la salvación: el fin del hombre; el amor y los beneficios de Dios; las lecciones y los ejemplos de Jesucristo; los sacramentos y sus disposiciones necesarias; el horror al pecado y sus funestas consecuencias; la vanidad y los peligros del mundo; la malicia y los engaños del demonio; las ilusiones del corazón y la fragilidad de la naturaleza humana; la brevedad de la vida y la incertidumbre de la hora de la muerte; los juicios de Dios, el cielo y el infierno eternos; todas las verdades cuyo olvido solo corrompe al hombre, y cuyo recuerdo mueve las conciencias, hace suscitar la declaración de la falta y las lágrimas del arrepentimiento, inspira esos cambios súbitos, esas resoluciones generosas, que llevan a un brillante caballero a la gruta de

Manresa, arrastran a Javier a las Indias, pueblan el mundo y el claustro de héroes cristianos.

En los retiros privados, cada ejercitante tenía su visitador o director. A éste también Vicente le había trazado un directorio, que debía seguir en todos sus puntos

Desde que uno de los nuestros, se dice en él, reciba la orden del superior de ir a servir a algún ejercitante, pensará que es dios mismo quien le envía para cooperar a su salvación, como Ananías fue enviado para convertir a san Pablo y, en el espíritu de Ananías, responderá al punto: *Ecce ego, Domine!*

Ante todo, entrará en una grande desconfianza de sí mismo, a la vista de su escasa capacidad para una obra tan excelente y tan difícil como es la conversión o la perfección de un alma; pero, al mismo tiempo, con una gran confianza en Dios, a quien atribuirá únicamente el éxito de su misión, no imputándose a sí mismo más que sus faltas y el mal resultado posible del retiro. No actuará con ninguna mira humana, sino solamente por la gloria de Dios y la santificación del ejercitante.

No impondrá a éste en absoluto sus ideas particulares en materia de piedad y de conducta, sino que se conformará a su carácter, a sus disposiciones de espíritu y de corazón, a su condición propia, en atención a si es hombre de la ciudad o de los campos, joven o anciano, católico de nacimiento o recién convertido, educado o torpe, de gran fortuna o pobre y de humilde lugar.

Sea como sea, tratará con él con una sencillez *colombina*, en espíritu de humildad y de respeto, como servidor, incluso y sobre todo si él se cree superior por clase e inteligencia: en este caso, razón para demostrarle más honor, siempre con discreción, y le hablará en términos mas humildes. Con nadie adoptará aires de autoridad o de rector. Con todos usará de paciencia y de servicio, que redoblará tratándose de rústicos, de ignorantes y de cobardes, como también de ánimos y de oraciones. Jamás un desdén, ni críticas ni reproches. A sus consejos añadirá sus lágrimas y sus mortificaciones. Evitará escandalizar y tratará de predicar con el ejemplo. Sobre todo cuanto diga el ejercitante, guardará, a menos que exista autorización especial, el más inviolable secreto.

Se dispondrá a la primera visita en presencia del Santísimo Sacramento con una breve oración ferviente, como ésta: *Dona mihi hanc animam!* lo que renovará en las visitas siguientes Cada una será de media hora tras cada comida. Al dirigirse a la habitación del ejercitante, rogará otra vez a Dios, a la santísima Virgen, a su ángel custodio, y se le ofrecerá. Entrará “modestamente contento y alegremente modesto”; se arrodillará nada más llegar siguiendo la práctica de la Compañía, saludará humilde y afectuosamente, recitará con el ejercitante *el Veni, Sancte Spiritus*, y le preguntará qué tal está. “Bien, gracias a Dios! contestará. –Oh, Señor, responderá el visitante, Dios sea bendito por el deseo que os ha dado de hacer unos ejercicios. Yo he tenido el honor de ser nombrado para servirlos en ellos, y vengo para ello a ofrecerme a vos si le complace. Pero, ay, ¡yo elegido para dirigiros! “ Tratará entonces de tranquilizarle y de alegrarle porque el ejercitante de ordinario estará preocupado por lo que van a hacer con él, viéndose solo en una habitación. Le preguntará si ha leído las *cartas* –especie de programa que se entregaba a los ejercitantes nada más llegar a San Lázaro. Si el ejercitante ha hecho ya un retiro, le recordará sus prácticas; sino le hablará del fin y prácticas. Le mostrará

sus lecturas, sus meditaciones según sea seglar o eclesiástico, ignorante o instruido.

Antes de salir, mirará a ver si le falta algo, libros, papel, tinta, plumas, velas, sábanas; -hasta el gorro de noche que Vicente recomienda que no se olvide.

Después de la visita, volverá al santísimo Sacramento para dar gracias por el bien que haya podido hacer, pedir perdón por sus faltas y la gracia de repararlas y ofrecer de nuevo al ejercitante a Nuestro Señor. así lo hará en las visitas siguientes.

En la segunda visita preguntará al ejercitante si ha observado bien el orden del día; le hará dar cuenta de su oración, de su lectura, y le señalará otras nuevas; la dará para ello todas instrucciones necesarias, y le enseñará también el modo de hacer el examen, bien particular, bien general. se enterará también si tiene un rosario y, si no lo tiene, le traerá uno al día siguiente. Pronto, le preparará para la confesión general de toda su vida o a una revisión de los últimos años, por el examen de conciencia y por las actos de contrición que le sugiera.

Hecha la confesión, recibida la comunión, el ejercitante entra en la segunda parte de su retiro. Después del periodo *purgativo*, llegamos al periodo *iluminativo*; después de la destrucción de los pecados, la edificación de las virtudes; después de la renuncia a un pasado culpable, la elección de un estado y el reglamento de la vida que viene. El visitante le dirigirá en la búsqueda importante de su vocación. Le dará un modelo de reglamento de vida. Le invitará trabajar en el suyo y vigilara su redacción. Al mismo tiempo le sugerirá buenas resoluciones y medios de perseverancia. Le mantendrá en guardia contra las resoluciones demasiado generales, puras producciones del espíritu, vano juego del corazón; sino le llevará a las resoluciones particulares y detalladas, las únicas que pasan a los actos, las únicas, por consiguiente, que preservan del mal, alimentan y perfeccionan la piedad, “No hay, decía Vicente, otra clase de resoluciones que se lleven bien a la práctica; como no hay más que una perfecta fidelidad a estas mismas resoluciones que pueda hacer a un hombre sólidamente virtuoso; sin ello, no se llega serlo con la mayor frecuencia más que por imaginación.”

El visitador indicará también al ejercitante los libros que le pueden ser útiles; para lo seglares: la Introducción a la vida devota, la Guía de pecadores y las demás obras de san Francisco de Sales y de Granada, las Flores de los santos de Ribadeneira, Busée, como fuente de meditaciones; para los sacerdotes, aparte de las obras ya dichas, la santa Biblia, el nuevo Testamento aparte, Molina, el concilio de Trento, santo Tomás, etc.

Acabado el retiro, irá a decirle adiós, y entonces le llevará a practicar estas resoluciones, le dará las gracias por la paciencia que ha tenido con él, y le pedirá perdón por las faltas cometidas para con él.

Si el ejercitante ofrece alguna cosa, no rechazarla, sino simplemente decirle: “Señor, le damos gracias muy humildemente y pediremos a Dios que él sea su recompensa.” –En el caso de no ofrecer nada y preguntara si se recibe, responder: “No exigimos nada de nadie, pero no rechazamos, porque no tenemos fundación particular para esta obra.” –Si dice tan sólo: ¿Cómo pueden ustedes hacer frente a estos gastos? Dispondrán para ello de grandes rentas.” Responder entonces: “En realidad, el gasto sobrepasa nuestras fuerzas: por eso, sin exigir nada, no rechazamos lo que se nos ofrece.” – En general, no decir nada a los que no dicen nada; responder a los otros con prudencia, y sólo para aclararles la verdad, no para urgirles o pedirles limosna.

El visitante no invitará al ejercitante a volver, a no ser en algún caso excepcional, como para preservarlo de una caída probable; se excusará incluso humildemente de tomarle bajo su dirección, si llegara a proponérsela.

Le llevará finalmente ante el Santísimo Sacramento para dar gracias a Dios; luego le acompañará hasta la puerta de la casa, con educación, respeto y cordialidad.

III. *Enseñanzas de Vicente sobre este tema.* Una acogida tan generosa, reglamentos tan sabios, una dirección tan cordialmente cristiana, debían atraer a una multitud de ejercitantes a San Lázaro; incremento enorme de gastos para la casa y de trabajo para los Misioneros! También Vicente necesitó sostener a los suyos, al menos mientras vivía, contra los temores de ruina y los apuros del cansancio, y más aún de defenderlos contra el debilitamiento del celo que seguiría poco a poco a su muerte y la tentación de abandonar totalmente esta obra.

“Oh Señores, les decía él, cómo debemos apreciar la gracia que Dios nos hace de traernos a tantas personas para ayudarlas a negociar su salvación! Nos llegan hasta mucha gente de la guerra, y estos días pasados había uno que me decía: “Señor, yo me debo ir enseguida a buscar fortuna, y deseo de antemano ponerme en buen estado. Tengo remordimientos de conciencia y, con la duda de lo que me pueda suceder, vengo a disponerme a lo que Dios quiera ordenar de mí.” Nosotros tenemos ahora en esta casa, por la gracia de Dios, un buen número de personas en retiro. Oh Señores, qué grandes bienes no puede producir esto, si trabajamos con fidelidad! Pero qué desgracia, si esta casa se relaja un día en esta práctica. Yo se lo digo, Señores y hermanos míos, temo que llegue el tiempo, en el que ella no tenga ya el celo que le ha hecho recibir a tantas personas en los retiros. Y entonces ¿qué sucedería? Sería de temer que Dios le quitara a la Compañía, no sólo la gracia de este empleo, sino que la privara incluso de todos los demás. Me decían anteayer que el Parlamento había degradado ese día a un consejero, y que habiéndole mandado venir a la Gran Sala, donde todas las demás estaban reunidas, vestido con su túnica roja, el presidente llamó a los usieres y les mandó quitarle esta túnica y el birrete, como indigno de estas señales de honor e incapaz del cargo que tenía. Lo mismo nos pasaría a nosotros, Señores, si abusáramos de las gracias de Dios, descuidando nuestras primeras funciones. Dios nos las quitaría, como indignos de la condición en que nos ha puesto, y de las obras a las que nos entregado. Dios mío, qué motivo de dolor! Pues bien, con el fin de persuadirnos bien del gran mal que sería si Dios nos privara del honor de hacerle este servicio, se ha de considerar que muchos llegan a casa estos días a hacer su retiro para conocer la voluntad de Dios en el movimiento que han tenido de dejar el mundo; y yo les recomiendo a uno a sus oraciones, que ha terminado el retiro, y que al salir de aquí va a los Capuchinos a tomar el hábito. Hay algunas comunidades que nos envían a varios de los que quieren entra con ellos, y los envían para hacer los ejercicios aquí, para probar mejor su vocación antes de recibirlos. Otros vienen de diez, veinte y de cincuenta leguas de distancia expresamente, no sólo para venir a recorrerse aquí para hacer una confesión general, sino para determinarse en la elección de vida en el mundo, y para tomar los medios de salvarse. Vemos también a tantos párrocos y eclesiásticos que nos llegan de todos los lados para enderezarse en su profesión, y avanzar en la vida espiritual. Llegan todos sin la preocupación de

traer dinero, sabiendo que serán bien recibidos sin ello. Y, a este propósito, una persona me decía últimamente que era un gran consuelo para los que no lo tienen, saber que hay un lugar en París siempre preparado a recibirlos por caridad, cuando ellos se presenten con un verdadero plan de ponerse bien con Dios. Unos me vienen a decir: "Señor, hace tanto tiempo que podo esta gracia, tantas veces que he venido aquí sin poder obtenerla." Otros: "Señor, tengo que irme, tengo un cargo, mi beneficio me necesita, y me marchó; concededme este favor." Los otros: "He acabado mis estudios, y me siento obligado a retirarme a pensar en lo que debo ser." Los otros: "Ah, Señor, cuánto los necesito. Ah, Señor, si supierais, me daríais al punto este consuelo." Vienen también ancianos que llegan para preparase a la muerte. Gran favor, grande gracia que Dios ha hecho a esta casa al llamar a ella a tantas almas a los santos ejercicios, y servirse de esta familia como de instrumento para su conversión"...

"Esta casa, Señores, servía en otro tiempo para el retiro de los leprosos. Eran recibidos en ella, y ni uno solo se curaba. Y ahora sirve para recibir a pecadores que son enfermos cubiertos de lepra espiritual, pero que curan, por la gracia de Dios; digamos más, son muertos que resucitan. ¡Qué suerte que la casa de San Lázaro sea un lugar de resurrección! Este santo, después de permanecer muerto tres días en la tumba, salió de ella vivo. Y Nuestro Señor, que lo resucitó, concede todavía la gracia a muchos que, habiendo permanecido algunos días en ella, como en el sepulcro de Lázaro, salen de ella con una nueva vida. ¿Quién no se regocijará por una bendición semejante? ¿Y quién no tendrá un sentimiento de amor y de agradecimiento para con la bondad de Dios por un bien tan grande? ¡Qué motivo de vergüenza si nos hacemos indignos de una gracia semejante! ¡Qué confusión, Señores, y qué dolor no sentiremos un día si, por nuestra culpa, nos vemos despojados de todo, para caer en el oprobio delante de Dios y de los hombres! ¿Qué motivo de aflicción no tendrá un pobre hermano de la Compañía que ve ahora a tanta gente del mundo que viene de todas partes a retirarse un poco entre nosotros para cambiar de vida, y que por entonces verá este gran bien descuidado! Verá que no se recibirá ya a nadie; por último él no verá lo que ha visto. Pues nosotros podemos caer en esto, Señores, no ya tan pronto, sino a la larga. ¿Cuál será la causa? Si se dice a un Misioneros relajado: "Señor, ¿tiene la bondad de dirigir a este ejercitante en su retiro?" esta petición le causará molestias; y, si no se excusa, no hará, como se suele decir más que pasar la escoba. Sentirá tantas ganas de satisfacerse, y tanta pereza en quitar media hora o así después de la comida y de la cena, a su recreo ordinario, que esta hora le resultará insoportable, aunque entregada a la salvación de un alma y la mejor empleada de todo el día. Otros murmurarán por este trabajo so pretexto que resulta oneroso y de grandes gastos; y así los sacerdotes de la misión, que en otro tiempo hayan dado la vida a los muertos, no tendrán ya más que el nombre de lo que han sido; no serán más que cadáveres, y no verdaderos Misioneros; serán carcasas de San Lorenzo, y no Lázaros resucitados, y todavía menos hombres que resuciten a los muertos. Esta casa que es ahora como una piscina salvadora donde tanta gente viene a lavarse, no será ya más que una cisterna corrompida por el relajamiento y la ociosidad de los que la habitan. Pidamos Dios, Señores y hermanos míos, que esta desgracia no llegue. Pidamos a la santísima Virgen que nos libre de él por su intercesión, y por el deseo que ella tiene de la conversión de los pecadores. Pidamos al gran

san Lázaro que sea siempre el protector de esta casa y le obtenga la gracia de la perseverancia en el bien comenzado. Se ve, era con ocasión de un ejercitante que recomendar a las oraciones de la comunidad, con ocasión de un recién llegado, de una afluencia desacostumbrada, que Vicente daba estos avisos tan resplandecientes de fe y tan ardientes de caridad. Luego, para terminar de animar a los suyos, les contaba triunfos de la gracia: “En el último viaje que hice hace cinco años a Bretaña, les dijo un día, nada más llegar, vino a verme un hombre muy honrado, para agradecerme la gracia que decía haber recibido por hacer en esta casa un retiro espiritual. ¡“Oh, Señor, me dijo, sin eso yo estaba perdido! Os debo, después de a Dios, mi salvación. Es eso lo que me puso la conciencia en paz, y lo que me ha hecho adoptar un modo de vida que he seguido desde entonces y que conservo todavía por la gracia de Dios, con una gran paz y satisfacción de mi espíritu. En verdad, Señor, añadió él, me siento tan obligado a vuestra caridad, que lo publico a todos los vientos, y digo en todas las compañías donde he estado que, sin el retiro que hice en San Lázaro, yo estaría condenado. ¡Cómo pues debo estimar esta gracia que vos me hicisteis! Os ruego que creáis que me acordaré toda mi vida.”

“Ahora tenemos en casa a un Capitán, dijo Vicente en otra ocasión, que quiere ser cartujo, que nos ha sido enviado por estos buenos padres para experimentar su vocación, según la costumbre. Les suplico que le encomienden a Nuestro Señor, y al mismo tiempo piensen cuán grande es su bondad, yendo así a buscar a un hombre, cuando está comprometido mucho antes en un estado tan contrario al que al que aspira ahora. Admiraremos esta misericordiosa Providencia, reconozcamos que Dios no hace acepción de personas, sino que se sirve de todas las clases de estados por su infinita bondad, escoge a quien le parece bien.”

Otro día, era un capitán a quien recomendaba a las oraciones y a las acciones de gracias de los suyos, luego un protestante convertido, que trabajaba en ese momento en la defensa de la verdadera fe, y podía así ganarse a muchos de sus antiguos correligionarios. Al día siguiente podría ser un sacerdote venido de muy lejos, que le decía sin más: “Señor, vengo a vos y, si no me recibís, estoy perdido.” Algunos días después, regresaba maravillosamente tocado de espíritu de Dios. luego, eran tres tres sacerdotes salidos del fondo de la Champaña, después de planear santamente venir a hacer juntos un retiro en San Lázaro. “Oh Dios, exclamaba entonces Vicente, cuántos vienen de lejos y de cerca, a quienes el Espíritu Santo da este movimiento. Pero, cuán fuerte conviene que sea la gracia para traer así de todas partes a los hambres a la crucifixión, pues el retiro espiritual es para crucificar la carne, a fin de que se pueda decir con el Apóstol: “Estoy crucificado al mundo y el mundo me está crucificado a mí.”

Por último, respondía a las objeciones, sacadas principalmente del pequeño número de los que perseverarían, y de la falta de proporción entre la grandeza de los sacrificios y de la pequeñez relativa de los resultados. Decía: “Todos aquellos, en realidad, que hacen en este lugar su retiro, no lo aprovechan por igual. Pero, ¿el reino de Dios en la tierra no está lleno de buenos y de malos? ¿No es acaso una red barredera o una red que recoge toda clase de peces? En esta grande abundancia de gracias que Dios reparte a todas las personas del mundo, cuántos se ven que abusan de ellas, y aunque conozca este abuso que harán de ellas, no deja a pesar de todo de repartírselas. Cuántos hay que se

descuidan en servirse de los frutos de la pasión y muerte de Nuestro Señor, y que, como dice el santo Apóstol, pisotean la sangre que él ha derramado para su salvación. Oh, dulce y misericordioso Salvador, sabíais muy bien que la mayor parte no lo tendrían en cuenta, y vos no habéis dejado de sufrir, a pesar de todo, la muerte por su salvación, aunque supieseis de esta prodigiosa Multitud que se burlarían de ello, y de este gran número de cristianos que abusarían de las gracias que vos les habéis merecido²⁹⁹! “

IV. *Desinterés de Vicente*. Todos estos discursos, recogidos a través de otros cien semejantes, terminan por hacernos comprender la naturaleza de los ejercicios espirituales, y nos llevan a entrever las ventajas inmensas que recayeron en las almas. Pero estos ánimos que Vicente prodigaba a los suyos para que perseveraran, el cuadro de los frutos de salvación producidos por los retiros que él ponía sin cesar a sus ojos para hacerles desdeñar los intereses temporales, no los tranquilizarían siempre sobre el porvenir de la obra, menos aún sobre la posibilidad de sostener por mucho tiempo la enormidad de los sacrificios que costaba a la congregación. La casa de San Lázaro se doblaba bajo el peso siempre en aumento de los gastos, y se acusaba de excesos la caridad de Vicente, le urgían a mayor moderación y prudencia. –“Señor, venía a decirle un hermano probablemente encargado de la manutención de las finanzas, vamos a sucumbir bajo el número de los ejercitantes. –Hermano, que quieren salvarse. –Sea en buena hora, Señor, si todos se salvaran. Pero qué pocos se aprovechan del retiro, y cuántos vienen a buscar aquí menos el alimento del alma que el del cuerpo. –Ya es mucho que algunos se salven. En cuanto a los que vienen por motivos menos puros, siempre es una limosna agradable a Dios alimentar a un hombre en la necesidad. Además, ¿cómo distinguir entre unos y otros? Y si nosotros ponemos dificultades en recibir a todos los que se presentan, ¿no rechazaremos a algunos sobre quienes Dios tenía designios de misericordia? En una palabra, a fuerza de querer penetrar los motivos que les obligan a actuar, ¿no ahogaremos en muchos las primicias del Espíritu que los llama a sí? –Pero, Señor, vos abreviáis los días de la Compañía, que pronto se verá reducida al extremo. –Si tuviéramos treinta años de vida, y que por recibir a los que vienen a hacer retiro no fuéramos a vivir más que quince, no habría que dejar por ello de recibirlos. Es verdad que el gasto es grande, pero no puede estar mejor empleado; y, si la casa está ocupada, Dios sabrá cómo ayudar a encontrar los medios de desocuparla, como hay razón de esperarlo de su Providencia y bondad infinita. –Pero, Señor, se trata no sólo de una crisis, sino de una enfermedad mortal y de una aniquilación inmediata! –Si sucede que la congregación de la Misión se aniquilara haciendo un bien semejante tendremos la suerte de hacernos semejantes a Nuestro Señor, que en cierto modo se aniquiló por la salvación de las almas³⁰⁰.”

El procurador llegaba. Era una víspera de órdenes, y el aumento de los gastos del retiro de los diez días venía a agotar lo que el retiro permanente había dejado en la caja de San Lázaro: “Señor, no me queda un céntimo para mañana. –Oh, Señor, la buena noticia; Dios sea bendito! ¡Qué suerte! Es el momento ahora cuando hemos de demostrar si tenemos confianza en Dios. Cómo debemos alegrarnos de tener ocasión de confiar en él solamente y de

²⁹⁹ Repet. de oración del 10 de agosto de 1655.

³⁰⁰ *Summ.* p. 147.

dependen, como verdaderos pobres, de la liberalidad de uno tan rico. Nuestra industria, ¿es un recurso más seguro que su bondad? La desconfianza le deshonoró, porque los tesoros de su Providencia son inagotables. No temamos nada. La congregación se destruiría antes por las riquezas que por la pobreza.”

Los mismos extraños de sorprendían y se inquietaban. A la vista del gran refectorio lleno de gente que se apilaban a la mesa de la caridad: “¿Dónde encontráis, Señor, le dijo un abogado del Parlamento con qué hacer frente a este gran número de bocas domésticas y extrañas? –Oh, Señor, el tesoro de la Providencia de Dios es mucho más grande todavía. Bueno es poner los cuidados y los pensamientos en Nuestro Señor, que no fallará en darnos el alimento, como nos lo ha prometido. –Sin embargo, añadió un sacerdote de sus amigos, tened cuidado de no caer en algún problema del que no podáis salir, y poned, os lo suplico, algún límite a vuestra liberalidad. –Señor, respondió Vicente sonriendo, cuando lo hayamos gastado todo por Nuestro Señor, y no nos quede ya nada, dejaremos la llave debajo de la puerta, y nos marcharemos. Un día, en cambio, acosado más que de ordinario y sin saber qué hacer con tantas reclamaciones de dentro y de fuera, pareció decidido a encerrar su celo en límites más estrechos y a disminuir el número de los ejercitantes. “Hoy, dijo, seré yo quien haga de feroz portero u hotelero; me encargo yo mismo de recibir a estos y de elegirlos.” Se puso en la puerta muy resuelto a mantenerse serio contra excesivas solicitudes. Pero cuando se trató de admitir a unos y de rechazar a los otros, se encontró incapaz de decidir; su corazón, vanamente comprimido, se dilató; la caridad universal salió a la luz, y no pudo rechazar a nadie. Para el atardecer había recibido a más gente que de ordinario. Un hermano vino a decirle: “Señor, no hay ya habitación disponible. – Pues bien, que le den la mía, y que me pongan en la cuadra³⁰¹!” De todo lo que precede se puede concluir fácilmente que afluencia continua tenía lugar a diario a San Lázaro de París y de las provincias. Vicente mismo comparaba esta casa al arca de Noé, en la que toda clase de animales, grandes y pequeños eran bien recibidos por igual. Y, en efecto, le llegaban de Oriente y de Occidente, en la mezcla más singular de todas las edades y de todas las condiciones sociales. En el mismo refectorio se veían sentados codo con codo a jóvenes y viejos, a clérigos y a seglares, a grandes señores y a mendigos, a doctores de Sorbona y a gente sin la más ligera idea de letras, a magistrados y a obreros, a mundanos y a solitarios, a caballeros y a pajes, a amos y a criados. Aquí, todos eran llamados y todos elegidos. Era el triunfo de la igualdad cristiana, el comunismo de la caridad, la santa confusión de todos ante Dios y en el interés común de la salvación.

Las luchas, los choques que debía sostener el corazón de Vicente, haciendo saltar más viva y más ardiente la chispa del amor. La edad no le traía ni su hielo ni su ansiosa avaricia. Contra la costumbre de los ancianos, cuanto más avanzaba en los años, más amaba, más pródigo santamente era. En primer lugar, había aún alguna medida; al final, hubo que recibir cada día a los más ejercitantes posibles y tener la casa al completo. Como el padre de familias del Evangelio, habría dicho en caso de necesidad a sus sirvientes: “Id pronto a las plazas, a las calles de la ciudad, a los caminos y a los cercados y obligadlos a entrar, para que se llene mi casa³⁰².” Se llegó a admitir hasta ochocientos al

³⁰¹ *Summ.*, n. 75, p. 145.

³⁰² Luc. C. XIV, V. 21 al 23.

año. Lo que eleva a veinte mil el número de los que pasaron por San Lázaro los veinticinco últimos años de Vicente. En caso de conflicto, los pobres y los débiles, los ciegos y los cojos, -para seguir el texto sagrado de antes- tenían siempre su preferencia. Para atraer a los obres obreros, no se contentaba con ofrecerles residencia y alimentación gratuita, lo que hacía con los ricos mismos; pagaba además a sus patronos lo que habría valido su trabajo durante el tiempo del retiro³⁰³.

V. *Éxito de los retiros en París y en provincias.* Así es cómo San Lázaro se convirtió en la gran hostelería de París y de Francia para el alimento de las almas; cómo la Misión se hizo permanente. ¡Qué conversiones se operaron, de cuántos progresos en la perfección cristiana fue ella el punto de partida! Cuántos apóstoles salieron de ella para llevar a todos los puntos de Francia, y más allá de los montes y de los mares, las lecciones, los ejemplos, las santas practicas de esta casa, dos o tres veces *madre*, y por los hijos que daba al padre de la Misión, y por los hijos adoptivos que recibía en tan gran número en su seno, y por aquellos, más numerosos todavía, que ella se creaba de todas partes en virtud de esta diseminación maravillosa de todas las obras nacidas en ella o por ella! Como los Misioneros que Vicente enviaba por el mundo no llevaban con ellos, a nuevos apóstoles, ni bastón, ni saco, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas³⁰⁴; sino, ellos también, las enseñanzas y los ejemplos de su maestro, y la semilla fecunda de todas sus obras. En todas partes pues ellos establecían la costumbre de los retiros espirituales, y en todas partes producían los mismos frutos de salvación. Cada casa de la Misión se convirtió así, en todos los aspectos, en una sucursal de San Lázaro, donde se practicaban los mismos ejercicios con una caridad igual y una bendición igual. De todas partes le llegaban a Vicente testimonios ciertos de los bienes infinitos, individuales o colectivos, a favor de las almas. Era cada día un número un número prodigioso de cartas, bien de pecadores que se volvían a Dios, que le ofrecían el homenaje de su conversión, bien de sacerdotes, de párrocos, de obispos, de cardenales, que le agradecían en su nombre y en nombre del cielo, por haber adelantado tanto, mediante la difusión de esta práctica saludable, la santificación de los pastores y de los pueblos. La vocación especial de San Lázaro por la renovación del sacerdocio llegó a ser entonces un hecho de notoriedad pública. En estos años, apareció un libro de un párroco de Bretaña sobre los malos sacerdotes, el peor de los males de la Iglesia. Pues bien, en él se decía que Dios había dado su espíritu a los sacerdotes de la Misión para remediar esta desgracia, y que ellos trabajaban con bendición³⁰⁵. Pronto tuvieron cooperadores. Los eclesiásticos formados en San Lázaro con los ejercicios de los ordenandos y renovados con los retiros espirituales, si llegaban a un obispado, pensaban enseguida en establecer para su clero, solos o en compañía de algunos sacerdotes de la congregación, lo que les había sido tan útil a ellos mismos. Uno de ellos, hombre de condición y de virtud, después de reunir a sus párrocos y demás eclesiásticos en su palacio episcopal, escribía a Vicente en 1644: "Para participaros nuestras noticias, os diré que continuamos nuestras asambleas de los eclesiásticos, tanto de la diócesis como de los demás lugares circunvecinos que piden asistir a ellas. Tengo al presente a unos treinta sacerdotes conmigo, que hacen los ejercicios del retiro

³⁰³ *Summ.*, p. 207.

³⁰⁴ Luc., IX, 3.

³⁰⁵ Carta a Ozenne, en Polonia, del 2 de abril de 1655.

espiritual en el obispado, con mucho fruto y bendición.” En efecto, estos santos ejercicios eran por lo general bien acogidos del clero en todas partes. A veces, había al principio algo de repugnancia; pero todo cedía luego al atractivo de la gracia y a los esfuerzos del celo y de la caridad, sobre todo cuando un hijo de Vicente estaba encargado de la dirección del retiro. Es o que nos enseña la carta conmovedora y dramática, escrita por uno de ellos a un arzobispo, para darle cuenta, según la costumbre constante de la Misión, de un primer retiro predicado por orden suya en su palacio arzobispal: “Al principio, todos se miraban con recelo y murmurando. Los más timoratos no sabían qué pensar. Pero Dios, que los había obligado por vuestro ministerio, incluso arrastrado en su mayor parte a la soledad, cambió de tal forma sus corazones, que todos exclamaron: *Vere Deus est in loco isto, et ego nesciebam*. Y en la continuación de los ejercicios, a medida que pasaban los días y se disipaban sus tinieblas y frialdades, decían: “*Quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum*. Y al final del retiro: “*Faciamus hic tria tabernacula*. Estos buenos Señores, que eran en número de cuarenta, tanto rectores como vicarios, aseguraban no haber vivido sino estos diez días. Lloraban a lágrima viva, recordando su vida pasada y de la ignorancia en la que habían vivido. Los más mayores corrían a los ejercicios; y os puedo asegurar que no he visto todavía tanto fervor ni obras tan sensibles del espíritu de Dios, que tiene en sus manos los corazones, no sólo de los reyes de la tierra, para doblegarlos a donde él quiera, sino también de los reyes del cielo y de los sacerdotes, cuya duración representa a menudo mayor resistencia a la gracia. Todos han hecho la confesión general, y la mayor parte de toda la vida, creyendo no haber hecho nada hasta ahora; todos han formado fuertes resoluciones de trabajar en su propia santificación y en la de sus rebaños, diciendo con el profeta rey; *Dixi nunc coepi, haec mutatio dexterarum Excelsi*. A medida que la gracia cambiaba los corazones, me venían a ver en particular y me decían cómo los había cegado el demonio, haciéndoles creer que el retiro no era más que una novedad insoportable, una prisión y una gehena. Los otros me decían: “Ah, Señor, cuánto le debemos a Monseñor y cómo tenemos que pedir a Dios por su persona y por su regreso. Si hubiéramos tenido las luces que tenemos, no habríamos hecho lo que hemos hecho.” Por último Monseñor, todos eran como pequeños, y yo me sorprendía cómo personas que podían ser mis abuelos confiaban tanto en un instrumento tan débil. *Vitulus et leo, lupus et ovis simul accubabunt, puer parvulus minabit eos*. Toda vuestra ciudad ha quedado embalsamada con el buen olor de estos Señores, no sólo por sus palabras, sino también por su modestia. Los eclesiásticos que maldecían de estos ejercicios se han sorprendido al ver a sus amigos y a sus cohermanos cambiar de lenguaje, y algunos de vuestro capítulo preguntaban cuándo les tocaría a ellos. Espero, Monseñor, que vuestras oraciones alcancen de Dios la ejecución de tantas y tan santas resoluciones y que, por este medio, vuestra diócesis cobre un nuevo aspecto, ejerciendo los jefes una influencia tan buena sobre el resto del cuerpo.”

Las resistencias se habían vencido para siempre. En la cuaresma siguiente, nuevo retiro y pleno éxito. Liberal en la precedente, Dios se mostró pródigo en ésta. “Ah, si hubiera conocido antes la eminencia del sacerdocio, decían los sacerdotes, yo no me habría comprometido tan a la ligera” Otros muchos ofrecían su bolsa para contribuir a los gastos de un retiro anual; otros querían renunciar a sus beneficios para continuar viviendo en semejantes ejercicios;

algunos pedían que se proveyeran sus parroquias para pasar algún tiempo en el seminario; todos se ponían a disposición de sus superiores, declarándose en estado de hacerlo todo y de acudir a todas las partes donde los enviaran. Eran en adelante tantos Misioneros, que iban a renovar en sus parroquias lo que la gracia acababa de renovar en ellos. Hubo uno que llevado al retiro por la fuerza o por hipocresía, resistió hasta la víspera de la clausura. Por la noche los remordimientos le tuvieron despierto: *Quis enim ei restitit et pacem habuit?* Es presa de un temblor total: un frío sudor cubre sus miembros y oye una voz interior que le dice: “Tu hora ha llegado, tienes que morir!” Asustado, llama a uno de sus cohermanos acostado en la misma habitación, y le pide que vaya a toda prisa a buscar al Misionero, a quien, todavía la víspera, había jurado no abrirse nunca. De medianoche a las cuatro de la mañana, hace una confesión de toda su vida, comulga con los demás y transportado a la vez de dolo, de agradecimiento y de amor, queriendo que fuera pública la reparación como públicas habían sido sus faltas, descubre a todos el abismo del que acaba de sacarle la bondad divina: *“Misericordia tua magna est super me, exclama, qui eruisti animam meam ex inferno inferiori.”*

Pero era siempre a Vicente a quien llagaban o eran enviados los pecadores desesperados. Cuando se consideraban incapaces, sus sacerdotes le presentaban los pecadores, como le presentaban los discípulos al Salvador al poseso que no habían podido curar. Nada podía resistir al encanto y a la pericia de su trato. Ni sermón, ni lectura de piedad producía la piadosa impresión de su charla, de su simple aspecto. Los niños mismos tan fácilmente rechazados por los discursos serios, corrían a él y hallaban placer en escucharle. Así hablan el arzobispo de Vienne, de Montmorin, y Victor de Méliand, obispo de Alet en sus cartas a Clemente XI. “Yo era joven entonces todavía, ha escrito igualmente Charles-François de Loménie de Brienne, fallecido obispo de Coutances, cuando este venerable anciano frecuentaba la casa de mi padre. Tal era sin embargo la reputación de este hombre, y tan acrisolada se ha hecho de día en día que el fluir de los años no ha podido borrar en mí la opinión preconcebida de su santidad.” El barón de Renty le envió un día un párroco que desde hacía mucho estaba sumido en el desorden y llevaba una vida de escándalo. Al día siguiente era quizás un religioso encargado de una parroquia y miembro indigno de una comunidad reformada, a quien se le confiaba su superior. Otra vez, era también un religioso que, en su impotencia, acudía a él en la conversión de un paje del príncipe de Talmont, educado hasta entonces en el protestantismo: “No hallándome bastante capaz de una obra tan buena, le escribía en 1644, me tomo el atrevimiento de dirigirle a vos, como a aquel a quien Dios da gracias muy particulares y muy grandes para su gloria y para la salvación de los pecadores y los descarriados. Teniendo pues la caridad, muy reverendo padre en Nuestro Señor, de recibirle y abrazarle como a una pobre oveja extraviada, que busca a dónde retirarse y librarse de la boca del lobo... Ruego a Dios que prolongue sus días y sus años para su gloria y el bien del prójimo para el que trabaja incesantemente.”

Finalmente, se trataba de aquellos mismos que habían probado el don de Dios y hecho los ejercicios bajo la dirección de Vicente quienes le pedían la gracia de ser admitidos otra vez. “Ciertamente, Señor, le escribía un eclesiástico de Orleáns, cuando pienso en los buenos sentimientos que se tienen en su casa, me siento como fuera de mí mismo, y no puedo menos de desear que Dios

quisiera que todos los sacerdotes hubieran pasado por estos santos ejercicios: si así fuese, no veríamos todos los malos ejemplos que muchos dan, con gran escándalo de la Iglesia.”

Un sacerdote del Languedoc, escribiendo las impresiones de su retiro a un amigo que le había empujado, decía: “He recibido tantas muestras de benevolencia y tan buenos tratamientos en esta casa de todos con quienes he hablado, que yo estaba confuso; y, por encima de todos los demás, el Sr. Vicente me ha recibido con tanto amor, que estoy muy sorprendido. Mi corazón lo siente bien, pero no encuentro palabras que lo puedan expresar. Lo que puedo decir es que, durante el tiempo de nuestros retiros, yo he estado como en el paraíso; y ahora que estoy fuera, me parece que París es como una prisión. no creáis que lo diga por cumplimento; hablo según los sentimientos que Dios me da. Por lo demás, ya no podría vivir en el mundo; mi resolución es salir de él para entregarme por entero a Dios.”

VI. *Pierre de Kériolet*. Sería evidentemente casi tan imposible reproducir todas las cartas y todas estas declaraciones, que enumerar todas las conversiones famosas de las que fue teatro San Lázaro y el instrumento, todos los vicios que murieron en su santa atmósfera, todas las grandes virtudes que se vieron brotar y florecer. No se podría pasar por alto sin embargo a uno de estos pasajeros de San Lázaro, cuyo nombre recuerda una de las conversiones más prodigiosas que haya registrado la historia eclesiástica: queremos hablar de Pierre de Kériolet. Es en 1633, según una conjetura de Collet, cuando llegó a pie desde Rennes a París para ver al P. Bernard, cuya reputación de santidad le había atraído. Era sacerdote desde el año anterior. Cubierto de polvo, la sotana remangada, con un aspecto extraño, se encuentra con un sacerdote en la calle, y le pregunta si sabe donde se aloja un tal Sr. Bernard, en otras palabras el *pobre sacerdote*. —“¿Le conoce usted, le responde, y qué tiene usted con él? —Vengo para conocerle, porque me han dicho que era un hombre de bien y algo loco. —Yo dudo que usted sea más sabio que él, - ¿No será usted? —Sí, soy yo.” Era el P. Bernard, en efecto, y los dos se abrazaron. El P. Bernard presentó a Kériolet al P. de Condren, a la pequeña sociedad de Olier y a san Vicente de Paúl. ¿Qué había sido antes de este viaje? Todo se puede leer en su *Vida*³⁰⁶, o también en las memorias manuscritas de Du Ferrier, uno de los compañeros de Olier, que nos ha conservado la confesión que hizo Kériolet mismo a la pequeña compañía de Vaugirard. Hijo de un consejero en el Parlamento de Bretaña, vivió durante treinta y cuatro años en toda clase de desórdenes y en la profanación de todas las cosas santas. Presa por último de un odio infernal contra Jesucristo, emprende el camino de Constantinopla para hacerse Turco. Se entera entonces de la presencia en Viena de un chiaoux, embajador del sultán con quien se propone hacer el camino. Pero, al atravesar un bosque en Alemania, cae en las manos de los ladrones, y no escapa a una muerte segura sino por un voto de peregrinación a Nuestra Señora de Liesse. Olvidado el voto con el peligro, continúa su ruta hasta Viena. El chiaoux acababa de salir. Le persigue vanamente hasta la frontera de Hungría. Una vez en Venecia se enrola en el servicio de la República con la esperanza de embarcarse en un navío lanzado a Constantinopla. Se cansa de esperar y vuelve a Francia. En París, sabe de la muerte de su padre, prematura sin duda por sus crímenes, y se dirige a Rennes donde, sin tener ningún

³⁰⁶ Por el P. D. de Sainte-Catherine, religioso carmelita. París, 1663, in-12.

conocimiento del derecho y sólo para ponerse a cubierto de la justicia, compra un cargo de consejero en el Parlamento de Bretaña. Alterna como hugonote, vuelve a ser católico, siempre por interés, continúa su vida abominable, entregado al vino, duelista salvaje, y sobre todo impío y sacrílego. Por dos veces le amenaza el rayo, un día derribándole del caballo, otro abrasando el cielo del lecho donde está acostado; no responde más que con blasfemias y desafíos al cielo. Un primer remordimiento le deposita en los Cartujos; a los tres días sale de allí absolutamente ateo. Se entera entonces de las posesiones de Loudun. Va allí, y para burlarse de lo que llamaba supercherías de blasfemas, y para pervertir a una joven hugonote mediante una nueva abjuración del catolicismo. En estas disposiciones entra en la iglesia de Santa Cruz, donde se hacían los exorcismos. Se acerca. Un demonio le interpela por la boca de una poseída; interpelado a su vez, denuncia las principales circunstancias de esta horrible vida y, en medio de espantosas blasfemias, acusa a Dios y a la Virgen de injusticia por haber arrebatado tantas veces a la muerte y al infierno a un pecador más culpable que él. Después de una confesión pública, Kériolet entra en una capilla vecina, y allí, rostro en tierra, a lágrima viva, pide perdón a Dios. La noche transcurre así. Al día siguiente, hace una confesión general, y comienza una vida nueva con la peregrinación prometida a Nuestra Señora de Liesse, de donde se dirige a la Sainte-Baume para rezar a la gran penitente Magdalena. Ya ha despedido a los criados, entregado a los pobres todos sus bienes, se ha cubierto de harapos: es mendigando, descalzo, sin sombrero, con la soga al cuello, como realiza estos viajes y regresa a Rennes. Después de abrazar el estado eclesiástico por orden de su confesor, perseveró hasta la muerte en el rigor de su penitencia y de sus humillaciones. Él se había condenado a no mirar más que al suelo, pasaba ocho o diez horas al día en oración, vivía a pan y agua, y apenas tomaba otro alimento del jueves a mediodía hasta el domingo a la misma hora. Había transformado su casa de Rennes en un hospital donde servía y catequizaba él mismo a los desdichados, sin abandonarlos si no era para visitar las prisiones y los demás hospitales de la ciudad.

Tal es el hombre con quien tuvo Vicente numerosas conferencias. Se vio mucho tiempo, en un extremo del seminario de San Lázaro, una pequeña habitación donde había hecho su retiro. Muerto el 8 de octubre de 1660, sólo sobrevivió a nuestro santo en once días³⁰⁷.

Así acabaremos este capítulo de los retiros espirituales. Fiel a las recomendaciones de su santo fundador y celosa por cumplir todos los legados de su caridad, la casa de San Lázaro ha continuado por largo tiempo esta obra excelente, siempre atenta a dar a los ejercitantes los mejores lugares y a servirlos los primeros. Quiso incluso procurarles un alojamiento más cómodo. Cuando Alméras, primer sucesor de Vicente, pensó en levantar un nuevo edificio en las ruinas del antiguo, comenzó por mandar hacer para su uso un cuerpo de vivienda grande y vasto que contenía setenta y cinco habitaciones; y, cuando este número de habitaciones, no era suficiente, lo que sucedió a menudo, porque se llegó a recibir hasta ciento veinte ejercitantes a la vez, los Misioneros, recordando las palabras de san Vicente: “Que les den mi

³⁰⁷ *Vie de M. Olier*, tomo I, pp. 207, 233 y ss.. -*Études sur les possessions de Loudun*, por el abate Leriche, París, 1859, in-18, p. 137 y ss.

habitación”, y tomándolo por regla, cedían la suya en efecto, y acampaban como y donde podían.

Esto duró hasta la Revolución, esto es hasta la expulsión de los Misioneros de San Lázaro, y hasta su dispersión. Desde entonces, si su alianza de caridad ha pasado a otras manos o se ha repartido entre varios, a Vicente y a sus sucesores corresponde no obstante la gloria de haber vulgarizado los ejercicios espirituales en Francia³⁰⁸. Hoy, no hay seminario que no vea reunirse cada año a una parte de los sacerdotes de la diócesis para recuperar fuerzas juntos en la fuente de la piedad sacerdotal; no existe comunidad religiosa, ni colegio cristiano, que no abra sus puertas por un retiro o el periodo principal del año o el comienzo de los estudios; pocas almas cristianas, por último, que no sientan la necesidad de hacer de vez en cuando un alto en esta vida que nos arrastra, para volver al espacio ya recorrido, orientar sus pasos con mucha frecuencia extraviados, y volver a emprender la ruta con los ojos puestos en el fin supremo.

CAPÍTULO V. Los Seminarios

I. *Primer ensayo en Bons-Enfants*. Una vez comprometido en la obra de la reforma del clero, Vicente debía llegar hasta el fondo. Desde un principio, y luego en el transcurso de sus experiencias, comprendió la insuficiencia de los retiros espirituales, y de las conferencias eclesiásticas, que podían muy bien poner en pie a los sacerdotes decaídos, y conservar y mantener en el deber a los sacerdotes fieles pero que no alcanzaban la fuente del sacerdocio; la insuficiencia misma de los ejercicios de los ordenandos, prendían bien, como tales, al joven eclesiástico en su nacimiento clerical, en su entada en el santuario, pero no tenían ningún efecto retroactivo sobre los años anteriores, con frecuencia numerosos, pasados en la disipación del mundo, los cálculos de la ambición, en los extravíos de la juventud: era una preparación próxima infinitamente útil, porque daba estas disposiciones inmediatas que abren el corazón del ordenando a la gracia; no era esa preparación distante que va apoderándose del niño destinado a ser clérigo de alguna forma desde el seno de la madre, le dirige del sacramento que le hace cristiano al sacramento que le hará sacerdote, y llena este largo trayecto de estudios religiosos, de prácticas santas y costumbres de virtud..

La vista del escaso resultado de la mayor parte de los ensayos hechos hasta él no desanimó Vicente. Si tantos seminarios no lo habían logrado, es porque con demasiada frecuencia se habían escogido mal a los niños y a los maestros. En lugar de dar con preferencia las plazas, según el deseo del concilio de Trento, a los hijos de los pobres en quienes de viera una verdadera vocación eclesiástica, se admitía en mayoría a los niños ricos, sin examinar si sentían la menor inclinación al sacerdocio. Para ahorrar un precio de pensión, los burgueses de las ciudades donde los seminarios estaban situados llevaban allí a sus hijos por favor y con engaño; luego, después de los estudios gratuitos que habían devorado la herencia del santuario, se los llevaban para darles una posición en el mundo. por otro lado, se confiaba la dirección de estos

³⁰⁸ Interrumpidos durante mucho tiempo por las causas que acabamos de decir, y también, después del restablecimiento de la Compañía, por la falta de alojamiento, los retiros espirituales se recobraron en la casa madre de la rue de Sèvres, y ya un buen número de sacerdotes y hasta de seglares se saben el camino.

establecimientos, no a los más sabios, a los más virtuosos, a los sacerdotes más llenos del espíritu sacerdotal, sino a los más ambiciosos, a los más intrigantes y a los que buscaban menos el bien de la Iglesia que su interés particular. De esta forma habían quedado burladas las intenciones del concilio, y como la Iglesia de Francia se hallaba siempre privada de los frutos que estaba en derecho a esperar de la generosidad de los fundadores.

Recuperando el plan del concilio de Trento, así como su espíritu, Vicente comenzó, hacia 1635, a recibir en el colegio de Bons-Enfants a cierto número de jóvenes clérigos, de edad de doce a catorce años, a quienes sacerdotes de su congregación enseñaban, aparte de las letras humanas, el canto y las ceremonias eclesiásticas y, por encima de todo, la huida del mundo, la gravedad, el recogimiento y todas las virtudes propias del santo ministerio.

II. *Seminario interno. –Vocación. –Ternura de Vicente por los suyos.* Dos años más tarde, viendo la Misión formada y sólidamente establecida en San Lázaro, pensó en su reclutamiento y en la preparación de sus miembros. Hasta entonces, sin conocer bastante aún los planes de Dios sobre él y el desarrollo que tomaría su obra, apenas pedía buena voluntad a los que llegaban a compartir su vida y sus trabajos y, por toda prueba y preparación, no les imponía más que un retiro. Un poco más tarde, les impuso, es cierto, algunos otros ejercicios espirituales, por los que los sometían a una prueba más larga; pero en esto no había nada todavía que pudiera ser tenido como un noviciado propiamente dicho. Finalmente, reconoció la necesidad de ejercitarlos durante varios años, antes de admitirlos a los votos, en la práctica de las virtudes generales del sacerdote y de los deberes propios del Misionero.

De ahí el *Seminario interno*, que comenzó el mes de junio de 1637. Vicente lo llamaba la esperanza de rebaño, *spem gregis*, y semillero de los Misioneros. También quiso darle por director al más hábil y más experimentado de los suyos: fue Juan de la Salle, uno de sus tres primeros compañeros, hombre envejecido, por consiguiente, en espíritu y en las funciones de la Compañía, que había visto nacer y crecer bajo la acción combinada de Dios y del santo fundador. Y aun así, no contento con sus consejos saludables que le prodigó, Vicente quiso hacerle pasar por las manos de hábiles maestros, y le envió al noviciado de los Jesuitas con orden de seguir por algún tiempo todos los ejercicios, y traerse con las máximas y las prácticas propias a sacerdotes seculares, el celo apostólico.

Como se trataba de recibir no ya sólo a sacerdotes ya formados, sino también y sobre todo a jóvenes clérigos, Vicente comenzó por explicar sus principios en materia de vocación. Por un lado, lleno de esperanza que la Providencia traería siempre súbditos a una Compañía que ella misma había hecho nacer y, por otro, persuadido de que sólo pertenece a Dios escogerse ministros, se hizo y la impuso a los suyos la regla inviolable de nunca atraer a nadie a su congregación, ni con promesas, ni con servicios, ni siquiera con piadosos consejos. A los directores de los ejercitantes, en particular, les repetía sin cesar: “Ah Señores, tengan mucho cuidado, cuando prestan servicio y dirección a los que vienen a hacer su retiro espiritual en esta casa, de nunca decir nada que tienda a atraerlos a la Compañía. A Dios pertenece llamar a ella y dar la primera inspiración. Más todavía, aun cuando les descubrieran que habían tenido la idea y les declararan que sienten inclinaciones, cuídense mucho de no

inclinarnos ustedes mismo a hacerse Misioneros, aconsejándoles y exhortándoles a ello; y entonces díganles tan sólo que encomienden mucho este plan a Dios, que se lo piensen bien, por ser importante la cosa. expónganles incluso las dificultades que podrán encontrar según la naturaleza y que conviene que lo tengan en cuenta, si abrazan este estado, que han de sufrir y trabajar mucho por Dios, que si, después de todo, adoptan la resolución en buena hora, se los puede dirigir al superior para hablar con más atención con ellos de su vocación. Dejemos obrar a Dios y esperemos humildemente con sumisión las órdenes de la Providencia. por su misericordia se ha hecho así en la Compañía, y podemos decir que no hay nada en ella que no haya puesto Dios, que nosotros no hemos buscado ni a hombres ni bienes ni fundaciones. En nombre de Dios. mantengámonos así y dejemos obrar a Dios. sigamos, les ruego, sus órdenes y no nos adelantemos. Créanme, si la Compañía lo hace así, Dios la bendecirá.”

Con mayor razón, no quería que se retuviera en San Lázaro a aquellos que habían decidido entrar en otra religión o a quienes sus superiores enviaban para probarlos. “que si vemos, decía él, que tienen alguna idea de retirarse a otra parte, de ir a servir a Dios en otra religión o comunidad, oh Dios, no les sirvamos de estorbo, de otro modo había que temer que la indignación de Dios cayera sobre la Compañía, por querer lo que Dios no quiere que tenga. Y díganme, les ruego, que si la Compañía no hubiera seguido hasta el día de hoy este espíritu de no inclinarse por de no inclinarse por otros individuos, por excelentes que fueran, sino los que Dios ha tenido a bien enviarnos, y que han manifestado el deseo mucho antes, los Padres Cartujos y otras Comunidades religiosas ¿nos enviaría, como lo hacen, para hacer el retiro aquí, a cantidad de gente que quieren entrar en su casa? Verdaderamente que tendrían mucho cuidado en no hacerlo. Veamos, un buen joven que tiene pensado hacerse Cartujo; nos le envían aquí para que hable con Nuestro Señor mediante un retiro, ¡y ustedes trataran de persuadirle de que se quedara con nosotros, porque tal vez sea un joven de buen espíritu! Y ¿qué sería esto, Señores, sino querer quedarse con lo que no nos pertenece, y querer hacer que un hombre entre en una congregación? donde Dios no le llama, y en lo que ni siquiera ha pensado? Y qué podría hacer o emprender una empresa así, sino atraer las desgracias de Dios sobre toda esta Compañía? Oh pobre Misión, oh pobre pequeña Compañía de la Misión, ¡en qué lastimoso estado caerías si llegaras a tanto!

Mas, por la gracia de Dios, ¡tú has estado siempre y lo estás todavía muy lejos de tal cosa! Pidamos a Dios, Señores, pidamos a Dios para que confirme a esta compañía en la gracia que le ha hecho hasta el presente de no querer otra cosa que lo que él quiere³⁰⁹.”

Uniendo el ejemplo con las palabras, así obraba el propio Vicente, cuando tanta gente de París o de las provincias se dirigían a él, se ponían en sus manos, rogándole que decidiera soberanamente en nombre de Dios, sobre la elección de su estado de vida. “La resolución de vuestra duda, respondía, es un asunto que resolver entre Dios y usted; siga pidiéndole que le inspire lo que tiene que ha de hacer; entre en retiro durante algunos días para ello, y crea que

³⁰⁹ Confer. del 7 de setiembre de 1657.

la resolución que tome, en la presencia de Nuestro Señor será lo más agradable a su divina majestad y la más útil para vuestro verdadero bien.”

¿Se trataba de salir del mundo, y les quedaban dudas tan sólo sobre la elección de una comunidad? No se contentaba con aconsejarles la más regular; pero si salía a relucir la suya: “Oh Señor, exclamaba,, humillándose, nosotros sólo somos una pobre gente indigna de compararse con esta otra santa Compañía; id allí en nombre de Nuestro Señor; allí se encontrará incomparablemente mejor que con nosotros.”

Por ahí se puede juzgar de su descontento cuando alguno de los suyos seguía principios contrarios. Habiendo recibido un día una carta de uno de sus Misioneros para entregársela a un eclesiástico muy distinguido, muy idóneo para la congregación, y que incluso había declarado el deseo de entrar en ella, la retuvo y escribió: “No he remitido vuestra carta al Sr. N., porque en ella se le persuade a entrar en la Compañía, y porque tenemos una máxima contraria, que es no solicitar nunca de nadie que abrace nuestro estado; sólo pertenece a Dios elegir a los que quiere llamar; estamos seguros de que un Misionero regalado de su paternal mano hará él solo más bien que muchos más que no tuvieron una vocación limpia. A nosotros nos toca pedirle que nos envíe buenos operarios a la cosecha; y viviendo de tal manera que les demos con nuestros ejemplos el atractivo para trabajar con nosotros, si Dios los llama.”

En cuanto a los que llegaban a él muy determinados a entrar en su Compañía, los acogía con la mayor circunspección. “¿Desde cuándo tenéis esta idea? ¿Cómo y por qué se le ocurrió? ¿Cuál es vuestra condición? ¿Qué motivo os lleva al oficio de Misionero?. ¿Estaría dispuesto a ir a todas las partes adonde se le enviara, incluso a regiones extranjeras más allá de los mares? ¿Superaríais tal y tal dificultad que encontraréis a diario en este nuevo estado? Y si le respondían: No busco más que la gloria de Dios y estoy preparado para todo”; les pedía sin embargo en primer lugar, sin decisión y hasta sin esperanza, para probar la vocación y la virtud; y retrasaba una respuesta hasta pasado un buen espacio de tiempo. Les obligaba a volver varias veces para tener ocasión de estudiar mejor las disposiciones del espíritu y del corazón; y una vez seguro de la vocación y de la perseverancia, decía: “Vaya ahora de retiro a consultar a Dios.” Después, si aún perseveraba, le ponía en las manos de los antiguos de la Compañía y, con su informe favorable, recibía en los ejercicios del seminario interno donde, durante dos largos años, se entregaba a la prueba definitiva en la práctica de la humildad, de la mortificación, de la exactitud, de todas las virtudes cristianas y religiosas. Bueno y fiel seminarista durante estos dos años, era a continuación admitido a los votos del Misionero; y si no habían terminado sus estudios, se continuaban entonces hasta la adquisición de una ciencia al menos competente.

La virtud y la ciencia, tales eran, efectivamente, las dos grandes metas, hacia las que convergía todo en los ejercicios del seminario interno. Dos meditaciones al día, lectura cotidiana de libros de piedad y del Nuevo Testamento, confesiones y comuniones frecuentes, breve retiro mensual, dos grandes retiros en épocas principales del año, numerosas conferencias sobre los fundamentos de la fe, sobre la Escritura, sobre la doctrina del concilio de Trento, sobre las reglas de la disciplina, sobre la piedad propia del Misionero. eso en cuanto a las virtudes y el fondo del seminario interno. Por lo demás, a pesar de una vida y laboriosa, de largos días comenzados en toda estación a

las cuatro de la mañana, y llenos de serias ocupaciones, nada de abrumador para la naturaleza: ni cilicios ni sacos, ni disciplinas, ni otros ayunos que los mandados por la Iglesia a todos los fieles; mas, por el contrario, separación completa del mundo, vida de humildad, de recogimiento, de vigilancia, de mortificación, de fidelidad a todas las reglas y a todos los deberes; vida llena también de esa unción que suaviza los sacrificios del noviciado, y que un día suavizará las fatigas del Misionero, al propio tiempo que le gane el corazón de los pueblos.

Vicente no dejaba de animarlo todo, de sostenerlo todo con su palabra viva y poderosa. “Quien quiera vivir en comunidad, decía, debe resolverse a vivir como un peregrino en la tierra, a volverse loco por Jesucristo; a cambiar de costumbres, a mortificar todas sus pasiones, a buscar sencillamente a Dios, a someterse a todos como el menor de todos; a persuadirse de que ha venido a servir, y no para gobernar, para sufrir y trabajar y no para vivir entre delicias ni ociosidad. Debe saber que se le somete a prueba como el oro en el crisol, que no se puede perseverar sin perseverar sin humillarse por Dios, y persuadirse de que al hacerlo se tendrá un verdadero contento en este mundo y la vida eterna en el otro.” Todo le servía de ocasión para inspirar a los suyos las disposiciones más heroicas. ¿Se enteraba de que un Misionero había sido maltratado en un país extranjero, se lo contaba y añadía: “Quiera Dios, hermanos míos, que los que vienen para ser de la Compañía vengan con el pensamiento del martirio, y con el deseo de sufrir la muerte y de entregarse del todo al servicio de Dios, bien en los países lejanos, bien en éste u otro lugar donde quiera Dios servirse de la pobre pequeña Compañía. Sí, ¡con el pensamiento del martirio! Oh, ¡cómo deberíamos pedir esta gracia a Nuestro Señor! ¡Ay Señores y hermanos míos, es que hay algo más razonable que consumirse por quien tan liberalmente ha dado su vida por nosotros! Si Nuestro Señor nos ha amado hasta ese punto de morir por nosotros, ¿por qué no demostrar el mismo afecto para con él para llevarlo a efecto si la ocasión se presenta? Vemos a tantos papas que unos tras otros han sido martirizados, ¿No resulta sorprendente ver a comerciantes que, por una pequeña ganancia, a traviesan los mares y se exponen a una infinidad de peligros? Estaba yo el domingo pasado con uno que me decía que le habían propuesto ir a las Indias, y que estaba resuelto a ir. Le pregunté que si había peligros, me dijo que los había y muy grandes; que era verdad que un comerciante conocido suyo había llegado de allí, pero que otro se había quedado. Yo me decía si esta persona por ir a buscar unas piedras y sacar una ganancia se quiere exponer de esa manera tantos peligros, ¡cuánto más debemos nosotros hacer para llevar la piedra preciosa del Evangelio y ganar almas para Jesucristo!

En cuanto a los estudios de filosofía o de teología a los que se dedicaban luego según la capacidad de cada uno, Vicente recomendaba huir de la singularidad y del lucimiento, para entregarse únicamente a las opiniones recibidas y a la doctrina consagrada por la Iglesia.

Quería que sus Misioneros se instruyesen a fondo en el dogma que deben anunciar a los pueblos y en la moral necesaria para conducirlos bien; les permitía incluso en cierta medida adquirir alguno de estos conocimientos que, sin ser indispensables, ni para sí ni para los demás, son un adorno noble del espíritu y pueden dar consideración al sacerdote y a su ministerio; llegaba hasta exigir que varios fuesen verdaderamente sabios para cumplir algunas de

las funciones providenciales de la Compañía: como algunas misiones más difíciles, la instrucción de los ordenandos, la dirección de los seminarios; *pero* quería que todo ello se hiciera con moderación y humildad. “El deseo de aprender s bueno, escribía también a uno de sus sacerdotes, el 18 de julio, en 1659, con tal que sea moderado... Acuérdense del consejo de san Pablo que nos recomienda ser sobrios en la ciencia. La mediocridad basta, y la que se quiere tener más allá es más bien de temer que de desear por los operarios del Evangelio, ya que es peligrosa, hincha, los lleva a parecer, a hacerse tener por alguien, y por último a evitar las acciones más humildes, sencillas y familiares, que sin embargo son las más útiles. Por eso Nuestro Señor escogió discípulos que no eran capaces de realizar otras... Si trabajamos por la salvación de las almas en el espíritu de Nuestro Señor, él nos dará las luces y las gracias que necesitamos para conseguirlo. si no quieren saber más que a Jesucristo crucificado, si no quieren vivir más que de su vida, no duden de que él mismo sea su ciencia y su obra.” Sabios y humildes, decía él en una conferencia, ese es al tesoro de la Misión, como buenos y piadosos doctores son el tesoro de la Iglesia.”

Temía el tránsito de los ejercicios puramente espirituales del seminario a los estudios y multiplicaba sus instrucciones para que los jóvenes estudiantes no disminuyesen su fervor a medida que crecían en conocimientos. Y decía: “Como un vaso que del calor del horno pasa a un lugar frío corre peligro de romperse; así un joven, que de un lugar de recogimiento, de vigilancia y de oración pasa al tumulto de una clase, corre el peligro de trastornarse. Traten pues de conservar su primer calor y eviten que la naturaleza logre imponerse poco a poco. Refuercen la voluntad en proporción que el entendimiento se ilumina con un nuevo conocimiento, y sírvanse del estudio como de un medio de elevarse a Dios .Que la luz en el espíritu sea un fuego en el corazón. Piensen que la ciencia más útil al prójimo nace del fondo de la piedad. huyan de la curiosidad, esa peste de la vida espiritual, que ha introducido todos los males en el mundo. huyan del excesivo deseo de saber que reseca la devoción y cierra el alma a las luces del cielo.. he advertido que las personas rústicas e ignorantes hacen comúnmente mejor la oración que los hombres sabios. Dios se complace en comunicarse a los sencillos, porque son más humildes que los doctos, siempre tan repletos de sí mismos. Desearía que ustedes tuvieran tanta ciencia como santo Tomás, pero con la condición de tener la humildad de este santo docto .El orgullo pierde a los sabios como perdió a los ángeles, y la ciencia sin humildad ha sido en todo tiempo perniciosa a la Iglesia. Amen pues esta santa virtud, y no vayan por ahí engañando.” El demonio más pequeño del infierno sabe más que el más sutil filósofo y que el teólogo más profundo de la tierra. Dios no necesita de los sabios para hacer sus obras; los rechaza, por el contrario, cuando son soberbios, y prefiere a los ignorantes y no a ellos, a mujeres inclusive según lo hizo el siglo pasado para reformar una orden muy célebre en la Iglesia.”

El santo seguía él mismo estos principios en su gobierno. si veía a algún espíritu brillante, adornado de toda clase de talentos naturales y adquiridos, no se apresuraba en encomendarle un empleo importante, si no veía al mismo tiempo en él un fondo suficiente de humildad. De otra manera, decía, mucho ruido y ningún fruto; pérdida personal sin provecho para los demás. Para concluir, decía el santo, empleen su juventud en prepararse para servir al prójimo. No pierdan el tiempo porque la tarea urge y sobrepasa infinitamente al

número de los operarios. Las gentes del campo se condenan por falta de instrucción y la mayor parte de la tierra está todavía hundida en las tinieblas de la infidelidad. Estudien pues y traten de adquirir la ciencia pero sin perder la humildad.”

No permitió nunca que nadie de los suyos dejara nada a la improvisación. “Hemos creído siempre, escribía a uno de sus sacerdotes, que la composición de los libros era un impedimento para nuestras funciones y, por ello, no se debía introducir esta costumbre en la Compañía. Pero, añadía él, como no hay regla sin excepción, veremos si convendrá mandar imprimir el vuestro³¹⁰.” Menos todavía quería permitirlo, si debía resultar algo brillante. Mientras Du Coudrai, muy versado en las lenguas Siríaca y Hebrea, personas de consideración le comprometieron a dar una versión latina del texto siríaco con la seguridad de que tal trabajo honraría la cuna de la congregación y sería útil a la Iglesia; ellas querían incluso que escribiera contra los judíos, sirviéndose de su Talmud que entendía mejor que ellos mismos. Du Coudrai prestaba atención de buen grado a estas propuestas seductoras, pero, antes de ponerse a la obra, necesitaba el asentimiento de su superior. “No piense en ello, Señor, se lo suplico, le respondió Vicente el 16 de febrero de 1634, esta clase de obras alimentan la curiosidad de los sabios, pero de nada sirven para la salvación del pobre pueblo, al que nos ha destinado la Providencia. le basta con hallarse en condiciones de confundir a sus enemigos de la divinidad de Nuestro Señor en este reino, cuando sea llamado. Existen actualmente en Francia miles de almas que le tienden las manos y que le dicen de la manera más impresionante: “Ay, Señor, ha sido elegido por Dios para contribuir a nuestra salvación, tenga pues piedad de nosotros, ayúdenos a salir del mal estado en que nos encontramos. Desde hace mucho tiempo nos vemos sumidos en el pecado, en la ignorancia y las tinieblas. No necesitamos para salir de él ni de versiones siríacas, ni de versiones latinas. Su celo y la pobre jerga de nuestras montañas nos serán suficientes. Sin ello, nos vemos en gran peligro de perdernos.” Esta carta admirable tiene su explicación, y no honra más la humildad de Vicente que su profunda sabiduría. ¿Quién no comprende que su Compañía, entregándose, sobre todo al principio, a estudios demasiado curiosos y demasiado sabios, se habría apartado muy pronto de su vocación providencial, la instrucción de los ignorantes y de los pobres?

Vicente predicaba siempre con el ejemplo. Inútil decir que no pensó nunca en escribir libros; pero no consintió nunca que se los dedicaran. “Qué me dice usted, Señor, escribía a un párroco llamado Alix, cuando me informa que me ha dedicado un libro? Si se le hubiera ocurrido pensar que soy hijo de un pobre labrador, no me habría producido esta confusión, ni habría echado ese borrón en su libro, colocando en el frontispicio el nombre de un pobre sacerdote, que no tiene otro lustre que miserias y pecados. En el nombre de Dios, Señor, si esta obra está aún en estado de ser dedicada a algún otro, no me sobrecargue con esta obligación³¹¹.

³¹⁰ Carta a Dufour en Sedan, del 13 de agosto de 1652.

³¹¹ Esta carta llegó sin duda o demasiado tarde o no se tuvo en consideración, ya que una nueva edición del libro del que en ella se habla, el *Hortus pastorum*, recientemente reimpresso y traducido de Jacques Marchant (*Marcancius*) está dedicado a Vicente en una epístola del editor Alix, fechada el 10 de las calendas de noviembre de 1646, en la que leemos: “ Verum idcirco hic Hortus tuo nomini commitendus quia natura et voluntate sic factus sis ad bonitatem, exercitatione sic paratus ad charitatis munia, ut si qui pastores officii sui mole laborent, statim advoles promptus auxiliator; et humero subjecto, succedeneave opera succumbere non sinas; aut si qui mente, in his saeculi senescentis tenebris, minus illustrata

Y el 21 de junio de 1651, escribía en el mismo sentido a Saint-Remy, arcediano de Langres, canónigo y arcipreste de Châlons: “Os agradezco humildemente el honor que vos y vuestro señor hermano me queréis hacer; por ello os quedo muy agradecido: pero sería para mí un gran disgusto si lo hicierais. Las cartas dedicatorias tienen por objeto alabar a aquellos a quienes se dirigen, y yo soy totalmente indigno de alabanza. Para hablar con propiedad de mí habría que decir que soy hijo de un labrador, que he guardado los puercos y las vacas, y añadir que eso no es nada en comparación con mi ignorancia y mi maldad. Juzgad por ahí, Señor, si una persona tan humilde como yo debe ser nombrada en público en la forma que me proponéis. es el mayor disgusto que podríais darme. Sí, Señor, me resultaría tan sensible, que no sé si podría olvidarlo.”

Pronto se verá el método que prescribía para la enseñanza de la teología en los seminarios. Insistamos solamente en el espíritu de humildad con el que trataba de impregnar los estudios de los suyos. Para inspirárselo más, les mandaba ocupar el último puesto como su lugar verdadero cuando asistían a los actos públicos en las universidades o en los colegios, y que tuvieran mucho cuidado en no demostrar su saber.

Uno de los más distinguidos de sus Misioneros, Jacques de la Fosse, orador, filósofo, teólogo, y hasta tal punto poeta que Santeul le consideraba como a su rival y con frecuencia como a su maestro, se dirigió un día al colegio de Clermont para asistir a la representación de una tragedia, y ocupó una plaza dedicada a otro personaje de mayor categoría. El rector le envió a un criado para invitarle a otro lugar. renovando entonces la escena la escena cómica realizada en Lyon por un personaje más célebre y mucho menos recomendable, La Fosse respondió en un bello latín, no comprendido por el criado, que se encontraba muy bien situado, y quería seguir allí. Por el informe del criado, el rector creyó que se trataba de un Irlandés o de un Polaco y le envió a un joven regente quien le dijo en latín lo contrario al *ascende superius* del Evangelio. Esta vez La Fosse respondió en griego. Nuevo informe, nuevas conjeturas, nuevo emisario, esta vez del profesor de retórica: La Fosse habló en hebreo. Por esta última señal fue reconocido por algún sabio de la Compañía y colocado con la distinción digna de sus méritos.

vacillent, facem directionis et sapientiae laetus lubensque iis pretendas. Alius pietatem, religionem, prudentiam, sinceritatem, curam et laborem quem in Ecclesia praestas indefesse, laudet: ego charitatem silere non possum, cujus fervore incensus, oviculas non tuas, si quae exerrant aut perditae sint, requires; inventas et sanatas non tibi retines, sed reduces; imo humeris tuis ad suorum pastores reportas, sicque appares hoc novo genere pascendi sanandique admirabilis. His tot tantisque titulis, debitum opus hoc, wetsi cgitatione mea studioque jam antea dicatum, nunc iterum dico atque addico: ratus bene mihi atque filiciter procedere, ubi benevolentia que me soles complecti suscepis, studio foveris iudicio testimonioque tuo comprobaris.” (*Pues por eso Hortus dedicado a tu nombre, ya que por naturaleza y voluntad así está hecho para la bondad, preparado por la práctica para desempeños de la caridad, de manera que si algunos pastores trabajan bajo el peso de su oficio, estás siempre a punto para aliviarlos; y con hombre sumiso y trabajo espontáneo no les dejes sucumbir; o si alguien titubee en las tinieblas de este siglo caduco con mente pobre, alegre y jubiloso te adelantes con tu dirección y sabiduría. Que otros alaben la piedad, la religión, la prudencia, la sinceridad, el cuidado y el trabajo, que desempeñas infatigablemente en la Iglesia; yo no puedo callarme la caridad, por cuyo fervor encendido, vas en busca de las ovejas no tuyas, si andan extraviadas o se perdieron; las encontradas y sanadas no te quedas con ellas sino que las enderezas; más aún las devuelves a sus pastores a hombros, y así te presentas admirable con ese nuevo estilo de apacentar y de salvar. Con tantos y tan grandes títulos, esta obra debida, si bien ya antes de pensamiento y deseo dedicada, ahora otra vez te la dedico y vuelvo a dedicar, creyendo proceder bien y con tino, para que me recibas con la benevolencia que sueles emplear conmigo, me abrigues con tu afán y apruebes con tu juicio y testimonio.”) N. de la traduc.*

De vuelta a San Lázaro, le faltó tiempo para contar su aventura y recibió de sus amigos muchos cumplidos, pero quien no pensó en felicitarle fue Vicente, informado del caso. “Sepa, Señor, le dijo, que un hombre verdaderamente humilde y que un pobre Misionero no busca ni las primeras plazas en las asambleas ni hace que hablen de él. Le ordeno que vaya a pedir perdón al rector y a los regentes a quienes ha dado mal ejemplo.” La Fosse obedeció con una sencillez, que dio la misma idea de su virtud que la dad de su ciencia.

Se ve que, para mantener a los suyos en la humildad, Vicente no los halagaba apenas. Aparte de razones de un interés elevado nunca los alababa en presencia de ellos. No obstante sabía alimentar en ellos una santa emulación, bien con sus ejemplos y con sus palabras, bien con los relatos que les hacía siempre de las bendiciones que Dios daba a los trabajos de sus cohermanos, bien finalmente con el afecto tierno que sentía por cada uno de ellos; un afecto tal que las alabanzas de otro les habrían resultado menos dulces, que sus reprimendas, hasta tal punto sabía corregir y sazonar éstas con la unción de su caridad.

La corrección fraterna siempre tan difícil, era uno de sus triunfos. Tenía esa autoridad del ejemplo que la ponía al abrigo de la terrible retorsión: “Médico, cúrate a ti mismo”: esa paciencia que difiere el remedio amargo y no lo utiliza más que en caso extremo; esa caridad que le lleva a curar la herida en lugar de irritarla o de abrir otra nueva; esa humildad que acusándose la primera por beber en una especie de cáliz de la vergüenza y no deja a los demás más que unas gotas: esa prudencia que mide los golpes por los caracteres para no abatir la pusilanimidad ni llevar el ardor altanero a la rebelión; esa mansedumbre que embalsama la corrección, engaña y adormece la naturaleza; y también esa fuerza, que no teme llevar el hierro hasta la raíz del mal cuando la cura no está más que a ese precio.

Todas estas virtudes conspiraban con él para dar a su corrección una gracia incomparable. De ordinario, esperaba antes de reprender, para dejar a la naturaleza calmarse en él y en los demás. Se lo pensaba delante de Dios y, como hábil médico, lo estudiaba, con el carácter moral del enfermo, la virtud medicinal del remedio, para llegar a dar la corrección eficaz y, si preveía un sujeto refractario, hacía hasta tres días seguidos su meditación sobre la conducta que seguir en parecida circunstancia.

Llegado el momento, abordaba la cuestión por una profesión de estima para quien quería corregir. Ya alabando sus buenas cualidades, ya excusándole echando las culpas a un primer movimiento de la naturaleza y de la pasión. Luego se implicaba él mismo en el asunto cargando siempre sobre él la mayor parte de la falta. “¡Oh qué necesidad, decía, tenemos vos y yo de trabajar en la humildad, de ejercitarnos en la paciencia, de soportar a los otros como queremos que nos soporten a nosotros mismos, de acostumbrarnos a la exactitud, a la regularidad, etc.! “ A veces se ofrecía a adoptar el papel de acusado antes de hacer el de juez. Habiendo visto un día a un seminarista que llevaba a la iglesia un libro extraño, le invitó a salir y le preguntó: “¿No habéis advertido en mí nada que os haya escandalizado? Y a la respuesta negativa del seminarista: “Pues bien, mi querido hermano, ¿queréis que os diga algo que he observado en vos?” Y le dijo con toda dulzura su observación, añadiendo: “Hermano, ¡que Dios os bendiga!”³¹²

³¹² *Summ.*, p. 324.

Cuando se sentían conquistados por todas estas precauciones humildes y caritativas que estaban dispuestos a reconocer con el sabio que las heridas de un amigo sincero son preferibles a los abrazos engañosos de un enemigo, iba derecho a la falta, y mostraba con firmeza todas sus circunstancias de tiempo, lugar y de persona; hacía palpable la gravedad y las consecuencias, con relación a la gloria de Dios, al bien del prójimo, al porvenir de la Compañía o de una obra particular. Y no temía entonces añadir con toda severidad: “Si decís que no habéis notado estos defectos en vos es señal de que tenéis bien poca humildad; porque si tuvierais tanta como Nuestro Señor pide de un sacerdote de la Misión, os consideraríais como el más imperfecto de todos, y os juzgaríais culpable de estas cosas y atribuiríais a alguna ceguera secreta no ver lo que los demás ven, sobre todo después de que os lo han advertido, y a propósito de advertencias, me han contado también que os cuesta trabajo permitir que se os hagan. si es verdad, oh Señor, qué temible es vuestro estado y qué lejos está del de los santos que se tuvieron por nada ante el mundo y se alegraron cuando les mostraban las pequeñas manchas que había en ellos. Eso no es imitar al santo de los santos Jesucristo, que permitió que le reprocharan públicamente el mal que no había hecho y que no dijo palabra para ponerse a cubierto de esta confusión,. Aprendamos de él, Señor, a ser mansos y humildes de corazón. estas son las virtudes que vos y yo debemos pedir continuamente y a las que debemos prestar una atención particular, para no dejarnos llevar a las pasiones contrarias que destruyen con una mano el edificio espiritual que la otra construyó. Quiera este mismo Señor iluminarnos con las luces de su divino espíritu para ver las tinieblas del nuestro, y para someterle a los que ha propuesto para dirigirnos, y animarnos con su mansedumbre infinita, a fin de que se difunda en nuestras palabras y nuestras obras para ser agradables y útiles al prójimo.”

Así acababa siempre confundiendo con el culpable y hasta colocarse por debajo de él. “Oh, Señor, decía entonces, ofrézcame a Dios para que me perdone las faltas incomparables que cometo todos los días en la situación en que me encuentro, de la que soy el más indigno de todos los hombres, peor que Judas para con Nuestro Señor.” Y lo que decía de sí en particular lo repetía ante todos sus hermanos: “Debo ver bien que me avisen; de manera que si no me corrigiera de algún defecto escandaloso que llevara el desorden y destrucción a la congregación o también si enseñara o sostuviera algo contrario a la doctrina de la Iglesia, la congregación reunida debería deponerme, y después expulsarme.”

Acabada la corrección, destacaba el valor abatido, renovaba sus protestas de estima y de afecto y, como último lenitivo, añadía palabras como éstas; “Me desgarró las entrañas al decirnos la menor cosa que os pueda ofender. En el nombre de Dios, soportadme”, o también: “No puedo, no, yo no puedo explicaros el dolor que siento al contristaros. Os pido que creáis que, si no fuera por la importancia del asunto, preferiría cien veces más quitaros la pena que dárosela.” No había quien resistiera tanta ternura. el amor propio moría sin sentir casi la herida, lo que hacía decir a Vicente “que se parecía al Gran Señor: que ahogaba el amor propio con cordón de seda,”

Su ternura para con los suyos se redoblaba en sus persecuciones y sus enfermedades. Perseguidos, él compartía todos sus sufrimientos y podía exclamar con san Pablo: “*Quis infirmatur et ego non infirmor?* Enfermos, velaba por ellos con la solicitud de una madre. Médicos, remedios, viajes a las aguas,

viajes de descanso, nada le costaba para aliviarlos. “Yo vendería hasta los vasos sagrados, repitió a menudo, para procurar auxilio a los pobres enfermos.” Hacía más, se entregaba él mismo y se exponía por ellos a la muerte. Durante las enfermedades contagiosas, no temía respirar su aliento; había que arrancarle de su lado para que no pasara allí los días y las noches. No quería que los enfermos se creyeran una carga para la Compañía: “Al contrario, decía él, resulta una bendición tenerlos, ya que merecen más con sus sufrimientos que los demás con sus trabajos.” En las frecuentes visitas que les hacía, se ocupaba a la vez en sus cuerpos y de sus almas. Quería saber por ellos mismos si estaban bien cuidados. Su sola presencia, su tierna compasión eran para ellos el más eficaz de los remedios; y cuando estaban convaleciendo, sus relatos, a la vez edificantes y agradables, les proporcionaban una alegría fortificante. Pero les advertía siempre que se dedicasen, si lo podían sin incomodidad a sus ejercicios espirituales, “por miedo, les decía dulce y paternalmente, a que la enfermedad del cuerpo pasara hasta el alma y la volviese tibia e inmortificada.” Si se hallaban ante la muerte, les exhortaba en estos términos, con una mansedumbre y una sublimidad de fe admirables: “Y bueno, mi buen hermano, ¿qué tal se encuentra ahora? ¿Creéis entonces que tenéis la suerte de que nuestro gran general, el primero de todos los Misioneros, Nuestro Señor, os quiere ya en la misión del cielo? Sabed que él quiere que vayamos todos allá, cada uno a su tiempo, y es una de de las principales reglas y constituciones que dejó estando en la tierra: *Volo ut ubi ego sum, illic sit et imitator meus*. Dios mío, ¡que consuelo debéis tener al ser elegido de los primeros para ir a misión pero a esta misión eterna en la que todos los ejercicios son amar a Dios! ¿No es cierto que nuestro gran superior querrá haceros esta gracia ser del número de los bienaventurados Misioneros, etc.³¹³.”

En medio de estas ocupaciones abrumadoras, su habitación, su oído y su corazón estaban siempre abiertos al menor de entre ellos. Estaba dispuesto a escucharlos en todo tiempo, antes de su misa, durante su oficio, incluso por la noche. Los escrupulosos podía recurrir a él varias veces al día y hora, aun cuando estaba tratando asuntos con personas de distinción, y los recibía con bondad. Se levantaba, iba a su encuentro, los llevaba a un rincón, los escuchaba, les repetía sus consejos, hasta se los escribía. los invitaba a hacer en voz alta su lectura para asegurarse de que habían comprendido bien; nada fatigaba su caridad³¹⁴. Si no podía absolutamente hablarles a su hora, les asignaba otra cita, pidiéndoles perdón por el retraso. Alegrías y penas, deseos y temores, buenas y malas inclinaciones, faltas incluso, los animaba a decírselo todo, y los despedía con los consejos más apropiados a sus necesidades, siempre consolados, jamás descontentos, y es que se hacía todo a todos, tomando de cada uno el humor, las disposiciones, las costumbres y hasta el lenguaje, hablando sucesivamente picardo, gascón, vasco, alemán siguiendo a su interlocutor. Pera esta familiaridad, que llegaba a los corazones, no descendía en ningún caso hasta las bufonadas ni desprecios. Trataba a todo el mundo, incluso a los más pequeños, con honor y ternura. Multiplicaba las muestras cuando parecía temer que una confesión humillante disminuyera su estima, y sobre todo cuando se creía tener que quejarse de él. Se levantaba al punto, y echándose al cuello del que acababa de confesarle su aversión y

³¹³ Exhortación de 1645.

³¹⁴ *Summ.*, pp.236, 237.

descontento: “Ah, señor, le decía sujetándole en el abrazo, si yo no os hubiera dado ya mi corazón, os lo daría ahora mismo,” Le descubrían la tentación de salirse de la Compañía: “No lo conseguiríais, respondía él, porque no sería como cortarme el brazo o una pierna, sería arrancarme las entrañas.” Y se ponía de rodillas a los pies de su discípulo con lágrimas en los ojos y se quedaba horas enteras en esta postura, repitiendo: “No me levantaré a menos que me concedáis lo que os voy a pedir para vos mismo; quiero ser al menos tan fuerte como vos como el demonio.” A veces, según la diferencia de caracteres, respondía sonriendo: “Muy bien, señor, queréis regresar a lustra tierra, ¿cuándo partís? ¿Vais a hacer el viaje a pie o a caballo? El interlocutor sonreía a su vez, pedía perdón y juraba fidelidad. Vicente insistía del mismo modo para guardar al menor de sus hermanos: “No, mi querido hermano, yo no podría consentir en su salida por esta razón, que no es la voluntad de Dios, y habría peligro para vuestra alma que me es muy querida. La bondad de vuestro corazón se ha ganado todos los afectos del mío y estos afectos no tienen otro fin que la gloria de Dios y vuestra santificación. Por lo menos os suplico que no salgáis de la Compañía más que por la misma puerta por la que entrasteis, y esta puerta no es otra que el retiro espiritual, que os ruego hagáis antes de resolveros en un asunto de tan grande importancia.” Si a pesar suyo, alguno salía de la congregación, le facilitaba todavía con su caridad. En 1555, uno de sus jóvenes seminaristas, despreciando sus consejos, se contrató en una compañía de guardias suizos, de la que pronto desertó, pero esta segunda deserción por poco le resulta más cara que la primera. Ya que, apresado, llevado a prisión, fue condenado a muerte. en este apuro, se acordó del padre a quien había abandonado y recurrió a él. Vicente, lleno de perdón y de caridad para con este hijo pródigo, intervino a su favor y le consiguió la vida. Con bastante frecuencia daba a los que no había podido retener con qué hacer el viaje y volverse a casa y aprobaba a lo superiores de sus casas particulares que obraban así. “Deseo, escribía entonces, que Dios conceda siempre la gracia a la Compañía de ejercitar su bondad con todo el mundo y sobre todo con los que se separen de ella; no solamente para quitarles todo motivo de queja, sino para que, metiéndoles carbones encendidos en la cabeza reconozcan a fondo la caridad de su buena madre,” –Además, jamás una palabra de queja contra los que la habían abandonado; jamás represalias contra sus murmuraciones. en lugar de revelar los motivos de su salida, decía de ellos todo el bien posible dentro de los límites de la verdad, y se vengaba de sus pequeñas pasiones con toda clase de favores. Si no podía, sin herir los intereses de Dios y de la Iglesia, darles un informe, al menos se callaba por ellos. Soure, párroco de Saint-Jean-en Grève, exiliado en Compiègne, le había escrito para pedirle información sobre un eclesiástico, anteriormente sacerdote de la Misión, a quien quería confiar el gobierno interino de su parroquia. “Señor, le respondió Vicente, no conozco lo suficiente al eclesiástico de quien me habláis para daros ningún informe, porque entró y salió dos veces de nuestra Compañía.” Portail, d’Horgny y Alméras, presentes cuando dictaba esta carta, le hicieron observar que este párroco tendría razón de sorprenderse si le comunicaba no conocer lo suficiente a un sacerdote que había estado dos veces bajo su dirección. “Ya lo veo, replicó Vicente; pero Nuestro Señor, aunque tuviera un perfecto conocimiento de toda clase de personas, dijo sin embargo a algunos: “No os conozco,” y lo dirá el día del juicio porque *non cognoscit scientia approbationis*. ¿Qué admirar más aquí, si la caridad o la

prudencia, aparte de las palabras y del ejemplo de Nuestro Señor, traídas, como siempre, tan oportunamente?

Vicente no era menos caritativo ni menos afectuoso con los hermanos que con los sacerdotes de la Compañía. Se mostraba agradecido por sus menores servicios. Habiéndole llevado uno de los suyos agua bendita a la habitación, y postrado a sus pies le pedía su bendición: “Sí, querido hermano, le dijo, ¡que Dios le bendiga y se lo pague! Pido a Jesucristo Nuestro Señor que le dé un santo odio de sí mismo y un entero desprendimiento de todas las criaturas, para que se dedique enteramente a la virtud, como conviene a un verdadero seminarista, amante de su profesión³¹⁵,” Escuchaba todas sus quejas cuando no se sentían bien tratados: “Habéis hecho bien en venir a contármelo, decía; yo lo arreglaré; venga siempre a mí, cuando tenga algún disgusto, porque ya sabe cuánto le quiero.” Los tranquilizaba si temían importunarle: “No, hermano, no temáis nunca que me sirva de cargo o me sienta importunado por vuestras peticiones; y sabed de una bendita vez que una persona que Dios ha destinado a ayudar a otra no se sienta tampoco más sobrecargada por las ayudas y aclaraciones que le pide de lo que estaría un padre con respecto a sus hijos.” Despidió una vez a un criado de su casa, excelente servidor por otra parte, y a quien mandó colocar en otra parte, por haber injuriado a un hermano. ¡Cuál no era sin embargo su caridad, incluso con sus *domésticos*, que quería se les llamara así y no *servientes*!

Él los trataba como hermanos, lo mismo que a los artesanos y a los pobres. Si alguien se lesionaba en el servicio de San Lázaro, le pagaba todo el tiempo de su enfermedad, como si hubiera trabajado. Escribía entonces: “Esa un motivo de aflicción ver suceder estos accidentes en quienes trabajan para nosotros, y de miedo para mí de que mis pecados sean la causa³¹⁶.”

Su caridad seguía a los suyos en el viaje, y les repartía en todas partes una caridad parecida: “Recomiendo a sus cuidados a fulano de tal, escribía siempre a los superiores de sus casas. Espero que confíe mucho en usted al ver la bondad, la ayuda y la caridad que Nuestro Señor le ha dado para los que él encomienda a su dirección.” Respondía a todas sus preguntas y proveía a todas sus necesidades cuando se hallaban en misiones.

Uno de ellos le escribió una vez para pedir, entre otras cosas, un pantalón. Como no se encontró uno a mano, se quitó el suyo y se lo entregó a un hermano. “Pero, señor, dijo éste, se podría comprar uno en la ciudad, que se lo enviaría en otra ocasión. –No, hermano, no conviene hacerle esperar, porque puede ser que lo necesite con urgencia. Envíele, por favor, inmediatamente el nuestro, con todo lo demás que pide.”

Abarcaba, de alguna forma, a familias enteras de todos los suyos, los ayudaba con su peculio y sus oraciones, y los recomendaba a su comunidad en sus aflicciones y en sus pérdidas: “Pediremos a Dios, decía, por esta familia afligida. Pido a los sacerdotes, que no tengan obligación particular, que digan la misa, y a los hermanos que comulguen a su intención; y yo el primero ofrezco de buena gana por ella la santa misa que voy a celebrar.”

Con el móvil de semejante afecto obligaba a todos los corazones y los llevaba a los más duros sacrificios. Los soldados de Turenne se exponían al fuego y a todos los peligros ante la menor orden suya; porque veían en él, además del gran capitán, al más atento y más complaciente de los padres. Así hijos de

³¹⁵ *Summ.*, p. 235.

³¹⁶ A. Durant, Agde, 15 de junio de 1657.

Vicente, siempre preparados a volar a los países más bárbaros la peste y los hierros, a una palabra de su superior, cuya caridad era para ellos la imagen del Dios que debía ser su recompensa.

El seminario interno de San Lázaro fue el primer seminario mayor propiamente dicho fundado en Francia y también la primera fuente de los seminarios mayores establecidos posteriormente. Allí, por primera vez, se reunieron, no ya niños de vocación incierta todavía, y entregados a las letras humanas, más que a una preparación al ministerio eclesiástico demasiado lejana para ser muy seria; sino alumnos de unos veinte años que habían comenzado a consultar a Dios y alcanzado la madurez necesaria para elegir estado; verdaderos candidatos al sacerdocio que, desprendido de todos los estudios profanos, no estaban sometidos más que a los estudios teológicos y a todos los ejercicios inmediatos y exclusivamente preparatorios al sagrado ministerio.

Al mismo tiempo, del seminario interno de San Lázaro debían salir, no solamente muchos de la congregación de la Misión, sino hombres destinados, a la invitación de los obispos, a fundar o dirigir seminarios en un gran número de diócesis de Francia.

No obstante, el primer seminario mayor, en todo rigor de esta denominación. el primer seminario mayor para uso del clero secular fue el de Annecy, establecido lo más tarde en 1641.

III. *Seminario de Annecy, primer seminario mayor.* Desde el año 1638, el comendador de Sillery había comenzado la larga serie de sus donaciones en San Lázaro. Noël Brulart de Sillery, hermano del canciller de este nombre, había desempeñado con distinción los más altos cargos. sucesivamente embajador en Italia, en España y en otros Estados, se había hecho recomendable en la corte de Luis XIII y en la orden de Malta que le entregó la encomienda del Temple en Troyes. Después de pasear su gran figura por el mundo, tocado de la gracia, abandonó la corte y se puso bajo la dirección de Vicente. Dócil en seguir a su santo guía, a quien se adelantaba a veces, dejó su hotel, reformó su casa, vendió su rico mobiliario y sus suntuosos bagajes y dedicó el precio a obras de caridad.³¹⁷

Hacia el fin de su vida, con el consentimiento de Vicente, entró en las órdenes y, desde entonces se mostró no sólo ferviente cristiano, sino apóstol. .

³¹⁷ He aquí en qué términos el comendador de Sillery escribía a Vicente de Paúl: “Señor mi reverendo y muy querido padre, yo no dudo de que, conociendo como vos conocéis de vuestro pequeñito hijo hayáis querido por vuestra amabilísima y cordial carta colmarle con tantas dulzuras de vuestro de vuestra exuberante bondad que aunque en materia de cordialidad no cede a nadie le obliguéis no obstante a entregarle las armas y reconoceros, como lo hace de muy buena gana, en esto y en todo, por su maestro y superior. Y en verdad, se necesitaría ser poco educado y un tanto agreste no derretirse en amor por una caridad tan amorosamente empleada, por un padre tan digno y tan bueno para con su hijo que lo único que hace es causarle pena. Pero no hay remedio; yo acepto con humildad y voluntariamente las confusiones por todas las miserias y debilidades que soportáis en mí, después de haberos reclamado perdón, con todo respeto y sumisión. Os prometo, mi muy querido padre, que con toda seguridad quiero y con la gracia de nuestro Señor, enmendarme de ello.. Sí, ciertamente, mi único padre, me parece que no me he sentido nunca tocado en este aspecto hasta este punto. Oh, que si podemos y llegamos a trabajar eficazmente en la encomienda de tantas miseria de las cuales sabe vuestra Reverencia que estoy lleno y rodeado por todas partes, tengo la seguridad que recibirá consuelos indecibles. y aunque este bien no llegara tan pronto o tan claramente, como vuestra piedad lo desea, yo os suplico, mi buen padre, *per viscera misericordiae Dei nostri in quibus visitavit nos oriens ex alto*, que vuestra bondad no se canse y no quiera nunca dejar de su mano a este pobre hijo. Ya sabéis que sería demasiado arriesgado si siguiese bajo su propia dirección.”

habiendo conversado con Vicente sobre su proyecto de proveer a las necesidades espirituales de los religiosos y de los párrocos que dependían del gran priorato del Temple, logró del gran maestro de Malta una comisión de visita con poder de frenar los abusos y restablecer el buen orden. Para asegurar el éxito, procuró misiones a los párrocos y a los pueblos y, gracias al celo hábil de Pavillon, de Abelly, de Perrochel, de Bouquet y de Vialart, de las Conferencias de los martes, que se encargaron de ellas junto con los Misioneros, la encomienda se vio renovada.

El comendador quiso entonces llegar hasta la fuente y se propuso fundar, en la casa del Temple, en París, una especie de seminario donde se formara a los párrocos y a los religiosos de la orden de Malta. Para ayudarle, Vicente pasó algún tiempo en el Temple. Pero su prudente lentitud produjo impacencias, demasiado precipitadas y todo se vino abajo. El comendador en esta ocasión se llenó de estima y confianza, y una vez obtenida de su orden la facultad de disponer de sus bienes, dedicó una parte importante a las obras y a las necesidades de la Misión. Vicente dio siempre grandes muestras de agradecimiento a la orden de Malta. en cuanto al comendador, no perdió ocasión ninguna de celebrar sus virtudes y donativos. Le asistió en su última enfermedad y le administró los Santos Sacramentos. Inmediatamente después de su muerte, sucedida en noviembre de 1640, escribió de él: “Ha muerto como santo, como vivió desde se retiró del ruido del mundo... Se fue al cielo como un monarca que va a tomar posesión de su reino, con una fuerza, con una confianza, una paz y una dulzura que no se pueden expresar. Yo hablaba estos días pasados a su Eminencia (Richelieu), y le aseguraba con razón que desde hace ocho o diez años yo tenía el honor de acercarme y no había advertido en él ni pensamiento ni palabra ni ninguna acción que no tendiera a Dios, y que su pureza iba más allá de todo cuanto se puede decir³¹⁸.

Así pues, en 1638, el 23 de octubre, el comendador de Sillery hizo un primer contrato en favor de la Compañía, para asegurar misiones “en las parroquias del Temple,” contrato que fue roto luego sin restitución, Pero “el hermano Noël

³¹⁸ El comendador fue inhumado en la Visitación de la calle Saint-Antoine, de la que había sido bienhechor, luego trasladado al convento de esta orden que existe todavía en la calle de Enfer. Él mismo había escogido su sepultura en la iglesia de la visitación, reservando expresamente una capilla que debía ser consagrada al bienaventurado obispo de Ginebra cuya canonización él preveía ya. (Carta de san Vicente de Paúl, del 1º de marzo de 1650.). Las hermanas de la calle Enfer han publicado su Vida, en 1843 (un Vol. in-12), según un manuscrito del siglo XVII. Las hijas de la Visitación han heredado este culto al *Comendador* de su madre santa Chantal, tan unida a él, que tantas veces a hecho su elogio, sobre todo en esta carta a san Vicente de Paúl del 11 de febrero de 1634: “Alabada sea eternamente la divina bondad por las misericordias que se ha dignado difundir sobre las almas por las dulzuras santas y eficaces del espíritu de su fiel servidor nuestro santísimo Padre(Francisco de Sales)! ya que es cierto y reconozco con vos, mi muy querido padre que el espíritu de nuestro muy digno y verdadero hermano y padre (Sillery) ha caído en sus redes , y yo no creo que ninguna otra mano que la de nuestro Bienaventurado le haya podido llevar con tanta sabiduría, con tanta suavidad ni seguridad como lo ha hecho en este retiro tan exacto. ya lo vemos en una absoluta separación del mundo, con la edificación y consuelo de todos y, lo que es más, para la mayor gloria de Dios y consuelo de de su querida alma; y, por supuesto, para utilidad, honor y consuelo de las Hijas de la Visitación que le están infinitamente agradecidas. Sobre todo nuestras queridas hermanas de la ciudad tienen el privilegio de una gran felicidad por tenerle tan cerca. Ah, que Dios nos dé la gracia de corresponder fielmente a la sincera amistad y entera caridad que tiene este buen señor para con nosotras. puedo aseguraros, mi querido padre, que le amo, estimo y reverencio con toda la amplitud y fuerza de mi alma...Oiga, se lo pido, tenga mucho cuidado de esta digna y querida persona, y no le permitáis una vida demasiado severa ni demasiado austera ; sé que tiene una gran confianza en vos.” –El elogio de dos santos como Vicente de Paúl y Juana Francisca de Chantal es para el comendador de Sillery una especie de canonización.

Brulart de Sillery, caballero, magistrado de la orden de Saint-Jean-de-Jérusalem, comendador del Temple de Troyes, etc., no deseando dejar el proyecto que había formado ante Dios de hacer instruir al pobre pueblo del campo por gente capaz principalmente en los lugares donde más lo necesitan, hallándose cerca de los herejes, y contribuyendo a ello con sus bienes,” renovó el contrato el 3 de junio de 1639, y donó 40 000 libras para sostener en la diócesis de Ginebra a dos sacerdotes y un hermano que residirían en Annecy, en un alojamiento que él prometía proporcionar y amueblar, y que darían misión ocho meses del año en las parroquias adonde fueran enviados por el obispo de Ginebra. Además, “deseando, tanto como le fue posible, ayudar a extender la devoción de nuestro Señor Jesucristo y de la santísima Virgen, su Madre, entre los pueblos,” daba también 5 000 libras, para distribuir en las misiones cada año ocho mil rosarios y tres mil ejemplares de las Prácticas diarias del cristiano, hacer recitar las letanías de nuestro Señor en la apertura de la misión, y al final, las de su santa Madre, y exhortar al pueblo a pedir a Dios por él y su familia. Finalmente, el 26 de enero de 1640, dio otras 10 000 libras para dos sacerdote y un hermano más.

Tales fueron las liberalidades del comendador para Annecy. También, el 2 de agosto siguiente, -y fue una de sus últimas obras,- hizo donación de 80 000 libras para ayudar en Angers a las misiones, cada cinco años en diversas parroquias de las diócesis de Reims y de París.

El año siguiente, por contrato del 24 de setiembre, Jacques de Cordón, antiguo caballero de Saint-Jean-de-Jérusalem y comendador de Gêvevois y de Compaissière, añadió a las donaciones del comendador de Sillery una suma de 14 000 florines para misiones de cinco en cinco años en su encomienda y para fundaciones de cofradías de la Caridad, por la única carga para los Misioneros de una misa anual por él, y “obtenerle de su Padre general una participación en sus buenas obras para él y sus sucesores en la encomienda.”

Estos dos años fueron fecundos para la Misión, ya que un donativo de 25 000 libras le llegaron de una persona que quiso quedar en el anonimato. Vicente escribió en estos términos, el 26 de agosto de 1640, a Codoing, primer superior de Annecy: “Le ruego que nos ayude a dar gracias y hacer que se las den a la bondad de Dios por esta pequeña Compañía porque ha inspirado a una buena alma que no quiere ser nombrada, por dar 25 000 libras contantes y el resto en títulos de rentas para que quiera Dios darnos la gracia de conservar y aficionarnos más y más al espíritu de la Compañía . Oh, Señor, ¿no le enternece ver el orden que Dios guarda para consolarnos temporal y espiritualmente? En otro tiempo quiso confirmar de viva voz la regla de san Francisco, y ahora con los beneficios el espíritu de esta pobre Compañía; ya que para este fin me dijo la persona que Dios le había inspirado esto. Solamente su hijo me lo ha comunicado, y otra persona y yo quiénes sepamos quién es, ni otra a quien yo se lo pueda decir. *O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei! Quam incomprehensibilia sunt judicia ejus!* Oh Señor, ¿quién nos ayudará a rebajarnos por debajo de los infiernos? Y ¿dónde nos ocultaremos a la vista de tanta bondad de Dios con nosotros? Será en las llagas de Nuestro Señor.” –“P. S. Prohibido hablar de ello, si no es a nuestra digna Madre (santa Chantal), y le pediréis que nos ayude a dar gracias a Dios por esto. La vemos, en efecto, con el obispo Juste Guérin y los dos comendadores Sillery y Cordón, entre los promotores de la obra de Annecy. Con ella muy particularmente mantuvo Vicente de Paúl correspondencia para esta fundación al mismo tiempo

que ella correspondía con el comendador de Sillery para confirmarle en sus generosos proyectos. Y como tenemos aquí la buena suerte de poder oír el diálogo de los santos, disfrutemos de ello, pues nada tan arrebatador como su lenguaje, eco del de los ángeles, eco al menos del lenguaje, de una sobrenatural ternura, en el que se habían expresado los dos corazones del santo Francisco de Sales y de santa Chantal, entre ella y san Vicente de Paúl, san Francisco de Sales está evidentemente formando un trío perfecto, inspirando a una su confianza y al otro su vivo y santo afecto. San Francisco de Sales, que había confiado a su hija espiritual y su obra a la dirección de san Vicente de Paúl, le había inoculado al propio tiempo algo de su alma tan amante y su palabra tan afectuosa. Quien no ha leído estas cartas, inéditas hasta estos últimos tiempos, no conoce toda la ternura que había en el corazón de san Vicente de Paúl, ya que, con una reserva impuesta por la edad y con relaciones demasiado frecuentes, no había hablado nunca de este modo ni a la Señorita Le Gras y a sus queridas hijas de la Caridad.

El 14 de julio de 1639, él escribía de Troyes a santa Chantal: “Os diré, muy digna madre, que he recibido con una satisfacción que no os puedo explicar la propuesta que me ha hecho el comendador de esta fundación (de Annecy), ya porque nos ofrece el medio de trabajar en la diócesis de los santos, como porque está al abrigo y bajo la dirección de nuestra dignísima madre y, por consiguiente, tenemos motivos para esperar que Nuestro Señor bendecirá las santas intenciones del comendador y los pequeños trabajos de estos Misioneros. “ Y como santa Chantal le había preguntado en qué consistían los empleos y modo de vida de la Misión, se lo explica todo claramente, pidiéndole su parecer, que él recibirá, le dice, como venido de parte de Dios. Pero ¡qué miedo le entró pronto por haber puesto amor propio en ello y haber dado una idea demasiado favorable de sí y de los suyos! Por eso, el 15 de agosto de 1630, le volvió a escribir: “Os dije cantidad de cosas a favor de esta pequeña Compañía. De verdad, mi querida madre, que esto me da miedo. Por ello os suplico que lo rebajéis mucho, y no se lo contéis a nadie. La demasiada reputación hace mucho daño, y de ordinario, hace que, por un justo juicio de Dios,, que los efectos no respondan a lo esperado, bien porque se cae en el orgullo, o porque el público carga a los hombres lo que únicamente es de Dios. Por esta razón vuelvo a suplicar muy humildemente a vuestra caridad que no admitáis en vuestro espíritu los pensamientos que lo que el Sr. Comendador os dice de nosotros podría daros, y menos todavía comunicárselo a nadie. Ay, mi digna madre, si conocierais nuestra ignorancia y la poca virtud que tenemos, os compadeceríais de nosotros. Lo veréis sin embargo por los dos que os enviaremos; y lo que me consuela es que rogaréis a Dios por nosotros con más piedad por nuestra miseria. Os digo esto con lágrimas en los ojos, al ver la verdad de lo que os digo y de las abominaciones de mi pobre alma. os ruego pues, mi querida madre, que ofrezcáis a Dios la confusión que siento y la confesión que os hago en la presencia de su divina Majestad y me perdonéis si abuso de vuestra paciencia diciéndoos así mis pobres sentimientos.” La carta del 14 de julio se termina con esta superabundante expresión de religiosa ternura: “Mi querida madre, permitid que os pregunte si vuestra bondad incomparable me concede también la dicha del placer del lugar que me ha dado en su querido y muy amable corazón. Me place esperarlo, aunque mis miserias me hagan indigno de ello. En nombre de Dios, mi querida madre, continuadme esta gracia, por favor,.”

Santa Chantal respondió llena de gozo, con el pensamiento de los frutos que estos dos buenos Misioneros iban a dar en la grande y populosa diócesis de Annecy. Y repetía sin cesar a unos y otros: “Imagínense cuando pienso que estos buenos padres se introduzcan en matas y espinas para sacra del vicio a estas queridas ovejas de nuestro bienaventurado Padre y pastor (san Francisco de Sales), me parece que rejuvenezco al verlos llegar a esta diócesis³¹⁹,” También pidió a Vicente que el establecimiento se hiciese –cosa que no tuvo lugar ante todo- sobre bases tan sólidas que no pudiese decaer por carestía de hombres o de bienes. Luego ella se puso a su disposición la residencia y muebles de los Misioneros.

Al recibir esta carta, Vicente quedó encantado, lo que expresó en estos términos (15 de agosto de 1639): “He recibido vuestra carta. Podéis pensar con qué respeto y afecto ha sido, porque es una carta de mi única madre, y está llena del olor y de la suavidad de su espíritu. Oh, mi querida madre, ¡cómo ha embalsamado mi pobre corazón! Que sea bendito aquél por cuya bondad se ofrece vuestra bondad a recibirnos, a alojarnos y a amueblarnos. Yo no voy a daros las gracias, mi querida madre, porque no soy digno, pero pido a Dios que sea él mismo vuestro agradecimiento y vuestra recompensa.”

Al mismo tiempo, santa Chantal escribía al comendador de Sillery para felicitarle por los bienes que iba a procurar a la diócesis de Annecy, y por las gracias que iba a atraer con ello sobre su alma. Cuando los Misioneros llegaron hacia finales de 1639, ella escribía a Vicente a primeros de 1640 para bendecir a Dios y al santo fundador por su venida, en su nombre y en el nombre del obispo y de todos los verdaderos cristianos. ella se constituyó en seguida, no solamente en su proveedora, sino también, según el deseo de Vicente, en su directora y su madre. Por su parte, los Misioneros, fieles a las recomendaciones de su superior, se abandonaron a ella con una confianza filial; tanto que ella llegó a escribir: “Nos parece que son nuestros verdaderos hermanos con quienes sentimos una perfecta unión de los corazones, y ellos con nosotras en una santa sencillez, franqueza y confianza. Les he hablado, y ellos conmigo, como si verdaderamente fueran hijas de la Visitación.” Luego hacía de cada uno de ellos un retrato de cuya justeza Vicente se sintió satisfecho; y terminaba diciendo: “Son muy amables y se parecen mucho al espíritu de muy buen padre.”

Desde que se pusieron a la obra, no dejó de informar al comendador, y en repetidas ocasiones, sobre sus rápidos éxitos: “No se pueden decir los frutos incontables que la divina bondad hace por estos buenos Señores. Y también las conversiones y cambios de conciencia de mal a bien y de bien en mejor son universales, o poco menos. Entre los que van a oírlos, todos los admiran y confiesan que son los elegidos de Dios para convertir al pueblo:” Y también: “En cuanto a vuestros buenos Misioneros, su fruto es tan grande que no se puede explicar. Sea para gloria de Dios, y la recompensa para vuestro digno y caritativo corazón, que será coronado con la salvación de tantos miles de almas que adquiere este bien para Dios. Sí, mi verdadero padre, creo que esta misión llevará a más al cielo que otros doce tal vez, por la grande y numerosa población de este obispado, y buena disposición de las almas; y por eso nuestro buen Dios, viendo que esta cosecha es grande, ha inspirado a vuestra alma caritativa aumentar el número de los obreros.” En efecto, en lugar de dos,

³¹⁹ *Hist. de sainte Chantal*, por el Sr. abate Bougaud, t. II, p. 416.

el comendador había provisto sostener a cinco Misioneros, cuatro de los cuales se nombran en nuestros documentos: Codoing, su superior, luego Escart, Tholard y Duhamel. A cada uno aseguraba quinientas libras de pensión al año; tres mil libras para la Misión entera, de las cuales santa Chantal esperaba algún resto para comenzar la obra de los ordenandos. El obispo había querido contribuir con la mitad con ella para el los muebles, y el comendador de Compaissière les había dado su casa, mientras se les construía una pequeña residencia.

Muy agradecido, san Vicente escribió a santa Chantal (14 de mayo de 1640): “Muy digna y amable madre, no sé cómo agradecerle con bastante humildad y afecto todas las bondades incomparables que ejercéis de continuo con nuestros Misionero y conmigo. ruego a Nuestro Señor que lo haga por mí y que sea vuestra recompensa. Les dais los muebles, mi querida madres, quiera la bondad de Dios ser él mismo el mueble y ornamento precioso de vuestra querida alma, para que brille como un sol en el cielo como en la tierra...Vuelvo a nuestros Misioneros, y os diré, mi querida madre, que me parece que Dios os ha dato un discernimiento a primera vista, tan claro como si los hubierais criado. Oh, mi querida madre, que sois mi madre y la suya. Cómo les envidio la suerte que tienen de vivir cerca de vos y yo de vuestra caridad y bondad para conmigo!”

Santa Chantal respondió que se sentía bien pagada por la bondad amable de los Misioneros, su edificación y por los servicios que prestaban a la diócesis del Bienaventurado Francisco de Sales. Luego exclamaba: “Oh, ¡qué corona más grande os espera, mi muy querido padre! “ Pero Vicente no creía que las virtudes de sus hijos le tranquilizaran lo suficiente con ella. por eso multiplicaba las expresiones de gratitud: “Dios mío, mi querida madre, cómo me ha enternecido ver la bondad con laque vuestra incomparable caridad procede con vuestros pobres hijos los Misioneros! Oh Jesús, ¡qué suerte la de ellos y cómo espera que ellos se aprovechen! En el nombre de Nuestro Señor, mi digna madre, seguid con vuestra caridad y a vuestro insignificante hijo y servidor la parte que su bondad le ha dado en vuestro querido corazón...Oh, mi querida y amada madre, porque sois soberanamente nuestra digna y muy amada madre. No, hasta tal punto que no hay palabras que os lo puedan expresar; sólo Nuestro Señor pude hacérselo sentir a vuestro querido corazón (26 de agosto de 1640).”

Y así siguieron las cosas hasta la muerte de santa Chantal, acaecida el año siguiente: el padres y las hijas la honraron constantemente como a su madre, y a ella acudieron en sus oraciones y su dirección de la Misión de Annecy.

Por su parte, Justo Guérin, para continuar los grandes bienes que había hecho san Francisco de Sales, quiso dedicar a los Misioneros a la formación de buenos eclesiásticos al mismo tiempo que a la santificación de los pueblos. Ya se había programado el orden de las misiones que dar en Annecy y parroquias del campo; pero se pensó más sobre la naturaleza del seminario que erigir. Se seguiría el plan del concilio de Trento, y no se admitiría en él más que a jóvenes para preservarlos en un santo retiro de la corrupción del siglo y nutrirlos tempranamente con la leche de la virtud y de la ciencia? Vicente, consultado por el obispo de Annecy, respondió, con una carta fechada el 6 de febrero de 1641, que los seminarios de provincias, donde había tenido lugar más movimiento para formar a los eclesiásticos casi desde la infancia, no habían resultado, y citaba los de Burdeos y de Agen, actualmente desiertos; el

de Rouen, no le había dado más que seis sacerdotes en el espacio de más de veinte años, y entre este gran número de jóvenes que había hecho educar con el mayor cuidado posible. La mayor parte, en efecto, se volvían al mundo y se contentaban con responder, cuando se les reprochaba no haber buscado en el seminario más que estudios gratuitos en detrimento del tesoro de la Iglesia, que habían tomado el hábito eclesiástico en una edad en la que no eran capaces de reflexión. No obstante Vicente, con su humildad y su discreción ordinarias pretendía no decidir nada, sino tan sólo dar los motivos de una decisión; por lo demás, se remitía a la sabiduría del obispo y al conocimiento que tenía de los tiempos y de los lugares.

Pero Justo Guérin no creyó tener que ir contra razones fundadas en una experiencia tan larga, y dedicó su seminario exclusivamente a clérigos que habían hecho sus humanidades y hasta su filosofía.

Este seminario, evidentemente de la categoría de los que llaman *mayores*, fue abierto y en ejercicio desde los comienzos de aquel año de 1641, es decir inmediatamente después de la recepción de la carta de Vicente, quizás realizó un primer ensayo el año 1640 ya que Vicente escribía el 26 de agosto a Codoing, primer superior de Annecy: “Ya estáis pues en el estilo de vida del *seminario*, en vuestra nueva residencia, dando la *Misión* en Annecy;” palabras con las que se establece la distinción entre la obra de las misiones y la del seminario. Pero sin la menor duda estaba en actividad antes del 7 de setiembre de 1641, ya que ese día Vicente escribía al mismo Codoing, “...habría sido conveniente que me hubierais informado sobre el modo de conducirnos *para el seminario que habéis comenzado*.” Otras dos cartas a Codoing, una del 9 de febrero, la otra del 17 o 18 de marzo de 1642, encierran un testimonio semejante. La segunda indica incluso que se había puesto en práctica ya en la fecha un método de enseñanza de la teología que el santo condena. En cuanto a la primera, habla también del seminario *comenzado* en Annecy, de otro dirigido en Alet por los sacerdotes de la Misión, de un tercero que el obispo de Saintes proyecta, y que no fue fundado hasta 1644, y de un último que Vicente va a formar en Bons-Enfants. Desde el comienzo de este año 1642, los trabajos de Vicente en este género habían llamado la atención tanto según la misma carta, en la que se le urgía abandonar la obra de las misiones para consagrarse por entero a la obra estimada más útil de los seminarios. Por lo demás, esta es la carta, que es bueno tal vez citar casi por entero, ya que se han cometido abusos con ella:

“El bueno del Sr. Thévenin, párroco de Saint-Étienne en el Delfinado, me ha escrito varias cartas, todas sobre los trabajos para hacer un seminario de sacerdotes para los párrocos y los beneficios, y me apremia con cantidad de razones y hasta con el juicio de Dios...Me apremia con abandonar nuestro plan de las misiones para seguir el que él propone; lo que yo no tendría gran dificultad en hacer, si Nuestro Señor lo encontrara agradable. Pero, 1º la Compañía fue aprobada por la Santa Sede, que tiene infalibilidad en la aprobación de las órdenes que Dios ha tenido a bien instituir, según lo que he oído decir al difunto Sr. Duval; 2º siendo la máxima de los santos que una cosa que ha sido resuelta ante Dios, al cabo de muchas oraciones y consejos que han tenido lugar, hay que rechazar y tener por tentación todo lo que se propone en contra; 3º finalmente, habiendo sido del agrado de Dios dar una aprobación universal a las misiones, de manera que todos en todas partes comienzan a verlas bien, y mucho a trabajar en ellas, y acompañándolos la misericordia de

Dios con sus bendiciones, me parece que haría falta un ángel del cielo para persuadirnos que es voluntad de Dios que se abandone esta obra para emprender otra que se ha emprendido ya en diversos lugares, y que no se ha logrado. Y en cuanto a lo que no obstante recomienda el santo concilio de Trento el seminario nosotros nos hemos entregado a Dios para servirle también en eso en todas partes donde podamos. Vos habéis *comenzado* en Annecy; Monseñor de Alet, que ya tiene a nuestros sacerdotes, *hace lo mismo*, Monseñor de Saintes tiene este mismo plan, y nosotros vamos a comenzar en París para hacer un ensayo de doce; para lo cual Monseñor el cardenal nos ha ayudado con mil escudos. El Sr. Thévenin querría que las cosas fueran más deprisa; pero me parece que los asuntos de Dios se hacen despacio, casi imperceptiblemente, y que su espíritu no es violento ni tempestuoso.”

así, en el mes de febrero de 1642, iba a nacer el seminario de Bons-Enfants; el seminario de Alet existía, así como el de Annecy, el cual incluso volvía a subir, si no al comienzo, al menos a mitad del años precedente. Lo que engañó a algunos historiadores respecto al derecho de primogenitura del seminario de Annecy fue que no mantuvo su vida primera; y vemos ya la causa presentida en la carta ya citada del 26 de agosto de 1640, en la que se lee también: “Oh Jesús, Señor, yo adoro la Providencia en esto; digo a Monseñor que el *éxito será la regla*, como la debemos usar en caso parecido.” El seminario no pudo mantenerse porque, a pesar de las donaciones generosas del comendador de Sillery, que debían dedicarse casi exclusivamente a las misiones de los campos, no disfrutaba de una fundación. Pues bien, la máxima invariable de Vicente, *en caso parecido*, como acaba de decir, era abandonar el seminario, porque toda obra que no disfrutaba de una renta asegurada le parecía condenada a una muerte más o menos cercana. El seminario de Annecy vivió durante algún tiempo de las donaciones de los comendadores de Sillery y Cordón y de las caridades de Chomel, vicario general y oficial de Saint-Flour; luego se volvió a los ejercicios de los ordenandos, y no fue hasta 1663, el 26 de abril, cuando Jean d’Aranthon de Alex³²⁰, obispo de Ginebra, le erigió

³²⁰ Jean d’Aranthon d’Alex dio, en su nombre y en el de varios obispos más, un hermoso testimonio a la memoria de Vicente y de sus hijos, este testimonio está insertado en su testamento del 1º de octubre de 1685 (no murió hasta el 4 de julio de 1695). Después de recordar que había cedido todo su patrimonio a su familia, escribe: “Por eso hago, nombro e instituyo A Jesucristo, mi adorable Salvador, mi heredero universal, en la persona de los pobres clérigos de mi diócesis que sean educados en el seminario de la diócesis de Ginebra, dirigido en lo espiritual, por los reverendos sacerdotes de la Misión, del difunto Sr. Vicente de Paúl ; de manera que pido muy humildemente a Nuestro Señor Jesucristo que me conceda la gracia y el honor de aceptar, por las manos de los clérigos pobres de mi diócesis que sean educados en mi seminario, todo lo que me quede...” Más adelante añade: “Los grandes servicios que los Señores sacerdotes de la Misión han prestado a la diócesis de Ginebra, y que prestan actualmente en los seminarios y en las misiones a nuestros sucesores reverendísimos en el obispado, el venerable Capítulo de mi catedral y el cuerpo del clero, a considerarlos y a no molestarlos en la dirección perpetua de lo espiritual del seminario...; y eso con tanta más justicia, que no se podría confiar esta importantísima obra...a ninguna comunidad que pueda inspirar una piedad más sólida, ni enseñar una doctrina más sana, ni inspirar una sumisión más perfecta a los clérigos del seminario en relación con su prelado como los Señores de la Misión lo han hecho hasta el momento presente en todos los seminarios que se les han confiado.” E, insistiendo una vez más en su petición de no molestarlos en la dirección perpetua del seminario, les hace este considerando tan glorioso a él y a los Misioneros: “Confesando ingenuamente que soy deudor a estos Señores, después de Dios y el gran san Francisco de Sales por el bien y renovación que se ven en esta vasta diócesis desde que yo les confié mi seminario, si bien es cierto que yo he retardado y disminuido su progreso por mi cobarde condescendencia y concediendo demasiado a las falsas leyes del respeto humano.” Este testimonio era, en parte, el precio, pero el precio pagado a la sola verdad, del testimonio profético que Vicente mismo había dado a Jean d’Aranthon en su primera

definitivamente con el concurso del duque de Saboya, quien se declaró su fundador y protector, en 1665, y del papa Alejandro VII, quien, en 1666, consintió en que se unieran a él las encomiendas de San Antonio, de Quiers y de Chivas y algunos otros beneficios simples. Los sacerdotes de la Misión que no habían interrumpido su estancia y sus trabajos apostólicos en la diócesis de Annecy, siguieron encargados³²¹.

De ahí resulta que es un error que se haya tenido el seminario de Vaugirard, trasladado pronto a la parroquia de San Sulpicio, como el primer seminario mayor de Francia. Un ensayo infructuoso de seminario se habían hecho los discípulos del P. de Coudren en Chartres, donde habían sido llamados por el obispo de Valençay, animado a su vez por el éxito de algunas misiones y llevado por Boudoise. Se dieron primeramente, como en San Lázaro, los ejercicios de los ordenandos, con esperanza de que los jóvenes clérigos prolongaran su residencia en el seminario proyectado. En ocho meses no se presentó nadie. La pequeña sociedad de Chartres debió disolverse y vino a establecerse en Vaugirard, donde estuvo preparada su casa a partir de los primeros días de enero de 1642. No se componía todavía más que de tres miembros: Olier, Du Ferrier y el abate de Foix, que era el superior. Recibió los ánimos de los personajes más santos: del benedictino Bataille, director particular de Olier; de los jesuitas Hayneuve y Saint-Jure; de Bourdoise, quien la visitó con frecuencia y pasó tres semanas en medio de ella; y finalmente de dom Grégoire Tarrisse, superior general de los Benedictinos de la congregación de Saint-Maur, que le había sido recomendado por el P. de Coudren y que era, efectivamente uno de los personajes más recomendables de su tiempo por su alta virtud y la sabiduría de sus consejos; Grégoire Tarrisse

juventud. Jean d'Aranthon no tenía aún la primera tonsura, cuando Vicente le vio por primera vez en Saint-Magloire: "Dios quiere servirse de vos, hijo mío, le dijo el santo, y os aseguro que seréis un día sucesor del bienaventurado Francisco de Sales." En las numerosas charlas que tuvo luego con el joven, Vicente renovó varias veces su predicción, y enterándose que el abate de La Pérouse, de una familia aliada a la de Francisco de Sales, que le había venido a ver en San Lázaro, era sobrino de J. d'Aranthon: "Vos sois, le dijo, el sobrino de un hombre que será un día obispo de Ginebra. Vicente vivió lo suficiente para ver cumplirse su predicción; ya que, después de muchas dificultades, d'Aranthon fue nombrado, a primeros de 1660, al obispado de Annecy por Cristina de Francia, regente de Saboya. El 12 de marzo siguiente, Vicente le escribió: "Monseñor, habiendo conocido la gracia que Dios ha hecho a su Iglesia al inspirar a su Alteza la elección de vuestra persona para el obispado de Ginebra, doy gracias a su divina Majestad, que ha escuchado los deseos de tanta gente de bien que os han pedido que os han pedido a Dios para ocupar esta sede tan importante, y que os ha prevenido con las gracias convenientes a este divino empleo. Con lo miserable que soy, Monseñor, desde que tuve el honor de veros, me quedó una idea de vuestra querida persona en relación con la que tengo de la de Francisco de Sales, vuestro predecesor; de suerte que apenas me acordé de vos, Monseñor, sin pensar en este gran santo. Pido a Nuestro Señor Jesucristo, que es el obispo de los obispos, y su perfecto modelo, quien os da su doble espíritu para la santificación de vuestra querida alma y la salvación de los pueblos que ha destinado a vuestra dirección. Es una bendición para nuestra pequeña Compañía encontrarse entre ellos, y para mí, Monseñor, renovaros el ofrecimiento de i obediencia perpetua, lo que hago con todas las ternuras de mi corazón, quedando en el amor de Nuestro Señor, etc." Algunos días después, el abate de La Pérouse de regreso a San Lázaro: "Ya os lo había dicho, exclamó el santo al verle, que Dios quería que vuestro tío fuera obispo de Ginebra. Señor, vaya a santificarse con él, y considérese en su familia como un san Juan en la de Nuestro Señor, de quien era el pariente y el apóstol." El abate de La Pérouse, fiel a este consejo y ya decano de Chambéry, se santificó, en efecto, santificando a un gran número de almas, con sus retiros eclesiásticos, sus conferencias y sus innumerables misiones por las regiones católicas y protestantes. En cuanto a d'Aranthon d'Alex, fue, y es decirlo todo, uno de los sucesores más dignos de san Francisco de Sales. (Véase su *Vida*, Le Masson, 1697, in-8.)

³²¹ Para todas las fundaciones de las que acabamos de hablar, véase en los *Archivos del Estado*, M. 167 y 168 en cuanto a los originales, y MM. 534, fol. 199, para las copias.

fue quien comenzó en la abadía de Saint-Germain-des-Prés esta larga serie de sabios ilustres, en los que se cuentan con brillo inmortal los Mabillon y los Montfaucon.

La pequeña Sociedad de Vaugirard, después de rechazar las ofertas generosas de Richelieu que la quería atraer a su castillo de Ruel, vio pronto a otros miembros acudir a ella: Louis Henry de Pardaillan de Gondria, entonces de veintidós años y que fue nombrado dos años después a la coadjutoría de Sens; Gabriel de Tuvieres de Quaylus, abad de Loc-Dieu; Antoine Raguier de Poussé; y luego Hurtevent, fallecido siendo superior del seminario Saint-Iréné de Lyon; de Cambiac, hermano de Du Ferrier; de Bassancourt; Houmain, hijo de un lugarteniente criminal de Orleáns, llamado entonces con un nombre de un priorato, abate de Saint-Marie. Se componía así de veinte miembros, de quienes fue nombrado superior Olier.

Al poco tiempo fue trasladada a la parroquia de San Sulpicio con su jefe, que acababa de aceptar la parroquia. ¿Qué era en Vaugirard y que pudo ser en San Sulpicio? A nuestro parecer una reunión de piedad, sin estudios de teología; una simple asociación de eclesiásticos y de sacerdotes, donde nada había organizado todavía. Muy ocupado en su inmensa y difícil, cuyo triste estado ya hemos visto en otra parte, muy upado también en reunir a sus sacerdotes en comunidad, Olier no pudo apenas tener tiempo suficiente para organizar en seguida un verdadero seminario. Además, durante dos años, dio pasos inútiles para obtener del abate de Saint-Germain, Henri de Bourbon, obispo nominal de Metz, la erección del seminario en comunidad; y no lo obtuvo hasta 1645, con las letras patentes del rey, y no fue tampoco hasta que pasó con algunos de sus sacerdotes un acta de asociación aprobada por el clero de Francia solamente en 1651, y por la Santa Sede en 1654. Comenzadas, luego abandonadas las obras este mismo año de 1645, las construcciones fueron retrasadas hasta el 1649; la capilla acabada la primera, fue inaugurada el año siguiente, y el resto del edificio no se bendijo hasta 1651. Hasta entonces los seminaristas, sacerdotes o clérigos, estaban alojados en dos casas vecinas. Y hasta 1645 igualmente no pudo Olier dar dos de sus sacerdotes al abata de Foix para acompañarle en su diócesis de Pamiers y ayudarle en la fundación de su seminario; lo que se renovó en 1647, a favor de Charles de Noailles, obispo de Rodez, pero con la condición ordinaria de que serían llamados después de un breve espacio de tiempo, y reemplazados en la dirección del seminario por eclesiásticos del país. el primer seminario de provincia que haya pertenecido verdaderamente a la compañía de Olier es el de Nantes, fundado justamente en 1648. Vicente, lo vamos a ver estableció antes sucursales en provincias y, en cuanto a un ensayo de un verdadero seminario, aparte de los nombres de Annecy y de Alet, que lo acortan todo, hay lugar a creer que el seminario de Bons-Enfants, del que vamos a hablar ahora, no fue establecido sino plenamente *organizado* antes del de San Sulpicio³²².

Es cierto que varios escritores y muchos santos personajes han llamado a Vaugirard el primer seminario de Francia y que Olier mismo ha escrito en sus Memoria: “A ejemplo de la pequeña sociedad de Vaugirard, del Oratorio y de la congregación de la Misión han trabajado con fervor en la obra de los seminarios.” Olier ignoraba sin duda Alet y Annecy y a su testimonio se puede oponer el de Vicente de

³²² Véase para todo ello la *Vie de M. Olier*, t. I, *passim*.

Paúl, que dice de forma parecida: “Tenemos el consuelo de ver que nuestras pequeñas funciones han parecido tan hermosas y tan útiles que han servido de emulación a otras para entregarse como nosotros y con más gracia que nosotros, no sólo a propósito de las misiones *sino también de los seminarios*, que se multiplican en Francia³²³.”

En efecto, desde el momento que comenzó la obra de los seminarios, Vicente se puso a la cabeza de las obras de su Compañía, conjuntamente con la obra de las misiones. no se había tratado en la bula de institución de 1638, pero el 14 de febrero de 1647, -y sin duda mucho antes, en cartas hoy perdidas, -él había podido escribir lo que tradujo después a sus constituciones: “Nuestro instituto sólo tiene dos fines principales, a saber la instrucción del pobre pueblo del campo y *los seminarios*.” Y en delante cada vez que escribía al soberano Pontífice, -lo que hacía con frecuencia,- para darle cuenta del estado y de los trabajos de su Compañía, no dejaba de decir, como en su carta a Inocencio X, del 28 de agosto de 1650: “Nosotros formamos a los clérigos en lo seminarios en las costumbres y en la ciencia eclesiásticas, y en las santas ceremonias: *Clericos in seminariis ad mores eclesiásticos, doctrinam et ritus sacros erudimus.*”

IV. *Seminario de los Bons-Enfants*. Al cabo de seis o siete años de experiencias, Vicente reconoció que los seminarios de clérigos demasiado jóvenes y, por consiguiente, el que había formado en el colegio de los Bons-Enfants, sólo daban muy pocos ministros a la Iglesia, y pensó en instituciones de otra naturaleza. en una de las frecuentes conversaciones que tenía con el cardenal de Richelieu, tuvo ocasión para hablar de la necesidad en que se encontraban de reunir, no ya a jóvenes, sino a clérigos preparados a recibir las sagradas órdenes en casa donde, durante uno o dos años, fueran ejercitados en la virtud, en la oración, en el servicio divino, en las ceremonias, en el canto, en el catecismo, en la predicación, en la administración de los sacramentos y de las cosas santas; instruidos en los casos de conciencia y en las demás partes más necesarias de la teología dogmática y moral, en una palabra preparados próximamente a obrar como buenos ministros de la Iglesia.

A Richelieu le gustó mucho este proyecto, exhortó vivamente a Vicente a llevarlo a cabo por sí mismo y, para ayudarle le dio mil escudos, que fueron, efectivamente empleados en el mantenimiento de los doce primeros seminaristas, recibidos en febrero de 1642, en el colegio de los Bons-Enfants. A este núcleo, a este número sagrado, elegido evidentemente en recuerdo del primer seminario cristiano, del seminario apostólico, se añadieron muy pronto muchos más clérigos, algunos de los cuales se ofrecieron a pagar su pensión, de los que los demás, en mucho mayor número, fueron alimentados y sostenidos bien por limosnas, bien a expensas de la Compañía; y una vez aprobado por el arzobispo de París, el seminario quedaba definitivamente establecido. En esto, Vicente temía también la multitud y la propagación y, con su prudencia acostumbrada, se negaba a emprender toda educación que no le parecía conducir poco más o menos con seguridad al sacerdocio, ya que decía: “De ordinario, sirve de muy poco a la juventud comenzar el estudio del latín, cuando no tiene medios de hacer algún progreso, como sucede cuando los padres no pueden ya darles las cosas necesarias, si no es tal vez algún buen

³²³ A, Dosdames, en Polonia, 18 de junio de 1660.

espíritu que, dándose a conocer como tal por su adelanto, da motivos a alguna persona caritativa para ayudarle a seguir adelante. Aparte de eso, la mayoría están para quedarse a medio camino. Es mucho mejor que bien temprano aprendan un oficio³²⁴.” Sin embargo, en pocos años, el número de los seminaristas se incrementó en Bons-Enfants hasta tal punto que el lugar no pudo contenerlos, y Vicente se vio obligado a retirar a los jóvenes clérigos entregados a los estudios de humanidades. Mas, por respeto al concilio de Trento, no quiso destruir lo que había formado del plan de esta santa asamblea, y los trasladó a una casa situada al fondo del cercado de San Lázaro, que denominó el seminario de San Carlos. Allí, los sacerdotes de su congregación continuaron formando en las bellas letras y en la virtud a un gran número de jóvenes que daban señales de la inclinación al estado eclesiástico, y muchos de los cuales, en efecto, pasados bien al seminario de Bons-Enfants, bien a los demás seminarios de París y de provincias, fueron dignos sacerdotes y llegaron a los primeros oficios³²⁵. En el seminario San Carlos, se unía a los ejercicios de piedad y a todos los estudios clásicos los ejercicio entonces en boga en los célebres colegios de los jesuitas, y La Fosse representó en él con frecuencia tragedias cristianas en medio del concurso y de los aplausos de todo lo que París tenía en materia de entendidos.

Vicente, también el primero, reunió los seminarios menores y mayores: dos obras conexas, que se suponen y completan una a la otra. Sin los seminarios mayores, ninguno o muy pocos sacerdotes dignos al menos de su vocación; sin los menores, ningún mayor, o mayores muy poco surtidos de alumnos y sobre todo de individuos suficientemente dispuestos. los primeros son evidentemente los *seminarios* de los segundos como éstos lo son del sacerdocio. De esta forma fue como Vicente encadenaba siempre sus obras.

V. *Reglamento de los seminarios*. Apenas se fundó el seminarios de los Bons-Enfants, ya le dio un reglamento lleno del espíritu sacerdotal. este reglamento, que ya había impuesto, sin duda, en el seminario de Annecy, sirvió de forma para todos los seminarios de la Compañía, como lo es todavía esencialmente de todos los seminarios de Francia. Es éste analizado en sus principales disposiciones.

Este seminario se ha instituido para honrar el sacerdocio de Nuestro Señor, y para formar a los eclesiásticos en la virtud y ciencia de su orden y vocación. Por eso se enseñan en él la teología, el modo de administrar los sacramentos, el canto llano, las ceremonias de la Iglesia, el método de catequizar, predicar y confesar; la práctica de las funciones santas, tanto dentro como afuera, y los medios de desempeñarlas con espíritu de devoción; razón por la cual se enseñen también, y siempre con la práctica la ciencia de los santos, es decir las virtudes cristianas y la verdadera piedad; a lo cual tienden las meditaciones, la lectura de los libros de devoción y otros ejercicios parecidos, en fin el buen ejemplo que se deben unos a otros.

³²⁴ Carta a Coglée, en Sedan, 12 de abril de 1656.

³²⁵ Uno de los más célebres, cuyo nombre no se nos permitiría pasar por alto aquí, fue el Bretón Louis-Eudes de Kerlivio, uno de los primeros alumnos de Bons-Enfants y de los primeros discípulos de san Vicente de Paúl. ordenado sacerdote, se retiró a su patria, donde construyó hospitales, fundó un orfanato y un seminario, una casa de retiro, misiones, conferencias eclesiásticas, asociaciones piadosas, es decir que abarcó todas las obras útiles y honrosas para la religión cuya idea había bebido en las lecciones y en los ejemplos de su santo maestro. Nacido en 1621, falleció en 1685.

Las disposiciones requeridas en los que desean ser admitidos en el seminario son: una buena voluntad y una fuerte resolución de progresar en la virtud así como en la ciencia, y seguir al menos durante un año; una grande humildad y sumisión respecto de los superiores; un Gran valor y una firme confianza en Dios para sobrellevar todas las dificultades, sobre todo al principio.

Desde su entrada, harán el retiro espiritual; recurrirán con frecuencia a la oración, y cada mañana se levantarán al ejercicio de la meditación con la comunidad.

Harán un profesión muy particular de honrar al santísimo sacramento del altar. Dirán u oirán con piedad y con fruto la santa misa todos los días. Los sacerdotes se confesarán ordinariamente dos veces a la semana; los demás, los domingos y grandes fiestas, para disponerse a la comunión. Recitarán el oficio en común, siguiendo el breviario romano, y asistirán juntos a los oficios de la Iglesia, todo con gran recogimiento interior y exterior.

Asistirán regularmente y cuidadosamente a todas las conferencias de piedad, de teología y de ceremonias, tratando de edificarse unos a otros con su silencio, atención, modestia, y huyendo de toda contestación.

Una vez al mes por lo menos, cada uno descubrirá a su director, aparte de la confesión, sus disposiciones interiores, sus tentaciones y dificultades, sus progresos o retrocesos en relación con Dios, el prójimo y consigo mismo. –En las cosas más importantes, como si se trata de aceptar, permutar o ceder un beneficio, de comprometerse en un oficio, aspirar a los grados de la escuela, será consultado el superior. –También cae bajo el juicio del superior al que se referirá para la recepción de las sagradas órdenes, a los tiempos y fuera de los tiempos marcados por la Iglesia.

Todos se esmerarán en no demostrar en sus hábitos, su barba, sus cabellos, en todo su exterior que respire todavía al espíritu del mundo; guardarán en todo y siempre una gran modestia, y usarán de todos los medios para conservar la pureza tan necesaria a los eclesiásticos.

A fin de imitar a nuestro Señor, venido a este mundo para servir y no para ser servido, todos servirán a la mesa por turno, con un espíritu de humildad y de caridad, representándose a Jesucristo en la persona de los eclesiásticos que ocupan su lugar en la tierra. –Todos pensarán en alimentar su alma al propio tiempo que alimentan el cuerpo, y recogerán la lectura de la mesa como un maná espiritual que Dios les envía del cielo como el pan material. Para honrar también a Nuestro Señor que no desdeñó los oficios más bajos en la casa de la santa Virgen y de san José, cada uno hará su cama todos los días, , barrerá su habitación al menos dos veces por semana y tendrá cuidado de mantenerla bien limpia y ordenada.

Como, según el decir del Espíritu Santo, hay tiempo de callar y tiempo de hablar, y como la devoción es imposible en una comunidad en la que la palabra no está reglada, todos guardarán el silencio fuera del tiempo de la recreación, y no entrarán nunca en la habitación de otro. Evitarán también las frecuentes visitas y salidas, como igualmente perjudiciales al recogimiento. Se guardarán más todavía de no comer nunca, beber o dormir fuera de la casa, y de entrar en los lugares públicos.

Se respetarán unos otros de pensamiento, de palabra y de obra, y se querrán unos a otros, como hermanos, cuyos corazones ha unido Jesucristo por su amor al reunirlos en cuerpo para su servicio. Evitarán las amistades particulares, tan dañinas a la común y universal caridad.

Las recreaciones serán modestas y alegres, sazonadas de algunas palabras de piedad y de doctrina, sin que se mezclen nunca en ellas burlas, discusiones, disputas sobre materias peligrosas o demasiado curiosas, ligerezas, cuentos del mundo.

Todos se defenderán contra el amor desordenado de los padres y la preocupación demasiado grande por sus intereses. Trabajarán con gran cuidado en la adquisición de las virtudes eclesiásticas; y, por lo demás, se comunicarán, hacia el final de su seminario, bien con el superior si tienen el plan de ir a misiones, o con su obispo para obtener de él un empleo. Saldrán del seminario como entraron, por un retiro espiritual. En cualquier parte que la Providencia los coloque, se acordarán de las lecciones y de los buenos ejemplos que recibieron, de las prácticas santas a las que los acostumbraron³²⁶.

VI. *Plan de estudios*. Sabemos ya el lugar que atribuía Vicente en este plan de educación eclesiástica, a la ciencia y a la piedad; pues lo que aplicaba a los suyos, él quería que los suyos se lo aplicaran a los demás. Ciencia, sin duda, y mucha, pero ciencia sin pretensiones por parte del maestro, sin curiosidad ávida por parte del alumno, ciencia práctica, sólidamente, pero sencilla y elementalmente enseñada. “Le recordamos, Señor, escribió un día a uno de sus sacerdotes más inteligentes y más eruditos, y le pedimos que no regente más, porque es usted demasiado hábil.” Sabía condena, en la persona de un maestro, de una enseñanza demasiado brillante y demasiado sabia, que da al profesor un lucimiento comprado al precio del progreso de la mayoría de los alumnos.

Por lo demás, tenemos todas sus ideas sobre este punto en una larga carta del 17 de marzo de 1642, ya mencionada, que dirigía a Codoing, primer superior de Annecy, a la sazón residente en Roma.

La cuestión era saber si se enseñaría la teología por dictados o *dictaciones*, como escribe Vicente, o por tratados impresos que se contentarían con explicarlos.

Después de consultar a siete de las mejores cabezas de la Compañía, Vicente condena el método de los dictados y prescribe el uso de un autor aprobado. La enseñanza será más segura, dice, el episcopado más confiado, la Compañía menos expuesta a la envidia y a la censura, el reclutamiento de los profesores más fácil, su labor más cómoda y menos abrumadora, los escolares por último, mejor formados y mejor instruidos: porque, sabios ya, no vienen al seminario por la ciencia, sino “para ser mejores y aprender las demás cosas que allí se enseñan, como hacen los bachilleres y licenciados en teología que van a los ordenandos, y los doctores que se reúnen en la asamblea de los eclesiásticos de San Lázaro, donde se profesa tanta humildad y sencillez en las materias que se tratan;” ignorantes, ellos se contentarán con copiar los escritos como se hace de ordinario en Sorbona y los dejarán allí, sin estudiarlos, incapaces de encontrar en ellos una ciencia que Habrían encontrado en un autor bien interpretado, aprendido de memoria y repetido más veces.

Se objeta que tendrán una opinión peor del maestro que no dé nada de su cosecha, que sentirán la tentación de salir del seminario. “Eso sería verdad, tal vez, sino hubiera otros atractivos en el seminario que la ciencia, y supuesto que

³²⁶ *Instructions et Mémoires*. Mss., n° 12, B. p. 88. Archivos de la Misión.

todos los seminaristas fueran sabios; pero ahí tenéis el atractivo de la piedad, el del canto, de las ceremonias, de catequizar, de predicar, de predicar, y en una palabra el de la reputación de los que hayan estado allí, a los cuales se preferirá en los empleos y las condiciones en los beneficios. Monseñor... (cardenal de Richelieu?) piensa ya en los nuestros para emplearlos en los monasterios y en empleos parecidos... Créame, Monseñor, que el espíritu de Nuestro Señor no es el espíritu de hacer cosas para hacerse estimar, y que el de la Misión debe buscar su grandeza en la bajeza, y su reputación en el amor a su abyección.”

Añádase que los maestros se convertirían en más sabios con ello. –Tal vez; “pero no podrán hacer otra cosa que estudiar, componer y dictar; y así las cosas, ¿quién enseñará la piedad, el canto, las ceremonias, a catequizar, a predicar?, ¿quién hará que se observe la regularidad? Hará falta mucha gente para cada seminario, y ¿quién los mantendrá, y qué será de las misiones? Me dice usted que eso no deja de hacerse en Annecy por uno solo³²⁷. Es verdad, pero todos los lugares y todos los Misioneros no son lo mismo, añadiendo que no se ha hecho más que comenzar.”

Finalmente se alegaba el ejemplo de los jesuitas y de las universidades. “Pero no es lo mismo, responde Vicente; ellos hacen profesión pública de enseñar las ciencias y necesitan reputación. Pero en el seminario se tiene más necesidad de piedad y de una medianía de ciencia, con la inteligencia del canto, de las ceremonias, de la predicación y del catecismo, que de mucha doctrina.” Por otro lado, citaba el ejemplo de las universidades de España, que conocía por experiencia, donde no se daban dictados, y de donde, no obstante, según lo dice todo el mundo, salían teólogos más profundos que de las demás escuelas; y terminaba así: “Le aseguro, Monseñor, que, si entramos en ese espíritu, verá bien pronto proposiciones en la Compañía, que es preciso tomar colegios y enseñar públicamente para tener hombres más sabios que enseñen a los seminaristas; y si eso fuera aceptado, ay, ¿qué sería del pobre pueblo del campo, y en qué clase de gente entraríamos nosotros, si quisiéramos ir a la par en ciencia con esas grandes corporaciones? ¿O sería la santa humildad en la que Dios ha querido concebir, dar a luz y educar a esta pequeña Compañía hasta el presente? “

Tales eran las prácticas y las máximas de Vicente en educación eclesiástica. Para aplicárselas a los jóvenes clérigos, pedía un tiempo considerable, un año al menos, antes de admitirlos a las órdenes sagradas. Ese tiempo apenas le parecía suficiente para formarlos en la oración, de la que él decía: “Lo que es la espada al soldado lo es la oración a los que se dedican al servicio de los altares.” Quería que no se eximiera del seminario a ninguno de los aspirantes a las sagradas órdenes, fuera la que fuera su capacidad y su virtud; con mayor razón fuese el que fuese su nacimiento y los puestos obtenidos por ellos en el santuario. Virtuosos y capaces, podían aún, en un buen seminario, crecer en ciencia y en virtud; gentes de condición y ricos beneficiarios, serían para los demás de edificación por su humildad y obediencia. Además, estableciendo una ley general, se estaría a cubierto de toda importunidad o con derecha negarse a toda solicitud.

³²⁷ Esa es la prueba anunciada anteriormente de la plena existencia del seminario de Annecy, a partir de 1642.

VII. *Espíritu de estas enseñanzas.* Pero, en esto también, Vicente tuvo cuidado de dar a estos reglamentos, letra muerta, el espíritu de su viva palabra. A medida que se multiplicaban los seminarios de la Compañía, él multiplicaba también sus ánimos para fortalecer a los suyos contra el agobio de los empleos y contra el temor de que la obra del clero dañara a la obra de las misiones.

“Los Misioneros, decía él, están particularmente enviados por Dios a trabajar en la santificación de los eclesiásticos. Y uno de los fines de su instituto es instruirlos, no sólo en las ciencias para aprendérselas, sino también en las virtudes para practicarlas; ya que, mostrarles lo uno sin lo otro, es hacer poca cosa y casi nada. Se necesita capacidad y una buena vida: sin ésta, la otra es inútil y peligrosa; debemos llevarlas a las dos por igual, y esto es lo que pide Dios de nosotros. Al principio, no pensábamos en nada menos que en servir a los eclesiásticos; pensábamos en nosotros y en los pobres. ¿Cómo comenzó entonces el Hijo de Dios? Se ocultaba, parecía que sólo pensaba en sí mismo. Rogaba a Dios y no hacía más que acciones particulares; no parecía más que eso. Después anunció el Evangelio a los pobres. Pero luego hizo apóstoles, se tomó la molestia de formarlos; y por fin los animó con su espíritu, no para ellos solamente, sino para todos los pueblos de la tierra. Les enseñó también todas las máximas para hacer sacerdotes, para administrar los sacramentos, y para desempeñar su ministerio. Así, al principio, nuestra pequeña Compañía no se ocupaba más que de su adelanto espiritual y de evangelizar a los pobres. En ciertas estaciones, estaba retirada en su vida particular, y en otras, iba a enseñar a los pueblos del campo. Dios permitió que en nuestros comienzos sólo se vio eso; pero en la plenitud de los tiempos, él nos llamó para contribuir a hacer buenos sacerdotes en las parroquias, y a mostrarles lo que deben saber y practicar. Oh, ¡qué alto es este empleo, qué sublime y por encima de nosotros! ¿Quién de nosotros había pensado alguna vez en los ejercicios de los ordenandos y en los seminarios? Nunca se nos había ocurrido hasta que Dios nos quiso dar a entender que era su placer dedicarnos a ellos. Él ha llevado a la Compañía a este empleo sin elección por nuestra parte; y sin embargo, nos pide esta dedicación; pero una entrega seria, humilde, devota, constante, y que responda a la excelencia de la obra. Algunos tal vez digan que no han venido a esta congregación más que para trabajar en el campo, y no para entregarse en una ciudad al servicio de un seminario; pero todos y cada uno de nosotros sabrán que los empleos que debemos ejercer en la casa con los eclesiásticos externos, sobre todo de los seminarios, no deben ser descuidados con pretexto de las misiones; porque conviene hacer éstas y no omitir las otras, ya que estamos obligados casi por igual a cumplir lo uno y lo otro; y que además, la experiencia larga ha hecho ver que es muy difícil que los frutos que se recogen en las misiones difícilmente puedan conservarse sin la ayuda de los pastores, a cuya perfección no parecen contribuir poco las demás obras de la Compañía. Por eso cada uno se entregará de buen gado a Dios para realizarlas bien y devotamente. Es una gran obra realmente trabajar en la instrucción de la pobre gente, pero es todavía más importante instruir a los eclesiásticos, puesto que si ellos son ignorantes, es preciso por necesidad que los pueblos que conducen lo sean también. Se podría preguntar al Hijo de Dios: ¿Por qué vinisteis? ¿Acaso no fue para evangelizar a los pobres, según la orden de vuestro Padre eterno? ¿Por qué pues hacéis sacerdotes? ¿Por qué os tomáis tanto cuidado en instruirlos y formarlos? A lo que Nuestro Señor respondería que había venido no sólo para enseñar las verdades necesarias a

la salvación, sino también para formar a buenos sacerdotes, y mejores de lo que lo eran en la antigua ley. Vosotros sabéis que antiguamente Dios rechazó a los sacerdotes que se habían manchado y habían profanado las cosas santas, que tuvo por abominables sus sacrificios, y les dijo que suscitaría otros que, desde levante a poniente, y desde el mediodía al septentrión, harían resonar sus voces y sus palabras: *In omnem terram exivit sonus eorum*. ¿Y por quién ha realizado esta promesa? Por su hijo Nuestro Señor, que formó sacerdotes, que los instruyó y modeló, y por los cuales ha dado poder a su Iglesia para formar a otros: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*. Y eso para continuar haciendo por ellos en todos los siglos lo que él mismo había hecho hacia el final de su vida, con el propósito de salvar a todas las naciones mediante sus instrucciones y la administración de los sacramentos. Sería pues un engaño y un gran engaño en un Misionero, que no quisiera entregarse a contribuir a modelar a buenos sacerdotes, y tanto más cuanto que no hay nada más grande que un buen sacerdote. Pensémoslo todo lo que queramos, no encontraremos que podamos contribuir a nada más grande que a formar un buen sacerdote, a quien Nuestro Señor da un poder sobre su cuerpo natural que los ángeles admiran y sobre el místico el poder de perdonar los pecados de los hombres, que es para ellos un gran motivo de admiración y de agradecimiento. Oh, Dios, ¡qué poder, qué dignidad! ¿Hay algo más grande y más admirable? Oh, Señores, ¡qué cosa tan grande es un buen sacerdote! ¿Qué no puede hacer un buen eclesiástico, qué conversiones? De los sacerdotes depende la felicidad del Cristianismo. Esta consideración pues nos obliga a servir al estado eclesiástico, que es tan santo y tan elevado; y todavía más que la necesidad que tiene la Iglesia de buenos sacerdotes, que reparen tantas ignorancias y tantos vicios de los que está cubierta la tierra, y por los cuales las almas buenas deberían llorar lágrimas de sangre.

“Se duda si todos los desórdenes que vemos en el mundo no deben ser atribuidos a los sacerdotes. Esto podría escandalizar a algunos; pero el asunto requiere que muestre por la grandeza del mal la importancia del remedio. Se han dado desde algún tiempo varias conferencias sobre este punto, el cual se ha tratado a fondo a fin de descubrir las fuentes de tantas desdichas. pero el resultado ha sido que la Iglesia no tiene peores enemigos que los malos sacerdotes. Y es que de ellos nos han llegado las herejías. Tenemos el ejemplo de las últimas en estos dos grandes heresiarcas Lutero y Calvino³²⁸, que eran sacerdotes. Y por los sacerdotes han prevalecido las herejías, ha reinado el vicio, y la ignorancia ha establecido su trono entre los pueblos pobres; y ello por su propio desorden, y falta de oponerse con todas sus fuerzas, según sus obligaciones, a estos tres torrentes que han inundado la tierra. ¡Qué sacrificio pues, Señores, no hacéis a Dios al trabajar en su reforma, de manera que vivan en conformidad a la santidad de su condición, y que la Iglesia se levante por este medio del oprobio y de la desolación en que se encuentra!³²⁹”

VIII. *Seminarios en provincias*. Inflamados por estos discursos del cielo y del valor de Vicente, sus hijos estuvieron listos, no sólo para continuar los seminarios de Bons-Enfants y de San Lázaro, sino para fundarlos y dirigirlos en gran número de diócesis de Francia y del extranjero. Ya que, después de los primeros éxitos de Vicente y de Olier, hubo una santa emulación entre los

³²⁸ Calvino no entró nunca en las órdenes sagradas.

³²⁹ Conf. 6 de diciembre de 1658

obispos para dotar a sus diócesis de estos útiles establecimientos. El primero que parece haber recurrido, en este plan, a la caridad de Vicente de Paúl, es Alain de Solminihac, religioso de Chancellade, cerca de Périgueux, y luego obispos de Cahors. Después de hacer sus estudios teológicos en París, Alain de Solminihac, nombrado abad de Chancellade, estableció la reforma este monasterio e hizo de él el modelo de las abadías vecinas, lo que dio lugar a la reforma de la congregación llanada de Chancellade, extinguida solamente por la Revolución. Modelo de los abades, Alain de Solminihac fue también el modelo de los obispos por su celo por las misiones, por la conversión de los protestantes, por las fundaciones caritativas y, en particular, por la reforma del clero. En 1643, fundó la Misión en Cahors, y le confió la dirección del seminario, al que entregó dos beneficios de su colación; doble establecimiento que fue confirmado el mismo año por letras patentes del rey. Dos años después, unió al seminario el curato de Saint-Étienne, para que los jóvenes seminaristas pudieran ver en ejercicio la administración de los sacramentos, ejercitarse ellos mismos, según su orden, así como en las demás funciones sagradas³³⁰.

Por consejo de Vicente, Alain de Solminihac no dispensó nunca a nadie ni de la entrada ni del tiempo del seminario. No confería el subdiaconado más que a los que habían pasado en él un año, y exigía una residencia más prolongada para el sacerdocio. Muy pronto pudo escribir a Vicente: “Os encantaría ver a mi clero, y bendecirías a Dios mil veces si supierais el bien que los vuestros han realizado en mi seminario, que se ha extendido por toda la provincia.” Vicente, que no dejaba pasar nunca una ocasión de hacer el elogio del santo obispo y de proponerle como modelo, escribía por su parte a Desdames, en Polonia, el 15 de agosto de 1659: “Mons. el obispo de Cahors me ha hecho el honor de escribirme, hace algún tiempo, que su clero había cambiado de cara, y que era, por la gracia de Dios, en su seminario, que está compuesto de unos cincuenta a sesenta eclesiásticos, en el que todos los que quieren recibir las órdenes están obligados a pasar un año o dieciocho meses para formarse en las funciones y en el espíritu eclesiástico.”

Nos encontraríamos con los mismos frutos y los mismos testimonios recorriendo la historia de los demás seminarios confiados a la Compañía. En 1644, fue el de Saintes, unido por el obispo Jacques Raoul a la Misión; en 1645, el del Mans, con fundación en la gendarmería de la iglesia colegial ty real de Coëffort, y en el Hôtel-Dieu; en 1645, también, el de la diócesis de Saint-Malo, establecido en la abadía de Saint-Méen.

Esta última fundación dio lugar a un gran asunto. De todas las fundaciones tan numerosas de Vicente, ninguna le produjo tantos disgustos, ya que ésta llenó de quebraderos de cabeza doce años de su vida y, después de su muerte, fue una fuente de acusaciones dirigidas a su memoria durante el proceso de su beatificación.

La abadía de Saint-Méen había estado siempre dependiente de los obispos de Saint-Malo, lo que supone que eran sus primeros beneficiarios y que ella tenía de ellos sus diezmos y la mejor parte de sus bienes. Ellos la habían tratado con esta generosidad, porque había sido para ellos durante tiempo un semillero de jóvenes clérigos y había provisto de buenos pastores a los curatos de su dependencia. Pero entonces se hallaba en plena decadencia. La disciplina por

³³⁰ Esta unión se realizó con el consentimiento del capítulo y de Antoine de Verthamon, a cuyo canonicato iba unido el curato. Homologado por el rey en 1645, fue aceptado por Vicente ese mismo año.

los suelos. No quedaban ya más que dos monjes benedictinos de la congregación de Saint-Maur, incapaces de cumplir, tanto en lo temporal como en lo espiritual, los cargos del monasterio. Sus bienes estaban alienados o empeñados, y el obispo se veía obligado desde hacía tiempo a llamar a sacerdotes seculares para el servicio religioso de sus beneficios.

Por otro lado, la disciplina eclesiástica, así como la disciplina regular, había caído en la diócesis de Saint-Malo. Los sacerdotes de allí eran tan ignorantes como los pueblos. En esta enorme diócesis, ni seminarios, ni colegios; y los padres en su mayor parte incapaces de mandar a educar a sus hijos a otra parte, el clero no se podía reclutar.

Para hacer frente a tantos males, el obispo Achille de Harlai de Sancy se dirigió primero al general de la congregación de Saint-Maur, para invitarle a poner a algunos de sus religiosos reformados en la abadía de Saint-Méen; pero dom Grégoire Tarrisse se excusó por la escasez de individuos, entonces Harlai de Sancy, ya para remediar los desórdenes de la abadía como para tener los medios de formar un seminario resolvió apoderarse de Saint-Méen y llamar allí a los sacerdotes de la Misión. Tenía sus derechos, ya que, un paso más, y la abadía caía bajo la jurisdicción episcopal y no dependía de ninguna congregación; no se trataba pues ni de quitar un beneficio a sus propietarios ni de cambiar su naturaleza y de secularizarlo; ninguna necesidad por consiguiente de recurrir en ello al soberano Pontífice.

El obispo de Saint-Malo se contentó con obtener, el 20 de octubre de 1643, una autorización del rey en su consejo; luego el 12 de noviembre siguiente, convocó a su sínodo, le sometió su proyecto que fue unánimemente aprobado y alentado. Al día siguiente, el oficial se lo notificó a los dos monjes, que prestaron su apoyo de buen grado a condición de una pensión anual y vitalicia. Los bienes de la abadía, tan fuertemente mediatizados, no siendo suficientes al sostenimiento del seminario, el obispo lo suplió con donaciones con cargo a su patrimonio. Al año siguiente la ancianidad le forzó a pedir un coadjutor, que fue Ferdinand de Neuville. El 13 de julio de 1645, sintiéndose cerca de la muerte, y queriendo dar la última mano a su obra, unió al seminario, con anuencia de la Santa Sede, el recinto conventual y las oficinas claustrales de Saint-Méen, con el cargo que, en vida de los dos monjes, doce y, a su muerte, veinte jóvenes eclesiásticos elegidos por el obispo o por su vicario general y obligados por juramento a no salir sin permiso de la diócesis, sería cuidados allí gratuitamente, y que maestros y alumnos cumplirían todos los cargos del monasterio.

Todos estos acuerdos se hicieron sin la participación de los sacerdotes de la Misión, que no son nombrados en las actas, sin reclamaciones por la parte de los interesados, y con la cláusula expresa de que los bienes de Saint-Méen se daban al seminario y no a sus directores, sustituidos solamente como administradores por los sacerdotes seculares investidos desde hacía tiempo de sus funciones. Un diploma real de setiembre de 1645 confirmó estas disposiciones, así como la elección de los sacerdotes de la Misión como directores del seminario.

Desde el mes de julio precedente, Vicente había hecho salir para Saint-Méen a cinco de sus sacerdotes, tres de cuales estaban destinados al seminario, y dos a las misiones de la diócesis. Apenas instalados, los benedictinos de Saint-Maur, mudos hasta entonces, y los dos monjes mencionados hace un momento, con desprecio, unos de sus compromisos, otros, de la autoridad del

rey y del obispo, quisieron volver a la abadía y, para ello, recurrieron no al soberano Pontífice, al obispo o al rey, sino al parlamento de Bretaña. el parlamento recibió su reclamación, aunque no pudiera nada contra los edictos reales. Armados de su decreto, los religiosos se presentaron a las puertas de la abadía y, como ellos no eran portadores de ninguna acta legítima, se les negó la entrada. Ellos se proveyeron al punto ante el parlamento, que les entregó a su favor un nuevo decreto: esta vez, acompañados de alguaciles a Saint-Méen, y sacerdotes y clérigos fueron expulsados de allí violentamente.

Para oponer la fuerza del derecho al derecho de la fuerza, el obispo de Saint-Malo puso la iglesia de Saint-Méen en entredicho, y prohibió la entrada, bajo pena de excomunión, mientras estuviera en manos de los usurpadores. Al mismo tiempo, elevó sus quejas al rey y obtuvo un decreto del consejo privado, que anulaba las actas del parlamento de Bretaña, y ordenaba la reinstalación de los Misioneros, por los mismos medios, si hacía falta, que se habían empleado para expulsarlos. El decreto fue ejecutado en todo su rigor; pero se ve de qué lado estaba verdaderamente la violencia, de cuál la justicia.

Por lo demás, en todo esto, no había ninguna intervención, ni de Vicente ni de los suyos: el obispo solo en acción,. Vicente, desde el inicio de la querrela, había incluso querido retirar a sus sacerdotes; el obispo se había opuesto con toda fuerza en el nombre de su buen derecho. Así nos lo dice una carta a Portail, del 25 de agosto de 1646: “Si la cosa dependiera de nosotros, llamaríamos a los nuestros, pero es el asunto de monseñor, quien ha actuado en su nombre... Dios mío, Monseñor, ¡cómo me aflige esto! ¿Habría dicho usted nunca que seríamos puestos a prueba de esta manera por esos buenos Padres, a quienes hemos tratado de servir con tanto afecto como si hubieran sido nuestros propios asuntos? Espero que Nuestro Señor vea esto poco que hemos hecho por ellos como venido de la caridad, *quae patiens est*. Quiera la misericordia de Dios que sea así, y darme los medios de servirlos en adelante, lo que me propongo hacer más afectuosamente que nunca, mediante la ayuda de Dios que os suplico pidáis para mí!”

Sin embargo, el parlamento de Bretaña, cada vez más obstinado, miró la orden del consejo como obtenida por sorpresa,. y expidió un decreto de comparecencia contra d'Orgeville, gran vicario de Saint-Malo, que le había mandado ejecutar. Al propio tiempo, uno de los Misioneros de vuelta a Saint-Méen, Pierre de Beaumont, fue sacado otra vez de allí, y le metieron en las prisiones de Rennes. Ante esta noticia, Vicente se apresuró a escribir a sus sacerdotes para animarlos contra la persecución. ¿Qué riesgo corremos? decía. ¿De sufrir la prisión? “Ay, ¿de qué somos capaces si no lo somos de esto por Dios? ¡Será posible que veamos a cientos de miles de hombres que se exponen en cada campaña, desde el menor del pueblo hasta los príncipes de la sangre, para el servicio del Estado, no solamente a ser hechos prisioneros de guerra, sino a la muerte, y que Nuestro Señor no encuentre a cinco o seis servidores fieles y bastante valientes para su servicio!” Le echaban en cara también algunas palabras suyas frecuentes: “Que valía más perder que pleitear;” y él respondía que el asunto no dependía de ellos sino del obispo de Saint-Malo, añadiendo que san Pablo y Nuestro Señor habían condenado los procesos con sus palabras y sus ejemplos; es verdad, replicaba él; pero uno y otro tuvieron procesos y los perdieron, y al perderlos les costó la vida.” Finalmente, se temía que la Compañía fuera declarada culpable y cayera en descrédito: “Oh, qué orgullo, respondía también, si, bajo apariencia de desfavor

y de humillaciones, abandonamos el honor de Dios para no arriesgar el nuestro! Oh, ¡qué lejos estaba san Pablo de esto, cuando decía que había que seguir a Dios *per infamiam et bonam famam, cuasi seductores et vexati*³³¹ ¡”

No obstante, como la virtud de Vicente no era nunca puramente pasiva, y quería que se añadiera la acción de la Providencia, casi al mismo tiempo, el 8 de setiembre de 1646, escribía a Marbeuf, primer presidente del parlamento de Rennes, a favor de sus sacerdotes y sobre todo del prisionero: “Monseñor, soy el superior indigno de la congregación de la Misión, que me da la confianza de escribiros la presente, prosternado a vuestros pies y a los de nuestros señores de vuestro parlamento, para suplicaros, por las entrañas de Nuestro Señor que protejáis la inocencia de uno de los más hombres de bien que haya en el mundo, y que trabaja por la salvación del pueblo con tanta bendición de Dios: es el Señor de Beaumont, uno de los sacerdotes de nuestra Compañía, a quien los reformados de San Benito han hecho encarcelar en vuestras prisiones, donde está encadenado porque le encontraron en Saint-Méen.” Después de tratar la cuestión de derecho y responder a las objeciones, añadía: “Después de lo cual, estos buenos Padres ¿han tenido razón de proceder con tanto calor contra su prelado y los obreros que él ha colocado en su viña, y de llevarlos a prisión encadenándolos a los pies? Yo no os digo esto, Monseñor, como queja que yo presente contra ellos. No hay hombre en el mundo que los honre ni les tenga tanto afecto como yo trato de hacerlo, por la gracia de Dios, como ellos mismos podrán deciros. –Pero si la gente ve falta en el hecho de que el Sr. de Beaumont regresó a Saint-Méen contra las órdenes, estad seguro, Monseñor, que lo hizo con la sencillez de un pobre sacerdote de la Misión que no sabe qué son los procesos, y que pensaba obrar bien siguiendo la orden de su obispo y del rey. Podéis creer, Monseñor, que si la cosa dependiera de nosotros que no estamos envueltos en el caso, la habríamos retirado a la primera notificación. –Así las cosas, Monseñor, recurro a vuestra bondad, porque sois el primer agente de la justicia soberana en vuestro parlamento, para pedirle muy humildemente su protección para dicho señor Beaumont y para nuestra Compañía. Además del mérito que tendréis ante Dios, mereceréis de todos nosotros una perpetua obligación que nos hará buscar las ocasiones de devolveros nuestros más humildes servicios, de los cuales, Monseñor, os suplico, con toda la humildad y el afecto que puedo, que aceptéis las ofertas que os hago a vos y a vuestra familia. comenzaré las oraciones que me propongo hacer toda mi vida por vos, Monseñor, y por la santificación de vuestra querida alma.” Aunque Vicente no usó, en esta circunstancia, del crédito que tenía ante la reina y varios personajes poderosos de la corte, el rey despachó casi inmediatamente a un ujier del servicio con orden reivindicar al prisionero. Pero el parlamento que comprendió en seguida la injusticia cruel de su conducta, le había puesto ya en libertad, después de cuatro o cinco días de detención. Sus últimos procedimientos fueron anulados con escándalo y las cámaras reunidas concluyeron con una nueva orden de amonestaciones muy humildes, a las que el rey no prestó ninguna atención, ya que mandó expedir un poco más tarde nuevas letras patentes.

Entre tanto, Falleció el obispo Harlai de Sancy, el 20 de noviembre; y bajo Ferdinand de Neuville, su sucesor los Misioneros, si bien tranquilos en adelante por parte del parlamento de Bretaña, quisieron tranquilizar plenamente su

³³¹ 10 de setiembre de 1648.

conciencia, poniéndose en regla, por si fuera necesario, con Roma. Se tomaron sus precauciones en el tribunal de Alejandro VII. Vicente no veía en todo ello, como así lo decía sin cesar, más que la gloria de Dios, constituyendo estas clases de uniones el único medio de fundar y sostener las casas de educación eclesiástica, entonces tan necesarias³³². El asunto fue examinado en Roma con todo el detenimiento y toda la madurez ordinarios, y el papa, después de oír a las partes interesadas, es decir al agente de los directores de Saint-Méen, por un lado y, por el otro, al procurador general de la congregación de Saint-Maur, dio, en 1658, una bula en la que habla de una manera muy honrosa de los sacerdotes de la Misión y de sus trabajos en los seminarios y en los campos. Esta bula, entregada, dice el soberano Pontífice, a instancias de todo el clero de la ciudad y de la diócesis de Saint-Malo reunido en sínodo, que había querido juntar su petición y su declaración a las de los Misioneros, a la instancia también del rey y del consentimiento de los monjes benedictinos mismos, habría sido fulminada sin oposición en la diócesis de Saint-Malo; pero hallándose vacante por entonces la sede por el traslado de Ferdinand de Neuville al Obispado de Chartres, fue dirigida al obispo de Dol, y volvieron a empezar las formalidades. El oficial debió hacer informes jurídicos sobre la conducta y los excesos de los Misioneros; se convirtieron en honor suyo. Clero, nobleza, hasta los jueces del lugar de los alrededores, todos depusieron a favor de los hijos de Vicente de Paúl. Desde que están en Saint-Méen, se decía a una voz, el rostro de la diócesis ha cambiado; los pueblos del campo se instruyen³³³; los eclesiásticos, no sólo de Saint-Malo, sino de las diócesis vecinas de Vannes, de Dol, de Saint-Brieuc y de Rennes, se forman en todas las funciones del ministerio³³⁴.

IX. *Frutos de los seminarios, en provincias, en París.* Tales eran, por lo demás, repitámoslo, los frutos ordinarios de los trabajos de la Compañía en las misiones y los seminarios, en particular en los seminarios de Bretaña. Así, en 1654, se fundó un seminario de la Misión en Tréguier por Michel Thépoault, señor de Rumelin, canónigo y gran penitenciario de la iglesia catedral, con la aprobación del obispo Balthazar Grangier y de sus sucesores. Fue probablemente el superior del seminario de Tréguier quien envió a Vicente una relación citada por sus primeros historiadores. el primer fruto que señala es la instrucción del pueblo. El método de predicación, sólido y familiar, enseñado a los jóvenes eclesiásticos, ha multiplicado los catecismos y los predicadores. Hasta entonces, no había catecismos; hoy se tienen en todas las diócesis vecinas; hasta entonces, apenas se podía lograr un predicador para predicar la cuaresma en cinco o seis parroquias apartadas; hoy, se consiguen con facilidad tres o cuatro, que atraen a las gentes de las parroquias circunvecinas, y pueden oír las confesiones al mismo tiempo que predicar y catequizar. Los sacerdotes ahora predicar también con el ejemplo. Llevan sotana, y todo su exterior, todas sus costumbres son eclesiásticas. Santificando a los demás, se santifican a sí mismos por la oración y por el estudio, por el celo de las

³³² Cartas a d'Horgny y a Jolly, en Roma, de los 8 de noviembre de 1646, y 6 de julio de 1657.

³³³ El 20 de marzo de 1654, Vicente escribía a Ozanne, en Polonia: "Los tres últimos días del carnaval, todo el mundo se quedó, en Saint-Méen, en la iglesia de la mañana a la tarde y, para expiar los excesos pasados, ayunaron a pan y agua, con excepción de uno o dos."

³³⁴ Véanse todas las piezas de este asunto en el *Summarium responsicum*, pp. 16-28.

almas y el desinterés que obliga a muchos a dejar ricos beneficios para entregarse más libremente a los trabajos apostólicos.

Los que han sido formados en el seminario inspiran su espíritu a los sacerdotes del campo, reunidos de vez en cuando hasta cincuenta en una sola parroquia, y los comprometen a celebrar, una vez a la semana, conferencias espirituales, y a reunirse las vísperas de las fiestas, para concertar entre ellos las santas ceremonias.

Sin trabajar directamente, y por el solo proselitismo de su ejemplo, convierten a sus cohermanos, que vienen algunos de más de veinticinco leguas para hacer un retiro en el seminario, y regresan a reparar sus escándalos y difundir la edificación en sus parroquias.

Otra cosa más, tal sería la historia invariable de todos los seminarios de la Compañía establecidos en vida de Vicente de Paúl: de seminario de Agen, por ejemplo, fundado en 1650 por Barthélémy d'Elbène, y confirmado, en 1677 y 1683, por Claude Jolly y Mascaron, del seminario de Montauban, fundado por Pierre de Bertier, el 5 de setiembre de 1660, veinte días tan sólo antes de la muerte de Vicente, y el último cuyo nacimiento viera él; tal es también, aunque en menor proporción, la historia de los seminarios mayores y menores, fundados después de él³³⁵.

Pero volvamos a los Bons-Enfants, a este seminario que, colocado bajo la mirada de Vicente y dirigido por sus más íntimos discípulos, debía servir de tipo para todos los demás. He aquí la relación que le presentó d'Horgny, doctor de Sorbona y uno de los primeros compañeros, que estaba entonces encargado de dirigirlo.

“I. –Se hace en este seminario como un misión perpetua, y se ve guardando la proporción los mismos frutos que se ven en las misiones de las ciudades o de los campos. Beneficiarios y sacerdotes que habían estado sumidos en la corrupción en el lugar de su domicilio, se convierten de buena fe; derraman lágrimas en sus retiros; desearían que se les permitiera hacer confesiones públicas; se humillan en todas las ocasiones. Cuando hablan en las conferencias, hacen confesión pública de su ignorancia pasada. Felicitan a sus jóvenes cohermanos por la suerte que tienen de instruirse en sus obligaciones. los que tenían enemistades inveteradas se reconcilian con cartas llenas de humildad. Hacen, bien a la iglesia, bien a sus demás acreedores restituciones considerables. Los santos Padres de los primeros y últimos siglos, cuyos textos se refieren en el derecho canónico, dicen a menudo que los eclesiásticos corrompidos son incorregibles; pero, gracias a la misericordia de Dios, hayan sido lo que hayan sido, parece que se convierten de ordinario en los seminarios.

³³⁵ Narbona y Metz (1661); Amiens, Troyes y Noyon(1662); Saint-Brieuc (1666); Marsella (1672); Saint-Flour(1674); Arras (1677); Béziers y Alet (1678); Beauvais (1679); Tours, Chartres, Toul y Auxerre (1680); Poitiers, Boulogne y Châlons (1681); Bayeux y Burdeos (1682); Sarlat (1683); Pau (1684); Manosque (1685); Saint-Pol-de-Léon (1689); Notre-Dame-de-la-Déivrande(1692); Vanne (1701); Agoulême (1704); Avgnon (1705); Notre-Dame-de-Bilosse (1706); Toulouse (1707); Poitiers (1710); Saint-Servan (1712); Pamiers y Tours (1715); Mornant (1717); Chartres (1719); Villefranche (1723); Figeac (1735); Arles (1752); Lars (1753); La Rochelle y Metz (1763); Rodez (1767); Luçon (1771); Cambrai (1772); Albi (1774); Nancy (1780); Soissons (1786); por último Castres (1788), el último seminario que haya sido donado a la Compañía antes de la Revolución –Arcihvos del Estado, MM. 535-539 En total, cincuenta y tres seminarios mayores y nueve menores., es decir casi la mitad de las casas de educación eclesiástica en Francia.

“II. –Los hay que, fundados en la mala costumbre de sus provincias, han poseído durante muchos años y con mucho apego beneficios incompatibles. se les decide aquí a abandonar el que no les conviene, y ellos se someten de buen grado.

“III. –Es muy común ver aquí bien a sacerdotes ya ancianos, bien a abades, canónigos, párrocos, y demás beneficiarios, bien a consejeros de parlamento o de juzgados, que hacen con gozo el oficio de portero, de acólito, de turiferario, o por inclinación hacia estas funciones, o para castigarse por no haberlas hecho nunca, o para demostrar el dolor que tienen de haberlas tenido en otro tiempo como poco convenientes a gente de condición.

“IV. –Lo que hay de consolador, es que estos buenos efectos del seminario no se acaban con él. Párrocos que no habían instruido nunca a sus feligreses, al regreso a sus casas, les parten el pan de la palabra, y cumplen a la perfección todos sus oficios. algunos han llegado a declarar al pueblo, incluso desde el púlpito, que acababan de aprenderse su deber y que querían comenzar a cumplirlo de verdad lo mejor posible.

“V. –Muchos, al salir del seminario, se han ido de la casa paterna y han tomado otra en el lugar donde nacieron, con el fin de establecer pequeñas comunidades eclesíásticas, que los santifican viviendo como vivían aquí, y se multiplican ganando para Jesucristo y su Iglesia a los que pueden asociarse..

“VI. –Hemos tenido a varios canónigos de iglesias catedrales o colegiales, que habiendo regresado a sus casas han sabido poco a poco, sin mucho aparato, pero no sin fruto, establecer o sostener la disciplina de su iglesia; y se sabe con cuánto celo y prudencia hablan, tanto en particular como en capítulo, de la obligación que tienen los canónigos de mantener el buen orden y las reglas eclesíásticas.

“VII. –Los hay que, vista la importancia que tienen las *escuelitas*, se han puesto, aunque fueran de condición, a hacerlas por pura caridad. Este santo ejercicio ha edificado mucho. Dios lo ha bendecido, y los habitantes de las ciudades lo han encontrado admirable.

“VIII. –No se puede omitir aquí Dios concede a la mayor parte, y casi a todos los que han hecho el seminario, de mantenerse en la piedad y en el ejercicio de sus funciones. los testimonios que se reciben de todas partes son muy favorables.

“IX. – Pero lo que es de algún modo más sorprendente, es la inocencia de vida que se advierte en estos señores durante el tiempo del seminario. Tanto es así, que los confesores tienen dificultades de ordinario para encontrar alguna materia de absolución.”

X. *Complemento de la obra de Vicente a favor del clero. –Fin del seminario de los Bons-Enfants.* Se ha advertido en esta relación estas pequeñas comunidades sacerdotales, o especies de seminarios de sacerdotes, que nacían del seminario propiamente dicho. Fueron numerosas, efectivamente. De esta forma fue como Pierre Colombel, párroco de Saint-Germain-l’Auxerrois, habiendo querido reunir a sus sacerdotes en una comunidad que sirviera de modelo a las otras, la puso bajo la dirección de Vicente de Paúl, quien trazó sus reglamentos.

También se ha advertido lo que se dice en la primera parte de esta relación referente a los sacerdotes alojados en el colegio de los Bons-Enfants. Entre la multitud de eclesíásticos a quienes el amor al estudio, la ambición, los asuntos,

la curiosidad, la licencia a veces, atraían a París, Vicente tenía a muchos a quienes la mediocridad de fortuna forzaba a alojarse en las hostelerías, con gran peligro de su virtud o de su dignidad. Para vivir iban de iglesia en iglesia a mendigar retribuciones de misas, y celebraban sin preparación, sin respeto, y hasta sin conocimiento de las ceremonias. Algunos pedían públicamente limosna, aburrían a la caridad y envilecían el sacerdocio. Vicente los retiró a la parte del colegio libre por el traslado de los jóvenes al seminario Saint-Charles. Así llegó a recibir hasta cuarenta a la vez y, a la espera de que estuviesen en disposición de servir en las parroquias o de recibir empleos de sus obispos, él se encargó de su mantenimiento, contentándose como precio de su alimentación, con el honorario muy insuficiente de sus misas, una parte del cual se lo perdonaba la mayor parte de los casos³³⁶Y para que se vieran ya obligados a recorrer indecentemente las iglesias, se arregló con el capítulo de Notre Dame que le ofreció la catedral y les fijó horas.

D'Horgny acaba de decirnos cómo fue recompensado Vicente por sus sacrificios; pero fueron pesados para su congregación, abrumadores en los años difíciles. Aparte de los gastos ordinarios de mantenimiento y alimentación, los había excepcionales, a los que su caridad se prestaba siempre con presteza. Que caían enfermos estos sacerdotes, quería que se proveyera a sus necesidades, y también a sus más costosos caprichos; y, mientras duraba la enfermedad, aunque fueran años, si tenían alguna obligación, los hacía suplir, para no privarlos de su salario. Cuando debía partir, les preparaba un paquete, añadiendo siempre una pequeña suma de dinero para el viaje.

Hablemos también de su buena acogida e infatigable caridad que le atraían de todas partes, no sólo de provincias sino del extranjero, a una multitud de sacerdotes pobres que albergaba en los Bons-Enfants o en San Lázaro. El carácter sacerdotal y su pobreza le eran títulos suficientes para recibirlos. Si tenían asuntos en París, no buscaban ya otro hostelería: o un proceso que seguir, allí enviaban a sus promotores, que permanecía a veces todo un año; que a sus iglesias les faltaban ornamentos, se dirigían a la gran tienda de San Lázaro, que les proporcionaba hasta sotanas y hábitos para ellos mismos, pagándoles de alguna manera el precio: ya que en fardo encontraban también algún dinero para su subsistencia.

Con la mayor frecuencia, se mostraban agradecidos. Un párroco de Champagne, al encontrarse con un Misionero, se le echó al cuello delante de la gente y, señalando su sotana, dijo de Vicente las palabras que Nuestro Señor dijo en otro tiempo de san Martín: *Hac veste me contexit*- con esto me vistió; luego le contó los muchos bienes que todo el país había recibido de su caridad. Pero a veces el caritativo sacerdote era pagado con ingratitud. Una noche, un eclesiástico desconocido y pobremente equipado fue recibido en San Lázaro para pasar la noche. A la mañana siguiente, por todo agradecimiento y despedida, robó y se llevó una sotana y un manteo. Querían correr tras él: "No, no, dijo Vicente, debía de tener gran necesidad el desdichado para portarse de esa forma. Si a pesar de todo quieren perseguirle, en buena hora; pero, en lugar de reclamarle lo que se ha llevado, que sea para llevarle lo que necesita todavía."En otra ocasión, ya no fue su caridad, sino también su fe y el honor religioso de su casa los que tuvieron que sufrir por la ingratitud.

³³⁶ Estos cuarenta sacerdotes no pagaban a Bons-Enfants más que una tercera parte de sus gastos; siete sueldos al día (Carta al arzobispado de París, del 3 de setiembre de 1647).

Un joven luterano alemán, habiendo hecho abjuración en París, le fue enviado por una superiora de comunidad que hasta entonces había provisto a la subsistencia del falso neófito. Esta religiosa se lo recomendaba como un sujeto de gran esperanza y que, agregado a su congregación, podría prestar buenos servicios a la Iglesia. El santo le recibió, le dio una celda y, siguiendo su costumbre, le incluyó ante todo en los ejercicios espirituales. el nuevo ejercitante, una vez estudiados los lugares, se deslizó en una habitación, de donde se llevó una sotana, un manteo largo y algunos pequeños muebles; a continuación desapareció, sin ser visto, por la puerta de la iglesia. Desde allí, vestido de Misionero, se fue a la prédica de Charenton, luego al barrio de Saint-Germain, a la casa del ministro Drelincourt, para quien cualquier deshecho aun el más impuro era una ganga, le recogió y paseó en triunfo de calle en calle, de casa en casa, a la casa de los de su secta; de quienes paseante y paseado se aprovecharon bien, uno recibiendo cantidad de cumplidos, el otro, limosnas, En uno de estos paseos, se encontraron con un tal Des Isles, un hombre muy celoso por la fe, y que trabajaba con éxito en las controversias. A la vista del atuendo eclesiástico del compañero de Drelincourt, Des Isles lo adivinó todo. Para aclararse más, los siguió hasta la primera casa, entró con ellos, y dejando subir a Drelincourt, preguntó al Alemán qué asunto le traía con el ministro. Creyendo que estaba hablando con un hugonote, el joven le respondió que tenía el propósito de abrazar el calvinismo. Sin esperar ni un momento ni una palabra más, Des Isles se va a buscar a Bretonvilliers, párroco de San Sulpicio, manda detener y llevar al Châtelet a este hombre, encontraba el medio de deshonorar a la vez a la Iglesia y a la Misión.

Informado de todo por Des Isles, se sintió mucho menos sensible al ultraje hecho a la casa que al que se había hecho a Dios. Apremiado por los amigos para perseguir en el culpable el latrocinio y el escándalo, les agradeció el consejo, prometió pensárselo; luego envió a los jueces, para pedir no justicia, sino gracia. Él mismo acudió ante el procurador del rey y del lugarteniente criminal, y declaró, en nombre de su congregación, que no pretendía nada, ni por el robo ni por el ultraje. “En cuanto a mí, añadió, os suplico humildemente que dejéis libre a este joven. es lo propio de Dios hacer misericordia. Su divina Majestad recibirá con agrado que despedáis sin castigo a un pobre extranjero, culpable tan sólo de una ligereza de juventud. Aunque se ignora la solución de esta singular demanda, es de pensar que los jueces le hicieron justicia. era un precedente que no les debía arrastrar a numerosa consecuencias.

El seminario de los Bons-Enfants duró de este modo hasta fines de siglo, aunque no existe ninguna carta de fundación en la forma ordinaria ni, por consiguiente ninguna entera estabilidad. Pero, en 1707, el cardenal de Noailles, arzobispo de París, considerando el bien que había hecho a su diócesis desde hacía más de sesenta años, le dio lo que le faltaba. Por un acta del 19 de mayo, estableció a los sacerdotes de la Misión como directores perpetuos de uno de sus seminarios de la diócesis de París, tanto en lo espiritual como en lo temporal, y les permitió vivir cerca de la puerta de Saint-Victor o en cualquier otro lugar que juzguen conveniente o que él les designe, con la condición que proporcione los suficientes Misioneros, sacerdotes y hermanos que se necesiten, que dependan del arzobispo en cuanto a la dirección del seminario, la administración de los sacramentos y todo cuanto se refiere a la asistencia espiritual del prójimo y la disciplina de la diócesis, permaneciendo, por lo demás, sometidos a su único superior general para la dirección interior de la

congregación. Para dar a esta acta un valor civil y no ser molestados en su posesión, los Misioneros solicitaron letras patentes del rey, que les fueron otorgadas en 1714³³⁷.

Así dueños pacíficos, no temieron más reedificar y ampliar considerablemente el colegio, lo que se hizo en 1732. Siguiendo el permiso del cardenal de Nosailles, quisieron continuar viviendo en esta casa, primera cuna de su congregación. Durante todo el siglo XVIII no fueron molestados más que una vez, con ocasión de la muerte de Vieilles-Cases, uno de sus superiores. Era en julio de 1740. Le habían inhumado en su capilla: el párroco de Saint-Nicolas-du Chardonnet vio en ello un ataque a sus derechos, y los citó al Châtelet que, el 2 de marzo de 1742, dictó contra ellos una orden conforme a sus conclusiones, pero ellos recurrieron al rey que, por letras patentes del 1642 y 1714, los mantuvo el derecho, reconocido además por el arzobispo de París, de administrar los últimos sacramentos y de inhumar como las demás congregaciones; derecho que fue incluso ampliado a todas las casas de la Compañía en el reino³³⁸.

En una ocasión igualmente, pero de una manera más seria, fueron molestados en lo temporal.

El 21 de noviembre de 1763, el rey había otorgado letras patentes, ordenando la reunión en el colegio de Louis-le-Grand de todos los becarios de no pleno ejercicio. Estas letras se ejecutaron en todas las partes, y los sacerdotes de la Misión, fundándose en una posesión de ciento treinta y tres años, los únicos que se resistieron. Pero fueron atacados tanto por los herederos Pluyette como por el administrador temporal del colegio de Louis-le-Grand, que obtuvieron contra ellos una orden del parlamento, con fecha del 8 de mayo de 1769, desestimándolos de su oposición a las letras de 1763, declarando incluso nulo el decreto de unión de 1627 y todo cuanto se había derivado, estableciendo al gran maestro temporal de Louis-le-Grand en posesión del colegio a partir del 1º de octubre de 1764, y remitiendo a las partes adversarias a entenderse en lo demás. Los Misioneros estaban resueltos a hacer concesiones antes que ir a los tribunales cuando la supresión de los parlamentos vino a interrumpirlo todo. Se aprovecharon para acudir al rey, quien declaró mediante nuevas letras patentes de 1773, que la intención de las letras de 1763 no había sido ni destruir ningún establecimiento útil ni la unión de la capellanía y principalidad de los Bons-Enfants a la Misión, unión que confirmaba, por el contrario, transfiriendo solamente a Louis-le-Grand a los dos becarios Pluyette³³⁹.

Repuestos de esta sacudida que los había movido un poco, los Misioneros reemprendieron sus obras, y mediante nuevas construcciones, estudios más ambiciosos, una mejor elección de los súbditos y una mejor disciplina, devolvieron a su primitiva perfección a este seminario, al que dieron en adelante el nombre de *Saint-Firmin*³⁴⁰. Con este nombre existía y era conocido, cuando se convirtió en uno de los teatros de las horribles matanzas de setiembre. En la noche del 3 al 4 de setiembre de 1792, Hanriot, a la cabeza de una banda de veinte a treinta hombres, asesinó a noventa y dos eclesiásticos, entre los cuales estaba el superior François. Los satélites de Hanriot, persiguiendo a los sacerdotes por los pasillos y en las celdas, los lanzaban

³³⁷ Archivos del Estado, MM., 534, fol. 23, para las copias, y S. 6850 para los originales.

³³⁸ Archivos del Estado, M. 167.

³³⁹ Archivos del Estado, S. 6850.

³⁴⁰ Véase en esto una Memoria, archivos del Estado, S. 6850.

vivos por las ventanas sobre un rastrillo de picas de agujas y bayonetas que los atravesaban en su caída. Costureras, dirigidas y excitadas por Théroigne de Méricourt, los acababan a tizonazos y arrastraban los cadáveres a los riachuelos. Así fue ahogada en sangre la cuna de los sacerdotes de Vicente de Paúl y su primer seminario. Hoy, la congregación de la Misión, si bien en menor proporción, ha rehecho la obra de la educación de los eclesiásticos³⁴¹.

Pero la obra de Vicente se habría acabado, incluso sin esta reanudación contemporánea; cerca de cien años antes de la masacre de Saint-Firmin, en 1698, cuando Luis XIV dio su declaración sobre los seminarios, quedaban pocas diócesis en las que fuera aplicable, el príncipe parecía más bien confirmar lo que habían hecho los obispos que excitar su celo. Gracias a Vicente y a los santos fundadores que siguieron sus pisadas, algunas diócesis, entonces como hoy, poseían hasta dos o tres de estos establecimientos útiles. Creación útil, en efecto, y tan necesaria para la educación y la perpetuidad del sacerdocio, que no entendemos, sobre todo en Francia, que haya tenido que esperar tanto tiempo para producirse el *fiat* de un pobre sacerdote. Por lo demás, es ése también uno de los caracteres de las obras de Vicente; tienen de por sí la belleza que marca todas las obras cristianas; tienen también la utilidad, la necesidad y de su inmóvil duración. En cuanto a los seminarios, que no existen en ninguna otra parte más que entre nosotros con ese justo carácter de vida secular y de vida claustral, con esa mezcla y ese estilo de estudios, de piedad y de disciplina la iglesia de Francia les debe su ciencia y sus virtudes y, nuestro clero esa aptitud para las funciones sagradas y esa decencia de costumbres que el mundo católico nos envidia.

Este clero formado con tantos cuidados y por tantas instituciones, faltaba defenderlo no contra el mundo y contra las pasiones, ya que la ayuda estaba preparada en las conferencias y en los retiro espirituales, sino contra el error; contra un error más peligroso para él que el mismo protestantismo; contra un error nacido de él como todos los demás, pero obstinándose en no salir, en quedarse como gusano roedor de su más pura sustancia, sin cesar de ser clerical y claustral: acabamos de nombrar el jansenismo.

Libro V: San Vicente de Paúl y el Jansenismo

Capítulo Primero: Origen y comienzos del Jansenismo.

I. *Cuestiones de la gracia hasta el Augustinus*. Antes de entrar en este gran debate, es necesario estudiar su historia, naturaleza y lengua. Y antes que nada expliquemos esta palabra de *gracia*, este gran grito de guerra que oiremos resonar a cada instante.

³⁴¹ En 1806, antes de ser legalmente reconocida, regresaba al seminario de Amiens. Después de la Restauración, volvía a los antiguos puestos de Saint-Flour (1820), de Cahors (1822), de Châlons-sur-Marne (1832); d'Albi (1836), de Sens (1839), de Tours (1850 y 1858), de La Rochelle (1651), d'Angoulême (1856), du Cambrai (1857), de Soissons (1858 y 1859), y se establecía de nuevo en Carcassonne (1824), en Montpellier (1844 y 1845), en Évreux (1846), y en Argel (1848), en total quince seminarios mayores y tres menores, menos de la tercera parte de los que poseía antes de la Revolución.

Se toma generalmente por todo don gratuito salido de la pura liberalidad de Dios; y, en este sentido, la creación, la conservación, las facultades del cuerpo y del alma, en una palabra, todos los dones naturales serían para el hombre gracias, ya que todo ello le viene de Dios a título gratuito, sin ningún mérito anterior de su parte.

. Pero, en un sentido más estricto y más riguroso, y en nuestra larga polémica, se entiende por gracia los dones sobrenaturales concedidos al hombre en el orden de la salvación eterna. Estos dones comprenden los privilegios que le fueron otorgados en el estado primitivo de inocencia, y la gracia medicinal que le fue dada desde su caída en virtud de los méritos de la redención. Y ahora, ¿qué es lo sobrenatural? Consiste esencialmente en una excelencia extraordinaria añadida a las facultades naturales del hombre y que sobrepasa la exigencia y las fuerzas de toda naturaleza creada e incluso de toda criatura posible, en una comunicación de Dios tal como es en sí mismo, en una participación y una unión inmediatas, por la inteligencia y la voluntad, en la esencia divina.

La gracia necesaria al hombre, incluso en el estado primitivo de inocencia, para cumplir su destino sobrenatural le ha resultado más indispensable desde su caída. Y no obstante, por profundos, por destructores que hayan sido en su alma los daños del mal, conserva todavía, el sentimiento de su fuerza y de su libertad. Y es que en efecto la voluntad, aunque lesionada y enferma, no fue aniquilada por la falta primitiva, ni reducida a una capacidad absoluta.

La gracia y la libertad son pues siempre los dos factores del destino humano. ¿Cuál es su papel respectivo y cómo se concilia su acción? Inmenso problema que, bajo nombres diversos, ha preocupado siempre y fatiga la curiosidad de los hombres. Todas las escuelas filosóficas, los diferentes sistemas religiosos, han dado a una y a la otra una parte más o menos grande, a veces una parte exclusiva; y entonces Dios desaparece bajo el hombre o el hombre debajo de la acción divina.

El cristianismo, al proclamar de una manera más explícita la falta primitiva y su transmisión a toda la raza de Adán, al enseñar la necesidad absoluta de una gracia reparadora, necesidad tal que Dios había debido morir para merecérsela al hombre, daba al problema una importancia infinita, pero le daba la solución tan difícil, que no se podía halla, al parecer, más que en la negación de uno de los dos términos. Así será en efecto en adelante, fuera del catolicismo, el escollo fatal a donde fueron a parar y a estrellarse todas las teorías filosóficas o religiosas.

Los primeros cristianos se preocuparon muy poco por estos terribles misterios. el heroísmo con que lucharon contra el hierro del verdugo y el diente de las fieras les daba la convicción de su libertad: y, al mismo tiempo, cuando bajaban al anfiteatro, no saludaban a César, como el gladiador esclavo, sino que bendecían la gracia que les daba la fuerza de morir.

Cuando la victoria conseguida sobre el imperio romano hubo liberado la inteligencia cristiana, aparecieron los sistemas que no habían encontrado lugar ni tiempo en medio de las persecuciones. En el siglo V aparece el monje inglés Pelagio. Niega que el pecado de Adán haya sucedido a su raza. Nuestro libre albedrío posee en consecuencia la misma energía que en el día de la creación. Ninguna necesidad para él de un auxilio divino, a menos que no se entienda por gracia los dones naturales.

El error pelagiano echaba por tierra el cristianismo, cuyas dos bases destruía, el pecado original y la necesidad de la redención. Asimismo, la autoridad eclesiástica y la autoridad civil se pusieron de acuerdo en proscribirle, al mismo tiempo que era batido en retirada por todo lo que había de ilustre entonces en las filas católicas por la ciencia y el genio. El más grande de sus adversarios fue san Agustín. Ya había defendido contra los maniqueos la libertad humana, pero el combatió con mucha más energía y perseverancia para mantener los derechos de la gracia divina; también se le llama por ello el “doctor de la gracia.”

Sin embargo supo conservar y defender los dos puntos esenciales del dogma, la gracia y la libertad que, en su persona y en sus escritos se dan el beso de paz y de conciliación.. se entiende entonces que goce en la iglesia de una autoridad tan grande, que todos hayan querido prevalerse de su nombre, y que las más célebres escuelas y los concilios hayan adoptado sus principales doctrinas.

Vencido en este primer combate, el orgullo de la libertad pareció abandonar el campo y dejárselo libre a la gracia, y se retiró a los límites de la arena, pero con la esperanza de poder muy pronto invadirlo todo. Marsella, la Isla de Lérins, eran entonces la residencia de hombres eminentes a la vez por sus virtudes y su ciencia: en sus filas nació el semipelagianismo, que rechazaba la necesidad de toda gracia interior preveniente para el comienzo de la fe y la perseverancia en el bien. Las primeras cabezas de este pelagianismo mitigado estaban de buena fe, y no creían que fuera posible mantener de otro modo la acción de la libertad. Por eso, en ciertas Iglesias, son colocados en el número de los santos. Pero san Agustín, san Próspero, san Fulgencio, demostraron entonces que si se sostuviera sobre un punto los derechos exclusivos de la libertad, se la convertiría pronto en enteramente independiente, y se aniquilaría la gracia divina. El semipelagianismo sucumbió

La inteligencia humana pasa pronto de un error a otro contradictorio. Los pelagianos habían luchado contra la gracia en nombre de la libertad; las predestinaciones de los siglos V y IX sacrificaron el libre albedrío a la gracia. Sostuvieron estos principios odiosos, que algunos hombres estaban predestinados a la condenación eterna, que Jesucristo no había muerto más que los elegidos, y que el libre albedrío estaba aniquilado después del pecado. Lutero, que había tenido un precursor en Wiclef, renovó en primer lugar todos los errores de los predestinacionistas. Sostuvo luego que la justicia primitiva de Adán era debida a su naturaleza, de la que se seguía que el hombre había sido herido por la falta de origen en sus dones naturales, que estaba hoy esencialmente modificado; de sano e íntegro, hecho enfermo y corrompido, no quedándole ya en herencia más que la miseria y el pecado. En otro tiempo la vida, ahora la muerte. Dos palabras que resumen las dos partes de nuestra historia: el hombre no es más que un cadáver. Todos los movimientos de la concupiscencia son culpables en él. Los más justos pecan siempre y necesariamente, e incurrir en la condenación eterna; y si los pecados no les son imputados, no lo es más que por pura condescendencia de la misericordia divina. El libre arbitrio se ha vuelto esclavo, y Lutero inscribe a la cabeza de su libro este título enérgico: *De servo arbitrio*. La gracia y la concupiscencia imprimen a la voluntad una necesidad, no de coacción y violencia, pero no obstante invencible e insuperable. De suerte que el acto contrario no está ya en su poder, y bajo el impulso de una y de otra, es puramente pasiva, como la

piedra en las manos del niño. El hombre está pues en la imposibilidad de cumplir los mandamientos de Dios; y como, por otra parte, sus actos los mejores en apariencia no son más que pecados, no puede por sus obras llegar más que a la condenación, y no a la justificación ni a la salvación. Por eso Lutero adelantó que no estaba justificado y salvado más que por la fe.

A todos estos errores, Calvino añadió algunos más, que le son particulares: que todos los fieles deben estar seguros, con una certeza de fe divina, no solamente de la gracia y de la justicia, presentes, como lo exigía Lutero, sino también de su perseverancia, de su predestinación y de su elección a la gloria; que en los elegidos la fe y la justicia son inadmisibles, por enormes que sean sus faltas: no pierden entonces más que el sentimiento de la gracia, pero no la gracia misma.

Algún tiempo después, Baius, profesor de la universidad de Lovaina, enseñó principios análogos. Con Lutero, decía que la gracia y la gloria estaban en la naturaleza inocente, que los mandamientos de Dios eran imposibles, que todos los movimientos de la concupiscencia eran pecados; todos los pecados, mortales; todos los actos de los infieles, culpables; las virtudes de los filósofos, vicios; que, sin la gracia, el libre albedrío no era capaz más que de mal; que la violencia sola repugnaba con la libertad, y que toda acto voluntario, incluso necesitado, era libre. Pero toda la doctrina de Baius consistía sobre todo en este principio, que no había medio entre la caridad divina y una viciosa concupiscencia, y que todo amor en el hombre se refería a una o a la otra.

A penas se habían condenado los errores de Baius por la constitución de Pío V, en 1567, cuando se levantaron graves disentimientos entre los teólogos católicos. Los dominicos acusaban a los jesuitas de renovar el pelagianismo, y los jesuitas acusaban a los dominicos de caer en los errores de Calvino.

La discusión subía de tono, cuando el papa Sixto V le evocó en su tribunal, culpó a los censores que se peloteaban las partes, y les impuso silencio.

Pero las discusiones se reavivaron todavía en España,, con ocasión de los libros de Molina.

En 1588, Molina, profesor de teología en Evora, publicó su obra famosa sobre la Concordia de la libertad y de la gracia. El dominico Báñez le denunció, pero sin lograr condenarle. La obra pasó entonces de Portugal a España, y la querellas volvieron a empezar entre los dominicos y los jesuitas, que se estrellaron mutuamente en el tribunal de la inquisición. Informado por el gran inquisidor, Clemente VIII, se reservó todavía el asunto, impuso un nuevo silencio a las partes, y sometió los documentos del proceso a las célebres congregaciones llamadas *de Auxiliis*.

Duraron cerca de diez años, del 2 de febrero de 1598 al 28 de agosto de 1607. Los dominicos y los jesuitas expusieron sus doctrinas ante hábiles consultores designados por el soberano Pontífice, ante los propios soberanos pontífices, Clemente VIII y Paulo V, y todo se terminó con un decreto que permitía a las dos partes seguir su sentimiento, les prohibía tratarse de herejes y publicar nada sobre estas materias sin la autorización de la Santa Sede.

Las cosas estaban así, cuando apareció el demasiado conocido *Augustinus*. No hablaremos de este grueso libro, huérfano de nacimiento, antes de decir por quién y cómo le habían sido preparados entre nosotros una cuna y unos patronos.

II. *Comienzos de Saint-Cyran y de Jansenius*. Jean Du Verger o Du Vergier de Hauranne, nació en Bayonne en 1581, de una familia enriquecida por el comercio. Después de hacer sus humanidades en su patria, vino a París donde siguió los cursos de Sorbona, en compañía de Petau, más tarde jesuita tan célebre. Los dos se alojaban juntos en la misma pensión burguesa. Interrogado más tarde sobre su antiguo condiscípulo, el P. Petau decía: “Era un espíritu inquieto, vano, presuntuoso, farruco, poco comunicativo, y muy particular en todas sus maneras³⁴².” Pronóstico ya completo del futuro sectario.

De Sorbona pasó a Lovaina, donde tal vez entrevió a Jansenius, con quien, al decir de los jansenistas, no se relacionó sin embargo hasta algunos años después, en París. Antes de dejar Lovaina, sostuvo sobre toda la teología una tesis que le valió un bonito elogio de Juste-Lipse. Pero se trajo consigo también los gérmenes del baianismo siempre vivos en esta universidad, a pesar de tantas censuras pontificias. De regreso a París, se encerró durante algunos años, en el estudio y en el silencio. Su primer novedad fue su *Question royale* (1609, compuesta con ocasión de una fanfarronada de Enrique IV. En ella, no sólo sostenía que a veces se permite sacrificar la vida por el rey, sino que enumeraba hasta treinta y cuatro casos en que un hombre puede matarse inocentemente. Juego mental, dijeron los mejores amigos³⁴³, donde se afirma la paradoja para hacer valer mejor su arte y su elocuencia. Juego mental, en buena hora; pero juego de una mente poso sana y de través, amante de la paradoja, del *galimatías*, como decía el propio Nicole ante el P. Bouhours! Golpe de ensayo que no es golpe maestro en materia de engaño de sí mismo y de los demás. Triste entrada en la vía de la composición y de la publicidad. ¿Qué será si vemos a Du Verger reincidir pronto?

Mientras tanto, hacia 1605, se lió en París con el demasiado célebre Corneille Jansen, nacido en el pueblo de Acquoy, cerca de Leerdam, en 1585, y más conocido en la historia con el nombre latino de Jansenius. En Lovaina, donde estudió la filosofía y la teología, había tenido por maestro a Jacques Janson, que continuaba prefiriendo las doctrinas de Baius a las doctrinas pontificias, y de su enseñanza y su trato había sacado los principios del futuro sistema sobre la gracia. En 1605, venía a París para continuar sus estudios y para rehacer su salud siempre débil. En sus conversaciones diarias, Du Verger y Jansenio declamaban ya contra la escolástica, y se convencían de la necesidad del recurso a las fuentes, como decían, es decir a la Escritura, a los Padres y sobre todo a san Agustín. Peor fueron las cosas en Bayona a donde llevó a su amigo hacia 1611. Allá, en un campo cerca del mar, los dos se sumergieron en un estudio de san Agustín, donde ya su fe y su buen sentido hicieron naufragio. Estudio testarudo, infatigable, apenas interrumpido por algunas partidas de volante, juego que compartía su amor con el obispo de Hipona. “Acabaréis matando a este buen Flamenco, decía la Sra. Du Verger a su hijo, a fuerza de hacerle estudiar.” No por eso dejaban de estudiar, gracias al tiempo de que disponían. Du Verger había obtenido de Bertrand d’Eschaux, obispo de Bayona, un canonicato para él, y para su amigo la dirección de un colegio que el obispo acababa de fundar.

Cinco años transcurrieron así. En 1616, Bertrand d’Eschaux fue transferido al arzobispado de Tours, y los dos amigos dejaron Bayona. Llegaron hasta París,

³⁴² Extracto de los dieciocho tomos mas. del P. Rapin, Biblioteca del Arsenal, théolog. fr., n° 56.

³⁴³ *Mémoires touchan la vie de monsieur Saint-Cyran*, por M. Lancelot ; 2 vol., in-12, Cologne, 1738, tom. II, p. 111.

de donde Jansenio regresó al punto a Lovaina. En cuanto a Du Verger, acompañó en Poitiers a Henri-Louis Chatâigner de la Roche-Posay, quien le hizo su vicario general. Fue entonces cuando Du Verger de Hauranne volviendo a su primer pecado, hizo la *Apologí*a de su protector, que había tomado las armas contra los protestantes sediciosos de su ciudad episcopal. Armado él también de una erudición indigesta, pretende probar que la costumbre que permite las armas a los eclesiásticos ha sido universal en el cielo y en la tierra: testigo san Miguel contra Lucifer (no se podía subir más alto); testigo Abraham, Moisés, Elías, Samuel, que le proporcionan una transición y una aplicación, se ve, bien natural y bien sensible para llegar a los sacerdotes de la ley cristiana; testigo por último, ese valiente obispo de Sentlis quien, en Bouvines, machacó a los enemigos para no derramar la sangre que horroriza a la Iglesia. En el individuo como en la humanidad, es suficiente con un solo pecado original para viciar la naturaleza y determinar inclinaciones fatales. Estos son dos en la cuenta de Saint-Cyran, y todos sus escritos y toda su vida conservarán su marca indeleble. En general, en toda la historia de las letras, y en particular de las letras cristianas, no se citará a un solo hombre que no se haya equivocado y sobre todo que haya llegado al final, haya debutado con tales composiciones.

Du Verger no debió arrepentirse mucho de su *Apologí*a, llamada todavía el Alcorán del obispo de Poitiers, ya que le valió la abadía de Saint-Cyran, hoy en la diócesis de Bourges, de la que La Roche-Posay dimitió en su favor. Por ahí su nombre histórico, por el que le llamaremos en adelante. También fue en Poitiers, hacia 1620, donde vio por primera vez a d'Andilly, con ocasión de un viaje de la corte. Estos dos hombres se entendieron en seguida. D'Andilly puso a Saint-Cyran en comunicación con su hermana Angélica, y le introdujo en Port-Royal y la familia Arnauld.

III. *Intrigas de Saint-Cyran. –Su entrada en Port-Royal.* Antes de instalarse en Port-Royal, debía llamar a muchas puertas. Jansenio, al encargarle de la difusión de la doctrina, le había recomendado reducir un cuerpo religioso que se hizo luego su propagandista. Para obedecer a la consigna, Saint-Cyran, de regreso en París, trató de unirse a lo que había de más influyente en el mundo eclesiástico. Logró ganarse a Bérulle, cosa no demasiado difícil, pero tuvo menos suerte con el P. de Condren. Después de muchas conferencias, el segundo general del Oratorio rompió con él, se convirtió *en su gran adversario*, siguiendo una expresión de Olier, y murió con el pesar de no haber hecho lo suficiente para hacerle conocer. Pero, a falta del jefe, Saint-Cyran, se adquirió el cuerpo. Desde el tiempo de Bérulle a quien halagaba, obteniéndole en Lovaina, por su amigo Jansenio, aprobaciones de sus obras, y procurando la fundación de varias casas de su Compañía en Flandes, había puesto un pie en el Oratorio, y no lo retiró ya. Por el oratorio fue como el jansenismo contagió los Países Bajos; y fue en los Países Bajos donde se refugiará en el tiempo de la persecución, y donde hará imprimir los libros del partido.

Saint-Cyran lo intentó también con el P. Bourdoise y con su pequeña comunidad de San Nicolás. Con aquellos exteriores austeros que fingía, impresionó favorablemente a este sacerdote, un poco por fuera, que quería llevar al clero a la severidad de la disciplina. Luego le envió a algunos de sus adeptos que le sedujeron con su exactitud en los oficios, y su amor aparente por el hábito y las ceremonias eclesiásticas.

No obstante, no conquistó a Bourdoise él mismo, sino que le quitó a este amable Lancelot, el autor de las *Mémoires*, el futuro humanista, helenista y matemático de Port-Royal quien, desde hacía ocho años, era educado en la comunidad de San Nicolás. Y constituye uno de los mayores crímenes de los jansenistas haber pervertido tan frecuentemente a estas buenas naturalezas, apropiándose de su franqueza, para no darles a cambio más que la obstinación en el error.

Saint-Cyran no había encontrado pues aún la compañía que él buscaba. Tuvo, dicen, el pensamiento de fundar él mismo una nueva orden religiosa. Redactó sus constituciones en latín y en francés y se las presentó al arzobispo de París, quien las rechazó. He aquí algunos puntos que nos ayudarán a conocer al hombre y a juzgar de la verdad de las acusaciones lanzadas en seguida contra él. El abad debía ser laico: *Oportet abbatem laicum esse*. En medio de inmensos detalles, no se ha dicho una palabra de la comunión. Se habla de una confesión hecha en el *capítulo*; pero como no hay sacerdote, no es una confesión sacramental, ni siquiera una confesión *seca*, es decir sin absolución. De Iglesia romana ni de papa, ni la menor mención. Este bonito proyecto fracasó, y fue una pena: nada ha sido imaginado tan curioso antes del falansterio; pero fue retomado por sus discípulos como se ve por sus cartas secretas y los documentos pillados en casa de Quesnel y de Gerberon. Se nos olvida decir que el nuevo orden debía tener sus fiestas particulares: era la profesión de la madre Angélica o de la madre Inés, de Port-Royal; el nacimiento de Singlin o de Sacy, sus confesores, etc. hay que descender todavía hasta nosotros para encontrar también en el calendario litúrgico del abate Chatel. Estos últimos detalles, dan bastante a entender que el proyecto sobrevivió, en el pensamiento de Saint-Cyran, incluso a su introducción en Port-Royal de los Campos. En efecto, después de verse cerrar tantas puertas, Saint-Cyran había llamado a ésta que, con la ayuda de la intriga y de la astucia, le había sido plenamente abierta. Este hombre había tenido la inteligencia de su tiempo. En una época de galantería, de pasiones literarias y de querellas escolásticas, vio que debía apoyarse en las mujeres y los hombres de letras. Existía entonces en París, en el barrio de Saint-Jacques, una comunidad de mujeres conocida con el nombre de Port-Royal. Comenzaba a llamar la atención, ya que, en 1608, había sido reformada por la madre Angélica Arnauld. En la abadía de Port-Royal des Champs, y había resultado tan floreciente que había tenido que emigrar a París en 1625, porque se hallaba en estrecheces en la del campo. Aparte de eso la influencia y las relaciones numerosas de la familia Arnauld, que reinaba entonces allí y ocupaba todos los cargos, le daban todavía importancia y celebridad. Fue en esta comunidad donde se deslizó Saint-Cyran. Estaba entonces bajo la dirección de Sebastien Zamet, obispo de Langres. Zamet acababa de trasladarla de la calle Saint-Jacques a la calle Coquillière, cercana al Louvre, con el nombre de Instituto del Saint-Sacrement. Allí, una de las religiosas, la madre Agnès compuso para su uso particular, dicen, un opúsculo de doctrina por lo menos extraña y a título singular: *Chapelet secret du Saint-Sacrement*³⁴⁴, del que la Sorbona emite este juicio, el 18 de junio de 1633: “Hemos encontrado este libro no ser de ninguna forma útil para la instrucción de las almas, sino, al contrario, contener muchas extravagancias, impertinencias, errores, blasfemias e impiedades que tienden a

³⁴⁴ “*Secreto!* Bueno, bueno, madre, ¿dónde está el secreto? ¿acaso es secreto el Santísimo Sacramento, o el *Ave María*? (De Maistre, *de la Iglesia galicana*, lib. I, c. VI.)

separar y extraviar a las almas de la práctica de las virtudes, especialmente de la fe, esperanza y caridad; a destruir el modo de orar instituido por Jesucristo, introducir opiniones contrarias a los efectos que el amor de Dios ha testimoniado para nosotros, y señaladamente en el sacramento de la santísima Eucaristía y misterio de la Encarnación.”

Una muestra de estas *extravagancias impías señaladamente* en el tema de la Eucaristía: “Inaccesibilidad. Que Jesucristo esté en el Santo Sacramento, de manera que no salga de sí mismo; que la sociedad que quiere tener con los hombres sea de una manera separada de ellos, y residente en sí mismo, no siendo razonable que se acerque a nosotros, que no somos más que pecado. Que more en sí mismo dejando a la criatura en la incapacidad que tiene de acercarse a él. Que todo lo que él es no tenga relación alguna con nosotros; que su inaccesibilidad le impida salir de sí mismo. Que las almas renuncien al encuentro de Dios y consientan que él more en lugar propio a la condición de su ser, que es un lugar inaccesible a la criatura, en el que recibe la gloria de no estar acompañado más que de su esencia sola, Que no tenga ninguna relación con ninguna cosa que ocurra fuera de él; que las almas no se presenten a él como el objeto de su aplicación, sino más bien para ser rechazadas por la preferencia que se debe a sí mismo. Que no se rebaje a comunicaciones desproporcionadas a su infinita capacidad. Que las almas moren en la indignidad que soportan de una comunicación tan divina; que se consideren afortunadamente repartidas por no tener ninguna parte en los dones de Dios por el gozo de que sean tan grandes, que no seamos capaces de ellos.”

¡Suficiente de estas blasfemias nauseabundas! Que sirva de comentario singular de la palabra evangélica: *Ad quem ibimus? Verba vitae aeternae habes*; o de ésta: *Venite ad me omnes!...* Se necesitaría ser bien confiado y temerario, después de esto, para esperar poder franquear esta barrera infinita interpuesta entre el alma y Dios, y para buscar tener ningún trato con él.

Ahora bien, este *Rosario secreto*, si Saint-Cyran no es su autor, como le acusaron en un principio los jesuitas, y no sin verosimilitud, por lo menos se lo inspiró con sus doctrinas, por lo menos se hizo campeón de ello. Así se llevó bien con Zamet, quien por fin le introdujo en la casa del Santo Sacramento. Una vez en el lugar, se ganó a la abadesa y a todas las religiosas, las llevó, incluso a Angélicas, a hacerle confesión general, y logró, sobre el monasterio entero, un poder absoluto. Como todos los sectarios, se sirvió entonces del ministerio de las mujeres para insinuar más fácilmente y difundir sus errores. No se encerró en los límites del monasterio, trató de atraerse también a mujeres del mundo, que debían luego llevar la doctrina del partido a las altas clases de la sociedad. El jansenismo hizo desde entonces aquello de lo que él acusó tan amargamente a los jesuitas; aduló los gustos y las pasiones, transigió con la inmoralidad, se mostró rígido con los que profesaban principios rigurosos, tolerante para las debilidades y políticas, no temiendo siquiera renegar de sus principios cuando las circunstancias lo exigían.

A su regreso, el obispo de Langres se encontró pues con el puesto ocupado y se vio él mismo suplantado. Ya se extendían los ruidos de que Saint-Cyran apartaba de la comunión. Prudentemente, se abstuvo y, para completar su obra, se inclinó del lado de la gente de letras. Ya hemos dicho que el monasterio del campo había sido abandonado por las religiosas desde 1625. hacia 1636, Saint-Cyran pensó en establecer en él, en medio de un siglo literario, una sociedad de gente de letras, una pequeña iglesia a la vez mística

y sabia, imbuida de los principios de la secta y del sentimiento de su mérito y de su excelencia. De esta mezcla de literatura y de ascetismo, de orgullo y de virtud salieron los *Solitarios*. Del fondo de su retiro atrajeron pronto las miradas, como todo lo que es extraordinario y misterioso. Por su vida reglada y sus principios severos, ellos no eran a los ojos de las almas sencillas y cristianas más que una comunidad religiosa, destinada a mantener, en medio de un mundo corrompido por los jesuitas, la pura moral del Evangelio; por sus estudios y sus obras eran para las gentes de letras una verdadera academia, madre del buen gusto y del bello lenguaje. Saint-Cyran no descuidó nada para darles y conservarles este doble carácter, Los alimentó a la vez con humildad y amor a la gloria. El estudio mantenía en ellos el orgullo de la herejía, y esta herejía, por sus principios de aniquilamiento del hombre bajo la acción divina, les parecía humildad. Al mismo tiempo la religión y la soledad calentaban sus pasiones literarias, y se arrojaban al centro de la lucha con el doble ardor de sectarios y de escritores.

Port-Royal de París y Port-Royal des Champs, ése el doble campo que se adquirió Saint-Cyran, que pobló con sus sectarios, o que él armó con sus doctrinas. Con sus conversaciones y sus obras la formaba para la defensa y el ataque. En 1626, había publicado la *Somme des fautes et faussetés capitales contenues en la somme théologique* del P. Garasse; primer golpe lanzado a los jesuitas, en los que, como consecuencia de los protestantes, él veía al enemigo. Con ello, no obstante, al atacar a uno de ellos, incluía también a la Compañía. Oh, si hubieran aceptado sus novedades, cómo los habría exaltado, a pesar de sus errores dogmáticos y su moral relajada. Pero pronto, al ver que nada ganaba, no se mostró comedido, y les lanzó un desafío abierto con su *Petrus Aurelius* (1632-1633).

IV. *Petrus Aurelius*. El papa Urbano VIII, aprovechando la buena voluntad de los Estuardos y la conjetura del próximo matrimonio de Henriette de Francia con Carlos I, había enviado a Inglaterra, a título de vicario apostólico, a Richard Smith, Inglés, obispo *in partibus* de Chalcedoine. “Este obispo, dice el Sr. Saint-Beuve, recibido al principio por los fieles de su comunión con mucho respeto y esperanzas, se había puesto pronto en lucha con los monjes, y en particular con los jesuitas del país, con motivo de los derechos episcopales, que él reivindicaba con toda su fuerza, y con más rigor quizá de lo que era prudente en un terreno tan poco seguro; abrogó los privilegios de los religiosos, y les quitó, por ejemplo, el poder de conferir los sacramentos sin el permiso de sus oficiales; pero el secreto, con frecuencia necesario en país hereje, no iba de acuerdo siempre con estas formalidades. En una palabra, quiso ser demasiado galicano en Inglaterra, allí donde era suficiente con ser católico a toda prueba³⁴⁵.” Se ha de leer todo este pasaje del Sr. Saint-Beuve, que desenreda muy bien la política de donde salieron los diversos panfletos después en este grueso in-folio. A falta de los jesuitas, había que poner por su parte a los obispos. Luego los más piadosos personajes empezaban a asustarse; Richelieu sospechaba ya y amenazaba. Era tiempo de buscarse otros aliados. Haciendo de campeón de los derechos episcopales, de la disciplina eclesiástica contra los monjes, contra los jesuitas sobre todo, Saint-Cyran enrolaba a los galicanos bajo su bandera, o más bien parecía combatir por

³⁴⁵ Port-Royal, tom. I p. 327.

ellos. “Él avanzaba bajo su cobertura, dice también el Sr. Saint-Beuve, a la espera de desenmascarar lo que le era propio(p. 330).”

El Sr. Saint-Beuve comprendió muy bien la idea dominante del *Aurelius* : la Iglesia no es ya una monarquía sino una aristocracia bajo la dirección de los obispos; al mismo tiempo sin embargo que parece igualar a éstos con el papa no deja de acercarse a ellos a los párrocos insensiblemente. “Todos estos gérmenes se han desarrollado a partir de entonces.” Estaban ya en el libro de tan bonito origen! y algunos otros también, por ejemplo, los gérmenes de una iglesia laica al lado de una iglesia presbiteriana, ya que Aurelius atacaba la indefectibilidad del carácter sacerdotal, enseñando que el sacerdocio se destruye por toda falta contra castidad, e incluso por todo pecado mortal. “Tan pronto como el obispo es pecador, dice también, decae de su estado, según el derecho antiguo, ya no está en él³⁴⁶. ”Y en otra parte dirá: “Es la Iglesia la que ha de corregir a los malos sacerdotes o suprimirlos, si le place; y entonces ya no son reputados sacerdotes, y pasan por laicos³⁴⁷. ”

Saint-Cyran no confesó nunca la paternidad de *Petrus Aurelius* , y el partido, Pascal principalmente en su XVIª Provincial, ha supuesto siempre ponerla en duda. Para alabar a sus anchas este “excelente libro que no moriría nunca,” Saint-Cyran negaba descaradamente, no solamente que él fuera su autor, sino *que hubiera tenido parte en él*; sin duda que por humildad, dice el editor de Lancelot, y también “porque otro le llevaba la pluma³⁴⁸” Más de una ocasión se presentará de ver que en materia de restricción mental, Saint-Cyran habría podido mostrarles algunas a los jesuitas.

Obligado a desaparecer por algún tiempo, Saint-Cyran siguió de *director* de Port-Royal, pero quiso introducir a un *confesor* de su estilo. Como había sustraído, en la persona de Lancelot, un secretario a Bourdoise, él robó un confesor a Vicente de Paúl. Antoine Singlin, sacerdote por los consejos de Vicente, había sido colocado por él en el hospital de la Piedad. Allí es donde fue a buscarle Saint Cyran. Comenzó por inculcar a este hombre sencillo, por deslumbrarle con su pretendida ciencia, bien preferible a la dirección ignorante del superior de San Lázaro; luego, para acabar de ganárselo, le suscitó tal vez una especie de visionario, que le asustó por cuenta de su primer director. Éste es al menos el hecho extraño relatado por Marguerite Périer, sobrina de Pascal.

Un día que Vicente se encontraba en la Piedad, Singlin, saliendo de la iglesia, le vio al fondo del patio, de conversación con una persona y, como él mismo tenía que hablarle, esperó en la escalinata de la iglesia. Allí estaba, cuando una hermana llamada Jeanne o Catherine, una devota del Sr. Vicente, dice Marguerite Perrier, o más bien una emisaria de Saint-Cyran, vino a decirle: “Bueno, Dios mío, Señor, es muy conveniente pedir a Dios por la Iglesia, ya que se va a suscitar un gran persecución, toda la gente de bien van a ser horriblemente perseguidos, y se derramará sangre. –Ay, hermana mía, respondió Singlin señalando a Vicente, ese santo hombre va ser perseguido también! -Ay, no, replicó la hermana con un suspiro; ay, no, Señor, él será de los perseguidores³⁴⁹!” Después, Singlin se pasó a Saint-Cyran.

³⁴⁶ Petri Aurelii opera, tom. II, *Vindic.*, p. 296, 319.

³⁴⁷ *Lettres chrét.*, carta 93, tom. I, p. 672.

³⁴⁸ *Mémoires*, tom. I, p. 181, texto y nota.

³⁴⁹ *Colección de breves documentos para servir a la hist. de Port-Royal, (Recueil...)* Utrecht, 1740, p.169.

Su nuevo director comenzó por prohibirle por largo tiempo las funciones sacerdotales; de manera que cuando las reanudó el día de san Lorenzo, patrón de la iglesia de Port-Royal, todo el mundo creyó que se trataba de su primera misa. Se guardó mucho de continuar diciéndola todos los días, apenas se le podía obligar a decirla, cuenta Lancelot con admiración, las fiestas y los domingos y, de creerle a él, nunca habría ejercido las funciones de su orden y se habría retirado por completo a la soledad³⁵⁰: Saint-Cyran había elegido bien: el discípulo era digno de su maestro.

De todo lo que precede se desprende por anticipado la verosimilitud de todo lo que tenemos que contar ahora de las relaciones de Saint-Cyran con Vicente de Paúl; ; después de la verosimilitud vendrá la certeza.

CAPÍTULO II: **San Vicente de Paúl y Saint-Cyran.**

I. *Comienzos de sus relaciones.* ¿Dónde, cuándo y cómo se formaron estas relaciones? No se sabe bien. En el Oratorio, hacia 1625, y por intermedio de Bérulle, han dicho los jesuitas³⁵¹; es posible y no importa gran cosa, se sabe la diligencia de Vicente en acoger a los buenos sacerdotes y en buscar a los que creía capaces de servir a la Iglesia. Pues bueno, al principio, Saint-Cyran había conseguido crearse una gran reputación de virtud y de ciencia. Muy pronto, sin embargo, y desde el tiempo de su mayor unión, Vicente, con su recto sentido y su práctica, encontró extraña la inactividad aparente de Saint-Cyran, su soledad fingida, y la manifestó su extrañeza al verlo así inútil. “No me parece, respondió el sectario, que servir a Dios en secreto, y adorar su verdad y su bondad en el silencio, sea una vida inútil³⁵².” Pronto saldrá de este silencio.

Por otro lado, se recuerdan los asedios múltiples que hacía Saint-Cyran alrededor de las comunidades religiosas, en particular de las comunidades sacerdotales. La Compañía de Vicente crecía de día en día y comenzaba a extenderse por todo el reino. ¡Qué provecho si se pudiera introducir en su seno, y hacer de los Misioneros otros tantos apóstoles que llevaran el Evangelio herético a las ciudades y a los campos, entre los pueblos y entre los sacerdotes! Saint-Cyran resolvió conseguirlo a todo precio, incluso al precio de su conciencia. Al decir de los jansenistas, habría prestado a Vicente y a su familia, a su Compañía y a sus amigos, incontables servicios. Es él quien habría apartado a Emmanuel de Gondi del consejo que le daban de cambiar la fundación de los Bons-Enfants y, por gratitud, le habrían ofrecido alojarse en el colegio, o incluso mandar construir para él una vivienda a su gusto. Como la bula de aprobación sufría dificultades en Roma, es también él quien, a ruegos de Vicente, habría traducido los reglamentos al latín, y habría dirigido cartas a algunos cardenales. Aunque el tratado entre el prior de San Lázaro y Vicente no le pareciera muy apostólico por parte del prior, él habría ayudado en él; y, en el proceso con los religiosos de Saint-Victor, habría forzado las repugnancias del primer presidente Le Jay y del abogado general Bignon, en un principio mal dispuestos a favor de los Misioneros. —Se sabe que los Bignon, casi todos educados en Port-Royal, fueron siempre favorables a la secta, y

³⁵⁰ *Mémoires*, tom. I, p. 290, 292 y 293.

³⁵¹ *Defensa del difunto Sr. Vicente, etc., contra las falsas conversaciones del libro de su vida*, (por Martin de Barcos), 1668, in-4 y in-12, c. II.

³⁵² Lancelot, *Mémoires*, tom. II, p. 94.

lentos de deferencia hacia sus jefes. –Gracias a la intervención de Saint Cyran, Bignon habría concluido contra el abogado de Saint-Victor, y arrastrado así al Parlamento. En su gozo agradecido, Vicente habría ido, al salir del palacio, a ver a Saint Cyran en su residencia del claustro Notre Dame y, poniéndose de rodillas delante de él, le habría hecho, al estilo de homenaje feudal un pequeño presente para demostrarle los derechos que tendría en adelante sobre San Lázaro³⁵³. Si se ha de creer a Saint-Cyran en sus respuestas al interrogatorio que sufrió más tarde en Vicennes, le costaba sin embargo mezclarse en una fundación cuya moda él condenaba, “deseando, dice él, que los asuntos espirituales...sean tratados espiritualmente y sin hacer concordatos que den lugar a procesos que aparten las bendiciones de Dios.” Interrogado cómo había podido entrar no obstante en un asunto así, *contra el juicio de su conciencia*, respondió que lo había hecho *dispensatorio*, como dice san Bernardo en caso semejante; y además dependiendo la conciencia del conocimiento, había querido creer que el señor Vicente tenía buenas intenciones apoyadas en buenas razones; y por fin había querido con ello testimoniar que no era tan riguroso ni tampoco tan acomodaticio como dicho señor Vicente había creído a veces.” ¡Está con el cielo de los acuerdos!

Estaba bien en el concordato, o más bien en el acta de unión de San Lázaro, otra de las cláusulas que repugnaban a Saint-Cyran: era la cláusula relativa a los ordenandos, que Vicente se comprometía a recibir. Pues bien, a Saint-Cyran no le gustaban los ejercicios de los ordenandos, que encontraba poco conformes a las costumbres de la *primitiva Iglesia*. Él tenía, ya lo sabemos, otros medios y otro método para preparar a los órdenes. No obstante, el fue más lejos, “sabiendo bien que el Sr. de París no consentía más que en esta condición.” Únicamente encontró *extraño* que Vicente añadiera esta obra a su primer proyecto. Quiso consintió en creer también, sin embargo, que había podido tener buenas razones para hacerlo, las cuales él, señor Saint-Cyran, respetaba, aunque las ignorara.”

Se ve a qué sacrificios estaba dispuesto Saint-Cyran a llegar para ganarse a Vicente. Le animaban a ello la deferencia y el afecto siempre crecientes que le testimoniaba el santo sacerdote, y también por los progresos que él creía hacer en su espíritu. Siempre proclive a preferir las ideas de los demás a las suyas, y sobre todo de aquellos que le parecían hablar en interés de la Iglesia, deslumbrado además por un vasto despliegue de ciencia, Vicente prestó oídos al reformador hábil y rigorista, que sólo le hablaba de la necesidad de llevar al clero y al cristianismo a la pureza de los primeros tiempos. Una vez que creyó haberle conquistado y haberse hecho dueño de esta alma sencilla y confiada, abandonó la zapa y desenmascaró poco a poco todas sus baterías. Día a día actuó con más apertura, midiendo sus ataques según los progresos que pensaba haber hecho. Sin embargo, la fe tan fácilmente despierta de Vicente ya se mantenía en guardia y, cuando Saint Cyran llegó a mayores, fue rechazado con menoscabo³⁵⁴.

³⁵³ *Défense*, etc., c. III.

³⁵⁴ En el proceso de canonización, Le Fort, sacerdote de la Misión, declaró que Saint-Cyran había prometido a Vicente hacer de la Congregación de la Misión la más famosa de la Iglesia, si él se adhería a sus sentimientos; y al rechazarlo el santo, le trató de ignorante. –Le Fort se lo había oído a los más antiguos de la Compañía. (Véase *Summ...*, n. 29, p. 47.)

II. *Conversaciones. –El sectario.* Un día él llevó la conversación a un artículo del símbolo calvinista. “Eso creéis, Señor, interrumpió Vicente. –Sin duda, replicó Saint Cyran, Calvino no ha abrazado una causa tan mala; sólo que la ha defendido mal: *Bene sensit, male locutus est.*” Y él prosiguió su tesis. “Señor, vais demasiado de prisa, dijo todavía Vicente tratando de detenerle. Esta doctrina ha sido condenada. Qué, ¿acaso queréis que crea antes a un doctor particular como vos, expuesto a equivocarse, que a toda la Iglesia, que es la columna de la verdad? Ella me enseña una cosa, y vos sostenéis una que le es contraria. Oh, Señor, ¿cómo os atrevéis a preferir vuestro juicio a las mejores cabezas del mundo, y a tantos santos prelados reunidos en el concilio de Trento, que han decidido este punto? –¡El concilio de Trento! respondió Saint Cyran con desdén y cólera, no me habléis de este concilio del papa y de los escolásticos, donde no había más que intrigas y cábalas.”

Concilio de *escolásticos!* Después de esto, Saint Cyran lo había dicho todo, tan profundo desprecio profesaba hacia la escolástica. Él ha escrito: “Un gran hombre de la orden de santo Domingo señala que Dios no ha santificado más que a dos doctores escolásticos en las dos órdenes de religión que había fundado para el bien de su Iglesia³⁵⁵.” Así, para los escolásticos, ¡menos salvación en el cielo que en la tierra! Prohibición a Dios, de parte de Saint-Cyran y consocios, coronar sus virtudes, como a los cristianos seguir su doctrina!

Se imagina bien la impresión del humilde Vicente ante tanto orgullo; y, a esta distancia de dos siglos, se ve todavía el espanto de este hombre, tan respetuosamente sometido a las decisiones de la Iglesia, frente a una rebelión tan audazmente exhibida. Sin duda, su fe estaba iluminada, -él nos dará más de una prueba, -pero, ante todo, era, como toda fe verdadera, pura y sencilla, fundada en la palabra de Dios y de las decisiones de la Iglesia, y no en el propio espíritu ni en una especie de examen protestante. Decía: “Cuando más se dirigen los ojos hacia el sol y menos se le ve, igualmente cuando más se esfuerza uno en razonar sobre las verdades de nuestra religión, y menos se las conoce por la fe. Basta que la Iglesia nos las proponga, nosotros no podríamos dejar de creerlas de nos someternos a ellas. La Iglesia, en efecto, es el reino de Dios, el cual inspira a los que él ha propuesto para gobernarla las buenas conductas que tienen. Su santo Espíritu preside en los concilios y de él proceden las luces que se derraman por toda la tierra, que han alumbrado a los santos, ofuscado a los malos, resuelto las dudas, manifestado las verdades, descubierto los errores y mostrado las vías, por las que la Iglesia en general y cada fiel en particular puede caminar con seguridad..” Una fe semejante debía sentirse incómoda al contacto con el dogmatismo presuntuoso de Saint-Cyran. Por eso Vicente resolvió usar de más circunspección en su trato con él y, sin romperlo del todo, hacerlo cada vez más raro y reservado. Antes de romper del todo, quería tratar por su parte de ganarse al sectario.

Un día que había ido a visitarle, se le encontró en una habitación sumergido en una lectura. Para no interrumpirle, se mantuvo algunos instantes inmóvil y en silencio. Pronto Saint-Cyran, levantando la cabeza y volviéndose hacia él: “¿Veis, Señor Vicente, le dije, lo que leo? Es la santa Escritura. Dios me da una inteligencia perfecta y cantidad de hermosas luces para su explicación. Asimismo me atrevería a decir que la santa Escritura es más luminosa en mi

³⁵⁵ *Cartas*, tom. I, p. 149; carta 19.

mente de lo que lo es en sí misma.” Aquel día, no era san Agustín quien reemplazaba al papa y a la Iglesia, sino él, el señor abate de Saint-Cyran. Por lo demás, no fue la única confesión soberbia la que haya hecho se su iluminismo. Después de uno de sus sermones, dijo a Lancelot: “Buen, ¿habéis comprendido? –Sí, respondió el ingenuo joven, y me he sentido muy edificado. –Ya tenéis suficiente para toda vuestra vida. Ahora, id, si queréis a mitad de un desierto; sabéis suficientes verdades, si las practicáis bien para conducirnos y para salvaros³⁵⁶!” Esta vez un solo sermón de Saint-Cyran reemplazaba al Evangelio y a la Iglesia.

Otro día, Vicente, habiendo celebrado la misa en Notre Dame, pensó en hacer una nueva visita a Saint Cyran, que se alojaba aún cerca de allí, en el Claustro. Le encontró encerrado en su gabinete. Habiendo salido al punto el sectario con el rostro ardiendo “Apuesto, Señor, le dijo sonriendo el caritativo sacerdote, que acabáis de escribir algo de lo que Dios os ha dado en vuestra oración de esta mañana. –Es verdad, dijo el abate todo transformado; os confieso que Dios me ha dado, y me da grandes luces. Me ha hecho conocer que ya no hay Iglesia. – Nada de Iglesia, Señor! –No, no hay Iglesia ya. Dios me ha dado a conocer que no hace más de quinientos o seiscientos años que no hay Iglesia ya. Antes de eso, la Iglesia era como un gran río que tenía sus aguas claras; pero ahora lo que nos parece la Iglesia no es más que cieno. El lecho de este hermoso río es todavía el mismo, pero no son ya las mismas aguas. –Pero bueno! Señor, queréis más bien creer en vuestros sentimientos particulares que en la palabra de Nuestro Señor Jesucristo, quien dijo que edificaría su Iglesia sobre la piedra y que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella? La Iglesia es su esposa y no la abandonará jamás. –Es cierto que Jesucristo edificó su Iglesia sobre la piedra; pero hay tiempo de edificar y tiempo de destruir. Ella era su esposa; pero ahora es una adúltera y un prostituta, por eso la ha repudiado, y quiere que sea sustituida por otra, que le sea fiel. –Creedme, Señor, se contentó con responder el santo contristado, desconfíe de su propio espíritu que os proporciona sentimientos muy distantes del respeto que se debe a la Iglesia. –Pero vos mismo, Señor, que habláis tan bien, replicó amargamente Saint-Cyran, ¿sabéis bien qué es la Iglesia? –La Iglesia, Señor, como nos enseña el catecismo que ella da a sus hijos, es la congregación de los fieles bajo la dirección de nuestro santo padre el Papa y de los pastores legítimos. – ¡Bah, bah, eso es chino para vos! . –Pero es el lenguaje de la Iglesia misma. – Vos sois un ignorante: muy lejos de merecer estar a la cabeza de vuestra congregación, mereceríais ser expulsado, y me sorprende que os aguanten en ella. –Ay, Señor, a mí me sorprende más que a vos, porque soy más ignorante de lo que pensáis y, si me hicieran justicia, no dejarían de despedirme de San Lázaro³⁵⁷.”

Saint-Cyran no podía adoptar la definición de la Iglesia dada por Vicente, él que, para prescindir de papa y de obispos, la ha definido así; “Qué es la Iglesia! es la compañía de los que sirven a Dios a la luz y en la profesión de la verdadera fe, y en la unión de la caridad³⁵⁸.”

Por lo demás, *alto alemán*(chino), *ignorante*, esan la última palabra de Saint-Cyran y de todos sus secuaces orgullosos a sus adversarios, y con ella les cerraban la boca y toda discusión. Pues notemos que los últimos detalles del

³⁵⁶ *Mémoires*, tom., I, p.47.

³⁵⁷ *Summ.*, n° 20, p. 42.

³⁵⁸ *Théol. familière*, lección VIe.

hermoso encuentro referido hace un instante, nos han sido entregados no sólo por los historiadores de Vicente de Paúl, sino también por el hagiógrafo de Saint Cyran, por el bueno de Lancelot, quien lleva la admiración de su maestro hasta el colmo y la superstición; por Lancelot que llama a Saint-Cyran “el primer hombre de los últimos tiempos, más sabio que san Jerónimo,” que le coloca en el rango de los apóstoles, cuando dice: “Juzgará al mundo con Jesucristo el último día³⁵⁹.” Es pues Lancelot quien refiere la última respuesta de Saint-Cyran a Vicente de Paúl; no, dijo él, que no reverenciara en efecto a la Iglesia compuesta de los pastores de lo cuales el papa es el primero, y de los fieles que están sometidos a los pastores; -acabamos de ver algo; -pero, añade él, estaba afligido porque este gran director no conocía mejor el espíritu y la majestad de la esposa de Jesucristo, él que dirigía a muchos eclesiásticos, y que habría debido estar en situación de instruirlos sólidamente, después de alimentarse él mismo, no sólo de lo que san Agustín según san Pablo llama la leche de la infancia cristiana, sino de estos alimentos fuerte y dignos de los perfectos que se hallan en los santos Padres y en los cánones de los antiguos concilio.” Es eso, continúa Lancelot, lo que Saint-Cyran quería hacer entender a Vicente de Paúl, que, para juzgar bien del espíritu de la Iglesia y hasta de su verdadera doctrina sobre los puntos que están hoy oscurecidos y contestados, no basta ver lo que se practica comúnmente, o cuáles son las opiniones más recibidas en las escuelas modernas, sino que hay que, tanto como se pueda, remontarse a las fuentes más puras de la tradición más universal. Y Lancelot concluye: “Creo que fue con ocasión de esta persona cuando el Sr. de Saint-Cyran hizo sobre los grados de la humildad que nos comunicó, casi al momento, al Sr. le Maître y a mí. Hablaba en él de un peligro que hay en tener más reputación de la que se tiene en realidad, lo que hace alguna vez que una persona se halle comprometida en empleos que estén muy por encima de sus fuerzas³⁶⁰.”

De modo que Vicente estaba despreciado en buena compañía, en compañía de Bourdoise, del P. Bernatd, del P. de Condren, de D. Jouand, abad de Prières, a quien, a juicio de Saint-Cyran, le faltaban de veinte a veinticinco años para aprender qué es la penitencia,” que un niño necesita conocer para hacer la primera comunión; en compañía también de D. Grégoire Tarrisse, superior general de la congregación de Saint-Maur, de quien Saint-Cyran decía a Lancelot *con admiración*, al darle cuenta de un cierta conversación sobre la oración: “Eso es algo extraño; sin embargo debe ser uno de los más esclarecido entre ellos, puesto que le han elegido para ser su general. Me sorprende cómo el verdadero espíritu de oración puede ser hoy tan desconocido incluso entre los más espirituales, pero ya reconoceréis lo que sucede después³⁶¹.”

Fue Vicente sin embargo quien tuvo el privilegio, si no el monopolio, de las injurias de Saint-Cyran y del partido. El 15 de marzo de 1655, la madre Angélica escribirá: “El Sr. Vicente desacredita a Port-Royal más dulcemente a la verdad que los jesuitas; pero, *con un celo sin ciencia*, desea tanto su ruina como los demás con una malicia descarada.” Dom Gerbernon, en su *Historia del jansenismo*, sólo habla del *celo testarudo* de Vicente, no le trata más que de *devoto ignorante* que, con un *gran aire de piedad* y de *maneras devotas*,

³⁵⁹ *Mémoires*, tom. I, p. 47, 159: tom. II, p. 508.

³⁶⁰ *Mémoires*, tom. I, p. 153.

³⁶¹ *Mémoires*, tom., II, p. 43.

sedujo a la reina y a los obispos³⁶². Y a mediados del siglo XVIII, el *Avocat du Diable*, tratando de llevar más allá estas groserías, dirá de él que, con su *espíritu ciego*, con su *corazón endurecido*, su *criminal testarudez*, él “quería atraer al error al abad de Saint-Cyran del que éste quería apartarle;” y que luego se hizo con el papa Inocencio X “el instrumento de la política diabólica de los jesuitas³⁶³.”

No haremos a la memoria de san Vicente de Paúl, a su siglo que él admiró, a la Iglesia que le ha canonizado en parte por su celo ilustrado contra el error, la injuria de refutar estas innobles acusaciones. ¿Podemos imaginarnos a san Francisco de Sales, a los obispos y a los eclesiásticos no sólo a los más piadosos, sino a los más sabios del siglo, levantándose con indignación contra el ultraje hecho al hombre a quien ellos habían otorgado su admiración y su confianza? ¿Escuchamos al menos la gran voz de Bossuet, haciendo un eco contradictorio a estos insultos o mejor estallando como un trueno, que los cubre y los ahoga, para no dejar ya resonar más que la aplicación a Vicente de las hermosas palabras de san Pedro: *Si quis loquitur, tanquam sermones Dei?*

De estas injurias, que registramos de paso como otros tantos elogios, se desprende por lo menos que Vicente actuó contra el jansenismo, si no con ciencia, al menos con un celo sincero y una convicción profunda; y también con una inclinación personal que no necesitaba de las ayudas de los jesuitas. Ya veremos en otro lado que la ciencia era igual al celo.

III. *Relaciones interrumpidas. –Visitas de los cuatro puntos. –Famosa carta de Saint Cyran.* Pero al celo y a la ciencia unió hasta el final la caridad. Tras la última conversación ya referida, Vicente se había alejado del sectario presuntuoso y había roto casi por completo con él. sin embargo, habiendo oído hablar al P. de Condren, a un gran número de eclesiásticos eminentes y a varios sacerdotes suyos, de una nueva herejía cuya cabeza era Saint-Cyran, quiso intentarlo todo para retenerle él mismo al borde del peligro, y cerrar así el abismo a los que iban tal vez a precipitarse con él. En esta disposición, se enteró de que Saint Cyran estaba a punto de emprender un viaje a su abadía. Aprovechó esta ocasión y, con pretexto de hacerle una visita de adiós, se trasladó a su casa. Saint-Cyran se había alojado entonces enfrente de los Cartujos, cerca del Luxemburgo, para estar más cerca de su querido Port-Royal. Después de disponerle a recibir favorablemente sus consejos, Vicente le habló de la obligación que tenía de someterse a los juicios de la Iglesia y de respetar las decisiones del concilio de Trento. Luego, volviendo a las proposiciones anteriormente sostenidas, le mostró que eran contrarias a la doctrina de la Iglesia católica. “Estáis perdido, le dijo al terminar, si continuáis en este laberinto de errores. Además, os perderéis vos solo o, por lo menos, ni mi Compañía ni yo os vamos a seguir en esto.”

Encendido por su celo y por su caridad, el santo se fue animando poco a poco y, hacia el final de la charla, habló con tanta fuerza y solidez, que Saint-Cyran se quedó cortado y no encontró palabras para replicar.

Así es el relato de Abelly. Los jansenistas, está bien claro, han contado, según Saint-Cyran mismo, la conferencia de otro modo. Confiesan que premeditadamente u ocasionalmente, Vicente reprochó a Saint-Cyran en esta

³⁶² *Hist. gén. du jansénisme*, 3 vol, in-12, 1703, tom., I, p. 388, 391, 422.

³⁶³ *L'Àvocat du Diable etc. à Saint-Pourçain, chez Tansin, pas saint*, (qué espíritu !), 1743 ; 2 vol, in-12, tom. III, pp. 189 y 195.

visita, que tuvo lugar hacia el mes de agosto de 1637 los cuatro puntos de doctrina sobre los cuales se había dejado sorprender él mismo por lo que Saint Cyran llama la triple cábala del abate de Prières, del obispo de Langres y de los padres jesuitas y del Oratorio. Solamente que ellos añaden que si el *sabio abate* le respondió poca cosa, fue no por incapacidad, como han querido hacer creer los jesuitas, sino por atención a un viejo amigo, que no creía bastante dispuesto en ese momento a escucharlos³⁶⁴. Saint-Cyran ha dicho además, en su interrogatorio, “que Vicente le había hecho estos reproches más para cubrirse del reproche que él mismo le había hecho por abandonarle en la persecución, que para acusarle de ningún error; que después de oír una primera respuesta, el mismo Vicente, quien no ponía en ello ninguna mala voluntad, se detuvo en seco, y habiendo visto a su interlocutor algo emocionado, le ofreció para calmarle y arreglarse con él, un caballo como regalo para su viaje.”

De qué lado está la verdad, ya lo veremos en seguida con toda claridad, Como quiera que sea, Saint Cyran partió para el Poitou y, uno o dos meses después, dirigía a Vicente una carta en el estilo más bárbaro y más oscuro, donde no brillan más que su despecho y su orgullo. En esta carta, insiste sobre los cuatro puntos de doctrina reprochados por Vicente de Paúl, sin designarlos más, y sostiene la pureza de su creencia, se lamenta amargamente por la persecución de la que se dice ser la inocente víctima, y más amargamente al ver entre sus perseguidores a quien ha prestado y querido prestar tantos servicios, aunque desaprobaba y desaprueba todavía, muchas de las prácticas de su Instituto³⁶⁵

Con fecha en París del 20 de noviembre de 1637, ha sido, según parece, escrita en Dissais en la casa de campo del obispo de Poitiers, y por una confusión lleva la fecha de París. Era toda del puño y letra de Saint-Cyran y llenaba cuatro páginas y media. Saint-Cyran en un principio la había abreviado un minuto, luego la redactó en su forma actual, y como apremiaban el tiempo y el mensajero, ha dicho en su interrogatorio, se la envió a la madre Anne de Lage, superiora de la Visitación de Poitiers, para que se enterara, sacara una copia para uso del autor, y a continuación la pusiera en su dirección.

Vicente no dio respuesta a esta carta, continúan narrando los jansenistas. Pero apenas estuvo Saint-Cyran de regreso en París, vino a agradecerle su caridad, reconociendo que sus dificultades venían por culpa suya, y que, si hubiera tenido más luces, no habría sentido ningún recelo. En una palabra, quedó tan satisfecho, que se quedó a comer ese día en casa de Saint-Cyran, y siguió demostrándole en toda ocasión su afecto y su estima. Este relato apenas concuerda con las declaraciones de Saint-Cyran en su interrogatorio. Saint-Cyran dice expresamente que Vicente le dio las gracias por la carta como por la mayor señal de amistad, que él le agradeció también por no habérsela enseñado a nadie; -sin embargo Saint Cyran había hecho más que dársela a la madre Anne de Lage, -pero que no se habló en su conversación de los cuatro puntos reprochados.

De la comparación de estas dos versiones se deduce al menos que Vicente tuvo que tomar todas estas precauciones, de donde quiera que viniesen, ya que nada se discutió en la visita del adiós y nada se sometió a discusión en la del regreso.

³⁶⁴ *Défense*, etc., c. IV.

³⁶⁵ Véase esta carta en los documentos justificativos, n° 1.

IV. *Saint Cyran en Vincennes. –Proceso e interrogatorio.* Inmediatamente después de esta última visita, el 14 de mayo de 1638, Saint-Cyran fue arrestado por orden del rey, o más bien de Richelieu, y conducido al castillo de Vincennes. Se ha discutido largo y tendido sobre los motivos reales de este encarcelamiento. Richelieu habría admirado profundamente primero a Saint-Cyran, diciendo de él un día en el Louvre, delante de todos los señores de la corte, poniéndole la mano en el hombro: “Señores, aquí tienen al hombre más sabio de Europa;” después de lo cual le habría ofrecido varios obispados y se habría mostrado irritado por sus rechazos. Otros han hablado del divorcio proyectado del duque de Orléans y condenado por Saint-Cyran; del libro *De la Virginitad*, traducido de san Agustín por el oratoriano Seguenot, obra llena de peligrosos errores, en la que Saint-Cyran era acusado, en el informe del P. de Condren y por la confesión de Seguenot, de haber suministrado las notas sin saberlo siquiera el traductor, etc. ¿Con qué fin buscar tan lejos lo que se halla tan cerca, en el conocimiento de Richelieu y de Saint-Cyran? Se conoce a Richelieu y su absolutismo que no podía resistir que nada se elevara sobre la autoridad en la Iglesia ni en el Estado; se conoce a Saint-Cyran y su humor más despótico todavía y mucho más impío: eran dos poderes rivales, de los cuales uno debí ceder ante el otro. Si quedara alguna duda, desaparecería ante estas palabras de Richelieu.” Él es Vasco, decía el cardenal del sectario, y tiene las entrañas calientes y ardorosas por temperamento; esta ardor excesivo le envía vapores a la cabeza de los que se forman imaginaciones melancólicas, que él confunde con reflexiones especulativas o con inspiraciones del Espíritu Santo.” Luego, cuando le hubo mandado a prisión, justificó de este modo su conducta. “Si hubieran encarcelado a Lutero y a Calvino cuando comenzaron a dogmatizar, habrían ahorrado a los Estados muchos engorros.” Por último, instado por el Sr. Príncipe a devolver la libertad al prisionero: “¿Es que no sabéis, respondió, que es más peligroso que seis ejércitos?”

Mientras Saint-Cyran estuvo entre rejas en Vincennes, se quiso requisar todos sus papeles para buscar pruebas contra él. Se ha dicho que con excepción de dos cartas, nada concluyente se halló, y que nada sin embargo había escapado a la policía de Richelieu. Existiría naturalmente todavía a pesar de todo la correspondencia con Jansenio de la que ya hemos dado algunas muestras. Pero es falso que los arqueros del cardenal se lo llevaran todo, aunque se hicieran, se dice, con el valor de treinta o cuarenta volúmenes in-folio para el canciller, que se admiraba de que un hombre pudiera escribir tanto. Además, Saint Cyran confiesa en su interrogatorio que había quemado muchos papeles y sobre todo cartas para no involucrar a nadie, dijo él, en su querrela. Y también, el ingenuo y fiel Lancelot nos habla de los temores que el preso de Vincennes tenía por sus papeles. Tuvieron que decirle para calmarle su sobrino Barcos primero y luego d’Andilly, que los más comprometedores estaban a buen recaudo. Por último, añade Lancelot, los arqueros mismos se cansaron de la tarea: “Se cansaban de tanto recoger papeles o, por mejor decirlo, Dios mismo los cegaba, y se dejaron cosas de importancia³⁶⁶”.

Sea como fuere, recogieron suficientes para hacer sospechosas las doctrinas de Saint Cyran y para justificar los relatos de los historiadores de Vicente de Paúl. El proceso de Saint-Cyran ha sido contado de diversas maneras por los

³⁶⁶ *Mémoires*, tom. I, pp. 66-71.

jansenistas y por los jesuitas. Dieciséis testigos fueron interrogados, de los cuales casi todas las deposiciones fueron aplastantes. Limitémonos al interrogatorio, tal y como se refiere, no ya en los *Progresos del jansenismo*, del P. Pinthereau, sino en el *Compendio jansenista de Utrecht*.

Saint-Cyran fue interrogado en primer lugar por Laubardemont, a quien se negó a responder como juez laico, después por el doctor Lescot, confesor de Richelieu y más tarde obispo de Chartres, muy ignorante, según voz común de los jansenistas; piadoso y sabio personaje según la historia. El interrogatorio de Saint-Cyran por Lescot, que ocupó diez sesiones, del 14 al 31 de mayo de 1639, se desarrolla en gran parte entre dos cartas: la carta de Saint-Cyran a Vicente de Paúl, y una carta de Anne de Lage a Saint-Cyran.

Saint Cyran confiesa en primer lugar que desde el establecimiento de Vicente de Paúl en San Lázaro no se veían ya más que de paso, por la distancia, bien porque Vicente viniera todavía a cenar alguna vez a su casa; y que incluso no había gran comunicación ni familiaridad entre ellos desde hacía tres o cuatro años, por consiguiente, desde 1635

o 1636, tiempo en que tuvieron lugar las conversaciones analizadas. La verdad es que Vicente había roto con él por completo, y que no le vio más en los años que precedieron a la prisión, que una o dos veces para probar en él los últimos esfuerzos de su caridad. Eso fue lo que declaró de Montmorin, arzobispo de Vienne, en el proceso de canonización, y que lo sabía de varias personas dignas de fe, y por el abate Claude-Charles de Chandénier, quien lo sabía de la propia boca de Vicente.

Incluso antes, ¿habían sido las relaciones tan íntimas como lo han pretendido más tarde los jansenistas? No, por cierto, si hemos de hacer caso otra vez a Saint-Cyran, que reconoció que Vicente “no se había gobernado de ninguna manera por sus consejos, y que parecía que desde su establecimiento en San Lázaro, no había *huido* de pedirle no tanta falta de benevolencia, como quizás por miedo a que respondiéndole no diera consejos demasiado fuertes y desproporcionados con la intención de que dicho señor Vicente tenía de fundar y de dirigir suavemente a su Compañía; lo que le había hecho parecer más, después que unos malos ruidos se habían difundido contra este respondiendo, sin que a pesar de ello dicho señor Vicente hubiera querido romper con él, contentándose con verle de tarde en tarde.” Eso está más que claro para quien sabe ver.

Por otra parte, si Vicente hubiera seguido viviendo en buena armonía hasta su prisión con él e incluso más allá como se ha pretendido, ¿de dónde viene entonces que en su interrogatorio hable de él con tanta reserva y hasta con desdén? Interrogado sobre Vicente “si le tenía por hombre de bien, etc.,” respondió titubeando que le tenía por hombre *prudente*, pero que podía equivocarse “por falta de luz y de inteligencia en las cosas de la doctrina y de la ciencia, y no por falta de buena voluntad; “ y por último dejó escapar la palabra que le costaba: “Que le tenía por hombre de bien.” Una cosa más, ¿por qué estas dudas? ¿Por qué esta reserva, estos desprecios? Cuáles son esas *quejas* que dice en otra parte que tiene que hacer contra Vicente? ¿Por qué Lescot, si creía a Vicente favorable al acusado, dirige obstinadamente sobre él todas estas preguntas? ¿No veía pues en él a un testigo de descargo que a Saint-Cyran un amigo cuyo testimonio pudiera invocar. Evidentemente sabían uno y otro que Vicente interrogado por Richelieu o por Lescot mismo, había respondido en el sentido de la acusación, y ellos querían uno fortalecer, el otro

debilitar el valor de las deposiciones de un hombre tan universalmente estimado por su inteligencia y por su virtud.

Tras estos preliminares, entró Lescot en los cuatro puntos de los que se habla en la carta de Saint-Cyran, y le preguntó cuáles eran. Saint-Cyran respondió que creía acordarse de que uno de ellos era relativo a ciertos consejos dados a Vicente con respecto a su Compañía; un segundo era esta proposición: “Que la penitencia remitida al final de la vida y en la enfermedad no está asegurada;” y que en cuanto a las otras dos, se le habían olvidado. Vicente insistió sobre este olvido inverosímil, ya que después de todo, se trataba de puntos de doctrina bien precisos, muy meditados, llamados *verdades católicas* por Saint-Cyran y *errores* por Vicente de Paúl. ¿Es posible que un hombre como Vicente, prudente y discreto, habría ido a casa de Saint-Cyran a reprocharle una verdad tan incontestable como la escasa seguridad de una penitencia diferida hasta la muerte? Claro que los cuatro puntos no eran eso. ¿No se encontrarían más bien en los reproches del abad de Prières: Nada de Iglesia después de 600 años: -la iglesia presente no es más que una adúltera; el concilio de Trento es un falso concilio; -la causa de Calvino era buena, etc.? Y no son estos mismos reproches los que Vicente habría ido a hacerle? “Parece que sí, respondió Saint Cyran, pero se trata de otra cosa! “ Y además dice que Vicente le ha podido reprochar estas opiniones, “pero que eso no prueba otra cosa sino que este señor Vicente las ha tomado de los enemigos de dicho respondiente.” Todo se aclaraba poco a poco.

El interrogatorio se volvió más insistente a propósito de la carta de la madre Anne de Lage. Esta carta rondaba en gran parte sobre la absolución puramente declaratoria y por lo tanto inútil; sobre la insuficiencia de la atrición, incluso con el sacramento y sobre el retraso de la absolución hasta el cumplimiento de la penitencia³⁶⁷.

Para responder a las acusaciones que nacían de una carta tan clara, tan precisa, escrita por una mujer de virtud y de espíritu, tan evidente mente indoctrinada por su director y eco también de sus enseñanzas, Saint-Cyran se hizo un buen lío entre sutilezas y contradicciones miserables, después de lo cual repetía sin cesar que la religiosa, a quien a pesar de todo había considerado digna de sus más íntimas confidencias, había entendido mal las cosas. Y, para dar a eso algún color de verosimilitud, añadió “que le sucedía con frecuencia cuando hablaba a personas, y con las que no había ningún peligro de expresar sus pensamientos con palabras demasiado fuertes, de servirse de la figura que se llama *catachrèse*, es decir, abuso de palabras, que le era familiar, sin que por ello tuviera ningún plan de lesionar la verdad!” Esta terrible arma defensiva, una vez descubierta, no la dejó más, y a las acusaciones más fuertes de Lescot respondió ¡*catachrèse*! El bueno de Lancelot nos da en alguna parte el verdadero sentido de esta cathacrèse tan cómoda y por el uso ordinario que de ella hacía Saint-Cyran. Relatando una conversación de su maestro con Chavigny escribe que Saint-Cyran “no había querido responder a ciertas cosas de ciencia que el Sr. Lescot no le preguntaba más que por curiosidad, por la misma razón por la que Jesucristo no había querido hacer milagros ante Herodes;” después, el amante de cathacrèse añadía: “Nosotros nos vemos obligados a veces a engañar, por así decirlo, a

³⁶⁷ Véase esta carta en los documentos justificativos, n° 2.

los que hablamos, y nos comportamos igual que los médicos que disfrazan los remedios³⁶⁸.”Entendido!

Pero quedaba siempre la carta de la madre de Lage, que no era, sin duda alguna, de esas personas a las que uno se siente obligado a engañar; carta sin embargo tan conforme a las acusaciones del abate de Prières y de la *triple cabala*. Había que responder.. Aquí, el abate de Saint-Cyran, con un proceder inverso al de la cathacrèse, hizo medias confesiones que nosotros podremos, sin *abusar de las palabras*, cambiar contra él en declaraciones completas. Sobre el artículo de la absolución *declaratoria*, respondió que él no lo había dicho “más que históricamente y no afirmativamente como se dicen muchas cosas que no se quieren y no se oyen para ser recogidas.” Por lo demás, reconocía que esta opinión “le había llegado un poco al corazón como teniendo más relación con la práctica antigua

de la Iglesia; que bien entendida, y con la discreción necesaria, podía servir en alguna ocasión particular.” Así habló de la confesión hecha a un laico, de los pecados veniales, materia insuficiente de confesión, de la Iglesia más pura en oro tiempo que hoy: “Lo mismo que sucede que un río al fluir agarra alguna impureza, así la Iglesia en el transcurso del tiempo se mancha un poco, cuanto más se aleja de su fuente y se extiende por los siglos posteriores.” Son casi las expresiones ya citadas de una conversación con Vicente de Paúl y, aunque atenuadas, encierran todavía un error, pues verdaderas tal vez de las costumbres de los individuos, son falsas de la Iglesia, siempre igualmente pura en su doctrina, su jerarquía y su disciplina.

SC confesó también que no había diferido a menudo dar la absolución, y declaró no acordarse “de que algunas religiosas como la hermana Marie Angélique y otras se habían quedado a veces tres o cuatro meses sin recibir la absolución y sin comulgar.” Añadía, es verdad, que él n había obrado así más que a su petición, y que las había urgido a acercarse a los sacramentos. Nosotros lo queremos; pero ¿quién les inspiraba tales peticiones y tales prácticas? Lescot sacó buen partido de todo ello: “Hemos echado en cara a dicho señor de SC que tuviera que considerar la contradicción evidente de las respuestas que ha dado hasta el presente, y declararnos ingenua y abiertamente todos sus sentimientos, muchos de los cuales nos son ya muy conocidos y más claros que el día por sus mismas respuestas. “En efecto, ningún tribunal dudaría, después de semejantes declaraciones, en condenar aun hombre.

Además, la conducta de SC y del partido, la doctrina expresada en sus obras, demuestran que tendían a la abolición del uso de los sacramentos. Sentando como principio

que la frecuentación de los sacramentos es más a menudo dañosa que útil, SC debía apartar de ellos a los fieles, sea por defensa expresa, sea exigiendo tales disposiciones que nunca se era digno de participar. Ocultando sus pensamientos con algunos correctivos, abolía la confesión para los pecados veniales, es decir para todas las personas piadosas que no tienen de ordinarios otras faltas que reprocharse ante Dios: “En cuanto a los pecados veniales, los que proceden de la debilidad, y en los que la voluntad tiene poca parte, se pueden perdonar por un *mea culpa*, etc. Los que nacen un poco más de la voluntad que de la debilidad, pero que no echan ninguna raíz en el alma porque

³⁶⁸ *Mémoires*, t. I, p. 135.

son de paso, pueden borrarse por el solo reconocimiento que se tiene de ellos, unido a alguna limosna o a alguna satisfacción, bien de alguna ligera abstinencia o de alguna oración, antes incluso de la confesión que se hace al sacerdote, que es muy útil cuando se hace como se debe, aunque no haya estado en uso en la Iglesia hasta muy tarde para borrar los pecados veniales³⁶⁹.” Teniendo la contrición perfecta como absolutamente necesaria al sacramento, quería que se difiriera la absolución indefinidamente la absolución, por sincera que hubiese sido la confesión del penitente, fuese el que fuese el arrepentimiento de sus faltas, por dispuesto que estuviera a corregirse de ellas, hasta que, por una larga penitencia, diera muestras de que tenía esta contrición justificante por sí misma; de modo que la absolución que le era concedida entonces no le confería la gracia primera, pero no era más que la señal del perdón otorgado ya en el cielo, una mera declaración de su regreso a la justificación por sus actos personales. Así es por qué se lee en su interrogatorio que culpaba a las misiones de Vicente y de sus sacerdotes, y la facilidad con la que absolvían a los pecadores, contentándose, pretendía él, con una confesión sin exigir estas disposiciones interiores que él tenía como indispensables. –Se verá en el libro siguiente si Vicente y sus hijos no exigían, antes de absolver, una conversión sincera.

La misma doctrina sobre la comunión: “Para recibir el sacramento de la Eucaristía, hay que estar en estado de gracia, *haber hecho penitencia por sus pecados*, y no estar apegado a ninguna cosa ni por voluntad ni por negligencia, a ninguna cosa que pueda desagradar a Dios³⁷⁰. –Los que permanecen voluntariamente en las menores faltas e imperfecciones son indignos del sacramento de la Eucaristía³⁷¹. –Esta alma nuevamente convertida se abstendrá por un tiempo de la santa comunión...como de un alimento demasiado sólido y desproporcionado a su debilidad³⁷².” Y en otra parte, hablando de una persona sobre la que le habían consultado, se expresa así: “Yo había resuelto proponerle que se al tuviera separada de la santa Eucaristía por algún tiempo...No hay mejor modo para curar un alma herida... Todos los cristianos que, desde los apóstoles han hecho penitencia por los menores pecados mortales...han seguido esta regla durante doscientos años y han querido estar separados...de la santa Eucaristía, reservándose la esperanza de volver a ella...después que se hayan purificado de sus pecados y de sus manchas por una plena y entera satisfacción³⁷³. –En caso de enfermedad, de incapacidad o de penitencia, la voluntad de comulgar no es menos agradable a Dios que el efecto; y en un penitente, según la doctrina constante de todos los Padres de la Iglesia, es más que el efecto durante el tiempo de su penitencia³⁷⁴.”. Traducción libre, pero exacta, de todos estos pasajes: “No comulguéis nunca, ya que sois y seréis siempre indignos.”

Y, en efecto, los penitentes y penitentas de SC recurrían lo menos posible a la confesión y a la comunión. La madre Agnès de Saint-Paul-Arnauld permitía a sus hermanas y a sus hijas pequeñas permanecer quince meses sin

³⁶⁹ *Lettres. chrét. et spirit.*, edit de 1648, 2 vol. in-8 ; lettre 32, tom. I, p.229. Ver también la carta 97, *ibid.*, 655.

³⁷⁰ *Théolog, fam.*, lec. 15.

³⁷¹ *Explicat. des cérém. de la messe; le lavement del mains.*

³⁷² *Le coeur nouveau.*

³⁷³ *Lettres chrét.*, tom. I, carta 42, p. 277, 278.

³⁷⁴ *Lettr. chrét.*, carta 26, p. 197.

confesarse; no tenía para ella ningún sentimiento de contrición ni de humillación al verse privada de los sacramentos, y se habría pasado bien la vida así sin ningún problema³⁷⁵.” La *grande Angélique* se pasó hasta cinco meses sin comulgar, y una vez incluso hasta el día de Pascua³⁷⁶.

Así era como SC llevaba a las prácticas de la primitiva Iglesia. Pues, primitiva Iglesia, hermosos días del cristianismo naciente, tal era el asunto constante de sus charlas a las religiosas de Port-Royal, de las que éstas se hacían eco dócil y ridículo. “Dicha Marie Angélique, escribía también el obispo de Langres, tomó tal gusto a los discursos del abate, y se imbuyó de tal forma del espíritu que no hablaba de otra cosa que de la primitiva iglesia, de los cánones, de las costumbres de los primeros cristiano, de los concilios, de los Padres, principalmente de san Agustín, que hablaba de ello hasta con las mujeres que venían a verla, las cuales se burlaban de ella como de una charla extraordinaria e inútil para ellas.

Veremos pronto las mismas teorías en un libro inspirado en SC, y escrito por el más célebre de sus discípulos. Pero ya la verdad de las conversaciones referidas por el primer historiador de san Vicente de Paúl queda plenamente demostrada. Además, como se ha insinuado varias veces, Vicente no es el único que haya oído y contado estos mismos discursos de SC. Sin hablar ya del abate de Prières ni del P. de Condren, se puede citar a Olier que los recuerda en sus cartas autógrafas. Y, en cuanto a la intención impía sobre el concilio de Trento, se halla referido indistintamente por jansenistas y ortodoxos. De Bellegarde, arzobispo de Sens, hizo una declaración de todo en su lecho de muerte³⁷⁷. Des Lions, poco sospechoso, asegura en sus periódicos (p. 270) que el oratoriano de Saint-Pé lo tenía de la propia boca del P. de Condren, que él mismo lo había recibido de la del abate de Foix, y que Amelote contaba este hecho como la razón por la que el P. de Condren había roto con SC. Él dice por último tener del P. Des Mares mismo que el P. de Condren, quince días antes de su muerte, le había exhortado a no juntarse a este abate, *eo quod crederet conicilium Tridentinum non fuisse nisi coetum scholasticorum et politicorum*. SC lo negó: ¿qué nos importa? Ya conocemos su teoría de la *catachrèse* y del engaño aplicada como remedio a ciertas almas. No hablaba de sus errores más que a solas con sus amigos, y se había acostumbrado a negar en público lo que había afirmado en sus conversaciones particulares³⁷⁸. El propio Des Lions atestigua esta extraña disposición de SC: “El Sr. de Foix – no olvidemos que es el futuro obispo de Pamiers- el Sr. de Foix me dijo que el abate de SC le aseguraba que no existía la gracia suficiente, añadiendo que si lo publicaba, negaría haberlo dicho³⁷⁹.”

V. *Rol de Vicente en el proceso. –Deposición apócrifa.* ¿Cuál fue el papel de Vicente en el proceso de SC? Si hemos de creer al abate de Barcos, sobrino de SC y *tan sabio como él*, decía modestamente el tío cuando se enteró de la detención del sectario, él vino a testimoniar su dolor a Barcos mismo. Le hizo todavía muchas visitas, en las que le repetía muchas veces: *Date locum irae*,

³⁷⁵ Carta a SC, que formaba parte de las piezas del proceso

³⁷⁶ Recueil d’Utrecht, p. 75; declaración del obispo de Langres al obispo de Saint Malo, en el compendio de Liège, p. 492.

³⁷⁷ *Summ. addition.*, c. IV, p. 84:

³⁷⁸ *Responsio ad novas animadv.*, p. 31.

³⁷⁹ *Jouraux*, p. 74, citados por el Sr. Faillon; *Vie de M. Olier* tom. I, pp., 248-259.

exhortándole, exhortándole así a dejar pasar el tiempo de la violencia, y a esperar humildemente la asistencia de Dios. Cuando SC tuvo que ser interrogado, le hizo decir que no se contentara con responder de viva voz, y no dejar dictar sus repuestas por el comisario, sino dictarlas él mismo, por miedo a que le cambiaran los términos o se falseara el sentido contra él. Desde que SC tuvo permiso de ver a sus amigos en Vincennes, Vicente fue de los primeros en visitarle, lo que hizo también al ser puesto en libertad. Interrogado por Laubardemont por parte de Richelieu, dio testimonio de la inocencia de su amigo, previno las opiniones molestas que se hubieran podido derivar de algunas palabras suyas. Habiendo remitido, en efecto, a Laubardement el original de la carta incriminada, como se le pedía cuáles eran los cuatro puntos mencionados en ella, respondió primero que no se acordaba; luego, puesto en oración, dijo que uno de los puntos era que él había oído decir a SC que los hugonotes se habían defendido mal: un segundo, que había creído que el abate desaprobaba los votos porque éste no era del parecer que se los mandara hacer a su Compañía; el tercero, que no le había oído condenar la facilidad con la que se absolvía a los más grandes pecadores, de lo que había deducido que condenaba a la Iglesia y su dirección; en cuanto al cuarto, que insistía en no acodarse de nada; pero, sea el que fuese, que no era más grave que los precedentes, sobre los cuales el abate le había dado a continuación las explicaciones más satisfactorias. Fue interrogado por Richelieu mismo quien, incapaz de sacar nada de él, en perjuicio del piadoso *abate*, le demostró frialdad, se separó de él *rascándose la cabeza*, su gran gesto de disgusto y se vengó retrasando la construcción del establecimiento que había emprendido en Richelieu para los sacerdotes de la Misión³⁸⁰. Compareció también ante Lescot, pero sus respuestas fueron tan favorables a SC, que los jesuitas –de qué no son capaces los jesuitas y qué no han logrado!– que los jesuitas hicieron desaparecer su interrogatorio de los procesos verbales³⁸¹.

Vicente de Paúl fue, en efecto, interrogado por Richelieu; y, haciendo violencia a su caridad por amor a la Iglesia, le reveló por primera vez las doctrinas y los proyectos del reformador; pero, como el P. de Codren., él se negó a responder al juez laico Laubardemont en materia eclesiástica. La prueba de ello está en esta carta de Cornuel, sacerdote de la Misión: “El Señor Vicente nos contó toda la historia de SC, las grandísimas relaciones que habían tenido juntos, las advertencias que le había hecho, los interrogatorios que sufrió por él por el mismo Señor cardenal de Richelieu, al rechazar a un juez laico a quien no había querido responder en estas materias.”

Lo sabemos también por el relato del P. Rapin, tan bien informado en este asunto. El P. Rapin cuenta en primer lugar que la duquesa de Aiguillon habiendo intervenido su tío a favor de SC encarcelado, Richelieu se propuso ver al P. de Condren y al Sr. Vicente, “a las dos mejores personas de bien del reino que se habían hecho los acusadores del abate de SC por principio de conciencia,” asegurándole “que se sentiría satisfecha tal vez por lo sabría de ellos”; cosa que tuvo lugar, en efecto; y el P. Rapin añade que el P. de Condren y Vicente, “los dos principales acusadores de SC”, se negaron a responder en las formas judiciales a Laubardemont, “cosa de la que el P. de Condren tuvo grandes escrúpulos al morir, temiendo que el éxito del proceso contra el

³⁸⁰ Eso es tan cierto que la casa fue acabada en 1638, en el momento mismo del encarcelamiento de SC. Véase Abelly, libro I, pp. 219-221.

³⁸¹ *Défense*, etc., cc. V, VI y VII.

acusado hubiera fallado por su silencio, a lo cual le había invitado el P. Vicente. Pero, continúa el P. Rapin, lo que ellos le habían dicho en secreto al cardenal de Richelieu había producido todo su efecto, y no tuvieron nada uno ni otro que reprocharse en este artículo; ya que fue principalmente por su testimonio por el que tomó la resolución de mandar detener al SC, no conociendo en el reino a dos más hombres de bien³⁸².”

Vicente no compareció más delante Laubardemont que delante del doctor Lescot. Abelly, su primer historiador, y Collet después de él, lo niegan formalmente. En efecto, en los procesos verbales de Lescot, que contienen no obstante las deposiciones de quince o dieciséis testigos, no hay el menor rastro de su interrogatorio. Queda pues siempre el interrogatorio supuesto por Barcos ante Laubardemont. Pero esta deposición apenas estaría en armonía con las respuestas del interrogatorio de SC; estaría en desacuerdo más radical todavía con una pretendida deposición completa y auténtica ante Lescot, publicada por primera vez en 1730, por Colbert, obispo de Montpellier, uno de los cuatro obispos *demandantes*, en una discusión a favor de SC contra Belzunce, el santo obispo de Marsella³⁸³. Pieza extraña, salida no se sabe de dónde; sacada la luz por manos sospechosa; desconocida de todos, amigos y enemigos, durante cerca de un siglo; vista sólo por los jansenistas, conservada por ellos con un cuidado celoso y negada obstinadamente al examen de los ortodoxos³⁸⁴; pieza al fin cuya naturaleza y carácter es imposible definir. “confieso, decía un magistrado a Collet, que un documento como éste me es totalmente nuevo, y que hasta ahora no he visto nada parecido³⁸⁵.” ¿Es acaso un certificado? Entonces ¿por qué un juramento y dos fechas diferentes? ¿Es una deposición? ¿Cómo entonces está escrita por el demandante mismo y supone al juez ya presente, ya ausente? Ella no es ni una cosa ni la otra, se ha dicho recientemente, para conciliarlo todo; es una sencilla redacción de diversos interrogatorios hecha por Vicente para sí mismo, por miedo a un falso proceso verbal, y enviada tal vez a los jueces. Por la extrañeza de su forma y sus apariencias contradictorias.

VI. Veracidad de Abelly. –Vicente depone contra SC a favor de su biógrafo. Sea como fuere, esas no son las contradicciones más profundas que habría que hacer desaparecer, para que fuera creíble la autenticidad de esta pieza, sino las contradicciones entre esta pieza misma y lo que Vicente nos ha dicho ya de sus relaciones con SC. Para lograrlo, no hay otra elección que entre dos medios: o negar le veracidad del relato de Abelly, afirmar que Vicente, engañado primeramente por los enemigos de SC, volvió a su primera estima hacia el sectario por las explicaciones que recibió de él se, y le tuvo *como uno de los más hombres de bien que hubiera visto jamás*.

³⁸² *Histoire du Jansénisme*, por el P. Rapin, publicada por el Sr. abate Domenech, pp. 379 y 387 (París, 1861)

³⁸³ Véase esta deposición en los documentos justificativos, n° 3. Esta pieza ha sido reproducida en varios libros jansenistas. Se la encuentra sobre todo al final del segundo volumen de las *Mémoires de Lancelot*, p. 493.

³⁸⁴ Ver esta deposición en las piezas justificativas, n° 3. Este documento ha sido reproducido en varios libros jansenistas. Se lo encuentra sobre todo al final del segundo volumen de las *Mémoires de Lancelot*, p. 493.

³⁸⁵ Collet pidió inútilmente verlo. –*Lettres critiques*, del prior de Saint Edme (Collet mismo), primera carta, p. 15.

Pues bien, negar el relato de Abelly es cosas difícil. Barcos los ha intentado y se ha perdido en ello. Hemos citado varias veces su *Défense* Allí, el pretendido *defensor* de Vicente comienza por prodigarle el ultraje: “El Sr. Vicente, escribe, no sabía siquiera las cosas necesarias para la salvación cuando fue ordenado sacerdote.” Después insinúa que el santo no ha aportado a las órdenes una preparación, y que no entró en ellas más que por el sacrilegio. Además, trata de hacerle pasar por un vicioso y libertino, añadiendo la palabra *énormes* a lo que había dicho Abelly sobre la costumbre que tenía el humilde sacerdote de confesar públicamente los pecados más “dolorosos” de su vida. Como su tío, condena las obras del santo reformador del clero, por ejemplo, los ejercicios de los ordenandos, de los que dice: “Sólo es una invención nueva y despreciable; su origen es muy bajo y muy alejado del espíritu y de la conducta de la Iglesia ; no está fundado más que en un sueño, en una imaginación sobre el pensamiento de un hombre *que sueña en una carroza*³⁸⁶ .” Este sobrino de *Aurelius*, este campeón del episcopado, no trata mejor a los obispos. Trata su recurso a Roma, en el asunto de las cinco proposiciones de la *acción más irregular y más insostenible del mundo*. No han actuado más que por *cábala, intriga, conspiración*. “Han rebajado al episcopado y le han hecho despreciable, etc.”³⁸⁷ .”

Ése es el hombre que acusaba a Abelly de haber inventado sus relatos y de haberlos compuesto sobre memorias mentirosas prestadas por los jesuitas. Pues los jesuitas deben haberlo hecho todo, no sólo las cartas de Vicente que se expondrán a continuación, y que Barcos encontraba que no eran de su estilo, sino sin duda también las bulas de los papas, los mandamientos episcopales, las declaraciones del rey, las órdenes del consejo y de los parlamentos. Pero, respondió muy bien Abelly³⁸⁸, ¿cómo decir que en presencia de los hijos de Vicente se hayan supuesto tantas cosas de esta importancia? ¿Qué los jesuitas hayan proporcionado el compendio de sus discursos en las asambleas secretas de los suyos, que hayan fabricado sus cartas y sus respuestas, y todo ello sin quejas ni reclamaciones de ninguna parte; por el contrario con aplausos de los Lazaristas, que enviaron el libro a todas sus casas y regalaron a sus amigos?³⁸⁹ Además, Alméras, primer sucesor de Vicente, hombre de condición, de inteligencia y de una probidad, que escapa a toda sospecha, entregó este certificado al antiguo obispo de Rodez:

“Nosotros, etc., certificamos que las principales y más importantes memorias sobre las que el Señor Monseñor Abelly...ha compuesto, a petición nuestra la *Vida del difunto S. V. de Paúl...*, le han sido suministrados por aquellos de nuestra congregación a quienes nosotros habíamos encargado de recoger; que dicho señor obispo nos ha comunicado todos los cuadernos manuscritos de su obra, que luego ha sido impresa por nuestra diligencia el año de 1664; que las palabras del Sr. Vicente que en ella se publican están conformes con dichas

³⁸⁶ Potier, obispo de Beauvais. Ver aquí arriba, p. 31.

³⁸⁷ *Défense*, etc., cc. XV, XVII y XVIII.

³⁸⁸ *La verdadera defensa de los sentimientos del venerable siervo de Dios, Vicente de Paúl, etc.*, in-4 e in-8, París 1688.

³⁸⁹ Había una respuesta más *perentoria todavía*, pero que no podía oponerse entonces: y es que Abelly no ha hecho más que prestar su nombre a la *Vida* de san Vicente de Paúl, obra de los Lazaristas mismos. Pues bueno, a pesar de la profunda estima de Vicente por la Compañía de Jesús, no existió nunca entre ella y San Lázaro la unión íntima que supondría tanto concierto y hasta tanta deferencia.

memorias y que tenemos los originales de las cartas que van insertadas en ese mismo libro. En fe de lo cual, etc.”

No serviría de nada decir que Alméras no habla de *todas las memorias*, sino de las *principales y más importantes*. Entregado con ocasión del libro anónimo de Barcos, este certificado designa necesariamente las memorias relativas al jansenismo. Además, en él se habla de *palabras y de cartas* de Vicente, certificadas *conformes a dichas memorias*. ¿Cuáles? Evidentemente las que se citan en el c. xii del libro II de Abelly, tan atacado por Barcos. Abelly tenía razón de decir d su censor anónimo; “Que vaya a San Lázaro...le enseñarán los originales de estas cartas del señor Vicente, y le dirán que no las ha hecho sino movido por el celo que sentía por la gloria de Dios, no a impulso de los jesuitas (40). “

Sólo nos queda pues decir que Vicente reflexionó más tarde sobre las prevenciones sinceramente expresadas en los relatos de Abelly y que acabó por reconocer la pureza de las doctrinas de SC³⁹⁰. Pero aquí abundan los

³⁹⁰ Se ha llegado a pretender que Abelly mismo se había retractado al menos con su silencio, vencido, sin duda, o convencido por la *Défense* de Barcos. Para entenderlo, hay que saber que hizo dos ediciones de su obra, la primera in-4, en tres libros, y conteniendo mil cien páginas, que fue impresa en 1664; la segunda in-8, en dos libros, conteniendo tan sólo setecientos veintitrés páginas, impresa en 1667. Ahora bien, Abelly, haciendo esta segunda edición para abreviar la obra, como lo declara en su advertencia, recortó todo el segundo libro de la primera, donde se halla el famoso cap. xii: *Lo que el Sr. Vicente ha hecho para extirpar los nuevos errores del jansenismo*, y la mayor parte de los discursos del III. Por eso, gritos de júbilo y de victoria del jansenismo, que quiso ver en esas supresiones una confesión de la calumnia; quejas desconsideradas de los amigos mismos, que vieron en eso una debilidad. Así el P. Daniel en el séptimo *Entretien d'Eudoxe et de Cléanthe*, las atribuye al poder del “partido, que acaba con todo lo que emprende;” y del P. d'Avrigny, en sus *Mémoires chronologiques*, (bajo el año 1625, tom. I y p. 385), hablando de los esfuerzos de Vicente contra el error, añade: “Estas obras son una parte de su gloria y sería de desear que los que están más interesados en apoyarla, no se hubieran avergonzado por él, recortando en las últimas ediciones de su Vida las pruebas incontestables de su adhesión a las decisiones de la Iglesia y de su odio a toda clase de novedades.” -¡Mucho ruido para nada! La segunda edición de Abelly ha precedido no seguido a la *Défense* de Barcos ya que es de 1667 y la *Défense* de 1668 tan sólo.. Además, para convencerse de ello, basta leer sólo la primera frase de la respuesta de Abelly, *la vraie Défense, etc.* : Apenas *se había acabado* la segunda edición de la Vida de san Vicente, cuando apareció un libelo bastante simple con el título de *Défense, etc.*, “ Esta segunda edición no es pues sin una retractación tácita, ni una especie de entrega de armas ante la refutación y el ataque de Barcos. ¿Cómo pues ha podido decir tanta gente, sin prestar la menor atención a las fechas mismas, que les responden de una manera tan perentoria? Como sucede de ordinario: se dice sin reflexión y examen suficiente: y los demás lo repiten servilmente al pie de la letra: tal vez la equivocación haya llegado también porque Barcos en su *Réplique* (artic. último, p. 87 de la edición in-4), parece hablar de los recortes de la edición segunda de Abelly como operados desde su *Défense*”...Ya que siendo acusado de haber impuesto estas cosas al Sr. Vicente y al difunto Sr. abate de SC, y declarando además quererlas defender como verdaderas, se veía obligado a no cambiar nada en absoluto *durante esta contestación* y de dejarlas como él las había producido la primera vez, y él no podía sustraer ninguna sin condenarse a sí mismo, dando motivo de creer que él había cambiado de parecer. “ A pesar de todo, la segunda edición, una vez más, había aparecido antes de la *Défense*. Que si se pretende que Abelly había adivinado el próximo ataque de Barcos o que quería de antemano ponerse en guardia frente a él o desaparecer ante este rudo justero, será también hablar a ciegas y sin examen, pues la segunda edición dice, aunque abreviado, lo mismo que la primera. El capítulo XLIV del primer libro muestra con qué firmeza se opone Vicente *a los nuevos errores del jansenismo* , y que lo que le obligó más a tomar precauciones frente a la secta,”fue el conocimiento muy familiar que tenía de una de sus primeros autores, cuyo espíritu y conducta le daban lugar a tenerle por muy sospechoso.” Añade que habiendo sido el error fulminado por los anatemas de la Iglesia, Vicente creyó verse obligado, no sólo a someterse al juicio de la Santa Sede apostólica, sino también a hacer profesión abierta, y a declararse totalmente opuesto, tanto a los errores condenados, como a todos los planes perniciosos de los que querían obstinarse en sostenerlos.” Y habla luego de los viajes inútiles de Vicente a Port-Royal, de las depuraciones hechas en San Lázaro, de los innovadores apartados de los manuscritos o de las dignidades eclesiásticas. Y, volviendo a la carga en el c. I de su segundo libro. Abelly habla de

testimonios para probar que se confirmó cada vez más, al contrario, en su primer juicio sobre el orgulloso sectario, Se recuerdan la carta de Cornuel y las deposiciones antes mencionadas del proceso de canonización. Que se escuche al propio Vicente en una carta de 1651 que no quería recurrir al papa, so pretexto que los novadores no se someterían a su decisión: “Eso puede ser verdad, dijo, de algunos que han sido de la cábala de difunto Sr. de SC, quien no sólo no estaba dispuesto a someterse a las decisiones del papa, sino que ni siquiera creía en los concilios, *Lo sé, Monseñor, por haberlo practicado mucho.*”

Hay mejores cosas todavía en dos largas cartas dirigidas a Roma, en 1648, al abate d'Horgny, que se inclinaba hacia las nuevas opiniones, cartas que nosotros invocaremos a menudo, tan decisivas son: ya que es un padre que escribe confidencialmente a un hijo en peligro, y le abre ingenuamente su memoria y su corazón, toda su alma. Estas cartas, cuyos autógrafos se guardaban todavía en San Lázaro desde el tiempo de Collet, a mediados del siglo pasado, y no se han extraviado hasta la Revolución, fueron publicadas en 1726 por el Journal de Trévoux durante el proceso de beatificación del Vicente de Paúl³⁹¹.

Pues, en varios lugares, Vicente vuelve al asunto a cuenta de SC. “Se os puede excusar, escribe a d'Horgny, porque no conocéis el fondo de las máximas del autor de todas estas doctrinas, que era reducir la Iglesia a sus primeras costumbres, diciendo que la Iglesia ha dejado de existir desde aquellos tiempos. Dos de los corifeos de estas opiniones han dicho a la Madre de Sainte-Marie de París, a la que se les había hecho esperar que podrían atraer a sus opiniones, que hace quinientos años que no hay Iglesia; ella me lo ha dicho y escrito. SC se lo había dicho a él mismo, y le había manifestado el proyecto de aniquilar el estado presente de la Iglesia y devolverla a su primer estado. Me dijo un día, continúa Vicente, que el plan de dios era arruinar a la Iglesia presente, y que los que trabajaban en sostenerla lo hacían contra su designio, y al decirle que eran de ordinario esos los pretextos que alegaban los herejes, como Calvino, me replicó que Calvino no había obrado mal en todo lo que había emprendido, sino que se había defendido mal³⁹².” Y recorriendo las otras opiniones erróneas de SC: “Apenas hay alguno, añade el santo, que

las resistencias de Vicente a las frecuentes solicitudes de los sectarios, y trae unas palabras a uno de sus sacerdotes: “Sabed, Señor, que este nuevo error es uno de los más peligrosos que hayan turbado nunca a la Iglesia.” Hay más, en la p. 320 de su primer libro, Abelly remite al lector para mayor información al c. XII del segundo libro de la primera edición. ¡Singular retractación ésa! También es sorprendente que tanta gente honrada se haya dejado engañar, por prevención, sin duda, y defecto de examen, y que, a principios del siglo XVIII, Bonnet, superior general de la Misión, haya tenido que escribir también una *Aclaración* (8 páginas in-4, archivos de la Misión), para desengañar a algunos prelados alarmados por el habla pública.

³⁹¹ La primera, que es en realidad la segunda, en marzo, art. 19 y la segunda, que es la primera, en abril, art. 37.

³⁹² En una conferencia de 1656, celebrada a propósito de las desgracias de Polonia, Vicente habló también en estos términos de SC: “Un autor de herejías me contaba en cierta ocasión: Dios se ha cansado por fin de los pecados de todas estas regiones, está encolerizado y quiere absolutamente quitarnos la fe, de la que nos hemos hecho indignos, y ¿no sería una temeridad, añadía, oponerse a los designios de Dios, y querer defender a la Iglesia, a la que ha resuelto perder? En cuanto a mí, seguía diciendo, yo quiero trabajar en este designio de destruir. Ay, Señores, quizás decía él la verdad declarando que Dios quería por nuestros pecados quitarnos la Iglesia. pero este autor de herejías mentía al decir que era una temeridad oponerse a Dios en esto y entregarse a conservar su Iglesia y defenderla, ya que Dios lo quiere y se ha de hacer; no hay temeridad en ayunar, en afligirse, en rogar para que se calme su cólera, y en combatir hasta el final para sostener y defender a la Iglesia en todos los lugares donde se encuentra.”

haya sido mejor informado por el autor que yo.” Por ejemplo, la absolución diferida hasta el cumplimiento de la penitencia: “¿Acaso no he visto, dice, mandar practicar esto al Sr. SC? “ o también, la ruina de los sacramentos, y sobre todo de la Eucaristía: es, dice también, “lo que ha pretendido el difunto Sr. SC para desacreditar a los jesuitas. El Sr. de Chavigny decía estos días pasados a un íntimo amigo, que este buen señor le había dicho que él y Jansenius habían emprendido su plan para desacreditar a esa santa orden respecto de la doctrina y de la administración de los sacramentos; “ y para que no se le acusara de hablar sobre vanos rumores, añadía: “Y yo le he oído mantener cantidad de discursos casi a diario, sobre esto.”

Aquí tenemos no sólo el fondo, sino el detalle de todas las conversaciones referidas por Abelly, de todas las acusaciones del abate de Prières y de las *triple cábala*, consignadas en el proceso. Allí no falta nada, ni siquiera la prueba de la duplicidad de SC, pues Vicente dice también: “He oído al difunto Sr. de SC que si hubiera dicho verdades en una habitación a personas que eran capaces de ellas, que pasando a otra donde se encontrarían otras que no lo eran, que les diría lo contrario; que Nuestro Señor obraba de esa manera y recomendaba que se hiciera lo mismo.”

¿Quiere decir esto que Vicente no haya cambiado respecto de SC? No, por cierto; él ha cambiado mucho; ha pasado con él de la confianza al terror, de la estima de la ciencia y de las costumbres al desprecio, no de la persona, sino de la doctrina y de la rebelión. Una vez llegado a ese punto, se ha mantenido constantemente en su convicción, su conciencia y su conducta secreta y privada, y no ha variado más que en su conducta exterior y pública, y si no denunció antes al sectario es porque ante todo por esa caridad que no piensa el mal, dice san Pablo, y luego por obedecer al precepto evangélico que nos recomienda tomar a nuestro hermano culpable entre nosotros y él sólo antes de denunciarlo a la Iglesia. Además, él no vio en un principio en las palabras de SC más que extravagancias de un particular y no el manifiesto de un jefe de secta. El proyecto y la existencia de una secta eran un secreto todavía ignorado de todos y particularmente de Vicente. Mas cuando se produjo el rumor en torno al *Augustinus*, cuando apareció el libro de la *Frecuente comunión*, y la revuelo y la división se introdujeron en la Iglesia y en el Estado, en las escuelas y en las comunidades religiosas, a partir de entonces vio todo el alcance de las confidencias de SC, y de los esfuerzos que éste había hecho para seducirle, a él y a su Compañía. Su fe se sobresaltó, ya que, dice él más tarde: “En todo momento, y hasta en mi tierna edad, siempre he tenido un miedo secreto en el alma, y nada he temido tanto como verme por desgracia hundido en el torrente de alguna herejía que me llevara con los curiosos por novedades y me hiciera naufragar en la fe.” En seguida resolvió intentarlo todo para preservar su ver y las de los suyos, y también para llevar al Soberano Pontífice y a los obispos a oponer al error el dique de su autoridad y de sus censuras³⁹³.”

³⁹³ La conducta de Vicente de Paúl con respecto a SC ha sido uno de los puntos más debatidos en el proceso de su canonización y uno de los más victoriosamente concluidos a su favor. Una vez que conoció la testarudez del sectario, se ha demostrado, rompió con él, sin ningún respeto humano, y descubrió y denunció a todos el veneno de su doctrina. Tal es el sentido de una carta del obispo de Montpellier, del 13 de marzo de 1665 (*Restricción de pruebas, etc.*, p. 6), y de la disposición de diez testigos que lo sabían del Vicente mismo (*Summariium*, pp. 47-49). Disuadió a Raconis, obispo de Lavaur de recibir para a coadjutor a Joly, canónigo de París, que había alojado a SC durante cuatro años (*Rest.*, p. 6. –Véase la carta de Raconis, *Summ., addit.*, p. 87). Pallu, obispo de Heliopolis y vicario apostólico en el Tunchin,

Pero, antes de empezar esta parte de su historia, hay que retomar algunos hechos.

V. *Últimas relaciones. –Muerte de Saint-Cyran.* De la torre de Vincennes, SC continuaba dirigiendo el partido. Escribía una multitud de cartas dirigidas casi todas a *personas de condición*, sea que fueran en efecto sus correspondientes, sea que quisiera tan sólo darse con ello importancia³⁹⁴. Preparaba a sus

depuso también: “Habiendo ido a San Lázaro el año 1660 a visitar al Sr. Vicente, me habló mucho de los malos sentimientos del difunto Sr. SC. Un día, me dijo, que declaraba ciertas proposiciones heréticas, yo le manifesté que entraba en los sentimientos de Calvino: “Calvino, me respondió él, ha atacado muy bien a la Iglesia, pero se ha defendido mal. “ Este abate, continuó el Sr. Vicente, no tenía ni estima ni respeto por el concilio de Trento; eso no había sido, según él, más que una asamblea de religiosos. Me añadió que lo que le producía el mayor horror, es que este abate le dijera un día, en su meditación, dios le había hecho conocer que no le agradaba ya su Iglesia tal como era, y que los emprendieran defenderla irían formalmente contra la voluntad divina. Por último, dijo el Sr. Vicente, os digo en serio que jamás visteis hombre más soberbio, ni tan agarrado a su propio sentido (Restre., p. 10.)” Finalmente Des Mares ha escrito en su obra apologética contra Barcos, p. 215: El Sr. Vicente me ha contado que respondió a SC, ante la proposición: ya no hay Iglesia desde hace 600 años: “Ay, Señor, ¿creéis antes a vuestros sueños que en la palabra de Cristo Nuestro Señor, que ha asegurado que las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra su Iglesia? y se necesitaría que las puertas del infierno hubieran prevalecido si la Iglesia no subsistiera desde hace 600 años”, y que entonces SC le trató de ignorante. Pero el Sr. Vicente le respondió: “Quedaos con vuestra ciencia, que yo me quedaré con mi ignorancia.” SC se fue poco después a Poitiers, donde habiendo ido un día a visitar a la Madre superiora de las carmelitas, él le dijo de repente con un gran transporte de alegría: “Oh, Madre mía, siento todo el gozo del mundo; acabo de descargar plenamente mi corazón. Acabo de escribir extensamente al Sr. Vicente sobre un discurso que hemos tenido juntos.” El Sr. Vicente me ha dicho a continuación que esta buena religiosa le escribió al mismo tiempo, y puso entre otras cosas en su carta: “No sé lo que el Sr, abate de SC os ha escrito, pero está muy jubiloso por haber descargado su corazón .” Y el siervo de Dios añadió que acababa de recibir la carta de SC. “ Pero SC, añade Des Mares, ha mantenido con frecuencia la misma conversación, lo que se probado con justicia y el Sr. Vicente se lo ha contado a tantas personas más, que todos los libros que el falso doctor (Barcoa) pudiera escribir para arruinar esta verdad no podrían nunca arrebatarla de las mentes de los hombres.” Citemos todavía dos testimonios invocados en el proceso de canonización. Uno es una carta autógrafa de aquel Nicolás de Monchy que conocemos por la misión de Metz. “He oído decir al Sr. Vicente de feliz memoria, escribe, ya en público en las repeticiones de oración que tenía costumbre de celebrar dos veces a la semana a los de su congregación, ya en particular, hablando del distanciamiento que los de su congregación debían mantener de las opiniones del tiempo, que se había visto obligado a romper con un abate muy sabio, uno de sus mejores amigos, y que la razón que le había inducido a separarse de él era que dicho abate tenía sentimientos del todo particulares y opuestos a la doctrina de la Iglesia; que declaraba que el concilio de Trento era un concilio de políticos, y que el Espíritu Santo no le había asistido; que Calvino no se había defendido bien; que la Escritura santa era más luminosa en su espíritu que en ella misma; que la Iglesia necesitaba de un gran apoyo, y que Dios le había dado luces para restablecerla y devolverle su primer lustre y su primer esplendor. El Sr. Vicente aprovechaba la ocasión para animar a todos sus hijos a detestar estos perniciosos errores y esta nueva doctrina opuesta al Evangelio, de tender cada vez más a la práctica de la humildad y a abrazar inviolablemente la doctrina común de la Iglesia (Restr., p. 12).” El otro testimonio, igualmente autógrafa, es una carta del 14 de abril de 1705 del abate de La Pinsonnière que había hecho un retiro en San Lázaro, y se había visto a menudo con Vicente: “Una de las virtudes, dice, en las que me ha parecido sobresalir, es su gran fe, y los Srs. Boudon, Fermanel y otros de nuestros amigos, que luego fundaron el seminario de las Misiones extranjeras, no podían repetir lo suficiente cuanto le habían oído decir sobre el abate de SC, que le había hablado tan mal de la Iglesia que en adelante el siervo de Dios no quiso tratarle más, y le rechazó como a un excomulgado, sintiendo un extremo horror a todas las novedades y especialmente al jansenismo que nacía entonces (Restr., p. 12.) “ -;Como concuerdan todos estos testimonios entre sí! No es de ellos de los que se pueda decir: *Non erant convenientia verba.* –Añadamos, para terminar, las palabras de Fénelon en su carta a Clemente XI: “Jansenianum errorem, blandis Abbatis San-Cyrani colloquiis instar caneri serpentem, sensit simul et exhorruit.”(Sintió y aborreció al mismo tiempo el error de Jansenio en los coloquios blandos del abate SC como cantos de serpiente) . Es la misma palabra de la que se sirve el Breviario romano en una de las lecciones del oficio de San Vicente de Paúl.

³⁹⁴ Véase la clave verdadera o falsa en el Compendio de Utrecht, p. 150.

numerosos visitantes al advenimiento de un libro que él ponía inmediatamente “después de san Pablo y san Agustín”, y que él llamaba “el libro de devoción de los últimos tiempos”³⁹⁵. Este libro apareció en 1640: era el famoso *Augustinus*. Libro póstumo, huérfano en su nacimiento, pero que iba a encontrar muchas *madres*, muchos padres adoptivos, y también una cuna y una fortuna largo tiempo preparadas. En su testamento, Jansenio lo había sometido al juicio de Roma. Así lo había hecho ya en el prefacio y el epílogo del libro él mismo. Pero parece haberse privado del beneficio de esta declaración por su correspondencia con SC, tan llena de enseñanzas cismáticas. Como sean las cosas, habiendo acabado el trabajo y, creía él, la misión de su vida, Jansenio falleció pronto (1638), confiando a su capellán la continuación de su publicación.

Apenas había llegado su libro a Francia, cuando SC, que le conocía, a pesar de todo, tan bien, le quiso leer en su prisión. Echó de menos, cuenta Lancelot, que no estuviese del todo de cuerdo con él y el autor antes de ser llevado a las prensas, según lo habían convenido. Pues su *gran unción* habría podido dulcificar muchas expresiones para ponerlas fuera del alcance de sus enemigos. Sin embargo, se constituyó en seguida en su paladín intrépido. Enterado de que Richelieu pensaba en hacer que se marchitara por la Sorbona: “Si lo hace, exclamó, nosotros le haremos ver otra cosa” Y otra vez, dijo a Caumartin, obispo de Amiens: “Es un libro que durará tanto como la Iglesia; aunque el rey y el papa se unieran para arruinarlo, está hecho de tal manera que no lo conseguirían”³⁹⁶. Por eso, cuando el teólogo Habert comenzó a predicar contra él: *Tempus loquendi!* g ritó a Arnauld que acababa de abandonarse a sus dirección. Se había recuperado, por lo visto, de un momento de debilidad, durante el cual había firmado, para recobrar su libertad, la declaración de la suficiencia de la atrición con el sacramento, opinión que, ay, él había llamado *probable*, aunque él la creyera *mala*. “Sin vos, escribió a d’Andilly, que le había llevado con su política, sin vos, que me habéis humillado tal vez en demasía, por no decir rebajado, no me habría servido de ello de esa manera...y por poco me arrepiento de ello. Pero os declaro que soy de Dios hasta la muerte”³⁹⁷.

Salió de prisión el mes de febrero de 1643, dos meses después de la muerte de Richelieu, que él debió esperar, Un poco más tarde le traían la bula de urbano VIII, que proscribía el *Augustinus* como publicado sin la autorización de la Santa Sede, y que contenía proposiciones ya condenadas en Baius. Después de leerla, el sectario, costándole mucho, dice Lancelot³⁹⁸, digerir este procedimiento de la curia de Roma, que él sabía muy bien distinguir de la Iglesia romana, no pudo contener su celo por la verdad y dijo, con una especie de movimiento interior que parecía no venir más que de Dios: “Se pasan de la raya, convendrá mostrarles sus deberes. Por donde se puede juzgar, añade Lancelot, de lo que habría hecho, si hubiera visto lo que pasó después.” Arnauld hizo por él: escribió contra la bula, a la que trató de subrepticia, y publicó tres apologías de Jansenio. Esto fue un gozo para SC, quien iba a dejar después de sí a un tal discípulo y a un defensor de la verdad tan robusto. Tuvo también el consuelo de ver aparecer, en el mes de agosto de

³⁹⁵ *Mémoires de Lancelot*, t. I, p. 165.

³⁹⁶ *Mémoires de Lancelot*, tom. I, p. 107.

³⁹⁷ *Ib.*, p. 170., 171.

³⁹⁸ *Ib.*, Tom, II, p. 121.

1643, el libro de la *Frecuente comunión*, que había inspirado y suscitado desde su torre de Vincennes; luego falleció el 11 de octubre siguiente. ¿Cómo murió? Había recomendado, cuenta Lancelot, que no dejaran de darle los sacramentos una vez que se hallara enfermo, no sea que sus enemigos le acusaran de haber “muerto hugonote³⁹⁹.” Véase el hermoso motivo! Pero esta recomendación, habría sido preciso hacérsela a Dios al mismo tiempo, porque sus amigos no podían nada contra la muerte súbita. También es muy dudoso que haya recibido el viático. De Pons, párroco de Saint-Jacques du Haut-Pas, no tuvo tiempo, diga lo que quiera Lancelot⁴⁰⁰, de administrarle la extremaunción; y para que no pareciera haber muerto sin sacramentos, sus amigos publicaron que el párroco precedente, Honorat de Mulsey, con quien de Pons acababa de tratar de este beneficio, le había traído el santo viático. Pero el abate de Pons tenía la cosa como muy incierta, ya que escribía a uno de sus amigos: “Mi colega Mulsey declaró que el difunto había recibido sus otros sacramentos, lo que se exigió de él para salvar el honor de este abate; y fue a fuerza de dinero como se obtuvo este testimonio⁴⁰¹.” Hasta el final, hasta la muerte, SC, como lo había dicho, debía ser de Dios, es decir de la doctrina *asacramental*.

Ahora, ¿es cierto, como lo han pretendido Barcos y los jansenistas, que Vicente de Paúl haya venido uno de los primeros a dar al difunto en su residencia los últimos deberes dándole agua bendita, que haya asistido a su funerales, que haya visitado más tarde a Barcos mismo, y le haya expresado el deseo de continuarle la amistad que había tenido con su tío, que le haya dado una prueba obteniéndole en el consejo de conciencia la sucesión de la abadía de SC, y que le haya llevado en persona la noticia de su nombramiento⁴⁰²?

La asistencia a los funerales había sido insinuada por Barcos en su *Défense* (c. III), cuando dijo de Vicente *que siguió la caridad de varias personas...que hicieron al difunto el honor de asistir a sus funerales*; y como Abelly había oído estas palabras en su sentido natural, -lo que hizo Colbert también 1730, en su tercera carta al obispo de Marsella,-él negó en su *Réplica* (pp. 43, 44), haberlo dicho, añadiendo: “No hay que suponer la asistencia del Sr. Vicente...la de los Srs. arzobispos...le hizo al menos tanto honor...como la presencia del Sr. Vicente le hubiera podido aportar.”

Así pues, Vicente no asistió a los funerales de SC. Él lo hubiera hecho, aunque no se podría concluir nada más que la asistencia de san Ambrosio a los funerales de una joven muerta en el arrianismo. Para que pudiera asistir legítimamente bastaba que el abate hubiera muerto en la comunión *exterior* de la Iglesia. En consecuencia, es posible que haya ido a dar el agua bendita al cadáver -lo que iría con su caridad,- que haya visitado a Barcos, aunque no fuera más que para sacarle de los sentimientos de su tío, y hasta, en un plano semejante, que no se haya opuesto, que no se haya prestado, si se quiere, a su nombramiento a la abadía vacante de SC. En este último punto, tengamos en cuenta que acababa de entrar entonces en el consejo de conciencia, donde no debía tener aún gran crédito, y que Lancelot, tan bien informado, no dijo nada ni de su participación en este asunto, ni de la noticia que habría llevado el

³⁹⁹ *Mémoires*, tom., I, p. 248

⁴⁰⁰ *Ib.*, p. 231.

⁴⁰¹ Ver esta carta en la *Histotia del Jansenismo*, por el P. Rapin., a quien sin duda iba dirigida, p. 505 (París, 1861).

⁴⁰² *Défense*, etc., c. VIII.

primero del nombramiento. Lo atribuye todo a la intervención de Chavigny, a quien la reina habría respondido cuando éste fue a darle las gracias: ¿Y qué habría dicho el Sr. d'Andilly si yo le hubiera dado esta abadía a algún otro?" Y, efectivamente, siempre según Lancelot, fue d'Andilly quien anunció que la cosa estaba hecha, enviando la patente con esta inscripción: *Al Sr. de Barcos, abate de Saint-Cyran*⁴⁰³.

CAPÍTULO III. Lucha de Vicente contra el Jansenismo.

I. *La herejía de los dos jefes y la Frecuente comunión*, Aun después de la muerte del patriarca de la secta, se hicieron nuevos esfuerzos por ganarse a Vicente al error, ya que Vicente mismo dijo muchas veces a uno de los suyos⁴⁰⁴, no ya solamente que el autor, sino que los primeros fautores de la nueva herejía se movieron mucho para persuadirle de sus doctrinas sobre la gracia y la libertad. Pero se encargaron ellos mismos de apartarle por la publicación de sus obras.

En 1643, había aparecido el libro de la Frecuente comunión, cuyo origen es éste. Antes de pasarse la marquesa de Sable a los jansenistas, a los que acabó por encontrar más acomodaticios que a los jesuitas, se confesaba con los reverendos padres y comulgaba con frecuencia. Anne de Rohan, princesa de Guémené, se dirigía los Srs. de Port-Royal, y no comulgaba nunca. Preguntada por su amiga, la marquesa le envió una especie de consulta que había pedido al P. de Sesmaisons, su confesor por entonces, y a la princesa le faltó el tiempo para ir a denunciarlo y ponerlo en manos de sus directores. Doble indiscreción, doble indelicadeza, de lo que éstos quisieron aprovecharse. Pensaron en hacer pública la denuncia, y la obra de Arnauld fue el acta de acusación. Este libro fue ciertamente compuesto sobre notas recogidas por SC en su cárcel de Vincennes. Es probable que otros personajes de Port-Royal pusieron la mano en él; de forma que se le puede considerar como una especie de manifiesto del partido, y como un resumen de su doctrina sobre los sacramentos. Arnauld, joven, -sólo tenía treinta y un años,- activo y predestinado al papel de batallador, le dio el nombre, un nombre de guerra.

Nada se descuidó para hacer de él una máquina terrible: se la blindó con aprobaciones episcopales y la lanzaron contra el enemigo. Es cierto que se presentó a la aprobación de los obispos el libro solo sin el prefacio. donde se encuentra principalmente el veneno, al revés que en el adagio: *In cauda venenum*. Fue no obstante por este prefacio por donde empezó el ataque, y por el que Vicente de Paúl entró públicamente en la lucha contra el error. Barcos había deslizado en él esta proposición: "San Pedro y san Pablo son los dos cabezas de la Iglesia que no hacen sino uno solo." Era arruinar la supremacía pontificia y la constitución monárquica de la Iglesia. La proposición fue denunciada en Roma. Barcos quiso justificarla con dos escritos: *la Grandeur de l'Église romaine...* y *de l'Autorité de saint Pierre et de saint Paul*; y envió a Roma a dos doctores para sustentarla.

Inmediatamente Vicente se interpuso en defensa de la causa buena. Comenzó por romper un intriga jansenista en Sorbona, y al candidato adelantado por la secta para una plaza vacante opuso a un ortodoxo, al doctor Le Maistre, que

⁴⁰³ *Mémoires*, t. I, p. 266 y 267.

⁴⁰⁴ Wateble, hermano del célebre *Vatable*, de quien se ha alterado así el nombre.

recomendó con todo interés a Mazarino. Lo consiguió, según nos enseña la carta siguiente del cardenal, fechada en Fontainebleau, el 7 de setiembre de 1646:

“Monseñor, os diré como respuesta a la carta que os habéis molestado en escribirme, del 4 de este mes, que no puedo sino alabar el celo que demostráis en todo lo que se refiere a la gloria de Dios y al bien de su Iglesia. el cuidado que os tomáis en romper la intriga de los jansenistas por la elección del Sr. Le Maistre me sirve como una nueva prueba; y me agrada mucho que se haga elección de una persona que, por el testimonio que me mostráis, es tan digna de ocupar el puesto que está vacante en la Sorbona...”

Al dorso de esta carta, llevando también el sello de Mazarino, está escrito de la mano de Vicente un fragmento de una carta que vamos a transcribir: “Se hallará en esta obra a todos los autores alegados, etc...unos tras otros.” Y una nota de una escritura desconocida, al dorso de la misma carta, dice que estas palabras designan una obra de este Le Maistre, del que se acaba de hacer mención en la carta de Mazarino. Pues bien, es esta obra la que Vicente hizo llegar a Roma, para servir de memoria a los teólogos que el papa había encargado del examen del libro de los dos jefes. Se la dirigió al cardenal Grimaldi, a quien había conocido durante su nunciatura en Francia, por la carta siguiente, fechada el 4 de octubre de 1646:

“Monseñor, el asunto de la presente es renovar mi obediencia a V. E. y suplicaros muy humildemente tener a bien que os dirija algunos escritos respecto de los dos jefes san Pedro y san Pablo, que han sido hechos por uno de los más sabios teólogos que tenemos y de los hombres más de bien, y que no quiere ser nombrado. Él los ha hecho con la duda de si los haría imprimir: y habiendo sabido por la gaceta de roma que se examina en ella el libro del autor de los dos jefes, que dos doctores de Sorbona, que se encuentran en Roma ahora, sostienen ser la doctrina de su facultad, y que además, habiéndose informado la misma facultad de que se le atribuía esta opinión, se ha reunido y deputado ante Monseñor el Nuncio para desacreditar a estos doctores, asegurarle de lo contrario y suplicarle que obre de manera que la próxima gaceta mencione que se le ha atribuido falsamente esta doctrina, cosa que ha movido a este bueno y virtuoso personaje a traerme hoy estos escritos, con el fin de que yo los envíe a Roma para servir de memoria a los que Su Santidad ha señalado para examinar dicho libro. Ellos encontrarán en esta obra a todos los autores alegados para la pretendida igualdad de san Pablo con san Pedro refutados por los mismos autores cuyos pasajes alegan todos unos tras otros. Pues, ¿a quién mejor puedo yo presentar esta obra que a V. E., Monseñor, para hacer el uso que este buen doctor desea, ya que V. E. es el príncipe y protector de las cosas de nuestra santa religión, y que me habéis hecho el honor de indicarme que acuda a V. E. en todos los asuntos que se refieran al servicio de Dios.”

la intervención de Vicente y los escritos de Le Maistre produjeron el mejor efecto y, en el mes de enero del año siguiente, la proposición de las *dos cabezas* quedó estigmatizada por la Santa Sede

varias cartas de Vicente prueban que él solicitaba al propio tiempo en Roma la condena del libro la *Frecuente comunión*. Pero, esta vez encontró dificultades en principio insuperables. El libro, ya lo hemos dicho, iba revestido de varias aprobaciones episcopales. ¿Cómo se habían conseguido? Entre los obispos o doctores signatarios, unos habían sido *seducidos por los artificios* de Barcos y

de Arnauld, escribía a Roma, el 11 de marzo de 1648, el cardenal Grimaldi, nuncio en Francia, al cardenal secretario de Estado⁴⁰⁵; los otros se habían dejado atrapar por el aire de celo y de piedad que el libro respira; dos al menos lo habían probado sin leerlo, como lo prueba esta carta del 29 de mayo de 1653 a un vicario general de Chartres: “He respondido a la reina que era verdad que N. había firmado los libros de Jansenio y de la *Frecuente Comuni3n*; pero que fue sin leerlos, no disponiendo del tiempo suficiente; y que tenía buenas impresiones, a lo cual Su Majestad ha replicado preguntando si se podían firmar los libros in verlos; yo le he dicho que el difunto Mons de N. me había asegurado que él había firmado el libro de la *Frecuente Comuni3n* sin verlo.” –Los demás de los aprobadores pertenecían al partido

Y no obstante, estas aprobaciones, sea cual fuere su significado y su valor, de cualquier forma que se hubieran obtenido, salvaron primeramente al libro de una condena. Los obispos signatarios escribieron al papa para defender a su protegido. El nuncio Grimaldi no quiso encargarse de su carta, pero escribió él mismo de Lyon, el 19 de abril de 1644, al cardenal secretario de Estado, “que se sentía a pesar de todo obligado a notificar a Su Eminencia que había veinte doctores de Sorbona implicados en este asunto, y quince prelados muy afectos a la Santa Sede, de reputaci3n, de piedad muy grande; y que de esta manera esperaba que no se haría otra defensa de este libro, que no se podría hacer sin gran perjuicio a la reputaci3n de estos prelados, y que no se haría nada sin previo aviso por escrito, ni sin escuchar sus razones⁴⁰⁶.”

En consecuencia, el juicio sobre el libro de la *Frecuente Comuni3n* fue suspendido en Roma. Pero Vicente, que había juzgado admirablemente a la primera, en sí mis y en sus frutos no descuidó nada para prevenir a los suyos contra la seducci3n de sus doctrinas. Aquí vuelven las dos cartas del abate d’Horgny, ya mencionadas. Jean d’Horgny, nacido el 1º de noviembre de 1599, en el pueblo de Estrées, diócesis de Noyon, había sido un de los siete primeros compañeros del santo sacerdote, y el primer superior después de él del seminario de los Bons-Enfants. Era un hombre de inteligencia, buen predicador, piadoso y celoso, pero algo inclinado a las reformas y a las novedades. Estaba en Roma para los asuntos de la Misión, en lo más caliente de los debates levantados por el libro de Arnauld, cuando escribió a su venerado Padre, para someterle, sobre este libro y sobre el de Jansenio, ideas que probaban demasiado que le gustaban sus enseñanzas. Había leído por dos veces la *Frecuente Comuni3n*, y encontraba una especie de justificaci3n en el mal uso que se hace de la divina Eucaristía.

“Es verdad, Señor, le responde Vicente, el 25 de junio de 1648, que hay demasiada gente que abusa de este divino sacramento, y yo miserable más que todos los hombres del mundo, y os suplico que me ayudéis a pedirle perd3n a Dios. pero la lectura de este libro en lugar de acercar a los hombres a la frecuente comuni3n, los aparta más bien de ella⁴⁰⁷. No se ve ya esta obsesi3n del sacramento que se veía, ni siquiera en Pascua. Muxchos párrocos de París se quejan de que tienen muchos menos comulgantes que los años pasados. San Sulpicio tiene tres mil menos. El Sr. párroco de Saint Nicolas du Chardonnet., habiendo visitado a las familias de la parroquia, después de

⁴⁰⁵ *Extrait des 18 tomos en folio sobre el jansenismo*, Man. del Arsenal, I, 39.

⁴⁰⁶ *Extracto de los 18 tomos*, Mns., del Arsenal, p. 40.

⁴⁰⁷ Era también la idea del protestante Schoell, quien, por una feliz substituci3n., quería que el libro llevara por título, no ya *de*, sino *contra la frecuente comuni3n*.

Pascua, personalmente y y por otros, nos dice últimamente que ha encontrado a mil quinientos de sus parroquianos que no han comulgado, y así de los demás. No se ve ya casi a nadie que se acerque los primeros domingos de mes y las fiestas o muy poco y apenas más en las religiones, si no es en los jesuitas.” Pues, como nos lo ha dicho el santo antes, tal había sido el plan de SC para desacreditar a los hijos de san Ignacio. D’Horgny, habiendo insistido en una carta del 7 de agosto y opuesto a este cuadro de Vicente que él pretendía haberse producido por el libro de Arnauld, el santo le replicó el 10 de setiembre: “Puede ser lo que decís, que algunas personas se han aprovechado de este libro en Francia y en Italia; pero de un centenar que hay quizás que se han aprovechado en París, haciéndoles más respetuosos en el uso de los sacramentos, hay por lo menos diez mil a quienes ha hecho daño apartándoles del todo de ellos.” Y más adelante, recorriendo todas las objeciones o todos los argumentos del abate d’Horgny, continúa: “¿Y qué relación tiene la ordenanza de san Ignacio, que me alegáis también, con la conducta de los que alejan de la comunión, no ya por ocho y diez días, sino de cinco a seis meses, no sólo a los grandes pecadores, sino a buenas religiosas, que viven en una gran pureza, como lo sabemos por la epístola del Sr. de Langres al Sr. de Saint-Malo⁴⁰⁸? No es lo mismo detenerse en pequeñeces que advertir desórdenes tan notables y que sino a la ruina completa de la santa comunión. Y mucho menos deben poner en práctica máximas tan perniciosas gentes de bien, que tienen justo motivo de despreciarlas, y concebir mala opinión de los que las autorizan. San Carlos se guardaba muy bien de aprobarlos, ya que no recomienda nada tanto en sus concilios y en sus actas como la frecuente comunión y ordena muchas veces graves penas contra todos los predicadores que apartan a los fieles directa o indirectamente de la frecuente comunión... En cuanto a lo que se atribuye al libro de la *Frecuente Comunión* de la frecuente obsesión de los santos sacramentos, yo os responderé que es verdad que este libro aparta poderosamente a todo el mundo de la obsesión frecuente de la santa comunión y de la santa confesión, aunque parezca, para encubrir mejor su juego, estar muy lejos de este plan. En efecto, ¿no se alaba altamente en este prefacio, página 36, la piedad de los que querrían diferir su comunión hasta el final de su vida, como sintiéndose indignos de acercarse al cuerpo de Jesucristo? , ¿Y no se asegura que se satisface más a Dios con esta humildad que con toda clase de obras buenas⁴⁰⁹? ¿Acaso no dice por el contrario, en el c. 2 de la 3ª parte, que es hablar indignamente del rey del cielo, decir que sea honrado por nuestras comuniones, y que Jesucristo no pudo recibir más que vergüenza y ultraje por nuestras frecuentes comuniones que se hacen según las máximas del Padre Molina cartujo con todo su libro bajo apariencias de un escrito hecho a capricho? Además habiendo probado por san Denis, en el c. 4 de la 1ª parte, que los que comulgan deben estar enteramente purificados de las imágenes que les quedan de su vida pasada, por un amor divino y sin ninguna mezcla; que deben estar unidos perfectamente a Dios solo, enteramente perfectos y enteramente irreprochables, ni mucho menos que

⁴⁰⁸ Citada anteriormente, p. 291.

⁴⁰⁹ Éste es el texto mismo de Arnauld: “Hay almas que estarían encantadas de poder testimoniar a Dios el dolor y el pesar que les quedan por haberle ofendido difiriendo su comunión hasta el final de su vida.” – “La humildad y confusión interior que acompañan el retraso de la comunión satisface más a Dios que toda clase de obras buenas, cuando van separadas de esta confusión que nace de la separación del cuerpo de Jesucristo.”

haya suavizado de ninguna manera estas palabras tan elevadas y tan alejadas de nuestra debilidad, que dándolas todas crudas, ha sostenido siempre en su libro de la *Frecuente Comunión*, que contienen las disposiciones que son necesarias para comulgar dignamente. Así las cosas, ¿cómo se puede hacer que un hombre que considere estas máximas y este proceder del Sr. Arnauld pueda imaginarse que desea con verdad que todos los fieles comulguen a menudo? Es cierto, por el contrario, que no podría tener por verdaderas estas máximas, sin que al mismo tiempo se vea muy alejado de frecuentar los sacramentos⁴¹⁰. En cuanto a mí, os confieso abiertamente que, si yo diera tanta importancia al libro del Sr. Arnauld como vos le dais, no sólo renunciaría para siempre a la misa y a la comunión por espíritu de humildad, sino que incluso sentiría el horror del sacramento, siendo verdad que lo representa respecto de los que comulgan con las disposiciones ordinarias que la Iglesia aprueba, como una trampa de Satán y como un veneno para las almas, y que trata a los que se acercan en este estado peor que a perros, puercos, y de anticristos. Y aunque se cerraran los ojos a cualquier otra consideración, para resaltar lo que dice en otros muchos lugares de las disposiciones admirables sin las cuales no quiere se comulgue, ¿se hallaría algún hombre en la tierra que tuviera tan buena opinión de su virtud, que no se creyera en estado de poder comulgar dignamente? Eso no corresponde más que al Sr. Arnauld quien, habiendo puesto estas disposiciones en un punto tan alto que un san Pablo habría sentido temor de comulgar, no cesa de presumir muchas veces en su apología de que dice la misa todos los días, con lo que su humildad es tan admirable que debemos estimar su caridad y la buena opinión que tiene de tantos sabios directores, tanto seculares como religiosos, y de tantos penitentes virtuosos que practican la devoción, de los cuales unos y otros sirven de sujeto a sus invectivas ordinarias⁴¹¹. Por lo demás, pienso que es una herejía decir que sea un gran acto de virtud querer diferir la comunión hasta la muerte, ya que la Iglesia nos manda comulgar todos los años. Es una herejía también preferir esta humildad pretendida a toda clase obras buenas, siendo claro que el martirio es mucho más excelente, como también decir absolutamente que Dios no es honrado por nuestras comuniones, que no recibe en ello más que vergüenza y ultraje.”

Una consecuencia inmediata de la doctrina de Arnauld era la abolición de la misa. Vicente de Paúl lo vio enseguida y de ello habló así a su corresponsal:

“Como este autor aleja a todo el mundo de la comunión, no le importará que todas las iglesias se queden sin misa, porque habiendo visto lo que dice el venerable Beda que los que dejan de celebrar el santo sacrificio sin algún impedimento legítimo, privan a la santa Trinidad de alabanza y de gloria, a los ángeles de regocijo, a los pecadores de perdón, a los justos de auxilios y de

⁴¹⁰ Más tarde, Bossuet se hará eco de estas palabras de san Vicente de Paúl, cuando se queje “de estas nuevas máximas sobre la comunión, que no hacen sino agobiar los corazones, perturbar las buenas conciencias y separar de la comunión (Carta del 6 de setiembre de 1697);” cuando responda a una religiosa de Jouarre a propósito de confesores que, apoyándose en la autoridad de los Padres citados por Arnauld, retiraban a las mejores almas de la comunión: “Yo pondré remedio a este desorden y no permitiré que se establezcan con ello falsos y excesivos rigores. Los que reúnen con tantos cuidados las sentencias rigurosas de los Padres, se sorprenderían mucho al ver aquellas que dicen que la multiplicidad de los pecados, entiéndase de los veniales, lejos de ser un obstáculo a la comunión, es una razón para acercarse a ella.” *Obras*, t. XXXIX, p.673.)

⁴¹¹ En toda la correspondencia del bueno de san Vicente de Paúl, no se encontraría otro ejemplo de esta vivacidad, de este movimiento irónico

gracias, a las almas que están en el purgatorio de refresco,, a la Iglesia de los favores espirituales de Jesucristo, y a sí mismo de medicina y de remedio: no siente escrúpulo alguno en aplicar todos estos efectos admirables a los méritos de un sacerdote que se retira del altar por espíritu de penitencia como se ve en el cap. 40 de la primera parte. Habla incluso más a favor de esta penitencia que de el sacrificio de la misa. Pues , ¿quién no ve que esta discurso es muy poderoso para persuadir a todos los sacerdotes de dejar de decir la misa, ya que se gana tanto en no decirla como en decirla, y se puede decir incluso, según máximas del Sr. Arnauld, que se gana más, pues como él eleva el alejamiento de la comunión muy por encima de la comunión, es preciso también que él estime mucho más excelente el alejamiento de la misa que la misma misa”?

La separación del altar para los sacerdotes y para los fieles, esta era efectivamente la meta extrema de la teoría de Arnauld sobre la comunión. Veamos también lo que entrevió Vicente con una admirable perspicacia: “Y la moral de todo esto es que este nuevo reformador no aleja a los sacerdotes y a los laicos, sino bajo este bonito pretexto de hacer penitencia, mas para saber en qué pone esta gran penitencia que él estima tan provechosa para las almas, aparece en palabras expresas, en el prefacio, página 18, que de todos los rigores de la antigua penitencia, no se queda casi sin ninguna otra cosa que con la separación del cuerpo del Hijo de Dios, que es la parte más importante, según los Padres, porque representa la privación de la bienaventuranza, y la más cómoda, según los hombres, por que todo el mundo la tiene a su alcance. ¿Podría acaso el Sr. Arnauld mostrar con más claridad que su libro no se ha hecho sino con el propósito de arruinar la misa y la comunión, puesto que emplea toda la antigüedad para predicarnos la penitencia (de la que nunca he visto hacer un solo acto al autor de esta doctrina, ni a los que le asistían a introducirla), y que después de tanto ruido se contente con que no se comulgue? Ciertamente, los que leen su libro y no advierten en él este propósito son del número de los que habla el profeta: *Oculos habent , et no videbunt* ; y yo no comprendo cómo vos. Señor, podéis acusar a los adversarios del Sr. Arnauld de arruinar la penitencia porque se quejan al contrario con razón de que este autor ha hecho esfuerzos extraordinarios para probar que era necesario hacer largas y rigurosas penitencias antes de comulgar y de recibir la absolución, y que al mismo tiempo él ha declarado estas palabras expresas (con el fin de que nadie pretenda causa de ignorancia), que no se reserve otra cosa de la antigua penitencia que el alejamiento del altar?”

En el libro de Arnauld, existe otra teoría, principio de ésta, y a la que se ha hecho alusión más de una vez en los pasajes que preceden; es la teoría de la penitencia, teoría que arruina la confesión, como la teoría sobre la Eucaristía arruina la comunión, lo que iba a arruinar, en el propósito de los sectarios, los dos sacramentos más en uso entre los fieles. El admirable buen sentido en Vicente de Paúl ha sabido desenredar también esto en el libro de Arnauld.

Como Arnauld mismo, el abate d'Horgny invocaba en este punto la autoridad del mayor reformador de la disciplina y de la piedad católica, de san Carlos Borromeo. Es verdad lo que decís, le responde Vicente en su segunda carta, - que se desarrolla por completo sobre este punto y sobre el artículo de la comunión; -es verdad que san Carlos Borromeo ha suscitado el espíritu de penitencia, en su diócesis, en su tiempo, y la observancia de los cánones de ésta, que es lo que rebela al mundo contra él, incluso a buenos religiosos, por

causa de la novedad; pero no ha constituido la penitencia o, lo que sea, la satisfacción, en retirarse de la santa confesión y de la adorable comunión, si no es en los casos señalados por el canon, que nosotros tratamos de practicar en casos de las ocasiones próximas, de las enemistades, de los pecados públicos; pero estaba muy lejos de lo que se dice, que ordenaba penitencias públicas por pecados secretos, y cumplir la satisfacción antes de la absolución, como lo pretende el libro en cuestión;... y nunca se encontrará que haya establecido la penitencia pública o el alejamiento de la comunión para todas las clases de pecados mortales, ni que haya querido que se establezcan tres o cuatro meses entre la confesión y la absolución, como se practica con mucha frecuencia, y para pecados ordinarios, por estos nuevos reformadores; de manera que se pueda ver todavía exceso en dar fácilmente la absolución a todas clases de pecadores, que es lo que san Carlos deplora, no se ha de concluir por eso que esta gran santo aprobara los extremos a los que ha llegado el Sr. Arnould, ya que son enteramente opuestos a multitud de ordenanzas que él ha dado.”

Los jansenistas arruinaban de diferentes formas el sacramento de la penitencia: exigiendo siempre la contrición perfecta como condición previa, de manera que los pecados no se perdonaban nunca por el sacramento; en lo que ellos no otorgaban al sacerdote más que el derecho de *declarar* la sentencia la sentencia dada en el cielo en virtud de los actos del pecador; en lo que hacían consistir únicamente el poder de atar y de desatar en la imposición o la remisión de la penitencia, y de la penitencia antigua y pública.

Viniendo a los detalles, Vicente de Paúl fuerza al libro de Arnould a declarar sobre todo eso contra él mismo:

“Es verdad, Señor, -me digáis lo que me digáis del libro de la *Frecuente Comunion*, -que ha sido hecho principalmente para renovar la penitencia antigua como necesaria para entrar gracia con Dios. pues aunque el autor haga a veces como si se propusiera esta disciplina antigua sólo como más útil, es cierto que la quiere como necesaria, ya que a lo largo del libro la presenta como una de las grandes verdades de nuestra religión, como la práctica de los apóstoles y de toda la Iglesia durante doce siglos, como una tradición inmutable, como una institución de Jesucristo, y que no cesa de dar a entender que está obligado a guardarla, y de increpar continuamente a los que se oponen al restablecimiento de esta penitencia. Por otra parte, enseña con claridad que antiguamente no había otra penitencia para todas las clases de pecados mortales que la pública como se ve en el 3er capítulo de la segunda parte, donde toma como una verdad la opinión que dice que no se halla en los antiguos Padres, y principalmente en Tertuliano, más que la penitencia pública en la que la Iglesia ejerciera el poder de sus llaves⁴¹²; de donde se sigue, por una consecuencia bien clara, que el Sr. Arnould tiene propósito de establecer la penitencia pública para todas las clases de pecados mortales, y que no es una calumnia acusarle de eso, sino una verdad que se saca fácilmente de su libro, mientras se le lea sin preocupación de espíritu. Y vos, Señor, me decís que eso es falso...” Aquí Vicente excusa a su corresponsal, porque no ha conocido como él, dice, al autor de todas estas doctrinas, etc., -pasaje ya citado, -y continúa: “Me decís en segundo lugar que es falso que el Sr. Arnould haya

⁴¹² Arnould confundía la penitencia *pública* de los primeros siglos con la penitencia *sacramental*, la absolución *exterior* dada entonces al pecador después de largos años de expiación, con la absolución *secreta* que nunca de era negada, desde que manifestaba suficientes disposiciones, como lo demuestra el P. Petau en su sabio tratado de la Penitencia pública.

querido introducir la penitencia la costumbre de cumplir la penitencia antes de la absolución para los grandes pecadores. –Yo respondo que el Sr. Arnauld no quiere tan sólo introducir la penitencia antes de la absolución, para los grandes pecadores, sino que hace de ello una ley general para todos los que son culpables de un pecado mortal, lo que se ve por sus palabras sacadas de la segunda parte, capítulo VIII: “¿Quién no ve cuán necesario juzga este papa⁴¹³ que el pecador haga penitencia de sus pecados, no sólo antes de comulgar, sino incluso antes de recibir la absolución?” Y un poco más abajo añade: “Estas palabras no nos muestran claramente que, según las reglas santas que este papa ha dado a toda la Iglesia, después de aprenderla en la perpetua tradición de esta misma Iglesia, la orden que los sacerdotes deben guardar en la ejecución de su poder de atar y desatar las almas, es no absolver a los pecadores hasta después de dejarlos con gemidos y lágrimas y hacerles cumplir una penitencia proporcionada a la cualidad de sus pecados.

“Es preciso estar ciego para no conocer por estas palabras, y por otras muchas que siguen, que el Sr. Arnauld cree que es necesario diferir la absolución para todos los pecados mortales hasta el cumplimiento de la penitencia; en efecto, ¿a caso no he visto yo mandar practicar esto por el Sr. SC, y no se hace todavía con respecto a los que se entregan por completo a su dirección? Sin embargo esta opinión es una herejía manifiesta.

“En cuanto a la absolución declaratoria, me decís que no necesita más que de su primer libro para hacer ver lo contrario, y me alegáis tres o cuatro autoridades para ello. –Respondo que no es de extrañar que el Sr. Arnauld hable a veces como los autores católicos: no hace en ello sino imitar a Calvino que niega treinta veces que haga a Dios autor del pecado, aunque haga por otra parte todos sus esfuerzos para establecer esta máxima detestable que todos los católicos le atribuyen. Todos los novadores hacen lo mismo, y siembran contradicciones en sus libros, a fin de que, si se los pilla en algún punto, puedan escaparse diciendo que ellos tienen en otra parte lo contrario. –Aquí el pasaje citado sobre la duplicidad de SC. –¿Cómo es que el Sr. Arnauld puede sostener seriamente que la absolución borra verdaderamente los pecados, si enseña como acabo de demostrar, que el sacerdote no debe dar la absolución al pecador hasta después de cumplir la penitencia, y que la razón principal por la que quiere que se observe este orden es “con el fin de dar tiempo al pecador de expiar sus crímenes por una satisfacción saludable,” como lo prueba ampliamente en el capítulo II de la segunda parte? Un hombre con juicio que quiere que se expíen pecados mediante una satisfacción saludable antes de recibir la absolución, puede creer con seriedad que los pecados se expíen con la absolución?

“Me decís que en cuanto a lo que el Sr. Arnauld dice que la iglesia retiene en el corazón el deseo que los pecadores hagan penitencia según las reglas antiguas, y que el Sr. Arnauld dijo que la práctica antigua y nueva de la Iglesia son las dos buenas, pero que la antigua es la mejor, y que ella, siendo una buena madre que no respira más que el mayor bien para sus hijos, desea siempre el mejor, al menos en su corazón. –Yo respondo que no se ha de confundir la disciplina eclesiástica con los desórdenes que se pueden encontrar. Todo el mundo echa la culpa a estos desórdenes; los casuistas no cesan de quejarse de ellos y de advertirlos, para que se los conozca; pero es

⁴¹³ San Gregorio Magno. –Alusión a un texto traducido infielmente por , y más infielmente aplicado por Arnauld.

un abuso decir que no practicar la penitencia del Sr. Arnauld sea un relajo que la Iglesia tolera con dolor. No tenemos total seguridad de la práctica del Oriente de que habláis pero sabemos que, por toda Europa, se practican los sacramentos de la forma que el Sr. Arnauld condena, y que el papa y todos los obispos aprueban la costumbre de dar la absolución después de la confesión, y no hacer penitencia pública más que por los pecados públicos. ¿No es una ceguera insoportable, preferir, en una cosa de semejantes consecuencias, los pensamientos de un joven que no tenía ninguna experiencia en la dirección de las lamas cuando escribió, a la práctica universal de toda la cristiandad?”

Es curioso oír a una mujer del mundo hablar de todas estas cuestiones de la gracia, de la penitencia, de la comunión, en todo como Vicente de Paúl. Algunos años después, en 1655, a propósito del retiro en Port-Royal de esta marquesa de Sablé que había dado lugar a la obra de Arnauld, la condesa de Choisy escribía, con mucho sentido de espíritu, a la condesa de Maure:

“A ejemplo del almirante de Chastillon, yo no me desanimo más que en la mala suerte. He sentido con dolor la ligereza de la sra. marquesa (de Sablé), quien, persuadida por los jansenistas, me ha quitado la amistad, que las carmelitas me habían procurado ante ella. Os ruego, Señora, que le digáis de mi parte que le aconsejo como amiga que no se comprometa a decir que no me ama ya, porque estoy segura que en diez días que estoy obligada a ir a alojarme a Luxemburgo⁴¹⁴, yo la haré cambiar de chaqueta en mi favor. Entremos en materia. Ella ve entonces mal que yo haya pronunciado una sentencia de rigor contra el señor Arnauld. Que abandone su pasión como yo lo hago, y veamos si es justo que un particular, sin orden del rey, sin breve del papa, sin carácter de obispo o de párroco, se ponga a escribir sin para reformar la religión, y levantar de esa forma confusiones en los espíritus que no producen otro efecto que hacer libertinos o impíos. Hablo como sabia viendo cuántos cortesanos y profanos andan trastornados desde esas proposiciones de la gracia: “Oiga, ¿qué importa cómo sucede, ya que, si tenemos la gracia nos salvaremos y, si no la tenemos, estaremos perdidos? Y luego concluyen pon decir: *Todo eso son paparruchas...* Antes de todas estas cuestiones, cuando llegaba la Pascua, se quedaban como unos pasmados sin saber dónde meterse, y con grandes escrúpulos; hoy son atrevidos y ya no piensan en confesarse, diciendo: “*Lo escrito escrito está*. Eso es lo que han hecho los jansenistas con los profanos. En cuanto a los verdaderos cristianos, no se necesitaba escribir tanto para instruirlos, sabiendo muy bien lo que conviene hacer para vivir según la ley. Que los Srs jansenistas, en lugar de remover cuestiones delicadas, y que no conviene comunicar al pueblo, prediquen con su ejemplo, y yo tendré por ellos un respeto muy particular, considerándolos como gente de bien cuya vida es admirable, que tienen espíritu como de ángeles, y a quienes honraría, si no tuvieran la vanidad de querer introducir novedades en la Iglesia⁴¹⁵.”

El buen sentido y la experiencia le habían enseñado tanto a la profana sobre los funestos efectos del jansenismo entre los de su clase y de su trato, como a Vicente de Paúl entre las comunidades religiosas y las poblaciones.

Atacado por todas partes, en público y en particular, Arnauld quiso explicarse; pero se hizo un barullo con nuevos errores, sin lograr aclararse con los

⁴¹⁴ El marido de la Sra. de Choisy era canciller del duque de Orléans, quien por entonces estaba en Blois, pero cuyos asuntos se tenían en Luxemburgo.

⁴¹⁵ Manuscritos de Conrart, in-fol., t. XI, p. 279, Bibli. del Arsenal. Nos detenemos prudentemente ante un rasgo que no haría los honores al rigorismo de d'Andilly.

primeros. Es lo que nos enseña Vicente como siempre en un pasaje de su primera carta al abate d'Horgny, donde vemos además que los doctores más celosos y más puros se reunían, para tratar de estas materias, en San Lázaro, convertido así el santo sacerdote, en la Sorbona, o una sucursal de la Sorbona ortodoxa:

“Una vez que el Sr. Arnauld, que dio su nombre a este libro⁴¹⁶, vio la oposición que encontró de muchos lados sobre la materia de la penitencia pública, sobre la que quería introducir antes de la comunión, se explicó con relación a ello, de la absolución simplemente declaratoria; pero, de todas formas, quedaron todavía errores, por lo que nos dice últimamente el Sr. Legrand, maestro de Navarra, que es uno de los más sabios del siglo así como también el Sr. penitenciario (Bail), los Srs. Cornet y Coqueret, que se habían reunido allí para esta clase de asuntos y que esta declaración es capciosa, y contiene cantidad de cosas que no valen apenas más de lo que ha dicho en su primer libro. Lo que dice que la Iglesia, habiendo practicado al principio la penitencia pública antes de la absolución, sentía siempre inclinación a restablecer esta costumbre, y que de otra forma no sería la columna de verdad, siempre semejante a sí misma, pero una sinagoga de errores; eso, Señor, ¿no suena a falso? La Iglesia, que no cambia en cuanto a las cosas de la fe, ¿no lo puede hacer respecto de la disciplina? Y Dios, que es inmutable en sí mismo, ¿no ha cambiado en sus comportamientos respecto de los hombres? Nuestro Señor su Hijo ¿no ha cambiado alguna vez los suyos, y los apóstoles los suyos también. ¿Con qué fin dice este hombre pues que la Iglesia estaría en error si ella no conservara la inclinación a restablecer estas clases de penitencias que practicaba en el pasado? ¿Es eso ortodoxo?”

Suspendido largo tiempo en Roma por las razones que hemos dado, el juicio sobre el libro de Arnauld se reanudó después de la muerte de los prelados aprobadores. Cuando Arnauld fu informado de ello por el abate du Vaucel, agente en Roma del partido jansenista, le escribió el 29 de noviembre de 1685: “Ya no harán daño a nadie más que a mí.” Roma siguió adelante. Proyectada bajo Inocencio XI, La sentencia no fue dictada hasta 1690, bajo Alejandro VIII, quien condenó 31 proposiciones, entre las que se encontraban al menos cinco extraídas del libro de Arnauld, dos en particular que son el resumen y la expresión exacta de los principios censurados hace poco por Vicente como heterodoxos sobre la penitencia y sobre la comunión. Se puede decir, en efecto, de estas proposiciones lo que Bossuet dirá más tarde de las cinco proposiciones extraídas del *Augustinus*: “Son el alma del libro, el libro mismo.”

II. *El Augustinus*, -Exposición teológica. Vicente de Paúl había entrado pues en la lucha con tanta inteligencia como resolución. pero si el libro de la Frecuente Comunión había sido el manifiesto del partido y su declaración de guerra, el Augustinus era su plaza fuerte, y es acerca de este grueso in-folio donde debía tener lugar la gran pelea

El 1º de julio de 1649, Nicolás Cornet, doctor de Navarra y maestro de Bossuet, síndico de la facultad de teología, denunció cinco proposiciones que él consideraba como resumen de todas las doctrinas del Augustinus.

⁴¹⁶ Expresión muy exacta, según lo que hemos dicho de la participación de SC y de los Port-Royalistas en el libro de la Frecuente Comunión. ¿A quién pertenecía a fin de cuentas? Nadie lo podrá decir. Era la obra de la secta; y por eso Vicente lo llama en otra parte el *Libro de Jansenius*.

Pero, antes de entrar en el debate, es preciso exponer el sistema de este libro. Jansenio enseña que la voluntad, como consecuencia del pecado original, había perdido el libre albedrío, es decir el poder de obrar o de no obrar. El deleite es en adelante el único móvil al que obedezca. Pues bien, existen dos deleites, uno terrestre que nos arrastra al mal, el otro celestial que nos lleva al bien, los dos en estado de lucha continua en nuestra alma, que sigue siempre y necesariamente el impulso de la más poderosa, según la palabra de san Agustín tan a menudo invocada por los jansenistas: *Secundum id operemur necesse est, quod amplius nos delectat*. Esta necesidad no es absoluta, sino relativa: es decir que actualmente en todo acta dado, mientras que domina un deleite, la voluntad no podría cambiar de determinación; pero en otras circunstancias, si los papeles de las delectaciones se invirtieran, la voluntad podría moverse en sentido contrario.

En este sistema, el alma es una balanza cuyas delectaciones son las pesas, y la voluntad se halla arrastrada mecánicamente y fatalmente al bien o al mal; ya que no es aquí la voluntad la que domina a la delectación, como en el sistema católico, sino la delectación la que domina a la voluntad. Las dos delectaciones luchan entre ellas: el asentimiento de la voluntad es lo que está en juego en el combate y el precio de la victoria.

Es del principio de la delectación superior y victoriosa de la que dimanar, por vía de rigurosa consecuencia, las cinco proposiciones famosas:

1. Algunos preceptos son imposibles a los justos, a pesar de los esfuerzos de su voluntad, con las fuerzas de que disponen en ese momento; además, no tienen la gracia que se los haría posibles, -2. En el estado de naturaleza caída, no se resiste nunca a la gracia interior. -3. Para merecer y desmerecer en el estado de naturaleza caída, la libertad de necesidad no es indispensable; basta libertad de coacción. -4. Los semipelagianos admitían la necesidad de una gracia interior preveniente para todos los actos, incluso para el comienzo de la fe; eran herejes en cuanto creían que la voluntad podía resistir u obedecer. -5. Ser semipelagiano es decir que Cristo ha muerto y ha derramado su sangre por todos los hombres.

Tales son las proposiciones que no solamente se leen en el Augustinus, sino que también, siguiendo las palabras de Bossuet, *constituyen todo el libro mismo*.

A este sistema oponemos la creencia católica.

El hombre ha sido creado en un estado sobrenatural, es decir que ha sido destinado a una participación de Dios tal y como es en sí mismo, a una unión con la esencia divina sin medio y sin velos. Entonces, para alcanzar este destino que sobrepasa la exigencia y las fuerzas de toda naturaleza creada y hasta posible, el hombre inocente mismo necesitaba de un auxilio sobrenatural. Ahora bien, mientras poseía aún los admirables privilegios de inteligencia y de voluntad que le había conferido su Creador, existía armonía en su ser, y además las facultades más nobles dominaban a las facultades ínfimas, la gracia de Dios no era eficaz en sí misma y la libertad humana disponía de ella a su gusto. El hombre cae, la armonía se destruye entre sus facultades, y la concupiscencia mala se establece en su corazón dominante y tiránica. Él pierde sus privilegios sobrenaturales, pero no es despojado enteramente de las fuerzas de su naturaleza. Su inteligencia, aunque oscurecida, no es absolutamente incapaz de llegar a la verdad; su voluntad, aunque herida y

enferma, no está privada de toda actividad, y el mal no es necesariamente el producto de sus actos.

Dios quiere, en su misericordia, devolver a la humanidad sus derechos perdidos. El hombre entonces necesita, no sólo del auxilio sobrenatural que le era necesario en el estado de inocencia, sino de una gracia medicinal que cure, fortalezca y vuelva al bien sus facultades enfermas, debilitadas e inclinadas al mal. Siguiendo la creencia común, esta gracia es otorgada en proporciones realmente suficientes a todos los hombres justos y pecadores, pecadores empedernidos, creyentes e infieles, porque es por todos por quienes ha muerto Cristo. Todos sin embargo no llegan a su destino sobrenatural. ¿Es insuficiencia de la gracia o mala disposición y resistencia de la voluntad? ¿Existe distinción esencial entre las gracias concedidas a los hombres?

Por otra parte, Dios no podría, en su designio positivo de conducir al menos a una parte de la humanidad a un destino sobrenatural, ser contrariado por la voluntad humana. Al dar al hombre la libertad, no ha pretendido abdicar del imperio del mundo espiritual, para ponerse a su disposición y a sus órdenes. Podrá salvar siempre que lo quiera, arrancar a quien bien le parezca, siguiendo la expresión de la teología católica, a la *masa de perdición*, en la que habría podido, sin injusticia, después del pecado del primer hombre, dejar a la humanidad entera. Ejercerá pues sobre la voluntad humana una acción poderosa y soberana, una acción seguida de un efecto infalible. Este efecto sin embargo, infalible resultado de la acción de la gracia, será necesariamente conforme a la naturaleza de la causa segunda que lo produce. Esta causa es libre, el efecto será libre también. Será pues a la vez infalible por parte de la acción divina a la que nada se resiste, libre por parte de la voluntad humana obrando bajo la acción de la gracia. En una palabra, Dios quiere que el acto tenga lugar, y tenga lugar libremente, porque su voluntad todopoderosa no sólo realiza lo que quiere, sino de la manera que lo quiere.

De ahí la célebre distinción entre la gracia *eficaz* y la gracia *suficiente*. Siguiendo las definiciones católicas, la gracia suficiente confiere a la voluntad un verdadero poder de resistir a la concupiscencia y de operar el bien sobrenatural, aunque con ella sola la voluntad no actúe jamás; la gracia eficaz, por el contrario, va siempre seguida de su efecto, aunque la voluntad tenga siempre el poder de resistirla.

Así, este es el problema: ¿Cómo conciliar con la necesidad de la gracia la existencia de la libertad? ¿Cómo la libertad sigue entera bajo la acción infalible y todopoderosa de la gracia eficaz? ¿Es verdaderamente suficiente esta gracia que nunca se traduce en acto? Y cuando Dios se la confiere sola al hombre, le prueba suficientemente el deseo y la voluntad que tiene de conducirle a su fin sobrenatural?

Sean las que sean las soluciones del problema, he aquí los principios que deberán ser necesariamente respetados: por parte del hombre, destino sobrenatural, pecado original, necesidad de una gracia sobrenatural y medicinal, voluntad libre y responsable; por parte de Dios, dominio soberano y absoluto sobre todas las criaturas que no podrían, que no podría detenerse en los confines de la creación inteligente y libre, voluntad real y eficaz de salvar a todos los hombres por el conocimiento de su Hijo y la aplicación de los méritos de la redención, sin que se pueda acusar nunca a su justicia, a su sabiduría ni a su bondad.

Digámoslo ahora mismo, una conciliación absolutamente satisfactoria entre los dos extremos del problema es imposible a la razón humana. ¿Cómo resolver una ecuación cuyo términos todos nos son desconocidos? ¿Qué es lo sobrenatural? ¿En qué estado ha dejado la falta primitiva a la voluntad del hombre? ¿En qué consiste la acción de Dios sobre su criatura? ¿Cuáles son los derechos de su justicia, las exigencias de su bondad y de su amor? ¿Qué son los atributos divinos? Creemos comprenderlos al compararlos con las facultades análogas de nuestra alma; pero ¿existe la menor proporción entre lo finito y lo infinito? ¿Cómo concebir la acción de Dios y su soberano dominio sobre el hombre, cómo conciliarlos con el libre albedrío, cuando se piensa en este principio incontestable, que ninguna razón tomada de la criatura podría determinar al Creador? No existe en ello esta reciprocidad de derechos y obligaciones que forma la esencia de todas las relaciones humanas. Por último, la acción del hombre está encerrada en el tiempo y repartida por las divisiones sucesivas de la vida; la acción de Dios es eterna e indivisible: ¿Llegaremos a comprender algún día las relaciones de actos temporales y sucesivos con una acción eterna y simultánea?

La razón humana ha tratado repetidas veces, no obstante, de fijarlas, de establecer conciliación entre los dos extremos. Por su parte la teología católica, ha imaginado varios sistemas para explicar la distinción de la gracia eficaz de la gracia suficiente, que parece encerrar la palabra del enigma.

Por numerosos y variados que sean estos sistemas, pueden reducirse todos a dos, de los que uno saca la *eficacia* y la *suficiencia* de la gracia de la naturaleza intrínseca de la gracia misma; el otro, del asentimiento o del disasentimiento de la voluntad humana. Según unos, es de la esencia de la gracia eficaz que con ella la voluntad haga el bien, aunque al mismo tiempo ella pueda no hacerlo; y de la esencia de la gracia suficiente que con ella la voluntad no actúe nunca, aunque pueda actuar siempre. De manera que la gracia eficaz cae sobre el acto mismo, no sobre el poder, que ella supone completo, mientras que la gracia suficiente afecta tan sólo al poder, sin relación con el acto. En este sistema la gracia eficaz se llama *prelación* o *predeterminación física*, porque anteriormente a todo asentimiento de la voluntad, la empuja, la determina y la aplica al acto; y los teólogos que la siguen se llaman *Tomistas*, porque pretenden que su doctrina es la doctrina misma de santo Tomás.

Siguiendo a otros teólogos, la eficacia o la suficiencia de la gracia, no viene de la naturaleza intrínseca de la gracia misma, sino de la voluntad que, a su capricho, le da o le niega su asentimiento, no en este sentido no obstante que la libertad pueda añadir una virtud cualquiera a la gracia por su consentimiento, ni quitarle nada por su resistencia, sino en el sentido tan sólo que la gracia no obtiene su efecto más que en cuanto que la voluntad obedece a su impulso, y no se ve privada de él más que en cuanto que la voluntad le resiste o aporta obstáculo. Entonces, veamos cómo en este sistema, el soberano dominio de Dios y su voluntad especial de salvar a los predestinados se concilian con el libre albedrío. Dios, por su inteligencia, prevé todas las cosas posibles. Pero, por la ciencia media, o la ciencia de los futuros condicionales, que ocupa el medio entre la ciencia de los objetos puramente posibles, y la de los objetos realmente existentes o que deben tener una existencia real, él prevé lo que sucederá en consecuencia de tal condición, o incluso lo que habría sucedido, si se hubiera dado tal o cual condición. Quiere convertir a un pecador o mantener a un justo en el camino del bien, busca en los tesoros innumerables de sus

gracias las que él prevé, por la ciencia media, deber inclinar su voluntad o hacerles perseverar en la virtud. Que no tiene para ellos esta predilección especial y positiva, él se contenta con enviarles gracias ordinarias, sin pensar en establecer entre el auxilio concedido y las circunstancias en que se hallan esta armonía necesaria al cumplimiento del precepto. Las primeras gracias son eficaces, las segundas suficientes solamente..

Tal es el sistema de Molina, al que no se puede negar, por distintos juicios que se puedan formar por lo demás, ser un admirable esfuerzo de la razón humana, para explicar el cuerdo de la gracia y de la libertad, acuerdo aquí bastante fácil de entender.

Sólo queda la dificultad, inmensa todavía, es verdad, que resulta de la presciencia divina, de la necesidad de la gracia y de la desigualdad de su distribución, Asimismo, en el sistema molinista, la parte resulta bastante amplia a la libertad humana. El sistema tomista, por el contrario, concede más a la gracia, respeta mejor el soberano dominio de Dios sobre la criatura inteligente, pero hace más difícil concebir la permanencia de la libertad bajo la acción divina.

III. *Las cinco proposiciones, -Recurso a Roma. -Resolución e inteligencia de Vicente en la lucha.* Las cinco proposiciones denunciadas por N. Cornet fueron adoptadas por la asamblea de Sorbona. Se decidió por mayoría de votos que serían examinadas, y se nombró a los comisarios que debían hacer el informe. Pero, durante este informe, el doctor Saint-Amour amotinó a sesenta de sus colegas que apelaron al Parlamento como abuso. Los doctores ortodoxos, al ver una causa de esta naturaleza recurrida a un tribunal laico, pensaron desde ese momento presentársela a la Santa Sede. Ellos creyeron sin embargo conveniente que el cuerpo episcopal, más bien que una simple universidad pidiera un juicio al papa. Se estaba a las puertas de una asamblea general del clero. Los obispos reunidos en 1650, tenían que elegir entre dos partidos, o juzgar en primera instancia, según el derecho, al menos singular, que se arrogaba la Iglesia galicana, o someter el asunto al soberano pontífice. Un juicio en regla por la asamblea era moralmente imposible, porque los debates habrían absorbido y sobrepasado con mucho el tiempo de sus reuniones. Quedaba pues el recurso al papa; y, en efecto, los obispos resolvieron escribirle de común acuerdo. Pero, temiendo con razón que el parlamento acostumbrado a mezclarse en todo, y ya enterado del asunto de las cinco proposiciones, impidiera el recurso a Roma, si ellos deliberaban entre ellos en sesiones regladas; temiendo también esas divisiones que se llegan a sembrar tan fácilmente en las asambleas, ellos tomaron el partido de firmar, cada uno en particular, una carta común, que fue redactada por Habert, obispo de Vabres. Ésta es la carta:

Santísimo Padre,

“La fe de Pedro, que no puede fallar nunca, pide con toda la razón del mundo que, según la conducta recibida y autorizada en la Iglesia, se trasmita las causas mayores a la Santa Sede apostólica. Para obedecer a una ley tan equitativa, hemos estimado que era necesario escribir a Vuestra Santidad respecto de un asunto muy importante que afecta a la Religión. Hace diez años que nosotros vemos con gran dolor a Francia agitada por disturbios muy

violentos, a causa del libro póstumo del Sr Cornelius Jansénus, obispo de Ypres, y por la doctrina que en él se contiene. Estos movimientos debían ser acallados por tanto por la autoridad del concilio de Trento, como por la de la bula de Urbano VIII, de feliz memoria, por la que pronunció contra los dogmas de Jansenio y confirmó los decretos de Pío V y de Gregorio XIII contra Baïus. Vuestra Santidad ha establecido por un nuevo decreto la verdad y la fuerza de esta bula. Mas como cada proposición en particular no ha sido notada con una censura especial, algunos han creído que había todavía lugar a sus sutilezas y a sus escapes. Nosotros esperamos que les sean quitados todos los medios, si le place a Vuestra Santidad como así os lo suplicamos muy humildemente, definir clara y distintamente qué sentimiento se ha de tener en esta materia. Por eso la suplicamos tenga a bien hacer el examen y dictar un juicio claro y cierto de cada una de las proposiciones que siguen, sobre las que la disputa es más peligrosa y la contestación más caliente.” Siguen las cinco proposiciones, y la carta continúa: “Vuestra Santidad ha experimentado hace poco cuánto poder ha tenido la autoridad de la Santa Sede apostólica para abatir el error de la doble cabeza de la Iglesia. La tempestad ha sido apaciguada al instante: la mar y los vientos han obedecido a la voz y al mando de Jesucristo. Lo que hace que nosotros os roguemos, Santísimo Padre, que pronunciéis sobre el sentido de estas proposiciones un juicio claro y decisivo, al que el Sr. Jansenio, cercano a su muerte, ha sometido su obra; que disipéis toda oscuridad, que reaseguréis a los espíritus vacilantes, que impidáis las divisiones, y devolváis a la Iglesia su tranquilidad y su esplendor. Mientras nosotros disfrutamos de este esperanza, elevamos nuestros deseos y nuestros votos a Dios, a fin de que este rey inmortal de los siglos colme a Vuestra Santidad de largos y felices años y, después de un siglo de vida, de una dichosísima eternidad.”

Esta carta fue concertada en San Lázaro mismo, y a los ojos de Vicente de Paúl. Los principales obispos de la asamblea la firmaron al punto, cada uno por separado, y se enviaron copias a las provincias para someterlas a las firmas del resto de los prelados del reino; muchas fueron incluso enviadas en París a las comunidades religiosas, se quería lograr como un concierto de toda la Iglesia de Francia, para que el soberano pontífice, presionado por todas partes, no retrasara su juicio.

Aquí fue donde Vicente de Paúl demostró su celo. Llevaba muchos años comprometido más que nadie en la defensa de la fe ortodoxa contra el error jansenista. Escribía al abate d'Horgny las cuatro razones siguientes de su oposición al jansenismo:

“La primera es la de mi empleo en el consejo de las cosas eclesiásticas, donde cada una se ha declarado en contra: la reina, el Sr. cardenal(Mazarino), el Sr. canciller (Séguier) y el Sr. penitenciario (Bail). Juzgad por ahí si yo he podido seguir neutral. El éxito ha hecho ver que era conveniente comportarse así.

“La segunda razón es la del conocimiento que tengo yo de los planes del autor de estas opiniones nuevas...” -Pasaje sobre SC ya citado.

“La tercera ha sido que yo he visto que tres o cuatro papas habían condenado las opiniones de Baïus, que Jansenio sostiene, como había hecho también la Sorbona el año 1560, y que la parte más sana de la misma Facultad, que son todos los antiguos, se declaran contra estas opiniones nuevas y que nuestro santo Padre ha condenado la de las dos cabezas que se quería establecer con malas intenciones.

“Y la cuarta, que yo pongo aquí la última, además de muchas otras, es la que dijo Celestino papa, *Epist. 2 ad Episcopos Galliae*, contra algunos sacerdotes que defendían algunos errores contra la gracia, y a los cuales estos obispos habían condenado. Este buen papa, después de alabarlos por haberse opuesto a la doctrina de estos sacerdotes, dijo estas mismas palabras: *Timeo ne connivere sit hoc tacere; timeo ne illi magis loquantur qui permittunt illis taliter loqui; in talibus causis non caret suspicione; quia occurreret veritas, si falsitas displiceret; merito namque causa nos respicit, si silentio faveamus errori* (-Me temo que es consentir callárselo; temo que hablen más los que permiten hablar así; ; en semejantes causas no carece de sospecha la taciturnidad; ya que si la falsedad desagradare, resplandecería la verdad; puesto que la causa nos incumbe si favorecemos al error con silencio) . Que si me dicen que es verdad con relación a los obispos y no a un particular, yo respondo que con toda probabilidad se extiende no sólo a los obispos sino también a los que ven el mal y, en cuanto depende de ellos, no lo impiden.”

Además de estas razones generales, aplicables a toda herejía, Vicente tenía otras particulares, tomadas de la doctrina de Jansenio. Entrando pues en los detalles de esta doctrina y respondiendo a las objeciones de su corresponsal quien, por una complacencia secreta , no habría querido ver a la Compañía mezclarse en este asunto, dijo más adelante:

“En cuanto a Jansenio, hay que verle o como sosteniendo las opiniones de Baius tantas veces condenadas por los papas y por la Sorbona, como he dicho, o como conteniendo otras doctrinas que él trata allí. En cuanto a lo primero, ¿no tenemos nosotros obligación de atenernos a la censura que los papas y este docto cuerpo han hecho de esas opiniones, y a declararnos en contra? En cuanto al resto del libro, el papa prohibiendo leerlo, el consejo de los asuntos eclesiásticos, no ha debido aconsejar a la reina mantener mano fuerte en lo que el papa ha ordenado, ejecutar y hacer profesión abierta de declarase contra las opiniones de Baius censuradas y esas especies de nuevas opiniones de ese doctor que sostienen atrevidamente las que la Iglesia no ha determinado todavía respecto de la gracia?

“Me decís por la vuestra que Jansenio ha leído diez veces todas las obras de san Agustín, treinta veces los tratados de la gracia, y que no se ve claro que los Misioneros se mezclen

a juzgar de las opiniones de este gran hombre. –Os respondo a ello, Señor, que de ordinario los que quieren establecen nuevas doctrinas, son hombres muy sabios y que estudian con gran asiduidad y aplicación a los autores de los que se quieren servir; que se ha de confesar que ese prelado era muy sabio y que, teniendo el plan que ya he dicho de desacreditar a los jesuitas, ha podido leer a san Agustín el número de veces que decís; pero eso no impide que haya podido caer en el error, y que nosotros y fuéramos excusables de adherirnos a sus opiniones, que son contrarias a las censuras que han sido publicadas contra su doctrina. Los sacerdotes tienen obligación de no adherirse, y de contradecir la doctrina de calvino y demás heresiarcas, aunque no hayan leído nunca a los autores, en los que se han apoyado, ni siquiera sus libros.

“Me decía además que las opiniones que nosotros llamamos antiguas son modernas, que hace unos setenta años que Molina inventó las opiniones que se llaman antiguas respecto de esta discusión. –Os confieso, Señor, que Molina es el autor de la ciencia que se llama *Media*, que no es, hablando con propiedad, más que el medio por el que se hace ver cómo se realiza eso, y de

dónde viene que los hombres que tienen parecido espíritu, las mismas disposiciones y parecido grado de gracia para hacer las obras de su salvación, y que sin embargo uno lo hace y el otro no lo hace; uno se salva y el otro se pierde. Pero qué, Señor, no se trata de eso, que no es artículo de fe. La doctrina que él combate, que Jesucristo ha muerto por todo el mundo, ¿es acaso nueva? ¿No es de san Pablo y de san Juan? ¿No ha sido condenada la opinión contraria en el concilio de Mayence y otros muchos contra Godeschalcus? ¿Acaso no dice san Juan en las lecturas de Navidad que Nuestro Señor ha nacido *pro liberandis hominibus*, y la mayor parte de los santos no usan ese lenguaje? El concilio de Trento, en la sesión sexta, *De justificatione*, c. 11, ¿no trae las palabras de san Juan sobre este tema: *Hunc proposuit Deus propitiationem per fidem in sanguine ipsius pro peccatis nostris, non solum autem pro nostris, sed etiam pro totius mundi?* (-A éste propuso Dios como propiciación por la fe en su sangre por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo?) y en el tercero: *Verum et si ille pro omnibus mortuus est?* Dice luego que aún siendo así las cosas: *Non omnes tamen mortis eius beneficium recipiunt, sed ii dumtaxat quibus meritum passionis eius communicatur* (-No a todos sin embargo les alcanzan los méritos de su muerte, sino solamente aquellos a quienes se comunica el mérito de su pasión). Después de esto, Señor, llamaremos a esta doctrina nueva?

“¿Llamaremos nueva también a la que combate contra la observancia de los mandamientos de Dios, contra los santos cánones del mismo concilio, y de la misma sesión, que dice que: *Si quis dixerit Dei paecepta homini etiam justificato, et sub gratia constituto, esse ad observandum impossibilia, anathema sit* (-Si alguien dice que los mandamientos de Dio son imposibles de guardar al hombre ya justificado, y constituido en gracia, sea antema?)

“Y la que decís, Señor, que nos importa poco saber si hay gracias suficientes, o si son todas eficaces, ¿es también nueva? ¿Acaso no está contenida en el concilio segundo de Orange, capítulo XXV? Estas son, Señor, las palabras de este concilio, por las que veréis, si no las propias palabras de gracias suficientes, por lo menos la equivalencia del sentido: *Hoc etiam secundum fidem catholicam credimus, quod, aaccepta per baptismum gratia, omnes baptizati, Christo auxiliante et cooperante, quae ad salutem pertinent possint et debeant, si fideliter laborare voluerint, adimplere* (-También creemos según la fe católica que, recibida la gracia por el bautismo, todos los bautizados, con la ayuda y cooperación de Cristo, puedan y deban realizar cuanto se refiere a la salvación, si quisieran trabajar con fidelidad) Y en cuanto a lo que decís que nos importa poco saberlo, os ruego, Señor, que me permitáis decir que me parece que es de gran importancia que todos los cristianos sepan y crean que Dios es tan bueno, que todos los cristianos pueden, con la gracia de Jesucristo, operar su salvación; que les da los medios por Jesucristo, lo cual manifiesta y magnifica la bondad de Dios.

“No se puede tampoco decir que es nueva la opinión de la Iglesia que cree que todas las gracias, ya que el hombre las puede rechazar: c. IV, *De justificatione*.

“Decís que Clemente VIII y Paulo V han prohibido que se discuta de las cosas de la gracia. –Os diré, Señor, que eso se entiende de las cosas que no están determinadas, como las que acabo de decir, y de las otras que no están determinadas por la Iglesia. ¿Por qué lo ataca Jansenio, y en tal caso no es de

derecho natural defender a la Iglesia y sostener las censuras lanzadas en contra?

“Decís que son materias de escuela. –Es cierto de algunas: y aunque otras lo sean, ¿vamos por eso a callarnos y permitir alterar el gran fondo de las verdades por esas sutilezas? ¿No está el pobre pueblo obligado a creer y, por consiguiente a ser instruido en las cosas de la Trinidad y del Santísimo Sacramento, que son tan sutiles?”

“He ahí, Señor, lo que se me ocurre para haceros ver las razones que tenemos de declararnos en este encuentro frente a esas opiniones nuevas contra las cuales no veo sino dos, de las cuales una es motivo de temer que al pensar detener ese torrente de las nuevas opiniones, más se calientan los espíritus; -a lo que contesto que si así fuera, no habría que oponerse a las herejías, a los que nos quieren quitar la vida o los bienes, y que el pastor haría mal en gritar al lobo, cuando está cerca de entrar en el redil; la otra es la de la prudencia, que es puramente humana, por fundarse en el *¿qué dirán?* Nos haremos enemigos... -Oh Jesús, Señor, ya no faltaba más que los Misioneros no defiendan los intereses de Dios y de la Iglesia por motivos tan baladíes y miserables, que arruinan los intereses de Dios y de su Iglesia, y que llenan los infiernos!”

con esta convicción y este ardor iba Vicente a entregarse a la buena causa: convicción de la fe, ardor de la caridad ya que, al finalizar su segunda carta decía a d'Horgny: “Me voy a celebrar en este momento la santa Misa, a fin de que Dios os conceda conocer las verdades que os digo y por las que estoy preparado a dar mi vida.” Con esta espontaneidad, bajo este impulso totalmente personal, se lanzaba a la arena. Ya se decía que otros le soplaban sus pensamientos, otros le dictaban sus palabras, le componían sus cartas. Éstos otros eran los jesuitas, los autores de todo mal! Barcos, en su *Défense*, hará de ello, contra él y contra Abelly, el objeto de interminables proclamas. Los jesuitas, se decía, suministraban a Vicente memorias calumniosas, y le pasaban sus cartas encolerizadas que él no tenía otra cosa que endosar y lanzar contra los obispos. No se reconoce en ellas, efectivamente, se pretenderá, ni su carácter ni su estilo. Y ésa es una de las razones por las que era bueno citar casi por completo estas dos cartas a d'Horgny, escritas antes de los grandes debates y de las grandes intrigas de la pretendida cábala jesuítica. En estas dos cartas, las más largas, las más razonadas, que haya escrito jamás al menos a propósito del jansenismo, Vicente se deja llevar de su propio pensamiento y única inspiración. Y, como para refutar de antemano a Barcos y a los que y a los que se han hecho sus ecos hasta nuestros días, lo dice y lo repite. Pues hemos de creer que d'Horgny mismo, quien se inclinaba a los sentimientos del partido había dicho también con él que su venerado Padre se dejaba inoctrinar, ya que éste escribe todavía: “Ésta es la respuesta , Señor, a vuestra carta (la primera), la que no he comunicado a nadie quienquiera que sea, ni se la comunicaré nunca. Os digo además que no he hablado de ella a quien quiera que sea, y que no me he servido de quien quiera que sea en el mundo en lo que os digo, y que vos lo juzgaréis a la primera por mi estilo pobre y por mi ignorancia que no es poca. Su pobre estilo!” Está sin duda lleno de incorrecciones. Vicente no era mejor escritor que orador; era mucho más que eso. Y con todo, bajo la acción de la fe y de la caridad, se acerca con frecuencia al entusiasmo y a la elocuencia. Es por lo menos, siempre claro, neto, sensato, amable, todas las cualidades que no tenía SC.

Por otra parte, ¿disponía de tan escaso tiempo cuando le llegaba el pensamiento, para cuidar su frase! Repite al final de cada una de sus cartas a d'Horgny, que no le ha *dado tiempo a leerse*, y menos aún de hacerlo revisar, lo que de ordinario conseguía ya que, al comparar los numerosos minutos que le quedan con las cartas enviadas, se ven acertadas correcciones en las copias

En cuanto a su ignorancia, era mucho menor de lo que él ha dicho y han dicho. Lo que el orgullo hace en la mayoría, la humildad lo hacía en este hombre, el más humilde que haya habido: le cegaba en su inteligencia y su ciencia, como en su virtud. Y es algo lamentable ver a Barcos y a sus ecos tomar al pie de la letra estas humildes confesiones. He ahí porqué también había que citar las dos cartas a d'Horgny. Se han escrito bien gruesos libros sobre el grueso libro de la Frecuente Comuni3n: nada tan sensato, tan decisivo como las pocas páginas acabadas de citadas de Vicente. ¡Qué bien lo había leído, cómo lo había comprendido en sí mismo y en sus consecuencias! ¡Cómo al primer vistazo y a la primera había caído en la cuenta y había puesto el dedo en la llaga sobre los puntos digamos cardinales, en torno a los cuales gira toda la doctrina del libro! Y sus razones para oponerse al jansenismo, bien deducidas, con que seguridad separa las doctrinas de la doctrina de la Iglesia con la que querían confundirlos! ¡Cómo rasga los vanos pretextos de que se rodeaban para dar ayuda o connivencia al error, y cómo destruye los falsos motivos de este silencio, de esta inacción que el partido reclamaba, en nombre de todas las virtudes cristianas para dotar de seguridad a su obra funesta!

Y es que había estudiado, mucho más de lo que se cree, las dos doctrinas en los libros y en la oración. Se lo confiesa a d'Horgny: "Si hay algo (en su carta) además de eso (de su *pobre estilo* y de su *ignorancia*), os confieso, Señor, que he hecho algún pequeño estudio sobre estas cuestiones, y que son el tema ordinario de mis pobrecitas oraciones." En efecto, en el proceso de canonización el Misionero Antoine Durand ha declarado haberle oído decir en una conferencia a su comunidad: "Hace tres meses que hago mi oración sobre la doctrina de la gracia, y Dios me concede cada día nuevas luces que me confirman que la fe que Nuestro Señor murió por todos, y que quiere salvar a todo el mundo⁴¹⁷"; " lo que según testimonio de Abelly repitió a personas de confianza, añadiendo que, gracias a Dios, él se añejaba cada vez más de las opiniones peligrosas que han tartado de insinuarse en los espíritus." Los doctores, entre otros el abate de Marandé, le sometían sus escritos contra el jansenismo, y se referían a su juicio⁴¹⁸.

Estos estudios sobre las nuevas opiniones, Vicente los había comenzado muy temprano, y mucho antes de la época en que se quiere que no haya sido más que el eco y el instrumento de los jesuitas. Tenemos de ello el testimonio en un *discurso sobre la gracia*, escrito de su mano, y probablemente compuesto para la instrucción de los Misioneros o de los miembros de la Conferencia de San Lázaro. Este discurso, anterior a la bula de Inocencio X, ya que no se dice nada en él de las cinco proposiciones, es concluyente a favor de la ciencia y de la acción espontánea de Vicente en la querellas del jansenismo⁴¹⁹.

Vicente traza primero el plan de su discurso:

⁴¹⁷ *Summ.*, nº 21, p. 52.

⁴¹⁸ *Summ.*, *ibid.*

⁴¹⁹ Debemos comunicaci3n de este discurso a la cortesía del Sr. Laverdet. Completó nueve páginas y media in-folio, a medio margen, formato de agenda.

1º Importancia de instruirse bien sobre el litigio que está hoy en la Iglesia sobre el asunto de la gracia.

2º En qué consiste este litigio.

3º Razones de la creencia de la Iglesia.

4º Razones de los adversarios.

5º Medios de confirmarse y perseverar en la antigua creencia de la Iglesia.

Y vuelve sobre cada uno de los puntos de esta división.

1º Motivos de instruirse en el tema propuesto, a saber el peligro de ser arrastrado de otro modo al error y el interés de la salvación.

2º “En qué consiste este diferendo, que es de saber si Dios da a los hombres, yo digo a todos, tanto fieles como infieles, ayudas que nosotros llamamos gracias, para salvarse, y que nosotros podemos abusar de estas gracias para rechazarlas; y que los de las opiniones nuevas sostienen lo contrario, que no hay gracias suficientes dadas a todos, sino solamente eficaces, que no se dan más que a algunos, y que aquellos a quienes se dan no pueden abusar de ellas rechazándolas.”

Y para mejor darlo a entender, el santo busca la historia de las cuestiones de la gracia desde Pelagio hasta Baïus y Jansenio, cuyas opiniones, dice él, “han sido autorizadas por el abate de SC y su partido.”

3º Prueba luego la creencia de la Iglesia por la Escritura, los Concilios, los Padres, y por último por la razón: “Y verdaderamente, exclama el caritativo sacerdote, no sé cómo Dios, siendo una bondad infinita que abre todos los días los brazos para abrazar a los pecadores, *Expandi manus meas quotidie...* tendría el corazón de negar gracias a todos los que se las pidieran, y se dejara vencer por la bondad de David, que se mostraba solícito por hallar a alguien de la casa de su enemigo para perdonarle.”

Añade que si Dios negara sus gracias a algunas personas, no tendría ya derecho a mandar, ni a castigar: por consiguiente, ningún infierno; que si el hombre no obrara más que por necesidad, no habría mérito: “¿Qué mérito, se pregunta, tiene un forzado en saludar al general de las galeras? Un caballero libre de provincias le hará más honor al saludarle que diez mil forzados⁴²⁰.” Ningún mérito: por consiguiente, ninguna recompensa, ningún paraíso. Entretanto, y en esta tierra, ninguna obra buena. “Y de ahí procede, en efecto, que uno de los autores de estas hermosas opiniones (SC). Una vez que entró en eso, dejó el ayuno y la abstinencia y no celebró la santa misa que antews celebraba a diario; y que su otro mismo (Arnauld) no ha hecho nunca ningún acto de virtud a la vista de los que le han conocido.”

Después de esta condena tan perentoria, en una boca tan caritativa, de los dos apóstoles del jansenismo en Francia, el santo refuta las objeciones de los sectarios, y compromete a sus oyentes a confirmarse y perseverar en la creencia de la Iglesia.

Sin duda, Vicente no era un doctor de profesión. Para otros, la polémica, los santos libros: eso era particularmente cosa de los jesuitas, siempre armados en guerra contra el error; a él, la acción, pero la acción libre e inteligente. Bajo este punto de vista, nadie ha hecho más contra el jansenismo, y Gerberon ha tenido razón al llamarle: “uno de los más peligrosos enemigos que tuvieron los discípulos de san Agustín⁴²¹” Todo lo que sigue del relato probará que nunca se ha merecido más la *injuria*.

⁴²⁰ Es ésa una comparación del capellán general de las galeras.

⁴²¹ *Hist, géner. du jans.*, t. I, p. 392.

IV. *Sus trámites ante los obispos. –Sus cartas.* El proyecto de Vicente era conseguir el mayor número de firmas episcopales en la carta redactada por Habert, con el fin de presentarla en Roma como la voz unánime del episcopado de las Galias, Después de hacer firmar a los obispos presentes en París y a aquellos con quienes tenía relaciones más íntimas, él dirigió a los demás, el mes de febrero de 1651, la carta circular siguiente:

“los malos ejemplos que producen las opiniones de los tiempos han logrado que se resuelvan un buen número de Monseñores los preladados del reino a escribir a N. S. P. el papa para rogarle que se pronuncie sobre esta doctrina. Las razones particulares que los han llevado a hacerlo son: 1º que por este remedio, esperan que muchos se atengan a las opiniones comunes, que sin ello muchos podrían apartarse de ellas; como ha sucedido con todos, cuando se ha visto la censura de los *dos jefes, que no son más que uno sólo*; 2º y es que el mal pulula porque parece que es tolerado; 3º se piensa en Roma que la mayor parte de los Monseñores obispos de Francia están en estos sentimientos nuevos, e importa dar a entender que hay muy pocos; 4º por fin, que esto está confirme al santo concilio de Trento, que quiere que, si se presentan opiniones contrarias a las cosas determinadas por él, se recurra a los Soberanos Pontífices para ordenar sobre el caso. Y esto es lo que queremos hacer, Monseñor, como veréis por la misma carta, que os envío, en la confianza que tengáis a bien firmarla después de unos cuarenta preladados más que ya la han formado, cuya lista es, etc.”

Esta circular fue recibida con toda la deferencia que el santo sacerdote había inspirado desde hacía tiempo en el episcopado. Casi todos los preladados remitieron la copia de la carta de Habert revestida de sus firmas. Ante algunos sin embargo tuvo que insistir, o incluso fracasó. El obispo de Luçon, Pierre de Nivelles, no dio respuesta. Vicente, para obedecer al precepto del apóstol: “Insiste a tiempo y a destiempo, exhorta con toda longanimidad⁴²²”, escribió por segunda vez, el 23 de abril de 1651:

“Monseñor, hace algún tiempo que me tomo la confianza de enviaros la copia de una carta que la mayor parte de los Monseñores preladados desearían enviar a N. S. P. el Papa para suplicarle que se pronuncie sobre los puntos de la nueva doctrina, a fin de que, si quisierais ser del número, tuvierais a bien firmarla. Y como no he tenido el honor de recibir ninguna respuesta, tengo razones de temer que no la hayáis recibido, o que algún mal escrito que los de esa doctrina han enviado a todas partes, para apartar a nuestros dichos Señores de este proyecto, os haya mantenido en suspenso sobre esta propuesta. Lo que hace, Monseñor, que os envíe una segunda copia, y os suplique, en nombre de Nuestro Señor, que consideréis la necesidad de esta carta, por la extraña división que se provoca en las familias, en las ciudades y en las universidades; es un fuego que se enciende todos los días, que altera los espíritus y que amenaza a la Iglesia con una irreparable desolación, si no se le pone remedio con prontitud.

“En cuanto a esperar a un concilio universal, la situación de los asuntos presentes no permite que se haga; y además sabéis el tiempo que se precisa para reunirlo, y cuánto se necesitó para el último que se ha celebrado. Este remedio está muy distante para un mal tan urgente. ¿Quién pondrá pues

⁴²² II Timoteo. IV, 2.

remedio a este mal? Es necesario sin duda que sea la Santa Sede, no sólo porque faltan los demás caminos, sino porque el concilio de Trento, en su última sesión, le remite la decisión de las dificultades que nacerán respecto de lo que ha decretado. Pues bien, si la Iglesia se encuentra en un concilio universal canónicamente reunido, como aquél, y si el Espíritu Santo conduce a la misma Iglesia, como no se permite dudarlo, ¿por qué no se seguirá la luz de este Espíritu, que declara cómo es necesario comportarse en estas ocasiones dudosas, que es de recurrir al Soberano Pontífice? Esta única razón, Monseñor, hace que os cuente en el número de los sesenta prelados que han firmado ya esta carta, sin otro plan que una simple propuesta, aparte de otros muchos que la deben firmar.

“Si alguno pensara que no se debe declarar tan pronto en una materia de la que debe ser el juez, se le podría responder que, por las razones dadas, no debe haber concilio y que, por consiguiente no puede ser testigo en él. Pero supongamos lo contrario, el recurso al papa no sería un impedimento, pues los santos le escribieron en otros tiempos contra las nuevas doctrinas, y no han dejado de asistir como jueces en los concilios donde fueran condenadas.

“Si por casualidad replicara que los papas imponen silencio, en esta materia, no queriendo que se hable de ella, que no se discuta, ni se escriba, se les podría decir también que eso no se debe entender con respecto al Papa, quien es el jefe de la Iglesia, con quien todos los miembros deben tener relación, pero que es él a quien debemos recurrir para estar seguros en las dudas y en las agitaciones. ¿A quién pues nos podríamos dirigir, y cómo sabría Su Santidad las confusiones que surgen si no se le informa para que las remedie?

“Si algún otro temiera, Monseñor, que una respuesta tardía o menos decisiva de nuestro Santo Padre diera alas a los adversarios, yo podría asegurarle que el Sr. nuncio ha dicho que tiene noticias de Roma que una vez que Su Santidad tenga una carta del rey, y otra de la gran parte de nuestros Srs. los prelados de Francia, ella procederá sobre esta doctrina. Pues, existe resolución por parte de Su Majestad de escribir; y el Sr. nuestro primer presidente ha dicho también que, con tal que la bula de la Santa Sede haga constar haber sido dada por la inquisición de Roma, será recibida y verificada en el parlamento.

“Pero ¿qué se ganará, dirá un tercero, cuando el Papa se haya pronunciado, y los que sostienen estas novedades no se sometan? -Eso podrá ser verdad de algunos, que han sido de la cábala del difunto Sr. de SC, quien no sólo no tenía disposición de someterse a las decisiones del Papa, que ni siquiera creía en los concilios. Ya lo sé, Monseñor, por haberlo practicado mucho, y ellos se podrán obstinar como él, cegados por en sus sentimientos; mas, en cuanto a los demás, que no los siguen más que por el tractivo que sienten por las cosas nuevas o por algún lazo de amistad o de familia, o porque piensan hacer bien, habrá pocos que no se retiren antes que rebelarse contra su propio y legítimo Padre. Hemos visto la experiencia en esto con ocasión del libro de los *Dos Jefes* y del catecismo de la Gracia; ya que tan pronto como fueron censurados, ya no se ha hablado más de ello.. y por lo tanto, Monseñor, es muy de desear que tantas almas sean desengañadas de lo demás, como lo han sido de eso, y que se evite lo antes posible que otras entren en una facción tan peligrosa como ésta. El ejemplo de un tal Labadie⁴²³ es una prueba de la maldad de esta doctrina.

⁴²³ Véase sobre Labadie las *Mémoires* de Nicerón, t. XXVIII, p. 386, y t. XXII, p. 140. Nacido en 1610, en Bourg-en-Guyenne, Jean Labadie entró en los Jesuitas en 1624, después de la muerte de su padre. Se

Es un sacerdote apóstata, que pasaba por gran predicador, el cual, después de hacer muchos estragos en Picardía y luego en Gascuña, se hizo hugonote en Montauban; y, por un libro que escribió de su pretendida conversión, declara que, habiendo sido jansenista, la doctrina que ahí se tiene es la misma creencia que ha abrazado. Y en efecto, Monseñor, los ministros se glorían en sus prédicas hablando de esas gentes que la mayor parte de los católicos están de su lado y que pronto se harán con el resto⁴²⁴. Así las cosas, ¿qué no se debe hacer para apagar este fuego que da ventaja a los enemigos jurados de nuestra Religión? ¿Quién no se arrojará contra este pequeño monstruo que empieza a desgarrar la Iglesia y acabará por desolarla, si no se lo ahoga en su nacimiento? ¿Qué no querrían haber hecho tantos valientes y santos obispos que son en este momento, si hubieran estado en el tiempo de Calvino? Ahora se ve la culpa de los de aquel tiempo, que no se opusieron con todas fuerzas a

salió en 1639, con pretexto de indisposición, y muy probablemente también expulsado por sus superiores, que habían descubierto sus ideas singulares sobre la piedad y su hipocresía. Después de recorrer varias ciudades de Guyenne, vino a París. Allí, Caumartin, obispo de Amiens, al oírle predicar, quedó tan satisfecho que se lo llevó a su diócesis. Labadie había aceptado de tan buena gana, que estaba a punto de ser inquietado en París por algunos sermones en los que había sostenido sobre la gracia algunas de las máximas que acababan de llevar a SC a Vincennes. En la diócesis de Amiens, continuó sus predicaciones sospechosas, luego, *faltándole la gracia*, cayó, con religiosas y seculares, en todas las abominaciones de los antiguos gnósticos. Iba a ser detenido, cuando él se fugó, el mes de agosto de 1654, en París, donde encontró primero un refugio en Port-Royal. De allí, pasó a Bazas, luego a Toulouse, donde se entregó a horrores, pretendiendo imitar a *Adán y a Eva en el estado de inocencia*, añadiendo que *allí donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad*. Iba a informar de nuevo contra él, pero huyó de nuevo y, después de andar errante largo tiempo, aterrizó en Montauban donde fue acogido con los brazos abiertos por los hugonotes y pidió ser elegido ministro. Informado por el obispo de Montauban, Vicente escribió a la reina, el 5 de setiembre de 1652, para oponerse a este sacrilegio y a este escándalo; el Sr. de Montauban me informa que me tome el honor de escribir a Vuestra Majestad a propósito de alguien llamado Labadie, que tiene tantas opiniones extravagantes en materia de nuestra santa religión, que ha hecho tanto mal en Picardía y en la diócesis de Bazas, donde el Sr. obispo ha formado el proceso contra sus secuaces y contra él, y que finalmente, para evitar su justicia, se ha hecho hugonote en Montauban donde intriga para hacerse ministro, y que él se teme que cause más mal a la Iglesia en este estado que siendo persona particular.” Vicente pide pues a la reina que intervenga con el fin de prohibirle el ministerio, “por poseer el espíritu sedicioso, chismoso e inventor de nuevas herejías. Y no es que, añade, que el rey quiera impedir la libertad que les es dada de hacer su religión y de nombrar sus ministros, sino tan sólo para dar orden de que este mal espíritu traiga algún disturbio a la religión y al Estado, que tiene sus intereses tan ligados a los de la religión.” La intervención de Vicente no impidió a Labadie llegar al ministerio. Nosotros no seguiremos a este miserable, que fue expulsado de varios lugares como ministro, lo mismo que lo había sido como sacerdote católico. Que nos sea suficiente anotar, para la inteligencia de este pasaje de la carta de Vicente de Paúl al obispo de Luçon que, en la *Declaración de Labadie, conteniendo las razones que le obligaron a dejar la comunión de la Iglesia romana para integrarse en la Iglesia reformada* (Ginebra, 1656, in-12), establecía la conformidad del jansenismo que había sostenido con el calvinismo que acababa de abrazar.

⁴²⁴ Doctrinas y conducta, todo era poco más o menos común entre ginebra y Port-Royal. Los herejes han tenido siempre un instinto maravilloso para hacerse reconocer entre ellos. Pues, los Cantones suizos, por la boca de Henri Ottius, profesor en Zurich; los estados de Holanda, por la boca de Samuel Marez, profesor en Groningen; Inglaterra por sus gacetas; el protestantismo francés, por el órgano de sus principales pastores, saludaban en el jansenismo a una doctrina amiga. Jurieu (*Esprit de M. Arnault*, t. I, p. 230 y ss.) cita las doctrinas jansenistas sobre la justificación, la Iglesia, etc., y las adopta todas, luego añade p. 235: “Por todos estos extractos aparecen dos cosas: la primera, que el abate de SC tenía el proyecto de reformar la Iglesia y hacer una nueva religión; la segunda, que esta religión reformada sobre las ideas de este abate no estaba alejada de la de Calvino, y coincidía con ella en los principios.” Jurieu clama luego contra la mala fe de los jansenistas, que combatían a los protestantes, para engañar, mientras compartían las doctrinas del protestantismo. En su tomo II, pp. 3-30, se esfuerza todavía en probar que los protestantes defienden las cinco proposiciones en el sentido de Jansenio, y que hay en este informe, perfecta conformidad entre ellos u los protestantes.

una doctrina que debía causar tantas guerras y divisiones. También había por entonces mucha ignorancia; pero hoy que Nuestros Señores los Prelados son más sabios, se muestran también más celosos. Tal es Monseñor de Cahors, quien me escribió últimamente que le habían enviado un libelo difamatorio contra dicha carta. “Es, dice él, el espíritu de herejía que no puede sufrir las justas correcciones y reprimendas, y se arroja incontinentemente con violencia las calumnias. Ya estamos en la pelea, a donde siempre he creído que debíamos estar.” Y como le había pedido que se cuidara, a causa de un accidente que le había ocurrido: “Os aseguro (me dice) que lo haré, aunque no fuera más que para encontrarme en el combate que preveo tendremos que tener; y espero con la ayuda de Dios que venceremos. “ Esos son los buenos sentimientos de este buen prelado. No se esperan otros de vuestra parte, Monseñor, que anunciáis y hacéis anunciar en vuestra diócesis las opiniones comunes de la Iglesia y que, sin duda, os complacerá suplicar que nuestro Santo Padre mande hacer lo mismo en todas partes, para reprimir estas opiniones suevas que simbolizan tanto con los errores de Calvino. Va en ello la gloria de Dios, la tranquilidad de la Iglesia y, me atrevo a decir, de la del Estado; lo que vemos más claramente en París que no se puede imaginar en otras partes sin ello, Monseñor, yo no os hubiera importunado con un discurso tan largo. Suplico muy humildemente a vuestra bondad que me perdone, ya que es ella la que me ha hecho tomarme esta confianza, etc.”

La víspera misma del día en que esta carta partió para Luçon, Vicente recibía una de Pavillon y de Gaulet, obispos de Alet y de Pamiers. Estos dos obispos no tenían aún en común con el jansenismo más que una inclinación, real y práctica entre ellos, a las doctrinas severas defendidas por la secta. No obstante, Pavillon, más austero todavía que su amigo, se había dejado ya iniciar por los sectarios. Algunos años antes, Ferret, párroco de San Nicolás, habiendo realizado un viaje a Alet, había regresado lleno de prejuicios favorables al jansenismo, de los que le libró Vicente mismo⁴²⁵. Pavillon gustaba todavía las obras del partido, y se hacía leer en la mesa la *Frecuente Comuni3n* o las *Cartas* del abate de SC. Pero durante el tiempo de las visitas frecuentes que le hacía el obispo de Pamiers, interrumpía esta lectura que éste no podía aguantar⁴²⁶. Estos dos prelados se entendieron para responder a Vicente. se negaban a suscribir la carta al Papa, pero únicamente por un falso amor a la paz, ya que se opusieron el mismo rechazo a la propuesta de los once obispos opositores.

“Hace mucho tiempo, decían en sustancia, que nos duelen las divisiones que afligen a la Iglesia. Nosotros habríamos respondido antes a la carta que habéis

⁴²⁵ Es lo que nos dice el P.-S. de la primera carta de Vicente a d’Horgny: “Me atrevo a deciros que el Sr. Ferret habiéndose liado en estas opiniones nuevas, dijo al Sr. párroco de San Juan (Abelly) que lo que ha sacado de él es la firmeza que ha visto en este miserable pecador (Vicente mismo) contra esto, en dos o tres conferencias que hemos tenido sobre este asunto. Es el Sr. párroco de San Nicolás de Chardonnet quien fue reconocido, cuando volvió a Alet, por todos que andaba en estas opiniones, de las que se se hallaba hasta tal punto fuera, que ha propuesto al Sr. de San Josse que es conveniente que formemos una especie de congregación secreta para defender las verdades antiguas. . os ruego que lo guardéis en secreto.”

⁴²⁶ El obispo de Pamiers, en esta época, estaba todavía bajo la influencia saludable de san Vicente de Paúl. Algunos años antes, cuando era más que un simple abate de Foix, habiendo dado cuenta a Vicente de sus conversaciones con SC, el santo le expuso sus reparos y le aconsejó que rompiera este trato peligroso, como el mismo abate lo declaró en el proceso de Vincennes (*Hist. du Jansénisme*, por el P. Rapin, p. 342).

querido escribirnos⁴²⁷, si hubiéramos creído que el asunto sobre el que se deseaba nuestra resolución pedía muchos consejos y oraciones. Vamos a declararos lo que pensamos, con la sencillez y el desinterés del que vos nos habéis dado tantos ejemplos. Nosotros creemos pues que no existen apariencias de que en una agitación tan viva, y que los dos partidos creen justa, el espíritu de Dios, que es un espíritu de paz, encuentre bastante docilidad en los corazones para operar en ellos una perfecta reunión. Aunque respetemos el camino que se nos ha propuesto de pedir a la Santa Sede la decisión de las cuestiones principales de una doctrina que se juzga sospechosa, con todo nos parece importante que los obispos no se muestren sospechosos ni odiosos a ningún partido declarándose a favor de uno o del otro, con el fin de poder a su tiempo mediar más cómodamente la paz por la confianza que todos tendrán motivos de tener en ellos. Habiendo sido invitados por otros muchos obispos a querer firmar una carta escrita al Papa, contraria a la que vos nos habéis enviado, nosotros tememos, otorgando a unos lo que hemos negado a los otros, contribuir a un cisma que, en materia de doctrina y entre personas de tanto peso, puede producir grandes males y dar ocasión de burla a los libertinos y a los herejes, y de escándalo a los buenos católicos. La guerra y las divisiones que afligen al Estado y la cristiandad son un motivo más que nos hace temer que una bula dada en una estación tan agitada de disturbios, pueda cumplir con todas las formalidades necesarias y exaspere más los males en lugar de suavizarlos. No es que vayamos a querer que se continúe disputando y desgarrándose unos a otros, sino más bien que se tome una solución para restablecer la concordia. Nos parecería pues, Señor, más oportuno trabajar por unirnos todos para pedir a la Santa Sede que, ya que por nuestros pecados los hombres no están dispuestos a tratar las cosas pacíficamente, tenga a bien enviar una bula que prohíba, bajo gravísimas penas, a toda persona, de cualquier rango y condición que sea, agitar las cuestiones del tiempo en las cátedras y en las escuelas, por escrito y de viva voz, en público y en particular, hasta que juzgue el tiempo más oportuno para decidirlas; y que orden entre tanto a los obispos usar de censuras y de otras vías razonables para hacerla observar inviolablemente a todo el mundo. Es el comportamiento que hemos creído más conveniente en el estado presente de las cosas. Por lo demás, os aseguramos ante Dios que nosotros conservaremos con amor el recuerdo y el agradecimiento de las obligaciones singulares que tenemos a la gran caridad que habéis ejercido para con nosotros durante tantos años, etc. “

Pues bien esta neutralidad de mala ley que coloca en la misma línea a la verdad y al error, y que, demasiado practicada, en el siglo XVII, por algunos de los más santos y más grandes, ha hecho la fortuna del partido. Pues bien por este falso amor por esta paz engañadora, concedida varias veces a los herejes y siempre violada por ellos; paz que, en su pensamiento, no era más que el desarme para sus adversarios, y para ellos la libertad de difundir sus doctrinas.

⁴²⁷ Se habían retrasado tanto, que Vicente se había visto obligado a enviarles una nueva copia de la carta de Habert, como nos lo dice una carta de él al P. Dinet, del 14 de Abril de 1651: “Os suplico que me enviéis cuatro o cinco copias de la carta de los Srs. prelados al Papa: He despachado las demás. El Sr. de La Rochelle se ha excusado de firmar la que le envié hasta saber si el partido que combatimos va a hacer una carta-circular (hizo una) en tal caso, dice, yo la firmaré. El Sr. de Acqs me escribe que la firmará de buena gana y se la hará firmar al Sr. de Bayonne. No tengo respuesta de los Srs. de Alet y de Pamiers. Me temo que los paquetes se hayan perdido: por eso quiero enviarles otras (*Extracto de los 18 tomos in-folio*, p. 113. –Los Srs. del Arsenal, Théol. fr., n° 53.)

A las razones alegadas por los obispos de Alet y de Pamiers a favor de esta política peligrosa, respondió Vicente con esta carta;

“Monseñores, he recibido, con el respeto que debo a vuestra virtud y a vuestra dignidad, la carta que me habéis hecho el honor de escribirme a finales del mes de mayo, como respuesta a las mías sobre el tema de las cuestiones del tiempo, en la que veo muchos pensamientos dignos del rango que ocupáis en la Iglesia, que parecen inclinarse a optar por el partido del silencio en las conversaciones presentes. Pero yo no dejaré de tomarme la libertad de expresar algunas razones que tal vez puedan llevaros a otros sentimientos, y os suplico Monseñores, prosternado en espíritu a vuestros pies, que lo aceptéis de buen grado.

“Y en primer lugar, sobre el temor que declaráis que el juicio que se desea de Su Santidad no sea recibido con la sumisión y obediencia debidas a la voz del soberano Pontífice, y que el espíritu de Dios no encuentre suficiente docilidad en los corazones para operar en ellos una verdadera reunión, yo os manifestaría con buena voluntad que, cuando las herejías de Lutero y de Calvino, por ejemplo, comenzaron a aparecer, si se hubiera esperado a condenarlas hasta que sus sectarios hubiesen dado muestras de estar dispuestos a someterse y a reunirse, estas herejías estarían todavía en el número de las cosas indiferentes de seguir o de dejar, y habrían infectado a más personas de lo que han hecho. Si pues estas opiniones, de las que vemos los efectos perniciosos en las conciencias, son de esta naturaleza, esperaremos en vano que los que las siembran se pongan de acuerdo con los defensores de la doctrina de la Iglesia: porque esto es lo que no hay que esperar, y lo que no ocurrirá nunca, y diferir obtener su condena de la Santa Sede es darles tiempo de extender su veneno, y es también robar a muchas personas de condición y de piedad el mérito de la obediencia que han protestado dar a los decretos del Santo Padre, cuando los vean: no desean saber más que la verdad y esperando el efecto de este deseo permanecen siempre de buena fe en ese partido, que así lo incrementan y fortifican por este medio, habiéndose adherido a él por apariencias del bien y de las reformas que predicán, que es la piel de oveja de que se han cubierto siempre los verdaderos lobos para abusar y seducir a las almas.

“En segundo lugar, lo que decís, Monseñores, que el calor de los dos partidos en sostener su opinión deja poca esperanza de una perfecta reunión, a la que sin embargo habría que llegar, me obliga a responder que no existe otra reunión que hacer en la diversidad y contrariedad de los sentimientos en materia de fe y religión, que acudiendo a un tercero, que no puede ser más que el Papa, a falta de los concilios; y que el que no se quiere reunir en esta materia no es capaz de ninguna reunión, la cual fuera de aquello no es de desear siquiera: pues las leyes no se deben nunca reconciliar con los crímenes, ni juntar la mentira con la verdad tampoco.

“En tercer lugar, esta unidad que deseáis entre los prelados sería bien de desear, con tal que fuera sin perjuicio de la fe: ya que no se necesita unión en el mal ni en el error, sino aun cuando esta unión se debiera hacer, tocaría en la menor parte volver a la mayor, al miembro reunirse con la cabeza, que es lo que se busca, y teniendo al menos de las seis partes las cinco, que se han ofrecido a atenderse a lo que diga el Papa, a falta del concilio, que no se puede reunir por las guerras; y cuando después de todo, aún quedara división y, si queréis, cisma, habría que echar las culpas a los que no quieren juez, ni acudir

a la mayoría de los obispos, a los que no se adhieren tampoco más que al Papa.

“Y de ahí se forma una cuarta razón, que sirve de respuesta a lo que tenéis a bien decirme, Monseñores, que uno y otro partido cree que la razón están de su parte; lo que yo concedo. Pero sabéis muy bien que todos los herejes han dicho otro tanto, y que eso no los ha preservado de la condena ni de los anatemas que les han fulminado los Papas y los concilios; no se ha visto que la reunión con ellos fuera un medio de curar el mal; al contrario se les ha aplicado el fuego y la espada, y a veces demasiado tarde, como podría suceder aquí. Es verdad que un partido acusa al otro, pero existe esta diferencia, que uno pide jueces y el otro no, que es una mala señal. No quiere remedios por parte del Papa, repito, porque sabe que es posible; y simula pedir el del concilio, porque lo cree imposible en el estado actual de las cosas; y si creyera que fuese posible, lo rechazaría igual que ha rechazado el otro. Y esto no será, a mi parecer, un asunto de burla a los libertinos y herejes, no más que de escándalo a los buenos, al ver a los obispos divididos: ya que además de que el número de los que no hayan querido suscribir las cartas escritas al Papa sobre este asunto será muy pequeño, no tenía nada de extraordinario que todos no fueran de la misma opinión en los antiguos concilios; y esto demuestra también la necesidad de que el Papa lo conozca, ya que como vicario de Jesucristo es la cabeza de toda la Iglesia, y por consiguiente el superior de los obispos.

“En quinto lugar, no se ve que la guerra que asola a casi toda la cristiandad impida que el Papa juzgue con todas las condiciones y formalidades necesarias prescritas por el concilio de Trento, en las cosas que se refieren plenamente a Su Santidad, a la que muchos santos y antiguos prelados han consultado ordinariamente y reclamado en las dudas de la fe, incluso en reuniones, como lo vemos en los santos Padres y en los anales eclesiásticos. Ahora, lejos de anticipar que un fracaso en aceptar su juicio es algo que se presume o se teme, es más bien un medio de discernir por ahí a los verdaderos hijos de la iglesia de los pertinaces.

“En cuanto al remedio que proponéis, Monseñores, de prohibir seriamente a uno y otro partido, os suplico muy humildemente que consideréis que ya se ha ensayado inútilmente, y no ha servido sino para dar alas al error: pues viendo que era tratado a la par con la verdad, se ha tomado este tiempo para proliferar; y costó demasiado desarraigarlo, visto que esta doctrina no está tan sólo en la teoría, sino que se mezcla con la práctica, las conciencias no pueden ya soportar la confusión y la inquietud, que nace de esta duda que se forma en el corazón de cada uno, a saber si Jesucristo murió por él, y otras parecidas. Se ha visto por aquí a gente, las cuales, al oír de otras que decían a moribundos, para consolarlos, que tuviesen confianza en la bondad de Nuestro Señor que había muerto por ellos, decían a los enfermos que no confiaran en eso, porque Nuestro Señor no había muerto por ellos.

“Permitidme también, Monseñores, que añada a estas consideraciones, que los que hacen profesión de la novedad, viendo que se siente miedo de sus amenazas, las aumentan y se preparan a una fuerte rebelión; se sirven de vuestro silencio como de un argumento poderoso en su favor, y hasta presumen, en un impreso que publican de sois de su opinión; y por el contrario, los que se mantienen en la sencillez de la antigua creencia, se debilitan y se desaniman, viendo que no se los apoya universalmente. ¿Y no les dolería en alma si un día, Monseñores, sus nombres hubieran servido,

aunque contra vuestras intenciones que son muy santas, para confirmar a unos en su terquedad y debilitar a los otros en sus creencias?

“En cuanto llevar el asunto a un concilio universal, ¿cómo poder convocar uno durante estas guerras? Transcurrieron unos cuarenta años desde que Lutero y Calvino comenzaron a revolucionar la Iglesia hasta la celebración del concilio de Trento. Según eso, no hay otro remedio más pronto que el de recurrir al Papa, a quien el concilio de Trento mismo nos remite en su última sesión, en el último capítulo, del que os envió un extracto.

“De nuevo, Monseñores, no se ha de temer que el Papa no sea obedecido, como es bien justo, cuando se haya pronunciado; ya que aparte de que esta razón de temer la desobediencia habría tenido lugar en todas las herejías, las cuales, por consiguiente, convendría dejar reinar impunemente, tenemos un ejemplo muy reciente en la falsa doctrina de las dos pretendidas cabezas en la Iglesia, que habría salido de la misma tienda, la cual habiendo sido condenada por el Papa, se ha obedecido a su juicio, y no se habla más de esta nueva opinión.

“Por cierto, Monseñores, todas estas razones que conocéis mejor que yo, que quisiera oír las de vosotros, a quienes reverencio como a mis padres y como a los doctores de la Iglesia, han hecho que queden actualmente pocos prelados en Francia que no hayan formado la carta que se os había propuesto anteriormente.”

Si esta carta no tuvo sobre los dos obispos un efecto directo e inmediato, contribuyó al menos a mantenerlos por algún tiempo en la sumisión a los decretos de la Santa Sede. Pero, a pesar de este fracaso parcial, Vicente lo consiguió, en sus trámites ante todos los obispos del reino⁴²⁸. En muy poco tiempo, sintió el gozo de ver la carta de Habert, u otra redactada sobre este modelo⁴²⁹, suscrita por unos ochenta y ocho obispos, es decir por la inmensa mayoría del episcopado francés. Los otros, o se callaron como Pavillon y Gault o escribieron una contra-carta al Papa. Éstos último no fueron más que once; y además muchos de ellos defendían menos al jansenismo de lo que le desaprobaban el modo de consulta empleado por sus colegas⁴³⁰.

V. Debates en Roma. –Papel de Vicente. –Condenadas las cinco proposiciones. Abandonado por el episcopado, el partido resolvió defenderse por sí mismo en Roma. Había ya un agente a la espera; pero en una circunstancia tan crítica, creyó que necesitaba refuerzos para su abogado, y le envió a otros tres doctores, a la cabeza de los cuales, puso a Saint-Amour. Como carta de embajada, Saint-Amour, llevaba la carta de los obispos opositores.

A los tres doctores jansenistas, Vicente, informado pronto de su punto de partida, quiso oponer a tres doctores ortodoxos y, con el concurso de Olier y de Bretonvilliers que compartieron con él los gastos del viaje y de estancia en Roma, mandó salir a Hallier, Joisel y Lagault, quienes, por lo demás, se habían ofrecido para cumplir esta gran misión. Los tres eran doctores de Sorbona, de los más hábiles de la Facultad y, además, muy unidos a Vicente. También de él recibieron las instrucciones, y es a él a quien darán cuenta de sus gestiones.

⁴²⁸ Gerberon dijo de Vicente y de sus trámites: “Medio-pelagiano y medio molinista, a quien se rindieron los obispos por desembarazarse de sus acosos.”

⁴²⁹ *Mémoires*, del P. Rapin, t. I, p. 370.

⁴³⁰ Esta carta había sido compuesta en Port-Royal. –Véase en *ibid.*, p. 380.

Por su parte, Vicente no descuidó nada para secundarlos, bien en Francia bien en Italia, Les consiguió ante todo cartas de la corte, y los recomendó a aquellos de sus sacerdotes que estaban destinados en Roma.

Ya era hora de que llegaran. El sedicioso Saint-Amour se esforzaba en persuadir a los dominicos de que no odiaban menos a la gracia eficaz de los tomistas que a la de Jansenio; les causaba miedo de los jesuitas, de los *molinistas*, los únicos que, hasta entonces hubieran actuado en Roma . Por lo demás, él y sus colegas, siguiendo la eterna táctica de la secta, no cesaban de repetir que no eran Jansenistas, que querían defender, no a Jansenio, sino la gracia de Jesucristo; que después de todo, el jansenismo no era más que un fantasma. Para dibujar bien las posiciones y fijar el debate, los doctores católicos declararon, por su lado, que no odiaban más que a Jansenio, quien desde hacía diez años perturbaba a toda la Iglesia⁴³¹.

El asunto se había entablado bien. El magistrado de Valencay, embajador de Francia, con la orden que había recibido del rey y de la reina-madre, secundaba la buena causa. Los doctores echaban de menos solamente que el rey, en lugar de contentarse con escribir a su ministro y al cardenal Barberini, no se hubiera dirigido al Papa mismo, como había hecho el rey de Polonia. Vicente solicitó, en efecto, nuevas cartas de la corte⁴³², esperando que el ejemplo del monarca arrastraría consigo a los príncipes de la sangre a una gestión parecida.

Estos parecían bien dispuestos. El príncipe de Condé, padre del vencedor de Rocroy,, ya de vuelta de SC, si alguna estuvo a favor de él, estaba comprometido en el partido de la ortodoxia, y se mostraba no sólo lleno de fuego, sino *lleno de luces* contra los errores de Jansenio⁴³³. Es lo que nos dice una carta de Raconis⁴³⁴ a Vicente, que había llevado al obispo Lavaur, con muchas más personas de erudición y de piedad a escribir contra el *Augustinus* y le ayudaba con sus consejos en este asunto: “El príncipe de Condé, continuaba Raconis, me ha animado con todas sus fuerzas a continuar mi trabajo y a secundar vuestro celo por la defensa de la Iglesia de lo que yo le he hablado largo y tendido y de lo que él ha quedado encantado. Me ha encarecido dos cosas: la primera ver al Sr. nuncio, y decirle de su parte que le agradecería poder verle en alguna iglesia para hablarle de este asunto, y mostrarle la necesidad absoluta que tiene por la Iglesia y por el Estado de responder a este autor; lo que yo he realizado al punto, y he visto al Sr. nuncio, quien se ha avenido, después de una negociación bastante larga que yo le enviaría un catálogo de los errores de Jansenio que fueron condenados en otro tiempo por los concilios o por los papas: cosa que he prometido hacer. De allí regresé a casa del Sr. Príncipe, que se sintió muy satisfecho de esta resolución, y me ha asegurado que se la expondrá como se merece a la reina y al Sr. cardenal Mazarino, y me ha renovado el segundo encargo que me había

⁴³¹ Cartas de Lagault del 30 de junio y del 26 de agosto de 1652.

⁴³² Carta de Vicente del 21 de junio de 1652 a Hallier y Lagault.

⁴³³ Había escrito contra el libro de la *Frecuente comunión* unas *Remarques chrétiennes et catholiques*, 1644. –En este tiempo, dice el P. Rapin (*Mémoires*, t. I, p, 40, París, 1865), “el príncipe de Condé...tenía conferencias secretas y frecuentes con el nuncio del Papa y el canciller, por mediación del P. Vicente, para buscar juntos medios de destruir estas novedades a las que tenía aversión.”

⁴³⁴ Abra de Raconis no es conocido más que por Boileau, quien le ha alojado ridículamente en su facistol, canto IV:

hecho de asegurarnos de su celo en este asunto, con el fin de presentarlo conjuntamente con vos.”

No es probable sin embargo que las gestiones de Vicente en la Corte hayan llevado al rey a escribir nuevas cartas. Además, se estaba en plena guerra. Toda la atención se dirigió hacia ese lado, y se pensó poco por entonces en las querellas teológicas. En la carta antes citada del 21 de junio de 1652, Vicente escribe, en efecto: “Se habla muy poco ahora de estas cuestiones; es quizás porque las agitaciones de la guerra ocupan todas las mentes, y las miserias del tiempo comienzan a hacerse sentir.” Los jansenistas solos continuaban removiéndolo, y haciendo circular escritos clandestinos, una copia de los cuales se enviaba siempre a San Lázaro. Pero el piadoso y caritativo sacerdote, a la par que persistía en animar y sostener a los negociadores de Roma, no se empleaba en París más que en desarmar a Dios con sus oraciones y en aliviar las miserias espantosas, que todas veían en él como a su Providencia.

Abandonados a su celo, los diputados ortodoxos no disminuyeron sus esfuerzos. Necesitaban ánimos. Los jansenistas sólo buscaban dar largas al asunto, y abusaban de la lentitud ordinaria de la curia de Roma, esperando la muerte de un papa más que octogenario. Queriendo exasperar a los diputados católicos ya cansados por una temporada larga y dispendiosa, los hostigaban con sus contradicciones y calumnias, con sus argucias y sus mentiras. ¡Eso era la piedad y rigorismo del partido! A eso añadían la impudencia de presentarse como víctimas; se quejaban de que no se les quería escuchar, que les rechazaban sus memorias, etc. ¡Nuevas mentiras! Desde hacía un año entero, tenían la libertad de informar en cada momento a los consultores y a los cardenales, de viva voz y por escrito, y se les comunicaban los escritos de sus adversarios. Se había llegado hasta concederles dos, tres, cuatro, cinco audiencias ante los cardenales, cuantas fueran necesarias, y las rechazaron. Pues, una vez más, todo su plan era de ganar tiempo e impedir la bula de condena.

Pero nada cansaba la paciencia y el ánimo de los diputados ortodoxos, resueltos, escribían a Vicente de Paúl, a dar su sangre por la buena causa. Cosa más admirable, nada fatigaba tampoco la firmeza de Inocencio X. Después de más de veinticinco congregaciones, celebradas por los cardenales, quiso que se celebraran otras diez más en su presencia. A pesar de sus ochenta y un años, se complacía en permanecer hasta cuatro y cinco horas, y las hubiera prolongado aún más, sin la compasión que le producían los teólogos, que no podían ya seguir de pie. Seguía y entendía a maravilla todas las discusiones y, ante sus familiares y parientes, no sabía hablar de otra cosa. Por la noche, conferenciaba todavía con el cardenal Chigi, secretario de Estado. El propio Chigi prefería dedicar la noche a sus despachos a perderse una congregación. Los cardenales imitaban un celo tan hermoso. Una providencia manifiesta empujaba a los hambres y a las cosas a una conclusión feliz.

Ante estas noticias, Vicente daba gracias a Dios y bendecía a los diputados fieles. El 20 de diciembre de 1652, escribía a Hallier:

“Doy gracias a Dios por el feliz progreso que da a vuestras diligencias de ahí; os agradezco con toda humildad por la bondad que mostráis en escribirme. Os aseguro, Señor, que no recibo gozo más grande que el que me traen vuestras cartas, y que no pido a Dios con mayor ternura en el mundo otra cosa como lo hago por usted y su asunto. También sus divina bondad me trae una buena

esperanza que pronto devolverá la paz a su Iglesia, y que debido a vuestros esfuerzos, la verdad será reconocida y vuestro celo exaltado ante Dios y los hombres. Es lo que seguimos pidiéndole. Hágame saber, por favor, sus queridas noticias.”

El asunto llegaba a su fin, cuando los jansenistas de París, informados de su próxima derrota, enviaron a Roma nuevos diputados, entre los cuales estaba el famoso P. Des Mares, el más terrible campeón de la secta, en el que tenían puestas todas sus esperanzas.

Apenas llegados a Roma, Des Mares y sus compañeros obtuvieron, por el embajador de Francia, una audiencia del papa. Pidieron nueva comunicación de los escritos dados por ambas partes, y le derecho de disputa con sus adversarios. “No se trata de los escritos ni de la persona de unos y otros, respondió sensatamente el papa, sino del libro de Jansenio, en adelante suficientemente examinado. Mi predecesor Clemente VIII autorizó las disputas; también no concluyó nada; yo quiero concluir, yo las prohíbo.” Y los invitó tan sólo a exponer sus sentimientos en una gran asamblea. Fue preciso someterse a este orden. En esta circunstancia solemne, el P. Des Mares, del que Boileau dijo:

Des Mares en Saint-Roch no habría predicado mejor,
desplegó toda su facundia: “No me cansaré nunca de decir, refiere Saint-Amour en su *Journal*⁴³⁵, que yo nunca he oído al P. Des Mares predicar mejor en París, de lo que habló en esta ocasión. Es decirlo todo a gente que ha tenido bastante suerte de oír anteriormente algunas de sus predicaciones. Por último, habló hasta que al llegar la noche, le fue imposible leer los textos de que estaba provisto, y le dijeron, a pesar del encanto de su elocuencia, que ya había hablado suficiente. Puso no obstante en manos del papa cinco o seis manos de papel donde exponía sus ideas.”

Este prolongado y bonito discurso no fue más que una interminable declamación contra la sociedad *semi-pelagiana* de los jesuitas, culpable, decía Des Mares, de más de cincuenta herejías, y en favor de san Agustín y de la gracia eficaz. Después de lo cual, se vio, dice el P. Annat haciendo alusión a un epigrama de Marcial, que no había comenzado a hablar todavía de las *tres cabras*⁴³⁶. Y no es sólo a través de los jesuitas como lo sabemos, sino por el mismo papa, según Lagault⁴³⁷. Los jesuitas, siempre los jesuitas! Pues, de los trece consultores en el asunto de las cinco proposiciones, uno sólo era jesuita, el cual se mostró tan moderado, que los jansenistas se felicitaron por ello y se aprovecharon. Los jesuitas no fueron consultados en esta circunstancia por la excelente razón que no tenían ningún crédito ante Inocencio X, quien se servía de ellos bastante poco, y no tenía entre sus preferencias a ningún miembro de la compañía, como lo confiesa Saint-Amour, p. 432 de su *Journal*.

Fuera la que fuese la elocuencia del P. Des Mares. Inocencio X dio por suficiente esta muestra y se negó a nuevas discusiones en una segunda audiencia. Habiéndose percatado de su plan, se había resuelto a dar un paso más. Una mañana, se encomendó a Dios, llamó a uno de sus secretarios y le dictó la Bula *Cum occasione* en una mañana. Para no herir susceptibilidades francesas y prepararle más fácil recepción, recortó las cláusulas ordinarias de estilo, la mandó fijar en seguida en el campo de Flore, y ese mismo día, 9 de

⁴³⁵ *Journal de Saint-Amour*, sexta parte, c. XXII, pp. 484, 502.

⁴³⁶ *Cavilli*, p. 35.

⁴³⁷ Carta a Vicente del 15 de julio de 1653.

junio de 1653, la envió a Francia con un breve particular para el rey y otro para los obispos. Hallier, Joisel y Lagault, debieron quedarse en Roma por orden de los cardenales, hasta que se tuvieran noticias de la acogida de la bula en Francia.

Los diputados católico fueron en seguida a dar las gracias a Inocencio X, quien queriendo recompensar su celo en la persona de su jefe y realizar de alguna manera la esperanza profética de Vicente, ofreció a Hallier el obispado de Toul y, al negarse, le dio un priorato en Bretaña, esperando hacerle obispo de Cavaillon, ordenó también a su datario que diera los primeros beneficios vacantes a Joisel y a Lagault. Se mostraba entonces menos generoso con el partido contrario: rechazaba bulas a un signatario de *Augustinus*, mandaba deponer a un general de orden favorecedor de los jansenistas, exiliaba o mandaba reprender a los religiosos sospechosos a favor de la doctrina condenada.

Concedió sin embargo una audiencia a los diputados jansenistas. Éstos le agradecieron su declaración y prometieron con lágrimas en los ojos someterse. Pero al mismo tiempo decían en Roma que no estaban condenados ni Jansenio tampoco, y muy pronto les oiremos defender en Francia esta tesis absurda e hipócrita⁴³⁸.

CAPÍTULO IV. Vicente y el jansenismo después de la bula.

I. *Primera conducta de Vicente, -El hecho y el derecho. -Historia y discusión.* Desde el momento que llegó la bula, Vicente, lleno de una gratitud y de una alegría santas, comenzó por dar y mandar dar gracias a Dios. “Demos gracias a Dios, Señores y hermanos míos, dice a su comunidad, por la protección que da a su Iglesia, y particularmente a Francia, para purgarla de estos errores que iban a arrojarla a un desorden tan grande. En cuanto a mí, aun cuando Dios me haya concedido la gracia de discernir el error con la verdad antes incluso de la definición de la Santa Sede apostólica, nunca a pesar de todo tuve ningún sentimiento de vana complacencia ni de vana alegría, porque mi juicio se haya encontrado conforme con el de la Iglesia, sabiendo bien que es un efecto de la pura misericordia de Dios para conmigo, a quien me siento obligado a atribuirle toda la gloria.” Y entonces escribió a todos aquellos de sus sacerdotes que estaban demasiado alejados de la capital para decirles la grande y feliz noticia tan pronto como lo deseaba; escribió también a los obispos, a los que había llevado a firmar la carta a la Santa Sede. Se puede juzgar de todas estas cartas por la siguiente, dirigida a Alain de Solminihac, obispo de Cahors, el 5 de julio de 1653. En ella se encuentran curiosos detalles sobre las negociaciones de Roma y sobre el estado de los partidos a la recepción de la bula:

“Monseñor, os envió una noticia que os será muy grata, es la condena de los jansenistas cuyas cinco proposiciones han sido declaradas heréticas el 9 de junio. La bula fue publicada en Roma el mismo día, y llegó a esta ciudad la fiesta de S. Pedro, y habiendo sido presentada al rey y a la reina por Mons. el Nuncio, Sus Majestades la han recibido muy bien, y Mons el cardenal ha

⁴³⁸ Casi todos estos detalles están tomados de las cartas de Hallier y de Lagault a san Vicente de Paúl referidas por Abelly y por Collet –Hallier dice también que los jansenistas se escaparon vergonzosamente de Roma y sin saludar a ninguno de los cardenales de la congregación. –Para más amplios detalles de este largo asunto, véase las *Mémoires* del P. Rapin, t. I y II.

prometido mantenerse firme en la ejecución. Todo París se ha estremecido de alegría, al menos los del buen partido, y los demás declaran querer someterse a ella. El Sr. Singlin, que es su patriarca con el Sr. Arnauld, ha dicho que había que obedecer a la Santa Sede, y el Sr. du Hamel, párroco de Saint-Merry, uno de los arbotantes de esta nueva doctrina, está en esta disposición y se ha ofrecido a publicar él mismo la bula en su iglesia. Muchos de los principales de entre ellos, como el Sr. y la Sra, de Liancourt, dicen que ellos no son ya lo que eran. En una palabra, se espera que todos consentirán. No es que a algunos no les haya costado tragar la píldora, y dicen incluso que aunque los pensamientos de Jansenio estén condenados, los de ellos no lo están; pero esto no se lo he oído decir más que a uno. Tanto, Monseñor, que esta decisión es una gracia de Dios tan grande que todo el mundo lo celebra aquí, y los que saben el mal que estas agitaciones pasadas han producido no pueden agradecer lo suficiente un bien semejante. Espero, Monseñor, que como vos habéis contribuido a lograrlo mediante la firma de la carta escrita a Su Santidad, vos seréis de los más fervientes en dar gracias, y rogarle que lleve a cabo la reunión de las mentes, lo que hará también Mons de Sarlat, si tenéis a bien enviarle una copia de la bula adjunta, que no ha sido impresa aún. Se espera a Mons. de París, que está ausente, para ponerla en francés y publicarla. Es una disposición contradictoria de la Santa Sede, que ha usado de todas las precauciones imaginables para quitar todo pretexto de quejarse a nuestras partes, las ha oído muchas veces en particular y en público, no sólo a los primeros doctores enviados, para impedir que Su Santidad se pronunciara, sino a los segundos que habían ido en su ayuda, y han hablado durante 3 o 4 horas en su presencia, leyendo un gran cuaderno que habían traído de París, bien lleno. Bendito sea Dios porque todos sus esfuerzos han sido inútiles, y porque las almas gozan de paz por el conocimiento de la verdad que esa gente han querido oscurecer!"

Lleno de celo contra el error, pero también de caridad para las personas, Vicente tuvo enseguida cuidado de impedir que los vencedores tomase esos aires de triunfo, más crueles para los vencidos que la derrota misma, y que vuelven a encender la guerra. Con estas miras se fue a ver a doctores, superiores de comunidades y les suplicó que contribuyeran a la reunión de los espíritus, guardando la mayor moderación en los discursos tanto públicos como privados, anticipándoseles en el honor y la amistad a quienes habían sostenido el dogma proscrito.

Él mismo fue a ver a los discípulos de SC retirados en Port-Royal. Pasó muchas horas con ellos, los felicitó por su sumisión absoluta, cuyo runrún se había extendido, y les prodigó todos los testimonios de estima, de afecto y de confianza; así lo hizo también con las personas de condición que pasaban por los patronos y apoyos del partido: todos prometieron obediencia total a la decisión de la Santa Sede.

¡Ay, promesas desmentidas pronto por los hechos! A partir del año 1653, los obispos de Francia, presididos por el cardenal Mazarino, habían adoptado la censura de Inocencio X, y los jansenistas no podían ya, a menos de colocarse fuera de la Iglesia, sostener directamente la doctrina de las cinco proposiciones. Recurrieron entonces a un subterfugio e inventaron la famosa distinción del *hecho* y del *derecho*. Las cinco proposiciones estaban muy legítimamente condenadas y contenían una doctrina herética, pero no habían sido censuradas en el sentido de Jansenio y no estaban en su libro.

Encontraban así el medio de respetar en apariencia la bula de Inocencio X y de continuar sosteniendo la doctrina del *Augustinus*. Ya que si se creían obligados a aceptar las decisiones pontificias sobre un punto de *derecho* y de dogma, no estaban obligados, decían, a tener la misma sumisión sobre un punto de *hecho* como el sentido de un autor y el contenido de un libro.

Sin duda la iglesia no es infalible en los hechos puramente profanos o puramente *personales*, pero otra cosa son los hechos dogmáticos, es decir inseparablemente unidos a una cuestión de fe. Admitid la falibilidad de la Iglesia en un caso semejante, y pronto la fe y las tradición cristianas se verán comprometidas. Evidentemente, la inspiración y las autoridad de la Iglesia serán ilusorias, si ella no pudiera condenar más que errores abstractos, sin tener derecho a decidir nunca que estos errores pertenece a tal hombre, a tal libro. Todos los herejes se librarían de sus anatemas, se burlarían de ella y de sus decisiones; les sería suficiente decir, como los jansenistas, que ella no los ha entendido, que no sabe leer, y entonces se continuaría extendiendo el error, mientras concedía a sus oráculos un respeto irrisorio y sacrílego: sería azotarla de rodillas. Los libros circularían a pesar de sus prohibiciones, las sectas subsistirían en su seno, por muchos esfuerzos que hiciera para expulsarlas, y permanecerían en ella a pesar de ella. La bandera enemiga flotaría en la plaza al lado de la suya. Jefes y soldados desafiarían sus rayos y se atribuirían a sí mismos, en la gran república cristiana, derechos de nacionalidad que ella no les podría quitar. Tal fue precisamente, como lo ha definido tan espiritualmente el conde de Maistre (*de l'Église gallicane*) , el carácter excepcional de esta secta jansenista, la más sutil, la más hipócrita que haya existido jamás, queriendo quedarse en la Iglesia a pesar de la Iglesia, pretendiendo serle fiel y acusándola de ignorar los dogmas, de no comprender sus propios decretos, y de no poseer la suficiente inteligencia para desenmarañar el sentido de un libro. Armemos a la Iglesia con todos los poderes necesarios para su defensa y para la realización de su misión. Que pueda detener la invasión de los herejes y de las malas doctrinas, hacer la policía en su propia casa, poner en la puerta a los que le parecen peligrosos, preservar a sus hijos del veneno del error indicándoles la naturaleza y las fuentes. Por lo demás, siguieron a los jansenistas en este nuevo terreno y, en 1654, los obispos de Francia declararon que las cinco proposiciones habían sido condenadas en el sentido de Jansenio.

La Santa Sede habiendo hecho una declaración parecida, los obispos para detener los avances del error y cortar los vanos subterfugios de la secta, propusieron en su asamblea de 1657 un formulario de fe que debían suscribir todos, y que comprendía la cuestión de derecho y la cuestión de hecho.

Pero, en el intervalo, la atención pública se había dirigido hacia otro punto. El duque de Liancourt, protector, jefe de comedor, de alguna manera, de los Port-realistas, se confesaba con un sacerdote de San Sulpicio, llamado Picoté. Éste le preguntó un día sobre sus relaciones con Port-Royal, y no viéndole dispuesto a romperlas, le pidió dos o tres días para reflexionar y aconsejarse. El duque consintió, pero no volvió el día señalado publicando que los sacerdotes de San Sulpicio le habían negado la absolución. San Vicente de Paúl, a quien había acudido a quejarse, queriendo impedir el escándalo, vino al día siguiente a charlar sobre este asunto con Olier, Bretonvilliers y el confesor, y se resolvió que se consultaría a la Sorbona. Muchos doctores de los más célebres respondieron que el confesor estaría en su derecho de negar la absolución,

pero que no se debía negar la comunión, si el duque se presentara, ya que había una gran diferencia entre la administración pública de la Eucaristía y el juicio secreto de la Penitencia. El duque no había obrado más que por obediencia a los caprichos de su mujer. Viendo la gran resonancia que tenía este asunto, él se arrepintió y protestó que si tuviera que volver a empezar, no se embarcaría en ese partido⁴³⁹. “ ¡ Tardío arrepentimiento! el mal estaba hecho. Ya Arnauld, deseoso de aprovechar una ocasión así de volver a la lid que la constitución de Inocencio X le había cerrado, se había servido del asunto y había publicado su *Carta a un duque y par*, en la que afeaba duramente la conducta del sacerdote de San Sulpicio. Respondieron a la Carta con diversos escritos, y Arnauld replicó una carta, fechada en Port-Royal-des-Champs, del 16 de julio de 1655, con este título: *Seconde lettre de M. Arnauld, docteur de Sorbonne, à un duc et pair de France*. Se extrajeron dos proposiciones y se presentaron en la Sorbonne. A pesar de los movimientos de Saint-Amour y de sesenta y dos doctores afectos a Port-Royal, fueron censuradas allí, y Arnauld fue tachado de la lista de los doctores. Pero Arnauld encargó a Pascal de su venganza, y las *Provinciales*, durante más de un año, cubrieron con una voz muy diferente y absorbieron la atención de toda Francia. Un poco más tarde, los obispos de Francia y el papa Alejandro VII propusieron una nueva fórmula de fe, que debía ser firmada por el clero tanto regular como secular, y también por los religiosos, bajo las penas más graves que sancionaba la autoridad real.

El partido se dividió entonces en dos campos. Unos, los más rígidos, querían que se hiciera una excepción y una reserva para la cuestión de hecho; los otros eran del parecer que se firmara simplemente, pero sobreentendiendo el sentido de Jansenio. Era una hipocresía y un perjurio. Los obispos suscribieron e hicieron suscribir el formulario en sus diócesis. No hubo más que cuatro opositores: Pavillon, obispo de Alet; Gaulet, obispo de Pamiers; Chouart de Buzenval, obispo de Beauvais⁴⁴⁰, y Henri Arnauld, obispo de Angers. Estos cuatro obispos se atuvieron, en la cuestión de hecho, a un silencio respetuoso y publicaron en este sentido sus órdenes escritas. Clemente IX, sucesor de Alejandro VI, fue ofendido por esta obstinación, y quiso exigir de los obispos opositores la revocación de sus órdenes escritas. Pero se le hizo observar que se encontraría con una resistencia que podía ser fatal y perpetuar el cisma. Se contentó entonces con pedir a los cuatro obispos la publicación de un segundo mandamiento que pudiera ser considerado como una suficiente retractación del primero, y de un nuevo formulario explícito sobre la doble cuestión de hecho y de derecho. Los obispos parecieron someterse. Pero la distinción del hecho y del derecho quedaba claramente enunciada en sus procesos verbales, de lo que se hizo para ello un gran misterio, mientras que sus cartas al papa daban a entender que ellos habían obrado y firmado como todos sus colegas. No se omitió nada para persuadir al Soberano Pontífice de su sumisión franca y sincera, y él les devolvió su benevolencia. Esto es lo que se llamó, en lenguaje

⁴³⁹ Journal de Des Lions, citados en *la Vida del Sr. Olier*, t. II p, 170.

⁴⁴⁰ Hubo un diferendo entre el obispo de Beauvais y su capítulo con motivo del mandamiento para la publicación de la bula de Inocencio X. los canónigos se dirigieron a la Santa Sede para tener comisarios que entendiesen en este asunto. Pero, en lugar de Perrochel, obispo de Boulogne, que ellos pedían, les dieron a su oficial, a quien no conocían, y pidieron a Vicente que escribiera a su discípulo de San Lázaro para ver si el oficial era un hombre generoso y seguro para que le recomendara este asunto como un asunto de Dios (Carta de Vicente al obispo de Boulogne, del 18 de marzo de 1654).

un poco pretencioso y enfático, *la paz de la Iglesia o la paz de Clemente IX*. Era dar a cuatro obispos obstinados y más menos hipócritas a sabiendas una grande importancia, presentándolos como teniendo en sus manos la paz y la guerra. –Inútil prolongar más este resumen histórico, ya que hemos pasado ya los límites de la vida de Vicente de Paúl.

II. *Firmeza y caridad, -Programa de conducta*. Se ha advertido hace un instante los nombres de Pavillon y de Gaulet. Gracias a las cartas de Vicente antes citadas, estos dos obispos habían comenzado por la sumisión; recibieron y publicaron la bula de Inocencio X en sus diócesis. Cuatro años después estaban todavía en los mismos sentimientos. El obispo de Alet, consultado entonces por Arnauld sobre el caso de conciencia relativo al formulario y sobre los escritos de Port-Royal compuestos en apoyo: “Estas obras son hermosas y elocuentes, dice al abate de Rancé; sin embargo no veo en ellas nada que pruebe que la opinión de los que no quieren firmar sea verdadera; nada que destruya el sentimiento de los que están persuadidos que un cristiano esta obligado a seguir los decretos y las declaraciones de la Iglesia. Hay que mantenerse firme y morir en esta convicción; y las razones contrarias no merecen la pena ser escuchadas...” –“Yo le dejé con estos sentimientos, continúa el reformador de la Trapa; yo sé que cambió después: pero sé también con qué destreza, de qué artificios se sirvieron, y qué diligencia se ha empleado para llevar a esto.”

Se comprende pues que, a pesar de la negativa a firmar la carta al Papa, Vicente haya continuado manteniendo buenas relaciones con el obispo de Alet quien, en el fondo, era todavía fiel, y que le haya invitado muchas veces a dar las charlas de los ordenandos en San Lázaro. Él no era ya, cuando Pavillon cayó, y no tuvo nunca el dolor de ser el testigo de la caída de un hombre a quien había formado con tanta solicitud y había querido tanto. Pavillon pareció esperar la muerte de Vicente de Paúl para declararse contra el formulario. Él perseveró hasta el final en su rebelión, y representó la fortuna del partido por su gran reputación de virtud. Su amigo, el obispo de Pamiers, había pensado en separarse de él, a causa de de su inclinación a los innovadores; él no creyó deber romper tan pronto, incluso después de las cartas de Pavillon contra el formulario, gloriándose en atraerle por la vía de la persuasión y de la dulzura. Fue a él a quien arrastró el cisma y la herejía, y llegó hasta tal punto de obstinación ciega, que no temía aplicarse las palabras de san Pablo: *Misericordiam a Deo consecutus sum, ut sim fidelis* (-Alcancé la misericordia de Dios, para seguir fiel). En adelante, Arnauld fue para él el apóstol suscitado por Dios para la defensa de la verdad, y él vio siempre su oráculo en Pavillon, a quien asistió en la muerte, y cuya oración fúnebre pronunció

En verdad, no es Vicente cuya rectitud y sencillez, tan celebradas por Bossuet, habrían, no diremos imaginado, menos todavía adoptado sino sospechado en los demás esta duplicidad y estos subterfugios hipócritas. Fue preciso tal vez que le abrieran los ojos a lo que él no habría visto por sí mismo. Hallier y Lagault, todavía en Roma, le informaron primero sobre los que había de culpable y de ridículo en las tergiversaciones de los jansenistas, negándose a reconocer que las cinco proposiciones estuvieran en el *Augustinus*, y que hubiesen sido condenadas en el sentido de este libro. Luego, después de felicitarle por la caridad que le llevaba a atraer a los jansenistas a la sumisión *in spiritu lenitatis*, y por el éxito que había obtenido ya ante muchos, ellos le

comprometieron a usar de la mayor firmeza. Dulzura y respeto con ellos, en buena hora, le dijeron; pero no hay que emplearlos ni conservarlos en los puestos donde puedan sembrar sus errores, a menos que den pruebas de un verdadero arrepentimiento. Desconfiad, decían, de los que, después de enseñar el jansenismo, pretender no haber enseñado nada que esté condenado por la bula pontificia. Gentes muy perniciosas a la Iglesia estos hombres que, para apartar lo verdadero, el único punto de la censura, recurren a la distinción de diversos sentidos ridículos y quiméricos! Cuando se trata de conservar la pureza de la religión, seamos rígidos sin plegarnos jamás. La mayor prudencia es no condescender nunca por las personas en peligro de las verdades católicas y de las almas sencillas. Se sabe en Roma, y se sabe con ceteza, que hay en Francia mucha gente dispuesta a la sublevación, y es de temer que la comisión de algunos no sea más que exterior, tanto más cuanto el disimulo es ordinario en los herejes, como lo atestigua san Jerónimo: *“Haeresis semper simulat paenitentiam, ut docendi in ecclesiis habeat facultatem; ne si aperta luce se prodiderit, foras expulsa moriatur”* (-La herejía siempre simula penitencia para gozar de la facultad de enseñar en las iglesias; no sea que se vea expulsada al exterior y se muera). “Le suplico pues, Señor, decía Hallier concluyendo, que realice todos los esfuerzos, de manera que no se permita a nadie enseñar, predicar, instruir a los demás de palabra o por escrito si su conversión no está asegurada y su rectitud reconocida. Es el consejo de toda gente de bien de Roma, consejo apoyado en todos los cánones eclesiásticos y la regla de los santos Padres. Que si se hace de otro modo, o continuará el error, o se incubará por algún tiempo para surgir de las cenizas con mayor furor.”

No se sabe hasta qué punto necesitaba la dulce caridad de Vicente ser estimulada a la firmeza en el trato con los jansenistas; pero lo que sí sabemos es que, en 1648, atribuía a su firmeza misma el regreso de Ferret, párroco de San Nicolás, a las sanas opiniones⁴⁴¹; y además, en esa misma época, y en esa misma carta a d'Horgny, trazaba así el programa de los deberes de su Compañía en medio de estas divisiones, d`Horgny le había escrito:

“¿Es necesario que los Misioneros prediquen contra las opiniones del tiempo, que hablen, discutan, ataquen y defiendan a voz en cuello las antiguas opiniones? –N, de ninguna forma, le había contestado el santo sacerdote. Mirad cómo lo hacemos. Nunca discutimos de estas materias, nunca predicamos obre ellas, ni nunca hablamos de ellas en las compañías, si no nos hablan; pero si se hace, se trata de hacerlo con la mayor moderación ; excepto el Sr. ...quien se deja llevar por su celo, algo a lo que buscaré remedio, Dios mediante. –Y entonces, me diréis, ¿prohibís que se dispute de estas materias? –respondo que sí, y que no se dispute aquí dentro en absoluto. –Y qué, ¿deseáis que no se hable de ello en la Misión de Roma, ni en ninguna parte? Es algo en lo que encarezco a los oficiales que se muestren firmes, y poner penitencia a los que lo hagan, menos en el caso que os he dicho.

“Y en cuanto a lo que me decís, Señor, que se ha de dejar a cada uno de la Compañía que crea de estas materias lo que le parezca: Oh Jesús, Señor, no conviene que se sostengan diversas opiniones en la Compañía; es preciso que seamos todos *unius labii*; de otra forma nos desgarraríamos unos a otros en la misma Compañía. –Y el medio de someterse a la opinión de un superior? –

⁴⁴¹ Éase más arriba, p. 332.

Respondo que no es al superior a quien se somete, sino a Dios y al sentimiento de los papas, de los concilios, de los santos; y si alguien no estuviera contento con esto, mejor sería que se retirara, que la Compañía se lo pidiera. Muchas Compañías de la Iglesia de Dios nos dan ejemplo de esto. Los Carmelitas Descalzos, en su capítulo que celebraron el año pasado, ordenaron que sus profesores en teología enseñarían las opiniones antiguas de la Iglesia y actuarían contra las nuevas. Todos saben que los RR. PP. Jesuitas, hacen lo mismo; como, por el contrario, la congregación de santa Genoveva ordena a sus directores sostener las opiniones de san Agustín, lo que nosotros pretendemos hacer también, explicando a san Agustín por el concilio de Trento, y no el concilio de Trento por san Agustín, porque el primero es infalible y el segundo no lo es. Que si se dice que algunos papas han ordenado que se crea a san Agustín respecto de las cosas de la gracia, eso se entiende a lo más de las materias disputadas y resueltas entonces; pero como aparecen de vez en cuando novedades, hay que acogerse en aquellas a la determinación de un concilio que haya explicado todas las cosas según el verdadero sentido de san Agustín, a quien entendía mejor que Jansenio y sus secuaces.

Os suplico, Señor, dice Vicente al acabar de comunicar mi carta al Sr. Alméras (que estaba entonces en Roma) y a los que juzguéis oportuno de la Compañía, con el fin que se vea las razones que he tenido de entrar en los sentimientos antiguos de la Iglesia y declararme contra las opiniones nuevas, y que pidamos a Dios, y hagamos cuanto esté de nuestra parte, para ser *cor unum et anima una*, en este caso como en todo lo demás. Viviré en esta esperanza y sentiría un afecto que no os puedo explicar, si alguien, abandonando las vivas fuentes de las verdades de la Iglesia, se fabricara cisternas con las opiniones nuevas.”

III. *Aplicación a su Compañía.* Este programa fue precisamente el que Vicente siguió, en la dirección de su Compañía, antes como después de la bula de Inocencio X. Si era tal su resolución antes de las decisiones de la Sorbona, de los obispos y de la Santa Sede, como se lo dijo en una carta a Get, superior de Marsella del 22 de setiembre de 1656, ¿cuál debió ser luego, y después de la *orden expresa* que había recibido *de Roma*?

En primer lugar, en toda circunstancia, ponía a la vista de los suyos la felicidad de la sumisión y el estado espantoso del alma rebelde. “Conozco a dos personas que durante bastante tiempo han vivido como santos, hacían muchas limosnas a los pobres, las cuales, por dejarse llevar a algunas nuevas opiniones del tiempo, han comprometido tan fuerte y de tal forma su espíritu y su pobre cerebro en ello que no ha habido modo hasta el presente de poderlas apartar, por muchas razones que se les han dado; no podrán salir de este estado, dígaseles lo que se les diga, tan verdad es que este estado es horrible, y os confieso que nunca ha visto nada que me haya dado a conocer mejor la idea del infierno que eso. Oh, desdichado y deplorable estado! Preferir creer a su miserable cerebro, a un falso juicio, antes que someterse a lo que ha sido ordenado por el papa! Lo repito otra vez más, no creo haber visto nunca nada que me haya representado tan bien el estado del infierno⁴⁴².”

Tenemos un hermoso testimonio de esta firmeza, de su celo sin acomodo por la doctrina de la Iglesia en una conversación referida por Abelly. Un hombre de honor y de mérito, deslumbrado por las virtudes aparentes de algunos del

⁴⁴² Confer. del 17 de abril de 1657.

partido, le entraban escrúpulos condenarlos. Se fue a ver a Vicente en San Lázaro y le preguntó si no había medio de moderar el calor con el que se acosaba a las gentes de Port-Royal: “Eh, le dijo, ¿acaso se quiere exasperarlos? ¿No sería mejor llegar a un arreglo por las buenas? Ellos están dispuestos a ello si se los trata con más moderación; y no hay nadie mejor que vos para suavizar el rigor que existe por ambas partes, y para llegar a una buena reunión. “ –“Señor, se contentó con responder Vicente, cuando un diferendo está juzgado, no ha acuerdo posible sino seguir el juicio que se ha emitido. Antes que estos Señores fuesen condenados, han hecho todos sus esfuerzos para que prevaleciera la mentira sobre la verdad, y han querido salirse con la suya con tanto ardor que apenas se atrevía nadie a resistirlos, no queriendo por entonces oír hablar de arreglos. Incluso cuando la Santa Sede decidió las cuestiones en contra de ellos, han dado diversos sentidos a las constituciones para eludir su efecto. Y aunque, por otro lado, hayan dado a entender que se sometían sinceramente al Padre común de los fieles, y recibían las constituciones en el verdadero sentido en el que ha condenado las proposiciones de Jansenio; no obstante, los escribanos de su partido que han defendido estas opiniones, y que han hecho libros y apologías para defenderlas, no han dicho ni escrito una sola palabra para desacreditarlos. ¿Qué unión pues se puede realizar con ellos, si no tienen una verdadera y sincera intención de someterse? ¿Qué moderación se puede aportar a lo que ha decidido la Iglesia? son materias de fe que no pueden sufrir alteración ninguna ni recibir composición y, por consiguiente, no podemos ajustarlas a los sentimientos de esos señores; son ellos a quienes corresponde someter las luces de su espíritu y reunirse a nosotros por una misma creencia y por una verdadera y sincera sumisión al cabeza de la Iglesia. Sin eso, Señor, no hay nada que hacer sino pedir a Dios por su conversión.” –Siempre se admira, en las palabras de Vicente la rectitud de su espíritu, su sentido práctico, así como su corazón y su virtud.

Su primer cuidado debió ser preservar a sus hijos del contagio de las malas doctrinas. Estudió en seguida sus gustos y sus inclinaciones; y a todos los que vio después del debido aviso, resueltos a preferir su juicio al juicio de los primeros pastores, los expulsó sin compasión de la Compañía. Hizo salir se esta manera hasta a catorce⁴⁴³. En vano le decían que la Compañía perdía en algunos a sujetos de talento:

“Están mejor fuera que dentro, respondía, quedando la Congregación purgada por su salida⁴⁴⁴.” Así de firme y severa, por lo demás, había sido siempre su dirección para con aquellos de los suyos que podían ser un peligro para sus hermanos. “Es mejor tener menos individuos, decía. Diez buenos harán más por Dios que cien de esa gente. Huyamos de la compañía de las personas profanas y que no son agradables a los ojos de Dios, y él la aumentará y la bendecirá. Dios queriendo dar muerte a tres mil hombres que habían adorado el becerro de oro, y Moisés tratando de impedirselo con sus súplicas, le respondió: *Dimitte me ut grassetur furor meus contra eos, feriamque te in*

⁴⁴³ *Summ.*, n° 22, p. 53.

⁴⁴⁴ *Ibid.*, n° 21, p. 53. –Varios obispos, en sus cartas a Clemente XI, dieron fe de estos hechos. Que sea suficiente citar al obispo de Agen: “Tutatus a tam perniciosis dogmatibus quam instituerat congregationem, voluit ut qui vel minimum ad tam malam partem deflecterant, vel moniti corrigerentur, vel pertinaces in pravis opinionibus. –quod etiam semper observatum fuit quam religiosissime, -penitus ex illa projicerentur.”

gentem magnam. Según eso, disminuir el número de los que ofenden a Dios en una Compañía es aumentar la misma Compañía en virtud y en número, porque se acude a las Compañías bien regladas y virtuosas... Recordad que el deshecho de la mayor parte de las comunidades viene del relajamiento de los superiores en mantenerse firmes, y sobre todo en purgar a los díscolos e incorregibles⁴⁴⁵.”

Sin embargo, seguía siempre la gradación caritativa ordenada por el Evangelio. Que oía emitir una proposición que parecía favorecer los errores condenados, llamaba al autor: “Sabed, Señor, le decía, que este nuevo error del jansenismo es uno de los más vergonzosos que haya perturbado jamás a la Iglesia, y que yo estoy obligado de una manera muy particular a bendecir a Dios y darle gracias porque no ha permitido que los primeros y más importantes de entre los que profesan esta doctrina, que yo he conocido particularmente, y que eran amigos míos, hayan podido persuadirme de sus sentimientos. No os podría expresar el trabajo que les ha costado, y las razones que me han propuesto para conseguirlo; pero yo les oponía entre otras cosas la autoridad del concilio de Trento, que les es manifiestamente contrario; y viendo que seguían adelante, yo recitaba por lo bajo mi *Credo*; y así fue como me mantuve firme en la creencia católica⁴⁴⁶.”

Cuando se creía obligado a unir el castigo al reproche, procedía también por grados y se contentaba primeramente con enviar a otra casa a aquellos de su sacerdotes que sostenían las nuevas doctrinas o se complacían hablando de ellas. es así como escribió a Lambert, uno de sus Misioneros de Polonia, el 12 de abril de 1652: “Respecto del Sr. Gelis, quien, en una charla de los ordenandos, se había detenido en estas materias, yo le rogué con insistencia que no lo volviera a hacer; pero al no lograrlo, le enviamos a Crécy, para alejarlo de las ocasiones de encolerizarse como lo hacía en cada encuentro. El P. Damiens, que había empezado a enseñar la teología a nuestros escolares, y que en algunas lecciones había dicho algo, nos obligó a apartarle de su empleo. Yo he humillado de forma parecida a nuestros escolares con esto, y me mantendré firme para ninguno cobre fuerzas, resultando verdad lo que decís que es un mal en una comunidad que se halla dividida en su modo de pensar.”

Se ve que su principal atención era dar maestros seguros a la juventud. Un profesor de San Lázaro, llamado Guilbert, no hacía nunca, en el asunto de las nuevas doctrinas y de las decisiones pontificias, más que profesiones de fe confusas, Vicente le hizo bajarse de su cátedra. En vano multiplicaron sus escolares sus gestiones para que la recuperara. Vicente se mantuvo inflexible. Fueron incluso a verle en corporación para ejercer en él una especie de violencia; no consiguieron más que una reprimenda severa⁴⁴⁷.

Lo que prescribía en su casa lo prescribía lejos de ella, en el extranjero como en Francia. María de Gonzaga había asistido con gran pompa a los funerales de SC. Convertida en reina de Polonia, pidió a Vicente algunos de sus Misioneros. Mujer romántica y, por consiguiente, amiga de las novedades, dirigida además por Fleury, sacerdote imbuido de jansenismo, quiso hablar a los hijos de Vicente de las nuevas opiniones. Pero éstos, fieles a las

⁴⁴⁵ Carta a Codoing, en Roma, del 29 de marzo de 1643.

⁴⁴⁶ Extracto de una carta de Caset, el sacerdote mismo a quien estas palabras iban dirigidas, *Summ.*, n° 21, p. 50.

⁴⁴⁷ *Summ.*, n° 22, p. 54.

instrucciones de su padre, se negaban siempre, y Vicente, el 12 de abril de 1652, los felicitaba en estos términos: “Doy gracias a Dios en particular por la respuesta que habéis dado a la reina a propósito de las cuestiones del tiempo, y que me es muy grata y según el espíritu de Dios. Aunque no nos gusten estas novedades, he exhortado no obstante a la Compañía a no hablar de ellas ni en pro ni en contra.” –“Bendigo a Dios, escribía a Get, en Marsella, el 13 de octubre de 1656, por los sentimientos que me comunicáis sobre lo que yo os he expresado de estos señores de Port-Royal. Os ruego que obréis de manera que nadie de vuestra familia tenga otros distintos; y si alguien los tuviera contra la doctrina común de la Iglesia, o dijera algo a favor de la doctrina recientemente condenada, comunicádmelo a mí enseguida, porque tengo la obligación de mantener a la Compañía a flote de estas desavenencias... Mostraos pues firme, os ruego, por el amor de Nuestro Señor.”

Pesnelle, Misionero de Génova, le había pedido algunos escritos de moda, en nombre de un vicario apostólico,. “Nosotros nos hemos dado a Dios, le respondió Vicente, el 22 de agosto de 1659, para no tener ninguna parte en estas contestaciones entre tantas tan santas personas y entre tantas corporaciones tan considerables en la Iglesia, y hagamos profesión de no tener en casa ni leer tantos escritos que se imprimen y que corren por París, y hasta por las provincias, sobre estos asuntos. Nos contentamos con pedir a Dios que reúna las mentes y los corazones, y ponga la paz en su Iglesia. Según esto, suplicaréis al Sr. vicario que nos excuse si no le enviamos todos esos impresos.”

Con mayor razón negaba semejantes escritos a los suyos, y exigía imperiosamente que les cerrasen la puerta, si llegaba alguno a llamar a ella. Escribía a Cabel, en Sedan, el 28 de diciembre de 1658:

“La venta que se hace de algunos impresos sobre las opiniones del tiempo, y el conocimiento que he tenido de que han llegado a una de nuestras casas, me obligan a recordaros que si los llevan a vuestra casa, no los recibáis ni ninguno de los vuestros; porque la lectura de estos escritos sirve de poco y puede causar mucho daño, sobre todo a las personas de comunidad que, acabando por conversar de ello, exponen sus sentimientos. Y como cada uno tiene su parecer, se produce diversidad de opiniones; y de ahí las disputas y las divisiones. Debemos saber, y fijarnos bien en las cosas de fe; pero en cuanto a estas cuestiones de escuela, dejémoslas ahí.

“Nuestro Señor no quería que los apóstoles discutieran con los escribas y los fariseos a causa de la levadura de su doctrina, que les hubiera podido producir alguna impresión maligna. Y san Pedro prohibió a los primeros cristianos que disputaran sobre la Escritura, porque, decía él, hay cosas oscuras y difíciles, incluso en las epístolas de san Pablo. Por eso, tenemos nosotros mucha más razón de evitar hablar de estas materias inútiles. Por la gracia de Dios, no se habla tanto en casa. También tenemos mil hermosos temas de conversación más edificantes y más convenientes. Debemos sin embargo respetar las diversas luces de los que agitan estas cuestiones, pero no declararnos a favor de unos ni de otros; cada uno tiene sus razones. Y Dios permite que las tengan diferentes, como lo permitió entre san Pedro y san Pablo, y entre el mismo san Pablo y san Bernabé, así como entre los ángeles, haciendo ver a los unos las cosas de otra manera que a los otros. Por eso, Señor, os ruego una vez más que no permitáis que entren en vuestra casa estos papeles volantes, ni que se defiendan proposiciones que no sirven más que para sembrar la discordia entre

hermanos y para escandalizar a los extraños que encontrarían qué criticar en nuestra curiosidad y en nuestra cháchara, si nos vieran leer y hablar de esos libelos y de esas novedades, y más aún si nos vieran tomar partido.”

Las mismas precauciones se ven en una carta a Get, del 22 de setiembre de 1656: “He consentido que os lleven los discurso del Sr. Godeau sobre el pontificio, pero no el otro libro que pedís de la fábrica de Piort-Royal, porque a todos los que salen de esta tienda se dice que siempre hay algo de qué acusarlos...Os digo todo esto para que no os encarguéis más de conseguir sean para quien fueren, de semejante origen que, no siendo trigo limpio, da pie a temer que haya algún peligro en beber en los manantiales de donde proceden.”

La sumisión sencilla y sin contestación que pedía a sus sacerdotes, se la debía pedir mucho más a las Hijas de la Caridad. En enero de 1653, invitó a la señorita Le Gras a romper un compromiso para tres de su Hijas, sospechando que querían servirse de ellas para difundir el espíritu del tiempo en la pequeña Compañía: “Temo, decía él, que haya en ello, alguna cosa de Port-Royal. “ No fue él quien habría hablado a las Hijas de la Caridad de este orgullo de la *verdad*, que los sectarios inspiraban a las religiosas de Port-Royal. Puras, eso sí, como ángeles, él quería que fuesen, no soberbias como demonios, sino humildes y sumisas como niños; que en lugar de hacerse de una ignorancia pretendida y pretenciosa un título para rechazar la obediencia exigida por los pastores, viesan en ello una obligación nueva de dejarse dirigir. Les enseñaba a contentarse con gemir por los males de la Iglesia, a rezar por sus necesidades y a reducir toda su ciencia a esta sumisión general que no pide ni razonamientos ni discusiones.

Leemos también en la carta a Get;”Como ha querido Dios mantener a la Compañía muy limpia de esta doctrina, no debemos nosotros solamente tratar de seguir en esta limpieza, sino evitar en lo posible que los demás se dejen engañar por los bonitos discursos de los Señores de Port-Royal, y no caigan en sus errores, sobre todo hoy que no existen ya dudas de que ellos no estén convencidos.”

II. *Aplicación a los externos.* –*El doctor Des Lions.* Estas palabras nos demuestran que lo que Vicente hizo por los suyos lo supo hacer también por ese gran número de comunidades bien religiosas bien seculares de las que era superior. Veló en particular por las Hijas de la Visitación, que el bienaventurado Francisco de Sales había confiado a su cuidado. Su vigilancia era allí tanto más necesaria cuanto que las relaciones del santo obispo de Ginebra con la *grande Angélica*, la reformadora de Port-Royal, eran para los sectarios un título para introducirse entre ellas. Vicente recomendó pues a todas las casas de París y a las que ellas habían fundado en provincias, que tuvieran cuidado de que los eclesiásticos que las visitaban no estuviese infectados de las opiniones nuevas. “Ya que, les decía, los que están en una mala doctrina sólo tratan de extenderla; y sin embargo no se declaran al principio. Son como lobos que se deslizan suavemente en el redil para asaltarle y perderlo.”

Vicente inspiró los mismos sentimientos y la misma conducta a las congregaciones seculares de la Providencia, de la propagación de la fe, de las Nuevas católicas y de la Unión cristiana. Las hijas de la Providencia, en particular, le devolvieron siempre el honor de su respetuosa sumisión a los decretos y a los ministros de la Iglesia. la congregación de Premostratenses,

por el órgano de su abate, declaró, en el proceso de canonización, que había sido el instigador de los decretos dados por los capítulos de la orden de conformidad con las constituciones pontificias⁴⁴⁸.

Vicente que, a partir de 1646, había enviado a sus misioneros a Irlanda, no descuidó nada para preservar del error a los jóvenes irlandeses que habían venido a estudiar a París. muchos de ellos habían sido ya conquistados por las intrigas de la secta, y reunidos en una casa del barrio Saint-Marceau, donde los preparaban para llevar a su país las nuevas

doctrinas. Pero veintiséis de estos jóvenes eclesiásticos se salieron del seminario jansenista y vinieron a ver a Vicente, quien los confió a la dirección de uno de sus sacerdotes y los hospedó en el colegio de Bons-Enfants. Allí, a la indicación del santo, redactaron una declaración por la que se comprometían a adherirse siempre a todos los decretos y censuras de los soberanos pontífices, a no enseñar nunca ninguna de las proposiciones jansenianas; y, como prenda de su fidelidad, dejaron un ejemplar en manos de Vicente. Irritada al verse arrancar la presa, la cábala interpuso la autoridad de Courtin, rector de la Universidad, para quebrar la declaración por un decreto. Los Irlandeses apelaron a la facultad de teología, que se unía a ellos para interponer cita al parlamento contra el rector y su procedimiento. El partido hizo llover panfletos en los que, en los que no se perdonaba a Vicente, alma de todo el plan, y donde le acusaban de prometer beneficios a los Irlandeses para comprometerlos a firmar la declaración. A pesar de todo, el buen derecho triunfó; una disposición del parlamento (24 de marzo de 1651) condenó el decreto del rector; y, gracias a Vicente de Paúl, los jóvenes irlandeses, educados en la doctrina verdadera, pudieron llevar una fe pura a su país⁴⁴⁹. Vicente sostuvo también en la fe a los obispos y a los doctores, particularmente a los que habían formado parte de la conferencia de los Martes. A sus sucesores en San Lázaro, a los jóvenes estudiantes de teología, no cesó de recomendar con san Pablo que evitaran el neologismo de la herejía: *Devita profanas vocum novitates*. Fue él quien logró que la reina madre inspirara al rey el horror de la herejía por el que Luis XIV se distinguió siempre. En el consejo de conciencia, usó de todo su crédito para apartar de las prelaturas y de los beneficios a todos los sospechosos de jansenismo, y para nombrar a los cargos a sacerdotes fieles: en esto se entendía siempre con los nuncios de la Santa Sede⁴⁵⁰ y con el canciller. Considerando con razón las cátedras de la enseñanza o de la predicación como las fuentes públicas de la doctrina y de las costumbres, se empleó en no dejar subir a ellas más que a los hombres de una fe probada; y, si se enteraba de que una tesis sospechosa de jansenismo iba a

⁴⁴⁸ “Mirum est quanto studio egerit ut dicta congregatio Praemonstr., per decreta suorum capitulorum, mandaret suis omnibus quatenus eisdem constitutionibus se submitterent et conformarent. »

⁴⁴⁹ Memoria del P. Rapin, t. I, pp. 410-414,

⁴⁵⁰ “Ipsi erat cum wexcellantissimis sedis apostolicae apud regem christianissimum Nuntiis, et familiaris necessitudo, et consiliorum societas (Epist. episc. Aquensis ad Clem. XI.). “ Véase sobre los hechos precedentes *Summ.*, nº 21, y 23, pp. 51 y 57. –En sus cartas a Clemente XI, los obispos declararon también sobre la conducta de Vicente en el consejo de conciencia, por ejemplo el obispo de Cahors: “Nihil ita fuit potius quam ut, in ovili Christi vigilibuset sollicitis Pastoribus suffectis, lupi et mercenarii procul arcerentur. Non mediocre insuper hoc eodem defungens ministerio, et ferventis sui in Deum amoris, et catholicae suae fidei, et in apostolicam sedem summae fidelitatis dedit experimentum; nam...ad Jansenismi pravas et haeticas novitates ressecandas, damnandas et evellendas, romanorumque Pontificum decretis debitam reverentiam suscriptionemque procurandam, nil prudentissimus sacerdos omisi. “t

ser expuesta en una comunidad o escuela, la denunciaba al canciller y al nuncio y la mandaba suprimir con su autoridad.

¡Qué no hizo también para atraer a la sumisión a los extraviados! Tenemos un ejemplo de su conducta en relación con aquel Jean Des Lions, doctor de la casa de Sorbona y decano de Senlis, cuyos Diarios tan curiosos sobre estas materias hemos citado más de una vez. Des Lions se había unido a la herejía por sus opiniones personales y más aún por sus relaciones con Arnould, el duque de Liancourt y los personajes más considerados del partido. Pero la constitución de Inocencio X le puso en movimiento. Vicente se aprovechó y le asignó al obispo de Pamiers, fiel todavía, para comprometerle a hacer un retiro en San Lázaro. Des Lions pareció entregarse. Sólo le quedaba una pequeña dificultad cuya solución quería pedir al papa. Vicente envió su carta a Roma y tuvo suficiente crédito para conseguirle una respuesta favorable. Pero como pasa siempre con la gente a quienes falta sencillez y rectitud, encontró nuevas dificultades; después el respeto humano, antiguos prejuicios, relaciones más antiguas aún, le retuvieron en el partido.

Nuevos esfuerzos de Vicente cuando apareció la declaración de Alejandro VII. Pero, el momento estuvo mal elegido. Entonces acababa de tener lugar en Port-Royal el famoso *milagro de la Santa Espina*, que no tenemos que contar aquí, y con todo el partido, Des Lions había visto en ello un testimonio solemne dado por Dios mismo a la verdad del jansenismo. Pasada la primera impresión, Vicente volvió a la carga, y esta vez pareció estar a punto de triunfar: Des Lions no pedía otra cosa, por todo retraso, que el tiempo para traer con él al duque y a la duquesa de Liancourt. Para acosarle y cortar en seco nuevos subterfugios, Vicente le escribió, el 2 de abril de 1657:

“Espero que esta vez, Señor, daréis la gloria a Dios y la edificación de su Iglesia, que todos esperan de vos en esta ocasión; pues si se espera más, es de temer que el espíritu maligno que emplea tantas artimañas para eludir la verdad, os ponga imperceptiblemente en tal estado que no tengáis ya tantas fuerzas para lograrlo, por no haberos servido de la gracia anteriormente y durante todo el tiempo que ella os solicita mediante medios tan suaves y poderosos, que no he oído decir que Dios los haya empleado con nadie en vuestro estado.

“Y decir, Señor, que los milagros que hace la Santa-Espina parecen aprobar la doctrina que se profesa en ese lugar; conocéis la de santo Tomás, y es que Dios nunca ha confirmado los errores con milagros, fundándose en que la verdad nunca puede autorizar la mentira, ni la luz las tinieblas. Pues, ¿quién no ve que las proposiciones sostenidas por ese partido son errores, puesto que están condenadas? Si pues Dios hace milagros, no es en absoluto para autorizar estas opiniones que llevan falsedad, sino para sacar en ello su gloria de algún otro modo.

“Esperar que Dios envíe a un ángel para iluminaros más, eso no lo hará; él os remite a la Iglesia, y la Iglesia reunida en Trento os remite a la Santa Sede, en el asunto de que se trata; según se ve en el último capítulo de este concilio.

“Esperar que el mismo san Agustín vuelva a explicarse él mismo: Nuestro Señor nos dice que si no se cree en la Escritura, menos se creerá todavía en lo que los muertos resucitados nos digan. Y si fuera posible que este santo regresara, se sometería también, como lo hizo entonces, al Soberano Pontífice.

“Esperar el juicio de alguna Facultad de teología famosa, que decida otra vez estas cuestiones: ¿dónde está? No se conoce en estado del cristianismo otra más sabia, que la de Sorbona, de la que vos sois un muy digno miembro.

“Esperar, por otra parte, y muy hombre de bien os señale lo que habéis de hacer: ¿dónde encontraréis a uno, en quien se hallen estas dos cualidades mejor que en aquel de quien os hablo?

Me parece, Señor, que os oigo decir que pensáis no deberos declarar tan pronto a fin de atraer con vos a alguna persona de condición. Eso está bien; pero es de temer que, pensando salvar del naufragio a esas personas, os arrastren y ahoguen con ellas. Os digo esto con dolor, ya que su salvación me es tan querida como la mía, y daría de muy buena gana mil vidas si las tuviera por ellos. Parece que vuestro ejemplo les hará volver antes que todo lo que podríais decirles. Todo ello bien pesado, en nombre de Dios, Señor, no aplacéis más esta acción, que debe de ser tan agradable a su divina bondad: se trata de vuestra propia salvación, vos tenéis más motivos de temer por vos mismo que por la mayor parte de los que nadan en estos errores; ya que vos habéis recibido, y ellos no, una luz particular de parte del Santo Padre. ¿Qué disgusto tendríais, Señor, si aplazando por más tiempo declararos, acabarán por obligaros a ello, como han tomado la resolución los señores prelados? Por eso os suplico nuevamente, en el nombre de Nuestro Señor, que os deis prisa, y no llevéis a mal que el más ignorante y abominable de los hombres os hable de esta manera, ya que los que os dice es razonable. Si las bestias han hablado y los malos profetizado, yo también puedo decir la verdad, aunque sea bestia y malo. ¡Quiera dios hablaros él mismo eficazmente, dándoos a conocer el bien que causaréis! porque aparte de que os situaréis en el estado que en Dios os quiere, hay motivos de esperar que a imitación vuestra una buena parte de esos señores volverán de sus extravíos; y, por el contrario, vos podréis ser la causa de que se queden ahí, si retrasáis este plan; y dudo incluso que lleguéis realizarlo, lo que me produciría una aflicción mortal, porque estimándoos y teniéndoos el afecto que os profeso, y teniendo el honor de servirlos como lo he hecho, no podría sin un extremo dolor veros salir de la Iglesia. Espero que nuestro Señor no permita esta desgracia, como se la pido tan a menudo..”

Cada vez más y más conmovido por esta carta conmovedora, Des Lions prometió su sumisión: no se trataba ya más que de fijar el modo y de hacerla útil a sus correligionarios. Vicente tuvo todavía la bondad de prestarse y prepara él mismo su desarrollo. Pero Arnauld fue más fuerte que él, y recobró su presa, su presa, y decimos bien; ya que en su persona, en la de su sobrina Perrette, en los bienes de su familia, Des Lions fue siempre la víctima de Arnauld⁴⁵¹

Vicente ponía a veces tanta habilidad prudente como perseverante en sus esfuerzos ante eclesiásticos de fe sospechosa. Uno de ellos, sabio, gran predicador, de condición elevada, venía a verlo con frecuencia. “Señor, le dijo un día el santo, como sois hábil y elocuente, tengo un consejo que pedirlos. En nuestras misiones en el campo nos sucede encontrar a personas que no creen en nuestra santa religión, y nosotros no sabemos cómo proceder para persuadirlos. ¿Qué debemos hacer en estos encuentros? _¿Por qué me preguntáis esto? respondió el abate con emoción, -Es, Señor, porque los

⁴⁵¹ Véase sobre Des Lions las Memorias de Niceron, t. XI, p. 322.

pobres se dirigen a los ricos en sus necesidades y, como nosotros somos pobres ignorantes, recurrimos a vos que sois rico en ciencia.” Halagado y enorgullecido, el abate enumeró las pruebas de la religión: la Escritura, los Padres, el razonamiento, el consentimiento común de los pueblos y de los siglos, el testimonio de los mártires, los milagros, etc. “Muy bien, Señor, replicó Vicente, poned todo eso por escrito, Señor, sencilla y llanamente, y enviádmelo. Dos o tres días después, el abate traía en persona su memoria. “Gracias, Señor, le dijo Vicente, recibo una alegría especial al veros en estos sentimientos, y al aprenderlos de vos mismo; ya que, además del provecho que voy a sacar de ellos para mi uso particular, eso me servirá también para vuestra justificación. Os será muy difícil de creer, y sin embargo es verdad que ciertas personas están persuadidas y dicen que vos no tenéis ningún buen sentimiento en las cosas de la fe. Acabad entonces, Señor, lo que habéis comenzado tan buenamente; y, después de sostener tan dignamente la fe con vuestro escrito, profesadla con una vida edificante. Vos estáis muy obligado a ello por ser de elevada condición, pues sucede con la virtud que acompaña al nacimiento lo que con las piedras preciosas que brillan más engastadas en el oro que en el plomo. “ Esta conducta y este discurso tuvieron su efecto, y Vicente tuvo el consuelo de ver al abate entrar y perseverar en resoluciones santas⁴⁵².

Con la mayor frecuencia, Vicente adoptaba prudentes precauciones, y se contentaba con recurrir a la oración, el mejor remedio, decía él, que se podía oponer a la herejía. Sin duda, veía con agrado a los doctores consagrar su pluma y sus veladas a la defensa de la fe, y los animaba a ello de buena gana; pero ponía en la oración y en auxilio de Dios su principal confianza. La oración, repetía a los suyos, la práctica exacta de las virtudes contrarias a los vicios de los herejes, es decir la humildad y la sumisión de espíritu opuestas a su orgullo y suficiencia; el amor del desprecio a su amor de sus alabanzas; la rectitud de espíritu, la sencillez de corazón, a sus artificios, a sus falsificaciones, a sus disfraces, a sus imposturas; la caridad a su odio, a sus maledicciones y a sus insultos: éstas son las mejores armas para combatir el error.

Y con ese buen sentido de alguna manera infalible que venía en ayuda de su virtud, se mantenía en ese medio donde lo verdadero y el bien, como dice Bossuet, han fijado su trono, y se mantenía igualmente alejado de todos los extremos, del relajamiento y del rigorismo. Apenas la *Apología de los casuistas* del P. Pirot hubo sido condenada en Roma cuando pasó aviso a sus sacerdotes, como lo había hecho para la censura del *Augustinus*.

Por lo demás, aquí también, se había adelantado al juicio de la Santa Sede. Desde el 25 de febrero de 1655, había aconsejado a uno de sus sacerdotes de Roma “ la santa severidad tan recomendada por los santos cánones de la Iglesia y renovada por san Carlos Borromeo”, porque produce “incomparablemente más fruto que la demasiado grande indulgencia”.

V. Ortodoxia de la Misión después de Vicente. –Funesta influencia del jansenismo. Esto es un compendio muy breve, a pesar del número de páginas que preceden, de lo que Vicente de Paúl hizo contra el jansenismo. Parecería que ésta fue su única misión, si es que no hubiera hecho muchas más, si no las hubiera hecho todas. Por eso, un doctor de Sorbona no sentía recelo en

⁴⁵² Relato redactado por Vicente mismo, que designa al abate bajo el pseudónimo de de *Domasus*.

afirmar: “Como Dios suscitó a san Ignacio y su Compañía contra Lutero y Calvino, suscitó a Vicente y su congregación contra el jansenismo⁴⁵³. “ En efecto, Vicente transmitió su celo a sus sucesores. Jolly, tercer superior general después de él, acostumbraba a decir: “Quiero que los míos marchen por el camino trillado y que se alejen de toda novedad⁴⁵⁴.” Por medio de una vigilancia continua y de eliminaciones prudentes, la Compañía se mantuvo pura del error durante todo el siglo XVII, mientras que tantas otras familias religiosas estaban más o menos infectadas. Cuando, al comienzo del siglo siguiente, el jansenismo tuvo una recrudescencia nueva con el *Caso de conciencia* y con El *Problema eclesiástico* , fulminados en 1713, con el libro de Quesnel, por la constitución *Unigenitus* , Dios de dio por superior general a Jean Bonnet, que la preservó para siempre del contagio. El 1º de Agosto de 1724, Bonnet reunió en la casa de San Lázaro una asamblea general de la congregación. Se dictaron decretos solemnes contra todos los recalcitrantes, contra todos los opositores a la bula, y se llevaron a la práctica inmediatamente. Los rebeldes fueron eliminados sin miramientos a los grados ni a la edad, ni al talento ni a la ciencia ni siquiera a la cólera de algunos poderosos personajes fautores de las malas doctrinas y de su adherentes.. La Compañía quedó así purgada de la cizaña sembrada en su seno, en algunas diócesis, durante el sueño o en la connivencia de los pastores. Anteriormente ya, se había mostrado relativamente admirable en fidelidad; en adelante, apenas se citaría otra en Francia que haya demostrado igual su sumisión a la Santa Sede. Es un testimonio que le rindieron todos los de bien, que le rindieron a su modo los refractarios, honrándola con sus injurias en sí misma y en la persona de Bonnet, su superior general⁴⁵⁵.

Para volver, y concluyendo, a Vicente de Paúl, digamos que su horror por la herejía venía de su caridad y del presentimiento de los males que iba a causar a Francia. Los estragos del calvinismo, de los que su infancia había sido testigo, le hacían temer que una herejía nueva acabara por destruir la fe entre nosotros, y que a Francia le ocurriera como a Inglaterra, a Suecia y a Alemania. Además él preveía, con una conciencia más o menos clara, que el jansenismo iba a detener ese hermoso movimiento de regeneración católico que, salido del concilio de Trento, había atravesado esta primera mitad del siglo, y había dejado en hombres, instituciones, y en monumentos, tantos rasgos maravillosos de su paso, que su obra por sí misma tendría en el jansenismo a su más peligroso enemigo. En efecto, a partir del esplendor del jansenismo, a partir sobre todo de las *Provinciales*, todo se ralentiza, todo se inmoviliza en los hombres y en las cosas. Se acabaron esas almas generosas, entregadas hasta el heroísmo, que hemos visto en tan gran número al servicio de la caridad de Vicente de Paúl; se acabaron las nuevas familias religiosas, las instituciones, se acabaron los santos. A la entrega heroica de las personas y de las obras sucede una regularidad glacial y la sequedad del rigorismo reemplaza a la unción de la piedad. La severidad moral está en los labios, pero ya el desorden y la licencia están en las costumbres. En 1688, Fénelon puede señalar ya el descenso progresivo de las virtudes cristianas, que hace retroceder a cuarenta años. El jansenismo entregó al mundo secretos que no se debían conocer e introduciéndole en el sagrado tribunal para exponer a los jueces a sus burlas

⁴⁵³ *Summ*, nº 21, p. 54..

⁴⁵⁴ *Ibid.*, p. 55.

⁴⁵⁵ Ver en particular el *Abogado del Diablo*, t. II, pp. 292 i ss.

hizo que pronto el mundo no quiso ya ser juez. Estos sarcasmos, estas calumnias que se inventó contra sus adversarios, se volvieron pronto contra la religión. En su *oración fúnebre de Ana de Gonzaga*, Bossuet debía ya atronar con su voz más fuerte contra la incredulidad invasora y, franqueando el siglo XVIII, anticipaba la indiferencia moderna, término fatal al que, después de una lucha encarnizada, iba a llegar el error. Incluso en medio del freno y de las reservas hipócritas que la piedad severa y morosa de Luis XIV anciano imponía al libertinaje, La Bruyère podía escribir su capítulo de los *Espíritus fuertes*. Y si quisiéramos penetrar en las sombras espesas donde se ocultaba la impiedad, la veríamos sembrar estos gérmenes de error y de desenfreno que no esperan, para brotar a las antorchas de las orgías de la regencia y a instalar sus frutos corrompidos, más que el ocaso del sol, el último suspiro de Luis XIV.

La oposición anticristiana comienza, en el siglo XVIII, en las filas jansenistas. De la monstruosa alianza de los jansenistas, de los filósofos y de una cortesana, que ponen a los parlamentos a su servicio, nace una vasta conspiración que abraza a la Europa entera. La consigna es, en apariencia, es la destrucción de los jesuitas, pero el fin supremo es más alto; y, en efecto, destruidos los jesuitas, todos los esfuerzos se dirigen contra el papado y contra la Iglesia, cuyo respeto ha destruido el jansenismo con sus rebeliones en el corazón de los pueblos. El jansenismo prosigue su obra. el primero que ha introducido al pueblo en el santuario; que ha conducido al sacerdote a Pilatos, y entregado las causas religiosas a los tribunales civiles; más que nadie ha contribuido a poner a César al lado o todavía más alto que el Pontífice: y ya en 1790, quiere hacer de la religión una institución humana y civil. Después de clamar contra el papa durante cerca de dos siglos, prescinde de él. Ya no es entonces para la Iglesia más que una triste agonía, hasta que se busque ahogarle en la sangre de 1793.

Éste es el jansenismo y su obra, y cómo ha parado la obra de regeneración católica que Vicente de Paúl ha sido en Francia su promotor más poderoso. La muerte del santo sacerdote es como la señal, el punto de partida de la decadencia; pero los santos tienen una vida póstuma, y veremos más tarde cómo su resurrección inesperada ha sido en nuestros días la señal también de una resurrección para la fe y la caridad católica.

LIBRO VI. Las Misiones

Capítulo Primero: Teoría de las Misiones

I. Misiones en general. –Misiones populares de san Vicente de Paúl. La acción de la Iglesia entre los pueblos no es más que una prolongación del apostolado. Entonces, el apostolado es la palabra. Enseñad, hablad, ha dicho el Maestro, y los apóstoles han hablado; han hablado en todas las lenguas, y “el esplendor de su voz se ha extendido por todo el universo; ha repercutido en los extremos de la tierra.” Poco les importaba ser cargados de cadenas como malhechores, mientras que la palabra de Dios no estuviera encadenada. La Iglesia habla pues siempre. Pero hay tiempos, lugares en los que, dueña pacífica de los espíritus, y no teniendo que luchar con más que contra las tinieblas y las debilidades inherentes a nuestra naturaleza, puede limitarse a la palabra

ordinaria, a la palabra pastoral. Esta palabra es menos una siembra que una cultura, es menos una espada de combate que un instrumento de edificación. Otra cosa es cuando la Iglesia no encuentra sino elementos rebeldes, tierras donde nada se ha sembrado todavía, inteligencias que, desganadas del bien y de la verdad, tienden a volver al mal y al error. Entonces necesita una palabra primitiva para los pueblos a quienes no se ha anunciado el Evangelio aún, o excepcional para los pueblos que, se olvidan o rechazan la verdad después de haberla recibido. de ahí las Misiones llamadas extrajeras que, más que todas las demás, continúan y remuevan el apostolado; de ahí también las misiones entre los pueblos ya cristianos, pero que la ignorancia y la incuria de los pastores, el oscurecimiento insensible, el abatimiento gradual de las almas, una acción contraria a la de la Iglesia que llega de los hombres o de las circunstancias, retroceden poco a poco hacia el paganismo y la infidelidad.

Esta triple necesidad de las Misiones se hacía sentir a principios del siglo XVII. Hemos dicho en este volumen mismo el estado del clero, su ignorancia, sus desórdenes, y por tanto su incapacidad de cumplir la obra apostólica; la ignorancia también y el desorden de los pueblos, hundiéndose más cada día en el olvido de las verdades cristianas y en la corrupción. Un medio siglo de anarquía política y religiosa había acabado por trastornarlo todo, si no de destruirlo todo en las fe y en las costumbres. Llevados en sentido contrario por mil cabezas diversas, los pueblos no sabían ya a qué atenerse. El sí y el no que oían pronunciar a derecha y a izquierda sobre las mismas cuestiones extraviaban su inteligencia. Las disputas de la ortodoxia y de la herejía, de las que no veían más que la contradicción, confundían sus creencias. La mezcla de poblaciones exteriormente fieles y las que el protestantismo había conquistado ya, traía poco a poco la indiferencia, primero práctica, teórica después, a la espera del ateísmo.

El mal conquistaba sobre todo los campos, más desprovistos todavía de pastores instruidos y vigilantes que las ciudades, más expuestos por consiguiente a ceder a las sugerencias de la herejía y a la invasión de la ignorancia y del desorden moral. Hacia los campos fue también hacia donde se dirigió primeramente el alma apostólica de Vicente de Paúl; o más bien, del apostolado de los campos hizo su obra propio, y en un sentido exclusiva. Ya que, como él nos ha dicho, él no se ocupó de la reforma y de la educación del clero sino para que los campos tuviesen pastores fieles o, según su comparación tan feliz, sino como un conquistador que deja guarnición en los lugares que ha tomado.

Sí, la evangelización de los campos y de los pobres, ésa fue la misión de Vicente y de la Compañía. Misión única en la historia de la Iglesia, decía él también, porque ningún otro cuerpo religioso se lo había propuesto como fin particular y principal.

Y en este aspecto también, Vicente ha sido el hombre de la Providencia. En el tiempo de Richelieu, y en la ciudad de Luis XIV, no se podía predecir el advenimiento tan cercano de la democracia, y Vicente, tan respetuoso con los poderes, tan sumiso a toda autoridad, lo preveía mejor que nadie. Pero Dios, que le había suscitado y le llevaba sin saberlo y como a pesar de él mismo al cumplimiento de todas sus obras, le hacía a tiempo el hombre de los pequeños y de los pobres, entonces tan descuidados, pronto tan amenazadores. Cada santo tiene su propia misión y su rincón que cultivar en la viña del Señor. san Ignacio, caballero de nacimiento y de carácter, da a la Compañía una

constitución feudal y militante. Sin descuidar a los pequeños se dirige con preferencia a los grandes, y por los grandes, cabezas entonces de la herejía, él detiene, cuando los ha sometido, los progresos del protestantismo. Incluso en nuestra edad llamada *igualitaria*, sus hijos continúan apoderándose de los grandes por la dirección y por la educación, y ellos rinden así un gran servicio poniendo el cristianismo a la cabeza de la sociedad. Al mismo tiempo, siempre hijo de un guerrero, prosiguen su lucha eterna contra lo que quiere oponerse a Dios. Cuando la feudalidad queda vencida, y en el reino brillante, pero efímero, de la realeza absoluta, va a suceder el reino de la burguesías primero, luego del pueblo, Vicente de Paúl ataca a la sociedad por abajo, por los pequeños y los pobres; bautiza, suaviza de antemano esta democracia salvaje, entre ella y la aristocracia, entre la pobreza y la riqueza, coloca, no la lucha, sino el lazo de unión de la caridad. Y cuando la democracia amenace destruirlo todo, Dios resucitará el nombre y las obras de Vicente de Paúl, y bajo su bandera se cobijará la esperanza de la sociedad.

Ahí está pues el origen de las Misiones populares de Vicente; su momento y su necesidad. A estas razones particulares vienen a juntarse las razones generales de todos los tiempos, por donde se comprende cómo las Misiones han existido siempre en la Iglesia. existen males a los que los pastores ordinarios no pueden poner remedio. Hombres de todos los días y de todos los instantes, se está demasiado acostumbrado a verlos y a oírlos, para que sus discursos y consejos conserven esa fuerza que penetra y remueve las almas. Un extraño, que se presenta de repente, no provoca ninguna repugnancia, desprendido como está de todo interés humano y local; luego el atractivo de la novedad empuja hacia él; su palabra desconocida produce impresiones nuevas sobre almas hastiadas o paralizadas, y arrastra a las almas a la fe, los corazones a la virtud.

Efectos efímeros, se ha dicho, de los que, pasada la causa, pronto no queda ni rastro, lluvia de tormenta que labra y no fecunda; emoción de imaginación, de nervios incluso, y no de corazón, ni de voluntad; movimiento pasajero más que conversión sólida y duradera. En efecto, ¿cómo, en tan breve tiempo instruir y convencer? Entonces conviene poner el sentimiento en lugar de la doctrina. ¿Cómo poner a prueba las conciencias, reducir las a sacrificios tanto tiempo rechazados, destruir las costumbres inveteradas? Entonces hay que contentarse con una lágrima de una sensibilidad nerviosa, con promesas que el viento se lleva, con resoluciones que el día siguiente destruye.

Esto es lo que se dice desde el tiempo de Vicente de Paúl; lo que se ha repetido en nuestros días y en circunstancia parecidas, cuando la Iglesia, después del cataclismo revolucionario, ha querido reemprender las Misiones por las cuales se había regenerado Francia después del cataclismo protestante. Ya que nada nuevo bajo el sol, nada nuevo en particular contra las objeciones contra la Iglesia, y el liberalismo de la Restauración se habría asombrado no poco si se le hubiera hecho ver que no era más que el eco del abate Barcos y de los jansenistas.

Los hechos responderán ellos mismos, de todas las respuestas la más perentoria. Se verá que las Misiones de Vicente de Paúl. Por su duración, por sus reglamentos, por sus pruebas, eran suficientes para producir una regeneración sincera y sólida; que ellas la han producido, en efecto, en Francia y en el extranjero. Es verdad que se han de considerar en el conjunto de las obras del santo, en el concurso que estas obras se prestaban unas a otras. Las

Misiones, coincidiendo y concordando con la reforma del clero, cobraban una fuerza, una vitalidad que aseguraban la duración de sus frutos. Estos frutos se ponían bajo la custodia de pastores regenerados, o más bien, el Misionero se contentaba con abrir el surco y arrojar en él la semilla; luego correspondía al pastor cultivar, regar y recoger la cosecha.

Efímeros incluso, los efectos de una Misión no serían despreciables. Es mucho, cuando hay sinceridad, un tiempo de parada en el mal, un regreso momentáneo al bien; es mucho el arreglo de cuentas de una vida culpable, aunque estas cuentas debieran pronto volverse a cargar con nuevos crímenes: el arreglo definitivo, si debe llegar alguna vez, aunque no fuera hasta la muerte, será así más fácil; más fácil también será la vuelta final a la virtud.

Por otra parte, ¡cómo desaparecen todas estas objeciones, no sólo ante los hechos, sino a la luz y al fuego de los discursos que Vicente dirigía a sus Misioneros! Convencido del mal de los pueblos y de la eficacia del remedio, no cesaba de exhortar a sus hijos a avanzar con valor en esta carrera de las Misiones, que les había abierto Dios por él.

II. *Discursos sobre las Misiones. – Virtudes de los Misioneros.* ¿No somos bien dichosos, hermanos míos, al expresar con sencillez la vocación de Jesucristo? Ya que, ¿quién es el que mejor expresa el modo de vida de Jesucristo en la tierra, que los Misioneros? No digo sólo nosotros, sino también esos grandes obreros apostólicos de diversas órdenes que dan Misiones dentro y fuera del reino. Oh, hermanos míos, ellos son grandes Misioneros, de los que nosotros no somos más que la sombra. Vez cómo se transportan a las Indias, al Japón, al Canadá, para acabar la obra que Jesucristo ha comenzado en la tierra, y que no ha dejado desde el primer instante. Pensemos que nos dice: Salid, Misioneros; salid, ¡Qué! ¿Todavía estáis aquí? y mirad las pobres almas que os esperan, la salvación de las cuales depende tal vez de vuestras predicaciones y de vuestros catecismos. Es eso, hermanos míos, lo que debemos tener en cuenta; porque Dios nos ha destinado a trabajar en tal tiempo, en tales lugares y para tales personas. Así destinaba él a sus profetas para ciertos lugares y para ciertas personas, y no quería que fuesen a otra parte. Pero ¿qué responderíamos nosotros si alguna de esas pobres almas llegara a morir y a perderse? ¿No habría motivo de reprocharnos que seríamos de algún modo causa de su condenación, por no haberle asistido como podíamos? ¿Y no deberíamos temer que nos pidiera cuentas a la hora de nuestra muerte? Como, por el contrario, si correspondemos fielmente a las obligaciones de nuestra vocación, ¿no tendremos motivos de esperar que Dios nos aumentará cada día sus gracias, que multiplicará más y más a la Compañía, y le dará hombres que tengan disposiciones como las que convienen para trabajar según su espíritu, y que él bendecirá todos nuestros trabajos? Y finalmente todas esas almas que consigan la salvación eterna por nuestro ministerio darán testimonio a Dios de nuestra fidelidad en nuestras funciones.

“¡Qué felices serán aquellos que, a la hora de su muerte, verán cumplirse en ellos estas hermosas palabras de Nuestro Señor: *Evangelizare pauperibus misit me Dominus!* Ved, hermanos míos, cómo parece que nuestro Señor nos quiera declarar que lo principal de su obra era trabajar por los pobres. Cuando iba los demás no era más que como de paso. No debemos considerar a un pobre campesino o a una mujer pobre según su exterior, ni según lo que parece por sus pensamientos, pues muy a menudo no tienen la figura ni el

espíritu de personas racionales, tan vulgares y terrestres son. Pero volved la medalla y veréis por las luces de la fe que el Hijo de Dios, que ha querido ser pobre, está representado en estos pobres; que apenas tenía la figura de un hombre en su pasión, y que pasaba por loco en las mentes de los Gentiles y por piedra de escándalo en las de los Judíos, y con todo ello, se calificó el evangelista de los pobres: *Evangelizare pauperibus misit me*. Oh, Dios, ¡qué hermoso ver a los pobres, si los vemos en Dios y en la estima que Jesucristo los ha tenido! ¡Desdichados pues de nosotros, si nos hacemos cobardes en servir y en ayudar a los pobres! ya que después de ser llamados de Dios y habernos dado a él para eso, él se confía de alguna manera en nosotros. Recordad estas palabras de un santo Padre: *Si non pavisti, occidisti* (-Si no les diste el pan, los mataste), que se entienden en verdad del alimento corporal; pero que se pueden aplicar a los espiritual con tanta verdad, e incluso con más razón. Pensad cuánta razón tenemos de temblar, si llegamos a faltar en este punto; y si, a causa de la edad, o bien bajo pretexto de alguna debilidad o indisposición, llegamos a aflojar o decaer de nuestro primer fervor. En cuanto a mí, a pesar de mi edad, no me doy por excusado de la obligación de trabajar por la salvación de estas pobres gentes; pues ¿quién me lo prohibiría? Si no puedo predicar todos los días, no predicaré más que dos veces a la semana; y si no tengo bastante fuerza para hacerme oír en los grandes púlpitos, yo hablaré en los pequeños; y si no tuviera suficiente voz para ello, ¿quién me impediría hablar sencilla y familiarmente a esta buena gente, como os hablo ahora, mandándoles acercarse y ponerse alrededor de mí como estáis vosotros? Yo sé de ancianos que el día del juicio podrán alzarse contra nosotros, y entre otros de un buen padre jesuita, hombre de santa vida, el cual, después de predicar durante muchos años en la corte, atacado a la edad de sesenta años de una enfermedad que le llevó a dos dedos de la muerte, Dios le dio a conocer cuánta vanidad e inutilidad había en la mayor parte de sus discursos elevados y de sus fanfarrias, de los cuales se servía en sus predicaciones, de manera que le entraron remordimientos de conciencia; lo que fue causa de que, recobrada la salud, pidió y obtuvo de sus superiores permiso de ir a catequizar y exhortar familiarmente a los obreros del campo. Pasó veinte años en estos trabajos caritativos y perseveró hasta la muerte; y viéndose a punto de expirar, pidió una gracia, y fue que se le enterrara con su cuerpo una varita de la que se servía en sus catecismos, con el fin, decía él, de que fuera testimonio de cómo él había dejado los empleos de la corte para servir a Nuestro Señor en los pobres del campo.

“Alguno de los que tratan de vivir largo tiempo, podría tal vez temer que el trabajo de las Misiones fuera a acortar sus días y adelantar la hora de su muerte, y por ello buscaría eximirse de él, tanto como le fuera posible, como de una desgracia que debiera temer; pero yo preguntaría a quien tuviere esa idea: “¿Es acaso una desgracia para el que viaja por un país extranjero adelantar el camino a su patria? ¿Es una desgracia para los que navegan acercarse al puerto? ¿Es una desgracia para aun alma fiel ir a ver y poseer a su Dios? Por último, ¿es una desgracia para los Misioneros ir pronto a gozar de la gloria que su divino Maestro les ha merecido con sus sufrimientos y su muerte? ¡Qué! Se tiene miedo a que suceda algo que , que no podríamos desear bastante, y que no llega sino demasiado tarde?

“Pues bien, lo que digo a los sacerdotes, se lo digo también a los que no son, se lo digo a todos los hermanos. No, hermanos míos, no creáis que,

puesto que no estáis empleados en la predicación, estéis por ello exentos de las obligaciones que tenemos de trabajar en la salvación de los pobres; ya que lo podéis hacer a vuestro modo, quizás tan bien como el mismo predicador, y con menos peligro para vosotros; estáis obligados a ello como miembros del mismo cuerpo que nosotros, lo mismo que todos los miembros del sagrado cuerpo de Jesucristo han cooperado cada uno a su manera en la obra de nuestra redención; ya que si la cabeza de Jesucristo ha sido traspasada de espinas, los pies también han sido traspasados por los clavos con los que estaban atados a la cruz; y si después de la resurrección esta sagrada cabeza ha sido recompensada, los pies también han participado en esta recompensa, y han compartido con ella la gloria con la que ha sido coronada⁴⁵⁶.”

Vicente respondía a todas las dificultades que los obstáculos sugerían a la debilidad. Entonces escribía: “Tal vez Nuestro Señor tiene el designio de salvar a una buena alma que está en peligro de su salvación y debe morir pronto, la cual, si se pierde, Dios os hará responsable de su pérdida, y a mí con vosotros, si no hacemos su voluntad. Es una prueba que Nuestro Señor quiere hacer de vuestra paciencia, y el espíritu maligno se sirve de esta ocasión para desviar el bien que haréis.” Se os niega alojamiento: “Acordaos que el Misionero de los Misioneros no tenía una piedra para reclinar la cabeza, que le negaron alguna vez la entrada en los lugares donde iba a trabajar, y expulsado él y los apóstoles de algunas provincias.” Hay aldeas apartadas: “Sucede a veces que son más celosas por participar en los frutos de la Misión que las otras. No se necesitan más que uno o dos en cada aldea que nuestro Señor haya tocado que se convierten en predicadores del resto del pueblo.” –Os siguen mal: “Acordaos que Nuestro Señor predicaba un pequeño número de personas, y hasta a una sola, y tal vez ha permitido estas causas de disgusto para predicaros a vos mismo y defendernos a nosotros mismo de la vana satisfacción que buscamos imperceptiblemente en nuestros empleos. Continúa pues, aunque no tengáis más que una sola alma que necesite de vosotros, pensando en la palabra de Nuestro Señor que el buen pastor debe dejar su rebaño de 99 ovejas para ir a buscar la extraviada. Rara vez sucede en estos encuentros que una misión comenzada así no tenga éxito al final, cuando los Misioneros ejercitan las virtudes que se necesitan en estos casos, la paciencia, la humildad, la oración, la mortificación⁴⁵⁷.”

Nosotros no repetiremos las virtudes que Vicente de Paúl pedía a sus Misioneros: se recuerdan demasiado sus conferencias sobre la humildad y la desconfianza en sí mismo, sobre la fe y la confianza en Dios, sobre la caridad y el celo de las almas, sobre la mansedumbre y la paciencia, sobre la sencillez y la prudencia, sobre el desprendimiento de las cosas de la tierra y la indiferencia respecto de los empleos, de los lugares, de los tiempos y de las personas; sobre todas las virtudes cristianas y apostólicas, en una palabra: “porque los Misioneros deben imitar los depósitos de las fuentes que se llenan de agua antes de echársela a los demás, los canales que se vacían para otros antes de llenarse ellos mismos.”

Podríamos completar estas enseñanzas con extractos de sus cartas, un gran número de las cuales son admirables: “Oh, Señor, escribía a uno de los suyos⁴⁵⁸, ¡qué precio más alto el de un buen Misionero! Es necesario que dios

⁴⁵⁶ Conf. del 25 de octubre de 1643.

⁴⁵⁷ Carta a Tholard, del 12 de diciembre de 1657.

⁴⁵⁸ Desdames, en Polonia, 20 de junio de 1659.

los suscite y los prepare; es la obra de su omnipotencia y de su gran bondad. Por eso Nuestro Señor nos ha encomendado expresamente pedir a Dios que envíe buenos obreros a su viña; ya que, en efecto, no se ven buenos, si él no los envía, y de esos, sólo faltan pocos para hacer mucho. Doce fueron suficientes para establecer la Iglesia. universal, a pesar de la sabiduría humana, el poder del mundo y la rabia de los demonios. Roguemos a Dios que comunique el espíritu apostólico a la Compañía, pues la ha enviado a cumplir este oficio.”

Pero es a la humildad a la que llegaba siempre; en efecto, siguiendo una de sus expresiones, no se gana nada con el demonio por el orgullo, ya que él tiene más que nosotros; pero se le puede vencer por la humildad, arma de la que no podría servirse. Todo lo llevaba a la humildad, particularmente en los éxitos: “Os ruego, decía entonces, entrar en estos sentimientos, no pretender por vuestros trabajos otra cosa que confusión e ignominia, y al final la muerte, si Dios lo quiere. ¿No debe un sacerdote morir de vergüenza, si busca la reputación en el servicio que tributa a Dios, si muere en su lecho, él que ha visto a Jesucristo recompensado en sus trabajos con el oprobio y el patíbulo? Recordad que vivimos en Jesucristo por la muerte de Jesucristo, y que debemos morir en Jesucristo por la vida de Jesucristo; que nuestra vida debe estar oculta en Jesucristo y llena de Jesucristo, y que para morir con Jesucristo es necesario vivir como Jesucristo. Ahora bien, estas bases establecidas, nos entregamos al oprobio y a la ignominia, desaprobamos los honores que se nos hacen, el buen nombre y los aplausos que nos dan, y no hacemos otra cosa que no tienda a este fin.... Humillaos pues sin reservas, viendo que Judas había recibido más gracias que vosotros, y que estas gracias habían tenido más efectos que las vuestras, y que, a pesar de ello, Judas se perdió. ¿Y qué le aprovechará entonces al mayor predicador del mundo y dotado de los más excelentes talentos, haber hecho resonar sus predicaciones con aplauso en toda una provincia, y hasta haber convertido a Dios a muchos miles de almas, si llega a perderse él mismo?”

Sin la humildad y el espíritu de sumisión que la acompaña, la ciencia, el talento, le parecían un peligro para la Compañía. El 19 de setiembre de 1660, 8 días antes de su muerte, cuando inmóvil en su sillón, no podía ya más que responder a las preguntas que se le hacían y transmitir sus órdenes, vinieron a decirle que un sacerdote de Bons-Enfants, siempre en rebeldía contra los votos y las reglas, y previniendo el golpe que había herido ya a menos culpables que él, pedía su despido. “Oh Salvador! exclamó el santo anciano, a pesar de su caridad tan discreta, qué gracia nos hacéis al librarnos de un sujeto así, brillante hasta ser altanero y soberbio! Oh Señores, ¡qué gracias daremos a Dios, Dios mío, qué bien sabéis dirigir vuestra obra, cómo nos hacéis ver que es vuestra! Oh, bueno, Señores, adoremos, demos gracias y pidamos a la Compañía que se las dé a Dios por habernos librado!⁴⁵⁹ “

De este sentimiento de humildad debía nacer el abandono más absoluto a Dios: “El buen Dios no se rige en sus obras según nuestras vistas y deseos. Debemos contentarnos con hacer valer el poco talento que nos ha puesto en las manos, sin preocuparnos si es más grande o más extenso. Si somos fieles en lo poco, él nos colocará sobre lo mucho, pero eso es de su incumbencia, no de la nuestra. Dejémosle hacer y encerrémonos en nuestra concha. La

⁴⁵⁹ Diario de las últimas semanas de la vida de san Vicente, redactado por Griquel. –*Archives de la Mission.*

Compañía ha comenzado sin ningún plan por nuestra parte, se ha multiplicado bajo la sola dirección de Dios sin que nosotros hayamos contribuido más que con la sola obediencia... Yo he estado más de veinte años sin pedir a Dios la propagación de la Compañía, creyendo que si es su obra, había que dejar a su Providencia sola el cuidado de su conservación y de su crecimiento. Pero a fuerza de pensar en la recomendación que se nos hace en el Evangelio que envíe obreros a su cosecha, me convencí de la importancia y de la utilidad de esta devoción... Continuemos haciendo lo mismo. Dio recibirá con agrado este abandono, y nosotros estaremos en paz. El espíritu del mundo es inquieto y quiere hacerlo todo. Dejémosle; nosotros no queremos escoger nuestros caminos, sino andar por los que Dios nos llame. Tengámonos por indignos de que Dios nos llame y que los hombres piensen en nosotros, y eso nos basta. Ofrecámonos para hacerlo todo y sufrir por todo a su gloria y edificación de su Iglesia. Él no quiere más. Si desea sus efectos, están en él y no en nosotros. Abramos de par en par nuestro corazón y nuestra voluntad en su presencia, sin determinarnos a esto o a aquello, hasta que Dios haya hablado. Roguémosle que nos dé la gracia de trabajar entretanto en la práctica de las virtudes que Nuestro Señor practicaba en su vida oculta⁴⁶⁰.”

Según eso, la virtud que parecía casi suficiente a los Misioneros para poder ser útiles: “Es suficiente tener buena salud, un espíritu razonable y una buena intención, aunque no tuvieran nada de extraordinario, ni siquiera ningún talento para la predicación: tenemos tantas cosas más que hacer que, por la gracia de Dios nadie que quiera trabajo se queda sin él entre nosotros. Al contrario, los simples obreros y más comunes son de ordinario los más propios para nosotros y los más útiles para el pobre pueblo. Dios sabe sacar de las piedras hijos de Abrahán, y Nuestro Señor, habiendo escogido a gentes toscas para sus discípulos, hizo de ellas hombres apostólicos que, sin tener ciencias adquiridas, ni buenas cabezas, ni bellas prestancias, han servido sin embargo de instrumento a su divino Maestro para convertir a todo el mundo. Con tal que los Misioneros sean bien humildes, bien obedientes, bien mortificados, bien celosos y llenos de confianza en Dios, su divina bondad se servirá de ellos útilmente en todas partes, y suplirá otras cualidades que les podrían faltar⁴⁶¹.” Que nos sea suficiente haber añadido este suplemento a las lecciones de Vicente sobre las virtudes del Misionero. Pasemos, según nuestra promesa, a sus enseñanzas sobre la predicación.

III. *Manera de predicar. –Revolución en la predicación.* La quería ante todo fundada en la fe y no en la razón. Decía a menudo: “El poco adelanto en la virtud y el defecto de progreso en los asuntos de Dios proviene de que no se apoya lo suficiente en las luces de la fe y demasiado en las razones humanas. No, no, solamente las verdades eternas son capaces de llenarnos el corazón y de dirigirnos con seguridad. Créanme, no se necesita más que apoyarse fuerte y sólidamente en alguna de las perfecciones de Dios, como en su bondad, en su Providencia, en su verdad, en su inmensidad, etc.; no se necesita, digo, más que establecerse bien sobre estos fundamentos divinos para ser perfectos y convertir a los demás en poco tiempo. No estamos diciendo que no sea bueno también convencerse y convencer por razones fuertes y llenas de sentido que pueden servir siempre pero con una subordinación a las verdades de la fe. La

⁴⁶⁰ Cartas del 12 de noviembre de 1655, de los 25 de abril y 20 de junio de 1659..

⁴⁶¹ Carta del 28 de agosto de 1658.

experiencia nos enseña que los predicadores que predicán de conformidad con las luces de la fe operan más en las almas que los que llenan sus discursos con razonamientos humanos y razones de filosofía, porque las luces de la fe van siempre acompañadas de una cierta unción del todo celestial que se difunde en secreto por los corazones de los oyentes; y de ahí se puede juzgar si no es necesario, tanto para nuestra propia perfección como para procurar la salvación de las almas, acostumbrarnos a seguir siempre y en todo las luces de la fe.”

Esto en cuanto al fondo; en cuanto a la forma, la pedía sencilla y familiar: “No temáis, escribía, anunciar a los pueblos las verdades cristianas con la sencillez del Evangelio y de los primeros obreros de la Iglesia...La reputación de la Compañía debe estar en Jesucristo, y el medio de situarla allí y mantenerla es conformarse a él, y no a los grandes predicadores...Me informáis que os hace falta un buen predicador, o que no se debe ir a predicar después de tantos otros obreros que dan misión y que predicán excelentemente. –Nosotros no los tenemos, y si pretendemos instruir al pobre pueblo para salvarle, y no para darnos importancia y recomendarnos, tendremos bastante talento para ello, y con cuanta mayor sencillez y caridad lo hagamos, más gracias de Dios recibiremos para triunfar. Hemos de predicar a Jesucristo y las virtudes como lo hicieron los apóstoles⁴⁶².”

También citaba los pobres resultados de la elocuencia pretenciosa: “Una vez dimos la misión en un lugar para darnos importancia al difunto Sr. primer presidente de París

Dios permitió un éxito muy contrario, porque la Compañía hizo ostentación de, y más que en otro lugar, de las pobreza y miserias de nuestros espíritus, y que fue preciso que yo volviese después de la misión a pedir perdón a un sacerdote de rodillas por alguna ofensa que uno de la Compañía le había hecho⁴⁶³.” Pero estos fracasos eran raros, y Vicente de Paúl debía con frecuencia preparar a sus hijos contra la vanidad del éxito: “Tengan cuidado con la vanidad los que van a misiones, ustedes que hablan en público...Hay que subir al púlpito como a un calvario, para no sacar de ello más que confusión. A veces y muy frecuentemente se ve a un pueblo tan conmovido por lo que le han dicho, se ve que lloran todos; y hasta se ven quienes, yendo más lejos, llegan hasta pronunciar estas palabras: “Bienaventurado el vientre que los llevó y los pechos que los amamantaron”; hemos oído decir semejantes palabras alguna vez. Al oír esto, la naturaleza se satisface, llega la vanidad y aumenta, si no se reprimen estas vanas complacencias y no se busca más que la gloria de Dios, para la cual solamente debemos trabajar; sí, puramente por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Ya que servirse de ello para otra cosa, es predicarse a sí mismo y no a Jesucristo. y una persona que predica para hacerse aplaudir, alabar, estimar, hacer que se hable de sí, ¿qué hace esta persona, este predicador? ¿Qué hace? un sacrilegio; sí, un sacrilegio!; Qué, servirse de la palabra de Dios, de las cosas divinas para adquirir honra y reputación, sí es un sacrilegio! Oh, Señor, oh Dios mío, conceded la gracia a esta pobre pequeña Compañía de que ninguno de sus miembros caiga en esta desgracia! Créanme, Señores, no seremos nunca aptos para hacer la obra de Dios mientras no tengamos una profunda humildad y un desprecio completo de nosotros mismos. No, si la Congregación de la Misión no es humilde, y si ella

⁴⁶² Carta a de Lespinay, en Marsella, del 17 de octubre y 26 de diciembre de 1659.

⁴⁶³ Carta a de Lesoinay, en Marsella, de los 17 de oct. y 26 de diciembre de 1659.

no está persuadida de que no puede hacer nada que valga, que es más apta para echarlo a perder todo que para hacerlo bien, no hará nunca gran cosa; pero cuando esté y viva en el espíritu que acabo de decir, estará preparada para los designios de Dios, porque Dios se sirve de tales sujetos para operar los grandes y verdaderos bienes... ⁴⁶⁴ Sí, Dios estará con ustedes y obrará por ustedes, ya que se complace con los sencillos y los asiste, y bendice sus trabajos y sus empresas; al contrario, sería una impiedad creer que Dios quiera favorecer o asistir a una persona que busca la gloria de los hombres y que se llena de vanidad como lo hacen todos los que se predicán a sí mismos, y que, en sus predicaciones, no hablan ni con sencillez ni con humildad; pues ¿se podría ayudar a un hombre a perderse? Es algo que no cabe en la idea de un cristiano. Oh, si supieran qué gran mal es entrar en el oficio de predicador para predicar otra cosa que Jesucristo no haya predicado, y otra cosa que sus apóstoles y muchos grandes santos y siervos de Dios no han predicado ni predicán aún hoy, ustedes sentirían horror. Dios sabe que hasta tres veces, durante tres días seguidos fui a echarme a los pies de un sacerdote, que era por entonces de la Compañía y que ya no lo es, para rogarle con toda la insistencia posible, que quisiera hablar y predicar con toda sencillez y siguiera las memorias que se le habían dado, sin haber podido lograrlo de él. Daba las charlas de la ordenación, de las que no recogió ningún fruto, y todo ese hermoso montón de pensamientos y de períodos escogidos se los llevó en viento; porque no es el fasto de las palabras lo que aprovecha a las almas, sino la sencillez y la humildad que atraen y llevan la gracia de Jesucristo a los corazones... Por eso debemos nosotros desear y pedir a Dios que se digne conceder la gracia a toda la compañía y a cada uno de nosotros en particular de obrar con sencillez y honradamente, y de predicar las verdades del evangelio al modo como Jesucristo las enseñó, de manera que todo el mundo las entienda y cada uno pueda aprovecharse de lo que decimos.”

A estas recomendaciones añadía Vicente la autoridad de su ejemplo. Él mismo hablaba de un modo humilde y sencillo, aunque firme y eficaz, como se puede ver por esos numerosos fragmentos de sus discursos; y llegaba así, mejor que con vanos ornamentos, a la verdadera elocuencia. Ya que, decía él, “como las bellezas naturales tienen más atractivo que las artificiales y las disfrazadas, igualmente los discursos sencillos y comunes son mejor recibidos y encuentran una entrada más favorable en las almas que los que son afectados y pulidos artificialmente.”

En esta predicación sencilla ejercitaba a los suyos, y él mismo se ejercitaba en ella, hasta en su extrema ancianidad. Todos debían hablar delante de él por turno. Por la tarde, daba cuenta del discurso y lo hacía analizar en público por los principales de la Compañía. Si se había hablado con mucho estudio y cuidado, se complacía en mostrar toda su vanidad, luego concluía con su caridad ordinaria: “Créame, Señor, trate de predicar como Jesucristo. Este divino Salvador podía, si hubiera querido, de nuestros más elevados misterios, con conceptos y términos que les fueran más proporcionados, siendo él mismo el Verbo en la Sabiduría del Padre eterno; y no obstante sabemos de qué manera predicó, sencilla y humildemente, para acomodarse y darnos el modelo y el estilo de tratar su santa palabra.”

⁴⁶⁴ Rep. de ora. Del 25 de noviembre de 1657.

Esta sencillez y esta humildad, él la exigía no solamente en los pensamientos y en el estilo, sino en el tono de voz, y ello por la salud de los suyos, y para producir más efecto mediante una forma de decir natural. “Creería usted, Señor, escribía a propósito, que los comediantes, habiendo reconocido esto, han cambiado su forma de hablar y no recitan ya sus versos con un tono elevado, como lo hacían en otro tiempo, sino que lo hacen con una voz mediocre, y como de una manera familiar a los que los escuchan. Era un personaje que ha sido de esta condición, el que me lo decía estos días pasados. Pues, si el deseo de agradar más al mundo ha podido ganarse a los actores de teatro, qué motivo de confusión será para los predicadores de Jesucristo, si el afecto y celo de procurar la salvación de las almas no tuviera el mismo poder sobre ellos!” Es curioso oír a san Vicente de Paúl dar fe de la revolución que comenzaba entonces en el teatro y expresarse en esta materia como lo hará algunos más tarde un ilustre comediógrafo poeta⁴⁶⁵.

Encontramos toda la retórica de san Vicente de Paúl en un *Compendio del método de predicar* para uso en la Congregación de la Misión, elaborado por Almeras y enviado por él a todas las casas de la compañía en diciembre de 1666. este es su origen.

Desde el comienzo de las conferencias de San Lázaro, Vicente reunía de vez en cuando a los primeros eclesiásticos que formaban parte; Perrochel y Pavillon, los futuros obispos de Boulogne y de Alet, el abate Olier y algunos sacerdotes de París. El santo proponía un tema y cada uno, entonces y allí mismo, se ejercitaba en hablar y escribir; cada uno decía sus palabritas o entregaba por escrito su colaboración a la obra común. “Solamente yo no he sabido decir ni hacer nada que valga la pena,” añadía Vicente recordando estas cosas. Dados los avisos, el santo concluía; o bien se recogían todos los papeles, y se componía una conferencia con ellos. Todo se realizaba sencilla y familiarmente. “Que si alguno luego, contaba Vicente, venía a presentar bellos pensamientos, alegar muchas hermosas razones, cantidad de autoridades de los Padres, de los concilios, etc., eso estaba bien. Pero este predicador borraba cuanto había dejado el otro de bueno en particular en las almas; como cuando habéis impreso sobre alguna cosa, uno viene con una esponja a borrarlo todo, no queda ninguna impresión, todo queda borrado; así el espíritu debidamente impresionado por un discurso sencillo y práctico pierde pronto sus buenos sentimientos y santos pensamientos por otro discurso elevado que impide los efectos del primero⁴⁶⁶.” Eso duró largos años. En 1652 y 1653, mandó que se tuvieran conferencias especiales sobre la predicación, y ordenó reunir todo lo que él mismo, Portail y todos los demás antiguos Misioneros, estimaban más propio para hacerla igualmente sólida, clara y fácil. Portail, en efecto, compuso un volumen bastante grueso in-folio. Pero, más tarde, Almeras juzgó con razón este trabajo demasiado difuso, y como él mismo había asistido a las conferencias de 1652 y 1653, y a otras conferencias dadas sobre el mismo tema en diversos años, por Vicente de Paúl y que, por consiguiente, conocía de maravilla el método de predicar enseñado por su santo Padre y practicado por mucho tiempo en la Compañía, redujo el conjunto a unas páginas sustanciales⁴⁶⁷, que se hallarán al final del volumen. Que nos baste con anotar aquí tres palabras: *motivos, definiciones, medios*, resumiendo todo el

⁴⁶⁵ Molière, *l'Impromptu de Versailles*, ac. 1º.

⁴⁶⁶ Conf. del 22 de agosto de 1655. y del 5 de agosto de 1659.

⁴⁶⁷ Véase este Compendio del método de predicar, en las piezas justificativas, nº 4.

funcionamiento instructivo y práctico de esta retórica nueva. Ante cualquier tema que se predique, el oyente reclama ante todo elementos o *motivos* de convicción. Convencido de la verdad de un dogma, de la importancia y de la necesidad de una virtud, le falta aprender su naturaleza y sus actos, es decir darle la *definición*; por fin, cuando su mente está iluminada, su corazón movido, cuando no pide más que obrar, sólo queda enseñarle los *medios* de evitar el error y el mal, de abrazar la práctica de lo verdadero y del bien.

Pues, este es el método que siguió siempre Vicente, ya en las misiones, ya en las conferencias que daba a su Compañía. En una conferencia del 20 de agosto de 1655, le desarrolló y, para dar a la vez el precepto y el ejemplo, él mismo se adaptó a él al enseñarlo. Sucesivamente expuso sus *motivos*, su *definición* y sus *medios*; luego respondió a las objeciones. Los *motivos* de este método familiar son su eficacia para instruir y conmover; el ejemplo de Jesucristo y de los apóstoles que le han practicado; los grandes frutos que ha producido en las almas; por último, la salud del predicador que solo él asegura: “El profeta grita ay de aquél que no señala al enemigo. Y eso es justamente lo que hacen estos predicadores que no miran ante todo el provecho de su auditorio. Aunque vean al enemigo, no dicen ni palabra; os cantan aires agradables, en lugar de gritar con la trompeta: “Que nos vamos a perder! mirad, mirad al enemigo! Salvémonos!, salvémonos!”

La *definición* del método no necesita ya ser dada; se la entiende bastante después. En cuanto a sus *medios* se reducen a evitar el refinamiento y el énfasis para reducirse a la sencillez y a la familiaridad. “¿A dónde va a parar toda esta palabrería? exclama aquí Vicente. ¿Alguien quiere demostrar que es un buen retórico, buen teólogo? Cosa extraña, emprende un mal camino! Quizás sea estimado por algunas personas que no entienden nada; mas para adquirir la estima de los sabios y la reputación de un hombre muy elocuente, es preciso saber persuadir lo que se quiere que abrace el oyente y apartarle de los que debe evitar. Pues bien, esto no es cuestión de escoger las palabras, en organizar bien los periodos, en expresar de una manera poco común la sutileza de sus conceptos, de pronunciar su discurso en un tono muy elevado, en un tono de declamación que pasa muy por encima. ¿Logran estas clases de predicadores el fin propuesto? ¿Persuaden con fuerza el amor de la piedad? ¿Se siente el pueblo impresionado y corre en busca de la penitencia? Nada de eso, nada de eso. Y éstas son no obstante las pretensiones de estos grades oradores. Pretenden esto: adquirir reputación, hacer decir al mundo: “Verdaderamente este hombre se despacha bien, es elocuente, tiene hermosos pensamientos, los expresa agradablemente.” Esto es a lo que se reduce todo el fruto de su sermón. Sube usted al púlpito no para predicar a Dios, sino a sí mismo, y se sirve (oh, qué crimen) de una cosa tan santa como la palabra de Dios para alimentar y fomentar su vanidad. ¡Oh divino Salvador!”

Así pues, el santo recomienda, como los verdaderos medios o las verdaderas fuentes de la predicación, la recta intención, el buen ejemplo, el amor de un método familiar y sencillo, la oración. Entra entonces en detalles conmovedores sobre los frutos del método en uso en la Misión que él llama siempre *el pequeño método*, no sólo en los campos, sino en París mismo y en la corte interpelando a sus antiguos compañeros, Portail, Almeras, y tomándoles como testigos de hechos que han visto u obtenido ellos mismos. Luego responde a las objeciones. “Perderemos nuestro honor, le dicen, con este método trivial y abyecto”; y responde: “Oh que perderán en ello su honor! Oh, predicando como

Jesucristo predicó, van ustedes a perder su honra, acaso es perder la honra hablar de Dios como el Hijo de Dios habla! Oh, Jesucristo, el verbo del Padre, no tenía entonces honor. Va a ser no tener honor, hacer sermones en la sencillez, en el discurso familiar y ordinario, como lo hizo Nuestro Señor! Oh Señores, hasta dónde hemos llegado, decir que es perder el honor predicar el Evangelio como lo predicó Jesucristo! Sería tanto como decir que Jesucristo, él que era la sabiduría eterna, no supo bien cómo tratar su palabra, que no entendía de ello; ¡Vaya blasfemia!”

Cada vez más entregado *al pequeño método*, por convicción y por experiencia, Vicente propuso desde un principio a los suyos predicar por turno, como ejercicio, exceptuando a los enfermos, pero no a él mismo: “Y yo, pobre pecador que soy, yo comenzaré el primero, no desde el púlpito, porque no podría subir, sino en alguna conferencia en la que trataré algún punto de la regla, o de un tema distinto⁴⁶⁸.”

Y así se hizo, así lo hizo él mismo casi hasta su último día, ya que tenemos todavía conferencias suyas durante todo el año 1659, el penúltimo de su vida, cuando tenía ya ochenta y cuatro años. Así es cómo San Lázaro se convirtió en una gran escuela de predicación, y en una revolución de la cátedra cristiana. Se sabe lo que había sido antes la elocuencia sagrada en Francia. Desde la muerte de san Bernardo hasta mediados del siglo XVI, nuestros predicadores no habían conocido casi más que el idioma de los antiguos Romanos, desfigurado por alteraciones sucesivas. Una vez que decidieron hablar francés, se dejaron ganar por el mal gusto, que había más o menos invadido todos los géneros literarios. Era una manía de erudición traída por la resurrección del culto de los antiguos. Los predicadores como los escritores, para dar autoridad a sus discursos, o más bien relumbrón a sus personas, se creían obligados a hacer una vasta exposición de toda clase de fragmentos prestados por los autores de la antigüedad. Cada sermón era algo así como un bazar, museo, en el que se veían las riquezas más heterogéneas, una macedonia, una marquetaría, en la que todas clase de colores y de tonos venían a instalarse a capricho del gusto más extraño. Virgilio figuraba al lado de Moisés, Hércules con David; con frecuencia una frase, comenzada en francés, se continuaba en latín para acabar en griego; y en esta sola frase se habían oído a veces a los profetas y a los evangelistas, a los escritores de Atenas y de Roma, a los Padres griegos y latinos.

Aparte de esta manía de la erudición, era la afectación, el género precioso y amanerado; eran los preámbulos sin fin, los giros, verdadero laberinto en el que se perdían orador y oyentes; era historias apócrifas, figuras y comparaciones cuya inagotable abundancia igualaba de por sí al mal gusto; en una palabra, todas las pretensiones, todos los defectos contra los cuales acabamos de escuchar a san Vicente de Paúl protestar con sus enseñanzas, con sus ejemplos y su método. Así, cuando este método fue divulgado por las predicaciones tanto de los Misioneros como de los eclesiásticos de la conferencia de San Lázaro, todo el mundo lo quería seguir. Se acudía a instruirse en Vicente de Paúl, y le decían: “Habrá que llegar allí, *a predicar a la misionera.*”

Pues, fue en la época de su mayor éxito, y de su más universal empleo, en el tiempo de las conferencias analizadas y citadas hace un momento cuando

⁴⁶⁸ Conf. del 5 de agosto de 1659.

Bossuet, quien le había visto practicar en San Lázaro, que lo había practicado él mismo en las conferencias de los Martes, quien lo recordaba con tanta dulzura medio siglo después, creyendo oír todavía la palabra de Vicente resonar en sus oídos como la palabra de Dios; fue en ese tiempo, decimos nosotros, cuando Bossuet subió por primera vez a los púlpitos de París, e hizo resonar aquella gran voz que abría a la elocuencia cristiana un carrera cerrada casi desde el último de los Padres de la Iglesia. sin duda, sería excesivo hacer a Vicente de Paúl el homenaje de toda la elocuencia de Bossuet y atribuirle todo el honor; pero sería injusto también desconocer la influencia evidente del humilde sacerdote sobre el mayor de los oradores. Por ambas partes, con toda la diferencia del gusto y del genio, la misma sencillez en la grandeza, la misma familiaridad en lo sublime, el mismo desprecio por todo lo que no hace sino halagar los *oídos delicados*, la misma proscripción de lo apócrifo y de lo profano, la misma severidad cristiana, el mismo olvido de sí mismo y de la vana retórica, para no saber más, no predicar más que a Jesucristo y el Evangelio. Fue por Vicente por quien se predicó este famoso panegírico de san Pablo, panegírico también de la verdadera predicación cristiana en la persona más grande de los predicadores, definitiva ruptura de toda alianza con la retórica profana y proclamación sublime de retórica cristiana. No, en todas estas maravillas la influencia de Vicente no ha estado ausente. Siempre ocurre que antes de él, y desde el final de la edad media, nada semejante se había oído en los púlpitos franceses; nada, aparte de algunos sermones de san Francisco de Sales en sus estancias en París, demasiado raras, por consiguiente, para producir una revolución. Por lo demás, con más flores y gracias, el método del santo obispo de Ginebra es el método del santo fundador de la Misión, los dos tan unidos de corazón y de pensamiento. Léase la admirable carta al hermano de santa Chantal, al arzobispo de Bourges, y se creará escuchar una conferencia de Vicente de Paúl sobre la predicación. Los dos parten de este principio, que “el fin y la intención de la predicación cristiana debe ser hacer lo que Nuestro Señor vino a hacer en este mundo; que para completar esta pretensión y este designio se necesitan dos cosas, que son enseñar y conmover”; que no es necesario “otro deleite que el que sigue la doctrina y el movimiento”, y que se ha de huir del que hace de su capa un sayo, y muy a menudo ni enseña ni conmueve. Nos quedamos con cierto cosquilleo de oídos, que proviene de cierta elegancia seglar, mundana y profana, de ciertas curiosidades, montajes de rasgos, de discursos, de palabras, en una palabra, que depende por completo del artificio.” Ésta, “debe quedarse para los oradores del mundo, para los charlatanes y cortesanos que se complacen en ello. No predicar a Jesucristo crucificado, sino que se predicar a sí mismos.” Al salir de un sermón, que no se diga: “Oh, qué gran orador, qué hermosa memoria, qué sabio, qué bien habla,” sino más bien: Oh, qué hermosa es la penitencia, qué necesaria es, o que el oyente, impresionado, no pueda dar otro testimonio de la suficiencia del predicador que por la enmienda de su vida.” Y cómo se debe ‘decir’ en la predicación? Hay que guardarse de los *quanquam* (*quamquam*: aunque, si bien; sonoros, *can-can*) y largos periodos de los pedantes, de sus gestos, de sus rostros y de sus movimientos; todo ello es la peste de la predicación; se ha de hablar mostrando interés, cariño y devotamente, sencilla y cándidamente, y con confianza; estar bien encariñado con la doctrina que se enseña, y de lo que se persuade. El soberano artificio es no tener artificio. Es preciso que nuestras palabras estén inflamadas, no por

gritos y acciones desmesuradas, sino por el afecto interior, que salgan del corazón más que de la boca. Por más que se diga, el corazón habla al corazón, y la lengua no habla más que a los oídos..

¿Quién habla también? Vicente de Paúl o Francisco de Sales? Es Francisco de Sales, se le reconoce por la gracia picante de su lenguaje; pero con una sencillez más fina y más descuidada, este podría ser también Vicente de Paúl; pues, ¿quién no ve en el fondo la similitud, la identidad de las teorías? Esta carta al arzobispo de Bourges , con los discursos de Vicente de Paúl y su método, es la retórica más completa del predicador.

IV. *Orden de las Misiones. –Misiones entre los protestantes.* Queda por decir el orden de las Misiones. Cuando una misión estaba decidida, los nuevos apóstoles, a ejemplo de Jesucristo, enviaban a uno de ellos por delante para preparar los caminos. El precursor anunciaba, con uno o dos discursos, la visita próxima de Dios en la persona de sus ministros, las gracias reservadas a los hombres de buena voluntad y la maldición que pesaría sobre los que rechazaran el don divino. Allanaba las mentes de los prejuicios injustos, abría ya los corazones al arrepentimiento y disponía las conciencias a su regeneración. Durante este tiempo, los sacerdotes designados para la Misión por el superior –eran tres por lo menos- se disponían a ella con un retiro. El día de la partida iban a recibir la bendición al superior, luego a saludar a Jesucristo en el Santísimo Sacramento para pedirle que bendijera también el viaje y sus trabajos. Hacían el camino en recogimiento y en silencio, y se ejercitaban para la Misión próxima, evangelizando a bordo, en el coche, en las posadas, a los niños y a los pobres y predicando a todo el mundo con su modestia. Al acercarse al teatro de su obra, saludaban e invocaban al ángel tutelar del lugar y a mandamiento ángeles guardianes de los habitantes. Lo atravesaban, para llegar a su residencia, modestos y silenciosos, predicando también a la manera de san Francisco con su piedad muda. Su primera visita era al párroco, a quien presentaban su mandato del obispo diocesano, sin el cual no se emprendía ninguna Misión, a continuación le pedían permiso para ejercer sus funciones en su iglesia. admitidos, se ponían de rodillas a sus pies para recibir la bendición; rechazados, se despedían humilde mente de él, se volvían honrando los rechazos recibidos en caso semejante por Nuestro Señor.

Cuando el párroco, lo que sucedía casi siempre, había aceptado sus servicios, se informaban por él de los vicios y necesidades de su parroquia, y recibían sus órdenes para todos los ejercicios y todas las obras de la Misión. El día siguiente se comenzaba y, aparte de un día de descanso a la semana, se trabajaba sin pausa hasta el final. Sin descuidar sus ejercicios de piedad ni ningún punto esencial de su reglamento acostumbrado, los Misioneros se ponían a la disposición del pueblo. Nueve horas al día, cinco horas por la mañana y cuatro por la tarde, estaban en su puesto, es decir en el confesionario, hubiera o no penitentes, esperando a los pecadores, su clientela, como el hombre de negocios espera a su comprador.

Durante es tiempo, tres clases de actos público se celebraban cada día: una predicación a la aurora, para dejar a la gente pobre la libertad de su trabajo; un pequeño catecismo por la tarde, y un gran catecismo por la noche, a la hora en que todos estaban libres del peso del día.

Los temas de predicación más ordinarios eran la penitencia, sus condiciones y sus actos; el pecado; la muerte en general, la muerte de los malos o de los

justos; el juicio particular o universal; el infierno, el purgatorio o el paraíso; la palabra de Dios, su necesidad, y las disposiciones que requiere; el retraso de la conversión, el abuso de las gracias, la recaída, el endurecimiento y la impenitencia final; las enemistades, las maledicencias y la restitución; el buen uso de las aflicciones y la paciencia; la glotonería y la impudicia; los deberes del cristiano y las buenas obras; la imitación de Jesucristo y la frecuente comunión; la devoción a las santísima Virgen, al ángel custodio y a los santos, etc.

En el pequeño catecismo, destinado a la primera edad, se explicaba familiarmente y sin subir al púlpito los puntos más necesarios en la infancia y los misterios más esenciales de la religión, como la Trinidad, la Encarnación, la Eucaristía, el pecado, la penitencia, los mandamientos de Dios, la preparación a los sacramentos y las oraciones principales del cristiano. Esta instrucción se hacía por vía de preguntas dirigidas a los niños más bien que por discursos seguidos. En el gran catecismo, se trataba de las mismas materias; pero más solemnemente, en el púlpito, y con más extensión. –Por lo demás, estos programas, naturalmente elásticos, se desarrollaban se acortaban según el tiempo de la Misión. Ésta debía durar quince días al menos, con la mayor frecuencia tres, cuatro o cinco semanas, según la población y la necesidad de prueba que podían tener los pecadores, pues los Misioneros no absolvían precipitadamente. Diferían la absolución en las ocasiones próximas, las enemistades, las costumbres inveteradas o frecuentes, las injusticias que reparar, y la retenían definitivamente si se rechazaba la reconciliación, la restitución, interrupción y ruptura

Fuera del trabajo del púlpito y del confesionario, ellos se constituían en la parroquia en oficiales de paz; visitaban a los enfermos y en particular a los pobres; instituían la cofradía de la Caridad; instruía a los maestros y maestras de escuela sobre sus deberes, el método que seguir para formar bien a la juventud, principalmente en la ciencia de la religión y en las buenas costumbres; reunían a los eclesiástico del lugar y del vecindario, y trataban de agruparlos en conferencia regular y periódica.

Llegaba el día de la comunión general, que era también el día de la primera comunión para los niños. El predicador lo preparaba la víspera; hablaba también el día mismo para inspirar inmediatamente disposiciones fervientes. Por la tarde, después de vísperas, se hacía una procesión solemne del Santísimo Sacramento, procesión de acción de gracias y de bendición, al final de la cual un Misionero volvía por última vez a subir al púlpito para felicitar al los oyentes por los dones de Dios y para exhortar a la perseverancia. Este discurso tenía algunas veces lugar al día siguiente en una misa de acción de gracias; y de ordinario, como último ejercicio público se convocaba a la parroquia a una misa general de *requiem* para hacer partícipes a los muertos mismos de los beneficios de la Misión.

Todos los ejercicios generales y públicos se daban por terminados en ese momento, y los misionero no se ocupaban ya más que de confesar a los niños más pequeños para enseñarles la práctica de la confesión, para poner remedio al abuso que existía entonces en algunas parroquias de confesarlos a todos juntos en público, y para prepararlos de lejos a su primera comunión. Hacían también algunas excursiones a las aldeas vecinas que no habían podido asistir a los ejercicios, y les llevaban la palabra de salvación.

Acabada la Misión por completo, iban otra vez a recibir la bendición del párroco. Uno de ellos se destacaba para ir a dar cuenta al obispo del éxito, y los otros se volvían a la comunidad, donde eran recibidos con una caridad impresionante como a personas que acababan de destruir el imperio del demonio y establecer el reino de Jesucristo. A su llegada, se tocaba la campana para llamar al procurador de la casa y al director de los ejercitantes que lo debían dejar todo, fuera del sacrificio de la misa, para venir a ofrecerles felicitaciones y servicios. Verdadera entrada de triunfadores. Y, en efecto, decía Vicente, “si se reciben en triunfo a los que han ganado alguna batalla, por qué no a los que acaban de batallar con el diablo y conseguir la victoria sobre él”⁴⁶⁹. Los Misioneros hacían después un breve retiro para dar gracias a dios por los favores que les había concedido y pedirle perdón por las faltas cometidas. Pronto partían para una misión nueva; y así durante nueve meses del año. El tiempo de la cosecha y de las vendimias, durante el que habría sido imposible reunir a los campesinos demasiado ocupados en los trabajos de los campos, era lo único que les quedaba. Era para ellos el tiempo del descanso, pero un descanso laborioso. Ni viajes, ni juegos, ni visitas superfluas; sino oración y estudio. “Nosotros llevamos, escribía Vicente, una vida casi tan solitaria en París como la de los Cartujos. Casi nadie tiene que ver con nosotros, ni nosotros con nadie; y esta soledad nos hace aspirar al trabajo del campo, y el trabajo a la soledad.” Comentario de sus palabras ya citadas: “Cartujos en casa, apóstoles en los campos.” Así pues, durante los tres meses de vacaciones, los Misioneros se entregaban por entero a sus ejercicios espirituales y a sus trabajos teológicos u oratorios, a sus conferencias sobre la Sagrada Escritura, los casos de conciencia y las materias de controversia. Era también para ellos la época de la siega: ya que hacían provisión, para las misiones próximas, de piedad y de celo, de ciencia teológica y de santa elocuencia.

Era por último en este intervalo cuando Vicente, que había recibido ya día a día el informe de sus trabajos, se los hacía contar con más detalle y les daba sabias instrucciones. A los que habían cumplido les predicaba la humildad, y también la gratitud: “Ved, les decía, si las espinas punzantes de nuestro natural no llevan buenas rosas, y que se abren una vez que el sol de justicia hace aparecer los rayos de su gracia sobre ellas”; a los que habían fracasado inspiraba la confianza en Dios, “que pide tan sólo, volvía a decir, que se lancen las redes al mar, y no que se recojan los peces, pues es a él a quien corresponde hacerles entrar dentro”; a todos recomendaba la paciencia y la mansedumbre con los campesinos, los pecadores, los herejes...”Haceos afables en la asamblea de los pobres, decía con el Sabio, de otro modo se desaniman y no se atreven a acercarse a nosotros creyendo que somos demasiado severos y demasiado grandes señores para ellos...Si Dios concedió alguna bendición a nuestras primeras misiones, se vio que era por haber obrado amigablemente, con humildad y sinceridad para con toda clase de personas; y si Dios tuvo a bien servirse del más miserable para la conversión de algunos herejes, ellos mismos confesaron que fue por la paciencia y cordialidad que había tenido con ellos. Los forzados mismos, con quienes he estado, no se ganan de otra manera, y cuando me ha sucedido hablarles secamente, lo he echado todo a perder; y al contrario, cuando los he

⁴⁶⁹ Conf. del 5 de setiembre de 1642.

alabado por su resignación, los he compadecido por sus sufrimientos y les he dicho que tenían suerte por pasar su purgatorio en este mundo, he besado sus cadenas, compadecido sus dolores, y demostrado aflicción por sus desgracias, ha sido entonces cuando me han escuchado, han dado gracias a Dios, y se han puesto en estado de salvación. Pidamos a Dios que quiera poner a todos los Misioneros en esta costumbre de tratar dulce y caritativamente al prójimo, en público y en particular, y hasta a los pecadores y endurecidos, sin usar nunca de invectivas, de reproches o de palabras rudas contra nadie. Hay que entrar por la puerta de los pecadores y salir por la nuestra.”

Era sobre todo con los herejes con quienes quería que se empleara dulzura. Con ellos, decía, jamás burlas ni sátiras, ni siquiera disputa ni discusión. Llegaba hasta mandar que se los llamara, no herejes, sino los de la *religión pretendida*. La experiencia general de los cincuenta último años le había demostrado qué poco se gana con estas discusiones públicas y solemnes, en las que el amor propio está en juego, más que el amor de la verdad, y su experiencia personal le había enseñado la omnipotencia de la dulzura y de la caridad; “Dios ha querido, escribía de Beauvais en 1628, servirse de este miserable para la conversión de tres personas desde que salí de París. Pero tengo que confesar que la dulzura, la humildad y la paciencia al tratar con estos pobres descarriados es como el alma de este bien. He necesitado emplear dos días para convertir a uno; los otros dos no me han costado tanto. He consentido decirlos esto para mi confusión, para que la Compañía vea, que si Dios ha querido servirse del más ignorante y del más miserable del grupo, se servirá también con mayor eficacia de cada uno de los demás.”

Desde entonces, en toda ocasión, en sus conferencias y en sus cartas, volvía sobre este modo tan cristiano de proselitismo. “Trabajemos con humildad y respeto, escribía en otra ocasión; que no se desafíe a los ministros en la cátedra; que no se diga que no podrían demostrar ninguno de sus artículos de fe en la santa Escritura, sino raramente, y en espíritu de humildad y de compasión, porque de otra forma, Dios no bendecirá nuestro trabajo o alejará de nosotros a esta pobre gente, y ellos pensarán que hay vanidad en nuestra conducta, y nunca creerán. Creemos a los hombres no porque son sabios, sino porque los estimamos buenos y porque los amamos. El demonio es muy sabio, y sin embargo no creemos nada de lo que dice porque no le amamos. Es necesario que Nuestro Señor ame antes a aquellos a quienes quiere que crean en él. Hagamos lo que sea; no creerán en nosotros si no demostramos amor y compasión con los que nosotros queremos que crean en nosotros;... de otra forma, no haremos nada más que ruido y escaso fruto⁴⁷⁰.”

Insistiendo un día sobre este tema en una conferencia, probó con razones y ejemplos la necesidad de esta conducta humilde y bonachona: “Cuando se discute, dijo, contra alguien, la contestación que se emplea por su parte le hace ver bien que pretende salirse con la suya, por ello se prepara a la resistencia más que al reconocimiento de la verdad; de manera que, con este debate, en lugar de hacer alguna apertura en su espíritu, se cierra de ordinario la puerta de su corazón, como al contrario la dulzura y la afabilidad se la abren. Tenemos para esto un hermoso ejemplo en la persona del bienaventurado Francisco de Sales, quien, si bien era muy sabio en las controversias, convertía no obstante a los herejes más con su dulzura que con su doctrina. A propósito,

⁴⁷⁰ *Summ.* p. 343.

el Sr. cardenal du Perron decía que se mostraba fuerte en la verdad para convencer a los herejes, pero que no pertenecía más que al obispo de Ginebra convertirlos. Recuerden, Señores, las palabras de san Pablo a este gran Misionero san Timoteo: *Servum Dei non oportet litigare* (No conviene que el siervo de Dios ande en litigios); y puedo decirles que nunca he sabido ni visto que ningún hereje se haya convertido por la fuerza de la disputa, ni por la sutileza de los argumentos, mas sí por la dulzura; tan verdad es que esta virtud tiene fuerza para ganar a los hombres para Dios.”

Buena vida y buenos ejemplos, exposición sólida y sencilla de las verdades cristianas; controversias raras, y traídas por la ocasión, y aún así desprendidas de todas las cuestiones puramente escolásticas; caridad y hasta respeto para con los ministros y demás personas importantes del partido, y limosna en abundancia a los más pobres; alejamiento de las prédicas, de la lectura de los libros protestantes: tales eran las únicas armas que quería que se utilizaran contra los herejes, los únicos medios que se usaran para retener y confirmar a los católicos en su fe.

“Cuando el rey os envió a Sedan, escribió al superior de esta Misión fue con la condición de no disputar nunca contra los herejes ni en el púlpito ni en particular, sabiendo que eso sirve de poco, y que con mucha frecuencia se hace más ruido que fruto. La buena vida y el buen olor de las virtudes cristianas llevadas a la práctica atraen a los desviados al recto camino y confirman en él a los católicos. Es así cómo debe servir de provecho la Compañía a la ciudad de Sedan, añadiendo a los buenos ejemplos los ejercicios de nuestras funciones, como instruir al pueblo según nuestro estilo ordinario, predicar contra el vicio y las malas costumbres, establecer y persuadir las virtudes, mostrando su necesidad, su hermosura, el uso, el modo de adquirirlas: en esto principalmente debéis trabajar. Que si deseáis hablar de algún punto de controversia, no lo hagáis si el Evangelio no os da pie; y entonces podréis sostener y probar las verdades que los herejes combaten, e incluso responder a sus razones sin por ello nombrarlos ni hablar de ellos, “

y aun así no quería que se entrara en disputa con ellos en todas las ocasiones que parecieran dar pie o incluso obligar a ello. Así es como respondía en 1659 a uno de sus hermanos, hábil en cirugía, que partía, con miedo para Madagascar, en un barco en el que se hallaban herejes: “Siento mucho saber que tendréis a herejes en el barco, y, por lo tanto, mucho que sufrir por su parte. Pero a fin de cuentas Dios es el maestro y lo ha permitido así por razones que nosotros no sabemos; tal vez para ser más reservado en su presencia, más humilde y más devoto con Dios, y más caritativo con el prójimo, para que vean la belleza y la santidad de nuestra religión, y se sientan por este medio animados a volver. Habrá que tener muchísimo cuidado en evitar toda clase de disputas y de invectivas con ellos, mostraros paciente y bonachón para con ellos, aun en el caso de que se desmanden contra nuestra creencia y nuestras prácticas. La virtud es tan bella y tan amable que se verán obligados a amarla en vos, si la ponéis bien en práctica. Es de desear que en los servicios que prestaréis a Dios en el barco (como cirujano), no os dejéis llevar por la acepción de personas y no hagáis diferencias entre los católicos y los hugonotes, a fin de que éstos conozcan que los amáis en Dios. espero que vuestro buen ejemplo aproveche a unos y otros.”

A pesar de su repugnancia por las discusiones, siendo como son algunas veces inevitables, Vicente mandaba a sus Misioneros estudiar la teología

polémica, aunque sólo fuera para responder a las dificultades presentadas por los católicos en su trato con los protestantes. Además, según la máxima de san Pablo, todo cristiano, con mayor razón, todo sacerdote, debe estar preparado siempre a dar razón de su fe, y a refutar los errores contrarios. Por eso, los obligaba a celebrar entre ellos conferencias de controversia, y a estudiar las obras de los más famosos controversistas del tiempo. Es lo que él mismo nos dice en una carta del 21 de febrero de 1653: “Nosotros ejercitamos a la Compañía desde hace algún tiempo a esta parte en las materias de controversia, y nos vienen a casa todos los lunes tres o cuatro personas de la ciudad que tienen gracia de Dios para convencer a los de la religión pretendida reformada, y que devuelven a la Iglesia a un gran número de ellos para enseñarnos su método, según el cual dos de los nuestros disputan cada vez en su presencia, de los que uno representa al católico, y el contrincante al hugonote. Uno de estos Srs. es el Sr. Giraudon, doctor en teología, discípulo del difunto P Veron⁴⁷¹.” Ausente se informaba si habían sido fieles a estos estudios y a estos ejercicios: “¿Se estudia y se hacen ejercicios sobre las controversias, escribía de Beauvais en una carta ya citada, a su suplente en el colegio de Bons-Enfants, y se observa el orden prescrito?. Le suplico, Señor, que se trabaje con seriedad en esto; que se esfuercen en dominar el *Petit Becan*; es difícil explicar qué útil resulta este pequeño librito para este fin⁴⁷².” Vicente de Paúl, se comprende bien, no se sujetaba a este *librito*, cuya teología, por lo demás, está toda calcada en la de Belarmino; y, al recomendárselo de modo especial a los sacerdotes de la Misión, no dejaba de remitirlo al propio Belarmino, así como a los grandes controversistas, aquellos de los que tenían gusto y vocación por los estudios más profundos.

V. *Frutos de las Misiones. –Compañías de Misioneros. –El nombre de la Misión.* ¿Quién podrá decir ahora los frutos de las innumerables Misiones emprendidas por Vicente y los suyos en el espacio de más de cuarenta años, sin contar las más innumerables todavía que han seguido después de la muerte del siervo de Dios? Se cuentan al menos cuarenta de 1617 a 1626, tiempo que pasó en la casa de Gondi; ciento cuarenta como director del colegio de Bons-Enfants, es decir de 1625 a 1632; y de 1632 a 1660, su número sobrepasaría las setecientas para sola la casa de San Lázaro; a lo que se han de añadir las Misiones, más que nunca incalculables, dadas en el mismo espacio, en más de veinticinco diócesis de Francia, de Polonia, de Italia, de Inglaterra, de ultramar, por las colonias de Misioneros enviados.

Hasta la toma de posesión de San Lázaro, Vicente fue el obrero más activo, el apóstol más infatigable. No podía dejar a sus queridos campesinos, y miraba

⁴⁷¹ A. Lambert, en Polonia.

⁴⁷² Por el *Petit Becan* designaba un *Compendio* en Latín del *Manual de las controversias de este tiempo, sobre la fe y la religión*, impreso en Mayance, en 1623, y repetidamente reimpreso hasta mediados del siglo XVIII. El Manual que en él se condensa es poco extenso, pero muy estimado, tuvo gran número de diciones. Los Jansenistas se desataron tra el Manual y el Compendio, *in odium auctoris*, o más bien por odio a la Sociedad de los Jesuitas a la que pertenecía. Pero el sufragio de san Vicente de Paúl pesa en la balanza al menos tanto como las diatribas, sobre todo si se añade la estima universal de la que gozan estos opúsculos. Y es cierto que el jesuita flamenco, cuya vida laboriosa fue consagrada a las materias de controversia, de las que ha dejado una multitud de obras, no merecía más los sarcasmos de los sectarios que el olvido posterior en el que cayó, y si es menos célebre que los Belarmino, los Du Perron y los Veron, no ha rendido tal vez, por su claridad y su método, caracteres particulares de su espíritu, y por su marcha cursiva (trazos) que facilitaba la lectura de sus libros. menores servicios a la causa católica.

como un robo hecho a su pobre gente todo el tiempo que les robaba para atender a sus demás asuntos. Decía mucho después: “Me acuerdo que en otro tiempo, cuando volvía de misión, me parecía, al acercarme a París, que las puertas de la ciudad debían caer sobre mí y aplastarme; y pocas veces regresaba sin que este pensamiento no me viniera a la mente. La razón es que pensaba para mis adentros que me decían: Tú te marchas, y cuántos pueblos más esperan de ti la misma ayuda que has dado a éste y a este otro. Si tú no hubieras ido a ellos, probablemente tales y tales personas, muriendo en el estado en que las encontraste, se habrían perdido y condenado. Entonces, si encontraste tales pecados en aquella parroquia, ¿no tienes motivos para pensar que parecidas abominaciones se cometen en la parroquia vecina, donde estas pobres gentes esperan la misión? Y tú te marchas, y los dejas! Pero si se mueren, y se mueren en sus pecados, tú serás de alguna manera la causa de su pérdida, y debes temer que Dios te castigue por ello. Éstas eran las agitaciones de mi espíritu.”

Cuando el cuidado de su congregación, las órdenes de la corte, sus ocupaciones de todo género del reino y sus enfermedades no le permitieron alejarse de San Lázaro, le producía una santa envidia ver los trabajos de sus hijos y las bendiciones que los acompañaban: “Qué confusión, escribía él en 1654, siento al verme tan inútil en el mundo en comparación con ustedes...De verdad, Señor, yo no puedo contenerme; tengo que decirles con toda sencillez que esto me produce nuevos y tan grandes deseos de poder, en medio de mis flaquezas, ir a acabar mi vida tras una zarza, trabajando en algún pueblo, que me parece que sería dichoso, si Dios quisiera hacerme este favor.” ¡Y tenía entonces setenta y ocho años! El año anterior, en efecto, había trabajado en la misión de Ruel, como lo hubiera hecho treinta años antes, y había anunciado otras dos con un vigor sorprendente⁴⁷³. Una santa alegría, que templaba su cansancio y lo convertía incluso en remedio saludable, le había curado momentáneamente de su fiebre habitual

Otra cosa más, ¿quién podrá calcular, por hablar con el viejo historiador de Vicente de Paúl, la grandeza, la extensión y la multitud de los bienes que han salido de allí para la gloria de Dios y para utilidad de su Iglesia? Cuántos ignorantes instruidos en las cosas necesarias para la salvación! Cuántos pecadores sumidos en el mal y sacados de culpables costumbres y sacados de allí por buenas confesiones generales⁴⁷⁴! Cuántos sacrilegios reparados. Cuántas enemistades, cuántos odios desarraigados! Cuántos procesos terminados amistosamente! Cuántas usuras desterradas! Cuántas uniones ilícitas rotas o purificadas y consagradas por la religión! Cuántos más escándalos desaparecidos! ¡Cuántos ejercicios piadosos, prácticas de caridad instituidas o restablecidas! ¡Cuántas iglesias restauradas, reconstruidas o enriquecidas! ¡Cuántas obras buenas, virtudes puestas en uso, allí donde se ignoraba hasta el nombre! Por último, ¡cuántas almas santificadas y salvadas! Es el secreto de Dios, que no se manifestará hasta el gran día de las revelaciones; pero ya se puede ver en todos estos bienes el cumplimiento de la misión del Salvador que era, según el profeta, “borrar la iniquidad, abolir y exterminar el pecado, y restablecer la santidad y la justicia.”

⁴⁷³ Carta del 24 de mayo de 1653.

⁴⁷⁴ Con motivo de la confesión general, Vicente escribía a santa Chantal, el 15 de julio de 1639: “Se va a pocos lugares en los que no se encuentre a alguno que falte a ella.”

Y ¿qué sería, si tuviéramos Memorias sobre tantas Misiones? Pero los hijos de Vicente eran como él hombres de acción y no de escritura; algunas cartas dirigidas al santo fundador bien por los preladados que le daban gracias por el bien realizados en sus diócesis, bien por los Misioneros que remitían a su Padre el honor de sus éxitos o le pedían sus consejos, todos esos monumentos nos faltan. A decir verdad, no están escritos sino en el libro de la vida.

Añadamos para terminar que todas las obras buenas se producen en el campo de la Iglesia. Lo que Vicente no podía hacer por sí mismo, otros, inspirados e instruidos por él, lo hacían; por ejemplo, las Misiones en las ciudades, que él había prohibido a su congregación, Como él era el alma, como se habían emprendido a instigación suya y conducidas según sus planea, como ellas tenía en general por obreros a hijos de su adopción, a sacerdotes de su conferencia de los martes, sobre él también recaían el honor y el mérito. Además, a partir de la fundación de la congregación de la Misión, tiene lugar, en todas partes de francia, una multiplicación de compañías parecidas, nacidas del contagio de celo y de una santa emulación. Vicente de Paúl se congratulaba con ello; ya que, no buscando sino la gloria de Dios, pidiéndole cada día que enviara obreros a su viña, nadie sentía menos envidia que él por el monopolio de las obras buenas. No sólo no sentía ningún pesar egoísta por estos trabajos, sino que, dentro de su humildad, los ponía muy por encima de los suyos, mientras daba gracias a Dios por la fecundidad alcanzada, como decía, en las *pequeñas funciones* de su compañía. El 18 de junio de 1660, escribió a Desdames en Polonia con ocasión de una misión del P. Eudes: “Algunos sacerdotes de Normandía, dirigidos por el P. Eudes, han llegado para dar una misión en París con una bendición admirable. La corte de los Quinze-Vingts es grande pero incapaz de contener a la gente que venía las predicaciones. Al mismo tiempo, un gran número de eclesiásticos han salido de París para ir a trabajar en otras ciudades, y todos han producido frutos que no se pueden explicar; y en todo ello nosotros no tenemos la menor parte, porque nuestra herencia es el pobre pueblo de los campos. A nosotros nos queda tan sólo el consuelo de ver que nuestras pequeñas funciones han parecido tan hermosas y tan útiles que han servido de estímulo a otros para dedicarse a ellas como nosotros, y con más gracias que nosotros, no sólo por el hecho de las misiones, sino también por los seminarios que se multiplican mucho en Francia. Hay razón para alabar a Dios por el celo que excita en muchos para mayor gloria suya y la salvación de las almas.”

Y con mucha humildad también, dijo un día: “Seamos, hermanos míos, que llevaba las andas de san Ignacio y de sus compañeros cansados del camino y que, viendo que se ponían de rodillas cuando habían llegado a un lugar para detenerse, él lo hacía también; al verlos rezar, él rezaba también; y como estos santos personajes le hubieran preguntado una vez qué hacía allí, les respondió: “Yo pido a Dios que os conceda lo que le pedís. Yo soy como un pobre animal que no podría hacer oración; le pido que os escuche. Querría decirle lo que vosotros le decís; pero no podría, y así le ofrezco vuestras oraciones.” Oh Señores y hermanos míos, debemos considerarnos como portasacos de estos dignos operarios, como pobres idiotas que no saben decir nada y que somos el deshecho de los demás, y como pobres pequeños espigadores que vienen por detrás de estos grandes espigadores. Demos gracias a Dios por haber tenido a bien aceptar con ello nuestros pequeños servicios. Ofrezcámosle, con nuestros pequeños manojos, las grandes mieses

de los demás, y estemos siempre preparados a hacer lo que está de nuestra parte por el servicio de Dios y la ayuda al prójimo. Si Dios ha dado una luz tan hermosa y una gracia tan grande a este pobre campesino que por ello mereció que se hablara de él en la historia, esperemos que haciendo lo posible, como lo hizo para contribuir a que Dios sea honrado y servido, su divina bondad recibirá en buena parte nuestras oblaciones y bendecirá nuestros pequeños trabajos.”

Es verdad que no había gran concurrencia, ya que Vicente se había prohibido las grandes ciudades. Pero, siendo la Compañía todavía demasiado poco numerosa para satisfacer las demandas que le llegaban de todas partes, muchos preladados tuvieron la idea de formar pequeños grupos de Misioneros según su modelo. Vicente fue informado de ello y por parte de la corte de Francia de donde se necesitaban las letras patentes, y por parte de la curia romana a la que se pedía la aprobación. El canciller Séguier le aconsejó formar oposición a estas diversas fundaciones. “La Santa Sede, le dijo, no ve sin pena la multiplicación de las comunidades; y siempre ha sido su intención que las que tienen los mismos empleos y tienden al mismo fin se junten para no formar más que una sola sociedad; ya que un gran cuerpo se sostiene mejor, bajo todos los aspectos, que una multitud de miembros sin relación; por último, hablando en general, sucede con demasiada frecuencia que los que comenzaron por emulación laudable acaben en una baja envidia.”

En efecto, hubo dos proyectos de unión, uno con sacerdotes de Nápoles y de Orvietto, por intermedio del cardenal Brancaccio, el otro con los Misioneros de Authier de Sisgau. La cuestión de los votos hizo fracasar al primero⁴⁷⁵; vamos a ver cómo fracasó el segundo.

Authier de Sisgau, nacido en 1609, había sido primeramente religioso de San Víctor en Marsella, su ciudad natal. Mientras habitaba en Avignon, por sus estudios teológicos, se unió a algunos jóvenes eclesiásticos, y juntos se habían comprometido por voto a trabajar en la reforma del clero. Secundados por Luis de Bretel, arzobispo de Aix, quien les dio una capilla y una casa en la ciudad, comenzaron su obra con el título de Sacerdotes o Misioneros del clero. Teniendo un mismo plan, pidieron a Vicente la unión con él. Vicente lo vio deseable, mientras hubiera entre ellos un mismo fin, los mismos medios, un mismo espíritu. Esto ocurrían en 1634. Authier vino a París y se puso pronto de acuerdo con Vicente. Pero, de regreso a provincias, escribió que encintraba oposición en su Compañía. A pesar de todo se volvió al proyecto, y se añadió la condición que Authier sería coadjutor del general, con derecho de sucesión, y que entretanto, tendría la dirección de todas las casas de los primeros religiosos de Provenza. Vicente dio la exclusión a la primera cláusula. Y en cuanto a la segunda, la restringió en el sentido de que el general mandaría visitar cada año estas casas, que tendría derecho a nombrar a sus superiores y a transferir a los súbditos. Ante esta respuesta, se abandonó definitivamente el proyecto⁴⁷⁶.

Aunque ninguna de las uniones proyectadas hubiera llegado a término, y se aconsejara a Vicente que se opusiera a las fundaciones rivales, lejos de entregarse a un consejo así, rogó a Dios que los multiplicara en proporción de las necesidades infinitas de los pueblos, y se ofreció a sí mismo a hacerlas prosperar, pidiendo disminuir, si mejor que él, debían crecer por el bien de la Iglesia.

⁴⁷⁵ Carta a Jolly, en Roma, del 5 de noviembre de 1659.

⁴⁷⁶ Cartas escritas a Roma, del 17 de enero de 1634, del 1º de abril de 1642 y del 29 de mayo de 1643.

Se opuso a que se usurpara su título de la Misión; no, por cierto, por orgullo de nombre, sino por adelantarse a los inconvenientes de una confusión entre varias Compañías, inconvenientes que su experiencia señalará enseguida. Y, aún así, habría renunciado a este monopolio si el canciller Séguier no le hubiera apremiado a prohibirlo. Todos los eclesiásticos dedicados a la salvación del clero o de los pueblos elegían el nombre de Misioneros, incluso el abate Olier quien, después de llamar a los suyos *sacerdotes de la comunidad de San Sulpicio*, había dirigido ya dos o tres seminarios bajo este nuevo nombre. No obstante Vicente dudaba todavía oponerse a esta usurpación de título, y escribía a Alméras en Roma, el 19 de agosto de 1650: “Va a ser mejor encomendar esto a Dios, y tratar de distinguirnos de los demás por una gran sumisión y deferencia y por la práctica de las virtudes que hacen a un verdadero misionero, a fin de que no nos suceda lo que dice Nuestro Señor que los primeros serán los últimos y los últimos los primeros.” Sin embargo encargaba Alméras que vigilara sobre este asunto.

Nosotros no vemos que los debates hayan ido más lejos con los sacerdotes de San Sulpicio, que volvieron a su primer nombre, aunque se lea todavía en una carta a Jolly, en Roma, del 17 de agosto de 1657, algunos meses después de la muerte de Olier: “Estamos en una época en la que la Misión produce emulación a muchas personas para trabajar en ella. Puede ser que estos Señores de San Sulpicio que han ido a Roma tienen otros proyectos que los que se ven. Pero siendo las Misiones extrañas a la Compañía de San Sulpicio⁴⁷⁷, no se adivinan ya los planes que Vicente de Paúl le supone que los motivos que le obligaron a tomar momentáneamente el título de los sacerdotes de San Lázaro.

Hasta aquí Vicente no había hecho nada todavía para defender la posesión exclusiva de su nombre, aunque Authier de Sisgau hubiera conseguido de Inocencio X, en 1647, la confirmación de su instituto, con el título de *Misioneros del Santísimo Sacramento*. Cuatro años más tarde, el 13 de enero de 1651, mientras que Authier estaba en conflicto con Des Lions con ocasión del obispado de Bethléem, al que llegó, Vicente, que lo ignoraba, le escribió para defenderse de no haber hecho nada contra su elevación; luego añadía: Os digo además que no hice ni dije nada contra vuestra santa congregación. por el contrario, Dios me ha dado siempre respeto por ella, y un gran deseo de servirla; y como testimonio, nunca he celebrado la santa misa, desde que tuve conocimiento de su erección sin que haya recomendada a Dios dos veces de hecho, una en la preparación, la otra en el *Memento*, para que su divina bondad la haga prosperar santamente, y la acompañe con sus bendiciones en su intención y en sus trabajos, llamándola incluso antes que la nuestra, para lo que yo la estimo en más. Hablo cristianamente, Señor, y en la presencia de Dios que sabe que digo la verdad, para que no os quepa la menor duda, dadme, os suplico, las ocasiones de demostrarlo de otra forma que con palabras. Contad conmigo para el servicio de vuestra congregación.”

No había sido Vicente tampoco sino el canciller, quien había *rechazado llanamente* la bula de fundación de Authier, diciendo que existía ya en Francia una congregación de Misioneros. Vicente no le había hablado ni mandado decir. La primera oposición que se recuerde en su correspondencia fue con ocasión del duque de Ventadour quien, después de renunciar a todos los

⁴⁷⁷ *Vida del Sr. Olier*, t. I, p. 447.

privilegios, se había hecho primero canónigo de Nuestra Señora de París y ahora pensaba en reunir a algunos sacerdotes para ir a evangelizar las Indias. Pues bien, Ventadour y sus asociados querían llamarse *Misioneros*, “lo que es conveniente impedir, escribía Vicente, si es posible. Y poco importa que se llamen *Misioneros de las Indias*: Nosotros somos para las Indias, como para cualquier otra parte (carta del 21 de diciembre de 1651).” Prometió no obstante a Ventadour no inmiscuirse en sus planes, queriendo tan sólo evitar la similitud de los nombres; y Ventadour, por su parte, se comprometió a conservar el nombre que le diera el papa (12 de abril de 1652). Así que, habiendo presentado impedimento el asistente de Roma no sólo a la denominación, sino al proyecto mismo de Ventadour, Vicente le culpó (Viernes santo 1652): “Valdría más que hubiera cien empresas de misiones, aunque perjudiciales a nuestro instituto, que si nosotros hubiéramos apartado a una buena como es ésta, a costa de mantenernos. Ya que, aparte de que este proyecto para las Indias es al parecer una obra que Dios suscita, molestaríamos a cantidad de personas de condición y de virtud, y demostraríamos más envidia o ambición que verdadero celo, siendo cierto que si tenemos éste, veremos con buenos ojos que todo el mundo profetice, que Dios envíe buenos obreros y nuevas comunidades a su Iglesia, que su reputación aumente y que la nuestra disminuya. En nombre de Dios, tengamos más confianza en él de la que tenemos. Dejémosle conducir nuestra pequeña barca: si le es útil y agradable, la salvará del naufragio; y por mucho que la multitud y grandeza de los demás la hagan zozobrar, ella bogará con más seguridad entre tantos barcos buenos mientras vaya derecho a su fin, y no se divierta en adelantarlos.” El asistente lo consiguió no obstante, ya que no se ve en la historia que se fundara la congregación de Ventadour.

Pero la oposición decidida de Vicente contra los usurpadores de su título es del año 1657. una sociedad de Misioneros se había fundado en Lyon por los cuidados de un piadoso cirujano, Jacques Crétenet, que fue pronto su director, aunque no perteneciera a la Iglesia. También la asociación encerraba a eclesiásticos y seculares, que se entregaban indistintamente a la obra de las Misiones. El obispo du Puy, Henri de Maupas, los llamó a su diócesis; el príncipe de Conti, gobernador del Languedoc, se sirvió de ellos en su gobierno y les consiguió letras patentes para establecerse en diversos lugares; por último el marqués de Coligny les fundó un establecimiento en Lyon con mucha magnificencia. Tal es el origen de los Misioneros de San José, llamados también josefinos.

Y bien, en estas condiciones fue como Vicente escribió a Jolly, en Roma, el 17 de agosto de 1657: “Hay algunos gentileshombres en Forez que, después de ocuparse durante algún tiempo en parecidos ejercicios, han resuelto unirse en corporación, y ya tienen sus letras patentes del rey firmada por un secretario de Estado, que han hecho aparecer en el sello. He mandado que se comunique a Monseñor el canciller, quien ha contestado que difícilmente podrá evitar que sean selladas, porque muchas personas de condición andan de por medio; y al mismo tiempo me ha dicho que le vaya a ver otra vez, y que ya se verá que no hay nada en esa letras que nos perjudique. En cuanto a mí, ruego a Nuestro Señor que bendiga no sólo las intenciones y las obras de estos nuevos Misioneros y todos los demás, sino que también, si ve que están para hacerlo mejor que nosotros, nos destruya y los conserve a ellos.”

Siempre el mismo deseo del apóstol listo a inmolarsé, él y su obra, para la mayor gloria de Dios. pero es también por esta misma gloria y sin ninguna intención egoísta por su parte que creyó deber escribir, el 5 de octubre de 1657, al abate de Saint-Just, gran vicario de Lyon, en la que se leerán todos los sabios motivos de su conducta para conservar su nombre: “Señor, la bondad que Nuestro Señor os ha dado para con nosotros, permite tomarme la confianza de informaros de una dificultad que se encuentra en la demanda que presenta aquí el Sr. para obtener letras patentes sobre la erección de la Compañía que Monseñor el arzobispo de Lyon ha erigido en su diócesis para emplearla con el nombre de sacerdotes de la Misión. Y dado que nuestra pobre Compañía lleva también el mismo nombre de la Misión, y este parecido de nombre está sujeto a inconvenientes fastidiosos, he mandado presentar a Monseñor el canciller nuestras pequeñas dificultades sobre esto, esperan tener el honor de escribiros, con la seguridad de que Monseñor el Arzobispo no tiene el plan de hacer una obra buena para dañar a otra.. Éstos son dos o tres inconvenientes que han sucedido con otra Compañía que lleva el mismo nombre, y que podrían tener lugar aquí. Mons. obispo de Bethléem, habiendo fundado una Compañía parecida, doce o quince años después de la nuestra, a la que llamó desde el principio sacerdotes del clero y habiéndola aprobado después en Roma bajo el nombre de *Societas Presbyterorum sanctissimi sacramenti ad Missiones*, él la hecho llamar de la Misión, y luego habiendo obtenido el don del papa de dos colegios en Avignon, de la fundación de algunos Savoyanos, y que eran para escolares del mismo país, sucedió que, viendo los Savoyanos que estos colegios les eran arrebatados por Misionero que ellos creían pertenecer a nuestro cuerpo, los habitantes de Annecy se sintieron tan enfurecidos que se amotinaron varias veces para ir a arrojar al lago a nuestros sacerdotes establecidos en aquella ciudad, que por esta razón permanecieron escondidos largo tiempo, sin atreverse a salir. Y el senado de Chambéry no ha querido nunca verificar nuestra fundación en Saboya, a pesar de los mandatos diversos de su Alteza Real.

“Otro inconveniente que ha tenido lugar, Monseñor, es que un burgués de Marsella, donde esa Compañía tiene una casa, y nosotros otra, habiendo dado por testamento a los sacerdotes de la Misión cierta propiedad, y habiendo fallecido después sin declarar a qué sacerdotes de la Misión, estamos a punto de iniciar proceso, para aclarar a cuál de las dos casas pertenece el legad.

“Fuera de estos dos inconvenientes, sucedidos por esa Compañía, el tercero procede de un particular, que había trabajado algún tiempo en Toulouse en Misiones, que el difunto Monseñor arzobispo mandó dar allí, y que tomaba el nombre de Misionero. Éste, pasando por Lyon, visitó el hospital de los enfermos; y no hallándole en buen orden según su gusto, escribió una larga carta al difunto Monseñor cardenal de Lyon, en la que le manifestaba las irregularidades que pensaba haber encontrado en este hospital, y le exhortó poner orden en él; o si no lo hacía le llamaba al juicio de Dios; y firmó esta carta con su nombre, *Barry, sacerdote de la Misión*. Este buen señor, que se encontró entonces en París, indignado por esta osadía, se quejó ruidosamente de nuestra Compañía, creyendo que ese sacerdote perteneciera a ella, que no era cierto, lanzó rayos y centellas contra nosotros, de manera que, aunque yo le advirtiese por medio de nuestros amigos y yo mismo lo hiciera, que este hombre nos era desconocido, ha publicado su descontento en todas las reuniones donde se hablaba de nosotros..

“Vea, Monseñor, algunas razones entre otras más por las que hemos creído deber manifestar a Mons. el canciller los inconvenientes que son de temer en este caso si esta Compañía de Mons. de Lyon lleva el nombre de la Misión.

“No encontramos nada que alegar a las reglas que este digno prelado les ha prescrito, que son muy buenas y santas, ni que existan prelados que erigen semejantes compañías, y buenos eclesiásticos que emprenden las funciones que nosotros practicamos. Al contrario, Señor, pedimos a Dios todos los días en la santa misa que envíe obreros así a su Iglesia. De verdad, creo que habría que renunciar al cristianismo para tener otros sentimientos.

“La dificultad se cifra, Señor, en la confusión de los nombres, que hace que se imputen con frecuencia los hechos de una Compañía a otra del mismo nombre que ha de sufrir por ello, y que hay muchos más inconvenientes; y que por eso puso Dios diferencias en los géneros, las especies y los individuos. Un cirón tiene sus diferencias con todas las demás criaturas, de suerte que ninguna puede ser llamada cirón, sino el propio cirón; tan cierto es que la sabiduría del soberano Creador se ha preocupado en poner esta distinción entre las cosas, para que una no sea la otra. Puesto así, Señor, parece que si fuera del agrado de Mons. el arzobispo dar otro nombre a estos Señores que el de sacerdotes de la Misión, como por ejemplo de Mons arzobispo, del clero o de la diócesis de Lyon, este nombre convendría bien a la cosa, ya que se dedican a hacer todas las cosas eclesiásticas que dicho señor les ordene.

“Y decir que se les podría dar el nombre de sacerdotes de dicho señor arzobispo, y añadir: para ser empleados en las misiones de su diócesis, eso no evitaría, Señor, que los inconvenientes que tuvieron lugar con los sacerdotes del Santísimo Sacramento a causa de la expresión *ad Misiones*, de la que he hablado, que sucediesen entre estas dos Compañías aquí, por hallarse el nombre de Misión en ellas. Así pues, parece que será algo digno de la sabiduría de dicho señor poner remedio en este principio a estos inconvenientes y otros parecidos, lo que será fácil haciendo tomar otro nombre a su compañía, dejándole no obstante todos los ejercicios que se hacen en la Misión. Que si Monseñor no está de acuerdo con esta propuesta, de buena gana nosotros cambiaremos nuestro nombre de Misioneros por otro, si monseñor así lo ordena y que se pueda, al cabo de cuarenta años y más que hace que esta pequeña compañía empezó a trabajar, ha sido erigida por el difunto Monseñor arzobispo de París, confirmada por bulas de Urbano VIII y por el papa de hoy, y por letras patentes del rey, registradas en el Parlamento. Será dicho señor quien ordene lo que quiera, y vos, Señor, hacernos la gracia, si os place, de asegurar a dicho señor que preferiría morir antes que hacer algo que le sea desagradable, y que por lo demás haremos lo que nos haga el honor de mandarnos.”

El 15 de diciembre de 1654, a petición de Vicente, la Congregación de *Propaganda fide* emitió un decreto declarando que no había lugar a innovar nada respecto de las instancias al efecto de erigir otra parecida Congregación en Francia, ni de permitir que congregaciones semejantes se multiplicasen allí, por miedo a que sus rivalidades se convirtieran en perjuicio de la religión; añadiendo que si algunos seminarios o colegios debían construirse en Francia, serían encomendados a la dirección de los sacerdotes de Vicente. La Congregación de Vicente continuó llevando por excelencia el nombre de la *Misión* en Francia y en todo el mundo, porque era para ella no un vano título, sino la expresión de su fin y como la etiqueta de sus obras. Y si otras

compañías han conseguido adoptarlo a su lado, ninguna lo ha llevado con tanta bendición, ni por tanto tiempo, ni tan lejos.

Y ahora que los hijos de Vicente están en posesión de su santo nombre de guerra, que están armados de los reglamentos y de las instrucciones de su venerado general, verdadera práctica de su apostolado militante, vayamos tras ellos por tantos campos de batallas donde van a luchar contra el mal en todas sus formas, mal moral, mal físico, contra la herejía y la infidelidad. Y como el espectáculo deberá ser con frecuencia el mismo, no añadamos al cuadro general que nos hemos trazado ya, más que los rasgos más salientes y más característicos, según los tiempos, los lugares y las personas.

CAPÍTULO II: Misiones de Francia.

I. Misiones en los alrededores de París y en el ejército. A partir del año 1627, Vicente y sus hijos habían evangelizado ya cuatro grandes provincias, entre otras la provincia de Lyon. Al mismo tiempo, multiplicaban sus Misiones en torno a París. Estas Misiones, de todas tal vez las más numerosas, son las menos conocidas, porque o dadas por Vicente mismo, no se le enviaba ningún informe o, dadas por sus sacerdotes, los reportajes le llegaban de viva voz. No tenemos de ellas más que detalles por sus conferencias, como por ejemplo, aquella reconciliación entre los parroquianos y su párroco, de la que decía: “¿Quién ha hecho esto, Señores, sino Dios solo? ¿Estaba en el poder de los hombres hacer esta reunión? Ciertamente, aunque todo un parlamento se hubiera propuesto un arreglo tan difícil entre gentes tan alienadas, apenas habrían logrado el trabajo de la policía exterior⁴⁷⁸.”

Todo lo demás que sabemos es el orden general seguido por los Misioneros en sus Misiones cerca de París. escogían de ordinarios a trescientos o cuatrocientos pobres , a los que daban una señal particular de para reconocerlos en el curso de os santos ejercicios. Llegado el día de la Misión, los pobres eran reunidos en una iglesia. Un Misionero se subía al púlpito y les dirigía una exhortación general en forma de catecismo; después de lo cual, sus cohermanos se los repartían en cinco o seis equipos. Cada uno tomaba el suyo, se lo llevaba a un sector apartado de la iglesia, le repetís la instrucción que acaba de oír, y le hacía recitar, distinta y pausadamente, las oraciones esenciales del cristiano.

Eso era el ejercicio de la mañana. Las personas de calidad, que ordinariamente asistían en gran número, proveían después en la comida de los pobres, y dos horas después comenzaba una segunda instrucción, seguida de una repetición como la primera. Una limosna de cinco sueldos entregada a cada pobre terminaba el día.

Al día siguiente los mismos ejercicios, y eso durante ocho días o más, hasta que todos estuviesen suficiente mente instruidos, y preparados para la recepción de los sacramentos. La misión se cerraba y coronaba con una comunión general, presidida con la mayor frecuencia por un prelado o alto dignatario de la Iglesia. el altar se preparaba con magnificencia, y los pobres revestidos de sus mejores galas recibidas por la caridad. Después de una ferviente exhortación, se los dividía otra vez, para ir a las santa mesa, en varios grupos, a la cabeza de los cuales se daban el honor de marchar las personas

⁴⁷⁸ Véase también la carta a Ozenne en Polonia, del 9 de abril de 1655, que da la fecha y los detalles de esta Misión, de la que fue director Tholard.

de la primera distinción. Espectáculo para regocijar al cielo y la tierra, triunfo de la igualdad y de la fraternidad cristiana. Tal equipo, ayer harapiento, de hombres o de muchachos era conducido al Dios de los pobres por un marqués o un conde, un presidente o un miembro del Consejo; tal equipo de mujeres o de jóvenes, por una duquesa, o incluso una princesa de la sangre: aquí los ricos y los grandes no se reservaban otros privilegios que los de la caridad y del buen ejemplo.

La comunión era seguida de una procesión general del Santísimo Sacramento que acompañaban todos los pobres, de dos en dos, con un cirio en las manos. De vuelta en la iglesia, un Misionero dirigía un último discurso, exhortación a la acción de gracias y a la perseverancia. Llegaba por fin la cena del adiós, verdadero ágape cristiano. Señores, grandes damas, se repartían en torno a las mesas de los pobres, los servían con sus manos y les distribuían en forma de postre, una abundante limosna. El recuerdo de tantas instrucciones y de piadosos ejercicios, de tanta caridad practicada en bien de su cuerpo y de su alma quedaba grabada de ordinario en estos pobres, y mucho después se los distinguía de los que no habían seguido la Misión..

Los éxitos de los Misioneros en torno a París atrajeron la atención sobre ellos, y los llevaron escoger por Misiones de una nueva especie, Misiones en el ejército.

Entonces empezaba el periodo francés de la guerra de los Treinta años. Mientras que el cardenal de La Valette, el duque de Weimar y el vizconde de Turenne operaban en el Rin contra los imperiales, que el príncipe de Condé invadía el Franco-Condado y asediaba Dôle, los Españoles, a quienes se creía retenido en los Países Bajos, se preparaban a penetrar en Francia por la Picardía, cuyas fronteras estaban mal protegidas. Dos cuerpos de ejército mandados uno por Piccolomini, el otro por Juan de Wert, emprendieron camino derecho para Francia en julio de 1636, y se plantaron a las puertas de La Capelle. En vano el conde de Soissons fue llamada a toda prisa de la Champaña para unirse en Picardía a duque de Chaulnes y al mariscal de Brézé; el enemigo tomó (9 de julio- a 4 de agosto) La Capelle, Fonsomme, Fervaques, Le Câtelet, pasó el Somme, después de un breve combate y entró en Roye sin dificultad. Hubo entonces en París un terror, cuyo recuerdo duró largos años. Los Parisienses, desde mucho tiempo habituados a no tomar parte en la guerra sino en las alegrías de la victoria, creyendo ya ver al enemigo a sus puertas, y todos los días tomaban para él a bandas de fugitivos que, expulsados por su vanguardia, venían a buscar refugio en sus murallas. No pronunciaban sobre todo sino temblando el nombre de Juan de Wert, de aquel soldado de fortuna que, llegado al mando supremo a fuerza de valor y de servicios, conservaba en este alto rango la brutalidad de su primera condición. Richelieu se apresuró en venir a tranquilizarlos; el rey mismo abandonó Saint-Germain y vino a hospedarse en el castillo de Madrid ; luego los dos explotaron el terror general a favor de Francia y pidieron a los Parisienses dinero y tropas. Todos los cuerpos y comunidades se apresuraron a contribuir a la defensa común. Todos aceptaron la tasa sin chistar. Los que estaban exentos del pecho debieron montar a caballo y reunirse en Saint-Denis. Otros burgueses se armaron y se distribuyeron los puestos para impedir a los ricos ahuecar el ala y emigrar hacia el Loira. Los artesanos mismos cedieron a sus obreros para hacer de ellos soldados, y los dueños de taller recibieron prohibición de guardar más de un aprendiz en su tienda. Los lacayos y gente de trabajo fueron

enrolados en la infantería, y los cocheros formaron la caballería o engancharon sus caballos de alquiler o de lujo a los equipos de cañones. Se formó así a la carrera un ejército de veinte mil hombres, a los que no se sabía donde alojar. San Lázaro, en la ruta de Saint-Denis y en la puerta del norte, desde la que se debía en primer lugar ver venir al enemigo, pareció admirablemente situado para servir de lugar de armas y de ejercicios militares. Se amontonó allí pues a los nuevos reclutas. Establos, leñeras, salas de conferencias, pasillos, antiguo claustro de los religiosos, todo fue invadido. “Aquel santo día de la Asunción (1636), escribía Vicente a Portail, ocupado entonces con Olier en Auvergne; ese santo día no está exento de ese apuro tumultuoso. El tambor comienza a batir aunque sólo sean las siete de la mañana, de manera que durante ocho días se han adiestrado aquí setenta y una compañías. Pues bien, aunque sea así, toda nuestra Compañía no deja de hacer su retiro, menos tres o cuatro que están a punto de partir y de marcharse lejos.” Cosa admirable esta paz en medio de este tumulto, estos piadosos ejercicios en medio del ruido de las armas.

El mismo día que escribía Vicente esta carta, los españoles se apoderaban de Corbie, pequeña ciudad sobre el Somme, a cuatro leguas de Amiens. Esta caída puso en su colmo el espanto general. todas las tropas reclutadas en París, todas las que se habían hecho venir de las provincias, fueron a ocupar posición a las orillas del Oise, convertido en ese momento en el foso de París. El ejército nuevo alcanzaba entonces los treinta mil hombres de a pié y doce mil caballos. El duque de Orléans, hermano del rey, recibió el mando, con el conde de Soissons, los mariscales de la Force y de Châtillon a sus órdenes. El rey mismo dejando a la reina gobernante en París, quiso ir a visitar las tropas. Pero antes de partir, el religioso monarca pensando en su santificación tanto como en el éxito de sus armas, deseó que los soldados y los Misioneros continuasen en el campo la vida común comenzada en San Lázaro, cuyos buenos efectos se habían dejado ver ya. Encargó pues a su canciller que pidiera a Vicente a veinte de sus sacerdotes para el ejército. Como un buen número de Misioneros se encontraban a la sazón ocupados en todos los rincones del reino, Vicente no pudo proporcionar más que quince, *los tres o cuatro* de quienes nos hablaba hace un momento, a los que vinieron a juntarse once de sus cohermanos⁴⁷⁹. A la cabeza de esta pequeña compañía, se puso el propio Vicente en campaña, y vino a Senlis a ofrecérsela al rey, quien tuvo a bien dar su conformidad, a pesar de la reducción de su cuadro.

Antes de separarse de ella y abandonarla su valor, el pacífico capitán no olvidó de dejar le un plan de campaña.

Los Misioneros, decía en él, tendrán presente que Nuestro Señor los ha llamado a este trabajo: 1º para ofrecer sus oraciones y sacrificios a Dios por el feliz éxito de los buenos planes de rey y por la conservación de su ejército; 2º para ayudar a la gente de guerra que están en pecado a apartarse de él, a los que están en estado de gracia a mantenerse en él; por último a los que mueran a salir de este mundo en estado de salvación.

Tendrán, para este efecto, una devoción particular al nombre que Dios se da en la Escritura, de *Dios de los ejércitos*, y al sentimiento que tenía Nuestro Señor cuando decía: *Non veni pacem mittere, sed gladium*; y eso para darnos la paz, que es el fin de la guerra.

⁴⁷⁹ Entre los que se nombran en las cartas de san Vicente: Du coudray, Lambert, Gresnu, Mulan y el hermano Alexandre.

Se imaginarán que si no pueden quitar todos los pecados del ejército, tal vez Dios les dará la gracia de disminuir su número; lo que es hacer que Nuestro Señor, teniendo que ser crucificado de nuevo cien veces no lo sea tal vez más que noventa, y que de mil almas que debían condenarse, muchas, con su ayuda y la misericordia de Dios, no lo serán.

Tendrán gran necesidad de las virtudes de caridad, de fervor, de mortificación, de obediencia, de paciencia, de modestia, de sumisión a la voluntad de Dios: por eso han de hacer una continua práctica, tanto interior como exterior.

A este efecto, celebrarán la misa o comulgarán todos los días.

Observarán con la mayor exactitud posible los pequeños reglamentos de la Misión, en especial lo que se refiere al levantarse y acostarse, la oración, el oficio divino, la lectura espiritual y los exámenes.

Tendrán a menudo conferencias, después de pensarlo delante de Dios, sobre los deberes de su posición, por ejemplo, sobre la importancia y de la necesidad de la asistencia a los ejércitos, sobre su naturaleza y sobre sus medios; y, siguiendo el mismo método, sobre la asistencia a los enfermos, sobre la conducta que se ha de guardar durante las batallas, sobre las virtudes y prácticas requeridas de los Misioneros en los ejércitos.

Honrarán el silencio de Nuestro Señor en las horas acostumbradas, y se callarán siempre en los asuntos del Estado; no declararán sus penas más que a su superior.

El superior distribuirá a cada uno su oficio: a éste la sacristía, a aquél la confesión de los Misioneros y la lectura de la mesa; a un tercero el cuidado de los enfermos, a otro la economía, la alimentación, la tienda y los muebles; todos se emplearán en la predicación y confesiones de los soldados.

Para no exponerse inútilmente y emplearse en el servicio del prójimo, no oirán más que de lejos, y con las precauciones necesarias, las confesiones de los apestados, y dejarán a otros la asistencia corporal de todos los enfermos.

Aunque distribuidos por regimientos, tratarán de alojarse y de vivir juntos. Si se los emplea en diversos lugares, como en vanguardia, en retaguardia o en el cuerpo de ejército, el superior, en cuanto posible, velará para que se alojen bajo tiendas.

Y, en efecto, Vicente, no menos cuidadoso de la salud que de la salvación de los suyos, mandó comprar una tienda para uso, les envió muebles y víveres, les procuró una carreta y un mulo para el transporte de sus personas y pequeño bagaje; después de lo cual, los bendijo y regresó a San Lázaro.

Pero se cuidó de dejar a uno de ellos, a de Sergis, junto al rey y al canciller, bien para recibir las órdenes del príncipe y transmitírselas, como para velar por el bienestar de sus cohermanos y del cumplimiento de sus deberes. Era a la vez su lugar teniente y su ayuda de campo.

Y con esto, los Misioneros se pusieron en marcha con el ejército. Acompañaron a la reconquista de Roye, al ataque Peronne, en toda la línea del Somme y, en particular, en el asedio de Corbie. El rey se había dirigido allí en persona con el cardenal de Richelieu y todo el consejo. Este sitio se convirtió en el gran acontecimiento de la campaña y fue llevado con gran actividad y, con todo, duró mucho. La estación mala se acercaba; enfermedades contagiosas habían caído en las tropas; Richelieu forzó al rey a dejar el ejército y retirarse a Chantilly, mientras él mismo vigilaría el sitio. Fue entonces cuando los Misioneros tuvieron que multiplicarse y redoblar el celo. Extendiendo la peste sus estragos y muchos sintiéndose afectados, Vicente se vio obligado a enviar

auxilios; y como disponía de pocos obreros, no temió quitarle al rey al sacerdote que le acompañaba. “La peste está en el ejército, le escribía: id pues, Señor, id con el mismo espíritu que san Francisco Javier fue a las Indias, y alcanzaréis como él la corona que Jesucristo os ha merecido con su sangre preciosa, y que os dará si honráis su caridad, su celo, su mortificación y su humildad (setiembre de 1636).”

Ni las fatigas, ni la peste, ni la muerte, nada detenía a los Misioneros. Al cabo de algunos días, uno de ellos había confesado él solo a tres cientos soldados y Vicente le escribía todo emocionado: “Bendito se Dios por la bendición que da a vuestro trabajo. Oh Jesús, Señor, qué grande me parece! Bueno, haber procurado por vuestra parte el buen estado de trescientos hombres que han comulgado tan devotamente, y soldados que van a la muerte. Solamente el que conoce el rigor de Dios en los infiernos, o quien sabe el precio de la sangre de Jesucristo derramada por un alma, pueda comprender la grandeza de este bien. y aunque yo conozca mal el uno y el otro, su bondad se complace en darme un rayito de luz y una estima infinita del bien que habéis hecho a estos tres cientos penitentes. El martes pasado, había ya más de novecientas confesiones hechas en todas las demás Misiones del ejército, sin contar las vuestras, aparte de lo que se ha hecho después. Oh Dios, Señor todo esto está por encima de lo que yo esperaba. Hay que humillarse, alabar a Dios, continuar con valor, y seguir, si no recibís otra orden.”

Algunos días más tarde, el 20 de setiembre, no eran ya centenares, sino miles los penitentes que se contaban; ya que ese día, Vicente escribía a Portail a excusarse por no enviar a Auvergne a los Misioneros que había prometido y que Acababa de despachar para el ejército: “Cuatro mil soldados ya han cumplido con su deber en el tribunal de la penitencia con gran efusión de lágrimas. Espero que Dios hará misericordia con muchos por esta pequeña ayuda, y que tal vez no perjudique al buen éxito de los ejércitos del rey.” Así es como el santo sacerdote, que sabía que los soldados cristianos son los más valientes y los más fieles, encontraba al propio tiempo la cuenta de su celo por la salvación de las almas y de su patriotismo.

Entretanto la campaña seguía su curso. Conformándose a los movimientos de las tropas, los Misioneros acampaban y se levantaban casi todos los días con sus regimientos. Su apostolado, lejos de aflojar, se multiplicaba durante las marchas, ya que, al paso del ejército acudían una multitud de personas de las diócesis que atravesaba, y al mismo tiempo que a los soldados, los Misioneros los distribuían, en el intervalo de un campamento y con el permiso de los obispos, el pan de la palabrea santa y el don de la reconciliación. La peste, sí, continuaba sus estragos, bien entre las tropas, bien entre los Picardos refugiados en sus filas; se morían muchos de ella, pero ninguno sin recibir los sacramentos de la Iglesia.

Aunque diezadas por la plaga, novicias en materia de la guerra, las tropas fortalecidas por el auxilio de lo alto, hicieron maravillas. El asedio de Corbie fue llevado con nuevo vigor. El mariscal de Châtillon había pedido un mes para hacerse dueño de la plaza, y le habían tachado de presuntuoso: Al cabo de diez días ofrecía capitulación, y el 14 de noviembre era devuelta al conde de Soissons. Fue el final de la campaña. Abrumados todos de cansancio, atacados algunos por la enfermedad contagiosa, los Misioneros volvieron unos tras otros a París; ninguno sucumbió después de todo; Dios se los reservaba para otros servicios.

Así fue como san Vicente inauguró las misiones en los ejércitos; hasta él se remonta la institución de los capellanes militares. Hemos visto ya lo que hizo por el servicio religioso de la marina. Esta última obra fue completada en 1683 por la fundación en Rochefort de un seminario para los capellanes de navío y el hospital real de los marinos. Todos los capitanes estaban obligados a recibir como capellanes a los eclesiásticos formados en este seminario y presentados por el superior y apoyarlos en el ejercicio de sus funciones, principalmente para impedir los pecados y los escándalos. Cuando partía una embarcación, un Misionero debía subir a bordo o encargar a otro capellán en su lugar. así quedaba asegurado el servicio de la marina real⁴⁸⁰. Tan verdad es, una vez más, que no hay obra santa cuya iniciativa no hayan tenido Vicente o los suyos, a su ejemplo, o cuya práctica no hayan extendido o perfeccionado. Lo que habían hecho en el siglo XVII, los Misioneros lo han renovado a nuestros ojos en las guerras de Oriente y de Italia. En Oriente, eran quince Franceses en las ambulancias, y todos los capellanes del ejército piemontés pertenecían a su Compañía. En Italia, se encontraban en los tres ejércitos con las Hijas de la Caridad de cada nación. Estaban casi exclusivamente encargados de las ambulancias italianas.

II. *Misiones en Saint-Germain y en las casas reales.* Dos años después de la Misión que acabamos de contar, en enero y febrero de 1638, hallándose el rey en Saint-Germain con toda la corte, pidió a Vicente algunos sacerdotes para predicar en ella una Misión. El humilde superior puso grandes dificultades para enviarlos al menos durante la permanencia de la corte. Acumuló objeciones sobre objeciones, oponiéndose tanto a los reglamentos de la Compañía, tanto a su ignorancia, la rudeza de su lenguaje, en tan poca armonía con los gustos de un auditorio tan enamorado de los pensamientos altos y de las bellas palabras. “Yo lo deseo así”, se contentó con responder Luis XIII, y hubo que obedecer. Vicente escogió a sus obreros. “¿Acaso debemos, le preguntaron éstos, hablar con tanta sencillez delante de la corte como en los campos? –Sin ninguna duda, respondió Vicente, hay que el espíritu del mundo no se destruye sino con las sencillez y humildad, que son contrarias a su vanidad y a su orgullo⁴⁸¹.”

Los Misioneros comenzaron pues su obra con toda la sencillez, y con toda libertad cristiana. Desde el principio, tronaron contra las desnudeces de cuello, más escandalosa quizás entonces que en nuestros días, como se puede deducir por las pinturas del tiempo, y levantaron en contra suya los clamores de la vanidad y de la licencia o las burlas de la canción. Gritaron cien veces más fuerte y, uniendo las obras a las palabras, negaron sin miramientos la absolución a todas las mujeres que continuaban ofendiendo la modestia y tendiendo así lazos a la pasión.

Hubo que ceder a la santa obstinación de este celo. Algo maravilloso, las mujeres mismas que habían arrojado en un principio los mayores gritos, es decir las hijas de la reina, hicieron la conversión más sonada. Se asociaron a la cofradía de la Caridad, no sólo con sus limosnas, sino con sus personas. Sirvieron a los pobres cada una a su turno y, distribuidas en cuatro equipos, recorrieron las calles de Saint-Germain para solicitar la caridad de los fieles.

⁴⁸⁰ Arch. del Estado, MM. 535-539.

⁴⁸¹ *Summ.* p. 349.

El piadoso Luis XIII quedó impresionado por estos éxitos y dijo a Pavillon, el futuro obispo de Alet, quien esta vez también se había asociado a los hijos de Vicente: “Estoy muy satisfechos por todos los ejercicios de la Misión; así es como se ha de trabajar; lo dirén todas partes⁴⁸².”

La reina no quedó menos agradecida. Se encontraba en los primeros meses de su embarazo, y el 5 de setiembre siguiente, tras veintidós años de esterilidad, daba a Francia al que debía ser Luis XIV.

Queriendo dar gracias a Dios con piadosas liberalidades, no se olvidó ni de Vicente con quien la unían lazos de amistad estrecha, ni de San Lázaro que había proporcionado los Misioneros de Saint-Germain. Envió entonces a la sacristía, por entonces muy pobre, de esta casa un ornamento en tejido de plata. Estaba próxima la Navidad, y había alborozo en San Lázaro por ver a Vicente, que debía officiar en esta solemnidad, revestirse el primero, pero su amor a la pobreza se sobresaltó a la vista de ornamentos tan ricos, y fue preciso absolutamente dárselos más ordinarios.

Ana de Austria no se había olvidado pues de la Misión de Saint-Germain. Asimismo, algunos años más tarde, en setiembre y octubre de 1641, pidió una segunda en el mismo lugar y en las mismas circunstancias. Es verdad que ella tenía a la vista ante todo y principalmente la salvación de los numerosos obreros que trabajaban entonces en las edificaciones del castillo; pero toda la corte se aprovechó de ella, ya que hubo varias misiones en una. Mientras se evangelizaba a los obreros, se daban conferencias de piedad cada año en el castillo mismo a las hijas de la reina, y cada noche, Ana de Austria con su corte asistía con aplauso a los discursos de una de los Misioneros que tenía un gran talento para la predicación. No hubo hasta el delfín, por entonces de algo más de tres años, quien no tuviera su misión particular; la reina quiso de todas formas que se le diera el catecismo, fue uno de los hijos del pastor de las Landas quien puso los primeros gérmenes de la fe y de la piedad cristiana en el corazón del futuro Luis el Grande.

Allí no acabaron, aparte incluso del consejo de conciencia, las relaciones de San Lázaro con la corte. en 1661, un años después de la muerte de Vicente de Paúl, diez Misioneros fueron establecidos por el rey en Fontainebleau, e investidos, con el permiso de Henri de Giordrin, arzobispo de Sens, de la parroquia que el príncipe acababa de erigir allí para la comodidad de la corte y de los particulares, así como en agradecimiento por la paz general, la paz de los pirineos y el nacimiento del delfín. –En 1674, al quedar vacante la parroquia de Versailles por la dimisión del titular, fue unida a la Misión por François de Harlay, arzobispo de París, quien era su provisor, según la intención de rey y las bulas de Inocencio XI; y en 1682, los Misioneros seguían encargados del servicio de la capilla real del castillo. –En 1675, se firmó un contrato por Edme Jolly, tercer superior general de la Misión, y sus asistentes, de una parte, Ch. Maurice Letellier, arzobispo de Reims, actuando en nombre de su hermano Louvois, gobernador de los Inválidos, por otra parte, para fundación en esta residencia real de doce sacerdotes encargados de celebrar en ella las funciones curiales, bajo la protección del rey y la aprobación del arzobispo de París, contrato que fue renovado, en 1680, entre el mismo Jolly y Louvois en persona, con la estipulación de un aumento de ocho sacerdotes.

⁴⁸² Todos estos detalles nos son conocidos por una carta de san Vicente a Lucas, Misionero de Montmirail, del 21 de febrero de 1638.

Por último, cuando hubo que aplicar la reforma en Saint-Cyr, donde se había introducido el espíritu mundano con la corte que llegaba a asistir a las representaciones de *Esther* y *Athalie*, se pensó en darle a sacerdotes regulares como capellanes y confesores. Paul Godet Des Marais, obispo de Chartres y superior de la casa, aconsejó a la Sra. de Maintenon que siguiera el ejemplo del rey, que había confiado a los sacerdotes de San Lázaro del servicio de Versailles, de Fontainebleau y de los Inválidos, y les confiara también el servicio religioso de Saint-Cyr. La regularidad, la prudencia, la modestia de estos sacerdotes, su pasión por la oscuridad, conocidas desde entonces en toda Francia, eran precisamente las virtudes que convenían a las disposiciones presente y a los designios de la Sra. de Maintenon y por eso siguió los consejos del obispo de Chartres. Pero los hijos de Vicente rechazaron en un principio la dirección de las religiosas, que su padre les había prohibido, y se alarmaron, los destinados únicamente a los pobres de los campos, ante la dirección de las hijas de la nobleza. Sin embargo, habiéndolo ordenado el rey, ellos obedecieron. Se firmaron tres contratos sucesivos, de 1692 a 1698 entre las damas de San Luis, representadas por las Sras. de Loubert, de Fontaine y du Férou, superioras, y la congregación de San Lázaro. Según estos contratos y un reglamento trazado por Godet Des Marais, el superior general de San Lázaro, era en adelante y a perpetuidad el superior espiritual de Saint-Cyr, bajo la autoridad el obispo de Chartres; seis sacerdotes primero, ocho después, de edades al menos de treinta años, con cuatro hermanos para servirlos, se establecían en Saint-Cyr para desempeñar allí el servicio divino, educara a algunos jóvenes en una especie de seminario menor que el obispo trasladó posteriormente a Chartres, y dar incluso misiones en las tierras de las damas y la diócesis de Chartres. Se les asignaba 400 libras de pensión a cada uno, y se los alojaba en un gran edificio construido para ellos. Que iba de la iglesia del exterior al pabellón del obispo de Chartres, al lugar donde se hallaban los establos de la Sra. de Maintenon y residencia de los jardineros. Detrás de este edificio, se preparó un pequeño jardín que daba al cementerio; y como lugar de paseo, les dieron una casa con jardín sita en Fontenay-le-Fleury, poblado a un cuarto de legua de Saint-Cyr, en una situación solitaria y pintoresca. Completamente separados de las damas y de las doncellas, los sacerdotes de la Misión no las veían nunca más que en el confesionario, y dirigían siempre a la regla y a la superiora todo cuanto no tenía que ver únicamente con el gobierno de las conciencias. El reglamento del obispo de Chartres fijaba también las oraciones oficiales y las intenciones de misas. Cada día, después de la misa de las 8, se cantaba un *Exaudiat* por las damas y las señoritas, y seguido de una oración por el rey, cantada por el sacerdote oficiante. Se había fundado una misa a perpetuidad por la Sra. de Maintenon, otra por los reyes predecesores del Luis XIV y por la reina Marie-Thérèse, otra por último por Luis XIV mismo, “para dar gracias a Dios, decía el contrato de fundación, por las gracias que otorga incesantemente a la casa real y pedirle que sea del agrado se su divina Majestad dar a los reyes de Francia las gracias necesarias para gobernar bien su Estado y exaltar la Iglesia católica en el reino.” Gracias a estos reglamentos, y más aún al espíritu de su instituto, los Misioneros continuaron en Saint-Cyr hasta la Revolución, en una santa oscuridad, conocidos tan sólo por su celo sacerdotal y sus piadosos ejemplos⁴⁸³

⁴⁸³ *Archi. de l'État*, MM. 535-538. –*Histoires de la maison royale de Saint-Cyr*, por Théophile Lavallée, gr. in-8°, Paris, 1855. pp. 103, 104. –*Mémoires de Languel de Gergy*, publicadas por el mismo, in-8°,

III. *Misiones de Montauban, de Mende, de Saint-Flour, etc.* Entretanto, la Misión multiplicaba sus fundaciones y sus obras, pues los obispos le reclamaban de todas partes a sus obreros. Desde 1629, y mientras que estaba todavía en Bons-Enfants, había tenido que conceder dos a instancias de Anne de Murviel, obispo de Montauban. Después del gran éxito sobre La Rochelle, Richelieu acababa de apoderarse de esta ciudad en una carrera victoriosa a través de Languedoc, y hacer allí una entrada solemne (21 de agosto de 1629). Había restablecido allí al obispo, expulsado por los hugonotes, instituido conventos de jesuitas y de capuchinos, y dado órdenes para reconstruir la iglesia destruida por la herejía. Era el fin del partido reformado y el momento favorable para trabajar en una resurrección católica. Los Misioneros llegaron a Montauban en 1630 y trabajaron en la diócesis dos años enteros. Entre los grandes bienes que hicieron, abolieron la magia y el sortilegio, que nacían por toda Francia al paso de las herejías. Si bien enviados a socorrer a los católicos, que se hallaban en peligro de perder la fe, convirtieron todavía a ochenta calvinistas. Los mismos trabajos, los mismos éxitos, hacia 1635, en los Cévennes, es decir en las diócesis de Alais y de Uzès, de Mende, y en una parte del Vivarais. Por la toma de Privas, en 1629, el rey se había abierto el camino por estas regiones montañosas, que era el semillero, el retiro y el paso de los ejércitos rebeldes desde el comienzo de las guerras civiles; y el duque Rohan que lo defendía, había tendido que presentar su sumisión y consentir en la demolición de todas las fortalezas. No sólo los ejércitos, sino los ministros del protestantismo, estaban acantonados en estas montañas, de donde descendían a las llanuras vecinas para conquistar a los católicos al error. Tan pronto como la región fue sometida al rey, Sylvestre de Crusy de Marcillac, obispo de Mende, expuso a Vicente la situación de su rebaño y le pidió auxilio, Vicente no tenía entonces a nadie disponible; pero incapaz de resistir las súplicas del obispo de Mende, se sentía obligado a partir él mismo a trabajar en aquellas montañas hasta el último suspiro⁴⁸⁴, cuando nuevos problemas y una caída peligrosa le retuvieron en París. Pronto pudo enviar en su lugar a dos de sus sacerdotes, que tuvo que sostener primero contra enormes dificultades. Él los felicitaba por ello, en lugar de compadecerlos pues, les escribía, un sacerdote de Jesucristo ¿debe acaso, a su ejemplo, pretender otra cosa de sus trabajos, que la vergüenza, la ignominia y la muerte misma? Además, los consolaba diciéndoles que las Misiones más fructuosas tenían siempre dolorosos principios; y, a la espera, los exhortaba a la paciencia, a la dulzura con los herejes culpando severamente a uno de ellos por haber llegado hasta su predicación *a provocarlos a la disputa*⁴⁸⁵.

Estos dos sacerdotes y demás obreros que Vicente siguió enviando a estas espantosas montañas, merecieron pronto esta declaración que el obispo de Mende les tributó en una carta a Vicente 1642: "Aprecio más el trabajo que los vuestros hacen en estos momentos en mi diócesis que cien reinos." Ellos sembraban y el obispo no tenía más que ir detrás de ellos para cosechar. Al año siguiente en el curso de estas visitas pastorales, recibió la abjuración de treinta a cuarenta hugonotes, y un número igual, siempre preparado por los Misioneros, estaba a punto de entrar en el seno de la Iglesia.

Paris, 1863, p. 334.

⁴⁸⁴ Carta a du Coudray, del 10 de febrero de 1634.

⁴⁸⁵ Cartas de los 1º de mayo y 28 de junio de 1635.

Al mismo tiempo, otros Misioneros recorrían el Velay y el Valentinois, trabajando codo con codo de Francisco Régis, el apóstol de estas provincias, pero en el más perfecto acuerdo y sin ninguna envidiosa emulación. Otros también trabajaban en la diócesis de Burdeos (1634), a las órdenes de Henri de Escoubleau, hermano y sucesor de aquel cardenal de Sourdis, con quien hemos visto a Vicente en estrecha relación. En 1634 también, y diez años antes de su establecimiento definitivo, habían sido empleados de alguna manera a prueba por Jacques Raoul, obispo de Saintes; ensayo que resultó bien hasta el punto que pronto el obispo suplicó a Vicente que concediera a su pueblo un ayuda fija y permanente; lo que tuvo lugar en 1644. el éxito de los Misioneros en particular con los herejes, muy numerosos en esta diócesis, era debido a su método, que consistía en exponer a los pueblos, sin disputas, la belleza de la religión católica. Los hugonotes acudían a ellos, decían, como a operarios de la primitiva Iglesia, y los más endurecidos, de los ancianos, movidos por su conducta y vencidos por sus oraciones, venían a ellos a abjurar de la herejía. Qué autoridad tenían sobre los pueblos, podían aparecer hasta en las plazas públicas y romper delante de todos el instrumento de danzas lascivas. Qué dolor a su partida de una parroquia, entonces eran las lágrimas y los lamentos, y no les dejaban salir sin producir una especie de violencia. En 1635 también, los hemos visto establecidos en Toul⁴⁸⁶; en 1636, cinco o seis de entre ellos trabajaban con Olier, abate de Pébrac, en la diócesis de Saint-Flour. Portail, el más antiguo, el más considerado de todos, tuvo la superioridad de esta Misión por su edad y experiencia⁴⁸⁷. Aunque el celo y los logros de los Misioneros hubieran atraído hacia ellos a muchos sacerdotes de los alrededores, pronto no pudieron cubrir la tarea, y Olier debió escribir a san Vicente y a los eclesiásticos de la conferencia, tanto para rendir cuentas, según la costumbre, de sus trabajos, como para pedir nuevos obreros. Su carta, con fecha de Vieille-Brioude, el día de San Juan, 24 de junio de 1636, ya conocida en parte por Abelly, ha sido contada por entero por su último historiador⁴⁸⁸:

“Señor,

“No puedo estar por más tiempo ausente de vuestra compañía sin informaros de nuestros trabajos. La Misión comenzó el domingo después de la Ascensión, y duró hasta el 25 de este mes. Ese día, que era la fiesta patronal del lugar, se quiso que por la noche, en presencia del Santísimo Sacramento, yo diera el adiós al pueblo, lo que se hizo con toda reverencia por la majestad del Dios que presidía, y también con tantas lágrimas y suspiro que habría que verlo, pienso yo, para creerlo. Dios sea bendito. Lo mismo había pasado cuando hicimos la procesión de los niños, y en el momento de su comunión.

Al principio, el pueblo venía según lo deseado, es decir tantos como podíamos oír en confesión; y eso, Señores, con tales manifestaciones de gracia que, por todas partes, era fácil saber dónde se confesaban los penitentes; los suspiros y sollozos de éstos se dejaban oír con facilidad. Pero, hacia el final, el pueblo nos presionaba tan insistentemente, y la multitud era tan grande, que necesitábamos a veces doce o trece sacerdotes para satisfacer el ardor de este celo. Se veía a esta buena gente permanecer en la iglesia sin beber ni

⁴⁸⁶ Véase la Misión de Metz, aquí arriba, p. 109.

⁴⁸⁷ M. Faillon (*Vie de M. Olier*, t. I, p. 156) dice que Portail era *probablemente* uno de los compañeros de Olier en estas misiones de Auvergne, *ciertamente* hay que decir, como lo prueban las cartas citadas más arriba de Vicente este Misionero durante las misiones en el ejército.

⁴⁸⁸ *Vida...* t. I, p. 162.

comer, desde el amanecer hasta la última predicación, a pesar del calor que era extraordinario, esperando la comodidad de confesarse. Alguna vez, en favor de los que venían de lejos, nos veíamos obligados a tener dos horas, o más, de catecismo, y todos salían de él con las mismas ganas que cuando entraban; esto nos dejaba muy confusos. Había que dar el catecismo desde el púlpito del predicador, por no haber lugar en la iglesia, y hasta los alrededores del cementerio, las puertas y las ventanas estaban cargadas de gente; lo mismo se veía en el sermón de la mañana y en el de la tarde que se llama el gran catecismo; sobre lo cual no puedo decir otra cosa que sino estas palabras: *Benedictus Deus! Benedictus Deus!* Bendito sea Dios, que se comunica tan liberalmente a sus criaturas, y sobre todo a los pobres. Ya que, Señores, hemos advertido que en ellos es donde reside particularmente y para ellos nos pide nuestros servicios, a fin de realizar por nuestro ministerio lo que él no acostumbra a hacer solo, quiero decir la instrucción y la conversión de estos pueblos. Señores, no nieguen este auxilio a Jesús, hay demasiada gloria en trabajar con él, y en contribuir a la salvación de las almas, y a la gloria que debe sacar de ello para toda la eternidad. Ustedes han comenzado felizmente, y sus primeros ejemplos me han hecho dejar París; continúen en estas ocupaciones divinas, puesto que es cierto que, en la tierra, no hay nada semejante. París, oh París, tu diviertes ahombres que convertirán a muchos mundos. Ay, en esta gran ciudad cuántos buenos obreros sin frutos, conversiones falsas, santos discursos perdidos, falta de disposiciones que Dios comunica a los sencillos!.Aquí una palabras es una predicación, los pobres de estas comarcas no han despreciado la palabra de los profetas, como se hace en las ciudades; y por eso, Señores, con muy poca instrucción, se ven llenos de bendiciones y de gracias; es lo que puedo desearles en el Señor, ya que, en su amor, soy, Señores, su muy humilde, obediente y agradecido cohermano.”

Las necesidades del ejército impidieron a Vicente enviar a Olier los Misioneros que le había prometido. Pero muchos de los amigos de Olier vinieron a unirse a él, entre otros el abate de Foix, Caulet, el futuro obispo de Pamiers; y Meyster, uno de los más célebres Misioneros de su tiempo. Meyster tenía un talento particular para conmover a los pecadores. El género de sus discursos, su acento, su sola mirada, decían, todo en él concurría a producir las impresiones más vivas⁴⁸⁹. Siendo tan sólo subdiácono, hacia finales del año 1634, había venido para entregarse a Vicente de Paúl, pero lo dejó pronto y se puso bajo la dirección del P. de Condren. Fue el P. de Condren quien se lo envió a Olier en Auvergne⁴⁹⁰.

Secundados por este grupo de refresco, los Misioneros reemprendieron sus trabajos entre los católicos y entre los protestantes. Uno de ellos, muy hábil controversista, desafió en público a un ministro muy acreditado en la región. El ministro no se atrevió a aceptar, o mejor esperó la ausencia de este Misionero para desafiar él mismo a los demás a su vez; pero asustado de su propia audacia, dio marcha atrás cuando se dirigía a la conferencia y entró en su casa.⁴⁹¹

Al año siguiente, el 10 de febrero de 1637, Olier escribía otra vez a Vicente y a los eclesiásticos de la conferencia de San Lázaro:

⁴⁸⁹ *Essai de l'influence de la religion en France*, etc., t. I p. 275.

⁴⁹⁰ *Vie de...*, t. I, pp. 164 y 190.

⁴⁹¹ *Ibid.*, p. 169.

“La cuarta de nuestras misiones se celebró hace quince días, en la que se hicieron más de dos mil confesiones generales, aunque no fuésemos más que seis obreros, y al final, ocho. Nos veíamos abrumados de gente, que recorrían de siete a ocho leguas de camino, que es un verdadero desierto. Esta buena gente traían sus provisiones para tres o cuatro días, y se retiraban a las granjas; se los oía allí conversar entre juntos de lo que habían oído en la predicación y en el catecismo. Y hoy se ven aquí los campesinos y sus mujeres dar la misión ellos mismos en sus familias ; los pastores y labradores cantan los mandamientos de Dios por los campos y se hacen preguntas unos a otros sobre lo que han aprendido durante la Misión. Por último, la nobleza para la que parecía que no hablábamos, sirviéndonos de un lenguaje tan ordinario como lo hacemos, después de cumplir cristiana y ejemplarmente con su deber, no nos ha podido dejar partir sin prorrumper en lágrimas. Cinco hugonotes han abjurado su herejía en esta última Misión, cuatro de los cuales, que nos rehuían al principio, han venido por sí solos a vernos; y esto, Señores, para decirnos, como vos me los habéis enseñado más de una vez que las conversión de las almas es la obra de la gracia, a la que ponemos con frecuencia impedimentos por nuestro propio espíritu, y que Dios quiere operar siempre, o en la nada, o por la nada, es decir en aquellos y por aquellos que reconocen y confiesan su incapacidad y su inutilidad.”

IV. *Misión de Agen, de Richelieu, de Luçon, etc.* Durante este año de 1637, la Sra. de Aiguillon, por acta del 18 de agosto, dio 22.000 libras al efecto de fundar para siempre y a perpetuidad una Misión de al menos cuatro sacerdotes en la ciudad de su título ducal, de donde ellos debían evangelizar también cada año las demás ciudades, burgos, pueblos, aldeas y demás lugares del ducado, en las cuatro fiestas de Pascua, de Pentecostés, de Todos los Santos y de Navidad, y con el cargo de una misa diaria a la intención de la donante mientras viva, y después de su muerte, por el descanso de su alma y de la de los suyos.

.En 1642, el 4 de julio, la duquesa de Aiguillon «para de alguna forma agradecer las grandísimas gracias, bendiciones y protecciones que Dios ha querido por su bondad y misericordia infinita, hacer a Monseñor el eminentísimo Armando, cardenal duque de Richelieu, su tío, y en particular en su última enfermedad, y para pedirle la continuación de sus gracias bendición y protección sobre dicho señor cardenal y sobre dicha dama duquesa y que tenga a bien otorgarles la gracia de cumplir en este mundo su santa voluntad. Y a la hora de su muerte tenga misericordia de ellos”, da también 13.500 libras, para tres sacerdotes de más que den Misión en toda la extensión del Agénois y del Condomois, pertenecientes a la duquesa, como lo han hecho ya en el ducado de Aiguillon; y además con el cargo de continuar la instrucción de los ordenandos de estas dos regiones si el obispo les proporciona lo necesario.

Por esta segunda acta queda además especificado que la iglesia y casa de la primera fundación estarán dedicadas a honrar a Nuestro Señor Jesucristo que residió en la Virgen durante nueve meses que estuvo en ella; que tal será también la intención de la misa cotidiana, con memoria de la santísima Virgen y de los santos ángeles; que después de la muerte de la duquesa y del cardenal se celebrará una misa aniversario por ellos a perpetuidad. Por último, que la sede del establecimiento estará, ya no en la ciudad de Aiguillon, sino en Notre Dame de la Rose, cuya capilla se había unido, el 14 de junio de

1640, a la congregación de la Misión por Barthélemy d'Elbène, obispo de Agen⁴⁹².

En 1633, el cardenal de Richelieu quiso también establecer a los sacerdotes de la Misión, no sólo en la ciudad de su título ducal, sino también en la diócesis de Luçon, de la que había sido obispo⁴⁹³. Por acta del 4 de enero pasado en Ruel, insinuada y aceptada en el archivo del Châtelet, escribanía de la instrucción y sede de apelación de Tours y de Loudun, en curso del mismo año, obtenía de Vicente siete sacerdotes que debían ser enviados a Richelieu a partir del mes de febrero siguiente, y a los que, en el espacio de diez años, debían juntarse otros tres. Cuatro de ellos, decía el acta, permanecerán en Richelieu para desempeñar allí las funciones de la Misión; otros tres serán enviados cada cinco años, con el mismo fin, a cada ciudad y pueblo del ducado y, a la espera de volver a empezar, darán la Misión en la diócesis de Poitiers o demás lugares circunvecinos, siempre de conformidad con Su Eminencia, Los tres últimos serán enviados a Luçon con los mismos fines, y unos y otros se pondrán en campaña cuatro veces al año, en las estaciones más convenientes y trabajarán durante seis semanas cada vez. Uno de los cuatro sacerdotes residentes atenderá el curato de Richelieu, con tantos vicarios como se necesiten. En la casa de Richelieu serán recibidos gratuitamente, y durante doce días, los ordenandos de la diócesis de Poitiers, en las cuatro estaciones del año, y durante quince días, los sacerdotes que el obispo de Poitiers envíe para hacer los ejercicios espirituales. –Por su parte, el cardenal se comprometía a mandar construir y amueblar una casa cómoda y a lograr la anexión del curato a la Misión; entregaba los archivos de Loudun, plazas de clérigos, moneda parisiense y otros derechos anexos de su pertenencia, arrendados 4.550 libras⁴⁹⁴.

Todas las cláusulas de este contrato fueron cumplidas inmediatamente. El curato de Notre Dame de Richelieu fue fundado el 15 de marzo de 1648, erigido por el obispo de Poitiers, y confirmado por una bula de Urbano VIII, con fecha del 7 de los idus de enero de 1639. El cardenal puso el mayor interés en esta fundación y, para ahorrar las fuerzas de los Misioneros, ordenó a Vicente que les concediese un día de vacación a la semana; costumbre que desde Richelieu se extendió a toda la Compañía. Él acababa de pedir diez sacerdotes más, que habían sido enviados al punto, y había redactado a su favor un proyecto de contrato de fundación, cuando falleció el 4 de diciembre de 1642. El 25 del mismo mes, Vicente escribió a Roma: “La Providencia ha permitido que Richelieu no sea fundada.

El difunto Su Eminencia había vendido los archivos de Loudun, con la intención de apreciar los fondos de tierra, como lo hizo, pero falleció antes de hacernos la cesión, del que me envió el proyecto dos o tres días antes de su muerte, que no firmó. Hay que alabar a Dios por ello. Veremos qué piensan sus herederos ahora... Hemos hecho dos servicios solemnes y dicho varias misas por él.”

En la fecha de esta carta, Vicente ignoraba el testamento del cardenal en el que se lee: Yo le pido también (a Noyers) que mande reparar, acomodar y

⁴⁹² *Archiv. de l'État*, MM. 534.

⁴⁹³ El establecimiento de Luçon no se hizo definitivamente hasta 1645, a petición del obispo Pierre de Nivelles.

⁴⁹⁴ *Archiv. del Estado*, MM. 534.

adornar la casa de los padres de la Misión que he fundado en Richelieu , y hacer que compren un jardín en el cercado de la ciudad de Richelieu lo más cerca posible de su casa, del tamaño que he mandado;...y, aunque yo haya fundado lo suficiente en dicho Richelieu a los dichos Padres de la Misión, para mantener a veinte sacerdotes, para emplearse en las Misiones dentro del Poitou, según su instituto, les doy además la suma de 60.000 libras, de manera que tengan los suficientes medios para dedicarse a dichas misiones y que estén obligados a pedir a Dios por el descanso de mi alma, con el encargo de emplear dicha suma de 60.000 libras en la compra de heredades, para estar a la altura de los demás bienes de la fundación⁴⁹⁵ .”

Este testamento había sido hecho en el hotel del vizcondado de Narbona, el 23 de mayo de 1642. En esta época el cardenal había enajenado y convertido en fondos de tierra los archivos de Loudun, como Vicente acaba de decirnos, y tenía el proyecto de hacer la fundación de Richelieu; pero la muerte le sorprendió..Habiendo cesado la venta de los archivos, sin haber sido reemplazados por otra, la casa de Richelieu, sobrecargada recientemente con diez sacerdotes, se encontraba en apuros. Pero la duquesa de Aiguillon, que se enteró por Vicente de Paúl y por el testamento de las intenciones de su tío, quiso darles cumplimiento. Por acta del 2 de setiembre de 1643, hecha en el nombre del joven duque de Richelieu su pupilo, dio a la Misión, en forma de reemplazo y pago de la sucesión, el dominio de San Casiano y las casas de Richelieu pertenecientes al difunto cardenal. Por la misma acta impone misiones más, en las que los misioneros deben hacer “pedir a Dios por el alma del difunto señor cardenal, y para que tenga a bien bendecir mostrase misericordioso con toda su casa, y que todos los días digan una misa con ese fin, como también todos los jueves de cada semana, al finalizar dicha misa en la iglesia de Richelieu, canten un *libera* por el alma de dicho difunto.” La duquesa confirmaba por fin la unión del curato a la Misión. Unión en la que consintió del duque de Richelieu, el 23 de diciembre de 1645, con la condición de una misa de aniversario por el cardenal, el 4 de diciembre.; lo que fue aprobado, el 2 de abril de 1646, por Henri Louis Chasteigner de la Rochepozay, obispo de Poitiers⁴⁹⁶ .

De Richelieu y de Luçon, los Misioneros, apenas establecidos se extendieron por el alto y bajo Poitiers. Encontraron más dificultades, al principio, en la diócesis de Poitiers que en la diócesis de Luçon; pero todos al final, católicos y herejes, cedieron a sus esfuerzos. El obispo de Luçon, Pierre de Nivelles, se lo agradeció a Vicente y a la memoria del cardenal.

Después de evangelizar los pueblos a los que se debían, los Misioneros, incansables al tos trabajos apostólicos, ni hartos de santas conquistas, hicieron una excursión por el Angoumois. El burgo de Saint Amand, al que los había llamado una piadosa dama de quien era el señorío, fue su centro de irradiación a través de treinta o cuarenta parroquias vecinas. Testigo de sus éxitos, el duque de la Rochefoucauld quiso tenerlos en sus tierras de Verteuil y de Marsillac. El obispo de Angoulême, Jacques Du Perron, , sobrino del célebre cardenal, se unió, en 1643, a los miembros de la pequeña conferencia eclesiástica de la que ya se ha hablado para expresar a Vicente de Paúl su vivo resentimiento, y añadía: “Mi consuelo sin embargo será siempre imperfecto, Señor, hasta que vos hayáis colmado mi felicidad, que tan solo es pasajera,

⁴⁹⁵ *Memorias para servir a la hist. de Francia*, colec. Michaud, 2ª serie, t. IX, p. 360.

⁴⁹⁶ *Arch. de l'État*, MM. 534.

con una Misión estable y permanente en esta diócesis, que tiene mucha más necesidad de ello que las otras.” Este voto no debía ser cumplido hasta 1704, casi medio siglo después de la muerte del santo sacerdote.

Entre tanto, Richelieu, gracias al recuerdo y a los dones del cardenal, fue uno de los principales puestos de la Misión en Francia. La corte de los príncipes o princesas de la sangre se pararon allí más de una vez, en particular en 1650, cuando la corte partió para la Guyenne, que la princesa de Condé acababa de sublevar para vengar el encarcelamiento de su marido. Durante este viaje que duró todo un mes, la corte debía detenerse en Richelieu, y Vicente consultado por el superior sobre la manera de recibir al rey, respondió así, el 17 de julio:

“Iréis, por favor, a saludarle en el castillo con tres o cuatro de vuestros sacerdotes. A él no le gustan las arengas; por lo que así él no la tendrá que hacer; pero le diréis que habéis ido para presentar a Su Majestad los servicios de la Compañía, y para asegurarle sus oraciones, para que Dios quiera bendecir a su persona y sus armas, y conservarle un siglo entero; que le dé la gracia de domar a los rebeldes y de extender su imperio hasta los confines de la tierra; por último para que haga reinar a Dios en sus Estados. Luego habrá que dirigirse a la reina regente y decirle algo parecido, y no al Señor⁴⁹⁷; y, al salir, tratad de ve a monseñor el cardenal (Mazarino), para hacerle la reverencia, las ofrendas, los deseos, etc., muy brevemente. Sobre todo, Señor, guardaos de no pedir nada ni quejaros de nada. Y en caso de que os pregunten si estáis satisfecho de vuestros parroquianos, decid que sí, que son buena gente que temen a Dios, ya que se puede decir en general, que son buenos servidores del rey, y que han tenido un señor (Richelieu), y tienen una señora (la Sra. de Aiguillon) que les han dado este ejemplo, etc. Es suficiente con unas palabras así para mover a Sus Majestades y hacerles alguna gracia, como confirmar sus privilegios.” Después de algunos consejos sobre la recepción del rey en la iglesia, de sus capellanes en la casa de la Misión, Vicente recomienda no *escatimar nada*, y concluye: “Si hay algún domingo antes de la llegada del rey, prudentemente exhortaréis a la ciudad a acogerle bien, a demostrarle gran júbilo y gran afecto, con aclamaciones y alabanzas a Sus Majestades, de todas las maneras que se pueda.”

Qué mezcla de habilidad, de comportamiento, de política, de respeto, de caridad, en esta carta!

La cuestión se volvió más delicada en 1655, en relación con la Señorita, quien desde el cañón de la Bastilla no había tenido todavía su reconciliación con la corte. la Señorita estaba entonces en Champigny, tierra que ella disputaba, en un proceso que ganó, al duque de Richelieu⁴⁹⁸. Vicente sin embargo fue del parecer de ir a cumplimentar: “Sí, Señor, escribió al superior de Beaumont el 3 de octubre, creo que vuestra casa debe rendir homenaje a la Señorita de d’Orléans cuando esté en Champigny; que vayan dos sacerdotes; será bastante con vos y otro; y que le digáis con todo respeto y modestia: “Señorita, nosotros somos dos sacerdotes de la Misión de Richelieu, que hemos recibido orden del Sr. Vicente de venir saludar a Vuestra Alteza para ofrecerle nuestros muy humildes servicios y nuestras oraciones. Y lo hacemos, Señorita, con todo

⁴⁹⁷ Sabia restricción!, ya que durante esta segunda Fronda, Gaston de Orléans tuvo, como siempre, una conducta muy incierta, y después de dar las manos al encarcelamiento de los príncipes, se pasó a los frondistas contra Mazarino

⁴⁹⁸ *Memorias de la Señorita*, 2ª parte, hacia el año de 1655, en las *Memorias para servir a la hist. de Francia*, colec. Michaud, 2ª serie, t. IV, p. 189.

el respeto y la sumisión que debemos a Vuestra Alteza. Si ella os habla, habrá que escucharla sin interrumpirla, y según las preguntas que os haga, darle vuestras respuestas.” Qué prudencia!

Vicente había querido visitar, desde 1538, la casa de Richelieu, donde era necesaria su presencia al principio de una fundación como ésta. Estaba a punto de partir, y había anunciado su viaje, cuando el arzobispo de París que le empleaba sin cesar en algunas obras, le dio mandato de visitar una casa religiosa. Previendo en ello grandes y largos problemas, él habría deseado que el encargo fuera dado a otro; pero prefirió obedecer, y el 1º de octubre de 1638, escribió a Lamberto, superior de Richelieu, para anunciarle este contratiempo: “Pues además, soy hijo de obediencia; me parece que si Monseñor me mandara que fuera al cabo de su diócesis y quedarme allí por toda la vida, que lo haría como si me lo mandase Nuestro Señor, y que esta soledad o el empleo que me señalara, sería el paraíso anticipado, estaría cumpliendo la voluntad de Dios.” Después animaba, mientras tanto, a sus sacerdotes, los felicitaba por sus trabajos, y añadía: “Y es que soy un miserable pecador, que no hago más que mal en la tierra, y que debo querer que me aparte pronto, como lo espero de su bondad, y que tenga misericordia de mí.” No se olvidó de ir luego a Richelieu, pero en la peor estación del año, lo que aumentó más el precio de su obediencia y debió empujar más a sus hijos a seguir tan bello ejemplo.

V. *Misiones de Champaña, de Normandía, de Bretaña, etc.* –*Las Misiones hasta nuestros días.* El año de 1638 fue cuando comenzó a establecerse la Misión en Champaña. El 12 de marzo, un acta de fundación fue aprobada por René de Bresles, obispo de Troyes, y François du Coudray, actuando en nombre de Vicente de Paúl, por la que el obispo daba una gran casa y 6.000 libras de Tours a los Misioneros, con el encargo para éstos de tener en ella a seis sacerdotes y dos hermanos, para dar al clero y a los pueblos todos los ejercicios. El obispo declaraba también que actuaba en consideración de los bienes ya hechos por los Misioneros, y siguiendo la promesa que había hecho al comendador de Sillery quien, en efecto, como comendador de Troyes, contribuyó a esta fundación. Otras Misiones fueron fundadas posteriormente en Arcis-sur-Aube, en Bar-sur-Seine, en Nogent, en Montmirail y diversos lugares de la diócesis de Troyes, La Misión de Montmirail, uno de los primeros teatros de los trabajos apostólicos de Vicente tuvo por fundadores (1643) al duque de Rets, el mayor de sus alumnos, con consentimiento de François Malier, obispo de Troyes. Pero las guerras echaron de allí muy pronto a los Misioneros, que no pudieron volver hasta 1678⁴⁹⁹.

Siempre en Champaña, y en la diócesis de Sens, los Misioneros, establecidos temprano, se señalaron por los mismos trabajos y los mismos éxitos, sobre todo en Saint-Cyr, cuyo señor escribió en 1642, a Vicente: “Los cuidados de los señores vuestros sacerdotes, junto con el ejemplo de su piedad, han producido en mis campesinos tales cambios de vida, que sus vecinos apenas los reconocen. En cuanto a mí, confieso que no los conozco ya, y no puedo menos de persuadirme que Dios me ha enviado a una nueva colonia para poblar mi pueblo.”

⁴⁹⁹ *Archiv. de l'État*, MM. 534.

En Joigny, la asiduidad de las gentes era tan grande que, “aunque la predicación sonara a veces a las dos después de medianoche, escribía un Misionero, la iglesia no obstante estaba completamente llena.”

La voz de estos éxitos llegó hasta Châlons-sur-Marne, y Félix de Vialart, que era su obispo, quiso también tener Misioneros. no solamente los empleó en varios lugares de su diócesis, sino que obligó a sus párrocos a seguir y a estudiar el método de la Compañía, para poder aplicarlo a u vez; y efectivamente algunos se lo aprendieron tan bien que, incluso con escasas disposiciones para hablar en público, se hicieron pronto obreros útiles del Evangelio.

En la diócesis de Reims, el rey y el arzobispo d'Estampes de Valençay se entendieron para fundar la Misión de Sedan. Esta ciudad acababa de entrar en los dominios del rey. El duque de Bouillon, hermano de Turena, envuelto en la conspiración de Cinq-Mars, y encarcelado en la prisión de Pierre-Encise como cómplice, había salido de su prisión y del proceso por un tratado y, llevado por el hábil Mazarino, a quien Richelieu había encargado de negociar el asunto, había entregado esta plaza importante como rescate por su libertad y su vida.

A penas entró Luis XIII en posesión de Sedan, cuando quiso que Vicente enviara a sus sacerdotes allí. Las necesidades de la religión eran por cierto bien acuciantes; ya que por razón de su comercio continuo con los hugonotes, los católicos disminuían en número día a día, y la verdadera fe iba a apagarse en ella. La parroquia de Sedan fue en un principio unida a la Misión por el arzobispo, con el consentimiento del abad de Mouzon y de los religiosos de esta abadía, y Luis XIII dio para la administración del curato y mantenimiento de los Misioneros 2.500 libras de renta. Aparte de un sacerdote para atender Balan, debía tener en Sedan a un párroco, siete sacerdotes y dos hermanos. Cuatro sacerdotes al menos quedaban encargados de las funciones curales y otros cuatro debían evangelizar las soberanías de Sedan, Raucourt y saint-Manges.

Luis XIII dejaba además para esta obra un fondo considerable que no fue conocido hasta después de su muerte; era de 64.000 libras expresas en su testamento, de las cuales 24,000 estaban destinadas a Sedan y 40.000 a otras Misiones, según se conviniera entre el P. Dinet, su confesor, y Vicente de Paúl. El P. Dinet dejó toda la dirección a Vicente. Ana de Austria, en nombre de su hijo, informada del bien hecho ya en Sedan, quiso que la suma destinada en un principio para diez años solamente sirviera para una Misión perpetua y fuera empleada en compra de heredades, cuya renta alimentaría a los Misioneros. trece casas fueron, en efecto adquiridas cerca de San Lázaro y una parte de la renta fue dedicada a la Misión de Sedan. Esta Misión se incrementó con tres sacerdotes, en 1680, ya que desde su fundación en 1644, el número de los comulgantes se había incrementado en dos tercios. Pronto, sobre más de diez mil habitantes, entre los cuales no se contaba al principio más que con mil quinientos católicos, apenas una tercera parte se quedó implicada en la herejía. De esta forma pudo el rey, sin inconveniente, apagar el colegio o academia del protestantismo, y aplicar la renta de 4.500 libras a un seminario que fue fundado en 1681 por mandato del consejo. Los jóvenes eclesiásticos debían estudiar en él la filosofía dos años, luego ser transferidos a Reims para sus estudios teológicos⁵⁰⁰.

⁵⁰⁰ *Archi. del Estado*, MM. 534, fol. 281.

Debido a su método, los Misioneros disminuyeron el número de los protestantes y aumentaron tan sorprendentemente el número de los católicos. Antes de ellos, los púlpitos de Sedan sólo retumbaban con controversias, que afirmaban a los herejes en el error por la obstinación de la lucha, y dejaban a los católicos en la más profunda ignorancia de las creencias y de las prácticas de su fe. Por su método de exposición, los Misioneros lograron desarmar a unos e instruir sólida y prácticamente a los otros. Al mismo tiempo se extendieron por los pueblos junto a Sedan, casi todos despoblados por la guerra, que ellos socorrieron de palabra y con sus limosnas; su caridad vino también en ayuda de su predicación, y acabó por ganarse los corazones de los extraviados. En Sedan como en otros lugares, asistían a los protestantes de igual manera que a los católicos. Testigo este buen hermano Sirven, de quien hace Vicente el elogio en su carta a Laudin, en Mans, del 7 de agosto de 1660: "Toda la ciudad y sus alrededores le echan mucho de menos, aun los herejes, que estaban edificados por su modestia y asistidos con su caridad."

Otra fundación real, que precedió incluso a la de Sedan, fue Crécy, en la diócesis de Meaux. "Los favores extraordinarios, decía Luis XIII en sus letras patentes de abril 1641, que hemos recibido de la mano liberal de Dios desde nuestro advenimiento a la corona, nos obligan a una gratitud infinita por sus bondades, que no podemos testimoniarle mejor que con el cuidado y el celo por las cosas que conciernen a su servicio, el culto y el respeto de la religión; y para ello, después de restablecer la disciplina eclesiástica y reparar los desórdenes y la depravación que la guerra y la herejía habían causado en muchos lugares, nos habemos, aparte de la reforma de las órdenes, erigido y fundado en nuestro reino diversas congregaciones; una de las cuales y más útiles ha sido la de los sacerdotes de la Misión." En consecuencia, el rey erigía en Crécy una casa de la Compañía, compuesta de ocho sacerdotes y dos hermanos, bajo la autoridad del obispo de Meaux para misiones en la diócesis y ejercicios de los ordenandos; y con este fin le daba el castillo de Crécy, 4.000 libras de renta y una suma de 31.000 libras a percibir sobre el granero de sal de Lagny-sur-Marne. Dos misas rezadas debían decirse a la semana: una por la intención del rey y de toda la casa real; la otra, del obispo, del canciller y del ministro de justicia de Francia, de los superintendentes de las finanzas y demás señores de Crécy; y, a la muerte del rey, y de cada uno de sus sucesores, de las reinas e hijos de Francia, del obispo y de los oficiales citados debía ser celebrado un número de misas, proporcionado a la dignidad de cada uno. Aprobada por Dominique Séguier, obispo de Meaux, el 12 de abril de 1641, esta fundación fue protegida y aumentada por sus sucesores, y en 1702, Bossuet escribirá a Clemente XI: "En cuanto a nosotros, santísimo Padre, conservamos del venerable Vicente de Paúl un recuerdo tanto más querido y más duradero por verle vivo todavía en su congregación y en nuestra diócesis. Vivimos con sus discípulos, nuestros hermanos en el sacerdocio, trabajamos con ellos y nos alegramos en el Señor al verlos alimentar el rebaño a nos confiado con su doctrina y sus ejemplos, con un celo incesante e infatigable."

En todos los puntos y en todos los extremos del reino, los podríamos seguir de esta manera: en Toulouse, en Tours(1640); en Ginebra(1640), donde el obispo Juste Guérin agradece al cielo por haber inspirado tanta caridad a Vicente y al comendador de Sillery; en la diócesis de Rouen, donde se le habían preparado las vías por Louis Calon, doctor de Sorbona. Celoso por las Misiones, Calon no se contentó con trabajar en ellas con su persona, primero en solitario, luego

con los hijos de Vicente en las diócesis de París, de Rouen, de Meaux, de Chartres y de Senlis, quiso contribuir con su persona. A sus expensas comenzó a evangelizar la región de Caux: dio una suma bastante considerable a la Compañía, y acabó por fundar una Misión en Aumale, lugar de su nacimiento. Agotado de trabajos, de penitencias, de mortificaciones más que por los años, se retiró a Vernon, en casa de los hijos de san Francisco, que le recibieron como a un apóstol y como a un émulo de su pobreza. Apenas un año antes de su muerte, el 28 de agosto de 1646, que se enteró de su indigencia y el deseo que tenía de venir a San Lázaro, le escribió:

“Doy gracias a Dios por la que nos hacéis de esperar venir pronto a descansar después de vuestros grandes trabajos. Oh Señor, seréis muy bienvenido, y con qué gusto os daré un abrazo. Venid pues, y no tardéis, por favor, Señor; yo os aseguro que tendremos un cuidado muy especial de vuestra salud, y que seréis el amo de la casa para decir y hacer cuanto os agrade, y particularmente el mío, que siempre os he apreciado con más ternura que a mi propio padre. Que suponiendo que necesitéis de las 4.000 libras que habéis dado a renta y asignado a la Misión, de buena gana os haremos la retrocesión, cosa justa, me parece a mí, que un fundador que se halla en necesidad se ayude con la renta de la fundación que ha hecho; y haremos más ya que, si necesitáis del fondo para sobrevivir en vuestra vejez, nosotros os lo trasladaremos, como lo hemos hecho con el Sr. párroco de Vernon quien, habiéndonos dado 600 libras de renta y pedido después, creyendo necesitarlas, le hemos devuelto la renta y el fondo; pero, si no las necesitáis, disfrutad de todas formas de la renta, Señor, como lo habéis hecho hasta hoy, y nosotros continuaremos las Misiones que habéis comenzado y continuado con tanta bendición.” Pero los hijos de san Francisco no quisieron que Calon recurriera al desinterés del santo sacerdote; le guardaron en casa con felicidad, le cerraron los ojos y escribieron a Vicente una larga carta, en la que le decían cuán bien pagada quedaba su caridad con los ejemplos de su vida y la edificación de su muerte.

Vicente actuó siempre así con los fundadores de sus establecimientos y los bienhechores de su Compañía. En el mes de setiembre de 1654, escribía a uno de sus sacerdotes: “Nunca podríamos mostrar suficiente reconocimiento y gratitud para con nuestros fundadores. Dios nos ha hecho la gracia estos días pasados de ofrecer al fundador de una de nuestras casas el bien que nos ha dado, pues yo pensaba que le hacía falta; y me parece que si lo hubiera aceptado, yo habría recibido un gran consuelo. Y pienso que en este caso la divina bondad se convertiría ella misma en nuestra fundadora, y que nada nos faltaría. Pero aunque no sucediera, qué dicha no sería, Señor, empobrecernos para comodidad de quien nos hubiera hecho un bien. Dios nos ha dado la gracia ya de hacerlo una vez, devolviendo efectivamente a un bienhechor (al párroco de Vernon) lo que nos había dado; y cada vez que lo pienso, siento un consuelo que no puedo expresar.” –Escribía a un bienhechor personalmente a quien suponía necesitado: “Os suplico que uséis del bien de nuestra Compañía como del vuestro; estamos dispuestos a vender todo lo que tenemos por vos, y hasta nuestros cálices, en los que haremos lo que los santos cánones ordenan, que es devolver a nuestro fundador en necesidad lo que nos ha dado en su abundancia. Y lo que yo os digo, Señor, no es por ceremonia, sino en la presencia de Dios y como lo siento en el fondo del corazón.”

Habiéndose opuesto durante largo tiempo personas poderosas a la Misión de Aumale, no pudo reanudar hasta 1656. pero entonces Vicente pagó su deuda

con usura, ya que sus hijos trabajaron no sólo en Aumale, sino en Chaumont, en Magni, en Saint-Clair, en Longueste, en Meulan, en todo el gran vicariato de Pontoise, y en todas partes desplegaron un celo del que François de Harlay de Champvallon, por entonces arzobispo de Rouen y más tarde de París, hizo a Vicente una exposición brillante.

De sus puestos de Saint Méen y de Tréguier(1654), se extendieron por toda la Bretaña religiosa. En Mauron los criados dejaban a sus amos y renunciaban a sus pagas, cuando no les permitían de otra forma seguir los ejercicios de la misión, y madres, después de seguirlos ellas mismas, remplazaban a sus hijas para procurarles el mismo provecho. Hubo días en que la multitud fue tan grande que hubo que dar la comunión hasta las siete de la tarde. En Plaissala, más de quinientas personas esperaron diez días enteros en la iglesia el momento de poder confesarse.

En Angers, en 1657, un grupo de Misioneros enviados a Henri Arnauld, sobrino del célebre doctor, preparó una fundación que fue terminada en 1674, por las liberalidades de Pierre Chomel, antiguo consejero clérigo del parlamento de París. unos años antes, en 1668, Chomel había fundado también en Lyon una casa de Misión, a la que se unieron, el año siguiente, los sacerdotes catequistas de Saint-Michel.

Imposible enumerar todas las demás fundaciones de Misión que tuvieron lugar en vida de Vicente de Paúl, o que siguieron a su muerte⁵⁰¹. En una palabra, encontraríamos más de cuarenta casas de Misión y doce parroquias.

Cuántos más establecimientos se quedaron tan sólo en proyecto o no tuvieron más que un comienzo de ejecución, no se podría decir. Citemos al menos el de Bétharam.

Hubert Charpentier, licenciado de Sorbona, nacido en la diócesis de Meaux en 1565, había formado varios establecimientos escolásticos, con el deseo de honrar a Jesús crucificado y predicar la fe católica a los protestantes del Béarn. El primero es la peregrinación célebre de Notre Dame de Garaison, en la diócesis de Auch, al pie de los Pirineos; el segundo es de los Misioneros de Nuestra Señora de Bétharam, en la diócesis en Lescar, al pie de una montaña llamada el Calvario. Se le debe también la congregación de los sacerdotes del Calvario, establecida sobre el Mont-Valérien, cerca de París, bajo la invocación de *Jesús crucificado*.

Esta última fundación fue hecha a petición de Luis XIII, que había autorizado(1633) con sus letras patentes. Notre Dame de Bétharam se convirtió bien pronto en un lugar de devoción célebre, y sino “el segundo, dice Vicente en una carta, al menos el tercero más frecuentado del reino. Tienen lugar en él milagros con frecuencia”, añade. Muy temprano, lo más tarde hacia 1639, Charpentier quiso llamar allí a los Misioneros de San Lázaro: “Hace más de veinte años, sigue escribiendo Vicente en la misma carta, del 19 de julio de 1659, que este buen siervo de Dios nos quiso establecer allí, y de vez en

⁵⁰¹ Cahors (1643 y 1684), Misión y parroquia; Le Mans(1645), Misión y parroquia; Montauban(1642); Amiens (1682); Narbona(1671); Fontenay le Comte(1676), por Henri Laval, obispo de La Rochelle; Beziers y Alet(1678); Burdeos y Dijon(1682; Sarlat y Boulogne(1683) Notre-Dame-de-la-Déivrande(1692), por François de Nesmond, obispo de Bayeux, para retiros y ejercicios de jóvenes sacerdotes; Notre-Dame- de Buglosse(1706), Misión y parroquia; Toulouse (1707), por Jean-Baptiste-Michel Colbert; Montuzel y Bourg-en-Bresse)1708); Valfleury(1709)(Misión y parroquia; Châlons-sur-Marne(1711); Auxerre(1714); diversas tierra del Berry y del Bourbonnais(1718), por Pierre-Georges d'Entraigues; Villefranche(1722); Notre-Dame-de l'Épine(1725), Misión y parroquia; Figeac, parroquia(1738); Fongombault(1742), Misión y parroquia; Nancy(1779), etc, etc.

cuando me ha hablado de ello; pero Dios no ha llevado nunca este proyecto al punto en que está.” En la fecha de esta carta Charpentier llevaba ya muerto varios años⁵⁰². Pero, hacia finales de 1658, se hicieron nuevas propuestas a San Lázaro por un canónigo de Tarbes, en nombre de las dos autoridades eclesiástica y laica. Vicente respondió, el 29 de enero de 1659, con toda clase de objeciones: la *pequeñez* de su Compañía, por razón del número, la calidad y la virtud; las veladas de noche en la iglesia, incompatibles con sus reglas y sus trabajos de día; el apego a un santuario particular no menos irreconciliable con las excursiones de los Misioneros: “Estos Señores de Bétharam, decía él, esperan a los penitentes; nosotros vamos a buscarlos.” Por otra parte, sobre los sacerdotes de Bétharam, tres solamente consentían en ceder sus puestos; otros cuatro se negaban, y se trataba de entenderse con éstos, como lo había hecho con los religiosos de San Lázaro. Algunos meses más tarde, todas las dificultades parecían allanadas, y Vicente, en la carta citada del 19 de junio, dirigida a Corwel, a quien quería hacer superior del nuevo establecimiento, escribía también: Somos llamados allí por Monseñor el obispo de Lascar y el parlamento de Navarra. Hay en esta ciudad (París) un gentilhombre diputado del Béarn que ha sido encargado de hacernos la propuesta. Hay ocho sacerdotes que han consentido en cedernos sus puestos...Estamos en condiciones de enviar cuatro sacerdotes y un hermano. Dicen que hay 4.000libras de renta. De los sacerdotes que atienden la capilla, cuatro se quedan, y los otros se irán. Los empleos de los demás serán de predicar y de confesar en la casa, cuidar de un seminario y dar misiones en la diócesis.” A pesar de las ventajas de un establecimiento así, cuya *resolución* parecía *venir de Dios*, Vicente se lo perdió, sin duda por las mismas razones que estuvieron a punto de malograr el de San Lázaro⁵⁰³.

Hoy, independientemente de las tres misiones y de las dos parroquias, de Argelia, de una Misión y de una fundadas en 1858, en Marche-les-Dames, diócesis de Namur, los Lazaristas poseen unos quince establecimientos en Francia⁵⁰⁴: es poco más o menos, relativamente a sus establecimientos anteriores a la Revolución, la misma proporción que hemos notado entre sus seminarios de otra tiempo y sus seminarios actuales.

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

Nº 1. –*Carta de Saint-Cyran a Vicente de Paúl*. “Señor, desde la última vez que tuve el honor de veros, he seguido enfermo, todo un mes, de una impresión maligna que me había hecho, creo yo, una persona moribunda a quien asistí toda una noche. Sin saber cuándo se terminaría mi mal, que pasé sin guardar cama, he tenido diversos pensamientos, en caso de que dios quisiera llevarme a las puertas de la muerte; y como tenía entonces en mente los últimos discursos que mantuvisteis conmigo, pensaba en haceros saber por escrito que, por la gracia de Dios, que no me pesaban en el corazón las cuatro cosas que vinisteis a decirme en mi casa, y que tenía otras en mi espíritu que ignoráis, por las cuales tengo motivos para temer los juicios de Dios, que

⁵⁰² Murió en París, el 10 de diciembre de 1650.

⁵⁰³ Véase, sobre el mismo asunto, una carta al obispo de Lascar, del 11 de agosto de 1660..

⁵⁰⁴ Valfleury(1801), Misión y parroquia; Amiens, Misión y parroquia igualmente(1823 y 1827); Tours(1827) ; Aurillac(1872) ; Daz (1845) Gegy(1847), Misión y parroquia; Montargis(1852); Evreux y Carcassonne(1856); Saintes(1857); Loos(1857), Misión y parroquia; Châlons-sur-Marne y Vichy(1858); Angers(1860).

reciben cierto alivio a la acusación de estas verdades católicas, que pasaban por mentiras y falsedades entre las personas que prefieren la luz tenue u el resplandor a la luz de la verdad de la virtud. La disposición de humildad que tenéis en el fondo del corazón para creer lo que se os hiciera ver en los libros santos, me hace conocer lo suficiente que no había nada más fácil que hacerlos consentir, por el testimonio mismo de vuestros ojos, en lo que detestáis ahora como errores. Pero al oíros después en la fraterna admonición, encontrar malo, y añadir este quinta corrección a las otras cuatro, de lo que en otros tiempos os había dicho en particular que yo sentía ganas de que os dieran un buen oficio, y a toda vuestra casa, pensé que no era el momento de defenderse, y aclararos con pruebas incluso sensibles e inartificiales, de estas cosas que encontráis malas, hasta condenarlas atrevidamente sin entenderlas. Fue la razón de que yo me viera como en una pendiente, en la gran pasión y agitación que sentía tener al hablaros y hacerlos ver la falsedad de las cosas que me reprocháis más bien para excusaros de haberme abandonado en el tiempo de una persecución, como a un criminal, que por ninguna mala opinión que tuvierais en efecto de mí. He sobrellevado fácilmente eso de un hombre que me habían honrado desde hace mucho con su amistad, y que gozaba en París de una fama de un hombre perfecto de bien, la que no se podía tocar sin herir la caridad. Sólo me queda esta admiración en el alma, que vos, que hacéis profesión de ser y tan contenido en todo, hayáis dado importancia a un alboroto que se ha formado contra mí por una triple cabala y por intereses bastante conocidos, al decir de mí cosas que nos os habrías atrevido a pensar antes; y que así, en lugar de tener que esperar consuelo de vos, os hayáis atrevido, contra vuestra inclinación y costumbre, a uniros a los otros para acabar conmigo; añadiendo además a los excesos de los demás que habéis tratado de venir a decírmelo en persona, y a mi propia casa, cosa que ninguno de los otros se habría atrevido a hacer.

“He pensado que no faltaría a la franqueza de la amistad, ni a la caridad del Evangelio si, después de dejar pasar el tiempo necesario para evaporar el calor que se me había subido a la cabeza, no os presentara a vos solo esta queja desde dentro de la casa de un excelente obispo de quien os escribo y que dará testimonios bien otros de mí, si es preciso, a toda Italia donde es conocido, sin hablar de Francia donde, por la gracia de Dios, no lo necesito; ya que cuando la facción no exista más, y los intereses comunes, fuente de las pasiones y de los discursos que se han tenido sobre mí hayan pasado, yo seguiré en ese lado tan limpio e irreprochable delante de los hombres como lo pretendo estar delante de Dios que, siendo la verdad esencial, tiene una oposición particular en toda clase de ignorancia y falsedad que de ahí procede. Lo que la señora duquesa de Longueville, a quien habían levantado contra mí, me da pie a decir, sin adularme por la reparación abundante que me ha hecho, un mes antes de su muerte, ante una persona de nombre que está sobre muchas otras, que no os son desconocidas; y después de ella, Monseñor el cardenal de la Valette quien, habiendo sido informado al pormenor de estas acusaciones, se ha burlado de ello y ha dado, sin que yo me haya mezclado, un testimonio de mí y de lo que se me imputa, tan favorable que sentiría vergüenza decirlo. Prefiero indicaros a uno de vuestros amigo a quien se lo ha contado, cuando os entren ganas de saberlo; y me atrevo a deciros que no hay ninguno de estos prelados que husmean por vuestra casa con quien yo no esté de acuerdo y a quienes yo no haga pasar y autorizar con sus apoyos todas mis opiniones, cuando quiera

hablarles de ellas. ya que siendo luminosos como ellos los son, y la verdadera fuente, por sus predecesores, de toda la disciplina que se ha de guardar con las almas; no es que se opongan, sino al contrario estarán encantados y me darán las gracias. Lo que os digo tan sólo para haceros ver con qué seguridad hablo, sin que tenga ningún designio de inquietaros por el honor que os tributan y el reposo del que gozáis en su charla y conversación. Porque mirando a vuestra casa habéis creído prestarle un buen servicio impidiendo el que yo quería hacerle; muy al contrario de enfadarme, os agradezco afectuosamente haberme librado de este cuidado, sin tal vez disminuir para ello el grado que a Dios le plazca por la buena voluntad que me había dado de servir tanto en lo espiritual como en lo temporal, si bien sabéis que he hecho, sin mezclarme en los principios por los que vos os habéis establecido en los lugares en los que estáis en los que yo no habría querido por nada del mundo tomar ninguna parte. Lo que debía haceros conocer más que otra cosa qué poco apegado estoy a mi sentido y dispuesto a andar con rodeos con mis amigos, ya que, contra el juicio de mi conciencia que no me permitiría nunca hacer de tales cosas, yo las he sostenido en una propuesta pública hasta hacer cambiar de parecer por fuerza de razón y de importunidad, a aquel a quien debéis satisfacción. Yo no alego que por necesidad y en este solo encuentro, para dejaros un recuerdo de mi condescendencia y haceros caer de la opinión que los demás os han dado de mi rigidez y severidad. Pues tengo la osadía de decir que merezco tan poco esta reputación a juicio de los que me conocen y de la verdad que si propusiera a este mismo personaje y a su colega los cuatro o cinco reproches que vos me habéis hecho, se reirían y de esa forma apaciguarían sin decir palabra toda la cólera que me habría entrado. Tengo una buena razón, Señor, para perdonaros y deciros en mi corazón una parte de las palabras que el Hijo de Dios dijo a los que le maltrataban. Espero, y lo digo con confianza que no será eso lo que me haga enrojecer ante su juicio, y que por el contrario espero algún favor de su misericordia, si persisto en mantener y adorar en mi corazón lo que la sucesión de la doctrina apostólica, por la que minamos a los herejes, y sin la cual la Iglesia no puede subsistir, me ha enseñado por el órgano de la misma Iglesia universal y católica, desde hace veinticinco o treinta años.

“Os ruego que aceptéis que lo antes que he podido, y al cabo de una dolorosa enfermedad que me agarró en Cléry y que me dura aún, os haya dicho lo que tenía en el corazón, con el fin de trataros como amigo y cristiano y no dejar nada amargo en el fondo del alma que pudiera alterar por poco que fuese la amistad que os quiero conservar hasta el fin de mi vida. Ya os he dado un testimonio de ello, desde aquel sensible desagrado por la carta que escribí a Monseñor el obispo de Poitiers, y os habría dado uno mayor, si me hubiera sentida acercarme a la muerte, dirigiéndoos artículos sobre lo que encuentro que decir en vuestro instituto, a fin de daros a conocer, por lo menos después de mi muerte, las razones que tenía de prestaros mis servicios, que en tan poco habéis estimado, que habéis tomado la simple propuesta que os hice para una prueba de la verdad de las cuatro cosas de las que me habéis acusado. Con que Dios no me acuse de ello, tengo demasiada suerte, y que acepte como suya la caridad con la que pretendía quitaros ciertas prácticas que siempre he tolerado en vuestra disciplina, viendo el apego que teníais a ella, con una resolución tanto mayor de manteneros en ella por estar autorizada por consejo de grandes personajes a quienes consultáis. No me cuido después de

eso de decir el pensamiento que tenía, que Dios a mi parecer no lo ve con agrado, ya que no hay más que una verdadera sencillez en la cual se las pueda tener, que es más raro que la gracia común de los cristianos; y tan raro que me atrevería a decir de ella lo que un bienaventurado de nuestro tiempo ha dicho de los directores de las almas de este tiempo, que diez mil que hacen profesión de ello, a penas se puede encontrar uno que las haga excusables ante Dios. yo tendré sin embargo la paciencia que él mismo tiene de dejaros hacer y pediré con la misma voluntad que os he demostrado de servirlos en ello por condescendencia, si no lo puedo por una entera aprobación, dejando aparte la calidad del maestro para tomar la de ...etc. “

2º. Carta de la madre Anne de Lage a Saint Cyran. “Ya que me habéis mandado escribiros mis pequeñas dificultades sobre el asunto de la confesión, lo haré con toda claridad. La primera es sobre los que habéis dicho que la absolución no es más que una señal del perdón otorgado, y no confiere la gracia, sino declara tan sólo que el alma ha vuelto a ella por el dolor de penitencia. Ya que parece que si es una declaración del perdón ya otorgado, que la absolución sería de alguna forma inútil, si no sirve de nada más que para declarar que Dios perdona la falta. El catecismo del cardenal Belarmino, publicado por mandato del papa Clemente VIII, dice expresamente que Dios interiormente, por las palabras del sacerdote, deshace en nudo que tenía al alma atada, y le da la gracia; de manera que, según su opinión, la gracia va unida a las palabras de la absolución, suponiendo la disposición del penitente. Le he dicho, Señor, otra dificultad sobre el tema de la atrición, a lo que no habéis respondido más que era un abuso creer que en la confesión el penitente de atrito se volviera contrito; de suerte que creo que es muy razonable, e incluso necesario, que el alma se disponga por un más largo tiempo a la penitencia y al dolor de sus faltas antes de recibir la absolución, visto que se encuentra raras veces que el alma esté en la disposición de un verdadero arrepentimiento, en el tiempo de una corta confesión. Pero lo que me sorprende en esto, es cómo puede ser que una verdad tan necesaria y tan importante esté universalmente oculta, no sólo a los que han introducido esta novedad en la Iglesia, sino también a tantos a tantos grandes y sabios prelados y doctores, que no pueden estar en ella cegados por su interés, y que han podido, por su saber y el conocimiento de la antigua disciplina de la Iglesia, conocer esta verdad, y haber advertido el origen de este cambio tan grande y tan importante que se haya realizado a la vista de la Iglesia, sin que ella haya puesto remedio.

“Yo había tenido alguna dificultad sobre lo que significaría diferir por mucho tiempo la absolución, porque me parecía haber oído decir que la penitencia que se hacían en la antigua Iglesia durante muchos años por un pecado mortal era tan sólo para satisfacer por la pena, y no que se diferiera la absolución; pero yo he encontrado la misma cosa que me habéis dicho en un libro, y he visto que estaba equivocada. Veo bien, Señor, que el diablo me ha querido el espíritu poniendo en él confusamente muchas dificultades que se han desvanecido casi todas y sin que me hayáis pedido que os las diga. Creo que las que os he presentado se hayan hecho humo después de las otras, fuera de las de la sorpresa en que me hallo, al ver como casi todo el mundo ignora esta verdad. La discreción me debería impedir deciros una de las que me confundió más al principio, pero la perfecta confianza que tengo en vos, Señor, me impide que os la oculte. Es que me han entrado muchos pensamientos para apartarme de la

creencia que debo a lo que me habéis dicho, casi todos fundados en esta creencia general de lo contrario que he visto en todos aquellos con quienes he tratado. Ello me ha obligado a buscar algo con que apoyar lo que me habéis dicho. Pero como no tenemos libros que traten de esto, he llegado a descubrir casi lo contrario en todas partes,, excepto en una biblia que es de mi hermana d'Abain, en la que hay al final un tratado de los pasajes falsificados por los herejes, y anotaciones en cada página sacadas de los santos Padres. He hallado, en algunas de ellas que hablan de la penitencia, la confirmación de lo que me habéis dicho. Lo que me lleva a declararos, Señor, que os profeso una confianza completa, al deciros todo eso; ciertamente, la siento mayor en mi corazón que la que tendría una hija en su padre, y os suplico humildemente, Señor, que me permitáis llamaros en adelante con este nombre, como más conveniente a la entera sumisión que deseo prestar a vuestros consejos.

“Os ruego que de deis uno sobre lo que yo había tenido en otro tiempo ganas de tener el Compendio de la historia de la Iglesia del cardenal Baronio, que me han dicho que está en francés. Si pensáis que podría sacar provecho, trataría de conseguirla. He oído decir que había alguna cosa que no sería propia para las jóvenes: las mandaré señalar para no leerlas. Me gusta el primer estado de la Iglesia, y esa perfección de los antiguos cristianos. Me parece que siento más devoción hacia aquellos santos sucesores de los apóstoles que han adornado a la Iglesia con su sangre y sus escritos que a los demás.

“Se escribe mucho en este siglo, pero todo lo que la mayoría de la gente escriben no son más que palabras, con tan poca solidez que de verdad, aparte de los libros de nuestro bienaventurado padre, apenas encuentro ninguno de los de este momento de mi gusto. Os pido también me digáis si pudiéramos encontrar un libro de salmos en el que el francés y el latín estuvieran impresos juntos, como en la Biblia, porque así podríamos entender el sentido de lo que se dice en el oficio. Es uno de los libros de la sagrada Escritura del que me parece que se puede sacar más devoción, incluso para el ejercicio de la penitencia; pero no los quiero en periodo ni en verso; me parece que la traducción me es más útil.

“Yo haré, Padre, lo que me digáis con la ayuda de Dios, me abandonaré a sus cuidados del todo, tomando tan sólo el de satisfacerle lo que pueda por mis pecados. No he podido responderos por otro hombre, pues he tenido que leer vuestra carta más de una vez para entenderla, y hacer tiempo para responderla. Os ruego muy humildemente que deseéis que os honre por la calidad de vuestra muy humilde y obediente hija y sirviente.”

Nº 3. Testimonio del Sr. Vicente.

Sobre el asunto del abate de Saint-Cyran, del 31 de marzo y ? antes de 1639.
Yo Vicente de Paúl, superior de la congregación de los sacerdotes de la Misión, de edad de cincuenta y nueve años o cerca, después de jurar decir la verdad sobre mis santas órdenes, reconozco que estos son los hechos y las respuestas que he hecho luego delante del Sr. de Lescot, doctor en teología y profesor del rey en ésta, y diputado por Monseñor el eminentísimo cardenal duque de Richelieu, en virtud de la comisión hecha a su Eminencia por monseñor Ilustrísimo y Reverendísimo Jean-François de Gondi sobre el asunto del proceso que se lleva contra el Sr. abate de Sint-Cyran detenido prisionero en el castillo del bosque de Vincennes, a causa de las opiniones particulares y contrarias a la Iglesia que se le acusa tener.

1, Reconozco que la carta que me ha sido representada por dicho señor Lescot, y la que he firmado y rubricado de mi mano, es la misma que me ha sido escrita y enviada por dicho señor Saint-Cyran fechada de París el 20 de noviembre de 1637, suscrita con el nombre del abate de Saint-Cyran, y comprendida en cuatro páginas y media.

Item digo que conozco a dicho señor de Saint-Cyran hace quince años o así, y que durante ese tiempo de quince años, he tenido bastante grande comunicación con él, y *he reconocido a uno de los mayores hombres de bien que haya visto nunca.*

Que hacia finales del año de 1637, y que por el mes de octubre, fui a ver a dicho señor de SC en su casa en París frente a los Cartujos, y le aconsejé sobre los ruidos que corrían sobre él, a saber de algunas opiniones o prácticas contrarias a la práctica de la Iglesia, que decían que él tenía, y no me acuerdo del número sino solamente de una: *que mandaba hacer penitencia a algunas personas tres o cuatro meses antes de darles la absolución*, y de otras más que siguen.

Recibió este consejo con bastante tranquilidad, y no recuerdo la respuesta claramente que me dio por entonces, lo que pasó entre dicho señor SC y yo solamente y sin que ninguna otra persona estuviera presente.

Que me parece que el abate Olier, el Sr. abate Caulet, el Sr. abate de Prières, me habían dicho que el Sr. de SC, tenía la práctica dicha, y me habían dicho otra cantidad de cosas de él que no recuerdo ahora.

Que el Sr. abate Caulet habiéndome dicho que había comunicado con el Sr. abate de SC, y que ciertas opiniones le habían parecido particulares en él, y al preguntarme, por lo que me parece, si debía tomar dirección de él, dije a dicho Sr. Caulet que, ya que encontraba dificultad en las dichas opiniones, no se sometiera a dicha dirección, no sé si le dije que no le visitara.

No sé en qué tiempo recibí la susodicha carta ni por quién me llegó.

Nunca me dijo lo que tenía que criticar en nuestra congregación, ni de los defectos de los que habla en su carta.

No me acuerdo *de prohibir a los de nuestra congregación tratar a dicho señor SC.*

No sé lo que quiere decir por su carta de culpar a los comienzos por los que nuestra congregación se estableció en los lugares donde está; ni tampoco cuál es este rechazo público que dice haber tenido en su carta, y haber hecho cambiar de parecer por fuerza de razones con quien estamos en deuda en dicha fundación, si no oye hablar del proceso que hemos tenido contra los de Saint-Victor, y de la ayuda que nos ha prestado en él.

No sé tampoco cuál es esta persecución que dice en la misma carta haber tenido, y en la que dice que yo le he abandonado; ni cuál es esta sublevación, ni esta triple cábala

Que dice que se ha formado contra él.

No sé tampoco cuál es ese buen oficio que dice haber querido dar a nuestra congregación, y habérselo impedido yo, a no ser que hable de que no he querido seguir sus consejos en cuanto a nuestra congregación. pues no me ha dado ninguno nunca respecto a la dirección de la Compañía.

I una vez al Sr. SC en su morada en París después de su regreso, en la que no hablamos en absoluto del contenido de la carta, a no ser cuando le dije que le agradecía porque se había comunicado conmigo; con ello me refería a la carta por el disgusto que había tenido.

No me acuerdo haber dicho a nadie lo de la carta, y que la guardase, sino al Sr. Dauzenat, que entonces era capellán de la señora duquesa de Aiguillon, y ahora financiero del señor el cardenal.

He conservado dicha carta para demostrar que yo no participaba en la práctica de dicho señor SC, ni de las opiniones de que se le acusaba, en caso de ser investigado.

Desde que el Sr, de Laubardemont me hablara de la carta por parte del señor cardenal, o dos días después, se la llevé a Su Eminencia.y se lo dije al señor Lescot el mismo día que la tenía.

El Sr. Barcos ni el Sr. Singlin, ninguno vino a verme para rogarme que no dijera nada contra el Sr. de SC.

Nunca he llamado al Sr. SC. mi maestro. No sé por qué la carta nunca estuvo cerrada, y bien recuerdo yo que estaba en un sobre de papel sellado, sin otra carta que la acompañase.

Me enteré tres días después por un tal Sr. Tardif que se había hallado entre los papeles de dicho señor SC. una copia de dicha carta y que estaba escrita de mano de la superiora de la Visitación de Poitiers, y pienso que él añadió que el original me había sido enviado, por dicha superiora, pero no sé nada.

Yo nunca he recibido carta alguna de dicha superiora respecto de las opiniones y prácticas *que se imputan* a dicho señor SC., ni siquiera de ninguna carta, ni tampoco sobre ningún otro asunto, sino una o dos que recibía hace cuatro años o algo así sobre la fundación de la casa de la visitación en Poitiers, en la que atendí al señor SC. para escribir a Monseñor de Poitiers.

Es todo lo que se de esa carta.

En cuanto a algunos otros artículos sobre los que se me ha interrogado por dicho seños Lescot, digo sobre aquel que se refiere a si yo no he oído al señor de SC. que Dios destruye a su Iglesia desde hace quinientos o seiscientos años, alegando estas palabras de Salomón, *Tempus destruendi*, y que la corrupción se había deslizado hasta en la doctrina:

Respondo haberle oído decir una vez tan sólo estas palabras, que Dios destruye a su Iglesia y también que, según eso, parece que los que la sostienen obren contra su intención. Decía esto, me parece, a consecuencia de algunos discursos de los juicios de Dios, de la corrupción de las costumbres. Y en primer lugar esta proposición me causó dolor; pero he pensado después que *él lo decía en el sentido que se dice que del papa Glenmente VIII decía que lloraba porque veía que mientras que la Iglesia se extendía a las Indias le parecía que se destruía por este lado*; y sobre lo que dice que parece que los que la sostienen actúen contra la intención de Dios, pienso que se debe explicar por *los actos de la vida de dicho señor SC., que eran la mayor parte para sostén de la Iglesia, testigos sus escritos y lo que hacía hacer para la salvación de las almas*. Y del resto del artículo no le he oído hablar nunca.

Sobre la pregunta de si no le he oído decir que el papa y la mayor parte de los obispos... no hace la verdadera Iglesia, hallándose desprovistos de la vocación y del espíritu de la gracia:

Respondo no haberle oído decir lo que se contiene en la pregunta, a no ser una vez tan sólo, *que muchos obispos eran hijos de la curia, y no tenían vocación. Nunca sin embargo he visto a nadie estimar más al episcopado que él*, ni algunos obispos, como el difunto Sr. de Comminges. Tenía gran estima

también del difunto Francisco de Sales, obispo de Ginebra, y le llamaba Bienaventurado.

Requerido si no le he oído decir que el concilio de Trento ha cambiado y alterado la doctrina de la Iglesia, y no es un concilio legítimo;:

Respondo *no haberle oído decir eso*: sí que había habido intrigas en dicho concilio.

Interrogado si no le he oído decir que es un abuso dar la absolución incontinenti después de la confesión, según la práctica ordinaria, y que hay que satisfacer con antelación:

Respondo no haberle oído jamás decir que fuera un abuso hacerlo como lo dice la pregunta. Sí que le oí hablar de la penitencia antes de la absolución, pero no recuerdo en qué términos. Pero la experiencia hace ver cómo entendía él lo que se contiene en dicha pregunta, porque nos hizo dar la Misión en las parroquias que dependen de su abadía de Saint-Cyran, y nos ha ofrecido repetidas veces un priorato que tiene cerca de Poitiers, para hacer lo mismo en el obispado de Poitiers, y todo el mundo sabe que hacemos el contenido de lo que dice el artículo.

Cuestionado si no le he oído decir que el justo no debe tener otra ley que los movimientos interiores de la gracia para vivir en la libertad de los hijos de Dios, y que los votos son imperfectos, oponiéndose a esta libertad de los hijos de Dios.

Respondo que nunca le oí decir las palabras que el justo no debe tener otra ley que los movimientos interiores de la gracia para vivir de la libertad de los hijos de Dios. recuerdo muy confusamente que le oí hablar alguna vez favorablemente de los movimientos interiores de la gracia, y alegar estas palabras de san Pablo: *Justo lex non est posita*. Pero no me acuerdo en qué términos hablaba, a favor de los movimientos de la gracia, ni con qué fin traía a cuento las labras de san Pablo. Y de los votos, dudo si le oí decir dichas palabras de la pregunta. Sin embargo sé que asistió a un sobrino suyo para hacerse capuchino en la provincia de Toulouse, llevó él mismo al hijo de uno de sus amigos a los Carmelitas reformados.

Preguntado si no había dicho que los jesuitas y demás religiosos nuevos que se mezclan en funciones clericales, deben ser destruidos:

Respondo haberle oído censurar algunas opiniones de los jesuitas, señaladamente sobre la gracia, y me parece haberle oído decir que si estuviera en su poder arruinar a los jesuitas, o a algunos de ellos, lo haría, aunque *yo le haya oído decir grandes alabanzas de los primeros de su orden*, y me parece además haberle oído decir que *él no quería mal a la Compañía de dichos jesuitas, y que daría la vida por ella y por cada uno de ellos*; lo que hace que yo aprecie que él quería decir por arruinar a los Jesuitas, que si dependiera de él, *les quitaría la facultad de enseñar la teología*; pero en cuanto al resto del artículo, no sé de qué se trata..

Respecto de otros muchos artículos, como si la contrición perfecta es absolutamente necesaria en el sacramento de la penitencia, si no se puede dar la absolución sacramental más que a los que están verdaderamente contritos, que la absolución no perdona el pecado, *sino que declara tan sólo que ya está perdonado*, a saber en virtud de la contrición, que ha precedido y de be preceder a la absolución; que los pecados veniales no son materia suficiente de la absolución sacramental; que no es necesario confesar el número de los pecados mortales, ni las circunstancias que cambian la especie

del pecado; que la verdadera fe no se distingue de la caridad; *que la Iglesia de los seiscientos últimos años no es la verdadera Iglesia*; tocante a estos artículos, dije, y muchos otros, sobre los que se me pregunta por dicho señor Lescot:

Respondo no haber nunca oído hablar a dicho señor SC. Que es todo cuanto sé sobre dicho señor SC. He escrito todo lo anterior de mi propia mano, y después releerlo, persisto en ello y firmo.

VICENTE DE PAUL, *con rúbrica.*

Nº 4. *Compendio del método de predicar.* La predicación tiene tres partes: el Exordio, el Cuerpo del discurso, y el Epílogo o peroración .

Primera parte. El Exordio.

Contiene cuatro puntos: el Texto, la Proposición del asunto, la División y la Invocación.

El Texto debe ser : 1º sacado de la Sagrada Escritura, del Antiguo o de Nuevo Testamento;

2º corto, como *Qui se humiliat exaltabitur*, etc.; 3º claro y sin equívocos u oscuridad; 4º repetido varias veces en el curso de la predicación, y en todo debe convenir al asunto de que se trata; y si encierra algunos motivos o medios o algunos efectos de la cosa de que se habla, no dejar de servirse de ellos y hacerles valer.

2º. La proposición del tema se hace de ordinario exponiendo la razón que tenemos de hablar de ese asunto, porque el Espíritu Santo nos invita por las palabras dichas en el o algunas razones, lo que debe hacerse brevemente, es decir en tres o cuatro líneas, la experiencia nos enseña que los exordios demasiado largos no sólo son inútiles, sino hasta perjudiciales por el aburrimiento que producen en los oyentes.

3º. La división contiene casi siempre tres partes, según nuestro método y a veces solamente dos.

Los tres puntos son: 1º los Motivos; 2º la Definición; 3º los Medios de adquirir aquello de lo que se va a hablar, con la respuesta a las objeciones.

Los *Motivos*. –Aquí hay que advertir que se debe diversificar las palabras o el modo de proponerlas, diciendo, por ejemplo: las razones que nos obligan, -los motivos que nos llevan, -lo que nos debe mover, -la importancia, la necesidad, las ventajas que hay, -las obligaciones que tenemos, etc.

La *Definición*. –En esto hay que diversificar también las palabras o el modo de expresarlas, diciendo, por ejemplo: “En el segundo punto, les mostraré en qué consiste tal cosa, o su naturaleza y sus propiedades; “ o: “Les explicaré lo que es, -sus cualidades, etc.”

Los *Medios*. –Sobre esto se distinguen las palabras, por ejemplo: “Yo les diré los medios, -yo les enseñaré el secreto o la manera de adquirir, de practicar, etc.; “ o bien:” yo les referiré las disposiciones con las que se debe hacer, etc.; o los remedios que se deben poner a este mal, etc.”

La División no contiene más que dos puntos cuando la cosa de la que se habla es bastante conocida; como cuando se trata de la perseverancia o de la recaída en el pecado, no es necesario ni siquiera oportuno en qué consisten la recaída y la perseverancia; pero se ha de pasar a los dos puntos, tomando tan sólo los motivos y los medios, con la respuesta a las objeciones.

4º La Invocación consiste en pedir el auxilio del Espíritu Santo por intercesión de la santísima virgen, diciendo el *Ave*.

En Italia se empiezan las predicaciones de otra forma, y allí se seguirá la costumbre del país en ello.

Segunda parte. *El cuerpo del discurso.* Hay de ordinario tres puntos: 1º los Motivos; 2º la Definición; 3º los Medios, con la respuesta a las Objeciones. Se ha de notar que inmediatamente después de la invocación que se ha hecho en el exordio, se debe entrar en los motivos sin otro preámbulo, lo que no serviría más que para prolongar inútilmente la predicación.

Los Motivos.-Se sacan o de un bien *honesto* o de un bien *útil*, o de un bien *deleitoso*, o de sus contrarios, a saber: del *deshonesto e infame*, del *perjudicial y molesto*, a estos grupos se refieren lo *necesario* y lo *fácil*, con sus contrarios.

Estos motivos se prueban por la autoridad, o por la razón o por el *ejemplo*

Por la autoridad: 1º de la Escritura santa; 2º de los concilios; 3º de la tradición; 4º de los Padres, sobre todo de los más antiguos; 5º a veces también, pero raramente de los autores profanos. En esto se ha de tener en cuenta que los pasajes que se alegan deben: 1º ser cortos; 2º si son un poco largos se han de dividir en varias partes apoyando las palabras que refuerzan el tema; 3º fortalecerlos con la autoridad de los Padres, de donde han sido tomados, y con las circunstancias en que han sido escritos; 4º si son de algunos profanos, se les ha de añadir la autoridad de algún Padre.

2º Por la *razón* que se sacará de la naturaleza de la cosa, o de las propiedades, o de sus efectos, o de sus circunstancias, añadiendo, en cuanto se pueda, alguna buena comparación, como hacen Nuestro Señor en el Evangelio y, después de él san Crisóstomo y san Francisco de Sales en sus obras.

3º Por los *ejemplos*, que serán: 1º hermosos; 2º auténticos y tomados, si se puede, de la Sagrada Escritura, o de los santos Padres, o de la historia eclesiástica, o de algunos graves autores; 3º bien elegidos y propios a su auditorio, se ha de notar sobre este primer punto que es conveniente no detenerse tanto, a fin de tener más tiempo para extenderse más en el segundo que contiene la instrucción y el esclarecimiento de lo que tiene más necesidad el pueblo y, a este efecto, no se deben aportar más que dos motivos; a veces con uno será suficiente, cuando es de por sí urgente y eficaz, y está bien traído.

La *Definición*. – Hay que notar sobre la definición: 1º que es bueno a veces decir lo que no es antes de decir lo que es la cosa de que se habla.; 2º que no es necesario que esté hecha con el rigor de escuela, basta con una bella descripción; 3º que este punto no es tan seco como pudiera parecer, porque no consiste en dar la definición limpia, sino que además se debe: 1º proponer las principales definiciones del tema; sobre todo si son necesarias para entender el tema; expresar las palabras y las principales partes de dicha definición; 3º mezclar motivos que sean más intrínsecos a la cosa, sin decir sin embargo que son razones que damos. Es también muy conveniente entrar en lo particular aportando los actos principales de la virtud o del vicio del que se habla, y las ocasiones principales en las que se debe practicar esta virtud y huir de este vicio.

Además, se deben dar señales por las que se puede conocer si se tiene esta virtud o si se está manchado con este vicio. Cuando la cosa es bastante

común y se quiere tratar un segundo punto, como si se habla de las miserias de esta vida, o del modo de sufrirlas, no es necesario explicar lo que son estas miserias; es suficiente referir las diversas clases de males que se pueden sufrir. Si se dice que no se ha de abusar de las gracias de Dios, se debe tratar estas gracias, por ejemplo, la vocación al cristianismo, a la religión, etc.

Los *Medios*. – Sobre los medios adviértase que es preciso: 1º mostrar que los que aducimos son verdaderamente medios que nos pueden llevar a la cosa de que se trata, lo que muchos no hacen; 2º ... 3º Dar los más generales los primeros. Ahora bien, estos medios son de consideración o de práctica: los primeros consisten de ordinario en la consideración o reflexión sobre los motivos o sobre la cosa misma y deben preceder a los medios de práctica; los más generales deben preceder también a los que son particulares; pero se deben seguir de los medios particulares y de práctica, y raramente de los generales y de consideración. Nótese que es bueno, de vez en cuando, tener como fin una historia que haga ver la felicidad o la desgracia que resultan de la cosa de que hablamos; pero, es oportuno, 1º que venga bien al tema de que se trata; 2º que sea bien moral; 3º tomada de los autores; 4º no muy larga.

Las *Objeciones*, -1º No deben ser más fuertes que las repuestas; 2º se pueden dar varias respuestas; 3º se puede también a veces replicar con fuerza a las objeciones; 4º cuando se encuentran varias respuestas de Nuestro Señor o de un santo Padre a una objeción parecida, está indicado servirse de ella y decir que es Nuestro Señor mismo, o un tal Padre quien responde bien a esta objeción; 5º se las puede colocar a veces por delante de los medios.

Tercera Parte. *La peroración.* Consiste en una recapitulación de todo lo que se ha dicho, como también en algunos afectos como para animar a los oyentes a hacer lo que se les ha propuesto, y para dejarlos con un sentimiento de devoción. Aquí se debe acentuar: 1º que debe ser muy breve, y no como segundo sermón; 2º que es bueno mezclar también algunos motivos; 3º que también es bueno, de vez en cuando, concluir la dirigiéndose a Nuestro Señor, pidiéndole su gracia y su auxilio para cumplir las cosas que se acaban de oír..

Tres cuestiones importantes en la predicación.

1º *De los afectos.* Son propios para conmover, y se deben producir casi en toda la predicación, pero principalmente al fin de cada punto.

Se pueden hacer, 1º en forma de *pregunta*, por ejemplo: “Nos lo habríamos imaginado alguna vez...Lo habéis pensado? etc.” Y después de dar la definición de la contrición o de otra cosa: “Y bueno, ¿tenemos nosotros esta contrición, esta virtud?” Después de exponer señales de algún vicio o virtud: “¿vemos nosotros estas señales en nosotros, con las manos en la conciencia, no se sienten algunos culpables de este vicio o de este pecado? ¿Han sido buenas todas nuestras confesiones anteriores, no es verdad que...? etc. “Estas clases de preguntas despiertan de maravilla al oyente y producen de ordinario mucha impresión en las mentes.

2º Por *exclamaciones*: “Ah, qué desdichados somos, qué hemos hecho ofendiendo a un Dios tan bueno, oh, si lo supiéramos, si lo pensáramos un poco...!”

3º Por *admiración*: “¿Es posible que...? etc.”

4º Por *quejas* a Nuestro Señor: “Ay, qué miserables somos al ofenderos! etc., por qué lo habéis permitido, es preciso...? etc. “

5º Con *peticiones* a Nuestro Señor y a los santos: “Dadnos, Dios mío, etc.”

6º Con *invektivas* contra el pecado, el diablo y el mundo: “Vete de ahí, engañador, que tratas tan mal a los que se fían de ti..! etc. Vete de aquí, tú que precipitas en el infierno a los que te siguen!”

7º Con actos de *compasión*: “Oh pobre pecador, qué desdichado si te vas a perder! A cuántas miserias te entregas! etc.

2º *De las transiciones*. Es acertado y de alguna manera necesario unir los puntos del sermón con algunas transiciones. Así, para entrar del primer punto, que trata de los *motivos*, al segundo que es la *definición*, conviene decir: “Éstos son los motivos que nos hacen ver cuánto importa tener, por ejemplo, la contrición; veamos ahora qué es esta contrición; “ o bien: “Me diréis que veis bien que es necesario tener esta contrición, pero no sabéis en qué consiste y cómo se consigue; pues esto es lo que voy a deciros en mi segundo punto,” –o parecida transición.

Se puede hacer lo mismo para pasar al tercero, por ejemplo: “Me parece que me estáis diciendo: Vemos cuánto importa tener tal virtud y lo que es; confesamos también que no la tenemos y deseamos abrazarla; pero tenemos en ello muchas dificultades, y estamos deseando conocer los medios de adquirirla; estos medios yo os los voy a enseñar; escuchadlos bien, es mi tercer punto.”

Después de los *medios*, se puede decir: “Bueno, qué nos falta. A qué se debe que no hagamos esto o aquello. Vemos su necesidad, sabemos lo que es; hemos visto los medio de conseguirlo; me parece sin embargo oír a alguien que me dice.., etc.” Aquí conviene formar las objeciones, si hay que hacerlas, responderlas, luego añadir, por ejemplo; “Ahora bien, ya no hay impedimentos a la práctica de tal virtud, etc.”

Se ha de notar que no se deben hacer siempre estas transiciones de la misma manera sino cambiarlas en cuanto a los términos y alguna vez en cuanto al modo

Y en cuanto a pasar del exordio al primer punto, véase lo que se dijo al principio, y saber que después del *Ave Maria* no se debe hacer segundo exordio o preámbulo, sino ir a los motivos directamente, no claramente diciendo primero: “Mi primera razón o mi primer motivo es , etc.” sino más bien: “El primer punto de mi discurso, como acabo de decir es daros los motivos que tenemos para evitar, por ejemplo, el pecado a todo precio, y el primer motivo que adelanto es...etc.”

3º. *De la pronunciación*. 1º Todo discurso debe ser pronunciado con un tono natural y familiar, con las inflexiones de voz convenientes, evitando la monotonía y lo que huele a canto y declamación, no causando lo mejor del mundo impresión alguna cuando se pronuncia de esta forma.

2º No se debe tampoco hablar más alto de lo que pide el auditorio y la nave, gritar mucho no sólo daña el pecho del predicador sino que hiere el oído de los oyentes.

3º Hay que hablar claramente y reposadamente, deteniéndose y respirando con calma al final de los periodos, y también al final de cada motivo y de cada medio.

Nota. Se debe evitar cuidadosamente la duración, que no hace más que aburrir y cargar la cabeza del pobre pueblo, el cual, sintiéndose cansado al final

del discurso, se aprovecha menos de todo lo que se ha dicho anteriormente; no se debe hablar más de tres cuartos de hora más o menos, los días de trabajo; y cuando se pueda, las fiestas y domingos, llegar hasta la hora, no se debe nunca pasar de ahí.

Capítulo III: Misiones de Europa

Artículo Primero: *Misiones de Italia.*

I. *Misión de Roma.* Vicente había enviado muy temprano a algunos de sus sacerdotes para negociar allí el gran asunto de su Instituto. Entre aquellos cuyo nombre ha sobrevivido en la historia citemos a du Coudray, con quien ya nos hemos encontrado en 1643. Fue reemplazado en 1638 por Louis Le Breton, cuyos trabajos en el campo romano atrajeron el favor del Papa sobre la Compañía. Desde entonces Vicente soñó con fijar a sus sacerdotes en el centro de la catolicidad. El 1º de febrero de 1640, encargó a Le Breton encaminar lo antes posible esta fundación, y alquilar o comprar una casita de tres o cuatro mil libras, en algún barrio de Roma, como en un arrabal, ya que las reglas del Instituto prohibían a los Misioneros los actos públicos en la ciudad. No ponía ninguna condición excepto la salubridad del lugar, la vecindad del Vaticano y facilidad para extenderse con el tiempo. Le Bretón encontró un palacio! “Está por encima de nuestras posibilidades y más allá de nuestras fuerzas,” le respondió Vicente el 26 de febrero; y volvió a su primer plan que le interesaba más ya que, decía, “es necesario que nos habituemos a ese lugar.” Renunciaba incluso a la vecindad del Vaticano, a la proximidad de una iglesia, una pequeña capilla podía ser suficiente de momento, a menos que no se debieran ocupar un día de los ordenandos: “Pero entonces como entonces.” Mientras tanto, la pequeña capilla debía estar bajo el nombre de la Santísima Trinidad y la casa llamarse de la *Misión*⁵⁰⁵

Sin embargo Urbano VIII, que había oído hablar favorablemente de los trabajos de Le Breton, apuró el cumplimiento del plan de Vicente. Por una bula del 8 de julio de 1641, autorizó el establecimiento de la Misión en Roma, con mención muy honrosa para Le Breton⁵⁰⁶. El 15 de setiembre siguiente, Vicente anunciaba en estos términos esta buena noticia a Codoing, superior de Annecy: “Su Santidad nos ha permitido alquilar o comprar una casa, vivir allí o ejercer nuestras funciones ante el pueblo y los eclesiásticos según nuestro Instituto con cargo que dependeremos del cardenal gran vicario, o vice-gerente, cuando nuestras funciones se dirijan al prójimo, y en cuanto a la disciplina de la Compañía (dependerá) del general de ésta, y este permiso se da en testimonio de los frutos del Sr. Le Breton, a quien Dios bendiga mucho.”

Algunos días después, el 17 de octubre, Le Bretón moría agotado por el trabajo de sus misiones en la diócesis de Ostia. Los religiosos franceses de la orden tercera de san Francisco de Asis le dieron una sepultura honrosa en su iglesia a la espera de ser trasladado a la de Notre-Dame-des-Miracles. El vice-gerente de Roma, el cardenal Barberini, sobrino del Papa, y el cardenal Lanti, decano del sacro colegio, le honraron con sus lágrimas.

⁵⁰⁵ Cartas del 1º y 26 de febrero, y 1º de junio de 1640.

⁵⁰⁶ “...cognito etiam fructu Missionum quas Lud. Le Breton per castella et pastoricia tuguria huius districtus(Romae) de nostro mandato obierat. »

Esta muerte era tanto más molesta cuanto que el asunto del establecimiento de Roma

no estaba aún concluido. Vicente, como siempre se volvió a Dios. “Perdiendo al Sr. Le Breton, escribía el 19 de noviembre a Codoing, hemos perdido mucho según el mundo. Muchos me cuentan maravillas de sus trabajos y de las bendiciones que Nuestro Señor repartía en ellos; pero nos parece que este santo hombre hará por nosotros más en el cielo de lo que habría hecho en la tierra y que, si Dios nos quiere en Roma, hará por sus oraciones llegar a buen término esta fundación, a menos que los pecados de Vicente, que es el peor de todos los hombres del mundo, lo impidan .”

Los méritos de Vicente, que su humildad transformaba en pecados, unidos a las oraciones de Le Breton, lo llevaron todo a buen fin, pero se necesitarán varios años. Mientras tanto, el santo urgió la salida para roma de Codoing, a quien destinaba para reemplazar a Le Bbreton. Le escribía el 31 de diciembre de 1641: “Hay inconvenientes en diferirlo. El Papa, el cardenal Lanti, decano de los cardenales, y otro buen y virtuoso eclesiástico que tiene el pensamiento de los ordnandos en la mente, pueden morir durante ese tiempo; y si eso ocurriera, sería un fracaso o correría un gran riesgo.” Codoing llegó a Roma a principios del año 1642. Algunos meses después, las liberalidades de la duquesa de Aiguillon, verdadera fundadora aquí como en tantos otros lugares, facilitaron grandemente la fundación de Roma.

En este año de 1642, cuando trataba ella mediante toda clase de actos de caridad de testimoniar a Dios su gratitud por el restablecimiento, pero tan poco duradero, de la salud del cardenal su tío; cuando acababa de fundar misiones en su ducado a esta intención, quiso también erigir en Roma una especie de monumento y, mediante acta del 4 de julio de 1642, deseando, decía ella, “que hubiera en adelante y para siempre personas encargadas de adorar, alabar, amar y rogar a la Santísima y adorable Trinidad y que, con sus buenas obras, rindieran eternamente en la tierra acciones de gracias a dios” por ella y su tío, dio 30 000 libras para emplear en rentas⁵⁰⁷, al efecto de ayudar a los Misioneros en el establecimiento y ampliación de su iglesia y casa de Roma, que se dedicaría a la Santísima Trinidad, o al menos de una capilla; con el fin de ejercer en roma sus funciones ordinarias, misiones, ordenandos, etc., y celebrar misas por ella y el cardenal de Richelieu.

En 1643, el 2 de mayo, en agradecimiento “por el gran celo y devoción de los sacerdotes de la Misión en la fundación hecha por ella,” el año anterior, “para honrar el sacerdocio eterno de Nuestro Señor Jesucristo, y el amor que tuvo por la salvación de los pobres, y para contribuir de algún modo a que sean instruidos los eclesiásticos en las cosas necesarias a su estado antes de recibir las sagradas órdenes, y los pueblos en lo necesario a su salvación, y para que hagan una buena confesión general de toda su vida pasada,” da también 50 000 libras destinadas a comprar 5 000 libras de renta ⁵⁰⁸, con el encargo de recibir a todos los ordenandos en las cuatro épocas del año, aun *extra tempora*. El 16 de julio y 18 de setiembre siguientes, en consideración por los gastos hechos pata la ejecución y mantenimiento de la fundación, y queriendo mandar decir dos misas al día a perpetuidad por el difunto cardenal y por ella, “todo ello para honrar a Nuestro Señor Jesucristo como Mesías enviado de su Padre eterno a la tierra para la salvación de los hombres, habiéndose dignado

⁵⁰⁷ Una parte de esta suma se empleó en la adquisición de los coches y carrozas de Soissons.

⁵⁰⁸ Las 5 000 libras fueron compradas sobre los coches de Normandía..

revestirse de la debilidad del hombre por el misterio de la Encarnación,” ella añadió a sus donativos anteriores una nueva suma de 20 000 libras⁵⁰⁹. Por último, en su testamento del 29 de julio de 1674 y del 9 de abril de 1675, legó otras siete mil libras al seminario de Roma⁵¹⁰.

Estas ricas fundaciones, cuyos hermosos considerandos han sido evidentemente inspirados por Vicente de Paúl, ya que expresan objetos particulares de su devoción, fijaron la suerte de la Misión de Roma.

Codoing que había recibido la noticia se creía entonces bastante rico para comprar una casa de 60 000 libras. “Oh Jesús, Señor, le escribió Vicente (17 de abril de 1643, nosotros no estamos en situación de... Deseo que vuestro establecimiento no sea fastuoso ni lo parezca; las obras de Dios se hacen así, y las del mundo al contrario.” La Misión de Roma debía ser habitada de alquiler dieciséis años todavía. Durante ese espacio tan largo de tiempo, se le presentaron varias propuestas, sus superiores formaron toda clase de proyectos; pero Vicente, según el parecer de los mayores de la Compañía, de Horgny, Almérás, que conocían los lugares, se negaba a aceptar, viendo en ello un inconveniente y luego otro. En 1657, se trató por un momento de alojarla en el palacio de Letrán. Los Misioneros sentían repugnancia en ello: “No obstante, les escribió Vicente, si la Providencia de Dios, por orden del Papa, os alojara allí, parece que podría salir algún bien, ya porque de eso, tanto por que así se podría servir a la Compañía en la primera sede de la Iglesia como una ocasión para emprender los ejercicios de los ordenandos, ello no impediría que con el tiempo los Misioneros tuviesen en la ciudad otra casa más cómoda...¿Qué sabemos nosotros si no hay algo de Dios en esta proposición?.. Seríais ciudadanos de Roma y en estado de prestar nuevos servicios a Dios...Puesto que os llaman por eso, no os debéis apresurar a dar la exclusión, sino escuchar las ventajas y pedir consejo⁵¹¹

Este proyecto no tuvo continuación. El año siguiente, el Papa, informado por el cardenal Durazzo. Y otros miembros del sagrado colegio de todos los bienes operados por la Compañía, ordenó a la Congregación de la visita apostólica que estudiara los modos de hacerle ejercer todas sus funciones en Roma, como en Ginebra y otras partes y facilitare allí una casa. se trataba entonces de la casa de San Nicolás, a la que acompañaba un curato. Vicente veía en ello un medio de ejercitar a los jóvenes eclesiásticos en las funciones del santo ministerio, en el caso de que el Papa tuviera intención de establecer un seminario en Roma y entregar su dirección a la Compañía⁵¹². Este proyecto fracasó también, y cambiaron de intenciones para chocar con otros obstáculos. “Hay que quedarse pues ahí, escribió entonces Vicente, si Dios, por alguna coincidencia, no dispone otra cosa. Cometeremos un grave error si no hiciéramos valer la suerte que tenemos por ese lado de parecernos a Nuestro Señor, cuando decía no tener un lugar para descansar. No es pequeña humillación estar alojados pobremente y en casa de otro en una ciudad grande que no da importancia más que a las comunidades bien acomodadas. Pero también debemos querer ser desconocidos abandonados, mientras Dios lo quiera, y que tal vez Dios se servirá de este amor a nuestra abyección, si le tenemos, para alojarnos con ventaja. Oh si Dios quisiera conservarnos en este

⁵⁰⁹ Que fueron empleadas en la compra de una renta de 2 000 libras en los coches de Normandía.

⁵¹⁰ Ver estas actas arch. del Estado, S, 6716.

⁵¹¹ Cartas a Jolly de los 21 y 28 de diciembre de 1647.

⁵¹² Cartas al mismo de los 19 de julio, 9 de agosto, 1º y 6 de setiembre de 1648.

estado, tendríamos motivos de sobra de esperar que nuestra casa sería después una casa de paz y de bendición.” Y ocho días después, escribía en un lenguaje más sublime todavía: “¿Podemos nosotros estar mejor ni más agradablemente para Dios que permanecer en la posición que nos pida? con tal que en efecto nos mantengamos en ella por sumisión a su voluntad, agradecidos de sentirnos indignos de un puesto más ventajoso, y que incluso el que tenemos sobrepase nuestros méritos, y es más conveniente a los planes que Dios tiene sobre nosotros que no debemos tener morada estable si estamos hechos para ir, ni de casa propia si queremos seguir a Nuestro Señor que no la tuvo. Si no amamos la humillación mientras Dios nos concede practicarla, ¿cómo la buscaremos estando establecidos con todos los honores? Mantengámonos en la oscuridad y estemos contentos de ser pobres, porque el mundo, al vernos así envilecidos, nos despreciará por ello. Será entonces cuando comencemos a ser verdaderos discípulos de Nuestro Señor. ‘Bienaventurados los pobres de espíritu, dice el Evangelio de hoy, porque de ellos es el reino de los cielos’. Allí es donde estarán alojados. ¿Acaso no es un hermoso alojamiento para nosotros? Dios mío, hacednos la gracia de preferir los medios que nos llevan allí a todas las pretensiones y las comodidades de la tierra. Dejémosle hacer y no dudéis de que todo vaya bien para vuestros trabajos como para vuestras personas⁵¹³.” Muchos meses más debió mantener el santo a su sacerdotes en estos sentimientos de abnegación y de confianza en Dios: “No hay que sorprenderse si no os hablan ya de daros una casa, porque es cosa de Dios que lo hará por caminos imprevistos y medios extraordinarios, y tal vez cuando menos nos lo pensemos... Si se hubiera oído o visto alguna vez a una persona servir a Dios y confiar en su bondad, faltarle cosas convenientes a su estado, tendríamos algún motivo de desvivirnos por nuestras necesidades; pero a nosotros nos basta con encomendárselas a su Providencia, ser fieles a nuestras obligaciones, y dar por seguro que, pronto o tarde, Dios proveerá a lo que él sabe que es necesario para los planes que tiene sobre nosotros. ¿Qué otra cosa tenemos que hacer?⁵¹⁴

Este desinterés y este abandono merecían su recompensa. En el momento mismo en que el santo escribía esta carta, el cardenal Bagni, antiguo nuncio de Francia, ofrecía a la Compañía su casa, situada en uno de los mejores barrios de Roma, a un precio muy por debajo de su valor, y el cardenal Durazzo, arzobispo de Génova, daba una fuerte limosna para pagarle. El 12 de setiembre de 1659, el santo escribió a los dos cardenales, y les testimonió en términos conmovedores su piadosa gratitud. Al mismo tiempo agradecía a Dios y le pedía que derramara sus bendiciones sobre la nueva casa y sobre sus habitantes⁵¹⁵. Es la casa –pero ya reconstruida por completo desde entonces– que ocupa todavía hoy la Compañía en Monte-Citorio. No había esperado a que Dios le diera un domicilio propio para ponerse a su servicio y abrazar todos los empleos del Instituto.

Había comenzada hacia 1638 por misiones en la campaña romana. Se conoce el campo romano, su soledad poblada tan sólo por recuerdos o, durante el invierno por rebaños que se llevan a sus abundantes pastos. Sin domicilio fijo, los pastores llevan allí una vida totalmente primitiva y nómada. Andan errantes todo el día y por la noche, después de acorrallar los rebaños, se amontonan

⁵¹³ Cartas a Jolly de los 25 de octubre y 1º de noviembre de 1658.

⁵¹⁴ Carta a Jolly del 9 de mayo de 1659”

⁵¹⁵ Cartas a Jolly, de los 5 y 19 de setiembre de 1659.

diez o doce en cabañas móviles. Sin dios y sin ley, al menos durante seis meses del año, sin servicios religiosos, comparten en todos los sentidos la vida de los rebaños: todo les va bien, cuando los rebaños andan bien.

Es a esta especie de hombres a los que Le Breton y los primeros Misioneros de Vicente quisieron, a sus órdenes, consagrar las primicias de su apostolado en Italia. ¿Cómo llegar a ellos y reunirlos? Era imposible por el día; pero por la noche, ¿no se podía dar tantas misiones como cabañas? Ellos lo intentaron. “No os pedimos nada, dijeron a los pastores; sólo queremos prestaros un servicio. No tengáis reparo en que pasemos la noche con vosotros, porque tenemos que ocuparnos con vosotros de vuestro gran asunto, de vuestra salvación eterna: por lo demás, os robaremos lo menos posible de vuestro sueño.”

Aceptada la propuesta, los sacerdotes abrieron enseguida su peculiar misión. Mientras esta pobre gente aprestaban su cena, les hablaban de las grandes verdades y las prácticas esenciales de la religión; después, se hacía una oración en común por la noche; luego se arreglaban para pasar el resto de la noche, los pastores en sus chozas, los Misioneros a la intemperie, en algunas pieles de oveja, y con frecuencia en el santo suelo.

Así hacían los Misioneros durante varios días, a veces durante toda la cuaresma. Una cabaña suficientemente instruida y reconciliada con Dios por la confesión general, pasaban a otra, luego a otra más; y cuando las habían recorrido todas, reunían a los pastores en la capilla más cercana, les decían la misa, les dirigían una última exhortación y los admitían a la santa mesa. Estas pobres gentes se volvían luego cantando las alabanzas de Dios: se hubiera dicho de los pastores volviendo de adorar al Salvador en el pesebre.

Mientras continuaban evangelizando a estos primeros llamados del Dios de Belén que nadie disputaba a su celo, los Misioneros se distribuyeron los poblados vecinos de Roma y treparon hasta las cimas del Apenino, teniendo mucho que sufrir por la ignorancia y los desórdenes de los pueblos, a veces por la envidia de los párrocos que los miraban como a espías encargados de observar su conducta, pero venciendo todos los obstáculos, a fuerza de humildad, de desinterés, de paciencia y de perseverancia. Aquí, con su firmeza en la predicación y en el santo tribunal, acabaron con la costumbre de relaciones peligrosas, pronto culpables, entre la juventud de ambos sexos; allí, la Providencia, a la vez terrible y misericordiosa, parecía venirles en ayuda para atraer a los sacerdotes descarriados, cuando uno de ellos, después de gloriarse en público por no haber asistido a uno solo de los ejercicios de la Misión, caía bajo el puñal de otro desdichado sacerdote.

Así se estrenaron los hijos de Vicente de Paúl, y con estos humildes trabajos se atrajeron la bendición de Dios y la confianza de los hombres. Una de ellos, para tenerlos favorables, había tenido la idea de comenzar las Misiones por las tierras de los cardenales. “Oh Jesús Señor, le respondió Vicente a quien le había comunicado, Dios nos guarde de hacer nunca ninguna cosa con vistas mezquinas. Su divina bondad pide de nosotros que no hagamos nunca bien alguno en ninguna parte para darnos importancia, sino que la veamos siempre directa, inmediatamente y sin medios en todas nuestras acciones. Esto me presenta la ocasión de pedir dos cosas; prosternado en espíritu a vuestros pies, y por el amor de Nuestro Señor Jesucristo, la primera, que huyáis, tanto como os sea posible, de aparecer; la segunda, que no hagáis nunca nada por respeto humano. Según esto, es justo absolutamente que honréis por algún

tiempo la vida oculta de Nuestro Señor; hay algún tesoro encerrado en todo esto, ya que el Hijo de Dios permaneció treinta años en la tierra como un pobre artesano, antes de manifestarse. Él bendice también siempre mucho más los comienzos humildes que los que son aparatosos. Me diréis tal vez: Qué idea tendrá de nosotros esta curia, y qué se dirá de nosotros en París. Dejad, Señor, que piensen y digan todo lo que quieran, cuidaos de que las máximas de Jesucristo y los ejemplos de su vida resulten verdaderos, y que den fruto a su tiempo; que lo que no está de acuerdo con ellas es vano, y que todo le sale mal a quien obra según máximas contrarias. Tal es mi fe y tal mi experiencia. En nombre de Dios, Señor, tenedlo por infalible, y ocultaos bien.”

Infalible era el pensamiento de Vicente, infalible su predicción. En efecto, mas impresionados por estos comienzos tan humildes y tan cristianos de lo que lo hubieran sido por un apostolado de cortesanos, todos los obispos de los Estados romanos llamaron en seguida a los Misioneros a sus diócesis. En 1651, el cardenal Spada agradeció a Vicente servicios que le habían hecho en su ciudad y en toda su diócesis de Albano. —en 1653, se ponían a las órdenes del cardenal Brancaccio, obispo de Viterbo; en 1657, evangelizaban la diócesis de Palestrina. Por todas partes tenían lugar restituciones maravillosas sobrepasando a veces el cuádruplo de la suma primitivamente debida; eran escuelas fundadas, montes de piedad fundados por todas partes, graneros donde el pobre de Italia encuentra en todo tiempo recursos asegurados; eran protectores de los pobres, instituidos para defenderlos de las exacciones de los granjeros del señor, para guardar hasta el pago sus muebles, anteriormente tomados para siempre, para impedir que los sometieran a contribuciones injustas; eran sobre todo en esta región de los odios y de las venganzas hereditarias reconciliaciones heroicamente cristianas. Bastaba que un Misionero, antes de la comunión, recordara el precepto del Evangelio si al ofrecer tu dádiva en el altar os acordáis que vuestro hermano tiene alguna cosa contra vos, dejad la dádiva y antes reconciliaos con él”, para que enseguida, en la iglesia, en una procesión, en las plazas públicas, los enemigos se arrojasen a los brazos unos de otros. El padre perdonaba al asesino de su hijo, la viuda al asesino de su esposo; aún más, la víctima iba hasta echarse a los pies del verdugo, y le pedía de alguna manera perdón, en lugar de simplemente perdonarle. En ciertos lugares, al cruel contagio de los odios, el misionero debía oponer el contagio santo de las reconciliaciones. Y conviene, cuando en tal población de unos miles de almas, se contaba entres años hasta setenta asesinatos. En las cartas de los Misioneros, de donde están tomados estos detalles, se encuentra a cada paso la historia de los Montescos y de los Capuletos, inmortalizada por la poesía. Casi en cada pueblo las dos familias más poderosas estaban divididas por los odios mortales. Si un miembro era asesinado o herido, in mediatamente la venganza se cobraba diez víctimas inocentes y amenazaba no calmarse hasta la última sangre de la familia entera. Feroz y armada en guerra escapaba por el día a la justicia vagando por el campo, y no volvía por la noche sino para proseguir el curso de sus sanguinarias ejecuciones.

Pero, inaccesible a la justicia, no lo era a la misericordia. Un Misionero logró descubrir en su escondite a uno de estos hombres de sangre y, en nombre de Jesucristo, le ordenó deponer las armas y hacer las paces. En el nombre que hace postrarse todo hasta en los infiernos, el asesino cayó de rodillas y, elevando al cielo unos ojos llenos de lágrimas: “Prometo la paz, exclamó, a

Dios y a vuestra reverencia. “Ay, al día siguiente el demonio sanguinario se había apoderado de este hombre, y las negociaciones pacíficas se rompieron. El misionero volvió a la carga y, esta vez, la paz fue concluida de cara al altar. “Quiero, dijo un anciano a un joven de la familia enemiga, quiero en adelante mirarte y quererte como a mi hijo. –Y yo, respondió el joven, quererle y honrarle como a mi padre.”

Otro golpe más prodigioso de la gracia: los sacerdotes escandalosos también hacían confesiones públicas. Al acabar una predicación, uno de ellos se adelantó hasta el altar mayor y, prosternado con el rostro en el suelo pidió `perdón a Dios y al pueblo por su vida licenciosa, de repente, de un cabo al otro de la iglesia, gritos de “¡misericordia, misericordia!” salidos de los labios del sacerdote y del pueblo, se hicieron eco, llegaron hasta el cielo y arrancaron la gracia de una conversión general sobre la tierra.

Tales serían, si pudiéramos contarlos de más de doscientas Misiones dadas en la vecindad de Roma durante la vida de Vicente de Paúl. Ante estas noticias, Vicente escribía al superior Edme Jolly, el 25 de enero de 1658, fiesta de la conversión de san Pablo y aniversario de la fundación de la Misión: “Doy gracias a Dios por la bendición que ha dado a vuestros trabajos. El tierno sentimiento que el Sr. cardenal de Bagni ha demostrado de los frutos que producen me da motivo de temer por mí, que soy tan insensible, que nada me impresione. Pido a Dios que me haga partícipe de la piedad de este buen señor y quiera continuar a vuestros obreros las fuerzas del cuerpo y las gracias del espíritu que necesitan para su labor, y sobre todo la vista de su propia debilidad, para humillarse mucho por los bienes que Dios se complace en hacer por medio de ellos. No dudo, Señor de que seáis el primero en darle a él sólo la gloria, y a sentiros culpable de las faltas que cometen.”

Estos trabajos, estos éxitos, no se vieron entristecidos, durante estos largos años, más que por dos pruebas, una procedente de la política, la otra de una peste que asoló toda Italia.

Detenido en el Louvre y llevado a Vincennes, el cardenal de Retz había sido, a petición propia, trasladado al castillo de Nantes, después de abdicar su título de arzobispo de París, del que la muerte de su tío(21 de marzo de 1654) acababa de darle posesión. Allí, con la connivencia del mariscal de la Meilleraye, su guardián y su pariente, , con el concurso de su hermano el duque de Retz y de sus más íntimos amigos por una soga desde lo alto de un bastión a la arena del río, se escapó, revocó su dimisión y se refugió en Roma, “al lado de su juez”, decía él, de donde dirigió al rey, a la reina, a los prelados del reino, toda clase de cartas y de circulares. Irritado el rey quiso hacerle su proceso en Roma como en Francia.. La muerte de Inocencio X suspendió por un tiempo en Roma la venganza real. Pero apenas fue elegido Alejandro VII, cuando Luis XIV renovó a todos sus súbditos, eclesiásticos y demás, la prohibición de tener ningún trato con el cardenal ty de permanecer por más tiempo con él. Luego ordenó la continuación de la demanda , con el desprecio de las inmunidades eclesiásticas-

Hijo del general de las galeras, alumno de Vicente de Paúl, Retz, aún en medio de sus intrigas y de sus escapadas políticas y galantes, se había mostrado siempre protector de San Lázaro, y San Lázaro, agradecido como su fundador, se inclinaba a sostener a Retz en su desgracia. Vicente de Paúl, sin dinero en el estado en que se encontraban entonces la Compañía y Francia, pidió prestados 300 doblones para aliviarle. Retz, que conocía la penosa

situación de San Lázaro, habiéndose negado a aceptarlos, le ofrecieron al menos servicios personales. Los Misioneros de roma recibieron pues en su casa al proscrito; ; pero, por orden de quién, en qué circunstancias, y con qué perjuicios para ellos, es lo que nos va a decir una carta de Vicente, escrita a Ozenne, en Génova, , el 12 de marzo de 1655: “Nuestra casa se encuentra en un estado lastimoso, como habéis sabido por la Gaceta de esa curia; es por haber recibido en ella a Monseñor el cardenal de Retz por mandato del papa, antes de tener conocimiento de la prohibición que el rey había hecho de comunicarlo, el cual habiendo visto mal este acto de obediencia a Su Santidad y de gratitud para con nuestro arzobispo y bienhechor, ha dado orden al Sr. Berthe y a nuestros sacerdotes franceses de salir de Roma y volver a Francia, como han hecho; de manera que el propio Sr. Berthe está ahora en Francia o a punto de llegar, por pura obediencia. Ssucederá lo que Dios quiera; pero vale más perderlo todo que perder la virtud del agradecimiento⁵¹⁶.”

Los Misioneros franceses no pudieron regresar a roma hasta el año siguiente, cuando el cardenal de Retz salió de allí (junio) para reemprender la carrera de su aventuras. Iban a encontrarse en lucha con , ya no contra el poder sombrío de Luis XIV, sino contra la peste que, por lo menos no los debía apartar de sus trabajo sino para darles la recompensa en el cielo. El contagio fue muy pronto tal en Roma, y en otras ciudades de Italia, que dejó vacantes todos los tribunales menos los púlpitos y los confesionarios de los hijos de Vicente de Paúl. Lejos de ello, rogaron a su padre que tuviera a bien que se sacrificaran al servicio de los apestados, los superiores a la cabeza de sus grupos. Cnsolado y encantado de tal entrega, Vicente les mandó en primer lugar que tomaran las precauciones de las que su ardiente celo no se hubiera provisto; luego prohibió a los superiores exponerse, a menos que fuese a falta de de sus cohermanos y orden de los obispos.

Pero como debemos vernos con la peste más cruel todavía en Génova, a donde el relato nos llevará pronto, será entonces el momento de reanudar los hechos.

Durante sus Misiones en la campiña romana y los Estados de la Iglesia, los Misioneros se ocupaban en Roma misma de la santificación del clero. En 1643, cierto número de eclesiásticos fueron por su propia cuenta a prepararse a las sagradas órdenes en su casa⁵¹⁷. Pronto, bien por disminución de celo entre los jóvenes eclesiásticos, bien por oposición de los padres muchos de los cuales veían con dolor que se hubiera apartado a sus hijos de un estado al que no estaban llamados, el movimiento se calmó, pero el cardenal-vicario, testigo de los frutos ya operados por los ejercicios de los ordenandos, obligó, por mandato, a todos los que aspiraban a las órdenes sagradas hacer el retiro de diez días en casa de los sacerdotes de la Misión, y Alejandro VII, informado de los felices resultados de esta preparación, confirmó el mandato del cardenal haciendo de estos santos ejercicios una condición indispensable de la recepción de las órdenes. El retiro de los ordenandos pasó pues con gloria a ser costumbre en Roma. Entonces, por envidia, o por emulación, una comunidad religiosa viendo con pena a todos los ordenandos dirigidos por el Papa hacia la Misión, quiso o atraerlos a ella, o compartir la dirección con los Misioneros; pero el Papa mantuvo sus primeras disposiciones. Vicente se

⁵¹⁶ Ver también rep. de oración del 25 de abril de 1655.

⁵¹⁷ Carta a Codoing del 20 de marzo de 1643.

tomó, como siempre, el asunto por el lado bueno, y escribió⁵¹⁸: Se ha encontrado una Compañía en Roma que, viendo que el Papa enviaba a los ordenandos a los obres sacerdotes de la Misión, como se hizo en París, ha pedido que se los envíen a ella, ofreciéndose a hacerles hacer estos ejercicios, lo que habría hecho sin duda con éxito, si su Santidad no hubiera acertado en su juicio. Hay motivo de alabar a Dios por el celo que despierta en muchos para el bien de su gloria y la salvación de las almas.” Es imposible saber toda la verdad en el asunto de esta oposición, sobre la que nos faltan por suerte los detalles. Parece ser que el cardenal-vicario rechazó la propuesta rival y que el Papa mandó publicar un nuevo breve, por el que aprobaba y confirmaba por propia iniciativa todo cuanto había determinado con anterioridad; y, yendo más lejos todavía, obligó bajo pena de suspensión, no solamente a los súbditos de la ciudad de Roma, sino también a los seis obispados suburbicarios que quisieran ordenarse en sus diócesis, a hacer el retiro de los diez días en la Misión antes de recibir las sagradas órdenes, reservándose a él solo el derecho de dispensa del que no usó nunca durante su pontificado, ni siquiera cuando admitía a recibir las órdenes fuera de los tiempos ordinarios. Inocencio XI confirmó por cartas circulares las ordenanzas de Alejandro VII, e Inocencio XII quiso incluso que se negara o retirara el permiso de confesar a todos los que, con anterioridad, no hubieran hecho durante ocho días los ejercicios espirituales en la casa de los misioneros. Inocencio XII ordenó también los mismos ejercicios para los párrocos de Roma, y todos los años para sus vicarios. En cuanto a los eclesiásticos sin empleo o de beneficios simples, los exhortó vivamente a recurrir también a esta fuente de gracia sacerdotal.

Alejandro VII había testimoniado más expresamente todavía su estima a los misioneros. Después de forzar a su superior Edme Jolly a dar misiones en la iglesia de San Juan de Letrán, quiso confiarle la educación de los escolares de la Propaganda. Mientras bendecía a Dios porque se hubiera pensado en su “pobre y pequeña Compañía para servir a la Iglesia universal”, Vicente veía en este proyecto muchas dificultades, señaladamente en la dualidad de gobierno. “En las familias donde hay dos jefes no subordinados, decía él, no tienen ninguno; los inferiores que no aceptan la dirección de uno recurren al otro.” No obstante, se dispuso a obedecer. Escribió pues a Jolly para pedirle todos los informes necesarios y, según hacía siempre en caso parecido. Le ordenó una peregrinación a las siete iglesias para obtener de Dios la manifestación de su voluntad y la gracia de cumplirla⁵¹⁹. El proyecto tuvo un principio de ejecución. Los sacerdotes de la Compañía formaron por algún tiempo a los escolares de la Propaganda en las virtudes cristianas y en las funciones eclesiásticas. “Quiera Dios, escribía entonces Vicente, animarlos con su espíritu, y enviar buenos obreros a su Iglesia que tanto los necesita⁵²⁰. Pare, a fin de para hacer eficaz y duradera la obra, habría hecho falta un seminario particular para las misiones extranjeras, con reglamentos apropiados a la buena dirección de los jóvenes escolares. Durante varios años, se trató, en efecto, de establecer un seminario así en Roma. El Papa pensaba reunir a su lado a eclesiásticos, siempre preparados a ir a todas partes adonde él juzgara oportuno enviarlos para la propagación de la fe, y quería formar en Roma un seminario en el que fueran educados en este espíritu. Encargó a su nuncio en Francia que buscara

⁵¹⁸ A. Desdames, en Polonia, 18 de junio de 1660.

⁵¹⁹ Carta del 18 de octubre de 1657.

⁵²⁰ Carta de 22 de noviembre de 1658.

en París a eclesiásticos así dispuestos, y el nuncio quiso dejar este cuidado en manos de Vicente de Paúl. “El asunto es muy importante, respondió el santo, y me dedicaré a él de buena gana; pero es de una ejecución difícil. Se encontrarán fácilmente eclesiásticos, que prometan sumisión al Papa para ir a Roma y pasar allí algún tiempo a expensas de este seminario; pero cuando llegue la hora de la verdad, habrá pocos tan desprendidos de sí mismos para entregarse a empleos pesados y comprometerse en viajes largos y peligrosos. No obstante no dejaré de contribuir con todas mis fuerzas a esta santa empresa.” Se excluía entonces a la Compañía de la dirección de este seminario, y Vicente veía que tenían razón, “a causa de la nacionalidad. Pues, decía, los Franceses implorarían la protección del rey para sustraerse a sus compromisos, y más aún porque serían dirigidos por otros Franceses; además a los españoles y de otras naciones les costaría ponerse en manos de extranjeros.” Se volvió, a pesar de todo, a la idea de confiar este seminario a la dirección de los sacerdotes de la Misión. Pero las envidias por la nacionalidad se salieron con la suya, y todo quedó en agua de borrajas. Los Misioneros quedaron encargados tan sólo de la dirección espiritual de los escolares de la Propaganda⁵²¹. La Compañía debió limitarse a servir al clero por los ejercicios de los ordenandos.

Estos ejercicios produjeron en Roma sus frutos de costumbre. Así debía ser, ya que en eso como en otras partes, no se había hecho nada para inmiscuirse en esta obra, que no se sabía siquiera quién era su promotor, y que, por consiguiente, siguiendo la expresión de Vicente de Paúl, Dios, que la había comenzado, se había comprometido de alguna manera a dirigirla a buen fin. Por otra parte, allí se seguían los mismos reglamentos que en París, y se debía llegar a los mismos resultados.

El retiro y ordenación de Navidad de 1659 fueron particularmente fructuosos, y Vicente, en su humildad, atribuyó y el mérito a los dos hermanos de Chandenier que se hallaban entonces en Roma. Escribió a d’Horgny, el 11 de enero del 1660: “Dios ha querido y nuestro santo padre el Papa enviar a los ordenandos a los *pobrecitos* de la Misión de Roma en las Cuatro témporas últimas. Los SS. abates de Chandenier se han encontrado allí por una providencia especial de Dios, que ha querido edificar con su modestia, su piedad, su recogimiento y las demás virtudes que ellos practican.” Estos dos eclesiásticos de un nombre tan grande y de una virtud más grande aún, edificaron, en efecto, mucho a los ordenandos. El mayor celebraba todos los días la misa mayor en su presencia con su devoción y su dignidad ordinarias, y su hermano le servía humildemente de turiferario o de acólito. Se quiso imitar tales ejemplos, y el retiro trascurrió tan bien que el Papa, informado al punto, manifestó su satisfacción en pleno consistorio. El superior de la Misión de Roma, a la vista del informe que le dio el cardenal de Santa Cruz, se apresuró a enviárselo a Vicente de Paúl.

Estos ejercicios se hicieron pronto célebres. Prelados, cardenales, generales de órdenes llegaban a escuchar las charlas, o las daban ellos mismos, como en Francia; por ejemplo, el cardenal Barbarigo, obispo de Bérgamo, y los cardenales Albici y de Santa Cruz; los eclesiásticos de mayor raigambre tenían a bien tomar parte; los extranjeros mismos pedían ser admitidos a ellos.

⁵²¹ Cartas a Jolly, de los 16 de noviembre y 27 de diciembre de 1657, y de los 20 de febrero y 13 de agosto de 1660.

En 1697, se fundó una segunda casa en Roma, la de San Juan y San Pablo. Más tarde lo fueron otras sucesivamente: en los Estados pontificios: en Perugia(1680); en Macerata (1686); en Ferrara(1694); en Fermo(1704); en Forli(1709); en Tivoli(1729); en Bolonia(1733): en Subiaco(1764). Todas las casas de la provincia romano quedaron suprimidas por los Franceses dueños de Roma, menos la del Monte-Citorio que se mantuvo para la educación e instrucción de los alumnos de la Propaganda; pero todas menos las de Forli y de Subiaco, fueron restablecidas al regreso del papado a sus Estados en 1815. la casa de San Juan y San Pablo, en Roma, ha sido reemplazada por la de San Silvestre, hoy seminario interno de la Congregación. misiones, retiros, conferencias eclesiásticas tales son los empleos ordinarios de cada una de estas fundaciones .

En vida de san Vicente de Paúl, un gran número de prelados italianos establecieron otra vez los ejercicios de los ordenandos en sus diócesis, entre otros el cardenal Barbarigo, aquel obispo veneciano ya nombrado, mientras tanto hubo que esperar un siglo más para que la Misión tuviera una fundación fija en los Estados de Venecia. En 1750, una Misión dada con gran éxito en Murato, diócesis de Torcello, cerca de Venecia, dio al cardenal Delfino, patriarca de Aquilea, la idea de establecer la Compañía en Udine. El Senado veneciano, de ordinario opuesta a toda nueva fundación votó ésta por unanimidad, y la población entera quiso concurrir a la construcción de los edificios que le estaban destinados. Grandes y pueblo tuvieron que aplaudirse por haber favorecido una fundación que, que hasta su supresión en 1810, con la invasión francesa, produjo los frutos de salvación en todo el patriarcado de Aquilea.

II. *Misión de Génova.* De todos los prelados de Italia, contemporáneos de Vicente de Paúl, que se apresuraron a llamar a sus hijos, el más digno de recuerdo es el cardenal Durazzo, arzobispo de Génova.

El cardenal Durazzo, perteneciente a una familia ilustre que ha dado muchos dogos a la república, y varios prelados a la Iglesia, esperaba a Misioneros de Francia, cuando uno de los de Roma pasó por Génova para regresar a París, por adelanto de herencia, el piadoso arzobispo le tomó de alguna manera al vuelo, le puso inmediatamente a la obra, luego escribió a Vicente en agosto de 1645: "Yo me he servido de su ministerio en diversos lugares de mi diócesis y ha trabajado con gran fruto y bendición para el servicio de Dios, para la salvación de las almas y para mi satisfacción particular. He consentido en su partida porque nos enviáis a otros sacerdotes para continuar lo que él ha comenzado tan felizmente. Al parecer se va a establecer un instituto tan piadoso para mayor gloria de su divina Majestad."

Ese mismo año de 1645, los Misioneros prometidos llegaron efectivamente; pero trabajaron durante dos años antes de tener en Génova una casa fija. Hasta finales de 1647 cuando el cardenal Durazzo, con el concurso de Baliano, Baggio y de Jean Christophe Monza, tres sacerdotes salidos de la primera nobleza genovesa pudo por fin darles una casa en Génova. Desde entonces, se entregaron a todos sus ejercicios con tal continuidad y ardor que Vicente, tan enemigo sin embargo de la inacción, temió que sucumbieran y les escribió que se moderaran . pero Qué podrían hacer cuando el cardenal con la salud tan frágil les daba él mismo ejemplo? Se asociaba a sus Misiones como uno de ellos, entraba en todas sus prácticas y seguía a la letra su reglamento; a tal

punto que un día, hallándose a la mesa con ellos y algunos gentilhombres, y habiéndole enviado un señor de la vecindad un regalo: “No, respondió, los Misioneros tienen por regla no recibir nada en el curso de sus misiones.”

Bajo la dirección y la mirada de un jefe así, ¿de qué no eran capaces los Misioneros? Parroquias divididas como pequeños Estados en guerra eran desarmadas por estos ministros de paz; los célebres *banditi* mismos, que el gran justiciero Sixto V no había podido exterminar por completo de Italia, renunciaban al pillaje y al estilete, mientras el padre les perdonaba la muerte de su hijo, el hijo la de su padre. Se fundaban cofradías de Caridad en pueblos con el óbolo del pobre; además, se establecía una Compañía cuya ocupación era enseñar a los ignorantes las oraciones esenciales y los principios de la fe, ir por la parroquia a buscar a los niños para llevarlos al catecismo. Ya que la ignorancia era grande entre estas poblaciones, y cuando las confesiones, que sucedía casi siempre, eran numerosas, dos jóvenes eclesiásticos debían hacer un examen previo, entregar a los que estaban suficientemente instruidos una papeleta de admisión al santo tribunal, y separar a los otros.

Vicente, en San Lázaro, contaba las virtudes y los trabajos de los Misioneros de Génova, y sobre todo de sus superior, Étienne Blatiron, a quien el cardenal Durazzo proclamaba uno de los primeros Misioneros del mundo: “por donde veis, Señor, escribía a éste, que la miel de vuestra colmena ha llegado hasta esta casa y sirve de alimento a sus hijos.” Él mismo le alimentaba con sus ánimos y sus santas felicitaciones, y le había escrito, el 27 de setiembre de 1647: “No pienso nunca en vos ni en los que están con vos sin gran consuelo. Deseáis todos ser totalmente de Dios, y Dios os desea a todos para sí mismo. Os ha escogido para prestarle los primeros servicios de la Compañía en el lugar en que estáis; y para ello, sin duda, os dará gracias muy particulares, que sirvan como de fundamento a todas las que concederá siempre a esta nueva casa. Así pues, ¿que agradecimiento no debéis a su divina Providencia, que confianza no debéis tener en su protección? Pero cuál debe ser vuestra humildad, vuestra unión, vuestra dulzura de unos con otros!” Y entonces entrando en un santo arrebató, y prosternándose con ellos a los pies de la divina bondad: “Oh Dios, exclama, oh mi Señor, sed el lazo de unión de sus corazones, haced que broten tantos afectos santos cuyo germen vos habéis puesto, dad crecimiento a los frutos de sus trabajos, para que los hijos de vuestra Iglesia puedan alimentarse. Regad con vuestras bendiciones este establecimiento como a una nueva planta. Fortaleced y consolad a estos pobres Misioneros en las fatigas de sus trabajos. Por último, Dios mío, sed vos mismo su recompensa y, por sus oraciones, derramad sobre mí vuestra misericordia.”

Estos deseos fueron escuchados: acabamos de ver el éxito de las misiones; no menores fueron los ejercicios de los ordenandos y de los retiros espirituales. Los retiros comenzaron por los párrocos con quienes habían trabajado, y se tuvieron conversiones admirables. Dos párrocos hacía pública su confesión, como públicos habían sido sus escándalos, y esta clase de confesiones, ante los hombres como ante Dios, se convirtieron en una especie de regla en Génova, de manera que se decía al entrar: “Estamos aquí en el valle de Josafat.”

En eso también el cardenal Durazzo daba ejemplo. Hacía su retiro con los Misioneros, siguiendo todos sus ejercicios con una fidelidad escrupulosa, dedicando como ellos cuatro horas al día a la oración, y casi siempre de

rodillas. En vano le invitaban a levantarse y sentarse, no lo hacía casi nunca; y si le obligaba el cansancio, tan humilde como un joven novicio, pedía permiso.. daba cuenta de su oración cuando le correspondía con la sencillez de un misionero. En la habitación, en la mesa, no quería ninguna distinción. Y cuando, al final del retiro, le pidieron que bendijera a los que habían compartido con él los ejercicios, fue él quien se puso de rodillas para recibir la bendición del superior.

Mediante estos trabajos, los Misioneros cambiaron la faz de la diócesis de Génova. En 1656 y 1657, la peste vino a someter su caridad a una nueva prueba. Las cartas de Vicente en esta época están llenas de detalles horribles. Al regresar de los campos a la ciudad, donde el mal crecía diariamente, Blatiron había encontrado las calles cubiertas de montones de cadáveres, entre los cuales cuatro personas vivas, caídas allí de debilidad, esperando convertirse pronto en cadáveres también. Había cinco o seis mil muertos por semana. No se atrevían a venir sino de lejos en auxilio de esta desgraciada ciudad, y nadie se sentía con fuerzas para ir a recoger los socorros que les arrojaban a los lados. Vicente escribía el 9 de setiembre de 1657: Habiendo llegado una barca de Savone al puerto con algún refresco, y después de gritar largo rato, nadie ha respondido; de manera que regresando unos días después los encontró como los había dejado⁵²² .”

Por el tiempo de esta carta, la peste había ido en aumento. Jesuitas, Misioneros, se habían visto obligados a ceder sus casas a los apestados, y ellos se habían refugiado en una casa de alquiler⁵²³. Ni los cambios de las estaciones ni las oraciones que acababa de hacer la Iglesia con ocasión de un jubileo, nada podía detener la plaga, ni siquiera disminuir sus ataques. “Qué grandes tendrán que ser, escribía entonces Vicente, los pecados del Estado cristiano, que obligan a Dios a ejercer su justicia de esta manera. Quiera su misericordia venir a visitar también y pronto aquellas pobres ciudades, y consolar a tantos pueblos afligidos por todas partes, a unos de una manera, a otros de otra.” En su profunda aflicción, creía dar gracias a Dios porque sus casas habían sido preservadas hasta entonces, y le pedía que las protegiera hasta el final⁵²⁴. Pero bien pronto, el superior mismo, Étienne Blatiron, caía atacado en Génova, al mismo tiempo que le sucedía a Edme Jolly en Roma. Y a otros en otras partes. Qué dolor ante la noticia del peligro de estos excelentes operarios, y cuántas plegarias partieron de San Lázaro por ellos y de todas las casas de la Compañía. De estos dos grandes siervos de Dios, uno se quedó para gobernar más tarde la congregación; el otro con algunos de sus compañeros de heroísmo y víctima fue llamado a Dios. escuchemos la oración fúnebre que les tributó Vicente en una charla sobre la confianza: “Oh qué verdad es, señores y hermanos míos, que debemos tener una gran confianza en Dios, y ponernos por completo en sus manos, creyendo que su providencia dispone para nuestro bien y para nuestro provecho todo cuanto quiere o permite que nos suceda. Oh, lo que Dios nos da y lo que nos quita es para nuestro bien, ya que es por su agrado, y que su agrado es para nuestro fin y felicidad. Con esta intención les comunicaré una aflicción que nos ha

⁵²² Carta a Get, en Marsella, del 24 de agosto de 1657.

Véase también rep. de or. Del 30 de agosto de 1657. –Allí Vicente cuenta que la barca disparó un cañonazo a su llegada, un cañonazo a su partida, sin que nadie saliera ni respondiera de la ciudad.

⁵²³ Carta a Ozenne, en Plonia, del 7 de julio de 1657. –Rep. de or. Del 17 de junio de 1657.

⁵²⁴ Carta del 22 de diciembre de 1656.

sobrevenido, pero que puedo decir de verdad, hermanos míos, una de las más grandes que nos podía pasar: y es que hemos perdido el gran apoyo y principal soporte de nuestra casa de Génova. El Sr. Blatiron, superior de aquella casa, que era un gran servidor de Dios, ha muerto; se acabó! Pero eso no es todo: el buen Sr. Dupont, que se entregaba con tanto gozo al servicio de los apestados, que sentía tanto amor hacia el prójimo, tanto celo y fervor por procurar la salvación de las almas, ha sido también arrebatado por la peste. Uno de nuestros sacerdotes italianos, el Sr. Domingo Bocconi, muy virtuoso y buen Misionero, como he sabido, murió al parecer en un lazareto, en el que se había puesto a servir a los apestados del campo. El Sr. Tratebas, que era también un verdadero servidor de Dios, muy buen Misionero, y grande en todas las virtudes, ha muerto también⁵²⁵. El Sr. François Vincent a quien conocían ustedes, que no cedía en nada a los demás, ha muerto. El Sr. Ennery, hombre sabio, piadoso y ejemplar, ha muerto. Es cierto, Señores y hermanos míos, la enfermedad contagiosa nos ha llevado a todos estos valientes obreros; Dios se los ha llevado a él.⁵²⁶ De ocho que eran, no queda ya más uno, el Sr. Le Juge quien, habiendo sido contagiado por la peste, se curó y sirve ahora a los demás enfermos⁵²⁷. Oh Salvador Jesús, qué pérdida y qué dolor. Es ahora cuando tenemos gran necesidad de resignarnos a todas las voluntades de Dios: puesto que, de otra forma, ¿qué haríamos nosotros, sino lamentarnos y entristecernos inútilmente por la pérdida de estos grandes celadores de la gloria de Dios? Pero con esta resignación, después de dejar algunas lágrimas al sentimiento de esta operación, nos elevaremos a Dios, le alabaremos y bendeciremos por todas estas pérdidas, pues nos han sucedido por la disposición de su santísima voluntad. Pero, Señores y hermanos míos, ¿podemos decir que perdemos a los que Dios nos lleva? No, no los perdemos; y debemos creer que la ceniza de estos buenos Misioneros servirá como semilla para otros más. Tened por seguro que Dios no apartará de esta Compañía las gracias que él les había confiado, sino que se las dará a los que tengan el celo de ir a ocupar sus puestos⁵²⁸,”

Al lado de la pérdida de estos excelentes Misioneros, ¿qué podía significar la pérdida de un proceso, incluso de un proceso muy importante, que tuvo que afrontar muy pronto la casa de Génova? Este proceso era intentado por los herederos de Jean Christophe Monza, uno de los bienhechores de la Misión de Génova. Por eso, al enterarse Vicente respondió, el 24 de octubre de 1659, a

⁵²⁵ Tratebas y Bocconi o Boccono habían echado a suertes para ir a atender a los apestados en un hospital del campo (a Jolly, en Roma, 10 de agosto de 1657).

⁵²⁶ Otro Misionero, italiano de nacionalidad, llamado Lucas, pidió y consiguió el favor de servir a los apestados, se preparó a ello con un retiro, y murió después de un servicio de trece días. Murió también un hermano, llamado Damiens (Cartas a Martin del 29 de diciembre de 1656, y en Chiroye, del 7 de enero de 1657).

⁵²⁷ En las cartas posteriores a Jolly, de los 6, 12 y 21 de octubre de 1657, el santo mejor informado, dice que quedaban todavía, además de Le Juge, otros dos sacerdotes, tres o cuatro clérigos, y otros tantos hermanos.

⁵²⁸ Conf. del 27 de setiembre de 1657. –Véase también sobre la peste de Génova una carta a Lhuillier, en Crécy, del 11 de diciembre de 1657, en la que Vicente nos dice que todos estos muertos eran sacerdotes, con excepción de uno solo que no era más que hermano coadjutor, y que todos a excepción de uno también, sin embargo tan entregado como los otros, pero que fue el primer atacado, habían contraído la enfermedad sirviendo a los enfermos. Al mismo tiempo la Compañía perdía a tres Misioneros de Madagascar y otro de las Islas Hébridas: once en total de sus mejores obreros. –Lo que afligía también al santo, y lo que no cesa de repetir en todas sus cartas es, decía él, “el justo motivo que tengo para creer que mis pecados hayan obligado a la justicia de Dios a quitarnos a estos buenos Misioneros.”

Pesnelle, el nuevo superior: “Viva la justicia! Hay que creer, Señor, que se halle en la pérdida de vuestro proceso. El mismo Dios que os había hecho un regalo, ahora os lo ha quitado: Su santo nombre sea bendito! El bien es malo cuando esta donde Dios no lo quiere. Cuanto más nos parezcamos a Nuestro Señor despojado, más parte tendremos también en su espíritu. Cuanto más busquemos, como él, el reino de Dios su Padre, para establecerlo en nosotros y en los demás, más cosas necesarias a la vida se nos darán. Vivid en esta confianza, y no penséis tanto en los años estériles de los que habláis. Si llegan para la subsistencia, o para los trabajos, o para las dos cosas, *in nomine Domini!* no será por culpa vuestra, sino por orden de la Providencia cuya conducta es siempre adorable. Vamos a dejarnos pues conducir por nuestro Padre que está en los cielos y tratemos en la tierra de no tener más que un querer y un no querer con él.”

Por lo demás, casi al mismo tiempo el santo fue recompensado por su confianza, ya que el marqués de Brignole asignaba a la Misión de Génova una suma anual considerable. En su humilde gratitud para con Dios y el donante, Vicente escribió a Pesnelle, el 9 de mayo de 1659: “...Me dais motivo de volver al Sr. Emmanuel Brignole por el gran afecto que decís que siente por nuestra pequeña Congregación, para responderos que una de mis sorpresas es que un hombre de su condición y de su piedad ponga su corazón en un lugar tan bajo para elevar nuestra indignidad al honor de su benevolencia y a los efectos de su bondad. Nosotros pedimos a Dios que sea él su recompensa”.

¿Qué habría dicho si hubiera previsto que esta benevolencia hacia la Compañía sería hereditaria entre los Brignole, y que los lazos entre la noble familia genovesa y la humilde familia religiosa francesa, rotos por la desgracia de los tiempos, reanudarían al cabo de dos siglos de distancia? En 1855, el marqués Antoine de Brignole-Sale y la marquesa Arthemise de Negrone, con la idea de proveer a la instrucción de veinticuatro jóvenes elegidos en las diversas diócesis de Italia y de Fracia, para ser puestos seguidamente a la disposición de la Propaganda, fundaron el colegio de Brignole-Sale-Negrone, en Passolo, residencia de los sacerdotes de la Misión, a quienes se confió la dirección. La inauguración tuvo lugar el 11 de febrero, en presencia de los fundadores, de Mons Charvaz, arzobispo de Génova, del Sr. Étienne, superior general de la Congregación, de un gran número de personajes ilustres, entre los que estaba Mons Dupanloup, obispo de Orléans. Tres discursos se pronunciaron: uno por el marqués de Brignole; otro por el Sr. Étienne, quien citó la carta ya transcrita de San Vicente a Pesnelle; el tercero por Mons Chavaz, quien hizo este retrato tan en consonancia con los Misioneros: “preparados para todo, dijo, sin creerse buenos para nada, a quienes no se ve nunca entre los grandes, sino en su casa, siempre que se necesita de sus consejos y servicios.”

Después de la muerte de san Vicente de Paúl, la Misión formó otras tres casas en el Estado genovés. Todas, en particular la de Génova, a la vez seminario interno, casa de misiones, de retiros y de conferencias eclesiásticas, tuvieron mucho que sufrir durante la Revolución. Los Misioneros fueron sucesivamente, y más de una vez, dispersados y reunidos. Tres de estas casas, las de Génova, de Savone y de Sarzane, resistieron a la tormenta hasta su completa supresión en 1810. en 1815, fueron restablecidas por el gobierno de Liguria y entraron en posesión de los escasos bienes y fondos que no habían sido enajenados . hoy ya han recuperados todas las funciones de antaño, a las que Savone y Sarzan han añadido incluso la dirección de un Colegio.

III. *Misión en Córcega*. A la república de Génova pertenecía entonces Córcega. Con la esperanza de contener por la religión esta isla siempre levantada contra la metrópolis, el senado genovés pidió a Vicente, en 1652, que extendiera su caridad hasta ella. Vicente concedió al punto a siete de sus sacerdotes de Génova, con el superior Blatiron a la cabeza, a los que el cardenal Durazzo añadió otros ocho eclesiásticos, cuatro seculares y cuatro religiosos, aunque de los cinco obispados de Córcega dos solamente, los de Mariana y de Nebbio, fuesen sufragáneos de Génova. Ninguna Misión fue más necesaria. Se conoce la *vendetta* tan célebre en las historias como en los relatos novelescos y de cuentos; es en Córcega, en el corazón de sus habitantes, volcánicos como su suelo y sus montañas donde parece haber tenido origen, para extenderse de allí en olas de sangre, lava de esta pasión bárbara. A la ferocidad de los Corsos, la ignorancia, la impiedad, el concubinato, el incesto, el robo, los falsos testimonios, los matrimonios prohibidos, el divorcio, formaban un espantoso cortejo.

Los Misioneros avanzaron sin temor hacia estos monstruos y, para mejor vencer, se repartieron en cuatro cuerpos que se dirigieron a la vez sobre Campo-Lauro, Il Cotone, Corte y Niolo.

En Campo-Lauro, residencia ordinaria del obispo de Aleria, sede entonces vacante, tuvieron que luchar principalmente contra la división, que de los dos vicario generales nombrados, uno por la propaganda, el otro por el capítulo, había pasado al clero y al pueblo. Triunfaron allí, como en Cotone y en Corte. Ellos sometieron en primer lugar a la regla del deber a los eclesiásticos a quienes reunían cada día después del pueblo; apagaron los odios y las venganzas, rompieron los comercios criminales y los reemplazaron por cofradías de Caridad.

Pero el centro de la guerra santa estuvo en Niolo, valle de tres leguas de largo por media legua de ancho, rodeado de montañas inaccesibles; lugar de refugio, por consiguiente, de los *banditti* que, a favor de las rocas con que se cubrían contra las pesquisas de los oficiales de justicia, podía ejecutar impunemente sus crímenes y sus bandidajes.

En el resto de los habitantes, ningún carácter religioso excepto el bautismo; ignorancia profunda de los primeros elementos de la fe; ausencia de toda práctica cristiana; todos los vicios en lugar de todas las virtudes. Era en primer lugar la venganza, primera lección inculcada a los niños, instintivamente practicada por ellos, como en los pequeños de las bestias feroces; venganza que adoptaba todas las formas: latrocinios, falso testimonio en la justicia, y siempre asesinato. Eran después la cohabitación antes del matrimonio, e inmediatamente después de los esponsales, uniones antes de la edad núbil y desde la primera infancia y, por lo tanto, concubinatos, más o menos prolongados, a veces definitivos y hereditarios. Divorcios múltiples, incestos tachados de censuras.

A estos males los Misioneros opusieron en primer lugar la instrucción religiosa; después llegaron a separar a los concubinos y a los excomulgados; reconciliaron a unos con Dios, a otros también con la Iglesia; entre estos últimos, ay, a algunos sacerdotes; por último pensaron en establecer la paz y la caridad entre este pueblo feroz. Era intentar lo humanamente imposible. Durante quince días trabajaron sin arrancar ni un odio de los corazones, ni un arma de las manos. Venían a la predicación pero con equipo de guerra, la

espada ceñida, las pistolas y las dagas al cinto, el fusil al hombro, la venganza en el alma. Apenas el Misionero pronunciaba la palabra de perdón de las injurias, cuando al punto, por miedo a sentirse impresionados, se salían todos de la iglesia.

Mientras tanto la Misión se va a acabar. El Misionero está en el púlpito y habla otra vez de perdón, ya se dan media vuelta. Sin otro recurso, él saca el crucifijo: "Que todos los que quieren perdonar a sus enemigos, exclama, vengan a besar los pies del Dios de misericordia!" A esta llamada, todos se miran, pero se quedan inmóviles. El Misionero se va a bajar, oculta su crucifijo y amenaza con la venganza de Dios a todos los que piensan vengarse de los hombres. La misma insensibilidad! Entonces se levanta un capuchino: "Oh Niolo, exclama, desdichado Niolo, quieres entonces perecer bajo la maldición de Dios!" De repente se abren las filas y dejan paso a un párroco cuyo sobrino acababa de ser asesinado. "Soy yo, dice, quien va a comenzar!" Se prosterna, besa el crucifijo y, llamando al asesino, presente en la asamblea: "Venid, dice, que os abrace, después de a mi Dios." Otro sacerdote llega por detrás, luego tal multitud, que durante el espacio de hora y media, no hubo en la iglesia más que reconciliaciones y abrazos. Y para sellarlo todo en la tierra como en el cielo, quisieron que un notario levantara un acta auténtica.

Al día siguiente fue verdaderamente un día de comunión general, comunión con Dios, comunión entre los hombres, comunión de pueblo a pastor y de pastor a pueblo.

"Todo el mundo ha hecho la paz con sus enemigos?" pregunta entonces el Misionero. Un párroco se levanta y pronuncia varios nombres. Éstos se acercan a su vez, adoran al santísimo Sacramento expuesto, perdonan y se abrazan."Oh Señor, exclama para concluir el piadoso Misionero cuyo relato abreviamos; qué edificación en la tierra y qué alegría en el cielo!" Después de dar la última mano a su obra, los misioneros se trasladaron a la orilla, donde los esperaba una galera, enviada por el senado de Génova. Iban acompañados de una multitud todavía armada; pero esta vez las armas no se dispararon más que en señal de júbilo y agradecimiento o para saludar su partida.

Siete años después, el senado de Génova quiso fundar en Córcega una Misión permanente. Vicente recibió la propuesta con agradecimiento, pero vio en ello dos dificultades graves: no tenía hombres de habla italiana y formados para este empleo: luego temí indisponer a los obispos sobre cuyas rentas la República tenía la intención de cobrarse los 400 escudos anuales destinados al mantenimiento de los Misioneros en Córcega. Su consejo fue pues diferir esta fundación, y limitarse mientras tanto a una Misión parecida a la de 1652. El cardenal Durazzo, que llevaba este proyecto en el corazón, encontró el medio de eludir la principal dificultad. Ya no se trataba más que de una fundación pequeña en uno de los obispados de Córcega, con obligación para los Misioneros de recorrer las demás diócesis de la isla, y se les asignaba para subsistir un fondo independiente, sin imponer un odioso tributo a las tierras episcopales. La antevíspera de su vida, Vicente escribía también, lleno de admiración y gratitud, para consentir en esta combinación; pero su muerte llegó para interrumpirlo todo⁵²⁹. La Misión no fue fundada, en Bastia, hasta 1678; suprimida en 1798 por la revolución francesa, no se ha vuelto a establecer.

⁵²⁹ Carta a Pesnelle, en Génova, de los 9, 16 y 23 de mayo de 1659, y a Jolly, en Roma, del 24 de setiembre de 1660.

IV. *Misión del Piamonte y de Nápoles. –Misiones de Italia hasta nuestros días.* La Misión de Turín fue fundada por el Marqués de Pianezze, primer ministro de Estado del duque de Saboya, hombre también tan celoso de los intereses de Dios como de los de su príncipe. Cuando la peste causó tantos vacíos en las filas de los Misioneros de Roma y de Génova, el marqués de Pianezze proporcionó los medios de formar, en la casa de Turín, a franceses capaces de trabajar en toda Italia, al mismo tiempo que Jolly fundaba en Roma, con el mismo plan, un seminario interno.

El marqués de Pianezze necesitaba para empezar dos, luego seis Misioneros, para regentar en Turín una iglesia milagrosa del Santísimo Sacramento, sin que les fuera permitido evangelizar los campos, a menos que en la renta de fundación encontrasen medios de mantener a Misioneros suplementarios. Vicente encargó a Blatiron de ir a Turín a exponer al marqués de Pianezze que una condición así era contraria al Instituto y que la Compañía no podía aceptar la donación hasta tanto que el servicio de la iglesia milagrosa fuera compatible con sus funciones esenciales, a saber el apostolado del campo, la educación del clero⁵³⁰. El marqués de Pianezze tuvo que renunciar a su primer proyecto.

La Misión de Turín fue fundada en 1655, y no se compuso en un principio más que de cuatro Misioneros. Vicente llamó de Sedan, para darle la dirección, a Martin, quien había trabajado ya en Génova. Para lograr ser recibido mejor del arzobispo de Turín, Martin pidió una carta de recomendación al cardenal Durazzo. Vicente se lo reprobó con energía. “La humildad, le escribió, es la puerta por donde debéis entrar en los ejercicios de esta nueva fundación, y no por la de la reputación rebuscada, que es con frecuencia perjudicial, sobre todo cuando el éxito de las ocupaciones no se corresponde con la estima que el primer ruido ha hecho concebir... Esta fundación hará progresos como las demás si se apoya en el amor a su propia abyección⁵³¹”.

Martin había tenido la idea, más condenable todavía a los ojos de Vicente, de comenzar en Piamonte por una Misión de campanillas. “Oh no, Señor, le escribió enseguida el santo; es preciso por el contrario que comencéis por una pequeña Misión que no tenga mucho aparato. Ello os parecerá fastidioso y poquita cosa; pues, para mereceros la estima, habría que según parece, presentarse con toda una Misión espléndida que pusiera bien a la vista los frutos del espíritu de la Compañía. Dios me guarde de tener ese deseo. Lo que conviene a nuestra pobreza y al espíritu del cristianismo es huir de la ostentación para ocultarnos, es buscar el desprecio y la confusión, como lo hizo Jesucristo; y entonces, pareciéndonos a él, él trabajará con nosotros... Así es como los santos reprimieron la naturaleza que gusta del brillo y la reputación, y es así como lo debemos hacer, prefiriendo las ocupaciones bajas a las brillantes, y la abyección a los honores. Espero, sin duda, que echéis los fundamentos de esta santa práctica con los de la fundación para hacer que el edificio esté fundado sobre roca, y no sobre arena movediza⁵³².”

Así lo hizo Martin, y la bendición de dios vino a recompensar su humilde obediencia y realizar las promesas de su venerado Padre.

En Piamonte como en otras partes de Italia, las Misiones llevaron sus frutos a todas las clases de las poblaciones. Clero secular y clero regular, pastores y rebaños, nobleza y pueblo, todos participaron por igual. Allí también incluso en

⁵³⁰ Carta de 31 de diciembre de 1654

⁵³¹ Carta del 10 de diciembre de 1655

⁵³² Carta del 26 de noviembre de 1655.

invierno llevaban a la iglesia algún alimento, y se quedaban hasta ocho días y ocho noches enteras esperando su turno para confesarse. En algunos lugares, como hace un rato en Niolo, iban al principio a los santos ejercicios con la espada, la daga y la pistola, pero las armas cayeron igualmente ante los ministros del Dios de paz. En Luzerna, donde la multitud, demasiado grande para la iglesia, no podía ser evangelizada sino en la plaza, sucedió que un hombre de facción y armado de pies a cabeza fue herido por la imprudencia de otro. “Justo Dios, si me hubiera ocurrido en otro tiempo...pero mis pecados lo merecen y más aún”. Fue toda su venganza! Se contentó con retirarse un instante y restañar la sangre de su herida y volvió a ocupar tranquilamente su lugar a los pies del predicador. Allí fueron necesarias seis semanas: en otras partes dos días eran suficientes para operar estos prodigios de pacificación. Se quedaron seis semanas también en Raconi, aunque fuera al final de una campaña evangélica pesadísima, y Dios bendijo de tal forma este coraje que todos los sacerdotes y religiosos de la ciudad se requisaron para ayudar a oír las confesiones incontables. En Sevigliano, el asunto de la salvación se convirtió en el asunto único. Talleres, tiendas, todo se cerró a la hora de la predicación, y todo comercio cesó en el mercado público. La entrega de un Misionero, muerto de pena, significó el último aldabonazo, y el buen sacerdote acabó venciendo en su tumba. En Savigliano fue donde unos soldados y oficiales franceses que esperaban allí el momento de entrar en campaña contra los aliados de España, contribuyeron a la edificación de los indígenas con un maravilloso retorno a Dios. En Savigliano también fue necesario resistir a las instancias de los habitantes y a la intervención tan poderosa del marqués de Pianezze por no dejar a cinco o seis Misioneros a quienes llamaban a otra parte las necesidades de los pueblos.

A la petición de Cristina de Francia, duquesa de Saboya y gobernanta en nombre de su hijo Carlos Manuel, la Misión se abrió en la gran población de Bra, donde las calles estaban en barricadas como en guerra civil, todos los ciudadanos armados, todas las ventanas cambiadas en asesinas. Los Misioneros habían sido adelantados de los ministros de Estado, cuyos esfuerzos pacíficos habían fracasado ante el humor feroz de los habitantes. Hija de Enrique IV, Cristina había hecho usar la dulzura por la firmeza, después de hablar como madre, habló como soberana y, a favor de una suspensión de armas, los Misioneros pudieron abrir sus ejercicios. Alcanzaron un éxito que arrancó lagrimas de gozo a la duquesa y al marqués de Pianezze. Para imitar de alguna manera el perdón de Dios, Cristina ofreció a los habitantes de Bra remisión total de todas las penas debidas por sus crímenes⁵³³. –Las mismas cartas de gracia y de abolición fueron enviadas a un burgo vecino que el senado de Piamonte había tratado en vano de pacificar, y que no resistió al celo de los misioneros. en Cavallo-Maggiore, los hijos de Vicente de Paúl hicieron también el oficio de magistrados, tanto en lo criminal como en lo civil y sus decisiones fueron tenidas como decretos sin apelación.

Los informes que seguimos están llenos de parecidos detalles sobre las misiones de Scalenghe, de Fossano, de Mondovi, de Cherasco. Estos éxitos dieron lugar, en el correr de los años, a diversas fundaciones en los Estados de Saboya y de Piamonte. La Misión poseía allí seis casas a finales del último siglo, entre otras: Casale (1706), San-Remo (1714), Mondovi (1786) y

⁵³³ Carta del 21 de setiembre de 1657.

Boghera(1787). Estos establecimientos fueron sucesivamente anulados por las desgracias de la guerra, y a medida que el gobierno francés se posesionó de los Estados de la casa de Saboya. Arruinados primero por contribuciones enormes y sometidos a toda clase de vejaciones, fueron suprimidos por primera vez, como casi todos los de Italia , por la revolución francesa, hacia 1798. Restablecidos al año siguiente por Austria, convertida otra vez en dueña de Italia, fueron de nuevo dispersados después de la batalla de Marengo, cuando las tropas francesas invadieron el Piamonte; y en 1810, fueron envueltos en el decreto, que suprimía en el imperio todas las comunidades religiosas, pero, entretanto habían producido bienes infinitos. En Turín, sobre todo, una vez que los misioneros, por largo tiempo alojados de alquiler, entraron en posesión de una casa y de una iglesia, dieron hasta 14 retiros por año, tanto a los seculares como a los eclesiásticos. Aparte de su seminario interno, tenían un seminario para los clérigos de fuera, que se convirtió en un semillero de buenos sacerdotes, de manera que a la vista de un eclesiástico grave y modesto, se decía comúnmente en las calles de Turín: “Es un sacerdote del seminario de la Misión.” Además, en número de veinticinco o treinta sacerdotes, repartidos en cuatro equipos se extendieron por la diócesis para evangelizar a los pueblos. Sustituidos en 1776, en la Compañía de Jesús, suprimida hacía tres años, ocuparon su casa y sus funciones, sin disminuir nada de sus trabajos ordinarios. Tal era la Misión del Piamonte que, a partir de 1704, formó una provincia separada, con el nombre de provincia de Lombardía, teniendo a su mando todas las fundaciones del norte y del centro de Italia. Los establecimientos de los Estados pontificios y del reino de las Dos Sicilias formaban la provincia de Roma. Restablecidos en 1821, la Misión de Turín no pudo recuperarse ni en su antigua casa de Turín, ni en la que había reemplazado a los jesuitas. Alojada también de alquiler como en sus comienzos, hasta 1830 no ocupó la casa y la iglesia de la Visitación donde ha reanudado todas las funciones ya descritas y abierto conferencias semanales para formar a los clérigos jóvenes en los deberes del sacerdocio y en la predicación. Si la Misión no ha podido restablecerse en San-Remo y en Voghera, por lo menos se ha podido recuperar en Mondovi y, en compensación de los puestos perdidos, ha fundado las nuevas casas de Oristano(1836), isla de Cerdeña, de Scarnafigi (1847), donde posee un pequeño seminario; de Finale-Marina (1851), donde dirige un colegio: seis establecimientos en total para el reino de Cerdeña que, unidos s los cuatro de la antigua república de Génova, la constituyen en el mismo estado en que estaba antes de la Revolución.

Volveremos a ver a los Misioneros siempre los mismos, si los acompañamos en Nápoles, donde fueron fundados después de la muerte de Vicente, en 1668, por el cardenal arzobispo Caracciolo. Se hablaba de este establecimiento en 1658 y el desprendimiento del santo sacerdote impidió solo tal vez que fuera fundado entonces. Como le habían escrito que el cardenal Brancaccio quería reunir en su congregación a una comunidad de buenos sacerdotes napolitanos, respondió el 8 de noviembre: “Si es del agrado de Dios que la semilla arrojada por este señor nazca y fructifique, habrá que tenerlo muy en cuenta; pero no es preciso ahora ni nunca que demos ningún paso para ello ni de palabra ni de acción. Somos de Dios, dejémosle hacer.” Henri Caracciolo, entonces simple oyente de cámara, había tenido ocasión de admirar en Roma las virtudes y los trabajos de los Misioneros. Creado en 1667, el cardenal arzobispo de Nápoles

al año siguiente, logró tres del superior general Alméras, entre los que estaba Cosme Galilée, sobrino del famoso sabio de Florencia. Estos tres sacerdotes se entregaron rápida y simultáneamente a las obras de las Misiones y de los retiros, sin dejarse abatir por su extrema pobreza. Más generoso en palabras que en dones reales, el cardenal los entregó a un tal desprendimiento de las cosas más necesarias a la vida, que su superior Alméras les exhortó más de una vez a abandonar el puesto y retirarse a Roma. Pero ellos se mantuvieron firmes y esperaron confiados el día de la Providencia. El año siguiente les dieron un convento suprimido en el barrio de Santa Maria-delle-Vergini, pero tan estrecho y destartalado que le tuvieron que derribar y reconstruir. Muchos años después pudieron construir una iglesia, y se vieron de este modo en posesión de una de las casas más grandes y mejor ordenadas de la Compañía. Entre sus más generosos bienhechores, citemos a la duquesa de Saint Élie, nacida condesa de Brandis-Staremborg y, por consiguiente, princesa del Saint-Empire; también una de estas mujeres en quienes el nacimiento y la fortuna no servían más que para dar brillo y recursos a la virtud. Llena de devoción por san Vicente y por sus obras, hizo de su casa un hospital, donde curaba y vendaba a los pobres con sus manos. Se asoció incluso a las Hijas de la Caridad, cuyo hábito tomó, y con él quiso morir, y murió en efecto el 5 de noviembre de 1761; en este hábito que ella quiso ser y fue enterrada. Por petición suya también fue inhumada en la iglesia de la Misión, a la que había legado 15,000 libras y su capilla doméstica. Viviendo aún, había dado unas 30,000 libras a la Misión de Nápoles. Gracias a estos socorros, los Misioneros pudieron continuar y difundir sus obras, tanto en la capital como en las provincias, donde fundaron otros cuatro establecimientos, en Oria (1729), en Lecce (1732), en Bari (1746) y en Girgente (1753). Todos ellos dependían de la provincia de Roma, y era en Roma donde los Misioneros napolitanos iban a hacer su seminario. Las cosas duraron así hasta 1760, cuando Fernando IV, empujado por Tanucci y los filósofos, de quienes todos los príncipes de la malhadada casa de Borbón tomaban entonces la consigna y se hacían los secuaces, dio el primer golpe a las comunidades religiosas de su reino, ordenando que toda función espiritual fuera prohibida en él a los miembros extranjeros. Los Misioneros no tenían más que un pequeño número de Napolitanos para hacer frente a la multiplicidad de sus empleos. Golpeados, encadenados al presente, quisieron por lo menos preparar el porvenir, y mientras seguían dependiendo de Roma, fundaron en Nápoles un seminario interno. Pero, en 1788, Fernando, llevando más lejos la guerra contra las congregaciones religiosas prohibió toda dependencia de un superior extranjero, con pena de suspensión en el reino. Retirada o cisma, tal parecía ser para los Misioneros la única alternativa. Varios se retiraron en efecto a sus familias, los otros quedaron sometidos en apariencia a las prescripciones del Estado. Se reunieron en *asamblea nacional*, trazaron reglamentos, eligieron por tres años a un superior *mayor*, cuatro asistentes y tantos superiores particulares como casas había en el reino, y vivieron así bajo todos los regímenes hasta 1814. ¿Hubo un cisma real? Parece que todo se hizo con asentimiento secreto, en primer lugar del superior general Cayla, muerto en Roma en 1800, luego del vicario general de Roma. Sicardi, nombrado por el Papa Pío VII. El 18 de diciembre de 1815, Sicardi constituyó las casas del reino de Nápoles en una provincia distinta, la cual se apresuró, cuando León XII, en 1827 reunió a toda

la congregación bajo el gobierno de una sola cabeza y colocarse como todos los demás bajo la obediencia del superior general.

A partir de entonces varias fundaciones nuevas de la Misión se formaron en las Dos Sicilias: Monopoli (1629); San Nicolás de Tolentino, en Nápoles (1636); Tursi, en la Basilicata (1851); Siracusa y Nicosia, en Sicilia (1852 y 1858); la casa y seminario de Aquino en Roccaseca (1859); por último, recientemente, Modica, en Sicilia, de la que los Misioneros no podrán entrar en posesión hasta después de la muerte del fundador. Aparte de un seminario interno en Nápoles, un colegio en Lecce, estas casas se ocupan de Misiones y de retiros, a los que San Nicolás y Bari añaden conferencias eclesiásticas.

Éstos son, en su nacimiento, en su desarrollo, en sus progresos, en sus vicisitudes en su vida hasta nuestros días los establecimientos fundados o proyectados en Italia por san Vicente de Paúl. Existen algunos en otras provincias de la Península, en los que él no había pensado, pero que, ramificaciones de los primeros, se relacionan con su obra propia y personal. Tales son en el Modenado, el Milanésado, la Lombardía, la Toscana: Reggio, Modena y Pavía (1580-1682); Cremona (1702), Florencia (1706), donde los Misioneros fueron substituidos por canónigos regulares por el papa y el gran duque de Toscana: Parma (1780); Plasencia sobre todo (1752), donde el cardenal Alberoni les dio la dirección de hermoso colegio de su nombre: especie de universidad en la que se enseñaban a la vez las letras y las ciencias, el derecho y la teología. Todas estas casas cerradas por la Revolución o el régimen imperial no han sido devueltas a la Misión, con la excepción de Plasencia, donde ella dirige el seminario mayor, y de Florencia, donde ejerce todas sus funciones acostumbradas. En revancha, ella se ha establecido recientemente en Siena (1856). Estas tres fundaciones forman hoy parte de la provincia de Roma. Si se hace el balance de los establecimientos recuperados o nuevos, se halla que la Misión posee hoy en Italia una treintena de fundaciones en igual cantidad más o menos de las que poseía antes de la Revolución.

Artículo Segundo: Misiones de las Islas Británicas.

I. *Misión de Irlanda.* En 1645, en el momento en que fracasaba un proyecto de Misión en Oriente y Vicente enviaba Misioneros a Berbería, el cardenal François Barberini, sobrino de urbano VIII, le invitó, en nombre del papa Inocencio X y de la Propaganda, a enviar a algunos a Irlanda para restaurar allí el uso de las ceremonias y de los ritos sagrados entre los sacerdotes que, impedidos durante mucho tiempo por la herejía de ejercer el culto católico, se encontraban casi en completa ignorancia⁵³⁴. El papa y la Propaganda accedían ellos mismos quizás a una invitación de Enriqueta de Francia, que nunca había dejado de mantener lazos con los católicos irlandeses, y que quería aprovecharse de un tratado secreto firmado últimamente entre ellos y Carlos I. Por cuya razón, atacados en su fe por los anglicanos, casi sin pastores, los católicos de Irlanda tenían gran necesidad de recibir entre ellos a una colonia de santos sacerdotes. Vicente obedeció prontamente las órdenes del Soberano Pontífice, y escogió en su Compañía a ocho Misioneros, entre los cuales había cinco irlandeses. Obedientes como su padre, éstos se pusieron enseguida a

⁵³⁴ Carta del cardenal Barberini a san Vicente, del 25 de febrero de 1645.

sus pies para pedirle la bendición de la partida. “Permaneced unidos, les dijo, y Dios os bendecirá, pero que sea por la caridad de Jesucristo; pues toda otra unión que no está cimentada en la sangre de este divino Salvador no puede subsistir. Es pues en Jesucristo, por Jesucristo y para Jesucristo como debéis estar unidos unos con otros. El espíritu de Jesucristo es un espíritu de unión y de paz: ¿cómo podríais atraer a las almas a Jesucristo si no estuvierais unidos entre vosotros y él mismo? Eso no podría ser. No tengáis entonces más que un mismo sentir y una misma voluntad; de otra forma, sería hacer como los caballos, los cuales atados al mismo arado tirarían unos por un lado y los otros por otro, y así lo echarían a perder todo y romperían todo. Dios os llama para trabajar en su viña; id allá como quienes no tienen él más que un mismo corazón u una misma intención; y, por este medio, daréis fruto.”

Les recomendó luego la obediencia al Soberano Pontífice, tan necesaria en un país en el que la política inglesa empujaba al clero a la revuelta. Planteó su conducta durante el viaje y después de su llegada al teatro de su Misión, y reconocieron más tarde toda la sabiduría de sus consejos.

Partieron de París a mediados de octubre de 1646. Retenidos algún tiempo en Nantes, se emplearon en el servicio de los pobres y de los enfermos en los hospitales, e instruyeron con algunas conferencias a las damas de la caridad de las parroquias.

Igualmente se condujeron en Saint-Nazaire, donde debían embarcarse en un navío holandés. Dieron a los viajeros una especie de Misión y, como primicias de su próximo apostolado, convirtieron al catolicismo a un gentilhomme inglés que, herido de muerte tres días después, expiró bendiciendo su caridad y la misericordia de Dios.

Se embarcaron por fin y, después de escapar a las tempestades del mar, a la persecución en tierra, a la muerte de diversas formas, llegaron al final. Allí se repartieron entre las diócesis de Limerick y la de Cashel.

Por ambas partes hicieron sus ejercicios ordinarios con un éxito que admiraron los obispos de Irlanda, que merecieron el elogio del nuncio Rinuccini, que residía aún en este reino. Allí, como en todas partes, clero y pueblo estaban igualmente transformados. Pero entonces estalló la persecución. Carlos I acababa de morir en el cadalso y los católicos de Irlanda habían proclamado al príncipe de Gales. Nombrado lord lugarteniente de Irlanda, Cromwell había partido a la noticia de la derrota del ejército real, y había notificado la toma de Drogheda, de Wesford, de Kilkenny con horribles masacres; luego había regresado a Inglaterra, dejando a su yerno, al feroz Ireton, el mando en jefe. La tiranía sanguinaria aumentó y dejó sentir su peso principalmente sobre los católicos. No era posible dar Misiones en los campos, ocupados por los parlamentarios. Es verdad que en todas las partes donde se había dado, los Misioneros habían sido reemplazados dignamente por los párrocos, ninguno de los cuales abandonó su puesto.. uno de ellos que, durante un retiro celebrado un año antes en Limerick en casa de los sacerdotes de la Misión, había declarado que sería feliz de morir por la fe y la caridad, fue masacrado por los soldados de Ireton, mientras administraba los sacramentos a los enfermos.

No siendo conveniente exponer a los suyos, Vicente llamó a cinco de ellos a Francia y dejó a tres en Limerick. Estos cinco misioneros le enviaron las cartas más testimoniales más honrosas que les habían entregado a la partida los obispos de Limerick y de Cashel. “La partida de vuestros Misioneros, escribía el arzobispo de Cashel me da ocasión de declararos mi gratitud y tributaros muy

humildes acciones de gracias por la caridad con la que os habéis dignado socorrer, por medio de vuestros sacerdotes, al pequeño rebaño que Dios me ha confiado. No es tan sólo oportuno, ha sido en nuestra extrema necesidad cuando ellos nos han socorrido. Asimismo es verdad que, con sus trabajos, los pueblos han sido llevados a una devoción que crece día a día. Aunque, desde su llegada a este país, hayan sufrido muchas incomodidades, ellos no ha cesado de trabajar como obreros infatigables y, con la ayuda de la gracia, han difundido gloriosamente el culto y la gloria de Dios. espero que este mismo Dios, que es bueno y todo poderoso, sea él mismo vuestra recompensa y la de ellos. Por mi parte, yo le rogaré que os conserve largo tiempo, habiéndoos elegido para el bien y utilidad de su Iglesia.”

El obispo de Limerick:”Es justo, Señor, que os dé gracias con todo mi corazón por el beneficio que he recibido de vos por vuestros sacerdotes y que os exponga la gran necesidad que tenemos de ellos en este país. Puedo aseguraros confidencialmente que sus trabajos han hecho en él más fruto, y han convertido a más almas que todo el resto de los eclesiásticos. Por sus ejemplos y buena conducta, la mayor parte de la nobleza de uno y otro sexo se ha vuelto modelo de virtud y devoción, que no se veía entre nosotros antes de la llegada de vuestros Misioneros a estos barrios. Es verdad que los disturbios y los ejércitos que existen en este reino han sido un gran impedimento para sus funciones. A pesar de ello, han grabado tan profundamente lo que concierne a Dios y a la salvación en el espíritu de los habitantes de las ciudades y de las gentes del campo, que bendicen a dios en la adversidad como en la prosperidad. Espero salvarme yo mismo por su ayuda.

Los tres Misioneros de Limerick a invitación del obispo dieron una Misión en esta ciudad que, incluyendo en ella a los aldeanos refugiados, no contaban menos de veinte mil comulgantes. A pesar de la desproporción entre la enormidad del trabajo y el escaso número de obreros, los Misioneros, después de algunos comienzos difíciles, tuvieron un éxito que no se había visto nunca, escribía el obispo a Vicente, que se recuerde. Es verdad que el prelado, la nobleza, los magistrados, todos contribuyeron a ello. Dios mismo pareció encargarse de su causa castigando de muerte súbita a algunos incorregibles blasfemos.

Al escribir estos detalles a Vicente, el obispo de Limerick le invitaba a dirigir unas palabras de consuelo a sus Misioneros. Por otra parte, uno de éstos le había escrito, al devolver a sus cohermanos a Francia, para decirle que ellos se afirmaban todos cada vez más, sucediera lo que sucediera, en su plan de quedarse en Limerick. Vicente le contestó el mes de abril de 1650:

“Nos hemos sentido muy edificados por vuestra carta, al ver en ella dos excelentes efectos de la gracia de Dios. Por uno os habéis dado a Dios para manteneros firme en un país en el que os veis en medio de los peligros, y preferís exponeros a la muerte que dejar de asistir al prójimo; y por el otro os entregáis a la conservación de vuestros cohermanos, enviándolos a Francia para alejarlos del peligro. El espíritu del mártir os ha llevado al primero, y la prudencia os ha hecho seguir el segundo, y los dos están sacados del ejemplo de Nuestro Señor, el cual, en el momento en que iba a sufrir los tormentos de su muerte por la salvación de los hombres, quiso garantizar a sus discípulos y conservarlos, diciendo: “Dejad ir a éstos y no los toquéis.” Es lo que habéis hecho como verdadero hijo de este muy adorable Padre, a quien doy gracias

infinitas por haber producido en vos actos de una caridad soberana, la cual es el colmo de todas las virtudes.

“Yo le pido que os llene de ella, a fin de que, ejerciéndola en todo y siempre, la derramáis en el seno de los que no la poseen. Ya que estos ostros señores que están con vos tienen la misma disposición de permanecer, a pesar del peligro de guerra y de contagio, creemos que conviene dejarlos. ¿Qué sabemos nosotros lo que Dios quiere hacer? Ciertamente que él no les da en vano una resolución tan santa. ¡Dios mío, qué inescrutables son vuestros juicios! Y ahora al cabo de una Misión de las más fructuosas y tal vez más necesarias que hayamos visto, detenéis, según parece, el curso de vuestras misericordias para con esta ciudad penitente, para abrumar más esta ciudad, añadiendo a la desgracia de la guerra la plaga de la enfermedad. Pero sea para cosechar las almas bien dispuestas, y reunir el buen grano en vuestros graneros eternos. Nosotros adoramos vuestros comportamientos, Señor, etc.”

En efecto, a la guerra vino a juntarse un contagio tan violento que se llevó a ocho mil personas en Limerick. De este número fue el hermano del obispo, que se había entregado con los Misioneros al servicio de los apestados. Por lo demás, todos morían contentos, ya que, decían ellos, “Dios nos ha enviado a ángeles para reconciliarnos con él.” El obispo, en su agradecimiento, no cesaba de repetir: “Ay, aunque el Sr. Vicente no hubiera hecho otra cosa por la gloria de Dios que el bien que ha hecho a estas pobres gentes, debe considerarse muy feliz.”

Pero la guerra misma acabó esta desdichada ciudad. Ireton se hizo dueño de ella al cabo de cuatro o cinco meses de asedio. Veinte y dos individuos tuvieron que ser entregados a la misericordia del vencedor, entre los cuales el obispo de Emly, refugiado en sus muros, y su alcalde sir Thomas Stretch. Sir Thomas había sido elegido alcalde al salir de un retiro con los sacerdotes de la Misión, y había aceptado por entrega. En poco tiempo había reunido en la iglesia al cuerpo de los magistrados y allí, a los pies de una estatua de la divina María, le había suplicado que tomara la ciudad bajo su protección y le había puesto las llaves en las manos. Luego, en un discurso profético, había jurado y hecho jurar morir por Dios y por el rey.

Murió, en efecto, y con él varios de los que habían repetido su juramento. Todos, vestidos de fiesta, fueron al suplicio como al triunfo. Desde el cadalso arengaron al pueblo, hasta enternecer a sus verdugos; y para que no quedaran dudas sobre la causa de su tormento, declararon que morían por la defensa de la Iglesia romana.,

Entretanto los tres Misioneros habían escapado a los furores de Ireton. Uno de ellos se quedó en Limerick y allí terminó su santa carrera. Los otros dos, Brinn y Barry, salieron de allí con cien o ciento veinte sacerdotes y religiosos, amparados en un disfraz o mezclados con los soldados de la plaza que, por la capitulación, habían obtenido la vida a salvo y el derecho de retiro. Como no había cuartel para los sacerdotes católicos, habían pasado la noche precedente preparándose a la muerte; afortunadamente no fueron reconocidos. Al salir de Limerick se separaron, no sin gran dolor, para asegurar la vida de uno de ellos al menos. Brinn tomó la ruta de su país con el gran vicario de Cashel. Barry se dirigió a las montañas, donde una dama caritativa le recibió y le ocultó durante dos meses. Habiéndose presentado en la costa luego una

barca fletada por Francia, aprovechó la ocasión y llegó felizmente a Nantes⁵³⁵. Fue una ocasión de júbilo para Vicente, que había creído que sus sacerdotes estaban envueltos en la masacre de Limerick. Por lo demás, su compañía pagó tributo a la sangrienta persecución. Un hermano llamado Lye, descubierto por los herejes, fue horriblemente masacrado a los ojos de su madre: después de cortarle los pies y las manos, le aplastaron la cabeza.. de esta forma acabó la primera Misión de Irlanda que tanto honra al desinterés de Vicente de Paúl como al celo de sus sacerdotes, puesto que, con la excepción de una limosna de la duquesa de Aiguillon, se llevó a cabo a expensas de la casa de San Lázaro, tan endeudada por entonces. No conocemos de ella otros detalles, pues la humildad de Vicente ha querido privarnos del resto. Habiéndole propuesto el superior de esta Casa hacer una breve narración: “no, respondió, basta que Dios lo sepa. La humildad de nuestro Señor pide a la pequeña compañía que se mantenga oculta en Dios con él para honrar su vida oculta. Además, la sangre de estos mártires no se olvidará ante Dios, y pronto o tarde será la semilla de nuevos católicos ”.

II. *Misión de las Islas Hébridas*. Vicente seguía inquieto por la suerte de sus Misioneros de Irlanda; acababa de enviar a Polonia, a Berbería, a Madagascar, y muchos países más, cuando, sin miedo a la enormidad de los gastos. Ni a las persecuciones, a los naufragios que atravesaban con demasiada frecuencia sus planes, se resolvió a destinar a algunos a las Islas Hébridas.

Las Islas Hébridas (*Western Islands*, Islas Occidentales, las *Ébudes* de los antiguos) son, como se sabe, un archipiélago al oeste de Escocia, compuesto de unas doscientas islas, de las que más de la mitad, todavía hoy, deshabitadas, y las demás, por razón de la esterilidad del suelo, asilo de la indigencia. Antes del cisma de Inglaterra, varias poseían no obstante sacerdotes católicos, reemplazados luego por predicadores. Pero éstos se aburrieron pronto de un ministerio de pobreza y sufrimiento, y los pobres insulares se vieron privados de todo culto. La ignorancia entre ellos se extendió insensiblemente hasta el bautismo, del que acabaron por olvidar la necesidad o el modo de administrarlo y, a mediados del siglo XVII, no era raro ver a ancianos octogenarios incluso a centenarios, que no habían recibido el primer sacramento de los cristianos.

De quién recibió Vicente información de su triste situación, no lo sabemos; pero, tan pronto como se enteró, invitó a algunos de sus sacerdotes de Irlanda y de Escocia a volar

A volar en auxilio de sus hermanos. Empresa arriesgada, en esa época, en que Cromwell extendía sus violencias a Escocia como a Irlanda. Sin embargo Dermot Guy y Francis Whyte⁵³⁶, los dos de origen irlandés, se declararon

⁵³⁵ Carta a Lambert, en Polonia, del 23 de marzo de 1651.

⁵³⁶ Estos dos Misioneros se llaman en las Vidas de san Vicente de Paúl *Germain Diguin* y *François Le Blanc*: nombres evidentemente franceses. Para el segundo, sin dificultades; por el primero, una nota manuscrita de él puesta a la cabeza de los comentarios de Tirinus, conservado todavía hoy en Escocia, en el seminario de Preshome, demuestra por la inicial D que precede su firma que su nombre era Dermot y no *Germain*. Firma Diguin, es cierto; pero no era sin duda el nombre afrancesado que se le daba en la Congregación, más bien que su nombre verdadero. Y, en efecto, en la lista de los primeros misioneros de Escocia que se ha conservado, estos dos nombre de Diguin y de Le Blanc están escritos *Dermot Guy* y *Francis Whyte* ; así los llamaremos nosotros en este relato en el que rectificamos también los nombres propios de lugares y de personas, erróneos e incluso ininteligibles la mayor parte en Abelly y en Collet.

dispuestos a partir; y, en efecto, ayudados con las limosnas de las presidentas de Lamoignon y de Herse, se pusieron en camino el mes de marzo de 1651.

Para no ser reconocidos de los herejes, se disfrazaron de mercaderes y, en lugar de partir de Calais, tomaron por Holanda, de donde su salida debía ser menos sospechosa. Partieron con un señor escocés llamado Macdonell, joven jefe de Glengarry, recién convertido al catolicismo, que los tomó bajo su protección y no cesó en efecto de prestarles buenos servicios.

Sin embargo, apenas llegados a Escocia, se creyeron perdidos. Reconocidos y denunciados públicamente por un sacerdote apóstata que quería inaugurar así el ministerio protestante que acababa de abrazar, no podían dejar de caer bien pronto en las manos de los soldados de Cromwell. De repente el apóstata se siente atacado de una enfermedad horrible en la que reconoce la venganza de Dios. Es a Dermot Guy mismo a quien se dirige para obtener la absolución de su apostasía; luego le facilita a él y a su cohermano el pasaje a las Hébridas.

Durante dieciocho meses, Vicente no recibió noticias de ellos, estando cerradas todas las rutas a los católicos por los Ingleses; y Brinn, que había ido a Londres para unirse a ellos, fue obligado, a pesar de su disfraz, a volver a Francia, por fin llegó en diciembre una carta de Guy con fecha del 21 de octubre de 1652.

En Escocia habían pagado su tributo de hospitalidad convirtiendo al padre de Macdonell, anciano de 90 años, educado en la herejía, y que murió con la alegría de su reconciliación con la Iglesia. Guy había devuelto también a la verdadera fe, pero en secreto, a muchos de sus criados y de sus amigos; después dejando a Francis Whyte en las montañas de Escocia, había saltado a las Hébridas. En Ouist, había convertido a Macdonald de Glanranald, señor de una buena parte de la isla, a su mujer, a su hijo, a su familia y vasallos. Iguales éxitos en el pueblo, como en Eigg y en Ganna, donde ochocientas o novecientas personas habían vuelto al conocimiento y la práctica de la religión. Como san Pablo a los de Mileto, el Misionero había podido decir a los isleños: "Vosotros mismos sabéis que estas manos han provisto a mis necesidades y a las de los que andan conmigo (Act. XX, 34)," No había pedido efectivamente nada a este pobre pueblo; y sin embargo se había visto obligado a mantener a dos hombres, a uno como catequista y como criado; al otro pare ayudarlo a remar en el paso de una isla a otra, o para llevar sus ornamentos sacerdotales y su pequeño equipaje en los trayectos a pie de cuatro a cinco leguas por los más espantosos caminos que debía recorrer a veces antes de decir la misa.

Es verdad que estos gastos no habían debido elevarse muy alto, pues veamos su régimen: una sola comida al día con pan de cebada o de avena, un poco de queso o de mantequilla salada; a veces ayuno absoluto, cuando había tenido que pasar montañas desiertas y deshabitadas; nunca carne, si no es entre los gentilhombres, y aún así tan suciamente preparada, tan suciamente puesta en el suelo en un poco de paja que servía a la vez de mesa y de asiento de mantel y de servilleta, de bandeja y de platos, que le había revuelto el estómago. Comprárselo para preparárselo al modo de Francia le había sido imposible: allí, ningún carnicero ni venta al detalle; habría tenido que comprar un buey o un cordero entero; y ¿qué hacer en sus marchas continuas para administrar los bautismos y los demás sacramentos?; había mucha pesca en las costas; pero, industriosos y holgazanes, los isleños no sabían o no querían pescar. Y sin embargo Guy se había encariñado con estas islas, y reclamaba compañeros

que supieran bien su lengua, mejor todavía sufrir el hambre, la sed y dormir en el suelo.

Dos años después, el 10 de abril de 1654, Guy escribía una segunda carta, llena de agradecimientos a la bondad divina por el éxito de sus trabajos. Había visitado las islas de Ouist, Ganna, Eigg y Sky; y en el continente las regiones de Moydart, de Arisaig, de Morar, de Knoidart y de Glengarry. En la isla de Ouist, propiedad de dos señores, de los cuales uno era Macdonald de Glanranald, había convertido a toda una parte, menos a dos pescadores endurecidos, a saber a mil o mil doscientas almas. No había evangelizado aún la parte de Macdonald, aunque le hubieran llamado todos los días, entretanto tenía controversias con un ministro de quien tenía buenas esperanzas, pues el ministro comenzaba a retroceder. –La pequeña isla de Ganna había vuelto casi toda a Dios, y contaba muchas conversiones en la de Eigg. En la isla de Sky, dividida entre tres señores las conversiones eran igualmente numerosas; más numerosas todavía y casi generales en el continente: había allí sin embargo de seis mil a siete mil almas, dispersas por pueblos, que eran difíciles de visitar a pie, imposible a caballo.

Barra era la isla que le había ofrecido más consuelo. Estaba encantado del fervor y de los buenos deseos de este pobre pueblo. Le había sido suficiente con enseñar a un niño el *Pater*, el *Ave* y el *Credo* para que dos días después todos se los supieran, grandes y pequeños, en el pueblo. . Había recibido la abjuración de los principales de Barra, que no osaba nombrar por miedo a que su carta, en caso de ser interceptada les ocasionara una persecución. Él hablaba sin embargo del hijo del señor, convertido con sus hermanos y hermanas y del hijo de un ministro cuya devoción edificaba a toda la región. En cuanto al viejo señor mismo, tenía todas las esperanzas de lograrlo en el próximo viaje.

La Providencia había trabajado con él y para él en Barra. Hacía muchos años que este pueblo era muy pobre, porque el *alga marina*, único abono de sus tierras, había faltado. Este año mismo no había sido arrastrada por el mar. Pero apenas el Misionero había derramado agua bendita sobre las olas y sobre la costa, cuando el *alga marina* había podido ser recogida en cantidad suficiente para todo el año. Pretendidos sortilegios habían apartado igualmente de Barra, hacía muchos años, el arenque y otros pescados; tres veces seguidas el agua bendita como un cebo lo había traído en abundancia. Por último, en el norte de Ouist, residencia del ministro, una epizootia (*epidemia marina*) había arruinado a los habitantes; en el sur, residencia del Misionero, ningún animal se había muerto, gracias siempre al agua bendita. ¡Qué descrédito para el ministro! Qué autoridad adquirida para el Misionero con ello. Qué gratitud en este pobre pueblo, y qué atractivo hacia la verdadera religión.

Luego eran indignos que se habían visto en la imposibilidad física de recibir la santa Eucaristía antes de tener las buenas disposiciones; también personas molestadas de fantasmas o de malignos espíritus que habían recobrado la paz con el bautismo o su reconciliación con la Iglesia; otros tantos prodigios que movían a este pueblo. También era ordinario bautizar a diez, quince, veinte niños a la vez, y muy frecuente ver a adultos de treinta, cuarenta, sesenta y ochenta años, llegar igualmente a reclamar el santo bautismo.

A la vista de tantos bienes conseguidos y de todo lo que quedaba todavía por hacer, Guy se encomendaba a las oraciones de Vicente, de la Compañía y de todos los buenos siervos de Dios en París; luego reclamaba refuerzos: “Esta

región es grande, escribía, y el pueblo en buena disposición para la gracia de Dios. por eso, os suplico, Señor, que nos enviéis a algún sacerdote hibernés para que nos ayude. Pero es preciso que sea muy virtuoso, sobre todo muy mortificado, muy desprendido de sí mismo, de sus propias comodidades y satisfacción; ya que hay mucho que sufrir en todas las formas en esta región; es preciso también que sea muy paciente, muy dulce y muy moderado en sus palabras y acciones para poder ganarse a estos pueblos de aquí para Dios, que se desaniman fácilmente cuando advierten la menor impaciencia o rudeza.”

En eso está el ideal del Misionero, ideal que no era, bien se ve, más que una realidad vulgar entre todos los hijos de san Vicente de Paúl, en esta edad de oro, en esta edad heroica de la Misión.

Animado por el éxito e insaciable de conquistas, Guy se disponía a partir para una de las tres islas de Pabba al sur de Barra, lugar extraño y terrible, escribía a uno de sus cohermanos el 5 de mayo de 1657, pero adonde le llamaban la confianza en dios, el desprecio de la muerte y la esperanza de ganar almas: estos isleños no habían sido dañados por la herejía, y se permitía creer que recibirían la buena noticia y acomodarían a ella su vida.

Ya había obtenido Guy un pasaporte del gobernador de Pabba. Debía partir cinco días después. De repente cae enfermo, agotado por el mal alimento, las duras marchas y todas las fatigas de su apostolado; y, como Javier en frente de China, se muere a la vista de Pabba, el 17 de mayo de 1657. Fue enterrado en el lugar de su muerte, en la isla de Ouist, donde una capilla lleva todavía su nombre.

Vicente no dejó de anunciar esta noticia, tan triste a la vez y tan consoladora, a todas sus casas: “El Sr. Diguin⁵³⁷ ha muerto en su misión de las Hébridas, en las que se puede decir que ha hecho maravillas. Sus pobres isleños le han llorado como a su padre, tanto los grandes como los pequeños. No me informan sobre los detalles de los frutos que ha cosechado, o más bien que Dios ha obrado por medio de él, porque no se atreven a escribir sobre los asuntos de la religión más que en términos generales, y en figuras tan sólo, a causa de los Ingleses que persiguen con crueldad a los católicos, y más todavía a los sacerdotes, cuando los descubren⁵³⁸.”

En efecto, la persecución acababa de intensificarse contra los católicos. Se había dado orden a todos los sacerdotes romanos de abandonar Irlanda en un plazo de veinte días, so pena de ser tratados como culpables de alta traición, y prohibición hecha de darles asilo bajo pena de muerte; juramento de abjuración se había impuesto a todos los individuos de edad de veintiún años, con penas de prisión y confiscación; por último se había autorizado a los magistrados quitar a los niños de los católicos para educarlos en Inglaterra. Todos estos decretos se aplicaban a Escocia.

Este último decreto fue el que más indignó a Vicente de Paúl. Él que hacía de padre y de madre de todos los niños abandonados, no podía comprender la barbarie que arrancaba a los hijos a sus familias. El 22 de setiembre de 1657, escribía al cardenal Bagni: “Un Padre jesuita que llega de Londres me ha dicho que el Protector ababa de publicar un edicto de los más rigurosos que se puedan ver contra los católicos, y ordena que los hijos les serán quitados a los

⁵³⁷ Es así como se llamaba a Guy en la congregación, hemos dicho anteriormente.

⁵³⁸ Carta a Get, Marsella, y a Ozenne, Polonia, de los 2 y 15 de noviembre de 1657, y rep. del 1º de setiembre de 1657.

católicos y los dos tercios de sus bienes. Jamás los tiranos perseguidores de la Iglesia, que han derramado tanta sangre de los cristianos, llegaron a una persecución tan extraña. Quiere mandar que se les quiten los hijos y se los eduque en la herejía, para acabar con la religión católica en la persona de sus padres. No lo permitirá Nuestro Señor, como hay señales de esperar..”

Y a pesar de todo, con la misma fecha, prestaba oídos a una propuesta del cardenal Bagni para enviar a dos sacerdotes seculares y Franceses para visitar a los Misioneros de las diversas órdenes en Irlanda y en Escocia, para tener conocimiento del número y estado de los católicos y buscar los medios de conservar y aumentar la fe allí. El cardenal le dejaba la elección de estos dos embajadores. Vicente se sentía confuso buscando a semejantes hombres; y, además, quería saber antes si la invitación le venía de la Propaganda⁵³⁹. Ignoramos si este proyecto tuvo secuencias. Es más probable que la violencia de la persecución forzó a renunciar a él.

III. *Misión de Escocia.* –*Misiones de las Islas Británicas hasta nuestros días.* Mientras Dermot Guy convertía las Hébridias, Francis Whyte trabajaba tanto en las costas occidentales como en las montañas de Escocia en medio de peligros mayores todavía, y además con los mismos sufrimientos y los mismos éxitos. De vez en cuando hizo algunas excursiones por las llanuras del Este. Así, en 1654, con el Padre William Grant, jesuita, y Thomas Lumsden, sacerdote secular, asistió en los últimos momentos del marqués de Huntly el gran protector de los católicos en el norte de Escocia.

El ruido llegó a los oídos de los ministros, que temiendo se les quitara la región, recurrieron a Cromwell. Los edictos citados antes fueron renovados en 1655, y se dio orden al lugarteniente de Escocia de rebuscar a todos los sacerdotes romanos y condenarlos, sin proceso, a muerte. La orden fue puesta inmediatamente en ejecución. Toda la región fue investigada y, el miércoles de ceniza, en el castillo de Huntly, se descubrió a tres sacerdotes católicos. Eran el P. William Grant, Walker, sacerdote secular, y Francis Whyte. Walker, presentando garantía por su persona, fue puesto en libertad y se retiró a Francia, William y Grant fueron encarcelados en Aberdeen. Se creyeron en el vestíbulo de la muerte; Vicente, que se enteró de la cautividad de su Misionero, en el mes de abril, de ese año, tuvo el mismo pensamiento y, al mismo tiempo que anunciaba el próximo martirio a los superiores de sus casas, se expresaba así en San Lázaro:

“Nosotros encomendaremos a Dios a nuestro buen Sr. Le Blanc⁵⁴⁰, que trabajaba en las montañas de Escocia, quien ha sido hecho prisionero por los Ingleses herejes con un Padre jesuita. Los han llevado a la ciudad de Aberdeen, de donde es el Sr. Lumsden que no dejará de verle y de asistirle. Hay muchos católicos en esa región que visitan y alivian a los sacerdotes que sufren. Hay tantos que entre ellos está este buen Misionero en la vía del martirio. Yo no sé si debemos alegrarnos por ello o afligirnos: pues, de un lado Dios es honrado por el estado en que está detenido, ya que es por su amor, y la Compañía se sentiría muy feliz si Dios la encontrara digna de darle un mártir; y él mismo muy feliz de sufrir por su nombre y de ofrecerse, como lo hace, a todo lo que le plazca ordenar de su persona y de su vida. Qué actos de virtud no practica él ahora, de fe, de esperanza, de amor de Dios, de resignación y de

⁵³⁹ Carta a Jolly, Roma, del 7 de setiembre de 1657.

⁵⁴⁰ Nombre afrancesado de Whyte, como hemos dicho antes.

oblación, por los que se dispone cada vez más a merecer una tal corona. Todo ello nos anima en Dios a mucho júbilo y gratitud. Pero, por otra parte, es nuestro cohermano quien sufre: ¿no debemos nosotros sufrir con él? en cuanto a mí, confieso que, según la naturaleza, me siento muy afligido y el dolor me es muy sensible; pero, según el espíritu, creo que tenemos que bendecir a Dios como por una gracia muy particular. Así es como Dios actúa: después de que alguien le ha prestado servicios notables, él le carga con la cruz, con aflicciones y oprobios. Oh Señores y hermanos míos, es necesario que haya algo grande, que el entendimiento no alcanza a comprender, en las cruces y en los sufrimientos, puesto que de ordinario Dios hace suceder al servicio que se le presta las aflicciones, las persecuciones, las prisiones y el martirio, con el fin de elevar a un alto grado de perfección y de gloria a los que se entregan perfectamente a su servicio. Quien quiera ser discípulo de Jesucristo debe esperarse esto; pero debe también esperar, que en caso de que las ocasiones se presenten, Dios le dará la fuerza de soportar las aflicciones y superar los tormentos.

“El Sr. Le Vacher me comunicaba un día de Túnez que un sacerdote de Calabria, donde los espíritus son rudos y toscos, concibió un gran deseo de sufrir el martirio por su nombre, como en otro tiempo el gran san Francisco de Paula, a quien Dios dio el mismo sentimiento, que sin embargo no ejecutó, porque Dios lo destinaba a otra cosa, pero este buen sacerdote se vio tan presionado por este santo deseo que atravesó los mares para ir a buscar la ocasión en Berbería, donde la encontró por fin, y murió constantemente por la confesión del nombre de Jesucristo. Oh, si fuera del agrado de Dios inspirarnos este mismo deseo de morir por Jesucristo, de la manera que sea, cuántas bendiciones atraeríamos sobre nosotros! Sabéis que hay muchas clases de martirios; pues, aparte del que acabamos de hablar, está el otro de mortificar incesantemente nuestras pasiones, y otro de perseverar en nuestra vocación en el cumplimiento de nuestras obligaciones y de nuestros ejercicios. San Juan Bautista, por tener el valor de reprender a un rey por un pecado de incesto y de adulterio que cometía, y haber recibido la muerte por ello, es honrado como mártir, aunque no haya muerto por la fe, sino por la defensa de la virtud, contra la que este incestuoso había pecado. Es una clase de martirio consumirse por la virtud. Un Misionero que es muy mortificado y muy obediente, que cumple perfectamente sus funciones y que vive según las reglas de su estado, hace ver, por el sacrificio de su cuerpo y de su alma que Dios merece ser únicamente servido, y que debe ser incomparablemente preferido a todas las ventajas y placeres de la tierra. Obrar así es publicar las verdades y las máximas del Evangelio de Jesucristo, y dar testimonio de su verdad y de su santidad a los fieles y a los infieles y, por consiguiente, vivir y morir así, es ser mártir.

“Pero volvamos a nuestro buen Sr. Le Blanc y consideremos cómo le trata Dios, después de hacer tantas cosas buenas en su Misión. Veamos una maravilla a la que algunos querían dar el nombre de milagro. Es que habiendo tenido lugar cierta intemperie del aire hace algún tiempo, que hacía la pesca muy estéril y reducía al pueblo a una extrema necesidad, le pidieron que hiciera alguna oración y echara agua bendita al mar, porque pensaban que esta malignidad del aire era producida por algunos maleficios. Pues él lo hizo, y Dios quiso que al momento, volviera la serenidad y la pesca fuera abundante; fue él mismo quien me lo escribió así. Otros me han informado también de los

grandes trabajos que sufría en estas montañas para fortalecer a los católicos y convertir a los herejes, los peligros continuos a los que se exponía y la escasez que sufría, no comiendo más que pan de avena. Si pues corresponde a un obrero que ama de verdad a Dios hacer y sufrir estas cosas, para servirle, y que después de eso Dios permita que le lleguen otras cruces más grandes todavía, y que hagan de él un prisionero de Jesucristo y hasta un mártir, ¿no debemos nosotros adorar esta conducta de Dios y, sometiéndonos amorosamente a ella, ofrecernos a él para que dé cumplimiento en nosotros a su santa voluntad? Así que, pediremos a Dios esta gracia; le daremos gracias por la última prueba que quiere sacar de la fidelidad de este su siervo, y le rogaremos que si no es de su agrado que se quede con nosotros por más tiempo, al menos le dé fuerza por los malos tratos que sufre o que pueda sufrir en adelante.⁵⁴¹”

Singular protección de Dios! Para ser condenado a muerte por las leyes existentes, un sacerdote debía ser sorprendido diciendo la misa. Pues Grant y Whyte no pudieron ser convencidos de este pretendido crimen. Después de cinco o seis meses de prisión, fueron entonces puestos en libertad, pero con amenaza de horca inmediata si ejercían alguna función del ministerio católico.

“Hay que obedecer antes a Dios que a los hombres”, respondió interiormente el Misioneros con los apóstoles, y se retiró a las montañas donde él mismo reemprendió su apostolado. Vicente se enteró al mismo tiempo de su liberación y de sus actividades. “Daremos gracias a Dios, dice entonces a su Comunidad, por liberar así al inocente, y porque se halle entre nosotros una persona que ha sufrido todo esto por amor a su Salvador. Este buen sacerdote no ha dejado, por miedo a la muerte, de volverse a las montañas de Escocia, y trabajar allí como anteriormente. Oh, qué motivo para dar gracias a Nuestro Señor por haber dado a esta Compañía el espíritu del martirio, esta luz, digo, y esta gracia, que le hace ver algo grande, luminoso, resplandeciente y divino en morir por el prójimo, a imitación de Nuestro Señor! Por ello daremos gracias a Dios y le pediremos que dé a cada uno de nosotros esta misma gracia de sufrir y dar su vida por la salvación de las almas.”

La palabra de Dios no estuvo pues encadenada, en Escocia. Además, el año 1653, Vicente, a la primera demanda de Guy, comprendiendo bien que dos obreros no podían ser suficientes para la tarea, les había enviado compañeros, pero extraños probablemente a la Compañía. Uno de ellos era Thomas Lumsden, nacido en Irlanda y educado en el colegio escocés, en Roma. Por las cartas del santo de 1654 y de 1657, se ve que, después como antes de los últimos edictos, la obra apostólica se continuaba en estas regiones del Norte. Lumsden llegó hasta las Islas Orcadas. Recorrió las comarcas de Moravia, Rossie, Suther, Candie y Cathanesie, donde no había sacerdotes desde hacía muchos años, y casi ni católicos. Comenzaba a traer a algunas almas a la verdadera fe, cuando un ministro que sentía hacia él una animosidad particular, mandó poner en vigor los edictos de Cromwell. El Misionero debió buscar un retiro y esperar el final de la persecución. Después de servir doce años en Escocia, Lumsden fue elegido prefecto del colegio escocés en París donde murió en 1672.

Para suavizar tantos males y llevar a los suyos algún consuelo, Vicente mandó partir para Londres a Brinn, el antiguo misionero de Irlanda, con orden de

⁵⁴¹ Ver también rep. de or. del 27 de mayo de 1655.

conversar con el embajador de Francia sobre la forma de pasar a Escocia. Pero entonces Europa estaba cobardemente arrodillada a los pies de Cromwell, y el propio reino cristianísimo había solicitado su alianza. Así aconsejó al Misionero salir lo más pronto posible de Londres, si no quería dejar allí su vida.

A pesar de todo, la divina semilla, sembrada a través de tantas tribulaciones, no se perdió nunca. Y si el catolicismo domina todavía hoy, a pesar de las persecuciones y de las seducciones de todo género, en muchas de las Hébridas, en especial en Barra, Eigg y Ouist, es a Vicente de Paúl y a sus hijos a quienes se debe evidentemente el honor, después de a Dios.

Por lo demás, después de la muerte de Vicente, la Misión continuó en las Hébridas, e incluso se trató de reanudarla en vida. Francis Whyte había regresado a Francia en los primeros meses de 1660. En esta ocasión, William Ballantyne, superior de los sacerdotes seculares de la Misión de Escocia, escribió al nuncio de París con fecha del 29 de junio, la carta siguiente, que traducimos del Italiano: “Hay un Misionero valiente de la familia del Sr. Vicente en San Lázaro, en París, el Sr. Whyte, irlandés de nación, que se ha quedado ocho años en las islas de Escocia, y que, como yo lo sé con certeza, se ha comportado como excelente sacerdote y ha producido frutos muy grandes en las Misiones de estas Islas. Ahora ha vuelto a Francia, para dar cuenta a su superior del trabajo de tantos años. Me temo que no quiera volver a Escocia, por no haber medios de subsistencia. Por eso suplico a su señoría reverendísima, en el caso en que su superior no quisiera dar ni a él ni a otros los recursos necesarios para obtener de la S. Congregación nuestra pensión acostumbrada para él y para otros dos de la misma nación que estarían encargados de las Misiones de las islas y países montañosos donde no se oye más que el irlandés.”

Por otra parte, la Propaganda escribió a Vicente para urgirle que envíe a Whyte a Escocia. Whyte se encontraba entonces lejos de París, ocupado en enseñar la teología moral en un seminario, del que no podía ser relevado sin graves inconvenientes. Además, enfermo desde hace varios años y amenazado de parálisis era poco idóneo para una Misión tan dura, que requería hombres de una salud vigorosa. A falta de Whyte, Vicente escribió a otros dos sacerdotes irlandeses, de salud y de celo, de ciencia y de buenas costumbres, y les propuso este apostolado con la aprobación de la Propaganda. Por lo demás, se declaraba dispuesto a obedecer a la S. Congregación, no sólo para el envío de Whyte, sino de su propia persona, si le encontraban bueno para algo.

F. Whyte no había regresado todavía a Escocia, el 26 de setiembre de 1661, pues, en esta fecha, Dunbar y Lumsden, dos Misioneros seculares, anunciando al secretario de la Propaganda la muerte de su superior Ballantyne, añaden: “Que tenga a bien la sagrada Congregación encontrar en París a hombres idóneos para esta Misión, de origen irlandés, y principalmente al Sr. Francis Whyte, en San Lázaro, y a sus otros compañeros⁵⁴², que han dado pruebas de su virtud y de su celo en las Islas y montañas de Escocia, pero se han visto obligados a regresar a Francia por no tener de qué mantenerse.”

⁵⁴² De este pasaje se podría concluir que algunos otros Lazaristas habían venido a juntarse a Whyte antes de su primer regreso a Francia; ningún documento apoya sin embargo esta conjetura, y es casi cierto que Whyte y Guy son los dos únicos sacerdotes de la Misión que hayan trabajado en Escocia hasta estos últimos tiempos.

Francis Whyte volvió a Escocia en 1662. Una circular de Alméras, de 1664, nos informa que había convertido a catorce parroquias, y que Brinn había conseguido los mismos éxitos en Irlanda. Whyte abandonó Escocia por segunda vez en 1665, volvió una tercera en 1668 y continuó hasta su muerte ejerciendo sus penosos trabajos de misionero,

Lamentablemente, Whyte se encontraba solo; comenzaba a envejecer, estaba gastado por las fatigas, más todavía que por la edad. Por eso, algunos años después, William Leslie, rector de la Misión escocesa en Roma, escribió a Jolly, tercer superior general de San Lázaro, una carta urgente para pedirle algunos sacerdotes de su Compañía. Jolly se vio tristemente obligado a responderle, el 5 de marzo de 1677: “Querría de todo corazón corresponder a vuestro celo para el bien de vuestro país, pero no nos hallamos ahora en situación de hacerlo, no teniendo obreros formados para tal Misión.” Whyte fue pues el único Misionero de san Vicente que quedaba en Escocia. En 1678, el superior de los Misioneros seculares escribió que acababa de pasar un mes en la llanura, en el castillo de Gordon, pero tan enfermo que no podía ya viajar, y que había pocas esperanzas de conservarle mucho tiempo. En efecto, Francis Whyte falleció el 28 de enero*(antiguo estilo; 7 de febrero, nuevo estilo) del año siguiente. Dunbar, prefecto de la misión de Escocia, dio parte en dos cartas, una en italiano, la otra en inglés, de la noticia de esta muerte a Bareley, rector del colegio escocés en París. Ésta es la traducción de la carta inglesa: “El buen Sr. Francis Whyte ha muerto hacia finales del mes de enero último. Después del suceso, me fui con un tiempo espantoso a visitar los lugares que él tenía por costumbre frecuentar, con el fin de consolar lo mejor que pude a estos pobres pueblos a los que había servido durante tantos años. Que la paz de Dios sea con él! si alguno de su nación pudiera sernos enviado para ocupar su lugar nos prestaría un gran servicio; otros, como muy bien sabéis, no pueden servirnos, por no conocer la lengua.” Dunbar pedía a continuación ser autorizado por el superior de la Misión a guardar como reliquias las ropas, libros, etc. que Whyte había dejado en las montañas. De todo ello no queda más que el ejemplar en 2 vol, in-folio, más arriba mencionado, de los *Comentarios* de Tirinus sobre la sagrada Escritura.

El advenimiento de Jaime II parece un instante deber abrir a los Misioneros una cantera más vasta. En 1685, les encomendó en Londres del servicio de su capilla real como hacían la de Versalles. Pero la revolución de 1688 arruinó pronto sus esperanzas y tuvieron que esperar un siglo y medio para poner mano a la obra otra vez, en Inglaterra y en Escocia.

Por la católica Irlanda debían ellos naturalmente volver a las Islas Británicas. El lazo de unión, de alguna forma, entre la Misión de san Vicente y la Misión contemporánea en Irlanda, es Edouard Ferris, nacido en el condado de Kerry en 1738. Emigrado a Francia, Ferris había pensado en un principio en el estado militar. Pero, habiendo conocido a algunos sacerdotes de la Misión, entró en su Compañía, de la que llegó a ser asistente. En París, gracias a su reputación de ciencia y de virtud, la corte y la ciudad le tenían en una estima igual. Después de luchar vanamente contra la ola revolucionaria, de la que casi fue víctima, se retiró a Roma donde Pío VI le acogió con honor. La Revolución le forzó también a buscar sucesivamente asilo en Suiza y en Austria. Estaba de regreso a Roma, 1798, cuando Monseñor Troy, arzobispo de Dublin y verdadero fundador del colegio de Maynooth. le invitó a ir para ocupar un puesto. Nombrado ese mismo año decano del colegio, se volvió, al cabo de

cuarenta años de ausencia, a su patria, cuya lengua había olvidado casi por completo. La volvió a estudiar y pudo bien pronto predicar en inglés. Profesor de teología en 1801, ocupó hasta su muerte la cátedra de moral, con una ciencia igual a su virtud. Cuando murió, en 1809, sus alumnos le levantaron un mausoleo en el seminario de Lara Brien, y en él grabaron en un epitafio su loor y su dolor(de ellos),. Todavía hoy en el colegio de Maynooth, su memoria goza de bendición.

También del colegio de Maynooth han salido los primeros Misioneros de la Irlanda contemporánea. Hacia finales de 1832, un joven estudiante, un simple diácono, el Sr. Jacques Lynch, comunicó sus proyectos de vocación religiosa a su decano, el Sr. Dowley, quien pensaba hacía tiempo en implantar en Irlanda una rama del árbol de la Misión. Animado, el Sr. Lynch encontró muy pronto a compañeros y dinero. El proyecto fue sometido a Mons Murray, arzobispo de Dublin quien, por su parte, había querido pedir a París Hijas de san Vicente, como vanguardia de los Misioneros. en medio de muchos obstáculos, la nueva Sociedad se organiza sobre el modelo de la Misión. El 16 de agosto de 1833, se abre el colegio San Vicente en Dublin, y pronto es considerado como una de las mejores casas de educación de este capital. En el verano del año siguiente, la Sociedad adquirió Castleknock, a las puertas de Dublin, y juntaba así un seminario eclesiástico en el campo al colegio y a la Misión permanente que poseía en la ciudad.

A pesar de su verdor y su vida aparente, aquello era no obstante una rama sin tallo, y que no podía por menos que secarse pronto si no se injertaba en el tronco de la Misión.. es lo que tuvo lugar en 1839. El Sr. Dowley, hoy visitador de la congregación en Irlanda, se dirigió a París, entró en el seminario interno y transportó luego a su país las reglas y el espíritu de san Vicente que él había venido a beber en su fuente.

En el momento actual, fuera del seminario de los Irlandeses en París(1858) y tres fundaciones en Irlanda, a saber, el seminario menor de Castleknock(1839), el colegio de Cork(1847), la Misión de Saint-Peters-Phibsborough, en Dublin(1839), la congregación posee otra Misión en Sheffield(1853), en Inglaterra, una Misión también en Lanark(1859), en Escocia, y estas casas están casi todas dirigidas por los primeros asociados del colegio de Maynooth.

ARTÍCULO TERCERO: Misión de Polonia, de Alemania, etc.

I. *Comienzos de la Misión de Polonia*, En 1645, una embajada polaca, compuesta de más de ochocientos gentilhombres, hacía su entrada en París. venía en nombre de Wladislas Wasa, viudo de una archiduquesa de Austria y fracasado en sus esperanzas de operar por un matrimonio con su prima Christina de Suecia, la fusión de las dos ramas de su casa, a pedir la mano de una Francesa, Luisa María de Gonzaga y de Nevers, llamada comúnmente la princesa María, en la que ya había pensado en otro tiempo. Luisa María había salido de esta brillante casa de Gonzaga, desde hacía tiempo soberana en Mantua, y un ramo de la cual, por una alianza con Isabel de Clèves, había heredado de los ducados de Nevers y de Rethel. Carlos II de Gonzaga, ya investido de todos estos títulos, acababa de entrar, por la extinción de la rama mayor de su casa y el apoyo de Francia, en la posesión de Mantua y del

Montferrat. De su matrimonio con Catalina de Lorena había tenido dos hijas: una que fue aquella célebre Palaciega cuya oración fúnebre hará Bossuet; la otra, la mayor, nuestra princesa María, llamada ahora al trono de Polonia, después de perder la alianza del Gaston de Orléans y de ser arrebatada a Cinq-Mars por la mano terrible de Richelieu. Tenía entonces 34 años, y Wladislas 50. Ana de Austria la dotó con 60.000 libras. El matrimonio fue celebrado primero en París, en presencia de Luis XIV niño, en la capilla del Palais-Royal, y el año siguiente en Cracovia, donde tuvieron lugar las ceremonias de la coronación. Los dos esposos no se amaron nunca. La nueva reina, dejando el nombre que había pronunciado Cinq-Mars para no llamarse ya más que Luisa, se consoló de Francia, haciéndose una corte francesa. Un enjambre de jóvenes Francesas, entre las que se hacía notar la hermosa María Casimira de Arquien, la futura esposa de Jean Sobieski, entonces paje en Francia, formaba el cortejo de sus damas de honor. Jesuitas franceses acudieron a su cortejo; y allí, como en todas partes, difundieron el estudio de las matemáticas, de la física, de la astronomía, haciendo de estas ciencias como la introducción, el prefacio humano del Evangelio. Ingenieros, oficiales, y hasta brillantes aventureros franceses se apiñaron en esta corte, en la que todas las avenidas de la fortuna y de la gloria les parecían abiertas; por último las artes francesas, las modas francesas, se introdujeron también y cambiaron su aspecto, aunque no las costumbres.

El tratado de Westfalia acababa de pacificar el resto de Europa, cuando comenzaron las tormentas que debían romper la desdichada Polonia. El primer golpe le vino de los feroces cosacos de Ucrania, que tiranizados por los señores, se sublevaron a la voz de su atamán Bogdan Chmielnicki. Fue para Wladislas, que presentaba los mayores desastres, el golpe de muerte. Enseguida Rusos, Kosakos, Tartaros, aprovechándose del interregno y de la anarquía, entran en Polonia a sangre y fuego. El cardenal Jean-Casimir se había apresurado, a la muerte de su hermano, a deponer la púrpura romana, y se presentaba como sucesor a la corona y a la mano de la viuda de Wladislas. Por su parte, Luisa, tan romántica se complacía en lo que había de romántico también en el excardenal; y, por otro lado, al verle débil y menos hábil que ella misma, esperaba reinar bajo su nombre.

Jean-Casimir fue elegido rey el 20 de noviembre de 1648. Seis meses después se desposaba, con dispensa de roma, con su cuñada. Para colmo de prosperidad, Luisa, si bien frizando los cuarenta, fue madre por primera vez: ella creía ver la perpetuidad de su reino.

Ya Vicente estaba en tratos y negociaciones con ella, y el 19 de agosto de 1650, escribió a su confesor, el abate Fleury, para felicitarla por su alumbramiento: “Esperamos, decía él, y pedimos a Dios incesantemente que bendiga y santifique al rey y a la reina, y les dé hijos que formen el tronco real que dé reyes a Polonia mientras dure el mundo.”

Ay, el niño se murió y se fue a reinar al cielo; en Jean-Casimir debía apagarse la casa de los Jagellons y de los Wasa; en él debía comenzar el desmembramiento de Polonia, tan rápidamente consumado después de la muerte del valiente Sobieski.

Sin embargo se habían entablado negociaciones entre Jean-Casimir y Bogdan: quedaron rotas a causa de las masacres; vuelven a establecerse y con estorbos de nuevo por el orgullo de los señores, ya no quedaba lugar más que para una guerra de exterminio. Esta vez el Kosako levantaba el estandarte del

cisma al mismo tiempo que el estandarte de la libertad, lo que no había sido más que una especie de *Jacquerie* (revuelta campesina) iba a convertirse además en una guerra de religión.

Para enfrentarse a un ejército de más de trescientos mil bárbaros, Casimir acudió a las viejas bandas alemanas que se habían quedado sin empleo tras la paz de Westphalia. Una embajada magnífica vino a ponerle en la mano, en nombre de Inocencio X, un casco y una espada, puesto que, una vez más, se trataba de una guerra santa tanto como de una guerra nacional. El ejército real se preparó a ella con los ejercicios del jubileo; luego se puso en marcha contra el enemigo. Su victoria fue completa, y la lucha que pareció un momento acabada, fue por lo menos suspendida..

En estas circunstancias (1651) fue cuando se pusieron en camino para Polonia cuatro Misioneros enviados por Vicente de Paúl: Lambert-aux-Couteaux⁵⁴³ y Desdames, sacerdotes; Guillot, subdiácono, y Casimir Zalazowski, clérigo, un Polaco que iba a llevar a su país la gracia que había venido a buscar en San Lázaro. Los cuatro Misioneros iban acompañados del Hermano Pausny, quien les debía servir. Eran portadores de esta carta de Vicente para la reina, con fecha del 6 de setiembre de 1651:

“Señora, ahí están por fin nuestros Misioneros, que se van a prosternar a los pies de Vuestra Majestad sagrada y a ofreceros sus muy humildes servicios. No son más que tres o cuatro, Señora, si bien el plan era enviaros ocho o nueve. Hemos pensado que éstos serán suficientes para un comienzo, a la espera que Vuestra Majestad nos conceda el honor de mandarnos que le enviemos otros más. No se saben la lengua del país, pero como hablan latín pueden desde ahora ocuparse en educar a los jóvenes eclesiásticos, tanto en la piedad y uso de las virtudes como en todo lo demás que están obligados a saber y a hacer. Vuestra Majestad, Señora, Podrá pasarse con tener una docena para empezar y, al cabo de un año, serán obreros hechos que los nuestros podrán llevar a Misiones para instruir a los pueblos del campo, la mayor parte de los cuales ignoran las cosas necesarias a su salvación, y que por eso están en peligro de perdición, según dicen algunos santos. Si vuestra Majestad aprueba este plan, Señora, y el señor obispo concede la ejecución en su diócesis, actuando como lo hacen los de Francia, que obligan a los clérigos, antes de entrar en las órdenes sagradas, a pasar algún tiempo antes en sus seminarios, no puede ser, Señora, que el vuestro no reúna lo mismo que aquellos, sin otros gastos que el alojamiento, el mobiliario y el mantenimiento de los Misioneros, porque los seminarios les pagarán la pensión. –No hace mucho, Señora, que tenemos seminarios en este reino, y no por eso los progresos dejan de ser considerables. Uno de los señores obispos tuvo a bien escribirme últimamente que no podían consolarse lo suficiente viendo a su clero reformado por medio de su seminario fundado hace tan sólo ocho o diez años y dirigido por cuatro sacerdotes de nuestra Compañía. Nos cuentan aquí maravillas de la santidad de vida de Monseñor el arzobispo de Wilna. Quizás

⁵⁴³ Lambert era entonces asistente del santo superior, es decir el primero de la compañía después de él, no obstante Vicente se privó de él para esta Misión lejana y difícil, conociendo sus méritos y su virtud, que había puesto más de una vez a prueba. Una noche, por ejemplo, que le había retenido trabajando hasta bien avanzada la noche, le dijo, al despedirle, que descansar al día siguiente. Al día siguiente por la mañana, Lambert se había presentado el primero en la oración. Vicente lo ve y, delante de toda la comunidad, incluidos los hermanos y los jóvenes seminaristas, le ordena que se ponga de rodillas: “Señor, le dice, la obediencia vale más que el sacrificio. Una falta menor que la vuestra pudo costar la vida a Jonatás y sembrar la desbandada en el ejército de los hijos de Israel.”

sea muy acertado, Señora, tener esta santa obra en su diócesis, a no ser que sea del agrado de Vuestra Majestad darle nacimiento en Varsovia para verle cultivar y reconocer mejor su importancia y sus frutos. –Si Dios quiere bendecir las santas intenciones de Vuestra Majestad para la total felicidad de su gran reino, el cual puede gloriarse de tener a una de las mejores reinas del mundo, añadirá a la bendiciones que su presencia le ha traído una infinidad de otros bienes, por el adelanto en la virtud del estado eclesiástico, la instrucción de sus pobres súbditos, y además, Señora, por la fundación de una nueva y santa religión, como es la de las religiosas de Santa María, que ofrecerá un medio a otras jóvenes de consagrarse al buen Dios, y que servirá de remedio al desorden de las jóvenes perdidas, y por último por la asistencia a los pobres enfermos con las Hijas de la Caridad que Vuestra Majestad pide y que están preparadas para ir. ¿Qué bienes se pueden imaginar que no estén comprendidos en todos éstos? ¿Qué otro estado habrá en el reino que no experimente vuestra incomparable piedad?”

La partida de las religiosas de Santa María, o de la Visitación, se retrasó por la oposición de los padres, que hicieron prohibir jurídicamente a la superiora, por la autoridad del oficial y del arzobispo de París enviar a sus hijas a este extremo de Europa. Pero esta oposición había sido inspirada por el propio arzobispo, descontento por que la reina no se hubiera dirigido directamente a él en esta circunstancia, descontente también con las religiosas por diversas razones, éstas entre otras, que lo habían tratado sin hablar con él. De hecho, ni se les había ocurrido, pues hasta entonces él no había tenido parte en ninguna de sus fundaciones, y nunca había hecho reclamaciones.

Lo sabemos por un post-scriptum de la carta ya citada a la reina de Polonia, y por otra carta de Vicente a Lambert, con fecha del 21 de junio de 1652. Vicente aconsejaba a la reina Luisa hacer callar a la oposición por la intervención de la reina de Francia y sobre todo escribiendo ella misma al arzobispo; lo que él repite en su carta a Lambert: “Tengo mis dudas de que se retracte, si la reina no le escribe en francés una carta cordial que le satisfaga; y, aún cuando lo haga, seguiré dudando de que se entregue. No conviene con todo dejar de emplear este medio, si cumple a Vuestra Majestad hacerle este honor. Después de todo ello, temo asimismo la oposición de los parientes de las jóvenes, cuando se trate de llevarlo a cabo y decidirlo.”

La reina de Polonia escribió efectivamente al arzobispo de París, quien levantó el veto. Las religiosas se pusieron pues en camino; y, llegadas a Abbeville, tuvieron enormes dificultades, debidas tal vez a las familias. Llegaron sin embargo a Polonia a finales de junio de 1654⁵⁴⁴.

En cuanto a las Hijas de la Caridad, ellas llegaron a Polonia el mes de setiembre de 1652. La reina estuvo encantada; y, por su parte, ellas no descuidaron los menores detalles de serle agradables. Como a esta princesa le gustaban mucho los perros, le criaban uno en su casa de París. Lo que leemos en el post-scriptum de una carta a Ozenne del 9 de abril de 1655: “La Señorita Le Gras ha traído a nuestro locutorio este perrito que enviamos a la reina. Le gusta tanto una de las hermanas de la Caridad, que ni siquiera mira a las demás, sea quien sea; y cuando ella sale, no hace otra cosa que dar quejidos sin parar. Este animalito me ha producido más de una confusión, viendo su único afecto por quien le da de comer, viéndome tan poco apegado a mi

⁵⁴⁴ Carta del 5 de julio de 1652, de los 13 de febrero y 31 de julio de 1654.

soberano bienhechor y tan poco desprendido de todas las demás cosas. Podréis asegurar a Su Majestad que las Hijas tendrán sumo cuidado de él.

II. *Oposición*. Llegados a Polonia, los Misioneros habitaron primero en Sokasko, cerca de Grozno. En 1653, el cuidado de Santa Cruz de Varsovia quedó unida a la Misión por renuncia del titular, cosa que aprobó el ordinario en 1655⁵⁴⁵. Pero su establecimiento se vio impedido al principio y bastante tiempo después. Para comprenderlo, es necesario exponer algunos detalles.

Con su carácter novelesco y aventurero, María de Gonzaga no había dejado de caer en las opiniones nuevas del jansenismo. Había tenido la idea de ponerse bajo la dirección de Saint-Cyran; pero cuatro días después, él murió, y ella asistió con gran pompa a sus funerales⁵⁴⁶. Sin embargo, ella formaba parte también de la Compañía de las Damas de la Caridad formada por Vicente de Paúl. Desde entonces, ella se repartía entre San Lázaro y Port-Royal, pero, con un atractivo especial hacia éste. La madre Angélica, siguiendo la costumbre del partido de acaparar a los grandes, se apoderó de ella. Le permitió, igual que a la marquesa de Sable, hacerse preparar, en el monasterio del barrio de Saint-Jacques, un pequeño apartamento, adonde venía todos los jueves y pasaba a veces varios días seguidos. De ella, de la marquesa de Sable y de la princesa de Guémené, con frecuencia en prolongada conferencia en Port-Royal, decía Angélica: "Tengo que ir a separar a *nuestras* damas." En una palabra, la princesa parecía *impresionada*. Recibía los consejos de Singlin al mismo tiempo que los de Angélica. Cuando fue llamada al trono de Polonia, fue en Port-Royal donde pidió un confesor, y le dieron a Fleury, doctor de Sorbona, uno de los aprobadores del libro de la *Frecuente Comunión* y totalmente entregado a la secta. De Polonia continuó relacionándose con Angélica. Le escribía con frecuencia y le mandaba escribir ella misma todos los ordinarios. Se tienen más de doscientas cartas impresas de Angélica a la reina de Polonia. Por su parte, María, aparte de las cartas, enviaba a Port-Royal presentes y limosnas considerables, tanto en trigos como en dinero. En 1655, después de la condena de las cinco proposiciones, llegó hasta escribir a Alejandro VII a favor de las religiosas y de las solitarias. Consoló a Port-Royal en la *persecución*: "Dios mío, escribía en 1661, por qué no puedo tener a esta santa Madre (Angélica) y a todas estas pobres afligidas a mi lado en mi habitación para abrazarlas!" Y les ofrecía retiro en sus Estados⁵⁴⁷. Más de una vez, ella misma o a instancias de Fleury, quiso conversar con los Misioneros sobre las nuevas opiniones, quizás para ganárselos; y nos acordamos que Vicente les prescribió sobre este punto el más absoluto silencio.

Podemos comprender ahora la acogida que les debió ser hecha por los jesuitas cuando llegaron a Polonia. Los jesuitas estaban allí desde hacía un siglo. Habían cerrado este país al protestantismo. Desde el advenimiento de Casimiro al trono, habían llegado en mayor número, con la esperanza de aprovecharse, en interés de la fe, de las disposiciones favorables de este ex príncipe de la Iglesia romana. En seguida se convertirán en un Pedro el Ermitaño de una cruzada a favor de la católica Polonia, cuando sea invadida por el cisma y la herejía. Pues bien, he aquí que de pronto ven llegar a su cosecha a unos sacerdotes desconocidos, evidentemente mandados por un

⁵⁴⁵ Arch. del Estado, S. 6717.

⁵⁴⁶ Memorias de Lancelot.

⁵⁴⁷ *Hist. de l'Abbaye de Port-Royal* (por Besoigne). Cologne, 1752, tom. I, pp. 205-207, 422 y 590.

sacerdote de fe sospechosa. Ya que es Fleury, no se podría dudar quien, más que el recuerdo del santo fundador de las Damas de la Caridad, había contribuido a su llamada a Polonia. Sí, Fleury quería oponerlas a los jesuitas, dueños de la situación. En esta época san Vicente de Paúl no habían entrado aún públicamente en el gran papel que ha sido contado precedentemente. Fleury podía dudar de que sus hijos fuesen tan opuestos a las ideas nuevas, y abrigar la esperanza de que ellos contrabalancearían, en el sentido de la herejía, la influencia de los jesuitas. Por su parte, los jesuitas no conocían a los recién llegados más que como protegidos de Fleury y, sabiéndolos destinados a acercarse más que todos los demás a la reina de Polonia, temblaban por la verdadera fe.

Y aquí, tenemos más que conjeturas probables, podemos invocar testimonios positivos y oficiales. El arzobispo de Adrianópolis, nuncio del papa en Polonia, tenía órdenes de Su Santidad de publicar la bula contra Jansenio y de impedir que la nueva doctrina entrara en el reino. Pues bien, el 5 de julio de 1650, informaba al cardenal Pancirole que el jesuita Pierre-Guillaume Rose, predicador de la reina, predicaba contra un libro de la Frecuente Comunión, enviado de París, declarándole lleno de errores y pernicioso a los fieles; que el Sr. Fleury, doctor de Sorbona y confesor de la reina, defendía, por el contrario, el libro, y le procuraba defensores, entre otros, André Szoldzy Szoldrysky, obispo de Posnania (Posen), y el obispo de Samosky, resuelto a aprobarlo. “Yo he escrito al último, prosiguiendo el nuncio, que no lo haga y suspenda su aprobación hasta que Su Santidad sea informado y se tenga respuesta de la santa Congregación del Índice. He pensado que sería bueno pedir audiencia al rey y a la reina sobre este asunto, quines ambos fueron del parecer que se impusiera silencio a ambas partes, a la espera del juicio de la Santa Sede, a quien corresponde decretar soberanamente sobre estas materias. Llamé hace dos días al confesor y al predicador de la reina para exhortarlos a callarse y hablar de estas cosas con mayor moderación, y traté de reconciliarlos. Ellos me prometieron hacerlo.” Por otra parte, el nuncio actúa sobre la mente de la reina y, según escribía el 17 de setiembre de 1650, consiguió apartarla un poco del partido y de sus máximas. Convenció sobre todo al rey quien, cansado de las disputas sobre estas cuestiones de las que resonaba su corte, se dirigió a Roma, el 12 de setiembre de 1650, para tener una decisión en el asunto del libro de Arnauld. Inocencio X le respondió, el 9 de noviembre siguiente, que había pronunciado ya, después de Urbano VIII, sobre la doctrina de Jansenio que él quería todavía tomarse su tiempo para examinar la de Arnauld y que, no obstante, había ordenado a su nuncio en Polonia que hiciera uso de su autoridad para imponer silencio a las partes⁵⁴⁸.

Ese era el estado de cosas en Polonia cuando los Misioneros fueron llamados. Tenían allí como introductores a Fleury como a la reina y, sin ninguna duda, con Fleury, a este obispo de Posen, uno de los prelados fautores de las doctrinas y de las prácticas jansenistas. Semejantes patronos los debía hacer sospechosos al celo perspicaz y vigilante de los jesuitas.

Éstos pusieron pues oposición a su fundación, pidiendo información al nuncio sobre quiénes eran y de donde venían. Engañados por Fleury, indispuestos por él contra los jesuitas a quienes se los pintaba con los colores más odiosos, los

⁵⁴⁸ Extracto de los dieciocho tomos in-folio Mss, del P. Rapin, Biblioteca del Arsenal, teolog. Franc., 53, pp. 102-104. –Notemos de paso que estos Mss fueron copiados en roma por el P. Rapin sobre los documentos oficiales que le habían sido comunicados por orden del papa.

Misioneros se asustaron y se quejaron en vivos términos a su Padre. Vicente se extrañó, en tan perfecto acuerdo vivía con los jesuitas en Francia. No obstante se apresuró en enviar a sus sacerdotes todos los títulos, todos los documentos testimoniales que podían esclarecer todo sobre su verdadero carácter. Al mismo tiempo escribió a sus superior Lambert, el 21 de junio de 1652, esta carta, en la que brilla su virtud como su sabiduría: “En cuanto al punto segundo de vuestra carta, que habla de las dificultades, que se aducen para permitir vuestro establecimiento. Yo adoro en ello la conducta de Dios, sin cuyas órdenes nada se hace, y haremos mejor en ver de su agrado todos los sinsabores que nos ocurran, que imputárselos a nadie. Y aunque fuera verdad que aquellos de los que os han hablado pudieran envidiarnos y causarnos el peor de los males, yo todo lo posible por estimarlos, amarlos y servirles, sea aquí o sea en otra parte. Sin embargo ésta es una copia auténtica de nuestra bula, legalizada por el Sr. oficial de París y por Monseñor el nuncio de quien espero una carta para el Sr. nuncio de Polonia, con recomendación y testimonio a favor de la Compañía, a fin de que el mismo nuncio de Polonia consiente en presentarlos al obispo de Posnania(Poznam), a falta de la carta testimonial que os ha mandado pedir de parte del arzobispo de París, a quien no me he atrevido a pedírsela. Espero de la bondad de Dios y de la fuerza de la verdad que será suficiente y que pronto quedaréis establecidos.”

Fueron establecidos, efectivamente; pero las desconfianzas, los temores secretos separaron por mucho tiempo todavía a los Misioneros y a los jesuitas, a quienes Fleury tenía todo el interés en dividir. Por eso, dos años después, el 23 de mayo de 1654, Vicente escribía a Ozenne, que había reemplazado a Lambert, esta nueva carta en la que le da por único plan de conducta la práctica de la humildad y de la caridad, su única política propia, la verdadera política cristiana.

“En cuanto a los asaltos que teméis por parte de alguna comunidad, espero de la bondad de Dios que no sucedan, y os pido que deis todos los pasos para impedirlos, previniendo a estos buenos padres con vuestros respetos, servicios y deferencias, como nosotros lo intentamos aquí, lo que no nos cuesta mucho, y he tomado la resolución, aunque me arrojaran barro a la cara, de no manifestar ningún resentimiento para no romper con ellos, ni distanciarme de la estima y del honor que les debo, y ello en presencia de Dios; que si por casualidad dicen o hacen algo molesto contra vuestra pequeña barca, aunque fuera adrede para hundirla, sufridlo por el amor de Dios, que sabrá libraros del naufragio y traer la calma tras la tempestad. No os quejéis, ni digáis tan sólo una palabra, y no dejéis por ello de acariciarlos en los encuentros, como si no hubiera pasado nada. No hay porqué extrañarse nunca por estos accidentes, sino disponerse a recibirlos bien. Ya que, como pasaron cosas entre los apóstoles, y también entre los ángeles, sin que por ello hayan ofendido a Dios, obrando cada uno según sus luces, así Dios permite a veces que sus siervos se contradigan, y una compañía persiga a otra. Y haya más mal de lo que se piensa en ello, aunque todos tengan buena intención, pero hay siempre un gran bien para los que se humillan y no ofrecen resistencia.”

Ozenne, instruido a fondo por Fleury, respondió con el mismo lenguaje que antes; y Vicente, cada vez más extrañado, no pudo sino repetir con más insistencia sus consejos anteriores, en una carta del 27 de noviembre de 1654:

“¿Es posible, Señor, que estos buenos padres nos traten así según decís? Me cuesta creerlo. Pero aunque así fuera, os ruego, y a la Compañía con vos, dos

cosas: la primera, no hablar de ello, ni quejarse a nadie; esto sería peor aún, y hay que *vincere in bono malum* (-vencer al mal con el bien), que es como decir que no dejaréis de visitarlos como antes, y hablar respetuosa y favorablemente de ellos en toda ocasión, como también servirles, si Dios quiere ofrecerlos la ocasión; estas prácticas son según Dios y la verdadera sabiduría y lo contrario a ello causa mil malos efectos. Pienso que haréis bien en celebrando una conferencia sobre ello.”

Entre sacerdotes tan llenos igualmente de fe ortodoxa y de celo apostólico, el desacuerdo no podía durar por largo tiempo. A invitación de Vicente, los jesuitas de París escribieron a sus cohermanos de Polonia y, el 22 de enero de 1655, el santo sacerdote podía al fin exclamar: “Bendito sea Dios que la Compañía vive con respeto con estos reverendísimos Padres, y ruega a Nuestro Señor que nos dé la gracia de hacer lo mismo con todos los demás! “ Y en adelante todas sus cartas contenían siempre una palabra de respeto y de ofrecimiento de servicio para los jesuitas de Polonia; en lo sucesivo jesuitas y Misioneros trabajaron de acuerdo en las obras comunes.

III. *Trabajos de los Misioneros. –Lambert-aux-Couteaux.* Ya están instalados nuestros Misioneros en Polonia; pero, antes de su establecimiento incontestado y definitivo,, se habían destacado por una entrega agradable a la vez a los soberanos, a los grandes y al pueblo.

Nada más llegar ellos, había vuelto la guerra, más general y más amenazadora. Un señor polaco, refugiada en Estocolmo, irritó el resentimiento que alimentaba Cristina por la obstinación de los Wasa de Polonia en conservar su título de reyes de Suecia, y la hija de Gustavo Adolfo prestó oído a las proposiciones de Bogdan. Por su cuenta, Bogdan se unió a Rokacy, woiewode de Transilvania, volvió sus ojos hacia los Moscovitas, con quienes tenía comunidad de extracción, de lengua y de creencia. Por todas partes pues estaba amenazada Polonia. El cielo mismo parecía declararse contra ella, por un cometa espantoso, por un eclipse de sol contra el que Vicente debió tranquilizar a los suyos, por un incendio que asoló Warsowia, y por una peste terrible. La peste y el hambres su compañera fueron los primeros enemigos contra los que se dirigió Lambert. Con el parecer de la corte voló a Warsowia y desplegó tal desarrollo que la reina se creyó obligada a escribir a Vicente, el mes de setiembre de 1652, la carta siguiente:

“Señor Vicente, me siento obligada por tantas señales de vuestro afecto, y por la alegría que me demostráis al recibir de la salud del rey mi Señor y la mía lo que os agradezco.

“El buen Sr. Lambert, al ver el miedo que los polacos tienen a la peste, ha querido ir a Warsowia para poner un orden mejor que el que había, para el alivio de los pobres. di la orden que fuera alojado en el castillo y en la propia cámara del rey. Recibo noticias de él todos los días, y todos los días le recomiendo que no se exponga al peligro. Tiene a su disposición todo lo necesario para venir a verme tan pronto como se establezca el orden, y le exhorto a venir cuanto antes. Sin esta enfermedad, que ha trastornado todos nuestros planes, habríamos concluido su establecimiento en Varsovia. Hace dos días que han llegado vuestras Hijas de Caridad, cosa que me satisface mucho; ellas me parecen muy buenas jóvenes, etc...”

El servicio de los apestados en la gran ciudad de Varsovia, tal fue pues el primer ejercicio

Al que la Providencia sometió a los Misioneros; ejercicio mucho más terrible de lo que se supondría por la lectura de esta carta de la reina, sin duda mal informada, o temiendo asustar a su venerable Padre. Pero, por sus hijos o por otras, Vicente conoció toda la extensión del peligro y, por este tiempo, escribió al superior de su casa de Sedan: “Los Misioneros de Polonia trabajan con gran bendición: No tengo tiempo de escribir los detalles; le diré tan sólo que habiéndose recrudecido la peste en Varsovia, que es la ciudad donde tiene su residencia ordinaria el rey, todos los habitantes que han podido huir han abandonado la ciudad, en la que, no más que en los demás lugares afectados por la enfermedad, no hay apenas orden alguno, sino al contrario una confusión extraña; ya que nadie entierra a los muertos. Los dejan en las calles donde se los comen los perros. Nada más que alguien es atacado de esta enfermedad en una casa, el resto le echan a la calle, donde se morirá, ya que nadie le lleva nada de comer. Los pobres artesanos, los pobres sirvientes y sirvientas, las pobres viudas y huérfanos son abandonados por completo; no encuentran en qué trabajar ni a quién pedir pan, porque todos los ricos han huido. Es a esta desolación a donde ha sido enviado el Sr. Lambert en esta gran ciudad para remediar todas estas miserias. En efecto, ha provisto, por la gracia de Dios, haciendo enterrar a los muertos y llevar a los enfermos abandonados a lugares propios para ser atendidos y asistidos en el cuerpo y el alma; eso mismo ha hecho con los pobres atacados de enfermedades no contagiosas. Y por último, habiendo hecho preparar tres o cuatro casas diferentes y separadas unas de las otras, como tantos hospicios y hospitales, ha mandado retirarse y alojarse a todos los demás pobres que no estaban enfermos, a los hombres a un lado, a las mujeres i niños al otro, donde son atendidos con las limosnas y beneficios de la reina.”

Apenas había restablecido Lambert el orden en Varsovia, cuando la reina, que seguía a Casimir en Lituania, donde el zar Alexis había reunido un inmenso ejército, quiso que la acompañara. A pesar de los cuidados con que le rodeó la reina, sucumbió pronto debido a sus nuevas fatigas de Varsovia y a sus nuevas fatigas: murió el 31 de enero de 1653. el abate Fleury, la reina misma, escribieron a Vicente cartas llenas de elogios y de dolor. En cuanto a Vicente, al enterarse de la muerte de un amigo tan querido, de un Misionero tan precioso, se sintió tanto más abatido cuanto conocía al mismo tiempo la muerte del superior de Annecy. Ya algo repuesto para respirar por parte del cielo, escribió sobre uno y sobre el otro a todas sus casas esta impresionante carta de información; lleva fecha del 23 de marzo de 1653:

“La gracia de Nuestro Señor, dice, esté siempre con vosotros, y su santo consuelo con todos nosotros, para soportar con amor las incomparables pérdidas que la Compañía acaba de tener en dos de sus mejores súbditos, uno de los cuales es el Sr. Guérin, superior de la Misión de Annecy, de quien el Señor obispo de Ginebra me habla muy favorablemente con lágrimas en los ojos y el dolor inexpresable en el corazón, así me lo dice; en efecto, Dios ha bendecido siempre la conducta y los trabajos de este siervo suyo para contento dentro y fuera de la familia. Ha fallecido el sexto (día) de este mes, tras nueve días de enfermedad. Ya os he hablado, me parece, del fallecimiento del Sr. Gurllet, como de un buen Misionero, ocurrido algunos días antes en la misma casa.

“El otro de quien tengo que hablaros ahora es el bueno del Sr. Lambert, quien se ha ido a Dios el 31 de enero, tras solamente tres días de enfermedad, pero

de una enfermedad tan dolorosa, que él mismo decía que no podría aguantarla por mucho tiempo sin morir; lo que ocurrió después de recibir los santos sacramentos de manos del Sr. Desdames. El confesor de la reina de Polonia me informa que es llorado universalmente y que, según el pensar de los hombres, es difícil encontrar a un eclesiástico más cumplido y más apto para la obra de Dios y añade que podía ser nombrado *Dilectus Deo et hominibus, cuius memoria in benedictione est* (-amado de Dios y de los hombres; su recuerdo está lleno de bendiciones); él buscaba únicamente a Dios; y nunca nadie ha gozado de una estima tan general; pues, por todas partes por donde ha pasado ha dejado el buen olor de sus virtudes. Estos son los sentimientos de este buen doctor; y la reina que me ha escrito una gran carta de su propia mano después de expresarme su satisfacción por sus trabajos, y su pesar por no tenerlo más, termina con estas palabras: 'Por último, dice, si no me enviáis a un segundo Sr. Lambert, no sé ya que hacer. ' Lo que denota la perfecta confianza que le tenía. Además él la llevó a dar cerca de 100.000 libras en limosnas muy por encima de lo que ella hubiera hecho desde que tuvo el honor de acercarse a él, por lo que me dice los nuestros, que han distribuido una buena parte de esa cantidad, tanto en los pobres apestados de Cracovia y de Varsovia como en otros enfermos y pobres abandonados.

"No pongo en duda, Señor, que la privación de este santo hombre, que aflige a toda la Compañía, y más aún la de los tres juntos, os impresione sensiblemente. Nada extraño! La conducta de Dios es adorable, y debemos adorar sus efectos. Es lo que queremos hacer en el inmenso dolor en que estos accidentes nos han sumido, con la confianza que estos queridos difuntos nos sean más útiles en el cielo de lo que lo hubieran sido en la tierra. Nosotros venimos después para ocupar sus puestos, en particular el del Sr. Lambert, a causa de las necesidades extremas de ese reino, cuyas disposiciones son muy buenas, y donde los obreros que quedan no son bastante fuertes. Orad y haced que oren, por favor, por los vivos y por los muertos."

IV. *Ozenne, Desdames y Duperray*. Para reemplazar a Lambert, Vicente puso los ojos en Ozenne, uno de los más antiguos y mejores sacerdotes de su Compañía. Ozenne se puso en camino con algunos Misioneros más en un barco de Hamburgo, pero el navío fue capturado por los Ingleses. Aunque el parlamento lo hubiera declarado de mala captura, Ozenne y sus compañeros fueron retenido por mucho tiempo en Dover. La disposición del parlamento debía pasar al consejo del almirantazgo, donde los partidos adversos tenían todavía que debatir sus derechos recíprocos; motivo de muchos retrasos. Por su parte Vicente encargaba a Ozenne que suspendiera la partida hasta después de la estación mala. Pero, una vez libre, el Misionero reanudó su viaje, y llegó a Polonia hacia mediados de enero de 1654, cerca de un año después de la muerte de Lambert⁵⁴⁹.

Durante todo este tiempo, la Misión de Polonia se había quedado sin superior; la llegada de Ozenne era pues urgente, tanto más porque Guillot y el clérigo polaco amenazaban con abandonar su puesto y la Compañía. En vano, con el fin de retenerlos, Vicente escribió a Ozenne, el 3 de abril de 1654:

"En cuanto a mí, yo admiro qué fiel es un soldado a su capitán, de forma que no se atrevería a retroceder cuando hay que combatir, ni abandonarlo sin su

⁵⁴⁹ Cartas de los 4 y 7 de setiembre de 1653.

consentimiento, bajo pena de ser castigado como un desertor de ejército. Un hombre de honor no abandonaría a su amigo en apuros, sobre todo si estuvieran en un país extranjero. ¿Por qué? Por miedo a cometer una cobardía o falta de civismo. Admiro, digo, ver más firmeza en esa gente por respetos humanos que la que demuestran cristianos y sacerdotes por la caridad, ni por los buenos planes que se han formado.”

A pesar de esta enérgica llamada a su valor, Guillot y Zelazowski regresaron a Francia. Bien es cierto que ambos volvieron a Polonia; pero Zelazowski acabó por ser definitivamente apartado de la Compañía; y Guillot, él se hallaba ya en Hamburgo para ir a ocupar su puesto, cuando los católicos de esta ciudad le comprometieron a preferir Suecia. La conversión reciente de Cristina daba entonces la esperanza del regreso de este reina a la fe romana. Por eso la Propaganda pidió a Vicente que enviara a siete u ocho sacerdotes a Suecia y a Dinamarca, donde había promesas de que no se los molestaría mientras no celebraran ningún ejercicio de su religión y se contentaran con servir a los católicos ocultos entre los herejes. Vicente escribió pues a Guillot, que se sentía llevado a esta obra y animado por el embajador de Francia en Suecia, y seguir su generosa inspiración. Al mismo tiempo invitó a Ozenne a favorecer con toda su fuerza la santa empresa. Para ello se necesitaba la conformidad y el concurso de la reina de Polonia, y ésta se negó a contribuir. Por otro lado, el embajador cansado por tantas demoras, descontento por las dificultades, que se le ponían en Polonia, se volvió hacia Francia de donde le enviaron a tres sacerdotes extranjeros a la Misión. En lugar de tomar la ruta de Estocolmo, Guillot se dirigió a Cracovia⁵⁵⁰.

Mientras tanto la peste seguía haciendo estragos en Varsovia, y los más espantosos presagios amenazaban Polonia. Casimir se puso no obstante en campaña a la cabeza de un numeroso ejército. Obtuvo al principio algunos éxitos de los cuales ninguno fue decisivo. Bogdan acababa de inclinar a Alexis a lanzar a sus ochenta mil combatientes sobre Polonia declarándose su vasallo. Ante este peligro creciente, los de la dieta no pensaron más que en imputar al trono las desgracias públicas. Sin embargo Lituania estaba bañada en la sangre de los señores degollados por los campesinos. Un combate honroso para las armas polacas no había cambiado en nada en los horrores de la situación. Alexia marchaba siempre en vanguardia, “Oh Señor, escribía entonces Vicente a Ozenne (9 de octubre de 1654), qué dolor siento ante la noticia que me dais del avance de los ejércitos de los Moscovitas por Polonia, y cuánto le pido a Dios que tenga a bien mirar la santidad de las almas del rey y de la reina y tantas buenas obras que realizan en su reino y en el exterior, y las que proyectan hacer de aquí en adelante. Yo lo espero de su divina bondad, y así mandaré que lo hagan de continuo, y pediré yo mismo, aunque muy indigno pecador⁵⁵¹.”

Pero las inquietudes y las súplicas de Vicente se redoblaron pronto, cuando un tercer peligro se abalanzó sobre Polonia. Cristina de Suecia, última representante de la rama cadete y protestante de los Wasa, acababa de abdicar a favor de su primo Carlos Gustavo, conde de los Deux-Ponts, de la

⁵⁵⁰ Cartas a Guillot del 30 de enero de 1654, y a Ozenne, de los 28 de agosto, 6 de noviembre, 18 de diciembre, y de los 1º de enero y 24 de febrero.

⁵⁵¹ Véanse también las cartas de los 27 de noviembre y 4 de diciembre, con ocasión de una invasión de los cosacos, -12 de marzo 1656: nuevos terrores. –En una palabra, todos los sucesos de Polonia en esta época tienen un eco en las cartas de san Vicente de Paúl.

casa Palatina, hijo de una hermana del gran Gustavo Adolfo. Era la decadencia de los Wasa. Juan Casimiro, el primero, hace poco único vástago de esta raza, protestó. Ya rey, reclamaba el trono de Suecia, él que pronto iba a verse forzado a abdicar incluso el reino de Polonia. Carlos Gustavo se encabritó por ello. Joven todavía, ilustrado ya a la cabeza de los ejércitos de suecos y de la liga protestante en las campañas de la guerra de Treinta años, este príncipe sólo buscaba un pretexto para volver a los campos de batalla. Después de titubear entre Dinamarca, Moscovia y Polonia, se decidió, ante las protestas de Casimiro, a llevar las armas contra éste. Singulares vicisitudes de las cosas! Al mismo tiempo el gran visir Kiuperli Ogli, inquieto por las conquistas del zar se acercaba a Polonia y ordenaba al nuevo Kan de Crimea marchar en su auxilio. Y, en efecto, Jean Sobieski, de regreso de Francia para defender a su patria recibió el mando de un cuerpo numeroso de esos Tártaros que él debía combatir algunos años después, cuando ellos tuvieran al frente al gran visir Kiuperli en persona.

No obstante Carlos Gustavo avanzaba amenazador, inexorable, rechazando toda negociación, toda súplica, con el orgullo intratable de un jefe de rama cadete y femenina. Estaba al frente de un ejército de sesenta mil Suecos, y tenía por lugartenientes a los héroes de la guerra de Treinta años, o a sus hijos o sus émulos: era el protestantismo que marchaba contra la católica Polonia, al mismo tiempo que era atacada por el Moscovita en nombre del cisma griego, y tristemente partidos en su seno respondían a la llamada del cisma y de la herejía.

Guerra religiosa, se lo ve todavía, tanto como guerra de libertad, de conquista o de raza; lo que, con el reconocimiento del favor, el amor inquieto de la paternidad, explica las cartas escritas por Vicente en esta época a propósito de las desgracias de Polonia y de sus soberanos.

A la noticia de la invasión de los Suecos, en la incertidumbre de los acontecimientos, mandó escribir al residente de Francia en Suecia para reclamar proyección a favor de las religiosas de Santa María, de las Hijas de la Caridad y de los Misioneros de Varsovia. el mismo día, escribió a Roma para retener a Berthe, y a algunas Hijas de la Caridad que se dirigían a Polonia. Pero Berthe había salido ya. Las acompañó por lo menos, “con toda la carga de sus dolores y de sus deseos,” a Cracovia, adonde la Misión tuvo que retirarse. Y ahora todo eran votos ardientes, esperanzas fundadas en la piedad del rey y de la reina y en el amor de Dios a su Iglesia; eran también oraciones y mortificaciones en San Lázaro a favor de este malhadado país. En la repetición de oración del 24 de agosto de 1655, a propósito del gran rey san Luis, pidió con más insistencia las oraciones de los suyos por los soberanos de Polonia. “Ayer, dije, recibí noticias que me han afligido sobre manera. Y que os deben helar el corazón de dolor al mismo tiempo que os hablo de ello. Siento el corazón helado, oh Salvador, frío, me siento transido de dolor, no sé si os lo podré contar.” Y habló de la doble invasión de los Suecos y de los Mosovitas: “Esos gruesos nubarrones que rugían, sembraban el espanto por doquier, han caído encima⁵⁵². Para colmo de desgracias dos palatinos se habían pasado al

⁵⁵² Cartas de los 17 de agosto y 24 de setiembre de 1655. –Fue en esta ocasión cuando escribió a uno de sus sacerdotes (27 de abril de 1655): “Me decís que el rey y la reina se van a Cracovia, y que es oportuno que algunos de los nuestros se encuentren allí para intentar algún establecimiento. Pues bien, os diré sobre eso, Señor, que la Compañía tiene por máxima inevitable no pedir nunca ningún establecimiento, y que hasta hoy, lo ha practicado así, por la gracia de Dios,...y si me lo cree, usará siempre de ella. Qué

enemigo; así: “División por dentro, y guerra por fuera...Roguemos a Dios por la conservación del rey, un príncipe tan bueno, tan amante de la verdadera religión. Mortifiquémonos por ello, mortifiquémonos para entrar en el espíritu de penitencia. Estamos obligados a ello particularmente; hay tanta bondad, tanta, tanta bondad para la pequeña Compañía. Oh, ayudémosle con nuestras oraciones, Y la reina, ¿hay una princesa mejor en el resto del mundo, que tenga más celo por la piedad? Ah, ustedes lo saben, Señores, pero no saben nada en comparación, no sólo de las limosnas que reparte en nuestro lugar, a las Hijas de Santa Maria, tantas para las misiones en los países extranjeros, hasta en Persia!... Qué celo por el aumento de fe!...Les suplico que recen mucho estamos obligados por agradecimiento, como por sentimiento de religión. Son nuestros bienhechores. La ingratitud es tan detestada de Dios. Seamos agradecidos. Oh Salvador, oh Señores! Se lo ruego, durante el día, cuando se acuerden, hagan una breve elevación a Dios, para pedirle auxilio en bien de ese reino... Oremos. Se han visto reinos mucho más bajos que se han levantado con la ayuda que dios les ha dado. Francia misma se ha visto en mayores extremos⁵⁵³.”

Una vez más, en todas las conferencias de Vicente, en todas sus cartas, cartas de cada semana, se siente el contragolpe de todos los males de Polonia, se oye el eco de todos los acontecimientos, éxitos y reveses, que tienen lugar, pero eco inteligente y sensible, animado sobre todo por la fe. La inquietud por la Polonia católica, amenazada por la Suecia protestante, lo dominaba todo en su corazón, incluso su ternura, sin embargo tan viva, para con sus Misioneros. Éstos por su parte, le escribían con mucha frecuencia. La sola firma de sus cartas le llenaba de alegría, y el contenido, cuando anunciaban alguna buena noticia, le colmaba de gozo; este júbilo lo hacía extensivo a toda la Compañía por el canal de las conferencias o de su correspondencia con sus casas⁵⁵⁴.

Carlos Gustavo seguía avanzando: sólo quería tratar en Varsovia. El 30 de agosto de 1655 entraba en esta capital. Seis semanas después, era dueño de Cracovia, mientras que los Moscovitas invadían Lituania y reinaban en Vilna. Casimiro huía con la reina a Silesia, no sintiéndose con seguridad más que en las tierras del Imperio, y el ejército, abandonado por su rey y batido por los Cosacos, para salvar el nombre y los restos de Polonia, proclamaba rey a Carlos Gustavo. En ese momento, Suecia formaba un imperio vasto y formidable, y el protestantismo, -que reinaba ya en Inglaterra, en Dinamarca, en Holanda, y que la política de Mazarino favorecía lo mismo que Richelieu, - dueño también de Polonia, este bulvar del catolicismo, se encontraba a punto de dominar el mundo.

Fue entonces cuando Vicente decía en San Lázaro: “¿No parece, Señores, que Dios quiere trasladar a su Iglesia a otros países? Sí, si no cambiamos, es de temer que Dios nos la quite del todo, visto que estos poderosos enemigos de la Iglesia entran con mano fuerte. Este temible rey de Suecia que, en menos de cuatro meses, ha invadido una buena parte de este gran reino, nosotros debemos temer que lo haya suscitado Dios para castigarnos por nuestros desórdenes. Son los mismos enemigos de los que se sirvió Dios en otro tiempo para el mismo efecto: puesto que se trata de Godos, Visigodos y Vándalos

felicidad, Señor, estar en los lugares donde Dios quiere y qué desgracia establecernos donde Dios no nos llama!”

⁵⁵³ Ver también la repet. de or. de la víspera del 23 de agosto.

⁵⁵⁴ Carta a Ozenne del 9 de marzo de 1657.

salidos de aquellos cuarteles de los que Dios se sirvió hace más de mil doscientos años para afligir a su Iglesia. estos comienzos, los más extraños que se hayan visto nunca, nos deben hacer mantenernos en guardia. Un reino de una extensión tan vasta casi invadida por menos de nada, en el espacio de cuatro meses. Oh Señor, ¿quién sabe si este temible conquistador se va a quedar ahí, quién lo sabe? Por último, *ab aquilone pandetur omne malum*: desde allí han venido los males que nuestros antepasados sufrieron, y es de ese lado de donde los debemos temer.”

A los temores, a los dolores del apóstol se añadían los dolores y los temores del padre. Ozenne, superior de la Misión, había seguido la corte en su huida; Desdames y Duperray se habían quedado en Varsovia, en medio de la peste y de los peligros de la invasión. Ellos fueron allí sitiados por los Suecos, quienes, en su segunda entrada en esta capital, los maltrataron, dieron su casa al saqueo, los despojaron de todo, no dejándoles absolutamente nada más que la libertad de retirarse. Se quedaron a pesar de todo, porque los Suecos abandonaron pronto la plaza para marchar contra los Moscovitas que se habían levantado contra ellos. Por lo demás, tuvieron que sufrir todavía dos o tres asedios,, y allí perderán hasta sus hábitos⁵⁵⁵.

Al enterarse que estos dos Misioneros estaban presos de dos plagas terribles de la guerra y de la peste, Vicente se expansionó en estos términos en una de las conferencias ordinarias del viernes:

“Encomiendo a las oraciones de la Asamblea a nuestros dos cohermanos, los Srs. Desdames y Duperray que trabajan en Varsovia. Uno de esos dos (el Sr. Duperray) padece un molesto mal de estómago, es el resto de una peste mal cuidada; acabo de saber que le han puesto fuego en el extremo de una costilla que estaba cariada, y su paciencia es tal que no se queja en ningún momento. Lo sufre tdo con una gran paz y tranquilidad de espíritu. Cualquier otro se atormentaría al verse enfermo a trescientas o cuatrocientas leguas de su país; se diría: “Por qué me han enviado tan lejos, no me van a sacar de aquí? Qué, ¿es que me quieren abandonar? Los demás están en Francia bien cómodos y me dejan morir en un país extranjero.” Esto es lo que diría un hombre de carne, que estuviera apegado a sus sentimientos naturales y que no entrara en los sufrimientos de Nuestro Señor, haciendo de ello su felicidad. Oh, qué hermosa lección nos da este servidor suyo de amar todos los estados en los que tenga a bien su divina Providencia colocarnos! En cuanto al otro, ved cómo trabaja desde hace tanto tiempo con una paz de espíritu y una seguridad maravillosa, sin cansarse por la duración de los trabajos sin desanimarse por la incomodidades, ni tener miedo a los peligros. Los dos son indiferentes a la muerte y a la vida, y humildemente resignados a lo que Dios disponga. No dan señales de impaciencia ni de murmuración; al contrario parecen dispuestos a sufrir más todavía. ¿Hemos llegado nosotros a tanto, Señores y hermanos míos? ¿Estamos listos para sobrellevar las penas que Dios nos envíe y ahogar los sentimientos de la naturaleza para no vivir ya más que la vida de Jesucristo? ¿Estamos dispuestos a ir a Polonia, a Berbería, a las Indias; a sacrificarle nuestras satisfacciones y nuestras vidas? Si así es, bendigamos a Dios; pero si, por el contrario, los hay que tienen miedo de dejar sus comodidades, que sean tan tiernos como para quejarse de la menor cosa que les falte y tan delicados como para querer cambiar de casa porque el aire allí

⁵⁵⁵ Cartas de los 20 de octubre y 1º de diciembre de 1656. –Confer, del 18 de oct. de 1656.

no es bueno, que la alimentación es pobre, y no disponen de suficiente libertad para ir y venir; en una palabra, Señores, si algunos de nosotros son todavía esclavos de la naturaleza, entregados a los placeres de sus sentidos, como lo está este miserable que os habla, quien a la edad de setenta años es todavía muy profano, y que se consideran indignos de la condición apostólica a la que Dios los ha llamado y sienten confusión al ver a sus hermanos que la ejercen tan dignamente, y están tan alejados de su espíritu y de su valor.

¿Pero qué han pasado en ese país? ¿El hambre? Allí la han tenido. ¿La peste? Los dos la han pasado, y uno por segunda vez ¿La guerra? Se encuentran en medio de los ejércitos y han caído en las manos de los soldados enemigos. Por último Dios los ha probado con todas las calamidades. Y nosotros estaremos aquí como caseros sin corazón y sin celo. Veremos a los demás exponerse a los peligros para servir a Dios, y nosotros seremos tan tímidos como gallinas mojadas. Oh miseria, qué pequeñez Veinte mil soldados se van a la guerra para sufrir toda clase de males, donde uno perderá un brazo, el otro una pierna, y muchos la vida, por un poco de viento, y por unas esperanzas muy inseguras, y sin embargo no tienen ningún miedo y no dejan de ir corriendo como tras un tesoro. Pero, para ganar el cielo, Señores, no hay casi nadie que se mueva; y con frecuencia los que se han propuesto conquistarlo llevan una vida tan floja y tan sensual, que es indigna no sólo de un sacerdote y de un cristiano sino de un hombre razonable; y si hubiera entre nosotros algunos parecidos, no serían más que cadáveres de Misioneros. Pues bien, Dios mío, seáis bendito por siempre y glorificado por las gracias que otorgáis a quienes se abandonan a vos, seáis vos mismo vuestra alabanza por dar a esta pequeña compañía a estos dos hombres de gracias.

“Démonos a Dios. Señores, para ir por toda la tierra a llevar su santo Evangelio, y en cualquier parte a donde nos lleve, mantengamos nuestro puesto y nuestras prácticas, hasta que su voluntad nos retire. Que las dificultades no nos hagan cambiar; va en ello la gloria del Padre eterno y la eficacia de la palabra y la Pasión de su Hijo. La salvación de los pueblos y la nuestra propia es un bien tan grande que merece que se logre a cualquier precio; y nada tiene que ver que nos llegue la muerte antes mientras que sea con las armas en la mano: nosotros no seremos más felices, y la Compañía no será por ello más pobre, porque *sanguis martyrum semen est Christianorum*. Para un Misionero que haya dado su vida por caridad, la bondad de Dios hará surgir a muchos que hagan el bien que él ha dejado por hacer. Que cada uno pues se resuelva a combatir el mundo y sus máximas, a mortificar su carne y sus pasiones, a someterse a las órdenes de Dios, y a consumirse en los ejercicios de nuestro estado y en el cumplimiento de su voluntad, en la parte del mundo que a él le plazca. Formemos ahora todos juntos esta resolución, pero hagámosla en el Espíritu de Nuestro Señor, con una confianza perfecta de que nos ayudará en la necesidad. ¿No la queréis, mis hermanos del seminario? ¿No la queréis, mis hermanos estudiantes? No se lo pregunto a los sacerdotes, pues sin duda todos están dispuestos. Sí, Dios mío, nosotros todos queremos responder a los designios que tenéis sobre nosotros, es lo que nos proponemos todos en general y cada uno en particular, mediante vuestra santa gracia: ya no tendremos tanto apego ni a la vida ni a la salud, ni a nuestros gustos y diversiones, ni a un lugar ni a otro, ni a ninguna cosa en el mundo que pueda impedir, oh buen Dios, que nos concedáis esta misericordia, que os pedimos todos unos por otros. No sé, Señores, cómo os he dicho esto,

yo no lo había pensado; pero me he sentido tan impresionado por lo que se ha dicho y, por otra parte tan consolado por las gracias que ha concedido a nuestros sacerdotes de Polonia, que me he dejado llevar a infundiros así en vuestros corazones los sentimientos del mío⁵⁵⁶.”

Esto es verdadera elocuencia, la elocuencia apostólica, y capaz de suscitar apóstoles. Por eso todos le respondía, como el profeta: “Aquí estoy, enviadme”. Pero ¿cómo atravesar los ejércitos enemigos? Había que esperar un cambio de fortuna.

Entretanto, la violencia y la deslealtad de Carlos Gustavo le han enajenado los espíritus. Además, la fe católica se ha despertado: ella va a salvar a Polonia. A la voz de Alejandro VII, el clero, los jesuitas a la cabeza, predica la guerra santa. Amenazado él mismo por las conquistas de Suecia, el Imperio amenaza a su vez. El Zar y Boglan suspenden sus golpes. Entonces Juan Casimiro, animado por la reina, por los Misioneros, por el clero que la rodea, deja la Silesia y marcha contra su enemigo. Carlos Gustavo evacua Varsovia y va a sitiar Dantzig, la única plaza que hubiera retado a su poder. Casimiro ha entrado en algunas de sus provincias y ha puesto su reino bajo la protección de la Virgen María. Y ahora entra en la capital.. Furioso, Carlos Gustavo ofrece a todos y en primer al elector de Brandeburgo, el reparto de Polonia; luego con el elector marcha contra Varsovia. Una batalla de tres días (28, 29, 30 de julio) le disputa la entrada. Juan Casimiro está en medio de sus tropas. La reina, separada de él y de su enemigo por el Vístula, manda apuntar contra los Suecos el cañón de su batería. A pesar de tantos esfuerzos y de tanto heroísmo, el 1º de agosto Varsovia vuelve a caer en poder del extranjero.

Entonces los lamentos y las oraciones, reclamadas siempre con insistencia por la reina redoblan en San Lázaro. El ruido confuso de la gran batalla de los tres días ha llegado hasta allí, Inseguro de la amplitud de la desgracia, pero demasiado seguro del peligro de Polonia y de sus soberanos, Vicente, en una conferencia del mes de setiembre de ese año de 1656, exclamó: “Oh Señores, oh hermanos míos, qué confusión debemos sentir por que nuestros pecados han hecho que Dios desoiga nuestras súplicas. Sintamos dolor por este grande y vasto reino que está siendo atacado con tanto furor, y que se va a perder, si la noticia es verdadera. Pero sintamos dolor por la Iglesia que se va a perder en aquel país, si el rey llega a sucumbir. Pues la religión no puede mantenerse más que por la conservación del rey, la Iglesia va a caer en manos de sus enemigos en ese reino. El Moscovita ocupa ya más de cien o ciento veinte leguas de extensión, y el resto está en peligro de ser invadido por los Suecos.

⁵⁵⁶ En las mismas circunstancias dijo también: “Dichosos nuestros cohermanos de Polonia, que han sufrido tanto durante estas últimas guerras y durante la peste, y que sufren todavía para ejercer la misericordia corporal y espiritual, y para aliviar, asistir y consolar a los pobres. Felices Misioneros, a quienes ni el fuego, ni las armas, ni la peste han podido hacer salir de Varsovia, donde la miseria del prójimo los retenía; que han perseverado y perseveran aún valerosamente, en medio de tantos peligros y de tantos sufrimientos por la misericordia. Oh, qué suerte la suya al emplear tan bien este momento de su vida. Sí, un momento, ya que toda nuestra vida no es sino un momento que vuela y desaparece en un instante. Ay, cerca de ochenta años que yo he pasado no me parecen ahora más que un sueño, un momento, y no me queda ya otra cosa que el dolor de haberlo empleado tan mal. Pensemos qué desagrado sentiremos a la hora de la muerte si no nos servimos de este momento para practicar la misericordia con todos, de manera que no nos encontremos nunca con un pobre sin consolarle, si podemos, ni un hombre ignorante sin enseñarle lo que es necesario creer y hacer por su salvación. Oh Salvador, no permitáis que abusemos de nuestra vocación, y no apartéis de esta Compañía el espíritu de misericordia. Porque ¿en qué se convertirá si le priváis de él? Dádnosle pues, junto con el espíritu de mansedumbre y de humildad!” (Rep. de or. de los 2, 3 y 11 de noviembre de 1656.)

Oh qué motivos me da esto de temer el acontecimiento de lo que quería decir el papa Clemente VIII, que era un santo hombre, estimado no sólo por los católicos, sino incluso por los herejes, un hombre de Dios y de la paz, a quien sus propios enemigos alababan. Y en cuanto a mí, yo he oído a Luteranos alabar y apreciar su virtud. Este santo papa pues, habiendo recibido a dos embajadores de parte de algunos príncipes de Oriente, donde la fe comenzaba extenderse, y queriendo dar a gracias a Dios por ello en su presencia, ofreció a su intención el santo sacrificio de la misa. Estando ya en el altar, y en su *memento*, le vieron llorar, gemir y sollozar, lo que les asombró mucho; de suerte que una vez terminada, se tomaron la libertad de preguntarle qué asunto le había hecho derramar lágrimas y gemidos, en una acción que no debía producirle más que consuelo y alegría y él les dijo sencillamente, que era verdad que había comenzado la misa con grande satisfacción y contento, viendo los progresos de la religión católica; pero que este contento se ha cambiado de pronto en tristeza y amargura a la vista de los abandonos y de las pérdidas que sucedían cada día en la Iglesia por parte de los herejes; de modo que había motivo de temer que Dios la quisiera trasladar a otra parte.”

Aquí el santo desarrolló su idea habitual y trazó el cuadro de las pérdidas consumadas o inminentes de la Iglesia en Europa. Luego continuó:

“Es muy verdad que el hijo de Dios ha prometido que estaría en su Iglesia hasta el fin de los siglos; pero él no ha prometido que esta Iglesia estaría en Francia, o en España, etc. Lo que sí ha dicho es que no la abandonaría a su Iglesia, y que permanecería hasta la consumación del mundo, en el lugar que sea, pero no determinadamente aquí o en otro lado; y que si hubiera un país al que se la debiera dejar parece que no debiera haber otro que debiera ser preferido a La Tierra Santa, donde nació él, dio comienzo a su Iglesia y operó tantas maravillas. Sin embargo, fue a esta tierra, por la que hizo tantas cosas y en la que se complació, de donde quitó a su Iglesia en primer lugar para entregársela a los Gentiles. En otro tiempo, a los hijos de esta misma tierra les quitó también su arca, permitiendo que les fuera arrebatada por sus enemigos los Filisteos, prefiriendo ser hecho, por así decirlo, prisionero con el arca, -sí, él mismo prisionero de sus enemigos, -a seguir entre amigos que no cesaban de ofenderle. Así es como Dios se ha comportado y se comporta con los que siendo deudores por tantas gracias, le provocan con toda clase de ofensas, como lo hacemos, miserables de nosotros. Y maldición, maldición a este pueblo a quien ha dicho Dios: “No quiero nada de vosotros, ni de vuestros sacrificios y ofrendas; vuestros sacrificios no me podrían agradar; ya no los quiero. Lo habéis manchado todo con vuestros pecados, os dejo. Id, ya no tendréis parte conmigo” Ah, Señores, qué desgracia! Pero, oh Salvador, qué gracia ser del número de aquellos de quienes Dios se sirve para continuar sus bendiciones y su Iglesia. Veámoslo, comparando con un señor infortunado, que se ve obligado por la necesidad, por la guerra, por la peste, por el incendio de sus casas o por la desgracia con un príncipe, a marcharse, a huir y que, en este desastre de toda su fortuna, ve a personas que vienen a ayudarle, que se ofrecen a servirle y a transportar todo lo que tiene. Qué contento y qué consuelo el de este gentilhomme en medio de su desgracia! Ah, Señores y hermanos míos, qué gozo tendrá Dios si, en medio del desastre de su Iglesia, de los trastornos a los que la ha sometido la herejía, de la desolación que la concupiscencia siembra por todas partes; si, en esta ruina, no encuentra a algunas personas que se ofrezcan a él para llevar a otra parte, si hay que

hablar así, los restos de su Iglesia, y a otros para defender y guardar aquí lo poco que queda. Oh Salvador, qué gozo recibís, al ver a tales servidores y tanto fervor para resistir y defender los que os queda aquí, mientras que los demás van a conquistaros nuevas tierras. Oh Señores, qué motivo de alegría. veis que los conquistadores dejan una parte de sus grupos para guardar lo que poseen, y envían a los otros para adquirir nuevos lugares y extender su imperio. Eso es lo que nosotros debemos hacer: mantener aquí con todo el valor las posesiones de la Iglesia y los intereses de Jesucristo y, con ello, trabajar sin cesar para hacerle nuevas conquistas y darle a conocer por los pueblos más distantes.”

Aquí Vicente recuerda la opinión de Saint-Cyran, que quería trabajar por destruir una Iglesia condenada, decía él, por Dios mismo. Pero, al contrario, la voluntad de Dios es que trabajemos por defenderla. “Que si hasta el presente, concluye el santo, nuestros esfuerzos parecen haber sido inútiles a causa de nuestros pecados, al menos por el efecto que de ello se deriva, no hay que desistir sino, humillarnos profundamente, continuar nuestros ayunos, nuestras comuniones y nuestras oraciones con todos los buenos servidores de Dios que ruegan incesantemente por el mismo motivo, y debemos esperar que por fin Dios, por su gran misericordia, se compadezca y nos escuche. Humillémonos pues todo lo que podamos a la vista de nuestros pecados; pero tengamos confianza, y gran confianza en Dios, que quiere que continuemos cada vez más pidiéndole por el pobre reino de Polonia tan desolado, y que reconozcamos que todo depende de él y de su gracia.”

V. *Días mejores -La Misión de Polonia hasta nuestros días.* Así hablaba Vicente siempre a los suyos durante estos años fatales, y esto dos o tres veces a la semana, al final de la oración o de las conferencias, sin miedo alguno a repetirse, ya que la oración, el dolor, todos los fuertes sentimientos del alma sólo tienen un lenguaje. Así hablaba afuera, en todas las asambleas tratando de ganarse a todo el mundo para la causa de Polonia, procurarle defensores y recursos. Tenemos también de él una carta de palabras encubiertas, escrita el 7 de abril de 1657, al capellán de la señora de Longueville: “Sería, dice en ella, el hecho de un gran señor, verdaderamente cristiano, como lo es el pariente (el duque de Longueville) de esta señora afligida (la reina de Polonia), prestarles alguna ayuda en esta persecución. He sabido, hablando de préstamos, que 30.000 libras les vendrían muy bien para conseguirle oficiales, que es su más urgente necesidad. No veo cosa en el mundo más de la magnificencia y generosidad de este príncipe (el duque de Longueville), que un socorro tan útil y tan oportuno.”

Muy pronto vio Francia los peligros de su alianza con Suecia, y Mazarino intervino ante Alexis. Pero, abandonado de los Moscovitas, Carlos Gustavo se echó en manos del calvinista Jorge Rakocy, príncipe de Transilvania. Se acercó a Varsovia por delante de su nuevo aliado, y los dos entraron en esta capital, a la que trataron como ciudad tomada por asalto. Los dos Misioneros Desdames y Duperray tuvieron mucho que sufrir. “Me dicen de Polonia, escribía Vicente a Get, superior de Marsella, 31 de agosto de 1657, que el buen Sr. Desdames lo ha vuelto a perder todo en Varsovia, que ha sido de nuevo sitiada y saqueada por los Suecos, y luego abandonada, La firmeza de este buen Misionero es admirable por no querer dejar su puesto, ni por la guerra, ni por la peste, ni por la pobreza, ni por todo a la vez, aunque haya sido

atacado en diversas ocasiones, y la reina le haya invitado a retirarse. Ella misma me ha informado por carta expresa de su puño y letra declarando que se siente grandemente edificada. Y lo está también mucho por la virtud del Sr. Duperray⁵⁵⁷.”

En esta fecha Desdames no estaba ya sin embargo en Varsovia, pues escribía a su superior Ozenne, el 6 de julio anterior: “Dios me ha hecho la gracia de escapar vivo y los hábitos que llevaba puestos, es decir la sotana y la casaca que me habéis enviado, todo lo demás robado en la ciudad por los Suecos...Pero Dios sea bendito que no ha sido más, y que estos tigres no me hayan sorprendido en Sainte-Croix a su llegada. Dios me inspiró, ya que ese mismo día me había retirado por la mañana a la ciudad de Connart. Llegaron pues hacia mediodía, en contra de los que me aconsejaban que no me diera prisa, que estaban seguros que no había nada que temer. Pero el corazón me decía otra cosa, como se demostró.”

Esta última guerra fue desastrosa para la Misión de Polonia. Les destruyó tres casas en Varsovia y cinco en otra tierra. “Estos daños son notables, escribió Vicente (7 de diciembre de 1657), pero no era justo que quedarais libres del dolor público, y Dios que lo ha permitido, tendrá la bondad, si así le place, de restablecer estas pérdidas a su tiempo.”La guerra había devuelto también a Francia a Guillot. Esveillar, Durand y Simón, es decir la mayor parte de los Misioneros de Polonia. La reino los reclamó en 1656 para establecerlos en Cracovia, que acababa de ser devuelta al rey, pero no pudieron regresar todos⁵⁵⁸ .

Los tres que se habían quedado en Polonia, Ozenne, Desdames y Duperray, separados hacía tiempo, pudieron reunirse por fin. Austria, Holanda y Dinamarca se habían vuelto contra Suecia, y Carlos Gustavo, abandonado de sus aliados, atacado por la coalición, había escapado de alguna forma de Varsovia para correr a la defensa de sus Estados amenazados. En algunas semanas, Polonia se veía libre de los ejércitos extranjeros, y Vicente escribió a sus tres sacerdotes, el 22 de octubre de 1657: “Quiero creer que esta carta los encuentre reunidos en Varsovia después de una separación tan larga. Si estuviera seguro, sentiría una alegría incomparable, y ya esta esperanza me consuela mucho. Así es como actúa de ordinario: divide y después reúne, aleja y luego acerca, quita y acaba devolviendo, destruye y reconstruye, de manera que no deja nada permanente en esta vida, ni a nadie que se quede en un mismo estado.”

Los tres Misioneros se reunieron, en efecto, cuando el rey y la reina volvieron a Varsovia , pero fue por poco tiempo. Una donación acababa de permitir una fundación en Cracovia, a donde Vicente se proponía enviar a “alguna juventud para formarla”, una vez que lo permitieran las circunstancias. Mientras tanto, Ozenne y Duperray fueron a tomar la dirección, mientras que Desdames se quedaba solo en Varsovia encargado de la parroquia de Sainte-Croix. Luego ocurrió la muerte de Ozenne el 14 de agosto de 1658, nuevo dolor para Vicente, que bendijo a Dios en medio de su pesar, como hacía poco le había bendecido en su alegría⁵⁵⁹ , y pensó en reforzar la Misión de Polonia. Como la reina acababa de dar un beneficio para el sostenimiento de un seminario, mandó salir, con diez Hijas de la Caridad, a algunos jóvenes Misioneros para

⁵⁵⁷ Véanse también cartas a Jolly, en Roma, de los 11 de agosto y 9 de setiembre de 1657.

⁵⁵⁸ Carta a Jolly, en Roma, del 5 de octubre de 1657.

⁵⁵⁹ Cartas a Desdames y a Jolly de los 13 y veinte de setiembre de 1658.

establecerse allí. No se cansaba, en los ímpetus de su gratitud y las piadosas exageraciones de su caridad, de exaltar los favores y las virtudes de la reina. Si tomamos sus elogios a la letra, esta princesa habría merecido los honores de la canonización. Sin negar las virtudes de Luisa María, sabemos lo que hay que rebajar y hasta qué punto debía ser propuesta como modelo a las Hijas de la Caridad. No obstante es lo que hacía Vicente, y estas buenas mujeres estaban llenas de emoción ante el cuadro que él trazaba de sus favores y virtudes. “Ocurrió lo mismo, añadía en una carta de agosto de 1659, a la reina misma cuando yo les dije que vuestra Majestad hilaba y tejía el hilo que se necesita para coser la ropa de los pobres. Eso no tiene parangón en la Iglesia de Dios. Sabemos muy bien que la historia nos hace ver a una princesa que hilaba el hilo que debía servir para cubrir su cuerpo, pero yo no recuerdo de ninguna que haya llevado la piedad hasta el punto que Vuestra Majestad lo ha hecho, empleando las labores de sus manos en el servicio de los pobres. Y es, Señora, lo que pienso que Nuestro Señor hace ver a los ángeles y a las almas bienaventuradas como el objeto de su admiración y lo que la Iglesia ve con alegría en este mismo espíritu. Alabado sea Dios, Señora, por las alegrías en las que hace participar Vuestra Majestad y que tenga a bien conservaros por mucho tiempo para edificar de esa manera a la Iglesia de Dios!”

Todo iba bien en esta época en Polonia para la causa católica y real. La reina y Mazarino se habían acercado cada vez más por su amor común a Francia. Los dos actuaron de común acuerdo, una sobre su esposo, el otro sobre Carlos Gustavo, y la paz de Oliva se cerró. Un mes después (23 de febrero de 1660) Carlos Gustavo ya no estaba. La Reina de Polonia le sobrevivió siete años. Un año después de la muerte de su mujer, Juan Casimiro abdicaba y volvía a su primera vocación en las abadías de Saint-Taurin, de Saint-Germain-des-Prés, de Saint-Martin, que Luis XIV le había dado; luego él iba a morir en su abadía de Nevers, como para colocar su tumba junto a la cuna de la reina Luisa.

En cuanto a Vicente, no había visto, antes de morir, más que tratados de paz y restauraciones; después de la paz de Oliva, la paz de los Pirineos, con la restauración de los soberanos de Polonia, la restauración de Carlos II de Inglaterra. Dejaba a sus Misioneros pacíficamente instalados en Polonia; allí resistirán a través de las guerras civiles y extranjeras, a los desmembramientos sucesivos de ese desdichado reino, y si pierden, con ello, un gran número de las fundaciones que habían formado en el transcurso de los años, conservarán sin interrupción las del gran condado de Varsovia, incluso las que se encuentren enclavadas en los países que les han correspondido a Prusia y Austria.

A la muerte de san Vicente, todavía no se habían establecido más que en Varsovia; y el seminario de Cracovia, para el cual el santo os destinaba, no se fundó hasta 1682. Pero ya, hacia 1677, habían abierto en Kulm, hoy en los Estados prusianos, otro seminario externo y una casa de Misión. El año 1687 dio nacimiento a los seminarios de Wilna y de Premistie, y a la Misión de Sambor, en Lituania y en Galicia. En 1691, se fundó en Lowicz una casa de retiro para los ancianos de la congregación.

Fundaciones más numerosas se abrieron durante el siglo XVIII⁵⁶⁰. Todas estas fundaciones contribuyeron tanto más al nombre de la congregación, por no ser

⁵⁶⁰ Los seminarios de Pluck y de Kajowic (1711), el seminario de Samogitie(1712), al que se unió la parroquia y la Misión de Dantzic (1713); la parroquia y la Misión de Mlawa (1715); el seminario de Lublin (1717); la Misión y el seminario de Gnesne(1718); el seminario y la Misión de Vladislavie(1719);

aceptadas más que después de larga resistencia, y otras más numerosas todavía habían sido rechazadas por ella: todos los señores piadosos querían tener misioneros para evangelizar a sus súbditos y a sus vasallos.

Sucede el primer desmembramiento de Polonia, y once de estas casas pasan bajo el dominio extranjero: dos dependen en delante de Rusia, tres de Prusia y seis de Austria y de Hungría. El rey de Prusia y la emperatriz de Rusia habiendo prometido no estorbar en nada la libertad de la religión católica, los Misioneros esperaban no tener que soportar más que sus rudos trabajos, y luchar contra la peste y el hambre, consecuencias de la guerra. No sucedía lo mismo en Hungría, donde la corte de Viena proyectaba medidas incompatibles con las reglas de la congregación. A pesar de tantos obstáculos, de las pérdidas enormes que tuvieron que sufrir, los Misioneros siguieron primero en sus puestos. Pudieron incluso extenderse hasta Asia. En 1788, el arzobispo de Mohilow los envió en auxilio de los católicos de Astracán, Misión que prosperó rápidamente y sirvió de gran ayuda a los Armenios y demás católicos. Las segunda y tercera particiones de Polonia, en 1793 y 1795, les fueron más funestas que la primera. A las pérdidas ocasionadas por la guerra vinieron a añadirse contribuciones onerosas. En 1796, la emperatriz de Rusia prohibió toda comunicación con los superiores extranjeros, y el rey de Prusia se apoderó de los bienes eclesiásticos, que fueron reemplazados por simples pensiones. Era una amenaza de ruina y de destrucción para una hermosa provincia, compuesta entonces de 35 fundaciones. El año siguiente, 1797, se pone en práctica la amenaza, Se dicta prohibición por el gobierno cismático de José II a las casas dependientes de Austria de comunicar con su superior extranjero. Se funda un seminario general en Cracovia, y se prohíbe provisionalmente a los Lazaristas dar misiones: la inutilidad a la que se los condenaba era un camino hacia la supresión. En efecto, muchas casas desaparecieron; las que llegaron a subsistir o bien rompieron o dejaron relajarse los lazos que las unían al gobierno central. Algunos años más tarde, se reanudaron las relaciones entre Polonia y Francia, siempre difíciles. La revolución polaca de 1832 produjo inquietudes que no llegaron a realizarse: la Misión conservó en primer lugar la libertad de sus obras y tan sólo sufrió pérdidas materiales. Pero al año siguiente el gobierno ruso cerró muchas de sus casas y dejó una amenaza de muerte en suspenso sobre las demás. A partir de esto, la situación mejoró algo. Hoy, sin embargo, de tantas casas, no posee más en Polonia propiamente dicha, y fuera de Varsovia, que siete casas: la casa de retiro de Lowicz, los seminarios externos Plock, de Lublin y de Wloclavek la parroquia y Misión de Mlawa, la parroquia y el seminario externo de Tykocin, y el hospital de Kurozwenki. A lo que se ha de añadir. A lo que se ha de añadir las fundaciones de Varsovia: una parroquia, un seminario interno y externo, un instituto de beneficencia y el Hospital del Niño Jesús. este hospital, vasto, iluminado, cómodo, el más hermoso y el más regular de Polonia, ha sido construido por el misionero Beaudoin y ha costado 200.000

la Misión de Sclematysz (1740); el seminario de Kramostaw y la Misión de Horedenka (1743); la Misión de Birozow(1745); la Misión y el colegio de Smiloweze, en la Rusia Blanca, y la Misión de Zaslav, en Wothynie(1745); el establecimiento de Leopold(1748). Grandes Misiones excepcionales que se dieron con éxito, en 1751, en las ciudades episcopales de Wilna y de Cracovia dieron lugar a varias fundaciones: Tykocin, parroquia de Misión (1752); el mismo año, Lyskow, Misión y colegio; la Misión de Orsa en la Rusia Blanca(1755); la Misión y el seminario de Kraslaw, la Misión de Weysiey, los seminarios de Posmanie y de Keyow(1756); la Misión y colegio de Lyskow(1760); los seminarios de Tyrnów y de Vartz en Hngría en (1763).

libras. Fue inaugurado el 24 de junio de 1757. Los niños abandonados, a los que estaba destinado, fueron llevados allí en procesión, en medio de una, en medio de un concurso a la vez inmenso y magnífico, de príncipes, de grandes y de pueblo. En esta circunstancia hubo en Varsovia algo de la maravillosa caridad que París había admirado un siglo antes, a propósito de la misma obra, y el año siguiente, el celo del visitador Slivicwki renovó en ella todos los prodigios que tendremos que contar en la fundación del hospital general.

VI. *Misiones de Austria y de Prusia. –Misiones de España y de Portugal.* Para acabar la historia de la Misión de Polonia y completar el cuadro de sus fundaciones en los países eslavos y alemanes, nos queda por hablar de las misiones de Austria y de Prusia. En 1760, a petición del cardenal Migazi, arzobispo de Viena, y de conformidad con la emperatriz María Teresa, dos Misioneros hábiles en las lenguas francesa y alemana vinieron de Polonia a Viena para dirigir allí el seminario episcopal. A la espera de que esta fundación alcanzara una situación fija, la emperatriz misma proveyó a su mantenimiento. Ellos cumplieron con tanto celo y desinterés, tanta sencillez y edificación que el cardenal arzobispo pidió otros para el seminario de la diócesis de Vatzén, en la alta Hungría, de la que acababa de ser nombrado, con vistas, decía él, no sólo a procurar el bien de su clero, sino también para demostrar la estima que sentía por la Misión y darla a conocer. Los Misioneros se instalaron en Vatzén en 1762. El año siguiente, el cardenal arzobispo de Strigonie, primado de Hungría, consiguió cuatro para dirigir el seminario de Tyrnaw, y el cardenal Migazi, cada vez más inclinado por la congregación logró otros tres para Vartz: habría querido, decía él, confiarle todos los seminarios de Hungría y de Alemania. Añadiéndole las casas de Sambor y de Leopold de las que ya se ha hablado, ya tenemos pues después del primer desmembramiento de Polonia, cinco establecimientos de la Misión en los Estados austriacos. Cinco fueron destruidos en 1773 por la aplicación de un reglamento josefista que tenía por título: *Puncta reformationis cleri*, alguna de cuyas disposiciones: 1º Cada casa de comunidad eclesiástica secular o regular deberá estar compuesta de trece miembros al menos. 2º Todos los miembros de la casa deberán ser indígenas. 3º Cada casa tendrá en el país un vicario que será solamente aprobado por el superior general residente en Roma u otra parte; este vicario general tendrá el poder absoluto e ilimitado de gobernar, estatuir, cambiar y destruir, a gusto del primado. Así por medio de medidas parecidas se había preludiado, casi al mismo tiempo, la destrucción de los jesuitas, y como ellos, los Misioneros debieron responder: *sint ut sunt, aut non sint* .-(sigan así. o no sigan).

Estas seis casas dispersas, los Estados austriacos no poseyeron ya, antes de estos últimos años, una sola fundación de Misión, con la excepción de la de Cracovia que les tocó en suerte en el reparto de 1795, y que, tras haberseles sido quitada por los tratados de 1815, les ha sido devuelta tras las últimas revoluciones (1847). Se hablará en otro lugar cómo una comunidad de religiosas hospitalarias de Gratz obtuvo, en 1851, su incorporación a la compañía de las Hijas de la Caridad. El conde de Brandis, hermano de su superiora, quiso atraer a Gratz a los Misioneros para rehacer y completar en Styrie la obra de san Vicente de Paúl. Con la ayuda de una subscripción que él abrió, cuatro sacerdotes Austriacos vinieron a prepararse a París. Uno de ellos era el Sr. Jean Klaischer, muerto prematuramente superior de la Misión de Cilly en 1853, que había sido director de las religiosas de Gratz y había

acompañado a su superiora a París, cuando se negoció su reunión en la casa-madre. en ella, había formado el deseo de ser recibido él mismo en el número de los hijos de San Vicente de Paúl y, tan pronto como se dictó el proyecto de fundación de la Misión en Austria, vino él el primero naturalmente a pedir el espíritu al seminario interno de París. Desde el año siguiente, 1852, la Misión de Gratz quedaba fundada. En 1853, y en la misma provincia, otra Misión se establecía en Cilly. En 1654, los Misioneros se encargaban de la dirección espiritual de la prisión de Neudorf, cerca de Viena; en 1855, regresaban a la misma Viena; y por fin, en 1856, recuperaban el antiguo puesto de Lemberg o Leopold, en Galicie, desde donde dirigen el hospital.

En Prusia como en Austria, el paso de las fundaciones de la provincia desmembrada de Polonia bajo una dominación nueva quedó señalado por una dispersión. En 1796, la medida financiera tomada por el rey de Prusia, destruyó las cuatro casas de Kulm, de Dantzig, de Gnesne y de Posen. Los establecimientos de Neustadt, de Engerhein y de Dillinger, no tuvieron que esperar para morir la incorporación de esta parte del Palatinado a Prusia por los tratados de 1815; habían sido dispersados lo mismo que el seminario y los colegios de Heidelberg y de Manheim, ciudades que pertenecen hoy al gran ducado de Bade, por las guerras de la revolución y del Imperio. Fundadas tan sólo en 1781 por el príncipe elector del Palatinado y de Baviera, para llenar el vacío dejado por los jesuitas, no tuvieron pues más que una existencia bien breve. Sin embargo, gracias a la generosidad del príncipe elector, a la protección del prelado Maillot, consejero íntimo de Su Alteza, a la entrega de los Misioneros, presentaban las más hermosas esperanzas. El colegio de Manheim, en particular, prometía un futuro brillante. El P. Desbillons le había legado su rica biblioteca. Se acababa de enviar a un sacerdote francés formado en la ciencia astronómica bajo el famoso Lalande. Este sacerdote se quedó en Manheim después de la dispersión y continuó dirigiendo su observatorio. Tres sacerdotes franceses se quedaron en Heidelberg; pero los Misioneros alemanes se olvidaron pronto de su vocación y resultó imposible reconstruir nada.

Los Lazaristas no han podido luego volver a ninguna de las ciudades de las porciones del antiguo Palatinado y de la antigua Polonia incorporadas a Prusia, si no es a Posen cuyo hospital dirigen a partir de 1848. por el contrario se han establecido en la Prusia renana.

La persecución suscitada contra el ilustre arzobispo de Colonia, Mons. Clemente Augusto, había sido, como suele suceder casi siempre, la señal de un movimiento religioso entre el clero y el pueblo. Pero, para dirigirlo y activarlo más, para satisfacer la piedad de los católicos y responder a los deseos de tantos devotos que pedían el camino de regreso a la verdad, se sentía la necesidad de misiones, de retiros, en una palabra, de aquellos medios extraordinarios que mueven a las almas. Cinco sacerdotes jóvenes de la diócesis de Colonia se sintieron entonces movidos a vivir en comunidad para lograr reunir sus esfuerzos y combinarlos en bien de su patria. Habían buscado en vano, para incorporarse a ella, una congregación que respondiera a sus planes, y pensaban en formar una nueva, cuando les llegó sobre la Misión información que los determinó a dirigirse a París. en el mes de mayo de 1850, con la autorización del Mons Geissel, cardenal arzobispo de Colonia, ellos entraban en el seminario interno y, al año siguiente, llenos del espíritu de san Vicente y provistos de sus instrucciones hereditarias, ellos se volvían a su país

bajo la dirección del Sr. Hirl, sacerdote originario de Baviera, que desde hacía veinticinco años trabajaba en la provincia de Roma. En el mes de junio, inauguraron la congregación en Colonia y, a pesar de su pequeño número, dieron en el espacio de nueve años, setenta misiones, todas maravillosamente bendecidas de Dios. No habiendo visto este país nada semejante desde la Revolución, acudían a los piadosos ejercicios en tal número que las iglesias no podían contener la multitud y era preciso predicar al aire libre. Pronto la congregación creció en súbditos y en casas. El 25 de octubre de 1852, estaba encargada del *convict* de Neuss, especie de seminario menor; en 1853, el 12 de octubre, le fue confiada la casa de retiro para los eclesiásticos de Marienthal, en la diócesis de Colonia; en 1855, a petición del obispo de Osnabruck, se hacía cargo de la dirección del seminario menor de Meppen, en el Hanovre; en 1856, el 4 de octubre, se establecía para el mismo trabajo en Munstereiffel, regencia de Tréveris; por último, el 1º de 1858, juntó una Misión a la dirección de hospital de Posen . Estas misiones, tan multiplicadas, se constituyeron en provincia distinta, la provincia de Prusia, el 10 de diciembre de 1853. esta joven provincia, pronto madres a su vez, contribuyó a la formación de la provincia de Austria, ya que dos Misioneros de la casa de Colonia fueron enviados allí con ocasión del renacimiento de la congregación en los Estados austriacos.

Para concluir, tras los Misioneros, nuestro tour de Europa, no nos queda más que decir una palabra de las Misiones de España y de Portugal. En 1659, un gentilhomme español, de la diócesis de Plasencia, había seguido en Roma los ejercicios de los ordenandos. Al salir de la ordenación, impresionado hasta el fondo del alma, hizo a su obispo, que se hallaba en Roma en calidad de embajador extraordinario del rey de España, un relato tan emocionado de estos retiros, que el obispo expuso sin tardanza al superior de Monte-Citorio que quería hablar con él sobre el asunto. Lleno de celo, no temiendo hacer él mismo en su diócesis todas las funciones de un Misionero, este prelado quería trabajar también en formar a buenos eclesiásticos, y esta institución nueva le parecía muy propia para este fin. Por lo que preguntó al superior si, a su regreso en España, no le podrían dar algunos Misioneros para hacer allí los mismos ejercicios que en Roma.

A esta noticia, Vicente de Paúl tan alejado de extender su congregación por los medios humanos, temió que sus sacerdotes hubieran sugerido semejante pensamiento al obispo de Plasencia, y les escribió para prohibirles todo trámite en este punto. No era necesario, sin embargo, y después de su conferencia, los Misioneros no volvieron siquiera al palacio de la Embajada. Pero el obispo español no por ello dejó de pensar en su proyecto. En la próxima ordenación, quiso seguir todos los ejercicios, tomó un plan y unas memorias que envió a su diócesis con orden de acomodarse a ellos inmediatamente, a la espera de que él mismo, a su regreso a España, haría una más rigurosa aplicación.

Muy temprano, algunos obispos de España habían pedido Misioneros, como se ve por diversas cartas de san Vicente a Jolly, superior de la casa de Roma. Vamos a necesitar de algunos individuos convenientes para España,” le escribió un día, y el 29 de noviembre de 1658: “No parece que la voluntad de Dios sea que accedamos al deseo manifestado por su Em. El cardenal arzobispo de Toledo, quien desea que le enviemos a algunos sacerdotes de la congregación.” Por último, el 2 de abril de 1660, con ocasión del obispo de Plasencia: “en caso de que mostrara algún deseo de servirse de nuestros

sacerdotes, no existe ninguna esperanza, ni tampoco quitarle el afecto que siente por nosotros.”

La Compañía no fue introducida en España hasta 1704, por un arcediano de Barcelona, que la había visto trabajar en Roma, y le procuró un establecimiento para Misiones y para retiros. En Barcelona fue fundado también un seminario interno, de donde salieron los fundadores de las demás casas de España. Hubo pronto cinco que dependieron de la provincia de Roma, luego de la de Lombardía, hasta que España formara una provincia particular. La Compañía no se dedicó en un principio en España ni a seminarios ni a parroquias, sino tan sólo a Misiones, ejercicios de los ordenandos y retiros espirituales. Durante la revolución, la Misión de España concedió a su madre y a su hermana de Francia una cristiana hospitalidad, que ésta le devolvió en 1835. –Revuelta por las guerras napoleónicas al principio de este siglo, recobró sus avances por la paz, y contó pronto con dos casas nuevas en Badajoz y en Valencia. En 1828, se fundó una octava casa en Madrid, para la dirección de las Hijas de la Caridad , hasta entonces dirigidas por sacerdotes extranjeros. La casa de Madrid fue desde entonces la residencia del visitador, quien antes residía en Barcelona; y con la dirección de las Hijas de la Caridad y las funciones ordinarias de la Compañía, coronó los trabajos con un segundo seminario interno. En 1835, la Misión de España se vio envuelta en la supresión general de las comunidades religiosas, y sus bienes fueron confiscados. Sus sacerdotes se dispersaron por las diferentes casas de la Compañía; la mayor parte vinieron a Francia; algunos se quedaron en Madrid para la dirección de las hijas de la Caridad, las cuales, ellas sí, se extendieron en medio de los desastres públicos. Los Misioneros se reorganizaron en España por el concordato de 1851. En 1853, un proyecto de escisión, favorecido por un gobierno revolucionario, suspendió sus progresos; pero, rechazado por Roma, como había sucedido ya en Italia hacia 1707, asfixiado por una visita del superior general, no pudo impedir que la congregación reemprendiera en España sus progresos interrumpidos. –De igual manera establecida en las islas Mallorca, Menorca, islas adyacentes, en 1736, la congregación había sido suprimida en 1836; pero su casa de Palma que, durante diecisiete años, había servido de asilo a todos los religiosos desterrados de España, le fue restituida en 1853. aparte de la casa de Palma, la Congregación posee hoy una fundación en Madrid, seminario interno y casa de Misiones y de retiros(1852), y un seminario en Badajoz (1859).

Fueron precisos más de veinte años para fundar un establecimiento en Portugal. En 1728, , a instancias del rey de Portugal y la orden del Soberano Pontífice, algunos Misioneros habían sido enviados de Roma a Lisboa. Pero como el rey no quería que se guardasen allí las formas ordinarias del Instituto, nada serio se había logrado. Por fin, en 1739, con ocasión de la fiesta de san Vicente de Paúl recientemente canonizado, Juan V consintió en la observación de todas las formas prescritas por las constituciones, el establecimiento de Lisboa, en adelante uno de los mejor dotados de la Compañía, pudo entregarse a todas las formas ordinarias de la Misión. En 1752, envió colonias a Miranda y al Guymarens; en 1760, a Madera; en 1780, a Goa; ese mismo año, 1780, se extendió también a Evora y a Sarnache, y tres años más tarde, fundaba dos colegios en las Indias portuguesas. De Lisboa partían también, hacia finales de siglo, varios Misioneros para China. Así, el terrible temblor de tierra de 1756, durante el cual los Misioneros señalaron su entrega, pudo suspender sus

progresos, pero no los paró para siempre. Protegidos de los obispos y bendecidos por los pueblos, se encerraron en la reserva y en la prudencia durante la persecución intentada por Pombal a los jesuitas; ellos mismos –los Misioneros- tuvieron que sufrir medidas del ministro reformador; pero pronto pudieron reclutarse libremente y proseguir sus buenas obras. Pasaron así la Revolución. A principios de este siglo poseían todavía todas sus fundaciones. Pero su dependencia inmediata del superior general de la Misión, quedaba rota o suspendida durante años; luego se restableció. Las cosas duraron así hasta 1834. entonces una ley impía suprimió todas las comunidades religiosas, en Portugal y en sus colonias, y la provincia portuguesa se vio envuelta en la catástrofe. A partir de entonces, muchos intentos ha habido con el fin de rehacerla, al menos para las Misiones extranjeras. Más tarde contaremos el ensayo de 1857. Resumiendo, la Misión no ha decaído en Europa, desde la muerte de su santo fundador. Ha conservado o recuperado en Francia y fuera de Francia todos los lugares donde se había establecido. Ha incrementado incluso en su entorno su territorio llegando a conquistar nuevos puestos. Se ha extendido por Italia, donde ha recuperado casi todo el terreno invadido por la Revolución. Simple campo que vuela a las Islas Británicas, en tiempos de san Vicente de Paúl, hoy está allí en puesto fijo. Más extendida por Polonia todavía que en 1660, si ha perdido, por las desgracias de los tiempos, muchas de sus casas, ha recuperado en Austria un buen número igual a aquel del que la Revolución la había despojado, y se ha ganado una nueva provincia, la de Prusia. Por último, siempre a partir de 1660, se ha introducido y reintroducido en España, y ahí está renaciendo en Portugal. No ha perdido su primer espíritu, ni tampoco fecundidad, y hemos de creer que, en unos años, habrá reparado, quizás con superávit, todas las pérdidas que le han hecho padecer las Revoluciones.

CAPÍTULO IV: Misiones extranjeras

Artículo Primero: *Misión de Madagascar.*

I. La Isla de Madagascar. Madagascar, el *Círculo* de Plinio, la *Menuthias* de Tolomeo fue probablemente visitada por lo árabes de los siglos VII y, hacia el IX, por los Chinos o Malasios, y por los Persas, de donde le viene la poderosa tribu de los *Hovas* u *Ovas*,

Parece haber sido conocida de los Europeos, a partir del siglo VIII o más tarde, ya que el célebre navegante Marco Polo la designa con el nombre de Madagascar, nombre que ha recuperado, después de llevar por algún tiempo bajo Luis XIV el de la Isla *Dauphin*, y que ha prevalecido sobre la denominación de los indígenas, que la llaman *Grande-Tierra* 3n su lenguaje, y también *Madecasse* o *Madecashée*.

Pero hasta el siglo XVI, los Europeos no se establecieron en ella. En 1506, diez años después de la expedición de Vasco de Gama, el Portugués Lorenzo de Almeida, de regreso de las Indias, fue arrojado a una tierra desconocida que llamó San Lorenzo, bien por su nombre, bien por el día del descubrimiento, y cuyas costas orientales trazó. Algunos meses después, D. Ruy Pereira, separado por la tempestad del almirante Tristán de Acunha, descubrió también algunas de sus costas y, después de aliar a su jefe con Mozambique, le hizo una descripción tan seductora que el almirante quiso explorar sus costas

occidentales, antes de regresar a su patria. A él solo la nimfa de *la Lusitada*⁵⁶¹ dedicó luego el honor del descubrimiento.

Esta isla, una de las más grandes del océano Índico y del mundo no tiene menos de cuatrocientas leguas de larga por ciento veinticinco mil de ancha. Una cadena de montañas, que la atraviesa de norte a sur, forma, por el centro, la vasta llanura de Ankova, y da nacimiento a una multitud de ríos y corrientes, por desgracia poco navegables a causa de las masas de tierra de aluvión que arrastran, de las rocas que las obstruyen y de los grandes *marigots* o lagos estancados en los que desembocan en parte antes de llegar al mar- las costas del este no ofrecen más que unas orillas rectas sin radas para los navíos, con la excepción de la gran bahía de Antongil, y las costas del sur no tienen más que tres puertos naturales: Saint-Augustin, Saint-Luc, sede del primer establecimiento francés, abandonado más tarde por insalubre por el Port-Dauphin. De toda esta costa oriental, en efecto, por razón de las aguas estancadas, de los inmensos bosques cenagosos que recubren la vertiente, se exhalan miasmas pestilentes, origen de fiebres y de disenterías mortales. Más hospitalarias son las costas septentrionales y occidentales, profundamente recortadas, abriendo en todo su recorrido fondeaderos cómodos; más sanos también, menos sin embargo en el interior de las tierras, a medida que se sube hacia la llanura central.

La longitud de la isla hace el clima muy variado; como en todas estas tierras intertropicales, y no existen más que dos estaciones, la seca y la húmeda, que dura cada una unos seis meses. El suelo es también por lo general de una fertilidad maravillosa, y la historia natural muy rica. “Es la tierra de promisión para los naturalistas”, escribía en 1771 Comerson a Lalande. En efecto, la flora de Madagascar abraza toda la escala vegetal, desde los árboles gigantescos hasta las plantas delicadas. En ella se cultiva el arroz, el ñame, la mandioca, el maíz, las habas y casi todos los vegetales de Europa. Los limones, las naranjas, las cidras, las moras, los melocotones son abundantes allí. La viña crece espontánea en la llanura central, pero lo naturales no saben hacer el vino. La zoología no cuenta con los enormes animales del centro de África, pero comprende varias especies de jabalíes y de bueyes, todas las especies de monos y de brillantes pájaros que brillan como flores o diamantes en las ramas de los árboles. Los únicos reptiles son serpientes no venenosas y caimanes que pueblan las marismas y los ríos. Las ballenas vienen a jugar a las costas y los tiburones infestan las bahías.

Evaluada en cuatrocientos mil al principio del siglo XVII, la población de Madagascar alcanza hoy los cuatro millones; población híbrida, donde se ve a los tipos cafre, negros, árabes y malayos, dividida en quince o veinte tribus de costumbres diferentes, que se escalonan en tres zonas sin llegar a confundirse, y casi sin otro comercio entre ellas más que la guerra. Y sin embargo, a pesar de la diversidad de origen y de costumbres, hablan una sola lengua, en la que una pronunciación variada no basta para introducir dialectos: la lengua *malgache*, análoga a la malaya, expresiva y dulce, bastante apta para expresar las ideas intelectuales. La escritura, traída por los Árabes, no es conocida más que por los *ombiasses* o sacerdotes.

Estos pueblos reconocen a un ser supremo e invisible, *Zanhar*, creador y gran dueño del mundo, al que oponen un espíritu maligno, *Blitz*, *Bilitz* o *Bouliste*,

⁵⁶¹ Canto X, estrofa, 39.

único a quien oran y honran, ya que, según dicen, Zanhar es bueno y no puede hacer ningún mal. Algunas tribus tienen un tercer dios, Manhanh, el Plutus malgache. Luego sigue una multitud de genios, buenos y malos, divididos en seis categorías y propuestos para guardar los lugares y a las personas, los poblados y a los individuos: son los Oulis o Holis. Los Oulis residen en pedazos de madera o bolsitas llamadas Gris-Gris, consagradas por los ombiasses, a ellos es a quienes se dirigen los Malgaches en sus viajes y en todas sus empresas; y si fracasan, es que el Oulis no valía nada: entonces los cambian. – Se reconoce en ello una forma de ese fetichismo, idolatría particular de África.

No obstante, hemos dicho, los Malgaches tienen una ligera idea de la creación y también de la caída del hombre, del diluvio, de la historia de los patriarcas, de la inmortalidad del alma, de la resurrección de la carne; todo ello envuelto en fábulas de lo más absurdas. Conocen incluso a Jesucristo, *Raissa*, en quien no ven más que a un gran profeta: evidente importación musulmana.

El islamismo ha dejado también su rastro en la forma de su sacerdocio y de su culto. Sus sacerdotes, llamados ombiasses, es decir escritores, porque sólo ellos escriben los caracteres árabes se vuelven temibles para estos pueblos por sus libros mismos, donde se ven pasajes del Corán, luego signos jeroglíficos de que sirven para hechizar. Los ombiasses pertenecen a la raza blanca, consultan los astros, predicen el futuro, exorcizan a los poseídos, curan las enfermedades y recobran los objetos perdidos. Consultados como oráculos, usan de su crédito para extorsionar toda clase de riquezas y para exprimir a las poblaciones. Son también sacrificadores y carniceros, y a ellos solos toca, en las fiestas públicas, el derecho de degollar los bueyes, de los que se llevan la mejor parte.

Se encuentra entre los Malgaches la circuncisión, practicada solamente en la edad de la razón aparte de la importación musulmana; como también dos ayunos de un mes, dos *ramadans* al año, que consisten en no comer desde la salida hasta la puesta del sol, pero con la libertad, muy en uso, de celebrar orgía toda la noche, de reemplazar el buey y el vino prohibidos por capones y licores enervantes e incluso darse un suplemento, si no se tiene gran devoción por el ayuno. Cada tribu está gobernada por un *dian* o señor, cuyas riquezas consisten en numerosos rebaños y en tributos de arroz y raíces que le pagan los vasallos. Dians y vasallos habitan en pueblos compuestos de chozas de madera y de hojas, no teniendo por lechos ni por asientos otra cosa que tablas recubiertas de esteras de junco. –En medio de cada pueblo está la *cabar*, ágora, foro de los Malgaches, donde se deciden la paz o la guerra, todos los asuntos de la tribu. Toda resolución tomada se cimienta con la sangre, y se celebra con fiestas, danzas grotescas o lascivas que, gracias a piadosas libaciones de *avak*, degeneran pronto en verdaderas saturnales.

No hay leyes escritas en Madagascar; tan sólo costumbres. El robo y el homicidio son rescatables por los jefes, y castigados entre los demás con la muerte o la esclavitud. Para encontrar al culpable, se recurre a pruebas terribles: por el caimán, por el agua, por el fuego y por el veneno.

Los matrimonios se contraen entre parientes, excepción del primer grado. No son indisolubles. La poligamia simultánea no está en uso más que entre los grandes, los únicos que pueden alimentar a varias mujeres, la mujer se compra, se compromete desde la infancia, entregada en la edad núbil, sin ceremonia entre los pobres, con presentes de los interesados, concursos de

ombiasses, fiestas y banquetes entre los jefes. Los funerales son más o menos largos y solemnes, según el rango.

El infanticidio se practica en dos casos: para los niños nacidos en ciertos meses o días nefastos, y para aquellos cuyo nacimiento ha costado la vida a sus madres, o incluso ha sido simplemente muy doloroso.

Las mujeres se visten decentemente, los hombres casi desnudos, excepción hecha de los grandes que se revisten a la antigua. Por lo demás, hombres y mujeres son muy descuidados en sus vestimentas y no se cuidan más que de su cabellera. Las costumbres no son menos de una espantosa disolución, aún entre los niños, a quienes los padres mismos instruyen en practicar el mal antes de que sean conscientes.

Tal es el pueblo con el que vamos a pasar unos años en compañía de los hijos de vicente de Paúl.

II. *Nacquart y Gondrée*. No eran los primeros apóstoles en llegar a sus costas. Los Portugueses del siglo XVI, que trataban de extender el reino de Jesucristo al propio tiempo que su poder, habían llevado con ellos a algunos sacerdotes cuando formaron allí el primer asentamiento europeo. Pero sacerdotes y colonos fueron bien pronto masacrados por los Malgaches o Madecasses. A principios del siglo XVII, el hijo de Dian Ramach, secuestrado a su padre, fue llevado a Goa, donde fue bautizado y educado en la religión cristiana. Después regresó a Madagascar con dos jesuitas portugueses que lograron ser acogidos por su padre por medio de ricas armas y otros presentes que le ofrecieron, y que se pudieron mostrar todavía, en 1649, cuando, al Misionero Nacquart. Los jesuitas obtuvieron en primer lugar la libertad de predicar el Evangelio; pero la envidia de los ombiasses excitó pronto contra ellos una persecución. A uno le dieron muerte, al otro le recogieron en un galeón de su patria. Los Misioneros encontraron más tarde los despojos de su habitáculo, y una cruz de piedra en la que habían grabado una inscripción. Los colonos mismos, diezmados por las enfermedades, abandonaron su asentamiento. Los Holandeses trataron de remplazarlos y fundar en la costa una agencia para la trata de los negros; pero no pudieron resistir tampoco a la inclemencia del clima y huyeron de una playa que en adelante se llamó *el cementerio de los Europeos*.

Sin embargo, la Compañía de Oriente se formaba en Francia. El capitán Rigault, su representante, obtuvo de Richelieu, intendente general de los mares, el privilegio de y le concesión de enviar a Madagascar y otras islas adyacentes para tomar posesión en nombre de Su Majestad muy cristiana y ejercer allí, por cuenta de la Compañía, por diez años, el derecho exclusivo de comercio. Dos expediciones tuvieron lugar en 1642 y 1643. los Franceses se establecieron primero en Saint-Luce, en la costa oriental, puesto mal escogido, en el tuvieron que sufrir por las enfermedades y por los naturales los del país. La colonia se trasladó pronto a la península de Tholangar, a la región de Anos, y construyó en ella un fuerte que se llamó *Fort-Dauphin*. Pero Pronis su jefe, protestante, desordenado y dilapidador, puso dificultades a la religión de los colonos católicos, levantó contra sí mismo la rabia de los Malgaches por secuestros de mujeres y por pillajes, ganándose el odio de sus patriotas mismos por sus injusticias y los desórdenes de su administración.

Se había terminado con la colonia, cuando la Compañía de Oriente, informada, pensó en darle otro gobernador, y designó a este efecto a uno de sus interesados, el conde de Flacourt. Pero al propio tiempo pensó en los intereses

religiosos de los colonos, y quiso enviar con ellos a buenos sacerdotes. Con este proyecto se dirigió al cardenal Bagni, nuncio apostólico en Francia, quien, por su cuenta, pidió en su nombre dos Misioneros a san Vicente de Paúl⁵⁶².

“Hace tiempo, Señor, que Nuestro Señor ha dado a vuestro corazón los sentimientos de para hacerle un señalado servicio. Y cuando se hizo a Richelieu la apertura a las Misiones entre los gentiles e idólatras, me parece que Nuestro Señor hizo sentir a vuestra alma que os llamaba allí, según me lo escribisteis junto con algún otro de la familia de Richelieu. es hora de que esta semilla de la vocación divina en vos tenga su efecto; y ahora Monseñor el nuncio, con la autoridad de la sagrada congregación de la fe, cuya cabeza es nuestro santo padre el Papa, ha elegido a la Compañía para ir a servir a Dios, en la Isla Saint-Laurent, llamada también Madagascar; y la Compañía ha puesto los ojos en vos, como la mejor hostia que tenga para ofrecérsela en homenaje a nuestro soberano Creador, para rendirle este servicio con otro buen sacerdote de la Compañía. Oh mi queridísimo Señor, ¿qué os dice vuestro corazón ante esta noticia? ¿Siente la vergüenza y la confusión convenientes para recibir una gracia así del cielo? Vocación tan grande y tan adorable como la de los mayores apóstoles y de los mayores santos de la Iglesia de Dios! Eternos designios cumplido en el tiempo sobre vos. La humildad, Señor, es la única capaz de llevar esta gracia; el perfecto abandono de todo lo que sois y podéis ser, con la exuberante confianza en vuestro soberano creador, debe seguir.

“La generosidad y grandeza de valor os es necesaria. Os hace falta una fe tan grande como la de Abrahán. La caridad de san Pablo os hace mucha falta. El celo, la paciencia, la deferencia, la pobreza, la solicitud, la discreción, la integridad de las costumbres y el gran deseo de consumiros del todo por Dios os son tan convenientes como al gran san Francisco Javier.

“Lo primero que deberéis hacer será penetraros del viaje que hizo el gran santo Francisco Javier; de servir y edificar a los que os llevarán en el barco; y establecer las oraciones públicas, si se puede hacer; tener gran cuidado con las incomodidades, incomodándose siempre para acomodar a los demás; procurar la felicidad de la navegación, que dura cuatro o cinco meses, bien con vuestras oraciones y la práctica de todas las virtudes, que los marineros harán por sus trabajos y su capacidad con respecto a esos Señores; tenerles gran respeto; ser sin embargo fiel a Dios para no faltar a sus intereses, y nunca traicionar su conciencia por ninguna consideración; pero tener mucho cuidado de no estropear los asuntos del buen Dios por precipitarlos demasiado, tomarse su tiempo y saber esperarlos.

“Cuando lleguéis a esa isla, tendréis que situaros como podáis; tal vez tengáis que separaros para servir en diversas habitaciones; convendrá que os veáis con la mayor frecuencia, para buscar consuelo y daros fuerzas. Cumpliréis todas las funciones curiales con los Franceses y los idólatras convertidos. Seguiréis en todo la costumbre del concilio, y os serviréis del ritual romano. No permitiréis que se introduzca costumbre alguna; y si la hubiera, procuraréis con dulzura volver las cosas a su cauce. Para eso, bueno será que llevéis al menos dos rituales de Roma. Lo capital de vuestros esfuerzos, después de trabajar para vivir, entre aquellos con quienes debéis conversar, en olor de suavidad y de buen ejemplo, será hacer comprender a aquella buena gente, nacida en las

⁵⁶² Rep. de or. del 13 de noviembre de 1656.

tinieblas de la ignorancia de su creador, las verdades de nuestra fe, no con razonamientos sutiles de la teología, sino con razones tomadas de la naturaleza: ya que es preciso comenzar por ahí; tratando de darles a conocer que vosotros no hacéis más que hacer ver en ellos las señales que Dios les ha dejado de sí mismo, que la corrupción de la naturaleza, desde hace mucho habituada al mal, las había borrado. Para ello, Señor, será conveniente dirigiros con frecuencia al Padre de las luces, y repetir lo que le decías todos los días: *Da mihi intellectum ut sciam testimonia tua*. Pondréis en orden mediante la meditación las luces que él os dé. Y para mostrar la verdad del primero y soberano ser, y las conveniencias del misterio de la Trinidad, la necesidad del misterio de la encarnación, que nos permite nacer un segundo hombre perfecto, tras la corrupción del primero, para reformarnos y volvernos a él, yo querría hacerles ver las debilidades de la naturaleza humana por los desórdenes que ellos mismos condenan; ya que ellos tienen leyes, reyes y castigos. Aunque existan libros que tratan estas materias, como el catecismo de Granada, u otro que trataremos de enviaros, yo no puedo más que repetiros que lo mejor será la oración: *accedite ad eum et illuminamini*; abandonarse al espíritu de Dios que habla en esos encuentros. Si es del agrado de su divina bondad daros gracia para cultivar la semilla de los cristianos que ya están allí, y que viven con esta buena gente en la caridad cristiana, no dudo en absoluto, Señor, que Nuestro Señor se sirva de vos en esas partes para preparar a la Compañía una amplia cosecha. Id pues, Señor, y teniendo la misión de Dios por quienes os le representan, echad sin reparo las redes.

“Yo sé cuánto ama la pureza vuestro corazón; necesitaréis hacer gran uso de ella por allí; viciados en muchas cosas, lo son de manera particular en ese aspecto, hasta llegar a decir que los maridos llevan a sus jóvenes a los Europeos para tener hijos de ellos; la gracia infalible de vuestra vocación os garantizará de todos estos peligros. Tendremos todos los años noticias vuestras, y nosotros os daremos las nuestras. Aunque no se necesite dinero en esos países para vivir, no obstante, Señor, la Compañía ha ordenado que os envíen cien escudos de oro para las necesidades que puedan sobrevenir. Nosotros os enviamos también una capilla completa, dos rituales romanos, dos pequeñas biblias, dos concilios de Trento, dos casuistas, imágenes de todos nuestros misterios que sirven maravillosamente para hacer comprender a aquellas buenas gentes lo que se les quiere enseñar, y que les gusta ver. Tenemos aquí a un joven de aquel país, de unos veinte años, a quien el Sr Nuncio quiere bautizar hoy; yo me sirvo de imágenes para instruirle, y me parece que le sirve para hacer trabajar a la imaginación. No sé si no sería necesario llevar planchas para hacer panes de decir la santa Misa, alfileres, estuches de bolsillo, tres o cuatro cada uno, santos óleos para el bautismo y la extremaunción, cada uno un Busée, algunas Introducciones a la vida devota, compendios de las vidas de los santos. Tenéis una obediencia por nuestra parte, un pleno poder de Monseñor el nuncio, quien tiene sumo interés en esta obra. Con ello yo me entrego del todo a vos, si no para seguirus de verdad, por ser tan indigno, al menos para pedir a Dios todos los días que me quiera dejar en la tierra para volveros a ver en la eternidad, y honraros allí como a una persona que será colocada por la dignidad de su vocación en el número de las personas apostólicas.

“Acabo prosternado en espíritu a vuestros pies rogando que queráis también ofrecerme a nuestro común Señor a fin de que yo le sea fiel, y termine en su amor el camino de la eternidad. “

Nicolás Gondrée, nacido en 1620 en Assigny, pueblecito del condado de Eu, en la diócesis de Amiens, era el compañero que Vicente destinaba a Nacquart. Se hallaba en Saintes, simple subdiácono, cuando Vicente le llamó a París para hacerle recibir el sacerdocio y anunciarla su gloriosa misión. En su carta a Nacquart, Vicente decía de él: “Es uno de los mejores individuos de la Compañía, en quien la devoción que tenía al entrar en ella la conserva aún, es humilde, caritativo, cordial; en una palabra, es tal como yo no puedo ahora expresar.”

A la recepción de esta carta, Nacquart respondió el 1º de abril: “Me parece, al leer y releer vuestra carta, que sus términos no eran de un hombre sino palabras del Espíritu de Dios. Ay, lo que me cuesta persuadirme de que sea yo, pobre Charles Nacquart, a quien se dirige esta declaración del plan de Dios. Bien, no obstante, puesto que Vos ocupáis el lugar de padre en la tierra para mí después del que tengo en cielo, no lo dudo ni un momento: iré como un niño perdido, a ciegas, para descubrir si esta tierra es de promisión.”

Gondrée acudió al punto a unirse a Nacquart en Richelieu, ya que la Compañía de Oriente urgía la salida. Se actuó incluso tan precipitadamente que no hubo tiempo de pedir misión a la Propaganda, y que se contentaron con los poderes provisionales que fueron entregados por al Nuncio. Bueno pues, la Propaganda acababa de confiar la Misión de Madagascar a los Carmelitas Descalzos. También, por decreto del 20 de julio de 1648, declaró nulos los poderes otorgados por Bagni, hasta la dimisión de los Carmelitas, y no permitió a los Misioneros más que el servicio de los Franceses de la colonia. Hasta cinco años después no trajeron dos nuevos Misioneros los poderes de la Propaganda.

Partieron juntos de Richelieu el 18 de abril de 1648. Nacquart y Gondrée llegaron a La Rochelle, donde tuvieron que esperar un mes el día de embarque. Queriendo aprovechar este tiempo, se ofrecieron al obispo de La Rochelle, para servir en la ciudad o en la Compañía. A ejemplo de san Francisco Javier que se había preparado de esta manera a su apostolado en Lisboa, ellos pasaron estos días en los hospitales y en las cárceles.

El 21 de mayo siguiente, día de la Ascensión, abordaban el *Saint-Laurent* con el conde de Flacourt y ochenta nuevos colonos destinados para Madagascar y levaron anclas. Apenas había pedido de vista la embarcación las costas de Francia cuando Nacquart trató de que sus ciento veinte compañeros de viaje ganaran la gracia del jubileo que el Santo Padre acababa de conceder con ocasión de la paz de Westphalia.

Llegado a Cabo Verde, prestó el mismo servicio a unos portugueses y a una media docena de Franceses de Dieppe, que se encontraban allí en descanso. Al cabo de seis días se hicieron a la vela. Los vientos fueron contrarios. En un mes y medio de navegación no se había llegado a la línea. Por consejo de Nacquart, la tripulación hizo voto a la santísima Virgen de celebrar piadosamente su Asunción, de construir en su honor una iglesia en Madagascar y, la víspera de la fiesta, nos hallábamos pasando el Ecuador. El mismo voto, la misma protección celestial a nuestra Señora de setiembre.

Durante este tiempo, los Misioneros catequizaban a los niños, evangelizaban a los marinos y a los pasajeros; introducían entre ellos la costumbre de las

oraciones, de las lecturas en común. de las conferencias espirituales, desterraban las malas conversaciones y las blasfemias, imponiendo, según un convenio mutuamente aceptado, una penitencia a los prevaricadores; visitaban y cuidaban a los enfermos, y hacían ellos mismos todos los ejercicios de su regla..

Al bordear el Senegal y Gambia, Nacquart pensó en la salvación de sus habitantes y, en carta escrita a Vicente, de la que tomamos todos estos detalles, le rogó que oyera a un piadoso armador de Rouen, llamado Rozée, quien podía favorecer este apostolado.

Se ocupó asimismo de los negros del cabo de buena Esperanza Habiendo embarrancado el barco en unas rocas, de donde no lo sacó la marea hasta siete horas después, y llegaron a la bahía de Cerdeña. A la vista de negros tan flacos, hambrientos, abalanzándose *como perros* sobre la carne que se les arrojaba, y más dignos de lástima todavía por su ignorancia religiosa, Nacquart se sintió compadecido y se puso de rodillas. Los negros comprendieron: "Son *saterons*", dijeron ellos, es decir grandes sacerdotes. Ay, Nacquart no podía más que gemir y rezar.

Ocho días más tarde, el *Saint-Laurent* doblaba el Cabo de las Agujas, y después de una navegación de más de seis meses, descubría Madagascar. Enseguida Nacquart invitó a sus compañeros a perdonarse mutuamente las ofensas; en cuanto a él, descendió de los primeros en la costa, y doblando la rodilla, se ofreció a Dios y tomó posesión de aquella tierra en su nombre.

Se dirige inmediatamente una carta a Pronis quien, a la vista de Flacourt, e instruido por su comisión, se sorprende, duda y se somete. De todos los lados llegan a Flacourt quejas contra la administración precedente: Flacourt los calma y empieza a trabajar.

Por su parte, Nacquart y Gondrée se instalan en una casa de madera, recubierta de hojas y rodeada de una empalizada de bambú. Una vez vistas las cosas, se asustan ante tanta borrachera, pillaje e incendios. Sus observaciones son rechazadas con cólera. Tienen que aguantar toda clase de vejaciones por parte de los empleados del Fort-Dauphin. Les falta de todo, pues nadie piensa en cumplir el compromiso hecho por la Compañía de construirles un presbiterio, suministrarles los víveres y ropas. Deben vivir con el escaso dinero que han traído y que comparten encima con los pobres negros. Sin embargo estudian la lengua del país. Piden, mientras tanto, un intérprete: Flacourt se lo niega, y se ven obligados a recurrir a dos antiguos colonos. Comienzan a predicar. Mientras que Gondrée se ocupa de los Franceses, Nacquart recorre las chozas de los Malgaches. Pero las vejaciones continúan, y su santo ministerio se ve perjudicado. Nacquart se explica con el conde de Flancourt en presencia de un capitán: pide la ayuda del gobernador y su regreso a Francia. Iba a embarcarse cuando Franceses y negros le detienen diciendo: "Qué, buen Padre, os vais, ¿quién nos hará rezar a Dios?" –"Y eso, cuenta Nacquart, puso las cadenas a los pies de mi voluntad, que quedó presa de la de Dios manifestada por la voz del pueblo." Flacourt entonces renovó sus promesas y las mantuvo más fielmente.

Al llegar a Madagascar, los Misioneros no habían encontrado más que a cinco niños bautizados por Bellebarbe, sacerdote secular, enviado en 1649 a la isla Sainte-Marie para asistir a los colonos franceses. Pero muy pronto aumentaron maravillosamente esta cosecha. Cinco protestantes franceses a quienes convirtieron engrosaron primero la gavilla. Luego acudieron los negros en masa

a su choza pidiendo instrucción y bautismo. Los blancos, por orgullo de raza, se mostraban menos dóciles.

Mientras tanto Flacourt organizaba la colonia. Llamaba a los Franceses exiliados por Pronis, visitaba a los jefecillos para hacerles entrar en buenos sentimientos para con los colonos. Nacquart, por su parte, quiso hacer sus visitas apostólicas. Se fue a ver a Faushère Dian Hamach, el jefe bautizado en Goa, que había sucedido a su padre. Bien recibido, gracias a algunos presentes, Nacquart trató de atraer a las prácticas del cristianismo al jefe vuelto a sus supersticiones nacionales. Hamach prometió convertirse con todo su pueblo, cuando un sacerdote viniera a vivir en su Estado de Anos. Y, en prueba de que no se había olvidado de su fe, recitó en portugués el *Pater*, el *Ave* y el *Credo*, y mostró a un Malgache, bautizado en otro tiempo por los jesuitas, que llevaba en el pecho un tatuaje de tres cruces.

Aprovechando estas buenas disposiciones, Nacquart comenzó a formar a estos súbditos de Ramach en la oración, sembró en sus corazones la semilla de la salvación, y se volvió pleno de esperanzas al Fort-Dauphin para las fiestas de Navidad. El día de la Epifanía festejó el aniversario de la vocación de los gentiles por el bautismo de algunos niños, de los que uno, puesto bajo el patrocinio de Flacourt, recibió el nombre de *Pedro*, como si hubiera sido el fundamento del edificio espiritual que se trataba de elevar en esta comarca. También se celebró una misa mayor, con toda la pompa posible, en presencia de todos los Malgaches, que se conformaron, ay, con la admiración. En sus ideas supersticiosas huían ante el solo signo de la cruz; y para atraerlos, el Misionero debía tomar la mano de unos de ellos, dirigirla de su frente al pecho para formar la señal augusta: sólo entonces ellos lograban y consentían, tranquilizados, en hacer ellos mismos lo que habían visto hacer impunemente a los demás. Aunque más ignorantes las mujeres se mostraban más accesibles, en el presentimiento misterioso que, en eso y otras partes, sólo el cristianismo los levantaría de su degradación.

Algunos días después, gran fiesta en casa de Dian Ramach, Nacquart aprovechó la ocasión para ir a recordarle su promesa. Bien recibido también, le invitó a profesar su antigua fe delante de sus súbditos; pero el Dian se mostró vacilante y nadie se convirtió. Nacquart, al menos, predicó de nuevo la doctrina cristiana.

De regreso al Fort-Dauphin, continuaba con Gondrée su santo ministerio entre los Franceses y los negros, cuando fue reclamado ante un jefe vecino, llamado Ramanore. Gravemente enfermo, este jefe había pedido en vano su curación a sus ombiasses y a sus oúlis, y quería probar el bautismo. Llegado a él, Nacquart le dijo: “Dios permite a menudo las enfermedades de nuestros cuerpos para la salvación de nuestras almas. Él es todopoderoso para curaros si renunciáis a vuestras supersticiones y le servís.” Entonces, el jefe pide ser instruido. Para dar multiplicación a la divina semilla, el Misionero enseguida reúne a todos los del pueblo y les anuncia la buena nueva. “Mi corazón se siente aliviado, dice entonces el jefe. Lo creo todo. Yo llevo compasión al Hijo de Dios muerto por nosotros; se lo agradezco y no lo olvidaré nunca.” Luego, volviéndose a lo principal: “¿Creéis, le dice al Misionero, que Jesucristo sea tan poderoso como para devolverme la salud? –Sí, responde Nacquart; si creéis, os curaréis y os salvaréis.” Y el jefe le pide el bautismo. Pero Nacquart, viendo que se preocuparía más de su cuerpo que de su alma, le dice: “Hay que probar que vuestro deseo de servir a Dios es verdadero; y aparecerá tal si, habiendo

recibido de él la salud, como yo espero que os la devuelva, os hacéis instruir más ampliamente, vos y vuestra familia.” Oyendo estas palabras la mujer del jefe, que llevaba en el fondo del alma este cristianismo natural del que habla Tertuliano, dijo al Misionero: “Hace mucho tiempo que acudimos a Dios; y, en toda circunstancia, particularmente al plantar y recoger el arroz, elevamos los ojos al cielo y le decimos: “ Eres tú quien puedes hacer venir todo lo que yo planto y quien ha hecho venir lo que yo recojo, si tuvieras necesidad, yo te lo daría; por lo menos les daré a los que lo necesiten, como a los Franceses que pasen por aquí y a los pobres esclavos.” Y los demás Malgache añadían: “Lo que acabamos de oír vale mucho más que el oro y la plata, ya que el oro, lo puede uno tomar de quien duerme; pero esto, ¿quién nos lo podrá quitar? Lo volvemos a recobrar siempre en nuestro corazón después del sueño.” Nacquart se despidió de sus oyentes dejando al enfermo con la esperanza de la curación, y a sus súbditos el deseo de ser instruidos.

III. *Muerte de Gondrée.* –*Nacquart solo.* En el momento en que Nacquart se hallaba lleno de consuelo y de esperanza, Dios le preparaba la más cruel de las pruebas.

El mes de junio de 1649, Flacourt quiso visitar a Dian Ramach en compañía de un Misionero, y se llevó a Gondrée. Era durante las Rogativas. Sin pescado ni legumbres en estas tierras. Gondrée no quiso usar del privilegio que aplicó a sus compañeros, y se contentó con un poco de arroz cocido en agua. Este ayuno excesivo, el calor extremo, la fatiga de un viaje a pie le obligaron a guardar cama en Faushère, atacado de una fiebre disentérica. Llevado al Fort-Dauphin después de unos días de descanso, la fiebre le volvió a atacar con mayor violencia y acompañada de delirio. El primer uso que hizo de su razón recobrada fue pedir a Nacquart que le oyera en confesión y someterse amorosamente a la voluntad de Dios. Al día siguiente de la Ascensión, como el mal empeoraba, Nacquart le administró el santo viático en presencia de los colonos franceses. En las fiestas de Pentecostés. El se repartió entre los colonos y su querido enfermo, instruyendo, reconciliando a unos, atendiendo al otro con santos pensamientos, pidiendo a Dios que no le dejara a él mismo huérfano y a la colonia viuda. El lunes Gondrée recibió la extremaunción con una devoción admirable. Encomendó a los asistentes el temor de Dios y la devoción a la santísima Virgen. Y él, él sólo sentía una solicitud, la conversión de los herejes y de los infieles, y un solo pesar el de dejar a sus queridos isleños. Y, al acercarse su fin: “Decid al Sr. Vicente, dijo a Nacquart, que le agradezco humildemente el haberme admitido y por todo lo que ha sufrido en nombre de los Misioneros, y en particular por haberme escogido y enviado a este país, en lugar de tantos otros que lo habrían hecho mejor que yo.” Luego legó a su madre, a sus parientes, un tierno recuerdo pidiendo oraciones; y a su cohermano, por dos veces, la promesa de sufrimientos y persecuciones, verdadero legado, verdadera herencia de Misionero! Al anochecer, Nacquart, pensando en su futura soledad y en la privación, bien larga posiblemente, durante la que necesitaría del ministerio de un sacerdote, le preguntó si tendría la fuerza para absolverle. De repente el enfermo se descubre, levanta su brazo desfallecido y da a Nacquart su última bendición. Algunas horas después había regresado a Dios. Enseguida, cuenta Nacquart, la luna se veló, como para indicar las tinieblas en las que su muerte iba a sumir esta tierra infiel.

Nacquart enterró él mismo el cuerpo del apóstol y del mártir; luego celebró sus funerales, con la voz entrecortada con tales sollozos que tuvo que pedir perdón a los asistentes en nombre de las lágrimas que Jesús había derramado ante Lázaro, y los cristianos repitieron la palabra del Evangelio: "*Ecce quomodo amabat eum!*" Los negros mismos que apenas le habían conocido decían llorando: "Antes de él, no habíamos visto a hombres semejantes, que no fueran coléricos ni fastidiosos, y que nos hablaran con afecto de las cosas de nuestra salvación."

Una vez solo, a cuatro mil leguas de su país, enfrentado a fatigas y sufrimientos que pronto debían conducirle a él también a la muerte, Nacquart comenzó por hacer su testamento. Nombró a uno de sus neófitos para asistirle en su último combate, señaló cómo debían traerle decentemente el santo viático, si no podía él mismo ir a buscarlo a la iglesia. Se encomendó a las oraciones de los Franceses durante su agonía, y después de su muerte pidió ser enterrado cerca del altar, y si no, en el cementerio, al lado de Gondrée, su querido compañero; legó su patrimonio a sus hermanos, con la condición de misas y de limosnas por el descanso de su alma y para dar gracias a Dios por el honor de haber sido recibido como Misionero y enviado a Madagascar.

Después de lo cual, pidió a Nuestro Señor la parte de gracias del difunto, para hacer él solo la obra de los dos, y sintiéndose escuchado en su cuerpo y en su alma, se volvió al trabajo con resignación y valor.

Temiendo ser sorprendido por la muerte, su primer cuidado fue componer en la lengua del país instrucciones sobre las verdades más necesarias para la salvación con el fin de legárselas a sus sucesores, y comenzó a predicárselas él mismo a los infieles admirados de la facilidad de su elocución. Por sí mismo o por otro no perdía ocasión de anunciar a Jesucristo. Cuando los Franceses partían a alguna expedición, les preparaba primero el alma; luego hacía de ellos otros tantos Misioneros a los que encargaba de anunciar la fe a los infieles, mediante instrucciones que les daba por escrito.

Y como, desde la muerte de Gondrée, encargado por su parte de los Franceses, no podía apenas ausentarse de la colonia, y menos ahora que estaba padeciendo mucho por las enfermedades. Veinticinco entre soldados y colonos morían entonces en el Fort-Dauphin, mientras que otros veinticuatro sucumbían en las tierras. Tenía que quedarse para asistirlos, y por el servicio religioso en el Fuerte. Entonces fue cuando recibió la visita de los hijos de Dian Panole, jefe de una parte septentrional de la isla. Estas jóvenes siguieron asiduamente sus instrucciones y le invitaron a venir a establecerse en medio de su pueblo, prometiéndole la obsequiosidad de su padre y la conversión de sus súbditos. Un deber más imperioso retenía a Nacquart en el Fort-Dauphin. Nuevo dolor para él, sobre todo cuando supo que efectivamente que aquel pueblo estaba en buenas disposiciones de recibir el Evangelio.

Entretanto, hacía alguna excursión a las tierras, pero tan sólo por algunos días.. así, una vez, uno de los hijos de Dian Ramach habiendo enfermado, este jefe le mandó a buscar para aplicarle el remedio del bautismo. "¿Tenéis la intención, dijo Nacquart al jefe, de educarle en la religión cristiana? –Yo te lo entrego, respondió Ramach, te pertenece; sé para él su padre y su madre," El joven fue bautizado y se curó. Dian Ramach, siguiendo su promesa del año anterior, expuso la religión cristiana a sus vasallos, resaltando la superioridad sobre sus supersticiones. Todos pidieron instrucción y bautismo. Pero el Misionero, obligado a regresar a la colonia, no podía aprovecharse de estas

disposiciones. Al menos instruía a la gente de los pueblos por el día, y por la noche, al claro de luna, a los que volvían del trabajo. Él sembraba; otros debían cosechar.

En los pueblos situados más allá de Fanshère, siguió un consejo de Vicente. había llevado consigo una gran imagen del último juicio, del paraíso y del infierno. En cada pueblo, comenzaba por exponer las grandes verdades de la salvación; después, desplegando su cuadro y señalándole: “ ¿Qué escogéis, les preguntaba, lo de arriba o lo de abajo, el paraíso o el infierno? -A mí no me interesa, respondía cada insular en su lenguaje, escoger ir con el diablo, es con Dios con quien quiero quedarme.” Y ellos admiraban la imagen, extrañándose de que se hubiera podido trazar figuras en el papel. Estaban como en un éxtasis. Si, doblada la imagen, llegaba alguien: “Ah, tú no has visto la riqueza”, le decían todos. Y había que desplegarla otra vez y volver a dar la explicación. Entonces, entre Nacquart y sus buenos isleños, se establecía un diálogo familiar y confiado. “Padre, le decían, nuestros ombiasses no nos hablan nunca de Dios; ellos no nos visitan más que por interés o para engañarnos; pero tú, tú nos enseñas gratis y nos dicen siempre la verdad.” Sobre los diferentes puntos del cristianismo, ellos expresaban ingenuamente sus impresiones; maldiciones contra el diablo, al se habrían sentido dichosos de echarle mano y quemarlo; maldiciones también, pero pronto reprimidas por el Misionero contra nuestros primeros padres. “Oh, qué hermoso habría sido, exclamaban, ser como Dios nos había hecho, sin trabajo, sin sujeción a las enfermedades ni a la muerte!”

Nacquart fue así, mostrando el cuadro, hasta en la casa de Dian Raberas, jefe de una tribu del valle de Amboul. Éste se hallaba enfermo. Pidió que le hablaran de Dios y que le mostraran la imagen. Reunidos los vasallos, Nacquart comenzó su explicación y, mostrando el infierno: “Allí, dijo, irán los polígamos.” Bueno pues, Raberas tenía cinco mujeres. Palideció y echó a temblar; luego pidió al Misionero que volviera después de su curación, prometiendo quedarse con una sola mujer, y obligar a sus vasallos a recibir el Evangelio.

De regreso al Fort-Dauphin, Nacquart puso la primera piedra de una iglesia dedicada a la santísima Virgen, el 2 de febrero de a1650, día de la Purificación. Desde entonces volvió al curso de sus visitas a los jefes. Visitó, entre otros, a Dian Madombour, gran ombiasse, que disponía, según decían, de los saltamontes; después a Dian Marsicon, otro ombiasse, que hacía a su gusto la lluvia y la sequía, siempre para provecho de sus arrozales y de sus rebaños. A pesar de ello, la sequía le había alcanzado a él también, y el pueblo, más desdichado todavía, murmuraba. “¿Lloverá pronto? “, preguntó a Nacquart. – Es, respondió el Misionero, el secreto de Dios quien, a su gusto, envía o retiene la lluvia. Pero tú, si eres tan poderoso, ¿por qué permites que se sequen y se pierdan los arrozales del país y los tuyos? –Es por culpa de los oûlis, replicó el ombiasse; y Nacquart empezó a tronar contra la vanidad de los ídolos.

De vuelta al Fort-Dauphin, en 1651, para predicar la cuaresma a los Franceses, celebró la primera misa en la nueva iglesia el día de Pascua; solemnidad que resultó realzada por el bautismo, la primera comunión y el matrimonio de muchos Malgaches adultos. De esta manera crecía la misión. Al llegar a Madagascar, no había encontrado más que a cinco niños bautizados por Bellebarbe; él había bautizado a otros cincuenta y dos, sin contar a setenta y siete Malgaches adultos y más neófitos a los que difería el bautismo hasta su

matrimonio, única esperanza de perseverancia de esta nación disoluta. Vigilaba tan sólo que ninguno de éstos se muriera sin el bautismo. Es así como bautizó a una anciana Malgache cuyo cuerpo ocupó la primera plaza en el cementerio de los Franceses. A estos bienes convendría añadir a protestantes convertidos, numerosos matrimonios rehabilitados entre Franceses y negras, por último proyectos caritativos, sobre todo para la educación de las mujeres y de las jóvenes de este país, proyectos que, sin haber sido realizados, se han contado por Dios en el haber de su siervo.

Durante la semana santa de ese año de 1651, el jefe de los Matatanes, Dian Taboulaze, llegó a prestar sumisión al conde de Flacourt. Asistió con admiración a las hermosas ceremonias del culto católico. Se extasiaba delante de los cuadros que representaban a la santísima Virgen y al Salvador en la cruz. Tocaba los clavos y las manos de las manos y de los pies para sentirlos. Nacquart no perdió la ocasión de contarle la historia de la vida y de la pasión de Nuestro Señor. “Oh, cómo me gustaría, dijo entonces al Misionero, que tú vinieras a nuestra tierra de los Matatanes! Yo iría siempre a prender contigo.”

Estas buenas disposiciones para recibir el Evangelio renovaban el dolor del Misionero, a quien la soledad reducía a la impotencia. Veía a estos pueblos que no esperaban más que *el movimiento del agua*, según la expresión evangélica, para bajar a la piscina del bautismo. Al recorrer los pueblos, oía a esta pobre gente gritarle: “¿Dónde está pues esta agua que lava las almas y que nos has prometido? Llévanos y haz las oraciones.” Y entonces, escribiendo a Vicente, decía con san Francisco Javier: “Donde están tantos doctores que pierden el tiempo en las academias, mientras que tantos pobres infieles *piden pan y no hay quien se lo parta*.. no dudo, Señor, que todos los individuos de la congregación salten de alegría con las noticias deseables a su celo, y quieran cooperar con Dios en la conquista de este nuevo reino para Jesucristo, y que, en la compasión de verme solo en un país tan distante administrar los sacramentos a los demás, sin poder recibir otros que la santa Eucaristía, ellos rueguen a la bondad de Dios para que me fortalezca en su gracia.”

Nada más recibir la muerte de Gondrée, Vicente pensó, en efecto, en no abandonar a Nacquart solo en las fatigas en las que no podía dejar de sucumbir bien pronto. Llamó de Picardía a Jacques Mounier, que estaba ocupado en distribuir limosnas. Hacía tiempo que Mounier, nacido en Saintes, deseaba dar su vida por la salvación de los infieles, y había hecho voto de recitar todos los días el rosario para obtener la gracia de ser destinado a las misiones lejanas. Vicente le asoció a Toussaints Bourdaise, de Blois, que dependía entonces del obispado de Chartres. Transformaciones maravillosas operadas por la gracia, adorables juegos de la Providencia. Habían estado a punto más de una vez de despedir a Bourdaise de la Compañía, por demasiado escaso talento y ciencia⁵⁶³, y es él quien se va a convertir en el verdadero apóstol de Madagascar. Las revueltas del reino, rivalidades de las compañías no permitieron a los dos Misioneros hacerse a la mar hasta principios de 1654, y le 16 de agosto llegaban a Fort-Dauphin.

IV. *Muerte de Nacquart. –Nuevos Misioneros.* Hacía más de tres años ya que la colonia estaba viuda de Nacquart, muerto a los treinta y cuatro años el 29 de mayo de 1651, sin que en este largo intervalo sin que la noticia hubiera llegado

⁵⁶³ Repet. de ora. del 25 de noviembre de 1657.

a París. Fue Mounier quien, en carta del 6 de febrero de 1655 transmitió a Vicente estos fúnebres detalles. .Algunos días después de Pascua, Nacquart se había sentido atacado y, el domingo del Buen Pastor, con el presentimiento del fin próximo, había comentado en el púlpito este texto: "*Percitiam pastorem, et dispergentur oves* (heriré al pastor y se dispersarán las ovejas). No había dejado, a pesar de su debilidad, de ir a pie a un pueblo distante varias leguas de Fort-Dauphin, para bautizar allí a un anciano y a diez niños. A su regreso había predicado también el día de la Ascensión. Esto había sido su esfuerzo supremo. Se había vuelto a la cama, y había dado sus últimas disposiciones. Había recomendado a los Franceses el cuidado de los enfermos, la fidelidad a su fe, el respeto del Santísimo Sacramento que dejaba en la iglesia, sobre todo si, forzados a huir, debían llevárselo con ellos, la exhumación de Gondrée que él deseaba que se pusiera con él en la misma tumba al pie del altar; luego, después de veinticuatro horas de delirio, había entregado su alma a Dios. los Franceses le habían dado sepultura en medio de cantos fúnebres, revestido de sus ornamentos sacerdotales y se habían reunido al cabo del año para cantar otra vez el oficio de los difuntos. A pesar del olvido que cubre a los muertos casi tan rápidamente como la tierra de su fosa, la memoria de Nacquart estaba todavía viva entre los Franceses y entre los negros. "Era, ha escrito Flacourt⁵⁶⁴, un hombre de buen carácter, celoso por la religión, y que vivía ejemplarmente bien, que tenía ya el conocimiento de la lengua suficiente para instruir a los habitantes del país, en el que se dedicaba de continuo con todas sus fuerzas, y ha sido llorado de nosotros, tanto que siguiéndole muchos Franceses trataban de vivir bien, que, más tarde, por falta de instrucción, se abandonaron al vicio común de este país, que es el de la carne."

Por su parte, Vicente hizo de Nacquart y de Gondrée esta impresionante oración fúnebre, en una de las conferencias ordinarias de San Lázaro: "Oh, Salvador! Uno de estos días, hablaba yo a uno de esos Señores que han regresado de aquel país. Dios mío, qué cosas no me decía del Sr. Nacquart, el gran servidor de Dios, y con qué sentimientos me hablaba. Cuántas obras buenas, grande pérdida la de este servidor de Dios. Pero grande provecho. Oh Salvador! *Sanguis martyrun semen christianorum* Eso me hace esperar que su martirio (pues ha muerto por Dios) será la semilla de los cristianos; que Dios, a la vista de su muerte, nos dará la gracia de fructificar... Y del Sr. Gondrée, Dios mío, qué sentimientos, qué sentimientos. Tengo siempre presente a aquel hombre, su gran dulzura, su gran modestia; todavía recuerdo las buenas palabras que nos decía en el ajetreo del embarque, este hombre de Dios. Oh Salvador, pidamos a Dios que dé a la Compañía ese espíritu, ese corazón; ese corazón que nos haga ir a todas partes, ese corazón del Hijo de Dios, ese corazón de Nuestro Señor. Corazón de Nuestro Señor. Corazón de Nuestro Señor! que nos dispone a ir como él iría y como él habría ido, si su sabiduría eterna hubiera juzgado conveniente trabajar por la conversión de las naciones pobres⁵⁶⁵."

Privados de sacerdotes por tan largo tiempo, los Franceses, con Flacourt a la cabeza, recibieron a Mounier y a Bourdaise con mucho honor y cordialidad. Los instalaron primeramente en su pequeña choza; de allí se fueron a la iglesia, donde su gozo fue inmenso al ver que las sagradas especies dejadas por Nacquart se conservaban en estado de perfecta conservación.

⁵⁶⁴ *Histoire de la grande Île de Madagascar*, París, 1658, in-4°.

⁵⁶⁵ Repet. de orac. ,1655.

Por su parte, los negros bautizados por los primeros Misioneros acudieron a los sucesores, trayendo con ellos a una multitud de compatriotas, venidos de todas las regiones vecinas para hacerse instruir; de manera que la choza se volvió pronto demasiado pequeña, y fue preciso construir otra mayor, destinada exclusivamente a los catecismos.

Y es que todos, Franceses y negros, tenían buenas razones para desear la llegada de los Misioneros. Flacourt veía todos los días desaparecer su colonia bajo los golpes de las enfermedades y de los Malgaches, y él mismo se sentía amenazado de asesinato. Los que enviaba en misión no volvían, porque los Malgaches infestaban los caminos, se llevaban los animales y masacraban a los Franceses extraviados. Se los frenaba a veces a fuerza de valor, y esos bárbaros decían entonces: “Hemos oído hablar de los Portugueses; hemos conocido a los Holandeses y a los Ingleses; pero no son hombres como vosotros; ya que vosotros no os preocupáis por vuestras vidas, y aunque veáis la muerte ante los ojos, no os asustáis. Sois diferentes que esos extranjeros, no sois hombres, sino leones.” A pesar de todo, eran treguas siempre violadas por jefes pérfidos, perpetuos ataques, y los Franceses bloqueados en el Fuerte, tenía que luchar a la vez contra el hambre y las armas de los Malgaches. Y no llegaba ningún navío de Francia. Flacourt estaba dolorosamente sorprendido por el abandono en que le dejaba la Compañía de Oriente, cuando, el 11 de agosto de 1654, cinco días antes de la llegada de los Misioneros, vio dirigirse hacia él por tierra a dos Franceses llegados ya a Madagascar. Sin barco a la vista, por dónde habían llegado, y qué querían de él? le informaron que la Compañía había cedido sus derechos al mariscal de La Meilleraye, y dos barcos suyos se hallaban fondeados a cuatro leguas de la ensenada del Fort-Dauphin. Una carta del superintendente Fouquet le avisaba que estos dos barcos le traían a dos sacerdotes de la Misión y se los recomendaba su benevolencia religiosa. Nada más sobre la conducta que debía seguir. Hasta que el 16 le entregaron una carta de La Meilleraye, que parecía aceptar sus servicios y poner nuevos recurso a su disposición. Por lo demás, ni una palabra de la Compañía, de la que era representante.

Esta Compañía, herida de muerte con Richelieu, su protector, había obtenido no obstante, en 1652, la continuación de sus privilegios por quince años; pero arrastraba una existencia lánguida. Fue entonces cuando La Meilleraye, en previsión de su final próximo, envió las dos barcas que acabamos de ver en la rada del Fort-Dauphin, para apoderarse de Madagascar en su nombre.

Estas tristes rivalidades mercantiles habían retrasado el envío de nuevos Misioneros. Obligado al fin a venir en ayuda de los suyos, Vicente se había determinado a confiar a Mounier y a Bourdaise a las barcos de La Meilleraye. Pues ¿y qué hacer? La Compañía de Oriente estaba amenazada de una disolución evidentemente próxima. Hacer arreglos con ella era atraerse las persecuciones del mariscal quien, según todas las probabilidades, iba a hacerse el único dueño de la isla. Vicente seguirá dudando, a pesar de todo, entre la Compañía y La Meilleraye, lo que perjudicará el transporte de los apóstoles del evangelio.

Entre tanto Mounier y Bourdaise se habían enfrascado en el estudio de la lengua y, al cabo de unos meses, podían catequizar a los negros al mismo tiempo que ellos atendían espiritualmente a los Franceses. Todo iba mejor cuando tuvo lugar una revolución en el gobierno de la colonia.

Flacourt, sin poderes asegurados, enfrentado a las reclamaciones de sus colonos a quienes no podía satisfacer, amenazado por Pronis, el antiguo gobernador, y por el capitán La Forêt llegados uno y otro en los barcos de La Meilleraye, dos competidores en expectativa que le podían suplantar de un momento a otro, resolvió regresar a Francia, para informarse de la situación real de la Compañía de Oriente. Hizo pues un trato por el que entregaba en manos de Pronis y de La Forêt la colonia de la que constataba el estado próspero: provisiones abundantes de arroz y ganados, contribuciones de guerra ingresadas en su caja, numerosas tribus sometidas a la autoridad del rey de Francia, así como las islas de Santa María y Mascareigne (Bourbon).

Salido el 5 de febrero de 1655, y desembarcado en Nantes el 18 de junio del mismo año, se entregó bien pronto de la causa de su abandono, es decir las intrigas y las rivalidades ya citadas.

Mientras que ponía en pie en Francia los asuntos de la Compañía era presa de las desdichas por las que él había salido de allí. Una parte del fuerte y de los comercios había sido pasto de las llamas, en medio de las celebraciones destinadas a festejar la instalación de Pronis. Algunos días después, otro incendio estallaba y devoraba el resto del fuerte, la capilla y la casi totalidad del pueblo: desastre que Pronis, sin provisiones y sin instrumentos de trabajo no pudo nunca reparar. Por su parte, Bourdaise hizo construir, a alguna distancia del fuerte, una nueva choza, donde reanudó la explicación de los cuadros de la religión cristiana.

El mal éxito de una expedición, emprendida en los Mahofules, iba a ser más funesta a la Compañía. Como un gran número de Franceses habían muerto sin sacramentos en las expediciones precedentes, Pronis pidió a Mounier que acompañara a ésta. Apenas aclimatado, pero feliz por una ocasión así de llevar la fe a los infieles, Mounier partió al final de febrero de 1655. Tres meses habían transcurrido sin que se recibieran noticias de la expedición cuando, el 23 de mayo, aparece un Francés por una colina lejana. Van todos hacia él, y se enteran de que todos los compañeros suyos que habían escapado a las azagayas(dardos) de los Malgaches habían caído enfermos; que Mounier muy enfermo también, después de arrastrarse un buen rato, sin beber, sin tomar alimento, era transportado por los negros durante seis días en unas andas.

Bourdaise se dirige a toda prisa al campamento francés, luego a la choza de Mounier. Un lamento le indica que su compañero está en la agonía. En efecto, Mounier sólo esperaba para morir los sacramentos, y apenas los hubo recibido, se durmió dulcemente en el Señor, la víspera de la Ascensión.

La expedición regresó a la colonia en un estado lastimoso con dieciocho franceses menos, casi sin botín, y con el cadáver de Mounier, a quien Bourdaise depositó a l lado de Nacquart y de Gondrée.

Solo a su vez, Bourdaise recobró con valor su santo apostolado. Con la aprobación del gobernador, recorría las chozas, expulsaba a las mujeres de mala vida, y se sentía bastante afortunado para hacer de varias de ellas otras Magdalenas arrepentidas. Como faltaban en la colonia toda clase de provisiones, se resolvió hacer una expedición nueva. La Forêt se subió a una canoa que quería dirigir a Galhemboule, Santa María y el mar Rojo. En Galhemboule, maltrató a los nativos, quienes le masacraron. La canoa continuó su ruta, pero no trajo más que algunas toneladas de arroz.

Durante esta expedición, Pronis, abrumado de tantos desastres cayó enfermo y se vio a las puertas de la muerte. Mandó llamar a Bourdaise. El Misionero

creyó que quería volver de su protestantismo, o más bien de su incredulidad; sólo quería confiarle a su hija; y aceptado caritativamente el legado expiró en la impenitencia de los crímenes con los que había llenado a la colonia naciente. La joven abjuró la herejía arrastró con su ejemplo a tres de sus correligionarias, de manera que no quedaron más que dos protestantes en el Fort-Dauphin.

Des Perriers sucedió a Pronis. A pesar de tantas experiencias fatales, él inauguró su reinado con masacres, pillajes, ejecuciones tan torpes como injustas y crueles. Los jefes condenados a muerte pidieron el bautismo, que Bourdaise, testigo impotente de estas abominables escenas, les administró. Los otros jefes iban a ejercer terribles represalias, cuando dos de ellos, temiendo la cólera de los Franceses, vinieron a entregarse, con sus familias, a Des Perriers, en prenda de la fidelidad de sus parientes. Otros jefes siguieron el ejemplo y entregaron a sus hijos. Durante su estancia en el Fort-Dauphin todos se hicieron instruir en la religión cristiana, asistieron a la oración y a las ceremonias del culto católico. Bourdaise se disponía a bautizarlos, pero la paz fue concluida; regresaron a sus países invitando solamente al Misionero a venir a instruir a sus súbditos.

Entretanto el suelo, devastado por el pillaje o devorado por la sequía, no producía ya nada para la alimentación de la colonia. Los Franceses se hallaban extenuados, los negros se morían de hambre. Sin recursos él también, Bourdaise va de puerta en puerta, recoge arroz, frutas, huesos, y distribuye así cada día una caldera llena de sopa a los más hambrientos, como se hacía en tiempos así a la puerta de San Lázaro. Esta caridad impresiona a esta pobre gente. Todos piden la señal del cristiano, jefes y vasallos. "Oh, escribía entonces a Vicente el Misionero, si hubiera aquí dos o tres sacerdotes, en un año todo este gran país de Anos sería bautizado. Yo trato al menos de inspirar el deseo, para que este bautismo *in voto* supla en la necesidad .

Herederos del odio de su padre Ramach, Dian Panolahé quiso aprovecharse de estos desastres para exterminar a los Franceses. Des Perriers se le adelantó. Envío de noche a Faushère un destacamento que se apoderó de su persona, y se lo llevó al Fort-Dauphin. El pérfido jefe iba a ser pasado por las armas, cuando Dian Machicore, su pariente, vino a tratar de su liberación con Dian Mananghe. Eran aquellos mismos jefes que veíamos hace un momento como rehenes. Esta vez Bourdaise tuvo el consuelo de acabar su obra. . bautizó solemnemente a los cinco hijos de Machicore, uno de los cuales llegó a ser un cristiano perfecto. Mananghe le confió la educación cristiana de su hijo, y el padre de este jefe, anciano centenario, conmovido por el ejemplo de estos jóvenes, quiso también hacerse cristiano. La fiesta de la Purificación de 1656, celebrada con gran pompa, suscitó buenos deseos en las almas, y las fiestas de Pascua y de Pentecostés fueron solemnizadas por numerosas bautizos. El fruto de estas conversiones se extendió a lo lejos. Un anciano de setenta años, jefe de Imours, peligrosamente enfermo, después de invocar vanamente a sus *oûlis*, pidió su curación al bautismo; la obtuvo; y esta curación maravillosa multiplicó el número de los cristianos.

Mientras tanto Vicente de Paúl y la Meilleraye no se olvidaban de Madagascar, del que habían llegado a saber por Flacourt el estado religioso. Cuatro navíos

se encontraban a punto de salir para esta isla en el puerto de La Rochelle. Tres Misioneros, Mathurin de Belleville, Claude Dufour⁵⁶⁶

Y Nicolas Prévost, subieron abordo, el 29 de octubre de 1655 con ochocientos hombres, tanto marinos como soldados. Apenas había perdido de vista la flotilla las costas de Francia cuando murió Bellville el 17 de enero de 1656, y fue arrojado al mar, “cementerio, dice Vicente, de los que en él mueren. Tras un penoso viaje de siete meses, el 29 de mayo del mismo año, la escuadrilla fondeó en el Fort-Dauphin. Había perdido a cien hombres en la travesía, y contaba aún con doscientos enfermos. Grande a pesar de todo fue la alegría de Bourdaise a la vista de estos queridos compañeros. Era la víspera de la fiesta del Corpus, y quiso celebrarla con una pompa hasta entonces desconocida en Madagascar. Arcos adornados con bolitas de papel blanco realizadas con nudos de cinta roja, telas, colgaduras de tela blanca, plantas y flores fueron todos los gastos. Dufour llevaba el Santísimo Sacramento, asistido de Bourdaise con roquete. El caballero de Sourdis llevaba la casulla, el gobernador y su lugarteniente llevaban el palio; cuatro mosqueteros marchaban en los ángulos, y otros cuatro llevaban las antorchas; cuatro pequeños Indios, vestidos de blanco, cubrían el suelo de flores, t otros dos mantenían el incienso; el resto del pueblo marchaba en línea con cirios encendidos. Así desfiló la procesión al son de las salvas de cañón de las embarcaciones y del fuerte, y descargas de mosquetería. No se precisaba tanto para encantar a los buenos neófitos..

Breve fue la alegría de Bourdaise. Después de unos días pasados en el fuerte, donde, atacado él mismo con el escorbuto, Dufour le sirvió de consuelo, el enfermero y el médico de los enfermos, este Misionero tuvo que ir a reunirse con su cohermano Prévost a Santa María, lugar de su destino, y Bourdaise entró en su soledad.

V. Muertos. –Todoslosantos Bourdaise. Du Rivan, el nuevo gobernador, después de instalar a cien colonos en Santa María que acababa de ocupar en nombre de La Meilleraye, hizo una campaña en el mar Rojo. A su regreso a la isla, no encontró en ella más que tumbas. El escorbuto había atacado enseguida a todos los franceses, reducidos ya a la escasez . los dos Misioneros habían compartido primeramente con ellos su escasa ración, luego se vieron condenados a un ayuno riguroso para dejársela toda entera. Enfermo, cansado por el clima, agotado cuidando los cuerpos y las almas, Dufour había tenido el pensamiento de consagrar Santa María a los doce apóstoles, y, en este plan, había salido a plantar una cruz en cada uno de los doce barrios de la isla, atravesando los ríos, durmiendo en el suelo limpio y húmedo, expuesto a la lluvia y a los ardores del sol de los trópicos. En la

⁵⁶⁶ Dufour había querido hacerse cartujo. Vicente de Paúl le dio como cambio a este gusto poco reflexionado el apostolado de Madagascar. “Os he ofrecido a Nuestro Señor para esto, le escribió el 5 de noviembre de 1650;...ya estáis en anos de la adorable Providencia para responder...Hay muchos cartujos que querrían salir y que podrían; o, por lo menos, sería de desear que salierna de us claustro por una obra de esta importancia.. Pues bien, Señor, no penséis más en los cartujos, Nuestro Señor os llama más lejos; él os acompañará y continuará por vos y con vos la misión que ha comenzado cuando estaba en la tierra. Oh Señor, que honor el de ser escogido por Dios para una obra de las más importantes a la que un sacerdote pueda ser llamado. Yo no os diré más, Nuestro Señor os dirá el resto.” –Habiéndose retrasado varias veces el viaje, tuvo ocasión el santo de escribir más veces a Dufour. Las mismas ideas, por ejemplo, en una carta del 24 de abril de 1652.

décima estación había caído. Informe para sus cohermanos, había muerto al cabo de dieciocho días; un mes después, le había seguido Prévost⁵⁶⁷.

De provisoria la soledad de Bourdaise amenazaba con convertirse en eterna: "Aquí me tiene en el extremo de la desgracia, querido padre, escribía él a Vicente, y en situación de no esperar más en el futuro, ya que no tengo más que perder, ni quizás que esperar, en vista que esta tierra ingrata devora tan cruelmente, no ya a sus habitantes, sino a sus propios libertadores. Entendéis lo suficiente, Señor, cuanto voy a deciros, y lo que querría poder callarme para ahorrarnos lágrimas y mis suspiros. El Sr. de Belleville, de quien no conocí nunca más que el nombre y las virtudes, se murió en el camino. El Sr. Prévost, después de enjugar las fatigas del viaje, se murió. El Sr. Dufour, a quien no he visto aquí más que para conocer el precio de lo que yo debía perder, se murió. Finalmente, todos los hijos que habéis enviado a Madagascar se han muerto: y yo soy ese miserable siervo que se ha quedado solo para daros la noticia."

Para poner algo de consuelo al lado del dolor, Bourdaise contaba luego sus trabajos y sus éxitos. De Santa María, du Rivan había vuelto desesperado al Fort-Dauphin, luego se había embarcado para Francia en una prise inglesa, dejando a su lugarteniente Gueston el gobierno de la colonia. Gueston había reconstruido el fuerte y Bourdaise había transportado su cabaña entre el pueblo de los negros y la habitación de los Franceses para estar más al alcance de unos y de otros y poder bastar a su servicio. Había hecho también construir una iglesia más amplia para contener a los numerosos neófitos, una cabaña grande para los catecismos y otra para servir de hospital, a la espera de las Hijas de la Caridad que esperaba ver un día para reemplazarle con los enfermos, de quienes, mientras tanto él debía ser como todos sus cohermanos, el médico, el enfermero al propio tiempo que el director espiritual. Contando con nuevos Misioneros, había comenzado un seminario con cinco jóvenes que podrían ser un día buenos sacerdotes, capaces de convertir a sus compatriotas. Mientras que Prévost y Dufour estaban con él, se le había ocurrido dejar a uno de ellos en el Fort-Dauphin, y recorrer los pueblos permaneciendo ocho o seis días en cada uno hasta que un Malgache se supiera lo suficiente para pedir a Dios y enseñárselos a los demás. de ese modo habría satisfecho a la urgencia de los pobres negros que le llamaban de todas partes.

En el mismo tiempo i el mismo plan, cuatro jóvenes negros de Madagascar, traídos en 1655 por Flacourt eran educados en San Lázaro. Tres de ellos habían sido bautizados de pequeños por Nacquart: pero abandonados luego durante años habían perdido casi todo el conocimiento de Dios y toda práctica religiosa. El mayor de los cuatro no fue bautizado hasta París y tuvo por padrino a Luis XIV. Nada a la vez de impresionante y sublime como las recomendaciones de san Vicente de Paúl a propósito de estos cuatro jóvenes Malgaches. En sus discursos es donde se ha de ver lo que la fe inspira de respeto hacia la dignidad humana, incluso oculta bajo las sombras de la barbarie y degradada hasta una especie de brutalidad. "recomiendo a los sacerdotes de la Compañía, decía a los suyos, a estos cuatro pequeños negros que los necesitan tanto, a fin de que quiera Dios darse a conocer de ellos y nos sugiera lo que debemos hacer para su salvación. Si tuviéramos aquí a un ángel entre nosotros, habría que emplearlo en la instrucción de estos pobres negros que la Providencia de Dios nos ha enviado, y su tiempo estaría

⁵⁶⁷ Repet. de orac. del 30 de agosto de 1657.

muy bien empleado...Cuatro personas del país bien instruidas con dos de nuestros señores ¿qué no podrían hacer? Cuatro son capaces de convertir las Indias; uno que tuviera en sí al Hijo de Dios, un solo portador del espíritu de Dios!... Tratémoslos con todo el respeto, dulzura y moderación que podamos, guardémonos de burlarnos, que Dios no lo permita.. Instruyámoslos con nuestro ejemplo, y de esta manera tratando de darles mediante la modestia con la que vean nuestros buenos sentimientos para con Dios y nuestra religión, a fin de que imitándonos se vean llevados a servir a Dios, que, cuando estén en su país, puedan contar que es verdad cuanto se les ha dicho respecto del cristianismo. Y si ven en nosotros otras cosas, ¿qué dirán de nosotros? ¿Qué opinión sacarán de nuestra religión, y qué podrán decir de nosotros a los demás?..Roguemos A Dios por ellos. Señores sacerdotes, les pido que tengan esta intención, y ustedes, hermanos míos, igualmente en la comunión, y que todos hagamos cada día alguna oración por ello. Cuando los veamos elevemos nuestro espíritu hacia Dios pidiéndole que bendiga a estas jóvenes plantas para que crezcan en su amor.. hagamos algunos sacrificios, alguna mortificación, alguna disciplina por esto; sí, alguna disciplina, no podríamos tener mejores intenciones que la salvación de un alma y Dios ha sufrido tantos latigazos por ello. Y sufriría hasta la muerte por el alma del menor de sus hijos. Oh Señores, nuestras mortificaciones no podrían estar mejor empleadas que con este fin. Ofrezcámoselas a Dios, se los suplico por la salvación de estas pobres almas⁵⁶⁸ “

Mientras sonaban estas enseñanzas en San Lázaro, Bourdaise, a quien el espíritu de Dios instruía directamente,, se mostraba como discípulo fiel. Forzado a ser comedido, tuvo que concentrar su acción. Tenía mucho que hacer aún. Se sentía abrumado por la gente que llegaba para aprender a rezar. Él los reunía en la iglesia, y estas voces discordantes de hombres y de mujeres, de jóvenes y de viejos, de pobres y de ricos, unidos en la fe de un mismo Dios formaban a sus oídos el más dulce de los conciertos. Los bautizos, los matrimonios se multiplicaban. Las ceremonias de los funerales cristianos, sobre todo cuando se aplicaban a Dianas bautizados, conmovían a los negros. Acudían en masa para ver dar tierra a los que hacía poco consideraban como dioses. Admiraban la religión católica por la santa igualdad que practica en la muerte y por la caridad que la lleva a conceder los últimos honores a los que ayer, antes de su bautismo, no les deseaban más que mal.

Un poco de triaca, un ungüento administrado a propósito de una operación feliz, era más que suficiente para desacreditar al ombiasse y a los oûlis, y atraer al Misionero. Por lo demás, Bourdaise no despreciaba a los ombiasses mismos y trataba de convertir a los que, por su reputación de ciencia o sus pretendidas adivinaciones, tenían más crédito sobre estos pueblos.

En suma, la obra de Dios se hacía y, a pesar del profundo sentimiento de su nada, Bourdaise se atrevía a decir: Si yo viniera a faltar, ¿qué sucedería a esta pobre Iglesia? Dios, que me permite ver este extremo, escribía él en sus últimos días a Vicente de Paúl, me apura en prosternarme en espíritu a vuestros pies, como lo estoy aquí en el cuerpo para deciros de parte de tantas almas, con toda la humildad y el respeto que me es posible: *Mitte quos missurus es*. Enviadnos Misioneros, pues los que han venido a morir en nuestras puertas no han sido enviados a Madagascar para quedarse: Han sido

⁵⁶⁸ Repet. de orac.del 23 de agosto de 1655.

tan sólo llamados por este camino al cielo... Cuántos hombres se condenan aquí por falta de un hombre que les ayude a salvarse!... Y es lo que me causa el mayor dolor, sobre todo cuando me represento que sus ángeles guardianes me dicen: *Si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus*... Oh querido padre, cuántas veces formulo el deseo de que tantos eclesiásticos que están en Francia en la ociosidad y que conocen esta gran necesidad de obreros, hagan alguna vez una reflexión parecida, y se persuadan vivamente que Nuestro Señor mismo les hace estos reproches a cada uno de ellos en particular: *O sacerdos, si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus!* Sin duda que un pensamiento semejante les daría compasión y hasta espanto, sobre todo si consideraran atentamente que, por descuidar esta asistencia espiritual, el mismo Jesucristo les dirá un día estas palabras terribles: *Ipse impius in iniquitate sua morietur, sanguinem vero eius de manu tua requiram* (El mismo impío morirá en su iniquidad, pero yo reclamaré su sangre de tu mano) Oh, que si los sacerdotes, los doctores, los predicadores los catequistas y demás que tienen talento y vocación para estas misiones alejadas prestaran buena atención a esto, y sobre todo a la cuenta que se les pedirá por tantas almas que, por falta de asistencia por su parte, se hayan condenado, no hay duda que serían más cuidadosos de lo que lo son por no ir lejos a buscar las ovejas extraviadas para traerlas al redil de la Iglesia.”

Temiendo que la muerte de sus mejores sacerdotes apartara a Vicente de esta misión, se lo recordaba con toda clase de razones y ejemplos, repitiendo siempre: “Enviadnos lo antes posible algunos buenos operarios, os lo suplico, querido padre,... Es verdad que habéis perdido a muchos hijos, y buena gente, pero os lo pido por el amor de Jesucristo que no os desaniméis en esto y no abandonéis a tantas almas que han sido recatadas por el hijo de Dios. tened por seguro que si tantos misioneros buenos, no es la causa el aire del país; sino o las fatigas de sus viajes, o sus mortificaciones excesivas, o bien el trabajo desmesurado, que será siempre aquí demasiado grande mientras haya pocos obreros.”

Lleno de confianza en Dios incluso cuando era el más inclinado bajo su mano, Vicente no se desanimaba ni ante la muerte de sus hijos, tan cruel sin embargo a su corazón ni ante los consejos de sus amigos, que le decían que renunciara a una empresa que el cielo parecía condenar. “la Iglesia, respondía él, ha sido establecida por la muerte del hijo de Dios, fortalecida por la de los apóstoles, de los papas y de los obispos martirizados; se ha multiplicado por la persecución. Dios prueba a los suyos cuando tiene algún gran proyecto sobre ellos. Su divina bondad hace conocer que ella quiere hoy, tanto como siempre, que su nombre sea conocido, y el reino de su Hijo establecido en todas las naciones. Es evidente que estos pueblos insulares están dispuestos a recibir las luces del Evangelio. Ya seiscientos de entre ellos han recibido el bautismo por los trabajos de un solo Misionero, que Dios ha conservado allí, y sería contra toda razón y caridad abandonar a este siervo de dios que pide auxilio, y dejar a ese pueblo que no pide más que ser instruido..”

Y hablaba a los suyos con una resolución más enérgica todavía para hacerles reclamar los puestos glorioso que la muerte acababa de abrir: “Díganme, sería un hermoso ejército, el que, porque hubiera perdido dos, tres, cuatro cinco mil hombres lo abandonara todo ahí! Digamos lo mismo de la Misión. Sería bonito ver a un ejército así hecho, fugitivo y acobardado! Digamos lo mismo de la Misión. Bonita sería una Compañía como la de la Misión, la cual, por que hay

cinco o seis muertos, abandonaría la obra de Dios Compañía cobarde, apegada a la carne y a la sangre!⁵⁶⁹

VI. *Nuevos desastres. –Naufragios.* A esta santa provocación, sacerdotes y hermanos se levantaron, declarándose preparados para partir. Vicente escogió a dos sacerdotes, Boussordée y Herbron, y al hermano Christophe de Launay, que los tres se embarcaron en Nantes, el 30 de octubre de 1656, apenas salía el barco del Loira, cuando se presentó una tempestad que le obligó a volver a la rada en Saint-Nazaire. El día de Todos los Santos los dos sacerdotes dijeron la misa en la embarcación; pero dadas las incomodidades por la agitación, bajaron a tierra al día siguiente, con el capitán y una docena de pasajeros, para celebrarla en una iglesia. quisieron a continuación volver abordo; el mar estaba tan movido, que nadie por suerte se atrevió a embarcarse en una chalupa para conducirlos. El 3 de noviembre entre las diez y las once de la noche arreció la tormenta llevando al navío sobre un banco de arena donde se partió. Ciento veinte o ciento treinta pasajeros perecieron, entre los cuales el lugarteniente y otra persona notable.

No obstante el hermano Christophe de Launay se había quedado abordo. En vista del peligro, agarró unas tablas en forma de balsa y, con quince o dieciséis compañeros, se encomienda a la merced de las olas. . con su abrigo hace una vela, con el crucifijo en la mano como si fuera la caña del timón y dirige así el frágil esquife, asegurando a sus compañeros de que nadie perecería si tenían confianza en Dios. “Dense cuenta, les pido, decías Vicente al contar esta aventura, de la fe de este niño.” En efecto, después de verse zarandeados durante una noche y un día, la balsa depositó a todos los pasajeros en la costa de Paimboeuf, con excepción de uno solo que, en el momento de echar pie a tierra, expiró de frío y de miedo. “¿No ven ustedes en ello, añadía Vicente, una protección muy especial sobre estos tres Misioneros, y en particular sobre este buen hermano quien, siendo muy tímido, humilde y dulce; - Sí, es el joven más humilde y más dulce que conozco;- ha tenido el suficiente valor para sí y para animar a los demás en este peligro inminente?”

Vicente, en esta circunstancia, queriendo asegurar la fe y la entrega de los suyos, no dejó de repetir sus admirables enseñanzas sobre la conducta con frecuencia incomprensible, terrible las veces, siempre adorable de la divina Providencia, que se complace en atravesar los grandes planes para castigar las culpas de unos y probar el valor de los otros. Y añadió: “¿Sería posible que a quienes Dios había dado el deseo de irse tan lejos fueran unos gallinitas por una embarcación más o menos? No, no me cabe en la cabeza... ¿Y entonces qué? ¿Acaso no quiere que la Compañía continúe esta obra que ha comenzado? Sí, ya lo creo, Señores, lo quiere...Dios no cambia lo que una vez ha resuelto, por contrario que nos parezca lo que pasa.” Y comprometió a los suyos para no dejarse abatir, sino más bien agradecer a Dios por la protección que acababa de dar a “la pobre pequeña y humilde Compañía” en la persona de los tres Misioneros a volver a entregarse de nuevo a él para acabar una obra en la que no se había comprometido sino por obediencia a la orden del nuncio apostólico. Finalmente, ordenó una misa funeral por las víctimas del naufragio. “Nos sentimos obligados con mayor razón, dijo, porque parecía que Dios los hubiera puesto bajo la dirección de los sacerdotes de la Compañía,

⁵⁶⁹ Conf. del 30 de agosto de 1657. –Interversión de fecha pero no de idea, repitiendo el santo con frecuencia sus heroicas llamadas.

que los debían servir en calidad de párrocos durante la travesía y después de su llegada a Madagascar⁵⁷⁰.”

Los tres Misioneros escapados al naufragio volvieron a París, y Vicente preparó una nueva partida. sin embargo el mariscal de La Meilleraye y la antigua Compañía de Oriente seguían en luchas y procesos. La Compañía, que no renunciaba a sus derechos sobre Madagascar, se disponía a enviar allí un navío, pidió Misioneros que le fueron prometidos. Al mismo tiempo, Vicente de Paúl prometía, que tenía un navío para salir. dos o tres sacerdotes a La Meilleraye. Pero el mariscal quería el monopolio del transporte de los Misioneros como del gobierno de la colonia. Irritado al ver a Vicente repartirse entre él y la Compañía de Oriente, guardó en un principio un silencio hiriente, luego declaró que no se serviría más de los sacerdotes de San Lázaro. En efecto, pidió padres capuchinos para la Misión de Madagascar. Vicente no usó del crédito ni en la corte ni en Roma; ni reclamó sus derechos de primer ocupante consagrados por la muerte de varios de sus sacerdotes. “Será lo que Dios quiera, se contentó con decir. Si el Sr. mariscal se arregla con estos buenos religiosos, yo voy a llamar al Sr. Bourdaise. Nuestra máxima es siembre ceder el lugar a los demás, estimando y debiendo estimar que lo harán mejor que nosotros⁵⁷¹.” Ya veinticuatro capuchinos estaban a punto de embarcarse para ir a meter la hoz en una mies que no habían sembrado, cuando La Meilleraye se arrepintió y pidió Misioneros. Vicente le envió a cuatro: Le Blanc, d’Averoult, Arnoult y Des Fontaines, a quienes unió al valiente hermano Christophe y a uno de los negros educado en San Lázaro, “que es buen chico, escribía (el 22 de febrero de 1658), y que servirá de hermano, de intérprete y de catequista a los Misioneros, con la ayuda de Dios.”

Los Misioneros partieron de Nantes el 13 de marzo de 1658. Al día siguiente se levantó una tempestad: más tiles y timón quedaron pronto inservibles; y durante ocho días estuvo la embarcación a merced de los vientos y las olas, hasta que logró entrar en el puerto de Lisboa. Carenado se volvió a hacer a la mar; pero apenas había escapado de la tempestad cuando cayó en las garras de un navío español. Hermosa ocasión para adorar los designios de la Providencia, dijo Vicente (carta del 10 de julio de 1658), y someterles nuestros pobres razonamientos.”

Entretanto los españoles en guerra con Francia no lo estaban con los pobres Misioneros, de manera que les concedieron en Santiago de Compostela una hospitalidad generosa, después los devolvieron a Francia.

Al año siguiente, Vicente siempre firme y confiado, intentó una tercera vez la empresa. Dos barcos iban a partir para Madagascar, uno enviado por el mariscal La Meilleraye, el otro por la Compañía de Oriente. Palin, obispo de Heliópolis, que partía para las Indias, había elegido este último. Vicente hubiera deseado colocar a sus sacerdotes bajo tal dirección. Pero la Compañía parecía cada vez más debilitada y si, como era muy probable, interrumpiera pronto su comercio, el mariscal irritado se negaría en adelante a encargarse de los Misioneros, y sería el fin para la Misión de Madagascar.⁵⁷².

⁵⁷⁰ Repet. de orac. de los 11 y 13 de noviembre, 1656, y cartas de los 18 de noviembre y 1º de diciembre del mismo año. –Las mismas ideas en la Repet. De orac. del 26 de abril de 1657. – *La Gazette de France* de 1656, n° 160, habló de este salvamento milagroso, “atribuido a la fe de un hermano de la Misión”.

⁵⁷¹ Carta del 21 de diciembre de 1657, a Jolly, en Roma.

⁵⁷² Carta a Jolly, Roma, 16 de mayo de 1659.

También escribía Vicente a La Meilleraye (22 de noviembre de 1659), por medio de la Señora Aiguillon, su pariente, que retiraba a la Compañía de oriente toda promesa, que estaba exclusivamente de su parte, y que ya no se sentía ligado más que con Dios y con él; y al mismo tiempo pidió a Caset, representante de la Compañía, que aceptara sus excusas, dándole las razones por las que prefería obligarse al mariscal, quien había preferido siempre a sus sacerdotes a todos los demás, que además tenía a uno de ellos en su poder, así como a los católicos instruidos y bautizados por los Misioneros. Escribió también a Nantes, a Estienne, el superior de los nuevos Misioneros que se disponía a enviar. “Cuando hayáis llegado a Madagascar, os ruego que no tengáis ninguna comunicación con la gente de estos señores, sino dedicaros con todo afecto a los intereses de este buen señor, por la obligación que tenemos de obedecerle. Esto es lo que le escribo que haréis, y podréis confirmárselo. No pienso que después de esta seguridad quiera él exigir vuestros juramentos de fidelidad ni de vosotros ni de los demás. Y si no lo quisiera hacer, decidle que siendo hijos de obediencia, os es suficiente saber cuál es la intención de los que os envían para no ir nunca al contrario, y que ése es el verdadero juramento (22 de setiembre de 1659).”

Ya Vicente había detenido la elección de los Misioneros. escribió a uno de ellos, ocupado por entonces en Richelieu, esta carta que dirigió también, sin duda, en términos más o menos parecidos, a sus compañeros de viaje: “... Id pues, Señor, id *in nomine Domini!* Ruego a Nuestro Señor que os tenga de su mano, que os defienda y os consuele en los peligros, que os acompañe siempre por tierra y por mar, de suerte que lleguéis allí en perfecta salud, y que tenga a bien, por su infinita bondad, llenaros de su espíritu, para darle a conocer y amar por ese pobre pueblo que tiene tantas disposiciones para abrazar nuestra santa fe... Id pues sin preocupación, Señor, en la confianza que quien os llama tendrá el mismo cuidado de vos como de la niña de su ojo. Cuidaos (y cita el ejemplo de los otros Misioneros muertos por exceso de trabajo)... Si encontráis con vida al bueno de Sr. Bourdaise, veréis de alguna forma la imagen de Nuestro Señor; y tened por seguro, en ese aspecto como en todas las cosas, es una de las personas más dulces, mas fuertes de las más sabias, de las más celosas y de las más amables que conozco. Oh Señor, qué consuelo recibiréis cuando le abracéis, cuando veáis los rasgos de su rostro, y os quedéis a su lado. Id pues, Señor a esa obra de perfección. Pido a nuestro Señor que os bendiga y recordad en vuestras oraciones, os pido por favor a este anciano de setenta y nueve años⁵⁷³, cargado de opecados”.

El 1º de diciembre de 1659, Feydin d’Auvergne, el destinatario de esta carta, d’Aeroult y Des Fontaines d’Artois, partían de París para ir a La Rochelle, lugar del embarque, mientras que Estienne de París, y el hermano Patte, “Normando y buen cirujano”, se dirigían allí por mar, con el fin de transportar con más facilidad los bagajes de la Misión. Una tempestad asaltó también a los dos viajeros, y los lanzó hasta la embocadura del Gironde. Una ráfaga súbita rompió el timón, y la arboladura del barco, tirándolo a un banco de arena en medio de las rocas. La noticia del naufragio y de la pérdida de todos los pasajeros se extendió pronto y llegó a la Rochelle y a París. Una carta de un joven Parisiense a su madre dio una terrible consistencia a este rumor. Este joven que estaba en el barco, contaba que “viendo la muerte entre los dientes”,

⁵⁷³ Él tenía entonces más de ochenta y tres. –Nunca el buen santo sabía bien su edad.

se arrojó a un pequeño esquife, y que desde allí había visto la barca después de una última absolución dada por Estienne, hundirse con toda la tripulación. Vicente no podía ya dudar de esta nueva desgracia. Lloraba por Estienne, por este joven apóstol que, no contento con entregarse a la salvación de los infieles, había sacrificado, con el beneplácito de su familia, cuarenta mil libras de su patrimonio a favor de las Misiones extranjeras. Además, temía las consecuencias de una muerte semejante para el porvenir de la Misión de Madagascar. Los padres de Estienne, bien colocados y con crédito entre otros Philippe de Moucy, consejero de Estado, su cuñado, ¿no iban a echarle la culpa por su pérdida y usar de su influencia para impedir esta peligrosa empresa? Vicente, a pesar de todo, guardó la calma interior y exterior. Ni una palabra, ni una nubecilla reveló su tristeza, y tres de los suyos a quienes había debido decírselo todo bajo la religión del secreto admiraban el santo valor del anciano.

Vicente se disponía a enviar otro superior a La Rochelle, y el misionero cenaba ya para partir, cuando llegaron cartas de Bayona y de Burdeos. Dos de ellas las reconoció Vicente, y con qué gozo, ¡la escritura de Estienne! En efecto, era él quien contaba la milagrosa liberación. El viento, al cambiar repentinamente de dirección, había sacado la barca del laberinto de rocas donde se había enganchado, y la había rechazado a las costas de España. Pero, sin mástiles, sin timón, sin víveres, ¿qué iba a ser de estos desdichados? Anduvieron a la deriva durante quince días, por fin, el día de la *Inmaculada Concepción*⁵⁷⁴, capitán y marineros se arrojaron a los pies de Estienne y le pidieron una última bendición. Estienne les prometió que no perecerían y, a invitación suya, todos hicieron votos de frecuentar los sacramentos, de decir u oír doce misas y vestir a doce pobres en honor de la santísima Virgen si se salvaban en el día de la octava de su fiesta. Enseguida cayó el viento y una ligera brisa llevó rápidamente la barca a la altura de San Juan de Luz, a donde fue remolcad por un pescador⁵⁷⁵.

VII. *Carta a Bourdaise. – Su Muerte.* Estienne y Patte fueron luego a reunirse con sus cohermanos en La Rochelle con quienes se embarcaron para Madagascar el 25 de enero de 1660. Eran portadores de esta carta, dirigida por Vicente a Bourdaise:

“Os diré en primer lugar, la justa aprehensión en que nos hallamos de que no estéis ya en esta vida mortal, a la vista del escaso tiempo que vuestros cohermanos que os han precedido, acompañado y seguido,, han vivido en esa tierra ingrata, que ha devorado a tantos obreros enviados para roturarla. Si vivís todavía, oh, qué grande será nuestra alegría, cuando estemos seguros de ello. No sentiríais dificultades en creérmelo, si supierais hasta qué punto llega la estima y el afecto que siento por vos, que es tan grande que nadie pueda sentirlo por otro.

“La última breve relación nos habéis enviado, al hacernos ver la virtud de Dios en vos y esperar un fruto extraordinario de vuestros trabajos, nos hizo derramar lágrimas de alegría por vos, y de agradecimiento para con la bondad de Dios que ha tenido cuidados admirables de vos y de esos pueblos a los que evangelizáis por su gracia con tanto celo y prudencia por vuestra parte, que parece disposición de ellos para hacerse hijos de dios. pero al mismo tiempo

⁵⁷⁴ Nueva confesión muy notable de este dogma dos siglos antes de su definición.

⁵⁷⁵ Cartas del 9 de enero de 1660.

hemos llorado por vuestro dolor y vuestra pérdida, en la muerte de los Srs. Dufour, Prevost y Belleville, que encontraron su descanso en lugar del trabajo que iban a buscar, y que aumentaron vuestros sentimientos cuando más alivio esperabais. Esta separación temprana siempre desde entonces una espada de dolor para vuestra alma, como la muerte de los Srs. Nacquart, Gondrée y Mousnier, lo había sido anteriormente. Nos habíais expresado tan claramente vuestra desolación al darnos la noticia de su fallecimiento, que me sentí tan enternecido por vuestra extrema aflicción como afectado por estas grandes pérdidas. Parece, Señor, que Dios nos trate como ha tratado a su Hijo: le envió al mundo para fundar su Iglesia por su Pasión, y parece que no quiere introducir la fe en Madagascar sino por nuestro sufrimiento. Adoro sus divinas conductas y le suplico que cumpla en vos sus designios. Los tiene quizá bien particulares sobre vuestra persona ya que, entre tantos misioneros muertos, os ha dejado con vida; parece que su voluntad, al querer el bien que ellos han deseado hacer, no ha querido evitar el efecto quitándolos del mundo, sino producirlo por vos conservándoos a vos.

“Sea lo que fuere, Señor, hemos sentido hondamente la privación de estos buenos siervos de Dios y hemos tenido un gran motivo de admirar en esta última ocasión sorprendente los recursos incomprensibles de su conducta. Él sabe que de buena gana hemos besado la mano que nos ha golpeado, sometiéndonos con humildad a los toques tan sensibles, aunque no pudiéramos comprender las razones de una muerte tan rápida en hombres que prometían mucho, en medio de un pueblo que pide instrucción, y después de tantas muestras de vocación que se han visto en ellos para ser cristianos.

“Esta pérdida sin embargo, no más que las anteriores ni los accidentes que han tenido lugar después, no han sido capaces de restar nada de nuestra resolución de ayudaros, ni mover la de estos cuatro sacerdotes y un hermano que van a vosotros, los cuales, habiendo sentido atractivo hacia vuestra Misión, nos han hecho largas insistencias para ser enviados ahí. No sé quién sentirá más consuelo a su llegada, o vos que los esperáis desde hace tanto tiempo, o los que tienen un gran deseo de verse con vosotros. Verán a Nuestro Señor en vos y a vos en Nuestro Señor, y en esta disposición os obedecerán como a él mismo, con la ayuda de su gracia. Para ello, os ruego que toméis su dirección; espero que Dios bendecirá vuestra conducta y su sumisión.

“No habrías estado tanto tiempo sin ser socorrido, si dos embarques que hemos hecho no hubieran salido tan mal. Uno se perdió en el río de Nantes; había dos de nuestros sacerdotes y un hermano que se salvaron por una protección especial de Dios, y cerca de cien personas perecieron; el otro, habiendo partido el año pasado, fue presa de los Españoles, y otros cuatro, y un hermano que iban dentro regresaron; de manera que Dios no quiso que ninguna ayuda ni consuelo os llegara desde aquí; pero ha querido que os haya llegado inmediatamente de él solo, ha querido ser vuestro primero y vuestro segundo en esta obra apostólica y divina a la que él os ha destinado, para demostrar que el establecimiento de la fe es su obra propia y no la obra de los hombres. De este modo hizo uso de ella al comienzo de la fundación de la Iglesia universal, eligiendo solamente a doce apóstoles que se fueron separados por toda la tierra, para anunciar la venida y la doctrina de su divino Maestro; pero habiendo comenzado a crecer esta santa semilla, su Providencia hizo que el número de los obreros aumentase, y ella hará también que vuestra

Iglesia naciente, multiplicándose poco a poco, será provista poco a poco por fin de sacerdotes subsistirán para cultivarla y para extenderla.

“Oh Señor, qué felicidad la vuestra al haber echado los primeros fundamentos de este gran proyecto que debe enviar a tantas almas al cielo, las cuales no entrarían nunca en él, si Dios no derramar en ellas el principio de la vida eterna por los conocimientos y los sacramentos que vos les administráis. ¡Que os sea posible, con la ayuda de su gracia, continuar largo tiempo este santo ministerio, y servir de regla y de ánimo a los demás Misioneros! Es la súplica que toda la Compañía le hace con frecuencia, pues siente una devoción particular de encomendar a Dios a vuestra persona y vuestros trabajos, y yo la tengo muy sensible. Pero en vano pediríamos al Dios vuestra conservación, si vos mismo no cooperáis. Os ruego pues, con todas las ternuras de mi corazón, que cuidéis con todo esmero vuestra salud y la de vuestros cohermanos. Podéis juzgar, por vuestra propia experiencia, de la necesidad recíproca que tenéis los unos de los otros, y de la necesidad que todo el país tiene. La aprehensión que habéis tenido de que nuestros queridos difuntos no hayan adelantado su muerte por el exceso de de sus trabajos, os debe obligar a que moderéis vuestro celo. Es mejor nos queden fuerzas de sobra y no que nos falten. Pedid a Dios por nuestra pequeña congregación, pues ella tiene mucha necesidad de hombres y de virtud para las grandes y diversas mieses que nos esperan por todas partes, sea entre los eclesiásticos o entre los pueblos. Rogadle también por mí, os lo suplico; pues ya no viviré mucho, por mi edad que pasa del ochenta años y mis malas piernas que no me quieren llevar ya. Moriría contento, si supiera que vivís, y qué número de niños y de adultos habéis bautizado; pero si no lo puedo saber en este momento, espero verlo delante de Dios.”

Esta carta no debía llegar asu destino; el destinatario no estaba ya, y los mensajeros no tocaron el término de su viaje. No obstante la travesía fue buena; trescientas leguas todavía y se llegaba al destino; pero el barco se rompió en el cabo de las tormentas. La tripulación fue salvada y recogida por los Holandeses dueños por entonces del cabo. Los Misioneros aguardaron en vano diez meses una ocasión para Madagascar, y se volvieron a Europa con la flota de Batavia. En La Haya, De Thou, embajador de Francia, les informó de la muerte de san Vicente. Acudieron donde el sucesor Almeras quien teniendo la Misión de Madagascar como una de las más preciosas porciones de su herencia, no dudó en enviar nuevos Misioneros. Estienne y el hermano Patte se entregaron de nuevo, y a ellos se unieron el misionero Manié, el sacerdote auxiliar Frachey y el hermano Lebrun. Todos abordaron al fin Madagascar hacia finales del año de 1662. “Ah, exclamaron los Franceses al recibirlos, ya no nos preocupa morir, pues están ustedes aquí ni dudamos más de que Dios devuelva a esta tierra al estado primero.” Hacía cinco años, en efecto, que estaban privados de sacerdotes. A primeros de junio de 1657, Champmorgon, comandante del fuerte de Amboul, habiendo caído enfermo, Bourdaise había ido a verle para administrarle los sacramentos, apenas llegado, el Misionero mismo agarró la fiebre y, de vuelta al Fort-Dauphin con gran esfuerzo, un rato a pie, otro rato llevado por los negros, expiraba el 25 de junio. Era el séptimo que devoraba la Misión de Madagascar, sin hablar de las 8.000 libras que le habían costado a la Compañía.

VIII. *Fin de la Misión de Madagascar.* Bourdaise dejaba al morir la colonia en un estado próspero. No la encontraron así sus sucesores, ni en el aspecto

religioso, ni en el político. Los Malgaches bautizado se habían vuelto, en su mayor parte, a sus supersticiones, o habían sido masacrados por sus compatriotas; y los Franceses, con su corrupción, sus pillajes y crueldades, habían arruinado, o sublevado todo el país. Había que volver a empezar todo. Estienne y sus compañeros retomaron la obra de sus predecesores hasta poner pronto las cosas en su sitio. Por su lado, Champmorgon, el nuevo gobernador, mediante nueva dirección, sometió y pacificó toda la isla. Para acabar a la vez la obra política y la obra religiosa, el gobernador y los Misioneros contaban con la conversión del Dian Mananghe. El Jefe pérfido promete recibir el bautismo. Al comienzo de la cuaresma de 1664, Estienne se dirige, a este efecto, a su casa con el hermano Patte, uno de los negros educados en San Lázaro, y un Francés; los cuatro son envenenados en un banquete, víctimas de la intriga de las mujeres del Dian, que temían que el príncipe convertido se contentara con una sola y despidiera a las demás. el hermano expira el primero; Estienne, el negro y el Francés son acabados a bastonazos: primeros mártires de Madagascar!

Champmorgon quiso vengar su muerte, y la de otros cuarenta Franceses masacrados por los Malgaches; él mismo escapó apenas a los golpes de Mananghe y se vio pronto rodeado de todas las fuerzas de los isleños, sublevados por este jefe, y amenazado por sus propios compatriotas.

Tal era el estado de la colonia, cuando el navío holandés el *Águila negra*, capitán Hugo, llegó a Fort-Dauphin. La Meilleraye había acabado de arruinar la Compañía de Oriente. En un último esfuerzo, la Compañía había confiado un navío al conde de Flacourt. Atacado por los Berberisos, el navío se incendió, el polvorín saltó por los aires, y la tripulación pereció. El superintendente Fouquet, miembro él mismo de la compañía, pensó entonces en suplantar a La Meilleraye y apoderarse por su cuenta de Madagascar. Era él quien había enviado el *Águila negra* con este propósito; pero sucumbió ante la prudencia y la firmeza de Champmorgon.

Entretanto la colonia era amenazada cada vez más cuando, el 11 de julio de 1665, llegó el buque de *Saint-Paul*, comandado por Beausse y Souchu de Rennefort, que venían a tomar posesión de Madagascar en nombre de la nueva Compañía francesa de las Indias, formada en 1664 bajo la protección de Luis XIV. La fundación de la Compañía de las Indias parecía deber ser tan favorable a la religión como a la buena administración de la isla, pues Luis XIV había mandado incluir en sus estatutos que estaría obligada a mantener con honor y protección a los eclesiásticos, y el consejo de la Compañía se había comprometido, en efecto, a suministrarles todo lo que fuera necesario a sus personas y al ejercicio de su ministerio.

Por ello los primeros navíos que se hicieron a la vela en su nombre el 7 de marzo de 1664, llevaban consigo a seis sacerdotes de la Misión: Maximilien Cuveron, Charles Boussordée, Marin Roguet, Michel Montmasson, Louis Bourot y Veyrat; más los seis hermanos Parisot, Moutier, Galot, Bourgoing y Pilliers. Pero Boussordée y el hermano Pomadé perecieron en las olas de Cabo Verde; los otros solos llegaron a su destino.

Los nuevos directores de la colonia lucharon entre ellos por amor propio y avaricia, dejando morir de hambre a los colonos, a los soldados y hasta a los Misioneros. De las bonitas promesas de la Compañía, éstos no recogían más que malos procedimientos, negación de justicia y vejaciones de toda clase.

El 10 de marzo de 1667, cuatro nuevos navíos fondeaban en la rada del fuerte. Traían de Mondevergue al gobernador general, a dos nuevos Misioneros, Jean Jourdié y Grohan, y a los hermanos Boucher, Gérard y Tranchant; un tercer Misionero, Brisjone, se había quedado enfermo en Tenerife.

No es asunto nuestro referir los desórdenes de la nueva administración; desórdenes tales que dieron pie a que se cuestionara en el consejo del rey abandonar Madagascar. Luis XIV se opuso a ello y prestó auxilios a la Compañía de las Indias.

Durante este tiempo la Misión de Madagascar decaía, obstaculizada por las autoridades que le debían protección. Desprovistos de lo necesario, los Misioneros estaban casi todos enfermos. Montmasson y Jourdié habían sido enviados a Bourbon para restablecerse; Bourot, el superior, sucumbía minado por la fiebre; Boucer y varios hermanos más se ahogaban pescando los peces que les debían impedirles morir de hambre; Cuveron seguía pronto a sus cohermanos en la tumba; los demás se bastaban a penas para el servicio de los Franceses.

En noviembre de 1670, llegó a Fort-Dauphin una flota de diez barcos de guerra. Su jefe, el almirante La Haye, venía a traer el decreto inesperado que suprimía el consejo soberano, a tomar posesión de Madagascar en nombre del rey, y a anunciar que en adelante la colonia se llamaría Francia oriental. Al el título de virrey, La Haye añadía un poder absoluto sobre toda la isla. De esa manera terminaba el gobierno de la Compañía de las Indias, en el que se apoyaban tantas esperanzas políticas y religiosas.

La administración de La Haye no mejoró en absoluto la suerte de los Misioneros, que no tuvieron, bajo su gobierno, otro consuelo que aprovecharse del paso de Pallu, obispo de Heliópolis, que iba a Siam y a Conchinchina, para hacer administrar la confirmación a sus cristianos, ninguno de los cuales la había recibido todavía.

Por lo demás, La Haya, desesperado de sus vanos esfuerzos, partió al cabo de seis meses. Dejando el gobierno al ambicioso Champmorgon, y llevándose consigo a la mayoría de los colonos y de los soldados, a los que depositó, bien en las Islas Bourbo y Mauricio, bien en los demás establecimientos de las Indias.

Esta fue para Mananghe la señal de arruinar la colonia. Secundado por los Ingleses, la redujo enseguida a l extremo. Champmorgon se murió de penas. Lacase, que le sucedió, no pudo impedir ni el bloqueo ni las masacres. La Misión también declinaba. Manié fue consumido por la fiebre en pocos días, y su muerte cerró el seminario donde eran educados una veintena de indígenas. Se llevó al menos el consuelo de dejar a los enfermos al cuidado de la señorita de La Ferrière, una piadosa viuda a quien él había dado el hábito de las Hijas de la Caridad.

Los demás Misioneros, sin superior, sin noticias de Francia, no podían continuar la Misión. De los numerosos neófitos bautizados por Bourdaise y sus sucesores, quedaban cuatro tan sólo, uno de los cuales verdaderamente firme en la fe. Los otros se habían alejado de los Franceses, y habían renunciado al cristianismo para no verse envueltos en las masacres ordenadas por el salvaje Mananghe. Los Misioneros mismos se esperaban una muerte próxima, pues su cabeza se había puesto a precio, y muchos de los jefes a quienes ellos habían bautizado expiaban la ocasión de sorprenderlos. Por su parte, los hermanos, en compañía de algunos Franceses, residían a tres leguas de allí en una granja

llamada San Lázaro, donde defendían contra los ataques de los Malgaches algunas cabezas de ganado para alimento de la Misión.

Estas tristes noticias llegaron por fin a Francia, y Almeras, después de celebrar consejo con los superiores principales de la compañía, resolvió abandonar Madagascar y llamar a los Misioneros. Pero al morir enseguida, fue su sucesor Jolly quien ejecutó esta resolución. Las primeras cartas de Jolly se perdieron en ruta; las segundas llegaron, el 14 de enero de 1674, por el navío del rey la *Dunquerquoise*. Por esta época sólo quedaban en Madagascar Roguet, Montmasson y cuatro hermanos. Todos los demás habían muerto mártires o de los bárbaros o de su caridad..

A la llegada de la *Dunquerquoise*, el gobierno había pasado a las manos de La Bretesche, yerno de Lacase, fallecido. En lugar de los refuerzos que esperaba La Bretesche, el navío traía la noticia del abandono definitivo de la colonia y la prohibición a toda embarcación de hacer escala allí en adelante. De Beauregard, su comandante, actuó con tanta altivez, que colonos y soldados se sublevaron, y que se necesitó la intervención de los Misioneros para llamarlos al deber.

Finalmente, el 5 de marzo de 1678, los Misioneros subieron a bordo de la *Dunquerquoise*, con los hermanos Bourgoing, Gérard, Pilliers y Gallot, y la Hermana Saint-Joseph, (Sra. de La Ferrière). Apenas en el mar, el navío fue rechazado contra la orilla y se rompió entre las rocas. Hasta el mes de agosto siguiente, el *Blanc-Pignon*, forzado por el escorbuto a hacer escala en el Fort-Dauphin, consintió en recogerlos a bordo, pero, ay, no a todos. Aquel navío debía ser testigo del aniquilamiento de la colonia. El domingo 26 de agosto, de regreso de San Lázaro, donde había ido a decir la misa a los hermanos Pillier y Gallot, Roguet encontró la casa de Misión devastada. Al momento, se producen unos fogonazos, es la señal de la masacre general. Sobornados por Mananghe, los negros degüellan y matan a golpes por todas partes. Los Franceses se precipitan hacia la playa, donde el *Blanc-Pignon* recoge a los que han escapado de los Malgaches: no eran más que trescientos. Entre ellos no estaban los hermanos Pilliers y Gallot. Atacados a su vez por los Malgaches en San Lázaro, el primero había caído de un balazo en el umbral de la puerta que iba a atravesar; el segundo se había quedado sepultado en las llamas que devoraban la granja.

El *Blanc-Pignon* zarpó para Mozambique el 4 de setiembre de 1674. Era un trayecto de algunos días; retrasado por los vientos contrarios, tardó siete meses, durante los cuales, la aglomeración causó enfermedades que se llevaron a la mitad de los pasajeros, entre los cuales al hermano Bourgoing. Apenas desembarcado en Mozambique se murió también el hermano Gérard. Roguet y Montmasson se quedaban solos. Les fue preciso esperar cinco meses más su pasaje a las Indias. Como la guerra acababa de estallar entre Francia e Inglaterra, no se embarcaron en el mismo navío, con el fin de que si una de ellos era capturado y conducido a Batavia, el otro conservara su libertad para rescatar a su cohermano. Los dos se juntaron en Surate, donde los Padres capuchinos les dieron cristiana hospitalidad. El 1º de enero de 1676, partían para Francia y el 20 de junio desembarcaban en Belle-Île. Después de un descanso de algunos días en Le Mans, el 27 de julio estaban en San Lázaro. Ocho días más tarde, Roguet no estaba ya. Montmasson estaba reservado por la Providencia para servir de taco en 1683, en el cañón de los bárbaros Argelinos.

Así acabó la Misión de Madagascar que, en el espacio de 25 años, costó a la Compañía, aparte de las suma considerables, veintisiete individuos, diecisiete sacerdotes y diez hermanos, sin contar a cuatro sacerdotes seculares, pero la enriqueció con cinco mártires: Estienne, el joven negro, y los tres hermanos Patte, Pilliers y Gallot.

Así acabó igualmente la colonia de esta Isla, que costó a Francia, además de los tesoros incalculables, mil quinientos soldados o colonos de los cuatro mil más o menos que ella envió allí. El resto se volvió o se dispersó ya en las colonias de las Indias, ya en sus colonias de Bourbon y de Mauricio, hijas de Madagascar.

ARTÍCULO SEGUNDO: Otras Misiones extranjeras.

I. *Misiones de Bourbon y de la Isla de Francia.* Las Islas de Bourbon y de Mauricio, ésta llamada en 1721 Isla de Francia fueron Islas de Madagascar bajo el aspecto religioso como bajo el aspecto político, esperando que, adultas ellas mismas, concibiesen la esperanza de devolver a su madre la vida cristiana que de ella habían recibido.

Francia había tomado posesión de Bourbon, llamada Mascaregnas por los Portugueses que la descubrieron, en 1649. En 1647, se había construido en ella una capilla que fue atendida por Jourdié, a quien sus cohermanos de Fort-Dauphin habían enviado allí para recuperar su salud. Después del regreso de Jourdié a Madagascar en 1671, la Isla se había quedado sin párroco, y hasta el 1712, el servicio religioso había sido realizado bien por los capellanes de los barcos franceses o por algunos sacerdotes seculares o de las Misiones extranjeras. En el intervalo nuevas capillas se habían construido.

En 1704, no obstante, el cardenal de Touron, nombrado legado en China, a su paso por Bourbon, había prometido a los isleños ocuparse de ellos, y en efecto escribió en su favor a la Propaganda de Roma.

Algunos años después, en 1712, la Compañía de las Indias pidió al cardenal de Noailles, arzobispo de París, que le procurara algunos sacerdotes para el servicio religioso de Bourbon. El Cardenal acudió a la Propaganda. Ésta ya prevenida por el cardenal de Tournon, se dirigió, por medio de su prefecto, el cardenal Sacripante, a Bonnet, superior general de la Misión, y le pidió cuatro sacerdotes y un hermano. Al instante Bonnet designó a Daniel Renou, Louis Crais, Jacques Houbert y Jean-René Abot, y el 1º de noviembre de este año de 1712, les entregó para Bourbon letras patentes, llenas de sabias instrucciones sobre la conducta que debían observar durante el viaje y a su llegada a la isla. El 22 de diciembre siguiente, aprobaba un contrato con “los directores de la Compañía real de las Indias orientales, señores a perpetuidad y en toda propiedad y justicia de la isla Bourbon y otras de su dependencia.”

Los primeros Misioneros, en número de tres solamente, no llegaron sin embargo a Bourbon hasta finales de 1714. Allí encontraron tres iglesias o capillas: Saint-Paul, Saint-Denis y Sainte-Suzanne, desprovistas de casi todo lo necesario para el culto. Los presbiterios eran tan pobres como las iglesias. Los Misioneros se alojaron donde pudieron, a la espera de que la Compañía cumpliera sus compromisos. Pero quejas y explicaciones de parte de ellos, todo fue inútil. La Compañía pensaba menos en edificar iglesias y presbiterios que en su fortuna. Los habitantes y los Misioneros debieron atenderlo todo. No sólo frustrados en sus legítimas esperanzas, sino también despreciados de

todas las formas por los agentes de la Compañía, los Misioneros se dirigieron al rey, por medio del cardenal de Fleury sobre el nulo cumplimiento del tratado de 1712 y, como no lograban justicia, su superior general Bonnet les dio orden, en 1737, de volver a Francia. Pero Couty, su sucesor, se prestó, al año siguiente a un arreglo con la Compañía. Los párrocos de las dos islas Bourbon y de Francia –la colonia de la Isla de Francia había sido fundada en 1721, y dos Misioneros habían sido enviados a ella – estaban anexionados a la Misión. Lo que fue ratificado, en 1740, por Benedicto XIV. Para acabar con esto pronto, Crais, superior de la Misión y vicario general del arzobispo de París⁵⁷⁶, instituido por Benedicto XIV comisario apostólico para estas colonias, se encargó de la construcción de las iglesias y de los presbiterios, en condiciones expresadas en un acta de 1744, condiciones de tal forma ventajosas a la Compañía que el gobernador La Bourdonnaye se gloriaba de haberle ahorrado varios millones⁵⁷⁷.

Había entonces seis párrocos en Bourbon y dos en la Isla de Francia, que más tarde se elevaron hasta dieciséis. Estuvieron siempre ocupadas por los sacerdotes de la Misión. Pero se ha de notar que los Misioneros, molestados en todos los aspectos en el ejercicio de su ministerio, sin acción posible sobre colonias que eran como la sentina de Francia no se mantenían allí más que con la esperanza de volver a Madagascar y de reemprender la obra fundada por su bienaventurado padre. Estas islas sólo eran para ellos los puestos de avanzadilla, campamentos de reserva, de los que se disponían siempre a lanzarse tras las huellas de sus predecesores. Tenemos a la vista una Memoria⁵⁷⁸ redactada por uno de ellos, Caulier, en 1774 y remitida al obispo de Cérame, el 3 de febrero de 1775, en la que este Misionero enumera las causas del fracaso de las anteriores empresas en Madagascar: intemperie del clima, defecto o distancia demasiado grande de los auxilios indispensables, gastos excesivos, mala situación del Fort-Dauphin, y señala los medios de volver a empezar con esperanza de éxito. Bien pues el Misionero examina ante todo la cuestión bajo el punto de vista religioso. En el tratado de 1712 entre Bonnet y la Compañía de las Indias, se insinuaba que de Bourbon los Misioneros podrían siempre volver a pasara Madagascar. La misma insinuación en el breve entregado por clemente XI en esta ocasión. Y, en efecto, los primeros Misioneros de Bourbon comenzaron la conversión de los Malgaches en la persona de los esclavos de su isla transportados a las colonias francesas. Pero como éstos no regresaban nunca a su país, no podían llevarle la fe, y Madagascar seguía siempre bárbara e infiel.

Era pues a Madagascar misma adonde había que llevar la Misión, lo que parecía menos difícil a Caulier, en la fecha de su Memoria, que en el tiempo de del san Vicente de Paúl. En 1774, se conocía mejor el país, el clima, las costumbres; era por consiguiente más fácil establecerse, defenderse de las enfermedades y conquistar el espíritu de los Malgaches. Además, y sobre todo, Bourbon y la Isla de Francia servirían de depósitos, donde intérpretes europeos formarían a los Misioneros en la lengua malgache⁵⁷⁹; donde éstos podrían

⁵⁷⁶ El Papa había conferido al arzobispo de París jurisdicción sobre todas las colonias francesas.

⁵⁷⁷ Arch. del Estado, S. 6917 y M. 174. Ver también los archivos de la Misión.

⁵⁷⁸ Arch. del Estado, M. 163.

⁵⁷⁹ Es probablemente Caulier quien es también autor de una gramática y de un diccionario malgaches conservados todavía hoy en los archivos de la Misión, ha repasado también y enriquecido con notas un catecismo en esta lengua, obra de los primeros Misioneros. Caulier, durante un espacio de cerca de

retirarse en la estación lluviosa ocupándose del servicio de la colonia, y hasta en la educación de algunos isleños; de donde por fin se sacarían las provisiones necesarias a los Misioneros y a los colonos de Madagascar.

Se ve lo que eran las Misiones de Bourbon y de la Isla de Francia en el pensamiento de los sacerdotes de San Lázaro. Este pensamiento iba a realizarse la víspera de la Revolución. Luego vino la gran tormenta, durante la cual sólo pensaron en conservar su vida. Se mantuvieron no obstante en sus puestos y en ellos pasaron los peores días. Cuando se hizo la calma, todas nuestras colonias se habían arruinado, y la reconstrucción de Francia bastaba por lo demás para los mayores esfuerzos de los gobernantes. Los Misioneros, en cambio, apegados por sus costumbres y mil lazos sagrados a este suelo de Bourbon, no le abandonaron, y la Misión no se acabó más que por la muerte del último de entre ellos, ocurrida hacia 1825. Acaban de ser reemplazados (1859) por Hijas de la Caridad.

Existen todavía alguna Misiones extranjeras de las que Vicente estuvo a punto de encargarse o de las que tuvo la idea, y que sus hijos herederos de su celo apostólico emprendieron después de él. es bueno decir algo para completar este capítulo.

II. *Misiones de Babilonia, de Persia, y de las Indias orientales.* Desde hacía tiempo Roma solicitaba de Vicente enviar a Misioneros a Babilonia y a las Islas Orientales. El obispado de Babilonia había sido instituido en 1638 por deseos y por las liberalidades de una piadosa viuda, la Señora Ricouart, nacida del Gué de Bagnols, que había donado para este fin 66.000 libras, con la condición de que el primer obispo fuera un religioso de los Carmelitas Descalzos, y que sus sucesores fueran todos franceses. El Carmelita designado por ella, Jean Duval, en religión Padre Bernard de Santa Teresa, se había adquirido reputación como predicador y se había entregado también al estudio de las lenguas orientales. Fue, en efecto, nombrado obispo de Babilonia y además vicario apostólico de Ispahan y visitador de Ctesiphon. Llegado a Ispahan el 7 de julio de 1640. se alojó en casa de los Carmelitas que atendían esta Misión desde comienzos de siglo. Se entregó seguidamente al servicio de los católicos, a la instrucción de los infieles de los que convirtió a muchos, y devolvió al seno de la Iglesia a cismáticos armenios, jacobitas y nestorianos. Traicionado por un soldado y citado ante el mufti, fue golpeado y maltratado por la milicia. Creyó deber volver a Francia para instruir al cardenal de Richelieu del estado de su Misión, y solicitar la fundación de un seminario destinado a sostenerla; pero el cardenal había muerto cuando él llegó a Francia. Interesado sin embargo en su proyecto, en el ángulo de la calle du Bac y de la calle que tomó de él su nombre de *Babylone*, y allí fue en efecto donde algunos años más tarde se elevó el seminario de las Misiones extranjeras.

Pues bien, fue en 1640, en el momento mismo de la partida del nuevo obispo para Ispahan, cuando la Propaganda se dirigió a san Vicente, por mediación

cuarenta y dos años, había compuesto un gran número de trabajos de la historia de nuestras colonias asiáticas y africanas como sobre la lengua de Madagascar. Todo ello pereció en el pillaje de San Lázaro, el 13 de julio de 1789. al año siguiente, a pesar de sus sesenta y ocho años, su salud debilitada y su mano derecha casi paralizada, Caulier, para reparar la pérdida de sus primeros manuscritos, recurrió a su memoria y le pidió lo que había guardado de una lengua que había dejado de hablar desde setiembre de 1771. De ahí las obras que acabamos de indicar, y que serían muy útiles a los Misioneros, si algún día se recuperara el apostolado de Madagascar

del cardenal Ingoli, para pedirle algunos Misioneros uno de los cuales fue destinado a la coadjutoría de Babilonia; ya que se preveía que Duval no resistiría por mucho tiempo a tan duras fatigas. El humilde sacerdote tembló ante una hermosa dignidad. Así buscaba en primer lugar a un *externo* para investirle. Pero, no hallando a verdaderamente capaces, oró a Dios y se resolvió a escoger. El 1º de junio de 1640, escribió a Roma a Le Breton: “Acabo de celebrar la santa Misa, éste es el pensamiento que me ha venido: y es que residiendo el poder de enviar *ad gentes* únicamente en la persona de Su Santidad en la tierra, él tiene poder, por consiguiente, a todos los eclesiástico por toda la tierra para la gloria de dlos y salud de las almas, y que todos los eclesiásticos tienen la obligación de obedecerle en esto; y, según esta máxima que me parece verosímil, he ofrecido a Dios a esta pequeña Compañía a su divina Majestad, para ir allí donde Su Santidad ordene. Pienso no obstante como usted que es necesario que Su Santidad vea bien que la dirección y la disciplina de los enviados estén en el superior general con la facultad de llamarlos y enviar a otros en su lugar, de manera no obstante que sean para con Su Santidad como los servidores del Evangelio con respecto a su maestro, y que al decirles: Vaya usted allá, estarán obligados a ir; vengán ustedes aquí, ellos vengán; haced esto, estén obligados a hacerlo”.

El mismo día escribía al cardenal Ingoli que destinaba a este duro honor a uno de sus dos asistentes “en quien se había complacido la divina bondad en colocar casi todas las cualidades requeridas.” Era Lambert-aux Couteaux, el más querido también, después de Portail, de todos sus hijos. También añadía: “Me parece, os confieso, Monseñor, que la privación de esta persona es sacarme un ojo y cortarme yo mismo uno de mis brazos. Pero el pensamiento de que Abrahán estuvo a punto de sacrificar a su hijo único, y que el Padre terno nos dio a su propio Hijo y la devoción que Nuestro Señor me dio de obedecer al Santo Padre... es lo que me hace ver la voluntad de Dios al vernos privados de este su siervo... y lo que me haría resolverme a ofrecerme yo mismo, si fuera digno de ello.” El proyecto encontró dificultades, pero no en la voluntad de Vicente y de los suyos, pues dos años después, el 25 de mayo de 1642, el santo escribía otra vez: “Esta pequeña Compañía se ha formado en la disposición de obedecer, dejando a un lado todo lo demás; cuando sea del agrado de Su Santidad enviarle *a capite ad calcem* [de la cabeza al los pies ¿] a aquellos países, allá irá ella con mucho gusto.”

Una nueva dificultad surgió, dificultad pecuniaria. Se habría necesitado reunir 6000 escudos para fundar la Misión de Ispahan, luego una suma bastante considerable también para indemnizar al obispo de Babilonia de la renta de su obispado. Por otra parte, la Misión nueva adquiriría proporciones inmensas; se trataba desde entonces, no ya solamente de Babilonia y de Persia, sino también de Goa y de las Indias orientales. Muy confundido, por parte del dinero, Vicente se disponía, a pesar de todo, a mandar salir para Portugal, con destino a Goa, a un sacerdote y a un clérigo⁵⁸⁰. Pero la muerte del papa Urbano VIII, ocurrida el 29 de julio de 1644, vino a interrumpirlo todo. El asunto volvió a tratarse en 1646. Vicente buscó también fuera de la Compañía, y puso los ojos en Hipólito Ferret, a quien acababa de arrancar a las seducciones de los jansenistas y cuyo celo y virtud conocía bien, pero, a fin de no perder a un individuo así, el arzobispo de París se apresuró a nombrarle para el curato de

⁵⁸⁰ Carta a Roma del 12 de agosto de 1644.

San Nicolás del Chardonnet. Vicente continuó sus pesquisas entre sus sacerdotes de su conferencia de los Martes; y, no hallando a nadie, debió volverse hacia alguno de los suyos.

Jean d'Horgny, por entonces superior en Roma, y por su posición al corriente de todo asunto, trató de apartar a Vicente de esta Misión de Asia. Le tacó en primer lugar por el lado de los gastos, de las dificultades de la empresa: tantos encantos que habrían sido suficientes para asestar un buen golpe al celo desinteresado y valiente del santo sacerdote. esperó más apuntando a *su punto flaco*, a su humildad: Qué, abrir a los suyos la puerta de las prelaturas! ¿acaso no era abrirla al mismo tiempo a las rivalidades, a las murmuraciones, a la ambición? –“El lugar de que se trata, respondió Vicente, los riesgos que allí se corren, yendo allí y residiendo, y la humildad apostólica según la cual podrá comportarse quien sea destinado allá, quitarán las ganas de ambicionar estos puestos, y otros inconvenientes más.” D'Horgny insistía: Pero esta humildad misma le hará despreiciar de los cristianos y de los infieles; no tendrá el crédito necesario para representar dignamente al papa y a Francia –“Espero, respondía también Vicente, que suplirá la falta de lo brillante y de un estado pomposo con la virtud. Los obispos armenios que son de allí y que no parecen, no más que sus patriarcas, más que como los simples sacerdotes de por aquí, no sentirán tanta aversión hacia a nuestro obispo como si lo vieran pomposo, ya por lo que Nuestro Señor y los santos apóstoles han renunciado y hecho renunciar a todos los cristianos a la pompa, como porque, casi naturalmente, los cristianos se dan cuenta de la diferencia que hay de este estado pomposo al de Jesucristo humillado, y se escandalizan.”

D'Horgny multiplicaba sus objeciones: la escasez de sujetos, la necesidad que se tenía de Lambert en Francia, etc. Pero Vicente encontraba respuesta para todo en su amor a la Iglesia, en su deseo de reparar las pérdidas que había tenido en Europa y de extender su reino en Oriente; sentimientos sobre los que vuelve en todas sus cartas: “Os confieso que siento mucho afecto y devoción, me parece, por la propagación de la Iglesia en los países infieles, por el temor que tengo de que Dios la aniquile poco a poco en estos lugares nuestros y que no quede nada, o poco, de aquí a cien años, a causa de nuestras costumbres depravadas y de estas nuevas opiniones (el jansenismo) que pululan cada día, crecen cada día más, y a causa del estado de las cosas... Estas opiniones nuevas causan tales estragos, que parece que la mitad del mundo esté implicada; y es de temer que si surgiera algún partido en el reino, emprendiera la protección de éste⁵⁸¹... La Iglesia ha perdido desde hace cien años, por dos nuevas herejías, la mayor parte del Imperio y los reinos de Suecia, de Dinamarca y de Noruega, de Escocia y de Inglaterra, de Irlanda, de Bohemia y de Hungría, de manera que quedan Italia, Francia, España y Polonia, de las cuales Francia y Polonia se ven mezcladas con herejías de los otros países. Pues bien, estas partes de la Iglesia... que la han reducido a un puntito... estos cien años, nos dan motivos de temor, en las miserias presentes, que, en otros cien años, perdamos del todo a la Iglesia en Europa; y en este temor, estimo muy dichosos a los que pueden cooperar a extender la Iglesia por otras partes. ¿Qué sabemos nosotros si Dios quiere trasladar la misma Iglesia a los infieles, que conservan quizás más inocencia en sus costumbres que la mayor parte de los cristianos, a quienes nada les interesa menos que los santos

⁵⁸¹ Este miedo se realizó: la Fronda fue jansenista.

misterios de nuestra religión? En cuanto a mí, yo sé que este pensamiento me persigues desde hace mucho tiempo. Pero aunque Dios no tuviera este designio, ¿no debemos acaso contribuir a la extensión de la Iglesia? Sí, sin duda. Así pues, ¿en quién reside el poder de enviar *ad gentes*? Conviene que sea en el papa, en los concilios o en los obispos. Pero éstos no tienen jurisdicción más que en sus diócesis. Concilios, no hay en este tiempo. Conviene entonces que sea en la persona del primero. Si pues él tiene el derecho de enviarnos, nosotros tenemos también la obligación de ir; de otro modo, su poder sería vano. Vos sabéis, Señor, durante cuánto tiempo ha puesto los ojos en nosotros la sagrada Congregación, cuántas veces nos ha hecho pedir, cuán pocas nos hemos apresurado a no poner nada humano de por medio en la resolución de esta santa empresa; pero como de nuevo nos urgen, por escrito y por el nuncio, yo no lo pongo ya en duda que tengamos que llegar a la ejecución... ¿Qué no debemos hacer para salvar a la Iglesia de Jesucristo del naufragio? Si no podemos tanto como Noé para la conservación del género humano en el diluvio universal, contribuiremos al menos de la forma de que Dios pueda servirse para la conservación de su Iglesia, poniendo como la pobre viuda un denario en el cepillo. Y aunque equivocara, como lo quiero esperar de la sabiduría de Dios, que parece querer perder para salvar mejor, haremos un sacrificio a Dios, como Abrahán quien, en lugar de a Isaac, sacrificó un carnero, en la santa ignorancia del fin por el que parecía querer perder al primero para tener al último. Estos motivos y muchos más me han hecho resolverme a esta santa empresa, y a pasar por encima de toda consideración de los pocos obreros que somos y de la necesidad que tenemos aquí de aquél a quien destinamos para aquel lugar; y lo que me determina en esta dificultad, es la vista del sacrificio que Abrahán se proponía hacer de su hijo, aunque no tuviera otro, y que supiera que Dios le había destinado para ser la cepa de la bendición de su pueblo⁵⁸².”

Dios se contentó con la buena voluntad de Vicente. El proyecto de Misión en Persia y en las Indias fracasó. Todo lo demás se podría concluir de una carta de 1647, que él se hizo reemplazar en Persia por un sacerdote extranjero.

Pero el proyecto de una Misión en Persia ha sido aceptado y ejecutado en nuestros días por los hijos de san Vicente de Paúl. En 1841, se establecieron en Khosrova y en Ourmiah, donde defienden a los católicos contra el cisma y la herejía, y recuperan a un gran número de separados y descarriados para la Iglesia romana. Estas dos Misiones dependen de la provincia de Constantinopla.

III *Misiones del Levante*. Se podría asociar en el pasado, como lo son en el presente, la Misión de Persia, proyectada por Vicente de Paúl, y las Misiones del Levante, de las que están encargados hoy sus hijos, y remitir así a su memoria el honor, al menos indirecto, de éstas como de aquélla. Pero de éstas inclusive, él ya tuvo la idea, puesto que su celo apostólico abrazó toda la tierra. Encontramos de él, en una fecha incierta, una Memoria dirigida a la Propaganda, en la que declara que las tres Arabias, Feliz, Pétreo y Desierta, no han sido hasta hoy confiadas a ninguna compañía de sacerdotes religiosos ni seculares; en consecuencia, se ofrece a enviar a allí a algunos de los suyos, una vez que la sagrada Congregación le dé la orden.

⁵⁸² Cartas del 31 de agosto de 1646, 8 de marzo y 2 de mayo de 1647.

En 1656, se trata del Monte Líbano, y ya no es él, la sagrada Congregación misma la que toma la iniciativa. En esta época, el nuncio le preguntó si podía dar para esta Misión a un hombre “que tuviera gravedad, bondad u doctrina”. Llevó la cosa a deliberación y, por consejo de los ancianos, decidió que, llegando la propuesta de una autoridad legítima, había evidente vocación de Dios y obligación de responderle. Ofreció pues a Berthe al nuncio, quien debió hablar de ello a la Propaganda y, a la espera de una última orden, pidió a Dios “que dispusiera de este asunto del modo que su sabiduría lo creyese conveniente⁵⁸³”. Aquí también Dios parece contentarse con su sumisión y con la entrega a su sola voluntad. Pero siempre ocurre según esto que se había adquirido una especie de derecho sobre las Misiones del Levante, confiadas más tarde a la Compañía.

Estas Misiones fueron abiertas y fundadas hacia los comienzos del siglo XVII, por los jesuitas que, con los auxilios del gobierno francés, y la protección de nuestros cónsules, se establecieron para sostener a los católicos contra el cruel proselitismo de los turcos y para trabajar en la conversión de los herejes tan numerosos en esos países.

Después de la supresión de la Compañía de Jesús, el gobierno francés encargó a los Lazaristas de estas Misiones, y un decreto del Soberano Pontífice, interpuesto en 1782, los nombró en lugar de los jesuitas en todo el Levante. Pero la Revolución que estalló poco después y el gran número de fundaciones ocupadas no permitieron en un principio a la Congregación enviar allí más que a un número muy pequeño de sujetos. Diecisiete tan sólo partieron en 1783, teniendo que repartirse en siete Misiones, cuatro en el Archipiélago: Constantinopla, Naxie, Santorin, y Salónica; y tres en Siria: Damasco, Alepo y Antoura. Secundados por los ex jesuitas que les habían designado ellos mismos, socorrido por personas de gran piedad y de alto rango, fundaron un establecimiento en Naxie, y trabajaron con un celo y una sabiduría que les valieron la estima y la confianza de todos. La peste, su prueba acostumbrada, habiendo estallado en Constantinopla, ellos se entregaron como siempre y corrieron al encuentro de la muerte. Para llenar los vacíos les enviaron a cuatro nuevos Misioneros en 1785, cinco más en 1791. amenazados en su existencia por los agentes franceses, que querían apoderarse de sus casas y de sus iglesias, no cedieron en nada, en las angustias y la escasez, su valor y sus trabajos. Llegaron días mejores. El Emperador les otorgó ayudas bastante considerables, y pensó en fundar de una manera más segura las Misiones del Levante, pero las guerras del Imperio, las revueltas de Constantinopla pararon todo proyecto, y fue preciso esperar la Restauración para volver a la obra con actividad. No había ya en Levante más que seis Misioneros franceses. Les enviaron refuerzos. Pero, durante los mismos años que siguieron, los Misioneros tuvieron mucho que sufrir durante los desórdenes en medio de los cuales estalló la guerra de Grecia, y de las persecuciones suscitadas contra los católicos de Constantinopla. Hicieron frente a todos los peligros y hallaron el medio de sobrellevar todas las miserias. Hoy las Misiones del Levante están establecidas en dieciséis puntos diversos del Imperio turco, de Grecia y de

⁵⁸³ Cartas a Jolly, en Roma, del 14 de julio de 1656.

Egipto⁵⁸⁴. Cada una de estas Misiones posee una iglesia pública, un colegio o una escuela, algunas dos, , para los chicos y para las chicas, éstas llevadas por las Hijas de la Caridad. En Esmirna se fundó incluso, en 1855, un colegio llamado de la Propaganda. Dirigidas por largo tiempo por un solo prefecto apostólico, que residía en Constantinopla, estas misiones se incorporan, a partir de la conquista de Siria por el virrey de Egipto, que hacía entre ellas difícil la correspondencia, en dos prefecturas, una situada siempre en Constantinopla, la otra en Damasco.

No pueden por menos que prosperar, bendecidas como están de Dios y de la Santa Sede: los Lazaristas, decía Gregorio XVI en 1839, son mi brazo derecho en Levante.

De la provincia de Siria depende la reciente Misión de Abisinia, proyectada en 1839 y ejecutada en 1840. El Soberano Pontífice escogió, para inaugurarla, al Sr. de Jacobis y al Sr. Montuori, los dos de la provincia de Nápoles. Se unieron al Sr. Sapeto, uno de sus cohermanos del Piamonte, destinado anteriormente a las Misiones de Siria, quien desde hacía un años se encontraba en esos lugares para preparar las vías a esta Misión. Los trabajos de los Misioneros abisinios estuvieron marcados por largo tiempo por más dedicación que éxito, A través de mil peligros y grandes gastos, el Sr. de Jacobis condujo, en 1841, una diputación de Abisinia en Roma. Felizmente de regreso a su misión al año siguiente, superó los mayores obstáculos a fuerza de modestia y de virtud. Logró tomar un ascendiente tal sobre las mentes, que quebrantó todos los esfuerzos del obispo heresiarca enviado del Cairo. Hoy se encuentra en medio de una cristiandad ferviente, por lo que se le ha permitido construir una iglesia católica.

IV. *Misiones de América.* Se trató también, en tiempos de san Vicente, de enviar Misioneros a América, pues se lee en una de sus cartas a Lambert, del 3 de mayo de 1652: "El plan de América no nos ha resultado; no es porque el embarque no se haya hecho, pero el que nos había pedido sacerdotes no nos ha vuelto a decir nada, tal vez a causa de las dificultades que le puse en un principio de no poder dar sino con la aprobación de la facultad de la sagrada Congregación de la Propaganda, en lo que él no había pensado, y yo pienso que los sacerdotes que se llevan allí van sin ello. Veo como vos, Señor, que es bueno hacer a Dios semejantes sacrificios enviando a nuestros sacerdotes para la conversión de los infieles; pero eso se entiende cuando tienen una legítima misión." El 9 de abril de agosto de 1640, el santo escribió a Le Breton, en Roma, a propósito de Pernambuco, en el Brasil, donde sus dos familias se han establecido recientemente. Fue en el brasil también quizás, donde trabajó, sin saberlo, en los últimos tiempos de su vida, en hacer enviar una misión cristiana. Para entender esta curiosa negociación, es necesario retomar las cosas desde más arriba.

Después de los ricos descubrimientos de los Portugueses en las Indias orientales, la ambición y la avaricia lanzaron tras sus pasos a todos los navegantes de Europa. En 1503, un marino francés, llamado Binot Paulmier de Gonneville, gentilhomme de Normandía de la casa de Buschot, partió de

⁵⁸⁴ Constantinopla (1784), Bebek (1832), Saint-Vincent-d'Asie (1843), Smirne, Salónica, Nexie, Santorin (1784). Brousse (1854), Scutari (1858), Monastir (1857). Damasco, Beyrouth, Alepo, Antoura (1784, Tripoli (1834), y Alejandría ((1852).

Honfleur por cuenta de los comerciantes que traficaban en Lisboa. Estaba a la altura del Cabo de Buena Esperanza, cuando la tempestad lo empujó fuera de su ruta hacia una tierra meridional. Allí fondeó en un río que él ha comparado al Orne, carenó su embarcación y recorrió el interior del País. Los nativos le dieron buena acogida, así como a su tripulación, y nuestros marinos, después de una estancia de seis meses, tomaron de alguna forma posesión de esta tierra en nombre del cristianismo plantando una cruz que hicieron prometer a los nativos que la respetarían. Siguiendo la costumbre ordinaria de los navegantes, Paulmier de Gonneville quiso llevarse consigo un testimonio vivo de su descubrimiento y determinó a uno de los príncipes de esta región, llamado Arosca, a confiarle a Essomerik, uno de sus hijos, prometiéndole devolverse en veinte lunas, instruido en todas las cosas que los nativos habían admirado en los Europeos, y entre otras del secreto de nuestras armas y de los medios de vencer con facilidad a los más temibles enemigos.

Habiéndose negado la tripulación a continuar el viaje hacia la India, Paulmier de Gonneville tuvo que reemprender la ruta de Francia. En la Travesía, el joven Essomerik cayó enfermo y fue bautizado en el mar: primicias del cristianismo de aquellas comarcas meridionales. Con el bautismo, recibió el nombre del capitán que quiso servirle de padrino. El navío se acercaba a las costas de Normandía; pero a la altura de las Islas de Jersey y de Guernessey, fue capturado por un corsario inglés quien expolió a nuestros marinos y quitó al capitán hasta su diario de viaje. Devuelto a la libertad, Gonneville hizo, el 19 de julio de 1505, al escribano del almirantazgo de Honfleur, su declaración, que contenía el relato de su accidente y de lo que él recordaba de su expedición. Viendo luego que sus asociados, casi todos sus parientes y todos sus herederos, se negaban a contribuir en los gastos de un segundo viaje, quiso pagar, hasta donde él podía, el compromiso contraído tanto con Arosca como para con su hijo Essomerik. En consecuencia, estableció, por su testamento, a éste su legatario universal, con la condición de llevar, él y sus hijos varones, su nombre y sus armas.

Essomerik, convertido así en Binot Paulmier de Gonneville, se casó con una pariente del capitán y vivió hasta 1583. Uno de sus nietos, J.-B. Binot, presidente de los tesoreros de Francia en Provenza, no dejó más que una hija que se casó con el marqués de la Barbent; otro fue padre de un canónigo de Lisieux quien, por la extinción de las ramas mayores, se encontró, a mitad del siglo XVIII, el jefe de la familia del primer cristiano de las tierras australes. Este canónigo, Jean Binot Paulmier de Gonneville, tenía gran erudición, no sólo en las ciencias eclesiásticas, sino en literatura e historia; nadie sobre todo estaba más instruido que él entre los navegantes de largos recorridos de los que parecía haber hecho su principal estudio; tenía también un gran conocimiento de los asuntos extranjeros. Había viajado por casi toda Europa, en cargado, como en Polonia, por ejemplo, de misiones diplomáticas. Fue residente del rey de Dinamarca en Francia, y murió en Colonia, en el congreso que trajo la paz de Aix-la-Chapelle.

Pero casi todos sus pensamientos y todos sus proyectos se dirigieron hacia el país del que era originario, al que quiso toda su vida procurar una Misión cristiana. Había nacido de alguna manera con este deseo. Apenas cumplidos los diecisiete redactaba memorias. Continuó así hasta su último día. Estas memorias se las mostraba a todos los eclesiásticos que se ocupaban de

Misiones extranjeras, entre otros a Piques, párroco de Saint-Josse, que se había ocupado por las Misiones de China, y a su sucesor Abelly. Estaba en relaciones continuas sobre todo con Pallu y Lambert, obispos de Heliópolis y de Beryte, en casa de los cuales encontraba casi siempre a Flacourt, ex gobernador de Madagascar, y a Fernel, padre del superior de las Misiones extranjeras. A todos trataba de persuadir de que nada era más digno de su celo que una fundación cristiana en las tierras australes. Éstos a su vez creyeron oportuno hablarlo con san Vicente de Paúl. “Este hombre de Dios, ha dicho Paulmier mismo, este hombre de Dios, de bendición, se había apasionado por llevar a cabo este proyecto; lo que no se ha ocultado a algunos de su casa de San Lázaro, y entre otros a los Srs. de L’Espinay y de Elbène-Estienne, los dos al presente superiores, uno de la misión de Madagascar, el otro del seminarios de Narbona. Había observado muy bien cómo se requería la intervención de la autoridad apostólica para el éxito de este plan, y habiendo dado a conocer al autor que quería encargarse de la presentación de estas Memorias a Su Santidad, y de prestar su apoyo eficaz al asunto; esto obligó al autor a poner a la cabeza de su escrito la Epístola que se acompaña para nuestro santo padre el Papa. Pero habiendo llamado Dios a sí al difunto Sr, Vicente antes de poder ejecutar las cosas que se había propuesto respecto de este asunto, y mientras se delibera sobre la elección de un mediador para este fin, las cosas inopinadamente ocurridas en Roma respecto de Francia⁵⁸⁵ pareciendo al presente poner esto fuera de cuestión, se quedó a la espera de mejores disposiciones; y todo ello sin que el autor haya pensado nunca en publicar sus Memorias, por consideraciones muy esenciales que no hace al caso divulgar; y también, si hubiera tomado la resolución de exponerlas en el teatro del mundo, la prudencia le habría dictado suficientemente no permitir que aparecieran en la tienda de un librero, antes de tener el honor de ser ofrecidas al Soberano Pontífice, a quien iban dirigidas. A continuación, habría realizado cortes, etc.⁵⁸⁶.”

Estas Memorias fueron no obstante entregadas a la impresión por un depositario infiel⁵⁸⁷. La Epístola dedicatoria al Papa Alejandro VII está llena de

⁵⁸⁵ Alusión al caso del duque de Créqui, embajador francés en Roma. Habiendo ofendido el duque al pueblo con sus desdenes, los soldados pontificios dispararon sobre la carroza de la embajadora y sobre las ventanas de su palacio. Luis XIV exigió una satisfacción con su altanería acostumbrada; y como el papa contemporizaba, él mandó tomar Avignon, y habló de enviar un ejército a Italia. Alejandro VII debió ceder contra todo derecho; levantó en mitad de roma una pirámide destinada a recordar la injuria pretendida y la reparación; y su sobrino, el cardenal Chigi, fue incluso obligado a presentar excusas en Versalles.

⁵⁸⁶ Según una nota manuscrita de un Sr. Villermon, puesta al frente de un ejemplar entregado por él al presidente Brosses por Paulmier de Gonneville a la sociedad de los obispos de Heliópolis y de Beryte, contenían muchas cosas que no se encuentran en el libro impreso.

⁵⁸⁷ EL libro lleva por título: “*Memorias sobre la fundación de una Misión cristiana en el tercer Mundo, llamado de otro modo la Tierra Austrá, meridional, antártica y desconocida, presentadas a N. S. P. el Papa Alejandro VII, por un eclesiástico originario de esta misma tierra*, París, Paul Cramoisy; in-8, 1663. El autor había dado a examinar sus Memorias a un personaje que conocemos, Ferret, párroco de Saint-Nicolas-du-Chardonnet. El párroco, o su vicario Campaign, se las confió a un tercero para devolvérselas al autor. El depositario infiel sacó una copia que llevó al librero Gabriel Cramoisy. Éste comenzó la impresión que continuó después de su muerte su hermano Claude, todo a espaldas del autor cuyo nombre iba sin embargo en la copia. Se acabó de imprimir el 1º de diciembre de 1663. El autor no vio infidelidad fraudulenta cometida contra él hasta seis semanas después, por un ejemplar que le comunicó la duquesa de Aiguillon. Quiso apoderarse de toda la edición, pero era demasiado tarde, y en su mayor parte se había distribuido ya. En consecuencia, el 21 de enero de 1664, firmaron un acta entre él

ardor. En ella arde el celo del apóstol. Después de jugar con el nombre de Alejandro y recordar a Alejandro conquistador a quien no le basta con la tierra, el cardenal de Lisieux invita a Alejandro Pontífice a la conquista de este tercer mundo abierto al cristianismo; le invita en el nombre mismo del plan que este papa había tenido en su juventud de dedicarse a la conversión de los infieles, plan del que san Francisco de Sales le había apartado en vista de los servicios superiores que debía prestar a la Iglesia en la sede apostólica, él habría deseado que una *mejor y más docta pluma* que la suya hubiera trazado el plan de esta Misión; pero, dice él, “la sangre me convida a ello.” Cuenta entonces su historia y la de su antepasado, las promesas hechas por el capitán de Honfleur a una raza y a una familia cuyo representante y cabeza es él: “En esta calidad, concluye, me veo en el compromiso de conminar a la Europa cristiana la ejecución de las promesas de los suyos.”

El libro mismo comienza por una descripción de la tierra austral, extraída de la declaración jurídica del capitán de Gonneville. Él desarrolla las razones para emprender una Misión en estos países desconocidos, y emprenderla por Francia. Dice el modo de establecerla, no por la espada, sino por los procedimientos evangélicos. Trata de la elección y del número de los Misioneros, de los medios de hacerla subsistir y crecer. Responde a las dificultades y otros obstáculos que la obra podría encontrar. Finalmente, traza el plan de una sociedad que crear para el establecimiento del cristianismo en las tierras australes-

La fecha de este libro y el Aviso que lleva a la cabeza, prueban que el canónigo de Lisieux perseguía su proyecto, a la vez cristiano y patriótico, incluso después de la muerte de san Vicente de Paúl. y, en efecto, se lee en la oración fúnebre de de la duquesa de Aiguillon⁵⁸⁸, pronunciada por Brisacier en la capilla de las Misiones extranjeras: “Yo no hablo en este lugar de todos los pasos que dio en 1664, para concertar una nueva Misión en las tierras australes a petición de una persona que se decía originaria de allí; no diré que desde que llegó a conocer este gran continente que forma, por así decirlo, un tercer mundo, su valor le hizo desear ardientemente su conquista; y su ternura le hizo derramar muchas lágrimas, con mucha más razón de la que tenía el conquistador de Grecia, cuando le descubrieron tantos pueblos de los que él no era todavía el maestro. No me detendré en contar todas las asambleas que se celebraron en casa de ella para deliberar sobre los medios de este gran plan: ustedes mirarían tal vez estos hermosos preparativos como simples deseos, y no como efectos. Piden ustedes frutos de su celo y no tan sólo flores. Consiento en ello, Señores; pero permítanme de paso que les diga que, como

y Claude Cramoisy para reglamentar todos los derechos. El artículo de esta acta declaraba que todos estos hechos serían narrados a la cabeza del libro de las Memorias. De ahí el Aviso del que hemos citado un extracto y sacado, para análisis, esta anécdota bibliográfica. Este Aviso, con fecha del último de enero de 1664, sólo pudo ir en los ejemplares no vendidos, lo que explica cómo no se halla en todos. Tal vez, sin embargo, hubo dos ediciones, pues un ejemplar, visto en primer lugar por el presidente de Brosses, no llevaba más que estas iniciales: J. P. D. G., (Jean Paulsmier de Gonneville), *sacerdote ind. (indigno; suplido por error de indio), canónigo de la catedral de S. P.D. L. Saint-Pierre-de-Lisieux*); mientras que la Epístola dedicatoria de los ejemplares portadores del Aviso va firmada con todas las letras: *Paulmyer, sacardote ind. y canónigo de la catedral de Lisieux.*

⁵⁸⁸ *Discours funèbre pour madame la duchesse d'Aiguillon, prononcé à Paris dans la chapelle des Missions étrangères*, por el Sr. De Brasacier, prior comanditario de Saint Pierre de Neuvilliers, consejero y predicador ordinario de la reina, el 13 de mayo de 1676 ; 3ª edic. in-4, Paris, 1675, pp. 30 a 31.

las flores que aparecen primero en los árboles prometen los frutos que las deben seguir, así los proyectos que nuestra duquesa formó para estas tierras infieles nos dan alguna esperanza de ver con el tiempo el efecto de sus cuidados y el cumplimiento de sus oraciones. Y ¿qué sabemos nosotros si yo no profetizo sin pensarlo?”

Para decir si Brisacier ha sido profeta de verdad, habría que saber con seguridad cuál era la tierra de Gonneville. Ella ha figurado durante mucho tiempo en los libros de geografía y en los mapas, pero necesariamente situada al azar, ya que, en el único documento auténtico que se refiere a ella, es decir la declaración del marino de Honfleur incluida por extractos en las Memorias del canónigo de Lisieux, no se trata ni de longitud ni de latitud. Unos la han llamado Tierra de los Papagayos; otros la han tomado por Madagascar, o la han situado o bien en los alrededores de esta isla, o al sur de las Pequeñas Molucas, en la parte llamada por de Broses⁵⁸⁹, Australasia. En otro lugar, de Broses la ha situado en en la América meridional, y tal vez con razón. Creemos saber que el original de la declaración de Gonneville, vanamente buscado por Maurepas durante su ministerio, ha sido por fin descubierto, y que las indicaciones más precisas que encierra se refieren necesariamente al Brasil⁵⁹⁰. En este caso, Brasacier habría profetizado verdaderamente, y los votos de la duquesa de Aiguillon, inspirados sin duda en esta noble mujer por Vicente de Paúl, se habrían cumplido sin duda. Una vez más el Brasil habría sido comprendido por nuestro santo en sus proyectos de conquistas apostólicas; pero debían transcurrir cerca de dos siglos antes de que fueran puestos por obra por sus hijos.

Fue en 1815, cuando el Sr. Dubourg, Misionero en América, y luego obispo de nueva Orleáns , antes de volver a Francia para ocupar sucesivamente las sedes de Montauban y de Besançon en un viaje que hizo a Roma por los intereses de su Misión, pidió a los Lazaristas de esta ciudad que le dieran algunos individuos para formar una fundación en el Estado de Missouri. Le concedieron seis sacerdotes⁵⁹¹, que estableció, en 1818, en Santa María de los Barrens, en la diócesis de San Luis; lugar desierto e inculto, donde los Misioneros abandonados a sus propios recursos, debieron, cual nuevos apóstoles, ganarse la vida con el trabajo de su manos, alojarse y alojar a Dios bajo miserables cabañas formadas con troncos de árboles superpuestos, don un poco de tierra humedecida por todo cemento. Esta fundación tan humilde llegó a ser no obstante pronto, como toda fundación cristiana, el centro y punto de reunión de una numerosa población hasta entonces dispersa. Se fundó un seminario, en seguida un colegio para las familias ricas, cuyas rentas alimentaron a los Misioneros y a los jóvenes indígenas que ellos preparaban para el sacerdocio. Las conversiones se multiplicaron entre los ‘protestantes, cuyos ministros se fueron enseguida llevándose sus biblias inútiles, y los

⁵⁸⁹ *Histoire des navigations aux terres australes*, etc.: 2 vol. in-4, París 1756 ; tom, I, pp. 101 y 118. –Allí, de Broses ha dado el primero un extracta detallado de las memorias del canónigo de Lisieux, con algunas informaciones curiosas sobre su autor. En medio de sus conjeturas, de Broses constata al menos que la prioridad del descubrimiento de las tierras australes pertenece a los Franceses, ya que el viaje de Gonneville es anterior por dieciséis años al de Magallanes.

⁵⁹⁰ El Sr. P. Margy, conservador de los archivos de las colonias, acaba sobre este punto un trabajo en el que la demostración será llevada hasta la evidencia.

⁵⁹¹ Su superior era el Sr. de Andreis, distinguido por su espíritu, su ciencia y su virtud, muerto en loor de santidad en 1820. Ver su vida manuscrita, archivos de la Misión.

católicos, cada vez más numerosos, recordaron la fe y la piedad de los primeros tiempos.

De Santa María de los Barrens, los Misioneros visitaron las poblaciones vecinas, allí sobre todo donde vivían los Franceses y fundaron diversas colonias. La noticia de sus trabajos bendecidos de Dios alcanzó a lo lejos. Muchos obispos los reclamaron para fundar seminarios y Misiones en sus diócesis. Formaron primeramente otras dos fundaciones en el Estado del Missouri: San Luis, Misión y parroquia; cabo Girardeau, parroquia y seminario mayor. En 1838, se encargaban igualmente de una parroquia y de una Misión en La Salle, en Illinois y en Donaldson en la Luisiana. Muy pronto, en la Luisiana también, tomaban la dirección de una parroquia y de un seminario en Jefferson City, de una parroquia y de un hospital en Nueva Orleans. En Maryland, en 1850, parroquia y Misión en Emmitsburg y en Baltimore; parroquia también en German Town, en Pensilvania; y por último, todo a la vez parroquia, Misión y seminario menor en Niagara, en el Estado de Nueva York

Treinta años antes, los Misioneros, expulsados de Portugal por la revolución introducida a consecuencia de las bayonetas francesas, obtenían del rey Juan VI, expulsado como ellos, una primera fundación en Brasil. Instalados, hacia 1810, en Caraça, peregrinación célebre dedicada a la santísima Virgen, fundaron allí un colegio y abrieron un seminario interno. Pero el aislamiento forzado de esta parte de la Compañía del gobierno central, debía traer consigo la ruina momentánea. En efecto, el colegio fue cerrado hacia 1843, y la saca de Caraça, primero desierta, se declaró pronto en ruinas. Cuatro años después, un Misionero brasileño, diputado en París, obtiene la reunión definitiva, y se lleva con él, a su regreso, a toda una colonia de sacerdotes de la Misión y de Hijas de la Caridad, ofrecida por Francia y destinada a la diócesis de Marianna. El centro de la Congregación en el Brasil se mantuvo en Caraça, adonde se trasladó el seminario de Marianna en 1853 y donde, hacia finales de 1856, se volvió a abrir el colegio cerrado hacía doce años.

Después de Caraça, bajo Pedro I, hacia 1825, se había fundado la Misión de Congouhas, lugar también de peregrinación, no ya a la santísima Virgen, sino a Jesús crucificado. Congiuhas, gracias a la afluencia de los peregrinos, llegados a veces en número de doce mil de todas las partes del Brasil, se convirtió, como Caraça, en la sede de una Misión permanente. Se abrió un colegio que debió ser cerrado desgraciadamente en 1855 por las mismas causas que el de Caraça. Pero subsiste la Misión a la espera de una hora más favorable de la Providencia.

Como hemos indicado hace un momento, Marianna fue, en 1847, la segunda cuna de la Compañía en Brasil. Allí se le confiaron primeramente el seminario mayor trasladado, en 1854, a Caraça, luego el seminario menor, cuya dirección tomó en 1856; en Marianna, los Misioneros tuvieron también la dirección de las primeras Hermanas de la Caridad que se establecieron en Brasil.

Poco después de su fundación en Caraça, tomaron posesión de Campo-Bello, en la diócesis de Goyas, propiedad que les fue legada por un piadoso fiel. Se formó una sucursal de Caraça, y la granja fue transformada muy pronto en un hermoso colegio-seminario, con una Misión floreciente. Varas veces cerrada y reabierta, esta Misión no ha sido constituida definitivamente hasta 1854.

El año anterior, la Congregación había entrado en Rio-Janeiro, capital del Imperio. Allí, el principal trabajo de los Misioneros es la dirección de las Hijas de la Caridad en sus numerosas fundaciones.

En 1853 también, dos Misioneros y lagunas Hermanas se instalaban en Bahía. Los Misioneros entraron pronto en posesión de una residencia y una iglesita donde comenzaron todas las obras de san Vicente, incluido el servicio de los presos y forzados, obras que el arzobispo de Bahía quería naturalizar en su diócesis. Pronto el arzobispo les confiaba la dirección de su menor y mayor seminario.

En 1856, dos Misioneros y siete Hermanas fueron encargados del servicio espiritual y material del hospital de Notre-Dame-del-Exil, capital de la Isla y provincia de Santa Catalina.

Por último, al año siguiente, dos Misioneros, destacados en Bahía, iban a servir de capellanes en el hospital de Pernambuco, para el que acababan de ser llamadas las Hijas de la Caridad.

Al mismo tiempo, en 1844, dos sacerdotes de la Misión partían de España para acompañar a diez Hermanas de la Caridad enviadas a México. Con la dirección de las Hermansa, se ocuparon de misiones y fundaron el colegio de Los Aldamas. México se convirtió muy pronto en la sede de un seminario interno. Los Misioneros se establecieron a continuación en Puebla, para Misiones y retiros; en León para la dirección de un colegio; fundaron una Misión en Monterrey, en 1850; otra Misión, en 1890, en Guadalajara, donde se encargaron también de un hospital. Por último, acompañando siempre a las Hermanas de la Caridad, con destino a todos los Estados de las dos Américas, se han establecido a su lado en La Habana; en la isla de Cuba (1847); en Santiago, de Chile(1853); en Lima, Perú(1857); en Buenos Aires, en la Plata(1859); y en todos estos puestos se ocupan de misiones y de la dirección de las hermanas y de los hospitales. todas estas fundaciones dependen de las tres provincias de Los Estados Unidos, de México y de Brasil.

V. *Misiones de China*. Vicente había extendido sus proyectos apostólicos hasta China. En efecto, en una carta que Estienne, el mártir de Madagascar, escribía a Almeras, el 15 de enero de 1664, para pedir que le consiguieran en Roma el poder de anunciar el Evangelio por toda la tierra, añadía: “Si nos lográis esta gracia, después de recorrer todas las comarcas de la Isla de San Lorenzo, llegaré hasta China, Japón y otras tierras infieles, abrir el camino a nuestra congregación, para dar a Dios y a las almas el servicio que presta en Europa. *Sin duda que este era el designio del difunto Sr. Vicente, nuestro bienaventurado padre, que yo pasase hasta China.*”

Si Etienne no pasó personalmente a China, fue él quien, por sus liberalidades. Abrió este país a los primeros Misioneros. Mediante una donación, ya mencionada, con fecha del 20 de setiembre de 1659, había asignado, sobre su patrimonio, una suma anual de 1.500 libras, destinada a las Misiones de Madagascar e islas adyacentes y en su defecto, la suma debía emplearse en otras Misiones fuera del reino para la conversión de los infieles. Desde el abandono de Madagascar, en 1674, se había quedado sin empleo (inversión), cuando Jolly, superior general de la Misión, pensó a propósito de este perdonar la obligación contraída por la casa de San Lázaro. La falta de sujetos, la escasa esperanza de salir a flote en aquellas Misiones distantes, a causa de la

inconstancia de los pueblos y, ay, también de la escasa unión entre los obreros evangélicos, divididos por entonces por rivalidades desdichadas y por una divergencia de opiniones respecto de los ritos malabares y las ceremonias chinas, habían frenado el ímpetu apostólico. Pero, en 1682, Jolly tomó la resolución de enviar pronto algunos Misioneros a China o al Tonkin, donde había más oportunidades de éxito y, en caso de imposibilidad, entregar las 1.500 libras de Estienne a los religiosos consagrados a la instrucción de los infieles, y en particular a los jesuitas que trabajaban dijo él, con menos oposición. Entretanto ordenaba al procurador de San Lázaro que pusiera aparte todos los años mil escudos para satisfacer todos los atrasos de la renta, sobre el cual fondo se tomaría de vez en cuando lo que el superior general juzgara conveniente dar a los operarios de las regiones idólatras⁵⁹². Seis años después, hacia 1697, como nos lo dice una circular de su sucesor Bonnet, un Misionero italiano Louis-Antoine Appiani, fue enviado por el papa como vice-visitador apostólico a China donde se disfrutaba a la sazón de una cierta libertad de predicar el Evangelio. A Louis-Antoine Appiani se unió enseguida un sacerdote alemán, llamado Jean Mullner, y a los dos se entregó por compañero, en 1703, Théodore Pedrini. Appiani no disfrutaba por largo tiempo de la libertad y de la paz de su santo ministerio. Elegido por el legado de la Santa Sede, el cardenal de Tournon, como intérprete en la corte del emperador, compartió la persecución que le fue suscitada en el grave asunto de las ceremonias chinas. Fue cargado con siete cadenas y metido en prisión, donde un breve del papa vino a felicitar y consolar al confesor de la fe. Mullner, después de sufrir numerosos interrogatorios, fue desterrado del Imperio y se retiró a Batavia. Regresó muy pronto y recorrió las montañas y las provincias, y en todas partes su palabra atrajo a numerosos discípulos a Jesucristo. El bautismo de los niños expósitos fue su devoción particular. En 1717, fue nombrado vicario apostólico y obispo *in partibus*. Revestido con esta dignidad, no cambió nada de su vida de Misionero, y continuó caminando, vestido a la usanza china a través de las comarcas infieles. Appiani, trasladado en primer lugar de una ciudad a otra, acabó por ser internado en Cantón, bien en prisión, bien disfrutando de relativa libertad y siempre observado. Pero, en los calabozos o en las calles de Cantón, ni su celo ni su palabra estuvieron encadenados y durante un cuarto de siglo realizó un bien inmenso. En Cantón se entregó a todos los Europeos; se hizo el servidor de todos los Misioneros de la china, su agente y su comisionario. Al mismo tiempo, sin perder de vista el principal objeto de su misión, trabajó por sí mismo o por sus catequistas en la conversión de un gran número de Chinos. Théodore Pedrini parecía tener mejor suerte. Bien tratado por el emperador dados sus conocimientos musicales y matemáticos, vivía en la corte, a la que acompañaba a todas partes. estaba encargado incluso de la educación de tres príncipes, hijos del emperador, de los cuales uno era heredero presunto de la corona. Pero el fiel Misionero habría cambiado de buena gana su fortuna y su favor por los hierros del exilio de sus cohermanos, por los que sentía una santa envidia. Por lo menos usaba de su posición y de su crédito para el bien de la religión. En 1722, fue finalmente tratado como apóstol, es decir perseguido, golpeado con cañas y llevado a la prisión. Dos años después, la muerte del emperador y el advenimiento de su alumno al trono le liberaron y restablecieron en la corte. Se

⁵⁹² Archi. del Estado. M. 168.

aprovecho de las buenas disposiciones del joven emperador hacia el cristianismo, y construyó en Pekín cerca del palacio imperial una pequeña catedral, donde hacía libremente todas las ceremonias del culto católico

Nuestros tres Misioneros reclamaban sin cesar compañeros que les ayudasen a predicar el Evangelio, y que recogiesen el tesoro de ciencias y de descubrimientos que ellos habían amasado. Pero, ante de rendirse a sus peticiones, se esperaba en Francia la decisión que se daría en Roma sobre el debate de las ceremonias chinas. Además, estalló una nueva persecución, y todos los Misioneros recibieron órdenes de salir del Imperio. Tres Lazaristas, recién enviados de Francia, no pudieron abordar en Cantón. Appiani acababa de morir después de un apostolado de treinta y cinco años. Jean Mullener murió también en 1744, y la muerte de Pedrini, ocurrida dos años después fue la muerte misma de la Misión en China. Nuestros tres primeros Misioneros no dejaban para reemplazarlos más que a dos sacerdotes chinos, Paul y Étienne Sû, alumnos de Mullener, quienes no tardaron en seguirlos a la Misión del cielo

Las cosas siguieron así hasta finales del siglo. Después de varios intentos frustrados, el gobierno francés pensó, en 1782, en sustituir a los jesuitas con Lazaristas en las Misiones de China como de Levante. Según la orden del rey transmitida por el marqués de Castries, ministro de la marina, el superior general aceptó, y habiéndose publicado un decreto conforme de Pío VI, el 7 de diciembre de 1783, los dos Misioneros Raux y Ghislain, acompañados de dos hermanos se embarcaron el 10 de febrero del año siguiente⁵⁹³. Los recién llegados vivieron en cristiana inteligencia con los jesuitas como sabios en el palacio imperial, los cuales favorecieron sus trabajos. Ellos mismos, por otra parte, bien tratados por el emperador, gracias a los ricos presentes que les habían dado las Damas de Saint-Cyr, se adquirieron un crédito personal por su propia ciencia. Raux, en particular, dotado de una aptitud prodigiosa para el estudio de las lenguas, pudo pronto convertirse en miembro del tribunal de matemáticas y de astronomía, y mandarín en Pekín. Al mismo tiempo, el hermano Joseph Paris era nombrado relojero de la corte y fabricaba bonitas piezas para el palacio del emperador, donde existen todavía muchas. Las artes y las ciencias, he ahí el único título de admisión en adelante para los Misioneros en China. Pero lo que era todo para el emperador no era para ellos más que un medio. Mientras que dos cohermanos, llegados de Goa, fundaban, con el concurso de la reina de Portugal, un seminario en Macao, Raux establecía un seminario interno en Pekín mismo, con un seminario menor para los jóvenes chinos, a fin de reclutar la Misión de sacerdotes indígenas, por lo difícil que resultaba admitir en China a sacerdotes europeos. Dos nuevos Misioneros fueron enviados a pesar de ello en 1788, y otros tres en 1791. Uno de estos últimos murió en prisión el 1º de agosto de 1795; el segundo, Clet, fue martirizado en 1820, y el tercero, Lamiot, desterrado del imperio, se retiró al seminario de Macao. Lamiot había sido profesor de matemáticas en Pekín e intérprete del emperador, y también él había logrado cambiar su favor en bien de la causa de Dios. Él no prestó menores servicios al seminario de Macao que, en el momento de su muerte, había producido veinte Misioneros indígenas. En Macao solamente, durante dieciséis años, pudieron mantenerse los Misioneros franceses, y hasta 1835 no pudieron regresar a Pekín. Pero, en 1828, se había vuelto al envío de Misioneros de Europa. Lamiot, muerto sólo

⁵⁹³ Informe Mss. titulado: *Chargé de la marine*(1782). Archivos de Argelia y de las colonias.

en 1832, vivía todavía en el seminario de Macao. Este seminario en el que se habían educado por lo común una veintena de jóvenes Chinos duró hasta el 6 de mayo de 1646. entonces los jóvenes de las provincias del Norte fueron dirigidos a Si-Wan, en Mongolia, y los de las demás provincias se dirigieron al Kiang-Si. Algunos años más tarde se fundaron seminarios en cada una de las ocho provincias que la Congregación posee en China hoy. Estas provincias o establecimientos han sido regadas ya fecundadas por la sangre de varios mártires. En este mismo momento se instruye en Roma la causa del venerable Juan Gabriel Perboyre, estrangulado por la fe en 1640, y sus preciosos restos acaban de llegar a la casa madre de París, que poseía ya reliquias del venerable Clet y que, cual otra madre de los Macabeos, se siente feliz y orgullosa de tales hijos. Las provincias o establecimientos de la Misión en China son las de Kiang-Si, del Tchely (septentrional y suroeste), que se remontan a 1783; las del Tche-Kiang, del Ho-Nan, de Mongolia, de Ning-Po, de Chang-Hai, que datan de 1839 a 1857. Todas, menos las dos últimas, tienen al frente a un vicario apostólico, obispo *in partibus*, y son atendidas por Misioneros ya europeos ya indígenas⁵⁹⁴.

De esta forma, no más allende los mares que en Francia y en Europa, la Misión no ha decaído en el transcurso de dos siglos. Sus progresos, al contrario, han sido inmensos. A la muerte de su santo fundador no estaba establecida más que en Argel y en Madagascar. Hoy tiene cuatro fundaciones en Argelia; Abisinia compensa a Madagascar donde va a entrar tal vez por Bourbon. De lo que no era sino un sueño y un proyecto en san Vicente de Paúl, las dos Misiones de Persia, las diecisiete del Levante, han constituido una gran realidad. Igualmente, acabamos de verlo, en cuanto a China; lo mismo sobre todo en cuanto a América, testigo sus once fundaciones en los Estados Unidos, las seis de México y de Cuba, las doce de Brasil, de la Plata, de Chile y de Perú. de todas las partes del mundo, sola Oceanía le está cerrada aún, por poco tiempo quizás. Ella ha permanecido siempre fiel al espíritu de su santo fundador, quien deseaba tan ardientemente extender por todas partes el conocimiento y el reino de Jesucristo. Desde lo alto del cielo, san Vicente de Paúl continúa inspirándole su aliento apostólico; él sonríe a sus trabajos, los bendice y los fecunda.

⁵⁹⁴ Una nota curiosa, relativa a China, fue enviada de San Petersburgo, hacia 1802, al superior de la Misión, entonces residente en Roma: “Tres o cuatro personas de la más alta condición, que ocupan grandes puestos y capaces, por su sola influencia, de prestar servicios señalados a la religión, se proponen hacer pasar bajo los años ochocientos o novecientos libras de Francia más o menos a la casa de Pekín, para ser empleadas por ella en el mantenimiento de un cierto número de catequistas, que no tendrán otra ocupación, por la mañana, que de bautizar (según los usos y las reglas de prudencia establecidas en la Misión) a los niños expósitos en las calles de esta ciudad. “Si la suma no basta, se tratará de enviar el suplemento necesario.

“La sociedad hará pasar este año, a la dirección que se le diga, en la respuesta a esta nota, la suma de 750 libras de Francia, y con ello enviará una segunda mucho más fuerte, una vez recibidas de China algunas informaciones del estado de la religión en esas regiones.

“El redactor de esta nota es el Sr. Jean-Joseph Dominique N. El Sr. Raux se acordará sin esfuerzo de un militar, amigo del Sr. Charles de Belincourt, a quien ha visto en 1775 en San Lázaro. El militar llevado por la Revolución al extremo de Europa, se convirtió en consejero de Estado de S. M. el Emperador de Rusia, y nunca se ha olvidado de los instantes demasiado breves que pasó en la casa de París con el Sr. Jacques y el Sr. Raux.”

LIBRO VII: Las Hijas y las Damas de la Caridad. Los Hospitales

Capítulo Primero: Las Hijas de la Caridad.

Hemos advertido más de una vez que, en todas sus Misiones, Vicente y sus hijos dejaban siempre una cofradía de la Caridad como monumento de su paso. Durante algunos años, el santo pudo visitar estas piadosas asociaciones, por sí mismo o por alguno de los suyos, para mantener en ellas el primer espíritu y velar la observancia del reglamento. Pero se multiplicaron en número tan prodigioso, sus trabajos, los de sus sacerdotes, se incrementaron en masa tan creciente, que estas visitas fueron en primer lugar más raras, luego imposibles. Por ello, era de temer que las cofradías, abandonadas a ellas mismas, perdiesen poco a poco de su fervor primitivo; que sus miembros se dejasen ir según sus caprichos más que dirigir por la regla; que el lazo de asociación, que constituía su fuerza, se relajase y rompiese pronto y que, por consiguiente, los pobres volviesen a caer en todas partes en ese estado miserable del que su caridad organizadora loes había sacado.

Llamaba pues con todos sus deseos y todas sus súplicas a alguna persona que le sirviera de lugarteniente y de embajador, allí adonde él no podía ni acudir, ni residir él mismo, quien recorriera en su nombre las ciudades y los campos, para suscitar allí el espíritu de caridad o mantenerlo, para animar y dirigir las obras, para velar por la observancia de las reglas prescritas, para ejercitar en su práctica y en el servicio de los enfermos.

Además, un instinto secreto le decía que la familia caritativa que había creado no estaría completa sino con la condición de se ser de ambos sexos, como la primitiva humanidad⁵⁹⁵; que él mismo para tener toda su fuerza necesitaba *de un ayudante parecido a él*⁵⁹⁶; que a los pobres ya provistos de un padre les hacía falta una madre también.

Encontró una cosa y la otra en la señorita Le Gras.

I. *La Señorita Le Gras*. Nacida en París el 12 de agosto de 1591, Luisa de Marillac, descendía de una familia originaria de Auvergne, ilustrada en las finanzas, la magistratura y las armas. Era sobrina nieta de Carlos de Marillac, arzobispo de Vienne, al más hábil negociante de su tiempo, de Gabriel de Marillac, abogado general en el parlamento de París, y de Gilbert de Marillac, autor de una historia de la casa de Bourbon, los tres salidos del controlador general de las finanzas del duque de Bourbon, Guillermo de Marillac; era sobrina de Michel de Marillac, ministro de justicia de Francia, y del mariscal Louis de Marillac, los dos envueltos en el día de los Inocentes y víctimas de la venganza de Richelieu, uno en el cadalso, el otro en prisión. Fue en su prisión, en la que murió, dos meses después de su desdichado hermano, el 7 de agosto de 1632, cuando Michel de Marillac entregó una edición nueva de su

⁵⁹⁵ *Masculum et feminam creavit eos*(Gen. I, 27.)

⁵⁹⁶ *Adjutorium simile sibi* (Gen, II, 20.)

traducción de la *Imitación*. En esta época, Luisa de Marillac, siete años ya bajo la dirección de san Vicente de Paúl estaba de lleno en sus buenas obras⁵⁹⁷

Privada de madre desde su primera infancia, Luisa fue educada cuidadosamente, primero en casa de las religiosas de Poissy, donde tenía algunas parientes, luego en casa de su padre, Luis de Marillac, señor de Ferrières. Dotada de un espíritu capaz de toda clase de instrucción, recibió una educación viril, al propio tiempo que la de su sexo: fue dedicada a las artes por pura iniciativa y a las ciencias más elevadas, al dibujo y a la pintura, que cultivó toda su vida, y al estudio del latín y de la filosofía, de manera que formó el gozo y el orgullo de su padre quien, en su testamento, dejó de ella este testimonio: “Ella ha sido mi mayor consuelo en el mundo, y creo que Dios me la ha dado para mi reposo de espíritu en las aflicciones de la vida.”

La muerte se llevó a su padre, en 1604, a la edad en que ella debía elegir estado. su piedad y su desprecio del mundo la habían inclinado primeramente hacia las religiosas capuchinas, pero Dios que la reservaba para cosas más altas, permitió que su familia la empujara al matrimonio. El mes de febrero de 1613, se casó con Antonio Le Gras, secretario de negocios de María de Médicis, procedente a su vez de una familia originaria de Auvergne, que se había destacado por ese años a los pobres, de lo que la joven iba a ser bien pronto una viva encarnación.

La Señorita Le Gras, -como la llamaremos en adelante⁵⁹⁸,- cumplió en primer lugar con todas las obligaciones de esposa, y pronto de madre, pero todo el tiempo que le dejaban se lo dedicó a los pobres y a Dios. Visitaba asiduamente a los enfermos de la parroquia de Saint-Gervais. Les presentaba en persona el alimento y las medicinas, les cambiaba la paja con frecuencia fétida, y no retrocedía ante ninguno de los servicios más repelentes que hacerles. Se ocupaba sobre todo de su servicio espiritual: instruía su ignorancia, disipaba sus prejuicios, consolaba sus penas, adormecía sus dolores y, mediante la buena recepción de los sacramentos, los preparaba a una vida mejor o a una muerte cristiana. Muertos, no los dejaba todavía, y consideraba una devoción enterrarlos con sus manos

El servicio de los enfermos a domicilio muy pronto le resulta insuficiente a su insaciable caridad; ella fue a visitarlos en los hospitales, por entonces mucho menos organizados de lo que lo serán más tarde por san Vicente de Paúl, por ella y por sus Hijas. En ellos ella añadía también a su alimentación ordinaria todas las dulzuras que le permitía su fortuna, y les prestaba, en su cuerpo y en su alma, la más caritativa asistencia

Para iniciarse y ejercitarse poco a poco en el papel al que la Providencia la destinaba, ella comprometió a varias damas, con sus consejos y sus ejemplos,

⁵⁹⁷ En la catástrofe de su familia, ella pidió consuelos a su santo director, quien le respondió en términos en los que se puede ver una condena de la política inmisericorde de Richelieu y una justificación del mariscal de Marillac: “Lo que me enviáis, le escribía él, del Sr. mariscal de Marillac me parece digno de gran compasión y me aflige. Honremos en ello la buena voluntad de Dios y la felicidad de los que honran el suplicio del Hijo de Dios por el suyo. No nos importa de qué manera van hacia Dios nuestros parientes, con tal de que vayan. Pues bien, el buen uso de esta clase de muerte es de los más seguros para la vida eterna. No lo lamentemos pues en absoluto, conformémonos con la adorable voluntad de Dios”. Él la consoló también en la muerte de la mariscala de Marillac.

⁵⁹⁸ En esta época, había que ser mujer de un barón o de un caballero para merecer el título de *madame*. Luisa no habiéndose desposado más que con un simple escudero no podía llamarse más que *señorita* .

a compartir con ella el honor de este servicio. En estas damas encontró a las primeras compañeras de las tareas caritativas que emprenderá bajo la dirección de san Vicente de Paúl, y como el núcleo de las dos compañías de mujeres, cuya fundación y dirección compartirá con él. Por lo demás, como lo demuestra un escrito suyo al que acudiremos más tarde, tenía ya por entonces la idea de una compañía de hijas sirvientes de los pobres

De esta forma, todavía en medio del mundo, la Señorita Le Gras guardaba ya “esta religión pura y sin tacha” de la que habla el Apóstol, que consiste “en visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y en conservarse puro de la corrupción del siglo⁵⁹⁹”.

Tampoco se mezclaba en sus vanidades ni en sus placeres. Muchas veces al año, y en particular en los días de desorden que preceden a la cuaresma, se retiraba a aquel monasterio de las Capuchinas donde había querido enterrar su infancia, y al que entregaba al menos lo que le permitía su vida de mujer del mundo

Para la Señorita Le Gras, la transición entre la vida secular y la vida del claustro debía ser insensible ya que, al ver la modestia y la sencillez de sus hábitos, al seguirla en sus recorridos piadosos o caritativos, en el retiro de su casa, en sus costumbres devotas y regulares, se habría dicho más bien que se trataba de una virgen consagrada a Dios que de una mujer comprometida en los lazos del siglo. Nada en ella que no fuera extraño en la vida y en las máximas del mundo. Jamás una vivita frívola, un paseo de placer, una recreación concedida a la vanidad y a los sentidos. Libre de los deberes de su casa, se inclinaba espontáneamente, por el peso de su naturaleza cristiana, hacia los ejercicios de la piedad, o más bien se elevaba a Dios y se unía a él por la oración

Para mantenerse en el estado de unión con Dios, se desprendía cada vez más de todo aquello que en ella y alrededor de ella podía rebajarla a la tierra. Si se ocupaba de los asuntos temporales de su casa, no era más que por obediencia a sus obligaciones de esposa y de madre, por la vista severa del deber y no por el atractivo de las fortunas y del bienestar. Ya que, al mismo tiempo, ella reprimía sus sentidos y reducía su cuerpo a servidumbre. Aquel cuerpo relativamente tan débil y encima debilitado por los trabajos tan penosos y continuos de su caridad, ella lo domaba con los ayunos y las vigias, con el cáliz y la disciplina. En esto también, será precisa la intervención de san Vicente de Paúl para poner medida y discreción.

A esta alma, como a todas las almas llamadas a una vida perfecta, Dios aplica la conducta ordinaria de su Providencia, y la prueba con penas espirituales. Inaccesible a la perturbación de las pasiones, libre de todos los afectos y de todos los compromisos del mundo, ella no era atacable, de ninguna manera, más que en su virtud. Fue en su virtud, efectivamente, donde ella se vio atormentada por una delicadeza excesiva de conciencia. todo en su conducta le parecía pecado, y sus faltas tan ligeras, que escapaban a la debilidad de las almas más inocentes, tomaban en ella las proporciones del crimen. Ella no podía ver ya otra cosa. . sin cesar, inclinada sobre sí misma, se perdía en un

⁵⁹⁹ *Sant.* I, 27.

abismo quimérico que le ocultaba la vista de Dios. Desde entonces, para ella ya no había paz, gozo, sino temores y turbaciones que le eran un infierno

Del abismo del escrúpulo, de la duda sobre sí misma, cayó en la duda del estado que debía abrazar, sobre la dirección que debía seguir, e incluso sobre los dogmas primero y último de toda religión, en la existencia de Dios e inmortalidad del alma. Era en 1623. El 4 de mayo de aquel año, fiesta de santa Mónica, había hecho el voto, que renovó en adelante todos los años, de abrazar, si Dios le quitaba a su marido, el estado de santa viudedad descrito por el apóstol. Algunos días después, desde la fiesta de la Ascensión a la de Pentecostés, sintió la tentación de dejar a su marido para reparar un primer voto que había hecho probablemente antes de su matrimonio, y para tener más libertad de servir a Dios y al prójimo. Así el pretexto de la caridad, del servicio de Dios y de los pobres, se mezclaba también con las ilusiones de esta alma que se debía dedicar a ello por completo. Además, no conforme con su confesor, y sintiendo instintivamente que no tenía en él al guía de su vida, vacilaba en abandonarlo. Finalmente, y esto acabó de abatirla, fue asaltada por dudas respecto de la vida futura. “Estas tres incertidumbres, ha dejado escrito, tuvieron a mi alma en medio de penas que me parecen no ser imaginables.” Pero el día de Pentecostés, el Espíritu Santo, por quien elle debía sentir más tarde una devoción tan grande, la iluminó de repente. Aquel día, asistiendo a la misa en San Nicolás de los Campos, fue aconsejada interiormente que siguiera con su marido, y le fue dicho que llegaría un día en que ella estaría en disposición de hacer los votos de pobreza, de castidad y de obediencia, y que viviría en ese tiempo con personas que se encadenarían con los mismos lazos. Se creyó entonces transportada a un lugar desconocido para servir con ellas a los pobres; pero, al ver a sus compañeras ir y venir sin guardar claustro, no comprendía cómo este servicio era compatible con la vida religiosa que implicaban los tres votos. Primera revelación del Instituto de las Hijas de la Caridad! Primera objeción de este Instituto inaudito, y que los hechos habían de resolver tan admirablemente.

“Permaneced en paz en cuanto a vuestro director, escuchó también: un día Dios os dará el que os prepara, pero no debéis cambiar por el momento”. Y este director Dios se lo mostró, al igual que, años antes, le había mostrado a san Francisco de Sales a santa Chantal. Pero, cosa admirable, en lugar del gozo que santa Chantal experimentó en la visión misteriosa del santo obispo de Ginebra, ella sintió repugnancia en aceptar a este director, a este Vicente de Paúl que le debía ser tan querido y tan sagrado! Se conformó no obstante con la voluntad de Dios, y esta generosa entrega la liberó al propio tiempo de todas sus tentaciones de incredulidad. “Es Dios, se dijo, sólo Dios quien ha podido hablarte ahora mismo y revelarte el porvenir. Existe pues un Dios, y si hay un Dios tú no debes dudar ya de lo demás: la vida futura es una consecuencia necesaria de su existencia.

Ella creyó siempre haber obtenido esta gracia por los méritos del bienaventurado obispo de Ginebra, a quien había deseado vivamente comunicar esta pena antes de su muerte. Había conocido a san Francisco de Sales, cuando vino a Paría, en 1618, para acompañar al cardenal de Saboya; y, enferma por entonces, había sido favorecida con varias de sus visitas. Cuando el santo murió en 1622, ella no dudó de su gloria, y se habituó a sentir por él una gran devoción. “He recibido por su medio muchas gracias”, escribía

también en 1623, sin sospechar entonces que debería recibir pronto por él una gracia más grande todavía en la dirección de san Vicente de Paúl quien, con su virtud propia, iba a recordarle con tanta frecuencia al obispo de Ginebra⁶⁰⁰

Desprendida de sus dudas y de sus tentaciones, fija en el presente y tranquilizada sobre el porvenir, la señorita Le Gras volvió con valor al santo yugo de sus deberes de esposa, de madre y de ama de casa. Veló por sus criados como por su hijo para alejarlos del mal y llevarlos a la virtud.

Pero, en estos últimos años de su matrimonio, se prodigó sobre todo con su marido, cuyas frecuentes enfermedades ensombrecían el humor y el carácter.

Esta futura madre de las que se debían llamar *sirvientas de los pobres enfermos* ejercitada ya en su caritativo empleo al lado de los pobres de las buhardillas y de los hospitales, acabó su santo aprendizaje a la cabecera de su esposo. Al testimoniarle a éste una entrega más tierna, una bondad más complaciente, un amor más condescendiente, consiguió calmar su espíritu, suavizar sus penas y sus dolores. Por ahí sobre todo conquistó su corazón y le hizo entrar en las disposiciones cristianas con las que él murió

Ella había estado hasta entonces bajo la dirección de Jean-Pierre Camus, ligado a su familia, con nueve años más que ella. Le había conocido en todo el esplendor de su reputación, cuando una elocuencia precoz le valía la admiración de todo París y el favor de Enrique IV. En 1608, este monarca, siempre atento a recompensar los méritos, aprovechó la ocasión de la vacante de la sede de Belley, para nombrar a ella al brillante predicador de 26 años. Al año siguiente, Camus era consagrado en la catedral de Belley por san Francisco de Sales, y sus relaciones con el bienaventurado obispo de Ginebra, los rasgos encantadores que de él nos ha conservado, nos han bastado para librar de un olvido, en el que su memoria habría merecido, por lo demás, quedar sepultada con sus romances y su diatribas contra los monjes. Tan antipático con la vida religiosa, llevado con demasiada frecuencia más allá de la prudencia por una imaginación ardiente y desbordada, desprovisto de medida, de tacto y de juicio, Camus no era por cierto el prudente director que convenía a la señorita Le Gras, y que ella debía encontrar pronto en san Vicente de Paúl. Pero, obligado a residir en su diócesis y no practicando sino raras estancias en París, Camus no podía ya ejercer sobre ella sino una acción pasajera; y por otra parte, él mismo padecía en esos años la dulce y fuerte acción de Francisco de Sales, cuyo beneficio difundía entre las almas que debía dirigir

Cuando se vio obligado a renunciar absolutamente a la dirección de la señorita Le Gras, le buscó un director digno de ella. Por Francisco de Sales, él conocía a Vicente de Paúl como el mejor sacerdote de París: y fue en Vicente sobre quien puso los ojos. De esta forma Francisco de Sales, esta alma tan amable y tan amante, fue la relación de caridad que unió a los dos más grades sirvientes de los pobres que Jesucristo, en aquel tiempo, haya suscitado en su Iglesia

Vicente, que había resistido durante tanto tiempo a las peticiones de la señora de Gondí, que retrocedía ante las direcciones ilustres, para no pertenecer más que a los pobres, se asustó en primer lugar y se negó. Pero habiendo hecho hablar Camus al recuerdo venerado de san Francisco de Sales, acabó por

⁶⁰⁰ Mss. de la señorita Le Gras, archivos de la Misión.

obedecer. Al cabo de algunas conversaciones, la señorita Le Gras conoció todo el precio de su nuevo director, verdaderamente elegido entre diez mil, según la doctrina del bienaventurado obispo de Ginebra; y para estar más al alcance de sus consejos, ella dejó la parroquia de San Salvador que habitaba entonces, y vino a alojarse en la parroquia de San Nicolás del Chardonnet, en la vecindad de los Buenos Hijos, del que Vicente no hacía mucho que había tomado posesión

Quería despojarse de todos sus bienes a favor de su hijo; san Vicente se lo impidió. Él no condenó menos sus excesos de ternura y de piadosa inquietud. "Si sois valiente mujer, le escribía, os pondréis a salvo de vuestras pequeñas diversiones y ternezas maternas, y fortaleceréis el cuerpo y el espíritu a la vista de tantas ocasiones de hacer el bien. Nunca he visto a una madre tan madre como vos. No sois casi mujer en otra cosa. En el nombre de Dios, Señorita, dejad a vuestro hijo a los cuidados de Jesucristo su padre, que le ama más que vos. Sólo pertenece a él dirigir a estas pequeñas y tiernas almas. Hay también más interés que vos, Por lo demás, podéis esperar que está bajo la protección especial de Nuestro Señor y de su santa madre por la cantidad de dones y ofrendas que habéis hecho. Tened la plena confianza que aquellas a quien Nuestro Señor ha dado tanta caridad por los hijos del prójimo merecerá que Nuestro Señor tenga una muy especial por el suyo⁶⁰¹.

Las solicitudes de la señorita Le Gras se redoblaron, cuando hubo que pensar en la educación de su hijo y en la elección de un estado. se había pensado primeramente para él en el estado militar, pero el joven renunció muy pronto a la espada. Quedaban la Iglesia y la magistratura, entre las cuales titubeó por largo tiempo. Para una o para la otra de estas dos vocaciones, se necesitaban estudios primeramente. Estudió en San Nicolás y en los Buenos Niños, y hasta por un instante en los Jesuitas. San Vicente ayudaba con todas sus fuerzas: "todo es vuestro y de él", escribía a la madre. A pesar de todo, no aconsejaba que se le inclinara hacia el estado eclesiástico, menos aún a la recepción rápida de las sagradas órdenes. El joven mantuvo sus primeras tesis de filosofía, y siguió los cursos de Sorbona. Pero, sea por debilidad de salud, sea por deficiencias juveniles, no perseveró. La madre se desolaba. San Vicente le escribía durante las enfermedades del joven: "Yo participo de vuestro dolor. Hay que esperar que Nuestro Señor le conserve, y así lo pido con todas mis fuerzas, y que os haga participar de la generosidad de que su divina bondad daba a nuestra digna Madre de Chantal en parecidas ocasiones. O mejor todavía, honrad el dolor de la santísima Virgen, que sintió al ver a su Hijo en el sufrimiento y añadid a este honor el del beneplácito del Padre eterno a la vista de los sufrimientos de su único Hijo, y espero que os haga ver y conocer qué obligada os sentís a su divina majestad al honraros con la relación de vuestros sufrimientos con los suyos, y cuánto os alejan el carne y la sangre de la perfección del verdadero amor que el Padre eterno y la santísima Virgen sentían por su Hijo. Pensad en ello, mi querida hija, y consolaos." La pena de la señorita Le Gras era mucho más viva todavía en las enfermedades morales de su hijo, y san Vicente le escribía entonces: "¿Quién soportará a l niño sino la madre? Y a quién corresponde poner a cada uno en su deber, sino a Dios?" Lo que afligía más cruelmente a la piadosa madre es que ella se imputaba los desórdenes de su hijo, y Vicente tenía que reprender esta humildad excesiva:

⁶⁰¹ Extractos de varias cartas a la señorita Le Gras.

“No vi nunca, le decía él, a una mujer como vos, ni que lleve las cosas tan por la tremenda. Ciertamente, os equivocáis en dar paso a estos pensamientos, y más todavía en decirlo. Ya os he pedido en otras ocasiones que no habléis más así. en el nombre de Dios, Señorita, corregíos, y sabed de una vez por todas que estos pensamientos amargos son del maligno, y que los del Señor son dulces y suaves, y recordad que los defectos de los hijos no son siempre imputables a los padres, en particular cuando ellos los han hecho instruir y les han dado buen ejemplo, como vos lo habéis hecho, a Dios gracias; y que Nuestro Señor permite, por su providencia admirable, que padres santos y madres santas se vean desgarrados en sus entrañas: Abrahán lo fue por Ismael, Isaac por Esaú, Jacob por la mayor parte de sus hijos, David por Absalón, Salomón por Roboam, y el hijo de Dios por Judas, y por la gracia de Dios, no es este vuestro caso.

Por último, la señorita Le Gras se desprendió de sus excesos de ternura y de solicitud, y no conservó más que un santo deseo de la suerte y salvación de su hijo. el joven, habiendo renunciado al estado eclesiástico, pensó en el matrimonio. Delicado asunto, a causa de la falta de fortuna. Se acusó en primer lugar a la señorita Le Gras de haber descuidado los deberes de madre y los intereses de su hijo, y encontró acusadores hasta en su familia. Por ello escribió al P. de Attichy⁶⁰²: “Todo lo que advierto haber omitido en el deber de buena madre para con mi hijo es de no haberle hecho saber que mi difunto marido lo había consumido todo, su tiempo y su dolor al cuidado de los asuntos de vuestra casa, descuidando por completo los suyos propios.” El P. d’Attichy se entregó entonces a des Noyers, que había visto a menudo a Luisa de Marillac en el ministerio de justicia, y fue secundado en su intervención caritativa por san Vicente de Paúl. La señorita Le Gras halló también protectores en el conde y la condesa de Maure⁶⁰³. Fue al conde de Maure a quien ella expresó más vivamente su profunda aflicción en el asunto del matrimonio de su hijo. “Pero, añadía ella, como cristiana, debo amar el desprecio que sigue de ordinario a la pobreza.” La caridad de Vicente de Paúl hizo desaparecer los últimos obstáculos. Hizo del joven Le Gras un juez de San Lázaro y le procuró un cargo de consejero en la corte de las monedas. Miguel Antonio Le Gras se casó, al comienzo de 1650, con Gabriela Le Clerc. De este matrimonio nació una hija, quien volveremos a ver, en 1680, en la exhumación de su abuela

La señorita Le Gras no había esperado esta última liberación de los cuidados del mundo para darse por entero a su vida de caridad. Desde su entrada en esta vida nueva, ella quiso hacer de sí misma una consagración más absoluta que nunca a Dios en las manos de su director, y escribió el acta siguiente, de la que sus Hijas conservan cuidadosamente la autografía⁶⁰⁴.

⁶⁰² El P. de Attichy, de la orden de los Mínimos, sucesivamente obispo de Riez y de Autun, era de una familia en la que había entrado la tía de la señorita Le Gras, Valence de Marillac, hermana del mariscal, que había desposado a Octavien Doni, señor de Attichy, intendente de las finanzas de Francia y de la casa de la reina-madre.

⁶⁰³ La condesa de Maure, nacida Anne Doni d’Attichy, era hija de Valence de Marillac. A la muerte del mariscal, la señora de Aiguillon, relacionada con ella por amistad cuando eran una y otras damas de honor en casa de la reina-madre, envió a saber noticias suyas, sin atreverse, insegura de la recepción que le harían, a venir a buscarlas ella misma. La señorita d’Attichy

⁶⁰⁴ Esta pieza fue corregida por san Vicente, cuyas anotaciones indicamos aquí en cursiva.

Yo firmo, en la presencia de Dios eterno, habiendo considerado que, el día de mi sagrado bautismo, fui prometida y dedicada a mi dios para ser su hija, y que no obstante he ofendido tantas y tantas veces contra su santísima voluntad; considerando también la inmensa misericordia del amor y dulzura con los que este mi buen Dios me ha mantenido en el deseo de servirle, no obstante mi resistencia casi continua de lo que soy gravemente culpable, y de haber descuidado toda mi vida e ignorado las gracias que su bondad me ha hecho, que han sido muy grandes por mi parte, indigna y pequeña criatura como soy.

Por último, volviendo a mi misma detesto con todo mi corazón las iniquidades de toda mi vida pasada que me hacen culpable de lesa majestad divina y de la muerte de Jesucristo, tanto que merezco ser condenada más que Lucifer; pero confiándome a la infinita misericordia de mi Dios, le pido perdón de todo mi corazón con entera absolucón de los pecados acusados como de aquellos de los que no me acuerdo, y en particular del abuso que he hecho de los santos sacramentos, lo que no ha podido ser sin un gran desprecio de su bondad, de lo que me arrepiento nuevamente de todo corazón, apoyándome en el mérito de la muerte del Salvador de mi alma, como en el único fundamento de mi esperanza , en virtud de la que renuncio y renuevo la sagrada profesión hecha por mi parte a mi Dios en mi bautismo, y me resuelvo irrevocablemente a servirle y amar con mayor fidelidad, entregándome toda a él; y, para este fin, renuevo también el voto que he hecho de viudedad y las resoluciones de practicar las santas virtudes, de humildad, de obediencia pobreza, sufrimiento y caridad para honrar estas mismas virtudes en Jesucristo, las cuales con tanta frecuencia me ha inspirado por su amor.

“Protestando también nunca volver a ofender a Dios con ninguna parte de mi ser y entregarme enteramente al plan de su santa Providencia para el cumplimiento de su santa voluntad en mí, a la que me dedico y sacrifico para siempre, eligiéndola como mi soberano consuelo

“Que si, por debilidad ordinaria, me sucediera obrar en contra de estas santas resoluciones, , lo que no quiera Dios permitir por su bondad, imploro aquí mismo la asistencia del Espíritu Santo para que me dé enseguida la gracia de convertirme, no queriendo ya nunca permanecer un instante desagradando a Dios. Ésta es mi voluntad irrevocable que conformo en la presencia de mi Dios, de la santísima Virgen, de mi buen ángel y de todos los santos, en la faz de la Iglesia militante que me escucha, en la persona de mi Padre espiritual, quien, ocupando para mí el lugar de Dios en mi favor, si así le agrada, me debe, por su caritativa dirección, ayudar a realizar estas mismas resoluciones, y a *hacerme cumplir* la *santísima* voluntad de *Dios*, y a obedecerle en todo esto

“Que tengáis a bien, oh Dios mío, confirmar estas santas resoluciones y consagraciones y aceptarlas en olor de suavidad; y como habéis querido inspirarme a hacerlas, dadme la gracia de ponerlas en práctica, Dios mío. Vos sois mi Dios y mi todo, así os reconozco y adoro a vos único y verdadero Dios en tres personas, ahora y eternamente. ¡Viva *vuestro* amor y Jesús crucificado!

“Luisa de Marillac.”

La señorita Le Gras no se contentó con escribir y firmar esta acta de su mano; hizo con ella un marco para tenerla siempre a la vista como la regla invariable de su conducta. Ya que, sin la menor duda, a ello hace referencia el billete siguiente de Vicente de Paúl: “Me parece que será suficiente poner en vuestro

marco las mismas palabras del original; y yo conservaré en mi corazón las que me escribís de vuestra generosa resolución de honrar la admirable vida oculta de Nuestro Señor, como os ha dado el deseo de ello desde vuestra juventud. Oh, qué lejos está este pensamiento de la carne y de la sangre! Pues bien, es el estado que conviene a una querida hija de Dios. aguantad ahí, Señorita, y resistid valerosamente a todos los sentimientos que os lleguen contrarios a éste, y aseguraos de que estéis de esta forma en el estado que Dios pide para haceros pasar a otro para su mayor gloria, si él lo juzga conveniente; de otra manera, estaréis siempre segura de que haréis siempre incesantemente la santa voluntad de Dios en éste, que es el fin al que tendemos, y al que han tendido los santos, y sin el que nadie puede ser feliz.”

El primer espectáculo que ofreció a la señorita Le Gras la comunicación con el santo sacerdote fue el espectáculo de la caridad, y su primer movimiento fue el de asociarse, con su persona y su fortuna, a tantas grandes empresas. Pero a Vicente no le gustaba la precipitación, ni siquiera en las obras santas: “Rogad, dijo a su penitente, la oración es la fuente de los buenos consejos; comulgad con frecuencia, la Eucaristía es el oráculo de los pensamientos caritativos.”

Antes de abrirle la carrera de la caridad, él quiso formarla en la piedad de los perfectos. Le pidió en primer lugar la santa indiferencia y el abandono filial a su dirección. “Estoy seguro, le escribió él, de que queréis y no queréis lo que Dios quiere y no quiere, y de que estáis en el estado de querer y no querer más que lo que os diremos que nos parece que Dios quiere y no quiere... Ese es vuestro centro, y lo que pide de vos por ahora y el futuro por siempre. Si la divina majestad no os da a conocer de la manera que no pude engañar que quiere algo de vos, no penséis ya ni os ocupéis vuestro espíritu en aquella otra cosa. Comunicádmelo a mí. Me intereso bastante por los dos.” La culpaba a la vez y la consolaba en sus inquietudes y sus penas espirituales, y le decía, “Reflexionáis demasiado sobre vos misma; es preciso caminar buena y sencillamente Entregaos toda a la santa dilección, que opera la confianza en Dios y la desconfianza de sí, os lo suplico; y dejad ese miedo, que me parece a veces un poco servil, a los que Dios no ha dado los mismos sentimientos de él más que a vos. Permaneced pues en reposo.” La felicitaba en sus piadosas alegrías y cómo usar de ellas para inmunizarla contra la vuelta del sufrimiento: “Bendito sea Dios, Señorita, por las caricias con las que su divina majestad os honra. Hay que darle gracias con respeto y devoción, y a la vista de alguna cruz que os va preparando. Su bondad tiene por costumbre avisar de esta manera a las almas que ama, cuando desea crucificarlas. Oh qué dicha tener una providencia tan paternal de Dios sobre sí. Y esto os debe aumentar la fe, la confianza en Dios y en amarle más que nunca.” Le ponía orden y la moderaba en sus mortificaciones y sus disciplinas. Le redoblaba los consejos dulces, moderados, afectuosos, en sus retiros. Después de señalar el orden de su lecturas, el número de sus oraciones, no dejaba nunca de añadir, de repetir sin cesar: “Tratad sobre todas las cosas de no apresuraros, sino hacedlo todo moderadamente, de la manera que podéis imaginaros cómo lo hacía nuestro bienaventurado Padre, monseñor de Ginebra... No os sobrecarguéis de reglas, de prácticas; sino afirmaos en hacer bien las que tenéis, vuestras acciones diarias, vuestros oficios, en una palabra, que todo se reduzca a hacer bien lo que hacéis. No deis cabida tampoco a los pensamientos de singularidad: es un cambio que el maligno espíritu os querría dar. Y aquí concluyo con la petición

que hago a Nuestro Señor que sea él mismo vuestra conducta en vuestro retiro y su santa Madre también. No os pido que os acordéis de mí en vuestras oraciones, pues no me cabe la menor duda que, después de al pequeño Le Gras, me pongáis en primera fila; no porque yo lo merezca sino el conocimiento que tenéis de la necesidad que tengo de ello y la caridad que nuestro Señor os ha dado por mí, me lo hace esperar. Adiós pues, Señorita.” Acabado el retiro, fuera el que fuese el resultado,, la invitaba a alegrarse y a bendecir a Dios. “Sí, Dios sea bendito, exclamaba él, por la gracia que os ha dado. Debéis poner en claro los pensamientos y buenas resoluciones que su bondad os ha sugerido, aunque os parezca que no hayáis hecho nada que merezca la pena. Vaya por Dios, si no habéis salido contenta de vos misma: es tal vez una señal de que habéis contentado a nuestro buen Dios.”

Tal fue el noviciado de la señorita Le Gras. Ella entró en él con tal sumisión, siguió la práctica, y salió de él con tanto fervor y ánimo, que Vicente creyó deber asociarla por fin a sus Misiones para la asistencia de los pobres. a una nueva petición dirigida a él por la señorita Le Gras para entregarse a su servicio, él respondió, por fin: “Sí ciertamente, Señorita, ya lo creo. ¿Por qué no? pues Nuestro Señor os dado este santo sentimiento. Comulgad mañana y preparaos para la saludable revisión que os proponéis; y, después de eso, comenzaréis los santos ejercicios que habéis planeado. No podría expresaros qué ardientemente ansía mi corazón ver el vuestro, para saber cómo ha ocurrido en él. pero mortificarme por el amor de Dios, en el que solo deseo que el vuestro se ocupe... Oh cómo os habéis presentado hoy ante los ojos de Dios como un hermoso árbol, ya que por su gracia habéis producido un excelente fruto. Le suplico que haga, por su infinita bondad, que seáis para siempre un verdadero árbol de vida que produzca frutos de verdadera caridad.”

¿Qué más habría esperado Vicente? ¿No se había mostrado la señorita Le Gras esta viuda verdaderamente viuda de la que habla san Pablo, “acreditada por sus buenas obras, haber ejercitado la hospitalidad con los peregrinos, haber lavado los pies a los santos, haber socorrido a los atribulados, haber practicado toda clase de obra buena”?⁶⁰⁵

Fue en 1629 cuando Vicente comenzó a emplear su celo en la visita de las Cofradías de la Caridad. Le remitió una instrucción escrita de su mano sobre el modo de conducirse; luego le escribía también el 6 de mayo de 1629: “Id pues, Señorita, id en el nombre de Nuestro Señor! Pido a su divina bondad que os acompañe, que sea vuestro *soulas* (consuelo) por el camino, vuestra sombra contra el ardor del sol, vuestro cobertizo en la lluvia y el frío, vuestro lecho mullido en vuestro cansancio, vuestra fuerza en vuestro trabajo, y que al fin él os lleve en perfecta salud y llena de buenas obras. Comulgaréis el días de vuestra partida, para honrar la caridad de Nuestro Señor y los viajes que hizo con este mismo fin, y la misma caridad, penas, contradicciones, cansancios y trabajos que realizó; y a fin de que tenga a bien bendecir vuestro viaje, daros su espíritu y la gracia de obrar siempre con el mismo espíritu y soportar vuestras penalidades como él soportó las suyas.” Y por último, la mañana de la partida, le dio la comunión, para comunicarle una parte más abundante de la caridad del Salvador, un consejero, un protector, un guía y también un viático más rico que las limosnas que llevaba consigo..

⁶⁰⁵ I Tim., V, 10.

Su primer viaje tenía por meta Montmirail, en la diócesis de Soissons, tierra de la familia de Gondi. sabemos cómo transcurrió éste por todos los ostros que realizó en lo sucesivo. Acompañada de algunas mujeres piadosas, principalmente de las señoritas Dufaï, Du Fresne y Guérin, que se asociaban a su caritativo apostolado, hacía la ruta en malos carruajes, se alojaba y dormía en hostales míseros, para hacerse más sensible con la miseria de los pobres compartiéndola. Llevaba consigo un gran provisión de ropas y toda un farmacia; limosnas, gastos de ruta, todo se hacía a sus cargo. Llegada a un pueblo, comenzada por pedir la venia del párroco, a falta del cual pasaba inmediatamente a otro; luego, reunía a las señoras de la cofradía, las instruía, las animaba, trataba de aumentar su número; en una palabra, lo repasaba todo, personas y cosas, devolviéndolo al estado y al espíritu en que el santo las había fundado.

Para predicar también con el ejemplo, ella llenaba con sus dádivas el tesoro de los pobres, con demasiada frecuencia agotado; sobre todo, se mostraba caritativa menos todavía con sus dones que con su persona. Visitaba y servía ella misma a los enfermos, reunía a las jóvenes para enseñarles los elementos de la fe, formaba en su oficio a la maestra de la escuela, y no dejaba el lugar hasta haber provisto a todas las necesidades de los pobres y de los pequeños.

De regreso a París, descansaba visitando igualmente las Caridades de las parroquias, cuyo número seguía multiplicando. Así, en 1630, formó una en la parroquia de San Nicolás del Chardonnet, que inauguró con un acto de heroísmo. Hallándose enferma de la peste una joven, no temió visitarla varias veces con peligro de su propia vida. Enseguida Vicente de Paúl se apresuró a escribirle: “Os confieso, Señorita, que en primer lugar que eso me ha enternecido tanto el corazón que, si no hubiera sido de noche, habría partido en el mismo instante para ir a veros. Pero la bondad de dios sobre las personas que se entregan a él por el servicio de los pobres en la cofradía de la Caridad, en la que ninguna hasta hoy ha caído víctima de la peste, me hace ver una muy perfecta confianza en él que no os ocurrirá nada malo. ¿Creerías, Señorita, que solamente visité al Sr. subprior de San Lázaro que murió de la peste, pero que llegué hasta oler su aliento? Y sin embargo, ni yo, ni nuestra gente que le asistieron hasta el final, tuvimos ningún mal. No, Señorita, no temáis, Nuestro Señor quiere servirse de vos para algo que tiene que ver con su gloria y pienso que os conservará para ello.”

Dios la conservó, en efecto; salió de este peligro como el soldado del campo de batalla, más valiente y más generosa. Pronto recobró sus viajes caritativos y visitó sucesivamente las cofradías de Saint-Cloud, de Villepreux, de Villiers-le-Bel, de Beauvais. etc. Bien de salud, Vicente alababa a Dios por la salud que le daba para la salvación de tantas personas; enferma, él le escribía: “¿Acaso no se ha alegrado vuestro corazón al ver que ha sido encontrado digno delante de Dios de sufrir sirviéndole? Por supuesto que le debéis un agradecimiento particular. Haced lo que podáis para serviros bien de la situación y pedídselo.” Entretanto, la obligaba siempre a cuidar de su salud *por el amor de Nuestro Señor y de sus pobres miembros*, no siendo ya, decía él, “una persona particular, sino una en cuya conservación muchos estaban interesados.” Y él le escribía entonces: Haced todo lo que podáis por vuestra salud. No puedo expresaros cuánto necesita el pobre pueblo que viváis largo tiempo...Cuidaos de no pasaros en la tarea. Es una trampa del diablo, en la que hace caer a las

almas buenas, incitándolas a hacer más de lo que pueden, para que no puedan hacer más, y el espíritu de Dios incita suavemente a hacer el bien que razonablemente se puede, para hacerlo perseverante y largamente. Hacedlo así, Señorita, y obraréis según el espíritu de Dios⁶⁰⁶.” –Y, en otra ocasión, , le escribía también: “Me parece que sois asesina de vos misma por el poco cuidado que tenéis de vuestra salud. Sed muy alegre, os lo pido. ¡Oh cuántas personas de buena voluntad lo necesitan! Me produce dolor lo que me contáis. Oh Jesus, Señorita, no es hora (de morir); Señor Dios, le hacéis demasiada falta al mundo, en nombre de Dios, haced lo posible por vuestra salud, y trataos mejor.”

Pero la precavía contra los ataques de la vanidad mucho más que contra los peligros de la enfermedad, cuando se enteraba de los honores tributados a su virtud: “Unid vuestro espíritu a las burlas, a los desprecios y al mal trato que el Hijo de Dios ha sufrido. Cuando seáis estimada y honrada, mostrad, Señorita, un espíritu verdaderamente humilde y humillado, tanto en los honores como en los desprecios, y haced como la abeja que hace su miel, tanto del rocío que cae sobre el ajeno como del que cae sobre la rosa. “Así le escribía el 10 de diciembre de 1630, a Beauvais, donde había recibido, como premio de siete Caridades establecidas, aplausos extraordinarios no sólo de las damas, sino de los hombres que acababan de escuchar furtivamente sus palabras. Dios mismo pareció querer autorizar estos honores por un fervor que tiene algo de milagro. Cuando ella salía de Beauvais para regresar a París en medio del gentío y de las bendiciones de todo el pueblo, un niño se cayó debajo de una rueda de su carricoche que le pasó por medio del cuerpo. Advertida por el grito de la gente, hace una súplica: al punto el niño se levanta sin herida y camina libremente.

El año 1631 transcurrió en Champaña, donde las tierras del R. P. de Gondi, el antiguo general de las galeras, ingresado entonces en el Oratorio. Por consejo de su director ella fue en primer lugar a saludar al obispo de Châlons, para entregarse a sus disposiciones. “Ahí es donde se halla el espíritu de Dios, le había escrito Vicente; yo no encuentro otra bendición más que ésa. Debéis mirarle como intérprete de la voluntad del Señor en lo que se va a hacer. Que si le parece que cambiéis algo en vuestra manera de actuar, hacedlo exactamente, por favor; si ve bien que os volváis, hacedlo tranquila y alegremente, ya que cumpliréis la voluntad de Dios.”

Ella tuvo que volverse, en efecto, y recibió de su santo director esta carta de consuelo: “Vos no dejaréis de tener la recompensa que tendríais, si hubierais instruido a todas las jóvenes de esos barrios...Nuestro Señor tendrá tal vez más gloria por vuestra sumisión que por todo el bien que podríais hacer. . un hermoso diamante vale más que toda una montaña de piedras, y un acto de virtud de consentimiento y de sumisión vale más que cantidad de buenas obras que se practican con los demás... Oh qué suerte la vuestra por pareceros en esto al hijo de Dios, por haberos visto como él obligada a retiraros de una provincia donde, a Dios gracias, no hacíais nada malo! El R. P. de Gondi os agradecerá aquí por el dolor que habéis sentido, y os testimoniará el sentimiento que tiene por ello; y una cosa os pido que no se os ocurra pensar que ha sido culpa vuestra. No, no es eso, sino una pura disposición de Dios para su mayor gloria y mayor bien de vuestra alma. Lo que más se destaca en

⁶⁰⁶ Carta del 4 de diciembre de 1630, dirigida a Beauvais.

la vida de san Luis es la tranquilidad con la que regresó de Tierra Santa sin haber logrado sus planes. Y talvez que no volváis a tener una ocasión en la que podáis dar más a dios que en ésta. Aprovechadla según la medida de la gracia que nuestro Señor ha hecho aparecer en vos.”

Tales fueron las primeras armas de la señorita Le Gras en los santos combates de la caridad, bajo la dirección y bajo las órdenes de Vicente de Paúl; estaba ya madura y era capaz, siendo siempre dirigida y obediente, de formar y mandar a todo un ejército caritativo.

Pero, quede bien claro, -pues esto es característico- que ella era buena para mandar como segunda. Escribía a san Vicente de Paúl; No se ha de esperar nada de mí en absoluto, más que lo que me mandéis hacer.” Así fue, en efecto, por naturaleza y por educación, la señorita Le Gras; como santa Chantal, una de esas mujeres espontáneas y maestras, capaces de fundar, de dirigir solas una Orden, y de transmitir tras ellas, a una superiora general que las reemplace, su espíritu de dirección y de autoridad; pero una mujer ágil y flexible para todo lo bueno, instrumento inteligente y dócil en una mano más fuerte que la suya, teniendo eminentemente lo que Richelieu reprochaba en Corneille lo que no tenía: el espíritu de seguimiento. En algunas circunstancias graves, ella tuvo, al lado del humilde Vicente, el don de iniciativa; pero, en general, ella esperó siempre un impulso extraño, y no supo actuar más que en la línea y en la medida de lo que le era ordenado. Virtud y calidad providenciales en la cofundadora y primera superiora de las Hijas de la Caridad, que debían estar subordinadas y sometidas a la dirección de los sucesores de san Vicente de Paúl!

II. *Origen de las Hijas de la Caridad.* A la par que las Cofradías de la Caridad se cerraban en los pueblos, ellas se componían, en general, de mujeres que, entregadas por su nacimiento y sus costumbres a toda clase de trabajos, servían ellas mismas a los enfermos y hacían al lado de ellos todos los oficios de misericordia

Pero cuando entraron en las ciudades, y sobre todo al establecerse en París, se llenaron de damas de condición que habían cedido bien a las prácticas de la moda bien a motivos más puros. Al principio, siguiendo las reglas de la asociación, todas sirvieron a los pobres en persona. Pero pronto, unas y otras, fuera la que fuese la causa primera de su inscripción, cesaron de contribuir a su asistencia de otra forma que con sus diezmos. Bien se trataba de los maridos que, temiendo la introducción en sus casas del mal aire y de la enfermedad, se oponían al comercio de sus mujeres con los enfermos; bien se trataba de las propias mujeres que, educadas en la delicadeza, en el horror al mal y a la muerte, no querían exponerse al contagio. Ya que, entre las personas mismas, haciendo profesión de piedad, no eran raras las mujeres que, como la marquesa de Sablé, temían el mal aire, y que, muy lejos de ir a impregnarse entre los pobres, buscaban guardarse en sus casas por las precauciones más minuciosas. Muchas, además encontraban en por encima de sus fuerzas o de su valor subir las escalera innumerables que las debían llevar a la buhardilla del pobre; casi ninguna miraba como conveniente a su rango y a su dignidad rebajarse a su lado en ciertos oficios viles y repugnantes, de los que se compone casi exclusivamente el servicio de los enfermos

Pensaron pues en hacerse sustituir al lado de ellos. En primer lugar enviaron a sus criados. Pero ellos ¿no podían traer consigo el contagio? Luego, amas sobornables en su mayor parte, personajes torpes, no tenían ni el afecto, ni la habilidad ni la delicadeza necesarios para este empleo caritativo. A falta de siervos, este admirable servicio de los pobres, organizado en las Cofradías de la Caridad, padecía ya, pronto iba a desaparecer

Se pensó entonces que se necesitaban sirvientas consagradas a por profesión al cuidado de los pobres. pero, estas sirvientas, ¿dónde encontrarlas? Y, una vez halladas, ¿cómo formarlas para funciones que pedían tanta capacidad y virtud

Consultado sobre este asunto, san Vicente lo pensó ante Dios. entonces se acordó que, en el curso de sus misiones, se había encontrad a veces con jóvenes buenas llenas de entrega, una entre otras, a una joven de Suresnes, de quien ha hablado en muchas ocasiones en sus conferencias⁶⁰⁷. Se llamaba Margarita Naseau. Esta joven pobre había aprendido casi sola a leer mientras guardaba las vacas: pedía a los caminantes que le enseñaran las letras y le ayudaran a juntarlas; luego al mismo tiempo que el rebaño pastaba la hierba del prado, ella rumiaba su lección. Cuando supo leer, se entregó a Dios para instruir a su vez a los niños de Suresnes. Muy pronto fue de pueblo en pueblo para instruir a las jóvenes, y se ganó a dos o tres de sus alumnas que abrazaron con su ejemplo este humilde apostolado. Ella instruyó incluso a algunos jóvenes, a quienes alimentó en muchos casos, y que llegaron a ser buenos sacerdotes. Todo ello se hizo sin recursos, sin dinero, sin otros fondos que el de la Providencia. La pobre Margarita ayunaba días enteros, no vivía con frecuencia más que entre ruinas, sin recibir sin recibir a veces otra cosa que burlas como recompensa, pero esto sólo lograba aumentar su celo por su obra santa. En ello pasaba los días y las noches, olvidándose de sí misma, pero no olvidada de Dios. ella misma ha contado que, habiendo pasado unos días sin pan, y sin decir nada a nadie, una mañana, al volver de la misa, encontró en casa provisiones para mucho tiempo

Un día, se encontraba en Villepreux. Vicente llegó a dar la Misión. La buena joven le contó su historia, y le preguntó si agradaría a Dios continuando instruyendo a los pequeños campesinos. El santo sacerdote la confirmó en su plan. Pero sucedió que se estableció la Cofradía de la Caridad en Villepreux: la joven se siente presa del deseo de servir a los pobres enfermos y ya se ejercita en ello. muy pronto, en 1630, la Cofradía se funda en la parroquia de San Salvador en París . esta joven se entera, y de que las damas asociadas buscan sirvientas para llenar al lado de los enfermos los trabajos más duros. Desea ser una de ellas, y encuentra el medio de hacérselo saber a Vicente. Éste la hace venir y se la da a la señorita Le Gras quien le enseña pronto lo más necesario y la coloca en la parroquia de San Salvador bajo la dirección de las damas de la Cofradía. Allí hace maravillas. De allí la envían a San Nicolás del Chardonnet. Allí lleva la caridad hasta compartir el lecho con una pobre apestada. El contagio se apodera de ella y muere en el hospital de San Luis.

Ésa fue la primera Hija de la Caridad, joven de pueblo como casi todas, en particular en los comienzos de la compañía, joven heroica como casi todas

⁶⁰⁷ Conf. a las Hijas de la Caridad de los 22 de enero de 1645, 13 de febrero de 1645, 25 de diciembre de 1648, 24 de febrero de 1653.

todavía, y que inauguró con una especie de martirio el santo apostolado del servicio de los pobres. Aquí, una vez más, Dios se escogía lo que tenía de más débil para llegar a milagros de fuerza. Vicente se acordó de algunas otras jóvenes que no sintiendo ni atractivo por el matrimonio, ni suficientes bienes para entrar en religión, le habían parecido dispuestas a entregarse, por el amor de Dios, al servicio de los pobres enfermos no era ya tiempo tal vez de volverlas a encontrar. Pero las Misiones que siguieron inmediatamente proporcionaron dos llenas de buena voluntad. Fueron puestas por algún tiempo bajo la dirección de la señorita Le Gras quien, por sí misma, y sin poder consultar a su director enfermo, redactó enseguida un reglamento de vida que ellas debían seguir en común. ella se lo envió a continuación a Vicente, que le respondió: “Bendito sea Dios por todo cuanto ha tenido a bien hacer de vos con vuestro reglamento, y porque me ha privado del consuelo de veros en él. Ando bastante bien, a Dios gracias, y en estado de ofrecer mañana a Nuestro Señor en el nuevo estado interior y exterior en el que el divino amor os ha situado. Él suple y hace divinamente lo que los hombres no pueden hacer humanamente. Quizás ha permitido expresamente que yo no os haya visto, para no meter mi hoz en su cosecha. Le pido que os anime en todo con su espíritu, y a vuestras dos jóvenes también,, junto con vuestros enfermos.

Las dos jóvenes fueron rápidamente ocupadas en el servicio de los pobres; una fue colocada en la parroquia de San Salvador, la otra en la de San Benito. Pronto acudieron más, y fueron distribuidas en San Nicolás del Chardonnet y diferentes parroquias

Pero, sin relación, sin correspondencia entre ellas, sin noviciado previo, sin superiora que dirigiera sus vidas, provistas tan sólo de algunos avisos pasajeros de Vicente o de la señorita Le Gras, a estas jóvenes les faltaba capacidad y piedad. Ni regla, ni uniformidad ni reclutamiento posibles. Todo iba al azar, y cuando había que cambiar a algunas, no se tenía a mano con qué sustituirlas para el servicio de los pobres. Un número suficiente de jóvenes formadas primeramente en el cuidado de los enfermos y en los ejercicios de la vida espiritual, luego ligadas a su obra y entre ellas por el elemento religioso veladas sin cesar y dirigidas, eso es lo que se reconoció muy pronto necesario

La señorita Le Gras se ofreció al punto para esta obra. quiso incluso comprometerse por un voto irrevocable. Pero Vicente, siempre fiel a la lentitud del Dios eterno, encadenó su celo durante dos años. “Os suplico una vez por todas, le escribía, que no penséis en este empleo, hasta que nuestro Señor dé a entender que lo quiere; pues se piden con frecuencia muchas cosas buenas con un deseo que parece ser según Dios, y sin embargo no lo es siempre. Pero él permite estos deseos para la preparación del espíritu a ser según lo que su Providencia misma desea. Saúl buscaba asnas y encintró un reino; San Luis pretendía la Tierra santa, y logró la conquista de sí mismo y de la corona del cielo. Vos buscáis ser la sirviente de estas pobres jóvenes, y Dios quiere que seáis la suya, y tal vez de más personas de las que seríais de este modo. En cuanto a Dios, Señorita, que vuestro corazón honre la tranquilidad del de Nuestro Señor y estará en estado de servirle. El reino de Dios es la paz en el Espíritu Santo: él reinará en vos, si estáis en paz. Estadlo pues, por favor, y honrad soberanamente al Dios de paz y de dilección.

Por último, en 1633, el 29 de noviembre, víspera de san Andrés, Vicente, en medio de un número de jóvenes que se habían presentado, eligió a tres o

cuatro que puso en manos de la señorita Le Gras. Ésta las recibió, las alojó, las mantuvo en su casa, las formó en el gran arte de la caridad, en el que ella era maestra consumada. Dios procede lentamente de ordinario; pero a veces hace en un instante su obra. Al cabo de pocos meses estas jóvenes, a quienes las necesidades urgentes de los pobres no permitían guardar por más tiempo se hallaban ya provistas de todas las aptitudes y de todas las virtudes de su caritativo estado. Atraídas por su ejemplo, otras jóvenes, más numerosas, acudieron a reemplazarlas en el noviciado de San Nicolás. Evidentemente Dios lo quería y la señorita Le Gras había encontrado por fin la vocación que le había sido desde hacía tanto tiempo y tantas veces anunciada. También volvió a su primer plan de comprometerse a ello con un voto irrevocable, y de renovar al mismo tiempo su voto de viudedad. La hora de Dios había llegado: esta vez, Vicente, lejos de oponerse, dio ánimos, y el 25 de marzo de 1634, la señorita Le Gras pronunció la fórmula de su consagración

El 25 de marzo, fiesta de la Anunciación de la santísima Virgen, será en adelante para las Hijas de la Caridad, lo que era ya para los sacerdotes de la Misión, el 25 de enero, fiesta de la conversión de san Pablo; día de la fundación y del nacimiento, día de renovación y de consagración repetida. A partir de este feliz día, la señorita Le Gras ofreció, cada mes, a Dios, una de sus comuniones para darle gracias por haberse dignado llamarla a un estado en que todos los momentos de su vida estaban consagrados a su gloria y a su amor.

Las cosas anduvieron así durante doce años. Las Hijas de la Caridad aumentaron, como también sus empleos. En un principio era tres o cuatro: se las contó pronto por centenares y por miles. De esta humilde casa de la parroquia de San Nicolás, de La Chapelle más tarde, o del barrio de Saint Denis, como de una colmena inagotable, se fueron extendiendo por enjambres cargadas de la más pura miel de la caridad por toda Francia, por toda Europa, por todo el mundo. No estaban primitivamente destinadas más que a cuidar a domicilio, en nombre de las Caridades de las parroquias, a los pobres a quienes el no hay sitio o la repugnancia cerraba la entrada en los hospitales: pronto, por derecho de caritativa conquista, se apoderaron de los hospitales mismos, sirvieron de madres a los niños expósitos, de maestras a las jóvenes pobres, de ángeles consoladores a los forzados, de providencia a todas las miserias.

Y sin embargo no formaron todavía cofradía propiamente dicha y no tenía reglas dictadas. Fiel a la máxima que había aprendido de Jesucristo y que le hemos visto aplicara su Congregación de Misioneros, Vicente quiso hacer antes de enseñar; antes de formular las reglas por escrito, quiso que tomaran cuerpo y vida en la práctica y en la experiencia. Y aquí, más todavía que para los Misioneros, los hechos le dieron la razón. ¿Quién podía prever, en un principio, semejante progreso, una multiplicidad tal de empleos?, y se les hubieran dado inmediatamente reglas, estas reglas, aplicables tan sólo al servicio de las parroquias, no lo habrían sido al servicio de las escuelas, de las prisiones, de los hospitales. porque pronto ya no se trataba de una congregación homogénea, dedicada a un solo objeto, que constituir, sino de muchas congregaciones en una que llevar hacia un centro vital y que hacer irradiar a los diversos puntos de una circunferencia vasta como la caridad y la miseria humana; es decir que a reglas comunes destinadas a unir a todos los

miembros en un mismo cuerpo y hacerles vivir de una misma vida, era preciso añadir, sin romper el concierto, reglas particulares, tan numerosas y diversas como sus funciones. Una vez más, una larga práctica, experiencias multiplicadas podían por sí solas conducir a buen fin a tales constituciones.

Cuando Vicente se creyó suficiente instruido y preparado, esperó aún para actuar una señal exterior. La señal le llegó de la señorita Le Gras, quien le escribió la carta siguiente⁶⁰⁸:

“Mi muy respetable Padre, el modo como la Providencia me ha hecho hablaros en todas las ocasiones hace que en ésta en la que se trata de los sentimientos que creo que Dios me ha dado para el cumplimiento de su muy santa voluntad os hable con toda sencillez y verdad de las necesidades que la experiencia nos ha dado a conocer para el fortalecimiento de la Compañía de las Hijas de la Caridad, tan es así que Dios no os ha hecho oír odiar la destrucción entera, por las faltas generales y particulares de que allí se ven más claramente desde hace algunos años, de las que yo creo, en verdad y ante dios, ser la principal causa, bien por mis malos ejemplos como por mis negligencias y poco celo por la fidelidad de cumplir con mi deber. Y ésta es una de las principales necesidades: Proveer en el futuro de una persona de mejor ejemplo”. Una segunda necesidad le parecía ser la redacción por escrito de su modo de vida; una tercera su erección en cofradía bajo la dirección de Vicente: “Es de creer, decía ella, que la debilidad y ligereza de espíritu de las jóvenes necesitaría ser ayudada por alguna fundación, para superar las tentaciones que se les presentan contra la vocación a causa de ello. Y el fundamente de esta fundación, sin el cual es imposible que pueda subsistir ni que Dios saque de ello la gloria que declara querer sacar, es la necesidad que dicha Compañía tiene de ser erigida, sea con el título de Compañía o el de Confraternidad, totalmente sometida y dependiente de la dirección venerable del muy honorable general de los Señores sacerdotes de la Misión, del consentimiento de la Compañía, para que, una vez admitidas, sean partícipes del bien que en ella se realiza, de manera que dándoles parte la divina bondad en el mérito de su acciones, sacrificios y oraciones, unidas a las de su Hijo, tenga misericordia de ellas. Esto es, mi muy honorable Padre, cuanto me había propuesto exponer a nuestras Hermanas antes de decíroslo; pero puedo asegurar que sería la muy humilde petición que hace la más indigna de todas las Hermanas de la Caridad.”

Tal era precisamente el pensamiento de Vicente mismo. Por eso redactó al momento una Memoria para el arzobispo de París, que envió primeramente a la señorita Le Gras, diciéndole: “He suprimido cantidad de cosas que hubiera podido decir con respecto a vos: dejemos a Nuestro Señor que se lo diga todo el mundo, y ocultémonos entre tanto”.

III. *Institución de las Hijas de la Caridad.* En la Memoria dirigida, en 1646, a Juan Francisco de Gondi, con el fin de obtener la erección de las hijas de la Caridad en cofradía, Vicente recuerda primero al arzobispo las cofradías de la Caridad tan numerosas, establecidas, bajo su autoridad en las parroquias de París y en otros lugares de su diócesis. Pero las damas que las componen, siendo en su mayor parte de condición, no pueden realizar convenientemente

⁶⁰⁸ Esta carta, cuyo original todavía poseemos, está sin fecha, pero los hechos que se van a recoger demuestran que es de principios de 1646.

las funciones más bajas y más viles. Ellas han tomado pues a algunas buenas jóvenes de los campos a quienes Dios ha infundido el deseo de asistir a los pobres enfermos, para sustituirlas. Estas jóvenes han sido educadas en primer lugar para este trabajo por una virtuosa viuda, la señorita Le Gras, quien las mantenido en su casa con las limosnas de damas caritativas. Y al cabo de trece o catorce años que comenzó la obra, Dios la ha bendecido de tal manera que hay en cada parroquia dos o tres jóvenes ocupadas, ya en la asistencia de los enfermos, ya incluso en la instrucción de las jóvenes pobres. viven allí a expensas de las cofradías de las parroquias, pero tan frugalmente que, con 100 libras, y unos 25 escudos al año les basta para alimentarse y vestirse. Tres están empleadas por las Damas de la Caridad del Hôtel-Dieu; diez o doce en el hospital de los Niños expósitos; dos o tres en la asistencia de los forzados; sin contar las que han sido enviadas para llenar las mismas funciones a Angers, a Richelieu, a Saint Germain en Laye, a Saint Denis, y a otros lugares del campo. Y como las llaman de todas partes, la señorita Le Gras está educando a otras en su casa, por lo general en número de más de treinta, que ella ocupa, mientras tanto, a unas en instruir a las niñas pobres que llegan allí a la escuela, a las otras en la asistencia a los enfermos de dentro o de fuera; a éstas en instruirse a sí mismas, aquéllas en los diferentes oficios de la casa. las mantiene con la ganancia del trabajo de su tiempo libre, con las limosnas de las damas y otras personas caritativas, “particularmente con la renta notable que el rey y la reina como también la señora duquesa de Aiguillon les han dado caritativamente a perpetuidad, que asciende a más de dos mil libras al año. Lo que recomienda también a estas jóvenes es, aparte de la asistencia corporal, la asistencia espiritual que dan a los enfermos y a los moribundos; “y Nuestro Señor bendice de tal manera este pequeño socorro que ellas aportan en su sencillez, que hay motivo de darle gracias por los efectos que resultan de ello, de forma que se ve claramente cumplir en ellas el dicho de la Escritura, que Dios se complace en comunicarse con los sencillos y humildes y en servirse de las más pequeñas y bajas para hacer de ellas grandes y altas.” Es él quien las llamó, las aprobó e inspiró como lo proclama la voz del pueblo que es la voz de Dios. Por otra parte, ellas no han hecho nada más que en virtud del mandamiento y el permiso del prelado,”la señal más clara de una verdadera vocación y buena obra.”

“Pero como las obras que se refieren al servicio de Dios acaban de ordinarios en los que las comienzan, si no existe alguna relación espiritual entre las personas que trabajan en ello”, es de desear que el prelado eleve a estas jóvenes a cofradía y apruebe el reglamento según el cual han vivido hasta el presente y se proponen vivir en el futuro bajo el nombre de hijas y viudas sirvientes de los pobres de la caridad

Seguía este reglamento, que nosotros daremos a conocer ahora. Juan Francisco de Gondi legitimó esta petición el 20 de octubre de 1646, y el rey otorgó sus letras patentes. Pero el secretario de Méliand, procurador del Parlamento, habiendo extraviado estos documentos constitutivos de la fundación, hubo que realizar una nueva petición ante el arzobispo de París, que entonces era Juan Francisco Pablo de Gondi, el famoso cardenal de Retz

En el intervalo, la señorita Le Gras había reflexionado sobre el sentido de la primera petición y de la primera aprobación. Se recuerda con qué insistencia en su carta antes citada de 1646 reclamaba como fundamento esencial de la

Compañía, la dependencia y dirección del superior general de la Misión. Pues en el proyecto de estatutos y reglamento que él había puesto a la aprobación del arzobispo de París, Vicente, siempre humilde, siempre enteramente sumiso a los preladados de la Iglesia, había remitido la dirección de la Compañía que él había fundado y dirigido solo hasta ese día con la señorita Le Gras, a la discreción del arzobispo. En efecto, allí se había dicho que la asamblea para la elección de la superiora estaría presidida por un eclesiástico diputado de Mons. de París para la dirección de dichas jóvenes y viudas”; que la superiora tendría la entera dirección de la cofradía, “con el susodicho eclesiástico”; que, para admitir o despedir a hermanas, ella debería tomar *consejo* y *consultar* con él ; que todas finalmente estarían obligadas “a rendir obediencia en lo que tocara a su dirección, al eclesiástico diputado para la dirección de la compañía.

Juan Francisco de Gondi, o más bien el cardenal de Retz, que había concedido la primera aprobación como coadjutor y vicario general de su tío, había nombrado naturalmente al santo fundador director de la Compañía vitalicio. Pero si el nombramiento del director quedaba entregada a la voluntad del arzobispo de París, éste no podía acaso, después de la muerte de Vicente, romper su familia espiritual, separar a las *hermanas* de los *hermanos*, en una palabra sustraer a las Hijas de la Caridad a la dirección del superior de la Misión? Y entonces, arrancadas a la cuna en que habían tenido nacimiento, donde habían bebido durante tanto tiempo la vida, ¿no acabarían, como un riachuelo desviado de su fuente, por secarse o, al menos, por tomar otras aguas y una dirección diferente, para gran detrimento de ellas mismas y de los pobres

La señorita Le Gras se lo temió, y ella reclamó inmediatamente en sus frecuentes conferencias con Vicente. En el mes de noviembre de 1647, ella le escribía: “Me ha parecido que Dios ha puesto mi alma en una gran paz y sencillez en la oración muy imperfecta por mi parte que he hecho sobre el asunto de la necesidad que la Compañía de las Hijas de la Caridad esté siempre sucesivamente bajo la dirección que la divina Providencia les ha dado, tanto en lo espiritual como temporal, en la que yo pienso haber visto que sería más ventajoso a su gloria que la Compañía desapareciera por completo que tener otra dirección, ya que parece que sería contra la voluntad de Dios. las señales son que hay motivo de creer que Dios inspira y da a conocer su voluntad por la perfección de las obras que su bondad quiere hacer al principio que hace conocer sus designios; y vos sabéis, Señor, que al comienzo de éste, se propuso que lo temporal de de dicha Compañía, si llegase a faltar por malversación, volvería a la Misión, para que se utilizara para la instrucción del pueblo del campo. Me parece que si vuestra caridad ha comprendido lo que me parece haberos dicho en la persona de san Pedro, que era sobre ella sobre la cual él quería edificar esta Compañía, que perseverará en el servicio que ella le pida para la instrucción de los pequeños y el alivio de los enfermos.

Algunos años más tarde, en 1651, cuando se trató de dirigir una segunda demanda, la señorita Le Gras volvió a la carga y escribió también: “El término tan absoluto de dependencia de Monseñor ¿no nos puede dañar en el porvenir, dando libertad de salirnos de la dirección del superior general de la Misión? ¿No es acaso necesario, Señor, que, por esta fundación, nos sea dada vuestra caridad como director perpetuo? Y estos reglamentos que nos deben ser dados, ¿es intención de Monseñor que sean los señalados después de la

demanda?. Eso pide un acta aparte, o bien se quieren formar otras, puesto que hace mención de ello por separado? En nombre de Dios, Señor, no permitáis que se apruebe nada que pueda favorecer siquiera levemente sacar a la Compañía de la dirección que Dios le ha dado, ya que tened por seguro que al momento ya no sería lo mismo, y los pobres enfermos no serían socorridos más, y así yo creo que la voluntad de Dios no estaría más con nosotras.

Impresionado por la sabiduría de estas observaciones, Vicente va a redactar en este sentido su segunda demanda. Pero notemos antes de nada el servicio inmenso, ignorado de las Hijas de la Caridad mismas, que les hizo la señorita Le Gras en sus orígenes. Por ello tan sólo, independientemente de sus lecciones, de sus ejemplos y de su larga dirección, ella merecería ser considerada por ellas como su verdadera fundadora; o, al menos, ya que el primer honor pertenece siempre a Vicente, como la segunda fundadora de esta Roma de la caridad

Así pues, Vicente, en su segunda petición⁶⁰⁹, suplicó al cardenal de Retz, con una aprobación nueva de la Compañía y de sus estatutos y reglamentos, que le diera el poder, a él y a sus sucesores, generales de la congregación de la Misión, de dirigirla, bajo la autoridad de los arzobispos de París⁶¹⁰.

⁶⁰⁹ No se dispone ya de esta petición, que no nos es conocida más que por la mención que de ella se hace en la aprobación del cardenal de Retz.

⁶¹⁰ Una de las razones, tal vez, que habían llevado primero a Vicente a no retener, para él y para sus sucesores, la dirección de las Hijas de la Caridad, es que tenía por principio no encargarse con la dirección de las religiosas y no permitir que los suyos se encargaran. Pues bien él temía que la infracción de este principio viniera precisamente de una excepción hecha a favor de las Hijas de la Caridad. Lo que en efecto sucedió, como lo sabemos por una carta al Misionero de la Fosse, del 1º de febrero de 1660. A la prohibición que se le había hecho de confesar a las religiosas, de la Fosse objetaba a las Hijas de la Caridad. Vicente le responde en primer lugar que estas Hijas no son religiosas sino jóvenes seculares, personas de parroquias bajo la dirección de los párrocos en todos los lugares donde estén establecidas. “Y si nosotros, prosigue él, tenemos la dirección de la casa en la que han sido educadas es porque la conducta de Dios para dar nacimiento a su pequeña compañía se sirvió de la nuestra, y usted sabe que de las mismas cosas que Dios emplea para dar el ser a las cosas se sirve para conservarlas. 2º Nuestra pequeña Compañía se ha entregado a Dios para servir al pueblo pobre corporal y espiritualmente, y ello desde un principio; de suerte que al mismo tiempo que ha trabajado por la salvación de las almas por las Misiones, ella ha establecido un medio de aliviar a los enfermos por las cofradías de Caridad, lo que la Santa Sede ha aprobado por las bulas de nuestra institución. Ahora bien, la virtud de misericordia teniendo diversas operaciones, ha llevado a la Compañía a diferentes modos de asistir a los pobres: testigo el servicio que hace a los forzados de las galeras y a los esclavos de Berbería; testigo lo que ha hecho en Lorena en su gran desolación y luego por las fronteras arruinadas de Champaña y de Picardía, donde tenemos todavía (1660) a un hermano incesantemente dedicado a la distribución de las limosnas. Usted mismo es testigo, Señor, de los socorros que ha llevado a los pueblos de los alrededores de París, abrumados de hambre y de enfermedad, como consecuencia del paso de los ejércitos. Usted ha tenido su parte en este enorme trabajo, y ha pensado morir igual que muchos que han dado sus vidas para conservársela a los miembros sufrientes de Jesucristo, el cual es ahora su recompensa y será la vuestra. Las Damas de la Caridad de París son todavía otros tantos testigos de la gracia de nuestra vocación para contribuir con ellas a cantidad de buenas obras que hacen dentro y fuera de la ciudad.

“Sentado esto, habiendo entrado en el orden de la Providencia las Hijas de la Caridad como un medio que Dios nos da de hacer por sus manos lo que nosotros no podemos hacer por las nuestras en la asistencia corporal de los pobres enfermos y decirles por su boca algunas palabras de instrucción y de ánimo para la salvación, tenemos también obligación de ayudarlas a su propio adelanto en la virtud, para desempeñar bien sus ejercicios caritativos.

“Existe pues esta diferencia entre ellas y las religiosas, que las religiosas no tienen otro fin que la propia perfección, en lugar de que estas jóvenes están dedicadas como nosotros a la salvación y alivio del prójimo; y si digo con nosotros, no diré nada contrario al Evangelio, sino muy conforme a la costumbre de la primitiva Iglesia, ya que Nuestro Señor se preocupaba de algunas mujeres que le seguían, y vemos

En consecuencia, el 18 de enero de 1655, el cardenal de Retz, entonces en Roma, “queriendo dar medio a las Damas de la Caridad y a las pobres viudas y jóvenes sirvientas de los pobres enfermos de hacer una buena obra que es para la gloria de Dios y la edificación del pueblo”; erige a las Hijas de la Caridad en cofradía, aprueba sus reglamentos con la condición de que la cofradía estará y seguirá a perpetuidad bajo su autoridad y dependencia, y de sus sucesores arzobispos de París. pero añade: “Y visto que Dios ha bendecido el cuidado y trabajo que nuestro querido y bien amado Vicente ce Paúl se ha tomado para hacer realidad este piadoso designio, nos le hemos confiado de nuevo y encomendado, y por estas presentes confiamos y encomendamos el mando y la dirección de dicha sociedad y cofradía de por vida, y después de él a sus sucesores generales de dicha congregación de la Misión”.

En el mes de noviembre de 1657, el rey, deseando apoyar con su autoridad todas las buenas obras y todas las fundaciones de su reino para la gloria de Dios, “y en particular la de dicha sociedad y cofradía que ha tenido un comienzo tan lleno de bendiciones y un progreso tan abundante en caridad, tanto con respecto a los pobres enfermos como a los pobres niños expósitos, pobres forzados y jovencitas, y hasta pobres jóvenes que se presentan para servirles, las cuales, por este medio, tienen una hermosa y santa ocasión de darse a Dios y servirle en la persona de los pobres”, aprueba, en los mismos términos, la sociedad, la autoriza a extenderse por todos los Estados de su obediencia para desempeñar en ellos las mismas funciones que en París, la toma, a ella y a sus bienes, bajo su salvaguardia y protección especial y de sus sucesores reyes, le permite recibir todos los legados y donaciones, y finalmente, le otorga las exenciones y los privilegios más amplios

Estas letras patentes fueron registradas en Parlamento el 16 de diciembre de 1658; y diez años después el 8 de junio de 1668, a petición de la superiora, oficiales y de toda la comunidad, la Congregación de las hijas de la Caridad recibió aprobación y confirmación de la autoridad apostólica en virtud de cartas entregadas por Luis de Vendôme, legado de la Santa Sede en Francia. Ana de Austria, según una carta de ella que se nos ha conservado⁶¹¹, había intervenido ante la Santa Sede para hacer a los superiores generales de la Misión directores perpetuos de la Compañía de las Hijas de la Caridad.

en el canon de los Apóstoles que administraban los víveres a los fieles, y se relacionaban con las funciones apostólicas.

“Si se dice que hay peligro para nosotros en conversar con estas jóvenes, respondo que lo hemos previsto en cuanto se podía hacer, estableciendo esta orden en la Compañía de no ir a visitarlas en sus casas en las parroquias; y ellas mismas tienen por regla hacer su claustro de su habitación, de no dejar entrar nunca a los hombres, singularmente a los Misioneros; de manera que si yo mismo yo me presento para entrar, que me cierren la puerta, lo que se observa exactamente por ambas partes, gracias a Dios,.

“Que si ellas vienen aquí en su casa todos los meses a dar cuenta de su interior y a confesarse con uno de nuestros sacerdotes, ya sabe usted que hay dos o tres destinados para oírlos, y que la gracia y la virtud están por encima de todo temor; y si nosotros enviamos a otras a los dos hospitales cerca de aquí no es tanto por razón de estas jóvenes que ahí están empleadas sino de las demás personas que allí habitan, las cuales Dios ha confiado a los cuidados de la Compañía para el alma y para el cuerpo.” Era preciso citar toda esta carta que arroja nueva luz sobre la naturaleza y las obras tanto de la Misión como de las Hijas de la Caridad. Una vez decidido a guardar para sí y para los suyos, a perpetuidad, la dirección de estas jóvenes, San Vicente tomó todas las medidas para que esta orden no se cambiara más. De esta forma en el capítulo XI, artículo xi de sus reglas comunes, él recomendó esta dirección a los Misioneros como una de sus obligaciones principales. –Se hallan las mismas ideas en la conferencia del 6 de diciembre de 1658.

⁶¹¹ Archivos de la Misión

IV. *Estatutos y reglamentos de la Compañía*. Éstos son los estatutos y reglamentos de la Compañía tal y como fueron aprobados por el arzobispo, el rey y la Santa Sede; asimismo tal y como fueron reconocidos por decreto imperial del 8 de noviembre de 1809, con ocasión de su restablecimiento solemne en Francia.

“La Cofradía de la Caridad de las Sirvientas de los pobres enfermos de las parroquias ha sido instituida para honrar la caridad de Nuestro Señor patrón de ella asistiendo a los pobres enfermos de las parroquias y de los hospitales, los forzados y los pobres niños expósitos, corporal y espiritualmente: corporalmente, administrándoles el alimento y los medicamentos; y espiritualmente, procurando que los pobres enfermos que se acerquen a la muerte partan de este mundo en buen estado, y que los que se curan hagan resolución de no ofender a Dios nunca con la ayuda de su gracia, y que los niños expósitos sean instruidos en las cosas necesarias a la salvación. Está compuesta de jóvenes y de viudas, las cuales elegirán a una superiora de entre ellas cada tres años, por la mayoría de votos⁶¹², al otro día de Pentecostés, y en presencia del superior general de la Misión, o de un sacerdote de dicha Misión que será diputado por su parte para su dirección; la cual podrá ser continuada por otros tres años solamente; ellas elegirán además a otras tres oficiales todos los años en día parecido, una de las cuales será asistente, la otra tesorera y la otra despensera.

“La superiora tendrá la dirección de dicha cofradía con el superior general o aquel que sea diputado de su parte; ella será como el alma que anime el cuerpo; hará observar el presente reglamento, recibirá en dicha Compañía a aquellas que encuentre idóneas según el parecer del dicho director y el de las demás oficiales y las formará en todo lo que se refiere a sus empleos, pero en particular en la práctica de las virtudes cristianas y propias de su estado, instruyéndolas más bien con su ejemplo que de palabra; las enviará, llamará y empleará en todo cuanto se relacione con el fin de la cofradía, no solamente en la parroquia donde dicha cofradía esté establecida, sino también en todos los lugares a los que las envíe, todo según el parecer del dicho director

⁶¹² Vicente dudó mucho , y hasta finales del año 1654, sobre la directriz que dar a las Hijas de la Caridad. ¿Sería un de entre ellas o una de las Damas del Hôtel-Dieu? Después de pesar las razones de las dos partes, se decidió a hacer dirigir la Compañía por una de las hermanas, como nos lo demuestra la carta siguiente escrita a Ozenne, en Polonia, el 20 de noviembre de 1654:

“En cuanto a la dificultad que ninguna de ellas asea capaz de dirigir a las otras, le diré, Señor, que hace tiempo que pienso sobre este asunto, y he sometido a discusión saber qué dirección será la mejor, sea una de la misma compañía, o la de las Damas de la Caridad o de alguna de entre las Damas. Pues bueno, me ha parecido dificultad en una y otra manera: en la primera, que es la de una Hija de la Caridad, a causa de su sencillez respecto de las Damas en general, a causa de la diversidad de los espíritus que se encuentran; y en cuanto a una de entre las Damas, ella no podrá continuar el espíritu que Nuestro Señor ha puesto en dicha Compañía, por no haberle recibido por ella misma; de manera que, sopesadas todas las cosas y consideradas, hemos estimado - - , es decir celebrar elecciones para la mayoría de los votos, de aquella que la Compañía juzgue la más idónea de ellas para este efecto, la cual estando ayudada y dirigida por el superior general de la Compañía, hay motivos para esperar que Dios bendecirá la cosa y que se constituirá él mismo en director; Lo que parece absolutamente necesario a causa de la extensión de su Compañía en cantidad de lugares de este reino, que son estas razones y otras más que le refiero breve y confusamente las que han hecho que tras muchas oraciones y consejos que se han tomado, y asambleas que se han celebrado para este fin se ha pensado que era mejor elegir a una Hija de la Caridad para dirigir a todas las demás, según el consejo que he dicho, que dar la dirección a otras apersonas que no son del cuerpo.”

“La segunda oficiala será la asistenta de dicha directora, le servirá de consejo y la representará en su ausencia; y todas la obedecerán como a la superiora en ausencia de ésta

“La tercera servirá de tesorera, hará los recados y guardará el dinero en un cofre con dos cerraduras diferentes, de las cuales la superiora tendrá una llave y ella la otra, con la excepción que ella podrá tener en mano la suma de cien libras para atender al corriente de la despensa, y dará cuenta todos los meses a la superiora, y todos los años al director, en la presencia de todas las oficialas. Ella representará también a la superiora y a la asistenta en sus ausencias y les servirá de consejo

“La cuarta hará la despensa y proveerá a las necesidades comunes de la Compañía, dará cuenta todas las semanas a la superiora, representará a la misma superiora en la ausencia de ésta y de las demás oficialas y les servirá igualmente de consejo.

“Tanto las jóvenes como las viudas de dicha cofradía estarán sometidas y obedecerán a la dicha superiora, y en su ausencia a las otras oficialas y a todas aquellas que sean diputadas por su parte, representándose que ellas obedecen a Dios en sus personas, y ejecutarán de buena gana y puntualmente el presente reglamento y las laudables costumbres de su Instituto, sea en las parroquias donde están establecidas, sea en otras partes adonde sean enviadas.

“Ellas rendirán también obediencia en lo que se refiere a su conducta a dicho director y superior.

“Las que deseen ser recibidas en dicha Compañía se presentarán a dicha superiora quien, después de probar su vocación y de hablar con el director, y de acuerdo con el consejo de las demás oficialas, las recibirá, las educará en sus funciones por algún tiempo, y después, según que las juzgue capaces las empleará en los ejercicios que hemos dicho.

“Al ser enviadas a algunas parroquias, ellas irán a recibir la bendición de los sres. párrocos, a quienes recibirán de rodillas, y mientras estén en sus parroquias, les tributarán toda suerte de honor, respeto y obediencia, con respecto a la asistencia de los enfermos.

“También obedecerán en todo a las damas oficialas de la Caridad de las parroquias, y a los médicos en lo que concierne al cuidado de los enfermos.

“Su principal cuidado será servir bien a los pobres enfermos, tratándolos con compasión y cordialidad, y esforzándose en edificarlos, consolarlos y disponerlos a la paciencia, preparándolos a hacer una buena confesión general, y sobre todo procurando que reciban sus sacramentos.

“Aparte de eso, cuando sean llamadas a otros oficios, como a asistir a los pobres forzados, a educar a los pequeños expósitos, a instruir a las niñas pobres, se portarán con un afecto y diligencia particular, pensando que al hacer esto rinden servicio a nuestro Señor, como niño, como enfermo, como pobre, como prisionero

“Ellas se apreciarán y respetarán como hermanas a quienes Jesucristo a unido por su amor, asistirán al entierro de las que fallezcan, comulgarán a su intención, encargarán una misa mayor por cada una de ellas; asistirán también

al entierro de los pobres a quienes hayan servido, si la comodidad se lo permite, y rogarán a Dios por el descanso de sus almas

“Y para que, sirviendo a los pobres, ellas no se olviden de sí mismas y la caridad que ejercen con ellos esté bien ordenada, y puedan recibir las recompensas que Nuestro Señor les promete en este mundo y en el otro, tendrán un cuidado particular de mantenerse siempre en estado de gracia con la ayuda de Dios, y para ello, detestarán y huirán del pecado mortal más que de el demonio, y se guardarán incluso, mediante la gracia de Dios, de no cometer ningún venias a sabiendas, en particular en todo lo que se refiere a la castidad, empleando todas las precauciones posibles para conservarla

“Harán lo posible por ajustarse al empleo del día que se ha practicado hasta ahora, señaladamente en cuanto a las horas del levantarse y del acostarse, de la oración, de los exámenes tanto particulares como generales, de las lecturas espirituales, confesiones y comuniones, y del silencio entes de la oración de la mañana

“Tendrán buen cuidado de guardar la uniformidad, en cuanto puedan, en cuanto al vivir, vestir, hablar, al servicio de los pobres y en especial a su peinado.

“Si ahorran algún dinero, lo pondrán en la bolsa común que les servirá para proveerse de ropas y demás necesidades a su tiempo

“Y para honrar mejor a Nuestro Señor su patrón, tendrán una recta intención de agradarle en todas sus acciones, y se esforzarán en conformar sus vidas a la suya, en especial su pobreza, su humildad, su dulzura, su sencillez y sobriedad

“Y para salir al paso de muchos inconvenientes, no recibirán nada de nadie y no darán ninguna cosa a quien quiera que sea, sin decírselo a la superiora. No harán ninguna visita fuera de la de los enfermos y no permitirán que se las hagan, señaladamente los hombres, a los que no dejarán entrar en sus habitaciones.

“Por la calle, caminarán con modestia y la vista baja, no se detendrán para hablar con nadie, sobre todo de distinto sexo, si no hay gran necesidad, y en todo caso, deberán cortar por lo sano y despachar pronto

“No saldrán de la casa sin el permiso de la superiora u otro que esté señalado y al regreso le darán cuenta de su viaje

“No enviarán cartas, ni abrirán las que les escriban sin el permiso de su superiora.

“No se divertirán charlando a la puerta con los externos, ni tampoco en las casas, sin permiso

“Tendrán cuidado en ir al menos todos los meses a la casa de la comunidad para comunicar con la superiora sobre todos sus empleos, y acudirán allí siempre que sean llamadas, dejando bien servidos a los enfermos

“Se acordarán que se llaman *Hijas de la Caridad*, es decir jóvenes que hacen la profesión de amar a Dios y al prójimo, y partiendo de que. aparte del amor soberano que deben sentir por Dios, tienen que sobresalir en la dilección del prójimo, en particular de sus compañeras; según eso, huirán de toda frialdad y aversión con ellas como también de las amistades particulares y afectos hacia

algunas de ellas, por ser estos extremos viciosos las fuentes de la división y de la ruina de una compañía y de los particulares, que las mantienen y las disfrutan; y si sucede que ellas se hayan dado motivo de mortificación una a la otra, ellas se pedirán perdón lo más tarde por la noche antes de acostarse. Además, ellas se representarán que se las llama sirvientas de los pobres que, según el mundo, es una de las más bajas condiciones, a fin de tenerse siempre en la baja estima de sí mismas, rechazando con prontitud el menor pensamiento de vanagloria que les pasara por la mente para haber oído hablar bien de sus empleos, persuadiéndose que es a Dios a quien es debido todo honor, ya que él solo es el autor

“Y como sus oficios son la mayor parte muy penosos, y los pobres a quienes ellas sirven un poco difíciles, hasta el punto que a veces ellas pueden recibir reproches por ello, incluso cuando mejor lo han hecho por ellos, tratará, con todas sus posibilidades de hacer buena provisión de paciencia, y pedirán todos los días a Nuestro Señor que se la dé en abundancia y les haga participar de aquella que él ejerció con los que le calumniaban, azotaban, flagelaban y crucificaban

“Serán muy fieles y exactas en observar el presente reglamento, y junto con las laudables costumbre en el modo de vivir que han conservado hasta ahora, particularmente las de su propia perfección

“Se acordarán sin embargo que hay que preferir siempre a su práctica de devoción el servicio de los pobres, cuando la necesidad o la obediencia las llaman a él, pensando que al hacerlo ellas dejan a Dios por Dios

“Y a fin de que Dios quiera darles la gracia de cumplir todo esto, se confesarán y comulgarán todos los domingos y principales fiestas del año, en las parroquias u hospitales en que se encuentren, y harán los ejercicios espirituales todos los años en la casa de su comunidad, mientras lo puedan.

A estos estatutos se ha de añadir que las Hijas de la Caridad, no sólo no hacen votos solemnes, pero ni siquiera votos simples a perpetuidad. Ésta es la razón, independientemente del claustro al que sus funciones caritativas les impiden obligarse, nosotros comprenderemos a san Vicente repitiendo tan a menudo que no son *religiosas*, sino jóvenes unidas en compañía *secular*. Sus votos sólo son anuales e interiores. Los hace por primera vez después de cinco años de prueba, y los renuevan el 25 de marzo día en que la señorita Le Gras pronunció su consagración, sobre la propuesta de la superiora general, y sobre el permiso del superior general de la congregación de la Misión. Cada año, el 25 de marzo, todas se levantan pues libres; pero todos se apresuran a imponerse el santo yugo del servicio de Dios y de los pobres, y la negativa que se haría a alguna del permiso de renovar sus votos sería para ella la más cruel de las penitencias. A los tres votos ordinarios de religión añaden un cuarto voto de estabilidad, es decir el voto de seguir al servicio de los pobres en la compañía a la que Dios las ha llamado.

V. *Sesión de fundación*. El mes de mayo de 1655, casi inmediatamente después de la erección de las Hijas de la Caridad en cofradía y la aprobación por el ordinario de sus estatutos y reglamentos, Vicente juzgó oportuno hacer acta de fundación. En consecuencia, convocó en asamblea general a todas las Hijas que se encontraban en París, tomó los nombres de las que habían sido

ya recibidas y de las postulantes; después les dirigió poco más o menos estas palabras:

“Mis buenas hijas, la Providencia os ha reunido a todas aquí, y parece que con el designio de que honréis la vida humana de Jesucristo en la tierra. Oh, qué ventaja tiene estar en una comunidad. Porque cada particular participa del bien que hace todo el cuerpo, y recibe, por este medio, una gracia más abundante. Nuestro Señor nos lo ha prometido al decir: ‘Cuando estéis reunidos dos o tres en mi nombre, yo estaré en medio de vosotros’; con mayor razón cuando seáis muchos de un mismo plan de servir a Dios, mi padre y yo vendremos a hacer nuestra morada en vosotros. Las personas que tienen un mismo espíritu aspiran unas y otras a honrar a Dios; y para eso rogó su Hijo en la última oración que hizo antes de su pasión, diciendo: ‘Padre mío, yo pido por los que me has dado: que sean uno como vos y yo somos uno.

“Y sin embargo, aunque reunidas para vivir en común, no habéis tenido todavía reglamento para vuestro modo de vida, Y, en esto, la divina Providencia os ha conducido como lo hizo con su pueblo, que estuvo más de mil años sin ley. Nuestro Señor hizo lo mismo en la primitiva Iglesia, ya que mientras estuvo en la tierra, no hubo ley escrita, y fueron los Apóstoles los que, después de él, recogieron sus enseñanzas y ordenanzas.⁶¹³

“Pero importa que yo os dé una regla antes de que me vaya. Algunos os han dicho quizás que piensan que, mientras yo viva, vuestra comunidad no faltará, pero que después habrá que dejarlo todo⁶¹⁴. Os diré, mis queridas hermanas, que esto no pasa nunca con las obras de Dios. Aunque tuvierais un pobre apoyo como éste de una pequeña criatura, vuestra firmeza debe estar en la santa Providencia; ya que es ella la que ha puesto a vuestra Compañía en pie donde está. Pues ¿quién ha sido, os lo suplico? No podría imaginármelo. A nosotros no se nos ocurrió nunca el proyecto. ¿Quién habría pensado que debiera haber Hijas de la Caridad, cuando las primeras vinieron para servir a los pobres en algunas parroquias de París? Yo pensaba todavía hoy y me decía: ¿Eres tú quien ha pensado en hacer una compañía de Hijas de la Caridad? Oh, de ninguna forma! ¿Es acaso la señorita Le Gras? Tampoco. ¿Y quién se habría podido formar este designio de procurar a la Iglesia una compañía de hijas de la Caridad con hábito secular? No habría parecido posible, aun cuando sea verdad que Dios haya tenido a bien servirse de nosotros para establecer las cofradías de las parroquias. Oh hijas mías, yo no pensaba en ello, vuestra hermana sirviente no pensaba en ello, lo mismo el Sr. Portail. Es pues Dios quien pensaba en ello por vosotras; es entonces él a

⁶¹³ Conf. del 31 de julio de 1634. componemos este discurso con fragmentos de diversas fechas. Así lo haremos en adelante escogiendo lo que hay de más relieve en las lecciones de Vicente de Paúl. Dirigiéndose a un auditorio que la muerte y las necesidades de la caridad renovaban sin cesar, el santo ha tenido que repetirse a menudo en el transcurso de los años; y por eso, aquí también, hemos creído tener que preferir el orden lógico de de las ideas al orden cronológico de las conferencias.

⁶¹⁴ La señorita Le Gras misma, acostumbrada a apoyarse, ella y su Compañía, en el santo director como en un fundamento, temblaba en cada una de sus enfermedades, como si su muerte debiera llevar consigo la ruina del edificio. Por ello él le escribía una vez: “Yo os veo siempre y un poco con unos sentimientos humanos, pensando que todo está perdido nada más que me veis enfermo. ¡Oh mujer de poca fe! que no tenéis más confianza y conformidad en la conducta y el ejemplo de Jesucristo. Este Salvador del mundo se dirigía a Dios su Padre por el estado de toda la Iglesia: y vos por un puñado de jóvenes a las que su Providencia ha suscitado visiblemente y reunido, vos pensáis que os abandonará! Vamos, Señorita, humillaos mucho delante de Dios.”

quien podemos llamar el autor de vuestra Compañía, ya que verdaderamente nosotros no podríamos reconocer a otro. Oh bendito sea Dios porque se lo debéis a su bondad el haber sido elegidas, aunque pobres jóvenes de pueblo en la mayor parte para formar una compañía que, mediante su gracia, le servirá fielmente! –Y ¿qué fundamento pensáis que haya dejado Nuestro Señor para la fundación de su Iglesia? Había cantidad que le seguían, y hacia el final no quedaron más que doce que fueron todos sometidos a suplicio. Las obras de Dios no son como las de los hombres. Los padres del Oratorio estaban lo mismo a la muerte del P. de Bérulle, y también los hijos de san Francisco. Pero ¿a dónde voy yo, miserable pecador? No hay comparación! No, hermanas mías, no temáis; Dios no os faltará, si le sois fieles. Trabajad pues sólo en perfeccionaros sirviendo a los pobres⁶¹⁵“

Pero es una necesidad que cada compañía o comunidad tenga una regla o modo de vida conveniente al servicio que Dios quiere sacar de ella. Eso está muy claro, y vosotras veis también que todos los religiosos y todas las demás comunidades tienen una que les es propia. Y nosotros que no somos religiosos y no lo seremos nunca, porque no lo merecemos, nosotros tenemos una. Los padres del Oratorio a quienes debía nombrar los primeros, tienen una. Y es difícil y hasta imposible que las comunidades se mantengan sin ello en la uniformidad. Y qué desorden sería que unas se levantasen y quisiesen levantarse a una hora, las otras a otra! Sería desunión más que unión.

“Hasta hoy, hijas mías, habéis trabajado por vosotras mismas, y sin otra obligación por parte de Dios que dar cumplimiento a la orden que se os había dado. Hasta hoy, no habéis sido un cuerpo separado del de las Damas de la Caridad. Pero ahora, hijas mías, Dios quiere que seáis un cuerpo particular que, sin estar separado del de las Damas, no deja de tener sus ejercicios y sus funciones particulares.

“Hasta el presente habéis trabajado sin otras obligaciones que ésas; y ahora Dios os quiere unir más estrechamente por la aprobación que ha querido que tenga lugar de vuestro estilo de vida y de vuestras reglas por monseñor el ilustrísimo y reverendísimo arzobispo de París.

Aquí Vicente dio lectura a unos documentos analizados anteriormente, después procedió a la elección de las oficiales

“El primer artículo de vuestros estatutos dice pues que la Compañía estará compuesta de viudas y de jóvenes que elegirán a una de entre ellas para ser su superiora durante tres años; que ésta misma podrá también ser continuada otros tres años consecutivos, pero no más. Eso, entiéndase bien, no tendrá lugar más que después del fallecimiento de la Señorita.”

Aquí la señorita Le Gras se puso de rodillas y suplicó a Vicente que fuera desde ese momento. No, Señorita, respondió el santo. Vuestras hermanas y yo debemos pedir a Dios que os conserve la vida durante largos años. Él conserva de ordinario por medios extraordinarios a los que son necesarios para el cumplimiento de su obras, y si tenéis el debido cuidado, Señorita, hace más de diez años que no vivís ya, al menos de una manera ordinaria”.⁶¹⁶

⁶¹⁵ Conf. del 6 de enero de 1642.

⁶¹⁶ Estas palabras se explicarán más tarde a propósito de las cartas del santo sobre la salud de la señorita Le Gras. –Conf. del 30 de mayo de 1655..

En cuanto a las otras tres oficialas, bien que en virtud del reglamento, la elección debiera hacerse por la mayoría de sufragios, sin embargo, por la primera vez, él creyó que correspondía al fundador nombrarla él mismo. Así, él nombró primera asistente a Juliana Loret, tesorera a Mathurine Guérin, y despensera a Juana Gressier. Acta de este nombramiento fue levantada y firmada de todos los miembros de la asamblea. Vicente no quiso firmar más que el último, y él hizo pasar delante, no sólo a la señorita Le Gras y a las oficialas, sino a todas las hermanas presentes

La primera elección regular, es decir conforme a los estatutos, no se hizo hasta el 22 de mayo de 1657, martes de Pentecostés. Después de una conferencia sobre la importancia de elegir a buenas oficialas, sobre las cualidades requeridas en ellas y sobre el modo de proceder bien en la elección. Vicente, conformándose al modo de elección seguido por los Apóstoles para reemplazar a Judas, escogió dos nombres para cada oficio que sometió a los votos de todas las hermanas que tenían cuatro años al menos de vocación (exigió ocho años en lo sucesivo). Y antes de que cada una viniera a decirle en voz bajita la que ella había elegido, él pronunció esta oración: “Oh Jesús, señor de nuestras almas. Que sois quien ha escogido desde toda la eternidad a las hermanas que deben ser nuestras oficialas, concédenos la gracia de conocerlas. Oh Salvador, ellas han sido oficialas en vuestra vida eterna: dignaos acordaros de que son vuestras oficialas a las que vos os habéis elegido para el bien de esta Compañía. No os contentasteis con haberos formado una compañía para educaros a esposas, sino que habéis inspirado, además, dar oficialas que, con vuestra gracia, cooperen a su santificación. Bendito seáis por servirlos de ellas así! Dignaos pues, oh Señor, que nos dirijamos a vos, como en otro tiempo los Apóstoles, con motivo de la elección de una persona para ser apóstol; ellos os suplicaban que les dierais a conocer vuestra voluntad de esta manera: ‘Oh Señor, mostradnos al que habéis escogido para este ministerio!’ Hermanas mías, elevaos a Dios conmigo para pedirle la misma gracia; daos todas a él para no ver en esta acción más que su santa voluntad, y para dar vuestro voto a las que querríais habérselo dado a la hora de vuestra muerte.”

Luego él recogió los votos y proclamó el resultado de la elección: la hermana Juana de Lacroix era asistente, la hermana Genoveva Poisson tesorera, y la hermana Magdalena Mesnage despensera.” Quiera la bondad de Dios, añadió Vicente, recibir con agrado esta elección, y concederles la gracia de desempeñar bien sus obligaciones para la gloria y utilidad del prójimo!

Aquí, una de las oficialas se puso de rodillas y pidió perdón por las faltas que había cometido en su cargo, y por el escándalo que había dado a la comunidad. Dios os bendiga, hija mía, le dijo Vicente. La señorita Le Gras acaba de darme buenos informes de vos y de vuestra conducta, como así de las otras dos, de lo cual sea dada gloria a Dios! Pero tenéis razón en pedir perdón a nuestras hermanas por los malos ejemplos que pensáis haber dado durante la administración de vuestro cargo, ya que es difícil hacerlo tan bien que no se deslice siempre algo que enmendar. Es la práctica de las hijas de Santa María que la emplean con las que salen del cargo; y también se les da alguna penitencia; por eso pienso que es conveniente que hagamos lo mismo. Dios ha dado el pensamiento a esta hermana de hacer este acto para que nos acordemos de ello, en lo cual yo no pensaba. Dios os bendiga, hermana!

Habiendo seguido el ejemplo de la primera las otras dos oficiales salientes, el santo les impuso a todas de penitencia, y para obtener de Dios las gracias que necesitaban las hermanas recién elegidas, decir las letanías del santo nombre de Jesús, y oír al día siguiente la santa misa con la misma intención

VI. *Las constituciones.* Volvamos a las asambleas de mayo de 1655. Nombradas las oficiales, Vicente de Paúl pensó en nombrar a un director para las Hijas de la Caridad. Es verdad que no quería desprenderse del todo de su dirección, y le veremos, el resto de su vida, ocuparse de ellas como de su obra predilecta. Pero su edad avanzada y sus ocupaciones siempre crecientes no le permitían dirigirlas con entera regularidad, dio como director ordinario a estas hijas queridas al más antiguo y más querido de sus discípulos, Antonio Portail, el más penetrado del espíritu, de la prudencia y de la caridad del santo fundador

La Compañía así constituida en todas sus partes y en su gobierno, dio lectura de las reglas, comunes y particulares, de las que éste es un breve análisis:

I. –Del fin y de las virtudes fundamentales de su Instituto. Este fin es honrar a Nuestro Señor Jesucristo como la fuente y el modelo de toda caridad, sirviéndole corporal y espiritualmente en la persona de los pobres, sea enfermos, sea niños, sea prisioneros o demás, quienes, por vergüenza, no se atreven a aparecer como necesitados. Para corresponder dignamente a una vocación tan santa e imitar a un modelo tan perfecto, deben tratar de vivir santamente y trabajar con gran esmero en su propia perfección, uniendo los ejercicios interiores de la vida espiritual a los oficios exteriores de la caridad cristiana.

Aunque no estén en una religión, no siendo este estado conveniente a los oficios de su vocación, no obstante, como están mucho más expuestas en el exterior que las religiosas, no teniendo de ordinario por monasterio más que las casas de los enfermos, por celda una habitación de alquiler, por capilla la iglesia de la parroquia, por claustro las calles de la ciudad o las salas de los hospitales, por clausura la obediencia, por reja el temor de Dios, y por velo la santa modestia, se ven obligadas por esta consideración a llevar, por fuera o por dentro, una vida tan virtuosa, tan pura, tan edificante, como verdaderas religiosas en su monasterio.

Ente todo, tendrán en mayor estima la salvación de su alma que todas las cosas de la tierra; huirán del pecado mortal más que de la muerte y del pecado venial con todas sus fuerzas, y para merecer la recompensa prometida por Nuestro Señor a los sirvientes de los pobres, se dedicarán a adquirir las tres virtudes cristianas de humildad, de sencillez y de caridad, que son como las tres facultades de todo el cuerpo y de cada miembro, y como el alma propia de su Compañía.

Por otra parte, horror de las cosas del mundo, amor de las máximas de Jesucristo: por consiguiente, amor de la mortificación; desprecio de sí misma y de las cosas de la tierra; preferencia de los oficios bajos y repugnantes, del último lugar y del rechazo de los demás; desprendimiento de los lugares, de los oficios y de las personas, incluso de los padres y de los confesores; disposición a dejarlo todo a la voz de la obediencia; paciencia amorosa en las incomodidades, las contradicciones, las burlas y las calumnias; gran confianza en la Providencia, abandono a ella como niño a su nodriza.

II. –Sirvientas de los pobres, honrarán la pobreza de Nuestro Señor viviendo ellas mismas pobremente. Lo pondrán todo en común a ejemplo de los primeros cristianos y ninguna podrá disponer de los bienes de la comunidad, menos aún del bien de los pobres sin el permiso de la superiora en cosas ordinarias, del superior en cosas excepcionales⁶¹⁷. No pedirán ni rechazarán nada para ellas, remitiéndose en sus necesidades a la solicitud de las oficialas. De cerca y de lejos, ellas vivirán y vestirán de una manera uniforme y según el modelo de la casa principal. Enfermas, se contentarán en todo con lo ordinario de los pobres; ya que las criadas no deben ser mejor tratadas que sus señores.

III. –Ellas pondrán todos los medios, tanto interiores como exteriores, para poner su castidad a salvo no sólo de toda mancha, sino hasta de toda sospecha, ya que la sola sospecha, aunque mal fundada, será más perjudicial para su Compañía y para sus santos oficios que todos los demás crímenes que les sean falsamente imputados. Así pues, gran modestia, vista baja, en particular en el exterior, en las calles, en las iglesias; gran modestia incluso dentro de la casa, en sus recreaciones, en sus relaciones mutuas; vida ocupada hasta en sus momentos de descanso; -ninguna visita activa o pasiva, sino en caso de necesidad y con permiso, sino en compañía o a la vista de sus hermanas, con visita a Nuestro Señor al salir y al regreso; nunca en casa de personas sospechosas, ni siquiera so pretexto de caridad; nunca en el interior de su casa ni sobre todo de sus propias habitaciones, a no ser en caso de enfermedad; nunca visita de los confesores ni de los confesores a ellas, a no ser en el mismo caso y con las precauciones ordinarias; siempre gran recato en las palabras y en todo el exterior, conversaciones breves y edificantes; -gran sobriedad; -ayunos, exceptuadas las enfermas y las sirvientas de los enfermos; todas las vísperas de fiestas inhábiles de Nuestro Señor y de la santísima Virgen, menos el tiempo pascual; abstinencia todo los miércoles de Adviento, y el lunes y martes de quincuagésima; no más mortificaciones exteriores, incompatibles con sus trabajos, si no es con permiso, pero mortificaciones interiores siempre.

IV. –Obedecerán con sumisión de juicio y de voluntad, en todas las cosa en las que no se vea pecado, a los obispos en la diócesis en la que estén establecidas; al superior general de la Misión, superior de su Compañía, y a sus diputados; a la superiora, a las hermanas sirvientas⁶¹⁸ y demás oficialas,

⁶¹⁷ Los bienes de familia se quedan para las familias: la comunidad no tiene ningún derecho sobre el fondo, ni sobre las rentas.

⁶¹⁸ Se llaman hermanas sirvientas en la Compañía a las superiores de los establecimientos particulares, estando el título de *superiora* reservado a la única superiora general. esto se remonta al 20 de junio de 1642. En la conferencia de ese día, Vicente se acordó de haber oído, en el monasterio de las Anunciadas, -fundadas por santa Juana de Valois- llamar a la superiora *Ancelle* (del latín *Ancilla*): “Esto me hizo pensar, dice a sus hijas, que vosotras no llamaríais nunca en adelante a vuestras superiores con el nombre de *superioras*, sino que las llamaríais *sirvientas*. ¿Qué os parece?” “Todas aprobaron. “es el nombre que adopta el Papa, añadió Vicente, quien se llama el siervo de los siervos de Dios. Al parecer las superiores de la Compañía del Hôtel-Dieu, al principio de su fundación tomaban el nombre de *sirvientas* según el deseo de la buena señora Presidenta Goussault.” –Por lo demás, en toda circunstancia, el santo provocaba a las hermanas a practicar la santa igualdad cristiana. Así, en uno de sus consejos, les dijo un día: “Hace mucho tiempo que deseo y querría que nuestras hermanas hubieran llegado a un acuerdo de respeto entre ellas, que el mundo del exterior no pudiera nunca saber qué hermana es la hermana sirvienta. Ya que, fíjense, hijas mías, como Dios es uno en sí hay tres personas sin que el Padre sea más grande que el Hijo, ni el Hijo más que el Espíritu Santo; es necesario igualmente que las Hijas de la Caridad, que deben ser la imagen de la Santísima Trinidad, aunque sean muchas, no sean sin embargo más que un corazón y un

tan imperfectas y desagradables como agradables y perfectas, la obediencia dirigiéndose menos a las personas que a Jesucristo; a los párrocos de quienes recibirán la bendición de rodillas; a los confesores y eclesiásticos de sus parroquias; a los administradores y a los médicos de los hospitales; a todos los puntos de la regla, al primer sonido de la campana, voz de Nuestro Señor que las llama.

V.– Hijas de la Caridad, amarán a Dios y al prójimo, se estimarán y respetarán como hermanas a quienes ha unido Nuestro Señor para su servicio; por lo tanto, ni sentimientos de aversión y de envidia, ni palabras rudas ni molestas; apoyo mutuo en las imperfecciones, condescendencia con los caracteres y sentimientos contrarios, salvo en la ley de Dios y en la regla; en caso de ofensa, perdón pedido y recibido de rodillas en es mismo instante y lo más tarde por la noche; gran cuidado de las enfermas, consideradas como sirvientas de Jesucristo en su calidad de sirvientas de los pobres, sus miembros, como hermanas en tanto que hijas de un mismo Padre que es Dios, y de una misma madre que es su Compañía; asistencia a los funerales de las difuntas y, independientemente de las oraciones públicas, ofrenda a su intención de tres comuniones y de nueve rosarios.

VI.– A pesar de esta caridad mutua, huida de las amistades particulares más que de las antipatías; en lo demás cortar con la fuente ordinaria de las murmuraciones controlando la curiosidad sobre la dirección de la Compañía, de la comunidad o de las particulares; horror a la maledicencia como al silbido de una serpiente; observancia rigurosa del silencio en todos los tiempos prescritos; medios eficaces para guardar la caridad y la unión

VII.– Siendo su principal oficio servir a los pobres enfermos, ellas los servirán como a Jesucristo mismo, con tanta cordialidad, respeto y devoción, incluso a

espíritu, y que, como también, en las sagradas personas de la Santa Trinidad las operaciones, aunque diversas y atribuidas a cada una en particular tienen relación una a la otra, , sin que, para atribuir la sabiduría al Hijo y la bondad al Espíritu Santo, se entienda que el Padre esté privado de estos dos atributos, ni que la tercera persona no tenga el poder del Padre ni la sabiduría del Hijo, lo mismo es preciso entre las Hijas de la Caridad, la que sirve a los pobres tenga relación con la que sirve a los niños, y la de los niños con la de los pobres. y yo querría también que nuestras hermanas se conformaran en esto a la Santísima Trinidad, que como el Padre se da todo a su Hijo y el Hijo todo a su Padre, de donde procede el Espíritu Santo, así ellas sean todas una de la otra para producir las obras de caridad que se atribuyen al Espíritu Santo, para tener relación con la santísima Trinidad. Porque, ffjense, hijas mías, , quien dice caridad dice Dios; vosotras sois Hijas de la Caridad: por tanto debéis, en todo lo posible, conformaros a la imagen de Dios; que es eso donde tienden todas las comunidades que aspiran a la perfección. Y ¿qué hay en Dios? Hay, hijas mías, igualdad de personas y unidad de esencia. Eh, qué nos enseña esto sino que todas debéis mientras seáis no ser más que una e iguales. Que debe haber una superiora, una sirvienta, oh, esto debe ser para dar un ejemplo de virtud y de humildad a las demás, para ser la primera en hacerlo todo, la primera en echarse a los pies de la hermana, la primera en pedir perdón y la primera en dejar su opinión para seguir a la otra.” –Se ha advertido también, en este discurso, el culto del Espíritu Santo tan recomendado por Vicente. Es también hoy una de las principales devociones de las Hijas de la Caridad: comentario práctico del texto de san Pablo: *Charitas Dei difusa est in cordibus nostris par Spiritum Sanctum qui datus est nobis (Rom. V. 15)*. Antes de dársela a las hijas, Vicente se la había inspirado a la madre; la señorita Le Gras tenía un culto particular por la fiesta de Pentecostés, a la que se preparaba cada año con un retiro de diez días. “Siento, decía ella, un afecto muy particular por esta gran fiesta; su espera me es muy querida. Hace algún tiempo que recibí un gran consuelo, enterándome de un predicador que fue en ese día cuando Dios entregó su ley escrita a Moisés, y que en la ley de gracia había dado en ese mismo día a su Iglesia la ley de su amor y el poder de lograrlo. Y como en este mismo día ha querido Dios poner en mi corazón una ley que no ha salido de él nunca, yo desearía con toda el alma, si me fuera permitido, que en este mismo día me hiciera oír los medios de observar esta ley según su santa palabra.”

los más molestos y más repugnantes. Este servicio lo preferirán incluso a sus ejercicios espirituales. Tendrán cuidado del alma como del cuerpo de los pobres. en cuanto a los cuidados materiales y a las distribuciones de limosnas, se atenderán a las prescripciones que les hayan sido dadas o a la voluntad de los donantes. No prestarán ningún cuidado a los ricos, sino en caso de absoluta necesidad, y entonces, según su instituto, lo harán de forma que los pobres sean los primeros servidos

VIII.– Ellas no omitirán ni desplazarán sus ejercicios espirituales, sino a favor del servicio de los pobres, nunca por negligencia ni por inclinación a las cosas exteriores. Confesión de los sábados y vísperas de fiestas sólo con los confesores nombrados o autorizados por el superior; retiro y entrega de cuentas mensual; gran retiro anual; comunión de los domingos y de las fiestas; conferencia semanal. Tales son los ejercicios espirituales de la Compañía, a los que se han de añadir las prácticas de cada día

IX.– El último capítulo ordena el empleo del día. Se levantan a las cuatro, se acuestan a las nueve. En este intervalo dos meditaciones, dos exámenes particulares, un examen general, una lectura espiritual; el resto del tiempo se emplea en el servicio del prójimo o en trabajos manuales, reemplazados el domingo por ejercicios espirituales y el cuidado de la propia instrucción.; dos horas de conversación edificante, durante las cuales una hermana, dedicada a ello, dice de vez en cuando; “Acordémonos de la presencia de Dios!

A estas reglas comunes, practicadas por largo tiempo, antes de quedar codificadas, san Vicente añadió reglas particulares para las hermanas de las parroquias, las maestras de escuela, las hermanas de los pueblos, y las hermanas de los Hôtels-Dieu y hospitales

El reglamento de las hermanas de las parroquias se parece necesariamente mucho al reglamento de las cofradías de la Caridad. El santo les recomienda en particular el desinterés y la humildad. “Ellas tendrán mucho cuidado de no pensar, dice él, que los pobres les estén muy obligados por los servicios que ellas les hacen; sino que, por el contrario, ellas deben persuadirse de que ellas son las que les quedan muy obligadas, ya que por una pequeña limosna que les hacen, no ya de su propios bienes, sino tan sólo por un poco de cuidado, ellas se hacen amigos que tienen derecho a darles un día la entrada en el cielo; e incluso, en esta vida, reciben por ellos más honor y verdadero contento del que jamás se hubieran atrevido a esperar en el mundo; de lo que no deben abusar, sino entrar en confusión a la vista de su indignidad.

El reglamento de la maestra de escuela habla más, se presiente, de la instrucción cristiana de los niños y de la formación de sus costumbres, que de la instrucción humana, si bien ésta no está descuidada. A ella se le encomienda también no admitir a las niñas de los ricos sino en caso de necesidad, por ejemplo, si no hubiera otra maestra de escuela. Pero aun en ese caso, la maestra “actuará de manera que las pobres sean siempre preferidas a las ricas, y que éstas no desprecien a las demás.

Las hermanas encargadas del cuidado de los pequeños, al entrar por la mañana en su sala, deben ponerse de rodillas para ofrecer a Dios todos los servicios que van a hacer a la infancia de Nuestro Señor en la persona de estos pequeños, darles agua bendita, sugerirles actos de adoración, de

agradecimiento y de amor, vestirlos con limpieza, hacerles arrodillarse para orar a Dios, y renovar por la tarde los mismos piadosos ejercicios⁶¹⁹

Las hermanas de los pueblos, en número de dos por lo común, más aisladas que las demás, se deben amar y ayudar unas a otras más. Sus funciones son múltiples. Allí donde se encuentra una cofradía de la Caridad, entran con categoría de las hermanas de las parroquias; también dan escuela, pero escuela individual, nómada, de modo diferente, ya que instruyen a los mendigos de paso, ellas van a buscar a las pastoras a los campos, y les dan la lección mientras están ocupadas con el cuidado de sus rebaños o cuando los traen a los corrales

Las hermanas de los hospitales y Hôtels-Dieu, dependen, en lo espiritual, del superior general de la Misión; en lo temporal, de los administradores. Ellas se ocupan únicamente de sus servicio. Son alimentadas y mantenidas a expensas del hospital. Enfermas o caducas, siguen allí, como hijas de la casa; muertas, ellas son enterradas según su costumbre. No deben cuenta de sus servicios más que a los administradores. La hermana lleva nota de las entradas y de las salidas; es ella quien distribuye los oficios a las hermanas; si la comunidad está encargada de mantener el hospital, ella da cuenta a los administradores cuantas veces se lo pidan

En general las hermanas hospitalarias deben hacer concordar sus reglas comunes y oficios del día con el servicio espiritual y corporal de los enfermos, *posponiéndolo* todo no obstante al de Dios. Por lo demás, cada una tiene su oficio y por tanto sus reglas particulares; la hermana *servienta* o superiora, las hermanas encargadas de recibir y colocar a los enfermos, o de dar el pan y el vino, o de servir a los débiles, , o de cuidar de la vajilla,, las hermanas vigilantes, las del lavadero, las encargadas del hábito de los muertos, las sepultureras, a cada una, aparte de las reglas de conducta de alguna forma materiales, Vicente da avisos cristianos para sobrenaturalizar su oficio. Así, la sepulturera debe acordarse de Nuestro Señor que quiso ser sepultado él mismo; la *panadera*, de la Providencia que alimenta a los hombres, y de la multiplicación de los panes; la vigilante de las velas de Nuestro Señor, en el Huerto de los Olivos

Acabada esta lectura, Vicente continuó; “Hemos querido, hijas mías, que se dijera de vosotras lo que se dijo de Nuestro Señor, que él comenzó a hacer y luego a enseñar. Lo que acabáis de oír, hijas mías, ¿no es acaso lo que hacéis hace veinticinco años? ¿Hay algo que no hayáis hecho? No, por la misericordia de Dios; y lo habéis hecho antes de que se os mandara, al menos de una manera expresa; ya que el difunto papa me lo había encarecido; pero ahora lo haréis porque se os impone

“Cuando Nuestro Señor vino al mundo a traer su ley, hacía mucho tiempo que Dios había enviado a Moisés, a quien había dado una ley que era la figura de la de Jesucristo. El pueblo judío la observó siempre. Pero cuando nuestro Señor dio la suya, todos la acogieron, no porque Nuestro Señor haya destruido la primera, ya que los mismos mandamientos que estaban en la antigua están en la nueva, pero él la perfeccionó

⁶¹⁹ Arch. del Estado, S. 6170.

“Pues bien, hijas mías, ved unas reglas que, por la misericordia de Dios, estando aprobadas, os convierten en una cofradía de la Caridad separada de la cofradía de las Damas, a las que estabais siempre ligadas hasta hoy. Ellas no os apartan de la de las Damas, a las que estáis siempre sometidas en lo que concierne al servicio de los pobres enfermos; pero os hacen diferentes en vuestro modo de vivir, de manera que la cofradía que teníais con las Damas no es para vosotras más que como la ley de Moisés es con relación a la ley de Nuestro Señor Jesucristo. Y debéis considerar estas reglas como dadas por la mano de Dios mismo, ya que es por la orden de Monseñor el arzobispo de quien dependéis

“Qué consuelo para vosotras, hijas mías, ver tales efectos de la conducta de dios sobre vosotras! Devolvedle el favor observando estas reglas, y también sintiéndoos obligadas más estrechamente a observarlas, ya que ha sido del agrado de su divina bondad que se os dieran, para testimoniaros y aseguraros de que las acepta. Que vuestra primera comunión sea para agradecersele; y hasta vuestras tres comuniones próximas se hagan a esta intención, y también para agradecerle la gracia singular de vuestra vocación, y pedirle nuevas gracias para trabajar con nuevas fuerzas por su gloria y por el cumplimiento de su obra

“Cuando Moisés hubo entregado la ley al pueblo de Israel y visto el deseo que tenía de seguirla, él le dijo: “Pueblo, esta ley os es dada por Dios; si la observáis, os prometo de su parte mil bendiciones en todas vuestras obras: bendiciones cuando estéis en vuestras casas, bendiciones cuando salgáis; bendiciones en vuestro trabajo, bendiciones en vuestro descanso; bendición en lo que hagáis, bendición en lo que no hagáis; en una palabra, todas las bendiciones abundarán sobre vosotros y en vosotros. Si, en lugar de guardarle, la despreciáis, os prometo todo lo contrario de lo que yo acabo de deciros; porque tendréis maldiciones en vuestras casas, maldiciones afuera; maldiciones en todo lo que hagáis, maldiciones en lo que no hagáis; en una palabra, todas las maldiciones vendrán a vosotras y sobre vosotras

“Lo que Moisés dijo al pueblo de Israel, os lo digo yo, hijas mías, Éstas son las reglas que se os han enviado de parte de Dios. que si las observáis fielmente, todas las bendiciones del cielo se derramarán sobre vosotras: tendréis bendición en el trabajo, bendición en el descanso, bendición al entrar, bendición al salir; bendición en la que hagáis, bendición en lo que no hagáis, y todo se llenará de bendiciones para vosotras. Que si, –no lo quiera Dios- hubiera alguna que no entrara en este plan, yo le digo lo que Moisés a los que no cumplieran la ley que les enseñaba de parte de Dios: tendréis maldición en la casa, maldición afuera, maldición en lo que hagáis, maldición en lo que no hagáis; en una palabra, todo estará lleno de maldiciones para vosotras

“Os dije en alguna ocasión, hijas mías, que quien sube a un barco para realizar un largo viaje debe someterse a todas las leyes de la navegación ; de otro modo está en grave peligro de perecer. Sucede lo mismo con las personas que son llamadas por Dios a vivir en comunidad: ellas corren un gran riesgo de perderse, si no observan las reglas. Por la misericordia de Dios, creo que no hay una entre vosotras que no esté en el proyecto de practicarlas. Pero ¿es verdad, estáis todas en esta disposición?

- Sí, Padre mío.

“Cuando Moisés dio la ley al pueblo de Israel, este pueblo estaba de rodillas como yo os veo ahora .Espero que su misericordia infinita secundará vuestros deseos, concediéndooos la gracia en cumplir lo que pide de vosotras. Hijas mías, ¿no os entregáis de todo corazón a él para vivir en la observancia de las s antas reglas que ha querido daros?

“- Sí, Padre mío.

“No queréis de todo corazón vivir así y así morir?

“- Sí, Padre mío.

“Pido a la soberana bondad de Dios que quiera por su infinita misericordia, derramar abundantemente toda clase de gracias y bendiciones sobre vosotras, para que podáis cumplir a la perfección en todo el deseo de su santa voluntad en la práctica de vuestras reglas. Pido a la santísima Virgen que interceda ante su querido Hijo por todos nosotros u y nos dé las gracias necesarias para ello. Virgen santa, que habláis por los que no tienen lengua y no pueden hablar, nosotros os pedimos, estas buenas mujeres y yo, que asistáis a esta pequeña Compañía. Continudad y acabad una obra que es la más grande del mundo. Yo os lo pido por las presentes y por las ausentes; y a vos, Dios mío, os hago esta petición por los méritos de vuestro Hijo Nuestro Señor Jesucristo. Acabad la obra que habéis comenzado; continuad vuestra santa protección con la que habéis querido culminarla hasta el presente. Conceded, os rogamos, a todas estas buenas hijas la gracia de la perseverancia final, sin la cual ellas no podrán nunca gozar del mérito que yo espero, Dios mío, que vuestra bondad dará a las que sean fieles a su vocación.”

Entonces muchas hermanas pidieron perdón por las faltas que habían cometido contra las reglas; después de lo cual el santo añadió:

“Pido a Nuestro Señor de todo corazón, hijas mías, que os perdone todas las faltas que hayáis cometido. Y yo miserable, que no guardo las mías, yo le pido perdón también, y a vosotras, hijas mías, Cuántas faltas he hecho respecto de vosotras en lo que concierne a vuestra obra! Os ruego que pidáis a Dios que me perdone. Y para eso, rogaré a Nuestro Señor Jesucristo que os dé él mismo su santa bendición, y no pronunciaré hoy sus palabras, porque las faltas que he cometido contra vosotras me hacen indigno de hacerlo. Pido pues a Nuestro Señor que sea él.”

Aquí el santo se prosternó y besó el suelo A estas palabras y a la vista de esto,, la señorita Le Gras y todas las hermanas, vivamente afligidas porque su Padre se negaba a darles su bendición, se unieron para arrancársela con una santa violencia. Después de persistir en su negativa por mucho tiempo más, Vicente dijo por fin: “Vosotras lo queréis, hijas mías. Pedid pues a Dios que no se fije en mi indignidad ni en los pecados de los que soy culpable, sino que, compadeciéndose de mí quiera derramar sus santas bendiciones sobre vosotras al mismo tiempo que yo pronuncio las palabras: *Benedictio Dei Patris*, etc.⁶²⁰.”

Esta gran escena, digna de la que hemos descrito al contar la entrega de las reglas a los sacerdotes de la Misión, el 17 de mayo de 1658, nos hace asistir a las conferencias entre san Vicente y las Hijas de la Caridad, en las que el abandono no restaba nada al respeto, la familiaridad en lo sublime, el drama, el

⁶²⁰ Conf. del 30 de mayo de 1655.

diálogo, a la autoridad y a la conducta del venerado director. Se ve también cuál era la naturaleza de estas reuniones y el orden que se observaba en ellas. Vicente señalaba por adelantado el tema que se debía tratar. Todas pensaban en él durante la oración. Llegado el día, él comenzaba por preguntar a un gran número: cada una respondía con sencillez, a veces con aquella elevación de pensamientos que Dios se complace en comunicar a los sencillos. Vicente alababa, comentaba las respuestas; después tomaba la palabra en su nombre, y con un discurso seguido trataba el asunto del día. Estas jóvenes acudían de todas los puntos de Paría a oírle, le escuchaban con avidez y recogían todas sus palabras. De esta forma nos han conservado más de cien de estas conferencias, que existen todavía hoy, después de la sagrada Escritura, la Biblia de las Hijas de la Caridad.

VIII. *Explicación de las reglas.* A partir de la memorable sesión del 30 de mayo de 1655, hasta la víspera de su muerte, Vicente, ya octogenario, explicó sus reglas casi todas las semanas en su conjunto y en sus detalles, en su alcance general y en cada uno de sus artículos

Muchas veces ya, desde el año 1654 y hasta este año de 1655, había dado explicaciones sumarias, a la espera de redactarlas por escrito y remitírselas a cada casa para servir de continua lectura y de objeto ordinario de meditación. Repitió estas charlas de una manera más seguida y más detallada a partir de su redacción definitiva

Habló primero de la necesidad de las reglas, necesidad de toda compañía, medio de agradar a Dios; y expuso los motivos de ser fieles a ellas. de esta fidelidad, conservada o violada, depende la salvación o la condenación, no solamente de las hermanas, sino de un gran número de pobres al servicio de los cuales serán asignadas, depende también el futuro de la Compañía. Las primeras hermanas son el comienzo de un gran bien que irá en aumento y durará a perpetuidad, y al contrario declinará y acabará por aniquilarse, siguiendo el ejemplo y la forma que ellas den a las que vengan detrás de ellas, Cual es el fundamento, tal el edificio. “Cuando Salomón quiso edificar el templo de Dios, puso en los fundamentos piedras preciosas, para dar a entender que lo que quería hacer era muy excelente. La bondad de Dios quiera concederos la gracia, a vosotras que sois el fundamento de esta Compañía, de ser eminentes en virtudes, pues no podría persuadirme que quisierais causar un daño a las os seguirán; y que como los árboles no dan frutas más que según su especie, todo parece indicar que las que vengan detrás de vosotras no aspirarán a una mayor virtud que la que hayáis practicado vosotras. Si es del agrado de Dios dar su bendición a este comienzo, sed también más virtuosas⁶²¹.

Estas reglas por otro lado son de Dios, porque es él quien ha hecho la Compañía. “Qué obra, hijas mías, existe que él haya hecho más que la vuestra? ¿Quién, en el mundo, hubiera sabido hacerla como él la hizo? y ¿cómo habría podido Dios mismo hacerla mejor? En primer lugar él recogió a jóvenes pobres del campo, y si hubiera recogido a ricas, habrían hecho ellas lo que hacéis vosotras? ¿habrían servido a los enfermos en los servicios más bajos y más penosos? ¿se habrían prestado a llevar una marmita por la ciudad y un cuévano al mercado para las provisiones? Y, si bien, por la gracia de Dios,

⁶²¹ Conf. del 31 de julio de 1654.

las haya entre vosotras quienes de bastante buena condición, ¿es fácil de creer que habrían abrazado vuestro estilo de vida del principio? Después de esto, ¿podía Dios hacerlo mejor que poner entre vosotras la frugalidad que se observa? ¿No es acaso una señal sensible de que él ha hecho él ha hecho vuestra obra? Puesto que, hijas mías, si hubierais estado bien alimentadas y hubierais sido tratadas con carnes delicadas, oh la naturaleza, que busca siempre sus comodidades, no se habría preocupado de ir a socorrer a los demás; vosotras os habríais pasado holgazaneando con buena comida, y además no os habrían deseado ni querido en ningún lugar. ya veis, hijas mías, cómo convenía que hicierais poco gasto para no servir de carga a los lugares de donde os pidieran. Ha sido preciso necesariamente que tuvierais esta frugalidad de vida que os sirve de señal muy segura que vuestra obra es la de Dios⁶²²...

“...Oh qué motivos tan grandes tenéis de humillaros a la vista de los designios que parece tener sobre vosotras! Si supierais...¿os lo diré, hijas mías? Dudo que deba hacerlo, por temor a que algunas se enorgullezcan: es sin embargo muy propio para animaros, ya que es para su gloria. Sí, mis queridas hijas, los designios que Dios parece tener sobre vosotras son todos para su gloria.

“Habla pues uno de estos días a un gran siervo de Dios, y me dijo que no veía nada más útil en la Iglesia que vuestra Compañía. Bueno pues, ¿qué pensáis que os ha conseguido en el espíritu del mundo esta gran reputación de la que disfrutáis? Es, hijas mías, la práctica de vuestras reglas, y ella sola podrá conserváros la. Manteneos en ello firmes, y no faltéis ni en un solo punto; todo abandono en este sentido os sería muy perjudicial

“Sin duda que habéis oído hablar de los navegantes cuando están en alta mar, y a veces a más de quinientas leguas de tierra. Pues bien, están en perfecta seguridad mientras observen las reglas de la navegación; pero si se equivocaran, o las velas anduvieran a destiempo, entonces correrían gran riesgo de perderse. Lo mismo sucede, hijas mías, en todas las comunidades, y en particular en la vuestra. Es una pequeña embarcación que navega en pleno mar, pero en un mar muy peligroso y en el que los peligros son múltiples. Vuestra fidelidad a vuestra vocación, vuestra buena conducta y la práctica mantenida de vuestras reglas constituyen toda vuestra seguridad. No temáis pues, que estéis en la misma embarcación donde Dios os ha hecho entrar mediante su inspiración; un buen piloto os es necesario para que vigile por vosotras mientras dormís

“Y ¿quiénes pensáis que sean los pilotos tan necesarios para conducir vuestra nave? Vuestros superiores, hijas mías, que deben avisaros de todo lo que tenéis que hacer para llegar felizmente al puerto. Tendréis este honor si les obedecéis puntualmente y si sois fieles a la práctica de vuestras reglas⁶²³.

Otros motivos de fidelidad, es que están conformes al Evangelio, puesto que, como él, descansan sobre la pobreza, el desprendimiento, el desprecio de sí misma; que es difícil perseverar en su vocación cuando se tiene la desgracia de menospreciarlas; que son a la vez meritorias y satisfactorias; que son a la vez meritorias y satisfactorias; que son fáciles ya en el empleo del día, ya en la

⁶²² Conf. del 30 de mayo de 1647.

⁶²³ Conf. del 22 de enero de 1645.

práctica de sus prescripciones, fáciles en cuanto tienen de precepto, en lo que tienen de consejo; fáciles sobre todo en comparación con las reglas mucho más duras de las Carmelitas o de las Hijas de Santa María; es que por último son necesarias para llegar a la perfección, tan necesarias como al ave las alas para volar

“Advertid bien esto, hijas mías, que vuestras reglas os servirán de alas para volar a Dios, como las aves se sirven de las suyas sin que les pesen. Lo mismo sucede con las Hijas de la Caridad: tienen sus reglas, y sus reglas son las alas de las que se sirven para volar a Dios cuando tienen la suerte de practicarlas con fidelidad. Si pues una Hija de la Caridad no tiene sus alas, es decir sus reglas delante de sus ojos para practicarlas exactamente, oh se puede decir que es una hija pedida. Y así pues, es de desear que vosotras y yo, hijas mías, tengamos siempre los pensamientos y los sentimientos del bienaventurado Juan Berckmans a quien tengo por santo: ‘O morir o guardar mis reglas’, decía; tan recomendables eran para él⁶²⁴

Los medios para observar las reglas son la oración, la resolución firme, su lectura meditada; “ Así como es agradable mirar un bello jardín lleno de todas clases de flores, así os debe gustar pensar a menudo en vuestras reglas, que son otras tantas flores como en el jardín de Nuestro Señor, vuestro Esposo,; él os invita a recogerlas, y esto es lo se hace por el pensamiento; pues, como una persona que se deleita en considerar las flores de un jardín las traslada así misma, así las Hijas de la Caridad que tengan el gusto de considerar sus reglas harán que sus pensamientos en este asunto sean otras tantas flores que trasladarán a sí mismas, que las harán agradables a Dios, y les facilitarán los medios de guardarlas.” Estos medios son también el retiro anual y mensual, y particularmente el amor a la corrección, el deseo de ser avisada de todas sus faltas. “En cuanto a mí, decía el santo, yo estoy a cargo del Sr. d’Horgny, y a él le corresponde avisarme de las faltas que yo pueda hacer.” Y citaba a una buena Hija de la Caridad que había pedido a una de sus hermanas que le contara todas sus falta a la Señorita (Srta. Le Gras, como se la llamaba), en nombre de una pequeña imagen de la Virgen que le enviaba; y añadía: “tales son, hijas mías, los sentimientos de una de entre vosotras. Ah ¿qué os parece? Acaso puede ella pedir algo que crea serle muy útil con mayor insistencia? Contadle todas mis faltas a la Señorita, y para obligaros, mirad, dijo, una imagencita de la Virgen que os mando y que os convidará por los méritos de su Hijo. Pero notad sobre todo que ella da para obligar a una persona a contar sus faltas, y da una imagencita de la Virgen, a la que talvez se sentía muy apegada, para que, si su hermana se olvidara de su petición, esta imagen al menos se lo recordara. Oh que Dios la bendiga!⁶²⁵

Después de estos aviso generales, el santo comenzó la explicación detallada de las reglas

“Primeramente se ha creído conveniente, hijas mías, que siguierais con el nombre de cofradía o sociedad y, como acabáis de oír leer, Monseñor el arzobispo lo ha ordenado así, por temor a que si os hubiera dado en su lugar el nombre de congregación, se encintrarian algunas de vosotras, en lo futuro,

⁶²⁴ Conf. del 30 de mayo de 1637, 1º y 8 de agosto de 1865.

⁶²⁵ Conf. del 18 de octubre de 1654.

que quisieran cambiar la casa en claustro y hacerse religiosas, como lo han hecho las Hijas de Santa María⁶²⁶

“Dios ha permitido que unas jóvenes pobres sucedieran a estas Damas; y como es de temer que con el tiempo se encontrara algún espíritu mal hecho quisiera introducir cambio en vuestra Compañía, sea en vuestros hábitos sea en vuestro estilo de vida, en vuestra toca, por ejemplo, diciendo: ‘Qué, cubrírnos de esta forma para ir a ver a los pobres! de verdad, es ridículo, necesitaríamos otra toca y un pañuelo al cuello para cubrírnos mejor!’ O hijas mías, si quisieran alguna vez persuadiros de semejantes cosas, rechazadlas muy lejos de vosotras, y responded valientemente que queréis tener la corona que Dios había prometido a las a las Hijas de Santa María. No consintáis nunca cualquier cambio, y tomad toda propuesta que se os haga como un veneno capaz de perderos. Decid siempre, y decidlo con calor, que el nombre de Sociedad o de Cofradía os ha quedado, para que seáis estables en el espíritu que Dios os ha dado desde su cuna. Oh os lo suplico con todo el afecto de mi corazón. En los comienzos los religiosos de san Francisco hacían como vosotras y se ganaban la vida. Cierta día, san Francisco, contento y admirado por las grandes bendiciones que Dios derramaba sobre su orden, el diablo se le presentó y dijo: “Yo echaré por tierra tu orden, colocaré en ella a gentes de condición y a gentes sabias que la echarán abajo y abolirán todas las buenas máximas que se observan”; y, en efecto, se necesitó reformar esta orden; esto os hace ver , hijas mías, que allí donde debe observarse una verdadera pobreza, las gentes de condición son muy peligrosas, ya que esta pobreza es muy contraria a su nacimiento

“Yo sé sin embargo que hay ya entre vosotras algunas de esta extracción, pero sé también que ellas cumplen muy bien su deber. Dios sea bendito por ello! Por lo demás, hijas mías, no las recibáis nunca si no tienen buena voluntad de vivir según las reglas y máximas de vuestra Compañía⁶²⁷

⁶²⁶ Una palabra para explicar las continuas alusiones del santa a las hijas de Santa María. El primer pensamiento de las hijas de la Caridad le vino a san Francisco de Sales, cuando pensaba echar los fundamentos de su orden de la Visitación, él quería que sus Hijas no estuviesen sometidas a la clausura, que salieran al exterior para el servicio de los enfermos y de los pobres, juntando así la vida de Marta con la de María, las obras exteriores de la caridad con el descanso de la contemplación. “Mi designio, decía él más tarde, había sido siempre unir estas dos cosas por un temperamento tan justo que en lugar de destruirse ellas se ayudarían mutuamente, que una mantuviera a la otra y que las demás hermanas trabajando en su propia santificación, procuraran al mismo tiempo el alivio y la salvación del prójimo” Pero su amigo de Marquemont, arzobispo de Lyon, creyó que para fundar en nuevo instituto sobre fundamentos sólidos era preciso absolutamente ordenar la clausura, prescribir votos solemnes, y erigir la congregación en orden religiosa. “Actualmente, decía él, no se podría desear más fervor, pero es tal la debilidad y la inconstancia humana que no se puede esperar una perseverancia duradera en un estado en un estado en que la naturaleza sufre y se siente incómoda; que hay por, el contrario, que temerlo todo que la libertad de salir introduzca la disipación y el relajamiento, tal vez hasta la licencia y el desorden, y que los votos simples no sean lo suficiente fuertes para detener la inclinación natural hacia el cambio. “ Francisco el más dulce y el más dócil de los hombres, sacrificó su primer plan a los consejos del arzobispo, lo cual, en lo sucesivo, le hacía decir con su agrado ordinario: “Me llaman el fundador de la Visitación, ¿hay algo menos razonable? He hecho lo que no quería hacer, y he deshecho lo que quería hacer.” -*Vie de saint François de Sales*, por el Sr. Hamon, párroco de Saint Sulpice, t. II, p, 73-

Pero la Iglesia debía enriquecerse así con una nueva orden religiosa, sin que los pobres perdieran nada en ello. admirable economía de la Providencia! Fue Vicente, a quien Francisco de Sales encargó de dirigir la Visitación de París, y fue Vicente quien recogió el proyecto de Francisco de Sales –y con qué éxito- en la institución de las Hijas de la Caridad.

⁶²⁷ Conf. de los 1º y 8 de agosto de 1655.

Vuestros estatutos dicen también que seréis una cofradía que lleve el nombre de Hermanas de la Caridad, sirvientas de los pobres enfermos... Oh qué hermoso título, Dios mío, el hermoso título, la hermosa cualidad! Oh hijas mías, ¿qué habéis hecho por Dios, para merecer el título glorioso de sirvientas de los pobres? Oh es tanto como decir sirvientas de Jesucristo, ya que toma como hecho a él mismo todo lo que se hace a sus miembros. Él no ha hecho por otra parte otra cosa que servir a los pobres. Conservad pues, hijas mías, conservad el hermoso título que él os ha dado, es el más hermoso y el más favorecedor que nunca pudierais tener

“No se si os he dicho ya cuál es el título o la calidad que toma el papa: la más hermosa y la mas venerable de las que se sirve en la expedición de los asuntos importantes es la de *siervo de los siervos de Dios*. Él firma Clemente o Urbano...siervo de los siervos de Dios; y vosotras, hijas mías, vosotras firmaréis: sirvientas de los pobres enfermos, que son los amados de Jesucristo

Cuando san Francisco dio su regla, tomó el nombre de Menor, que quiere decir pequeño. Bueno pues, si este gran patriarca se dice pequeño, ¿no debéis vosotras tener en gran honor imitarle y llamaros las sirvientas de los pobres?⁶²⁸

“...Oh qué afortunadas sois, hijas mías, que dios os haya destinado a una ocupación tan grande y tan santa! Los grandes del mundo se creen felices cuando pueden emplear en ello una pequeña parte de su tiempo; y vosotras sois testigos, vosotras en particular, nuestras hermanas de San Sulpicio, con qué celo y qué fervor sirven a los pobres estas buenas princesas y estas grandes damas a quienes acompañáis. Oh hijas mías, cómo debéis estimar vuestra condición, ya que todos los días y a todas horas tenéis ocasión de practicar las obras de caridad que son los medios de que Dios se ha servido para santificar a muchas almas. Un san Luis, hijas mías, con una humildad verdaderamente ejemplar, ¿no ha ejercido el servicio de los pobres en el Hôtel-Dieu de París, lo que ha contribuido mucho a su santificación? ¿Acaso no han buscado todos los santos y tenido como buena obra prestar el mismo servicio a los pobres? Humillaos pues cuando la ejercitáis esta misma caridad, y pensad a menudo, hijas mías, que Dios os ha dado una gracia por encima de vuestros méritos. Si es por esto por lo que el mundo os quiere y honra, cuánto más debéis admirar lo que Dios hace por vosotras! Acabo de ver a la reina quien me ha hablado de vosotras muy favorablemente; lo que me sugiere, hijas mías, los motivos que tenéis para temer ser infieles a Dios y a sus gracias, si no hacéis todos vuestros esfuerzos para practicar las reglas que os manda entregar⁶²⁹.

De esto, el santo pasó a la explicación del fin de la Compañía

“Ahora bien, es preciso que sepáis, hijas mías, que entre todas las compañías que sirven a Dios más particularmente, cada una tiene su fin principal, como en un reino cada profesión tiene su oficio particular

“Los cartujos, por ejemplo, tienen por fin particular una gran soledad... una continua prisión por el amor de Jesucristo; los capuchinos, la pobreza de Nuestro Señor, que practican en sus hábitos, su calzado y demás; las carmelitas, una gran mortificación, para agradar a Dios, para hacer penitencia y

⁶²⁸ Conf. del 30 de mayo de 1655.

⁶²⁹ Conf. del 14 de junio de 1643.

rogar por la Iglesia; las Hijas del Hôtel-Dieu, la salvación de los pobres enfermos

“Vosotras, hijas mías, vosotras os habéis entregado a Dios principalmente para ser buenas cristianas, para ser buenas Hijas de la Caridad, para asistir a los pobres enfermos, no a algunos y en una casa solamente, como las del Hôtel-Dieu, sino acudiendo a encontrarlos en su casa y asistiéndolos a todos con gran esmero, como hacía Nuestro Señor, sin acepción, porque asistía a todos los que acudían a él. Lo que viéndolo Dios, dijo: ‘Estas hijas me placen, qué bien han cumplido este oficio, quiero darles un segundo’, y es el de los pobres niños expósitos, que no tenían a nadie que los cuidar. Y como vio que habíais abrazado este empleo con caridad, dijo: ‘Yo quiero darles otro más’; sí hijas mías, y Dios os le ha dado sin que sin que hubieseis pensado en ello, ni la señorita Le Gras, no más que yo. Pero ¿cuál este otro empleo? Es la asistencia a los pobres forzados. Oh hijas mías, qué dicha para vosotras servirlos, a ellos que están abandonados en manos de personas que no sienten ninguna piedad. Yo los he visto, a esta pobre gente, tratados como bestias. Otro empleo que ha querido daros también es el de asistir a estos pobres ancianos en nombre de Jesús y a esta pobre gente que ha perdido los ánimos⁶³⁰. Qué suerte y qué gran favor! Sabéis, hijas mías, que Nuestro Señor quiso experimentar en su persona todas las miseria imaginables; pues la Escritura dice que quiso pasar como escándalo para los Judíos y locura para los gentiles, con el fin de mostraros que le podéis servir en todos los afligidos. Es necesario que sepáis que él está en estos pobres extenuados, privados de la razón, como en todos los demás pobre, y que digáis cuando vais a verlos: ‘Voy a estos pobres para honrar en ellos la sabiduría increada de un Dios que ha querido ser tratado de insensato’

“Estos son vuestros fines, hijas mías, hasta el presente: No sabemos si viviremos lo suficiente para ver si Dios da nuevos empleos a la Compañía; pero sabemos bien que si vosotras vivís de conformidad con el fin que nuestro Señor pide de vosotras, si desempeñáis como es debido vuestras obligaciones, en cuanto al servicio de los pobres como a la práctica de vuestras reglas. Oh Dios bendecirá cada vez más vuestros ejercicios y os conservará

“Para llegar a vuestro fin, debéis preguntaros con frecuencia a vosotras mismas, a ejemplo de san Bernardo: ¿Por qué ha instituido Dios la compañía de las Hijas de la Caridad? ¿Por qué me ha llamado a mí?’ y luego responderos: ‘Para honrar a Nuestro Señor, para prestarle servicio en la persona de los pobres, y para hacer todo en lo que Dios ha resuelto emplearme

“Así es como conviene que os portéis para ser buenas Hijas de la Caridad y para ir por todas partes donde Dios quiera, y por todas partes adonde os llamen, sea en África, sea en las Indias, sea en los ejércitos. Nuestro Señor no ha hecho otra compañía para servirle en la persona de los pobres enfermos, de la manera que vosotras estáis obligadas a hacerlo; elle debe pues ser más de él que de vosotras mismas; lo que hace que os llamen hijas de la Caridad, es decir hijas de Dios. humillaos, rebajaos por debajo de todo el mundo, al ver que Dios quiere servirse de jóvenes pobres de pueblo para realizar tan grandes cosas. Humillaos delante de Dios, y estad listas a abrazar todos los empleos que su divina Providencia os prepare: es lo que yo no puedo recomendaros

⁶³⁰ Se hablará más tarde de todos estos empleos.

demasiado, ya que ése es el fin de vuestra Compañía y que, cuando faltéis, adió a la caridad.”

Bien aclarado el fin de la Compañía, Vicente determina su verdadero estado: “Hijas mías, vosotras no sois religiosas, y si se encontrara entre vosotras algún espíritu embrollón que dijera: ‘Habría que ser religiosas, es mucho más hermoso’; ah, hermanas mías, la Compañía estaría en la extremaunción. Temed, hijas mías, y mientras viváis no permitáis este cambio; llorad, gemid, y ponédselo bien claro a los superiores, no lo consintáis de ninguna forma, porque quien dice religiosas dice un claustro, y las Hijas de la Caridad deben ir a todas partes

Pero aunque no seáis religiosas, debéis ser tanto o más perfectas que ellas. ¿Y eso cómo? Así, mirad: las disposiciones de cada uno deben tener relación con las gracias que recibe de Dios. ¿Hay religiosas que hayan sido tan favorecidas como vosotras? Las Hijas del Hôtel-Dieu sirven a las enfermas en sus casas; las ursulinas instruyen a jóvenes escolares, de ordinario de condición; pero vosotras, vosotras servís a los enfermos en todas partes; instruís no sólo a los ricos, sino a los pobres; no sólo en vuestras escuelas, sino en todas partes donde las encontráis. Yo lo digo pues con todo el respeto que debo a estas grandes religiones que estimo mucho; ; debéis tener más virtud que ellas, porque Dios pide más de vosotras. ¿Por qué más? Es que hallándose enclaustradas, no tienen las ocasiones de hacer el mal, y que incluso, si quisieran hacer el mal, la reja, que está siempre cerrada, se lo impediría; en cambio no hay nadie que ande por el mundo como las Hijas de la Caridad, ni que tenga tantas ocasiones de perderse como vosotras, hermanas mías; si no se necesita más que un grado de perfección a las religiosas, a las Hijas de la Caridad les hacen falta dos⁶³¹.

He ahí su fin y su estado. Para cumplir uno y otro les hace falta, en todas sus acciones, humildad, sencillez y caridad, en las visitas, en la oración, en la mesa como en otras partes.”Ay, Dios mío, se deben de decir, yo no merezco ir a comerme el pan de los pobres ni estar en la compañía de mis hermanas, ya que ellas sirven a los pobres mucho mejor que yo que no valgo para nada.” Conviene sin embargo después de hacer esta reflexión sobre su indignidad, despertarse enseguida con un acto de amor de Dios, y decirse: “Aunque no sea digna de hacer tal cosa, la haré a pesar de todo porque Dios lo quiere, para agradecerle y porque desea que lo haga.

De la misma forma, cuando se va a ver a los enfermos, decirse en sí misma: “Ah, qué miserable soy, ¿cómo me atrevo a ir a este pobre, yo que estoy más enferma delante de Dios que él? Si tantas almas santas tuvieran el poder de hacerlo, ellas se despacharían mucho mejor que yo”; después de lo cual, levantar el ánimo con el pensamiento siguiente: “Voy allá por el amor de Dios. Oh qué suerte haber sido elegida para un oficio tan santo!

Sí, es la intención la que eleva y vivifica todas las obras. “Se dice de cierta piedra que llaman filosofal, que lo que toca se convierte en oro. Mis queridas hermanas, todo lo que hagáis, si lo acompañáis de estas tres virtudes, se

⁶³¹ Conf. del 2 de noviembre de 1655.

cambiará también todo en oro; y así todas vuestras acciones serán agradables a Dios y a los ángeles⁶³².

Además. horror a las máximas del mundo, amor a las de Jesucristo. “Por ejemplo, una joven que tiene espíritu, que es sensata, gentil, agrada al mundo, porque el mundo estima y ama todas estas cualidades. Los hijos de Nuestro Señor, por el contrario, las deben despreciar, porque Nuestro Señor mismo no les hace ningún caso. Eh, ¿cómo iba a estimar el Hijo de Dios la belleza del mundo, él que no ha valorado la suya, aunque fuera la belleza misma? ... Un día hablando a una religiosa me contó que algunas personas le habían dicho que tenía unas manos bellas; eso le producía gran pena: ‘Me temo, dijo ella, que el diablo me las haya dado para perderme.’ Ved, hermanas mías, qué sentimiento tenía esta joven de sus manos y la estima que hacían de su belleza! Ella estaba muy lejos de pensar como las que hacen todo lo que pueden para blanquearlas. A ejemplo suyo, pues, cuando nos alaben de lo que sea, temamos que sea el diablo el que quiera perderos, despreciemos semejantes lisonjas⁶³³.

Así huida de la pobreza y de la miseria, de la búsqueda de las comodidades de la vida y de las compañías, de su propia satisfacción en todo, y hasta en la virtud: tantas máximas del mundo que llevan al mal y estropean el bien. Muy otras son las máximas de Jesucristo expresadas en las ocho bienaventuranzas, máximas de mortificación interior y exterior, de la curiosidad de los sentidos y de la mente, de la memoria y de la voluntad; máximas del desprendimiento de todo y de todos, de indiferencia general en hechos y en deseos. Imaginaos a un hombre fuertemente atado a un árbol y de pies y manos. No puede ni librarse él mismo, ni tratar de salvar la vida; de manera que se va a morir de hambre o ser devorado por bestias feroces. Imagen de una joven atada a un oficio, a una compañera, a una toca, a unos puños que asoman un poco para que se vean. Piensa en ello día y noche, y no puede deshacerse de ellos; no va a buscar a nadie que pueda liberarla y devolverle la vida; ya está fuera del rebaño y de las prácticas de la Compañía, en gran peligro de ser devorada. ‘Oh Salvador, ¿es posible que no nos esforcemos en librarnos de todos estos lazos? Qué, hijas mías, un pajarito atrapado en una red se debate día y noche para escapar, y vosotras, seréis presa de un mal apego y no trataríais de salir de él! El ejemplo de este pajarito os condenará en el tribunal de Dios!⁶³⁴ No debemos apegarnos más que a Dios solamente, y a nuestro Señor, nuestro único Esposo. Todo otro apego es una especie de idolatría y de adulterio. A una joven no desprendida Dios no podría unirse más que una persona viva aun cuerpo muerto; ella no forma ya parte de la Compañía, pues “la Compañía es como el mar que acostumbra a rechazar los cuerpos muertos y en general lo que podría infectarla⁶³⁵.” – Máximas de paciencia en las incomodidades, las contradicciones, las burlas, y las calumnias. Dios no es un tirano, no hace sufrir a quien le sirve sino por su bien, a una Hija de la Caridad. Fijaos en el escultor

⁶³² Conf. del 18 de octubre de 1655. –Decía también de la intención: “Los hábito de los príncipes no son de ordinario tan estimados por la tela de que están hechos como por los hilos de oro y la riqueza de bordado, perlas y piedras de que van adornados. Igualmente, no hay que contentarse con hacer buenas obras, sino que hay que enriquecerlas y elevarlas por el mérito de una muy noble y muy santa intención, haciéndolas únicamente para agradar a Dios y para glorificarle.”

⁶³³ Conf. del 2 de setiembre de 1653.

⁶³⁴ Conf. del 6 de junio del 1656.

⁶³⁵ Conf. del 23 de julio de 1656.

que quiere hace una bella estatua de una piedra tosca. Empuña su martillo, golpea con grandes golpes, de manera que al verlo se diría que la va a partir por medio. “Luego, cuando ha quitado lo más grueso, usa un martillo más pequeño, y después el cincel, para comenzar la figura con todas sus partes. cuando está formada, se sirve de otros útiles más delicados para dejarla en la perfección en la perfección que ha pensado darle. Así hace Dios. Veamos a una pobre hija de la Caridad, o a un pobre Misionero: cuando Dios los aparta de la masa corrompida del mundo, se hallan todavía en la rusticidad y la brutalidad, son como piedras toscas. Dios quiere sin embargo hacer de ellos imágenes bellas, y para ello, se pone a trabajar dando fuertes martillazos; que cómo lo hace, pues haciéndoles sufrir el calor el frío, luego yendo a ver a los enfermos en el campo, donde el viento azota en invierno, y donde no se puede dejar de ir por el mal tiempo. Pues bien, vaya martillazos que descarga Dios sobre una pobre Hija de la Caridad; y quien se fijara en las apariencias, diría que esta hija es una desdichada; pero si se ponen los ojos en los planes de Dios, se verá que todos estos golpes no son sino para formar a esta hermosa alma. Y cuando después de enviarle grandes penas, tanto de cuerpo como de espíritu, y ve que todo lo que había de tosco en esta alma ha desaparecido por medio de la paciencia que ha puesta en práctica; oh, en ese momento, agarra el cincel para perfeccionarla; y comienza a trazar los rasgos de la cara, la aliña y la embellece, se deleita embelleciéndola con sus gracias, y no cesa jamás hasta hacerla perfectamente agradable.

Así que, abandonarse a la dirección de la Providencia, como el niño en su nodriza, dice la regla: “Que la nodriza pone al niño en su brazo derecho, él se siente contento; que se lo pasa a la izquierda, no le preocupa, y, mientras esté mamando, está satisfecho... Oh, ya sé que hay entre vosotras quienes no piden otra cosa, y que dicen: ¿Dios es mi padre; que me coloque a la derecha, es decir a mis anchas, o al lado izquierdo, que significa la cruz, , poco importa; él me fortalecerá, eso espero⁶³⁶ .

El santo continuó de esta manera explicando todos los artículos de las reglas. Insistió naturalmente sobre el servicio de los pobres. “Vuestro principal cuidado, hijas mías, dijo, después del amor de Dios y el deseo de haceros agradables a su divina majestad, debe ser servir a los pobres con gran dulzura y cordialidad, compadeciendo su mal y escuchando sus pequeñas quejas como lo debe hacer una buena madre, porque ellas os tienen como a sus nades nutricias, como personas enviadas para ayudarlos, destinadas para representar la bondad de Dios para con ellos. Pues, como esta bondad se comporta con los afligidos de un modo dulce y caritativo, es conveniente que tratéis vosotras a los pobres enfermos, con mansedumbre, compasión y amor, por ser vuestros señores y dueños, y los míos también. Vaya si son grandes señores en el cielo! Serán ellos quienes abran la puerta, como se dice en el Evangelio. Esto es lo que os obliga a servirles con respeto como a vuestros señores y con devoción como representando la persona de Nuestro Señor. No debéis olvidar tampoco decirles algunas buenas palabras como éstas: “Y bien, ¿cómo pensáis hacer viaje al otro mundo? “ luego a otro: “Y bueno, hijo, ¿no queréis ir a ver a Nuestro Señor? “ y otras parecidas. No se debe sin embargo decir mucho a la vez sino dales la instrucción que le es necesaria, como veis que se da de beber poco a poco a los niños durante la lactancia. Y si son grandes personajes, no

⁶³⁶ Conf. del 23 de julio de 1656.

son más que niños en la devoción; una palabrita que sale del corazón y que se dice como se debe les bastará par llevarlos Dios

“Como veis, hermanas mías, es algo para asistir a los pobres en cuanto al cuerpo, pero de verdad ese no ha sido nunca el plan de Dios, al hacer vuestra Compañía, que os cuidéis del cuerpo solamente, ya que no faltará nadie para ello; sino la intención de Nuestro Señor es que asistáis el alma de los pobres enfermos. Esa es vuestra hermosa vocación. ¡Qué!, dejar todo lo que se tiene en el mundo, padre, madre, hermanos, hermanas, parientes, amigos, los bienes, si se tienen, así como su país, y ¿por qué? para servir a los pobres, para instruirlos y ayudarles a ir al paraíso! Ay nada más hermoso y más estimable? Si viéramos a una hija formada así, veríamos brillar su alma como un sol; no podríamos siquiera vislumbrar su belleza sin quedar deslumbrados. Daos pues a Dios para la salvación de los pobres a quienes servís⁶³⁷.

El servicio de los pobres es de tal forma la vocación principal de la Compañía, que el santo quiere que se deje todo por ellos, si es necesario, , todos los puntos de la regla, incluso la oración y la misa; ya que, como repetía muy a menudo, “era dejar a Dios por Dios –Pensaríais pues, decía él, que Dios fuera menos razonable que un dueño quien, después de encargar hacer tal cosa, y antes de hacerla le encargue otra la que exige a la misma hora? Oh, este dueño no puede ver mal que su criado deje la primera; al contrario, debe estar más contento de él. es lo mismo con Dios: él os ha llamado a una Compañía para el servicio de los pobres y, para hacer que vuestro servicio sea agradable, ha hecho que se os den reglas; pero si, a la hora de practicarlas os llama a otra parte, acudid al instante, y no dudéis entonces de que estáis haciendo su muy santa voluntad... Oh, qué consuelo para una buena Hija de la Caridad pensar y decirse a sí misma: ‘En lugar de hacer mi oración, mi lectura, voy a asistir a mis pobres enfermos que urgen, y sé que Dios tendrá por agradable mi acción.’ Oh, con este pensamiento una hija va alegremente adonde Dios la llama⁶³⁸.

En estas admirables conferencias, el santo ponía todas las enseñanzas que las circunstancias le podían sugerir. Animaba a sus hijas con los ejemplos de entrega que se daban unas a otras; y mientras las llevaba sin cesar a la humildad, no temía citarles los rasgos de heroísmo que encontraban en su propia familia. Así pues un día les habló de su buena hermana Andrea, a quien acababa de asistir a la hora de la muerte. La hermana Andrea estaba a punto de expirar. É le preguntó: “¿No tenéis, hermana mía, pena ni remordimientos de conciencia? –Nada de eso, padre mío, En ello he encontrado demasiada satisfacción. Ya que cuando iba por los pueblos a ver a aquellas buenas gentes, me parecía que no andaba, sino que tenía alas y volaba, tal era el gozo que experimentaba en servirles. –Morid en paz, hermana mía, ¡” “Oh, exclamó una de las damas presentes, - ¿Se ha oído decir algo semejante de algún santo⁶³⁹?

Otro día, era Juana Dallemagne, a quien preguntaba, en el artículo de la muerte: “ Y bueno, hermana mía,, dígame ahora: qué preferiríais haber sido en la vida, o una gran Dama, o una Hija de la Caridad?” Y la buena hermana, sin poder casi hablar ya, exclamó no obstante: “Hija de la Caridad!” A lo cual el

⁶³⁷ Conf. del 11 de noviembre de 1657.

⁶³⁸ Conf. de los 29 de enero de 1645 y 30 de mayo de 1647.

⁶³⁹ Conf. del 24 de mayo de 1654.

santo, al contar esta escena, añadía: “Oh, hermosa palabra, que nos demuestra, hermanas mías, que la condición de Hija de la Caridad es más grande que todas las grandezas del mundo. Y ¿quién lo pondría en duda, pues ser Hija de la Caridad es ser Hija de Dios? Oh, hijas mías, ¿quién no preferiría esta cualidad a ser hija de un rey?”⁶⁴⁰

Otro día, era una protección de la Providencia sobre alguna de ellas la que le servía de tema de instrucción. Así una hermana había salido sana y salva de las ruinas de una casa derrumbada. En la conferencia del 13 de febrero de 1646, interrogó a esta hermana misma, que acababa de escapar milagrosamente a la muerte. “El último sábado del carnaval, dijo ella, subía a una casa con una marmita para llevar la porción a un enfermo, y me encontraba en los escalones entre el primer piso y el segundo, cuando un aguador, que me precedía, exclamó: “Estamos perdidos ¡” y al instante la casa se desplomó. Muy asustada, me recosté en un rincón de la escalera. Entretanto los vecinos de , asustados como yo, corrieron por los sacramentos para que se los administraran a los que fueran capaces; pero todos aparecieron muertos, hasta un número de treinta y cinco o de cuarenta, bajo las ruinas de la casa, con la excepción de un niño y de mí, que me quedé en el tramo con mi marmita. Yo coloqué la marmita en el gancho de una pértiga que me tendieron desde la calle y luego, abandonándome a la misericordia de la Providencia, me arrojé sobre unos abrigos que estaban colgados, y me vi fuera de peligro en la calle sin saber cómo. Pero, aunque llena de espanto y temblando, no dejé de continuar llevando la comida a los enfermos que me faltaban.”

Ante este relato, el santo, dirigiendo en primer lugar el pensamiento hacia las pobres víctimas, levantó las manos al cielo y exclamó: “Oh Dios, si la caída de una sola casa es causa de tanto horror, cómo será el día del juicio!, el día del juicio, hijas mías, cuando se vea a un número incontable de almas ser precipitadas, por una eternidad, a los infiernos! Oh Dios, qué será eso! Oh, Dios sea bendito!” Y sacando de ello una lección sobre la confianza en la Providencia, añadió: “¿Puede Dios mostraros mejor que acepta el servicio que le hacéis en la persona de los pobres? ¿Hay algo más evidente que esto? Una casa nueva se cae, treinta y cinco o cuarenta personas se encuentran aplastadas bajo los escombros, y no le ocurre nada a esta joven que estaba en la misma casa, con su marmita, en un rincón de la escalera que la Providencia parece proteger de un modo especial para perdonarla, y sale de este peligro sana y salva! Hay que creer que son los ángeles los que la sacaron de allí;

⁶⁴⁰ Conf. del 13 de marzo de 1644. –Como para sus Misioneros, el santo daba una o varias conferencias, sobre las virtudes de las hijas de la Caridad que acababan de morir: “Como todo el mundo que ve un cuadro, decía él, no da la alabanza al cuadro, qe ha sido su obrero, así, Hijas mías, al ver las virtudes de nuestras hermanas, nosotros le daremos toda la gloria a Dios, porque no son tantas sus virtudes como las virtudes de Dios en ellas. “Al mismo tiempo, él consolaba a la señorita Le Gras, desolada como una tierna madre, más desolada como una humilde cristiana y culpándose siempre de la muerte de sus Hijas: “Consolaos, le escribía él, en la conformidad con el adorable buen plan de Dios. Confieso que es fácil de decir, pero las lágrimas de Nuestro Señor sobre Lázaro nos muestran lo difícil que es. Si lloráis, que sea poco; pero luego, fortaleceos. Admiro a veces la composición firme de los buenos religiosos y religiosas en el fallecimiento de los suyos. Oh quién nos diera participar de la disposición de la santísima Virgen en la muerte de su Hijo! ...Me parece que sentís opresión de corazón. Teméis que sea Dios quien os lleva a vuestras hijas. Ni mucho menos: es una señal que las quiere, ya que obra de esa manera, pues os trata como a su querida Esposa la Iglesia, al comienzo de la cual no sólo dejaba morir a la mayor parte de muerte natural, sino también por suplicio y los tormentos. ¿Quién no hubiera dicho al verlo que estaba encendido de cólera contra aquellas jóvenes y santas plantas? No lo creáis pues, sino lo contrario.”

porque, ¿qué señal hay de que fuesen los hombres? Sí que echaron una mano, pero ha sido preciso que la hayan sostenido los ángeles. Oh qué protección! ¿Creéis, hijas mías, que haya sido sin ningún plan que Dios haya permitido que esta casa nueva se haya caído así? Pensáis que es por casualidad que se cayera en el momento que nuestra hermana estaba allí? ¿Creéis también que sea buena suerte haber salido sin ningún daño? Oh, nada de eso, todo eso es milagroso; Dios lo había ordenado todo para dar a conocer a vuestra Compañía el cuidado que tiene de ella.

Y él apoyó este ejemplo trayendo a cuento un piso que se había roto en la casa de las hermanas, precisamente cuando no había nadie ni arriba ni abajo. Algunos minutos antes, la señorita Le Gras estaba en el apartamento, cuando una hermana llegó a avisarla del crujido de la viga. En un principio no lo tuvo en cuenta; pero habiendo venido una hermana más mayor a renovar el aviso, cedió a su edad y salió. Había dado tres pasos cuando todo se hundió

Bueno pues, para colmo de suerte providencial, Vicente habría tenido que encontrarse en esa misma sala, en el momento de la caída, para celebrar allí una asamblea con las Damas, pero un asunto imprevisto, y evidentemente suscitado por Dios, se lo había impedido. “Démosle gracias por todo eso, hijas mías, añadió el santo. Que vuestra primera comunión sea por esta intención. Yo ya he dicho la misa por ello nada más enterarme de la noticia; y ahora que lo sé más particularmente, la diré otra vez, si Dios quiere. Oh, que su santo nombre sea bendito por siempre!

Estas enseñanzas paternas, la señorita Le Gras se las repetía, las comentaba, las multiplicaba con su rol de madre, bien en sus conferencias particulares, bien en sus adiós a las hermanas que partían para alguna misión, bien en sus innumerables cartas. En las conferencias mismas dadas por Vicente de Paúl, el santo la interrogaba con preferencia, y le pedía siempre su consejo sobre la materia escogida y sobre las prácticas que introducir en la Compañía. Ella misma designaba a veces el asunto de la conferencia. Con la mayor frecuencia pedía a su santo director esquemas para las mismas conferencias que debía dar a sus hermanas. La Compañía formada así, así provista de instrucciones, de virtud y de caridad evangélica, Vicente la puso al servicio de todas sus obras.

VIII. *Funciones y fundaciones de las Hijas de la Caridad en vida de San Vicente de Paúl.* Fue primero la asistencia de los pobres y de los enfermos a domicilio el primer fin, en fecha y en importancia de su institución.. Gracias a ella, El Hôtel-Dieu se vio pronto descargado de los dos tercios de sus pobres: se realizó el cálculo. El Hôtel-Dieu, multiplicado al infinito, estaba a partir de entonces en todo pobre buhardilla donde entraba una hija de la Caridad.

Casi al mismo tiempo, las hermanas eran llamadas a servir de madres a los niños expósitos. El padre de los huérfanos empleaba su lenguaje más tierno para inspirar a estas *madres vírgenes* sentimientos dignos de su dulce vocación. “Jesucristo amó a los niños, les decía. Prometió su reino a los que se les parecieran, y dijo que sus buenos ángeles ven siempre el rostro de Dios su Padre en el cielo.” Él se los recomendaba en general, y a veces en particular cuando uno de estos niños abandonados le era presentado á él mismo. Un día escribía a la señorita Le Gras: “¿Tomaríais a un niño abandonado que nos trajeron ayer gente de calidad que le encontraron en un campo que depende de

esta casa. Sólo tiene dos o tres días; fue bautizado ayer por la tarde en San Lázaro, Siendo de la condición de los niños expósitos, no tengo nada que más que decir, sino que no lo llevéis a la Couche ni al Hôtel-Dieu. Si se piensa que sea conveniente hacer esta ceremonia, se hará. Os suplico sin embargo que lo recibáis, Señorita, y recomendéis a la nodriza, Buenos días, Señorita.

Con los niños, las Hijas de la Caridad adoptaron también a una familia que pedía de ellas más dedicación y coraje: la familia de los pobres forzados⁶⁴¹. Y sin embargo con qué entusiasmo y corazón la sirvieron, se puede adivinar por la carta siguiente de la señorita Le Gras a san Vicente de Paúl; jamás madre alguna expresó más tiernas inquietudes para sus propios hijos

“Nuestra hermana de las galeras vino ayer a verme llorando por no tener ya pan para sus pobres, tanto porque se debe mucho al panadero, como por la carestía del pan. Ella pide prestado y mendiga por todas partes toda angustiada y, para colmo de su dolor, la duquesa de Auignon quiere que le haga una memoria de los que cree que se pueden despedir, en lo que veo tres grandes dificultades: una que no puede saber que por el trato que les dan, sean los que loa injurian o los alaban, y así las cosas, puede cometer injusticias. Otra dificultad es que algunos ofrecen dinero a su capitán y al conserje, los cuales ya han comenzado a quejarse y acusarla de ser la causa de su desorden; - y la tercera dificultad es que los que sigan en la cadena creerán que ella es la causa; vos sabéis, mi honorable Padre, lo que estas personas podrán decir y hacer: He dicho a esta hermana que difiera hacer esta memoria, hasta que yo tenga la orden de vuestra caridad de lo que ella tendrá que hacer.”

Esta hermana era Barbe Engibou, santa joven dotada de una paciencia igual a su caridad. Con frecuencia los galeotes arrojaban al suelo el alimento que les daba, y la acogían con horribles injurias. Barbe lo sufría todo sin decir nada, recogía tranquilamente el pan o la carne, se lo ofrecía de nuevo con el mismo rostro dulce, y no se vengaba sino impidiendo a los guardas que los castigaran

Como los Misioneros en San Lázaro y en los Bons Enfants, las Hijas de la Caridad admitieron a las personas de su sexo a hacer ejercicios espirituales en su casa. La señorita Le Gras era su directora hábil y celosa, pero siguiendo las instrucciones de su venerado padre. Éste le escribía un día: “La señora presidenta Goussault y la señorita Lamy van a ir a vuestra casa para hacer el pequeño retiro. Os ruego que las sirváis en ello, que les deis el departamento del tiempo que yo os he puesto en mano, que les señaléis los temas de sus oraciones, que escuchéis el relato que os hagan de sus buenos pensamientos en presencia una de la otra, y hagáis que se tenga la lectura de mesa durante su comida, al salir de la cual se podrán distraer de manera alegre y modesta. El asunto podrá ser de las cosas que les hayan ocurrido durante su soledad, o que hayan leído de las historias santas, Y se hace buen tiempo después de cenar, podrán dar un breve paseo; fuera de estos dos tiempos, observarán el silencio. Bien estará que escriban los principales sentimientos que hayan tenido en la oración, y que ellas dispongan su confesión general... La lectura espiritual podrá ser de la *Imitación* de Jesucristo de Tomás de Kempis, deteniéndose un poco a considerar cada periodo: como también algo de Granada, en relación

⁶⁴¹ Ellas se ocuparon de ello sobre todo a partir de 1639, a petición de la señorita Cornuel, cuyo padre había legado en testamento una suma considerable para ser empleada en el socorro de estos desdichados.

con el asunto de su meditación. Podrán también leer algún capítulo de los Evangelios. Pero será bueno que, el día de su confesión general, les deis la oración del Memorial de Granada, que es para excitar a la contrición. Por lo demás, vigilaréis para que no se apuren demasiado en estos ejercicios. Ruego a Nuestro Señor que os dé su espíritu para esto.

A las mujeres como a los hombres, Vicente recomendaba las resoluciones particulares, las generales le parecían poco útiles. Escribió también a la señorita Le Gras: “Os envía las resoluciones de la señora N. que son buenas, pero me parecerían aún mejores, si descendiera un poco a lo particular. Sería bueno ejercitar en ello a las que hagan los ejercicios del retiro en vuestra casa. Lo demás no es más que producto del espíritu, el cual una vez encontrada alguna facilidad y hasta dulzura en la consideración de una virtud, se complace en el pensamiento de ser muy virtuoso; no obstante, para serlo sólidamente, conviene hacer buenas resoluciones de práctica sobre los actos particulares de las virtudes, y ser fieles después en cumplirlas; sin ello no se es más que por la imaginación.

El capítulo tercero de este libro contará lo que las Hijas de la Caridad hicieron por los hospitales de París. digamos tan sólo aquí, no debiéndose presentar más la ocasión, que no retrocedieron ante el servicio repelente y peligroso de los locos. En 1645, a petición de la gran oficina de los pobres, entraron en el hospital de las petites-Maisons donde, con los alienados, cuidaron también en sus enfermedades a los numerosos ancianos que allí eran recibidos. El renombre de su desarrollo, de sus cuidados hábiles y desinteresados se difundió pronto por las provincias, y muchas ciudades de Francia se las pidieron a su santo fundador

Su primer establecimiento fuera de la capital fue en Saint-Jean d’Angers, uno de los tres hospitales magníficos construidos por Enrique II en expiación por el asesinato de san Tomás de Cantorbery

Era en el mes de diciembre de 1639. la estación era rigurosa y la salud de la señorita Le Gras muy delicada. Partió sin embargo para dirigir e instalar a sus hijas en el hospital Saint-Jean. Pero apenas llegada a la casa del abate Vaux, vicario general de la diócesis, quien le había ofrecido su casa, ella cayó enferma. Ante esta noticia, Vicente alarmado le escribió el 31 de diciembre: “Ya estáis enferma, Señorita, por orden de la Providencia de Dios. Sea bendito su santo nombre! Espero de su bondad que se glorificará una vez más en esta enfermedad como lo ha hecho en las demás, y es lo que hago pedirle de continuo, aquí y en todas partes donde me encuentre. Oh, cómo desearía que Nuestro Señor os hiciera ver con qué entusiasmo se hace, y la ternura de las oficialas del Hôtel-Dieu para ello.

El mismo día escribía al abate de Vaux por quien conocía las atenciones hacia su querida enferma: “No ‘puedo agradeceros con suficiente afecto ni humildad, a propósito de la señorita Le Gras y mío, por la caridad, sin igual, ejercéis con ella y con sus hijas. Os lo agradezco de la forma que puedo, monseñor, y pido a Nuestro Señor, por cuyo amor hacéis todo eso, que él mismo sea vuestra gratitud y recompensa, y os ofrezco todo lo que puedo en la tierra para el cielo, y todos los agradecimientos que me son posibles ante Dios y ante el mundo. Ahí la tenemos pues enferma a esta buena señorita! *In nomine Domini!* Hay que adorar la sabiduría de la Providencia divina en todo eso. No os la

encomiendo, Monseñor; vuestra carta me hace ver cómo os preocupáis por ella, y por la que ella me escribe también. Yo querría estar ahí para liberaros del cuidado que vuestra bondad le prodiga, y de la pena que ella siente. Nuestro Señor quiere añadir el florón de este mérito a la corona que él os va preparando. Yo le escribo unas palabras, os ruego, Monseñor, que le hagáis llegar mi carta, y tenerme como a una persona que Nuestro Señor os ha dado⁶⁴².

Entrada en convalecencia durante el mes de enero 1640, la señorita Le Gras realizó el establecimiento de sus Hijas en el hospital Saint-Jean, según la forma que el santo, en sus cartas de todas las semanas, le había escrito.. Luego ella propuso a las damas, reunidas a este efecto, el método y los reglamentos seguidos en el Hôtel-Dieu por las Damas de la asamblea de París y las exhortó a introducir su práctica en el hospital de Angers

El 1º de febrero siguiente, se preparó y firmó un acta, con anuencia reservada de Vicente de Paúl, entre ella y los administradores del Hôtel-Dieu. Como este reglamento, el primero de todos, se convirtió en la forma casi invariable de todas las fundaciones de las Hijas de la Caridad en los hospitales, estaría bien hacer un análisis

Las Hijas de la Caridad, se dice en él, dependerán siempre del superior general de la Misión o de su diputado, y los administradores les darán toda la libertad de vivir según su regla, la cual no obstante las obliga a dejarlo todo cuando la necesidad y el servicio de los pobres lo requieren siendo ello su primera y principal obligació.

En cuanto a lo temporal, estarán totalmente bajo la autoridad de los administradores, a quienes obedecerán con exactitud

Ellas solas tendrán a su cargo, sin que se les pueda asociar ninguna mujer o joven, de los pobres, a fin de que, por la unión y relación que existe entre ellas, estén mejor servidos

Serán alimentadas y mantenidas, en salud y enfermedad, a expensas del hospital sin que se les pueda cambiar la tela, el color y la forma de sus hábitos; en todo serán consideradas como hijas de la casa y no como mercenarias

No serán obligadas a velar a los enfermos fuera de las salas del hospital, a excepción de las mujeres que residan en el cercado

Ellas no darán cuenta de su servicio más que a los administradores. Éstos, teniendo en cuenta que si no son apoyadas por ellos ante los oficiales y sirvientes de la casa como ante los enfermos, , ellas no podrán hacer el bien, las defenderán con su autoridad, las avisarán en particular, y nunca en voz alta ni en público, de sus faltas, de las que se corregirán mediante la gracia de Dios

Ocurriendo el fallecimiento de una hermana, los administradores, viendo que ella está consagrada al servicio de Dios y de los pobres, permitirán a sus hermanas que la entierren decentemente según su costumbre.

El superior general de París podrá, cuando bien le parezca retirar o reemplazar a aquellas hermanas que juzgue necesario, como de igual forma, los

⁶⁴² El original de esta carta está en manos de las hermanas del Hôtel.Dieu de Angers. Fue publicada por primera vez en 1854, en la *Revue d'Angers*.

administradores podrán despedir a aquellas que no encuentren idóneas, después de ensayar no obstante un año o dos, y pedir otras; todo a expensas del hospital, y aviso dado de antemano al superior general, para que tenga tiempo de enviar alguna en su lugar

Continúa el reglamento espiritual de las Hermanas

Ellas permanecerán en el hospital de Saint-Jean-l'Évangéliste d'Angers, para honrar en él a Nuestro Señor, padre de los enfermos pobres, corporal y espiritualmente.

Lo primero que Nuestro Señor pide de ellas es que le amen soberanamente y lo hagan todo por amor a él; y lo segundo, que se amen entre ellas como hermanas que él ha unido con el lazo de su amor, y a los enfermos pobres como a sus señores, ya que Nuestro Señor está en ellos, y ellos en Nuestro Señor.

Estarán infinitamente agradecidas por la gracia de ser sacadas de la vida de las hermanas y las viudas, y llamadas a Dios en un estado divino, que han buscado los reyes y las reinas, y donde ellos han encontrado su satisfacción

Ellas se esforzarán por tener como desprecio lo que el mundo estima, y estimarán lo que el mundo desprecia, prefiriendo las ocupaciones viles y abyectas a las honrosas, y renunciando al afecto carnal de sus padres y de su país

Serán fieles a la observancia de su reglamento y estilo de vivir propio de su pequeña compañía.

Guardarán exactamente la pobreza, escogiendo cada una para sí lo que sea más pobre, no teniendo dinero ni nada como propio, no recibiendo ni dando ningún regalo, contentándose con el vivir, el vestir, y el dormir que les sea dado; en una palabra, ellas se acordarán de que han nacido pobres y que deben vivir como pobres, por amor al padre de los pobres Jesucristo Nuestro Señor

Usarán de todas las precauciones imaginables para conservar su castidad

Obedecerán a sus superiores de París en cuanto a dirección y disciplina interior, a los administradores en cuanto a la asistencia de los pobres, a la superiora de entre ellas para la ejecución de sus reglamentos y su obediencia será pronta, alegre, total, constante y perseverante, con sumisión a su juicio y a su voluntad.

Estarán contentas si avisan a la superiora de sus faltas, y ellas mismas dirán todas noche sus faltas del día, buena, humilde, y sencillamente, y recibirán la penitencia debida.

Sus ejercicios de piedad serán los de la comunidad

Levantándose a las cuatro, a las seis estarán en la sala de los enfermos para prestarles los primeros servicios corporales y espirituales. Tendrán mucho cuidado de hacerse con todo lo que van a necesitar, sus comidas a las horas acostumbradas, de beber cuando lo necesiten, y de vez en cuando algún dulce en la boca. En todo, ellas se conformarán a su estado de salud y a las prescripciones de los médicos.

Se relevarán una a la otra ante los enfermos, no dejándoles nunca solos, y todas las que no tengan nada que sea urgente, estarán en la enfermería para instruir a los ignorantes, disponer a los recién llegados a los sacramentos, consolarlos, alegrarlos por la conformidad a las atenciones de Dios

Y así hasta la tarde, hasta la hora de su retirada. Ellas dejarán entonces a una de entre ellas en la enfermería para velar y asistir a los más enfermos, y ayudar a los moribundos a bien morir.

Y a fin de que Dios quiera hacerles la gracia de cumplir todas estas cosas, se lo pedirán frecuentemente, se confesarán y comulgarán con esta intención, caminarán en su presencia, tendrán por patronos e intercesores ante él a la santísima Virgen, san José, san Luis, santa Genoveva, santa Margarita reina, san Juan Evangelista patrón del hospital y, finalmente, contemplarán la felicidad de su condición; que sirvan a Nuestro Señor en la presencia de los pobres, que él reconocerá como hecho a sí mismo el servicio que ellas les hacen; que cumplan por completo la ley de Dios, desempeñando su oficio, y que ellas estén siempre en Dios y Dios en ellas mientras ellas permanezcan en la caridad⁶⁴³.

Esta acta levantada y firmada, la señorita Le Gras se quedó algún tiempo en Angers, para reformar los abusos, los desórdenes constatados en un informe de los administradores, y dejar las cosas en marcha. Su estancia se prolongó tres meses. El 27 de enero, Vicente le escribía, para acelerar su regreso:” Oh, que vuestra presencia aquí es necesaria, Señorita, no sólo por vuestras hijas, sino también por los asuntos generales de la caridad. La asamblea general de las Damas del Hôtel-Dieu tuvo lugar el jueves pasado. La Señora Princesa y la duquesa de Aiguillon la honraron con su presencia; nunca he visto a la Compañía más grande ni reunida con tanta modestia. En ella se resolvió recibir a todos los niños expósitos. Podéis pensar, Señorita, que no nos olvidamos de vos.

Tan pronto como de enteró de la completa fundación, volvió a escribirle:”Os será fácil pensar el gozo de mi alma, pero no sentirlo. Oh Jesús, cuántas gracias doy a Dios porque os sentís mejor, y le pido que os devuelva las fuerzas para que volváis pronto...Oh, seréis bienvenida, y se os espera con gran deseo⁶⁴⁴!” Y la suplicaba que no mirara ahorro ninguno, por mucho que costara, para hacer cómodo el viaje.

La señorita Le Gras dejó por fin a sus hijas de Angers para regresar a París, pero las dejó instruidas y formadas en su santo empleo hasta el heroísmo. Habiendo estallado la peste al año siguiente, ellas la desafiaron y cuidaron de los apestados con la misma facilidad que de los enfermos ordinarios. “Al parecer, contaba Vicente en la conferencia del 16 de agosto de 1641, este mal las respeta. Bendito sea Dios, hijas mías, bendito sea Dios! Qué bueno es reconocer la caridad del Espíritu Santo nos enseña, cuando dice que no existe amor más grande que poner en juego el alma, es decir dar su vida por amor y socorro del prójimo! Oh mis queridas hijas, qué santa es vuestra condición. Pues ¿no es cierto que la mayor felicidad que podemos tener es ser amados de Dios? Pues bueno, nada nos tranquiliza tanto, hijas mías, como el ejercicio

⁶⁴³ Archivos del Estado, 8. 6160.

⁶⁴⁴ Cartas de los 4 y 10 de febrero de 1640.

que requiere vuestra condición y que practicáis con celo y valor, y puesto que no puede haber mayor caridad que la de exponer la vida por su prójimo, ¿acaso no es lo que hacéis cada día con vuestro trabajo? Oh qué suerte la vuestra! Estad, pues, hijas mías, muy agradecidas por esta gracia y muy cuidadosa en conservarla.”

Apenas de regreso a París, la señorita Le Gras pensó en dejar La Chapelle, que habitaba desde el mes de mayo del año 1636. Allí, en el intervalo de sus misiones, se había dedicado, los domingos y las fiestas, a dar el catecismo a las personas de su sexo, y a instruir en su casa a las jóvenes que ella había sustraído, mediante indemnización, a la dirección peligros de un maestro. Este tiempo de La Chapelle le había agradado en un principio, porque en aquel pueblo podía formar a sus hijas en la vida humilde sencilla y laboriosa de los campos. Pero, si bien más próxima entonces a su director de lo que lo estaba en Saint-Victor, se veía demasiado alejada aún, y en 1641 vino a establecerse con su comunidad frente por frente de la iglesia de San Lázaro, en una casa que ella tomó en primer lugar en alquiler, luego compró de los Misioneros mismos, por el precio de 18.400 libras recibidas de la presidenta Goussault. El contrato firmado entre Vicente de Paúl y sus sacerdotes, por una parte, y la señorita Le Gras y sus hermanas por la otra, existe todavía; es del 1º de abril de 1653⁶⁴⁵.

Alojadas de cualquier manera en una tienda hasta ese día, como los hijos de Israel, las hijas de la señorita Le Gras habían hallado por fin una morada y la Sión de la caridad. Allí, en efecto, fueron a parar todas las limosnas y todas las miserias de París. medicamentos, alimento se distribuyeron constantemente allí a los pobres, a menudo a costa de la escasez de la comunidad. Allí también se estableció un seminario en el que se educaban las jóvenes destinadas a una serie de casas de París, de la provincia y del extranjero. Desde este establecimiento, había que dar a casi todas las parroquias de París, y a los hospitales y a las prisiones. En 1646, Nantes, conocidos los servicios que prestaban en Angers, las pidió para su hospital, y la señorita Le Gras tuvo que volverse a poner en ruta para llevar allí a ocho hermanas. Después de recibir, como siempre, las instrucciones de Vicente, que no dejaba nunca, en caso parecido, de reunir a la pequeña colonia y de dirigirles una conmovedora alocución, ella se puso en camino el 26 de julio, y llegó a Nantes el 8 de agosto. Según su costumbre, escribió a su director el diario de su viaje, donde todo respira piedad y caridad. Al gusto de esta verdadera cristiana, este viaje fue más feliz todavía que el precedente, porque ella tuvo que sufrir más. Escribió: “Tuvimos el honor en el Pont-de-Cé de ser expulsadas de la hostería, a la que llegamos el jueves muy tarde; pero, al salir de esta querida casa, nos encontramos con una buena señora que nos recogió benignamente.”

Aunque se hubiera callado el día de su llegada, para escapar a la ovación acostumbrada, salieron a presentarse a ella. De la ciudad y hasta de los campos, todas las damas vinieron a visitarla, así como una cantidad de superiores de religiones reformadas, y tuvo que trasladarse a varias comunidades religiosas para satisfacer el deseo que tenían de ver a sus hermanas y el hábito.

⁶⁴⁵ Archivos del Estado, S. 6157 y 6608, original y copia.

Desde el día siguiente, las Hijas de la Caridad entraban en funciones y, al cabo de pocos días, se operó en el hospital un cambio que todo el mundo se trasladaba allí para verlo. Había en las comidas de los pobres tal afluencia que no se podía casi acercarse a las mesas ni a los lechos de los enfermos.

La señorita Le Gras estableció también entre las Damas de Nantes la caridad que se practicaba en el Hôtel-Dieu de París; ella lo regularizó todo con los administradores, dejó a sus hermanas en las mejores disposiciones, y se volvió otra vez llena de consuelo y de esperanza.

Comenzada bajo tan felices auspicios, la fundación de Nantes tuvo sin embargo que sufrir dificultades por parte de los administradores, que quisieron incluso sustituir a las Hijas de la Caridad por religiosas hospitalarias. Siempre desinteresado, Vicente les escribió enseguida que sabía muchas cosas buenas de estas religiosas y que, si querían despedir a las Hijas de la señorita Le Gras, les rogaba humildemente hacerlo sin escándalo. Por medio de hermanas nuevas enviadas en 1653, se pudo sostener el establecimiento. No pasó lo mismo con el hospital de le Mans, del que habían tomado posesión las hijas de la Caridad hacia 1645; les fue preciso retirarse al cabo de algunos años, para sacarlas de una administración muy poco benevolente.

Por lo demás, aparte de que Vicente tenía por principio no buscar ninguna fundación para sus hijas como para sus Misioneros, y no contestar nunca para mantenerlas allí donde se habían situado, las llamó tanto más contento cuanto que él no podía satisfacer a las peticiones que le hacían de todas partes. No era suficiente con sus hospitales, sus escuelas, sus casas parroquiales, y la reina las llamó en 1654, 1656, y 1658 para cuidar a los soldados heridos y enfermos. El año 1658 fue particularmente memorable. Después de la toma de Dunkerque y la batalla de las Dunas que la había traído, se transportaron a Calais a seiscientos o setecientos soldados, unos cubiertos de heridas, otros agotados por los trabajos del asedio y las emanaciones fétidas que habían respirado. Luis XIV mismo, apostado en Mardick para vigilar las operaciones militares, había contraído, al visitar las fortificaciones de esta plaza, una enfermedad peligrosa. Ana de Austria, que estaba por aquellos lugares, tuvo piedad de aquellos valientes soldados, cuya victoria ponía fin al mismo tiempo a la guerra de la Fronde y a la guerra con su querida España y, para conservarles la vida, pidió a Vicente Hijas de la Caridad. Vicente eligió a cuatro y, en el momento de su partida, les dirigió este discurso: “Y ahora la reina os llama para ir a Calais a vendar a los pobres soldados heridos. Eh qué motivo de humillaros, hermanas mías, viendo que Dios quiere servirse de vosotras para tan grandes cosas. Oh Salvador! Los hombres van a la guerra para matar a los hombres, y vosotras, Hijas mías, vosotras vais para reparar el mal que hacen. Oh qué bendición de Dios! Los hombres matan el cuerpo y muy frecuentemente el alma; y vosotras, vosotras vais para devolver la vida, o por lo menos ayudar a conservarla en aquellos que queden, por los cuidados que les deis, tratando por vuestros buenos ejemplos como por vuestras instrucciones, de hacerles pensar que deben conformarse a la voluntad de Dios en su estado... Cuando os halléis en medio de los ejércitos, no temáis que os ocurra ningún mal. ¿Les ha sucedido alguno a las que ya han estado allí? ¿Le ha sucedido a alguna, o bien ha muerto alguna? Y aunque hubiera perdido la vida, oh sería un bien para ella, ya que habría muerto con las armas en la mano ...Tengo que deciros que he oído que estos pobres soldados sienten una gran

gratitud por la gracia que Dios les da que, viendo que vais a estar entre ellos para asistirlos, sin otro interés que el amor de Dios, ellos dicen que ven claro que Dios es el protector de los desgraciados. Pues bien, ahora ved, Hijas mías, el bien que hacéis, ya que ayudáis a esta gente valiente a agradecer la bondad de Dios y a pensar que es él quien les hace prestar este servicio. Entrando entonces en los grandes sentimientos de piedad, ellos exclaman: “Dios mío, ahora nos damos cuenta de lo que oímos predicar en otro tiempo, que vosotras os acordáis de todos los que necesitan ayuda, y que no abandonáis nunca a quienes se hallan en el peligro. Puesto que tenéis cuidado de nosotros, pobres miserables, que hemos ofendido tanto a vuestra bondad... “ Jóvenes tener el valor de ir a los ejércitos, ir a visitar a pobres heridos, no sólo en Francia, sino hasta en Polonia! Ah hijas mías, ¿hay nada parecido a esto? ¿Habéis oído alguna vez decir que se ha hecho cosa parecida? En cuanto a mí, yo no lo he visto, y que yo sepa que se haya visto a una compañía que haya hecho las obras que Dios hace por la vuestra... Mirad, hermanas mías, se conoce a los grandes en el mundo por sus éxitos y por el gran número de gente que los acompaña. Ahora bien, la verdadera nobleza y grandeza consiste en la virtud, y cuando las almas que han trabajado mucho por Dios van al cielo después de esta vida, todas sus buenas obras los siguen, y cuanto más excelentes son y en gran número más manifiestan la grandeza de estas almas: se trata de sus Damas de honor⁶⁴⁶!”

Una de estas jóvenes, Glaude Muset, ha declarado en el proceso de canonización, que ella sentía al principio gran repugnancia para este oficio; pero que después de este discurso de Vicente, ella sintió su repugnancia cambiarse en atractivo y que, protegida con la bendición del santo, partió gozosa de París. las cuatro eran de las más fuertes de su compañía. Después de unos días, dos habían sucumbido por fatigas excesivas. A petición del párroco y a los gastos de la reina, se le construyó una tumba, sobre la cual se inscribió su nombre y el de Vicente de Paúl, su Padre, para ser uno y otro en perpetua memoria⁶⁴⁷.

Dos acababan de morir en la brecha; a la voz de la reina y de Vicente de Paúl, veinte se presentaron para reemplazarlas. Impresionado por tal heroísmo, en la próxima conferencia dice a sus sacerdotes: “Encomiendo a sus oraciones a las Hijas de la Caridad que hemos enviado a Calais para asistir a los pobres soldados heridos. De cuatro que estaban, hay dos fallecidas, que eran las más fuertes y robustas de su compañía; sin embargo han sucumbido bajo el peso. Imagínense, Hermanos míos, lo que es cuatro jóvenes entre quinientos o seiscientos soldados heridos y enfermos. Ved la conducta y la bondad de Dios, de haberse suscitado una compañía así en estos tiempos, ¿Y para qué? Para asistir a los pobres corporal y también espiritualmente, diciéndoles alguna palabra que puedan llevarlos a pensar en su salvación.; en particular a los moribundos, para ayudarlos a bien morir, haciéndoles actos de contrición y de confianza en Dios. de verdad, Señores, es conmovedor. ¿No les parece que es una acción de gran mérito ante Dios, el que unas hijas se vayan con tanto valor y resolución entre soldados, a aliviarlos en sus necesidades y a contribuir a salvarlos, que vayan a entregarse a tantos trabajos, e incluso a molestas

⁶⁴⁶ Estas últimas palabras pertenecen a la alocución del 20 de julio de 1654, dirigidas a las hermanas que iban a Sedan para el mismo ministerio.

⁶⁴⁷ *Summ.*, p. 231..

enfermedades, y por fin a la muerte, por esta gente que se han expuesto a los peligros de la guerra por el “Vemos pues qué llenas están estas pobres hermanas del celo de su gloria y del asistencia al prójimo. La reina nos ha concedido el honor de escribirnos para decirnos que enviemos otras a Calais, para asistir a estos pobres soldados. Y ya van a salir cuatro hoy. Una de ellas a la edad da casi cincuenta años, me vino a ver el viernes pasado al Hôtel-Dieu donde yo me encontraba, para decirme que se había enterado que dos de sus hermanas habían muerto en Calais, y que venía a ofrecerse a mí, para ser enviada en su lugar, si me parecía bien. Yo le dije: hermana mía, ya lo pensaré. Y ayer vino aquí para saber la respuesta que tenía para ella. ved, hermanos míos, el valor al ofrecerse de esta manera, y ofrecerse a exponer su vida como víctimas, por el amor de Jesucristo y el bien del los demás. ¿No es esto admirable?. En cuanto a mí, no sé qué decir de ello, sino que estas jóvenes serán mis jueces en el día del juicio. Sí, ellas serán mis jueces, si nosotros no estamos dispuestos como ellas a. exponer nuestras vidas por Dios. pero con qué santa confianza comparecerán el día del juicio, después de tantas obras de caridad que habrán hecho! Ciertamente me parece que las coronas y los imperios de la tierra no son más que barro, en comparación del mérito y de la gloria del que debemos esperar que se verán coronadas un día. Como nuestra congregación tiene algo en común con la compañía, y Nuestro Señor se ha querido servir de la de la Misión, para dar comienzo a la de estas pobres hijas, tenemos también la obligación de agradecer a Dios por todas las gracias que les ha dado, y pedirle que les continúe por su infinita bondad las mismas bendiciones en lo futuro⁶⁴⁸”

Tales fueron las primeras armas de las Hijas de la Caridad al servicio de los soldados. De entonces a hoy, los campos y las ambulancias han sido sus puestos de honor. Durante la expedición a Crimea, se las vio llevar hasta diez hospitales militares, sin contar dos hospitales de la marina, demasiado poco numerosas todavía entre tantas víctimas del cólera o de la guerra. Pero la presencia y el ejemplo de estas hermanas es un estimulante para los hombres a quienes el precio del mercenario no ha hecho vencer la repugnancia de un empleo así.. En Pera, en Dolma Rachtché, en la Escuela politécnica, en Levend y en Rami Tchiflik, en Maltepé, en Daoud Pachá, en Guihané, en Kaudlidjé, en el Palacio de Russie, en Kalkis, en la escuela preparatoria; en todas partes es un heroísmo de entrega que sorprende a los mismos valientes. Ni los rigores del invierno, ni el cólera y el tifus, ni las plagas gangrenosas, ni un servicio por encima de las fuerzas humanas, nada las asusta, nada las desanima. Ellas se enfrentan a todo, ni siquiera las llamas, a las que, en el incendio de la Escuela politécnica, ellas arrebatan a todos sus queridos enfermos y hasta su pobres muertos de la víspera..

Antes de encargarse de las grandes ambulancias, ellas habían sido llamadas a los hospitales del Pireo, de Gallipoli y de Varna, llenas de contagiados de cólera. Los enfermeros, diezmados ellos mismos por la plaga, no se atrevían a abordar ya a los enfermos. Apenas se vieron las hermanas dirigirse hacia el hospital, con el rostro alegre, el corazón firme y contento, cuando renace el valor y la esperanza.

⁶⁴⁸ Rep. de or. del 4 de agosto de 1658.

Al servicio de las ambulancias y de los hospitales, ellas juntaron todavía la visita frecuente de los prisioneros de todas las naciones y, la visita de bienvenida, esperando el desembarco, a los navíos cargados de enfermos y heridos que llagaban de Crimea. Que aprecie la alegría de estos desdichados, amontonados también en el entrepuente, deshechos por una dura travesía, a la vista de esta hermana que se presentaba a ellos, un poco de caldo, o unas gotas de vino en la mano, la sonrisa en los labios, y la caridad en el corazón. La costa extranjera les parece ya la patria y, en el hospital, creen volver a ver a la familia bajo la figura de esta hermana que les recuerda todo lo que más los ha amado. Todos hubieran podido decir con uno de ellos “Hermana mía, venga a visitarme a menudo; que cuando viene, creo ver Francia y a mi madre!” En la hermana veían felices mucho más: veían a un ángel, una aparición de la dulce Providencia, que casi siempre los llevaba a la fe, a las prácticas religiosas. Y con ello a menudo a la salud. El alma curada y fortalecida reaccionaba sobre el cuerpo; una oración dictada por la hermana hacía más que una ordenanza médica, y ni un vendaje valía lo que una medalla de la virgen. Así, en los tres ejércitos turco, inglés y ruso desprovistos de la verdadera fe y de la verdadera oración, las curaciones eran tan raras como frecuentes eran en el nuestro, eso mismo sucedía con los pobres Irlandeses católicos, tratados sin embargo de un modo tan poco privilegiado por la administración protestante de su país. Cuántos hombres han debido a estas santas hermanas la salud y la patria! ¡Cuántos más, más numerosos todavía, les deberán el cielo!

A la vez envidioso y ciego, el protestantismo inglés quiso tener sus hermanas de caridad. Laudable por la parte de las que lo emprendieron, este ensayo no fue, como se sabe, más que una parodia impotente. Esta vez tampoco el protestantismo no había podido responder al desafío que le lanza el catolicismo desde hace tres siglos, hacer una Hija de la Caridad, y no comprende que le faltan para ello dos cosas que no tendrá nunca: un voto y una práctica, la castidad y la comunión.

Hasta nuestros días, no había sido dado a las Hijas de la Caridad aparecer i ejercer su celo al mismo tiempo en los dos campos enemigos. Este espectáculo lo han dado en Italia. Mientras que las Hijas de la Caridad francesas e italianas se entregaban al alivio de los heridos franceses e italianos, las hijas de la Caridad austriacas ejercían la misma entrega a los heridos austriacos. Éstas fueron sublimes en el desinterés y y en la humildad. Como se acababa de anunciar a la hermana Rafaela Herschitsch, hermana sirviente de Verona, que el emperador de Austria le había concedido el distintivo de la cruz de oro: “Os lo suplico, no me habléis de ello, dijo al mayor del hospital que la felicitaba; ya que no lo aceptaría a ningún precio. Me avergonzaría recibir semejante recompensa. Sólo Dios puede pagar los servicios de una Hija de la Caridad que da su vida por sus semejantes. –Pero el emperador se enfadará do sepa que nosotras sacrificamos nuestra vida alivio de sus soldados por amor a Dios sin pretender recompensa alguna. Al renunciar al mundo para consagrarnos al servicio del Señor, hemos renunciado con ello a estas clases de honores. Al aceptarlos, sería como colocarnos bajo su yugo. Nuestros superiores, por lo demás, sabrán muy bien agradecerle por su benevolente atención a la comunidad. –Pero estos Señores van a venir a traéroslo. –s pido, Señor mayor, decidles que me perdonen el dolor de un

rechazo.” Ya ausente el mayor, la buena hermana se puso en oración con sus dos compañeras enfermas, y permaneció así todo el día, a fin de que, decía ella, no vinieran a molestarla con *aquella cosa*. Humilde oración que fue escuchada, pues no se insistió más someterla a *este nuevo suplicio de la cruz*.

En el mismo tiempo, las Hijas de la Caridad daban este mismo ejemplo en México y en Chile, donde socorrían y consolaban indistintamente a los a los heridos de los partidos que se batían sin cesar; hacían de alguna forma la vela de la caridad en el litoral de España, esperando a los enfermos y a los heridos que debían traerles de la guerra de Marruecos.

En la alocución dirigida más arriba por Vicente a las hermanas que partían para Calais, se ha advertido una alusión a las hermanas de Polonia. En efecto, la reina Luisa, que había formado parte en París de la asamblea de las Damas, que había visto en el trabajo a la señorita Le Gras y a sus hijas, las pidió el año 1652. tres partieron en primer lugar con un recado de Vicente del 6 de setiembre. Atravesaron Alemania y los países protestantes respetadas en todo lugar por sus virtudes, su valor y su hábito. La reina las acogió con alborozo. Las dejó unos días respirar el aire del país y estudiar un poco la lengua, luego les dijo: “Vamos, hermanas mías, es tiempo de comenzar a trabajar. Sois tres; quiero quedarme con una a mi lado, y sois vos, mi querida Margarita; las otras dos irán a Krakovia a servir a los pobres. –Ah Señora, respondió la hermana, ¿pero qué decís? Sólo somos tres para servir a los pobres, y vos tenéis en el reino a tantas personas más capaces que nosotras para servir a Vuestra Majestad! Permitidnos, Señora, hacer lo que Dios pide de nosotras, y lo que hacemos en otros lugares.” La reina insistió; la hermana no respondió esta vez más que con sus lágrimas; al verlo la reina: “Qué, hermana mía, dijo, ¿os negáis entonces a servirme? –Perdonadme, Señora, pero es que nosotras nos hemos entregado a Dios para servir a los pobres⁶⁴⁹.”

La hermana Margarita Moreaux y sus dos compañeras tenían algo mejor que hacer que servir a la reina; tenían que servir a los enfermos de la peste que desolaba entonces Varsovia, y la hermana Margarita tenía que morir en esta obra de heroica caridad. La reina Luisa se sintió arrastrada por su ejemplo. Visitó los hospitales, cuidó de los enfermos con sus manos, y pagó con sus limosnas cuando no podía pagar con su persona. A petición suya, otras tres hermanas nuevas salieron de Francia portando una carta de la señorita Le Gras para sus hermanas de Polonia: Las hemos dejado partir con dolor, decía

⁶⁴⁹ Conf. de los 2 de febrero, 3 de junio de 1653, y 25 de mayo de 1654. –Ocurría en Francia como en Polonia, en todas partes, que las hijas de la Caridad preferían servir a los pequeños y a los pobres al servicio de los ricos y de los grandes. Una de ellas, María Denise, debía ser colocada por Vicente al lado de la señora de Comvalet, la futura duquesa de Aiguillon”Perdón, Señor, le objetó ella; he dejado padre y madre para darme al servicio de los pobres por amor de Dios, y no para ir a servir a una gran dama.” Otra, Barbe La Grande, a quien le fue hecha su misma propuesta por el santo, se echó primero a llorar, luego consintió y fue confiada a una señorita de la señora de Combalet. Pero, seguidamente, se presentó ante Vicente, que se hallaba en las proximidades, y le dijo: “Yo no podría vivir, Señor, en medio de este lujo, y os ruego que me lo quitéis, Nuestro Señor me ha dado a los pobres, devolvedme a ellos. “ Vicente, si bien impresionado, la devolvió a la señora de Comvalet, diciéndole que, si ella no se encontrara bien, él la llamaría dentro de cuatro o cinco días; cosa que tuvo lugar. “¿Qué os parece, Señorita? escribía el santo, relatando este hecho a la digna madre de estas humildes y sublimes sirvientas de los pobres. ¿No os sentía encantada al ver la fuerza del espíritu de Dios en estas dos pobres hijas, y el desprecio que las lleva a hacer del mundo y de sus grandezas? No os podríais imaginat el aliento que me ha dado por la caridad(Carta del 127 de mayo de 1656).“

la santa institutriz, separándonos de ellas; y con regocijo por la seguridad que tenemos de que ellas van a hacer la voluntad de Dios, y a unirse a vos para cumplir sus santos designios en el reino de Polonia. Oh mis queridas hermanas, que son muy altos. Suplico a la bondad de Dios que os los dé a conocer, con la seguridad que este conocimiento operará en vosotras una gran humildad y una justa confusión al veros elegidas para un trabajo así, y para que os conceda la voluntad de no ser indignas de ello.”

Estas nuevas hermanas debieron interrumpir el viaje y regresar a Francia, ante la noticia que la reina se había visto obligada a buscar contra la guerra un refugio en Alemania con las hermanas polacas. En este exilio, la reina empleó a las hijas de la Caridad en el servicio de los soldados enfermos. De regreso a Varsovia, , las puso a la cabeza de un hospital de huérfanos, cerca del cual arregló un edificio para los sirvientes enfermos y los pobres pasajeros.

Volveremos a encontrar a las Hermanas de la Caridad en los hospitales fundados por Vicente de Paúl, en las provincias desoladas por la guerra que él alivió durante tantos años. Ellas fueron siempre las celosas colaboradoras de todas sus obras. Por todas partes, a pesar de su celo, su demasiado exiguo número las colocaba por debajo de su tarea. “Señor, le escribía una de ellas, estamos agobiadas de trabajo y sucumbiremos en él si no nos ayudan. Me veo obligada a escribiros estas breves líneas por la noche mientras vigilo a nuestros enfermos, por no tener ningún descanso por el día; y mientras escribo tengo que exhortar a dos moribundos. Voy dentro de poco a uno y le digo: ‘Amigo mío, eleve el corazón a Dios, y pedidle misericordia;’ hecho esto, vuelvo a escribir una o dos líneas, y luego voy corriendo a donde el otro gritando: ‘Jesús María, Dios mío, yo espero en vos;’ y luego vuelvo otra vez a mi carta; y así voy y vengo, y os escribo a ratos y con el espíritu todo dividido. Es para suplicaros muy humildemente que nos enviéis otra hermana más.”

Enviar otra hermana más era con frecuencia algo difícil ya que, decía Vicente a sus sacerdotes: “Ustedes no podrían creer cómo bendice Dios en todas partes a estas buenas Hijas y en cuántos lugares están esperándolas. Monseñor de Tréguier pide ocho para tres hospitales que ha fundado en Cahors, monseñor d’Agde me pide por otra parte, y su señora madre me habló también hace tres o cuatro días y me dijo que era urgente. ¡Y qué!, no hay otro remedio, no tenemos suficientes. Preguntaba estos días pasados a un párroco de esta ciudad, que las tiene en su parroquia si se portaban bien. –Ah Señor, me dijo, tan bien se portan por la gracia de Dios que... En fin, Señores, no me atreveré a contarle lo bien que me ha hablado de ellas. en Nantes, donde hay, les ocurre lo mismo, una vez que han reconocido la sencillez de estas buenas Hijas. Sucede lo mismo en otros lados, quien más quién menos. Y no es que no tengan defectos. Ay, ¿quién no los tiene? Pero ellas no dejan de ejercer la misericordia, que es esta virtud de la que se dice que lo propio de Dios es la misericordia. Por nuestra parte, nosotros la ejercemos también, y la debemos ejercer toda nuestra vida: misericordia corporal, misericordia espiritual; misericordia en los campos en las Misiones, misericordias dentro de casa con los ejercitantes y los pobres; por último debemos ser siempre gente de misericordia, si queremos hacer en todo y en todas partes la voluntad de Dios⁶⁵⁰.”

⁶⁵⁰ Rep. de or. del 2 y 3 de noviembre de 1656.

A pesar de su penuria de sujetos, Vicente pudo, mientras vivió, hacer, fuera de París, veintiocho fundaciones de hermanas: hospitales, casas de escuela o de caridad. Una de las más destacadas fue la Casa de la Providencia de las jóvenes huérfanas de San José, fundada en 1658, en Cahors por el santo obispo Alain de Solminihac. Era para las hermanas de la caridad un empleo totalmente nuevo. También Vicente, que variaba sus consejos conforme a los empleos, los lugares y las personas, dirigió instrucciones muy particulares a las primeras hermanas que fueron enviadas, y la señorita Le Gras les dio, para ellas y para sus huérfanas, reglamentos admirables⁶⁵¹. Esta casa se anticipaba, para las huérfanas del pueblo, a lo que Saint-Cyr iba a hacer más tarde para las jóvenes de la nobleza pobre. Las huérfanas eran educadas hasta que pudieran ser colocadas en religión o en el mundo, y se aseguraba una dote a las que habían dado plena satisfacción.

Las primeras hermanas enviadas por san Vicente a Ussel, en 1655 o 1656, al encontrarse sin socorros, para ellas y para y para sus pobres, en esa región aislada, tomaron la decisión de volverse a París. Se encontraron en Moulins con su santo fundador quien para animarlas les dijo: "Regresad, hijas mías, regresad a Ussel, la Providencia cuidará de vosotras. Ellas se volvieron allí en efecto y, al entrar en su pobre hospicio, encontraron un carro de trigo y otras provisiones enviadas por personas caritativas. A partir de entonces, a las hermanas de Ussel nunca les ha faltado lo necesario. En 93 incluso, ellas han podido seguir en paz al servicio de sus pobres enfermos; y hoy, el hospicio, aunque siempre pobre, se halla en un estado próspero y pasa por uno de los mejor establecidos de la Corrèze.

Después de la muerte de san Vicente, el crecimiento del grano de mostaza y su multiplicación fueron mucho más prodigiosos aún. Establecidas en 1649, a petición de la reina, en la casa real de Fontainebleau, las Hijas de la Caridad fueron llamadas en número de treinta, el 15 de febrero de 1676, en el hotel real de los Inválidos. Cocina, botica, lencería, vestuario, enfermería y cuidado de los enfermos día y noche, cuidado de los locos, ellas se encargaron de todo y no retrocedieron ante nada. El acta de fundación se realizó, el 20 de marzo siguiente, entre el marqués de Louvois, gobernador de los Inválidos, y Nicole Haran, superiora general, y de sus oficialas, con el consentimiento de Jolly, tercer general de la Misión. Renovada en 1769, entre el duque de Choiseul-Amboise y los superiores de las Hijas de la Caridad, el convenio recibió un revés en 1772, a consecuencia de una patente que establecía en los Inválidos a un boticario-mayor y desposeía a las hermanas de la botica. Pero en una memoria dirigida a la señora Adélaïde, a las hermanas no les costó mucho demostrar que las quejas intentadas contra ellas no tenían otro fundamento que la envidia y la ambición, y que una medida así supondría un daño inmenso a los cuatrocientos establecimientos que poseían entonces en Francia. Por ello, el 31 de diciembre de 1774, intervino un decreto real que, rindiendo homenaje a los cuidados, a la vigilancia, a la exactitud, al celo de las hermanas, y reconociendo que la fundación de un boticario-mayor era una novedad tan contraria a los compromisos pasados para con ellas como inútil al bien del servicio, restablecía todas las cosas sobre las antiguas bases.

⁶⁵¹ Arch. del Estado, S. 6160 y 6163.

IX. *Las Hijas de la Caridad después de la muerte de san Vicente*. No podría entrar en nuestros pensamientos contar la historia, indicar siquiera la fundación de todos los establecimientos de las Hijas de la Caridad en París y en Francia, en Europa y en ultramar, desde hace más de dos siglos. En vida de san Vicente de Paúl, ellas no habían salido de Francia más que para ir a Polonia; pero como el santo hablaba a menudo de enviarlas a todas partes al igual que a sus Misioneros, a Europa y hasta a África y a las Indias, quizás sea bueno indicar algo sobre la realización posterior de estos diversos proyectos.

Dos jóvenes, animadas por su párroco, habían venido a establecerse cerca de Montanaro en el Piamonte, para dar escuela a las pobres niñas de su sexo. En 1778, habiéndose ganado a algunas compañeras y puestas bajo la dirección de un misionero, formaron en Montanaro una pequeña comunidad, recibieron las reglas, el hábito, el nombre y las funciones de Hijas de la Caridad. Autorizadas en 1779 por las letras patentes de Amédée III, ellas pidieron y obtuvieron ser agregadas a la comunidad de Francia. Atravesaron como pudieron los días malos, y renovaron su agregación en 1822, cuando los Misioneros se establecieron en Turin. En 1831, abrieron un seminario que pudo surtir de hermanas a los pequeños hospitales de Rivarola, de Ivrea, de Santo-Benigno y de Sommariva, esperando que se estableciera en Turin un seminario, lo que tuvo lugar en 1833, con las limosnas de Charles-Albert y el concurso de las hermanas francesas. Desde entonces figuraron a la cabeza de los hospitales de Turin, de Carignan, de Génova y de Oneglia, donde fundaron también escuelas, así como en Castellamonte. Su dirección heroica durante el cólera de 1835 les valió nuevos establecimientos, hospitales para enfermos o niños expósitos, escuelas, talleres, asilos, en Turin, en Niza, en Racconis, en Génova, en Savone, en Plaisence, en Acqui, en Grugliasco, en Siena, en Parma, en Mondovi, en Alesandria, en Saluces, en Lugano, en Florencia, en Fermo, en Chieri, en Rondisson. Ellas salían así del Piamonte para extenderse por los ducados y llenar a Italia como a Francia. Fundaban en Nápoles en 1843; en Macerata, en los Estados pontificios, en 1846, y en Roma, en 1850.

Así se cumplía , aunque algo tarde, un deseo del venerable Pío VII. En una audiencia de despedida que había otorgado, el 26 de noviembre de 1816, al señor Artaud, nombrado primer secretario de embajada en Viena, la conversación recayó sobre las religiosas hospitalarias. El santo Pontífice le dijo: “Nos habéis hablado de las religiosas de Francia, y sobre todo de estas hijas del *Ave María* , que fueron a la muerte cantando el *Veni Creator*. Se escuchaban menos voces según caían las víctimas. Nos otorgaríamos todos los favores que se solicitaran para una orden semejante. Pero hablemos también de las *hermanas grises*. Escuchad: esto es lo que hemos hecho: hemos tratado de introducir las en toda la catolicidad, y en particular en Italia, en Alemania y en Irlanda. Nos han dicho: ‘Delante de los enfermos, la mujer italiana no tiene el valor suficiente y fuerza moral para someterse a tantas fatigas; la Alemana tiene algo de demasiado sumiso y demasiado fácil; a la Inglesa no le falta ni humanidad, ni exaltación, pero es demasiado *sostenuta* (demasiado gazmoña); la mujer francesa posee la habilidad, la seguridad, la resolución, el *dominio dulce*, la piedad severa, indispensables en tal estado.’

Sin embargo nos no renunciamos al deseo de mejorar en esto el servicio de nuestros hospitales⁶⁵².”

Esta estima, este afecto por las Hijas de la Caridad es, de alguna manera, tradicional en la sede apostólica. En su bula del 18 de las calendas de setiembre de 1840, el papa Gregorio XVI, enumerando los dolores y los gozos de la Iglesia, sus temores y sus esperanzas, dijo: “Es, entre otros, un espectáculo consolador para el mundo católico, y es para los no-católicos mismos un motivo de admiración, que estas sociedades tan multiplicadas y tan extendidas de mujeres piadosas que, viviendo en común bajo la regla de san Vicente de Paúl o bajo la de otros institutos aprobados, y notables por sus virtudes cristianas, se entregan por completo o a retirar del sendero de la perdición a las mujeres extraviadas, o a formar a las jóvenes en la religión, en una piedad sólida y en los trabajos de su estado, o a aliviar de todas las formas posibles los infortunios de los demás, sin ser apartadas ni por la debilidad natural de su sexo, ni por el miedo a ningún peligro.”

Los tristes acontecimientos de 1848 expulsaron a la hijas de la Caridad, acabando con su tranquilo género de vida, de Génova, de Siena, de Parma y de Florencia, a donde ellas han regresado después.

En 1790, seis hermanas partieron de París para España. En 1810, las Hijas de la Caridad se establecieron en Ginebra; estaban en Suiza, en Saconen, desde 1750. Entraron en Bélgica en , en Namour, en 1834, y, en 1852, en las provincias Renanas.

En 1851, una comunidad de religiosas hospitalarias de Gratz se sintió inspirada a pedir su incorporación a las Hijas de la Caridad de París. La fundadora y superiora se encontraba, por su familia, tener lazos que la unían a la de san Vicente; su tía abuela, la condesa de Brandis, había sido, el siglo pasado, una bienhechora insigne de la casa principal de Nápoles donde, en esta calidad, había obtenido su sepultura. La hermana de Brandis vino en persona, con una de sus compañeras, a pasar cerca de dos años en la casa madre de París. A su regreso a Gratz, adoptaron con ella el hábito y las reglas de las Hijas de la Caridad y, con el consentimiento del ordinario, se pusieron bajo la dirección y autoridad del superior general de la Misión. Fue el inicio de la doble familia de san Vicente de Paúl en Austria. Los Misioneros debían seguir pronto a las hijas de la Caridad. En 1857, la casa de Gratz se había desarrollado de tal manera que trescientas hermanas habían salido ya para extenderse por las diferentes partes del Imperio con la autorización del gobierno que desea conferirles todos sus establecimientos caritativos.

Desde hacía mucho los Misioneros de las Islas Británicas reclamaban a sus hermanas de la caridad. Cuatro son enviadas a Brogheda en 1855. En 1857, el Sr. Étienne, superior general, lleva él mismo a diez a Dublin para formalizar allí dos fundaciones. Por estas dos ciudades, ellas circulan libremente con su santo hábito, visitan a los enfermos y dirigen las escuelas. Ellas han conquistado la admiración de los mismos protestantes. En Sheffield, en Inglaterra donde se establecen también en 1857, la misma libertad, cuidados, simpatías.

⁶⁵² *Hist. du pape Pie VII*, por el Sr. le Cheve. Artaud, 2 vol. in-8, Paris, 1836, t. II, p. 460.

Lisboa había sido cruelmente probada por el cólera en 1856. Todos los niños a los que la epidemia había hecho huérfanos habían sido confiados a los cuidados de la sociedad consoladora de los afligidos que, por no poder recogerlos a todos, llamó en su ayuda a las Hijas de la Caridad. Se reciben informaciones, se consulta a la autoridad patriarcal y, en febrero de 1857, se forma un decreto real que aprueba y autoriza la entrada en Portugal de las hermanas de la Caridad, y de dos Misioneros que estarán encargados de la dirección espiritual de las hermanas y se pondrán ellos mismos al servicio de la asociación. En junio de 1857, siguiendo los deseos expresados en la ordenanza real, el Sr. Étienne, superior general, parte para Lisboa con el fin de prepararlo todo. Alojado en el palacio mismo de la tía del rey, promotora de la obra, bien acogido por el rey, los ministros y del cardenal arzobispo, se siente lleno de esperanzas. Para colmo de satisfacciones, ha incorporado a la casa madre una comunidad de veintiuna hermanas, últimos restos de la Revolución que, separada desde hacía treinta y ocho años, había quedado estéril. Él regresa a Francia. De pronto, la fiebre amarilla estalla en Lisboa y multiplica el número de los huérfanos. Llaman a las hermanas a todo grito. Ellas no lo dudan y, en el mes de octubre de 1857, cinco de ellas, conducidas por los Misioneros Sipolis y Miel, llegan a Lisboa en medio de los muertos y moribundos. “Miradlas que poco miedo tienen”, dice el pueblo a la vista de su arrojo. Se ponen enseguida a la obra, y pagan su bienvenida inaugurando su ministerio caritativo con la muerte de una de ellas. Seis nuevas hermanas llegan el mes de diciembre. La Infanta Isabel les da su palacio de Ajuda para servir de hospicio a los huérfanos. El rey, la reina, las infantas, lo selecto de la nobleza y del pueblo las visitan, las admiran y las sostienen con sus limosnas y su protección. Así transcurren nueve meses. De pronto, como una consigna, salida probablemente de Inglaterra, un concierto de declamaciones en la prensa liberal, que finge ver en todo al monstruo de la reacción religiosa, del jesuitismo, de la inquisición, etc. bajo la blanca corneta de las hermanas de la Caridad; es, en las calles, una conspiración cobarde de ultrajes y de tratos infames contra estas santas hermanas. No obstante las interpelaciones, las peticiones en sentido contrario se cruzan en la tribuna de las cámaras. El gobierno del ministro francmasón Loulé se calla, o incluso protege estas infamias; luego recurre a una de estas miserables transacciones que no satisfacen a nadie y sacrifican siempre el buen derecho. Un decreto del 3 de setiembre de 1858 quita a las hermanas la enseñanza literaria y religiosa, para no dejarles irrisoriamente más que sus ejercicios piadosos y caritativos. Esto no es suficiente para el liberalismo impío; hay que arrancarlas a sus huérfanos de Ajuda. Inútiles esfuerzos! Las instituciones cristianas se multiplican siempre bajo la persecución y pronto las hermanas cuentan en Portugal una casa más; augurio tal vez del restablecimiento definitivo de las dos congregaciones de san Vicente en el reino!

Cobarde venganza de Inglaterra por el fracaso de sus armas en Crimea; y sobre todo de sus parodias de las instituciones caritativas del catolicismo!

África hecha francesa, África, este primer teatro de la Caridad de Vicente de Paúl, debía atraer bien pronto a sus hijas. En 1842, a petición del obispo y del gobierno francés, se realizaron en Argel dos fundaciones de Hijas de la Caridad: se encargaron de la dirección del hospital civil y abrieron una casa

para la asistencia de los enfermos a domicilio, la instrucción de las niñas pobres y la educación de las huérfanas.

Desde hacía tiempo los Misioneros del Levante, incapaces de desarmar el odio feroz del Turco y de demostrar al hereje la verdadera Iglesia, llamaban en su ayuda a las Hijas de san Vicente de Paúl para hacer a mar a uno el cristianismo en una de sus más amables personificaciones, y mostrar al otro la caridad activa, carácter exclusivo del catolicismo. Se pensaba en responder a esta llamada, cuando dos protestantes convertidas, las señoritas Tournier y Oppermann, que solicitaban, a pesar de edad demasiado avanzada, su admisión en la compañía de las Hijas de la Caridad, recibieron la promesa de una dispensa a su favor, con la condición de que ellas irían a abrir, bajo la dirección de los Misioneros, una escuela de jóvenes en Constantinopla. Aceptada la condición con rapidez, partieron el 1º de julio de 1839, y el éxito fue tal que, el 21 de noviembre del mismo año, se embarcaron hermanas para ir a formar dos casas de Hijas de la Caridad, una en Constantinopla, la otra en Esmirna. Llegadas el 4 de diciembre, recorrían desde el día siguiente las calles para la visita de los enfermos a domicilio, y eran recibidas por los Turcos, los herejes y los cismáticos, con las mismas demostraciones de admiración y de gratitud que por los católicos. El 21 de enero siguiente, sus clases y sus talleres estaban en plena actividad y contenían a más de cien jóvenes⁶⁵³. Las hermanas de Constantinopla, llegadas el 8 de diciembre, comenzaron a dar a las señoritas Topurnier y Oppermann la recompensa prometida, a saber el hábito de las Hijas de la Caridad, luego recogieron a sus huérfanas y a sus jóvenes escolares. Gracias a los numerosos refuerzos que les enviaron de Francia, las hermanas de Esmirna y de Constantinopla pudieron en los años siguientes dar a sus obras un desarrollo maravilloso. En Constantinopla tan sólo, en el espacio de un solo año, las Hijas de la Caridad han socorrido a más de veinte mil pobres, vendado o visitado a más de cuarenta mil enfermos, a veces hasta quinientos por día, vestido a más de ciento cincuenta niñas pobres, y gastado, sacadas las cuentas, más de sesenta mil piastras turcas.

En el mes de abril de 1841, ellas enviaron incluso a una colonia de cinco de ellas a Grecia, en la Isla de Santorin, a la entrada del archipiélago, donde fueron fundadas las primeras escuelas católicas del reino griego; fueron autorizadas oficialmente por el gobierno griego.

Existe en Alejandría de Egipto un hospital fundado por las naciones europeas. En 1844, siete hijas de la Caridad iban a hacerse con su dirección. Organizaron también clases para las jóvenes, esperando que les construyeran una casa amplia y apropiada para sus diversas funciones caritativas.

En pocos años, han entrado en Persia. En 1856, algunas se establecieron en Khosrova.

⁶⁵³ Fue en Esmirna donde se formó la nieta de Hossein, último dey de Argel. Admirable golpe de esta Providencia que, dijo Bossuet (*Orac. fún. de Enriqueta de Inglaterra*) que mueve a todo un Estado par liberar a sus elegidos de las leyes del error, ya que ella pone a las almas a este precio! El derribo del Estado paterno arroja a esta joven a Esmirna, donde se hace cristiana, y de ahí, en lugar de ir a habitar un harem oriental, viene a París, donde está todavía, a expiar en una casa y bajo el hábito de las Hijas de la Caridad, los crímenes de su raza, de los que ella es llamada tal vez a ser la redentora! *Optimam partem elegit!*

El 23 de octubre de 1847, doce hijas de la Caridad se embarcaron en Marsella para China. El clero y el pueblo de la ciudad daban las señales del más piadoso interés a estos misioneros de nueva clase y saludaban su partida. una misa solemne pontifical se celebraba en el puerto y sobre la embarcación. El 24 de junio del año siguiente, la santa colonia abordaba en Macao. Se cumplía un voto dos veces secular de san Vicente! –Voto parecido del santo y de nuestros heroicos Misioneros de Madagascar realizado en 1859: Hijas de la Caridad han salido para Bourbon.

En 1844, diez hijas de la Caridad partían de España, y el 4 de noviembre arribaban a la tierra de Veracruz. El 15, estaban en México. Se ponen inmediatamente a la obra y comienzan por una escuela de niñas. La hermana Inés Cabre muere enseguida para inaugurar la misión, y en cumplimiento de la ofrenda que ha hecho en el mar de su vida por la conservación de la de sus compañeras que se muestran aguerridas, estalla entonces la revuelta de Pareden. Ellas se trasladan al campo de batalla de Puebla, su primer campo de batalla. En el bloqueo de Puebla, invitadas por Santana a cuidar los heridos, ellas aceptan con la condición de cuidar a los heridos de los dos bandos. Se aprueba la condición. Pero esta vez, ellas no pagan más que con buena voluntad; antes de su llegada a Puebla el sitio se había levantado. Ellas regresan entonces a sus funciones ordinarias. Hacia finales de enero de 1855, abren un seminario interno en México y se instalan en el hospital de San Juan de Dios. pronto cuentan con cinco establecimientos en México: su casa central (seminario y pensionado), tres hospitales y una casa de mujeres alienadas. Fuera de la capital, se establecen sucesivamente en Lilão y en Lagos, donde dirigen hospitales y escuelas; en Guanajuato y en la Colonia de los Ángeles, para el cuidado de los hospitales de Nuestra Señora de Belén y de San Pedro; por último, en Monterrey, donde tienen una casa de Caridad. –El 3 de diciembre de 1847 se embarcan seis hermanas en Cádiz y, el 8 de enero siguiente, tomaban posesión del hospicio de la Habana, donde tienen hoy ocho casas, tanto hospitales como escuelas y orfanatos.

En 1849 y 1850, la Compañía conquistaba en un solo día todo el territorio de los Estados Unidos, agregándose a más de cuatrocientas religiosas de San José, fundadas en Baltimore, a principios de este siglo, por una americana, señora Seton.

Ya en 1847, ella se había establecido en Marianna, en Brasil, para tener un pensionado y un pequeño hospital, y en adelante se asociará a la obra de los Misioneros.

En 1853, en Río de Janeiro, tomaba posesión del gran hospital de la Misericordia, el más hermoso del mundo; del hospital menos importante, aunque magnífico todavía de Pedro II; del asilo de los alienados, de diversas casas de educación : el colegio de la Inmaculada Concepción, la Casa Francesa, la Providencia y el Orfanato.

Al entrar en el hospital de Río Janeiro, ellas son recibidas por la fiebre amarilla, y le pagan con seis de ellas una terrible bienvenida. La hermana Despiou se apresura a escribir a su superiora en París: “Viva la Cruz y la hermosa misión de Río de Janeiro, donde se gana tan pronto la corona de la vida eterna! Seis de vuestras hijas, mi buena madre, han recibido ya la recompensa de su entrega; una séptima está a la puerta del Paraíso, y probablemente antes de

que salga mi carta tendré que decirles que ha ido a reunirse con sus compañeras.” Se las quiere forzar a dejar el hospital y retirarse al campo. Todas responden que quieren acabar con las armas en la mano y morir con honor en el campo de batalla. Se insiste. Entonces la hermana Despiau invoca el tratado que les da cuatro meses para ejecutar su retiro después de la notificación dada y, en el nombre de este tratado, reclama para ella y para sus hermanas el derecho de morir en su puesto!

Siempre en 1853, las Hijas de la Caridad se establecen en Bahía, donde abren un pensionado, antes de encargarse de un orfanato y de un hospital.

En 1856, siete Hermanas son puestas al frente del hospital de Nuestra Señora del Exilio, capital de la Isla y provincia de Santa Catalina. Finalmente, en 1857, se llama a una quincena al hospital de Pernambuco, al puesto que la caridad profética de su padre les había asignado hacía ya doscientos diecisiete años!

El 17 de noviembre de 1857, las primeras Hermanas chilenas, treinta en número, partían de Burdeos y, después de una larga navegación de cuatro meses, el 16 de marzo de 1858, abordaban en Valparaíso. El 29, eran recibidas en triunfo en Santiago y, pronto después, ocho de ellas entraban en el hospital de las mujeres de San Francisco de Borja, y las otras se repartían entre el hospital de los hombres de San Juan de Dios, el hospicio de los niños expósitos y la casa central o seminario interno.

En 1859, con ocasión de una de estas revoluciones, tan frecuentes en Chile, las hermanas de Santiago, a invitación del gobierno, se fueron cuatro a San Felipe, cinco a la Serena, bajo la dirección del Sr. Benech, su directo, para prodigar allí sus cuidados a las víctimas de la guerra, sin excepción de partido. En todas las épocas y bajo todos los climas, las Hermanas de la Caridad son fieles a la hermosa misión inaugurada, hace cerca de doscientos cincuenta años, por las cuatro pobres jóvenes enviadas a Calais por san Vicente de Paúl.

En el año 1857, el gobierno de Perú y el arzobispo de Lima pidieron una casa de Misioneros y tres de Hijas de la Caridad; y el 16 de setiembre, un navío decorado con el nombre de *San Vicente de Paúl*, partía de Burdeos, llevándose a cincuenta hermanas y a dos Misioneros. Cinco Hermanas debían quedarse en Valparaíso, para el servicio del hospital; el resto iban destinadas a Lima.

Por último, dos años después, las Hijas de la Caridad acababan con la Plata su conquista caritativa de América del Sur, y se establecían en Buenos Aires.

Ya las tenemos pues casi tan difundidas como el catolicismo mismo. Ellas llenan Francia y Argelia. Están en Bélgica y en Suiza; en todos los Estados italianos; en España y en Portugal; en Inglaterra y en Irlanda; en la Polonia rusa, prusiana o austriaca; en Prusia y en Austria; en Turquía y en Grecia; en Egipto y en Persia; se han extendido en pocos años por casi todos los estados de América del Norte y del Sur; y se las encuentra colocadas en los extremos de África y de Asia, en China y en Bourbon.

Se cuentan por miles y sus establecimientos por centenares. Tan variados como numerosos, estos establecimientos abrazan todas las edades, todas las necesidades, todas las miserias de la vida humana. Hay pesebres para el recién nacido, hospicios para el anciano; asilos para la infancia, para los criados, para los ciegos, para los alienados, y últimamente en la Tepepe, cerca de Tain (Drôme), se ha formado gracias a la generosa iniciativa del conde de

Larnage, un asilo para epilépticos; hay casas de niños expósitos, orfanatos de chicas y de chicos: escuelas de jóvenes y de adultas y de sordo mudos; talleres y casas de patronato; hay conservatorios donde las jóvenes del pueblo son educadas hasta su matrimonio, como las hijas de la nobleza pobre lo eran antes en Saint-Cyr, y dispensarios donde el pobre viene a buscar, de donde las Hermanas llevan socorro al pobre; existen esos innumerables puestos en que la caridad vigila, y donde, después o sin llamada va a visitar y socorrer la enfermedad y la pobreza a domicilio. Se encuentran Hijas de la Caridad en las colonias agrícolas, en los depósitos de mendicidad, en las prisiones; ellas están a la cabeza de todas las casas hospitalarias, hospicios, hospitales civiles o militares. Al soldado, ya lo hemos visto, desde su origen le siguen y le cuidan en todas partes, en medio y fuera de la batalla; eso mismo, en las enfermerías de las escuelas, en los Inválidos, son ellas también quienes están allí.

Todas estas funciones bendecidas de los hombres, Dios mismo parece haber querido autorizarlas y consagrarlas con gracias privilegiadas, con visiones milagrosas que, recompensa primero por tanta caridad, han influido luego poderosamente en estos días sobre el desarrollo de la piedad católica.

En setiembre de 1830, una hermana joven del seminario de las Hijas de la Caridad vio, durante la oración un cuadro que representaba a la Virgen santísima, tal como se pinta comúnmente bajo el título de Inmaculada, de pie, revestida de un vestido blanco y de un mantón bien bordado en plata, con un velo aurora, los brazos entreabiertos y extendidos hacia el suelo. Sus manos estaban cargadas de diamantes de los que escapaban haces de rayos resplandecientes que se dirigían hacia el globo, y con mayor abundancia sobre cierto punto. Ella oyó al mismo tiempo una voz que le decía: “estos rayos son el símbolo de las gracias que María obtiene a los hombres; y el punto del globo sobre el que caen con mayor abundancia es Francia.” En torno al cuadro leyó la advocación siguiente, escrita en caracteres de oro “Oh María concebida sin pecado, rogado por nosotros, que recurrimos a vos!” Algunos momentos después, el cuadro se giró y en el reverso, vio la letra M coronada de un cruz pequeña, y por debajo los sagrados corazones de Jesús y de María. Y ella oyó la misma voz que le decía: “ Hay que acuñar una medalla sobre este modelo, y las personas que la lleven indulgenciada, y que hagan con piedad esta breve oración, gozarán de la protección muy especial de la Madre de Dios.” Ella contó esta aparición a su director quien no vio de momento más que una ilusión piadosa. Pero habiéndose reproducido la aparición otras dos veces, en algunos meses de intervalo, acompañada de tiernos reproches de María, el director reconoció su realidad y, animado por Mons. de Quélen, arzobispo de París, y devoto de la santísima Virgen hizo acuñar la medalla en junio de 1832. Desde entonces, esta medalla se ha propagado por miles y miles, y los numerosos prodigios de los ha sido instrumento le han valido el título de *milagrosa*. ella es la que en 1842, en Roma, ha convertido a Alfonso Ratisbona. Ella es la que se ve hoy como un signo de honor y una santa coraza, sobre todos los pechos cristianos, y la que nuestros soldados no hace mucho se gloriaban en llevar en los campos de batalla. Ninguna devoción ha preparado mejor al mundo católico a la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción., y ninguna familia religiosa, por consiguiente, a contribuido más que las hijas de la Caridad a esta nueva gloria de María. Este culto de la Virgen Inmaculada lo habían recibido ellas de san Vicente de Paúl,

que se complacía en saludar a María bajo este título tanto tiempo antes de la definición dogmática. Y, desde su origen, ellas tenían la costumbre de consagrarse solemnemente a la santísima Virgen el 8 de diciembre, y de recitar cada día, en todas las decenas del rosario, esta profesión de fe: “Santísima Virgen, yo creo y confieso vuestra santa e inmaculada Concepción, pura y sin mancha. Oh santísima Virgen, por vuestra pureza virginal, por vuestra Concepción inmaculada y vuestra gloriosa calidad de Madre de Dios, alcanzadme de vuestro querido Hijo la humildad, la caridad, una gran pureza de corazón, de cuerpo y de espíritu, la perseverancia en el bien, el don de oración, una buena vida y una buena muerte!” A esta emocionante llamada de una piedad más de dos veces secular, la santísima Virgen ha respondido ella misma proclamándose *concebida sin pecado*, luego la Iglesia al proclamar esta gloriosa prerrogativa, y mencionar la aparición de la medalla milagrosa en la bula de definición⁶⁵⁴.

La noche de la octava de san Vicente de Paúl, 26 de julio de 1646, habiendo subido una Hermana de la Caridad a la capilla de su venerado Padre, creyó ver a nuestro Señor llevando en la mano derecha un escapulario escarlata, prendido de dos cintas de lana del mismo color, Por un lado, estaba representado crucificado con los instrumentos de la Pasión y esta leyenda: “Santa Pasión de nuestro Señor Jesucristo, salvadnos!” En el otro extremo de la cinta, la misma tela estaba recubierta con la imagen de los dos sagrados corazones de Jesús y de María, de entre los cuales parecía escaparse una cruz con esta leyenda: “Sagrados corazones de Jesús y de María, protegednos!” Esta aparición se repitió varias veces, y la Hermana creyó oír estas palabras: “Todos aquellos que lleven este escapulario recibirán cada viernes un gran aumento de fe, de esperanza y de caridad!” Sobre la exposición que le fue hecha, el soberano Pontífice Pío IX autorizó a todos los sacerdotes de la Misión a bendecir y a distribuir el escapulario de la Pasión de Jesucristo, y enriqueció esta devoción con un gran número de privilegios y de indulgencias⁶⁵⁵.

Así es como ha querido la Providencia servirse de las hijas de la Caridad para excitar y difundir la piedad católica en sus dos grandes objetos: la Virgen inmaculada y Jesús sufriente. Así es también como ella las ha asociado a la obra de los Misioneros, y cómo ella las ha hecho Misioneras a sí mismas, añadiendo una especie de apostolado dogmático al apostolado de acción y de caridad que ejercían desde hace más de dos siglos.

Éste sin embargo sigue siempre su propio y verdadero patrimonio. Por ahí es por donde ellas han invadido la tierra, por este fuego divino con el que la han abrasado. Por ahí es por donde han resistido a todas las revoluciones, sobrevivido a tantos muertos de familias religiosas, que han salido más jóvenes, más fuertes que nunca de tantas ruinas donde tantas cosas han quedado enterradas. Es por ahí, por último, como pedían respeto y amor a nuestro siglo sensual y ambicioso, con demasiada frecuencia incapaz de comprender la religión de otra forma como en los ejercicios prestados a los dolores físicos y a las miserias. “San Vicente, ha dicho el cardenal Wiseman,

⁶⁵⁴ *Noticia histórica sobre el origen y los efectos de la nueva medalla..., conocida con el nombre de medalla milagrosa...*, por M..., sacerdote de la congregación de la Misión de San Lázaro, 8ª edic., in-18, Paris, 1842.

⁶⁵⁵ *El escapulario de la Pasión de Jesucristo*, etc. in-18, Paris, 1853.

había comprendido que solas las mujeres podrían suplir a las madres y a las hermanas al lado de los enfermos y de los moribundos, que ellas solas podían reemplazar a la familia para los pobres huérfanos y para los ancianos que han perdido a sus amigos y a sus hijos. Ya hace más de dos siglos que esta institución se ha establecido y ha estado siempre en desarrollo en el mundo católico. Francia, donde tuvo nacimiento, ha visto desde esa época, muchas revoluciones; la religión ha sido perseguida y, sin embargo, en el momento que llegaba un poco de calma, las Hermanas de la Caridad reemprendían sus obras caritativas, y los pueblos se apresuraban a acogerlas y a honrarlas⁶⁵⁶ Las comunidades entregadas a la oración y a la contemplación, esos pararrayos misteriosos de la cólera celestial de donde se difunde por el mundo el oro de la gracia, el siglo ni los conoce ni los disfruta. El sacerdote, demasiado frecuentemente, le tiene más miedo que amor, lo persigue más de lo que lo practica. Estos religiosos mismos que son como la santa democracia de la Iglesia, entregados como el pueblo bajo a la pobreza y al trabajo, no los ha levantado todavía de la sentencia de estúpido desprecio dictada contra ellos por la burla volteriana. Pero, una vez más, de estas burlas, de estos odios, de estas proscripciones, exceptúa siempre a la hija de la Caridad. Echaría por tierra a todas las instituciones católicas, pero se detendría, parece ser, ante ésa; su ola destructora vendría a morir delante de esa corneta blanca, como el mar delante del grano de arena del libro de Job.

¿Y acaso no es porqué ha mantenido la Providencia y multiplicado a estas Hermanas, siempre puras, devotas, sublimes, fuera de todas las condiciones ordinarias de la vida religiosa, sin votos, sin clausura, en medio de los peligros y de las corrupciones que atraviesan sin contagio y sin mancha? Lo que había sido para los mayores santos un problema insoluble, una tentativa quimérica, a saber el ascetismo en la vida activa, la soledad en el mundo, el recogimiento en el tumulto, la humildad en el honor y la simpatía universal, la pureza en el contacto con todos los lodos: eso es lo que se ha convertido en una realidad viva, inmortal!

Y ¿no es acaso por último lo que había previsto san Vicente de Paúl? ¿No es acaso esto lo que explica la diferencia de su lenguaje, cuando habla ya a sus sacerdotes, ya a sus Hijas de la Caridad. A sus sacerdotes no les habla más que la lengua del desprecio y del anonadamiento; no les llama más que *pequeña*, la *despreciable*, la *miserable* compañía; "nuestra *pordiosería*", dice también; en una palabra, para ellos agota el vocabulario de todos sus términos más envilecedores. En cuanto a sus Hijas de la Caridad, ah, sin duda, él las provoca al desprecio de sí mismas y les sermonea sin cesar sobre su querida humildad; pero al mismo tiempo no les habla más que de lo sublime de sus funciones, de su institución maravillosa, del caso que el mundo hace de ellas, y les repite todos los días que nada parecido se había visto en la Iglesia de Dios.

¿De dónde salen estos dos lenguajes? Amaba a sus sacerdotes y estimaba sus servicios; pero, evidentemente, las Hijas de la Caridad eran su obra predilecta. Es que él presentía la diferencia de destino y de necesidad de las dos porciones de su gran familia.

En su día y a su hora, al comienzo del siglo XVII, cuando no existían ni instituciones ni, ni educación eclesiástica, ni instrucción para el pobre pueblo,

⁶⁵⁶ Discurso pronunciado en la iglesia de Fawon Street en 1857..

los Misioneros respondían a una necesidad indispensable de la iglesia de Francia. Lo suyo era evangelizar los Campos, preparar buenos sacerdotes mediante los ordenandos, las conferencias, los retiros, los seminarios. Después, y también en nuestros días, continúan todo eso; han recuperado uno a uno, en el campo de la Iglesia los surcos a los que la desgracia de los tiempos los había arrancado; ellos difunden incluso, en cierto modo, su santa cultura, y sus misiones extranjeras abrazan regiones más vastas que nunca. No obstante, ¿no se puede decir que su principal gloria, digna de los discípulos del humilde Vicente de Paúl, ha sido de trabajar siempre para hacerse inútiles? Ejercicios de los ordenandos, conferencias y retiros eclesiásticos, seminarios, todo eso existe hoy por todas partes, por ellos y por si iniciativa, pero existiría en adelante sin ellos. Sin duda, al desaparecer, dejarían un gran vacío en la Iglesia, en los seminarios, en las Misiones; vacío también privándola de una compañía de sacerdotes, existiendo siempre, por su fidelidad al espíritu del mayor santo sacerdote de los tiempos modernos, *la forma del rebaño sacerdotal*; pero vacío a pesar de todo que no sería absolutamente imposible de llenar.

Al contrario, ¿se imagina uno la desaparición súbita de varios miles de Hijas de la Caridad? Qué vacío, que nada llenaría nunca? Nada parecido antes de ellas; nada después, sin duda alguna, podría emprenderse, ya que una familia así no puede nacer más que del matrimonio espiritual, matrimonio único, de un Vicente de Paúl y de una señorita Le Gras. Pues, para comprender la extensión de una desgracia semejante, basta con acordarse, basta con ver el lugar que las Hijas de la Caridad ocupan hoy en la Iglesia y en el mundo.

Pero aquí vuelve a aparecer, bajo otro aspecto, la utilidad, la necesidad de los Misioneros. las instituciones, como los individuos, no se conservan sino por los mismos principios que les han dado nacimiento: nacidas de la congregación de la Misión, es por la Misión como las Hijas de la Caridad se mantienen y mantendrán en su espíritu y en su esencia. Lo que deben a los Misioneros, la vida y la conservación, se lo devolverían así en caso de necesidad; aunque ellas no tuvieran otra razón de ser, los Misioneros vivirían por y para las Hijas de la Caridad.. Admirable intercambio de servicios y de vida entre las dos porciones de la familia de san Vicente de Paúl! Indivisible herencia, indisoluble unión entre *los hermanos y hermanas!*

CAPÍTULO II: Las Damas de la Caridad

I. *Origen e institución de las Damas de la Caridad.* A las siervas, a los ecónomos de los pobres, es hacía falta un fondo para surtir a tantos gastos; si este fondo, las santas hermanas, tan pobres ellas mismas, no podían ni formarlo ni mantenerlo, necesitaban por lo tanto proveedoras que, en sus propias riquezas o en sus opulentas relaciones, necesitaran los recursos necesarios para componer y alimentar sin cesar el tesoro de las buenas obras; especie de granjeras generales que recogen todos los tributos de la caridad y siempre prestas a emplearlos en el socorro de todos los miserables; en una palabra, las Hijas de la Caridad apelaban como complemento a *las Damas de la Caridad.*

Fue el año 1634 el que vio nacer este nuevo establecimiento. Vicente regresaba de un viaje, emprendido por orden del obispo de Beauvais, para visitar a unas religiosas Ursulinas, cuando la Presidenta Goussault le vino a ver a San Lázaro y le propuso una obra cuya idea le preocupaba hacía tiempo. Rica y hermosa, viuda en la flor de su juventud, que vamos a ver jugar aquí un papel tan grande, había rechazado los partidos más ventajosos, para entregarse más libremente al ejercicio de una eminente caridad. En adelante pondrá su riqueza y su persona al servicio de los pobres; en medio del lujo y de las relaciones del mundo, vivirá como una de las Hijas de la Caridad, de las que adoptará todas las prácticas compatibles con su condición, y morirá lamentando no haber pertenecido enteramente a esta santa compañía, y recomendándole la fidelidad a sus reglas, garantía segura de las bendiciones del cielo sobre ella⁶⁵⁷. Quedándose en el mundo hizo mayor bien que comprometiéndose con la Compañía ya que, en lugar de ser una simple obrera, se va a convertir, de alguna forma, en ministro de Vicente de Paúl en el departamento de los asuntos exteriores de su caridad.

Así pues, un día del año de 1634, la presidenta Goussault venía a proponer al santo sacerdote una obra nueva. Entre los pobres que se complacía en visitar, estaban los enfermos del Hôtel-Dieu de París; es porque elle entreveía allí la ocasión de un ejercicio de caridad admirable. Por ese gran establecimiento pasaban cada año una veinticinco mil personas, de toda edad, de todo sexo, de todo país, de toda religión. ¡Qué cosecha que recoger para Dios en ese vasto campo, si estuviera bien cultivado! Pero lo que faltaba que fuera así a los ojos de la presidenta, quien se había convencido, en sus frecuentes visitas, de que a los pobres les faltaban muchos socorros tanto para el cuerpo como para el alma.

Y no obstante, desde hacía algunos años, se habían producido acertados cambios en el Hôtel-Dieu, gracias a Margarita Bouquet, llamada del Santo nombre de Jesús, la cual entrada al servicio de los pobres de este hospital hacia 1613, había fundado un noviciado, establecido el orden entre las religiosas y los pacientes; mejorado las camas y los alimentos de los enfermos, la preparación de las medicinas, obtenido la reforma casi completa del reglamento. El Hôtel-Dieu se convertía así en la casa madre de una orden de religiosas que iban a extenderse de allí a todas las partes de Francia adonde llevar los buenos métodos de asistencia a los enfermos. Convento al mismo tiempo que hospital, no contaba con menos de cien profesas y cincuenta novicias, bajo la regla de san Agustín. Estaba administrado temporalmente por una comisión laica, y gobernado en lo espiritual, por nombramiento y bajo la jurisdicción del capítulo de Nuestra Señora, por veinticuatro eclesiásticos, uno de los cuales, llevando el título de *maestro*, tenía por función mantener la buena disciplina en el servicio de sus subordinados. De estos, catorce estaban encargados de la administración de los sacramentos y de las diversas funciones del ministerio, y los otros nueve calificados de Capellanes, de cantar el oficio canonical; dos de los primeros, llamados vicarios, uno Alemán, los otros Irlandeses confesaban a los enfermos de sus países.

Pesar de todo, en 1634, el servicio del Hôtel-Dieu dejaba mucho que desear, tanto en lo espiritual como en lo temporal, ya que hay que decir que la

⁶⁵⁷ Conf. a las Hijas de la Caridad del 22 de enero de 1645.

organización descrita aquí arriba no se cumplía todavía, y que se debía en su perfeccionamiento, precisamente, a la intervención de las Damas de la caridad.

Después de escuchar el relato de la presidenta Goussault, Vicente, tan bien informado, de las necesidades de los pobres y de lo que faltaba en su servicio, no pudo por menos de reconocer la justeza de sus observaciones y la legitimidad de sus quejas. “Pero, le respondió él, hay males de se deben sufrir, sobre todo si el remedio los iba a traer peores. Además, no podría convenirme meter la hoz en mies ajena. El Hôtel-Dieu esta gobernado, en lo espiritual y en lo temporal, por directores y administradores a quienes tengo por muy competentes. Yo no tengo ni carácter ni autoridad para impedir los abusos que se pueden encontrar allí como en otras partes. es de esperar que los encargados del gobierno de esta gran casa le apliquen los remedios necesarios.

Por muy prudente que fuera este discurso, la presidenta estuvo lejos de quedar satisfecha. Por eso, renovó. multiplicó sus insistencias, sin poder no obstante otra repuesta. Pero, a pesar de ser rechazada tantas veces, no se cansó de volver a la carga con esta obstinación que las mujeres emplean felizmente en el bien como en el mal. No hallándose con las fuerzas suficientes sola, buscó refuerzos ante el arzobispo de París. el Prelado, después de escuchar su relato vivo y apasionado, hizo saber a Vicente de Paúl que vería con satisfacción acceder a las a las propuestas de la presidenta, y establecer una compañía de Damas que se ocuparan en particular de los enfermos del Hôtel-Dieu.

Sobre la palabra de su obispo, el santo no dudó más de la voluntad de Dios. Sin otra deliberación ni retraso, invitó entonces a algunas mujeres de condición y de piedad a acudir el día señalado a casa de la presidenta. Las damas de Ville-Savin, de Bailleul, del Mecq, de Sainctot y Pollalion fueron fieles a la cita. Casi todas estas damas pertenecían a la magistratura. Vicente, totalmente inclinado hacia la nueva obra, abrió la asamblea con un discurso tan enérgico, apoyándose en la necesidad, la importancia y la grandeza, que todas se comprometieron en la obra. les señaló una nueva asamblea para el lunes siguiente, y les encargó que invitaran a todas aquellas de sus amigas que creyeran dispuesta a entrar en el mismo plan. Por encima de todo les pidió que pusieran el asunto en las manos de Dios, y comulgaran con esta intención. Reclamó también las oraciones de la señorita Le Gras, diciéndole que la necesitaría el día señalado, y a cuatro de sus Hijas.

La segunda asamblea fue más numerosa que la primera. Entre las nuevas asistentes, tan distinguidas por su virtud como por su rango, nombremos a Elizabeth d’Aligre, cancillera de Francia; Anne Petau, viuda del señor Regnault, señor de Traversay; Charlotte de Ligny, presidenta Vialard de Herse, señorita Violle, hermana de un abogado en el parlamento llamado Defita, y entrada por matrimonio en la familia de la Fronda tan conocida, y Marie Fouquet, nacida Maupeou, madre del famoso superintendente de las finanzas. Fue Marie Fouquet, aquella mujer tan unida a Dios y a los pobres quien, al enterarse de la desgracia de su hijo, se contentó con exclamar: “Os doy gracias, Dios mío, os había pedido siempre la salvación de mi hijo; este es el camino.” Una vez lanzado ya el proyecto en la asamblea precedente, no quedaba más que organizarlo en ésta. Se procedió pues a la elección de tres oficialas de la compañía; de una superiora, de una asistenta y de una tesorera: la presidente Goussault fue elegida naturalmente la primera superiora, y

Vicente establecido director perpetuo, la señorita Pollalion nombrada tesorera. Al cabo de unos días la Compañía estaba manos a la obra y contaba ya con más de un centenar de Damas. En efecto, en una carta del 25 de julio de 1634 que Vicente escribió a du Coudray en Roma para encargarle de conseguir indulgencias a favor de las cofradías de la Caridad, se lee: “Hemos erigido un ramillete de cien o ciento veinte Damas de alta calidad quienes, cada día, de cuatro en cuatro, visitan y socorren hasta ochocientos o novecientos enfermos pobres, con gelatina, consomés y toda clase de dulces, aparte del alimento ordinario que la casa les proporciona, para disponer a esta pobre gente a hacer la confesión general de su vida pasada y a procurar que los que mueren salgan de este mundo en buen estado y que los que se curan hagan resolución de no ofender más a Dios, lo que se consigue con una bendición especial.”

Este número se incrementó, se dobló en pocos años, y se vio ingresar a mujeres de la primera nobleza, a princesas incluso: la condesa de San Pablo, la condesa de Soissons, a María de Gonzaga, a la Señora Princesa⁶⁵⁸, que creían realizarse ante Dios rebajándose delante de los pobres. La corte quiso también tener su Compañía de caridad, formada según el modelo de las Damas de la Asamblea, y para ordenar este piadoso designio, Vicente de Paúl redactó este reglamento:

Reglamento de las damas de la Caridad en la corte.

“La Compañía de las Damas de la Caridad será instituida para honrar a la de Nuestro Señor y a la de su santa Madre, y a las damas que le han seguido y administrado las cosas necesarias a su persona, a su Compañía, y a veces a los grupos que le seguían, practicando y asistiendo a las compañías de la Caridad del Hôtel-Dieu, de los niños expósitos, de los forzados, de las niñas de la señorita Pollalion y del Étang, y de las pobres jóvenes sirvientas de la Caridad de las parroquias, de las Hijas de la Madeleine, y en general de todas las buenas obras instituidas por mujeres en este siglo.

“Estará compuesta de la persona sagrada de la reina y de un pequeño número limitado de las damas que le agrade elegir a este efecto, de tres en tres, las cuales serán deputadas sucesivamente de cada una de las compañías, referirán sus estados y necesidades a dicha compañía para resolver las necesidades que hayan encontrado, por mayoría de votos que serán recogidos y resueltos por Su Majestad, y tendrán estos departamento durante un año, al cabo del cual, cambiarán a suertes, y la reina tendrá la dirección perpetua de dicha compañía.

“Dichas Damas se entregarán a adquirir la perfección cristiana y de su condición, harán oración mental de media hora al menos y oirán la santa misa, leerán un capítulo de la *Introducción a la vida devota*, o del *Amor de Dios*, harán examen general cada día, y se confesarán y comulgarán al menos cada ocho días.

⁶⁵⁸ “Una vez ví a la señora Princesa, sí, a la señora Princesa, ir a veinticinco o treinta casas a visitar a los pobres, a consolarlos, a tratarlos, y a pie. Cuando regresó, estaba toda no sé cómo, sus vestidos todos embadurnados hasta las rodillas. Oh Señor, oh Salvador, oh Salvador, así es como estas buenas damas trabajan y sudan tras los pobres, así es como lo hacía san Luis (Rep. de orac. del 25 de agosto de 1655).”

“Se reunirán donde señale la reina todos los primeros viernes de mes, y hablarán humilde y devotamente, durante media hora de las cosas que nuestro Señor les haya concedido en la oración por la mañana del día de la asamblea sobre el tema que se les haya propuesto de las virtudes cristianas propias de su condición.

“Informará luego por orden las dificultades y necesidades que se haya encontrado cada una en la Compañía, a la que se las haya destinado, y Su Majestad, una vez oído y mandado opinar a dichas Damas sobre este asunto, recogidas las opiniones de cada una de ellas, mandará lo que ella encuentre lo mejor ante Dios, cosa que se escribirá en un registro y se realizará por cada una de las Damas en su departamento, las cuales se reunirán el primero de cada mes, de tres en tres para tratar de los mismos asuntos de las compañías, que les hayan sido encomendadas, y resolverlos, y se contentarán con llevar los principales a la asamblea que se tendrá en presencia de la reina.

“Ellas tendrán por máxima no tratar en ellas asuntos particulares ni generales, sobre todo de lo de Estado, ni servirse de esta ocasión para hacer sus propios asuntos, honrarán a la reina y simpatizarán con su servicio con afecto muy particular, y se querrán unas a otras como hermanas de Nuestro Señor que las ha unido con los de su amor, se prestarán mutua ayuda y consolarán en sus enfermedades y afectos, comulgarán a la intención de los enfermos y de aquellos que revelen y honren al fin el silencio de nuestro Señor en todas las cosas que se refieran a la Compañía, por que el príncipe del mundo se burla de las cosas santas que se divulgan en el mundo.”

Pero es a las Damas de su asamblea, como se las llamó en adelante, a las Damas principalmente destinadas a la asistencia de los enfermos del Hôtel-Dieu, a quienes Vicente dirigió su atención particular, y a ellas también quiso darles reglas. Hacer el bien a la vista de todos para difundir su santo contagio; hacérselo al alma de los enfermos más que al cuerpo; hacérselo por último con tal que no pareciera un reproche a las personas que, encargadas de este cuidado por profesión, lo habían podido omitir: tales fueron los principios; luego les dijo: Antes de vuestra visita, invocaréis la asistencia de Nuestro Señor, que es el verdadero padre de los pobres, por medio de la santísima Virgen y de san Luis, fundador de esta casa. Al entrar en el Hôtel-Dieu, os presentaréis en primer lugar a las religiosas y les rogaréis que vean con buenos ojos, que para participar en sus méritos tengáis el consuelo de servir a los enfermos con ellas. si por casualidad se encontrara a alguna que pareciera no miraros con buenos ojos, tendréis mucho cuidado en no contradecirle y no saliros con la vuestra. Honraréis a todas esas hermanas como a vuestras madres, como a las señoras de la casa y a las esposas de Jesucristo. en cuanto a los pobres, les hablaréis con mucha dulzura y humildad; y, para no contristar a estos desdichados, a quienes el lujo de los ricos hace sentir mejor el peso de sus miserias, no os presentaréis a ellos sino con ropas sencillas y modestas; y, para hacer que escuchen vuestras piadosas exhortaciones, les procuraréis muchos cuidados que la casa no les ofrece. Finalmente, para no herir el orgullo del mundo y no exponeros a sus censuras, evitaréis no sólo hacerse las sabias al instruir a los enfermos, sino también parecer hablar de vosotras mismas; tendréis siempre a mano un librito que se imprimirá a este fin, y que encerrará aquellas verdades cristianas cuyo conocimiento es más necesario.”

II. *Las Damas del Hôtel-Dieu*. Así hicieron las Damas de la Caridad. Por sus modales sencillos y respetuosos, se ganaron muy pronto el corazón de las religiosas del Hôtel-Dieu. Tuvieron toda la libertad de recorrer las salas y las camas, para consolar a los pobres, hablándoles de Dios, ayudarles a sacar provecho de sus enfermedades y disponerlos a una muerte cristiana. Hasta entonces había sido la costumbre de obligar a los enfermos, desde su entrada en el Hôtel-Dieu, hacer su confesión y comulgar. ¿Qué podían ser unos sacramentos recibidos así a toda prisa, sin preparación ni instrucción? Casi siempre sacrilegios; tanto más que los protestantes mismos, por miedo a no ser admitidos o a ser tratados peor, se confesaban y comulgaban como todos los demás; y sin embargo esta confesión hecha, se dejaba a los enfermos en paz hasta la hora de la muerte, es decir hasta la hora en que eran menos capaces todavía de reparar los desórdenes de su vida.

Las Damas comenzaron por obtener la supresión de estos abusos. Ante todo, se dedicaron a instruir a los enfermos, a prepararles el examen de su conciencia, a inspirarles sentimientos de dolor y resoluciones santas; todo ello con la sencillez que les había sido recomendada, confundiendo su suerte con la de estos desdichados, y dando la impresión no de prescribir sino de contar lo que les habían dicho a ellas mismas. “Mi buena hermana, decían a una pobre enferma, ¿hace mucho que no os habéis confesado?. ¿No tendría la devoción de hacer una confesión general, si le decimos cómo se hace? me han dicho a mí que era importante para la salvación hacer una buena antes de morir, tanto para reparar las faltas de las confesiones ordinarias que yo he hecho quizás, como para lograr un mayor dolor de mis pecados, recordando los más graves que he cometido en toda mi vida, y la gran misericordia con la que Dios me ha soportado, no condenándome ni enviándome al fuego del infierno cuando lo he merecido, sino esperándome a hacer penitencia para perdonármelos y para darme al fin el paraíso, si yo me confesara a él de todo corazón, como tengo un buen deseo de hacer con el auxilio de su gracia. Pues, vos podéis tener las mismas razones que yo para hacer esta confesión general, y de entregaros a Dios para vivir bien en lo sucesivo. Y si queréis saber lo que tenéis que hacer para recordar vuestros pecados, y luego para confesaros bien, me enseñaron a mí misma a examinarme como os lo voy a decir, etc. .También me enseñaron cómo había que formar en mi corazón una verdadera contrición de mis pecados y a hacer actos así, etc. , como también actos de fe, de esperanza y de amor de Dios...”

Tal fue el método que Vicente sugirió a las Damas y que practicaron con edificación y frutos maravillosos. Una vez instruidos lo suficiente los enfermos y preparados, ellas acudían a los confesores, se dirigieron primero a religiosos de San Victor, pero habiendo surgido alguna dificultad entre ellos y los canónigos de Nuestra Señora, superiores de la casa, ellas recurrieron, con la aprobación del capítulo, a dos sacerdotes seculares, uno de los cuales que sabía muchas lenguas se puso al servicio de los extranjeros. Estos dos sacerdotes pronto fueron insuficientes para la tarea. Entraban en el Hôtel-Dieu cincuenta, sesenta y hasta cien enfermos al día; su población habitual de mil o mil doscientos, alcanzó y sobrepasó los dos mil. ¿Qué era esto para dos sacerdotes, aunque secundados por las Damas, para una misión tan vasta? Tanto más por no poder las Damas encargarse convenientemente de la instrucción de los hombres más ignorantes todavía y más alejados de Dios que las mujeres. Ellas convinieron pues con la superiora en colocar a seis

sacerdotes en el Hôtel-Dieu, para instruir a los hombres y administrar los sacramentos a todos los enfermos. Notemos que esto no era más que un suplemento para los sacerdotes habituados del hospital. Pero, como ya se ha dicho, hallándose éstos ligados al coro para el servicio divino, era necesario que sacerdotes, descargados de toda otra obligación, se emplearan exclusivamente del cuidado espiritual de los enfermos. Tales fueron los seis sacerdotes añadidos procurados por las Damas de la Caridad. Éstas les daban a cada uno cuarenta escudos al año; el capítulo les aseguraba sus misas en Nuestra Señora y el administrador les proporcionaba alojamiento y alimentación en el Hôtel-Dieu; todos los interesados contribuían así a su honroso mantenimiento. Vicente había tomado para sí la preparación en sus funciones santas y su mantenimiento espiritual. Antes de entrar en el Hôtel-Dieu debían hacer un retiro en San Lázaro, y volver cada año a esta fuente de la caridad.

Entre tanto las Damas continuaban allí sus visitas y sus cuidados. Un ejemplo tan hermoso impresionó y arrastró a los hombres, que quisieron entregar el mismo oficio a los de su sexo. Leemos, en efecto, en una carta de san Vicente, del 20 de setiembre de 1650:

“Cuántas personas de gran condición piensan ustedes que hay en París de uno y otro sexo, que visitan, instruyen y exhortan a los enfermos del Hôtel-Dieu a diario, llevados por una devoción admirable, incluso con perseverancia? La verdad es que a quienes no lo han visto les cuesta creerlo, y los que lo ven se sienten edificados; ya que, en efecto, esa vida es la vida de los santos y de los grandes santos, que sirven a Nuestro Señor en sus miembros y de la mejor manera que es posible.”

Para cuidar de las Damas, cuya conservación era tan necesaria a los pobres, Vicente, dos años después de la fundación de su Compañía, trazó un nuevo reglamento que las aliviaba mucho sin perjuicio de los enfermos. Hasta entonces, las mismas Damas se habían encargado del servicio de los pobres, de su instrucción y de su preparación a la muerte; quiso dividir estos empleos, para que no se dañaran uno a otro, y se distribuyeran según las aptitudes. En consecuencia, él las reunió en asamblea general, y en ella se decidió que se repartirían en dos clases; a unas el servicio, a otras la instrucción; cada tres meses, catorce serían nombradas para esta doble función; dos de éstas irían cada día de la semana al Hôtel-Dieu, después de recibir la bendición del canónigo de Nuestra Señora que fuera en ese momento superior; en las cuatro témporas del año, se procedería a una nueva elección; las Damas que salieran del cargo informarían a la asamblea de forma sencillo y fiel sobre el método y éxito de su trabajos, para servir de regla y de entusiasmo a las que deberían sucederlas..

Esto con relación al servicio espiritual de los enfermos; en cuanto al servicio corporal, había que ser tan delicados y tan atentos, como introducción y pasaporte del primero. Entre la comida y la cena, e incluso antes de la primera de estas comidas, o no se les daba nada a los enfermos, o no se les servían más que alimentos poco proporcionados a su estado de desgana y languidez. La presidenta Gousault lo había observado con dolor, puesto que las comodidades de la fortuna le hacían sensibles por el contraste, lejos de hacérselos olvidar, las privaciones de los pobres. A ella le habría gustado establecer entre ella y ellos, en el tiempo de las enfermedades, la santa igualdad cristiana.

En la segunda asamblea, ella dio, sobre este asunto, su informe a sus compañeras y, vivamente apoyada por Vicente de Paúl, les comunicó sus tiernos planes. Así pues se determinó, en el acto, que se alquilaría una casa cerca del Hôtel-Dieu, y que se estableciera allí a Hijas de la Caridad para preparar el desayuno y la colación de un millar de enfermos. Durante el verano, debían ser, por la mañana, caldos de leche; por la tarde, pan blanco, bizcochos, confituras, gelatina, frutos de la estación; en invierno, limones, fruta cocida, asados de azúcar; el todo, según la enfermedad de cada uno o su grado de convalecencia. Las Hijas de la Caridad compraban la materia prima, y las Damas tenían el honor de ayudarlas ya en la confección ya en la distribución de estos dulces.

Se dirigían al Hôtel-Dieu a la una de la tarde de ordinario y se quedaban hasta las cuatro. Después de una visita al Santísimo Sacramento, pasaban a una habitación donde las religiosas las ceñían con un delantal blanco. Cada una tomaba entonces las armas de la caridad, ésta una bandeja de frutas, aquélla un plato de helado, otra confituras; y, con tenedor y cuchara en la mano, se repartían las salas, acompañadas de Hijas de la Caridad, pasaban de una cama a otra presentaban a cada enfermo lo que deseaba. Si alguno estaba tan débil que no pudiera tomar el alimento por sí mismo, ellas se lo ponían en la boca después de haber hecho una bendición. Así estas mujeres de la primera nobleza servían a los pobres con la ternura de una madre para con su hijo, o mejor con la religión de las santas mujeres con Nuestro Señor mismo. Acabada la distribución, iban a dejar los delantales, traje y librea de la caridad, y regresando ante el Santísimo Sacramento, daban gracias a Dios por el honor y la gracia que les había concedido de dejarse servir por ellas en la persona de los pobres, y le pedían por su salud y su salvación. Vicente de Paúl estaba ausente de París cuando comenzó este servicio. Cuando se enteró de ello, escribió a la señorita Le Gras: "Dios os bendiga, Señorita, por haber ido a colocar a vuestras hijas en el trabajo en el Hôtel-Dieu, y estar en todo lo que pasó después. Cuidaos; ya veis cómo necesitamos vuestra pequeñez, y qué sería de vuestra obra sin vos. Doy gracias además a Nuestro Señor por las que ha concedido a vuestras hijas por ser tan buenas y generosas. Parece que su bondad suple en lo que decís que las falláis⁶⁵⁹." Consejo necesario ya que la señorita Le Gras, que había secundado con ardor a las Damas en los comienzos de su piadosa empresa, se entregó a ella con exceso después del establecimiento de sus hijas en el Hôtel-Dieu. Vicente tuvo que escribirle: "Estar siempre en el Hôtel-Dieu no es conveniente; pero ir y venir, más acertado. No temáis emprender demasiado, haciendo el bien que se os presenta; sino temed al deseo de hacer más de lo que hacéis, y a que Dios no os conceda el medio de obrar. El pensamiento de ir más lejos me hace temblar de miedo, porque me parece un crimen a los hijos de la Providencia. Agradezco a Nuestro Señor por la gracia que ha concedido a vuestras hijas de ser tan generosas y tan bien dispuestas a prestarle servicio. Existen motivo de creer que su bondad, como vos decís, se digna suplir lo que les pueda faltar por vuestra parte, hallándoos necesitada de entregaros con frecuencia a otras cosas que las que tocan a su dirección."

La señorita Le Gras no se contentó con prestar a las Damas su persona y sus hijas; sino que, por una ingeniosa combinación, ella les ayudó a sostener el

⁶⁵⁹ Carta escrita de Fresneville, el 30 de diciembre de 1639.

gasto enorme de las distribuciones del Hôtel-Dieu. Ella enseñó a sus hijas a hacer el helado, las confituras y, una vez que lo supieron, les hizo preparar, aparte de la cantidad necesaria al hospital, provisiones considerables que se vendían en París a beneficio de los pobres. Santo comercio que Dios bendice y aumenta la caja de la caridad!

Decir cuánto en cantó al pueblo y a la nobleza el espectáculo de mujeres de esta condición que asisten a los pobres con una humildad de criadas y con una ternura y una gracia de la que éstas habrían sido incapaces; lo que produjo en limosnas, en proselitismo, en conversiones, sería algo imposible. Sólo Dios sabe el número de enfermos que, tocados primero de agradecimiento por los servicios prestados en su enfermedad, fueron llevados luego a la religión que les había inspirado, y pasaron a una vida o a una muerte cristiana. Que no se juzgue por el solo número de las conversiones o de los regresos a la verdadera religión. En un solo año, que fue el primero de la obra, hubo más de setecientas sesenta abjuraciones, tanto de Turcos heridos y capturados en el mar, como de luteranos y de calvinistas. La caridad de las Damas, las bendiciones con las que Dios las recompensaba, elevaron el Hôtel-Dieu a una estima tal, que los ricos burgueses pedían se admitidos en sus enfermedades, pagando con amplitud sus gastos, con la única condición de ser tratados como los pobres.

III. *Otras obras de las Damas.* Esta obra también sobrevivió a san Vicente de Paúl. Después de la presidenta Goussault, la Compañía tuvo sucesivamente por superiores a las Sras. de Soucarière, de Lamoignon y de Aiguillon. La Sra. de Lamoignon, nacida María de Landes, se había puesto bajo la dirección de san Francisco de Sales en los viajes que él hizo a París. Después de él, se puso bajo la dirección de Vicente de Paúl y tomó parte en todas sus obras caritativas. Cuando el pueblo veía al santo sacerdote dirigirse hacia el hotel de la presidenta: “Mirad al padre de los pobres, decían, que va a casa de la madre de los pobres⁶⁶⁰.” La Sra. de Lamoignon formó una asociación que tenía por fin la liberación de los prisioneros por deudas y la asistencia general a todos los prisioneros. La sociedad contó pronto no sólo con mujeres y eclesiásticos, sino con señores y con magistrados. Tuvo como primer superior a de Morangis, maestro de pleitos, y por primeros asociados a los marqueses de Laval y de Urié, al vizconde de Argenson, a los señores de Lavau, de Ornano, Talin, del Balloy. Todos visitaban las prisiones, se informaban de las necesidades de los prisioneros y liberaban a los que merecían más interés. El rey contribuía a ello todos los años con una suma considerable, y el arzobispo de París pagaba el rescate del prisionero que le presentaban la asociación el domingo de Ramos. La obra sobrevivió a la piadosa fundadora: ella existía aún en el momento de la Revolución y, recién restablecida, continúa sus cuidados con los pobres prisioneros.

Así es como el ejemplo de Vicente mantenía as obras caritativas. Ya que, en su escuela había bebido la presidenta su amor ardiente de los pobres. más de una vez se celebró en su casa la asamblea de las Damas, y fue siempre una de las mejores operarias de la caridad del santo sacerdote. por eso, cuando él se enteró de su muerte, ocurrida el 31 de diciembre de 1651. se subió al coche para ir a verla en su lecho fúnebre. Y en el trayecto, no cesaba de deplorar,

⁶⁶⁰ Summ., p. 152.

ante el hermano Ducourneau que le acompañaba la pérdida que acababan de sufrir la Iglesia y los pobres⁶⁶¹.

Es verdad que fue reemplazada por su hija, Magdalena de Lamoignon, hermana del ilustre presidente de este nombre. La Señorita de Lamoignon, fuera de las lecciones y el ejemplo de su madre, tuvo también entre sus directores a Francisco de Sales y a Vicente de Paúl. Ella se vio naturalmente formando parte de la compañía de las Damas que se reunía en su casa, y se convirtió en una de las más activas y de las más ingeniosas. Tenía en casa todo un bazar al servicio o en favor de los pobres. A los que no podía y socorrer en persona, llegaba con sus limosnas en todas las provincias de Francia, y hasta en Polonia, en Berbería y en Canadá. Con ocasión de la fundación del Hospital General se fue a ver a la Señora de Bullion, su pariente, viuda del superintendente de las finanzas, y recibió de ella en diferentes ocasiones hasta 80 000 escudos que contribuyeron en gran parte al éxito de la empresa. En los tiempos de escasez y de miseria, llamaba a todas las puertas. Entones, pero sólo entonces, recibía la corte la visita interesada de su caridad. Escribía en Languedoc al príncipe y a la princesa de Conti, y al ver su cofrecito vacío, la piadosa Ana María Martinozzi le enviaba para los pobres, recomendándole silencio, una joya de 50 000 escudos, que compraba Luis XIV: -objeto tan precioso que sólo podía comprar entonces un rey- respetando su secreto. Por lo demás, cuatro veces al año Luis XIV le enviaba dinero y no quería nunca que le diera cuenta. Le escribía sobre sus campañas únicamente para encomendarse a sus oraciones. Mujer admirable que volveremos a ver más de una vez en esta historia. Cuando murió, el 14 de abril de 1687, se calculó que había distribuido más de 500 000 libras en limosnas.

Tales eran los alumnos de Vicente de Paúl y los ministros de su caridad. Sí, las alumnas, porque habían sido evidentemente formadas en la escuela de sus asambleas. Él las reunía con frecuencia y las comprometía a no faltar nunca a la cita, haciéndoles comprender su ventaja. "Nuestro Señor, les decía, se complace en estas asambleas, puesto que ha prometido a los cristianos reunidos en su nombre hallarse en medio de ellos y escuchar su oración común. En las asambleas se instruye uno de lo que se va a hacer; se animan unas a otras; se enardecen mutuamente; se reconocen las faltas y se les busca remedio: se ven los adelantos y duración de la obra; se entra en conocimiento más íntimo con sus compañeras y se crean lazos más estrechos de caridad mutua; se recibe el consuelo de saber los bienes que se han hecho en la Compañía. ¿No sentiréis consuelo, Señoras, cuando me escuchéis decir lo que vosotras sabéis quizá mejor que yo: que las religiosas parecen muy satisfechas con la Compañía y que se apegan más y más a su vocación; que muchos centenares de pobres enfermos han hecho su confesión general; que se han convertido muchos hugonotes; que muchas jóvenes se han apartado del pecado, y muchas confirmadas en la pureza: en una palabra, que todo anda mejor en el Hôtel-Dieu? Acudamos pues, Señoras, a las reuniones sobre todo en estas primeras etapas. Así lo hizo Nuestro Señor en la institución de la Iglesia: enviaba a sus discípulos de dos en dos al campo, después los llamaba y reunía en el monte y conversaba con ellos de todo lo que se había hecho y de lo que quedaba por hacer; y luego los volvía a enviar con nuevas órdenes.

⁶⁶¹ Cahiers mss. del H. Ducourneau

Los apóstoles hicieron otro tanto, y la iglesia sigue haciéndolo por los concilios universales, por los provinciales y por los sinodales.”

Los discursos del santo sacerdote inflamaban a su piadoso auditorio. Un día, la presidenta de Lamoignon, dirigiéndose a la duquesa de Mantone: “Pues bien, Señora, le dije, ¿no podemos nosotras decir, a imitación de los discípulos de Emaús, que nuestros corazones sentían el amor de Dios, mientras nos hablaba el Sr. Vicente? En cuanto a mí, aunque soy muy poco sensible a todas las cosas que se refieren a Dios, os confieso no obstante que tengo el corazón embalsamado de lo que este santo hombre acaba de decir –No hay de qué extrañarse, respondió María de Gonzaga: es el ángel del Señor el que lleva a sus labios los carbones encendidos del amor divino que arde en su corazón. – Eso es muy verdad, añadió una tercera, y sólo será cosa nuestra participar de los ardores de este mismo amor.”

A veces sin embargo, por humildad, se callaba en la asamblea de las Damas, como en las conferencias eclesiásticas, o dejaba el consejo que había abierto para seguir el sentimiento de las que opinaban después de él. una de ellas se dio cuenta y le hizo un dulce reproche. ¿Por qué, le dijo ella, no seguir más bien vuestros consejos, que son siempre los mejores? –Que Dios no quiera, Señora, respondió él, que mis pobres pensamientos prevalezcan sobre los de las demás; estoy muy contento porque Dios haga sus asuntos sin mí, , que no soy más que un miserable.”

Todavía disponemos de los bosquejos de charlas dirigidas por Vicente a las Damas de la Caridad y, por algunos rasgos inacabados e informales, se puede juzgar sin embargo de la impresión que debía causar en ellas, cuando les hablaba de la excelencia de su obra, en las que se trataba de dar la vida espiritual y corporal a los niños abandonados de sus propios padre y madre; - de ayudar a reconciliar con Nuestro Señor la escoria y la malicia del reino a los pobres forzados; -de ayudar a los pobres enfermos a vivir bien o a morir bien; - y, de esta manera, de honrar la infancia de nuestro Señor en la de esas pequeñas criaturas, su vida penitente en la de los forzados y su muerte bienaventurada preparando a bien morir a los pobres enfermos del Hôtel-Dieu;” cuando les descubría sus excelencias: “el gozo, -lo honrado, -lo útil; el gozo: *Jucundus homo qui miseretur et commodat*; -lo honroso: *Et adorabunt eum omnes gentes, quia liberavit pauperem a potente, et pupillum cui non erat adjutor*; -lo útil: *Qui misertur pauperis nunquam indigebit*” /Dichoso el hombre que se compadece y da limosna – Y le adorarán todas las gentes, porque liberó al pobre del poderoso, y al niño que no tenía ayudante – Quien se compadece del pobre nunca se verá necesitado/: cuando por último les explicaba su naturaleza, y les señalaba los medios, siguiendo el ritmo constante de su *pequeño método*.

El más completo de los discursos que se nos hayan conservado es del 11 de julio de 1657. Ese día la asamblea se celebraba en casa de la Señora de Aiguillon, entonces presidenta de la Compañía. Vicente pronunció una especie de discurso-reportaje, recogido inmediatamente por el misionero su compañero y cuyo triple acento era la elección de propuesta de nuevas oficiales, el informe de las obras de la Compañía, y la exhortación a continuarlas. Entre estas obras puso a la cabeza la del Hôtel-Dieu, cuna, fundamento y origen de todas las demás. en el año que acababa de transcurrir, los gastos habían subido a 5 000 y las entradas a 3 500 libras solamente; déficit de 1 500 libras, que Vicente atribuía a la muerte de varias Damas de la Compañía, que no

habían sido reemplazadas. “Han fallecido ocho en un año, dijo. Y, a propósito de estas Damas difuntas, oh Salvador, quién se lo iba a decir, la última vez que se reunieron, que Dios las llamaría antes de la próxima asamblea, qué reflexiones no se habrían hecho sobre la brevedad de esta vida y sobre la importancia de pasarla bien. en cuánto habrían estimado la práctica de las buenas obras, y qué resoluciones no habrían tomado para entregarse más que nunca al amor de Dios y del prójimo con más fervor y más frutos. Entreguémonos a Dios a fin de entrar en estos sentimientos. Ellas gozan ahora de la gloria, como hay motivos de esperar. Ellas experimentan qué bueno es servir a Dios y asistir a los pobres; y en el juicio escucharán estas agradables palabras del Hijo de Dios: “Venid, benditos de mi padre, a poseer el reino que se os ha preparado; porque teniendo hambre, me habéis dado de comer: estando desnudo, me habéis vestido; estando enfermo, me habéis visitado y socorrido.” Hermosa práctica, Señoras, la de ofrecer a Dios, y yo con vosotras, para hacernos dignos, mientras disponemos de la ocasión, de ser un día de ese número bienaventurado y proponernos el bien que deseáramos hacer, si estuviéramos persuadidos de que será tal vez aquí la última asamblea en la que nos encontremos. ¡Han sido ocho en un año! Quitadle otras tantas para cada uno de los años transcurridos, hallaréis el número de la Compañía muy disminuido. Iba en un principio de doscientas a trescientas, y hoy en día se ha reducido a ciento cincuenta. Encomiendo a vuestras oraciones a estas queridas difuntas.”

Y volviendo a la obra del Hôtel-Dieu: “Oh, Señoras, cómo debéis dar gracias a Dios por la atención que os ha hecho prestar a las necesidades corporales de estos pobres enfermos, porque la asistencia de su cuerpo ha producido este efecto de la gracia, de haceros pensar en su salvación en un tiempo tan oportuno, pues la mayor parte no tienen otro para prepararse a la muerte; y los que se recuperan no pensarían apenas de cambiar de vida sin las buenas disposiciones en las que se trata de ponerlos.”

Veamos ya los motivos para continuar, aumentar incluso las obras de la Compañía. Otro motivo es que se trata de la obra de Dios y no de los hombres: “Los hombres no podrían alcanzarlo; Dios se ha ocupado de ello. Toda buena acción viene de Dios; él es el autor de todas las obras santas; hay que atribuírselas al Dios de las virtudes y al Padre de las misericordias. Ya que, ¿a quién se debe la luz de las estrellas, sino al sol que es su origen? Y ¿a quién hay que atribuir el plan de la Compañía, más que al Padre de las misericordias y al dios de todo consuelo, quien os ha escogido como personas de consuelo y de misericordia? Jamás llama Dios a nadie para un empleo, amenos que vea en ella las cualidades propias para desempeñarlo, o que no tenga el proyecto de dárselas. Él es pues quien, por su gracia os ha llamado y reunido; ha sido preciso que su acción os haya llevado a esta clase de bienes; no es vuestra propia voluntad la que os las ha hecho abrazar, sino la bondad que él ha puesto en vosotras. Eso bien merece la pena que suscitemos el espíritu de caridad entre nosotros. Bueno, si es Dios quien me ha hecho el honor de llamarme, pues bien estará que escuche su voz ; si es Dios quien me ha destinado a estos ejercicios de caridad, bien estará que me dedique a ellos. No ha querido, Señoras, que vuestros ojos hayan visto a su Salvador, como los de san Simeón; sino que él quiere que oigáis su voz para ir adonde él os llame, sino ciegamente, como San Pablo, al menos con alegría y ternura; ya que oírle y no responderle sería haceros indignas de la gracia de vuestra vocación. He

visto nacer la obra, he visto que Dios la ha bendecido; la he visto comenzar por una sencilla ración que se llevaba a los enfermos, y ahora veo las consecuencias, y consecuencias tan provechosas para su gloria y para el bien de los pobres: ah, preciso es que yo responda. Qué dureza de corazón, si hubiera alguna que despreciara la ocasión de tan grandes bienes como éstos!”

Nuevo motivo de fervor: el miedo a ver todo esto quedar en nada. “Sería sin duda una gran desgracia, Señoras, y tanto mayor cuanto más rara y extraordinaria es la gracia que Dios os ha dado de emplearos en esto. Hace ochocientos años más o menos que las mujeres no han tenido empleo público en la Iglesia. Existían antes las que se que se llamaban diaconisas, que se cuidaban de que las mujeres se colocaran en las iglesias y se instruyeran en las ceremonias que estaban por entonces en uso. Pero en la época de Carlomagno, por una disposición secreta de la divina Providencia, cesó esta costumbre, y vuestro sexo se vio privado de todo empleo, sin que desde entonces haya habido otro. Y ahora vemos que esta misma Providencia se dirige hoy a algunas de entre vosotras para suplir lo que faltaba a los pobres enfermos del Hôtel-Dieu. Ellas responden a sus designios; y, bien pronto, asociándose otras a las primeras, Dios las constituye en madres de los niños abandonados, en las directoras de su hospital y en distribuidoras de París para las provincias, y principalmente para las desoladas. Estas almas buenas respondieron a todo esto con ardor y firmeza por la gracia de Dios. Ah. Señoras, si todos estos bienes llegaran a fundirse en vuestras manos, sería un asunto de gran dolor. Oh, qué dolor, qué vergüenza! Pero, ¿qué se podría pensar de tal confusión, y de dónde podría provenir, cuál sería su causa? Que cada una de vosotras se pregunte ya: Soy yo quien contribuye a hacer decaer esta obra, qué hay en mí que me hace indigna de sostenerla? ¿Soy yo la causa de que Dios cierre la mano a sus gracias? Sin duda, Señoras, que si nos examinamos bien, temeremos no haber hecho todo lo posible por el progreso de esta obra; y si os fijáis bien en su importancia, la cuidaréis como a la pupila de vuestros ojos, y como el instrumento de vuestra salvación; y al interesaros según Dios por su adelanto y perfección, llevaréis a ella a las damas que conocéis; de otra forma, se os aplicará el reproche que el Evangelio hace a un hombre que ha comenzado el edificio, y que no lo ha terminado. Vosotras habéis echado los cimientos de una obra, y luego la habéis abandonado. Eso sin duda es urgente; sobre todo si añadís que vuestro edificio es un ornamento de la Iglesia y un asilo para los miserables. Si pues, por vuestra culpa, llega a perecer, privaréis al público de un asunto de gran edificación, y a los pobres de un gran alivio.”

Último motivo, el honor de Jesucristo: “Pues honrarle es entrar en sus sentimientos, estimarlos, hacer lo que él hizo y ejecutar lo que ordenó. Pues bien, sus sentimientos mayores fueron el cuidado de los pobres para sanarlos, consolarlos, socorrerlos y estimarlos. Ahí estaba su afecto. Y él mismo ha querido nacer pobre, recibir en su compañía a pobres, servir a os pobres, ponerse en el lugar de los pobres, hasta decir que el bien y el mal que hagamos a los pobres, se lo considerará hecho a su persona divina. ¿Qué otro amor más tierno podía demostrar hacia los pobres? ¿Y qué amor, os lo suplico, podemos sentir por él si no amamos lo que él ha amado? Lo mismo da, Señoras, amarle a él de verdad, es amar a los pobres; servirle a él bien es servirlos a ellos bien; y honrarle como es debido, es imitarle. Siendo esto así, razones tenemos de sobra de animarnos a continuar estas obras buenas y de

decir ya en el fondo de nuestros corazones: Sí, yo me entrego a Dios para cuidar de los pobres y para mantener los ejercicios de la caridad con ellos; los asistiré, los amaré, los estimaré; y a ejemplo de Nuestro Señor, amaré a quienes los consuelan, y respetaré a los que los visiten y los socorran. Pues, si este buen Señor se da por honrado con esta imitación, cuánto más no debemos nosotros tener en gran honor hacernos en ello semejantes a él! ¿No nos parece, Señoras, que es un motivo muy poderoso para renovar en vosotras vuestro primer fervor? En cuanto a mí, pienso que debemos ofrecernos hoy a su divina Majestad, para que se digne animarnos con su caridad, de manera que se pueda decir en delante de todas vosotras que es la caridad de Jesucristo la que nos urge.”

En cuanto a los medios de conservar las obras, es primero un gran deseo del propio adelanto espiritual, y el alejamiento del espíritu, de las máximas y de las prácticas del mundo. Es conveniente que las Damas se declaren del partido de Dios y de la caridad... En otros tiempos, entre las que se presentaban para entrar en la Compañía, se hacía la elección de las que no frecuentaban el juego, ni la comedia, ni otros pasatiempos peligrosos, y que no querían pasar por vanidosas al querer hacerse las devotas.”

Todo el mundo debe conocer y ver que hacen profesión de servir a Dios y de vivir como verdaderas cristianas mediante el cumplimiento religioso de todos los deberes de su condición. “Si se tiene complacencia por su marido, es por Dios; del cuidado por los niños, es por Dios; por la dedicación a los negocios, es por Dios.” Que tengan por modelos a las mujeres devotas que sirvieron a Nuestro Señor y le sirvieron hasta la cruz. No hay condición en el mundo, Señoras, que se acerque tanto a ese estado como la vuestra: ellas iban de un lado y del otro para socorrer las necesidades no sólo de los obreros del Evangelio, sino de los fieles necesitados. Ése es vuestro oficio, y ésa vuestra herencia.”

Otro medio de conservación para la Compañía es no abarcar demasiadas obras. Se peca por exceso lo mismo que por defecto, y el diablo por lo común invita a las personas caritativas a excederse en sus ejercicios, sabiendo muy bien que, pronto o tarde, como la gente demasiado cargada o demasiado apurada en ir, sucumbirá bajo el peso, Dios es todopoderoso pero nosotros somos débiles. “Roguemos a Dios que él mismo haga nuestra carga: ya que en ese caso, si las fuerzas nos faltan, él nos ayudará a sobrellevarla... Esta es la colación y la instrucción de los pobres del Hôtel-Dieu, el alimento y la educación de los niños expósitos, el cuidado por proveer a las necesidades espirituales y corporales de los criminales condenados a las galeras, la asistencia a las fronteras y provincias arruinadas, la contribución a las Misiones de Oriente, del Septentrión y del Mediodía. Ahí están, Señoras los empleos de vuestra Compañía. Oiga, unas damas hacer todo eso! Sí, mirad lo que hace veinte años Dios os ha hecho la gracia de emprender y mantener. No hagamos pues nada en adelante sin pensarlo bien. sino hagamos esto y hagámoslo cada vez mejor, porque es lo que Dios pide de nosotros.”

Un último medio es atraer a la Compañía a otras damas que llenen los vacíos y le ayuden a llevar sus pesadas cargas. Se ha propuesto hasta ahora que morirían dispusieran algún tiempo antes a una joven, a una hermana o a una amiga para entrar en la Compañía, pero tal vez es que no nos acordamos. Oh, que buen medio, Señoras, sería que cada una de vosotras se persuadiera de los grandes bienes que suceden en esta mundo y en el otro a las almas que

ejercen las obras de misericordia, espirituales y corporales, de todas las maneras como vosotras las realizáis! Esto os llevará sin duda cada vez más a disponer de los demás para que se unan a vosotras en este santo ejercicio de la caridad por la consideración de esos bienes. Este convencimiento os animará en primer lugar entre vosotras, como carbones encendidos unidos, y animaréis más a otras de palabra y de ejemplo.”

Siguiendo su método familiar y dramático, Vicente preguntó luego a algunas damas, entre otras a la Señora de Nemours, y les pidió sus sentimientos. Todas apoyaron sus propios consejos; algunas insistieron en la exactitud a las asambleas, en la obligación de colaborar al morir, unas con otras, para hacer legados piadosos a los pobres; cosa que totalmente aprobada por Vicente, sometió a votación la elección de las nuevas oficiales. Después que la Compañía hubo opinado sobre el mantenimiento de las que estaban en el cargo, acabó de esta manera: “Bien hecho está, Señoras. Demos gracias a Dios por esta asamblea. Pidámosle que se digne aceptar la oblación nueva que vamos hacer de rodillas, entregándonos a su divina Majestad de todo corazón, para recibir de su bondad infinita el espíritu de caridad, y que nos haga la gracia de responder en este espíritu a los designios que tiene sobre cada uno de nosotros en particular, y sobre la compañía en general, y suscitar en todo este espíritu de ardor por la caridad de Jesucristo, a fin de que merezcamos que le derrame en abundancia en nosotros, y que habiéndonos hecho producir los efectos en este mundo, nos haga agradables a Dios su Padre eternamente en el otro. Así sea.”

Ausente como presente, Vicente presidía las asambleas de las Damas, y era el alma de ellas. Así, en 1649, durante un viaje que tendremos que relatar con detenimiento, les escribió con fecha del 11 de febrero.

Señoras,

“La gracia de Nuestro Señor esté siempre con vosotras!

“Habiéndome alejado de vosotras la Providencia de Dios, yo no dejo por ello de veros a menudo en el santo altar, y de ofreceros, a vosotras y a vuestras familias, a Nuestro Señor, con la confianza que tengo de que vuestra caridad pide a Dios misericordia por mí. Os suplico muy humildemente, Señoras, que me concedáis esta gracia, y aseguraros que si Dios quiere tomar en consideración las oraciones que le ofrezco y continuaré ofreciéndole incesantemente por vosotras, que sentiréis el consuelo y protección de su especial atención en las comunes aflicciones con las que se digna probarnos su divina Majestad. Os habréis podido enterar cómo Dios me ha dado ocasión de ir a visitar las casas de nuestra pequeña Compañía, a las que voy con el propósito de volver cuando la situación de los asuntos me lo permitan. ¿Qué haremos entre tanto, Señoras, con las obras que el buen Dios os ha encomendado, particularmente con la caridad del Hôtel-Dieu y de los pobres niños expósitos? De verdad, parece que las miserias particulares nos dispensan del cuidado por las públicas, y que tendríamos un buen pretexto ante los hombres para abandonar estos cuidados. Pero, seguro, Señoras, que no sé como lo miraría Dios, que nos podría decir lo que san Pablo decía a los Corintios que se hallaban en parecida situación: ‘¿Habéis aguantado ya hasta la sangre’, o por lo menos habéis vendido una parte de las joyas que tenéis? ¿Qué digo, Señoras? yo sé que hay muchas entre vosotras, y creo que de

todas las que sois, quienes habéis hecho caridades, que se diría muy grandes no sólo en personas de vuestra condición, sino también en la de las reinas: hablarían las piedras si me callara, y por la excelencia de vuestros corazones incomparablemente caritativos os hablo de esta manera. No emplearía este lenguaje en el caso de otras personas menos animadas del espíritu de Dios del que tenéis vosotras.

“¿Pero qué vamos a hacer entonces? Parece ser que conviene preguntarse, Señoras, si es oportuno que celebréis la gran asamblea que se había propuesto. ¿Cuándo, dónde y cómo? Existen razones en pro y en contra. Parece que se debe celebrar, porque es costumbre hacer una por este tiempo; y, en segundo lugar, siendo las necesidades extraordinarias, parece ser que los medios de remediarlas deben ser también extraordinarios, como los de una asamblea general.

“Contra esto, parece que no sea oportuna ahora a causa del lo revuelto que anda el país, lo que inquieta a las mentes y enfría la caridad: puede ser que muchas señoras tengan miedo en acudir, y las que se hallen allí, si no tienen una caridad que pase de lo común, enfriándose unas a las otras, y luego no hallándose la Princesa, ni la Señora de Aiguillon y de Brienne, parece que habría algo que desear, sobre todo si se tratara de algún cambio en la sustancia de la obra. Esto es, Señoras, el pro y el contra que se me ocurren por ahora; vosotras lo examinaréis, por favor, por mayoría de votos. La Señora duquesa de Aiguillon me comunicó al salir de Saint-Germain, me han escrito después que la reina le había dicho que enviaría algo para los pobres niños expósitos. No sé si lo ha hecho ya. He pedido al Sr. Lambert que les envíe algo de trigo, y he escrito a la señora presidenta de Lamoignon que tenga a bien visitar a los Señores de la ciudad para que den escolta al trigo dentro y fuera de la ciudad; no sé tampoco qué ha pasado con ello. Si no se ha hecho, pido a una y otra hacer lo que convenga a este efecto; y ya que con esto no basta, ved, Señoras, si se pueden pedir prestadas, como oficialas de la Caridad, alguna suma de dos o tres mil libras para hacer frente a las necesidades más urgentes. Escribo al Sr. Lambert que se comprometa también en vuestro nombre, Que si le cuesta comprometerse es preciso hacer un esfuerzo cada uno de nosotros para esto; en ese caso ruego al Sr. Lambert que haga lo que convenga por nuestra parte. Confieso, Señoras, que lo que digo es algo pesado; pero sería todavía más cierto, si se lo dijera a personas menos caritativas que vosotras. Después de todo, ruego a Nuestro Señor que preside las asambleas que se celebran en su nombre, como la vuestra, que os dé a conocer lo que desea de vosotras en esta ocasión, y os dé la gracia de llevarlo a cabo.

“Estos grandes fríos me han retenido en este lugar y me retendrán hasta que el tiempo se suavice. Entonces espero marchar a le Mans o a Angers, o a las dos casas. Espero recibir allí el resultado de vuestra asamblea, si el Sr. Lambert no me lo envía aquí por exprés. Pido a Dios mientras tanto que bendiga y santifique cada vez más vuestra asamblea y a vuestras queridas personas.

“Quedo en el amor de Nuestro Señor, Señoras, etc.”

Por esta carta y las charlas analizadas anteriormente, se puede concluir que la Compañía de las Damas no se encerró por mucho tiempo en el Hôtel-Dieu, sino que, sin abandonar este primer puesto, este punto de origen y de partida

de sus obras, extendió pronto su caridad a todas las empresas de Vicente de Paúl. Como Roma para Fabiola, París no era suficientemente ancho para un ardor que llevó más allá de las Islas y de los mares⁶⁶². En efecto, sostuvo con sus limosnas las Misiones de Francia, de Europa y de ultramar⁶⁶³; contribuyó a la redención de los cautivos de Berbera; muy pronto la veremos tomar una parte activa en la fundación de los hospitales y, más tarde, en el alivio de las provincias asoladas por la guerra.

Ese es el papel de la mujer cristiana y, gracias a Vicente de Paúl, esto es lo que hicieron las mujeres en esta primera mitad del siglo XVII. Escuchemos, sobre este punto, a la Señorita Le Gras, su digna intérprete: “Es muy evidente que en este siglo la divina Providencia ha querido servirse de nuestro sexo para dar a entender que era ella sola la que quería socorrer a los pueblos afligidos, y dar poderosas ayudas para su salud. Nadie ignora que Dios se ha servido para este empleo del establecimiento de la Misión mediante la dirección del Señor Vicente y que el bien se ha extendido tanto de esta manera que, que da a conocer la necesidad de de la continuación por medio de comunicación de necesidades, y ello en las asambleas de Damas, las que parece que siempre preside el espíritu de Dios. El poder dado por el Santo Padre a dicha Misión de establecer la cofradía de la Caridad es como la semilla de ese fruto que produce todos los días, no sólo en Francia, sino que se puede decir que en toda la tierra habitable. ¿No ha sido que debido a esta luz las Señoras de la Compañía han reconocido las necesidades de los pobres, y que Dios les ha dado la gracia de socorrerlos tan caritativamente y tan magníficamente, que ha sido la admiración y el ejemplo de todo el reino. Los medios de los que se han servido estas caritativas Damas para el orden de las distribuciones, ¿no han sido acaso sus santas asambleas que presidía Vicente de Paúl, cabeza de la Misión, ofreciendo, como todo el mundo sabe, fieles y caritativos sujetos para reconocer las verdaderas necesidades y abastecerlas prudentemente; lo que ha servido no sólo en lo corporal sino también en lo espiritual, con lo que Dios es honrado en el cielo ahora por un número incontable de almas que gozan de su presencia.

“Siendo reconocidas estas verdades, no parece necesario que la Compañía de las Damas de la Caridad del Hôtel-Dieu continúe sus funciones, puesto que, desde el nacimiento espiritual de este noble cuerpo, se ha advertido que en la visita sola de los enfermos de este santo lugar, tantos bienes, para el lugar mismo y para las almas que en él han hallado los medios de su salvación: unos una muerte feliz, por la disposición de las confesiones generales; los otros, después de hacerlas, han salido con conversiones admirables, y las propias Damas han entrado en vías de santificación, lo que es una caridad perfecta como la que han ejercido con frecuencia con peligro de su vida; y Damas de muy alta condición, como princesas y duquesas, a quienes se ha visto por horas enteras sentadas a la cabecera de los enfermos para instruirlos sobre lo necesario para su salvación y para ayudarlos a salir de los peligros en los que estaban. Si todo lo que las Damas propuestas para este santo ejercicio, llamadas las catorce, cada una según su condición, ha sido recogido, se verá con mayor claridad la verdad de lo que se ha contado.”

⁶⁶² *S. Jeron en un epitafio de Fabiola.*

⁶⁶³ Ella no limitó sus buenas obras a las Misiones emprendidas por los sacerdotes de Vicente de Paúl, admitió también a los misioneros de ultramar. Así formó parte de los gastos de viaje de los obispos de Heliopolis, de Beryte y de Metellopolis, enviados con la bendición de la Santa Sede, a China y al Tonkin.

Nosotros mismos vamos a verlo. Pues, en adelante, con tales instrumentos, Vicente puede emprenderlo todo; también va a echar los cimientos de sus mayores creaciones caritativas.

CAPÍTULO III: Los hospitales

1. Los Niños Expósitos. Se sabe el desprecio que la antigüedad sentía por la infancia, el derecho de vida y de muerte que ejercía sobre ella, y la crueldad con que este derecho se llevaba a cabo; todos los escritores de Grecia y de Roma dan testimonio de ello; y además, en todos los países idólatras, en todas partes donde no es adorado el Dios que se hizo niño para rescatar a la infancia, ocurre hoy también la misma barbarie.

La cuna del cristianismo fue también la primera cuna del niño. No solamente los cristianos, viendo al Niño-Dios en sus hijos los criaban a todos con respeto y amor, sino que no era algo raro ver al niño rechazado por la madre pagana recogido por la cristiana y alimentado con la misma leche que el suyo.

En adelante el niño vio romperse la sentencia de muerte que desde hacía tanto tiempo le acogía a su entrada en la vida. O en el amor purificado y engrandecido de sus padres, o en la caridad cristiana, se encontró con la acogida de la bienvenida; en la iglesia o bajo el techo paterno, una cuna preparada para recibirle; el seno de una madre adoptiva henchido por la leche de la caridad para sus labios, cuando era rechazado del seno de una madre desnaturalizada.

También, en todos los siglos cristianos vemos instituciones sorprendentes a favor del niño huérfano o abandonado. Aquí también, como en casi todas las obras, Vicente de Paúl ha sido pues, no el creador, sino el restaurador tan sólo. Es el Dios Salvador, es la Iglesia, quienes han creado todas las instituciones caritativas, las han multiplicado y diversificado en proporción de las miserias humanas. Y a pesar de todo las restauraciones de Vicente de Paúl podrían llamarse, en cierto sentido, verdaderas creaciones. Lo que, antes de él, no había sido más que un estado incierto e inconstante, él lo ha terminado, ordenado, fijado con todas las condiciones de estabilidad, de difusión y de duración; lo ha hecho pasar al derecho y a la costumbre de los Estados cristianos; de manera que, en adelante, a él solo parecen recurrir casi todas las instituciones caritativas; que a él solo, a sus reglamentos, hay que volver para darles su primera vitalidad; que no se apartan de ellos sin apartarse al mismo tiempo de los verdaderos principios de la caridad cristiana, para perderse en una falsa y fría filantropía, que no tiene ninguna acción sobre el alma, ni siquiera con frecuencia sobre la miseria material del pobre. Así pues, si a él no pertenece siempre la *patente de invención*, a él pertenece esa *patente de perfeccionamiento* que, en los santos descubrimientos de la caridad, como en los descubrimientos de las artes y de la industria, sigue siendo la única en la memoria y la práctica de los hombres. Por eso, hablad, no solamente al pueblo sino a los sabios mismos de los niños expósitos; preguntadles quién les ha dado madres, les ha abierto un asilo y una familia; quién les ha servido de padre y de providencia: ninguno se ha quedado más que con el nombre de Vicente de Paúl.

En efecto, en el momento en que el santo llevó su ternura infinita a este sector, los pobres expósitos eran tratados con demasiada frecuencia al estilo pagano.

Una noche, de regreso de una de sus misiones, se encontró, al pie de las murallas de París, a un mendigo ocupado en deformar los miembros de uno de estos niños, que debía servir luego para excitar la compasión pública. Horrorizado, se acerca: "Ah, bárbaro, exclama bien me habéis engañado, de lejos os había tomado por un hombre!" Le arranca a su víctima, se la lleva en los brazos, atraviesa París invocando la caridad de todos, reúne a la gente alrededor de sí, les cuenta lo que acaba de ver y, acompañado de aquella gente, se dirige a la calle de Saint-Landry.

Fue allí, en casa de una viuda, en una casa llamada *la Couche*, donde se amontonaba a estas desdichadas víctimas. Los informes del lugarteniente del Châtelet que se exponían por entonces de trescientos a cuatrocientos niños al año en la ciudad y los barrios de París, que la policía hacía llevar a la Couche. Toda la administración de esta casa consistía en una viuda y dos criadas. Éstas, incapaces de realizar la tarea, no teniendo con qué mantener a nodrizas, dejaban morir de hambres a estos pobres niños. Agotadas, para apagar sus gritos y dormir ellas mismas, los sumían, con ayuda de drogas soporíferas, en un sueño del que no despertaban, cuando no se los daban a mujeres de mala vida, hacían con ellos un comercio escandaloso. Por quince centavos, veinte todo lo más, se los vendían bien a nodrizas que les hacían beber una leche corrompida y les inoculaban así enfermedades mortales; bien a infames calculadores, que los introducían fraudulentamente en las familias para trastornar allí el orden de las sucesiones; bien a pordioseros que los mutilaban, les rompían los brazos o una pierna, como el mendigo de hace un momento para hacerles servir de un cebo lamentable a la caridad; bien a gentes dominadas por el furor de vivir, quienes los degollaban para procurarse baños de sangre; bien incluso a los buscadores de, tan numerosos por entonces, de sortilegios que los despiezaban y hacían servir sus entrañas para operaciones mágicas. Así casi todos estaban condenados a muerte; los que escapaban iban a engrosar el número de los mendigos o de las prostitutas⁶⁶⁴.

Llegado a la casa de la Couche, Vicente fue testigo de parte de estos horrores. Su fe tuvo que sufrir tanto como su humanidad cuando se enteró de que muchos de estos pobres niños morían sin bautizar. Sus entrañas se conmovieron. Pero, nunca precipitado, ni siquiera en sus arrebatos más vivos, quiso, antes de actuar, conocer mejor la situación de las cosas. Encargó pues a algunas Damas de su Asamblea que estudiaran el servicio interior de la Couche Saint-Landry. El informe de las Damas fue que la suerte de estos niños era peor que la de los pobres inocentes masacrados por orden de Herodes. Vicente regresó a la Couche con las Damas. Habría querido sacar a todos estos huérfanos. No siéndole posible, se llevó a doce elegidos a suertes, los bendijo y los puso en manos de la señorita Le Gras y de las Hijas de la Caridad.

Era en 1638. Los doce pequeños escogidos por la Providencia fueron trasladados a una casa vecina de la iglesia Saint-Landry, y pronto cerca de la de San Víctor. Se trató en primer lugar de criarlos con leche de cabra o de vaca; pero, con su salud quebrantada, les pusieron luego nodrizas.

⁶⁶⁴ Casi todos estos detalles están tomados del esquema de discursos a las Damas de la Caridad que citaremos con mayor amplitud enseguida. Dicho esquema estaba, estos años pasados, en Florencia, en poder de los Padres de las obras pías. Pertenece hoy al superior general de dicha congregación, en Roma, quien nos ha permitido sacar una copia.

Su número creció con los recursos. Durante dos o tres años, los canónigos de Nuestra Señora corrieron con los principales gastos. En el momento que la caridad traía algún regalo, Vicente corría a la Couche a llevarse más huérfanos para aumentar su familia adoptiva. Ay, que dolor templaba su gozo, había que seguir echándolos a suerte! Imposible aún adoptarlos a todos. El santo se llevaba a los que la suerte, o más bien la Providencia, le había dado, y echaba una mirada de dolor y ternura a los que dejaba; porque qué diferencia ya entre estos abandonados y los de la casa de San Víctor! Qué pálidos, sufridores unos, en comparación de los otros, tan frescos y bien atendidos! Por fin, los desdichados tenían al menos un asilo, por pobre que fuera, y tantos otros se veían arrojados todavía en los cruces de caminos o en el umbral de las iglesias. ¿No es a éstos a quienes se debía auxiliar en primer lugar? De esta manera el santo se mostraba ya tal y como nos le presenta el arte a nuestros ojos, en la actitud de la Caridad urgente de los niños en su seno fecundo. En medio de las noches de invierno, cuando la nieve cubría las calles, a la hora en que solos velan el crimen y el dolor, recorría los barrios de la pobreza y del vicio, los arrabales más apartados y recogía a las tiernas víctimas del abandono y de la miseria. Cubierto con un amplio abrigo que aún se conserva, lo abría a los pobres pequeños para hacerles pañales y una camita; luego lo cerraba sobre ellos, los calentaba a su corazón, continuaba su caminar y no volvía hasta que se doblaba bajo el peso. Ningún testimonio, fuera de Dios y los ángeles de estas criatura, sobre estas búsquedas nocturnas, de esta cosecha humana, si no es tal vez el ojo furtivo de una infeliz madre que, contando con su paso, se tranquilizaba del abandono de su hijo con la adopción del santo, o bien de los granujas que, dueños entonces de las calles, se le encontraban de vez en cuando en horas en que su caridad y su crimen buscaban al mismo tiempo su botín. Le conocían y no temían que disputarle el único objeto de sus 'amores'. Una noche, ellos le abordaron y de primeras no le reconocieron. Pero apenas se dio a conocer, cuando cayeron a sus pies y le pidieron su bendición.

Mientras tanto las Hijas de la Caridad le esperaban cada noche, siempre dispuestas a acoger a los pobres niños que él les debía traer. Ellas llevaban una especie de diario en el que además de sus propias impresiones contenía los boletines de sus expediciones y de sus conquistas nocturnas. Se lee: "22 de enero. El Sr. Vicente ha llegado hacia las once de la noche; nos ha traído a dos niños; uno puede tener seis días, el otro tiene más; lloraban los pobres pequeños! Mi hermana superiora se los ha confiado a nodrizas. -25 de enero. Las calles están llenas de nieve, estamos esperando al Sr. Vicente; no ha llegado esta noche. -26 de enero. El pobre Sr. Vicente está transido de frío y nos viene con un niño; éste está muerto de hambre. Da pena verlo; tiene el pelo rubio y una señal en el brazo. Dios mío, Dios mío, hay que tener el corazón duro para abandonar así a una pobre criaturita! -1º de febrero. La obra va lentamente, cómo necesitamos las caridades públicas; -3 de febrero. Algunos de nuestros pobres pequeños vienen de nodrizas; parecen estar bien; la de más edad de nuestras pequeñas tiene cinco años; sor Vitoria le enseña el catecismo, ya comienza a hacer algunos trabajos de agujas. El mayor de nuestros pequeños, que se llama André, aprende de maravilla. -7 de febrero. Tira un aire frío. El Sr. Vicente ha venido a visitarnos. Ha ido corriendo a sus pequeños. Es maravilloso oírle sus dulces palabras: las pequeñas criaturas se las escuchan como a un padre. He visto correr sus lágrimas; uno de nuestros

pequeños se ha muerto. “Es un ángel, ha exclamado; pero es bien duro no verlo más.” Vicente no lloraba casi nunca, ni siquiera a la muerte de sus misioneros a quienes quería tanto. Su sensibilidad, su ternura no estaban ni en su imaginación ni en sus nervios, sino en su fe. Dos ocasiones sobre todo le arrancaron las lágrimas: la muerte de este niño y la muerte de una hija de la Caridad.

“La obra va muy despacio, necesitamos mucho de las caridades públicas”, acaban de decirnos las hermanas; y en efecto, hasta 1640, la obra no tenía más que 1 400 libras al año de renta asegurada. Y sin embargo en número de los niños adoptados seguía creciendo, y el número de los abandonados engrosaba más y más. Las Damas de la Caridad continuaban echando a suertes para decidir quienes a los que debían ser conservados y alimentados. Al cabo de dos años, Vicente de Paúl había tolerado lamentándose esta costumbre. Finalmente le pareció cruel. En los primeros días del año 1640, convocó a las Damas en asamblea general. Les expuso de manera tan patética las necesidades de estas inocentes criaturas, la gloria que se daría a Dios con ello, las bendiciones que ellas mismas recogerían, que se comprometieron al punto a encargarse de todos estos pobres niños. Ellas prometían más allá de sus fuerzas, pero el santo contribuyó él mismo a los gastos en una amplia proporción; luego interesó la piedad de Ana de Austria, que había sido madre hacía poco contra toda esperanza, y por la reina llegó hasta el rey. En 1642, Luis XIII, habiendo sido informado, dijo que “por el poco cuidado entregado a los niños expósitos, durante tantos años, sería casi imposible encontrar un pequeño número de ellos garantizado contra la muerte, y que han sido vendidos para ser supuestos y servir para otros malos efectos”, lo que ha llevado a damas caritativas a cuidarlos, de manera que se ha elevado a una gran cantidad” que hace una suma anual de 4 000 libras; 3 000 por el mantenimiento de los niños y 1 000 libras para el de las hermanas, contra el arriendo y castellanía de Gonesse. dependiente de la granja general del dominio de París⁶⁶⁵.

Dos años después, nuevas letras patentes del joven rey Luis XIV, de edad por entonces de seis años, entregadas a petición de Vicente de Paúl y de las Damas oficiales de la Caridad del Hôtel-Dieu, declaran que no podrá hacerse ninguna venta o enajenación del dominio de Gonesse sino a cargo de las 4 000 libras otorgadas por Luis XIII; ellas constatan además que este don, unido a las limosnas de los particulares, ha permitido recoger a la mayor parte de los niños expósitos; que su número se elevaba entonces a cuatro mil, y sus gastos a 28 000 libras; finalmente añaden en lenguaje cristiano: “Imitando la piedad y caridad de nuestro señor y padre, que son virtudes verdaderamente regias, dejemos a los pobres niños expósitos de nuestra ciudad de París, en forma de limosna, la suma de 8 000 libras de renta al año, comenzando por 1º de enero de 1646, a percibir sobre las cinco granjas, para ser empleada en la alimentación y educación de los niños expósitos. Esta suma de las 8 000 libras será invertida en la tesorería de la Caridad de los Niños-Expósitos, es decir a las Damas de la Caridad del Hôtel-Dieu.”

Lo que hace 12 000 libras de rentas adquiridas a la obra; pero las limosnas particulares debían alcanzar casi el triple de dicha suma, ya que los gastos se elevaron pronto, con el número creciente de los niños, por encima de las 40

⁶⁶⁵ Letras patentes de julio de 1642, registradas el 25 de octubre. *Archivos del Estado*. S. 6160

000 libras. Pues bien, Vicente debía por entonces hacer frente a las necesidades de la Lorena, cosa que restringía por fuerza sus caridades en París. por otra parte, la fortuna pública viéndose amenazada por las facciones que ya rugían, las fortuna privadas se hallaban también con miedo; la Caridad se volvía tímida; se encerraba en una prudencia estrecha y egoísta; tanto que las Damas de la Caridad declararon finalmente que un gasto tan excesivo sobrepasaba sus fuerzas, y había que renunciar a él.

Asustado por semejante resolución, temblando por sus pobres huérfanos más que nunca una madre por sus propios hijos, Vicente de Paúl recurrió en primer lugar a la caridad de la señorita Le Gras y de sus Hijas, que consintieron en tomar a su cargo por algún tiempo todo el peso del gasto. La señorita Le Gras recordó a sus Hijas el consejo del Apóstol (Ef., VI, 28): "...más bien trabajad obrando con vuestras propias manos lo que es bueno, a fin de tener qué dar a los necesitados". Luego pidió prestado dinero que fue empleado en hacer pan y en preparar otros víveres, tan raros y tan necesarios en aquellos tiempos de calamidad y de hambre. La totalidad era vendida en provecho del hospital de los Niños-Expósitos. Yendo más lejos en su entrega, las Hijas de la Caridad quisieron imponerse las más duras privaciones, y resolvieron no tomar al día un alimento pobre. Todavía no era suficiente. Un día que los pobres niños se encontraban en extrema necesidad, la señorita Le Gras, con consentimiento de sus Hijas, les dio todo el dinero de su casa, menos dos doblones. Era todo lo que se reservaba por un mes, ya que no debía percibir nada antes de ese término. Se pedía a la Providencia que hiciera el resto.

Semejante estado de cosas no podía durar. Por eso, en 1648, Vicente convocó a las damas en asamblea general. Mandó decir en privado a las más celosas, las Marillac, las Traversay, las Miramion que no dejaran de faltar para animar a las demás.

Reunidas las Damas, el santo propuso el orden del día: era la deliberación sobre la obra comenzada: ¿había que continuarla o abandonarla? "Todos los recursos se han agotado, Señoras, les dice, y apenas nos queda para alimentar a estos pobres niños durante seis semanas, cuando se verán en extrema necesidad. En este caso no alimentarlos será matarlos. Se puede matar a un niño negándole el alimento lo mismo que dándole una muerte violenta. Qué crimen sería para vosotras a quienes nuestro Señor Dios os ha escogido como madres, y quienes los habéis adoptado! ¡Nuestras Cuántas asambleas habéis celebrado para esto, y cuántas oraciones habéis dirigido a Dios! Cuántos consejos habéis recibido de personas prudentes y piadosas! Cuántas resoluciones habéis tomado a la vista de sus miserias para encargaros de estas pequeñas criaturas! Entre ellas y vosotras existe el lazo de la maternidad adoptiva. Si vosotras las abandonáis, es preciso absolutamente de se mueran. Pues ¿quién las salvaría? ¿La policía? Ellos no lo han hecho hasta ahora. ¿Otras personas en vuestro lugar? Si vosotras las dejáis, ¿quién se encargará de ellas? Entonces, si vosotras las abandonáis, morirán seguramente. Y entonces, ¿qué dirá Dios que os ha llamado para cuidarlos? ¿Qué dirá el rey, qué dirán los magistrados, que por letras patentes verificadas, os atribuyen el cuidado de estos pobres niños? ¿Qué dirá el publico que os ha aclamado y bendecido viendo vuestra caridad? ¿Qué dirán estas pobres criaturas? Ay, nuestras queridas madres, vosotras nos abandonáis! Que nuestras propias madres nos hayan abandonado pase: ellas eran malas. Pero que lo hagáis vosotras, vosotras que sois buenas, es como decir que Dios

mismo nos ha abandonado, y que no es un Dios. ¿Me contestaréis, Señoras, las necesidades del momento que empobrece a todo el mundo, de manera que no se puede más que malvivir simplemente? Respondo que vosotras no os veréis incomodadas. Quien tiene piedad del pobre, dice el Espíritu Santo, no carece nunca de nada; dar al pobre es prestar a Dios. Además, vosotras sois cien, cuando os reunís todas. Pues bueno, que cada una se comprometa con cien libras, y es más de lo que se necesita con lo que ya se tiene. –Yo no tengo dinero, diréis. –Oh, cuántas *pequeñeces* no se tienen en la casa que no sirven para nada. Señoras, qué lejos estamos de la piedad de los hijos de Israel, cuyas mujeres daban sus joyas para hacer un becerro de oro! Reflexionemos pues, Señoras, roguemos a Dios. Comulguemos con la intención de esta hermosa obra. Hablemos de ello a nuestros parientes y amigos. Encomendémosela a los señores párrocos y a los predicadores, y por último tomemos una resolución.”

Fue entonces cuando el santo, no pudiendo contener más los arrebatos de su corazón, las dejó estallar en la célebre peroración: “Y bien, Señoras, la compasión y la caridad os han hecho adoptar a estas pequeñas criaturas como vuestros hijos. Habéis sido sus madres según la gracia, una vez que sus madres según la naturaleza los han abandonado. Mirad ahora si vosotras también queréis abandonarlos. Dejad de ser sus madres para convertirlos ahora en sus jueces; su vida y su muerte están en vuestras manos. Voy a tomar las votaciones y los sufragios; es tiempo de pronunciar su declaración, y de saber si no queréis tener misericordia con ellos: Vivirán si continuáis teniendo un caritativo cuidado de ellos; y, por el contrario, morirán y perecerán infaliblemente, si los abandonáis: la experiencia no os permite la menor duda.”

La asamblea no respondió al principio más que con lágrimas y, recuperándose , decidió a una sola voz que la obra buena sería continuada.

No se trataba ya de la empresa en sí misma, sino de los medios de ejecución. En consecuencia, se pidió al rey y se obtuvo la edificación de Bicêtre, antiguo castillo construido bajo Carlos V por las órdenes del duque de Berry, que había sido restaurado bajo Luis XIII, para servir de hospital a los soldados inválidos. Se trasladó allí a todos los niños que más necesitaban de nodrizas. Pero el aire demasiado vivo de Bicêtre fue fatal a un gran número y pronto hubo que devolverlos a París⁶⁶⁶. Se quedaron alojados en el barrio de San Lázaro, donde diez o doce Hijas de la Caridad tuvieron cuidado de su educación. Allí estaban vigilados por nodrizas residentes, a la espera de que las nodrizas del campo vinieran a llevárselos para criarlos hasta su destete. Luego era llevados otra vez al hospicio y se quedaban bajo la dirección exclusiva de las Hijas de la

⁶⁶⁶ Según una carta de la señorita Le Gras, del mes de julio de 1647, hubo dificultades también de parte de las Damas de la Caridad, hasta tal punto que la priora madre de los huérfanos se temió verse obligada a abandonar su servicio. Veamos esa carta: “Por último, la experiencia nos hará ver que no era sin razón cuando temía el alojamiento en Bicêtre, las Damas tienen el plan de sacar de nuestras hermanas lo imposible. Ellas escogen por alojamiento pequeñas habitaciones en las que el aire estará bien pronto corrompido, y dejan las grandes. Pero nuestras pobres hermanas no se atreven a decir nada. Ellas no quieren que se diga la misa, sino que nuestras hermanas vaya a oírla a Gentilly. Y ¿qué harán sus niños mientras tanto? Y ¿quién hará el trabajo? Ahí esta mi hermana Geneviève. Os suplico que os toméis la molestia de hablarle, ella os contará la pena que tienen y las pretensiones de las Damas. Me temo mucha que tengamos que dejar el servicio de estos pobres pequeños. Hágase la voluntad de Dios!” No dejaba de animar a sus hermanas en el dolor como en el ejercicio de la caridad, y de solicitar ayudas tanto más necesarias, porque muchos, imaginándose que el magnífico dominio de Bicêtre pertenecía a los pequeños, los creían suficientemente provistos, mientras que se veían obligados a pedir prestado para las provisiones menores (Carta de la señorita Le Gras a san Vicente, del 23 de enero de 1648).

Caridad. Estas santas hijas les enseñaban a hablar y a rezar a Dios. Después les enseñaban algún trabajo menor, les ponían poco a poco en situación de poder subsistir con su trabajo y su habilidad. Las Hijas de la Caridad estaban dirigidas en su obra por las visitas y consejos de Vicente. “Oh, hermanas mías, les decía una vez, debéis temer por encima de todo no hacer nada ni decir nada en presencia de estos pobres niños que los pueda escandalizar; y si la señorita Le Gras tuviera ángeles, debería dárselos para servir a estos inocentes. Porque tal como sea *la tía*, -que así es como os llaman⁶⁶⁷, -tales serán los hijos. Si la tía es buena, buenos serán ellos, si es mala ellos serán malos, porque harán fácilmente lo que vean hacer a sus tías; si os molestáis, ellos se convertirán en molestos; si cometéis ligerezas en su presencia, estarán sometidos a la ligereza; si murmuráis ellos murmurarán como vosotras; y si se condenan, ellos os echarán la culpa a vosotras, no lo pongáis en duda, puesto que vosotras seréis la causa. En el infierno, el padre maldecirá a su hijo que habrás sido la causa de su condenación, y el niño maldecirá también a su padre a causa de los ejemplos que la haya dado. Ah, malvado hijo, es por culpa tuya por lo que yo he ofendido a Dios, porque he querido conseguirte bienes, y te he dejado vivir a tus anchas. -Ah, desgraciado padre, ¿por qué, dirá el niño, me has dado el ejemplo de hacer el mal, en lugar de enseñarme a servir a Dios? Tú eres la causa de que yo esté en este lugar de suplicios. – Estos son los reproches que se hacen los condenados y que vosotras y yo oiremos si los escandalizamos. En cuanto a mí, yo tengo motivos para temblar. Ah, Salvador mío, qué podré yo responder cuando me vea convencido de tantos escándalos!⁶⁶⁸”

Vicente se preocupaba continuamente por su familia adoptiva. Se la encomendaba sin cesar a las oraciones de la Compañía y a la generosidad de las almas caritativas. Velaba por estos pobres niños no sólo en París sino en el campo. Los hacía visitar por las Hijas de la Caridad en casa de las nodrizas, y en 1649, encargó de este cuidado a un hermano de su congregación, que empleó seis semanas en recorrer los pueblos. Los puso bajo el patronato de las cofradías y de las Damas de la Caridad. Existe aún una Memoria, redactada probablemente por él, para uso de las Damas que tuvieran la caridad de visitar a estos pobres niños. Es de ordinario por la noche cuando trabajan, dice la Memoria: se necesita pues que siempre que alguien esté despierto para atenderlas. Los hay de tres clases: los sanos, los atacados de enfermedades ordinarias o de enfermedades contagiosas. A las Damas es a quienes corresponde ver cómo se trata a cada categoría, si las nodrizas son suficientes, si el servicio de día y de noche se realiza con exactitud. Ellas deben reunirse cada tres meses en asamblea general para deliberar sobre las necesidades de la obra y tomar las medidas necesarias.

Fue en la asamblea ya mencionada del 11 de julio de 1657, y en el discurso sobre el informe pronunciado ese día por Vicente, en la que hay que ver el estado y los progresos de la obra por aquel entonces. Según las cuentas de la señora de Bragelonne, que era entonces la tesorera, el número de los niños expósitos, tanto de los que estaban con nodriza en el campo o en la ciudad, como de los niños destetados, como de los que tenían oficio y servían o que se quedaban en el hospital, ascendía a 365. “Se ha visto, añadió el santo, que el número de los que se exponen cada año es casi siempre igual, y que se

⁶⁶⁷ Es también el nombre que la joven duquesa de Bourgogne daba a la señora de Maintenon.

⁶⁶⁸ Conf. del 13 de noviembre de 1654.

cuentan tantos como días al año. Ved, por favor, qué orden dentro del desorden, y qué gran bien realizáis, Señoras, cuidando de estas pequeñas criaturas abandonadas de sus propias madres, y haciéndolas educar, instruir y logrando que se ganen la vida y se salven. Antes de encargaros de ellos, os habéis visto obligadas durante dos años por los señores canónigos de Nuestra Señora. Como la empresa, queríais sopesarlo todo, y por fin os habéis entregado al trabajo, creyendo que sería del agrado de Dios, como lo ha demostrado después.. Hasta hoy, nadie había oído decir en cincuenta años que hubiera vivido un solo niño expósito; todos perecían de una forma o de otra. Es a vosotras, Señoras, a quienes Dios había reservado la gracia de hacerles vivir a muchos, y vivir bien⁶⁶⁹. Al aprender a hablar, aprenden a rezar a Dios, y poco a poco se los ocupa según la costumbre y la capacidad de cada uno de ellos. Se los observa, para dirigirlos bien según su talante y corregirlos temprano de sus malas inclinaciones. Se sienten felices por haber caído en vuestras manos, y serían infelices en las de sus padres, los cuales de ordinario son gente pobre o viciosa. No hay más que ver su empleo de la jornada para conocer bien los frutos de esta buena obra, que es de tal importancia que vosotras tenéis toda la razón del mundo, Señoras, para dar gracias a Dios porque os la confió a vosotras. “Grandes y sabias palabras que, según vamos a ver , zanja la cuestión tan debatida hoy de los niños expósitos.

El informe de 1657 nos dice también que las entradas, en el transcurso del año, se habían elevado a 16 248 libras, pero los gastos alcanzaban siempre la cifra de 30 a 40 000. la diferencia enorme debía ser cubierta por la caridad. Vicente tomaba lo primero de las rentas de San Lázaro, o desviaba en provecho de los niños abandonados las limosnas que llegaban a su congregación. uno de sus sacerdotes lo vio mal, y se quejó públicamente del daño que se había impuesto de esa manera a la casa de San Lázaro y de la ruina que la amenazaba. Vicente que se enteró dio esta hermosa respuesta: “Que Dios le perdone esta debilidad, que le hace así alejarse de los sentimientos del Evangelio. Oh, qué bajeza de fe, creyendo que para hacer y procurar bienes a unos niños pobres y abandonados como éstos, Nuestro Señor tenga menos bondad con nosotros, él que promete recompensar con el céntuplo lo que se dé por él Ya que este buen Salvador dijo a sus discípulos: ‘Dejad venir a mí a estos niños,’ ¿acaso podemos nosotros rechazarlos o abandonarlos cuando vienen a nosotros, sin mostrarnos contrarios a él? ¡Qué ternura no mostró hacia los pequeños hasta tomarlos en brazos y bendecirlos con sus manos! ¿Acaso no nos ha dado con ello una regla de salvación al mandarnos hacernos semejantes a niños pequeños, si queremos tener entrada en el reino de los cielos? Pues bien, tener caridad para con los niños y cuidar de ellos es de alguna forma hacerse niño, y proveer a la necesidad de los niños expósitos es ocupar el lugar de sus padres y de sus madres, o más bien el de Dios que ha dicho que si la madre viniera a olvidarse de su hijo, él mismo se ocuparía de él, y que no le dejaría en el olvido. Si Nuestro Señor viviera todavía entre los hombres en la tierra y viera a niños abandonados, ¿pensaríamos que los quisiera abandonar también? Sería sin duda hacer injuria a su infinita bondad pensar semejante cosa. Y nosotros seríamos infieles a su gracia si, habiendo sido elegidos por su Providencia para procurar la conservación corporal y el bien espiritual de estos

⁶⁶⁹ Según Humbert Ancelin, antiguo obispo de Tulle, en su carta a Clemente XI, del 5 de junio de 1703, 40 000 niños expósitos fueron arrancados a la muerte durante la sola vida de san Vicente de Paúl.

pobres niños expósitos, acabáramos por cansarnos de ello y por abandonarlos por las molestias que nos producen⁶⁷⁰.”

Vicente continuó pues su obra. Por lo demás, la caridad privada y los poderes públicos continuaron, por su parte, ayudándole. En diversas ocasiones, los señores altos justicias de la ciudad de París fueron condenados, en Parlamento, a pagar en beneficio de los niños expósitos diferentes sumas, que llegaron, en 1667, hasta 15 000 libras al año.

Vicente no estaba ya, pero su obra, como tantas otras seguía viviendo. Fue entonces cuando Luis XIV quiso tomarla a su cargo. El hospital de los Niños-Expósitos fue construido en 1669. En 1670, el rey cristianísimo hace esta hermosa declaración: “No habiendo deber más natural ni más conforme a la piedad cristiana como cuidar de los pobres niños expósitos, a quienes la debilidad y el infortunio hacen dignos por igual de compasión, los reyes nuestros predecesores han provisto a la fundación y establecimiento de ciertas casas y de hospitales donde pudieran ser recibidos y educados con piedad: en lo cual se han seguido sus buenas intenciones por nuestra corte de Parlamento de París que, conforme a las antiguas costumbres de nuestro reino, habría ordenado, por su decreto del 13 de agosto de 1652, que los señores justicieros mayores, en la extensión de nuestra ciudad y suburbio, contribuirían cada uno con alguna suma a los gastos necesarios para el mantenimiento, subsistencia y educación de los niños expósitos en la extensión de su justicia mayor: y luego, el difunto rey nuestro muy honorable rey y padre viendo qué importante era conservar la vida de estos desdichados, desprovistos de los auxilios de las personas mismas de quienes la han recibido, les habría dado la suma de 3 000 libras, y 1 000 libras a las Hermanas de la Caridad que los sirven, para percibir cada año en forma de feudo y limosna, sobre el dominio de Gonesse. Y considerando qué ventajosa era su conservación, puesto que unos podían convertirse en soldados y servir con nuestras tropas, los otros obreros o habitantes de las colonias que nos establecemos para el bien del comercio de nuestro reino, nos les habríamos dado, por nuestras letras patentes del mes de junio de 1644, 8 000 libras a percibir por cada año, por nuestras cinco grandes arriendos. Pero como nuestra buena ciudad de París ha crecido mucho desde aquel tiempo y el mundo de los niños expósitos se ha incrementado sobremanera el gasto que ha habido que hacer desde hace algunos años para su alimentación ha ascendido a 40 000 libras por año, sin que haya apenas ningún otro fondo para contribuir más que las limosnas de muchas damas piadosas, cuyas caridades, animadas por el difunto seños Vicente, superior general de la Misión y fundador de las Hijas de la caridad, han contribuido con notables sumas con sus bienes y sus cuidados y trabajos en la alimentación y educación de estos niños. Nuestra corte de Parlamento de París habría estimado necesario convertir el mantenimiento y subsistencia que los justicieros mayores están obligados a dar a los niños expósitos dentro de su justicia mayor en una suma de 15 000 libras anuales, para ser entregada en poder de personas piadosas, que caritativamente cuidan de ellos, siguiendo su disposición del tres de mayo de 1667; lo que nos habríamos confirmado mediante disposición otorgada en nuestro consejo del 20 de noviembre de 1668. Mas como el establecimiento de esta casa no ha sido especialmente autorizado por nuestras letras patentes, aunque lo hayamos aprobado por las

⁶⁷⁰ Conf. del 6 de diciembre de 1658.

donaciones que allí hemos efectuado, sintiéndonos satisfecho de mantener y confirmar una tan buena obra y de establecerla lo más sólidamente que podamos; con estos razonamientos, declaramos el hospital de los Niños-Expósitos uno de los hospitales de nuestra buena ciudad de París, deseando que en esta calidad pueda hacer, contratar, vender, enajenar, comprar, adquirir, comparecer en juicio y pleitear, recibir todas las donaciones y legados universales y particulares, etc.; confirmamos y renovamos, en cuanto de necesite o necesitara, las donaciones hechas a dichos niños, por el difunto rey y por nos, en unión con todas las donaciones hechas ya.”

El edicto regula a continuación y el empleo de las precedentes donaciones reales, y de las 15 000 libras de los justicias mayores, a quienes disculpa del pago de las sumas señaladas por la disposición del 13 de agosto de 1652; regula también la dirección del hospital de los Niños-Expósitos. Esta dirección es confiada a los directores del Hospital-General, al que va unido desde esa época. Con todo, un comité de administración especial le es otorgado entre los directores del Hospital-General. se compone desde un principio del primer presidente y del procurador general del Parlamento, y más tarde de cuatro directores del Hospital-General y de los comisarios nombrados ante las demás casas para visitarlas. Las funciones del comité se renuevan cada tres años. Se extienden a todas las necesidades del hospital, salvo a las adquisiciones y alienaciones, que quedan en manos de la oficina general. El hospital de los Niños-Expósitos tiene también su recaudador especial que da cuenta cada año a la oficina del Hospital-General, a la que los justicias mayores tienen el privilegio de asistir. El edicto termina con una exhortación a las Damas para continuar a los niños expósitos sus caritativos cuidados y tomar parte en la administración del hospital.

En 1674 y 1675, el rey habiendo reunido en el Châtelet a todos los justicias de los señores, ordenó que se tomaran 20 000 libras al año en provecho de los niños expósitos. Los señores estaban así exonerados por completo, y la obra quedaba definitivamente fundada⁶⁷¹. En lo sucesivo, estos pobres niños, por tanto tiempo, condenados a la muerte o a la miseria y la corrupción, podían decir con el Profeta: “Mi padre y mi madre me abandonaron; pero gracias a Vicente de Paúl, el Señor me ha tomado bajo su protección y me ha dado mucho más de lo que había perdido⁶⁷².”

Las cosas duraron así hasta la Revolución. La admirable institución de París se extendió a todas las provincias, y en todas partes los niños expósitos encontraron una cuna, unas madres, una familia, preparada por una religión y por una administración cristiana. Con las instituciones religiosas, la Convención echó por tierra las instituciones caritativas y en los hospicios de niños expósitos puso en su lugar a la inmoral primera oferta a las jóvenes madres. Pero, después de la tormenta, la religión recuperó sus derechos. El genio de la caridad y el genio de la legislación se dieron la mano a través de dos siglos, y mediante su decreto de 1811, Napoleón ratificó la obra de Vicente de Paúl al hacer obligatorios para cada departamento los tornos que Francia había copiado a Italia. “Ingeniosa invención de la caridad cristiana, ha dicho el Sr. de Lamartine, quien tiene manos para recibir y quien no tiene ojos para ver, tampoco boca para revelar!” A un repique de campana, una hermana,

⁶⁷¹ *Resumen histórico del estado de los Niños-Expósitos*, in-4º, 16 p., 1753. Paris. Archiv. del Estado., S. 6160

⁶⁷² *Pater meus et mater mea dereliquerunt me; Dominus autem assumpsit me.* (Ps. 26, v. 10.)

despertada de pronto, toma al niño de la Providencia, que siente muy cerca un seno de nodriza. Luego se lo lleva una mujer del campo, sin que la caridad cese de velar sobre él. Crece en la familia que ha recibido; de ella reparte el trabajo, el pan, la instrucción; en ella se establece o al menos en el pueblo, y descarga así a las ciudades de una población peligrosa, para incrementar la población más sana más moral de los campos.

Pero, después del 1830, los tornos fueron suprimidos en varios departamentos, e inmediatamente surgió una gran cuestión, debatida por todas nuestras asambleas políticas, y bajo todos los regímenes que hemos atravesado desde entonces; cuestión todavía pendiente y en litigio, al menos fuera de las filas cristianas. Para disminuir el número de los niños expósitos y descargar en otro tanto las cajas departamentales, y las economías, más sensibles al ahorro que a la compasión y a la moralidad, propusieron sustituir la exposición nocturna y secreta por la exposición de día y pública; o mejor forzar a toda madre culpable a educar públicamente a su hijo, ofreciéndole un socorro. No confesaban este motivo sórdido de economía, o al menos trataban de disfrazarlo con un color moral, diciendo que la exposición libre y secreta era una prima ofrecida a la inmoralidad, como si el pudor ahogado, el crimen exhibido, no fueran el más poderoso aliento al vicio. Decían también que la población de los hospicios se incrementaba considerablemente por la facilidad de los tornos de niños legítimos cuyos padres se descargaban en la administración pública. Caso infinitamente raro, no obstante, gracias a la naturaleza, y casi imposible en nuestras costumbres y nuestra legislación. Para salir al paso de este inconveniente pretendido, se adoptó el desplazamiento de los niños, que se arrancaban, al cabo de algunos años, a la familia que los había recibido, para transportarlos a otro extremo de Francia. Doble suplicio: suplicio para los padres adoptivos, suplicio para los niños convertidos por segunda vez en huérfanos. Familia adoptiva rota por la ley, después que la familia natural lo había sido por el crimen. Algunos departamentos cantaron a pesar de ello victoria, al ver disminuir con ello el número de los niños a su cargo. Mas si, a consecuencia de esta medida, se disminuía el número de los niños, no por haber sido retirados por los padres legítimos, sino que habían sido retenidos gratuitamente por sus padres nutricios, que no podían ya separarse de ellos, a veces por personas caritativas o incluso por sus madres naturales. Se reconoció pronto la ineficacia y la barbarie de este sistema hoy generalmente abandonado.

Pero queda la cuestión de los tornos. Un gran argumento en su favor es que todos los cristianos los reclaman. Pues bien, ellos solos son de todos los puntos competentes cuando se trata de una obra nacida bajo la influencia cristiana de una obra en la que la cuestión económica está dominada por una cuestión de moralidad y de caridad.

El cristianismo ha abierto siempre los brazos a los niños abandonados, sus asilos a las madres arrepentidas; en ninguna parte, en su historia, encontramos instituciones con vistas a la joven madre unida a su hijo: entre ellos siempre se ha temido el contagio.

Aquí, la cuestión es múltiple: está la cuestión del niño, la cuestión de la madre, la cuestión de la sociedad.

Suprimid los tornos, y la madre colocada en la alternativa o de guardar a su hijo al precio de su honor o desembarazarse de él al precio de un crimen, con demasiada frecuencia elegirá el crimen; y además, si se queda con él, con

mayor frecuencia todavía, le criará en los principios a los que debe su nacimiento. Así, por ambas partes, su vida está amenazada, aquí, su vida física; allá, su vida moral. Una de las ilusiones del adversario de los tornos está en estas palabras de *maternidad*, de *sentimientos maternales*, tan raramente aplicables a la madre culpable que confunde demasiado con la madre legítima. Y la madre misma, ¿qué será de ella?. Ahí está forzada a rechazar la vergüenza y el pudor, único resto de su virtud naufragada. Su hijo es su deshonor público, con lo que ella no puede entrar ni en una familia ni en una casa de arrepentidas.

Y ¿qué gana con ello la sociedad? La experiencia y la estadística se ponen de acuerdo en mostrar que los niños expósitos cuestan más caros a los Estados protestantes que a los Estados católicos, a los Estados con jóvenes madres socorridas que a los Estados con tornos y madres adoptivas. Además, en razón de los gastos, hay que hacer entrar los gastos de prisión y presidios, de policía y de gendarmes; pues, con mucha frecuencia, estos hijos, sin familia y sin educación cristiana, no llegan a ser más que agentes de crímenes y de revoluciones. Ya que junto a y por encima del interés material de la sociedad, existe su interés moral, que exige que la religión cubra primeramente el escándalo con el manto de la caridad, luego se ocupe de los niños del crimen para darles con su educación un segundo bautismo que corrija su segundo vicio de origen para sustraerlos también al arrastre fatal de sus malos instintos y de ejemplos perniciosos. La educación por las madres jóvenes, testimonio público de la depravación de las costumbres, convertiría esta depravación en contagiosa, al mismo tiempo que frutos de crimen haría casi siempre agentes de crimen. Si pues hubiera oposición entre el interés moral y el interés material de la sociedad, se ve cuál habría que sacrificar. Pero aquí están de acuerdo uno y otro en reclamar el mantenimiento de las instituciones cristianas. El sistema de las madres jóvenes renuncia la Convención y a Robespierre; el de los tornos o de la exposición secreta y libre, al cristianismo y a Vicente de Paúl: que se escoja!

II. *Hospital del nombre de Jesús*. Después de la infancia, Vicente de Paúl se ocupó de los ancianos: tomaba así la vida humana por sus dos extremos; las dos tan débiles, tan desprotegidas, tan dignas de compasión y de cuidados. Al principio del año 1653, un burgués de París vino a hablar con Vicente como representante y ecónomo de la Providencia, y le dijo que se sentía interiormente impulsado a hacer algo para el servicio de Dios en la persona de los pobres y que, a fin de obedecer a esta inspiración, ponía a su disposición una suma de 100 000 libras, del mejor empleo de la cual le dejaba él como juez y señor, ratificándolo todo de antemano y prohibiéndose todo derecho a reclamar. En cuanto a él, él no pedía más que una cosa, a saber que su nombre no fuera conocido más que de Dios sólo.

Según la información de Chollier, sacerdote de la Misión⁶⁷³, que él mismo lo había sabido de Ducourneau, secretario de Vicente, el caritativo burgués habría emitido sin embargo un deseo de que esta suma se aplicara a las casas pobres de la Congregación naciente, y el santo fundador, siempre desinteresado, se habría preferido los pobres.

⁶⁷³ *Summ.*, p. 162.

Como quiera que sea, Vicente no lo dudó un momento, y resolvió al punto emplear la suma en la fundación de una obra de caridad duradera. ¿Cuál elegir?

Como siempre, reflexionó, consultó a Dios. Decidido su plan y madurado, no quiso, aunque investido de todos los poderes, ejecutar nada sin comunicarse con el piadoso donante. Se fue pues a verle y le dijo: “Estamos viendo todos los días a cantidad de pobres artesanos que, no pudiendo ya, por enfermedad o por vejez, ganarse la vida, se ven reducidos a la mendicidad. En esta situación, únicamente atentos a los medios de vida, descuidan de ordinario su salvación. Abriéndoles un lugar de retiro, se podría a la vez cuidar su cuerpo y su alma; doble caridad que sería doblemente agradable a Dios.”

Habiéndole sonreído este proyecto al donante, se pasó enseguida un contrato, el 29 de octubre de 1653, a efectos de reglar el empleo de las 100 000 libras en su aplicación a la obra de los pobres ancianos. 10 000 libras se destinaban a comprar una casa, llamada del *Nombre de Jesús*, sita más allá de la fuente del arrabal Saint-Martin, y una vez adquirida por el mismo precio por la Misión, el 28 de setiembre de 1647, a uno llamado Bonhomme; “para ser dicha casa destinada a retirar, alimentar y vestir a cuarenta pobres de uno y otro sexo, y enseñarles las cosas necesarias para la salvación, administrarles los santos sacramentos, y así hacerles vivir en el temor de Dios y en su amor, como también ocuparlos en algún trabajo y de este modo evitar la mendicidad y la ociosidad que son la madre de todos los vicios.” 20 000 libras debían bastar para la construcción de una casa en caso de insuficiencia de la primera; sino, ser invertidas en algunas construcciones nuevas, y en la compra de alguna heredad. 60 000 libras eran colocadas a un interés del 5% por la casa de San Lázaro, bajo la obligación de todos sus bienes, para ser empleadas en el rescate y amortización de las rentas que debía a diversos particulares; y los atrasos anuales de este fondo, a saber 3 000 libras, debían servir a la alimentación y mantenimiento de estos ancianos pobres a perpetuidad. San Lázaro quedaba libre de rescatar esta renta en seis veces, con la condición de poner el capital en compra de heredades o en rentas sobre particulares. El resto de las 100 000 libras pagaba bien los gastos de los cuarenta pobres durante un año, a comenzar por el mes de marzo precedente, bien el mobiliario de la casa y de la capilla, bien por último la reparación de los lugares y su adecuación a la obra.

Vicente debía tener su dirección durante su vida con dos burgueses nombrados por él, y reemplazados también por él en caso de fallecimiento, por consejo del superviviente. Después de la muerte de Vicente, el superior general de la Misión sucedía en los mismos derechos. El consejo de dirección y la administración tenía el poder de admitir y de despedir, de castigar a los que ofendieran a Dios o violaran los reglamentos dados por Vicente y sus sucesores por consejo de los dos burgueses. Finalmente, un sacerdote de la Misión debía tomar la dirección espiritual de los pobres; condiciones todas “sin las cuales, decía el acta, dicho burgués fundador no habría hecho tal fundación, según se lo habría declarado varias veces a dicho señor Vicente.” Para mayor seguridad, y como la Congregación entera estaba interesada ya en el traslado de la casa del nombre de Jesús al nuevo hospital, ya en la hipoteca sobre todos su bienes, los sacerdotes de San Lázaro se comprometieron con Vicente y firmaron el contrato con él.

Este contrato fue aprobado y homologado por los vicarios generales del cardenal de Retz, arzobispo de París, el 15 de marzo de 1654 y, en noviembre del mismo año, el rey entregó sus letras patentes afirmativas. “La grande cantidad de pobres, se dice en él, que se encuentran entre los burgueses y artesanos de nuestra buena ciudad de París además de los que afluyen de todas partes no podría subsistir, si no fuera por los favores que se realizan diariamente, tanto en particular como en general, en hospitales y otras partes, y en nuevas fundaciones por personas piadosas y caritativas que no tienen otra finalidad que hacer algo agradable a Dios, sin querer ser conocidos más que de él solo.” En consecuencia, el rey declara el nuevo hospicio bien inalienable, “como dedicado a Dios,” le otorgó, como el Hotel-Dieu, todos los derechos sobre sus géneros, “ con el cargo, añade el rey, de mandar decir por los dichos pobres todos los días de la semana, el *Exaudiat*, por nuestra prosperidad y de nuestros sucesores reyes, conservación y descanso de nuestro Estado⁶⁷⁴.”

La casa del Nombre de Jesús se acomodó y amuebló con una rapidez extraordinaria, y en 1653, recibió a sus cuarenta huéspedes de ambos sexos. Vicente los alojó en dos cuerpos del edificio, separado uno de otro, pero de tal forma que los hombres y las mujeres podían oír la misma misa y la misma lectura de mesa sin hablarse ni verse. Además de los ancianos que se llamaban los obreros pobres de la familia de Jesús, había también, en el nuevo hospicio, muchachos jóvenes. A unos y a otros, dio Vicente a uno de sus sacerdotes y hermanas de la Caridad para su servicio espiritual y corporal. Él mismo se reservó venir con frecuencia para instruirlos y prepararlos a comparecer ante Dios mediante el reconocimiento de su misericordia y el sacrificio de sus últimos días. Tenemos también una conferencia que les dio sobre la doctrina cristiana, comenzó por el rosario; luego, después de recordarles que su fundador había querido proveer a su alma más que a sus cuerpos, les enseñó a hacer la señal de la cruz; preguntó a hombres, mujeres y niños sobre los principales misterios; les mostró qué felices eran por encontrar de qué vivir allí en aquellos años de carestía total y les predicó el gran deber del trabajo, del que no los eximía la seguridad de su vida. En efecto, en el reglamento, obra maestra de fe y de sabiduría que les trazó, todo su tiempo debía repartirse entre la piedad y el trabajo. Mandó comprar bastidores y utensilios para ocuparlos según su fuerza y su industria. Nadie, mejor que Vicente de Paúl, conoció la moralidad del trabajo; por eso lo prescribía siempre en sus reglamentos que hacía para las asociaciones de los pobres. En el hospicio del Nombre de Jesús, todo el mundo estaba obligado al trabajo, todo el mundo trabajaba. Era una imagen, dicen los anales de la casa, de la vida de los primeros discípulos de Jesucristo, un taller cristiano, una comunidad religiosa ante que un hospital. Por eso no alentó entre los pobres la aversión que abunda en todos los asilos de este nombre. Las plazas estaban solicitadas con mucho tiempo antes, y personas dignas, al parecer, de mejor suerte, se sentían felices de ser admitidas.

El hospicio del Nombre de Jesús tuvo, como todas las obras de Vicente de Paúl, el privilegio de la duración. La Revolución misma lo ha transformado sin destruirlo, se ha convertido en el hospicio de los Incurables, situado hoy en el

⁶⁷⁴ Arch. del Estado, S. 66^o1, para los originales, y M. M. 534 para las copias. Según un relato del hermano Ducourneau, secretario de Vicente, el burgués desconocido dio también, algún tiempo después, 30 000 libras con el mismo objeto.

barrio de Saint-Martin⁶⁷⁵. Pero tuvo sobre todo el privilegio de la fecundidad, ya que de él nació el mayor el más vasto establecimiento de caridad de los tiempos modernos, la maravilla en este género del reinado de Luis XIV, el Hospital General.

III. *Hospital-General*. Apenas se instalaron los cuarenta ancianos en el nombre de Jesús, cuando la buena fama de este establecimiento se extendió por todo París. Personas de piedad y de condición, en particular las Damas de la Caridad vinieron a hacer numerosas visitas. Quisieron verlo todo, examinarlo todo. Con sus ojos y los informes que pidieron, llegaron pronto al fondo de esta maravillosa economía. Cuarenta ancianos viviendo en la unión más perfecta, sin conocer ni la murmuración ni la maledicencia, obedeciendo, con una regularidad y una alegría religiosas, a la campana que los llamaba al trabajo o sobre todo a la oración, bendiciendo a Dios y a sus bienhechores de palabra y a veces con sus lágrimas; vaya espectáculo, no sólo por la fe sino por una sabia política! Pues se comparaba al momento a estos pobres tan ordenados con aquella multitud desordenada de mendigos que vagaban entonces por las calles de París. Efectivamente, nunca había sido tan espantosa ni tan amenazadora la mendicidad; era a la vez una vergüenza y un peligro para la capital del reino muy cristiano. Hasta dónde había caído desde los primeros tiempos del cristianismo, incluso desde el estado del pueblo Judío. No había mendicidad en Judea desde que el Deuteronomio (XV, 4) había dicho: “que no haya mendigos entre vosotros;” menos todavía entre los primeros cristianos, a quienes san Pablo había declarado (*II Tes. III, 10*) que el que no quiere trabajar no tiene derecho al alimento. El contraste entre el estado de los cristianos y la desvergonzada mendicidad pagana hacía enrojecer a Juliano el apóstata: “Es vergonzoso, decía él (carta a Arsace), que ningún judío mendigue.” Para conservar este contraste glorioso en nuestra fe, los primeros emperadores cristianos dictaron leyes contra la mendicidad. Los concilios han ordenado siempre, después del de Tours, en 570, que cada ayuntamiento alimentara a sus pobres. los papas, especialmente desde Sixto V, han trabajado por la extinción de la mendicidad, y nuestros reyes, a los ojos y con aprobación del clero, multiplicaron los remedios para curar esta plaga a la vez religiosa y social. Pero, en Francia, del siglo XII al XIV, habían aumentado de manera que eludían los esfuerzos combinados de la Iglesia y del Estado. No se pudo, como medida policial, más que abrirles asilos en los que estaban aparcados y vigilados. Organizados en corporación, formaban un Estado dentro del Estado. En Bretaña, tenían sus Estados Generales, que funcionaban en un lugar llamado el Pré-des-Gueux. En Poitou, en el siglo XIV, se eligieron un rey reconocido pronto por toda Francia, del que el siglo XVII pudo ver todavía al sucesor 92! Eran cuarenta mil en París solamente bajo los últimos Valois, , y hasta bajo Luis XIV; era la quinta parte de la población de esta capital. Inmenso ejército que amenazaba no sólo la fortuna, sino la libertad y la vida de los ciudadanos. Ya que se apoderaban con violencia de los adultos y de los niños, los vendían a reclutadores para formarlos en el bandidaje y, mientras tanto, los mantenían en carta privada en lugares llamados *fours* –hornos-, verdaderas mazmorras de esta feudalidad mendicante. En cuanto a ellos, distinguidos en cortadores de bolsa, sacadores de lana o simplemente pasa

⁶⁷⁵ La admirable institución de las *Hermanitas de los pobres* no debe ser considerada como un renacimiento de la obra del *Nombre de Jesús*.

ladrón(ladronzuelo)??, según su origen o su profesión, era espada en mano como pedían la limosna, para quitar a la caridad todo mérito y todo medio de negativa..

Por la noche se retiraban a los *cours des miracles*, sus cuarteles generales, así llamados por allá tenían lugar, cada día, mediante un cambio de ropas y de papel, una innoble parodia de la palabra del Evangelio: “Los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan.” Allí, hasta el día siguiente, nada de heridas, de enfermedades ni de úlceras. Cuántas, escribía Jean Loret en su *Musa histórica*,

-A cuántos vemos lisiados	<i>Combien voyons-nous</i>
<i>d'estropiés</i>	
piernas, brazos y pies	<i>Des jambes, des bras et</i>
<i>des pieds,</i>	
que, sin usar unguento ni bálsamo,	<i>Qui, sans user d'onguent</i>
<i>ni baume.</i>	
serían del reino los más sanos !	<i>Seraient des plus sains</i>
<i>du royaume!</i>	

Los niños pobres que habían recogido en las calles o robado a sus madres guardaban solos sus miembros torcidos o mutilados.

Había en París hasta once cortes de los milagros: la corte del rey Francisco, la corte Santa Catalina, la corte Brisset, la corte Gautien, la corte Jussienne, la corte San Honorato, la corte del Bac, la corte de Reully, la corte de las Tournelles, la corte San Marcelo y la corte de la Butte del rey. La principal tenía sus entrada por la calle Neuve-Saint-Sauveur, y se extendía de le Callejón sin salida de la Estrella a las calles de Damietta y de las Fraguas. Constaba de una gran plaza y de un gran callejón tortuoso, embarrado e infecto, verdadera capital de la mendicidad en medio de la capital de la civilización cristiana; o más bien cloaca y sentina de París y de Francia: Para llegar allí, había que recorrer primero un laberinto de callejuelas repulsivas, fangosas y sospechosas, luego descender una larga pendiente tortuosa y resbaladiza. Entonces se presentaban diez guaridas de barro, hundidas en el suelo, en cada una de las cuales hormigueaban más de cincuenta parejas y se amontonaban innumerables niños, casi todos naturales o robados. Eran pues quinientas familias y al menos tres mil habitantes por esta única corte de los milagros. Ni ujieres, ni sargentos, ni comisarios de policía podían penetrar allí, pues no habrían recibido más que insultos y golpes. También era el bandidaje y la corrupción con plena impunidad, el depósito de todos los vicios, la escuela de todos los crímenes. Allí, robar se llamaba ganar, siendo la ociosidad y el robo el único medio de subsistencia. Cada noche se comía el producto del día sin pensar en el siguiente: primer artículo del código económico de la mendicidad. Ni fe, ni ley, aunque se admitiera un Ser supremo. Al final de la corte, en efecto, en un gran nicho se veía una imagen de Dios Padre, robada sin duda en alguna iglesia, adonde cada día se venía a hacer algunas oraciones. Pero este culto no tenía ninguna influencia en la conducta de la vida. En cuanto a los hombres, el bandidaje; en cuanto a las menos feas de las mujeres, la prostitución a vil precio; ningún otro dogma ni otra moral. Nación verdaderamente sin Dios, sin rey, sin leyes, ni divinas ni humanas, sin fe, sin costumbres; sin conocer ni matrimonio, ni bautismo, ni sacramentos, ni culto; sin relación con la Iglesia, el Estado y la sociedad más que para una guerra incesante: así nos lo han descrito aparte de los historiadores de París y de

Vicente de Paúl, los gaceteros de la época y los oradores que, como Patru, Le Bossu, Lalemant, Brisacier y Fléchier hicieron los elogios fúnebres del presidente Pomponne de Bellièvre y de la Sra. de Aiguillon, los principales promotores de la obra del hospital General. “Tropas errantes de mendigos, sin religión y sin disciplina, ha contado Fléchier⁶⁷⁶, pidiendo con más obstinación que humildad, robando con frecuencia lo que no podían obtener, llamando la atención del público con enfermedades fingidas, y llegando hasta el pie de los altares a molestar la devoción de los fieles con el relato indiscreto e inoportuno de sus necesidades o de sus sufrimientos.” Y Bossuet, con más energía aún, ha hablado “de un pueblo de infieles entre los fieles; bautizados sin saber su bautismo; siempre en las iglesias, sin sacramentos; hombres muertos delante de la misma muerte, expulsados, desterrados, errabundos, vagabundos, reducidos al estado de los animales⁶⁷⁷.”

Contra tales excesos, se habían ensayado muchos esfuerzos, todos inútiles. En 1602, les habían rapado la cabeza a los mendigos para reconocerlos y cuidarse de ellos, sino tolerándoles como un mal, legítimo bajo su punto de vista, necesario a los ojos de todos. No obstante, en 1606, una disposición del Parlamento decretó contra ellos algunas medidas. Los pobres admitidos a la limosna debían llevar al hombro la marca ordinaria de la oficina; a los demás se les prohibía mendigar; unos eran remitidos a sus lugares de origen; los otros, mendigos de París eran alimentados por la caridad pública. Pero una orden real del 20 de abril de 1612, publicada durante la regencia de María de Médicis debió constatar la perpetuidad del mal. Admitió no obstante, en principio, la extinción de la mendicidad: y a la espera de los hospitales generales, asignó ciertos lugares donde los mendigos serían encerrados. Otras disposiciones se publicaron en 1626 y 1629, 1633, 1635 por el Parlamento o por la corte sin lograr gran cosa. Richelieu mismo, vencedor de sus enemigos, de los hugonotes y de Europa entera, fue menos poderoso frente a la mendicidad que contra la aristocracia, contra el rey de los pordioseros que contra los Marillac y los Montmorency. La institución de los mendigos acabó por ser casi reconocida; era como uno de esos grandes cuerpos del Estado; hasta el punto que en 1653, el año mismo en que nosotros llegamos, los mendigos de la corte de los milagros figuraban en el ballet real de la noche y Benserade compuso versos elegantes para acompañar su entrada.

Y sin embargo, repitámoslo, la extinción de la mendicidad era admitida en principio. En 1650, una ordenanza mandaba que los individuos mendicantes serían conducidos a los *hospitales generales*, cuyo nombre existía antes de la cosa. Pero antes de 1653 y sobre todo 1656, de todo lo que se había ensayado, no quedaba, para recoger a los mendigos, que la casa de la Pitié, bajo la dirección de “buenos y notables burgueses;” y también, desde hacía mucho, esta administración no funcionaba más que de forma imperfecta.

Tal era el estado de cosas, cuando las Damas de la Asamblea pensaron en Vicente de Paúl para ejecutar lo que no habían podido los más poderosos ministros, los Parlamentos ni los reyes. Lo que había hecho por los pobres del Nombre de Jesús, se trataba de extenderlo a todos los pobres de la capital, y después del reino. Dios, se decía, actúa con tanto agrado en grande como en pequeño; pues bien Dios está visiblemente con este hombre; Dios da gracia y bendición a todas sus empresas; idear, para él, es acabar; emprender, es

⁶⁷⁶ Oración fúnebre de la duquesa de Aiguillon, 2ª parte.

⁶⁷⁷ Obras, t. XIII, p. 248; compendio de un sermón predicado en el Hospital General.

lograr; fuera del concurso divino, cuántos instrumentos providenciales tiene a su disposición, los sacerdotes de San Lázaro, las Hijas de la Caridad! Que ponga mano a la obra y todo marchará como por encanto; el mayor inconveniente será tal vez encontrar un lugar bastante amplio para alojar y para ocupar a una multitud tan grande de pobres de toda edad y de todo sexo; pero él lo encontrará y, si es necesario, lo creará.

De esta manera hablaban las Damas. Ellas se comunicaron el proyecto; todas lo encontraron realizable con Vicente de Paúl. Para asegurarse, volvieron varias veces al Nombre de Jesús; y, después de estudiar más el orden y la economía, salieron de allí cada vez más convencidas de que era necesario, posible, fácil incluso extender esta buena obra a todos los pobres. Entretanto, antes de hablarle a Vicente, quisieron sondear a la que compartía todos sus pensamientos y cooperaba en todas sus obras, la señorita Le Gras. Le preguntaron si creía que unas mujeres podían comprometerse solas en una empresa parecida;. El mes de agosto de 1653, la señorita Le Gras les dio esta repuesta: “Si esta obra es considerada como política, parece que la deben emprender los hombres, pero si se la considera como obra caridad, pueden emprenderla las mujeres la pueden emprender de la manera que lo han hecho con otros grandes y posibles ejercicios de caridad que Dios ha aprobado con la bendición que les ha concedido.

Que sean ellas solas, parece que no se puede ni se debe. Pero sería de desear que a algunos hombres de piedad, bien de algún cuerpo de compañía o de los particulares les fuese concedido, tanto en cuanto al consejo como para actuar en los procedimientos y acciones de justicia que convendrá quizá hacer para mantener a toda esta clase de gentes en su deber, a causa de la diversidad de ideas, de costumbres y de humores.” La señorita Le Gras, de un solo vistazo, veía la obra en su doble aspecto de policía y de caridad. Con razón reclamaba, como primera observación, un concurso viril, pues por ese lado debían venir las verdaderas dificultades de la empresa. No obstante las Damas se decidieron por esta carta a seguir su generosa inspiración. Decidieron que, en la primera asamblea, formularían la propuesta a Vicente de Paúl. Obtener su consentimiento, todo en adelante estaba a su favor; el resto debía venir por sí solo. Asimismo, para determinarle, quisieron ofrecerle, más que planes y palabras: una de ellas prometió 50.000 libras, y otra 3 000 libras de renta.

La asamblea se reunió y se hizo la propuesta. Una empresa tan gigantesca asustó en un principio a Vicente. sin embargo alabó la generosidad de las donantes y los pensamientos caritativos de todas. “Pero, les dijo, un asunto de esta importancia merece ser examinado con madurez ante los hombres y sobre todo ante Dios.” Despidió a las Damas hasta dentro de ocho días. En este intervalo todos reflexionaron y pidieron. En la asamblea siguiente las Damas vinieron más determinadas que nunca. “El dinero no falta, le dijeron al santo, durante ocho días hemos visto a muchas personas de condición, todas preparadas a entrar en serio en una obra tan buena.” Luego ellas multiplicaron sus insistencias, de manera que el asunto se puso al día incluso en deliberación. Algunos instantes después, estaba decidido, sin que se alzara ninguna voz en contra; más aún, se convino que se comenzara sin dilación. Nunca se había sentid el santo arrastrado por torrente semejante; estaba asustado; pero volviendo sus miradas hacia Dios, veía en ello la mano de la Providencia.

No se trataba ya más que hallar el inmenso terreno necesario para una cantidad tan prodigiosa de pobres. Había entonces, por fuera y cerca de París, un lugar donde se fabricaba el salitre; de donde el nombre *Salpêtrère*. Fue en este terreno donde puso Vicente los ojos, y pidió al rey, por mediación de Ana de Austria, la casa y todos los cercados; grande y enorme casa, cuya proximidad al río la hacía más apropiada a su proyecto original. La reina obtuvo enseguida y logró que se expidiera, en 1653, una patente de donación. No surgió ninguna oposición, a no ser por parte de un particular que se sintió lesionado, y a quien una Dama de la Asamblea se ofreció a compensarle con 800 libras de renta.

“Ya tenemos un alojamiento, dijeron entonces las Damas; tenemos ya algunos fondos, ropas, utensilios, y el resto llegará seguramente a su tiempo; ¿para qué pues diferirlo por más tiempo? Invitemos a los pobres a venir por su cuenta; y si se niegan traigámoslos por la fuerza. ¿Acaso no buscamos nosotras su bien, y el modo qué importa?”

Eran las prisas y la voluntad tan absoluta de las mujeres; pero ni la prisa ni los medios convenían a Vicente de Paúl. Su lentitud ordinaria no podía aflojar los pasos de ellas, y su mansedumbre repugnaba al apremio. Sin embargo, como había que preparar a personas más recomendables todavía por su caridad que por su nacimiento, maestría en esta obra y en casi todas las obras caritativas de París, culpables sólo por otra parte por exceso de amor por el bien, vio a las más influyentes a cada una en particular y las dispuso a moderar los ardores de su celo; luego, en la asamblea siguiente, les dedicó este discurso, al que ellas ya estaban a preparadas: “Las obras de Dios se hacen poco a poco; tienen su comienzo y su progreso. Cuando Dios quiso salvar a Noé del diluvio con su familia, le mandó hacer un arca que podía hacerse en poco tiempo; y sin embargo se la hizo comenzar cien años antes para que la hiciera poco a poco; Dios queriendo probablemente conducir y llevar a los hijos de Israel a la tierra de promisión, podía mandarles hacer este viaje en pocos días; pero trascurrieron más de cuarenta años antes de que él les concediera la gracia de entrar en ella. Igualmente, teniendo Dios el plan de enviar al mundo a su Hijo para poner remedio al pecado del primer hombre que había manchado a todos los demás, ¿por qué tardo tres o cuatro mil años? Es porque no se apresura en sus obras y lo hace todo a su tiempo. Y Nuestro Señor, que vino a la tierra, podía venir en una edad perfecta a realizar nuestra redención, sin emplear treinta años de vida oculta, que podía parecer superflua. Y a pesar de ello, quiso nacer niño y crecer en edad a semejanza de los demás hombres, para llegar poco a poco a la consumación de este incomparable beneficio. ¿No decía también a veces, hablando de las cosas que tenía que hacer, que su hora no había llegado aún? Para enseñarnos que no nos adelantemos demasiado en las cosas que dependen más de Dios que de nosotros. Podía incluso en su tiempo establecer la Iglesia por toda la tierra; pero se contentó con echar sus fundamentos y dejó el resto a sus apóstoles y a sus sucesores. Según esto, no es conveniente quererlo hacer todo a la vez y en un abrir y cerrar de ojos, ni pensar que todo se perderá si cada uno no se apresura para cooperar con un poco de buena voluntad que tengamos. ¿Qué hacer entonces? Ir despacio, rogar mucho a Dios, y obrar de acuerdo.

“Según mi sentimiento, no hay que hacer más que un ensayo para comenzar, y tomar a cien o a doscientos pobres, y tan sólo a los que quieran de buen grado, sin obligar a nadie. Ésos, siendo bien tratados y bien contentos, darán

ganas a los demás; y así se aumentará el número, según los fondos que quiera enviar la Providencia. Estamos seguros de no echarlo a perder actuando de esta manera; y, por el contrario, si se empleara la precipitación y las prisas, podrían representar un impedimento al plan de Dios. Si la obra es suya, llegará a buen término y subsistirá; pero si es solamente de la industria humana, no le irá demasiado bien, ni muy lejos.”

Ideas sabias y cristianas, bien opuestas a las que van a prevalecer en el proyecto del Hospital General. Por lo demás, llegaron obstáculos de fuera para detener la marcha demasiado rápida de las Damas. Como no se podía actuar, en asunto de esta importancia, sin la autoridad de los magistrados, se presentó al Parlamento, para registrarse, las letras patentes de 1653 que hacían a la obra donación de la Salpêtrière. Pero muchos jueces, de los más destacados, asustados por el gran número de vagabundos, que erraban por la ciudad y por los barrios, temiendo la moción que podía arrojar entre estos hombres para todo, el proyecto de encerrarlos y, por mayor razón de contenerlos bajo un mismo techo dentro del orden, el trabajo y la obediencia, vieron el plan como quimérico, y se negaron a autorizarlo. Ni Vicente ya resuelto, ni la duquesa de Aiguillon, la señorita Legras y las demás Damas de la Caridad, se dieron por vencidos. A fuerza de celo y de prudencia, se ganaron para su causa al primer presidente Pomponne de Bellelièvre, opuesto en un principio, ahora de lleno en la obra. Por desgracia, Pomponne de Bellelièvre, que había sucedido a Mathieu Molé en enero de 1656, murió el 13 de marzo siguiente, no sin dar a la obra un contrato de veinte mil escudos y legarle más por testamento: pero su sucesor Lamoignon le reemplazó también en sus planes caritativos y, después de las conferencias, numerosas es cierto, se fue al fondo. Quedaba por determinar la forma, lo que –tan graves eran las dificultades– consumió dos años enteros, que vieron nacer y morir mil proyectos antes de aquel donde se detuvieron. Por fin, en el mes de abril de 1656, entregó el célebre decreto por el que trataba de retomar la obra olvidada y estéril del difunto rey, su muy honorable señor y padre de feliz memoria, y remediar un mal que había ido en aumento por la licencia pública y por el desorden de las costumbres.

Atribuía la falta de éxito de las letras patentes de 1612 a la falta de empleo de los pobres en las obras públicas y manufacturas, a la escasez de apoyo por parte del gobierno y de autoridad suficiente por parte de los directores de la institución; por último, a las consecuencias de la guerra y a los desórdenes que acarrea consigo. El número de los pobres por otra parte había llegado a tal punto que el remedio se juzgaba desproporcionado con el mal. Después venía el cuadro, conocido por nosotros, del libertinaje de los mendigos y de sus espantosos excesos. En un sentimiento de gratitud por la protección visible del cielo, el éxito de sus armas y la felicidad de sus victorias, Luis XIV, no por orden policial sino por el solo motivo de caridad, viene en ayuda de a los pobres mendigos como miembros vivos de Jesucristo.

Así es el preámbulo del edicto. El edicto mismo tiene por objeto la fundación de un hospital general para la acogida de los pobres mendigos de la ciudad y arrabales de París. se aplica a los mendigos inválidos como a los capaces: todos deberán trabajar según la medida de sus fuerzas. Los lugares de acogida designados son, aparte de la Salpêtrière, la Grande y Pequeña Pitié, Bicêtre y demás dependencias. La administración, distinta de la del alto mando de caridad de la ciudad de París, se confía a la magistratura, al colegio de

abogados, y ala municipalidad, a la cabeza están colocados el primer presidente, y el procurador general.

La mendicidad queda prohibida: “Hacemos muy expresamente inhibiciones y prohibiciones a toda persona y a todo sexo y lugar y edad, de alguna calidad, nacimiento y en cualquier estado en que puedan hallarse, válidos o inválidos, enfermos o convalecientes, curables o incurables, de mendigar en la ciudad y arrabales de París, ni en las iglesias, ni en las puertas de las mismas, en las puertas de las casas, ni en las calles ni demás lugares, en público ni en secreto, de día ni de noche, a penas de látigo contra los contraventores por la primera vez, y, por la segunda vez, galeras para los hombres y muchachos y destierro contra las mujeres y las jóvenes.” Las órdenes mendicantes están excluidas de las medidas, como también el derecho de cuestación a la puerta de las iglesias cerca de sus cepillos se deja a ciertos hospitales. Los propietarios, arrendatarios y sus criados están obligados a entregar a los delincuentes a la justicia, como malhechores. Y para la ejecución de estas medidas severas, los directores tienen no sólo derecho de jurisdicción, de policía y de castigo en el interior del hospital, sino que poseen una fuerza armada para detener a los mendigos por las calles. Se prohíbe dar a los mendigos, alojarlos, so pena de multa a favor del hospital. Se obliga a los oficiales de policía a no dejar habitar a ninguna persona en su barrio sin que se haya constatado que tiene medios de subsistencia, Se exceptúan a los pobres vergonzantes asistidos en parroquias o en otro lado, o los que el Hospital-General mismo subvenciones a domicilio.

La dirección espiritual del hospital se confía a los sacerdotes de la Misión, bajo la autoridad y jurisdicción del arzobispo de París, y según los reglamentos deliberados por la administración; pero el superior general de los Misioneros o su delegado ocupa su lugar en la mesa de directores, cuando se trata de modificar o aplicar estos reglamentos.

Después de la instrucción religiosa de los mendigos, el edicto provee a su educación profesional. En todo el ámbito del hospital y sus dependencias, se montarán manufacturas cuyos productos se venderán emplearán a favor de los pobres. Para procurarles maestros, el edicto ofrece inmunidades a todos los que durante algunos años, contribuyan bien a la enseñanza primaria, bien al aprendizaje de los mendigos.

La dotación del hospital era considerable. El edicto le hace copropietario de todos los bienes de los hospitales que abraza en su circunscripción. Le da parte en todos los legados y donaciones hechas a los hospitales en general, le adjudica todas las donaciones hechas a los pobres sin mención particular; somete a su favor las comunidades seculares y regulares a una tasa proporcionada; da a sus directores derecho a colectas y cepillos en todos los lugares; por último le otorga toda clase de inmunidades y de privilegios.

El rey se declaraba conservador y protector del Hospital-General y de sus dependencias, por ser de su fundación real. Ordenaba que los escudos de las armas de Francia fuesen enarbolados a las puertas de sus casas para servirles de salvaguarda. “Se quiere ver, ha dicho un escritor el orgullo de esta divisa; ‘El Estado soy yo’, aplacada a la caridad, y al rey de Versalles llamar a los mendigos los pobres del rey⁶⁷⁸.”

⁶⁷⁸ *Dictionnaire d'économie charitable*, por el Sr. Martin Doisy, 4 vol., in-4º, Paris, 1857, to. IV, col. 936, en la serie de las *Encyclopedies théologiques*, publicadas por el Sr. abate Migne. Nosotros hemos

Un reglamento se publicó al mismo tiempo que el edicto. Contiene que los mendigos que no pertenecen ni a la ciudad de París ni a sus suburbios serán devueltos a los lugares de su domicilio, pero con la condición que existan casas de acogida o fondos de socorro; de otra forma el Hospital-General les servirá de asilo. En cuanto a los vagabundos y sinvergüenzas válidos, son expulsados fuera de París y de sus alrededores: se convierten en lo que Dios quiere y sus inclinaciones viciosas. Siempre en virtud del reglamento, los mendigos, en el interior del hospital, están separados por barrios, según la diversidad de los sexos, de los sanos y de los enfermos, del trabajo y de las manufacturas. Los que han llegado a la edad de dieciséis años, sin distinción de sexo, reciben un tercio del precio de su trabajo; los otros dos tercios se devuelven al hospital. Por lo demás, a los directores compete la facultad de una justicia distributiva para recompensar y castigar.

Se ha visto que la voluntad absoluta de Luis XIV, en el deseo de llegar a la extinción no sólo de la mendicidad, sino de la indigencia misma, llegaba hasta una especie de tasa de los pobres. El Parlamento, en su decreto de verificación, devolvió el edicto a los verdaderos príncipes de la caridad cristiana, y declaró la contribución no ya forzada, sino facultativa.

Sin embargo Vicente de Paúl había remitido a los nuevos directores la casa de la Salpêtrière de la que le investían las letras patentes de 1653, y del castillo de Bicêtre que le había sido dado por los niños expósitos. Las nuevas construcciones llevaron una marcha sorprendente. Y el Hospital-General pudo abrirse el 7 del mes de marzo de 1657. por un decreto del Parlamento del 18 de abril de 16, publicado en París a son de trompeta, y por una proclamación hecha en todas las homilias de las iglesias, se dio orden a los pobres de buena voluntad, deseoso de ser admitidos en el nuevo asilo, de hallarse, del 7 al 13 de mayo, en el patio de la Pitié, de donde debían ser repartidos entre las divisiones de las que estaba compuesto el Hospital-General; los otros debían ser llevados por la fuerza y a todos se hacía prohibición de mendigar en adelante en París. Medida decisiva que iba a operar el discernimiento entre los buenos y los malos pobres, como se decía entonces; de los que preferían la ociosidad y la limosna al trabajo, y de los que, indigentes por incapacidad o contra su voluntad, no pedían otra cosa que encontrar recursos en una vida disciplinada y laboriosa. Cinco mil apenas, una octava parte de la masa de mendigos, fueron fieles a la cita; los otros treinta y cinco mil restantes, al primer son de trompeta, o se ocultaron en París, o huyeron lejos del resorte de la corte al que se extendía la medida, y se difuminaron por las provincias para reemprender sus hábitos independientes, desordenados y licenciosos. De enfermos y lánguidos, se habían convertido en válidos y ágiles de repente; y Juan Loret pudo escribir:

*Nunca se ha visto en París
A tanta gente curada tan pronto.*

*-On n'a jamais vu dans Paris
Tant de gens si soudain gueris.*

Era la prueba perentoria del mal y de la necesidad del remedio; una prueba también de que no estaba destruido y que iba a reaccionar contra los esfuerzos del poder público y de la caridad. En efecto, los mendigos reaparecieron bien pronto en París; se amontonaron en gran número, y sólo el año 1659 los vio

recurrido con frecuencia a esta obra para todas las cuestiones de economía caritativa. Que nos baste con haber hecho una vez por todas la declaración agradecida.

hasta ocho veces levantarse en armas contra el bailío y los arqueros del Hospital General o contra los oficiales de la policía. Los decretos del Parlamento, las ordenanzas reales, las condenas se sucedieron contra ellos durante el reinado de Luis XIV, y hasta mediados del siglo XVIII, en el que se ve nacer la institución de los depósitos de mendicidad, que Napoleón generalizó y extendió a toda Francia. Sin embargo, la obra de Luis XIV, gracias a limosnas considerables⁶⁷⁹, tuvo el efecto que se había prometido, como lo reconoció en su edicto de 1662. Este edicto nos muestra “la capital aliviada de la importunidad de los mendigos; los hijos de los pobres alimentados en la piedad cristiana, instruidos en los oficios y obras, a la espera de que en el hospital haya lugares y talleres para mayores manufacturas.” En cinco años, según una declaración del Parlamento de enero de 1663, “más de sesenta mil pobres encontraron en el Hospital-General alimento, ropas, medicamentos; además, a todas las parejas necesitadas se distribuyeron *porciones*, esperando que la casa les pudiera abrir.” Es una media de veinte mil pobres por año, y así continuó, en efecto, la población ordinaria del Hospital-General. El establecimiento de esta casa fue pues un servicio inmenso hecho a París; fue también un servicio para todo el reino, puesto que pronto las principales ciudades, animadas por Luis XIV, adoptaron el sistema. Por eso, en todas partes se vio lo que San Juan Crisóstomo en su tiempo había deseado ver tan ardientemente, lo que él se había esforzado inútilmente procurar en su ciudad patriarcal; lo que habría penetrado, decía él, su corazón de consuelo y de gozo; los pobres alojados, alimentados, aliviados en común, en su cuerpo y en su alma. No nos extrañemos pues de que todos los contemporáneos, historiadores, poetas, magistrados, sacerdotes, religiosos, laicos hayan celebrado a cual más este vasto y soberbio edificio; este hospital, “una de las mayores obras del siglo”; “esta gran obra maestra, la más grande, la más maravillosa obra que haya emprendido jamás la caridad heroica;” “la fundación más hermosa que se haya visto en todos los siglos pasados.” Así hablan Fléchier, Patru, el P. Lalemant y el Parlamento mismo que en un principio había encontrado el proyecto quimérico; así habla sobre todo Bossuet, la gran voz del siglo, que debía su tributo a esta maravilla de su tiempo, tributo, en efecto, al que pagó más de una vez palabras poderosas que debieron hacer saltar tesoros. Se encuentra en sus Obras dos compendios o resúmenes de sermones predicados en el Hospital-General. “Salid un rato fuera de la ciudad, exclama y ved esta nueva ciudad que se ha levantado para los pobres, el asilo de todos los miserables, el banco del cielo, el medio común asegurado a todos de estar seguros de asegurar sus bienes y multiplicarlos por una celeste usura. Nada iguala a esta ciudad; no, ni esta soberbia Babilonia, ni estas ciudades tan renombradas que los conquistadores han erigido... Allá, se afanan en quitar de la pobreza toda la maldición que lleva la holgazanería, en hacer obras según el Evangelio. Se educa a los niños, se recoge a las parejas, reciben los sacramentos los ignorantes instruidos⁶⁸⁰.” Alimentado con la lectura de los Padres, Bossuet, sin duda, se acordaba en este bello apóstrofe del pronunciado por san Gregorio de Nacianzo al celebrar el hospital fundado por san Basilio en Cesarea, su ciudad episcopal: “Si salís de Cesarea allí veréis como una nueva ciudad: la morada de la caridad, el tesoro común de todos los ricos, donde la miseria parece feliz y se sufre con alegría, y donde se abre para

⁶⁷⁹ El cardenal Mazarino contribuyó a ello con 100 000 libras en un día, y con 60 000 a su muerte.

⁶⁸⁰ Obras, tom. XIII, p. 248.

todos un corto camino para la salvación.” Pero fue el 29 de junio de 1657, cuando Bossuet debió enriquecer el Hospital-General, cuando pronunció su panegírico de san Pablo, esta maravilla de elocuencia cristiana.

El hospital no se abría hasta al cabo de unos meses y solos los gastos de primer establecimiento habían agotado todos los recursos. Las piadosas damas que habían ideado y llevado a término esta gran empresa, y que, cada semana, se reunían para asegurar su duración creyeron que unas reuniones de caridad producirían abundantes socorros, gracias a este calor de simpatía, que calienta y fecunda los corazones reunidos, ellas invitaron a Bossuet, cuya voz resonaba hacía algún tiempo en la capital con brillo inaudito, a prestarles el concurso de su elocuencia. En un lugar semejante, debiendo celebrar a san Pablo, Bossuet no habló más que de las poderosas *debilidades* del Apóstol y en su peroración, al hacer la aplicación a sus oyentes, exclamó: “¿No queréis, cristianos, imitar un ejemplo tan grande? Cuántos débiles que soportar, cuántos ignorantes que instruir, cuántos pobres que aliviar en la Iglesia...! Pero dirigid también la mirada hacia sobre las necesidades temporales de tantos pobres que gritan detrás de vosotros. ¿Acaso no parece que la Providencia haya querido reunirlos en este hospital maravilloso a in de que su voz fuera más potente y pudieran con mayor facilidad conmover vuestros corazones? ¿No queréis oírlos, y uniros a tantas almas santas que, llevadas por vuestros pastores, corren al alivio de estos miserables? Id a estos enfermos, hermanos, haceos enfermos con ellos; sentid en vosotros mismos sus enfermedades y participad de su pobreza. Sufrid primero con ellos y luego aliviaos con ellos, distribuyendo con abundancia vuestras limosnas. Llevad a estos débiles y a estos impotentes; y estos débiles y estos impotentes os llevarán a vosotros hasta el cielo⁶⁸¹.”

¿Qué debieron producir estas palabras de oro, si fueron pagadas a su precio justo! Estas palabras pronunciadas en una asamblea tan digna, por su elevación, al oírlas: tan capaz por su caridad de corresponder, una asamblea donde se hallaban, con las damas de la primera nobleza, las Lamoignon, las Séguier, las Barrillon Morangis, sin contar la elite del clero, y a su cabeza Vicente de Paúl! Pues fue Vicente de paúl, no lo dudemos, quien sugirió a las Damas elegir a este brillante orador, cuya impresión, desde 1652, no se había borrado un punto de su espíritu, y que acababa de admitir, hacia tres años apenas, en su conferencia de los martes⁶⁸².

Este fue también el papel de Vicente de Paúl en el asunto del Hospital-General; papel completo de caridad, que fue contrariado por modos de presión de los poderes públicos. A él le correspondía la primera idea; a él el honor de haber solucionado las principales dificultades, de haber obtenido de la corte el emplazamiento necesario, de haber conseguido los primeros muebles que mandó hacer a los obreros de su casa, por último, de haber formado esta asamblea de damas, cuyo celo echó por tierra tantos obstáculos y edificó tantas maravillas.

Pero, una vez más, su primer proyecto fue un tanto falsificado por el absolutismo de Luis XIV. Su plan, nos ha contado, era actuar con una caridad paciente, atraer a los pobres, en lugar de forzarlos; y, mientras tanto, que se los ganara por la dulzura de un asilo seguro y de una vida disciplinada, sufrirlos en París, y con precauciones necesarias de policía, mantenerlos por limosnas

⁶⁸¹ Obras, tom. XVI, p. 275.

⁶⁸² *Estudios sobre Bossuet*, por el Sr. Floquet, , tom. I, pp. 405 y ss.

.También, cuando la obra comenzó a funcionar, no parece haber contribuido a ella más que procurándole recursos; pero él se negó a tomar una parte directa en ella y personal. En el mes de marzo de 1657, escribía: “Se va quitar la mendicidad de París, y recogerlos en los lugares propios para mantenerlos, instruirlos y ocuparlos. Es un gran plan y muy difícil, pero que está muy adelantado, gracias a Dios, y aprobado de todo el mundo. Muchas personas le dan con abundancia, y otras se emplean en él de buena gana. Tenemos ya diez mil camisas, y de lo demás en proporción. El rey y el parlamento lo han apoyado fuertemente y, sin pedirme el parecer, han destinado a los sacerdotes de nuestra congregación. y las Hijas de la Caridad para el servicio de los pobres, bajo el consentimiento de Monseñor el arzobispo de París. Todavía no estamos resueltos a comprometernos en este empleo, por no saber bien si el buen Dios lo quiere; pero, si lo hacemos, no será ante todo más que a prueba.” Era la duquesa de Aiguillon quien había trabajado más que nadie en procurar a los Misioneros la dirección espiritual del nuevo hospital. Pero Vicente, según acaba de decirnos, antes de aceptar tal cargo, consultó a Dios y a sus hermanos. Él rogó pues primero, luego reunió a los sacerdotes de San Lázaro en asamblea deliberante. Según su costumbre, presentó las razones en pro y en contra; prevalecieron éstas, y se resolvió que se declinara la obligación. En consecuencia el 23 de marzo de 1657, escribió a Mauroy, intendente de las finanzas, y a la Sra. de Aiguillon para anunciarles el resultado de la asamblea de San Lázaro y pedirles que aceptaran sus excusas. Pero como era un derecho, así como un cargo que, las letras patentes de rey atribuían a los sacerdotes de San Lázaro, éstos debieron renunciar a él por un acto auténtico. No obstante, para no suspender el bien espiritual de los pobres y cooperar en él indirectamente, Vicente de Paúl rogó a Luis Abelly, uno de los mejores eclesiásticos de su conferencia, que aceptara el cargo de rector del Hospital-General. a la voz de su padre, Abelly se inclinó bajo el fardo. Para llevarlo mejor, se rodeó de algunos otros sacerdotes celosos, muchos de los cuales, perteneciendo como él a la conferencia de los martes, habían sido formados bajo la misma disciplina, y juntos, aparte de sus funciones ordinarias, dieron, en las diversas casas del hospital, Misiones que difundieron en él el espíritu de orden y de penitencia. Pero los trabajos desmedidos de Abelly habiendo acabado con sus fuerzas, dimitió de su empleo en manos de los vicarios generales del cardenal de Retz, arzobispo de París, que le sustituyeron por un doctor de Sorbona, otro alumno de Vicente de Paúl.

Así fue como el santo sacerdote continuaba la dirección del hospital por hombres animados de su espíritu, si no podía encargarse él ni por sí mismo ni por sus Misioneros. en efecto, una obra semejante era extraña al fin de su congregación, entregada exclusivamente a la salvación del pobre pueblo de los campos y a la instrucción de los eclesiásticos, fin del que las capellanías de hospitales la habrían apartado muy pronto. Si aceptó el cargo de capellán del hospital de Marsella fue a favor de estos pobres forzados, a los que su caridad, la primera, había recogido, y en medio de los cuales, además, las funciones espirituales constituían una especie de Misión permanente.

Pero ya hemos señalado otro motivo, secundario aunque muy real, de sus negativas: su oposición a alguna de las ideas que prevalecieron en el establecimiento del Hospital-General. Nos queda por ver un curioso testimonio en una serie de cuadernos manuscritos redactados por el hermano Ducourneau, su secretario durante diecisiete años, con ocasión de su Vida y

del proceso, presentido ya, de canonización. En uno de estos cuadernos, intitulado: *“Acciones y palabras de humildad,... de sencillez,...de prudencia, etc., dichas y practicadas por el difunto Señor de Paúl, nuestro muy honorable padre y fundador;* en el 10, el de la *caridad y misericordia*, el hermano Ducourneau refiere un corto viaje que hizo con el santo un caluroso día de verano de 1654 o 1655 para ir a Villepreux a ver al R. P. de Gondi. cenaron en Saint-Cloud en una hostelería, en la misma mesa, en la que Vicente no dejó de servir él mismo al hermano, y de lo mejor. Después de lo cual, dijo al secretario que tomara pluma y papel y, durante más de tres horas, -lo que les hizo llegar muy tarde a Villepreux-, le dictó las razones en pro y en contra el encierro de los pobres, al menos durante la guerra, en el hospital entonces proyectado, y los medios de asistirlos corporal y espiritualmente. Durante todo el camino, siguió conversando con el hermano sobre el mismo objeto, y le concedió el honor, según su humilde costumbre, de pedirle su parecer. Pues bien, lo que más repugnaba al caritativo sacerdote era, por un lado, el encierro por la fuerza, y por otro, la resolución donde se hallaban entonces de no abrir el hospital más que a los pobres de París, y de rechazar a las provincias a los pobres del campo. “¿Qué será de esa pobre gente? Decía. Hacer un hospital general y encerrar solamente a los pobres de París y dejar allá a los del campo, es algo que no me gusta. París es la esponja de toda Francia y la que atrae la mayor parte del oro y de la plata. Si esta pobre gente no tienen entrada, otra vez más, qué será de ellos, y en particular estas pobre gente de Champaña y de Picardía, y de las demás provincias arruinadas por la guerra?”

Se ve pues toda la teoría caritativa de Vicente: era partidario de la extinción de la mendicidad, pero con dos condiciones, una de no usar de violencia con respecto a los pobres, si no es por medida policial o de seguridad general; otra, de proveer primero a sus medios de existencia. Sí, más que nadie, quería abolir la mendicidad, mortal para el cuerpo, más mortal para el alma del pobre. Recordemos lo que hizo en Mâcon. En fin, todas sus obras caritativas, todas sus cofradías tendían a este fin; todas tenían por objeto principal el socorro a domicilio, el único remedio eficaz y cristiano contra la mendicidad. Pero él prefería la limosna manual al encierro del pobre, y la quería conservar hasta disponer a los mendigos a una vida disciplinada y proveerles en todas partes de los auxilios suficientes. También, fue para él una pena cruel cuando, tras el decreto de 1657, tuvo que cesar las distribuciones que mandaba hacer a la puerta de San Lázaro. Los pobres se quejaban a su padre: “Acaso Dios no ha mandado hacer limosna, le preguntaban? -Sí, amigos, sí, pero también ha mandado obedecer a los magistrados.” De esta forma rehuía la objeción con una respuesta que no debía satisfacer ni a sus queridos pobres ni a su corazón. Sufría asimismo cuando le hacían responsable de la medida cruel que reprobaba. Un día, a la puerta de San Lázaro, un pobre le dijo: “¿Queréis que os repita lo que se dice de vos? -Sí, amigo, hablad. -Y es que, padre, que os injurian por París, porque se cree que sois vos quien habéis hecho encerrar a los pobres en el gran hospital. -Bueno, bueno, mi amigo, voy a pedir a Dios por ellos.” Por eso le veremos más tarde durante un invierno riguroso, interpretar la ley, siguiendo su espíritu mas bien que la letra, , y distribuir pan y sopa a un buen número de familias pobres reducidas a una extrema indigencia. Y, sin embargo, mantengamos nuestras primeras palabras: Vicente era opuesto en principio a la mendicidad; nos lo ha dicho él mismo en su carta de marzo de 1657, antes citada: ya que estaba contenido, sin duda, en esta

aprobación universal, dada al proyecto del Hospital-General. y cómo hubiera pensado de manera diferente. Todas las obras de la caridad cristiana son para el mendigo como si no lo fueran y todas tienden a hacerle desaparecer: la cuna, el asilo el taller de caridad, el hospital. A todo ello el mendigo prefiere el aprendizaje de la mendicidad, la enseñanza de todos los vicios, la vida de ociosidad y de debacle. El mendigo no es el pobre, es su enemigo. Pues la limosna que se le da, inconsciente y a ciegas, es casi siempre un descuento a los recursos que deberían estar reservados al verdadero pobre. El mendigo, que de ordinario participa ya del fondo común de la caridad, busca en la mendicidad, no el alivio de necesidades reales, sino los medios de vivir en ociosidad y aventura, en una completa crápula. Un bastón y una alforja son para él un capital productivo; si hay una plaga es una fortuna. Dichosos los pobres, dichoso los que sufren, él encuentra el medio de hacer de estas palabras sagradas una realidad vulgar, o más bien una abominable parodia. Una primera vergüenza superada, ya no hay carga ninguna para él; es la independencia de la vida salvaje, el salario sin trabajo, el goce sin fatiga. Ha abandonado el deber, como el soldado su bandera. La mendicidad es menos la hija que la madre de la indigencia, pues es hereditaria con todos sus vicios. El bastón del padre se transmite a los hijos como un cetro; no hay dinastía más duradera.

Aparte del mal empleo, el desperdicio de la limosna material, no hay limosna espiritual para el mendigo; no se podría conseguir en ninguna época de su vida, ya que desde la cuna, de la casa cuna, hasta el lecho del hospital, abandona todos los puestos en que la caridad cristiana ha sabido unirlos tan bien una a la otra. Entonces, sin instrucción ni prácticas religiosas, sin Dios y sin ley, sin escuela y sin iglesia, no les queda ya más para él y sus hijos que la vagancia y el vagabundaje, que la trampa y la duplicidad, que la ignorancia y el vicio.

Funesta al pobre, la mendicidad es peligrosa para la sociedad. Priva al trabajo de los brazos, consume para nada una parte del capital social. Deja al azar la vida de un gran número de individuos que, si el azar no los acompaña, entran en guerra con la sociedad y pueblan sus prisiones. Plaga y peligro social, es un reproche a la economía caritativa del país, que no sabe remediarla, o también a su policía que la tolera. La sociedad tiene pues el derecho y el deber de prohibirla. Pero, evidentemente, es con la condición que procure al pobre trabajo y ayuda. "Para suprimir la mendicidad, ha dicho Bossuet en su *Política sagrada*, se han de encontrar remedios contra la indigencia." Así pues, cuna al niños expósito o abandonado, hospital al enfermo, asilo al anciano, socorro accidental al válido caído en la miseria, hasta que pueda servirse por su trabajo.

Sin duda, no faltan objeciones a esta teoría. ¿No se ha llegado hasta objetar las órdenes mendicantes, y a los santos que se han reducido a una mendicidad voluntaria? Pero ¿quién no ve en ello una excepción y no una regla, una excepción para honrar la pobreza, no la mendicidad, para venir en su ayuda, no para mantenerla?

Sin duda, desde un principio, la prohibición de la mendicidad repugna a la caridad cristiana, Parece inhumano prohibir a quien sufre pedir ayuda, prohibir al transeúnte sacrificios fáciles y ligeros, más útiles a quien da que al que recibe. Y además, ¿cómo prohibirla? La pobreza y la caridad se conjuran siempre contra la ley, con la complicidad de sus propios agentes. Por último,

prohibir la mendicidad, ¿no es proclamar el derecho al trabajo o el derecho al socorro, no es el compromiso adoptado por la sociedad de alimentar a todos los miserables, no es ir derecho a la tasa de los pobres?

Todo ello sería verdad, si la mendicidad fuera el único medio de dar a conocer y de socorrer la miseria en las libres condiciones de la caridad cristiana. Pero no es así, y la mendicidad, al seguir siendo mortal al pobre mismo y funesta al Estado, se hace preciso buscarle remedios que no encierren peligro ni para el uno ni para el otro, que rehabiliten el alma del pobre en lugar de degradarla, que liberen a la sociedad, sin imponerle compromisos, que exciten la caridad, la provoquen sin imponerla. Pues bien, ¿quién no ve todo eso en las instituciones de san Vicente de Paúl, sobre todo en la organización de la ayuda a domicilio, el más moral, el más útil de todos para el pobre y para el rico? Desde entonces, el pobre no tiene ya necesidad de ir a presentarse a la caridad; es la caridad la que sale al paso del pobre.

IV. *Hospital de Sainte-Reine*. Vicente había provisto a todas las miserias ordinarias de todas las edades de la vida humana, pero las hay excepcionales de las que su caridad no podía olvidarse.

En Alise, la pequeña ciudad, según muchos, inmortalizada por la derrota de la Galia coligada y la victoria de César, existen aguas termales y una tumba que, después de largos siglos, atraen a un gran número de pobres y de peregrinos, no sólo de Borgoña, sino de otras varias provincias: son las aguas y la tumba de Santa Reina, virgen y mártir. Un burgués de París, llamado des Noyers, hizo allí una peregrinación con su mujer, hacia el año de 1658⁶⁸³.

Se sintió dolorosamente sorprendido de ver a tantos desgraciados que, tras las fatigas del viaje, se veían reducidos, por falta de hostelería cristiana, a dormir en el duro suelo, ya en cualquier granero, ya incluso en las calles del pueblo, donde las inclemencias del aire les producían a veces enfermedades más funestas que aquellas cuya curación habían venido a pedir a las aguas medicinales y a la santa patrona. Pero, lo más triste, ellos nos estaban menos abandonados en cuanto al alma que en cuanto al cuerpo y, en medio de los sufrimientos, de la última hora, estaban privados de todo consuelo religioso. De esta forma, no enconreaban al *hombre* del Evangelio para sumergirlos en la piscina donde habrían recobrado la salud física y la salud moral. También, y en gran número, se morían miserablemente, de algún modo dejados de Dios y de los hombres.

De vuelta a París, des Noyers relató su viaje a un sacerdote de la Doctrina cristiana, su director, y le sometió su piadoso proyecto de ir a establecerse con su mujer en Sainte-Reine, y emplear allí sus haberes y su persona en el servicio de los peregrinos más enfermos y más pobres. su ejemplo tocó a algunas personas caritativas, que se unieron a ellos en cuerpo y alma y comenzaron la buena obra. pero no tardaron en reconocer que sobrepasaba sus fuerzas. ¿Dónde alojar a tantos impedidos, a tantos mendigos? Había una casa grande y cómoda, y ellos no eran lo suficiente ricos para construirla.

En este contratiempo, pensaron, como tantos otros, en el gran *intendente de los asuntos de la Providencia*, en Vicente de Paúl, y enviaron a des Noyers y a algunos más como emisarios a conversar con él. Llegados a París, éstos le

⁶⁸³ No se ha de confundir a des Noyers con el secretario de Estado de quien hemos hablado más de una vez: éste ya viudo entró en la Congregación de la Misión, en calidad de hermano coadjutor, y murió en Tréguier de Bretaña, en 1690.

expusieron la situación, y le pidieron el apoyo de sus consejos y de su experiencia. El santo anciano encomió su proyecto, pero vio toda la dificultad. En tiempos mejores, uno de sus más ilustres y más dignos cooperadores, el barón de Renti, había tenido la misma idea, sin poder llegar a ejecutarla. No obstante, creyó que Dios quería tal vez realizarla por instrumentos más débiles, y contra toda esperanza, para reservarse la gloria, y comprometió a des Noyers y compañeros a a consultarle en un retiro espiritual. Por su parte, él pidió. Cuando se volvió a reunir la conferencia después del retiro, les preguntó de nuevo y, según sus respuestas, les declaró decididamente que su proyecto era del cielo, y había que emprenderlo.

Quedaba por determinar los medios de ejecución. Una tarde entera fue dedicada a deliberar. ¿Había que comenzar con el escaso fondo ya reunido, o esperar recursos más abundantes? Vicente escuchó en silencio la discusión; luego, con un tono de voz firme y religioso: “Bendito sea Dios, exclamó de repente; quiere seguramente esta obra. Tened confianza en su bondad, esperadlo todo de su Providencia. Poned pronto manos a la obra y echad los fundamentos de un hospital, sin molestaros por de otra cosa que de servir a los pobres. Dios hará el resto. Referidlo todo a su gloria, humillaos mucho a la vista de vuestra nada, y haced buena provisión de paciencia: pues tendréis muchas persecuciones que sufrir, y los que deberían apoyaros con su protección serán los primeros en atravesarse en vuestros planes.”

Los delegados, quedaron menos asustados por esta predicción que afirmados en su proyecto por los ánimos del hombre de Dios y no pensaron en otra cosa que en regresar a Sainte-Reine para servir en la persona de los peregrinos a Aquel que apareció en la tierra como un viajero (Jer., XIV) sin domicilio ni escondite. A su partida, vinieron a despedirse de Vicente y pedirle su bendición. “Marchad, hijos, les dijo en medio de mil señales de ternura; poned toda vuestra confianza en Nuestro Señor; yo le ruego con todo mi corazón que os dé su santa bendición.” Y añadió la suya.

De regreso a Sainte-Reine el 12 de mayo de 1659, recibieron primero la conformidad del obispo de Autun, de quien dependía Alise, antes de pertenecer a la diócesis de Dijon a consecuencia de la nueva circunscripción departamental; luego se pusieron a servir a los pobres y a construirles un hospital. Mientras se construía el hospital, ellos les habilitaron camas en el granero que les había servido hasta entonces de retiro, y proveyeron a todas sus necesidades. Entonces les llegaron las contradicciones predichas, mas, por eso mismo, incapaces de hacerlas callar, pues desde hacía mucho tiempo, se mantenían firmes frente a ellas; y además, por la misma boca, ¿no se les había anunciado el triunfo como la lucha? Sin sorprenderse, sin volverse atrás. Ellos urgieron pues la obra y, al año siguiente, el hospital estuvo en condiciones de recibir a los pobres peregrinos.

Vicente no se contentó con hacer a la nueva obra la limosna de sus consejos y de sus estímulos. Él le procuró el apoyo de Ana de Austria, quien la tomó bajo su proyección y le obtuvo grandes privilegios con letras patentes del rey verificadas más tarde en el parlamento de Dijon. A pesar de la dificultad de los tiempos, la inquietud de su casa, contribuyó a ello con sus limosnas, y por más que sus debilidades le colocaran en la impotencia casi total de salir durante los dos últimos años de su vida, hizo lo que pudo, con sus peticiones caritativas, que el hospital de Sainte-Reine, comenzado con diez mil libras, pudo pronto elevar sus gastos a cien mil. Desde entonces se recibieron todos los años,

aparte de tres o cuatrocientos enfermos a más de veinte mil pasajeros. Al acercarse la fiesta de santa Reina y de la Trinidad, se vieron hasta 1 500 peregrinos pobres, a los que se distribuía todos los días pan y potaje; y si se sentían extenuados por la fatiga del viaje, allí recibían durante nueve días la hospitalidad. Todos encontraban allí, para el cuerpo y para el alma, los cuidados más caritativos; pues Vicente, a falta de su sacerdote, extraño en tales funciones, proveyó al hospital de buenos eclesiástico y le dio Hijas de la Caridad. También las curaciones morales eran numerosas así como las curaciones físicas.

Como todas las obras en las que Vicente ha puesto las manos, el hospital de Sainte-Reine existe todavía en las mismas condiciones que hace doscientos años. Los bañistas indigentes son siempre recibidos gratuitamente y se continúa dando a los viajeros sopa, pan y carne. Se educan allí dieciséis huérfanas incluso hoy. Y una vez más es a Vicente, a sus consejos siempre bendecidos por Dios, a sus limosnas, a sus influencias sobre las personas poderosas a quien esta obra debe sus comienzos, sus progresos y su duración.. También es a Vicente a quien Gabriel de Roquette, obispo de Autun, en su carta a Clemente XI, del 3 de marzo de 1702, atribuye todo el honor⁶⁸⁴.

V. *San Lázaro*. Todas estas obras, las había reunido Vicente de alguna manera bajo sus ojos y su mano en la casa de San Lázaro, a fin de mantener y ejercitar así su caridad y formar en ello a sus discípulos. San Lázaro, en efecto, no era solamente seminario interno, casa madre de la congregación, lugar de conferencias y de retiros; era también un hospital y una prisión. Hasta la Revolución francesa, se continuó recibiendo, siguiendo su primer destino, a los pocos enfermos de la ciudad y de los suburbios que estaban todavía atacados por la lepra. Una sección especial se dedicó a los sacerdotes convalecientes. Se recuerda a los dos o tres locos pobres que había cogido el prior Adriano Le Bon, y que Vicente, amenazado por los religiosos de San Víctor de evicción del priorato, habría echado de menos más que el priorato mismo: sustituido en el lugar de Le Bon, no sólo conservó el cuidado de estas desdichados, sino que, mediante una pensión módica, recibió a un gran número de otros alienados, a quienes mandó servir con una caridad admirable. Por último recogió, con la autorización y la ayuda del lugarteniente de policía, a jóvenes de condición, verdaderos hijos de dolor, que, por su libertinaje incorregible, eran la vergüenza y el tormento de sus familias. Conducidos de noche y con misterio a San Lázaro, y conocidos de nombre y familia tan sólo del superior, estos jóvenes libertinos no eran vistos por nadie de fuera, sino con el consentimiento de sus padres; y dentro incluso no se relacionaban más que estaban al freno de su servicio. Hermanos cuidaban de su alimentación y velaban por sus necesidades materiales; unos sacerdotes se encargaban de su alma, y mediante frecuentes visitas, por consideraciones tomadas por Dios, o por sus familias, o por su interés personal trataban de atraerlos al honor y a la virtud. Estos jóvenes se quedaban en San Lázaro hasta que se percibieran en ellos señales de una conversión sólida y duradera- antes de darles la libertad y de entregarlos a sus familias, debían hacer los ejercicios espirituales y se los

⁶⁸⁴ “Servus Dei auctor fuit piis hominibus et publicum accipiendis hoc loco miseris valetudinarium extrueretur, in quo nosocomio eius congregacionis alumnae, multis abhinc annis servientes, corporum sanitatem procurans, dum intenti animae salutem idonei qui ibi presto sunt praesbiteri spirituale remedium, supra caetera multo magis neccesarium, sedulo, sub episcopali autoritate , ministrant.

preparaba por la confesión general y la sagrada comunión a llevar una vida cristiana. Tantos caritativos esfuerzos se veían coronados a menudo con éxito. Mientras que los alienados recobraban con frecuencia el espíritu, entre los jóvenes libertinos, unos salían de la penitencia, para seguir estudios abandonados; otros, volvían a sus familias cuyo gozo ellos formaban por su sumisión después de haberlos afligido con sus rebeliones; un gran número. Después de renunciar a sus hábitos de embriaguez y de impudicia, de robo y de bandidaje, honrarían con una vida santa las cargas públicas, e incluso se consagrarían a Dios en religiones austeras o en el sacerdocio secular. Pero, alienados y jóvenes libertinos, qué caros le habían salido en un principio a la caridad de Vicente y de los suyos. A los jóvenes pensionistas, el santo les prodigaba sus consejos y sabios reglamentos. Les recordaba el fin por el que Dios los había retirado de los desórdenes del mundo y llamado a la soledad. Los comprometía a someterse a la voluntad de Dios y a corresponder a los planes de su Providencia; a aceptar sus penas temporales en compensación por las eternas que se habían merecido; a pedir paciencia a Jesús crucificado; a huir de la ociosidad, “almohada sobre la que el diablo descansa a sus anchas”; a obedecer a los estaban propuestos para su dirección como a ángeles de la guarda; a tener, entre otros ejercicios de piedad, una gran devoción a los santos penitentes. En cuanto a lo demás, les imponía pocas prácticas y una vida poco dura⁶⁸⁵.

En frecuentes conferencias, sostenía el valor de aquellos a quienes aplicaba a una obra tan ingrata y tan repugnante. “Es tanto más meritoria, porque la naturaleza no encuentra en ello ninguna satisfacción y es un bien que se realiza en secreto, y para con personas que no se muestran agradecidos. Unos son enfermos de cuerpo, y los otros de espíritu; unos estúpidos y los otros ligeros; unos insensatos y los otros viciosos; en una palabra, todos enajenados de espíritu, éstos por debilidades, aquéllos por malicia. Vaya espíritu de dirección necesitan nuestros sacerdotes en estos casos. Cuánta gracia, de fuerza, de paciencia a nuestros pobres hermanos para quitar tantas penas y aguantar tantos trabajos.” Y los animaba con el recuerdo de algunos soberanos pontífices, condenados por los emperadores paganos a guardar los animales del circo. “Los hombre de los que os encargáis, les decía, no son bestias; sino que son no obstante de alguna manera peores que los animales por sus comportamientos y sus vicios.” Les proponía ante todo el ejemplo de Nuestro Señor, que quiso experimentar en sí las miserias, y exclamaba: “Oh Salvador, vos que sois la sabiduría increada, vos habéis querido ser el escándalo de los Judíos y la locura de los Gentiles, y habéis querido pasar por un insensato⁶⁸⁶.” Y era otra vez por el ejemplo de Jesucristo, como respondía a aquellos de los suyos que le decían: “No tenemos regla que nos obligue a recibir en San Lázaro a locos o a jóvenes demonios.” “Nuestra regla en esto, les replicaba, es Nuestro Señor que ha querido verse rodeado de locos y de endemoniados, de lunáticos, de tentados y poseídos. De todas partes se los traían para librarlos y los sanaba, como lo hacía con gran bondad. ¿Por qué pues reprocharnos y protestar porque tratemos de imitarle en una cosa que él ha declarado que le era agradable? Si recibió a los alienados y obsesos, ¿por qué no nosotros? Nosotros no vamos a buscarlos, nos los traen; y ¿qué sabemos nosotros si su Providencia, que lo ordena así, no se quiere servir de nosotros para poner

⁶⁸⁵ Archivos de la Misión de Roma.

⁶⁸⁶ Conf. del 30 de noviembre de 1654.

remedio a la flaqueza de esta pobre gente, de la que este buen Salvador se ha querido compadecer, hasta tal punto que parece haber querido hacerla pasar sobre sí mismo? Oh mi Salvador y mi Dios! Hacednos la gracia de ver estas cosas con el mismo ojo que vos las habéis mirado⁶⁸⁷.”

Era otro motivo con el que trataba de llevar a los suyos a asistir a estos desdichados, porque San Lázaro se convertía así en una gran escuela experimental, en la que se abrían a la compasión para todos los males y se ejercitaban en todas sus funciones caritativas. “Bendigamos a Dios, Señores y hermanos míos, les decía en consecuencia, y démosle gracias porque nos dedica al cuidado de esta pobre gente, privada de sentidos y de conducta; pues, al servirles, vemos y tocamos cuán grandes y diversas son las miserias humanas; y por este conocimiento estaremos más preparados para trabajar útilmente con el prójimo; desempeñaremos nuestras funciones con tanta mayor fidelidad cuanto mejor sepamos por nuestra experiencia lo que es sufrir. Por eso yo ruego a los que están empleados con estos pensionistas que lo hagan con todo el celo, y a la Compañía que los encomiende a menudo a Dios, y que tengan en gran estima esta ocasión de ejercer la paciencia y la caridad con esta pobre gente. De otra manera, Dios nos castigaría. Sí, que se espere ver caer la maldición sobre la casa de San Lázaro, si sucede que se descuida el justo cuidado que debemos tener de ellos. . Recomiendo sobre todo que se los alimente bien, y que sea al menos tan bien como a la comunidad., en particular a los que pagan mayor pensión. Vean, Señores, preferiría que me lo quitaran a mí mismo para dárselo, a no cumplir lo que les acabo de recomendar⁶⁸⁸.”

Así se mostraba Vicente el refugio de los pecadores, como se le llamaba, al mismo tiempo que el refugio y el apoyo de todos los miserables. Mas, por ambiciosas que sean las obras anteriormente descritas, tal vez no sean nada en comparación con lo que hará en ayuda a vastas provincias arruinadas por la guerra. Aquí es donde se le verá como el representante, como una encarnación de la Providencia.

LIBRO VIII. El consejo de Conciencia

Capítulo Primero: *Servicios hechos a la Iglesia*

I. *Muerte de Luis XIII.* Richelieu no estaba ya desde el 4 de diciembre de 1642. Su partido una vez tomado, había afrontado la muerte, ese último e inevitable enemigo, con el valor tranquilo e impasible que había desplegado frente a todo el mundo.

A esta noticia: “Ahí yace un gran político muerto”, sería suficiente decir con frialdad Luis XIII, encantado de salir por fin de una imperiosa tutela. No obstante no cambió nada en el gobierno; prometió a los parientes del cardenal la continuación de su benevolencia, y tributó un último homenaje a su ministro llamando a Mazarino a su consejo. A esta sucesión de ministros-reyes, se podría aplicar la palabra de nuestra vieja monarquía: “El rey ha muerto, viva el rey!” Richelieu iba a sobrevivirse a sí mismo y gobernar todavía tras su muerte.

⁶⁸⁷ Conf. del 6 de diciembre de 1658.

⁶⁸⁸ Repet. de orac. del 14 de marzo de 1658.

Pasado el primer alegrón de su emancipación, Luis XIII había sentido que no le quedaba ni el tiempo ni la fuerza de cambiar nada en la dirección de los asuntos; en efecto, no debía sobrevivir seis meses a su ministro. Su salud siempre delicada, sobre todo desde el sitio de Perpiñán, se debilitaba cada vez más y, después de algunos intervalos de recuperación en los últimos meses de 1642, recayó en una languidez de la que no se pudo recuperar. A últimos de febrero de 1643, una fiebre lenta, un insomnio continuo, una desgana extrema de toda alimentación acabaron por minarla. Un mes después, en medio de las adulaciones de los médicos, el rey advirtió el primero la inutilidad de sus remedios y de la vanidad de sus esperanzas. El 27, dijo a Bouvart, el primero entre ellos: "Soy consciente de que me voy. He pedido a Dios esta noche que si es su voluntad sacarme de este mundo, me hiciera la gracia de abreviar la duración de mi enfermedad." Bouvart debió hacer la confesión terrible: "No me sorprende, replicó el rey, sabía que se me esperaba."

Después de arreglar la regencia, no pensó ya más que en morir como un rey muy cristiano. Su confesor, el famoso Padre Sirmond, acababa de abandonar la corte. Sus ochenta y cinco años y su sordera explican suficientemente su retirada sin que se tenga que recurrir a razones políticas. Tuvo por sucesor al Padre Jacques Dinet, que llegó hacia mediados del mes de marzo, al viejo castillo de Saint Germain. El rey le hizo una confesión general de toda su vida, consultó en sus presencia a Mazarino y al secretario de Estado Des Noyers sobre algunos casos de moral gubernamental, y comulgó con piedad el día de la Anunciación.

No fue, según se ve, por rechazo al P. Dinet, que Luis XIII, en este momento supremo, quiso llamar a otros sacerdotes ; fue tan sólo para multiplicar alrededor de él los consuelos y los ánimos de religión.. Además de Cospéan, obispo de Lisieux, el obispo de Meaux, su primer capellán, pidió a Vicente de Paúl. Ana de Austria, admirable estos últimos días para con un esposo que la había desdeñado más de una vez, y llena de veneración y de confianza por el santo sacerdote, le había, sin duda, sugerido esta última elección. Era a finales de abril, Vicente acudió a Saint-Germain y, abordando al rey, le saludó con estas palabras de la Escritura (Ecl., I, 13): *Timenti Dominum bene erit in extremis*; y el piadoso monarca, alimentado en la lectura del libro divino, acabó él mismo el versículo: *Et in die defunctionis suae benedicetur*. en ese momento hubo en el estado del rey ese mejor engañoso que precede siempre a la muerte, y Vicente a quien los asuntos habían llamado a París , no volvió a Saint-Germain al día siguiente. Pero tres días antes de su muerte el rey le hizo llamar, y se quedó junto al príncipe hasta su último suspiro. A pesar de la certeza de su fin próximo, Luis XII hacía planes de gobierno cristiano. Quería ante todo trabajar en la conversión de los protestantes y proveer bien los beneficios eclesiásticos: "Oh Señor Vicente, decía entonces, si Dios me da la salud, no nombraré a nadie al episcopado que no haya pasado tres años con vos⁶⁸⁹."

Pero él volvía pronto al pensamiento de la muerte, y preguntaba a Vicente cuál era la mejor manera de prepararse a ella. "Majestad, respondió el santo, es imitar la de Jesucristo, y someterse por completo y perfectamente como el lo hizo a la voluntad del Padre celestial: *Nos mea voluntas, sed tua fiat* -Oh Jesús, repetía el religioso monarca, yo lo quiero también con todo el corazón.

⁶⁸⁹ Conf. del 31 de octubre de 1643.

Sí, Dios mío, yo lo digo y lo quiero decir hasta el último suspiro de mi vida: *Fiat voluntas tua!*” Luego hablaba alegremente de su último viaje, y mandaba abrir las ventanas de su habitación por el lado de Saint-Denis y, a la vista de las torres de la basílica, decía sonriendo: “Ahí es donde yo estaré muy pronto y donde me quedará mucho tiempo. Mi cuerpo será muy sacudido, porque los caminos son malos.” Y, seguro de su fin próximo, no creyó ya deber superar su rechazo del alimento. Sin embargo, sintió escrúpulos por ello y, haciendo una señal a nuestro santo: “Señor Vicente, le dijo, los médicos me urgen para que tome alimento; yo me he negado, ya que también es necesario que yo me muera: ¿Qué me aconsejáis vos? –Majestad, respondió Vicente, los médicos tienen siempre entre ellos esta máxima de hacer tomar alimento a los enfermos mientras les quede un soplo de vida, siempre en espera de una recuperación de la salud. Ved porqué, si le place a Vuestra Majestad, haréis bien en tomarlo“. Y el rey, llamando a Séguin, le pidió un caldo. Pero inmediatamente después, tendiendo el brazo al médico: “Séguin, le dijo con voz firme, tómeme el pulso y dígame, os suplico, cuántas horas de vida me quedan; pero tómelo bien, pues querría saberlo exactamente.” Séguin tanteó unos instantes en silencio; después respondió fríamente: “Señor, Vuestra Majestad puede tener todavía dos o tres horas todo lo más.“ Entonces, juntando las manos y mirando al cielo, el príncipe exclamó sin mostrar alteración: “Pues bien, Dios mío, lo consiento, y de todo corazón!” y tendiendo de nuevo su débil y flaco brazo hacia Vicente: “Mire, Señor Vicente, le dijo, ¿es esto el brazo de un rey? Ya veis lo que son los reyes, lo mismo que los demás humanos!” Bouvart le tomó el brazo a su vez y le dijo: “Majestad, si mi conjetura no me engaña, el alma de Vuestra Majestad estará pronto libre de los lazos del cuerpo ya que no le encuentro ya pulso. – Dios mío, exclamó el monarca, recibidme con misericordia!” Y comenzaron las oraciones de los agonizantes, a las que el rey respondía con una voz débil y moribunda. Algunos instantes después, expiraba en los brazos del P. Dinet y de Vicente de Paúl.

Acababa de retirarse la reina quien, hasta este último momento, había permanecido entre la cama y la pared rezando a Dios. Vicente fue a consolarla, y regresó a París a ordenar oraciones por ella y por el rey difunto. El día siguiente se celebraba un servicio en la iglesia de San Lázaro, y todos los sacerdotes de la Misión, agradecido por las limosnas que el príncipe les había legado en testamento para los pobres del campo, ofrecían el santo sacrificio por el descanso de su alma. Después, el mismo día, viernes 15 de mayo de 1643, al día siguiente de la Ascensión, Vicente escribía a Codoing, superior de la casa de Roma: Dios quiso ayer disponer de nuestro buen rey, el mismo día en que comenzó su reinado, hace treinta y tres años. Su Majestad ha deseado que yo asistiera a su muerte con Monseñores los obispos de Lisieux y de Meaux, su primer capellán, y el R. Padre Dinet, su confesor. Desde que estoy en la tierra, no he visto a nadie morir más cristianamente. Hace unos quince días que me ha mandado ir a verle y, como andaba mejor, no he vuelto el día siguiente. Me reclamó hace tres días, durante los cuales Nuestro Señor me ha hecho la gracia de quedarme a su lado. . no he visto nunca una mayor elevación a Dios, una tranquilidad un mayor temor por los menores actos que pueden ser pecados, una mayor bondad, ni mayor juicio en una persona de tal condición.. anteayer, habiéndole visto dormido y con los ojos entornados, los médicos temieron que fuera a expirar y se lo dijeron al padre confesor, quien le despertó al instante, y le dijo que los médicos creían llegada la hora, y que

había que hacer la recomendación del alma. Entonces mismo, con el espíritu lleno del de Dios, abraza a este buen padre y le agradece la buena noticia que le da. De pronto, levantando los ojos y los brazos hacia el cielo, recita el *Te Deum laudamus*, y lo termina con un fervor tan grande, que el solo recuerdo me entenece en este instante en que os hablo. Y como me llama la campana y me impide contaros más cosas, acabo recomendándole a vuestras oraciones y a las de la Compañía⁶⁹⁰.”

Luis XIII nunca había tratado bien a la reina. Y ésta, herida por sus frialdades y negligencias, se había convertido en el centro de una posición sorda al gobierno de Richelieu. Apoyándose en España en el exterior y, dentro, en el duque de Orléans, el partido de la reina-madre y de todos los descontentos, de todos aquellos que, bien por venganza e interés personal, bien por principio de conciencia, condenaban la política del cardenal, se mezcló en más de un asunto que no había comprometido más que a ella y a sus amigos. Luis XIII se acordaba en su lecho de muerte y, no pudiendo ni excluir de la regencia a su hermano y a la madre de su hijo, ni confiársela totalmente ni al uno o a la otra, se encontraba en medio de extrañas perplejidades. Consultaba sin cesar a Mazarino y a Chavigny sin poderse fijar entre imposibles y repugnancias invencibles. Por fin el cardenal Mazarino le propuso mandar registrar en el Parlamento una declaración firmada por la reina y por Monsieur, por la que, dando a esta princesa el título de regente, se delimitaría de tal forma su poder que tendría las manos atadas. Esta propuesta fue admitida y, el 20 de abril, una delegación se dirigió a Saint-Germain para recibir la declaración que fue registrada al día siguiente en París. En ella se nombraba regente a la reina, y a Monsieur, jefe del consejo y lugarteniente general del rey menor bajo la autoridad de la reina; pero se les asignaba un consejo, compuesto por el príncipe de Condé, por el cardenal Mazarino, por el canciller Séguier, de Bouthillier, superintendente de las finanzas, y por su hijo Chavigny, secretario de Estado, sin cuyo consejo, otorgado por mayoría de votos, la regente no podía decidir los asuntos de la guerra y de la paz, no nombrar a los gobiernos ni a los cargos.

Ana de Austria, quien, desde que era madre y veía al rey acercarse a la muerte, sólo había aspirado a una regencia verdadera y todopoderosa, sufrió al ver que le imponían tan duras y humillantes condiciones. Ella las aguantó no obstante sin murmuraciones exteriores y, con el duque de Orléans, firmó la declaración y se comprometió a mantenerla. Se reservaba una esperanza más halagüeña..

En efecto, durante las negociaciones, el cardenal Mazarino había mandado avisarla de todo por medio del obispo de Beauvais, y asegurar que él no era autor de la declaración; que él no había intervenido ante el rey a favor de una regencia ilimitada; pero que, no habiendo podido ganar, había creído rendirle un servicio importante obteniéndole al menos el título de regente; que poco importaba en qué condiciones, con tal de que le fuera dado por el Rey; que a ella no le faltarían medios en adelante para resarcirse de todos sus derechos y

⁶⁹⁰ *Summ.*, p. 264. –El original de esta carta se ha perdido. Lo hemos traído al francés del italiano del proceso de canonización. –Echamos de menos otra carta que el santo había escrito a un vicario general de Chartres, encargado de componer una oración fúnebre de Luis XIII. –Sobre la muerte de este príncipe, véase, aparte de las conferencias de san Vicente y de algunos papeles, de los archivos de la Misión, *Las Memorias de madame de Motteville*, en la colección Michaud, 2ª serie, I, X, p. 44; y *la Historia del reinado de Luis XIII*, por el P Griffet, 3 vol., in-40, París, 1758; t III, pp. 609 y ss.

gobernar sola. La reina le creyó, y por eso firmó sin dudarlo, reservándose el futuro.

Sea el interés por la reina, sea cálculo de ambición, un cosa y la otra sin duda, Mazarino acababa de actuar con una habilidad consumada. En efecto, el 18 de mayo, el Parlamento, alborozado por tan bonita ocasión de recuperar los derechos, verdaderos o pretendidos, que le había arrebatado Richelieu y de establecer soberanamente los asuntos de la monarquía, rompía la última disposición de Luis XIII mientras daba la impresión de respetarla y, declarando a la reina regente, “de conformidad con la voluntad del rey difunto”, la autorizaba a elegir por sí misma su consejo sin impedirla que siguiera la mayoría de los votos. Era la regencia sin control; era el advenimiento de Mazarino.

Así lo había previsto el hábil cardenal. Él se sabía agradable a la reina; ya que si era una criatura de Richelieu, no tenía sus maneras; él no había tenido parte alguna en los desagradados de esta princesa; acababa de contribuir a la llamada de sus amigos exiliados; y por último se podía vanagloriar ante ella de haber echado los cimientos de su regencia en contra de los recelos del rey.

Además, él se sentía necesario. Tanto más celosa del poder del que nunca había disfrutado, pero ignorante de los asuntos, Ana de Austria necesitaba al principio de un reinado al que rodeaban por fuera y por dentro tantas dificultades, de un guía para su inexperiencia, de un apoyo para su floja debilidad, y de alguien que le dejara no obstante el honor y la autoridad suprema. Pues bien, a su alrededor, nadie que poseyera como Mazarino el secreto de la política interior y sobre todo de los asuntos extranjeros; nadie, por consiguiente, que fuera más capaz. Por otra parte, extranjero como ella y fingiendo estar bien preparado de volver a Roma para disfrutar allí de su familia y de las artes, no tenía partido en Francia que volver contra ella, y él mismo no parecía deber ponerla bajo el yugo, como Richelieu lo había hecho del difunto rey.

Sin sacrificar a sus amigos, los Vendôme, su gran capellán, el obispo de Beauvais, a los que Mazarino, por otra parte, se empeñaba en halagar, la regenta resolvió pues poner en cardenal su principal confianza, y el primer acto de su autoridad fue nombrarle jefe de su consejo. Algo curioso Vicente, que iba a ser contrariado por Mazarino en sus santos proyectos, en espera a que el ministro pasar de él; que debía, en todo encuentro, condenar la política de esta criatura, de este continuador de Richelieu, fue uno de los que más contribuyeron a llevarla al poder, con su colega Chavigny. Se lee, en efecto, en las *Mémoires de La Châtre*: “La Señora Princesa... fue una de las primeras que habló por ellos; el Sr. de Liancourt los sirvió con el ardor que tiene de ordinario para con sus amigos, y su señora mujer y la Sra. de Chavigny no perdieron la ocasión de hacerlo. Pero las máquinas más fuertes que emplearon fueron el Padre Vicente, Biringhen y Montaigu. El primero atacó a la reina por la conciencia, y le predicó sin cansancio el perdón de los enemigos; el segundo, en su calidad de primer ayuda de cámara, se mostraba asiduo en horas en las que nadie la veía, resultaba casi imposible de prescindir de él en las comienzos; pero el tercero, devoto de profesión, mezclando a Dios y al mundo en confusión, y uniendo a las razones de devoción la necesidad de tener a un ministro de las cosas del Estado, añadió además, según mi parecer, otra consideración, que la ganó totalmente, que fue exponerle que el cardenal tenía en sus manos más que nadie los medios de firmar la paz, y que habiendo

nacido súbdito del rey su padre, la haría ventajosa para su casa; que ella debía tratar de mantenerle en el poder, con el fin de hacer de él un apoyo contra las facciones que pudieran nacer en Francia durante su regencia⁶⁹¹.”

II. *San Vicente en el consejo de conciencia.* –Su conducta general. Según la declaración de Luis XIII mismo, la reina sólo debía conversar con Mazarino sobre los asuntos de la Iglesia, y allí se decía que ella distribuiría, con él parecer de él, los obispados “a personas de mérito y de piedad singular, que llevaran tres años en la orden del sacerdocio.” Pero la piedad de Ana de Austria se determinó a establecer un consejo eclesiástico, en el cual se trataría de todos los intereses de la religión, y se examinarían las cualidades de los que podían pretender a los beneficios y a las dignidades de la Iglesia.

Este consejo se compuso, bajo la presidencia de la reina, de Mazarino, del canciller Séguier, de los obispos de Beauvais y de Lisieux, de Charton, gran penitenciario de París, y de Vicente de Paúl, quien fue establecido como jefe.

Era, para el humilde sacerdote, la entrada y un rango en la corte; eran homenajes por parte de todos los ambiciosos; era una especie de omnipotencia sobre todos los asuntos y todos los bienes de la Iglesia de Francia. Que se juzgue de su dolor y de los esfuerzos que debió hacer para verse liberado. Escribió pronto a Roma: “Nunca he sido más digno de compasión de lo que soy ni he tenido más necesidad de oración como ahora en el nuevo empleo que tengo. Espero que no sea por mucho tiempo. Rogad a Dios por mí.”

Abrigió durante más de una año esta humilde esperanza. “Pido a Dios todos los días, decía a uno de sus sacerdotes, ser tenido por un insensato, como lo soy, para no estar empleado en esta especie de comisión y para tener mayor comodidad para hacer penitencia por mis pecados⁶⁹².” En efecto, se lo pedía a Dios y a los hombres. A partir del día de su nombramiento, él no ofreció una sola misa sin pedir la gracia de ser devuelto a su primera condición. Suplicaba insistentemente a la reina, al cardenal y a todos de quienes podía esperar una protección de nueva clase. A finales de 1644, tuvo la impresión de ser escuchado: Con ocasión de un viaje que se vio obligado a hacer, se extendió el rumor de que había perdido la confianza de la corte. Un eclesiástico, informado de la falsedad de la noticia, vino a presentarle sus cumplidos. “Ah ojalá fuera verdad, exclamó, levantando los ojos al cielo y golpeándose el pecho! Pero un miserable como yo no era digno de este favor.” Y escribió en el mismo sentido a Codoing, su superior de Roma, el 4 de enero de 1645: “Bendito sea Dios por todo lo que me contáis. Es cierto que había alguna posibilidad de que no me aguantaran más en el empleo del consejo; pero mis pecados son la causa de que se sirvan de ello de manera diferente, y que no quiera Dios oír los sacrificios que le he ofrecido para este fin. *In nomine Domini!* Espero que se cansen de mí.”

La reina no había podido consentir en privarse de los servicios del santo sacerdote, y le virtuoso cardenal de la Rochefoucault⁶⁹³ le había pedido un favor, en nombre de Dios y de la Iglesia de Francia, que se quedara en el consejo eclesiástico. Los diez años que estuvo allí marcan el punto culminante de su virtud, de su influencia y de sus servicios. Vamos a ver brillar su humildad en los honores y en las persecuciones, su celo y su firmeza en sostener los

⁶⁹¹ Colec. Michaud, 3ªserie, t. III, p. 280.

⁶⁹² *Sum.*, p. 342.

⁶⁹³ Testimonio de Luis de Rochechouart de Chandénier, *Summ.*, p. 125.

intereses de Dios y de la Iglesia, su respeto por el episcopado, su caridad por las órdenes religiosas, su desinterés por él y por los suyos. Admirable desinterés, del que Le Tellier decía, según relación del ministro Le Pelletier⁶⁹⁴: “En calidad de secretario de Estado, he tenido la ocasión de tener un gran trato con el Sr. Vicente. ha hecho más obras buenas en Francia por la religión y por la Iglesia que nadie que yo haya conocido; pero yo he notado en particular que en el concejo de conciencia del que era el principal agente, nunca se trató de sus intereses ni de los de su congregación, ni de los de las casas eclesiásticas que él había fundado.” Desinterés tanto más digno de elogios, por que sus casas, casi todas muy pobres, se hallaban gravadas también por la gratuidad de sus principales funciones. El anejo de algunos beneficios les habría venido muy bien. Nunca pensó en ello; y si alguna vez se los adjudicó a sus seminarios, no fue sino por las insistentes súplicas de sus dueños u otorgadores legítimos. Aún así era difícil obtener su conformidad sobre este punto, la única parte sin embargo que se haya tomado nunca. Al menos impuso la ley de dedicar sus rentas no al servicio de las casas ni en provecho de los suyos, sino en la educación de los jóvenes eclesiásticos. ¿Se enteraba que la reina le destinaba algunos favores? al punto los dirigía a otros. Cuál no fue su espanto al saber que quería pedir para él un capelo cardenalicio! De mejor gana habría escuchado su sentencia de muerte que los cumplidos que le dirigieron entonces algunos de sus amigos. La púrpura romana habría sido verdaderamente para su humildad la púrpura del martirio!.

¿Es necesario añadir que este desinterés fue invencible frente a toda corrupción? Uno de sus más íntimos amigos vino a ofrecerle un día 100 000 libras, en nombre de algunas personas para obtener su apoyo en el Consejo a favor de ciertas propuestas que no tenían nada de oneroso para los pueblos, pero que podían herir los intereses del clero. Vicente habría podido decirle como Pedro a Simón (He., VIII, 29): “ Que tu dinero perezca contigo... ya que tu corazón no es recto delante de Dios!” Se contentó con responder con más dulzura: “Que Dios no me lo permita! Preferiría morir que decir una palabra sobre este asunto.”

Desinterés para los bienes y para los favores; desinterés tal vez más difícil por la reputación, por el agradecimiento y por las amistades. Y no es que su bondad natural no le llevara, cuando él podía en conciencia, a favorecer a todo el mundo, el hombre de la más baja extracción, lo mismo y mejor que el duque y par; pero ¿se trataba de algo contra las reglas? él oponía un rechazo infranqueable como un muro de hierro. En vano, la intriga, la codicia, la ambición intentaban asaltar su virtud; sin consultar ni la esperanza ni el temor, los apartaba sin piedad, en lo que dependía de él, del santuario. Mucho tiempo incluso luchó contra el ministro, cada vez más poderoso quien, olvidándose de su carácter eclesiástico, para no obedecer más que a los cálculos de su ambición personal o a lo que él creía se la razón de Estado, quería hacerse amigos, no con el dinero de la iniquidad, según la palabra del Evangelio, sino con los bienes sagrados de la Iglesia.

En el punto en que nos hallamos de esta historia, se debe conocer ya demasiado la virtud y el carácter de Vicente para que sea necesario añadir nada sobre su prudencia y su sabiduría, sobre todas las cualidades que debió aportar al consejo de la reina. No se mezclaba más que en los intereses de la

⁶⁹⁴ *Sum.*, n° 42, p. 124.

Iglesia o de los pobres, y dejaba de lado todos los demás asuntos, por más apariencia de piedad o de caridad se tratara de darles⁶⁹⁵, sin pasión más que el amor de Dios y bien de Estado, sin prejuicios, sin ninguna de esas emociones y de esas ocurrencias que hieren a las personas y echan a perder los asuntos, guardaba siempre en su alma, en sus gestos, en sus palabras y hasta en su semblante, esa calma, esa serenidad que, en la prueba de la buena o mala fortuna, dejan al espíritu la libertad lúcida de la reflexión, se ganan los corazones y los arrastran, sin darse cuenta, al partido de la verdad y del bien. Firme a la vez que dócil, era inquebrantable en su conciencia y siempre presto a ceder a un parecer mejor. Que se rindieran al suyo o se resistieran, nunca quejas ni invectivas. Contento de haber cumplido su deber, se callaba después de la decisión, dejando a Dios la gloria del bien, y encomendándose a su Providencia para el éxito de los asuntos. Si se callaba dentro, con mayor razón fuera del consejo. Jamás una palabra, ni siquiera a sus más íntimos, de lo que había pasado allí, ni de las resoluciones que se habían tomado. De vuelta a San Lázaro, parecía haber salido de la celda de un cartujo, no del consejo ruidoso de la realeza. Con el ángel de Tobías, se decía siempre: "Si es honorable revelar y confesar las obras de Dios, es bueno ocultar el secreto del rey." Con estas cualidades y siguiendo tales principios fue como Vicente de Paúl fue tenido como el hombre más prudente y como el oráculo de su siglo. Durante toda su vida, San Lázaro fue a la vez una especie de concilio permanente, un consejo de Estado, un tribunal de dirección, una gran oficina de caridad. Hombres de Iglesia y hombres del mundo, todos llegaban allí a consultar su sapiencia; príncipes y obispos, magistrados y párrocos, abades y religiosos. Se trataba

De los intereses de Dios o de los del rey, del bien de una diócesis o de un desorden social, de la paz que restablecer en un monasterio o en una familia, de una obra que empezar o que reformar: nada se comenzaba, ni se hacía sin sus consejos y bajo su dirección. Homenaje universal ofrecido al mismo tiempo a su virtud y a su prudencia.

Este hombre siempre preparado a acusarse de las pretendidas faltas cometidas en la dirección de sus Misioneros y de las Hijas de la Caridad, nunca se reprochó nada, que nosotros sepamos, por su conducta en el consejo de conciencia, con tanta madurez, pureza de intención y valor asistía a él. Lento en reflexionar, en examinar las cosas, en decidirse, una vez tomado su partido, caminaba firme y derecho a la ejecución, sin tener que arrepentirse jamás, ya que sabía que la intención sola está en el poder del hombre, y el éxito en las manos de Dios. Pues bien, de su intención pura y santa no podía dudar, y el éxito, fuera el que fuera, no le perturbaba nunca porque veía en ello la voluntad de la Providencia.

Así va a mostrarse en sus actos; así le han visto todos sus contemporáneos. En su carta de 1706 a Clemente XI, Fénelon escribía: "En el hombre de Dios brillaban un increíble discernimiento de los espíritus y una firmeza singular. Sin tener en cuenta ni el favor ni el odio de los Grandes, no consultó más que el interés de la Iglesia, cuando, en el consejo de conciencia, por la orden de la reina Ana de Austria madre del rey daba su parecer para la elección de los obispos. Si los demás consejeros de la reina se hubieran adherido más constantemente a este hombre a quien el porvenir parecía estarle desvelado,

⁶⁹⁵ Carta del 13 de febrero de 1644.

se habría apartado muy lejos del cargo episcopal a ciertos hombres que luego han causado graves problemas⁶⁹⁶.” Tal era asimismo el parecer de Víctor Méliand, antiguo obispo de Alet, que habla en términos parecidos de la invencible firmeza y fuerza de alma por la que el hombre de Dios, sin dejarse ni seducir por las ruegos, ni asustar por las amenazas, negaba su apoyo en la promoción a las prelaturas y a los beneficios, a todos aquellos cuya indignidad le era conocida, fuesen los que fuesen su orden, grado y dignidad⁶⁹⁷. El siglo rindió a Vicente de Paúl sobre este punto el mismo testimonio que la Iglesia. “Es la estimación pública, declaró el presidente de Lamoignon, que llevó a la reina madre a llamarle a su consejo de conciencia; pero este honor no le impidió vivir como había vivido siempre. En las ocasiones difíciles, habló con una firmeza digna de los apóstoles. Todas las consideraciones humanas no pudieron comprometerle a disimular por poco que fuera la verdad y no se sirvió nunca de la confianza de los grandes más que para inspirarles los sentimientos que debían tener⁶⁹⁸.”

Si bien el nacimiento no era para sus ojos un título suficiente, menos todavía principal, para las dignidades eclesiásticas, él no le desdeñaba, como título secundario, cuando iba unido a la virtud; y, en igualdad de méritos, prefería el gentilhomme al común y corriente. Con un antiguo él decía: “Cincuenta ciervos conducidos por un león valen más que cincuenta leones conducidos por un ciervo.” Un día un canónigo de Chartres vino a verle con un joven señor destinado a la Iglesia: “Siento gran alegría, les dijo, al ver a personas de ilustre nacimiento consagrarse al servicio de la Iglesia, si se sienten llamados por un gran propósito de trabajar y de vivir de conformidad con su santa vocación, porque hacen de ordinario más bien y con más facilidad que los otros, lo que he advertido con frecuencia, y por mi propia experiencia. Siendo de vil nacimiento, hijo de un pobre campesino, yo no tenía ni educación ni crédito, ni el espíritu de una persona de calidad, y no he trabajado sino débilmente y en relación con la bajeza de mi origen⁶⁹⁹.”

Tales eran los principios generales de conducta que Vicente aportó al consejo de conciencia, principios tan opuestos a los de Mazarino. Pronto debían estallar la contradicción y la lucha; pero mientras, el santo sacerdote logró proveer a la Iglesia de buenos ministros, incluso cuando fue separado del consejo, La Señora de Motteville nos informa que pudo todavía, gracias a la piadosa confianza de la reina dirigir los nombramientos episcopales. Era el complemento y la coronación de los servicios que Dios le había destinado a realizar por la Iglesia de Francia.

Obligado a doblar la espalda bajo el peso, al menos logró que Ana de Austria le hiciera venir a la corte más que cuando Su Majestad le mandara llamar. De

⁶⁹⁶ *Obras*, t. XXV; *Corresp.*, t. III, p. 104.

⁶⁹⁷ *Colección* de cartas a Clemente XI Roma, 1709, in-folio. –Esta carta de Víctor Méliand del 30 de agosto de 1705, es particularmente conmovedora. Víctor Méliand era hijo del abogado general de este nombre el sobrino por consiguiente de la señora de Traversay, una de las damas más celosas de la Asamblea. De niño, el futuro obispo había tenido ocasión de ver con frecuencia a Vicente de Paúl en la casa paterna y había sentido desde entonces hacia él el respeto más religioso. A menudo también, había acompañado a su padre a San Lázaro, donde había recibido consejos y bendiciones que recordaba con amor en su ancianidad. Cuando dimitió de su sede, fue a San Lázaro adonde se retiró para prepararse a la muerte.

⁶⁹⁸ *Sum.*, p. 303.

⁶⁹⁹ *Sum.*, p. 333.

este modo él se reservaba para la dirección de su congregación t de sus obras , y se desprendía de buena parte de las importunidades de la ambición.

Se presentaba en la corte con el mismo atuendo que en sus misiones de los campos, con la sotana que se puede ver todavía, sotana de vulgar estofa, desgastada y remendada. Nunca quiso cambiar, ni siquiera para ir al Louvre. Le ponían una nueva en su habitación, él se volvía poner la vieja, y si no la encontraba, trataba de ver alguna semejante sobre los hombros de su sacerdote poco más o menos de su talla, y operaba en secreto un cambio que completaba mediante unos ajustes. Pobre, su hábito estaba al mismo tiempo muy limpio: “sin mancha ni rotura”, decía él mismo al responder a los cumplidos o a las bromas que le costaba. Así respondió una día a Mazarino que tomándole de su pobre ceñidor, se lo mostraba a la reina diciendo: “Vea, vea, Señora, cómo viste el Señor Vicente en la corte, y qué hermoso ceñidor lleva!” Con esta limpieza, quería conciliar suficientemente los deberes del decoro con sus costumbres de sencillez y de pobreza. El brillo del Louvre no le deslumbraba, y si las lunas le devolvían su imagen: “Oh qué gran patán! “ exclamaba, comparando sin duda en su memoria los apartamentos reales con la choza de su infancia; luego elevándose a pensamientos más altos. De decía: “Oh Dios mío, si por medio de este vidrio, que no proviene más que de tierra, vemos hasta el menor movimiento que se realiza en esta habitación, qué no verán los bienaventurados en ese gran espejo de la divinidad que lo llena todo, y en quien todas las cosas están encerradas^{700!}”

Pero no era sólo en el interior de sí mismo sino ante todos cuando se complacía en humillarse, en expiar una grandeza involuntaria, distinciones que le eran un martirio. “Yo era muy joven todavía, expuso en el proceso de canonización el ministro Le Pelletier⁷⁰¹, cuando ví en el Louvre al siervo de Dios, y le ví muchas veces. Se presentaba con una modestia y una prudencia llena de dignidad. Los cortesanos, los prelados, los eclesiásticos y demás personas le rendían por estima grandes honores: los recibía con mucha humildad. Salido del consejo, donde había decidido sobre la suerte de cuanto había en el reino de más grande, él se sentía tan cómodo tan familiar con el último de los hombres como entre los esclavos de Túnez o en el banco de los forzados. Un obispo virtuoso que no le había visto desde su entrada en la corte, , habiéndole encontrado enseguida tan humilde, tan afable, tan dispuesto a prestar servicio como antes, no pudo por menos de decirle: “El Señor Vicente es siempre el Señor Vicente.”

En los comienzos de su favor, el príncipe de Condé quiso un día hacerle sentarse cerca de él: “Qué es esto, Monseñor, respondió, retrocediendo el humilde sacerdote, ya era demasiado honor que Vuestra Alteza tenga a bien aguantarme en su presencia. Pero hacerme sentar a su lado, ¡caso ignora entonces que soy hijo de un pobre campesino!” –Era su defensa, su consigna contra todos los ataques dirigidos contra su humildad. “-*Moribus et vita nobilitatur homo* -la nobleza le viene al hombres por sus costumbres y su vida-, replicó el príncipe; además, Señor Vicente, no es de hoy lo de vuestros méritos.” Y, para mejor juzgarlo, hizo recaer la conversación sobre algún punto de controversia. Vicente lo trató con tanta nitidez y precisión, que el príncipe exclamó: “Bueno, Señor Vicente, andáis diciendo por ahí que sois un ignorante y en dos palabras habéis resuelto una de las mayores dificultades que se nos

⁷⁰⁰ Confer., del 24 de agosto de 1657.

⁷⁰¹ *Sum.*, 224.

hayan propuesto por los religionarios ¡” De ahí el príncipe pasó a algunas cuestiones de derecho canónico y, cada vez más encantado de las respuestas del *escolar de cuarto*, se levantó sin decir palabra, y corrió a felicitar a la reina por la elección de un hombre tan versado en lo que se refería a los bienes y las materias eclesiásticas.

Desde las primeras sesiones del consejo, Vicente propuso adoptar un programa, cuyas principales disposiciones eran:

1º La reina no otorgará ninguna pensión sobre los obispados o arzobispados, sino en el único caso permitido por el derecho; es decir cuando el titular, después de servir por largo tiempo a la Iglesia, dimita voluntariamente de su cargo por enfermedad, ancianidad u otras razones pertinentes.

2º Ella no ordenará ninguna expedición de patente para las abadías, sino para aquellos que, aparte de las otras cualidades requeridas, hayan cumplido dieciocho años, dieciséis para los prioratos y canonicatos de las iglesias catedrales y catorce para las colegiatas.

3º Ella no otorgará ninguna patente para las devoluciones, que se hayan examinado, y las papeles de los que pretendan servirse los adjudicatarios, y los certificados de vida, costumbres y capacidad, que se vean obligados a presentar; y, en caso de que no puedan justificar cualidades necesarias, se entregará a otros, que los recibirán, el derecho y los medios de proseguir la devolución.

4º Ella no otorgará ni coadjutorías ni reservas para las abadías comanditarias.

5º Ella no mandará expedir ninguna patente de obispado por muerte, coadjutoría u otras, sino para aquellos que tengan al menos un año de sacerdocio.

6º Por último, no otorgará ninguna coadjutoría de las abadías de mujeres, sino después de conocimiento cierto de que la regla se observa allí, y con la condición de que las religiosas propuestas veintitrés años de edad y cinco de profesión.

El remedio, por la misma dulzura de algunas de sus disposiciones, indica toda la extensión del mal que se quería curar. Los beneficios se daban a menudo a niños cuya vocación era necesariamente incierta, y que continuaban percibiendo sus frutos sin entrar en el estado eclesiástico; hasta los obispados se proveían de esta manera: testigo, en nuestra historia misma, el obispado de Metz, del que ya se ha hablado antes. Con mayor frecuencia todavía las abadías de mujeres: así la abadía de Port-Royal fue entregado, con engaño, es verdad, a quien se convirtió en la demasiado famosa Angélica, cuando ella no tenía más que seis años; se asignaban coadjutorías para las abadías de encomienda, que sólo eran vitalicias y no daban, por consiguiente, lugar a sucesión. Pero el abuso más escandaloso tal vez concernía a las devoluciones. Eclesiásticos sin ningún otro título que su avidez, sorprendían por su crédito y sus argucias a los titulares legítimos de los beneficios, y los forzaban así o a cedérselos por devolución o a redimirse por dinero de sus injustas vejaciones. Fue a Vicente a quien el consejo encargó de examinar si los motivos presentados por los devolucionarios eran legítimos, y actuó con tal justicia que hizo restituir lo robado a un gran número, y mantuvo en sus beneficios a muchos buenos eclesiásticos que, cansados de luchar, o por violencia, iban a ser apartados de ellos. Por último él liquidó un buen número de procesos, siempre escandalosos por su objeto, ruinosos a menudo para el buen derecho a causa de su duración y su resultado.

III. *Supresión de los abusos.* Armado de estos principios, Vicente comenzó por reprimir diversos abusos. Impidió que los beneficios cayeran, por defecto de forma o diversas razones, bajo el nombramiento del rey, es decir bajo el poder de la intriga y de la ambición⁷⁰². Si no podía sustraerlos al nombramiento real, al menos trataba de hacer que los ocuparan dignamente. Así, en Normandía, durante la minoría de los patronos, el rey tenía derecho a proveer a los párrocos que estaban en patronato laico. Hasta entonces estos beneficios no habían sido distribuidos más que por favor o por intriga. Vicente expuso al consejo que los autores de las colaciones lo mismo que los patronos eran responsables ante Dios de los males causados por un mal pastor o por el menor bien hecho por uno menos digno, y los llevó a no dar los beneficios de Normandía sino a los más capaces..

Pero él prefería aún trabajar por mantener los beneficios en sus privilegios, y particularmente en su derecho a elección⁷⁰³.

Pensiones sobre los beneficios eran con frecuencia la recompensa de gentilhombres lisiados en la guerra. Vicente recomendaba a éstos de buena gana al favor de la reina y de su ministro; pero él no pudo nunca permitir que los bienes eclesiásticos se convirtieran en un fondo de dotación y de retiro por servicios profanos.

Cuando los beneficios eran conferidos por el solo título de nacimiento, no eran tan sólo las almas las que sufrían; era lo temporal mismo de las abadías, cuyas rentas eran lo único que se contentaba la gente con percibir, y cuyas edificaciones e iglesias se dejaban arruinar. Vicente logró del consejo que se escribiera de parte del rey a todos los procuradores generales de los parlamentos que tomaran parte contra estos beneficiarios injustos, y a obligarles, por el embargo de lo temporal, al mantenimiento y a las reparaciones necesarias.

La simonía y la confidencia, resurgiendo siempre bajo los anatemas de todos los siglos, excitaron en particular su horror y su celo. Solicitaciones importunas, dimisiones de grandes abadías, promesas de pensiones, todo entraba en uso por el furor de llegar a las prelaturas. “Me echo a temblar, decía el santo, de que un tráfico tan condenable atraiga la maldición de Dios sobre este reino.” Comenzaba por dar consejos caritativos a los que se mezclaban por ignorancia o por una avidez irreflexiva; pero, si se resistían a su caridad, caían bajo su inflexible justicia. Desde entonces, perseguía la simonía en sus rutas más tortuosas; examinaba con un cuidado escrupuloso las permutaciones, las renunciaciones, los demás tratados en los que se deslizaban la duplicidad y el fraude: que había descubierto por fin el vicio infame, ni respeto humano, ni promesas, ni amenazas, nada le detenía hasta desterrarlo del santuario. Más de una vez tuvo que enfrentarse a las burlas amargas, a las calumnias más negras. Trataron de perderle en la mente de la reina, del ministro y de la gente de bien: esto era para él un honor y una recompensa por su celo. “Sois un viejo loco”, le dijo una vez un joven gentilhomme, a quien sin duda había frustrado sus esperanzas culpables. —“Tenéis razón, hijo,” respondió del santo anciano cayendo de rodillas, “y os pido perdón por la ocasión que os he dado de decirme tales cosas.”

⁷⁰² Carta al obispo del Mans de octubre de 1°649.

⁷⁰³ Carta del 4 de marzo de 1654.

–“¿Sabéis bien, Señor Vicente, lo que se dice de vos?” le preguntó un día la reina sonriendo.

–“Señora, yo soy un gran pecador!

- Pero deberíais justificaros.

- Otras más le dijeron a Nuestro Señor, y nunca se justificó.”.

Nunca se justificó. Un mal eclesiástico, a quien había apartado de un beneficio, quiso vengarse de él difundiendo rumores deshonorosos. “Si el Sr. Vicente, propagó éste entre personas de condición, no ha estado de mi parte es porque no he querido comprarle. Pero este hombre, tan enemigo de la simonía con los demás, se arregla perfectamente en provecho propio; y yo sé de alguien a quien acaba de procurar un beneficio al precio de una biblioteca y de una buena cantidad de dinero.” –Esta vez es santo se sintió herido y, en su primer impulso, tomó la pluma para escribir una carta de justificación. Pero apenas había trazado unas palabras: “Oh miserable, se dijo a sí mismo, ¿en qué estás pensando? Es que quieres justificarte, cuando acabamos de saber que un cristiano, falsamente acusado, en Túnez, ha permanecido tres días en los tormentos, por fin ha muerto sin proferir palabra de queja, aunque fuera inocente del crimen que se le imputaba: y tú, te quieres excusar! Oh no, no será verdad!” Y rompió la carta comenzada. Unos días después el calumniador moría miserablemente, y todo el mundo vio en ello una venganza de Dios.

En este tiempo incluso, hechos de notoriedad pública justificaban lo suficiente al más desinteresado de los hombres. Su casa se hallaba agotada debido a sus limosnas, y no solamente no pedía nada en la corte, sino que él no daba, no permitía a nadie dar un paso para entrar en posesión de lo que les habían arrebatado injustamente; mucho menos habría ido hacia la fortuna por vías simoniacas. Un magistrado de gran crédito se movía entonces mucho para procurar una abadía a su hijo que era indigno de ella, y temía sobre todo la oposición de Vicente. No atreviéndose a tentarle él mismo, se dirigió a uno de sus sacerdotes y le dijo: “Que el Sr. Vicente haga que me otorguen esa abadía, y o me comprometo, sin trámite por su parte ni de ninguno de su congregación a hacerle entrar en posesión de todos los hermosos derechos y de las hermosas rentas de que ha sido privado San Lázaro; conozco perfectamente el camino que se ha de seguir para ello. Que el Sr. Vicente no tenga escrúpulo alguno, y no pierda ni el tiempo de su favor, ni esta ocasión para beneficiar a su Compañía. ¿Acaso las demás comunidades se iban a preocupar?” A este bonito discurso, cuando se lo comunicaron, el santo se contentó con responder: “Por todos los bienes de la tierra yo no haría nunca nada contra Dios ni contra mi conciencia. La Compañía no perecerá por la pobreza; es a causa de la falta de pobreza más bien por lo que llegará perecer.”

El gobernador de una ciudad importante le pidió que le hiciera un buen oficio en la corte, y le prometió, en recompensa, sostener a los misioneros del lugar, a cuyo establecimiento se oponían personas poderosas: “Os serviré si puedo, respondió, pero en cuanto a lo que se refiere al asunto de los sacerdotes de la Misión, os suplico que lo dejéis en las manos de Dios y de la justicia. Prefiero que no estén en vuestra ciudad a verlos en ella por los favores y la autoridad de los hombres.”

IV. *La lista de los beneficios.* Corregidos los abusos, según su poder, Vicente realizó la lista de los beneficios. Puso al principio, como beneficios interiores que eran casi de su propio nombramiento, los eclesiásticos de la casa del rey y

de la reina, y los capellanes de las tropas que habían cumplido con su deber. La regularidad en lugares y funciones tan llenos de peligros era para él una prueba de una virtud sólida. En su lista iba señalado lo que cada uno poseía ya; luego, según las necesidades y las vacantes, repartía entre ellos consultando su mérito y una exacta justicia distributiva.

En cuanto a los beneficios superiores, y a las prelaturas, que se dirigieran a él o se quisiera imponerle elecciones, no consintió nunca en admitir a indignos.

Un capellán del rey, por lo demás muy hombre de bien, se veía acosado por su familia para hacer valer sus largos servicios al efecto de obtener un obispado. En un principio se decidió; pero, al acordarse de que ingerirse por sí mismo en el episcopado era una señal de indignidad, sintió escrúpulos, y se lo escribió a Vicente. Éste le respondió:

“He recibido. Señor, vuestra carta con todo el respeto que os debo, y con toda la estima y reconocimiento que merece la gracia que Dios ha puesto en vuestro amable corazón. Como solo Dios quien, en la inclinación natural que los hombres sienten de elevarse, haya podido daros la visión y los movimientos que habéis sentido de hacer lo contrario, él os dará también la fuerza de llevarlas a la práctica y cumplir en ello lo que es más agradable: en todo, Señor, seguiréis la regla de la Iglesia, que no permite que uno se favorezca a sí mismo para dignidades eclesiásticas, y en particular a la prelatura; Y vos imitaréis al Hijo de Dios que, siendo sacerdote eterno, no ha venido sin embargo a ejercer este oficio por sí mismo, sino que ha esperado que su Padre le enviase, aunque él fuera esperado durante tanto tiempo, como el deseado de todas las naciones. Vos daréis una gran edificación al siglo presente, en el que por desgracia se encuentran pocas personas que no pasen por encima de esta regla y este ejemplo. Os cabrá el consuelo, Señor, si Dios quiere llamaros a este divino empleo, de tener una vocación segura, porque no habréis llegado por medios humanos. Seréis provisto de especiales gracias de Dios que van unidas a una legítima vocación y que os llevarán a dar frutos de una vida apostólica, digna de la bienaventurada eternidad, así como la experiencia nos lo hace ver en los prelados que no han dado ningún paso para llegar a obispos, a quienes Dios bendice claramente en sus personas, y en sus conductas. Por último, Señor, vos no tendréis que arrepentiros a la hora de la muerte de haberos cargado vos mismo con el peso de una diócesis, que entonces parece insoportable. Ciertamente yo no puedo escribir esto sino con acción de gracias a Dios, por haberos alejado de la búsqueda peligrosa de un peso semejante, y dado la disposición de no seguir adelante: es una gracia que no se puede apreciar lo suficiente ni querer.”

He aquí otro ejemplo parecido. Un religioso, muy célebre en su orden por su regularidad, fuera por su elocuencia, le escribió un día para expresarle sus trabajos, la austeridad de su regla, la disminución de sus fuerzas y el miedo de no poder continuar ya por más tiempo sus servicios a Dios y a la Iglesia. “Pero, añadió, si la corte me hiciese sufragáneo del arzobispado de Reims, dispensado, como obispo, del ayuno y de las demás austeridades religiosas, yo podría predicar mucho tiempo todavía con vigor y fruto. Os suplico, como amigo mío, que me digáis qué pensáis sobre ello y, si me es favorable, que me ayudéis a obtener el nombramiento del rey, ante quien estoy seguro de apoyarme en personas que tienen en la corte crédito y autoridad.” La sonrisa que brota a la lectura de esta carta es una respuesta suficiente a las ilusiones de este buen religioso. Veamos la que le dio Vicente. le testimonió

primeramente, como era su costumbre, toda clase de estima y de afecto para su persona y su orden, le felicitó por sus talentos y sus virtudes; y añadió: “No dudo en absoluto que Vuestra Reverencia hiciera maravillas en la prelatura, si fuera llamada allí por Dios; pero habiendo manifestado que os quería en el cargo en que os halláis, por el buen éxito que él ha dado a vuestros trabajos y a vuestros comportamientos, no parece que os quiera sacar de ahí; puesto que si la Providencia os llamara al episcopado, ella no se dirigiría a vos para lograr encontrarlo; ella se lo inspiraría más bien a aquellos en los que reside el poder de nombrar para los cargos y dignidades eclesiásticas elegiros para ése sin que vos deis ningún paso, y entonces vuestra vocación sería pura y segura. Pero presentaros vos mismo parece que habría en ello algo que explicar, y que vos no tendríais motivo de esperar las bendiciones de Dios en semejante cambio, que no puede ser ni deseado ni perseguido por un alma verdaderamente humilde como la vuestra. Y además, mi Reverendo Padre, que daño causaríais vos a vuestra santa orden al privarla de una de sus principales columnas, que la sostiene y acredita con su doctrina y sus ejemplos! . Si vos abrierais esta puerta, vos daríais pie a otros para salirse después de vos, o por lo menos a hastiarse de los ejercicios de la penitencia: no les faltaría pretexto para suavizarlos y disminuirlos con perjuicio de la regla: pues la naturaleza se cansa de las austeridades; y si se la consulta, dirá que es demasiado, que hay que cuidarse para vivir mucho tiempo y para servir más a Dios; en lugar de lo que dijo Nuestro Señor: ‘Quien ama a su alma la perderá, y quien la odia la salvará’. Sabéis mejor que yo todo lo que se puede decir sobre esto, y yo no pretendería expresaros mi pensamiento, si vos no me lo hubierais ordenado. Pero tal vez no os dais cuenta de la corona que os espera. Oh Dios, qué hermosa será! Vos habéis realizado ya tantas cosas, mi Reverendo Padre, para alcanzarla felizmente; y tal vez no os queden ya más que pocas cosas que hacer; se necesita la perseverancia por el camino estrecho en que habéis entrado, el que conduce a la vida. Habéis vencido ya las mayores dificultades; debéis pues tomar aliento y esperar que Dios os dé la gracia de vencer las menores. . si me creéis, cesaréis por algún tiempo los trabajos de la predicación, con el fin de restablecer vuestra salud. Todavía tenéis que rendir muchos servicios a Dios y a vuestra religión, que es una de las más santas y edificantes que existan en la Iglesia de Jesucristo.”

Junto a los laicos mismos, los consejos tan sabiamente cristianos triunfaban a veces sobre la ambición y la codicia. El secretario de Estado Chavigny, habiendo perdido a su segundo hijo, provisto de una buena abadía, la familia trató de que recayera sobre el tercero, de edad de cinco o seis años tan sólo. Dios dio a Vicente la fuerza de resistir a toda sollicitación. Edificado por semejante conducta y con mejores sentimientos, Chavigny mismo fue a verle y le dijo: “Yo no os odio por vuestra resistencia; al contrario, si hubierais consentido en los deseos de mi mujer, me habríais escandalizado, yo os habría despreciado y habría rechazado la patente de nombramiento⁷⁰⁴.”

Una vez, habiendo advertido que un señor, primero amigo suyo, no le demostraba más que aversión, fue a verle: “Señor, le dijo con un rostro sereno, soy lo bastante miserable por haberos dado algún descontento, sin tener ningún motivo; y, no sabiendo en qué, vengo a suplicaros humildemente que

⁷⁰⁴ Carta de Vicente a d’Horgny, en Roma, del 9 de julio de 1645.

me lo digáis, para reparar mi culpa.” Ante tanta franqueza y humildad, el señor no se atrevió a quejarse y volvió a la primera amistad.

Así hizo el santo con un religioso que le guardaba inquina. Se revestía para decir la misa, cuando le vino a la mente la palabra del Evangelio (Mat., V, 23): “Si, al ofrecer vuestro don en el altar, os acordáis de que vuestro hermano tiene algo contra vosotros, dejad vuestro presente, id primero a reconciliaros con él.” De pronto se quita los ornamentos sagrados, va donde el religioso, se deshace en excusas, en profesiones de estima por su persona y por su orden, y regresa al altar a ofrecer el sacrificio de reconciliación y de amor.

Si no lo conseguía la primera vez, su ingeniosa caridad acababa siempre por encontrar algún medio de desarmar el odio. Arrojándose a los pies de un superior de comunidad religiosa para pedirle perdón de una ofensa quimérica, se vio rechazado con desprecio e injurias, y se había retirado contento de haber sido maltratado por amor a la justicia. A los pocos días de aquello, faltando algunos ornamentos en San Lázaro, fue a este mismo superior, como a su mejor amigo, a quien acudió a pedirselos. Ante tal petición, el superior confuso y sorprendido, exclama: “Por este golpe reconozco al hombre de Dios!” Los ornamentos parten, él los sigue, y pronto él y el santo sacerdote están a los pies y en los brazos el uno del otro.

Vicente de Paúl no encontraba siempre almas tan accesibles a los sentimientos cristianos. Rara vez, en particular, veía aceptar sus invitaciones de renunciar a la ambición de las dignidades eclesiásticas. Entonces, si podía, guardaba el silencio y no llevaba los solicitudes al consejo. Así fue como un joven habiendo tomado la tonsura y el hábito eclesiástico únicamente para suceder a uno de sus parientes en una rica abadía, se negó durante dos años a hablar a la reina sobre el caso. El joven acabó por darle la razón, pues entró en el mundo y confesó que no había tenido otra vocación para la Iglesia que el deseo de cobrar las rentas⁷⁰⁵

No siempre tenía la suerte de tratar con tan buen mercado, particularmente con las grandes damas. Una de ellas, habiendo pedido obtener del rey un beneficio para uno de sus hijos: “Excúseme, Señora, le respondió, si no entro en este asunto.” Extrañada primeramente al ser acogida menos favorablemente por un pobre sacerdote que de los mayores señores, luego llevada del orgullo y de la pasión: “Verdaderamente, Señor, le dijo, se puede una prescindir de vos, ya me las arreglaré para llegar por otros caminos. Os hacía demasiados honores al dirigirme a vos, y está claro que todavía no sabéis de qué manera hay que tratar a las mujeres de mi calidad.” Vicente no respondió más que con un silencio del que ni siquiera las injurias pudieron sacarle. En caso semejante añadía algo, eran estas simples palabras: “Señora, nuestras reglas y mi conciencia no me permiten obedeceros en eso; por eso os suplico muy humildemente que me excuséis.” O bien era un argumento personal que él oponía al solicitante, como aquel de una corte soberana quien, habiéndose encontrado en la calle con él, quiso mezclarle en sus intereses: a la amistad fingida y a la cólera, a las caricias y a las injurias, se contentó con responder: “Señor, vos tratáis como yo creo de desempeñar dignamente vuestro cargo, y yo debo hacerlo con el mío.” A veces él asustaba y hacía huir a los importunos con un acto inesperado de profunda humildad. Maltratado públicamente a la puerta de San Lázaro por un señor a cuyo hijo se negaba a recomendar: “Vos

⁷⁰⁵ *Sum.*, p. 125.

tenéis razón, Señor, le dijo, echándose a sus pies, yo soy un miserable y un pecador.” Y el señor sin más se metió en su carroza. Pero no pudo librarse tan fácilmente del humilde sacerdote, que se levantó rápidamente, corrió tras él y no paró hasta hacerle una profunda reverencia.

Cuando no era por la humildad era por la caridad como se vengaba. La reina acababa de castigar con el exilio a un señor que la había ultrajado: “No, Señora, eso no será cierto, exclamó al punto el santo sacerdote; y yo no pondré los pies en el consejo mientras este señor no disfrute vuestros favores⁷⁰⁶.”

Su apuro era mayor cuando llegaban a él de parte de la reina. Un joven de calidad había pedido a ésta una abadía; la consiguió con la condición de que Vicente no se opusiera a ello. Vino pues a San Lázaro con su instructor. Se comenzó por las finezas de costumbre, por los agradecimientos anticipados de toda la familia, por un largo despliegue de las cualidades presentes y futuras del pretendiente, todo lo que probaba más el deseo del beneficio que el mérito requerido. A este cuadro, Vicente, informado de antemano, opuso modestamente un cuadro de colores totalmente contrarios, y concluyó con una negativa que expresó en sus términos acostumbrados: “Os ruego pues, Señor, que no llevéis a mal que yo no consienta en una cosa de la que Dios me pedirá cuenta.” A estas palabras, el mentor se levanta furioso y se va hacia el santo con el puño cerrado y vomitando una injuria tras otra; después, viendo que no le podía siquiera hacer perder su tranquilidad, salió, pero acompañado de Vicente quien, con toda educación recondujo al maestro y al discípulo hasta su carroza⁷⁰⁷.

¿Qué hacer, cuando Mazarino, ya todopoderoso, y no aconsejándose más que de su política, nombraba por sí solo a las prelaturas, y no proponía ya más que ratificación del hecho consumado?

Una vez, hallándose la corte fuera de París, escribió a Vicente: “Señor, estas líneas son para deciros el señor N. habiendo despachado aquí para pedir a la reina para su señor hijo el obispado de N. que está vacante hace unos días, ella se lo ha concedido con tanta mejor gana dadas las cualidades requeridas que posee para que se le otorgue, que Su Majestad se ha complacido en encontrar una ocasión tan favorable de agradecer en la persona del hijo los servicios del padre y el celo que manifiesta por el bien del Estado. La reina me ha prometido escribiros en persona, y yo lo he querido hacer adelantándome, con el fin de que os toméis el trabajo de verle y de deis las instrucciones y las luces que juzguéis que le son necesarias para desempeñar esta función...”

Pues bien, Vicente conocía la indignidad del sujeto. Sin duda, ni delante de Dios ni delante de los hombres, no era responsable de un nombramiento en el que no había participado de ninguna forma, y podía, sin comprometer más su conciencia, seguir pasivamente las instrucciones de Mazarino. Pero y el honor y el bien de la Iglesia, y las necesidades de una gran diócesis abandonada por mucho tiempo por los obispos anteriores, y que iba a caer en manos tan incapaces! Con el dolor en el alma, el hombre de Dios volvía los ojos hacia todas partes. Todo camino de recurso le estaba cerrado por parte de la regente quien, urgida por Mazarino, y con el fin de que no se pudiera volver sobre el asunto, había hecho expedir al punto la patente de nombramiento. Conseguir una renuncia de los propios interesados, tal era el único recurso que quedaba,

⁷⁰⁶ Sum., 133, p, 216.

⁷⁰⁷ Sum., pp. 305 y ss.

pero ¡cuán quimérico! El santo quiso probar a pesar de todo. Se fue pues a ver al padre del obispo nombrado, un antiguo amigo y, oponiendo con franqueza delante de él las virtudes requeridas para el episcopado a la penuria en que se hallaba su hijo, concluyó de estas premisas: “Estáis obligado a devolver a la corte la patente que habéis recibido, si no queréis exponeros, con vuestro hijo y tal vez toda vuestra familia, a la indignación de Dios.”

El padre había escuchado con toda la atención que le pedía su propia piedad y la estima que tenía del santo hombre, pero estas últimas palabras le cayeron como un rayo. Aterrado, pidió gracia por unos días y prometió reflexionar. Cuando el santo regresó a su casa, fue recibido con estas palabras: “Oh Señor, Señor Vicente, qué malas noches me habéis hecho pasar!” Pero el estado de su casa y de sus asuntos, su edad avanzada, el número de sus hijos, la necesidad que tenía de mirar por ellos antes de morir; ay, tantas razones humanas que le habían asustado tanto. Además, ¿no podía su hijo tomar consigo a virtuosos y sabios eclesiásticos que le ayudarían a realizar su cargo? En una palabra, era imposible perder una ocasión semejante de colocarle.

Vicente no tenía ya más que dejar actuar a la Providencia y Ella actuó terriblemente: poco tiempo después de su consagración, moría el novel, dejando al padre el dolor de su pérdida que añadir al remordimiento de haber favorecido a su elevación contra las reglas de la Iglesia. Un último rasgo, el más impresionante de todos, muy bien contado por Maury en una nota de su panegírico de san Vicente de Paúl, según unos papeles, hoy perdidos, de los archivos de San Lázaro.

La sede episcopal de Poitiers estaba vacante. La duquesa de N..., dama del palacio de la reina, deseó obtenerle para su hijo. Persuadida con razón de que Vicente no estaría conforme con ella, se lo pidió directamente a la regente, diciéndole que la renta era muy poco considerable, pero que era un establecimiento de conveniencia para su familia, cuyas principales tierras estaban Poitou. Ana de Austria se lo prometió, y la encargó que advirtiese de su parte a Vicente que ella le esperaba al día siguiente, a la hora ordinaria para firmar el nombramiento.

La duquesa se dirigió a San Lázaro y, para evitar toda explicación, fingió tener mucha prisa y significó la orden de la reina de la forma más lacónica y más absoluta. Inútilmente trató Vicente de Paúl trató de retenerla, y la suplicó que le concediera unos momentos de charla sobre el asunto de su visita. Ella no quiso escuchar nada, repitiendo que no podía añadir nada a las órdenes de Su Majestad. Al día siguiente, Vicente se presentó en la corte, con un rollo de papel en la mano: “Ah, le dijo la reina, es el nombramiento al obispado de Poitiers lo que me traéis para firmar?” Y ella tomó el papel; estaba en blanco. “Cómo! replicó la regente extrañada, ¿no habéis redactado el nombramiento? – Perdonadme, Señora, respondió modestamente el santo; su Vuestra Majestad está determinada a esta elección, yo la suplico que escriba ella misma su voluntad, a la que yo no puedo, en conciencia, quitarle ninguna parte. –Cómo lo siento, Señor Vicente, no haberos hablado antes de tomar la primera decisión. Pero dicen que el sujeto es edificante, aunque limitado, y suficiente para la plaza; el nombre me ha decidido; he tomado la petición por la palabra, por miedo a que la familia se volviera atrás y no quisiera ya contentarse con una renta tan baja; también esperaba veros tan contento como yo misma por haberlo hecho tan barato.”

Ante estas palabras que no anunciaban una resolución irrevocable, Vicente respiró, ya que se podía felicitar porque aclarando la religión de la reina, él llegaría a salvar el honor del episcopado. Respondió pues con respeto, moderación y deferencia: “Es cierto, Señora, que, humanamente hablando, una petición semejante debería parecer modesta a Vuestra Majestad y que, cuando el Sr. abate tenga una conducta digna de su nacimiento y de su estado podrá pretender a las primeras sedes del reino; pero, desgraciadamente, no parece haber llegado todavía allí.” Después de superar así el obstáculo que su caridad hacía a su religión, él prosiguió: “Ayer quise someter algunas observaciones respetuosas a la señora duquesa de N..., con la esperanza de obtener de su piedad el desistimiento de una solicitud tan peligrosa para su alma; pero por no haberle podido hacer escuchar la verdad, es un deber sagrado para mí decirla, con mucho pesar, pero sin tapujos, a Vuestra Majestad misma, con el doble interés de su salvación y de su gloria.

–Veo claramente que me ha sorprendido, dijo dolorosamente la reina; pero he dado mi palabra, y no sois vos quien me aconsejaríais faltar a ella.

–Señora, según todas las reglas de la moral, la reserva de la revocación, es no sólo derecho, sino de deber contra toda promesa arrancada sobre un falso informe, y más todavía cuando no se puede cumplirla sin culpa.

-Un crimen! Señor, es entonces un crimen lo que yo he prometido?

- No, ciertamente, Señora, Vuestra Majestad, no ha querido ni creído prometer un crimen; ella no lo ha prometido, por consiguiente. Pero cometería realmente un crimen, y un crimen muy grande, si ella sacrificara a toda una diócesis a escrúpulos exagerados, y yo creo en mi alma y conciencia que tal es en este momento la situación en que ahora se encuentra.”

Y, llevado más lejos en su celo, alentado por las disposiciones en que veía a la reina, le desveló valientemente la verdad completa:

-“Este abate, Señora, de quien se os propuesto que hagáis un obispo, se pasa la vida en las tabernas; se le ve sumergido habitualmente en una tal crápula que se le encuentra casi todas las noches borracho perdido, en las esquinas de las calles, no recordando siquiera su nombre; su familia no ignora su conducta; ella quiere con razón alejarlo de París: pero no es precisamente una sede episcopal a

donde hay que asignarlo como retiro.

-Retiro mi palabra, interrumpió la reina asustada, y nombro para el obispado de Poitiers al sujeto que me designéis vos mismo. Pero, de lo tratado, iréis a hacerme la paz con la duquesa de N... y, contándole nuestra conversación, le quitaréis la idea no sólo de quejarse, sino de no hablar nunca de lo sucedido.”

Comisión fastidiosa! Nada importa, no teniendo ya nada que temer más que por él, Vicente se dirigió alegremente al hotel de la duquesa. Dejó en la antecámara al hermano que le acompañaba siempre, y penetró en el salón donde fue recibido con gran alborozo, como el obispado mismo. “¿Vos venís de casa de la reina? le preguntó la duquesa.

-Sí, Señora, acabo de dejar a Su Majestad, y vengo por orden suya a someteros algunas observaciones que no tuve la suerte de poder haceros escuchar ayer.” Y él relató su conferencia con la reina. “Por vuestra salvación eterna, Señora, dijo sin más, no vayáis por un hijo así a imponeros la responsabilidad inseparable de la petición de un obispado. Aprovechaos más bien de esta circunstancia para hacerle entrar en el deber. –Perdonad, Señora, que os hable con esta libertad. La reina se siente afligida por el dolor que ella

os causa; pero vos no querríais que, por contentaros, ella sacrificara su alma. Cuenta con vuestra religión; no duda de que, reflexionándolo, vos le estéis agradecida en unos días, como vos lo haréis por toda una eternidad, por haberos retirado su palabra.”

A estas palabras, la duquesa, quien, desde hacía rato no se podía contener más, se levanta y abrumba a Vicente con sus ultrajes y su furor. Y, no sintiéndose bastante vengada, agarra un taburete y se lo arroja a la cabeza, y le produce en la frente una herida de la que brota la sangre en abundancia. Vicente, inmóvil mientras rugía la tormenta, rueda casi por los suelos a causa del golpe. Se retira sin quejarse, cubriéndose con su pañuelo la cara ensangrentada. Por el ruido que había oído y esta vista, el hermano lo adivinó todo. Fuera de sí de indignación, exclamó que no se trataría impunemente así a su padre, a un sacerdote, a un ministro del rey, y se lanzó hacia el apartamento. Vicente se le puso delante: “Usted no tiene nada que ver en esto, hermano; por aquí, vámonos.” Y se lo llevó. “¿No es algo admirable, añadió sonriendo, ver hasta dónde llega la ternura de una madre por su hijo!” Y ésa fue toda su venganza- Quedaba poner a cubierto su humildad. Una vez en la carroza, hizo prometer al hermano el secreto más absoluto, sobre la causa de la herida que no se podía ocultar, y dejó creer en San Lázaro que provenía de una caída. A este precio se mereció Vicente de Paúl el testimonio que le tributó Fléchier cuarenta y cinco años después de su muerte: “A él debe el clero de Francia su esplendor y su gloria”; y el testimonio más honroso todavía del papa Clemente XII, en la bula de canonización: “Cuando unos nobles le recomendaban sus hijos, y le pedían con súplicas o con amenazas, desdeñó sus ofrecimientos como pisoteó sus amenazas. Nunca esta alma justa y robusta quiso, con detrimento de la herencia de Cristo y a expensas de la cruz, hacerse amigos poderosos, o conjurar por miedo los males con que le amenazaban sus enemigos.”

V. *Servicios hechos al episcopado*- Estos obispos a cuya promoción había contribuido Vicente, estas abadías que él había provisto dignamente, él continuaba prestando toda clase de servicios.

Independientemente de su amor general por la Iglesia, su respeto afectuoso por el episcopado constituían para él un deber de poner a su disposición su persona, a sus sacerdotes y su crédito. En ellos no veía ni a hombres quienes, en su mayor parte, le debían su dignidad, ni los defectos que habrían podido alguna vez velarle su sagrado carácter; él veía tan sólo el poder y la majestad de Dios de quien eran representantes. Cuanta más gratitud y confianza le mostraban, más se rebajaba él delante de ellos. Si iban a verle, se echaba a sus pies, y no les quería hablar más que de rodillas, y había que emplear la violencia para ponerle en pie. Más celoso por los asuntos de ellos que por los suyos propios, seguía sus intereses en la corte, en el parlamento, en todas partes; no se cansaba de recomendarlos a la reina, al cardenal, al canciller, a los magistrados como crédito; nada le detenías cuando ellos le encomendaban, ni la edad ni las enfermedades, ni las estaciones ni los negocios; como el siervo del Evangelio, iba y venía, según le decían que fuera o viniera. Se esforzaba por establecer la paz en sus diócesis, interviniendo entre ellos y su clero, haciendo someterse a los grandes y a los pueblos y a obedecer a su autoridad. Él los felicitaba en sus gozos, los consolaba en sus penas. Con tanto respeto como hábil prudencia, él ejercitaba su celo o lo llevaba a más

moderación: “Es verdad, Monseñor, escribía entonces, que yo he deseado vuestra moderación, pero es para que vuestro trabajo dure, y que el exceso en que os halláis continuamente no prive tan pronto a vuestra diócesis y a toda la Iglesia de los bienes incomparables que vosotros les dais. Si este deseo no está conforme al movimiento que os inspira vuestro celo, yo no me sorprendo, porque los sentimientos humanos en los que estoy me alejan demasiado de este estado eminente donde el amor de Dios os eleva. Yo soy todavía todo sensación, y vos estáis por encima de la naturaleza; y yo no tengo menos motivo de confundirme por mis defectos, que dar gracias a Dios, como lo hago, por las santas disposiciones que os da. Os suplico muy humildemente, Monseñor, que le pidáis para mí, no ya parecidos, sino una pequeña porción, o tan sólo las migajas que caen de vuestra mesa.”

Se dedicaba a encontrar dignos sucesores a aquellos a quienes la edad o las debilidades, las fatigas o la responsabilidad del episcopado los llevaban a dimitir de sus funciones. Algunas veces, sin embargo, los comprometía a quedarse en su puesto: “Vos no tenéis más dificultades en vuestro episcopado, Monseñor, de las que tenía san Pablo en el suyo, y con todo él ha aguantado el peso hasta la muerte; y ninguno de los apóstoles se despojó de su episcopado ni abandonó el ejercicio y las fatigas más que para ir a recibir la corona en el cielo. Yo sería un temerario, Monseñor, al proponeros sus ejemplos, si Dios que os ha elevado a su dignidad suprema, no os invitara él mismo a seguirlos, y si la libertad que me tomo no procediera del gran respeto y del incomparable afecto que Nuestro Señor me ha dado para con vuestra sagrada persona.” Otro obispo de sus amigos le había protestado varias veces que no abandonaría nunca a su esposa, es decir a su Iglesia por otra, tan bella y tan rica como pudiera ser; y, en señal de su fidelidad, le había mostrado su anillo pastoral diciendo: “*Oblivioni detur dextera mea, si non meminero tui* ¡Algún tiempo después, el obispo se dejó seducir por la oferta de un rico y grande arzobispado. Vicente se lo encuentra entonces accidentalmente: “Monseñor, le dijo después de las primeras cortesías y con los ojos fijos en su mano derecha, os ruego que os acordéis de vuestro anillo.” –“Ah, Señor Vicente, respondió riéndose el obispo, me habéis pillado!”

Se ve con qué mezcla de respeto, de destreza, y a veces de gracia, sabías dar a los obispos un consejo. Uno de ellos estaba en proceso con su clero. Vicente no pedía otra cosa que ayudarle, pero él lo habría hecho por vía de arreglo, y el obispo se negaba a prestarse a ello; de suerte que esta impresión entró mucho antes en los espíritus. En cuanto a mí, yo admiro a Nuestro Señor Jesucristo que desaprobó los procesos, y no obstante quiso tener uno y perderlo. No dudo, Monseñor, que si tenéis algunos, no es por otra cosa que la de sostener y defender su causa, y de ahí viene que conservéis una gran paz interior entre todas las contradicciones del exterior, porque vos no miráis más que a Dios, , y no al mundo; buscáis solamente agradar a su divina Majestad, sin cuidaros de lo que digan los hombres; por lo cual doy gracias a la divina bondad, puesto que es una gracia que no se encuentra más que en las almas que le están estrechamente unidas. Pero yo os debo decir también, Monseñor, que esta fastidiosa opinión del consejo podrá perjudicaros en el momento presente, y evitar que se os conceda lo que pedís.”

Se confundía en excusas cuando se veía en la imposibilidad de prestar a los obispos algún buen oficio, y en humildad cuando ellos le consultaban. “Siento gran vergüenza, Monseñor, escribía él en estos encuentros, cada vez que leo

la última carta que me habéis hecho el honor de escribirme, e incluso todas las veces que pienso en ella, viendo hasta qué punto se rebaja vuestra ilustrísima ante un pobre porquerizo de nacimiento y un miserable anciano lleno de pecados.” O también: “Ay, Monseñor, ¿qué hacéis, al comunicar tantos asuntos importantes a un pobre ignorante como yo, abominable ante Dios y ante los hombres por los innumerables pecados de mi vida pasada y tantas miserias presentes, que me hacen indigno del honor que vuestra humildad me hace, y que, ciertamente, me obligaría a callarme, si vos no me mandarais hablar?”

Se esforzó en proscribir del episcopado todo cuanto podía perturbar la paz. La diócesis de Saint-Pol-de-Léon, en Bretaña, dio un ejercicio particular a su celo. René de Rieux, que era su obispo, se había visto implicado en el proceso de los que, después de favorecer la evasión de la reina madre María de Médicis, la habían seguido a Bruselas. En efecto, mientras que la reina se escapaba de Compiègne, el obispo se hallaba, con el joven de Vardes, en Capelle, por donde debía pasar. Pero, por orden de Richelieu, el marqués de Vardes padre los había expulsado de allí, y la reina había tenido que, en lugar de detenerse en Capelle, ir directamente a Avesnes, por donde había atravesado la frontera. Comprometido en Francia, el obispo de Léon había permanecido largo tiempo en el extranjero sin consentimiento del rey. Se le hizo un proceso, y fue depuesto, el 31 de mayo de 1635, por cuatro obispos a quienes había nombrado la Santa Sede para examinar este asunto. Tras una larga vacante, Robert Cupif ocupó su lugar en 1639. Al cabo de unos años, en 1645, era repuesto a petición del clero de Francia, reunido en asamblea general en París. Pero Robert Cupif, que había hecho mucho bien en la diócesis de Léon, había sido colocado allí por el concurso de los dos poderes, y además no había sido ni depuesto ni prohibido, creyó y se esforzó en probar que la sentencia que restablecía a su competidor no podía perjudicar sus derechos, y que René de Rieux no debía sacar ventajas más que en caso de sobrevivirle: el consejo de Estado del rey produjo un decreto favorable a sus pretensiones. René de Rieux no se resignó a ello. Sostenido por una buena parte del clero que acababa de hacer cesar por nuevos comisarios del papa la sentencia dictada contra él, empleó todas las armas para reconquistar su sede. Por su parte, Robert Cupif recurrió a medios parecidos de defensa. Las memorias, las contrarréplicas de las dos partes se cruzaron con las Mazarinadas y demás libelos de la Fronde. Era un escándalo religioso en medio de las turbulencias políticas. Vicente lo lamentaba, lo llevaba sin cesar al consejo. Por fin lo consiguió. Se propuso a Robert Cupif para el obispado de Dôle, que aceptó, y René de Rieux entró en pacífica posesión de su diócesis.

El mismo año (1648) que Vicente ponía fin a este escándalo, se preparaba para otro. Después de la toma de La Rochelle, se pensaba transferir allí la sede episcopal de Maillezais. Era el medio de volver la fe y la piedad católica a esta ciudad durante tanto tiempo asolada por la herejía. Luis XII murió antes de realizar este proyecto, cuya ejecución estaba reservada a la regencia de Ana de Austria y a los consejos de Vicente. Se procedió con prudencia en esta asunto tan delicado. Enrique de Béthune, obispo de Maillezais, fue primero nombrado al arzobispado de Burdeos, y allí fue reemplazado por Jacques Raoul, obispo de Saintes, de quien dependía entonces La Rochelle. Era un encaminamiento. En efecto, al cabo de quince meses, Jacques Raoul fue trasferido a La Rochelle, donde realizó todas las esperanzas que Vicente de Paúl había concebido de su capacidad y de su virtud. Quedaba por enfrentarse

a las contestaciones que habrían podido nacer entre los obispos de La Rochelle y los de Saintes, cuya diócesis quedaba desmembrada por el establecimiento de este nuevo obispado. Vicente buscó pues para Saintes a un obispo amigo de la paz y de la justicia, que creyó encontrar en Louis de Bassompierre. Efectivamente, los dos obispos entraron en contacto en Maillezais y, por una transacción homologada en el parlamento, ahogaron en germen toda disensión.

De todos los obispos, aquellos a quienes Vicente, tan celoso con el error, era el más dispuesto a prestar servicio, eran aquellos cuyo ministerio debía realizarse en medio de la herejía. Se oponía a volver a los límites que les habían señalado los edictos. Se enteraba de que querían reunirse y tener sus prédicas en los lugares prohibidos, recurría enseguida al rey, al canciller y los rechazaba hasta sus ciudades de tolerancia...

Con mayor razón les cerraba la entrada de las funciones públicas que querían invadir. Para dar al partido crédito y autoridad en varias ciudades del reino, un buen número de ellos, ricos y poderosos, compraban allí cargos muy por encima de su valor y, a fuerza de dinero también, luego de súplicas y de intrigas, tomaban posesión contra todas las disposiciones de la ley. Informado por los obispos, Vicente llevaba enseguida sus reclamaciones al pie del trono y, juntando a su autoridad la de las ordenanzas, de los últimos ruegos de Luis XIII, obtenía de la regente negativa de conformidad, y mandaba escribir de parte del rey a los intendentes de las provincias que debieran contener a los religionarios en los límites de las leyes.

En cuanto dependía de él, les cerraba también las familias católicas, donde buscaban introducirse por matrimonios obtenidos por medios de conversiones fingidas; y siempre que la justicia se lo permitía, no descuidaba nada para hacerles fracasar en sus procesos y sus diferendos con los católicos.

¿Qué no hizo para detener el desorden de los llamamientos como de abusos que, introducidos primitivamente para mantener en su vigor la observancia de la disciplina eclesiástica y la pureza de los santos cánones, no servían ya más que para favorecer la intriga y la corrupción de los malos sacerdotes y la intromisión de la autoridad civil en las causas totalmente espirituales? Condenados justamente por los obispos, los sacerdotes culpables lograban con demasiada frecuencia hacer anular su sentencia mediante las cortes seculares y detener contra ellos todo procedimiento. Más aún, los roles se invertían a veces y, de acusadores legítimos los obispos se veían, a petición de eclesiásticos escandalosos, acusados a su vez y condenados por los parlamentos.

Vicente conversaba sobre estos desórdenes con los magistrados católicos, señaladamente con Mathieu Molé, procurador general, luego primer presidente del Parlamento de París. “Es verdad, le respondía Molé, que cuando los obispos o los oficiales faltan a las formalidades que des son prescritas por la administración de la justicia eclesiástica, la corte es exacta en corregir sus abusos; pero cuando ellos las observan bien, ella no emprende nada contra su proceder. Así sabemos que el Sr. oficial de París es hábil en su cargo, y que no hay nada que contestar en sus juicios. Por eso cuando nos traen llamamientos como de abusos de las sentencias por él dictadas, no recibimos ninguno; y nosotros usaríamos igualmente con todos los demás si se comportaran del mismo modo.” Vicente transmitía esta respuesta a los obispos que se quejaban a él, y les expresaba que, para el golpe que estas clases de llamadas

producían a la disciplina había que establecer un buen orden en sus cortes eclesiásticas, y no situar en ellas más que a oficiales virtuosos, sabios en uno y otro derecho, igualmente inflexibles y experimentados en la administración de la justicia, y atentos con escrupulosidad a la observancia de las formalidades en uso del reino.

Pero, con Vicente de Paúl la justicia no causaba nunca ningún daño a la misericordia. Así quería que se emplearan las censuras con exactitud. Luis Abelly, su futuro historiador, entonces oficial de Bayona, le consultó, por parte de Francisco Fouquet, obispo de esta ciudad antes de ser arzobispo de Narbona, sobre la conducta que se debía observar a propósito de los religiosos infieles a su voto de pobreza. ¿Había que limitarles todos los poderes, prohibirles el derecho de cuestación, imponerles incluso excomuniación en caso de contumacia?

“Ay, Señor, le respondió Vicente, confundís al hijo de un pobre labrador, que ha cuidado las ovejas y los puercos, que sigue en la ignorancia y en el vicio al pedirle sus consejos! Os obedeceré no obstante con el sentimiento de ese pobre asno que en otro tiempo habló por la obediencia que debía a quien le mandaba, a condición que, como no se hace caso de lo que dicen los locos, por lo que ellos le dicen, que también Monseñor, no tendréis ninguna atención a lo que yo diga, sino en cuanto que mi dicho Señor lo encuentre relacionado con sus mejores consejos y con los vuestros.”

Después de este comienzo ordinario, abre el suyo: “En general, dijo, hay que tratar con los religiosos relajados como Jesucristo trató con los pecadores de su tiempo. Un obispo y un sacerdote, obligados como tales a ser más perfectos que un religioso, considerado puramente como religioso, deben, durante un tiempo considerable, no obrar más que por el camino del buen ejemplo, y acordarse de que el Hijo de Dios no siguió otro durante treinta años. Es necesario, después de esto, hablar primero con caridad y mansedumbre, después con fuerza y firmeza, sin no obstante emplear todavía ni de entredicho ni de suspensión, ni de excomuniación, censuras terribles que el Salvador no empleó nunca..

Creo, Señor, que lo que os digo os parecerá rudo; pero ¿qué queréis? Yo tengo tan grandes sentimientos de las verdades que Nuestro Señor nos ha enseñado de palabra y con el ejemplo, que no puedo menos de ver que todo lo que se hace según eso resulta perfectamente bien, y las prácticas contrarias, todo lo contrario. –Sí, pero ellos despreciarán a un prelado que las use de esa manera. –Es cierto, y es preciso para honrar la vida del Hijo de Dios en todos sus estados por nuestras personas, como lo hacemos por nuestras condiciones, Pero es cierto también que después de sufrir por algún tiempo, y tanto como Nuestro Señor disponga y con Nuestro Señor, hace que hagamos más bien en tres años de vida de lo que haríamos en treinta. Pero ¿qué digo? Seguro, no creo que se pueda hacer de otra manera. Se harán muchos reglamentos, se usará de las censuras, se privará de confesar, de predicar, de pedir; pero con todo ello no habrá enmienda nunca, y nunca se extenderá el imperio de Jesucristo ni se conservará en las almas con ello. Dios armó en otro tiempo el cielo y la tierra contra el hombre; ay, ¿qué pasó? Bueno, ¿no ha tenido finalmente que rebajarse y humillarse ante el hombre para hacerle aceptar el yugo dulce de su imperio y de su conducta? Y lo que un Dios no ha podido hacer con su omnipotencia, ¿cómo lo hará un prelado con la suya? Según eso, estimo que Monseñor tiene razón de no fulminar excomuniación

contra estos religiosos propietarios, ni siquiera impedir tan pronto a los que él ha examinado y aprobado una vez para ir a predicar el Adviento y la Cuaresma en parroquias del campo donde no existe estación designada. Qu si alguno abusa del ministerio vuestra sabia conducta sabrá darle buen remedio⁷⁰⁸.”

VI. *Servicios prestados a las órdenes religiosas.* Se ve la caritativa indulgencia del santo por las órdenes religiosas; pero esta indulgencia no degeneró nunca en debilidad, como lo va a probar la parte que él tomó en todas las reformas. Muy temprano comenzó a hacer bien a los religiosos. En 1621, Francisco de Maïda, superior general de los Mínimos, más tarde obispo de Lavello, le otorgó cartas de asociación portadoras en sustancia que en consideración de su insigne piedad y de los servicios que ha hecho a los hijos de san Francisco de Paula, le hace partícipe de las oraciones, de los sacrificios, de los ayunos, de las indulgencias y de todas las buenas obras que se hacen y se harán perpetuamente en toda la extensión de su orden; y eso, para unir cada vez más, por la comunión de las mismas gracias a los que la divina caridad ha unido ya estrechamente.

Hemos visto cómo ayudó al comendador Sillery en la reforma de las casas y de las tierras de la orden de Malta, con sus consejos, sus Misiones y un proyecto de seminario. Los caballeros de Malta le testimoniaron su gratitud. El 7 de setiembre de 1637, el gran Maestre Paul Lascaris, salido de los cuentos de Vintimille y de los emperadores de Constantinopla, le escribió: “Señor, me han comunicado que el venerable bailli de Sillery os había elegido para ayudarle a hacer la vista de las iglesias y parroquias que dependen del gran priorato; en lo que ya habéis comenzado a emplear útilmente vuestros cuidados y vuestras fatigas; lo que me invita a daros por estas líneas mis más afectuosos agradecimientos y a pedir os vuestra continuación, ya que ella no tiene otro objeto que el de adelantar la gloria de Dios, y el honor y la reputación de esta orden. Suplico de todo corazón a la de Dios que quiera recompensar vuestro celo y vuestra caridad con sus gracias y sus bendiciones.”

Pero fue principalmente en el *tiempo* de de su crédito en el consejo de conciencia cuando se mostró el protector de las órdenes religiosas. De todas las comunidades de Francia, ninguna, ha dicho su primer historiador, a la que no haya prestado servicios bien generales bien particulares. En la colección de las cartas dirigidas al papa Clemente XI con vistas a su canonización, hay muchas de superiores de órdenes, de abades, de comunidades, etc., las cuales todas dan testimonio del concurso que prestó al cardenal de la Rochefoucault para las reformas de las que había sido encargado por la Santa Sede. El cardenal le llamaba *su brazo derecho* y cuando hablaba de él y de Dom Grégoire Tarrisse, decía: *Mis dos santos*. Él le conjuraba en nombre de dios y de la Iglesia a moderar sus mortificaciones, y tenía costumbre de repetir: “Si se quiere encontrar la verdadera humildad, hay que buscarla en el Sr. Vicente.”

Se entiende pues que el cardenal le haya forzado a quedarse en el consejo de conciencia, donde podía serle a él mismo de una gran ayuda. También, Juan de Montenas, cura de Santa Genoveva, y los canónigos regulares de su

⁷⁰⁸ El original de esta carta fue enviado a Cosme III, gran duque de Toscana, el 20 de enero de 1704, por Watel, quinto superior general de la Misión, con el báculo del santo, un lienzo teñido con su sangre y algunos de sus pequeños retratos en papel. El duque respondió de Pisa, el 9 de febrero siguiente, que él conservaría estos objetos como lo más precioso de su palacio y que él trabajaría por lograr la beatificación por la que se estaba por entonces en oración (*Sum.*, 87).

Congregación; Henri de La Marche, sacerdote de Grandmont; Arnould Simon y Jean Charton, sacerdotes de Bonfay y de Rangeval, de la orden Premonstratense, reconocían en sus cartas del 18 de mayo, 24 de junio y 29 de setiembre de 1706, que sus órdenes le deben, entre otros servicios, el restablecimiento de la disciplina. “Mientras que, dicen los sacerdotes Premonstratenses, el hombre enemigo oponía numerosos y graves obstáculos a la reforma de la orden prescrita por las cartas de los soberanos pontífices, siguiendo los decretos del concilio de Trento, y a su difusión en los monasterios de Francia, el venerable siervo de Dios, con sus consejos, con sus cuidados, con el crédito que le acompañaba ante los reyes cristianísimos de su tiempo, se mostró un ayuda y un defensor tan poderoso que a él debe referirse la ejecución de las cartas pontificias.” En efecto, algunas de estas reformas fueron tan denostadas que a juzgar por las reclamaciones y los movimientos de sus adversarios, se habría creído que se trataba de revoluciones encaminadas a la caída de la Iglesia y del Estado. Los grandes, los príncipes, cantidad de personas de autoridad y de nacimiento, lo ponían todo en juego con el fin de oponerse como se de un atentado criminal se tratara; y el humilde Vicente tenía que combatir, aparte de las malas pasiones, a todos los poderes del siglo. “Es muy necesario, le escribía en cierta ocasión un santo sacerdote, que Dios os dé una fuerza extraordinaria para una obra tan grande, a vos, digo, que defendéis la causa de Dios frente al poder del mundo. No podemos sino rogar a Dios y someternos a su Providencia y a vuestro celo, Señor, que sois nuestro único refugio en la tierra y el único apoyo de nuestra orden desolada.”

Los obispos, en cuyas diócesis se encontraban abadías reformadas, enviaron de Vicente al soberano pontífice Clemente XI un testimonio parecido. Así, Henri de Briquerville de la Lucerne, obispo de Cahors (10 de marzo de 1706), repitió en primer lugar que Alain de Solminihac, uno de sus predecesores más santos, no hizo nunca nada importante sin consultarle, que acudiera a él para la elección de un digno coadjutor; luego añadió que fue Vicente también quien le ayudó a restablecer la antigua disciplina en los monasterios de la diócesis de Cahors, y quien le sostuvo en Roma y en Francia en la reforma de la orden de los canónigos regulares de Chancellade, de la que era abad y primer superior⁷⁰⁹.

Vicente apoyó asimismo las reformas de las órdenes de San Antonio y de San Bernardo, y según información de Dom Simón Rougis (11 de abril de 1706), ayudó a su amigo Dom Grégoire Tarrisse a reformar la orden de San Benito y la Congregación de Saint-Maur.

Fue sobre todo el consejo y la guía de Charles Frémont, el reformador de Grandmont. En 1640, Frémont, llegado a París para sus estudios teológicos, había ido a ver a Vicente de Paúl para consultarle sobre estos proyectos de reforma. El santo le introdujo en su habitación, le hizo sentarse y le escuchó. Pero no bien había escuchado sus primeras palabras, cuando se puso de rodillas y le dijo: “Qué, a un hijo de labrador, a un pastor de cerdos venís a pedir consejo!” Sorprendido y confuso, Frémont quiso ponerse de rodillas también delante de este anciano; pero Vicente no se los permitió, y siguió prosternado hasta recibir su bendición. —Por lo demás, es lo que hacía con todos los religiosos. A fuerza de humildad y de perseverancia, les arrancaba

⁷⁰⁹ Véase en esto una carta de san Vicente al obispo de Cahors del 30 de julio de 1647.

siempre su bendición. “He advertido, decía él, que todo me sale bien los días que algunos de estos siervos de Dios ha consentido en bendecirme.”

Después de recibir los consejos de Vicente, Frémont pidió que se le entregara una casa de su orden para restablecer en ella la antigua observancia. El cardenal de Richelieu que vivía aún apoyó su reclamación y, tras varias negativas, Frémont obtuvo el priorato de Époisses, en Borgoña; allí se retiró y fue seguido por algunos religiosos y hombres de todo estado a los que atraía el ejemplo de su vida penitente. Pronto entró en posesión del priorato de Lodève, en Languedoc, y los habitantes de Thiers, en Auvergne, le dieron un monasterio que habían hecho construir en su ciudad en honor de su compatriota san Esteban, fundador de la orden de Grandmont.

Por este tiempo, Vicente de Paúl era jefe del consejo de conciencia. Convocó en San Lázaro una asamblea de todos los superiores de la orden para publicar las bases de la reforma: y como Frémont era siempre el alma y el dinero de este grande empresa, mandó escribir de parte del rey en su favor a Georges de Barri, superior general de Guandmont. Escribió él mismo, el 24 de enero de 1652, enviando la carta del rey:

“Mi reverendísimo Padre, la razón por la que Su Majestad escribe a Vuestra Reverencia, es que así se resolvió en el consejo de los asuntos eclesiásticos, cuando habiendo vacado un priorato de vuestra orden en la diócesis de Lodève, se consideró a uno de vuestros buenos religiosos, llamado el Padre Frémont, para una pensión, de establecer allí la antigua regularidad, como lo ha hecho en alguna otra de vuestras casas, la cual pensión pasaría de él a sus sucesores, en la observancia de esta regla; de lo cual habiendo informado a la reina, Su Majestad manifestó una gran alegría, y nos pidió firmeza en la expedición. Hay lugar a esperar que el buen Dios quiere servirse vos, mi reverendo Padre, para reformar una orden tan santa como la vuestra, que ha sido muy célebre en la Iglesia, y en bendición para este reino, ya que bajo vuestro gobierno comienza a tomar el mismo que despidió en el primer estilo de vida, cuyo restablecimiento desea la gente de bien. El rey quiere contribuir; y tal parece ser el plan de Dios, que os ha dado a este religioso como un instrumento muy idóneo, del que Vuestra Reverencia se puede servir, de lo que sacará mucha utilidad si le place darle su vicariato, para regir las casas de Époisses, de Thiers y de Lodève con poder de recibir en ellas a novicios y profesos en la dicha antigua observancia, todo bajo vuestra autoridad y santa dirección. No dudo que Vuestra Reverencia responda a las intenciones de Su Majestad en cosa tan razonable, que tiende a la gloria de Dios y al mantenimiento de un cuerpo cuya cabeza sois vos, y en el que influirá Nuestro Señor, por medio de vos y vuestros ministros, su espíritu religioso para reinar allí por los siglos que vendrán, y por este medio hacer recomendables a la posteridad vuestra persona y vuestro celo, además del mérito que Vuestra Reverencia tendrá ante Dios⁷¹⁰.” Esta carta tuvo su efecto: la reforma de Frémont se introdujo, no sólo en los tres prioratos de Époisses, de Thiers y de Lodève, sino en algunas otras casas; trazó él mismo las reglas, y ejerció durante treinta años en Thiers las funciones de superior con tanto celo y perseverancia como dulzura y caridad.

Con eso no se acaba la acción de Vicente en la reforma de las comunidades. Él impidió a la reina confirmar la elección de un religioso que se negaba a

⁷¹⁰ Proc. Inform., folio 1337 y siguientes.

introducirla en una abadía principal, y como el elegido estaba apoyado por muchas personas poderosas, rogó al obispo del lugar que viniera a París para apoyar su crédito. “Yo sé, le escribí, que a Su Majestad, que os estima mucho, le parecerá bien, y el Sr. ministro de justicia ha visto bien que yo os suplique, como lo hago muy humildemente, que venga lo antes posible por el amor de Dios. Tal vez depende de este momento la reforma de esta casa y de las de su filiación, y que Nuestro Señor quiere que el mérito de un éxito tan deseable, os sea imputado como a uno de los prelados del reino que más celo tiene por la gloria de su Iglesia.”

Se ganó para la reforma la protección de una princesa, cuyo hijo, muy joven, recientemente provisto de una abadía, se había interpuesto contra los reformadores por uno de los religiosos, que tenía sobre sus hermanos una influencia funesta.

A fuerza de caridad y de prudencia, restableció más de una vez la unión y la paz en las comunidades revueltas por las divisiones. Envió allí a comisarios de parte del rey para informarse del estado de las cosas y oír a las dos partes; rogaba a algunos prelados que asistieran a sus capítulos generales para procurar en ellos la libertad de los consejos y de los sufragios; y, según el informe de unos y de otros, hacía anular o confirmar las elecciones, obtenía del consejo las medidas propias para establecer el orden y la concordia. Él mismo actuaba directamente en estos encuentros por la invitación de los superiores, y más de una vez recibió de Roma cartas de generales de órdenes que le agradecían por su mediación saludable tanto ante el rey como ante sus religiosos, y le proclamaban su ángel tutelar, el ángel de la paz.

Cuál no era su alborozo cuando veía los monasterios volver a la regularidad de sus más hermosos días! Pero qué grande su dolor si la licencia continuaba prevaleciendo en ellos! Por lo menos apartaba a los religiosos que le consultaban de entrar en las abadías desregladas. “Yo no querría aconsejar a nadie, respondió a uno de ellos, entrar en la orden pretendida de N., a un religioso doctor y profesor de teología, y gran predicador, como vos lo sois, porque es un desorden y no una orden, un cuerpo que no tiene consistencia ni verdadera dirección, y en el que los miembros viven sin ninguna dependencia ni relación. Me encontré un día al Sr. ministro de justicia en su biblioteca, que estaba buscando el origen y progreso de esta orden en Francia, y que no encontraba ningún vestigio. En una palabra, no es más que una quimera de religión, que sirve de retiro a los religiosos libertinos y díscolos, que para sacudirse el yugo de la obediencia, se enrolan en esta religión imaginaria y viven en el desorden. Por eso yo estimo que tales personas no gozan de seguridad de conciencia, y pido a Nuestro Señor que os preserve de semejante ligereza.”

Así, no era sólo a las comunidades, también a los particulares, a quienes le gustaba a Vicente prestar sus buenos oficios. Todos le consultaban, fuera que quisiesen entrar en una religión, o bien salirse de ella para pasar a otra. Pocas veces, a no ser por el desorden en una comunidad, permitía el cambio. Por la carta siguiente se puede juzgar de las demás y también de las humildes y caritativas precauciones con ayuda de las cuales hacía pasar los reproches o los consejos severos: “He visto vuestra carta, reverendo Padre, con respeto, y de verdad con confusión, porque os dirigís al más sensual y al menos espiritual de los hombres, y reconocido como tal por todo el mundo. no dejaré sin embargo de deciros mis pequeños pensamientos sobre lo que me proponéis,

no a manera de consejo sino por la pura condescendencia que Nuestro Señor quiere que prestemos a nuestro prójimo. Me ha consolado ver los atractivos que sentís por las unión perfecta con Nuestro Señor; Vuestra fiel correspondencia con ello y las caricias que su divina bondad os ha regalado a menudo; las grandes dificultades y contradicciones que habéis encontrado en los diversos estados por los que habéis pasado, y por último el singular amor que sentís por esta gran maestra de la vida espiritual, santa Teresa.

“Pues bien, siendo todo eso verdad, pienso no obstante, mi reverendo Padre, que hay más seguridad para vos si continuáis en la vida común de vuestra santa orden y os sometéis por entero a la dirección de vuestro superior, que pasar a otra, aunque santa, 1º porque es una máxima que el religioso debe aspirar a animarse con el espíritu de su orden, pues de otra manera no tendría más que el hábito; y como vuestra santa orden es reconocida como la de las más perfectas de la Iglesia, tenéis una mayor obligación de perseverar en ella y de trabajar para recibir su espíritu, practicando las cosas que pueden hacer os entrar en él.; 2º es otra máxima que el espíritu de Nuestro Señor actúa dulce y suavemente, y el de la naturaleza y del maligno espíritu, por el contrario, áspera y amargamente; Ahora bien, parece, por todo lo que me decís, que vuestra manera de actuar es áspera y amarga, y que os hace apegaros con demasiada fuerza y atadura a vuestros sentimientos contra los de vuestros superiores, a lo que os lleva incluso vuestra complexión natural. Según eso, mi reverendo Padre, pienso que os debéis dar de nuevo a Nuestro Señor para renunciar a vuestro propio espíritu y para cumplir su santísima voluntad en el estado en que habéis sido llamado por su providencia.”

En este mismo sentido respondió a un religioso, doctor en teología quien, descontento de su religión, quería elevar quejas a Roma por su mediación: “Comparto, mi Reverendo Padre, vuestras penas, y pido a Nuestro Señor que os libre de ellas o que os dé la fuerza de sobrellevarlas. Como las sufrís por una buena causa, debéis consolaros por pertenecer al número de los bienaventurados que sufren por la justicia. Tened paciencia, mi reverendo Padre, y tomadla de Nuestro Señor que se complace en ejercitaros; él hará que la religión en la que os ha colocado, que es como una embarcación agitada, os llevará felizmente al puerto. No puedo encomendar a Dios, según vuestro deseo, el pensamiento que tenéis de pasar a otra orden, porque me parece que no es ésa su voluntad. Hay cruces en todas partes, y vuestra edad avanzada debe hacer os evitar las que encontraríais cambiando de estado. En cuanto a la ayuda que deseáis de mí para procurar el reglamento de que se trata, es un asunto peliagudo. Por eso os suplico muy humildemente que me dispenséis de mandar presentar en roma vuestras propuestas.”

La caridad de Vicente de Paúl se extendía a lo temporal como a lo espiritual de las comunidades religiosas. A él también se dirigían, y se empleaba en ello con afán, para percibir sus rentas sobre los dominios del rey, tan difíciles de recobrar sobre todo en tiempos de revueltas políticas. Se constituía en su abogado ante la reina y el cardenal; los protegía, en particular sobre las fronteras, contra las empresas de la gente de guerra, y las mantenía a todas en el disfrute de los dones y de los privilegios que se les habían otorgado en tiempos mejores.

De todos los puntos del mundo recurrían a él. Así, en 1658, un capuchino, llamado el P. Silvestre, vino del Monte Líbano a París, para encontrar allí auxilio contra las vejaciones que los cristianos maronitas tenían que sufrir de

los Turcos. Se trataba de deponer al gobernador del Líbano, hombre avaro y brutal, y el nombramiento de un hombre considerado en el país favorable a los cristianos. Para conseguirlo, decía él, no se necesitaban más que doce mil escudos y él acababa de pedirselos a la caridad de una ciudad también agotada.. Se dirigió naturalmente a Vicente de Paúl y le entregó una Memoria. A excepción de la prolijidad, el santo encontró la Memoria “muy bien hecha, afectuosa, como para inspirar sentimientos de compasión. Él mismo, que se conmovía por todas las necesidades, estaba deseoso de poder ayudar a un pueblo tan afecto a la Iglesia romana en el seno mismo de la infidelidad. Pero, objetó al P. Silvestre: “Los turcos son insaciables; cuanto más se les da, más piden; cuando los pobres cristianos han pagado un año, son más maltratados al año siguiente, porque sus tiranos se imaginan que lo que han dado una vez lo pueden dar siempre; además, no hay nada estable en los empleos que dependen del Gran Señor; en parte por las buenas, en parte por la fuerza, él depone con frecuencia a su visires, cuyo cambio va seguido casi siempre del de los ministros inferiores, sobre todo de los ministros moderados, tales como el que se propone para el Líbano; y así se corre una gran riesgo de hacer mucho gasto, y sacar escaso fruto. No os digo esto, mi reverendo Padre, añadió el santo, más que ya que vos me habéis deseado que os descubriera mis sentimientos; lo hago por someterlos por completo a los vuestros y no por dispensarme de serviros puesto que me gustaría contribuir con un dracma a vuestra piadosa empresa; y ello para nuestro consuelo, para la salvación de nuestros hermanos y por la gloria de nuestro común Maestro.”

En efecto, Vicente propuso el asunto a su Asamblea de damas, y lo hizo con tal interés, que el P Silvestre se llevaba en seguida de París letras de cambio por valor de doce mil escudos necesarios para ayudar a los cristianos de Asia.

Se ve con frecuencia en lo sucesivo su celo y su afecto por las comunidades, celo humilde y desinteresado que, en sus pensamientos, en sus palabras y en sus actos, se los hacía anteponer a los suyos. Recomendaba a sus sacerdotes y a sus Hijas de la Caridad estima y respeto a todas, sin nunca dejar abrir su espíritu a la envidia, a los celos ni a la rivalidad. “Hablad siempre de ellas, les decía con toda clase de testimonios de honor; aprobad abiertamente todo lo que hacen y no condenéis nada de su conducta; si creéis tener que quejaros, no habléis nunca de lo malo ni en el púlpito ni en conversación, no toméis nunca partido contra ellas, sino buscad la ocasión de servirles, y demostrarles en toda ocasión vuestra buena voluntad.”

Así obraba él por su parte, y la agradaba hacer recaer sobre otros los honores y las ventajas que se ofrecían a él mismo. Un eclesiástico de Anjou, queriendo fundar una comunidad de sacerdotes en uno de sus beneficios, le pidió algunos Misioneros para ayudarle en esta fundación; él le envió a los sacerdotes de San Sulpicio o de San Nicolás del Chardonnet: “Son, le respondió, dos santas comunidades que producen grandes bienes en la Iglesia y que extienden mucho el fruto de sus trabajos... Ellas son más propias y más capaces que nosotros para comenzar y perfeccionar esta buena obra que estáis deseando fundar.”

Fue también a los sacerdotes de San Sulpicio a quienes aconsejó a una señora que aplicara la renta de una fundación hecha por sus señores antepasados para formar buenos eclesiásticos: “Si hacéis, Señora, esta aplicación debéis tener por seguro, que será ejecutada del modo que estos antepasados lo desearon para el progreso del estado eclesiástico. Y si para eso queréis

informaros de los bienes que se hacen en San Sulpicio, los podréis esperar semejantes, cuando esta comunidad se haya establecido en ese lugar, pues está animada en todo de un mismo espíritu, y sólo pretende una cosa, que es la gloria de Dios.”

Tales eran su estima y su afecto por San Sulpicio, del que, por entonces, dio una prueba heroica. Había intervenido con éxito, en 1642, para lograr conferir al abate Olier la parroquia de San Sulpicio. Bueno pues, tres años después, Julien de Fiesque, que había renunciado a ella empujado por amigos y parientes ávidos, quiso volver sobre sus pasos y entrar otra vez en posesión de su beneficio. Acusó, en un informe, al renunciante de que lo detentaba injustamente, en virtud de una permutación nula y obtenida por sorpresa. Ewn poder de esta pieza, los enemigos de Olier, es decir los libertinos y las mujeres perdidas, a los que se unieron, ay, algunos antiguos sacerdotes de la parroquia, amotinaron contra él al populacho y a una turba de lacayos y de criados. El jueves después de Pentecostés, 8 de junio de 1645, los amotinados invadieron el presbiterio, se apoderaron del párroco, le llenaron de golpes y de injurias y le arrastraron así por las calles vecinas. Informado del tumulto, san Vicente se presenta inmediatamente, resuelto a defender la vida de su amigo con peligro de la suya. En efecto, el furor de la plebe se vuelve contra él. Se conocía la parte que había tenido en la renuncia; las gentes perdidas de vicios se acordaban que había sido el promotor y el alma de esta Misión del barrio de Saint Germain que les había quitado tantos cómplice y víctimas. Sin respeto a la edad del santo anciano, para su carácter y su virtud, sin gratitud para los inmensos servicios de este padre del pueblo, le llenan de reproches, hasta van a golpearle. Vicente no profiere ni una sola queja y se contenta con repetir: "Castigad fuerte a San Lázaro y perdonad a San Sulpicio." Se alegra de servir de esta forma de pararrayos a su amigo; es feliz, triunfa, cuando ve a algunos amigos de Olier, aprovechando esta derivación del furor popular, se lo arrancan al tumulto y lo llevan al palacio de Luxemburgo. Se retira entonces en medio de los abucheos del pueblo, bendiciendo a Dios por afrontar la persecución por la justicia y la amistad. Pero no estaba al final de este papel de cristiana sustitución. El asunto fue llevado al consejo de Estado. Allí, le arrojaron a la cara todos los vituperios de la subversión. El recuerdo de la Misión de San Sulpicio, el título de Misioneros que usaban entonces los Sulpicianos, la confusión que se formaba con frecuencia entre los sacerdotes de la conferencia y los sacerdotes de la Misión, todo eso daba lugar a muchos a tener a Vicente como el superior de Olier y a los discípulos de éste como miembros de su propia congregación. De forma que la primera vez que Vicente fue al Consejo de conciencia después de la jornada del 8 de junio, fue recibido con murmullos y reproches casi generales. Cortesanos, ministros de Estado, príncipes incluso, todos censuraron con viveza su conducta. Solamente tenía una palabra que decir para colocarse a cubierto de esta censura: "Los sacerdotes de San Sulpicio están totalmente libres de mi dirección y de mi Congregación." Con qué afán habría dicho esta palabra, si le hubieran atribuido el bien hecho por Olier y sus discípulos! Pero se trataba de tomar parte en una persecución: se cuidó mucho de declinar la solidaridad que le atribuían. Abrazó pues la causa de Olier y de sus sacerdotes como su causa personal y la defendió con más calor de lo que lo hubiera hecho por los intereses de su Congregación. La verdad fue conocida bien pronto. Entonces hubo sorpresas, y admiraciones; y al preguntarle cómo se había expuesto, contra todas las reglas

de la prudencia, a comprometer por otros su persona y a los suyos: “Sólo he cumplido con mi deber, respondió con toda sencillez Todo cristiano debía hacer lo mismo siguiendo las máximas del Evangelio⁷¹¹.” Las santas empresas de un buen sacerdote no le parecían una obra particular, sino como un bien público que todos debían conservar y defender.

He ahí porque fue fiel a Olier hasta la muerte. Le visitó varias veces durante su última enfermedad, y le cerró los ojos el 2 de abril de 1647. Cuatro días después, escribía a Jolly, superior de la Casa de Roma: “Dios ha querido disponer del Sr abate Olier, quien estableció el seminario de San Sulpicio, y de quien se sirvió Nuestro Señor para muchas obras buenas. He tenido la suerte de hallarme junto a él, cuando entregó el espíritu: ocurrió el lunes de Pascua.” De ahora en adelante, y hasta su propia muerte, le invocó como a un santo y pidió a Dios muchas gracias importantes por su intercesión. Lo sabemos por una carta que escribió a la Señorita d’Aubray, hija del lugarteniente civil y sobrina de Olier, quien le había consultado sobre su vocación. Esta carta es del 26 de julio de 1660, es decir anterior por dos meses tan sólo a la reunión de los dos amigos en el seno de Dios. Entre tanto, trató de consolar a los hijos por la pérdida de su padre, y tenemos todos los motivos de creer que las palabras siguientes, recogidas por la propia mando del abate de Bretonvilliers, segundo superior de San Sulpicio, son un fragmento de una de sus encendidas alocuciones: “Me habría gustado, queridos hermanos, al ver la aflicción en la que estáis sumergidos por la muerte de vuestro querido padre, devolvérosle para enjugar vuestras lágrimas. Pero, incapaz de entregaros su cuerpo vivo, he creído deber presentaros su espíritu que es la mejor parte de él mismo. La tierra conserva su cuerpo, el cielo su alma, su espíritu es para vosotros, y si Dios le ha juzgado digno de ser colocado en su paraíso con los ángeles, vosotros no debéis encontrarle indigno de ocupar un lugar en vuestros corazones. Habrá abandonado de mil amores su cuerpo, a cambio de que su espíritu pueda habitar en vosotros; ésta ha sido todo su deseo y de su afán en su vida; después de su muerte podéis hacerle feliz. Se decía en la ley que, si un hermano moría sin hijos, otro hermano debía *suscitar descendencia*. Vuestro padre, a quien yo puedo también llamar vuestro hermano a causa de su edad (Olier tenía menos de cuarenta y cinco años), ha muerto, por así decirlo, sin hijos; visto el deseo que sentía de convertir a todo el mundo y de santificar al clero. Él os deja a su esposa, que es esta santa casa, que él ha adquirido con su sangre, con su muerte, habiendo muerto, queriendo darle la vida. Suscitadle hijos, dando a conocer a Jesús, y asegurándole, si hay un medio, tantos servidores como hombres hay, y dándole tantos santos sacrificadores como sacerdotes hay en la Iglesia: *Fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est.*”

No se contentó con estos consuelos y estos piadosos consejos. Él se asoció muchas veces a los sacerdotes de San Sulpicio, para aconsejar con ellos los medios de mantener y perpetuar la obra de su fundador. Los fortaleció en el plan de no abandonar el seminario, y presidió la asamblea del 13 de abril de 1657, para la elección del sucesor de Olier. A ella asistía en nombre de y la autoridad de Enrique de Borbón, obispo de Metz y abate de Saint Germain, superior de la comunidad de San Sulpicio. El prelado le había escrito: “Me habían avisado de pérdida del Sr. Olier, superior del seminario del barrio de

⁷¹¹ *Vida del Sr. Olier*, t. I, pp. 543 y ss.

Saint Germain; y como estos señores no han querido proceder a una nueva elección sin hacérmelo saber, y me han ofrecido la ocasión de suplicaros que queráis asistir y autorizar con vuestra presencia un acto que no tendrá otro fin que la mayor gloria de Dios, os suplico, por amor a mí, que no les neguéis esta ayuda, esperando que Dios favorecerá su proyecto y que vos seréis el instrumento del que él se sirva para lograrlo.” No solamente asistió Vicente de Paúl a la elección de Bretonvilliers, designado, por otra parte, por el abate Olier antes de su muerte, sino que firmó la primera acta que se redactó por los notarios, según la costumbre de los tiempos⁷¹².

VII. *Servicios prestados a las comunidades de mujeres. La Visitación.* Lo que hizo por los religiosos, lo hizo al mismo tiempo por las comunidades de hijas. Había entrado, a su regreso de Châtillon, en la casa de Gondy, cuando conoció a san Francisco de Sales, llegado a París para acompañar al cardenal de Saboya. Estos dos hombres se presintieron al momento, y una estima, una caridad recíproca los unió en adelante hasta la muerte. En cuanto a Vicente, la dulzura, la modestia la majestad de Francisco de Sales le reproducían una viva imagen de Jesucristo conversando entre los hombres; y Francisco de Sales publicaba a su vez que no había conocido a un sacerdote más digno, más santo que al Sr. Vicente⁷¹³. Se estableció entre ellos una amable familiaridad. Era a Vicente a quien gustaba Francisco de abrir su alma y le contaba sus pasos, sus éxitos, y también las santas astucias de su humildad. Desde su llegada a París, donde su reputación de elocuencia le había precedido, acudieron a invitarle a predicar para el 11 de noviembre, fiesta de san Martín, en la iglesia de los sacerdotes del Oratorio. Ante esta noticia, toda la ciudad se conmocionó. El rey, las dos reinas, obispos, sabios, todas las clases de la sociedad en una palabra quisieron escuchar a un predicador tan ilustre. También la multitud fue de tal manera compacta en la iglesia el día del sermón, que el orador, llegado después de los demás, no pudo entrar sino por una ventana con la ayuda de una escala. Para pasar. Se esperaba un discurso digno de tal audiencia y de un tal orador. El santo que lo advirtió, resolvió rápidamente engañar a este gran mundo en provecho de su virtud, y se limitó a recitar sencillamente la vida de san Martín. A penas bajado del púlpito, vino a contárselo a Vicente y a la Señora de Chantal, y les dijo con su amable sonrisa: “Oh, cómo he humillado a nuestras hermanas, que se esperaban que diría maravillas en tan buena compañía! Hay una que ha sufrido en particular, pues estaba sentada junto a una señorita postulante que decía mientras yo predicaba: ‘Mirad a ese tonto montañés, qué mal predica! Para esto hemos venido de tan lejos para que vengan a decirnos lo que nos están diciendo, y probar la paciencia de tanta gente’⁷¹⁴.”

La Señora de Chantal y algunas hermanas de la Visitación estaban por lo tanto ya en París. en efecto, Francisco de Sales había mandado allí a la santa fundadora para establecer una casa que, por razón de mil obstáculos no pudo

⁷¹² *Vida de M. Olier*, t. II, pp. 483 y siguientes. –La mayor parte de estos hechos son contados igualmente o indicados en la carta de Leschassier, superior general de San Sulpicio, a Clemente XI, con fecha del 11 de agosto de 1706.

⁷¹³ Esta palabra de san Francisco de Sales sobre san Vicente de Paúl se halla en la carta del obispo de Tulle a Clemente XI, del 21 de marzo de 1706, como habiendo sido oída con frecuencia por Cocqueret, doctor de Sorbona.

⁷¹⁴ Carta de Vicente a Martín, superior de la Misión de Turín del 26 de noviembre de 1655. –*Vie de saint François de Sales*, por M. (Hamon). T. II, p. 195.

abrirse hasta el 1º de mayo de 1619, primeramente en el barrio Saint-Michel, y pronto en la calle San Antonio. Es a Vicente a quien Francisco nombró su primer superior. Elección infinitamente honorable por parte de un hombre que tenía la costumbre de repetir que se ha de escoger a un director entre diez mil; que hay menos de los que se pudiera decir que sean capaces para este empleo. Él había reconocido ya en Vicente las cualidades que exigía del buen director: mucha virtud y una caridad singular, una ciencia extensa y una gran experiencia. Por raros que pudieran ser entonces los buenos sacerdotes, había no obstante en París muchos eclesiásticos sabios, virtuosos, de más edad que Vicente; había pastores vigilantes y prudentes en las parroquias; doctores llenos de luces en las célebres casas de Sorbona y de Navarra, directores esclarecidos en las comunidades religiosas; sobre todos ellos Francisco prefirió a Vicente. Después de consultar detenidamente con Dios y la Señora de Chantal, él no había creído que ningún otro fuera tan capaz de asegurar las bases de la gran obra que quería establecer en París. Pero cuanto más honor significaba para Vicente, más resistencia debía oponer el humilde sacerdote. Francisco lo había adivinado. Por eso suplicó a Enrique de Gondi, primer cardenal de Retz y último obispo de París, que se adelantara por una orden formal a sus retrasos y negativas. El obispo habló y fue obedecido: durante cuarenta años Vicente dirigió a las Hijas de la Visitación de Santa María con el celo y el éxito que vamos a decir⁷¹⁵.

Los monasterios de la Visitación se multiplicaron pronto en París: se estableció un segundo en el barrio de Saint Jacques, otro en Saint Denis, un cuarto en la calle Montorgueil. Todos pasaron bajo la dirección de Vicente. Dios mismo pareció autorizar su dirección con milagros. En el monasterio del barrio Saint Jacques. Una religiosa estaba, desde hacía seis años, atormentada por una tentación extraña. La santa comunión, los ejercicios de piedad, no eran para ella más que una ocasión de blasfemia. A la invitación de alabar y orar a Dios, ella sólo respondía con maldiciones. “No tengo otro dios que el diablo; quiero matarme para estar antes en el infierno, donde tendré el único gozo que deseo, de maldecir a Dios eternamente.” Fue presentada a preladados, a religiosos, a médicos; consejos y remedios, todo fue inútil. La superiora tuvo entonces la inspiración de aplicarle un trozo del roquete del santo obispo de Ginebra; en un instante, la paz volvió a su alma, la fuerza a su cuerpo, y muy pronto pudo ejercer con bendición los principales cargos del monasterio.

Tal es en compendio el relato de Vicente mismo; pero lo que no dice es que esta curación maravillosa se operó el día mismo en que, por orden del arzobispo de París, hacía su primera visita al monasterio; es que a la vista de esta desdichada, impulsado por una tierna compasión, se había arrodillado y había rezado ardientemente por ella; que su oración había sido como la fórmula de aplicar la reliquia sagrada; por donde se debe creer que los dos

⁷¹⁵ Había inquietudes, en la ancianidad de santa Chantal, sobre el futuro de la Visitación, sin superiora general, ni visitadora, ni asamblea ni capítulos anuales. San Vicente de Paúl pensaba en ello sin cesar, como lo prueban muchas de sus cartas. El 20 de julio de 1635, santa Chantal llegó a París. Al día siguiente se reunieron algunos obispos los más afectos a la Visitación, y con ellos san Vicente de Paúl, el comendador de Sillery y los principales bienhechores. Se trató durante mucho tiempo la cuestión; pero santa Chantal resolvió en el sentido de la fundación (*Histoire de sainte Chantal*, por el Señor abate Bougaud, t. II, p. 359). Después de la muerte de santa Chantal, Vicente de Paúl parece haber sido como el superior general de esta orden que no tuvo nunca otro, ya que nosotros tenemos todavía de él letras patentes, por las que él aprueba y ordena el traslado de las religiosas, incluso de las superiores, de un monasterio al otro, a las afueras así como en el interior de París.

santos amigos se entendieron una vez más desde los dos lados de la tumba, para obtener de Dios la liberación de esta pobre joven.

Por lo demás, tal era el pensamiento de las religiosas mismas de Santa María. Ellas atribuían a sus visitas efectos “casi milagrosos.” Ellas le agradecían en particular el don de iluminar, de consolar y de pacificar a las almas más afligidas. Era suficiente con abrirse a él para que todas las penas y todas las tentaciones se desvanecieran al instante. Sólo en él, sufrimientos interiores que no se pueden comparar más que a una especie de agonía moral hallaban su remedio. Él mismo tenía conciencia del don de Dios, y se prestaba a todas las almas que recurrían a él. Se temían que le servían de carga, él respondía: “No hay asunto que me parezca tan importante como el de servir a un alma probada.” Por eso sufría sensiblemente cuando sus propias debilidades le impedían ir a ver y consolar a los pobres enfermos. Pero cuando podía, acudía presto, y entonces, tiernas exhortaciones y animadas, oraciones fervientes, palabras incluso de una santa alegría empleaba con ellos. “Yo desearía morirme, le dijo un día una hermana del servicio. –Oh hermana, todavía no ha llegado la hora, “le replicó él, y haciendo sobre ella la señal de la cruz la curó en el momento mismo. Como Aquél que ha querido pasar por todas nuestras debilidades para servirnos de modelo, él citaba a veces el ejemplo de sus diversos estado de vida y de sus propias tentaciones, para consolar a las que se encontraban en caso semejante; pero recomendaba siempre el secreto, de tal manera trataba de ocultar las gracias que había recibido de Dios y que sola la caridad le podía obligar a revelar. Estaba más dispuesto a aprovechar toda ocasión de humillarse. Así, una hermana del servicio le dijo un día que tenía el espíritu demasiado rústico para darse a las cosas espirituales, habiendo estado en otro tiempo encargada de los rebaños de su padre: “Ah hermana mía, le respondió, ése fue el oficio que yo tuve; pero mientras nos sirva para humillarnos, estaremos más dispuestos para el servicio de Dios. Anímese!”

Se ve su caridad. Escuchaba a la última novicia con tanta paciencia como si fuera la profesa más antigua. Hacia el final de su vida, abrumado de debilidades y de asuntos, hizo muchos viajes a Saint-Denis para hacer cambiar a una pobre tornera del propósito que tenía de renunciar a sus votos para casarse⁷¹⁶.

Qué elocuente se debía mostrar para exhortar a la unión de los espíritus y de los corazones, a la obediencia a los superiores y a las reglas, a la ayuda mutua, a la dulzura y a la deferencia tan bien recomendadas y practicadas por san Francisco de Sales! Él mismo predicaba con el ejemplo. Nunca una palabra que pudiera herir la caridad; para todos deferencia y respeto; atención a hablar bien de todo el mundo, igual a la que tenía de hablar mal de sí mismo. Había que descubrir los defectos de alguno, él añadía enseguida tantas cosas buenas en su alabanza, de manera que la primera impresión quedaba casi borrada. Cuando quería revelar las faltas, decía: “Entrad en juicio con Dios y con vosotros mismos.” Pero él preparaba con tanta caridad a los espíritus para las reprimendas, que se sentía más la unción de sus palabras que el dolor de la corrección. Sin embargo se trocaba todo en fuego, si se trataba de alguna falta cometida contra el honor de Dios en las santas ceremonias. A pesar de su mansedumbre, reprendía con firmeza, pero con una firmeza reglada por la prudencia y la sabiduría. Para corregir, esperaba la hora favorable. Si el

⁷¹⁶ *Sum.*, n° 68, p. 134.

espíritu se hallaba alborotado, se detenía y se callaba; “No se da, decía, sin gran necesidad, a los que tienen fiebre”. Pero él humillaba a los soberbios, aunque con una destreza maravillosa y como riéndose. Anonadadas bajo su palabra, decían: “ Bueno, ¿qué será de nosotros pues cuando Dios, el día de su terrible juicio, nos reproche nuestras faltas si la palabra de un hombre nos aterra y nos reduce a nada?” Solas las altivas temblaban delante de él; las otras, a pesar del gran respeto que inspiraba su presencia, sentían al acercarse abrirse en lugar de encerrarse. Se sentían tan recompensados por la declaración de las más humillantes debilidades! Él los soportaba con bondad y los excusaba como un madre bien tierna excusa las de su hijo. Si imponía penitencias, satisfecho porque le habría costado menos cumplirlas que imponerlas.

Cuánto bien debían hacer esas visitas frecuentes a las casas de París y de Saint-Denis! Sea cual fuere el fervor en que las hubiera encontrado, las dejaba siempre más fervientes todavía. El solo rastro de su paso exhalaba un olor de virtud que embalsamaba la comunidad hasta la visita siguiente. Y no es que empleara discursos estudiados, máximas nuevas, principios de espiritualidad extremados; de ordinario hablaba poco para honrarse a sí mismo y enseñar a los demás a honrar el silencio que el Verbo divino guardó tanto tiempo en la tierra. No obstante, la santidad de su vida, el espíritu de Dios que hablaba en él y por él hacían más que todos los discursos. Le descubrían una pena de conciencia: no respondía más que cuatro palabras, pero tan justas, que la luz y la paz se expandían en el alma. Su tema habitual era de llevar a todas las religiosas en general, y a cada una en particular, a reconocer el don divino de su vocación, a llevar una vida conforme al espíritu de su instituto, a estimar sus reglas tanto de precepto como de consejo, en lo que él ponía toda la perfección de su estado. En efecto, se informaba sin cesar de lo que se hallaba comprendido en sus constituciones, de los sentimientos que habían tenido en cada artículo su bienaventurado padre y su santa fundadora. Nunca empleó su autoridad para aportar cambio alguno; sólo intentaba confirmarlas, ser fiel en las pequeñas cosas como en las grandes. Todos sus comentarios los sacaba él de los escritos de san Francisco de Sales y de santa Chantal, que le enternecían, decía él, hasta las lágrimas. No aconsejaba otra lectura a sus Hijas, tanto temía por ellas la curiosidad de leerlo todo y de saberlo todo. Y sobre todo de leer los libros peligrosos que circulaban entonces hasta en comunidades de mujeres.

Se aprovechaban de su presencia para exponerle los apuros de la casa, y respondía con una prudencia, una claridad y una profundidad admirables. Su ecuanimidad inalterable le daba una presencia de espíritu que lo abarcaba todo. Alguna vez se había consultado inútilmente a directores de religiosos y a doctores muy ilustrados; una sola palabra de él sacaba a menudo a la comunidad de apuros, sin perjuicio de la caridad debida al prójimo⁷¹⁷. También tal hermana de ilustre nacimiento y de gran capacidad estaba sorprendida de la extensión de su espíritu, y no se separaba de él sino con el sentimiento de la pequeñez del suyo, encontrando entre el uno y el otro tanta desproporción como entre sus virtudes. Al final de la visita, le pedían su bendición. Entonces él se ponía de rodillas y se recogía en un profundo anonadamiento. A continuación la daba deseando que Dios uniera la suya y la difundiera sobre las

⁷¹⁷ *Sum.*, n° 142, p. 250.

personas y los oficios. Prescribía por último que se tomara nota de lo mejor y más útil que se había dicho y hecho durante la visita, y que se leyera de vez en cuando en el capítulo, porque una lectura así, decía él, atrae la gracia de Dios. Las religiosas le reconocieron por experiencia; leyendo el compendio de sus visitas, sentía revivir en ellas las santas disposiciones que les había inspirado. A esta costumbre debemos los detalles que preceden, extractos casi textualmente de dos relaciones redactadas por las hermanas de Saint-Denis y de la casa del barrio de Saint-Jacques.

Estas casas tan bien dirigidas por él, las cerraba cuidadosamente a todo cuanto podía introducir el espíritu del siglo, o los errores difundidos entonces en la Iglesia. Como quería mantenerlas en el desprendimiento, la abnegación, lejos de la estima y de las miradas de las criaturas, él les prohibía todo trato incluso con las religiosas de otras órdenes, con mayor razón con las personas del mundo. Con una santa y generosa firmeza, él negaba la entrada a las damas de la más alta condición, a princesas inclusive, que se la pedían para satisfacer su curiosidad, o una devoción mal entendida. De esta regla eran eximidos tan sólo los bienhechores, cuya lista exacta tenía él, y este título de bienhechora no permitía que se adquiriera por solas las generosidades, había que acompañar una fe pura y una virtud sólida. Veamos un ejemplo memorable.

Ana Hurault de Cheverny, viuda en segundas nupcias del marqués de Aumont, se había retirado al monasterio del barrio de Saint-Antoine, donde había hecho liberalidades que ascendían a la suma de unas 50 000 libras. El partido jansenista que buscaba por todas partes dinero e influencias, creyó deber insinuarse a la generosa marquesa. Por intermedio de Mazure, párroco de San Pablo, introdujo ante ella a dos doctores de la secta, el irlandés Callaghan y el famoso P. Desmares, que lograron ganársela pronto. Le metieron entonces en la cabeza que ofreciera una gran suma al convento, con la condición de introducir en él a predicadores y confesores de su gusto, lo que habría supuesto la institución de un segundo Port-Royal en París. Las Hijas de Santa María por entonces muy endeudadas y sin sospechar la intriga, quedaron en un principio seducidas. Pero su superiora, Angélica Lhuillier, consultó a Vicente que le abrió los ojos. Inmediatamente fueron rechazados los ofrecimientos de la marquesa, y la marquesa misma, tratada en adelante con desconfianza, fue obligada a salir de la Visitación, tras la estancia de dos años, y se llevó a Port-Royal su persona y su fortuna, que ascendía a más de 400 000 libras (1646). Vicente quería incluso que se le restituyeran sus primeras liberalidades; mas, agradecidas por los buenos tratos que había recibido en la Visitación, se negó generosamente a recuperarlos⁷¹⁸.

En general, Vicente no permitía a las mujeres del mundo habitar con las hijas de Santa María, cualquiera que fuese la ventaja que se pudiera esperar, porque tenía miedo a que el espíritu mundano se introdujera con ellas. A todas las ventajas temporales, prefería el bien espiritual de las comunidades. Por ahí le venían con frecuencia muchos odios y persecuciones; así una gran dama, a quien había cerrado la puerta de la casa de Saint-Denis, no le permitió dar una Misión en sus tierras; no importa, él era inflexible. En 1658, vinieron a decirle que la señora Payen, suegra del Sr. de Lyonne, estaba a la puerta del monasterio de San Antonio, y pedía entrar para ver a una nieta del ministro,

⁷¹⁸ *Mémoires* del P. Rapin, (París, 1865), t. I, pp. 128-133.

enferma de gravedad y que no podía ser transportada. Él respondió: “Yo soy el muy humilde servidor de la señora Payen y deseo mucho servirla. Pero mi regla es no permitir la entrada a nadie. Ya se lo he negado a la señora de Nemours, la señora de Longueville, la princesa de Carignan, que no me lo perdonará nunca; ¿qué dirían si se enteraran, si se enteraran de esta excepción? Además, sería actuar contra mi conciencia. I vista de la señora Payen no reanimaría a la niña⁷¹⁹.”

Así el rango más alto no le imponía. Se lo negó también a la duquesa de Bouillon; la reina misma, que había dado a entender que deseaba que una de sus damas de honor pudiera retirarse a una casa de la orden.

Sobre todas las cosas recomendaba a las casas de París vigilar para no admitir en su seno a ningún eclesiástico infectado de las opiniones nuevas: “Pues, decía él, los que se hallan en una mala doctrina sólo buscan extenderla. Y, sin embargo, no se declaran en un principio: son como lobos que se cuelan suavemente en el redil para asolarlo y perderlo. “Quería que se cuidaran más contra sus libros: “Dedicaos, añadía él, a los escritos admirables de vuestro bienaventurado padre⁷²⁰.”

Los rigoristas de Port-Royal eran menos escrupulosos. Entre ellos, las mujeres más mundanas, mal curadas todavía de sus vanidades y de sus galanterías podían, como la marquesa de Sablé y tantas otras llevar una vida de devoción elegante y muy poco severa. El bueno, el dulce Vicente, a pesar de todas sus indulgencias, era menos complaciente con el cielo, menos tolerante con las Hijas de Santa María. Comprendía que, viviendo bajo el mismo techo que mujeres del mundo, tendrían en primer lugar con ellas relaciones de bienestar o de necesidad, relaciones de curiosidad luego, en las que encontrarían, unas una ciencia inútil y peligrosa, contra la cual la gracia las había prevenido; otras, tal vez, el despertar de recuerdos mal extinguidos; todas, tentaciones de costumbres muelles, cuidados delicados, de una vida más o menos vana y sensual, compatible con la devoción de las mujeres del siglo, pero repugnante a la verdadera disciplina religiosa.

Por lo demás, si Vicente tomaba sobre sí la iniciativa de estas medidas severas, cargaba también con todo lo odioso. Nunca descargaba sobre las religiosas, cumpliendo solo el ministerio delicado de los asuntos exteriores. En otra ocasión, actuaba de acuerdo con ellas. Nunca daba por sentado algo grave sin aconsejarse de las superiores, e incluso de las más ancianas a quienes respetaba y quería que se respetaran, para honrar en su persona a aquél que se llama el Anciano de los días. Más aún él consultaba a Dios. Antes de responder a sus dudas, se recogía interiormente; y cuando creía haber entendido del espíritu divino, se levantaba diciendo: *In nomine Domini!* exordio acostumbrado de los discursos de este hombre, que no tenía a la visar más que la gloria de Dios, y quería que se caminara en todo, como él decía, al lado de la Providencia.

A pesar de su celo por el bien de las hijas consagradas a Dios, su respeto por la memoria de Francisco de Sales y de santa Chantal que le había confiado su querida familia, Vicente, abrumado por la edad, las debilidades, los asuntos, teniendo que dirigir sus casas cada vez más numerosas de Misioneros y de Hijas de la Caridad, quiso más de una vez dimitir de su dirección. Escribió un día a la madre superiora de Saint-Denis: “El retiro que acabo de hacer, me ha

⁷¹⁹ Proc. Inform., fol. 836.

⁷²⁰ Sum., n° 21 y 23.

hecho saber que no puedo satisfacer a mi obligación con nuestra Compañía y al servicio que debo a vuestra casa. Y, además, teniendo por regla nuestra pequeña congregación que no nos dedicaremos al servicio de las religiosas, a fin de no vernos desviados del servicio que debemos al pobre pueblo de los campos, me he obligado en conciencia a observarla, porque no se regulará tan por el contenido de nuestras reglas en el futuro, como por el modo como yo las haya observado. Que si las he usado de otra forma, no ha sido sino por algo de sindéresis, aunque se me hubiera permitido por algún tiempo a causa del afecto que siento por vuestra santa orden... Esto es lo que me lleva, mi querida Madre, a que os suplique muy humildemente que aceptéis de buena gana la resolución que he tomado de retirarme y de pensar en algún otro que os sirva de padre espiritual. Hay tantas personas en París que están llenas del espíritu de Dios y del de nuestro bienaventurado Padre, y que os servirán con mucha más gracia de Dios que yo!"

Escribió en el mismo sentido a las tres casas de París, y se creyó libre. Pero las Hijas de Santa María no podían privarse tan fácilmente de un tal director. Multiplicaron sus cartas, sus súplicas; pusieron en movimiento a las personas de primera categoría, a todas cuantas tenían algún crédito con el santo sacerdote; durante un año todo fue inútil; él aguantó y cesó toda visita. Pero, una vez más, se puso en juego la autoridad del arzobispo de París, a la que no sabía desobedecer, y volvió al yugo sagrado. Algunos meses antes de su muerte, el 18 de marzo de 1660, escribió otra vez a las Madres de la Visitación para rogarles que se escogieran a un superior que reparara las faltas que él pretendía siempre haber cometido desde que el santo obispo de Ginebra le había encargado de su dirección; por última vez, se hizo hablar al arzobispo de París, y murió como superior de la Visitación⁷²¹.

Independientemente de sus achaques y de sus asuntos tenía otra razón para desprenderse de su superiorato. Temía, según nos ha dicho, que sus Misioneros se sirvieran de su ejemplo para dedicarse a la dirección de las religiosas que él consideraba incompatible con la dirección del pobre pueblo. Por ello hizo muy temprano un reglamento para prohibir a sus sacerdotes su dirección y hasta su trato; y se mantuvo firme en su cumplimiento, en casos en que la obediencia y el agradecimiento parecían imponerle una excepción. Así, de Gournal, obispo de Escithia luego de Toul, le pidió que permitiera a sus Misioneros dirigir a las Hijas de Santo Domingo quienes, en el triste estado de la Lorena, encontraban difícilmente guías capaces; él se negó con respeto, pero con firmeza; y para prevenir toda nueva solicitud, ordenó al superior de Toul que fuera a echarse a los pies del prelado para pedirle que le dejara en su deber. Si cedió momentáneamente más tarde, fue cuando la guerra y el hambre se hubieron llevado o dispersado a todos los sacerdotes que habrían podido cumplir ese oficio y él temió ofender a Dios por una resistencia absoluta. Se comprende la insistencia con la que, en varias de sus cartas, trata de refutar las objeciones que sus sacerdotes podían sacar de su propia conducta. "Fue antes de la fundación de la Misión cuando aceptó este peso, respondió; le fue impuesto por el bienaventurado obispo de Ginebra, o más bien por la Providencia de Dios para su castigo; pues es una cruz para él, y la más pesada que tenga, la cual se ve obligado a llevar; por otro lado él es solamente superior, lo que no le obliga a ir más que una vez al mes en cada casa, y el

⁷²¹ Se tienen también cartas de él a las Hijas de la Visitación hasta el 27 de junio de 1660, tres meses antes de su muerte.

resto se hace mediante cartas; no obstante, Dios sabe que ha hecho todo lo que ha podido para verse descargado, pero no lo ha podido lograr de su prelado; se puede tener la seguridad de que se retirará cuando pueda, etc.⁷²² “

Era de acuerdo con las superiores, hemos dicho, como Vicente dirigía a las Hijas de Santa María; era ante todo de acuerdo con su santa Madre, la señora de Chantal. “Yo pondré en vuestros monasterios, le escribía él, el orden que vuestra caridad desee, si obtenéis de nuestro Señor que me comunique la firmeza que os ha dado en la dulzura. Oh, cómo os ayudaría vuestro ángel para esto, si vos, mi querida Madre, se lo pidierais.” Por su parte, santa Chantal, desde la muerte de san Francisco de Sales, no tomaba consejo más que de él para el buen orden progreso de su instituto. Era a él también a quien ella descubría su interior, con la misma confianza que había empleado con el santo obispo de Ginebra. Cuando las Misiones de Vicente le alejaban de París, o que ella misma, con más frecuencia todavía, se veía obligada a visitar sus casas, o a residir en Annecy, ella le escribía cartas frecuentes para no privarse del todo de su dirección. “Os veo pues, mi muy querido Padre, trabajando de lleno en la provincia de Lyon, le escribía ella, en 1627; y por consiguiente nosotras nos vemos privadas de veros durante largo tiempo. Pero contra lo que Dios hace no tenemos nada que oponer, sino bendecirle por todo, como yo lo hago, mi muy querido Padre, por la libertad que vuestra caridad me da de seguir con mi confianza en vos y de importunaros; lo haré todo con sencillez.” Y ella le comunicaba su estado espiritual. Otra vez, en una circunstancia parecida, ella escribe asimismo: “Aunque mi corazón, mi querido Padre, sea insensible a toda otra cosa que no sea el dolor, como no olvidará nunca la caridad que le hicisteis el día de vuestra partida. Ya que, mi muy querido Padre, se sintió aliviado en su mal y hasta fortalecido... Me prosterno en espíritu a vuestros pies, pidiendo perdón por la pena que os causé por mi inmortificación, cuya abyección quiero y abrazo de corazón. Pero ¿a quién puedo yo declarar y hacer saber mis debilidades, sino a mi muy único Padre quien las sabrá soportar bien? Espero de vuestra bondad que no se canse de ello nunca.”

En 1640, ella tuvo la esperanza de verle en Annecy, a donde esperaba el obispo que se trasladara con el fin arreglar los asuntos del seminario; ella le escribió: “Ay, mi verdadero y muy querido Padre, ¿sería posible que mi buen Dios me concediera esta gracia de traeros a esta región? Sería ciertamente el mayor consuelo que yo pudiera recibir en este mundo; y he sabido que sería por una especial misericordia de Dios para mi alma que se sentiría aliviada sobremanera, me parece, por alguna pena interior que soporto, desde hace más de cuatro años, y que me sirve de martirio.”

Pero las necesidades de los niños expósitos no habiendo permitido a Vicente realizar este viaje, la señora de Chantal le vino a visitar al año siguiente en París. Ella le abrió por última vez su corazón. Entonces se acabaron todas sus penas interiores; entonces se acabó una especie de agonía espiritual que duraba nueve años. Dios quiso que encontrara la paz en las conversaciones con el santo sacerdote, y le arreglara esta última entrevista como preparación a su muerte tan cercana. En efecto, cinco semanas apenas de su partida de París, ella falleció en Moulins, el 13 de diciembre de 1641, a los sesenta y nueve años de edad.

⁷²² Cartas del 20 de diciembre de 1651, del 14 de junio de 1653 y del 7 de julio de 1858.

A la noticia de la gravedad en que se hallaba la señora de Chantal, Vicente se había puesto en oración por ella. había comenzado por un acto de contrición por sus pecados, cuando de repente él había visto un pequeño globo de fuego que se elevaba de la tierra, yendo a juntarse en la región superior del aire con otro globo mayor y más luminoso; y los dos globos reducidos en uno, elevándose a mayor altura todavía, se habían perdido en un tercero, infinitamente más vasto y más brillante que ellos mismos. Y se le había dicho interiormente que el primero era el alma de la señora de Chantal; el segundo la del obispo de Ginebra, y el tercero la esencia divina. Visión admirable que, en su realidad, era también una viva imagen de la unión de estas dos santas almas, del principio de su mutua caridad, y de la consumación en el cielo y en la gloria de lo que la gracia había operado entre ellas en la tierra.

Algunos días después, Vicente conocía la muerte de la santa Chantal. A partir del día siguiente, dijo la misa por ella. Llegado al *Memento* de los muertos, se sintió tentado a encomendarla a Dios, porque a pesar de su veneración por la santa mujer, él le había oído proferir en uno de sus últimos encuentros, ciertas palabras que le “parecían contener pecado venial.” Pero por segunda vez tuvo la visión de los globos con un vivo sentimiento que esta alma era bienaventurada y que ella no tenía necesidad de oraciones; y en adelante le fue imposible pensar en ella sin que la viera en la gloria.

No obstante, él se temió la ilusión. La estima que sentía de santa Chantal, estima tal que no leía nunca sin llorar sus cartas en las que veía una inspiración del espíritu de Dios, ¿acaso no había impresionado su imaginación y suscitado fantasmas? Se confesaba a sí mismo que no era nada menos que visionario, que esta visión era la única que hubiera tenido, aunque hubiera visto morir a tantos predestinados. Para tranquilizarse por completo, él se abrió al arzobispo de París, y al P. Maurice, religioso barnabita: los dos le declararon que veían en ello una revelación divina. Desde entonces, hizo el relato a las Hijas de la Visitación, para consolarlas de la muerte de su Madre, y en el curso del año de 1642, con vistas, sin duda, a una canonización ya prevista, redactó un escrito, en el que contó la visión como acaecida a una tercera persona, asegurando tan sólo que “era digna de fe, y que preferiría morir antes que mentir”⁷²³.

En el mismo escrito trazó este retrato de ella, o más bien entregó a su memoria este certificado de santidad: “Nos, Vicente de Paúl, superior general muy indigno de la Congregación de la Misión, certificamos que hace unos veinte años que Dios nos hizo la gracia de ser conocido de la muy digna madre de Chantal, fundadora de la santa orden de la Visitación Santa María, por frecuentes comunicaciones de palabras y por escrito que ha sido del agrado de Dios que yo haya tenido con ella, tanto en el primer viaje que ella hizo a París, hace unos veinte años, como en los otros que hizo después, en todos los cuales me honró con la confianza de comunicarme su interior; que me ha parecido siempre que era perfecta en toda clase de virtudes, en particular que estaba llena de fe, aunque se viera tentada toda su vida con pensamientos contrarios; que tenía una confianza en Dios muy grande y un amor soberano a su divina bondad; que tenía el espíritu justo, prudente, templado y fuerte, en un

⁷²³ Véanse también dos cartas a Codoing, en Annecy, de los 16 y 31 de 1641. se lee en la primera que san Vicente se entregó a devolver el cuerpo de santa Chantal al monasterio de Annecy. En estos dos últimos viajes a París, la santa había legado su corazón a la Visitación de la calle San Antonio, lo que no quedó ratificado; el corazón se quedó en Moulins.

grado muy eminente; que la humildad, la mortificación, la obediencia, el celo por la santificación de su santa orden y por la salvación de las almas del pobre pueblo se hallaba en ella en un grado soberano; en una palabra, que no ví nunca en ella ninguna imperfección, sino un ejercicio continuo de toda clase de virtudes; que, si bien haya gozado en apariencia de la paz y tranquilidad de espíritu del que gozan las almas que han llegado a un grado tan alto de virtud, ella sufrió no obstante penas interiores tan grandes, que me dijo y escribió varias veces que tenía el espíritu tan lleno de toda clase de tentaciones y de abominaciones, que su ejercicio continuo era de apartarse de la mirada a su interior, no siendo capaz de soportarse a sí misma a la vista de su alma tan llena de horrores que a ella le parecía la imagen del infierno; que, no obstante, aunque ella sufriera de esa manera, ella nunca perdió la serenidad de su rostro ni se relajó en la fidelidad que Dios pedía de ella en el ejercicio de las virtudes cristianas y religiosas, ni en la solicitud prodigiosa que ella tenía de su santa orden; y que de ahí procede que yo creo que ella era una de las almas más santas que yo haya conocido en la tierra y que es ahora bienaventurada en el cielo. No pongo en duda que Dios manifieste un día su santidad.

Dios la manifestó, en efecto, pero, cuando se inicia el proceso de canonización, surge una grave dificultad. Por una falsa inteligencia de un decreto de Urbano VIII, que prohíbe abordar ningún proceso respecto de las virtudes y los milagros de las personas muertas en olor de santidad, a menos que hayan transcurrido cincuenta años desde su muerte, se había dejado morir a todos los testigos oculares. Pues bien, en una causa que no se proponía por vías de un *culto inmemorial*, sino por la vía llamada *de non cultu*, esta clase de testigos era declarada por Lambertini, a la sazón procurador de la fe, absolutamente necesaria. La causa corría pues riesgo de ser condenada a un eterno silencio, cuando el cardenal Thomas Ferrari abrió el aviso que se podían admitir como prueba suficientes las deposiciones de testigos auriculares, según testigos oculares, principalmente si estas deposiciones se hallaban apoyadas por los testimonios de personas célebres ellas mismas por su santidad. Fue entonces cuando se invocó particularmente a favor de santa Chantal, los testimonios de san Francisco de Sales y de san Vicente de Paúl, los cuales fueron considerados perentorios⁷²⁴. Así Vicente de Paúl contribuyó a la canonización de santa Chantal, como había contribuido a su adelanto en las santidad sobre la tierra. Y razón por la cual, durante la ceremonia de la beatificación en Roma, el 21 de noviembre de 1751, se colocó la imagen de la santa entre dos grandes cuadros que representaban a san Francisco de Sales y a san Vicente de Paúl, sus dos Padres, sus dos responsables, que tomaban así parte en un triunfo que, vivos y muertos, habían preparado tan eficazmente. Emocionante trinidad la de estos tres santos personajes!

Si Vicente de Paúl contribuyó a la canonización de santa Chantal, no fue menor el servicio que prestó en el proceso de canonización de san Francisco de Sales. En 1657, hizo retomar el proceso que iba a ser interrumpido.

Enrique de Maupas, obispo de Puy, delegado de la Santa Sede, con los obispos de Belley y de Maurienne, para hacer la información dicha *de non cultu*, información que tiene por objeto constatar que no se han adelantado al juicio de la Iglesia de Roma, había cumplido su comisión; pero, al mismo tiempo había escrito y publicado una nueva Vidas de san Francisco de Sales.

⁷²⁴ Breve de beatificación, por Benedicto XIV.

Bueno pues, este libro contenía varias cosas que descontentaron a la curia romana, entre otras el título de *bienaventurado* que se daba sin restricción alguna más de cuatrocientas veces y el de *santo* más de ochenta veces, al obispo de Ginebra. Era ir directamente contra la intención de su comisión y también contra prohibición expresa de un decreto del papa Urbano VIII. Por eso la curia de Roma instó a las religiosas de Santa María interrumpir sus trabajos, hasta que la dificultad surgida por el libro del obispo de Puy fuera resuelta. Entonces, ¿cómo salir del paso? ¿Debía la Santa Sede revocar la comisión dada a Enrique de Maupas, y anular la información que éste había dado ya y que estaba a punto de enviar a Roma? ¿Era mejor que el obispo de Puy previniera al papa y le remitiera su comisión él mismo, o por último era suficiente con corregir o suprimir el libro? Vicente de Paúl, movido por el triple deseo de adelantar la canonización del obispo de Ginebra, de servir a las Hijas de Santa María y de conservar el honor del obispo de Puy, entregado a su congregación, y que, decía él, “no se había equivocado más que pensando hacer bien, “ envió una memoria sobre ello a Jolly, superior de la Misión en Roma, con una carta de fecha del 13 de octubre de 1657, en la que le encargaba consultar lo más secretamente posible a las personas experimentadas en estas materias para saber por ellas la mejor conducta que se debía seguir. Estas diligencias tuvieron pleno éxito; la emoción se calmó en Roma y se reemprendió el proceso.

Dos años después, como se acercaba a su término, las religiosas de la Visitación, conociendo el crédito del que gozaba Vicente en Roma, le pidieron que uniera sus ruegos a los de un gran número de personajes de consideración, para obtener la canonización de Francisco de Sales. Y él lo hizo, tanto para obedecerlas como para satisfacer la estima y la veneración particulares que sentía por un santo tan grande, uno de los santos más grandes del cielo, de cuyas grandes virtudes había sido testigo en muchas ocasiones; pero lo hizo lleno de confusión, “siendo tan indigno de obtener una gracia tan grande,” y de hablar después de tantas personas “más considerables que él que no era más que un pobre miserable.”

Así, él escribía, el 6 y el 12 de junio de 1659, a la Madre de Santa María de París y a Jolly, enviándoles esta carta al papa.

“ **Santísimo Padre,**

Sé que toda Francia y que muchas naciones piden con insistencia a Vuestra Santidad que se digne inscribir al ilustrísimo y reverendísimo Francisco de Sales, obispo de Ginebra, en el número de los santos. Yo no ignoro tampoco que Vuestra Santidad honra con la mayor veneración su memoria, bien por sus singulares virtudes que han brillado en él, como por libros de eminente piedad que ha producido. Esto hace que parezca inclinarse bastante por sí misma a esta obra, y que ella no necesita, para cumplirla, de las peticiones de otro, sobre todo por parte de un hombre con un nombre tan abyecto y tan inútil como yo. Sin embargo, Santísimo Padre, como este excelente siervo de Dios, ha usado de ella, con bastante familiaridad, y se ha dignado admitirme con frecuencia en sus charlas, sea sobre el instituto de las religiosas de la Visitación de Santa María, del que ha sido fundador, sea sobre otros temas referentes a la piedad, he descubierto en él tanto y tan grandes virtudes que me resulta muy difícil guardar el silencio en esta ocasión, y que no pueda ser el único en callarme. La fe, la esperanza y la caridad, y las demás virtudes tanto cardinales como morales, parecían como innatas en él, y componían en su

vida, por lo menos a mi juicio, tal fondo de bondad, que habiendo caído una vez enfermo después dice una conferencia con él, y recordando a menudo en mi mente la suavidad y la exquisita mansedumbre de sus costumbres, yo no cesaba de exclamar: “Oh qué bueno es Dios, si tan bueno es el obispo de Ginebra!” Si yo fuera el único, Santísimo Padre, en pensar así de él, creería poder equivocarme; pero como todo el mundo comparte conmigo estos sentimientos, ¿qué falta, Santísimo Padre, para la consumación de una obra tan grande, más que la ratificación de Vuestra Santidad, que eleve a Francisco de Sales al catálogo de los santos, y le proponga los honores y al culto de todo el universo? Es lo que todos los sacerdotes de nuestra congregación y yo, prosternados a los pies de Vuestra Santidad, le pedimos por nuestras muy humildes súplicas.”

Vicente no pudo ver el éxito de estos trámites. El obispo de Ginebra no fue beatificado hasta el 28 de diciembre de 1661, más de un año después de la muerte de su santo amigo, y canonizado hasta 1665 por Alejandro VII. En su juventud este papa había consultado a Francisco de Sales sobre su entrada en el estado eclesiástico; y éste, después de consultar a Dios, le había respondido: “No busquéis las dignidades, y llegaréis a las más altas de la Iglesia. –Y yo, Señor de Sales, había replicado el joven Chigi, si soy papa, yo os canonizaré.”

Profecía cumplida, palabra religiosamente tenida!

VIII. *La Madelaine. –La Providencia.* Imposible enumerar los servicios, tanto generales como particulares, prestados por Vicente de Paúl a las comunidades de mujeres. Los obispos, por ejemplo le invitaban a menudo a hacerles la visita, para restablecer el orden o alentar la piedad. Así fue como el mes de abril de 1641, visitó por segunda vez, a petición del obispo de Potier, el monasterio de las Ursulinas de Beauvais. pero limitémonos a recorrer las comunidades, en las que su acción no fue accidental y pasajera, sino fundamental y duradera.

Se había establecido en otro tiempo en París, calle Saint-Denis, una comunidad de Hijas penitentes, casa de santa moral y refugio contra la corrupción de la ciudad; pero las revueltas y las guerras alteraron bien pronto su espíritu. El obispo de París, para devolverla a su primitivo estado, colocó como superiora a una religiosa de Montmartrem, María Alvequin⁷²⁵, quien tomó la dirección en 1616. Dos años más tarde, otra fundación de penitentas tuvo su origen en París. Robert de Montry, rico comerciante en vino y hombre de gran piedad, habiéndose encontrado en una calle a dos jóvenes libertinas que le manifestaron un deseo vivo y sincero de cambiar de vida, las retiró a su casa. Du Pont, párroco de San Nicolas des Champs, el P. Athanase Molé, capuchino, hermano del procurador general, y Du Fresne, oficial de la guardia de corps del rey, impresionados por esta iniciativa, se unieron al comerciante. Todos resolvieron recoger lo más posible de estas pobres criaturas, y reunir las en un penitenciario. Las pusieron primeramente en unas habitaciones que ellos alquilaron en el barrio de Saint-Honoré. Y luego Robert de Montry les cedió una casa que tenía cerca de la Cruz Roja. Se estableció en ella la clausura y se erigió una capilla, a la que vino san Francisco de Sales a predicar en 1619 y a dar el hábito a algunas jóvenes.

⁷²⁵ Ver su *Vida* por Lacourt de Marivaut. París, 1687, in-8°.

Después, habiendo aumentado el número de las penitentes, se las cambió a la calle des Fontaines, cerca del Temple, en un local más vasto, provisto por la marquesa de Maignelay⁷²⁶.

Esta casa fue nombrada de la Madeleine. La marquesa se declaró su fundadora. Título que mereció por los grandes bienes que le hizo durante su vida, y *por las ciento y una mil seiscientas* libras que le legó por testamento. Las penitentes se incrementaron aún, y al mismo tiempo las solicitudes y las dificultades. Pues bien, a la cabeza de la casa, nadie que fuera verdaderamente capaz de dirigirla. Pidieron a san Francisco de Sales que nombrara a algunas de sus Hijas, cuya dulzura y caridad parecían las virtudes propias para ganarse a las nuevas Madeleines. “Más tarde quizás, respondió el santo obispo; todavía no ha llegado el tiempo.” Transcurrieron doce años, cuando se dirigió a Vicente de Paúl, de alguna manera sucesor de Francisco de Sales en la superioridad de las Hijas de Santa María. Vicente lo trató primero con Dios, luego con el arzobispo de París y la madre Angélica l’Huillier, superiora de la casa de la calle de San Antonio y, en 1629, destinó a cuatro hermanas de la Visitación a los primeros cargos de la Madeleine.

Estas buenas Hijas temblaron ante una empresa semejante. Y, en efecto, las calumnias, las persecuciones, los obstáculos de todas clases, sea de dentro, sea de fuera, no les faltaron. Pero, sostenido por el pensamiento del mérito de la obra y por su confianza en Dios, Vicente no las abandonó más de lo que se abandonaba a si mismo. Hizo celebrar asambleas de doctores y de otras personas de piedad y de experiencia, en las que se tomaron sabias y fuertes resoluciones para el éxito de un asunto del que dependían la edificación pública y la salvación de tantas almas. Al mismo tiempo, exhortaba a las hermanas a la paciencia, a la perseverancia, en vista de las bendiciones que atraerían con ello sobre ellas y sobre toda su orden, a la vista de Jesucristo, refugio de las pecadoras, cuya misión ellas continuaban. Y él escribía en este sentido a la madre Ana María Bollais, la primera superiora enviada a la Madeleine: “Nuestro Señor, que nos llama a lo más perfecto, tendrá como más agradable la continuación de vuestros servicios en Santa Madeleine que en cualquier otro lugar. La gracia de la perseverancia es la más importante de todas, y la que corona todas las demás gracias; y la muerte que nos halla con las armas en la mano para el servicio de nuestro divino Maestro, es la más gloriosa y la más deseable. Nuestro Señor acabó como vivió: habiendo sido su vida ruda y penosa, su muerte fue rigurosa y llena de angustias, sin mezcla de ningún consuelo humano. Por ello muchos santos han tenido este devoción a querer morir solos y ser abandonados de los hombres, con la confianza que tendrían a Dios solo para socorrerlos. Tengo la seguridad, mi querida hermana, que no buscáis más que a él solo y, que entre las buenas acciones

⁷²⁶ Charlotte Marguerite de Gondi, hermana de los dos últimos obispos de París y del General de las galeras, se había casado, en 1588, con Florimond d’Halluin, marqués de Maignelay quien, tres años después, fue asesinado durante las revueltas de la Ligue. Viuda, renunció, si bien en el esplendor de su juventud y de la fortuna, al mundo y al lujo, para vivir en las prácticas de la piedad. Su intención había sido incluso la de abrazar la vida religiosa en el convento de las Capuchinas; pero el abate de Bérulle, el doctor Duval y otros sabios y piadosos personajes la retuvieron en el mundo. Visita de los enfermos y de los prisioneros, fundaciones y obras caritativas, eso es en lo que entregó en adelante su vida y sus riquezas. Fue una de las damas más celosas de la Asamblea de Vicente de Paúl, y, después de la señora de Aiguillon, cooperó más que nadie con sus limosnas. Y, a pesar de las inmensas larguezas de su vida, los legados realizados en su testamento sobrepasaron las 400 000 libras. Falleció el 28 de agosto de 1650. (Véase su *Vida* por el P. Marc Bauduin, París, 1666, in-12.)

que se presentan, preferís siempre aquellas en las que hay más gloria suya y menos interés vuestro.”

Animadas y dirigidas así, las Hermanas de la Visitación, después de triunfar sobre las primeras dificultades, establecieron la orden en la Madeleine. Por su dulzura y por sus cuidados, ellas se ganaron el corazón, no sólo de las penitentes voluntarias, sino también de las que les traían por autoridad de familia o de la policía. Éstas luego se quedaban de buena gana allí adonde habían sido llevadas por la fuerza, y algunas incluso hacía los votos de religión. Vicente continuaba sosteniendo a las hermanas con buenos confesores que les buscaba, con cartas, con sus visitas que les prodigaba a veces más allá de una semana⁷²⁷. Otras dos comunidades se establecieron bien pronto en Burdeos y en Rouen, a la espera de las dos casas de la Piedad y de Santa Pelagia, formadas por la señora de Miramión; los refugios del Buen Pastor, abiertos por la señora de Combé⁷²⁸ al arrepentimiento, hacia final de siglo, en muchas ciudades de Francia, y las casas parecidas de Santa Valeria y de las Hijas del Salvador, fundadas en París por el mismo tiempo, por el P. Daure, dominico, y dos sencillos sacerdotes de parroquias, Louis Raveau y Étienne-François Vernage. Siempre con la misma fecundidad de obras caritativas.

Vicente mismo, hacia el final de su vida, formó el proyecto de una vasto hospital para las jóvenes y mujeres abandonadas, y en particular para las que hacen un infame tráfico de su honor. Celebró sobre este asunto largas y numerosas conferencias con personas de piedad; y, a pesar de las dificultades de un proyecto semejante, lo habría llevado sin duda a ejecución, si la muerte no le hubiera sorprendido. Otros, según acabamos de ver, heredaron su pensamiento y lo realizaron bajo diversas formas.

Una obra parecida, pero más extensa, obra a la vez de refugio y de preservación, fue la obra de las *Hijas de la Providencia*, fundada por la señora Pollalion, de la cual salieron otras dos, las obras de la *Unión cristiana* y de la *Propagación de la Fe* o de las *Nuevas Católicas*.

Marie Lumague⁷²⁹, nacida en París, en 1599, se había casado con François Pollalion, gentilhombre ordinario de la cámara del rey, y alto comisario en Raguse. Viuda después de unos años de matrimonio, renunció a su cargo de dama de honor de la reina, vendió la carroza y sus pedrerías, se privó de todos los gastos de lujo, y se consagró, bajo la dirección de Vicente de Paúl, a las buenas obras y a la piedad. Comenzó por ser una de las damas más activas de la Asamblea; luego acompañó a la señorita Le Gras en las campañas, disfrazada de campesina y de criada, para aliviar e instruir a los pobres. Por último tuvo la inspiración de consagrarse en particular a las pobres jóvenes engañadas y penitentes, y a las que la juventud y la belleza unidas a la indigencia y a la mala conducta de su familia, se exponían aun peligro seguro. Después de formar con sus propias riquezas el primer fondo de esta obra, y asegurarse el concurso de su hija y de su yerno, Claude Chastelain, jefe de comedor del rey y secretario del consejo de Estado, hombre a la vez rico y caritativo, la vieron caminando a pie por las calles para pedir los recursos que le faltaban. Ella recogió primero una cuarenta jóvenes y las acogió en el hospital de la Pieté, cuyo superior era entonces Vicente de Paúl. Muy pronto, hacia principios del año 1630, formó el proyecto, con el nombre de *Providencia*,

⁷²⁷ Carta al obispo de Toul, del 19 de enero de 1655.

⁷²⁸ Véase su *Vida*, por Jean-Jacques Boileaux, in-12.

⁷²⁹ Véase su *Vida*, por Collin, 1744, in-12.

de una comunidad de treinta y tres jóvenes, destinadas a instruir y a educar a la gente joven que allí buscaban un refugio contra la corrupción del mundo. los primeros ensayos se realizaron en Fontenay y en Charonne, cerca de París, luego en París mismo en una pobre casucha, cerca de Chartreux de Vauvert. En esta última casa eran recogidas, según la proporción de los medios, las jovencitas de menos de diez años, a quienes se enseñaba, junto con el temor de Dios, los trabajos propios para asegurarles, mediante el trabajo, una existencia honrada. Vicente de Paúl, lleno de celo por esta obra, iba a menudo a visitar a la señora Pollalion y a sus compañeras en Charonne y en París. Nombrado superior de la casa, la hizo autorizar en 1643, por letras patentes y erigir, en 1647, por el arzobispo de París en comunidad secular. Encantado por las santas disposiciones de las Hijas de la Providencia, quiso extender las aplicaciones de su celo formó el plan de una sociedad de jóvenes y de mujeres pobres, especie de Misioneras que se harían presentes en todas partes donde se les juzgara oportuno enviarlas, para el servicio de Dios y la instrucción del prójimo. Entre las Hijas de la Providencia, él escogió a siete de las más celosas y de las más valerosas, las cuales alguna pertenecía la más alta nobleza, como Ana de Groze, y sobre todo Renata de Grandmont, aliada de las Loraine, que ocultó todos sus títulos bajo el humilde nombre de Renata Desbordes⁷³⁰. Esta congregación fue llamada de la *Unión Cristiana*, para señalar la unión que las Hijas debían guardar entre ellas y con Jesucristo. Redactaron un acta de asociación por la cual se comprometían a trabajar por la salvación de las almas. Muy pronto formaron varias casas, abiertas con preferencia a las protestantes recién convertidas o en vías de conversión, casas conocidas bajo los distintos nombres de *Propagación de la Fe* o de *Nuevas Católicas*⁷³¹. A petición sin duda de Vicente de Paúl, Ana de Austria, en 1651, donó a la señora Pollalion un amplio local, situado en la calle de la Arbalète y contiguo al magnifico monasterio del Val de Grâce, donde a ella le gustaba pasar las principales fiestas del año. También, en el acta de donación, declaraba que había elegido este terreno antes que otro cualquiera, con el fin de tener a la vista, en sus retiros ordinarios, un establecimiento del que esperaba grandes bienes. Era un antiguo hospital, llamado *de la Salud*, en el que se recibía a los convalecientes que salían del Hôtel-Dieu. El arzobispo de París erigió el nuevo establecimiento en hospital y nombró superiora a la señora Pollalion, quien tomó posesión el 4 de junio de 1652. Se había necesitado un año entero para construir nuevos edificios. Gracias a las liberalidades de Ana de Austria y, a ejemplo de la reina, de la princesa de Condé, de las duquesas de Orléans, de Vendôme, de Liancourt y de Aiguillon, de la Marquesa de Maignelay, de la mariscalca de Guébriant, de la cancillera Séguier, de las damas de Loménie de Brienne, de Miramion, de Senecey y de las demás damas de la Asamblea, las construcciones se habían terminado en 1652, y la solemne inauguración del seminario se tuvo el 11 de junio, en medio de los aplausos del pueblo, “que

⁷³⁰ Medio siglo después, cuando se trabajaba en la beatificación de san Vicente de Paúl, Renata Desbordes, entonces de ochenta años, le tributó una declaración amplia, auténtica y resonante.

⁷³¹ Después de la muerte de la señora Pollalion y de san Vicente, la *Unión cristiana* fue separada del seminario de la Providencia por Jean-Antoine Le Vacher, a quien nuestro santo le había dado por confesor. Establecida en Charonne, en 1661, por Ana de Croze, luego trasladada al hotel de San Chaumont, calle San Denis, fue aprobada bajo una forma nueva y distinta, por letras patentes de Luis XIV en 1673 y en 1687, y se expandió por varias diócesis. Una comunidad de Nuevas Católicas fue también fundada en París, por las liberalidades de Turena, convertido al catolicismo.

había sabido comprender, esta vez, lo que hacía la caridad por él⁷³².” San Vicente de Paúl redactó los reglamentos, que fueron aprobados por la autoridad eclesiástica. A los cinco años de esto, 4 de setiembre de 1658, la señora Pollalion moría en medio de las bendiciones de las piadosas maestras formadas por ella, y de las ciento ochenta jóvenes acogidas por su caridad, esta vez doblemente *huérfanas*. Pero el *non relinquam vos orphanos* se realizó una vez más para ellas, porque, independiente mente de la señorita Le Pilleur, tía del obispo de Saintes, luego de la señorita Viole, que sucedieron a la señora Pollalion en calidad de superioras y de *madres*, les quedaba un padre Vicente de Paúl, este padre de todos los huérfanos y de todos los abandonados.

En efecto, olvidándose, como siempre, de su casa y de los suyos, en estos años funestos que tendremos que relatar, quiso, Providencia visible, probar a sus hijas que no en vano se llamaban Hijas de la Providencia. Al otro día de los funerales de su piadosa fundadora, convocó en su favor una asamblea de sus Damas de la Caridad. un mes más tarde, era una nueva asamblea, más numerosa, sin duda, y más eficaz todavía que la primera, a juzgar por la carta siguiente que escribió, el 18 de octubre de 1657, a la duquesa de Liancourt´

“Señora,

Os muestro aquí una renovación de mi obediencia perpetua, y al Sr. duque de Liancourt en vuestra persona, y esto con toda la humildad y el afecto posibles. Os suplico muy humildemente, Señora, que tengáis a bien y que yo me haga el honor de hablaros de la obra de la Providencia de Dios, que la difunta señorita *Poulaillon*⁷³³ había promovido y que vos, Señora, habéis sostenido y protegido con vuestras obras y vuestra autoridad, en calidad de dama insigne bienhechora, que es tanto como decir de fundadora de esta buena obra, así como las reglas de esta buena obra, aprobadas por monseñor el arzobispo, lo declaran. –Habéis podido saber, Señora, el fallecimiento de esta buena sierva de Dios, y cómo pocos días después, se reunieron en casa de la señora duquesa de Aiguillon, allí donde la señora cancillera, señora de Brienne, señorita Viole, el Sr. Duplessis, el Sr. Drouart y yo nos encontramos para ver si convenía que se tratara de sostener y reglar esa obra y, supuesto que no hubiera otro remedio, cómo deberíamos proceder.

“Bueno pues, el resultado fue, después de hacer la lectura de las dichas reglas aprobadas, que se trataría de sostener esta buena obra y de dirigirla según la intención de las dichas reglas, que se convocaría una asamblea de las Damas insignes bienhechoras consideradas fundadoras de esta obra, de las cuales la reina es la primera, vos, Señora, la Sra. cancillera, la señora de Senecey, las Damas de Aiguillon y de Brienne, para tratar de este asunto y comenzar la armonía de esta dirección y perpetuarla con la ayuda de Dios, que os ha elegido entre las primeras, Señora, con la difunta señora marquesa de Maignelay, y el que probablemente quiere que seáis por el tiempo y la eternidad, uno de os principales instrumentos del que se ha servido para conservar la pureza y la santidad de muchas vírgenes, que adorarán y glorificarán a su divina bondad en el tiempo y en la eternidad y que tal vez le ofenderían y le maldecirían sin esto; y sin embargo se trasladaría a la

⁷³² *Estudios sobre Bossuet*, t. II, p. 3.

⁷³³ Así escribe siempre Vicente este nombre. –Así se pronunciaba sin duda, a juzgar por las armas de Pollalion , que llevaban una *gallina* y un *león* sobre campo de azul..

Providencia para tratar de poner orden en los asuntos más urgentes, y para deshacerse de las religiosas que allí eran pensionistas y de las jóvenes de la comunidad y a reducir el número a cuarenta si se pudiera, menos en aumentarlo, contando que haya con qué. Y efectivamente se ha trabajado en ello, de manera que muchas pensionistas se han retirado, como también catorce o quince jóvenes a quienes han llamado los padres, de forma que el número de las personas de esta casa se ha reducido a unas ochenta; y en cuanto a lo que han pensado dichas Damas que han creído conveniente que yo tenga el honor de comunicaros todo eso, lo hago, Señora, con el gozo que vuestra bondad puede pensar, y es, Señora, por tres razones: una, tengáis a bien indicarme si os dignáis honrar esta buena obra continuando vuestra protección; y, supuesto eso, si tuvierais a bien, Señora, acudir a esta ciudad, un día de la semana próxima; y en caso de no poder, enviad una procuradora con permiso, autorizando a la persona de vuestra elección para que inscriba su nombre, y declare que, como bienhechora de la casa, queréis continuar la asistencia que habéis dado a esta casa desde su fundación hasta hoy – o al menos dar vuestra conformidad con ello. Éste era, Señora, el asunto de la presente, etc.”

Esta carta es preciosa por mostrarnos el estado en que se encontraba la casa de las Hijas de la Providencia, algunos días después de la muerte de su fundadora, y ayudarnos a comprender la eficacia de la intervención de Vicente en su favor. Pues se sabe que el número de ciento ochenta huérfanas de las que acababa de desprenderse, fue sobrepasado en el futuro.

No fue la última asamblea convocada por Vicente para procurarle ayuda. Hubo otras más en estos últimos años de su vida. De todas la más célebre fue la de febrero de 1659, en la que Bossuet, siguiendo la conjetura casi cierta de su más reciente historiador, pronunció su sermón sobre *la eminente dignidad de los pobres en la Iglesia*, el primero probablemente que haya pronunciado en París.

Bossuet se debía por más de un lazo a la Congregación de las Hijas de la Providencia, ya que era el superior del asilo de la *Propagación de la fe*, establecido en Metz, en medio de toda clase de contradicciones y de pruebas, por una pobre y heroica joven, llamada Alix Clerginet, y él le había dado su reglamento. Pues bien, a petición de Alix, la casa de París había acudido en ayuda de la casa de Metz, tanto que ésta consideraba a aquella como su madre. En efecto, la señora Pollalion había enviado a Metz, primero a Renata Desbordes, luego a otras cinco hermanas de la Providencia, con preciosas instrucciones de Vicente de Paúl, protector declarado de Alix y de su obra, que él las había animado a una y otra en un viaje que la piadosa joven acababa de hacer a París.

En busca de un orador para una nueva asamblea de caridad, Vicente de Paúl, superior de la Providencia de París, , debía naturalmente poner los ojos en el superior de la Propagación de Metz, como Bossuet, por gratitud, por filial deferencia y por el venerable sacerdote y por la casa-madre del asilo que le era tan querido, no podía negarles las primicias de su elocuencia. Después de oponerse al mundo, en el que todo ha caído presa de los ricos, incluso los pobres y el reino de Jesucristo, en el que todo se ha entregado en herencia a los pobres, incluso el derecho exclusivo a introducir en él a los ricos; después de celebrar la caridad de san Pablo, tan solicitado por los pobres de Jerusalén, y siempre tan lleno de respeto para ellos, llegando al propósito de la asamblea

y dirigiéndose a las Damas, el orador exclama: “Señoras, revestíos de de estos sentimientos apostólicos; y en los cuidados que ejercéis en esta casa, mirad con respeto a los pobres que la componen. Meditad seriamente, en la caridad de Nuestro Señor, que, si los honores del siglo os colocan por encima de ellos, el carácter de Jesucristo, que tienen el honor de llevar los eleva por encima de vosotras. Honrad, en los siervos, la misteriosa conducta de la providencia divina que les da los primeros rangos en la Iglesia, con tal prerrogativa que los ricos no son recibidos en ella más que para servirlos.” Y particularizando más el objeto de la reunión, y dirigiéndose al auditorio: “Así pues, hermanos míos, añade Bossuet, abrid los ojos sobre esta casa indigente, y sed inteligentes sobre los pobres. Si pidiera vuestras limosnas para una sola persona, tan grandes e importantes razones, que os obligan a la caridad, deberían conmovier vuestros corazones. Ahora yo elevo mi voz en nombre de una casa entera: y además, de una casa cargada de una multitud de pobres necesitadas totalmente abandonadas. ¿Necesito ponerlos ante los ojos los peligros de las jóvenes y las consecuencias peligrosas de su pobreza, el escollo más ordinario en el que su pudor causa naufragio? ¿De qué servirán las palabras, si la cosa misma no os impresiona? Entrad en esta casa; conoced sus necesidades; y si no os llega al alma la situación a la que ha llegado, no sé ya, Hermanos míos, qué podrá ablandaros el corazón. Es verdad que unas damas piadosas han abierto los ojos sobre esta casa; han escuchado sobre los pobres (*beatus qui intelligit super egenum et pauperem*) ; porque ellas conocen su dignidad, ellas se sienten honradas de servirle; porque ellas son cristianas, ellas se creen obligadas a asistirlos; porque ellas saben el peso de las riquezas mal empleadas, ellas se descargan entre sus manos, de una parte de su carga; y, repartiendo los bienes temporales, vienen a recibir a cambio las gracias espirituales⁷³⁴.”

IX. *Muchachas huérfanas –Muchachas de Santa Genoveva. –Hijas de la Cruz.* Fue también a las *Muchachas huérfanas* a quienes la señorita de Lestang había abierto una casa hacia el Prè-aux-Clercs. Vicente de Paúl la socorrió en sus mayores necesidades; asistió a muchas de sus asambleas que se celebraron por ellas; por último, la colocó bajo la dirección espiritual de un sacerdote de su conferencia, llamado Gambard, el mismo que le había acompañado en sus primeras Misiones, y que, desde hacía veinte años, dirigía con éxito a las Hijas de la Visitación del barrio Saint-Jacques. Él puso a la piadosa fundadora en contacto con la señorita Le Gras, tan hábil en la ciencia del gobierno. Mandó celebrar en su presencia un consejo para trazar el camino que seguir. La comprometió a elegir en su casa, compuesta por entonces de doscientas jóvenes, a tres o cuatro de las más inteligentes, para compartir con ellas el peso de los asuntos, reunir las de vez en cuando, , tomar sus consejos y del director de la casa, y a tener como tentación el deseo de hacerlo todo por ella misma, escollo de las almas ardientes y entregadas, donde la señorita de Lestang se veía amenazada de fracaso.

Vicente formó parte también de la fundación de las Hijas de santa Genoveva. La señorita de Blosset, hija de un gentilhomme del Nivernais, se había consagrado al cuidado de los pobres y enfermos de la parroquia de Saint-Nicolas-du-Chardonnet y a la instrucción de las jóvenes. Después de unirse a

⁷³⁴ *Oeuvres*, t. II, pp. 10, 21. –*Estudios sobre la vida de Bossuet*, t. I, pp. 435 y siguientes; t. II, pp. 1 y siguientes.

algunas señoritas animadas del mismo espíritu, había comenzado a formar una pequeña comunidad, que tomó el nombre de Hijas de Santa Genoveva. Pero antes de tomar una determinación definitiva, ella y sus compañeras resolvieron visitar a Vicente de Paúl, a quien ellas tenían como “un santo y un hombre lleno de luz y de prudencia.” Les encareció que empezaran por la oración, y les pidió para él mismo ocho días de reflexión. Después de lo cual, volvieron muy decididas a aceptar su decisión, y él les dijo en un tono seguro y firme: “Dios quiere servirse de ustedes para dar una nueva compañía a su Iglesia; Nuestro Señor sacará de ello su gloria, y con ello redundará mucho bien al prójimo.” El tiempo y la Providencia confirmaron estas palabras. Las escuelas de estas jóvenes fueron muy frecuentadas y muy útiles a la parroquia. La muerte de Francisca de Bosset, sucedida el 9 de febrero de 1642 no disipó en nada su obra, y sus hijas resolvieron incluso realizar su primer compromiso irrevocable. Bourdoise aprobó su proyecto y les trazó unas reglas. La autoridad eclesiástica de la diócesis las erigió en comunidad, el 20 de agosto de 1658 y, en 1661, el rey les otorgó las letras patentes. Además de su principal función, que era la instrucción gratuita, formaban maestras para los campos, asistían a los pobres, distribuían remedios, daban instrucciones y lecciones a las personas de su sexo; en una palabra, ejercían toda clase de obras de misericordia espiritual y corporal. Tal era el estado de esta comunidad cuando la señora de Miramión⁷³⁵ que había formado una parecida den la parroquia de San Pablo, con el nombre de Sagrada Familia, quiso unirlas a una y otra. En su humildad, ella renunció al título de fundadora, haciendo tomar a sus Hijas el de Santa Genoveva. Sostuvo la congregación así multiplicada con su fortuna y su crédito y le compró una casa en el andén de la Tournelle, donde ella misma hizo su residencia. Aprobadas también con esta forma nueva por el arzobispo de París en 1665, las Hijas de Santa Genoveva se extendieron a diversos lugares y contaron pronto con más de cien escuelas.

Hay algunas comunidades que recibieron de Vicente servicios menos esenciales, pero que le son no obstante deudores. Tales, entre la numerosas Congregaciones hospitalarias que aparecieron de pronto por la mitad del siglo XVII, la Congregación de la Caridad de nuestra Señora, que debe su origen a Simonne Gauguin, nacida en 1521, en Pathai, en Beauce, y nombrada en religión Francisca de la Cruz⁷³⁶. Esta piadosa joven formó en primer lugar un establecimiento en París, cerca de la plaza Real, con el concurso de Madeleine Brulart, viuda de un jefe de cocina del rey, llamado Favre, quien se declaró su fundadora. El rey y el arzobispo de París, antes de aprobar el nuevo instituto sometieron sus reglas al P. Binet, jesuita, de Vigier, doctrinario, y de Vicente de

⁷³⁵ Marie Bonneau, viuda de J. J. de Beauharnais, señor de Miramión, canceller en el parlamento de París, había nacido en 1629. después de su singular rapto por el conde de Bussy, primo de la señora de Sévigné, ella se retiró, en 1649, a casa de las Hijas de la señorita Le Gras, y no salió de allí más que para entregarse a las obras de caridad. fue una de las damas más celosas de la asamblea para la obra de los niños Expósitos, la obra del Hôtel-Dieu, del Hospital General; en una palabra, para todas las empresas de san Vicente de Paúl. El santo había aprobado los reglamentos de su Sagrada Familia. Estuvo siempre en estrecha relación con las dos comunidades de San Lázaro. Después de la muerte de Féret, parroco de Saint-Nicolas-du-Chardonnet, pasó, en 1677, a la dirección de Edme Jolly, tercer superior de la congregación de la Misión, y allí se quedó hasta su muerte, acaecida en 1696. Su única hija se casó con el presidente de Nesmond. “El rey, dice Dangeau (Mémoires, 24 de marzo de 1696, la ayudaba en sus buenas obras y no le negó nunca nada.” Fue a ella a quien la señora de Sévigné (Carta del 29 de marzo de 1696, a la señora de Coulanges) llama una “Madre de la Iglesia” (Ver su *Vida*, por el Sr. abate de Choisy, in-12, París, 1706.

⁷³⁶ Ver su *Vida*, in-12, París, 1745.

Paúl, Habiéndolas revisado y aprobado los tres examinadores, como conformes a la doctrina del santo concilio de Trento. la Congregación fue autorizada por los dos poderes, y Francisca de la Cruz y sus compañeras pronunciaron sus votos en 1629. Estas religiosas fundaron luego un gran número de hospitales en Francia, pero todos reservados a las mujeres. Ellas hicieron por su sexo lo que hacían por los hombres los Hermanos de la Caridad de San Juan de Dios.

Pocas comunidades de chicas debieron tanto a Vicente de Paúl como la congregación de las Hijas de la Cruz.

En Roye, de Picardía, existía una escuela en la que se hallaban confundidos los niños de ambos sexos, lo que se convirtió en fuente de abominables desórdenes, a los que el propio maestro puso el colmo abusando de una de sus estudiantes. Para remediarlo, los dos párrocos apelaron a la entrega de personas piadosas, que se encargarían de la instrucción de las jóvenes. Cuatro respondieron a la llamada: Françoise Valette, Marie Saucier, y dos hermanas, primas de las precedentes, Charlotte y Anne Delanoy. En 1625, una asamblea compuesta de los párrocos, de los notables y de las damas y señoritas más distinguidas de la ciudad, admitió su entrega, nombró a la señora Ledoux, viuda del secretario de Roye, su presidenta y protectora; y ésta, como primer ejercicio de su cargo, les dio una casa en la que las instaló el 4 de agosto siguiente.

Las jóvenes maestras que eligieron a Françoise Valette como superiora, experimentaron en un principio los éxitos más hermosos. Pero el prefecto de Roye, llevado tal vez por jóvenes libertinos descontentos de verse arrebatados a sus víctimas, resentido además de no haber sido consultado en el asunto, acusó a Bellot, decano de la colegial y promotor declarado del nuevo establecimiento, de ir contra las intenciones del rey que había prohibido que se formaran, sin su consentimiento, estas clases de instituciones. No se tuvo en cuenta esta reclamación, y la obra continuó prosperando. Sus enemigos se volvieron entonces contra los dos párrocos a quienes atacaron con horribles calumnias, cuyo contragolpe alcanzó a las pobres maestras. El pueblo, justo esta vez, vengó con una palabra a las siervas de Jesucristo y, para consagrar sus persecuciones, las llamó Hijas de la Cruz. Deseosas de merecer este hermoso título, sufrieron primeramente en silencio; pero temiendo comprometer su obra, al mismo tiempo que sus personas con una abnegación excesiva redactaron pronto una Memoria justificativa, que dos de ellas llevaron a París y sometieron a diecisiete doctores de Sorbona. Los doctores, tras maduro examen, declararon, el 26 de noviembre de 1630, no hallar en ella nada que no fuera bueno y útil, digno de ser recibido, aprobado y autorizado por los pastores y magistrados del lugar en que residían las hijas mencionadas.”

Justificadas de esta forma, las buenas hermanas recuperaron sus funciones con nuevo celo. Se granjearon más y más la confianza de las familias, y vieron acrecentarse el número de sus asociadas.” Todo el peso de la persecución hasta entonces repartido, recayó sobre los dos sacerdotes primeros autores de su obra, Los delataron a la corte como a peligrosos innovadores, como a guías perniciosos. Enseguida fueron detenidos y apresados en París. Después de varios interrogatorios, fueron devueltos afortunadamente a las manos de Vicente de Paúl. El santo les interrogó a su vez con toda su caridad, sin duda, pero también con todo su buen juicio, con toda su justicia, todo su celo por el honor de la Iglesia. la conclusión de su

examen fue que los dos sacerdotes sobre todos los cargos, y la corte, sin más informes, les dejó marchar, libres de culpa, a Roye, a sus puestos de trabajo. Vicente no había podido examinar a los dos directores de las Hijas de la Cruz, sin llegar, sin su perspicacia ordinaria hasta el fondo del nuevo instituto. Había quedado satisfecho; y cuando los dos eclesiásticos le preguntaron si no era conveniente abandonar una obra expuesta a tales ataques, él respondió: “Lejos de ceder a la persecución, hay que demostrar más ardor todavía en mantenerla, ya que será de grande utilidad a la Iglesia; si logra echar raíces, llegará a ser un árbol fecundo en frutos saludables. Que conserve tan sólo con cuidado su primer espíritu le pobreza, de sencillez, de mortificación, de piedad, de obediencia y de caridad; que sus primeras asociadas sigan mereciendo su nombre de Hijas de la Cruz, unidas cada vez más a la cruz del Salvador por la porción que les ha tocado en suerte de sus oprobios y de sus persecuciones.” Desde el juicio favorable de la Sorbona, Marie Saucier se había quedado en París. El célebre P. Lingendes, a quien había elegido por director, la puso entonces en relación con una dama de una profunda piedad. Marie l’Huillier, viuda de Claude-Marcel de Villeneuve, maestro de las demandas ordinario de la casa del rey. Casada muy joven, Marie l’Huillier había sufrido mucho por el carácter difícil y la conducta disipada de su esposo. Bajo la dirección de san Francisco de Sales, había soportado esta prueba como mujer fuerte y como cristiana. Viuda a los veintitrés años, no se ocupó de otra cosa que de la piedad y de la caridad, estas dos grandes cosas siempre correlativas en el cristianismo. Se asoció a las damas de Lamoignon, Pollalion y Le Gras, que estaban entonces bajo la dirección de san Vicente a la cabeza de todas las empresas caritativas. Ella trabajó algún tiempo con Jean-Pierre Camus, obispo de Belley, en la conversión de las mujeres perdidas, hasta que la obra juzgada por uno y por otra ingrata, fue abandonada y reservada a otras manos. Vuelve a comenzar en otras obras de un éxito más fácil y más inmediato. En compañía de otras damas que se habían juntado, iba a visitar a los pobres de su parroquia de San Pablo, cuyo párroco, a sugerencia de ella, le proporcionaba el fondo de subsistencia, por medio de una colecta semanal. Para ayuda a la vez del alma y del cuerpo, ella colocó, no sólo en la parroquia, sino en distintos barrios de París, a maestras de escuela que enseñaban gratuitamente a las niñas pobres.

Es lo que había determinado al P. Lingendes a llevarle a Marie Saucier. La señora de Villeneuve no tardó en reconocer, en el nuevo instituto, la plena realización de lo que perseguía entonces ella misma, y pidió una Hija de la Cruz para establecer en París la obra que triunfaba tanto en Picardía. En consecuencia, el abate Guérin, director entonces de la pequeña Sociedad, se dirigió de Roye a la capital donde, a falta de Marie Saucier quien, por consejo mismo de su confesor, acababa de entrar en la Visitación, encargó a Charlotte Delanoy fundamento y clavija maestra de la comunidad,

Cada vez más, la señora de Villeneuve se convenció de la utilidad del nuevo Instituto y de la facilidad de su establecimiento en París. Únicamente, para protegerle contra la inconstancia humana, quiso hallar a jóvenes que se formaran por votos en cuerpos de comunidad regular. El arzobispo de París aprobó su proyecto, y los acontecimientos la sirvieron. Las guerras cuyo teatro lo constituía entonces la Picardía, habiendo forzado a los habitantes a venir a buscar refugio en París, las Hermanas de Roye habían seguido a la gente. Charlotte Delanoy presentó a sus pobres a la señora de Villeneuve, y la

caritativa dama se las confió a una de sus amigas en la calle de Bas-Froid, en el barrio de Saint-Antoine, esperando que el comendador de Sillery, instado por ella, las hiciera conducir a su castillo de Penfon, a las puertas de Brie-Comte-Robert. Algún tiempo después estas jóvenes en número de cinco quedaban establecidas en el burgo mismo como institutrices.

Pero la cuestión de los votos las dividió. Tan sólo por el abate Guérin, las opositoras se quedaron en Brie-Comte-Robert, donde continuaron dirigiéndose por sus consejos. Ellas formaron casas en Roye, Rouen, Barbesieux y luego en París, en la parroquia de Saint-Gervais. Françoise Vallet, Anne Delanoy y Marie Paillet, favorables a los votos, regresaron a París con dos alumnas suyas, el 28 de diciembre de 1640, y fueron colocadas por la señora de Villeneuve en la Visitación para formarse en el espíritu de san Francisco de Sales. En efecto, con las Hijas de la Caridad, iban a compartir la herencia que del santo obispo de Ginebra había destinado a sus propias Hijas, y que por los consejos de Denis de Marquemont, había debido, como se ha dicho, dejar a otros.

Fue entonces cuando la señora de Villeneuve entró en relación más estrecha con la señora de Chantal. Estas relaciones habían sido primitivamente formadas por san Francisco de Sales que había presentado a la señora de Villeneuve a la santa fundadora, diciéndole que no conocía alma más cándida ni de mejor corazón.. desde entonces se había establecido entre las dos admirables mujeres, un trato de cartas que reanimó en la época a la que hemos llegado. Santa Chantal escribía el 15 de enero de 1641: “Viva Jesús! Bendito sea el divino y buen Salvador de nuestras almas que os ha elegido, mi buenísima y queridísima hermana, para ofrecerle esta Sociedad, por medio de la cual, muchas almas, como valientes amazonas, combatirán las perversas máximas del mundo y enarbolarán las divinas máximas de Jesucristo. este proyecto no puede por menos de servir grandemente a la gloria de Dios y en provecho de muchas almas, por la facilidad que da a todas aquellas que tengan disposición para la vida espiritual y deseo de aprovechar. Veo que la divina Providencia hace que se recojan por este medio algunos pensamientos y deseos de nuestro bienaventurado Padre, que no han podido ser ejecutados ni conservados en nuestra querida Congregación. Yo siento un tierno consuelo, doy gracias y bendigo a Dios de todo corazón. Todo ello está tan digerido, que mis luces limitadas no tienen nada que añadir, sino tan sólo honrarle. El tiempo y la práctica os descubrirán cosas que no se pueden aprender más que por experiencia. Veréis, mi muy querida hermana, de qué manera os descubrirá Dios poco a poco lo que os sea necesario para la perfección y para la estabilidad del proyecto que os ha inspirado y del cual yo creo que quiere que sigáis siendo la guía y la directora. Es una gran ventaja tener súbditas fundados en la verdadera virtud para servir de base a este edificio espiritual. Bendito sea Dios que os las ha puesto en vuestras manos. Siento el consuelo por el buen entendimiento que habéis tenido entre nuestras hermanas. Ruego a Dios que os dé las fuerzas y la salud para llevar a cabo y conducir a su perfección este sagrado plan. Hace tiempo que Dios os iluminó y os hizo discernir movimientos de la naturaleza, y os ayudó a combatirlos más y más; os fortalecerá para seguir los de la gracia. Es verdad que se necesita valor; pero su divina bondad será ella misma vuestro corazón y vuestra fuerza; ella hará desvanecerse a vuestros ojos todas las dificultades por la virtud de su gracia y de su asistencia. Por último, es un favor actuar y sufrir por la gloria de Dios. Yo se lo pido que os colme de su amor y bendiga vuestra empresa. Nosotras se lo

pediremos con insistencia, y yo os suplico que me encomendéis mucho a Dios para que me ayude a pasar el resto de mis días y que los termine en su gracia y su agrado, siguiendo de buena gana, mi muy buena y querida hermana, vuestra muy humilde y sierva en Nuestro Señor. –Jeanne-Françoise Femiote, de la Visitación Santa María. –Dios sea bendito!”

En el curso de este mismo año de 1641, santa Chantal escribió también a la señora de Villeneuve: “Bendito sea nuestro buen Dios, mi muy querida hermana, que dispone de vuestro corazón para la obra de su gloria! No dudo que vuestro proyecto no significa un gran provecho para las almas que tengan la suerte de recoger sus frutos . Varias damas viudas sentirán un gran consuelo al encontrar este retiro de piedad, que no les impedirá prestar a sus hijos los cuidados legítimos que ellas les deben. Era uno de los planes más importantes que nuestro bienaventurado Padre había pensado, el de conservar los ejercicios de caridad pública en nuestra congregación; pero él no pudo ejercerlo; y mirad que la divina Providencia os ha escogido para llevarlo a cabo. Creo que las Hijas de quienes os serviréis para instruir a los demás en la piedad serán ya mayores y capaces de este favor, lo que será de una utilidad maravillosa en este siglo tan corrompido. Os suplico, mi muy querida hermana, que me informéis del progreso que hayáis hecho en este sagrado plan a fin de que nuevamente yo alabe a dios por ello, y me consuele con vos.”

Las primera jóvenes del nuevo instituto o transformado no estuvieron más que ocho meses en la Visitación. La señora de Villeneuve les subrogó la donación que el comendador de Sillery le había hecho, poco tiempo antes de su muerte, de una casa sita en la calle Saint-Honoré, ceca del hotel de su nombre. Georges Froger, párroco de Saint-Nicolas-du-Chardonnet, uno de los signatarios de la aprobación, dada por la Sorbona en 1630, fue delegado por el arzobispo de París para presidir todas las fundaciones del nuevo instituto. Del que siguió siendo superior hasta su muerte, sucedida en 1647.

La señora de Villeneuve fundó su primer establecimiento en Vaugirard, donde compró una casa, en nombre de las Hijas de la Cruz y, el 4 de agosto de 1641, a la cabeza de su pequeña colonia, pronunció los votos simples de castidad perpetua y de obediencia, a los cuales más tarde se unió el de pobreza. A partir de este día data el nacimiento de la nueva sociedad de las Hijas de la Cruz. En Julio de 1642, obtuvo letras patentes del rey, que fueron registradas el 3 de setiembre de 1646.

Mientras estaban en Vaugirard, donde ella ayudó también al abate Olier en los ensayos de su seminario, la señora de Villeneuve quiso extender a la capital el beneficio de la educación gratuita. Ella compró pues una porción del palacio de las Tournelles, por un importe de 55 000 libras, de las que la señora de Aiguillon pagó más de 30 000, y se estableció allí un segundo emplazamiento.

Nada parecía faltar ya al nuevo Instituto, ni siquiera la estima de los hombres que le habían perseguido en su nacimiento; pero debía tener parte también en la persona al menos de su segunda fundadora en esta cruz cuyo nombre llevaba. En efecto, la señora de Villeneuve fue devorada por tales penas interiores que se vio tentada a abandonar a otras la dirección de la que acababa de ser revestida. En el exceso de sus males y de sus perplejidades, se dirigió a Vicente de Paúl, quien tantas veces la había sostenido con sus consejos. El mes de febrero de 1648, ella le escribió: “Si Dios quiere, a causa de mi indignidad dejar perecer la obra, lo consiento de mil amores. Estaba dispuesta a ello cuando yo la comencé; pero vos mismo no la habíais juzgado

oportuna. He seguido exactamente todo lo que me habéis prescrito: a vos corresponde ayudarme en la consumación de este proyecto. Os suplico pues que acudáis una vez más a manifestarme las divinas voluntades, a fin de que no me vea engañada por las mías propias.” El mes de setiembre del mismo año, ella volvió a la carga: “Os ruego que acudáis en mi ayuda contra los ataques de Satán y de sus secuaces que han jurado mi ruina. Yo no sé qué quiere hacer Dios de mí, pobre caña batida por tanto tiempo por vientos de la persecución, sin que nadie haya podido derribarlo ni tampoco moverlo. Tal parece que Dios tiene grandes proyectos sobre mí, a los que se oponen el mundo y el demonio. Pues ¿por qué tantas fuerzas reunidas contra un soldado tan débil? Ah, porque nadie puede dañar al que Dios protege. Esto es lo que me habéis enseñado, lo que yo he experimentado, y lo que ha enderezado hasta ahora toda mi conducta al servicio de Dios. Os pido vuestras oraciones para el afianzamiento de la Sociedad, si es la obra de Dios.”

No se tienen las respuestas de Vicente de Paúl; pero se adivina el sentido por lo que precede y por lo que va a seguir. Es evidente que él animó en su proyecto a la señora de Villeneuve, quien, efectivamente, perseveró en él hasta su muerte, acaecida el 15 de enero del año 1650, a sus cincuenta y tres años.

Esta muerte fue un terrible golpe para la familia tan joven. Era una madre de menos, y ningún patrimonio para llenar un poco el vacío de su pérdida. Pues la casa estaba gravada con 40 000 libras en deudas, peso bajo el que se doblaban las hermanas y sus amigos. Por otra parte, la comunidad se componía de elementos tan diversos, de moléculas tan divididas y tan heterogéneas, que solo el genio de la fundadora parecía ser capaz de hacer de ello un monumento. Ella, el alma y el cimiento, desaparecida, los agregados debían irse cada uno al cuerpo con el que tenía alguna semejanza, quién a un instituto, quién a otro, y el todo desaparecía por la disolución de las partes. Las más cálidas protectoras del seminario de la Cruz, , las que habían hecho por él los sacrificios más generosos, como la duquesa de Aiguillon, no veían nada mejor que su reunión con las Hijas de la Providencia, es decir una vida en otra después de una vida personal. En efecto, la señora de Aiguillon comunicó este plan a Vicente de Paúl, con todas las razones del caso. El santo combatió la idea de la duquesa y le dijo: “Aunque las hermanas de la Cruz se vieran reducidas a dos o tres, con tal que estuvieran bien unidas, ellas formarían todavía una comunidad. Sería un poco de levadura que haría pronto fermentar toda una masa. Por otra parte, decía él, el Instituto de la Señora de Villeneuve y el de la señorita Pollailon se parecen demasiado poco para unirse y los dos pueden ser muy útiles por separado a la Iglesia.” Aunque esta respuesta hubiera tranquilizado un poco a la Señora de Aiguillon, no le quitó todo el recelo sobre el presente y principalmente sobre el futuro del Instituto. Volvió a San Lázaro en compañía de otras damas. Muchas asambleas se celebraron con la presencia del santo y casi todas las voces continuaban dirigiéndose hacia la supresión o a la unión con otra comunidad. Pero Vicente persistía en sus primeras respuestas: “Es la obra de Dios, dijo a Abelly, entonces director, como ya hemos dicho, de las Hijas de la Cruz; no conviene destruirla por nada del mundo; el número de las hermanas se multiplicará; es un riachuelo, pero recibirá aguas que le conviertan en un gran río.” Desde entonces renunciaron a toda forma de supresión o de adhesión, y se deliberó sobre los medios de asegurar la vida de la familia huérfana. El santo no halló nada más seguro que confiar toda la administración temporal a una persona

quien a la buena voluntad acompañara la inteligencia en los negocios, el valor contra las dificultades, el crédito para procurarse, la piedad sobre todo. El celo por la gloria de Dios y la caridad con el prójimo. su mirada se dirigió sobre Anne Petau, dama de Traversai, hija y viuda sin hijos de un consejero en el Parlamento de París. la Señora de Traversai, nombrada ya entre las más celosas de las Damas de la Asamblea, había fundado ella misma, en 1635, el monasterio de la Concepción, de la calle Saint-Honoré. A su familia natural, consintió en añadir esta familia adoptiva, cuyos intereses ella gestionó con una sabiduría y un afecto que la pusieron muy pronto por encima de las necesidades más urgentes. Por lo demás, se vio ayudada en esto por la duquesa de Aiguillon, que dio también más de 14 000 libras, y por algunas damas más de la Asamblea que contribuyeron a liberar a la comunidad del agobio temporal.

Faltaba por arreglar lo espiritual. Vicente de Paúl se encargó de ello. a la muerte de Froger, en 1647, André du Saussay, párroco de Saint-Leu, oficia y gran vicario de París, había sido nombrado superior. Pero al cabo de tres años, llamado a la sede de Toul, dimitió a favor de Abelly, párroco de Saint-Josse, con quien había ya compartido la administración espiritual y temporal. Vicente comprometió a su discípulo a aceptar esta delegación. Abelly no sabía más que obedecerle. También, durante quince años (1650-1675), hasta su nombramiento al obispado de Rodez, trabajó en concierto con Vicente en gobernar a las Hijas de la Cruz. Él les dio un reglamento y constituciones, a las que añadió un directorio muy detallado para todos los empleos del seminario. A su partida para Rodez, se sustituyó en el superiorato de las Hijas de la Cruz por Armand Poitevin, su sucesor en la parroquia de Saint-Jesse. De vuelta a París en 1675, después de dimitir de su obispado, y habiendo encontrado la comunidad huérfana todavía por la muerte de Poitevin, volvió a tomar su dirección y le dio nuevas constituciones que fueron aprobadas por Francisco Harlay, arzobispo de París. El 9 de mayo de 1668, el cardenal de Vendôme, legado *a latere* en Francia, había aprobado en nombre de la Santa Sede, el nuevo instituto.

En el intervalo de estos veinticinco años y siguientes, las Hijas de la Cruz no sólo se sostuvieron sino que se extendieron y abrazaron todas las obras de caridad para con las personas de su sexo: escuelas gratuitas, pensionados, asilos para retiros, hospicios en Ruel, en Moulins, en Narbona, en Tréguier, en Aiguillon, en Saint Brieuc, en Saint Flour y en Limoges. Ellas devolvieron a las Hijas de Saint-Joseph el servicio que habían recibido ellas mismas, al restablecer la regularidad en su disciplina y el orden en su administración temporal. Ellas dotaron de hermanas al hospital de la Pitié, y no se retiraron hasta reformarlo todo, y formar maestras capaces de sucederlas. Durante las guerras de Picardía y de Flandes, prodigaron sus cuidados a estos enjambres numerosos de mujeres y de jóvenes que llegaron a buscar un refugio a París. En esto ellas ayudaron a las Hijas de Vicente y se mostraron dignas de su común padre. Ya que, después de lo se acaba de decir, con razón miraron al santo sacerdote, si no como a su fundador, por lo menos como al reparador y al conservador de su congregación, como aquél a quien debían esta segunda

vida que, en los cuerpos, más todavía que en los individuos, es preferible a la primera, casi siempre tan efímera y tan inestable⁷³⁷.

Se comprende pues la veneración de las Hijas de la Cruz por san Vicente de Paúl y su gratitud por un servicio cuyo desinterés solo iguala la importancia. Pues era, al parecer, en detrimento de su Hijas de la Caridad como Vicente favorecía a las Hijas de la Cruz, ya que unas y otras tenían tantas obras en común, y él llamaba a extrañas y rivales a compartir ventajas y derechos de lo que habría podido guardar el monopolio a su familia. Pero la rivalidad cristiana consiste en multiplicar, y no en impedir o suprimir a los cooperadores; todo lo más en luchar con entrega y celo; ahora bien en este último punto, las Hijas de la Caridad no podían ser superadas.

X. *Otros servicios prestados a las comunidades de mujeres.* Lo que realza todavía el valor del servicio prestado a las Hijas de la Cruz y el honor de su instituto es que Vicente estaba opuesto en principio a la fundación de nuevas comunidades. El año 1647, nos proporciona un ejemplo. Un personaje que poseía un priorato dependiente de la abadía de Saint-Florent-les-Saumur quería, por largos años, reunirlo con el seminario de los Bons-Enfants, sobrecargado por entonces por el mantenimiento de cuarenta sacerdotes externos que no le pagaban apenas unos sueldos, siete al día. Pero el arzobispo de París, Francisco de Gondi, no aprobó la reunión, creyendo así usar de represalias contra Vicente, a quien acusaba de haber empleado su crédito ante la reina para impedir un establecimiento en Lagni. Además, el arzobispo parecía poner su aprobación al precio de un cambio en las disposiciones de Vicente y, por él, en las de la reina. con todo su respeto por los prelados de la Iglesia, pero también con una firmeza verdaderamente sacerdotal, Vicente le respondió el 8 de setiembre: “Es verdad que la reina, a su regreso de Amiens, me ha hablado de la fundación de Lagni; es verdad asimismo que yo no la he favorecida, pero he tenido fuertes razones para actuar así. Desde hace tiempo se decretó en el consejo eclesiástico que no se permitirían ya nuevas fundaciones de religiosas. Se admite que existen demasiadas ya, y Su Majestad recibe con frecuencia quejas. Varias se aniquilan por sí mismas, y recientemente se han visto formar y desaparecer a seis o siete de esta clase de congregaciones. Algunas incluso han dado escándalo y levantado murmuraciones. Además no se conoce lo suficiente la mente de la reina, cuando se la cree capaz de cambiar fácilmente. En cuanto a mí, yo no podría arrepentirme ni desdecirme de un consejo que he dado con la única mira de Dios.”

La vista de Dios, en efecto, la esperanza fundada en el gran bien por la Iglesia, es únicamente lo que le podía determinar a favorecer nuevas fundaciones de mujeres. Además, él tenía por suficiente bien mirar por la reforma, bien por la buena dirección de las comunidades ya existentes. A esto es a lo que se dedicó también con ardor en el consejo de conciencia.

Cuando las abadías tenían derecho de elección, se lo conservaba, y se oponía con firmeza a las intrigas de ciertas religiosas quienes, desesperadas de llegar a la primera línea por la vía de los sufragios, querían llegar por el crédito de sus familias y por la autoridad del rey. Lo mismo hacía con respecto a las abadesas

⁷³⁷ *Hist. de l'établissement et des progrès de la congrégation des Filles de la Croix, de leur maison, du séminaire, au chef-lieu de leur société, à Paris sur la paroisse de Saint-Paul*, por el R. P. Beauvais, 1754, in-fol, Mass. en casa de las Hijas de la Cruz en Limoges.

que elegidas por tres años, según la costumbre de sus comunidades, solicitaban patentes de continuación. En estos casos él resistía a toda autoridad, incluso a la de ciertos obispos que preferían la perpetuidad de las superiores antes que el simple carácter trienal. “Todas las innovaciones, respondía, que se hacen contra los usos canónicamente establecidos, deben ser tenidas por sospechosas. Por otro lado, las Hijas, por su naturaleza menos firmes en el bien, se olvidan con mayor facilidad en los altos cargos, si se ven establecidas en ellos para siempre. Y eso es por lo general por qué las elecciones se prefieren en sus comunidades a las perpetuas.” Así debía hablar el santo fundador de las Hijas de la Caridad.

Las necesidades mismas de la reforma no le podían inducir a consentir en que no se cambiara nada, sin la venia de la autoridad competente, en el orden legal del nombramiento a los cargos. Hacía dos siglos que la abadía de Longchamps, fundada por Margarita, hermana de san Luis, era víctima de infames desórdenes. La división se había introducido, ella fue el objeto de muchas demandas ambiciosas. Pero era electiva; y, como el santo se lo escribía a la reina el 8 de noviembre de 1651, correspondía al papa decidir, no al rey. Rogó pues a la reina que vigilara tanto más a fin de no dejarse sorprender, que los dos partidos pedían la reforma. Pero, otra vez más, se necesitaba la intervención de la autoridad pontificia. La reina debía pues mandar a suplicar al papa por medio de su embajador en Roma, puesto que sería una gloria para ella contribuir a la reforma de un monasterio desordenado por tanto tiempo.

La abadesa de Longchamps se adelantó en la curia, mandó presentar al papa una súplica en la que se exponían todos los desórdenes del monasterio, por desgracia imputables a los franciscanos, que eran sus superiores. Pedía la exención de su autoridad y la sumisión al ordinario. El cardenal de la Rochefoucault encargó a Vicente de Paúl que se informara en secreto del contenido de la súplica. Tras información seria, Vicente respondió, el 26 de octubre de 1652, que la súplica estaba conforme con la verdad. Él apoyó pues sus cláusulas, a condición de que el ordinario nombraría, para tres años tan sólo, con derecho a continuarlo tres años más, a un visitador secular o regular, no franciscano sin embargo, a quien investiría, salvo recursos a él, con plenos poderes para establecer la reforma; después de lo cual, la religiosas podrían elegir, cada tres años, a tres personas entre las cuales el ordinario escogería a un visitador⁷³⁸.

En Autun, existía una abadía de religiosa de la orden de San Benito, que, al cabo de varios años, se había convertido en una sentina de vicios. Vicente no pudo sufrir la abominación de la desolación en el lugar santo. Ni el nacimiento de la abadesa, ni el crédito de sus padres en la corte pudieron apartarle de la obra de la reforma. Insistió ante la reina madre, y de una casa de escándalo y de desorden, hizo muy pronto una estancia de edificación y de santa regularidad⁷³⁹.

Cuando venían a vacar abadías para el nombramiento del rey, eran solicitadas al punto por personas con crédito, en nombre de servicios hechos al Estado, o tan sólo por el nacimiento. Era Vicente quien aguantaba el primer asalto. Pero nobleza y méritos de los padres no podían, naturalmente, suplir a sus ojos a las

⁷³⁸ Bib.,imp., fr.,540/lo, 2 fol. 471.

⁷³⁹ Carta de Gabriel de Roquette a Clemente XI, del 3 de marzo de 1702.

cualidades de las jóvenes a quienes se quería colocar a la cabeza de las comunidades.

Aquí, al cambiar simplemente los géneros, tendremos que reproducir la mayor parte de las escenas relatadas antes con ocasión de los beneficios y de las prelaturas. Nada faltaría ni siquiera el taburete lanzado a la cabeza de Vicente por una dama a cuya hija le había puesto trabas, más novicia que abadesa, y a quien había ido a visitar para razonar y no pensar en abadías. “Dios sea bendito por la pequeña confusión que acabo de evitar para su gloria!” ésa fue su respuesta.

De tía a sobrina, una abadía parecía hereditaria en una gran familia, Vicente acabó por romper la línea de este singular orden de sucesión. El cabeza de familia vino a quejarse a San Lázaro. En efecto, era hacerle mal. Desde hacia tiempo, la abadía le servía de casa de placer. Marido, mujer, hijos y colaterales se reunían allí varias veces al año y se daban buenos banquetes a expensas de la comunidad. Sus gastos de placer figuraban entre lo necesario de las pobres religiosas que, condenadas al secreto, no podían otra cosa que aguantarse sin quejas. La muerte de la abadesa las había dado la libertad. Temiendo con razón que, si la sobrina reemplazaba otra vez a la tía, la sucesión fuera para ellas la continuación de sus males, ellas lo habían hecho todo para obtener otra superiora.

Vicente no declino la responsabilidad del consejo que había dado a la reina y trato de hacer convencer al padre de los motivos de conciencia que le habían movido.

La calma misma del santo no hizo sino cargar la tormenta, que estalló en cólera, en injurias y en amenazas; pero nada pudo mover ni alterar su serenidad. Se alegró interiormente de haber sido considerado digno de sufrir persecuciones por la justicia y, ni en esta circunstancia ni en ninguna otra, pensó en quejarse, menos aún en vengarse de sus perseguidores. Él también, después de tomar su resolución, seguía su camino; echaba por tierra, cortaba todos los abusos, y luego lo cubría todo con su paciencia y con su caridad.

Nunca le debió costar tanto por seguir fiel a este plan de conducta, como en una ocasión en que tuvo que resistir a las peticiones de Adrián Le Bon, el antiguo prior de San Lázaro, a quien había profesado tanto respeto y gratitud. Por sus consejos y orden de la reina había sido encerrada una abadesa de alta condición, pero que había dado a sus escándalos una publicidad igual a la de su nacimiento. El prior que tenía mucho que agradecer a esta religiosa, fue encargado por ella de trabajar en su liberación. Él lo aceptó de muy buena gana, porque este asunto como en cualquier otro, él creía que con una palabra a Vicente obtendría su libertad. Cuál no fue su sorpresa cuando vio no solamente su primera propuesta, sino todas sus instancias fracasar contra la negativa obstinada del santo hombre. Tranquilo y respetuoso, pero inquebrantable, Vicente se contentaba con responder: “Yo no lo podría sin traicionar mi conciencia; os suplico pues muy humildemente que me excuséis. –Qué, Señor, exclamó entonces el prior lesionado, ¿así me tratáis, después de regalaros mi casa? ¿Es éste vuestro agradecimiento por todo los bienes que os he hecho a vos y a vuestra Compañía? –Es verdad, replicó Vicente entristecido hasta el fondo del alma; es verdad que nos habéis colmado de bienes y de honor, que os tenemos las mismas obligaciones que los hijos a su padre; pero por favor os pido, Señor, que lo recuperéis todo, si, a vuestro juicio, no nos lo merecemos sino al precio de Dios y de nuestra conciencia.” El prior se calló y

se retiró descontento. Algunos días después, él mismo fue informado, sin ningún género de duda, de los comportamientos escandalosos de la abadesa y de la injusticia de sus reclamaciones. Arrepentido con nobleza, se fue enseguida a ver al santo sacerdote, y arrojándose a sus pies: “Perdonadme, le dije, la precipitación del juicio pronunciado contra vos, No cedáis en nada por mí, os lo ruego, de la justa pena impuesta a la culpable.” Vicente, de rodillas él también, concedió muy confundido el perdón pedido, y se reservó, si hubiera sido necesaria, una justificación todavía más triunfante. La abadía a la que se había quitado a esta indigna superiora, había seguido sus ejemplos de lleno, era una sentina de vicios. Purgada de esta influencia manifiesta, pronto se convirtió, por los cuidados de Vicente en un santuario de virtud y de piedad⁷⁴⁰.

Los abusos que trataba de desarraigar el santo sacerdote en las comunidades de mujeres eran de más de una clase. Así, la abadesas, bajo pretexto de edad o de debilidad, pedían para coadjutoras, con futura sucesión, a sus hermanas, a sus sobrinas u otras parientes. Estas ternuras, estos cálculos humanos, fueron siempre desbaratados por Vicente de Paúl. Vacantes por muerte, las abadías podían ser reformadas por una nueva superiora libremente elegida; las coadjutorías no eran más que la sucesión del relajamiento y de la indisciplina.

Los mismo sucedía en las renunciaciones, cuando se mezclaban con demasiada frecuencia el interés de familia o la ambición. Vicente no las hacía admitir hasta después de examen riguroso de los documentos.

Si, contra su consejo, se ponía al frente de los monasterios a abadesas o prioras incapaces, al menos conseguía de ellas que pasaran algún tiempo en comunidades fervorosas para llenarse del espíritu de su estado y de las cualidades de su puesto. Así fue como hizo a menudo admitir como pensionistas a abadesas y coadjutoras en las casas de la Visitación, cuya regularidad él bien conocía. Había desorden y división en los monasterios, pues lograba que se nombrara a personas de virtud y de experiencia, provistas de la autoridad del rey, para introducir en ellos el orden y la paz; o bien hacía que se ordenara a los obispos y a los superiores que vigilaran por la ejecución de los reglamentos.

Así lo hizo con las abadías de Perrigne y de Estival, en la diócesis del Mans, ambas metidas en un gran desorden. En Estival, donde estaban las religiosas de San Benito, la abadesa Claire Nau, llegada de Pont-aux-Dames, en la diócesis de Meaux, estaba en proceso con el obispo, a quien acusaba de fomentar un partido contra ella. Vicente informó a la reina, quien dio orden a cuatro religiosas de la madre Margarita de Arbouze para que se trasladaran a Estival con el consentimiento del santo obispo que ocupaba por entonces la sede del Mans, Émery Marc de la Ferté, y de la abadesa misma, Margarita de Arbouze, pariente del Ministro de Justicia de Marillac, aliada por consiguiente de la Srta. Le Gras, era la reformadora del Val-de-Grâce, que había mandado transferir a París. Por sí misma o por sus Hijas, era encargada con frecuencia de llevar a los demás monasterios la reforma que ella había establecido en el suyo; o bien las abadesas venían a instruirse a su escuela y beber en su casa el espíritu de su estado⁷⁴¹. Estival sufrió felizmente, en 1648, la influencia de sus hijas, y la paz sucedió a demasiado largas disensiones. En cuanto a la abadía de la Perrigne, de la orden de San Agustín, Vicente envió allí a otra célebre reformadora, a la madre Louise-Eugénie de Fontaines, hija de un

⁷⁴⁰ *Sum.*, p. 124.

⁷⁴¹ Ver su *Vida*, por Fleury, 1684, in-8°.

secretario del rey, que, convertida por el P. Athanase Molé, había entrado, en 1630, en el convento de la visitación de la calle Saint-Antoine, donde se captó la estima y la confianza de varios prelados, de las princesas y de las damas más distinguidas. Fue encargada también de restaurar el orden en algunas abadías. Y lo consiguió en todas partes, solamente Port-Royal fue un fracaso⁷⁴².

Otra religiosa de la Visitación, la madre Angélica l'Huillier, restableció también la calma, siempre a las órdenes de Vicente, en el monasterio de la Concepción de la calle Saint-Honoré. Por lo demás, sería muy largo y demasiado monótono enumerar todas las abadía que debieron a nuestro santo la paz después de las disensiones, el orden después de la indisciplina; todas aquellas a las que preservó de los errores dogmáticos o de las doctrinas de una falsa y peligrosa espiritualidad. Pues, al mismo tiempo que velaba por su disciplina interior, las protegía contra todos los enemigos del exterior. Ya se ha visto cómo las formó en el jansenismo. Por el mismo tiempo, ahogó un acta de iluminados que había tenido su origen en España a finales del siglo anterior, y que debía renacer algo más tarde en la persona de Molinos. Estos nuevos místicos, estos fanáticos más bien, habían encontrado medios de salvación que la antigüedad ignoró siempre, por medio de los cuales querían reformar la piedad de la Iglesia. Pretendían no proceder ni de san Pedro, hombre con los pies en el suelo que no había conocido nunca las vías sublimes por donde el alma llega a la deificación; ni siquiera de san Pablo, cuyas doctrinas en materia de devoción y de espiritualidad les parecían del todo inferiores. Era en las revelaciones nuevas donde se gloriaban de haber recibido los verdaderos principios de la piedad..

Perseguidas con vigor bajo Luis XIII, estas perniciosas ensoñaciones, volvieron a presentarse, singularmente en las diócesis de París y de Bazas, a favor de las revueltas de la minoría de Luis XIV, y como suele suceder, trataron de insinuarse en los monasterios de Monjas. Ya la seducción se había ganado a un gran número de almas, cuando Vicente de Paúl, informado a tiempo, envió a los monasterios a personas sabias y virtuosas y mostrar el peligro de estas falsas máximas, y mandó vigilar de tan cerca a los nuevos dogmatizadores que asustados se volvieron una vez más a la sombra.

No son los únicos servicios prestados a la religión por Vicente de Paúl durante la regencia de Ana de Austria. Se ha visto en el primer volumen lo que hizo contra la blasfemia y contra el duelo. Puso freno a la licencia de una prensa impía e inmoral; la insolencia de las tropas que, menos preocupadas por lo sagrado que por lo profano, asolaban los templos, ultrajaban a las personas consagradas a Dios y alejaban de sí la bendición celestial de las armas reales. Incapaz de abolir la comedia, autorizada por tan grandes ejemplos, favorecida por dos ministros príncipes de la Iglesia, hizo prohibir al menos las escenas demasiado indecentes y demasiado escandalosas. Por último obtuvo de la reina que un virtuoso eclesiástico de su conferencia fuera a visitar a los prisioneros de Estado de la Bastilla, hasta entonces abandonados, y los dispusiera mediante su reconciliación con Dios, a entrar en los favores del rey. Mucho más grande, mucho más saludable todavía a la Iglesia de Francia habría sido el papel de san Vicente de Paúl durante estos veinte años, si se hubiera dejado toda la libertad a su celo. Pero pronto la oposición íntima entre

⁷⁴² Ver su *Vida*, por una religiosa del propio convento, in-12.

sus vistas y las de Mazarino estalló al exterior, y pasó a las actas del consejo y del gobierno. Mientras uno no buscaba más que a Dios y los intereses de la religión, el otro no veía más que los intereses de su ambición y de su política, a los cuales subordinaba si era necesario a Dios y a la Iglesia misma; dos líneas de conducta, bien se ve, entre las cuales estaba toda la distancia entre el cielo y la tierra.

Para comprenderlo bien, es necesario remontarse hasta Richelieu, de quien Mazarino no era, con un genio y medio diferentes, más que el continuador. Hasta Richelieu también se remontaba la oposición de Vicente, a quien todos los favores del gran cardenal no habían podido desarmar. A esta altura también, nos es preciso volver sobre nuestros pasos para comprender toda la política del santo y del partido religioso en esta época.

Capítulo Segundo: San Vicente de Paúl en la política

I. *Movimiento católico detenido por Richelieu.* El 4 de diciembre de 1563, después de un trabajo de veinte años, seguido con una santa perseverancia en medio de las luchas de las opiniones, de los ataques de la herejía y de los engorros de la política de los príncipes, el concilio de Trento había terminado su obra. el dogma católico estaba separado de las opiniones protestantes, y fijado para siempre; la santa jerarquía estaba fundada teóricamente por los cánones sobre la ordenación, y prácticamente por los cánones de reforma. Los fieles estaban sometidos a la disciplina, las parroquias reglamentadas, los obispos investidos de la vigilancia del clero y encargados de su reclutamiento por los seminarios. Ellos mismos se habían sometido solemnemente a la observancia de los decretos del concilio, y ligado al papa por una profesión de fe particular, que habían firmado y jurado. Así el poder papal había salido de la lucha más extensa y más fuerte. Interpretación de los cánones del concilio, reglas de vida como reglas de fe, dirección de la disciplina: todo en adelante procede de Roma.

Terminado el concilio, la felicidad de la Iglesia fue ser dirigida por un papa, personificación viva de la reforma y de la rigidez religiosas, Miguel Ghislieri, san Pío V, quien, sobre el trono pontificio, continuó viviendo con la dura sencillez de un monje. Comenzó por reformar la curia y los Estados de la Iglesia, difundió la renovación de la Iglesia entera y salvó a la cristiandad por Lepanto.

Instalada en posesión de sí misma, la Iglesia pudo no sólo defenderse de la herejía, sino retomar la ofensiva contra ella. Mientras que España e Italia estaban protegidas por la inquisición, los Estados incluso los amenazados o invadidos por el protestantismo le estaban cerrados o se purificaban. “Hace pocos años, exclamaba el nuncio de Varsovia en 1598, se hubiera creído que la herejía acabaría destruyendo el catolicismo en Polonia; hoy el catolicismo entierra la herejía.” Otra reforma se operaba también en Alemania por los jesuitas. El catolicismo quedaba restablecido en los Estados hereditarios. Una parte de Suiza quedaba fiel. La lucha era más incierta en Francia, donde los protestantes, por el edicto de Nantes, “recibieron una independencia tan amplia, que se podía cuestionar si no entraba en contradicción con el principio mismo de la existencia del Estado⁷⁴³.” No obstante, la política de Enrique IV ,

⁷⁴³ *Hist. de la Papauté pendant les XVIe et XVII siècles*, por L. Ranke, traducida por J.-B. Haiber y A. de Saint-Chéron, , 2ª edic. De 2 vol. in-8º, París, 1848, t. III, p. 52. En toda esta exposición, es este libro, no

en un principio titubeante entre los dos partidos, se inclinó cada vez más al catolicismo, y la Iglesia se aprovechó para trabajar, como ya hemos visto, en su reforma interior. Al cabo de unos años, hubo una transformación de todo el reino, arrastrado en una única dirección de fe y de doctrina.

Todo este movimiento fue detenido por la política de Richelieu. La guerra de los Treinta años se abrió por el periodo palatino. El protestantismo europeo estaba entonces representado en particular por el príncipe electoral Federico del Palatinado. Su mujer, hija del rey de Inglaterra, sobrina del rey de Dinamarca, era pariente del duque de Bouillon, el menos pacífico de los cabezas del protestantismo francés. Pues bien, a este príncipe, el mismo de la unión alemana, a quien la Francia católica, por odio a Austria, otorgó todas sus simpatías! Si los católicos hubieran permanecido entonces unidos, había sido el fin del protestantismo alemán. Pero se dividieron o más bien hicieron causa común con el protestantismo para combatir la independencia y el poder de la casa de Austria. La dos ramas de esta casa se relacionaban por los desfiladeros de los Alpes. La política, primando la religión, no quiso ver que era a favor del catolicismo. Los pequeños Estados italianos se echan a temblar los primeros. Francia y España se remiten a Gregorio XV, quien manda ocupar por sus tropas los desfiladeros de la Valteline. El diferendo iba a quedar vacío cuando muere el papa. Urbano VIII, quien también teme a España, se aparta de ella. y se une a Francia. Escisión desdichada en el mundo católico. Richelieu se acerca a los Ingleses para hacer fracasar el matrimonio del príncipe de Gales con la infanta, renueva la alianza holandesa para atacar a España por todos los costados al otro lado del mar como de este lado. A favor de estas circunstancias, animados además por Santiago de Inglaterra, los Turcos se ponen en movimiento y amenazan con invadir Hungría. El golpe principal lo da en Alemania el rey de Dinamarca; golpe dirigido evidente mente a detener los progresos del catolicismo. El protestantismo debía recoger los frutos por todas partes, en especial en Francia, donde los hugonotes y los adversarios de Richelieu recobraron alientos y volvieron a la guerra. De esta suerte a Richelieu le había faltado no sólo espíritu cristiano, sino prudencia. Aunque a favor de los intereses franceses, Urbano VIII culpó a estas alianzas protestantes y toda clase de oposiciones se alzaron contra Richelieu. Asustado, el cardenal utilizó a sus nuevos aliados contra los hugonotes de Soubise; luego los abandonó y Dinamarca fue derrotada. El movimiento protestante fue una vez más aplastado en Alemania, y Austria católica volvió a levantar la cabeza. Las iglesias fueron restituidas al culto, las ciudades volvieron al catolicismo; se trató incluso de la conversión de los príncipes protestantes. La buena inteligencia se restableció un instante entre España y Francia, y Urbano VIII pensó en el ataque de Inglaterra. Ésta se adelantó, y Buckingham vino en ayuda de La Rochelle. La caída de la principal fortaleza del protestantismo hizo volverse a favor de la causa católica lo que había parecido deber arruinarla. Se negoció entre España y Francia un ataque contra Inglaterra; era la reconciliación de las potencias católicas, que reemplazaba la coalición protestante,. Por desgracia la coalición se rompió de formarse del todo. Dos impulsos contrarios, el de la religión y el de la política, se habían establecido en adelante en el seno del catolicismo; el impulso político se ganó la partida, con gran detrimento de la restauración católica en Francia y en

sospechoso, de un protestante, el que nosotros seguiremos con preferencia, en particular el tomo III, *passim*.

Alemania. Con ocasión de la sucesión de Mantua, las dos monarquías preponderantes de la cristiandad se encontraron nuevamente en armas una contra la otra, y Richelieu resucitó sus proyectos más atrevidos contra el poder hispano-austriaco. Trató con Suecia dando así una espada al protestantismo. En efecto, la expedición del Gustavo Adolfo sirvió los intereses protestantes y detuvo todos los progresos católicos en Alemania. El resto incluso de Europa, ha dicho Ranke (t. III, p.117), fue trabajado por un impulso que rompió toda la unidad; la fuerza expansiva del elemento religioso entró en vías de retroceso, el mundo quedó en manos de exclusivamente de confederaciones del orden político. Pues no se ha de pensar que los protestantes hayan llegado a salvarse por sí mismos; si lograron mantenerse fue debido ante todo a la escisión que estalló en el seno del catolicismo. El término de esta política fue el tratado de Westphalia que consagró la subordinación del interés religioso al interés humano; que rompió la unidad de la sociedad católica, e introdujo en él, a base de una igualdad fatal, a los protestantes por tanto tiempo rechazados de su seno; el que, por último, a colocado a los pueblos, en su fe como en sus derechos civiles, bajo la dirección y el control absoluto de los soberanos, reyes o asambleas.

No nos dé miedo decirlo, nada era, no solamente menos católico, sino menos francés. A finales del siglo XVI y a comienzos del XVII, había entre nosotros, desde el punto de vista del protestantismo, dos Francias políticas, dos Francias religiosas. El largo trabajo de los siglos, trabajo de unidad y de expansión, parecía amenazado. No se ha reflexionado lo suficiente qué esencial es el catolicismo a la vida de Francia, y qué antipático le es el individualismo protestante. Misionera de la civilización, es por necesidad católica. Desde la decadencia de España y de Portugal, no hay otra nación que pueda llevar lejos la civilización cristiana. Inglaterra no sale de casa sino es en provecho propio, sus misioneros son mercaderes, sus colonias son sucursales, hasta sus biblias son objeto de tráfico. Solo Francia, cuando se extiende al exterior, por sus soldados o sus misioneros, siembra gérmenes que crecerán en beneficio de la civilización y de la humanidad. Pues bien, una vez más, es ése un papel católico exclusivamente. El protestantismo, como el cisma, no puede subsistir en el estado de religión sino reduciéndose al estado de iglesia nacional. ¿Se comprende una Francia encerrada en sí misma sin reaccionar más en el mundo? Es para ella cuestión de ser o de no ser. Católica o nada, eso es Francia. Un instinto secreto, providencial, le han dicho siempre, ella no ha temido para conservarse católica, entrar en las guerras religiosas y derramar lo más puro de su sangre. De ahí la oposición a la política de Richelieu quien, mientras combatía el protestantismo en Francia, lo apoyaba, lo armaba en el exterior, sin sospechar o sin querer ver que lo fortalecía de esta manera en el interior, y que comprometía su obra, incluso la meramente política. Ya que en el protestantismo donde los grandes a quienes quería abatir bebían este humor de revuelta, tan peligroso para la causa de la realeza y de la unidad nacional.

II. *Política de Richelieu y sus adversarios.* Sin duda, entre los adversarios de Richelieu, y más tarde de Mazarino, había ambiciones mezquinas, aspiraciones retrógradas hacia un pasado, codicias más envidiosas del bien de algunas casas principescas que de la sólida grandeza del trono y de Francia, intrigas mal disfrazadas bajo el manto de la religión y de la libertad. . lo que ha desacreditado y condenado esta oposición en la historia como más tarde en la

Fronza, es que con frecuencia fueron los abusos y no los derechos los que hicieron la guerra; abusos por parte de la aristocracia buscando hacerse independiente de la realeza, abusos por parte de los parlamentos, abandonando la justicia por la política, invadiendo los derechos del trono y de la nación, aspirando a constituirse en estados generales permanentes, a modo de convención anticipada. Por el contrario, no son los únicos abusos de la aristocracia y de los parlamentos que ha destruido la política de Richelieu y de Mazarino, son las instituciones mismas. Y esto es lo que vieron los más sabios de sus opositores, en los que había una viva inteligencia y un sentimiento profundo de los Estados, de la constitución monárquica y religiosa de nuestro país, y de su verdadero papel en el seno de Europa y del catolicismo. Dejemos pues de lado a los intrigantes políticos, a pesar de que a través de su egoísmo ruidoso, llegue a ser posible desenredar unos principios verdaderos y buenos, que desdichadamente perecerán en la lucha. Es el triste patrimonio de las cosas humanas rodar siempre confundidos en su curso, el oro y el barro, el mal y el bien; de todo partido encerrar en su seno a intrigantes y a culpables con los puros y los generosos. Así la Liga tuvo a los Dieciséis, y el partido religioso de la corte de Luis XIV ya anciano, a sus perseguidores y a sus hipócritas. Pero, aparte de las políticas, había en el partido opuesto a Richelieu los más venerados personajes. Era Manuel de Gondi, el antiguo general de las galeras, ahora sacerdote del Oratorio; el virtuoso y atrevido Cospéan, obispo de Lisieux; el cardenal de Bérulle y san Vicente de Paúl; eran todos los conventos, todas las congregaciones religiosas, menos las raras tráfugas que Richelieu enrolaba en su policía era, en una palabra, todo lo que había de más puro y de más santo en Francia.. Ahora, recordemos que al salir de las guerras de religión y antes de la fatal invasión del jansenismo, el catolicismo renovado en las luchas de la fe y trabajando en su regeneración ofrecía entonces prodigios de santidad, de inteligencia de las necesidades religiosas y políticas del país, de dedicación a la causa de Dios y de la monarquía; es una de las épocas más hermosas, se está de acuerdo, de nuestra historia nacional; es la más hermosa quizá de nuestra historia religiosa. Pues bien, qué prejuicio contra la política de Richelieu como este rechazo casi unánime del partido religioso en Francia. No tendremos la misma confianza en el partido religioso de los últimos días de Luis XIV, demasiada mezcla de ambición y de hipocresía: pero, confesémoslo, una simpatía secreta nos hace inclinarnos de parte de los devotos del reinado de Luis XIII y su oposición nos hace sospechosa la política de Richelieu. Aparte de la ciencia y la inteligencia que, ciertamente, no le faltaban, hay en la fe y en la piedad no se sabe qué sentido misterioso, qué instinto secreto, qué flair (olfato), si nos atrevemos a llamarlo así, que, antes de todo estudio y toda reflexión, hace adivinar el bien y el mal en los hombres y en las cosas. Además, ¿no se ve qué antipatías y qué temores debía, en el primer momento, inspirar a los devotos esta política maquiavélica que no tomaba en consideración el derecho y la conciencia, las convicciones religiosas y los sentimientos de la naturaleza, las amistades y los deberes, las condiciones y los rangos, que caminaba imperturbablemente hacia sus fines a través de la sangre y de las lágrimas, de los montes y de los precipicios, derribando toda altura que se le oponía, llenando si hacía falta todo abismo con cadalsos y cadáveres, segándolo todo, nivelándolo todo, cubriéndolo todo con el velo de la necesidad, ferrea necessitas, y justificándose

en nombre del interés del Estado entendido a su modo y resumido en esa palabra cuasi idolátrica; el Estado soy yo?

Esta política, en efecto, para precisarla más, ¿qué era? “Yo prometí al rey, dice Richelieu en su testamento, emplear toda mi industria y toda la autoridad que fuera de su agrado darme, para arruinar al partido hugonote, rebajar el orgullo de los grandes, reducir a todos los súbditos a su deber y colocar su nombre en las naciones extranjeras en el punto en que debía ser.” En otros términos, ruina de la aristocracia y del protestantismo, eso en cuanto a la política interior; humillación de la casa austro-española, eso en cuanto a la política extranjera. Pero arruinar a los grandes con el pretexto de desprender y liberar el trono, era minar sus apoyos y las murallas naturales, y abrir una vía libre y fácil a todos sus enemigos. Y siendo siempre necesaria una aristocracia en un Estado, era suscitar en primer lugar la aristocracia de la burguesía, es decir de la mediocridad egoísta y envidiosa; luego la aristocracia de la plebe, es decir de las codicias sensuales y vulgares. En todos los casos, era preparar las revoluciones y la anarquía; era hacer la Francia acéfala, en cuanto no fuera gobernada más por un ministro de genio como Richelieu o Mazarino, por un gran rey como Luis XIV; era borrar la distinción y la generosidad de las costumbres, rebajar el nivel del carácter nacional, colocar en una región cada vez más ínfima los modelos hacia los que gravita siempre la multitud para elevar y ennoblecer sus ideas, sus sentimientos y sus actos; era forzar a los grandes, una vez proscritos de los asuntos políticos, a la ociosidad y la licencia; era privar al monarca de sus consejos y de sus defensores, quitar a su poder una barrera necesaria, liberarle de todo control religioso y humano, empujarlo hacia el despotismo, luego, producida la reacción, entregarlo sin defensa a la plebe, que no se acerca nunca al trono sino para derribarlo. Sin duda, había que poner límites a la ambición de los príncipes y de las grandes familias, a las invasiones de los legistas en el gobierno, no decimos al dominio de los obispos, que no han ejercido en Francia casi nunca más que una acción saludable; pero, a pesar de los Importantes y de la Fronda, se puede decir que Richelieu ha sobrepasado el fin y, si ha preparado los esplendores del reinado de Luis XIV, cosa que es gloria suya, , también ha abierto la puerta a la revolución del siglo siguiente. –Todo esto en cuanto a la política interior.

En cuanto a la política exterior, resumida en la caída de la casa de Austria, ¿qué otra cosa era, como acabamos de decir, sino la preferencia dada a la alianza protestante de Inglaterra, de Holanda, de Suecia y de Alemania, sobre la alianza católica de España y del Imperio? Ahora bien ¿cuáles debían ser sus consecuencias? Por un lado, el triunfo político del protestantismo y su establecimiento definitivo en estos distintos países, el cerco plantado al protestantismo francés que, combatido en el interior, se sentía apoyado en el exterior, se envalentonaba así en sus resistencias y se volvía a arrojar, en caso de derrota, en la seguridad de encontrar entre los enemigos de Francia una segunda patria; por otro, el desencadenamiento del espíritu revolucionario en el que pronto se iba a transformar el protestantismo inglés; la irrupción amenazadora del islamismo a través de Europa, cuyas fronteras estaban abandonadas, por motivos de envidia humana, por los príncipes católicos; el crecimiento del poder inglés, mucho más peligroso para la libertad, la paz y la riqueza del mundo, que la preponderancia ya muy disminuida de la casa de Austria; por último, la liga próxima de toda Europa contra Francia, privada de sus aliados naturales, abandonados por alianzas que la diferencia de fe y

costumbres hacían efímeras. No, repitámoslo, la casa de Austria no era por entonces amenazadora; ya no era la vasta y poderosa monarquía de Carlos Quinto y de Felipe II, aliándose con ella en lugar de combatirla, Francia hubiera quizás impedido la caída de los Estuardos y ese golpe sangriento infligido a las realidades legítimas; con toda seguridad, habría llegado por lo menos a lo conseguido, a su papel preponderante en Europa, y a la posesión del trono de España, sin tenerlo que disputar contra todas las potencias conjuradas, ni que comprarlo al precio de su ruina.

III. *Vicente y Mazarino. –Oposición religiosa.* Con lo dicho es suficiente para explicar, para justificar incluso la oposición de san Vicente de Paúl y del partido religioso a la política de Richelieu y de Mazarino. Esta oposición, por parte de Vicente, fue durante mucho tiempo secreta, encadenada por el agradecimiento en que se movía de mantenerse lo más lejos posible de los asuntos de los príncipes y de la política. De esta máxima poseemos un testimonio expresivo en dos cartas que escribió a Le Breton, en Roma, en los primeros meses del año 1640, y que, según nuestras conjeturas, se refieren al mismo Mazarino. Richelieu se encontraba a la sazón con la curia de Roma en un conflicto que hemos recordado en otra parte, y como se ha dicho también, el nuncio recibía el contragolpe en París. Fue durante estos debates, cuando el nombre de Mazarino, quien, desde su intervención ante Casal, su nunciatura extraordinaria en Francia y sus numerosas negociaciones, complacía a Richelieu y a la curia, se pronunció a menudo, y cuando se le vio llegar a él mismo a París, a comienzos del año 1640. Pues bien, el embajador de Francia en Roma, el mariscal d'Estrées, quiso mezclar a Le Breton en todo este asunto. Pero Vicente consultado, aunque algo tarde, le respondió: “¿Qué os diré yo de la conversación que habéis tenido con el Sr. embajador, respecto del prelado italiano de quien me hablabais (Mazarino evidentemente), sino que tenemos regla y estamos en esta práctica exacta, por la misericordia de Dios, de no mezclarnos nunca en los asuntos del Estado, y ni siquiera hablar de ellos; y ello 1º porque quod supra nos, nihil ad nos; 2º porque no es cosa de pobres sacerdotes como nosotros mezclarnos ni hablar más que de lo que trata de nuestra vocación; 3º que los asuntos de los príncipes son misterios que debemos respetar y no discutir; 4º que la mayor parte del mundo ofende a Dios al pronunciarse sobre las cosas que hacen los demás, sobre todo los grandes, sin conocer las razones por las que hacen lo que hacen, puesto que quien ignora los principios de algo, ¿qué conclusiones puede sacar? 5º Todo lo que se puede hacer es problemático sino lo que determina la santa Escritura; aparte de eso, nadie tiene el don de la infalibilidad en sus opiniones. Siendo esto verdad como lo es, ¿no sería gran temeridad juzgar de las acciones y opiniones de los demás? 6º El Hijo de Dios, que es el modelo sobre quien debemos formar nuestra vida, ha guardado siempre silencio sobre el gobierno de los príncipes, aunque paganos e, idólatras; 7º que manifestó a los apóstoles que no se debían mezclar curiosamente en lo que se refiere no sólo a los asuntos de los príncipes sino tampoco en los de un particular, diciendo a uno de ellos hablando a otro, si eum volo manere, quid ad te?

(- si quiero que se quede, ¿a ti qué?) Por todas estas razones y una infinidad más, os suplico Señor, que os mantengáis en nuestra pequeña práctica, que es de no conversar nunca, menos entremezclarnos, ni de palabra, ni por escrito, en los asuntos de los príncipes, y hagáis saber al Sr. embajador, si os hace el honor de hablaros del asunto, que tal es la práctica de nuestra pequeña

Compañía, y que le supliquéis que os excuse si, cuando os hizo el honor de abrirse a vos, le comunicasteis el sentimiento público sobre el asunto del que os hablaba, y os propasasteis en lo que debemos, según nuestras pequeñas reglas; y con el fin de aseguraros más y más en la observancia exacta de esta pequeña regla, os suplico, Señor, que hagáis vuestra oración, al día siguiente de recibir la presente, o lo antes posible, sobre esta materia, según los puntos arriba indicados, y pidáis a Dios en ella que conceda la gracia a la Compañía de ser siempre muy fiel en la observancia de esta pequeña regla.”

Y algunos días después, el 1º de marzo, escribía también a Le Breton:

“Uno de nuestros hermanos que va y viene para llevar dinero a Lorena para los pobres, me ha dicho que se siente muy a gusto cuando se halla en casa por no oír nunca hablar de noticias, y que le sorprende mucho ver la costumbre contraria en las regiones por donde ha pasado; y el Sr. du Coudray me ha escrito lo mismo de Toul y que se debe conservar esta práctica preciosa y observarla.”

Al año siguiente, Mazarino era nombrado cardenal; en 1642, entraba en el consejo y, a la muerte del rey, ocupaba en el consejo de regencia la plaza que hemos dicho. No era sobre el terreno puramente político en el que Vicente debía encontrarse en primer lugar con él, sino en el terreno de la religión, en el consejo de conciencia. Al principio, los dos parecían ponerse de acuerdo en no buscar más que el interés de la Iglesia; pero muy pronto hubo entre ellos una gran divergencia de vistas y de conducta, que nadie ha pintado mejor que la señora de Motteville en sus Memorias. Después de hablar de la formación del consejo de conciencia, la fiel amiga de Ana de Austria, escribe: “Este consejo subsistió mientras el ministro, viendo su autoridad menguada, siguió con algunas reservas; pero tan pronto como vio su autoridad asentada, quiso disponer a su capricho y sin ninguna contradicción de los beneficios, como de todo lo demás o que aquellos a quienes la reina se los diera fueran de sus amigos, sin ocuparse demasiado si eran buenos siervos de Dios, diciendo que creía que lo eran todos. Este consejo no sirvió pues más que para excluir a aquellos que ella no quería favorecer; y algunos años después fue abolido del todo, a causa de que el P. Vicente, que era su cabeza, siendo un hombre de una sola pieza que no había pensado nunca en ganarse los favores de los cortesanos, cuyas costumbres no conocía, cayó fácilmente en ridículo, ya que era casi imposible que la humildad, la penitencia y la sencillez evangélica se acomodaran a la ambición, la vanidad y el interés que reinan allí. La que le había colocado habría deseado mucho mantenerle en el consejo: razón por la cual tenía aún largas conversaciones con él sobre los escrúpulos que le habían quedado siempre pero le faltó firmeza en esta ocasión, y con frecuencia dejó las cosas a gusto de su ministro, no creyéndose tan hábil como él y no creyendo serlo tanto como ella lo era en muchas cosas; lo que dio pie a que le resultara fácil persuadirla de todo lo que él quería, y de hacerla retractarse, después de alguna resistencia, en las cosas que él ya había resuelto. Yo sé sin embargo que en las elecciones de los obispos en particular, sintió una pena muy grande en rendirse, y que sintió más todavía cuando se dio cuenta que había seguido sus consejos con demasiada facilidad en este importante capítulo; lo que no hacía siempre, y nunca sin consultar en particular o al P. Vicente mientras vivió, o a otros a quienes tenía por gente de bien; pero fue engañada alguna vez por la falsa virtud de los que aspiraban a la prelatura, y de quienes las personas de piedad, sobre quienes descansaba en su examen,

le respondían tal vez un poco con demasiada ligereza. Sin embargo, a pesar de la indiferencia que su ministro ha parecido sentir en este asunto, Dios dio a esta princesa la gracia de ver a la mayor parte de los que durante su regencia fueron elevados a esta dignidad responder a su deber satisfactoriamente y desempeñar sus funciones con una santidad ejemplar⁷⁴⁴.”

Por su título de cardenal y la hoja de los beneficios, Mazarino adquirió bien pronto sobre el clero el poder absoluto que su rango y su crédito político le daban sobre los demás órdenes del Estado. Poco a poco hizo establecer en el gabinete y pasar a regla que La Vrillière, secretario de Estado encargado del departamento de los asuntos eclesiásticos, no expediría ningún nombramiento, por insignificante que fuera, sin su aprobación, e incluso su contrafirma. Habiendo presentado y probado ya una fuerte oposición por parte de los obispos de Beauvais y de Lisieux, y sobre todo de san Vicente de Paúl, él los colmaba de consideraciones y les presentaba sus respetos con presteza en las cosas pequeñas; pero en las cosas más importantes, no consultaba más que a la razón de Estado. no eran las cuentas del consejo de conciencia. También Mazarino le tenía un miedo real, igual al fingido respeto que le demostraba. Se dedicaba a mantenerle lo más posible en la sombra, no se reunía con él sino raramente, y se guardaba por encima de todo de reconocerle un carácter oficial y público. Necesitaba, para seguir con su papel político, las manos libres sobre el clero, y al clero no le podía mangonear sino disponiendo, como de lazos, de todos los favores y de todos los bienes eclesiásticos.

En efecto, se comprende la singular posición de Mazarino, prosiguiendo, tras Richelieu, un verdadero crecimiento contra la primera potencia católica de Europa, atacándolo por todos los lados, sublevando contra ella todos los Estados, buscando su ruina y sobornando todas las espadas protestantes, tratando de hacer entrar a los herejes en el derecho europeo. Roma trataba a la vista de los intereses católicos sometidos al interés francés, y el clero hacía eco a Roma; tanto más porque la política exterior forzaba a condescender con la interior a las pretensiones de los hugonotes. El clero pedía un cambio de giro en las alianzas; o más bien invocaba la paz en nombre del país agotado y de la religión amenazada, mientras que Mazarino, continuador de Richelieu, favorecía la guerra hasta que se alcanzara la meta, es decir el debilitamiento a cualquier precio de la casa de Austria, incluso al precio de la herejía triunfante. Entre el Parlamento y el clero, hablando y obrando uno en nombre del bien público, el otro en nombre de la fe, Mazarino se sentía muy confuso. No tenía otro apoyo que el de la reina, quien, Española y devota, debía escuchar al mismo tiempo las reclamaciones que le llegaban de otro lado de los Pirineos y las quejas de los hombres religiosos de Francia. Él trataba de persuadirla que la política sola, y no la religión, estaba aquí en juego, y aprovechaba toda ocasión de entrar en su papel de cardenal y dirigirse a la defensa de la fe, cuando la política se lo podía permitir. Así fue que, como Richelieu, sostenía a los jesuitas y perseguía a los jansenistas. Trataba además de ganarse en Roma a cardenales y prelados por pensiones y abadías. Logró controlar así a la oposición bajo el reinado de Urbano VIII quien favorecía la política francesa; pero, bajo Inocencio X, partidario de España, patrón de una paz favorable a la casa de Austria, necesitó redoblar esfuerzos y traficar cada vez más con los bienes de la Iglesia. Con los beneficios se compró un partido opuesto a los

⁷⁴⁴ Colec. Michaud, 2ª serie, t. X, p. 66.

obispos que el nuncio Sforza dirigía en París. En sus criaturas, no le molestaba encontrar el mérito y la piedad; pero los verdaderos títulos en su favor eran una vida inofensiva y sobre todo una gran deferencia a sus consideraciones de Estado.

Semejante simonía indisponía más a los obispos fieles. Estos obispos eran los de Beauvais y de Metz, el de Limoges, tío de la señorita de La Fayette, y particularmente el de Lisieux, sabio, orador, amigo de Bérulle y del P. Joseph, familiar de las casas de Rambouillet, d'Épernon, de Retz y de Vendôme, viviendo en la corte sin ser cortesano, hablando a todos con una franqueza que su reputación de santidad impedía que fuera hiriente. Richelieu, "que no le quería, nunca le había querido echar, dice la señora de Motteville, y había sentido siempre cierta veneración por su virtud y su barba gris". Cospéan llamaba a la reina su buena chica, sigue diciendo la señora de Motteville, y, con esta libertad familiar, defendía ante ella la causa de los Vandôme y todos los que habían sufrido por Richelieu; defendía con mayor ardor los derechos de la Iglesia y combatía en toda ocasión la política de Mazarino, para destruir en el espíritu de la regente la acción temible de este hombre. Mazarino la veía todos los días, después de marchar sus damas de honor, en sus sesiones íntimas conocidas con el nombre de petit conseil. Por estas reuniones escribió él sus carnets, diario de sus reflexiones y de sus observaciones, tema de sus conversaciones⁷⁴⁵. Es allí adonde se ha de acudir en busca de los elementos una la historia de la oposición hecha a Mazarino por el partido de los santos. Empujado por el obispo de Lisieux, el partido se declaró, en público y en secreto, contra él. Vicente de Paúl advirtió a la reina como Cospéan; intervención tanto más poderosa por no estar legado ni con los Vendôme, ni con Châteauneuf, ni con ninguno de los descontentos, y porque no obraba sino por pura religión. Él fue en adelante el canal por el que todas las quejas, todas las reclamaciones llegaron a Ana de Austria. Para darles más crédito y autoridad, le aconsejó que consultara con el P. de Gondi, a quien, al comienzo de la regencia, elle le habría ofrecido, si había de creer al cardenal de Retz, el cargo de primer ministro. Lo cierto es que había llegado a comprender su sentimiento, lo que facilitaba al célebre oratoriano nuevos accesos a ella. Ana sintió por Vicente la condescendencia de ver al P. de Gondi y, como éste se querellaba de la omnipotencia creciente de Mazarino, le dijo que si alguna vez podía creer ella se dejara gobernar, ella le rogaba que saliera de su celda y viniera a reprochárselo. Al parecer el P. de Gondi salió en efecto de su celda y vino a hablar a la reina contra Mazarino. Es el propio Mazarino quien nos dice en una nota de sus carnets escrita en español, la lengua acostumbrada de sus pensamientos más secretos⁷⁴⁶.

⁷⁴⁵ Estos carnets, en número de quince, de formato in-32, están en la Bibliot. Richelieu, fondos Baluze, armario VI, paquete I, nº 1. Comienzan en 1642 y llagan hasta el exilio de Mazarino en 1651. Escritos ya a lápiz, ya a tinta, hablan sucesivamente o al mismo tiempo italiano o español, o un mal francés. El Sr. Cousin les ha dedicado en el Diario de los Sabios (años 1854 y 1855, numerosos artículos de los nos hemos servido mucho en este lugar, señaladamente del 6 de enero de 1855.

⁷⁴⁶ Véase la continuación de los textos en italiano y en español relativos a lo que acaba de ser contado. IIº carnet, p. 62: "Vanno a trovar al Sr. Vicente, et sotto pretesto di affettione a la regina, li dicono que la sua reputazione perde per la galanteria." Ibid., p. 39: "Che el Sr. Vicente vuol metter avanti il Padre Gondi." - VIº carnet, p.77 : « El Sr. Vicente nella truppa di Menele(Maignelay). En Lambert e altri, etc., e il canale per il quale tutte pasa all' orecchie di S. M. » III carnet, p. 10 : « S. M.al padre Gondi che non voleva esser governata, e che se mai lui avesse creduto che la fosse, lo pregava a sortir della cella per venire ad

Según se ve por fragmentos bastante numerosos de los carnets de Mazarino, a Vicente de Paúl y al P. de Gondi, se unieron pronto, en la oposición contra el cardenal, una multitud de otras personas de ambos sexos, muchas distinguidas por su nacimiento, todas por su piedad. Citemos a la marquesa de Maignelay, a la señora de Brienne, a la señora de Liancourt, a un P. Dans, a un P. Lambert, de quienes Mazarino, entre muchos otros, se quejaba con frecuencia en sus carnets, y contra los cuales debió mantener una lucha diaria. Arruinó al P. Lambert haciéndole pasar por jansenista y amigo de Arnauld, y se libró del P. Dans dándole un canonicato en la Santa Capilla. Él apartó también y despidió en desgracia a Sublet, señor de los Noyers, baron de Dangu, conocido nuestro hace tanto tiempo, a quien se quería poner en crédito ante la reina. Él se opuso a que se encargara de la educación del joven rey, y colocó a su lado a Hardouin de Péréfixe, más tarde arzobispo de París.

Pero era más fácil desarmar a los individuos que apagar en los conventos los focos de oposición que podían encender en el corazón de la reina la guerra contra él tanto como la piedad. Como buena Española, a Ana de Austria le gustaba librarse a menudo de la corte y de los asuntos para pasar en las comunidades religiosas, al llegar las fiestas, algunos días de retiro. Pues, estas comunidades, casi todas dirigidas o inspiradas por san Vicente de Paúl, eran unánimes en su repugnancia a la política de Mazarino, y a las relaciones demasiado íntimas que se suponía entre la reina y él. Las Mazarinadas son, no por cierto un monumento histórico, sino un eco de la opinión. Pues, en algunas se ha hecho una alusión cruda, a veces indecente, a un matrimonio mentiroso de la reina y del cardenal al que el Padre Vicente habría prestado su ministerio. Así, leemos en la Petición civil contra la conclusión de la paz: "Si es verdad lo que se dice que ellos (la reina y el cardenal) estén liados por un matrimonio de conciencia y que el P. Vicente, superior de la <misión, haya ratificado el contrato, ellos pueden todo cuanto hacen, y más, lo que nosotros no vemos." Y en el Silencio en la punta del dedos se enumeran todos los amantes pretendidos de la reina: Montmorency, Buchkingham, Léganés, y Mazarino, con quien se la supone siempre casada por el P. Vicente. Por último, en la traducción en verso del Testamento del diablo de plata, con su muerte, se lee también

Yo dejo al buen Padre Vicente

Mi más auténtico breviario.

Como recompensa,

Por haberme favorecido tanto⁷⁴⁷.

Así pues, que se juzgue de la aflicción de estas santas mujeres, dignas amigas de Vicente de Paúl, que habían rogado tanto por la reina perseguida por Richelieu, al verla hacer, o sospechosa y acusada de hacer naufragio a la entrada de la edad madura. Cuántas alusiones, cuántos advertencias directas no tenían ellas dirigirle! Ya que muchas de estas mujeres tenían tanto valor como inteligencia y piedad. En las Carmelitas, la Madre Madeleine de Saint Joseph había prohibido al canciller de Marillac, reclamado su cuerpo, y le había levantado una tumba con un epitafio magnánimo. La Visitación de la calle Saint-Antoine, más especialmente dirigida por Vicente, no estaba mejor dispuesta para Mazarino. Pero el centro y el corazón de la oposición estaba en

avverterla. » -IIIº carnet, p. 33: El Padre Gondi avia ablado en mi prejuditio come lo avia echo tambien el Padre Lambert y el Sr. Vicente.

⁷⁴⁷ *Bibliografía de las Mazarindas*, por el Sr. Moreau. 3 vol., in-8º nos. 3468, 3674 y 3707.

el Val-de-Grâce, ese retiro querido de Ana de Austria. Mazarino quiso apartarla de estas visitas, diciéndole que la piedad de una reina no era la de una religiosa, y que todas estas prácticas de piedad la alejaban de sus deberes y de la estima de los pueblos. “Este fasto de piedad, a estilo español, no se lleva en Francia. Al veros sin cesar ir a las iglesias y monasterios, rodeada de sacerdotes, de monjes y de religiosas, se os compara a Enrique III que estaba envuelto todo en sus devociones, lo que no le impidió ser expulsado de París⁷⁴⁸.” Y añadía en sus carnés, como tema de una nueva amonestación que le quería dirigir: “Todos estos pretendidos siervos de Dios son en realidad enemigos del Estado. En el tiempo de una regencia, grandes, parlamentos, y cuando Francia sobrelleva la guerra más grande que haya sostenido nunca, un gobierno fuerte es absolutamente necesario. Mientras tanto la reina vacila, duda entre todos los partidos, escucha a todo el mundo y, mientras ella comunica a sus confidentes los consejos, ella no me dice nada de los que le dan mis enemigos. Los conventos, los monjes, los sacerdotes, los devotos y las devotas, so pretexto de mantener el fervor de la reina, no tienen otro fin que hacerle gastar el tiempo en todas esas cosas, con el fin de que no lo tenga para sus asuntos y para hablar conmigo; y ellos esperan realizar sus designios haciendo dar el último golpe, cuando todo esté listo, a la Maignelay, a Dans, a la superiora del Val-de-Grâce⁷⁴⁹ y al P. Vicente. –Todas las devotas están unidas, y la Maignelay da continuamente citas a Hautefort y a Sénecé. La reina subordina los asuntos públicos a los asuntos domésticos, y en particular a los asuntos de devoción; ella debería hacer todo lo contrario. –Todo París murmura de estas perpetuas demostraciones públicas y se burlan de ellas. Que Su Majestad se informe, y ella verá que le digo la verdad. Dios está en todas partes y la reina puede rezarle en su oratorio particular, en lugar de dar materia a conversaciones perjudiciales a su servicio⁷⁵⁰.”

Ese es el tono, muy poco devoto, de los discursos que Mazarino tenía con la reina. para juntar la acción a las palabras y romper él mismo la oposición del partido de los santos, fue despidiendo poco a poco a las cabezas a sus diócesis, es decir a los obispos de Limoges, de Lisieux y de Beauvais, y acabó por disponer soberanamente de la hoja de los beneficios. En el consejo de conciencia no encontró ya resistencia a sus planes más que en san Vicente de Paúl, a quien no podía según parece separar. No siendo posible, por otra parte, influir sobre un hombre semejante con los medios ordinarios, ni tampoco lograr desmayar su valor tentándole con la ambición y la avidez; no queriendo tampoco poner abiertamente contra él a un personaje que venía tras él, en la corte y en el clero, todo un cortejo de señores y de obispos los más distinguidos por su reputación y sus virtudes, dio la vuelta a la dificultad: como nos lo dice la señora de Motteville, él suspendió por algún tiempo las sesiones del consejo de conciencia, sólo lo reunió muy raramente, y acabó por pasarse sin él. Ana de Austria continuó consultando en secreto a Vicente de Paúl, al menos en cuanto a la elección de los obispos, lo que impidió la política funesta de Mazarino de invadir el alto clero.

⁷⁴⁸ III^o carnet, p.35.

⁷⁴⁹ Marie de Burges, la madre de San Benito, Mazarino mismo declara una mujer de gran espíritu muy bien informada de todo lo que había pasado en los últimos tiempos.

⁷⁵⁰ IV^o carnet, p. 62, y V^o, pp. 24-28.

IV. *Oposición política. –Viaje a Saint-Germain.* Mientras tanto, se estaba en lo fuerte de la Fronda, y la oposición, hasta entonces puramente religiosa, de Vicente de Paúl iba a doblarse con una oposición política. Después de derribar el reinado efímero de los Importantes, Mazarino se había ocupado, por sus medidas financieras, de todas las cortes soberanas, indispuestas contra él, por su calidad de extranjero y su absolutismo. A favor de la victoria de Lens, Mazarino había tentado un golpe de Estado, que no había sido contestado contra él por el día de las Barricadas. Asustada por la revuelta, la corte se había apresurado a tratar, y el 24 de octubre de 1648, el mismo día en el que se había firmado la paz de Westfalia, la ordenanza de Saint-Germain sancionaba todas las demandas del Parlamento y asociaba la magistratura al ejercicio del poder soberano.

La corte y Mazarino sólo habían querido ganar tiempo. Apenas libres del peso de la guerra extranjera, ellos resolvieron acabar con las facciones del interior. El 6 de enero de 1649, Ana de Austria salió de París con sus hijos, la mayor parte de la corte, y se retiró a Saint-Germain donde se hizo rodear de todas las tropas reales. Con ello quería matar de hambre a París que, en efecto, se vio bien pronto reducido a la extrema necesidad. Su dulzura natural, y probablemente la intervención de Vicente de Paúl la hicieron bien pronto arrepentirse de esta medida. Pero la contraorden generosa fue, sin duda, menos bien ejecutada que la orden severa, ya que nos encontramos en esta fecha con el billete siguiente de Vicente de Paúl a la reina:

“Señora, París ha sentido un maravilloso gozo al saber que la incomparable bondad del rey y la de Vuestra Majestad querían que sin impedimento alguno nos trajeran trigo; pero esta alegría, Señora, está seguida de alguna tristeza, porque la gente de guerra no dejan de venir en tromba a llevarse los trigos, no sólo en la llanura de Saint Denis, como yo mismo lo he visto, sino entre La Chapelle y La Villete que son dos poblaciones a un cuarto de legua de París, donde se lanzan sobre los propietarios que se atreven a acercarse a hacer la cosecha. Suplico con toda humildad a Vuestra Majestad, Señora, que se digne aceptar este consejo, por haberme concedido el honor de decirme que el rey no ha prohibido que los que los que han sembrado las tierras recojan los frutos, y que yo sé que si es del agrado de Su Majestad y de la Vuestra, Señora, poner remedio a los impedimentos que se les hacen, , contribuirá grandemente a persuadir al pueblo que le son mejores de lo que se pueda pensar.”

Fuera el que fuese el efecto de esta carta, la miseria continuó siendo grande en París. Vicente sufría por ello tanto más cuanto más se veía en la imposibilidad de socorrerla según su caridad. a la escasez se juntaba la guerra civil. París era presa de las facciones. Incapaz de luchar solo contra la corte, el Parlamento había pedido o aceptado los servicios de los príncipes y de los señores, dispuestos a lanzarse a la guerra civil, al cabo de la cual no los espantaba más, bajo un ministro clemente por sistema, la perspectiva del cadalso. Era el hermano de Condé, el príncipe de Conti, su cuñado el duque de Longueville, el duque de Bouillon, el duque de la Rochefoucauld e incluso el sabio Turenne. El alma del complot era el célebre coadjutor; el fantasma lanzado por delante, el duque de Beaufort, apodado el rey de los Halles, cuyo lenguaje hablaba. Esta vez, en toda proporción, el gran Condé había respondido orgullosa y noblemente: “Me llamo Louis de Bourbon, y no quiero hacer caer las coronas.”

En la víspera, grandes desgracias, Vicente concibió el proyecto de conjurarlas. Mientras condenaba la revuelta, encontraba legítimas algunas quejas del pueblo y de los grandes, y resolvió llevarlas a los pies del trono. Paso generoso y atrevido! Pues, si la confianza con la que le honraba la reina, el crédito del que disfrutaba siempre ante ella, le podían tranquilizar, las verdades que iba a hacer oír a ella y a su ministro eran de tal naturaleza como para producirle su desgracia y conducirlo al exilio. Por otra parte, no corría menos riesgos por parte de los parlamentarios que por parte de la corte; si se exponía a pasar por Frondista en Saint-Germain, podía ser tratado como Mazarino en París. Pero se trataba del honor de Dios, del interés de la corte y del bien de los pueblos; nada era capaz de asustar la fe y la caridad del sacerdote, la fidelidad y la entrega del sujeto y del ciudadano.

Salió pues de París antes del día, el 14 de enero de 1649, y, sin comunicar su plan a nadie, tomó la ruta de Saint-Germain. Sin embargo, para no exponer su partida a interpretaciones inútilmente peligrosas, dejó, a su partida, una carta dirigida al primer presidente Molé, en la que le rogaba que tranquilizara a la Compañía que su único plan, al dirigirse a la corte, era trabajar por la paz; que si no había tenido el honor de verlo antes de partir, era tan sólo para poder afirmar a la reina que él venía a ella por su propia iniciativa y sin contar con nadie sus palabras y sus propuestas. En eso consistía la buena y sabia política. Como todo París estaba por entonces bajo las armas, y había puestos avanzados en todos los barrios, Vicente debió dar una gran vuelta para alcanzar la ruta de Saint-Germain. Tan sólo iba acompañado de su secretario, el hermano Du Courneau, que nos ha dejado un relato manuscrito de este singular viaje. Los dos iban a caballo. Todavía era de noche, cuando llegaron a Clichy, y la oscuridad les puso resultar funesta. La gente de Clichy habían sido desvalijados la víspera por unos caballeros alemanes, y montaban guardia para rechazar un segundo ataque. Al trote de los dos caballos, gritaron alerta, y se lanzaron a su encuentro, con picas y escopetas, listos para atacar y hacer fuego. "Me puse a temblar de miedo, confiesa ingenuamente el poco belicoso Du Courneau. Pero pensé al mismo tiempo que Dios no permitiría que unos campesinos maltratasen a un hombre que les había consagrado a su servicio la vida, su congregación y sus bienes y que tenía tanto celo y ternura por la gente pobre." En efecto, uno de ellos reconoció a Vicente. el nombre de este antigua pastor recorrió todos los rincones y despertando sentimientos de respeto y de gratitud. Todos acudieron donde él, le ofrecieron sus servicios y al rechazarlos, le mostraron por lo menos el camino que recorrer y que evitar para no caer en las manos de los soldados que vigilaban el campo.

En Neuilly, peligros de otra suerte. El Sena se había desbordado y las aguas cubrían el puente. En vano les gritaron que no pasaran; se llenó de valor y con la protección de Dios llegó a la otra orilla con mucha suerte. Agradecido y caritativo, envió su caballo a un pobre hombre quien, retenido al otro lado del puente, no habría podido sin él continuar el viaje. Eran las nueve o las diez cuando llegó a Saint Germain. Celebró enseguida una larga conferencia la reina, y desplegó toda su piadosa elocuencia para apartarla del asedio de París. ¿Es justo, Señora, le dijo, hacer morir de hambre a un millón de inocentes para castigar a veinte o treinta culpables? Pensad en las desgracias que van a caer sobre vuestro pueblo, en la ruina, en los sacrilegios, en las profanaciones que la guerra civil lleva consigo! ¿Y todo ello por qué? Para guardar junto a vos a un extranjero objeto del odio público. Pero si la presencia

del Sr. cardenal es la fuente de los males del Estado, ¿no estáis obligada a sacrificarla, al menos por un tiempo?”

Todo esto se dijo con respeto, sin duda; pero también con una vivacidad y una fuerza de lo que el humilde y caritativo santo se arrepintió al instante, por el interés incluso de su negociación. “Nunca, dijo él dos días después al contar este escena, jamás discurso con rudeza me ha servido de nada, siempre he observado que, para mover el espíritu, no hay que amargar el corazón.” Del mismo modo, en el único pasaje del apartamento de la reina al del ministro, él recobró su dulzura y su sencillez, y habló a Mazarino con una ternura humilde de la que el cardenal se sintió impresionado.. No fue, sin embargo, por falta de tono y forma, que le hubiera disfrazado la verdad más que a la reina. Llegó hasta decirle: “Monseñor, ceded al tiempo y arrojaos al mar para calmar la tempestad.” “-Menudo sermón, qué vivo, respondió Mazarino despacio, y pensar que nadie hasta ahora se había atrevido a hablarme así. No obstante, padre, me marcharé, si el Sr. Le Tellier es de vuestro parecer.”

El mismo día se celebró consejo ante la reina. Pero Le Tellier debía su fortuna a Mazarino quien le había presentado en persona a Luis XIII, y hecho nombrar a continuación secretario de Estado en el departamento de la guerra, cuando el alejamiento de Des Noyers. Le Tellier no dejó de combatir el consejo de Vicente con razones personales que su interés transformaba en razones de Estado, y, la reina inclinándose de corazón hacia toda idea que le conservaba a su ministro, se decidió que Mazarino no saldría del reino.

A Vicente no le quedaba ya nada que hacer en Saint-Germain. A pesar de su fracaso, su conciencia estaba en paz; ya que le confesó a Du Courneau, “he dicho a la reina y a su ministro todo lo que habría querido decirles, si me hubiera encontrado a la hora de la muerte.” Sin embargo, no dejó, según su humilde costumbre, de imputarse el triste resultado de su diligencia: “salí de París, escribió él, el 14 de ese mes, para ir a Saint-Germain con el objeto de hacer un pequeño servicio a Dios; pero mis pecados me han hecho indigno de ello⁷⁵¹”. El fracaso hace a veces culpables a las mejores gestiones, sobre todo en medio de las pasiones y discordias públicas. Vicente podía pues temer que la corte, a pesar del conocimiento que tenía de la pureza de sus intenciones y su inclinación por los intereses del rey, a pesar de la preocupación que había tenido de no ver a ninguno de los Frondistas antes de su partida, y la seguridad que había dado de ello a la reina, lo considerara un crimen de su generosa libertad. Se lo temía desde París; debió temerlo más la misma noche, cuando se enteró de la desgracia de una de las hijas de la reina, de la señorita Danse, quien, con menos prudencia sin duda que él, no era en el fondo culpable más que de dar a esta princesa consejos parecidos. La tarde del 14 de enero, al desvestirla, le había dicho: “Si el Sr. cardenal saliera de la corte, París abandonaría las armas, tengo la seguridad del Sr. duque de Elbeuf. -¡Entonces es que tenéis comunicación con nuestros enemigos! interrumpió la reina con una mirada fulgurante. Salid de aquí y que yo no os vuelva a ver!” La noticia de esta escena, que se difundió rápidamente, llegó a los oídos de Vicente. El santo esperándose, o, al menos, muchos contaban para él con una desgracia parecida. No fue nada; la reina, al no verle ya, preguntó dónde estaba⁷⁵². Le Tellier, a quien, al día siguiente, pidió un pasaporte, le envió uno

⁷⁵¹ A Portail, en Marsella, carta escrita de Villepreux, el 22 de enero de 1649.

⁷⁵² Mem. man. del hermano Du Courneau. Archivos de la Misión.

firmado por el rey. El joven monarca quiso incluso darle una escolta que le condijera hasta Villepreux.

V. *Visita de las casas de la Compañía*. Vicente no quiso pues volver inmediatamente a París. si unos días antes se hubiera sabido en esta ciudad, furiosa entonces contra Mazarino, la diligencia que él quería hacer en la corte y el lenguaje que se disponía a mantener allí, no se le habría tenido por el más celoso Frondista; tras lo cual, en la ignorancia en que se hallaban de la escena pasada entre él, la reina y el ministro, con el simple conocimiento del fracaso de su empresa, no podía dejar de ser tratado como Mazarino y realista, es decir como enemigo. En efecto, el odio de aquellos cuya ambición había contrarrestado en el consejo de conciencia, se despertó de repente y estalló en actos de verdadera salvajada. El 11 de enero, en la primera sesión del consejo de guerra, tenida en el Ayuntamiento, se había ordenado que cuatro hombres guardarían los trigos del P. Vicente⁷⁵³. Una semana después, eran cambiadas estas buenas disposiciones. Un consejero, sedicente autorizado por el Parlamento, hizo que le dieran por la fuerza las llaves de San Lázaro por Lambert-aux-Couteaux, que ocupaba entonces el lugar de Vicente. Por orden suya, se colocaron guardas en todas las puertas. Ochocientos soldados invadieron la casa, se instalaron en ella, saquearon los graneros de la comunidad, y se resarcieron con el resto de provisiones de los reveses que les hacía pasar entonces el ejército real en la llanura de Saint-Denis. Fue un destrozo, un desorden espantoso. No hallando ya más en que ensañarse, pegaron fuego a los leñeros de la cuadra y los redujeron a cenizas. Informado demasiado tarde, el Parlamento llevó muy a mal que se abusara de su nombre y desconoció a sus pretendidos agentes,. El 4 de febrero, el coronel de Lamoignon recibió una orden de enviar una escuadrilla de su Compañía para la seguridad y la conservación de San Lázaro y de continuar así hasta nueva orden⁷⁵⁴. Pero el mal estaba hecho y, después de la salida de la soldadesca, ya no pudo repararse.

Mientras que los Frondistas arrasaban San Lázaro, la granja de Orsigny, cerca de Versailles, principal fuente de rentas de la Congregación, era saqueada por tropas desbandadas del ejército del rey. Trigo, ganados, muebles de los hermanos que la explotaban, muebles de un rico particular que estaban en depósito, todo fue destruido o robado. Por otro lado, las rentas de las carrozas, en la ciudad o territorio del rey, no se pagaban ya y, todos los recursos, bien en especie bien en dinero, hacían falta. Vicente, quien, viajando de acá para allá, se enteraba de estas tristes noticias, se resignaba ante el cielo, y repetía sin cesar: "Bendito sea Dios, bendito sea Dios!"; pero desde la tierra, sufría en la persona de su hijos y de los pobres. Comenzó por descargar San Lázaro y los Bons-Enfants, donde no dejó más que a siete u ocho sacerdotes, dieciocho o diecinueve escolares y algunos hermanos. Envió a los demás a Richelieu, al Mans y demás casas de la Compañía; aún preveía tristemente el día en que estos pobres refugiados se verían obligados a salir de ellas, cuando no quedara nada ya. Hasta entonces, les enseñaba a sus casas a subsistir por sí mismas, a pedir algunas subvenciones a los obispos, a descargarse de los

⁷⁵³ Registros del Ayuntamiento durante la Fronda, publicados por los SS. Lerroux de Liney y Douet d'Arcq, 3 vol. in-8º.

⁷⁵⁴ Registros citados del Ayuntamiento.

seminaristas que no pagaban una pensión conveniente; enseñaba a los sacerdotes a hacer de capellanes para vivir de su trabajo⁷⁵⁵.

Del escaso trigo que quedaba en San Lázaro, una parte fue vendida por orden de los magistrados, la otra distribuida gratuitamente a los pobres. El 22 de enero los registros del Ayuntamiento constatan que los señores de San Lázaro han dado diez moyos (o modios) de harina para los pobres de París y en adelante, en todas las circunstancias importantes en que hay concejo en el Ayuntamiento para necesidades generales en el interés de la ciudad de París, se ven diputados en San Lázaro; pero no son nunca nombrados, lo que sucede a veces para otras órdenes religiosas⁷⁵⁶.

La venta y la limosna de los granos de San Lázaro se hicieron con una caridad igual. Se entregó a seis libras lo que la policía había tasado en diez; no se negó el pan a nadie. Cada día, se distribuían tres o cuatro sextarios de trigo a dos o tres mil pobres; “lo que nos resulta, escribía también Vicente en la carta que acabamos de citar, un consuelo muy sensible y una gran felicidad en los extremos en que nos hallamos y que nos hace esperar que Dios no nos abandonará.” Todas las cartas que escribía entonces durante el largo viaje que será referido enseguida no hablaban de otra cosa sino del cuidado de los pobres: por ejemplo, la que dirigió de Orléans a Gautier, superior de la Misión de Richelieu, el 25 de febrero de 1649: “No os mando noticias de San Lázaro, ni de nuestros pequeños colegios de París. el Sr. Escart podrá contáros las todas, que se fue después de mí, y que todo ha resultado después de su marcha, a no ser que todas estas casas quedan desgravadas de toda la gente que se ha podido para tener mayor facilidad de continuar la limosna a dos mil y más pobres a los que se les da todos los días, prueba de ello es que todos los días se necesitan al menos cuatro sestercios de trigo, medida de París⁷⁵⁷.” Sus Misioneros se prestaban a su caridad y se privaban incluso de lo necesario en el presente a favor de los miserables; mucho menos hacían reservas para el futuro; en tres meses, según informe del hermano panadero, diez modios de trigo se habían empleado en pan, y la comunidad se iba a quedar sin nada, cuando, alrededor de Pascua, se asentaron un poco los asuntos públicos, lo que permitió hacer, con el dinero pedido, algunas provisiones medianas. Así quedaba justificada la confianza de Vicente en la Providencia.

Para merecer su favor y dar ejemplo a los suyos, él mismo se condenaba entonces a la más ruda penitencia y a las más excesivas privaciones. Era el invierno; invierno muy riguroso que habría sido un castigo más que suficiente para este anciano de setenta y tres años, de granja en granja, mal aposentado, mal vestido. Al rigor de la estación quiso añadir una abstinencia más rigurosa todavía. Pan de centeno o de habas, tal era poco más o menos su única alimentación, ya que lo demás que le servían se lo distribuía a los campesinos que mandaba sentar con él; y además tomaba tan poco que tenía tiempo después de la ligera refección de hacer una buena parte de la lectura de la mesa.

Pero lo que, en él, cedía menos todavía que su valor, que su ardor de penitencia, al frío y al hambre, era su celo por Dios y la salvación de las almas. Tal era su verdadero alimento, y ahí se mostraba insaciable.

⁷⁵⁵ Carta a Portail, en Marsella, escrita del Mans, el 4 de marzo de 1649.

⁷⁵⁶ Registros citados del Ayuntamiento.

⁷⁵⁷ *Sum.*, p. 19C.

De Saint-Germain, había ido, el tercer día, a Villepreux, a casa del R. P. de Gondi, y de Villepreux, aprovechando de la circunstancia para ejecutar el antiguo proyecto de visitar todas sus casas, se había dirigido hacia Étampes, a la aldea de Fréneville, parroquia de Val-de-Puiseaux, donde la Compañía poseía una pequeña granja que le había sido concedida por la presidenta de Herse para la fundación de algunas misiones. No tenía plan de pasar allí más que dos o tres días para alojar un rebaño de ovejas y dos caballos rescatados del pillaje de Orsigny, pero asediado por los grandes fríos y por las nieves, tuvo que quedarse un mes entero. Empleó este tiempo en evangelizar a los campesinos de la parroquia del Val-du-Puiseaux. Hizo comprender a estas desdichadas víctimas de la guerra y de las revueltas que la renuncia al pecado, una confesión exacta, una satisfacción proporcionada a sus faltas eran los únicos medios de procurarse la paz con Dios y con los hombres. Fue para esta buena gente una cuaresma anticipada y la más fructuosa que les hubieran predicado nunca. Todos quisieron reconciliarse con el cielo, tan bien que el párroco no bastó a sus solicitudes, y que Vicente y otro sacerdote de su congregación debieron servirle de vicarios. Al final de la misión, Vicente mandó hacer una procesión general para pedir la paz.

Al mismo tiempo, aunque arruinado él mismo, el santo vino en auxilio de esta parroquia arruinada por las carreras y depredaciones de la gente de la guerra. Los habitantes no teniendo de qué sembrar sus campos, él les procuró grano de siembra. A algunos les distribuyó dinero, ropas, instrumentos de labranza. Para dar trabajo a los más pobres, les hizo hacer zanjales inútiles. Un pobre labrador le debía cuarenta o cincuenta escudos y no podía pagar; le entregó sin embargo un recibo. Queriendo utilizar la pobreza hasta el pudor, compró unas tierras a pobres campesinos y les pagó el doble de su valor. Llamó en auxilio de esta miseria a las Hijas de la Caridad, que él mantuvo a sus costas durante más de diez años. Todos estos hechos han sido constatados en el proceso de canonización, sobre las deposiciones de testigos dignos de fe, algunos oculares. Se oyeron, entre otros, a un pobre huérfano de quien se había ocupado Vicente, así como de su madre, de cuatro de sus hermanos y de otras familias más, durante largos años⁷⁵⁸.

Aparte del provecho que sacó en ello para Dios, Vicente vio también en su estancia prolongada a la fuerza en Fréneville una ocasión preparada por la Providencia para salvar los restos del pillaje de Orsigny. El rebaño de ovejas y los dos caballos no habrían estado muy seguros allí; ya que, al cabo de unos días, gente de la guerra llegó a un cuarto de legua de allí a llevarse los caballos de una granja, lo que obligó a Vicente a salir corriendo de Fréneville con un tiempo horroroso, y a cerrar a las pobres ovejas en un poblado cercano, a cuatro o cinco leguas más allá de Étampes. En cuanto a los dos caballos, se llevó uno, el otro se lo dio al sacerdote que le acompañaba y, hacia últimos de

⁷⁵⁸ *Sum.*, p. 179. –La habitación ocupada por san Vicente en Fréneville existe todavía bastante bien conservada. La capilla de Nuestra Señora de Varennes de Val-de-Puiseaux, donde él predicó fue transformada en taberna en 1798. Se trató incluso de derribarla; pero los sacrílegos fueron castigados por Dios y murieron en una horrorosa miseria. Una estatua de la Virgen había sido robada. Relegada vergonzosamente en un cobertizo, servía de juguete a los niños de la casa, que la arrastraban por el barro. Estos niños se quedaron raquíticos y no crecieron más. Dos se murieron, y la madre no se quedó con el tercero más que consagrándole a la Santísima Virgen y devolviendo la estatua a la iglesia. –Se acaban de rescatar las ruinas de Nuestra Señora de Varennes, con el púlpito donde predicó san Vicente de Paúl, que se piensa reconstruir (circular del Sr. Dabadie, párroco de Puiselet, diócesis de Versailles, del 16 de agosto de 1801). –Véase el diario *le Monde* del 26 de octubre del mismo año.

febrero, se puso en camino para le Mans. Allí llegó el 2 de marzo sano y salvo, con todas las dificultades del tiempo y de los caminos. No era esperado mayormente en tal estación, sus hijos, tan sorprendidos como jubilosos, le recibieron como a un ángel de Dios. Había calculado no quedarse con ellos más de diez o doce días. Tuvo que concederles quince, dado su afecto respetuoso y el alboroto que se armó en la ciudad y la región que, enterados de su llegada, enviaron a los principales habitantes a visitarle⁷⁵⁹.

No pasemos por alto aquí el lío en el que se vio metido el santo hombre con ocasión de Lavardin de Beaumanoir, obispo de el Mans, el mismo sobre cuyas ordenaciones se han construido, después de su muerte, a propósito de unas palabras suyas poco meditadas, tantos cuentos ridículos. Lejos de servirle en el consejo de conciencia, Vicente se había opuesto a su promoción al episcopado. Lavardin lo sabía, se había quejado varias veces de ello, y hasta con viveza. Cuál no fue pues la sorpresa y el apuro del siervo de dios cuando se enteró que este prelado, que no tenía aún sus bulas, estaba ya en el Mans!. ¿Qué hacer en un caso así? Era ineducado pasar sin verle, peligroso verle sin avisarla antes, incivil mandar a decirle si quisiera recibirle. “Si voy a saludarle, decía al santo, con toda probabilidad se sorprenderá, se emocionará e impresionará; enviar a preguntarle si le agradecería una visita, no sé cómo va a tomar este cumplido; no ir y no enviarle, este buen señor tendría razón para indignarse más contra mí, y eso es lo que se ha de evitar. ¿Qué hacer entonces?”

La humildad del santo le sacó de apuros. Al día siguiente, envió a dos sacerdotes, al superior del seminario con otro, a decir al obispo que llegado a su diócesis la tarde anterior, no se atrevía a permanecer por algún tiempo en ella sin su permiso, y le suplicaba humildemente que tuviera a bien que pasara siete u ocho días en la casa del seminario.

Este cumplido de parte de un hombre cuya rectitud y sinceridad, a pesar de sus resentimientos, Lavardín conocía mejor que nadie, le desarmó. “Decid al Sr. Vicente, respondió a los enviados, que es libre de permanecer en le Mans todo lo que juzgue oportuno, y que si no tuviera una casa en mi ciudad episcopal, me complacería ofrecerle la mía.”

Una respuesta tan generosa pedía un agradecimiento. Vicente iba a acudir al obispado, cuando se enteró de la brusca partida de Lavardín. El marqués de La Boulaye, uno de los jefes de la Fronda, después de obtener algunos éxitos frente a las tropas reales, a la cabeza de un regimiento de caballería parisiense, se había arrojado al Maine, donde el marqués de Jarzé, al mando de un pequeño cuerpo del ejército del rey, debía deshacerle a su vez. Pues bueno, los Manceaux habiendo sido seducidos y arrastrados por Le Boulaye, Lavardin, con el que comandaba para el rey, se vio obligado a abandonar la ciudad.

Vicente se quedó unos días aún en el Mans y ejerció allí su caridad acostumbrada. Si había que creer a una tradición popular, la iglesia catedral, como las humildes pequeñas iglesias de Folleville, de Fréneville, de Clichy y de Montmirail, poseería un púlpito desde el que habría anunciado la palabra de Dios. sin duda, él se prohibía, ya lo sabemos, como él prohibía a los suyos, las cátedras de las ciudades episcopales, pero tal vez hizo una excepción a favor

⁷⁵⁹ La mayor parte de estos detalles tan precisos están sacados de la carta, ya citada dos veces, del 4 de marzo de 1649.

de le Mans, si después de todo el púlpito mencionado no ha sido transportado allí de una pobre iglesia de un campo vecino.

Sea como fuere, terminados sus asuntos en el Mans, tomó la ruta de Angers donde las Hijas de la Caridad poseían un establecimiento ya considerable. A media legua de la pequeña ciudad de Durtal, se encontró con un vado, crecido por las lluvias del invierno, el vado Poram, que había que pasar. En medio del río su caballo⁷⁶⁰ se cayó, y él se habría ahogado sin remedio sin la rápida ayuda que le prestó el sacerdote que le acompañaba. Este accidente, lejos de asustar su corazón, no alteró siquiera la serenidad de su rostro. Se volvió a montar a caballo, todo caladito, volvió al camino, hoy abandonado, que le debía llevar a una habitación, y fue a secarse como pudo a una muy pobre que la tradición dice ser la granja de la Goualerie. Pero, como se estaba entonces en cuaresma, no tomó otro alivio, y siguió sin comer hasta la noche que llegó a una hostelería. Una vez más su primera alimentación, su alimento ordinario fue el de instruir a los pobres y a los criados. Si bien abrumado de necesidad y de cansancio, comenzó por dar el catecismo a los sirvientes de la casa. Ante esto, la hotelera, sorprendida y edificada con tanta caridad, se fue corriendo por las casas del pueblo, recogió a todos los niños y, sin decírselo al santo anciano les hizo subir a su habitación. Vicente le dio las gracias con mucho afecto como si fuera un servicio considerable. Repartió esta juventud en dos bandos, dio una a su compañero para que la instruyera, y se llevó la otra con aquellos modos tan llenos de bondad y de unción que le ganaban todos los corazones. Después de la instrucción, despidió a los niños, no sin darles la limosna, porque eran tan pobres como ignorantes⁷⁶¹.

Para acabar este relato del viaje de Vicente por el Maine en Anjou, añadamos dos rasgos admirables de su gratitud.

El joven Misionero que le había ayudado a salir del agua, por entonces muy fervoroso, se entibió poco a poco. Cada vez menos sumiso a la regla, resultó pronto indócil a sus superiores. Por último, cansado del yugo, se lo quiso sacudir del todo y, a pesar de todos los esfuerzos ordinarios de Vicente para retenerlo en su vocación, la abandonó. Originario del Maine, y hasta entonces ligado a la casa de Coëffort, puso en oposición, para justificarse su salida y colorearla a los ojos de los demás, los servicios oscuros y restringidos que prestaba al seminario, y los servicios más sonados y más amplios que se gloriaba en hacer a todo su país. Tenía cosas buenas, creía tener celo; doble fondo que debía producir, creía él, frutos inagotables de salvación.

Una vez de vuelta a su familia, vio el balón de sus hermosos proyectos deshincharse por sí mismo o por el pinchazo de la contradicción. Por otra parte, pesares sin consuelo, peligros sin ayudas y sin refugio; era más de lo que necesitaba para hacerle reconocer su falta. Al cabo de un año, no aguantaba más y, como el hijo pródigo, exclamó: "Me levantaré y volveré a mi padre." Escribió pues a Vicente una carta tras otra pidiéndole perdón y rogándole que le recibiera en el número de sus más humildes servidores, ya que no de sus hijos.

⁷⁶⁰ La tradición local dice que era una mula. Vicente habría dejado entonces en el Mans el caballo que traía de Orsigny.

⁷⁶¹ Hemos pedido prestados algunos detalles de este relato a un folleto intitulado: *San Vicente de Paúl y sus instrucciones por el Maine*, por J.-L., A.-M. Lochet. –*Extracto de la Revista de Anjou y del Maine* grande in-8°, Ngers, 1650.

A la vez para probarle y por repugnancia a recibir a los tráfugas, Vicente le dejó mucho tiempo sin respuesta. El Misionero multiplicó sus cartas, redobló sus insistencias: “Estoy perdido para siempre, Padre, si no me tendéis la mano.” Esta vez, Vicente respondió, sin embargo no para otorgarle su gracia, sino para ponerle delante de los ojos la paciencia que habían tenido con él, la escasa importancia que él le había dado, los justos motivos que había para temer que volviera a las andadas, el peligro de que los débiles de espíritu de la Compañía se sirvieran de un regreso tan fácil después de un abandono como el suyo, y concluyó diciendo: “Según todas estas razones, no me parece, Señor, que se os deba volver a recibir.” Rechazado en todos sus asaltos, el pobre Misionero, víctima de ataques, intentó un último esfuerzo por el lado más accesible y más vulnerable del corazón de Vicente: “Señor, le escribí, yo os salvé una vez la vida del cuerpo, salvadme la del alma.” Por ahí, había encontrado sitio. “Venid, Señor, fue la respuesta inmediata; venid y se os recibirá con los brazos abiertos.” No era a la Misión de la tierra, según la hermosa expresión de Vicente, sino a la del cielo adonde iba a entrar. En el momento de partir, cayó enfermo, y se murió lleno de la esperanza que le nacía del arrepentimiento y del perdón que le acababan de conceder tan generosamente.

Los menores servicios prestados por los más pequeños encontraban al santo sacerdote igualmente agradecido. Mientras se secaba la ropa en la granja de la Goualerie, a gusto sobre todo en medio de los pobres, ligó naturalmente conversación con el granjero, y supo por él que sufría cruelmente de una hernia. El santo sacerdote, a quien Dios había curado del mismo mal, le prometió que, de regreso en París, le enviaría un vendaje con el que experimentaría un rápido alivio. Después de pagar generosamente a este huésped a toda prisa y agradecerle por la hospitalidad de su choza con más efusión que si hubiera agradecido a un gentilhomme por la hospitalidad de su castillo, se puso de nuevo en camino. Su viaje se prolongó mucho más de lo previsto y de lo deseado. No obstante, nada más regresar a San Lázaro, se acordó de su huésped y de su palabra. Le envió el vendaje prometido, en el que adjuntó una carta en la que renovaba todas sus acciones de gracias. Y como no veía modo seguro de hacer llegar estas cosas al pobre campesino, se lo dirigió todo a la mariscala de Schomberg, de cuyas tierras dependía la Goualerie, con deseos de cooperar en esta buena obra y recomendar al campesino a la benevolencia de sus oficiales. Vicente se detuvo en Angers cinco días, que aprovechó para animar a las Hijas de la Caridad en las virtudes de su estado, y continuando con su plan, se dirigió hacia Bretaña. En este viaje también corrió peligro su vida. Se acercaba a Rennes y atravesaba las aguas por un puentecillo de madera entre un molino y un estanque muy profundo. Su caballo, asustado por el movimiento y el ruido de la rueda del molino, retrocedió tan bruscamente, que asentó una pata fuera del puente y estuvo a punto de precipitarse en el estanque. Los espectadores se estremecieron, Vicente mismo se creyó perdido. Pero Dios frenó al caballo, que se detuvo de repente, y el santo hombre pudo apearse. Cayó de rodillas al momento, rogando a su compañero que se uniera a él para dar gracias al cielo por una protección tan visible y casi milagrosa.

Por la noche, llegó a una mala taberna, donde le dieron una habitación que, si bien la mejor de la casa, era apenas habitable. Encima le desalojaron por la llegada de unos amigos del huésped, y le confinaron en un reducto innoble.

Obedeció sin reclamaciones, y se alegró interiormente de parecerse así más a Quien no había tenido lugar donde reposar la cabeza. Mal recibido, mal alojado, se mostraba más generoso. En otra ocasión que le habían dado por vecinos a unos rústicos que se pasaron la noche bebiendo y cantando, en lugar de quejarse, dio a su huésped, además de la retribución ordinaria, unos Agnus magníficos.

Para no perder el tiempo en visitas inútiles y dedicarlo por completo a sus casas, y a obras de caridad, quiso pasar de incógnito a Rennes, como lo había hecho en Orléans y en Angers; pero fue reconocido al entrar en la ciudad. Como París y las principales ciudades del reino, Rennes se encontraba entonces convulsa y confundida, y amenazada de formar un mal partido a Mazarino y a los realistas. Por eso, apenas Vicente había puesto el pie en tierra, cuando una persona del lugar le envió a decir que un hombre como él, que un consejero de la reina era por el mero hecho sospechoso, y que iba a ser detenido si no salía en una hora de la ciudad.

El siervo de Dios se tomó en serio obedecer a todo consejo o a esta orden, y ya se ensillaba su caballo cuando un gentilhombre, alojado en la misma hostelería le reconoció y le gritó en un ataque de cólera: “al Sr. Vicente le extrañaría si, a dos leguas de aquí le dispararan un pistoletazo en la cabeza;” y de pronto salió en actitud de un hombre que iba a ejecutar él mismo su amenaza. Vicente apenas se movió; pero el teólogo de Saint-Brieuc, que había venido a saludar al hombre de Dios, de cuya llegada se había enterado por suerte, lo había visto y oído todo. Él le impidió salir al campo, y le llevó a ver al primer presidente y algunas personas de lo más considerables y acreditadas de la ciudad. Todos acogieron al anciano con el respeto debido a su edad y a su virtud y, muy pronto convencidos de que su viaje no tenía ningún fin político, ya no le apremiaron a que partiera.

Partió sin embargo al día siguiente. Cuando montaba a caballo vieron volver a Rennes al mismo gentilhombre que la víspera le había amenazado de muerte. Evidentemente había pasado la noche fuera de la ciudad y se había ido a apostar en el camino, para cometer un detestable asesinato. Alarmado nuevamente, el teólogo de Saint-Brieuc quiso al menos compartir el peligro y, a pesar de todas las negativas del santo sacerdote, le acompañó hasta Saint-Méen.

Vicente llegó a Saint-Méen el lunes o el martes de la semana Santa; allí pasó quince días, que repartió entre su casa y el santo ministerio. Comenzó por hacer su visita; redactó reglamentos llenos de prudencia y de piedad; y el resto del tiempo lo empleó en el confesionario, en la administración de los sacramentos, en todas las funciones de un celoso Misionero. Saint-Méen era un lugar de peregrinación, adonde se acudía precisamente en los alrededores de la fiesta de Pascua, de todos los puntos de Bretaña, para obtener por la intercesión del santo patrón del lugar la curación de ciertas enfermedades. Pues bien, ese año hubo concurso extraordinario de peregrinos, la mayor parte cubiertos de lepra o de úlceras fétidas y contagiosas; excelente fortuna, atractivo irresistible para nuestro santo! En vano, para desconcertar su celo infatigable y su caritativa imprudencia, le advirtieron que iba a sucumbir al cansancio, o incluso contraer el mal odioso que quería aliviar: “No lo temáis, decía él, no agarraré ningún mal; además, este ejercicio me fortalece en lugar de debilitarme; y yo me curé en otro tiempo de la fiebre cuarta, por haber

pasado una noche de Navidad entera en el confesionario.” Esa era la medicina de los santos!

Reclamando a Vicente en Nantes un asunto de piedad, el superior de su casa de Saint-Méen quiso llevarle allí; pero se opuso y partió solo.

De Nantes, donde no estuvo más que dos días, se dirigió a Luçon. De allí se proponía ir a Saintes, recorrer la Guienne, llegar hasta Marsella y terminar así la visita de las casas de su Compañía. Pero la reina le pasó la orden de regresar inmediatamente a París adonde había vuelto el rey.

VI. *Regreso a París. –La carroza de Vicente.* La guerra de París iba a concluir. Mientras que los señores, el parlamento y el pueblo, muy divididos por las ideas y los intereses, reunían un ejército heterogéneo, Ana de Austria, con lágrimas en los ojos, suplicaba a Condé que sirviera de protector al joven monarca, y el vencedor de Rocroy, a la cabeza de ocho mil hombres tan sólo de tropas reales, batía en Charenton a los cien mil hombres del ejército parisiense, asustados por su solo aspecto. Una delegación de la gente del rey se dirigió entonces a Saint-Germain, y se anudaron negociaciones entre la corte y París. Se celebraron conferencias, ya en Saint-Germain, ya en Ruel, de las que salió un tratado de paz facticio que devolvió la corte a París.

Vicente, que había resistido hasta entonces los ruegos de las Damas solicitando su regreso a París para las obras de caridad⁷⁶², se puso al punto a obedecer a la reina, y partió para Richelieu. Allí, sucumbió por fin a las fatigas de un viaje tan largo, y le agarró la enfermedad. Ante esta noticia, le enviaron de París al enfermero de San Lázaro quien, mejor que nadie conocía su temperamento y el modo de tratarlo. Vicente le acogió sin duda con su bondad ordinaria, pero creyó su deber decirle, con un tono afligido: “Mi vieja carcasa no se merecía que hicieseis un viaje tan largo,” Temiendo en seguida que el enfermero viera en estas palabras un reproche antes que una protesta de humildad, se echó a sus pies y le pidió perdón. No fue suficiente para este hombre, insaciable de humillaciones, temblando siempre ante la sombra de la caridad herida. De regreso a San Lázaro, aprovechó o suscitó la ocasión de una enmienda más solemne; y un día que el hermano enfermero se hallaba en su habitación con su asistente, dijo a éste; “Creeríais, Señor, que este buen hermano habiendo venido a Richelieu por mí, yo no le abrí mi corazón como de costumbre, por eso le pido muy humildemente perdón en vuestra presencia y os ruego que pidáis a Dios por mí a fin de que me conceda la gracia de no volver a cometer semejantes faltas.”

Le habían traído a París en una carroza pequeña que la duquesa de Aiguillon, informada de su enfermedad, le había enviado con dos caballos y un cochero. Esta carroza tenía ya su historia. Algunos años antes, las Damas de su Asamblea viendo por una parte sus debilidades, por otra su pobre montura, temieron que le ocurriera algún accidente grave en sus viajes cotidianos a través de París. En consecuencia, mandaron construirle un vehículo cómodo, pero tan sencillo y tan pobre que no parecía que su aversión por todo lujo debiera asustarle. Sin embargo, él no quiso servirse nunca de él, y se hizo viejo en el cochera. Pues bien, fue este mismo vehículo, algo restaurado, el que le envió la duquesa de Aiguillon a Richelieu. Sin otro medio de transporte posible, en su estado de debilidad, tuvo que usar de éste para el viaje; pero, apenas

⁷⁶² Carta de la señorita Le Gras del 6 de abril de 1649.

llegado a París, se lo devolvió a la duquesa con los caballos, con mil agradecimientos. La duquesa a su vez devolvió todo el equipaje a San Lázaro. “Tened cuenta del estado en que os halláis, le escribía ella a la vez. Con todas nuestras Damas os suplico que lo uséis. –No, Señora, respondió Vicente con su firme humildad; cuando la hinchazón y la debilidad de mis piernas que, es verdad, aumentan cada día, no me permitan ir ni a pie ni a caballo, he tomado la resolución de quedarme más bien el resto de mi vida en San Lázaro antes que dejarme arrastrar, a mí pobre campesino, en una carroza.” Rdtr conflicto de caridad y de humildad duró varias semanas y, para resolverlo, fueron precisas las más altas intervenciones. La duquesa se dirigió a la reina y al arzobispo de París, y ambos ordenaron expresamente al anciano que fuera en adelante en carroza. Entre la obediencia y la y su querida humildad misma, Vicente no dudó nunca: obedeció pues. Además, encontró el medio de cambiar este honor pretendido en confusión, Después, no se dirigió más a su desdichada carroza que como “su vergüenza y su ignominia; “ y un día que había hecho visita a los sacerdotes del Oratorio, cuatro de entre ellos, entre los cuales el P. Sénault, una vez conducido a la puerta donde le esperaba su coche: “¿Ven ustedes, Padres míos, les dijo mientras se montaba, ven ustedes a un pobre aldeano que se atreve a servirse de una carroza?” En su confusión y en su temor a dar mal ejemplo, tenía siempre cuidado, para escapar lo más posible a las miradas de los suyos, de abordar y apearse a las afueras de San Lázaro⁷⁶³. Y hasta no se atrevía a predicar a sus sacerdotes la mortificación. Apartando a uno de ellos del uso del caballo, le escribió: “Ya veo que podéis decirme: ‘Médico, cúrate a ti mismo,’ porque en otro tiempo me serví de un caballo y ahora me sirvo de una carroza. Es verdad, para mi mayor confusión, es verdad que la necesidad me ha obligado a ello; y, sin embargo, Señor, si me aconsejáis que emplee otro modo, lo haré⁷⁶⁴.” Se recuerda también su conferencia sobre la pobreza, donde exclamó: “Oh Salvador! Cómo puedo yo hablar de esto. yo que soy tan miserable, yo que tuve en otro tiempo un caballo, una carroza!” Así habló en todas circunstancias.

Por lo demás, nunca vehículo alguno mereció, en una acepción más rigurosa de la palabra, el nombre de vehículo público. En adelante, por dentro y por fuera fue de San Lázaro, al servicio de todos. Para utilizar los caballos, y sobre todo para quitarles todo lujo, Vicente, cuando no salía, los hacía tirar del arado, si se encontraba con algún pobre en las calles de París, o en el campo, les hacía montarse al instante a su lado. Así lo hizo un día por una pobre mujer que encontró a algunas leguas de París, doblemente agotada por el camino y por el peso de su hijo. otra vez, era también una mujer, cuyas úlceras horribles fueron un nuevo título de admisión; no contento con hacerle sitio a su lado, quiso llevarla a su destino. Sólo entonces se perdonaba la carroza y la caridad desarmaba a la humildad. También es cierto que si no disponía de coche, o le llamasen asuntos urgentes en otra dirección, trataba de hacerse con una silla de manos para trasladar a los pobres, a los enfermos bien al domicilio bien al Hôtel-Dieu.

Pero prefería conducirlos él mismo. Un día, en el barrio Saint-Denis, vio a una pobre mujer recostada en el suelo. Sacerdotes, levitas, gente del mundo, todos pasaban por delante de ella sin detenerse, como ante el herido del Evangelio, o no respondían más que con una piedad estéril a sus gemidos. Pero ahí llega el

⁷⁶³ *Summ.*, p. 337.

⁷⁶⁴ Carta a Gilles, en Crécy, del 28 de noviembre de 1651.

buen Samaritano. Vicente se apea del coche, se acerca y, al ver la imposibilidad en que la pobre mujer se hallaba de caminar, la hace colocar en su carroza y, aunque sus asuntos le llamaran a un barrio muy distante, él da orden de dirigirse al Hôtel-Dieu. Después de algunos metros, la pobre mujer se siente mal, hay que sacarla de la carroza cuyo movimiento no puede aguantar. Vicente manda que le traigan vino para darle fuerza y, cuando se ha recuperado un poco, paga a unos portadores y, con su carga les encomienda una nota de agradecimiento para la superiora del Hôtel-Dieu. Los rasgos parecidos no se pueden numerar en la vida del caritativo sacerdote. Así en otra ocasión, detenido en una calle de París por los lamentos de un niño, se baja enseguida, le interroga, y mostrándole una herida que tenía en la mano, le conduce él mismo a casa de un cirujano, le hace vendar en su presencia, paga a uno su salario, consuela al otro y le devuelve a su familia.

Tal fue el uso cotidiano de la famosa carroza, pero aparte de estos actos de caridad individual, sirvió para obras de una utilidad general y, durante los diez últimos años de la vida de san Vicente de Paúl, le permitió emprender o terminar los asuntos más importantes para bien de la Iglesia y del Estado.

VII. *Revueltas y negociaciones.* Vicente estaba de regreso en París a mediados de junio de 1649⁷⁶⁵. Después de pagar sus respetos al rey y a la reina madre, se entregó a reparar una parte de los daños causados por las tropas en las proximidades de la capital. Comenzó por Dios. Las iglesias y los santos misterios habían sido odiosamente profanados en Châtillon, en Clamart y en algunas otras parroquias; envió allí en peregrinación expiatoria a todos los miembros de su comunidad; él mismo fue con algunos de los suyos a pedir perdón a Jesucristo.

Pensó luego en restablecer los asuntos de su misión. Había encontrado San Lázaro en un estado lastimoso. Provisiones, dineros, rentas, todo se había agotado, todo faltaba a la vez, y sin embargo había que mantener a todas las caridades comenzadas, a los pobres que no podía ya olvidarse del camino de San Lázaro, su única hostelería en estos desastres públicos. A pesar de la ternura paternal que le llevaba a exigir, en tiempo ordinario, que sus sacerdotes encontraran en él, al regreso de su Misiones, una alimentación sencilla, pero capaz de reparar sus fuerzas agotadas por el trabajo, se vio reducido a hacerles comer pan de cebada primero, luego de avena. El ejemplo de su propia mortificación habría sido suficiente para ahogar en ellos toda tentación de murmurar; con su ejemplo también, les enseñaba a sufrir en los pobres más que en sí mismos. “Los pobres, les decía continuamente, los pobres que no saben dónde ir, ni qué hacer, que sufren ya, y que se multiplican día a día, ésa es mi carga y mi dolor⁷⁶⁶.”

Carga siempre en aumento, dolor cada vez más intolerable, a medida que las revueltas volvían a empezar cada vez con mayor intensidad, aumentaron las desgracias públicas. La paz de Ruel no duró apenas. El rey había hecho su entrada en París el 18 de agosto de 1649, y el príncipe de Condé se presentó al lado del cardenal; esto había sido, en apariencia, una reconciliación general. Pero, libre, decía él, de sus compromisos con la reina, por haber traído a Mazarino a París, Condé, arrastrado por su hermana la duquesa de

⁷⁶⁵ “Ya estoy de regreso desde el domingo (carta del 19 de junio, a de Lespinay, superior de la misión de Toul).”

⁷⁶⁶ Carta a Almeras, del 8 de octubre de 1649.

Longueville, y más aún por su carácter imperioso que pretendía, como precio de sus servicios, dominar el gobierno, aburría a la reina y a su ministro con exigencias continuas, cuando no los humillaba con sus insolencias de mal gusto. Él no lograba más que alienarse, al tiempo que la corte, y a los antiguos Frondistas que él había vencido, y a los burgueses que aplastaba con sus desprecios

Capítulo Tercero: **Provincias Salvadas**

Art. I: **La Lorena.**

I. *Desgracias de la Lorena.* Desde 1639, durante el último periodo de la guerra de los Treinta Años, Vicente había hecho, de alguna manera, en Lorena, su primer ensayo de su caridad universal, y desde el primer intento, había operado prodigios que él mismo bien podía extender, multiplicar, pero no sobrepasar en adelante.

Lorena tenía entonces por duque a aquel Carlos IV, cuyo nombre se ha pronunciado repetidas veces en nuestro relato de los azares de la Fronda. Como conclusión del entendimiento concluido entre las dos ramas de la casa de Lorena, y de su matrimonio con su prima Nicole, hija de Enrique II el Bueno, Carlos IV se veía duque hereditario. Pero, no queriendo reinar siendo jefe su mujer, declaró la ley sálica aplicable a su país, y mandó proclamar legítimo heredero del duque de Lorena a su padre Francisco II, conde de Vaudémont, quien al cabo de algunos días, abdicó en su favor (1625). Carlos IV reinaba así como rey absoluto y exclusivamente. El Emperador, que le necesitaba, no pensó en molestarle en esta sustitución de derechos y de títulos, y el Papa Urbano VIII prometió guardar silencio. Pero Francia, que tenía ya sus vistas sobre Lorena, declaró, por la boca de Richelieu, que si no tenía que ocuparse de los asuntos interiores del ducado, no era lo mismo que del condado de Barrois, cuya mitad dependía de la corona. El duque ofreció el homenaje por el Barrois movedizo; se negaron a recibirle en nombre de Carlos solo, lo que habría sido reconocer su legitimidad. Francia tenía también otra queja contra él. En 1627, este príncipe joven, bullicioso, ambicioso, ávido de aventuras y de renombre se había dejado seducir por la bella e intrigante duquesa de Chevreuse, refugiada entonces en Nancy, y él había entrado en una coalición formada contra Francia por el duque de Buckingham. El proyecto descubierto por la sagacidad y la política de Richelieu, él vino a París para justificarse. Luis XIII no le habló de complot, sino que continuó negándole el homenaje declarándole que quería vivir con él como buen pariente y buen amigo. Con esta respuesta, Carlos regresó bruscamente a Lorena. Él creía que el asunto se había suavizado, cuando Richelieu, quien no esperaba más que un momento favorable, mandó detener hasta el territorio lorenés a lord Montaigu, principal agente de Buckingham sobre quien se hallaron documentos comprometedores. Carlos reclamó vanamente contra la violación de su territorio; Montaigu no fue liberado hasta la toma de La Rochelle, que echaba por tierra todos sus proyectos.

Un tal debate de reino presagiaba grandes desgracias a Lorena. En efecto, a la prosperidad de los reinos precedentes van a suceder la peste, el hambre y la guerra. Precursora de la guerra esta vez, la peste salida de Oriente, después

de invadir Alemania a favor de las guerras cuyo teatro acababa de ser Hungría, amenazó, en 1610, las fronteras de nuestro país. Durante varios años, y a pesar de de las sabias prescripciones, hizo irrupciones en Lorena de alguna forma periódicas. Los tres años 1629, 1630 y 1631, señaladamente, la vieron asolar Pont-à Mousson y Nancy y extenderse de allí por los campos, por donde asoló varios centenares de pueblos. Al mismo tiempo las cosechas eran malas, y el hambre se añadió a la peste. Para colmo de males, no faltaba más que la plaga de la guerra: las intrigas de su duque se la van a atraer.

En enero de 1629, Carlos IV se había dirigido a Châlons-sur-Saône para ver a Luis XIII camino de Italia. La entrevista fue fría pero educada. Con todo el rey pidió con más insistencia el homenaje del Barrois al nombre de Nicole y, ante la negativa de Carlos, le concedió un plazo hasta su vuelta del campo. En lugar de prepararse a una abierta y fuerte resistencia, el duque recurrió otra vez a las negociaciones y a las intrigas. Ofreció una hospitalidad de torneos y de fiestas a Gaston d'Orléans que huía delante de su hermano, y los dos, negociando con Richelieu, trabajaban en prepararle problemas y enemigos. Gaston se reconcilia con el rey a primeros de 1630; pero un mes después, llevado por los encantos de Margarita de Lorena, por el amor de los placeres y de las intrigas, vuelve a la corte de Carlos IV y le pide la mano de su hermana. Desde su exilio en Flandre, María de Médicis consiente en esta unión, para la cual Urbano VIII concede dispensa; pronto se celebrará el matrimonio secretamente.

Entretanto Luis XII y Richelieu conciben contra los duques el más vivo resentimiento, y por las dos partes se hacen preparativos para la guerra. Con el dinero enviado de España a Gastón reúne armamentos, y cuando Luis XIII, llegado ya a Château-Thierry, le pide explicaciones sobre el asunto, responde que la invasión del luterano Gustavo Adolfo, lanzado por la política de Richelieu sobre Alemania, fuerza a los príncipes católicos a mantenerse en guardia.

Esa era la verdadera actitud que adoptar en esta guerra entre el Imperio católico y Francia aliada de los protestantes. El bienaventurado Pedro Fourrier, consultado por Carlos IV, le había aconsejado guardar, entre las dos potencias beligerantes, esta neutralidad que es frecuentemente el único papel de los débiles. Mas como Carlos quería asumir un papel más vigoroso, ya que no más prudente, hubiera tenido que colocarse netamente como defensor de la causa católica y defensor de sus propios Estados. En lugar de una política de báscula inclinándose ya del lado del Imperio, ya del lado de Francia, todo constituía para él un deber de abrazar abiertamente la causa del Imperio que era ya la suya como príncipe católico, que lo iba a ser tarde o temprano, como príncipe lorenés. Ya que era evidente que los acontecimientos le obligarían pronto a defender su corona contra la ambición de Richelieu; que Francia comprometida en su gran lucha con Austria, no dejaría en sus fronteras este poderoso bulevar de Lorena, sin tratar, no sólo de atraérselo a sí, sino de incorporarlo a su propio territorio. Aliado del Emperador, Carlos IV hacía pues una guerra a la vez religiosa y nacional, llamaba al mismo tiempo en su ayuda la fe y el patriotismo, los dos móviles más fuertes de los ejércitos. Inseguro y dubitativo va atraer sobre sí la invasión de las armas de Francia, la invasión más terrible de sus feroces aliados, y no hallará recursos en las fuerzas del Imperio que, llegada la paz acabó por abandonarle.

Carlos tenía fe y valor; pero sin carácter y sin costumbres, no estaba hecho para un papel tan grande. La nobleza y el pueblo de Lorena han sido más firmes y más dignos. Ellos sí que combatían verdaderamente por su religión y

su nacionalidad contra la política bárbara de Richelieu; sus desdichas van a hacer de él un pueblo de mártires.

Apenas ha recibido Luis XIII la respuesta de Carlos IV cuando le amenaza con invadir su ducado, si no se lleva sus tropas al otro lado del Rin. Carlos deja la regencia a su padre y parte con 14 000 hombres. Después de batallar por algún tiempo, es reclamado por la noticia de que el rey está ya en Metz y ha vuelto a sus proyectos de invasión. Luis XIII obedecía así a las quejas de Gustavo Adolfo, y al deseo de impedir el matrimonio de su hermano. Pero este matrimonio tan fatal a Lorena es bendecido, el 3 de enero de 1632, en el locutorio de las damas del Santo Sacramento, de las que Catalina de Lorena era abadesa, por el cardenal Nicolás Francisco de Lorena, obispo de Toul.

Irritado, Luis XIII impone a Carlos IV un tratado humillante y oneroso. El duque se comprometía a renunciar a toda inteligencia con los enemigos del rey; a no contratar ninguna alianza sin su consentimiento; a expulsar a sus adversarios de Lorena, en particular a los refugiados franceses; a no autorizar ni levadas ni agrupación de tropas en los dos ducados; a permitir entrar a los oficiales de Su Majestad para detener a sus súbditos rebeldes; a dejar paso libre a las tropas francesas; a proporcionarles víveres y un contingente de seis mil hombres; a ceder al rey los dos tercios de los impuestos en las ciudades que él crea deber momentáneamente ocupar; por último, a entregarle por tres años la fortaleza de Marsal. Por su parte, el rey prometía defender la Lorena, no firmar ningún tratado sin incluirla en él.

Carlos IV lo firmó todo; pues, apurado ya por Francia, estaba ahora amenazado por Gustavo Adolfo, que había enviado a una columna sueca hasta las fronteras de la Lorena Alemana. Pero, desembarazado de los Suecos por Luis XIII, y de Luis XIII por el rápido regreso del monarca a París, reanudó sus inteligencias con los enemigos de Francia, acogió a sus regimientos, creó nuevos y guarneció sus plazas fuertes. Montecuculli vino a verle en Nancy de parte del emperador Ferdinando II y le prometió rechazar a los Franceses de Marsal y del ducado. Recibió de España parecidas promesas, con subsidios que le eran tan necesarios en un país tan devastado por la peste, el hambre y las tropas tanto lorenasas como extranjeras. Después de vanas amonestaciones, el rey entra en Champaña con un pequeño ejército; otra amenaza por Tréveris, y los dos se acercan a Metz. Gastón llega a Nancy so pretexto de ver a su mujer; no se queda allí más que veinticuatro horas, pero lo suficiente para comprometer una vez más a su cuñado, y parte para su loca expedición de Castelnaudary. Luis XII acelera la marcha de las tropas hacia Lorena, pronto invadida por los mariscales de la Force y d'Effiat. El rey avanza por su lado, invade Barrois y recupera Bar-le-Duc, Carlos IV presenta negociar, Luis XIII le responde: "No deseo ningún mal al Sr de Lorena, sino recordarle que no se ofende a reyes de mi corazón y de mis poderes sin pagar gastos." Y Richelieu añade que se ha de "poner a Carlos el bocado además de la brida de Marsal." Con todo, se firmó un tratado, el 26 de junio de 1632, por el cual Carlos consentía en el desmembramiento de Lorena y hacía al rey la devolución de sus plazas. Era, como se decía a su paso, a su entrada en Nancy, no saber hacer la paz más que la guerra. Se le comprometía a cicatrizar sus heridas. Pero Gustavo Adolfo acababa de caer en Lutzen, y el emperador que, queriendo tomarse la revancha, andaba buscando tropas, ofrece a Carlos la posesión de Alsacia, si quiere combatir por él. Acepta y hace levadas en Lorena, por cuenta de Ferdinando. Luis XIII disimula al principio. El año

siguiente, las plazas de Alsacia son atacadas por los Alemanes al servicio de Francia. Carlos quiere defenderlas. Es derrotado. Vagabundo va de Lunéville a Nancy y de Nancy a Lunéville. Lorena está consternada. Sobreviene la expiración del plazo otorgado para el homenaje del Barrois móvil. Carlos IV queda emplazado ante el Parlamento de París. No comparece. El Parlamento declara por contumacia Barrois reunido a Francia, y las tropas reales toman posesión de él al momento.

Fue en este año de 1633, cuando Callot publicó su colección: las Miserias de la guerra, cuadro verdadero ya de la desdichada Lorena, que no estaba sin embargo en el colmo de sus males. Al cabo de algunos años, no había tenido que sufrir más de las tropas francesas, que de las levas de su duque, formadas de aventureros que vivían allí como en país de conquista. Los registros de los receptores loreneses para 1632 están llenos de peticiones para la dispensa de impuestos, basadas en la memoria sobre gastos y ruinas espantosos. Y para colmo, durante varios meses otra vez, de mayo a octubre, la peste vuelve a visitar Nancy y otras muchas ciudades y pueblos. Las cosechas siguen siendo malas, y los trigos a precios exorbitantes.

Por fin, la guerra vuelve a empezar. Carlos está en Lunéville. Saint-Chamond recibe en Tréveris la orden de cerrarle el regreso a su capital, cortarle los víveres, detener a Margarita para anular su matrimonio con Gastón, y hasta, si es posible, al duque de Lorena; “El rey, escribe Richelieu a Saint-Chamond, se sentiría feliz, teniéndole en sus manos, para rendirle cortesía después.” Saint-Chamond está ante Nancy, cuya entrega exige Richelieu, antes de escuchar propuesta alguna. Carlos ofrece abdicar a favor de su hermano el cardenal, quien, sin órdenes aún, se casaría con la señora de Combalet, la futura duquesa de Aiguillon. Se pasa, efectivamente un acta de abdicación entre los dos hermanos. Luis XIII sospechaba ya de su sinceridad, cuando el cardenal de Lorena favorece la evasión de Margarita, que va a reunirse con Gastón en Bruselas. Se presenta el asedio ante Nancy, interrumpido por un tratado humillante del que Carlos IV se arrepiente al instante, y es acogido con vigor, y al cabo de algunos días, el rey y Richelieu entran en esta capital, cuyos homenajes Carlos se ve obligado a hacerles. Después de varios intentos para entrar en posesión de estos Estados, el duque vuelve a hacer una abdicación a favor de su hermano y se marcha a batallar a Alsacia.

Francia no reconoce siquiera esta abdicación. Siendo Nicole estéril, Carlos no tenía herederos. Francia pretendió que la corona pertenecía a la princesa Claude, hermana de Nicole, y se propuso unirla a un príncipe francés, que se convertiría por este matrimonio en el soberano natural y legítimo de Lorena. Nicolás Francisco hizo fracasar este proyecto con los consejos del bienaventurado P. Fourier de Mattaincourt. Es el P. Fourier quien, habiendo podido mantener a Carlos en la neutralidad entre el Imperio y Francia, le había comprometido a abdicar a favor de su hermano, y quien autorizó a éste, para salvar la nacionalidad de Lorena y su dinastía, a abdicar el episcopado y el cardenalato sin esperar el consentimiento del Pontífice romano, y a casarse con su prima Claude, dispensándose a sí mismo, como obispo de Toul, del impedimento de parentesco. El matrimonio fue, en efecto, celebrado en Lunéville, de donde la nueva pareja se escapó a Viena. De esta unión salieron los dos últimos duques de Lorena: Carlos V, el salvador de Viena con Sobieski,

y Leopoldo, rama de la casa de Lorena-Habsburgo, reinante todavía hoy en Austria⁷⁶⁷.

Tras la huida de Nicolás Francisco, Luis XII se apodera de La Mothe, se apropia Lorena y manda hacer justicia en su nombre. Carlos se encuentra entonces en Alemania. Vencedor de los Suecos, vuelve, en 1635, para reconquistar sus Estados. La desgraciada Lorena se ve entonces pisoteada por siete cuerpos de ejércitos a la vez: tres cuerpos de tropas francesas, dos cuerpos de los Imperiales comandados por Juan de Werth y Gallas, el cuerpo del duque Carlos y por último el cuerpo sueco del duque de Saxe-Weimar. Saint-Nicolas, plaza de diez mil almas, a unas leguas de Nancy, fue la primera víctima de esta temible invasión. Presa de una multitud de soldados y de aventureros, fue entregada al pillaje a la señal dada por las bandas del duque de Saxe-Weimar. Éstas, luteranas por lo general, saciaron su furor con las iglesias. Durante seis o siete días, nuevas bandas de desalmados acudieron al encarne, bajo la mirada de los Franceses que no pusieron ningún obstáculo, y Saint-Nicolas se vio reducido a unos centenares de habitantes. El ejército franco sueco se dirigió después a Vic y a Château Salins, donde cometió los mismos estragos. El invierno siguiente fue particularmente desastroso. Carlos se había retirado con los Españoles en Besançon. No teniendo nada que temer, los Suecos soltando la brida a su furor luterano y a todas sus pasiones, devastaron las iglesias y los monasterios, sin respetar ni los objetos del culto, ni a las vírgenes consagradas a Dios. Una banda de éstas llevaba un estandarte que representaba a una mujer partida de arriba abajo, y rodeada de soldados armados de espadas y de antorchas.. En torno, se leía: *Lotharinghia*; imagen demasiado fiel en efecto de la desgraciada Lorena!

Los Franceses caminaron demasiado, aunque de lejos, siguiendo sus pasos. Pero las bandas de Húngaros y de Croatas que seguían a Gallas y a Carlos IV, rivalizaron con ellos en tropelías. Los Loreneses mismos, expulsados de sus casas, perdido todo, se apoderaban de los castillos y vivían de robos y pillajes. El hambre era extrema. Ni cosechas ni semillas en aquellos campos siempre pisoteados por soldados. Todo el trigo que quedaba en la provincia era transportado a las fortalezas para alimento de seis o siete ejércitos de ciento cincuenta mil hombres, sin contar cincuenta mil criados y una cantidad de mujeres. Todo eso vivió a discreción durante más de la mitad del año 1635. “En noviembre de 1635, se lee en el Memorial de Juan Conrad de Malzeville, cuesta tanto vivir, que el trigo se vende a 36, 38 y 40 francos(barrois) el reseaulx; aun así no se encuentra. La pobre gente se muere de hambre. Se vende a cuatro gruesas(más de un franco) la libra de pan, y más...La pobre gente daban pena. Se les veía comer cañamones así sólo, a falta de pan.”

La peste sobreviene de nuevo, y el movimiento continuo de los ejércitos impide tomar ninguna medida contra ella. Por eso causa desastres horribles. Es una despoblación espantosa. Los registros de los recaudadores están llenos de detalles increíbles. En Frouard, donde se contaban cien matrimonios en 1633, no quedan ya “más que cinco o seis pobres habitantes, a los que resulta imposible cultiva la tierra del municipio.” Buissoncourt está desierto. Ningún impuesto es posible en Houdemont, “por causa de las miserias del tiempo.” No hay ya nadie en Pierreville, en Parez, en Saint-Cesaire y en los pueblos del Vermois. Houdemont no está habitado más que por dos o tres viudas. Art-sur-

⁷⁶⁷ Panegírico del R. Pedro Fourier, por el R. P. Lacordaire, en las Conferencias de Toulouse, p. 249.

Meurthe está reducido de cuarenta y dos conductos a seis; Lay-Saint-Christophe y Eulmont, de ciento ochenta y uno a doce; Neuveville, de setenta y cinco a diez. Malzeville, de doscientos dieciocho a cuarenta y seis; Manzoville, de veinticuatro a uno; Roville, de treinta y tres a uno; Richarménel, de veintinueve a cinco; Villers-lez-Nancy, de cuarenta y tres a cinco, t Vandoeuvre, de cincuenta y siete a catorce⁷⁶⁸.

Las desgracias fueron mayores todavía, lejos de los ojos de los generales franceses en las otras partes de Lorena y de Barrois. “El recuerdo de sus miserias ha sobrevivido a la reunión de Lorena y Francia; se ha conservado a través de los terribles acontecimientos del siglo último...Hoy todavía, se muestran, en algunos de nuestros bosques, grutas que servían de asilo a los habitantes de los campos, obligados a huir ante el hierro enemigo entregadas sus casas a las llamas y al pillaje; hoy también, se designa con el nombre de *Campos de los Suecos* a ciertos lugares en los cuales, según la tradición, sucedieron algunas escenas de carnicería ; como se atribuye a la reina Brunehault todas las vías y las calzadas antiguas; como se atribuye a los Romanos todos los monumentos cuyo origen se desconoce, y cuyos restos gigantescos nos llenan de admiración⁷⁶⁹.

Las quejas de los Loreneses llegaron a Luis XIII, quien trató de suavizar sus males. Ordenó demoler las fortalezas feudales, convertidas en guaridas de bandoleros. Pero el remedio fue peor que la enfermedad. Los bandidos se extendieron por el país, y la Lorena, por no encontrar descanso momentáneo, perdió con ello sus más curiosos edificios.

Por otra parte, con esta medida, Richelieu quería mucho menos quitar un refugio a los saqueadores que castigar a los gentilhombres propietarios. Persiguió, en efecto, a los que habían estado en relación con el duque o que habían favorecido el matrimonio de Gastón y la huida de Margarita; a todos aquellos también que habían participado en el matrimonio del Cardenal Nicolás Francisco con Claude, entre otros al bienaventurado Pedro Fourier de Mattaincourt. Las comunidades religiosas tuvieron también que padecer por la política de Richelieu; así los jesuitas fueron expulsados de Pont-à-Mousson por haberse negado a prestar al rey un juramento que no querían retirar a su duque.

Todo este año de 1636, Franceses y Suecos vivieron a discreción en la calamitosa Lorena. Siguiendo las tierras prácticamente en barbechos, la recolección fue mediocre. De agosto a noviembre volvió la peste a llevarse lo que había dejado el hambre. Demasiado insensible a tantos males. A pesar de un fondo de bondad natural, Carlos pasó el invierno en Bruselas en medio de los placeres.

Las hostilidades se desataron en la primavera de 1637. Durante ese tiempo, Carlos se enajenó la protección de Dios y la estima de los hombres desposándose, en vida de su mujer Nicole, por entonces en París, con Beatriz de Cusance, viuda del príncipe de Cautecroix. A partir de lo cual, indigno de defender sus Estados y la nacionalidad Lorenesa, no hay ya, con el título de capitán general del Franco-Condado, que una especie de condotiero a sueldo y servicio de España.

⁷⁶⁸ Ver *l’Hist. de la Lorraine* , 6 vol. in-4º, por M. Digot, quien cita aquí (t. 5, p, 265) a M. Lepage: *De la despoblación de la Lorena en el siglo XVII*, p. 22. –Hemos sacado casi todos estos detalles de la obra de M.Digot, quien a su vez se basa en todos los documentos contemporáneos.

⁷⁶⁹ M. Lepage, p. 58 y *passim*.

Si durante este año 1637, Lorena no fue hollada por los ejércitos, fue asaltada por las tropas de bandidos, a los que perseguían vanamente los Franceses. No se disfrutaba de treguas más que en las ciudades cerradas. Por séptima vez llagó la peste a hacer su visita cruel, seguida de un hambre espantosa. “La miseria continuó siendo tan extrema en todas partes dada la necesidad de víveres, ha escrito dom Cassien Bidot, que muchos murieron de hambre. Las carnicerías y animales muertos son recogidos por los pobres como buena carne,. Lo que aumenta las calamidades es el extremo frío que ha hecho siendo la causa de numerosas muertes. Retirados los pobres campesinos a los bosques, quedándose los demás en sus cabañas arruinadas privadas de leña, han perecido. De manera que se ven pueblos, que estaban poblados como pequeñas ciudades, totalmente desiertos, habitados tan sólo por gente tan macilenta y descarnada, que se les tendría por esqueletos⁷⁷⁰.” En efecto, la mayor parte de los pueblos no contaban ya más que con algunas familias; muchos estaban abandonados del todo, y han acabado por desaparecer. Se ha tratado durante años hacer la lista. Muchos, aun hoy, están representados por una aldea, una granja, un molino; de muchos otros no queda más que el nombre. A estas dos categorías pertenecen ochenta burgos o poblados casi desaparecidos, a los que hay que sumar cantidad de aldeas, de censos, de casas aisladas, de capillas, leproserías y ermitas destruidas. Asimismo, dom Cassien Bidot, en su diario citado por Lionnais, no ha dudado, después de recapitular todos los males que habían caído sobre Lorena, decir que, para encontrar semejante desolación, había que remontarse hasta la guerra de los Judíos y al saqueo de Jerusalén. El P. Caussin, confesor de Luis XIII, abundó en esta comparación, cuando dijo: *Sola Lotharingia Hierosolymam calamitate vincit*. En el cuadro compuesto por estas dos grandes desolaciones, no faltaría ningún rasgo de similitud: ni las espantosas comidas de carne humana, ni las madres devorando a sus hijos; pero por cuenta de la sola Lorena quizás se hallaría a madres asociándose para comerse por turno y recíprocamente el fruto de sus entrañas, a jóvenes muchachas asesinando a sus recién nacidos para alimentarse con sus cadáveres, y sobre todo a una joven matando y comiéndose a su propia madre.

El año 1638 se abrió bajo auspicio no menos siniestros. La guerra, es verdad, tuvo primero por teatro a Franco-Condado. Pero Carlos IV, que había entrado den campaña con ocho mil hombres, sin víveres, sin municiones, después de recorrer la Champaña, vino a Lorena para ver el cariz de las cosas. Fue para esta pobre provincia la señal de nuevas hostilidades. Turenne la atravesó con tropas que llevaba a Alsacia al duque de Saxe-Weimar que iba a sitiar Brisach. Al mismo tiempo Remiremont, Épinal, Lunéville, todas plazas que estaban todavía en poder de los Loreneses, estaban sitiadas por los Franceses. A petición del Emperador, Carlos había pasado a Alsacia; batido, se volvió en ayuda de Lunéville la que encontró tomada, y se fue a retomar sus cuarteles de invierno en Franco Condado.

Los años siguientes nos ofrecerían los mismos detalles, con una monotonía tan disonante. En enero de 1641, en particular, Carlos IV pasó a Lorena con cuatro o cinco mil hombres que agravaron la situación del país. En este fecha, los registros de los recaudadores constatan una despoblación siempre creciente, una escasez más angustiosa, una mortalidad más extendida. Nancy misma se

⁷⁷⁰ Citado por M. Digot, t. V, o. 275.

habría quedado desierta sin los refugiados que le llegaban de los campos. Los obreros se retiraban al extranjero para buscar trabajo y pan. Todas las clases de la sociedad se reducían a la misma indigencia. Las familias nobles se encontraban tan desprovistas como el campesino. Los sacerdotes, después de vender para vivir y mantener a sus parroquianos los vasos sagrados de sus iglesias, abandonaban sus puestos y caminaba al azar. Las religiosas enclaustradas que no se atrevían a romper su clausura, a punto de perecer de inanición, y la campana destinada a llamar en su socorro a la caridad pública no cesó de tañer durante meses enteros. Pero agotada la caridad no las habría salvado de la muerte, si el rey no hubiera mandado distribuirles primero una ración de pan como a los soldados.

Entretanto seguía la persecución contra los >Lorenesees fieles a su príncipe. Se trató de trasladarlos a América, y se habría hecho a no ser por el mariscal de La Force quien, aunque protestante, se opuso a este proyecto bárbaro. En compensación se los sometió a gobernadores e intendentes que les hacían casi echar de menos el exilio. Richelieu, agotado, sin esperanzar de hacer Lorena francesa, volvió a las negociaciones. Carlos vino a París en 1641. Un tratado dictado por la astucia e impuesto por la violencia no podía durar, y la guerra continuó. Richelieu, volviendo con obstinación nueva a su proyecto de anexión, la empujó a ultranza. En 1642, el hambre fue tan extrema que ni los más ancianos habían visto el pan tan caro. La muerte misma del Cardenal no cambió en nada esta triste situación. Mazarino envió a un gobernador que se mereció el horrible sobrenombre de *Carnicero de la Lorena*. Con todo el mariscal de la Ferté-Senneterre, aun imponiendo pesadas contribuciones, mantuvo una disciplina severa en su ejército y se pudo volver al cultivo de los campos. Pero los años que siguieron no pudieron restablecer la Lorena. Ella no respiró siquiera con el tratado de Westfalia, habiéndose negado el Emperador a incluir en él al duque y habiéndole despachado a España. De ahí los proyectos extravagantes en los cuales se precipitó Carlos. Lo hemos tocado y volveremos otra vez en todos los líos de la Fronda.

II. *Intervenciones caritativas de Vicente de Paúl.* Fue en medio de estos ejércitos, de esta peste y de esta hambre, de estos crímenes y de estas desgracias, de estas muertes y de estos moribundos, donde san Vicente de Paúl se lanzó con su sola caridad. Intervención temeraria, cuando la fuerza y el derecho, las armas y las negociaciones, se reducían a una impotencia igual. Además, ¿dónde tomar los recursos de esta guerra pacífica que iba a emprender? Agotada por cinco ejércitos que mantenía entonces, Francia no tenía ya nada que dar a los desdichados. Lo que el presente no se había devorado la prudencia hacía una ley reservarlo para un porvenir más amenazador aún..

Vicente entró a pesar de todo en campaña con mayor valor y resolución que la confianza de Richelieu en el éxito. Como siempre se dirigió ante todo a las damas de su Asamblea, reanimó su piedad con la pintura que tan bien sabía trazar de los males que quería curar. Cuando les hubo infundido su espíritu, las puso en movimiento para buscar tesoros de la caridad. Él mismo recurrió a la duquesa de Aiguillon, su tesorera de costumbre; a Ana de Austria, a quien invitó a olvidarse de su carácter de reina para no acordarse de otra cosa que de sus obligaciones de cristiana; al rey mismo, a quien rogó que aliviara las

heridas que su política continuaba abriendo. En efecto, desde el 14 de diciembre de 1639, y sin duda a petición de San Vicente, Luis XIII otorgó a las comunidades de Lorena un plazo para pagar sus deudas; en febrero de 1642, libró cartas semejantes de tregua a varias comunidades de la jurisdicción de los Vosgos.

Vicente quiso dar el ejemplo de la caridad. Durante el sitio de Corbie, en 1630, había recortado a los suyos una pequeña entrada de mesa que no se volvió a servir. “¿No es acaso justo, decía, que recortemos para compadecer y participar en las miserias públicas?” Pero, en el tiempo de las desgracias de Lorena, los redujo a pan moreno. “Es el tiempo de la penitencia, dijo él entonces, ya que Dios aflige a su pueblo. ¿No nos toca a nosotros sacerdotes estar al pie de los altares para llorar sus pecados? Es cosa de obligación; pero, además, ¿no debemos recortar para su alivio algo de nuestro alimento ordinario?” Verdadera caridad cristiana, que hace del sacrificio el fondo de la limosna!

Los recursos que sacó Vicente allí, los que las Damas le proporcionaron, le colocaron pronto en estado de salvar la vida, y a menudo el honor, a los habitantes de veinticinco villas y de un número infinito de poblados y pueblos, reducidos al mínimo. Recogió a los enfermos perdidos en los bosques o acostados en las plazas públicas, y les procuró remedios y auxilios; alimentó a una multitud de hambrientos; vistió la desnudez no sólo del pobre pueblo, sino de la nobleza, del clero, e los religiosos y de las religiosas, confundidos en la misma miseria.

Todo ello se hizo con este orden y esta economía que Vicente llevaba en todo. Los distribuidores de limosnas tenían sus instrucciones. Debían evitar importunar a los bienhechores, exponerles sencillamente el estado de los pobres, y darles cuenta del empleo de sus caridades y de los bienes que resultaban.

Para conocer el estado de los pobres, ellos mismos debían no referirse a los testimonios, ni dejarse ganar por las recomendaciones, sino asegurarse en persona de sus necesidades y tener por máxima asistir siempre a los más miserables.

A su llegada a una parroquia, después de saludar al Santísimo Sacramento y al párroco, se informaban por éste sobre los pobres que no podían ni ganarse la vida ni buscarla; y una vez conocidas sus viviendas, iban a visitarlos ellos mismos, les tomaban el nombre, publicaban en número de los que, en cada familia, serían admitidos a la limosna, como los ancianos, las viudas, los niños y los enfermos.

Después de este examen y de esta numeración, compraban trigo, -ya que les estaba prohibido dar dinero, -y rogaban bien al párroco, bien a alguna mujer caritativa y acomodados de la parroquia, que hiciera cocer el pan necesario para una semana, y distribuírsele a cada pobre o a cada familia indigente una cantidad suficiente y reglamentada. Una suma de dinero se dejaba sin embargo al párroco y a la señora para los enfermos que, sin poder comer pan, necesitaban sopa.

El servicio caritativa así organizado en la parroquia, pasaban a otra, después a una tercera, a las más arruinadas con preferencia, recorrían sucesivamente toda una provincia. Regresaban luego sobre sus pasos para cerciorarse si las distribuciones se habían hecho fielmente, para comprar otro trigo, y para juzgar a los que había que suprimir la limosna o a quiénes admitir como nuevos.

Aquello se extendía según las proporciones de las necesidades y de los recursos. Se tenía cuidado, no de poner a los pobres fuera de todo sufrimiento, sino sólo de impedir que nadie se muriese por falta de ayuda⁷⁷¹.

Mediante esta orden tan sabia, Vicente manejaba el tesoro de la limosna, y lo hacía suficiente en todas las necesidades extremas; evitaba ofender a los obispos y a los párrocos, a los gobernadores y a los magistrados; hacía callar hasta los murmullos y las reclamaciones de los pobres, a los que el sufrimiento irrita con demasiada frecuencia y empuja a la injusticia: por último, llegaba hasta justificar sumas que le habían entregado, y obtener nuevas mediante la pintura comparada de los males aliviados y de los que quedaban por curar. Aunque algunas Damas de la Asamblea se remitiesen a su caridad y a su prudencia, nunca disponía de nada sin pedirles su parecer; nunca hacía un gasto, sin comunicarles su empleo. Cámara deliberante y tribunal de cuentas, la Asamblea de las Damas votaba y controlaba siempre el presupuesto de la caridad, del que Vicente no parecía ser sino el redactor. En las grandes necesidades y en las grandes empresas, llegaba hasta la reina, de quien se cuidaba de recibir las órdenes para cubrirse de su autoridad.

II. *Intervención caritativa de Vicente de Paúl*

Tomadas todas estas medidas, envió a doce Misioneros llenos de celo y de inteligencia a diversos puntos de la Lorena, verdaderos *Missi dominici* de este rey de las buenas obras. También algunos hermanos de su Congregación, de los que unos debían servir de mensajeros caritativos, otros, hábiles en medicina y en cirugía, provistos de recetas contra la peste, cuidar y vendar a los enfermos.

La ciudad de Toul, donde estaban establecidos sus sacerdotes desde 1635, experimentó la primera los efectos de su caridad. En 1639, Du Coudray y Boucher habían recogido, a falta de hospital, a cuarenta pobres, parte de ellos enfermos en su propia casa, y había adoptado a ciento cincuenta fuera de la ciudad. Los alimentaban y asistían a todos “con una caridad que hacía saltar las lágrimas” de todos los que lo veían. San Vicente de Paúl, más impresionado que nadie, temía que sucumbieran bajo la carga, por falta de fuerza física y de recursos pecuniarios. También les escribía que cuidaran sus cuerpos y ahorraran el dinero de las limosnas. Du Coudray le dio esta respuesta heroica: “Señor, o ayudadme, o llamadme, o dejadme morir con estos pobres⁷⁷².” Una caridad semejante merecía la expresión de un agradecimiento público y oficial. En diciembre de 1639, Jean Midot, doctor en teología, consejero en el parlamento de Metz, gran archidiácono, canónigo y vicario general de Toul, hallándose vacante la sede episcopal a causa del matrimonio de Francisco de Lorena, mandó dirigir a Vicente un informe en el que le decía: “Certificamos y damos fe de que los sacerdotes de la Misión que residen en esta ciudad continúan, desde hace más o menos dos años, con mucha edificación y caridad, consolando, vistiendo, alimentando y medicando a los pobres; en primer lugar a los enfermos, de los cuales han retirado a sesenta a su casa, y a un centenar que están alojados en los barrios, en segundo lugar, a muchos otros pobres vergonzantes, reducidos a una gran necesidad y refugiados en

⁷⁷¹ *Instrucciones y Memorias*, , n. 12, B, mss. p. 125. –Archivos de la Misión.

⁷⁷² Carta de san Vicente a de Sergis, en Toulouse, del mes de febrero de 1639.

esta ciudad, a los que dan limosna; y en tercer lugar, a los pobres soldados que vuelven de los ejércitos del rey, heridos y enfermos, que se retiran también a la casa de dichos padres de la Misión, y al hospital de la Caridad en donde los alimentan y tratan; de dichas acciones caritativas y de sus demás comportamientos, las gentes de bien quedan grandemente edificadas”.

Este certificado fue seguido de otros dos, entregados por las religiosas dominicas de las dos casas de Toul. En ellos hacían justicia ellas a la caridad ejercida por los Misioneros tanto con los dos regimientos franceses muy maltratados cerca de Gondreville por los imperiales de Jean de Wert, como con sus propias casas, cuya Providencia ellos eran, durante dos años y medio. “Así, concluían las dominicas del Gran Convento, nosotras podemos decir, y decimos con toda la diócesis de Toul, Bendito sea Dios, que nos ha enviado a estos ángeles de paz, den un tiempo tan calamitoso, para el bien de esta ciudad y el consuelo de su pueblo, y para nosotras en particular, a quienes han hecho y hacen todavía a diario caridades con sus bienes, dándonos trigo, leñas, frutas, socorriendo nuestras necesidades. El sentimiento interior nos apremia a emitir este testimonio, lo que hacemos con toda el alma (20 de diciembre de 1639)”.

Cuántos sacerdotes habrían podido hacer tales declaraciones! Por ejemplo, este pobre sacerdote arruinado, de nombre Blamont, que vino un día a la Misión de Toul a celebrar la misa, habiéndole retenido el superior para comer, le tomó gusto y no se olvidó de y no se olvidó ya del camino de la caritativa hospedería. Por este motivo, el superior consultó a Vicente que respondió: “Dádselo, Señor, no sólo a comer, sino a cenar y una habitación en el seminario.” Cosa que se hizo hasta la muerte del sacerdote, acaecida varios años después⁷⁷³.

Las certificaciones de esta naturaleza serían de cantidad infinita, si la humildad de Vicente se hubiera opuesto en un principio a su publicación. Habiéndole preguntado sus sacerdotes de Toul si debían retirar declaraciones parecidas de las demás ciudades a donde iban a llevar los mismos auxilios: “Haréis bien en no preguntarlo, respondió él. es suficiente que Dios solo conozca vuestras obras y que los pobres sean aliviados, sin desear que se produzcan otras declaraciones.” Más tarde, le hicieron temer las murmuraciones, las sospechas sobre el empleo de las limosnas; le informaron sobre todo que ciertas clases de declaraciones, en las que se señalaba la miseria junto con la asistencia, eran menos una recompensa por los servicios prestados, que un ánimo a hacerlos mayores todavía: la humildad entonces cedió el paso a la justicia y a la caridad. Él mismo entonces exigió a todos sus sacerdotes recibos de las sumas distribuidas, y constancia de la asistencia de los pobres. “Se lo hago ver a todos estas buenas Damas (de la caridad) todos los meses, escribió a Du Coudray (10 de julio de 1640), y esto las consuela mucho. Empleamos el sábado pasado dos o tres horas viendo las cartas de nuestros Señores, de quienes se sentían encantadas.” De esta forma a la luz de informaciones nuevas, podemos seguir a los Misioneros por las demás ciudades de Lorena y por las fronteras.

La ciudad de Metz era una de las más afectadas. Invadida por dentro, sitiada por fuera por un ejército de cuatro o cinco mil pobres de toda edad y de todo sexo, era como un campo de batalla de la miseria, donde todos los días se

⁷⁷³ *Sumar.*, p. 236.

veían diez o doce muertos, sin contar a los que, sorprendidos en solitario, habían sido devorados por los animales. Pues lobos salvajes atraído por el olor de cadáveres continuo, infestaban en pleno día los poblados y pueblos, donde devoraban a las mujeres y a los niños y, por la noche, se introducían en las ciudades por las brechas de las murallas, y se apoderaban de toda presa, viva o muerta.

La licencia, más cruel que los lobos, se aliaba al hambre para atacar el honor de las mujeres. Varias comunidades religiosas, empujadas por la necesidad, estaban a punto de romper su clausura, en un tiempo en que los muros más fuertes eran murallas demasiado débiles para la virtud.

Ningún recurso posible contra estos excesos, ninguna resistencia frente a estas miserias. El parlamento establecido en Metz en 1635, huyendo ante el hambre y la guerra, se había refugiado en Toul en 1638. En lugar de un pastor de los primeros tiempos, de un patrón de la caridad, Metz, recordamos, tenía entonces por obispo nominal a Enrique de Borbón, este bastardo de Enrique IV, a quien sus ricas abadías de Saint-Germain-des-Prés, de Fécamp, de Vaux-de-Cernai, de Tyron, de Bomport, de la Valasse, no proporcionaban nada para el alivio de su pueblo. Vicente debió ocupar el lugar de todos y bastarse para todo. Envió a sus Misioneros a Metz, en socorro del la vida y del honor amenazados, y pronto, en el mes de octubre de 1640, los grandes magistrados y los Trece de la ciudad le escribían: “Señor, os debemos tantas cosas al socorrer, como lo habéis hecho, la indigencia y la necesidad extrema de nuestros pobres, mendigos, vergonzantes y enfermos, y en particular de los pobres monasterios de las religiosas de esta ciudad, que seríamos unos ingratos, si dejáramos pasar más tiempo sin testimoniarnos nuestros profundos sentimientos; al poder aseguraros que las limosnas que habéis enviado a nuestra región no podían haber sido mejor distribuidas ni empleadas entre nuestros pobres, que aquí son muy numerosos, y señaladamente en el lugar de las religiosas que se encuentran desprovistas de todo socorro humano, unas sin poder disfrutar de sus pequeñas rentas después de las guerras, y las otras sin poder recibir ya nada de las personas acomodadas de esta ciudad, que les dan limosnas, porque les han robado los medios para ello. Lo que nos obliga a suplicaros, como lo hacemos muy humildemente, Señor, que tengáis a bien continuar, tanto con dichos pobres como con los monasterios de esta ciudad las mismas ayudas que habéis enviado hasta ahora. Es un asunto de gran mérito para los que hacen una obra tan buena, y para vos, Señor, que lleváis la dirección, que administráis con tanta prudencia y tanto acierto, en lo que os aseguraréis un gran lugar en el cielo.”

Todas estas cartas, ya se ve, eran menos un agradecimiento por el pasado que otra petición para el presente y el porvenir. La miseria seguía, y la magnitud misma de los socorros llevados hacía temer que no pudieran continuar mucho tiempo, menos todavía extenderse a todas ciudades necesitadas. Verdun, por ejemplo, estaba tan desprovista como Metz de sus defensores y apoyos naturales. Tenía por obispo a Francisco de Lorena quien, llegado sin vocación al estado eclesiástico, no usó de sus poderes más que para excomulgar a todos aquellos que, por orden de Francia, trabajaban en la ciudadela. Un golpe tan duro sólo podía animar a los franceses contra Verdun y agravar sus males. Él mismo llevó las cosas hasta el extremo. Habiéndose visto obligado a retirarse a Colonia, regresó pronto a la cabeza de algunas tropas y atacó a su ciudad episcopal. No logró retomarla, pero sí arruinarla más.

Sin embargo, la miseria era menor que en Metz, porque había menos concurrencia de desdichados en ella. Qué cantidad de necesidades a pesar de todo! Los registros del ayuntamiento de Verdun, con fecha del 21 de enero de 1640, han consignado esta resolución: “Se escribirá al Sr. Vicente, general de los Padres de la Misión en París para que tenga a bien continuar las caridades y distribuciones de limosnas que ha comenzado en estos barrios, para bien y consuelo del público, y asegurarle con agradecimientos del fruto que lleva su piadosa empresa en estas fronteras.”

Las caridades continuaron en efecto en Verdun y, en 1641, dos Misioneros de Vicente de Paúl pudieron escribir que, en tres años, habían dado pan diariamente al menos a cuatrocientos pobres, y suministrado potaje a menudo a quinientos o seiscientos, también a diario, y carne a cincuenta o sesenta enfermos, y a algunos dinero para otras necesidades, habían asistido a unos treinta pobres vergonzantes; y distribuido pan en todo momento a una multitud de gente del campo y transeúntes; por último, vestido a una gran multitud de desnudos vergonzosos.

Siguiendo la prescripción acostumbrada de Vicente, sus sacerdotes, al propio tiempo que a los cuerpos asistían a las almas de ordinario mejor dispuestas y más dóciles a la voz de Dios debido a las desgracias. En Verdun en particular ellos admiraron la misericordia de la Providencia, que no hiere sino para sanar. “Oh Señor, escribía uno de ellos a Vicente, cuántas almas van al Paraíso por la pobreza. Desde que estoy en Lorena he asistido a más de mil pobres a la hora de la muerte, que parecían todos bien dispuestos. ¿Cuántos intercesores para tantos bienhechores!⁷⁷⁴”

La misma caridad, tanto espiritual como corporal, en Nancy con los cuatrocientos o quinientos pobres válidos, pero desprovistos de trabajo y de salarios, a quienes los Misioneros distribuían cada día pan y sopa, administrando al mismo tiempo el pan de la palabra de Dios; y los infelices, movidos por tanta caridad, impresionados además por el espectáculo continuo de la muerte, llevaron la piedad cristiana hasta confesar y comulgar casi todos los meses.

En cuanto a los enfermos y heridos, los Misioneros hicieron admitir a un buen número de ellos en el hospital de Saint-Julien; recogieron a los demás en su propia casa o los cuidaron a domicilio. Atendieron a las necesidades de todos, incluso de los del hospital empobrecido, y no temían vendar con frecuencia ellos mismos las heridas y úlceras. Médicos y cirujanos del cuerpo y del alma, hacían operaciones, componían remedios; de esta manera disminuían el salario que habían de pagar a la gente del arte médica. Había que ahorrar y economizar tanto. Por importantes que fueran las limosnas llegadas de París, ¿qué eran para tantos necesitados? Por ello, su caridad tan fuerte como ingeniosas descendía a los cálculos más minuciosos, a veces los más repugnantes. Así, para repartir la ropa blanca a un montón de miserables, recogían sus andrajos repelentes de suciedad y de miseria, los hacían blanquear, remendar, de manera que se pudieran repartir de nuevo; las peores las hacían añicos.

Qué otros males aliviaban. A cuántas madres, cuyos pechos había secado la pobreza, les conservaron la vida y los hijos. A cuántos pobres vergonzantes,

⁷⁷⁴ Verdun nunca se ha olvidado de tales servicios. En la institución del culto al principio de este siglo, el Sr. Martin, prior de la abadía de Saint-Paul, mandó consagrar un altar a san Vicente en la catedral, en recuerdo de todos los beneficios que había prodigado a Verdun y a toda la Lorena.

del pueblo o de la nobleza o del clero, salvaron de la muerte distribuyéndoles cada semana o mes pan y dinero, según su nacimiento y sus necesidades.

III. *Extensión de las caridades de Vicente.* Tales fueron las caridades primeras ejercidas por San Vicente en Lorena. Costaron tan caras a su casa y a la bolsa de las Damas, que se vio tristemente reducido a esperar el final del año 1639 para extenderlas a Bar-le-Duc y, algún mes más para llegar hasta Saint-Mihiel y Pont-à-Mousson.

Los Misioneros de Bar fueron socorridos por los Padres Jesuitas, que los alojaron caritativamente en su casa. A cubierto ellos mismos, se dedicaron con mayor facilidad a procurar auxilio a una multitud de extranjeros, reducidos en su mayor parte durante un invierno riguroso, a dormir sobre el pavimento de las encrucijadas, en las puertas de las iglesias y de las casas burguesas, consumidos por el hambre y el frío, esperaban y les sobrevinía a cada instante la muerte. Vistieron en pocos días a cerca de trescientos; a todos dieron un cobijo y pan. Pagando al hospital una contribución mensual, hicieron que se admitiera a los enfermos, de quienes se encargaron por completo. A aquellos incluso que todo el mundo rechazaba; los atacados de sarna, por ejemplo, tan numerosos entonces en Lorena: los vendaban con sus manos y, aplicándoles un remedio que ellos poseían, extirparon poco a poco la espantosa enfermedad.

A los ochocientos pobres más o menos, tanto habitantes como extraños de quienes eran responsables ordinarios los Misioneros de Bar, se ha de añadir una multitud de transeúntes a quienes debían dar posada. Campos sin cultivo, ciudades sin industria, emigraban cada año campesinos y obreros, que se retiraban en grandes cantidades en Francia. Pues bien, Bar fue a donde los dirigían los Misioneros de Toul y de Nancy, y había que procurarles a, su paso, alojamiento y alimento y, a su partida, darles algo de dinero para continuar el viaje. Gasto enorme y agotador!

Tantos cuidados caritativos sobrepasaban ya todo poder humano. Los Misioneros de Bar, no obstante, debieron reservarse también para los cuidados espirituales. A estos 'José', nutricios y salvadores de este pequeño Egipto, venían todos a pedir la vida del alma al mismo tiempo que la del cuerpo. Y ellos no eran más que dos. Uno solo debió escuchar en un mes más de ochocientas confesiones, más o menos generales. Cayeron enfermos; uno de ellos, Germain de Montevit, se murió a los veintiocho años, el 19 de enero de 1640. Un mes después, el 26 de febrero, Vicente escribía a Roma a Le Breton, quien a su vez debía sucumbir pronto ante la fatiga: "Dios ha dispuesto de nuestro buen Sr. de Montevit, a quien habíais conocido en el seminario. Su muerte ha tenido lugar en Bar-le-Duc, con la reputación de un santo, en el colegio de los Jesuitas, que nos han hecho la caridad de acogerle con otro hermano mientras trabaja en la alimentación corporal y espiritual de quinientos o seiscientos pobres. Todos los cuales lo han acompañado en el funeral, de dos en dos, con un cirio en la mano, llevándolo todos como a un padre difunto,. El R. P. Rector me escribe cosas notables sobre todo esto.

En efecto, el P. Roussel, rector de los Jesuitas, después de querer que Montevit fuera enterrado en la iglesia del colegio, le compuso esta especie de oración fúnebre en forma de carta a Vicente: "Os habéis enterado de la muerte del Sr. de Montevit a quien habíais enviado aquí. Ha sufrido mucho en su enfermedad, pues ha sido larga, y puedo decir sin mentir que no he visto nunca

una paciencia más fuerte y resignada que la suya. Nunca le hemos oído decir una palabra que fuera una señal de la menor impaciencia. Todos sus discursos respiraban una piedad nada común. El Médico nos dijo más de una vez que no había tratado nunca a enfermo más obediente y más sencillo. Ha comulgado a menudo durante su enfermedad como viático. Un delirio de ocho días completo no le impidió recibir con todo el sentido la extrema unción, lo perdió cuando le dieron este sacramento y lo recuperó nada más recibirlo. Por fin, se murió como yo lo deseo y le pido a Dios morir. Los dos capítulos de Bar honraron su cortejo, así como los Padres Agustinos. Pero lo que más brilló en su entierro fueron las lo seis o setecientos pobres que acompañaron su cuerpo con cirios en las manos y que lloraban tanto como si hubieran acompañado el cortejo de su padre. Los pobres se lo debían: había contraído esta enfermedad curándoles los males y aliviando su pobreza; estaba siempre con ellos y no respiraba otro aire que el de su podredumbre. Oía sus confesiones con tal asiduidad, por la mañana y por la tarde, que nunca pude convencerle que se tomase una vez el descanso de un paseo. Le hemos hecho enterrar junto al confesionario donde contrajo su enfermedad y donde ha hecho acopio de los méritos de los que goza ahora en el cielo. Dos días antes de morir cayó enfermo su compañero de una fiebre continua, que le ha tenido a las puertas de la muerte ocho días; se encuentra bien ahora. Su enfermedad ha sido efecto de un gran trabajo y de la asiduidad con los pobres. La víspera de Navidad estuvo veinticuatro horas sin comer y sin dormir; no dejó el confesionario más que para decir la misa. Vuestros son ágiles y dóciles en todo, menos en los consejos que se les da de tomarse algún descanso; creen que sus cuerpos no son de carne o que su vida no debe durar más que un año. En cuanto al hermano, es un joven piadoso en extremo; ha servido a estos dos sacerdotes con toda la paciencia y asiduidad que los enfermos más difíciles quisieran para sí.” El P. Roussel, no contento con descargar con esta carta su corazón lleno de una religiosa admiración por el celo caritativo de Germain de Montevit, quiso incluir la historia de este Misionero en el diario de su rectorado. Y Vicente bendijo a Dios por estas noticias, y llevado por la hospitalidad que los jesuitas de Bar habían dado a su hijo vivo y muerto, dio a su comunidad como asunto de conferencia espiritual la necesidad del agradecimiento. “Tengo dos cosas en mí, decía, el agradecimiento y que no puedo dejar de alabar a Dios.”

Terminaba así la carta ya citada del 6 de febrero de 1640: “Nosotros seguimos asistiendo a estos pobres con quinientas libras al mes en cada una de dichas ciudades (Bar, Metz, Toul, Verdun y Nancy); pero, ciertamente, Señor, temo mucho que no podamos continuar por largo tiempo, ya que tantas dificultades hay para conseguir 2 500 libras al mes.”

Siguió mucho tiempo aún, y encontró sumas mucho más considerables; ya que a las cinco ciudades ya mencionadas añadió pronto otras más. Por el mes de mayo de ese año de 1640, envió a Pont-à-Mousson a algunos sacerdotes y sus primeras limosnas- Ejercitados ya en el espectáculo de la miseria, estos sacerdotes sin embargo horrorizados a la vista de cuatrocientos o quinientos pobres, la mayor parte del campo, reducidos por su delgadez al estado de esqueletos, se arrastraban apenas hasta el punto de no poder ya tomar alimento y de morirse mucho comiendo. Y también encontraron a un centenar de enfermos, a cincuenta o sesenta pobres vergonzantes, a religiosas en una necesidad extraña, y por último, a personas de condición a quienes el bienestar pasado hacía más dura la necesidad presente.

Realizada conjuntamente la lista de las necesidades con los cuatro párrocos de la ciudad, ellos los socorrieron a todos. Compraron también útiles a los que tenían bastante fuerza y valor para ir a trabajar a los bosques infestados de lobos feroces. De manera que únicamente podían ir en grupos, para enfrentarse a los animales. Ejército de nuevo cuño que, al mismo tiempo que los Suecos y los Croatas, bloqueaba en los pueblos a mujeres y niños e impedía la caridad de llevarles socorros. Un buen párroco a pesar de todo tuvo este valor. Cargado con el dinero de los Misioneros atravesó las filas de estas fieras feroces y llegó hasta estos desgraciados. Era la hora: el hambre se volvía rabia: un niño tirado en medio de compañeros, acababa de ser descuartizado y devorado por ellos.

Se ve que la caridad de los Misioneros no se quedaba en las ciudades, sino que se extendía a los campos. Las ciudades eran para ellos un centro, del que irradiaban para llevar socorros a todas las extremidades de un cantón. Socorros de todas clases, lo hemos visto también, y que abarcaban las necesidades religiosas como los sufrimientos físicos. No contentos con las misiones de las ciudades, ejercía las funciones más urgentes del ministerio espiritual en gran número de parroquias destituidas de pastores; y si no podían por sí mismos, buscaban a algunos suplentes mediante una retribución conveniente.

Fue así como los sacerdotes extranjeros fueron encargados de recorrer la diócesis de Toul, de bautizar a todos los niños que no lo habían sido, y de enseñar a algunas personas piadosas de cada cantón el modo de conferir este sacramento necesario.

De todas partes, le llegaban al santo sacerdote testimonios de gratitud por tantos servicios, pero siempre moderados por el temor de su continuidad, siempre acompañados de nuevas llamadas a su caridad. Los oficiales de policía de Pont-à-Mousson le escribían en diciembre de 1640:

“Señor, el miedo a vernos en poco tiempo privados de las caridades que ha tenido a bien vuestra bondad mandar repartir a nuestros pobres, nos hace recurrir a vos, Señor, con el fin de procurarles, si así os place, con tanto celo como hasta ahora, los mismos socorros, ya que la necesidad es la misma. Hace dos años que no ha habido cosecha; las tropas han hecho comerse nuestros trigos en hierba; las guarniciones no nos han dejado más que objetos de compasión; los que eran acomodados se ven reducidos a mendicidad: son motivos tan dolorosos como verdaderos para animar la ternura de vuestro corazón, ya lleno de amor y de piedad, para continuar estas benignas influencias sobre 500 pobres que se morirían en pocas horas, si por desgracia viniera faltarles esta dulzura. Suplicamos a vuestra bondad que no permita estos extremos sino que nos dé migajas de lo que las demás ciudades tienen de superfluo. No haréis solo la caridad a nuestros pobres sino que los arrancaréis de las garras de la muerte, y os haréis acreedor entre nosotros, etc.”

Ay, casi al mismo tiempo, recibía Vicente de uno de sus sacerdotes a quien había enviado solo a Saint-Mihiel noticias más lamentables aún. El Misionero había encontrado a más de trescientos pobres en una necesidad tan grande, y a más de otros trescientos en una necesidad extrema, de los cuales cien, decía él, se ven reducidos al estado de esqueletos, tan horribles “que si Nuestro Señor no me diera fuerzas no me atrevería ni a mirarlos; tienen la piel atezada y tan estirada que los dientes se les ven secos y descubiertos, los ojos y el

rostro reducidos.” Todos vivían solamente con la hierba del campo. Lo que más horrorizaba al Misionero era el peligro de un gran número de muchachas, expuestas a pedir pan por el deshonor.

Algunos meses después tenía que describir una miseria mayor todavía. En su última distribución del pan se había encontrado con 1.132 pobres sin contar los numerosos enfermos a quienes daba alimento y remedios. “Ruegan todos por sus bienhechores, seguía diciéndole a Vicente, con tantos sentimientos de gratitud que muchos lloran enternecidos, incluso ricos que se sienten conmovidos por estas cosas. No creo que estas personas por quienes se ofrecen a Dios tantas y tan frecuentes oraciones, puedan perecer. . Señores de la ciudad alaban grandemente estas caridades, diciendo en voz alta que mucos se habrían muerto sin este socorro, y publicando lo agradecidos que se sienten.

Semejantes relatos parecían increíbles, incluso a Vicente; o, si la confianza que tenía en sus sacerdotes le forzaba a añadir fe en ellos, él se preguntaba cómo se podía responder a tantas necesidades. Como consecuencia y para conocer la extensión del mal, y para darse cuenta bien del empleo de las limosnas, bien del orden seguido en el ejercicio del ministerio espiritual, y para informar con mayor prontitud y seguridad a la organización de socorros, cuyo menor atraso podía costar la vida a centenares de desdichados envió en aquel año de 1640 a d’Horgny, a uno de los ancianos sacerdotes de la Compañía, encargado de visitar en sus departamentos a todos los Misioneros de Lorena, y de enviarle un informe sobre todos sus trabajos y del verdadero estado de la región. Ya que, fijémonos bien que, en esta época, Vicente era la única Providencia, el único salvador de Lorena. Francia, con cinco ejércitos a la vez a su cargo, dedicaba toda su fortuna a los gastos militares; y además, Richelieu, y hasta el piadoso Luis XIII, debían sentirse poco inclinados a socorrer a una provincia que querían domar por la guerra, por la desgracia y por el agotamiento. Poco se podía esperar de la caridad privada, nula necesariamente en Lorena donde los más ricos estaban reducidos a la mendicidad, y que, incluso en París,, sintiendo el contragolpe de los sufrimientos públicos, se mostraba tímida, egoísta y cobardemente previsora, o no bastaba para las necesidades que la rodeaban. Sí, sin Vicente de Paúl, esta provincia cuyas pérdidas no han podido siquiera reparar del todo dos siglos, estaba aniquilada, o por lo menos, miles y miles de infortunados perdían en ella a la vez el cuerpo y el alma.

Al cabo de algunas semanas, el visitante envió a Vicente, sobre la situación de Saint-Mihiel un relato espeluznante. Sin hablar de los mendigos, tanto de las ciudades como de los campos, había hallado a la nobleza reducida a la más espantosa hambre y, cosa más triste aún, resuelta a morir antes que pedir. Si algunos se arriesgaban a mendigar, la mayor parte se contentaban con llorar y sufrir en secreto.

Los pobres, obligados por el hambre, no hacían ascos a la más asquerosa comida. Un misionero encontró un día a una viuda y a sus tres hijos ocupados en asar una culebra y listos para devorarla.

Si moría un caballo, aun de enfermedad contagiosa, se lanzaban para comérselo, y esta carne infecta se vendía incluso, y se entregaba a cambio de unos trocitos de pan.

Las jóvenes ponían en la balanza el pan y el honor, y el honor, ay, de tenía a veces por barato.

Los sacerdotes, casi todos, por suerte, de vida ejemplar, no tenían ya un trozo de pan, hasta el punto que uno de un pueblo vecino se había uncido al arado con sus parroquianos: bueyes y caballos eran comidos. –Por este detalle, Vicente debía recordar Túnez y la Berbería a nuestras puertas.

En medio de tantas miserias, los habitantes de Saint-Mihiel estaban llenos de paciencia y devoción; en la indigencia extrema de los bienes del cuerpo, se mostraban ávidos de los bienes del alma, y no resultaba raro que esta pequeña ciudad, si bien abandonada de sus principales habitantes, ofreciera al Misionero hasta dos mil oyentes, que se reunían a pedir el pan de la palabra y de los sacramentos. La desgracia, sin duda, azote de la cólera, o más bien instrumento de la misericordia de Dios, operaba estos prodigios, pero también la virtud y la caridad del Misionero, que se privaba de sueño y de alimentos, hasta ponerse enfermo, para oír sus confesiones, que proveía todas las necesidades de su ciudad y de sus campos. También esta pobre gente se creían consolados y dichosos por haberle hablado una vez.

Lo que sorprendía más al visitante era cómo se las arreglaba el Misionero, con un poco de dinero que le llegaba de París para tantas limosnas públicas y privadas. Para explicar este prodigio, se recurría a la bendición de Dios y al recuerdo del maná del desierto. Y en efecto, a pesar de la cifra enorme de las sumas repartidas por Lorena, nuestro siglo mismo, calculador así como incrédulo, no lograría comprobar las cuentas de esta desgraciada provincia sino recurriendo al milagro de la multiplicación de los panes, llevando al activo de la caridad cuotas desconocidas, a traídas del tesoro de Dios en sus cofres por las oraciones del santo sacerdote.

A la lectura de este informe, Vicente se resolvió a continuar socorriendo a Saint-Mihiel. Aunque Luis XIII hubiera conservado un mal recuerdo de esta ciudad, de cuyas murallas había partido un cañonazo que le había roto la carroza, obtuvo de rey que la guarnición se reduciría; al mismo tiempo, hizo que las personas caritativas la incluyeran en las limosnas hechas a Lorena. Por ello, tres años después, los lugartenientes, preboste, consejo y gobernador se lo agradecieron en estos términos:

“Todo el cuerpo de la ciudad de Saint Mihiel y todos sus miembros en particular os dan un millón de gracias por las molestias y por los cuidados que os habéis dignado tomar para su alivio, tanto por la distribución de las limosnas y asistencia a los pobres enfermos y necesitados como por la descarga de una parte del peso de nuestra guarnición, para suplicaros muy humildemente que continuéis vuestra protección y vuestras limosnas, de las cuales esta pobre y desolada ciudad tiene tanta necesidad como nunca; siendo muy verdad que por este medio una infinidad de personas viven hoy todavía, y si se lo reducimos o se lo quitamos del todo, una gran parte se morirían sin remedio, o irían a buscarse la vida a otra parte, sin hablar de las distribuciones que habéis hecho en los conventos, por las que han subsistido en parte, y de la asistencia que han recibido de vuestros sacerdotes otras tantas personas más, incluso de calidad, en sus enfermedades y necesidades-

no podemos menos de alabar lo suficiente los grandes cuidados y el trabajo que se han tomado, ni rogaros lo suficiente con insistencia la continuación de las mismas asistencias para tantos enfermos y necesitados. Aparte de la gloria y el mérito que tendréis ante Dios, etc.”

Además de estas siete ciudades y campos colindantes socorridos por Vicente, cuántas ciudades más, burgos y pueblos de Lorena tuvieron que proclamarle

su nutricio y su salvador, da fe esta carta, escrita en 1642, por los oficiales de Lunéville, ciudad sobre la cual nuestras memorias no nos dan detalle alguno: “Señor, hace varios años que esta pobre ciudad se ha visto afligida por la peste, la guerra y el hambre, que la han reducido a la extrema necesidad en la que se halla ahora, en lugar de consuelo, sólo hemos recibido rigores de parte de nuestros acreedores, y crueldades por parte de los soldados, que nos han arrancado por la fuerza el poco pan que teníamos, de manera que parecía que el cielo no tenía más que rigor para nosotros, cuando uno de vuestros hijos en Nuestro Señor llegó aquí cargado de limosnas, ha mitigado grandemente el exceso de nuestros males y alimentado nuestra esperanza en la misericordia de Dios. Como nuestros pecados han provocado su cólera, besamos humildemente la mano que nos castiga, y recibimos también los efectos de la divina dulzura con sentimientos de extraordinaria gratitud. Bendecimos a los instrumentos de infinita clemencia, tanto a los que nos alivian con sus caridades oportunas, como a quienes nos las procuran y distribuyen; y a vos en particular, Señor, de quien creemos después de Dios que es el principal autor de un bien tan grande. Y deciros que se dedique a este pobre lugar en el que los principales se ven reducidos a nada, lo que el Misioneros que habéis enviado os referirá con menos interés que nosotros. Él ha visto nuestra desolación, y vos veréis ante Dios la obligación que os debemos por habernos socorrido en esta situación.”

A las cartas de los magistrados civiles había que juntar para medir toda la extensión del beneficio y de la gratitud, las cartas de los superiores de comunidades religiosas; por ejemplo, una carta del P. Félicien, vicario provincial de los capuchinos de Lorena, fechada en Saint-Mihiel el 20 de mayo de 1645, en la que este religioso en su nombre y en el nombre de sus hermanos, pide en la impresionante epístola de san Pablo a Filemón la expresión de su común agradecimiento: *Quia viscera sanctorum requieverunt per te*; o también las cartas enviadas al papa con ocasión del proceso de la beatificación: “El nombre de Vicente de Paúl es bendecido en el ducado de Lorena, escribía el 13 de julio de 1706 Gabriel Maillet, general de la congregación de Saint Vannes, ya que ha cruzado este país haciendo el bien;” y de Henri-Charles de Cambout de Coislin, obispo de Metz, el 17 de julio el mismo año: “En estas provincias devastadas por una larga sucesión de guerras, no se podría decir cuánto ha distribuido y entregado a los pobres.” Noche y día, en efecto, las necesidades de las casas religiosas estaban presentes en el pensamiento de Vicente, al mismo tiempo que las miserias de las ciudades y de los campos; y como su pensamiento no era nunca estéril, sino siempre fecundo como el de Dios que lo inspiraba, producía al instante socorros abundantes. Aquí, eran dos sumas de dinero enviadas a las religiosas de la Visitación de Nancy; allí, muebles donados a las Anunciatas de Vaucouleurs quienes, expulsadas de su monasterio, no habían encontrado a su regreso más que las paredes; o bien hábitos o mantas entregados a la Carmelitas de Neuf-Château o de Pont-de-Mousson: bien la mejor parte de setecientas libras de honorarios de misas por el cardenal de Richelieu, destinada de preferencia a los Franciscanos de Vic como más desdichados de las demás comunidades sacerdotales.

Lo que no podía por sí mismo, lo conseguía de la gente a crédito o de los consejos de la realeza. Así fue como a principios de 1642, pudo enviar a Lorena una orden del Consejo de Estado, que eximía de tasas a las órdenes

religiosas de la provincia. Todas estaban comprendidas menos la Misión de Toul que él impidió que se aprovechara siguiendo su máxima y su práctica ordinaria: “Si los Misioneros, decía él, son fieles a los deberes de su vocación, no les faltará el pan; si no lo son, lo tendrán de sobra.”

IV. *La Lorena en París.* Su caridad no se contentó con ir a buscar a los desdichados Loreneses a su región; los atrajo también a París en gran número. Más de una vez ya se ha visto el peligro que corrían en Lorena la virtud de las mujeres expuestas al mismo tiempo a la tentación del hambre, mala consejera, y a la brutalidad de los soldados sin disciplina. Todos los días los Misioneros instruían sobre ello al santo sacerdote. Horrorizado, Vicente convoca la Asamblea de las Damas y, allí mismo hace decidir que llamarán a París a todas las jóvenes Lorenesas que quieran ir, y que vigilará por su seguridad y por su mantenimiento. Esta decisión se transmitió a Lorena. No se contaba más que con algunas jóvenes; se presentaron en masa tantas que hubo que hacer selección y quedarse con las más expuestas. El enviado del santo trajo en diversas ocasiones hasta ciento sesenta a París; número considerable, por poco que añadamos a los gastos de estancia los del viaje, de los que se encargó la caridad igualmente; y hubiera sido aún mayor si el Misionero no hubiera incluido en el grupo de las jóvenes a una cantidad de chicos huérfanos o pertenecientes a familias arruinadas, condenados en los casos a una muerte segura.

Vicente y la señorita Le Gras se repartieron la doble colonia. El santo tomó para sí a los niños, a los que acogió y alimentó en San Lázaro, a la espera de poder colocarlos en los servicios. La señorita Le Gras recibió en su casa a las jóvenes y con el concurso de las Damas que vinieron a verlas, logró poco a poco colocarlas a todas con las mejores familias de París; a unas como señoritas de compañía; a las otras como mujeres de trabajo, cada una según su condición. Algunas se hicieron hermanas de la Caridad y devolvieron a las demás lo que ellas mismas habían recibido. Pronto se convirtió como en una emigración en toda Lorena, al menos de todos los cantones que no estaban bajo el dominio del rey. Se veía a esta pobre gente reunirse en caravanas, atravesar los ejércitos enemigos y llagar a buscar un asilo en París o en las otras ciudades del reino. Así se acabó la despoblación de la provincia-

No fue un golpe súbito y pasajero de desesperación: la trasmigración duró varios años. Los Misioneros de Toul, de Bar y de otros lugares de paso, incapaces de retener a estos infortunados con auxilios insuficientes, la favorecían ellos mismos. y bien que ellos les indicasen la dirección de su padre, bien que les fuera bastante conocida por la notoriedad general de sus obras, era a San Lázaro adonde se dirigían, como a una California anticipada, donde la caridad les era un recurso más seguro que a los emigrados de nuestras revoluciones las minas de oro del Nuevo Mundo. Por lo demás, no perdían dejar de llegar hasta Vicente, ya que si no se atrevían a venir por sí mismos, eran enviados a él, por la gente de bien. “Vuestra caridad es tan grande, le escribía en 1643 el P. Pierre Fournier, rector del colegio de Nancy, que todo el mundo recurre a ella. Todos os consideran aquí como el asilo de los pobres afligidos. Por eso muchos llegan hasta mí a fin de dirigirlos a y así lleguen a experimentar los efectos de vuestra bondad. Y ahí van dos, cuya virtud y calidad animarán a buen seguro a vuestro corazón caritativo a asistirlos.”

Vicente acogía todos estos pobres emigrados; les proporcionaba un alojamiento, ropas, alimentación hasta que su región se abriera o estuviera en condiciones de ganarse la vida. Y como la ruina de las iglesias en Lorena, la dispersión de los pastores habían privado, durante mucho tiempo, de la frecuentación de los sacramentos, les hizo asistir, dos años seguidos, en 1641 y 1642, por Pascua a misiones en la parroquia de la Chapelle por los eclesiásticos de su conferencia. Estas misiones produjeron doble fruto en estos infortunados: el pan material y el alimento espiritual del alma. La proximidad de París atrajo un buen número de burgueses, entre otras, a un tal Drouart, quien se hizo misionero de la caridad a favor de los pobres Loreneses. Fue defensor entre los de su clase, y también entre las personas de condición o las Damas de la Asamblea que necesitaban ayuda; y a pesar de tantas obras que atender, de la prolongación de los socorros extraordinarios concedidos a Lorena, se pudo recoger con qué hallar pan por algún tiempo para los refugiados.

A estas limosnas contribuía Vicente en su mayor parte. Todos los Loreneses que no podían ganarse la vida, iban a la puerta de San Lázaro y allí recibían su pan de cada día. Una caridad así parecía tan inexplicable que el pueblo de París decía: “Es preciso que el Sr. Vicente sea Lorenés él mismo, para hacer tanto bien a los pobres Loreneses⁷⁷⁵.”

Notamos que, no obstante, continuaba sus envíos de socorro a Lorena, socorros mensuales de muchos miles de libras, socorros extraordinarios cuando le revelaban una miseria excepcional o individual. Así fue que un día le mostró un refugiado de su hermano, canónigo de Verdun: “La miseria, le escribía el canónigo, me ha reducido a dejar el servicio de mi iglesia, en el que no encontraba ya más que un pan de lágrimas y de dolor, y me he puesto a labrar la tierra para tener de qué vivir. Pero el gran trabajo y el escaso alimento me han puesto tan débil que no puedo ya nada, ni evitar la muerte, si no recibo pronto alguna ayuda. En verdad, no sé dónde encontrarla, si no es de tu parte, hermano, que habéis tenido la suerte de ser recibido y favorecido de uno de los más santos y caritativos personajes de nuestro siglo desafortunado. Por medio de vos espero esta suerte del Sr. Vicente.” Algunos días después, el canónigo recibía con qué salir de su extrema necesidad.

Otro día, era toda una comunidad religiosa a la que Vicente procuraba un retiro que dio lugar a una admirable institución.

En 1632, Catalina de bar, llamada en religión Mechtilde del Santo Sacramento, había hecho los votos en el convento de las Anunciatas de Bruyères en Lorena. Tres años después, los desastres de la guerra la obligaron a refugiarse en las Benedictinas de Bambervillers, donde hizo una segunda profesión. De allí, con algunas de sus hermanas, se dirigió a Saint-Mihiel para fundar un nuevo establecimiento. Sabemos que poco favorables eran las circunstancias para una empresa así. También las desdichadas Benedictinas se vieron pronto reducidas a una escasez tal que estaban a punto de morir de hambre. Informado por su Misionero de Saint-Mihiel de nombre Guérin, Vicente reveló esta angustia a las Damas de su Asamblea y, de acuerdo con ellas, mandó venir a estas religiosas, en número de catorce, y las alojó en la abadía de Montmartre, luego en Saint-Maur.

Agradecida a la Providencia y dolorosamente afectada por el recuerdo de tantas profanaciones de las que había sido testigo en Lorena. Matilde concibió

⁷⁷⁵ *Summ.*, p. 172.

el plan de una obra reparadora. En esta disposición, se juntó a algunas damas de un rango distinguido: Ana Courtin, marquesa de Beuves; María de la Guesle, condesa de Châteauvieux y la marquesa de Sesac, quienes la confirmaron en su piadosa idea y le propusieron establecer en su convento la adoración perpetuas del Santísimo Sacramento. Ana de Austria quiso incluso intervenir en esta fundación. Era en 1652, en plena guerra civil. La reina había deseado hacer un voto para desarmar la venganza de Dios y atraer sus bendiciones sobre Francia. Un virtuoso sacerdote de San Sulpicio, el abate Picoté, consultado sobre este punto por mediación de la condesa de Brienne, le había propuesto la fundación de un monasterio de la Adoración perpetua. Semejante coincidencia debía parecerle bien el proyecto de Matilde y de sus consejeras. También aceptó ellas el título de fundadora del convento, que tuvo su origen el día de la Anunciación, 25 de marzo de 1653. Ella misma vino a plantar la cruz en la puerta de esta comunidad, situada entonces en la calle Férou; luego, para dar ejemplo. comenzar la obra reparadora y hacer de alguna manera la primera la santa guardia, fue a postrarse con un cirio en la mano, al pie del Santísimo Sacramento y le pidió perdón con solemnidad. Fue enseguida sustituida por una de las nuevas Benedictinas de la Adoración perpetua, quienes, a partir de entonces, no ha cesado, noche y día, de rodillas en medio del coro, con el cordón al cuello y al pie de un poste, de estar presentes sucesivamente como víctimas expiatorias⁷⁷⁶.

V. Nobleza Lorenesa e Inglesa. –Asamblea de los señores. Hasta Vicente pues, en la llamada caritativa que hizo a las Benedictinas de Saint Mihiel, se remonta también el origen de esta institución católica. Por el mismo tiempo, el santo sacerdote se vio en la situación de tener que atender a las necesidades no sólo del pueblo pobre de Lorena, refugiado en París, sino de una buena parte de la nobleza de esta provincia que se llegó allí a buscar asilo. Esta nobleza pobre vivió allí primero de los restos de su fortuna; y, consumidos pronto estos débiles recursos, se encerró orgullosamente en su miseria resuelta a soportarlo todo antes que confesarlo humildemente. Sin embargo Vicente fue informado de ello por una persona de mérito y de honor que vino a proponerle el alivio de un infortunio tan conmovedor. “Oh Señor, respondió sin titubear y con gratitud; oh Señor, qué satisfacción me dais. Sí, es justo asistir y aliviar a esta nobleza pobre, para honrar a Nuestro Señor, que era muy noble y muy pobre a la vez.”

No obstante la bolsa de San Lázaro estaba agotada, y también las de sus mejores amigos; además, no convenía que las obras comenzadas tuvieran que sufrir competencia de una obra nueva. Poco importa, después de tomarse el tiempo justo de consultar a Dios en la oración, Vicente redactó su plan en el que todo estaba ordenado. No se cercenaría nada de las limosnas que continuamente se llevaban a Lorena donde eran necesarias para la vida de miles de desgraciados. No se dirigía ninguna petición a las Damas de la Asamblea, as cuya caridad y virtud les costaba tantas molestias. Sostener el bien establecido, Vicente pensó en hacer asistir a los nobles de Lorena por sus pares. Así, ideó el proyecto de una asociación de señores que se tomarían

⁷⁷⁶ En este instituto, aprobado por dos papas, y difundido por muchas ciudades de Francia y del extranjero, se ha visto en nuestros días a la Sra. Luisa de Condé hacer profesión; una casa de esta orden fue establecida por la piadosa princesa en el emplazamiento del Temple, que se ha transferido a la calle de Monsieur.

como un deber de religión y un punto de honor aliviar al mismo tiempo a miembros de Jesucristo y a miembros de su orden, a hombres con quienes tenían la doble confraternidad de la cruz y del blasón.

Hacia mediados de 1640, comenzó por reunir a siete u ocho, llenos de fe y de honor, de caridad y de nobleza. Entre ellos estaba el barón de Renty, uno de esos cristianos de los muchos que se encuentran esta primera mitad del siglo XVII, que rivalizaban en celo con estas mujeres admirables que se ven en gran número. Gastón de Renty, uno de los más dignos cooperadores de Vicente de Paúl en el ejercicio de las buenas obras, había nacido en 1611 en el Bény, en la diócesis de Bayeux. En su juventud había soñado con la vida monástica; casado tempranamente por voluntad de su familia con una joven de la casa de Entraigues, siguió por algún tiempo, como todos los de su clase, la profesión de las armas. Por de pronto era buen cristiano; y luego fue un santo y un apóstol. Después de asistir a una misión dada por los Padres del Oratorio, entró en la dirección del P. Du Coudren, y no pensó ya más que en su salvación y en la salvación del prójimo. Seminarios, asociaciones piadosas, misiones, obras caritativas, todos los proyectos útiles a la religión y a la humanidad obtuvieron su consenso y su apoyo. Ningún nombre más mezclado que el suyo en todas las fundaciones, en todas las obras grandes de este tiempo. Francia no podía contener su celo. Se encuentra su mano activa y generosa en las Misiones de Berbería, del Levante y del Canadá. Pagaba con su persona y su fortuna. En su castillo del Bény, transformado en hospital, instruía y servía él mismo a los pobres; en París, visitaba todos los días el Hôtel-Dieu y cada tarde iba allí a dar el catecismo, una instrucción o una lectura a los transeúntes del hospital Saint-Gervais. No se comprende que tantas obras y tantas empresas hayan cabido en una vida que no ha alcanzado los treinta y ocho años⁷⁷⁷

Un hombre así debía abrazar con ardor la propuesta de Vicente de Paúl a favor de la nobleza lorenesa y comunicar su celo a sus compañeros. Asimismo, desde esta primera asamblea, la asociación caritativa estaba formada. Se comunicó que se comenzaría por establecer una situación de las personas que componían cada familia refugiada, y que luego se verían los medios de dar a cada una socorros proporcionados a su condición y al número de sus miembros. El Barón de Renty se encargó de la investigación. De su informe, los señores de la Asamblea hicieron cálculos y fijaron el fondo de un mes, que sobrepasó las 6 000 libras⁷⁷⁸. Pasado el mes, volvieron a San Lázaro, y se apostaron por un mes más; y así sucesivamente, mes a mes, durante cerca de veinte años, sin que su ardiente caridad, encendida sin cesar por Vicente de Paúl, se enfriara nunca en este tiempo de guerras civiles y extranjeras, de miserias de todas clases, a una necesidad sucedía otra, y al encadenamiento de las necesidades debía responder el encadenamiento de los socorros caritativos. Así fue como se mantuvo por tanto tiempo la Asamblea de los señores, digna pareja de la Asamblea de las Damas y hecha a su imagen y semejanza; otra de las grandes creaciones de Vicente, de la que se sirvió para hallar recursos inmensos, a fin de oponerse a una cantidad de desórdenes, como el duelo y la blasfemia, y por último procurar bienes incalculables a la religión y a los pobres.

⁷⁷⁷ Ver su vida por el P. J.-B. Saint-Jure, 10-4º, París, 1651.

⁷⁷⁸ Carta a Lambert, a Richelieu, del 22 de julio de 1640. –Después de contar, el santo concluyó: “En el nombre de Dios, oremos y humillémonos mucho!”

La obra de la nobleza lorenesa duró alrededor de ocho años, y con qué constancia de celo para no cansarse nunca, qué delicadeza de proceder para suavizar el amargura del remedio y exaltar la humillación de la limosna. Los socorros eran distribuidos cada mes a esta nobleza pobre, mas por los gentilhombres mismos de la Asamblea; y éstos no se limitaban con ella a estas visitas en cierto modo pecuniarias sin que le recordara su humillación; para ellos era incluso una cuestión de amistad y de honor, en lo que ponían consuelo y respeto. Eran servidores que venían de sus maestros y no bienhechores obligados a ellos; o más bien eran iguales por la fe y el nacimiento, que trataban de gentilhomme a gentilhomme y de cristiano a cristiano.

Cuando se calmaron un poco los problemas de Lorena y se curaron sus males, la mayor parte de esta nobleza regresó a su provincia. Pero, al partir, Vicente se ocupó de darles a todos no sólo para pagarse el viaje, sino también con qué subsistir por algún tiempo, hasta entrar en posesión o en disfrute de sus bienes. En cuanto a aquellos a los que retuvieron en París la pérdida total de su fortuna o los asuntos domésticos, no dejó nunca de asistirlos, fueran los que fuesen por otra parte sus apuros y sus cargas.

Se ha de tener siempre presente, en efecto, que las caridades tan pesadas de Vicente no eran sucesivas sino casi todas simultáneas. Hacía frente a la vez a mil necesidades. Una sola de las cuales parecía agotar sus fuerzas y sus recursos. Así, mientras tenía que sostener a un gran número de las fundaciones anteriormente citadas, que agotaba su casa y las casas caritativas para asistir a los Loreneses ya en su patria, ya en en París, tuvo que organizar la asistencia de señores a quienes las persecuciones religiosas y políticas nos enviaban entonces de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda. Fue también el barón de Renty quien le informó de este nuevo infortunio que aliviar. Los dos hablaron a la Asamblea de los señores y le inspiraron la resolución de hacer por la nobleza inglesa lo que se hacía desde hacía algún tiempo por la nobleza lorenesa. El Barón de Renty se encargó también de la distribución de una parte de las limosnas. Cada mes, a pie, de ordinario solo, él se las llevaba a los barrios más apartados de París, que su caridad y su mortificación habían escogido como su departamento. Siguiendo las instrucciones de Vicente, y las costumbres que el santo inspiraba a todos los distribuidores de limosnas, al entrar en la habitación de los refugiados ingleses, los saludaba con una compasión educada y una ternura respetuosa, y les rogaba humildemente que aceptaran el cartucho que contenía su retribución mensual. Un día, que se había dejado acompañar de uno de sus amigos, contra su costumbre, le dijo al regresar: “Éstos son verdaderos cristianos que lo han dejado todo por Dios. Y ¿qué somos nosotros a su lado, nosotros que no hemos perdido nada y a quienes nada les falta? Ellos se contentan con dos escudos al mes, después de poseer quince o veinte mil libras de renta, y sufren con paciencia este cruel cambio de fortuna. Nosotros tenemos abundancia de bienes, y apenas un poco de caridad. Ah, Señor, no es ni en el exterior ni en las palabras, sino en el corazón y en los hechos donde se funda el cristianismo.”

En 1649, la nobleza inglesa vio que la muerte le arrebatava al mismo tiempo a su rey y a su generoso bienhechor. Pero le quedó Vicente, que continuó asistiéndole casi todo el resto de su vida, incluso después de la muerte de

Cromwell; pues no fue hasta 1660 cuando la restauración de los Esturados permitió a los católicos ingleses volver a su patria⁷⁷⁹.

Lo que Vicente hizo por los señores, lo hizo también por el pueblo, y principalmente por los sacerdotes de Irlanda Informado por un Misionero y por un hermano que había enviado a descubrir, de su triste estado: “¿Qué se podría hacer por ellos?, preguntó a uno de sus sacerdotes irlandeses. ¿No habría medio de reunirlos para consolarlos e instruirlos? Ellos no entienden nuestra lengua, y yo los veo como abandonados, lo que me llegó al corazón y me produjo un gran sentimiento de compasión hacia ellos. –Haré lo posible, respondió el Misionero. –Dios os bendiga, Señor, replicó Vicente. Tomad, ahí tenéis diez doblones, id, en el nombre de Dios, y dadles el consuelo que podáis.”

Encargó a este mismo Misionero que reuniera a los sacerdotes irlandeses ciertos días de la semana con el propósito de instruirlos sobre cosas de su vocación y facilitarles luego algún empleo eclesiástico: “Podremos incluso, dijo, hallar medio de asistirles cuando se reúnan para esto, porque se los verá en disposición de hacerse más útiles y ejemplares de lo que son. Os pido, Señor, que trabajéis en esto. –Señor, objetó el Misionero, vos sabéis que, por vuestras órdenes, estas asambleas se han comenzado hasta ahora y continuado durante algún tiempo. Pero como son gente difícil y dividida entre ellos, así como lo son las provincias de su país, esta buena obra cesó. Entraron en desconfianzas y envidias unos de otros; y, aunque les hayáis hecho y procurado muchos otros bienes, no se han fiado tampoco de vos, Señor; se han quejado y han sido tan desconsiderados que deciros a vos mismo y hacer que se os escriba de Roma que no os metáis ya mas de ninguna manera con sus personas y en sus asuntos. Pues bien, tal parece, Señor, que su ingratitude merece que no los atendáis más. –Oh Señor, ¿qué estáis diciendo? respondió Vicente; precisamente por eso hay que hacerlo.” Y, como Jesucristo, encontrando en la misma ingratitude un nuevo título para su caridad, continuó asistiendo con todas sus fuerzas a estos desdichados sacerdotes.

Ya hemos insinuado más de una vez que Vicente contribuía a estas obras admirables no solamente con sus consejos y sus exhortaciones, sino también con continuos impuestos tomados hasta de lo necesario de su comunidad. “El Sr. Vicente, ha escrito uno de los primeros señores de la Asamblea, era siempre el primero en dar. Abría su corazón y su bolsa; de manera que, cuando le faltaba algo, ponía todo lo suyo y se privaba de lo que le era necesario, para acabar la obra comenzada. Una vez que faltaban trescientas libras para completar una suma considerable, él las puso al momento: y se supo más tarde

⁷⁷⁹ Fue en agradecimiento por tantos beneficios, y también por los Misioneros y los socorros enviados a Irlanda, cuando los obispos de este reino insistieron ante el Soberano Pontífice para obtener la beatificación del siervo de Dios, testigo el obispo de Waterford: “Mientras que toda Europa está prosternada a los pies de vuestra Santidad, y espera el oráculo del Vaticano para adornar a Vicente con los honores supremos, Irlanda no se puede callar. Los favores que ha recibido merecen que eleve su voz a favor de su generoso consolador. Fue él quien, compadeciéndose del duelo y de las desgracias de la Iglesia de Irlanda, le procuro más de una vez abundantes provisiones de ornamentos sagrados y de grandes socorros en dinero; fue él quien envió a valientes atletas que combatieron valerosamente con las crueles potencias de las tinieblas, y disiparon ante el resplandor de la antorcha de la fe las sombras de la herejía. Fue él finalmente quien de vez en cuando nos enviaba a hombres verdaderamente apostólicos, a obreros sin motivos de avergonzarse, dispensándonos rectamente la palabra de verdad, que partían el pan el pan de vida a los hambrientos, echaban a los paralíticos a la piscina, apoyaban y confirmaban en la fe de Pedro los espíritus vacilantes en medio de las tempestades de la herejía (febrero de 1706).”

que se trataba de los décimos que una persona caritativa le había dado para comprarse otro caballo mejor que el suyo, que se había caído debajo de él de flaco y viejo que estaba. Pero él prefería sufrir ponerse en peligro de accidente, que dejar a personas que él creía necesitadas, sin asistirlas.”

En otra ocasión, en circunstancias parecidas, faltaban doscientas libras. Vicente entonces llama al procurador de San Lázaro, le lleva aparte: “¿Qué dinero tiene, le pregunta, en su caja? –Exactamente, le responde el procurador, lo que necesito para dar de comer mañana a la comunidad, ahora, bien lo sabéis, muy numerosa. –Pero aun así ¿cuánto tenéis? –Cincuenta escudos. –Qué, ¿no hay más dinero en la casa? –No, Señor, cincuenta escudos sólo, ni un céntimo más. –Pues bueno, vaya a buscarlos.” El procurador se va a buscar los últimos escudos y se los trae a Vicente que los echa en la bolsa de la caridad para completar el presupuesto de un mes. el día de mañana no le preocupaba nada, encomendándose con toda confianza a la Providencia divina. La Providencia, en efecto, en la persona de uno de los señores de la Asamblea, lo había visto todo y oído todo; y, al día siguiente, era enviado un saco de mil francos a San Lázaro⁷⁸⁰.

VI, *Diligencias por la paz. –Guerra y caridad.* Entretanto el santo hombre sufría; no por él ni siquiera por los suyos a quienes había inspirado su pasión por el desprendimiento a favor de los pobres; mas por el honor de Dios ultrajado por tantos sacrilegios y profanaciones, por tantas provincias desoladas por la guerra, el hambre y la peste, por un millón de inocentes que pagaban con sus bienes y sus vidas los cálculos de una política sin compasión. En esto, se va a ver a Richelieu y, con una libertad que le daba su sola caridad, y que el cardenal –dicho sea en su honor- le dejaba, mientras se reservaba la libertad de sus actos, se echa a sus pies, y con una voz entrecortada por las lágrimas: “La paz, Monseñor, exclama, dadnos la paz! Tened piedad de nosotros, Monseñor, dad la paz a Francia!” Y para apoyar su súplica, traza un cuadro lúgubre del triste estado de la religión, de la miseria de los pueblos, de todos los males y de todos los desórdenes que una larga y cruel guerra arrastra tras sí; y repite, sollozando: “La paz, Monseñor, la paz!”. Richelieu mismo quedó conmovido; y, levantando al santo sacerdote; “Señor Vicente, le dijo, también yo deseo la paz, trabajo seriamente en la pacificación de Europa; pero no depende de mí solo y, dentro como fuera del reino, existe un gran número de personas cuyo concurso necesito para sellarla.” La paz, siempre obstaculizada por la ambición y la política, no debía llegar hasta veinte años después!

Vicente, sin embargo, no era partidario de la paz a cualquier precio y, cuando el interés de Francia estaba de acuerdo con la religión y la justicia, él sabía llevar a la guerra. Hemos visto todas sus gestiones para procurar una expedición contra Berbería. ya las había hecho parecidas para dirigir contra Inglaterra protestante y revolucionaria las armas de Francia entonces dirigidas contra la católica Austria. Ahí estaba la política verdaderamente francesa: de Inglaterra, en efecto, debían llegarnos la incredulidad y la revolución; Inglaterra debía sernos una rival más temible que El Imperio.

Mientras que el Parlamento preparaba el cadalso de Carlos I, a quien el feroz Ireton, yerno de Cromwell, torturaba a la desgraciada Irlanda, refugiados ingleses, secundados por franceses católicos opuestos a la política extranjera

⁷⁸⁰ *Sum.*, p. 173.

de Richelieu tan favorable al protestantismo, rogaron a Vicente, quien compartía sus vistas, que fuera a ver al cardenal y le propusiera en su nombre y en el nombre del papa, una intervención armada en las revueltas del otro lado del canal.

Vicente obedeció y, llegado ante Richelieu, le expuso el envilecimiento de la realeza y de Francia en la persona de Carlos I, esposo de una hija de Enrique IV, las desgracias de Irlanda: “Sería, le dijo, honor del rey defender con su cuñado la causa común de todos los soberanos; sería gloria del cardenal ir en auxilio de un pueblo que no es perseguido más que por su adhesión a la religión de sus padres. –Ah Señor Vicente, respondió Richelieu, demasiados asuntos tiene el rey para comprometerse con una empresa parecida! –Pero el papa le sostendrá, y ofrece cien mil escudos. –Cien mil escudos! ¿qué es eso para semejante campaña? Millones no serían suficientes.” Y el cardenal hizo la enumeración de los soldados. De los equipos, de las armas, de los comboyes necesarios. “Eso de un ejército es una gran máquina, dijo para terminar, que no se mueve sino con gran trabajo y a fuerza de dinero.”

Richelieu continuó pues su guerra contra Lorena y contra el Imperio, y Vicente sus oraciones, sus mortificaciones y sus caridades. Después de la muerte del cardenal y gracias a la fuerte disciplina que el mariscal de la Ferté-Senneterre estableció en sus tropas, Lorena comenzó a respirar, y Vicente pudo llamar a la mayor parte de sus Misioneros. No obstante, durante cinco o seis años todavía, procuró socorros a los más pobres, y los extendió incluso a casi todas las ciudades de Lorena, como Château-Salins, Dienze, Marsal, Moyenvic, Remiremont, Épinal, Mirecourt, Châtel-sur-Moselle, Stenai, Rambervilliers, etc. Los pobres vergonzantes, los burgueses arruinados, las familias nobles que no habían podido recuperar su primer estado, continuaron siendo el objeto de atención. Cuidó de una manera particular, durante este segundo periodo de las comunidades religiosas de ambos sexos a las que las guerras habían despojado, y a las que les faltaba no sólo pan sino hábitos. Fue el 25 de enero de 1643 cuando el hermano Marthieu Renard le escribía: “Señor, el dolor de mi corazón es tan grande que no puedo declararlo sin llorar, por la grandísima pobreza de estas buenas religiosas a las que vuestra caridad hace socorrer. No soy capaz de expresaros la menor parte. Apenas son reconocibles por sus hábitos que tienen remiendos por todas partes, de verde, de gris, de rojo, en fin de todo lo que ellas pueden tener. En cuanto a pan, no se preocupan por tener ni lo suficiente. Y han tenido que pasarlo mal.”

Más de diez años después, 1654, un superior de orden podía escribir también: “Señor, en cuanto a la carne, eso ya es demasiado para nosotros; tenemos bien poco y, si Dios no lo remedia, no sé qué vamos a hacer.”

Los años 1646 y 1647 parecen haber estado marcados, entre todos los demás, parecen haber estado marcados por las ayudas entregadas a las comunidades de hombres o de mujeres. Vicente se las buscó a más de seiscientas religiosas a las que se han de añadir los religiosos, contando un total de mil ciento veintisiete personas consagradas a Dios, según un registro de 1640. A los diferentes monasterios mandó distribuir por barrio hasta tres, cuatro, cinco y seiscientas libras, en la medida de su número y de su pobreza sin contar una cantidad enorme de piezas y retazos de las que cada uno se hacía hábitos conformes a su orden. No se les exigía más que un recibo que se entregaba como justificante al hermano Mathieu, casi siempre responsable de estas distribuciones. Existen también unos cincuenta justificantes. Todos con fecha

del mes de febrero de 1647, elaborados más o menos así: “Yo el abajo firmante... confieso haber recibido de las manos del hermano Mathieu, de la Congregación de los sacerdotes de la Misión la suma de... proveniente de las limosnas que Su Majestad ha otorgado a las religiosas pobres de Lorena; lo que nos obliga a redoblar nuestros votos y oraciones por Su Majestad y por la reina, para bien de su reino y el éxito de sus armas,”

¿Quién dirá la cifra total a la que ascendieron todas las limosnas durante tantos años? y notemos que en esta suma, ya tan enorme de por sí, no están comprendidos ni los muebles, ni las telas, ni los cálices y demás objetos de culto. Pues bien, que se juzgue el valor de estas limosnas en especie, cuando se piensa que Vicente hizo trasladar a Lorena, en diversas ocasiones, unas catorce mil varas de paños de todos colores y clases, destinadas a cubrir, con el pueblo pobre a la nobleza y a la burguesía, al clero secular y a las comunidades religiosas, a un número, se dice, de veinte mil personas; que distribuyó casi solo s tantas iglesias arrasadas ropas y ornamentos, vasos y mobiliario sagrado. Ya no es entonces a 1 600 000 libras hasta donde se ha de hacer ascender el total de los auxilios, sino hasta dos millones por lo menos, es decir a más de ocho millones quizás de nuestra moneda actual. Y eso, en un momento en que los más ricos andaban en apuros , en que la corte misma estaba agotada; de suerte que la reina y la duquesa de Aiguillon se vieron una vez reducidas a enviar las tapicerías y atavíos del duelo que habían servido en los funerales de Luis XIII y de Richelieu.

Tales fueron aproximadamente los socorros enviados a Lorena. Más inapreciables son todavía los distribuidos en París, ya a las jóvenes y a las religiosas que iban llegando, ya a los refugiados del pueblo y la nobleza, socorros que habría que añadir también a nuestra cantidad de dos millones para conocer cuánto hizo a favor de aquella desdichada provincia la caridad de san Vicente de Paúl. Por eso, el Sr. Digot, el historiador moderno de Lorena, con tanta frecuencia citado por nosotros, se sorprende y con razón porque sus más antiguos analistas no se hayan dignado siquiera nombrar a su salvador, y los documentos originales del tiempo no mencionen una intervención tan caritativa. Consultado de nuevo a invitación nuestra, -así como el Sr. Henry Lepage, archivista de la Meurthe, y el Sr. de Dumast, tan sabio en la historia religiosa de su país, -el Sr. Digot respondió no haber encontrado nunca documento antiguo manuscrito que hablara de ello. ¿De dónde procede este silencio? ¿Es ignorancia o ingratitud? Estos Señores han supuesto que el Sr. Vicente, como se le llamaba entonces, no habiendo llegado a su gran celebridad, su papel ha debido de perderse en el de sus colaboradores. -Pero, si no al principio, -aunque hubiera realizado ya sus grandes obras, - al menos al final, Vicente de Paúl gozaba ya de toda su notoriedad. Además, veremos después, diez años más tarde, cuando estaba en el punto más alto de su fama y a pesar de los servicios mayores aún, no se encuentra más su rastro en las memorias y documentos públicos que nos han descrito la desolación de París y de nuestras provincias.

Estos Señores quieren también que la acción general de Vicente y de los suyos en Lorena no haya sido muy advertida; y eso porque el pueblo lorenés debía considerar como muy naturales y obligatorias limosnas que, a pesar de su cifra enorme, no reparaban más que una parte del mal cometido por los Franceses. Por parte de los sacerdotes franceses, los dones y los cuidados más caritativos no le parecían apenas más que el pago de una deuda, y una

especie de restitución hecha a cargo de sus compatriotas incendiarios y salteadores.

Puede que haya verdad en esta apreciación: pero: de puede y se debe oponer a ella las piezas citadas por Abelly y por Collet: documentos oficiales, escritos por los gobernadores y los magistrados de las ciudades, que todos encierran la expresión del agradecimiento público para Vicente, a pelan a su caridad como a la única providencia de Lorena, y le proclaman su salvador. Estaríamos más cerca de la verdad diciendo que la historia, en particular en Francia, ha sido demasiado exterior, demasiado real y aristocrática, demasiado amante de los hechos de armas y del éxito; de ahí el olvido del pueblo y de sus sufrimientos, de sus bienhechores t de sus limosnas, de ahí estos ruidos de batallas y estos gritos de victoria que han cubierto los gemidos de los desgraciados y los han impedido llegar a nuestros oídos. Tendremos una prueba enseguida en nuestros propios anales.

VII. *El hermano Mathieu Renard.* Sea como fuere, la acción de Vicente en Lorena, si fue conocida principalmente del Cielo en la época en que se ejercía, es brillante en lo sucesivo como todas las obras de este hombre, a quien Dios se complació en exaltar en proporción incluso de su humildad. ¿No era justo asociar a su gloria a los que se hicieron los instrumentos de su caridad, al hermano Jean Parre, y sobre todo a este hermano Mathieu Renard, a quien, por lo demás, debemos la conservación de los más impresionantes recuerdos mencionados poco antes? Pues era del hermano Mathieu de quien casi todos los testigos interrogados en el proceso de canonización han declarado tener los detalles que sabían sobre la asistencia de Lorena⁷⁸¹. Cuántas embajadas, pomposamente relatadas en la historia, son menos preciosas ante Dios y merecen menos ser celebradas entre los hombres que la embajada oscura de este humilde mensajero, cuyos pasos y santas astucias no han acabado más que en el alivio del sufrimiento.

Mathieu Renard había nacido en Brienne-le-Château , en la diócesis de Troyes, de una familia muy honrada y bastante rica., y falleció en San Lázaro el 5 de octubre de 1669. Él mismo ha redactado, sin duda por orden de Almeras y en interés de la canonización de su venerado padre, un relato de sus viajes caritativos. Odisea de una nueva especie, en la que los prodigios no faltan más que las aventuras, en la que una *divinidad* interviene sin cesar para sacar al humilde héroe del peligro. La *divinidad* aquí es el mismo Vicente, ya que es a las oraciones y a los méritos del santo a quien atribuye siempre el hermano Mathieu su liberación y su salvación.

En un tiempo cuando el campo era batido de continuo por tropas de soldados, de ladrones o de bandidos, no había seguridad para la vida ni para la bolsa en viajar por Lorena. Todo el que llevaba algo de dinero era asaltado sin escrúpulos, cuando no era asesinado sin misericordia. Los Croatas sobre todo, acantonados en algunos fortalezas, acampaban allí en vigilancia, de donde caían sobre todo viajero que atravesaba la llanura, sin distinción de amigo ni enemigo, pero reservando el privilegio de su cruel vandalismo a los transeúntes más ricos. Pues bien, el hermano Mathieu levaba siempre al menos 20 000 libras de limosnas, con frecuencia hasta 10 u 11.000 escudos de oro, y una vez hasta 50 000 libras. Bueno pues, con esta rica presa, a través de tantos

⁷⁸¹ *Sum.*, n. 63, p.167.

peligros, y en el curso de cincuenta y cuatro viajes, no perdió nunca un cabello ni un óbolo. Admirable triunfo de destreza y de inteligencia, sin duda, pero más evidente protección de Dios.

¿Se unía a un convoy? El convoy era atacado, golpeado, robado, Y el hermano Mathieu se escapaba siempre. ¿Se asociaba a unos viajeros? Los abandonaba un momento, como por una orden secreta de la Providencia y, en ese mismo momento, unos salteadores los despojaban y a él, sin verle. Atravesó en varias ocasiones bosque apestados de soldados o de bandidos, daba igual: ¿Que descubriría tropas?, arrojaba a las matas, a un charco de agua el zurrón desgarrado que contenía su bolsa; y, así libre, sin timidez como sin audacia, iba recto a ellos; a veces le registraban; la mayor parte de las veces, dejaban pasar, sin decirle ni palabra, a este pobre hombre que no tenía del mendigo ni siquiera el zurrón. Rara vez era insultado o maltratado. Después de aguantar la inspección de los ladrones, continuaba tranquilamente su ruta y, cuando los veía a cierta distancia, se volvía sobre sus pasos y recogía su dinero.

Una tarde. Se encontró con unos rateros que comenzaron por llevárselo a un bosque para asustarle; después de lo cual, le revisaron todos los bolsillos, los dobles y redobles de sus ropas y, al no encontrar nada, le preguntaron si no pagaría de buena gana un rescate de 50 doblones, “cincuenta doblones, exclamo el hermano sorprendido. Un pobre hombre como yo. Ni aunque tuviera cincuenta vidas podría rescatarlas con un pelucón de Lorena!”

Cargado un día con 34 000 libras, se vio de repente asaltado por un hombre bien montado quien, con un pistolete en mano, le hizo caminar por delante para registrarle aparte. El peligro estaba presente, y el hermano Mathieu observaba con atención a su enemigo para sorprenderle un momento favorable. Le vio volver la cabeza; de repente, deja caer suavemente su bolsa, y camina aligerado por doble razón. A cien pasos de allí, se da la vuelta bruscamente y se pone a hacer al caballero graves reverencias. Éste toma por loco al astuto hermano, quien no quería otra cosa que dejar pisadas hondas en una tierra recién labrada, con el fin de recobrar su tesoro. Y lo encontró en efecto, después de sufrir, a la orilla de un precipicio, una visita rigurosa que no le costó más que la pérdida de la navaja.

Quizás el engorro más grande que tuvo que pasar fue un día que, caminando por una vasta llanura, descubrió a una banda de Croatas. Sin modo de escapar a sus miradas ni dónde esconde su oro. Por suerte ve entonces un manojo de hierba, deja caer su zurrón, lo recubre con el pie, tira a cuatro o cinco pasos de distancia el pequeño bastón que llevaba en la mano y debía servirle de señal, y pasa tranquilamente por medio de los soldados. Algún tiempo después, vuelve sobre sus pasos. Pero era de noche y la oscuridad había caído. Busca a derecha y a izquierda, sin alejarse sin embargo, la mayor parte de la noche y, no encontrando nada, se acuesta allí, se encomienda a Dios y espera a la aurora. Al amanecer encuentra su precioso zurrón y reemprende jubilosamente el camino.

Al final, le resultó difícil pasar desapercibido. Era conocido en toda Lorena, y los ladrones esperaban su paso con la misma impaciencia que los pobres. Cosa maravillosa! Dios le suscitó defensores entre los jefes mismos de los saqueadores. Por ejemplo, un capitán, emboscado cerca de Saint-Mihiel, le da a conocer a sus soldados; y, viéndoles listos a caer sobre él, arma su pistolete: “Yo le romperé la cabeza, exclama con un tono firme, a quien se sienta lo bastante enrabiado como para hacerle algún daño a este hombre que sólo

hace el bien.”En otras circunstancias Dios mismo se encargaría de desviar a sus enemigos y hacerles sus trampas inútiles. Así, los Croatas, habiéndose enterado que se hallaba en el castillo de Nomeny con una fuerte suma, colocaron emboscada por todas partes para que no se les escapara a la salida. El hermano Mathieu logra entonces, a fuerza de insistir, que le practiquen una poterna y, antes del amanecer, puede llegar a un sendero retirado y desierto. Los Croatas le creían aún en Nomeny, cuando ya estaba en Pont-à-Mousson. Extrañados de no verlo aparecer, fuerzan la entrada del castillo y al saber que ha partido, furiosos por haberse dejado escapar su presa: “Dios o más bien el diablo, dicen ellos entre juramentos, ha tenido que llevárselo por encima de estos bosques a ese maldito hermano!”

Todo el mundo supo en Lorena pronto la maravillosa protección con que Dios envolvía al buen hermano y, en adelante cuando se quería viajar, su sola compañía era la mejor de todas las escoltas. La condesa de Montgemery se había procurado pasaportes del rey de Francia, del rey de España y del duque de Lorena, y no había podido verse libre del pillaje. De manera que no se atrevía a hacer la ruta de Metz a Verdun. Entonces ve que el hermano Mathieu se dispone a hacer el mismo viaje. Le manda venir: “Súbase a mi coche, por favor, le dice; seréis mejor que todos los pasaportes del mundo.” Y, en efecto, los dos llegaron sin percance a Verdun.

Cuando el hermano Mathieu estuvo de regreso en París disfrutó mucho llamándole a su lado para escuchar el relato de sus aventuras y de las mil estratagemas que se inventaba, según los encuentros o que él cambiaba al infinito, cuando eran ya conocidos. Le felicitaban por su inteligencia y por su buena suerte; en cuanto a él, el lo achacaba a la fe y a la caridad, a las oraciones y a las mortificaciones de san Vicente de Paúl. Así hacían los Misioneros cuando querían explicar a los demás o querían explicarse a sí mismos los bienvenidos frutos de su palabra y de sus limosnas. Era Vicente, decían, al mismo tiempo que el espíritu de Dios el que había hablado por sus labios y dado a sus predicaciones tal virtud; era la bendición recibida al salir de sus manos la que había multiplicado sus limosnas a proporción de tantas miserias: pues, enormes en su totalidad, las limosnas divididas al infinito según innumerables necesidades, debían reducirse a lo imperceptible, y sin embargo había sido bastantes para las calamidades urgentes.

Artículo segundo: ***Picardía y Champaña***

I. *La Picardía antes de san Vicente de Paúl.* Apenas había acabado Vicente su obra de Lorena cuando tuvo que acudir en ayuda de otras provincias no menos desgraciadas; o más bien continuaba sosteniendo a los Loreneses, tanto en París como en su patria, cuando Picardía, Champaña y otras comarcas desoladas por la guerra y todas las plagas que la acompañan, abrieron un campo más vasta todavía a su caridad. Repitémoslo, en efecto, ha habido casi siempre simultaneidad en las obras de este hombre que, aunque sucesivas serían un encadenamiento de prodigios y que, concordando forman una masa que la fe y la caridad solas en su más alta potencia han podido levantar y llevar.

Fue en 1650 cuando Vicente envió a Picardía sus grandes socorros y a todo un ejército de Misioneros. Pero hacía muchos años que había comenzado a asistirlos, pues hacía quince años ya que estas provincias y todas las regiones

límites eran presa de males cuya revelación tardía nos encontrarían incrédulos, si no los declararan los más auténticos monumentos. Aquí también se buscaría vanamente el origen no solamente en nuestras historias generales ni siquiera en las historias particulares de nuestras ciudades; todo lo más una mención pasajera, fría, vaga y sin detalles, que hace suponer al lector que se trata simplemente del contingente ordinario y obligado de sufrimientos que lleva consigo la guerra en el país que se ha escogido como teatro. La publicación del *Diario de un burgués de Marle*, realizada en 1851 por el Sr. Am. Piette, ha dejado, la primera, dolores hasta entonces inauditos; qué será si este capítulo de historia local debe extenderse, aplicarse a más de seiscientos ciudades o pueblos, y enriquecido con detalles de la más salvaje barbarie, la más profunda miseria: En 1856, segunda revelación en la *Revista de París*, por el Sr. Alph Feillet sobre los sufrimientos del pueblo durante la Fronda, de 1650 a 1655. Pero el Sr. A. Feillet no hacía más que completar, plegar en provecho de la causa democrática los documentos mencionados o indicados ya por los historiadores de san Vicente de Paúl⁷⁸². Además, a falta de luces, también él dejaba en la sombra todo lo que había precedido a la guerra de la Fronda. Dos años después, el Sr. Édouard Fleury, corresponsal del ministerio de la instrucción pública, leía en la Sociedad académica de Laon un estudio sobre *la Diócesis de Laon durante la Fronda*, en la que abarca los últimos años de Richelieu y todo el ministerio de Mazarino, veinticinco años. En este estudio se leen detalles lamentables de lágrimas y de duelo, sacados de los archivos del departamento del Aisne. Son informaciones requeridas, bien por el clero de la diócesis, bien por los oficiales de la ciudad de Laon, en los raros intervalos de descanso del que gozaba este desdichado país, para pedir socorros o constatar la imposibilidad de pagar las contribuciones que les querían arrebatar a su agotamiento. Dos de estas informaciones son anteriores a la gran guerra de la Fronda y nos ilustran sobre su estado antes de la intervención caritativa de san Vicente de Paúl. Del estudio del Sr. E. Fleury tomaremos el cuadro de este primer periodo; le tomaremos también algunos rasgos del cuadro del segundo, de 1650 a la paz de los Pirineos, si bien nuestros documentos propios nos ofrecen aquí colores superabundantes.

De todas las comarcas que vamos a recorrer en busca de espantosas ruinas, la peor maltratada fue la de Laon, la de Soissons, es decir esta punta de la Isla de Francia que unía Picardía y Champaña, y que formaba las antiguas diócesis de Soissons y de Laon. Durante más de veinte años, fue destinada por su posición geográfica a ser tanto el centro de reunión de las tropas francesas, como la meta de las carreras o de las invasiones de los ejércitos enemigos; siempre el lugar de paso y como la gran ruta de estos cuerpos tan diversos por su origen como igualmente indisciplinados que se enfrentaban en esta frontera. Desde que Richelieu declaró la guerra a la casa de Austria-España y hasta la paz de Westfalia, rece largos años, Imperiales y Españoles parten o de los Países Bajos o del Franco Condado, o de Alemania; atraviesan Picardía y Champaña, y las orillas del Aisne son siempre el lugar de cita de los ejércitos para el ataque o la defensa, allí está a la vez la llave de Francia y de los Países Bajos españoles; por allí se avanza hacia París, o hacia Flandes.

⁷⁸² El Sr. A. Feillet ha publicado de su trabajo, en 1862, una segunda edición considerablemente enriquecida con documentos nuevos y oficiales. Bajo este título: *La Misère au temps de la Fronde et saint Vincent de Paul*, 1 vol. in-8°; libro en el que haremos algunos préstamos, a la par que le refutamos muchas veces, pero sin pasión, a pesar de la pasión demasiado evidente que ha ejercido contra nosotros.

El 26 de mayo de 1635, fecha de la declaración de la guerra a Austria, toda esta frontera se cubre de tropas; todas las plazas fuertes regurgitan de soldados. El campo en un principio empieza con suerte para nuestras armas, por la victoria de Avein. Bélgica parece perdida para España; pero los Holandeses, nuestros aliados, nos traicionan, y los Españoles ayudados de los Imperiales, reemprenden la ofensiva. La Capelle, Vervins todas nuestras fronteras de Picardía están amenazadas. Rechazados un instante, vuelven en 1636, conducidos por Jean de Verth, Piccolomini y el cardenal infante, gobernador de los Países Bajos, y penetran en Francia por la Thiérache, a la que saquean y roban. Toman la Câtelet, la Capelle, Vervins, amenazan Guisa y Ribemont, y llagan a Picardía para sitiarse Roye y Corbie. No pretendiendo sino el demasiado ejército del conde de Soissons, sólo encuentran escasa resistencia, y Corbie se ve forzada a capitular. Si esta plaza es retomada pronto por los franceses, el enemigo sigue siendo, por La Capelle, dueño de Thiérache. Para desalojarle, todas las plazas vecinas se guarnecen de tropas y la región se ve atravesada. En las primavera del año siguiente, se forma un ejército más considerable alrededor de Laon, y se conquista La Capelle. Cada año ve este regreso monótono de invasiones recíprocas, de ciudades tomadas y recuperadas, y los éxitos y los reveses son igualmente desastrosos para la región que hace de teatro. Si el enemigo no lo saquea, es el Francés, siempre apostado allí para invadir a su vez, el que la mata de hambre, impidiendo todo cultivo. De 1643 a 1648, tan sólo, haciendo nuestros ejércitos sus campañas en país enemigo y viviendo a sus expensas se pueden sembrar algunas tierras y recoger una escasa cosecha. Por último, la batalla de Lens trae la paz con el Imperio, a la espera de la guerra civil y una primera investigación viene a desvelar las plagas y constatar las pérdidas. ¡Qué plagas y qué pérdidas! Masacres, violaciones en masa; castillos, iglesias y abadías derribados, caballos y animales robados, mieses segadas o más bien destruidas por el enemigo, abandono de los campos y huida de las poblaciones, peste que los diezma en los bosques como en las chozas, que despuebla en particular las ciudades; en San Quintín, tres mil víctimas se registran tan sólo en el 1636.

Tan despiadados como el Español y la peste, los Franceses, sin soldada, sin víveres, sin ropas, sobre todo sin disciplina viven allí a discreción como en país de conquista. Saquean lo que el enemigo ha dejado en granos o en animales, cometen los mismos horrores, se llevan a los pocos campesinos que quedan en los campos para servir o trabajar en sus ejércitos para acabar con la población y causar la ruina del país.

Por otra parte, la presencia de la gente de guerra ha interrumpido por completo el curso de la justicia; los delitos ya no son reprimidos, ni siquiera perseguidos, el bandido es en todas partes el amo; es el triunfo del estado salvaje.

Tal es el resumen de las primeras pesquisas, poco fecundas en detalles, y que no dejan entrever sino una ruina en masa. Sobriamente dictadas, fríamente escritas, las declaraciones no dejan de ser dignas de fe. Son, por lo demás, idénticas en cuanto al fondo y la forma. "Se diría, ha escrito el Sr. E. Feillet, circulares sucesivamente copiadas unas tras otras que se hubieran enviado a rellenar."

Los informes que siguieron a la paz de Westfalia son menos discretos. Encierran preferentemente en los años 1648 y 1649, y sobre las abominaciones cometidas por las bandas del barón de Erlach, detalles que hacer estremecerse. D'Erlach había sido uno de los lugartenientes del duque

de Saxe-Weimar. A la muerte del duque, en 1639, viéndose como el principal director del ejército alemán, se lo había vendido al rey por 200 000 escudos, y había recibido en recompensa, cartas de naturaleza, una pensión, favores, títulos, mientras aguardaba el bastón de mariscal. Cuando la defección de Turenne, Luis XIV le había confiado el mando general de sus tropas. Fue en la última mitad de 1648, cuando este terrible condotiero se abatió sobre nuestras provincias con sus Alemanes luteranos que, en su feroz indisciplina y su furor anticatólico, trataron a nuestra región como salvajes. En el séquito del marqués de Saint-Mégrin, viceprovincial de Amiens, piden atravesar Aubenton, que pertenece al rey como ellos. El gobernador ha recibido la promesa que ellos no harán más que atravesar la plaza. Entran, la tratan como ciudad tomada al asalto, la saquean, la devastan, cometen tales atrocidades que el príncipe de Condé, habituado no obstante a los horrores de la guerra que él mismo permitía demasiado, "reprochando algunos días después, estos saqueos al vidame (*vice-dominus*), le arrojó los guantes al rostro, lo que le hizo morir de tristeza⁷⁸³." Pronto Erlach aparece en Marle, a la que perdona por un capricho excepcional de dulzura. Hacia el mes de julio entra en Laon por Neufchâtel, y ocupa varios de sus decanatos. Es entonces cuando la barbarie, sin conocer privilegios ningunos, ni sexo, ni rango, ni carácter sagrado, pasa, dice el Sr. É. Fleury, su nivel igualitario por encima de todas las cabezas. La noble dama y su hija sufren los últimos ultrajes en compañía de la campesina y de la pastora de rebaños. Son razzias de mujeres de toda condición, llevadas al campo para ser entregadas a la brutalidad de la soldadesca, y los que las quieren defender son inmediatamente colgados. El privilegio, -pues todavía quedan, -pero privilegio de un tratamiento más innoble y más atroz se reserva a las iglesias y a las gentes de iglesia. Todos los templos son saqueados, robados, arruinados, incendiados de manera que no queda ya en adelante monumento antiguo en todo la parte del noroeste de la diócesis de Laon. El juego de estos bárbaros e inmundos herejes es exponer a los sacerdotes desnudos del todo a las burlas de la multitud, o martirizarlos en sus presbiterios y al pie de sus altares. Antes de darles muerte, sin embargo, su avidez los somete a una cruel pregunta, para forzarlos a entregar el dinero que desde hace mucho no tienen ya. Sorprende que los fogoneros de 1797, a quienes se tenía por inventores, no hayan sido en esto más que plagiaros. En efecto, los soldados del barón de Erlach calentaban los pies de los párrocos para arrancarles alguna revelación imposible. Les ponían los dedos de las manos y de los pies en los muelles de los tornos de sus arcabuces para arrancarles rescates que no podían pagar. A los campesinos no se los trata mejor. En sus bienes y en su vida son tratados como el noble y el sacerdote. Después de verse forzados a entregar sus granos y animales, expulsados de sus pueblos por el incendio, se retiran a las iglesias bajo la protección de Dios. Los fuerzan a ello para degollarlos allí, para violar a sus mujeres sobre el mismo altar; y si ofrecen alguna resistencia, los ahuman allí como a animales salvajes en sus guaridas. Si quieren salir o precipitarse por las ventanas para escapar a las llamas, son recibidos por las picas de los soldados.

⁷⁸³ Dom Nicolas Le Long, *Hist. ecclésiastique et civile de du diocèse de Lâon*, etc., in-4º, Châlons, 1783, p. 503. -El Sr. Feillet, que corre tras la novedad para no alcanzar a veces más que la paradoja, ha emprendido la rehabilitación del barón de Erlach., según las cartas de este jefe bárbaro a su familia y su correspondencia con Mazarino, cartas que, demasiado evidentemente, no podrían prevalecer contra el grito unánime de las poblaciones y de los historiadores.

El ejército alemán había causado más ruinas que el español; había incendiado más de cuarenta pueblos y dado muerte a una parte de los habitantes después de robarles saciar con ellos una brutalidad inmundada. También la despoblación ha hecho espantosos progresos. Las investigaciones constantes, una disminución de los dos tercios; dos tercios también de las tierras en barbecho, y la mitad de las parroquias y aldeas se han quemado o son inhabitables. Pueblos compuestos antes de tres o cuatrocientos hogares están reducidos a cinco, seis, ocho, diez o doce habitantes.

He aquí las grandes azañas del barón Erlach, lugarteniente general de los ejércitos de Su Majestad Luis XIV: merecían una recompensa. Mazarino le quiso recibir con gran pompa en Saint-Quentin, escoltado por nuestros príncipes, por nuestros mariscales y los personajes más altos, y le llenó de honores y de presentes⁷⁸⁴. Después, las bandas del barón de Erlach regresaron por fin a Alemania.

No fue la liberación de nuestras comarcas; tras los Alemanes, los Ingleses; después del barón de Erlach, lord Digby, que traía de Flandes los ejércitos del rey para hacerles tomar los acantonamientos de invierno en las fronteras de Champaña, de Borgoña y de Lorena. Los Ingleses de Digby quisieron rivalizar con los Alemanes del barón de Erlach. Ellos también saquearon, incendiaron, violaron, asesinaron.

¿Qué quedaba para las poblaciones, cómo subsistieron los tristes supervivientes en medio de un país devastado y sin cultivos antes de la llegada de los hijos de Vicente de Paúl? Todo un misterio. Se los ve no obstante mendigar en grupos, sus párrocos a la cabeza, sembrando los caminos de cadáveres. Porque el clero, arruinado por el enemigo, se ha despojado voluntariamente del resto para por los pobres. Y, como lo constatan sus asambleas, ya no tiene nada ni para él ni para los miserables, menos aún para el rey que le pide sin cesar diezmos extraordinarios. Ofrece el abandono de todos sus beneficios, con la condición que se le libere de las cargas y, con ello, cree hacer un negocio ventajoso. Los agentes del fisco emplean inútiles coacciones: están allí para gestionar y por sus pagas, cuando no son perseguidos como enemigos por las poblaciones irritadas por estas exacciones intentadas sobre sus miserias.

¿Quién lo iba a creer? Y no es más que el principio de del sufrimiento para estas provincias desoladas, y el año 1650 encierra por sí solo más horrores que los quince precedentes. Felizmente que, ese mismo año, la misericordiosa Providencia les enviará a ángeles de consuelo y de entrega. Turenne. infiel a la regente, ha dado la mano a los Españoles e introducido a los Imperiales en Francia por Hirson y Aubenton. Conducidos por él, se llevan Le Câtelet, Vervins y Rethel. Fracasan ante Guise, que les opone durante, diecisiete días, una heroica resistencia. El archiduque Leopoldo, hermano del emperador, que manda el ejército en persona, debe retirarse a Étreux ante el ejército del rey. Pero éste, mandado por el mariscal du Plessis-Praslin, no hace sufrir menos al país mientras lo libra momentáneamente del extranjero. Es numeroso y cubre todos los alrededores de La Fère, donde espera al general Roce y al marqués de Senneterre. Todos estos cuerpos se reúnen por fin, después de machacar los campos. Si han desbloqueado a Guise, le han hecho pagar caro, como a toda esta comarca, la intervención de sus armas. Además, el enemigo se ha

⁷⁸⁴ Bibliographie des Mazarinades, tom. III.

vengado con La Capelle. Hirson, Vervins y Marle que ha tomado y saqueado. Ha avanzado hasta Château-Thierry, desde donde amenaza al interior de Francia. El ejército francés, multiplicando bajo sus pasos los desastres, toma varias posiciones para cubrir París. después de una marcha victoriosa, el archiduque vuelve sobre sus pasos, toma a Rethel, sitia a Mouzon y, en diciembre solamente se vuelve a Flandes con un ejército disminuido, agotado de fatiga, pero deja una región cuya desolación, esta vez, el informe de la caridad nos contará, al mismo tiempo que la información oficial, la espantosa desolación.

II. *Primera intervención de Vicente.* En 1643 o 1644, Vicente había comenzado a ayudar a la desdichada Picardía. En efecto, en el proceso de canonización, Nicolas Bouthillier, principal del colegio de Beauvais, ha declarado haber sido testigo en San Quintín, donde se hallaba en esta época, socorros temporales y espirituales que el santo preparó para esta ciudad, y a los pueblos vecinos arruinados por la guerra⁷⁸⁵. Pero no fue hasta el levantamiento del cerco de Guise, cuando conoció toda la desolación en sus proporciones, y extendió también y organizó el servicio de esta provincia. Franceses e Imperiales, con prisas por acudir a nuevos combates, habían dejado en los alrededores de Guise y en todas las rutas a sus numerosos heridos y enfermos que, en medio de pueblos despoblados, morían privados de todos los socorros y del cuerpo y del alma. De París o de otras ciudades nadie pensaba en volar en su ayuda. Sólo disfrutaban del regocijo causado por el cese del cerco y el retiro del enemigo, regocijo sin agradecimiento para los pobres soldados que habían comprado con su sangre este doble triunfo. Además, la continuidad de guerras que llevaban ya más de quince años había vuelto insensible sobre sus resultados acostumbrados, fuera el que fuese el horror, y cuando todo el mundo tenía que sufrir más o menos, cada uno se encerraba en su egoísmo. Un solo hombre, uno sólo, se trazó el plan de llevar asistencia a los pobres asoldados. Apenas informado por algunos viajeros, Vicente va a encontrar a la presidenta de Herse y, de acuerdo con esta mujer caritativa, propone el plan de un pequeño convoy de socorros, al momento hace salir a dos de sus Misioneros, que llevaban unas quinientas libras, y conducían un caballo cargado con víveres.

Llegados a los lugares y después de medir la extensión de esta miseria comprendieron en seguida que su pequeño peculio y sus escasas provisiones eran muy poca cosa para unas inmensas necesidades. Por los caminos al descubierto, a lo largo de las cercas, eran millares de maltrechos soldados, agotados de hambre y de fatiga, esperando la mayor parte el golpe de la muerte. En un abrir y cerrar de ojos, los Misioneros habían distribuido todas sus provisiones. Les quedaban las quinientas libras, fueron volando a los pueblos a comprar algunos víveres: soledades, ruinas humeantes de allí a las ciudades más próximas, la misma desolación que en los campos, por todas partes lo mismo, el hambre, la miseria y la muerte!

Vieron al momento que no eran sólo soldados, sino provincias enteras, que era preciso organizar un servicio de salvamento. Solos, con algunos centenares de libras, qué podían hacer; comunicárselo a su padre y, esperar la respuesta, atendiendo a los moribundos.

⁷⁸⁵ *Sum.*, n° 86, p. 193.

Así lo hicieron. Algunos días después, sus cartas estaban en París. al leerlas, Vicente se estremeció ante la inmensa tumba de poblaciones enteras, que le mostraban de lejos. Como nuestro Señor a la vista de la tumba de Lázaro. Aquí, una vez más, la Providencia ponía una obra inmensa en lugar de la obra restringida que había imaginado al principio. No pensaba más que en socorrer a algunos soldados escapados al asedio de Guise como lo había hecho en el sitio de Corbie, y ahora Dios parecía poner en su caridad la salvación de de las ciudades y de las provincias. Era volver a la obra de Lorena pero en proporciones más grandes de intensidad y de dimensiones, porque su vista, ejercitada en medir la miseria y aplicar los socorros a las calamidades, había visto allí desde el primer informe de sus sacerdotes, más desgraciados que aliviar y por lo tanto más limosnas que recoger.

Su corazón no dudó. Pero ¿dónde encontrar las sumas que parecían necesarias aquí? París libre ya de la guerra civil, comenzaba a sufrir, y si bien la miseria fuera menor de lo que será dos años después, parecía capaz de absorber los recursos tan reducidos de la caridad. En efecto, ¿qué le podía quedar aún después de las sumas inmensas que había enviado a Lorena, después del gasto enorme que suponía doce años con los niños expósitos? Además qué otras obras tenía que sostener, la Misión de Berbería, la Misión de Madagascar, etc.

Pero la fe y la caridad de Vicente, no más que el valor y el genio del héroe, no conocen lo imposible, y este sentimiento generoso se lo ha inspirado a las Damas de su Asamblea. Les propone pues la nueva carga, y las fuertes mujeres la aceptan. Mas, para no abrumarlas, quiere que otras la compartan con ellas. Y así, ruega al arzobispo de París que recomiende a todos sus diocesanos las necesidades de la Picardía y de Champaña. El arzobispo publica, en efecto, un mandato, en virtud del cual todos los púlpitos de París resuenan pronto con los gritos de angustia de las dos desdichadas provincias. Vicente se dirige también a todos aquellos cuya voz puede llegar a los corazones, y pronto agrupa en torno a sí a una multitud de obreros caritativos. Tal es el verdadero origen, tal es el verdadero autor de esta gran empresa. Recientemente, se ha querido desplazarlo todo, fechas, méritos, para atribuir al partido jansenista por lo menos el honor de la iniciativa⁷⁸⁶.

Antes incluso de todo examen, ¿no parece singular querer quitar le iniciativa de la obra de las provincias a Vicente de Paúl quien, desde hacía trece o catorce años se ocupaba de la desgraciada Lorena? ¿Y en qué se apoyan para sostener tal enormidad? En el prefacio de un libro en dos partes, publicado a mediados de 1651 bajo el título de *Limosna cristiana y eclesiástica*. Este libro no es sino un serie de extractos de la Escritura y de los Padres, recogidos por Saint-Cyran en la prisión de Vincennes. Por mucho tiempo inédita, la colección fue lanzada por el partido jansenista en medio de las grandes miserias de Francia. ¿Quién fue su editor? Se nombra al sobrino del doctor Arnauld, Antoine Lemaistre, al que algunos han llegado a querer hacerle autor. Pero las *Memorias* de Lancelot , la *Necrología* de Port-Royal, la *Historia de Port-Royal* de Besoigne, todos los libros del partido y el prefacio mismo, que discutimos, no dicen nada, en este punto, de Antoine Lemaistre, y atribuyen el honor de la publicación de la *Limosna cristiana* a Charles Maignart de Bernières, el propio magistrado a quien se quiere condecorar con los despojos de san Vicente de

⁷⁸⁶ Libro ya citado: *La France et saint Vincent de Paul*, por el Sr. A. Feillet

Paúl. Maignart de Bernières sería pues también el autor del famoso prefacio, en el que se le trata de “muy piadoso y de muy caritativo magistrado”! –A menos que no haya encargado de su panegírico al ex abogado Antoine Lemaistre, lo que explicaría las partes iguales que se atribuyen al magistrado y al abogado en la publicación de la *Limosna cristiana*. No sería imposible con todo que Maignart de Bernières se hubiera adjudicado a sí mismo el honor de la apología, ya que era costumbre no desusada de la gente de Port-Royal hacerse los propios elogios bajo el velo del anónimo, que ocultaba a los ojos del público el rubor de su modestia. Así las cosas, esto es lo que se lee en el prefacio de la *Limosna cristiana*: “Quedando desolada Francia por una gran hambre en 1649, un muy piadoso y caritativo magistrado se sintió conmovido de Dios y animado a consagrarse todo a la caridad, y a unirse en un comercio tan santo con algunos de sus amigos y algunas damas más ilustres todavía por su piedad sólida y su caridad ejemplar que por su condición y nacimiento...Pues, como no les era suficiente tener dinero, no tenían personas fieles para darlo fielmente, el mismo dios que sacó en otro tiempo a un santo diácono y un Padre de la Iglesia de la soledad (a san Efrén) para hacerle dispensador irreprochable de las caridades de toda una ciudad, les ha hecho encontrar en los lugares, en todas las provincias que han asistido, a diversos particulares muy píos que han sido como las manos de estos corazones los limosneros de estos laicos y los mediadores entre los ricos caritativos de París y los pobres miserables del campo. Estos siervos de Dios han actuado con tanto cuidado, vigilancia y exactitud, y han expuesto tan valerosamente sus vidas en las visitas de los enfermos, cuyo número era muy grande, que algunos de ellos han hallado allí la vida eterna muriendo por la caridad que no muere nunca.” El prefacio habla después de un gran concurso que se hizo en París de los pobres de Picardía y Champaña, de una sociedad que se formó para ayudarlos, de la esperanza que la aparición de una abundante mies daba de ver terminar la miseria con el año de 1650, de la recrudescencia de los males causada por la guerra y de la multiplicación necesitada de las personas asociadas para la caridad.

¿Qué vemos en este prefacio? Una fecha y una asociación caritativa. La fecha de 1649 no es, ay, anticipada, si se trata de fijar el origen de una miseria de hace ya más de quince años; pero lo es ciertamente, si se quiere unir la organización de la obra de las provincias, que hay que remitir a mediados del año siguiente. Lo que se habría ensayado en este respecto en 1649 no ha dejado ningún rastro en la historia y los informes oficiales no hace más mención de ello que los caritativos. Si se hubiera ensayado algo ya, habría que ver en ello también la mano principal de san Vicente de Paúl. A esta acción dominante de Vicente, se opone sin razón una coartada, cuando se pretende que el santo, ocupado entonces en visitar sus casas, no volvió a París hasta finales de 1649: estaba allí de regreso el 15 de junio demasiado pronto por consiguiente para ponerse al frente de lo que se habría emprendido en el invierno de aquel año. Además, habíamos visto que había comenzado a socorrer Picardía en 1643 o 1644. En cuanto a Champaña, no olvidemos que sus sacerdotes se habían establecido ya en 1636; que tenían varias casa en las diócesis de Troyes, de Sens, de Châlons-sur-Marne y de Reims, que estaban, por consiguiente, todos apostados para emprender, a la primera señal de su superior, la santa lucha contra la miseria. Y que habían debido de entrar en campaña a ejemplo de sus vecinos de Lorena. ¿Y no son ellos,

evidentemente, a los que el prefacio de la *Limosna cristiana* designa hablando de esos *particulares mediadores* a quienes los ricos de París han encontrado “en los lugares en todas las provincias que ellos han asistido?”

No obstante, no había aún, en aquella época, más que esfuerzos aislados. Pues bien, aquí se trata de una gran organización de caridad, de un centro de acción, alrededor del cual todo viene a agruparse. Bueno pues, hay algo que ciertamente no tuvo lugar más que en 1650, y por la sola iniciativa y bajo la sola dirección de san Vicente de Paúl. Si hemos de creer el prefacio de la *Limosna cristiana* y a su reciente comentarista, este centro, formado en 1649, habría tenido en un principio, y bastante tiempo después, a Maignart de Bernières. Quien quiere probar demasiado no prueba nada. En este prefacio, no se dice una palabra de Vicente, y todo esto se carga a cuenta del piadoso magistrado. Como el prefacio es de mediados de 1651, es decir de una época en que, de acuerdo con todos, la obra jansenista, si alguna vez existió, había ido a perderse en la obra del Padre de la Misión. El escritor jansenista ha caído pues en flagrante delito de jactancia mentirosa. Y es que efectivamente, grandes charlatanes de caridad, los jansenistas hablaban, escribían más que actuar, se ocupaban de disputas más que de buenas obras, y no perdían la ocasión de darse los títulos pomposos de “procuradores generales de los pobres”!

¿Qué vemos también en el prefacio de la *Limosna cristiana*? Una fecha y una asociación compuesta, de una parte, de laicos y de damas, por otra parte, de ministros de sus limosnas, llevando la caridad hasta morir por el servicio de los pobres. Ahora bien, estas Damas ¿quiénes son sino las Damas de la Asamblea de san Vicente de Paúl establecida en 1634, cuyos nombres se leerán enseguida al pie de todas las narraciones caritativas? Estos ministros ¿quiénes son, sino los Misioneros de san Vicente de Paúl, muchos de los cuales, en efecto, murieron en el ejercicio de la caridad?

¿Queda por decir que nosotros queríamos desterrar de la asociación a los Maignart de Bernières, a los Gué de Bagnols, a los Lenain y demás laicos piadosos a su modo que han podido cooperar en la obra? No, sin duda, y su presencia en la asociación se explica del modo más natural. La mayor parte de las Damas de la Asamblea, que pertenecían a familias de alta magistratura, debían necesariamente dirigirse, para tener dinero, a los hombres caritativos de su clase. Bueno pues, se sabe que el jansenismo ha contado siempre con demasiados adeptos en la familia parlamentaria. De ahí la presencia de Maignart de Bernières y de algunos magistrados más entre los que participaron en la obra de las provincias. Pero ellos figuraban allí tan sólo a título de individuos caritativos y no de agentes de la secta, menos todavía de jefes y de directores de la obra. Ellos solos, ayudados por sus amigos, se atribuyeron un papel mayor, en contradicción manifiesta en este punto con todo el conjunto de los hechos, con todos los documentos verdaderamente oficiales.

Aquí tenemos un ejemplo perentorio. San Vicente de Paúl recurría a todos los medios para animar a la piedad pública. Pero el requerimiento más eficaz que haya hecho a la caridad a favor de nuestras provincias desoladas, consistió en la publicación de las cartas que le escribían los primeros Misioneros. En ellas se veía el cuadro de una miseria que la imaginación más fecunda jamás hubiera soñado; cuadro tomado en vivo, pintado sin pretensión, sin sobre carga, ofreciendo a pesar de todo una pincelada, una realidad más espantosa que el ideal del arte más sombrío. Entonces, si hemos de creer siempre al

prefacio de la *Limosna cristiana*, seríamos deudores de estos Relatos, y del libro de la Limosna, a Maignart de Bernières. En él leemos, en efecto: “A este magistrado... se le ocurrió dar a conocer estas miserias a todo París, incluso a todas las grandes ciudades de Francia, por unos Relatos muy verdaderos y muy exactos que él mismo se molestó en hacer, componiendo un relato de varios extractos de cartas de todos los que asisten a los pobres en los lugares le dirigen todas las semanas⁷⁸⁷.” Bueno, sabemos, por una carta de Vicente, cómo fueron publicados estos Relatos. Hablando más tarde de las Damas de la Caridad y de las Damas de su Asamblea, dice él de éstas: “Ellas asisten desde hace algunos años, a la pobre gente de las fronteras... Se ha servido y se sirven todavía de algunos sacerdotes y hermanos de la Compañía que visitan los lugares arruinados...Y como escriben las miserias espirituales y temporales que encuentran, de ellas se hacen Relaciones que se mandan imprimir, y las Damas las distribuyen en las casa buenas y van a pedir la limosna⁷⁸⁸.” Así, los sacerdotes enviados por Vicente a las fronteras, le dirigían, como todos sus Misioneros, informes de sus trabajos. Se los leía a las Damas de su Asamblea, como nos lo ha dicho en su carta antes citada (p. 106) a Du Coudray, y éstas se encargaban de mandarlos imprimir, echando mano de la ayuda de éste o aquél, de Maignart de Bernières o de otro, distribuyéndolos ellas mismas en París y en provincias. Maignart de Bernières y algunos personajes más de la secta podían deslizar en ellos -y no perdieron la ocasión- muchas palabras en alabanza propia, seguros por adelantado que el humilde Vicente no reclamaría nunca; ellos se podían dar, con esto o de otras formas, una gran importancia: pero, en la verdad de la historia no han jugado nunca más que un papel de instrumentos al servicio de la obra de san Vicente de Paúl. Sí, la obra de san Vicente de Paúl es de san Vicente de Paúl solamente, tanto en su origen como en su continuación. Esta obra, en efecto, no nos es bien conocida más que por los Relatos, de los que el primero se de setiembre de 1650. Pues, las cartas de que se compone son todas enviadas por los Misioneros, prueba irrecusable de la parte principal, y en un sentido exclusiva, que Vicente ha tomado en la obra desde el comienzo. La información oficial para 1650 no habla del mismo modo más que de los sacerdotes de la misión. Y así será siempre, siempre serán cartas de Misioneros, con las que se mezclarán de vez en cuando algunas cartas de párrocos o de oficiales de las ciudades uniendo a la voz de los hijos de Vicente sus gritos de extrema necesidad. La uniformidad misma de esta colección prueba que la obra se prosiguió exactamente como había comenzado, sin ningún cambio de método ni de dirección. Entonces sí, según opinión general, tuvo pronto a Vicente de Paúl por director único, es que le había tenido también por único fundador.

Pensemos entonces en nuestra Colección de Relatos.

Después de un breve prefacio y algunos extractos de la Escritura y de los Padres a favor de la limosna, ofrece una *Instrucción para el alivio de los pobres*, “ya practicado, dice, por algunas personas tan ilustres en piedad como lo son por su condición.” Todos los consejos que encierra esta *Instrucción*, “en lo que se refiere a los enfermos, los que tienen salud, los que pueden trabajar,” sienten la inspiración de Vicente de Paúl y más aún porque a él se acude en el cuidado de los enfermos y sobre las Cofradías de la Caridad establecidas por

⁷⁸⁷ Citamos según el libro mismo, y no según el Sr. Feillet, quien cita muy libremente y muy inexactamente.

⁷⁸⁸ Carta a Martín, Turín, del 28 de julio de 1656.

él solo. Además, el orden y la cantidad de las distribuciones, la distinción entre los días de carne y días de abstinencia, la instrucción que se debe hacer a los pobres en el momento que reciben la limosna, todo ello está conforme a su práctica y está tomado casi textualmente de sus reglamentos de caridad.

Sigue una receta para hacer estos potajes económicos que serán el principal alimento de las poblaciones hambrientas y arrancarán tantas víctimas a la muerte. No demos un paso atrás ante estos detalles en los que se manifiesta cada vez más el espíritu positivo del santo sacerdote, tan relevantes por lo demás por la grandeza de los resultados; no se trataba con ello de halagar la sensualidad de algunos ricos gastrónomos, sino de salvar la vida a miles de pobres.

Alimento para cien pobres.

“Habrá que llenar de agua una marmita o caldero conteniendo cinco cubos, en los cuales se echarán, en trozos, unas veinticinco libras de pan, siete cuartos de grasa en los días de carne y siete cuartos de mantequilla para los de abstinencia, cuatro litrones de guisantes o de habas con verduras o medio celemín de nabos, o berzas, puerros o cebollas u otras verduras de huerta, sal en proporción por unos catorce céntimos; todo cocido a la vez, total cuatro cubos, bastará para cien personas, y les será distribuido con una cuchara y escudilla, que es una porción, y se les dará a cada familia tantas porciones como cabezas que alimentar, y todo este alimento vendrá a ser cien céntimos por cien personas, incluso este año en que el trigo está muy caro.

“Este método se puede observar también en la ciudad, guardando la misma regla y la proporción para según el número; se puede practicar también en cada familia pobre echando en una olla lo que puede ser suficiente para tantas personas, cuyo precio puede ser un sueldo o 18 diezmos por barba.

“Se podrá añadir o cambiar el método según los géneros que cada país puede ofrecer. Se pueden echar en las marmitas algunas carnes, como entrañas de buey, cordero o ternera, que suplirán a la grasa, guisantes y nabos, y no saldrán más caras.”

Vienen entonces los Relatos propiamente dichos. Aquí era de temer, no que el lector se quedara frío e insensible ante el espectáculo tan horroroso, sino que se negara a darle fe, por increíble. Por eso se escribió a la cabeza de estos relatos: “Si se advierten en esta historia cosas no comunes y que sobrepasan la creencia ordinaria, tenemos los originales para constatar la verdad.”

La primera Relación está fechada en setiembre de 1650. las Damas la difundieron en París y por las provincias. Les valió socorros considerables. Hacía presente y ponía a la vista, en un lenguaje natural y pintoresco, una miseria, cuya distancia hubiera aminorado la impresión; forzaba a los más insensibles a privarse a favor de tanto sufrimientos; era como una vara de Moisés que hacía saltar las lágrimas y la limosna de la roca del egoísmo; por otro lado, para las personas caritativas que habían hecho los primeros donativos por la fe del santo sacerdote un informe que justificaba el empleo de su oro y los animaba a seguir entregando más todavía⁷⁸⁹.

⁷⁸⁹ Se ha de notar también que, por humildad y por delicadeza, Vicente no recibía las limosnas. Éstas debía ser depositadas en las manos de los párrocos de París, o de las Damas de la Caridad. Consignemos aquí los nombres o direcciones de estas mujeres admirables, pertenecientes casi todas a familias de alta magistratura, verdaderas madres del pobre y del pueblo, a las que remiten nuestros relatos: La presidenta

Este primer éxito animó a Vicente. En los meses que siguieron, aparecieron otros Relatos, cartas de Misioneros, de pobres párrocos, de oficiales de las ciudades, todas llenas de lágrimas y de gratitud, de llamadas más urgentes hechas a la caridad. Desde entonces se había fundado una especie de diario mensual, Anales de la miseria y de la caridad, cuya lectura produjo las sumas inmensas que señalaremos. Se imprimía ordinariamente en cuatro páginas in-4º, de tres o cuatro mil ejemplares, y se extendió en número cada vez mayor. Pronto hubo que reimprimir los primeros *números*, como nos dice una especie de prefacio que nos habla también del origen y del fin:

“Algunos particulares de París, habiendo seguido el movimiento que les había dado Dios para aliviar a los pobres de las fronteras en su apremiante tribulación, unos dedicados al ministerio de los altares, creyeron que no les podían hacer un regalo más hermoso que el de entregarse totalmente a ellos. Esto les obligó a dejar la tranquilidad de la ciudad para meterse en el tumulto de las fronteras; los otros se inclinaron a asistirlos con sus bienes y sus cuidados y, al ver que no podían llegar a sumas tan inmensas, recurrieron a personas de piedad que no tenían el conocimiento particular del estado de los pobres. Con este fin, se vieron obligados a comunicarles cartas que estos buenos eclesiásticos les escribían; la necesidad de escribirlas se convirtió en una necesidad de imprimirlas, y Dios que hace aparecer los efectos de su bondad cuando los hombres menos lo piensan, ha derramado una bendición tan grande sobre este trabajo que la mayor parte de los que han leído u oído estos Relatos han abierto las manos para aliviar a sus hermanos. Han sido enviados incluso a las provincias del reino, de una de las cuales procedió una suma respetable, se ha deseado que se hicieran reimprimir las primeras Relaciones para enseñar el orden y la continuidad de este empleo, que es uno de los más considerables que se den en nuestros días, ya que se refiere no sólo a la vida temporal de un gran número de personas, sino también a la vida espiritual; que debe ser el principal objeto de un cristiano, cuya ley soberana es amar a Dios con todo su corazón, y al prójimo como a sí mismo.”

Esta publicación se continuó, a intervalos más o menos regulares, durante más de cinco años, hasta diciembre de 1655⁷⁹⁰. Pronto tuvo que añadir París y sus alrededores, arrasados igualmente por la guerra civil, a las fronteras de Picardía y de Champaña. A estas piezas es a las que nosotros añadiremos algunas declaraciones de las informaciones oficiales publicadas por el Sr. Fleury y algún otro documento, que vamos a pedir la revelación de prodigios de miserias y de caridad.

de Lamoignon, y tras su muerte, ocurrida en 1651, la señorita de Lamoignon, su hija, primero corte del Palacio, luego Aubry-le-Boucher; las presidentas de Herse, calle Pavée, y Nicolai, calle Bourtibourg; las señoras Fouquet, madre del superintendente, calle Richelieu, y Joly, calle de los Blancos-Manteaux; las señoras de Miramion, calle de los Bernardins, y de Traversay, calle Saint-Martin, con el Sr. presidente Méliaud, su hermano; Por último, la señorita Viole, calle La Harpe.

⁷⁹⁰ Todas estas piezas reunidas, en número de veintinueve, forman un volumen in-4º titulado: *Recueil des Relations contenant ce qui s'est passé pour l'assistance des pauvres, entre autres de ceux de Paris et des environs, et des provinces de Picardie et de Champagne, pendant les années 1650-1655*, París, casa Savreux. –Si la Colección es más rica en piezas de este tiempo y de esta naturaleza que la colección Thoisy (*Hôpitaux*, in-4º, tom. I), por el contrario, el compendio Thoisy encierra varias piezas no menos interesantes de lo que se encuentra en la Colección, sobre todo de las Relaciones parecidas sobre las provincias de Berry, de Poitou, de beauce, de Perche, etc.; el *Magasin charitable*, etc., todas piezas que tendremos que invocar sucesivamente.

Antes de nada, dejemos claro que Vicente no se limitó su papel al de mendicante y recogedor de limosnas, que no se contentó siquiera con contribuir al alivio de las provincias por la persona de sus Misioneros y de sus Hijas de la Caridad. Prohibió todo gasto que no era absolutamente necesario: “La miseria pública nos rodea por todas partes, escribía a todas sus casas, es de temer que llegue hasta nosotros; y aunque no viniera, debemos sentir compasión por los que la sufren⁷⁹¹.”

Yendo más lejos todavía, condenó, en aquel tiempo sobre todo, su casa a las privaciones más duras; agotó la bolsa de San Lázaro para los pobres, y asignó a su alivio todas las sumas que le daban para su congregación. También, hacia el principio de la obra de las provincias, la señora de Lamoignon, en nombre de las Damas de la Caridad, había ofrecido 800 000 libras para edificar una casa y una iglesia en San Lázaro. “Esta suma, respondió Vicente estará mejor empleada en socorrer al pobre pueblo de Picardía y de Champaña.” Y, en efecto, la suma fue entregada para este uso.⁷⁹²

III. *Primeras Relaciones de los Misioneros (1650)*. Como el mal acosaba y una hora de retraso podía costar la vida a muchos desgraciados, Vicente, una vez que recibió las primeras cartas de sus Misioneros, no esperó el éxito de todas sus gestiones, pero, con los primeros socorros que pudo reunir, mandó salir, en diferentes ocasiones, hasta dieciséis o dieciocho de los suyos,⁷⁹³ que se repartieron por el Vermand, Aisne y la Thiérache, en una gran parte de Soissons y de Reims, Marne, por Rethel y Laon, comarcas más necesitadas. Los hizo seguir por algunas Hijas de la Caridad, únicas capaces de vendar tantas heridas, y suavizar tantas miserias.

Nada más llegar, el 26 de setiembre, el de Guisa escribe: “Ahora os escribo de Guisa, donde la pobreza, miseria y abandono sobrepasan todo lo que yo os diga. Han muerto cerca de quinientos desde el sitio, y hay otros tantos enfermos y languideciendo, una gran parte de los cuales se han retirado a cuevas y cavernas, más propias para alojar animales que a hombres. He ido a verlos hoy: no se sabe por dónde entrar; se encuentran abandonados de todo auxilio, y hoy apenas se ve una casa en Guisa donde puedan recibir socorro, ni un pedazo de pan; razón por la cual se mueren tantos, entre doce y quince al día, Pienso, Señor, que es urgente para conmover las entrañas de los que poseen para los pobres, los cuales morirán la mayor parte de hambre por falta de socorro. Confieso que se necesita mucho dinero; pero qué, ¿se abandonará a tantos pobres desventurados que se hallan en la impotencia de vivir más, si no se continúa socorriéndolos?”

En Ribemont, paso importante, desolado, durante todos estos años, por movimientos continuos de tropas, frecuentes alojamientos militares y guarniciones de manera estable, se contaban hasta ciento cincuenta pobres enfermos, sin otra asistencia que la que les podía venir de París. Los años 1649 1650 habían sido particularmente desastrosos para Ribemont, que no respiró siquiera con la paz de los Pirineos y tuvo que sufrir también por la guerra llamada de Devolución. En 1649, la abadía había sido arruinada por el ejército del barón d'Erlach que había llevado su furor hasta los muertos, pues

⁷⁹¹ A Gilles, en Crécy, 28 de noviembre de 1651.

⁷⁹² Declaración de Claude Daubensard, de San Quintín, quien lo sabía por F. Alexandre, procurador de San Lázaro. *Sum.*, p. 176.

⁷⁹³ Carta a Coglée, Sedan, del 6 de marzo de 1651.

había desterrado al prior Dupont, fallecido seis semanas después, para darse la satisfacción salvaje de atravesar el cadáver a golpes de estada. No había perdonado menos a los vivos. Así hizo, al año siguiente, el ejército del archiduque, compuesto en gran parte de Loreneses. El prior dom Michel de la Mer fue apresado en las bóvedas de su iglesia, despojado de sus ropas y colgado de las axilas de una viga⁷⁹⁴.

El Misionero de San Quintín escribía por su parte:

“Se descubren cada día nuevas miserias, y tan grandes, que apenas me atrevería a señalarlas, si no fueran conocidas de todos los del lugar. todos los días, después de decir la santa Misa, y distribuir el potaje a los enfermos que son ahora más de doscientos, me voy por las calles a descubrir a los que caen enfermos de nuevo, y poner a cubierto a los que están echados en las calles, y no dejar que nadie se muera sin alivio, espiritual o corporal. Ayer fui a dos barrios donde, en lugar de casas que se han derruido, hay unas veinticinco casuchas que no se habían visitado por miedo a las gentes de guerra que merodeaban sin cesar por allí y se llevaban todo lo que encontraban, en cada una de las cuales me he encontrado con dos o tres enfermos, y en una sola he visto a diez enfermos, a saber, a dos mujeres viudas cada una con cuatro niños echados en el suelo juntos, sin nada y sin ninguna ropa. No tenemos nada para asistirlos; si la caridad de París no continúa socorriéndolos, todo perecerá.

“Uno de los eclesiásticos, que hizo ayer la visita a los pobres, al encontrarse con varias puertas cerradas, se abrió paso después de llamar muchas veces, y encontró que los enfermos estaban tan débiles que no podían abrirle la puerta, que no habían comido hacía tres días y no tenían más unas pajas medio podridas. El número de estos enfermos refugiados ha sido tan grande que, sin el socorro que ha llegado de París, cuando el temor por el sitio, los burgueses, al no los poder alimentarlos, habían resuelto arrojarlos por encima de las murallas de la ciudad.

“Tenemos un monasterio de Hijas de la Orden de San Francisco, en número de cincuenta, cuya necesidad es tal que no comen más que pan de hierbas, cebada y cebollas.”

Las mismas miserias y los mismos socorros en La Fère y en Ham. El Misionero a quien habían correspondido estos parajes esperaba arrebatarse a muchos enfermos a la muerte, si continuaban ayudándole; “pues, decía él, tan pronto como se deje de ayudarles, se ponen gravísimos.” En La Fère también había religiosas benedictinas enfermas todas de hambre; apenas tenían pan como se daba a los soldados.

Esta primera Relación de setiembre anunciaba en conclusión que se había logrado salvar hasta el momento las vidas de más de dos mil personas. Pero se veían obligados por el momento a limitarse a la asistencia de los enfermos, más de mil quinientos, y costaban al menos novecientas libras a la semana. Era necesario pues continuar, multiplicar las limosnas para poder continuar también y extender el servicio caritativo.

Esta llamada fue escuchada y, al mes siguiente, los Misioneros pudieron escribir de San Quintín:

⁷⁹⁴ *Abregé de l’Hist de la ville et de l’Abaye de Ribemont* ; por dom Furey Baurin, religioso benedictino de la congregación de Saint-Maur, prior de la abadía real de Saint-Nicolas des Prés, bajo Ribemont; mss. de 1672, comunicado por el Sr. Alf Feillet. –En ese libro también es donde se puede juzgar lo que tuvieron que sufrir los eclesiásticos durante estas guerras, sobre todo cuando querían quedarse al servicio de las poblaciones desgraciadas.

“Hemos reconocido una providencia de Dios muy particular sobre nuestros pobres por el incremento de las limosnas que nos han llegado de París. No nos pueden llegar de otra parte, las mejores familias de estos barrios, que han cosechado apenas para alimentarse y los que daban tienen necesidad de recibir.

“Hemos aumentado y dado fuerza a nuestros potajes con algo de carne y multiplicado las porciones, cada enfermo tiene una, en vez de darla para dos o tres. Esto les da la vida y les devuelve la esperanza de ganársela con su trabajo. Pero nuestros gastos aumentan si tenemos en cuenta la carestía del trigo que es muy raro en esta parte: ascienden a 300 libras para San Quintín.

“Hemos realizado una revisión general de nuestros pobres de la ciudad y barrios con un canónigo y un burgués de por aquí; el número tanto de los refugiados como de los originarios es de doscientos cincuenta, de los cuales hay más de ciento veinte afectados de disentería, y los demás de fiebres ordinarias. Los polvos que les hemos dado les han servido de alivio. Vamos a necesitar más. Lo que va a multiplicar nuestros gastos es que necesitamos darles leñas para algo de fuego, y algunas camisas y mantas para salvarles la vida; ya que la humedad de sus cabañas medio abiertas, la paja podrida, la desnudez en la que se ven, les hace arrecirse de frío, y esta plaga no es menor que la del hambre y les impide curarse. Veis que es necesario que vuestra caridad se encienda para enviarnos dinero. Las religiosas de la Orden de San Francisco han recibido gran alivio en sus miserias por el socorro de sus bienhechores; se lo imploran para que las ayude a comprar un poco de trigo”.

En Guisa, los Misioneros, desprovistos de todos los utensilios necesarios, habían buscado durante quince días los medios de establecer allí los potajes. Acababan de lograrlo por fin, y la primera distribución se había hecho a trescientas personas, la mayor parte enfermos de disentería.. el número crecía de día en día, sin contar más de cien familias vergonzantes a las que asistían según sus fuerzas. “Por fin, escribían a Vicente, para dibujaros en pocas palabras la miseria de este lugar, algunos de los nuestros, que han estado en Lorena durante la gran aflicción, consideran ésta mayor. Juzgad por ahí qué necesidad tenemos de vuestro socorro.” Para Guisa solamente necesitaban 400 libras a la semana.

Se habían arriesgado hasta Marle, no sin gran peligro de ser robados como a tantos otros. El párroco les había asegurado que, desde hacía dos meses, había enterrado a más de trescientas personas, más de cien de las cuales por falta de asistencia.

En Laon, habían aumentado y enriquecido los potajes, incluyendo incluso carne y huevos a los enfermos, cuya miseria, allí como en otras partes, y siempre por falta de ropas y de mantas, se duplicaba con el frío. La misma muerte no podía disminuir el número, ya que los vacíos que dejaba eran cubierto enseguida por refugiados de los campos.

En Ham, en Ribemont, en La Fère, continuaban su resistencia con éxitos desiguales. Necesitaban para aquellos lugares, sin incluir en ellos San Quintín, 800 libras por semana. Pensaban en extender su asistencia a Vervin, donde el desamparo no era menor que en otros sitios.

Un nuevo departamento se iba a crear también a petición de los pobres párrocos de Bazoches, Fismes, Braine y lugares circunvecinos. Éstos escribían el 15 y 17 de octubre:

“Nuestras aldeas se han hecho demasiado célebres por el campamento de los ejércitos enemigos que hemos sufrido durante un mes. No puede haber duda sobre nuestras miserias; pero es inconcebible el trato que hemos recibido. Nuestras iglesias han sido profanadas, los cálices y ornamentos robados, los santos copones arrancados de nuestros altares; nuestros pobres parroquianos han vivido en los bosques y en las cavernas, donde unos han sido masacrados por el enemigo, los otros ahumados como zorros, y de esta forma familias enteras han sido ahogadas; algunos han sido llevados a su ejército para saciar su brutalidad; el resto sufre ahora el hambre, el frío y la enfermedad, ya que no les queda un grano de trigo; apenas les han dejado la camisa. Es preciso que mueran, si Dios no suscita a algunas personas para aliviarlos con sus limosnas. Se nos muere un número tan grande que, sólo en el lugar de Bazoches hemos enterrado a cincuenta en tres días. Nosotros no llegamos a todo, y nuestros cohermanos de los pueblos vecinos han muerto o están enfermos, o se encuentran sin ropa y sin pan. Significa que nuestro pueblo está sin pastores, sin sacramentos, sin pan y sin ningún auxilio; ya que lo más rico de estas comarcas no puede dar cinco centavos. Os exponemos nuestras miserias, esperando que Dios ponga remedio a nuestros males, y que el bien que nos deis os impida caer en una desgracia parecida.”

A pesar de los más de dos mil seiscientos enfermos de quienes tenían a su cargo, y de más de 6 000 libras al mes que costaba asistirlos, Vicente respondió a la llamada de estos pobres párrocos, y les envió a algunos Misioneros. Éstos, en noviembre, le dirigieron esta lúgubre confirmación del informe anterior:

“Para informaros debidamente de lo que hemos hecho desde que llegamos de París: nosotros llegamos a Bazoches el tres de los corrientes, por la mañana. Hemos visitado a los pobres del lugar, y de otros pueblos de este valle, en los que hemos visto sobrepasa cuanto os han dicho ya, Pues, comenzando por las iglesias, , han sido profanadas, el Santísimo Sacramento hollado con los pies, robados los cálices, los copones, y los ornamentos, las fuentes bautismales deshechas, de manera que hay veinticinco iglesias en esta pequeña comarca donde no se puede celebrar la santa misa. No me atrevo a hablaros del trato que las mujeres y jóvenes han recibido; pero diré para gloria de algunas que han perdido la vida por salvar su honor.

“Los habitantes de estos lugares han muerto en los bosques, mientras que el enemigo ocupaba sus casas. Los demás han regresado a ellas para acabar su vida; ya que no vemos por todas partes más que enfermos de fiebres calientes y disenterías echados en el suelo y en casas medio derruidas y descubiertas, sin ninguna ayuda, ni pan, ni leñas ni mantas. Nos encontramos a los vivos con los muertos, a niños pequeños junto a sus padres muertos, no teniendo otro auxilio que el que les ha llegado por nuestro ministerio. Por último es un golpe de la Providencia divina haber suscitado a personas para aliviar a estos enfermos. Son más de mil doscientos: juzgad cuál será el gasto. Dadles vuestro dinero; que nosotros les dedicaremos nuestras vidas”.

Al mismo tiempo, los de Guisa, de Ribemont, de Laon, de La Fêre, de Marne, de Vervins –adonde acababan de entrar- y de varios lugares más, constataban dolorosamente el aumento de sus enfermos en la estación de las lluvias y del frío. Había quinientos solamente en Guisa, y otros tantos en el resto de los lugares. Los que más dolía a estos buenos sacerdotes, es la privación de casi todo socorro espiritual donde se hallaban estos desdichados. Todas las iglesias

estaban arruinadas y saqueadas, la mayor parte de los párrocos muertos o enfermos; en la sola diócesis de Laon había ya cien parroquias en las se había interrumpido el culto. Los pobres Misioneros lo suplían de la mejor manera posible. Pero era un trabajo infinito. Tenía que ir por caminos expuestos al peligro de los merodeadores para asistir a más de mil trescientos enfermos extendidos por todo el departamento.

Más sombrío todavía era el informe de noviembre enviado por los Misioneros de San Quintín:

“No tenemos palabras, decían, para explicar las miserias que hemos visto después de nuestras últimas Relaciones. Pero si somos incapaces en esto, no lo somos menos para dar gracias a Dios por el socorro que ha llegado de París, sin el cual todos los enfermos habrían perecido de hambre y si llegara a faltar esta limosna, sería el fin de su vida triste.

“Hemos acudido a los burgueses de esta ciudad para animarles a contribuir, pero nos han dicho que era imposible y que, cuando les falte el socorro, se verán obligados a hacer salir a todos los forasteros, sanos o enfermos, para no morirse ellos mismos. Lo que nos hace creer que dicen la verdad es que uno de los más importantes, y que posee un fondo de más de 25 000 escudos en propiedad, habiendo venido a pedirnos confituras para su hija enferma; a lo que respondimos que no eran enviadas de París más que para los pobres, nos replicó que él era de ese número t que su hija, en ese estado, no había tomado, desde hacía dos días más que un poco de agua por todo alimento. Nos encontramos el otro día a un sacerdote de la ciudad muerto en la cama y descubrimos que era por no haberse atrevido a pedir. Ved así cómo necesitamos la ayuda de París; pues ahora no nos es suficiente dar de comer a los enfermos, sino que nos falta n leñas para que se calienten, que se hielan de frío, acostados sobre paja podrida, sin manta y sin camisa, no teniendo más que harapos para cubrirse, lo que aumenta nuestros gastos y la escasez de víveres. Y más si se piensa que, debido a la captura que ha hecho el enemigo de la Capelle y Câtelet, llegan corriendo hasta las puertas de esta ciudad, asaltan y lo roban todo, se llevan en rescate, a pesar de la contribución: lo que hace que no les llevemos productos sino con alto riesgo. El trigo resulta muy caro. Los huevos valen 6 libras 10 centavos el ciento, y la libra de mantequilla 14 centavos, y la leña a proporción; ved qué calamidad. Os pedimos pues limosna en nombre de Jesucristo, que os dará el céntuplo en esta vida y, y la vida eterna en la otra.”

Después de comunicar estos relatos lamentables, Vicente de Paúl redoblaba instancias caritativas. Se lee en la conclusión de la Relación de noviembre:

“Los eclesiásticos, cuyo relato habéis oído, dedican su vida al servicio de los pobres; os pedimos algo de dinero; se trata de salvar la vida de sus hermanos rescatados por la sangre de Jesucristo; todo el mundo se siente obligado; de otra forma se deja morir a los que no se alimenta, cuando se puede hacer razonablemente, como dijo un Padre de la Iglesia.

“Se necesitan 6.000 libras para la alimentación de dos mil seiscientos enfermos; no se pierden los ánimos; se espera que Dios os hará que logréis un generoso esfuerzo.

“Nuestros enfermos necesitan de alguna dulzura, un poco de confituras les produciría gran alivio.

“No tienen ropas ni camisas: se os pide tela.

“Están transidos de frío, tumbados en el suelo o en la paja podrida; alguna mala manta los resguardará; se pueden cambiar las viejas de la casa y poner nuevas: los enfermos por una parte y los criados por otra, sacarán ventaja.

“Los que comienzan a mejorar vuelven a caer pronto por falta de calzas para cubrirse los pies; un mal par de 12 centavos con zapatos los guardará.

“Las pobres iglesias están desiertas y abandonadas; se os piden unos ornamentos para celebrar la santa misa; como sea, se recibirán.”

Estas urgentes peticiones ocupaban, fecundaban la caridad, y en el mes de diciembre se pudo hacer frente todavía al enorme gasto de más de 1.500 libras a la semana. Es verdad que no menos acuciantes eran las miserias, con las que los Misioneros de Guisa, Laon, La Fère, Marle, Vervins, Ribemont y otros lugares pudieron trazar este cuadro horroroso:

Hemos hecho un repaso general de los enfermos de nuestro departamento. El número es casi siempre igual, ya que, si uno se restablece, cae otro. Son cerca de novecientos, sin incluir a los que no se puede conocer en los pueblos distantes, de los que se han muerto en cuatro meses más de cuatro mil por falta de asistencia. Y, si el socorro que se les da a los que quedan no lo hubiera enviado Dios, se habrían muerto tantos como los que caen enfermos. Da pena verlos, a unos cubiertos de sarna, a otros moteados de púrpura; unos cargados de diviesos, otros de apostemas; uno con la cabeza hinchada, el otro el vientre, éste los pies; otro se encuentra hinchado de los pies a la cabeza; y cuando eso revienta, sale una cantidad de pus, y el olor es tal que es el objeto más horrible lastimoso que se pueda ver; la causa de estos males viene de su mala alimentación, sin comer en todo el año más que raíces de hierbas y frutos malos, y un pan de centeno que ni los perros lo querrían. Procede también de los lugares subterráneos donde viven, estando llenas todas las cuevas de Guisa de estos pobres refugiados; se acuestan allí la mayor parte en el suelo sin paja ni manta; y siendo la estación húmeda ésta, yo no sé qué será mejor, o pasar la noche en los campos o dentro de estos lugares en los que se filtra el agua continuamente.

“Cuando vamos de un lugar a otro sólo oímos lamentaciones. Unos se quejan de estar abandonados en sus enfermedades, otros lloran la muerte de sus padres muertos de hambre y de necesidad. La pobre mujer se queja a nuestros pies exclamando que su marido y sus hijos se le han muerto a falta de un trozo de pan que darles; otra llora que si hubiéramos llegado antes no habría visto morir a su padre y a su madre de necesidad. Estas pobres gentes gritan tras nosotros como personas hambrientas. Uno pide pan, otro un poco de vino, el otro un poco de carne. La necesidad apremia de tal forma a los enfermos, que llegan con la lluvia y malos caminos de dos o tres leguas para recibir nuestros potajes en Guisa. Esto nos va a obligar a ir más a menudo por los pueblos a llevarles algo que comer, y mucho más para socorrerlos en su alma, Puesto que estando todos los pueblos de las fronteras sin párrocos, se mueren sin confesión y sin sacramentos, y no tienen ni sepultura. Lo que os enviamos es tan verdad que, hallándome hace tres días en un pueblo llamado Lesquielle, junto a Guisa por la parte de Landrecy, para visitar a los enfermos, había allí en una casa la carcasa de una persona muerta falta de asistencia. Este pobre cuerpo estaba todo despiezado y roído por las personas que habían entrado en el cobijo. ¿No es esto acaso una desolación extraña, la de ver a los cristiano abandonados durante su vida y después de su muerte? Es de temer que

sigamos viendo otros más este invierno, pues las lluvias y el frío no dejarán de producir muertes tanto como el hambre, la falta de leñas, mantas y ropa.”

Los de Bazoches, Fismes, Brainne, etc., daban detalles parecidos, su carta de diciembre es particularmente curiosa. Nos inicia en la organización, diríamos mejor en la táctica de su caridad. a ejemplo de los ejércitos que, al mismo tiempo, ocupaban los diversos puntos de este desdichado país, habían establecido diferentes puestos en el valle de la Vesle, de donde partían para llevar a todas partes el alimento y la vida, como los soldados el pillaje y la muerte. En esta carta también, las Hijas de la Caridad, por primera vez, hacen su dulce aparición:

“Nosotros no podríamos decir cuáles son los resentimientos para sus bienhechores; elevan las manos al cielo por su prosperidad; piden la vida eterna para los que les han salvado la temporal; pues podemos asegurar a los que les han dado limosna que, después de nuestra llegada a estos lugares, ellos han impedido que perezcan de hambre a más de siete u ochocientas personas.

“Para informaros de nuestra actitud desde la llegada de los otros eclesiásticos para ayudarnos, este es el orden que guardamos en medio de una confusión tan grande; ya que si quisiéramos recibir a todos los que se nos presentan, se necesitarían cantidades inmensas. Tenemos más de dos mil pobres enfermos o discapacitados, más de seiscientos de lo cuales debemos visitar a diario, si no queremos dejarlos morir.

“Nos hemos repartido para asistir a todo el valle, que cuenta con más treinta pueblos en completa ruina. Una de los sacerdotes se halla en un extremo del valle, en Magneux, y cuida de un cierto número de pueblos; el otro, en el otro extremo, en el pueblo de Pars, tiene también a su cargo algunos pueblos; en cuanto a mí, yo sigo en Bazoches, que es como el centro. Hacemos lo que podemos para que nadie se muera sin sacramentos. Las Hijas de la Caridad se alojan en el priorato Saint-Thibaut-lès-Bazoches. Allí hacen los potajes y los remedios para los enfermos. Vienen por turno con los billetes que les damos, para tomar su pitanza o, si no pueden caminar, se los enviamos. Las Hijas de la Caridad van a donde ellas pueden; los sangran y dan los remedios convenientes a su mal, del que vemos un cambio visible en su salud. Lo que retrasa su curación es el frío y la lluvia, por carecer de leñas, etc.”

Los Misioneros de San Quintín repiten que sus pobres no resisten sino por la asistencia de París; no hay entre los burgueses seis personas que puedan dar tan sólo dos centavos a la semana. Los habitantes de la ciudad, con mayor razón los refugiados, no comen más que un poco de salvado cocido bajo ceniza y, a falta de leñas, queman el puñado de paja que les sirve de cama. Los pobres alojados en chozas medio destapadas, en una estación de lluvias continuas, se ven obligados a levantarse de noche, alcanzando la lluvia a media pierna. Los Misioneros se admiran de que no se mueran más. Su más tierna solicitud es para treinta y cinco niños de leche, cuyas madres han muerto. “Nuestra única esperanza, dicen, está en Dios protector de los huérfanos.” Y en su *Conclusión*, especie de post scriptum que Vicente añadió siempre a las cartas de los Misioneros, el padre de los huérfanos y de los pobres, aprovechando la Navidad no deja de pedir “en nombre de Aquél que se hizo semejante a ellos naciendo en un pesebre.”

IV. *Informe oficial (1650)*. Por espantosos que sean, estos detalles sobre la miseria de nuestras provincias son de una exactitud rigurosa pues están confirmados por los informes oficiales. Los Misioneros no han exagerado nada, ni siquiera en la intención de conmover más la compasión pública; se han quedado más bien por debajo de la triste verdad. Menos aún los hijos del humilde Vicente de Paúl han querido presumir con sus servicios, cuando nos han dicho que una multitud de desdichados les debían exclusivamente la vida: los informes oficiales los señalan igualmente como la única providencia del país.

Así, el 7 de marzo de 1651, una información sobre las pérdidas experimentadas en 1650 por la diócesis de Laon, tuvo lugar ante el señor Louis de Hérissart, consejero del rey en la elección de Laon. Pues bien, en ella se ven las mismas escenas de bandidaje de los ejércitos, de la ruina y de la miseria de las ciudades y de los campos, de la despoblación causada por la huida o por la muerte; se leen los mismos testimonios de los servicios prestados por los Misioneros. Son los testimonios de La Fère que exponen “que en dicha ciudad y barrios de La Fère, que no está compuesta más que de quinientos a seiscientos hogares, han fallecido más de mil doscientas personas donde, si no fuera por las limosnas y caridades que se han hecho a diario por un Padre de la Misión de la ciudad de París a los pobres habitantes de la ciudad y de los barrios como de los pueblos, el resto del pueblo no podría subsistir, por no tener ninguna cosecha en la tierra en la que todos los granos no tienen ninguna posibilidad, por este año, de trabajarlo sin labradores.” Los de Montaigu dicen lo mismo, que “de unos seiscientos hogares, hay veinte o dieciocho, la mayor parte ocupados por pobre gente mendicante y reducidos a tales extremos que, a no ser por las caridades que se dan a diario ya en dicho barrio ya en los pueblos vecinos por un Padre de la Misión que ha llegado de la ciudad de París, la mayor parte que queda se moriría de hambre y que pasa lo mismo hasta las orillas del Aisne.”

A lo largo de este río y en las cercanías de Neufchâtel, los testigos declaran las mismas desdichas y las mismas caridades. Todas las casas son demolidas para servir a la construcción de las barracas de los soldados o para alimentar los fuegos de los campamentos, algunas veces simplemente para darse el gusto de un fuego de diversión; los granos son segados en verde y las cosechas asaltadas, estropeadas en las trojes; los viñedos son vendimiados, arrancados; y esto no sólo para matar el hambre de los hombres o alimentar a los caballos sino para venderlo todo a ínfimo precio y ganarse algo de dinero. Los oficiales también ordenan este pillaje y lo organizan en provecho propio; y lo que hacen los enemigos, lo hacen los Franceses sin vergüenza alguna; se mata por venganza, se mata para abrirse paso, se mata por no haber rescate, se mata por pasatiempo. Y sin embargo no es necesario adelantarse a la muerte, que anda bien ligera, ni ayudarla en su terrible tarea, ya que tiene lo suficiente con el hambre y las enfermedades. “La calamidad y la miseria, dicen los testigos de Neufchâtel, han hecho morir a la mitad de los pueblos de los alrededores. De lo que ha quedado, hay todavía más de la mitad enfermos por las necesidades, y se verían obligados a maldecir la vida sin las caridades que tienen lugar en dicho burgo y en muchas partes por un Padre de la Misión de París que hace grandes limosnas; sin lo cual muchos se morirían de hambre.”

En Prouvais, las casas que han escapado a las llamas de los Imperiales no se ocupan más que por “los pobres reducidos a la mendicidad y que no sobreviven sino por las limosnas que hacen Padres de la Misión de París.”

Inútil presentar más citas de éstas, todas, ya se ve, de una desoladora concordancia y uniformidad. El notario Lehault, el *Burgués de Marle*, relata más fríamente y más sumariamente; simple, en el fondo, habla como el informe oficial y como los Misioneros. En Marle, ciudad que, en esta época, no llegaba a los 1 200 habitantes, el total de las cargas, pérdidas, gastos se elevó en doce años (1636-1648), 667 080 libras, o sea 55 590 libras de media por año y, un poco más tarde, en nueve meses, de julio de 1648 a abril de 16649, ascendió a 199 100 libras. En Marle también, como en otras partes, además, los soldados se calientan con las casas de los barrios que destruyen; en los cuatro últimos meses de 1650, murieron más de ocho mil personas de toda edad, y entre otros cuarenta habitantes de los mejor acomodados. “Cantidad de otros se marcharon por no poder vivir allí; y lo que quedó en aquella ciudad era tan pobre que los tres cuartos se han visto obligados a comer pan de salvado, avena y otros granos parecidos; aún así, no podían tener la mitad de su necesidad, y había más de seiscientos pobres diariamente por las calles en necesidades que no se pueden describir.”

En una *Historia de Braine y de su entorno* (1846), el Sr. Stanislas Prioux, uno de los raros escritores que han conocido y contado algunos detalles de las fechorías de esta época, después de narrar el pillaje de la abadía de Saint-Yved, la violación y la destrucción de las ricas tumbas de los señores de Braine, monumentos de un arte admirable, añade a los sufrimientos de la poblaciones: “A cada paso se hallaban gentes mutiladas, miembros esparcidos, mujeres seccionadas en trozos después de ser violadas, hombres muriéndose bajo las ruinas de las casas incendiadas, otros conservando aún un aliento de vida en un cuerpo desgarrado, otros por último, atravesados con espetones o estacas afiladas. Se ve, en un relato del tiempo, que un pobre cultivador de Braine, habiendo negado a unos soldados una suma de dinero que no tenía, fue atado por los pies a la cola de un caballo fogoso; pegaron unos latigazos al animal que echó a galopar por senderos tortuosos. Los miembros de este desdichado fueron dislocados y deshechos; los encontraron esparcidos y los pies todavía atados a la cola del caballo cuando lo encontraron.”

La Colección de las deliberaciones de la Asamblea general del clero de Francia añade el último rasgo a esta lamentable historia del año 1650, en el mes de julio de este año, el rey va partir para la Guienne, Mazarino quiere que le siga por la Asamblea, cuya oposición se teme. Para cubrir los gastos de este viaje, manda votar una suma de 200 000 libras que se perciben de todos los beneficiarios del reino. El arzobispo de Reims pide enérgicamente exención para su provincia arruinada por la gente de la guerra; no es escuchado. El pueblo de Soissons se dispone entonces para la resistencia. El obispo hace saber al receptor general del clero que los beneficiarios de su diócesis son incapaces de contribuir con su parte con 1 657 libras 10 centavos a la suma total de 200 000 libras, propuesta que fue apoyada por el abad de Lesseville, abad de Saint-Crépin-en-Chaye, cerca de Soissons, uno de los diputados de la provincia de Reims a la Asamblea. El abad afirmaba “que el campamento que habían hecho los ejércitos del rey y los del enemigo en la diócesis de Soissons, había desolado de tal manera el campo, que no quedaba nadie; que todos los párrocos se habían arruinado, y que estaba seguro que no existía

posibilidad de que se les pudiera sacar el pago de los diezmos, muy lejos de poder pagar una tasa extraordinaria.”

Así pues, clero, nobleza, como el pobre pueblo, todas las clases estaban decididamente confundidas en la misma ruina en esta fecha de 1650, y no tenían otros recursos que la caridad de san Vicente de Paúl.

V. *Champaña y Picardía (1651)*. Y así sucedió los años siguientes. La Relación de enero de 1651 anuncia que la caridad, “que no tiene límites,” se ha extendido con los desastres de los ejércitos y que a la Picardía acaba de unir la Champaña, “la cual, habiendo sostenido durante seis meses el pesado yugo de un despiadado enemigo y el paso de los ejércitos, está en situación de decir lo que se dice del Hijo de Dios llamado el Hombre de dolores: “Oh vosotros todos, los que escucháis este relato, ved y considerad si hay dolor semejante al mío.” Y la Relación añade en su prefacio: “No diremos nada exagerado. Los originales de nuestras cartas justifican lo que nosotros alegamos. Nuestra dificultad es de expresaros en pocas palabras lo que hemos aprendido en un mes, y publicar al mismo tiempo los efectos de la divina Providencia, la cual nos compromete a redoblar nuestro gasto y a deciros que es ahora de 3 000 libras por semana. Deberíamos dejar una empresa así si Quien ha multiplicado los cinco panes en el desierto para alimentar a cinco mil hombres no nos hiciera creer que multiplicará vuestras limosnas para asistir a un número mayor en estas dos provincias.”

Vicente parece haber querido, por esta época, juzgar por sí mismo de la extensión de la miseria, ya que diversos historiadores constatan su presencia en las ciudades de Noyon, de Chauny y en toda esta diócesis. Fue, sin duda, al regreso de esta visita y por su informe, cuando él obtuvo de Ana de Austria una ordenanza que es a la vez una declaración del mal, una especie de patente y de salvoconducto para él y sus sacerdotes: “Habiéndose informado Su Majestad de que los habitantes de la mayor parte de los pueblos de estas fronteras de Picardía y de Champaña están reducidos a la mendicidad y a una completa miseria, por haber estado expuestos al pillaje y hostilidades de los enemigos y al tránsito y alojamientos de todos los ejércitos; que muchas iglesias han sido asaltadas y despojadas de sus ornamentos, y que, para sustentarse y alimentar a los pobres y reparar las iglesias, muchas personas de esta buena ciudad de Paris hacen grandes y abundantes limosnas, que son empleadas muy útilmente por los sacerdotes de la Misión del Sr. Vicente y otras personas caritativas enviadas a los lugares donde ha habido más ruinas y más males, de manera que un gran número de esta pobre gente se ha visto aliviada en la necesidad y la enfermedad, pero que al hacer esto, la gente de la guerra al pasar o alojarse en los lugares en que dichos Misioneros se encontraron, se apoderaron y saltearon los ornamentos de iglesia y las provisiones de víveres, ropas y otras cosas que estaban destinadas para los pobres, así que, si no tienen seguridad por parte de Su Majestad, les resultaría imposible continuar una obra caritativa y tan importante para la gloria de Dios y alivio de los súbditos de Su Majestad; deseando contribuir a ella con todo lo que está a su alcance, Su Majestad, por consejo de la reina regente, prohíbe muy expresamente a los gobernadores y a sus lugartenientes generales en sus provincias y ejércitos, mariscales y maestros de campo, coroneles, capitanes y demás oficiales que mandan sus tropas, tanto a caballo como a pie, Franceses y extranjeros, sean de la nación que sean, alojarse ni permitir que se aloje

ninguna gente de guerra en los pueblos de dichas fronteras de Picardía y de Champaña, para las que los dichos sacerdotes de la Misión les pidan salvaguardia para asistir a los pobres y a los enfermos, y hacerla distribución de las provisiones que les lleven, de manera que estén en plena y entera libertad de ejercer su caridad del modo y a aquellos les parezca; prohíbe además Su Majestad a toda la gente de guerra quitar nada a los sacerdotes de la Misión y a las personas empleadas con ellos o por ellos, bajo pena de muerte, teniéndoles bajo su proyección y salvaguarda especial, encomendando muy expresamente a todos los magistrados, senescales, jueces, prebostes de los mariscales y otros oficiales a quienes pertenezca, ser exactos en la ejecución y publicación de la presente, y perseguir a los contraventores, para que el castigo les sirva de ejemplo⁷⁹⁵.” De esta forma, el monopolio del salvamento se concedía a la compañía de la Misión por la autoridad real, y Vicente de Paúl, a quien ella le había investido ya con el título de capellán general de las galeras, parecía, como bien lo ha dicho el Sr. Feillet, proclamado por ella gran limosnero de Francia. En posesión de esta función pública y oficial, protegido por las autoridades civiles y militares en el ejercicio de su cargo, pudo incluir en su celo otra nueva provincia.

Como nos lo ha dicho la Relación de enero de 1651, el norte de Champaña había tenido que sufrir, durante seis meses, tanto como las fronteras de Picardía. Turenne, entregado a los Españoles, quería marchar sobre París. Para seguir su plan, se adelantó a Champaña, donde tomó Château-Porcien y Rethel (18 de marzo de 1650). Entonces invitó a los Españoles a penetrar más profundamente con él en el reino, atrajo bajo su mando a todo su ejército, mientras que el del mariscal du Plessis se encerraba en Reims. Mazarino vino a ver a du Plessis para animarle a tener suerte. el 9 de diciembre, el ministro y el mariscal se presentaron delante de Rethel, que capituló. Los dos siguieron al enemigo en su retirada, que tenía lugar por Champaña hacia le Barrois, y alcanzaron el 15, a unas leguas de Rethel, donde el ejército de Turenne fue aplastado, o tomado, o dispersado. Las poblaciones de Champaña, ya maltratadas por los Españoles, habían pagado caro, como siempre, esta victoria de los ejércitos reales. Todas emprendieron la fuga para poner bien sus personas bien sus muebles al abrigo del furor del soldado. Vicente escribió a sus sacerdotes de Montmirail que se pusieran ellos y su casa a disposición de aquellas pobres gentes. Éstos le respondieron que habría peligro para ellos mismos en ello, y que correrían riesgo de atraer la ruina a su establecimiento. “Se ha de asistir siempre a su prójimo afligido, replicó Vicente. Habiéndoos dado Dios las comodidades que tenéis, su divina majestad tiene derecho a quitároslas cuando a él le plazca. Pero aliviad sin temor a esta pobre ciudad en todo lo que podáis.” Los Misioneros obedecieron a esta caritativa orden, y recogieron en su casa la mayor parte de los muebles de estos pobres, encomendándose en cuanto a las consecuencias de su generosidad a la Providencia.

Pero aquello no era más que un servicio de alguna forma negativo, había que actuar más directamente y con más eficacia a favor de las poblaciones de la Champaña. Los Misioneros enviados sin interrupción en su socorro escribían de Reims, Rethel y pueblos adyacentes, en los primeros días de enero de 1651: “Habiendo seguido el movimiento de Dios que nos hizo dejar París para

⁷⁹⁵ Tomado por el Sr. Feillet de la colección Cangé, *ordonnances militaires*, 6, XXVIII.

la asistencia de esta comarca, llegamos a ella principios de este año. No hay lengua que pueda decir, ni pluma que pueda expresar ni oído que pueda oír lo que hemos visto desde el primer día de nuestras visitas. De ello ofrecemos un ligero croquis: todas las iglesias profanadas y los más santos misterios, los ornamentos robados, las fuentes bautismales rotas, los sacerdotes o asesinados o maltratados, o huidos; todas las casas demolidas; toda la cosecha robada; las tierras sin labor y sin sementera; el hambre y la mortalidad casi totales; los cuerpos sin sepultura y expuestos, la mayor parte, a servir de pasto a los lobos; los pobres que quedan de estos restos están reducidos, después de perder cuanto poseían, a recoger por los campos trigo o avena, germinados o a medio podrirse; el pan que hacen es como barro, y tan malsano que la vida que llevan es una muerte en vida; están casi todos enfermos, escondidos en cabañas al descubierto, o en agujeros que no se podrían apenas abordar; tendidos, la mayor parte en el santo suelo, o en paja podrida, sin otra ropa y vestidos que unos jirones; sus rostros están negros y desfigurados, que se dirían fantasmas más que hombres, su paciencia es admirable; algunos bendicen a Dios como el santo Job en el estercolero.”

Al mismo tiempo, los párrocos de los alrededores de Sainte-Menehould y de diferentes parroquias de la diócesis de Châlons-sur-Marne escribían por su parte: “Nosotros somos ahora pastores sin rebaño: el hambre nos lo ha quitado casi todo; los que nos quedan han huido o acaban poco a poco su vida languideciendo, expuestos a la inhumanidad de los soldados de todas las naciones, pero mucho más a la rabia despiadada de los Alemanes, los cuales nos lo han arrebatado todo y, no perdonando ni a los templos materiales y a los vivos, han saqueado a los primeros, de manera que no podemos celebrar la santa misa y, persiguiendo a los otros para saciar su brutalidad, nos han dado mártires: dos mujeres una vez quemadas vivas en una casa donde ellos habían hecho fuego, y otro ahogándose al querer atravesar un río. Véase el estado deplorable de estos barrios. Además de todas estas crueldades, los pobres se ven de tal forma obligados por el hambre que los devora, que se ven obligados a ir con sus hijos a pedir pan a las puertas de estos bárbaros.”

¿Cómo hacer frente a tantas miserias, más temibles que los Alemanes y los Españoles? Una asamblea de mujeres caritativas y un pobre sacerdote son alma y son guía, sin otra cosa que oponer a este enemigo que unos pobres sacerdotes y hermanos de la Misión, lograron no obstante más victorias sobre él que las tropas reales sobre los ejércitos coaligados. Sin abandonar ninguno de los puestos de Picardía, se resolvieron a ocupar también los puestos más amenazados de Champaña.

En todas las fronteras de Picardía, recorridas hace un momento, se dirigieron convoys de mulos cargados de víveres para los hambrientos, de ornamentos para las iglesias, de vestidos y de mantas para los enfermos, aunque todos estuvieran llamados a tomar parte en estos socorros, todos, ay, no pudieron ser elegidos. Sin embargo, era de todas partes un concierto de alabanza y de agradecimiento. “No se puede decir, escribían también los Misioneros, qué alborozo estalla en nuestras fronteras; no se habla de otra cosa; y aquellos de nuestros enfermos que se curan por este socorro lanzan gritos al cielo por sus bienhechores. Ha habido tantos que en el solo lugar de Guisa de quinientos enfermos que teníamos, se han curado trescientos, a los que hemos comprado unos útiles para ganarse la vida según cada uno.” Pero el gasto no disminuía por ello, porque los Misioneros habían transportado a treinta y cinco pueblos

del decanato de Guisa los socorros que la curación de los enfermos de la ciudad dejaba a su disposición. Allí, en efecto, habían encontrado a más de seiscientas personas reducidas a una miseria tal que habiéndose comido ya los escasos granos de su cosecha, se tiraban a las carcasas de perros y de caballos, que habían dejado los lobos. Ellos recorrían todos estos pueblos con un caballito siempre cargado de víveres, y mientras que los Hermanos distribuían todas estas limosnas, cuidaban, vendaban a los enfermos, ellos confesaban a todos estos desdichados. Lo mismo en los pueblos de las cercanías de Laon donde, algunos días antes, se habían encontrado muertos en el pavimento a tres pobres del campo.

En San Quintín, el gasto no había podido disminuir como en Guisa, por causa del gran número de los enfermos y refugiados. Los artesanos, en su mayor parte sin trabajo. Abandonaban a mujeres e hijos para buscarse la vida en otra parte. Pero eran seguidamente remplazados por grupos de campesinos que venían a morir en los brazos de los misioneros, después de llevar una vida de muerte. Y sin embargo, por esta parte había que ir más lejos por los pueblos, de los que los Misioneros decían:

“En cuanto a los pueblos donde hemos entrado, no hay nada que pueda expresar lo que vemos. Más de cincuenta pueblos están abandonadas de los pastores; los pobres no saben lo que es pan; si tienen, está compuesto sólo de paja de avena mezclada con salvado, después de comerse a los caballos y a los perros, ellos rascan la tierra en busca de raicillas para calmar su hambre. Cuatro buenos párrocos, a quienes se presta asistencia que ha sido enviada de París, se han unido a nosotros; vamos a estos cincuenta pueblos, haciendo lo que podemos por sus almas y por sus cuerpos. Pero ¿qué se puede hacer con un número tan grande? Hallándonos hace unos días en un pueblo de Vaudancour, nos aseguraron que habían muerto doscientos habitantes en ocho meses sin confesión, tres de los cuales habían sido pasto de lobos y perros.” Había mil ochocientas personas asistidas en ciento veinte pueblos de los dos gobiernos de San Quintín y de Câtelet.

La misma miseria en los treinta y cinco pueblos del valle de la Vesle, donde un niño de ocho años no había vivido en quince días más que con tronchos de berza.

Fue conjuntamente con la obra de Picardía como se comenzó la obra de Champaña. En Rethel y otras partes se vio llegar con grande júbilo a las Hijas de la Caridad, En Reims, se organizó una distribución de sopa, pero solamente para los campesinos que se, en habían refugiado allí, después de comerse hasta los granos germinados en tierra; los pueblos de la ciudad se abandonaban a la caridad de los burgueses capaces aún de socorrerlos. Se fundaron algunos hospicios en Rethel, en Boult-sur-Suippe, desolada por los Alemanes y las inundaciones; en Sommepey; en Donchery, etc. En Neufchatel, donde el ejército del archiduque había acampado durante cuatro meses, la miseria era más grande aún. Casi todos sus habitantes estaban muertos sin ninguna asistencia, y sus cadáveres se habían encontrado yaciendo en las calles. Allí comenzó en mayor escala la obra de la sepultura cristiana, a la que veremos más adelante dedicarse a nuestros Misioneros con un celo respetuoso, digno de toda alabanza que la sagrada Escritura dedica a Tobías. En el campo de batalla de Rethel, entre Semide y Sommepey, habían quedado mil quinientos o dos mil cadáveres, al cabo de dos meses, sin otra sepultura que el vientre de los perros y de los lobos, que habían devorado a un gran

número. Estos restos informes y horrorosos, desdeñados incluso por los animales, exhalaban un hedor que emponzoñaban toda la comarca. El Misionero Deschamps no retrocedió ante un deber sagrado, tan repugnante como era, y secundado por una heladita, que la envió muy acertadamente, hizo enterrar a todos estos cadáveres por la módica suma de 100 escudos que, diez días más tarde, llegado el deshielo, habría sido necesario doblar: así los muertos se habían llevado poco de la alimentación de los vivos.

Durante los meses de enero y febrero, el gasto ascendía a 3 000 libras por semana para las dos provincias, sin contar los ornamentos y las ropas enviadas a las iglesias y a los pobres. En la víspera de la Cuaresma, Vicente no se asustaba, y resolvió guardar silencio mientras que “el misterio de la Cruz, decía él, anunciaba la necesidad de dar limosna.” Pero la Cuaresma fue poco productiva y, durante el mes de marzo, había sido necesario a pesar de todo pagar 16 000 libras de letras de cambio. Así, al enviar después de Pascua la continuación de las Relaciones acostumbradas, mandó publicar, el 31 de marzo⁷⁹⁶, una *Relación extraordinaria*, en la que levantaba la voz a favor de “seis a siete mil moribundos, huérfanos o enfermos.” Solamente los obreros de San Quintín tenían al menos dos mil en ciento treinta pueblos. Además, eran quinientos huérfanos de padre y madre, desde niños de lecha a siete años, que había que alimentar y educar. Pero el objeto propio de esta Relación era la necesidad de comprar sin tardanza guisantes, habas, cebadas para sembrar las tierras. Cuatro particulares habían dado ya a este fin 12.000 libras. Suma considerable, sin duda, pero qué era esto para cuarenta leguas de regiones desiertas y sin cultivo! “Dad pues, decía Vicente; el dinero enterrado en la tierra se multiplicará al ciento por uno en esta vida!”

Después de Pascua, las Relaciones siguieron su curso. La de abril comprendía también el estado del mes anterior. En esta época se contaba con nueve o diez mil enfermos, viudas, huérfanos. El gasto de los dos meses se había elevado a 32 000 libras, y se habían dado 20 000 libras para la siembra. Pero no quedaba ya nada en caja, y se estaba a la víspera de ver morir a estos desdichados, si la caridad no resucitaba con Jesucristo. Y para animarla, se exponía el espectáculo acostumbrado de sus miserias. En Reims, donde los habitantes se habían marcado un impuesto, tenían que sufrir menos; pero las religiosas del campo no tenían más que la hierba de los campos por todo alimento. En Rethel, el pequeño resto de los habitantes había tenido que sufrir de la crueldad de los enemigos. Las mujeres se vendían, si no continuaba el socorro hasta la cosecha, más de ochocientas personas en este solo cantón, estaban condenadas a morir de hambre. Pasaba lo mismo en Espois, en Vandy, en Sommepey y en los diversos cantones de la Champaña. Se había comenzado en Pascua a socorrer en Sedan a los habitantes y a los extranjeros; se inclinaban a sostener a los católicos.

Todo había continuado en el valle de la Vesle y las demás estaciones de la Picardía. En el cantón de San Quintín, asistidos con 10 libras al mes habían podido velar por sus rebaños durante la Cuaresma. Sorprendidos por las liberalidades de París, los enemigos habían dado por sí mismo los salvoconductos para ir con seguridad a Câtelet y a los pueblos de este gobierno.

⁷⁹⁶ Algunos días antes, el 20 de marzo, había escrito a los altos oficiales de Rethel que le gritaban: “Es increíble cuánto les cuesta a estas Damas sostener el peso de un gasto tan grande, que alcanza a más de 15 000 libras al mes para Champaña y Picardía.”

A medida que avanzamos, las limosnas aumentan. La Relación de mayo y de junio las eleva a 40 000 libras para estos dos meses y expresa la esperanza que el libro de la *Limosna cristiana*, sacado a luz hacía poco, aumentará más la cifra⁷⁹⁷. Gracias a estos socorros más abundantes, los Misioneros han podido extenderse por la Tierache, y vemos aparecer en sus cartas los nombres nuevos de Rosoy, Plomyon, Hirso, Aubenton, etc. Allí también, gran desolación causada por las tropas. Casi todos los habitantes murieron. Entre los supervivientes, sólo los mejor acomodados comen de salvado de cebada; los demás no viven más que de hierbas, de lagartos y de ranas.

En los cantones de Laon y de Guisa, se tiene cierta esperanza en la cosecha, que presenta hermoso aspecto; pero, entretanto, los propios ricos envían a sus hijos a pedir limosna. Los hospitales, en buen estado, son, según su destino, casas donde poder curarse, y ya no antecámaras de la muerte.

Las noticias de San Quintín y cercanías son peores. No sólo es imposible retraer nada de los gastos acostumbrados, 800 libras por semana, sino que al no aumentar la cifra, habrá que dejarlo todo. Hay que sostener a mil doscientos refugiados del país de Santerre, a los que la inhumanidad de nuestras tropas no ha dejado nada sin contar a trescientos cincuenta enfermos a quienes no se puede ya dar carne, a trescientas familias vergonzantes, a cincuenta desdichados sacerdotes, a tres mil pobres diseminados por ciento treinta pueblos, que no tienen desde hace unos meses más que el pan que se les lleva. Todo lo cual hace estremecedora la suma de siete u ocho mil pobres que alimentar.

Salidos de las manos de los soldados, los pobres del valle de la Vesle han caído en las de los arqueros de la sal, que se llevan hasta sus camisas y las ollas. ¿No es algo raro, se pregunta aquí el Misionero, que se obligue a tomar sal a los que no tienen un pedazo de pan?” En efecto, los desgraciados no comían más que ranas y caracoles, alimento que les hinchaba el vientre y, lejos de darles fuerza, los debilitaba hasta el punto de hacerles incapaces de trabajar.

En Champaña, Reims continúa sufriendo menos que las otras ciudades. Se tuvo una procesión general el lunes de Pentecostés, para dar gracias a Dios por las asistencias venidas de París y rogarle por los bienhechores. Todos los cuerpos de la ciudad la ha seguido con una multitud tan numerosa que esta ciudad, acostumbrada sin embargo a los grandes espectáculos, no había visto nunca otro semejante. Al mismo tiempo se anunció que se celebraría cada día una misa por los bienhechores ante la tumba de san Remi, y que se escribiría a Vicente para darle gracias en nombre de todos. Por consiguiente, un canónigo, que fue más tarde arcediano de Reims, le dirigió la siguiente carta:

“Con gran satisfacción me he encargado de daros acciones de gracias en nombre de los pobres de nuestro campo por todas vuestras liberalidades para con ellos sin las cuales, se habrían muerto de hambre. Querría poder expresaros la gratitud que sienten: os haría saber que esta pobre gente emplean las escasas fuerzas que les quedan en levantar las manos al cielo para atraer sobre sus bienhechores las gracias del Dios de las misericordias.

⁷⁹⁷ Un año después, Antoine Godeau, obispo de Grasse, publicó una exhortación a los Parroquianos a favor de los socorros a los pobres de Champaña y de Picardía, donde se prueba por pasajes formales de la Escritura y razones irrefutables, que la limosna en aquel tiempo es de precepto y no de consejo (48 páginas).” Esta publicación se hizo tal vez a petición de Vicente de Paúl, quien había contado a Godeau entre los miembros de su conferencia de los Martes.

No os podría decir como es debido la pobreza de esta provincia, pues todo lo que se dice queda muy por debajo de la verdad. Mucho más creeréis a los informes de los señores sacerdotes de vuestra congregación, cuyo celo y equidad se manifiestan de tal manera en la distribución de las limosnas, que todos se han edificado grandemente. Yo os agradezco en mi nombre particular por haberlos enviado por el buen ejemplo que nos han dado.”

Souyn, magistrado de Reims, escribía por su parte:

“Creo que os habrán mostrado la memoria que envié a París, sobre el estado en que hallé la obra de vuestra caridad, y las asistencias corporales y espirituales que procuráis a los pobres del campo, a imitación de nuestro divino Maestro y Salvador de quien os mostráis cada vez más el perfecto imitador. Dos de vuestros sacerdotes han llegado a esta ciudad, uno para encargarse del dinero de la limosna, por no poder encontrar a uno en los lugares de su residencia, desprovistos de todo, y el otro para tomar una parte de todos los granos que ha comprado aquí y llevarlos a Saont-Souplet para alimento de su pobres. Así todos trabajan felizmente bajo vuestros auspicios en el alivio de los miserables, mientras vos os empleáis ahí en inflamar ese fuego divino que produce este oro para Picardía y para Champaña socorriendo a los pobres afligidos. Espero aquí al Sr. N.,⁷⁹⁸ a quien vos habéis dado la dirección general de una obra tan grande para el establecimiento de nuestros cuarteles de invierno, entiendo de los hospitales y de la subsistencia de los pobres párrocos. Nuestro almacén de cebada que proviene de vuestras limosnas, se llena siempre para hacer las distribuciones durante el mal tiempo. Continudad, Señor, estos cuidados caritativos que conservan la vida mortal a tanta gente pobre, y que les procuran la felicidad de la eternidad por todas las asistencia espirituales que se les hacen, y en particular por la administración de los sacramentos, que cesarían sin duda en muchos lugares de nuestra diócesis sin vuestro auxilio.”

Hemos visto en esta carta la mención de un Misionero constituido por Vicente de Paúl intendente o inspector general de la empresa caritativa. En efecto, fuera de los Misioneros distribuidos por las diferentes diócesis, Vicente había delegado muy tempranamente a otro lleno de tanta inteligencia como celo, a quien había confiado autoridad sobre sus cohermanos con la dirección de la obra. era su ojo y su brazo, su ministro en el departamento de la caridad extranjera. Este sacerdote tenía misión de recorrer continuamente las dos provincias para reconocer los puestos que debían ser ocupados y el verdadero estado de los pobres; para dirigir y supervisar el modo de obrar de los Misioneros, y buscarles suplentes, entre las personas caritativas en todos los lugares en los que no se podían establecer, para reglar en todas partes el gasto, aumentarlo o disminuirlo en la proporción del número y de la necesidad de los pobres y de los enfermos. De todo ello daba cuenta a Vicente, y éste, a su vez, se lo transmitía a las Damas de la Caridad en la asamblea que se tenía cada semana para las necesidades de la Obra de las provincias.

Las dos cartas de Champaña, citadas hace un momento, se han escogido al azar de entre otras cien parecidas. Se puede reproducir todavía la siguiente, escrita por Somonnet, presidente y teniente general de Rethel:

⁷⁹⁸ Tal vez era ya Almeras, segundo superior de la Misión, que nosotros vemos mencionado en las cartas de Vicente del 28 de marzo de 1653, 8 de marzo, 8 de abril y 8 de mayo de 1654, como ejercía una función parecida en Picardía, donde estuvo a punto de morir víctima de la caridad. No regresó a París hasta julio de 1654.

“Podemos, sin discusión, hallar en las caridades que ejercéis la primera forma de la devoción cristiana, puesto que, en la primitiva Iglesia, los Cristianos no tenían más que un solo corazón, y no permitían que hubiera ningún pobre en medio de ellos sin ser socorrido y asistido. Vos no lo permitís tampoco, Señor; sino que proveéis a sus necesidades con tanto orden y tanto celo, por los sacerdotes de vuestra congregación, a quienes empleáis en todos los lugares circunvecinos en los que los pobres están reducidos al pasto de las bestias, hasta comerse los perros, como yo he visto las pruebas. Ellos han salvado la vida a un número incontable de personas, y han consolado y atendido a los demás hasta la muerte.”

Inmenso debía ser el agradecimiento de Rethel, si se lo quería comparar con los sufrimientos y los servicios. En Rethel, en efecto, estaba, para Champaña, el fuerte de la calamidad. Muertes, pillajes, incendios, sacrilegios, violaciones, muertos por enfermedad o por hambre. A falta de carne muerta, única carne que hubiera, se comía el grano en tierra, lo que unido a los estragos causados por la caballería, debía traer la penuria.

En efecto, la cosecha es nula. Lo poco que queda será arruinado por las tropas. La guerra, suspendida en invierno, se reanuda en verano. Los príncipes no se han reconciliado con la reina. Marle es de Condé, y el mariscal de Aumont acampa a tres leguas de esta ciudad, a la que observa. El coronel Roze, a sueldo de la regente, recorre el Hainaut. Hirson es conquistado y reconquistado. El condado de Marle es un campo de batalla. El príncipe Wurtemberg cruza la frontera con tres mil hombres, amenaza a la Capelle, obliga a Vervins a rendirse y cañonea a esta ciudad inútilmente; luego vuelve en noviembre entre la Capelle y Avesnes, donde las inundaciones solas le impiden montar sus cuarteles de invierno. Mientras tanto Mazarino entra en Francia: era la señal de una guerra más encarnizada.

Ante tantos males presentes, de tantos males en perspectiva, qué hacer. En una año, se han gastado ya más de 60 000 escudos. La caridad se ha agotado como las bolsas. Se le han arrancado aún algunas limosnas, para los meses de julio y agosto, porque su cifra disminuida y la esperanza de una buena cosecha le hacía entrever el final de sus sacrificios. Pero otra vez lo mismo. La cosecha no se dio; las tasas y contribuciones exprimen al pueblo en seco; y con la esperanza en la Providencia ha tenido que comprometerse a pagar todavía 7 000 libras para el mes de setiembre. Y dónde tomarlas.

También las Relaciones, que se había esperado suspender con la miseria, vuelven. Siempre guerra, hambre más que nunca. Después de los recortes de las limosnas, aumento de la miseria. La guerra echa a los pobres de los pueblos a los bosques; el hambre los expulsa de los bosques a las ciudades. Se refugiaron en gran número en San Quintín; han huido ante nuestro ejército, que no ha perdonado ni sagrado ni profano. Entre ellos, hay cuatrocientos o quinientos enfermos. Algo horrible, los habitantes de San Quintín, hambrientos otra vez por este aumento de población, ha expulsado a doscientos que han sembrado los caminos de cadáveres. Así poco más o menos en todas las fronteras de Picardía.

En Champaña, en Reims, en Sommepey, en Saint-Souplet, y sobre todo en Rethel, en Château-Porcien, en Vousigny, la estancia de tropas lo ha echado todo a perder. Lo poco que ha escapado a escapado a los soldados y a los caballos se lo han comido los ratones, esta otra plaga de Egipto, y los pobres se han visto reducidos a comerse los ratones a su vez.

Así ha acabado este desastroso año de 1651. Consultemos una vez más el informe oficial, tan sombrío como los relatos de los Misioneros, y luminoso, como siempre con los únicos rayos de su caridad. Constata la invasión de las ciudades por los campesinos, arrastrando tras ellos a sus mujeres y a sus hijos: ejército de la miseria detrás del ejército enemigo. “En la sola ciudad de Laon, declara la Sra. Tassart, gobernador de esta ciudad, se contaron más de dos mil quinientos que estaban sin cesar llamando a las puertas y languideciendo, y que los habitantes se vieron obligados a asistir para no dejarlos morir de hambre, y con todo una gran parte murió en los hospitales como en las calles.” Laon no quiso echar a estos desgraciados como lo hizo San Quintín; pero, temiendo que una invasión mayor le trajera el hambre y el contagio, mandó guardar sus puertas con gente de rechazar a los recién llegados.

En todas partes la misma miseria. “En Merle, escribe el notario Lebaut en su diario, una parte de los habitantes sólo vive de pan de avena y de salvado; el resto se muere de hambre; había más de seiscientos pobres a diario por las calles, con una necesidades que no se pueden describir, siendo cierto que, sin las caridades que allí se han hecho y distribuido por los RR. PP, de la Misión habrían muerto más de doscientas personas de hambre.” Cómo podría ser de otra manera, cuando el trigo, según nos informa una vez más el burgués de Marle, valía catorce libras el jallois, la cebada ocho libras, la avena cinco libras y el salvado tres libras! Y esta carestía espantosa de los granos se explica, cuando uno se acuerda que, todo este año de 1651, sin graves acontecimientos militares, esta región fue constantemente atravesada una y otra vez, batida y saqueada por las tropas españolas y francesas. Era por bandas de mil quinientos hombres, de infantería y de caballería, como los soldados iban al pillaje, oficiales en cabeza, tambores por delante, cañones por detrás. Se cosechaban los campos para vender el trigo, se saqueaba todo el pueblo que no quería o no podía pagar un fuerte rescate; y si las víctimas resolvían quejarse a los generales, éstos se contentaban con responder que la gente de guerra no recibiendo paga, se veían obligados a buscar cómo subsistir. Dichosos los querellantes cuando no se los trataba como mazarinos, y no les respondía con la espada.

No volvamos a estos detalles afrentosos de caballos muertos de sarna, podridos, malolientes, roídos ya por los gusanos, y aún así devorados por el hambre. A este cuadro añadamos tan sólo este último rasgo que nos proporciona el solo título de una mazarinada: “El relato verdadero del funesto accidente ocurrido en Picardía, en el pueblo de Mareuil-sur-Daules (Mareuil-en-Dôle), entre Soissons y Fismes (Fismes), *en el que se encontró a dos hijos alimentándose de los cadáveres o cuerpos de su padre y de su madre!*”

VI. *Champaña y Picardía (1652-1653)*. Tras un verano desastroso, con una miseria creciente, limosnas reducidas, cómo se pudo pasar el invierno de 1651 a 1652. Las cartas escritas desde Châlons, Saint-Dizier, Sainte-Menehould, Dol-le-Conte o Perthois, son lamentables. En los alrededores de Reims, los pobres, sin víveres, sin asilo y huyendo hacia las ciudades, han sido enterrados en las nieves, y veinte personas parten de Reims, bastones en mano para encontrarlos. El Rethelois está todo desierto; no se ve ya más que a los enfermos, las viudas y los huérfanos. Y como si no fuera suficiente hambre y frío, estos desgraciados tienen que defenderse también de los soldados, de los

gobernadores y de los recaudadores que los señalan rescate, impuestos y los tasan a su gusto.

En la región de San Quintín, en la que han entrado los borgoñones y nuestras tropas, las mujeres van a buscar un refugio contra el deshonor hasta en las aguas heladas; sus piernas se congelan, y deben abandonarlo. Para mitigar y engañar el hambre, los pobres pastan la hierba, arrancan la corteza de los árboles, se comen la tierra, desgarran sus harapos y acaban por roerse a sí mismos de desesperación.

Durante el mes de febrero, no transcurre un solo día en el que no se mueran más de doscientas personas de hambre en las dos provincias. Entre Reims y Rethel se ven rebaños de hombres y mujeres que rebuscan en la tierra como puercos en busca de alguna raíz. Paja cortada, podrida con tierra, ése es su único pan. Y como todos estos detalles son increíbles, los Misioneros sienten la necesidad de hacer confirmar su testimonio; en Rethel y en San Quintín, mandan escribir a los párrocos, a los magistrados y oficiales de justicia. Los de Rethel anuncian que acaban de celebrar un servicio “por la madre común de los afligidos”, la Señora de Lamoignon, fallecida el mes de diciembre precedente,

Con la primavera llegan los ejércitos. El duque de Nemours ha llamado a los Españoles a Francia, vuelto al rey, trata vanamente de cubrir las fronteras de Picardía y el enemigo empuja hasta Ribemont y Chauny, de las que se apodera. El mariscal de La Ferté viene a recuperar esta ciudad, que los Españoles han dejado atrás para ir a juntarse al ejército del duque de Lorena. Todas estas tropas en número de veinticuatro mil hombres ocupan posiciones cerca de Fismes, justo en plena cosecha, y quieren romper al ejército real, que les cierra la ruta de París. se detienen sin embargo en Champaña para esperar el resultado de la querrela del rey y de los príncipes y sacar provecho. El príncipe de Condé, abiertamente revolucionado, viene a unirse a ellos. Con todas sus tropas, aumentadas todavía con las del duque de Orléans, se sitúa entre Soissons y Fismes, donde los españoles y Loreneses le dejan entregándole un cuerpo de ejército. Se dirige a Château-Porcien y Rethel, que sólo le oponen leve resistencia, y va a sitiar Sainte-Menehould, de la que se apodera. Turena no ha podido nada contra el príncipe, cubierto por todas las fuerzas de España, y se ha contentado con marchar a lo largo del Marne. Abandonado por las tropas del duque de Orléans, tras la toma de Sainte-Menehould, Condé no se apodera de menos Bar-le-Duc, Ligny, Void, y Commercy. Allá, los Españoles una vez separados de él, Turena sale de Saint-Dizier y le persigue hasta la frontera de Luxemburgo la que le obliga repasar. Pero se han de tomar las ciudades de las que se había adueñado y, por lo tanto, de alguna forma, una ruinoso campaña, cuyo honor viene a compartir Mazarino con Turena y La Ferté, haciéndose anunciar como el libertador de la región!

Tales son los principales sucesos militares de este año de 1652. Lo que tuvieron que sufrir las poblaciones de Picardía y de Champaña, por parte de los franceses y del enemigo, ya se sabe por lo que precede y para qué repetirlo. Iglesias t abadías, ciudades y campos, vida y felicidad de los habitantes fueron presa de las mismas devastaciones, de las mismas violencias. . “Los pueblos, ha declarado un magistrado de Laon, muriéndose de hambre, no tenían siquiera la libertad de ir a buscar raíces y hojas de árboles de las cuales se servían para sustentarse.” Las ciudades, también esta vez, se atestaban:

“Había en la ciudad de Laon tal desorden por la cantidad de pobres con sus mujeres e hijos, que la ciudad estaba infectada y muchos morían en el pavimento y en los hospitales,” dice un testigo; y otro afirma que, “en 1652, la infección fue tan grande en Laon y trajo tan malos aires que causó gran cantidad de enfermedades de las que murió un gran número.”

Lo mismo sucedió en todas partes, como en todas partes no hubo recurso más que en la caridad de los Misioneros. El notario Lebault escribe en 1652: “Hace dos unos años que los RR. PP. de la Misión distribuyen grandes caridades a los pobres tanto de Marle como de lugares vecinos, van a vendar y curar a los enfermos en sus casas como en los Hôtels-Dieu y otras partes, eso ha causado un bien y provecho que no se puede encomiar lo suficiente ni expresar de manera alguna, siendo cierto que sus beneficios, cuidados y diligencias han logrado evitar la muerte a un gran número de personas que, sin sus asistencias, se habrían muerto de hambre. Aparte de esto muchas familias honradas, tanto de esta ciudad como de otro lado, que por vergüenza no se atrevían a descubrir sus miserias, han recibido también un socorro muy particular, así como muchos sacerdotes y párrocos que, por no recibir ninguna renta de sus beneficios, ni tampoco de su bienes patrimoniales necesitaban de la caridad pública y común.”

Maestro Nicolás de Francia, gran arcediano de Laon, atestigua los mismos socorros entregados por los Misioneros a los párrocos y a las iglesias de esta diócesis. De trescientas parroquias, había mas de ciento cincuenta abandonadas; y, dice el gran arcediano, “el resto de los párrocos que allí residen ahora no subsisten sino por las limosnas de París, según se puede saber por el señor Vicente, quien tiene un hombre de la Misión residiendo aquí para las necesidades susodichas, y no poseen otros muebles en sus casas que un poco de paja, en las iglesias que les quedan ningún ornamento, y algunos no tienen ni sobrepelliz, ni albas ni casullas que las que les han llegado por el Misionero, enviado a la diócesis de Laon para conocer la miseria de los párrocos y el estado deplorable de las iglesias.”

Y ahora escuchemos a los Misioneros, ya que ellos están siempre en sus puestos, donde no pueden, dicen ellos, abandonar a un gran número de enfermos que no esperan su curación sino por los socorros de las limosnas de París. estas limosnas crecen de mes en mes, gracias al cuadro que ellos han trazado de tantas necesidades a la caridad pública. Reducidas a 7 u 8 000 libras por mes hacia finales del año 1651, han ascendido a 10.000 en marzo, y a 13.000 en abril de 1652. Una buena parte de estas sumas ha sido empleada, como el año anterior, en comprar cebada para sembrar, enseñando la experiencia que es el mayor alivio que los pobres puedan recibir.

Después de una breve mención en el número de junio y julio, las relaciones no contienen nada, el resto de este año, en Picardía y champaña, estando llenas en adelante por el cuadro de las miserias de París y alrededores, que exponremos luego. Pero, a primeros del año siguiente, aparece una *Relación sumaria que contiene el deplorable estado de las provincias de Picardía y Champaña, y lo que allí ha pasado hasta marzo de 1653*. Se había guardado silencio, se dice, hace varios meses, para no perjudicar a los pobres de París. Pero la reanudación de la guerra fuerza a elevar de nuevo la voz.

En efecto, el año 1653, fue quizás el que trajo a la región al mayor número de gente de guerra. Durante todo el invierno, las tropas reales se habían quedado allí acampadas o de guarnición. En la primavera todo se trastorna. Mientras

Condé se dispone, desde Bruselas, a invadir Francia, Turena parte de París para ir a tomar el mando del ejército de Champaña. Con el mariscal de La Ferté toma Rethel, y cierra la provincia a Condé en retraso. Sin embargo Condé se dirige a Picardía, adonde le sigue el ejército del rey. El rey en persona, acompañado de Mazarino, viene a visitar a los dos mariscales cerca de Laon. Vervins, que ha caído en manos de la gente de Condé, pasa de nuevo a las del rey sin combate. Los Franceses arrasan el campo, acampan en Marle y en Vervins vacíos, pasan seis semanas en Ribemont frente al enemigo acampado en Fonsomme. El rey que los ha acompañado, regresa a París. Los dos mariscales vigilan la marcha de Condé, superior en número sin pensar detenerlo ni guarnecer las plazas, reservándose solamente molestarlo, si intenta algún asedio. Condé avanza hasta Roye, del que se apodera. El ejército real se lanza contra él y la región de donde saca su subsistencia, y le fuerza así a desandar el camino; la lentitud de los Españoles le ha hecho perder la ocasión de marchar sobre París. al menos busca ciudades que tomar, y hace pruebas sobre Guisa donde Turena lleva socorros. El archiduque Leopoldo llega entonces a compartir con él el mando: fuente de contrariedades de pareceres y de conflictos de autoridad. Condé se resuelve a sitiar Rocroy, diez años antes teatro de su gloria. Como sus primeros proyectos habían parecido amenazar al Boulonés, el rey parte otra vez de París para vigilar esta frontera. Mientras que el monarca visita Picardía, los dos ejército se siguen hacia Champaña. Sin poder disputar Rocroy a Condé, Turena va a tomar Mouzon. La reducción de Burdeos permite entonces llevar tropas nuevas a Flandes, Luxemburgo y Lorena, y multiplicar las bases de operaciones. Turena observa a los Españoles que amenazan las plazas de Flendre y de Artois; La Ferté se mantiene junto al Meuse para cubrir la Champaña. La corte y Mazarino, que se encuentran ya en Amiens, ya en Soissons o Laon deciden el sitio de Sainte-Menehould, defendida para Condé por un hábil gentilhomme burguiñón, el conde de Montal. Tras una larga resistencia, Sainte-Menehould capitula. El rey llega de Châlons para asistir al éxito, y sus tropas toman posesión de la plaza, cuya guarnición es llevada a Rocroy. Es el final del año y de la campaña: de un lado y del otro se vuela a los cuarteles de invierno

Lo que los Franceses mismos se permitían en cuanto a honores, algunas disposiciones tomadas este año de 1653, nos lo van a contar: “Iban, dice un magistrado de Laon, Charles de Vau, iban matando, saqueando, haciendo prisioneros y llevándose cuanto encontraban a su paso.” A ejemplo de los soldados luteranos del barón de Erlach, las tropas católicas de Turena quemaban a los desgraciados enfermos en las iglesias. La Sra. Tassart y otros diez testigos declaran sobre este hecho abominable, del que Thouars, lugarteniente del rey en el gobierno de Laon, da todos los detalles atroces: “El pueblo de Bièvre ha sido tratado con una crueldad inaudita por algunos regimientos de los ejércitos del rey, mandados por los señores del Bourg, de la Guillotièrre y otros, como lo ha sido también el pueblo de Saint-Julien, que han sido saqueados y devastados por dichos regimientos, que han prendido fuego y hasta en las iglesias de dichos lugares, y han violado a mujeres y jóvenes en la iglesia del dicho Saint-Julien, en la iglesia de dicho Bièvre, adonde todos los habitantes, mujeres y niños, se habían retirado. Los soldados, después de quemar el pueblo, pegaron fuego a la iglesia, y redijeron a esta pobre gente refugiada en el campanario a precipitarse de arriba abajo, por lo que la mayor parte se mataron o quedaron mutilados.”

No nos extrañe ya que las Relaciones de los misioneros hablen con tanta insistencia de los desastres causados por los ejércitos, del terror de los campesinos que se refugian en todas partes en las ciudades y obstruyen de tal forma los hospitales que los pobres párrocos mismos se ven obligados a permanecer en las plazas públicas.

“Esperamos, dice para concluir la primera *Relación sumaria*, que si Dios hace crecer las limosnas, el celo de los misioneros del Sr. Vicente se encenderá para distribuir las,” Es la primera vez, creemos, que el nombre del Sr. Vicente se pronuncia en estas Relaciones, e incluso que sus sacerdotes sean designados expresamente, tanta humildad y abnegación había en el Padre y en los hijos.

La guerra, como ya lo hemos dicho, habiendo durado hasta finales de este año, las *Relaciones sumarias* debieron seguirse de dos en dos meses más o menos, para mantener la caridad por las necesidades de Picardía y Champaña. En todas las llanuras de Corbie, de Péronne y de Santerre, la mies ha sido destruida por los enemigos o por las lluvias. El Vermandois, durante más de seis semanas, ha sufrido el yugo de los ejércitos y alimentado a más de cien mil bocas. Se escribe de Rethel, el 178 de octubre: “Los Padres de la Misión, que no han abandonado sus cuarteles, vuelven a comenzar sus trabajos con mayor generosidad que en el pasado, a la vista de sus nuevas miserias. Rethel, en tres años, ha sufrido cuatro asedios. Estos caritativos Padres van a visitar y animar a los pobres párrocos. Además de estos trabajos, tienen a su cargo a los soldados enfermos moribundos en los dos mercados de la ciudad y a los burgueses de Rocroy que se han salvado en este lugar, tras pérdida y toma de todo.” Se ha evacuado a un gran número a Reims con auxilios de ruta, pero el hospital no los puede recibir ya a menos de una fuerte indemnización mensual.

Los pueblos sufren más todavía, en la imposibilidad en que se está de ir a ellos, a causa de los salteadores. Y quedarán abandonados de los párrocos, si no se encuentran cinco o seis centavos por día para estos pobres sacerdotes, que consienten quedarse a ese precio.

Es siempre en las ciudades donde se concentra la miseria con la población de los campos. El sitio de Mouzón ha aumentado en Sedan, en Rethel, en Laon, en todas partes, el número de los pobres y de los refugiados. Se establece un ritmo; se los visita en las cabañas donde buscan un abrigo y se les distribuye billetes para la cocina de la caridad. Laon está tan llena de enfermos y de soldados que se han llevado a sesenta a una gruta fuera de la ciudad, por falta de sitio más cómodo.

VII. *Champaña y Picardía (1654-1660)*. Cómo debió ser el invierno de 1653 a 1654 en esta región asolada por los pasos continuos de ejércitos durante más de seis meses, y que debía también mantener a numerosas guarniciones. Una Relación publicada a últimos de marzo de 1654, y comprendiendo los tres primeros meses de ese año nos ayuda un poco.

Los Misioneros de la región de San Quintín se expusieron a merced de los corredores para visitar más de cien pueblos de donde les llegaban gritos de penuria. Allí se encontraron con horribles miserias. Algunos llevaban dos días sin un trozo de pan, lo poco que quedaba a los otros estaba tan duro y tan rudo que raspaba la garganta. A todos, los Misioneros distribuyeron víveres, ropas,

tornos y otros instrumentos de trabajo, y lograron poner a los pobres párrocos en condición de continuar su residencia entre estos desdichados.

En Rethel base de las operaciones militares, no se ven más que bandas salidas de las plazas vecinas o descendidos de los castillos que están expuestos a un perpetuo bandidaje. La miseria no ha perdonado a ninguna clase. “Los burgueses y los nobles, escriben los Misioneros, se nos ponen de rodillas por un centavo o 18 denarios.”

En los alrededores de Reims, hasta las jóvenes de condición son tentadas por la desesperación a traficar con su honor. A muchas de ellas las retiraron a casa de las Hijas de Santa Martha de Reims, algunas de las cuales habían pasado muchos días en cavernas para escapar a la brutalidad de los soldados.

Troyes ha recibido a una nueva colonia de desgraciados. Son los restos de dos regimientos Irlandeses católicos venidos de Guienne tras la sumisión de esta provincia, levantada a favor de Condé por el príncipe de Conti y la duquesa de Longueville. Son trescientos, tanto soldados lisiados como mujeres, niños y ancianos, ya que los desdichados Irlandeses, siempre tiranizados por Cromwell, relegados a algunas islas salvajes o a un cantón desierto de su país donde se habían consumido por el hambre, no sólo se enrolaban en los ejércitos extranjeros sino que llevaban con ellos a sus familias⁷⁹⁹. Troyes y Parí rivalizaron en caridad a favor de estos infelices. Se revistió su desnudez, se colocó a las jóvenes y a las viudas en el hospital de Saint-Nicolas y se adoptó a los huérfanos.

Los huérfanos, eran ya no obstante bien numerosos a cargo de los Misioneros. La visita que acababan de hacer a Laon solo les había hecho descubrir a más de seiscientos por debajo de la edad de doce años en estado de desnudez vergonzosa. Es verdad, como nos lo dice la Relación de abril y mayo de 1654, que esta región era la más afligida de Francia. Los Misioneros había tardado seis semanas en recorrerla, y habían provisto, según sus posibilidades a todas las necesidades tanto espirituales como temporales. Habían reunido a los párrocos pobres por decanatos, y les habían inspirado la resolución de servir a las parroquias abandonadas. Algunos de estos buenos pastores habían recibido dos o tres a su cargo, en las cuales no habían encontrado más que las ruinas de pobres familias refugiadas en los restos de sus cabañas o de sus iglesias. Pero habían tenido que dar sotanas a estos sacerdotes, asegurar por unos meses su miserable existencia, proporcionar ornamentos sagrados, reparar las iglesias con el fin de por lo menos cubrir la hostia de la lluvia o del viento, todo esto había acabado con los recursos. Y cómo vestir y alimentar a los seis cientos huérfanos.

Pues como se habían arreglado en otras partes. El de Rethel en particular no era más que un campo o una vasta guarnición. Ni animales, ni tierras sembradas. En Attigny, los Misioneros no habían podido encontrar siquiera un puñado de paja acostarse. Los pocos habitantes que quedaban de esta comarca, o se morían de hambre, o perecían miserablemente en las prisiones de Rocroy y otras plazas enemigas, donde habían sido arrojados por no poder pagar las contribuciones de guerra. El único recurso estaba siempre en las limosnas de París.

Y, con la hermosa estación, ya tenemos la guerra de nuevo. La primera empresa de campo está dirigida contra Condé, a quien quitarle Stenay. Es

⁷⁹⁹ Carta a Ozenne, en Polonia, del 13 de febrero de 1654.

Fabert quien se encarga mientras que Turena y La Ferté, cada uno con un ejército, observan al enemigo. El rey en persona, después de unos días pasado en Rethel, llega a Sedan, de donde va a visitar las líneas de los sitiadores. En lugar de socorrer a Stenay, Condé dirige a todas sus fuerzas contra Arras, adonde le sigue el archiduque. Arras puede aguantar por algún tiempo. Una vez tomada Stenay, todas las tropas van a juntarse a Turena, ocupado, a cierta distancia de los Españoles, en cortarles los víveres. El rey avanza hasta Péronne. Los tres cuerpos de los mariscales de Turenna, de La Ferté y de Hocquincourt, se extienden en torno a los Españoles, les libran varios combates, hasta el ataque general del 25 de agosto, en el que se les arrebatan los cuarteles a los Españoles y Loreneses. Condé que no se ha estrenado, se lanza sobre los vencedores en desorden y se retira a Cambrai. A pesar de esta clamorosa revancha, el sitio de Arras no está menos levantado. Las tropas reales prosiguen sus conquistas. Turena toma Quasnoy y La Ferté Clermont-en-Argonne; tras lo cual, una vez más, todas las tropas entran a sus cuarteles de invierno.

Era en noviembre. Durante casi todo este año todavía, los ejércitos han pasado y repasado por esta desgraciada región, arruinando, saqueando, esquilmando, quemando a los ojos mismos del rey, que no quiere ver otra cosa que el éxito de sus armas y responde, con los *Te Deum* cantados en París a los gritos de hambre de las poblaciones.

Lo que costaba a una ciudad su ocupación por tropas, incluso amigas, lo sabemos por el notario Lehault.. Marle ha recibido a una fuerte guarnición francesa que acampa allí de de enero a mayo de 1654. se compone de seiscientos doce personas, tanto oficiales y soldados como de mujeres y criados, a lo que se ha de añadir ciento sesenta caballos y más de *sesenta perros*. Pues bien, carta que pagar asciende a 94 286 libras 10 sueldos, y el notario no ha comprendido en su memoria ni el valor de los equipos extorsionados por los oficiales y soldados, que “al entrar estaban mal vestidos y al salir eran nuevos;” ni el precio de sesenta casas de las mejores de la ciudad, “destrozadas y demolidas,” de treinta casas pequeñas, arrasadas por el fuego, de mil doscientos árboles frutales cortados a ras del suelo en los huertos de Marle, todos los gastos que él estima en 100 000 libras; ni el dinero tomado a la fuerza a los habitantes ni los muebles inútilmente quemados: lo cual sería una contribución forzada de al menos 200 000 libras deducida en menos de cinco meses a una pequeña ciudad por solos los Franceses, sin contar las contribuciones y estragos del enemigo.

Por eso el *Relato sumario* que comprende la historia de estas provincias de junio a finales de 1654 no es más que un grito de angustia. Los Misioneros no tienen ya nada, y Sedan es el único lugar de la frontera a la que París, agotado por sus propias necesidades, continúa sus limosnas. Y es que Sedan es un refugio para la pobre gente del campo expulsados por la gente de guerra, y que no tiene apenas recursos, de suerte que, a falta de hospital, los enfermos yacen en las calles⁸⁰⁰. En otras partes, Los Misioneros han empleado su resto en vestir a sus seiscientos huérfanos, número alarmante en sí, pequeño número de los elegidos entre los seis mil que languidecen de hambre y de frío en las dos provincias. Sus últimas migas se han ido a los pobres párrocos, que consienten en alojarse en ruinas para no abandonar a sus rebaños.

⁸⁰⁰ Cartas a Coglée, de los 11 de junio y 20 de julio de 1653 y de enero de 1654.

Pero a los rebaños mismos, cómo alimentarlos. Todo el verano se ha pasado en alarmas y, por consiguiente, sin trabajos y sin cosechas. En Laon no se podía ni entrar ni salir, porque los soldados avanzaban hasta las murallas. De allí, los campesinos refugiados veían arder sus cabañas, y nadie se atrevía a ir a apagar el incendio, después que un desgraciado por haberlo intentado había muerto a espada. A las víctimas, la caridad cristiana cumplía un deber juntar a los verdugos. Los bandidos se querían y mataban entre ellos. Despojados y enfermos venían ellos mismos a implorar a los Misioneros, que admitían a muchos a la asistencia.

Una vez que la guerra cesó, los Misioneros se extendieron por toda la región que, en San Quintín, en Rethel, ha pagado con sus cosechas la toma de Stenay y el cese del sitio de Arras. Los habitantes que no ha destruido la guerra se han refugiado en los bosques. Las mujeres y las jóvenes, para escapar de los soldados, se han escondido en los matorrales y los arbustos, de donde se las ve salir sin zapatos, sin ropas, ensangrentadas.. Qué hicieron los Misioneros en medio de estas calamidades y durante todo este invierno. No lo podemos adivinar más que por conjeturas sacadas de sus precedentes servicios; ya que, después de la urgente demanda de fin de 1654, cesan las Relaciones hasta abril de 1655. Entonces aparece una *Nueva Relación* que comprende los primeros meses de ese año, que” ha demostrado que, por falta de fondos, se va a parar esta empresa si la caridad de los particulares no se anima.”Se había pensado guardar silencio después de entregar al público la *Colección de las Relaciones* conteniendo el trabajo de cinco años en bien de la asistencia de las dos provincias de Picardía y de Champaña, por miedo a que, demasiado comunes, fueran despreciadas y tiradas al número de las hojas volantes; pero hay que hablar todavía y hacer escuchar “como la última palabra de los pobres.”

Son primero los pobres de Irlanda de Troyes los que siguen llamando a la caridad pública. A los del año anterior han venido a unirse los restos de la campaña última. Éstos se hallaban en las cercanías de Arras, y han debido atravesar lugres desolados por la guerra, con los pies descalzos por las nieves y, durante nueve días, sin un trozo de pan. Su entrada en Troyes arrancaba lágrimas de los ojos. Traían a ciento cincuenta nuevos huérfanos y a un gran número de viudas. Y, como esta multitud no tenían para empezar ni un lugar de retiro, se acostaron, en pleno invierno, en la plaza de Saint.-Pierre, y recogían por las calles lo que los perros no querían comer. Nada más conocer esta miseria, Vicente y sus Damas, a pesar del agotamiento de las limosnas, enviaron a Troyes a un Misionero, Irlandés también, con un primer tributo de 600 libras, que fue seguido de otros más, sea en dinero, sea en ropas. Se llevaron enseguida a la mayor parte de los huérfanos y de las viudas al hospital de Saint-Nicolas, y se proporcionó a los demás algunos socorros y un abrigo. Esta caridad tan insuficiente como fuera, enterneció el corazón de estos desgraciados y levantó sus ánimos. Escucharon mejor gana al Misionero, quien se puso a darles, durante la cuaresma, dos catecismos a la semana, para disponerlos a la fiesta de Pascua.

Sin embargo, aunque las bolsas estuvieran muy reservadas en Paría y la caridad fría⁸⁰¹ se continuó asistiendo a los demás puntos de Picardía y de Champaña. Laon y Rethel seguían siendo los grandes centros de la miseria.

⁸⁰¹ Carta a Coglée, del 8 de octubre de 1655.

Los hospitales estaban llenos de soldados enfermos. El trigo estaba muy caro, fuera del alcance sobre todo de los desdichados que no ganaban más que 10 o 12 sueldos por semana, de los que tenían que entregar por lo menos la mitad a la gente de guerra para resguardar su casa de la llama y de la ruina.

Tantas desgracias fatigan no sólo a la más infatigable caridad, sino hasta la fría pluma del notario Lehault, que se para bruscamente el mes de julio de 1654. Pero, en su falta, tenemos esta carta del Sr. de La Fonde, lugarteniente general de San Quintín quien, en 1655, escribe a san Vicente de Paúl:

“Las caridades que han sido enviadas, por la gracia de dios y por vuestros cuidados, a esta provincia y tan justamente distribuidas por aquellos a quienes habéis tenido a bien encomendárselas, han dado la vida a millones de vidas reducidas por la desgracia de las guerras al último extremo, y yo me siento obligado a testimoniaros los muy humildes agradecimientos que todos estos pueblos sienten. Hemos visto la semana pasada hasta mil cuatrocientos pobres en esta ciudad, durante el paso de las tropas que han sido alimentados cada día por vuestras limosnas; y existen todavía en la ciudad más de mil, aparte de los del campo que no pueden recibir otro alimento que el que les da vuestra caridad. La miseria es tan grande que no quedan ya habitantes en los pueblos que tengan tan sólo paja para dormir, y los más calificados del país no tienen con qué subsistir. Los hay incluso que poseen por más de 20 000 escudos de bienes y que, por el momento no tienen un trozo de pan, y se han pasado dos días sin comer. Esto es lo que me obliga, en el rango que tengo y el conocimiento que he adquirido, a suplicaros muy humildemente que seáis una vez más el padre de esta patria, para conservar la vida a tantos y tantos pobres débiles y moribundos a quienes vuestros sacerdotes asisten, y cumplen con toda dignidad.”

No era tiempo, en efecto, de interrumpir el alivio de sufrimientos que la guerra iba a mantener u a renovar durante tres o cuatro años todavía. En el mes de mayo de 1655, Turena reúne a su ejército en Picardía; la corte se adelanta hasta La Fère, y la campaña comienza. En un consejo de guerra celebrado en Laon entre Mazarino y los mariscales de Turena y de La Ferté, se resuelve asediar a Landrecies para despejar el camino de Quesnoy, y los dos mariscales cercan la plaza. Condé llega demasiado tarde en su ayuda y Landrecies capitula; pero sus partidarios corren el campo hasta Ribemont. Los Españoles se retiran luego detrás de Valenciennes, y el rey que, por miedo, se había refugiado en Soissons, se une a su ejército y entra con él en país enemigo. Se sigue por el Sambre hasta cerca de Thuin y se vuelven a apostarse en Babay. De allí, pasan el Escalda por debajo de Bouchain, y el príncipe de Condé, siempre perseguido, se retira a Tournay. Turena se aprovecha para tomarle la ciudad de su nombre, luego Saint-Guillain. Cada ejército fortifica entonces sus plazas, y la campaña acaba con movimientos de recíproca observación.

Una Relación de diciembre de 1655, la última que hemos encontrado⁸⁰², no puede más que constatar la incapacidad de socorrerla a causa de la frialdad general de la caridad. “No tenemos ya palabras, dice ella, para expresar los gritos y los gemidos de estos pobres pueblos. La caridad nos obliga a exponer una vez más a los ojos de todo París la enormidad de sus plagas, a fin de

⁸⁰² Ha sido citada por el Sr. Feillet. –Se ha debido o imprimir otras, ya que san Vicente de Paúl en su carta antes citada del 28 de julio de 1656, habla de la impresión de estas Relaciones como durando todavía.

hacer inexcusables a los que los hayan cerrado.” Habla de la desesperanza de Laon y de Rethel a las que nos vemos forzados a negar pan. En San Quintín “el Hôtel-Dieu no pudiendo ya recibir por incapacidad a todos los pobres refugiados, yacen en las calles, enfermos del flujo de sangre, infectados de basuras y gusanos, en una extrema desnudez y abandonados de todo auxilio, hallándose a pocas personas que se atrevan a acercarse, tal es el horror que producen dado su mal olor. Un Hermano de la Misión ha regresado a los lugares, ha alquilado una mala granja, ha hecho llevar allí a cien de estos pobres moribundos, y les ha hecho asistir según el escaso dinero que se le envía. Se ha pasado visita a varios pueblos, donde se han hallado objetos dignos de la última conmiseración. Los pobres no habitan ya en sus casas, han sido derruidas; no les quedan más que algunos agujeros en los que se meten sin un haz de paja colocarlos, habiendo sido consumido todo por los ejércitos, Había todavía en el *Magasin*⁸⁰³ algunos restos de ropas con los que revistió a 38 pobres en el Grand-Fresnay, donde se ha descubierto a 80 huérfanos en la última desnudez y extrema hambre. Se ha revestido a algunos otros pobres labradores totalmente arruinados en los pueblos de Bonciour, Grusy, Brenanville, Montigny, etc. Pero esto no es nada en medio de un número tan grande, que no puede esperar otra cosa que la muerte este invierno, si Dios no toca el corazón de los que los pueden socorrer.”

Qué pasó este invierno. Nadie lo podría contar; pero el año siguiente, había que volver a empezar. En 1656, en efecto, siempre en el mes de mayo, Turena va a tomar de nuevo el mando de Picardía. Se enfrenta a otros adversarios, ya que el archiduque Léopold ha regresado a Viena, y ha sido reemplazado en el gobierno de los Países Bajos por don Juan de Austria. Avanza hacia Tournay que encuentra defendiéndose, y se dirige a sitiar Valenciennes. Condé ataca en su líneas y hace prisionero a La Ferté, cuyas tropas aplasta. . Turena retrocede entonces hacia Quesnoy, y los españoles vuelven a apresar a Condé. El mariscal, al verlos venir hacia él, abandona su campo cerca de Lens, y se dirige a Houdain entre Arras y Béthune. Mientras el enemigo sitia a Saint-Guillain, marcha contra La Capelle de la que se apodera y este movimiento deja libre la plaza sitiada. No tiene más que revitalizar sus plazas, operación que ocupa la última estación del año.

En 1657, antes incluso de ponerse en campaña, se ha perdido Saint-Guillain. Turena marcha sobre Cambray, y Condé llega a Valenciennes. Tras una viva escaramuza provocada por este encuentro, Turena se retira hacia San Quintin. Para echar al enemigo de la Flandre, La Ferté, libre de las manos de los Españoles, sitia Montmédy en Luxemburgo, mientras que Condé intenta vanamente sorprender a Calais. Montmédy concentra entonces toda la atención. De La Fère, donde se encuentra desde un principio de la campaña, la corte se adelanta a Sedan, y le rey se aloja en Stenay. Montmédy cede. Turena se vuelve hacia Flandre y pone sitio a Saint-Venant, donde es atacado por los Españoles, que le roban el bagaje y se van contra Ardes. Pero, después de tomar Saint-Venant, sde desprende de esta plaza. El rey vuelve de Sedan a La Fère, luego a Péronne. Turena se apropia de la Motte-aux-Bois, a la que arrasa, y se dirige hacia el mar. La conquista de Mardick corona la campaña. Por último, el año siguiente, la batalla de las Dunas y la toma de Dunkerque traen la paz de los Pirineos, la cual sola pone fin a este periodo de sufrimientos.

⁸⁰³ Se hablará más tarde de este Magasin.

Al menos no habrá ya heridas nuevas, pero durante largos años todavía, cuántas llagas que cicatrizar u curar.

Mientras tanto, y en el curso de algunos años, cuyos sucesos militares acabamos de recordar, la miseria continúa siendo extrema. No lo sabemos ya por las Relaciones de los Misioneros, pero queda todavía el gran informe de 1656, de todos el más importante y el más detallado.

Los propietarios, laicos o eclesiásticos, no reciben ya rentas⁸⁰⁴; la ruina está sobre todo en el clero a quien se persigue no obstante a causa del pago de sunas de las que no tiene ni el primer céntimo. Por ello la Asamblea general del clero de Francia decide, en 1656, que las diócesis de las fronteras de Picardía y de Champaña, no estarán obligadas, hasta nueva orden, más que a probar mediante informes, tres meses antes de la celebración de las próximas sesiones de la próxima Asamblea, su ruina y su expoliación. Del gran informe de 1656, que constató que, a pesar del trasporte de la guerra a país enemigo, ciento veinte pueblos de la sola diócesis de Laon estaban todavía deshabitadas; que la mitad de las parroquias habían sido abandonadas por sus párrocos, por falta de parroquianos o de víveres; que estos desgraciados sacerdotes andaban errantes por todas partes, particularmente por los lugares célebres de peregrinación, para hallar allí algunas misas que celebrar, algunos votos que cumplir; que los otros se amontonaban en Laon alrededor de su obispo César de Estrées⁸⁰⁵, tan arruinado como ellos mismos; que los monjes de las abadías arruinadas o destruidas por la guerra venían a mendigar a las calles de Laon, de donde los remitían a las abadías de sus órdenes respectivas que también los rechazaban.

La información de 1656 constata también la interrupción del curso de la justicia. “Los sargentos reales no encuentran ya a quien hablar Las gentes a quienes ellos, con peligro de la vida, van a asignar o perseguir, no viven ya en los pueblos convertidos en soledades. Los sargentos se dirigen entonces a la plaza pública, hacen redoblar el tambor, leen en voz alta sus actas y salen huyendo⁸⁰⁶.”

Cuando los grandes ejércitos han cesado de recorrer la región, la guarnición Española de Rocroy, sigue diciendo el Sr. E. Fleury, hace una y otra vez bruscas apariciones. “Durante más de cuatro años, se la ve, parecida a una tropa de bandoleros, marcharse sin ruido de su retiro, casi siempre de noche, pasar el Aisne, atravesar la región, caer sobre un pueblo con frecuencia muy

⁸⁰⁴ “Nuestra renta ha sido intervenida por parte del rey desde hace un año”, escribe san Vicente a Berthe, el 7 de agosto de 1654.

⁸⁰⁵ En la época del proceso de beatificación, César d’Estrées, entonces retirado en Roma, no dejó de expresar a Clemente XI sus votos agradecidos. “Son tan grandes, dice él, los bienes espirituales llegados a la Iglesia por el celo y la piedad del venerable Vicente de Paúl, fundador de los sacerdotes de la Misión, que todo el mundo se interesa con una devoción igual en todo lo que puede procurar su beatificación. Asimismo viendo concurrir unánimemente a esto los deseos del rey mi amo, del clero y de toda Francia, y conociendo bien en todo el mundo las afectuosas disposiciones de Vuestra Santidad respecto de dicho piadoso fundador y de su congregación, animado por la singular veneración que profeso a este gran siervo de Dios, y por la gratitud que le conservo por los bienes espirituales y temporales que ha procurado a toda la provincia de Picardía, y en particular a la diócesis de Laon, en la época en que yo gobernaba esta iglesia, vengo también a presentar con todo respeto a Vuestra Santidad una muy humilde súplica para el mismo fin de su beatificación (7 de agosto de 1705).” –En nuestros días, en 1859, a la propuesta de un vicario general, los miembros de la conferencia de San Vicente de Paúl de Soissons han escotado para hacer levantar un altar al santo en la catedral.

⁸⁰⁶ El Sr. B. Fleury, p. 87. –Repetimos por última vez con agradecimiento que hemos sacado en este excelente folleto casi todos los detalles que no nos daban las Relaciones de nuestros Misioneros

distante, saquearlo, imponer un rescate cuando puede, quemarlo siempre. Dado el golpe, reunido el botín y colocado en grupa, estos soldados, que de lejos parecen Árabes atravesando el desierto, huyen al galope de sus duros caballos ardeneses. Han entrado ya en sus cuevas que, a algunas leguas del pueblo saqueado, no se sabe todavía que ellos han venido.” Vienen a hurgar hasta los barrios de la ciudad de Laon que, con la autorización del rey, se redime vergonzosamente al precio de un rescate anual de 340 doblones de oro, de estos saqueos periódicos. Así sucede, con mayor razón, con los burgos y pueblos, menos capaces de resistir por la fuerza. Hay cierta ciudad pequeña que continuó pagando este tributo deshonroso hasta 1659.

Una año después de la información de 1656, la última que se conserva, cuando las Relaciones desde hace casi dos años, san Vicente de Paúl, en un discurso dirigido, el 11 de julio d 1657, a la Asamblea general de las Damas de la Caridad, resume cuanto se ha hecho hasta ese día, da el descuento de las sumas, de las ropas, de los objetos de culto distribuidos, y añade: “Ciertamente, Señoras, no se puede pensar sino con admiración en el gran número de estas ropas para hombres, mujeres y niños, y también para sacerdotes; no más que en los diversos ornamentos para las iglesias despojadas y reducidas a una tal pobreza, que se puede decir que, sin esta caridad, la celebración de los santos misterios estaba desterrada, y que estos lugares sagrados no habrían servido más que para usos profanos. Si hubierais estado con estas damas encargadas de estas ropas, habríais visto sus casas ser como almacenes y tiendas de comerciantes al por mayor.

“Bendito sea Dios, Señoras, que os ha dado la gracia de cubrir a Nuestro Señor en sus altares, en sus sacerdotes y en sus pobres miembros, cuya mayor parte no tenían más que harapos y muchos niños estaban desnudos como las manos. La desnudez de las jóvenes y mujeres era incluso tal que un hombre con poco pudor no se atrevía a mirarlas; y todos a punto de morir de frío en el rigor de los inviernos. Oh, qué agradecidas debéis estar a Dios que os ha dado la inspiración y el medio de proveer a estas grandes necesidades. Pero a cuántos enfermos no habéis salvado la vida pues estaban abandonados de todo el mundo, acostados en el suelo, expuestos a las injurias del aire y reducidos al último extremo por las gentes de guerra y por la carestía de los trigos. A la verdad, hace algunos años que su miseria era más grande de lo que es hoy, y entonces se mandaban hasta mil seiscientas libras al mes. Se animaban a dar en vista del peligro en que estaban los pobres de perecer si no eran socorridos de inmediato, y se encendían unos a otros en caridad para asistirlos. Mas, desde hace un año o dos, habiendo mejorado el tiempo, las limosnas han bajado mucho. Hay sin embargo todavía cerca de ochenta iglesias en ruina, y la pobre gente se ven obligados a buscar una misa bien lejos. Ved en qué punto nos encontramos. Se ha comenzado a hacer trabajar, por la Providencia que Dios tiene sobre la Compañía.

“Así pues, Señoras, ¿no os enternece el corazón el relato de estas cosas? ¿No sentís gratitud hacia la bondad de Dios sobre vosotras y sobre los pobres afligidos? La Providencia se ha dirigido a algunas damas de París para asistir a dos provincias desoladas; ¿no os parece esto singular y nuevo?. La historia no dice que cosa semejante haya sucedido a las damas de España, de Italia o de algún otro país; estaba reservado a vosotras, Señoras, que estáis aquí, y a algunas otras que están en la presencia de Dios, donde han hallado amplia recompensa de una caridad tan perfecta.”

Pues, si bien en menores proporciones, la miseria y la caridad continuaban todavía su duelo a la vez doloroso y consolador hacia mediados del año de 1657. Qué privaciones heroicas, que esfuerzos prodigiosos necesitó Vicente de Paúl para proseguir su obra en estos últimos años, se puede juzgar por esta carta: “Nos sentimos a menudo tan agotados, que no tenemos qué enviar al mercado, y no sabemos dónde obtenerlo para pagar lo que debemos... La caridad se ha enfriado en París, porque todo el mundo se resiente de las miserias públicas de manera que en lugar de 16 000 libras que se enviaban en otro tiempo a las fronteras arruinadas, se tienen grandes dificultades ahora para enviar mil⁸⁰⁷. “Sin embargo, de 1657 a su muerte, tuvo siempre a un Hermano de continuo, ocupado, en las fronteras de Picardía y de Champaña, en la distribución de las limosnas. Era el hermano Jean Parre con quien correspondió en este asunto todas las semanas durante estos cuatro años. de esta activa correspondencia, nos quedan todavía numerosas cartas, obras maestras a la vez de caridad y de prudencia. El 21 de julio de 1657, escribe a Ham y le da misión de informarse, en cada cantón y cada pueblo del número de los pobres que necesitarán ser vestidos el invierno siguiente, para que se pueda buscar dinero y preparar los vestidos. El Hermano debía ir a visitarlos en persona o emplear en ello a personas de piedad y de prudencia “yendo directamente a la tarea.” Pero la información se debía hacer sin que los pobres supiesen el plan: “De otra manera, decía san Vicente, esconderían sus vestidos y se mostrarían desnudos.” El Hermano siguió estos sabios consejos. Hizo incluso fabricar telas para tenerla a menor coste. Al mismo tiempo en cada una de las cartas que dirigía a Reims, a Rethel y otras partes (28 de octubre, 17 de noviembre de 1657), Vicente le anunciaba las sumas que según sus memorias, le habían sido votadas por la Asamblea de las Damas para los pobres párrocos, los enfermos, los más necesitados, las iglesias y los hospitales, suma para las cuales el Hermano debía sacar de la señorita Viole tesorera de la Asamblea. En la miseria universal estas sumas eran relativamente considerables, y las Damas se sangraban para llegar a ellas, pero andaban lejos de bastar para todas las necesidades que gritaban hacia Jean Perre. También el buen Hermano se desesperaba, y Vicente le debía consolar: “Si vos no dais más que poco a los pobres por incapacidad, le escribía él en Rethel (16 de noviembre de 1658), dais mucho a Dios por afecto, puesto que le dais vuestras propias comodidades, vuestros grandes trabajos y vuestra vida; y no sólo eso, sino que querríais que todos los hombres hiciesen un sacrificio de sus bienes y de sus personas, de manera que todos los hombres que están en la tierra fuesen aliviados, y todas las almas salvadas por Jesucristo Nuestro Señor que ha dado su preciosa sangre por ellas. ¿Qué más podéis hacer, mi querido Hermano? ¿No es esto para consolaros y a la vez de que humillaros delante de Dios que os ha dado la gracia de animaros con su caridad, que consiste en querer lo que su Hijo nuestro divino Maestro ha querido, y en hacer lo que él ha hecho? Me diréis que vos no lo queréis ni lo hacéis más que imperfectamente. A Dios gracias, vivid en esta opinión y tratad de uniros cada vez más de acción y de intención a este mismo Señor.” Aparte del dinero y de los vestidos, el Hermano distribuía semillas y herramientas a los hombres, tornos e hilazas a las mujeres, para que se pudieran bastar por sí mismos con su trabajo. Vicente le recomendaba en

⁸⁰⁷ En Cabel, Sedan, 14 de noviembre de 1657.

particular visitar, en sus idas y venidas, las iglesias más arruinadas y llevar una memoria, pero eso siempre sin ruido y en el mayor secreto. Es por el lado de la restauración de las iglesias por donde haya dirigido el santo los últimos esfuerzos de la caridad de las Damas, y la última carta del hermano Jean Parre que nos queda de él, carta escrita dos meses más o menos antes de su muerte (17 de julio de 1660), habla todavía de esta limosna por excelencia, ya que estaba hecha al Dios de los pobres. sin embargo, en esta misma carta, como en todas las demás en las que se ha tratado de la reparación de las iglesias arruinadas, él no se olvida de los pobres mismos.

Esta carta se termina así: “No puedo decirlos todavía cuándo os despediréis de la Champaña.” Es pues en Champaña o en Picardía donde debió sorprender al hermano Jean Parre la muerte de san Vicente de Paúl. Desaparecido el jefe, el soldado estaba aún en su puesto. Esto es lo que pone fuera de duda la permanencia de la miseria y también de la caridad. un documento de la misma época acaba la demostración: es un cartel caritativo intitulado: *Discurso sobre la conclusión de la paz*⁸⁰⁸ En él leemos: “No es todavía el tiempo de detenernos en el camino de la misericordia... La calamidad que reina en todos estos lugares (Borgoña, Picardía, Champaña, Lorena, de Angulema, etc.) excede sin exageración a la de los años anteriores... Es pues de última necesidad no negar a estos pobres afligidos un último alivio... Las personas de probidad que han visitado estas provincias, apenas han encontrado casas en las que hubiera pan, y es algo muy raro ver en ellas una sábana y una manta; los sanos y hasta los enfermos, sólo se acuestan en paja que no se querría hacerla servir para ponerla debajo de los animales; solamente se cubren con sus pobres harapos.”

VIII. *Otras provincias aliviadas.* Se habrá advertido en esta cita nuevos nombres de provincias. Y, en efecto, Picardía y Champaña no fueron las únicas en sufrir por nuestras discordias. Leemos en una carta de san Vicente a Lambert, en Polonia, del 15 de marzo de 1652: “Es verdad que Francia se encuentra muy afligida, de modo que hay ya otras provincias casi tan desoladas como Champaña y Picardía⁸⁰⁹.” Eso se ve claro. Si nuestras provincias del norte y del este tuvieron que sufrir más que las otras, porque estaban expuestas a la vez a la guerra civil y a la guerra extranjera, la guerra civil sola bastó para asolar nuestras provincias del mediodía, del oeste y del centro.

Desde el tiempo de la primera Fronza, el Maine, el Anjou y sobre todo la Guienne se habían sublevado contra los gobernadores reales. En 1649, el mariscal del Plessis había sido enviado a Guienne para pacificar esta provincia. El año siguiente, después del encarcelamiento de los príncipes, la princesa de Condé había huido de Chantilly con su hijo el duque de Enghien, y había sido recibida en Burdeos. Al mismo tiempo, los señores comprometidos en la causa

⁸⁰⁸ La paz de los Pirineos firmada el 7 de noviembre de 1650. –Este cartel se halla en el tomo XIV del *Recueil Thoisy*. Como las *Relaciones*, acaba pidiendo que se dirijan las limosnas a las Damas de la Caridad, entre las cuales se leen los nombres nuevos de las señoras Brice y Chevalier.

⁸⁰⁹ Dice lo mismo en la carta ya citada (p. 79) a un obispo, y señaladamente de la Guienne del Périgord, de la Saintonge, del Poitou y de la Bourgogne. –Se pueden ver detalles lamentables sobre todas esas provincias en el libro del Sr. Feillet. Nosotros debemos atenemos a las provincias en las que intervino la caridad de san Vicente de Paúl, y también, en cuanto a estas provincias, circunscribirnos a los límites del tiempo en que se ejerció esta intervención. Por lo demás, sean cuales fueren el tiempo y los lugares, existiría uniformidad y casi identidad en la descripción de la miseria.

de los príncipes, La Rochefoucault en Poitou, el duque de Bouillon en Limousin, el duque de Saint-Simon en Blaye, concentraban sus fuerzas en los confines de la Guienne y venían a unirse a la princesa. La corte parte de París, atraviesa Francia y viene a apostarse en Libourne, a ocho leguas de Burdeos. Se concluye una paz momentánea; el rey entra en la plaza y regresa a París. Pero Condé, que ha obtenido el gobierno de Guienne, se revoluciona ante las negativas opuestas a sus nuevas exigencias. Se dirige hacia el Berry, entra en su castillo de Montrou, y sale para Burdeos. El rey marcha hacia Berry a su vez, es recibido en Bourges y dispersa las levadas hechas para los príncipes. Sublevado todo el partido, el príncipe de Conti, la duquesa de Longueville, se concentra en Burdeos, a donde confluyen las fuerzas reunidas en Saintonge y en la región de Aunis. Entretanto la corte se instala en Poitiers. El príncipe de Trente, hijo del duque de la Trémouille y partidario de Condé, se desvía a Saintonge, se apodera de Saintes, y marcha sobre Cognac. El conde d'Harcourt, a favor del rey, reúne a sus tropas en Niort, cruza Surgères y va a socorrer la plaza asediada, a la que se ha acercado Condé, la libera y se dirige a La Rochelle, oprimida por un oficial del príncipe, el conde de Foucault du Doignon. Condé avanza hasta Tournay-Charente sin poder emprender nada, y su ejército y el del conde d'Harcourt, separados por el río, se quedan a la vista durante cerca de tres semanas. El príncipe levanta el campo por fin, seguido por d'Harcourt, se apodera entre Saintes y Saint-Jean y desciende hacia el Dordogne. D'Harcourt le sigue todavía, toma Barbezieux, y la guerra va a concentrarse de nuevo en Guienne donde, renovada sin cesar, no acabará hasta 1659. Mazarino que ha dejado Colonia y ha venido a unirse a la corte en Poitiers, la hace avanzar hacia Anjou, donde el duque de Rohan-Chalot viene a provocar la revuelta. D'Harcourt fuerza al duque en Angers. Durante este tiempo, Condé, vigilado por d'Harcourt, ponía en defensa a sus plazas del Périgord, cuando se entera de que su hermano, al príncipe de Conti, está amenazado cerca d'Agen. Vuela en su ayuda, el conde d'Harcourt le sorprende y le fuerza a encerrarse en la plaza.

Mientras tanto las tropas reales, dueñas ya de Saintes y de Taillebourg, habían concluido la sumisión de Angers, del Pont-de-Cé, y de las dos provincias de Anjou y de Saintonge. La corte reemprende el camino de París, precedida por el ejército de Hocquincourt, al que debían unirse por el camino también las tropas dejadas en Berry a las órdenes de conde de Palluau. Ya está el rey en Blois y sus tropas se acantonan en Beaugency. Pero los duques de Nemours y de Beaufort se habían reunido cerca de Chartres y habían marchado sobre Châteaudun. Era inevitable un encuentro en la ruta de París. ¿De quién será Orléans, cabeza del paso? La Señorita llega la primera y entra por sorpresa. El rey ha dejado Blois y remonta el Loira. El ejército de los príncipes se acerca al puente de Gergeau. Turenna, por el rey, se les adelanta, y los príncipes deben dirigirse a Orléans con la Señorita. Pero, de pronto, Condé, que ha salido de Agen, cruza Francia y, por sorpresa, ha aplastado a d'Hocquincourt en Bléneau. De allí se dirige a París, en tanto que su ejército ocupa Châtillon-sur-Loing, luego Montargis. Por su parte el rey deja las orillas del río y se acerca al Sena. La guerra pues se traslada a los suburbios de París, donde la vamos a volver a ver.

Mientras tanto, este corto resumen de las operaciones militares en nuestras provincias, de 1649 a 1652, ¿no deja entrever todo lo que tuvieron que sufrir por el paso incesante de ejércitos indisciplinados, sin hablar de las levadas y

contribuciones de guerra y de las largas miserias que debieron dejar tras ellas? En efecto, varias Relaciones encerradas en el *Compendio Thoisy*, hacen de ellas la misma pintura que nuestros misioneros de Picardía y Champaña. En Maine, Tours, Blois, Perche, donde de doscientas personas ciento ochenta no tienen un pedazo de pan”más de diez mil han muerto de necesidad; unos treinta mil languidecen miserablemente y se van unos tras otros; se necesitarían diez mil libras por semana tan sólo para ni dejarles morir de hambre, pues tan caros están los víveres, cuánto haría falta para darles un poco de fuerza!” En Berry y Poitou, los labradores se comen la semilla que les dan y los gentilhombres mismos mendigan. Igualmente en Beauce, en Gâtinais, donde en seis pueblos, se han encontrado más de ochocientas familias, dos mil doscientas personas, desnudas y sin pan.

Algo antes, una nueva *Reclamación* se ha dirigido a la caridad “a favor de las provincias de Berry, Beauce, Gâtinais, Perche y demás lugares.” En Berry principalmente, en las mayores y mejores parroquias, ni diez casas donde había pan; apenas lo hay en dos casas en parroquias de doscientos hogares. El mayor número de las familias viven semanas enteras hierbas y raíces hervidas en pura agua, o de algunos trozos de animales muertos, descubiertos o recogidos en el campo. En quince parroquias se cuentan mil quinientos enfermos, que no tienen ni siquiera un poco de paja para acostarse, viudas cargadas con hijos no saben dónde conseguir pan. Además hay una multitud de ancianos, de inválidos, de huérfanos abandonados. En las calles, en los campos, en los bosques, a lo largo de los setos, se ven pobres, desnudos, en extrema debilidad, arrastrándose como animales en busca de alguna raíz. De trecho en trecho se encuentran muertos, entre otros un niño de doce a trece años, enviado por su padre a recoger algunas hierbas, y que se ha caído por debilidad en un campo donde tenía ya los ojos arrancados y comidos por los pájaros o los otros animales. Es la desolación de Sión descrita por el profeta Jeremías. Allí también los párrocos se ven obligados a abandonar sus parroquias por falta de subsistencia. A ellos, en el interés espiritual de las almas, deben ser llevados los primeros auxilios. Además. Hay que sostener a los válidos para que tengan la fuerza de recoger la cosecha, procurar remedio a los enfermos y establecer marmitas para los pobres. Pero, dice la Reclamación, no se tiene para ello ningún fondo, y el de las Caridades se ha agotado. Es preciso pues volver al primer fervor caritativo y la Reclamación anima a ello aprovechando la fiesta del Santísimo Sacramento. “Ya que, se dice en ella, este divino Salvador es levantado en los altares para miraros con misericordia y daros gracias, incluso se da todo a vosotros sin ninguna reserva, hay que presentarse ante su trono de gracia con las manos llenas de caridades y de limosnas, darle la limosna antes de pedírsela y, como lo ordena el profeta Isaías, repartir vuestro propio pan a estos pobres que tanto lo necesitan; pues él os dará, si vosotros se lo dais a sus miembros.”

Un “Nuevo Consejo importante sobre las miserias del tiempo” ensancha más el círculo de las provincias miserables. Después de un cuadro general que encierra las pinturas y detalles ordinarios: suicidios, prostitución, muertos encontrados después de roerse los dedos y los brazos, el *Nuevo Consejo* recorre sucesivamente las provincias en angustia. Un eclesiástico de Paría ha querido verlo todo con sus propios ojos. Escribe de Blois su viaje y sus tristes descubrimientos. Al pasar por Étampes y Angerville, se ha encontrado a cuatrocientos pobres. El bosque de Orléans esta lleno. En Orléans mismo ha

contado hasta dos mil, un gran número de los cuales ha hundido las puertas de la hostelería, escalando las ventanas por un trozo de pan que les hacía distribuir. Por todas partes ha encontrado la misma proporción de pobres; en la Chalerie, dos cientos; en Meung, quinientos; quinientos también en Beaugency; en Blois, una multitud, uno de los cuales sacaba una legua de medio pie de larga; en Onzain, ha predicado a cuatro o cinco esqueletos que no comían más que cardos crudos, limacos y carroñas. En suma, él estima que, sin un rápido remedio, se morirán en estas solas provincias de Orléans y del Blois más de veinte mil pobres.

Igualmente en la región de Chartres y de la Vendôme. En los alrededores de Chartres se cuentan ya doscientas o trescientas personas muertas de hambre. O asesinados por un trozo de pan verdadero. Por lo demás, no se come más que pan de helecho, potaje hecho con muérdago y ortigas. Un eclesiástico de París escribe a su vez: “He recorrido en tres semanas la Beauce, el Blois, Tours, Chartres y Vendôme; allí se mueren a montones; se entierra a los muertos de tres en tres, de cuatro en cuatro. Muertos y moribundos se ven mezclados por los caminos.” En Vendôme, se ha visto rodeado por quinientos o seiscientos pobres, de rostros cubiertos de un asqueroso lodo producido por su horrible alimentación. En los arrabales se mueren afuera en la dura tierra. En Montargis ha contado dos mil pobres. Cerca de Lorry, una mujer ha matado a sus dos hijos pequeños para alimentarse, y después se colgó.

En el Berry, se comen los gusanos crudos o jirones disputados a los perros. En todas partes, en esta provincia, se debe andar alerta contra el crimen.

Se escribe del Mans que las limosnas hechas a la Costura y a Saint-Vincent atraen a tantos pobres, que más de dieciocho mil, ya amontonados, van a morir de hambre; y, no obstante, los campos y las rutas están llenos.

En Amboise, hombres y mujeres se arrojaron sobre un caballo desollado y no dejaron ni rastro de él. Los niños se mueren mordiendo a sí mismos; y eso en cuarenta y seis parroquias de Tours. En Loches y en Beaulieu, hay ya más de doscientos muertos han echado de seis en seis a las fosas. En Marmoutiers, cinco y ocho mil pobres se han reunido de Tours y del campo al oír hablar de socorros que se distribuían allí, y cuarenta se asfixiaron en la entrega. En todas partes, los muertos y moribundos se cuentan por centenares y por miles. En sitios de cuatrocientos hogares no quedan ya más que tres personas. Por algunos datos se puede imaginar la miseria universal: un niño ha cortado con los dientes un dedo a su hermano y se lo ha comido, al no poder quitarle un limaco; una mujer no ha tenido suficiente fuerza para evitar que los perros se comieran la cara de su marido yacente muerto a su lado; además, no es raro ver a enfermos tan débiles ser devorados vivos por los perros.

Una “serie del Consejo importante del estado deplorable de los pobres” de estas mismas provincias cuenta más de treinta mil desgraciados reducidos a lo más extremo del hambre. Doscientos sesenta y siete ya han muerto sólo en la ciudad de Blois. Lo mismo en todas partes. Se desentierra los huesos de los cementerios para chuparlos. El robo está a la orden del día, ya que se prefiere morir en la horca que de hambre. Los pobres corren por de noche por las calles como lobos, hambrientos. Cerca de Tours, las rocas están llenas de cadáveres ya roídos de los gusanos. Finalmente, -y no hay nada que lo supere- padre, madre, hijos han sido hallados muertos en la misma cama!

Este es un cuadro no menos lúgubre que el de Picardía y Champaña; cuadro; cuadro que comprende a otras diez o doce de nuestras provincias y que, a

juzgar por lo que vamos a ver enseguida de París y de sus cercanías, sería aplicable a Francia casi totalmente durante este periodo de 1636 a 1660, tofo un cuarto de siglo que ha debido ser para tantos desgraciados una eternidad! Pero nos faltan las Relaciones; que son incompletas aun para las provincias enumeradas hace un momento, puesto que si. A pesar de su escaso número y sobriedad, no dejan nada que adivinar sobre la extensión y la profundidad de la miseria, no nos dicen nada de su fecha ni de su duración⁸¹⁰. Lo que echamos de menos sin embargo es que nos dicen demasiado poco sobre el orden y la naturaleza de los socorros que le fueron llevados. Aquí la mano de san Vicente de Paúl se muestra todavía. En primer lugar, es alas Damas de su Asamblea a quienes nuestras cuatro Relaciones se dirigen siempre las personas encargadas, a las mismas cuyos nombres se leen al pie de las Relaciones sobre Picardía y Champaña. Además, los eclesiásticos partidos de París para ir a visitar estas provincias han sido evidentemente enviados por él, y son probablemente todos Misioneros; al menos es sobre este informe de *Sacerdotes de la Misión* sobre el que se funda el *Consejo importante*, pieza con mucho la mejor detallada. Notemos, además, que los Misioneros se habían establecido hacía mucho en varias de estas provincias, y que era a ellos, por su reputación y su experiencia en asuntos de caridad, a quienes se debía recurrir naturalmente. En cuanto a la cifra de las limosnas distribuidas, el *Consejo importante*, dice que se eleva ya a 200 000 libras, y tal vez no incluye como la cantidad de las limosnas de Picardía y Champaña de lo que se va a tratar, los objetos distribuidos en géneros: ropas, mantas, ornamentos de iglesias, y esta cifra no es un total definido, ya que el Consejo importante tuvo al menos una *continuación*, es decir que hubo todavía al menos una llamada hecha a la caridad, a la que, sin ninguna duda, la caridad respondió. Aquí tenemos todavía una inmensa limosna que poner en la cuenta de san Vicente de Paúl, limosna hasta hoy totalmente desconocida como los sufrimientos mismos a los que se aplicó; ya que es la primera vez que estas Relaciones sobre nuestras provincias distintas de Picardía y Champaña son invocadas en una historia del santo⁸¹¹.

IX. *Suma total de las limosnas. –Sacerdotes y Hermanos. -Damas de Santa Genoveva.*

Y ahora, ¿cómo hacer el balance de las limosnas de Picardía y de Champaña? En el discurso del 11 de julio de julio de 1657, san Vicente de Paúl dijo que, desde el 15 de julio de 1656 hasta el día de la última Asamblea general (1656), se habían enviado y distribuido 348 000 libras, y 19 500 libras sólo desde esa

⁸¹⁰ Basta con decir que ni pretendemos asignar a estas relaciones una fecha segura. La miseria que describen ha sido ciertamente producida por las revueltas de la Fronda; pero, lejos de sostener que ella las haya acompañado, nos sentimos más inclinados a creer que no ha hecho más que seguir las, y que las Relaciones son de lo últimos tiempos de san Vicente de Paúl. Lo que nos confirma en esta idea es que, según lo veremos, la obra de las provincias del oeste y del centro se continuó después de él, y parece que se continuó sin interrupción.

⁸¹¹ Se sabía tan sólo de una manera general que san Vicente de Paúl había socorrido a varias de estas provincias, señaladamente de Vendome, ya que Cyprien-Gabriel de Rezay, obispo de Angoulême, escribió a Clemente XI: “In agro nostro spiritualia non modo seminavit Vincentius, sed et temporalia, nec parce nec pauca. Nobis enim de nostrissis ab eo pluribus non modicis pecuniarum summis vel in templorum decus, vel in pauperum nostrorum subsidium spendendis, ex genuinis constitit monumentis (7 de julio de 1706).” –En ninguna historia de san Vicente de Paúl, no se habla tampoco ni de Arras ni de Artois. Es sin embargo cierto, según el proceso de canonización, que los hermanos Mathieu y Jean Parre llevaron allí los mismos auxilios que a Picardía y Champaña (*Summ.*, nº 86, p. 176).

Asamblea hasta la Asamblea actual. Pero allí no se cortaron las limosnas, puesto que, en ese mismo discurso, Vicente de Paúl recomienda todavía Champaña y Picardía a sus Damas, y dice además que se ha comenzado a reparar sus últimas ruinas. Además, como también lo explica, en esta suma no están comprendidos “los vestidos, sábanas, mantas, camisas, albas, casullas, misales, copones, etc., que ascenderían, dice, a sumas considerable si se tuvieran en cuenta.” Se sobrepasaría, sin duda alguna, la suma de 400 000 libras en dinero que Vicente acusaba hace un momento, lo que ha autorizado suficientemente a Collet a decir que la totalidad del gasto, hasta la paz, para estas dos provincias solas, debía alcanzar a más de un millón. Además, se ha de notar que el humilde santo ha debido de disminuir más que exagerar la cifra de las limosnas que él recogía. Y, en efecto, leemos en una carta suya del 2 de enero de 1652: “En este momento cuesta Dios y ayuda hallar de 7 a 8 000 libras que se distribuyen el mes en Champaña y Picardía, que no es más que *la cuarta parte* de lo que se daba el año pasado.” Por lo tanto, el año precedente se había llegado a 10 000 escudos al menos por mes (un escudo 3 libras), lo que se elevaría en gastos a 100 000 escudos para el año de 1651. ¿Cómo pues, sino por humildad, señaló en el informe del 11 de julio, a 16 000 libras sólo por mes, el total de las limosnas distribuidas en el tiempo de la miseria de estas provincias? Quizás se conciliarían estas contradicciones diciendo que Vicente de Paúl no daba cuenta a sus Damas más que de la suma que ellas recibían y le remitían ellas mismas, pero que se callaba las que se procuraba él directamente, aquellas sobre todo que sustraía del bienestar y hasta de lo necesario de su familia. También consta que no hay rastro en estas cuentas de las 800 000 libras entregadas por la Señora de Lamoignon para San Lázaro, y que el proceso de canonización dice sin embargo haber sido aplicadas a la obra de las provincias. En resumen, no estaríamos lejos de la verdad, creemos, si afirmáramos que al 1.600 000 libras de la Lorena, habría que añadir 2 millones por las otras provincias; más de tres millones y medio que se deben triplicar, cuadruplicar tal vez para tener el valor actual. Y no hemos acabado aún ya que no hemos dicho nada todavía de los alrededores de París.

Lo que se desearía conocer también, serían los nombres de los sacerdotes y de los hermanos que estuvieron empleados en esta obra admirable: nombres de los ministros del rey de la caridad, que merecerían en la historia una mención más honrosa que tantos ministros públicos nacidos para la desgracia de los pueblos.

A pesar de la humilde discreción de nuestras memorias y del primer historiador de Vicente de Paúl, algunos han escapado al olvido en el que querían encerrarse para no ser conocidos más que de Dios. Hemos pronunciado ya el nombre de Deschamps, el enterrador de los muertos de Rethel, a quien veremos asistir más tarde a un mártir de la misma caridad. Citemos también a Donat Cruoly, “que pasaba los ríos, andaba descalzo, daba carreras peligrosas en medio de las tropas”, sorprendía a amigos y enemigos con su intrepidez. Al enterarse un día que las gentes de guerra acaban de robar a unos campesinos los animales, es decir su único recurso, vuela tras ellos, les da alcance en un bosque, les hace soltar la presa, les arrebató el botín y se lo lleva a sus dueños. Es Vicente mismo quien nos lo cuenta en una de sus cartas, en las que hallamos de ordinario las particularidades más gloriosas para él y los suyos porque el humilde santo no sospechaba apenas que caerían bajo los ojos de la posteridad.

Sabemos también que Almeras⁸¹² fue enviado como inspector e intendente, en 1653 y 1654, a la ciudad de Laon y a los lugares circunvecinos, donde se condujo como todos sus cohermanos. Allí cayó enfermo y no quiso que el Hermano que le acompañaba se apartara por él del servicio de los pobres.

La declaración ya citada de Claude Daubensard, en el proceso de canonización nos revela otros dos nombres de Misioneros. Daubensard “declara haber visto en San Quintín, en 1653, al Sr. Le Soudier, Misionero, y al hermano Jean Parre, que se quedaron allá más de dos años con otro sacerdote de la Congregación, llamado, cree él, Boudaise (es el Misionero de Madagascar!) y otro Hermano de cuyo nombre no se acuerda⁸¹³ los cuales sacerdotes han predicado la doctrina cristiana y visitado a los pobres de la ciudad y de los pueblos, donde los hermanos han distribuido la limosna en dinero, ropas, instrumentos de trabajo, lo que hacía llamar al Sr. Vicente el padre de los pobres⁸¹⁴.”

Las cartas de san Vicente de Paúl nombran también a los Misioneros Ennery, Berthe, Champion y Musnier, como empleados en Champaña y Picardía, luego a los Hermanos Paschal y d’Hauteville, que cayeron enfermos en el servicio de los pobres⁸¹⁵.

Y conocemos también los nombres de dos de nuestros Hermanos. El proceso de canonización nombra además a Jean Du Bourdieu, que fue cónsul en Argelia, a Nicolás Chadeuille o Chatteuille, y siempre al hermano Mathieu, inevitable en todas las empresas arriesgadas de la caridad. El hermano Mathieu, ya lo hemos visto, tuvo un digno émulo en el hermano Jean Parre, cuyas cartas leía san Vicente en la Asamblea de las Damas. En Reims y en San Quintín, Jean Parre reunió a las Damas más considerables en asamblea regular, sobre el modelo de la Asamblea de París, y las puso bajo la dirección de un buen sacerdote⁸¹⁶. Vicente se enteró por la Sra. Talon, madre del abogado general, quien se prestó a contar en la Asamblea de las Damas de París todas las hazañas de este buen Hermano. Ante este relato, una de ellas exclamó: “Si los Hermanos de la Misión hacen tanto bien, ¿qué no harán los sacerdotes? “Al humilde Vicente le agradó tanto que creyó tenerse que acusar en su próxima conferencia⁸¹⁷.”

Y acabamos de indicar otro fruto de la obra de las provincias, fruto duradero éste, como los producen todas las obras de Vicente, y que hemos visto renacer a nuestra vista.

Aun después de llamar a sus Misioneros, Vicente quiso dejar a algunos en los sitios, a quienes encargó hasta la paz general asistir a los pobres y proveer a las necesidades más urgentes de las iglesias y de los párrocos. Uno de ellos,

⁸¹² *La vie et les vertus de M. Almeras, etc.*, ; París, in-8º, 1839 p. 23, y carta a Ozenne, Polonia, del 6 de marzo de 1654.

⁸¹³ Quizás el hermano Jean Proust, empleado en las diócesis de Reims y de Noyon (carta a Oxenne del 3 de marzo de 1653).

⁸¹⁴ *Summ.*, p. 176.

⁸¹⁵ Cartas de los 19 de diciembre de 1651, 31 de agosto de 1652, 17 de diciembre de 1653, 28 de julio de 1656 y 30 de noviembre de 1658.

⁸¹⁶ La cofradía de Reims, en particular, funcionó a maravilla, como se puede ver por la carta siguiente: “Las damas de Reims se han obligado a cantidad de buenas obras, y se reúnen todas las semanas a fin de prever los bienes que pueden hacer y establecer los medios para ello. Pues ellas han emprendido el cuidado de los niños pobres, y con esta bendición, que en menos de ocho meses han colocado a cerca de 120 en oficios, sin hablar de las jóvenes de las que también han colocado a muchas (carta del 17 de abril de 1656, a Coglée, a quien el santo compromete a hacer lo mismo en Sedan).”

⁸¹⁷ Conf. del 9 de junio de 1656. –*Summ.*, p. 173.

siguiendo sus órdenes, asoció en forma de Cofradías de la caridad, en diferentes ciudades de las dos provincias de Picardía y Champaña, a las mujeres más piadosas y más consideradas por sus rangos y su fortuna. Les dio los reglamentos ordinarios, añadiendo consejos apropiados a las circunstancias. Él mismo las puso en marcha y dirigió sus primeros ejercicios. Luego las confió a la dirección de los párrocos que debían mantenerlas en las piadosas prácticas de la caridad. Sí lo hizo en particular en Reims, en Rethel, en Château-Porcien, en La Fère, en Ham, en San Quintín, en Rocroy, en Mézières, en Charleville, en Donchéry, etc. Estas asociaciones caritativas subsistieron, como todas las demás para gran provecho de los pobres. Es de una de ellas, de la de Ham, de la que habla, en la carta siguiente a Vicente de Paúl, el P. Rainssant, canónigo regular de Saint-Augustin y párroco de esta ciudad: “El Misionero, que habéis enviado a estos barrios me ha dejado el cuidado de hacer subsistir la asamblea de nuestras piadosas burguesas, y me ha dejado también trigo y dinero para alimentar y mantener a las jóvenes huérfanas a quienes se enseña un oficio capaz en pocos meses de hacerles ganarse la vida. Yo les doy el catecismo y una buena religiosa del hospital les enseña a orar a Dios y asistir a misa todos los días. Ellas se quedan todas en una misma casa. Todos los enfermos de la ciudad están bien asistidos: Hay un buen médico que las visita y receta cuanto les es necesario. Nos cuidamos de que nada les falte. Nuestras buenas damas se dedican a ello con afecto. Nunca habría esperado yo ver en esta pobre ciudad de Ham lo que ahora veo, con consuelo y admiración por igual por un efecto de la divina y muy celestial Providencia de Nuestro Señor. Los hugonotes se convierten, viendo la atención que se presta a los pobres y la caridad que se practica con los enfermos... El mismo Misionero me ha dejado con qué asistir a los pobres huérfanos y huérfanas, y los enfermos pobres de los pueblos del gobierno de Ham, y ha dispuesto de dos buenos y virtuosos párrocos para asistirme en este empleo, hasta su regreso. Vos sois, Señor, la causa de todos estos bienes, y el primer motor después de Dios.”

Esta duración y esta fecundidad de las obras de san Vicente de Paúl se manifiestan todavía aquí admirablemente.

De la misma manera que de las cofradías de la Caridad hemos visto renacer a nuestros ojos la obra de los pobres enfermos, de la obra de las fronteras nació, hace cerca de veinte años, la obra de Santa Genoveva, o la obra de las afueras de París. Cuando una obra de san Vicente de Paúl no tiene vida permanente e ininterrumpida. Es al menos el fénix el que, pronto o tarde, renace de sus cenizas, donde siempre estuvo incubada la chispa vivaz de la caridad.

En una carta del santo a Martín, superior de la Misión de Turín, con fecha del 21 de julio de 1656, leemos: “hay dos clases de damas en París que se unieron para la asistencia de los pobres. Unas son las de las parroquias que cuidan de los enfermos y tienen una especie de reglamento para hacerlo con orden y utilidad... Las otras, que pueden ser cuarenta o cincuenta, no tienen regla escrita, y su caridad no está tan limitada, pero se extiende más lejos, por diversos lugares y de muchas maneras, según las necesidades públicas. Asisten desde hace algunos años a la pobre gente de las fronteras, y han asistido incluso a aquellos de las afueras de París durante la guerra.”

Estas últimas damas son evidentemente las madres de las damas actuales de Santa Genoveva. Fue en el mes de abril de 1851 cuando algunas damas de la obra de los pobres enfermos se pusieron de acuerdo para el servicio de los

suburbios de París, y el 31 de mayo siguiente, se fundaba una casa de Hijas de la Caridad en la parroquia de las Ternes; otras dos el 26 de junio y 24 de julio en las parroquias de l'Hay y de la Chapelle-Saint-Denis; otras tres más en 1852, en Bercy, en La Villete y en el Petit-Montrouge; de suerte que, al cabo de dieciocho meses, con ocasión de la primera asamblea general del 21 de enero de 1853, el Sr. Étienne, superior general de la misión y director natural de una obra nacida de la influencia permanente o resucitada de san Vicente de Paúl, y teniendo por obreras activas a las Hijas de la Caridad, podía ya, en un informe, bendecir a la Providencia y felicitar a las Damas a la vista de los maravillosos resultados de su piadosa empresa.

Se conocen los suburbios de París, sus miserias físicas, sus miserias morales y religiosas mucho más deplorables. Pues bien, en algunos meses, por el ejercicio de la caridad cristiana y por la dulce influencia de las Hermanas, se había renovado casi la faz de las parroquias donde estaba establecida la obra. Los pobres eran visitados y asistidos, los enfermos morían fortalecidos con los sacramentos; adultos recibían el bautismo; las uniones ilegítimas se rompía o se rehabilitaban, los pecadores convertidos, los impíos devueltos al amor de la religión; los niños eran reunidos en salas de asilo, las jóvenes en clases o en obradores, las huérfanas recogidas y mantenidas en casas de caridad; otras eran retiradas del vicio por medio de las labores que les procuraban las Hermanas. Los párrocos y los alcaldes prestando su concurso a la obra nueva, extendía de día en día su acción bienhechora. Las damas de las parroquias seguían el impulso dado por las damas de París, se asociaban por sí mismas y se entregaban, con su persona y su bolsa, al servicio de los desgraciados.

Al terminar el año de 1650, la obra coprenmdía veintinueve parroquias, a saber, fuera de las seis ya nombradas, Saint-Mandé, Champigny, Menilmontant,, Le Gran Montrouge, Chatenay, Gentilly, Conflans, Belleville, los Deux-Moulins, la Maison-Blanche, Puteaux, Passy, Clamart, Montmartre, Saint-Ouen, Arceuil, Orly, Créteil, Fontenay-aux-Roses, Bourg-la-Reims, Bourg-la-Reine, Aubervilliers, Nanterre et Le Bourget. Estas parroquias estaban servidas por ciento setenta y cuatro Hijas de la Caridad. En el curso de este año, se había admitido a dos mil cuatrocientos setenta y un niños en las salas de asilo, cuatro mil ciento diez jóvenes en las escuelas, a setecientos diez en los talleres, a novecientas cuarenta y cuatro en las clases de adultos, a cuatrocientos dieciocho en los orfanatos; se había visitado y asistido a once mil ochocientas treinta y nueve familias, comprendiendo treinta y nueve mil setecientos sesenta y tres individuos; se había recuperado para la religión a setecientos once personas, administrado a mil seiscientos nueve enfermos, legitimado a trescientos once matrimonios; tanto en dinero como en géneros se había gastado la suma de 368 831 fr. 97 cent. Inmenso bien procurado a las almas, y todo eso, después de Dios, por influencia póstuma y siempre viva de una solo hombre, de Vicente de Paúl.

Sin este hombre, ¿qué habría sido, en el siglo XVII, de las numerosas provincias cuyo lamentable estado durante veinticinco años hemos descrito? En su seno, allá donde el espectáculo presente y continuo de la miseria, habría podido excitar más fácilmente la compasión y el socorro, ningún recurso posible, ya que los más ricos, ya lo hemos visto, se veían reducidos a la limosna, ya que la Iglesia, fuente y madre de la caridad, necesitaba ser socorrida ella también, aquellas de nuestras provincias que no habían tenido que sufrir por la guerra civil o extranjera se resentían sin embargo de la miseria

general y, además, aplastada de contribuciones ordinarias y extraordinarias, teniendo siempre en perspectiva los desórdenes y la ruina que los podían alcanzar, la prudencia les obligaba a economizar sus recursos. ¿Sería de París de donde podría llegar la asistencia? Pero, en París, las clases altas, las clases ricas, enteramente absorbidas por la ambición, las intrigas, los sucesos políticos y militares, tenían la oportunidad de pensar en las ciudades y pueblos de Picardía y de Champaña. Y además, ¿no tenían a la vista y en la mano tantas y más miserias de las que podían aliviar⁸¹⁸? Es a París y los suburbios adonde el hilo de la historia nos lleva; y allá nos espera el mismo espectáculo de calamidades, el mismo espectáculo también, gracias a Dios, de caridades inauditas que la sola intervención de san Vicente de Paúl explicará y hará verosímiles.

Artículo Tercero: **París y los suburbios.**

I. *Suburbios de París. –Étampes.* Ya hemos relatado la primera Fronda, la miseria de San Lázaro y de París, y la caridad ejercida entonces por Vicente. Hemos recordado incluso la historia de la segunda Fronda, hasta después de la batalla del barrio de San Antonio y el retiro de Condé a los Españoles, a los que el príncipe va arrojar sobre nuestras fronteras para realizar los estragos y necesitar allí los prodigios de caridad, objeto del precedente relato. Era en 1652, Bueno, este año de 1652, no es el más fecundo en socorros, cierto, de la obra de las provincias, pero viniendo después de dos años de ruinosos sacrificios, el que marca el punto culminante de la obra París y de sus suburbios. Tan verdad es, una vez más, que las obras de Vicente, sorprendentes inclusive al considerarlas en un orden de sucesión llegan a ser prodigiosas por su simultaneidad, y no se explican sino por una intervención manifiesta del Dios de la misericordia cuyo ministro y agente era él.

En 1652, el ejército real y el ejército de los príncipes, tras el combate de Bléneau, se habían acercado a París. Condé había entrado y, en las negociaciones de las que iba a ser objeto, la gente de la calle se habían mezclado ya en las cortes soberanas. Para animarse y ayudarse en el desorden, el partido de las encrucijadas se había incrementado con los prisioneros de Conciergerie, de los cuales quince condenados a las galeras. París tenía todos los inconvenientes de la guerra sin tener los honores; y estos inconvenientes los tenía por doble razón, porque los dos ejércitos al tratar a sus

⁸¹⁸ A finales del siglo XVII, después de la paz de Riswick (1697), Vauban podía todavía hacer este censo de las diferentes clases de la sociedad francesa, lo que prueba también a qué esfuerzos de caridad debió recurrir Vicente de Paúl, para halla tantas limosnas en un pequeño número de fortunas. “Por todas las investigaciones que he podido hacer, al cabo de los años que me dedico a ello, he notado claramente que, en estos últimos tiempos, casi la décima parte del pueblo está reducida a la mendicidad, y mendiga de hecho; que, de las nueve restantes hay cinco que no están en situación de pedir limosna a aquella, por estas ellos mismos reducidos poco más o menos , a esta desgraciada condición; que, de las cuatro que quedan, tres están en dificultades y mezcladas en deudas y procesos; y que, en la décima, donde incluyo a toda la gente de espada y de toga, eclesiásticos y laicos, toda la alta nobleza, la nobleza distinguida, y la gente con cargos militares y civiles, los buenos comerciantes, los burgueses con rente y los más acomodados, no se puede contar con cien mil familias; y yo no creería mentir cuando dijera que no hay diez mil, pequeñas o grandes, que se pueda decir que viven en gran comodidad; y que se quitaría a la gente de negocios, sus aliados y adherentes encubiertos y descubiertos, a los que el rey sostiene con sus favores, algunos mercaderes, etc., estoy seguro que el resto sería un pequeño número.” –(*Project d'une dime royale*, en la Colección de los Principales Economistas, t. I; París, 1843, pp. 34 y 35.)

ardedores como país enemigo, causaban dos veces el los mismos estragos, y dos veces le cortaban los víveres. Los dos ejércitos se acercan más. Saint-Denis es tomado y retomado; pero no es más que un pequeño accidente de guerra. Acampados, por un lado, entre Châtres y Linas, por el otro, alrededor y en las murallas de Étampes, las tropas de los dos partidos no se mueven si no es por el pillaje. Entretanto Turena ha deshecho las tropas de la Señorita quien, aburriéndose en Orléans, pasaba por Étampes para dirigirse a París. Después de lo cual, el mariscal ha reconquistado su puesto de donde se ha dirigido a Palaiseau y a Antony, para cortar con más seguridad la ruta de París a Étampes. Hay todavía negociaciones y movimientos de tropas; y rota toda vía de acuerdo, la decisión de la querrela queda sometida a la suerte de los combates. Turena hace avanzar su cuerpo hacia Étampes, donde se ha encerrado el de los príncipes, Encarnizados por igual eran el ataque y la defensa, cuando el duque de Lorena, que se ha comprometido con los príncipes a hacer levantar el sitio, ordena a sus tropas avanzar por Claye y Lagny hasta el Sena frente a Choisy. Turena, para hacerles frente, abandona el ataque, se retira a Etrechy y toma sus posiciones hacia Corbeil. Por su parte, el duque de Lorena conduce a su ejército a Villeneuve-Saint-Georges, mientras continúa negociando con los dos partidos. Turena pasa el Sena en Corbeil para intimarle a que guarde una promesa secreta, y el duque se retira. Las tropas salidas de Étampes van a alojarse entre Saint-Cloud y Suresne, y el mariscal acampa en Villeneuve-le Roi. Nuevas negociaciones no consiguen más que las precedentes, se había librado la batalla del Barrio San Antonio, seguida del incendio y de la masacre del Hôtel de Ville. Los dos ejércitos se quedaban acampados cerca de París, adonde el duque de Lorena había vuelto, cuando el retiro de Condé a los Españoles traslada toda la guerra a las fronteras.

Se ven en adelante las marchas y contramarchas de los ejércitos durante este año de 1652, que seguía tantos años ya calamitosos y, después de los anteriores relatos, es inútil adjuntar todas ruinas u todas las miserias que nacían a sus pasos. Hemos nombrado sus principales puestos, que van a convertirse también en los puestos de la caridad, y sus puntos de partida para difundirse por todos los pueblos vecinos.

Aquí también nos volvemos a encontrar con las Relaciones que van a informarnos sobre los prodigios del mal y del bien.

La primera abarca los meses de marzo y de abril de 1652. "De lejos, dice, se podría negar para excusar la dureza de su corazón; pero al fin y al cabo no conviene no se han de buscar excusas. Los pobres de nuestros barrios que languidecen de hambre desde hace algunos meses, este número infinito de refugiados a los que expulsa del campo la proximidad de los ejércitos impresiona nuestras miradas y su voz resuena por todos los lados en nuestros oídos. La desolación de nuestros pueblos es bastante pública para no tener ya necesidad de ser anunciada. .es hora de despertarse del sueño, pues dios llama a nuestras puertas por una inundación de gente de guerra. Hay que preparase a las mismas plagas que han afligido a otras provincias. No podemos apartar esta desgracia si no es con un último esfuerzo, aliviando con nuestras limosnas a los que están entre nosotros y en nuestro entorno y continuándolos durante todo el tiempo que Dios quiera darnos para los que no pueden vivir sino por nosotros."

Este es el grito general de alarma. Luego la Relación entra en los detalles sobre los arrabales de París, a los que volveremos enseguida, pues allí donde

confluyen de todas partes los desgraciados, y por los pueblos vecinos de Châtres, de Linas, etc., donde los ejércitos han acampado. “No se oye hablar en estos barrios, dice ella, que de muertes, pillajes, robos, violaciones, sacrilegios. Las iglesias no son mejor tratadas que en las fronteras, sin respeto siquiera por las sagradas hostias, que la avidez ha expandido por el suelo para llevarse los copones. La mayor parte de los trigos están cortados. Los pueblos están desiertos, los párrocos han huido o están sin rebaño, los campesinos refugiados en los bosques, donde sufren hambre o el justo miedo a ser asesinados por los que los persiguen. El único remedio a estas desgracias es atraer la paz con nuestras limosnas, y no esperar a hacerlas después de la paz.” Es así también como se puede atraer la protección de santa Genoveva, en la solemnidad de la bajada de sus relicario; es imitando su amor por los pobres, principalmente de París..

Por lo demás, la obra está comenzada. Misioneros llegados de picardía y de Champaña, aguerridos, por consiguiente en el servicio de los pobres y experimentados en la práctica de la caridad, se han dirigido a Palaiseau, a Étampes y alrededores. Han encontrado a Étampes demolido y rodeado de cadáveres. Lo que queda de casas está lleno de enfermos, no teniendo más que la piel pegada a los huesos, sin pan, sin un vaso de agua siquiera para apagar su sed abrasadora. Se han establecido seis marmitas en seguida, y las Hijas de la Caridad, venidas en ayuda de los Misioneros, distribuyen los potajes y vendan a los enfermos.

Pero ¿cómo librase de los cadáveres que llenan las casas, las calles y el recinto de la ciudad? Los cementerios son demasiado pequeños, rechazan a su presa que vienen a devorar los lobos, a la par que se lanzan sobre los vivos: . uno de esos animales ha devorado ya a tres mujeres. Antes de ocuparse de los vivos, hay que pensar en los muertos que infectan la atmósfera. Pero ¿dónde hallar brazos? Todos los de Étampes están debilitados por el hambre o la enfermedad. Aquí es donde vemos aparecer por primera vez a estas compañías de *aéreux* que los Misioneros reclutan donde pueden, especie de vendimiadores de cadáveres, que vamos a encontrar por todas partes en los suburbios de París. Bajo la dirección y con el dinero de los Misioneros, los *aéreux* limpian las calles de montones de horribles basuras, abominable mezcla de cuerpos de hombres, de mujeres y de caballos que se pudrían allí desde la parada que habían hecho las tropas en la ciudad. Eliminado eso a fuerza de oro y dedicación, se perfuman las plazas y las casas para hacerlas habitables.

Los Misioneros mismos no se ahorran esta tarea repugnante. Allí encontramos a Deschamps, quien había tenido un gran aprendizaje en el campo de batalla de Rethel. La muerte le respetó esta vez también; pero el 20 de julio de 1652, la muerte se llevó a David, uno de sus cohermanos. Leemos, en efecto, en una carta de Vicente a un sacerdote de la congregación llamado Valois: “La Providencia de Dios ha llamado a sí al Sr. David de nuestra compañía, de quien se puede decir que, en poco tiempo *explevit tempora multa*. Hacía tan sólo diez o quince días que socorría a los pobres enfermos de Étampes, donde el ejército de los príncipes ha acampado mucho tiempo dejando un aire infecto. El Sr. Deschamps, con quien estaba, me ha hecho saber, que hacía cuanto podía hacer un hombre venido del cielo, en relación con las confesiones, los catecismos, en los auxilios corporales, en la sepultura de los cadáveres casi corrompidos. Se fue a enterrar a doce en Estrechy, que infectaban el pueblo;

tras lo cual, cayó enfermo y murió. El mismo Sr. Deschamps me escribe también que el difunto sentía algún miedo a la justicia de Dios antes de expirar, y que exclamaba: “No importa, Señor, aunque me condenéis, yo no dejaría de amaros, incluso en el infierno⁸¹⁹.”

Casi todos los operarios de Étampes cayeron enfermos y hubo que enviar a tres o cuatro misioneros para ocupar sus puestos, y a dos más, al sacerdote Goblet y al hermano Gazet, para dirigirlos y cuidarlos en el castillo vecino de Basville, ofrecido generosamente por el presidente de Lamoignon. El propio Deschamps, “este hombre de gracia que hacía maravillas en el servicio de los enfermos”, sucumbió, y debió ser llevado con otro Misionero de nombre Labbé, al castillo de Basville, donde fue dado por muerto durante algún tiempo y no volvió a la vida sino al precio de las más crueles operaciones. Delafosse, otro Misionero de Étampes, fue llevado a San Lázaro por su compañero en una camilla⁸²⁰.

En Étampes, en los comienzos. Había que limitarse a los enfermos de la ciudad y dejar provisionalmente a los de los pueblos; sacerdotes y hermanas no podían dar abasto con la tarea, viéndose obligados a hacer de todo. Nadie, en el mismo Étampes, que tuviera la fuerza de ayudarlos, hasta el punto de no encontrar a una mujer que vigilara a una hermana enferma, quien falleció casi abandonada, después de servir a los pobres por dos años en Picardía y en Champaña.

Éstos son, en las dos familias, las primicias de los mártires de la caridad; otros vendrán a formar la cosecha celestial, pues sacerdotes y hermanas fallecieron en mayor número alrededor de París que en las provincias, envenenados por el aire infecto que respiraban, agotados más que sostenidos por una mala alimentación, abatido al final por fatigas continuas de noche y de día en el servicio de los pobres.

No sabemos los nombres de todos estos misioneros, de todas estas hermanas, “felices, decía Vicente, por haber muerto en el campo de Batalla, con las armas en la mano.” Citemos, sin embargo otra vez a esta hermana quien, detenida por la fatiga en su santo trabajo, y no pudiendo ya ir a visitar a los enfermos, ni resolverse a no servirlos más, se los mandaba traer a su habitación, se levantaba para sangrarlos y vendarlos. San Vicente habló de ella así en la conferencia del a las Hijas de la caridad del 9 de junio de 1658: “Hace algún tiempo, me contaban de una hermana que estaba en la agonía que, al ver a una pobre persona que necesitaba sangrar, se había levantado de su lecho para sangrarle, y que después, en un ataque de debilidad, se había muerto allí mismo. No me acuerdo de su nombre.” Las hermanas cuchichearon entre ellas: Sor Marie-Joseph, en Étampes.” Y Vicente que lo oyó: “Dios os bendiga, hijas mías; sor Marie-Joseph, ella es, en efecto; esta buena hija puede ser llamada mártir de la caridad.”

El santo estaba pues lejos de dejarse abatir por tantas muertes. Le daba gracias a Dios y se afligía por no tener a más personas que poner al servicio de los pobres. Escribía: “Doy gracias a Dios por haber dado a la compañía

⁸¹⁹ *Summ.*, p.184. –El santo escribió también a la hermana de David, el 31 de julio de 1652, para consolarla. –David había tenido que ir a Madagascar: no tuvo por esa parte más que el mérito de su buena voluntad, y fue recompensado por ello con el martirio que encontró en Étampes.

⁸²⁰ A Gicquel, en el Mans, 26 de julio, a Blatiron, en Génova, 30 de agosto, de 1652, 15 de octubre, a Thibault, 8 de octubre de 1652. –Deschamps murió algún tiempo después, en Basville mismo, y fue inhumado en el panteón de la familia de Lamoignon.

súbditos que son más suyos que de sí mismos y que sirven al prójimo con peligro de su vida. Este es el oro al modo como se descubre al fuego, y que, aparte de las ocasiones, permanece oculto bajo acciones comunes y a veces, bajo imperfecciones y defectos. Jamás he experimentado esto mejor que desde hace algún tiempo, no sólo en los que fueron sacrificados en Berbería por la caridad y en muchos otros que quisieron exponerse a los mismos peligros por la salvación de los esclavos, pero también en todos aquellos que tenemos en casa, que se han ido con ardor al alivio de los pueblos en su aflicción presente, sin pensar en los peligros de la guerra y de la enfermedad, en los cuales cayeron. No digo que todos hayan sido maltratados por los soldados; pero todos han estado enfermos y no pueden regresar, excepto los últimos que partieron, que están como seguros de sucumbir como los demás. Son tantos que no podemos más; no tenemos ya a nadie para enviar al campo para asistir a las parroquias abandonadas. Hace dos días, el Sr. Desvignes, el Sr. Desjardins, el Sr. Watebled y nuestro hermano de Nels han regresado enfermos, como también un hermano coadjutor, un criado y dos Hijas de la Caridad⁸²¹.”

Lo que Étampes acaba de demostrarnos, lo podríamos ver en todos los suburbios de París. Toda la Brie, dice una Relación, está en tal estado por el campamento de los ejércitos que se parece a las provincias más arrasadas. Iglesias sin pastores, pueblos desiertos, pobres que mueren sin sacramentos y con un poco de agua y uva por todo alimento y todo remedio: es siempre el mismo cuadro. Es el cuadro también de los cantones de Lagny. Corbeil y tantos otros. Francia no es ya la nodriza de París; es París la que debería a su vez alimentar a Francia, al menos a los pueblos colindantes, en los que ninguna cosecha, sobre todo en Saint-Cloud y en Palaiseau ha quedado a causa de los ejércitos. Pronto estos cantones, en barbecho, reproducirán la imagen de la Lorena, sin poder esperar la misma asistencia. En efecto, continúa la Relación, “como faltan a todo el mundo las rentas ordinarias, se verán sin duda abandonados, si los que tienen dos vestidos, es decir más allá de lo necesario, no dan uno a quienes no los tienen; si no venden lo que poseen para dar limosna (Luc. III, 9-XII, 33); si las comunidades eclesiásticas no practican lo que han hecho todos los santos, vendiendo las vajillas y objetos de plata y los ornamentos no necesarios de sus iglesias, que están en sus tesoros, no para aguantar el moho y los gusanos, sino para ser distribuidos a los pobres, a los que les pertenecen, según el consentimiento universal del los Padres, de los papas y de los Concilios.”

II. *Organización del servicio. –El Almacén caritativo.* Una vez que fue posible, es decir desde que los pasos se dejaron abiertos por las tropas, el arzobispo de París, movido por Vicente de Paúl, pensó en organizar el servicio caritativo de su desdichada diócesis. Un *Estado sumario*, fechado el 16 de octubre de 1652, y firmado Ferret, vicario general, este mismo Ferret, párroco de San Nicolás que hemos visto conquistado a la ortodoxia por Vicente, nos inicia en esta organización. Es en primer lugar un levantamiento en masa de todas las órdenes religiosas y de todas las familias eclesiásticas: capuchinos, picpus, jacobinos, jesuitas, sacerdotes de San Nicolás y sacerdotes de la Misión; ejército de la caridad que va a repartirse todos los cantones abandonados por

⁸²¹ A blatiron, en Génova, 15 de octubre de 1652.

los ejército del rey y de los príncipes, para reparar las ruinas que éstos han dejado. Los jesuitas se instalan en Villeneuve-Saint-Georges, de donde se extenderán por los cantones de Crône, de Montgeron, de l'Espinay, de Champrosay, de Étioles y alrededores, hasta Corbeil. Los sacerdotes de San Nicolás toman para sí a Limay Brevane, Villecrêne, Marolles, etc., hasta Brie y Lagny. Los capuchinos ocupan Corbeil y se extienden a los pueblos de Essonne, Villabé, Ormois, etc., hasta Longjumeau y Monthéry. Los jacobinos se establecen en Gonesse y comprenden los pueblos del Bourget, de Villiers-le-Bel, d'Aulnay, de Sevrans, de Bondy, etc., pisoteados por las últimas marchas de las tropas. Por último los sacerdotes de la Misión distribuidos en dos bandas principales, ocupan sus puestos en Étampes, Lagny y Savigny, de donde alcanzan a los barrios de Juvisy, Viry, Grigny, Orangis, Fleury, Bretigny, Choisy, Athis, sin hablar de Palaiseau y otros lugares intermedios donde los estragos de las tropas han causado grandes necesidades.

Todos estos cuerpos han recibido sus instrucciones y poderes del gran vicario. Deben enviar informes a París y ya lo han hecho. ¿Qué han encontrado en sus acantonamientos? ¿Acaso no lo sabemos? Iglesias arruinadas o cambiadas en cuerpos de guardia; pueblos desiertos y sin pastores; muertos sin sacramentos y sin sepultura; calles infectadas de cadáveres y de carroña, esperando a los Misioneros, únicos que cavan fosas y entierran; casas en estado de corrales y cloacas; campos en eriales, ni siegas ni vendimias; mujeres y jóvenes en huida; hombres, sanos o enfermos, sin socorros; niños sin bautismo. Unos han vivido quince días con agua de hierbas; otros con semillas y raíces; otros con vino que los ha quemado o con restos de pan de munición enmohecida, empapado en un poco de vino y de agua. La mayor parte estaban consumidos por el hambre, envenenados por su propia infección o por la proximidad de los cadáveres sin fuerzas para retirarlos. Sin ropas, se metían en el estiércol por la noche como los animales, y por el día en la paja o en cloacas, por el día se tendían al sol que les producía gusanos en sus llagas. Cincuenta acababan de ser llevados al Hôtel-Dieu de París, donde se murieron al cabo de dos o tres días. Exhalaban tal olor que los barqueros no se encargaban de ellos sino a instancias de los sacerdotes de San Nicolás du Chardonnet.

Qué contagio debe de producir una atmósfera cargada de tantas miasmas mefíticas! Para protegerse contra ella, los Misioneros deben envolverse la cabeza por la noche. Los enfermos están por todas partes en número terrorífico; se cuentan más de mil quinientos en todos los cantones. Por falta de caldo, se mueren de hambre y sin el pan de la caridad: el frío mata a los demás. En tal pueblo, como en Orangis, no queda ya ni un solo viviente. Los Misioneros recorren las calles, donde encuentran que a quienes han pasado la noche expuestos a la lluvia. Los trasladan a establos, y allí les administran los sacramentos. Nuestro Señor viene otra vez al pesebre; por todo descanso no tiene más que una servilleta extendida sobre la paja o sobre el pesebre. A aquellos de los párrocos que no han muerto o han huido, se les ha de prestar los mismos servicios; yacen en sus presbiterios apilados, no teniendo para guarecerse del frío que las capas de sus iglesias.

El *Estado sumario* se termina con una llamada a la caridad. Se necesitan primero auxilios espirituales, directos o mixtos, es decir sacerdotes, luego los objetos necesarios al culto: estas últimas necesidades son recomendadas a los señores, a las comunidades, a los propietarios y a las lamas piadosas. Luego

los auxilios temporales, víveres, ropas, que se piden no sólo en París, sino en todas las diócesis de Francia.

Y para hacer frente a todo, es necesario preparar un fondo que sirva para el mantenimiento de los Misioneros, de los párrocos, de los enfermos, de los pobres.

Para este fin se celebrarán asambleas de caridad en todas las parroquias de París. en cada parroquia habrá un almacén en casa del párroco, a donde se llevarán víveres, ropas, hábitos, instrumentos de trabajo, etc., -detalle horrible- “picos y azadones para abrir las fosas y enterrar a los muertos, que es uno de los mayores trabajos de los Misioneros, porque hay que rascar la tierra con las manos para hacer las fosas y llevar a los muerto con escalas que apenas se encuentran.”

Habrà, además, un almacén general central, cerca del río, por el barrio de Saint-Paul o de la Tournelle, adonde serán transportadas todas las provisiones de los almacenes de las parroquias. De allí, por orden del gran vicario y por los cuidados de las personas de piedad, se harán envíos a Villeneuve-Saint-Georges, para los dos cantones del otro lado del río; a Juvisy para los cantones del lado de acá; a Gonesse, para las regiones circunvecinas. En cada uno de estos tres centros, habrá un almacén también, del que se harán las distribuciones según las órdenes de los Misioneros.

Dad, dice para terminar el *Estado sumario*, dad lo superfluo; ahora bien, lo superfluo es lo que está más allá de lo necesario al estado, condición o naturaleza; y, para los eclesiásticos, es todo, fuera de lo último necesario.

Al mes siguiente, fue publicado un “Compendio verdadero,” informe de lo que se había hecho siguiendo el programa precedente. Había sido necesario pensar primero y sobre todo en enterrar a los muertos. Un marido, un padre había sido encontrado en putrefacción junto a su mujer y a sus hijos. Los caritativos enterradores habían sufrido lo suyo en este servicio; siete sacerdotes de la Misión habían enfermado ya en el cantón de Lagny.

Días más tarde, el 30 de noviembre de 1652, apareció también una “Memoria de las necesidades del campo en los suburbios de París.” Los almacenes de las parroquias, en esta fecha, comenzaban a llenarse. La Sra. de Bretonvilliers había dado, para servir de almacén central, su casa de la punta de la Isla de San Luis, llamada entonces Isla Notre Dame, en una situación cómoda; otro almacén central se había formado en el hotel Mandosse, cerca del hotel Bourgogne. Los dos estaban alimentados por los almacenes de las parroquias, que también enviaban carretas de casa en casa para recoger los donativos de la caridad pública. Y para mostrar la inmensidad y la diversidad de las necesidades, la Memoria se termina con un cuadro de los muebles y utensilios necesarios en las iglesias y a los sacerdotes, tanto misioneros como párrocos, al servicio de los pobres y de los enfermos, en la sepultura de los muertos.

Esta ingeniosa organización de provisión⁸²² dio lugar a una gaceta o publicación nueva: el *Almacén caritativo*, del que no hemos encontrado más que un número fechado en enero de 1653. ¿Sería el único que apareció? Al menos en el pensamiento de los autores, debía ser seguido de otros más, ya que lleva un carácter provisional y da el estado de las estaciones de la caridad, a le espera, dice, de un informe más detallado.

⁸²² Parece haber tenido por principal autor a Cristophe Duplessis, barón de Montbard, uno de los grandes obreros caritativos de este tiempo.

En Étampes, “servida por los Misioneros del Sr. Vicente con gran bendición”, los pobres y los enfermos son muchos para poder establecer un rol: en toda la extensión de la estación, todos, hablando en general, son enfermos o pobres, y abandonados totales.

Los Misioneros han establecido el hospital de Étampes, donde han montado también una marmita para cerca de doscientos pobres. Han establecido otras cuatro, en su circunscripción; en Étrechy, en Villeconnin, en Saint-Arnoult y en Guillerval.

Asisten también a los pobres de Boissy-le-Sec, Petit-Saint-Marc, Brières, para las que gastan más de cien escudos a la semana.

El número de los enfermos no ha disminuido en ninguna de las cuatro estaciones: hay siempre unos mil quinientos a los que hay que se han de añadir doscientos catorce huérfanos y mil ciento ochenta y dos necesitados; si este número se mantiene por tres meses, es que los enfermos curados han sido reemplazados inmediatamente por otras víctimas de la miseria y de la corrupción del aire. También se han enviado a todas partes aéreux, que han supuesto 400 libras en Corbeil tan sólo. . En Étampes, estos aéreux no han podido aún hacer otra cosa que vaciar la infección de las casas a las calles, tan llenas se hallaban de basuras espantosas. De la misma manera en Villeneuve-Saint-Georges, donde han encontrado de mil doscientos mil quinientos caballos muertos y a varios cadáveres de soldados y de pobres, a quienes han dado sepultura.

De todas partes también se han enviado a Hijas de la Caridad y cirujanos, y se ha recomendado no descuidar nada por el servicio de los enfermos. Y la nueva prueba de la intervención dominante de Vicente de Paúl en todo esto, la encontramos en una carta que escribía al hermano Senée, clérigo de la Misión, en Lagny, el 24 de noviembre de 1652. Estaba entonces en Orsigny, adonde el médico le había enviado para tomar algo de aire, a causa de una *fiebreçilla que le trabajaba por la noche*. Escribía: “No puedo dar suficientes gracias a Dios, como quisiera, por su conducta. Pido que la continúe así. Os enviamos 100 libras. Las Damas piden que deis socorros a esos veintidós pueblos lo antes y mejor posible y que, a este efecto, os entendáis con el cirujano de quien me habláis, para visitar y cuidar a los enfermos que lo necesitan de dos en dos días. Nosotros damos 15 sueldos al Sr. Gaucher por día; si no está contento dadle más. De trata de que no ahorréis nada para salvar la vida a todos los pobres enfermos de esos lugares y, si no hay párrocos, podréis decir al Sr. Hénin que se espera de él los auxilios espirituales que pueda. Mientras tanto, continuaréis los temporales y, si hay necesidad de polvo para purga, pedid al Sr. Portail y, por él, al hermano Alexandre. Si hay necesidad de contratar, para procurar víveres en esos lugares, hacedlo. Escribid a la Sra. de Herse para pedirle algo de dinero para ayudar a esa pobre gente a vendimiar.. –Un abrazo a nuestro hermano La Mainère y a vos. Ruego a nuestro buen Dios que os conserve a los dos. Mandad todas las semanas el estado de las cosas al Sr. gran vicario o a mí, y no ahorréis nada para salvar la vida del alma y del cuerpo de esa buena gente. Habrá personas de calidad que, pronto y con frecuencia, vayan a ver cómo os va. Y entiendo que los pobres estén cuidados de la manera que os he dicho⁸²³.”

⁸²³ *Summ-*. p. 180.

Con un servicio tan bien organizado, tales recomendaciones, tales inspectores, tales operarios. Los enfermos no podía dejar de estar bien cuidados. Por eso, dice el *Magasin*, la asistencia ha sido muy juiciosa y muy caritativa. Se ha dado con la mayor frecuencia posible a cada enfermo dos libras de carne a la semana, cuatro huevos, o un cuarto de mantequilla, por un sueldo o seis blancos de sal y un pan de diecisiete sueldos. “Esta es, añade él, la conducta de los Misioneros del Sr. Vicente, que tienen mucha experiencias, y que ha servido de modelo casi para todos los cantones.”

Esta asistencia ha costado 12 o 13 000 libras al mes, y eso sin fondos, en la miseria total, gracias a la caridad, a la industria, al celo de los promotores y de los obreros de la empresa; gracias también a la intervención evidente de la Providencia. El cepillo del almacén siempre vaciado, se encontraba siempre lleno. Había también un tonel de sal de ocho a diez celemines, lleno todavía después de ciento veinte que se habían sacado. Este tonel levantaba la admiración particular de Vicente de Paúl. Tenemos una carta de él a Lambert del 3 de enero de 1653. después de expresar el temor de que no se pueda sostener el peso de un gasto que va de 6 a 7 000 *libras por semana* para la sola diócesis de París, añade: “Todo París contribuye a ello, y aporta de todo lo necesario al hombre en alimentos y ropas, para los enfermos y para el trabajo. Hay diversos almacenes establecidos en esta ciudad, a los que cada uno lleva lo que tiene la devoción de dar.” Y, volviendo al tonel: “Hay uno en el almacén general, donde se echa la sal, que no se vacía nunca, a pesar de que se saca todos los días para enviar a los campos, como se hace con todo lo demás.”

Sí, todo París contribuía a estos gastos, y el *Almacén caritativo* cita algunos datos impresionantes: por ejemplo el de aquella pobre mujer que llevó al almacén todo su guarda ropa, dejó incluso sus zapatos y se volvió descalza; y cuando le decían que ella tenía mas necesidad de recibir que de dar: “Doy lo mejor que tengo,” se contentó con responder; testigo asimismo esta otra persona quien, a la vista del almacén, se volvió corriendo a casa y mandó el vestido que llevaba.

Pero si todo París contribuyó a estas limosnas, San Lázaro, aparte del primer impulso y dominante de su superior, tuvo en él, guardando las proporciones, la parte más grande. La casa se quedó casi desierta, para proporcionar obreros a los diversos cantones donde la enfermedad y la muerte hacían vacíos sin parar, y para disminuir el gasto y transportar las economías a los pobres, no quedó otra cosa, durante un tiempo, que algunos ancianos y débiles que, no pudiendo ayudar ya, se contentaban con levantar las manos al cielo, a la par que sus hermanos combatían en la llanura. Eran las Hijas de la Caridad quienes, al mismo tiempo que sus hermanas se entregaban al cansancio y a la muerte, trabajaban en los almacenes en hacer, con las telas recibidas, ropas para los pobres, ornamentos para las iglesias, sotanas para los pobres párrocos⁸²⁴.

Además, cuántas limosnas personales y secretas enviaba Vicente a los suburbios de París! Siempre tenía a algún hermano por los caminos, encargado de repartir los socorros; por ejemplo, nuestro Nicolás Chadeuille, con quien nos encontramos aquí, y quien, para escapar de los ladrones,

⁸²⁴ Declaración de la hermana Claude Musel, quien había trabajado también; *Summ.*, 186.

llevaba el dinero en su cinturón. Fue perseguido no obstante en el valle de Écouen, y le dispararon sin alcanzarle⁸²⁵.

Estaba aún cargada con los propios donativos de Vicente, esta carreta que él enviaba casi todos los días al pueblo de Palaiseau, reducido a extrema necesidad por la permanencia de las tropas. Nadie lo sabía, y es a pesar de este humilde sacerdote como esta caridad fue descubierta. Los guardianes de las puertas de París, extrañado de ver con tanta frecuencia la carreta salir llena por la mañana y volver vacía por la noche, interrogaron al conductor y, de sus repuestas confusas, le amenazaron que se detuviera. Fue preciso entonces que Vicente, para continuar la buena obra, le entregara el certificado siguiente: “Yo el abajo firmante, superior de la congregación de los Sacerdotes de la Misión, certifico a todos los interesados que, según el informe que algunas buenas damas piadosas de esta ciudad me han dado que la mitad de los habitantes de Palaiseau estaban enfermos y que morían diez o doce al día, y por la petición que me han hecho de enviar a algunos sacerdotes para la asistencia corporal y espiritual de este pobre pueblo, afligido a causa de la residencia del ejército en ese lugar por el espacio de veinte días, hemos enviado allí a cuatro sacerdotes y a un cirujano para asistir a esa pobre gente, y que nosotros los hemos enviado en la víspera de la fiesta del Santísimo Sacramento, todos los días, menos uno o dos, dieciséis panes blancos, quince pintas de vino, y ayer carne, y que habiéndome dicho los sacerdotes de nuestra Compañía que se necesitaba harina y un moyo de vino para la asistencia de dichos pobres enfermos y de los pueblos vecinos, he mandado salir hoy una carreta con tres caballos, cargada con cuatro septiers de harina(‘*setier*’, 200? litros) y dos medio moyos de vino, para la asistencia de los pobres enfermos de Palaiseau y de los pueblos vecinos. En fe de lo cual, he escrito y sellado la presente de mi propia mano. En Saint-Lazare-lez-París,. e quinto día de junio de 1652. –Firmado, Vincent de Paul, superior de los Sacerdotes de la Misión⁸²⁶.”

Este certificado fue remitido a Almeras algunos años después de la muerte del siervo de Dios. Prueba una vez más que muchas otras obras sería conocidas si las circunstancias le hubieran obligado a revelarlas. Pero él comenzaba a actuar en la sombra, como lo hizo en primer lugar con los pobres de Palaiseau, a quienes envió todo cuanto poseía; y cuando ya no le quedaba nada hacía que entraran los demás en el secreto y en parte de su caridad. Así, escribió a la duquesa de Aiguillon: “La enfermedad continúa en Palaiseau. Los primeros enfermos que no se han muerto están ahora en la necesidad de los convalecientes, y los que estaban sanos están ahora enfermos. Uno de nuestros sacerdotes ha venido a verme para decirme expresamente que la gente de la guerra ha cortado todos los trigos, y que no hay cosecha que hacer. Entretanto no estamos en condiciones de sostener este gasto. Hemos logrado reunir hasta ahora 663 libras en dinero, además de los víveres y el resto que hemos enviado en especie. Os suplico muy humildemente, Señora, que celebréis hoy una breve asamblea en vuestra casa y concertéis lo que tenemos que hacer; yo estaré allí si puedo. Acabo de despedir a un sacerdote con el hermano y 50 libras. La enfermedad es tan maligna que los cuatro primeros sacerdotes han caído enfermos y también el hermano que los acompañaba.

⁸²⁵ Declaración del jardinero Julien Morin, quien acompañaba a Chadeuille en sus correrías; *Summ.*, p. 187.

⁸²⁶ *Summ.*, p. 185.

Hemos tenido que traerlos aquí, y hay dos que están en las últimas⁸²⁷; ¡Oh! Señora, qué cosecha que hacer para el cielo en este tiempo en que las miserias son tan grandes a nuestras puertas. La Llegada del Hijo de Dios ha sido la ruina y la redención de muchos, como dice el evangelio; y nosotros podemos decir lo mismo, de alguna manera, que esta guerra será la causa de la condenación de cantidad de personas, pero que Dios se servirá de ella también para operar la gracia, la justificación y la gloria de muchos, de cuyo número tenemos motivos de esperar que seréis vos, como se lo pido a Nuestro Señor.”

Cuál debió ser la gratitud de estas pobres gentes, salvadas, literalmente, por esta caridad. Un Misionero, llamado Dorigny, al pasar más tarde a Palaiseau, el párroco que le tomó por Vicente, quiso encerrarle, para dar a sus parroquianos la ocasión de testimoniarle lo que sentían⁸²⁸.

No menos grande debió ser y fue en efecto la gratitud del pueblo de Genevilliers. En 1652, con la inundación de la guerra, del hambre y de las enfermedades contagiosas, concurrió semejante desbordamiento del Sena⁸²⁹, que no se podía ir más que en barco por muchas calles de París, y que toda comunicación quedó interrumpida con muchos pueblos ribereños. Tal fue, entre otros, Saint-Ouen, vecino de Saint-Denis, y sobre todo, Genevilliers. Adivinando allí una gran miseria, y con la única inspiración de su corazón, Vicente mandó cargar de pan una carreta grande, y la envió hasta Genevilliers bajo la dirección del hermano Jean Meunier y de dos Misioneros. Se acercaron lo que pudieron, pero las aguas los pararon a una distancia bastante grande del pueblo de donde oían los gritos de desesperación de estos pobres, medio sumergidos en sus casas, a quienes nadie se atrevía llevar socorro, tan peligrosa y espantosa era la rapidez de las olas. A los gritos de desesperación, los Misioneros respondieron con señales que fueron entendidas, y un pescador fue a su encuentro con una barca a la que se subieron con sus provisiones. Subieron a bordo. De la barca se tiró pan a los más atrevidos de los habitantes que estaban sobre un muro, y éstos, pagados en plata por su valor, pasaban a los más tímidos. La barca entró también en el pueblo, y se realizaron distribuciones por las ventanas. Esto duró tres o cuatro días en medio de mil peligros que asustaban a los bateleros mismos. Pero lo ruegos de Vicente de Paúl, como todos lo creyeron, mandaron a las aguas. Los restos del pan fueron remitidos al párroco, quien así alimentó a los parroquianos hasta el fin de la inundación⁸³⁰. Una vez libres, la gente de Genevilliers enviaron como mensajeros a Vicente a los principales de entre ellos para agradecerse en nombre de todos.

III. *Barrios de París.* Se ha debido entrever, y por otra parte se ha dicho más o menos expresamente, que con los auxilios llevados a los suburbios de París concurrieron socorros no menos grandes que los repartidos en el mismo París. Y, en efecto, que se recuerden los sucesos militares anteriormente contados, y

⁸²⁷ En otra carta el Santo dice de Palaiseau: “Nuestros obreros han caído enfermos, siete u ocho, uno tras otro, lo que nos ha obligado a enviar a otros y mandar volver a aquellos.” –“Se murió también en Palaiseau el buen hermano Patrocle que era un buen joven muy prudente y piadoso, natural de París, de honorable familia(en Guicquel, en el Mans, 24 de julio de 1652).”

⁸²⁸ *Summ.*, p. 185.

⁸²⁹ La inundación fue casi general en Francia y aumentó la miseria.

⁸³⁰ Declaración del pescador mismo que había ido al encuentro de los Misioneros; *Summ.*, pp. 166, 190.

se llegará a comprender que la presencia de los ejércitos bajo los muros y hasta en los barrios de esta capital había debido dejar un montón de miserias; que el terror general, suspendiendo los trabajos, había reducido necesariamente a la mayor parte de los artesanos a la inacción y, así a la mendicidad; por fin, que si los refugiados acudían a París de las provincias de Lorena, de Picardía y de Champaña, con mayor razón debían afluir y amontonarse de todos los campos vecinos; por eso, en 1652, alcanzaron el número de 20 000⁸³¹! De ahí el incremento de miseria y también de esfuerzos caritativos, cuyo cuadro nos han conservado nuestras Relaciones.

Fue a comienzos de 1652 cuando se organizaron los primeros auxilios a favor de desgraciados, de los que muchos habían muerto ya de hambre. Eran tan numerosos en los seis barrios Saint-Marcel, Saint-Jacques, Saint-Denis, Saint-Laurent, Saint-Martin y Villeneuve-sur-Gravois, que habían tenido que hacer, por el ministerio de los párrocos, una elección de los más cargados de hijos y de los menos capaces de trabajar. Reducidos así, eran todavía tres o cuatro mil, para los que se habían establecido potajes por un cote ya sobre las 1 600 libras al mes. La falta de fondos no permitía extender esta caridad a las demás parroquias, y en particular a la de Saint-Médard, en la que se contaba con más mil ochocientas familias de artesanos en extrema necesidad, sin hablar de un número muy elevado de refugiados de la Beauce y de los alrededores de París. Así sucedía con casi todas las parroquias de la capital, donde los refugiados de todas las provincias y pueblos vecinos llegaban cada día a engrosar la población miserable. Pues bien, se pensaba en admitirlos a todos a la asistencia, se pensaba sobre todo en retirar a algunas casas seguras a las pobres jóvenes de los campos a quienes la extrema necesidad ponía en peligro su honor.

En consecuencia, se hizo una enumeración de todos los pobres de las parroquias de los barrios a los que los parroquianos eran incapaces de socorrer. La Relación de mayo de 1652 cuenta de diez a doce mil, sin contar los mendigos, para quienes implora la caridad pública. "Independientemente de la ley evangélica, dice, sola la política debe obligar, a fin de evitar el desorden que puede causar un pueblo hambriento, o las enfermedades que la corrupción de un mal alimento puede producir."

Ya se han multiplicado las marmitas de caridad, a las que vienen a tomar obreros que, el año último, daban limosna y que, hoy, están sin pan y con varios hijos. La porción demasiado estrecha de la caridad es su único alimento; y los refugiados de los campos, que se han podido admitir todavía, no viven más que de hierbas crudas.

Se ha alquilado también en los barrios algunas casas para las jóvenes pobres, donde las instruyen les hacen trabajar, esperando que puedan regresar a sus pueblos.

¡Qué gastos! No contando para cada pobre más que con un *suelo* (:1/20 de libra) al día, alcanza ya 4 000 libras por semana. Y aún así la Relación no habla de los barrios Saint-Germai, Saint-Antoine y Montmartre, ya que la piedad de los parroquianos trata de alimentar a sus pobres. Y, En efecto, encontramos en nuestras memorias con fecha del santo día de Pascua de 1654, "una Relación de socorros que los pobres vergonzantes del barrio de Saint-Germain recibieron por los cuidados de la Asamblea establecida a este efecto desde

⁸³¹ Carta del 31 de agosto de 1652.

hacía tres años en la casa del Sr. párroco de Saint-Sulpice.” Esta Asamblea había sido fundada por Olier al final de una misión del P. Eudes, y la primera sesión había tenido lugar en el presbiterio el lunes de Pascua de 1651. Desde entonces, las reuniones se tuvieron dos veces al mes y remediaron las necesidades de la parroquia Saint-Sulpice. A la obra de los pobres vergonzantes, Olier unió también la obra de las escuelas para los niños pobres y la obra de los huérfanos⁸³².

Pero la mayor parte de las parroquias de París no podían tener la misma ventaja, menos aún las parroquias de los barrios, donde no había más que pobres, y ningún rico. Éstas no tenían pues socorros que esperar sino de sus hermanas más afortunadas, que contaban con muchos ricos y pocos pobres.

Los pobres se amontonaban cada día más numerosos en los barrios. La Relación de junio y de julio de 1652 los lleva a quince o dieciséis mil. La policía asustada había tenido varias asambleas que sólo habían concluido en disminuir las limosnas. No se podía ya repartir potajes a diario, y los pobres artesano de Saint-Médard y de Villeneuve se habían visto obligados, los días en que no habían recibido su ración, ir a cortar trozos de carne a los caballos muertos en la batalla del barrio Saint-Antoine. ¿Dónde habrían ido a conseguir otro alimento, cuando el pan valía diez sueldos la libra? El cese de las limosnas los reducía a la desesperación. No menos desesperada era la caridad de Vicente, obligada por algún tiempo a limitarse a los enfermos, tan numerosos además que se contaban tres cientos en las dos parroquias más pequeñas del barrio Saint-Marcel.

Los potajes se reiniciaron por suerte y, desde el mes de octubre se distribuyeron a diez mil pobres, única ayuda que recibían. Al mismo tiempo se atendían de mil doscientos a mil trescientos enfermos. Los pueblos habían contribuido con la mayor parte de estos enfermos, que venían a París a buscar los sacramentos a falta de otros socorros auxilios, y al menos una muerte tranquila lejos de la crueldad de los soldados. Crueldad espantosa en efecto, que no perdonaba ni el sexo ni la edad. En Neuilly, niños habían sido azotados, desgarrados con espinas y arrojados a hornos ardientes; a otros, en Daumar, después de una infame mutilación, les habían abierto el vientre, porque los desdichados de ellos no podían indicar dónde estaban escondidos los tesoros quiméricos.

Los sacerdotes encontraban a estos refugiados enfermos en las buhardillas o en grutas, en paja podrida, su única cama y su único mueble, sin comer, por todo alimento más que tripas de animales muertos, para acabar muriendo entre tales basuras que, para sepultarlos, había que limpiarlos como si salieran de un lodazal. Entretanto, se hacían los esfuerzos más generosos para librarlos de la muerte, ya que su único servicio no costaba menos de 4.000 libras al mes. Remedios, potajes de carne se les repartían por las Hermanas de la Caridad, a pesar de todo, la mortalidad era y, durante una parte del año 1652, fallecieron diez mil personas al mes en París⁸³³.

No hay duda que Vicente y su doble familia de Misioneros y de Hermanas contribuían en gran parte, con su persona y su bolsa, a la buena obra.. Y sin embargo, San Lázaro estaba literalmente arruinado. La supresión de las ayudas y la interrupción de los coches le habían quitado de una vez 22 o 23 000 libras de renta. Su única esperanza se cifraba en las granjas de

⁸³² *Vie de M.Olier*, t. II, pp. 61 y ss.

⁸³³ Carta a Blatiron, Génova, 30 de agosto de 1652.

Rougemont y de Orsigny que presentaban un aspecto prometedor; pero fueron atropelladas, y no se podía esperar, en el movimiento continuo de los ejércitos, sembrarlas para el año siguiente. “No obstante, decía Vicente, la mano de Dios está siempre abierta para los que la reclaman y abundante para los que no esperan más que en su bondad. Los espíritus y los asuntos se alteran cada vez más, y sin embargo nuestra confianza se aumenta que pronto Dios nos dará la paz, según esta máxima que allí donde faltan los medios humanos, allí comienza la operación divina⁸³⁴.”

Ante todo, Vicente pensó en la salvación de estos desdichados. El 13 de junio de 1652, escribía a d’Horgny, en Roma: Salgo de una asamblea importante, en la que presidía el arzobispo de Reims... Se trataba del tema de los pobres de los campos refugiados en París, que son muchos y con la misma necesidad. Se ha comenzado a asistirlos corporalmente, y yo me he ofrecido para tengan misiones, según esta máxima del derecho que quiere que se tome su bien donde se lo encuentre. Tenemos obligación de ir a servirles en los campos cuando están allí; ellos son nuestra herencia, y ahora que vienen a nosotros expulsados por el rigor de la guerra que obliga a abandonar el campo, parece que estemos más obligados a trabajar por su salvación en los apuros en que se hallan, con el beneplácito no obstante de Monseñor el arzobispo. Y a propósito de la objeción que me podían hacer que no damos misiones en las ciudades episcopales, he respondido que la sumisión que debemos a nuestros Señores los prelados no nos permite dispensarnos de tales misiones cuando nos mandan que las celebremos.. y que según eso lo podríamos hacer aquí, teniendo la orden de Monseñor de París; y más cuando es a favor de estos pobres afligidos que son refugiados.” Y ocho días después, el 21 de junio anunciaba en comienzo de la buena obra en esta carta a Lambert, Polonia: “Al no poder dar la misión en los campos, hemos resuelto darla a los que se han refugiado en París, y hemos comenzado hoy en nuestra propia iglesia, a ochocientos de esta pobre gente, alojados en estos barrios, y después iremos a los otros. Alguno de los nuestros ha ido también a comenzar la de los refugiados de San Nicolás du Chardonnet, que nosotros iremos a confesar en la misma iglesia.” Vicente mismo, lo que se guarda bien de decir, se encargó de los niños. Después de dividirlos en varios grupos para instruirlos mejor, y ser mejor oído con mayor facilidad, el venerable anciano les daba el catecismo. Lo que no dice es que, durante todo el tiempo de la misión, y dos veces al día, proporcionó alimentos a estos pobres.

La carta a Lambert ya citada, después de algunos detalles de las oraciones públicas y el descenso del relicario de santa Genoveva, enumera las buenas obras emprendidas a favor de los pobres: potaje distribuido a diario a quince o dieciséis mil pobres tanto refugiados como vergonzantes; ochocientos o novecientos jóvenes, puestas al abrigo de de la miseria y del vicio; y continúa: “Se va a retirar del mismo peligro a religiosas del campo a las que los ejércitos han expulsado a París, de las que unas están en el pavimento, otras alojadas en lugares sospechosos, y otras con sus padres; pero como se hallan todas en la disipación y en el peligro, se ha pensado hacer un servicio bien agradable a Dios al encerrarlas en un monasterio, bajo la dirección de las Hijas de Santa María. Por último, nos envían aquí a los pobres párrocos, vicarios y demás sacerdotes de los campos, que han dejado sus parroquias para refugiarse en

⁸³⁴ Carta a Lambert, en Polonia, de los 4 de mayo y 31 de agosto de 1652.

esta ciudad. Nos llegan todos los días. . Es para alimentarse y ejercitarse en las cosas que deben saber y practicar.. así es como quiere Dios que participemos en tantas buenas empresas. Las pobres Hijas de la caridad tienen más parte en esto que nosotros, en cuanto a la asistencia corporal de los pobres. Hacen y reparten potajes todos los días en casa de la señorita Le Gras a mil trescientos pobres vergonzantes y, en el barrio de Saint-Denis, a ochocientos refugiados; y, en la sola parroquia de Saint-Paul, cuatro o cinco de estas Hermanas a quinientos pobres, aparte de los sesenta u ochenta enfermos que tienen a su cargo. Hay otras que hacen lo mismo en otras partes. Os pido que recéis por ellas y por nosotros.”

Por sobria en detalles que sea esta carta, más reservada es todavía la que el santo escribía el mismo día al doctor Hallier, ocupado por entonces en Roma en el asunto del Jansenismo. No hablando ya en la intimidad y el abandono de un padre a su hijo, él se calla cuidadosamente todo lo que podría redundar en su honor y en el honor de los suyos, incluso de las Hijas de la Caridad. es un testigo que cuenta, y en su relato no se sospecharía el autor. Y encima se excusa por los detalles: “Ahí tenéis cantidad de noticias. Señor, contra la pequeña máxima que tenemos de no hablar de ellas. Pero ¿quién podría impedir publicar la grandeza de Dios y sus misericordias?”

IV. *Acción directa de Vicente. –Conclusión.* Pero hay que mostrar más directamente aún la acción de san Vicente de Paúl en todas sus caridades. Era él principalmente quien suscitaba las limosnas con sus discursos, con sus lágrimas, cada una de las cuales, se decía, valía diez doblones para los pobres⁸³⁵. Durante todo este largo periodo de calamidades, los pobres eran su única preocupación: “Sufro por nuestra Compañía, decía; pero en verdad no me impresiona tanto como los pobres. Nosotros cumpliríamos yendo a pedir pan al resto de nuestras casas, si lo tienen, o a servir de vicarios en las parroquias. Pero los pobres ¿qué harán y adónde podrán ir? Confieso que ahí estaba mi peso y mi dolor. Me han dicho que en el campo la pobre gente dice que mientras tengan frutos vivirán, pero que después no le quedará más que cavarse la fosa y enterrarse vivos. Oh Dios, qué final de miserias, y ¿dónde está el remedio?”

¿Podía ser de otro modo para un hombre de una caridad así, para un hombre a quien todos recurrían en las cosas pequeñas como en las grandes, con una libertad familiar que autorizaba su bondad y se había vuelto costumbre? Tiempo es ya de citar algunos rasgos de esta bondad.

Un muchacho sastre, que había trabajado en San Lázaro, le escribió desde su país para rogarle que le enviara un centenar de agujas de París. El santo, por entonces en medio de las más graves ocupaciones de la corte y de la ciudad, encontró la petición muy natural y se apresuró a hacer justicia.

Visitaba las prisiones del Châtelet y de la Conciergerie para instruir y socorrer a los prisioneros. Hacía casar, dotándolas, a las jóvenes en peligro, o les procuraba la entrada en una casa religiosa. En todos los barrios de San Lázaro, él arreglaba los procesos, ponía paz en los matrimonios y hasta entre los soldados. Si el incendio, la enfermedad o cualquiera otra desdicha arruinaba a una familia, iba a consolarla, le proporcionaba los primeros auxilios, y acababa

⁸³⁵ Or. fún. por Henri de Maupas, y deposición de Soulier, en el proceso de canonización.

por restablecerla en su primer estado facilitándoles los muebles, materia prima e instrumentos de trabajo.

Un pobre carretero había perdido los caballos. Pidió a Vicente que le ayudara a reparar esta pérdida, y recibió al instante 100 libras.

Otro carretero dejaba al morir siete hijos enfermos. Después de procurarles curación, el santo les dio una carreta y un caballo, sacándolos de la miseria.

Un labrador había muerto dejando por toda herencia a su mujer y a dos niños pequeños un proceso perdido y la miseria. Vicente alimentó a la viuda, retiró a sus dos hijos y los mantuvo hasta que pudieron ganarse la vida.

Cuántos pobres desconocidos le debían así su existencia. A muchos les hacía llegar cada mes una suma reglada. Durante su última enfermedad, uno de ellos no recibía ya nada, vino a San Lázaro a reclamar, como una especie de deuda, los 2 escudos que cobraba desde hacía diecisiete años.

Durante varios años también, alimentó a un pobre ciego, y recomendó, antes de morir, que le continuaran la misma caridad.

Una mujer habiéndole expuesto su miseria, él le envió medio escudo: “Bien poca cosa en gran pobreza,” le envió a decir, y al punto recibió otro medio escudo más.

Un labrador, arruinado por tres inundaciones sucesivas, ababa de ser expulsado de su granja por el propietario, quien le había llevado también el mobiliario y los caballos. Vicente le colocó en una granja de San Lázaro sembrada toda y le puso en manos todo lo necesario para el cultivo. Y como el labrador, que tenía un hijo estudiando, no podía mantenerlo más, el santo puso al joven en su casa de Richelieu, le buscó un título clerical y logró hacer de él un buen sacerdote.

Un viejo soldado, a quien las heridas le habían valido el sobrenombre de *Acribillado*, vino un día a San Lázaro y se hizo llevar hasta el superior. “Señor, le dijo sin otro preámbulo y con la voz ruda y libre de su profesión, he oído decir que erais un hombre caritativo; ¿no querrías recibirme por algún tiempo en vuestra casa? –Estupendo, amigo mío,” respondió Vicente; y mandó que le dieran una habitación. Dos días después, el soldado cae enfermo. Enseguida le cambian a una habitación caliente, se coloca a un hermano para atenderle, se le prodigan remedios y alimentos, y no se le permite retirarse hasta que se ha recuperado del todo.

Al volver una vez de la ciudad, Vicente encontró a unas pobres mujeres, a la puerta de San Lázaro, que le pidieron la limosna. Él se la prometió; pero apenas entró se vio acosado por una cantidad de asuntos graves y urgentes que le borraron la memoria de las pobres. Unos ratos después, llegó el portero a recodárselas. Sale volando, les lleva él mismo su limosna, pero no sin echarse de rodillas ante ellas para pedirle perdón por haberlas olvidado.

Por lo demás, era con este respeto, igual a su ternura, como obraba siempre con los pobres. se llevaba, antes que ellos, la mano al sombrero, al dirigirse a ellos, y seguí con él debajo del brazo al hablarles y darles la limosna. Con frecuencia, los abrazaba o los besaba antes de entregarles su ofrenda⁸³⁶. En una palabra, los trataba, con un rostro contento; como a sus señores y dueños. Nada era capaz de repugnarle, ni siquiera sus injurias, cuando ellos creían no haber recibido lo suficiente; se contentaba entonces con decirles: “Id y rogad a Dios!”

⁸³⁶ *Summ.*, pp. 300, 335.

No más para sus hermanos que para él, quería la venganza en los malos tratos que su caridad les ocasionaba con mucha frecuencia. Dos de sus clérigos, enviados a visitar a los enfermos en el señorío de San Lázaro, se encontraron con unos soldados que les quitaron sus abrigo. Dos de los ladrones fueron prendidos por la gente del barrio y conducidos a las prisiones del magistrado. Para castigarlos, Vicente no tenía más que dejar actuar a los oficiales con la justicia. Lejos de esto, mandó a visitarlos, y darles bien de comer, llevándolos, por toda penitencia, a hacer una buena confesión y, por la promesa que le hicieron de no robar más los bienes ajenos, pidió para ellos la libertad.

En otra ocasión, fue de la muerte de uno de los suyos de lo que tuvo que sacar una venganza cristiana. Unas mujeres pobres, admitidas a espigar en el gran cercado de San Lázaro, fueron sorprendidas por un hermano robando la cosecha. Una de ellas agarra una piedra y da muerte al hermano en el acto. Avisado Vicente al instante, ve esta sangre que clama venganza. Pero el pensamiento de la sangre de Jesucristo le lleva a la misericordia. Llama al marido, le aconseja que huya prontamente librando a su mujer de la justicia y, como eran pobres, él y ella, les da algún dinero para el viaje.

Con mayor razón perdonaba cuando disparaban a los pichones de San Lázaro. Él se contentaba con decir a los cazadores furtivos: “¿Por qué matar a los padres y a las madres. Si necesitáis pichones, por qué no venir a pedirme polluelos⁸³⁷?”

En todo tiempo, San Lázaro fue el recurso de todos los miserables, no sólo de París sino de toda Francia. Todos venían a Vicente a pedirle a un título gratuito o a título prestado, y a todos les daba según sus condiciones y sus necesidades, con mayor generosidad en ciertos días, por ejemplo en la fiesta de san Vicente, su patrón⁸³⁸. Cuando la bolsa de San Lázaro se agotaba, recurría a la de la Srta. Le Gras⁸³⁹. Por suerte para ella, ha dicho uno de sus historiadores, él no reglaba sus restituciones sobre las restituciones de aquellos a los que había prestado: habría sido no querer pagarla nunca.” La Srta. Le Gras no podía ya darle nada, pedía prestado en otra parte para los pobres, hasta 16 o 20 000 libras de una vez. Se dirigía a todos en su favor y, cuando había agotado todos los bolsillos particulares, su último recurso era siempre a la reina. Ana de Austria no sabía negarle nada; le daba sus joyas; una vez un diamante que valía 7 000 libras; otra, un pendiente que fue vendido en 18 000 libras por las Damas de la Caridad. Y como la cristiana princesa pedía el secreto: “Vuestra Majestad, le respondió Vicente, me perdonará si en esto tan sólo no la obedezco, pero no puedo ocultar una acción tan hermosa de caridad. Es bueno, Señora, que todo París, y hasta toda Francia la conozca. Y yo creo estar obligado a publicarla en todos los lugares que pueda.”

Así fue como el hijo de un pobre labrador pudo repartir en el curso de su vida limosnas, cuya suma total, según cálculos de François Alexandre Vérone, obispo de Agen y antiguo Misionero, debió de pasar los 1 200 000 lises de oro, más de 12 000 000 de libras⁸⁴⁰, 50 000 000 tal vez en valor actual.

Una parte de estas limosnas era distribuida directamente bien en San Lázaro, bien por la mano de los Lazaristas. Un Hermano, que fue por mucho tiempo el hermano Alexandre Vérone, estaba encargado de los enfermos que venían a

⁸³⁷ *Summ.*, pp. 249 y 251.

⁸³⁸ *Ibid.*, p.206.

⁸³⁹ *Ibid.*, p. ss.

⁸⁴⁰ Epíst. ad Clem.XI (5 de junio de 1705).

buscar o a quienes él llevaba los remedios y auxilios. Él los visitaba en todo el territorio de la parroquia San Lorenzo, vendaba sus heridas y prestaba toda clase de oficios. Todos los viernes, dos sacerdotes, Vicente a su vez, hacían también visita a los enfermos, costumbre que se ha conservado hasta nuestros días en la congregación.

A partir de la Navidad de 1641, dos pobres fueron admitidos en San Lázaro como huéspedes de honor. Vicente les daba de comer, los colocaba sus costados, les había servir antes que a él y los suyos, los servía él mismo saludándolos con respeto; y como de ordinario eran ancianos, a menudo los había ayudado a subir los escalones que conducían al refectorio. Eran doce que se sucedían así de dos en dos. El jueves-santo los reunía a todos, les lavaba los pies y les daba una limosna y, ese día, se contentaba con servirlos en la mesa sin sentarse con ellos. Después, los superiores generales de la misión han conservado esta costumbre admirable como uno de los legados más preciosos del santo fundador.

Cada día también, sin contar lo que se daba a todos los mendigos de paso, se repartía a la puerta de San Lázaro raciones de potaje, de pan u de carne a familias pobres.

Tres veces por semana, a mediodía, se daba sopa a quien venía. En todos los tiempos, se encontraban centenares, a veces hasta seis u ochocientos. Se aprovechaba la ocasión para instruirlos en los misterios de la fe, en las prácticas religiosas, en los peligros y ventajas, en los privilegios y deberes de la pobreza.

Durante las revueltas de París, se hizo la distribución a cerca de dos mil pobres. San Lázaro se encargó de todos los de los barrios de Saint-Denis y Saint-Laurent. Se los alimentaba y vestía en vida; muertos se les daba lienzos para su sepultura. Esta última caridad se extendió a un gran número de Parisienses a los que la curiosidad había atraído en masa a la llanura de Saint-Denis, donde fueron masacrados por un cuerpo de tropas. Por lo general, se hacían trasladar a San Lázaro y enterrar a todos los muertos desconocidos y, si se llegaba a descubrir a los padres, se encargaban también de su alimentación.⁸⁴¹

Nuevo Elías, Vicente dejó el manto y el espíritu de la caridad no sólo a sus discípulos sino a todas las personas piadosas que él había asociado a sus obras. El año que siguió a su muerte, la prohibición del trabajo en encajes y la carestía del trigo redujeron a la mendicidad a una gran cantidad de mujeres. En el verano del mismo año, una enfermedad contagiosa causó estragos en los campos y se llevó una gran cantidad de brazos para la cosecha, que fue muy escasa. De ahí, el nuevo aumento del precio de los víveres y nueva miseria. Fue a San Lázaro adonde se dirigieron otra vez, por la antigua costumbre de llamar siempre a esta puerta de la caridad, los grandes vicarios de París para llevar auxilios en esta escasez. de San Lázaro, en efecto, partieron varios Misioneros, que recorrieron toda la diócesis y regresaron a decir que habían encontrado a más de ocho mil enfermos en ochenta parroquias solamente, y que por todas partes los males eran extremos. Conforme a este informe, se puso en movimiento a las Damas de la Caridad, de acuerdo en todo con el orden establecido por Vicente de Paúl en caso parecido, y se logró aliviar esta miseria.

⁸⁴¹ *Summ.*, pp. 194-197.

Pero el hambre, durante este año de 1661, no se cerró en los suburbios de Paría, invadió todas estas provincias del Maine, del Perche, de la Beauce, de Tours, de Blois, del Berri, que no habían tenido aún el tiempo de levantarse de su precedente aflicción, de suerte que los Misioneros y las Damas de la Caridad debieron continuar y continuaron en efecto su obra de salvamento. Una circular de Almeras, del 26 de noviembre de 1664, nos dice que habían seguido las limosnas en las provincias durante los tres años precedentes. Los hermanos Alexandre Véron y Juan Parre habían sido enviados, uno al Berri, el otro al Dunois; un Misionero había tenido el Gâtinais por departamento. Al mismo tiempo la casa de Richelieu aliviaba diversos barrios del Poitou. En cuatro años, de 1660 al 1664, de la muerte de Vicente de Paúl a la publicación de su Vida, estas nuevas limosnas sobrepasaban las 500 000 libras que al cabo de dos siglos se han incrementado en varios millones.

Al terminar esta larga historia de nuestros disturbios y de las caridades de san Vicente de Paúl, dejaremos aparte de buena gana toda conclusión política en favor, bien de los grandes, bien del pueblo. Y ahí como siempre,

Los pequeños han sufrido por las tonterías de los grandes; si los pueblos han expiado cruelmente los delirios de los reyes, digamos también que los reyes y los grandes, animados por la caridad de un hombre, han venido generosamente en socorro de los pequeños y de los pueblos.

Fijémonos también, en descargo del siglo XVII, en nuestra vieja Francia monárquica, escarnecida hoy por tantos historiadores, de que la pobreza y la miseria se habían resignado a ello e incluso contentado;; que ellas no se aprovecharon de los disturbios civiles para vengarse de sus pretendidos opresores; que los 40.000 mendigos de la capital, -la quinta parte de la población de entonces- no tomaron ni una sola vez las armas, y que de las numerosas *cortes de milagros* no se vio salir, como de nuestros suburbios después del 89, a estas hordas espantosas pidiendo a la sociedad la bolsa o la vida; que se ha de tomar nota de esta era feliz del 89 que el *pauperismo* ha reemplazado a la pobreza, que miserias menores amenazan la fortuna y la existencia de todos, y que el socialismo, -por llamarlo por su nombre,- nos plantea el problema cada vez más urgente de ser o no ser, y remite a corto plazo la ruina de todas las instituciones sociales.

Notemos, si queremos, en bien de nuestra edad, que la guerra, incluso en países conquistados, incluso en los años más calamitosos y más indisciplinados de finales del último siglo y del comienzo de éste, nunca se ha señalado, sobre todo a los ojos y con la complicidad de los jefes, por los bandidajes y las atrocidades que cometieron nuestros ejércitos mismos, sin hablar de las bandas del barón de Erlach, en nuestras desdichadas provincias, y eso a los ojos de los Turena y de los Condé, a los ojos de Luis XIV.

Notemos también, en interés de la historia, que esta guerra de la Fronda, guerra de niños, se la ha llamado, un juego de niños, guerra de galanterías y de intrigas, guerra de chanzas y de canciones, fue una guerra abominable, no sólo por la llamada que hizo al extranjero y a las largas invasiones que provocó, sino por las ruinas directas que acumuló en nuestro país. No, en ninguna guerra quizás se encontraría tanto dolor y tanta calamidad. El incendio del Palatinado por Turena, que se ha presentado como un doloroso episodio en nuestras guerras del siglo XVII, es la historia misma, la historia continua y uniforme de nuestras provincias durante veinticinco años.

De todo ello, la historia no ha dicho nada. Nos introduce en los peinadores en los que la galantería trama la intriga, no en todas las chozas en las que la intriga se deshace por el hambre, el deshonor y la muerte; registra las buenas palabras de los grandes o del pueblo de París, y no oye los gritos de angustia que les hacen un terrible eco; no omite ni un solo trámite de los parlamentos, ni un movimiento de los ejércitos, y ella no sigue esas huidas en masa, esas dolorosas odiseas de pueblos enteros tratando de escapar al hierro y a las llamas; ; conoce los nombre de todos los verdugos, y parece ignorar, no digamos ya los nombres de las víctimas, víctimas verdaderamente sin nombre como sin número, sino el nombre de su salvador, el nombre de Vicente de Paúl, que, por ejemplo, *La Historia de Francia bajo Luis XIII y bajo el ministerio del cardenal Mazarino* De El Sr. Bazin, no ha pronunciado una sola vez, sino con ocasión de la muerte del rey. La verdad histórica, la justicia y el agradecimiento exigen a la vez que rehagan bajo un punto de vista nuevo esta parte de nuestros anales; exigen por lo menos que se devuelva públicamente a Vicente de Paúl el nombre que le dieron algunas ciudades agradecidas, el nombre tan generosamente ganado de salvador. de padre de la patria.

Libro IX: Muerte de san Vicente de Paúl

CAPÍTULO PRIMERO: Retrato y Jornada.

I. *Retrato.* Antes de que san Vicente de Paúl nos sea robado por la muerte, contemplemos por última vez sus rasgos, esbochemos su fisonomía física y moral, y sigámosle en el empleo de una de sus jornadas, todas uniformemente llenas de piadosos ejercicios y de obras de caridad.

Vicente de Paúl era de una talla un poco por encima de la media, bien sentada y proporcionada, Su cabeza, calva muy temprano, era grande, pero en relación justa con el resto del cuerpo. Tenía una frente hermosa, ancha y majestuosa, nariz gorda, ojos vivos y penetrantes, los labios finos y sonrientes, el oído sutil, el rostro ni demasiado lleno ni demasiado flaco, los rasgos fuertemente acentuados y componiendo un conjunto que impresionaba a la mirada y quedaba impreso en la memoria. Era una de esas fisonomías que no está en el poder, ni siquiera del lápiz más torpe, de hacer desconocidos, como no se puede juzgar por tantos retratos, que en su diversidad con frecuencia a la ligera, guardan sin embargo del original una huella indefinible, haciendo inútil toda *letra* inútil. Delante de cada uno de estos retratos, hasta de los peores, toda mirada que ha visto tan sólo otro nombre inmediatamente a Vicente de Paúl. La mayor parte se equivocan sin embargo en cuanto a la resultante de esta fisonomía, a la que dan un aire de bonhomía que un respeto religioso impide solo decir un tanto tontuelo. Esto se inspira menos en la verdad que en el deseo de pintar en este rostro esa tierna bondad cuya expresión llega hasta la mueca y la caricatura. No era ése, ciertamente, el aire de san Vicente de Paúl. De un temperamento sanguíneo y sobre todo bilioso, era por naturaleza triste y melancólico, y necesitaba todos los esfuerzos de la virtud para quitar a sus rasgos un no sé que de duro y de arisco⁸⁴². Si acabó por impregnarlos de

⁸⁴² Yo me dirigí a Nuestro Señor, decía él en 1621 y le pedí con insistencia que me cambiara este humor seco y desabrido, y me diera un espíritu dulce y benigno. Y, por la gracia de nuestro Señor, con un poco

bondad, como asunto principal y conjunto de su persona, les dejó siempre, igual que a su actitud, a su porte, a su talante, gravedad y nobleza.

Por lo demás, es a pesar suyo como se tiene la suerte de poseer la imagen de sus rasgos según naturaleza. Toda su vida le apuraron para posar ante un pintor, sin que su humildad consintiera nunca. El abate de La Pinsonnière, de visita para agradecerle después de un retiro hecho en San Lázaro, le rogó que se dejara pintar para consuelo de sus amigos. A esta propuesta el santo se prosternó rostro en tierra exclamando: “Yo, miserable, yo, una nada!”. Y suplicó que en adelante le ahorraran un dolor semejante.

Lo que él había negado a La Pinsonnière, se lo negó a las instancias de las personas de condición que tenían más derecho sobre él, como a las presidentas Gousault y de Lamoignon; se lo negó incluso a las súplicas y a las lágrimas de sus hijos.

No obstante era más que octogenario y se sentía la amenaza de perderlo pronto. Con la desesperación de vencer frontalmente su resistencia, los Misioneros tomaron el partido de usar de un fraude piadoso e hicieron venir en secreto a San Lázaro al pintor Simón François, a quien retuvieron por mucho tiempo. Éste debía ver sin ser visto. Descubierta, sin embargo, no habría levantado las sospechas de Vicente que no le conocía y le habría tomado por uno de los numerosos laicos que hacían los ejercicios espirituales en San Lázaro. En efecto, para tener ocasión de estudiar mejor la fisonomía del santo anciano, el pintor seguía todos los ejercicios a los que asistía y se pegaba a él como su sombra. Los días de fiesta, cuando oficiaba Vicente, Simón François estaba allí en primera fila; y allí estaba también cuando el santo decía o asistía a la misa; en el refectorio lo habían colocado enfrente de él. Después de cada una de estas sesiones y de estas poses no sospechadas por el anciano, el pintor iba a encerrarse en una habitación que le habían dado, donde trabajaba de recuerdos. Así fue como poco a poco hizo el retrato reproducido por el gravado en la cabeza de esta obra⁸⁴³.

Para acabar esta descripción física de nuestro santo, digamos que era de una complexión bastante robusta. Pero bilioso, hemos dicho, guardando siempre las funestas consecuencias de su cautividad de Túnez, cada vez más sensible a las impresiones del aire, y cada vez más también era objeto de los ataques de la fiebre.

Más aún que sus rasgos, con mucha frecuencia se ha formado una falsa idea de su espíritu. Hombre de una bondad, una caridad maravillosa, se ha dicho, pero de una inteligencia mediocre; hombre de un corazón inmenso, pero de un cerebro estrecho, o más bien en quien el corazón parecía haber absorbido en su provecho todas las facultades del alma.

Sin duda Vicente no tenía la imaginación que hace al artista, ni el genio que produce las brillantes creaciones literarias; pero adonde nosotros hemos llegado de su historia, después de ver tan grandes empresas tan bien concebidas y mejor realizadas todavía, tantas obras de todas clases, cada una

de atención que he puesto en reprimir los borbotones de la naturaleza, he perdido un poco de mi humor negro.”

⁸⁴³ Es el original, creemos, de este retrato, o bien, ciertamente, una copia al óleo auténtica, que se conservó hasta la Revolución, en la abadía de Moutier-Saint-Jean, ocupada por el abate de Chandénier, el discípulo tan querido de san Vicente de Paúl y que transportaron más tarde al hospital de esta ciudad, donde hemos hecho tomar una fotografía exacta. —Hemos contado la historia de este retrato según las memorias manuscritas del hermano Du Courneau, conservadas en los archivos de la Misión.

de las cuales habría pesado en una naturaleza poderosa, llevadas a la vez sin doblegarse, sin que una dañara a la otra, y conducidas hasta el último punto de su desarrollo, tantas fundaciones fecundas y lanzadas, de alguna manera, para la eternidad, ¿necesitamos nosotros ahora decir que Vicente tenía un espíritu penetrante, extenso, idóneo para abrazarlo todo, las cosas grandes como las pequeñas? Poseía ante todo, en un grado supremo, ese buen sentido que Bossuet ha llamado el maestro de la vida humana; ese buen sentido, más raro tal vez, en el punto que él lo tenía, que lo que se llama el genio, pues supone en el alma un ensamblaje y un equilibrio de facultades más numerosas y más inconciliables: la perfección que se adueña de una idea o de un asunto, la extensión que abraza sus relaciones, la perspicacia que descubre todas sus circunstancias y se adelanta a todas las consecuencias, el juicio que reglamenta su puesta por obra y su ejecución, la fuerza que desafía y triunfa de los obstáculos, la paciencia por último que no se cansa jamás y maniobra con tanta habilidad y constancia que siempre llega; la paciencia larga, perseverante, que, en estas condiciones, Buffón ha dicho ser el genio mismo. Tal era el buen sentido de Vicente de Paúl, con el que habría gobernado un reino, con el que ha gobernado asuntos más difíciles que los de los Estados; tal el buen sentido que dinamizaba sus opiniones, sus palabras, sus empresas y todos sus comportamientos.

Es este buen sentido el que le mantuvo siempre lejos de las rutas singulares, de las doctrinas extremas, del espíritu de cambio y de novedad. La singularidad, el exceso, todo lo que se salía de este medio, en el que lo verdadero y lo bueno han fijado su trono, le parecía mentira y locura. Condenaba las innovaciones en materia religiosa y política, porque se encuentran fuera de las condiciones de la vida de los Estados y de las almas. El pretexto mismo de lo mejor no podía hacer ilusión a su virtud. En caso de necesidad, habría inventado el adagio: “Lo mejor es enemigo de lo bueno,” pes lo tenía como una de sus máximas. Decía también: “El espíritu humano es pronto y bullanguero. Los espíritus más vivos y más esclarecidos no son siempre los mejores, si no son los más comedidos. Se camina con seguridad cuando uno no se aparta del camino por el que el grupo de los sabios ha pasado”.

El buen sentido, siempre franco, directo, le hacía enemigo de las vías oblicuas, del lenguaje doble, desconsiderado e indiscreto. Su palabra era siempre la expresión exacta de su pensamiento. Pero la sinceridad en él no dañaba a la prudencia. Nadie ha sabido mejor callarse, cuando la palabra podía violar un secreto, herir la caridad, comprometer un asunto, o cuando era simplemente inútil. Sabía escuchar, ciencia rara si bien necesaria, sin interrumpir nunca. Interrumpido a su vez, se detenía al instante; pero como nada era capaz de doblegar su inflexible buen sentido, acabada la interrupción, volvía a tomar el hilo de su discurso e iba directamente al grano. Tenía un hablar algo lento, por reflexión. Sus razonamientos eran precisos, justos y terminantes, expresados en términos claros y netos, animados de un dulce calor, y llevaban la persuasión a los corazones al mismo tiempo que la convicción a los espíritus. Si hablaba el primero, desarrollaba y exponía una cuestión con tal orden y nitidez, con tanta profundidad y amplitud, que todos, hasta los más hábiles, se decían: “¡Eso es!” en homenaje a su sentido infalible. Por lo demás, el buen sentido le hacía adoptar también todos los tonos y todos los lenguajes, según la medida de los espíritus, de suerte que el hombre mediocre se creía estar a

su nivel, mientras que los genios más altos no le consideraban nunca por debajo de ellos.

Y es porque tenía el discernimiento de los espíritus como de las doctrinas y de los asuntos. Veía enseguida el alcance de todos como de las doctrinas y de los asuntos. Él veía enseguida el alcance de cada uno y adaptaba a ello su conducta y su lenguaje. Penetraba lo fuerte y lo débil, las cualidades buenas y malas de todos, y sabía reglarles así el puesto y el empleo. En todo, discernía lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo mejor de lo menos bueno, bajo las apariencias más engañosas, las más hábilmente hipócritas.

Eso es lo que hacía su dirección tan segura, su decisión tan infalible, su acción tan firme y resuelta, cuando había tomado partido. Le consultaban, era a veces lento en responder, ya que él mismo pedía consultar antes a Dios y a los sabios; pero le respuesta que daba por fin iba siempre marcada con la sabiduría y la experiencia.

Era lento también en resolverse y en emprender, siempre en virtud de ese buen sentido que necesitaba penetrar antes y combinar entre sí la naturaleza, los medios y el fin de todas las cosas. Sus hijos, sobre todo los más jóvenes, se lo reprochaban, y él respondía ordinariamente como lo hizo el 7 de diciembre de 1641, en esta carta dirigida a Codoing, superior de la Misión de Annecy:

“Me contestaréis que soy demasiado largo, que esperáis a veces seis meses, y que sin embargo se pierde la ocasión y todo sigue igual. A lo que yo os respondo, Señor, que es cierto que soy demasiado lento en responder y en hacer las cosas; pero que a pesar de ello nunca he visto todavía echarse a perder un asunto por mi atraso, sino que todo se ha hecho a su tiempo, y con las vistas y la precaución necesarias, y que no obstante me propongo en lo sucesivo daros respuesta lo antes posible, después de recibir vuestras cartas y considerar la cosa delante de Dios, que se honra mucho por el tiempo que se emplea en considerar con madurez las cosas que tienen que ver con su servicio. Vos os corregiréis pues, por favor, por vuestra prontitud en resolver y hacer las cosas, y yo trabajaré en corregirme de mi indolencia... ¿Me atreveré a decirlo sin sonrojarme, Señor? No hay otro remedio, es preciso que lo haga. Porque, pensando volviendo la mirada a todo lo ocurrido en nuestra compañía, me parece, y es muy demostrativo, que si se hubiera hecho antes de lo que lo ha sido, no habría resultado tan bien. Lo digo de todo sin exceptuar nada. Por eso tengo una devoción particular por seguir al paso a la adorable Providencia de Dios, y el único consuelo que me queda es que me parece que es Nuestro Señor solo quien ha hecho y hace incesantemente las cosas en esta pequeña Compañía.”

Vicente comparaba algunas veces a los espíritus demasiado apresurados, irreflexivos, que se agitan y abrazan el vacío, con las ruedas de molino que giran sin trigo, que, decía él, se inflaman y queman el molino⁸⁴⁴.”

Era pues amigo de la lentitud, o mejor enemigo de la precipitación: efecto al mismo tiempo de su buen sentido y de su virtud. Percibía en los asuntos, sobre todo en los difíciles y los importantes, una cantidad de obstáculos contra los cuales van a romperse a la primera los impacientes, y que él quería cambiar a fuerza de circunspección y de lenta prudencia. Acaba de decirnos, y le gustaba decirlo con frecuencia, que no veía otra cosa más común que el más éxito de los asuntos precipitados.

⁸⁴⁴ Carta del 11 de julio de 1645.

La virtud se aliaba en él con el buen sentido para mandarle, antes de obrar, largas y prudentes deliberaciones. Siempre temía, según su palabra ordinaria, adelantarse a la Providencia: es decir anticiparse al tiempo fijado por la sabiduría divina, actuar sin su concurso y su gracia, adelantarse a su acción, en lugar de seguirla. Tenía de sí una idea tan baja, y una tan alta del soberano dominio de Dios, que habría querido no a parecer en nada ni actuar jamás, para dejar a Dios toda gloria, para dejarle también la iniciativa y la consumación de toda empresa.

Pero nada, en ello, que pareciera misticismo oriental, ni ese quietismo ocioso y blando, que no se borra delante de Dios más que para dar una especie de consagración sacrílega a la cobardía y a la pereza. Nunca una vida más activa, más ocupada, más llena. “El Sr. Vicente ha hecho más bien por sí solo, decía la Srta. de Lamoignon, que lo que han hecho otros veinte santos.” Cuántas obras, en efecto, en los cuarenta últimos años que hemos recorrido, en los veinte últimos sobre todo, correspondiendo no obstante a una vejez fatigada y enfermiza. Produce sorpresa que un solo hombre haya podido concebirlas, más aún que las haya emprendido y realizado. La lentitud de Vicente tenía por único principio el temor de contrariar a Dios, el deseo de asegurarse su concurso, la necesidad de echar los fundamentos de una obra sin la certeza, o al menos, la esperanza probable de poder llevarla al remate. De allí, la sabia combinación, la duración y la permanencia de las suyas(obras).

Pero, una vez seguro de la voluntad de Dios y de los recursos de su Providencia, nada podía ya detenerlo. No le asustaban ni el número ni las dificultades de los asuntos. Él las seguía con una fuerza de espíritu, una intrepidez de valor que ningún obstáculo podía moverle, vinieran de las personas o de las cosas, de la conjuración de los elementos o de las pasiones humanas. Se entregaba con una sagacidad llena de orden y de claridad; soportaba el peso, las lentitudes, con una calma que provenía de una santa seguridad, con una perseverancia que sacaba de la certidumbre religiosa del éxito.

Alma verdaderamente superior por su sentido positivo y práctico, cuyas pasiones no venían nunca, como en la mayor parte de los hombres, a perturbar las combinaciones, cuya virtud, por el contrario, inspiraba, dirigía y llevaba a término todos los planes.

El fundamento de esta virtud, -¿vamos a tener que decirlo más veces?- era la humildad que ningún santo, después de Aquél con quien nada puede compararse, después de Aquél, que estando en la forma de Dios, se anonadó y tomó la forma de esclavo, después de Aquél que ha sacado de su bajeza el principio de su grandeza, que ningún santo ha poseído en el mismo grado que Vicente de Paúl. Humildad prodigiosa, que espanta no sólo nuestro orgullo, sino nuestra inteligencia, cuando vemos a este hombre admirable descender a las profundidades y a los infiernos, buscarse los más perversos, los forzados, los ajusticiados y hasta los demonios. Humildad sin embargo la única que explica a Vicente de Paúl, la única que ha producido su caridad, prodigiosa como ella. el orgullo, ¿quién no lo sabe? odia a sus superiores y a sus iguales, desprecia a sus inferiores. Apunta a un primer rango único, donde se complacerá, vivirá en sí mismo, en la indiferencia y el desdén hacia todo lo demás: antípodas de la caridad! La humildad se queda en su rango, o más bien descende para atraerse todo, teniendo para lo que le es superior o igual, no la envidia o las aspiraciones ambiciosas, sino solamente el amor y el respeto.

Vicente de paúl no humilde habría aspirado a las dignidades eclesiásticas y se habría agotado en su búsqueda; habría perdido el recuerdo de su baja extracción y de las miserias de su cuna, y al mismo tiempo la compasión; se habría alzado a una altura tal, que no hubiera visto más a los pequeños y a los pobres, muy lejos de ponerlos por encima de él

para hacerse su muy humilde y devoto servidor. La entrega es el sacrificio de sí, es decir del orgullo; y cuanto más sacrificado es el orgullo, más llena y entera es la entrega. Vicente de Paúl no veía por encima de él más que alturas de las que le debían venir las aguas de una misericordiosa Providencia: alrededor de él. qué cooperadores más hábiles y más bendecidos de Dios que él mismo; por debajo, -si acaso hay un debajo de en este hombre,-más que un abismo de miserias y de necesidades adonde él esperaba descender para confundirse allí y consumirse en provecho de todos; o más bien descubriendo, por la fe y la humildad, a superiores en los pobres y los pequeños, a señores y amos, según su expresión sublime, se daba a ellos como un presente de ningún precio. Ha sido el más caritativo, porque ha sido el más humilde de los hombres⁸⁴⁵.

Y en verdad, sorprende que este carácter esencial de la virtud de san Vicente de Paúl, que este principio fundamental de todas sus obras haya sido desconocido, hasta el punto que sus biógrafos mismos, Collet después de Abelly, se hayan creído obligados a defenderle contra la acusación de un tal defecto que se contentan en llamar una *singularidad*. Singularidad, sin duda, como el genio y el heroísmo; pero no es eso lo que se entiende; se quiere que se haya excedido en este punto, sin comprender que de otra forma no hubiera excedido en caridad, si es posible exceder, sin embargo, en una virtud que, por parte de Dios, no tiene límites más que el infinito de sus perfecciones y, por parte del hombre, que lo indefinido de sus necesidades y de sus miserias. Vicente ha podido excederse en la buena opinión que tenía de los demás y en la hipérbole de sus elogios; pero no, para entenderle bien, en el bajo sentimiento que tenía de sí mismo. En comparación con el demonio y los mayores pecadores, inferior a los cuales se creía, sin duda, él no se ponía en su lugar; pero en comparación con Dios, su grandeza, su santidad, ¿qué es el mayor y el más santo, sino bajeza e imperfección? Ha sido este sentimiento más verdadero y más profundo de Dios el que ha hecho a los santos, aunque relativamente más grandes, más humildes que los demás hombres, y de ahí incluso más caritativos y más entregados.

Se ha dicho: “Si la clemencia fuera desterrada de la tierra, debería buscarse un refugio en el corazón de los reyes.”

Es la palabra que del cardenal de la Rochefoucauld aplicaba a la humildad y al corazón de Vicente de Paúl. Lo podría haber dicho, y por la misma razón, de la caridad que, compañera inseparable e hija necesaria de la humildad, tuvo siempre en esta alma su santuario privilegiado y, a falta de otro cualquiera, se habría reservado en ella su último asilo.

Por lo demás, Vicente no creía que se pudiera exceder en humildad y en caridad, cuando consideraba a Aquél que se anonadó y entregó hasta la muerte. En sus pensamientos, en sus palabras, en sus acciones, Vicente no se inspiraba más que en Jesucristo, no repetía más que su lenguaje, no se portaba más que según su modelo. Jesucristo, siempre, Jesucristo en todas

⁸⁴⁵ En medio de sus empleos más gloriosos, se le vio a menudo ir a la cocina a lavar la vajilla (*Summ.*, n° 204, p. 243).

partes, Jesucristo en todo y en todos; ésa era su doctrina, su moral y su política, lo que él solía explicar con una palabra: “Nada me satisface sino en Jesucristo.”

Esta visión continua y universal de Jesucristo iluminaba, elevaba, encendía su caridad. Jesucristo, él le veía pontífice supremo en el papa, obispo y príncipe de los pastores en los obispos, soberano sacerdote en los sacerdotes, maestro y doctor único en los doctores, rey de los reyes, juez de los jueces en los príncipes y en los magistrados, grande y noble en los gentilhombres y pequeño en los pequeños, obrero en los artesanos, divino negociante en los hombres de tráfico, pobre en los pobres, prisionero en los prisioneros, enfermo y agonizante en los enfermos y moribundos, de donde su respeto y su ternura con todos los hombres y, en particular con todos aquellos cuya bajeza y sufrimientos le presentaban una imagen más parecida al Dios anonadado y al Hombre de dolores.

Esto, en cuanto a lo físico y lo moral de Vicente de Paúl. Veámosle ahora en el trabajo durante una de sus jornadas, lo que nos servirá de muestra de toda su vida.

II. *Jornada*. Son las cuatro de la mañana. Aunque anciano, enfermo, acostado hace escasas horas, y encima transcurridas muy a menudo en el insomnio, Vicente se levanta, y el segundo golpe de la campana no lo encuentra en la misma postura que el primero. Esta obediencia a la regla de levantarse es para él la primera en importancia como en el orden del día, y es la primera también que recomienda a los suyos. Obediencia, les dice, tanto más agradable a Dios por ser la primera, tanto más honorable porque le ofrece las primicias de la jornada y de nuestras acciones; obediencia impuesta por el ejemplo de Nuestro Señor quien, después de dejar el paraíso, no tuvo donde descansar la cabeza; obediencia cada vez más fácil con la costumbres; provechosa al espíritu y al cuerpo, y que alarga nuestra vida demasiado corta; obediencia por último cuya diligencia y fervor aseguran el fervor y la diligencia, de la que depende todo lo demás.

Así pues, al primer toque, sale de la cama, hace la señal de la cruz, se prosterna y besa el suelo. Adora la majestad de Dios, le da gracias por su gloria, por la que ha dado a su hijo, a la santísima Virgen, a los santos ángeles, al ángel custodio, a san Juan Bautista, a los apóstoles, a san José y a todos los santos y santas del paraíso. Le agradece también las gracias hechas a la santa Iglesia, y a él mismo y, en particular haber sido conservado durante la noche. Le ofrece sus pensamientos, sus palabras, sus acciones, en unión con las de Jesucristo; le pide que le guarde de todo pecado y ayude a cumplir fielmente todo lo que le sea más de su agrado⁸⁴⁶.

Después de estos primeros actos de religión, hace la cama y se va a la iglesia donde, a pesar de la hinchazón de sus viejas piernas que han tenido que vendárselas, ha llegado antes que los más sanos y más jóvenes. La vista de su familia reunida ante Nuestro Señor regocija y consuela su alma.. Felicita a los más diligentes. Los retrasados le afligen. En cuanto a él, él nunca deja de hallarse en la oración de la mañana, en medio de la gran multiplicidad de los asuntos, aunque tuviese que sangrarse, en el día, o tomar alguna medicina, y la fatiga que ello le supondrá no le impedirá acudir al día siguiente.

⁸⁴⁶ Extraído textualmente de un escrito de la mano de san Vicente de Paúl, entregado por él como regla a una persona de condición.

Y es que sentía por la oración la estima más profunda y más religiosa. .La considera como el maná que se ha de recoger cada mañana, so pena de morir en el desierto de la vida. Por eso se entrega a ella con ardor. Se le oye emitir suspiros de un amor que no puede contener, y él es el único que no se entera de su explosión. ¿Qué pasa entre Dios y él? Su humildad lo ocultará con cuidado. Ero al descender de la santa montaña, su frente parece a veces luminosa como la de Moisés, y el fervor de su alma brota por toda su persona, pasa a sus palabras y a sus actos. Sus palabras, al salir de la conversación divina, son más abrasadoras todavía de fe y de caridad; su humildad, su mortificación, su paciencia, todas sus virtudes, brillan con un nuevo resplandor en su conducta.

Esta oración tan querida, él se entregará a ella en sus largos insomnios; a ella dedicará todos los espacios libres que le dejen el desempeño de su cargo y el servicio del prójimo: y cada año, sean las que fueren sus ocupaciones, les dedicará al menos ocho días enteros, durante los cuales interrumpirá las más santas ocupaciones para no hablar con nadie más que con Dios.

Esta oración de la mañana, lleva a ella a rodos aquellos sobre quienes tiene algún trato; quiere que se forme en ella a los ordenandos y a los ejercitantes y que se lleven su resolución y su práctica como el fruto más precioso de su retiro. Él por su parte compromete a los eclesiásticos de su conferencia, incluso a las Damas de su Asamblea.

Pero él no deja de exhortar a ello a sus Misioneros, por su interés y por el del prójimo. “Dadme, les dice, un hombre de oración, y será capaz de todo, podrá decir con el santo Apóstol: ‘Todo lo puedo en aquél que me sostiene y me conforta’” Y añade: “La Congregación de la Misión subsistirá mientras el ejercicio de la oración se practique fielmente, porque la oración es como un muro inexpugnable que pondrá a los Misioneros a cubierto contra todas clases de ataques; que es como un arsenal místico, o como la Torre de David que les dará toda clase de armas, no sólo para defenderse, sino también para asaltar y poner en fuga a todos los enemigos de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.”

No exime de ella ni a los enfermos, a quienes compromete a practicarla menos por una aplicación imposible del entendimiento que por los afectos de la voluntad, por actos reiterados de resignación, de contrición, de paciencia, de confianza, de perseverancia y de amor. La exige, y de una hora entera, los días de descanso como los días de trabajo, en la multiplicidad de las ocupaciones como en el tren ordinario de la vida. Monseñor el príncipe de Conti, dice a este propósito, será una día nuestro juez, por lo menos el mío. Es admirable en su fidelidad a la oración. Hace todos los días dos horas, una por la mañana, la otra por la noche. Por grandes ocupaciones que tenga, por mucha gente que le rodee, no se la pierde nunca. Verdad es que no está apegado a ninguna hora, que no la adelanta o la retrasa según la exigencia de los asuntos. Quiera Dios darnos este atractivo para unirnos a él por la oración.”

Se la recomienda en particular a los predicadores, a los catequistas y a los directores de almas: “La oración, dice, es un gran libro para un predicador; Ahí es donde sacará las verdades divinas en el Verbo eterno que es su fuente para difundirlas después entre el pueblo; es mediante la oración como será capaz de tocar los corazones y de convertir a las almas.”

Por la mañana, al salir de su propia oración, es cuando Vicente da estos consejos y estas enseñanzas a sus Misioneros. Al menos dos veces por

semana, el domingo y el miércoles. Les hace dar cuenta también de los buenos pensamientos y de los buenos sentimientos que les ha dado Dios. Esta *repetición de oración* le edifica y le encanta. Fuera de su comunidad, de viaje, , la practica también. Si viaja con seglares, les hace que vean bien, no sólo que se emplee todas las mañanas algún tiempo en la oración, sino que también se converse luego sobre las comunicaciones que el espíritu de Dios ha hecho a cada uno. Los criados son invitados a hablar a su vez, y uno de ellos nos cuenta: “Habiendo considerado que Nuestro Señor ha recomendado el servicio de los pobres, he creído que debía hacer algo por ellos; pero como no puedo yo, pobre como ellos, darles nada, he resuelto al menos rendirles honor, hablarles graciosamente, cuando se dirijan a mí, hasta quitarme el sombrero para saludarlos.”

A este relato, Vicente bendice a Dios que ama comunicarse con los sencillos y, al comprometer a las damas piadosas a establecer la costumbre de la repetición de oración entre sus criados, se confirma en su propia costumbre de preguntar al menor de sus hermanos en San Lázaro, los mismo que al más elevado de sus Misioneros.

En efecto, en cada repetición de oración, invita siempre a tres o cuatro a hablar y, por muy importantes que sean los asuntos que llaman a otra parte, los escucha con bondad y satisfacción horas enteras. Es una mutua y común edificación; también una escuela, una lección práctica, donde los recién llegados y los inexpertos se forman en el gran arte de la oración.

“Hermano, pregunta a uno de ellos, ¿qué método seguís en vuestra oración? – Padre, yo divido siempre el asunto en ciertos puntos, -Hacéis muy bien, hermano mío. Sin embargo cuando se trata de algún misterio como tema de la meditación no es necesario ni conveniente detenerse en una virtud particular y hacer vuestra división sobre el tema de esa virtud; pero es más oportuno recordar la historia de del misterio y prestar atención a todas sus circunstancias, no habiendo ninguna, por pequeña que pueda ser en la que no haya grandes tesoros encerrados, si sabemos buscarlos bien. Yo lo reconocí últimamente en una conferencia de estos Señores que se reúnen aquí. Tenían por tema de su charla lo que se necesitaba para emplear santamente el tiempo de la Cuaresma. Era un tema muy común, del que tenían la costumbre de hablar todos los años; y no obstante se dijeron tantas cosas buenas que todos los asistentes quedaron grandemente impresionados, y yo en particular; y puedo decir de verdad que no he visto conferencia más devota que aquella, ni que hubiera causado más impresión en los espíritus; ya que si bien habían hablado del tema muchas veces, parecía que no se trataba de las mismas personas las que hablaban; Dios les había inspirado en la oración otro lenguaje. Así es, hermanos míos, cómo Dios oculta tesoros en estas cosas que parecen tan comunes, y en las menores circunstancias verdades y misterios de nuestra religión. Son como pequeños granos de mostaza que producen grandes árboles, cuando Nuestro Señor quiere derramar su bendición. Nuestros asuntos de meditación se parecen a tiendas de comerciantes; y como hay tiendas en las que no se encuentra más que una clase de mercancía, otras en las que se encuentra todo lo que se necesita. Hay también asuntos de meditación que nos instruyen tan sólo en una virtud, y otros que contienen tesoros de toda clase de virtudes; como son los misterios del nacimiento, de la vida, de la muerte y de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Para aprovecharlos bien, hay que adorar a Nuestro Señor en el estado en el que el

misterio nos le representa, admirarle, alabarle, darle gracias por habérselas merecido, representarle humildemente nuestras miserias y pedirle los auxilios y gracias necesarios para imitar y practicar las virtudes que nos ha enseñado en ellos.

“-Hermano mío, pregunta a otro, ¿aprovecháis la oración? .-Poco, padre. –Y ¿por qué eso? replica Vicente. Mientras se repetía la oración, pensaba en mí mismo de qué podía depender que algunos hicieran tan poco progreso en este santo ejercicio. Hay motivos para temer que la causa de este mal sea que no se ejercitan lo suficiente en la mortificación, y conceden demasiada libertad a sus sentidos. Que se lea lo que los mayores maestros de la vida espiritual han dejado por escrito respecto de la oración, y se verá que todos unánimemente han sostenido que la práctica de la mortificación es absolutamente necesaria para hacer bien estas oraciones, y que, para disponerse bien, se necesita no sólo mortificar, sus ojos, su lengua, sus oídos y demás sentidos exteriores, sino también las facultades de su alma, el entendimiento, la memoria y la voluntad. Por este medio, dispondrá a hacer bien la oración y, recíprocamente, la oración ayudará a practicar bien la mortificación. –Otra causa de este escaso progreso es que algunos tienen buenos pensamientos y buenos sentimientos, pero no se los aplican a sí mismos y no hace suficientes reflexiones sobre su estado interior. Y no obstante se ha recomendado muy a menudo que cuando Dios comunica algunas luces o algunos buenos movimientos en la oración, hay que hacerlos servir a sus necesidades particulares. Hay que considerar sus propios defectos, confesarlos y reconocer ante Dios, y a veces incluso acusarse delante de la compañía para humillarse y confundirse más, y tomar una fuerte resolución de corregirse, lo que no se hace nunca sin gran provecho.”

En esto, un hermano cae de rodillas y pide perdón por no hacer nada desde hace tiempo en la oración, incluso *por* no poder dedicarse a ella. “Dios os bendiga, mi querido hermano, responde el santo. Él permite a veces que se pierda el gusto que se sentía y el atractivo que se tenía por la oración, e incluso que llegue a desagradar. Pero es de ordinario un ejercicio que nos envía y una prueba que él quiere hacer de nosotros, por la que no se ha de sentir desolación, ni dejarse llevar al desánimo. Hay almas buenas que son tratadas a sí, como muchos santos lo han sido también. Sí, conozco a muchas personas que son muy virtuosas que no sienten más que hastío y sequedad en la oración; pero como son muy fieles a Dios, hacen de ello muy buen uso. Lo que contribuye no poco para su adelanto en la virtud. Es verdad que cuando estos hastíos y sequedades llegan a los que comienzan a darse a la oración, hay algunas veces motivos para temer que ello provenga de algunas negligencias por su parte; y es en esto, hermano mío, donde debéis prestar atención. Tal vez sin embargo no tenéis culpa. ¿No os duele la cabeza? –Sí, padre; y es por haber querido, en mi último retiro, hacerme sensibles las cosas en la oración. – No hay que obrar así, hermano, ni esforzarse por hacerse sensible en la oración lo que no lo es por su naturaleza, porque es el amor propio el que se busca en ello. Debemos obrar por espíritu de fe en la oración, y considerar los misterios y las virtudes que meditamos en este espíritu de fe, dulcemente, humildemente, sin esforzar la imaginación, y aplicar más bien la voluntad para los afectos y resoluciones que el entendimiento para los conocimientos. Y no obstante, debemos perseverar con valor, en la imitación de Nuestro Señor, el cual, *fractus in agonia, prolixius orabat*. La oración es un don que nos ha dado

Dios, que hay que pedirle con insistencia, diciendo con los apóstoles: *Domine, doce nos orare*; y esperar esta gracia de su bondad con humildad y paciencia.” Otro hermano habla a su vez: “Yo no tengo espíritu para hacer oración bien. de las facultades de mi alma, sólo hay una de la que me pueda servir, que es la voluntad. Ella comienza nada más proponer el asunto, y sin usar ningún razonamiento, a producir sus afectos, ya dando gracias a Dios, ya pidiéndole misericordia y excitándose en la confusión y al dolor de sus pecados; o bien suplicándole que le dé la gracia de imitar a Nuestro Señor en alguna virtud, y por último tomando algunas resoluciones...-Espere un momento, hermano, interrumpió Vicente, y no se preocupe de las aplicaciones del entendimiento, que no son más que para mover la voluntad. Porque la vuestra, sin estas consideraciones, llega de esta manera a los afectos y a las resoluciones de practicar la virtud, Dios os conceda la gracia de seguir así y de hacerlos cada vez más fiel a todas sus voluntades. El alma se parece a una galera que boga en el mar con los remos y las velas. Y como no se recurre a los remos sino cuando el viento llega a faltar y, cuando es favorable se navega más agradablemente y más rápidamente; así, hay que ayudarse de las consideraciones en la oración cuando el espíritu santo no nos hace sentir sus movimientos; pero cuando ese Espíritu Santo empieza soplar en nuestros corazones, hay que abandonarse a su dirección.” Así Vicente se aprovecha de todo para instruir a los suyos en esta materia importante de la oración. Él les define en primer lugar la naturaleza: “La oración, dice, es una predicación que se hace uno a sí mismo para convencerse de la necesidad que uno tiene de recurrir a Dios, y de cooperar, con su gracia, para extirpar los vicios de nuestra alma y para plantar en ella las virtudes. Conviene que nos apliquemos a en particular a combatir la pasión o la mala inclinación que nos reprende, y a tender siempre a mortificarla porque, una vez conseguida aquella, el resto sigue fácilmente. Pero hay que mantenerse firme en este combate. También es importante ir despacio en esto, y no quebrarse la cabeza fuerza de insistir y querer sutilizar; de elevar su espíritu a Dios y escucharle, pues una de sus palabras hará más que mil razones y que todas las especulaciones del entendimiento. Deseo que estemos en esta práctica de oración, de elevarnos de vez en cuando a Dios, manteniéndonos en un humilde reconocimiento de nuestra nada, a la espera de ver si le place hablar a nuestro corazón y decirnos alguna palabra de vida eterna. No hay otra cosa que lo que Dios nos inspira y lo que viene de él que nos pueda aprovechar. Debemos también recibir de Dios para dar al prójimo a ejemplo de Jesucristo, el cual, hablando de sí mismo, decía que él no enseñaba a los demás más que lo que él había oído de su Padre.”

Así, la oración que aconseja y enseña es positiva y práctica, según el carácter de su espíritu y de su virtud. Él respeta esta oración extraordinaria y sublime, a la que Dios eleva a ciertas almas por una operación particular de su Espíritu más que por la industria y los esfuerzos de sus facultades; él reconoce que su dirección en estas almas privilegiadas es admirable, y sus caminos incomprensibles; pero él tiene sin embargo la máxima del Apóstol de no creer fácilmente en todas clases de espíritus, y experimentar bien si son de Dios; sabe también por san Pablo que Satán se transforma a menudo en ángel de luz, y que engaña por el atractivo del bien como por la sugestión del mal; sabe por su experiencia que hay maneras de oración elevadas y perfectas en apariencia, que no obstante acaban en falso. Por eso aconseja seguir el

camino más bajo y más humilde como el más seguro y más al alcance de todos, hasta que Dios, pero Dios mismo, solo Dios, nos tome de la mano para conducirnos por otro. Mientras tanto, quiere que se juzgue de la bondad de una oración únicamente por las disposiciones que se llevan y por los frutos que se sacan, y entonces dice: “Se conoce a los que hacen bien oración, no sólo por el modo de contarla, sino más aún por sus acciones y por sus comportamientos. Se ha de decir lo mismo de los que la hacen mal, de suerte que es fácil ver que aquéllos adelantan y que éstos retrasan. Pues bien, para sacar provecho de su oración, hay que prepararse, y faltan gravemente los que descuidan esta preparación, y que no vienen a hacer oración sino por costumbre, y porque los demás van: *Ante orationem, prepara animam tuam*, dice el Sabio. Pues la oración es la elevación del espíritu a Dios para presentarle nuestras necesidades y pedirle el auxilio de su misericordia y de su gracia. es pues razonable que teniendo que tratar con una majestad tan alta y tan sublime, se piense un poco qué se va a hacer, ante quién se va a comparecer, qué se le quiere decir, qué gracia se le va a pedir. Sucede no obstante a menudo que la pereza y la flojera impiden pensar en ello; o bien, por el contrario la precipitación y la desconsideración nos apartan de esto. Se ha de tener cuidado también con nuestra imaginación vagabunda y curiosa y pararle los pies, y con nuestra ligereza de nuestro pobre espíritu para mantenerlo en la presencia de Dios, sin por el contrario hacer un esfuerzo demasiado grande, ya que el exceso es siempre dañoso.

“La oración tiene tres partes: cada uno sabe el orden y el método; hay que seguirlo. El tema es de una cosa sensible o insensible. Si es sensible, como un misterio, hay que representárselo y prestar atención a todas sus partes y circunstancias; si la cosa es insensible, como si es una virtud, se ha de considerar en qué consiste y cuáles son las principales propiedades, así como cuáles son sus señales, sus efectos y en particular cuáles son sus actos y los medios de llevarla a la práctica. Es bueno también buscar las razones que nos mueven a abrazar esta virtud y detenernos en los motivos que más nos mueven. Se pueden tomar de la Sagrada Escritura, o bien de los santos Padres; y cuando algunos pasajes de sus escritos nos vienen a la memoria sobre este tema durante la oración, está bien que los rumiemos en su espíritu; pero no hace falta que los busquemos, ni siquiera entregarse a varios de estos pasajes; ya que ¿de qué sirve detener el pensamiento en un montón de pasajes y de razones, sino tal vez para iluminar y sutilizar nuestro entendimiento, lo que es dedicarse al estudio antes que hacer oración?

“Cuando se quiere hacer fuego, nos servimos de una acero, se golpea hasta que prende el fuego en la materia dispuesta, se enciende la vela; y haría el ridículo aquél que, una vez encendida su lámpara, continuara golpeando la piedra; de la misma manera, cuando un alma está bastante iluminada por las consideraciones, ¿para qué buscar otras, y golpear y más golpear nuestro espíritu para multiplicar las razones y los pensamientos? ¿No ven ustedes que es perder el tiempo, y que entonces se ha de dedicar a inflamar la voluntad y hacer brotar los afectos por la belleza de la virtud y por la fealdad del vicio contrario? Cosa nada difícil, puesto que la voluntad sigue la luz del entendimiento y se dirige a lo que se le propone como bueno y deseable. Pero no es todavía suficiente: no basta con tener buenos afectos, hay que pasar más adelante y entrar en las resoluciones de trabar lo mejor posible en lo futuro para la adquisición de la virtud, proponiéndose ponerla en práctica y realizar

sus actos. Aquí está el punto importante y el fruto que se debe sacar de la oración; por eso no se ha de pasar ligeramente por estas resoluciones, sino reiterarlas e interiorizarlas bien; también es bueno prever los obstáculos que se pueden presentar, y los medios que pueden ayudar para llegar a esta práctica, y proponerse evitar unos y abrazar los otros.

Pus bien, en esto, no es necesario, ni con frecuencia oportuno tener grandes sentimientos de esta virtud que queremos adquirir, ni siquiera desear tener estos sentimientos; pues el deseo de hacerse sensibles estas virtudes, que son cualidades puramente espirituales, puede a veces dañar y producir pena al espíritu, y la demasiado grande aplicación del entendimiento calienta el cerebro y causa dolores de cabeza; como también los actos de la voluntad, con demasiada frecuencia reiterados o demasiado violentos agotan el corazón y lo debilitan. Hay que moderarse en todo, y el exceso no es nunca laudable se trate de lo que se trate, en particular en la oración. Se ha de actuar con moderación y suavidad, y conservar ante todo la paz del espíritu y del corazón.”

Vicente se dedica entonces a distinguir los pensamientos venidos del hombre y los pensamientos inspirados de Dios: “Ved, dice él, la diferencia que existe entre la luz del fuego y la del sol. Durante la noche, nuestro fuego nos

ilumina y, por medio de su resplandor, vemos las cosas, pero no las vemos sino imperfectamente, no descubrimos más que la superficie, y este resplandor no va más lejos; pero el sol llena y vivifica todo por su luz; no descubre tan sólo el exterior de las cosas, sino por una virtud secreta, penetra en el interior, y las hace obrar y hasta fructuosas y fértiles, según la calidad de su naturaleza. Bueno pues, los pensamientos y las consideraciones que vienen de nuestro entendimiento no son sino pequeños fuegos que muestran solamente un poco del exterior de los objetos y no producen nada más; pero las luces de la gracia, que el sol de justicia difunde en nuestras almas, descubren y penetran hasta el fondo y en lo más íntimo de nuestro corazón que ellas excitan y conducen a producciones maravillosas. Hay pues que pedir a Dios que sea él mismo quien nos ilumine y nos inspire lo que le es agradable. Todas estas consideraciones altas y rebuscadas no son oración; son tal vez de vez en cuando cirujanos de lo soberbio. Y lo mismo sucede con aquellos que se detienen en ello y se complacen, como de un predicador que se pavonea de sus bonitos discursos y que toda su complacencia fuera ver a los asistentes satisfechos por lo que él declama; e lo cual es evidente que no sería el Espíritu Santo, sino más bien el espíritu de soberbia el que iluminaría su entendimiento y que llevaría al exterior todos estos hermosos pensamientos; o mejor dicho, sería el demonio el que le empujaría a y le haría hablar de esa manera. Lo mismo en la oración, cuando se rebusca hermosas consideraciones, se juega con pensamientos extraordinarios, en particular cuando es para recitarlos en el exterior al repetir la oración, con el fin de produzcan estima en los demás. Eso es una especie de blasfemia; es de algún modo ser idólatra de su propio espíritu; ya que, al tratar con Dios en la oración, meditáis en cómo satisfacer a vuestra soberbia, empleáis este santo tiempo en rebuscar vuestra satisfacción y en complaceros en esta bella estima de vuestros pensamientos; sacrificáis a este ídolo de la vanidad.

“Ah, hermanos míos, guardémonos mucho de de estas locuras; reconozcamos que estamos llenos de estas miserias; no busquemos más que lo que nos puede ayudar más a humillar y llevarnos a la práctica sólida de las virtudes, descendamos siempre en la oración hasta la nada y, en nuestras repeticiones

de oración, digamos con humildad nuestros pensamientos; y, si se nos ocurren algunos que nos parecen hermosos, desconfiemos mucho de nosotros mismos y temamos que sea el espíritu de soberbia el que los produzca y el diablo el que los inspire. Por eso debemos siempre humillarnos siempre profundamente cuando nos llegan estos pensamientos bonitos, sea haciendo oración, sea predicando, sea en la conversación con los demás, Ay, el Hijo de Dios podía embelesar a todos los hombres con su elocuencia toda divina, y no lo quiso hacer; sino al contrario enseñando las verdades del Evangelio se sirvió siempre de las expresiones y palabras comunes y familiares; él prefirió más bien verse envilecido y despreciado que alabado y estimado. Veamos pues, hermanos, cómo le podremos imitar y, para ello, cortemos esos pensamientos de soberbia en la oración y en otras partes; sigamos en todo los pasos de la humildad de Jesucristo; usemos de palabras sencillas, comunes y familiares; y, cuando Dios así lo permita, aceptemos que no se tenga cuenta de lo que digamos, que se nos desprecie, que se burlen de nosotros, y tengamos por cierto que, sin una verdadera y sincera humildad, nos es imposible adelantar ni a nosotros ni a los demás..”

Los sentimientos más que los pensamientos, las resoluciones antes todavía que los sentimientos, en eso radica el sentido práctico. “Dudo que yo deba tomar resoluciones en adelante, dice, repitiendo su oración, un Misionero, mientras soy infiel a los ejercicios. –Señor, responde Vicente al punto, esa no es una razón suficiente; del mismo modo aunque no parezca provechosa la alimentación, no por eso se deja de tomar. Es una de las partes más importantes, hasta la más importante de la oración, hacer buenas resoluciones; y es en eso donde debemos detenernos, y no tanto en el razonamiento y en el discurso. El principal fruto de la oración es resolverse firmemente, en fundamentar bien n sus resoluciones, en convencerse bien, en prepararse bien a ejecutarlas y prever los obstáculos para superarlos. Eso no es todo. Ya que por último nuestras resoluciones no son por sí mismas más que acciones físicas y morales; y aunque hagamos bien en formarlas en nuestro corazón y afirmarnos en ellas debemos sin embargo reconocer que cuanto tienen de bueno, sus prácticas y sus efectos, depende absolutamente de Dios. ¿y de dónde creen ustedes que proviene casi siempre que faltamos a nuestras resoluciones? es que nos fiamos demasiado; nos aseguramos de nuestros buenos deseos; nos apoyamos en nuestras fuerzas, y esto es la causa de que no sacamos ningún fruto. Por eso, después de tomar algunas resoluciones en la oración, hay que pedírselo mucho a Dios e invocar con insistencia su gracia con un a gran desconfianza en nosotros mismos, para que tenga a bien comunicarnos las gracias necesarias para hacer fructificar estas resoluciones. Y aunque, después de esto, viniéramos a faltar, no sólo una o dos veces, sino muchas ocasiones y durante un largo tiempo, incluso cuando no hubiéramos puesto en ejecución, no conviene nunca dejar por ello de renovarlas y de recurrir a la misericordia de Dios, e implorar el auxilio de su gracia. las faltas pasadas deben naturalmente humillarnos, pero no hacernos perder los ánimos; y, en cualquier falta que se caiga, no por ello se va a disminuir la confianza que Dios quiere que tengamos en él, sino tomar siempre una nueva resolución de levantarse y poner más empeño en no recaer, mediante el auxilio de su gracia que le debemos pedir. Aunque los médicos no vean ningún efecto a los remedios que dan a un enfermo, no dejan por ello de continuarlos y reiterarlos, hasta que reconocen alguna esperanza de vida. Si pues se continúa así

aplicando remedios para enfermedades del cuerpo, aunque largas y extremas, aun sin ver ninguna enmienda, con mayor razón de debe hacer lo mismo para las debilidades de nuestras almas, en las que, cuando Dios quiere, la gracia opera grandes maravillas. “

Acabadas la oración y la repetición, Vicente recita él mismo en alta voz las letanías del santo Nombre de Jesús y, entre los gloriosos epítetos que le da la Iglesia, insiste con un gusto singular en éste: *Jesu pater pauperum!* De ahí, casi todos los días va a confesarse, no pudiendo sufrir en él la apariencia misma de pecado. Casi nunca su confesor encuentra materia de absolución: Ah, Señor, le dice el humilde santo, si supierais las luces que me da el Señor, me juzgaríais de otra manera!”

Hace luego su preparación a la misa y, si bien apenas salido de la oración, le dedica un tiempo considerable. Se reviste por fin y celebra. Parece en el altar como otro Jesucristo, víctima y sacrificador; víctima, él se rebaja y se humilla, es como un criminal, como condenado a muerte como pronuncia el *Confiteor*, el *Domine non sum dignus* y todas la palabras de la liturgia que expresan la humildad y la contrición, sobre todo el *Nobis quoque peccatoribus*, sobre el que él escribirá: “Cuando lleguen ustedes al *Nobis qioque* de la santa Misa, acuérdense de mí, como del mayor pecador que haya en la tierra⁸⁴⁷,” sacrificador, es grave y majestuoso como el Salvador, y al mismo tiempo lleno de dulzura, de serenidad y de misericordia; con estos sentimientos pintados en su rostro y en su actitud, se vuelve hacia el pueblo y, en el tono de su voz y el modo como extiende los brazos y abre las manos, se ve la dilatación de su corazón y el deseo que tiene de abrazarlo, como en otro calvario, en la caridad de Jesucristo. Recita las oraciones de la misa y en realidad las ceremonias sin lentitud ni precipitación, de manera que alcance pero no pase de la media hora. Pronuncia todas las palabras con una voz media y agradable, distinta y devota, en manifiesto acuerdo de la boca y del corazón. Su respeto y su atención se doblan en la lectura del santo Evangelio y, si se encuentra con alguna palabra de Nuestro Señor, las repite con un tono más tierno y más afectuoso; a la doble afirmación del Dios de verdad: *Amen, amen dico vobis*, se recoge para estar más atento a las palabras siguientes, donde él sospecha mas importancia y misterio, y las lee lentamente, con fe y sumisión, para ponerlas bien el corazón. Todos los asistentes quedan edificadas. “Dios mío, dicen, éste sí que es un sacerdote que dice bien la misa!” –“Es preciso que sea un hombre santo,” añade éste, y aquél: “Es más bien un ángel en el altar⁸⁴⁸!”

Y así todos los días, menos los tres primeros de su retiro anual, que abstiene de celebrar, según la costumbre de la Compañía. Fuera de esos días de penitencia y de purificación más perfecta, en la ciudad o en los campos, en residencia fija o de viaje, sano o enfermo, él no omite nunca el sacrificio cotidiano, y eso hasta en las últimas semanas de su vida, en que sus piernas se negarán a sostenerle.

⁸⁴⁷ Carta a Gaultier, en Richelieu, 26 de abril de 1648.

⁸⁴⁸ Vicente decía y mandaba decir a menudo la santa misa por las almas más olvidadas del purgatorio, recomendando volar en socorro de los pobres más miserables y más desprovistos: devoción que ha dejado como preciosa herencia a sus hijos y que el soberano pontífice Pío IX ha animado abriendo el tesoro de las indulgencias y una asociación a favor de estas pobres almas, dirigida por los sacerdotes de la Misión, y otorgando un privilegio perpetuo a todos los altares de su iglesia para los asociados difuntos.

Celebrada la misa, oye una segunda o a veces la ayuda. Está abrumado de asuntos, y es anciano, tiene ochenta años y no puede andar ya sin bastón, ni ponerse de rodillas sin mucho trabajo: pero no importa, el venerable superior con la sencillez ingenua del clérigo y más aún de respeto y devoción, sirve en el altar al menor de sus sacerdotes. Lo hace por fe y con amor. Lo hace también para dar ejemplo a sus clérigos, para que ellos no permitan que un seglar ayude en la misa estando ellos delante: “Es un asunto de vergüenza en un eclesiástico que tiene el carácter para el servicio de los altares, les dice con Bourdoise, que en su presencia los que no lo tienen hagan su oficio.”

Los días de fiesta y en los oficios solemnes, su piedad se muestra con nuevo esplendor. Ha previsto todas las ceremonias y se ha informado cuidadosamente⁸⁴⁹. También, ni una rúbrica violada por él, ninguna que él permita que se alejan. Se humilla mucho delante de Dios y de sus hermanos por no poder hacer las genuflexiones de la manera prescrita por la Iglesia y, si cree haber faltado a alguna otra ceremonia, pide, después del oficio, perdón de rodillas a toda su comunidad⁸⁵⁰. Se imputa a sí mismo las faltas cometidas por los demás, lo que no le impide, a pesar de su gran dulzura, reprenderlos por ello severamente. Por lo demás, él da tal ejemplo y tal edificación, que los oficios de San Lázaro se distinguen en todo París por la religión, la dignidad y la modestia que presiden allí. . Vicente mismo, cuando canta o salmodia en el coro, se parece menos a un hombre que a un ángel del cielo cantando las alabanzas de Dios. Sus sacerdotes y sus clérigos imitan su respeto y su piedad. Se los ve con los ojos bajos y detenidos en el libro, en una inmovilidad modesta, sin traicionar la vida más que por el piadoso resplandor de sus voces y los impulsos del amor divino.

Cómo se muestra en los oficios públicos, Vicente, lo es también a la vista de Dios solo, en la recitación privada de su breviario. Lo recita siempre con la cabeza descubierta, de rodillas exceptuados los dos o tres últimos años de vida, que sus debilidades, al prohibirle esta postura humilde y respetuosa, le fuerzan a permanecer sentado. De rodillas también y cabeza descubierta hace su lectura cotidiana de la Sagrada Escritura y en particular del Nuevo Testamento.

Después de más de tres horas dedicadas así a la oración por la mañana, incluso durante los inviernos más rigurosos, siempre de rodillas en el pavimento de la iglesia, sin permitir nunca que le cubran el lugar con una estera sencilla, Vicente vuelve a su habitación. Habitación más que modesta, habitación pequeña, pobre y desnuda, paredes blanqueadas de cal, un suelo sin estera; por todo mueble una mesa de madera sin tapiz, dos sillas de paja y una cama de la que hablaremos más tarde cuando la descubra; por todo

⁸⁴⁹ Se deseaba con razón en San Lázaro, para guardar la uniformidad, que muchas ceremonias, demasiado poco detalladas, y por otra parte oscuras en el misal, fuesen desarrolladas y explicadas en un Manual especial. Se trabajó en él viviendo todavía san Vicente de Paúl, quien autorizó conferencias sobre esta materia, no sólo con Misioneros, sino con hábiles externos. T como nos pudieron mandar transcribir suficientes copias del Manual para todas las casas, se creyó necesario mandar imprimirlo. Dos ejemplares fueron enviados a cada fundación de la Misión. Almeras los acompañó, en 166, de una memoria sobre las ceremonias, que no contenía nada sobre las fiestas particulares del año, tanto móviles como fijas, y no distinguía los diferentes oficios de los ministros del altar, del celebrante, del diácono, etc. Todo esto se reservó a un segundo tomo que no apareció hasta mucho tiempo después. El primer volumen tuvo una segunda edición en 1670. (*Histoire générale de la Ccongrégation de la Mission*, mss., archivos de la Misión).

⁸⁵⁰ *Smm.*, p. 285.

ornamento un crucifijo de madera y algunas imágenes de papel que un hermano, en diversos tiempos, ha pegado a las paredes, y que el santo acabará por mandarlas quitar, como contrarias a la pobreza, para quedarse con una sola. Ni fuego, ni siquiera chimenea, y eso hasta la edad de más de ochenta años, que sus discípulos le forzaran a ocupar otra habitación porque necesita un poco de fuego para vendar sus úlceras. Pero cómo se humillará! Cómo se acusará de pecados por haberle reducido a una miseria semejante, que él llamará escandalosa⁸⁵¹ Qué parsimonia pondrá en el uso de leña, que él llama, como a todo lo demás, el bien de los pobres! Y todavía teme que haya demasiado lujo en su casa. Por eso, cuando se hace la visita de las habitaciones, exige que se visite también la suya para quitar todo lo que sea superfluo. “Hay en mi habitación, dijo un día, dos mantas, de las que me sirvo para hacerme sudar: que se las lleven.” La misma indigencia en la habitación de abajo, donde recibe a las personas del mayor mundo. Un hermano a puesto u pedazo de tapiz una puerta por la cual se cuela un aire muy frío: lo manda quitar ese mismo día. Ya se ha visto las pobres ropas que lleva en la corte; así de miserables son los objetos que usa; se conserva aún, por ejemplo su paraguas, trozo de tela encerada parecida a los pabellones en que se cobijan las pobres mujeres de nuestras plazas.

Veámosle entregado del todo a las visitas y a los asuntos. Su diversidad y su número no le quitan la calma en nada, su ecuanimidad y su recogimiento. Recibe con bondad,, y escucha con su atención ordinaria a toda clase de personas del interior y del exterior. No las interrumpe nunca, más aún, antes de tomar él mismo la palabra, pone siempre entre sus relatos o sus demandas, y su respuesta un intervalo de algún instante, para reflexionar y consultar a Dios. San Lázaro es la casa de consulta universal, o más bien es la casa del vidente, como en el tiempo de los jueces de Israel, donde se dan cita, de París y de las provincias, todos aquellos que necesitan consejos para su persona o sus empresas. Nada se hace, por la religión o por la caridad, sin el parecer de Vicente y sin la cooperación al menos de sus oraciones.

Y no es suficiente con sus ocupaciones a domicilio. Todos los días, dos veces por semana, lo más ordinario, el santo sacerdote sale y recorre todos los barrios de París, donde se reclama su presencia, donde hay que visitar alguno de sus establecimientos caritativos. Va a la corte para asistir a una sesión del consejo, o solicitar la caridad de la reina o mediar en las querellas de los partidos; tres veces por semana preside la Asamblea de las Damas y de los Señores; muchas veces es llamado a otras asambleas particulares, bien de prelados, bien de doctores, bien de superiores de comunidades o por último de personas de condición. De ahí se dirige a un monasterio, o a una familia, para restablecer el orden y la paz; va a animar a alguna cofradía de la Caridad, a consolar a los presos y a los forzados, a visitar a los enfermos a domicilio y en los hospitales, a alegrar a los ancianos del Nombre de Jesús, a divertir a los pequeños niños expósitos.

En el paso de un lugar a otro, emplea cuidadosamente el tiempo. Reza, combina una obra, prepara una instrucción; a veces incluso, cuando va en vehículo, escribe: “Esta carta, dice una vez, se hace en plena calle de París, donde me hallo con un espacio para escribiros⁸⁵²”

⁸⁵¹ *Summ.*, p. 352..

⁸⁵² Carta a Martin, en Génova, del 28 de julio de 1651.

Pero en el tumulto de las calles, de la corte y de las asambleas, lo mismo que en el silencio y la soledad de su habitación, no pierde de vista a Dios ni su santa presencia. Piensa en ello lo menos cuatro veces a la hora. Suena el reloj: en seguida se descubre, hace la señal de la cruz y levanta los ojos al cielo. Normalmente los tiene bajos, y hasta cerrados cuando va en carroza y no los abre más que al crucifijo del rosario que lleva siempre en su cinturón. Para no ver nada, no ser visto de nadie y poderse dirigir a Dios más fácilmente, corre casi siempre la cortina del vehículo. Por lo demás, la vista de las criaturas, muy lejos de distraerle, le lleva a su autor. Campos cubiertos de mieses, árboles cargados de frutos le dan lugar a bendecir la bondad de Dios y su paternal Providencia; las flores, los pájaros o todo otro objeto agradable le hacen exclamar: “¿Qué hay que se pueda comparar a la belleza de Dios, que es el principio de toda la belleza y perfección de las criaturas? ¿Acaso no toman su lustre y esplendor de él?”

Lo más común sin embargo es privándose de la vista de los objetos agradables y mortificando sus sentidos, que honre a Dios y se mantenga unido a él. No mira ni los hermosos campos, ni los brillantes edificios. No recibe nunca flores. A su perfume él prefiere el olor malo de los hospitales o de las habitaciones de enfermos. A pesar de su sensibilidad a las temperaturas extremas. Él no se cuida ni contra el frío ni contra el calor; ni siquiera guantes en invierno, y sus manos se hinchan y se agrietan como sus piernas.

Si se encuentra con alguien en estas santas prácticas, que él aconseja a todos, se humilla como si él mismo faltara en ello. Una persona del mundo se acusa a él de haber estado tres veces al día distraída del pensamiento de Dios, y él exclama: “Esa gente serán nuestros jueces que nos condenen ante la majestad divina del olvido que tenemos de ella, nosotros que no tenemos otra cosa que hacer que imitarle y manifestarle nuestro amor con nuestras miradas y nuestros servicios.”

Si camina a pie por las calles, observa el mismo recogimiento y las mismas prácticas. Al pasar por delante de una iglesia, entra y se prosterna con el rostro en tierra. Que suena el *Angelus*, en medio de la gente como en la corte, se descubre, cae de rodillas y lo recita. No ve a nadie, si bien todos le miran y admiran, los niños mismos se le señalan y dicen: “Mirad al santo que pasa!”

Regresa por fin. Saluda en seguida a la santísima Virgen y al ángel de la guarda, como lo ha hecho al salir, como lo hace siempre y como prescribe que se haga a la entrada y al salir de una habitación; como al salir también va a adorar al Santísimo Sacramento, que él llama el amo de la casa. Es muy tarde a veces, y sin embargo se olvida allí muchas horas. Acaba por entrar en el refectorio⁸⁵³. Si la comunidad se encuentra, él se sienta donde encuentra libre, lo más frecuente en el último asiento, incluso detrás de los hermanos. Ninguna distinción entre él y los suyos, por la alimentación como por el lugar, hasta en las debilidades de una extrema ancianidad. Si la comida comunitaria se ha terminado, su mortificación se alegra, pues no le quedan más que restos, y cuanto más escasos y poco apetitosos, más deliciosas le parecen las sobras. Además parece no sentir apetito por nada, menos todavía preferencia. Le sirven huevos crudos por un descuido: se los come sin decir palabra, y nadie se entera hasta el día siguiente por el cocinero. Si se ha servido todo, él no

⁸⁵³ Vicente había establecido la costumbre de un examen particular antes de la comida, que hacía seguir de un *De profundis* por los bienhechores de la Compañía; costumbre que ha sido adoptada por un gran número de comunidades.

pide nada y se contenta con un poco de pan. En cuanto al vino, no lo reclama nunca y no bebe más que agua clara. Acabada esta comida sobria en un instante, es lo primero que toma y a menudo lo único en todo el día, ya que ha llegado muy tarde y, según su costumbre, no ha comido nada por la mañana. En su extrema vejez, le insisten para que tome algún caldo antes de salir. “Vos me tentáis, señor, dice al sacerdote que se lo presenta. ¿No es el demonio el que os hace persuadirme que alimente así a este miserable cuerpo, a esta despreciable carcasa, es esto justo? Que Dios os lo perdone! “No obstante en sus últimos días, consiente en tomar por la mañana una poción, pero tan sólo a modo de medicina: pues es un caldo sin carne, preparado con achicoria salvaje y cebada mondada, donde no entre ni sazón, ni grasa, ni mantequilla, ni aceite. Y a pesar de todo tiene un gran apetito. Un día, enseñando un pan de dos o tres libras, dijo: “Si me hiciera caso a mí mismo, me comería todo eso”. No es suficiente para su mortificación con un alimento malo y tomado en demasiada pequeña cantidad; tiene también en reserva polvos amargos que los mezcla para hacerle más desagradable al gusto. La naturaleza a veces sucumbe, y por la noche necesita llevar un pedazo de pan seco en un desfallecimiento, único confort que quiera aceptar.

Es toda la comida para reparar las fuerzas perdidas en una larga jornada de trabajo, y además se lo reprocha y, cada noche, sentándose ante su pobre pitanza, exclama: “Ah, miserable, no has ganado el pan que te comes!”

Es un ayuno continuo. No obstante, guarda uno más riguroso dos veces por semana y todos los días mandados por la Iglesia. Con más ochenta años se contenta con las salazones servidas a la comunidad. Quieren engañarle cuando llega después de los demás y servirle pescado fresco, pero se informa de lo que se ha dado a todos y, si no se le trata como a ellos, no come. La noche, un poco de pan, una manzana y agua roja constituyen toda su colación. Se abstiene de todo cuando llega un poco tarde de la ciudad; entonces, sin comer, se retira a su habitación, o va a la iglesia a presidir una conferencia espiritual. Es tan duro consigo mismo, que es preciso, para moderarle, hacer intervenir a las autoridades mayores y, ante las súplicas de sus hijos, el cardenal de La Rochefoucauld le ordena cuidar una salud preciosa en la Iglesia.

Después de la comida, los suyos tienen una hora de recreación; él no se la toma nunca. Por último, todos se retiran y pronto San Lázaro se sumerge en el silencio; él solo vela. Sus noches son casi siempre tan laboriosas como sus días. Se ha encontrado, a su vuelta por la noche una multitud de cartas; es por la noche cuando las responde. Le llegan de todos los puntos del reino, de Italia, de Polonia, de Berbería y de Madagascar. Es un obispo, un abad, un director quienes le consultan sobre los asuntos más importantes y más delicados; son grandes señores, grandes damas que le proponen misiones en sus tierras o alguna obra de caridad; es la congregación de Propaganda, la compañía de las Indias las que piden sacerdotes para Asia y para África; es una pobre madre quien le ruega que se interese en un hijo cautivo en Argel, o bien un renegado quien le suplica que le arregle su regreso a la fe; son los nuncios en Francia que quieren tener su parecer sobre las cuestiones que interesan a la Iglesia galicana o incluso la Iglesia universal; son jefes de religiones, superiores de comunidades que reclaman su concurso para la reforma de su orden o de su casa, o bien un religioso, una sencilla novicia quienes le consultan sobre su vocación o cambio de estado; es una multitud de párrocos, de sacerdotes

quienes le someten la dificultades de su ministerio o de su conciencia; por fin, y sobre todo es su doble familia de misioneros o de Hijas de la Caridad la que exige sus cuidados de todos los días. Al menor de sus hijos responde con una exactitud que iguala sola su bondad; a todas sus casas escribe regularmente cada semana, y a cada una transmite, aparte de los consejos y de las decisiones, las noticias generales de la Compañía: sus cartas son así una especie de gaceta de la Misión y de su obras.

Con la mayor frecuencia le dan las doce de la noche, y está todavía trabajando. Piensa al fin en tomar algo de reposo. Pero no será sin castigarse por tantas buenas obras, en las que él no descubre más que imperfección

y pecado, con una dura disciplina; por la mañana se había preparado por un penitencia parecida. Un hermano, su vecino, y cuya habitación no está separada de la suya más que por unas planchas, afirma que hace doce años que dura eso. Hay mucho más: se remonta por lo menos a Châtillon, donde sus huéspedes le oyeron con frecuencia entregarse a esta dura gimnástica, donde se le encontró bajo su cabecera, después de su partida, un instrumento de penitencia olvidado. Desde entonces, ni de viaje, ni siquiera en enfermedad, ha dejado de usarlo. Pero eso no deja de ser más que el ejercicio reglado y cotidiano de su mortificación. Se impone penitencias extraordinarias en las desgracias públicas, en las necesidades generales y particulares de su Compañía, y sobre todo cuando se entera de alguna falta cometida en alguna de sus casas. Entonces, comienza por darse la disciplina dos veces por noche durante una semana, para expiar las faltas de los demás, que él se imputo siempre a sí mismo: “Mis pecados, dice, son causa de todo el mal que sucede; ¿no es justo que haga penitencia?” Luego busca el remedio y lo aplica. En todo tiempo, a la disciplina añade el cilicio, los brazaletes, los cinturones de cuero con puntas, que él sustituye a veces por una camisa de penitencia conservada aún, que hace temblar nada más verla.

Por último cae de rodillas para las últimas oraciones y para hacer su preparación cotidiana a la muerte. Descubre la cama, que no es sino un rudo jergón, sin colchón, sin cortinas, y hasta sin sábanas los últimos años de su vida. Por lo menos cuarenta años se ha acostado de esa manera, ya que, con ocasión del viaje de Macon, los Oratorianos que le habían alojado, habiendo entrado una mañana temprano en su habitación, vieron que había quitado el colchón de su cama. Por corresponder a las peticiones de los suyos, acabó por consentir que le pusieran una cortina, pero él continúa acostándose en la paja. Y encima, cómo se culpa por este *lujo de cama*, esta cama con cortinas. Se puede juzgar también de este lujo hoy, a la vista de estas cortinas preciosamente conservadas, que se parecen a la gruesa sarga que rodea la cama de los más pobres granjeros de nuestros campos.

Muy a menudo, en este lecho miserable, no encuentra ni descanso ni sueño. La fiebre le devora, sus úlceras le torturan, se ahoga en sudores; durante esos largos y crueles insomnios, bendice a Dios, ora o combina sus santas empresas.

Esto es una jornada de san Vicente de Paúl, el tejido uniforme de su vida. Natural que después de una serie de días tan larga, estuviera preparado a comparecer ante Dios, y parece que no tuvo otra cosa que recibir su recompensa. Pero Dios, admirable en sus santos, celoso de su más grande perfección, quería todavía probar a su fiel servidor. Por eso, poco antes de su

muerte, le golpeó en los bienes de su comunidad, y en las personas que le eran más queridas.

CAPÍTULO II.: Pérdidas y Muertes.

I. *Pérdidas.* —*Proceso de Orsigny.* Dios comenzó por afligir a Vicente en los bienes necesarios para la subsistencia de sus hijos. Por ellos solos sufrió el santo sacerdote; pues, en cuanto a él, él tenía todos los bienes del mundo como barro, tan absolutos eran su desinterés y su desprendimiento.

Se mostraba lleno de caridad y de condescendencia por los granjeros y demás deudores de su comunidad. Estaba lejos de añadir, con gastos y embargos, a las pérdidas causadas por la mortandad del rebaño o la inclemencia de las estaciones. No sólo entonces les perdonaba las deudas y los precios de granja, sino que les otorgaba adelantos para ayudarles a recuperar su asuntos. Esta conducta se la prescribía a los suyos: “Sería molesto, escribía a uno de ellos, que os vieseis obligado a embargar la granja al granjero de la Chaussée; ya que los pobres se sienten demasiado afligidos para afligirlos más todavía.” Y a otro: “Si podéis pagar a vuestro criado los sueldos por los cuatro meses de su enfermedad, y todo junto los gastos de las medicinas y del médico, creo que estará bien hecho, porque él es un pobre⁸⁵⁴.”

Aunque señor alto justiciero, era enemigo de la discordia y de los procesos. Es verdad que daba gratis los oficios de la justicia de San Lázaro⁸⁵⁵, y que él recomendaba tratarlos con dulzura. Él mismo intervenía, por ejemplo si se enteraba de que dos familias de su señoría tendían hacia una ruptura, y era raro que su caridad no reconciliara los intereses y los corazones.

Desaconsejaba pleitear a todos cuantos se dirigían a él. “Un proceso, decía, es un trago de dura digestión, y el mejor no vale más que el peor arreglo.” Decía también: “El arreglo en los procesos es cosa tan agradable a Dios, que dice a todo el mundo: *Inquire pacem et sequere eam*. No dice solamente que se esté de acuerdo, con esta paz divina, sino que la busquemos y corramos tras ella⁸⁵⁶.”

Con mayor razón, no quería procesos ni para sí mismo ni para sus casas. Escribía a uno de los suyos que se había embarcado en un asunto en el que había fracasado: “Nosotros pleiteamos lo menos que podemos y, cuando nos vemos obligados a ello no es sino después de haber pedido consejo dentro y fuera. Preferimos ceder de lo nuestro que dar mal ejemplo a los demás.”

Sus sacerdotes se hallaban comprometidos en un proceso considerable a propósito de un seminario situado en el dominio del parlamento de Toulouse. El príncipe de Conti les aconsejó llevarlo al arbitraje en el mismo Toulouse. Pero habiendo desaprobado un obispo el parecer, enviaron su carta a Vicente, pidiéndole que se la mostrara al príncipe, entonces en París, para probarle que ellos no eran los autores de la ruptura de un arreglo propuesto por él. “No, se apresuró responder Vicente; no, eso recaería sobre el buen prelado; no conviene hacerlo, ya que sería dar motivos al Sr. Príncipe para quejarse de él. Es mejor que nosotros mismos llevemos este reproche, y que toda la pena y

⁸⁵⁴ Carta del 6 de noviembre de 1653 y del 10 de octubre de 1656.

⁸⁵⁵ El hijo de la señorita Le Gras tuvo el cargo de juez, que no dejó hasta 1656, por causa de su sordera (*mss.* de Du Courneau, Archivos de la Misión).

⁸⁵⁶ Carta del 16 de setiembre de 1653, a un párroco que tenía un proceso.

confusión caiga sobre nosotros, antes que hacer nada que pueda perjudicar a nuestro prójimo.”

Veamos cuál era su conducta caritativa en los procesos que no podía evitar. Si él veía entonces o mandaba ir a verlos, era menos para encomendarles su causa que para pedirle que tuvieran en consideración a la sola justicia. Demandante y defensor a la vez, alegaba, sin omitir nada, todo lo que favorecía a su parte adversa, lo mismo que lo que hacía por sí mismo. Se hubiera dicho un reportero imparcial, cuyo interés no estuviera comprometido en la causa; o más bien, sólo era parcial con su adversario, cuyas razones valoraba sobre las suyas propias.

Por lo demás, no visitaba a los magistrados sino lo menos posible. Las solicitudes le parecían una violencia a la justicia y a la Providencia. “Un juez que teme a Dios, decía él, no debe tener consideración; y yo mismo, cuando estaba en el consejo de la reina, no contaba con las recomendaciones, contentándome con examinar si la cosa pedida era justa o no lo era.”

Atendía más al bolsillo de sus sacerdotes que a los suyos, tratando con granjeros intratables y de mala fe, le rogaron que les consiguiera un *Committimus* con el fin de intimidar a estos hombres de chalaneo. “Salgan del lío como puedan, les respondió Vicente; pero, en cuanto a mí, sentiría pena de ver a esa pobre gente obligada a venir a pleitear de tan lejos.”

Los habitantes del valle de Puiseaux le habían puesto a prueba por la pequeña granja de Fresneville y, a pesar de sus buenos consejos para cambiar de parecer, ellos quisieron litigar. Vinieron pues a París, donde el santo los recibió como si fuera a gente asociada a su causa. Lo hospedó en San Lázaro, los sentó en el refectorio a su lado y pagó sus gastos de viaje. Cuando el proceso estuvo a punto de ser juzgado, los avisó para que pudieran alegar a tiempo sus últimas razones. En efectos, ellos regresaron a París, y se dirigieron a su casa como a casa del patrón de su causa. Los condujo en persona a casa del relator, donde les ayudó a hacer valer sus derechos

pretendidos. Muy a pesar suyo, de alguna manera, fueron condenados; pero él les pagó los gastos del proceso, les hizo servir la cena, los alojó también y no los dejó partir hasta el día siguiente, después de darle a cada uno 20 sueldos para los gastos de regreso.

Cuando él mismo había perdido, él se sometía a las disposiciones de la justicia como en un juicio de Dios. Ninguna protesta, ni queja contra la Providencia, ni contra los hombres, y obligaba a los suyos a imitarle en esto. Vamos a ver un memorable ejemplo de ello en el proceso de Orsigny, el más ruinoso que haya perdido la Compañía, y el primer despojo por el que Dios, a punto de llamar a sí a su servidor, le haya preparado al despojo universal de la muerte.

Hacía dos años que un tal llamado Norays y su mujer le proponían la granja de Orsigny bajo pensión vitalicia. Pero la pensión era fuerte, los tiempos malos. Se negó a firmar este acuerdo. Los esposos Norays recurrieron a la influencia del antiguo prior de San Lázaro, quien no dejó de recordarle el feliz éxito de su contrato de 1632, y le aseguró que éste no tendría menos éxito para su Compañía. Movido, Vicente consultó a algunas personas sabias y experimentadas y, con la seguridad unánime que el asunto era bueno y sin peligro alguno, firmó el contrato y tomó posesión de Orsigny. Nunca le costó tanto una propiedad. Pagó durante varios años la pesada renta convenida, realizó en la granja mejoras considerables y muy caras y, cuando iba recoger

los frutos, la vio asaltada y arruinada por la Fronda. Para colmo de desgracias, no le quedaba ya más que ser desposeído de ella jurídicamente.

A la muerte de los esposos Norays, los Marsolliers, hermanos y herederos de la señora, elevaron reclamaciones, luego vendieron sus derechos al hijo Norays, quien entabló proceso contra San Lázaro. Norays comenzó por venir a insultar en su casa a Vicente de Paúl que no le respondió sino con su dulce paciencia, y le recondujo cortésmente a la puerta en medio de las injurias más groseras.

Se llegó a un proceso. Los derechos de San Lázaro eran tenidos por buenos por ocho o diez jueces y ocho abogados de los más capaces, de los que cinco celebraron una consulta sobre la validez del contrato de renta; dos solamente de entre éstos eran de la opinión que la corte podría adjudicar una suma a la parte adversaria, pero sin tocar el fondo de la donación. Es verdad que todos añadían que había que temer mucho por la máxima y la práctica en que se hallaba el parlamento de impedir el enriquecimiento de las comunidades religiosas. Y, en efecto, tal fue una de las principales causas de la pérdida del proceso, como Vicente mismo lo dijo: "Nosotros no hemos sido juzgados según el derecho ni según la costumbre, sino según una máxima del parlamento que quita a la Iglesia todo el bien que puede e impide que entre el de las familias. Por eso, viendo esta enorme pensión que dábamos a los difuntos Sr. y Sra. Norays, se ha atendido a una calumnia de nuestra parte contraria que, por este incentivo, nosotros queríamos apoderarnos de otros, y es esto lo que nos ha hecho perder nuestro proceso, como lo han confesado varios de los jueces."

El Jansenismo, del que ya estaba infectado el parlamento, y del que, por esta época, Vicente se había mostrado uno de los más decididos y de los más temibles adversarios, hizo también fracasar al buen derecho. Todos los jansenistas de la corte, dice a Vicente un juez ortodoxo, están contra San Lázaro." Otro añadió, después del juicio: "Es un fallo a lo pagano."

Se concibe entonces que el abogado, de la parte adversa, inspirándose en tales pasiones, no sólo haya juzgado y hecho triunfar la causa de la injusticia, sino que se haya despachado en injurias difamatorias contra el santo sacerdote y su Compañía, Vicente hubiera podido pedir reparación de honor: él no permitió ni siquiera a su abogado replicar. "Nuestro Señor sufrió muchas más;" tal fue su única respuesta a la invitación que le hacían a defenderse; y, como en la pasión del Salvador, esta paciencia y este silencio excitaron la admiración de los jueces y del propio Norays.

Publicado el fallo, el hermano Du Courneau, su secretario, cuyo precioso relato seguimos aquí, vino a traerle la noticia: "Dio sea bendito!" exclamó Vicente, y repitió cinco o seis veces, con un gusto siempre en aumento, este grito de amorosa resignación. De allí se fue a la iglesia, donde permaneció largo tiempo en adoración y en oración; y al salir volvió a decir: "Dios sea bendito! una cosa sola me aflige, es haber causado por nuestros pecados esta pérdida a la Compañía."

Ya en su habitación, escribió seguidamente a un auditor de la cámara de las cuentas, llamado Des Bordes, vizconde de Soudé, hombre en todo momento ligado a la congregación, y tan inteligente como de probidad:

"Señor, los buenos amigos se comunican el bien y el mal que les sucede; y, como sois uno de los mejores que tengamos en el mundo, no puedo sino comunicaros la pérdida que hemos sufrido del proceso de la granja de Orsigny, no sin embargo como un mal que nos haya acaecido, sino como una gracia

que Dios nos ha dado, con el fin de que tengáis a bien, Señor, ayudarnos a darle gracias. Llamo gracia de Dios a las aflicciones que él envía, sobre todo si son bien recibidas. Pues bien habiéndonos dispuesto su bondad infinita a este despojo antes de que fuera ordenado, nos ha hecho consentir en este accidente con una entera resignación, me atrevo a decir con una alegría como si nos hubiera sido favorable. Esto parecería una paradoja a quien no estuvieras versado como vos, Señor, en los asuntos del Cielo, y no supiera que la conformidad con la voluntad de Dios en las adversidades es un mayor bien que todas las ventajas temporales. Os suplico muy humildemente que me permitáis que yo vierta así en vuestro corazón los sentimientos del mío.”

No obstante, a pesar de tantas pasiones desencadenadas, el ‘proceso no se había perdido más que por tres o cuatro votos de los veintiuno o veintidós jueces que componía la corte. Por eso un gran número de personas de piedad y de experiencia vinieron a ver a Vicente, y le animaron a rehacerse de un decreto injusto por una demanda civil. Fue uno de sus jueces, el primero, que le abrió esta vía, asegurándole que le llevaría a un resultado feliz. Él le manifestó la escasa seriedad de que gozaba su parte contraria y el uso que podía hacer de las circunstancias verdaderamente providenciales; pues Lamoignon, cuya casa entera le profesaba una estima manifiesta, acababa de ser nombrado a la cabeza del parlamento.

A todas estas razones del juez, uno de los abogados consultores unió sus instancias apremiantes y desinteresadas, según lo sabemos por la carta citada de Vicente de Paúl: “hemos enviado al Sr. Cousturier nuestros documentos contra el Sr. Norays. Me dice que los ha visto exactamente, encuentra que tendríamos fundamento en recurrir por demanda civil. Él quiere pleitear él mismo nuestra causa, y se promete ganar y, si bien le gusta el dinero, no lo quiere para este asunto. Va más lejos y dice que, si perdemos, nos indemnizará además por esta pérdida.”

A pesar de todo, Vicente y los ancianos de San Lázaro, educados en sus máximas y en su espíritu, no pudieron resolverse a esta demanda, y el santo da las razones en la continuación de esta carta del 21 de diciembre de 1658, dirigida como la primera a Des Bordes: “1º Porque un gran número de abogados a quienes hemos consultado conjuntamente y por separado, antes del decreto que nos ha enajenado Orsigny nos han asegurado siempre que nuestro derecho era infalible, en particular Defita y L’Oste, que lo han examinado a fondo; el primero, porque debía litigar para nosotros, si el proceso no hubiera sido adjudicado; y el segundo, por haber trabajado en nuestras escrituras, y los dos nos han dicho, lo mismo que el Sr. Cousturier, que no había nada que temer, y sin embargo la corte nos ha despojado de esta granja como si la hubiéramos robado; tan verdad es que las opiniones son diversas, y que no hay que fiarse nunca del juicio de los hombres.”

Viene, en segundo lugar, la razón ya citada de la pérdida del proceso, a saber la oposición del parlamento al crecimiento de las comunidades, y la carta continúa: “3º Nosotros daríamos un gran escándalo, después de un decreto tan solemne, peleando para destruirlo: nos culparían de demasiado apego a la propiedad, que es el reproche que se hace a los eclesiásticos, y haciéndonos ridiculizar por los palacios, haríamos un flaco servicio a las demás comunidades, y seríamos causa de que nuestros amigos se escandalizaran en nosotros.”

Sigue una cuarta razón sacada de un refuerzo que le había llegado a la parte contraria; y el santo añade: “5º Tenemos motivos para esperar, Señor, que, si buscamos el reino de Dios, como dice el Evangelio, nada nos faltará; y que, si el mundo nos quita por un lado, Dios nos lo dará por otro; como lo hemos experimentado desde que la alta cámara nos ha quitado esta tierra; pues Dios ha permitido que un consejero de la misma cámara, habiendo fallecido, nos ha dejado tanto como lo que vale esa propiedad. .

“6º Por último, Señor, para deciros todo, me apena mucho, por las razones que podéis suponer, ir contra el consejo de Nuestro Señor que no quiere que los que han emprendido seguirle entren en litigios. Y si nosotros lo hemos hecho ya, es porque no podía en conciencia abandonar un bien tan legítimamente adquirido, y un bien de comunidad, del que no tenía más que la administración, sin hacer todo lo posible para conservarlo. Pero ahora que Dios me ha descargado de esta obligación por una disposición soberana que ha hecho inútiles mis cuidados, yo pienso, Señor, que nosotros nos quedemos como estamos; con tanta mayor razón que, si llegáramos a sucumbir por segunda vez, sería una nota de infamia que podría perjudicar al servicio y a la edificación que debemos al público.”

Y, al margen de esta carta, el santo había añadido este último motivo, no el menos grave de los que le imponían una sumisión pasiva al decreto injusto dictado contra él: “Siendo una de nuestras prácticas en las Misiones arreglar las diferencias del pueblo, es de temer que, si la Compañía se empeñara en una nueva contestación mediante una demanda civil, que es el oficio de los mayores pleitistas, Dios nos quitara la gracia de trabajar en los acuerdos.”

La carta termina así: “Os suplico muy humildemente, Señor, a vos que tenéis el espíritu lleno de las máximas cristianas, que consideréis todas estas razones, y nos permitáis someternos a ellas.”

Vicente renunció pues a una nueva demanda de sus derechos. Abandonó la granja de Orsigny, pero no las obligaciones que había contraído al aceptarla, y continuó desempeñando las oraciones y todas las cargas espirituales de la donación.

Y todavía no creyó haber hecho lo suficiente conformándose con un fallo injusto lanzado contra él como con una sentencia de la justicia celestial; él quiso además que los suyos diesen gracias a Dios por ello. les dio sobre el tema una conferencia espiritual, en la que, después de recordar el consejo que le habían dado de proveerse por una demanda civil, exclamó: “Dios mío, no pensamos hacerlo! Vos mismo, oh Señor, habéis pronunciado el decreto; será, si así os agrada, irrevocable. Y para no diferir la ejecución, hacemos desde este momento un sacrificio de este bien a vuestra suprema majestad, y a ustedes les ruego, Señores, y hermanos míos, acompañémosle con un sacrificio de alabanza; bendigamos a este soberano juez de los vivos y de los muertos por habernos visitado en el día de la tribulación; démosle gracias infinitas por haber no solamente retirado nuestro afecto a los bienes de la tierra, sino porque en efecto nos ha despojado de los que nosotros teníamos, y nos da la gracia de amar este despojo. Quiero creer que todos sentimos gozo por la privación de esto temporal; pues, porque Nuestro Señor dice en el Apocalipsis: *Ego quos amo castigo*, ¿no hay que amar los castigos como señales de su amor? No es bastante tampoco amarlos, hay que alegrarse por ellos. Oh, Dios mío, ¿quién nos dará esta gracia? Vos sois la fuente de todo gozo y, fuera de vos, no la hay verdadera. Es pues a vos a quien se la pedimos. Sí, Señores,

alegrémonos porque parece que Dios nos ha encontrado dignos de sufrir. ¿Pero cómo se puede uno alegrar de los sufrimientos, viendo que naturalmente desagradan y los huimos? Como nos placen los remedios, algo así.. Se sabe bien que las medicinas son amargas, y que las más dulces hacen saltar el corazón, aun antes de tomarlas. No se deja por ello de tragarlas con alegría, y por qué; porque se quiere la salud, la que se espera o recobrar por las purgas. Así las aflicciones, que por sí mismas son desagradables, contribuyen no obstante al buen estado de un alma o de una Compañía; es por ellas como Dios la purifica, como el oro por el fuego. Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos no sentía más que angustias, y en la cruz sólo dolores, que fueron tan excesivos que parecía que, en el abandono en que estaba de todo auxilio humano, él estuviera también abandonado por su Padre. Sin embargo en estos espantos de la muerte y en estos excesos de su pasión, se alegró de cumplir la voluntad de su Padre y, por rigurosa que sea, la prefiere a todas las alegrías del mundo, ella es su alimento y sus delicias. Hermanos míos, esto debe ser también nuestra alegría la de ver cumplirse en nosotros su voluntad por las humillaciones, las pérdidas y los trabajos que nos suceden; *Aspicientes*, dice san Pablo, *in auctorem fidei et consummatorem Jesum, qui, proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta* (- con los ojos puestos en el autor y remunerador de la fe a Jesús, quien a la vista del gozo que se le ofrecía, aguantó la cruz despreciando la turbación) . Los primeros cristianos estaban en los mismos sentimientos, según el testimonio del mismo apóstol: *Rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis* (-recibisteis con gozo el robo de vuestros bienes). ¿Por qué no alegrarnos hoy con ellos por la pérdida de nuestro bien? Oh hermanos míos, qué gran placer se da Dios al vernos aquí reunidos para esto, al vernos conversar sobre esto, y al vernos animarnos a esa alegría. por una parte nos hemos constituido en espectáculo al mundo, en el oprobio y la vergüenza de este decreto, que nos publica, al parecer, como detentadores del bien ajeno: *Spectaculum facti sumus mundo, et angelis et hominibus; oprobium et tribulationibus spectaculum facti* . Mas, por otro lado: *Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis*. Estimemos pues que hemos ganado mucho perdiendo; pues Dios nos ha quitado, con esta granja, la satisfacción que sentíamos de tenerla, y la que habríamos tenido en ir allí de vez en cuando; y esta recreación, por ser conforme a los sentidos, nos habría sido como un dulce veneno que mata, como un cuchillo que hiere, y como un fuego que quema y destruye. Ya estamos libres, por la misericordia de Dios, de este peligro; y viéndonos más expuestos a las necesidades temporales, su divina bondad nos quiere elevar a una mayor confianza en su Providencia, y obligarnos a abandonarnos a ella totalmente, por las necesidades de esta vida así como por las gracias de la salvación. Oh si quisiera Dios que esta pérdida temporal fuera recompensada con un aumento de confianza en su Providencia, de abandono en su dirección, de un gran desprendimiento de las cosas de la tierra y de renuncia a nosotros mismos! Oh Dios mío, oh hermanos míos, qué felices seríamos! Me atrevo a esperar de su bondad paternal, que lo hace todo para lo mejor, que nos concederá esta gracia. “¿Cuáles son los frutos que debemos sacar de todo esto? El primero será el de ofrecer a Dios todos los bienes y consuelos que nos quedan, tanto para el cuerpo como para el espíritu; de ofrecernos a él nosotros mismos, en general y en particular, pero de buena forma, con el fin de que disponga absolutamente de nuestras personas y de todo cuanto tenemos

según su santísima voluntad, de modo que estemos siempre dispuestos a dejarlo todo para abrazar las incomodidades, las ignominias que nos sobrevienen y, por este medio, seguir a Jesucristo en su pobreza, en su humildad y en su paciencia.

“El segundo es no pleitear nunca, por derecho que tengamos; o, si nos vemos obligados a ello, que sea después de tantear todos los caminos imaginables para ponernos de acuerdo, a menos que el buen derecho fuera muy claro y evidente; pues quien se fía del juicio de los hombres resulta engañado con frecuencia. Practicaremos el consejo de nuestro Señor que dice: “Sui quieren robarte el vestido dadle también la túnica. ”Conceda Dios la gracia a la Compañía de seguirlo! Hemos de esperar que, si es fiel en ello y firme en no separarse jamás de él, su divina bondad la bendecirá, y que, si le quitan por un lado, él se lo concederá por otro.”

Dios no había probado todavía suficientemente a su servidor. Como el santo hombre Job, le había golpeado en sus bienes, le quedaba todavía dirigir los golpes más sensibles a sus amigos y a sus hijos.

II. *Muerte de Adrián le Bon.* Más de una vez, hemos hablado de su gratitud afectuosa por Adrián le Bon, el antiguo prior de San Lázaro. Nunca hijo alguno tuvo más respeto, más ternura y más atención por un padre; y además no le daba otro nombre: “Nuestro padre”, decía siempre hablando de él. Habría querido, anciano él también, ocupar junto al anciano el lugar de su criado y, no pudiendo hacerlo, al menos instruía al sirviente sobre el buen servicio que debía prestar a su dueño. Dueño, le Bon lo era, , no solo en su interior particular, sino en todo San Lázaro, no solamente en San Lázaro, sino en todas las casas de la Compañía. El viejo prior, a pesar de su edad, trabajaba alguna vez en las Misiones, y era siempre a él a quien se daba el honor y su dirección. . a veces también, quería ir a visitar en las provincias a aquellos de los Misioneros a quienes había conocido más íntimamente en San Lázaro. Vicente entonces le costeaba los gastos del viaje, y escribía a los superiores de sus casas que le recibieran como al dueño de sus bienes y de sus personas.

Una parte de esta gratitud se proyectaba a los antiguos religiosos de San Lázaro. Vicente que se les concediera todo lo que permitía la conciencia, y que se les hiciera participantes de todas las buenas obras de la Compañía. “Todos nuestros pequeños méritos, decía él, vienen de sus beneficios.” Él mismo daba el ejemplo y, en toda ocasión les testimoniaba, con palabras y actos, una singular deferencia. Habiendo sido atacado el antiguo sub-prior de una enfermedad contagiosa que reinaba entonces en San Lázaro, fue a verle, le consoló, le ofreció sus servicios, le sirvió en efecto, hasta el punto de respirar su aliento apestoso, y se habría quedado a la cabecera de su cama día y noche, hasta la muerte, si no se lo hubieran llevado de allí.

Qué no hacía por el prior mismo! Le visitaba a menudo. Cuando volvía de viaje, su primera visita, después de la del Santísimo Sacramento, era para él. Los domingos cenaba con él; y si los asuntos le habían retenido mucho en la ciudad: “Regresemos pronto decía a su secretario Du Courneau, quien nos ha conservado este recuerdo; démonos prisa para no hacer esperar a nuestro padre.”

Su ternura pareció redoblarse cuando se vio a punto de perderle. En su última enfermedad le tributó todos los deberes, y quiso asistirle en la muerte. En el momento de la agonía mandó venir a todos los Misioneros presentes entonces

en San Lázaro, casi en número de veinte; los puso en oración alrededor del lecho fúnebre, recitó él mismo en alta voz las letanías del santo Nombre de Jesús y de la santísima Virgen, y una vez que el anciano hubo rendido el último suspiro, le cerró los ojos y dijo a los asistentes: “Se acabó, hermanos míos, ya está nuestro padre delante de Dios, un padre que ha tenido tantas bondades con nosotros. Quiera vuestra bondad, Dios mío, aplicarle las buenas obras y pequeños servicios de la Compañía! Nosotros estábamos muchos de nosotros en la indigencia: él proveyó a nuestro mantenimiento. Tened cuidado, hermanos míos, de no caer en ese miserable pecado de ingratitud para con él y todos estos buenos señores cuyos hijos somos nosotros. Tratemos todos los días de recordar al Sr. Prior y rogar por él.”

Queriendo unir el efecto a la recomendación, Vicente mandó hacer a Le Bon funerales muy honrosos y, para perpetuar la memoria de sus favores, hizo grabar la mención sobre el mármol en su epitafio. Quiso también que se celebrara a perpetuidad, con un servicio solemne, el aniversario del 9 de abril de 1651, día de la muerte de Le Bon. Mientras tanto, celebró él mismo y mandó celebrar en San Lázaro y en todas las casas de la Compañía, un gran número de misas por el descanso de su alma. Esta es la carta a los superiores por la cual él invitó a este acto de gratitud y de piedad: “Ha sido del agrado de Dios dejar huérfana a la Compañía de un padre que nos había adoptado como hijos suyos; es del buen Sr. Prior de San Lázaro, quien falleció el día de Pascua, fortalecido con los sacramentos, y en tal conformidad con la voluntad de Dios que, en todo el curso de su enfermedad, no ha dado muestras del menor asomo de impaciencia, ni en sus incomodidades precedentes. Ruego a todos los sacerdotes de vuestra casa que digan misas a su intención, y a nuestros hermanos que comulguen.”

Esta emocionante costumbre fue aplicada a todos los antiguos religiosos de San Lázaro, por quienes se celebraron dos servicios anuales. No se hacía más por los Misioneros.

La gratitud de Vicente por el Prior descendió hasta el criado de quien acabamos de hablar. Este criado, tras quince o dieciséis años de servicio, había dejado a su señor, a pesar de todos los esfuerzos y ofertas generosas de nuestro santo para retenerle. Habiendo regresado a su provincia, perdió casi por completo el espíritu. Sin bienes, sin parientes, cayó en la miseria. Andaba perdido para buscarse la vida, sin saber bien adónde le llevaban sus pasos; pero la Providencia que le guiaba le llevó un día a París, y su inteligencia, despertada a la vista de objetos que le traían viejos recuerdos, le llevó a reencontrarse con San Lázaro. Pidió hablar con Vicente quien, ocupado entonces le envió a comer, prometiéndole hablar con él más tarde con más comodidad. En la primera entrevista, y mejor a las primeras palabras, el santo sacerdote reconoció el triste estado de este pobre hombre. “Es el criado de nuestro bienhechor, se dijo enseguida, es preciso tener piedad y mirarle como de nuestra familia.” Y en efecto le dio una habitación en San Lázaro y cubrió hasta su muerte todas sus necesidades.

Le Bon tenía setenta y cinco años cuando murió, de la misma edad de Vicente, quien le iba a seguir casi a los diez años. pero en este intervalo, a cuántas personas más debía ver morir el santo sacerdote, más queridas todavía o, al menos, más íntimas, y sobre todo más necesarias a su Compañía y a sus obras!

III. *Muerte de Portail y de la señorita Le Gras*. El primero a quien perdió fue a Antonio Portail, su más antiguo y más querido compañero. Quien compartía su vida y sus obras desde hacía más de cuarenta y cinco años. en el momento de su muerte, Portail era secretario y primer asistente de la congregación, y director de las Hijas de la Caridad⁸⁵⁷. Leemos el relato de su muerte y el elogio de sus virtudes en las cartas de su venerable padre, señaladamente en esta, del 28 de febrero de 1660, dirigida a Get, superior de la Misión de Marsella: “Ha sido la voluntad de Dios privarnos del buen Sr. Portail. Falleció el sábado, 14 de este mes, que era el noveno de su enfermedad, que comenzó por una especie de letargo para cambiar en fiebre continua y en otros accidentes. Mantuvo el espíritu y la palabra bastante libres. Siempre había temido a la muerte; pero, al verla acercarse, se enfrentó a ella con paz y resignación, me contó varias veces que fui a visitarle que no le quedaba ninguna impresión de su miedo pasado. Él ha terminado como ha vivido, en el buen empleo de los sufrimientos, la práctica de las virtudes, el deseo de honrar a Dios y de consumir sus días, como Nuestro Señor, en el cumplimiento de su voluntad. Ha sido uno de los primeros que han trabajado en las Misiones y ha contribuido siempre en los demás empleos de la Compañía, a la que ha rendido notables servicios; de suerte que ella habría perdido mucho en su persona, si Dios no dispusiera de todas las cosas para lo mejor, no nos hiciera encontrar nuestro bien donde nosotros pensamos recibir daño. Hay razón para esperar que este su siervo nos será, más útil en el cielo de lo que lo habrías sido en la tierra; os suplico, Señor, que le rindáis los respetos acostumbrados⁸⁵⁸.”

Una de estas cartas de notificación concluía así: “Cuando falleció el Sr. Portail, la señorita Le Gras estaba también e las últimas, y creíamos que ella se nos iba antes que él, pero vivió todavía: Dios no ha querido abrumarnos con una doble aflicción..”

Ay, Dios no tardó en golpear de nuevo, y la señorita Le Gras no sobrevivió más que en un mes a Antonio Portail. Por lo demás, según Vicente, hacía más de veinte años que la santa mujer no vivía más que de milagro, ya que él escribía a Blatiron, superior de la Misión de Génova, el 13 de diciembre de 1647: “Sucede con usted casi como con la señorita Le Gras, a quien yo considero como muerta naturalmente desde hace diez años; y, al verla, se diría que sale de la tumba, tan débil está su cuerpo y tan pálido su rostro. Pero Dios sabe qué fuerza de espíritu no tiene. No hace mucho que ha hecho un viaje de cien leguas y, sin las enfermedades frecuentes que tiene y el respeto que presta a la obediencia, ella iría a menudo de un lugar para otro a visitar a sus Hijas y trabajar con ellas, aunque no tenga más vida que la que recibe de la gracia.”

Uno de los temores de la Señorita Le Gras, como de la Sra. Gondi, era morir sin la asistencia de su santo director; y. menos afortunada que la generala de las galeras, ella se vio privada de sus supremas exhortaciones. Entonces Vicente mismo estaba tan debilitado por la enfermedad que no podía ni caminar ni soportar el vehículo, ni siquiera tenerse en pie. Le habría sido necesario que le llevaran en silla, algo que no consintió nunca, más que de su habitación a la capilla, tanto aborrecía servirse en esto del ministerio de los hombres, viendo en ello una especie de degradación de la naturaleza humana. Además recordando que el Salvador había privado a sus discípulos de su

⁸⁵⁷ Fue reemplazado por el abate de Horgny, a quien conocemos como director de las Hijas de la Caridad.

⁸⁵⁸ Véase también una carta a Desdames, en Polonia, del 5 de marzo de 1660.

presencia sensible para llevarlos a una caridad más pura, y les había dicho: “Os conviene que yo me vaya, ya que si no el Espíritu de vida no vendrá a vosotros”, quiso acabar de purificar esta alma selecta por un último sacrificio. Por eso, cuando dos días o tres antes de morir, la Señorita Le Gras, le mandó a pedir, a falta de su visita, unas palabras de consuelo, escritas de su mano, él se negó y se contentó con enviarle , como letra viva a uno de sus sacerdotes, encargado de decirle de su parte: “Vos partís antes, Señorita; espero que dentro de poco yo os veré en el cielo.” Unos días más tarde, el 15 de marzo de 1660, la santa mujer, después de bendecir a sus hijos y a sus Hijas, recomendando a unos que vivieran como buenos cristianos, y a las otras el servicio de los pobres, había regresado a Dios, que se definió como caridad. Vicente soportó esta pérdida, la más cruel que haya experimentado nunca, no sólo con el alivio que sentía por la esperanza de una próxima y eterna reunión, sino con su sumisión ordinaria a la adorable voluntad de Dios. Al día siguiente, el 16 de marzo, dirigió a todas sus casas una carta circular para notificarles una muerte tan preciosa ante Dios, pero tan dolorosa a su doble familia. “Encomiendo su alma a vuestras oraciones, decía en ella, aunque tal vez no necesita socorro: pues tenemos todas las razones del mundo para creer que ella goza ahora de la gloria prometida a los que sirven a Dios y a los pobres del modo que ella lo ha hecho.” Escribió sobre todo a las Hijas de la Caridad para consolarlas por una pérdida tan cruel: “, les decía: “Hay que alabar a Dios y esperar que él os hará de padre y de madre⁸⁵⁹.”

Transcurrieron cuatro meses sin que reuniera a las Hijas de la Caridad para hablar con ellas de las virtudes de su fundadora. Enfermo también, no lo había podido ni durante la larga agonía, ni desde que la muerte que las había dejado huérfanas. Por último, el 24 de julio, se sintió con suficientes fuerzas para convocarlas en conferencia, y dio gracias a Dios por ello. Hubo algo de solemne y enternecedor en esta reunión. Era el más venerado y el más tierno de los padres quien conversaba, por última vez, con la familia de una madre con quien se iba a reunir evidentemente bien pronto. Cuando todas las Hijas de la Caridad se reunieron a su alrededor, él comenzó, según su costumbre, por preguntarlas. La primera a quien llamó no pudo en primer lugar responder: el dolor y las lágrimas ahogaron su voz. Él pasó a otras. Cada una enumeró las virtudes que la habían impresionado de su madre, y los motivos de imitarlas. Numerosas acciones desconocidas de la vida caritativa de la Señorita Le Gras fueron desveladas en este juicio de los muertos, o más bien en este primer juicio de Dios. Una dijo que la había visto acoger a los presos que salían de prisión, lavarles los pies, vendárselos, y vestirlos con ropas de su hijo. Otras hablaban de su amor a Dios, de su ternura por sus hermanas, cuya muerte le arrancaba lágrimas; de su humildad que la obligaba a decir sus culpas, y a pedir perdón como la última de sus hermanas, a acostarse en el suelo ante ellas pidiendo que la pisotearan, a lavar los platos, a servir en la mesa, a hacer los servicios más bajos de la casa; de su espíritu y de sus hábitos de pobreza; de su apoyo, de su dulzura, de su rara prudencia; de su vida muy interior; de su confianza en Dios y de su sumisión a la Providencia; de su pureza en su juventud, en su matrimonio, en su viudez; de su celo por la salvación de las almas; de la sabiduría en toda su conducta. La primera que llamó, ya recuperada, quiso pagar a su madre venerada su tributo de elogios: pidió

⁸⁵⁹ Cartas de los 16 y 20 de marzo de 1660.

permiso, que Vicente le otorgó sin poder él mismo contener sus lágrimas. “Se necesitaría un libro, dijo esta buena hija, para poder describir sus virtudes, y espíritus más elevados que los nuestros para contarlas. Sin embargo, como la obediencia me lo exige, hay que hacerlo; pero cuando haya dicho todo cuanto la memoria me puede presentar, todavía quedará más por decir.” Ella entró entonces en el círculo de las virtudes ya recorridas. Era ella a quien la Señorita Le Gras había rogado que la avisara de sus faltas. “Me sentía confundida al hacerlo, dijo esta buena hija,

Pues no encontraba ninguna, aunque prestase atención, porque me lo habían encomendado.” Vicente añadía a las palabras de cada hermana lo que él mismo ya sabía sobre las virtudes, de aquella a la que había conocido bien. Luego él explicaba la necesidad para la Compañía, y la animaba a pedírselas por la intercesión de su santa madre.

Vicente, a quien la doble muerte de Antonio Portail y de la Señorita Le Gras había agobiado, en el anonadamiento último de sus fuerzas, con la dirección casi total de las Hijas de la Caridad, vivió lo suficiente para vigilar la elección de su segunda superiora. Hizo caer su elección sobre Margarita Chetif, entonces empleada en Arras, una hermana que se había sentido tentada a abandonar su vocación y a quien él había reafirmado, como nos lo dice una carta que él le dirigía el 18 de setiembre de 1657. Volveremos a ver pronto a Margarita Chetif en los funerales del santo sacerdote.

En cuanto a la Señorita Le Gras, ella había sido enterrada, según su deseo, como una simple hija de la Caridad, en la iglesia de Saint-Laurent, en medio de esta parroquia y de sus pobres, que la tenían por madre. Descansó allí veinte años. El 10 de abril de 1680, a ruegos de su hijo y de las Hijas de la Caridad, y a las diligencias de la Señora de Miramion, Francisco de Harlay, arzobispo de París, permitió abrir su tumba para dar a sus restos una sepultura más honorable. El mismo día, a las nueve de la noche, se hizo la apertura por Nicolás Gobillon, párroco de Saint-Laurent, a quien se debe una Vida de la Señorita Le Gras, en presencia de Edme Jolly, superior general de la Misión, y del Misionero Henri Moreau, de la Señora de Miramion y de una de las hijas de su comunidad, de Guérin, director de las Hijas de la Caridad, de las cuatro oficialas de la compañía, y de la Señorita Le Gras, nieta de la santa fundadora. Sólo se hallaron huesos sin olor. Fueron depositados en una sábana, conservados luego religiosamente, con la tierra y la madera del féretro, y todo colocado en un ataúd de plomo, con una placa de cobre, que se depositó de nuevo en la fosa.

El 22 de octubre de 1755, el arzobispo de París, Christophe de Beaumont dio un nuevo permiso de exhumación para transportar los preciosos restos a la capilla de las Hijas de la Caridad. El 24 de noviembre, el ataúd de plomo fue puesto en un féretro de madera cerrado con llave, e inhumado en medio de la capilla con una tumba de mármol negro.

La madre reposó allí en medio de sus hijas hasta la Revolución. La ley del 18 de agosto de 1792 había suprimido ya todas las Congregaciones, incluso seculares. Algunos años después, la casa de las Hijas de la Caridad fue vendida y su capilla demolida. Grande fue entonces la inquietud de las hermanas por el féretro y los restos de su madre que iban a quedarse escondidos y perdidos en los escombros. El 3 vendimiario año VI (25 de setiembre de 1797), ellas los rescataron por 60 libras, cuyo recibo existe hoy. El ataúd fue primero depositado por dos hermanas en la bodega de una casa,

calle y barrio de San Martín, 91. Mas como no habría sido prudente conservar el ataúd de plomo, la superiora Antoinette Deleau, mandó hacer del ataúd de madera una caja revestida de plomo por dentro, de dos pies de larga por catorce pulgadas y media de ancha, en la que, con permiso del abate Émery, vicario general del Sr. de Juigné, arzobispo de París, ella encerró los huesos envueltos en algodón con el fin de impedir el frotamiento. El polvo recogido en el féretro fue puesto en un florero de hojalata, con excepción de algunas pizcas que, con algunos huesecitos, separados, estaban destinados a piadosas distribuciones. Todo fue depositado provisionalmente en una casa de la calle de los Maçons-Sorbonne.

Entre tanto, el ministro del interior Chaptal, el 1er. Nivoso IX (22 de diciembre de 1800), acababa de autorizar “a la ciudadana Deleau, aquí superiora de las Hermanas de la Caridad,” a formar alumnas para el servicio de los hospicios y, a este efecto, él había puesto a su disposición la casa hospitalaria de las huérfanas, calle del Vieux-Colombier. Fue en esta casa donde fueron también trasladados , el 4 de mayo, de 1802, los restos de la Srta. Le Gras, y allí se quedaron hasta 1815.

En el intervalo, la existencia misma de las Hijas de la Caridad o, al menos, la forma de su existencia, lo que es todo una cosa, se había visto amenazada.

Acababan de ser restablecidas por la autoridad civil. La hermana Marie-Antoinette Deleau, nombrada superiora en 1790, había sido mantenida por el superior general Cayla. A la muerte de este último, ocurrida en 1800, la hermana envió a Felipe, sacerdote de la Misión donde el vicario general Brunet, para obtener la continuación de sus poderes, hacer nombrar a Felipe mismo director de la Compañía: lo que fue otorgado.

En Pentecostés, de 1802 la hermana Deleau fue reelegida y recibió como asistente a la hermana Deschaux quien, en 1804, llegó a superiora ella misma. Fue bajo el gobierno de la hermana Deschaux y bajo el de las hermanas Beaudouin y Moustero que la sucedieron, cuando estalló la tormenta.

En 1809, Hanon, vicario general de la Congregación de la Misión, fue apartado violentamente de la Comunidad de las Hijas de la Caridad, y trasladado pocos meses después, a la prisión del Estado de Fenestrelles. La hermana Moustero, entonces superiora, se vio en la necesidad de entregar su dimisión, y más de trescientas hermanas debieron retirarse a sus Familias, por su resistencia a las modificaciones que se querían introducir en el gobierno de su Compañía y en sus estatutos. Las protestas de todas las casas fueron unánimes contra la violencia de esta medida. También, cuando en 1814, Hanon fue puesto en libertad, entró pacíficamente en posesión de su autoridad, y el soberano pontífice Pío VII, para borrar hasta los menores rastros de esta crisis funesta, le confirmó mediante un breve del 16 de enero de 1815 en todos los derechos unidos a su cargo.

De esta manera se acabó esta lucha poco noble contra mujeres. A fin de cuentas, no sirvió más que para evidenciar la inanidad de los esfuerzos de sus provocadores y la fidelidad de las Hijas de la Caridad. Ni la intriga ni la violencia lograron que se consumara el cisma y, una vez más, quedó demostrado que la fuerza es impotente contra la debilidad que se apoya en la conciencia y en Dios. No es probable que se renueve en adelante una experiencia que avergonzaría otra vez a los perseguidores daría gloria a las perseguidas. Las Hermanas y Roma responderían otra vez con un *Nihil innovetur* contra el cual todos los asaltos vendrían a quebrarse.

No tenemos que proseguir la historia contemporánea de las Hijas de la Caridad: se encuentra completa en los numerosos establecimientos que se han referido en otra parte; o más bien se despliega viva a nuestros ojos en las virtudes y en los servicios de estas santas Hijas.

No nos queda pues más que conducir las, con los restos de su madre, a su residencia actual.

El 25 de marzo de 1813, un decreto imperial les había privado del disfrute gratuito del hotel llamado de Châtillon, calle du Bac, habitado en otro tiempo por la Señora de La Vallière, y perteneciente entonces a los hospicios de París, para fundar en él el principal establecimiento de su orden. A la espera de que el hotel estuviera listo para recibirlas, ellas continuaron habitando la casa de la calle del Vieux-Colombier, donde las sorprendieron los acontecimientos de 1815. Los aliados acababan de entrar en Saint-Denis, de donde el fragor expulsó a las señoritas de la Legión de honor, a las que se asignó la casa de la calle del Vieux-Colombier. Compartiendo el terror de estas jóvenes, la Hermana Gaubert, el 29 de junio, puso en un simón la caja que encerraba los restos de la señorita Le Gras, y la llevó a la casa principal de la calle del Bac, donde no tardó en fijarse toda la comunidad. La caja fue reconocida en 1824 por el vicario general de la Misión, y depositada el 5 de noviembre, en un panteón de la capilla. Allí es donde, después de tantas peregrinaciones, el cuerpo de la señorita Le Gras espera el día de la resurrección bienaventurada, y la estación definitiva y eterna del cielo.

IV. *Muerte del abate de Tournus.* El último precursor que Vicente de Paúl pareció enviar por delante para preparar su lugar cerca de Dios fue Louis de Rochechouart de Chandénier, abate de Tournus.

Hemos hablado varias veces de este admirable abate, de su alto nacimiento, de su virtud más alta todavía. Rechazó muchos obispados, a cualquier precio que se los ofrecieran. El obispo de Mâcon, Louis Dinet, renunció incluso a su favor, como nos lo dice una carta de Vicente a Mazarino, con fecha del 14 de setiembre de 1650, él no aceptó la oferta. Para obedecer al deseo de la Iglesia, renunció a sus numerosos beneficios, y no se reservó más que su abadía de Tournus. Llevó a su hermano, el abate de Moutier-Saint-Jean, a seguir este ejemplo. Además, no se servía de las rentas de su única abadía más que de lo estrictamente necesario; todo lo demás iba a los pobres, a los jóvenes clérigos que formaba, a las asociaciones caritativas de las que era miembro, a los enfermos y a los prisioneros a quienes tenía el gusto de visitar con frecuencia. Después de haber habitado por algún tiempo la comunidad de San Sulpicio, se sintió inclinado a una habitación más pobre y más humilde todavía, y llegó a pedir hospitalidad en San Lázaro. En su favor, Vicente se olvidó de la ley que se había formado de no admitir nunca a nadie, a título de pensionista, en las casas que no eran seminarios. Fue hacia 1653 cuando el abate de Tournus y su hermano vinieron a vivir en San Lázaro, en un pequeño apartamento, en el que llevaron la Vida de los más humildes clérigos de la Misión. El abate de Tournus, en particular, se <cercó lo más posible, en su costumbre, en el empleo de su jornada, al régimen de la congregación. Se hacía él mismo la habitación y la cama, y se negaba, para los más bajos servicios, recurrir a los lacayos que había conservado, habría querido algo más, y con frecuencia pidió a Vicente que le admitiera del todo en su familia. “Vos sois los hijos naturales del Sr. Vicente, decía él a los Misioneros; mi hermano y yo sólo somos hijos

adoptivos.” Pues, del rengu de la adopción, él quería pasar más adelante en la familia del santo anciano a quien le gustaba llamar su padre. Se proclamaba indigno de ello, es cierto, y no lo pedía más que a título de caridad. Pero más indigno todavía se creía el humilde Vicente al admitir entre los suyos a un hombre de tan alto nacimiento y, en este debate de dos humildades, ganó la de Vicente.

Hacia el final de 1659, los dos hermanos concibieron el proyecto de una peregrinación a Roma. Debieron partir en los últimos días de setiembre, ya que nos los encontramos el 6 de octubre en la Gran-Cartuja, donde el abate de Tournus quiso pasar la fiesta de san Bruno. El 4 de noviembre, estaban en Milan, y allí celebraban también la fiesta de san Carlos, por quien el abate de Tournus profesaba una devoción particular⁸⁶⁰. De allí se dirigieron a Loretto, donde pasaron dos días en retiro, el ayuno y la oración. Todo este viaje era pues un continuo peregrinar. El abate de Tournus, a pesar de los viajecitos, no dejaba de decir todos los días la misa. En todas partes, su primera visita era a la iglesia y, si la encontraba cerrada, se arrodillaba a la entrada. En el paso de un Estado a otro, saludaba a los santos patronos y a los ángeles de la guarda. Al llegar a Roma, tan pronto como vio el domo de San Pedro, se bajó del coche como lo había hecho en Loretto, se puso de rodillas, oró y acabó la ruta a pie, como verdadero peregrino. En Roma, se alojó con su hermano en la casa de la Misión, cuyos ejercicios siguió puntualmente. Durante los diez días del retiro de los ordenandos de diciembre, quiso cantar la misa cotidiana, lo que hizo con maravillosa edificación. Alejandro VII quien, sin haberlo visto nunca le reconoció por su modestia singular, le recibió con gran distinción, le concedió todas sus peticiones y le regaló reliquias, de agnus y de indulgencias. La corte romana siguió el ejemplo del papa y se desvivió por honrarle. Pero él visitó a los pobres antes que a los cardenales, los hospitales más que los palacios e incluso que las iglesias ricas. Había repartido, para sí y para los suyos, el empleo de la jornada, con toda la sencillez y la humildad de un Misionero.

El mes de marzo de 1660, cayó enfermo, y no interrumpió en primer lugar ningún ejercicio de piedad. En Albano mismo, donde los médicos le enviaron a tomar los aires, él continuó su vida de religioso, y sólo a su regreso a Roma, le forzaron a dejar la celebración de la misa y la recitación del oficio divino. Desde entonces se creyó herido mortalmente. En este pensamiento, renovó con mayor insistencia su petición de ser agregado a los hijos de Vicente de Paúl. Edme Jolly, entonces superior de la Misión de Monte-Citorio, halló, quizá por consejo de Vicente, un temperamento conforme en París y en Roma. Le prometió que, si crecía el mal, tendría el honor de recibirle en la congregación; pero, al mismo tiempo, le hizo prometer que, si Dios le devolvía la salud, esperaría a su regreso a París, para dar a Vicente el consuelo de abrazarle el primero en calidad de Misionero.

Se creyó por algún tiempo que el venerable padre tendría en efecto la felicidad de admitir él mismo a este nuevo hijo. En el mes de abril el abate de Tournus, hallándose mejor, se despidió del papa y, provisto de la bendición apostólica, partió para París, muy resuelto a arrancar esta vez el consentimiento de Vicente de Paúl y consumir el asunto de su vocación. Con ayuda de la muerte, el asunto quedó concluido pronto. La fiebre le había vuelto a atacar en ruta. Se redobló en Turín y, cuando llegó a Chambéry, el viernes por la mañana 29 de

⁸⁶⁰ Se servía del breviario incluso de san Carlos, y tenía dos retratos suyos en su habitación.

abril de 1660, estaba tan agotado que hubo que trasladarle a una habitación y hacerle guardar cama. Al día siguiente, la enfermedad le pareció desesperada al médico, y el enfermo, queriendo gozar del último respiro de la naturaleza, quiso recibir los santos sacramentos mientras gozaba aún de todas sus facultades. En efecto, el domingo por la mañana se confesó y recibió el santo viático en los sentimientos que debían resultar de tal vida. Por la noche se le administró la extremaunción, y él respondió a todas las oraciones. Después, su humildad obtenido permiso de su director, dirigió a su hermano sus últimos consejos, pidió perdón a todos sus compañeros de viaje, y se acordó de la promesa que le habían hecho de recibirle en la congregación en su muerte. Berthe, a quien Vicente había elegido para acompañarle, se rindió a su petición y le dio el hábito de Misionero. Desde ese momento, no teniendo nada más que desear en este mundo, no se entregó a otra cosa que a prepararse a la muerte. Hasta entonces, la había temido mucho; ahora, la acogía con paz y dulzura, resignación y paciencia; paciencia sobre todo gustando en decir una y otra vez a Dios: *Auge dolorem, sed auge patientiam*. Se murió casi sin agonía, el lunes por la noche del 2 de mayo.

Su cuerpo fue embalsamado, puesto en un ataúd de plomo y depositado en la iglesia de los Dominicos, de donde, dos sacerdotes de la Misión, llegado de Annecy, le trasladaron a su pequeña capilla, esperando que la familia escogiera el lugar de su sepultura. Pero él mismo había provisto pidiendo ser enterrado en una iglesia de la Misión y con toda la modesta pobreza de un sencillo Misionero. Y así fue en San Lázaro donde su hermano creyó que estaba el lugar de su reposo, y lo trasladó allí.

Esta muerte fue un gran dolor para la congregación, y en particular para Vicente de Paúl. Todas las cartas del santo de los meses de mayo y de junio llevan la fúnebre noticia y la expresión de sus sentimientos a todas las casas de la Compañía, en Francia y en el extranjero: “El Sr. abate de Moutier-Saint-Jean, escribe el 21 de mayo, es inconsolable la pérdida que ha causado, y por ello nos sentimos abatidos. La voluntad de Dios está por encima de los sentimientos de su dolor y de nuestra aflicción,” Y el 26 de mayo: “Vuestra carta del 7 nos llegó en pleno dolor por la muerte del Sr. abate de Chandénier.. La pérdida es grande para la Iglesia y muy grande para nosotros. Ha vivido como un santo y ha muerto como Misionero, habiendo realizado grandes instancias para ser recibido en la Compañía, según el afecto que nos había cobrado desde hacía mucho. Por ello esta casa, habiendo recibido una maravillosa edificación de él, debe conversar esta noche sobre sus virtudes a fin de refrescar su memoria y ejemplo; “lo que repetís el santo el mismo día en una carta a Desdames, en Polonia: “Debemos conversar esta noche sobre sus virtudes admirables, que son más bien las virtudes de Nuestro Señor ejercitadas por él en su siervo... Todo lo que Dios hace está bien hecho; sin esta fe, seríamos inconsolables por una tal privación.”

Pero el punto sobre el que el humilde sacerdote prefiere insistir en todas sus cartas, en esta carta a Desdames, en otra del 8 de junio al superior de Crécy , etc., es la recepción *in extremis* del abate de Chandénier en la Compañía, que él había rechazado siempre y no puede comprenderlo. Lo encontramos maravillosamente explicado en la carta siguiente del 23 de junio: “No sé lo que este santo hombre vio en la pobre Misión que haya podido darle el gran afecto que tenía a cubrirse con su nombre y sus harapos para presentarse delante de Dios. Él nos había hablado varias veces de su plan; pero yo no le quería

escuchar, creyéndole demasiado por encima de nosotros por su nacimiento y por su virtud; y, en efecto, no ha habido más que nuestra casa del cielo la que haya merecido la gracia de poseerle como Misionero; las de la tierra han heredado tan sólo ejemplos de su vida”.

Como Vicente nos ha dicho dos veces en citas precedentes, se trató en San Lázaro de las virtudes del abate de Tournus. Se tuvieron incluso sobre él al menos cuatro conferencias, cuyos análisis o procesos verbales se nos han conservado; y es de allí, así como de una relación de su muerte por Berthe de donde hemos sacado nuestro relato. Como se hacía en San Lázaro para todos los Misioneros de relevancia, se recorrió sucesivamente su fe, su religión, su caridad, su humildad, su pobreza; su celo por la salvación de las almas, la gloria de Dios, y el bien de la Iglesia; su paciencia y su resignación, su silencio y su modestia, su obediencia y su mortificación, su templanza y su pureza, su integridad y su dulzura; en una palabra todas sus virtudes religiosas y morales, sobre cada una de las cuales los Misioneros que habían estado en relaciones más íntimas con él, como Berthe, de Monchy y los demás, declararon como testigos, casi como se hace en un proceso de canonización⁸⁶¹.

El abate de Tournus no había sido el único, en estos últimos años de la vida de san Vicente de Paúl, que fuera admitido, de alguna manera *in extremis*, en la Compañía. Ya Carlos de Angennes, señor de Fargis, sobrino hermano del marqués de Rambouillet, había entrado en ella. El señor de Fargis se había casado con la hermana de la señora de Gondi. Era del partido de Monsieur, lo que le valió la desgracia de Richelieu al regresar de una embajada en España. Una vez que enviudó, pidió a Vicente de Paúl una plaza en San Lázaro. Hombre de corazón, de espíritu y de saber, hombre sobre todo de gran virtud, quería prepararse a la muerte bajo la dirección de nuestro santo. Su plan era vivir en San Lázaro en el retiro y la piedad, pero solamente como pensionista, en particular y con sus servidores. A pesar de los títulos que tenía con una excepción el cuñado del fundador de la Misión, Vicente no consintió en infringir a su favor la ley que se había dado de no admitir a nadie en San Lázaro, sino para hacer allí los ejercicios espirituales o prepararse a entrar en la Compañía. Por eso de Fargis debió tomar el hábito de Misionero y acomodarse al régimen de la comunidad. “En ella vivió un año de esta suerte⁸⁶², escribía Vicente a Pesnelle, en Génova, el 25 de octubre de 1658, pero con grande consuelo por su parte y por la nuestra, que no hemos advertido nunca en él ningún defecto”. Diez años después más o menos, a primeros de 1656, el ejemplo del Sr. de Fargis fue seguido por René. Almeras, padre del segundo superior general de

⁸⁶¹ Este solo análisis hace ver el error en que ha caído el Sr. Floquet: *Études sur Bossuet*, (t. II, p. 68), cuando atribuyó a Bossuet las Conferencias de San Lázaro en alabanza del abate de Chandenier. Después de citar una carta de san Vicente de Paúl sobre estas Conferencias, añade: “Necesariamente habían sido dadas por Bossuet, encargado de todas las conferencias que tuvieron lugar, en 1660, en San Lázaro, tanto por la noche como por la mañana, para la ordenación de Pentecostés.” Aquí, el Sr. Floquet confunde las conferencias o discursos seguidos de los ordenandos, dados efectivamente por Bossuet, en 1660, en Pascua y en Pentecostés, y las conferencias propiamente dichas que se celebraban todas las semanas en San Lázaro entre los Misioneros verdaderas conversaciones de familia, en las que cada uno tomaba alternativamente la palabra, y a las que ningún externo era admitido, que el Sr. Floquet reserve para mejor ocasión su admiración presumida por la elocuencia de su héroe en parecida circunstancia, y sus sentimientos sobre la pérdida pretendida de estas conferencias, o mejor, de estas oraciones fúnebres, que habrían perecido como tantas otras producciones de Bossuet. En cuanto a las Conferencias reales sobre las virtudes y la muerte del abate de Chandenier, existen todavía, para análisis, en los archivos de la Misión.

⁸⁶² Falleció el 20 de diciembre de 1648.

la Misión. Este venerable anciano, gran contable y cabeza de una familia que contaba entre sus ascendientes a obispos, consejeros de Estado, presidentes y consejeros del parlamento de París, quiso, ya más que octogenario, vivir únicamente para Dios en San Lázaro. Él también pidió primeramente ser admitido tan sólo como pensionista. A la misma petición Vicente opuso la misma respuesta, y Almeras se ofreció a entrar en la Congregación. El santo resistió cuanto pudo, sabiendo los grandes bienes que el anciano hacía en el mundo; pero fue preciso ceder a sus insistencias y darle un pequeño apartamento en San Lázaro, donde ensayó durante unos meses el nuevo género de vida que quería abrazar. Sintiendo bastante fuerte pidió el hábito de Misionero, y el 9 de marzo de 1657, Vicente escribía a Ozenne, en Polonia, y a Get, en Marsella: "El padre del Sr. Almeras es del número de los seminaristas, habiendo tenido la devoción, al cabo de unos días, de recibir el hábito para asistir a los ejercicios en la medida que su edad de ochenta y dos años se lo permita. Es una humillación para un gran contable, cabeza de una familia muy honorable, y para un venerable anciano; pero de esta forma ha encontrado el secreto para ser grande en la otra vida después de haberlo sido en ésta, que es hacerse pequeño por el amor de Nuestro Señor."

Como de Fargis también, Almeras no vivió más que un año en su nuevo estado. Falleció el 4 de enero de 1658. El 11, Vicente escribía: "El Sr. Almeras se ha ido a Dios. Tenemos motivos de creerlo así después de los actos de virtud que le hemos visto practicar desde su entrada en la Compañía, que han edificado a toda la casa, y que le han dispuesto a una buena muerte al cabo de una vida tan larga."

Dos años más tarde, y algunos meses tan sólo después de la muerte del abate Tournus, Vicente se vio amenazado de una pérdida más sensible aún en la persona de René Almeras, el hijo del venerable gran contable. Privado ya de Antonio Portail, eso habría sido verdaderamente para él el sacrificio de Abrahán, ya que Almeras era su Isaac, la esperanza de su raza espiritual, el heredero que él se había elegido.

Almeras había sido enviado a Richelieu para recibir allí al rey que debía pasar por allí con su madre y la joven reina Marie-Thérèse con quien acaba de casarse en San Juan de Luz. Era hacia finales de junio o primeros de julio. El calor y la fatiga agobiaron la salud siempre vacilante de Almeras. No obstante, apurado por volver a París, donde era tan necesarios después de la muerte de Portail, acabada su comisión, se puso en camino a pesar de su extrema debilidad. Pero la enfermedad aumentó y debió detenerse en Tours, donde no se había establecido aún la Misión. Los sacerdotes del Oratorio quienes, en parecida circunstancia, en 1657, le habían concedido hospitalidad en Bourbon, le prestaron el mismo servicio en Tours. La enfermedad fue larga y seria. Las inquietudes dolorosas de Vicente fueron tanto más vivas, por haberse declarado en este viaje de Richelieu que él había ordenado, y él no perdió la ocasión, esta vez también, de acusarse él mismo, como hacía con todos los males que sucedían a los suyos. Escribió a Almeras: "Yo no puedo expresaros la parte que tengo en vuestro mal. Pero viva la voluntad de Dios! y que sea por siempre alabado por todas sus disposiciones sobre nosotros! En verdad que me costaría mucho soportarlas, si las considerara fuera de la voluntad divina, que lo ordena todo para lo mejor. Yo no pensaba que un accidente así os debiera suceder, cuando os envié a Richelieu, pero no lo volveré a hacer, aunque vos y yo viviéramos quince o veinte años. La Compañía sufre con la

privación de vuestra presencia, y yo sentiré más consuelo con vuestro regreso del que podría tener por cualquier otro motivo que me pudiera sobrevenir (4 y 18 de agosto de 1660)”.

Vicente escribió todavía a Almerás, el 22 de agosto, esta carta misteriosa para el destinatario, en la que hacía alusiones, evidentes para nosotros, a su plan de dársele por sucesor: “¿Cuándo será entonces, Señor, que tengamos el consuelo completo de saberos recuperado? Oh, cómo lo deseo, qué gracia tan grande será! Se la pido con frecuencia, no sólo por mi interés particular, que no es pequeño, ya que lleno de estima y de ternura para con vos, soy el primero que sufre por vuestro mal y por vuestra ausencia; pero también por el bien de la Compañía, la cual, habiendo recibido de vos, por la gracia de Dios, una gran edificación, necesita todavía de vuestro auxilio y de vuestros ejemplos. Os lo digo, Señor, con un sentimiento de gratitud para con Dios y para con vos, y *ya no digo más, porque con eso basta para el fin que yo pretendo*, que es mostraros que haréis una cosa agradable a Dios si os conserváis y os curáis con el reposo y los remedios que están en vuestro poder y sobre todo con la ayuda de Dios, que no os negará las fuerzas de cuerpo y de espíritu *necesarias al plan que tiene en la Compañía*, si se las pedís por su Hijo Nuestro Señor, el cual habiendo suscitado la Compañía para su servicio, os ha llamado a ella también tan útilmente por su gracia. No ahorréis pues nada de cuanto pueda contribuir a vuestra salud y al adelanto de vuestro regreso, tras el cual suspiramos”.

Vicente se sentía morir, y tenía prisas por ver a Almerás para darle sus últimas instrucciones. Él tuvo este consuelo supremo. Almerás quien, para no abusar de la caridad de sus huéspedes, había vuelto a Richelieu, salió de allí, aunque muy débil aún, y se hizo llevar a París en unas parihuelas. Llegó el viernes 24 de setiembre, tan abatido por la fatiga del viaje que debieron llevarlo a la enfermería, sin que pudiera ese día hablar a su venerado padre. Pero, a partir del día siguiente por la mañana, Vicente, informado de su llegada, se hizo llevar también a la enfermería, donde tuvo con este hijo y este heredero una larga conversación. ¿Qué le dijo? Sin duda, le instruyó sobre las cosas más necesarias al gobierno de la Compañía; no obstante es casi cierto que no le reveló la elección que había hecho de él para vicario general después de su muerte, elección que le debía atraer todos los votos de la Compañía, en el momento de la lección de un nuevo superior. Por la extrañeza dolorosa de Almerás cuando se sacó su nombre de la urna donde Vicente había encerrado la expresión de su última voluntad sobre el gobierno interino de la congregación, veremos bien que el santo anciano no le había dejado ni siquiera sospechar este acto de suprema confianza. Así las cosas, acabada la conversación, Vicente se hizo llevar de nuevo a su habitación; menos de dos días después, él no estaba ya.

CAPÍTULO III. Muerte de San Vicente de Paúl

I.- *Debilidades y enfermedades.* Ya hemos llegado al término fatal, cuya secuencia de los acontecimientos nos ha conducido tan a menudo, pero del que nos hemos apartado siempre en el supremo instante, , desandando el camino para recorrer una de esas carreras tan múltiples y tan variadas de buenas obras de las que se compone la vida del santo padre. En adelante, imposible volver atrás, y nos es necesario llegar a ese último acto que termina

la más bella vida humana, la vida del santo como la del héroe. Pero el héroe, siguiendo las palabras de Pascal, se le echa un poco de tierra en la cabeza, y eso es para siempre, la muerte del santo no es para él más que el comienzo de una vida nueva, en la tierra como en el cielo.

Desde 1645, la Compañía había estado amenazada de perder a su santo fundador. Antiguas y siempre nuevas debilidades, el peso de trabajos sin reposo ni tregua, el martirio del consejo de conciencia, todo eso arruinó la naturaleza, que pronto quedó reducida al extremo. Pero la fe y la caridad del santo sacerdote mantenían toda su fuerza. Para sostenerlas, comulgaba todos los días y, hasta en el delirio, recobraba sus acentos y sus ardores. En este estado le encontró el padre Saint-Jure quien, como tanta gente de bien de París, a la noticia de su enfermedad, había acudido a verle. A la pregunta que le hizo sobre los pensamientos que le ocupaban en su delirio, el anciano, sin no obstante reconocerle, pareció responder: *In spiritu humilitatis et in animo contrito, suscipamur a te, Domine!* Grito de humildad, eco de toda su vida, más bien que respuesta a una pregunta que no había oído probablemente.

Sin embargo, grande era el dolor entre la gente de bien; más grande, incomensurable entre los hijos. Cuántas lágrimas y plegarias! CUántos votos a Nuestra Señora de Chartres y a todos los santuarios venerados! Un joven Misionero de Amiens, llamado Antoine Dufour, hizo más. Él mismo estaba entonces enfermo. A la noticia del peligro de su padre, pidió a Dios que aceptara su vida, inútil según él, a cambio de una vida tan necesaria a la Iglesia, al Estado y a la Compañía. Agradó a Dios la heroica sustitución y, en el mismo instante. Vicente de Paúl pareció volver a la vida y Dufour inclinarse a la muerte. A media noche, Dufour no estaba ya. Tres golpes resonaron entonces a la puerta del santo. Uno de los que le velaban corrió a abrir, y no vio a nadie. "Hermano mío, le dijo Vicente, recitad a mi lado, os lo ruego, el oficio de difuntos." Cuando, por la mañana, el joven clérigo se enteró de la muerte de Dufour, no dudó que el santo anciano hubiera sido informado sobrenaturalmente.

Desde entonces, las debilidades de Vicente, cuyos comienzos se remontaban al tiempo de la estancia en la casa de Gondi, o mejor de su esclavitud, fueron continuas. Había sido siempre muy sensible a las impresiones del aire y sujeto a una pequeña fiebre que la duraba tres o cuatro días, y a veces quince o más. Durante estos accesos incluso, como lo ha declarado el enfermero de San Lázaro, no quería ningún alivio ni interrumpía sus trabajos. ni sus ejercicios. "No es nada, decía; no es más que mi pequeña fiebre." El único remedio que puso, remedio más penoso y doloroso que el mal, consistía en sudores provocados varios días seguidos, en particular el verano, que hacían de sus cortas noches una especie de martirio. En los mayores calores, cuando un simple lienzo es una carga, se ponía encima tres mantas, y a sus costados dos grandes frascos de estaño llenos de agua hirviendo. Así pasaba la noche sin descanso, sin sueño, en un calor sofocante. Por la mañana, siempre a las cuatro, , salía del lecho como de un baño. Jergón, sábanas, mantas, todo empapado y chorreando. Se limpiaba solo. Sin aceptar nunca para eso el ministerio de nadie, y se dirigía a la oración.

Qué debían ser los días que sucedían a parecidas noches! El debilitamiento, el insomnio le abrumaban en medio de las ocupaciones y de las visitas. En lugar de ceder al sueño, se levantaba, se mantenía de pie o se colocaba en una postura molesta; y, si el sueño acababa por vencerle, en lugar de excusarse

por la enfermedad y la necesidad de la naturaleza, pedía perdón por lo que él llamaba su *miseria*.

A la *fiebre cilla* habitual, vino a añadirse una fiebre cuartana que se apoderaba de él una o dos veces cada año. Él no la trataba mejor que a la primera, y ese fue precisamente el tiempo de los mayores servicios prestados a Dios y a sus pobres.

Tenía ochenta años pasados cuando el mal fue más fuerte que el valor. Una erisipela le cansó por largo tiempo, y fue seguida de una fiebre continua de algunos días que acabó en un gran flujo de una pierna. Entonces, a pesar de que lo tuviera, fue necesario guardar cama por algún tiempo, y la habitación por casi dos meses. Por primera vez, se logró que ocupara una habitación con fuego. Él no podía resistir más, ya que su debilidad era tal que le debían llevar del lecho a la chimenea, y de la chimenea al lecho, como a un niño.

La cuaresma del año siguiente, 1657, estuvo marcada por un rechazo general que no le permitió tomar casi ningún alimento. En 1658, fue un mal de ojo, que padeció por largo tiempo sin querer ponerle remedio. El médico había ordenado aplicarle la sangre caliente de un pichón; pero cuando el hermano cirujano trajo el pichón y tuvo que matarlo: “No, no, exclamó, no lo consentiré jamás! Esta inocente ave me representa a mi Salvador, y Dios me ‘podrá curar de otra manera”.

Por lo demás, indiferente a la vida y a la muerte, a la salud y a la enfermedad, él lo era a los remedios. Desde que se le había ordenado un medicamento, le sospechaba dañino, y lo tomaba, y se mostraba tan contento del mal efecto producido como del mayor éxito.

Hacia últimos del mismo año, al volver de la ciudad con uno de sus sacerdotes, habiéndose roto el camaranchón del vehículo, volcó, y su cabeza golpeó rudamente contra el pavimento; resultado, amplia herida, doble fiebre y mayor peligro de muerte.

Vicente bendecía más a Dios por ello, y sacaba de sus propios males la ocasión de exhortar a los suyos en sus cartas y en sus conferencias, a la paciencia en las enfermedades. “Es verdad, escribía, que la enfermedad nos hace ver lo que somos mucho mejor que la salud, y que es en los sufrimientos donde la impaciencia y la monotonía atacan con más resolución. Pero como ellas no perjudican más que a los más débiles, habéis aprovechado de que ellas no os han hecho daño, pues Nuestro Señor os ha fortalecido en la práctica de su agrado; y esta fuerza en la propuesta que habéis hecho de combatir las con valor; y espero que ella parezca mejor todavía en las victorias que lograréis sufriendo en adelante por el amor de Dios, no sólo con paciencia sino también con gozo y alegría”.

Y decía a su comunidad, “Hemos de confesar que el estado de enfermedad es un estado molesto y casi insoportable a la naturaleza, y sin embargo es uno de los medios más poderosos de que Dios se sirve para encauzarnos en nuestro deber, para apartarnos de los afectos del pecado y para llenarnos con sus dones y con sus gracias. Qh Salvador que habéis sufrido tanto y habéis muerto para rescatarnos y para mostrarnos cómo este estado de dolor podía glorificar a Dios y servir para nuestra santificación, haznos, os rogamos, conocer el gran bien y el gran tesoro que se oculta bajo este estado de enfermedad! Es así, Señores, como se purgan las almas, cómo las que no tienen virtud tienen un medio eficaz de adquirirla. No se podría encontrar un medio más propio para practicarla. Es en la enfermedad donde se ejercita la fe maravillosamente; la

esperanza brilla en ella con resplandor; la resignación, el amor de Dios y todas las virtudes encuentran en ella una materia amplia para ejercitarse. Es entonces cuando se conoce lo que uno lleva y lo que es. Es la medida con la que podéis sondear y saber con mayor seguridad cuál es la virtud de cada uno, si posee muchas, si pocas, o ninguna. Nunca se ve mejor quién es el hombre de la enfermería; es la prueba más segura que se tenga para reconocer a los más virtuosos y a los que lo son menos; lo que nos hace ver qué importante es que estemos bien formados en la manera de comportarnos como es debido en las enfermedades. Oh si supiéramos hacer como un buen servidor de Dios quien, hallándose enfermo en su lecho, hizo de él un trono de mérito y de gloria! Él se revistió de los santos misterios de nuestra religión: en el cielo del lecho puso la imagen de la Santísima Trinidad; en la cabecera la de la Encarnación; a un lado la Circuncisión; al otro, el Santísimo Sacramento; a los pies, la Crucifixión; de este modo, de cualquier lado que se moviera, a derecha o a izquierda, que levantara los ojos a lo alto o abajo, se encontraba siempre rodeado de estos divinos misterios, y como cercado y lleno de Dios. Hermosa luz, Señores, hermosa luz! Si Dios nos diera esta gracia, qué felices nos sentiríamos! Tenemos razón en alabar a Dios porque, por su bondad y misericordia, hay en la Compañía impedidos y enfermos que hacen de su abatimiento y de sus sufrimientos un teatro de paciencia, donde exponen con todo resplandor todas las virtudes. Daremos gracias a Dios por habernos dado tales personas. Ya he dicho muchas veces y no puedo por menos de repetir que debemos apreciar que las personas afligidas de enfermedades en la Compañía son la bendición de la misma compañía.

“Pensemos que las debilidades y las aflicciones vienen de parte de Dios. La muerte, la vida, la salud, la enfermedad, todo viene por la orden de su Providencia; y, del modo que sea, siempre para el bien y la salvación del hombre. Y sin embargo, los hay que sufren muy a menudo con mucha impaciencia su aflicciones, y esto es una falta grande. Otros se dejan llevar por el deseo de cambiar de lugar, de ir aquí, de ir allá, en esta casa, en esta provincia, en su región, so pretexto que el aire allí es mejor. Y ¿qué pasa? Que son gente apegada a sí mismos, espíritus de chiquillas, personas que no quieren sufrir nada, como si las enfermedades corporales fueran males de los que haya que huir. Huir del estado en que Dios nos quiere tener, es buscar su felicidad. Sí, el sufrimiento es un estado de felicidad y santificante de las almas. “He visto a un hombre que no sabía ni leer ni escribir, que se llamaba hermano Antoine, cuyo retrato está en nuestra sala. Tenía el espíritu de Dios en abundancia; llamaba a todos sus hermanos; si se trataba de una mujer, su hermana; y hasta, cuando hablaba a la reina, él la llamaba su hermana. Todos le querían ver. Le preguntaban un día: “Pero, mi buen hermano, ¿qué hacéis con respecto a las enfermedades que os suceden, cómo os comportáis entonces, qué hacéis para hacer buen uso de ellas? –Las recibo como un ejercicio que Dios me envía. Por ejemplo, si me ataca la fiebre, le digo: Ya la tenemos, a mi hermana la enfermedad, o bien, mi hermana la fiebre, venís de parte de Dios, sed bienvenida; y luego yo sufro que Dios haga su voluntad en mí.” Ved pues, hermanos míos, cómo se servía de ello. Y es de esta manera cómo acostumbra a hacer uso los servidores de Jesucristo, los amantes de la cruz. Eso no impide que no usen los remedios ordenados para el alivio y la cura de cada enfermedad; y, entonces mismo, es hacer honor a Dios que ha creado las plantas, y que les ha dado las virtudes que tienen; pero tener tanta

ternura con uno mismo, quejarse por el menor mal que nos sucede, oh Salvador, es algo de lo que nos debemos desprender; sí, acabar con ese espíritu tan tierno para con nosotros mismos. Y volviendo sobre él mismo, exclamó al concluir: “Qué miserable soy, qué mal uso no he hecho de las enfermedades y pequeñas incomodidades que Dios ha tenido a bien que me ocurran! Cuántos actos de impaciencia he cometido! ¡Qué miserable soy, y qué escándalo no he dado a los que me han visto comportarme de esa manera! Ayudadme, hermanos míos, a pedir perdón a Dios por lo pasado y la gracia para que haga en adelante mejor uso de las que su divina majestad quiera enviarme a mis años y en el poco tiempo que me queda de vivir en la tierra⁸⁶³.”

Lo que el santo decía a todos se lo repetía a cada uno en particular, en las visitas frecuentes que hacía a los enfermos. Si veía a alguno desesperado, temblando ante la muerte o la perspectiva de una larga enfermedad, levantaba su valor con alguna palabra de Dios, y añadía, cuando la enfermedad comenzaba: “No tengáis miedo, hermano, yo tuve este mismo mal en mi juventud, y me curé; he tenido el mal de jadeo, y ya no lo tengo; he tenido hernias, y Dios me las ha arreglado; he tenido mareos de cabeza que se disiparon; opresiones de pecho y debilidades de estómago de las que me he recobrado. Esperad con un poco de paciencia; existen razones para esperar que vuestra indisposición se pase, y que Dios quiere servirse todavía de vos. Dejadle obrar, resignaos a él con paz y tranquilidad.”

La mejor predicación era su ejemplo, sobre todo en los largos y crueles achaques de su ancianidad, soportados con un valor tan dulce y tan pacífico. Hemos enumerado y él mismo acaba de desarrollar la serie indefinida de sus males; todo ello no es nada en comparación de lo que tuvo que sufrir, a partir de 1658, por la hinchazón y las úlceras de sus piernas. Hacía cuarenta y cinco años, es decir desde su cautividad de Túnez, que él había sentido los primeros ataques. En este largo intervalo, había tenido tales momentos de penosa debilidad y de hinchazón dolorosa, que no podía ni andar, y que se veía obligado a guardar cama. Por eso, en 1632, año de su entrada en San Lázaro, tan alejado del centro de París y de los asuntos, él debió servirse de un caballo para trasladarse a los diferentes puestos de su caridad y, en 1649, a su regreso de su largo viaje de Bretaña y de Poitou, fue preciso dejar el caballo por la famosa carroza cuya historia ha sido contada en otro lugar.

En lo sucesivo, el mal hizo progresos espantosos. En 1656, alcanzó las dos rodillas. El santo no podía ya ni dominarlos sin gran dificultad, ni levantarse sin grandes dolores, ni caminar sin apoyarse en un bastón. Por último, su pierna derecha se abrió por el tobillo; dos años después se le formaron nuevas úlceras, y siguiendo en aumento el dolor de las rodillas, no le fue ya posible a principios de 1659, salir de la casa. continuó no obstante por algún tiempo bajando a la iglesia para la oración y la misa, y a la sala de las conferencias para presidir las asambleas de los suyos, de los eclesiásticos de los martes, incluso de las Damas de la Caridad, que preferían trasladarse a este extremo de París a verse privadas de la suerte de verle y escucharle.

Pronto, no siendo capaz de subir ni bajar los peldaños de la sacristía, se vio obligado, para celebrar todavía la santa misa, a revestirse y desvestirse en el altar. “Aquí me tienen convertido en un gran señor,” decía entonces riendo, haciendo alusión al privilegio que tienen los obispos de celebrar así.

⁸⁶³ Conf. del 28 de junio de 1658.

Hacia finales del año 1659, fue privado del consuelo de celebrar en la asamblea de los fieles, y no pudo ya decir la misa más que en la capilla de la enfermería; algunos meses después, no sosteniéndole ya las piernas, se vio reducido sencillamente a oírla, lo que hizo todos los días, hasta el de su muerte, pero al precio de qué sufrimientos! Para ir de su habitación a la capilla, se arrastraba sobre muletas y este movimiento volvía a abrir sus heridas irritando todos sus dolores. Nada se podía leer en su rostro siempre sereno; pero, la sola vista de sus pasos vacilantes reflejaba a todos el contragolpe de sus torturas.

Además se temía de un momento a otro una caída que, en este estado, podía ser mortal. Le suplicaron pues, en el mes de julio de 1660, que consintiera en la transformación en capilla de la habitación contigua a la suya, lo que le habría permitido oír la misa sin salir: “No, no, dijo; las capillas domésticas no se deben permitir más que en el caso de una grande necesidad que yo no veo en mí. – Ved entonces bien, le respondieron, que se os procure una silla para llevaros de vuestra habitación a la capilla de la enfermería, medida poco costosa, que no se opone a ninguna regla, que os libraré de todo peligro y ahorrará a vuestros hijos mortales inquietudes.” Esta propuesta fracasó también ante su humildad y su amor a los sufrimientos. Por fin, el día de la Asunción, seis semanas tan sólo antes de su muerte, incapaz de arrastrarse ni siquiera en muletas, se dejó llevar por dos hermanos, pero con grande confusión y tan sólo hasta la capilla, distante de su habitación de unos treinta o cuarenta pasos.

Qué martirio! Le sobrevino también una retención de orina, achaque para él no menos doloroso y más incómodo y humillante. No queriendo aceptar ningunas ayuda, se agarraba entonces a un cordón atado a una viga de su habitación y, en medio de dolores intolerables, no se le oía proferir más que este solo grito: “Ah Salvador mío, mi bien Salvador!” Al mismo tiempo ponía los ojos en una pequeña cruz de madera, conservada todavía entre sus reliquias que había mandado poner enfrente de él para sacar fuerzas y consuelo al mirarla.

Más crueles todavía que sus días eran sus noches. Incluso entonces, no quiso otra cama que un duro colchón en el que pasaba cinco o seis horas menos en el descanso que en nuevos sufrimientos. De día, sus úlceras manaban de tal abundancia que el arroyuelo fluía hasta el suelo, pero el propio hecho de manar aligeraba sus males; de noche, los humores y las serosidades, endurecidas por el calor del lecho, se detenían en las junturas de las rodillas donde causaban dolores indecibles. Él mismo lo confesó, primero en una carta, luego a uno de sus sacerdotes. “Os he ocultado todo lo posible sobre mi estado, escribí a una persona de confianza íntima, y no he querido haceros saber mi incomodidad, por miedo a contristaros. Pero, Dios mío, ¿hasta qué punto seremos tan tiernos para no atrevernos a contar la felicidad que tenemos de ser visitados por Dios? Quiera Nuestro Señor hacernos más fuertes y hacernos ver nuestro agrado en el suyo!” Y habiéndole dicho uno de sus Misioneros: “Me parece que vuestros dolores aumentan de día en día. –Es verdad, respondió él, que, desde la planta de los pies a la coronilla, yo los siento aumentar. Pero, ay, qué cuenta tendré que dar en el tribunal de Dios, ante quien debo comparecer pronto, y yo no hago buen uso de ellos!”

Pero no quiso que le compadecieran sobre todo si la queja parecía un murmullo contra la Providencia. Este mismo misionero, entrando un día en su habitación en el momento que le vendaban las piernas ulceradas, y viéndole sufrir mucho, le dijo: “Oh Señor, qué molestos son vuestros dolores! –Qué!

interrumpió el santo anciano, ¿llamáis molesta la obra de Dios y lo que él ordena, haciendo sufrir a un miserable pecador como soy yo? Dios os perdone, Señor, lo que acabáis de decir, pues no se habla así en el lenguaje de Jesucristo! ¿No es justo que sufra el culpable, y no somos más de Dios que de nosotros mismos?”

Todo era para él una ocasión de de humillarle. El 25 de agosto, su secretario Du Courneau le habló de la magnífica entrada que se preparaba a la joven reina María Teresa: “Hermano mío, respondió: ojalá quisiera Dio que yo recibiera tanta confusión como honores recibirá ella¹. Y al día siguiente, cuando le contaban esta fiesta soberbia, él repitió: “todo el día he deseado ser tan humillado como honradas han sido Sus Majestades por sus súbditos.”

Entretanto se debilitaba y disminuía todos los días, continuando no obstante tratándose con el último rigor, y apartando hábilmente, en sus mayores desfallecimientos, todos los alivios que se le procuraban. La Sra. de Aiguillon y las demás damas de la Caridad, asustadas por la descomposición de sus rasgos, por su debilidad creciente, informadas de las dificultades que ponía a los platos convenientes que le ofrecían, hablaron con el médico para establecer un régimen cotidiano, en el que entraban consomés y alguna ave; luego presentaron este plan de alimentación a su firma para obligarle a seguirle en todos sus puntos. Firmó por caridad y se hizo el deber de mantener la palabra. Pero, a partir del primer día o del segundo, su corazón o su estómago, durante tiempo desacostumbrados a una alimentación tan delicada, se sublevaron, y pidió por favor a las Damas y a sus hermanos que le dejaran vivir a su manera. Hubo que dejarle al régimen de la comunidad.

Su espíritu siempre libre, su alma siempre fuerte y activa en un cuerpo aniquilado continuaban dirigiendo a su congregación y sus obras. De su sillón, donde el dolor le tenía inmóvil, él estaba presente y presidía todo. Allá recibía todas las clases de visitas del exterior y del interior, siempre sonriendo, siempre sereno, siempre dulce y afable en su tono, en sus palabras y sus maneras. Le pedían noticias de su mal: “Es poca cosa,” respondía; o bien: “¿Qué es eso en comparación con los sufrimientos de Nuestro Señor y de los castigos del infierno que yo he merecido?” y cambiaba certeramente el discurso; y de sus penas que quería se olvidaran pasaba a las penas del visitante para compartirlas y consolarle. Entonces, a pesar de la dificultad que tenía en hablar, prolongaba la conversación y mantenía el diálogo más de media hora, con tanta gracia y vigor, orden y unción como en sus mejores días.

Al mismo tiempo, se entregaba a las funciones de su cargo. Reunía a menudo a los oficiales de su casa y a sus asistentes; les hablaba a todos juntos, o a cada uno en particular, según lo exigían las circunstancias; les hacía dar cuenta del estado de los asuntos, deliberaba con ellos y les daba sus órdenes; regulaba las Misiones, destinaba a ellas a los más idóneos, los llamaba donde él y les trazaba su plan de conducta.

No menos celoso con las compañías del exterior de las que estaba encargado que con su propia congregación, enviaba a algunos de sus sacerdotes a ocupar el lugar que él no podía; pero, en adelante, sobre todo en los asuntos importantes, él les había dado una lección tan sabia y tan detallada, que no tenían más que repetir y que seguir. Era siempre él quien hablaba y quien actuaba por ellos. Por su correspondencia ininterrumpida hasta la víspera o antevíspera de su muerte, él ejercía su acción a distancia y de cerca. La claridad y la sabiduría de sus respuestas no dejaban sospechar en provincias

el estado de su salud. Las cartas le llegaban cada día más numerosas. Las leía todas, a todas respondía. Hasta tomaba a veces la iniciativa para transmitir bien sea las noticias de la comunidad, bien las órdenes útiles para el bien de la Iglesia y de los pobres.

Se aprovechó de un resto de fuerza para pagar un último tributo de gratitud a sus dos más ilustres bienhechores, el cardenal de Retz y el reverendo Padre de Gondi.

Retz no era ya el héroe de la galantería y de la intriga. Al año siguiente, iba a regresar a Francia, hacer su paz con Luis XIV, dimitir de su arzobispado y recibir en cambio la abadía de Saint-Denis. Se conoce el resto de su vida. “Si vivió en Catilina en su juventud, ha dicho Voltaire, en su ancianidad vivió en Atticus”. Hizo algo mejor: vivió como cristiano y como sacerdote penitente. Después de un periodo bastante largo en su tierra de Commercy, en Loraine, quiso renunciar al capelo y encerrarse en un retiro absoluto. Roma no aceptó su renuncia la cardenalato; pero él se retiró a Saint-Mihel, vendió sus bienes y pagó sus deudas, y pasó el resto de sus días en una penitencia de la cuya amabilidad a la vez y sinceridad nos hablan todos los escritores del tiempo, con la Sra. de Sévigné a la cabeza.

Retz estaba en la víspera de conocer esta nueva vida, en la que el recuerdo de Vicente de Paúl no fue sin duda extraño, cuando le escribió el santo; “Monseñor, tengo motivos de pensar que es esta la última vez que tendré el honor de escribir a Vuestra Eminencia, por causa de mi edad y de un achaque que me ha llegado, los que tal vez me van a conducir al juicio de Dios. En esta duda, Monseñor, suplico muy humildemente a Vuestra Eminencia que me perdone si en algo os he desagradado en alguna cosa sin quererlo, pero nunca lo hice con premeditación. Me tomo también la confianza, Monseñor, de encomendar a Vuestra Eminencia a su pequeña compañía de la Misión, que ella ha fundado, mantenido y favorecido, y que, siendo la obra de sus manos, le está también muy sumisa y agradecida, como a su padre y a su prelado. Y mientras tanto ella rogará a Dios en la tierra por Vuestra Eminencia y por la casa de Retz, yo le recomendaré en el cielo a una y a otra, si su divina bondad me concede la gracia de recibirme allí, como lo espero de su misericordia y de vuestra bendición. Monseñor, que pido a Vuestra Eminencia, postrado en espíritu a vuestros pies, hallándome como me hallo entre la vida y la muerte, soy en el amor de Nuestro Señor, etc.”

El mismo día, escribía al antiguo general de las galeras:

“Monseñor, el estado caduco en que me encuentro y una pequeña fiebre que he cogido me hace tomar, en la duda del acontecimiento, esta precaución para con vos, Monseñor,, que es de postrarme en espíritu a vuestros pies pedir os perdón por los descontentos que os he dado por mi rusticidad, y para agradecer os muy humildemente, como lo hago, por el apoyo caritativo que tuvisteis conmigo y por los innumerables favores que nuestra pequeña congregación, y yo en particular, hemos recibido de vuestra bondad. Os aseguro, Monseñor, que, si es del agrado de Dios continuar con las fuerzas de pedirselo, yo las emplearé en este mundo y en el otro a favor de vuestra querida persona y de aquellas que os pertenecen, deseando ser, en el tiempo y en la eternidad, vuestro, etc.”

Inútil añadir que, entre estas ocupaciones tan agotadoras para un anciano moribundo, los ejercicios de piedad seguían su curso ordinario. Él los multiplicaba incluso en sus últimos días, para prepararse inmediatamente a la

muerte. Hacía largos años sin embargo que lo hacía, no sólo mediante sus obras admirables, sino mediante actos particulares. Cada día después de su misa recitaba las plegarias de los agonizantes y de la recomendación del alma; y, por la tarde, se ponía en estado de responder por la noche, si era preciso, a la llamada de Dios.

Todas estas prácticas no fueron conocidas sino por casualidad, o más bien por un permiso singular de la Providencia. Un poco antes de la muerte de Vicente, un sacerdote de San Lázaro escribió a un cohermano su triste estado y los temores de la Compañía; y, sin reflexionar, él fue según la costumbre a entregarle la carta para que la leyera. El venerado superior la leyó en efecto. A estas palabras de la carta: “El Sr. Vicente disminuye a simple vista, y parece ser que le perderemos pronto”, se conmovió y se detuvo. Lejos de reprochar la imprudencia del Misionero: “es un consejo saludable, se dijo, que este buen sacerdote me ha querido dar y un aviso para que esté preparado.” Y un momento después, su humildad inquieta se preguntó: “¿No habría tenido yo la desdicha de dar a este sacerdote algún motivo de pena y de escándalo?” Enseguida le llamó. “Señor, le dijo, os agradezco muy humildemente por el buen aviso que me habéis dado. Me habéis complacido mucho, os lo aseguro; os ruego que pongáis el colmo a esta caridad dándome a conocer los demás defectos que habéis reconocido en mí. –Oh señor, respondió el pobre Misionero confuso y desconcertado, os aseguro a mi vez que no he pensado en absoluto en daros una lección y que no he faltado sino por inadvertencia. – Tranquilícese, y consuéllese, replicó el santo anciano, que no por eso habría yo dejado de amarle y honrarle menos. Y en cuanto al aviso que yo estimaba que queríais darme, le diré que Dios me ha dado la gracia de olvidarme de ello; y se lo digo con el fin de que no se escandalice al no verme hacer preparaciones extraordinarias. Hace dieciocho años que no me he acostado sin ponerme en la disposición de morir la misma noche.”

Hacía mucho más aún que el santo vivía en este pensamiento y en este ejercicio, ya que se ha encontrado este papel escrito de su propia mano más de veinticinco años antes: “Me caí peligrosamente hace dos o tres días, lo que me hizo pensar en la muerte. Por la gracia de Dios, yo adoro su voluntad, y me someto a ella de todo corazón; y, examinándome sobre lo que me podría preocupar, encontré que no había nada, sino que aún no hemos hecho nuestras reglas.”

Este siervo fiel tenía pues desde hacía tiempo, como el del Evangelio, bien ceñidas las espaldas y la lámpara encendida para salir al encuentro de su Señor y abrirle una vez que llamara a la puerta. Ese momento supremo le estaba siempre presente, y se lo recordaba siempre a los suyos. “Uno de estos días, les repetía, el miserable cuerpo de este viejo pecador, será colocado en tierra; será reducido a cenizas, y lo hollaréis” Y cuando le preguntaban su edad: “Hace tantos años, respondía, que abuso de las gracias de Dios. *Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est.* Ay, Señor, vivo demasiado tiempo, porque no hay enmienda en mi vida y mis pecados se multiplican con el número de mis años.” Y, cuando anunciaba la muerte de uno de sus Misioneros, añadía: “Vos me dejáis, mi Dios, y os lleváis a vuestros siervos. Yo soy esta cizaña que estropea el buen grano que recogéis, y aquí sigo yo ocupando inútilmente la tierra: *Ut quid terram occupo?* Pues bien, Dios mío, que se cumpla vuestra voluntad y no la mía!”

Aprovechaba la ocasión de su estado para llevar a los demás a la meditación de la muerte, saludable pensamiento entre todos, mientras esté animado de confianza en la bondad de Dios; y escribía a una persona que tenía de la muerte un temor demasiado vivo y demasiado exclusivo: “El pensamiento de la muerte es bueno y Nuestro Señor lo ha aconsejado y recomendado; pero debe ser moderado. Y no es conveniente que lo tengáis siempre presente en el espíritu; es suficiente con que lo tengáis dos o tres veces al día, sin deteneros no obstante en él mucho tiempo; e incluso, si os sentís inquietada por él, no os detengáis en absoluto, y apartadle suavemente.”

Sin embargo el ruido de la enfermedad y de la muerte inminente del santo sacerdote se difundió por Francia y por Italia. Muy pronto, Alejandro VII, conociendo cuánto importaba a la Iglesia su conservación, le hizo llegar un breve para dispensarle del oficio divino que él se obstinaba santamente en recitar. Los cardenales Durazzo, arzobispo de Génova, Ludovisio, gran penitenciario de Roma, y Bagni, en otro tiempo nuncio en Francia, les escribieron por separado para invitarle a conservar los días tan preciosos para la gloria de Dios y del bien de los pueblos. Se puede juzgar de estas cartas por la del cardenal Durazzo:

“Las funciones de los sacerdotes de la congregación de la Misión se desarrollan siempre en bien del prójimo, por el impulso y el movimiento que reciben de la dirección y ejemplos de su superior general; lo que es causa de que toda persona bien intencionada debe, a este fin, rogar a Dios que le prolongue la vida y le dé una perfecta salud, para hacer más larga la duración de un tal bien. Y como profeso un gran interés por el progreso feliz este santa Instituto, y he alimentado un afecto lleno de ternura hacia vuestra persona; informado de vuestra edad, de vuestras fatigas y de vuestros méritos me siento obligado por necesidad a suplicaros, como lo hago, que os sirváis de la dispensa de Su Santidad, de anteponer el cuidado de vuestra persona en el gobierno de sus queridos hijos y de negar a la devoción de vuestro espíritu las ocupaciones que pueden causar perjuicio al largo mantenimiento de vuestra vida y ello para el mayor servicio de Dios.”

Esta carta, fechada en Roma, el 20 de setiembre de 1660, no pudo, como las demás llegar a París hasta después de la muerte del siervo de Dios. Por la fecha en que fue escrita, la debilidad habitual y creciente, el insomnio de las noches, le producían un sopor contra el que no podía luchar más. Veía en ello la imagen y al precursor de la muerte próxima. “Es el hermano, decía sonriendo, que viene a esperar a la hermana.” No obstante, la anteúltima semana de su vida, se encontró algo mejor. Todos los días comulgó en la misa, en la capilla. Él había debido trabajar mucho esa semana, porque una partida de Misioneros y hermanas para Polonia, la salida de algunos sacerdotes de la congregación, y la elección de la superiora de las Hijas de la Caridad, le habían dado nuevas ocupaciones. Pero, el 25 de setiembre, hacia mediodía, el sopor fue más profundo que de ordinario. Esta vez era claro el mensajero de la muerte, pues el santo no tenía más que un día de vida.

Último día

II. *Última jornada.* Uno de sus sacerdotes, Gicquel, hizo un diario de esta última jornada. El domingo, 26 de setiembre, Vicente se hizo levantar y vestir, aunque ya un poco adormecido, luego llevar a la misa, en la que comulgó; después el

sopor se hizo tal que, el médico, al regresar, le juzgó en peligro. Una ligera purga le despertó; pero, por la tarde, le volvió el entumecimiento, y hacia las seis y media se creyó prudente administrarle la extremaunción. D'Horgny, que debía cumplir este doloroso ministerio, acompañado de algunos sacerdotes de la comunidad, interrogó primero, según la costumbre, al venerable enfermo: "Señor, ¿no queréis recibir los últimos sacramentos? –Sí. -¿Creéis todo lo que cree la Iglesia? -¿Creéis en un solo Dios en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo? –Sí."

Cada una de estas interpelaciones a su fe, siempre viva en su cuerpo desfigurado, le arrancaba de su sueño, y él hacía esfuerzo para responder; pero a penas podía pronunciar dos o tres palabras inteligibles seguidas; el resto de perdía en un cuchicheo que los asistentes no entendían.

Acabadas las preguntas ordinarias, d'Horgny prosiguió: "Pedís perdón a todos? –De todo corazón.

•¿Perdonáis vos a todos? –Nunca nadie..." Y él se detuvo en esta frase, cuyo final evidente era: "me ha ofendido."

En su nombre, d'Horgny pronunció los actos acostumbrados de fe, de esperanza, de confianza, de dolor, de ofrenda, de amor; Y añadió: "Señor, vamos a decir el *Confiteor* por vos, y vos diréis tan sólo *mea culpa* dándoos golpes de pecho." Pero el santo reuniendo todas sus fuerzas, recitó él mismo el *Confiteor* entero.

Entonces se comenzaron las unciones; a cada una hacía esfuerzos por escuchar y respondía *Amen*. A la última volvió un poco en sí; abrió los ojos y los paseó por los asistentes con una alegre sonrisa. Éstos quisieron aprovechar este despertar y le pidieron la bendición para todos sus hijos: "No es a mí..." y, presa repentina del sopor, no pudo acabar la humilde frase que le hemos oído proferir más de una vez: "No me pertenece a mí, indigno, miserable, bendeciros." Su cabeza se había inclinado sobre el pecho y así seguía. Para aliviarle, la apoyaron sobre un lienzo que unos hermanos sostuvieron por turno toda la noche.

Hacia las nueve de la noche, los antiguos de la comunidad, entre otros Bécu, Grimal, Bourdet, vinieron a hacerle su última visita. Como palabra de adiós, cada uno le dirigía una palabra de la Sagrada Escritura: *Paratum cor meum*, etc.; y, como a la voz del ángel de la resurrección, salía un instante de su sueño y repetía *Paratum* ... En uno de esos momentos rápidos de lucidez, d'Horgny y Berthe le renovaron la súplica de su bendición para todos sus hijos, amigos y bienhechores, y esta vez, levantando los ojos y encontrándose con los de su hijos postrados, respondió muy claramente: "Dios os bendiga!" Los ancianos se retiraron entonces consolados, llevándose esta bendición como un legado precioso de su padre. Los más jóvenes o los más fuertes, entre otros Gicquel y Berthe, se quedaron toda la noche, tratando de sugerirle, cada cuarto de hora, algunas palabras santas: *Mater gratiae*, *Mater misericordiae!* y él repetía: *Mater gratiae...*: o también: *Mater Dei memento mei!* aspiraciones que repitió enteras. Pero lo que le gustaba repetir, lo que él mismo profería, era la invocación, *Deus, in adjutorium*.

Hacia las once, un sudor le inunda por completo, y de repente el pulso resulta insensible, pronto el sudor se hiela, y se piensa en su última hora. D'Horgny es requerido a toda prisa junto con Berthe, Bourdet, Bécu y de Monchy, y le hacen la recomendación del alma. Uno de ellos, Gicquel, grita: "Jesús!" y el santo moribundo hace eco. –*Deus, in adjutorium*, grita otro, y el eco debilitado sólo

puede repetir muy bajo *Deus*.. Entretanto el calor vital ha vuelto y el pulso comienza a latir. Le presentan alguna bebida: él cierra los dientes; le ponen en los labios algo de caramelo, que rechaza; el hermano Alexandre le aplica a la nariz un poco de polvo cefálico para despertarle; estornuda y cae en sus sopor. A la palabra *Propitius esto*, proferida por d'Horgny, repite a pesar de todo *Propitius esto!*

Hacia la media noche y cuarto, el hermano Nicolás le grita: "Señor!" Se despierta una vez más, mira dulcemente y dice: "Qué pasa, hermano mío" y vuelve a caer.

A la una y media, le piden una nueva bendición para su familia: "Dios la bendiga", responde: y recogiendo todavía sus fuerzas, levanta la mano y añade: *Qui coepit opus, ipse perficiet*. –"Señor, dice entonces d'Horgny, vuestra bendición también para los Señores de la conferencia de los martes⁸⁶⁴. –Sí. - Para las Damas de la Caridad. –Sí. –Para las mujeres del Nombre de Jesús. – Sí. –Para todos los bienhechores y amigos. –Sí. "

A las dos, un segundo sudor le cubre. Su rostro es primero bermejo y muy luminoso, luego se queda blanco como la nieve. Gicquel viendo su gusto por el *Deus, in adjutorium*, se lo repite sin cesar: "Es suficiente con una palabra," responde el moribundo, arrancado tal vez por esta interpelación demasiado frecuente a las santas visiones del cielo

Uno de sus sacerdotes comienza el Credo: *Credo in Deum Patrem*; él responde: *Credo*, y besa el crucifijo que tenía en la mano; -*Credo in Jesum Christum*; -*Credo*, repite y besa su crucifijo, y lo mismo a todos los artículos del símbolo. *Spero*, prosigue el sacerdote; *in te speravi; in Domino confido*; - *Confido*, repite con una alegría sonriente y besa otra vez el objeto de su fe, la prenda de su confiada esperanza, su crucifijo.

Un poco antes de las cuatro se cubre otra vez de un rojo bermejo; parece todo en llamas; luego el rojo se va y queda reemplazado de una blancura de nieve. Le sugieren otras invocaciones que balbucea moviendo los labios sin poder cerrarlos. Esta vez es la muerte que llega. Algunos hipos anuncian que ha entrado en el trabajo de la agonía; trabajo rápido de un cuarto de hora lo más, ya que la tarea estaba realizada hacía mucho tiempo, y no tenía ya más que expiar. Por eso, ni esfuerzos, ni convulsiones; apenas una respiración más fuerte, y su alma había regresado a Dios.

Eran un poco más de las cuatro. Hora sagrada, a la que se levantaba cada día desde hace más de cincuenta años. ese día supremo fue fiel a su regla y, a las cuatro y media, estaba otra vez delante de Dios, pero esta vez para gozar de él eternamente.

Había muerto en su sillón, vestido, junto al fuego. Siguió sentado en su primera actitud. Tan sólo su rostro adquirió un aspecto de sonrisa venerable, que era como un reflejo enviado del cielo por su alma bienaventurada.

Pusieron su santo cuerpo en su lecho, lo lavaron con una esponja preciosamente conservada hoy todavía. Unos Hermanos, de los que uno era el Hermano du Bourdieu, más tarde cónsul en Argel, procedieron luego a amortajarle. Todo este día y toda la noche siguiente, seis eclesiásticos con roquete se colocaron a ambos lados y recitaron el oficio de los difuntos. Ilustres personajes, presidentes, consejeros en el parlamento, vinieron a visitarle con

⁸⁶⁴ Los primeros historiadores de san Vicente de Paúl mencionan aquí la presencia de Le Prêtre, de la conferencia de los martes. Estaba allí sin duda y pidió por su parte una bendición para sus cohermanos, aunque el diario de Gicquel no diga nada.

lágrimas. Todos le pasaban rosarios, ropas, y le besaban las manos y los pies⁸⁶⁵.

Mientras tanto, todos los sacerdotes que no pertenecen al seminario interno reciben el aviso de hallarse a la una reunidos en la enfermería Saint-Luc. Berthe abre la asamblea, compuesta de unos cuarenta miembros. Se lee el artículo de las constituciones relativo a elección del vicario general de la Compañía durante la vacante de la superioridad; a continuación se presenta un cofrecillo que contiene la nominación del primer vicario general, que el santo fundador se había reservado. Se abre, y en un billetito se reconoce la letra y el sello de Vicente. El boleto confiaba al René Almeras el vicariato general. Éste, muy tembloroso, se excusa; pone por pretexto sus debilidades y su incapacidad; pide que se vote su exclusión. Todos respetan la última voluntad del santo, que su conocimiento de la capacidad y de las virtudes de Almeras se la hacen más sagrada todavía. A Almeras no le queda más que inclinarse a la voluntad de Dios, manifestada por la voluntad de su padre y de sus hermanos. Sin embargo, cae de rodillas, suplica que le liberen de esta carga que sus achaques, en los propios términos de las constituciones, le hacen incapaz de llevar. De rodillas también, la asamblea decide que no existe razón suficiente de exclusión. Entonces, Almeras baja la cabeza y da su primera bendición.

III. *Funerales*. Durante este tiempo se hacían los preparativos para los santos funerales, fijados para el día siguiente martes. Se había abierto el cuerpo. Las partes nobles se mantenían sanas. Las gentes del arte disertaron mucho sobre un hueso blanco, algo alargado, bastante parecido a una ficha de marfil, que se había formado en el hígado. Los cristianos y los familiares del siervo de Dios atribuyeron este fenómeno a la violencia que se había hecho para combatir su humor severo y melancólico. Así es como se había encontrado la hiel de san Francisco de Sales endurecida, reseca, dividida en un gran número de piedrecitas, y en lo que se había visto el resultado de una dura y larga lucha contra un temperamento colérico por naturaleza.

⁸⁶⁵ Jean Loret, en su *Muze historique*, carta del 2 de octubre, anunció en estos términos la muerte del siervo de Dios:

El Señor Vicente, ese gran hombre,
A quien una alta virtud ennoblece,
Celoso, devoto sabio y piadoso,
Si alguna vez hubo tal bajo los cielos,
Y fundador de estos buenos Padres,
A quienes llaman Misioneros,
Enemigos de los pecados mortales,
Y grandes amantes de los altares,
Ha franqueado el último paso
El año ochenta y cinco de sus años,
Y como la santa virtud
De la que su corazón se revestía,
Por una devota empresa
Ha dado grandes frutos a su Iglesia
Y convertido a muchos corazones malos
Catequizando y predicando,
No sólo en su patria,
Sino en lugares idólatras,
Este venerable y verdadero cristiano
Es llorado por todas las gentes de bien.

Se pusieron aparte entrañas y corazón. La Sra. de Aiguillon encargó un relicario de plata en forma de corazón apoyado en cuatro ramas del mismo metal y coronado de una llama dorada; todo, de una altura de catorce pulgadas.. allí se encerró el corazón de san Vicente de Paúl en una mixtura de harina. Le seguiremos su destino.

El santo se había quedado expuesto el martes 28 de setiembre hasta mediodía, parte en una sala, parte en la iglesia de San Lázaro, en la capilla dedicada a san Pedro. Durante toda esa mañana, los Misioneros hicieron vanos esfuerzos para apartar a la muchedumbre. Le rasgaban las ropas. Algunos le arrancaban cabellos o pelos de la barba. Por fin comenzaron los funerales que se vieron honrados con la presencia del príncipe de Conti, de Piccolomini, arzobispo de Cesárea, nuncio del papa, de seis obispos, de los presidentes Mortier, de Nesmond y de Mesmes, de varios párrocos de París, de un gran número de eclesiásticos y de miembros de diversas órdenes religiosas⁸⁶⁶. Estaban allí también la princesa de Conti, la duquesa de Aiguillon, “una gran multitud de señoras de calidad, de aquellas en particular que el Sr. Vicente había reunido,, desde hacía tanto tiempo, los miércoles, para la asistencia de los enfermos del Hôtel-Dieu y de las pobres provincias desoladas por las calamidades públicas.” Es lo que Bossuet nos dice, como testigo ocular, en su testimonio de 1702, sobre las virtudes eminentes de Vicente de Paúl. Bossuet asistía pues en persona a la ceremonia fúnebre y había venido , con casi todos los eclesiásticos de los martes a rendir sus últimos deberes al santo sacerdote a quien al que le gustaba hacerle homenaje de su espíritu sacerdotal. El pueblo y los pobres, los privilegiados del caritativo difunto, no se podían contar. El cuerpo, colocado en un ataúd de plomo, encerrado a su vez en uno de madera, fue inhumado debajo del águila en una tumba labrada y cuadrada. Las entrañas fueron depositadas en la nave hacia el medio del tabique de la balaustrada. Sobre el ataúd de plomo se colocó una placa de cobre destinada a recibir esta inscripción:

Hic jace venrabilis vir Vincentius a Paulo, praesbyter, fundator, seu institutor, et primus superior generalis congregationis Missionis, necnon Puellarum Charitatis. Obiit die 27 september anni 1660, aetatis vero suae 85. Praefuit annis 35.

Esta inscripción estaba grabada sobre una imagen que tenía la forma de un corazón apoyado en dos ángeles y llevado por otros dos a su patria superior. Bajo el corazón estaba figurada una pequeña tumba sobre el que estaba sentado un ángel: dos ángeles más sostenían una colgadura con la que estaba envuelto el corazón⁸⁶⁷.

Hecha la inhumación, pero no cerrada la tumba aún, cuando de Montmorin, arzobispo de Vienne, pidió el consuelo de contemplar al santo por última vez y, una vez conseguido, le besó las manos⁸⁶⁸.

Se comprende fácilmente que en esta asamblea fúnebre las Hijas de la Caridad estaban en gran número, ellas, el objeto privilegiado de los cuidados y del puro afecto de Vicente de Paúl y, por consiguiente, sintiéndose más huérfanas que el resto de su familia, más dolorosamente afectadas por su pérdida, que todas las demás. . entonces, a la cabeza de su compañía se veía a Margarita Chetif, la nueva superiora nombrada hacía algunos días apenas, y ya privada de aquél

⁸⁶⁶ *Summ.*, 380-383.

⁸⁶⁷ *Proc. de non cultu* , fol. 109, verso.

⁸⁶⁸ *Summ.*, p. 38.

con quien contaba apoyarse en la dirección de sus hermanas. Su abatimiento, sus lágrimas daban compasión a todos y en particular a sus hijas. Por eso, al salir de la iglesia, todas, tanto las de las parroquias como las de la comunidad fueron a abrazarla, y le hicieron por todo lo alto, comenzando por las más mayores, su renovación de obediencia. “Consuélese, madre, le decían ellas con tanta cordialidad como de nada más, consuélase; no lo sentirá tanto como le piensa; le prometemos ser más atentas y más afectas que nunca⁸⁶⁹.” El espíritu de Vicente se había quedado con sus Hijas.

Al cabo de un par de meses, se reunió una asamblea más numerosa todavía en la iglesia colegial de Saint-Germain-l’Auxerrois. Los eclesiásticos de la conferencia de los martes quisieron que se celebrara allí, corriendo ellos con los gastos, en honor de su venerado superior, un magnífico servicio. Allí, el 23 de noviembre, se unieron a ellos todos cuantos, en tan gran número, para quienes la memoria de Vicente era querida. Henri de Maupas du Tour, obispo de Puy, durante largos años, comensal de Vicente, testigo atento y afectuoso de su hermosa vida, pronunció la oración fúnebre. Su problema era limitarse en un tema tan amplio, dijo, como para predicar toda una cuaresma. Se había prometido no hablar más de dos horas; dos horas, en efecto, tan sólo ocupó el pulpito, pero debió abandonarlo antes de haber dicho todo su discurso entero. Refirió todo el elogio de su héroe, cuya “alabanza,-ese fue su texto, -queda establecida en el Evangelio por todas las Iglesias ,” a las dos virtudes de humanidad y de caridad, las dos virtudes dominantes, en efecto, de san Vicente de Paúl, madre e hija una de la otra. Esta es tal vez la mejor página que resume muy bien la vida y la obra de Vicente, y muestra que en esta fecha incluso de 1660, dos meses tan sólo después de su muerte, se comprendía ya, casi como nosotros lo hacemos hoy, toda la grandeza de su desempeño, toda la inmensidad de los servicios que ha prestado a Francia y a la Iglesia.

“Señores, exclamó el obispo del Puy, es preciso que os lo digan con libertad y sin ningún acaloramiento de discurso: es Vicente de Paúl a quien la mano de Dios escogió para llevar a su pueblo las tablas de la ley; es él quien, por si celo admirable y el de sus dignos hijos, ha santificado a millones de almas en las Misiones, quien ha procurado los auxilios espirituales y temporales a provincias enteras, arruinadas por las calamidades de las guerras; quien ha retirado a miles de criaturas de las puertas de la muerte; quien ha salvado del último naufragio almas desdichadas las cuales, por una funesta alianza y casi necesaria, había unido a una profunda ignorancia de nuestros sagrados misterios y de las verdades cristinas necesarias a la salvación, una prostitución vergonzosa al crimen y al libertinaje, y que parecían, en una palabra, no deber nunca conocer a Dios sino por el rigor de sus venganzas y la eternidad de los suplicios. Sí, Señores, es preciso que lo escuchéis: es él mismo, es este Vicente de Paúl quien ha cambiado casi el rostro de la Iglesia por las conferencias, por las instrucciones, por tantos seminarios cuyas fundaciones él ha patrocinado; es él quien ha restablecido la gloria del clero a su primer esplendor por los ejercicios de los ordenandos, por los retiros espirituales, por la apertura de su corazón y de su casa, cuando él ha extendido los brazos a los que llegaban, para abrazar amorosamente a todos los que querían aprovecharse en esta santa escuela de la verdadera disciplina eclesiástica; es él quien ha sacado del desorden a tantos ministros de los altares que, sin

⁸⁶⁹ Carta de Margarita Chetif del 6 de noviembre de 1662.

seguir las reglas de una vocación legítima, se habían comprometido temerariamente en las funciones temidas de estos sagrados ministerios por motivos profanos de un interés sórdido. Es él quien ha formado a tan grandes individuos para ocupar de vicarios generales, de oficiales, de gerentes, de promotores, en muchas de nuestras diócesis, y quien incluso ha preparado a tan grandes prelados para Francia; es él quien ha servido de instrumento y de órgano en todos los mayores planes y más importantes asuntos, para la gloria de Dios, y para el adelanto de la religión, y para la felicidad del Estado. Y, no obstante, después de tantas coronas de gloria que hay que colocar en la cabeza de este gran hombre, verle muy oculto bajo los velos de su humildad, todo oscurecido bajo las más sombrías noches de los más profundos abismos, todo sumergido en la vista de su nada, todo ardiente con un deseo extremo de ser tratado como objeto del último desprecio; es esta humildad consumada, Señores, la que merece la alabanza de los hombres y la estima de los ángeles⁸⁷⁰.”

Todo el discurso no es de esta calidad. Comporta con demasiada frecuencia un mal gusto que no había desaparecido del todo: estaba salpicado de griego, de citas de poetas profanos; juegos de palabras vienen a estropear hermosos pensamientos, y un cierto pedantismo resfría un sentimiento verdadero. Sin embargo, del discurso y de la ceremonia, Bossuet, presente en uno y en otra, ha podido decir con verdad: “Este servicio fúnebre fue magnífico; el obispo del Puy, que escuchamos, duró dos horas; y el conocimiento particular que monseñor obispo del Puy tenía del siervo de Dios, unido a las ostras cualidades ilustres de este prelado, le atrajeron ese día una atención extraordinaria de su auditorio, muy numeroso y célebre. Hubo entonces muchas lágrimas derramadas en particular por la humildad profunda y la incomparable caridad para con los pobres que descubrió en la persona del venerable siervo de Dios⁸⁷¹.”

⁸⁷⁰ *Oración fúnebre en memoria del difunto señor Vicente de Paúl*, etc., in-4º, París, 1661, pp. 8-10.

⁸⁷¹ *Mss. Témoignages de Bossuet (1702)* sobre las virtudes eminentes de Vicente de Paúl, citado por el Sr. Floquet, tom. II, p. 120. (*Études sur Bossuet.*) Jean Loret, que también asistió a este servicio, da sobre ello detalles interesantes en su *Muze historique*, carta del 27 de noviembre de 1660. En verso burlesco, es la oración fúnebre popular del santo. Nada falta allí, ni el elogio de sus virtudes, ni la enumeración de sus grandes obras, ni siquiera la previsión de la canonización futura:

Ayer se hizo el gran servicio/Por este difunto que Dios bendiga,
 El admirable señor Vicente/Que ahora goza y siente,
 En lo alto del cielo empíreo,/De los bienes de eterna duración.
 Este caritativo y buen pastor,/De los Santos buen imitador,
 Gran censor de las negras malicias,/Enemigo jurado de todos los vicios,
 Y de toda virtud apoyo,/Se puede decir esto de él.
 Cantidad de muy buenas almas,/Religiosos, señores y damas,
 Toda gente devota y bien sentida,/Cantidad de prelados y cayados,
 Muchos predicadores del Evangelio,/Muchos párrocos de esta ciudad,
 Se encontraron en Saint-Germain,/Sabido muy temprano,
 Que este servicio mortuorio/En el susodicho lugar se haría.
 Yo que no hago profesión /Sino de un poco de devoción,
 Yo dejé toda compañía,/Por ver esta ceremonia;
 Y me pusieron entre lo mejor,/Por la atención y el orden piadoso
 Del Sr. Bouchet, también buen sacerdote,/Qu en la Iglesia los pueda haber.
 Monseñor, el obispo del Puy,/Uno de los verdaderos prelados de hoy,
 Prelado de buena y santa vida,/ Hizo la asistencia encantada,
 Y causó mil dulces trasportos,/Por el discurso que hizo entonces/De las virtudes extraordinarias
 De esta cabeza de los Misioneros,/Quienes por sus lastimeros cuidados

Aparte de este servicio solemne de Saint-Germain-l'Auxerrois, una multitud de sacerdotes seculares y regulares, de comunidades, de iglesias parroquiales y catedrales, rindieron a Vicente de Paúl el mismo deber de caridad y de gratitud. Citemos sólo la metrópolis de Reims, que fue una de las primeras en pagarle este tributo, en recuerdo de los grandes bienes que había hecho a la Champaña..

Al mismo tiempo, los testimonios de pésame y de elogios llegaban de todas partes y de todos los rangos a San Lázaro, de Francia y del extranjero. “La Iglesia y los pobres acaban de sufrir una gran pérdida,” exclamó Ana de Austria quien, como lo dirá más tarde Luis XIV, “había distinguido las virtudes del siervo de Dios por tantas señales de confianza.” Tal fue también la exclamación de Piccolomini, nuncio de Francia, ; o más bien tal fue la exclamación unánime, universal.

La reina de Polonia escribió: “Siento un gran dolor por la pérdida que hemos tenido del buen Sr. Vicente. Siempre profesaré una gran estima a su memoria.” Y, para consolarla, Almerás debió enviarle el crucifijo del santo y una parte de su rosario.

El príncipe de Conti dijo al salir de los funerales: “No he conocido nunca a nadie en quien se haya visto una humildad tan grande, un tan grande desprendimiento, una tan grande generosidad de corazón, como en el Sr. Vicente. la Iglesia ha perdido en él a un hombre lleno de todas las virtudes y sobre todo de una caridad que se extendía a todas partes”.

Algunos días después, era un testigo mejor y desde hacía largo tiempo informado también; era el P. De Gondi quien decía: “Lo que yo he admirado entre las virtudes de este querido difunto ha sido su humildad, su caridad y su gran prudencia en todo. Nunca he advertido ni oído decir que haya cometido ninguna falta contra estas virtudes, aunque haya estado diez o doce años conmigo. Nunca he sabido que haya tenido el menor defecto; por eso le he tenido siempre por santo.”

Y el presidente de Lamoignon quien le había conocido mucho él mismo y había oído hablar de él a su madre y a su hermana, escribía por su parte: “Toda Francia ha perdido en la muerte del Sr. Vicente, y tengo, por mi parte, muchos motivos para estar sensiblemente impresionado por una tan grande pérdida. Mas si, en el dolor que ella me causa, algo puede consolarme, no será más que por los medios de testimoniar a la congregación de la Misión la veneración que siento por la memoria de su fundador.”

El ilustre marqués de Pianezze se consolaba por el pensamiento de la felicidad de la que gozaba en el suelo a quien se lloraba en la tierra, , y escribía: “El feliz

(De lo que infinita gente es testigo),/Ha socorrido algunos años
A muchas provincias arruinadas/Con víveres, dineros y ropas
No de terciopelos ni sederías,/Sino de paños y buenas sarga
De las que llevaban en grandes cargas/A centenares de gentes desnudas.
Que no tenían bienes ni rentas./Las almas que él ha convertido,
Hasta entonces sometidas/Bajo falsas religiones,
En las bárbaras regiones, /Son sin mentir casi innumerables.
En una palabra, este padre de los míseros/Ha tantas bondades desplegado,
Piedades, Caridades,/Tanto él como sus cohermanos,/
Toda gente piadosa, toda gente sincera,/Todos los grandes celosos de la fe./
De verdad si fuese yo/Quien fuera el pontífice de roma,
Yo canonizaría a este hombre.

tránsito del Sr. Vicente debe más bien producir gozos que aflicción; y, aunque la pérdida de los hijos sea incomparable, la felicidad del padre es infinitamente mayor, y la caridad nos convida a participar de sus dichas. Este gran personaje no llevará nuestros intereses menos vigorosamente donde esté que cuando se hallaba en la tierra; es lo que creo que me debe consolar en este funesto accidente.”

Las comunidades que Vicente había servido o dirigido se mostraron satisfechas en alto grado de su caridad y de su sabiduría, y todos aquellas con las cuales había tenido sencillamente relaciones pasajeras, como la Compañía de Jesús, declararon “que nunca se había visto una falta en su conducta.” Así hablaron sobre sus virtudes y su dirección los eclesiásticos tan numerosos que él había formado.

Así hablaron sobre todo los obispos del reino que le habían conocido mejor, Nicolás Sevin, sucesor de Alain de Solminihac en la sede de Cahors: “He perdido en el Sr. Vicente a uno de los mejores amigos que tuviera en el mundo. Tengo sin embargo el consuelo de que, por la carta que me escribió cinco días antes de su muerte, me prometió no olvidarme nunca delante de Dios; lo que me permite creer que me continúa ahora donde se encuentra las mismas caridades, y que no cesará de pedir por mí a la divina bondad que yo sea un obispo según su corazón. En cuanto a mí, me sería imposible olvidarle nunca y, hasta que le vea, conservaré en mi corazón su memoria como algo que me es muy precioso.”

Como el marqués de Pianezze, Pierre de Berthier, obispo de Montauban, se consoló con el pensamiento que la muerte de Vicente era necesaria para que él recibiera la corona debida a sus méritos, y por la confianza que en el cielo no proveería menos a las necesidades de las que respondía en la tierra; más aún, que la consumación gloriosa de su caridad ayudaría de una manera más fuerte a la perfección de tantas obras cristianas que había comenzado entre nosotros. Algo así escribía también Nicolás Pavillon, obispo de Alet, todavía fiel, quien, en vida incluso de Vicente, solía repetir que le era deudor de todas las gracias divinas, y que no había conocido nunca a hombre más humilde, más prudente, más caritativo y más abandonado a la Providencia de Dios⁸⁷².

“*Lucerna extincta est in Israel!* exclamó por su parte el obispo de Pamiers, Étienne Caulet. Qué pérdida han tenido la Iglesia y la congregación! Dios solo la conoce.” Y pedía a Dios y prometía pedirle con todo su corazón que conservara en los hijos el espíritu del Padre: su humildad profunda, su caridad sin límites, su prudencia divina, unida a su sencillez, a su sinceridad generosa⁸⁷³. Para Caulet como para su colega de Alet, era en efecto, la luz apagada; después de lo cual cayeron uno tras otro en las tinieblas del cisma y de la herejía.

Aunque herido de un profundo dolor por la noticia de la muerte de Vicente, Pierre Pigné, obispo de Toulon, no podía compadecerse ni del padre ya en la patria, ni siquiera de los hijos que tenían aun intercesor tal ante Dios. no

⁸⁷² San Vicente mantuvo hasta el fin de su vida tiernas relaciones con el obispo de Alet. El 30 de enero de 1657, habiendo sabido que era diputado en París por los Estados de Languedoc le escribió para expresarle la alegría de recibir una vez más su bendición y para ofrecerle su antiguo alojamiento en San Lázaro, “que preferiréis, así lo espero, a todos los demás, porque es un hospital.”

⁸⁷³ Uno de los eclesiásticos de la conferencia de los Martes encargaba de vez en cuando una misa en San Lázaro por la conservación del espíritu de Vicente en su Compañía(*Summ.*, p. 387).

formulaba más que un voto, a saber llevar una vida tan santa para morir de una muerte tan santa.

Aunque preparado para la muerte de Vicente, a quien había visto unos meses antes en París, François Fouquet, arzobispo de Narbonne, no sentía menos vivamente una pérdida semejante para la Iglesia, para la Compañía y para sí mismo. Ya que, decía él, “no pienso que de todos aquellos a los que su caridad le ha hecho abrazar como a sus hijos, haya ninguno a quien haya demostrado más ternura y dado más señales de amistad que a mí.”

Testimonios concluyentes por su uniformidad misma, y cuyo concierto de voces sería fácil incrementar con las de Perrochel, obispo de Boulogne, de los cardenales Ludovisio y Durazzo, y de tantos obispos y prelados que se confundieron en el mismo dolor, los mismos sentimientos y los mismos elogios. Y hasta dónde llegaríamos si añadimos las voces de los pueblos salvados por Vicente, voces que, ahora era la voz de Dios-Caridad. La escucharemos enseguida, pues estos primeros sufragios, súbitos y espontáneos, explosión instantánea y como irresistible del sentimiento universal, no debían apagarse en el vacío y el silencio de la muerte, en el olvido de la ingratitud y de los años, sino crecer, multiplicarse, por el contrario, y luego estallar en los interrogatorios del proceso de canonización para provocar el sufragio mismo de la iglesia.

Libro X: Canonización y culto. –Vida póstuma.

CAPÍTULO PRIMERO: Beatificación.

I.- *Primeros testimonios y primeros pasos.* La santidad de Vicente de Paúl había estallado en su vida y en su muerte, no sólo por sus virtudes heroicas y sus obras prodigiosas, sino por verdaderos milagros. Estalló de nuevo algunos meses después de su muerte, con motivo de la elección de su sucesor Almeras. Era el 17 de enero de 1661. La elección que el santo fundador había hecho de él como vicario general le designaba suficientemente a los sufragios de la Compañía. No obstante, uno de los electores, Gilbert Cuissot, superior del seminario de Cahors y visitador de la provincia de Aquitania, dudaba en darle el suyo. Por un lado, se sentía inclinado a Almeras por el acta de voluntad última de Vicente de Paúl; por el otro, era retenido por el artículo mismo de las constituciones que, entre otras cualidades exigibles en un superior general, expresaba claramente ésta: *Habeat corpus sanum et bene dispositum*. Pues bien, Almeras había tenido siempre una salud débil, y desde hacía unos meses, se doblaba también bajo el peso del gobierno del que estaba encargado provisionalmente, parecía inclinarse visiblemente hacia una muerte próxima; de manera que el día mismo de la asamblea, a fin de desviar de él los sufragios, había declarado que había comulgado por la mañana en forma de viático.

Cuissot se hallaba en este momento del debate consigo mismo, cuando oyó una voz interior que le decía: “Qué! toda la Iglesia, por elección del cielo, ¿acaso no estuvo bajo la dirección del gran san Gregorio, y tan felizmente aumentada y dirigida, a pesar de que fuera un hombre lleno de achaques corporales? La congregación es mucho menor que la Iglesia universal.”

Movido ya por este aviso misterioso, Cuissot, cuando le llegó el turno de escribir su sufragio, invocó a la vez a Dios y a su muy honorable padre y, levantando a este efecto los ojos al cielo, vio a Vicente mismo, su sombrero en la cabeza, con su manto, con un rostro grave y tranquilo, en los mismos rasgos y lineamientos que tenía en su salud perfecta, y no tan anciano como parece en su cuadro, con un tinte en verdad blanco procedente de luz adherente al rostro mismo, pero sin rayos alrededor;” y le oyó claramente decirle por fuera y dentro de sí mismo, con el lenguaje a la vez de la poesía profana y de las Santas Escrituras: *Si es crimen, vuelve la espada contra mí; si culpa, mía es. – No temas: que caiga sobre mí esta maldición, hijo mío.* No titubeó más y dio su voto a Almeras, con tanta seguridad como grande había sido en un principio su perplejidad; además, al mismo tiempo, Dios y Vicente le abrían de las virtudes de Almeras una visión que le parecía no ser de esta vida, y tener más bien relación con las comunicaciones mutuas de los ángeles⁸⁷⁴.

A pesar de esta revelación hecha por Vicente mismo de su gloria, no leemos que nada se haya tomado directamente con vistas a su canonización bajo el generalato de Almeras. Y sin embargo la opinión pública continuaba exponiendo testimonios religiosos. El 8 de febrero de 1664, una tesis llamada *Tentativamanicomios*, fue sostenida en Sorbona por Denis Charon, a la vista y con el aplauso del público, y bajo la presidencia de Desmond, obispo de Bayeux. Estaba dedicada a la memoria de Vicente en términos que resumían admirablemente sus gloriosos servicios⁸⁷⁵.

Dos años más tarde, en 1666, otra tesis dedicada también a su memoria, fue sostenida en Cahors, en la casa de los Jesuitas.

Almeras se contentó, durante su generalato, con recoger las cartas y demás escritos de Vicente, los análisis de sus discurso y conferencias, con mandar redactar memorias sobre su dirección y actos en el servicio de Dios, de la Iglesia y del prójimo por todos aquellos que la habían conocido mejor y visto en

⁸⁷⁴ Declaración autógrafa de Cuissot con fecha del 27 de marzo de 1678. Archivos de la Misión.

⁸⁷⁵ DE LA MEMORIA IMPERECEDERA

del varón piísimo Vicente de Paúl, presbítero, fundador de la congregación de la Misión y primer superior general;

DE LOS POBRES

Cuyas mentes con el alimento de la verdadera doctrina, enviados operarios a casi todas las plagas del mundo, los cuerpos con donativos recogidos de todas partes, construidos manicomios, institución de la Hijas de la Caridad, el mejor padre de los pobres recreó.

DE CLERO

Cuya dignidad e integración, con los ejercicios de los ordenandos, seminarios, piadosas conferencias, y singular reverencia hacia

El orden episcopal y sacerdotal, celoso y constante de la disciplina eclesiástica con todo ardor promovió;

DE LA IGLESIA

A la que con los retiros espirituales, con admirable esplendor de las virtudes, y sobre todo con el instituto de aquella nueva congregación (cuya alabanza es mayor cuanto más alejada del engaño de la humana gloria), como verdadero varón apostólico ilustró:

CARGADO DE MÉRITOS

Difundida la caridad con todos cuantos pudo; en honores que tuvo y rechazó, en la humildad; Con la prudencia en todos los asuntos que emprendió; con sencillez en las palabras y costumbres; paciencia en los trabajos y dolores que soportó hasta la muerte; observancia total de las virtudes cristianas y también de los consejos evangélicos;

DISTINGUIDÍSIMO.

el trabajo, en especial por el hermano Ducourneau, su secretario durante 16 años; y con todo ello se compuso la Vida que fue publicada en 1664 con el nombre de Abelly. Nada debía ser más útil a la causa de una canonización que, iniciada sólo medio siglo después de la muerte del siervo de Dios, no podía ofrecer más que un corto número de testimonios oculares y auriculares. Y, en efecto, en todo el curso del proceso, se tendrán incesantes recursos a la obra firmada por Abelly, cuyo origen y carácter demostraban tan bien la veracidad ingenua.

Los veinticinco años del generalato de Edme Jolly (1672-1697) trascurrieron también sin que se trazara ningún plan, al menos conocido, para procurar a Vicente los honores de los santos. Y no obstante Jolly, más que muchos otros, había conocido la santidad del fundador de la Misión, y había sido él mismo uno de los objetos de sus predicciones sobrenaturales. En una visita que hacía a la Sra. de Aiguillon, Vicente, hablando de Edme Jolly, había dicho a la duquesa: “Él será un día superior general de la Compañía.” Predicción tanto más sorprendente porque, lejos de facilitar su cumplimiento, el santo fundador pareció olvidarla, y no sólo no designó a Jolly como vicario general, sino que no le dio ninguno de los primeros puestos de la Compañía.

No fue hasta la asamblea de 1697, destinada a dar Nicolás Pierron como sucesor de Jolly, cuando se resolvió trabajar en la beatificación de Vicente de Paúl. En consecuencia, a finales de octubre de 1697, Pierron escribió a los superiores de todas las casas de la Compañía para ordenarles la investigación de todo lo que pudiera servir al éxito de este gran asunto. Esta circular fue la ocasión de un nuevo milagro. Jean Bonnet, superior del seminario de Chartres, sufría de una hernia completa, que le había reducido más de una vez a la agonía. A menudo, en sus viajes se había visto obligado a apearse del caballo, a acostarse en una cuneta con la cabeza hacia abajo para permitir a los intestinos ocupar su sitio natural. Había empleado todos los medios y acudido a toda la gente más hábil en el arte. Los vendajes no habían servido más que para imprimir en sus carnes una huella tan profunda, que más de treinta años después no se había borrado aún, y le célebre de Launay, autor de un tratado sobre esta enfermedad, había perdido la esperanza de curarle. Así habían transcurrido diez años, cuando le llegó la circular de Pierron. Hasta entonces, había sentido una repugnancia invencible en recurrir a Vicente para su curación, estimando al final que era mejor sufrir amorosamente a ejemplo de su bienaventurado padre. Pero, llevado de un deseo repentino de curar, exclama: “Señor, si es vuestra voluntad, y que sea para gloria vuestra y la de vuestro siervo Vicente de Paúl, os pido que me curéis de este mal por si intercesión y me enviéis más bien alguna otra incomodidad, para que no me quede sin sufrimientos.” Apenas había terminado la súplica, cuando se encontró perfectamente curado. Para demostrarse a sí mismo tal prodigio, se quitó las vendas, hizo alguna predicación forzada, montó a caballo, se entregó a los ejercicios más violentos sin resentirse en nada de achaque precedente. Tres años seguidos escribió a su general para ofrecerle su curación persistente, y en 1711 depuso en el mismo sentido ante el cardenal de Noailles y los comisarios apostólicos.

Jean Bonnet, en el momento de esta declaración, acababa de ser elegido superior general de la Misión. Desde entonces, tanto por agradecimiento como por el honor de Dios y de la compañía, trabajó con ardor en la beatificación de Vicente de Paúl, a quien tuvo el tiempo, antes de morir, de verlo en los altares.

Pero sus dos predecesores no habían descuidado ellos mismos este gran asunto, a los cuales la sola breve duración de su generalato impidió acabar. Movido ya por la asamblea de 1697 y por sus propios deseos, Pierron recibió de Roma mismo un impulso nuevo. El prelado Bottini, promotor de la fe para las beatificaciones y canonizaciones de los santos, le dirigió grandes instancias para obligarle a poner todas las cosas en tal estado que se pudiera abrir pronto el proceso de Vicente de Paúl. Bonnet entró pues en relación oral o epistolar con todos los que habían conocido al siervo de Dios. Rogó de manera especial a los obispos que habían vivido en su tiempo o habían oído hablar de él, que emitieran un testimonio jurídico a favor de su santidad. Cuatro obispos, entre los cuales Bossuet, respondieron al punto a esta llamada, y otros más numerosos prometieron sus sufragios. Por su parte, Clemente XI, entonces reinante, se mostraba muy dispuesto a favorecer el asunto, y repetía a menudo que quería beatificar a Vicente de Paúl. A los honores religiosos que preparaba al padre preludiaba con toda clase de indulgencias y de favores que otorgaba a los hijos. Ni Clemente XI ni Pierron debían sin embargo ver cumplirse su propósito. Muerto en 1704, Pierron tuvo por sucesor a François Watel quien, apenas nombrado superior general, constituyó al Misionero de Ces procurador, con el objeto de comenzar y proseguir las informaciones; y él mismo, en su circular del 1º de enero de 1705 impuso a todos los superiores de las casas de la Compañía que buscaran en sus alrededores a todas las personas que tuvieran conocimiento de algunos hechos en honor de Vicente de Paúl, que consiguieran certificados jurídicos, y se los enviaran al procurador. Señalaba al mismo tiempo la curación milagrosa de tres enfermos desesperados, que los misioneros de China habían obtenido al administrarles un brebaje en el que se había mojado una tela embebida en la sangre de Vicente de Paúl.

II. *Proceso informativo y del non-cultu.* Provisto de la procuración del superior general de la Misión, de Ces compareció, el 5 de enero de 1705, ante el cardenal de Noailles, arzobispo de París, a quien presentó una petición a efecto de obtener de él comisarios revestidos con todos los poderes que se necesitaran, para instruir el proceso llamado *informativo* sobre la vida, las virtudes, los milagros y la reputación de santidad del siervo de Dios, proceso hecho siempre por la autoridad del ordinario, antes de que inicie ningún otro por la autoridad apostólicas. El cardenal de Noailles puso a la cabeza de la comisión a uno de sus vicarios generales, François Vivant, entonces párroco de Saint-Leu, y le adjuntó a dos doctores en teología, Pierre-Louis Lagrené y Jean-Baptiste Boivin, y a dos doctores en derecho canónico, Claude Le Bossu de La Houssaye y Pierre de Buha, quienes debían, al menos una de cada clase, asistir siempre al cabeza de la comisión, cuando él recibiera las declaraciones de los testigos. Éstos, después de aceptar su jurisdicción y prestar juramento de cumplir bien su oficio, eligieron a Achille Thomassin, preboste de Saint-Nicolas-du-Louvre, para procurador fiscal encargado de hacer los interrogatorios; para notarios, a Pierre et Jean de Combes; eligieron también a mensajeros y correos, para llevar las citaciones a los testigos, y todos estos oficiales prestaron juramento como todos los jueces mismos.

El 4 de febrero siguiente, el procurador de la causa presentó al examen de los jueces una serie de artículos dirigidos a demostrar la sanidad del siervo de Dios cuyas pruebas debía proporcionar los testigos. Admitidos estos artículos, se designaron dos lugares de sesión, uno profano para las audiencias y los actos

públicos, que fue la casa misma del jefe de la comisión, calle Saint-Denis; el otro sagrado, según el derecho, para los juramentos y el examen de los testigos, que fue la capilla de Santa Teresa en la iglesia de Saint-Leu. En cuanto a las religiosas enclaustradas, se resolvió interrogarlas en la reja de sus monasterios.

Después de estos preliminares, el procurador de la causa prestó el juramento dicho *de calumnia*, es decir juró que obraba por la pura gloria de Dios, y no por temor, por odio, por amor, ni por ningún motivo humano. El 10 de febrero, comenzaron el examen y la audición de los testigos introducidos por el procurador, los cuales duraron hasta el 24 de noviembre. Del 12 al 17 de febrero de 1706, fueron examinados e interrogados otros testigos citados de oficio.

Mas como, dentro y fuera de la diócesis de París, se encontraban testigos de una edad avanzada, de una salud achacosa, que no podían trasladarse a la capital, el procurador de la causa, no queriendo privarse de sus testimonios, pidió y obtuvo, con el consentimiento del promotor de la fe, que fuera deputado un juez para recibir sus declaraciones. Este juez fue Jean Geneste, sacerdote de París, doctor y abate comanditario, que prestó juramento el 20 de mayo, en presencia del cardenal de Noailles. Acompañado de un notario y un pliego interrogatorio cerrado y sellado con el sello del arzobispo, que le entregó el promotor de la fe, y una copia de los artículos que le fue entregado por el procurador de la causa, el juez delegado partió de París el 16 de junio. Comenzó su jira por Étampes y recorrió toda la diócesis de Chartres. Estaba de regreso en París el 5 de julio. El 14 agosto siguiente, reemprendió el camino a las diócesis de de Amiens, de Verdun, de Laon, de Soissons y de Meaux, y no regresó hasta el 8 de noviembre. Empleó el resto del año en recorrer la diócesis de París. Por todas partes, con la anuencia de los ordinarios, actuó según las formas observadas ya por la comisión parisiense. El proceso que había establecido fue remitido, cerrado y sellado, al arzobispo quien, después de examinarlo, ordenó su inclusión en el gran proceso informativo.

Sucedió lo mismo con muchos de los demás procesos pequeños hechos por los ordinarios en virtud de una circular dirigida por el procurador de París a los promotores fiscales de varios obispados.

Entretanto, un escribano juramentado, especialmente deputado por el juez jefe de la comisión, transcribía a Paris el proceso informativo. Del 1 de marzo al 28 de abril de 1706, se hizo entrega de esta copia con el original ⁸⁷⁶ ante los jueces y el promotor y, con la seguridad de los notarios de que estaba bien hecha, François Vivant la confirmó. Firmado todo, cerrado y sellado con el sello del cardenal, fue remitido al procurador que debía llevarlo a Roma. Aunque Vicente llevara muerto cerca de medio siglo, se encontraron aún así más de doscientos testigos, la mayor parte de sesenta a noventa años, que hicieron justicia a su memoria, y sus testimonios unidos a los de los obispos de los que hablaremos enseguida, forman el cuerpo de pruebas más imponente que nunca tal vez se haya ofrecido ningún proceso de canonización, tan vivo se encontraba todavía el recuerdo de Vicente y de sus obras. Y qué habría sido veinte años antes, si sus discípulos en su humilde lentitud no hubieran dejado que la muerte les arrebatara un montón de otras declaraciones no menos honrosas!

⁸⁷⁶ El original se quedó en los archivos del arzobispado de París, de donde ha sido extraído después sin que se haya podido seguir su rastro.

Al mismo tiempo que el proceso informativo, o más bien antes de este proceso mismo, se preparó, conforma a los decretos del papa Urbano VIII de 1625, el proceso llamada de *non-cultu*, destinado a probar que la Iglesia de Francia por muy celosa que fuera por la beatificación de Vicente de Paúl, no se había adelantado al juicio de la Santa Sede, y que ni los sacerdotes de la Misión, ni nadie responsable, no le habían rendido los honores religiosos debidos tan sólo a los santos canonizados. A la petición dirigida al arzobispo por el procurador de la causa, once testigos fueron interrogados quienes, en diferentes tiempos habían frecuentado la iglesia de la casa de San Lázaro. De este número eran Jacques-Charles Brisacier, superior de las Misiones extranjeras, François l'Echassier, superior del seminario de San Sulpicio, los párrocos de Saint-Jean-en-Grève y de Saint-Louis-en-l'Île, y algunos canónigos de París. Todos atestiguaron la entera obediencia constantemente guardada a los decretos de Urbano VIII.

Interrogados los testigos, y levantada el acta de sus declaraciones, se señaló el día para la visita de la iglesia de San Lázaro, donde se hallaba la tumba de Vicente de Paúl, y del lugar secreto en que se guardaban sus reliquias. El día señalado, el arzobispo se dirigió a San Lázaro acompañado de su vicario general Vivant, del promotor fiscal, de dos testigos y de un notario. Cerradas las puertas, recorrió la iglesia, las capillas y los altares, él visitó la tumba del siervo de Dios. El notario realizó la descripción de todo, y se constató que Vicente había sido sepultado al nivel del suelo; que alrededor de esta tumba y en el resto de la iglesia, no se advirtió nada que presentara los caracteres de un culto religioso; ni imágenes coronadas de laurel o rayos, ni lámparas ni cirios, ni cuadros de objetos votivos, etc. De allí se pasó a la habitación de las reliquias, donde se halló, aparte del corazón encerrado en el relicario donado por la duquesa de Aiguillon, algunas partes de las entrañas y del hígado de Vicente de Paúl, polvo de estas mismas entrañas contenido en un vaso, esponjas que habían servido para lavar el cuerpo, manuscritos, dos retratos, pero sin aureola, por último las dos tesis dedicadas a su memoria en 1664 y 1666. Además de que todos estos objetos habían sido hallados en un lugar cerrado y secreto, no se vio nada que reflejara un culto verdadero. Por eso el arzobispo redactó, según su derecho y su deber, la sentencia de *non-cultu*, sin la cual no se habría podido pasar al proceso informativo: el soberano Pontífice, juez único y supremo en las causas de la beatificación de los santos, no quiere que nadie se le adelante; menos todavía quiere que se ejerza sobre él una especie de violencia por un culto anticipado.

III. *Primeros debates en Roma. –Introducción de la causa.* El proceso verbal de non-cultu, copiado y compulsado, fue entregado igualmente al procurador de la causa con el proceso informativo. El procurador era entonces Jean Couty, antiguo superior de la Misión de Narbona, a quien Watel acababa de sustituir por de Cès. Couty portador de uno y otro proceso llegó a Roma el 24 de mayo de 1708⁸⁷⁷, un jueves por la tarde. Octava de la Ascensión. El día de Pentecostés fue recibido en audiencia por el papa Clemente XI, quien le testimonió todo el interés e sentía por su misión y la parte que quería tener en

⁸⁷⁷ Couty ha dejado un relato manuscrito, lamentablemente inacabado, de su conducta en este asunto, con este título: *Relation de ce que j'ai fait pou la béatification et canonisation du vénérable serviteur de Dieu, Vincent de Paul, instituteur et fondateur de notre congrégation.* Este es el relato que vamos a seguir. (Archivos de la Misión).

ella. Couty se aprovechó de estas buenas disposiciones del Pontífice. En virtud de los últimos decretos de la sagrada congregación de los ritos del 14 de octubre de 1678, aprobados por el papa Inocencio XI el 14 de octubre del mismo año, debían transcurrir diez años entre la entrega a la congregación de los procesos hechos por la autoridad del ordinario y su apertura. Couty pidió y obtuvo la dispensa de estos diez años. No obstante, los dos procesos, entregados el 30 de mayo en manos de Inghirami, secretario de la congregación de los ritos, quedaron sin ser abiertos hasta el 8 de marzo del año 1709, debido a la muerte del notario o escribano de la congregación y de los problemas con los que se encontró la Santa Sede, cuyo Estado fue invadido por las tropas del pretendiente a la sucesión de España.

Pero en el intervalo, Couty había sido recibido repetidas veces en audiencia por el Pontífice, quien continuó dándole las pruebas más manifiestas de su benevolencia. Así, el 14 de julio, el papa, a petición suya, nombró ponente o referente de la causa al cardenal Joseph de La Trémoille, arzobispo de Cambrai, que se hallaba en Roma encargado de los asuntos del rey Luis XIV. Un cardenal francés debía naturalmente trabajar con más celo que cualquier otro en la canonización de un santo francés; y, por otra parte, La Trémoille no hacía otra cosa que conformarse al ejemplo y a la voluntad de su augusto señor. En efecto, unos días antes, el 8 de julio, había presentado al papa una carta de Luis XIV, fechada en Versalles, el 2 de agosto de 1706, que decía: El celo que Vuestra Santidad manifiesta en toda ocasión para la edificación de los fieles no nos permite dudar que ella reciba favorablemente las instancias que los sacerdotes de la Congregación de la Misión deben de hacerle para obtener la beatificación de difunto Sr. Vicente, su Fundador, cuyas virtudes se han distinguido por señales de estima del difunto rey nuestro padre y de la confianza de la difunta reina nuestra madre. Y como nos hemos dado también testimonios de la nuestra a los sacerdotes de dicha congregación llamándolos para cuidar de las capillas y de las parroquias de los lugares en que hacemos nuestra estancia por lo común, les hemos otorgado con agrado nuestros oficios ante Vuestra Beatitud; y estamos persuadido de que, conociendo las ventajas que su fundación supone a la Iglesia por las Misiones y por la educación de un gran número de eclesiásticos, Ella tendrá a bien conceder a sus instancias la beatificación de su Fundador, dando plena luz a las pruebas que le sean presentadas de la pureza de su vida. Sobre lo cual, etc.”

Couty estaba pues fuertemente apoyado en sus trámites. Él mismo, el 10 de junio, había presentado ya a Su Santidad ocho cartas de obispos y, el 22 de julio, le había ofrecido, en una jofaina en plata dorada, otras cincuenta más de soberanos, de cardenales, de arzobispos, de obispos, de capítulos y de generales de órdenes y de congregaciones. Qué! una jofaina llena de cartas! exclamó al ver esto Clemente XI, a la vez sorprendido y encantado. Y prometió en el acto que después de leerlas, se las devolvería al procurador para sacar copia, y las entregaría él mismo a la impresión.

Estas cartas fueron, en efecto, publicadas en Roma en 1709, en número de setenta. Allí brillaban los nombres, centelleaban los sufragios y las instancias de lo que había de más ilustre en la Iglesia y en el Estado. Aparte de la carta ya citada de Luis XIV, se leían las cartas de Jaime III, hijo del rey destronado de Inglaterra, y de la viuda de éste, María de Módena; de Leopoldo, duque de Lorena, pronto llamado al imperio; del gran Duque de Toscana, quien muy temprano había reclamado como reliquias el bastón y una carta del santo; del

dogo Héctor de Flisco y de los gobernadores de la república de Génova, de los cardenales de Bouillon, decano del sacro colegio, Le Camus, obispo de Grenoble, d'Estrées, antiguo obispo de Laon; de Forbin Janson, obispo de Beauvais; POrto-Carrero, arzobispo de Toledo; Durazzo, obispo de Faenza y sobrino del antiguo arzobispo de ese nombre; Fiesco, arzobispo de Génova, y Genzi, arzobispo de Fermo. A los soberanos y a los cardenales se habían unido un gran número de arzobispos y obispos de Francia, entre os cuales se distingue Bossuet, Fénelon y Fléchier, y varios obispos de España, de Gran Bretaña, de Italia y de Polonia.

La asamblea general de 1705 hizo en corporación lo que tantos otro prelados habían hecho por su cuenta, y dirigió al papa una carta redactada por François de Mailly, arzobispo de Arles y firmada por su presidente el cardenal de Noailles. El capítulo de Notre Dame, y la colegiata de Saint-Germain-l'Auxerrois siguieron este ejemplo; el preboste de los comerciantes y los magistrados escribieron en nombre de la ciudad de París. en este concierto se mezclaron los superiores de la Doctrina cristiana, del Oratorio y de San Sulpicio; los abates de Santa Genoveva, de Grandmont, de Premonstratenses, de San Antonio, de Rangeval y de Ronfay; los generales de la congregación de Saint-Maur, de Saint-Vannes, de la Minerve o de los Dominicos, de los Mínimos y de los Carmelitas; el vicario general de la Merced y el provincial de los Capuchinos de la provincia de Francia.

Así, era como un concilio no sólo de toda la Galia, sino casi de la Iglesia universal, la que proclamaba por adelantado la santidad de Vicente de Paúl y pedía al papa la consagración de su juicio. Los sufragios reunidos de estas cartas forman en honor de Vicente el más hermoso y más imponente de los panegíricos. Que no se piense, en efecto, que no haya en ello más que un tejido de lugares comunes o de declaraciones vagas, aplicables al primero que se presente cuya santidad se quiere exaltar. En todas partes si duda , se celebra la alta prudencia de Vicente, su humildad profunda, su caridad inmensa, su celo sin límites por la gloria de Dios, la perfección del clero y la salvación de las almas; en una palabra, las virtudes comunes a casi todos los santos. Pero, aparte de que ellas llevan aquí los caracteres que las sacan del común de fieles elevándolas a un grado eminente de heroísmo, cuántos rasgos exclusivamente propios de Vicente de Paúl,, cuántos hechos que sólo se ven en su vida, y que declaran aquellos mismos que han sido los testigos o han recibido sus beneficios! Qué variedad en la unidad de estas alabanzas! Así, los príncipes de Inglaterra motivan sus instancias por los servicios que Vicente prestó a los reinos de Escocia y de Irlanda en los peores días, y la elección honrosa que Jaime II había hecho de sus sacerdotes para la dirección de su capilla de Londres; el duque de Lorena, además de los servicios presentes de los Misioneros, recuerda que la memoria del siervo de Dios su fundador está en una muy grande veneración entre sus pueblos, en agradecimientos por los auxilios espirituales y temporales que han recibido en los tiempos más aciagos; la república de Génova se felicita porque sus Estados hayan sido los primeros en Italia, después de los de la Santa Sede, que hayan experimentado lo que valían Vicente y su Instituto; los abades de Grandmont, de Santa Genoveva, de Bonfay y de Rangeval atribuyen a los consejos y al crédito del siervo de Dios el restablecimiento de entre ellos de la disciplina regular; así hablan los obispos hace poco nombrados, señaladamente los de Francia, cuyo testimonio hemos tenido con tanta frecuencia ocasión de invocar,

en el curso de nuestros relatos. En una palabra, la vida, las virtudes, las obras de Vicente de Paúl se recuerdan casi al completo en estas cartas que podrían, si necesario fuese, suplir a su historia, y forman, al menos, en el libro de su vida y en el proceso de canonización, una serie de documentos justificativos más concluyentes.

Ésta es, por ejemplo, la carta de la Asamblea del clero de Francia.

“Santísimo Padre,

Es al príncipe de los Apóstoles y a toda la iglesia a la que representa, según san Agustín, a quien Cristo ha entregado las llaves del reino de los cielos: es pues a quien está sentado en la cátedra de Pedro a quien pertenece publicar decretos de beatificación y promulgarlos en todo el universo cristiano. El papa Alejandro III el primero que trató de apartar los juicios precipitados del pueblo y dictó las leyes para reservar a la sede romana la investigación cierta de la vida y costumbres de los siervos de Dios. Por ello, se presenta a Vuestra Santidad Vicente de Paúl y, con la confianza que ya está coronado por Dios, nosotros le proponemos sin temor a vuestro examen .

Vuestra Santidad verá a un hombre(si nos es permitido aún darle ese nombre) recomendable por su perfecta integridad. En él brillan una ardiente e inmensa caridad, una modestia singular, una humildad profunda, un candor de costumbres admirable y una inocencia ingenua. Sería largo enumerar al detalla sus virtudes, pues no hay una sola de la que no se haya visto excelentemente adornado. Vicente ha hecho grandes cosas por la Iglesia. en nuestras provincias ha erigido numerosos seminarios, en los que jóvenes retoños, plantados como en un suelo bendito, se forman muy convenientemente en todos los órdenes eclesiásticos; en otras partes, ha dado leyes y modelos de ejercicios espirituales que respiran la santidad misma; ha establecido entre nosotros estas conferencias en las que se trata de las cosas santas, de las ceremonias y de los casos de conciencia más variados y más difíciles. ¿Qué oficios de piedad no ha abrazado este siervo de Dios? En todas partes ha formado asambleas de mujeres y cofradías donde se enciende la caridad. Como heredera de su piedad y de su virtud, ha instituido una sociedad de operarios evangélicas, cuyo esmero es abrir a los ignorantes la vía de los misterios. Infatigables recorren los campos para ganar a Dios las almas de los pobres, y en las ciudades, al mismo tiempo, preparan a los eclesiásticos a recibir las órdenes sagradas. Les enseñan la teología y los animan y los ejercitan con gran fruto a la piedad.

“La vida de Vicente fue un prodigio; y, sin embargo, no faltan hechos después de su muerte que se afirman como milagrosos. El renombre de su santidad alcanzó toda Francia, y su celebridad crece de tal forma que con dificultad se puede encadenar el culto prematuro de la piedad de los fieles. Rendíos pues a nuestras súplicas y a las de los pueblos, Santísimo Padre, acceded a nuestros votos, decretad a Vicente los honores que merece: será ordenar el triunfo de la religión. que Dios os conserve y haga que la república cristiana goce largo tiempo de un Pontífice tan grande. mientras estéis al mando del timón de la Iglesia, el error será confundido y la verdad confirmada.

“Dado en París, en la asamblea general del clero de Francia, celebrada en los Agustinos, la víspera de los idus de agosto del año del Señor de 1705. Somos, Santísimo Padre, vuestros muy obedientes y muy devotos hijos los cardenales, arzobispos, obispos y demás eclesiásticos, reunidos en asamblea general del clero de Francia, Louis Antoine, cardenal de Noailles, arzobispo de París,

presidente. Por mandato...Louis Phelippeaux y Hrnri Emmanuel de Roquette, secretarios.”

A esta carta, traducida del latín, añadamos la siguiente escrita en francés el 19 de julio de 1706, en nombre de la ciudad de París, de esta manera habremos escuchado a la Iglesia y al Estado:

“Santísimo Padre,

“El deseo que sienten los sacerdotes de la congregación de la Misión de conseguir de vUestra Santidad las comisiones necesarias para hacer informar sobre las virtudes, milagros y reputación del Sr. Vicente de Paúl, su fundador, es demasiado loable; todo el reino de Francia y París sobre todo, está de sobra interesado en el proyecto que tienen estos dignos hijos de un tan buen padre, de proseguir la beatificación y canonización sobre el mérito de las informaciones que se efectuarán con vuestra autoridad. Para no comprometer al preboste de los comerciantes y magistrados de esta gran ciudad a suplicar muy humildemente a Vuestra Santidad que tenga a bien que, concurriendo a un deseo tan piadoso y contribuyendo con todo su poder al éxito de un proyecto tan justo, ellos cumplen además con un deber de gratitud y de religión.

“París no es, a decir verdad, el lugar de nacimiento del venerable sacerdote y gran siervo de Dios Vicente de Paúl; pero las virtudes heroicas, en la práctica de las cuales ha pasado en ella más de cincuenta años, el buen olor de Jesucristo que ha derramado en ella durante su vida de tantas maneras, la reputación de santidad en la que ha muerto, y las señales por las cuales Vuestra Santidad verá, por las informaciones que se han comenzado a hacer aquí durante dos años, que el Señor ha confirmado la opinión común de su crédito ante Dios, y aprobado la veneración singular y general que se conserva para su memoria; la felicidad por último que París siente por encerrar en su recinto los preciosos despojos y la tumba de este humilde sacerdote, son los motivos, Santísimo Padre, que justifican los movimientos de nuestra religión.

“Vuestra Santidad no encontrará, sin duda, menos urgentes los de nuestra gratitud. Son, Santísimo Padre, los favores de los que nos sentimos deudores al Sr. Vicente de Paúl. Su importancia merecería aquí un detalle que su propio número no nos permite. El difunto Sr. Abelly, obispo de Rodez y uno de nuestros ilustres compatriotas ha trazado uno en la historia que ha publicado de la vida de este gran hombre, quien no tiene nada menos por garante de su exactitud y de su fidelidad que un gran número de personas de toda condición que son sus testigos oculares y que, viviendo aún entre nosotros, confirman su notoriedad pública, de la que nos vemos obligados a dar testimonio a Vuestra Santidad.

“Un carácter de estabilidad y de duración es la bendición especial, Santísimo Padre, , que la prudencia consumada y la humildad profunda de este excelente obrero han atraído sobre tantos monumentos públicos de su celo y de su caridad. Nosotros ya hemos recogido y gustado sus primicias; pero todo el reino o, por mejor decir, toda la Iglesia, ha participado después de los frutos con nosotros. Si los pueblos continúan instruyéndose en las Misiones; si los eclesiásticos tienen seminarios para examinar y probar su vocación y para disponerse a desempeñarla; si las personas de toda clase de estado encuentran en el uso de los retiros un poderoso medio de reformar y perfeccionar su conducta, es principalmente al Sr. Vicente de Paúl a quien el pueblo de lo debe, ya que, por el establecimiento de la congregación de la

misión, de la que tenemos tres casas importantes en esta ciudad, ha perpetuado la costumbre de estos santos ejercicios que él había introducido. “¿Existe alguna clase de pobres a cuyo alivio él no haya puesto remedio? Las Hijas de la Caridad de la compañía de las cuales él es el fundador, que tienen más de treinta y cinco casas en París, y cerca de trescientas dentro y fuera del reino, instruyen a los niños de los pobres, les dan los alimentos y remedios, y les prestan los servicios más humillantes en sus propias cabañas o en los hospitales, con una caridad, una modestia y una disposición que los ricos quedan tan edificados como instruidos y aliviados los pobres. Las familias pobres tienen un recurso asegurado en estas cofradías de la Caridad, cuyo plan es obra del Sr. Vicente de Paúl, que ha diseñado los reglamentos y ofrecido el modelo para casi todas las parroquias de esta ciudad y, mejor aún, no sólo en la mayor parte de las ciudades, sino también en casi todos las aldeas y muchos pueblos del reino. Si un incendio ha causado algún daño, o una inundación o la esterilidad han assolado alguna provincia, entonces una asamblea regular de Damas muy distinguidas por su nacimiento, y más todavía por su piedad, formada por la piadosa industria de este caritativo sacerdote, y dirigida por los superiores generales de la congregación de la Misión, sus sucesores, consagra un día de cada semana al examen y auxilio de estas necesidades. Es él quien continúa sirviendo de padre a una infinidad de pobres niños abandonados y expuestos, cuyo número en esta ciudad es prodigioso cada año, por la compasión que ha tenido e inspirado por ellos; es ella cuyos efectos los pobres desgraciados, que están condenados a galeras, sienten todavía en sus cuerpos y en sus almas todos los días. No os decimos, Santísimo Padre, más que una parte de lo que vemos; ¿acaso podemos decir menos? Pero ¿no decimos lo suficiente para comprometer a Vuestra Santidad a instruirse más ampliamente otorgando cartas de comisión, para informar de la vida de este venerable sacerdote?”

No contento con esta carta al papa, Charles Boucher, caballero, señor de Orsay y demás lugares, consejero del rey en todos sus consejos y en su corte del parlamento, preboste de los comerciantes y los magistrados de la ciudad de París, pensando “estar obligado a contribuir a la conclusión de esta buena obra,” ruegan a Couty, en un documento del 9 de agosto de 1706, que tome este asunto deseado tan ardientemente por el público, y prestándole todos los cuidados que pueda, ya ante Su Santidad o para con los cardenales de la sagrada congregación de los ritos como en cualquier otra parte donde lo juzgue conveniente y necesario, dándole, concluyen ellos, por estas presentes, pleno poder de obrar en sus nombres, en el total cumplimiento de esta santa obra, deseada generalmente de todas las gentes de bien”.

Por su celo y su actividad, Couty respondió admirablemente a esta confianza y a estas recomendaciones. Apenas el nuevo notario de la congregación de los ritos, Cosme Bernardini, había prestado juramento cuando, el 8 de marzo de 1709, mandó llevarle los dos procesos informativo y del non-cultu, para el reconocimiento de los sellos. Después se dirigió al cardenal Carpegna, vicario de Su Santidad y prefecto de la congregación, donde se hizo su apertura. Luego, con el consentimiento del cardenal de La Trémoille, se procuró personas hábiles en las dos lenguas, para traducir los procesos del francés al italiano, y un revisor para constatar la fidelidad de la traducción. Pasaron tres meses en esta trabajo y en el de las dos copias, conteniendo entre ambas más de ocho mil páginas. Se necesitaron también cerca de dos meses para hacer el

extracto, el sumario y la escritura sobre la validez del proceso. Esta triple operación fue confiada a Dominique-Marie Vaccari, procurador de la Misión. Pero, en virtud de una dispensa pontificia, porque no estaba en conformidad con los decretos, uno de los doce procuradores del Colegio del sagrado palacio apostólico.

Por último, el 13 de julio de 1709, la congregación, a petición de los postuladores de la causa, declaró que Su Santidad podía conceder dispensa, a efecto de mandar examinar los dos puntos de la validez de los procesos y de la *relevance* de las virtudes.

Para entender esto, es necesario saber que hay dos clases de congregaciones de los ritos, una *ordinaria*, que se reúne todos los meses, y se compone de los cardenales, de un protonotario apostólico, del sacristán del papa, del promotor de la fe y del secretario de la congregación; otra *extraordinaria*, que se celebra ante el papa, solamente en los meses de enero, de mayo y de setiembre, y se compone, aparte de los cardenales y de los oficiales que se acaban de nombrar, de los auditores de rota y de los consultores de la congregación. Pues bien, los decretos de la inquisición de 1624, quieren que las causas de las beatificaciones y canonizaciones no sean tratadas sino en congregación extraordinaria. Pero, en virtud de la dispensa otorgada el 23 de julio, la congregación de los ritos permitió a Dominique Vaccari escribir en calidad de procurador de la causa lo que hizo el mes siguiente, al mismo tiempo que respondió a las *animadversiones* del promotor de la fe sobre los dos puntos de la validez de los procesos y de la relevancia o renombre de las virtudes. En cuanto al primero, probó que los procesos se habían hecho con todas las formalidades esenciales de derecho, y resolvió las principales objeciones. Para prevenir o eludir otras dificultades, declaró renunciar a servirse de treinta pequeños procesos celebrados en diferentes lugares bien por el juez delegado, bien por los ordinarios, y atenerse al proceso celebrado en París. Demostró también que el título de venerable dado a Vicente de Paúl en su epitafio, y las figuras de ángeles representadas en el cartucho puesto sobre su tumba no tenían la significación del culto prohibido por los decretos. Por eso, en sus sesiones de los 6 y 7 de setiembre la congregación ratificó la sentencia del arzobispo de París *de non-cultu*, y declaró que constaba de la validez de los procesos *ad effectum de quo agitur*, a saber para obtener *la firma de la comisión* y para la introducción de la causa.

Esos mismos días se pronunció sobre la duda de relevancia, es decir que constató la existencia de un gran número de cartas o instancias de príncipes, de obispos, etc., no obtenidas por maniobra, sino dadas espontáneamente por sus autores e inspiradas por la sola piedad, la sola reputación de santidad del siervo de Dios, es decir también que encontró en el proceso informativo la prueba suficiente de que Vicente de Paúl había practicado las virtudes cristianas en un grado heroico, y que había hecho milagros después de su muerte: prueba suficiente, no sin embargo para decretar la beatificación, sino tan sólo para establecer su reputación de santidad y motivar el examen de su causa por la autoridad apostólica.

Las principales objeciones contra la relevancia fueron sacadas del libelo de Barcos y de las relaciones de Vicente de Paúl con Saint-Cyran, de lo que se ha hablado tanto en el libro del jansenismo. Inútil, por consiguiente volver sobre ello.

Despejada toda objeción así sobre la duda de la validez y de la relevancia, la congregación decidió que la comisión podía firmarse, si así placía al Santo Padre. Aunque el *annuit* pontificio se debió hacer esperar más de un mes, la causa estaba en adelante considerada como introducida en congregación, es decir como puesta de tal manera en las manos del papa, que el ordinario no podía ya tocar nada, si no era en calidad de delegado de la autoridad apostólica.

Así, cerca de cinco años se habían pasado en estos largos y difíciles preliminares, dirigidos únicamente a establecer que la causa de Vicente de Paúl valía la pena de ser llevada a Roma. Y ya sin embargo cuántos trámites y escrituras! Cuántos debates en los que incluso altas virtudes no podrían resistir! ¡Qué será en la serie de los procesos por autoridad apostólica, en la discusión detallada, minuciosa, encarnizada de los escritos y de las palabras, de los actos y de las intenciones, de la vida pública y de la vida privada! A pesar del todo el poder de la gracia, sorprende que pueda revestir a la debilidad humana con una fuerza que arma suficientemente una memoria contra los asaltos temibles de un proceso de canonización. Ni un error, ni una falta, ni una debilidad, ni una sola imperfección; de lo contrario, la causa sucumbe y queda inmediatamente abandonada!. La Iglesia exige milagros a los que coloca en sus altares; y qué milagros, y con qué autenticidad probados, lo vamos a ver. Pero el milagro de los milagros, es que una vida humana, recorrida de un cabo al otro, estudiada en todos los sentidos, sondeada en todas sus profundidades, escrutada en todos sus pliegues y repliegues, no ofrece ningún asidero a la menor acusación un poco seria, que todo sea demostrado puro, heroico, santo! *Dómine, quis sustinebit!* Para pensarlo mejor, basta con leer, hojear solamente los ocho volúmenes in-4º de Benedicto XIV sobre la canonización de los santos. Obra verdaderamente espantosa, pero menos todavía por su prodigiosa erudición, que por las condiciones impuestas por la iglesia católica a todos los que llama a los honores de la santidad. Con confianza se invoca a aquellos que ha proclamado bienaventurados; con fe se repite: "*Credo in Ecclesiam SANCTAM*"; con amor se la reconoce divina por este carácter tan manifiesto de santidad que sólo le pertenece a ella. y por eso, nos extendemos aquí sobre los debates de un proceso de canonización, debates ignorados por los fieles, insuficientemente conocidos por los eclesiásticos mismos, y tan propios sin embargo para hacer brillar la gloria no sólo de los santos, sino de la Iglesia y de Dios.

Porque, repitamos, una multitud de hombres han salido vencedores de estos debates terribles, pero ninguno tal vez con más trabajo y, por lo tanto, con más honor y resplandor que Vicente de Paúl.. Ninguno, en efecto tuvo nunca que habérselas con un enemigo tan temible, pues tuvo por adversario precisamente a este Benedicto XIV, Próspero Lambertini, a la sazón abogado consistorial y coadjutor de Bottini, arzobispo de Myre y promotor de la fe, a quien su avanzada edad impedía asistir ya a las congregaciones. En presencia de un hombre así y de una vida tal, en un proceso tan digno de él, Lambertini pareció, si se puede decir, sentirse espoleado y querer desplegar todos los recursos de su estrategia teológica: Durante muchos años recurrió a todos los poderes del espíritu más fino, más desligado, más extenso que se vio nunca; agotó de alguna manera el inagotable arsenal de su ciencia para encontrar recursos siempre nuevos y siempre temibles contra la humilde y fuerte memoria que estaba en su presencia. Y cuando, hacia el final, los abogados de Vicente,

cansados de una pelea tan larga, parecían pedir gracia menos para su invencible cliente que para ellos mismos, Lambertini los relanzaba otra vez, y había que comenzar de nuevo los debates, hasta que por fin les revelaba el secreto de su plan de campaña y les dijo sonriente: “Yo había sondeado los riñones de mi adversario, y estaba seguro de que él saldría bien parado. No he querido más que darle todas las ocasiones de manifestar su fuerza y su virtud. Venga, ése es un santo!”

Ya Lambertini se había esgrimido valientemente en los debates preliminares sobre las dos dudas de validez y de relevancia; pero se reservaba más terrible en el fondo mismo de la causa, sobre la tesis de santidad.

IV. *Proceso' in genere' y ' ne pereant probationes'*. Firmada la comisión e introducida la causa, los postuladores hicieron vanos esfuerzos para obtener dispensa del proceso *in genere*, dispensa que no se otorga más que en las causas de los *mártires*, y nunca en las de los santos del rango de *confesores*. Obtuvieron solamente que se celebrara una comisión, contra la costumbre, el 5 de octubre; y entonces con la confirmación de la sentencia del ordinario, de non-cultu, se les entregaron cartas llamadas *remisoriales* para el proceso *in genere*. Iban dirigidas al cardenal de Noailles, a Artus de Lionne, obispo de Rosalie, y a Humbert Arcelin, antiguo obispo de Tulle⁸⁷⁸, con las cláusulas de que dos al menos de los tres asistirían siempre a la confección del proceso, y de que todo se terminaría en un año, a contar de la entrega de las cartas. Aprobadas por el papa el 12 del mismo mes, estas cartas remisoriales instituían una comisión revestida así de la autoridad apostólica. Iban acompañadas de cartas dichas *compulsorias*, que permitían consultar el proceso realizado por la autoridad del ordinario, en caso de muerte bien constatada de los testigos. Llevaban al final dieciséis artículos, sobre los cuales solamente Couty pedía que los testigos fuesen interrogados. Unas y otras fueron expedidas prontamente a París, con una última de Lambertini, quien instituía a Achille Tomassin sub promotor de la fe en la causa.

Expedidas estas cartas, y tomadas estas instituciones para la buena confección de los procesos subsiguientes, Couty partió de Roma y llegó a París el 14 de diciembre. El 31 ante tres jueces deputados, el sub promotor y el notario apostólico Anselme-Étienne Jousse, se había hecho exhibición de las cartas remisoriales, y el proceso *in genere* había comenzado. Dos días después empezaban las dificultades por parte del parlamento y del poder civil. El rey y su ministro de Torcy declaraban al cardenal de Noailles que se necesitaban cartas de adhesión del parlamento a las cartas remisoriales y que no se podía servir de éstas antes de que se probara que no contenían nada contrario a *las libertades de la Iglesia galicana*. Pero, por una memoria de Couty, presentada por el bate de Polignac, el rey, en su consejo, pronunció, el 22 de enero de 1710, que la patente de la congregación de los ritos no tenía “nada de contrario a los santos decretos y concordatos pasados entre la Santa Sede y el reino, a las franquicias, libertades e inmunidades de la Iglesia galicana, ni a los derechos de Su Majestad,” y ordenó que fuera ejecutada, según su forma y tenor, en toda la extensión del reino, país, tierras y señoríos de la obediencia de Su Majestad, sin ninguna dificultad

⁸⁷⁸ Humbert Ancelin, después de dimitir de su sede, se retiró a San Lázaro, hizo construir al fondo del cercado un bonito apartamento en el que permaneció hasta su muerte.

Se continuó pues trabajando en el proceso, Catorce testigos solamente fueron oídos, diez citados por el procurador de la causa, y cuatro de oficio. De este número fueron el cardenal César d'Estrées; François Bochart de Saron, obispo de Clermont; Jean-Baptiste Chevalier, consejero y subdecano de la gran cámara del Parlamento; Pierre Sailier, secretario del rey, y Nicolas Boutillier, director del colegio de Beauvais. Sus declaraciones fueron unánimes. Todos aseguraron bajo juramento que Vicente de Paúl había sido un hombre de una admirable caridad para con Dios y para con el prójimo; de un celo ardiente por la conservación y la dilatación de la fe católica; de una virtud que le había conciliado el respeto de la ciudad, de la corte y de Francia entera; añadieron que el fruto de sus milagros se extendía cada vez más y que su tumba era honrada por el concurso de los pueblos; concluyeron que su beatificación era un asunto que la Santa Sede podía emprender con toda seguridad, con certeza de que su éxito feliz no desagradaría más que a los jansenistas, ya que, decían ellos, "no había más que ellos que trataran de debilitar la reputación de santidad que el siervo de dios se había adquirido. "

Tal debía ser, en efecto, el único objeto de este proceso in género, proceso que decidía poco en cuanto al fondo, pero que servía únicamente para probar que la reputación de santidad del candidato propuesto a la Santa Sede se sostiene siempre, y que, a partir de la nueva difusión de los primeros procedimientos, no se ha presentado nada que se oponga a su continuación.

Este proceso, firmado y sellado, fue entregado en mano al caballero Chappe, que había venido a agradecer al rey, en nombre del cardenal Ottoboni, por haber enviado a esta Eminencia el breve de protector de Francia, y que estaba a punto de regresar a Roma.

Poco después, el 14 de abril de 1710, se comenzó en París, ante los mismos jueces y el mismo promotor, el proceso llamado *in specie, ne pereant probationes*. Siguiendo la promesa que se había hecho en el caso de la firma de la comisión para el proceso in género, se habían enviado cartas remisoriales al cardenal de Noailles y a los otros dos obispos el 9 de enero de 1710 para instruir este nuevo proceso, cuyo fin es recoger lo antes posible las declaraciones, no ya generales, sino detalladas, de los ancianos y valetudinarios a quienes amenaza la muerte cada día con llevárselos antes de que puedan venir al proceso dicho propiamente *in specie*. En la apertura de estas cartas, hubo la dolorosa sorpresa de ver que no concedían, para el proceso *ne pereant*, más que seis meses a partir de la firma, de los cuales ya había transcurrido más de la mitad. También Couty pidió a Roma una prórroga de otros seis meses, que se otorgó el 21 de junio para la congregación y aprobó por el papa el 16 de julio.

Gracias a la latitud dejada a la comisión, pudo ésta interrogar a más de sesenta testigos, de edades de al menos de sesenta años, de los cuales muchos tenían de ochenta a noventa. Algunos tuvieron varias sesiones, pues tan importantes y circunstanciadas eran sus declaraciones. Es lo que había previsto Couty y por ello había pedido cartas remisoriales para este segundo proceso in género. Vicente de Paúl había muerto hacía cincuenta años, no quedaban más que pocos testigos *de visu* que desaparecían todos los días. Y, en efecto, poco tiempo después, y mucho antes del juicio del proceso in género, los mejores se habían muerto.

Este proceso *in specie, ne pereant probationes*, no fue interrumpido por la muerte de Watel, ocurrida el 3 de octubre de 1710. Couty continuó actuando en

virtud de su primera procuración, sin pedir una nueva a Bonnet, nombrado vicario general de la Compañía. De otra manera habría sido necesario obtener en Roma una nueva procuración, ya que la compulsión de la copia con el original y las demás formalidades se hicieron después de la expiración de los seis meses añadidos por la congregación de los ritos, y que el total no se acabó hasta el 15 de abril de 1711.

Mientras tanto se trabajaba en Roma en el examen del proceso in género y, en ausencia de Couty era Philopald quien seguía este asunto. En virtud de un rescripto de la congregación del 19 de julio de 1710, aprobado el 4 de agosto por el papa, el proceso fue abierto el 22 de noviembre, y se declaró que constaba suficientemente de su validez y de la relevancia o renombre de santidad en general del siervo de Dios, y que se podía, por consiguiente, seguir adelante. El papa habiendo revestido esta decisión con su *annuit* el 9 del mismo año, cartas remisorias y compulsorias, otorgadas por la congregación el 12 de marzo y aprobadas por Clemente XI el 4 de abril de 1711 fueron dirigidas a la comisión parisiense de los tres obispos, al efecto de informar sobre la santidad de la vida, acerca de las virtudes y de los milagros in specie del siervo de Dios, con el término de un año.

V. *Proceso 'in specie'*. –*Apertura de la tumba*. Este proceso in specie fue comenzado en París el 28 de mayo. No se escuchó apenas más que a testigos sobre los milagros, en número de cincuenta y cuatro, el proceso *ne pereant* debía servir de complemento a éste. Luego, en virtud de las cartas compulsorias, se compulsaron algunas cartas de Vicente, las declaraciones de algunos testigos de visu a quienes la muerte había impedido declarar en *auctoritate apostolicâ*, como lo habían hecho bajo *auctoritate ordinariâ*, y por último las reglas comunes de la Misión.

Terminadas estas compulsorias, se fijó fecha para la apertura de la tumba de Vicente de Paúl, ceremonia rara, y que no tiene lugar (más que) una vez cada dos siglos. Las últimas cartas de delegación imponían excepcionalmente su obligación a los jueces. Ellos debían terminar sus procesos, no sólo con la apertura de la tumba de Vicente, sino también con una visita exacta de todas las partes separadas de su cuerpo que se pudieran hallar en la ciudad o en la diócesis de París, con prohibición, bajo pena de excomunión incurrida por el solo hecho, de no colocar nada en dicha tumba, ni de sacar nada, y orden de no admitir a esta visita más que a los testigos necesarios y de guardar sobre la situación de las cosas un inviolable secreto. Este secreto, por lo demás, es de derecho en todos los procesos instruidos por autoridad apostólica, y el cardenal de Noailles se lo había impuesto incluso a la comisión nombrada por el proceso informativo y de non-cultu. Medida sabia y necesaria en un asunto tan grave para impedir entre los testigos toda cábala y toda colusión.

El 12 de febrero de 1712 había sido escogido para esta visita a la tumba. Pero la muerte de la Delfina, la duquesa de Bourgogne, ocurrida ese día, habiendo acudido la víspera el arzobispo a Versalles, fue pospuesta al 19. La víspera también había muerto el Delfín. No obstante el cardenal de Noailles pudo regresar a París el 18 por la tarde y, al día siguiente, a las dos de la tarde, se trasladó a San Lázaro con el antiguo obispo de Tulle⁸⁷⁹, Achille y Claude-François Thomassin, sub promotores de la fe, Pierre Alexandre Mattot, doctor-

⁸⁷⁹ El obispo de Rosalie no los pudo acompañar, porque se hallaba de funciones ese día ante los cuerpos del delfín y de la delfina.

regente en medicina, Jean-Baptiste Bessière, cirujano jurado y, además cirujano ordinario del rey y de los campamentos y ejércitos de Su Majestad, Jean Bonnet, superior general de la Congregación de la Misión, Jean Couty, procurador de la causa, Peregrin de Negri, sacerdote italiano de la Compañía, y tres Hermanos coadjutores que debían abrir la tumba y sacar el ataúd.

Tales son los únicos asistentes designados en el proceso; pero se encontró también en esta ceremonia Le Pilleur, obispo de Saintes, el abate de Beaulieu, capellán del cardenal de Noailles, el caballero Monnier, uno de sus gentilhombres, y los Srs. Faure, Hombert, Figari, Chêvremont, DUSART y de Saint-Paul, quienes todos, como los testigos oficiales, prestaron juramento de guardar un secreto religioso.

La razón del secreto también es manifiesta aquí. Aunque Roma no exija la integridad de los cuerpos de los siervos de Dios que canoniza, porque sabe que del único Santo de los santos se ha dicho: *Nec dabis Sanctum tuum vidre corruptionem*, no se puede desconocer que la preservación excepcional contra la corrupción de la tumba no sea un prejuicio favorable de santidad, y que la disolución de un cuerpo que va a ser colocado en los altares no sea de naturaleza que impresione penosamente la imaginación irreflexiva de los pueblos.

No obstante, sobre el juramento e André Ruffe y de François Vertou, sacerdote y hermano de la Congregación, presentes en la sepultura, que allá Vicente había sido inhumado el 28 de setiembre de 1660, el ataúd es retirado de la tumba en medio del silencio religioso de los asistentes, repartidos entre el temor y la esperanza. ¿En qué estado va a aparecer Vicente a sus ojos?. Hace casi 52 años que está enterrado, y en una iglesia en la que nunca se han encontrado cuerpos enteros. ¿Le ha dejado Dios o le ha arrancado a los estragos de la muerte?

Colocado al fin en un estrado, el ataúd es abierto. Un grito de júbilo parte de de todas las bocas y de todos los corazones, la muerte una vez más ha sido *absorbida en su victoria*, y ha debido respetar a Vicente de Paúl! Después de que todos hubieron satisfecho su devoción y su piadosa curiosidad, los expertos comenzaron su examen. Visitaron sucesivamente la cabeza y todos los miembros, hicieron, en términos de arte, una larga descripción y un informe jurídico, que terminaron de esta forma: "Por último, podemos testimoniar, como lo hacemos, que hemos encontrado un cuerpo entero, y sin ningún mal olor." Los testigos añadieron otros detalles, por ejemplo sobre el estado de las ropas del santo sacerdote, que parecían salir del comerciante. El cardenal de Noailles frotó entre sus manos la sotana, y dijo sonriendo que era de buena tela. Vicente estaba mejor vestido de muerto que en vida: no había podido impedir a la piedad de sus hijos de envolver sus despojos mortales en una de aquellas sotanas nuevas, que, en vida, él sabía tan ingeniosamente apartar⁸⁸⁰.

⁸⁸⁰ Los procesos verbales una vez cerrados, los testigos se ven libres de su juramento. Por eso, uno de ellos, el Misionero DUSART, pudo escribir en una carta este relato de la apertura de la tumba: "Cuando se abrió el ataúd del Sr. Vicente, le encontraron entero, con su sotana y medias. Sólo los ojos y la nariz estaban consumidos. Yo le conté dieciocho dientes, nueve arriba y otros tantos abajo. Como no quisieron colocarle fuera del ataúd, por miedo a que los huesos se dislocasen, y que no se tocó la sotana, no se pudieron ver bien todas las partes del cuerpo, que parecían estar aún con carne y hueso. Se levantó solamente una paleta del estómago, que habían abierto cuando se sacó el corazón y las entrañas. Los que se aproximaron más, veían mejor que yo aseguran que vieron el hígado todo bermejo. En cuanto a mí, yo palpé su brazo y su mano derecha, que tiene carne y hueso, pero desecada y con las uñas. Lo que es cierto es que los gusanos no han estado nunca en su ataúd, ya que la sotana parecía húmeda y untuosa, sin

Después de la visita de la tumba, del corazón y de las demás reliquias, se colocó todo en el mismo estado de antes, y se acabó el proceso, que fue sellado el 31 de marzo de 1712, y enviado inmediatamente a Roma. Estaba acompañado de cartas de los tres comisarios que daban cuenta al papa de su gestión. “El asunto del que Vuestra Santidad ha tenido a bien encargarme, decía en sustancia el cardenal de Noailles, es tan importante en sí misma y tan conforme a mi inclinación, tanto por la estima que profeso al venerable siervo de Dios, como por los grandes bienes que hace todavía en mi rebaño por las buenas obras de las que ha sido el fundador que, si bien el cuidado de mi vasta diócesis y dos asambleas del clero me hayan dado muchos trabajos, no he dejado sin embargo de estar presente en persona en un gran número de sesiones de los dos últimos procesos y, cuando no he podido asistir, he recibido información por los otros dos comisarios. Puedo asegurar y atestiguar, como lo hago, a Vuestra Santidad y a la Congregación de los ritos, que se ha observado en el curso del procedimiento todas las reglas prescritas por Urbano VIII y por Inocencio XI. Todo lo que se ha expuesto con referencia a la virtud y los milagros del siervo de Dios lo ha sido por testigos dignos de fe, y en los cuales ni yo ni otro cualquiera no hemos advertido nada que pueda en modo alguno hacerles sospechosos. Si tantas personas de toda condición han rogado a Vuestra Santidad colocar a Vicente de Paúl en el número de los bienaventurados, yo tengo más interés que ellos en pedir la misma gracia, por haber tenido el honor de presidir el gobierno espiritual de una ciudad y de una diócesis que se honraron en disfrutar más que todos los demás de la presencia de este digno sacerdote de Jesucristo, que poseen sus preciosos despojos, que han tenido y tienen todavía una parte especial en los frutos de tanteas santas acciones que él ha emprendido, o de las cuales él ha sido el promotor. Así, Santísimo Padre, no contento con las súplicas que he presentado en el trono de Vuestra Santidad, conjuntamente con el clero de Francia, en la carta que he firmado en su nombre, me tomo la confianza de dirigirle otras nuevas. Son las más grandes, las más vivas, las más fuertes que puedan partir de un corazón que, en este asunto, no busca sino la gloria de Dios y el honor de sus siervos.”

Los otros dos obispos comisarios, en su carta común, hablan en términos poco más o menos parecidos del brillo de santidad que ha brotado de todo el procedimiento y de la aclamación general que acogerá a la sentencia pontificia.. Los dos sub promotores de la fe escriben por su parte a Prosper Lambertini para rendir homenaje a la probidad, a la piedad y al celo religioso de los testigos que han citado de oficio.

VI. *Proceso en Roma. –Decreto de heroicidad de las virtudes.* Couty siguió pronto el proceso en Roma adonde llegó el 21 de julio de 1712, tuvo una audiencia con Su Santidad a quien presentó una nueva carta de la última asamblea del clero de Francia. A esta carta unió otra de las Damas de la Caridad, que ofrecían al Papa una hermosa estola bordada en oro. Clemente XI recibió la estola y la llevó en las grandes ceremonias que siguieron. Como respuesta, dirigió a las Damas un breve por el que les concedía indulgencia

tener ningún olor, y era tan fuerte como cuando se le puso en el ataúd de plomo. El médico y el cirujano que realizaron su proceso verbal del estado del cuerpo, y lo examinaron cuidadosamente todo que no se podía conservar en este estado naturalmente, desde hacía cincuenta años.” (*Hist. générale mss. de la congrégation de la Mission*, p. 646.)

plenaria y perpetua, breve que éstas hicieron enclavar ricamente para ser expuesto en la sala de sus asambleas.

El mismo día, Couty remitió al cardenal de La Trémoille dos nuevas cartas del rey, una para el Papa, la otra para él, y las dos a favor de la beatificación de Vicente de Paúl. Algunos días después, dirigía una a Luis XIV, escrita con el mismo fin, al cardenal Ottoboni, protector de Francia. Ninguna glorificación, después de la suya propia, que Luis XIV haya tomado con tanto empeño como la del más humilde, pero, es cierto, la del más santo y el más bienhechor de sus súbditos!

El 20 de agosto siguiente, Couty pidió la apertura del proceso y la revisión de los escritos. Lo que el Papa concedió el 27. En consecuencia se abrió el proceso y, reconocidos los sellos, se trabajó en traducirlo y en copiarlo. Durante ese tiempo, Couty preparaba las escrituras de su validez. El 1º de julio de 1713, la Congregación de los ritos declaró que todo se había hecho conforme a las reglas, y aprobó al mismo tiempo los procesos realizados por autoridad del ordinario, cuyos postuladores querían extraer, en beneficio de la causa, las declaraciones de los testigos muertos antes de los procesos hechos por la autoridad apostólica. En esta misma sesión, el cardenal de La Trémoille refirió que había designado a dos teólogos para examinar las reglas y las cartas de Vicente de Paúl, y que no sólo no habían hallado nada contrario a la fe ni a las buenas costumbres, sino que todo en ellas respiraba la piedad, la humildad y la caridad. Sobre el informe conforme de Tedeschi, prosecretario de la Congregación, el Papa ratificó, el 6 de julio, la validez del proceso.

Nada se había hecho aún, ya que faltaba pronunciarse sobre la heroicidad de las virtudes del siervo de Dios y sobre sus milagros, es decir debatir la verdadera tesis de su santidad. Jean Couty, siempre bien recibido en Roma y lleno de esperanza, escribía a su superior J. Bonnet que el asunto no pedía más de cuatro o cinco años. Iba a pedir más de quince, y Couty no debía llevarlo él mismo a buen fin. Pero nombrado más tarde a la cabeza de la Compañía, a su generalato le estaba reservado el honor de inscribir en sus fastos la canonización de Vicente de Paúl.

Sobre un nuevo informe de La Trémoille del 21 de abril de 1714, la Congregación pronunció que no había nada ni en las cartas del siervo de Dios, ni en las reglas dadas por él a sus dos Compañías, ni en sus reglamentos de sus Cofradías de la Caridad, que impidiera seguir adelante, lo que el Papa aprobó el 4 de mayo siguiente.

El 22 de enero de 1715, se planteó la duda: "Si constaba de las virtudes tanto teologales como cardinales del siervo de Dios en grado heroico." Punto capital que se trató siempre en tres Congregaciones: Una llamada *antepreparatoria* en el palacio del cardenal ponente o reportero de la causa, en presencia de los consultores y de los maestros de las ceremonias; la otra *preparatoria*, en el palacio apostólico delante de los mismos oficiales y de todos los cardenales; y la tercera general o definitiva, celebrada ante el Papa, en la que se pronuncia al fin sobre la causa.

El 22 de enero de 1715, la congregación ante preparatoria se celebró ante el cardenal de La Trémoille. Lambertini atacó duramente en ella la heroicidad de las virtudes, y buscó en la causa una multitud de defectos y de obstáculos. Se tuvo de nuevo conocimiento de algunos escritos de Vicente, y la congregación dio la facultad a La Trémoille de nombrar a uno o varios teólogos para efectuar una tercera revisión. El 12 de junio de 1717, el cardenal ponente hizo su

informe sobre este punto y, por última vez, la congregación juzgó que se podía pasar adelante, salvo el *annuit* del Papa, que fue otorgado el 10 de julio siguiente.

Entretanto los postuladores y los abogados de la causa, mientras preparaban sus respuestas a las objeciones del promotor de la fe, solicitaban la reunión de la congregación preparatoria. A pesar de todas sus diligencias, ésta no se tuvo hasta el 18 de diciembre de 1717.

Y a pesar de todo, en el intervalo, el clero de Francia, reunido en una asamblea general en París, había dirigido al Papa esta tercera instancia, con fecha del 22 de octubre de 1715.

“Santísimo Padre,

“Dirigimos de nuevo y por tercera vez a Vuestra Santidad las insistentes súplicas del clero y los muy ardientes votos de toda Francia, y mantenemos la confianza de que no desaprobará este celo animado a la vez por el motivo de la gloria de Dios y de la utilidad del pueblo a nosotros confiado. Y si bien no podría escapar a alguna sospecha de importunidad, no podría desagradar al vicario de Cristo, que sabe que Cristo mismo no concede nada más que a los que se lo piden con importunidad. Por ello, lo que, en las dos últimas asambleas del clero de Francia, hemos pedido humildemente a Vuestra Santidad, a saber: que se dignara inscribir en el catálogo de los santos a Vicente de Paúl, institutor y fundador de la congregación de la Misión, hombre que tanto ha merecido de la religión y de la Iglesia, nos atrevemos a pedirle hoy con tanto más ardor porque el largo y severo examen de su vida muy inocente y muy santa ofrece las pruebas más ilustres y menos ambiguas de todas sus virtudes.”

Después de un cuadro de las virtudes y de las obras de Vicente de Paúl, el clero de Francia continúa: “Tales son, Santísimo Padre, los grandes motivos que piden para este hombre tan buen merecedor de los honores que tributamos a los que son contados entre los hijos de Dios, y cuya herencia está entre los santos. Como todas estas cosas, difundidas por toda Francia, han acordado ya al fundador de la congregación de la Misión la reputación de santidad, no se espera más que vuestro juicio para darle el título de santo y rendirle un culto religioso. Que sea permitido al clero de Francia prometerse esta gracia de Vuestra Santidad, la cual abatiendo recientemente el error ha procurado ya un honor tan grande a la religión.”

En la congregación del 18 de diciembre de 1717, Lambertini renovó, y con más ardor y ciencia que nunca, todos sus asaltos, y dirigió particularmente todos sus esfuerzos sobre el punto del jansenismo. Al responder al resto, los abogados debieron enfocar todas las fuerzas de la defensa hacia ese punto, y redactaron un resumen de todo cuanto se había dicho ya, en pro y en contra, en el curso del proceso, para ponerlo a la vez a los ojos de los consultores. La congregación reconoció entonces la heroicidad de las virtudes. Dos consultores tan sólo pidieron sobre dos asuntos temporales, de los cuales uno era el de Saint-Méen, aclaraciones que les fueron dadas más tarde sobre documentos auténticos. Después de estos debates, tan bien llevados por una parte y por la otra, después de un reconocimiento semejante de la heroicidad de las virtudes del siervo de Dios, parece que se debía llegar pronto a la congregación definitiva: se esperó cerca de diez años. Habiendo querido Clemente XI que se dieran congregaciones a las de más causas de beatificación y de canonización

entonces entabladas, la de Vicente de paúl se quedó suspendida durante el resto de su pontificado.

Esta larga suspensión tuvo como causa también los disturbios que estallaron con ocasión de la bula de *Unigenitus*, y el descontento en que se hallaba Roma por el estado de la Iglesia de París, y sobre todo por las incertidumbres y tergiversaciones del cardenal de Noailles. Habiendo dado el cardenal de La Trémoille, el 1º de enero de 1720, un mandato en el declaraba que el Papa no había querido, por su constitución, perjudicar al tomismo, Couty creyó que el cardenal de Noailles consentiría en publicar en ese sentido su adhesión a la Bula y con el asentimiento del Papa, que le dio incluso mil escudos para su viaje, partió para París. habiendo lo grado su negociación, reemprendió el camino de Roma, donde esperaba encontrar en adelante disposiciones más favorables. Pero el cardenal de La Trémoille había fallecido durante su viaje. Clemente XI murió asimismo el 19 de marzo de 1721. El sucesor Inocencio XIII no hizo nada durante su breve pontificado, por la causa de Vicente de Paúl, más que subrogar a La Trémoille por el cardenal Paulucci a quien tenía por afecto. Benedicto XIII, elegido papa en 1724, comenzó por declarar, como lo había hecho Clemente XI, que había que asignar congregaciones a las causas pendientes, de las que muchas preferían se adelantase la de Vicente de Paúl, y que además no quería oír hablar de beatificación antes de que no se diese curso a las canonizaciones que estaban pendientes. Era sin embargo este pontífice quien debía proclamar bienaventurado al fundador de la Misión.

El 19 de febrero de 1724, Couty había sido reemplazado en Roma , y como procurador de la causa, Guillaume Vieillescases, quien, a pesar de sus achaques, trabajó en ello con una actividad maravillosa. Fue bien secundado por los cardenales franceses de Polignac y de Gesvres, señaladamente por el cardenal de Polignac⁸⁸¹, quien, el 29 de julio de 1726, sucedió como ponente al cardenal Paulucci, fallecido. Por otro lado, la corte de Versalles renovó sus instancias y, hacia finales de ese año de 1726, el joven Luis XV escribió a Benedicto XIII:

“Santísimo Padre,

El rey mi bisabuelo escribió al Papa Clemente XI para rogarle que fuera favorable a la beatificación del venerable Vicente de Paúl, institutor de los sacerdotes de la Misión en mi reino. Me aseguran hoy que este asunto, pendiente en el tribunal de Vuestra Santidad, está a punto de encauzarse en una tercera congregación sobre lo expuesto acerca de las raras virtudes de este santo hombre. Él perteneció al consejo de conciencia de la reina Ana de Austria, dejó excelentes ejemplos en la corte y en todo el reino, y formó una compañía de sacerdotes que trabajan por todas partes con mucho celo y edificación; pero singularmente aquí en Fontainebleau, y en muchos otros lugares donde fueron establecidos por el difunto rey, y donde yo me siento satisfecho de sus servicios. Os ruego que tengáis a bien favorecer en una ocasión que no puede por menos de ser agradable a Vuestra Santidad, útil a toda la Iglesia y gloriosa a mis Estados, y estéis plenamente persuadido del respeto filial con el que soy , Santísimo Padre,

Vuestro Muy devoto hijo

El rey de Francia y de Navarra,

⁸⁸¹ El cardenal de Polignac, arzobispo de Auch, se gloriaba de ser el metropolitano de Vicente de Paúl y de haber permanecido en otro tiempo en los Bons-Enfants, de donde había sido enviado como embajador a Polonia.

Luis.”

En Versalles, el 8 de diciembre de 1726.

La reina María Lezcinska escribía por su parte:

“Santísimo Padre,

Los Misioneros de la Congregación habiendo obtenido del rey, nuestro muy honorable señor y esposo, su recomendación ante Vuestra santidad para la beatificación del venerable Vicente de Paúl, su fundador, os suplicamos de muy buena gana por esta carta que les seáis favorable en este piadoso plan. La sabiduría, la prudencia, la piedad de este siervo de Dios le hicieron en el pasado ser querido de los reyes Luis XIII y Luis XIV, y le facilitaron , durante la regencia de la reina Ana de Austria, el honor de ser admitido en el consejo de conciencia, en el que sirvió muy fiel y útilmente a Sus Majestades por sus buenos consejos, y al reino por los muy raros ejemplos de virtud, de caridad y de humildad, así como por el establecimiento de la congregación de la Misión para la salvación de los pobres pueblos del campo, y para la buena y santa educación de los eclesiásticos en los seminarios. Esperamos que tan poderosos motivos, unidos a la petición que hacemos a Vuestra Santidad, la lleven a conceder esta gracia, pues es para la mayor gloria de Dios y utilidad de la Iglesia. aseguramos a Vuestra Santidad que sentiremos la mayor gratitud, y que pediremos a Dios, Santísimo Padre que conserve a Vuestra Santidad por largos y felices años en el régimen y gobierno de su Iglesia.

Vuestra devota hija

La reina de Francia y de Navarra,
María.”

Escrito en Versalles, el 16 de diciembre de 1726.

Por fin, tras instancias de tan enorme peso, escrituras, trabajos, gestiones increíbles, por parte no sólo de Vieillescasses como de los abogados y de los procuradores, la congregación general se celebró ante el Papa, el 16 de setiembre de 1727. El cardenal de Polignac enunció la duda si constaba de las virtudes heroicas , tanto teologales como cardinales y de sus anexas, del venerable siervo de Dios, en el caso y para el efecto de que se trataba, y la congregación, después de una deliberación de cinco horas , respondió; Sí, con una unanimidad sin ejemplo. Seis días después, el 22 de setiembre, el Papa ordenaba publicar el decreto.

VII. *Proceso de los milagros.* Este decreto decidía de la santidad de Vicente de Paúl, pero no del culto público que darle. La Iglesia no discierne sobre los honores solemnes a todos los que considera como bienaventurados, por ejemplo a los niños muertos después de su bautismo, sino solamente a aquellos de quienes Dios declara querer la glorificación en la tierra como en el cielo, concediéndoles el privilegio de los milagros. Un nuevo proceso debía entonces abrirse sobre los milagros atribuidos a Vicente de Paúl.. Ya , en vida del santo, se le había reconocido el don de las predicciones y de las curaciones sobrenaturales. Se ha hablado en otra parte de las predicciones relativas a Martín Husson, a D’Aranthon d’Alex y a Edme Jolly. Elisabeth de Chaumont, religiosa de la Visitación, ha declarado que el santo, llegado un día a visitar a su madre en Saint-Germain, le preguntó una de sus hijas por la Vistación de Santa María: “Nos hizo ir a todas a su presencia, añadió ella.. Colocó la mano en mi cabeza, diciendo: “Es ésta”. Durante su noviciado, Elisabeth estuvo muy

atormentada, y hasta el mismo día de su profesión. Pero apenas había pronunciado los votos en presencia de Vicente, cuando, a la pregunta ordinaria de éste: “¿Cómo está vuestro corazón?” ella debió responderle con el versículo del salmo: “En proporción con los dolores de mi corazón, vuestros consuelos han regocijado mi alma⁸⁸².”

Igualmente, a Jeanne Hervier Vicente predijo dándole una medalla, que ella sería un día Hija de la Caridad, lo que tuvo lugar nueve o diez años después de su muerte; a Parmentier, que a los veinte años hacía sus ejercicios espirituales en San Lázaro, que no pensaba nada en el estado eclesiástico, que sería sacerdote, Misionero y director de un seminario de la Compañía; y que luego la dejaría para ser empleado en obras grandes en las que él no encontraría ningún consuelo humano: y, en efecto, Parmentier, después de pasar diez años en la Misión, y dirigir los seminarios de Annecy, de Agde y de Marsella, fue empleado por el arzobispo de París, Harlay de Champvallon, en la erección de un hospicio para sacerdotes, que debió abandonar al fin por no encontrar consuelo.

Una predicción más notable todavía es aquella de la que fue objeto la señorita Marthe du Vigean. Encontrándose enferma la marquesa su madre, Vicente fue a visitarla y, a falta de la marquesa, fue reconducido por la joven Marthe. “Señorita, le dijo el santo en el trayecto, vos no estáis hecha para el mundo. – Yo, respondió la joven, yo no siento ningún gusto por la vida religiosa, y os pido por favor, padre, que no pidáis a Dios, vos quien tanto crédito tiene ante él, que me haga cambiar de sentimientos.” En efecto, en aquella época la joven Du Vegean, celebrada por Voiture y todos los poetas por su belleza y también por su virtud, era el objeto de la única pasión que jamás haya sentido tal vez el duque de Enghien, el futuro gran Condé, y ella no había perdido toda esperanza de desposarse con él un día. A su respuesta tan fresca y tan ingenua, Vicente sonrió y no repuso nada. Pero al poco tiempo, no habiendo podido romper su matrimonio con Claire-Clémence Maillé de Brezé, sobrina del cardenal de Richelieu, tan digna de él, por otra parte, por su entrega y por su valor, Marthe du Vigean no queriendo ser suya sino por una unión legítima, se separaron y, en 1647, la señorita du Vigean, por entonces de 25 años de edad, se retiró al convento de las Carmelitas de la calle de Saint-Jacques, donde murió, joven aún, en 1665. Fue tres meses después de la muerte de Vicente cuando entregó y firmó con su propia mano este testimonio⁸⁸³.

No menos numerosas que las predicciones se cuentan, en la vida de Vicente de Paúl, las curaciones bien físicas bien morales. Se ha hablado también de esta visitandina en otra parte, a quien contribuyó a curar en 1637 de su tentación de blasfemia y de desesperación. En un viaje que hizo poco después a Troyes, y en una visita que realizó en esta ocasión a la superiora de la Visitación de esta ciudad, se enteró de que el demonio de la envidia había vuelto a una de estas hermanas extravagante y furiosa, hasta el punto que se temía un desenlace trágico. Le hace presentarse y escucha con bondad y compasión el relato de sus penas; y acabada la conversación: “Váyase, hija mía, le dijo golpeando con la mano la rejilla del locutorio; ya nunca os veréis atormentada.” En efecto, al cabo de algunos años tranquilos y edificantes, esta hermana, ya de edad, murió con la dulzura de un niño.

⁸⁸² *Summ.*, p. 372.

⁸⁸³ *Summ.*, p. 370.

La pacificación de las conciencias atribuladas era el don de la gracia de Vicente. Un eclesiástico atormentado con escrúpulos que no le dejaban ningún reposo, hacía su retiro en San Lázaro. Habiéndole visto el santo en este triste estado: “Voy a pedir a Dios por vos, Señor, le dijo; pedidle vos también.” –“En el espacio de un *Miserere*, contó luego el eclesiástico, me encontré tan tranquilo que en mi vida había gustado de una dulzura interior tan grande⁸⁸⁴.

Un joven clérigo de San Lázaro sufría de un dolor de cabeza que le impedía todo estudio. Como la mujer del Evangelio, se dijo de Vicente: “Si puedo tan sólo tocar la orla de su manto, me curaré.” Le tocó y se curó efectivamente⁸⁸⁵.

Vicente mismo más de una vez se vio objeto de una protección milagrosa de Dios. Así, un día cuando atravesaba el antiguo claustro de San Lázaro, una bala de arcabuz cayó estropeada y aplastada a sus pies. “Les prohíbo, dijo a sus dos compañeros hablar de esto nunca.”

Pero fue sobre todo después de su muerte cuando tuvo a bien manifestar su gloria, como se la había manifestado a sí mismo la gloria de Francisco de Sales y de santa Chantal. La manifestó, ya lo hemos visto, a Gilbert Cuissot; y se la manifestó también a Henri de Maupas, su panegirista, quien, confuso, antes de partir para Roma, por su cargo y su sobrina, sólo tuvo una cosa que pedir en la tumba del santo, para ver al conde Coligny venir a pedirle a la sobrina en matrimonio, y a un eclesiástico proponerle que tratara de su gran capellanía de la reina madre.

Aquí van manifestaciones más perentorias. En octubre de 1661, Marie André, mujer de Christophe Laurence, gentilhomme de Bretaña, fue atacada de una fiebre continua, escupía sangre y sentía sofocos. Incapaces de curarla, los médicos la abandonaron. Se enteró entonces de la muerte reciente de Vicente de Paúl, y de las curas que ya opera. El 10 de diciembre comienza una novena ante una imagen de Vicente, mientras que su marido va a oír todos los días la misa en el seminario de Tréguier, dirigido por los hijos del santo sacerdote. el noveno día la fiebre cesa, pero el vómito sigue. Ella pide a Le Blanc, director del seminario, un poco de agua donde se haya humedecido una ropa de teñida de sangre del siervo de Dios. Bebe durante cinco días y ya no sangra por la boca; pero sangra por dos abscesos, es verdad, pero pronto éstos se cierran y, sin ningún otro remedio, la enferma recobra una salud perfecta.

En 1668, es un criado de la casa de Saint-Charles, quien atacado de una pleuresía completa y ya en la agonía, es curado repentinamente por la aplicación que le hace un joven Misionero, Jean Polly, de un corazón trazado con la sangre de Vicente de Paúl.

Ya en Saint-Charles algunos días después de la muerte del siervo de Dios, un joven pensionista, a quien un cirujano torpe había cortado la arteria, había visto su sangre detenida de repente por una aplicación semejante⁸⁸⁶.

Hébeet, obispo de Agen, que cuenta este hecho, añade haber visto él mismo con toda la casa de San Lázaro, a un sacerdote llegado de Lyon a París con el fin de agradecer a Vicente en su tumba por la curación de una incurable hidropesía.

En Riom, es Margarita Ribeyre, mujer de Chabre, lugarteniente criminal, quien es curada de una fiebre continua y acompañada de delirio, por atarle a la cofia una carta de Vicente⁸⁸⁷.

⁸⁸⁴ Memoria de Alix, párroco de Saint-Ouen-l’Aumône, editor del *Hortus pastorum*,

⁸⁸⁵ Carta de Wateblé del 6 de noviembre de 1697.

⁸⁸⁶ Carta de Hébert, obispo de Agen a Clemente XI..

En Lyon, es Charles Demia, vicario general, quien se libra de un violento mal de cabeza sirviéndose de su peine enviado por Almeras.

Luisa de Varenne, viuda del senescal de Richelieu, quien había estado bajo la dirección de Vicente de Paúl, le había oído hacer predicciones justificadas por el suceso, ya había sido curada ella misma de una fiebre continua por la simple aplicación de un trozo de tela humedecido en la sangre de su director recientemente fallecido, curó a su vez a la pequeña hija del procurador Joseph Pinet, enfermo de muerte, colocándole en la cabeza una de sus vendas que había recibido de un hermano de la Misión.

Los elementos mismos cedieron al poder del fiel siervo de Aquel que había mandado a los vientos y a la mar. La víspera de Pascua, 3 de abril de 1706, el fuego se produjo en el bosque de La Vallière y de Vaujour, en Anjou y, favorecido por un viento impetuoso, hubiera consumido en poco tiempo cuarenta arpendes. Sobre la linde del bosque había una casita perteneciente al hospital de Luble y habitada por una pobre viuda y cinco pequeños. Una Hija de la Caridad, empleada en este hospital, corre a la casita para conservar si es posible, a los pobres este pequeño bien y salvar a estos desdichados. Ella está ya amenazada por las llamas que avanzan con furia. Destituida de todo auxilio humano, la hermana, se pone a rezar y se dirige a Vicente en nombre de la ternura que Dios le había dado para todos los miserables. Al mismo tiempo, coloca a cierta distancia un trozo de la casulla del santo sacerdote, y prohíbe a la llama que siga adelante. Como la mar ante el grano de arena, la llama ardiente se para en seco ante el débil límite puesto por la fe, y se retira.

Por fin, tan bien como su Maestro, el siervo de Jesucristo dio a conocer su poder a los demonios.

En la parroquia de Sonac, en la diócesis de Cahors, había una joven de condición, llamada Margarita Darcimoles, cuya posesión había sido declarada real por el piadoso y sabio obispo Nicolás Sevin. Éste el mes de mayo de 1663, nombró al canónigo regular Étienne Guinguy para hacer los exorcismos de la Iglesia. Guinguy se fue a Sonac con un joven clérigo, Pierre Rivière, a quien Nicolás Talec, superior del seminario, le había dado por acompañante. El Padre quiere confesar a la posesa: el demonio la atormenta más. “Déjala en libertad, dice el exorcista. –Sí, libertad, responde el maligno espíritu, para hacer bajar el fuego del cielo y quemarme.” Guinguy le presiona un poco por los méritos de de varios santos; y resultando todo inútil, le viene al pensamiento conjurarle de Vicente de Paúl, de quien Alain de Solminihac le había hablado con frecuencia. En nombre de Vicente: “Cállate, cállate!” exclama el demonio echándosele al cuello. El exorcista se desprende de sus abrazos y multiplica los conjuros. Entonces el demonio en alta voz: “Vicente, dice, se alimentó en la tierra con un alimento que es el veneno de nuestro infierno: es la nada, el aniquilamiento de sí mismo, es de esa nada de la que ha vivido Vicente, y hoy vive de la plenitud de la gracia. La nada hace morir y hace vivir; hay que morir al mundo, hace vivir a la gracia. –Aunque seas el padre de la mentira, dice el sacerdote, acabas de decir la verdad. –Ah, replica el demonio, cómo quisiera haber mentido!”

Entretanto Guinguy, para acabar de aprovecharse de su ventaja, cree deber llevarse a la señorita Darcimoles a la iglesia; ella se queda inmóvil a la entrada del cementerio. Él recurre de nuevo al hombre de Dios: “Vicente, Vicente,

⁸⁸⁷ Carta de Chabre, del 17 de febrero de 1699.

exclama por fin el demonio vencido, tú has sido elevado al cielo, y yo estoy hundido en el infierno!", y suelta la presa.

Vicente de Paúl no podía excluir de su caridad universal, dilatada todavía en el seno del Dios de amor, a la doble familia a la que tanto había amado en la tierra. En efecto, sus hijos y sus hijas continuaron siendo los objetos privilegiados de su poderoso afecto.

En enero de 1689, tres Hijas de la Caridad, Jeanne Gobin, Margarita Mille y Margarita Thomas, se habían embarcado en Burdeos para ir a Langon, de donde se debían dirigir a Pau, con el fin de comenzar allí una fundación. Súbitamente la embarcación es agitada por una violenta tempestad. Los pasajeros piensan en tirarse al agua para salvarse a nado. En medio de la desesperación de todos, las hermanas se dirigieron a Dios, por los méritos de Vicente y de la señorita Le Gras. Enseguida, la barca. Ya muy entrada en el mar, es arrojada por el viento sobre la arena, y todos pueden ganar la orilla a pie enjuto.

En 1667, Radegunda Lanfantin fue así salvada en el Sena. En 1670, Jeanne Luis fue curada repentinamente, al cabo de una novena, de un tumor desesperado que no le permitía arrodillarse; en 1661, había salido sana y salva, después de invocar a su venerado Padre, de debajo de una puerta cochera que, caída sobre ella, la habría debido aplastar. Otra Hija de la Caridad fue curada, en el hospital de Saint-Germain, por el crédito del siervo de Dios, de una parálisis incurable, que le quitaba el uso de la palabra y de sus miembros.

Cuántas más fueron devueltas de la misma manera al servicio de los pobres!.Y, al mismo tiempo, cuántos Misioneros, en Francia, en Italia y hasta en China, fueron tratados por su Padre como hijos mayores! Testigo Jean de Croisilles quien, partido para Toul en julio de 1660, incapacitado de brazos y de piernas, nada más llegar, pidió a quien le había enviado, y obtuvo inmediatamente la fuerza para desempeñar su misión. Testigo Claude Gérardault quien, enfermo de peligro en Notre-Dame de la Rose se sintió curado por la aparición del santo, al tocarle con una mano la espalda y el pecho con la otra. Testigo Jean Le Hal quien se vio libre de una fiebre pertinaz, de un violento dolor de cabeza y de varias incomodidades, aplicándose un trocito del doble de un bonete de Vicente. Testigo el joven clérigo Roger Houssaye, a quien una fiebre intermitente lo dejó al comenzar una novena sobre su tumba. Testigo Jean-Baptiste Le Vacher, quien antes de una novena parecida se vio curado de un hidrocele que los más hábiles médicos habían agravado con sus esfuerzos, y desesperaban de curar ni siquiera al precio de operaciones peligrosas. Testigo por último otro clérigo de San Lázaro, René Abot, quien atormentado por toda clase penas interiores que amenazaban a la vez su vida y su razón, y hallado en este estado, en una carrera insensata, por el hermano sacristán fue conducido ante el corazón de Vicente; y allí, después de una oración acompañada de lágrimas, recobró una paz desde entonces imperturbable, y pudo durante dieciocho años, servir de apóstol en la Isla de Bourbon..

Manifiestos que fueran todos estos milagros, no son sin embargo los que se presentaron en el examen de la Congregación por los postuladores de la causa. De éstos y de varios más, en número de cincuenta y seis, escogidos entre mil parecidos, se contentaron con elaborar un sumario que unieron, en forma de suplemento, a los ocho siguientes considerados como los más resonantes, más incontestables, o de un control más fácil.

El primero se realizó en Claude-Joseph Compoin, joven del barrio de Saint-Marceau quien, privado por completo de la vista desde hacía dieciocho meses a consecuencia de una amaurosis, y llevado a San Lázaro por su madre por consejo de la piadosa Julie Henault, interrumpió, el primer día de una novena la oración materna con estas palabras: “Madre, veo a una dama delante de mí. - ¿De qué color es su vestido? –Rojo.” En efecto, una mujer así vestida rezaba entonces en la tumba. El joven Compoin regresó solo a su casa y anunció él mismo a su padre y a todo el barrio su curación maravillosa.

Marie-Anne l’Huillier, joven de ocho años, era muda y paralítica de nacimiento. Su madre, sin recurrir nunca a la medicina, la había dedicado a todos los santos honrados en París, pero inútilmente. Su fe empezaba perderse, cuando Margarita Cuculle, mujer de Alexandre Gallois, jardinero florista, le indicó la iglesia de San Lázaro y la comprometió a hacer una novena allí. El noveno día solamente, la joven se encontró mejor. Se comienza una segunda novena, durante la cual Marie-Anne camina y habla por primera vez.

Antoine Greffier, seis semanas después de nacer, se volvía, a causa de ataques diarios de epilepsia, sordo y ciego. Su madre le presentó en la Escuela de medicina, donde le respondieron: “Este es un niño que necesita más de oraciones que de remedios.” Ella recurrió en efecto a Dios y a todos los santos, que se quedaron sordos a sus plegarias. Su hermana, la madre del joven Compoin, le insiste entonces que se dirija a quien había curado a su hijo. Sin tardar vuela a San Lázaro y, desde el primer día de la novena, los prodigios del evangelio se renuevan: el ciego ve, el sordo oye, el epiléptico vuelve a la salud y a la vida.

Geneviève-Catherine Marquette, de cuatro años de edad, no podía andar más que un niño de un día. Un soldado de la guardia francesa aconseja a su madre que la lleve a la tumba de Vicente. La lleva y encarga a una persona de piedad que haga una novena en su nombre. Desde el primer día Geneviève se tiene de pie; un mes después camina como cualquier niña de su edad.

Mathurine Guérin, superiora de las Hijas de la Caridad, ya de edad, tenía la pierna devorada por una úlcera cancerosa. Hacía tres años ya que había renunciado a todos los remedios, cuando se acordó de su Padre. Comienza una novena con sus hermanas. El noveno día, su pierna estaba más sana que nunca.

Con Jacques Grou, de treinta y nueve años, a escupir sangre había seguido un flujo hemorroide acompañado de fiebre y de una inflamación generalizada. Un sabio médico logró detener la fiebre y disminuir la inflamación, pero no el flujo, que reducía pronto al enfermo a un estado crítico. A este desdichado, abandonado de todos, le aconseja una Hija de la Caridad una novena en San Lázaro. Se hace llevar más que conducir por su mujer. Pronto se siente aliviado y, al final de una segunda novena, ha recobrado una salud perfecta.

Michel Lépiné, comerciante de París, tenía un tumor en el hígado y en las glándulas del mesenterio. Había recibido los últimos sacramentos y los médicos le habían abandonado. “Nunca, dijo uno de ellos en su declaración, quedé más sorprendido que al oír unos meses después el tal Lépiné estaba curado. Quise asegurarme por mí mismo. Le visité, le encontré perfectamente restablecido, y me enteré por él que una Hija de la Caridad que sirve a los pobres de la parroquia de Saint-Nicolas des Champs, me había ya contado a saber que después de una novena hecha en la tumba del siervo de Dios, había vuelto al estado en que yo le veía.” Tal fue también la declaración de Michelle

du Change, la Hermana de la Caridad que había aconsejado la novena, que había sido acogida más allá de sus deseos, ya que él no había pedido más que una curación de un año para terminar ciertos asuntos que interesaban a su conciencia..

La última curación presentada al examen de la congregación de los ritos fue la de Alexandre-Philippe le Grand, niño expósito, que había perdido por completo, a la edad de siete años, el uso de los brazos y de las piernas. Los cuidados de las hijas de la Caridad y de los cirujanos más hábiles, habían sido inútiles, se le iba a trasladar a la sala del Hospital General destinada a los incurables de su edad. El tierno interés que inspiraba este pobre niño a las Hijas de la Caridad llevó a su superiora a confiárselo a la protección de Vicente de Paúl. Ella le puso pues en casa de un jardinero llamado Gervais, vecino de San Lázaro, con orden de llevarlo allí durante nueve días. En el curso de la novena, el niño recobró el movimiento, y recordaba muy bien, cuando declaró a los comisarios que, el noveno día había hecho a pie y sin bastón una media legua para volver a su antiguo domicilio.

De estas ocho curaciones, entre las cuales la posteridad no sabría cuál escoger, tan naturales parecen todas, la congregación no admitió como milagrosas la primera, la segunda, la quinta y la octava, y los postuladores de la causa abandonaron ellos mismos las cuatro restantes. Es porque a menos que se estudie a fondo los documentos de un proceso de canonización, no se podría formar una idea del examen severo, infatigable, infinito al que son sometidos en Roma los hechos presentados como milagrosos. Cuando los postuladores han establecido la realidad sobre las declaraciones jurídicas, y han confiado su defensa a los médicos más famosos de la universidad romana, el promotor de la fe, armado él mismo de lo que la ciencia médica, desde Hipócrates a nuestros días, ha dicho de todas las enfermedades imaginables, de lo que la historia refiere de una multitud de curaciones extraordinarias, se esfuerza en demostrar en cada una la acción de la naturaleza antes que una operación divina. Por su parte, él nombra a un experto de una ciencia consumada, cuya única duda es decisiva contra lo sobrenatural del hecho. Si el experto reconociera en ello la mano de Dios, su voto es combatido todavía, y se encarga aun segundo de un nuevo examen. En los interrogatorios, los informes de los expertos y los debates de la congregación, se examina, según los testimonio de la gente del arte, el comienzo, la causa, la naturaleza, la duración de la enfermedad, la naturaleza también y la duración de los remedios, su efecto o su inutilidad constatada por el abandono de los médicos, el tiempo y el modo del recurso al siervo de Dios, el modo de la curación gradual o instantánea, entera o parcial, acompañada o no de crisis, provisional o duradera, etc. La instantaneidad y la persistencia de la curación son las dos condiciones más rigurosamente requeridas. Sobre todo eso, se interroga también al enfermo y la opinión, y se exige que su declaración sea uniforme, constante y duradera.

En la causa de Vicente de Paúl, el examen de los milagros duró dos años. Se necesitaron también ahora nuevas instancias. En su circular del 1º de enero de 1729, Bonnet, superior de la Misión, anunciaba que había ido a Fontainebleau para pedir la intervención del cardenal de Fleury. En efecto, el ministro de justicia, ministro de asuntos exteriores, escribió al Papa una carta urgente, a la que todos los cardenales franceses unieron sus peticiones. El rey de Cerdeña escribió también. Algunos días después, el 1º de febrero, se celebraba la

congregación antepreparatoria sobre la duda de los milagros, y Vieillescasses, en su audiencia del 11, conseguía del Papa la preparatoria para el 5 de abril, día de san Vicente Ferrier (Ferrer). Se reservaba estos dos meses para preparar sus repuestas a las animadversiones del promotor de la fe contra los cuatro milagros admitidos. La congregación preparatoria tuvo lugar en efecto el 5 de abril y la general, ante el Papa, el 12 de julio. En esta última congregación, Benedicto XIII, después de oír a los consultores y a los cardenales sobre la duda planteada por el cardenal de Polignac: si constaba de los milagros, y de qué milagros, en el caso y para el efecto de que se trataba, juzgó a propósito no determinar nada por entonces, y diferir la resolución de esta duda con el fin de poder en adelante implorar, según la costumbre, el socorro del cielo. En efecto, él celebró la misa en la capilla de san Pío V, el día de la fiesta de san Buenaventura, doctor de la Iglesia, el 14 de julio, y declaró que constaba de los cuatro milagros contados anteriormente, como milagros del tercer orden, y ordenó expedir y publicar el decreto de la beatificación del siervo de Dios Vicente de Paúl para ser hecha sin demora en virtud de cartas apostólicas que serían expedidas en forma de breve con las gracias ordinarias.

VIII. *Breve y solemnidad de la beatificación en Roma.* El breve no apareció hasta un mes después, el 13 de agosto. Esta es su traducción: Benedicto XIII, papa. Para perpetua memoria.

“El Señor, justo y misericordioso, después de haber adornado con los diversos dones de su gracia a algunos de sus siervos más particulares y elegidos, a los que él ha predestinado desde el comienzo del mundo al cumplimiento de su obra, manifiesta alguna vez su santidad con milagros y prodigios en la tierra, a fin de que, coronados en los cielos con una gloria inmortal, reciban de los fieles el culto de una legítima veneración. Entre estos hombres, por todo el mundo, ha brillado Vicente de Paúl, sacerdote francés, fundador de la congregación de los sacerdotes seculares de la Misión y de la compañía de las Hijas llamadas de la Caridad. Abrasado, en su corazón dilatado por el Espíritu Santo, de una admirable caridad por Dios y el prójimo, ocupado constantemente en las obras de una verdadera piedad y sobre todo de la ganancia de las almas, se comprometió con un voto, él y los sacerdotes de su congregación a instruir en los misterios de la fe católica, en los mandamientos y en el camino de la salvación, a los pobres del campo, a quienes veía con dolor sumidos miserablemente en su mayor parte en las tinieblas de la ignorancia; también se entregó y sobre todo a formar bien al clero; y, en posesión de la ayuda de todas las demás virtudes y de la fuerza de lo alto, en todo el curso de su peregrinación, se mostró ministro fiel, operario valeroso e infatigable en el cultivo de la viña del Señor; no sólo ha llenado a toda la Iglesia del olor muy suave de sus perfumes espirituales, sino también la ha enriquecido por la fecundidad de los frutos más abundantes; y, lleno de días y de méritos, querido de Dios y de los hombres, ha concluido dichosamente el curso de esta vida mortal. El deber del cargo pastoral que el Altísimo ha querido que nos desempeñáramos exige que no dejemos una luz tan espléndida oculta por más tiempo bajo el celmín, sino que sea colocada por nuestro ministerio sobre el candelero, desde el cual ilumina a todos los que están en la casa para la gloria del Dios todopoderoso, el honor de la Iglesia católica, el consuelo y la edificación espiritual del pueblo cristiano. Razón por la cual la congregación de nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa Iglesia romana,

propuestos a los sagrados ritos, después de examinar y discutir con madurez y con cuidado los procesos hechos con el permiso de la Sede apostólica, y sobre la santidad de vida y las virtudes heroicas de todo género, que se decían haber brillado en el siervo de Dios Vicente de Paúl, y sobre los milagros que se aseguraba haberse operado por Dios por su intercesión, y para manifestar su santidad a los hombres; después de escuchar también, en la congregación de cardenales celebrada ante nos, los sufragios de los consultores, habiendo juzgado, con un consentimiento y una voz unánime que dicho siervo de Dios podía, cuando nos pareciera bien, ser declarado beato con los indultos acostumbrados: Nos, en consecuencia, atendiendo a las piadosas e insistentes súplicas presentadas humildemente a nos y a esta Santa Sede sobre ello por nuestro muy querido hijo en Jesucristo, Luis, rey de Francia cristianísimo, y por nuestra muy querida hija en Jesucristo, María, reina también de Francia cristianísima, su esposa, por muchos otros muy altos príncipes católicos, por nuestros venerables hermanos los arzobispos y obispos y nuestros queridos hijos del clero del reino de Francia, y a demás por toda la dicha congregación de los sacerdotes seculares de la Misión; con el consejo y consentimiento de los dichos cardenales, y con nuestra autoridad apostólica, nos otorgamos, a tenor de las presentes, que el siervo de Dios Vicente de Paúl sea llamado en adelante con el nombre de Beato; que su cuerpo y sus reliquias sean expuestas a la veneración e los fieles, no con todo llevadas en procesión; que sus imágenes sean adornadas con rayos o gloria; y que cada año el día aniversario de su feliz deceso se diga su oficio y se celebre la misa como de un confesor no pontífice, siguiendo las rúbricas del breviario y del misal romano. Deseemos no obstante que la recitación del oficio y la celebración de la misa no se hagan más que en los lugares aquí descritos, a saber el pueblo de Pouy, diócesis de Acqs, provincia de Auch, donde nació dicho siervo de Dios; el burgo de Clichy, diócesis de París y la ciudad de Châtillon-les-Dombes, diócesis de Lyon, donde ejerció el cuidado de almas, y la ciudad de París, de donde voló a los cielos, y donde reposa su venerable cuerpo. Allí podrán hacer el susodicho oficio todos los fieles de uno y otro sexo, tanto seculares como regulares que están obligados a las horas canónicas, lo que nos extendemos a toda la susodicha congregación de la Misión, tanto para los sacerdotes y clérigos de la misma congregación como para los pensionistas y alumnos que viven en sus casas, y por fin a todas las iglesias, capillas u oratorios de dicha compañía de Hijas, que el siervo de Dios ha instituido con el nombre de Caridad, por todos los sacerdotes agregados a estas iglesias, capillas u oratorios. Y, por lo que se refiere a las misas podrán decirse por todos los sacerdotes que lleguen a las iglesias donde se tendrá la fiesta. Además, solamente el primer año de la fecha de estas presentes, y en las Indias el día que lleguen, permitimos en estas iglesias de Pouy, de Clichy, de Châtillon, de París, de la misión y de las hijas de la Caridad, celebrar la solemnidad de la beatificación del siervo de Dios con oficio y misa del rito doble mayor, el día respectivamente fijado por los ordinarios, después no obstante que la misma solemnidad haya sido celebrada en la basílica del Príncipe de los Apóstoles de esta ciudad, para lo cual asignamos el día veintiuno del mes de agosto corriente, no obstante las constituciones y ordenanzas apostólicas, los decretos que prohíben el culto y todo lo demás contrario, Pues bien, queremos que a las copias o ejemplares incluso impresos de estas presentes firmadas por la mano del secretario de la susodicha congregación de los cardenales y selladas con el

sello del prefecto o del vice prefecto de la misma congregación, todos añadiendo la misma fe, en juicio y fuera de él, que a estas presentes mismas si fueren mostradas y producidas. Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del pescador, el décimo tercer día del mes de agosto de 1729, y de nuestro pontificado el sexto. Fr. card. Olivieri”.

El 21 de agosto, día fijado por el Papa, fue efectivamente celebrada en Roma la solemnidad de la beatificación. La vasta basílica vaticana estaba adornada de una parte a otra con damasco rojo, guarnecido con galones de oro. Todos los altares, en número tan prodigioso, estaban cargados de cirios de un peso más que ordinario. La tumba de los santos apóstoles estaba cubierta de antorchas cuyo resplandor, unido a los de los cientos de lámparas que arden sin cesar, hacía como una capilla ardiente. Sobre el altar de la cátedra de san Pedro, donde se celebraba la ceremonia, no se podían contar las antorchas de oro y de plata, mucho menos las que lo rodeaban, dispuestas en forma de arbustos cubiertos de rosas y hojas de oro. Los ornamentos del altar eran magníficos, y el cáliz solo fue estimado en 100 000 libras.

Los tres cuadros del beato eran gigantescos, pero su elevación los reducía a proporciones naturales. El primero colocado en el exterior sobre la puerta principal, representaba a Vicente en una nube y sostenido por ángeles que se lo llevaban al cielo. En las dos puntas de la cornisa estaban seres alados que publicaban sus virtudes y su gloria. Debajo, se veían las armas del Papa y las del rey cristianísimo y, sobre las dos puertas colaterales, las del capítulo de la basílica y de la congregación.

En el segundo cuadro, situado sobre la puerta de bronce, al otro lado del vestíbulo, se mostraba al beato en alba y en casulla, en la actitud de un hombre que desciende del cielo para curar a los ciegos, a los mudos y a los cojos, con este leyenda: *Curavit multos qui vexabantur variis languoribus* (Marc. I, 34)

El tercer cuadro, apoyado contra la silla de San Pedro y como sostenido por los cuatro principales doctores de la Iglesia, dejaba ver a Vicente en la gloria de los santos, rodeado de ángeles que portaban los atributos de su sacerdocio y de sus virtudes.

La ceremonia comenzó hacia las trece horas de Italia, es decir hacia las ocho horas y media de Francia. Se hallaban presentes dieciocho cardenales de la congregación de los ritos, que son los únicos que tienen derecho de asistir y veintiocho eclesiásticos tanto prelados como consultores de la misma congregación. el numeroso capítulo y clero de la basílica estaba allí al completo, con un gran número de obispos, de prelados, de religiosos y una fluencia infinita de pueblo.

El cardenal camarlengo, en calidad de arcipreste, permitió la lectura del breve de beatificación y, acabada esta lectura, el arzobispo celebrante entonó el *Te Deum*. Enseguida las imágenes del beato se descubrieron, y todos cayeron de rodillas para honrarlas. El himno del triunfo se entonó al son de los tambores y de las trompetas, de las baterías y de los cañones del castillo Sant-Angelo, y acabó con el estribillo *Ora pro nobis, beate Vincenti*, y la colecta siguiente, en la que el Papa había trabajado, la misma que con algunos cambios se recita todavía hoy: “Deus, qui, ad evangelizandum pauperibus, derelictorum infirmorumque miserias sublevandas, et ecclesiastici ordinis decorem promovendum, Filii tui spiritum in apostolicâ beati Vicentii a Paulo charitate et humilitate suscitasti; ejus nobis intercessione concede, ut, a peccatorum

miseriis sublevati, eâdem tibi semper charitate et humilitate placeamus. Per eundem, etc.,...”

Luego se ofreció incienso a la imagen, y la ceremonia de la mañana se terminó con la celebración de la misa. Por la tarde, después de vísperas, el Papa se dirigió a la basílica. Fue recibido en la puerta por el superior de una de las casas de la Misión de Roma y por el postulador de la causa. Su Santidad, después de adorar al Santo Sacramento, fue a arrodillarse ante la imagen del beato y recitó allí su oración.

Tal fue esta gloriosa solemnidad tan capaz de conmover la imaginación y el corazón, sobre todo cuando se piensa que se refería al más humilde los hombres. *Exaltavit humiles!*

Benedicto XIII quiso honrarle también en su sucesor, a quien dirigió, ocho días después, el breve siguiente:

“Nuestro querido hijo, salud y bendición apostólica. Si el hijo recibe su gloria del honor de su padre, la vuestra es ciertamente mucho más resplandeciente y más sólida que la de los demás, ya que viene de un ilustre Padre a quien se ha otorgado y rendido esta clase de honor que es debido no a las acciones grandes y brillantes según el mundo, sino a esta victoria por la cual es vencido el mundo, es decir a las virtudes heroicas, realizadas y confirmadas por milagros. Es pues por esta gloria verdadera y que debe colmarnos de alegría, por la que os congratulamos y con vos a todos los hijos de este dignísimo fundador el beato Vicente de Paúl, y no dudamos que sea para todos ellos un nuevo y poderoso aguijón imitar a un tal padre. Pues, en medio de los deberes religiosos que le tributáis solemnemente y de las alabanzas que escucháis por sus virtudes, le recordaréis, con la veneración conveniente de su ardiente caridad; pensaréis que la felicidad eterna debe ser la recompensa de las santas funciones de vuestro instituto y, por los pasos de bienaventurado padre, aspiraréis con más fervor y alegría a la misma corona por la imitación de su caridad y de las demás virtudes de las que tan gran ejemplo os ha dejado. En cuanto a vos, nuestro querido hijo, comprendéis que es vuestro deber entregar todos vuestros cuidados a fin de que, en la congregación que él ha instituido y que vos gobernáis con tanta vigilancia y prudencia, el ardor de la caridad y el espíritu apostólico de su bienaventurado fundador se mantengan siempre vivos y activos, para que la sabiduría y buena dirección de los hijos aumente la carona y el gozo de su padre. Es lo que nos y la Santa Sede tenemos motivos para esperar de las pruebas que hemos recibido hasta el presente de vuestro celo y de vuestra piedad, los mismo que de las seguridades que nos habéis dado en vuestras cartas de la obediencia más sumisa y de la entrega más perfecta y más respetuosa. En esta esperanza, suplicamos a Dios, autor de todo bien, que por la efusión de su espíritu, revista con la fuerza de lo alto a los obreros que él ha enviado a su viña, y que conceda a sus píos trabajos y a sus solicitudes por la salvación de las almas la abundancia de los frutos que desean. Por último os damos con mucho afecto, nuestro querido hijo, y a vuestra muy digna congregación, nuestra bendición apostólica. Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del pescador, el 29 de agosto de 1729, y de nuestro pontificado el sexto.”

Al fin el Papa puso el colmo a sus favores con su breve del 6 de setiembre, concediendo, con las condiciones ordinarias, una indulgencia plenaria y perpetua a los que comulgaran en alguna de las iglesias en las que se solemnizara la beatificación del siervo de Dios.

IX. *Solemnidad de la beatificación en Francia*, El decreto y las gracias del Soberano Pontífice fueron recibidos en todo el mundo con un aplauso universal. Ya, apenas se supo que se había dado el paso decisivo de la heroicidad de las virtudes, una nube de cartas de felicitaciones había caído en San Lázaro. Mucho más aún después del decreto de beatificación. Todo lo mejor que había en la Iglesia y en el Estado se desplegó para testimoniar una santa alegría a los hijos de Vicente de Paúl. Nombremos tan sólo a los cardenales Lambertini, de Rohan, de Bissy, du Fleury, de Polignac, Pipia, Ottoboni, Salviati y Lescari; y, entre los obispos los de Cavailon, de Cahors, d'Embrun, de Pamiers, d'Halicarnasse, de Sééz, d'Arles, d'Euteropolis, d'Apamée, de Périgueux, de Poitiers y de Soissons. El arzobispo de París resumió en dos palabras todos los servicios prestados por el santo sacerdote a la Iglesia y al Estado, escribiendo que su beatificación "debía interesar a todo buen Francés y a todo buen católico".

Las Damas de la Asamblea, las Damas de la Visitación, de la Providencia, de la Cruz y todas las comunidades de las que Vicente había sido director o consejero, escribieron por su parte en términos llenos de respeto, de gratitud y de regocijo. Duquesas, militares, magistrados, laicos piadosos, todos los órdenes del Estado se unieron en este concierto al honor de aquél que había pasado haciendo bien a todos.

Mientras tanto, se disponían a celebrar en Francia la solemnidad de la beatificación, y era naturalmente en la casa de San Lázaro adonde pertenecía comenzar. El primer paso fue doloroso. El domingo 25 de setiembre, de Ventimille du Lac, arzobispo de París, se trasladó a San Lázaro hacia las dos y media de la tarde. Después de revestirse en la sacristía con los ornamentos pontificales, se dirigió, precedido de sus oficiales y de todos los sacerdotes de la casa, y seguido de un ilustre cortejo, al pie del altar, donde oró, y de allá a la timba donde, habiéndose sentado en un sillón, se hizo leer el breve de beatificación, después de lo cual preguntó dónde estaba la tumba del beato. Bonnet, superior general, y Couty, antiguo procurador de la causa, respondieron, con la mano sobre el pecho, que ellos dos habían estado presentes en la primera apertura del 19 de febrero de 1712, y que el cuerpo, después de la visita, había sido colocado en el mismo lugar donde había sido inhumado el 28 de setiembre de 1660. El arzobispo ordenó entonces que se abriera la tumba; mandó entonces que le trajeran el ataúd de plomo, que fue colocado ante él cubierto de una sábana blanca. En la primera apertura del féretro y después de la visita hecha por Boucot, maestro cirujano mayor del Hôtel real de los Inválidos y uno de sus cofrades, el santo cuerpo, hallado entero y muy reconocible diecisiete años antes, apareció en un estado de triste descomposición. Aparecía hundido y desfigurado; Uno de los huesos de la pierna estaba despojado totalmente de las carnes, y la cabeza, aunque menos despojada, no conservaba ya sus rasgos; las ropas nuevas todavía, las vimos, cincuenta años después, habían perdido su color. Por lo demás, ni las ropas ni el cuerpo santo no exhalaban ningún olor desagradable. Se atribuyó esta alteración a la impresión del aire, en la primera exhumación, y sobre todo a dos inundaciones que, doce años atrás, habían inundado el patio, el corredor de entrada y la iglesia de San Lázaro. La sotana en efecto llevaba en ciertas partes el rastro de barro dejado por las aguas. La infiltración había sido fácil a través de un féretro abierto por varios sitios, en particular por la cabeza, y

además tan menudo, que el mariscal de Noailles hizo pasar un plancha por debajo para impedirle que se rompiera antes de ser sacado de la tumba.

El arzobispo de París tomó para sí la mano izquierda del beato de la que distribuyó algunas falanges a los más ilustres personajes de la asamblea, al duque de Noailles, a la princesa de Armagnac, a la mariscal de Gramont y a la señorita de Beauveau.. El superior general, después de sacar un hueso destinado al papa⁸⁸⁸, rogó al arzobispo que mandara cerrar el féretro, y ponerle su sello hasta que se pudiera poner el cuerpo santo en estado de ser expuesto a la vista de y a la veneración de los fieles. Hecho esto, el sagrado depósito fue llevado , acompañado del arzobispo y del clero, por seis sacerdotes de la Misión, revestidos de sobrepelliz y de estola, al altar de la capilla de los Ángeles, donde permaneció encerrado hasta la noche del lunes al martes 27. el martes fue llevado al centro del coro y puesto en un estrado de seis pies de alto, sostenido por cuatro pilastras coronadas de querubines en bronce.

Fue este martes 27 de setiembre, día del fallecimiento, o más bien, en términos de la santa liturgia, día del *nacimiento* de Vicente de Paúl, cuando comenzó en San Lázaro el *triduo* de costumbre para honrar a los bienaventurados. Por la mañana, el arzobispo, subido al trono que le habían dispuesto, mandó leer en cátedra y en voz alta, el breve de beatificación; luego, mandando quitar el velo que envolvía el relicario, entonó el Te Deum durante el cual él incensó tres veces el santo cuerpo, Permaneció luego de pie en medio del altar, mientras el coro alternativamente cantaba el resto del himno. Los coristas cantaron entonces el versículo: *Ora pro nobis, beate Vincenti a Paulo*, al que todo el coro respondió: *Ut digni efficiamur promissionibus Christi*. El arzobispo recitó luego en alta voz la oración propia y mandó distribuir a toda la asamblea el decreto, el breve y un compendio de la vida del beato. Siguió la misa pontifical solemnemente celebrada por el arzobispo, en presencia de los obispos de Limoges, de Beauvais, de Bethléem y de Saintes. Después de un ágape cristiano en el refectorio de la comunidad, en el que tomaron parte los prelados y el lugarteniente de policía, el Padre Tournemine, el célebre jesuita, hizo el primer discurso en alabanza de Vicente de Paúl. Las vísperas y el saludo fueron cantados a continuación pontificalmente por el obispo de Limoges.

La iglesia de San Lázaro engalanada debidamente, pero sin esta magnificencia que hubiera contrastado demasiado con la sencillez de Vicente de Paúl y de sus hijos. Diez cartones y diez divisas, que representaban y comentaban las escenas principales de la vida del beato, eran su principal ornamento. Aquí, apacentaba las ovejas: *sustulit eum de gregibus*; allá, evangelizaba a los pobres de Folleville: *Pauperes evangelizantur*: más allá , se le veía en las galeras: *Praedicavit captivis remissionem* ; a un lado, san Francisco de Sales presentándole a la señora de Chantal, parecía decir: *Pascet vos in scientiâ et doctrinâ* ; él mismo estableciendo de una parte las Hijas y de otra a las Damas de la Caridad, les dirigía sucesivamente estas palabras: *Curate infirmos*. – *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem*; venían luego las diversas fundaciones de la conferencia de los eclesiásticos; *Zelus domus tuae comedit*

⁸⁸⁸ Ya, el 24 de marzo de 1727, Vieillescasses había ofrecido a Benedicto XIII un corazón pintado con la sangre del beato, que el papa había recibido con respeto y puesto en su breviario. Después de la beatificación, se le envió una camisa teñida con la misma sangre, encerrada en un bonito relicario. Su Santidad la recibió con un gozo más grande todavía y la envió a Bénévent, del que él había sido arzobispo, para ser expuesta en la catedral. En 1730, un corazón parecido fue donado a la reina de Inglaterra, y otro con un hueso fue enviado , en 1731, a Clemente XII.

me, de los Niños Expósitos: *Liberavit pupillum cui non esset adjutor*, del Nombre de Jesús: *Manum suam aperuit inopi*; y por último, la distribución de la reglas a la Compañía: *Dedit illis legem vitae et disciplinae*.

El 28, la misa mayor fue cantada por el arzobispo de Bourges, en presencia de muchos prelados y personas de calidad, y a falta de un párroco de Paría impedido, el segundo panegírico fue predicado por el superior general Bonnet. El obispo de Saintes cantó las vísperas y el saludo.

El obispo de Bayeux hizo toda la ceremonia del tercer día, en medio de una asistencia no menos numerosa e ilustre, en la que se distinguía al lugarteniente t al procurador del Gran Consejo, Por la noche, Hiriard predicó sobre la humildad del beato.

Los tres días, la policía estuvo representada en San Lázaro por una treintena de soldados inválidos, conducidos por un oficial, quienes tomaron parte en la fiesta a su modo, disparando al cañón, las baterías y demás piezas de artillería. Todo salió a maravilla, menos la iluminación de la terraza de San Lázaro, que fue impedida por el viento y la lluvia.

Hubo pocas diócesis en Francia, en Italia y en Polonia que no se pusieran en movimiento para celebrar la beatificación de Vicente de Paúl. Los promotores mismos, en particular Joachim Colbert, obispo de Montpellier, se vieron arrastrados por el impulso general. En todos partes, los cardenales, los patriarcas, los arzobispos y obispos tuvieron a gala abrir la solemnidad de su culto, y con frecuencia pronunciar ellos mismos su panegírico. Los reyes y los príncipes llegaron humildemente a doblar la rodilla ante las reliquias o la imágenes de este pobre sacerdote, quien tantas veces las había doblado no sólo delante de ellos, sino delante los más pequeños de sus súbditos.

Como el culto aniversario de un beato es tan sólo local, muchos prelados pidieron a la Santa Sede y lo consiguieron el permiso de celebrar en sus diócesis la fiesta de Vicente de Paúl. En esta ocasión, Vieillescases, el postulador de la causa, hizo aprobar de la congregación de los ritos las lecciones del segundo nocturno de su oficio, y obtuvo de la Santa Sede, y obtuvo de la Santa Sede la inserción de su nombre en el martirologio romano, con esta breve leyenda: *Parisiis obiit B. Vincentius a Paulo, fundator congregationis Missionis et Puellarum Charitatis, vir apostolicus, ad omne opus bonum paratus, eximia in pauperes miserirordia, humilitate, prudentia et zelo celeberrimus*.

CAPÍTULO II. Canonización.

I.- *Nuevos milagros*. Mientras tanto ni Vieillescases ni la Congregación de la Misión se dormían en los laureles concedidos ya a su santo fundador y, para satisfacer su ambición religiosa y su piedad filial, pedían un decreto de canonización que extendiera a toda la tierra el culto de aquél cuya caridad no había conocido límites. Para ello, eran necesarios nuevos milagros, dos al menos operados a partir de la beatificación. Durante las ceremonias de la beatificación misma en Francia y en otras partes, Dios se había complacido en confirmar con evidentes prodigios el juicio de la Santa Sede y la piedad confiada de los fieles, Otros, más numerosos, habían seguido. Vieillescases presentó una súplica, al efecto de obtener la firma de una comisión de repaso de la causa y de las cartas remisorias que revisten a la comisión con el derecho a hacer en los lugares, por autoridad apostólica, un proceso sobre los nuevos

milagros. Desde 1730, el asunto estaba encauzado. El papa se mostraba voluntarioso. El rey y la reina de Francia acababan de transmitirle sus instancias, y el rey de Cerdeña y el duque de Lorena se disponían a escribirle para lograr la reintroducción de la causa con vistas a la canonización⁸⁸⁹.

Y no fue porque la humildad de los hijos de Vicente sintiera miedo por tanto honor uno tras otro obtenidos. Pero ¿Había que dejar morir tan hermosos y grandes milagros con las personas sobre quienes habían sido operados? ¿No era tal vez temeridad, o tentación culpable de la Providencia, esperar otros más? ¿No se debería aprovechar las buenas disposiciones del papa, entonces Clemente XII, quien repetía sin cesar querer trabajar él mismo en esta canonización? Por último, ¿por qué dejar evaporarse el buen olor de las virtudes de Vicente, del que estaban embalsamadas la curia y la ciudad de Roma?⁸⁹⁰

Las gestiones pues se continuaron y, el 5 de mayo de 1731, se dirigían cartas dimisorias a Charles-Gaspard-Guillaume de Vintimille, arzobispo de París; a Luis le Bel de Moronval, obispo de Bethléem, y a Flodoart Moret de Bourchenu, antiguo obispo de Vence, constituidas las tres en comisión encargada de informar sobre los nuevos milagros como se había hecho con los primeros.

Firmada la comisión, Vieillescases se dirigió de Roma a París para asistir a la construcción del proceso, escoger él mismo los milagros más propios para ser sometidos al examen de los tres obispos, y hasta, si era necesario, para ser enviado de allí como juez delegado en Polonia, donde se habían operado tres milagros.

Los poderes de la comisión debían durar tres años; por solicitud y cuidados de Vieillescases, el examen estaba terminado al final de 1732⁸⁹¹, y el proceso, copiado, sellado y cerrado, era remitido al procurador el 24 de abril, para ser llevado a Roma. Los comisarios habían escuchado entre tanto a ciento treinta y cinco testigos, entre los cuales sin contar los enfermos curados, eran obispos, canónigos, sacerdotes seculares y regulares, médicos, cirujanos y otros muchos notables. Sus declaraciones no ocupan menos, en la copia auténtica, de dos gruesos volúmenes in-folio.

Los tres obispos escribían al mismo tiempo a Clemente XII para informarle de su comisión. “Dios ha querido, decía Ventimille, operar muchos prodigios, y oponerlos a los prestigios engañosos de los novadores, con el fin de que la secta, a la que Vicente había resistido con todo el celo de su alma, durante su vida, fuera otra vez vencida por él mismo después de su muerte.” El arzobispo constataba luego la permanencia y la extensión del culto de Vicente desde su beatificación, el deseo universal de su canonización, y por último la duración de sus obras. “Apenas, decía él, existe en Francia una obra de piedad que no le tenga por autor, y que los sacerdotes de la Misión y las Hijas de la Caridad no mantengan.”

Los otros dos obispos hablaban en términos poco más o menos parecidos sobre los milagros cumplidos, decían ellos, casi a la vista de sus ojos, singularmente de los operados en dos nobles inglesas. También daban la fecha de su carta por una alusión a los convulsionarios del cementerio Saint-Médard. “Ni estas jóvenes, añadían ellos, ni ninguna de las personas sanadas han resentido el menor movimiento de estas locas convulsiones que han producido

⁸⁸⁹ Circular de Bonnet, del 1º de enero de 1731.

⁸⁹⁰ Circular del 29 de agosto de 1731.

⁸⁹¹ Circular del 1º de enero de 1733.

tanto rumor en París; ninguna ha vuelto a caer enferma, como suele suceder a los fabricantes de prestigios. Que Vicente sea canonizado y los novadores entrarán en razón o al menos se ruborizarán de sus locuras.”

Los dos subpromotores de la fe, Blaise le Blanc, doctor en Sorbona y párroco de Saint.Christophe, y Jean Beal, también doctor, describían, por su lado, al promotor de Roma para dar testimonio de la veracidad de los testigos y de la autenticidad de los milagros. Vieillescases, constituido de nuevo procurador de la causa por cartas de Jean Bonnet, superior de la Misión, hizo sucesivamente reconocer la validez del proceso, el incremento del culto y del renombre del beato, el concurso siempre mayor en San Lázaro, el número cada vez más incalculable de ex-votos que daban fe de su eficaz protección, y llegó a proponer los milagros examinados en París. Se requerían solamente dos,; él presentó siete a la sagrada congregación, que él redujo luego a cuatro.

El primero se había realizado en la persona de Catherine-Jean. Esta mujer, a la edad de unos setenta años, fue atacada de una apoplejía que le dejó un temblor general y una parálisis casi completa. Desesperando de curarla, los más célebres médicos no le habían indicado otro remedio que la paciencia. Ella encontró otro más eficaz. El 14 de agosto de 1729, el domingo de la octava de san Lorenzo, se propuso ir a la iglesia del santo diácono, su iglesia parroquial. De su casa a san Lorenzo, había apenas un cuarto de hora de camino. Al cabo de dos horas se encontraba sólo junto a la iglesia de San Lázaro. Agotada, entra en ella. Una Hija de la Caridad se le acerca, y, oyendo lo que le pasaba, le dice: “Habéis venido al sitio debido. El cuerpo del beato Vicente de Paúl está en medio del coro: comenzad una novena en su honor, y, si Dios lo quiere, seréis curada.”. Catherine no había oído hablar nunca del santo sacerdote. no obstante, se deja llevar a la tumba, y exclama: “Dios mío, curadme de mi parálisis espiritual y corporal!, sin embargo que se cumpla vuestra voluntad. Beato Vicente, rogad por mí!” Y se puso a recitar nueve *Pater* y nueve *Ave*. No había acabado, cuando se levanta sin ayuda, regresa a su casa con paso firme, derecha como una vela, dice ella en su declaración y llevando su bastón en alto en señal de victoria.

Más ilustre por su asunto, ya que no por sí misma, fue la curación operada en Louise-Elisabeth de Sackville, noble joven inglesa. En 1730, después de algunos meses de fiebre esta joven perdió absolutamente el uso de la pierna derecha, que pendía de su cuerpo como pende de un árbol una rama que no recibe ya la vida, y el menor movimiento le producía en la cadera dolores intolerables. Todos los remedios no habían servido sino para aumentar su mal. Dos jóvenes de Saint-Thomas de Villeneuve la comprometen entonces, contándole la curación reciente de una joven Irlandesa, a hacer una novena ante el relicario de Vicente. Se determina a ello después de unos días de repugnancia. El 20 de diciembre de 1732, ella se hace llevar a San Lázaro en carroza de la que la bajan como una masa inerte, para arrastrarla después en muletas y brazos de dos criados hasta el lugar en que ella debe oír la misa. El noveno día ningún cambio todavía en su estado. pero un sacerdote de la Misión quien le hacía el relicario en que estaba encerrado el corazón del corazón del beato, la exhortó a la perseverancia, y ella continúa rezando. Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, se siente de repente curada. Ella se lo dice a su hermana Teresa, camina delante de ella sin apoyo, y ésta, asustada más todavía que gozosa, la deja sola y corre a anunciar el prodigio a toda la casa. las dos hermanas se alojaban en casa de una protestante, la Sra. Hayes quien,

en un papel con su mano nos va a contar el milagro y a decirnos las últimas circunstancias:

“Yo, la abajo firmante, por propia iniciativa, declaro ante Dios y certifico al público para dar testimonio de la verdad, que habiendo dado, a título de pura amistad, un alojamiento en un apartamento de mi casa, a la señorita Louise-Élisabeth de Sackville, ella cayó enferma de peligro hacia el mes de marzo de 1730, y que entre otros accidentes de su enfermedad, que la redujeron varias veces a las puertas de la muerte, quedó paralítica del todo... o atada a la pierna derecha que se volvió más pequeña que la otra y fría como el hielo. Doy fe de que, durante el espacio de unos tres años, yo he visto a esta señorita arrastrar la pierna sin poder de ninguna manera servirse de ella en modo alguno; lo que ha durado hasta el 29 de diciembre de 1732, cuando recobró en un momento el uso de su pierna, a pesar de que desde hacía mucho no hubiera puesto ningún remedio, y se hubiera visto condenada, por el señor Chirac y todos los que la habían tratado, como incurable; de manera que no se puede atribuir más que a Dios solo una curación tan pronta y tan perfecta; y yo me quedé tan sorprendida que en el momento que ella llegó, habiéndome hecho llamar la dicha de Sackville para contarme que tenía una buena noticia que darme, me desvanecí al verla andar y me quedé largo rato sin poder recuperarme de mi estupor y confusión. Yo pasé la mayor parte de la noche sin poder dormir; y, queriendo asegurarme si la curación era constante y sólida, me levanté por la mañana a ver si bajaba la escalera con facilidad y si montaba en carroza para ir a San Lázaro a la tumba del beato Vicente de Paúl, a quien ella se había encomendado; y ví con mis propios ojos que bajaba la escalera y montaba sola en la carroza sin apoyo; y le recordé que no se olvidara de llevar las muletas a la tumba del beato. Además doy fe de que a partir de entonces ha continuado caminando con la misma facilidad que cualquier otra persona, sin haber pasado ni crisis, ni sudor, ni haberse servido de remedios antes ni después de su curación.

Dado en París el 3 de febrero de 1733.

Firmado Catherine Sorocold Hayes.”

Cosa increíble y triste que decir, la señora Hayes no regresó a la única religión en la que se operan tales prodigios! Pero la señorita de Sackville, para rendir homenaje a Dios por la salud que le había devuelto entró en las Benedictinas de la calle Saint-Louis donde murió en 1742.

Por milagrosas que fueran evidentemente estas dos curaciones, no fueron admitidas como tales en Roma. Las dos siguientes escaparon únicamente a todos los ataques de la teología y de la medicina.

Marie-Thérèse Pean de Saint-Gilles, en religión hermana Saint-Basile, había sido recibida con dificultades a la profesión en 1706, entre las Benedictinas de Montmirail, tan débil y enfermiza estaba desde el nacimiento. Dos años después un ataque de apoplejía la dejaba paralítica y le producía en las entrañas desórdenes y úlceras horribles, con una hinchazón casi general, un rechazo absoluto, una sed devoradora, un insomnio continuo, sudores y crisis nefríticas que acababan debilitando y quebrantando su constitución. Llevaba con esto casi diez años, cuando Jean-Joseph de Languet de Gergy, entonces obispo de Soissons y más tarde arzobispo de Sens, llegó a Montmirail para abrir allí la beatificación de de Vicente de Paúl. Conociendo el estado de la hermana Saint-Basile, quiso que le llevaran la reliquia del beato. La enferma la

besó con respeto y pidió que le pasaran un paño por la reliquia que luego se aplicó al cuerpo. Feliz por sufrir y dispuesta a sufrir hasta la muerte, no pedía la curación de su parálisis, sino tan sólo de sus úlceras y, en particular, de una retención humillante que la forzaba a recurrir todos los días a la mano de un cirujano. Fue escuchada. Apenas terminada su oración, se acabaron las úlceras y la retención, también la inflamación, pero seguía parálítica. Algunos días después, , mientras le leían la Vida del siervo de Dios, se preguntó por que no obtendría también por él el uso de sus miembros imposibilitados; y, toda decidida a no servirse de ellos más que para la gloria de Dios, comenzó una novena. Al tercer día se sintió inspirada a salir del lecho. En vano su compañera la trata de insensata; se levanta y anda! Todo el convento, toda la ciudad fueron testigos del prodigio.

François Richer, comerciante de París y mayordomo de la parroquia Saint-Laurent, al levantar un peso se había roto el peritoneo; de ahí una hernia de tan horrible naturaleza que, en ciertas crisis y perdía el conocimiento y devolvía los excrementos por la boca. Había tenido una de esas crisis la mañana misma en que el arzobispo de París debía hacer la apertura de la tumba del beato. Uno de sus amigos, Benoît Gaudicher, a quien se lo contó, le ruega que lo acompañe a San Lázaro. Richer consiente y hace sobre la tumba una oración corta pero viva. Al punto siente una revolución en sus entrañas, y exclama sin dudar: "Estoy curado!" Encarga algunas misas de acción de gracias, vuelve a su casa y, convencido cada vez más de su liberación, arroja sus vendajes al fuego. En Efecto, radical y sin vuelta atrás era su curación. Los médicos, tras la visita y pruebas, la constataron milagrosa; Richer los ayudó, entregándose impunemente a los ejercicios más violentos, y Dios mismo, como último argumento, permitió una caída profunda que pudo afectar a todo el cuerpo, pero sin abrir la peritonitis ni caer en los desórdenes anteriores.

Todos estos milagros fueron examinados en Roma, primero en una congregación antepreparatoria que se tuvo el 23 de agosto de 1735. Todos los consultores propusieron sus dificultades. a las que los postuladores de la causa respondieron en la congregación preparatoria del 20 de diciembre siguiente. Por último, el 24 de junio de 1736, tiene lugar la congregación general, en la que se planteó por última vez la duda si se podía proceder con seguridad a la canonización. Se dio un decreto afirmativo. El Papa respondió que lo aconsejaría. Algunos días después llamó a consejo a todos los cardenales, así como a los patriarcas, arzobispos y obispos no sólo que se encontraban en la ciudad, sino también a los que habitaban a cien millas de Roma. Comenzó por reunir en consistorio *secreto* sólo a los cardenales. A cada uno, para que pudiera pronunciar, con conocimiento de causa, se le había remitido un compendio de la vida y de los milagros del beato y de las actas del proceso. El Papa les dirigió una alocución y los consultó. En su nombre, el cardenal prefecto leyó un breve informe sobre toda la causa; después de lo cual, el Papa preguntó: "¿Os place que se proceda a la canonización?" Los cardenales se levantaron sucesivamente y respondieron, con la cabeza descubierta: *Placet*.

Al consistorio *secreto* sucedió el consistorio *público*, al que todos tienen derecho a ir. Se llama, por intimación con los cardenales, a varios prelados más designados por la costumbre. El abogado consistorial expuso, en un largo discurso, la vida y los milagros del beato y las instancias hechas para su canonización. El secretario de los breves a los príncipes respondió, en nombre del Pontífice: "Su Santidad exhorta a todo el mundo a implorar con súplicas y

buenas obras el auxilio divino; además, quiere, en el próximo consistorio, oír también el parecer de los cardenales y de los obispos.”

Este consistorio, el último, llamado *semipúblico*, ya que los mismos obispos tienen derecho de sufragio fue precedido de rogativas solemnes. A ellas se invitó por intimación a todos los cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos presentes en Roma, advirtiéndoles que dieran su parecer firmado sobre la canonización al secretario de la congregación de los ritos. Se invitó, además, a los protonotarios apostólicos, a dos de los más antiguos auditores de rota, al secretario de la congregación de los ritos, al procurador fiscal de la cámara apostólica y al promotor de la fe. El compendio ya mencionado había sido remitido de antemano a todos los miembros de la asamblea con derecho a sufragio. El consistorio se abrió también con una alocución pontificia, y se recogieron los sufragios en primer lugar de los cardenal, después los de los obispos. Los ausentes, legítimamente impedidos, habían transmitido el suyo al secretario de la congregación de los ritos. El más antiguo de los protonotarios apostólicos, a petición del procurador fiscal declaró proceso verbal de todo lo que había pasado en el consistorio, y llamó a declarar a los asistentes al trono pontificio. Por último el Papa, después de encomendarse a las oraciones de la asamblea, pronunció el decreto en virtud del cual se podía proceder a la canonización, fijó la ceremonia para el mes de mayo del año siguiente. Esto sucedía el 10 de agosto de 1736; pero la bula no fue expedida hasta el 16 de junio de 1737, día en que tuvo lugar la solemnidad de la canonización en Roma. Hay que leer esta bula, ya que es siempre el más hermoso, el más sagrado panegírico que se pueda hacer a la gloria de un santo, y el más auténtico resumen de su vida y de sus obras.⁸⁹²

II. *Canonización en Roma*. Es de ordinario en la iglesia de San Pedro donde se celebra la ceremonia de una canonización. Esta gran solemnidad tiene un teatro más conveniente en esta basílica vaticana, donde los emperadores recibían en otro tiempo la diadema, donde los reyes eran coronados, donde se celebran los principales misterios de nuestra religión, donde fueron celebradas las actas de la Sede romana y de la jurisdicción pontificia. Pero la edad y la salud obligaron a escoger la basílica de San Juan de Letrán para la canonización de san Vicente de Paúl. Como se suele hacer en casos parecidos para disminuir, o más bien repartir los gastos enormes de esta pompa espléndida, se habían unido a Vicente Juan Francisco Régis, Juliana Falconieri y Catalina Fieschi, a quienes el Papa acababa igualmente de colocar en el número de los santos; pero el primer rango se le cedió a Vicente de Paúl, como fundador de orden aprobada por la Santa Sede. El 16 de junio de 1737, desde las cinco de la mañana, el clero tanto secular como regular, en ejecución de las órdenes de Su Santidad, se reunió alrededor de la basílica de San Juan de Letrán y, una hora después, comenzaba una procesión solemne. Se contaba en ella veintisiete cardenales, un número infinito de patriarcas, arzobispos, obispos y otros preladados, y se había formado tal concurso de pueblo, que se había tenido que mandar a todas las tropas para impedir el desorden, guardar las puertas de la iglesia y las de las tribunas reservadas a la nobleza romana. En medio de esta augusta asistencia, se desplegaban los estandartes de los cuatro santos, acompañados cada uno de diez personas que llevaban

⁸⁹² Véase la bula en los documentos justificativos.

antorchas. Diez Misioneros escoltaban el estandarte de Vicente, diez Jesuitas el de Francisco Régis; los de las dos santas iban también acompañados de semejante cortejo.

La procesión se hizo alrededor del palacio de Letrán, que estaba cubierto de ricas tapicerías y, por corto que fuera el recorrido, no entró hasta tres horas después por el gran pórtico de la basílica.

Durante este desfile, el papa partía de Monte-Cavallo, acompañado de su séquito ordinario, y se dirigía a la sacristía de San Juan de Letrán para revestirse de sus ornamentos pontificales. Llegado a la iglesia con la procesión, se sentó en su trono y recibió la obediencia de todos los cardenales, arzobispos y obispos, y de los abades y penitenciarios. Luego, el cardenal Corsini, acompañado del abogado consistorial, fue conducido al pie del trono por uno de los maestros de ceremonias, y el abogado, en su nombre, pidió al Pontífice por tres veces el decreto de canonización. A las dos primeras instancias, el secretario de los breves a los príncipes respondió por el Pontífice: "Roguemos primero para pedir el auxilio divino." Aunque enfermo y dolorosamente afectado por la gota, Clemente XII se puso él mismo de rodillas, y los chantres entonaron sucesivamente las letanías de los santos y el *Veni Creator*.

A la tercera instancia, el papa se levantó y pronunció el decreto siguiente:

"En honor de la santísima e indivisible Trinidad, para la exaltación de la fe católica y el incremento de la religión cristiana, por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y la nuestra, después de madura deliberación y la invocación frecuente del auxilio divino, por consejo de nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa Iglesia romana, los patriarcas, arzobispos y obispos que se hallan en la ciudad, Nos decretamos y definimos que los bienaventurados Vicente de Paúl y Juan Francisco Régis, confesores, y las bienaventuradas Juliana Falconieri, virgen, y Catalina de Fieschi, viuda, son santos y santas, y nos los inscribimos en el catálogo de los santos, estableciendo que su memoria sea celebrada con una piadosa devoción por la Iglesia universal, cada año, en estos días: de Vicente, el diecinueve de julio, de Juan Francisco, el veinticuatro de mayo, entre los confesores no pontífices; y de Juliana, el diecinueve de junio, entre las santas vírgenes no mártires, y de Catalina, el quince de setiembre, entre las santas ni vírgenes ni mártires, . en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea."

El abogado recibió esta declaración en el nombre del procurador el cardenal Corsini, y después de dar las gracias a Clemente XII, le hizo la petición de las cartas apostólicas, a la que el Pontífice accedió. Entonces el abogado invitó a los protonotarios y a los notarios a redactar con todo ello un proceso verbal para perpetua memoria, lo que hizo el más antiguo de ellos tomando como testigo a los asistentes al trono pontificio.

Acabado esto, el Papa entonó el *Te Deum*, durante el cual las campanas de todas las iglesias se pusieron en movimiento. A su carillón, que duró una hora entera, se unió la descarga de todos los cañones del castillo de Sant- Angelo y de cuatrocientas baterías de artillería dispuestas en torno a la basílica, y el concierto de las trompetas, óboes y demás instrumentos. Espectáculo conmovedor que arranca siempre lágrimas!

No pudiendo el Papa ni celebrar la misa ni siquiera asistir a ella, durante el *Te Deum* tuvo lugar por anticipado la ceremonia de las ofrendas. Dos

gentilhombres del cardenal obispo Pico de la Mirándola llevaban dos grandes cirios dorados y pintados, de sesenta libras cada uno; seguía Su Eminencia acompañada de los dos Misioneros Della Torre y Cossart, llevando el primero un cirio de diez libras y el segundo dos tórtolas en una jaula artísticamente trabajada. Después de ellos venían dos gentilhombres del cardenal-sacerdote Lercari, que llevaban dos grandes panes dorados, luego, luego el cardenal acompañado de los Misioneros Rostagni y Perotti, superiores de Monte-Citorio y de Perugia, que llevaban uno un cirio y el otro dos pichones en jauta; dos gentilhombres del cardenal-diácono Ollivieri, que llevaban dos barriles pequeños admirablemente trabajados, y después de ellos Su Eminencia acompañada de los dos superiores de Tívoli y de Pescina.

Durante este tiempo, el Te Deum se había terminado. Entonces el Papa cantó la oración compuesta en honor de los cuatro santos, después de la cual el cardenal-diácono publicó las indulgencias. Clemente XII se retiró a continuación a la sacristía, y de allí a su palacio. El cardenal Rufo que había ya oficiado en la procesión en lugar del Papa y le había servido de cardenal-obispo asistente durante el resto de la función, cantó la misa muy solemnemente con la música del palacio, en presencia, además de los cardenales y de los preladados, del rey de Inglaterra, de los embajadores y de toda la nobleza romana. Por la noche, toda la ciudad se llenó de fogatas y resplandeció de iluminaciones. Las ventanas de los cardenales y de los embajadores eran arroyos de luz, y los particulares mismos hicieron también estallar su piadosa alegría. esto duró dos noches seguidas. Y tres en las casas de la Misión⁸⁹³.

Algunos días después, la solemnidad de la canonización era celebrada, antes que en cualquier otra iglesia de Roma, en la iglesia de los Misioneros de Monte-Citorio. La espléndida generosidad de duque de Saint-Aignan, embajador de Francia, había venido en ayuda de su pobreza. se veía de todas partes brillar el oro, la plata y los cristales, y las paredes estaban cubiertas de las más bellas tapicerías de las manufacturas reales. Aunque en la estación de los veraneos, se vieron en la ceremonia hasta diecisiete cardenales, y luego representantes de los Colonna, de los Borghesse, de los Orsini, de los Corsini, de los Crescenzi, de los Lenti, de los Pamphile, y de las mayores familias de Roma. La religión y la piedad de los Misioneros obtuvieron de su padre y de Dios nuevos prodigios, que señalaron esta primera octava solemne en honor de Vicente de Paúl.

Por lo demás, Clemente XII, mediante un breve fechado el 26 de agosto de 1737, había animado una vez más la piedad de los fieles abriendo más ampliamente los tesoros de la Iglesia, y había concedido una indulgencia primaria, con las condiciones acostumbradas, a todos aquellos que visitaran con devoción alguna de las iglesias sea de los sacerdotes de la Misión, sea de las Hijas de la Caridad, en los días que allí se celebre la solemnidad de la canonización de san Vicente de Paúl, o alguno de los 7 restantes días de la octava; y el 23 de setiembre siguiente, a ruegos de Jean Couty, superior general de la Misión, había extendido esta indulgencia a todos los aniversarios de su fiesta⁸⁹⁴.

⁸⁹³ Circular de Couty, del 7 de julio de 1737

⁸⁹⁴ Hoy, se puede ganar una indulgencia plenaria todos los días, en toda visita hecha en la iglesia de la casa madre de la Misión, donde reposa el cuerpo de san Vicente de Paúl.

III. *Canonización en San Lázaro*. Entretanto la bula había llegado a Francia, y se disponían a celebrar allí en todas partes la solemnidad de la canonización. La iglesia donde reposaba el santo fue preparada pronto. Pequeña, las paredes se habían cubierto ya con once grandes cuadros⁸⁹⁵ representando las principales acciones de la vida de Vicente de Paúl, ornamento más piadoso y más elocuente que las más ricas tapicerías. Además, las miradas y los pensamientos se debían dirigir únicamente al relicario del santo elevado en el medio del coro en un estrado cubierto de un bello damasco con flores y franjas de oro, y de un mantel bordado con un magnífico encaje. Todas las decoraciones de la iglesia, que consistían en cristaleras, en arañas y en candelabros de muchos brazos, no tendían más que a iluminar este relicario. La solemnidad se abrió la tarde del 14 de octubre de 1737. El arzobispo había deputado, para ocupar su lugar allí, a su gran Vicario François Vivant, entonces gran chantre y canónigo de la Iglesia de París. Fue para Vivant un honor y un gozo inaugurar la fiesta de la canonización cuyos primeros procedimientos él había comenzado, treinta y dos años atrás. A las dos de la tarde, Vivant, en sotana roja, hábito de ceremonia de las tres dignidades de la catedral de París, se presentó en la puerta de la iglesia de San Lázaro, donde se había reunido ya un numeroso clero; y, una vez revestido con la capa, entró, en medio de seis acompañantes en capa, precedidos de dos acólitos y de un maestro de las ceremonias. Llegado a la sede del oficiante, Couty, superior general, llegó hasta él, con la bula y el breve de indulgencias en la mano, revestidos una y otro con el certificado de un notario romano y el sello del arzobispo Ventimille, y le pidió que mandara la lectura jurídica. Dada la orden, Martín, canónigo de Saint-Germain-l'Auxerrois y secretario del arzobispado, ascendió al púlpito y la hizo pública. Vivant entonó entonces el Te Deum, que fue seguido de las primeras vísperas solemnes del santo.

Al día siguiente, el arzobispo vino él mismo a cantar la primera misa mayor en San Lázaro. Había sido precedido por los canónigos y Capítulo de Notre Dame, que habían ido procesionalmente en hábitos rojos y violetas, con las cuatro jóvenes de esta iglesia metropolitana. También se reunieron allí el arzobispo de Embrun, el obispo de Bethléem, uno de los jueces delegados en el proceso de los milagros, el abate de Sainte-Geneviève, el general de los canónigos regulares de la Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie, el marqués du Châtelet, gobernador del Castillo de Vincennes, Hérrault, lugarteniente de policía, el lugarteniente civil y demás personajes notables. El primer panegírico del santo fue pronunciado por Desjardins, doctor de Sorbona, párroco de Franconville y predicador del rey.

Y así fue todos los días de la octava que se celebra en honor de los santos recién canonizados. El príncipe de Mónaco, antiguo arzobispo de Bensaçon, los obispos de Autun y de Joppé, el obispo de Nitrie, sufragáneo de Reims, el obispo de Vence, juez delegado en el proceso de los milagros, Goulard, arcediano de la Iglesia de París, y el párroco de Saint-Laurent, en lugar de los

⁸⁹⁵ Estos once cuadros, ejecutados después de la beatificación, estaban dispuestos de esta manera: en la nave, Apoteosis de san Vicente de Paúl, catorce pies por diez, por el hermano dominico André; Vicente dando su bendición a los superiores generales representados de rodillas, y la Señorita Le Gras a la cabeza de sus Hijas de la Caridad; en el coro, predicación en el santo Nombre de Jesús, por el hermano André; Misión de los Campos, muerte de Luis XIII. Conferencias a eclesiásticos. Consejo de conciencia, cuatro cuadros, por de Troy; las Galeras, por Restout; Vicente ofreciendo a Dios a sus sacerdotes para el servicio de los soldados, por Baptiste; y por último, de Galloche, Asamblea de las hijas de la Caridad.

obispos de Saint-Brieuc y de Bethléem impedidos, oficiaron los demás días. Doctores de Sorbona, predicadores distinguidos, entre otros el P. Pérusseau, confesor de Luis XV, fueron invitados a hacer el panegírico diario. Todos celebraron a porfía las virtudes de Vicente y las maravillas de su vida, en pie todavía en tantas instituciones y establecimientos caritativos, vivas en su doble familia de los misioneros y de las Hijas de la Caridad; todos también, en esta época de los *apelantes*, de las rebeliones y de las locuras jansenistas, recordaron lo que había hecho contra el error, el celo de su fe y de su sumisión a los decretos de la sede apostólica.

El día de la octava fue más solemne tal vez que el mismo día de la apertura de las fiestas. Ese día, el cardenal de Polignac, último ponente de la causa, ofició con su majestad natural, en presencia de una numerosa e ilustre asamblea, en la que se distinguía al nuncio, luego cardenal Crescenzi, al arzobispo de Cartago a quien los asuntos de la religión habían llamado a Francia, al abate Lercari, en el séquito vice-legado de Aviñón, a Couturier, superior general de la comunidad de San Sulpicio, al párroco de esta gran parroquia, al general de la doctrina cristiana, a los marqueses del Châtelet y de Monti, y por último al duque de Richelieu, llegado de Fontainebleau para representar al rey y redactar un informe de la ceremonia. El abate Chéret, panegirista del día, dirigió a muchos de estos personajes cumplidos merecidos y, al hacer el elogio de la caridad de Vicente de Paúl, no dejó de asociar a ella las inmensas liberalidades de la duquesa de Aiguillon, mujer admirable, a la vista de un sobrino suyo.

Todos los días las principales casas religiosas de hombres, las más sabias comunidades eclesiásticas se dieron cita en San Lázaro, o en corporación o por diputados, para venerar al nuevo santo. Citemos los seminarios de San Nicolás del Chardonnet, de los Treinta y Tres, de San Sulpicio y de las Misiones extranjeras, los colegio del Plessis y de Sainte-Barbe, y en particular los jesuitas, que se señalaron por el entusiasmo de su piedad por Vicente de Paúl. No hubo día en que profesos y novicios no vinieran en gran número a tomar parte en la fiesta por la comunión o celebración de los santos misterios. Por lo demás, cada día, era un número infinito de eclesiásticos y de religiosos los que venían a San Lázaro a celebrar la misa, de manera que los Misioneros debieron cederles el sitio e ir a celebrar a otras iglesias. Todos estos sacerdotes, todos estos religiosos, todas estas comunidades de hombres eran retenidos para cenar en San Lázaro, transformado durante ocho días en una hostelería en que Vicente continuaba alimentando los cuerpos como las almas. ¿Qué decir de la afluencia de cotidiana de personajes de todo rango a San Lázaro? El séptimo día se vio allí a la reina de España, quien asistió, en una tribuna, a las vísperas y completas, y quiso visitar luego una parte de la casa. el pueblo sobre todo acudió en masa ante los restos gloriosos de quien le había servido de padre, y hubo que dejar el relicario descubierto unos días después de la octava para satisfacer su devoción. Treinta soldados inválidos fueron suficientes para mantener el orden en esta multitud, donde la piedad hacía la mejor de las policías⁸⁹⁶.

IV. *Oposición del parlamento y del Jansenismo.* Las principales parroquias y comunidades religiosas de París iban a seguir el ejemplo de San Lázaro,

⁸⁹⁶ *Relación de lo que pasó en San Lázaro durante la octava solemne de la canonización de san Vicente de Paúl*, mss. Archivos de la Misión.

cuando el jansenismo, irritado por tantos honores tributados a uno de sus mas decididos adversarios, amotinó al parlamento también infectado de herejía⁸⁹⁷. En consecuencia, el 4 de enero de 1738, las gentes del rey, por la boca del Maestro Pierre Gilbert des Voisins, abogado general, dicen “que un impreso que se publica les anuncia la nueva canonización de un santo tanto más venerable en este reino, por haber nacido en él, en él ha pasado su vida, y después de edificar con sus ejemplos, ha dejado en él monumentos duraderos de su piedad y de su celo; pero cuanta más parte debe tomar Francia en los homenajes religiosos con que se los honra, menos lugar tenía a esperarse que se hiciera de ello una ocasión de atacar indirectamente a sus máximas; que si, en medio del relato de tantas virtudes de acciones de santidad, era justo no omitir el celo por la religión y por la Iglesia; era conveniente también no explicarse de un modo ultramontano, capaz de dañar en Francia a nuestros intereses; que bien a pesar de ello es lo que se percibe demasiado sensiblemente en el impreso que la corte ve entre sus manos, y que, las expresiones que se emplean en él en este particular asunto, no se puede por menos de reconocer el espíritu de los partisanos irritados por la curia de Roma, sobre la plenitud de poder que le atribuyen en los asuntos de la Iglesia y sobre todo en materia de doctrina, sobre la obediencia ciega que quieren que se preste a sus decretos nada más ser publicados, y sobre las penas rigurosas que el poder secular no puede desplegar demasiado pronto a su gusto para hacerlos ejecutar; que piensan pues que no se puede también dispensarse de emplear en esta ocasión precauciones capaces de poner remedios al peligro y de impedir las consecuencias de un ejemplo parecido; que ellos presumen al mismo tiempo que la corte podrá juzgar conveniente ordenar por lo demás la

⁸⁹⁷ No se podría creer a qué ultrajes se dejaron llevar los jansenistas contra la bula y hasta contra la memoria de Vicente de Paúl. Las *Nouvelles ecclésiastiques* del 5 de marzo de 1738 dicen que los rasgos más salientes de la bula no permiten desconocer la mano de un jesuita. Los jesuitas siempre y en todas partes!. Pues bueno, lo curioso del asunto es que el P. general se había negado a dar su *declaración en la causa de Vicente de Paúl*, y que el P. Dobenton, que proseguía entonces en Roma la canonización de san Francisco Régis, interrogado sobre los títulos de Vicente a los honores de los santos, respondió que veía sin duda en él grandes virtudes pero no milagros en su vida (*Hist. mss. de la Congrégation de la Mission*). –Es verdad que los jesuitas de Francia, como ya lo hemos visto hace poco protestaron enseguida contra este juicio por los honores apresurados que rindieron al nuevo santo. –La Gazette jansenista añade que, si lo que se dice en la bula de los sentimientos de Vicente, “es de sus disposiciones en relación bien a los pretendidos jansenistas bien a la autoridad del Soberano Pontífice, era verdadero, se haría así incontestablemente un santo de un sacerdote delator, calumniador y perseguidor de sus hermanos. Imbuido de opinión errónea de la infalibilidad, y opuesto por principio a nuestras santas libertades. Que si, por el contrario, la bula, como así parece, se le impone sobre todos estos puntos, se le calumnia pues al canonizarle, y no se publica su santidad más que con perjuicio de la verdad, de la sinceridad cristiana y de la caridad!” –El jansenismo afectaba no ver en la conducta de Vicente contra él único fundamento de su canonización (*l’Abocat de diable*, t. II, p. 306, nota, y *passim*). –Algunos meses después, apareció una *Lettre d’un chanoine de province à un des curés de Paris* que el gacetero jansenista anunció en su hoja del 31 de diciembre de 1738. Bueno pues, en esta *Carta* el pretendido canónigo, trazando la conducta que los Lazaristas habrían debido, según él, tener en el asunto de la canonización, dice que no tenía que escoger más que entre dos partidos: o guardar la bula secreta o lograr una que habría tratado a su fundador como a un buen hombre que había procurado en su establecimiento un retiro a los insensatos y un domicilio para los incorregibles, hermanas de la olla en las parroquias, seminarios, si se quiere, misiones en los campos (al jansenismo no le gustaban ni los seminarios ni las misiones). Se habría dado a eso un aire de heroísmo; y, como es preciso en semejante caso maravillas, algunos milagros operados lejos de aquí de los que nunca se han tenido ni viento ni noticias hasta entonces, tales como son los que están en la bula, habrían consumado perfectamente el asunto. Habría sido devoto al santo quien hubiera querido.” Así es como hablaban del héroe de la caridad estos hombres, en cuyos anales no se encuentra un solo fundamento útil! No hay ya nada debajo de estas repugnantes vulgaridades.

ejecución de las disposiciones que ha publicado en diferentes ocasiones a propósito de las diversas empresas de la curia de Roma; que tal es el objeto de las conclusiones a que han llegado, y que dejan a la corte con el ejemplar del impreso de que se trata.” Ordena la supresión de la bula.

Al mismo tiempo, el doctor Boursier, uno de los arbotantes del partido, el redactor de todas las actas y de los escritos de los apelantes, el apologista de las convulsiones y de los *socorros*, consigue, aunque oculto entonces en París de donde había sido exiliado, reunir a algunos párrocos de la ciudad y alrededores en una guerra contra la bula de canonización, o mejor contra los elogios tributados a la fe celosa de Vicente, que estaban en la boca de todos sus panegiristas, la condena del jansenismo pasado y presente. Estos párrocos, los mismos que se habían declarado pior las convulsiones del cementerio Saint-Médard, reclamaron pues contra la bula, en la que se hallaban claramente señalados y *calumniados*, y diez abogados los apoyaron en una consulta, en la que aseguraban que “los defectos de este juicio autorizaban a los párrocos a formar oposición ante el Sr. procurador general al registro de todas las letras patentes que podrían haber sorprendido o que se podrían sorprender a favor de esta bula, trámite que no impediría que, en un tiempo oportuno, no se pudiera, si fuese necesario, pasar a la citación como por abusos”.

Los párrocos formaron pues su oposición, que fue firmada el 22 de enero de 1738. pero ese día mismo intervenía una declaración del consejo, que iba a reducir a nada esta oposición así como la del parlamento.

Grande había sido la conmoción en San Lázaro, a pesar de los elogios de afecto arrancados a la corte por la popularidad de Vicente de Paúl y que, para ellos no eran más que el pasaporte obligado de su declaración; ya que, en el fondo, las rencillas jansenistas, más todavía que las pasiones galicanas, la habían inspirado en este asunto y, en la bula que suprimía, veía menos un ataque a las máximas llamadas francesas que una condena del jansenismo, en tanto sobre todo que el jansenismo era un levantamiento contra la autoridad de la Santa Sede. El superior general y todos los sacerdotes de la Misión formularon una petición al rey para expresarle que se trataba de una bula pedida por Su Majestad misma, que consagraba la memoria y publicaba las virtudes de un santo digno de la veneración de los fieles, como se reconocía en la declaración misma del parlamento, y suplicaron a Su Majestad que tuviera a bien ordenar la conducta que debían seguir en esta ocasión; “a lo cual Su Majestad, habiendo considerado que si el parlamento ha temido que se abusara de algunas expresiones difundidas en esta bula, tomándolas en el más estricto rigor, habría resultado fácil prevenir este inconveniente con precauciones generales y a menudo usadas en materia parecida, sin llegar a prohibir la impresión de una bula de la naturaleza de la que se trata, dejándola en un estado capaz de disminuir en el espíritu de los pueblos el respeto que deben a un santo a quien la Iglesia ha puesto entre el número de los que ella concede un culto público. Su Majestad habría juzgado oportuno explicar sus intenciones sobre este asunto, por el bien y el honor de la religión;” en consecuencia el rey, hallándose en su consejo suprimió el 22 de enero la orden del parlamento del 4, permitió que se imprimiera y distribuyera la bula, pero creyó, para condescender con los prejuicios galicanos, deber añadir esta restricción de forma: “sin no obstante que dicha impresión y publicación, ni los enunciados contenidos en dicha bula, pudieran ser sacados a consecuencia,

directa o indirectamente, contra las máximas del reino libertades y usos de la Iglesia galicana, que Su Majestad quiere y entiende ser siempre conservadas en su totalidad”.

La bula continuó pues imprimiéndose y difundiéndose. El Parlamento se dio cuenta pronto de la no ejecución de su orden, y conoció la causa. Irritado, publicó largas protestas, que fueron presentadas al rey el 29 de junio, y en las que protestaba otra vez que no había querido *dirigir ningún ataque a la veneración de toda Francia hacia el santo sacerdote formado en su seno*. El rey respondió solo el 24 de agosto: “He previsto lo que constituía el objeto de vuestras advertencias.” Y añadió para no descontentar demasiado a sus *gentes*: “Yo prestaré siempre una atención igual a mantener las leyes de mi reino, el reposo y la tranquilidad de mi Estado.” La corte, dos días después, ordenó “que se haría registrar, y sin embargo que continuaría previniendo y reprimiendo todo cuanto pudiera tender al cisma.” Y eso fue todo en cuanto a la bula.

Qué lejos estamos, gracias a Dios, de aquel tiempo! Nosotros sonreímos de piedad ante esta presunción de una corte judicial, de la que tantos miembros, levantados contra la Iglesia, se hacían la Iglesia ellos mismos, y fijaban los derechos y los límites en que debía encerrarse el poder pontificio. Hoy mismo, es semejante heredero de las pasiones parlamentarias que no temería usurpar el poder espiritual, so pretexto de detener las usurpaciones pretendidas de ésta; pero ningún católico tendría cuenta de ello, y no respondería a su veto ridículo de otra forma que con una obediencia más filial a los decretos de la Santa Sede.

V. *Canonización en París y en Provincias*. Así se hizo, por lo demás, incluso en 1738. A pesar de la orden del parlamento, e incluso antes de la orden contraria del consejo del rey, las parroquias y las comunidades de París continuaron festejando al nuevo santo de conformidad con la bula de Clemente XII. Ya las Damas de la Visitación, dirigidas durante cerca de medio siglo por Vicente de Paúl, y la parroquia de San Lorenzo, su parroquia, el teatro y el objeto privilegiado de sus inmensas caridades, se habían adelantado naturalmente a todas las demás comunidades y parroquias de París. A finales de 1737, San Lorenzo y la Visitación de la calle de San Antonio, del barrio Saint-Jacques y de Saint-Denis, habían rendido al nuevo santo su devoción y su agradecimiento. Este ejemplo era seguido, el 15 de enero de 1738, ocho días antes de la declaración del rey por la Visitación del barrio de Saint-Germain. El mismo día. La parroquia de San Salvador, en la que se había establecido la primera Caridad de París, y donde la Señorita Le Gras había colocado a sus primeras Hijas, festejaba, a pesar del parlamento, la canonización.

Por otra parte, la corte misma no había visto nada aparentemente, en la bula pontificia de atentatorio a sus derechos y a las máximas francesas, pues no había tomado parte visible en la octava comenzada el 12 de diciembre de 1737 en Notre Dame de Versailles. Ese día, la reina había venido y asistido al sermón, a las vísperas y al saludo. El 15 había venido también el rey con toda su corte, cosa que hizo también el octavo día. El cardenal de Polignac quiso abrir y cerrar esta octava que, después de la de San Lázaro, fue la más solemne de todas, si exceptuamos tal vez la que se celebró algún tiempo después en Fontainebleau, donde se hallaba la corte aún. La iglesia que regían los Misioneros fue, por orden del rey, fue revestida a doble fondo y toda

cubierta de las más hermosas tapicerías de la corona. El rey y la reina vinieron a rendir sus homenajes al nuevo santo, y su ejemplo fue seguido por el delfín, por el del duque de Orléans, por el cardenal ministro, por la embajadora de España y por lo más grande que había en la corte. allí se pudo admirar sobre todo la piedad de una jovencita de nueve años quien, curada en su infancia, por la intercesión de Vicente, de una parálisis formada, había venido, con el consentimiento y tras el examen del ordinario, a tributar a su liberador las acciones de gracias por las que a su edad le habían sido dispensadas hasta ese día.

Toda Francia, que había participado tan ampliamente de la caridad de Vicente de Paúl, quiso asociarse a la capital en los honores que le eran hechos. Su canonización fue celebrada no sólo en todas las diócesis que poseían algunos de sus establecimientos, sino en la mayor parte de las demás, en medio del concurso y de la devoción práctica de todas las clases de la sociedad. Marsella, Rodez, Angers rivalizaron en celo. Por todos los sitios, los jansenistas solos se esforzaron en luchar contra el impulsos de la piedad y del agradecimiento populares. En Sens, por ejemplo, sabiendo que, al día siguiente, 27 de abril de 1737, el P. Tournemine debía repetir el panegírico ya predicado en 1729 en París, hicieron cubrirlo todo de anuncios, en la noche del sábado al domingo, un *Aviso importante al público, concebido así*: “Los preparativos que se hacen en esta ciudad por la orden de Monseñor el arzobispo de Sens (Languet de Gergy), para solemnizar la canonización de san Vicente de Paúl, instituidor y primer superior general de la congregación de la Misión, deben hacer temer que se deshonoré también hoy, como se hizo en otro tiempo, la memoria de este santo, recordando en los panegíricos que se pronunciarán en alabanza suya antiguas calumnias que publicaron los jesuitas a propósito de él, por la pluma del Sr. Abelly, antiguo obispo de Rodez, contra la reputación del Sr. abate de Sanit-Cyran. Por ello el interés de la verdad y el honor del nuevo santa obligan advertir los eclesiásticos y a los laicos que puedan oír los panegíricos que se mantengan en guardia contra estas calumnias ya puestas en solfa en dos escritos que el público podrá ver reimpresos; el primero bajo este título: “*Defensa del Sr. Vicente de Paúl, instituidor y primer superior general de la congregación de la Misión, contra los falsos discursos del libro de su Vida, publicada por el Sr. Abelly, antiguo obispo de Rodez y contra las imposturas de algunos escritos más sobre este asunto, 1668*; y el segundo bajo este título: “*Réplica al escrito que el Sr. Abelly, antiguo obispo de Rodez, ha publicado para defender su libro de la Vida del Sr. Vicente, 1669* .”

El llamamiento no fue oído felizmente ni por el predicador ni por los fieles. El P. Tournemine predicó su panegírico ante un auditorio que las *Noticias eclesiásticas* se ven forzadas a confesar haber sido *muy numeroso*, y exaltó más que nunca la fe de Vicente y su lucha contra la herejía. En cuanto al santo, se vengó de sus enemigos a su modo, por un nuevo prodigio de su caridad. Marie-Antoinette Robbe, una de las señoras de la comunidad de las Huérfanas, atacada desde hacía más de dos años por un carcinoma al hígado que ni las aguas ni los remedios habían podido resolver, ni siquiera disminuir, fue instantáneamente curada por el santo o más bien, debido a su intercesión, por Dios, que respondía así a los ataques de los jansenistas. Prodigio tan manifiesto que los jansenistas mismos se ofrecieron a admitir con la condición

de que los católicos admitirían, por si parte, los pretendidos milagros del diácono Paris, intercambio que no fue aceptado.

El espectáculo que ofrecía la ciudad de Burdeos resplandeció a la vez resplandeció del brillo de la miseria y del de las grandezas humanas. A la cabeza de una procesión que de la catedral se dirigió dando largos rodeos al hospital, donde se debía celebrar la fiesta, marchaban los niños abandonados, rama de la familia, en adelante extendida y multiplicada por todas partes, del padre de los huérfanos. Entre las dos banderas del santo, que precedían al clero del seminario y de la catedral, avanzaba, con un cirio en la mano, el joven de Savignac, hijo y hermano de consejeros del Parlamento quien, nacido durante las fiestas de la beatificación y decorado en su bautizo con el nombre de Vicente de Paúl, había sido colocado allí por su piadosa madre, para aprender a caminar bien temprano por las huellas de su santo patrón. El arzobispo primado de Aquitania cerraba la marcha del clero. Después venían el parlamento, la corte de los ayudados con mantos rojos, teniendo en cabeza a sus presidentes, a los tesoreros de Francia, a los oficiales del senescal y a los señores de la bolsa. Todos los días de la octava, tuvo lugar un piadoso concurso de la nobleza, de la burguesía y del pueblo y allí, como en casi todas partes, se pronunciaron hasta ocho panegíricos de Vicente de Paúl, asunto inagotable de cristiana elocuencia.

Pero las fiestas tuvieron algo más íntimo en los lugares habitados largo tiempo por Vicente y teatros privilegiados de su caridad y de su virtud.

En Toulouse, donde había pasado siete años, la ceremonia fue anunciada, por la tarde del 13 de abril de 1738, por toda mosquetería del Capítol. No fue el primer día sólo, sino todos los días de la octava, cuando se vieron desplegar en las calles hermosas y numerosas procesiones que se dirigían, desde diversos puntos de la ciudad, a la iglesia de Saint-Jacques, elegida para la fiesta. Eran ya los canónigos de Toulouse, ya los capítulos, revestidos con sus ropas contables y todos los oficiales y gentes del rey: luego los colegios y los seminarios, las parroquias y las comunidades, las diversas cofradías de penitentes, con bandera del santo a la cabeza, cada día era un nuevo panegírico y cada tarde cohetes voladores, piezas artificiales y una iluminación sobre el Garona.

En Lyon, los canónigos condes, legítimamente orgullosos por la elección, tan bien justificada, como sus predecesores habían hecho de Vicente para reformar su clero de Châtillon, prestaron a su fiesta una de sus iglesias y suspendieron una parte de sus severas costumbres para darle más vistosidad. En falta, pero en presencia del arzobispo, anciano y débil, hicieron ellos mismos el oficio del primer día, con su majestad antigua. Allí también, todos los cuerpos de la ciudad, eclesiásticos y seculares rivalizaron en entusiasmo y en piedad. De admirar fue una procesión de más de ciento veinte párrocos de la diócesis que vinieron a rendir honor religioso a su antiguo cohermano, hoy su patrón.

Qué alborozo en Châtillon, cuando le fue permitido festejar a su santo patrón! Alborozo triunfo de familia, casi tan vivos y casi tan tiernos como entre los Misioneros y las Hijas de la Caridad.. Los niños se contaban lo que habían oído decir a sus padres sobre este hombre tan poderoso en palabras y en obras. Había hombres que le debían o la fe o la virtud, en adelante herederos en sus familias. Todos recibieron a sus reliquias como le habrían recibido a él mismo.

Les parecía que venía encargarse de su dirección; y en efecto, desde lo alto del cielo, él iba a ser su *rector* con más poder todavía y gracia que antaño. Y qué pasó pues en la diócesis de la que Vicente era originario. Apenas Louis-Marie de Suarez-d'Aulan hubo anunciado por su mandamiento del 10 de junio de 1738, la fiesta de *san Vicente de Paúl, sacerdote y confesor, , nativo de la parroquia de Pouy, en la diócesis de Acqs*, cuando todo se conmocionó, hasta en el Béarn y la Basse-Navarre. Hubo en la ciudad episcopal un concurso tan prodigioso, -es la palabra misma de la gaceta jansenista,- que, a pesar de las precauciones de la policía, llegaron a faltar los víveres y los más ricos se vieron reducidos al pan de centeno. Pero el hombre no vive sólo de pan; todo este pueblo se arrojó sobre el alimento espiritual que se les daba con una inagotable abundancia y en particular sobre el pan de los ángeles, cuya distribución, cada día de la octava, se acababa apenas a las cuatro o a las seis de la tarde- Allí también, el gobernador, el presidencial, el senescal, la Elección, todos los oficiales civiles y todas las comunidades religiosas cumplieron con su deber con un celo que animaba también el patriotismo, la familia de Vicente ni se hacía distinguir más que por la pobreza y la virtud que él le había dejado en herencia⁸⁹⁸.

⁸⁹⁸ Aquí es donde hay que indicar los honores prestados, en la sucesión de los tiempos, a Vicente de Paúl en el lugar de su nacimiento. La visita que él había hecho en 1623 preparó los caminos de la fundación de los Lazaristas que, negociada desde 1647 (Carta del 3 de octubre al obispo de Acqs), no fue sin embargo consumada hasta 1706, bajo el episcopado de Bernard d'Abladie d'Arbucave. Un sobrino del canónigo Saint-Martin, amigo íntimo de san Vicente de Paúl, facilitó su ejecución resignando el curato de Pouy. Desde entonces los Lazaristas se convirtieron a la vez en párrocos y señores del territorio que abrazaba Buglosse con derecho de alta y media justicia, y título de barones. De esta forma los hijos eran barones y señores, allá donde el padre había sido simple pastor; pero le recordaban siempre por su celo y caridad, y abriendo su casa a todos los peregrinos. Gracias a las indulgencias otorgadas en 1725 por Benedicto XIII, el mismo pontífice que, cuatro años más tarde, debía colocar a Vicente en el número de los bienaventurados, la peregrinación era entonces floreciente y la Revolución misma no pudo interrumpirla. La capilla fue también respetada; pero los Misioneros fueron dispersados, los archivos destruidos y la casa de los Lazaristas confiscada. Tiempos mejores trajeron el renacimiento de la peregrinación, y pronto se pensó en levantar una capilla sobre la cuna de san Vicente de Paúl y un hospicio de los incurables, cuya dirección sería confiada a las Hijas de la Caridad. hasta entonces, en efecto, esta cuna, fuente oscura como la fuente de los grandes ríos, de tantas olas de misericordia, había quedado en su humildad primera. Tras la beatificación del santo en 1729 sus conciudadanos habían tenido la idea de levantar un altar sobre el lugar de nacimiento- A este efecto, su casa natal había sido desplazada a algunos pasos hacia el sur, y se muestra todavía hoy la pobre habitación donde su madre le dio la vida. que debía ser la vida de tantos pueblos. En el lugar vacío se construyó una capillita que fue durante más de un siglo el único monumento levantado por los hombres al héroe de la humanidad y de la religión. Un monumento tan mezquino se parecía a un monumento de ingratitud, y ya era tiempo que Francia pagara más dignamente al más misericordioso de sus hijos. Pero la revolución de 1839 vino a detener todos los proyectos y los fondos recogidos fueron aplicados a la construcción y al mantenimiento de rutas que no eran destinadas a facilitar la marcha de los evangelistas de la paz. No es más que a partir de 1839 cuando monseñor Lannéluc, obispo de Aire y sucesor del obispo de Acqs, a quien Vicente había ayudado a reconstruir su catedral restauró la capilla y la peregrinación de Buglosse, en 1834, la antigua casa de los Lazaristas fue readquirida y se instaló en ella a misioneros diocesanos. El establecimiento fue autorizado por ordenanza real en 1846, con el nombre de "Casa de retiro de Notre Dame de Buglosse, para los sacerdotes enfermos. El año siguiente Buglosse era erigida en sucursal, y un pobre cuidador se convertía en sucesor de los arciprestes de Lannesq, barones y granjusticias de Buglosse. La peregrinación era así separada de la parroquia de Pouy que tenía suficiente gloria para con su título de patria de san Vicente de Paúl, cuyo nombre llevaba desde 1828. Al lado de la casa de retiro se levantó el establecimiento de las *Servientas de María*, que con las nuevas indulgencias concedidas por Gregorio XVI atrajeron un mayor concurso de peregrinos. Después de 1848.se volvió a los proyectos interrumpidos por 1830, pero en un plan mucho más vasto. No se trataba ya tan sólo de una capilla y de un hospicio, sino de toda una historia de san Vicente de Paúl escrita en monumentos. En primer lugar, una iglesia, punto central de todas las obras de la piedad y de la caridad católica; luego, alrededor, cunas para los niños abandonados, camas para los

Al propio tiempo, el culto del recién canonizado y se extendía por Saboya y Piémont, a Génova y por Toscana, en Nápoles y por los estados de la Iglesia, por Austria y Polonia, por España y Portugal. En ninguna parte fue celebrado con mayor magnificencia que en Lisboa. Es la fiesta del 19 de julio de 1739 la que dio lugar al establecimiento definitivo de los Misioneros en este reino. El rey Juan V corrió con los gastos, como lo había hecho en la época de la beatificación. Nunca se había visto en Lisboa octava tan célebre, tan espléndida, tan principesca: cada día, el rey, la reina y su familia, toda la corte acudían a las ceremonias, comían y pasaban la jornada en la casa de la Misión, transformada así en palacio real.

El culto franqueó los mares, lo celebraron hasta en China, en todas partes donde los Misioneros tenían alguna fundación. El Canadá quiso unir al nuevo santo a sus protectores, y la primera parroquia que se erigió en Québec después de su canonización fue puesta bajo su nombre y bajo su patrocinio. A la súplica del superior del seminario de esta ciudad, se envió allí una partecita de sus huesos, y el superior respondió: "Espero que Dios glorifique a su siervo en América como le ha glorificado en Europa." Esperanza profética, cuyos numerosos establecimientos de Misioneros y de hijas de la Caridad en las dos Américas han llevado la realidad más allá de los límites previstos.

En todas partes, sobre todo en el Estado pontificio, la Iglesia, tan atacada entonces, vio un triunfo en el triunfo de Vicente de Paúl. Apenas en el trono, Benedicto XIV quiso revisar en persona el oficio, sometido al examen de la Santa Sede. Cambió, añadió, cercenó, e hizo de ello su propia obra. Era el complemento de lo que, promotor de la fe, él había hecho, en las mismas dificultades, para dar un mayor brillo a la obra del siervo de Dios⁸⁹⁹.

En todas partes asimismo, y en especial también en los Estados de la Iglesia, la fiesta estuvo señalada por milagros manifiestos. Así, en Amelia o Ameria, una religiosa benedictina, llamada Dieudonné, atacada de una horrible inflamación, de insoportables dolores, de un rechazo total de toda alimentación que, en lugar de fortalecerla, le desgarraba las entrañas, comienza una novena a san Vicente de Paúl. El noveno día, su confesor, siguiendo la indicación recibida de un Misionero, le da la comunión, hace sobre ella la señal de la cruz con una reliquia del santo; pero, al verla preparada a entregar el alma, él no se

ancianos y los enfermos, una escuela para los huérfanos, una granja modelo para los sucesores del pequeño pastor de Pouy. El 19 de julio de 1850, Monseñor Lannéluc hizo al mundo católico una llamada que fue bendecida por Pío IX. El 6 de agosto del año siguiente, se colocaba la primera piedra de la iglesia en presencia del obispo, de las principales autoridades, del Sr. Étienne, escoltado por la doble familia de san Vicente de Paúl, los Lazaristas y las Hijas de la Caridad, de un clero numeroso, y por último parientes del santo sacerdote. Cuatro años más tarde, la nueva iglesia era inaugurada y enriquecida con indulgencias otorgadas por Pío IX, pero el resto de los monumentos está todavía por venir. Después de 1853, las conferencias de san Vicente de Paúl parecen haber tomado la piadosa costumbre de dirigir cada año una peregrinación hacia esta cuna de la caridad católica. La peregrinación de 1856 fue particularmente célebre por la presencia de Monseñor Dupuch, que había llegado con el hijo y el sobrino del bey de Constantina. Habló a los peregrinos con una inspiración sacada de las fuentes más fecundas de la caridad de Vicente; el pueblo donde recibió el bautismo cristiano, la ciudad berberisca donde recibió el bautismo de la desgracia. Ángel de caridad él mismo, solo tenía por lo demás que dejar hablar a su corazón. Esperemos que esta elocuencia cristiana, que la elocuencia mayor todavía de la piedad católica y de los recuerdos de Vicente de Paúl, realice las fábulas antiguas, y haga mover y surgir las oraciones en monumentos de caridad".

⁸⁹⁹ Circular de Couty, del 15 de junio de 1741. *Histoire de Notre Dame de Buglosse et souvenirs du berceau de Saint Vincent de Paul*, por el Sr- abate A. Labarrère, in-4, París, 1857.

atreve a seguir la prescripción hasta el final y, faltándole a él mismo confianza, omite decirle la palabra evangélica: “Levántate y anda!” -”Hombre de poca fe, le responde el Misionero, ¿por qué habéis dudado? Hablad y seréis obedecido!” El confesor duda aún , y se contenta con transmitir por escrito el sagrado mandato. La hermana se levanta y va, ya curada, a la iglesia, a dar gracias a Dios. pero ella misma, a la sugerencia de algunas de sus hermanas, siente vacilar su fe y duda de su plena curación. . ella se recupera al punto. “Desdichada, dice ella enseguida a la hermana que la vela. Yo he dudado y por eso me han castigado. Reanimemos nuestra fe, mi querida hermana y digamos un *Pater* .” El *Pater* se recita; se practica aplicación a las partes dolorosas con un paño que había tocado la reliquia de Vicente de paúl: toda debilidad desaparece al instante mismo como por ensalmo, y la hermana vuelve a bajar a la iglesia, donde sus compañeras estaban entonces reunidas para mezclar con sus cantos su cántico. Las religiosas de Amelia no dudaron más y, para perpetuar la memoria de este prodigio, que fue jurídicamente constatado, obtuvieron del soberano pontífice el permiso de recitar, como los Misioneros, el oficio propio de san Vicente, y celebrar su fiesta solemne de primera clase y con octava.

Transcurrido ya más de un siglo, es así siempre en todas las fiestas de san Vicente de Paúl, señaladamente en la casa madre de la Misión, donde reposa su santo cuerpo. Ni una sola que no esté señalada con algún milagro, en particular operado en los pequeños y en los pobres por este padre y este patrón de los miserables. Todos los años y muchas veces al año, este fiel discípulo del buenísimo Salvador parece repetir la palabra divina: “Id, y contadlo por todas partes; los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan, los enfermos son curados, los pobres son evangelizados.”

CAPÍTULO III. **Culto y vida póstuma.**

I. *Siglo XVIII. –Asalto a San Lázaro.* Tras todos estos honores, llega el dolor, todo este ímpetu popular, recompensado por tantos favores celestiales, el culto de san Vicente de Paúl, como el culto del mismo Dios, se veló y se oscureció. Durante más de medio siglo, la Iglesia tuvo que atravesar sus peores días. El filosofismo y el jansenismo, la irreligión y la inmortalidad juramentados a una, la atacaron en sus más fieles hijos, minaron sus instituciones y sus altares. En toda la duración de los generalatos de Debras (1746-1761) y de Jacquier (1762-1788), nada en la historia que revele el recuerdo del hijo más útil que haya producido Francia. Sus Misioneros y sus Hijas de la Caridad continuaban en silencio, en todos los puntos del mundo, el sagrado ministerio que les habían legado; pero el mundo llevado por todos los trastornos y todas las pasiones de aquel tiempo, parecía ignorarlas, y Dios solo o la piedad agradecida de algunos pobres del pueblo se encargaba de su recompensa. En el siglo XVII mismo, los grandes escritores, deslumbrados por todas las pompas que los rodeaban, se habían olvidado demasiado de esta gloria contemporánea, gloria humilde y oscura, que debía no obstante sobrevivir a la gloria tan deslumbradora, y en apariencia inmortal, de Luis XIV y de sus herederos. Charles Perrault solo, en sus *Elogios históricos de los grandes hombres*, había dado un lugar a Vicente de Paúl y había introducido en su galería el hermoso retrato que mandó grabar por Edelinck. Los escritores del

siglo siguiente, esos grandes charlatanes de pueblo y de filantropía, ni siquiera se dignaron nombrar al padre de los pobres y del pueblo, con la excepción de Voltaire quien, en una o dos ocasiones, en la voluminosa colección de sus obras, y en especial a propósito de la declaración del Parlamento de 1738, pronunció el nombre de Vicente de Paúl, “sacerdote gascón, dijo, célebre en su tiempo⁹⁰⁰!”

Entretanto, en 1785, Maury predica en San Lázaro su famoso panegírico, el más hermoso que se haya oído a la gloria de Vicente de Paúl, el más señalado por la inteligencia del papel providencial de nuestro santo..Así la elocuencia cristiana pagaba su tributo tardío a este hombre a quien se echa de menos no encontrarle en nuestra historia literaria, celebrado por la elocuencia de un Bossuet, de un Bourdaloue o de un Masillon. En este discurso Maury expresaba el voto de que se levantara una estatua por *un buen rey a un buen ciudadano*. A partir del día siguiente, este voto era llevado a Luis XVI por el conde de Angevilliers, superintendente de las edificaciones y ministro de las artes. El rey ordenó inmediatamente que se ejecutara en mármol la estatua de san Vicente de Paúl, para ser colocada en la galería del Louvre y ordenó que el orador predicara el panegírico en su presencia, lo que tuvo lugar el 4 de marzo de 1785, en la capilla de Versalles.

Desde entonces, algunos escritores, como Marmontel, en sus *Elementos de literatura*, artículo *oración fúnebre*, Baculard d’Arnauld, en sus *Recreos del hombre sensible*, hablaron de san Vicente de Paúl, pero en esta lengua del indiferentismo religioso que ignoraba el principio de todas las obras, y no veía en ellas más que el resultado de una sensiblería filantrópica. El duque de Nivernais, director de la Academia francesa, al recibir a Maury y recordando su obra maestra, le dijo: “Vos habéis hecho por san Vicente de Paúl *más de lo que ha hecho su propia canonización!* Se lo habéis mostrado a los hombres de todos los climas y *de todas las religiones*, al universo por último como un *bienhechor de la humanidad entera*, a quien toda *alma sensible* debe un tributo de amor y de gratitud!” Añadamos, en honor de Maury, que su discurso vale incomparablemente más que este elogio.

Por lo demás, la estatua se hizo; pero, algunos años después, era arrastrada a la alcantarilla por el pueblo educado en la escuela de la sensible filosofía, y Marat, el nuevo *padre* de este pueblo emancipado, era llevado al Parlamento⁹⁰¹.

Este pueblo pervertido iba a testimoniar a san Vicente de Paúl un agradecimiento digno de sus maestros.

En esta época, San Lázaro se había desarrollado completamente. Los antiguos edificios que amenazaban ruina habían sido reconstruidos por Edme Jolly, de 1681 a 1684. En 1719 y 1720,

Otras construcciones habían sido hechas en el gran camino de Saint Denis. Todo ello formaba una sucesión de altas casas uniformes, dobles en profundidad, sólidamente construidas, de un aspecto severo. Muchas eran

⁹⁰⁰ *Histoires du Parlement*, c. XLV. Con su ligereza e inexactitud acostumbradas, Voltaire atribuye allí a Benedicto XIII la bula de Clemente XII.

⁹⁰¹ En 1800, en el momento en que Chaptal restablecía a las Hijas de la Caridad, los teofilántropos, después de preludiar por Lascases y Fenelon tuvieron la ridícula idea de hacer la fiesta de san Vicente de Paúl, a quien habían inscrito en su calendario junto a J. J. Rousseau. Sacaron de la sombra su estatua al pie de la cual, bajo el Directorio, un payaso había escrito: “Vicente de Paúl, instituidor de los niños expósitos, filántropo francés del siglo XVII.” Los sarcasmos públicos una vez hecha justicia de la fiesta y de la inscripción, Lucien Bonaparte mandó trasladar la estatua a la Maternidad.

alquiladas a seculares y proporcionaban una renta a la Congregación. Hoy, la mayor parte se ha convertido en propiedades particulares, y el vasto recinto, el más hermoso de París, ha sido convertido en calles y en nuevos barrios.

San Lázaro estaba compuesto comúnmente de cuatrocientas personas, de las que doscientas sacerdotes, novicios o estudiantes, ochenta laicos, , el resto pensionistas. La organización era la misma que en tiempos de san Vicente. el superior general, que tenía su residencia allí, no gozaba de ninguna distinción ni excepción. Se habitación, de paredes desnudas, tenía por todo ornamento un crucifijo, una estatua de la santísima Virgen y una imagen de san Vicente de Paúl. En toda la casa, no había más que dos habitaciones tapizadas, una destinada al arzobispo de París, la otra ocupada por un viejo caballero de San Luis en retiro. El superior, alimentado como la comunidad, tenía el único privilegio de ser escoltado en la mesa por dos pobres, de ordinario tomados de entre los ancianos del Nombre de Jesús. No tenía ningún criado en se servicio personal. Le ayudaban cuatro asistentes o consejeros en el gobierno general,. Por lo demás, había todavía en San Lázaro dos superiores particulares para el interior de la casa, cuatro profesores y un prefecto para los estudios, dos directores para los novicios, uno para los ejercitantes, cuatro para las Hijas de la Caridad, dos para la casa de detención, uno para el pensionado, uno para el hospital del nombre de Jesús, uno para los Misioneros extranjeros, dos procuradores, dos diáconos encargados de dar el catecismo, tres veces a la semana, a más de doscientos pobres a quienes se alimentaba cada día, por último los hermanos coadjutores. Es todavía casi la organización actual.

Tal era el estado de San Lázaro, cuando, en la noche del 12 al 13 de julio de 1789, doscientos salteadores, ejecutores en largo plazo de los deseos de Dalember y de Voltaire⁹⁰², ejecutores inmediatos de la voluntad de jefes cuyo secreto ellos no tenían, se abalanzaron contra las puertas provistos de toda clase de armas. Hacia las dos y media de la mañana, las puertas son derribadas con ruido de descargas de mosquetería. El primer saqueo de los bandidos es liberar a veinte locos y a cuatro jóvenes de familia de quienes no se ha oído hablar más. De allí se dirigen al refectorio, donde piden vino y dinero. Un populacho innumerable, amotinado en el intervalo, llega al amanecer, bajo la dirección de jefes y ordenadores salidos del Palais-Royal, a los que se distinguía por una trenza negra. Entonces comienza una destrucción general. el amplio refectorio, capaz de contener a doscientas personas, es despojado de sus hermosa pinturas, lo mismo las salas de ejercicios, en particular de la que encerraba ciento sesenta retratos de papas, de cardenales, de obispos y demás personajes ilustres, cuya memoria era preciosa en la Misión. La biblioteca general, compuesta de cincuenta mil volúmenes y las bibliotecas particulares de los dos pensionados son asaltadas y destruidas. Todo queda hecho trizas en un gabinete de física, en la botica, en los talleres domésticos. En la procura general, se destruyen los títulos: en la procura doméstica, se roban las seis mil libras que se encuentran solamente, y se apoderan de todos los depósitos de confianza y de caridad. la habitación de san Vicente misma no es respetada. Una estera de paja sobre la que murió, un

⁹⁰² El 8 de diciembre de 1776, Voltaire, hablando de los Misioneros de China, escribía a Dalember: “Sería bastante agradable impedir a aquellos granujas hacer mal a la China. Se podría conseguir por medio de la corte de Petersburgo; pero comencemos por pensar en París.” Y Dalember en su respuesta del 28, invita a su *querido e ilustre maestro a recomendarlos a su amigo Kien-Long* (el Emperador de la China), *por su otra amiga Catherine*.

candelero que llevaba el resto del sebo que iluminó su último suspiro, una silla de paja, un viejo gorro, sus pobres ropas, un bastón, sus medias de sarga, los vendajes de sus llagas: todo fue mancillado por manos impuras, lacerado, roto, aniquilado. La estatua encomendada por Luis XVI, modelo de la que se ve en los Niños-Expósitos, fue hecha pedazos y, y su cabeza arrojada a la balsa del Palais-Royal como un homenaje al autor del sacrilegio. Del interior, los bandidos pasaron al exterior de la casa, devastaron jardines, parterres, todo el recinto, degollaron las ovejas, pegaron fuego a las cosechas encerradas en los graneros.

Toda esta destrucción estaba casi acabada cuando, para una justificación o pretexto, se hizo correr entre la gentuza, contra San Lázaro, la vaga denuncia de acaparamiento. Eran entonces las diez de la mañana; hacía ocho, por consiguiente, que reinaba el vandalismo por otras causas. Por otro lado, constaba en los registros de la Halle que San Lázaro había llevado trescientos sextarios de trigo, en diciembre de 1788 y enero de 1789, cien en el mes de junio y de julio de ese mismo año; que, en el tiempo, a petición de los magistrados, había librado quinientos a 12 libras por debajo del curso; que de diciembre a Pascua, más de ochocientos pobres de la parroquia de san Lorenzo recibían allí a diario pan y sopa, y que más de doscientos habían recibido la misma limosna de pascuas a julio.

El suplemento al nº 215 del *Diario de París* para el año 1789 contiene una carta del comandante de la guardia nacional del distrito de los Récolets, que da cuenta del desastre. Habla de numerosos cadáveres, de hombres y de mujeres muertos de borrachera en las bodegas o de veneno en la botica, pero constata que no se hallaron en San Lázaro ni armas ni subterráneos, ni trigo, sino el trigo necesario a la subsistencia de la comunidad para tres meses apenas. La iglesia había sido el único lugar perdonado y los crucifijos los únicos muebles que los bandidos hubieran respetado; ninguno había sido roto en las seiscientas habitaciones.

Grande fue el terror entre las Hijas de la Caridad, que habitaban frente a San Lázaro. La casa constaba entonces de cincuenta inválidas y de noventa y ocho postulantes de quince a veinte años. los bandidos se introdujeron llevando ellos mismos a un viejo Misionero paralítico, Bourgeat, que no había podido escapar con los demás. “Tranquilizaos, les dijeron ellos, no nos han pagado por vosotras.” Sin embargo, hacia las once de la mañana, llegaron otros bandidos que visitaron toda la casa; y a las cinco de la tarde, una tropa de doscientos hombres o mujeres de aspecto y lenguaje siniestros. Las novicias se refugiaron en la capilla. Los bandidos entraron en ella y, a la vista de su piadoso terror, quedaron desarmados; algunos incluso se pusieron de rodillas. Se retiraron por fin después de recorrer toda la casa; mas, durante dos días y dos noches atravesaron trances mortales, hasta que un piquete de guardias nacionales hiciera guardia para defenderlas.

Desde el 14 de julio, a las cuatro de la mañana, una treintena de jóvenes Lazaristas, secundados de algunos sacerdotes y hermanos, regresaron a San Lázaro y recogieron los restos de pillaje y, en particular lo que quedaba de los muebles de san Vicente. se ofrecieron limosnas entonces al superior general, el rey, el arzobispo, el capítulo, las comunidades religiosas, los particulares, todos quisieron contribuir a reparar un poco esta inmensa ruina y, en ocho días, se hubieron recogido más de 100 000 libras. Pero, unos años más, y un pillaje

jurídico iba a acabar la ruina del pillaje desordenado del 1789, y la destrucción de San Lázaro⁹⁰³.

En el intervalo, otras causas vinieron a encender contra San Lázaro el furor popular. Cayla de La Garde, superior general desde 1787, había sido nombrado primer suplente de los seis diputados del clero de París en los Estados Generales; y, en su conversión en asamblea nacional, fue llamado a reemplazar a uno de los diputados dimisionarios. Sin miedo al peligro, resuelto a cumplir su deber para con la Iglesia y el rey, aceptó y permaneció en su puesto hasta el fin, incluso, a pesar de todos los avisos contrarios, el día en se le debía exigir el juramento a la constitución cismática del clero. Él negó el juramento con casi todos sus colegas y, con ellos también, desencadenó, al salir de la sala, las olas de un populacho furioso, cuyos ultrajes atraía en particular sobre sí su reputación de valor y de elocuencia.

Entretanto, un decreto de la Asamblea Nacional del 13 de noviembre de 1789, renovado el 23 de junio de 1790, y que pedía un estado detallado de todos los bienes muebles e inmuebles de las congregaciones, fue significado a Cayla el 10 de diciembre de 1791, por la comisión de la administración de los bienes nacionales. Cayla mandó hacer una situación comprendiendo las rentas y las cargas de San Lázaro. En cuanto al mobiliario, apenas pudo constatar su destrucción de 1789.

En los últimos días de agosto de 1792, llegaron a llevarse de San Lázaro, después de proceso verbal, todos los títulos, registros y papeles de sus archivos, escapados tres años antes al pillaje. Todo ello fue transportado en varios vehículos al depósito de los archivos nacionales de la municipalidad de París, al Saint-Esprit, cerca de la casa del pueblo, plaza de Grève⁹⁰⁴. Al mismo tiempo se daba orden al superior y a todos los Misioneros de vaciar los lugares. El crimen aceleró la ejecución de esta orden. Al día siguiente comenzaban las horribles masacres de setiembre. San Lázaro, gracias a la gloriosa notoriedad de Cayla, estaba designado a los degolladores. Saint-Firmin tuvo solo sus mártires. Advertido a tiempo, Cayla salió de su casa y anduvo errante por Francia y el extranjero, hasta que pudo retirarse a Roma.

San Lázaro, como tantas comunidades religiosas, se convirtió entonces en prisión, es decir una de los conventos de la impiedad revolucionaria, a la espera de que sirviera de retiro forzado a la prostitución. En 1793, se encerró allí a mas de mil doscientos prisioneros, entre otros a los poetas Roucher y André Chénier, quienes partieron de allí para ir al patíbulo. Hoy pues, San Lázaro está muy transformado; la vieja iglesia misma ha sido destruida en 1823, para dar lugar a la capilla neoclásica actual. No queda ya más que un monumento de san Vicente de Paúl: es su habitación, transformada en capilla por las religiosas que sirven en la casa.

⁹⁰³ *Mémoire inédite de Monseigneur Jouffret, évêque de Metz ; -Désastre de la maison de Saint-Lazare, lettre à M. le comtede F., por Lamourette ; mss., archivos de la Misión. Los dos narradores habían sido testigos oculares de lo que cuentan, y Jouffret había consultado a Misioneros e Hijas de la Caridad sobre la verdad de su relato.*

⁹⁰⁴ El proceso verbal de esta apropiación, cuyo duplicado está en manos de los Misioneros, es muy curioso para la historia de la Congregación. nos ha puesto sobre la pista de una cantidad de documentos que hemos encontrado en los archivos del Estado.

II. *Historia de las reliquias de san Vicente de Paúl.* En medio de este desastre, ¿qué pasó con la reliquia del santo y, en primer lugar, cuál había sido su destino a partir de la segunda exhumación del 25 de setiembre de 1729?

En respuesta a una petición del 30 de noviembre de este año, dirigida al arzobispo de París por el superior general y los oficiales de la Misión para obtener el poder de mandar ordenar los huesos del beato por hermanos cirujanos, en presencia de uno de los grandes vicarios, se había dado a Vivant una comisión el 6 de diciembre siguiente y ejecutada en el curso de ese mes. ¿Cómo fue tratado el santo cuerpo? Una tradición dice que lo sometieron a la acción del agua hirviendo para quitar las carnes alteradas entre las dos exhumaciones. De estas carnes se hicieron especies de medallas de un módulo bastante amplio, con la efigie del santo, varias de las cuales existen aún, y otras divididas en parcelas han sido y son todavía distribuidas por la caridad de la congregación a la piedad de los fieles.

Los diversos huesos así preparados, fueron devueltos a su posición natural mediante alambre o latón; se hizo descripción anatómica, y el santo cuerpo, revestido de hábitos sacerdotales y extendido sobre un cojín de paño de oro, fue colocado en un relicario de plata y llevado el 11 de setiembre de 1730 a la iglesia de San Lázaro. El relicario fue abierto varias veces, con autorización de los arzobispos de París en el curso del siglo; el 26 de mayo de 1739, para cambiar en un alba de tejido de plata el alba de tela de lino de la que estaba revestido el cuerpo de san Vicente de Paúl; el 5 de abril de 1747 para extraer el cuerpo y colocarlo en un cofre de madera dorada; el 12 de julio siguiente, para volver a colocarlo en el relicario, que había sido dorado en el intervalo; el 8 de junio y el 16 de julio de 1759, para retirar la representación de carbón en la que la cabeza del santo se encontraba encerrada, y sustituirla por una representación en plata dorada.

El 30 de agosto de 1792, Devitry, comisario de los bienes nacionales, se presentó en San Lázaro para llevarse los vasos sagrados y toda la platería de la iglesia, incluido el relicario del santo. Los Misioneros reclamaron al menos el cuerpo de su santo fundador, y Devitry escribió en su proceso verbal: “Hemos sacado un relicario de plata dorada en el que hemos hallado un esqueleto entero, revestido de un alba blanca, máscara de plata dorada y pantuflas en los pies, el cual esqueleto los Srs. Lazaristas nos han pedido para ponerlo en un cajón de madera, lo que les hemos otorgado.”

Los Misioneros, como lo constata un proceso verbal del 1º de setiembre de 1792, colocaron pues el cuerpo en una caja de roble, con su cojín, con el alba, la estola, las pantuflas y los guantes de que estaba revestido; y como la caja no se halló lo suficiente larga se vieron obligados a soltar los hilos de cobre de la parte y replegar la reliquia sobre sí misma.

La caja sellada con el sello de la congregación fue transportada primeramente, con papeles y objetos preciosos arrancados al pillaje, calle de los Mathurins-Sorbonne, en la casa de un sobrino de François Daudé, procurador general de San Lázaro; y de allí, algunos días después, a la calle de los Bourdonais, en casa de Clairet. Notario de la congregación. Allí se quedó hasta que en 1795 o 1796. Daidé la recuperó entonces y la trasladó a su casa, calle Neuve-Saint-Étienne, donde la tuvo oculta varios años en la perforación de una pared.

Mientras tanto, el superior general Cayla había muerto en Roma, el mes de febrero de 1800, después de nombrar a François-Florentin Brunet, su primer asistente, vicario general. Habiéndose restablecido la congregación por un

decreto imperial del 27 de mayo de 1804, Brunet, a instancias del cardenal Fesch, salió de Roma el 31 de octubre para entrar en Francia. El 30 de noviembre siguiente, Pío VII, a petición de los Misioneros de Roma, nombró a Sicardi, segundo asistente de Cayla, vicario general de la Misión para Italia, Polonia, Alemania, España y Portugal, no dejando a Brunet más que el imperio francés, las Misiones extranjeras y la dirección de las Hijas de la Caridad, fuera el que fuese el lugar en que estuvieren establecidas.

Fue Brunet quien pudo al fin dar a la santa reliquia un lugar más conveniente. El 18 de julio de 1806, se la confió a las Hijas de la Caridad, de la calle del Vieux-Colombier, como lo reconocieron y atestiguaron Thérèse Deschaux, superiora general y otras varias hermanas, que se comprometieron al mismo tiempo a guardar el precioso depósito, a devolvérselo a sus superiores a la primera petición y a no exponerlo ni mostrarlo nunca sin su consentimiento⁹⁰⁵ Tal fue casi el último acto del vicariato general de Brunet, que murió el 15 de setiembre siguiente. El sucesor Placiard a quien un breve del soberano pontífice había autorizado a designar murió también el 16 de setiembre de 1807, y no le sobrevivió, por consiguiente, más que un año y un día. Los Misioneros reunidos en París presentaron entonces a Hanon al papa Pío VII quien, por un breve del 14 de octubre de 1807, le nombró vicario general de la congregación, con todos los derechos y privilegios de superior general, incluida la facultad de designar a su sucesor en caso de muerte. La Compañía se vio así repuesta bajo una sola cabeza. Sicardi y todos los visitantes de provincias fuera de Francia reconocieron a Hanon como su superior. Napoleón, por un decreto de enero de 1808, le confirmó en su cargo como lo había hecho ya para Placiard el 23 de setiembre de 1806.

Hanon gobernaba pacíficamente al cabo de unos dos años las dos familias de san Vicente de Paúl, cuando su negativa a dimitir de sus derechos a dirigir a las Hijas de la Caridad, trajo la dispersión, por orden de la autoridad civil, de los Misioneros que comenzaban a reunirse en torno a él, y le hizo él mismo internar en Saint Pol(Pas-de-Calais), luego arrojarle sucesivamente a las prisiones de Arras, de París, de Turin, por fin de Fenestrelles, donde permaneció hasta las proximidades de los aliados, que trajo el internamiento en Bourges de los prisioneros de Estado.

De vuelta a la libertad con la abdicación del emperador, Hanon se dirigió a Lyon, donde reclamó el corazón de san Vicente, cuya historia conviene contar. Como lo prueba una certificación, con fecha del 9 de octubre de 1814, de Charles-Dominique de Sicardi, entonces primer asistente de la congregación, este corazón le había sido dado para custodiarlo, en 1790, por el superior general Cayla con permiso de llevárselo de París a Turín y promesa de restituirlo al superior, una vez que la congregación fuera restablecida en Francia. Sicardi guardó dos años el sagrado depósito y, el 12 de setiembre de 1792, se lo confió a las Hijas de la Caridad que iban a fundar en Turín.

⁹⁰⁵ En 1802, Brunet había tenido la idea de enviar las reliquias de san Vicente de Paúl a la superiora de las Hijas de la Caridad. en esta época, el abate de Boulogne, invitado por las hermanas a predicar su famoso panegírico en su capilla de la calle del Vieux-Colombier, había respondido que no era un lugar capaz de contener apenas trescientas personas donde él quería celebrar a su santo fundador, sino en Notre Dame, a donde se debía trasladar, decía él, su cuerpo para ser honrado como protector del clero de París. Informado de este plan por Philippe, director de las hijas de la Caridad, Brunet escribió con fecha del 3 de abril, que, sin título ante el gobierno francés para oponerse a su ejecución, se había dirigido al cardenal legado, Hercule Consalvi para suplicarle, en el caso en que la congregación no tuviera esperanzas de ser restablecida en Francia, que devolviera las santas reliquias a las Hijas de la Caridad.

Anteriormente, había ocultado el relicario entregado por la duquesa de Aiguillon, donde seguía el corazón encerrado, en un in-folio destripado a este efecto, y lo había mezclado todo, con algunas ropas de san Vicente de Paúl, con los bagajes de las hermanas que fueron puestos en rodaje.

Todo llegó a buen puerto. Las hermanas guardaron tres meses el corazón de su padre, expuesto en el altar de su pequeño oratorio. A pesar de todos los cuidados tomados por Sicardi, la reliquia se había abierto por el camino y dejaba escapar algunos pedacitos. Las hermanas las recogieron en pequeños relicarios que Sicardi les entregó, “porque, dicen ellas en uno de sus relatos, , nosotras se lo hemos pedido veces.” Durante estos tres meses, la santa reliquia fue llevada en procesión a Turín para obtener una lluvia, que cayó desde la salida de la iglesia y obligó a regresar.

La guerra expulsó pronto de Turín a los Misioneros y a las Hijas de la Caridad, y Sicardi se retiró a Roma, adonde se llevó el corazón y las ropas de san Vicente de Paúl. Esto es al menos lo que dice el Relato que seguimos aquí; “Yo he oído decir que el cardenal Fesch había pedido a Bonaparte, su sobrino, que le enviara de Roma el corazón de san Vicente.” Tal vez sin embargo el corazón fue sencillamente confiado, en alguna otra ciudad del Piamonte, a la custodia de un misionero. De todas las maneras, algunos años después, estaba de regreso en Turín. En efecto, el 11 nivóse año XIII (1º de enero de 1805), el cardenal Fesch escribía de París a Turín esta carta dirigida al arzobispo de esta ciudad: “En mi calidad de gran limosnero del imperio, restablecidos los Misioneros y las Hermanas de caridad, yo reclamo este depósito y os ruego que acompañéis proceso verbal para constatar su identidad, y tengáis a bien remitirlo al Sr. general de Menou, quien me lo hará llegar. No dudo de ninguna manera que el Sr. Bertoldi, depositario de esta reliquia, tendrá un verdadero celo por esta *restitución* . Ningún motivo, ningún pretexto se admitirá por diferirla. Sin embargo no olvidaré que es al Sr. Bertoldi a quien se debe su conservación..”

Esta es la súplica imperiosa de un tío, de un gran capellán del emperador! Lo que más duele es encontrar en ella la insidiosa ambigüedad de los términos. Se recuerda el restablecimiento de los Misioneros y de las Hijas de la Caridad, además se habla de restitución: ¿era entonces en nombre y en provecho de la doble familia de san Vicente de Paúl por lo que se reclamaba su corazón? Vamos a verlo.

Al recibo de esta carta, el arzobispo de Turín creyó deber obedecer. Pero Bertoldi había muerto hacía dos meses, y se ignoraba a qué manos había ido a parar. El arzobispo lo examinó con ayuda de un proceso verbal del 17 de julio de 1793, elaborado por su predecesor el cardenal Costa, certificó él mismo la autenticidad y, después de recolocarle en el libro vaciado en el que había sido llevado a Turín, se lo devolvió al general Menou, con los procesos verbales y una carta del cardenal Fesch, en la que le decía que los Misioneros dispersos concedían de buena gana la santa reliquia a la *casa de París*. El arzobispo les había comentado pues la petición del gran capellán en su sentido más natural, y ellos se habían imaginado, oyendo hablar de *restitución*, que en efecto el corazón iba a volver a sus legítimos propietarios.

Pero el corazón enviado por el general de Menou, se detuvo en Lyon, donde lo guardaron, haciendo sólo la gracia a las Hijas de la Caridad de dejarles el libro que lo contenía, con un auténtico! Si se atrevieran a hacer gracia en un asunto tan grave y tan santo, ¿no se diría “Perrin Daudin que abre la ostra y da el

cascarón"? Robo piadoso y todo lo que se quiera, pero robo manifiesto que se ha tratado en vano de evitar! Ciertamente, más excusable o mejor dicho muy legítimo es el piadoso fraude cometido en Turín, donde una vaga sospecha de lo que iba a seguir hizo desprenderse del corazón, antes de la entrega, un ventrículo que se guardaron después.

Durante su estancia en Lyon, Hanon hizo pues valer sus derechos, que se reconocieron por fuerza.. pero los acontecimientos políticos no permitieron proseguir la restitución. Esperemos que por fin se comprenda que el lugar del corazón de san Vicente de Paúl, después de su muerte como en vida, está en medio de sus hijos.

De regreso a París, Hanon tuvo el tiempo y el consuelo de ver el gobierno normal restaurado en la Compañía de las Hijas de la Caridad por el breve ya mencionado de Pío VII del 19 de enero de 1815, y la congregación de la Misión restablecida por la ordenanza de Luis XVIII del 3 de febrero de 1816. Falleció menos de tres meses después, el 24 de abril.

Verbert, designado por sus cohermanos, fue nombrado por el soberano pontífice vicario general para Francia y las Misiones extranjeras, y Sicardi recuperó el gobierno de las provincias de Europa.

No obstante, la caja con el cuerpo de san Vicente de Paúl había sido trasladada, el 23 de junio de 1815, de la calle del Vieux-Colombier calle del Bac, 140, a la nueva casa de las Hijas de la Caridad, donde se guardó bajo un altar. Fue allá donde Verbert hizo una primera apertura, el 16 de mayo de 1817, para extraer del santo cuerpo una pequeña porción que fue entregada al Sr. Dubourg, entonces obispo de Nueva Orleans.

También fue Verbert quien obtuvo del gobierno el hotel de Lorge, calle de Sèvres, 95, donde la Compañía, sin asilo, a pesar de tantas promesas desde 1792 ha establecido su capital.

Fallecido el 4 de marzo, Verbert fue reemplazado por Boujard, elegido por sus cohermanos y nombrado por el papa, Boujard también visitó, el 19 de febrero de 1820, las reliquias de san Vicente, para ver si la humedad no había penetrado en la caja. El santo cuerpo esperó en adelante el agradecimiento y el traslado solemne de 1830.

Entretanto, y como para prepararle un triunfo más completo, la Compañía de Vicente había recuperado su estado normal. Con la dimisión de Boujard en Francia, y de Baccari, sucesor de Sicardi, en Roma, León XII, a petición de Carlos X, y con el consentimiento unánime del consejo de Estado y de los ministros, nombró a Pierre Dewailly superior general de la Misión, por un breve del 16 de enero de 1827, promulgado el 1º de julio del mismo año.

Habiendo fallecido Dewailly el 23 de octubre de 1828, una asamblea del 15 de mayo de 1829 nombró a Dominique Salhorgne superior general. Era la primera vez en cuarenta años que la Compañía era llamada a darse, por sus representantes naturales, un cabeza y unos asistentes en conformidad con sus constituciones, la Providencia parecía esperar este momento para procurar a san Vicente de Paúl su más hermoso triunfo.

III. *Traslado de 1830.* El 30 de marzo de 1830, la caja que contenía su cuerpo era llevada a la gran sala sinodal del arzobispado de París, y allí, en presencia de los vicarios generales y del capítulo, del prefecto del Sena, del prefecto de policía y de otros grandes personajes, del superior general de la Misión y de la superiora de las Hijas de la Caridad, acompañados uno y otra de de los

principales miembros de las dos compañías y de cuatro doctores de la facultad de medicina de París, Mons. de Quelen, conforme al informe del promotor, reconocía la identidad de la caja y ordenaba su apertura.

Allí se encontró, además del santo cuerpo en el estado ya descrito, una cantidad bastante grande de ropas teñidas con su sangre y los procesos verbales de las diversas visitas ya referidas. A la invitación del arzobispo, los doctores procedieron entonces al examen de la santa reliquia, por lo general bien conservada, y consignaron su descripción en un reportaje científico. Del esqueleto no faltaban más que trece dientes caídos en la vida del santo, la mano izquierda arrancada por el arzobispo Ventimille, once costillas distraídas en diferentes momentos y remplazadas por arcos de cuero, y la rótula de la rodilla derecha.

Por orden del arzobispo, los doctores separaron la rótula izquierda, el radio del antebrazo derecho. La mano estaba destinada a Mons. de Quelen. Pero, algunos días después, el 8 de abril, el prelado escribía al superior general: “Después de pedir la moderación en los deseos por la intercesión de vuestro santo fundador e instituidor... he pensado que era más que conveniente que la mano derecha del padre que ha dispensado sobre vosotros tantas bendiciones no saliera nunca de las manos de sus hijos.” El superior general Salhorgne insistió generosamente para que esta rica porción volviera al arzobispo, pero Mons. de Quelen continuó rechazando con un piadoso desinterés no menos laudable, y fue devuelta a su lugar natural. La rótula izquierda fue depositada en el tesoro de la iglesia metropolitana de París; la mitad inferior del radio se convirtió en propiedad de la casa madre de las Hijas de la Caridad; cinco de las seis divisiones de la mita superior fueron distribuidas a las iglesias del Hôtel-Dieu, del Hospital de la Pitié, de Versailles, de Clichy y de San Vicente de Paúl de París; el arzobispo se reservó la sexta, con las partículas separadas al durante las diversas operaciones, que habían sido recogidas con cuidado. En la casa madre de la Misión habían quedado abandonadas la caja, las ropas, el alba, los guantes, los zapatos y la estola.

El sábado santo, 10 de abril, después de restauración de los huesos desarticulados y su revestimiento de tejidos de seda, el pecho y demás intervalos fueron rellenos de guata y de hilaza de seda impregnadas de polvo de tan con un poco de alcanfor. El santo cuerpo fue luego recubierto, del cuello al extremo de los pies, con un vestido de seda blanca, sobre el que se puso como ropas inmediatas, un pantalón largo, una chaqueta de mangas, una corbata, un gorro y medias, todo ello en seda, reunido en sus diversas partes por costuras acercadas para preservar la reliquia del contacto con el aire.

El cuerpo, así dispuesto y sellado con catorce sellos, fue revestido con una túnica de seda blanca en forma de camisa, de un alba con un rico trabajo, dada a este efecto por una persona piadosa, de una cinta de seda blanca en forma de cinturón, de una estola de muaré violeta ricamente bordada en oro, dada por las Hijas de la Caridad; de una sotana y de un cinturón de seda negra, de un roquete en batista a la romana; de zapatos de terciopelo negro; de una rica estola pastoral, presente del arzobispo de París; de un rico solideo de seda negra; de una representación de la cara y de las manos en cera. Entre las manos se colocó un crucifijo de la iglesia metropolitana y don del capítulo que la tradición dice haber servido a san Vicente de Paúl para exhortar a Luis XIII a la muerte.

Fijado a continuación sobre un cojín de terciopelo violeta, acabado en una almohadilla de la misma tela, con guarnición y borlas de oro, el santo cuerpo descansó varios días expuesto a la veneración de las personas piadosas. El viernes 23 de abril, el arzobispo bendijo el relicario en el que debía ser encerrado; magnífico conjunto, en el que el trabajo sobrepasa a la materia, obra maestra de Oliot, que había sido admirado en la Exposición de la industria francesa en 1827, ofrenda de la diócesis de París a san Vicente de Paúl y a sus hijos, cuyo precio elevado fue cubierto con la ayuda de colectas y suscripciones, a la cabeza de las cuales se inscribieron el rey y los príncipes y princesas de su familia. Es un gran cuadrado de siete pies de largo, sobre dos y medio de alto y de ancho con la parte superior abovedada. Hermosos espejo encerrando las tres caras laterales. El montante y la cimbra están cincelados con gusto. En cada uno de los dos montantes anteriores, dos zócalos llevan pequeños niños de plata de un pie de altura: huérfanos de los dos sexos, con las manos juntas, que miran con viva expresión de respeto y gratitud a su bienhechor y padre. Una estatua de Vicente de Paúl, de tres pies y medio, en hábitos sacerdotales, de rodillas sobre una nube, con los ojos y las manos al cielo, corona el relicario. Alrededor de él cuatro ángeles, de dos pies y medio, llevan los atributos de la Religión, de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad. el interior del relicario está revestido de terciopelo violeta adornado de bordados en oro.

Fue allí pues donde, el 23 de abril, fue depositado el santo cuerpo con el cojín y el almohadón de terciopelo al que estaba fijado, y una caja de hojalata pulida, colocada bajo sus rodillas que contenía todos los procesos verbales realizados hasta ese día, dos mandamientos del arzobispo de París al traslado y un ejemplar de un Compendio de la *Vida de san Vicente de Paúl*, por el Sr. Reboul-Berville.

El relicario, cerrado y sellado, fue transportado al día siguiente, día aniversario del nacimiento de san Vicente de Paúl, del palacio arzobispal a la iglesia metropolitana. El santuario, el coro, la nave y el pórtico de la iglesia habían sido decorados y tendidos, según las órdenes y la piadosa liberalidad del rey. Las primeras vísperas de la fiesta del día siguiente fueron cantadas por el obispo de Luçon, en presencia del arzobispo de París, del arzobispo nombrado de Sens, de los obispos de Meaux, de Moulins, de Châllons, de Tulle, de Chartres, de Soissons, de La Rochelle y de Samosate, del Superior general y de todos los miembros de la Misión, a quienes se habían cedido las sillas altas del coro, del capítulo y del clero de la metrópolis y de un inmenso concurso de clero y de pueblo. Después de completas, el panegírico del santo fue pronunciado por el Sr. Mathieu, promotor de la diócesis, hoy cardenal arzobispo de Besançon. Siguió el canto de los maitines y laudes, al que presidió el obispo de La Rochelle, con anterioridad párroco de Saint-Vincent-de-Paul.

El día siguiente, domingo 27 de abril, tuvo lugar la traslación solemne a la casa madre de la Misión. La misa fue celebrada por Louis Lambruschini, nuncio apostólico. A las dos, después del canto del primer salmo de las vísperas, y mientras que el oficio se continuaba en la metrópolis, comenzó la procesión su largo desfile. Enseguida se pusieron en marcha los hombres de las asociaciones de Santa Genoveva y de San José, los niños de la casa de San Nicolás de Vaugirard, los habitantes de Clichy, los Hermanos de las Escuelas cristianas, cada agrupación bajo su bandera. Tras las cruces del capítulo, precedidas ellas de los zapadores, de los tambores y de un pelotón de

gendarmería, marchaba en dos filas, entre cuatro compañías de granaderos y cuatro compañías de infantería ligera de los regimientos de la guarnición, un inmenso clero. Eran en primer lugar los eclesiásticos de los seminarios diocesanos y de los diferentes seminarios de París, yendo en medio de ellos un cuerpo de música militar; luego los eclesiásticos, bien del clero de París, bien de las congregaciones religiosas, bien de las parroquias circunvecinas, bien además de diversas diócesis de Francia.

Mientras tanto, acabado el oficio, el relicario fue izado y llevado en medio de los Lazaristas y del capítulo metropolitano, por treinta hombres revestidos de sotanas, de albas y de cinturones de seda, y decorados con una medalla de san Vicente de Paúl, que pertenecían a las asociaciones de Santa Genoveva y de San José que habían reclamado este piadoso empleo. Cuatro clérigos llevaban una antorcha en las cuatro esquinas del relicario, de los que cuatro sacerdotes en casulla tenían los cordones de honor. El relicario era seguido de los capellanes del rey, de los prelados ya nombrados a los que se habían unido los obispos de Montauban, de Belley, de Versalles, de Bayeux, de Evreux, de Nancy, de Troyes y de Grenoble, y por último del arzobispo de París, precedido de su cruz, de los porta-insignias y acompañado de sus asistentes, todos en capas.

Las reliquias eran seguidas también del prefecto del Sena y del prefecto de policía, con sus secretarios generales, de los alcaldes de los distritos 9º y 10º, del comandante de la gendarmería, de los miembros del consejo general y de la administración de los hospicios, de varios pares de Francia y demás personajes notables. La marcha se cerraba por un pelotón de gendarmes.

Al salir de la iglesia, para satisfacer un deseo piadoso, el relicario fue depositado cerca del pórtico del Hôtel-Dieu, tanta veces franqueado por la caridad de Vicente, y las religiosas se acercaron a venerar las santas reliquias. Durante esta estación, se adelantaron entre las dos filas de los párrocos y de los Lazaristas, cerca de ochocientas Hijas de la Caridad, seguidas de cincuenta huérfanas, que precedían al relicario; y, una vez que éste recobró su puesto en la procesión, cincuenta huérfanas y y otras doscientas hijas de la Caridad se situaron detrás de ellas entre las dos filas firmadas por los Lazaristas y los canónigos.

En este orden, la procesión siguió el pavimento, la calle de Notre Dame, el Petit-Pont, los muelles de Saint-Michel, de los Agustinos, de la Moneda y de los Teatinos, las calles de los Santos Padres, Taranne y del Dragón, el cruce de la calle Cruz Roja y la calle de Sèvres. Casi todas las casas a lo largo de este recorrido estaban tendidas y adornadas. Dos estaciones se habían hecho, una en la plaza del Instituto, la otra en la calle de los Santos Padres, frente al hospicio de la Caridad, primer teatro de la caridad del santo en París; una tercera estación tuvo lugar en la calle de Sèvres, entre el hospicio de los Ménages y la casa de las Damas de santo Tomás de Villanueva.

Después que llegara el relicario a la capilla de los Lazaristas, y mientras se lo depositaba en el coro en un estrado, el arzobispo de París, dirigiendo la palabra al superior general que le había presentado el agua bendita y dado el incienso, pronunció este discurso:

“Señor general, en el nombre del clero de París, nos atrevemos a decirlo, en el nombre del clero de Francia, e incluso de la Iglesia católica, llegamos a colocar en vuestras manos el precioso depósito que ha permanecido algunos días en las nuestras. Devolvemos a los hijos el cuerpo de su venerable padre,

que habían tenido la suerte de salvar de la profanación, y que nos sentimos tan felices de haber podido rodear con nuevos respetos y nuevos homenajes. Traemos al corazón de los dignos sacerdotes de la Misión las reliquias de su santo fundador, de este sacerdote a quien podemos llamar verdaderamente grande, porque todas las obras de su vida fueron agradables al Señor: “*Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Domino.*”

“Es también en nombre de los pobres, cuyo protector y padre fue particularmente Vicente de Paúl, como os devolvemos estos restos sagrados después de presentarlos a la población inmensa de una ciudad tan llena de los recuerdo y de los monumentos de su caridad. Al llegar a prosternarse ante el santuario en lo alto del cual debe descansar, , como en otro tiempo, este infatigable amigo de los hombres, cada uno podrá aplicarle, con una dulce y consoladora verdad, estas palabras del salmista: Pobre él mismo, pero rico en su fe,, ha encontrado el medio de aliviar todas las miserias: *adjuvit pauperem de inopia*; sin otro crédito que le de la confianza otorgada a su piedad, ha hecho degustar las dulzuras de la familia a los que no debían nunca conocerlas: *posuit sicut oves familias*; los justos se alegrarán, y el silencio mismo de la iniquidad publicará su triunfo: *videbunt recti et laetabuntur, et omnis iniquitas opilabit os suum.*”

El superior general respondió:

“Monseñor, el triunfo público, solemne y pacífico de un santo sacerdote en el siglo XIX y en medio de esta gran ciudad es una especie de prodigio que excita nuestra admiración y que nuestros sobrinos encontrarán difícil reconciliar con la indiferencia lamentablemente demasiado común hoy con respecto de la religión.

“Dios, que es admirable en sus santos, os ha elegido, Monseñor, para operar este prodigio. Es él quien os ha inspirado el generoso plan de reanimar la fe de un pueblo numeroso, y llevarlo al pensamiento de Dios por el espectáculo imponente de los honores rendidos a los preciosos huesos de su humilde servidor...”

En efecto, la fe de este pueblo, entonces tan profundamente pervertida por quince años de una lucha impía pareció despertar durante la novena que siguió, y hubo en París como una resurrección religiosa. Todas los días, los párrocos de la capital, en el rango que les había sido asignado, vinieron a hacer procesionalmente su piadosa estación con su clero y un gran concurso de sus parroquianos. Así lo hicieron todas las comunidades religiosas. No menor era la afluencia a los oficios celebrados cada día pontificalmente por algún obispo y a los panegíricos predicados por los oradores más renombrados. Pero, fuera incluso de estos honores organizados y de alguna manera oficiales, cuántos homenajes particulares y libres le hicieron a Vicente de Paúl en muchas partes de la población parisiense! Cada día, desde las cuatro de la mañana hasta las nueve de la noche, la iglesia estuvo abierta y llena por un afluencia de todos los rangos y condiciones. Para satisfacer la piedad de todos, se tuvieron que abrir el coro y el santuario, y dejar circular a la gente por el interior de la casa, ya que todos querían arrodillarse ante el relicario, besarlo, y pasarle algún objeto: la mayoría de los fieles cruces y medallas, los militares su cruz de honor y su espada, las madres a sus pequeñuelos.

Hubo visitas augustas. El miércoles se vio llagar a la Sra. Delfina, esa mujer de dolores que venía a postrarse delante del consolador de todos los afligidos, el

jueves fue el Rey mismo, acompañado de la Delfina otra vez y de la duquesa de Berry. “Vengo, respondió el Rey al arzobispo, que le había recibido, vengo a postrarme ante los restos de un santo sacerdote tan querido de la humanidad; vengo a pedir, por su intercesión, la felicidad de mis pueblos; vengo con confianza a pedirle que presente a dios este voto el más ardiente de mi corazón.” Y dijo en el mismo sentido al superior general, que le había sido presentado: “Pedid por Francia, rezar por la felicidad de mi pueblo es rezar por la mía.”

Cuando Carlos X expresaba este voto tan cristiano, parecía tener que ser escuchado. Su flota iba a hacerse a la mar felizmente hacia Berbería para destruir la esclavitud que había compartido Vicente de Paúl y que tanto había trabajado por socorrer, para traer con la gloria del suceso una nueva fuerza para su trono. Desgraciadamente tres meses después, adquirido este gran triunfo, y al otro día mismo de la octava de san Vicente de Paúl, celebrada con la misma afluencia que en el mes de abril precedente, el trono había caído, y la religión parecía haber desaparecido con él. Durante algunos días, hubo que ocultar a las pasiones desencadenadas el precioso relicario de san Vicente de Paúl. Pero el padre de los pobres y del pueblo recuperó pronto su lugar encima de su altar y, para este siervo fiel del Dios salvador, se realizó una vez más la palabra sagrada: “Exaltado de la tierra, atrajo todo a sí.” En efecto, el traslado de 1830 no fue el triunfo tan sólo del héroe sino también de la religión de la caridad. después de una revolución ocasionada más todavía por la impiedad que por la oposición política, después de una revolución que amenazaba al altar tanto como al trono y creía haber destruido en uno el único apoyo del otro, vemos que el altar surge otra vez más firme y más brillante sobre el único fundamento y por la única acción de la caridad. Durante toda la Restauración, a pesar de la protección y el ejemplo de príncipes muy cristianos, o más bien al cabo de cerca de dos siglos, de la muerte de san Vicente de Paúl, casi ninguna institución caritativa había sido formada y sobre el suelo que él había cubierto con los monumentos de su caridad, no se había visto surgir apenas fundación nueva. Apenas la santa reliquia sale de la sombra cuando se convierte rápidamente en una señal y en una bandera, un principio de fecundidad y de vida. Entonces nace la admirable Sociedad de su nombre, que cubre pronto Francia y el mundo; entonces Paría alumbraba toda clase de obras caritativas; entonces todas las clases ponen la mano en el alivio de todas las miserias físicas y morales, desde los grandes señores y las grandes damas hasta las *Hermanitas de los pobres*. Los mismos que están fuera de nuestras creencias, se preocupan por encima de todo lo que llaman las cuestiones de economía social y de asistencia pública. Todos comprenden o sienten que ése es el problema del presente y del porvenir, la salud de la religión y de la sociedad. Más que nunca, por la caridad se reconocerá a los discípulos del Salvador; más que nunca, la caridad será la demostración efectiva de la fe, la manifestación de su vida, el atractivo que le ganará los pueblos. En una sociedad dividida en odios tan amenazadores, sola, la caridad puede operar el desarme general, redactar la carta de los derechos y de los deberes, formar una familia de hermanos. Y ése es el plan de la Providencia resucitando a Vicente de Paúl la víspera de una revolución más social que política. Está, en nuestras manos, y según le seamos o no fieles, la resurrección o la ruina de la religión y de la sociedad. En adelante, Vicente de Paúl o Babeuf, caridad o socialismo!

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

Bula de canonización

Clemente, obispo, siervo de los siervos de Dios. Para perpetua memoria.

I. –La Jerusalén celeste, esta bienaventurada ciudad del Dios vivo, en la que el soberano Padre de familias distribuye por igual a todos los que han trabajado en su viña la misma paga de la vida eterna, en diferentes lugares y moradas donde cada uno se colocado según su mérito. Por eso los apóstoles hallándose en la tristeza a causa de la muerte de Cristo, en el temor por su debilidad, en la inquietud por su futura recompensa, al oír decir que Pedro, el más ardiente y el más osado de entre ellos, y que había sido establecido su jefe y su príncipe, renegara tres veces de su Maestro al canto del gallo, el señor Cristo los consoló, diciendo: “En la casa de mi padre hay varias moradas, ” dando a entender con estas palabras que ninguno de ellos, a pesar de la diferencia de fuerza y de debilidad, de mayor y de menor justicia, no sería excluido, no sería excluido de esta feliz casa en la que existen varias moradas, es decir diferentes grados de méritos en una sola vida eterna. En efecto, otra es la claridad del sol, otra la claridad de la luna, otra la claridad de las estrellas, pues la estrella difiere de la estrella en claridad, y el Evangelio habla de diferentes fecundidades, ya que tal grano produce ciento, tal otro sesenta, tal otro treinta; así los mártires producen fruto al ciento por ciento, las vírgenes al sesenta, los demás en diferente cantidad.

Hay por lo tanto en la casa de Dios diferentes moradas; las estrellas no tienen la misma claridad; no el mismo, sino múltiple es el fruto de la semilla. De esta forma, no hay más que una sola corona recibida en el tiempo de la persecución: la paz tiene también sus coronas, con las que ella ciñe a los vencedores que, en diferentes combates han derribado y sometido a su adversario: a quien ha vencido a la voluptuosidad, la palma de la continencia; a quien ha combatido la cólera, combatido la injusticia, la corona de la paciencia; a quien ha despreciado el dinero, el triunfo sobre la avaricia. Es la gloria de la fe soportar los males de este mundo en la esperanza de los bienes futuros; y a quien la prosperidad no hace orgulloso obtiene la gloria de la humildad. Quien está inclinado hacia la misericordia para con los pobres adquiere la retribución del tesoro celestial; quien no conoce la envidia, quien ama a sus hermanos en la unión y en la dulzura es honrado con la recompensa de la dilección y la paz. en esta carrera de las virtudes, el bienaventurado siervo de Dios Vicente de Paúl no sólo llegó él mismo a recibir estas palmas y estas coronas de justicia, sino que, por sus cuidados y sus ejemplos, ha conducido allí a un gran número de sus semejantes. Porque, como un valiente soldado de Dios, dejando toda carga y el pecado que le rodeaba, se ha enzarzado en la batalla que se le presentaba, adelantándose a los demás por su virtud y, hasta su avanzada edad, ha combatido valerosa y fielmente contra los príncipes y las potencias y los amos de este mundo de tinieblas, ha merecido ser coronado de la mano del Señor en la tierra de la felicidad. Ya que, aquél a quien Dios, que solo opera grandes prodigios, había recompensado en el cielo con la eterna felicidad, ha querido hacerle ilustre en la tierra por signos y hechos milagrosos, y sobre todo en el tiempo en que, en Francia, novadores con falsos y ficticios milagros, se

esfuerzan en difundir sus errores, en perturbar la paz en la Iglesia católica y en separar a los sencillos de la unidad de la Sede romana.

II. –Para obedecer pues a la voluntad divina, para animar a los fieles a correr por el camino de la salvación, para reprimir la maldad de los perversos y para confundir la malicia de los herejes, Nos hemos decretado hoy por la autoridad apostólica, que todo el pueblo fiel, del que Dios se ha dignado, sin que lo mereciéramos, darnos la dirección, rindiera al siervo de Dios Vicente el culto, la veneración y los honores de los santos. Celebremos pues, con salmos, himnos y cánticos espirituales en la compunción del corazón y la misericordia con los pobres, la hermosa victoria conseguida sobre el mundo y el diablo, y el triunfo espiritual del siervo de Dios. Que se edifiquen templos en su honor al Dios inmortal; pero nosotros que somos el templo de Dios temamos violarlo y mancillarlo con la mancha de la perversidad humana, y hagamos de manera que nada impuro o profano entre en este templo de Dios, es decir en nuestra alma, por temor a que irritado, abandone la morada que habita. Que a la memoria de Vicente y sobre sus altares se ofrezcan dones y presentes; pero ofrezcamos también nuestros cuerpos como una hostia viva, santa, agradable a Dios, testimonio de nuestra obediencia racional. Por último que estas estatuas y estas imágenes sagradas sean el objeto de una honor y de un culto religioso: pero apliquémonos cuidadosamente, con el auxilio de la gracia divina, a expresar y a representar en nosotros, mientras se lo permita la debilidad de cada uno, la forma eminente de sus virtudes y la imagen de su santa vida.

III. –Nacido en una aldea humilde de la diócesis de Aqcs que dicen Ranquines, de padres muy pobres pero piadosos, Vicente de Paúl en su infancia como el inocente Abel fue pastor de ovejas y atrajo sobre él y sobre sus presentes las miradas del Señor. Ya que, viviendo en la inocencia, ofrecía a Dios con sus ahorros y su privaciones un agradable sacrificio de piedad. En efecto, distribuía a los pobres harina cuando regresaba del molino, e incluso el pan que le habían dado sus padres para su módica alimentación, consagrando así a la virtud lo que él quitaba a su subsistencia, y alimentando a sus padres con su abstinencia y su ayuno. Porque la ardiente caridad del piadoso niño no encontraba obstáculo en su pobreza; y tan poco considerable era lo que podía sustraer a sus recursos, su grandeza de alma sobre pasaba los límites estrechos de sus facultades. Así, un medio escudo que había juntado poco a poco, mediante un ahorro de todos los días, por su trabajo y su frugalidad, él se lo daba entero a un pobre que encontró, a ejemplo de aquella pobre viuda, que mereció ser alabada por el Señor cuando dio, no de su abundancia sino de su penuria, todo lo que tenía, todo su sustento.

IV. –Arrancado por su padre de la vida campestre y pastoril, fue enviado a Aqcs, al convento de los hermanos de la orden de san Francisco para darse a las letras; lo que hizo con tanto cuidado y diligencia, con tal integridad de costumbres y tal piedad para con Dios, que fue el ejemplo de sus iguales y la admiración de sus maestros. De allí en Toulouse luego en Zaragoza, se entregó con asiduidad a los estudios de teología; y casto, humilde, modesto, tal como deben serlo los que son llamados a la herencia del Señor, ascendió por todas las órdenes eclesiásticas a la sublime dignidad del sacerdocio.

V. –Apenas se había revestido del honor sacerdotal, cuando su reputación bien conocida de virtud y de doctrina le hizo nombrar, sin saberlo él y en su ausencia, para un rico beneficio; pero al enterarse que no podía entrar en posesión sin pleitear, renunció a él por sí mismo y de buena gana; ya que,

prefiriendo sufrir la injusticia y el fraude a disputar en juicio con su hermano, quiso privarse de una abundante renta que no podía obtener sin uno de esos procesos que un eclesiástico, como él decía de sí mismo, debe huir absolutamente.

VI. –Entretanto, para no servir de carga a los demás, sino para lograr, por un trabajo honrado, y una laudable industria, su mantenimiento y el de su pobre madre, enseñó las humanidades en un pueblo llamado Buzet, lugar muy considerable de la diócesis de Toulouse, y luego en esta ciudad misma. Y como su principal cuidado y su vigilante solicitud eran menos los de llenar el espíritu de sus jóvenes discípulos con una ciencia solamente estéril de las cosas de Dios, que el de llevar a sus almas a abrazar la celeste sabiduría, formar sus costumbres en la y en la santidad sublime de la profesión cristiana, gentilhombres confiaban a porfía a sus hijos a sus cuidados, para que, bajo la dirección evangélica de un hombre tan grande y en la escuela de su piedad, avanzaran en el camino del Señor y en la ciencia de los santos.

VII. –Habiendo ido a Marsella para recoger allí una suma de dinero que se le debía por un legado de herencia, cuando viajaba por mar y bajo un viento favorable de Marsella a Narbona para volver a Toulouse, cayó en medio de los Turcos, que mataron al patrón de la embarcación y a otros pasajeros, a él mismo le hirieron con una flecha, le despojaron de sus vestidos y le llevaron cautivo a África. Tuvo que sufrir por la crueldad de los Turcos numerosas y graves penalidades para no abandonar la ley de su Señor, pero bien sabía que los sufrimientos de este tiempo no tienen proporción con la gloria futura que se nos revelará.

VIII. –Se cuenta que habiendo visto a uno de sus compañeros de esclavitud tristemente abatido bajo el peso de sus cadenas, y no teniendo otra cosa que dar pata aliviar las angustias de este desdichado, se puso él mismo en las cadenas, con el fin de rescatar a expensas de su cuerpo la calamidad de otro. Había sido empleado por un hombre duro, el último de sus amos (pues tuvo tres en el curso de su cautiverio), en el rudo trabajo del cultivo de sus campos, adonde venía con frecuencia a visitarle una de las concubinas de este amo que, nacida en el mahometismo, estaba sin embargo deseosa de abrazar la creencia y las reglas de la religión cristiana. Un día, después de muchas preguntas sobre Dios y sobre el Cristianismo, le ordenó cantar algunos de los cánticos de Sion. Entonces el siervo de Dios cantó este salmo: “En las orillas de los ríos de Babilonia nos sentamos y lloramos,” y otros cánticos piadosos. Pues, mientras que el cántico sagrado del Señor resonaba, por la voz de Vicente, en los oídos incircuncisos de la mahometana, Dios operaba en el corazón de esta mujer profana para hacerle sentir alguna suavidad de la dulzura celestial. Así, de vuelta a casa, se fue a ver a su marido, que había abandonado la fe cristiana para seguir los delirios de Mahoma, y le reprochó haber abjurado de su religión, que le parecía muy hermosa, tanto por lo que había aprendido de la boca de su esclavo, como por el placer desacostumbrado que había sentido por el canto del cántico, placer tal que ella no esperaba experimentar uno tan grande en el paraíso de sus padres. Tocado por las palabras de su mujer, este impío volvió los ojos sobre su horrible estado, le condenó y, con la ayuda de los consejos y de las oraciones de su santo esclavo Vicente, resolvió salir de él. En efecto, después de poner orden en sus asuntos, se escapó con él en una pequeña embarcación de las manos de los Turcos, huyó a Francia, donde Vicente le presentó al vicelegado de la

Sede apostólica de Aviñón quien, observando los sagrados ritos e imponiéndole una penitencia, le reconcilió con la Iglesia.

IX. –El siervo de Dios se dirigió luego a Roma para honrar los sagrados restos de los mártires, cuya sangre ha purificado a una ciudad que, de sede de la superstición, se ha convertido en la madre y maestra de la religión, y prosternarse en las tumbas de los apóstoles y adorar la cátedra de Pedro, cuya dignidad no desfallece ni siquiera en su indigno heredero.

X. –De regreso a Francia, por los consejos de un hombre de piedad excelente, Pedro Bérulle, fundador de la congregación del Oratorio de Jesús, y luego cardenal de la santa Iglesia romana, se encargó del ministerio parroquial en las diócesis primero de París, luego de Lyon donde, haciéndose de corazón el modelo del rebaño, dirigió por el camino del Señor a las ovejas que le habían encomendado, y las alimentó con su palabra y su ejemplo. Y como la mies era mucha y el número de los obreros pequeño, recibió a jóvenes clérigos a quienes mantuvo y educó en su casa llevando con ellos una vida en común, y a quienes instruyó en la ley del Señor para que, en edad más avanzada, pudieran edificar a la Iglesia del Señor por la palabra divina y una doctrina saludable.

XI. –El piadoso renombre de Vicente y el olor de su buena conducta llegaron a Francisco de Sales, quien le propuso a las religiosas llamadas de la Visitación, un monasterio de las cuales había sido erigido recientemente en París. en este difícil ministerio confiado a él, guardián vigilante de las santas siervas de Dios, director prudente de las almas, mostró y probó con sus obras qué justo y verdadero era el juicio del santo prelado, quien afirmaba no conocer a ningún sacerdote más digno que Vicente. Pues bien, durante cuarenta años, el bienaventurado siervo de Dios, con una prudencia, un cuidado y una solicitud singular, dirigió a estas vírgenes sagradas por el camino de la salvación, para que, después de renunciar a la concupiscencia de la carne y consagrarse a Dios en cuerpo y alma, consumaran su obra y alcanzaran, por la fidelidad a los divinos preceptos, las recompensas de Dios.

XII. –Pero la ardiente caridad de Vicente no se podía encerrar en los claustros de los monasterios, sabiendo bien que no existe trabajo más excelente ni más útil que el cuidado y la cura de almas, para comprometerse en una lucha espiritual contra concupiscencia de la carne y las depravaciones del mundo, contra el orgullo y la maldad del siglo, contra las calamidades y miserias de los hijos de Adán, contra la ignorancia de los hijos; en una palabra, contra los espíritus de malicia, él levantó ejércitos de bravos destinados a combatir el combate del Señor. En efecto, el año de 1625, estableció la congregación de los sacerdotes seculares de la Misión quienes, despreciando y abandonando las delicias del mundo, reunidos en comunidad muy casta y muy santa, no teniendo nada en propiedad, vivirían juntos en la oración, la lectura, las instrucciones y demás ejercicios espirituales para formar así a los clérigos seculares en la ciencia del Señor, en las ceremonias eclesiásticas y en el sagrado ministerio, y despertar a los laicos, proponiéndoles la meditación de los preceptos divinos y de las cosas celestiales, en recorrer el camino de la salvación; que se comprometerían con Dios por un voto perpetuo a ejercer el trabajo apostólico de las Misiones, en particular en los pueblos, poblaciones y demás lugares de los campos, donde la luz de la verdad evangélica brilla raramente en los hombres hundidos en las tinieblas y la sombra de la muerte; quienes, no sintiéndose hinchados de ningún orgullo, obcecados por ningún

humor pertinaz, ennegrecidos por ninguna envidia, sino modestos, moderados, pacíficos, harían de una vida toda de unión, consagrada a Dios por entero y a la salvación del prójimo, un presente muy agradable al autor de todos los bienes.

XIII. –La caridad cristiana para con el prójimo, que nace de la caridad para con Dios como de su fuente, y hace subir por una especie de grados maravillosos, a la perfección del divino amor, no vela solamente por la salvación de las almas, sino que provee también a las necesidades del cuerpo. Por eso el siervo de Dios, ardiendo con una caridad perfecta, buscaba socorrer y aliviar el cuerpo y el alma, salvar mientras fuera posible, al uno y a la otra, llevando sin embargo todo el cuidado de los cuerpos a la salvación de las almas, que debe ser el objeto de la principal solicitud. Así compadeciéndose, en las entrañas de su misericordia, de las angustias de los miserables, sobre todo de los enfermos, de los ancianos, de los niños y de las jóvenes que, incapaces en sus achaques y en sus debilidades, de socorrerse a sí mismos, y privados con frecuencia del auxilio necesario, están oprimidos bajo el peso de sus miserias, él fundó la Compañía de las Hijas de la Caridad para trabajar día y noche en el servicio y en el cuidado de los ancianos, de los niños, de los pobres y de toda clase de enfermos.

XIV. –Además, en todas las parroquias no sólo de las ciudades, sino de los pueblos y aldeas, instituyó cofradías de damas para aliviar, con su cuidado atento y su diligente solicitud, los males y las angustias de los miserables, procurar a los enfermos remedios tanto corporales como espirituales, a los calamitosos con recursos y auxilios, a los pobres con dinero, a los desnudos con ropas, a los afligidos con el consuelo. Trabajó asimismo en establecer, o en conservar y extender en muchos lugares varias compañías de Hijas, en particular las de la Cruz, las de la Providencia y de Santa Genoveva, dedicadas a educar y a instruir en los trabajos de su sexo y en las buenas costumbres de necesitadas jóvenes, por miedo a que, de mayor edad, caigan por la ignorancia en la ley del Señor y de los divinos misterios, o que, ociosas, no aprendan a servir en las casas y, ocupándose en lo que no les hace falta, se extravíen siguiendo a Satán, y que por último, no sabiendo trabajar con sus manos, abrumadas de necesidades domésticas, se vean obligadas a los pecados y a los vicios por la indigencia y la miseria.

XV. –Además, él construyó un hospicio para guardar a los locos, una casa para corregir a los jóvenes de malas costumbres, y un vasto hospital para mantener y alimentar a los ancianos a quienes un accidente cualquiera había hecho incapaces de ganarse la vida con sus manos. Por último, por sus peticiones y sus cuidados, dos hospitales fueron construidos y dotados por la liberalidad real, en Blois y en Marsella, para los pobres galeotes enfermos que en adelante eran arrojados en antros, como a las bestias y que, ahora transportados allí con sus enfermedades, reciben allí todos los auxilios corporales y espirituales.

XVI. –La gran bondad de Vicente y su integridad de vida, brillando día a día con tanto mayor resplandor cuanto con más cuidado él las ocultaba, eran en efecto conocidas del rey de Francia Luis XIII de gloriosa memoria, quien en vida, usaba de su ministerio para la distribución de sus limosnas secretas, y de sus consejos para el nombramiento de los clérigos a las sedes episcopales y a los beneficios eclesiásticos, y quien al morir, quiso tener en su último combate a Vicente de apoyo y consuelo.

XVII. –Después de la muerte de este príncipe, Ana de Austria, su esposa de gloriosa memoria, regenta de Francia, le llamó, a pesar de sus resistencias y su voluntad, al santo consejo de conciencia. Para él y en Louvre entre los cortesanos, y en su casa entre los discípulos de la Misión, y en las plazas entre los ciudadanos, y en las casa privadas entre los indigentes y los necesitados, y en los hospitales públicos entre los ancianos y enfermos, y en las poblaciones y aldeas entre los campesinos y los labradores, y en los monasterios de vírgenes consagradas, y en las asambleas eclesiásticas ; en todo y con todos cumplía los oficios de la caridad y difundía la luz de la santidad y esparcía el buen olor de Cristo; ya que, hasta en el palacio de la realeza, despreciando la vanidad del siglo, hollando con los pies sus riquezas y sus honores, tenía sus pensamientos vueltos hacia Dios y fijos en el cielo. También su principal cuidado fue que en las prebendas parroquiales, en las dignidades y en los beneficios eclesiásticos, que son el bien de los pobres y el patrimonio de Cristo, se antepone a los más dignos; y cuando gentilhombres le recomendaban a sus hijos, y le presionaban con promesa o amenazas, pisoteaba las esperanzas y los temores. Ya que esta alma fuerte y robusta no deseó ganarse, en detrimento de la herencia de Cristo y a expensas de la Cruz, amigos poderosos, y sin temblar por los males con que le amenazaban, no temió a los enemigos, .

XVIII. –Entre los compañeros de sus misiones sagradas que había querido obligar con él por voto a enseñar sobre todo a los hombres del campo los misterios de la fe católica y los preceptos divinos, y dedicar también a la buena educación del clero y a las otras obras de caridad, todo el tiempo de su peregrinación y de su vida, ceñido de la fuerza de lo alto, se mostró ministro fiel, valiente e infatigable operario en el cultivo de la viña del Señor.

XIX. –Porque él no había causado ninguna violencia, como algunos, para obtener su gobierno, sino que más bien la había sufrido para aceptarlo, se conducía de manera que a todos los abrazaba en las entrañas de una íntima caridad. tenía cuidado, en efecto, de que la tristeza no invadiera, que el pensamiento del siglo no atormentara a ninguno de ellos y, con la vigilante solicitud de un padre, veló para que éste no se sintiera abrumado por un trabajo excesivo, para que aquél no se durmiera en una excesiva inacción, apartando a los vigorosos de la pereza, forzando a los fervientes al descanso, aligerando a todos el yugo suave de Cristo, y evitando todas las trampas del diablo: uniéndolos a todos en la santa sociedad de las almas y en la perfecta caridad de Cristo, él los animaba de palabra y de obra a correr la carrera de las virtudes cristianas.

XX. –Para él, que los sobrepasaba a todos por el mérito de su santidad y por la dignidad de su puesto, se ponía por encima de ellos por el humilde abatimiento de su espíritu. Se decía a menudo y en público un hombre de nada, hijo de un campesino, dedicado en otro tiempo a la guarda de un rebaño; en una asamblea general, abdicó de la prefectura perpetua de su congregación, afirmando por humildad que era incapaz de llevar el peso; pidió con insistencia que se eligiera a otro en su lugar, y fueron necesarias las súplicas reiteradas de la asamblea entera y una especie de violencia para que él la ejerciera en lo futuro. Y es que cuanto más se elevaba a la cumbre de la santidad por el conocimiento y el amor de Dios, más bajo se situaba por el conocimiento y el desprecio de sí mismo; además cumplía los menesteres más viles de su casa y con frecuencia, prosternado de rodillas y derramando lágrimas, pedía perdón a

los suyos por haber escandalizado su alma con sus malos ejemplos. Por sus admirables obras de piedad y sus eminentes virtudes, se había adquirido en la corte un crédito soberano; la reina de Francia hacía de ello un caso particular, y ante todos los obispos, cardenales, y ante todos los grandes en la Iglesia y en el siglo, hombres de todo estado y toda condición, era tenido en gran honor, en gran estima. En cuanto a él, humillándose ante Dios autor de todo bien, él no mostraba en sus actos o en sus palabras, nada que respirara vanidad u orgullo, la arrogancia o la inmodestia; sino que todo en él, reglado y compuesto según la disciplina cristiana y la santidad evangélica, dejaba ver abiertamente que no había ninguna oscuridad en el interior de aquél cuyo exterior brillaba con tan resplandecientes virtudes,

XXI. –La desgracia de los tiempo y el tumulto de las guerras civiles habían debilitado la santidad del clero de Francia, introduciendo la ignorancia y la corrupción de las costumbres. Para reparar el honor de la casa de Dios y restablecer la disciplina eclesiástica, Vicente dirigió en este sentido todos sus pensamientos y sus fuerzas. Así, para devolver a la disciplina eclesiástica su vigor, enervada por la languidez de los vicios, él establece casas religiosas, destinadas a recibir a los clérigos que debían ser promovidos a las órdenes sagradas y, para él o para sus asociados de la Misión, les hizo instruir para la celebración de los ritos sagrados, y formar en las santas costumbres en relación con la dignidad de su estado. De ahí el brillo de las ceremonias sagradas, de la observancia de las venerables leyes que se dio a muchas iglesias de Francia.

XXII. –Reunió también a compañías de sacerdotes quienes, en día reglados, conversaban entre ellos de las cosas divinas, se ejercitaban en las santas discusiones para adquirir el poder de exhortar en la sana doctrina y de confundir a los contradictores.

XXIII. –A ejemplo de Moisés quien, antes de ser puesto por Dios a la cabeza del pueblo de Israel para liberarlo de la cautividad, conducirlo a través del desierto, sacrificar a Dios en la montaña y, desde allí, a la tierra de promisión, huyó del tumulto de la corte del Faraón a la soledad, Vicente enseñó a los clérigos llamados a la herencia del Señor quien, en la tierra desierta y sin agua de esta vida mortal, deben servir en el altar del Señor y preceder en la palabra y el ejemplo al santo pueblo de Dios tendiendo a la patria celestial después de sacudirse el yugo de la cautividad del diablo, a retirarse del tumulto del mundo a una santa soledad, antes de ascender a los grados eclesiásticos, para entregarse allí por unos días a la meditación de las cosas divinas y a la contemplación de los deberes de su cargo.

XXIV. –Por lo demás, el siervo de Dios Vicente no fue sólo un excelente fundador de los ministros del altar, sino que mostró en sí al modelo de un buen y fiel dispensador. Ya que era como el refugio de todos los indigentes y miserables y, tomando incluso a veces de lo que parecía necesario para él y para los compañeros de sus misiones, aliviaba toda clase de pobres con tan grandes limosnas, que era comúnmente llamado el padre de los pobres. aunque ya avanzado en años, prestaba un cuidado asiduo al ministerio apostólico de las santas misiones y, llevado en las alas de la caridad, superior en todos los trabajos, elevándose por encima de las fuerzas de su ancianidad, quería aquí y allí para llevar la luz de la verdad evangélica y de los diversos preceptos a los que caminaban en las tinieblas y en la sombra de los vicios, sobre todo a los pobres habitantes de los pueblos y aldeas que, privados de la

luz de la fe cristiana y errantes al azar en la noche de la ignorancia, eran llevados por él al camino del Señor. Y como la caridad no tiene medida, la virtud del siervo de Dios no se encerró en los límites de Francia, sino que se extendió y brilló a lo lejos: pues para extender la fe y la piedad, envió de entre sus discípulos a obreros evangélicos, no sólo a Italia, a Polonia, a Escocia, a Irlanda, sino también a Berbería, a las Indias, a las naciones separadas de nuestro continente, que el celo de sus discípulos, después de disipar las tinieblas de la idolatría, llevó a la luz de la verdad.

XXV. –En las provincias distantes, a la vez que se buscaba la salvación de las almas, no omitía proveer también a las necesidades de los cuerpos, para atraer por los socorros temporales a los hombres carnales. Así no sólo la Lorena, la Champaña, la Picardía, arrasadas por la peste, el hambre y la guerra, fueron ampliamente socorridas por las sumas que les envió y que él les hizo distribuir por el ministerio fiel de las Hijas de la Caridad, pero en otras provincias más distantes aún, él ayudó a hombres afligidos por la carestía o por alguna otra calamidad. Y cuando la ciudad de París misma sufría cruelmente por la falta de víveres, él dio de comer en su casa hasta dos mil pobres.

XXVI. –Si bien ocupado constantemente por los diferentes y múltiples asuntos de la corte, de su congregación de los otros establecimientos que había fundado o de los que tenía que cuidar, en los cuales él daba a todos, para la gloria de Dios, infatigables servicios, no obstante él atendía a las necesidades de todos, de todos aliviaba las angustias; no rechazaba a nadie, abrazaba a todo el mundo en Jesucristo. Era ciertamente una cosa admirable que a nadie le negara el acceso a él, que a todas las peticiones prestara un oído fácil, que respondiera con bondad, que acogiera con dulzura, que no levantara la envidia de nadie, sino que haciéndose todo a todos, se ocupara del cuerpo de unos, sanara el espíritu de los otros y que, según las necesidades de cada uno, les proporcionara de su bolsa y de su doctrina, ropas, víveres, instrucciones, mostrando también que sino se debe todo a todos sin embargo se debe la caridad, a nadie la injusticia. Las injusticias, en efecto, que le eran hechas por los demás en cuanto a la justicia, estaba tan alejado, aunque pudiera fácilmente, de vengarse, que nunca se le ha oído quejarse, porque los bajos sentimientos que tenía de sí mismo le hacían juzgar, cuando le ocurría recibirlos, que los sufría justamente. También los soportaba con espíritu de paciencia, que pidió perdón de rodillas a aquél que le ultrajaba, y que a un hombre que le abofeteaba le presentó humildemente la otra mejilla..

XXVII. –Unos soldados enfurecidos, y en un furor insensato, habían herido ya a un pobre artesano y le perseguían con la espada desenvainada, para matarle; él le cubrió con su cuerpo y arriesgó su vida en peligro manifiesto para ganar para Dios a aquél que habría arrancado de los brazos amenazadores de la muerte con peligro de su sangre y de su cabeza; y en efecto, atónitos por una fuerza de alma tan grande y extraordinaria, y conmovidos por las palabras del siervo de Dios, los soldados se apaciguaron y se retiraron, y aquel desdichado escapó vivo.

XXVIII. –Pero como el campo de Señor del que nosotros somos lo obreros, regado de lo alto por la gracia de Dios, está fortalecido por la fe, trabajado por los ayunos, sembrado por las limosnas, fecundado por las oraciones, Vicente no descuidó el cultivo espiritual de su cuerpo mortal por el miedo a que la preciosa semilla pereciera, y que en medio de las zarzas y de las espinas no resultara más que una cosecha digna de ser consumida en las llamas, no de

ser encerrada en los graneros del Señor. Tenía pues costumbre de domar sus miembros, de macerarlos con ayunos y demás obras de penitencia, principalmente en las comunes calamidades del reino de Francia y de la Iglesia católica.

XXIX. –Si, en algún asunto y complicado le pedían su parecer, y se viera forzado a dar una respuesta, o si le proponían hacer algo difícil y extraordinario, como el santo rey David, consultaba a Dios antes de empezar nada y pedía humildemente al Padre de las luces que derramara en su espíritu el fulgor de su caridad para descubrir lo que había que responder o hacer, que le previniera con su gracia divina para seguir lo que él hubiera descubierto una vez y reconocido, que le diera la fuerza de esta gracia para ejecutarlo. Todas las veces que salía de su habitación o de su casa para aparecer en público, se prosternaba en tierra ante Dios y, con peticiones breves pero fervientes, imploraba su divino auxilio, para que al pasar, aunque bien a su pesar, a través de los senderos del siglo, y tratar cosas terrestres y mundanas, no se mancillara con el lodo de los hijos de los hombres. Apenas de regreso en casa, entraba en los secretos de su corazón, sometía al examen los repliegues de su conciencia y en medio del debate de sus pensamientos, de los cuales unos le acusaban, los otros justificaban su conducta, examinaba con cuidado, corregía con celo castigaba con severidad la palabra imprudente salida de su boca, o el acto desconsiderado que había podido cometer. Tan cuidadoso era de guardar los caminos del Señor que ha ordenado que se observaran sus mandamientos con extrema fidelidad.

XXX. –Entregado a una oración asidua, ni la gente, ni los negocios, ni los acontecimientos felices o tristes le apartaban de la contemplación de las cosas divinas. Como tenía siempre a Dios presente en el espíritu, se mantenía y, y por un cuidado diligente y un santo ingenio, había hecho que todas las criaturas que pasaban bajo sus ojos recordaban a su espíritu al Creador de todas las cosas, y que cantando a su modo la gloria y las alabanzas de Dios, ellas le ayudaban a contemplar la belleza celestial. Por eso siempre modesto y dulce, afable y benigno, en todo con una admirable ecuanimidad, no se dejaba llevar ni por los sucesos afortunados ni perturbar por los adversos, y así decía con el salmista: “Veía al Señor ante mí y le tenía siempre en mi presencia, ya que está siempre a mi derecha a fin de que no caiga.”

XXXI. –Nunca se abstuvo del sacrificio no cruento del altar, viviendo de modo que pudiera ofrecerle todos los días. Y al no poder, algunos meses antes de su muerte, tenerse de pie, a causa de la debilidad considerablemente aumentada de sus piernas, asistía todos los días al sacrificio de la misa y, reconfortado con el pan de los ángeles, después de una humilde acción de gracias, recitaba con un vivo sentimiento las oraciones acostumbradas prescritas por la iglesia para los agonizantes, como debiendo él mismo volar pronto de la prisión del cuerpo a la patria celeste.

XXXII. –Como estaba animado hacia Dios con una de viva, de la que, toda su vida, ha sido el apoyo y el defensor intrépido. En Francia se había levantado la tempestad de la herejía, que se lo llevaba todo en su torbellino; el siervo de Dios gimió al ver la de católica alterada en muchos por el veneno jansenista, la sencillez de muchos convertida en el juguete de la astucia de los herejes, y un gran número de personas de rango arrastradas a perniciosas opiniones. Abrasado pues de santo celo de Dios, creyó deber empuñar las armas de la fe contra enemigos comunes y, buscando agradar a Dios antes que a los

hombres, animó a los sagrados pastores de la Iglesia por el rebaño del Señor Cristo y no permitir a los lobos salteadores matar a escondidas a las ovejas del Señor. Así pues, mediante todas las insistencias y exhortaciones que estaban a su alcance, determinó a ochenta y cinco obispos de Francia, a quienes otros más se unieron posteriormente, a denunciar la enfermedad que se insinuaba en secreto y el contagio escondido a la cátedra de Pedro, cumbre del apostolado a quien se deben denunciar todos los peligros y los escándalos que surgen en el reino de Dios, señaladamente los que lesionan la fe, para que las pérdidas de la fe sean reparadas lo antes posible allí donde la fe no podría sentir fallos. Por ello, en sus cartas dirigidas a Inocencio X de feliz memoria, nuestro predecesor le pidieron con muy humildes súplicas condenar por su boca apostólica los errores que pululaban para que la Iglesia, restablecida en sus reglas y reafirmada por un decreto cuya justa proclamación temían los malvados cerrara todo acceso a estos hombres que, armados de ambigüedades perversas y de sofismas artificiosos, so pretexto de defender la fe católica y arrastrar al mal a los corazones de los hombres bien pensados y a derribar toda la verdadera doctrina referente al libre arbitrio, la gracia de Dios y la redención de los hombres por la pasión y la muerte del Señor Cristo.

XXXIII. –Desde que llegó la respuesta de Roma, Vicente recibió el decreto del sucesor de Pedro con sumisión y respeto de corazón y, triunfante en el Señor por ver la causa terminada con la sentencia de la sede apostólica, trabajó con gran celo para poner fin al error también. Su primer cuidado y preocupación fueron de apartar de todas las comunidades religiosa que había fundado él mismo o que dirigía, la peste oculta enemiga de la fe católica, por miedo a que el contagio de algún miembro infectado corrompiera incluso a los más sanos. Luego, sabiendo que es un deber de piedad descubrir los escondites de los impíos y combatir en ellos al diablo al que sirven, con la libertad apostólica que, en materia de fe, conviene a un siervo de Dios, no cesó de comprometer al rey, a la reina y a sus ministros a volver por justos castigos a los refractarios a la obediencia, a expulsar del reino de Francia, como a una peste pública, a los pertinaces en el error, y poner así el rigor del poder secular al servicio de la dulzura de la Iglesia que, contenta con el juicio sacerdotal, y bien alejada de las venganzas sangrientas, está ayudada no obstante por las constituciones severas de los príncipes cristianos, porque los rebeldes recurren a veces al remedio espiritual por miedo al suplicio corporal.

XXXIV. –Por último, lleno de días y de méritos, llegado ya a los ochenta y cinco años, quebrantado no menos por la vejez que por los trabajos corporales llevados con gozo para las obras de piedad y la salud de las almas que le ocupaban sin cesar, y soportados con valor hasta el último suspiro, provisto de los sacramentos de la Iglesia, aspirando al cielo y despreciando la tierra; rodeado de sus sacerdotes que le rindieron los últimos deberes de la religión; a estas palabras, familiares a él, que le sugerían: “Oh Dios venid en mi auxilio, “ les respondía: “Señor, daos prisa en socorrerme;” lleno de confianza, no en su virtud sino en el auxilio divino, consumó felizmente su carrera en París, en casa de San Lázaro, casa de los sacerdotes seculares de la congregación de la misión, el cinco de las calendas de octubre del año 1660.

XXXV. –Después de su muerte, la fama de su santidad se difundió por todas partes; Dios mismo lo certificó con mucho signos y milagros, por los que su admirable Providencia atrajo una mayor veneración a los restos inanimados de su siervo, dando a conocer así en qué honor se hallaba ante Dios el alma de

aquél cuyo cuerpo, quedado como informe a la partida del principio vital, revelaba con tanta claridad la presencia del autor de la vida.

XXXVI. –Por ello se construyó en París, según la costumbre y por la autoridad del ordinario, dos procesos, uno sobre su renombre de santidad, sus virtudes y sus milagros, el otro, para probar que no se le había dado ningún culto. Estos procesos abiertos con el permiso de Clemente XI de feliz memoria nuestro predecesor, y su validez reconocida en la congregación de los sagrados ritos el cuarto día del mes de octubre del año del Señor 1709, la comisión de la introducción de la causa fue firmada. Después de cumplir todas las formalidades exigidas por los decretos de la sede apostólica en esta clase de causas, se examinó si constaba de sus virtudes teologales y cardinales en grado heroico, y después de la última congregación de nuestros hermanos los cardenales de la santa Iglesia romana prepuestos a los sagrados ritos, la cual fue general, Benedicto XIII de piadosa memoria, que nos ha precedido en el pontificado, ordenó el veintiún día del mes de setiembre del año del Señor 1727, la publicación del decreto, constatando las virtudes tanto teologales como cardinales en el grado heroico.

XXXVII . –Se llegó luego al examen de los milagros que se hizo en tres congregaciones, la última general de las cuales se tuvo el doce del mes de julio del mismo año, y en ella se aprobaron cuatro milagros: el primero en la curación súbita de Claude-Joseph Compoin, ciego; el segundo, en la palabra y en las fuerzas instantáneamente devueltas a Anne-Marie Lhuillier, niña de ocho años, muda de nacimiento e incapaz de mover sus miembros inferiores; el tercero, en la úlcera inveterada y maligna en la pierna; el cuarto por último, en la curación repentina de Alexandre-Philippe Le Grand de una parálisis inveterada y obstinada.

XXXVIII. –Lo que la dicha congregación de los ritos había juzgado impresionante estos milagros, el mismo Benedicto nuestro predecesor lo ha confirmado y, dando, el tercer día del mes de agosto del año del Señor de 1729, su asentimiento al decreto de la misma congregación de los ritos, pronunciando que había lugar a la solemne beatificación del siervo de Dios, inscribió a Vicente de Paúl en el número de los beatos, y permitió, con su autoridad apostólica que, todos los años, en ciertos lugares, el día aniversario del feliz deceso del bienaventurado siervo de Dios, se recitara su oficio, y se celebrara la misa, como de un confesor no pontífice, según las rúbricas del breviario y del misal romano; y después, que el nombre del mismo siervo de Dios fuera incluido entre los santos que se leen en el martirologio romano, y que se recitara en público, en el segundo nocturno las lecciones propias del mismo bienaventurado Vicente, aprobadas por dicha congregación de los ritos, después de haber escuchado al promotor de la fe.

XXXIX. –Habiendo sido expedidas a continuación dos cartas remisorias y compulsorias para hacer, por autoridad apostólica, el proceso ordinario sobre los nuevos milagros que habían sucedido después del decreto de la beatificación del mismo siervo de Dios, y habiendo sido llevado a Roma este proceso y reconocida su validez, después de las congregaciones en uso llamadas ante preparatoria y preparatoria. El examen de los milagros nos fue entregado a nos, que por una disposición de la bondad divina, habíamos sucedido al mismo Benedicto XIII en el sagrado cargo del apostolado; y habiéndose tenido una congregación general ante nos el día treinta del mes de enero del año del Señor 1736, después de escuchar los consejos de nuestros

venerables hermanos e implorado el apoyo del auxilio divino, el día veinticuatro del mes de junio del mismo año, nos aprobamos plenamente dos de los siete milagros que se habían presentado, a saber el primero, consistente en la curación instantánea de François Richer de una hernia completa, inveterada y desesperada.

XL. –Hecho esto, y reunida de nuevo ante nos una congregación general, se puso en deliberación si se podía proceder con seguridad a la solemne canonización del beato Vicente de Paúl, y nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa Iglesia romana habiendo dado su asentimiento por un voto unánime, nos pronunciamos solemnemente el decreto sobre la conclusión de la canonización.

XLI. –Varios meses después, nos ordenamos convocar, según la costumbre, un consistorio secreto, en el que nuestro querido hijo Antoine-Félix, cardenal sacerdote del título de Santa Práxedes, llamado Zondanari, en su nombre y en el de toda la congregación de los sagrados ritos, dijo en primer lugar en un informe que las escrituras, el proceso y todos los actos de la causa se habían hecho según las reglas, y que tenían plena fuerza de autoridad y de prueba legítima; tras lo cual, después de una exacta exposición de la vida, de las virtudes y de los milagros del beato Vicente, que él y los demás cardenales eran de parecer unánime que el beato Vicente podía, si así nos parecía, ser inscrito en el catálogo de los santos; parecer al que accedieron todos los demás cardenales que estaban presentes.

XLII. –No habiendo pues omitido absolutamente nada, en un asunto tan santo y tan grave, de las necesarias precauciones prescritas por la costumbre y los reglamentos de nuestros predecesores, nos decretamos que se pasaría adelante; y algunos días después se reunió un consistorio público, en el cual nuestro querido hijo Thomas Antamori, abogado consistorial de nuestra curia, después de contar largo y tendido la excelente caridad del beato Vicente, la inocencia de su vida y sus milagros, en el nombre de nuestro querido hijo en Jesucristo, Louis, rey cristianísimo de Francia, y de nuestra muy querida hija en Jesucristo, María, igualmente cristianísima reina de Francia, su esposa, de los demás príncipes católicos, y de nuestros venerables hermanos arzobispos y obispos y de todo el clero del reino de Francia, además de toda la congregación de sacerdotes seculares de la Misión, nos pidió humildemente que tuviéramos a bien colocar al beato Vicente en el catálogo de los santos. Nos pues, siendo del parecer, vista la grandeza de un asunto tan grande, que convenía deliberar con más madurez aún con nuestros venerables hermanos los cardenales, de la santa Iglesia romana y los demás arzobispos y obispos, nos indicamos oraciones públicas y ayunos y exhortamos a todos los fieles de Cristo a rogar a Dios con nos que nos dé su espíritu de sabiduría y de inteligencia para que conozcamos estos secretos celestiales que la razón humana no puede comprender, y que ilumine los ojos de nuestro espíritu para que discernamos lo que, en una causa tan grave, había que decidir según la benevolencia divina,.

XLIII. –Muy pronto tuvimos otro consistorio, semipúblico, al que también asistieron por orden nuestra los patriarcas, los arzobispos y los obispos que se hallaban en la curia romana, y nuestros protonotarios llamados por el número de los doce y los auditores de las causas del sagrado palacio apostólico; y, presentes ya, después de haberles hablado largamente de la eminente santidad del siervo de Dios y de la celebridad de sus milagros, de haber

enumerado una vez más las insistencias de los príncipes católicos y sobre todo las ardientes oraciones de toda la congregación de los sacerdotes seculares de la Misión, nos los invitamos a todos a exponer su sentimiento por medio de libres sufragios; y ellos, una vez dicho unos tras otros y por orden sus pareceres fuertemente motivados respondieron a una voz, y bendiciendo a Dios, que el beato Vicente debía ser colocado entre los santos confesores. A la vista de su consentimiento general, con los afectos más íntimos de nuestro corazón, nos regocijamos en el Señor, que reunía las voluntades de nuestros hermanos para que su nombre fuera glorificado en su siervo, y que empujaba nuestros corazones e iluminaba nuestros espíritus para honrarle tanto como pueden hombres mortales. Entonces nos fijamos el día de la canonización, y advertimos que perseveraran en las oraciones y ayunos para conseguir la luz y los socorros de lo alto para llevar a cabo una obra tan grande.

XLIV. –Hecho lo que se debía hacer según las sagradas constituciones y la costumbre de la Iglesia romana, hoy, día del domingo de la santísima Trinidad. Nos nos hemos dirigido a la sacrosanta basílica de Letrán, decentemente adornada, con nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa Iglesia romana, y los patriarcas, arzobispos y obispos, los prelados de la curia romana, nuestros oficiales y las personas de nuestra familia, el clero secular y regular, y una afluencia muy grande de pueblo; y allí, nuestro muy querido hijo Nérée, cardenal diácono de la santa Iglesia romana, en nombre de Corsini, nuestro sobrino según la carne, habiéndonos reiterado, por la boca del mismo abogado Thomas Antomari, las instancias por el decreto de canonización, después del canto de las oraciones sagradas y letanías y la humilde invocación de la gracia del Espíritu Santo: En honor de la santa e indivisible Trinidad, por la exaltación de la fe católica y el crecimiento de la religión cristiana, de la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y de la nuestra, después de madura deliberación y la frecuente invocación del socorro divino, por consejo y consentimiento de nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa Iglesia romana, los patriarcas, arzobispos que se hallan en la ciudad, nos hemos decretado, definido que el bienaventurado Vicente de Paúl es santo, y le hemos inscrito en el catálogo de los santos, como, a tenor de las presentes decretamos, definimos, inscribimos del mismo modo, y hemos ordenado y ordenamos a todos los fieles de Cristo que le honren y le veneren como verdaderamente santo, estableciendo que, en toda la Iglesia, se puedan construir y consagrar en su honor iglesias y altares en los que se ofrecerán sacrificios a Dios y que, cada año, el día diecinueve de julio, se pueda celebrar su memoria con una piadosa devoción entre los santos confesores no pontífices.

XLV. –Y con la misma autoridad, hemos remitido y remitimos misericordiosamente en el Señor, en la forma acostumbrada de la Iglesia, a todos los fieles de Cristo, verdaderamente penitentes y confesados que, cada año, el mismo día de la fiesta, vengán a visitar el sepulcro en el que reposa su cuerpo, siete años y otras tantas cuarentenas de las penitencias que les hayan impuesto, o de los que por otra parte, y de cualquier modo que sea, se sientan deudores.

XLVI. –Terminadas estas cosas, nos hemos venerado con nuestros homenajes y con nuestras alabanzas a Dios Padre eterno y al Espíritu Santo Paráclito, un solo Dios y un solo Señor; nos hemos cantado con toda solemnidad el himno sagrado *Te Deum*, y otorgado a todos los fieles de Cristo entonces presentes la

indulgencia plenaria y la remisión de todos sus pecados; pues a causa de nuestras debilidades corporales, de nuestra salud debilitada y de nuestra edad avanzada, nos hemos retirado de la misma iglesia de Letrán, y dejando a nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa Iglesia romana, a los arzobispos, obispos y a todo el clero y al pueblo, en presencia del que nuestro venerable hermano Thomas, cardenal de la santa Iglesia romana, obispo de Palestrina, de nombre Rufo, ha celebrado, como más antiguo cardenal en orden, solemnemente la misa, con memoria de un santo confesor, en el altar mayor de dicha basílica, por indulto y permiso de Nos.

XLVII. –Ahora pues, conviene dar gracias y dar gloria al Dios vivo por los siglos de los siglos que ha bendecido a nuestro consiervo con toda bendición espiritual, para que fuera santo e inmaculado ante él; y como nos le ha dado como un sol brillante en su templo en esta noche de nuestros pecados y de nuestras tribulaciones, abordemos con confianza el trono de su divina misericordia, suplicando de palabra y de obra que san Vicente sirva a todo el pueblo cristiano por sus méritos y por sus ejemplos, que él le asista con sus súplicas y su patronazgo y que, en el tiempo de la cólera, él sea nuestra reconciliación.

XLVIII. –Por lo demás, como sería demasiado difícil llevar las presentes estas presentes cartas originales a cada uno de los lugares donde hagan falta, nos queremos que en sus copias, incluso impresas, firmadas por la mano de un notario público y con el sello de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica, les sea añadida la misma fe en todas partes que a estas presentes mismas.

XLIX. –Que no se permita pues a ningún hombre violar esta página de nuestros decreto, inscripción, mandato, estatuto, concesión, largueza y voluntad, contradecirle por una audacia temeraria. Y si alguien tuviera la presunción de intentarlo, que sepa que incurrirá en la indignación del Dios todopoderoso de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo. Dado en Roma, en San Juan de Letrán, año de la encarnación del Señor de 1757, el dieciséis de las calendas de julio, de nuestro pontificado el séptimo año.

(Cruz)Yo CLEMENTE, obispo de la Iglesia católica.”